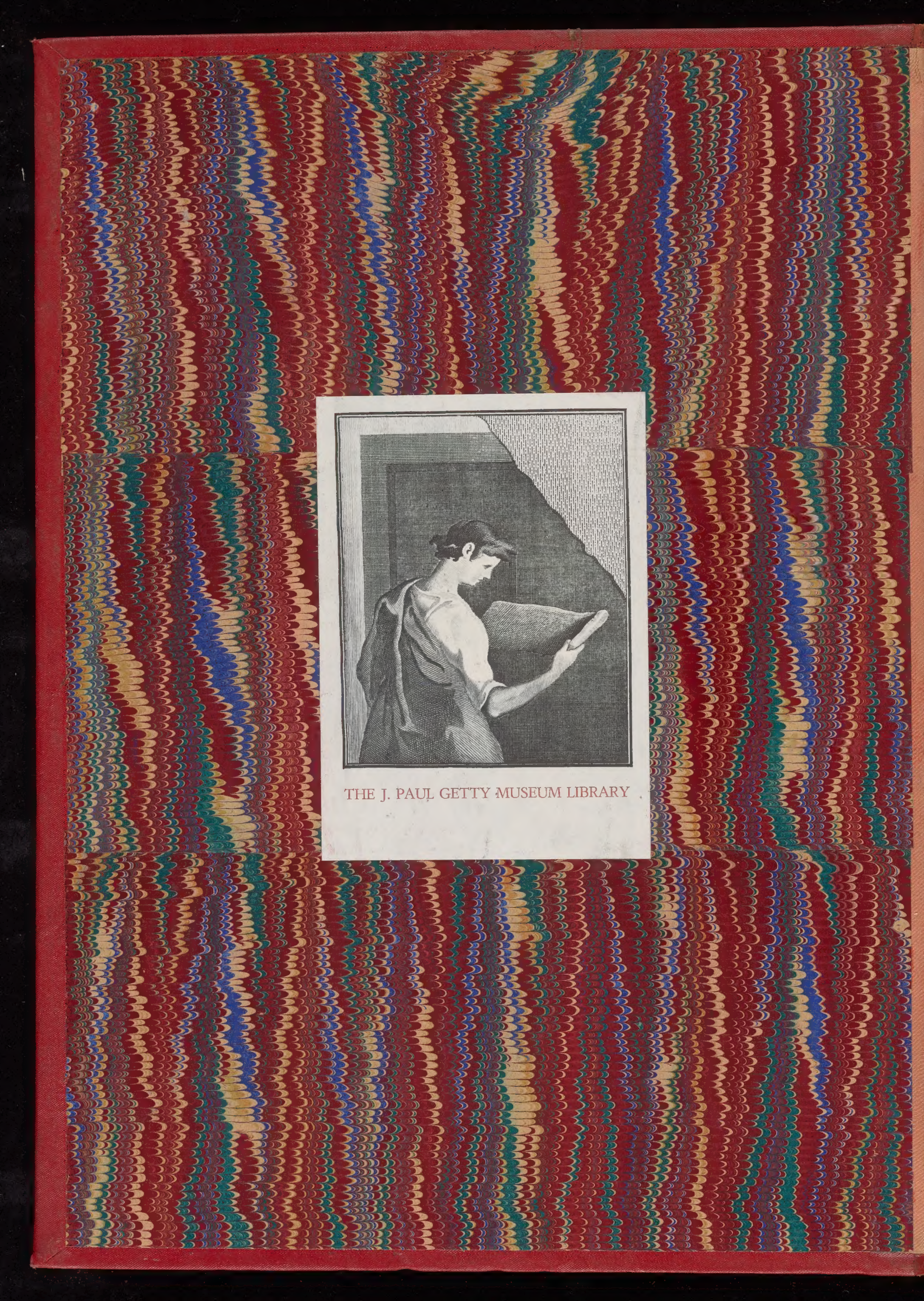
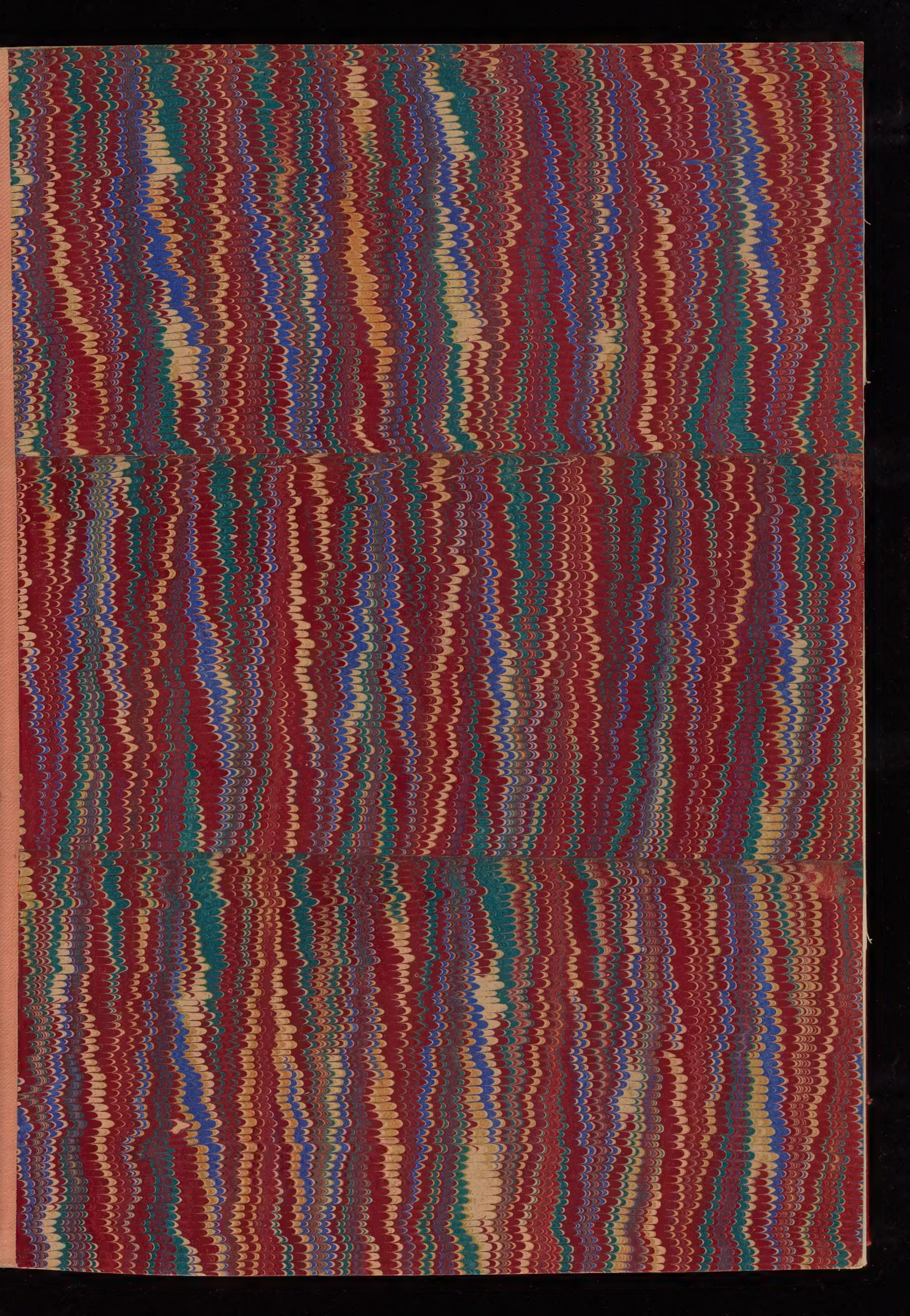
LA ILUSTRACION







LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XIX.—AÑO 1900

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1900

Cuentos y narraciones populares ilustrados



Salió la procesión con todos los mozos, y todas las mozas presididas por María Rosa

LA CLAVARIESA, cuadro de costumbres valencianas. — Ilustraciones de Fernando Cabrera.

I

Benalfaraig se despertó aquella mañana brincando de alegría.

Benalfaraig no es ningún personaje más ó menos moro – como podría creerse, – ni brincaba como persona más ó menos *jurídica;* brincaba en colectividad; porque Benalfaraig es un pueblecillo de la huerta de Valencia.

Aquel día – el 8 de septiembre – al amanecer, los mozos del pueblo recorriéronlo cantando las tradicionales *albaes;* las campanas voltearon estrepitosamente, y las calles fueron cubiertas de *murta,* de laurel y de olorosas enramadas. Los estampidos de la *traca* y de dos ó tres mil *masclets* – morteretes, – colocados en doble hilera desde la puerta de la iglesia á todo lo largo de la calle Mayor, atronaron el espacio.

Después del *pasacalle* de rúbrica, el famoso *donsayner* de Tales se situó frente á la casa de María Rosa, la hija del alcalde, *clavariesa* aquel año de la fiesta dedicada á la Virgen por *les fadrines* – muchachas solteras – de Benalfaraig, y allí fueron de oir los primorosos arabescos sacados por Tales á la morisca dulzaina y los vivas entusiastas del numeroso y complacido concurso, á la Virgen, á la *clavariesa* María Rosa y al *donsayner* de Tales – dando á cada cual lo suyo.

Aparecía la excelsa Señora, Reina de los cielos y patrona de Benalfaraig, colocada sobre una mesa cubierta de damasco carmesí, á la derecha de la gran sala de entrada de la casa del alcalde, luciendo ricas alhajas y un precioso manto de terciopelo blanco recamado de oro, regalo de la *clavariesa,* y ésta, acompañada de un buen golpe de bonitas muchachas, engalanadas, como ella, con el típico y pintoresco traje de la labradora valenciana, daba guardia de honor á la Virgen.

Era aquella una hermosa mañana. Un cielo azul, limpio, sin una nube, cubría el horizonte; todo era palpitación de fiesta, y en el ambiente ondulaban perfumes de flores y cambiantes de luz.

¡Benalfaraig brincaba de alegría!

II

No era la hija del alcalde una mujer precisamente hermosa; pero sí un encanto de muchacha.

Tenía María Rosa dieciséis años; talle espigado y cimbreante; labios rojos y frescos; dientes menudos, apretados y blanquísimos; ojos y pelo negros; nariz respingadilla y saladísima, y una tez quebrada – *trencá* – con orientaciones de perla ceilanesca, deliciosa.

Resplandecía además en ella, como nota atractiva y simpática, esa quisicosa que los andaluces llaman «ángel.»

Contenta y feliz, cortejada por lo más granado del pueblo – apetitoso bocado *per se* y por las huertas de su padre, el *tío Rich,* – su corazón no le había señalado preferencia alguna.

María Rosa reía y coqueteaba, espontánea, franca, alegremente, sin segunda intención, como quien recibe con agrado naturales homenajes.

Causaba esto la desesperación de *Chimo* y de *Batistet,* hermanos gemelos – *besons* – buenos mozos y trabajadores á carta cabal, ciegamente enamorados de la gentil *clavariesa.* Funesta rivalidad que había matado el gran cariño que se profesaban, cediendo el paso á un rencor profundo, apasionado, africano.

Ya no se les veía ir juntos á trabajar los campos patrimoniales; ni asistían como antes, los domingos por la tarde, cogidos del brazo en fraternal unión, á los partidos de pelota organizados en la calle Mayor por los mozos de su edad, alardeando de buen humor y comentando con agudas frases – *charraes* – los diferentes lances del juego.

Allí estaban también *Batistet* y *Chimo* – aquella mañana – frente á la casa de la encantadora María Rosa; cada uno por su lado, taciturnos y silenciosos, fija la mirada en la linda muchacha que les enloquecía.

Y cuando la santa imagen fué conducida á la iglesia parroquial, allá fueron ellos entre la piadosa comitiva, pensando sólo en la hechicera heroína de la fiesta á la Natividad de la Virgen.

III

La misa mayor, cantada, estuvo lucidísima. Oficiaron tres sacerdotes; el *siñor retor,* el vicario y el cura de otro pueblecillo. El sermón fué una oración tierna y edificante, pronunciada por el reverendo padre Carlos, escolapio afamado por su saber y cristianas virtudes. Al alzar á Dios parecía que el pueblo entero se volaba; asfixiábanse los fieles entre nubes de incienso; clamaban las campanas frenéticamente, y los estampidos de los *masclets* retumbaron en toda la vega. La *canterelleta* final casi arrancó el pueblo de cuajo.

Pues ¿y la procesión, al anochecer? Fué típica, original, impregnada de suave poesía.

Moría aquella tarde tibia y embalsamada. Caprichosamente colgados los balcones con damascos de variados colores, ilumináronse con profusión de luces. Abrióse de par en par el templo, dejándose ver el sagrado recinto brillante como un ascua, y salió la procesión con todos los mozos, y todas las mozas presididas por María Rosa, escoltando las andas. El Santísimo, bajo palio, y los tres sacerdotes lujosamente revestidos, cerraban la marcha, y desde los balcones arrojaban los fieles sobre la Virgen y el Santísimo rosas y claveles deshojados, jazmines y madreselva. Dos músicas alternaban en la ejecución de religiosos motivos, y un gentío inmenso se agolpaba al paso admirando el *agüelo del colomet* – Noé, – el *bou y la mula, els chagants y els nanos* – gigantes y cabezudos – y á Josué, que con el sol en la siniestra mano y la espada en la diestra, íbalo deteniendo al compás de majestuosos y bien estudiados movimientos.

¡Santa y sencilla alegría la de los vecinos de Benalfaraig!

IV

Tétricos y ensimismados, *Batistet* y *Chimo* habían asistido á todos los festejos.

Por ley del contraste el regocijo general entenebreció sus espíritus. Sentían celos recíprocos y rabiosos, sin más causa que el ser uno mismo el objeto de su adoración.

María Rosa ni siquiera lo había advertido. Libre

su alma de preferencias, absorbióla todo el día su brillante éxito de *clavariesa* y de muchacha bonita y festejada, y el entusiasmo místico – delicadeza característica de la mujer valenciana – que la produjo aquella gloriosa exaltación de su querida y venerada Virgen de Septiembre.

Eran las nueve de la noche, y bajo un cielo cuajado de puntos brillantes encendieron el castillo de fuegos artificiales plantado frente á la iglesia, maravillosa obra pirotécnica del popular *Choro*.

Rasgaron los aires incontables cohetes voladores – *ysides*, – describiendo elegantes ramas de parábola ó de hipérbola; giraron las ruedas, sacando vistosos juegos de oro – fuentes, cascadas, dragones, pórticos..., – y en medio de aplausos y vítores, después del fantástico ramillete final, despejóse la calle de mujeres y chiquillos, cerrándose todas las puertas.

Iba á empezar la *cohuetá*, infernal batalla de cohetes y salvaje remate de toda fiesta en los pueblos de Valencia.

Son los cohetes que para esto se usan, tubos de gran tamaño de hoja de lata ó de caña recubierta de cordel embreado, cargados de pólvora y fuertemente atacados con tierra, y suelen llevarlos los mozos, en gran cantidad, entre el pecho y la camisa – el *sí*, – arrojándoselos encendidos unos contra otros. Por toda defensa en tan tremenda pelea, cúbrense la cabeza con la manta morellana.

Movidos por el odio condensado en sus corazones, *Chimo* y *Batistet* pusiéronse á la cabeza de cada uno de los dos bandos que se formaron, rompiendo en seguida un fuego rudo y graneado que llenó de espanto á sus respectivos compañeros, menos por el peligro que por el estupor que les produjo la rabiosa acometida de los hermanos.



Cayeron al suelo los dos hermanos...

Un vago malestar hízoles comprender que iba á ocurrir algo terrible.

Los dos gemelos quedaron solos en el centro de la calle, persiguiéndose sañudamente, disparándose cohetes sin tregua ni descanso.

Hubo un momento en que los amigos quisieron intervenir.

¡Llegaron tarde!

Los luchadores habían ido aproximándose. Amenazadores, tenaces, feroces en su odio, casi se tocaban...

De pronto se detuvieron; una ráfaga de amor fraternal iluminó sus almas, y exclamaron conmovidos:

– *¡Batistet!*

– *¡Chimo!*

Y se abrazaron estrechamente.

Entonces ocurrió una cosa espantosa, horrible...

La mecha de *Batistet* prendió en el cebo de uno de los cohetes que *Chimo* llevaba en el *sí*, y antes de que pudieran separarse, comunicándose el fuego á los otros, cayeron al suelo los dos hermanos, entre cien estallidos, mutilados y deshechos..., ¡muriendo á la vez, como habían nacido!

Un grito angustioso, inmenso, salió de todos los labios, mientras á lo lejos, como estribillo de la fiesta, oíase cantar á los chicuelos:

«Ya no en queden,
Ya no en queden,
Ni cohuets, ni borrachetes,
¡Ni dinés pera palletes!»

ANDRÉS MIRALLES

EL GUARDA DEL MONTE, POR JACINTO OCTAVIO PICÓN. – ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

Entre Villalba y el Escorial tiene mi amigo Pérez un monte donde me permite ir de caza, ó simplemente de paseo, siempre que quiero. Cuando me hastía la vida de Madrid, aún más fatigosa para el espíritu que para el cuerpo, hago el esfuerzo de madrugar, que en un madrileño es casi rasgo de heroísmo, tomo el tren de las siete, llego al monte á las ocho, paso el día procurando no acordarme de nada enojoso, como fiambres que llevo y sabrosos guisotes que allí me hacen, ando mucho y á la noche vuelvo por el último tren que para en el apeadero cercano, distante de la casa de mi amigo poco más de un kilómetro.



Ando mucho y á la noche vuelvo por el último tren...

Los nacidos en otras regiones de España dicen que el campo de los alrededores de Madrid es feísimo: á mí, sin encantarme, me gusta. El suelo pardusco, quebrado y duro; el arbolado verde grisáceo de chaparros, robles y encinas; las tremendas peñas cenicientas cubiertas de musgo alagartado que les hace parecer colosales bestias dormidas en inmóvil reposo; el contorno de las montañas, cuanto abarca la vista, tiene por su forma, por su color y por sus proporciones un sello de grandiosidad que admira y sobrecoge. No es un paisaje bonito ni riente; pero hay en él cierto aspecto de desolada hermosura que sugiere é impone al alma ideas de tranquila y austera poesía: los pensamientos que allí se enseñorean del espíritu no son alegres; mas, como si con la viveza del aire se limpiasen, dan juntamente á la voluntad vigor, y á la imaginación esa apacible melancolía que sólo saben saborear los capaces de sentirla.

***

Tiene mi amigo en el monte dos guardas, Ramón y Andrés, que son padre é hijo; de cincuenta ó pocos más años el primero, de veinticinco el segundo. Lo frecuente de mis excursiones, y sospecho que también de mis propinas, me ha hecho amigo de ambos, pero sobre todo del padre; hombre en lo físico tan corpulento y de tan recia contextura que parece un Hércules, y en lo moral de tan buena índole que luego de conocerle se le cobra verdadero afecto. Sin embargo, á primera vista no atrae porque es huraño, tosco y poco comunicativo; anda triste, esquiva la conversación, y lleva casi siempre el semblante como contraído y afeado por un gesto de amargura que no predispone al prójimo en favor suyo. En cambio, cuando se consigue distraerle habla mucho, es afable, habla gracioso, y aquel mohín de tristeza que altera las líneas de su fisonomía, se trueca en una sonrisa que respira bondad y franqueza.

Una noche, después de haber permanecido allí el día entero, al levantarme de cenar me dijo Ramón:

– Señorito, hay que darse prisa: se nos ha hecho tarde; no le queda á usted más que el tiempo tasado para bajar al apeadero, y pronto, porque el último tren debe de haber salido ya del Escorial.

***

De la casa del monte al apeadero se tardaban veinte minutos. A buen paso, casi corriendo, emprendimos la marcha tropezando en piedras y malezas, porque era obscura la noche; y ya teníamos ganada la mitad de la cuesta que hay que bajar hasta la vía, cuando al salir de entre unas encinas vimos el farolón delantero del tren que se acercaba á todo vapor.

– Es inútil correr, dijo Ramón; hemos calculado mal el tiempo. Además, yo no porque conozco bien el piso, pero usted puede caerse y hacerse daño.

Comprendí que tenía razón: nos paramos: el tren llegó al apeadero, se detuvo los dos minutos de reglamento, y partió, despidiendo la locomotora nubes de humo y gruesas chispas, algunas de las cuales incendiaban á trechos las matas secas inmediatas á la vía.

– Volveremos despacio, dije.

– Y en vez de acostarse usted en una de las camas que hay para los convidados que vienen á cazar, le haré la del señorito: es mejor porque tiene colchón de muelles.

***

Echamos á andar cuesta arriba, hacia la casa, y de allí á poco, en tanto que soplaba un airecillo fresco, en extremo grato después de lo ardoroso del día, allá muy lejos por la última línea del horizonte empezó á surgir la luna, colosal y rojiza, cuyo disco al través de las ramas de los árboles parecía un encaje de fuego.

Nos detuvimos maravillados, y yo, sacando dos cigarros y dando uno á Ramón, le dije:

– Ahora no hay prisa: vamos á descansar un rato.

Me senté en el suelo y Ramón hizo lo propio; pero en vez de seguir contemplando como yo aquel grandioso espectáculo, apoyó los codos en las rodillas, la cara entre las palmas de las manos y se quedó tristemente ensimismado. Así permaneció un rato muy largo, y Dios sabe cuánto hubiese estado si yo no le llamase. Su actitud no era de cansancio ni fatiga, sino de pena: bastaba mirarle á la cara para comprender que sufría, que su pensamiento le hostigaba con recuerdos de pesadumbres pasadas ó temor de males venideros.

– Pero hombre..., Ramón..., ¿qué diablos le sucede á usted, que siempre está tristón y cabizbajo como pastor á quien se le mueren á docenas las ovejas? ¡Cuidado que hace tiempo que vengo y le conozco á usted! ¡Pues aún no le he visto á usted un día entero de buen humor! ¡Vamos, hombre, anímese usted, y si yo puedo servirle de algo en remedio de sus males, eche usted por esa boca!

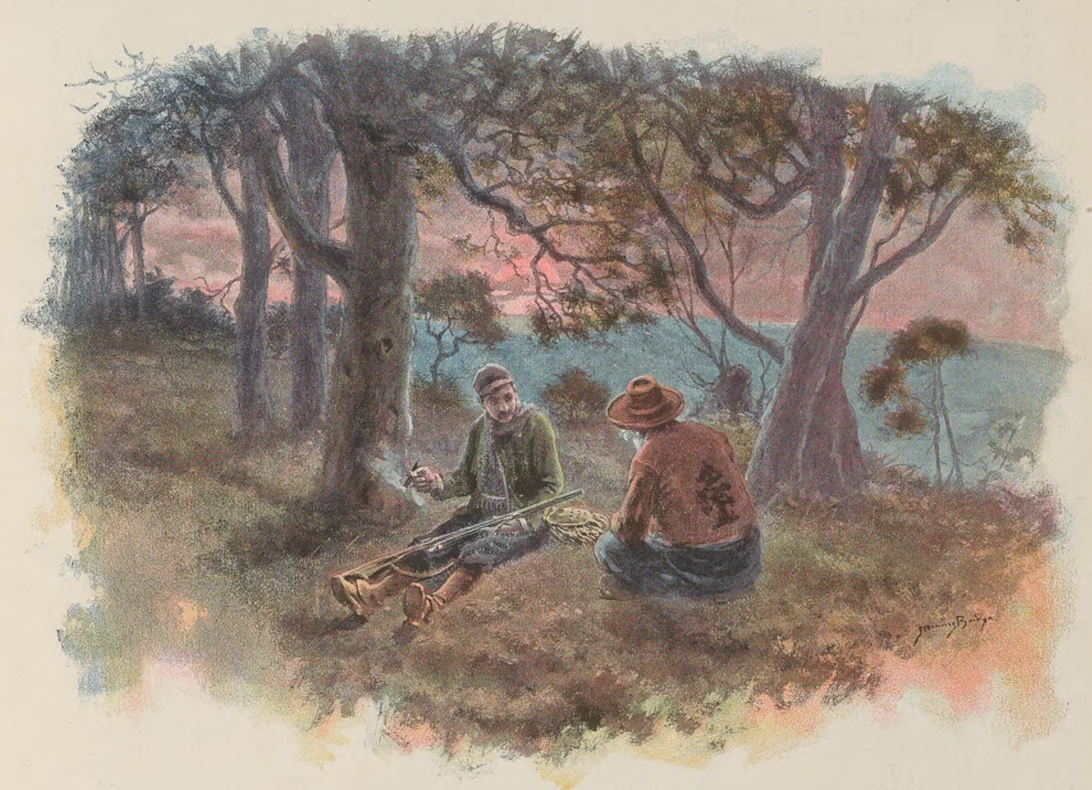
Mucho más debí de decirle, é indudablemente le conmovió la sinceridad que respiraban mis palabras, ó tal vez le sorprendí en uno de esos momentos en que el más receloso siente la necesidad de aliviar su dolor contándoselo á quien tiene cerca, sea quien fuere.

– Sí, señor, repuso, una pena muy grande, de todos los días, de todas las horas..., desde hace años.

– Hable usted, hombre, hable usted, y á ver si yo le encuentro remedio.

– Ni usted ni nadie; pero le contaré á usted el origen de todo para que se persuada de que no exagero. De este modo me perdonará si alguna vez parece que peco de desatento ó de perezoso por andar metido en mis cavilaciones.

Aquel año hubo mucho robo en el monte, sobre todo allá arriba: el invierno fué muy crudo; los pobres y los malhechores de los pueblos cercanos venían á cortar leña ó poner cepos; y el amo nos dió orden de que Andrés y yo nos quedásemos por alguno; lo que sucedió no se explica más que por ese deseo necio que sienten algunas personas de contar y repetir todo lo que saben y escuchan; pero lo cierto es que aquel hombre, no sé si estúpido ó malvado, le refirió, con detalles y fechas, que muchas



Hable usted, hombre, hable usted, y á ver si yo le encuentro remedio.

Y sin esperar á que le hiciese más protestas del interés que me inspiraba, siguió de esta manera:

– Ha de saber usted que yo enviudé hace diez años, quedándome de mi primera mujer, á quien tenga Dios en su gloria, ese hijo que usted conoce, Andrés, más bueno que el pan y que ya entonces era mozo. Al año de morir la madre el muchacho se enamoricó de una chica hija del administrador del soto de los Molinejos y tuve que dejarle que se casara. El amo les dió casa con la condición de que en vez de vivir en esta de la parte alta del monte, que usted conoce, habitase en la de allá abajo.

– ¿La que está junto á la vía?

– La misma; yo me quedé en la de aquí arriba sin más compañía que la vieja que cuida de los puercos y las gallinas. Aquella soledad, ó aquel apartamiento de mi hijo, á quien no veía más que una vez al día y menos cuando el tiempo se metía en aguas, me hizo mucho mal. Vamos, le aseguro á usted que creí que se me había muerto también el chico. Aquí, como usted sabe, en invierno no viene nadie más que un viejo que trae el pan de Villalba. Una mañana, en lugar del viejo, que se había puesto malo, tan malo que se murió aquella semana, vino su hija, viuda de treinta y tantos años, pero muy reguapa; una gran mujer. Pregunte usted á quien quiera y le dirá que en dos leguas á la redonda no hay otra como la Tomasa. Para no cansarle á usted, yo viudo y solo, ella lo mismo, comenzamos á hablar hoy un rato, mañana otro más largo, entre burlas y veras, que si ella me ponía los ojos dulces y á mí me gustaba que me los pusiese..., total, vaya..., dijimos, «pues casarnos...» Y nos casamos. Andrés lo llevó muy á mal; no sé por qué. Un día hasta se atrevió á decirme que Tomasa tenía en Villalba mala fama y que yo estaba demasiado viejo para marido: en esto último puede que tuviese razón, pero lo otro..., lo otro era mentira; nadie podía decir con fundamento cosa fea de Tomasa.

las noches en la casa alta, y que mientras durasen los robos las dos mujeres fuesen á vivir á la casa de abajo, la de junto á la vía. Así se hizo, de modo que Andrés y yo no las veíamos más que de día y por turno: unas veces bajaba yo..., otras veces él. Aquello duró dos meses, y luego volvieron las cosas á quedar como antes: ellos en la casa baja y nosotros en la alta. Esta separación fué causa de todas nuestras desdichas. A la mujer de mi hijo le hizo el amor un mozo de Villalba que pasaba por allí todos los días, y la grandísima infame se dejó querer, abriéndole la puerta y recibiéndole ó marchándose con él por esos campos en cuanto lograba burlar la vigilancia de Tomasa. De allí á poco no había por estos contornos quien lo ignorase; el único que no lo sabía era mi pobre hijo. Aquella grandísima sinvergüenza hasta se iba algunas veces al Escorial á buscar á su amante. Llegó el año del cólera, que todavía no sabíamos lo que era; pero ¡vaya si vino! En Pedrales, en Navamata, en Pozalillo se moría la gente que daba miedo. Aquí no hubo más que dos casos, Tomasa y Pepa, que murieron con diferencia de cuarenta y ocho horas. Excuso decirle á usted la impresión que aquello nos causaría. Esto es muy triste, ¿verdad? Mas nada tiene de extraordinario que el cólera se lleve dos personas de una misma familia. Pero verá usted lo que sigue. Una noche de otoño mi hijo se quedó á dormir en la casa de abajo para tomar de madrugada el primer tren que fuese hacia Madrid, donde tenía que hacer compras. Hubo una tormenta horrorosa: el agua caía á torrentes y los rayos encendían el aire.

De pronto comenzaron á aporrear la puerta; una voz pidió socorro y Andrés se asomó á la ventana. Era un empleado de la estación del Escorial que iba á Villalba y al cual la tempestad había sorprendido en el camino. Mi hijo le abrió para que se guareciese, y allí estuvieron fumando, hablando y jugando á la brisca hasta el amanecer. Ni Andrés le conocía ni él al muchacho; no había entre ambos resentimiento

veces pasando por allí á horas distintas, precisamente en la época en que Tomasa y Pepa habitaron solas la casa, había visto entrar un mocetón á quien una de ellas hacía primero señales desde las ventanas; y que en otras ocasiones les había visto de lejos juntos por el campo cogidos de la mano, como van las parejas enamoradas que huyen de la gente cuando creen que no les mira nadie.

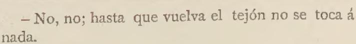
Andrés, según me ha dicho, hizo todo lo posible para que aquel hombre le diese algún dato, alguna seña, algún detalle por donde colegir cuál de las dos era, si la más joven ó la de más años, y al fin logró arrancarle una afirmación: la de que la mujer llevaba siempre un corpiño rojo que se veía desde muy lejos. Es decir, era mi nuera, porque Tomasa no usó corpiño de tal color, por lo reciente que estaba la muerte de su padre, y en cambio aquélla tenía uno.

A partir de la imprudencia cometida por aquel hombre, mi pobre hijo comenzó á sufrir lo indecible. Yo le veía triste, pensativo, huraño, como usted me ve á mí, hasta que un día á fuerza de súplicas y ruegos conseguí que me lo contara todo. Su modo de hablar, sus frases, su vehemencia, sus miradas de loco, todo me convenció de que aquella idea acabaría con él. Entonces..., entonces yo hice una cosa que no sé si es buena ó si es mala, pero con la cual estoy cierto de que le he salvado. Le dije que la culpable era su madrastra, que yo lo sabía desde mucho tiempo atrás, y que también sabía que para evitar sospechas ó para que cayesen sobre Pepa, Tomasa le hurtaba y se ponía el corpiño rojo. Andrés me pidió juramento de que decía verdad y juré.

Y el pobre Ramón acabó su relato diciéndome:

– De Tomasa nadie maldecirá porque mi hijo guarda el falso secreto de mi deshonra; y yo prefiero que crea que me equivoqué al elegir mujer á que sufra y se muera creyendo que le engañó la suya.

JACINTO OCTAVIO PICÓN



LA VENGANZA DEL CACHORRO

(CUENTO JAPONÉS)

En otro tiempo vivían en un bosque un tejón y una zorra.

Los matrimonios desiguales no son de ahora, y por eso la raposa, viuda de un zorro de alta suposición en toda la comarca, pasados los lutos no tuvo dificultad en contraer segundas y legítimas nupcias con un tejón que á falta de alta alcurnia tenía figura gallarda y un ingenio agudo y sutil, que á pesar de sus títulos de nobleza ya hubiera querido para sí el primer marido de la zorra.

La nueva pareja, consagrada por entero á las delicias conyugales y á la educación de un cachorro que quedó á la esposa de su primer matrimonio, pasaron los primeros años en la más completa de las felicidades.

Pero como la dicha dura poco, los cazadores dieron con aquel bosque olvidado, se encontraron con que la caza era en él más sabrosa y abundante que en parte alguna, y á fuerza de flechas y de venablos ni ciervo, ni oso, ni liebre, ni comadreja quedó para contarlo.

Gracias á su astucia, el tejón y la zorra con su querido cachorro fueron los únicos animales que lograron escapar del temido azote.

Pero lo que hasta allí había sido vida de holguras y de abundancia, lo fué en adelante de miserias y estrecheces.

Por no atreverse á salir de la madriguera, seguros de tropezar con algún cazador, que era lo mismo que si toparan de manos á boca con la muerte, se morían de hambre, y consumidas hasta las amargas raíces que había en la cueva, no les quedaba otro remedio que sucumbir.

El tejón entonces tuvo una idea.



– He meditado largamente sobre nuestra situación, dijo á la zorra, y creo haber dado con la solución del problema.



– Habla, dijo entonces la tierna esposa con viva ansiedad.

– Tengo un plan que me parece excelente. Voy á hacerme el muerto, cosa que dado el estado de extenuación en que me hallo no ha de ser difícil. Tú tomarás la forma de hombre, y cogiéndome de las patas como si real y efectivamente tuviera el corazón traspasado por una flecha, me llevas á vender á la ciudad. El dinero que te den lo empleas en alimentos sanos y substanciosos y te vuelves aquí á esperarme; que tan pronto como yo encuentre una coyuntura no me faltará resquicio por donde escaparme. Lo único que te encargo es que no toques á la comida hasta que yo vuelva.

– Eso, sin embargo, sólo nos hará salir de la situación por unos días, objetó la zorra.

– No lo creas. La cosa podrá repetirse. La semana que viene el que cambie de forma seré yo y tú la vendida.

La zorra acabó por encontrar el plan excelente, y todo se hizo como el tejón había pensado.

Cuando se disponía á salir de la madriguera dijo al cachorro:

– Tú no asomes la nariz de la parte de afuera; estate quietecito y no tardaré en traerte que comer.

Dicho esto, tomó la forma de un leñador, cogió por las patas al tejón que no daba más señales de vida que si efectivamente estuviera muerto, y echándoselo al hombro tomó el camino de la ciudad.

La venta no le fué difícil; y como sabía regatear, el precio que obtuvo no fué despreciable.

Con el dinero compró pescado, algunas legumbres y hortalizas, y en cuatro saltos se internó en el bosque.

Cuando llegó á la boca de la madriguera recobró su forma habitual, y corrió á estrechar contra su seno al cachorro, que aunque se perecía de hambre no se había movido del sitio en que le dejó.

El cachorro quiso comer á toda costa; pero la zorra, sobreponiendo al amor maternal la rectitud, acalló su hambre con cariño diciéndole:

– No, no; hasta que vuelva el tejón no se toca á nada.

Por suerte la espera no fué larga.

El tejón, jadeante por la carrera, entró exclamando:

– No he podido venir antes. El hombre á que me



vendiste llamó á su mujer para que me viera, y ni uno ni otro se cansaban de mirarme, satisfechos de la buena adquisición que habían hecho. Por fin me quedé solo y pude escapar, gracias á la ligereza de mis piernas.



En la mesa, aunque el tejón se cuidó de conservar para sí la mejor parte, todos quedaron satisfechos.



A los pocos días, sin embargo, los víveres comenzaron á escasear de una manera notable y el hambre volvió á asomar su escuálida cara en la guarida de los animales.

Entonces el tejón dijo á la zorra:

– Ahora te toca á ti.

Y ésta, aunque en razón á su sexo era tímida y asustadiza, se resignó.

Unos momentos después la nueva transformación estaba hecha, y el tejón, convertido en un robusto cazador, era el que se echaba al hombro el cuerpo inmóvil de su compañera.

Si la primera venta fué buena, no lo fué peor la segunda.

Lo que no se pareció en nada fué la lealtad de ambos vendedores.

La zorra era todo abnegación; pero en el alma



de su esposo no había más que egoísmo y perfidia.

Por ello, deseando que todo el provecho fuese suyo, cuando hubo ultimado el negocio susurró al oído del comprador:

– Os advierto que ese animal finge estar muerto y al primer descuido se os escapará.

– No paséis pena por eso, contestó el hombre.

Y sin pararse en más tomó un pesado martillo y lo descargó con tan certera mano sobre la cabeza de la zorra, que la infeliz quedó sin vida.



Ésta dirigió tal mirada al tejón, que si éste hubiera tenido entrañas habría sucumbido presa de los remordimientos.

Pero como era un malvado, de lo que cuidó fué de hacer buen acopio de provisiones y volverse con ellas al bosque.

El hijo de la desgraciada zorra, que esperaba todavía con más impaciencia que la venida de los alimentos que tanto necesitaba la vuelta de su madre, al ver que ésta no aparecía rompió en amargo llanto.

Sin embargo, el detalle de que el tejón se engullera las provisiones sin ofrecerle un mal bocado ni reservar la menor porción á la zorra, fué una espantosa revelación para él.

Lo que tiene es que como astuto que era comprendió que para vengarse no le convenía luchar de frente con el que ya conceptuaba como el más odiado de sus enemigos.

Siendo fuerte aquél y él débil, sólo la maña bien empleada podía equilibrar las condiciones de combate, ya que no poner la superioridad de parte suya.

Para conseguir el objeto que se proponía, devoró sus lágrimas y hasta acabó por decir en el tono más alegre que le fué dado fingir:

– Para no sentir el hambre no hay como distraerse. Si te parece, vamos á pasar el rato con un juego que ha de resultar muy interesante y que nos ha de hacer aguzar el magín.

– ¿Qué juego es ese?, preguntó el tejón.

– Uno muy sencillo. Primero me transformo yo en hombre, me echo á andar por el bosque, y si con la forma que tome me conoces, tú ganarás y yo confesaré que no hay quien te aventaje á finura de olfato ni á perspicacia de vista. Después serás tú el que se disfrace y yo haré por reconocerte.

El tejón aceptó la partida; pero el cachorro, que

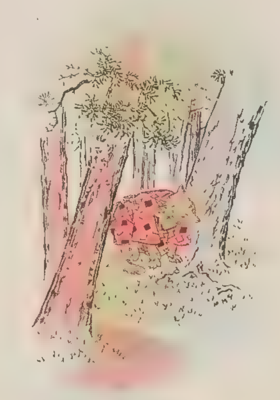


había estado venteando el aire un buen rato, en vez de efectuar la transformación, se escondió tras de un árbol y esperó los acontecimientos.

Estos no tardaron en dejar cumplida la venganza.

Mientras el tejón buscaba por todas partes al hijo de la que fué su esposa, por el puente que conducía á la ciudad desembocaba un noble y rico caballero, seguido de monteros, hombres de armas y su larga jauría.

El tejón, tomándole por el cachorro, lejos de huir se fué á él gritando con aire de triunfo:



– ¡Te he conocido! ¡No finjas más! ¡Ya sé que eres tú! ¡He ganado la partida!

Pero el noble y rico caballero, sin oir sus palabras, exclamó á su vez:

– ¡Un tejón! ¡Soberbia pieza!

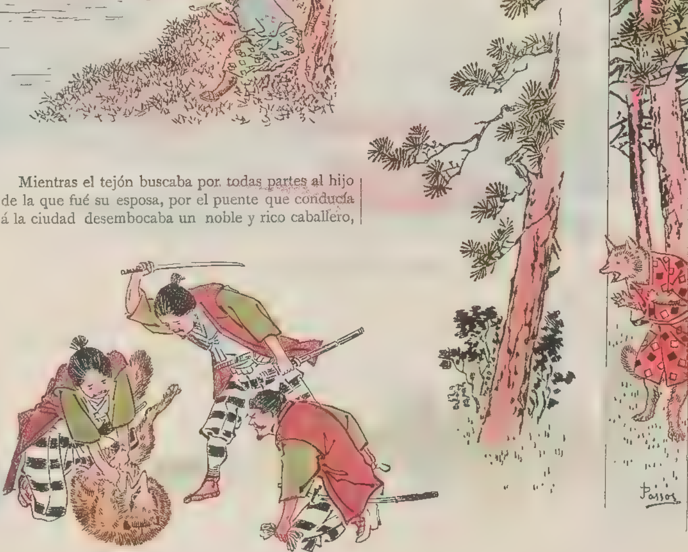
Y armando en seguida la ballesta que llevaba consigo, asestó con tan buena puntería una flecha al corazón del pérfido animal, que éste dió una vuelta en redondo y cayó inerte lanzando un caño de sangre por la boca.

Mientras los perros, dando saltos de alegría, se lanzaban á la presa, una diabólica carcajada salió de detrás de uno de los árboles.

Era el cachorro de la zorra que corría á ocultarse en su madriguera rugiendo para su coleto:

– ¡Ya estoy vengado!

Traducción de Angel R. Chaves





Se alejó silbando á través de los frutales.

EL TRES DE NUEVE, cuadro de costumbres catalanas.—Ilustraciones de José Luis Pellicer.

I

Caía la tarde, una tarde de abril, inundada de luz, de aromas y colores. El agua corría rumorosa en la profunda acequia, desde la cual, embocando al correr multitud de angostos canalillos, iba á regar la feracísima huerta de los Fontanales, á la orilla derecha del Francolí, á cuatro kilómetros de la industriosa ciudad de Valls y á doce ó catorce de Reus y Tarragona. Un esbelto y curtido mozo en mangas de camisa, con un vistoso pañuelo arrollado á la cabeza, calzón corto, pierna desnuda y pie descalzo, abriendo aquí, cerrando allá su curso con el hierro de la azada, conducía el agua por los surcos plantados de hortaliza y árboles frutales. Al llegar al límite de un cuadro de coles y lechugas, hincando en la

Domingo pelaba la pava con Marieta

mojada tierra el rústico instrumento, apoyó ambas manos en el mango de la azada y se detuvo ante un fornido labrador que, á pocos pasos de él, en la vecina huerta, practicaba igual faena.

– *Piporro*, Dios te guarde.

– Él te guarde á ti también, Domingo, respondió el interpelado, con cierta violencia en el acento, aunque sin hacer caso del apodo con que su interlocutor le saludara.

– No me tengas mala voluntad, no hay para tanto.

– Bien sabe Dios, Domingo, que por tus prendas jamás te aborrecí: eres honrado, laborioso y amigo de hacer bien; pero...

– ¿Qué culpa tengo yo, di, de que la Marieta no te quiera?

– La tienen tus verdes años, la tienen los míos, aunque verdes también, un poco más maduros. ¡Que me desprecie esa moza porque te llevo quince abriles! Como si un hombre á los treinta y cinco, sin desmerecer su juventud, no aventajara en juicio y experiencia á otro de veinte.

– Las mujeres son caprichosas.

– Eso, ¿qué quieres que te diga?, no lo he podido digerir.

– Peor para ti entonces.

– ¡Peor para mí! Pues yo te digo, añadió exaltándose el *Piporro*, yo te digo que ni tú ni ella gozaréis en paz uno de otro.

– No te comprendo, *Piporro*.

– Me comprenderás en otra ocasión.

– ¿Cuándo?

El *Piporro* clavó la vista en un próximo cerezo, dejó vagar por sus enjutos labios una sonrisa de cruel satisfacción, y dijo, como inspirado por una idea diabólica:

– El día de la fiesta mayor.

¿Por San Juan?

– Eso es.

– Bueno.

– Abur.

Y al hombro la tosca azada, que chorreaba agua y lodo sobre sus calzones y camisa, el *Piporro*, á quien por su vozarrón daban este mote, saltó la rumorosa acequia y se alejó silbando á través de los frutales.

Domingo, sin cambiar de postura, paseó en torno una mirada distraída; abarcó, sin darse cuenta de ello, la extensa y pomposa huerta, el largo y sinuoso río, el cielo entre azul y cárdeno, el anfiteatro de montañas que, comenzando á negrear, limitaba el horizonte hasta el vastísimo escenario del Mediterráneo, y murmuró maquinalmente:

– ¡Por San Juan!..

II

Tres horas después, Domingo pelaba la pava con Marieta, junto á la casa de la misma, casa destartalada y vieja, situada en los arrabales de Valls. Marieta, una mocetona robusta y bien formada, de rústica y sólida hermosura, apoyada al desgaire en el quicio de la puerta, oía, riéndose, los requiebros y ocurrencias de su novio.

– Ya sabes, decía éste, que me muero por tus pedazos, y en cuanto nos echen la bendición...

– ¿Cuándo va á ser?

– La huerta no da sino para ir tirando; pero así que llegue la vendimia y realice la cosecha...

– Por San Juan os lo dirán de misas, interrumpió de pronto la voz rimbombante del *Piporro*, al pasar junto á la casa y desaparecer tras la inmediata esquina.

– ¡Mochuelo! ¿Qué dice ese mochuelo?, profirió Marieta.

– No le hagas caso: ¡escucha!

Y Domingo refirió á su novia la escena de aquella tarde junto al río.

– ¡Ay, ay!, repuso ella, ¡rabia de celos y no se conforma con que le haya dado calabazas! ¡Oso, más que oso! ¿Iba á casarme yo con un hombre que casi puede ser mi padre?

– A mí, ya lo sabes, Marieta, no me asusta ningún hombre; pero si sus amenazas vinieran contra ti...

– ¡Por Dios, Domingo, no te comprometas!

– En ese caso..., ¡voto á..!, el vendimiado será él.

Y soltó Domingo un taco tan redondo que, á ser menos moreno, hubiérase teñido de carmín el rostro de su novia.

III

La víspera de San Juan, día de su fiesta mayor, comenzaba á alborotarse la ciudad de Valls. En el teatro, en el Casino y en el Centro de Lectura se preparaban lucidos bailes; los gigantes, sacudido el



Caminaban llevando hachas encendidas y muy inclinadas

polvo y las galas renovadas, al son del tamboril y la dulzaina, salían á recorrer la población; en las casas particulares, en los cafés, en los comercios, apenas se hacía otra cosa que leer y comentar el programa de la fiesta; los párvulos, á sus lecciones desatentos, habían obligado á los maestros á darles asueto aquella tarde, y aquí y allá corrían alborozados en busca de ramas secas, virutas y otros inflamables combustibles para las tradicionales hogueras de la noche; las lindas muchachas de quince abriles pedían á sus madres ó enviaban á sus sirvientes á quitar á las gallinas del corral el fresquísimo huevo que, estrellado en un plato al dar las doce, cuando la hija del rey Herodes bailase en torno de la luna, había de dibujar, con todos los pelos y señales, el destino de su futuro amor. En la iglesia parroquial de San Juan Bautista y en el Ayuntamiento tampoco se dormían en las pajas, siendo grande el trajín de sacerdotes y monagos, de concejales y alguaciles. En un balcón de la Casa Consistorial, con regocijo y admiración de las comadres y chiquillos, que desde la plaza la contemplaban, veíase dispuesta á engalanar la procesión la enorme águila de pintado cartón con su blanca paloma en el pico y su corona de reina de las aves sobre la cabeza.

Durante la noche, entre el regocijo y algazara generales, Domingo y Marieta, agarrados del brazo y seguidos de los padres de la segunda, dos rústicos viejecitos, iban de calle en calle divirtiéndose en ver á los rapaces saltar, á riesgo de abrasarse ó desnucarse, las filas de hogueras, cuyas crujientes llamas amenazaban devorar los edificios. Al retirarse, satisfechos y contentos, á sus respectivas viviendas, ni

uno ni otro recordaban en modo alguno las enigmáticas y amenazadoras palabras del *Piporro*.

Al amanecer del alegre día imposibilitado de dormir, despertó como un solo hombre todo Valls. Sonaban en todas partes tamboriles y dulzainas; los Diablos, los Bastones, D. Juan de Serrallonga y otros bailes y mojigangas, los llamados *Xiquets* con sus torres ó pirámides humanas, recorrían la ciudad en todas direcciones. Hombres, mujeres y niños salían á las próximas torrenteras á darse abluciones en los pies, á saborear la clásica torta espolvoreada de azúcar y regada con aguardiente. Y como si todo ello no bastara, una estruendosa salva de morteretes, disparada en la plaza de Prim y atronando con sus estampidos los cuatro puntos cardinales, voló á despegar las sábanas del último durmiente.

A las seis de aquella tarde, la parroquia abrió sus puertas de par en par y dió paso á la lucida procesión. Precedíanla en son de bulla y regocijo los gigantes, bailes y mojigangas. Los gigantes eran tres, uno negro, menos alto que los otros dos y con un látigo en la mano; tras él venía la giganta, vestida de seda carmesí y mantilla blanca; por último, el descomunal jayán, llamado *el de la Porra*, cubierto con un turbante y su formidable clava al hombro. Los Diablos, embutidos en sus estrafalarios trajes pintados de llamas, ostentando cuernos en los capuchos y rabos en la parte posterior, iban agitando sendas mazas, sujetas á las cuales rodaban, esparciendo un mar de chispas, hirvientes carretillas.

Los de la danza de los Bastones, vistiendo pañuelos liados á la cabeza, faldellines azules y blancos zaragüelles hasta media pierna, venían de dos en dos esgrimiendo, al son de flautas, cortos y macizos palos. Seguían á estos y otros bailes y mojigangas, los gremios y cofradías con sus respectivos estandartes; tras ellos el pendonista, que era el diputado del distrito, cuyo séquito formaban, elegantes y solemnes, los jóvenes de las familias principales. Luego el águila, presa en el pico la cándida paloma atada al cuello una cinta de seda carmesí, rodeada de rapaces disfrazados de aguiluchos; después, bajo palio, la gloriosa imagen del Bautista entre sacerdotes revestidos de sus ornamentos, y finalmente, el ilustrísimo Ayuntamiento en traje de etiqueta, ostentando bandas amarillas y encarnadas, de las cuales pendían sendos espadines; la música municipal y un piquete de infantería, acompasado el paso al lento redoble del tambor, las armas á la funerala y los roses á la espalda.

Al salir de la parroquia la sagrada imagen, las campanas fueron echadas á vuelo y una salva de morteretes atronó los aires. Al llegar el águila á la plaza de Prim, el hombre embutido hasta la cintura en el vientre de la reina de las aves comenzó á dar saltos y cabriolas, golpeando con ella á los aguiluchos, que rodaban por el suelo, y la procesión se detuvo un instante. Domingo y el *Piporro*, pertenecientes á la misma cofradía, caminaban uno delante de otro, llevando hachas encendidas y muy inclinadas, en señal de rumbo, para que más y mejor se consumieran. Marieta, desde una ventana henchida de espectadores, los contemplaba embelesada.

Se va á pasar el día de San Juan, dijo Domingo al detenerse, y no me dirás por qué no he de ser dichoso yo con la Marieta.

– El día de San Juan, respondió siniestramente el *Piporro*, no termina hasta las doce de la noche.

IV

Al ajetreo de la procesión siguió la calma de la cena Los vallenses, en sus respectivos domicilios, parecían descansar de sus fatigas. Pero poco antes de las nueve la plaza de la Constitución y calles adyacentes comenzaron á cuajarse de espectadores. Al sonar dicha hora en la vecina parroquia, ni en la vía pública, ni en ventanas y balcones

Sobre ellos se encaramó el octavo, un mancebo de dieciséis abriles, que encima de todos se colocó en cuclillas

cabía un alfiler. Un runrún semejante al oleaje recorría como un espasmo aquel mar hormigueante de cabezas.

– ¡El tres de nueve, van á probar el tres de nueve!

En efecto, los *Xiquets de Valls* iban á levantar sus sorprendentes torres ó pirámides humanas. *El tres de nueve* era un nuevo y arriesgado castillo, no intentado hasta entonces, un loco alarde de fuerza y equilibrio. La muchedumbre estaba ansiosa, los edificios iluminados; los hachones, empotrados en el piso de la plaza y atestados de leña, ardían como hogueras; las carretillas de los diablos y los triquitraques que quemaban los pilluelos, aumentando la algazara, llenaban el aire de chispas y detonaciones. Brillaba abajo tanta luz, que el cielo, estrellado y con luna, parecía el caos.

De pronto rasgó el espacio el alegre son de la dulzaina.

– ¡Ahora, ahora!.., rugió la muchedumbre.

Allá, en la parte baja de la plaza, no lejos de la fuente y al pie de las gradas que la ponen en comunicación con la calle contigua, vióse elevarse como por ensalmo una columna de cinco hombres uno sobre otro; en mangas de camisa, calzón corto y pañuelo liado á la cabeza, un niño de ocho años trepó por la columna hasta afirmar los pies sobre los cinco, puso los brazos en jarras y miró al espacio. Estrechada por una piña de gente que sostenía y ayudaba al de abajo, la humana columna fué subiendo la gradería, cruzó lentamente la plaza hasta la Casa Consistorial, á cuyos balcones se aferraron y subieron el niño y los dos que le seguían, mientras los otros tres, deshaciendo el castillo, se confundieron con la multitud.

¡El tres de nueve, el tres de nueve!, tronó ésta, alborozada.

Transcurrieron algunos minutos; redobló el tamboril y rasgó nuevamente el aire el son de la dulzaina. A favor de una oleada de cabezas abrióse un extenso claro en el centro de la plaza. Tres hombres, tres hércules, en mangas de camisa, al aire el velludo pecho, afirmaron los pies en el suelo, se trabaron fuertemente de brazos en forma circular; otros tres, saltando sobre los hombros de los primeros, tomaron igual postura, y cuarenta manos, cuarenta garras de los que junto á los de abajo se apiñaban, se clavaron en sus corvas. Otros tres hombres, uno de los cuales era el *Piporro*, se encaramaron sobre los anteriores hasta colocarse de idéntica manera. Y así sucesivamente, por razón de estética y de equilibrio, yendo de más á menos en fuerza y corpulencia, alzáronse hasta siete pisos de tres hombres cada uno. El séptimo lo constituían tres ágiles y esbeltos jóvenes de veinte años, cuyas cabezas casi se juntaban y entre los cuales se veía á Domingo. Sobre ellos se encaramó el octavo, un mancebo de dieciséis abriles, que encima de todos se colocó en cuclillas, dispuesto á servir de pedestal á la figura que iba á coronar aquel humano campanario. Aquello erizaba los cabellos, suspendía el ánimo. Tratábase de una colosal pirámide cuyas aristas eran cariátides vivientes y al través de cuyas vacías caras descubríase allá, en el fondo de la inmediata callejuela, el ancho y pintado rosetón de la gótica parroquia. La pirámide se bamboleaba como un olmo sacudido por el viento; no obstante, aquellos temerarios, apretados los dientes, saltados los ojos, hinchadas las venas, dobladas las rodillas, manando ríos de sudor y las uñas de cada cual hundidas en las corvas del de encima, se mantenían firmes, guardando la ley del equilibrio. El niño de antes, trémulo, pero impávido, con un ramito de albahaca en la boca, aferrándose con manos y pies á las cariátides vivientes, había comenzado á trepar por las espaldas del *Piporro*, quien murmuró unas palabras al sentirlo, y seguía trepando, trepando en seguimiento del octavo. Al encaramarse á los hombros de Domingo, balbuceó muy callandito:

– El *Piporro* me ha dicho que no suba, que me va á pasar algo malo; pero yo no le hago caso. ¿Qué diríais vosotros si me volviera atrás?

Domingo, bamboleante y sudoroso, recordando las siniestras amenazas de su rival, sintió como con una súbita revelación iluminarse su cerebro; quiso advertir al muchacho, pero era tarde, porque éste escalaba ya la espalda del octavo, que acababa de tomar su arriesgada posición.

Ya las dulzainas lanzaban alegres una nota aguda y prolongada, ya el angelito, de pies sobre el octavo, agitaba á modo de alas y en señal de triunfo los bracitos, cuando el *Piporro*, que formaba parte de los terceros, fingiendo resbalar sobre su segundo, perdió el equilibrio, lo hizo perder á los demás, y aquella portentosa máquina humana se vino toda al suelo como un castillo de naipes. Las dulzainas pararon de repente, y durante algunos segundos sólo se vieron hombres en el aire y, abajo, un bosque de brazos desnudos alzados al cielo; sólo se oyeron lamentos, alaridos y blasfemias, siendo indescriptibles la confusión y el movimiento. De los *xiquets*, tan puntillosos como valientes, unos corrían en auxilio de los heridos, otros entre maldiciones arrojaban con furia la *barretina*, se mesaban las barbas ó se arrancaban los cabellos á puñados. Junto á un portal, asistido de muchos y rodeado de un compacto grupo, yacía Domingo sin conocimiento. Marieta, que como un rayo había bajado de un balcón, pálida, desgreñada, semejante á una leona en celo, olvidada del pudor, apartando á manotazos y empellones á los hombres, conseguía abrirse paso.

– ¡Fuera! ¡Dejadme! ¡Quiero verle!

Al llegar hasta él, Domingo abría los ojos, se palpaba el cuerpo y procuraba darse cuenta del suceso.

– Tranquilízate, no tengo nada, dijo al ver á su novia.

– ¡De veras! ¿No tienes herida ni fractura?

– Nada, me cogieron al caer; el golpe, la conmoción...

¡Alabado sea Dios! ¡Qué susto me has dado!

– ¿Hay muchas desgracias?, repuso Domingo, poniéndose en pie.

– Contusiones y chirlos de poca importancia, respondieron los del grupo; sólo un muerto...

– ¿Quién?

– El *Piporro*. Aunque procuró guardar el bulto, tropezó en el aire con otro que caía, y fué á dar de cabeza contra un canto, con tan mala suerte que se saltó los sesos.

– Ahora se lo llevan... ¡Mirad!

– ¡Pobre! Dios le haya perdonado, suspiró Marieta.

Domingo miró á su novia, y al verla desgreñada, palpitante, con sus mejores galas en desorden, tan rústica, tan salvajemente hermosa, pensó que también él, en el lugar del *Piporro*, hubiese hecho aquella barrabasada, porque... ¡recristina, ver en brazos de otro esa mujer!..

Y él, el único que estaba en el secreto, generoso en medio de su dicha, no quiso deshonrar la memoria de su rival, y se calló como un muerto, dejando ignorar á sus compañeros la verdadera causa del fracaso del *tres de nueve*.

Juan Tomás Salvany





TRADICIÓN PERUANA

ILUSTRACIÓN DE APELES MESTRES

Nuestras abuelas, benditas mujeres que en gloria estén, que alcanzaron los tiempos de Avilés, Abascal y Pezuela, cuando querían exagerar la necedad ó tontería de una persona decían que era un *cándido de calilla.*

Los seminaristas en el Perú (y no sé si en las demás colonias), por imitar á los estudiantes de Salamanca, dieron desde el siglo XVII en mantear á los colegiales novatos y á los acusones, y en aplicar calillas á los que, por afeminamiento, pobreza de espíritu ó candidez, estimaban merecedores de aquéllas. Eso era como los rehiletes de fuego sobre el testuz de toro que no remata suerte.

A estas insolencias, nunca penadas con ejemplar castigo por los rectores, se dió el nombre de *colegialadas,* y no sólo las festejaba el público, sino que entraron en las costumbres sociales. Contábase en los salones como gracia, y se desternillaban de risa los oyentes, que á tal ó cual mentecato le habían *echado calilla* ó *melecina,* como dice Cervantes.

Previo este preámbulo, paso á hacer el extracto de un auténtico proceso que á la vista tengo, no sin consagrar antes un párrafo á la descripción de la ciudad que fué teatro del suceso.

I

Trujillo, ciudad amurallada que á tres leguas del mar (pues su principal puerto es Salaverry) fundó Francisco Pizarro en 1535, es cabecera de valles fertilísimos, y en su circunscripción se encuentran las haciendas más productoras de azúcar. Es hecho histórico, suficientemente comprobado, que la hacienda de Trapiche, en el valle de Chicama, fué la primera del Perú en que, por los años de 1580, se sembró caña, cuya semilla ó planta vino de Méjico. Han corrido tres siglos, y hoy la producción de azúcar no baja de cincuenta mil toneladas al año.

Al bautizar Pizarro con el nombre de Trujillo á la nueva ciudad, hízolo en conmemoración de la población extremeña en que él naciera, y con el propósito de que rivalizara con Lima, cuya fundación databa sólo de los dos años anteriores. Principió dotándola con convento é iglesia de las órdenes dominica y franciscana, viniendo más tarde el establecimiento de mercedarios, agustinianos, jesuítas y belethmitas. Las monjas clarisas y las carmelitas de Santa Teresa vinieron en los tiempos

en que la población de Trujillo excedía de quince mil almas, tiempos que fueron de positivo apogeo para la ciudad.

En 1609, y por Breve de Paulo V, se efectuó la erección del Obispado, estrenándose en 1616 la Catedral, cuya fábrica, realizada con el óbolo del vecindario, era suntuosa.

Fatalmente Trujillo rivaliza con Lima hasta en la frecuencia de los temblores, y á los ochenta y cuatro años de fundada, un día del año 1619, á las once de la mañana, espantoso sacudimiento de tierra, cuya violencia duró tres minutos, convirtió en escombros la hasta entonces alegre y progresista ciudad.

Trató, por entonces, el Cabildo de la traslación á otro lugar en donde la ola seísmica no había causado estragos; pero la mayoría de los vecinos se opuso al propósito, y procedióse á la reedificación. La de la nueva y actual Catedral quedó terminada en 1666.

Años luctuosos para Trujillo, además del ya apuntado, son el de 1725, en que un día, también á las once de la mañana, un fuerte temblor que duró poco más de un minuto echó por tierra seis casas maltratando el resto de edificios, y el de 1759, á las once de la noche, cuya violencia y daños casi lo igualaron con el terremoto de 1619.

Los trujillanos tuvieron siempre humos muy aristocráticos; y tanto que los burlones limeños decían de aquéllos que, en la plaza mayor, tenían enterradas, como reliquias caballerescas, una costilla y la lanza de Don Quijote. Blasonaban los buenos hijos de Trujillo de que el escudo de armas otorgado por Carlos V á su ciudad, fué el primero que hubo en el Perú, pues el de Lima fué expedido por el monarca con posterioridad. Duélenos *desilusionar* á los trujillanos comprobando que no están en lo cierto.

En el *Nobiliario de Indias*, publicado en 1892 por la Sociedad de bibliófilos andaluces, figura una real cédula, expedida en Valladolid el 7 de noviembre de 1537, designando el escudo de armas para Lima, y con fecha 7 de diciembre del mismo año se expidió, también en Valladolid, otra real cédula, dando escudo de armas á Trujillo.

Resulta de lo dicho (¡cuánta honra para mis tataranietos y choznos!) que, nada menos que en treinta días, está la noble Lima sobre la noble Trujillo. ¡Que no valga!

En lo que sí lleva ésta indisputable ventaja nobiliaria que yo, si fuera trujillano, no cambiaría ni por una cajetilla de cigarros, es en que mientras los alcaldes del Cabildo de Lima nunca pasaron de caballeros de hábito, condes ó marqueses, Trujillo tuvo por alcalde á todo un príncipe. ¡Cómo ha de reir la humanidad futura de la estulticia y candidez americana que fincaba orgullo en futesas tales!

II

D. Juan Bazo y Berry, que alcanzó á ser oidor en la Real Audiencia de Lima y que, después de jurada la independencia, se embarcó para España, desempeñaba el cargo de teniente asesor en la intendencia de Trujillo.

Fué D. Juan Bazo y Berry quien más influyó para que en la sesión que celebró el Cabildo el 1.° de enero de 1793 se eligiese, como en efecto se eligió, para alcalde de Trujillo al príncipe de la Paz y duque de Alcudia D. Manuel Godoy y Alvarez, disponiéndose que, por residir el electo en España, se entregase, en calidad de depósito, la vara de justicia al alférez real D. Juan José Martínez de Pinillos. Sabido es que Godoy aceptó la honra que los trujillanos le dispensaban, y que obtuvo del rey tres ó cuatro cédulas acordando mercedes á la ciudad y á su puerto. El hombre era agradecido.

Sigamos con Bazo y Berry, dejando dormir en paz al favorito de Carlos IV.

En el primer año de este siglo que ya agoniza lo ascendió el rey á oidor de la Audiencia de Buenos Aires, ascenso que provocó envidiosas murmuraciones entre los leguleyos de la ciudad. Distinguióse entre los maldicientes un abogadillo ramplón, á quien nadie encomendaba la defensa de un pleito porque, amén de ser piramidal su reputación de bruto é ignorante, era persona ridícula de quien todos se mofaban, recargándola de apodos.

Habíase educado en un colegio de Lima; pero el colegio no entró en él, como decía el obispo Villarroel hablando de su convento. Mas tuvo padrino poderoso en el claustro universitario, y por aquello de *accipiamus pecunia et mitamus asinus in patria sua*, le dieron el diploma de licenciado en leyes.

Un chismoso llevó á oídos de doña Josefa Villanueva, esposa del nuevo oidor bonaerense, las ofensivas palabras que el licenciado D. Mariano de Mendoza profiriera en uno de los corrillos, siendo una de las más graves injurias haber dicho que las oidorcitas, hijas de D. Juan Bazo y Berry, eran unas señoritas del pan pringado.

Otro que tal llevó idéntico chisme á D. Francisco Bazo y Villanueva, mancebo de veintiún años, seminarista ordenado de cuatro grados, y que había merecido del virrey inglés el título de sacristán mayor de Cajamarca, empleo nominal muy codiciado, pues daba honra y renta (muy pequeña) sin ocasionar la menor fatiga.

Entre madre, hijo y hermanas formaron consejo de familia, y por unanimidad de pareceres se resolvió aplicarle un par de calillas al licenciado D. Mariano de Mendoza, en castigo de su bellaquería.

III

Con fecha 2 de diciembre de 1801 presentó Mendoza, ante el ilustrísimo obispo Minayo y Sobrino, un recurso querellándose contra el seminarista ordenado en grados menores D. Francisco Bazo y Villanueva, porque éste, con el pretexto de que tenía una encomienda que entregarle, lo llevó á su casa en la tarde del domingo 29 de noviembre, lo condujo á una de las habitaciones interiores, y con sus criados, que le menudeaban golpes, le hizo vendar los ojos y acostar sobre un colchón. En seguida le aplicaron dos velas de sebo, lo pusieron en la puerta de la calle, y le dieron un puntapié, festejándose la colegialada por la oidora, las oidorcitas y amigos y amigas que las acompañaban, amén del famulicio que actuara en el ultraje.

El seminarista D. Francisco, á quien el obispo corrió traslado del recurso, se vió, como dicen, en mula chúcara y con estribos largos, ó sea en calzas prietas, pues la colegialada podía costarle, por lo menos, la expulsión del Seminario y crear obstáculos para el logro de su aspiración al sacerdocio. Por eso, á la vez que intrigaba para entrar en componendas con el querellante, contestó al traslado pidiendo que Mendoza afianzase la calumnia, petición que fué apoyada por el promotor fiscal.

Así la opinión pública como la rectitud del obispo Minayo y Sobrino favorecían á la infeliz víctima del insolente colegialito; pero, repentinamente, fué general el cambio de simpatías, y todo Trujillo convino en que Mendoza era digno de que en él se consumiera todo el sebo de las velerías del Perú.

IV

Yo también, después de un siglo cabal del suceso, opino lo mismo ¿Por qué? Porque Mendoza, con fecha 7 de diciembre, firmó un recurso, á presencia de dos testigos, en el que se desistía de la querella contra el seminarista, su señora madre y hermanas, á quienes confesaba haber agraviado con su falta de consecuencia al buen trato que de esa familia había siempre merecido Agregaba que, estando ya su espíritu más sereno, reconocía que Francisco, el futuro presbítero, no había desempeñado otro papel que el de mirón en una broma de la señora y de las niñas.

En el mismo día recayó, sobre este recurso de desistimiento, el siguiente notabilísimo auto: «Por desistido; pague el suplicante las costas, y archívese.=El Obispo.— Ante mí, *Merino*.»

Aquí, con el auto en que no sólo se quedaba el licenciado muy fresco con las calillas dentro del cuerpo, sino que hasta las pagaba con el dinero que, por costas judiciales, se le condenaba á satisfacer, creerá cualquiera fenecido el juicio. Pues no, señor; todavía hay rabo por desollar.

V

Si estúpido y sin vergüenza estuvo Mendoza con su recurso de desistimiento, tres días después acabó de consolidar su reputación de tonto de capirote, presentando nuevo escrito que, por ser típico, quiero copiar *ad pedem literæ*.

«Ilmo. señor: El licenciado Mendoza en los autos criminales contra doña Josefa Villanueva, sus hijos y criados, digo: Que el día lunes de esta semana, 7 de diciembre, como á las diez de la mañana, el regidor D. José de la Puente me trajo cien pesos, en seis onzas de oro, para que me desistiese del pleito, con más un escrito de puño y letra de la parte contraria para que lo firmara. En efecto, así porque me hallaba en cama con las costillas maltratadas, porque como con ese dinero podía ayudarme para la curación, alimentos, médico y medicinas, accedí á firmar dicho escrito. Pero como documentos que se hacen bajo la opresión, siempre que se reclame con tiempo, no valen ni hacen fuerza, á Useñoría Ilustrísima rendidamente suplico se sirva mandar la prosecución del juicio, y que se proceda á la sumaria »

—¡Vaya un hombre para indigno! ¡Valiente gaznápiro!, exclamó el obispo después de oir leer por el notario Merino este recurso.

Consideró su señoría que sería el cuento de la buena pipa ó de nunca acabar el seguir admitiendo recursos de un *calillado* de condición tan bellaca. Es dar puñaladas al cielo ó intentar lo imposible el imaginarse que de un imbécil pueda sacarse un hombre discreto.

He aquí el auto final que dictó el ilustrísimo señor obispo:

«No ha lugar, no ha lugar y no ha lugar. Quédese el suplicante con sus calillas, ú ocurra donde le conviniere, no siendo ante esta curia eclesiástica.=El Obispo. Ante mí, *Merino*.»

Ricardo Palma

Lima, 1899.



EN EL VALLE DE PAS.—COSTUMBRES MONTAÑESAS.—ILUSTRACIONES DE M. PEDRERO

Una de las comarcas de España donde por más tiempo se han conservado las tradicionales costumbres de los antiguos, ha sido el valle de Pas, pintoresco y quebrado espacio de terreno enclavado en la provincia de Santander, y que alejándose de la costa llega á tocar con Castilla la Vieja por la parte de Espinosa de los Monteros.

Es la del valle de Pas una población eminentemente pastoril, dedicada al cuidado de las vacas en primer término, y como complemento al de las cabras y las ovejas.

Los pasiegos y las pasiegas nacen pastores; el niño apenas sabe andar aprende á cuidar el ganado; el hombre y la mujer viven por completo consagrados á él; á su calor se conforta el anciano en los últimos años de su existencia, y de lo que la leche produce, de la manteca y del queso principalmente sacan los recursos para vivir honradamente, aunque con muchos afanes y sin salir nunca de la pobreza.

El afán de prosperar hizo que la gente joven, lo mismo hombres que mujeres, se dedicasen durante mucho tiempo á las arriesgadas empresas del contrabando. Quedábanse en el valle, al cuidado del ganado y en las faenas domésticas, los ancianos y los adolescentes; pero el mozo varonil y la moza nada timorata se lanzaban á las más peligrosas aventuras, marchando hasta Bayona á recoger la carga de tela, que sigilosamente llevaban á los comerciantes de Santander.

Con esto se ganaba más que haciendo mantecas y quesucos y llevándolos á vender á los mercados de la provincia. ¡Pero cuántos riesgos se corrían en la lucha entablada con los carabineros! Tenían que andar siempre por los caminos más escabrosos; ellos con el largo palo que les ayuda á dar saltos maravillosos, y ellas agobiadas bajo el peso del cuévano, que no les impide, sin embargo, correr con singular destreza.

Unos y otras conocían lo más intrincado de los montes, lo más profundo de los valles, lo más alto de las montañas, para esconder entre la maleza ó entre las rocas la preciosa carga, cuando no había otro medio de librarla de las garras de los representantes del fisco, y volver á buscarla después de pasado el peligro.

El pasiego contrabandista, que no conoció hasta después de la primera guerra civil las armas de fuego, no hacía frente á su encarnizado enemigo, el carabinero, y buscaba su salvación y la del género que llevaba en la fuga, poniendo en juego todos los recursos de su agilidad, de su fuerza y de su destreza.

La pasiega consagrada al contrabando se distinguía por su ingenio, por sus mañas, por su travesura, que la hacía salir bien de los más apurados lances.

Cuando salían bien de sus empresas y recibían en Santander el fruto de sus afanes, volvían contentos y satisfechos al valle, y en la cabaña, donde estaba establecido el hogar, había durante muchos días pan de trigo para alternar con la borona, chocolate para regalo de los viejos, galletas y otras golosinas para los muchachos, y galas que lucían las mozas y los mozos para ir á misa los días festivos y bailar debajo de los nogales.

El principal producto del contrabando se dedicaba á aumentar las cabezas de ganado y á extender los prados que producen la hierba para criarle, y eran las más ricas las familias que disponían de más gente joven y arriesgada para las faenas contrabandistas, y fué la del contrabando una de las épocas de más prosperidad del valle de Pas.

Cuando por los cambios y mudanzas que traen consigo los tiempos el contrabando decayó, el pasiego y la pasiega contrabandistas se dedicaron al comercio, para el que tienen singulares aptitudes, y abandonando el valle nativo, se extendieron por todas las provincias de España.

Raro es el pueblo de las Provincias Vascongadas, de Aragón, de Castilla y de Navarra donde no haya tienda de pasiego.

Otra industria, si así puede llamarse un tráfico poco delicado, ha tenido y tiene todavía el valle de Pas; pero ésta, aun entre los mismos naturales, está algo desacreditada, y no se dedican á ella sino las familias más pobres ó menos aficionadas á la rudeza del trabajo: la de las amas de cría.

La pasiega es una nodriza robusta, sana, con leche abundante, hábil y cuidadosa para el manejo de los niños, y la moda la ha preferido durante mucho tiempo para criar á los vástagos algo desmedrados de las familias aristocráticas, y aun á los nacidos en regia cuna y llamados á ocupar el trono.



No se concibe al pasiego, y sobre todo á la pasiega, sin el cuévano...

En el palacio real se pueden ver retratos de amas pasiegas, pintadas nada menos que por Federico Madrazo, y la indumentaria de la pasiega, un poco exagerada, es por regla general el traje característico del ama de cría en España; esto es, la saya muy plegada y tocando al suelo, guarnecida con ricos galones; el jubón de terciopelo, muy ajustado, abierto por delante sobre un pechero ricamente bordado y con buen golpe de botones de plata en la manga y en la delantera; delantal lujoso y largo; collar de muchas vueltas de corales, y larga cadena de plata rematada con una imagen de la Virgen del Pilar; finas y colgantes arracadas de oro, y pañuelo de seda de vivísimos colores á la cabeza, ocultando casi por completo el pelo.

* * *

Las pasiegas aman entrañablemente el país en que han nacido, aunque tengan que abandonarle en la lucha por la existencia, y permanecen siempre fieles á sus tradiciones, conservando, sea cualquiera la posición á que lleguen, como los más gratos recuerdos de su vida los de los días de la juventud pasados en su querido valle.

La cabaña pasiega, con el establo para las vacas en la planta baja; arriba el hogar donde se acomoda la familia, y muy inmediata la choza donde se recogen las cabras y las ovejas, es una de las viviendas más primitivas. El ajuar imprescindible le componen la artesa, donde la mujer amasa la torta de maíz que se pone todos los días á la lumbre en el momento de la comida; la zapita de madera, donde se recoge la leche que se ordeña dos veces al día; el odre donde se hace la manteca; el zurrón que se lleva al molino; las escudillas y los pucheros para la comida de la familia; el caldero para la del cerdo; inmensos arcones para guardar la ropa, y sobre todo el cuévano, auxiliar indispensable para todas las faenas.

No se concibe al pasiego, y sobre todo á la pasiega, sin el cuévano; de él hace cuna de sus hijos, adornándole con vistosas mantillas; en él se traslada á los ancianos que no pueden subir del caserío á la braniza; con él se va al mercado á llevar los quesos y las mantecas, y no se abandona ni aun para ir á las romerías.

El cuévano del hombre es más tosco y más grande; con él se va á buscar la hoja y la leña al monte y se saca el abono de las cuadras. El pasiego tiene, además del cuévano, el dalle bien afilado para segar la hierba y el palo alto, recio, liso, que es su compañero inseparable, su apoyo en los pasos malos y su arma de ataque y de defensa en caso de peligro.

El calzón corto, dejando asomar una parte del calzoncillo, la media azul, la chaqueta ceñida y el chaleco de pana con botones de plata, que hacen juego con los del calzón y la chaqueta; para los pies la abarca colocada sobre el escarpín de lana bien pespunteado, y el pañuelo de seda bien doblado, ciñendo la frente y atado al lado izquierdo, constituyen el traje clásico del pasiego.

Su diversión favorita es el juego de bolos, y no hay pueblo del valle que no tenga su bolera próxima á la iglesia, ni su alameda de nogales, bajo cuya sombra bailan los mozos y las mozas al son de la pandereta hábilmente manejada.

La danza, ya sea á lo alto, á lo bajo ó á lo ligero, es salerosa y acompasada, y los cantares que la acompañan tienen el sello de melancolía propio de la montaña.

Todos los domingos bajan por grupos de las branizas más lejanas los que las habitan, menos los ancianos y los niños que no pueden andar. *Ir á misa* es una obligación y una fiesta, y constituye además una necesidad, porque el día de fiesta es el de mercado, en que se hace provisión para toda la semana.

Antes de llegar al pueblo hay por regla general un santuario donde se reza y una fuente junto á la cual se completa el tocado, poniéndose los zapatos y los pañuelos de lujo para ir á la iglesia bien engalanadas.

Las mujeres llevan la cesta con las candelas de cera, que encenderán sobre la tumba de sus antepasados; las mozas lucen sus mejores galas y los mozos sus más lucientes palos.

Después de la misa es el mercado, las comidas al aire libre, y por la tarde el juego de bolos y el baile, que dura hasta la hora de regresar á la braniza, llevando en los cuévanos las compras que se han hecho.

No hay que decir que las mozas casaderas van bien acompañadas por los galanes que las rondan y que consagran las noches á ir de *rolda* por los diseminados caseríos.

Algunas veces los celos, los desdenes y las amorosas competencias promueven las disensiones en que se entablan luchas reñidísimas. Antiguamente no se usaban más armas que los palos, y todo terminaba con algunas descalabraduras más ó menos graves. Después se mezclaron á los palos las armas blancas, causando heridas mortales, y hoy ya toma parte en las peleas el revólver que deja tendido en el suelo algún cadáver.

Como el homicida no sea cogido *in fraganti* es muy difícil averiguar quién ha sido el autor de una muerte. En Pas hay una aversión instintiva á la justicia, y el pasiego nunca delata. El guardia civil, el carabinero, el alguacil, todo el que investido de autoridad llega de afuera, es considerado como enemigo, y el que sufre persecución de la justicia puede estar seguro de que tiene en sus convecinos decididos protectores.

El valle de Pas ha perdido mucho en estos últimos tiempos por la emigración de la gente moza, y sólo quedan allí los viejos, que continúan fieles á la tradición y que vegetan cuidando de los prados y del ganado, que disminuye más cada día.

KASABAL

LA PUERTA NEGRA Y LA PUERTA AZUL

Ilustraciones de José Triadó

Era no sé qué año, de no sé qué siglo. Y para lo que vamos á referir, tampoco importa saberlo.

Era una noche de invierno: y había caído una gran nevada.

Los tejados estaban blancos cuando asomaba la luna por entre densos nubarrones. Y cuando la luna se ocultaba, la blancura se desleía en las sombras.

Blancas estaban también las calles formando una alfombra que amortiguaba los pasos de los escasísimos transeuntes.

Un reloj dió la una: ó, por lo menos, dió una campanada: si dió más, las restantes no se oyeron. Acaso al brotar del metal se quedaron heladitas de frío. Porque el frío era muy intenso. Y el frío todo lo hiela: hasta el sonido.

Por una calle estrecha y retorcida venían dos sombras en sentido contrario.

Dijérase que á una de ellas le crujían los huesos al andar, aunque más bien que crujido era el chirrido de un hierro ardiendo cuando se sumerge en agua.

Y esto último debía ser lo cierto; porque la sombra que por la calleja se deslizaba era el diablo: y como el diablo está que arde, al pisar la nieve la hace hervir.

Pero sólo en esto se conocía su procedencia diabólica. Que por lo demás, las negras alas venían cubiertas de nieve y parecían las alas de un ángel. Y le hacía estremecer esta idea, de dolor y de gozo al mismo tiempo; porque pensaba en aquellos en que sus alas eran blancas.

Por el lado opuesto hemos dicho que venía otra sombra: y en los cortos intervalos en que la luna brillaba, también podía observarse que traía alas blancas. ¡Como que era un ángel! Pero un ángel legítimo. Y la nieve formaba en el plumaje blancura sobre blancura.

De pronto el diablo se detuvo: estaba cansado: y con todo el fuego interno que le devora sentía frío: y aunque el diablo nunca duerme – porque si durmiese olvidaría, y no puede olvidar, – sentía sueño.

Con lo cual resolvióse á descansar unos instantes. Y acercándose á un portal muy hondo y muy obscuro, se sentó en un escalón y se acurrucó, cubriéndose con las alas, en la parte más sombría.

Bien pronto desaparecieron sus formas bajo un manto de nieve.

Entretanto el ángel seguía avanzando, pero lentamente; porque siempre que la luna salía, el ángel se paraba y miraba al cielo, y batía las alas como para querer subir. Y salpicaba el aire de una multitud de pequeños copos de nieve.

Cuando la luna se velaba, volvía á plegar las alas y seguía marchando.

También estaba cansado porque venía de muy lejos: también sentía sueño: uno de esos sueños de que gozan los ángeles; que son visiones de moradas celestiales tan altas, tan altas, que á pesar de ser ángeles, á ellas no pueden subir.

Junto al portalón en que estaba acurrucado el diablo se detuvo: al portal se dirigió, ó por casualidad extraña ó por decreto de la Providencia acaso.

Ello es que se sentó en el mismo escalón en que se había acurrucado el diablo, pero en el extremo opuesto. Y haciendo de las blancas alas almohada suavísima, se quedó profundamente dormido.

Y ya tenemos bajo un mismo portal, durmiendo entre la nieve, á un diablo y á un ángel. Y no se me diga que es un suceso extraordinario, porque yo creo firmemente que esto habrá sucedido muchas veces.

Siguió la nevada: siguió el frío: y en la misma torre que antes, dieron las dos, ó, por lo menos, dieron dos campanadas.

Casi al sonar la última, salió la luna y pudo verse que entraba en la calleja una mujer desarrapada, joven todavía. que habría sido hermosa, pero que estaba marchita, ó por el hambre ó por el vicio, ¡quién sabe!

Envuelto en un mantón y apretándolo contra su pecho, traía un niño como de dos años.

La nieve continuaba cayendo; y sus copos se enredaban en el negro cabello de la mujer, como si quisieran blanquearlo. Y metiéndose por el hueco del mantón, le caían en la cara al niño, que se estremecía de frío.

La mujer marchaba vacilante. Su respiración era desigual. El aliento se le helaba al salir envuelto en sollozos por entre los pálidos labios.

Aquella pobre mujer se iba muriendo: y el niño no podía tener mucha vida.

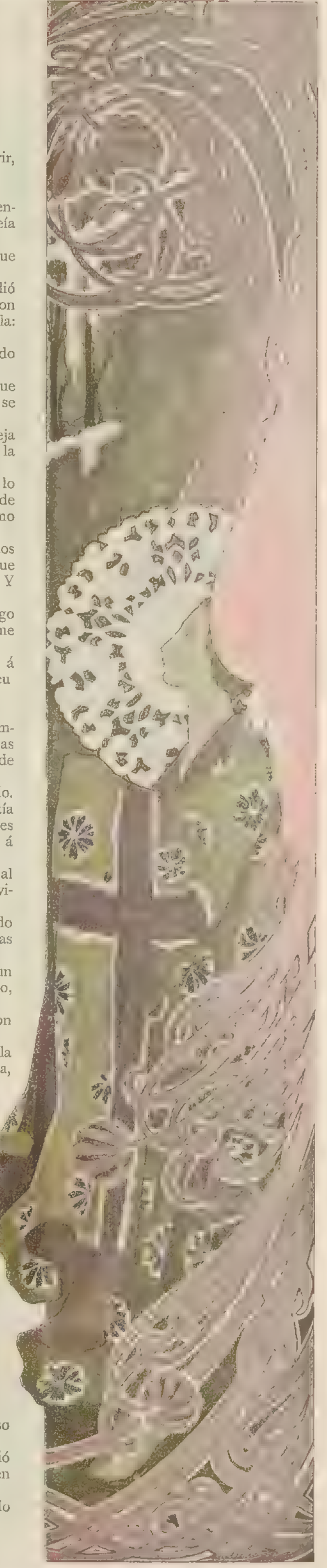
Al fin llegó al portal en que reposaban el diablo y el ángel; y faltándole las fuerzas del todo, cayó desplomada en el centro del escalón. Por algunos instantes se quedó rígida apretando convulsivamente al niño contra su cuerpo; pero al fin perdió el conocimiento y el niño se la desprendió de los brazos.

Ella cayó sobre el ángel: el niño cayó sobre el diablo: la nieve cayó sobre todos. La noche continuó cada vez más fría: la luna no salió más.

El ángel despertó: atrajo hacia sí el cuerpo de la pobre mujer, y quiso darle calor; pero fué inútil, estaba muerta.

Entonces el ángel la cogió en sus brazos; salió del portal; sacudió las alas; las abrió en toda su anchura; remontó el vuelo; y se perdió en el espacio, llevándose el cuerpo y el alma de la mujer muerta.

El niño, entretanto, atraído por el calor del diablo, se fué acercando





á él como pudo y se le puso encima. ¡No hay como ser inocente para abrazarse al diablo! ¡No hay como ser cándido para imaginar que todo fuego calienta! El diablo quema: pero calentar no puede; al menos, con calor de vida.

Así es que el pobre niño cada vez sentía más frío; y al fin, se le heló al diablo entre los brazos.

En ellos le cogió el diablo pensando: «es un alma muy chiquita; pero la noche no está para mayores ganancias.» Y saliendo del portal con el amoratado cadáver del niño entre las zarpas, olfateó á un lado y á otro para orientarse. Abrió las alas con mucho tiento, para que no se le cayese la nieve y para que de este modo parecieran blancas, aunque fuera de mentirijillas, y alzó el vuelo infernal llevándose al niño por los aires y diciendo para sí: «¡Qué diablo; es decir, qué yo!; el que me viese pensaría que soy un ángel que se lleva el niño al cielo.»

Y perdóneme el lector, porque necesito hacer una pausa. Como que es indispensable un cambio de decoración.

Ya no es de noche: la escena no representa una calleja; ni hay nieve; ni portal obscuro; ni cielo con nubes; ni plateada luna, que unas veces salga y otras desaparezca.

La escena representa un espacio caótico, sin formas, sin dimensiones: su anchura puede ser la de un escenario: su anchura puede ser infinita.

Hacia la izquierda se amontonan sombras; hacia la derecha las sombras se aclaran y se desvanecen en neblinas y en nubecillas rosadas.

A la izquierda, y entre el caos de negruras, hay una puerta de contorno indeciso y con un aldabón de fuego. Es, naturalmente, la puerta del infierno. Porque siendo tan negra y teniendo el aldabón hecho ascua, sólo la puerta del infierno podría ser, ó no hay arte clásico en el mundo.

A la derecha, y entre las nubes rosadas, hay una puerta de color azul de cielo, con un aldabón que parece de oro y debe ser de fundición de estrellas. Esta puerta es, naturalmente, tan naturalmente como antes, la puerta del cielo.

De pronto apareció el diablo con el niño en brazos: se fué á la puerta negra y dió un aldabonazo que resonó como trueno horrísono y despidió multitud de chispas.

– Aquí traigo esto, dijo el diablo.

Y una voz le contestó:

– ¿Hasta cuándo vas á ser imbécil? Las almas de los niños no entran en el infierno.

El diablo bajó los cuernos con humildad, porque en el infierno hay mucha subordinación, y dirigiéndose á la puerta azul, dió otro aldabonazo, sacudiendo después los dedos como si se hubiese quemado, y dijo como antes:

Aquí traigo esto.

Una voz cascada, como de viejo gruñón, le contestó desde dentro y sin abrir la puerta:

– ¡Bueno será lo que tú traigas, protervo! Aquí no se entra.

Con lo cual, el diablo, con el niño colgando de una zarpa, se fué al centro del caos, se rascó entre los cuernos, pensativo; y dijo, con voz infernal:

– ¿Y qué hago yo de esto?

Poco después, llegó á la puerta del cielo el ángel, con la pobre mujer que había muerto de frío. Y llamó; y se entreabrió la puerta azul; y asomó la cabeza de un viejo, que con tristeza y dulzura le dijo:

– No podéis entrar: esa mujer es una gran pecadora.

Y se cerró la puerta azul.

Entonces, el ángel, sin abandonar á la madre, se vino adonde estaba el diablo con el hijo, y en breves palabras ángel y diablo se explicaron lo ocurrido.

Pero el cuerpo de la pecadora se animó: una triste sonrisa vagó por sus labios; un amor inmenso y una inmensa desesperación cruzaron por su alma como dos relámpagos; dolores, cariños, ternuras como los que hay por la tierra agitaron sus entrañas en aquel seno del caos; y por súbito impulso, arrancando á su hijo de entre las zarpas del diablo, le dió en la frente el beso de despedida por toda una eternidad, y entregando el niño al ángel, le suplicó de este modo:

Llévale á la puerta azul, que á éste le dejarán entrar.

Después, se entregó al diablo: tantas veces lo había hecho en la tierra, que no le costó trabajo.

Los dos grupos se separaron.

El ángel, con el niño, llegó á la puerta azul, que de par en par se abrió. Y el niño y el ángel entraron.

Entretanto el diablo se llevó á la pecadora á la puerta negra y dió el último aldabazo.

Pero tampoco se abrió la puerta: y la misma voz que antes aulló de nuevo:

– ¡Imbécil! ¡Cada vez eres más imbécil! ¿Para qué traes á esa mujer?

– Es una pecadora, gritó el diablo.

– Lo fué; pero está perdonada, resonó tras la puerta.

Y el diablo, con tono de mal humor, abandonó á la mujer en el caos; y señalándole con los ganchudos dedos la puerta azul, le dijo:

– Ve tú: que yo no te llevo.

Y la mujer, obediente, pero con desaliento infinito, se dirigió hacia la puerta azul, murmurando entre sus labios:

– ¿Para qué he de ir?

Se acercó á la puerta azul: no se atrevió á llamar; pero la puerta se abrió un poquito: por el resquicio salió la manita de un niño; la cogió con cariño por el brazo y se oyó una voz que decía:

– ¡Entra, mamá!

JOSÉ ECHEGARAY



EL MOLINO,

cuadro de costumbres gallegas.—Ilustraciones de Angel Huertas

Desde lejos no lo veríais, porque lo tapa densa cortina de castaños y grupos de salces y mimbreras, cuyo fino verdor gris se armoniza con la pálida esmeralda del prado. Pero acercaos, y os prende y cautiva la gracia del molino rústico; delante la *represa*, festoneada de espadañas, poas, lirios morados y amarilla cicuta; la *represa* con su agua dormida, su fondo de limo en que se crían anguilas gordas y alborotadoras ranas; luego las cuatro paredes blancas de la casuca, su rojo techo, su rueda negruzca que bate el agua con sordo resuello y fragor... Y en la puerta, de pie, con las abiertas palmas apoyadas en las macizas caderas, iluminado el moreno rostro por los garzos ojos y los labios de guinda, empolvado á lo Luis XV el revuelto pelo rizoso, divisáis á Mariniña la molinera – que mira hacia la vereda del soto, esperanzada de que no tardará en asomar por ella Chinto Moure...



Mariniña la molinera

Para ir al molino jamás faltan pretextos; siempre hay un ferrado de millo, un saco de trigo que moler con destino á la hornada de la semana. Los de la aldea ya lo saben: Chinto está dispuesto á desempeñar la comisión, dando las gracias encima. Provisto de una aguijada con que pica á su caballejo y de un luengo *adival* para amarrarle los sacos al lomo; descalzo en verano, calzado en invierno con gruesos borceguíes de suela de palo, Chinto emprende su caminata desde la parroquia de Sentrove hasta el molino de Carazás, por ver un rato á Mariniña y gustar con ella sabroso parrafeo, entre el revolar de las finas nubes del moyuelo y la música uniforme del rodicio que tritura el grano incesantemente.

¿Por qué, si tenían sus pensares tan juntos y sus corazones tan allegados como la blanca muela y el blando maíz, no disponían casarse la Mariniña y el Chinto? – Nadie lo ignoraba en la parroquia: Chinto no había entrado aún en suerte; y su terror del cuartel y del uniforme era tal, que si le tocaba un mal número, había resuelto largarse á la América del Sur en el primer barco que del puerto de Marineda saliese... Y aun por eso se burlaban y hacían chacota larga de Mariniña los mozos de Carazás y los de las circunvecinas parroquias, anunciándola que con un amante y esposo tan cobarde y apocado, mal defendidos andarían el día de mañana la mujer y el molino, mal cobradas las maquilas, mal reprimidos los intentos de retozo con la frescachona y rozagante molinera...

El exterior de Chinto no puede negarse que prestaba fundamento á estas presunciones y augurios del porvenir. De estatura mediana, esbelto, con una testa rubia parecida á la de los santos del retablo de la iglesuela románica en que oyen misa los de Carazás, semejaba Chinto linda mozuela disfrazada en hábito de varón; su voz era suave, su acento humilde, sus modales tímidos y corteses. El trabajo del campo no había sido bastante para curtir su piel, y al entreabrirse su camisa de estopa descubría un blanco cutis de doncella, raso y terso, una dulce seda que enloquecía á Mariniña... Porque conviene saber que la molinera, aquella moza resuelta y enérgicamente laboriosa, «una loba,» como decían las comadres del *rueiro*, se enternecía, se bababa de gusto, se moría, en fin, de amor por el mozo delicado y aniñado – hasta afeminado podría decirse – que todas las noches andaba y desandaba la vereda del molino.

No es que á Mariniña le faltasen otras proporciones. Al contrario: mujer más rondada y pretendida no existía en tres leguas á la redonda, desde la orillamar y los puertecillos de pesca que bañan las plateadas ondas de la ría, hasta los cerros de Britón, donde empiezan á erguirse los rudos peñascos célticos entre sombríos pinares. No consistía tanto en las turgentes formas y las floridas mejillas de la molinera, como en el maldito señuelo de la molienda, en la complicidad del rodicio, en la familiaridad de la maquila. En la aldea no hay *Casinos* ni *Veloces*, no se sabe qué sea un sarao ni un *raout*, pero no os fiéis: lo que pasa en la corte entre paredes vestidas de seda, ocurre allí en el atrio de la iglesia á la salida de misa mayor, en la *desfolla*, en el campo de la romería ó en las noches del molino... Sobre todo en las noches del molino; en verano, á la clara luz de la luna; en invierno, á la dudosa claridad de la candileja de petróleo, conciértanse las voluntades y se teje la guirnalda de amapolas y manzanilla del rústico amor. – La prisa, la aglomeración de trabajo, obligan á moler la noche entera, y esperando su saco se juntan allí rapaces y rapazas, cruzando coplas de *enchoyada*, vivo diálogo galante, de finezas y desdenes, de sátira y picardía, que á veces acompaña la pandereta en argentino repique. – Y en la atmósfera caldeada del *salón* campesino, Mariniña reina y atrae las voluntades: ya arisca, ya risueña; pronta á la chanza, instantánea en reprimir á los obsequiadores desmandados y sueltos de manos en demasía; activa y fuerte en el trabajo, animosa y de recios puños para erguir el saco lleno ó ayudar á descargarlo y á vaciarlo..., no hay mozo de los que al molino concurren que no piense en la molinera, y no le profese ojeriza y tirria á Chinto, murmurando de él con frases despreciativas é irónicas: «¡Vaya un gusto raro, ir á antojarse de aquel papi-rubio, de aquella madamita, á quien le venían las sayas antes que el calzón! ¡Uno capaz de desfondarse de miedo á la idea de servir al rey! ¡Uno que hasta no fumaba, ni gastaba navajilla, ni *echaba palabras*, ni el día de la fiesta cataba el aguardiente! ¡Un *papulito* que nunca había arrimado un palo á nadie, ni sabía romper una cabeza á golpe de *bisarma!*»

La rabia de los desairados pretendientes contra el afortunado Chinto les inspiró una idea diabólica. Entraron en la conjura Santiago de Andrea, Mingos el de Sentrove, *Calros* Antelo, Raposín... la *trinica* de calaverones de montera que solían recorrer las aldeas en son de parranda y de tuna, pegando *atruxos* retadores y arrimándose á la cancilla de las *rapárigas* casaderas, para enderezarlas coplas picantes... Sucedía esto allá por Noviembre, cuando la senda que guía al molino se empapaba en rocío glacial, y las caídas hojas de los castaños formaban mullido tapiz, y los cendales de la niebla, envolviendo el paisaje en velo espeso, dejaban entrever las siluetas descarnadas de los árboles, parecidas á espectros de luengos brazos. Sabedores los conjurados de que Chinto pasaría en dirección al molino á eso de la media noche, envolviéronse en blancas sábanas,



Chinto emprende su caminata...



Mojando su delantal le lavó ella misma los morros.

encasquetáronse en la cabeza sendas ollas con un par de agujeros cada una, y dentro de cada una fijo un cabo de vela de sebo; retorcieron haces de paja, y se apostaron en la linde del castañal, á la hora en que la luna se esconde y el mochuelo saluda á las tinieblas con su queja lúgubre. – Tardaba Chinto en llegar; no se oía rumor alguno en el sendero, sino á lo lejos el sollozo del molino, y el frío y la impaciencia producían honda desazón en los conspiradores. Al principio habían reído y bromeado, celebrando la ocurrencia, que era, como ellos decían, *una pava* preciosa! Remedar una procesión de fantasmas, de almas del otro mundo, la fúnebre *compaña;* encender el cabo de sebo y los haces de paja, y desfilar así ante el medroso Chinto... ¡para reventar de risa! – Pero transcurría la vigilia; el rocío, lento y helado, impregnaba los huesos; á lo lejos fanfarroneaba el cántico del gallo..., y ni señales de Chinto. Empezaban á deliberar si convendría retirarse, á tiempo que allá de lo obscuro del bosque salió un gemido, una queja sobrenatural... Otra queja más doliente si cabe respondió á la primera, y los cabellos de los conspiradores se erizaron al divisar dos blancos bultos que surgían de entre los castaños y avanzaban lentamente con sepulcral majestad... Los más de los conspiradores, remangando el sabanón, echaron á correr; Mingos el de Sentrove cayó accidentado; Carlos Antelo se postró de rodillas y empezó á confesarse y pedir perdón de sus culpas; Santiago de Andrea fué el único que quiso arremeter contra los aparecidos; y lo hiciera, si una pedrada certerísima, dándole en mitad de la frente, no le tumba en el suelo medio muerto de verdad...

Sábese todo en las aldeas, y á vueltas de mil supersticiosas invenciones y cuentos de *trasnos* y brujas, se averiguó la verdad, y se solazaron en el molino á expensas de los burlados burladores. Porque era la avisada y traviesa Mariniña y era Chinto, por ella prevenido y aleccionado, quienes con el disfraz de fantasmas y con un buen fragmento de cuarzo de la carretera habían dispersado la hueste y santiguado al de Andrea, el más terco de los rondadores que á la molinera asediaban. – Y la rabia y el despecho y la vergüenza inspiraron al mozo un ansia terrible de vengarse, y de vengarse donde todos lo viesen, á la faz de la parroquia. Resolvió, pues, la primer noche que en el molino estuviese reunida gente bastante para servir de testigos, desafiar á Chinto y sentarle la mano á bofetadas y coces, hasta desbaratarlo.

A tiempo que con tan sañudos propósitos entraba en el molino Santiago, pocos días después de Reyes, hallábanse Mariniña y su mozo ocupados en colocar un saco de harina, riendo tiernamente cuando sus dedos se tropezaban ó sus rostros se aproximaban, en el calor de la tarea. Al punto conoció la molinera que el desdeñado y apedreado galán venía pendenciero, y con disimulada saña ordenó á Chinto que se apartase. La angustia y el temor de que pudiesen llegar los desquites á poner en riesgo la vida de Chinto, prestaron á Mariniña, en aquel instante, una rapidez de concepción y una energía de acción mayor aún de la acostumbrada. Encarándose con Santiago, riendo, provocándole, le propuso *loitar.*

Esta costumbre de la lucha, que ya va desapareciendo, subsiste aún en algunas comarcas galaicas, resto quizás de un estado social belicoso en que la mujer combatía al lado del varón. Luchan todavía las mozas entre sí, y hasta desafían al mozo, degenerando entonces la batalla en deleitable juego. Pero desde el instante en que Santiago – cuya sangre ardía en tumultuosa ebullición – se arrodilló frente á Mariniña también arrodillada, comprendió por instinto que aquella lucha no sería como otras; que iba de veras. Sólo con ver el movimiento de la moza al arremangarse, el brillo de sus ojos orgullosos, la rigidez de su talle, la dura barra de su entrecejo, se adivinaba la *loita* seria, á derrocar al contrario, empleando todo el vigor de los músculos y toda la resolución del alma...

Mientras Chinto, pálido y tembloroso, se acogía á un rincón, los adversarios se asían de las manos, poniendo en tensión el antebrazo y acercándose hasta mezclar el afanoso aliento. Mozos y mozas, en corro, se empujaban por ver mejor, apostaban y discutían. - Santiago desplegaba plenamente su fuerza, al notar que Mariniña, por momentos, le dominaba el pulso. Rojo el semblante, sudoroso el cutis, pugnaba el rapaz, en tanto que la amazona, firme y recia, sostenía su empuje ganando terreno. Tenerla así, tan cerca, turbaba á Santiago, quitándole el sentido; y ella, indiferente, atenta sólo á vencer, aprovechaba el trastorno de su adversario, é insensiblemente se le imponía. Al fin giró en el vacío la muñeca derecha del varón; doblóse el brazo; el izquierdo también cedió al pujante impulso de la mujer..., y Santiago, dando el *pinche*, fué lanzado hocico contra tierra, sujetándole la triunfante Mariniña, que sin piedad le hartaba de mojicones, le molía á puñadas en la nuca y en los lomos, le refregaba el rostro en el salvado y la harina que cubrían el piso, y no le permitía levantarse hasta que se confesaba rendido, vencido, dispuesto á aceptar la paz bajo cualquier condición que se le ofreciese.

Apenas se alzó Santiago magullado, enharinado y con careta, Mariniña lo sacó á la represa del molino, donde mojando su delantal le lavó ella misma los morros. Y mimosa y dulce, como es siempre la gallega por forzuda y briosa que la haya criado Dios, dijo á su enemigo derrotado:

– Por la madre que te ha parido no me has espantar á Chinto, *pobriño,* que el infeliz no sirve para hacer *barbaridás* como tú y más yo, y es un santo, sin mala intención, que con su sangre se pueden componer medicinas..., y si es medroso yo soy valiente, diaño... Y no he de casar más que con él, y si cae soldado se vende el molino y se compra hombre... Si me tienes ley, Santiaguiño, con Chinto no te metas...

Suspiró el mozo, y acaso no sería porque le doliesen los arañazos ni los chichones; miró á Mariniña, toda roja aún de la lucha; la dió un cachete familiar, de cariño y resignación, y respondió lacónicamente, secándose con el pico del mandil que no se había humedecido en la represa:

– Palabra.

EMILIA PARDO BAZÁN



SIDI MESSAÚD. - Leyenda marroquí. - Ilustraciones de A. Parladé.

Hay en la región del Garb, limitando aduares distintos de las razas Beni Mélek y Sefián, tres cañadas paralelas entre sí que separan cuatro montecillos cónicos, tan semejantes, tan parecidos en color, dimensiones y estructura, que retratan á lo lejos la hechura de los pilones de azúcar de constante consumo entre los marroquíes. Llaman los moros á estas tres cañadas *El-Bibán* (las puertas), y frente á ellas, en una colina que ya pertenece al kaidiato jurisdiccional del Habbesi, álzase la *Kubba* de un santo que se denomina *Sidi Messaúd; Kubba* situada en el punto más alto de la colina, como la espoleta en la granada, como la albina *russa* del gorro en la cabeza de un morazo gordinflón y negro.

Subir al santo en compañía de peregrinos y no enterarse de la leyenda del *Sid*, sería sacar del sermón lo que el negro.

Hela aquí, contada por un garbaui en el aduar de Uled Sennan, cuando, ya de regreso, sentados fuera del *marj* de unas chozas, contemplábamos la hermosa puesta del sol, el sol majestuoso que se ocultaba dejando rojo el lejano horizonte, tras *El-Bibán*, que dista como una legua del sitio en que estábamos conversando.

Yo puse atención especial al islamita, y en cuanto á los moros aquellos – hay que conocer á esta buena gente del campo para justificar la admiración que les producen cuentos y leyendas – esperaban con ansiedad que hablase Chix El-Yilali Ben Et-Táher, acomodándose en el suelo, uno junto al otro, hasta formar corro al narrador, sin desplegar siquiera sus labios...

– Había en Magaitan un anciano, dijo, cuyos constantes suspiros eran siempre pedir á Al-láh descendencia. Él, que disfrutó de una buena posición, jamás escatimaba intereses por recorrer zocos, zauias, sied, mezquitas, fa-ar..., en que hallase una gitana, adivinador, fascinadora, xerif, sabio, quien fuese, que le diera remedios, instrucciones, esperanzas siquiera, de una futura descendencia, por ver alborear en el fin de su vida el alegre consuelo de llegar á tener un vástago. Nada, en fin, dejó que estuviese al alcance de sus fuerzas. Y Al-láh, el poderoso, sin duda por probar el grado de fe de aquel creyente, ni accedía á sus pretensiones, ni daba á las mujeres del viejo una buena hora, ni sus peticiones llegaban hasta vencer la bondad divina. El viejo, Sid Muhammed, por nombre de Dios, siguió por fin el consejo de una xerifa y dirigióse á Zerhúm que, como la más santa ciudad del Occidente, no habría de escasear en gente instruída que le indicara los medios de conseguir su anhelado objeto.

Encomendóse á Al-láh, zoreó los Sied cercanos, y en mes de Muhárram partió en su mula hacia Zerhúm. Tres días después llegaba á Muley Yakub, á quien Al-láh ensalce, y al atardecer del cuarto día de viaje entraba en Muley Dris – Al-láh le dé acceso en el paraíso – haciendo arracaas y axardas en aquella mezquita, maravilla de santidad, sol de milagros, virtud de las virtudes, con el fervor de quien pide las alegrías de la vida, la descendencia mandada por Al-láh para regocijo y goce de los padres. Al salir Sid Muhammed de la mezquita, de entusiasmo que le produjera el santo de los santos, ni siquiera reparó en una pobre mujer que á la puerta del templo le pedía limosna en versos, recitándole una *kasida* fina y elegante como los cantos del ruiseñor en la mañana.

No hay fuerza ni poder sino en Dios el alto y el magnánimo, hermanos; el hombre se equivoca, hijos de Adán somos, y Dios, padre común de los islamitas, no tocó en el corazón de Sid Muhammed, á quien Al-láh sea misericordioso en el fallo último, para que escuchara de la harapienta su *kasida* poética. Pero al entrar en el *fondak*, escrito estaba en el ágata blanco de su destino, tocóle Al-láh y le picó su voluntad, sumisa á Dios y á sus fallos conspicuos, se acordó, como los vecinos de Salamé cuando derramaban lágrimas de fuego, y se acordó con pena de no haber atendido á la pobretona. Y tanto, que volvió sobre sus pasos sin descansar de la distancia recorrida, acercándose á las puertas de Muley Dris – que Dios le distinga con su misericordia infinita – para hablarle. En vano, hermanos: la mujer se había ido. Preguntó por ella, y todos, como natural respuesta, dijéronle que Fatma, la mujer de la *kasida*, partió de allí al cantarse el *mágreb*, que nadie sabía su paradero ni su alojamiento, porque al retirarse del templo desaparecía por entre los callejones, arcos y encrucijadas de la ciudad, como una sombra que desaparece cuando el sol alumbra el cielo. «Mañana, díjole un tiñoso, la podrás ver aquí á la misma hora de hoy.

¿Y cómo, preguntó Sid Muhammed (Dios le perdone), no conocéis su paradero? – Eso es un problema para nosotros, respondióle un leproso.» Un cieguecito jorobado le dijo que era adivina. Otro, tullido y quebrado, que nadie sabía la correspondencia secreta que sostuviese con los espíritus, pero ciertamente lo era, pues averiguaba cosas extraordinarias... En fin, hermanos, un pobre tartajoso, mascando palabras, pronunció unas cuantas para sostener que Fatma era un ser excepcional y raro.

El Sid Muhammed – al que perdone Al-láh – cuentan que contó, diciendo lo que dijo, y es esto: «Fatma es mi salvación, Dios me la depara. Mis sienes parece que quieren estallar. La sangre se me agita. Algo me espera. En Dios me pongo, que Tú, ¡oh Al-láh!, eres mi fe y mi puerto.» Ardía en impaciencia. Aquella noche no cerraba ojo. En cuanto alboreó se fué á Muley Dris – Al-láh le dé la felicidad, – y en la mezquita, reza que reza, recita que recita, canta que canta, llególe *El-Euli*. Fatma se le apareció, y juntos se fueron al *fondak*...

– Nueve meses después daba á luz Neyma, una sudanesa bronceada, el primer hijo de Sid Muhammed. Su felicidad no tuvo límites. De la alegría murió antes del año, y en los momentos de la agonía oyó la mágica palabra del profeta, que le decía: «Tú eres el Messaúd (afortunado) y á Al-láh debes la descendencia después de cumplidos los setenta años...»



Sidi Messaúa, «Kubba» situada en el punto más alto de la colina

Al levantarnos, Chix El-Yilali me dijo que por las mañanitas salían nubes de humo, humo que, al decir de otro de los circunstantes, era demostración de los

pecados humanos que el santo hacía disipar. Un tuerto, sobrino del narrador, sostuvo que aún no había llegado al santo un viejo sin conseguir después descendencia. En cuanto á las luces, respondían los *sennanis* de su veracidad. Todas las noches se desprendían de los alrededores de la *Kubba* unos *chispazos* de luz azulada, que sirven para que los enfermos de la vista vayan allí á curarse abriendo los ojos ante los fuegos fatuos del cementerio (pues allí, en aquel monte, entierran sus muertos varios aduares), y para que algunos ladrones, menos sensibles á las suspicacias de la religión, se aprovechen saqueando á cuanto infeliz se acerca por aquel lugar santificado.

La familia de Sid Messaúd tiene una renta con el producto de las limosnas de la comarca. Llega la *gaa* (el trigo en la era), y se dedica un tanto al Messaúd. Viene la fruta, y fruta escogida se ofrece á los supervivientes del santo. Hay buena venta de ganados en el Arbaa de Sidi Aisa, y el exceso de precio ó la subida de la res se parten con esa privilegiada familia, cuyos consejos son órdenes para la gente comarcana, y cuyas palabras se oyen allí como se oye al ser enviado por la mano oculta de un santo tan virtuoso y ejemplar como Messaúd.

En las disputas, escuchan los litigantes al sucesor del santo como apelación última de la querella. En las bodas, es invitado para que el enlace sea dichoso y la descendencia no falte. En los entierros, si se acerca al campo de los muertos y les dirige una plegaria, valen más sus oraciones que las de todos los demás que acompañan el cadáver...

Y la *Kubba*, blanca como la nieve, erguida como un minarete, sencilla como las niñas pobres y limpias de los aduares, poética en aquellos campos feraces, siempre allí, siempre mantenida por la devoción de todos, se enseñorea en *El-Bibán*, luciendo, hoy más que otros días, por ser Pascua de *Axur*, las banderas blancas de paz, sobre la sangre de los carneros degollados al pie del Messaúd como *aar* y sacrificio espontáneo de esos musulmanes sanos en quienes tiene el profeta defensores ardientes.

FELIPE RIZZO

Alcázarquivir, 1899.

LA ÚLTIMA JOTA, CUENTO ARAGONÉS, POR EUSEBIO BLASCO

Ilustraciones de Méndez Bringa

¡Oh valle de Campiel, verjel de mi tierra, país de los melocotones sabrosos y de la áurea duraznilla! ¡Qué hermoso día aquel del otoño en que volvió de la guerra Valero, el mozo que salió seis años antes fuerte y fornido, con el chopo al hombro!

Hasta Calatayud fueron á recibirle los campielanos

Ya está de vuelta. Hasta Calatayud fueron á recibirle los campielanos, hombres, mujeres y niños. Valero, al irse, había dejado una bien sentada fama de hombre *de jarcias*, más *templao* que el aire. En los bailes de candil y en las *lifaras* de los domingos, cuando los aragoneses que saben comer y beber se beben y se comen, todo á un tiempo, cuatro ó seis docenas de *molocotones* en vino, Valero era siempre la primera figura.

¡Vaya un baturro de veras! Y ¡vaya unos veinte años *mal empleaos!*, decían sus convecinos al verle salir *pa soldao*. ¡Lo que es á *tú* no te mata el *gómito!*

Y no le mató.

Volvía un poco más delgado, un si es no es amarillo, porque... ¡es claro! en Cuba no pudo echarse al coleto los jarros de vino de la tierra; pero *si el clima es juerte, con juertes pega*, decía el soldado. Y si soldado se fué, sargento volvía.

¡Sargento! La familia, los amigos, las antiguas *cortejadoras* lo celebraban tanto, que á escote, y para obsequiar al *herbe* (con acento en la o) habían dispuesto en el valle, en un hondo rodeado de frutales, una merienda de esas que dejan memoria.

Cincuenta personas eran las que se habían cotizado para los gastos. Tenían que comerse, sin dejar nada:

Una ternera.
Ocho docenas de perdices.
Cuatro corderos con *agalchofas*.
Una tinaja llena de arroz con leche.

Y de beber..., eso no se puede decir por no ofender á la comarca.

Entre los *tragansales* figuraban el cura, el médico del partido, el alcalde de Calatayud, el capitán de la guardia civil, el telegrafista, el cartero, el recaudador de *contrebuciones* (á condición de dejarse mantear) y dos docenas de chicas de aparejo redondo, con ocho sayas cada una y unas pantorrillas de las que hay que mirarlas con anteojos ahumados.

***

Pero sobre todo en este grupo de entusiastas descollaban cuatro figuras interesantísimas que merecen párrafo aparte.

Los padres del sargento. La novia y su padre.

La madre de Valero tenía setenta y seis años. A los cincuenta tuvo á su hijo, de su segundo matrimonio con el tío Roque, y había sido mujer hermosa y fuerte, y hacendosa y lista. Pero desde que el chico se fué... ¡ay!, desde entonces..., fué cayendo, cayendo, cayendo, hasta el punto de que al darle Valero en la estación de Calatayud un abrazo y mil besos, no pudo contener su asombro, y dijo:

– *¡Rediós*, madre, *paice* que sea usted la que ha *estao* en la guerra!

Y así era. La tía Simona había estado en la guerra desde su casa. Apenas durmió en seis años, las noches se le pasaron rezando: «¡Dios mío, que vuelva! ¡Virgen Santísima del Pilar, que le veamos dormir en su cama!»

Y el tío Roque no pudo levantar el espíritu de su abatida mujer, la cual empezó á quejarse del pecho, y á toser y á escupir y á enfriarse en la iglesia, en la misa de alba del invierno. ¡Pobre infeliz, que sólo podría recobrar la salud ahora, estrechando de nuevo en sus brazos al hijo adorado!

Pero el médico le había dicho al marido: «¡Tenga usted cuidado, Roque, tenga usted cuidado, porque la menor emoción, la menor cosa, le puede costar la vida!»

En brazos la llevó su hijo al valle, entre los aplausos de los alegres vecinos, y arrancando lágrimas á la Cirila, que era la novia, la prometida, la que esperó seis años á Valero *pa casase*.

Allí estaba la Cirila con su señor padre, un honrado labrador, viudo, que iba á darle á su hija sus buenos dos mil duros de dote.

Y por eso en medio de la gran mesa hecha de tablones se colocaron los tres viejos y los dos chicos, y se empezó el banquete á las tres de la tarde, de una de esas tardes de septiembre que sólo se ven en España.

***

«¡Oh, valle de Campiel, donde los viejos de blanca cabeza, que jamás de tu recinto salieron, parecen profetas que han de venir un día al resto de España á pregonar la buena nueva! ¡Valle de las hojas verdes, y las parras cargadas de racimos, y las fuentes cristalinas que con sonora música derraman por sus caños el agua que conserva largos años la vida! ¡En tu seno se celebran las bodas de ayer y las de mañana, las de ayer entre el soldado y la gloria, las de mañana entre la fresca y sonrosada Cirila y el hombre que volvió, fiel á su palabra, á darte su victoriosa mano!»

Así habló el señor cura, que era elocuente en la cátedra del Espíritu Santo y fuera de ella. Y allí fué el abrir *botos* de vino de Cosuenda y botellas del dulce Cariñena, y anisado de las fábricas locales, y comer y beber, y decirles chicoleos á las mujeres hasta ponerlas más coloradas que las ricas y sabrosas *pavías* arrancadas de los árboles del valle.

Tres horas, tres, duró la comida. Tres horas, durante las cuales no se supo quién estaba más enamorada de Valero, si la Cirila, que pegada á él y mirándole en los ojos apenas comió, repitiendo miles de veces *te quieros* callados, ó la feliz dichosísima anciana, que embelesada contemplaba á los chicos. Los dos viejos, Roque y Jenaro, bebieron tanto y tan sin tino, que sólo barbaridades paternales decían.

– ¡Que hable el novio!, gritó una voz.

– ¡Que hable!, repitieron cincuenta.

Y Valero, con un porrón en alto, dijo:

– ¿Qué *querís* que diga? ¡Que se va á bailar ahora *mesmo!*

– ¡¡Baile!! ¡¡Baile!!

Y en cinco minutos desapareció la mesa, fué todo rodando detrás de los cañados á hacer la felicidad de una turba de chiquillos que empezaron á devorar los restos con ansia. Y sin saber cómo aparecieron las guitarras y sonó un *escomienzo* de jota.

¡Oh, infelices, los que no sabéis lo que es una jota al aire libre en una tarde hermosa en tierras de Calatayud! ¡No habéis visto nada!

***

Se hizo *el corro*. Debajo de dos grandes madroñeros que formaban amplio dosel, se improvisó una especie de trono, en el que se sentaron la tía Simona, teniendo á Roque y Jenaro á ambos lados. Al pie

de ellos, sentados en bancos, estaban los guitarristas, y los mozos empezaron á apretarse las fajas moradas y á sacar á las mozas al medio.

Simona lloraba.

–¡Que no llores, que *te va á hacer mal!*, decía su marido.

–¡Déjame, déjame, que *quisiá morime* ahora *mesmo*, porque ya Dios me ha *dao to* lo que le he *pidido!*

–¿Dan ustedes su permiso?, dijo Valero llevando de la mano á Cirila y colocándose delante de los viejos.

–¡A bailar!, respondió el tío Roque.

Y comenzó el baile, ese que es el más pintoresco y el más respetuoso, honrado contraste del lúbrico *agarrao* madrileño.

A honesta distancia los bailadores, los brazos al aire, la alegría en las caras, allí habían de ver á los baturros aplaudir y á la tía Simona, con sus setenta y seis años, patear el suelo desde su asiento, murmurando temblorosa: «¡Bendito sea Dios, que da todo lo que se le pide!»

Y un importuno (que nunca faltan), que la estaba mirando rato hacía, se levantó y dijo:

–¡Que baile la tía Simona!

Gran carcajada, hilaridad general; pero hilaridad de buena fe: recuerdos en la mente de muchos, de aquellos tiempos en que la Simona bailaba y bailó hasta los sesenta. No fué menester más para que todos los presentes se pusieran de pie.

–¡Que baile la madre del novio!

–¡Que salga la Simona!

Valero y la Cirila no pudieron contenerlos.

–¡No seáis brutos! ¡Dejarla que mire! *¡Mia* que está muy vieja!

–¡Una *vueltecica pa* que la aplaudamos!

–¡Que no *pue* ser!

Y en medio de este barullo se oyó la voz del tío Roque que decía:

–¡Ahí va la Simona!

Resonó un gran aplauso. Vióse de repente á la anciana en medio del corro, con los ojos centelleantes, ir derecha adonde estaba su hijo, y decirle con entusiasmo indescriptible:

–¡A bailar conmigo!

Y empezó una jota como si tuviera quince años, y dió una vuelta, y dos, y tres, con garbo increíble, en medio de un gran silencio, porque había en aquella cara algo que se impuso; y el público notó que iba poniéndose cada vez más encendida, que los ojos parecían salírsele de las órbitas..., y de pronto... se oyó un ¡ay!, y Simona cayó hacia atrás, su cabeza rebotó en el suelo, acudieron todos á ella y vieron que la pobre anciana estaba muerta.

–¡De rodillas, *remoño!*, gritó Valero entre sollozos; ¡ya que me *l'habís matao*, *encomendála* á Dios..., que mañana no *habís* de quedar uno vivo!

Caía el sol, cesaron las guitarras, la campana lejana tocaba á oraciones.

EUSEBIO BLASCO





Detuve mi cabalgadura junto á la venta de Alcolea y me imitó *Chano*

LA PALABRA DE FARRÁN, NARRACIÓN ANDALUZA POR M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Ilustraciones de J. García y Ramos.

Estando en el cortijo de *los Roquetes,* del término de Villafranca, tuve que ir á Córdoba. Era en tiempo de feria. *Chano,* mi mozo, iba conmigo; iba contra su gusto; había puesto mala cara al saber que me acompañaría; hasta me pidió que llevase á otro; yo no le hice caso, ofendido, y lo llevé á él.

Chano, para que lo sepáis, era un jayán morenote, de ojos muy negros, correntón y echado para adelante. Tenía fama en la sierra de gozar de buena fortuna entre las mujeres; contábanse historias, en este sentido, que le favorecían muy poco. Pero mi hombre andaba tristón, paliducho, como indeciso, sin hablar y sin salir desde hacía algunos meses; yo le quería, llegué á temer por su salud, y fué una de las razones que me indujeron á ordenar que me acompañase.

Del cortijo á Córdoba hay cinco leguas; habíamos salido de noche; caminamos algunas horas sin hablar una palabra. Para llegar á Alcolea atravesamos *El Capricho,* en cuya gran casa de labor tuvo Serrano su cuartel general durante la batalla famosa.

Era muy temprano; al salir á la carretera, costeando el huertecillo de la ermita de los Angeles, lo primero que vimos fué el puente del ferrocarril con sus altos pretiles; en aquel instante avanzaba el tren hacia Córdoba, é introdújose en el puente con gran estruendo de rodaje, de pitar y de silbidos de válvulas. En la gran balumba pareció estremecerse toda la campiña.

– Las cinco, dijo *Chano* pensativamente.

Detuve mi cabalgadura junto á la venta de Alcolea y me imitó *Chano;* no quiso tomar nada; parecía disgustadísimo; pero yo quise dispensarle, en gracia á la impresión que me producía aquel amanecer.

Empezaban los hombres la labor, oíanse los cantares entre los maíces y bajo la arboleda. Sentíase rejuvenecer mi espíritu á la contemplación de la ermita, que tenía para mí recuerdos muy dulces, con su pequeño campanario y su esquiloncillo, cuyo eternal silencio no se comprende. Allí van todas las tardes las palomas y las golondrinas; allí cuelgan sus nidos y arrullan á sus pichones; allí entonan sus cánticos matinales y sus cánticos vespertinos, y el esquilón siempre mudo, siempre silencioso, como si hubiese quedado allí en penitencia por alguna falta cometida. Las palomas y las golondrinas hacen las veces de la campana; á la oración, elevan sus trinos, como en salve misteriosa; al amanecer, atruenan con su piar juguetón, que despierta á los hombres para el trabajo.

Abstraído en mis recuerdos, no pensaba yo en mi mozo; súbitamente púsose delante de mí y dijo en voz temblorosa:

– Mi amo, *osté* me perdone, pero de aquí no pasaré.

Le miré indignado; pero la extrañeza pudo más en mí que el amor propio herido, y exclamé resueltamente:

– Ahora vas á decirme por qué no quieres venir á Córdoba.

Inclináronse con temor sus grandes ojazos negros, y no respondió una palabra.

Yo insistí en mi pregunta, y me miró entonces suplicante y como pidiéndome perdón por su silencio.

Le amenacé con despedirle si no hablaba... *Chano* me quería mucho y habló. Dijo ahogadamente:

– No quiero ir porque estoy seguro; *Farrán* está en la feria.

– ¿Quién es *Farrán?,* pregunté admirado; sobre todo, ¿qué tienes tú que temer de *Farrán?*

Yo no tengo que temer de nadie, dijo ardientemente, clavando en mí sus formidables ojos. Es que...

Se detuvo y lanzó un suspiro. Yo tuve una idea; de pronto le pregunté:

– *Farrán,* ¿es casado?

– No, señor, que es mocito.

¿Tiene hermanas, entonces?

– Tenía una.

Y *Chano* estaba amarillo como la cera.

– ¡Tenía una! Pero ¿no la tiene ya?

– Se murió de pena porque la burló un hombre.

– ¡Ah!, dije tristemente. Y fuiste tú ese hombre, ¿es cierto, *Chano?*

—Yo fuí, respondió el mísero, cuyos sollozos le impedían hablar. Yo fuí, y la Virgen del Socorro que ve en mi alma sabe bien que estoy *arrepentío*. Yo fuí, y *Farrán* tiene juramento hecho de no buscarme nunca, pero de matarme donde me vea. Yo fuí, y

Cogiéndole la mano, se la estreché con afecto y le dije...

en castigo de mi culpa hice también juramento de no defenderme cuando él me mate. Por eso no me quiero poner delante de *Farrán;* porque sé que moriría.

Yo quedé confundido, como absorto en la contemplación de aquel bello espectáculo de la sierra, con sus manchitas obscuras y blancas de los árboles y los diminutos caseríos.

—Está bien, dije de pronto; monta y arrea; volveremos á *los Roquetes*.

Se aproximó más; cogió mis manos con intención de besarlas, pero yo se lo impedí. Él dijo:

—Mi amo, si es *menesté*, voy á Córdoba; no corro ningún peligro si *usté* habla primero con *Farrán* y él le promete respetarme. *Farrán* es un mozo ya *tayno, mu* hombre y de mucho empuje; es el chalán de más garbo de *toa* la tierra cordobesa. Aunque los del oficio tienen fama por trapisondas y fachendosos, éste no, mi amo; como *Farrán* diga *se hará esto*, se hace aunque el mundo se hunda... ¡Por Dios, mi amo! Está cerquita... Como usté pregunte en la feria por *Farrán*, no habrá quien no se lo señale.

La curiosidad por un lado y el deseo por otro de hacer salir de penas al mísero hiciéronme consentir. Le dije que esperara, puse mi caballo á galope, y poco después estaba en Córdoba.

* * *

Hallé á *Farrán* al punto. *Farrán* era un mocetón como un castillo; parecía viejo al pronto, con su cabeza gris y su cara arrugada, pero era ágil, fuerte; sus ojos negros respiraban juventud y lealtad. Tenía sombrero de anchas alas; chaquetón de *estesado*, pardusco, con grandes broches de plata y alamares en ellos; calzón corto, de lo mismo; polainas de cuero blanco, lustroso ya y renegrido por el uso, con sendas borlas de correíllas, que constituían con los pespuntes y bordados del cuero el gran adorno de las polainas; chaleco de gran escote, oculto hasta más arriba de los bolsillos con obscura faja de fina seda, y pechera cañoneada, en dobles rizos, sin cuello, con otro broche de plata en la tirilla para el cierre.

Le llamé por su nombre; vino al punto, pidiendo permiso antes á otros con quienes hablaba junto á una mesa. Fué á descubrirse cortésmente, pero no le dejé; cogiéndole la mano, se la estreché con afecto y le dije:

—*Farrán*, sé que es usted un hombre de corazón, aunque no le conozco, y quiero hacerle una súplica.

Me miró sorprendido; antes que hablara, añadí prontamente, con verdadera emoción:

—*Chano* es mi mozo; necesito que esté en la feria para asuntos míos, y quiero que usted le respete.

Yo pretendía llegar con mis ojos á lo profundo de su corazón; pero no vi en él nada que revelase sus iras contra *Chano*.

—Valiente susto *ma dao osté*, señorito, exclamó riéndose con franqueza. ¿No es más que eso?

—¿Le parece á usted poco?

—Hombre, respondió graciosamente, si digo que es mucho, no tendrá mérito el *favó* que le haga. Eso no es *na*.

—¿Me lo concede usted?

—Con alma y *vía*. *Chano* está *sagrao pa* mí mientras dure la feria.

Fué á la mesa, volvió con dos copas de aguardiente, me dió una y dijo con sencillez:

—Señorito, vaya por los hombres que saben cumplir lo que ofrecen.

Y se llevó la suya á la boca. Yo bebí también.

Una hora más tarde estaba *Chano* en la feria.

* * *

¿Quién piensa en morir entre la animación de una feria andaluza, y mucho menos si es la feria famosa de Córdoba? ¿Quién piensa en la muerte con el barullo de las músicas, los fuegos, las parrandas, los bailes andaluces, las tiendas lujosísimas, los grandes trenes, las grandes damas con sus mantillas de blonda velándoles el rostro hermosísimo y el fulgor de sus ardientes ojos africanos; las muchachas del pueblo, con sus mantones vistosos y sus cabezas gentiles sembradas de claveles; las transacciones, los dichos agudos, las risas, las coplas, el jalear, los requiebros, el ir y venir de aquella multitud alegre y compacta que se agita en el real de la feria y se extiende por la población como río sin dique que todo lo inunda? *Farrán, Chano*, yo, mis amigos, los amigos de ellos, ¿quién recordaba la muerte en aquel inmenso marasmo, en que todos los corazones parecían arder en una misma luz y todos los espíritus haber brindado por la paz en la misma caña?

Yo no dudé; todo temor había desaparecido. En el trajín de la feria encontramos á *Farrán* algunas veces; la primera me saludó muy atento, sin mirar á *Chano*, que se puso lívido, pero que no pestañeó; la segunda me ofreció una caña, que acepté gustoso; cogió otra y se la dió á *Chano*. *Chano* bebió, portándose cumplidamente. Al tercer encuentro el convite fué mío; *Farrán* aceptó una caña de *Chano*. Seguimos ya juntos, en gran jolgorio. *Chano* y *Farrán* hablábanse como los mejores amigos.

Cambié mi caballo por la yegua de *Farrán*, y lo hice principalmente por hallar pretexto para que *Farrán* y *Chano* se metiesen en plática más *honda;* eran los dos grandes caballistas é inteligentes muy famosos. Para celebrar el trato se empezó la broma, que se convirtió en jolgorio. Yo estaba satisfecho; había conseguido la absolución de *Chano*.

Terminó la feria y dispusimos partir al amanecer del día siguiente. Me ofrecí á *Farrán* en todo cuanto yo valiera. *Farrán* estrechó mi mano conmovido. Se empeñó en hacernos compañía un poco; yo protestaba, pero no conseguí que desistiese.

No he visto hombre mejor ni de más buen trato en su clase.

Montamos; yo iba en medio, á mi derecha *Farrán, Chano* á mi izquierda. Se habló mucho, pero *Farrán* habló casi siempre. Tenía un arsenal muy completo de chascarrillos y un gracejo inolvidable para contarlos.

Nos apeamos en la venta de Alcolea para que nos echasen la *viajá* de despedida. Fué cosa de algunos minutos solamente.

—Adiós, *Farrán*, dije de pronto, por última vez. *Chano* habíase despedido. Iba delante.

Farrán estaba á pie aún. Preparábame yo para montar. *Chano* iba á desaparecer por un recodo del sendero; volvió *Chano* la cabeza y exclamó conmovido:

—¡*Farrán*, que Dios te guarde!

—Que te guarde á ti, *Chano*, contestó riéndose; bien te hace falta.

Dí un grito de horror y me lancé á *Farrán*. Era tarde. Había deslizado rápidamente un cuchillo del interior de su manga derecha á la mano, retúvole por la hoja, levantó el brazo, lanzó el cuchillo, que hendió el aire con sones y destellos, y fué á hundirse en la espalda de *Chano*. *Chano* lanzó un rugido y cayó en tierra de bruces. Su caballo relinchó fieramente y se lanzó á escape por una torrentera.

—¡Buen golpe, señorito!, exclamó *Farrán* fríamente. Lo estudié un año entero, día por día. ¡Desde que murió ella!

Corrí á *Chano;* estaba muerto.

* * *

Allá iban las mozuelas, con el cántaro al cuadril



Chano lanzó un rugido y cayó en tierra de bruces

con el amor en los ojos, con la gracia andaluza en el cuerpo, con la copla en los labios.

Era precisamente el instante mismo en que las palomas y las golondrinas empezaban sus arrullos como una bella oración en el campanario silencioso de la ermita.

M. Martínez Barrionuevo



LAS ADIVINAS D CALQUIN LEUVU

RECUERDOS DE LA FRONTERA ARGENTINA

Ilustraciones de B. Gili Roig

. . . .

El regimiento había trotado durante la noche fresca hasta la alborada. Acampamos en el fortín de los *Soldados muertos*, y á las nueve de la mañana todos dormían al raso, envueltos en una atmósfera densa, caliente, abrasadora. Las arenas suspendidas en el aire brillaban como polvos de oro, agitadas por el soplo intermitente de ráfagas tibias y enervantes. El ganado se reunía en el borde verdoso del arroyo, y las partidas exploradoras recorrían al paso monótono de los caballos los cuatro puntos del horizonte.

En el centro del fortín relucían, no obstante su exposición secular á la intemperie, dos culebrinas de bronce, yacentes sobre cureñas de podrido palo. Me acerqué á ellas, ávido de recuerdos y de emociones. Eran monumentos históricos y gloriosos de la madre patria y sus inscripciones decían:

FEREX VIOLATI FULMINA REGIS
(Real Escudo de Armas de España)

SOLANO FECIT: HISPALI: ANNO 1750: FERDINANDO VI
D. GR. HISPANIAR. REX

VIOLA REGIS
(Escudo real de España)

PHILIP V, HISPANIAR. REX. ELISAB. FARNES. HISP. REGINA
VOIE I ABET FECIT. SEVILLA, ANNO 1726

Había copiado apenas en mi diario las leyendas, cuando un toque estridente y prolongado de clarín despertó á los dormidos:

– *¡Atención!..*

Las descubiertas campeaban hacia el Oriente. Bandadas de aves, apenas perceptibles, remontaban el vuelo, muy lejos, de espacio en espacio y en aquella dirección..., y todas las miradas, aún soñolientas, escudriñaban con avidez el horizonte, poblado de espejismos, del Desierto... Las aves desaparecieron entre las dos inmensidades, de la atmósfera y de la *pampa* (1). Media hora después se descubría una mancha pequeña en el confín lejano, un humo leve, acaso la polvareda de algunas cabalgaduras, y de nuevo aparecieron las aves en el aire..., y el clarín ordenó, con su voz ejecutiva:

– *¡A caballo!..*

Un jinete corría sobre el campo ondulado á toda furia, y sofrenando de improviso su zaino al pie del fortín, adelantó hacia el coronel. Hablaron un instante, hizo la venia, y saltando á caballo, partió como una exhalación. Los exploradores se reconcentraban, avanzando al galope hacia el Oriente, y la loma cercana los ocultó á nuestros ojos, cuando el clarín resonó para mandarnos:

– *¡En marcha!.. ¡Al trote!..*

(1) Voz de la lengua *kechúa*. Significa «llanura.»

Los que no han recorrido cien leguas de la *pampa*, durante quince días, sin proveedores, llevando el pobre alimento y todo el ajuar á la grupa del caballo, con frío que hiela de noche y calor quemante á la siesta, al raso, sin abrigo ni techo, obligados á dormir sobre la hierba húmeda, con el potro asustadizo de la brida; los que jamás se han internado en países casi inconmensurables, desconocidos y solitarios, expuestos á morir helados, de insolación ó de sed, sin base de operaciones ni línea de retirada, sin otra alternativa que morir ó vencer al enemigo; los que no han luchado jamás con la naturaleza primitiva, ni sentido las responsabilidades del honor militar, ni escuchado la alarida pavorosa del salvaje al blandir su lanza larga, flexible, mortal, tal vez envenenada por el desaseo y la intemperie, no pueden imaginar las zozobras y las esperanzas que agitaron nuestras almas, cuando un murmullo apenas perceptible, como una exclamación ahogada, corrió en las filas anunciando al enemigo.

¡Helo ahí, al fin, después de cien leguas de marcha, que más parecían de martirio!

***

A mediados de diciembre los araucanos celebran grandes fiestas populares, presididas por su gran sacerdote ó *Vichá loncó* (2).

Son las fiestas del Año Nuevo ó del equinoccio de verano, observadas entre los indios con intensas alegrías.

La llegada del equinoccio es, en efecto, uno de los acontecimientos extraordinarios en la religión araucana, y el pueblo se congrega en la selva, en la montaña ó en el llano, para dedicarlo al Sol.

La fiesta preliminar dura varios días, preparando los ánimos para el gran sacrificio que se ofrece á la divinidad, en el médano más alto ó en un cerro, donde pueda contemplarlo de más cerca la mirada del Supremo Señor.

El día antes del señalado para celebrar lo que llamaríamos altares públicos, preparan un *lazo* peludo de piel de toro colorado y atan con él á estaca un potrillo *porcelano* ó tordillo (cuando los hay) y un cordero de lana negra y se les impide cuidadosamente alimentarse.

Al primer canto del gallo la tribu se pone de pie, esperando con profunda ansiedad los celajes de la aurora del gran día equinoccial.

Mientras que el alba empieza á disipar las tinieblas de la noche, reina inmensa agitación entre el pueblo, porque cada uno expone sus sueños y sus presentimientos para que las adivinas los descifren, en presencia de las entrañas de las víctimas.

Cuando los rayos del astro esperado rompen los velos del abismo y tiñen con suaves matices los espacios celestes, el *Vichá loncó* previene que cada cual ocupe su puesto. Y al asomar en los horizontes lejanos la cabellera de fuego del astro bienhechor, la turba prorrumpe en aclamaciones y transportes de entusiasmo, saludando la venida del «Dueño de todas las Tierras» y «Padre de todos los hombres.»

(2) *Vichá*, sacerdote, patriarca, profeta; *loncó*, cabeza, jefe.

***

El potrillo está ya tendido sobre el espinazo, con la cabeza hacia el Oriente, sujeto de cada pata por el lazo de piel de toro, que tienen firme cuatro jinetes. Al salir el sol, procede el sacerdote á abrir el vientre del trabado potrillo y le saca el corazón.

El Parlamento, la congregación de todos los caciques y viejos del pueblo, se pone de pie. Los bárbaros veneran la sinceridad del anciano cuyo corazón, experimentado por las crueles tempestades humanas, juzgan libre de toda superchería y sus preces gratas á Dios. Mira al Oriente la tribu y se lleva el corazón del potrillo al centro de ella, donde lo recibe el indio de más edad para que el *Vichá loncó* beba la primera sangre que gotea. Después de él todos se apiñan con idéntico propósito, pugnando por acercarse primero y contentándose muchos con haber tocado apenas la sagrada reliquia con la punta de los dedos; y para lograrlo, en el delirio de su fanatismo, se empujan y se pisotean á porfía, porque desesperan de mojar el dedo en esa sangre que ha salpicado la frente del Sol y está ya dotada de todas las virtudes creadoras.

La misma escena tiene lugar con el cordero, cuyo corazón recibe el mismo anciano y recoge la sangre arrojándola á los cuatro vientos, mientras el patriarca ó *Vichá loncó* entona la siguiente oración:

Vichá huenú mapú.
Vichá huenthú.
Cúmelepe ñi mapú.
Mohuepé tva ñi pú loncó.
Maupé may bothay ñicachuguean tva mapú
Raithipetá, chical, sohy, thecá, guigan.
Vilipellé mulepé.
Brenemoiñ may vichachaú,

cuya traducción literal es esta:

«Señor de las Tierras de Arriba,
»Gran Padre de los hombres:
»Que esté en paz la comarca.
»Conservad la vida de nuestros caciques.
»Que llueva, Señor, para que den pasto los campos fruta los chañares, la algarroba, el piquillín y el molle.
»Que abunde toda clase de alimentos.
»Este favor te pedimos, pues, Gran Padre.»

Y pasan los notables á comer la carne de las víctimas, entregándose el pueblo á diabólicas borrache-

ras durante todos los días de las fiestas. Los esqueletos de las dos reses sagradas son arrojados al fondo de una laguna para que los infernales espíritus del mal ceben en ellos sus tendencias maléficas.

***

El toque del clarín interrumpió otra vez el silencio en una abra verde y fresca del bosque de *caldenes*. El pueblo estaba reunido celebrando el equinoccio de diciembre, en la tercera jornada de las borracheras y de las orgías. Era la siesta y muchos dormían.

El regimiento se dividió en escuadrones para penetrar por los cuatro vientos á la selva cerrando todas sus salidas. Y marchábamos en absoluto silencio y anhelosos ..

los..., en el instante mismo en que terminaban sus cantares de pitonisas de la tribu:

«¡La tierra está tranquila y segura!

»¡El cristiano tiene horror á sus misterios!

»¡Bebamos, bailemos, cantemos al Sol!

»¡Que nos ampare y defienda y alimente el Gran Padre!

»El cristiano está en sus tierras y tiene miedo á la



Mira al Oriente la tribu y se lleva el corazón del potrillo al centro de ella, donde lo recibe el indio de más edad...

de la solemne soledad de la *pampa*, caldeada al mediodía:

–*¡Alto!.. ¡Pie á tierra!. ¡Saquen los frenos!..*

Y los fuertes corceles, sudorosos, sostenidos por los cabestros, arrancaban ávidamente las plantas secas y amarillentas en el flanco deleznable del médano de *Calquin Leuvú* (1).

El coronel y los ayudantes se adelantaron hacia la cima de la duna desnuda y exploraron el horizonte atentamente...

La selva de *caldenes* (2) estaba próxima y en ella habían desaparecido nuestros exploradores.

***

Los bárbaros observan la costumbre de consultar sus sueños fervorosamente; y cuando los agitan en una noche clásica, en la víspera de la fiesta del Sol, por ejemplo, la interpretación de su significado adquiere misteriosa importancia. Ese día se decide la suerte del hombre que sueña bien, porque gozará de una felicidad suprema; y el que sueña mal cae en las sombras de una constante é irreparable desventura. El que sueña en desacuerdo con sus ilusiones pierde toda esperanza de bienestar sobre la tierra, porque así lo dice el oráculo de Dios. Las adivinas se pronuncian después de colgados del árbol los corazones de las víctimas y predicen además la suerte de la nación.

Y ellas habían asegurado esa mañana que el cristiano no invadiría sus tierras.

***

Varios camperos llegaron al galope, conduciendo un indio aprisionado, de ancha y chata cara, bronceada, con bigotes ralos, ojos de víbora y musculatura de atleta, más bien desnudo que vestido de pieles raídas de carnero.

Tenía los brazos atados y bramaba arrojando espumarajos sanguíneos por la boca...

–*¡Cristiano flojo!.. ¡Indio toro!..*, gritaba al provocar iracundo y á singular combate á sus opresores, que reían con crueldad y desdén de sus enojos.

Era para el indio el toro bravío emblema arrogante y supremo del valor y de la fuerza.

La *toldería* (3) de la tribu se alzaba allí cerca,

***

De repente el misterio pavoroso del desierto fué interrumpido cuando las trompas de los cuatro escuadrones tocaron frenéticamente:

–*¡A degüello!..*

El tropel de los caballos, la algarada de los soldados, los alaridos de las indias, las maldiciones de los guerreros, el llanto de los niños, el ladrido de mil perros aterrados, la dispersión de los ganados de la tribu, la detonación de las armas, el chasquido de las balas entre la hojarasca resinosa ó marchita y el graznar de las aves de rapiña profanaron aquel recinto sagrado, de súbito convertido en campo de los horrores, de la sorpresa, de la sangre, de la cautividad y de la muerte.

Allí estaba la arena de los equinocciales sacrificios, y en su centro, suspendidos en altos maderos clavados á la manera de picotas, el potrillo *porcelano* y el borrego de lana negra. Allí pululaba también el enjambre repugnante de las adivinas, con los pechos y las cabelleras cubiertas de joyas de plata. Sus caras horripilantes tomaron aspectos infernales, sorprendidas por el terror y por la cólera de los espíritus ma-



soledad de los campos y á la lanza de sus guerreros.

»Bebamos...»

. . . .

Y en el escuadrón del coronel sonó un toque nervioso y prolongado:

–*¡Alto el fuego!.. ¡Avanzar al arma blanca!..*

Y cien combates singulares se trabaron con los mil indomables araucanos, estrechados en un círculo de acero, como leones hostigados en su jaula.

***

De improviso aparecen tres jinetes, radiantes de majestad salvaje, en soberbios y piafantes corceles de pelea, enjaezados de plata. Blanden mortíferas lanzas y traen *boleadoras* en bandolera para defenderse y agredir en los encuentros singulares. Arremeten con furia implacable contra las adivinas embusteras; y en un instante ruedan sus negros cuerpos ensangrentados, exhalando gemidos lastimosos, bajo el casco de los caballos de aquellos genios vengadores de la barbarie sorprendida. El coronel admira á los héroes y corre á salvarles la vida.

–*Peñi, anay...*, (4) *no matando..., siendo amigos... ¡Rindiendo hermanos!..*

Y un lenguaraz, que acompaña á los guerreros, de estirpe de soberanos jamás vencidos, exclama con voz estentórea:

–Sepan que el cacique *Millá Nahuel* (5) y sus hermanos, solamente se rinden al espíritu del *Huenú Mapú* (6).

–*¡Huincá!.., ¡huincá!.., ¡huincá!..* (7), gritaban los caciques enfurecidos.

Y echando pie á tierra, cargaron con el denuedo de los viejos musulmanes sobre la hueste invasora y maldecida del cristiano.

–*¡Huincá!.., ¡huincá!.., ¡huincá!... ¡Jaa..., Jaa..., Jaaaa!..*

Y el cabo Rozas, desmontado velozmente y dueño de la arena, partió de un sablazo el cráneo de *Millá Nahuel*, mientras sus hermanos morían allí cerca, profiriendo á la faz de sus enemigos, con cólera de héroes impotentes, esta provocación arrogante:

–*¡Huincá* cobarde!.. *¡Indio toro!..*

E. S. ZEBALLOS

Cavahué, diciembre de 1879.

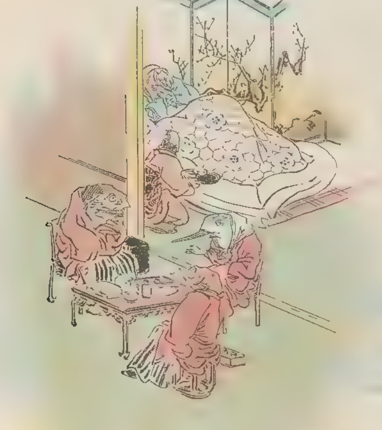
(1) *Calquin*, águila; *Leuvú*, río.
(2) *Caldenes*, árboles altos, de ancha copa y madera roja.
(3) El aduar de cabañas de cuero.
(4) *Peñi*, hermano; *anay*, amigo.
(5) *Millá*, oro; *Nahuel*, tigre.
(6) *Huenú*, arriba; *Mapú*, país, el Cielo, la tierra del Sol.
(7) *Huincá*, cristiano.

EL PEZ TONTO CASTIGADO (1)

Allá en remotos tiempos, el rey de los dragones, que permanecía soltero, cansado de su soledad, pensó en casarse y bien pronto encontró una digna compañera á quien unir su suerte.



Era la prometida una preciosa dragonesa de diez y seis años, adornada de todos los encantos y virtudes propios de una reina.



Celebráronse las bodas con gran aparato de fiestas y de regocijos de todas clases, y los peces grandes y pequeños se apresuraron á ofrecer sus respetos á los nuevos cónyuges.

Pero ¡ay! que ni aun en el reino de los dragones es duradera la alegría, y los disgustos y sinsabores siguen de cerca á los más felices acontecimientos. Antes de que transcurriera un mes, la joven y hermosa reina enfermó, y al parecer tan gravemente, que los médicos no acertaban á devolverle la perdida salud con sus remedios, no ocultando su temor de que la enfermedad, que seguía su curso, acabase con la preciosa vida de la paciente.

Entonces la reina llamó al rey y le dijo:

– Yo conozco un remedio que me curará... Búscame un hígado de mono vivo para comérmelo y me restableceré muy pronto.

– ¡El hígado de un mono!, exclamó el rey. Olvidas, hija mía, que nosotros los dragones vivimos en el mar y que los monos habitan la tierra, entre los árboles, muy lejos de nuestra región? ¡Vamos! ¡Tú estás loca!

La reina principió á llorar desconsoladamente diciendo:

– Bien poca cosa te pido, y sin embargo, no quieres complacerme... ¡Ay! ¿Por qué me has engañado diciéndome que me querías? ¡Ojalá que no me hubiera separado de mis padres!

El rey de los dragones, muy triste y apesadumbrado, salió de la estancia, y llamando á su fiel criado el pez gelatinoso, le dijo:

– Te voy á confiar una misión muy delicada. Nadarás hasta llegar á la tierra y allí buscarás un mono, induciéndolo á que te acompañe á nuestro reino, que puedes pintarle como el país más hermoso del mundo, donde hallará toda clase de frutos para su regalo. Yo necesito el mono para cortarle el hígado y que la reina, tu señora, que como sabes está enferma de suma gravedad, lo coma, pues es la única medicina que puede curarla.

* * *

El pez gelatina marchó á desempeñar su misión. En aquella época este pez era como todos los demás; es decir, que tenía ojos, aletas y cola y además dos apéndices que le servían lo mismo para andar por tierra que para nadar en el agua.

¿Cuántos días tardó en alcanzar las riberas del mar? No se sabe. El caso es que llegó á una playa próxima á un bosque muy poblado de árboles, que era el país de los monos, uno de los cuales saltaba ágilmente entre las ramas de un corpulento castaño.

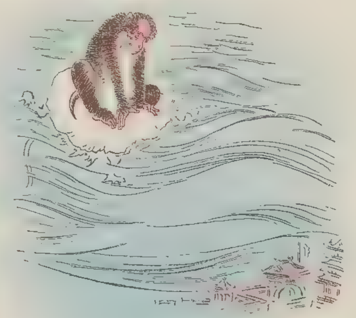
– Buen mono, díjole el pez gelatina, ¿quieres venir conmigo al país más hermoso del mundo?

– ¿Y qué país es ese?, preguntó el mono.

– Es el reino de los dragones marinos, cuyo clima es muy agradable y donde siempre hay frutos maduros en los árboles y no se encuentran esos malignos seres llamados hombres.

– Debe ser aquello muy hermoso, exclamó el mono.

– No tienes idea de ello. Si quieres venir conmigo te conduciré allí, para lo cual basta que te coloques sobre mi dorso.



El mono pensó que sería muy divertido ver un país nuevo. Saltó, pues, sobre el pez gelatina y ambos emprendieron la marcha por el agua.

* * *

A mitad del camino el mono comenzó á sentir ciertos temores, y pareciéndole extraño que un extranjero fuese á buscarle tan de improviso, preguntó á su compañero:

– ¿Cómo es que te ha ocurrido venir á buscarme?

– Mi amo, el rey de los dragones, contestó el pez, te necesita para cortarte el hígado y dárselo como remedio á la reina, que está enferma.

– ¡Oh!.. ¡Conque para eso me llevas!, pensó el mono.

Y luego, disimulando lo que sentía, dijo:

– Nada podría serme tan agradable como servir á tus reyes, pero es el caso que me he dejado el hígado pendiente de una rama de aquel corpulento castaño en que me viste saltar. Es cosa que pesa mucho y generalmente me lo quito para estar más ligero.

– Pues será preciso ir á buscarle, contestó el pez gelatina, porque nada se puede hacer sin el hígado.

El buen pez, tonto de remate, no cayó en la cuenta de que el mono le engañaba, tratando de evitar que le sacasen los hígados.

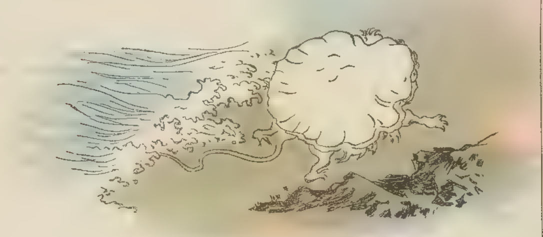
Volviéronse hacia la orilla, y al llegar á ésta el mono saltó á tierra, y encaramándose en la rama más alta del castaño dijo al pez:

– Oye; mi hígado no está aquí; se lo han llevado sin duda. Voy á buscarlo por los otros árboles.

– Pues vuelve pronto, porque mi rey se impacientará si tardo, dijo el pez.

– Lo mejor será, replicó el mono, que vuelvas á tu reino, digas á tu rey lo que sucede y vuelvas por mí, que ya habré encontrado mi hígado y estaré esperándote.





– Tienes razón. Voy á dar aviso al rey y volveré por ti.



***

El pez gelatina se puso en marcha por segunda vez, y llegando á palacio dió cuenta al rey de los dragones de todo lo sucedido. Pero el rey, montando en cólera ante la torpeza de su emisario, dijo á sus servidores:

– Llevaos á ese y dadle de palos hasta que rotos todos los huesos se convierta en gelatina.

Los criados del rey cumplieron la orden al pie de la letra, dejando al pez gelatina convertido en una masa pulposa.

Enterada la reina de la aventura del pez y de la orden dada contra éste, se rió mucho, disipándose su melancolía.

Con esto y con un poco de resignación – que es remedio universal para todos los males cuando ya los otros remedios están agotados, – la reina recobró su salud y sus colores, el rey su perdida dicha y el reino de los dragones la tranquilidad que ha tiempo le faltaba.

A. Sánchez Ramón

(1) Los cuentos japoneses que publicamos en el presente número, lo mismo que los grabados que los ilustran, están tomados de una colección de cuentos, fábulas y narraciones populares japonesas publicada en Tokío en francés, inglés y alemán para la enseñanza de estos idiomas en las escuelas de aquel imperio. Por estas muestras podrá juzgarse de lo que es la literatura popular del Japón, literatura cuyas producciones se distinguen por la sencillez de su estilo, por su ingenuidad narrativa, por su carácter poético revelador de una poderosa fantasía y sobre todo por la idea filosófica ó moral que en el fondo de cada una se admira.



LOS RATONES Y SU HIJITA

(FÁBULA)

En las cercanías de una granja que se alzaba entre campos de arrozales, vivía en otro tiempo una ratonil pareja que gozaba de una posición desahogada y del respeto y consideración de todos los ratones de la comarca. Tuvo el matrimonio, entre otros vástagos, una hija tan linda, de agrisada piel tan brillante, de anchas orejas tan derechas y de ojitos tan relucientes, que era el orgullo de sus padres: cuando la ratita estuvo en condiciones de poder tomar estado, convinieron sus progenitores en que sólo podía ser esposo de tal portento el ser más poderoso del universo.

Consultado tan importante asunto con un vecino, díjoles éste:

– Puesto que queréis dar por compañero á vuestra hijita al ser más poderoso, no tenéis más remedio que elegir por yerno al sol, porque es indudable que nadie en el mundo le iguala en poder.

De igual opinión fueron los interesados, y sin esperar al otro día, encamináronse á la residencia del astro rey, á quien expusieron su pretensión y ofrecieron la mano de su amada hija.

– Mucho os agradezco la honra que me dispensáis, respondió el sol, eligiéndome por esposo de vuestra hija idolatrada; pero ¿podríais decirme qué razón os ha movido á escogerme por yerno?

– Señor, contestaron aquéllos: quisiéramos que nuestra hija se uniese al ser más poderoso del universo, y el más poderoso eres tú, sin duda alguna.

– En parte tenéis razón, replicó el sol; mas habéis de saber que hay alguien más poderoso que yo, y por consiguiente á ese debéis solicitar como esposo para vuestra hija.

– ¿Es posible que haya alguien más poderoso que tú?, exclamaron los ratones en el colmo del asombro.

– Cuando quiero contemplar la tierra, repuso el sol, interpónese á veces una nube que me lo impide: mis rayos no pueden atravesarla ni ahuyentarla; soy impotente contra ella, de modo que lo que habéis de hacer es dirigiros á la nube y proponerle el enlace con vuestra hija.

Asintieron á tan sabio consejo los ratones y fuéronse á encontrar á la nube, ante la cual formularon su demanda.

– Estáis en un error, díjoles la nube al saber de qué se trataba, si creéis que soy el ser más poderoso. Cierto que tengo poder para tapar al sol; pero nada puedo, en cambio, contra el viento, pues apenas comienza éste á soplar me empuja y me despedaza, sin que me sea dado resistirle.

Y hete á los dos ratones en busca del viento, á quien propusieron que se casara con su hija porque era su deseo que ésta fuese compañera del ser más poderoso.

– Os equivocáis, díjoles el viento; es verdad que puedo empujar las nubes, pero mi poder no alcanza á vencer á la pared levantada para contener mis ímpetus; no me es dado soplar al través de ella ni vencer su resistencia, de manera que la pared es mucho más poderosa que yo.

Los ratones, continuando su peregrinación, llegaron adonde la pared se alzaba y reprodujeron en su presencia la súplica que al sol, á la nube y al viento habían dirigido.

– Ciertamente, la pared les respondió, tengo poder para resistir al viento; pero ahí tenéis al ratón que mina mis cimientos, se introduce dentro de mí y me agujerea sin poder yo evitarlo. ¡Soy impotente contra el ratón! Obraréis, pues, más cuerdamente en tomar á éste por vuestro yerno.

Alegráronse los ratones cuando tal razonamiento escucharon, y comprendiendo que la pared había hablado como un libro, volviéronse á su casa y casaron á su hijita con un ratón joven y hermoso.

Y no tuvieron por qué arrepentirse de ello: la ratita vivió contenta y feliz con el esposo de su propia clase, y no menos contentos y felices vivieron, contemplando dichosa á su hija, aquellos padres que tan elevado compañero habían querido buscar para su niña mimada. – A.

El papel empleado en la impresión de este número ha sido fabricado por los Sres. Torras hermanos, de Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 8 de enero de 1900 — Núm. 941



EL ABANDERADO, cuadro de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, Barcelona)

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Lo que debe ser una Exposición Universal en este momento histórico. – Estudio comparativo de las grandes Exposiciones. – Dos centenarios. – Clasificación de productos. – Palacios simbólicos. – Rápido progreso de las Exposiciones Universales de París. – Las seis partes de la Exposición de 1900.

En nuestra crónica anterior, artículo preliminar del estudio que en esta serie hemos emprendido, explicamos brevemente nuestros propósitos y nuestro plan, presumiendo el espectáculo que París va á ofrecer al mundo durante la próxima Exposición.

En esta segunda crónica, procediendo con orden suficiente para evitar la confusión, pero con bastante libertad para que ninguna traba metódica dificulte la expansión del pensamiento, iremos examinando este gran concurso universal desde el punto de vista filosófico, estableciendo los términos de comparación que ofrece la historia de las grandes Exposiciones.

Sólo de un estudio comparativo de esta naturaleza se puede deducir si la Exposición de 1900 es lo que debe ser en este momento histórico.

¿Y qué debe ser una gran Exposición Universal en este fin de siglo?

Pues debe ser – y no hablamos *ex cathedra*, sino que interpretamos la opinión general – una manifestación solemne del genio de los pueblos que á ella concurran, un término de comparación entre los diferentes progresos universales y una fiesta grandiosa.

Pues bien: á juzgar por lo que ya conocemos del plan general, de las obras en ejecución y del funcionamiento de todos los organismos de este concurso, la Exposición vendrá á ser una especie de instantánea de la humanidad, fotografiada en el momento de pasar de un siglo á otro, bajo todas sus fases; instantánea, en verdad, no tomada de repente y por sorpresa, sino prevista, preparada durante ocho años, con todas las precauciones necesarias para que, en el momento oportuno, no falte nada de lo que pueda contribuir al buen efecto de la *prueba*.

La idea, esa imponderable directora general que preside á la concepción de toda obra é inspira su ejecución, ha sido, en la Exposición presente, distinta de la que dominó en las anteriores.

En la Exposición de 1855, la idea se confundió con la obra misma, pues la internacionalidad de un concurso universal era entonces una innovación. En la de 1867, la idea se desprende de la obra para inspirar su plan; es la lógica geométrica de clasificación. En 1878, la idea es pasiva, pues consiste en la proclamación de la vitalidad francesa después del desastre del año terrible, y se contenta con ser modestamente una ampliación algo modificada de la anterior. Pero en 1889, la vemos surgir independiente y altiva. Es el triunfo del hierro y la exaltación de la ingeniería civil.

De 1878 á 1889, la metalurgia había marchado á pasos de gigante. Sus conquistas se imponían en el ánimo de todo el mundo. Los ingenieros triunfaban en todas partes, hasta en la novela y en el teatro, donde monopolizaban los papeles de protagonista. Testimonio de todo ello son la Galería de máquinas y la Torre Eiffel, que subsisten en 1900, como monumentos simbólicos de una inolvidable victoria pacífica.

Y la idea *directriz* del triunfo del hierro fué tan poderosa en la Exposición de 1889, que relegó al segundo término la idea *adyacente*, que era la del Centenario de la Revolución, arrinconada, si así cabe decirlo, en la reconstitución de la antigua Bastilla.

Y es que el éxito acompaña á las ideas que se imponen, porque se hallan en el medio ambiente, ya sea que se desprendan del estado de la ciencia ó del arte, ya sea que respondan á alguna evocación histórica. Toda idea que no vaya unida á la corriente del momento, es generalmente infecunda. Prueba de esto es lo que sucedió con la Exposición de Chicago. Los yankis la organizaron sin más objeto que el de asombrar al mundo con su grandiosidad. Y como la idea de grandiosidad es una idea vaga, de orden general, sin conexión determinada con ninguna época, ciencia ó arte, ni con ningún estado de ánimo especial de las masas, la gigantesca empresa de Chicago fué un fracaso monumental.

La idea de la actual supera, en precisión y belleza, todo cuanto se había imaginado hasta ahora. Por esto, en buena lógica, su éxito ha de ser también superior á todos los precedentes.

Esta idea es doble, como la de 1889, y es, como aquélla, de orden científico y de orden histórico.

Examinémosla, desde luego, desde este último punto de vista.

1889 era un centenario, pero un centenario político y de carácter particularmente francés, á pesar de la resonancia y expansión universal de la Revolución.

El centenario de 1900 no tiene más límites que el siglo, puesto que es el centenario del siglo mismo. Pertenece por igual á todas las razas y á todos los pueblos del mundo. Su horizonte es inmenso.

La idea práctica de esta Exposición consiste en trazar, por medio de ejemplos tangibles, la historia de los progresos del siglo en todos los ramos de la actividad humana.

La idea histórica del actual concurso se manifiesta en toda la vasta organización del mismo, en cada grupo y en cada clase de la disposición de productos, tanto si se trata de artes, ciencias é industrias, cuanto si se trata de contingencias intelectuales.

Desde este punto de vista, la Exposición de 1900 es una lección de cosas de orden ilimitado, muy difícil de superar en lo sucesivo; una enseñanza universal, precisa y fecunda.

La idea científica, que se impone como fuerza directriz por las razones anteriormente expuestas, emana de la serie de prodigios con que las ciencias todas han revolucionado el mundo en las postrimerías de nuestro siglo. Pero en el orden de milagros científicos, los más sorprendentes y admirables son los de la electricidad. Esta hada presentará la Exposición como una magia deslumbradora, transformando las tinieblas de ayer en un resplandor triunfal.

La idea-luz, si así puede llamarse, reclama al artista, como la idea-hierro imponía al ingeniero. De modo que la fiesta de 1900 pertenece al arquitecto y al adornista, como la de once años atrás fué del dominio de los ingenieros civiles.

Con lo dicho, creemos que nuestros lectores habrán formado un concepto bastante claro de las ideas generadoras de esta Exposición. Digamos ahora, acerca de la clasificación adoptada, lo indispensable para que pueda comprenderse el orden de exhibición de objetos y productos.

No hay más que dos métodos verdaderamente racionales de clasificar y disponer los productos en una Exposición. Uno de ellos consiste en reunir los objetos de una región, de una colectividad ó de un expositor. Este método tiene la ventaja de poner bien en evidencia el conjunto de las fuerzas productivas de la comarca, del grupo ó de la casa que expone. Pero, llevado á la exageración, cesa de obedecer á toda idea filosófica y hace casi imposible la comparación de los objetos similares.

El otro método consiste en agrupar los productos segun su naturaleza, su destino ó su utilidad, prescindiendo de su origen. Este facilita los estudios comparativos, los parangones entre los diversos países y productores, respecto á determinadas categorías de objetos. Es incontestablemente más instructivo y más cómodo para el público, y es el que ha prevalecido en la inmensa mayoría de las exposiciones.

La mejor manera de satisfacer á todo el mundo es aliar ambos métodos, como se hizo admirablemente en 1867. El gigantesco palacio de esta Exposición estuvo dividido en zonas concéntricas destinadas á los grupos de los productos similares de todos los pueblos, y en sectores radiados, cada uno de los cuales estaba consagrado á una nación. De modo que yendo del centro á la periferia, por uno de los sectores, se veían sucesivamente y en un orden constante todas las instalaciones de un mismo país; y siguiendo cualquiera de las galerías circulares, se veían los mismos productos de todos los pueblos.

En 1878, aunque las formas rectilíneas se prestasen á ello mucho menos, se procuró llegar al mismo orden de agrupaciones, colocando á lo largo todas las clases de un mismo grupo, y á lo ancho todos los grupos de un mismo país.

En 1889 se tuvo el mal acuerdo de abandonar esta forma de agrupación. Bien es verdad que las circunstancias se prestaban poco á ella.

Al extenderse por los muelles de la margen izquierda del Sena y por la Explanada de los Inválidos, la Exposición del Centenario de la Revolución quiso, á falta de unidad, acercarse demasiado al principio de clasificación de 1867. Hubo vaguedades en la distribución de clases dentro de los grupos, y anomalías tan enormes como la de incluir las armas en el grupo del vestido; la higiene, la asistencia pública y el arte militar en el grupo de la mecánica; la orfebrería separada de la joyería; la cordelería distribuída entre las minas, la mecánica y la navegación.

En la Exposición actual se ha tomado como base, ó mejor dicho, como punto de partida, la clasificación de 1889, pero muy modificada, en el sentido de la idea generalizadora dominante.

En todas partes veremos el material – casi siempre en acción – y los procedimientos en contacto con los productos; junto á los productos y procedimientos modernos, los de las principales etapas del siglo XIX, y nos será fácil comparar y apreciar los progresos realizados. En todos los ramos de la actividad humana, hallaremos la enseñanza de las cosas completa, eminentemente útil y atractiva.

Esta clasificación se divide en diez y ocho grupos y ciento veintiuna clases. Los grupos son: 1.° Educación y enseñanza. – 2.° Obras de arte. – 3.° Instrumentos y procedimientos generales de las letras, de las ciencias y de las artes. – 4.° Material y procedimientos generales de la mecánica. – 5.° Electricidad. – 6.° Ingeniería civil, medios de transporte. – 7.° Agricultura. – 8.° Horticultura y arboricultura. – 9.° Montes, caza, pesca, cosechas. – 10.° Alimentos. – 11.° Minas, metalurgia. – 12.° Adorno y mobiliario de los edificios públicos y de las habitaciones. – 13.° Hilos, tejidos, vestidos. – 14.° Industria química. – 15.° Industrias diversas. – 16.° Economía social, higiene, asistencia pública. – 17.° Colonización. – 18.° Ejércitos de tierra y de mar.

En cuanto á los palacios destinados á estos grupos, va muy adelantada su construcción, y algunos de ellos se hallan ya casi terminados.

La Administración ha impuesto á los arquitectos la obligación de levantar edificios que simbolicen, por su aspecto y decorado, la naturaleza de los objetos que han de albergar. Esta exigencia les ha obligado á realizar verdaderos prodigios de arte.

Antes de examinar la disposición general de estos palacios y las condiciones particulares de cada uno de ellos, vamos á recordar algunos datos, que demuestran cuán rápido es en todos sentidos el progreso de las Exposiciones Universales de París.

La de 1855 ocupaba 168.000 metros cuadrados, de los cuales había 117.000 cubiertos de edificios; recibió 5.162.000 visitantes; costó 11.500.000 francos y no produjo más que 3.200.000.

La de 1867 ocupó una superficie de 687.800 metros cuadrados, con edificios que cubrían 166.000; costó 23.440.000 francos y fué visitada por 11 millones de personas, que proporcionaron un ingreso de 26.257.000 francos.

En cambio, la de 1878 se cerró con un déficit de de cerca de 32 millones, pues costó 55.400.000 francos y sólo tuvo 16 millones de visitantes, que pudieron pasearse muy holgados en un área de 750.000 metros cuadrados, con edificios que cubrían una superficie de 28 hectáreas. Es de advertir, sin embargo, que en este déficit va comprendido el importe del palacio del Trocadero, que subsiste convertido en museo etnográfico y de reproducciones, independientemente de su inmensa sala de conciertos, poco menos que inservible por sus malas condiciones acústicas.

La Exposición de 1889 ocupó 96 hectáreas, con edificios que cubrían 29; costó 40 millones; la visitaron 32.350.000 personas y produjo 50 millones de francos.

Si mal no recordamos, la Exposición Universal de Barcelona costó 11 millones de pesetas, incluso el coste de muchas obras permanentes, y fué visitada por 1.227.000 personas que proporcionaron un ingreso de 2.337.000 pesetas. El déficit fué insignificante, comparado con el de casi todas las Exposiciones de Europa y América, algunas de las cuales han liquidado con cerca de 50 millones de pérdida. Pero está probado que, en todas partes, lo que pierde la Exposición lo gana con creces el país.

París espera que la de 1900 continuará la feliz tradición de 1867 y 1889, á pesar de que los gastos, que aún no pueden precisarse, se elevarán á una cantidad fabulosa – á unos 100 millones seguramente.

La Exposición ocupará una superficie de 108 hectáreas, sin contar los anejos del bosque de Vincennes, y estará dividida en seis partes: Campos Elíseos, Explanada de los Inválidos, Ribazo derecho del Sena, Ribazo izquierdo, Campo de Marte y Trocadero.

En nuestra próxima crónica empezaremos por los Campos Elíseos una excursión á través de las obras que simultáneamente y con toda actividad se llevan á cabo en todo el recinto de la Exposición que en breve ha de ofrecer tantas maravillas.

JUAN B. ENSEÑAT



Las mozuelas con sus faldas almidonadas, envuelto el busto artísticamente en el pañolillo de crespón, sonríen á los mocitos

¡SELLO DE SANGRE!

La Carmencilla no durmió en toda la noche. ¡Sueño! Eso quería ella; un sueño largo, muy largo, para no despertar nunca, acostada allí, en el fondo de la tierra, si no era feliz con su *Paquiro*. ¿Quién se lo impedía, vamos á ver? *¿Pepa la de la Rinconá? ¿*Y quién era *Pepa la de la Rinconá?* Un mal corazón, ya lo sabía Carmen. Pepa había tenido sus más y sus menos con Paco... Pero *aquellas cosas*, ¿qué tenían que ver con el cariño bueno y puro de Paco y Carmencilla?

No pudo dormir. Pensaba en todo aquello, en Paco, en *Pepa la de la Rinconá*, en *Mecha*... ¡Era horrible! ¿Cómo querer á *Mecha*, si quería á Paco, si lo quería desde que tuvo ella uso de razón, desde que empezó á hablar, desde que empezó á comprender?. Porque *Paquiro* y ella se habían criado juntos siendo vecinos, viviendo en una misma casa, viéndose, hablándose, queriéndose siempre.

¡Válgame Dios! Pero *Mecha* era un mal hombre. Tan mal hombre, como Pepa mala mujer. ¡Luego dicen que Dios los cría y ellos se juntan! ¿Por qué no se habían juntado Pepilla y *Mecha*, y por qué no se habían casado, y por qué no la dejaban á ella en paz con su *Paquiro*? ¡Sí, horrible, horrible!

Pero *Pepa la de la Rinconá*, aquella mujerona hermosísima, con treinta años como treinta tempestades, había ido á vivir también al corral donde ellos vivían. Paco era un mozalejo, y Pepilla se enamoró de él, le aturdió, le mareó, le deslumbró. Paco dejó de pensar en su Carmen, y ella, la Carmen, había estado á punto de volverse loca. Era mucha, muchísima mujer *Pepilla la de la Rinconá*.

Pepa tenía su ángel malo; este ángel malo era *Mecha*. ¿Qué no serían capaces de hacer, por celos, aquellos dos demonios cuando supiesen que la Carmencilla y Paco iban á casarse?

Cuando Paco le afirmó que *Pepa la de la Rinconá* fué una pesadilla que él había tenido, y que él lo que quería era el cariño de su Carmen de oro, la Carmencilla vió el cielo abierto; cuando Paco lo repitió y añadió que se casaba en cuanto ella quisiera, el cielo se abrió más todavía, y vió en aquel cielo, de pronto, tantas cosas buenas, que el corazón se le hinchaba..., se le hinchaba de felicidad, y estuvo á punto de ahogarse. ¡Lo que lloró la Carmencilla! Pero no, era demasiado; no lo quería creer. Paco, para convencerla, le había dicho:

—Que sí, mi Carmencilla, que mañana hay fiesta en el *Corral de la Mosca*, donde vive Felipa, tu amiga, y donde vive *Percales*, la amiga de *Pepa la de la Rinconá*, y donde irá Pepa, y donde irás tú, y donde iré yo, para que vean todos, y Pepa también, y para que lo veas tú, que la palabra es palabra y que tu novio soy y que mi mujer serás, porque Dios quiere y porque queremos nosotros, y te lo sellaré con sangre si es preciso.

A la Carmencilla le dió el corazón un vuelco; aquella era una felicidad demasiado grande para no querer disfrutarla. ¡Que lo vieran todos, sí! ¿Qué más querría Carmencilla entonces? ¡Que vieran su triunfo! Su cuerpo nervioso y fino estremecíase de impaciencia.

A la tardecita siguiente se encerró en su cuarto y vistióse de gala. Iría al corral con su abuelito, aquel viejecillo alegre, honra y prez de los herreros de Triana. Sí, era herrero y lo pasaban bien. Hubo una época en que la Carmencilla vendió flores; su gentileza, su seriedad, atraían al comprador; dejó el oficio porque tiene sus escollos; cigarrera tampoco quiso ser; además, el abuelito trabajaba mucho, tenía sus ahorros... ¡Era el abuelo tan buenazo! Se quedó en la casa cuidando del abuelito, risueña, feliz, con una sola nube que la pudiese turbar: el recuerdo de *Paquiro*.

Concluyó su tocado y bajó al taller. ¡Vaya un mérito el de toda su personilla! Bajaba por la escalera negruzca como un torrente de luz. ¡Virgen! El abuelo la miró como loco. Nunca había visto brillar el hierro caldeado como aquel mundo de resplandores que por la escalera bajaba. *Bronquita*, el aprendiz, quedó mirándola también, con aire contrito, como contempla el fiel, en el altar, al santo de su devoción; y hasta *Canelo*, el perrillo de *Bronquita*, aquel tunante de *Canelo*, que sabía más que siete, soltó un ladrido con mucha gracia, que pareció decir:

—¡Esto sí que es superior, *jinojo!*

La impaciencia la consumía; ahogábala la fiebre; aquel calor de la fiebre puso en su blanco rostro animación extraña que sorprendía. No era su falda, graciosa, de percal, ni su mantón fino, llevado airosamente, como lo lleva la mujer del pueblo andaluz; no era su pelo brillante, adornado de flores, ni sus pies diminutos, calzados primorosamente, ni sus dedos, cuajados de sortijas, como los de las Vírgenes de las iglesias; no era todo esto, gracioso, limpio, señoril, lo que cautivaba; era otra cosa sin explicación; no estaba en sus ojos, ni en su boca, ni en su talle... ¡Ah, demonio de Pepilla! Sólo Pepilla con su bravo cuerpo de leona, hubiera podido competir con aquella radiante y delicada figura... Porque debo decíroslo; *Pepilla la de la Rinconá* no era una mujer; era un abismo, de cuyo fondo, por contraste singular, brotaba luz, como de los abismos de la tierra brota sombríamente la llama del volcán.

Llegaron al corral. ¡Qué barullo, gran Dios! El casero discute con un vecino tramposo; una mujer lava en un rincón; otra cose junto á su puerta; otras se peinan, sentadas en el suelo; la de más acá grita á su chiquillo; la de más allá canturrea; los muchachos corren ó brincan; los viejos discuten ó fuman, tendidos junto á las paredes; las mozuelas, con sus faldas almidonadas, envuelto el busto artísticamente en el pañolillo de crespón, sonríen á los mocitos, ó cuchichean muy bajo lo que sólo Dios y ellos saben. Felipa, la amiga de Carmen, termina el acicalado de sus hermanillos, sentada en un pedrusco; *Percales*, la amiga de *Pepa la de la Rinconá*, habla á *Requinto* lo que no puede decirse; *Requinto*, un señor muy feo y muy serio, retrepado en una silla rota, rasca un guitarrucho, y sin respeto á lo que *Percales* habla, vomita á los aires una copla para él solo, que parece salir de una garganta de barro, hecha tiestos.

Cuando llegó la Carmencilla, salía *Pepa la de la Rinconá* del cuarto de *Percales*. Adelantándose Carmen, se había metido entre un grupo de mozuelas; vió á su rival, pero fué saludando á las mozuelas como si no la hubiese visto. Pepa habíase quedado parada bruscamente, sin disimular en aquel momento su ira. ¡Aquello solo hacía comprender lo que amaba á Paco! Carmencilla estaba radiante, risueña; brotaba la vida de sus ojos, como del cielo brota la luz; se fué para Felipa, y la besó ruidosamente; se fué á *Percales*, la amiga de su rival, y tuvo para ella un halago; así prosiguió, con una frase feliz, con un dicho agudo, con una caricia para cada una, sin desconcertarse, con tranquilidad, con el mismo aire de confianza y reposo con que una reina de la moda está en un salón, rodeada de admiradores. Acaso las mujeres, ¿no son en todas partes lo mismo? De pronto, se lanzó á Pepilla de un salto, y pegando á ella su cuerpecito, como para escupirle en la boca el virus desde más cerca, le echó los brazos al cuello, la besó y dijo palpitante:

—¡Ay, Pepa, perdona, que no te había visto, hija!

La voz de Pepa, que entrecortada, como no pudiendo mover la lengua con facilidad, aquella lengua náufrago perdido en el torrente de maldiciones que á la boca le subía para caer como diluvio de fango en el alma de Carmen, sólo dijo:

—Sí que te sorprenderás... Como tú no sabes que yo vengo aquí mucho, por eso no te acordabas.

Y no sabía al hablar esto si la estaba abrazando también, ó estaba ahogándola; no se sabe cómo no le hundió los dos puños cerrados en el pecho, allí,

donde estuvieran los pulmones, para partírselos y que no respirase más. Fué á hablar... Iba á abrir la horrorosa compuerta para que todo el fango de la lava volcase, y no supo qué misterioso poder logró contra su voluntad que se mantuviese la lengua inmóvil. ¿Fué quizás el asombro que le produjo la mirada de reto que Carmen le lanzó, teniéndola cogida aún entre sus brazos, juntas las bocas, juntos los ojos, clavándose las dos mutuamente la mirada en el corazón, como desnudos aceros, afilados por el dolor y por la cólera encendidos? ¡Ay, el sentimiento único, cuando la tuvo tan cerca, fué ya el de una envidia amarguísima ante aquel rostro fresco, lozano, de piel tersa y fina, aquellos labios encendidos, aquellos ojos negros que chispeaban, y aquella esbeltez y todo el vigor y la dulzura de aquel conjunto, en que naturaleza pródiga derrochó sus galas! ¡Los treinta años de Pepilla parecieron protestar allí, con misterioso, recóndito grito, contra aquel botón de clavel, apenas entreabierto!

Irguióse brava y se aprestó á la lucha; como si presintiera el juego de Carmen, en él siguió, abrazándola y besándola también, amorosamente, placentera la faz, muriendo de dolor y coraje; en sus grandes ojos de leona enferma, aquellos ojos cansados, adormecidos por vigilias de amor, ardió un rayo de fiebre misteriosa, chispa fugaz, como en los ojos del agonizante.

Requinto salió entonces con la ocurrencia de dar un artístico golpe en el guitarro; cierto zangón echó al aire una copla, excelsa hermana de aquel rasgueo del guitarrillo, que rasgaba la carne; y con el guitarro, con la copla, con el gritar, con las risas, con el *barullo jactancioso de la andaluza grey,* nadie hizo ya caso de Carmen ni Pepilla, ni del grupo que las rodeaba, ni oía nadie tampoco, á no ser las del grupo, la voz de Carmen, aquella voz dulce y alegre que hablaba así, como para justificar los besos y abrazos que entre las dos cambiáronse.

– ¿Quién, ésta? Si yo la conozco desde chica. ¡Tan guapa siempre!

Y cogía las manos de Pepa, sonriéndola, mimándola.

Así era yo de grande...

Y se inclinaba para señalar con la mano á la altura de la rodilla.

– ¡Qué..., si ni siquiera sabía andar! Ya ven ustedes; y ésta se llevaba de calle á medio mundo con la gracia suya..: Parece que fué ayer... Digo, y hace ya doce años... ¡Como que yo voy á tener dieciocho! ¡Ay, Jesús, pero si soy ya una vieja!

Pepilla la miraba sonriendo. ¡Ah, qué garganta tan hermosa tenía Carmen, y qué á propósito para cogerla bien..., y apretar..., apretar cuidadosamente, con mucho cuidado, hasta que Carmen no respirase, ni hablara..., no, no, ni hablar tampoco! ¡Ay, Dios santo! ¡Entonces sí que Carmen no podría decir otra vez en aquel dulce tono que Pepilla era vieja! Pepilla miraba el cuello de su rival, y clavaba allí los ojos, como si sus ojos hubiesen sido sus manos.

Cogió la cabeza de Carmen con aquellas manos finas, blancas, las bajó hasta el cuello, las tuvo allí jugueteando, acariciadoras, dulces, como dos flores unidas á un tronco alabastrino.

– Vaya, *mujé,* decíale en tanto, con su temible dejo andaluz, ¿conque has venido á la fiesta?

– Por darle gusto á Paco, respondió Carmen con un delicioso airecillo de candidez.

Y dirigiéndose á las otras, añadió de pronto, como valvulilla fantástica que se abre para producir la muerte:

– ¡Buen personaje está Paco!.. ¡Venga porte y lucimiento! Cuando éramos así, chiquitillos..., aquí está Pepa que lo sabe y puede contarlo... ¡Como que era ya una mujer!.. Pues entonces, cuando éramos así, andábamos siempre juntos. Mi abuelo me lo regañó muchísimo. «¡Que es un haragán! ¡Que no trabaja! ¡Que no estudia!» Yo, como si no; ya se ve, ¡los muchachos! Pero luego, cuando ya fuimos grandes, la cosa se puso más seria todavía; para que vean ustedes; y cuando más seria estaba, ¡me salió con una historia!.. En fin, ya pasó. ¡No quiero acordarme!

– Pero ¿tú le quieres?, preguntó Pepa como si agonizara.

– Pues lo que es yo, la verdad... ¿Por qué decir que no?

Y Carmen reía como un ángel.

– Pero ¿y *la historia* que decías?

– Esas son basuras, repuso Carmen riéndose de aquel modo dulce. Con mi querer nada más, pongo yo á Paco puro como el fuego.

Sintiéronse gritos en la calle, y allá fueron algunas mujeres. Pepilla, con la marejada que hubo, sin que nadie la oyera, dijo entonces á Carmen, como escupiéndole toda su rabia en los ojos:

– ¡Mira, le mataré primero!

Carmen soltó una carcajada; caíasele el mantón y se lo quitó para arreglárselo; lo cernió en el aire de un modo, para unir las dos puntas, que no parecía mantón; parecía *el percal* cuando se le presenta al bicho en la arena, y exclamó risueñamente con un dejo de gloria:



Mecha saltaba como un tigre...

– ¡Ay, mujer, te llevarán á la cárcel!

– ¿Tú no lo crees?, rugió Pepilla. Bueno, anda... Pero oye lo que te digo; Felipa le contó á *Percales* que veníais Paco y tú; *Percales* me lo contó á mí; yo no lo creía... Por si acaso, avisé á *Mecha,* que también vendrá.

Carmen lanzó un grito de horror. Se abrió un grupo de hembras entonces en el mismo zaguán, y brotaron de allí, hacia el patio, *Bronquita* y *Canelo.* Los dos estaban sofocadísimos.

– ¿Qué pasa?, preguntó Felipa anhelante.

– *¡Osté* no sabe! *Mecha...,* ¿eh?.., el *señó Mecha* y el *señó Paco... Güeno;* el *señó* Paco le quitó el cuchillo al *señó Mecha,* que estaba esperándole en la esquina, y le dió una tunda..., ¡una tunda!..

Bronquita no podía respirar. *Canelo* daba saltos alrededor suyo, como diciendo á cada salto: «Sí, señor, ¡una tunda!»

Avalanzáronse en esto Carmen y Pepilla. No se sabe si fué *Bronca* ó *Canelo* quien lo acabó de contar. «*Mecha* se echó sobre *Paquiro* con un puñal levantado. *Paquiro* no tenía armas, pero le quitó el puñal, lo tiró, despreció á *Mecha* y se puso á hablar luego con unos amigos; se venía ya para el corral, cuando *Mecha* le salió al paso otra vez; llevaba un cuchillo largo..., largo...» No acabaron de oir las mujeres; lanzáronse todas á la calle.

En el corral hubo un clamoreo horrendo, y en la calle oíanse voces y cerrar de puertas. Las mujeres se escondían en sus salas, ó borbotaban por la puerta del corral á la calle, como río sin dique, en busca del marido, del hermano, del padre; otras contuvieron al abuelo de Carmencilla; los balcones estaban llenos de vecinos; en la calle había algunos pocos, á gran distancia de *Mecha* y Paco. Puedo decir á quien amigo sea de pormenores, que estaban en la embocadura misma de la calle de Febo. *Mecha* saltaba como un tigre, buscando con la pavorosa hoja el cuerpo de *Paquiro; Paquiro* rehuía el cuerpo con destreza; estaba desarmado: á cada *viaje* de Mecha, se veía á *Paquiro* encogerse ó saltar, y *Mecha* rugía furioso, porque erró el golpe; una de las veces, hurtó el cuerpo *Paquiro* con tal serenidad y de tan diestro modo que tuvo tiempo para dar á *Mecha* una bofetada que retumbó como un tiro en toda la calle. De los balcones salieron gritos de elogio. La gran bofetada hizo girar á *Mecha* y no le volcó milagrosamente.

Fué cuando salieron Felipa y *Percales,* Carmen y *Pepilla la de la Rinconá.* Felipa se fué para *Mecha,* colgándose de él, con dientes y uñas, para sujetarle; Carmencilla habíase lanzado á *Paquiro* y se abrazó á él, escudándole con su cuerpo; *Paquiro* dió media vuelta, sin poderse soltar. ¡Paco! ¡Paco! – gritaba ella, desgarradamente. *Mecha* avanzó, arrastrando á Felipa, que rugía como una leona, mordiéndole, atenazándole, enredándose, hasta sentirse allí crujir de huesos. ¡El fenómeno mas curioso en estas escenas tempestuosas de los barrios andaluces, es la bravura con que las mujeres se ponen entre los cuchillos, para evitar la catástrofe! En este horroroso segundo, Pepilla, caído el mantón, desbandado el cabello, golpeándose y arrancándose túrdigas de su hermosísimo rostro de pantera, gritó, con formidable rugido:

– ¡Mátalo, Mecha, mátalo!

Un clamor inmenso salió de todos los corazones. *Mecha* pudo desprenderse de Felipa, que quedó tendida en el arroyo; antes que *Paquiro* se soltase de Carmen, se le echó *Mecha* encima. Corrió á Paco todo el mundo sin valor para favorecerle antes, y no fué ya tiempo. ¡La fatal hoja habíase hundido en la espalda del mozo! Cayó Paco á tierra, arrastrando á Carmen en su caída; y á la última luz de la tarde, era un singularísimo espectáculo, muy común por lo demás en los barrios andaluces, el de la multitud agrupándose alrededor de la víctima, mientras el asesino escapaba, sin que se supiese por dónde. Pugnaba Felipa por levantarse. *Requinto* ensanchaba el círculo, empujando con el guitarro, para que no pisasen á Paco. Carmen cayó junto á él; quedó allí como muerta; su limpia falda, su mantón gris, sus manos, hasta los claveles y las rosas, adorno de su cabeza, todo estaba empapado en la sangre del hombre. *Canelo* lamía tristemente una mano de Carmen. Por un lado oíase el plañir de *Bronquita;* por otro el del abuelito; en todas partes rumor de comentarios, como eco sin fin, de río que se desborda, y destacándose entre aquellos rumores, el quejido pavoroso de *Canelo,* aquel quejido, que entraba en el corazón, rasgando la carne, y las risotadas, no menos pavorosas de *Pepa la de la Rinconá,* que seguía golpeándose el rostro y mesándose los cabellos, y gritando cavernosamente, entre el convulso reir:

– ¡Mátalo, Mecha, mátalooo!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Ilustraciones de Azpiazu.

LOS NOVIOS DE LA VITRINA

(CUENTO DE AÑO NUEVO)

Por la claraboya de cristales del almacén de juguetes filtrábase un rayo de luna.

Su luz alumbraba las vitrinas del centro: los armarios adosados á las paredes del bazar veíanse envueltos en penumbra.

Las estanterías tenían un no sé qué fantástico, algo de galería de cementerio por cuyos nichos asomasen figuras liliputienses vestidas con trajes raros y vistosos: en una parte un pelotón de «bebés» en camisita, con los brazos extendidos, con sus caritas rosadas y gordinflonas, sus grandes ojos de cristal siempre abiertos y la eterna sonrisa en los labios; en otro sitio, un caprichoso grupo formado de muñecas lujosamente prendidas, payasos, arlequines, amas de cría, mefistófeles; en una tabla, un campamento con tiendas de campaña hechas de cartulina, con soldados de plomo en posición heroica de ataque, todos lo mismo con una uniformidad abrumadora, los cañoncitos de cobre amenazando destruir un castillo almenado de corcho y á sus torreones asomados unos cuantos artilleros; metidos en una caja, soldados de infantería recortados en hojadelata y sirviéndoles de sostén unos redondelitos de madera; más allá..., pero no continuo: valdría tanto como inventariar el almacén.

A la luz de la luna veíase sobre el cristal que servía de cubierta á una de las vitrinas centrales á unos muñecos: *él,* guapito, con los bigotes retorcidos, en-

JANUARIUS

ENERO, alegoría de Alejandro de Riquer

sortijado el cabello, la cara sonriente, bajo el brazo el *claque* é irreprochablemente llevada la ropa de etiqueta; *ella,* rubia con ojos azules, cara de novia, es decir, de circunstancias entre asombrada y satisfecha, un traje de raso blanco y descendiendo del artístico peinado un velo de encaje: al pecho, un ramo de azahar.

El cortejo que seguía á estos novios era un tanto abigarrado: manolas y majas, un cervecero de goma con una panza enorme y una cara estúpida, cocheros, señoritos silbadores, y lo que es aún más extraordinario, un clown con una peluca rubia formando su pelo un tupé monumental, una blusa de seda azul lo mismo que los calzones anchísimos y bordado en aquel sitio menos decoroso del individuo un sol muriéndose de risa imbécil.

. . . .

Pues señor, que el silencio de muerte que reinaba en el amplio local fué interrumpido por doce campanadas que armoniosamente vibraron en uno de los múltiples relojes que pendían de la pared.

Resonaba aún la última campanada y en el antes tranquilo bazar zumbó un ruido análogo al que producirían numerosas lenguetas de metal azotadas por un viento fortísimo.

Eran los señores muñecos que al despertar comunicábanse en su lenguaje especialísimo sus impresiones: que también los muñecos hablan como cualquier hijo de vecino.

Los que estaban encerrados en los armarios golpeaban con sus manitas las puertas de cristales como si quisieran romper éstos para salir de su encierro; los que se encontraban en las estanterías, aun á trueque de caer á tierra, asomábanse al borde de los tableros; los de los escaparates empujaban á la desesperada las cristalinas paredes, y todos repetían con loco entusiasmo:

—¡Año nuevo!.. ¡Año nuevo!..

Los *bebés,* alarmados por aquel griterío, rompieron á llorar amargamente, los borreguitos lanzaron un lastimoso *bee,* un polichinela que llevaba colgado un bombo galpeó furioso el parche, otro hizo chocar los platillos clavados á sus manos, los muñecos de un estante reían como locos, dos borriquitos abrieron sus bocas y excuso deciros lo agradable de su canto; un tigre de Bengala, un león del desierto, un jaguar, un lobo, una hiena y un orangután recluídos en una *menagerie* de á tres duros improvisaron un sexteto terrible por lo horrísono; una pasieguita golpeaba las teclas de un piano, y una cocinera francesa se apoderó del manubrio de una cajita de música, volteándole con rapidez inusitada; los señoritos silbadores soltaron su cantata: en una palabra, en el bazar resonó un concierto estruendoso, delirante, si concierto puede decirse de una conjunción de voces, gritos, carcajadas, silbidos, rebuznos, rugidos, sonar de pianos, toques de campanas, sacudir de cascabeles, murmullos, todos los ruidos imaginables.

—¡Año nuevo! ¡Año nuevo!, seguían gritando los muñecos.

Entre aquel estruendo los novios de la vitrina comenzaron á hablarse en voz baja.

Tenían muy juntas sus caritas y se estrechaban las manos fuertemente.

El hombrecito del claque suspiró.

—¡Cuándo nos veremos libres de tanta gentuza para consagrarnos á nuestro amor!

—Muy pronto: el día que nos casemos, replicó *ella.*

Y envolvió con sus ojos de cristal azul á su prometido.

—Pero tarda mucho en llegar ese día... Más de tres meses hace que tú y yo estamos sobre esta vitrina esperando que alguna mamá ó papá caprichoso y con dinero nos saque de este aborrecido bazar, y ya ves: ha llegado año nuevo y estamos lo mismo que en el viejo... El día en que nos compren será el de nuestra felicidad, porque no hemos de encontrar por esos mundos de Dios ningún muñeco de los que nos rodean y que nos obligan á ti y á mí, por el qué dirán, á permanecer siempre de pie, con cara de risa, vestidos de etiqueta y más espetados que ese pobre arlequín que tiene atravesado el cuerpo con una goma. ¡Si no estuviésemos tan descaradamente expuestos á la luz de la luna!.. ¡Qué deseos tengo de que nos lleven!..

Sí, pero donde vayamos también habrá gente...

—¡Psh! Si es como la que de continuo viene á visitarnos puedes estar tranquila: esa no entiende nuestros amores, es más, no los sospecha siquiera.

—Pero habrá niños...

—¡Inocentes! Esos no saben lo que es amor.

—¡Bien mío, qué felicidad nos aguarda!

—Espero que al empezar el año la disfrutaremos.

El clown del sol muriéndose de risa corta el diálogo de los novios.

—¿Habéis oído?, les dice. ¡Ya estamos en año nuevo!.. ¡Bah!.. ¡Qué cara tenéis! ¡Cuidado que sois idiotas en tomar las cosas de este mundo en serio! Imitadme á mí... ¿Veis si he hecho payasadas el año último? Pues en el que empieza aumentaré mis desmanes, mis carcajadas, me reiré de todo... El mundo hay que tomarlo como es en sí: un sainete divertidísimo. ¡Ea! ¡Mirad qué salto mortal de mi invención doy esta noche. ¡A la una!.. ¡A las dos!.. ¡Y á las!..

El clown da un salto graciosísimo: los novios de la vitrina olvidan por un momento sus pesares y gozan lo indecible con la cabriola de su amigo.

EL GENERAL LORD ROBERTS,
recientemente nombrado general en jefe del ejército inglés del Africa del Sur

El cervecero de goma gruñe para su escandaloso abdomen:

—¡Bonita manera de empezar el año!.. ¿No podrían estos majaderos estarse callados y dejarme echar un sueñecito?.. Porque no sé yo por qué regla de tres ha de tener nadie derecho para incomodar al prójimo...

Uno de los señoritos silbantes á su compañero:

—¡Si vieras, chico, lo que me alegro de que entremos en otro año! A ver si en este se le ocurre á nuestro inventor cambiarnos la sonata.

—¿Y para qué?.. De todas maneras nuestra misión es la de silbar.

—¡Claro que sí! Pero ya estoy aburrido de silbar lo mismo á todas horas.

Los cocheros, animados por el bullicio, entablan otro diálogo.

—Yo, dice el uno, estoy deseando que me lleven á aquel estante, el segundo de la derecha. ¡Hay en él una pasieguita tan mona!.. ¡Y me mira de un modo!

—Pero ¿y si no te llevan?..

—¡Ya lo creo! ¿No ves que á primero de año arreglarán los armarios y nos retirarán á nosotros de aquí?..

—Pues mira, por lo que á mí toca, sentiría que me mudasen, porque, aquí, en secreto, estoy enamorado, pero no como tú, de un ama de cría: he puesto mis miras más en alto.

—¿Sí?.. ¿Quién?..

—¿Ves á esa señorita?..

—¿Cuál?.. ¿La novia?..

—La misma.

—Pero ¿estás en tu juicio?.. ¿No sabes que se va á casar?..

—Sí, y precisamente por lo mismo la quiero más.

Las majas y las manolas sentadas sobre el cristal cuchichean; también tienen esperanzas de que en el año nuevo han de verse cumplidos sus ensueños de ventura.

El ruido en el bazar es insoportable.

. . . .

De pronto todos los muñecos enmudecen, quédanse quietos, espantados, ¡hasta los inquilinos de la *menagerie* tiemblan!..

Ocurre una cosa espeluznante.

Un ratón corre por los pasos de alfombra abiertos entre las vitrinas; detrás sigue un gato negro que bufa desesperado por no poder atrapar al fugitivo.

El ratón trepa por unos cachivaches colocados al pie de la vitrina, salta á ésta y la atraviesa como una exhalación: los novios gritan horrorizados, el cervecero pierde el equilibrio y da con su panza sobre el cristal, los señoritos silbadores se abrazan asustados, el clown se desternilla de risa al ver el cuadro.

El ratón, azorado, corre y corre; su enemigo parece dudar un momento: al fin se decide; enarca el cuerpo, bufa, da un salto y cae terrible sobre la vitrina, atropellando cuanto encuentra á su paso: produce la desolación...

Los muñecos caen al suelo: la novia, al dar con su cuerpo contra el pavimento del bazar, se rompe la cabeza de china en mil pedazos; el novio se perniquiebra; el cervecero, gracias á su cuerpo elástico, se salva, da un bote sin otras consecuencias que la de hundírsele las narices; los señoritos silbadores caídos en el suelo ofrecen un espectáculo lastimoso, con el rostro cuarteado, sin monóculo, con un brazo de menos; una manola también yace malherida. ¡Una catástrofe horripilante iluminada por la luz de la luna que da á la escena un tinte fantástico.

Y el gato, furibundo al verse chasqueado por enemigo tan ridículo como un ratón, corre por todo el bazar bufando.

El clown sigue riendo y filosofa á su manera.

—¡Para que tome uno las cosas en serio!.. ¿Quién les iba á decir á todos estos infelices que empezarían el año tan dramáticamente?.. ¡Esperanzas, ilusiones, anhelos, todo deshecho, desvanecido brutalmente por un mísero ratón que también quiso al empezar el año empezar vida nueva saliendo del escondrijo á gozar del mundo y de sus pompas vanas, sin acordarse, ¡infeliz!, de que en él había gatos! ¡Y mire usted por dónde demonios han venido á resultar víctimas esos pobrecillos muñecos que sólo pensaban en ser dichosos!

. . . .

¡Año nuevo, vida nueva!..

Al oir esta frase, recuerdo la catástrofe del bazar de juguetes y á los desdichados novios de la vitrina, y repito con profunda convicción:

—¡Año nuevo, vida nueva..., si nos deja el gato!..

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Escasísimas son las noticias que del teatro de la guerra se han recibido en estos últimos días. En espera de mayores refuerzos, los ingleses han suspendido sus operaciones y los generales Buller, Methuen y Gatacre han recibido orden de retirarse respectivamente á Estcourt, al río Orange y á Queenstown, hasta que con la llegada del nuevo generalísimo lord Roberts y de las divisiones séptima y octava, que se están movilizando á toda prisa, pueda reunirse un ejército de 150.000 hombres y con él emprender un movimiento general de avance. Mas como para esto se necesita bastante tiempo, es inminente la rendición de las plazas de Ladysmith, Mafeking y Kimberley, que los boers siguen bombardeando y que á consecuencia de la retirada de las fuerzas de aquellos tres generales, han quedado abandonadas á sus propios recursos, que, dicho sea de paso, no deben ser ya muy considerables

En Inglaterra y en sus colonias se está realizando un gran movimiento de defensa nacional y los parlamentos coloniales aprueban el envío de tropas al Africa del Sur. El ministerio de la guerra, previa consulta al general Lockhart, comandante en jefe del ejército de las Indias, ha dispuesto que un regimiento de caballería inglesa, una brigada de artillería y 2.000 hombres de caballería indígena salgan cuanto antes de Bombay para incorporarse á las fuerzas de Natal. Ha circulado, sin embargo, el rumor de que el envío de estos refuerzos había quedado en suspenso ante el temor de un levantamiento en la India.

Los afrikanders del Cabo siguen uniéndose á los boers, habiéndose visto obligado el general Gatacre á dictar órdenes severísimas para evitar una sublevación general en aquel territorio.

En el parte oficial del estado mayor boer sobre la batalla de Colenso, que así se denomina la del Tugela, hay un párrafo en que se consigna que el coronel francés Villebois-Mareuil y



GUERRA ANGLO-BOER. – Conducción de heridos á Ladysmith después de la batalla de 31 de octubre último, dibujo de H. M. Paget, tomado de una fotografía

GUERRA ANGLO-BOER. – Llegada de los heridos ingleses á Cape Town, dibujo de F. de Haenen, tomado de una fotografía de E. Bruton, de Cape Town



DIA DE EXAMENES, cuadro de F. Bergamin



de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich

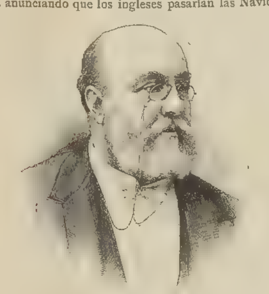


APERTURA DE LA PUERTA SANTA EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EL 24 DE DICIEMBRE ÚLTIMO POR S. S. LEÓN XIII, cuadro de Pío Colivadino

el coronel alemán Braun, que presenciaron aquella acción, han declarado que ningún ejército europeo se habría portado mejor que los boers. Y un oficial alemán que ha regresado recientemente del Transvaal ha dicho que los boers tienen una fe absoluta en su victoria definitiva y que su artillería es superior á la de los ingleses: en lo primero, su opinión coincide con la del hi o de lord Churchill, que, como recordarán nuestros lectores, fué hecho prisionero durante el ataque de un tren blindado y que recientemente ha logrado escaparse de Pretoria.

En una salida que hicieron el día 26 de diciembre último los sitiados de Mafeking, fué gravemente herido el hijo de lord Salisbury. Es una circunstancia digna de notarse en la presente guerra la de que los hijos de las mas aristocráticas familias inglesas han puesto gran empeño en tomar parte en la campaña y en figurar en los puestos de mayor peligro, lo cual habla muy alto en pro de aquella oficialidad.

La prensa londinense, la misma que pidió á voz en grito la guerra anunciando que los ingleses pasarían las Navidades en



CARLOS LAMOUREUX, eminente director de orquesta francés, fallecido en París en 21 de diciembre último

Pretoria, ataca ahora duramente al ministro de la Guerra y califica de ineptos á los generales que hasta ahora han dirigido la campaña. Muchos son los que creen ver en esto una maniobra del ministro de las Colonias Mr. Chamberlain, para desviar la opinión pública y evitar que se dedique ahora á averiguar las verdaderas razones que le llevaron á emprender la lucha, pues teme que, enfriados los primeros entusiasmos á consecuencia de tantas derrotas, esta averiguación había de ser para él de resultados muy funestos. Si esta suposición es fundada, como parece muy probable, lord Lansdowne, que está al frente del *War Office*, puede estar satisfecho de su compañero de gabinete.

La cuestión de la bahía de Delagoa va revistiendo gran importancia: dícese que, en virtud de ciertos tratados entre Inglaterra, Alemania y Portugal, no tardará la primera de estas potencias en apoderarse de dicha bahía, con lo cual ganaría mucho la situación de los ingleses en el África del Sur por la proximidad de aquel puerto á la frontera transvaalense. Entretanto, Inglaterra trata de impedir á todo trance que los boers sigan aprovisionándose por aquella bahía, y á este efecto detiene cuantos buques le parecen sospechosos, lo cual le ha valido varias reclamaciones diplomáticas de parte de las potencias á que aquéllos pertenecen: los boers, en vista de esto, han declarado, según parece, que en el caso de que los ingleses consigan su intento, ellos alimentarán á los prisioneros con maíz.

El Consejo Municipal de Nueva York ha aprobado una proposición haciendo votos por el triunfo de los boers.

Apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, el día 24 de diciembre último, por S. S. León XIII, cuadro de Pío Colivadino. – La solemnidad de la inauguración del Año Santo ha constituído en Roma un gran acontecimiento religioso, y especialmente para León XIII, que habrá experimentado viva emoción al presidir una solemne ceremonia que presenció en 1825, siendo una de las contadas personas que de aquel tiempo aún sobreviven.

El discreto pintor Sr. Colivadino ha tratado de reproducir en el lienzo la solemnidad á que nos referimos, eligiendo como asunto el momento en que el Papa golpea la Puerta Santa con un martillo de oro, que recibió de manos del gran penitenciario, y á cuya invocación cae la referida puerta, impulsada por un ingenioso mecanismo, penetrando entonces S. S. en la Basílica, acompañado de la corte pontificia.

Tal es el tema en que se ha inspirado el joven pintor argentino, quien ha demostrado una vez más sus especiales aptitudes para el cultivo del arte y la justicia con que el gobierno de su país le concedió la pensión de que disfruta.

Carlos Lamoureux.—Este célebre director de orquesta, recientemente fallecido en París, había nacido en Burdeos en 1834. Su carrera musical fué de las más brillantes, marcándose las principales etapas de la misma en la dirección de la Opera, de la Opera Cómica y sobre todo en la de los famosos conciertos de su nombre por él organizados. El punto culminante de aquella ilustre existencia fué la representación de *Lohengrin* en el Eden-Theatre, punto de partida del triunfo, hoy definitivo, de las obras de Wagner en Francia, y la coronación de sus admirables esfuerzos artísticos ha sido la serie de representaciones de *Tristán é Isolda*, que ha terminado bajo su dirección en el Nuevo Teatro, casi en vísperas de su muerte, acaecida en 21 de diciembre último, cuatro días después de haber dirigido el último de sus grandes conciertos.

El abanderado, cuadro de Antonio Fabrés.—Después de seis años de ausencia de la madre patria, encuéntrase actualmente en Barcelona nuestro querido amigo y antiguo colaborador el notable artista Antonio Fabrés, quien defiriendo á los deseos de sus muchos admiradores, ha organizado en el salón de D. Pedro Robira una exposición de algunas de sus últimas obras, entre las cuales figura el precioso lienzo que en el presente número reproducimos, verdadera joya por su habilísima ejecución, por la perfección de su dibujo y por la belleza de su colorido. Como en el número próximo reproduciremos varios de estos cuadros y tendremos entonces ocasión de ocuparnos más detenidamente del pintor que tan eminente puesto ha conquistado en el mundo del arte, nos limitamos hoy á dar á Fabrés la más cariñosa bienvenida y á tributarle una vez más nuestro entusiasta aplauso.

Enero, dibujo de Alejandro de Riquer. — En distintas ocasiones han podido apreciar nuestros lectores las bellísimas composiciones de Riquer, que hemos elogiado como se merecían. La que hoy publicamos en nada cede á las más primorosas obras producidas por el reputado artista, y por ende es digna de todas las alabanzas que tantas veces le hemos dedicado en estas columnas y que no repetimos, entre otras razones, porque Riquer ha llegado á esa altura tan codiciada por quienes para el público trabajan, en que el mejor encomio es el propio nombre puesto al pie de un cuadro ó de un dibujo.

Día de exámenes, cuadro de F. Bergamini.—El distinguido pintor italiano Bergamini, al reproducir esta escena de costumbres, ha demostrado un gran espíritu de observación: basta examinar los rostros y las actitudes de todos los personajes que en el cuadro figuran para comprender que están tomados del natural, pues no de otra suerte pueden pintarse con la verdad con que él lo ha hecho las distintas expresiones del bondadoso cura, de la niña que no acierta á responder á la pregunta que éste le hace, y de los compañeros y amigas de la que se examina, en cuyas caras se reflejan de una manera admirable los distintos sentimientos que animan á cada uno.

Un alto, cuadro de Cusachs y Vancells.—Si el nombre de cada uno de estos dos artistas es por sí solo garantía de la bondad de la obra por ellos firmada, ocioso es decir cuánto valdrá el cuadro en que los dos nombres aparezcan juntos, como sucede en el que publicamos en la página 40. Cusachs domina, como es sabido, el género de pintura militar y tiene bien probados su perfecto conocimiento de cuanto con la vida militar se relaciona y su pericia para trasladar al lienzo los tipos y las escenas que tan admirablemente observa y con tanto cuidado estudia. Vancells es indiscutiblemente uno de nuestros primeros paisajistas, que siente como pocos la poesía de la naturaleza y tiene en su paleta los tonos más delicados para reproducirla en formas y colores tan verdaderos como bellos. En *Un alto* aparecen perfectamente marcadas las cualidades que á cada uno distinguen, y de la colaboración de ambos resulta un conjunto admirablemente armónico, sin la más pequeña disonancia que pueda acusar el menor antagonismo entre los dos autores que han sabido identificarse por completo el uno con el otro.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – El escultor Saint-Marceaux ha terminado el boceto del monumento á Alejandro Dumas: el ilustre dramaturgo está sentado escribiendo y en actitud de recibir las inspiraciones de las mujeres que cubiertas con largos velos se acercan á él y que representan las heroínas de sus obras.

Teatros.—En el teatro Carl-Weiss, de Berlín, se ha representado una traducción rusa del drama de D. Manuel Tamayo y Baus *La locura de amor.*

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *Turbonada*, cuadro dramático en un acto de D. Modesto Urgell; en Romea, *La grossa*, monólogo de D. Narciso Oller; y en el Eldorado, *Portfolio de Eldorado*, revista en un acto del Sr. Molas y Casas, con música del maestro Cotó.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

María Magdalena, de pie en medio del salón, echó una ojeada á su alrededor, enderezó con sus afilados dedos las hojas en forma de abanico de una palmera, imprimió una curva graciosa á unos ramos de lilas de color de malva que salían de un tubo de loza china, y después de meditar un rato satisfecha, se volvió hacia el armario de luna colocado entre las dos ventanas. Acentuóse su sonrisa.

El estrecho entrepaño reflejaba la graciosa figura de una mujer bajita, elegante, una belleza rubia de tez mate, ojos brillantes, labios encarnados y dientes blanquísimos. De este conjunto se desprendía una exuberancia de vida, una alegría de existir, un júbilo de ser; sus ojos parecían reflejar la radiante luz de un día de mayo; en ellos destellaban puntos de oro como vivientes lentejuelas...

Sonrióse graciosa y silenciosamente mirándose al espejo, dirigió á su imagen un amistoso ademán con la cabeza; luego hizo destellar, con suaves movimientos del busto, las cascadas de perlas que guarnecían su «tea gown» hecha de esas sedas inglesas de tintas pálidas, que tienen pliegues de una gracia estética...

María Magdalena era estética en su tocador, más que en el mueblaje de su salón.

Su tacto, refinado para la combinación de tonos y de formas que podían poner en relieve su fisonomía, no lo era tanto para la elección de las mil y una cosas que constituían un interior armonioso.

Algunos sillones antiguos cubiertos de forros bordados eran los únicos objetos interesantes; dos mesas de juego de marquetería demasiado nueva, relucían por todos sus dorados chillones y su estructura poco artística; había bronces de formas pesadas; en un ángulo un feo jarrón de falsa porcelana de Sajonia, y en las mesas, en las consolas, en la chimenea, un montón de increíbles chucherías, lozas y pequeñísimos barros cocidos, conejos pintados, ratones, cuévanos de filigrana... amontonamiento de un gusto vulgar.

Con todo, gracias á las flores y á las plantas verdes diseminadas por todas partes el conjunto era agradable, y aquel salón podía pasar por uno de los más elegantes de Montpazier, subprefectura industrial en donde se ocupan poco de los refinamientos del lujo moderno.

Al oir el sonido del timbre eléctrico, María Magdalena miró un reloj de viaje que había en una consola.

–¡Ya!, dijo. ¡A las dos una visita!

Estaba aún poco al corriente de las costumbres de provincias; había salido de París hacía pocas semanas, inmediatamente después de su casamiento con Roberto Le Clercq, abogado de Montpazier, é inauguraba su día de recibo.

No conservaba de sus visitas de recién casada más que el recuerdo confuso de algunas caras desconocidas, de muchos salones sin lujo, y sobre todo del fastidio de haber tenido que contestar en todas partes á las mismas preguntas, á las cuales dió las mismas respuestas. De suerte que consideraba con cierto terror lo que iban á ser sus visitas. En su casa podía estudiarlas á su gusto y hacer una selección, dejando á un lado las más nulas y las más antipáticas.

La suegra de María Magdalena entró sin hacerse anunciar; era una señora vieja, de andar lento, de facciones pronunciadas y vestida de recia seda negra. Tenía el aspecto rígido, y se acercó á besar á la joven

– Buenos días, María Magdalena. ¿Estás mejor, querida?

– ¿Mejor? ¿Acaso he estado enferma?

– ¿Pues no tuviste ayer una neuralgia?

– ¡Oh! Ya pasó...

Mad. Le Clercq vió las dos ventanas abiertas.

– ¡Qué imprudencia! ¡Y llevando un vestido tan ligero!

– Pero si le aseguro á usted que ya no tengo nada, dijo María Magdalena con acento suplicante, porque la anciana señora cerraba despiadadamente las ventanas, á pesar del radiante sol que inundaba el jardín, y se volvía hacia su nuera sin hacer caso de su disgusto.



Sonrióse graciosa y silenciosamente mirándose al espejo

Sentóse á su lado con aire de cariño.

– Estás hoy muy guapa, niña: ese traje te sienta á las mil maravillas. ¿Está aquí Roberto?

– No, está en la Audiencia... Hoy tiene que defender no sé qué causa... ¿Qué es esto?

Con los ojos brillantes de curiosidad, María Magdalena miraba cómo Mad. Le Clercq desataba las cintas de un paquete de forma prolongada... Lanzó una exclamación de alegría al ver en una caja incrustada de plata un precioso abanico antiguo, pintado en vitela y con varillaje de marfil labrado con delicadísimo arte.

– ¡Oh! ¿A Roberto se le ha ocurrido regalarme esto?

– No, hija mía, soy yo quien te lo regala. He notado el deseo que tenías de este abanico cuando lo viste en casa de Faucon, y en vista de esto lo he mandado traer.

– ¡Qué buena es usted, querida mamá!

Con una alegría infantil, María Magdalena abrió el abanico, y mirándose en un gran espejo puesto sobre la chimenea, tomó la actitud de una bailarina de minué, levantó con una mano su falda sobre su torneado pie, é hizo una reverencia elegante y prolongada.

– Me alegro muchísimo de tenerlo para ir al teatro mañana. Hacen *Manon*, ópera que me gusta en extremo.

– Es que no irás al teatro, hija mía, dijo Mad. Le Clercq con el tono de la más imperiosa mansedumbre... ¡Imposible!

María Magdalena se detuvo interrumpiendo otra reverencia y miró á su suegra.

– ¿Que no iré?

– No; sería una imprudencia salir de noche con esas neuralgias.

– Pero si ya no las tengo...

– Pero pueden repetirse... No, no insistas; me darías un verdadero disgusto. Tengo empeño en que no te pongas mala; soy responsable de tu salud. ¿Qué diría tu padre si cayeses enferma?

– Como no caeré enferma... y mi padre no se alarmaba por estas ligeras crisis nerviosas... Le aseguro á usted que jamás me ha prohibido nada. Ya conoce usted su respeto á la libertad de los demás. Acostumbra á decir: «Yo no impongo mi voluntad á nadie, pero también quiero que nadie coarte la mía.»

– Ese es un modo de hablar: si te viese enferma haría lo que yo hago, rogarte que te privaras de un pequeño recreo con tal de evitar una agravación...

– Habría deseado ver lo que es una función de ópera en Montpazier.

– Otra vez lo verás.

– ¿Cuándo? Aquí no hay temporada teatral; nada más que compañías errantes, de paso...

– No insistas, María Magdalena; siento mucho haberte desanimado, pero es un sacrificio muy pequeño, hija mía. Y si me quieres un poco, lo harás sin más discusión.

María Magdalena cerró el abanico malhumorada y lo dejó en una mesa sin volver á mirarlo.

Y prosiguió Mad. Le Clercq tomándole una mano y hablándole con mucha dulzura:

– Tengo también que hacerte una ligera crítica... He visto en casa de madame Lignière una cosa que me ha extrañado un poco.

– ¿Quién es Mad. Lignière?

– Una antigua amiga mía, viuda de un inspector de montes.

– ¡Ah, sí! No la conozco: no estaba en casa cuando Roberto y yo fuimos á visitarla.

– Justamente. Y le dejaste tu tarjeta.

– ¿No es esa la costumbre?

– Sí, pero he visto esa tarjeta: «Madame Le Clercq de Bois Saint-Marcel.»

María Magdalena se ruborizó un poco.

– Bois Saint-Marcel es el apellido de mi padre y quiero llevarlo.

– Pues me parece que la mujer debe adoptar el de su marido.

– Le he adoptado, pero no hay nada que impida agregar el mío. En las dinastías de comerciantes de Montpazier no faltan tampoco personas que sigan esta costumbre.

– Es verdad. En ciertas familias, muchos hermanos, para distinguirse unos de otros han añadido el apellido de su mujer al suyo; pero el caso no es el mismo.

– No, pero creo que mis razones son tan buenas como las suyas.

– La gente lo atribuirá á vanidad por tu parte.

– No hay inconveniente en que lo atribuya, si mis convecinos entienden con eso que estoy orgullosa de mi apellido.

– Las pretensiones aristocráticas pueden parecer ridículas.

– ¡A la gente de Montpazier!, interrumpió con viveza María Magdalena. ¿Y por qué le he de sacrificar mis ideas? ¡Orgullo aristocrático! Sí, lo confieso, lo tengo, pero con derecho, y siendo fundado, no puede ser ridículo.

Mad. Le Clercq miró á su nuera con cierta severidad. María Magdalena hizo un esfuerzo, recobró su graciosa sonrisa y cesó de defender su causa.

– He encargado otras tarjetas para ti, dijo amablemente la suegra levantándose para marcharse. Hasta la vista, nena. Vaya, que hoy estás muy bonita. Me parece que Fremaux te haría un retrato precioso... Ya lo veremos cuando vayamos juntas á París.

Al dirigirse á la puerta, Mad. Le Clercq vió en una consola una bombonera de marfil adornada de una miniatura.

– ¿Qué es esto?, preguntó.

La miniatura representaba un escudo de armas.

– Nuestras armas: el escudo de los de Bois Saint-Marcel lleva en campo azul un pal de oro con tres besantes de lo mismo.

– Es muy bonito, dijo Mad. Le Clercq guardándose la caja y dando un paso para salir.

María Magdalena alargó la mano...

– Aquí tenemos el mismo orden de ideas que en las tarjetas, repuso suavemente la suegra. Ya no eres la señorita de Bois Saint-Marcel, sino la señora Le Clercq. Y esta clase de caprichos se tendrán por ridículos; conozco mejor que tú el modo de pensar de la gente de Montpazier. Todos creerían que es un escudo de fantasía... Se necesita ser un Montmorency, un Rohán ó un La Rochefoucault para permitirse ostentar blasones; de lo contrario se inspira cierta burlona desconfianza. Hasta la vista, mi linda nuera.

Cuando María Magdalena se quedó sola, apretó con fuerza sus dos manos una contra otra, moduló un «¡oh!» que expresaba claramente una porción de sensaciones desagradables, y empezó un vals rabioso alrededor del salón.

Este modo animado de distenderse los nervios le impidió oir anunciar una visita con la cual se encontró de pronto frente á frente. Paró en redondo, muy confusa; mas conociendo al recién llegado, le alargó la mano sonriendo:

– ¡Ah..., Sr. Darlot.., por fortuna es usted!.. Si otro cualquiera me hubiera visto valsando...

– Es verdad, eso no es muy correcto.

Sentáronse en un canapé situado bajo un grupo de palmeras.

El recién llegado era hombre de aventajada estatura, de cara inteligente y de verdadera distinción.

Renato Darlot era un ocioso; un ingenio cultivado, de rara delicadeza de ideas, aficionado á las cosas de arte y que pasaba una vida aburrida por una especie de pereza en sobreponerse á los disgustos íntimos que había tenido. Muchos años antes perdió una hermana más joven que él y á la que amaba tiernamente. Esta desgracia le anonadó: después vivió con la mayor apatía, y sólo le animaban de vez en cuando las cuestiones de estética.

Por lo regular tenía una actitud indiferente: hablaba poco, pero sus frases incisivas y axiomáticas no tenían nada de triviales. Con una sola palabra sabía caracterizar cosas y personas.

Pasaba los meses de invierno en París, el verano en Montpazier, en una pequeña quinta construída á la orilla del río, en otro tiempo pintoresco y ahora desfigurado por todas las fábricas instaladas en sus riberas.

Había conocido á María Magdalena en París, y á veces pensaba que si no hubiera renunciado definitivamente á vivir para sí mismo, á crearse una familia, habría escogido á aquella joven animada, graciosa, refinada... y buena; mas aun cuando no tenía cuarenta años se consideraba ya acabado, gastado, envejecido, centenario. Creíase ya un antepasado; la vida no podía ya proporcionarle más que tristezas, y siendo esto así, ¿á qué proyectar la sombra de su precoz ancianidad sobre aquella mañana de mayo, sobre ese rayo de la aurora que era el alma de María Magdalena?

Ésta le recordaba algo la hermana que había perdido. Muchacha ligera y de carácter voluble, tenía alegres risas en las que parecía ver revivir á la otra, y también sus muecas de contrariedad, seguidas de reflexiones excéntricas sobre las personas que la fastidiaban. Este parecido se la hizo querida; la trataba como á una muchacha á la que se ha conocido desde muy niña; no se abstenía de hacerla observaciones burlonas que la picaban vivamente y que ella olvidaba en seguida.

Por lo demás, visitaba asiduamente la casa del doctor de Bois Saint-Marcel, el más amable, el más parisiense y el más conocido médico de señoras.

Con inagotable complacencia el doctor llevaba á su hija á las reuniones casi todas las noches. Estaba orgulloso de su belleza y tenía la confianza más completa en sus buenos principios, porque invariablemente la dejaba sola toda la velada sin preocuparse de lo que pudiera decir ó hacer. Y María Magdalena, que á veces tenía ocurrencias de chiquilla mimada, decía:

– Tengo un padre poco molesto; le recojo en el guardarropa al mismo tiempo que mi abrigo...

Muchas veces, Darlot hizo uso de la positiva influencia que ejercía en el ánimo de su amiguita para cortar de raíz galanteos que le parecían peligrosos. Una palabra acerada, que ponía en evidencia alguna imperfección del galanteador, bastaba por lo general, porque ella tenía un miedo terrible al ridículo.

Supo con sentimiento que iba á casarse con Roberto Le Clercq, y como tenía bastante confianza con el doctor para darle á conocer su pensamiento, no se lo ocultó.

– Pero ¿qué tiene usted que objetar? La posición y la edad de Roberto son convenientes para mi hija...

Hasta la fortuna era inesperada, pues los Bois Saint-Marcel no tenían nada. Su modo de vivir era uno de esos problemas parisienses planteados en estos términos: Vida de sociedad sin un céntimo...

Desde este punto de vista, Roberto daba pruebas de desinterés casándose con una mujer sin dote. Acababa de terminar su carrera de leyes en París, donde conoció á su novia. Era hombre formal, de expresión reservada, al que no se habría creído capaz de dejarse arrastrar por su corazón..., y Darlot se maravilló de que la gracia espontánea y juvenil de María Magdalena pudiera ejercer influjo en semejante naturaleza.

– ¡Es tan poco razonable!, dijo.

Muy cierto; pero va á encontrarse bajo la dirección de Mad. Le Clercq, la madre de Roberto.

– Sí..., vivirán en la misma ciudad... ¡Ah! Otra objeción. ¿Qué hará María Magdalena lejos de París y de la vida que tanto le gusta?

– Pronto se acostumbrará... Y allí tendrá una casa admirable... Mad. Le Clercq posee un hotel construído en el siglo XVIII que es una maravilla... Usted, que es tan aficionado á lo bello, no dejará de verlo. Hay entrepaños y frisos pintados por Boucher, techos de Ranson, muebles, tapices...

Darlot interrumpió con impaciencia:

– Sí..., pero ¿y María Magdalena?

– Vivirá con su marido en el primer piso del hotel: Mad. Le Clercq se reserva la planta baja.

– ¡Vivirá con su suegra!, replicó Darlot consternado.

– Precisamente con su suegra, no; en el piso de encima, lo cual es diferente. Supongo que no se figurará usted que yo vivo con el bolsista que ocupa el entresuelo de esta casa... Ni siquiera le saludo. Ya ve usted que se puede vivir bajo el mismo techo sin molestarse mutuamente.

– Pero en provincias es muy distinto.

– Además, Mad. Le Clercq es una señora excelente, de bondad notoria.

– Sí, lo he oído decir...

– Entonces ahorrará á mi hija el trajín de tener que arreglar la casa. La quiere mucho y le hace continuos regalos. Estoy seguro de que será muy débil con ella.

Renato Darlot se retorció el bigote con aire perplejo y poco convencido, y el doctor, renunciando á prodigar en vano su elocuencia, añadió:

– Además, un día ú otro había de casarse. ¿Cree usted que es agradable guardar á una joven de veinte años, demasiado bonita?.. Yo no he nacido para desempeñar el papel de ángel custodio; no sirvo para ello... ¡Qué contento estoy de poder recobrar un poco de libertad! No tengo cuarenta y cinco años, ¿sabe usted?..

Y era verdad, porque tenía diez años más; pero se conservaba bien; tenía el pelo negro, la mirada viva, los dientes blancos, el porte elegante, y podía calificarse de más joven que muchos jóvenes modernos.

Darlot dejó la discusión, pero conservó su íntimo presentimiento de la desgracia futura de María Magdalena. Era un hombre original: marchóse en seguida á Amberes con el pretexto de ir á estudiar las obras de Rubens, y prolongó su ausencia hasta aquel día en que volvía á ver á su amiga, tan tranquilamente como si se hubiese separado de ella la víspera...

Acostumbrada á su modo de proceder, no pareció sorprenderse al verle; á veces desaparecía por espacio de muchas semanas durante las cuales se le veía de cuando en cuando en el teatro ó en algún museo. En tales momentos huía de sus amigos, volvía la cabeza por no verlos; y luego reaparecía sin más explicación, recobrando su intimidad en el punto en que la había dejado.

Sentóse junto á Magdalena, y mirándola con aire escudriñador, conoció que había sufrido alguna contrariedad; pero sabía que era muy diplomática, refractaria á toda inquisición y capaz de ocultar muy bien sus sentimientos.

No hizo ninguna pregunta... Sus miradas vagaron alrededor de la habitación.

– Es bonito este salón... ¡Ah! Esos son los famosos frisos: de Boucher, según decía el doctor. ¡Jamás! No son más que copias bastante buenas. He ahí un enmaderamiento esculpido de bastante buen estilo... Y esos amorcillos mofletudos, en el techo, son muy graciosos... Esto trasciende á siglo XVIII..., los sillones son notables. Y usted, querida señora, también es notable; está usted en pleno estilo dominante; tiene usted el aire de un pastel de Rosalba...

María Magdalena se sonrió..., le gustaban los cumplidos.

– ¿Me llama usted querida señora?

– Claro está: el casamiento le ha dado á usted un aspecto digno y respetable que no permite llamarla María Magdalena simplemente. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Acababa de ver la profusión de chucherías esparcidas por la chimenea... Cogió un mono pintado que tocaba la guitarra, lo examinó detenidamente, y dijo:

– ¡Horrible! ¿Es usted la que tiene este gusto?

– Sí, yo, contestó la joven con despecho. ¿No le parece á usted bien?

Darlot levantó el dedo con aire severo.

– Hay que tirar todo esto... Es deshonroso para el salón de estilo rococo donde tiene usted el honor de figurar en este momento. Los amores del techo acabarán por dejarse caer ahí encima para romperlo todo. ¡Oh!.. Esos falsos jarrones de Sajonia, esas flores de porcelana, ese sencillo canastillo de filigrana... ¡Uf! María Magdalena, sonrójese usted.

– Sr. Darlot, es usted poco cortés.

– María Magdalena, carece usted de sentido artístico... Su alma de usted está cerrada á las bellas formas... La he visto bostezar oyendo leer el *Rey Lear*. ¡Ah! ¡Qué bonito abanico!

– Me lo acaba de regalar mi suegra.

Darlot levantó la vista.

– Tiene atenciones raras con usted... Este objeto es precioso. Pero no veo por aquí la cajita que ofrecí á usted y de la que hizo usted una bombonera...

Me la ha quitado mi suegra.

– ¡Ah! ¿Cambian ustedes los regalos?

– Mad. Le Clercq se la ha quedado porque estaba pintado en ella mi escudo; parece que aquí es una cosa ridícula.

– ¿Y á usted qué le parece, señora?

– Nada. No tenía nada que decir. Sólo que no puedo hacer á Mad. Le Clercq el sacrificio de lo que tengo en más aprecio..., esto es, la prueba de que no somos gente del pueblo, y que remontando á tres ó cuatro generaciones, no se encontrará en nuestra ascendencia ningún tejedor, ó herrero ó constructor de zuecos.

– ¡Dios y Rey! Eso es lo hermoso... Tiene usted el deber de estar orgullosa de su raza. Este sentimiento es el único algo estético que reconozco en usted. En el hecho de poseer escudo propio, adornado de figuras extrañas, incomprensibles para los profanos, hay algo de embriagador, á lo que presumo. Se siente uno muy por encima del vulgo: se experimenta el mismo sentimiento que produce la superioridad de talento, de inteligencia y de espíritu. Esta superioridad, si es heredada, es injusta, debida á la casualidad, y con frecuencia va á parar á imbéciles. Es porque sí. Y tanto más envidiable cuanto que nada hay que pueda darla á quien no la tiene.

La joven le miraba con aire pensativo jugando con los flecos de cuentas de su corpiño. Agradábale el modo extraño que tenía de hablar y del cual no deducía las más de las veces si era de burlas ó de veras.

– ¿Conque está usted decidida á la resistencia acerca de este punto?, le preguntó Darlot.

Sí, contestó María Magdalena con firmeza. En cuanto á lo demás, tendré siempre una satisfacción en complacer á Mad. Le Clercq, que es amable y buena.

– Pero eso ¿es verdad?

– Sí. Me demuestra una solicitud que me conmueve. Carece de esa envidia acrimoniosa de las suegras que hacen pasar á sus hijos una vida insoportable. Esta no turbará nuestra paz. Siempre está pensando en complacerme como si yo fuera hija suya, y hasta ha organizado mi casa; me hace tantos regalos que me confunde; verá usted unas alhajas antiguas, muy

curiosas, que me ha dado... Sin ir más lejos, mire usted esta sortija..

– ¡Oh..., soberbia!, dijo Darlot entusiasmado. Una entalla antigua de toda belleza.

Mientras admiraba la sortija, María Magdalena continuaba diciendo:

– Gracias á su intervención aprendo á montar á caballo. Ya sabe usted lo mucho que lo he deseado siempre; pero en París no teníamos caballos... Roberto se resistía; Mad. Le Clercq lo ha convencido.

– ¿No ha bastado la influencia de usted?

– No me habría atrevido á insistir... Hace muy poco tiempo que estoy casada..., apenas conozco á Roberto..., es tan grave, tan reservado, que á la verdad, no me atrevo.

Darlot devolvió la sortija mirando á María Magdalena con seriedad... Dejó decaer la conversación; volvió á mirar en torno suyo con aire distraído, hasta que fijó la vista en una acuarela colgada de la pared.

– Una marina..., ¡oh, oh!.., muy interesante, un color asombroso; y el artista que ha hecho eso sabe dibujar. ¿Quién la firma? Lucy Hartley...

– Sí, una amiga mía, miss Lucy Hartley; una inglesa, bonita como todas las inglesas cuando no son de una fealdad cómica... Usted no conoce á Lucy, pero le he hablado de ella muchas veces. Es una joven original: se ha trazado el plan de vida más inteligente. Viaja mucho; vive sola, aunque tiene una caterva de hermanos y de hermanas que por su parte se arreglan como les conviene... En Inglaterra se tiene formada una idea muy extraña de la familia...

– Admiro á la raza inglesa, dijo Darlot que había descolgado la acuarela y la examinaba junto á la ventana. Esa gente tiene algunas virtudes de primer orden que la harán sobreponerse á las otras razas. Ante todo, un gran respeto á la libertad individual; luego, la costumbre de contar consigo mismo solamente en todas las circunstancias de la vida. Eso es lo que templa los caracteres.

¡Ah! ¡Qué bonito abanico!

– Lucy tiene todas las cualidades de que habla usted. Muy celosa de su libertad de acción, no estorba en nada la de los demás... Se basta á sí misma, puesto que vive sola... Está dotada de una voluntad tranquila y reflexiva en la que nada hace mella; la admiro y me reconozco muy pequeña á su lado... ¡Tengo yo tan poca obstinación! Nos queremos tal vez por el contraste que hay entre nosotras. Es muy artista; ya ve usted cómo pinta. Muchas veces me ha echado usted en cara que yo no comprendo nada de lo bello; pero ella se atreve á discutir una opinión y combatir sin tregua, pero con calma... Yo no tengo ningún valor, no me gusta contradecir y cedo en seguida...

– Usted es una joven muy bien criada por esa buena Mad. Jacob. ¿Sigue en casa de su padre de usted?

– No. Cuando me casé se retiró.

– Mad. Jacob es una anciana excelente, cortés y distinguida, de una nulidad apacible muy notable... Ella es la que la ha inculcado á usted su extremada finura, esa igualdad de humor, la afición á los cestitos de filigrana, y la ciencia de peinarse y vestirse como mejor sienta á la fisonomía de usted... Le debe usted mucho. ¿Y miss Hartley, le gustaba?

– ¡Oh, no! La franqueza de Lucy le parecía brutalidad; reprobaba en absoluto esa existencia excéntrica y vagabunda, de artista, emancipada de la familia...

– Esa amiga me interesa.

– Tal vez la vea usted. Me ha escrito cuando me casé hace dos meses. Tenía el proyecto de venir á pasar algún tiempo á Bretaña, á una aldea de pescadores que vió hace años durante una excursión y de la que ha conservado recuerdo. Se llama Tregastel; quiere pintar allí un gran cuadro... Cuando venga á Bretaña, pediré á Roberto autorización para invitarla á pasar unos días con nosotros.

Renato Darlot cogió un libro que había en una consola.

– ¡Ah! Musset... ¿Le parece á usted que leamos un poco, como en otro tiempo, cuando no era usted todavía la señora Roberto Le Clercq, sino la pequeña María Mad, y bajo el ojo vigilante y severo de Mad. Jacob, le iniciaba á usted en las *Meditaciones poéticas* de Lamartine? La buena señora no habría tolerado poesía más picante. ¡Hola! *Namouna*. Oiga usted; está escrito por un joven; lo que me gusta en Musset, es que fué joven... Ahora todo el mundo es cacoquímico y escéptico al dejar los pañales.

María Magdalena se sentó graciosamente en un sillón, cogió el abanico regalado por su suegra, á fin de distraerse con algo que no fuera la poesía, y Darlot comenzó la lectura con tono cadencioso.

(Continuará)



Magdalena se sentó graciosamente en un sillón... y Darlot comenzó la lectura con tono cadencioso

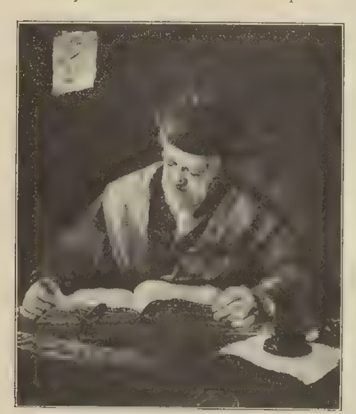
EDMUNDO VAN HOVE

Si el medio en que se vive ejerce poderoso influjo en las ideas, lícito ha de sernos afirmar que Brujas, impregnada de ese sentimiento medioeval que se manifiesta lo mismo en sus severos templos que en sus poéticas callejuelas, hubo de impresionar hondamente al meritísimo Edmundo Van Hove en sus juveniles años, en los comienzos de su carrera artística. El temperamento del maestro flamenco fué elemento dispuesto para asimilarse tendencias y tradiciones que tan admirablemente se armonizaban con el sentimiento de que se hallaba saturado su espíritu.


Retrato del pintor Edmundo Van Hove, pintado por el mismo

Las producciones de Van Eyck y Memling, de Peter Cristus, Van Oost, Claeissens y tantos otros dignísimos representantes de la escuela flamenca, brillaban ante los admirados ojos de Van Hove como luminosos astros en el purísimo cielo del arte. De ahí el carácter especialísimo de sus obras.

Sus compatriotas apellídanle el Menzel flamenco, y si bien entendemos que el calificativo significa, más que un medio de comparación, un testimonio de concepto respetuoso, creemos que mejor podría cuadrarle el de Van Eyck moderno, puesto que, en la mayor parte de sus obras, obsérvase la influencia que en él ha ejercido la escuela del celebrado pintor.


Un sabio, cuadro de E. Van Hove

Nacido en 1857, recibió sus primeras enseñanzas en la Escuela de Bellas Artes de Brujas, y si bien trató de completar sus estudios en París, pronto abandonó la capital de la vecina nación para consagrarse por completo al arte de su país. A semejanza de los grandes maestros flamencos, distínguense las obras de Van Hove por su marcado sabor religioso y filosófico, y, como en aquéllas, es causa de sorpresa la fidelidad, el respeto que le inspira la belleza de la forma y la minuciosidad en la ejecución, llevada al extremo de poder casi contarse los cabellos de sus figuras. Hay que advertir, sin embargo, que sus composiciones no resultan tan frías como las del período gótico; que las figuras, si bien inspiradas en la tradición de la escuela, apártanse de la rigidez de la línea, y que el artista procura y ha realizado el difícil problema de asimilar el arte moderno á los cánones del período gótico. Basta fijar la atención en las bellas representaciones de la Virgen, tema predilecto del artista, para comprender la extensión de nuestras apreciaciones. Así como algunos pintores contemporáneos esfuérzanse en representar escenas del Nuevo Testamento, modernizándolas de tal suerte que desaparece la impresión que los aditamentos arcaicos producen, Van Hove las avalora con la suma de elementos de que puede hoy disponer el artista. Coloca las sagradas figuras, viven la Madre para el Hijo, el uno para el otro, indiferentes para el mundo exterior, á la inversa de las representaciones de otras épocas, en las cuales se nota la preparación y la ausencia absoluta de lo imprevisto.

Difícil nos sería, dado el limitado espacio de que podemos disponer, enumerar las obras capitales de Van Hove. Tan genial como laborioso, tan hábil como modesto, cuéntanse en igual número que sus triunfos. Sus compatriotas considéranle como una de las glorias del arte contemporáneo, y creemos con ellos que es justificado el concepto. La característica de sus producciones puede expresarse en la siguiente forma. Conjunción agradabilísima de poesía y de delicado naturalismo; verdad y sentimiento.

La Ilustración Artística, que siempre rinde tributo al mérito, dedica al pintor flamenco, cuyo recuerdo irá unido en lo porvenir con el de los primeros maestros de su país, por medio de estas líneas, un testimonio de calurosa admiración.

A. García Llansó

***

LA LUNA

y la corta de los árboles

Es indiscutible que las maderas cortadas en invierno se conservan muchísimo mejor que las cortadas ó aserradas en verano, y la razón de ello es muy sencilla: la savia es el elemento corruptor del árbol; nada se descompone tan rápidamente. Ahora bien: en verano los árboles están repletos de savia, y por consiguiente una vez embebidos será más probable que se alteren cuando se los corte. En invierno la savia está muy reducida, y por tanto las probabilidades de conservación alcanzarán su grado máximo. De modo que es preciso efectuar las cortas en enero y febrero, antes de que la vida vegetal ponga la savia en movimiento.

Todo esto es lógico y notorio; pero hay, además, quienes pretenden que también la luna, como el sol, desempeña su papel en este asunto. Según la tradición, conviene cortar los árboles cuando la luna se halla en su período menguante; esta afirmación, sin embargo, no tiene sentido común en nuestras regiones, porque desde el momento en que se conviene en que los árboles deben cortarse en invierno, precisamente por la falta de savia, la luna no podrá obrar, durante los tiempos fríos, de ninguna manera sobre un líquido ausente.

La influencia de la luna, en nuestros climas, es nula y no resiste al más ligero examen, y de aquí que todos los que de esta materia entienden se sonríen cuando se habla delante de ellos de la influencia del astro de la noche.

Pero la cosa varía de aspecto cuando se trata de la zona tropical, en donde no existe el invierno. La savia de los árboles circula allí en abundancia; los bosques vírgenes tienen siempre un color verde obscuro, que atestigua la actividad de la vegetación. Pues bien: la luz es un excitante enérgico del crecimiento de los árboles y de la circulación de la savia. La luna nos transmite los rayos solares y su luz puede ejercer cierta acción sobre los vegetales. Varios experimentos hechos por nosotros en el Ecuador parecen confirmar la acción de nuestro satélite sobre las plantas.

Estos experimentos consistieron en sembrar varias semillas durante el plenilunio y el novilunio en un mismo terreno: todas las semillas sembradas en el período de luna nueva produjeron hojitas que se desarrollaron más rápidamente que las plantadas en el de luna llena; el crecimiento de aquéllas fué mucho mayor que el de éstas. Pues bien: las primeras salieron á tiempo para recibir las radiaciones lunares, al paso que las segundas, cuando hubieron germinado, continuaron vegetando en la obscuridad. Como este hecho se repitió muchas veces, necesariamente ha debido deducirse de él que la luz de la luna, ya que no otra causa, ejerce también influencia sobre el desarrollo de los vegetales.

¿Acaso no está probado que esa luz ejerce una acción sobre los cortinajes y tapices y que destruye ciertos colores?

Por la misma razón es de presumir que la circulación de la savia de los árboles de hojas es activada por la luz lunar, y que, por consiguiente, no es bueno cortar los árboles durante el período de luna menguante.

En una memoria recientemente leída en el *American Institute of Mining Engineers,* por M. E. R. Woakes, de Panamá, encontramos una confirmación de estos puntos de vista conformes con las antiguas tradiciones.

M. Woakes hace notar en su trabajo que su país está completamente cubierto de bosques, pero que apenas la mitad de los árboles pueden dar madera de construcción y que una cuarta parte de ellos ni siquiera sirve para leña. «A menos – dice – de que se corten los árboles en el cuarto menguante de la luna, la madera empieza á pudrirse poco después de cortada, lo cual se debe probablemente á la rápida fermentación de la savia, que es de presumir que circula en mayor abundancia cuando la luna mengua. Esta afirmación – añade M. Woakes – hará reir á mis compañeros; y sin embargo, basta hacer algunos experimentos que contestarán claramente y sin dejar la menor duda en el ánimo de los que con más prevención miren el asunto. Los leñadores americanos que han ido á Colombia y que al principio no querían escuchar á las gentes del país, han tenido que reconocer después que casi todas las maderas que habían vendido para instalar aparatos de trituración de minerales estaban podridas antes de que pudieran ser utilizadas.»



Mater amabilis, cuadro de E. Van Hove

Indudablemente la demostración completa de tales hechos no se ha verificado todavía, debiendo procederse en estas materias con gran cuidado; pero tampoco hay que rechazar demasiado pronto las antiguas tradiciones que pueden tener un fondo de verdad.

Los hechos, después de todo, valen según el modo como se interpretan.

Enrique de Parville

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ESTUARDOS, por *Alejandro Dumas*. – Sobradamente conocidas y reputadas son las obras de Dumas para que hayamos de hacer el elogio de esta que correctamente traducida acaba de publicar el editor barcelonés D. Luis Tasso: trata en ella de la infortunada reina escocesa María Estuardo, cuya interesante historia describe en la forma novelesca que tanta fama ha conquistado á los libros de índole análoga del ilustre autor francés. *Los Estuardos* forma parte de la Nueva Biblioteca y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

LAS TRUFAS, LAS SETAS, LOS ESPÁRRAGOS Y LAS FRESAS, por *D. Enrique de Bellpuig*. – El conocido editor barcelonés Sr. Saurí, que tantos servicios ha prestado con sus notables producciones á la industria y á la agricultura, ha aumentado su numerosa biblioteca con esta importante obra que trata de las formas de cultivo de esos cuatro vegetales, fuente de inestimable riqueza para los países que dedican á ellos los cuidados necesarios, estudiando su naturaleza, sus propiedades, su historia, sus variedades, su producción, la elección de semillas, los procedimientos de cultivo natural y artificial, su recolección, su conservación y el comercio que con ellos puede hacerse. Todas estas materias están expuestas con gran método y claridad, en forma sencilla, tal como conviene á trabajos de esta índole: el Sr. Bellpuig ha sabido poner sus vastos conocimientos al alcance de todo el mundo y por ello es digno de elogio. El libro se vende á 2'50 pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías.



Un alto, cuadro de Cusachs y Valcells (Exposición Robira, Escudillers)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 15 de enero de 1900 — Núm. 942

REGALO Á LOS SEÑORES SUPSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN QUIJOTE, cuadro de Antonio Fabrés

(*Salón Robira*, Fernando VII, 59)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AL REGRESO...

Si valiese traer á esta sección de La Ilustración Artística una exacta referencia de nuestras propias impresiones, sobre todo cuando son extremadamente lisonjeras, yo hablaría aquí largo y tendido, llenando páginas y páginas, del viaje á Valencia, del cual vuelvo ahora mismo, interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente. La mayor parte de este viaje, sin embargo, pertenece de derecho al público, y en realidad ni es inmodestia ni indiscreción que yo le dedique algunos párrafos, rehuyendo lo que suene á egoísta complacencia, deteniéndome sólo á recordar lo que tenga significación general, y aun eso muy por alto, por no incurrir en exceso.

* * *

No fuí esta vez á Valencia como otras había ido, y voy á cuantas ciudades y pueblos interesantes é históricos existen en España, llevando la curiosidad por guía y por ley el capricho. Fuí llamada por el Ateneo valenciano á disertar en la sesión inaugural del curso, sesión solemnísima, muy diferente de lo que suelen ser tales sesiones, que de ordinario se concretan á formulismos. El Ateneo valenciano, huyendo de esa retórica que infunde sopor á los mismos que de ella se sirven, había pensado con tiempo, hacía meses, en dedicar su actividad á algo superior á la instalación de un salón de lectura ó á la organización de una velada con poesías y piano. Habíase resuelto nada menos que á ser una energía activa en la nación, llevando adelante, con el entusiasmo que caldea y la tenacidad que mantiene, la campaña de la educación integral, gratuita y obligatoria. Era esta campaña, y es, y quiera Dios que siga siendo, una imposición del actual momento, algo que se respiraba en el aire; no sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar á la generación que actualmente se está formando, y educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes. El mérito del Ateneo de Valencia consiste en haber proclamado esta aspiración; en no haberse encogido de hombros, ni tumbado á dormir la siesta – la siesta española, la perezosa siesta del meridional feliz á la sombra de sus emparrados, al olor de sus jazmines, al abaniqueo de sus brisas, bajo la languidez que desciende del cielo turquí.

* * *

No se lleva como se quiere una campaña de tal índole. El Ateneo se halla dispuesto á combatir, á practicar el precepto del Apóstol: *Insiste oportuna é inoportunamente.* Ante los poderes públicos, de importunidades suelen vestirse las reclamaciones nuevas. Aconseja la comodidad el *statu quo*, estado de momia seca, sin reacciones vitales. Evítese el movimiento, porque la momia se hace polvo al tocarla; respétese el rancio barniz secular, porque él protege la conservación aparente de la momia. Esa quietud, bello ideal de los gobiernos en los países entumecidos, no es solamente inmovilidad; es en efecto atraso, que va graduándose en razón de lo que se acelera el adelanto en otras naciones. Si uno se para y otro anda, es innecesario decir lo que sucede.

Determinado el Ateneo á dar su batalla en pro de la cultura, practicó gestiones cuya historia no sería breve, pero cuyo resultado por ahora se limita al rastro y huella abiertos en la opinión pública. Al que crea que esto es poco, he de recordarle que hace cosa de tres años nadie absolutamente se preocupaba de dos cuestioncillas tan baladíes como la instrucción y los presupuestos. Hablábase de política, como si fuese algo que no se relaciona directa ni indirectamente con el saber y el dinero, las dos arrolladoras fuerzas que rigen á la sociedad. Se bravateaba, se alardeaba de una fe extraordinaria en las virtudes milagrosas que había de demostrar España sacándolas no sabemos de dónde, quizás de la retorta del marqués de Villena, y la gente parecía no sospechar ni de una manera remota que es preciso, indispensable, tener hacienda y tener escuelas, pagar, robustecerse y adoctrinarse. Hasta eran escuchados con gusto los que sostenían la conveniencia de la santa ignorancia y los encantos de la fresca y suave indolencia nacional. Ignorar, ser pobre..., un ideal, un sueño. Pero sueño de asceta, sueño para fray Junípero. Cuando lo sueña una nación..., ¡qué despertares se le preparan! La dulce indiferencia hacia el oro y la ciencia puede practicarla el individuo, nunca la colectividad. Las mismas órdenes mendicantes, colectivamente, han construído, estudiado, enseñado, labrado monumentos hermosísimos, desplegado actividades propiamente humanas. Aunque campañas como la del Ateneo de Valencia no produjesen más bienes y frutos que cooperar á que España «avive el seso y despierte,» sería incalculable su valer y sus merecimientos. Nada se pierde; nada cae enteramente sobre roca.

* * *

Cuando pasé por Valencia, allá en septiembre, la invitación del Ateneo para que pronunciase el discurso inaugural me esperaba en Madrid. Casual fué todo. Yo, á no ser por la peste bubónica, ó mejor dicho, las fumigaciones y precauciones sanitarias que la peste dicta y que hacen intransitables las fronteras, hubiese ido á Portugal, no á las provincias de Levante. Aun después de encontrarme en Valencia, que es una ciudad especialmente capciosa y atractiva, todavía entre la invitación del Ateneo y el deseo de aceptarla se interponía el programa de mis quehaceres y trabajos, en su mayor parte inaplazables. La campaña de la educación integral me decidió. Quería coadyuvar á ella; érame grato asociarme á tal idea, contribuir á su desarrollo, estrecharme moralmente con la sociedad que la impulsaba.

* * *

Y ya he perdido el mérito, porque he sido tan recompensada de mi labor, que si no voy á inaugurar el Ateneo de Valencia, pierdo una de las mejores páginas de mi vida literaria, una hoja de oro. Al lanzar á la publicidad un libro, apenas nos damos cuenta del efecto que produce, suponiendo que alguno produzca. La acción del libro es muda y sorda: no vemos sus manifestaciones; no asistimos al brote del germen que deposita en el suelo. Con el discurso sucede lo contrario. Su acción es fulminante; á nuestra vista se ejerce. Bajo el poder de la palabra, sentimos cómo penetra la idea que hincamos, por decirlo así, en los que nos escuchan. Hay algo de sugestión, algo de conjuro, en este caso misterioso. La complexión de los públicos es distinta: he podido ya establecer comparaciones. En Madrid el oyente está, al pronto, distraído: cuando *entra* en prestar atención, es que hemos obtenido ya sobre él una victoria; lleva siempre el madrileño algo de esa prevención del espectador que paga, en noche de estreno; hay un *reventador* inconsciente en cada uno que escucha. En Francia, en cambio, tiene el auditorio formado propósito de oir, sí, de oir atentamente, con formalidad, con corrección; pero de tasar y justipreciar lo que se oye; de analizar; de no perder ripio; de saber por qué le dicen esto ó lo otro; en fin, es un público que estudia y reflexiona. Quiere aplaudir, quiere halagar, mas con la certeza de que no yerra al otorgar su aprobación inteligentísima. Está aquella gente muy sobre sí, y por lo mismo, al romperse el hielo somos dueños del campo. Esto pude notar en París. Al pronto, cortés y culta atención, reserva y calma; después, una especie de confianza repentinamente establecida; á cada párrafo, señales evidentes de como se enteraban, ideas cogidas al vuelo, intenciones adivinadas, lectura entre líneas, adivinación, aplauso á su hora – esa claridad de percepción tan propia del refinamiento y del hábito del ejercicio intelectual.

* * *

Y el público de Valencia, distinto del de Madrid y del francés. Muy inteligente, pero todavía más sensible, más artista; con la fuerza de emoción que se comunica y va del auditorio al orador, y vuelve del orador al auditorio. Corriente eléctrica, los nervios la transmiten, y el resultado es una transformación del modo de decir, más intenso, más dramático, más espontáneo también, porque deja de ser lectura y se convierte en recitación, no sirviendo las cuartillas más que de guía y como de hilo conductor que impide perderse. ¡Y qué sensación embriagadora, ver al público, con sus mil ojos y su alma compuesta de tantos espíritus diferentes, opuestos, inconciliables tal vez fuera de allí, aunarse, amalgamarse, identificarse, y venir hacia nosotros, arrastrado por unos sonidos, por el eco de una voz! Yo percibía que el público se me acercaba, y que le tenía, por decirlo así, en las manos. Mis sentimientos se le comunicaban; el entusiasmo patriótico descendía á él por mediación de mi acento. A mi vez, sufría la influencia y el contagio de aquel entusiasmo. Era una hora muy hermosa de la vida.

* * *

Si hay quien por medio del papel impreso desahoga rencores, da quejas, esparce melancolías y zurce divagaciones, ¿por qué no ha de ser lícito expresar alegrías de tan noble origen, goces de tan elevada naturaleza? Tarde olvidaré estos días pasados entre el halagüeño ruido – como de olas que acarician una playa del Mediterráneo – de un pueblo entero que agasajaba en mí á lo más alto y bello y culto, las Letras. Tantos y tan rendidos homenajes me los habían ganado unos rasgos de tinta sobre unas cuartillas; fuerza quizás, bien mirado, más real y persistente que ninguna. De esto no debemos avergonzarnos, sino enorgullecernos con santo orgullo. Se honran los que acatan esta fuerza; nos honramos los que la representamos, si la ofrecemos al ideal de la hora presente, lo que llamé *el altar de Nuestra Señora de la Patria.*

* * *

Y en ciudades tan artísticas como Valencia, todo adquiere sello de poesía infinita, todo es materia dispuesta para la belleza de la forma. Aquellos pueblecillos de la Huerta, dorados y con reflejos orientales, de palmeras africanas, de vegas rientes, de templos de azules cúpulas que figuran lirios invertidos, de casas vestidas de graciosa cerámica con vivos colores; aquel divino Salón de la Lonja, de columnas aéreas, de proporciones majestuosas, con sus mesas dispuestas para el descomunal banquete; aquel Paraninfo atestado de gente, inundado de luz; aquel claustro que vestían ricos tapices y guirnaldas frescas; aquella tribuna toda de flores; aquellas alquerías animadas por la morisca algazara de los bailes populares; todos los lugares en que se celebraron las fiestas, eran diferentes allí de lo que serían en otra tierra y bajo otro cielo. Esto que se llama el ambiente, ejerce un prestigio que no cabe desconocer. Valencia es la ciudad española de atmósfera más italiana. Aun en nuestra encogida y triste época, hay allí una especial vibración de sentimiento estético, una facilidad para asimilarse el arte, que se nota y no se define. La educación completa obraría prodigios en tan sensible y entusiasta raza. La gente del campo, la de esfera más modesta, me ha producido impresiones de extraordinaria percepción artística é intelectual. Y no quiero decir más, porque no debo «gloriarme sino en el Señor:» es decir, no debo recordar las propias venturas, sino las esperanzas generales, el aura de resurgimiento y de renovación que he creído respirar, cuando noté que mis palabras no caían en el vacío, que mis afanes encontraban eco, y que al auscultar, el corazón de España latía aún... Valor y adelante.

Emilia Pardo Bazán

BARCELONA. — SALÓN ROBIRA. — EXPOSICIÓN FABRÉS

Con ser tantos los artistas que se han distinguido en el que pudiéramos llamar período de nuestro renacimiento, merece estudio especialísimo y particular mención Antonio Fabrés, puesto que sin haber pretendido imponer novísimos cánones ni implantar conceptos y procedimientos exóticos, se ha singularizado de tal suerte, que ha llegado á poseer aquellos caracteres propios y distintivos que reportan verdadera é indiscutible personalidad.

No se observan en el temperamento artístico de Fabrés rasgos y tendencias de revolucionario ó innovador, antes al contrario, ya que si debiéramos juzgarle únicamente por la tónica que se revela en sus obras, habíamos de suponerle amante de mantener artísticas tradiciones, ferviente admirador de los grandes maestros de la escuela española y como la mayoría de aquéllos dominado por los encantos del color y la belleza de la forma. Mas, por fortuna, no ha parado mientes en las ruidosas manifestaciones impuestas por ajenas é injustificadas influencias, ni su espíritu varonil se ha acomodado al servilismo de la imitación. Dueño de sí mismo y confiado en su personal esfuerzo, ha proseguido, con plausible entereza, el propósito único, exclusivo, de dar forma, color, vida y expresión á sus geniales composiciones y á los modelos que la naturaleza le ha ofrecido, cuidando siempre de reproducirla en su aspecto más bello y en aquel en que mejor pueda apreciarse su grandeza, procurando sorprender líneas, pormenores y tonos que aumentan su encanto ó acentúan la impresión que su aspecto produce.

Que la forma y el color sojuzgan al genial artista, no cabe negarlo. De ahí las minucias en el procedimiento y la rica tonalidad de sus producciones, sin que á pesar de una y otra circunstancia pueda atribuírsele el calificativo de detallista y con menos acierto el de ser partidario de los efectismos. El afán de dar relieve y apariencia corpórea á sus figuras, no las perjudica en manera alguna, puesto que su habilísimo pincel salva cuantos escollos pudieran ofrecerse y logra su propósito sin incurrir en amaneramientos. Su labor, con ser minuciosa, aparece franca, sin que se adivine el menor rasgo de vacilación ó duda, y la hermosa gama que se amasa en su paleta completa la obra con los admirables efectos del color, avalorándola de tal manera que determinan la calidad y la expresión.

ANTONIO FABRÉS, de fotografía de Audouard

Aparte del modo de ser del artista, débese tal conjunción á la variedad del concepto á que ha debido subordinarse por la mudanza operada en la aplicación de medios y formas de expresión. Comenzó manejando los palillos, y aunque manifestáronse gallardamente sus aptitudes para el cultivo de la escultura, puesto que á ellas debe el pensionado que disfrutó en la Ciudad Eterna, su espíritu, ansioso de reproducir las imágenes con la intensidad que en su cerebro se forjaban, rebelóse contra la frialdad de la materia y emprendió resueltamente la para él entonces penosa labor de trasladar al lienzo sus concepciones. Tal origen ha influído poderosamente en el pintor, puesto que al recuerdo, al hábito sostenido en los comienzos de sus faenas como escultor, se debe el empeño constante de aumentar la forma y avalorar el relieve, sin que por ello, repetimos, se perjudique la producción, que ejecutada con prolijidad y habilidosa maestría es siempre reveladora de la valía de quien la produce. El entusiasmo de que dió muestra en sus juveniles años en favor del arte y la fogosidad de su temperamento, dispuesto para amalgamar sus poéticos impulsos con los encantos que produce la línea y la subjetiva impresión de los colores, constituyen en cierto modo la característica de la personalidad artística de Antonio Fabrés, que no se estaciona ni decae.

Enumerar sus obras ejemplares, algunas de las cuales figuran dignamente en varios museos y colecciones de Europa y América, y recordar sus señalados triunfos alcanzados en nobilísimos palenques artísticos, nos conduciría á recordar los hechos que constituyen su vida artística, y como no es este hoy nuestro propósito, hemos de limitarnos á dar á conocer al pintor peritísimo, que dueño de la paleta y de la hermosa gama de la escuela española, ha logrado en extranjero suelo alcanzar la justa consideración que merece por sus extraordinarios merecimientos.

Ansioso de mayores glorias, abandonó ha seis años su país natal, para establecerse en la capital de la vecina nación. Allí, sin más elementos que el esfuerzo de su ingenio y su potente energía, ha logrado hacerse una reputación envidiable, sin abdicar ni un ápice de su abolengo, sin renunciar á su credo, sin olvidar los cánones de su personalísima escuela, tan opuestos á los que han imperado allende la cordillera pirenaica. Estas circunstancias son bastantes para acreditar su valía y justificar los aplausos que pudieran tributársele.

Tras larga ausencia aparece hoy momentáneamente entre nosotros, y deferente á los deseos de sus amigos, exhibe en el Salón Robira algunos lienzos y una



GUERRILLEROS ARGELINOS, cuadro de Antonio Fabrés. *(Salón Robira,* Fernando VII, 59. – Barcelona)

variadísima colección de dibujos, que calificamos como magistrales producciones, tal es la delicadeza de su ejecución, su espontaneidad y la soltura que revelan. En algunos de ellos cuesta darse cuenta del materialismo del procedimiento y en todos vese rebosante el aliento del artista, que rinde al arte fervoroso culto.

Sírvanle estos renglones de bienvenida, tributo merecido á su laboriosidad é ingenio y testimonio de la consideración que nos merece quien honra á su patria por medio de la valía de sus obras.

A. GARCÍA LLANSÓ

. . . .

LA DUDA

Era una tarde calurosísima de julio. No obstante ser la calle una de las grandes arterias de Madrid, los transeuntes eran escasos, porque ya gran parte de los habituales en tales sitios habían emprendido su excursión veraniega, y sólo aquellos á quienes ocupaciones imprescindibles obligaban, se atrevían á arrostrar la tropical temperatura.

Sentados en torno de una mesa del café, adosada por un lado á la ventana, abierta de par en par, contemplábamos charlando y riendo la anchurosa vía, mientras consumíamos en no pequeña cantidad refrescos y cervezas. El grupo era numeroso y la animación grande. Compuesta la reunión principalmente de escritores, pintores y músicos, gente en su mayoría joven y alegre, los chistes se cruzaban y entremezclaban como fuegos de artificio. Presidía el corro, según costumbre de todas las tardes, D. Gaspar Medina, el famoso pintor, patriarca de una pléyade de artistas que no obstante su indiscutible valía no han logrado eclipsar la gloria del maestro, por todos reconocida. La animación chispeante y viva se mantenía dentro de los límites de la más exquisita cultura, sin degenerar en tumulto.

Era curioso seguir aquella conversación, que unas veces se hacía sola y única para todo el grupo, y otras se desgranaba, esparramada entre diversos interlocutores, para venir después á unificarse de nuevo y á diseminarse otra vez sin orden ni concierto, viva, aérea, incierta, como giro de mariposa.

Hubo un momento en que la charla se fijó en un tema á que prestaron atención cuantos rodeaban la mesa. Se trataba de algo interno y hondo para los hombres del entendimiento, y se pretendía, bajo la aparente ligereza de la discusión, discernir materia muy grave y seria, en conexión con las relaciones del espíritu y el cuerpo.

Con gracia exquisita hacía alguno aguda crítica del mutuo apoyo que se prestan cosa tan grosera y material como la digestión y la etérea y sutil inspiración, recordando que los sabios han proclamado, con verdad comprobada por los hechos, que muchas hermosas poesías han debido su origen á una copa de vino generoso. Salió á cuento la excitación benéfica para la labor artística producida por el tabaco ó por el café, y no faltó quien recordara que la virtud de esta planta para hacer tender á la musa su vuelo es tanta, que justifica la duda del gran Campoamor, cuando piensa si los pájaros al saborear la semilla pueden algún día romper á hablar en vez de cantar.

Como derivación natural del asunto, y después de encomiar el uso de los aperitivos de la inteligencia, húbose de tratar de las terribles consecuencias del abuso. Allí pude oir la enunciación de los peligros, lástimas, miserias y calamidades producidas por la intemperancia, y el relato de casos y cosas relativos á obras malogradas y talentos perdidos.

—¡Alto, señores!, dijo de pronto un periodista; basta de lucubraciones. No se nos hable de perdidos célebres ni de borrachos sublimes. La embriaguez embota la inteligencia, y continuada embrutece. No necesito razones en pro de mi aserto. Allá va un argumento de carne y hueso que vale por cien demostraciones.

El periodista con el ademán y el gesto señalaba la calle y todos miramos con curiosidad. Por la acera de enfrente cruzaba un hombre mal trajeado, larga, revuelta y desordenada la barba sembrada de canas, alto, pálido, de luciente mirada, roto y sucio, en quien todos reconocimos á Mariano Cajigal, el borracho sempiterno conocido de todo Madrid.



POESÍA NOCTURNA, cuadro de Antonio Fabrés. *(Salón Robira,* Fernando VII, 59

Marchaba á la sazón derecho y firme, oprimiendo con la mano derecha nudoso garrote. Al pasar frente á la ventana del café alzó la cabeza y nos divisó. Saludó con la mano desde lejos, y sin apresuramiento, con dignidad de gran señor, cruzó la calle y se aproximó hasta dos pasos de donde nos hallábamos. Salió su voz desapacible y ronca, gutural y de bajo profundo, como arrancada de la base misma del gaznate. Pedía tuteando á todo el mundo una pesetilla para beber. Todos le mirábamos con risa compasiva, hasta que D. Gaspar le arrojó al aire la moneda solicitada, que el borracho recogió en su mano con destreza. Advirtiendo entonces quién le había hecho el obsequio, se le vió vacilar y encendérsele el semblante con una ola de sangre.



LA PITONISA, acuarela de Antonio Fabrés
(Salón Robira)

Su desvergonzada actitud y su aire rufianesco desaparecieron en una postura llena de humildad y reconocimiento, como de perro sumiso ante el amo encolerizado. De pronto, apartando los ojos que fijos había tenido en D. Gaspar, se encasquetó el mugriento sombrero y salió corriendo.

—¡Lástima de hombre!, dijo el periodista.

—¡Un talento tan grande!

—¡Un pintor tan notable!

—¡Una inteligencia tan privilegiada!

Así exclamaron varios de los circunstantes.

—Cuando se ve, añadió otro, su único cuadro, el que mandó hace treinta años al disponerse á venir de Roma; cuando se admira aquella prodigiosa factura digna de Velázquez; cuando se piensa en lo que ese hombre ha podido hacer, y se ve lo que ha sido de su genio, extinguido en zambras de mujerzuelas y en el vocerío del burdel y de la taberna, se sienten impulsos de golpearle, de herirle, de matarle en nombre del arte defraudado y de la humanidad burlada. La llama que bajo su frente ardía, no era suya; debíala al mundo, á la pintura, á la gloria, y en lugar de mantenerla encendida, el miserable la ha consumido arrojando sobre ella un mar de vino y de licores.

Un coro de imprecaciones siguió á estas palabras, que nos dejaron serios é indignados, comprendiendo la verdad que encerraban. Y una serie de insultos se prodigaron sin piedad á Cajigal, á quien todos habíamos visto después de su primer carrera detenerse bruscamente, y continuar paso á paso á lo largo de la ancha acera, contrapuesta al sitio en que nos hallábamos. De pronto le vimos penetrar en una taberna, y aquel acto, aunque esperado, llevó al colmo nuestra indignación.

—¡Ciegos!, dijo de repente D. Gaspar con voz impregnada de tristeza, no veis ahí más que un malvado, y sin embargo, juro que en ese inmenso, en ese despiadado robo al arte, cometido por ese hombre, y su triste destino, no hay sino el fatal albur de una desgracia.

Había tanto pesar en el acento del maestro, que todos, sobrecogidos de emoción, guardamos silencio, comprendiendo que se acercaba algo solemne y grande, como lo es siempre la explicación de un misterio.

Aquel silencio respetuoso, era no obstante una interrogación colectiva, que ninguno tenía valor para formular. El anciano pintor lo comprendió así, y comenzó á hablar.

—«Cuatro palabras nada más, hijos míos; la historia de Cajigal es para mí tan dolorosa y triste, que no quiero remover, prolongando su relato, el pesar que clavado llevo en el alma.

»Hallábame en Roma, en el apogeo ya de lo que habéis dado en llamar mi gloria, mimado por la suerte, asediado por los encargos de los magnates, cuando se me presentó Cajigal, un chico entonces de veinte años, franco, buen mozo, riente, atractivo, con mucha ambición en el pecho, con mucho talento bajo la frente, con muchas ganas de pintar en el ánimo. Venía ya bien pertrechado de conocimientos del arte. Comenzaba para mí la edad madura y para él la juventud. Al año era mi mejor discípulo, á los dos años era mi mejor amigo, á los tres... á los tres era el autor de aquel famoso cuadro, todo genio y grandeza, que todos conocéis, y que hace poco mencionabais.

»Dispuso su venida á España, y determinamos emprender juntos el viaje, en compañía de dos príncipes italianos que habían pensado recorrer nuestra nación y aprovechaban tan buena coyuntura.

»Cajigal regresaba á su país loco de contento. Había realizado su sueño de gloria, la fortuna le sonreía, la riqueza había llegado, la celebridad iba á llegar, y en

España le esperaba la mujer adorada. Supe esto por intimidades de su amistad. Mariano amaba desde los quince años á una niña de trece, un prodigio de belleza, según pude juzgar por los cientos de retratos que de ella hizo en Roma. Era una chiquilla que vivía en la ciudad natal de Mariano, en la vecindad de éste, y en compañía de una señora, parienta lejana de la niña y única que tenía.

»El amor fué mutuo, y al llegar Mariano á los veinte años se había convertido en pasión sin límites para un alma como la suya de tan poderoso vigor para el sentimiento. El abuelo de Cajigal, su único pariente también, con esa ceguera de los refractarios al arte, se negaba con obstinación á que el nieto pintara, proponiéndose que siguiera la carrera de notario. El muchacho se negó con no menor tenacidad, y á despecho del abuelo y al lado de un pintor muy mediano residente en la ciudad, se inició en los secretos del arte. La muerte del progenitor le permitió emprender, con el producto de la venta de los escasos enseres que aquél dejara, su proyectado viaje á Roma; mas surgió con respecto á María – así se llamaba su novia – otra nueva contrariedad.

»La parienta de María se opuso á la boda que Mariano le propuso, juzgándola loca, con un chico sin oficio ni beneficio, ni más habilidad que la de manejar los pinceles, cosa para ella absolutamente incomprensible.

»Decidido á romper por todo, á volver rico, emprendió Cajigal su viaje á Roma, después de tiernos juramentos y promesas de eterna constancia. Tres años, como he dicho, le bastaron para asegurar su porvenir, y con el bolsillo repleto de dinero, la cabeza de ilusiones y el corazón de amor, regresaba feliz y contento á su querida patria.

»Durante sus tres años de estancia en la ciudad eterna, sólo alguna carta furtiva de María había podido burlar la vigilancia de la anciana parienta; aquellas cartas revelaban una lucha en el corazón de la niña. Su parienta, cansada de la vida de pobreza y de miseria que las dos llevaban, infiltraba en el pecho de la joven aspiraciones de lujo y de grandeza, á que las dotes que la adornaban y su belleza incomparable la daban, según aquélla, derecho. La ciudad que habitaba María se había transformado; una línea férrea recién inaugurada la ponía en comunicación con la red general, y por la villa y la comarca corrían efluvios de nueva vida. Algo del cambio interno se transparentaba en las cartas de María.

»Mariano había convertido su amor en culto. Su manía de retratar á su novia en el papel, en cartón, en el lienzo, me había hecho familiar el rostro de la joven. Un día, riendo, así los pinceles y la retraté en pocos minutos. Cajigal conmovido me abrazó llorando, y guardó el apunte como si fuese una reliquia.

»En los últimos seis meses de permanencia en Ro-



Los primeros tiros, cuadro de Antonio Fabrés. *(Salón Robira)*



Encantadores de serpientes, cuadro de Antonio Fabrés. *(Salón Robira)*

ma, faltaron en absoluto las cartas de María. Sin parientes ni amigos íntimos en la ciudad, muerto ya su profesor de pintura, no quiso valerse de personas extrañas para sus averiguaciones. En la última misiva de María hablaba ésta de su magnífica voz, asombro de los que la escuchaban, y manantial positivo de riqueza, según su parienta. La muchacha, con disculpable amor propio, se mostraba complacida de aquel don de la naturaleza, añadido á sus múltiples valiosas cualidades. Una inquietud vaga, un recelo sin nombre poseía á Cajigal desde la lectura de aquella carta, y por eso emprendía lleno de gozo su regreso. Preferimos hacer el viaje por mar, y un vapor nos condujo de Nápoles á Málaga. Durante el viaje, la seguridad de dar feliz término á su ensueño amoroso calmó sus temores, y la alegría que á Mariano poseía se desbordaba de sus labios en risas inagotables.

»Llegamos á Málaga una hermosa tarde de septiembre. Los príncipes, hospedados con nosotros en el mejor hotel, no quisieron perder tiempo en su estudio de costumbres, y nos rogaron que en seguida les lleváramos á oir el cante flamenco. Informados de los sitios en que podíamos satisfacer aquel deseo, la noche del mismo día de nuestra llegada nos hallábamos instalados en una sala de no pequeñas dimensiones, y en cuyo fondo se ostentaba un tablado, donde entre el rasgueo de las guitarras daban al viento sus notas los cantaores y cantaoras, y sus pataítas los individuos de uno y otro sexo, que agitaban los cuerpos airosos y finos con el contoneo voluptuoso de las danzas andaluzas.

»Lo excesivo de la concurrencia no nos había permitido colocarnos cerca del tablado como hubiera sido nuestro deseo. Ocupadas todas las mesas de la sala, apenas si pudimos hallar hueco para sentarnos y saborear unas cañas de manzanilla en el lugar más distante del apetecido. En cambio esta situación nos permitía observar la actitud de la concurrencia, tan digna de estudio como la de los que sobre las tablas ostentaban sus habilidades.

»Los príncipes estaban encantados. Seducíales lo nuevo del espectáculo, y les arrebataba lo original de la música que por primera vez escuchaban.

»Al terminar uno de los cantaores, entre vítores y palmadas, de entonar una sentida malagueña, oyóse por todas partes pronunciar el nombre de María á grandes voces. Un par de mozos que cortésmente nos habían cedido espacio en su mesa y con quien nos hallábamos cambiando, á fuer de galantes, una serie de convites que prometían dar al traste con nuestra gravedad y la de los príncipes, nos explicaron lo que las voces significaban.

»Tratábase de una nueva cantaora que se traía una serie de guajiras, guarachas, tangos y cantes americanos, que volvía locos á los habituales al café. Cuando otra cantaora quiso proseguir la fiesta, fué acogida con un tumulto de gritos y silbidos que la obligó á retirarse de mal talante, y no hubo más remedio que acceder á lo que la concurrencia solicitaba con tal imperio y con tan malas formas.

»Una salva de aplausos acogió los primeros compases de la música que anunciaron la salida de la cantaora, y poco después una mujer joven, hermosa, cubierta de colorete, descocada, provocativa, bravía, se presentaba, saludada por un formidable coro de oles y de gritos de alegría, en el centro del tablado.

»Cajigal dió un grito, y trémulo, fuera de sí, me cogió por el brazo y quedó mirando á la cantaora con expresión estupefacta de doloroso asombro.

—»¡María!.., ¡ella!, murmuró como hablando consigo mismo.

»Efectivamente: la mujer que en el tablado comenzaba á entonar un canto licencioso y soez, tenía indudable parecido con la de los retratos que el pobre Mariano había trazado cien veces ante mi vista. El corte de las facciones era el mismo; pero en lugar de la expresión virginal y pura, que era el mayor encanto de aquel rostro de adolescente, un aspecto de escándalo y desvergüenza, como barniz impalpable del vicio, se extendía por el semblante, cubierto de color artificial y animado por la mirada procaz de los negros ojos.

»Una duda terrible agitaba á Cajigal; parecíale imposible que aquélla fuese la mujer púdica y modesta que siempre había querido. No pudiendo sufrir más, olvidado de todo, sin que pudiéramos impedirlo, se lanzó impetuoso y violento hacia el tablado, atropellando cuanto se le ponía por delante. Rodaban los veladores cargados de servicio, y un griterío inmenso de indignación se alzó contra el que de modo tan rudo rompía la diversión en son de bronca y de quimera.

»Tras los gritos, se alzaron contra él los puños, los palos, las banquetas, y antes de llegar al tablado, que cantaores y cantaoras abandonaron asustados aumentando la confusión y el escándalo, le cercaba una nube de enemigos.

»Lancéme á su favor separándome de los príncipes, que no se daban cuenta de lo que ocurría; pero llegué tarde. Mariano, que no trataba de defenderse, sino sólo de avanzar, recibió una nube de golpes que le hicieron detenerse vacilante; en el preciso momento en que atropellando por todo me colocaba á su lado, un botellazo asestado en la cabeza le cubrió el rostro de sangre y le hizo caer desvanecido al suelo. Calmé como pude la furia de los agresores, y un cuarto de hora después, rodeados de polizontes, acompañábamos á la fonda en una camilla el cuerpo de nuestro amigo.

»Se extrajeron con cuidado los cascos de la botella; pero el golpe atrajo la inflamación, y el temor de la apoplejía nos tuvo treinta días entre la vida y la muerte. El delirio no le abandonaba, y durante él, el nombre de María no se apartaba de sus labios. Por fin se inició la mejoría, y poco después Mariano, pálido y demacrado, podía abandonar el lecho.

—»Hemos salvado la vida, me dijo el médico que le había asistido; mas la razón ha quedado perturbada, y dudo mucho que pueda recobrarse.

»La triste profecía, el malhadado pronóstico se realizó por completo. Mariano quiso volver á pintar, y la inteligencia y la mano torpes no fueron sombra de lo que habían sido. Sólo como reflejos vagos quedaba algo de su genial manera anterior, tan pura, tan castiza, tan española.

»En cambio la idea de María se había aferrado á su cerebro con garra poderosa. No hubo sitio de cante, burdel ni lugar licencioso donde no la buscara, sin que su cabeza trastornada pensara en dirigirle á la ciudad natal á adquirir noticias. Y así han pasado los días, los meses, los años; así ha envejecido, buscando por doquiera á María para saciar la duda de si era ella la que una noche entrevió entre el humo de los cigarros y la pesada atmósfera del café malagueño. ¿Sería verdad? ¿Sería ilusión?»

Medina guardó silencio, absorto en sus pensamientos.

—¿Y era realmente María, la cantaora?, preguntó alguno.

—¡Quién lo sabe!, respondió el anciano pintor. Yo traté de averiguar en la ciudad de Cajigal, y sólo supe que María, seis meses antes y muerta su parienta, había desaparecido, y sus huellas se habían perdido. En el café de Málaga no conocían el apellido de María ni su procedencia. Podía ser la novia pura de Mariano, podía no serlo...

En esta duda persiste el pobre hombre; lo que el mundo juzga resultado de una vida de crápula y disipación, ha sido tan sólo una fatalidad de su existencia. Lleva bajo la frente la eterna duda de su perdido ensueño de amor y felicidad, y persigue, degradado y miserable, la imagen pura de sus castísimos amores.

—Malo fué el botellazo, dijo un escéptico.

Anochecía, y las sombras comenzaban á invadir la calle; á la luz indecisa del crepúsculo, vimos cruzar á Cajigal, inseguro, vacilante, tambaleándose, dominado ya por la embriaguez. Una turba de pilluelos le denostaba y le seguía gritándole; para ellos, como para los transeuntes, aquel hombre era sólo un ebrio; nosotros le vimos pasar y perderse á lo lejos con el respeto y el pesar que produce una inmensa desventura, roído el cerebro y el corazón por una duda que jamás ha podido ni podrá ya dilucidar.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

VOTO DE CALIDAD

Nunca para el bien fué tarde, ha dicho el poeta, y antes de que el poeta lo dijese en verso, habíanlo pensado y lo habían dicho en prosa muchos ciudadanos que no eran poetas.

Si reproduzco ahora esa afirmación—que me parece axiomática—es porque pretendo justificar mi tardanza (de la cual juro que no soy culpable) en aprovecharme de las observaciones del *Dr. Ignatiew* para proseguir la campaña, ha tiempo emprendida, contra esos simulacros de ejercicios académicos titulados exámenes de prueba de curso y que para nada bueno sirven y sí ocasionan mucho malo.

Supongo piadosamente que todos los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saben quién es el *doctor Ignatiew* y tienen noticia de lo mucho que vale; pero puesto caso de que yo estuviese equivocado en esto—como, sin duda y por desgracia mía, lo estaré en otras muchas cosas,—advierto desde ahora que no he de sacar de su ignorancia á nadie; no es cosa de que yo me dé tono echándomelas de descubridor de Ignatiew, cuyos trabajos científicos están en casi todas las bibliotecas del mundo y á cuyos merecimientos dedican muchas líneas los diccionarios biográficos, á los cuales pueden acudir los aficionados á la erudición fácil y barata.

En esos diccionarios hallarán quienes los leyeren, ya que no las obras de Ignatiew, los títulos de ellas, y con eso basta para darse por enterados.

De presumir es que entre esos títulos no aparezca este:

Influencia de los exámenes sobre la salud de los alumnos en la escuela de Geodesia de Constantino.

Y digo que es de presumir que el título precedente no se halle en los diccionarios biográficos, porque no es el título de un libro, sino de un artículo—aunque bastante extenso y muy curioso y no poco interesante,—y además porque si bien el artículo de referencia fué publicado hace bastantes meses, es relativamente nuevo, para que los biógrafos hayan podido incluirlo en sus trabajos.

El *Dr. Ignatiew* publicaba (no sé si continúa publicándolos) periódicamente unos folletos de HIGIENE SOCIAL, y en uno de esos folletos, el correspondiente, si no me es infiel la memoria, al mes de julio de 1898, apareció el trabajo, cuyo es el título antes copiado.

Según el *Dr. Ignatiew,* existían, en la fecha mencionada, unos *doscientos cincuenta* alumnos internos en la escuela Constantino, todos ellos en condiciones de salud y de desarrollo aproximadamente iguales, ya que no idénticas del todo.

El doctor, para fundar sus observaciones, hizo que se pesasen todos los alumnos antes de los exámenes y que se pesasen también después de los exámenes, y comparando los resultados respectivos de estas operaciones, halló que en las clases superiores, esto es, en las clases á las que asistían jóvenes de más discernimiento, habían disminuído de peso todos, absolutamente todos los alumnos, dándose el caso de que algunos hubiesen perdido cinco y aun cerca de seis kilogramos en pocos días; y que en las clases inferiores, esto es, en las formadas por niños de menos juicio, sólo un *ochenta por ciento* de los alumnos habían perdido peso y todos en cantidad mucho más pequeña.

Las observaciones de la ciencia confirman, como no podían menos de hacerlo, cuanto la sana razón había creído siempre: *los exámenes,* con todo su aparato, con toda su solemnidad, y principalmente con todas sus funestas consecuencias en la vida escolar del adolescente, constituyen un verdadero peligro; ocasionan una enfermedad en el organismo; enfermedad *sui géneris,* extraña tal vez; quizás, no quizás, de seguro, no bien estudiada, ni aun medianamente conocida; pero muy real y de muy temibles resultados, como todas las que en esa edad crítica afectan al sistema nervioso.

Y todo ¿para qué? Para que, por regla general, niños casi imbéciles, con poca ciencia, pero con muchas recomendaciones, halaguen á mamá con sendas notas de *sobresaliente* y aun con diplomas de premios debidos al favor ó á la debilidad de un examinador amigo de la familia.

Lo demostrado por las experiencias del Dr. Ignatiew, es, ni más ni menos, lo que la reflexión había ya discurrido.

El temor al examen preocupa hondamente al alumno de juicio, al pundonoroso, al que ha estudiado y por lo mismo que ha estudiado conoce las dificultades del ejercicio á que va á someterse; pero ese temor no existe para el que todo lo ignora, para el escolar desaplicado y sin aprensión, que ni ha saludado los libros; que se presenta á los jueces, seguro de que no sabe una palabra y fiado en que la influencia de algún compañero de su papá acaso le valga para ganar un curso y colarse de momio en el siguiente. Si lo consigue, que sí suele conseguirlo, sale del aula tan contento como si le hubiese caído la lotería, y se burla (con muy fundado motivo) de exámenes y de examinadores y de tribunales de mojiganga. Si no lo consigue, como que nada tiene que perder, ni aun la vergüenza, porque nunca la tuvo, ni es fácil que la tenga en su vida, se queda tan fresco.

Por el contrario, el laborioso, el que ha adquirido conocimientos, el que toma con seriedad el estudio y la ciencia, puede tener en su ejercicio una desgracia, sobre todo si es, como de ordinario ocurre al que vale, modesto y apocado.

Difícilmente los tribunales de examen (me refiero ahora á los de Universidades y á los de Institutos de segunda enseñanza) pueden emplear en cada ejercicio más de *cinco minutos.*

¿Y qué son cinco minutos para aquilatar los grados de instrucción de un examinando?

¿Es, por ventura, que los jueces, siendo como son catedráticos, saben lo que merece cada alumno? Esto no es exacto; el catedrático no ha tenido tiempo, dada la escasa duración del curso, duración merma-



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldados ingleses subiendo un cañón Maxim á lo alto de una colina en Pietermaritzburgo (de fotografía de D. Barnett)



GUERRA ANGLO-BOER. – Salida de un destacamento de Pietermaritzburgo hacia la frontera (de fotografía de Allerston, Pietermaritzburgo)



ARCABUCERO, cuadro de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, 59)



UN HOMBRE FELIZ, acuarela de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, 59

da además por numerosas fiestas y repetidas vacaciones, para conocer y apreciar á sus alumnos en lo que cada uno vale; pero si, en efecto, los conociese, los exámenes resultarían inútiles del todo y serían lo que tantas veces he dicho, una farsa ridícula, indigna de hombres formales y de instituciones serias.

No es solo el *Dr. Ignatiew* quien ha abogado, en nombre de la ciencia, por la abolición de los exámenes; muchos otros médicos, higienistas ó dedicados á la especialidad de las enfermedades nerviosas, han propagado la misma doctrina.

Es claro que, desde el terreno de la ciencia pura, se parte siempre de la hipótesis (muy aventurada por cierto) de que los tribunales examinadores son rectos, justos, probos, y que si, por raro caso, dejan alguna vez de fallar en justicia, es para inclinarse al lado de la indulgencia. – Aun así y todo, aun admitiendo esto que no siempre sucede, pues los jueces, hombres al fin, tienen debilidades y claudican á menudo, siempre podrá ocurrir, y sucede, que el mal éxito en su examen lleve á un buen estudiante á la desesperación y aun al suicidio.

Pero sin llegar á esos extremos que naturalmente constituyen lo excepcional, siempre será cierto que ese padecimiento nervioso, periódicamente repetido, durante muchos años y agravado cada año, por la mayor trascendencia del ejercicio, produce efectos desastrosos que es conveniente, que es necesario evitar á toda costa, con tanta más razón cuanto más cierto es que los exámenes, tal cual hoy existen, á nada útil conducen.

Bueno sería que, *alguna vez, alguna vez siquiera*, nuestros gobernantes y nuestros legisladores pensaran en estos asuntos de enseñanza, mucho más graves y de muchísima mayor trascendencia que las contradanzas de la política desde una agrupación á otra.

¡Ya lo creo!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Walter Hauser.—Por segunda vez ha sido elegido presidente de la Confederación Helvética el consejero federal Walter Hauser, y la gran mayoría de votos por él obtenida es



WALTER HAUSER,
elegido presidente de la Confederación Helvética
para el año 1900

la mejor demostración de la confianza que á todos los suizos inspira esta ilustre personalidad. Como director que hasta ahora ha sido del departamento de Hacienda, ha podido convencer á todos los partidos de que posee en grado eminente las cualidades necesarias para el elevado puesto que ha de ocupar durante el año 1900: ilustración, actividad y energía para resolver con entera imparcialidad los más arduos asuntos. Como presidente de la Confederación tendrá que encargarse del ministerio de Negocios Extranjeros y dejar el de Hacienda; pero pasado el año actual, volverá sin duda á ponerse al frente de este último, porque tiene empeño en resolver definitivamente algunas cuestiones importantísimas por él iniciadas, tales como la reversión de los ferrocarriles, las leyes de seguros, etc. Walter Hauser es hombre sumamente laborioso y perseverante, de arraigadas convicciones, esclavo de sus deberes y ardiente defensor de los intereses del Estado. Muy joven empezó su carrera política, distinguiéndose desde luego como gran parlamentario en los Consejos cantonal y federal: fué elegido por vez primera presidente de la Confederación Helvética en 1892.

Guerra anglo-boer.—Cual en todas las guerras y singularmente en la campaña que se sostiene en el Africa austral, ocurren incidentes inesperados y victorias que se atribuyen los ejércitos beligerantes, sin que tales ventajas influyan en lo esencial. La severa censura que ejercen las autoridades inglesas nos priva de conocer con exactitud la marcha y desarrollo de los acontecimientos, ya que hemos de aceptar como buenas las noticias que el Gobierno británico transmite. Ateniéndonos, pues, á las deficiencias de la información oficial, consignaremos que el coronel Pilcher derrotó un comando boer, ocupando el campamento y haciéndole cuarenta prisioneros, sin que esta victoria haya producido positivas ventajas, ya que si bien es cierto que le fué posible continuar el movimiento de avance y apoderarse de Douglas, hubo de evacuarla después ante la imposibilidad de poder sostenerse.

El general French, por su parte, atacó las posiciones de los boers en Colesberg, si bien con discutible éxito, puesto que durante el combate púsose en movimiento desde Rensberg un tren cargado de provisiones, compuesto de veintiséis vagones, que descarriló junto á un puentecillo en que termina la rampa inmediata al apartadero de Pleuman. Los ingleses suponen que el accidente débese á una traición; pero aunque á todos los descalabros atribúyeseles el mismo origen, resulta el á que nos referimos que produjo ventajas para los boers, ya que se apoderaron de las provisiones, que no pudieron recobrar los ingleses, quienes hubieron de retroceder ante el cañoneo y el fuego de fusilería con que fué atacado un nuevo tren de auxilio que conducía una compañía de infantería y un crecido número de obreros indígenas. El resultado de la operación practicada por el general French ha sido negativo, porque aparte de las víctimas que ha producido, continúan los boers ocupando sus posiciones de Colesberg.

A su vez, el coronel Baden Powel, que se halla encerrado en Mateking, intentó una salida que ha sido infructuosa. Al efecto atacó una posición boer, pero fué rechazado, perdiendo veintiún muertos, veinticinco heridos y tres prisioneros.

La situación de Kimberley es también harto difícil, puesto que á los rigores del asedio únense los estragos que producen la fiebre tifoidea y el escorbuto, que causan numerosas víctimas en la población y en las tropas inglesas.

Los africanders únense á los boers y cada día engrosan las filas republicanas, cundiendo de tal suerte la animosidad contra Inglaterra, que se cree probable el levantamiento general de los colonos, que á cada triunfo de los boers aumentan su hostilidad contra sus dominadores. Los basutos, por su parte, también simpatizan con los boers, y si bien los cafres de Dordepoort atacaron á las tropas de Joubert, no lograron ventaja alguna, puesto que fueron rechazados con considerables pérdidas.

Inglaterra, que está dando el triste ejemplo de que en sus puertas se practique el contrabando de guerra, exportando cañones, fusiles y conservas destinados al ejército del Transvaal, según lo confiesan sus periódicos, ha procedido con impremeditada ligereza á la detención de algunos buques, entre ellos el *Bundesrath*, que se ha visto obligado á dejar en libertad y á satisfacer una crecida indemnización, gracias á la enérgica protesta del emperador de Alemania, impulsado por el movimiento general del país, contrario en absoluto á los planes desarrollados por Chamberlain y sus compañeros de gabinete.

La atención hállase en estos momentos concentrada en Ladysmith. A juzgar por los despachos publicados por el *War Office*, resulta que el día 7 del corriente intentaron los boers un asalto, suponiendo quebrantada la división que manda el general White tras los rigores de un prolongado asedio, siendo rechazados con grandes pérdidas. En el ataque hízose uso del arma blanca, pero las tropas inglesas resistieron la acometida con gran valor y energía. Esto no obstante, desconócese el número de las bajas experimentadas por ambos ejércitos, si bien supónese que unos y otros conservan sus respectivas posiciones. Parece ser que en esta acción ha sido herido gravemente en un muslo el primogénito del conocido diplomático lord Dufferin.

Han llegado ya al Cabo el generalísimo lord Roberts y el jefe de Estado Mayor lord Kitchener, siendo de esperar que con su llegada y la de los refuerzos que con ellos iban comenzará un período de actividad en las operaciones que durante una temporada han estado un tanto encalmadas.

La opinión en Londres se ha reaccionado y el espíritu del pueblo se ha levantado un tanto, si bien puede darse el caso de que nuevas noticias destruyan el buen efecto producido por las publicadas en los centros oficiales, que no se recomiendan en el caso á que nos referimos, por sus pormenores y precisión.

Como medio para dar á conocer la extensión del entusiasmo patriótico que en Londres produce la guerra, anotaremos la noticia de haberse declarado en huelga cuatrocientos sastres dedicados á la confección de uniformes destinados al ejército expedicionario, temiéndose que se extienda á los seis mil operarios que ejercen su profesión en la capital del Reino Unido.

D. Antonio Cánovas del Castillo, estatua en bronce, obra de Joaquín Bilbao (fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins). – Digno é inteligente sucesor del malogrado Susillo, es Joaquín Bilbao uno de los escultores que ocupan preferente lugar entre los que representan la moderna escuela sevillana, figurando su nombre entre aquellos que enaltecen, por medio de sus obras, el arte patrio. Hermano del notable pintor Gonzalo, parece como si uno y otro, por diverso procedimiento, hubieran tratado de vincular en su apellido Bilbao glorias artísticas y prestigios que sólo se asignan al mérito. En un espacio de tiempo relativamente breve se ha dado á conocer, alcanzando señalados triunfos. Vivo está todavía el recuerdo de los elogios que en la Exposición Nacional de 1897 se tributaron á sus hermosos relieves titulados *El sueño de la Virgen* y *La visión de fray Martín*, cuyas reproducciones dimos á conocer á los lectores de esta Revista, calificados como un dechado de ejecución, delicadísimo modelado y simple, pero razonada composición. Uno y otro estimáronse por la crítica como magistrales producciones, á las que han seguido otras que enaltecen al artista y atestiguan sus excepcionales condiciones. La notable estatua del ilustre estadista don Antonio Cánovas del Castillo, destinada al monumento que ha de erigirse en Madrid, es otra gallarda manifestación de la valía del escultor sevillano.

MISCELÁNEA

Teatros.— Enrique Ibsen está terminando un drama con el título de *Harald Winge*, cuyo argumento se desarrolla en una mina.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Las bodas de Camacho*, graciosísima comedia en tres actos muy bien arreglada del francés por D. Joaquín Arimón, y *El voluntario*, pieza en un acto de D. Adelardo Fernández Arias; en la Comedia *La prima de Piperlín*, vaudeville en tres actos, arreglo de D. Calixto Navarro; *Serpentina*, juguete cómico en tres actos de D. Rafael Coello, y *Los besugos*, zarzuela en un acto de los Sres. Mario y Abati con música de los maestros Saco del Valle y Valverde (hijo); en Lara *El diluvio universal*, pieza en un acto de D. Luis Larra; en Apolo *Los buenos mozos*, sainete lírico en prosa y verso de los Sres. López Silva y Fernández Shaw con música del maestro Chapí; en la Zarzuela *El belén del abuelito*, de los Sres. Navarro y Fernández de Lapuente con música del maestro Chalons; y en Eslava *El rey de la Alpujarra*, zarzuela en un acto del conde de Locatelli con música del maestro Vives.



Estatua en bronce de D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
obra de Joaquín Bilbao,
fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

Necrología.—Han fallecido:

Augusto Allmer, conservador de los museos de Lyón.

Guido Gezelle, uno de los más inspirados poetas flamencos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 180, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS

7 B. y 10 N. = 17 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 179, POR J. TOLOSA

Blancas	Negras
1. D 6 A D	1. Cualquiera.
2. D 6 C mate.	

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Es cosa agradable leer versos á una mujer bonita; á Darlot le gustaba, y daba lecturas en casa de sus más lindas amigas; no se cuidaba de que le comprendieran ó no; le bastaba ver una actitud y un rostro graciosos, oir de vez en cuando una interjección admirativa, lanzada algo al azar. Sabía que su oyente le escuchaba distraída, que pensaba en mil cosas á la vez y que nada acompaña mejor á un adormecimiento que el ritmo de los versos.

María Magdalena pensó primero en su marido, de quien tendría que solicitar que invitara á Lucy Hartley. Roberto le inspiraba un temor tan evidente, con su aire de corrección fría y reservada, que aún no sabía si le amaba; tampoco sabía si él, á su vez, sentía por ella algo más que un capricho, pasajero sin duda, y muy diferente de un cariño formal. Más bien parecía considerarla como una niña.

Hablaba poco, pero era hombre de valer. Tenía á su madre un cariño deferente y respetuoso, y la costumbre de obrar con arreglo á aquella voluntad que le había dirigido siempre.

Ya, en muchas circunstancias bastante fútiles, María Magdalena había visto á su marido ceder á la influencia de su madre, cosa que le había causado una especie de envidia, vaga todavía, la impresión de que su propia influencia no podría contrabalancear la de Mad. Le Clercq.

Pensó también en otras muchas cosas mientras Darlot le leía *Namouna*. La cadencia de las rimas mecía su cavilación; recordó la vida alegre, exuberante, sin cuidados, que había llevado antes de su casamiento; con cierta pena pensó en sus amigas que casi la habían olvidado, ahora que estaba enterrada en la provincia, todos gente de imaginación, porque en ese medio ambiente se respira con el aire esa locuacidad ligera, un poco burlona, que da cierto sabor picante y comunica algo de imprevisto á las ideas más gastadas.

El espíritu de la provincia es más reposado, y también más formal. Y María Magdalena tenía miedo de lo que le reservaba el porvenir.

Miró á Renato Darlot, que se entusiasmaba leyendo á Musset. De pronto se tuvo por satisfecha de que éste se hallara allí y ella menos sola; la ayudaría á aclimatarse; vendría como antes, como hoy, á leerle versos y á decirle cosas desagradables.

Abrióse la puerta del salón y Roberto Le Clercq entró precedido de una dama de extremada vivacidad, cuyos ojos azules y penetrantes dirigieron una mirada de extrañeza á los dos amigos, inocentemente ocupados en su lectura. Roberto se pellizcó los labios un poco delgados: le parecía la situación incorrecta, y dijo con tono seco:

– María Magdalena, te presento á Mad. Lignière, á quien no tuvimos el gusto de encontrar en su casa.

Las dos mujeres se saludaron. María Magdalena, recordando que aquella señora era presidenta de muchas asociaciones benéficas, le habló de sus empresas.

Mientras tanto Roberto estrechaba la mano de Darlot sin la menor efusión. La conversación fué lánguida, pasando de un taller de orfelinato á un asilo de ancianos, y María Magdalena se aburría como rara vez le había sucedido.

Llegaron luego otras personas: M. Maignan, presidente de la Sociedad histórica, hombre canoso, encorvado, nudoso como un palo de serbal: al verle, Mad. Lignière se despidió bruscamente con ademán de desagrado, pero no sin decir á María Magdalena:

– Querida amiga, la he inscrito á usted por cincuenta francos en la asociación de nuestros asilos de ancianos; he contado de antemano con su excelente corazón... Venga usted, pues, con M. Le Clercq á visitar la casa... Nuestros pobres viejos la interesarán á usted... ¡Conmueven tanto! Confío en que será usted una de sus bienhechoras.

María Magdalena, un poco contrariada de colaborar sin consulta previa en asociaciones que no la interesaban, acompañó hasta la puerta á la presidenta, la cual se detuvo delante de una señora joven que, acompañada de su marido, hacía una entrada ruidosa y estrechaba las manos de Roberto hablando con voz aguda.

María Magdalena dió corriendo la vuelta á la mesa y fué á abrazar á Roberto

– Mad. de la Pallière, he enviado á casa de usted á cobrar el importe de su suscripción á la Obra de los aprendices huérfanos, y no la han pagado... Aquí debe haber algún error.

– No sé, amiga mía. Dígaselo usted á Gerardo, que es quien se ocupa de eso.

Mad. Lignière se dirigió á M. de la Pallière, que se disculpó con la escasa paga de los empleados para resistirse á las contribuciones forzosas de la presidenta; mientras la cotorrita de su mujer daba la mano á María Magdalena con alegre charla..., cumplidos, ofrecimientos de simpatía, de amistad, de intimidad...

La vieja señora pedigüeña había acabado por despedirse, honrando apenas á M. Maignan con un saludo.

– ¡Oh!, dijo Gerardo de la Pallière, estoy seguro de que ha encontrado modo de inscribirle á usted en una de sus listas. No puede tener una nueva conocida sin «birlarle» dos ó tres luises, en favor de todos los necesitados de la ciudad. ¡Qué «garfio!»

Al oir las palabras «birlar» y «garfio,» Darlot se puso los quevedos.

– Gerardo, dijo su mujer haciendo una mueca entre severa y risueña, estás horriblemente inconveniente; vas á escandalizar á esta bella señora y á aquel caballero tan serio que nos mira desde allí con un libro en la mano... ¿Qué está usted leyendo?

Darlot, sonriendo, dijo:

– Leo *Namouna*.

– A mí no me gusta Víctor Hugo, contestó madame de la Pallière volviéndose hacia María Mad... ¿Quién le ha hecho á usted ese bonito traje de casa?

Darlot analizó á la joven con atención. Tenía veinte años y una de esas caras de modistilla parisiense. Baronesa de la Pallière parecía descender de Montmartre; su acento arrabalesco estaba en deplorable relación con una cabellera abultada teñida de rubio, unos ojos rodeados de kohl y un cutis naturalmente colorado, que el blanco de perla hacía parecer de color de malva.

A Darlot se le ocurrió esta idea:

– ¿Le gusta á usted el impresionismo?, dijo en voz baja. Esa señora tiene los tonos morados pálidos de un pastel de Iwill.

Roberto pidió cortésmente á M. Maignan noticias de un opúsculo histórico sobre un obscuro castillejo ruinoso cuya historia escribía el presidente.

– ¡Tarea difícil, caballero!, contestó el buen hombre, hasta entonces vagamente adormecido, pero galvanizado por un súbito entusiasmo. Los documentos son raros, inciertos, confusos. Se que en 1549 un tal Jacobo Audibert, señor de la Haraudière, habitaba allí; en 1604, la propiedad pasó á manos de un Sr. Guillermo Rossel de la Grange. ¡Estre estas dos fechas, nada! He buscado, he compulsado todos los papeles que han venido á parar á mis manos; he registrado los archivos de la provincia, en Caen, en Alençon, en Argentan, y no he podido encontrar nada. Es cosa que desespera.

– Pero ¿esa gente tiene una gran importancia en la historia?, preguntó Renato.

– Ninguna, contestó candorosamente el buen señor: los la Grange, los la Haraudière no fueron más que pobres hidalgos, cuya vida carece de interés... y su morada tampoco lo tiene.

Darlot, estupefacto, dijo:

– Pues entonces, ¿por qué tomarse tanto trabajo?

¿Por qué? Pues muy sencillo: porque con materiales que parecen tan menguados se ha hecho la historia general de Francia. A no ser por nosotros, por nuestros trabajos encarnizados, todos nuestros historiadores, incluso el mismo Michelet, no habrían podido hacer nada. No dude usted de que es más fácil escribir su obra maestra que esas obscuras indagaciones á las cuales nos dedicamos. Michelet disponía de todos los documentos, no se tomó más trabajo que el de coordinarlos con ese hermoso estilo que usted sabe, y convendrá usted en que es más fácil escribir la historia que hormiguea de datos, que opúsculos sobre personas desconocidas de las que apenas se encuentra una huella semiborrada.

– Sí, es difícil hacer algo con nada...

– He escrito un folleto de doscientas páginas en octavo sobre un documento sumamente interesante y aun diré que precioso, que tuve la suerte de encontrar en un archivo del castillo de la Haraudière. Es una nota, una simple nota de lavandera que asciende á unos cuantos dineros: la nota de la lavandera de Enrique IV que pasó por este país en 1590, en la época en que conquistaba su reino. Por esa nota se

puede ver que el rey no tenía más que dos camisas de repuesto, y aun estaban agujereadas, puesto que la lavandera añade este detalle que me ha parecido típico: «por remendar estas dos camisas, que están usadas hasta en la trama, 3 sueldos.» Pues bien, como decía, he escrito un folleto acerca de esto; y mis colegas de la Sociedad histórica han convenido en la importancia de mi hallazgo y en la exactitud de las deducciones que de él saco... ¡Ah, caballero! ¡Cuán lejos nos lleva en el camino de las hipótesis esta nota de una lavandera! ¡Qué luz arroja sobre todo un lado íntimo de la vida de nuestros padres! «Dos camisas las cuales están usadas hasta la trama.» ¡Y qué sabor tiene esta antigua lengua gala! ¿No le parece á usted leer á Montaigne?

– Sí, aunque los pensamientos no son tan profundos...

María Magdalena ya no se aburría; Mad. de la Pallière, con una risa obstinada que quería ser chispeante, y llegaba á causar como una contracción nerviosa, miraba alternativamente con la misma ojeada viva á Roberto, á Renato Darlot, al presidente, á los amorcillos del techo y á los sillones de tapicería.

M. Maignan volvió á su adormecimiento y en breve se batió en retirada.

– ¡Oh!, dijo Mad. de la Pallière, ¿han observado ustedes la tiesura de Mad. Lignière? La vista de M. Maignan la ha puesto en fuga. Esto consiste en que hay competencia caritativa entre ellos. La hija de M. Maignan es presidenta de muchas sociedades de las que se ha hecho salir á Mad. Lignière; así es que se hacen una guerra que tiene por campo de batalla el bolsillo de todos sus amigos y conocidos. M. Lignière no organiza un baile á beneficio de los huérfanos sin que Mlle. Maignan proyecte un concierto de beneficencia en favor de los sordo-mudos. Es una emulación que asusta.

En esto entraron otras personas: M. y Mad. Lavernede; él, un comerciante gordo y rico; ella, una mujer delgada, elegante, de traje y modales refinados. Como Mad. de la Pallière quisiera hablar de modas en su presencia diciendo que era parroquiana de Doucet, Mad. Lavernede, echando una ojeada lenta al vestido de aquella señora, insinuó que en el Louvre hay vestidos muy bonitos á precios reducidos. Mad. de la Pallière se despidió, llevando clavada esta flecha acerada.

Todas estas pequeñas vanidades que chocaban á la vista de María Magdalena, la consternaban; en Renato Darlot producían un efecto contrario; se divertía grandemente, y prolongaba sin notarlo una visita que, á sus ojos, era puramente amistosa y no oficial.

En aquel salón se sucedían las figuras más diversamente interesantes como en una linterna mágica. Conocía á la mayor parte de aquellas personas, pero superficialmente, y se sentía allí á sus anchas para estudiar á toda aquella gente.

El desfile continuó largo tiempo. Todas las notabilidades de la población pasaron por aquel examen obstinado. Roberto, que tenía una noción un poco estrecha de la corrección y de las conveniencias sociales, juzgó indiscreta la duración de aquella visita; Darlot ni siquiera pensaba en ello; se consideraba en su casa estando en la de su buena amiguita María Mad, á la que le costaba trabajo tratar seriamente, y observaba con interés en su rostro los pensamientos que la agitaban en presencia de sus visitas.

El único personaje á quien se olvidó estudiar fué al dueño de la casa, cuyo enojo le pareció tiesura desabrida.

Roberto dijo aquella noche á María Magdalena que Darlot le desagradaba. María Mad, cansada de haber visto tantas caras, de hacer y recibir tantos cumplidos, de oir tantas trivialidades, no tuvo ni la idea ni el valor de defender la causa de Renato; pero le importaba poco lo que pudiera pensar su marido; le dejaba dueño de querer ó no querer á sus amigos con tal que ella pudiera apreciarlos á su modo.

El comedor de Mad. Le Clercq, construído y decorado á fines del siglo XVIII, tenía toda la gracia de aquella época, en que el arte decorativo, alejándose de las exageraciones del estilo rococo, se inspiró en las líneas rectas del arte griego y afectó una elegancia sobria.

Tenía forma de hemiciclo, con el techo muy alto, sostenido por pilastras estriadas, y había entrepaños de espejos que alternaban con tapices, copias de las «Cacerías del rey,» de Oudry. Adornada con maderas incrustadas, con antiguas lacas del Japón, con maravillosas piezas de cerámica oriental, aquella sala regocijaba la vista, y disponía á disfrutar de una buena comida mejor que las salas de Renacimiento, con sus falsos robles viejos, sus colores obscuros, sus cortinajes de terciopelo, que producen sombra á la mitad del día.

Queriendo Mad. Le Clercq ahorrar á su nuera el cuidado de dirigir su casa, todos los días comía con sus hijos, pero almorzaba sola.

Por más que dijera el doctor Bois Saint-Marcel, su vida estaba absolutamente mezclada con la de Mad. Le Clercq; aquella ilusoria limitación de un piso á otro no detenía á la buena señora. Quería demasiado á su nuera para no ocuparse á cada momento de lo que la atañía; de suerte que aquel afectuoso y excelente sentimiento venía á ser como una red de mil mallas que envolvía á la joven suave y fuertemente; no salía sin que su suegra mandara enganchar el carruaje para acompañarla adonde quería ir; no recibía á nadie sin que su suegra dejase de presentarse en la visita; no leía un libro por cuyo título no le preguntara; no recibía una carta sin que se informara de su contenido.

María Magdalena era de carácter dulce, pero capaz de rebelarse cuando abusaban de su bondad; sin embargo, la rígida educación que había recibido le impedía dar á conocer á su suegra el disgusto que le causaba el no poder verse nunca sola.

Un cariño llevado á tal extremo se convierte en una molestia de todos los momentos. María Magdalena no lo pensaba aún así; no tenía más que veinte años; llevaba poco tiempo de casada; el sentimiento de su gran juventud vigorizaba su paciencia y el sincero deseo de vivir en paz con todo el mundo. Estaba dotada de gran flexibilidad que la hacía plegarse á las voluntades que dominaban la suya.

Esto le impedía darse cuenta exacta de la causa de su fastidio habitual; creía echar de menos solamente la vida de París, cuando lo que la faltaba era la libertad que le dejaba su padre.

Veía poco á su marido. Roberto tenía verdadero talento y profundo conocimiento del derecho, y contando con la clientela de su padre y de su abuelo, que también fueron abogados en Montpazier, trabajaba mucho. Llevaba una vida de poco trato social; casi siempre en el Palacio de Justicia ó encerrado en su bufete, escribiendo y compulsando sus pleitos y procesos, se ocupaba poco de su casa.

Era hombre de carácter grave y reservado. No sabía hasta qué punto amaba á María Magdalena y era para él como un rayo de sol y de alegría en una vida opaca. Porque la joven poseía la envidiable facultad de estar siempre alegre. Reía con facilidad; hablaba maliciosa y espiritualmente, teniendo chistosas ocurrencias. Al oirlas, Mad. Le Clercq sonreía con aire de indulgencia ó reprendía con dulzura á su nuera; Roberto no decía nada, miraba á su mujer con ojos brillantes y con vivos deseos de abrazarla; la quería porque era joven, graciosa, sin asomo de malevolencia; habría querido contestarla, replicarle á su vez con chistes que le acudían á los labios, con cosas bonitas que el placer de amarla le sugería, pero siempre le detenía el súbito temor de cometer alguna torpeza y más que todo la presencia de su madre, porque un tercero es siempre un estorbo en estas expansiones. Roberto guardaba en presencia de su madre la correcta actitud á que estaba acostumbrado.

¿Qué habría dicho si le hubiera visto reir ó valsar con María Magdalena, como alguna vez lo hacía para distenderse los nervios? A ella se le perdonaban estas ligeras incorrecciones porque era aún muy joven. Roberto lo conocía, y la idea de la mirada de extrañeza que le dirigiría su madre, si él también quería hacerse el joven, contenía estas veleidades.

Así pues, María Magdalena estaba más á gusto con su padre que con su marido. A su padre habría confiado con preferencia sus pensamientos íntimos; sabía que la comprendería, que siempre encontraría una disculpa en esa indulgente benevolencia de los egoístas que aman ante todo su libertad y no piensan en coartar la de los demás.

Con el mismo Darlot se encontraba más á su gusto. Apreciaba en su valor su verdadera amistad, y si á veces la reconvenía, estas reconvenciones eran breves y más bien servían para estrechar su intimidad.

Una noche, durante la comida, la camarera entregó á María Magdalena una carta que ésta se apresuró á abrir. La leyó y se la guardó sin decir una palabra. Roberto, que contaba á su madre las peripecias de una causa que había defendido, no reparó en el silencio de su mujer; pero Mad. Le Clercq, que en todo se fijaba, no llevó muy á bien que María Magdalena guardara para sí sola el contenido de su carta; mas como era muy buena, resolvió no dejar traslucir su descontento y dijo con acento afable:

– ¿Qué tienes, nena? Te has puesto muy seria de pronto.

Y como María Magdalena negase que tuviera alguna preocupación, su suegra repuso:

– ¿Has recibido alguna noticia desagradable de tu padre?

– No: la carta es de Lucy Hartley.

En aquella carta, escrita desde Londres, la inglesa anunciaba á su amiga que iba á embarcarse para Francia, que pasaría unos cuantos días en París y en seguida iría á Tregastel, donde se proponía veranear. Había alquilado una quinta, se llevaba todos sus avíos de pintura, pues quería trabajar asiduamente para presentar algo en la próxima Exposición: no la acompañaba más que una camarera y se proponía vivir lo más sencillamente del mundo, prefiriendo la agreste naturaleza bretona y la soledad de las aldeas de pescadores á la agitación mundana de Trouville ó de Dinard.

Cuando leyó la carta, María Magdalena pensó que debería invitar á Lucy á pasar algunos días en su casa al ir á Tregastel Hacía casi un año que no la había visto, porque miss Hartley había hecho un viaje de muchos meses por Holanda.

Sentía un vivo deseo de volverla á ver, pues la quería mucho y admiraba su firmeza de carácter. Sin embargo, vacilaba en formular su petición. Esta timidez, por la que se reprendía, procedía de que, sin que ella se diera cuenta, en realidad no estaba en su casa, sino en la de su suegra.

Comprendía lo delicado de su situación, sin querer analizarla. No era ella la que invitaría á Lucy, sino Mad. Le Clercq.

– ¿Lucy Hartley? ¿Tu amiga de Londres? ¿Qué te dice de desagradable?

– Nada, contestó María Magdalena, apresurándose á hablar con la entereza de las personas tímidas. Al contrario: viene á Francia, y si quisieras, Bob, me alegraría mucho de que pasara unos cuantos días con nosotros.

Habíase puesto colorada; miraba á su marido con ojos irresistibles; rara vez le tuteaba; rara vez le llamaba con aquel diminutivo inglés. Él se sonrió y contestó sin pensar en consultar á su madre:

– Mucho que sí. Yo quiero todo lo que tú quieres. Díselo así pronto á tu amiga: debe ser muy simpática, puesto que ha sabido hacerse querer de mi buena María Mad.

En uno de esos arranques de alegre humor que no podía dominar, María Magdalena se levantó, dió corriendo la vuelta á la mesa y fué á abrazar á Roberto.

A Mad. Le Clercq le pareció esta acción incorrecta: en el hecho de no consultarla, ¿no habían faltado al respeto que se la debía? Sin embargo, acordándose de su mansedumbre ordinaria, procuró sobreponerse á aquella desagradable impresión.

María Magdalena, entregada á su alegría, no advertía nada y contestó con volubilidad:

– ¡Qué gusto me das! ¡Quiero tanto á Lucy! Ya verás qué original é ingeniosa es. Es mucho más guapa que yo y casi tengo miedo de que no me ames cuando la hayas visto. Ha leído, ha viajado, habla muy bien, pero no de todo como yo. Es una perfección. Le pediré que haga mi retrato mientras esté aquí.

– Pero si no tendrá taller, dijo Roberto encantado de la alegría de su mujer.

– ¿Acaso lo tendrá en Tregastel? Se instalará de cualquier modo: las inglesas son muy prácticas. Le daremos para ello el gran cuarto azul del tercer piso, donde hay muy buena luz.

Mad. Le Clercq dijo con voz que creyó dulce:

– El cuarto azul lo necesito yo: he dispuesto de él.

María Mad se quedó como si le hubiesen echado un jarro de agua fría. Recordó que aquella casa no era suya y volvió á su sitio. Roberto, extrañado, repitió:

¿Que ha dispuesto usted del cuarto azul?

– Sí. He rogado á Mad. Charmón que venga á pasar en mi casa todo el tiempo que juzgue necesario para salir de la triste situación en que hoy se encuentra...

Siguióse una pausa. María Magdalena se absorbió en la contemplación de un salero de plata, mientras Roberto, muy contrariado y no atreviéndose á decirlo, se ponía otra vez á comer.

Mad. Charmón, que pertenecía á la buena sociedad de la ciudad, era una señora cuyo marido acababa de morir después de una corta enfermedad, dejando á la viuda absolutamente privada de recursos. Esta desgracia atrajo al pronto á Mad. Charmón verdaderas simpatías, que no tardó en ir perdiendo á causa de su extraño carácter.

La perspectiva de vivir con una persona cuya situación era sin duda digna de interés, pero cuya conversación, actitud y legítima tristeza no podían menos de causar melancolía en su casa, desagradó en extremo á Roberto.

Mad. Le Clercq notó la frialdad de su hijo; sintió lo que acababa de decir, tanto más cuanto que en realidad no había indicado aún nada á Mad. Charmón; al contrario, había tenido que resistirse á las insinuaciones interesadas de esta señora. El deseo de recordar á sus hijos que estaba en su casa y que se debía contar con su voluntad la había llevado demasiado lejos, y conociéndolo, repuso con acento conciliador:

– Mad. Charmón es digna de lástima; va á vender todos sus muebles para pagar las deudas de su marido, y durante esta crisis dolorosa he creído que no estaría de más ofrecerle un asilo; no estará aquí mucho tiempo, y podremos arreglar otra habitación para miss Lucía Hartley.

María Magdalena, contrariada por este incidente y por la actitud de su suegra, contestó:

– Lucy sentiría mucho molestar á usted; la alojaremos en nuestro piso, en la habitación contigua á nuestro tocador. Por lo que respecta al taller, fácilmente se pasará sin él...

Mad. Le Clercq no insistió, y terminó la comida lo más desapacible del mundo.

María Magdalena se retiró para escribir á miss Hartley y Roberto se metió en su despacho. Madame Le Clercq, disgustada, lesionada en sus derechos aunque nadie le había dicho nada, ofendida por el silencio de su hijo, fué tras él y le dijo:

– ¿Parece que desapruebas la invitación que he hecho á Mad. Charmón?

Roberto no respondió al pronto, y siguió ojeando distraídamente sus papeles.

– Contéstame, Roberto.

– Pues la verdad es, dijo con tono frío y respetuoso, que sería mejor no tener una extraña en nuestra vida íntima.

– Sin embargo, acabas de autorizar á María Magdalena para que invite á su amiga.

– Es muy diferente; miss Hartley pasará aquí una ó dos semanas á lo sumo; mas con respecto á madame Charmón sabe usted cuándo entrará, pero no cuándo saldrá.

– Debes juzgarla bastante considerada para no llegar á ser molesta, replicó Mad. Le Clercq con tono seco; además, si llegara este caso sabré arreglarme de modo que no la tengamos que sufrir mucho tiempo.

– Y como ese caso se presentará sin duda, hubiera valido más dejar á esa señora en su casa que tener el disgusto de plantarla en la calle.

– ¿Y por qué se ha de presentar ese caso?

– Usted misma lo ha dicho. Mad. Charmón estará aquí hasta que encuentre un modo de vivir decoroso, lo cual puede ser muy largo. La idea de trabajar para vivir le será desagradable; aquí encontrará una existencia muy grata; si no he juzgado mal de su carácter, abusará...

– ¡Si no juzgas mal! Pero ¿la conoces lo bastante para juzgarla bien?, replicó Mad. Le Clercq. Pues yo, con las relaciones que tengo, estoy segura de encontrarle en poco tiempo una colocación muy buena.

– ¿En Montpazier? No consentirá en rebajarse precisamente en la ciudad donde ha ocupado una posición decente.

– Vamos, veo que he incurrido en la censura de mi hijo por haber ofrecido mi casa á una persona á quien compadezco y aprecio...

Roberto, enojado y rígido, miró con fijeza á su madre y dijo:

– Ha exigido usted conocer mi pensamiento. No me permito censurar á usted. Haga lo que mejor le parezca.

Mad. Le Clercq salió más contrariada de lo que había entrado; iba con intenciones conciliadoras, y el tono firme de su hijo la irritaba tanto más cuanto que en el fondo su propia causa era mala. Y lo cierto era que preocuparse por Mad. Charmón era una tontería.

Con todo, resolvió seguir adelante y hacer lo que había anunciado. Al volver á su cuarto tuvo por primera vez un sentimiento de amargura.

Acudió á su memoria todo cuanto hacía por sus hijos.

Siempre había obrado olvidándose de sí misma, no pensando más que en el bienestar de ellos. Dejó que Roberto eligiera la mujer que le agradó, aun sin tener fortuna, por más que hubiera podido aspirar á la mano de otra que no fuera la hija de un médico sin clientela. Lejos de hacer sentir á María Magdalena esta generosidad, la trataba como una hija, la colmaba de regalos, aprovechaba todas las ocasiones de proporcionarle distracciones; había exigido que los esposos fuesen á vivir con ella, donde disfrutaban del lujo de su magnífico hotel, de sus carruajes y hasta de sus criados; pues no tenían más que una camarera, porque siempre comían á su mesa. Sí. Ella se portaba bien, y ellos parecían olvidarlo. La omisión de consultarla para invitar á miss Hartley podía parecer poca cosa; sin embargo, era el punto de partida de toda una serie de disgustos. Por otra parte, la actitud de Roberto entristecía, así como la de María Magdalena, que tenía la presunción de rechazar todas las insinuaciones que se le hacían y de pretender alojar en su piso á su amiga... ¡En su piso! Mad. Le Clercq se sonrió. Y la idea del bienestar de que gozaban sus hijos la enterneció; ella era su providencia; á no ser por ella tendrían que vivir modestamente, pues sólo contaban con los emolumentos de Roberto, aún muy poco conocido para tener una posición desahogada. A no ser por ella, María Magdalena descendería á la clase de simple particular casi necesitada, aguardando los días aún remotos en que su marido alcanzaría celebridad. Ya no habría coches ni equitación, ni elegantes «tea gown,» ni sombreros de Reboux, ni almuerzos exquisitamente servidos á los que convidaba á sus amigos... Sentirse así necesaria suavizó á la anciana señora, y perdonó. Quiso pensar únicamente en las graciosas cualidades de María Magdalena, en su carácter igual, en su porte correcto, en su donaire... En suma, podía estar orgullosa de la linda mujer de su hijo. Sólo necesitaba adoptar una resolución firme: la de inculcar bien el sentimiento de la gratitud debida, para que aquel leve espíritu de rebelión no se reprodujese.

María Magdalena era de un natural muy flexible y tenía mucha finura. Comprendería, y todo iría bien. En los primeros tiempos es cuando hay que tener firmeza. En cuanto á Roberto, siendo el *hijo*, tenía el derecho de considerarse en su casa. Ella únicamente era la que había estado incorrecta, y por su culpa Roberto había tomado aquella actitud de lucha. Él sabía que Mad. Charmón desagradaba á su mujer; y le había disgustado su introducción en su casa.

Tomada la resolución de mostrarse bondadosa, á pesar de la ingratitud, Mad. Le Clercq recobró su tranquilidad de conciencia. La grandeza de su generosidad le sosegó el alma, y se durmió satisfecha.

María Magdalena, después de escribir á miss Hartley, pensaba que habría preferido estar absolutamente en su casa para recibir á su amiga y cuán desagradable es invitar á alguien allí donde uno mismo no pasa de tolerado.

Hacía dos días que Lucy Hartley estaba en Montpazier, y una semana que Mad. Charmón había aceptado la hospitalidad de Mad. Le Clercq, de suerte que la satisfacción experimentada por María Magdalena por ver á su amiga la acibaraba la presencia habitual de la señora enlutada, á la que Darlot llamaba «Elegía llorona.»

A la verdad, Mad. Charmón tenía motivo para estar triste, pero hacía demasiada ostentación de esta tristeza; se encaramaba en su dolor como en un pedestal, y la delicadeza de sus sentimientos era una calamidad para las personas obligadas á soportarla. Era una mujer alta, indolente, de cabello negro pegado á unas sienes estrechas, y de perfil prolongado de madonna prerrafaélica. Lucy Hartley apreció desde luego su tipo, desde el punto de vista artístico; pero la indolencia, la blandura, el continente de aquella mujer la desagradaron tanto, que ya no pensó en compararla á los Botticelli, puestos de moda por una literatura reciente.

– Es insoportable, dijo á María Magdalena; sus suspiros en *do* menor, su voz lánguida, sus ojos levantados al techo... ¡uf!.., todo eso es de un gusto detestable. Eso ya no es un Botticelli, sino un cromo.

– ¿Conque, según parece, le gustan á usted mucho los pintores primitivos?, preguntó Renato Darlot, que sentado en un ángulo del salón dibujaba en una hoja de papel Whatman mujeres lisas con alas de ángeles para ilustrar una edición de *Griselidis*. ¿Le gustan á usted Botticelli, y Carlos Maratti, y Signorelli, y Mantegna, y todos los viejos antepasados de bronce que se entretuvieron en pintar santos muy tiesos como estatuas de madera, con colores chillones y muchas faltas de dibujo? ¿Le gustan á usted? Pues á mí no.

– Ni á mí, dijo francamente Lucy. ¡Derribemos los dioses! Ni siquiera me gusta Rafael. Vea usted su retrato de Juana de Aragón en el Louvre. Esa cabeza encajada en un largo cuello, esa boca demasiado pequeña, esos ojos demasiado grandes, ese óvalo del rostro demasiado perfecto, todo eso no es verdadero, ni sincero. Se conoce que no debía haber ningún parecido. Pues ¿y ese color amarillento?.. Los dibujos de Rafael, sí; sus cuadros, no. Mad, *my darling*, quédese usted como está ahora; tengo gana de retratarla á usted al pastel. ¿Quiere usted? ¡Tiene un toque tan espiritual! Y unos cabellos de un rubio maravilloso. Voy á buscar mi caja y mi cartón.

Lucy salió un momento del salón. María Magdalena dijo á Darlot:

– ¿Qué le parece á usted Lucy? ¿Verdad que es encantadora?

Darlot levantó su pincel con aire grave.

– Inteligente. Es un soberbio ejemplar de esa raza de mujeres inglesas de buena sociedad, que han recibido una educación sana, que piensan, raciocinan y obran virilmente. Es notable.

– ¿Y bonita, no?

Miss Hartley entró con sus lápices, un cartón y un pequeño caballete.

Arregló con presteza todos estos objetos, y colocando á su amiga delante de la ventana, dando así para fondo del cuadro los lejanos árboles de un parque inglés y el azul del cielo, empezó su bosquejo á grandes rasgos con una soltura y una seguridad que entusiasmaron á Darlot. Éste había suspendido su acuarela, diciendo que hay días en que no se siente uno bastante idealista para pintar mujeres adornadas de alas angélicas.

Al poco rato fué á sentarse al piano, lo abrió y tocó una pieza noruega de Grieg. Luego cantó una barcarola de Lalo.

– Tiene usted una bonita voz y un buen método, dijo Lucy.

Darlot tocó algunos compases de *Lohengrin*.

– ¡Ah! El dúo del último acto... ¿Lo canta usted? Yo también.

Lucy soltó sus lápices un momento y se acercó al piano. Mientras cantaba el dúo con Renato, Roberto entró en el salón sin hacer ruido y sonrió de lejos á María Mad.

El retrato apenas bosquejado iba saliendo bien; todo aquel aparato de pintor, la bonita joven á quien se retrataba, los dos cantantes y el sol de verano que alumbraba aquella habitación comunicaban una sensación de bienestar y de alegría íntima.

Lucy se había captado desde luego la simpatía de Roberto. Su aire serio é inteligente agradó á aquella otra inteligencia formal, y además su verdadero cariño á María Magdalena, cariño sin frases, pero sincero, que le agradeció Roberto.

– ¡Qué hermoso es!, exclamó María Magdalena cuando acabó el dúo. Al escucharlos á ustedes he formado un proyecto. Roberto, ¿quieres que invitemos á algunas personas, daremos una velada musical? Lucy cantará con M. Darlot, y tú tocarás el violín.

– Se lo podremos preguntar á mi madre, contestó Roberto.

Lucy volvió á su caballete.

– Póngase usted otra vez como estaba, Maud. Nada de música en verano: hace demasiado calor.

– Cuando se tiene afición, se puede tocar en todo tiempo, replicó María Magdalena, que era incapaz de tocar un vals. Pero debo advertirte, Roberto, que no es en la habitación de tu madre donde quisiera recibir, sino en la nuestra. Y no se trata de una velada de aparato, sino de una sencilla reunión, algunas personas solamente.

– Como quieras; pero aquí viene mi madre.

Mad. Le Clercq entró.

– Estábamos hablando de convidar á algunas personas á una velada musical, le dijo Roberto.

Mad. Le Clercq respondió vivamente aunque sonriendo:

– ¡Oh! No hay que pensar en ello, Roberto, es imposible. Y hasta me sorprende, nena mía (añadió volviéndose á su nuera), que hayas cantado y tocado como acabas de hacerlo.

– Yo he sido la que ha cantado, señora, dijo Lucy con exquisita finura; pero no sabía que le desagradara á usted la música.

– Es que, dado el luto reciente que lleva, madame Charmón ha debido extrañar que se hiciera ruido.

Lucy Hartley se recreaba trabajando el fondo de su pastel. Darlot sin duda no había comprendido ni escuchado; porque, poniendo la sordina en el piano, cantó á media voz la serenata del *Barbero*.

– Creo que sería inconveniente convidar aunque sea á amigos íntimos mientras ella está aquí. Le sería muy penoso.

Siguió un rato de silencio. Roberto frunció el ceño; empezaba á parecerle muy pesada la presencia de Mad. Charmón. María Magdalena procuró en vano encontrar la mirada de su amiga... Darlot prosiguió sus escalas, insultando el luto de la viuda.

– Venía á preguntarte si estás dispuesta á acompañarme á la sesión del Comité del hospicio de ancianos abandonados, continuó Mad. Le Clercq sin notar la frialdad con que se la acogía.

(Continuará)

EN EL PAÍS DE LOS BOERS

LAS MINAS DE DIAMANTES DE KIMBERLEY

Los graves acontecimientos que en el Africa austral se desarrollan han atraído nuevamente la atención pública sobre Kimberley, la capital de Gricualandia; por esto creemos interesante dar algunos datos acerca de esa provincia tan poco conocida que, á pesar de su extensión, apenas contaba tres ó cuatro granjas antes del descubrimiento de los terrenos diamantíferos.

En 1867, un colono boer llamado van Niekerk, fué á visitar en la frontera extrema de la colonia del Cabo á uno de sus compatriotas, Jacobs, cuyas tierras estaban situadas en la confluencia del Orange y del Vaal. Durante su permanencia en aquel país vió en manos de los hijos de su amigo algunas piedras brillantes que llamaron su atención, pues desde luego le parecieron diamantes; y habiendo querido comprarlas, Jacobs, sin sospechar lo que valían, se las regaló sin querer aceptar remuneración alguna.



El palacio del teniente gobernador en Kimberley

Después de varias transacciones, el mayor de aquellos diamantes fué á parar á manos del doctor Atherstone, de Grahamstown, el cual lo vendió en 500 libras esterlinas al gobernador del Cabo, sir Felipe Wodehouse.

Seducido por tal ganancia, van Niekerk volvió á orillas del Vaal, en donde supo que un hechicero cafre poseía entre sus innumerables amuletos una piedra brillante de un tamaño extraordinario: fué en busca de aquel individuo, y consiguió adquirirla á cambio de cien carneros y treinta caballos. El diamante pesaba 83 carats y fué vendido en 11.200 libras esterlinas: aquel diamante era el célebre «Estrella del Africa del Sur.»

Al enterarse de ello, una nube de aventureros cayó sobre aquel país. En 1870 había 8.000 blancos en los terrenos diamantíferos; diez años después, su número se elevaba á 40.000. La primera ciudad por ellos fundada fué Barkey, á orillas del Vaal, cuya fundación data de 1869.

¿A quién iba á pertenecer aquel territorio que de pronto adquiría un valor inestimable? En realidad, era propiedad del Estado de Orange, al cual se lo había cedido algunos años antes un tal Adán Kok, jefe de la tribu indígena de los gricúas; pero hubo que contar con Inglaterra.

En efecto, los mineros, de origen británico en su mayor parte, organizáronse inmediatamente en sociedad, designaron á algunos de sus compatriotas para mantener el orden y pidieron al gobierno del Cabo que enviara á Barkey un residente y algunas tropas. Inglaterra apresuróse á acceder á tal solicitud, y para dar á su intervención un aspecto legal, hízose ceder los terrenos diamantíferos por el entonces jefe de los gricúas Waterboer, y declaró nula la primera venta hecha por Adán Kok al Estado de Orange. Al mismo tiempo sir Hay, gobernador interino del Cabo, envió algunas tropas y un teniente gobernador á Gricualandia.

Los boers acogieron con vivas protestas aquella toma de posesión realizada con menosprecio de sus derechos. Brand, presidente del Estado de Orange, penetró en la Gricualandia con 1.000 hombres y cuatro cañones; pero no estalló la guerra gracias á la habilidad del gobernador del Cabo. Por último, después de reñidas discusiones pactóse entre lord Cornavon, ministro de las Colonias, y el presidente Brand un arreglo en virtud del cual se concedió al Estado de Orange la suma de 90.000 libras esterlinas para indemnizarle por la cesión de los terrenos diamantíferos: además, se le dieron 15.000 libras esterlinas como auxilio para la construcción de sus ferrocarriles.

La operación fué excelente para Inglaterra, porque durante mucho tiempo la exportación de piedras preciosas se elevó por término medio á dos millones de libras esterlinas por año: actualmente esta cifra ha disminuído algo.

Hasta el año 1873, los buscadores de diamantes limitaron sus operaciones á las arenas del Vaal; pero algunos mineros, suponiendo con razón que aquellos diamantes habían sido desprendidos del suelo por la acción de las aguas y por éstas arrastrados, practicaron excavaciones que tuvieron el éxito más completo. En octubre de 1873, uno de ellos descubrió un filón de maravillosa riqueza en el centro de una granja perteneciente á un refugiado protestante francés, llamado Du Toit. Éste, aldeano de muy cortos alcances, al ver invadida su finca por los buscadores de diamantes, sintióse poseído por el miedo, y ocultándose en el fondo de la granja, negóse en absoluto á conferenciar con los que querían comprarle sus tierras. Convencido de que querían asesinarle, escapóse durante la noche, y al día siguiente los compradores empezaron una persecución encarnizada. Por último, al cabo de cinco ó seis días de una caza desenfrenada, dieron alcance á Du Toit, quien se había escondido en un kraal entre cabras y carneros, y le hicieron firmar casi por fuerza un acta de venta de su granja, entregándole á cambio 125.000 francos y regresando á escape para tomar posesión del filón precioso. Du Toit fué á establecerse en Capetown, en donde vivía aún hace algunos años. En el mismo sitio que ocupaba su granja fundóse posteriormente la ciudad de Kimberley, hoy capital de las minas de diamantes.

En 1873 formáronse dos compañías inglesas para la explotación de las minas de diamantes, la *London and South African Company* y la *Hope town Diamand Company*, que no tardaron en hacerse una guerra encarnizada en la que la segunda fué vencida por la primera. En aquella época había tres campos principales de explotación de diamantes; en la actualidad hay siete ú ocho. Cada campo está dividido en secciones separadas por pequeños senderos por donde circulan los carros y las carretillas: estos senderos cercados de *claims* son tan estrechos, que con frecuencia se producen en ellos accidentes, rodando hombres, caballos y carretas por las excavaciones, que forman verdaderos precipicios, y aplastando á los que en el fondo de las mismas trabajan.

Los *claims*, cuyo valor varía entre 200.000 y 400.000 francos, son generalmente cuadrados, de treinta pies de lado, que cada propietario explota con algunos blancos y un cierto número de indígenas. Unos cavan y apalean la tierra en el fondo de los pozos y otros la suben á la superficie del suelo en cubos de cinc por medio de una polea. Cuando se ha reunido una cantidad suficiente de tierra, se pasa ésta por dos cribas, una gruesa y otra fina, hasta que sólo queda un montón de casquijo y de piedras pequeñas que se colocan sobre una mesa. Entonces empieza el trabajo de los blancos: con un pedazo de cinc ó de hoja de lata de unos 30 centímetros de largo por 10 de ancho, se acercan una cantidad de casquijo que esparcen sobre la mesa, bastándoles una simple ojeada para saber si hay ó no diamantes. Algunos propietarios de grandes *claims* han instalado máquinas de vapor para subir la tierra, con lo cual economizan tiempo y personal y pasan mayor cantidad de tierra por la criba; pero los procedimientos de explotación continúan siendo los mismos.



Minas de diamantes en Kimberley

Aquellos campos diamantíferos son verdaderas colmenas en donde se agitan hombres de todos colores. Por todas partes se ven innumerables cables y alambres, cubos que suben y bajan, carros, carretillas que circulan en todas direcciones, ofreciendo un espectáculo sumamente pintoresco.

Los indígenas acuden allí en gran número atraídos por los grandes salarios: ganan, en efecto, 10 ó 12 schelines semanales, y además albergue y comida, siendo mucho más felices que los blancos, pues tienen salario seguro, al paso que éstos consumen á veces todos sus recursos para ganar una fortuna que á menudo se les escapa. Además, los obreros indígenas, alentados por ciertos blancos, roban una parte de los diamantes, que recogen hábilmente con los dedos de los pies, se los esconden en la boca y en caso de apuro se los tragan. En 1885 se estimaba el importe de lo robado de esta manera en más del 25 por 100 del valor total de los diamantes extraídos. Las penas más severas resultan ineficaces, habiendo sido preciso encerrar á los indígenas como si fueran rebaños y prohibirles toda salida durante su contrata. Y á pesar de esto, siempre hay robos, gracias á la complicidad de los blancos, en su mayoría judíos, que compran á los mineros los diamantes robados, habiendo algunos realizado de este modo enormes ganancias, en detrimento de los propietarios de *claims*.

La Gricualandia es el país más desagradable para habitar en él; frecuentes vendabales cubren el suelo

de arena y los edificios y las personas de un tinte rojo que cambia hasta el color de los negros. Las viviendas de tela ó de planchas de hierro no pueden resistir á los más furiosos huracanes, y así en 1885 fué completamente arrasado el campo de Bultfontein, no quedando en pie ni una sola tienda.

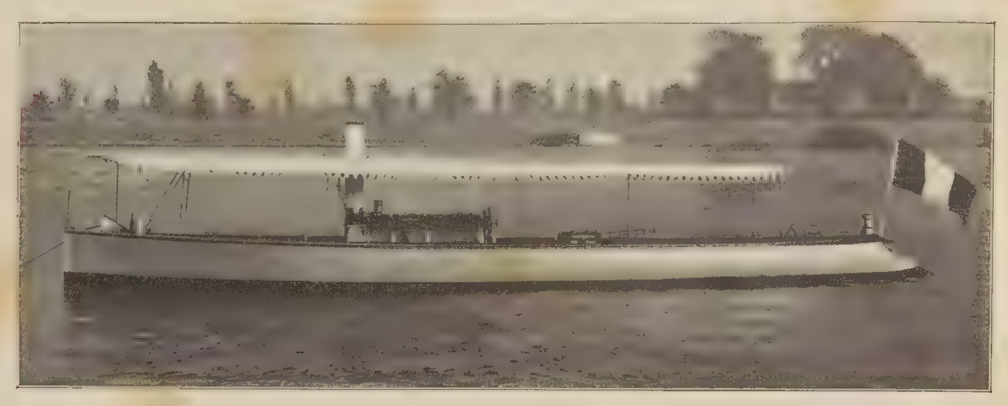
De aquí que sean muy frecuentes en Gricualandia las enfermedades de los ojos y de la garganta y que las llagas y los simples rasguños se enconen y sean de difícil curación.

La temperatura ocasiona también muchas enfermedades entre los mineros, especialmente en julio y agosto, es decir, á principios de invierno. El calor, excesivo durante el día, desciende bruscamente por la noche, marcando el termómetro cinco y seis grados bajo cero. Mal protegidos contra el frío por sus frágiles viviendas, los mineros se ven atacados de pleuresía y de bronquitis que degeneran en tisis por falta de cuidados. Por esto aquellas tierras casi no tenían valor alguno antes del descubrimiento de las minas diamantíferas, no siendo aventurado asegurar que aquel país volverá á quedar desierto el día en que aquellos filones se agoten.

F. MURY

EL VAPOR «FRANCISCO PIZARRO»

El 9 de agosto último hizo su viaje de prueba, en el Támesis, el pequeño vapor *Francisco Pizarro*, mandado construir por el gobierno peruano para destinarlo á la navegación de los



EL VAPOR «FRANCISCO PIZARRO,» CONSTRUÍDO POR LA CASA INGLESA J. J. THORNYCROFT POR ENCARGO DEL GOBIERNO PERUANO Y DESTINADO Á LA NAVEGACIÓN DE LOS AFLUENTES DEL AMAZONAS (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en el Perú D. J. Boix Ferrer)

afluentes del Amazonas, con el objeto principal de establecer comunicación rápida entre Iquitos y el punto navegable del Pichis que más se acerque al valle de Chanchamayo.

La construcción fué encomendada á la casa de J. J. Thornycroft, que tiene sus astilleros en Chiswick, lugar situado á inmediaciones de Londres, sobre el Támesis. El *Francisco Pizarro* mide sólo 52 pies 6 pulgadas inglesas de eslora, por 7 pies 9 pulgadas de manga, y su calado no excede de un pie 6 pulgadas, lo que facilita su acceso á los lugares de poco fondo. Es todo de acero galvanizado; su máquina es vertical, con cilindros de 6 pulgadas y media de diámetro y 8 pulgadas de juego, y entre otras comodidades, tiene una instalación de luz eléctrica correspondiente á 600 bujías.

En la prueba alcanzó á andar 16 millas y media á la hora, y está garantizado para hacer constantemente 16.

Asistieron á la fiesta el secretario de la legación del Perú en Londres Sr. Melendes, el adjunto de esa legación señor Larrañaga, el cónsul del Perú en Southampton Sr. Guillaume, el editor del *South American Journal* Sr. Samson, el señor Murray, experto nombrado por la legación, y varios peruanos residentes en Londres.

El Sr. Melendes manifestó en su discurso, como representante del gobierno peruano, la satisfacción que causaba el acontecimiento que motivaba la fiesta, pues era una prueba del progreso del Perú, y dió las gracias por su obra á la casa constructora.

En seguida el Sr. Guillaume explicó la gran importancia del Amazonas peruano, cuyos valiosos productos enumeró detalladamente; hizo grandes elogios del doctor Capelo, por la activa participación que había tenido en los trabajos realizados en esa región, y dijo que el *Francisco Pizarro* podría recorrer en cinco días las 1.095 millas que separan Iquitos de Puerto Bermúdez, en el río Pichis, de donde sólo había hasta la Oroya 165 millas, que se harían en cuatro días; y como de la Oroya á Lima se va en un día por ferrocarril, resultaba que era realizable el viaje total hasta esta ciudad, desde Iquitos, en diez días.

Pronto, pues, surcará los afluentes del Amazonas el nuevo vaporcito *Francisco Pizarro*, que debemos esperar sea el iniciador de un sistema de comunicación regular y rápida entre las ricas regiones orientales y la capital del Perú.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 22 de enero de 1900 — Núm. 943

REGALO Á LOS SEÑORES SUPSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CANTOS ALEGRES, cuadro de V. Volpe

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Paseo por las obras. – En los Campos Elíseos. – La puerta monumental. – Los palacios de Bellas Artes. – El puente de Alejandro III. – La calle de París. – El pabellón de la ciudad. – El palacio de los Congresos. – El palacio de Horticultura – El teatro de los «Bonshommes Guillaume.» – El Aquarium. – Teatro de la «Roulotte» – La Exposición colonial. – En el Campo de Marte. – Palacios de Montes, Caza, Pesca y Navegación. – El de los ejércitos de mar y tierra. – Otros palacios. – Calle de las Naciones.

En el acto de entregar oficialmente á los comisarios extranjeros, tres meses antes del plazo previsto, los terrenos destinados á sus naciones respectivas en la sección de Ingeniería civil, M. Alfredo Picard les aseguró que la Exposición se llevaría á cabo sin desfallecimiento alguno y que estaría lista para la fecha de la inauguración.

Para convencerse de que, sobre esto, el eminente Comisario general no se hacía ilusiones, basta dar una vuelta por las obras emprendidas.

Imposible escoger mejor puerta para penetrar en las obras, que la destinada á ser el triunfo del arquitecto Binet, la puerta monumental, cuyo andamiaje alza las armazones de hierro á 46 metros de altura en la plaza de la Concordia.

Es una obra original y atrevida, que constituirá por sí sola uno de los atractivos del centenario. El arquitecto ha conseguido variados efectos de ornamentación con *staf*, cerámica y cristal, y ha dispuesto las taquillas de una manera tan ingeniosa, que en una hora se podrá dar entrada por esta puerta á sesenta mil personas.

No pretendemos dar una idea completa de lo que serán los edificios que hoy nos proponemos visitar. Debemos limitarnos á indicar á grandes rasgos el estado actual de las obras en ejecución.

Las de la puerta monumental, empezadas hace apenas seis meses, están sumamente adelantadas. Para la época de la apertura oficial de la Exposición, la puerta se alzará majestuosa en el centro del Cours-la-Reine.

Cerca de ella toca á su término la construcción de los dos palacios de Bellas Artes, tan discutidos en un principio; los cuales, al mismo tiempo que aseguran, con el puente de Alejandro III, la gloria de la Exposición, quedarán como una de las manifestaciones más completas del arte arquitectónico francés á fines del siglo XIX.

Más tarde, cuando se contemplen estos edificios, tan imponentes por sus dimensiones como notables por la armonía del conjunto y la perfección de los detalles, parecerá mentira que hayan podido construirse en tan corto plazo, único en la historia de la arquitectura.

Merced al celo de los contratistas y á los excelentes medios de ejecución que se emplean, toda la parte de albañilería está ya terminada y á punto de terminar las armazones metálicas. Las cúpulas se ven ya cubiertas, como también la mayor parte de las techumbres de cristal. En el interior, la obra de yeso está concluída en casi todas las galerías y salas; puestos los marcos de las puertas y los cristales de las ventanas. En el ala posterior del Gran Palacio, cuya fachada mira á la avenida d' Antin, todo queda terminado interior y exteriormente.

Se hallan muy adelantados en ambos palacios los trabajos de ornamentación exterior. Por encima de la verde empalizada que rodea las obras, el público admira, por la parte del Cours-la-Reine, el bello friso de mosaico, ejecutado bajo los modelos de M. Fournier, y que dominará la fachada principal del Gran Palacio. Por la parte de la avenida d' Antin se ve ya el friso de asperón cerámico procedente de la manufactura de Sevres, que coronará la fachada posterior.

Los grupos de escultura están también muy adelantados. Escultores y tallistas van cincelando en el mármol y en la piedra los modelos de Barrias, Falguière, Ferrari, Gasq, Injalbert, Saint-Marceau, Peynot, Lemaire, Carlés, Sicard, Verlet y otros maestros de la escultura francesa.

Casi se puede asegurar, en suma, que el Grande y el Pequeño palacio de Bellas Artes quedarán enteramente concluídos y adornados en todo este mes. Quedarán, pues, cerca de tres meses – plazo más que suficiente – para la instalación de las exposiciones á que están destinados.

El puente metálico de Alejandro III podrá considerarse en breve como terminado también. Ya se han hecho ensayos de pintura, antes de darle el color definitivo. De conformidad con el parecer de los ingenieros, se ha resuelto aplicarle una combinación de matices cuyo efecto promete ser excelente. El fondo será de un gris azulado muy claro y los adornos de relieve dorados.

Del puente de Alejandro III, pocos pasos nos separan de la calle de París, instalada en la parte del Cours la-Reine que se extiende entre el puente de los Inválidos y el del Alma.

Sabido es que la administración superior se propuso hacer de la calle de París el centro de los atractivos diversos, que excitarán la curiosidad de los visitantes de la Exposición.

Además de los teatros y conciertos instalados por empresas particulares, admiraremos en ella el Pabellón de la ciudad de París y los palacios de Horticultura y de los Congresos.

El Pabellón de París está situado á la entrada de la calle, cerca del puente de los Inválidos. La armazón es de madera y los recubrimientos de yeso y *staf*.

El palacio de los Congresos, levantado al otro extremo de la calle de París, cerca del puente del Alma, se halla ya en estado de recibir á los futuros *congresistas*. En el exterior no faltan más que las pinturas, que se dejan para última hora. En el interior se procede á la disposición definitiva de las salas.

Las armazones metálicas del palacio de Horticultura, que ocupa el centro de la calle, reciben ya sus revestimientos, compuestos casi exclusivamente de acero y cristal.

Entre los establecimientos particulares, el teatro de los «Bonshommes Guillaume» hace días que está terminado; el *Aquarium*, que será uno de los atractivos más curiosos de la Exposición, recibe diariamente ejemplares de toda clase de animales acuáticos.

El teatro de la «Roulotte,» ideado por el mismo arquitecto de la Puerta monumental, sólo espera que sus muros estén bien secos para recibir el original decorado polícromo que hará de la fachada una tentativa artística tan nueva como atrevida.

El palacio de la Risa está ya cubierto y el de la Danza surge rápidamente de sus cimientos.

La mayor parte de la margen derecha del Sena, entre el puente del Alma y los jardines del Trocadero, donde se hallan agrupados los diferentes pabellones de la Exposición colonial, esta ocupada por las curiosísimas construcciones del «Viejo París,» mágicamente evocado por el maestro adornista Robida. Exteriormente, esta reconstitución está terminada.

El único punto donde las obras parecen algo atrasadas, es el parque del Trocadero, donde los pabellones y edificios de toda clase salen apenas de sus cimientos. Trátase, sin embargo, de trabajos importantes, pues los créditos votados para la construcción de los pabellones de las colonias francesas se elevan á más de seis millones de francos. El personal de la administración nos asegura que esta parte de la Exposición quedará también concluída para la época de la apertura.

En primer término aparecen, bastante adelantadas, las construcciones de Argel y Túnez, reproduciendo los monumentos más hermosos con que se enorgullece el Africa francesa. Indo-China tendrá cuatro palacios correspondientes á Cochinchina, Cambodge, Annam y Tonkín, con terraza, pagoda y teatro anamita. Daomey, Costa de Marfil, Guinea, Senegal y Sudán tendrán igualmente sus pabellones especiales. La Martinica, Guadalupe, la Reunión y la Guayana serán agrupadas en un solo edificio. En cuanto á Madagascar, su exposición ocupará el sitio en que estuvo colocado el estanque de la plaza del Trocadero y estará unido al palacio.

Las colonias extranjeras tienen sus edificios más adelantados que las francesas. Algunas están dispuestas á abrir sus palacios á los expositores.

Los Países Bajos, cuya exposición colonial será tanto más importante cuanto que no tendrán pabellón especial en la calle de las Naciones, han desplegado un celo y una actividad extraordinarios en la elaboración de los planos de sus palacios y en la ejecución de las obras. En el pabellón central habrá un gran salón destinado á las recepciones oficiales y varias salas y gabinetes de lectura reservadas á los holandeses de la metrópoli y de las colonias, que así podrán reunirse cómodamente en medio de la bulliciosa muchedumbre de visitantes de la Exposición.

El pabellón de la Rusia Asiática, levanta su imponente armazón al pie del ala izquierda del palacio del Trocadero.

Más de ciento cincuenta operarios trabajan en la construcción del pabellón de las Indias inglesas y en el pabellón de las Colonias británicas, que se levantan ambos á la orilla del río, en el quai de Billy, y cubren una superficie de 2.000 metros cuadrados.

En fin, los pabellones de China y del Transvaal, igualmente situados en el Trocadero, se hallan completamente terminados y dispuestos á recibir las instalaciones interiores.

En la margen izquierda del río, puente de Sena abajo, se eleva el palacio de Montes, Caza y Pesca y el de la Navegación.

No lejos de allí se alza el palacio de los Ejércitos de mar y tierra, cuyos trabajos, á causa de sucesivas variaciones en los planos, no se han emprendido hasta el mes de diciembre. Pero la actividad con que se llevan á efecto ha hecho recuperar el tiempo perdido.

En el Campo de Marte, todos los palacios, exceptuando el de la Electricidad y el del Chateau d' Eau, pueden considerarse como concluídos. El de Ingeniería civil y Medios de transporte fué entregado, hace ya tres meses, á los representantes de las naciones extranjeras, que tomaron posesión de los *emplazamientos* que han de ocupar sus secciones respectivas.

El de Hilados y Tejidos, situado enfrente del anterior, ha empezado á recibir instalaciones.

Las obras de Chateau d' Eau están algo atrasadas por haber querido elevar el agua á 80 metros para hacerla caer en deslumbradores é imponentes cascadas.

Cuando el estado mayor del regimiento de zapadores-bomberos de París se enteró del proyecto de M. Paulus, vió de pronto en él un inesperado recurso para los servicios contra incendios en la Exposición, y se rogó á M. Picard que retrasase la ejecución de las obras á fin de sacar partido de ellas en el expresado sentido. Pero el arquitecto nos ha asegurado que el Chateau d' Eau estará dispuesto á poner en movimiento sus maravillosas cascadas al mismo tiempo que el palacio de la Electricidad se dispondrá á inundar de luz el Campo de Marte desde la primera noche que esté abierta al público la Exposición.

El ribazo izquierdo del Sena, entre el puente del Alma y el de los Inválidos, presenta el espectáculo más llamativo de las obras en ejecución. Los pabellones de las naciones extranjeras perfilan allí sus siluetas de múltiples estilos, y están ya tan adelantados, que quedan pocas fachadas por terminar.

No describiremos uno por uno los pabellones escalonados en la calle de las Naciones, desde el palacio de Méjico hasta el de Italia. Cada uno de ellos exigiría mayor espacio del que podemos disponer en estas columnas para una indicación del conjunto. En estudios sucesivos acerca de las naciones extranjeras, daremos una idea más detallada de sus respectivos pabellones.

Sin embargo, empezaremos por señalar aquellos cuya arquitectura original llama más poderosamente la atención del público.

El de Hungría, compuesto de fragmentos arquitectónicos de diferentes épocas y de monumentos distintos, con sus torres, contrafuertes y capillas, forma un conjunto armonioso y bello.

El de Bélgica es la reconstitución de la Casa Consistorial de Audenarde, maravilloso ejemplar del arte gótico flamenco.

El de la Gran Bretaña representa una casa de la época de Enrique VIII, de mucho carácter.

El alemán es una muestra interesantísima de las construcciones del Renacimiento en Germania.

España ofrece también una reconstitución muy interesante de un palacio del Renacimiento.

El pabellón sueco es todo de madera, inclusa la techumbre.

El de Italia, de imponentes proporciones, es un hermoso ejemplar de la escuela florentina, con una gran cúpula central y pequeñas cúpulas en los ángulos.

La calle de las Naciones reune, pues, las más curiosas variedades de los estilos arquitectónicos propios de cada país, y promete ser una de las partes más pintorescas y animadas de la Exposición

JUAN B. ENSEÑAT

LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA

Si á un arquitecto que tuviera ideas grandiosas y ambición para realizarlas le dijera un hechicero



MME. PHEBE A. HEARST, que consagra su inmensa fortuna á la construcción de la Universidad de California

que tenía derecho á formular dos deseos, de seguro que contestaría: «Pido una gran extensión de terreno en un lugar hermoso y millones á granel.» Pero al expresarse así pensaría que esto no pasaba de la categoría de un sueño; sin embargo, este sueño acaba de realizarse para un arquitecto francés, M. Emilio Benard, que obtuvo en 1867 el gran premio de Roma y que ha encontrado el hechicero, ó mejor dicho, la hada que le permite ver colmados aquellos dos deseos.

La hada es la Sra. Phebe Appersin, viuda desde 1891 del senador californiano Jorge R. Hearst y dueña de una inmensa fortuna.

La California, país mucho más nuevo que los Estados del Este, aspira á reconquistar el tiempo perdido. Conocidas son las grandes universidades del Este, Princeton y Harvard; pues bien, San Francisco aspira á tener algo más que el colegio de Harvard, gloria de Boston, y la Sra. Phebe Hearst ha creído que ningún empleo mejor podía dar á sus millones que satisfacer el grandioso capricho de sus compatriotas.

Y en efecto, en 1898 abrióse un concurso preparatorio, ajustado á un programa redactado por M. Guadet, profesor de la Escuela de Bellas Artes de París, según el cual se exigía un proyecto de conjunto apropiado á un inmenso terreno situado en Berkeley, cerca de San Francisco, que contuviera quince institutos de diversa importancia, viviendas para 5.000 estudiantes, gimnasios, museos, etc.

De los 90 proyectos presentados, el jurado internacional reunido en Amberes en octubre de 1898 aprobó once; y abierto un nuevo concurso entre los autores de éstos, el jurado reunido en San Francisco en septiembre de 1899 concedió por unanimidad el primer premio de 50.000 francos al de Emilio Benard.



PLANO DEL PROYECTO DE M. BENARD



M. EMILIO BENARD, arquitecto francés, autor del proyecto aprobado para la Universidad de California

La vista en perspectiva y el plano que de dicho proyecto publicamos permiten formarse perfecta idea de la concepción de M. Benard y al propio tiempo de las proporciones colosales, asombrosas, de la ciudad universitaria que se va á construir.

El autor del proyecto premiado ha partido ya para San Francisco, en donde dentro de poco se colocará la primera piedra de esa inmensa construcción. Desde luego M. Benard y sus ayudantes pueden disponer de 50 millones de francos, más de la mitad de los cuales han sido facilitados por la Sra. Phebe Hearst. Esta suma será suficiente para construir uno de los grupos que constituyen el proyecto total de Universidad, cuyo coste excederá de 200 millones, que se irán aprontando á medida que se necesiten, pues la ilustre donante no ha puesto á su generosidad más límite que el de su fortuna. – M. N.



LA FUTURA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA. – VISTA EN PERSPECTIVA DEL PROYECTO DE M. BENARD



PATIOS Y AZOTEAS. – Una azotea

CRÓNICAS ANDALUZAS

PATIOS Y AZOTEAS

Las casas andaluzas conservan todavía fielmente las tradiciones constructivas de romanos y de musulmanes.

Sus patios solados de blancos mármoles, con sus galerías sostenidas por arcos de medio punto que voltean en elegantes columnas, su fuente en el centro y sus departamentos ó salas laterales, nos recuerdan sin esfuerzo alguno la traza de las mansiones romanas, bastardeadas luego por las influencias sarracenas.

Los patios van siempre precedidos del zaguán, que no es otra cosa más que el antiguo *prothyrum*, y á su extremidad preciosos canceles de hierro dan paso al *atrium*, con sus galerías ó corredores techados que dejan en su centro el espacio descubierto, á que dijeron *cavædium* los latinos, con su fuente ó pequeño estanque *(implurium)*, y para que la semejanza sea aún mayor, es muy frecuente ver los muros de dichas galerías adornados de altos zócalos de mármol.

Cierto que el estudio hecho hasta hoy de las casas romanas nos enseña que emplearon para las galerías el sistema arquitrabado; y tal forma hállase alterada en las nuestras por arcos generalmente de medio punto ó muy peraltados; pero no obstante tales diferencias, la impresión que producen los patios andaluces, para los que por vez primera los aprecian, es un tanto extraña, al ver reunidos los recuerdos clásicos con los musulmanes

En las poblaciones de la costa del mar, las cancelas vense sustituídas por portones, y una lumbrera ó claraboya en la parte alta, detrás de la cual pende el farol que alumbra el zaguán; pero en Sevilla dichos portones han desaparecido por completo, y en su lugar hay cancelas de hierro fundido ó forjado con las labores más caprichosas y artísticas, que semejan verdaderas puertas de labor de encaje ó de filigrana.

A través de sus calados adornos abárcase el conjunto del patio, que con el mayor esmero engalanan los moradores de la casa, colocando en su centro grandes grupos de macetas con odoríferas plantas sobre elegantes pedestales. Espejos y consolas, cuadros y estatuas, grandes jardineras en forma rectangular ó piramidal, con sus fuentes de azulejos, rodean las galerías, y el cómodo y antiartístico mobiliario moderno vese distribuído por ellas, completando la decoración del patio, en el cual pasan las familias el día y la noche hasta horas avanzadas, huyendo del calor sofocante de las habitaciones.

Durante el día, para mitigar los rigores del sol, cúbrese el *ojo del patio* con blancos toldos de lienzo, adornados de festones ú orlas de franela roja y azul, que producen vistoso efecto, y por las noches, *descorrida la vela*, como por aquí se dice, encendidas las luces que profusamente se hallan repartidas por los corredores, perfumado el ambiente por los jazmines, por las rosas y por los azahares, y entre las grandes latanias borbónicas, los chamerots y los bambúes que crecen en vidriados vasos de Triana ó en robustas tinajas de polícromos esmaltes, vense bullir de acá para allá á las muchachas, que dan los últimos toques de arreglo al mobiliario, disponiéndolo todo para la hora de recibir á sus tertuliantes.

Pocas son las casas, ya de la clase alta, como de la media, en que no se celebran reuniones durante los meses de verano; lo mismo en las capitales que en los pueblos, y excepción hecha del más ó menos lujoso adorno de los patios, según los medios de fortuna de los dueños, puede decirse que en todas derróchase la alegría, y por doquiera reina la más franca y cordial animación, aumentada por los armoniosos acordes del piano, que no cesa de tocar rigodones y valses.



PATIOS Y AZOTEAS. – Patio de casa de vecinos

En las casas pobres ó de escasos medios se bailan seguidillas y peteneras acompañadas de la guitarra, y se cantan soleares, tangos y malagueñas con todo el repertorio flamenco.

He tratado de describir un patio sevillano, sujetando la pluma á la realidad, sin fantasías ni alucinaciones poéticas, y tomando por tipo una casa de familia acomodada; pero no debo dejar de decir algunas palabras acerca de los monumentales patios que todavía se conservan en Sevilla, análogos á los existentes en Córdoba y en Granada, construídos durante el siglo XVI, los cuales cautivan justamente la atención de viajeros y artistas.

Los patios de las casas palacios de Medinaceli, de Alba, de los Pinelos, en Sevilla, han sido estudiados por los arqueólogos é historiadores, reproducidos por los artistas y ensalzados por los poetas, y ciertamente que lo merecen por más de un concepto.

El primero sorprende por sus hermosas y grandes proporciones, por la riqueza de su ornamentación mudéjar, ya en delicadísimas yeserías, ya en brillantes azulejos de nacarinas irisaciones, ya por último en sus taraceadas puertas que enriquecen el oro y los colores. Los duques de Alcalá hicieron de esta casa su mansión predilecta, y durante el siglo XVI amontonaron en ella riquezas innumerables que han desaparecido, pero de las cuales restan fidedignas memorias. Marmóreas esculturas de la antigüedad helénica y latina poblaban sus moriscos jardines, riquísima biblioteca custodiábase en sus salones, y los monumentos epigráficos y las colecciones de numismática y de glíptica enriquecían sus diversos gabinetes, acreditando la singular ilustración y el amor á las ciencias de los egregios Perafanes de Rivera.

De tantas grandezas quedan todavía restos en el patio de la casa de Pilato. En los muros de las galerías, en sendas hornacinas, se conserva una rica colección de bustos marmóreos de emperadores y de personajes romanos, y en los ángulos resaltan cuatro gigantescas estatuas que envió desde Italia D. Fernando Enríquez de Rivera.

¡Qué cuadro tan sorprendente y artístico el que ofrecería este patio cuando á él acudían Pacheco y Arguijo y Herrera y Juan de la Cueva con todos los dioses mayores que poblaban entonces el parnaso sevillano y que en amigable consorcio se juntaban con los más afamados artistas que florecían á la sazón en la ciudad!..

Si en el patio de la casa de Pilato domina en su esplendente decoración el delicado estilo granadino, en el del palacio de Alba sobresale el plateresco,



DÍA DE FIESTA EN EL CAMPO, cuadro de Arturo Kampf

pero adaptándolo á las filigranas moriscas, combinación originalísima, que aun cuando en menores proporciones, llega, por decirlo así, á su mayor auge en la casa de los Pinelos.

Aparte de estos patios, hay otros muchos de vastas proporciones, pero sobrios en sus ornatos, en las antiguas casas solariegas sevillanas.

Las trazas son análogas en todos, galerías bajas con sus arcos y columnas, techumbres mudéjares, frisos de yesería morisca ó del Renacimiento, zócalos de azulejos, fuentes de mármol ó con alicatados de cerámica vidriada y polícroma, sobre cuyos fondos de amarillo naranja lucen las creaciones fantásticas del estilo plateresco. Las galerías altas ofrecen la misma disposición que las bajas, si bien suelen ser de menores proporciones.



GUERRA ANGLO-BOER. – LOS HABITANTES DE PIETERMARITZBURGO ESPERANDO LA LLEGADA DE NOTICIAS DE LA GUERRA DELANTE DE LAS OFICINAS DEL PERIÓDICO «THIMES OF NATAL» (de fotografía de A. W. Fordsham, de Croydon)

Pero dejemos ya aparte los patios y subamos á las azoteas.

Para formar juicio de su aspecto original y risueño, hay que abarcarlas en conjunto, desde algún paraje muy elevado que domine la ciudad, y ninguno más á apropósito que el de la gigantesca Giralda.

Piérdese la vista en aquel confuso laberinto de quebradas líneas que componen las azoteas sevillanas y los rojizos ó negruzcos tejados moriscos de las casas.

Como todavía domina la variedad más inverosímil en la altura de las casas, dicho se está que ésta aparece muy visible en sus contornos superiores, los cuales se recortan acentuadamente en el fondo azul del cielo, formándose el contraste más pintoresco por los fuertes batientes de sombras que se producen según la elevación de los antepechos ó pretiles, y el de los tejadillos, que rompiendo las líneas blanquísimas de las azoteas, ya casi se ocultan ó ya sobresalen arrogantes, cubiertos de aterciopelado musgo rojizo ó de finísimo verdín. Los juegos de claro-obscuro, de fuertes sombras y de luz deslumbrante fatigan la vista, é inútilmente nos empeñamos en querer seguir una línea, la cual parece burlarse de nuestro empeño, subiendo, bajando, ocultándose, doblándose en ángulos para aparecer después con sus festones de rosas y de claveles, que brotan de los mil tiestos ó macetas colocados á lo largo de los pretiles.

Contemplada así la ciudad, parece que la circunda una corona de flores.

Las pasionarias y las campanillas azules y purpúreas, favoritas del inmortal poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, enrédanse entre los hierros de los ventanillos ú orlan los marcos de las puertas de las azoteas, trepando por los blancos muros hasta trasponerse por encima de las tapias.

Cuando la primavera ostenta sus espléndidas galas y brotan por todas partes los jaramagos de color de oro, las amapolas carmesíes, las finas matas de la avena silvestre, entonces los tejados así cubiertos semejan un vasto campo alfombrado de flores, y la ciudad toda parece que de este modo se prepara á recibir dignamente á sus numerosos huéspedes.

Suelen servir las azoteas de puntos de cita á los enamorados, á los cuales ni el calor de agosto sofoca ni el frío de enero molesta.

Para tales seres privilegiados tanto importa acudir á su *peladero de pava* de día como de noche, si bien estas horas de sombras y de misterioso silencio tienen mayores atractrivos para las imaginaciones románticas, así como tampoco consideran ellos los riesgos á que se exponen cuando en muchas ocasiones se ven obligados á recorrer considerables distancias trepando por tejados y atravesando azoteas desde calles apartadas.

A veces también, en las sofocantes noches de verano, reúnense las familias y amigos de éstas, estableciendo alegres tertulias en las que se charla, se canta y se baila, terminando la fiesta con un gran *gazpacho,* en cuya difícil confección toman parte las gentes jóvenes, sirviendo á *ellas* de pinches y de ayudantes los galanteadores pollos, con lo cual crece la animación y aumenta la broma, prolongándose la fiesta hasta que luce el nuevo día.

El conjunto de las poblaciones andaluzas, apreciado desde convenientes alturas, es el mismo que el de las africanas situadas en la costa del mar; y yo no olvidaré el efecto que me produjo la vez primera que apareció á mis ojos el bello panorama de la ciudad de Tánger, con sus casas blancas como el armiño, con sus espaciosas azoteas, sobre las cuales descollaban las elegantes copas de las palmeras y las obscuras y brillantes de los naranjos, los cipreses y los cactus, con sus flores amarillas y rojas, y descollando por encima de las casas y de los árboles los esbeltos alminares de las mezquitas.

También en Sevilla sirven de fondo á muchas azoteas los árboles de los huertos y de los jardines; también las gigantescas palmeras y los cipreses interrumpen las líneas generales de construcción, y también, por último, descuellan entre los caprichosos y quebrados contornos de los tejados y azoteas los alminares de las que fueron mezquitas hace seis siglos.

J. GESTOSO Y PÉREZ

Ilustraciones de Salvador Azpiazu.

RENUEVO ARTISTICO

¿Que si hay cómicos nuevos?

Vaya si los hay.

Como escritores y pintores y artistas en puntas ó «toreadores.»

Las personas que nos suponen en visible decadencia, se equivocan.

Podrá ocurrir que andemos mal de industria, de comercio, de moralidad, de dinero y de ropa.

Pero de artistas para el consumo de los teatros, como de escritores que hagan «gemir las prensas» y al público también, nunca nos veremos libres..., digo, faltos.

Hay renuevo constante: por generación espontánea vienen á la vida ó á la vía pública, anualmente, sinnúmero de tiples, de quienes nadie sospechaba que lo fuesen; de tenores que parecían anteriormente hombres de bien ó muchachos bien educados, pero no de voz; de bajos y barítonos sin antecedentes penales, hasta la ruptura del «hielo musical;» de características frescas de la Coruña ó de Arcachón, como las ostras.

Artistas procedentes de saldos; algunos, de conservatorio; otros, de *menagerie* desconocida.

En pocos meses consiguen hablar, no precisamente como personas, sino como personajes de teatro casero, y cantar como mirlos acatarrados.

La abundancia de teatros «dosimétricos» facilita la carrera ó el oficio artístico.

Cualquier muchacho de reconocida incapacidad para estudios serios puede optar entre las profesiones de literato lego y artista dramático ó bien cómico-lírico.

Cualquier muchacha puede resultar tiple ...soluta – como decía la mamá cómica de una de ellas, de las más aplaudidas.

Salen artistas á escena inverosímiles por su figura, por su incapacidad y por su voz.

Pero las cosechas son abundantísimas: cada año brotan algunas y algunos actores «de verso» y líricos.

Dentro de poco tiempo será indispensable para asistir á los teatros, no solamente los gemelos, el libreto de la obra y una guía oficial de actores dramáticos, melo-cómicos y cómico-líricos y «malavares.»

Se pierde el espectador de buena voluntad, no en la obscuridad, sino en las novedades de los tiempos.

Alguno de ellos, en cuanto ve una cara de cómico desconocida, tiembla sospechando que va á pasar algo desagradable.

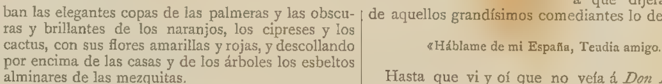
Y sí pasa, á las veces; que silban la obra si es estreno y aun cuando no lo sea.

O mejor dicho, no pasa ni la obra que estrenan.

Hay caras de artista incompatibles con el aplauso, y voces que piden «la tormenta.»

En un teatro de segunda clase de una capital de provincia, he visto un acto de *La vida es sueño,* creyendo que era *El puñal del godo.*

Estuve aguardando á que dijera alguno de aquellos grandísimos comediantes lo de



«Háblame de mi España, Teudia amigo.»

Hasta que vi y oí que no veía á *Don Rodrigo*... Calderón, ni oía lo de «mi España.»

En otra ocasión y en otro teatro de ópera italiana á *bon marchand* – que dice un literato á quien conozco, aunque me esté mal el decirlo – tomé á *El Trovador* por *Lohengrin.*

¡Cómo declamarían unos y cómo cantarían otros y cómo vestirían todos!

Porque la mayoría de lo novísimo, es malo hasta el abuso.

Observen ustedes y verán que hay hombres en general, y artistas – ¡At...chis! – de teatro, anónimos por naturaleza, desde su nacimiento hasta la tumba.

Cuando trabajan en alguna obra la avinagran.

Por eso hay dramas y zarzuelas que repiten como los pimientos riojanos.

Por eso y porque son malos, unas veces, y otras por los intérpretes «desconocidos.»

En los teatros, así del género grande como del género chico, y particularmente en estos últimos, se ve, de cuando en cuando, caras y figuras hasta en las señoritas y señoritos del coro que el público no puede aprendérselas de memoria.

Caras y voces dificultosas, cuyos propietarios están llamados á no salir jamás del incógnito riguroso.

Unos cuantos años atrás, iban las gentes tranquilas á los teatros, confiando en el crédito de las artistas, á quienes conocía de memoria.

¿En tal teatro?, tal compañía.

Conocía á todos los artistas y aun el reparto de las obras.

Esto infundía cierta confianza y contribuía al buen éxito de las obras.

Ahora también forman en las compañías algunos actores á quienes, con justicia en unos casos y sin justicia en otros, estima el público; pero son pocos.

– ¡Es tan triste que no sepa una lo que ve ni lo que oye! (Así se me lamentaba una señora muy entusiasta por el teatro). Sacando á una docena de artistas no se conoce á uno siquiera. Me aburre tener que pasar la noche preguntando: «¿Quién es esa? – Una muchacha rondeña que cantaba en un café en

GUERRA ANGLO-BOER. – En Mooi River: una batería inglesa dispuesta para salir á operaciones (de un croquis de H. Lea)



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldados ingleses en un parapeto del campo de Nauwpoort (dibujo de Forestier)



PREPARATIVOS DE FIESTA EN EL SIGLO XV, cuadro de Luis Carrier Belleuse



TARDE DE INVIERNO, cuadro de L. Apol

Málaga. – ¿Y ese? – Un chico que han sacado del Hospicio para aprovechar la voz. – ¿Y esa otra? – Una tiple que canta en el agua: es un fenómeno en el arte: tiple-buzo.» Créame usted que no tiene una interés ni por la obra ni por los artistas.

– En el toreo ocurre lo mismo – me decía un abonado desde antes de Pepe Hillo. – No es posible distinguir á los diestros: todos son iguales; parecen ejemplares del mismo torero, y la mayoría malos; algunos hay peores. No sabe uno si el que ha puesto banderillas, ó lo ha intentado, por lo menos, es el *Perdiguero* ó un ex gobernador de provincia; ni si el puyazo que desjarretó al toro fué hazaña del *Pendejo* ó de otro caballero.

Pero que es un consuelo saber que no falta gente novísima.

La estorba ya la gente nueva y pide la destrucción de los obstáculos *tradicionales*.

Podrá morir el arte, pero artistas hay para dar... y tirar.

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS

Cantos alegres, cuadro de V. Volpe.— Por más esfuerzos que hace el pobre viejo para alegrar y distraer con sus cantos á la chiquilla, no logra desvanecer la melancolía que en el rostro de ésta se refleja; y tal vez las mismas coplas picarescas y amorosas que con la más sana intención entona, contribuyen á anondar la pena de la pobre niña, herida, quizás, en sus más puros afectos por el mal pago dado por un ingrato á su cariño. Acaso mientras el cantador entona quejas contra la inconstancia de la mujer ó aconseja en verso y en solfa el olvido, por aquello de que «la mancha de la mora con otra verde se quita,» está pensando la muchacha en que quien supo robarle su amor prodiga en aquellos momentos á una rival los tesoros de ternura que ella para sí ambicionaba, y se complace en hacer sangrar su herida á fuerza de pensar en el que dejó en su mente y en su corazón huella indeleble.

Día de fiesta en el campo, cuadro de Arturo Kampf.— En más de una ocasión hemos hablado de los encantos que las costumbres ruralistas ofrecen al poeta y al artista y aun á aquellos que sin cultivar el arte ni la poesía están fatigados de la existencia artificiosa de las grandes ciudades. La civilización va invadiendo poco á poco los más apartados lugares y destruyendo paulatinamente aquellas costumbres hermosas por su misma sencillez; y aun cuando todos debemos bendecir esos avances del progreso, que tantos bienes reportan á los pueblos, natural es que el que sabe sentir la naturaleza se duela de que tales conquistas destruyan uno de los aspectos más pintorescos de la existencia humana, la vida campestre. Quedan, sin embargo, todavía algunos rincones adonde tal invasión no ha llegado, comarcas que conservan sus usos en toda su pureza, y allí acuden los artistas que, como Arturo Kampf, no buscan para sus obras asuntos de tesis, problemas trascendentales, sino que se proponen simplemente producir la emoción estética, trasladando al lienzo una página llena de poesía y de sentimiento.

Guerra anglo-boer.— ¡Cualquiera sabe lo que pasa en el Africa del Sur! Que Ladysmith puede resistir mucho tiempo; que la rendición de Ladysmith es inminente; que en Kimberley y Mafeking sucede otro tanto; que las fuerzas de Buller han pasado el Tugela; que no es cierto el paso de este río por los ingleses. Todo esto y muchas otras cosas más, igualmente contradictorias, leemos todos los días en los periódicos *mejor* informados; y en medio de todas estas noticias, ¡vaya usted á averiguar qué es lo que en el Africa austral realmente sucede! Sólo una cosa puede deducirse, y es la siguiente: el cable está en poder de los ingleses y éstos ejercen severa censura sobre cuanto se quiere hacer circular por el cable; y el cable, á pesar de ello, no comunica hechos favorables á Inglaterra, *ergo*... Pero dejemos estas consideraciones y expongamos sucintamente los acontecimientos últimamente ocurridos y que parecen probados. El día 6, el teniente coronel Watson con cuatro compañías atacó por orden del general French una pequeña colina de Colesberg (Cabo); pero fué rechazado por los boers, muriendo él con 10 oficiales y perdiendo además los ingleses 28 muertos, 21 heridos y 113 prisioneros. No menos desastrosa para éstos fué la acción trabada el mismo día en las inmediaciones de Ladysmith, en la que tuvieron 14 oficiales y 135 soldados muertos y 27 oficiales y 244 soldados heridos: entre los oficiales muertos figura el conde Ava, hijo mayor de lord Dufferin. Inglaterra confía mucho en la operación que está preparando el general Buller en el Tugela; pero los boers no se duermen y han reforzado considerablemente las posiciones que allí ocupan, teniendo en la actualidad establecidos ocho campamentos. El general Methuen sigue manteniéndose á la defensiva en sus posiciones de Modder River: á propósito de este general, creemos interesante consignar que se reciben en Inglaterra, y los diarios las publican, infinidad de cartas de oficiales y soldados culpando á su impericia de los desastres por su división sufridos. Estas censuras, dicho sea de paso, se hacen extensivas á todos ó casi todos los generales con mando en el teatro de la guerra.





BARCELONA. – Llegada de repatriados de Filipinas á bordo del «León XIII» el día 16 de los corrientes

Grupos de repatriados en la cubierta del transatlántico. De fotografías de Felix Laureano. (Véase la descripción en la página 70)

Preparativos de fiesta en el siglo XV, cuadro de Luis Carrier-Belleuse.—Este cuadro del distinguido pintor francés Carrier Belleuse es un portento de ejecución: las mayores delicadezas de dibujo y de colorido aparecen en él derramadas con mano pródiga, no sólo en cada una de las figuras, sino que también en la multitud de objetos que llenan el lienzo y que el autor ha sabido agrupar dando á todos ellos su respectivo valor de conjunto y de detalle y demostrando conocer perfectamente la época á que la pintura se refiere. Figuró esta obra en el último Salón de París y fué unánimemente celebrada.

Tarde de invierno, cuadro de L. Apol. – Cuando la tierra se cubre de nieve y los árboles despojados de su verde follaje se destacan sobre un cielo agrisado, presenta la naturaleza, sobre todo en los países septentrionales, un aspecto triste que llena el alma de melancolía. Que el invierno, como todas las estaciones, tiene sus bellezas, es innegable; pero estas bellezas producen una impresión de abatimiento que contrasta con la que en nosotros causan los encantos de la primavera y del estío, en que por nuestras venas circula la sangre con el mismo vigor con que la savia cubre los árboles de hojas y de flores los campos. Esa impresión ha sabido exteriorizarla de un modo admirable el autor del cuadro que nos ocupa, haciendo sentir la poesía de ese paisaje invernal con toda la intensidad con que él hubo de sentirla.

Episodio de la batalla de Tucumán, cuadro de Pedro Blanqué.—En su *Historia de Belgrano*, dice D. Bartolomé Mitre que «en los campos de Tucumán se salvó no sólo la revolución argentina, sino que se aceleró, si es que no se salvó en ellos, la independencia de la América del Sur.» Con estas palabras queda demostrada la importancia excepcional de aquella batalla, reñida y ganada por Belgrano en 24 de septiembre de 1812, que constituye una de las más gloriosas páginas de la historia de la República Argentina. El notable pintor bonaerense Sr. Blanqué ha perpetuado en su bellísimo lienzo aquella acción de guerra fijándose especialmente en el episodio que el referido historiador relata en los siguientes términos: «La división de vanguardia llegó á Tucumán en momentos que una procesión cruzaba las calles de la ciudad llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del día 24 de septiembre había tenido lugar precisamente el día de su advocación, se atribuyó el resultado á su divina influencia, y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso se proponía con ello un fin político, la hizo nombrar Generala del Ejército. A caballo y llena del polvo del camino se incorporó la división de vanguardia á la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó en el campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El general se coloca entonces al pie de las andas que descienden hasta su nivel y desprendiéndose de su bastón de mando lo coloca en las manos de la imagen, y las andas vuelven á levantarse y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado produjo una impresión profunda en aquel concurso, poseído de sentimientos piadosos, y aun los espíritus fuertes se sintieron conmovidos.» La composición de Blanqué es feliz, y así el paisaje como las figuras, además del conjunto imponente que ofrecen, están tratados con verdadera conciencia en todos sus detalles. El colorido general, según escribe un crítico bonaerense, es justo, vigoroso, muy bien entonado, cálido; los ropajes están pintados con gran amplitud y las carnes no presentan la menor dureza que altere la suave gradación de tonos. Pedro Blanqué, ya muy conocido en su patria por otras obras de carácter análogo, ha conquistado con esta última nuevos lauros para el arte nacional argentino.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *La layette*, comedia vaudeville en tres actos de A. Sylvane; en el Ambigú Comique *A perpéte!*, interesante melodrama en cinco actos y siete cuadros de Decourcelle, Lepelletier y Xanrof; en L' Oeuvre *Monsieur Bonnet*, bonito drama en cuatro actos de Mauricio de Faramond; en el teatro Antoine *En paix...*, drama en cinco actos y seis cuadros de Luis Bruyere; y en la Gaité *Les saltimbanques*, ópera cómica en tres actos y cuatro cuadros de Mauricio Ordonneau, con bellísima música de Luis Ganne.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *¡Pobres hijos!*, interesante comedia en tres actos de Eusebio Blasco; en Lara *El patio*, gracioso sainete de costumbres andaluzas en un acto de los hermanos Quintero; en el Español *Entre rocas*, drama en tres actos, primera producción de don Aureliano Beruete y Moret; en Apolo *El galope de los siglos*, graciosa zarzuela en un acto de Sinesio Delgado con bonita música de Chapí; y en Romea *Los sobrinitos*, zarzuela en un acto arreglo de los Sres. Soriano y Folcato, con inspirada música del reputado pintor Salvador Viniegra.

Barcelona. – En Romea se ha estrenado con gran aplauso *Lo compte l' Arnau*, leyenda trágica en tres actos y cuatro cuadros, obra póstuma del gran dramaturgo catalán Federico Soler (Pitarra), para la cual ha pintado cuatro preciosas decoraciones el reputado escenógrafo Francisco Soler y Rovirosa. En el Liceo ha terminado la temporada de invierno, habiéndose celebrado últimamente los beneficios de la Sra. Adiny y del maestro director Sr. Marty, quienes fueron objeto de sendas ovaciones entusiastas. En Novedades funciona la excelente compañía italiana de la Sra. Mariani, artista que cuenta por triunfos el número de sus representaciones, triunfos que con ella comparten el admirable actor Sr. Palladini y el Sr. Zampieri: recientemente ha estrenado *Tristi amori*, comedia en tres actos de Giacosa, que ha logrado grandioso éxito.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Como no tenía deseo alguno de oir música, de dar una velada y de hacer brillar á Lucy Hartley, que no le era muy simpática, no creía haber contrariado á nadie. Le parecía muy natural que los demás se privasen de lo que á ella no le gustaba.

María Magdalena, acostumbrada á dejarse imponer ocupaciones que la fastidiaban, fué á levantarse para obedecer á su suegra; pero le disgustaba tanto dejar una compañía agradable para ir á asistir á una sesión de señoras filantrópicas, que dirigió una mirada de angustia á su amiga.

Lucy le preguntó con extrañeza:

–¿Cómo, Maud, no continuamos el retrato? Lo sentiría mucho, porque va saliendo muy bien. ¿No le parece á usted, señora?, añadió dirigiéndose á madame Le Clercq.

–Es muy bonito; pero podrá usted acabarlo cuando volvamos.

–¡Oh, no! No se interrumpe ni se emprende de nuevo una obra de arte como si fuera el zurcido de una media, objetó Lucy con graciosa sonrisa. Confío, pues, señora, en que tendrá usted la bondad de dejarme á Maud. Hoy está muy guapa.

–María Magdalena está inscrita hace muy poco tiempo en las listas de bienhechoras del hospicio, replicó Mad. Le Clercq con el tono insinuante con el que se procura convencer á una criatura. Ha sido presentada por Mad. Lignière; sería faltar á esa señora si se mostrara tan poca solicitud por su asociación. Es muy celosa.

–¡Oh! A su edad no hay otra cosa que hacer, dijo Darlot, que escuchaba á pesar de su serenata.

Mad. Le Clercq le dirigió una mirada colérica. Roberto, cansado ya de la insistencia de su madre y del desaliento de María Mad, dijo:

–¿Cree usted de veras que la cosa sea tan urgente? A María le gustaría disfrutar de la compañía de miss Hartley...

–Si miss Hartley quiere acompañarnos, nos complacerá en extremo.

Darlot cerró el piano. Lucy contestó con seriedad:

–¡Oh, no! Esa sesión me sería penosa. No puedo soportar el tedio. Necesito actividad corporal ó intelectual. Allí tendría que estar inmóvil horas enteras, y recelo que mi espíritu estaría tan poco ocupado como mi cuerpo.

–No, no venga usted, replicó María Magdalena al ver á su suegra disgustada por semejante franqueza. Puesto que no puede usted tocar, ni cantar, ni pintar, tome usted en mi biblioteca todos los libros que quiera.

–Gracias, *darling*. Saldré á dar un paseo, y si M. Darlot quiere acompañarme se lo agradeceré.

María Magdalena se marchó. Lucy dejó á un lado su cartón y recogió sus lápices. Roberto, sintiendo que su madre hubiera manifestado tan terminantemente su voluntad, pero leyendo la censura en la actitud de Darlot, se irguió y dijo con tono seco:

–Tiene usted razón. Es mejor que María Magdalena la acompañe.

Y salió para ir á trabajar..., aburrido, sintiendo un malestar creciente, la impresión de que algo marchaba mal en su casa.

Lo atribuía á la influencia de Renato Darlot, un desocupado, hombre raro, que imponía todas sus ideas á María Mad. No cabía duda de que todas las razones que alegaba su madre eran excelentes; pero era sensible que siempre que exigía algo, la joven tuviera que hacer el sacrificio de algún placer ó de uno de sus gustos para obrar con arreglo á la voluntad de su suegra.

Pero en conclusión, de su cuenta era doblegarse. Y lo hacía con agrado, sin protesta, aunque alguna vez con cierta mueca triste que duraba poco y que procuraba disimular.

Roberto estaba agradecido á su mujer por aquella amable facilidad de carácter, pues comprendía que á no ser por su docilidad, la vida en su casa habría podido ser desagradable.

Mad. Le Clercq era buena en realidad. Quería á María Magdalena, pero de un modo autoritario. La quería despóticamente. La anulaba, pero con buenas formas á la vez que con obstinación. Exigía que aquella joven de veinte años tuviera los gustos, las ocupaciones, las relaciones que ella misma tenía.

Roberto pensaba todo esto mientras paseaba á paso lento por su gabinete. Sí, por fortuna, María Magdalena tenía un humor muy igual.

Se asomó á la ventana para ver salir el carruaje en que iban su madre y su esposa y arrugó el entrecejo, porque, agravación penosa, Mad. Charmón ostentaba en la victoria su duelo enfático.



Empezó su bosquejo á grandes rasgos (pág. 53)

A María Magdalena no se le ocurrió alzar la vista hacia el gabinete de su marido; estaba en verdad desalentada, y él, que la conocía muy bien, advirtió que hacía un verdadero esfuerzo para conservar una expresión amable.

Lucy y Darlot, que se habían quedado en el salón, examinaron el pastel bosquejado; luego, encontrándose sus ojos, se miraron un instante, y como si se hubieran hablado así, miss Hartley dijo:

–Sí. Es una suerte que Maud tenga un carácter tan fácil y bondadoso. Yo no podría aguantar un mes.

Darlot se encogió de hombros con aire pensativo.

–Cuando uno se ha casado, no puede... cansarse tan pronto.

–Supongo que no se ha casado con su suegra, replicó vivamente Lucy. Si yo fuese la amiga de Roberto Le Clercq, le advertiría de un peligro que no sospecha. Conozco muy bien á Maud: hace diez años que somos amigas. Tiene una dulzura y una paciencia extraordinarias; cede, se doblega y se quita de en medio por temor de disgustar á las personas que abusan de ella. Además es muy fina. No se ría usted: eso ya es mucho. Pero también hay cierta cosa en su carácter que ni su marido ni su suegra conocen: una obstinación extraordinaria cuando se la pone en el disparadero. Yo la he visto romper con amigos que la habían herido en su amor propio en cierta circunstancia; y sin embargo, la querían; hicieron todo lo posible por reconciliarse con ella; pero fué inútil. Con la exquisita finura de que está dotada, rechazó toda avenencia. Recelo que aquí suceda lo mismo. Pondrá de su parte toda la complacencia posible, pero vendrá la lasitud, y entonces...

Darlot meneó la cabeza.

Los convidados de Mad. Le Clercq acababan de comer en el elegante comedor adornado de tapices claros y resplandeciente de cerámica japonesa; estos convidados eran, además de sus hijos, Mad. Charmón y miss Hartley. Habían transcurrido otros dos días acentuando el malestar moral que sentía Lucy, ese género particular de molestia que se siente cuando se ve á alguien padecer y aceptar con pasividad mil pequeñas contrariedades renovadas á cada momento. Pensaba que hubiera bastado un poco de firmeza por parte de María Magdalena para hacer comprender á Mad. Le Clercq que abusaba de su autoridad, que su cariño inquieto, reparón, atormentador, celoso, verdadero tal vez, era á todas luces insoportable.

Durante aquellos dos días, las dos jóvenes apenas habían estado un instante solas, y siempre habían encontrado entre ellas ó á Mad. Le Clercq, afectuosamente pesada, ó á Mad. Charmón, que con voz lenta las abrumaba con frases en forma de axioma.

María Magdalena inspiraba ya compasión á su amiga. Para un carácter independiente, aquella servidumbre debía parecer el peor suplicio. Lucy hubiera preferido la más obscura medianía de rango y de fortuna á aquella situación brillante sostenida por los dos millones de Mad. Le Clercq.

Ni un momento de soledad, de libertad, de reposo; siempre alrededor la molestia de un afecto mal guiado, de una bondad invasora, de una generosidad imperiosa. María Mad nunca iba sola á hacer visitas; le era imposible tomar por sí sola la menor resolución sin que tuviera que intervenir su suegra.

Hasta en la más nimia cuestión de trajes, había de dar ésta su parecer; con tanta mayor autoridad cuanto que ofrecía estos trajes á su nuera, y pagaba las cuentas de costurera y modista á pesar de las protestas de María Magdalena.

¿Qué podía objetarse á proceder tan amable? El menor asomo de reacción podría parecer ingratitud. Y María Mad no tenía en modo alguno el derecho de no considerarse dichosa.

Miss Hartley no veía ya en ella la exuberancia de alegría juvenil de cuando era señorita de Bois Saint Marcel, pobre joven sin dote y obligada á prescindir de costurera. Entonces su existencia era un poco bohemia. El doctor debía tener á veces apuros de dinero; pero dado su carácter despreocupado, se aturdía fácilmente acostumbrado á vivir al día; y su hija, hecha á la incertidumbre del día siguiente, padecía tan poco como él, arrastrada por ese amor de libertad, esa necesidad de obrar según su capricho, sin trabas, sin obstáculos, que tan bien comprendía Lucy Hartley.

Magdalena se iba volviendo demasiado seria; sus risueños ojos adquirían una expresión indiferente; en su boca aparecía una arruga de desaliento. Miss Hartley tuvo en un principio la idea de abreviar su estancia allí, de marcharse de una casa donde se aburría; pero este pensamiento egoísta cedió al deseo de ser útil á su amiga, y no quiso abandonarla en el momento de una crisis que sentía venir y se puso á estudiar á las personas de la casa.

Era inútil tratar de modificar las ideas de madame Le Clercq. Esta anciana señora estaba penetrada de sus derechos y obraba con la sincera voluntad de ser buena. Quería á María Magdalena, pero la quería mal, y no comprendía que este cariño no era más que un inmenso egoísmo.

Quedaba Roberto. A pesar de su porte un poco tieso, reservado y serio, le era simpático; le suponía dotado de un carácter firme y leal; pero su frialdad rechazaba toda tentativa de intimidad, toda intervención aunque fuese tímida é indirecta. Nadie se atrevía á hablar con tal hombre, que guardaba todas sus sensaciones, y atestiguaba su amistad solamente con un apretón de manos un poco más acentuado y su antipatía con un mutismo más obstinado.

Roberto era taciturno. Escuchaba, paseando sobre sus interlocutores una mirada sumamente acerada... Si hablaba, era en términos claros, precisos; lo que decía tenía su valor, y denotaba buena inteligencia. ¿Cómo no notaba aquel hombre lo que pasaba á su alrededor? ¿Podía cometer el error de tomar á María Magdalena por una criatura sin fundamento? ¿Podría equivocarse, y no viendo en ella más que su graciosa dulzura, deducir que no tenía voluntad ni orgullo, y que el placer de gozar de la generosidad de su suegra bastaría para hacérselo soportar siempre todo?

Lucy reflexionó sobre el verdadero escollo de la educación francesa, que tiene á las jóvenes tan retraídas que se casan sin conocer al hombre con quienes se enlazan; él mismo no conoce de su novia más que la señorita correcta que habla el inglés, toca obras de Grieg, pinta copiando del natural y valsa con gracia. Cuando estas dos personas extrañas llegan á conocerse, es ya demasiado tarde para retroceder; de aquí resultan matrimonios mal avenidos. La libre educación inglesa permite á los jóvenes conocerse. Las mujeres inglesas de buena sociedad son por lo general más instruídas, más formales, menos frívolas que las francesas; tienen una personalidad mucho más marcada; menores atractivos sin duda, pero un fondo más sólido, más viril. Carecen de ese disimulo puramente femenino de ocultar su verdadero carácter. Es cierto, por ejemplo, que Mad Le Clercq no hubiera tratado de anular á miss Hartley; la tentativa habría parecido imposible; sin embargo, á la hora de la crisis tal vez encontrara en María Magdalena una resistencia pasiva más invencible que la rígida voluntad de la inglesa.

Una agravación de estos rozamientos era la presencia de Mad Charmón. La instrucción de esta señora superaba á su educación: había sido institutriz, pero procuraba olvidarlo, y afectaba el más extraño desdén por los modales, los usos, los trajes, las conversaciones y el modo de ser de los habitantes de Montpazier. Porque, en una situación subalterna, había podido ver de cerca á las damas de la aristocracia inglesa, despreciaba á las de Montpazier, burguesas sin abolengo.

A María Magdalena le parecía Mad. Charmón sencillamente ridícula y cómicas en alto grado sus pretensiones injustificadas; pero Lucy Hartley, dotada de un sentido muy fino de lo que es justo, aborrecía á aquella presuntuosa mujer, que la mareaba con los relatos de su vida en Inglaterra, citando sin ton ni son los más ilustres nombres y cometiendo continuos errores.

Mad. Charmón anunciaba su intención de trabajar, de no abusar de la hospitalidad que tan generosamente le ofrecía Mad. Le Clercq; porque á pesar de sus actitudes desdeñosas, sabía halagar á las personas que le eran necesarias. A pesar de estas resoluciones, emitidas con frecuencia, parecía querer eternizarse en la casa. Atestiguaba á Mad. Le Clercq una complacencia y una admiración sin límites; la servía de secretaria, llevando su numerosa correspondencia diaria; la acompañaba á todas sus visitas; sabía pronunciar oportunamente la frase de elogio que hacía resaltar la bondad de su amiga, y á veces no tenía reparo en presentarse como ejemplo.



Mad. Charmón

Mad. Le Clercq había recibido á Mad. Charmón con disgusto, pero empezaba ya á felicitarse de tenerla en su casa.

Lucy, que veía todo esto, no tomaba en serio los proyectos de trabajo de Mad. Charmón. En su concepto, para cambiar la situación era menester una escaramuza, un choque de voluntades, en que Roberto notara que su madre asumía en su casa procederes demasiado despóticos; se necesitaba una crisis para abrirle los ojos. Decidióse á producir esta crisis valiéndose de Mad. Charmón, que correspondía ampliamente á la antipatía que la joven la tenía.

Así pues, aquel día, después de comer, miss Hartley le dijo con amabilidad:

– Señora, he oído á usted manifestar el deseo de encontrar una colocación decorosa...

– Efectivamente; no puedo abusar de la bondad de Mad. Le Clercq.

– No abusa usted, dijo ésta.

– ¡Oh! Es usted tan buena, que tratará de tranquilizarme por este concepto. Pero sé que es imposible que la presencia de una persona extraña, y en las tristes circunstancias en que me encuentro, deje de impresionar penosamente, ya que no á usted, que es excelente persona, por lo menos á sus hijos ..

– Que no son excelentes, pensó Lucy.

María Magdalena hizo un ademán vago, que parecía una afirmación.

– Entonces, repuso Lucy con la misma tranquilidad, supongo que dará usted oídos á una proposición que pienso hacerla.

Mad. Charmón se pellizcó los labios, y lanzó á miss Hartley una mirada sombría, acompañada de una sonrisa forzada.

– Una amiga mía, lady Grey, busca una institutriz francesa para instruir á sus dos hijas...

– ¡Oh!, interrumpió vivamente Mad. Charmón, no siga usted, miss Hartley, esa clase de ocupación me desagradaría, no podría aceptarla.

– Pero, objetó Lucy con verdadera extrañeza, ¿no ha sido usted ya institutriz?

– Antes de casarme... Supongo que debe usted comprender cuán penoso me sería aceptar una colocación subalterna á mi edad y después de haber ocupado una posición bastante brillante.

– ¡Oh!, insinuó María Mad, frecuentaba usted tan poco la sociedad de Montpazier...

– En fin, añadió Mad. Charmón, me desagradaría salir de Francia.

– Pues yo sé que admira usted mucho á Inglaterra, repuso Lucy Hartley. Habla usted de ella en términos que más de una vez me han lisonjeado. Debería usted estar satisfecha de aprovechar la ocasión de volver á ese país donde tiene usted, según dice, muy buenas relaciones...

Mad. Charmón bajó los ojos y quiso poner fin á la conversación guardando silencio; pero miss Hartley, que no se desanimaba fácilmente, prosiguió:

– Creo que no estaría de más reflexionar en mi proposición; quizás se viera usted obligada á aceptar otra menos ventajosa si, como me parece puesto en razón, desea usted salir de la situación anormal en que se encuentra.

María Magdalena miró á su amiga con gratitud; Roberto analizaba con aspecto serio la actitud de Mad. Charmón. En cuanto á Mad. Le Clercq, empezaba á sentir un enojo extraño, parecíale que miss Hartley insistía demasiado. Con la sensibilidad nerviosa de las personas pagadas de su autoridad, sospechó que aquello podía estar combinado entre las dos jóvenes, y juzgó una audacia en ellas el pretender hacer salir de su casa á la viuda porque no era grata á María Magdalena.

– ¿Situación anormal? ¿En qué?, preguntó madame Charmón resignándose á la lucha y no creyendo que Lucy se atreviera á explicarse claramente.

Pero ésta, con la calma que la caracterizaba, contestó:

– ¿En qué? Hace poco lo decía usted misma. Lo que es yo, no veo nada más penoso que la convicción íntima de ser un estorbo para alguien.

Mad. Charmón se estremeció al oir esto: Mad. Le Clercq se puso encendida y miró fijamente á miss Hartley, que sostuvo aquella mirada con candorosa tranquilidad. Roberto pensó:

– ¿Qué contestará la adversaria?

Mad. Le Clercq dijo con tono algo seco:

– Acabo de afirmar á Mad. Charmón que dista mucho de estorbarnos: sus escrúpulos son muy honrosos.

– Sin duda, dijo Lucy. En mi país, por el cual siente la señora una admiración que me place, he visto mujeres de elevada cuna participar de esas ideas, y querer bastarse á sí mismas, aunque perteneciesen á una familia rica. Y como usted no ignora, antes aceptarían socorros pecuniarios de sus propios parientes que de los extraños.

Mad. Charmón estaba pálida. María Magdalena y Roberto un poco sobresaltados, pero contentos; miss Hartley continuó con tono más afable:

– Sí. Esos escrúpulos son muy delicados, y aumentan mi aprecio á Mad. Charmón. Por atestiguarle mi simpatía he escrito á mi amiga lady Grey. La colocación es buena: allí estará usted en casa de una verdadera gran señora, que á fuer de bien nacida y habiendo recibido buena educación, no menosprecia á nadie.

¡Pobres burguesas de Montpazier, tan desdeñosamente desacreditadas por Mad. Charmón, miss Hartley os vengó con una palabra!

– Reflexiónelo usted bien, añadió la inglesa. Me alegraría mucho de poder ser á usted útil en esta circunstancia.

– Muchas gracias, contestó lacónicamente la viuda, huyendo de dar una respuesta categórica.

María Magdalena cometió la imprudencia de aventurar una palabra.

– ¡Lady Grey! ¿No es esa joven que vive en Londres en invierno, y tiene un castillo en Escocia? ¡Oh! Mad. Charmón estará muy bien. Allí encontrará la existencia lujosa que le gusta.

Mientras miss Hartley había hablado, Mad. Le Clercq se había contenido á duras penas; pero la intervención de su nuera la exasperó, confirmándole sus sospechas de una inteligencia entre las dos amigas, y contestó con tono muy duro, con tono más severo de lo que ella misma creyó, con la rigidez y la autoridad que podría emplearse para reñir á un niño travieso:

– Te ruego que dejes obrar á Mad. Charmón como mejor le parezca. Ya se ha hablado bastante sobre un asunto desagradable. Y tu mofa es intempestiva.

Roberto replicó con una sequedad igual á la de su madre:

– No creo que María Magdalena haya querido mofarse.

– Esa insistencia en querer obligar á Mad. Charmón á aceptar una proposición que le desagrada me parece inconveniente.

– Miss Hartley no ha creído ofender á nadie ocupándose de buscar una colocación decorosa, que ella misma aceptaría si llegara el caso.

—Sin duda, dijo Lucy muy tranquila en medio de la tempestad que había desencadenado. Para mí un trabajo inteligente no hace desmerecer á nadie, al contrario. Maud, ¿te encuentras mal? ¿Quieres que salgamos? Yo también necesito andar un poco.

María Magdalena se había quedado aterrada á causa de la humillación de que se la tratara como chicuela mal criada. Roberto lo notó y se enfadó de veras. Lucy, antes de salir, saludó á Mad. Le Clercq, y dijo á Mad. Charmón con agradable sonrisa:

—Perdone usted. Lamento mi torpeza; pero yo creía que deseaba usted verdaderamente salir de apuros. Y en lugar de usted, me hubiera dado por muy satisfecha, encontrando ocasión para ello.

Roberto, que solía hacer compañía á su madre después de comer, salió con las dos jóvenes. Los tres pasaron al jardín. La atmósfera de aquel apacible día de junio estaba templada, tranquila, sin el más leve soplo de viento, sin que temblara una hoja en los árboles inmóviles; las delicadas ramas de las hayas y de los abedules se destacaban como finos encajes sobre el azul del firmamento; los perfumes de las flores se percibían entre el zumbido de los moscardones y el chirrido de las cigarras estridentes ocultas en el césped.

A veces, á la sombra de una hoja ó de un tallo de hierba brillaba la esmeralda de una luciérnaga como una gota de luz eléctrica caída en el musgo. Roberto estrechaba bajo su brazo la mano de su mujer; andaban sin decirse nada, satisfechos de aquella soledad; ella, trastornada aún con lo que acababa de suceder. Lucy Hartley los seguía á unos cuantos pasos, cantando á media voz una melodía rusa. Los esposos fueron á sentarse en un banco, á la sombra de una acacia centenaria, y se quedaron escuchando un rato á Lucy.

—Me gustaría escucharla á usted desde aquí, cantando al piano..., abriendo la ventana del salón oiríamos muy bien, dijo María Magdalena.

Roberto, que saboreaba un buen cigarro, dijo:

—Sí, cante usted, miss Lucy.

—Pero ¿no sabe usted que no nos atrevemos á tocar nada á causa de la dama enlutada?

—Es ridículo, contestó Roberto. Siento que nos haya usted privado de ese gusto. Haga usted el favor de cantar. Yo mismo me siento en disposiciones musicales. Cuando haya acabado de fumar el cigarro, nos reuniremos con usted y tocaremos algo de Beethoven. Maud no puede acompañarme, es una ignorante, se contenta con ser bonita, y no sabe más que eso...

Lucy Hartley se había marchado. Roberto echó un brazo al hombro de María Magdalena y la atrajo á sí; entonces ella, poco acostumbrada á mucha expansión y á palabras dulces, sintió henchido su corazón; todos sus disgustos, todas sus fatigas, todos los rencores y contrariedades sentidos hacía meses, acudieron á la vez á su memoria, agregados á la escena humillante de la comida..., ocultó el rostro en el pecho de su marido y empezó á sollozar con gran violencia..

Roberto, trastornado por no haberla visto nunca así, y desolado de su disgusto, de ver llorar por vez primera á su mujer, procuró tranquilizarla, aunque estaba tan turbado como ella. Habló mucho, él que no hablaba casi nunca; al menos dijo algunas palabras que el oído fino de María Magdalena recogió...



Ocultó el rostro en el pecho de su marido y empezó á sollozar con gran violencia

—No llores, nena mía. No podemos exigir que mi madre despida á esa intrigante... Mi madre es ama en su casa.

—¡Ay! Y en la nuestra también, dijo la joven.

Quizás Roberto no la oyó, pues continuó:

—Pero lo que podemos hacer es mantenernos un poco aparte, mientras conserve á su lado á madame Charmón. Mañana almorzaremos en nuestro cuarto. ¿No podrá bastarnos la camarera?

—Sí, dijo vivamente María Magdalena. Y la enseñaré, aunque yo no sé mucho. ¡Estaremos tan bien solos con Lucy!

—Pues no hay más que hablar. No llores..., me hace daño... Escucha: miss Hartley canta muy bien. Es un placer muy delicado el oir buena música en una noche tan agradable... Mad, abraza á tu marido, que se expone por ti á una escena probablemente muy desagradable. Vamos, vamos á tocar un poco de música, amiguita...

Roberto, sobre quien no pesaba la mirada de su madre, se olvidó de ser correcto, y cogiendo á su mujer en brazos, se la llevó corriendo por el jardín.

Sus alegres carcajadas produjeron un ruido extraño en la casa. Mad. Le Clercq había observado ya con impaciencia que aquella inglesa descortés cantaba á pesar de su prohibición; vió desde su ventana aquel espectáculo inconveniente; oyó aquellas risas que insultaban el luto de Mad. Charmón y su propia dignidad de mujer ofendida. Al poco rato resonaron el piano y el violín, con lo cual creció su violento enfado. Retiróse á su cuarto, y ya muy de noche oyó en el piso de encima músicas, voces alegres, carcajadas... Durmió poco, pensando cosas desagradables. La defección de Roberto, que parecía tomar partido contra ella, le pareció indigna.

No era mujer capaz de tomar determinaciones pacíficas ni suaves cuando creía menoscabada su dignidad, cuando juzgaba lesionados los derechos que tenía al agradecimiento de alguien; se tornaba quisquillosa, y en lugar de esperar que se acudiera á ella, lo exigía. Resolvió, pues, sujetar con mano firme á aquel hijo que por agradar á su mujer iba á olvidar á su madre; le hablaría claramente... Sabría afirmar su derecho á tener en su casa á Mad. Charmón, decir que miss Hartley era una joven mal educada y exigir que María Magdalena reconociera que se la había amonestado con razón.

. . . .

La camarera de María Magdalena había estado mucho tiempo á su servicio cuando era soltera. La había seguido á Montpazier, aunque tuviera el horror que afectan los «snobs» á la provincia, á la que no conocen. Muchas personas que desacreditan á los provincianos los han visto únicamente en una literatura voluntariamente pesimista. Ingenio y talento en París, necedad fuera de él.

Estela, verdadera hija de París, lista, taimada, perezosa y coqueta, había acompañado á su señorita á Montpazier, dándole así una prueba de verdadero cariño. Su carita audaz, la expresión viva de su mirada, su nariz arremangada de un modo más gracioso que clásico, su risa que dejaba ver su hermosa dentadura blanca, su aire resuelto, todo esto había desagradado á Mad. Le Clercq, imbuída en ideas antiguas sobre el modo de ser de los criados, disgustada de la familiaridad de aquella muchacha que, sin ser descortés, soltaba á veces ocurrencias chistosas que hacían reir á María Magdalena, y no llevando á bien que usara los vestidos desechados por su señora, que sabía poner casi de moda con ese tacto innato de las costureras parisienses, cuyo buen gusto se forma rozándose diariamente en la calle con las más refinadas elegancias. Cuando aquella muchacha se vestía bien podía pasar por una señorita; su aire resuelto agradaba á ciertas personas y muchos le atribuían el mismo género de distinción que poseía madame de la Pallière.

No le había pasado por alto á Estela la antipatía de Mad. Le Clercq, y la pagaba en la misma moneda, atribuyendo con razón á aquella señora la tristeza de la existencia de María Magdalena. Entre aquellas dos mujeres de condición desigual había una animosidad oculta que en Mad. Le Clercq se traducía en una dureza casi ofensiva, y en Estela en una finura exagerada, desmentida por la sonrisa de los labios y de los ojos.

(Continuará)



Individuos de la Cruz Roja esperando la llegada de repatriados en la Puerta de la Paz (de fotografía de Félix Laureano)

LLEGADA DE REPATRIADOS

DE FILIPINAS

Á BORDO DEL «LEÓN XIII»

En la mañana del martes último echó anclas en nuestro puerto el trasatlántico *León XIII*, en donde han venido repatriados por cuenta del gobierno de los Estados Unidos 76 oficiales y 1.301 individuos de tropa, y por la de España 13 jefes y oficiales y 207 sargentos, cabos y soldados, entre ellos los pertenecientes á las dos compañías de infantería de Marina que proceden de las Carolinas, de donde salieron al tomar de ellas posesión los alemanes en 12 de octubre del año pasado. Con estas fuerzas del ejército llegaron también varios funcionarios civiles, algunos particulares y dos religiosos

El estado de los expedicionarios era en general excelente y la travesía fué felicísima, habiendo ocurrido durante la misma sólo una defunción, la del sargento Domingo Cuadrado Román, del batallón Expedicionario núm. 8, que fué prisionero de los tagalos en Pangasinán y falleció á consecuencia de unas fiebres palúdicas perniciosas.



Casa Estruch, convertida en hospedería para los repatriados (de fotografía)

Para albergar á los repatriados constituídos en familias, el Ayuntamiento había convertido en hospedería la magnífica casa Estruch, situada en la plaza de Cataluña, disponiéndola, de acuerdo y bajo la dirección de la Cruz Roja, con toda suerte de comodidades. Además había establecido otra en el asilo del Parque para los solteros y una sala enfermería para los que necesitaran de los auxilios de la medicina.

La referida Asociación de la Cruz Roja, que tantos y tan valiosos servicios ha prestado con ocasión de nuestras últimas guerras coloniales, demostró una vez más, con motivo de la llegada de los repatriados del *León XIII*, cuán dignos se han hecho del agradecimiento y del aplauso de sus compa-



Desembarco de los repatriados en el muelle de la Paz (de fotografía de Félix Laureano)

BARCELONA. – Llegada de repatriados de Filipinas á bordo del «León XIII» el día 16 de los corrientes

triotas todos los individuos que constituyen esta delegación provincial, presidida por el Excmo. señor D. José Ferrer Vidal y Soler.

La impresión producida por esos repatriados, la mayor parte de los cuales sufrieron largo cautiverio entre los tagalos, ha sido infinitamente mejor de lo que esperaban los que uno y otro día oían decir que los prisioneros de Aguinaldo eran objeto de los tratos más crueles y de las más duras privaciones. Conste, en honor de la verdad, que en los recién llegados no se notan las huellas de tales privaciones ni malos tratos y que muchos han manifestado que los filipinos se han portado con ellos con todas las consideraciones compatibles con el estado, siempre penoso ciertamente, de los prisioneros de guerra.

Menos humanitario se mostró el general norteamericano Otis, el cual obligó á la Delegación de la Transatlántica, á pesar de las protestas de los jefes de tripulación y del personal de ésta, á embarcar mayor número de pasajeros de lo que el *León XIII* permitía, debiéndose sólo á las inmejorables condiciones de este buque el que el viaje pudiera realizarse con toda felicidad.

Entre los repatriados del *León XIII* llegó el célebre cabo, hoy sargento, José Ruiz Gómez, que bien merece el nombre de héroe de Bolinao, por la defensa que hizo de la caseta del cable del poblado de este nombre. Atacado en 7 de marzo de 1898 por considerables fuerzas filipinas que habían sorprendido y asesinado á los 40 hombres del destacamento de Aluminos, José Ruiz, con ocho cazadores y cuatro guardias civiles, atravesó por entre el fuego del enemigo y se posesionó de la referida caseta, después de haber perdido dos hombres, cuyos cadáveres recogió y se llevó consigo aquella pequeña fuerza. Cinco días se defendió aquel puñado de valientes, que casi no podían comer ni dormir, comunicando Ruiz su situación directamente al ministro de la Guerra; por fin el día 12 llegó en su socorro una compañía al mando del capitán Sr. Otero, que les libró de una muerte segura.

El sargento José Ruiz es natural de Cádiz y cuenta veintitrés años.

Al dar nuestra bienvenida á los repatriados del *León XIII*, hacemos votos por que vuelvan cuanto antes sanos y salvos á la madre patria los que aún quedan en Filipinas como últimos restos de nuestra dominación en aquellos lejanos territorios. – A.



Episodio de la batalla de Tucumán. – Nombramiento de Nuestra Señora de las Mercedes de generalísima del ejército del Perú, cuadro de Pedro Blanqué

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

por autores ó editores

Poesies d' en *F. Casas y Amigó*. – Fué el malogrado Casas y Amigó un poeta en toda la extensión de la palabra: como tal dióse á conocer, ganando los tres primeros premios en el certamen catalanista que en 1885 celebró en Barcelona la Juventud Católica. Como dijo en el bellísimo prólogo de la primera edición del libro el ilustre Mariano Aguiló, las cuerdas más vibrantes de la lira de Casas fueron la Fe y la Patria: en todas sus composiciones admirablemente escritas resplandecen los más puros sentimientos religiosos y el amor más intenso á la tierra catalana; su lectura deleita y emociona, pues las bellezas de forma hállanse avaloradas por una gran elevación de ideas propias de los más eximios pensadores. El tomo, impreso en Barcelona en la tipografía Católica, se vende á dos pesetas, y los productos íntegros de esta segunda edición se destinan, como los de la primera agotada, á beneficencia, por haberlo así dispuesto, poco antes de morir, el Sr. Casas y Amigó.

Croquis y situación del trazado de los ferrocarriles de Alcañiz á San Carlos y Tarragona. – El Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Tortosa ha tenido la amabilidad de remitirnos algunos ejemplares del plano que contiene los trazados de los dos proyectos de ferrocarriles para enlazar la población de Alcañiz con el Mediterráneo. Acompaña á dicho plano un cuadro comparativo de los recorridos actuales y de los en proyecto, expresivo de las grandísimas ventajas que se obtendrían con las líneas proyectadas. El plano ha sido reproducido en la litografía de Cairell, de Barcelona.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 29 de enero de 1900 — Núm. 944

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BELLEZA Y ARTE, cuadro de Francisco Masriera

(*Salón Robira*, Fernando VII, 59)



LA VIDA CONTEMPORANEA

MÚSICA Y CUENTOS

Uno de los fenómenos que tendrían más difícil explicación, caso de tener alguna, es el de la esterilidad de la ópera española. ¿Hay acaso condiciones de clima bajo las cuales la ópera se produce, como las hay favorables á la madurez de los plátanos, de los melones y de los albérchigos? ¿Hay países, en este terreno, privilegiados? Y si los hay, ¿en qué se conocen y qué circunstancias influyen para lograr el privilegio? Imposible decirlo. – Alemania é Italia, no sólo no se parecen, sino que contrastan en todo; en raza, en clima, en creencias, en civilización. Sin embargo, Alemania é Italia *crían* la ópera.

***

Ya Francia no la cría sino laboriosamente, como fruto de estufa, como algo más debido al artificio y á la sabia composición y cultivo intensivo que á fuerzas propias del suelo. Y en llegando á la parte de acá de los Pirineos, la ópera se agosta y languidece, hasta quedarse más seca que el esparto.

Ya sé que mi afirmación, como todas las afirmaciones de carácter general, puede desmentirse con citas y datos que encierran una verdad parcial y relativa. No por eso dejará de ser exacta, en conjunto. Que á los esfuerzos realizados haya correspondido algún resultado; que se hayan escrito óperas, y entre ellas no falte algo que alabar y se note el loable empeño de asimilarse los métodos que tanta gloria han valido á los maestros alemanes de nuestro siglo, no desvirtúa lo aseverado antes. Podrá existir una ópera ó dos ó seis que sean dignas de aprecio y de loor, y no existirá, realmente, ópera española, con vitalidad artística suficiente y caracteres propios.

***

La misma lengua castellana diríase que se opone á que llegue á obtenerse tal resultado. Tenemos el derecho de proclamarlo los que hace muchos años nos servimos de este idioma al cual se aplican á bulto calificativos, unos más fundados que otros: – el español es duro para el verso y para el canto: sólo es amplio, sonoro y lleno en el período de la prosa. – Alguna razón de ser reconocerá el fenómeno, por pocos observado, de la relativa inferioridad de nuestra poesía lírica en los llamados *siglos de oro* de la literatura. Para libretos de ópera, el castellano se *despega.* Hay dialectos ó lenguas regionales en la península que vencen en semejante respecto al castellano. El gallego (no lo tomen á risa los que creen que sólo hablan gallego los aguadores de sainete) es más eufónico para el canto, mucho más. He comprobado que media hora de recitar versos castellanos fatiga la garganta y enronquece la voz doblemente que una hora de recitar versos gallegos ó italianos. Lo ligado y dulce de la pronunciación es auxiliar del ritmo y acaricia el oído.

El año pasado se cantó en el Real *La Walkyria* en español, y recuerdo que, á pesar de la sublimidad de la partitura, el público sentía ganas de reir cuando alguna frase, por ejemplo aquella de «Prepara el hidromiel,» se destacaba sobre la música y resonaba secamente. Este año, al estrenarse la *Raquel*, de Bretón, ha sucedido lo propio. Parece que versos enteros promovieron la hilaridad del público – y yo creo que esta hilaridad no se explica por la calidad literaria ó iliteraria más bien del libreto (malo de remate, según fama), sino sólo por la extrañeza que origina la lengua española en libretos de ópera, y por lo inadecuado de la misma lengua para la dulzura y lo fundente musical. La risa y la chacota nacen de la mortificación del oído.

Se me objetará con las zarzuelas. Las zarzuelas, es cierto, se han cantado en español siempre, y no han provocado á risa. Quizás sea porque las zarzuelas no tienen las pretensiones de la ópera, ni se exhiben en el Real, ni se asiste á ellas con frac y gardenia á la *boutonnière.* No se ha estudiado bastante el influjo de la gardenia en el ojal para predisponer á la severidad y á la ironía. Lo cierto es que las zarzuelas han merecido mejor trato que las óperas. Yo, que no entiendo de música, que estimo siempre el esfuerzo y el trabajo artístico, porque sé cuánto cuesta, cuán arduo es, me guardaría de calificar severamente ni á la recién estrenada *Raquel* ni á ninguna de las óperas españolas que han aparecido con varia fortuna en el teatro Real; me limito, pues, á decir que, habitualmente, los espectadores salen rabiando de los estrenos á que aludo. Cierto que también salían furiosos de la *Walkyria* y del *Barco fantasma* y de *Lohengrin* la primera vez; cierto que han ido habituándose á algunas obras españolas, por ejemplo *Los amantes de Teruel* y *Garín*, oídas ambas ya con tolerancia y aun con gusto y complacencia y admiración. Sin embargo, este despego, este movimiento de prevención, mucho indican. No *entra* en la gente la ópera nacional.

***

Es un error palmario de los maestros españoles conceder tan escasa importancia al libreto. El libreto ejerce influencia capital; é influencia no menos decisiva, la habilidad en reducir, proporcionar y equilibrar la cantidad de música. Se queja todo el mundo de lo extenso; nadie lamenta que las cosas sean breves. Y nótese que caen en el error de la prolijidad los más expertos y sabios músicos, poetas, oradores y novelistas. No vale la experiencia para enseñarles á precaverse. Wagner es prolijo, quién lo duda; pueden los demás escudarse con su mal ejemplo; sólo que ni aquí abunda la paciencia alemana para escuchar y sentir, ni ha de negarse al genio verdaderamente excepcional de Wagner algún privilegio excepcional igualmente.

De todo lo que voy diciendo se desprende que la *Raquel* de Bretón – no la he oído todavía – no agradó; no fué bien acogida, ni correspondió á las esperanzas que en ella habían depositado los muchos admiradores que posee el maestro. No es razón para desanimarse, ni para que se digan pestes – las dicen muchos – de la música española. Aunque estas latitudes no sean favorables al florecimiento de la música, una nación debe intentarlo todo. Dicen los inteligentes que hay tesoros en los archivos de nuestras catedrales; sabemos los aficionados á las costumbres populares que en las regiones de España existen deliciosos temas y canciones fresquísimas y de marcado sabor. Estos elementos, y la graciosa música derivada de ellos, y que retoza en las zarzuelas y se mete por los oídos y no nos deja vivir á fuerza de insinuarse y de *pegarse*, constituyen, es innegable, un contingente que España haría mal en despreciar. La ópera es forma la más exquisita; pero hay otras muchas formas musicales interesantes, gérmenes acaso de un desarrollo que traerá el porvenir, modificando quizás el genio de nuestra raza.

***

A la música ligera y alegre sería pedantesco tratarla con desdén. Su facilidad está llena de encanto. En esto descollamos los españoles. En toda Europa y por supuesto en las dos Américas se ejecutan y tararean nuestros pasos dobles, tangos, danzas, jotas y coros humorísticos. Me refirió una viajera que en el primer café cantante de Nueva York donde puso el pie, la recibió el terceto de los ratas de la *Gran Vía.* Este terceto parecía algo local, algo propio sólo del ambiente madrileño, y no obstante era artículo de exportación, género internacional. Puesto que hemos logrado dominar este género, atengámonos á él. Escriban óperas enhorabuena, pero confiemos en las zarzuelillas y en su picaresca sandunga.

***

Y los que escriban óperas, que escarmienten; que mediten bien el libreto. A veces, como decían nuestros padres, más cuesta el salmorejo que el conejo. Es lástima que el elemento musical se elabore con primor, con estudio y detenimiento, y el literario aparezca relegado, no á segunda, á décimoctava fila. Hablo, en lo que se refiere á *Raquel*, de memoria; pero es tan unánime la opinión de la prensa y de los que asistieron al estreno, en lo que se refiere á la inferioridad del libreto, que debe de valer muy poco. Y la leyenda se prestaba; había allí, ó podía haber, calor de romanticismo, fuerza de pasión, color de Edad Media, muchas cosas favorables á la inspiración musical. Que fuese ó no fuese conseja, fábula y hasta calumnia lo de los amoríos del rey con la hebrea, importaría un bledo; el poeta tiene derecho á aprovechar mentiras poéticas, que acaso – ¿quién podría afirmar lo contrario? – se fundan en alguna verdad transmitida por la tradición é ignorada por la historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada.

***

El Liberal ha abierto un concurso de cuentos, y publicado los lemas, creo que seiscientos sesenta y siete, nada menos, de los presentados á este concurso. Si cada cuento es de un cuentista, floreciente en cantidad anda la literatura cuentera en nuestra patria. Cerca de setecientos cuentistas, no creo que los tenga Francia, país donde el cuento se ha cultivado, desde la reina Margot y Voltaire y Diderot acá, con brillantez y con fortuna. Lo que sospecho es que muchos habrán enviado su docena de cuentos, por si no acierta uno que acierte otro.

Es entretenida y sugiere observaciones curiosas la lectura de los lemas. Los encuentro cortos y expresivos, y otros que parecen más adecuados á una *Memoria* presentada á la *Academia de ciencias políticas y morales.* Verbigracia: «El vicio y la miseria son el fin de los países mal gobernados.» – «La honradez será premiada.» – «Son infinitos Dios, el tiempo y el espacio.» – «El hábito constituye en el hombre una segunda naturaleza.» – «En el modo de ver está el gran secreto del arte.» – «El placer y el dolor corren parejas por el mundo.» – «El estrecho de Behring fué un día el puente ó el istmo.» – «La misión del hombre en el mundo es amar y proteger á la mujer.» – «Hay una cosa que deben evitar siempre los hombres.» – «Caridad es el amor á Dios, reflejado sobre los hombres.» – «Matad la necesidad y quebrantaréis el vicio.» Etcétera, etcétera.

Vienen después los lemas latinos, que abundan como la hierba, y son aquellos de candonga y muletilla archiconocidos, de sonido tan familiar ya como el de un *Dominus vobiscum.* Por ejemplo: «*Deus est charitas.*» – «*Nihil novum sub sole.*» – «*Suum cuique tribuere.*» – «*Spero lucem post tenebras.*» – «*Remember.*» – «*Labor prima virtus.*» – «*Corriget videndo mores.*» – «*Nosce te ipsum.*» En fin, el latín de andar por casa, confianzudo y sobado y vencido por el uso y el abuso de varias generaciones.

Los hay asimismo inspirados en un sentimiento patriótico y de actualidad, que se reflejará probablemente en el texto del cuento, como se ha reflejado en el lema. Véanse algunas muestras: «¡Viva España!» – «Patria.» – «*Pro patria.*» – «Por mi Dios y por mi patria.» – «Morir por la patria no es morir.» – «*Dulce et decorum est pro patria mori.*» – «Castilla.» – «Patria (otra vez).» – «Victoria por los boers.» – «Ejército español.» – «¡Loor eterno á España!»

Algunos encierran un consejo literario, un conato de programa estético. Véase la clase: «El arte de la literatura es la cristalización de la vida.» – «El naturalismo es la literatura del siglo XX.» – «Realidad, altura, concisión.» – «Todo cuento, ó debe ser gracioso, ó tener moraleja.» – «El cuento debe ser en la prosa lo que el soneto es en la poesía.» – «Todo por el arte.» – «Quien hace un cuento hace ciento.» – «Un cuento debe ser una novela en pequeño.» – «El cuento es la forma literaria del porvenir.» – «El cuento puede ser espejo de las costumbres.» – «Para cuentecitos estamos.» – «El cuento es lo primero que se inventó.»

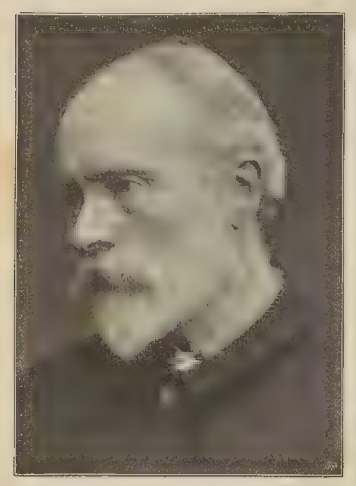
Y por remate de esta especie de disección de los lemas, en los cuales encuentro materia para reflexiones que omito, he de decir que algunos lemas descubren cierta sencillez idílica y cierta naturalidad y hombría de bien incontestables. Ahí van dos ó tres: «¡Qué mal café dan en los de Madrid!» – «Quinientas pesetas (el accésit).» «La virtud siempre halla recompensa.» – «Los cuentos son un recurso ameno para los periódicos diarios...»

¿Verdad que tales lemas sosiegan los nervios como la tila?

Emilia Pardo Bazán

EDUARDO BURNE JONES

En 1852 entraron á un mismo tiempo en el colegio Exeter de Oxford dos jóvenes, Eduardo Burne Jones, nacido en 1833, y Guillermo Morris, que con-



El eminente pintor inglés EDUARDO BURNE JONES

taba medio año menos que él: unidos ambos por la misma afición, su pasión por la literatura, trabaron íntima amistad. ¡Quién hubiera podido decir entonces que aquellos dos literatos en ciernes habían de iniciar, andando los años, un movimiento artístico que tanto había de influir en el buen gusto, no sólo de Inglaterra, sino del mundo entero.

Burne Jones no parecía predestinado á ser pintor: el medio en que vivió en su juventud, la existencia de provincia, no era el elemento más á propósito para impulsarle á tal profesión; por otra parte, en su familia no había habido ningún artista, y la vista de las grandes obras de arte no pudo herir jamás los ojos del adolescente que sólo se deleitaba en la lectura de los antiguos clásicos y en la contemplación de los escaparates de las librerías.

La primera vez que sintió deseos de ser artista fué con ocasión de haber caído en sus manos, estando en Oxford, un libro de poesías con un grabado de Dante Gabriel Rosetti; poco después vió otro dibujo de éste y repentinamente surgió en él el sentimiento del arte. En su amigo Morris verificábase al propio tiempo la misma evolución.

En 1855 trasladóse á Londres, y habiendo Rosetti visto algunos dibujos suyos, aconsejóle que abandonase la universidad y se dedicara á las bellas artes, ofreciéndose á ser su maestro. Rápidos fueron sus progresos, tan rápidos que en 1857 escribía su ilustre profesor á un amigo: «Los dibujos de Jones son admirables por su perfección técnica y por la poderosa imaginación que revelan; quizás sólo pueden compararse con ellos las más delicadas obras de Durero.»

Burne Jones, que no tardó en poder prescindir de las lecciones de Rosetti, con quien le unió siempre amistad estrechísima y de quien recibió protección valiosa en los primeros años de su carrera, hizo varios viajes á Italia, visitando con predilección Florencia, Siena, Rávena y Venecia.

En 1877 inauguróse una exposición en la Galería Grosvenor, en la que figuraban algunas obras suyas inspiradas en las tendencias prerrafaelistas, y sucedió entonces lo que sucede siempre con los grandes innovadores, lo que por aquel mismo tiempo acontecía á Bocklin en Alemania: que el público se rió de aquellas pinturas, que la crítica rutinaria las censuró y que los periódicos satíricos las caricaturizaron. Sólo un crítico salió á defenderle, el ilustre Ruskin, quien consignó «que la obra de Burne Jones era la única, entre todo cuanto á la sazón se producía en Inglaterra, que sería reconocida como *clásica* por la posteridad.»



EL ÁRBOL DE LA VIDA, pintura de Burne Jones



LA ESPERANZA, cuadro de Burne Jones



EL AMOR DISFRAZADO DE RAZÓN, cuadro de B. Jones



LA FE, cuadro de Burne Jones



EL MOLINO, cuadro de Burne Jones

A pesar de tan autorizada opinión, reprodujéronse las burlas cuando al año siguiente expuso Burne Jones en la misma Galería citada otro número considerable de sus obras, entre las cuales figuraban *Las Estaciones, Laus Veneris* y *Pan y Psiqué.* Mientras esto ocurría en Londres, su cuadro *Merlín y Viviana* llamaba poderosamente la atención en París.

Burne Jones, sin embargo, consiguió abrirse paso y sus composiciones acabaron por imponerse, llegando á ser poco á poco el artista lo que fué después y sigue siendo todavía, el favorito de su pueblo, el autor cuyos lienzos figuran en los palacios de los magnates al lado de las obras de los más grandes maestros antiguos y se encuentran reproducidos por el grabado en toda casa inglesa, el pintor cuyos cuadros se han pagado á los más altos precios.

En la Exposición de París de 1889 ganó la gran medalla de oro con su obra *El rey Copethua y la mendiga,* que se conceptúa como la obra capital de la escuela inglesa. La reina Victoria le nombró baronet, y al morir en 1898, colmado de distinciones, famoso y popular, Inglaterra comprendió que había perdido á una de sus más grandes y legítimas glorias.

En las obras de Burne Jones se advierte la influencia que en el artista ejercieron primero sus lecturas de los clásicos antiguos á que se dedicó en sus juveniles años; después el conocimiento de los poetas italianos adquirido en su trato con Rosetti, y finalmente su pasión por las poesías de su poeta predilecto Chaucer. La historia de Perseo, la leyenda de Pigmalión, Circe, la fiesta del Peleus, etc., atestiguan su amor á la antigua literatura, y el ciclo de San Jorge marca la transición de la tradición cristiana á la poesía caballeresca, que ha sido la fuente más abundante de inspiración para el genial artista.

El número de sus cuadros en que el fondo desaparece, por decirlo así, ante la forma, es relativamente escaso: entre ellos podemos citar *Canto de amor, El espejo de Venus, La escala de oro, El molino* (que reproducimos) y muy pocos más. Todos los de este género son tan bellos, están tan delicadamente sentidos, aparecen tan armónicos de composición y de colorido, que forzosamente cautivan á cuantos los contemplan, así á los partidarios como á los contrarios de las tendencias artísticas por el pintor seguidas.

Burne Jones meditaba y maduraba sus composiciones antes de trasladarlas al lienzo, y en muchas de ellas pasaron años entre el boceto y la ejecución definitiva, y esta circunstancia y la de pintar á la vez varias obras explican el carácter uniforme que en todas ellas preside, el sello especial que las caracteriza á todas: el que ha visto una vez un cuadro, un simple estudio, de este pintor, reconocerá siempre sus obras sin el menor esfuerzo.

A pesar de los puntos de semejanza que sus lienzos tienen con los de Boticelli, Mantegna, y otros pintores de la edad de oro del arte italiano, nadie podrá tacharle de imitador de éstos: más bien es de creer que sus sentimientos tuvieron sorprendente afinidad con los que animaron á los artistas de aquel período en Italia. Enemigo por temperamento de las tendencias modernas, del realismo, nunca pintó nada que viera con sus propios ojos: aun en los pocos retratos que ejecutó, las figuras «impresionan como una visión poética,» según frase acertada de un crítico francés, y los mismos estudios del natural tienen una expresión que ha permitido á otro crítico alemán decir que Burne Jones, como Ovidio, convertía sin advertirlo siquiera en



LA RIQUEZA Y LA BENEFICENCIA, cuadro de Burne Jones

poesía la prosa. Esto explica por qué gustaron tan poco en un principio sus cuadros; el público no comprendía un género extraño para él, y no acertaba á identificarse con aquel mundo fantástico que le llevaba á los dominios de la fábula. Mas no tardó aquel mismo público en acostumbrarse á aquellas que en un principio calificó de extravagancias, y Burne Jones fué al fin reconocido como el primero y el más popular de los pintores ingleses, viéndose de este modo cumplida la profecía de Ruskin, que anteriormente hemos citado. – X.

LA LUCHA

Si hay ángeles en la tierra, María es un ángel. Un ángel que pasa todas las tardes por las Ramblas de Barcelona. Puede ser: los pájaros no siempre vuelan; á veces pliegan sus alas y corren por el suelo.

María es costurera. No creáis á su madre que dice que la niña es modista. Viste muy pobremente, y cuando llueve y recoge su falda de un color azul deslucido, deja ver unos zapatitos rojos, estropeados, con las suelas descosidas y los tacones gastados.

Pero ¿qué importa eso? Cuando pasa María por la Rambla de las Flores, parece que los claveles de los puestos exhalan aromas más penetrantes; y es que los labios de María son dos claveles más. Cuando la niña cruza la plaza de Cataluña, parece que brilla más radiante la luz del sol, porque son dos soles más los ojos de María.

Los hombres pasan junto á ella para llamarla hermosa. Ella se sonríe, vuelve graciosamente su cabecita para mirar al que la ha hablado, y sigue andando con paso menudito. Si alguien intenta acompañarla, párase ella, dirígele una mirada despreciativa, y sin que pueda adivinarse su intención, pasa por detrás del importuno á un extremo del camino, dejando en situación no muy airosa al tenorio.

Esa es María.

***

Había sido labor de todo un año, labor en que María no había desmayado un solo instante hasta conseguir su intento. ¡Qué terca la vieja! ¡Qué constante María! Pero la constancia había vencido. ¡Iban al baile, á un baile del Liceo!

El día que su madre había accedido por fin, sintió María la felicidad más grande de su vida, porque jamás había tenido deseo tan vehemente. Y eso que la vieja había hecho la concesión con limitaciones. No había que pensar en disfraz. Irían nada más á ver el baile desde anfiteatro, y á dar una vuelta por el salón de descanso y por los pasillos; á ver el baile «por fuera» y el edificio «por dentro,» y para esto no hacía falta gastar tiempo y dinero en hacer un traje de aldeana, como María deseaba. Con su vestidito de los días de fiesta, un vestido gris, estaría la niña perfectamente.

¡Con cuánta ansiedad esperó María la noche del baile! Parecíale que no iba á llegar nunca. Y sin embargo, fueron pasando y pasando días, y llegó uno en que por la mañana, al despertar, dijo la niña:

– ¡Por fin!



CÚPULA DE MOSAICO DEL TEMPLO AMERICANO DE ROMA, según modelo de Burne Jones

A medida que se acercaban al Liceo aquella noche, era mayor la emoción de María; y cuando llegaron, pasando por delante de cientos de curiosos que presenciaban desde la Rambla la entrada de las máscaras, y cuando confundidas con éstas cruzaban las puertas del teatro, el corazón de María palpitaba con una fuerza increíble, y su cara estaba encendida como si el calor todo de su cuerpo, que temblaba nerviosamente, se hubiera reconcentrado en sus mejillas.

¡Qué hermosa estaba María en aquellos momentos! Los hombres las miraban ansiosamente, mientras ella y su madre contemplaban asombradas cuanto las rodeaba. Luego madre é hija treparon por una escalera cogidas del brazo, como habían entrado, como si la vieja temiera que la robaran aquella joya, no más segura por eso.

* * *

¡Qué sueño más inoportuno! Otras noches, cuando María deseaba trabajar, apenas sentada al lado de su máquina, se le cerraban los ojos, se dormía. Y entonces, aquella madrugada, después del baile, cuanto más deseaba dormirse, más despierta estaba. ¡Qué desasosiego! Recordaba que alguna vez que había tomado café por la noche, había padecido un insomnio semejante. Le era imposible permanecer echada del mismo lado cinco minutos seguidos, y si intentaba cerrar los ojos, sentía en ellos una molestia grande que la obligaba á abrirlos nuevamente. Y debía ser muy tarde ya, porque empezaba á penetrar en la habitación la luz del nuevo día, una claridad pálida, como de luna. Y se desesperaba más la niña por momentos, porque no podía dominar su pensamiento, desbocado por un camino de atrocidades.

Al principio, cuando volvió del baile, la primera media hora después de acostarse la pasó deliciosamente, haciendo desfilar por su memoria sin excitación alguna los recuerdos de cuanto había visto en el Liceo. Pero luego aquella sensación suave que esos recuerdos le producían, fuese transformando en un sentimiento más fuerte, que empezó á causarle miedo por los deseos que le inspiraba; deseos locos, ansias de divertirse, de gozar como aquellas enmascaradas que había visto en el baile; deseos que trataba de matar, porque pugnaban con su honradez, pero en vano, porque le ofrecían un encanto irresistible, se sentía sugestionada por ellos. Era bien raro aquello.

Habíase cumplido en el teatro estrictamente el programa que su madre hiciera. Habíanse sentado en delantera de anfiteatro en cuanto entraron, y sin moverse de allí habían presenciado la primera parte del baile. Luego, durante el descanso, habían salido á los pasillos, habían paseado por todas partes, habíanse asomado á las puertas de los cafés, repletos de máscaras y caballeros, habían bajado á la sala, donde no había entonces más que unas pocas personas sentadas en las sillas del rededor. Habíanse cansado, en fin, de dar vueltas, silenciosa María, habladora, como siempre, su madre, y después, al reanudarse el baile, habían vuelto á sentarse en sus butacas de anfiteatro, hasta que marcharon á casa.

María lo recordaba todo una y mil veces, desde el instante en que había entrado en el teatro temblando de emoción, hasta el momento en que su madre había dicho «vámonos.»

Primero, al entrar, al ver la sala, su asombro había sido indescriptible. Durante largo rato habíanle parecido infinitas y formadas por seres superiores las parejas que veía pasar rápidamente, al compás de una música en cuyas notas hallaba la joven melodías jamás escuchadas por ella, dignas de aquel cielo radiante de luz y de alegría, que la variedad de colores, las risas y las voces aumentaban hasta lo inconcebible.

Luego ya había ido viéndolo todo tal como era, admirable, realmente, pero no maravilloso. Había podido detallar y fijarse en estos detalles. Los hombres eran hombres como los que se veían en la calle, unos viejos y otros jóvenes, algunos los mismos que tantas veces la habían llamado á ella hermosa; las mujeres, mujeres con más ó menos gusto disfrazadas; la sala tenía fin; las luces no eran infinitas... Pero ¡qué hermoso conjunto!

Sobre todo después. El pensamiento de María deteníase poco en el recuerdo de la primera parte del baile. En el de la segunda era en el que se mezclaba su imaginación con una tenacidad desesperante para la pobre niña. Recordaba, y se estremecía al recordarlos, aquellos palcos que había visto desde su butaca, atestados de hombres y mujeres, alegres, radiantes, en plena orgía; parecíale aún aspirar aquel olor que dominaba en todas partes, olor especial, excitante, mezcla de mil esencias y de sudor; creía ver aquella atmósfera cargada de un polvillo que flotaba alrededor de las luces, como una niebla muy tenue. Recordaba, en fin, aquellos cientos de parejas que llenaban la sala, sin antifaz ya las mujeres, sudorosas, encendidas, á ratos jadeantes, dejándose arrastrar en brazos de aquellos hombres locos, que marchaban arremolinados con rapidez creciente, tropezando unos contra otros, atropellándose, gritando, riendo á carcajadas... Aquello, aquello era lo que quitaba el sueño á María, el recuerdo de aquellas parejas que había visto pasar una y mil veces, estrechándose, juntas las caras, brillantes los ojos, secos y entreabiertos los labios. Sentíase seducida por aquel delirio, por aquella locura, por aquel vértigo de vicio. Y luchaba. Luchaba por desprenderse de aquellos deseos, por desechar aquellos pensamientos; pero fatalmente se veía dominada por ellos y hacia ellos atraída. Sentía una especie de nostalgia invencible de aquella vida de orgía con que hasta entonces ni había soñado. ¡Qué lejos estaba ella de figurarse la noche antes, cuando subía del brazo de su madre por la escalera central del Liceo, todo lo que había de ver luego, y todo lo que había de hacerla sentir lo que viera! ¡Qué hermoso aquel sueño de inocencia en que se hallaba sumida al entrar al teatro, y qué despertar más peligroso el que luego tenía!

Y establecía comparaciones, y veía esos peligros y la horrorizaban; pero ¡imposible, imposible! ¡Cuánta alegría en aquella sala del Liceo, en aquel torbellino que pasaba y volvía á pasar al compás de un rigodón, confundidos hombres y mujeres, resaltando el negro de los fracs de entre el blanco y el rojo y el azul de las mantillas, de los pañuelos de Manila y de los capuchones!..

Por fin María, ya muy entrada la mañana, sintióse dominada por el sueño, y poco á poco se fué serenando su espíritu, hasta que, con los brazos descubiertos y las manos debajo de la cabeza para aislarla del calor de la almohada, se quedó profundamente dormida.

* * *

María no podía explicarse lo ocurrido. ¿Cómo ella había accedido á separarse de su madre? ¿Cómo su madre la había dejado separarse? Y menos para ir á uno de aquellos palcos llenos de mujeres sin pudor y de hombres borrachos. Pero era indudable, allí estaba ella, María. Dos muchachas le decían que eran amigas suyas, que ellas habían ido á buscarla donde estaba. Pero ¿qué amistad era aquella, si las veía entonces por primera vez en su vida? Era para volverse loca. Y aquellos hombres, ¿quiénes eran? Unos hombres que la tuteaban, y la mandaban beber y le decían que era muy hermosa. Y ella bebía, y se sonreía escuchando las palabras de aquellos hombres. Y se admiraba más y más de verse allí, y pensaba que no debiera estar en aquel sitio, pero le agradaba estar. Y poco á poco iba alegrándose, y empezaba á tratar á todos con la misma confianza con que la trataban, y hablaba á grandes voces, y cantaba como las demás mujeres que estaban con ella, y saludaba á las de los palcos inmediatos sin conocerlas, y bailaba allí, en el palco, con cualquiera de aquellos hombres... Pero ¿cómo podía ser todo aquello? ¿Y su madre? ¿Dónde estaba su madre?..

Pues aquella, aquella debía ser su madre, una vieja que decían que andaba abajo loca, desolada, buscando á su hija que se había perdido. Aquella, aquella era sin duda. ¿Pero cómo no iba á reunirse con ella? ¿Por qué no salía de aquel palco y bajaba don de su madre? Imposible. Conocía que debía hacerlo, sentía deseos de hacerlo, pero una fuerza invisible la retenía allí. Y seguía bailando y bebiendo, sintiendo un placer inmenso, profundo, á la vez que una remota compasión hacia la vieja...

Perfectamente. Con aquel capuchón que la ofrecían sus compañeras de palco podría bajar á la sala. Pero necesitaba además un antifaz, por si se encontraba con su madre...

Pero ella, María, ¿huía de su madre?.. Huía, huía. No comprendía cómo podía ser eso, pero huía. Primero á bailar, á bailar abajo, en la sala, con un hombre que la llevara rápidamente entre sus brazos, al compás de aquella música enloquecedora, como

RETRATO DE MISS S. W. PINTADO POR GREIFFENHAGET

llevaban los demás á sus parejas. ¡Aquello, aquello era vivir, aquello era gozar!.. Luego buscaría á su madre...

¿Pero á su madre la habían echado del teatro por loca, porque gritaba diciendo que le habían robado su hija? ¿Era eso verdad?.. ¡Y ella lo oía impasible, y aun se alegraba porque podría bailar sin antifaz – sin aquel antifaz que la asfixiaba, – puesto que ya su madre no estaba allí!

cierto algo de aquel sueño, de aquel sueño que la horrorizaba, pero gracias al cual acababa de desechar en un instante todos los deseos que el recuerdo del baile le inspirara horas antes. Pudo ese recuerdo, hermoseado por su excitada fantasía de niña, hacerle sentir aquellos deseos mortales; pudo sugestionarla un momento; pero lo que despierta no viera, dominada por una excitación nerviosa que rayaba en locura, lo vió dormida: vió las consecuencias naturales,



GUERRA ANGLO-BOER. – INTERIOR DEL FUERTE DE JOHANNESBURGO CON EL CAÑÓN DE 23 CENTÍMETROS DE TIRO RÁPIDO INSTALADO EN EL BALUARTE QUE DOMINA EL CAMINO DE PRETORIA. (Reproducción autorizada)



Artillería pasando un vado — Preparados para el ataque — Esperando a los boers

GUERRA ANGLO-BOER. – EN LOS ALREDEDORES DEL CAMPAMENTO DE FRERE (de fotografías de D. Barnett)

¡Pero qué hermoso era aquello! ¡Correr de un extremo á otro de la sala, y luego cogerse de las manos muchas parejas, formar un círculo inmenso, y dar vueltas vertiginosamente bajo aquellas mil luces que el mareo aumentaba por momentos, entre aquella atmósfera caliente, sobre aquel suelo que crujía produciendo un rumor de tempestad, al compás de aquella música que hacía sentir locas alegrías!..

¿Al palco otra vez? ¿Tan pronto?.. Bueno, pues al palco... ¡Pero qué obscura era aquella escalera por donde subían; no habían bajado por allí!..

. . . .

«¡Socorro!,» gritó María despertando sobresaltada é incorporándose en la cama.

Luego se vistió apresuradamente y salió de la habitación en busca de su madre. Aún temía que fuera fatales, de entregarse á ellos; vió á su madre abandonada; vióse deshonrada, perdida ella; y al despertar, la lucha había terminado.

Y no penséis que vuelva María á otro baile de máscaras, que ha adivinado, á través de la alegría de aquel en que estuvo, un mundo de dolores y un mar de lágrimas para las niñas que van por las Ramblas haciendo creer que hay ángeles en la tierra...

DELFÍN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Han comenzado en el Tugela las operaciones del ejército de Buller, cuyo objetivo es la liberación de Ladysmith. Iniciólas el día 16 el general Lyttleton atravesando el mencionado río y apoderándose de una serie de alturas; continuaron el 17 cruzando el Tugela una batería de obuses y la división del general Warren, que utilizó para ello un puente de barcas construído por los ingenieros militares, y prosiguieron con el avance de la brigada Dundonald, que después de un ligero combate ocupó algunas colinas. Los boers apenas opusieron resistencia á estos movimientos. El día 22 trabóse el primer combate serio que sostuvo el general Clery y que duró desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche: las pérdidas de los ingleses fueron de 290 heridos, entre ellos 11 oficiales, sin que hasta ahora se haya dado á conocer el número de muertos. La batalla continuó el día 21, en que el general Warren pudo avanzar cosa de dos millas, teniendo un oficial y cinco soldados muertos, tres oficiales y 75 soldados heridos y ocho desaparecidos. El movimiento de avance ha proseguido en los días sucesivos, habiéndose apoderado últimamente los ingleses de la importante posición de Spionskop. Los boers se defienden valerosamente, y es de suponer que las bajas de sus enemigos deben de haber sido muy numerosas. A pesar de estas innegables ventajas conseguidas por las fuerzas del general Buller, quédanles á éstas todavía grandes dificultades que vencer antes de lograr su propósito de entrar en Ladysmith, pues el campo de operaciones es sumamente escabroso, y los boers, que han tenido tiempo sobrado para fortificarse á su placer, no dejarán de aprovecharse de las ventajas que les ofrece la lucha en un terreno de tales condiciones.

De otros puntos del teatro de la guerra sábese únicamente que los generales Gatacre y Methuen continúan en situación difícil y que los boers prosiguen con gran vigor el bombardeo de Kimberley.

Inglaterra está movilizando la 8.ª división, que se compondrá de dos brigadas de cuatro regimientos cada una y de tres hospitales con dos compañías de enfermeros. Y es probable que no sean estas las últimas tropas que haya de enviar al Africa



GUERRA ANGLO-BOER. – Paso del cuerpo de voluntarios recientemente organizado en Londres por el puente de Westminster y por delante del Palacio del Parlamento, dibujo de Allan Stewart. (Reproducción autorizada)



GUERRA ANGLO-BOER. – Entierro del general Wauchope, jefe de la brigada de highlanders muerto en la batalla de Magersfontein, dibujo de R. Catón Woodwille. (Reproducción autorizada)



LAS PRIMERAS PENAS, cuadro de la Srta. Ludovica Thornam



FLORES DE MANZANO, cuadro de Conrado Kiesel

del Sur, puesto que el general Roberts tiene pedidos considerables refuerzos. Según noticias autorizadas, la guerra les cuesta actualmente á los ingleses once millones de francos diarios

En Londres se ha constituído un comité presidido por Mr. Courtner, miembro de la Cámara de los Comunes, del que forman parte el ilustre Herbert Spencer y otras personalidades importantes y que se propone trabajar para que se ponga cuanto antes fin al actual conflicto: con este objeto publicará informaciones exactas acerca de la verdadera situación del Africa del Sur é insistirá acerca de la importancia de una conciliación entre las razas inglesa y holandesa.

Inglaterra ha cedido al fin en la cuestión de la captura del buque alemán *Bundesrath*, devolviendo éste, prometiendo pagar la debida indemnización y obligándose á evitar en lo sucesivo semejantes causas de conflicto.

D. Manuel Aranda y Sanjuán. – Escribimos estas líneas bajo la impresión de la honda pena que ha dejado en nosotros la muerte del que durante tantos años fué nuestro querido compañero; así es que no vamos á trazar la biografía del que fué redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, sino simplemente á dedicar un recuerdo al amigo del alma, recuerdo que difícilmente podrá expresar todo el cariño que por él sentimos cuantos con su amistad nos honrábamos. Dotado de una ilustración poco común, escritor castizo, trabajador infatigable y modesto como pocos, fué Aranda un obrero de la inteligencia modelo, que compartía su tiempo entre las labores literarias y su cargo en el cuerpo de Telégrafos, en el que había alcanzado la categoría de Director de segunda, conquistándose en todos los puestos las simpatías de sus jefes y el más afectuoso respeto de sus subordinados. De pocos hombres puede decirse con tanta razón como de él que tenía un corazón de oro: afable con todos, bondadoso en extremo, llevaba su bondad hasta el punto de no concebir la maldad en nadie, y tenía verdaderos tesoros de ternura para su familia, á la que idolatraba, y para sus amigos, á los cuales se entregaba en cuerpo y alma y para quienes no le dolía ningún sacrificio. La muerte de su esposa, acaecida hace dos años, fué para él un golpe terrible y la de una de sus hijas, ocurrida hace algunos meses, acabó de quebrantar aquella naturaleza que todo pudo resistirlo menos las heridas por tales desgracias á su corazón causadas. Los que á diario le veíamos, presentimos desde entonces



D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN, redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fallecido en Barcelona el día 19 de enero de 1900.

que no tardaría en reunirse con aquellos seres queridos, y por desgracia la realidad ha venido á confirmar nuestros presentimientos.

Cerca de treinta años hacía que Aranda entró en la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y desde la fundación de ésta formó parte de su redacción, aportando al periódico y á muchas de las obras por la casa publicadas el caudal de sus conocimientos no comunes y una actividad y laboriosidad á prueba de los mayores esfuerzos.

Aranda ha muerto á los cincuenta y nueve años de edad; había nacido en Sevilla, pero desde muy joven residía en Barcelona. Su vida ha sido una vida consagrada el trabajo; su muerte, la muerte del justo que sólo deja detrás de sí lágrimas de afecto, recuerdos de bondades inagotables.

La casa MONTANER Y SIMÓN y la redacción de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que guardarán de Aranda imperecedera memoria, asócianse de todo corazón al dolor que embarga á la familia del amigo inolvidable y dedican á éste, con las presentes líneas, un modesto, pero sentido testimonio del cariño que le profesaron.

Belleza y arte, cuadro de Francisco Masriera (Salón Robira, Fernando VII, 59). – Esta nueva obra es digna compañera de las que han reportado al artista catalán merecidos aplausos y constituye un nuevo timbre de su valía, ya que en su ejecutoria artística se halla plenamente acreditado su especial conocimiento de la técnica y exquisito gusto. En el cuadro á que nos referimos, como en todos los que produce, obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista y á su maestría en la ejecución.

Carlos Millocker. – El celebrado compositor recientemente fallecido en Baden, villa situada en las cercanías de la capital de Austria, había nacido en Viena en 29 de mayo de



El celebrado compositor austriaco CARLOS MILLOCKER, recientemente fallecido

1842 y se había educado en el Conservatorio de aquella ciudad. A los veintidós años dirigió la orquesta de un teatro de Gratz y estrenó dos operetas en un acto, y dos años después pasó al teatro de la Armonía, de Viena, en donde estrenó otra obra en un acto con éxito lisonjero. Al año siguiente se encargó de la dirección de la orquesta del teatro Alemán de Praga y puso en escena su primera obra en tres actos *Isla de mujeres*, que obtuvo gran aplauso. Desde allí pasó á Viena, y al frente de uno de los principales teatros de aquella capital pudo desarrollar ampliamente sus talentos de director y compositor, escribiendo durante los catorce años en que ocupó aquel puesto un sinnúmero de operetas y setenta partituras para bailes y pantomimas, que fueron otros tantos grandes éxitos. En los últimos tiempos de su vida estuvo muy enfermo, lo cual no le impidió seguir componiendo. Como Juan Strauss, gozó de mucha popularidad, no sólo en Viena, sino en todo el mundo, y sus inspiradas melodías han hecho las delicias de los más diversos públicos. Sus principales obras son: *Una aventura en Viena*, *La música del diablo*, *La condesa Dubarry*, *La doncella de Belleville*, *El estudiante mendicante*, *El cura castrense*, *El vicealmirante*, *Los siete suabios*, *El pobre Jonathán* y *El beso de prueba*, y además una opereta póstuma, *La estrella del Norte*.

Retrato de miss S. W., pintado por Mauricio Greiffenhagen. – Hablando de esta obra que figuró en una importante exposición celebrada el año último en Londres, escribía un célebre crítico inglés en la notabilísima revista *The Studio*: «El retrato de Miss S. W., pintado por Mauricio Greiffenhagen, es indudablemente uno de los mejores que en la exposición figuran.» Con decir esto y con añadir que al mencionado certamen acudieron los pintores de distintas naciones, cuyas firmas se consideran como indiscutibles, queda hecha la mejor alabanza del lienzo que reproducimos. Y á poco que se mire éste, se comprenderá que el elogio del referido crítico no es exagerado.

Las primeras penas, cuadro de la Srta. Ludovica Thornam. – Es afirmación corriente la de que la infancia constituye la edad verdaderamente dichosa. No pretendemos oponernos en absoluto á los que tal afirman; pero sí hemos de decir, parodiando los versos de una conocida zarzuela, que «también la gente menuda tiene su corazoncito;» y como en este mundo todo es relativo, aunque las penas de los niños son pequeñas, comparadas con las que han de sufrir cuando sean hombres ó mujeres, debe tenerse en cuenta también que su resistencia para soportarlas es sumamente débil y por ende que han de sentirlas con mayor intensidad que las sentirían las personas mayores. Sugiérenos estas reflexiones el bellísimo cuadro de la pintora danesa Ludovica Thornam, que reproducimos y cuyas excelencias técnicas no es preciso señalar porque á la vista saltan: ¿no es verdad que la figura de esa pobre niña á quien su madre enseña el alfabeto, inspira verdadera compasión?, ¿no es verdad que la expresión de aquel rostro monísimo infunde tristeza?, ¿no es verdad que aquellos ojos de mirar melancólico por donde no tardarán en asomar las lágrimas á poco que se prolongue aquella situación embarazosa, reflejan una pena hondísima? Pues si todo esto es cierto, convengamos en que los disgustos de la niñez no son para los niños cosa tan insignificante como generalmente se supone, y en que muchas veces obscurecen el cielo de la infancia nubecillas, ligeras para nosotros, pero que para los pequeñuelos adquieren las proporciones de nubarrones densos

Flores de manzano, cuadro de Conrado Kiesel. – El autor de este cuadro es considerado como uno de los primeros pintores alemanes: sus obras, sólidamente compuestas, tienen, aparte de esta solidez, una gracia y una elegancia que seducen; las figuras que su pincel traza son encantadoras y los accesorios de que las rodea contribuyen poderosamente por su armónica disposición á aumentar el efecto que aquéllas causan. Todas estas cualidades se observan en *Flores de manzano*, composición acabada bajo todos conceptos, así desde el punto de vista del pensamiento delicado que la informa, como por la perfecta ejecución de la hermosa muchacha y de las delicadas flores que sirven de adorno á su busto espléndido.

Al aire libre, cuadro de Antonio Utrillo (Salón Robira, Fernando VII, 59). – Tan laborioso como discreto, ha podido Antonio Utrillo, robustecidas sus aptitudes por ambas cualidades, realizar señalados progresos, rehuyendo siempre emplear efectismos ni dejarse arrastrar por la exageración. De ahí que desde que hace algunos años exhibió su primer cuadro *Lujo y miseria*, sentida composición en la que el artista reveló su temperamento, cada una de sus obras revela un progreso, señala un sensible adelanto. Varias veces, no cuantas deseáramos, nos ha cabido la satisfacción de reproducir en esta Revista alguna de sus producciones, y aunque de diverso género la que hoy damos á conocer á nuestros lectores, hemos de consignar que es digna del buen nombre del artista, que se ha preocupado, al ejecutarla, de vencer dificultades de tonalidad que justifican el buen concepto que merece.

Bernardo Quaritch. – El «Napoleón de los anticuarios,» como se llamaba á Bernardo Quaritch, había nacido en Morbis (Prusia): muerto su padre, oficial del ejército prusiano, que falleció sin dejar á su familia bienes de fortuna, Bernardo pasó una juventud llena de privaciones, y después de haber hecho su aprendizaje de librero en Nordhausen, fuése á Berlín primero y luego, en 1842, á Londres. A pesar de sus grandes conocimientos en librería, no pudo conseguir allí una posición segura, por lo que quiso en 1845 probar fortuna en París; pero tampoco le favoreció la suerte en Francia, regresando dos años después á la capital de Inglaterra, en donde al fin sus talentos fueron debidamente apreciados por Bohn, el más importante librero y editor inglés de aquel entonces. Algún tiempo después, Quaritch abrió en un callejón de Londres una librería de antigüedades, y su especial habilidad para descubrir libros y manuscritos valiosos despertó desde luego la admiración de los bibliófilos de todos los países. Espíritu atrevido y emprendedor, fué el primero que se aventuró á pagar 15.000 pesetas por un libro, una Biblia de Mazarino, del cual se ha vendido recientemente un ejemplar por 105.000 pesetas. Doce años después de haberse establecido por su cuenta, abrió en Picadilly la famosa librería que ha sido desde entonces el lugar de peregrinación de los más ricos aficionados á joyas bibliográficas. Para dar idea de la importancia de sus negocios, bastará decir que entre sus compras figuran las de la biblioteca Didot de París y de la biblioteca Blenheim, por las cuales pagó 310.500 pesetas y tres millones de reales respectivamente. El libro más caro que adquirió fué el Salterio impreso por Fust,



BERNARDO QUARITCH, anticuario y librero londinense recientemente fallecido

por el cual satisfizo 122.500 pesetas. Más que el afán del lucro movíale su pasión de bibliófilo, y así pudo decir en su último gran catálogo, que comprende ocho tomos: «He puesto mi capital á muy mal rédito.»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 181, POR J. DRTINA

NEGRAS (4 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 180, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C 7 A D	1. A 5 A D jaque (*)
2. D 6 R	2. A toma D jaque ú otra.
3. C ó D mate.	

(*) Si 1. R 4 A; 2. C 6 T D jaque, y 3. D ó A mate; – 1. A toma A; 2. D 6 R, y 3. D ó C mate; – 1. A toma C; 2. D toma A, y 3. D mate. La amenaza es 2. C 6 R mate.

NOTA. – Inauguramos hoy una nueva serie de problemas que comprenderá las mejores obras compuestas por los autores extranjeros que más se han distinguido en esta rama del ajedrez.

Para indicar las soluciones usaremos en lo sucesivo la notación adoptada en Alemania y otras naciones, por su mayor sencillez respecto á la que hemos empleado hasta ahora.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así fué que la camarera tuvo una gran satisfacción cuando al ir aquella mañana al mercado se arregló de modo que encontró por el camino á Mad. Le Clercq, la cual volvía de misa, acompañada de la viuda. La anciana señora, muy sorprendida y sin sospechar lo que pasaba, la detuvo con una seña. Estela se acercó, y Mad. Le Clercq, considerándola como si fuera criada suya, le dijo:

– ¿Adónde va usted?

– Al mercado, señora.

– ¿A qué? ¿Qué significan esas provisiones de frutas y verduras?

– Los señores se proponen almorzar hoy en su cuarto.

El tono de la criada era muy correcto, pero era imposible no notar su satisfacción interior y la mirada escudriñadora que fijó en la anciana señora. Comprendía sin duda que aquel era el primer síntoma de rebelión y aguardaba el grito de protesta de la autoridad desconocida. Madame Le Clercq hizo un esfuerzo, logró reprimirse y se alejó con su amiga sin decir una palabra. La viuda dejó transcurrir unos minutos y luego dijo con acento resignado:

– Estoy á usted sumamente agradecida por su hospitalidad; pero creo que ya ha durado bastante, y sería indiscreta permaneciendo más tiempo en su casa.

Mad. Le Clercq fijó en ella una mirada de enojo.

– ¿Y qué la hace á usted suponer eso?

– Señora..., la actitud de los hijos de usted. No soy santa de la devoción de Mad. Roberto, lo cual es muy natural. Es joven, le gusta la alegría, y yo soy para ella un aguafiestas. Mis crespones de luto, mi pena, mi triste situación le amargan la vida.

Con solapada intención, haciendo caso omiso de Roberto, aludía la viuda únicamente á María Magdalena.

- Esa determinación de almorzar en su cuarto me parece consecuencia de la conversación que tuvimos ayer, de esos ofrecimientos demasiado amablemente obstinados de miss Hartley, tan calurosamente apoyados por Mad. Roberto. No cabe duda de que esa inglesa debe querer mucho á su amiga, porque aboga por sus intereses con gran empeño.

– ¿Cree usted que es miss Hartley?

– No me permito creerlo; lo presumo. Ayer estaban de acuerdo para hacerme salir de aquí; hoy todavía lo están.

Era inútil excitar á Mad. Le Clercq á la cólera; jamás había experimentado semejante sentimiento de amargura. Aquel acto de independencia, unido á los rozamientos que ocurrían hacía algún tiempo, á la hostilidad que había observado contra Mad. Charmón, á la mala voluntad de María Magdalena, á su intervención la víspera y sobre todo á la audacia de haber reído, cantado, tocado el piano y el violín y valsado toda la velada, tomaba aspecto de rebelión. ¡Cómo! Aquella mujer de apariencia risueña y dulce, ¿llegaría á arrastrar á Roberto á hacer semejantes declaraciones de guerra? ¿Y ahora su hijo se apartaba de ella? ¿Iban á olvidar los ingratos todo cuanto había hecho por ellos? ¿Su fortuna, su casa, sus criados, sus carruajes, todo aquel lujo de que disfrutaban y que era el suyo?..

No conviene tener siempre presente en la imaginación el bien que se hace, porque se convierte en una idea fija que adquiere proporciones anormales, y se llega á exagerar la propia generosidad y el agradecimiento debido.

– Esa criada, repuso suavemente la viuda, tiene un aire desagradable. La miraba á usted con una impertinencia..., para adivinar sin duda lo que pensaba usted.

Sí. Todavía la agravación de saber por un criado aquel proceder. En lugar de avisarla de buen modo, se obraba con inconveniencia; se la exponía á la humillación de que se burlara de ella una criada.

Por efecto de su enojo, apretaba el paso, impaciente por llegar á su casa, no sabiendo aún si guardaría un silencio digno ó si recordaría á sus hijos sus deberes.

– Lo mejor que puedo hacer, dijo Mad. Charmón como si no echara de ver aquel estado moral, es aceptar la proposición de miss Hartley.



Maud preparaba una mesa elegante

Este nombre llevó al colmo la indignación de madame Le Clercq, la cual contestó con agrio acento:

– Lo mejor que puede usted hacer es continuar como está; no necesita usted aceptar ofrecimientos que la desagradan, según dijo usted ayer. Supongo que admitirá usted que debo ser la dueña de mi casa. Esas indocilidades de chiquilla no me harán ceder ninguno de mis derechos, y el más innegable es el de recibir en mi casa á quien me plazca; usted permanecerá en ella todo el tiempo que guste. Le confieso que me contrariaría el que usted se fuera. El carácter de usted me inspira mucha simpatía.

La viuda se quedó muy satisfecha. Hizo una alusión á los servicios que podría prestar á su amiga en un proyecto de que le había hablado muchas veces, aunque sin gran resultado, pero del que entonces hizo más caso. Fundándose en la notoria generosidad de Mad. Le Clercq, una señora inglesa, presidenta de la Asociación internacional del trabajo de las mujeres, le proponía que fundase en Francia una sucursal de aquella asociación, de la que sería presidenta.

Era una empresa gigantesca; se deseaba fundar en las principales ciudades á modo de unos refugios para las jóvenes pobres. Este pensamiento filantrópico debía gustar á Mad. Le Clercq: Mad. Charmón se ofrecía á ir á Inglaterra á entenderse con la presidenta, y estudiar el funcionamiento de la asociación, sus resultados, sus medios de acción.

Si Lucy Hartley la hubiera oído exponer elocuentemente estos proyectos, habría comprendido en seguida por qué rechazaba aquella mujer el empleo cansado y enojoso que se le proponía; no la habría tachado de indolencia y de nulidad; habría observado en ella una imaginación muy despejada, y que se había trazado un plan para vivir al abrigo de la necesidad con todas las consideraciones sociales.

¿Hay, en efecto, medio de existencia más fecundo, menos ingrato, que el oficio de Dama caritativa, fundadora de asociaciones benéficas? Mad. Charmón conocía más de una celebridad de la caridad que, merced al arte de excitar la compasión de las buenas almas, vivía desahogadamente. Prefería esta carrera á la de la enseñanza. Si la asociación no tenía buen éxito, siempre sabría hacerse indispensable á aquella anciana y rica señora, atraerle tal cúmulo de asuntos, de correspondencia, de viajes, de responsabilidades, que necesitaría una colaboradora, ya designada de antemano. El objeto era menos difícil de alcanzar de lo que parecía. Era preferible que los hijos de madame Le Clercq fuesen rebeldes á su admisión en la casa, era preferible una riña. Así dominaría más fácilmente, en virtud de la vanidad herida, á una mujer aislada y sola, que á una madre que viviera en la intimidad de la familia.

Al atravesar el vestíbulo, Mad. Le Clercq vió á su hijo. En lugar de aguardar su saludo como de costumbre, abrió vivamente la puerta del salón, por el cual desapareció dando un portazo que produjo un ruido seco, desagradable, como una réplica acerba.

Roberto iba á avisar á su madre que aquel día almorzarían en su cuarto. Era la primera vez que podía tener este gusto, demostrar su voluntad, estar solo con su mujer, en su comedor, servidos por su criada, en su propia vajilla. Era este un ensayo de independencia que los divertía á los dos y les agradaba casi tanto como verse libres de la lamentable cara de madame Charmón.

Roberto, sorprendido de la actitud de su madre y no pudiendo adivinar la causa, entró detrás de ella en el salón. Se estaba quitando los guantes con agitación. Al verle, Mad. Charmón saludó y se marchó.

– ¿Deseas hablarme?, preguntó Mad. Le Clercq abreviando el saludo afectuoso de su hijo.

- Sí, quería avisarla que hoy no almorzaremos con usted.

Roberto dijo esta cosa enorme tranquilamente, sin sospechar la importancia que la daba su madre, la cual replicó con tono agresivo:

– ¿Nada más que hoy?

El joven conoció que estaba enojada, y la miró sorprendido.

– ¿Supongo que esto no puede desagradarla á usted?

– Nada de eso, replicó Mad. Le Clercq con la misma voz sarcástica. Y si á tu mujer le gusta proseguir sus ensayos culinarios, puede hacerlo.

Roberto tenía la propiedad de erguirse cuando se usaba con él un tono que le desagradaba.

– ¿Si le gusta á mi mujer? ¿Por qué dice usted eso? No es ella la que ha deseado quedarse en nuestra habitación, sino yo.

– ¿Y puedo saber por qué?

– ¡Oh!, replicó Roberto con tono cada vez más serio: hay muchos motivos. El enojo de usted me prueba que los ha comprendido. Permítame usted solamente que le asegure que no hemos tenido la intención de disgustarla.

– No. Lo que habéis querido es darme una lección.

– No lo permita Dios. Puesto que interpreta usted mal las razones que tengo para obrar así..., digo las razones *que tengo,* puesto que María Magdalena no entra para nada en el asunto..., se las diré. Usted tiene el derecho de dar asilo en su casa á las personas de su agrado; pero si estas personas no me gustan á mí, creo que me concederá usted el derecho de retirarme hasta que hayan cambiado de asilo.

– ¡Me lo figuraba!, exclamó Mad. Le Clercq. Me dais á escoger entre vosotros ó ella; es decir, la pretensión de hacerme ceder.

– Se equivoca usted, madre.

– Demasiado sabes que no. ¿No vi ayer la tendencia de las proposiciones de miss Hartley? Entre las dos jóvenes había una confabulación.

Roberto no protestó contra esta acusación.

– No apruebo lo hecho por miss Hartley, prosiguió Mad. Le Clercq con vehemencia; ayer no tuvo tacto; no debe inmiscuirse en asuntos íntimos que nada tienen que ver con ella.

– Pues precisamente ese es el otro motivo por el que prefiero quedarme en mi habitación, dijo Roberto con tono más sosegado. A usted no le es simpática miss Hartley, y yo no quiero imponerla su presencia. Creo que después de la escena de ayer le habría sido penoso sentarse á la mesa de usted.

– Creo que mi hijo me da lecciones de urbanidad.

– No. Le explico á usted lealmente mi estado de

ánimo. A miss Hartley se le da hospitalidad en mi habitación; por consiguiente, si puedo, debo evitarle todo incidente desagradable.

– Sin embargo, me parece que he disimulado la contrariedad que me causaba, y no recuerdo haberle contestado nada.

– Le ha contestado usted... amonestando á María Magdalena con bastante acritud.

– ¡Ah! Esa es la verdadera razón del golpe de Estado que hoy se da. Yo creía que una mujer de la edad de María Magdalena puede aceptar una observación de la madre de su marido, una reprimenda si quieres, conforme; demasiadas pruebas le he dado de mi cariño, de todos los modos posibles para tener sobre ella los derechos que hubiera tenido su madre.

Roberto, contrariado, murmuró.

– Hablamos demasiado de derechos...

Nunca había visto á Mad. Le Clercq en tal estado; siempre le había parecido la razón misma, equitativa, dulce y sumamente buena. ¿De dónde procedía hoy aquella viva irritación? De causas tan nimias que no podía presumirlas. ¿Qué tenía contra María Magdalena? ¿Por qué aquella actitud de disgusto á causa de la resolución tan natural de disfrutar un poco de su hogar doméstico?

Se quedó un rato pensativo, viendo á su madre ir y venir por el cuarto con una expresión firme y dura que no conocía en ella. La alusión que acababa de hacer á su cariño á María Mad, á todas las pruebas que de él le había dado, le había zaherido. Aquel recuerdo indiscreto de los beneficios recibidos era humillante. Después de un rato de silencio, se volvió para salir. Mad. Le Clercq, por su parte, después de haber exhalado la primera indignación y de dejar ver hasta qué grado se la había ofendido, se iba calmando. La rigidez de su hijo contribuía á esta mudanza. Conocía el imperio que ejercía sobre él; pero también conocía aquel caracter leal y firme. Si llegaba á suponer que se excedía en sus derechos, si creía deducir que se proponía anular su voluntad y la de Maud, todo habría concluído. Se retiraría, sin calcular las desventajas que de ello podrían resultar. Madame Le Clercq tuvo miedo de que esto sucediera. Le quería, pero estaba celosa de su ascendiente. Comprendió que aquella cólera no daría de sí nada bueno, que la disponía mal, porque él la juzgaba injustificada. Por una diplomacia femenina casi involuntaria, adoptó el tono que debía poner las cosas en su lugar, y con voz más suave dijo:

– Hijo mío, estoy segura de que comprenderás el disgusto que he tenido al saber por una criada impertinente vuestra resolución de apartaros de mí.

– ¿Por una criada?

– Sí, Estela, una muchacha descarada que hace poco me lo ha dicho con un tono que me hizo suponer que queríais disgustarme. A mi edad cuesta trabajo renunciar á las costumbres adquiridas. Yo había esperado que viviríais siempre conmigo. Quiero á María Magdalena: es una joven encantadora, y si entre nosotros no se metieran personas necias, no habría sucedido nada de esto.

Roberto, cuyo corazón era fácil de conmover y que profesaba á su madre un cariño profundo, se estremeció al oirla hablar de aquel modo. No vió en toda aquella irritabilidad más que la explosión de dolor de una anciana que teme encontrarse aislada y en vísperas de que la abandonaran sus hijos.

– ¿Cómo ha podido usted suponer que quisiéramos apesadumbrarla? Dice usted que había esperado que viviéramos siempre juntos. Pero si ese es nuestro deseo. ¿Qué haríamos sin usted? La queremos demasiado para abandonarla. Y digo la *queremos*. María Magdalena jamás ha pronunciado una palabra que no expresara toda su gratitud. No ha hecho la menor alusión á lo que le dijo usted ayer. Miss Hartley es demasiado inteligente para querer producir rencillas entre la familia. Mad. Charmón..., ¡oh!, le aseguro á usted que Mad. Charmón no me gusta. No la creo franca ni buena; su aire triste me parece afectado... Pero á usted le gusta, conforme. Es justo que no se preocupe usted de mis preferencias.

Satisfecha de haber recobrado toda su influencia sobre su hijo, Mad. Le Clercq le sonrió, y con esa facilidad de concesión que se tiene en los momentos de enternecimiento, le dijo:

– No es indispensable que la tenga en casa para demostrarle todo mi interés... Puesto que os molesta, llevaré á cabo un proyecto de que no ha mucho me hablaba. Es un viaje para adquirir ciertos informes, todo un negocio que no te interesaría y del que te hablaré más adelante.

Conmovido del sacrificio espontáneo que le hacía su madre, Roberto la abrazó y le dijo sonriendo:

– Mamá, ¿quiere usted convidarnos á comer esta tarde?

– ¡Pues no! ¿Y por qué no á almorzar?

– Porque María Magdalena está en este momento sumamente atareada organizando ese famoso almuerzo. Es muy divertido verla ir y venir, dar órdenes, vigilar las cacerolas; está monísima con su delantal blanco que le da un aire de pequeña ama de casa. Tendría un verdadero disgusto si no hiciéramos honor á su banquete.

– También me gustaría juzgar de las aptitudes culinarias de tu mujer, dijo alegremente Mad. Le Clercq. Y si se me convidara...

– Sí, sí, venga usted. Tendremos en mucho que usted nos acompañe. Será la primera vez que nos suceda esto. Voy á decir á Maud que tiene una convidada. ¡Qué contenta se pondrá!

Si se puso contenta, no se le conoció mucho. Un silencio absoluto acogió la noticia llevada por Roberto.

Maud, sumamente afanada, corría por su comedor, preparaba una mesa elegante, cristalería deslumbradora, una vajilla con sus iniciales, que iban á estrenar; servicio de plata nuevecito, demasiado, pues no se había usado nunca; escalfador, saleros, platos para encurtidos, de un brillo de níquel, que contrastaban con los cubiertos antiguos, regalados por el doctor de Bois Saint Marcel; piezas de plata viejas, de brillo amortiguado por esa incomparable patina que da el tiempo.

Miss Hartley colocaba en un jarro flores de malva, belloritas silvestres de ancha corola blanca, ramas de madreselva y hierbas finas que tan ricamente adornan con sus hojas y sus penachos las zanjas y los campos. Lucy pretendía que la sencilla naturaleza da una bofetada á toda la ciencia hortícola, pues sus malvas, sus belloritas y su madreselva son mil veces más artísticas que las más hermosas orquídeas.

– ¡Y menos presuntuosas! ¡Y menos raras! Esas flores de formas extrañas me agradan poco, me infunden desconfianza; me parecen fingidas, como artistas que desempeñan un papel, coquetas llenas de afeites, sin nada natural. Mire usted, Maud, qué curva tan bonita tienen estas margaritas; con qué gracia se inclinan sobre su tallo demasiado largo y qué suavemente las enlaza la flexible madreselva. La malva las mira con tonos blandos. Es como una mirada húmeda. En un ramo de flores campestres veo todo un poema delicado. Vuestras camelias, premiadas en la Exposición de horticultura, son prosaicas, ¡y qué prosa! Tienen el orgullo de los advenedizos: son financieros, barones Salomón, ricos, pero desconocedores de lo Bello.

Maud, á pesar de sus preocupaciones, se sonrió.

– Teorías son esas que encantarían á Renato Darlot; es como usted, algo loco.

– La verdad es que tiene algo de raro, dijo Roberto, á quien le gustaban las ideas de Lucy porque comprendía su originalidad sincera, sin la menor apariencia de pretensión. Sí, M. Darlot es un hombre raro, á veces hasta poco cortés; pero creo, miss Lucy, que participa de las opiniones de usted sobre las camelias. Ya sabe usted que mi madre tiene una hermosa colección de ellas; pues hace algunos días Darlot no quiso entrar en el invernáculo para verlas; y sin embargo, también hay dalias soberbias.

– ¡Horrible! *¡Most horrible!*, exclamó Lucy con cómica indignación. La dalia no es una flor; es una bola erizada, hecha de tubitos de cinc. Es rígida, pesada, no tiene olor ni gracia; es una flor tonta como la vanidad, mejor dicho, no es una flor, sino la obra maestra del mal gusto de los horticultores. Convengo en que los colores son vistosos. En cuanto á las camelias, por hermosas que sean, siempre parecen flores de papel; se las figura uno bajo un fanal en el cuarto de un portero.

María Magdalena había ido á dar una mirada á la cocina, Roberto reía oyendo á miss Hartley.

– ¿Y de dónde ha sacado usted esas flores, las más bonitas de todas, que no deben nada al arte?

– He salido mientras todo el mundo dormía aún; yo madrugo mucho. A las cinco de la mañana es cuando más se disfruta de la belleza del campo. Me he metido por el primer sendero que he encontrado...

– ¿Sola?

– ¿Por qué no? Por el camino he encontrado á M. Darlot, el «eccentric-man» más agradable. Iba como yo á ver el despertar del campo. Es espectáculo precioso: las hojas llenas de rocío, las flores macilentas por el sueño de la noche, y los árboles y los horizontes rodeados aún de niebla. Me ha llevado á un sitio encantador: un retiro entre hayas junto á una charca de agua verde rodeada de berros silvestres; desde allí se ve toda una pradera, habitada por vacas rojizas que parecen pintadas por Troyon, y en primer término un pequeño campo de trigo. Nos hemos sentado en un vallado y nos hemos puesto á contemplar cómo se despertaba la campiña. Primeramente ha salido de él un bando de alondras tocando diana; después se han enderezado las espigas y sacudido las gotas de agua que las diamantaban; había también amapolas que abrían su corola y desarrugaban sus pétalos con extremada coquetería. Caballero, usted que se sonríe, ¿no ha presenciado usted nunca cómo sacude el sueño un campo de trigo y de amapolas? Pues le tengo á usted lástima. Todas las enojosas pequeñas miserias de la vida se nos presentan entonces tales como son: ¡bagatelas indignas de atención! Se comprende que la mayor dicha que pueda haber es procurar identificarse con la naturaleza, quererla, no ser más que una parte de ella misma. Le aseguro á usted que siento mucha amistad por las plantas y que me es penoso cortar una Sí, sí, es verdad. Aquí tiene usted un manojo. M. Darlot es quien las ha cogido; aunque sea bastante sensitivo, su dureza es mayor. A pesar de mis protestas, ha matado todas esas flores, tan contentas de vivir.

Mientras hablaba con ese acento musical un poco cantante propio de las inglesas, Lucy iba colocando de un modo artístico sus belloritas en un jarro de loza azul; componía su ramo como un pintor compone un cuadro. Y Roberto, interesado, entretenido con lo que decía, miraba sus largos y delgados dedos cómo encorvaban los tallos y arreglaban con inteligencia los pétalos.

Esta intimidad de conversación le agradaba. Suponía á miss Hartley muy inteligente y aparte del modelo común de las mujeres que visitaban á María Magdalena. La soltura y la sencillez de aquella joven le gustaban: le profesaba verdadera amistad.

Se le ocurrió que si Mad. Le Clercq oía tales conversaciones, como no las comprendería, tacharía á miss Hartley de loca ó de afectada.

– ¿Y qué opina usted de M. Darlot? Participa de su manera de ver en muchas cosas.

– Me gusta mucho, contestó la joven con sencilla franqueza. Es hombre de espíritu delicado, original. A lo que puedo juzgar, pues aún le conozco poco, debe ser bueno. Ese hombre no debe tener preocupaciones: debe dejarse vivir, sin pensar mucho en la vida material y práctica. En nuestro tiempo, es tan raro un desinterés verdadero, que lo admiro.

– Deben ustedes tener conversaciones interesantes. Por ejemplo, esta mañana, mientras presenciaban ustedes la salida del sol entre los trigos han debido cambiar impresiones y delicados entusiasmos.

Lucy meneó la cabeza.

– No hemos cambiado ni tres frases. Sentados en la valla, hemos permanecido silenciosos, porque no hay palabras que no parezcan huecas en ciertos momentos y nuestro amor al campo no es literatura. ¿Se le ocurriría á usted hablar mientras oyera la sinfonía pastoral? Esta mañana las alondras, las moscas, las hojas de los árboles, las espigas de trigo y las amapolas la han tocado para nosotros. Escuchábamos religiosamente; y he juzgado que M. Darlot tenía talento, puesto que no me ha dirigido la palabra: únicamente nos hemos hablado al separarnos: «¿Qué hermoso es esto, verdad? – me ha dicho. – Hay un rinconcito de verdura junto á un estanque, adonde la llevaré á usted y desde el cual se ven magníficas puestas de sol. Es un estanque de aguas verdes, lleno de iris y de nenúfares. En la orilla las ruinas de una vetusta casa solariega convertida en nido de buhos. Es un cuadro de la escuela romántica ó una balada de Víctor Hugo; está en la nota del arte de 1830.»

– Muy bien: de suerte que irán ustedes á buscar á orillas de ese estanque sensaciones raras y algún resfriado.

– ¡Oh, espíritu prosaico!, replicó miss Hartley riendo. Y para gozar verdaderamente de ese espectáculo debería vestirme de dama de aquel tiempo: mangas de jamón, zapatos con galgas, y un chal. Afectaría una gracia llena de abandono y languidez. En cuanto á M. Darlot, llevaría levita con cuello alto de terciopelo, corbatín de crin y tendría una expresión fatal.

Y como Roberto se reía al oir esta ocurrencia, añadió:

– ¿No ha observado usted cuánto influye el traje en las ideas? Si en un baile de máscaras se endosa usted el justillo de ballenas de un menino de Enrique II, ¿tendrá usted las mismas ideas que si se pusiera la chaquetilla bordada de un griego, ó la túnica de un rey mago, ó el gorro puntiagudo de un médico de Molière?

– Vamos, confiese usted que hay algo de diletantismo en sus admiraciones.

De veras que no, contestó Lucy.

Presentóse Mad. Le Clercq, acompañada de madame Charmón, á la que era imposible dejar sola. En seguida se hizo penosa la conversación.

María Magdalena se mostró muy amable: Roberto lo notó: conocía bastante á su mujer para sentir su desaliento, y á la verdad, participó de él. Aquel al-

muerzo íntimo hubiera podido ser muy agradable entre aquellos tres seres de carácter animado ú original, satisfechos de poder dejarse llevar de su alegría.

En lugar de este placer delicado, comenzó una sosa conversación sobre las diferentes asociaciones caritativas de la ciudad, sobre algunas personas conocidas, sobre el último sermón del padre X..., y sobre otros pocos asuntos, siempre los mismos, de los que se trataba todos los días en términos idénticos.

Lucy se aburría grandemente. Empezó ya á pensar que le era indispensable ir pronto á Tregastel con objeto de empezar los estudios preparatorios para su cuadro. Mad. Le Clercq recordó á María Magdalena que por la noche los esperaba en su habitación como de costumbre, y la joven le dió las gracias. Tenía el aspecto lastimero de un perrillo que ha roto su cadena, cree recobrar un poco de libertad, pero al que vuelven á llevar á su caseta con palabras poco amables y una cuerda al cuello.

Sin embargo, hacia el fin del almuerzo, la conversación, monótona hasta entonces, se fué animando. Madame Le Clercq afectó examinar detenidamente los cubiertos de plata antigua en donde estaba grabado el escudo de los Bois Saint-Marcel, rematado en una celada. María Magdalena pensó con inquietud si su suegra se llevaría los tenedores como se había llevado su caja de dulces. No, propuso un medio menos radical.

– Tengo algunas piezas de mi vajilla para que las componga mi platero de París, dijo. Podría enviar al mismo tiempo tus cubiertos, nena.

– ¿Para qué?

– Para que grabara en ellos tus iniciales en lugar de esas armas que no son las tuyas; es un trabajo fácil y que no estropeará los objetos.

Roberto consideraba esto con indiferencia; pero María Magdalena sintió una contrariedad tan viva que la hizo perder el color, y con tono que procuraba hacer tranquilo, contestó:

– No, señora, no borrarán ese escudo que es todavía el mío y que tengo empeño en conservar. Es un antiguo recuerdo de familia, y sentiría mucho que se le tocara.

– Pues me parece una vanidad un poco ridícula.

– Probablemente tendrá usted razón, pero le ruego que me perdone esta vanidad, por ridícula que sea.

María Magdalena hacía violentos esfuerzos para conservar un tono de cortés deferencia. Estaba exasperada.

Esto, unido al disgusto de no haber podido estar sola en su habitación con su marido y su amiga, de no haber podido, ni siquiera un día, librarse de la presencia de su suegra, era la última gota de amargura.

Roberto, observando que tomaba muy á pechos este incidente, insignificante á sus ojos, dijo:

– Sería cometer una falta de consideración con el doctor, que ha dado estos cubiertos á María Magdalena, el modificarlos de cualquier modo que fuese. Además, este escudo es muy bonito, y comprendo que estés encariñada con él, Mad.

La joven dirigió á su marido una mirada de gratitud.

– Entonces, ¿podré llevar alhajas antiguas con escudos? ¿Y quieres que mis tarjetas lleven mi nombre junto al tuyo?

– ¿Por qué no?, contestó Roberto extrañado. Estas cosas tienen tan poca importancia...

María Magdalena, sonriente, añadió volviéndose á su madre:

– Creo, señora, que me hará usted el favor de devolverme mi caja de dulces, pues la quería mucho.

– Bien, dijo secamente Mad. Le Clercq.

Roberto echó entonces de ver que, sin pensarlo, se había puesto de frente á su madre, la cual estaba enojada. Sintió una impresión penosa, y se preguntó con angustia si los más menudos incidentes de la vida diaria iban á producir escaramuzas; si todas las conversaciones, sencillas en apariencia, ocultaban lazos en que iría á caer, descontentando alternativamente á su mujer ó á su madre.

Lucy Hartley veía que se acentuaba la frialdad después de aquel incidente, y dijo:

– Participo de la afición de Maud á los blasones, aunque sólo sea desde el punto de vista artístico. He pintado vajillas, compuesto tapicerías, y si hubiera tenido como usted, *darling*, el derecho de poner escudo en los objetos que me pertenecen, habría hecho uso de él. Fíjese usted en que los ornamentistas de todas las épocas se han valido de él. Es un hermoso asunto principal para una pieza decorativa.

– Por desgracia, replicó Mad. Le Clercq con sequedad, se ha abusado de él; de suerte que ahora todo el mundo, nobles y plebeyos, lo aprovechan. Veo en casa de las personas más insignificantes unicornios, leones heráldicos, escudos, y todo eso se va vulgarizando. No hay fabricante de champagne ó de betún que no ponga un escudo en su marca de fábrica. Esa necedad es la que yo quería evitar á María Magdalena.

– La necedad empieza por los que se sirven de eso sin derecho, replicó Lucy Hartley.

– ¿Y se sabe quiénes son los que tienen derecho?, replicó Mad. Le Clercq que por un momento olvidó su mansedumbre ordinaria. Admito que lo tengan las personas de conocida nobleza, cuyo rastro se sigue en la historia. Pero todas esas presuntuosas partículas salidas no se sabe de dónde, esas familias de hidalgüelos obscuros que se llamaron de la Haie porque su casucha estaba rodeada de un seto, ó de l'Etang en honor de una charca que había en las cercanías; toda esa seminobleza, necesitada y altanera, que no se remonta á ciertos años, no es más que plebe que se avergüenza de su origen. La familia Le Clercq, á la que pertenezco, por haberme casado con mi primo, tiene tras sí tres siglos de buena burguesía de toga. Hemos sido consejeros en el Parlamento de Normandía, tenemos nuestros anales y nuestros archivos, que valen tanto como otros muchos, aunque no ostenten escudos. En ellos no se encuentra un acto de deslealtad ni una villanía. Hace trescientos años que somos de los primeros de la provincia por nuestra honradez, nuestra riqueza y nuestras alianzas con las casas más consideradas. Querida mía, tú no nos traes el primer escudo que hubiéramos podido adoptar, pues hemos tenido en la familia una vizcondesa de Villeresne, una baronesa de Vatan, una marquesa de Lancieux. Me parece que estas noblezas valen tanto como la tuya. Sin embargo, jamás hemos admitido la adición de otro nombre: el nuestro nos ha bastado. Ahora haz lo que te parezca.



Me ha llevado á un sitio encantador: un retiro entre hayas junto á una charca de agua verde

Esta vehemente salida mostraba el fondo del alma de Mad. Le Clercq. Y había cierta grandeza de orgullo en la actitud y el tono de la anciana señora, reivindicando sus derechos de plebeya, declarando en alta voz su burguesía, que no se había dignado ilustrar su nombre con el escudo de los Lancieux.

Había muchas cosas verdaderas en lo que acababa de decir, pero fueron expuestas con tan amarga acrimonia, que causaron consternación general.

María Magdalena, con los labios temblorosos y el rostro bastante pálido, hizo un gran esfuerzo para contenerse.

Se levantó y dijo:

– Estoy algo indispuesta. Con permiso de ustedes salgo un instante.

Conociendo Mad. Le Clercq que había ido demasiado lejos, dijo suavizando el tono:

– Debes suponer, querida Magdalena, que no he tenido intención de disgustarte. Hablo en tesis general.

María Mad no contestó y Lucy dijo mientras su amiga salía:

– Yo te pintaré dos jarrones normandos de loza con tus armas. Esto adornará muy decorativamente la mesa.

Era una réplica á Mad. Le Clercq, la cual lo conoció y lanzó á Lucy una mirada fría que ésta sostuvo con serenidad.

Roberto estaba aterrado. Y, lo que no era de esperar, aquel almuerzo, preparado con tanta alegría por María Magdalena, acabó en las circunstancias más desagradables.

(Continuará)

ESTATUA ECUESTRE

DEL GENERAL HEREAUX

En la nueva exposición que en sus salones acaba de organizar el Círculo Artístico de esta ciudad, llama la atención la hermosa estatua ecuestre, de tamaño natural, del infortunado general Ulises Hereaux, asesinado alevosamente en la capital de la República de Santo Domingo, cuya Presidencia desempeñaba, pulcramente modelada por el distinguido escultor catalán Pedro Carbonell y fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins. La obra que damos á conocer á nuestros lectores está destinada á servir de digno remate del panteón que se ha construído en la catedral de Santo Domingo, con arreglo al proyecto del citado escultor señor Carbonell y del arquitecto Sr. Romeu, cuyos detalles y conjunto, ha un año, reprodujimos en las páginas de esta Revista. Cuanto á la estatua del ex presidente, sólo hemos de consignar que es una obra altamente recomendable, que honra al laborioso artista que la ha modelado.

***

EL ORIGEN DE LA PILA

DE VOLTA

Hace poco, Italia ha celebrado el centenario del invento de la pila eléctrica, uno de los más fecundos para la humanidad, rindiendo justo homenaje á la memoria de uno de sus más ilustres hijos: Alejandro Volta.

No es nuestro ánimo hacer la historia de ese invento; pero sí queremos recordar algunos experimentos poco conocidos que precedieron á los inmortales trabajos de Volta y que demuestran cómo el hombre de genio sabe aprovechar los hechos que la casualidad ó la experiencia han ofrecido á otros sabios y sacar de estos hechos aislados consecuencias y aplicaciones imprevistas.

Es muy poco frecuente que un gran invento salga del cerebro de un hombre, como salió Minerva completamente armada de la cabeza de Júpiter. Los inventos están, por decirlo así, en el aire y se condensan en una fórmula concreta en virtud de la reunión de las distintas observaciones que han dirigido la atención en un sentido determinado.

Antes de Galvani se habían notado varios fenómenos análogos á los que él observó en la rana y se había aplicado al tratamiento de ciertas enfermedades la electricidad, á la que se daba el nombre de fluido vital. Era, pues, natural que Galvani, como fisiólogo, atribuyese un origen eléctrico á las contracciones de la rana.

Asimismo – y este hecho es ya menos conocido – Volta sacó los principales argumentos y la base de su invento de un descubrimiento anterior: la pila eléctrica no es más que la consagración, la demostración de la teoría de la electricidad de contacto. Hasta hace poco creyóse que Volta era el primer autor de los experimentos sobre la electricidad de contacto; pero no es así, sino que este descubrimiento había sido publicado en 1789 por Abraham Bennet, el inventor del electroscopio de hojas de oro y del duplicador eléctrico.

A fines del siglo XVIII la atención de los físicos fijábase de un modo especial en estos últimos aparatos, inventados para multiplicar una carga eléctrica dada hasta el punto de hacerla sensible á los aparatos de medición, y que fueron, en realidad, las primeras máquinas de influencia que se han construído.

Estos aparatos tienen su origen en el condensador plano que Volta inventó en 1780 y cuya descripción hizo en 1782: como están descritos en todos los tratados de física, no insistiremos en su construcción ni en sus aplicaciones. Fueron perfeccionados sucesivamente por Cavallo, Bennet y Nicholson: estos dos últimos construyeron máquinas compuestas de tres discos, dos fijos y uno móvil, alrededor de un eje horizontal, en las que las comunicaciones necesarias estaban establecidas de una manera automática. Cuando funcionaba el aparato y se comunicaba á uno de los discos una carga eléctrica inicial, aunque fuera muy débil, el duplicador no tardaba en suministrar una corriente de chispas. Era, pues, una verdadera máquina de influencia.

Muy pronto se observó que si se hacía funcionar el aparato aun sin haber recibido previamente una carga eléctrica, no tardaba en producir chispas, de modo que se cargaba automáticamente. Cavallo atribuía este fenómeno á la electrización anterior de los discos, que persistía cuando el electrizador permanecía en reposo. Bennet estudió, á su vez, ese fenómeno, hizo experimentos, empleó discos de diversas substancias, hilos de contacto de distintos metales, y de sus experimentos dedujo estas conclusiones:

«La causa principal de la carga espontánea del duplicador es la atracción de la electricidad por la aproximación de sus placas paralelas. Esta carga puede ser positiva ó negativa, según que las placas ó los hilos de contacto están compuestos de substancias que tienen una mayor ó menor afinidad de adherencia al fluido eléctrico.»



Estatua ecuestre del general Hereaux, obra de Pedro Carbonell, fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)

Observando que se podía cambiar á voluntad el sentido de la electrización cubriendo de minio la placa de cobre, dice:

«Fácilmente se deduce que el simple contacto de metales ó de otras substancias que tienen una afinidad diferente para el fluido eléctrico, puede cambiar el sentido de la electrización.»

Y para mejor demostrar esto, determinó el sentido de la electrización y la fuerza de la carga eléctrica cuando el metal en contacto con el latón del disco era de hierro, de plomo, de cinc, etc. (1).

Quedaba, pues, naturalmente probado que el simple contacto de dos metales es un manantial de electricidad: los hechos eran numerosos y metódicos y sus consecuencias aparecían claramente enunciadas.

Por otra parte, no puede ponerse en duda que Volta conociera los experimentos del sabio inglés cuando entabló con Galvani la célebre discusión que apasionó á los hombres de ciencia de fines del siglo pasado y cuyas consecuencias y conclusión fueron el invento de la pila. En efecto, Bennet publicó sus trabajos en una obrita (2), hoy muy rara, al frente de la cual se inserta la lista de los suscriptores, en la que figura Volta, profesor de filosofía natural y experimental.

Y si se tiene en cuenta que Volta había empezado por aceptar y defender la teoría de Galvani, se comprenderá la importancia que revisten los experimentos de Bennet. Si Volta no hubiese conocido éstos, ¿habría entablado luego aquella memorable discusión con Galvani? ¿Habría sido inventada la pila?

Pero, lo repetimos, esto en nada disminuye la gloria del célebre físico de Pavía: si el descubrimiento del fenómeno corresponde por entero á Bennet, Volta supo fijar sus leyes y deducir aplicaciones prácticas de importancia incalculable. Lo único que puede censurarse en Volta es que no mencionara á su precursor Bennet y que presentara como enteramente suyo un descubrimiento cuyo principio por lo menos había tomado de otro sabio.

G. Pellissier



Fig. 1. – Paso del tren por la vía ancha Fig. 2. – Paso del tren por la vía estrecha

Vía de ferrocarril para dos usos

(1) Véase el trabajo de G. Pellissier sobre los duplicadores y los experimentos de Bennet en *La lumière électrique* de 10 de noviembre de 1888.

(2) Véase Bennet (Abraham). *New experiments on Electricity*, in 8.º Derby, 1789.

VIA DE FERROCARRIL PARA DOS USOS

Existe en Normandía un pequeño ferrocarril, construído hace diez años por M. Decauville, que pone en comunicación Cabourg, Luc y Caén: unos 30 kilómetros de vía de 60 centímetros sirve de camino rodado para trenes minúsculos arrastrados por esas mismas locomotoras que en 1889 hacían el servicio interior de la Exposición de París.

La sociedad que explota actualmente esa línea deseaba desde hace mucho tiempo extender su red y prolongar sus vías hasta Bayeux, Arromanches y aun hasta Isigny, formando un conjunto de ferrocarriles que pudiera prestar servicio en todos los puntos de la costa normanda.

El proyecto habría sido fácilmente realizable si no hubiese existido ya un ferrocarril de interés local de vía estrecha que procedente de Caén se extiende hasta Luc, Saint Aubin y Courseulles. Esta circunstancia, que constituye un monopolio, impedía al *Decauville* poder reunir en uno solo los dos ramales de su red. Para conseguirlo no había más remedio que entenderse con la sociedad del ferrocarril de Caén al mar, la cual, mediante un canon, podía autorizar el paso de los trenes por sus vías.

Era posible, bien construir la nueva vía al lado de la antigua, bien colocarla en medio, y después de varios estudios se creyó que podía adoptarse con buen resultado una solución mixta, habiéndose decidido que uno de los rieles de la vía del gran ferrocarril podría servir para el pequeño y que entre los dos antiguos rieles se colocaría una línea especial.

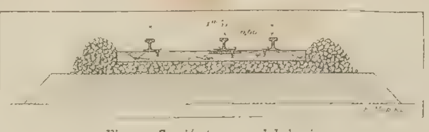


Fig. 3. – Sección transversal de la vía

Y efectivamente, entre los dos rieles de la vía normal se colocó un tercero á 60 centímetros de distancia de uno de aquéllos, estableciéndose de esta suerte una nueva vía de 60 centímetros sobre la vía ordinaria de 1'50 metros. De esta manera uno de los tres rieles es común á las dos clases de trenes, al paso que los otros dos sirven separadamente para cada uno de éstos.

Este ejemplo de explotación doble sobre una misma línea no es seguramente una cosa común, y sin poder decir anticipadamente cuál será el resultado práctico de este sistema, puede reconocerse desde luego la economía que resulta para el ferrocarril Decauville pudiendo utilizar una vía ya construída.

Las dos compañías hacen circular simultáneamente sus trenes entre Luc y Courseulles, y los grandes servicios que esta combinación presta al ferrocarril de vía estrecha, permiten á los propietarios de esta última pagar al ferrocarril de Caén al mar un canon suficiente para hacerle olvidar la molestia que ello pueda ocasionarle y el aumento de trabajo del personal.

Es preciso esperar algún tiempo para ver si algunas dificultades imprevistas harán difícil esta explotación; pero á juzgar por el hecho de que desde agosto último circulan los trenes sin inconveniente y se hace el servicio con regularidad, es de suponer que la experiencia consagrará las excelencias del sistema. – A. DA CUNHA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

La filosofía esotérica de la India, traducción de *José Plana y Dorca*. – En 1898 dió en Bruselas una serie de conferencias sobre la Teosofía el gran propagandista J. C. Chatterji; dichas conferencias han sido reunidas en el tomo que nos ocupa y su objeto es popularizar los fines de la Sociedad Teosófica de Nueva York, que son formar un núcleo de la fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de razas, creencias, sexos, castas ni color; fomentar el estudio de las religiones comparadas de la filosofía y de las ciencias, é investigar las leyes de la naturaleza hasta ahora no explicadas y los poderes latentes en el hombre. Considerada desde este punto de vista, la obra resulta interesante, y su traductor, el señor Plana, demuestra en numerosas notas sus conocimientos en la materia. El libro ha sido impreso en Barcelona, en la imprenta de Fidel Giró.

El jardinero moderno. – Esta obra es una guía práctica y completa para criar toda clase de plantas, arbustos y flores en habitaciones, patios, azoteas, balcones y jardines, escrita por un antiguo jardinero: ocioso es, por consiguiente, encomiar el interés y la utilidad de la misma, pues harto se desprenden estas cualidades de la simple enunciación de las materias que el libro contiene. El libro forma parte de la «Colección de manuales de Ciencias y Artes» que publica en Madrid la casa Hijos de Cuesta, va ilustrado con 142 grabados y se vende encuadernado en tela á tres pesetas en Madrid y 3'50 en provincias.

Roma y Cartago, por *Marcos B. Espinel*. – El joven escritor ecuatoriano Sr. Espinel ha trazado en brillantes párrafos un paralelo histórico entre las dos antiguas civilizaciones que sintetizan los nombres de Roma y Cartago: es un trabajo interesante en que se juntan las galanuras de la imaginación con el estudio concienzudo de aquellos dos pueblos que se disputaron la supremacía del mundo. *Roma y Cartago* ha sido impreso en Guayaquil, en la oficina tipográfica de «La Nación.»

Alborada. – El siglo de las luces. Por *Timoteo J. Muns*. – La primera de estas dos composiciones poéticas es una oda á la religión y al Pontificado, escrita con ocasión del recibimiento del obispo de La Plata Doctor Mariano Antonio Espinosa á su regreso del primer concilio plenario latino americano; la segunda es una sátira contra el siglo XIX y fué premiada con medalla de oro en la Academia Literaria del Plata. En ambas demuestra el presbítero argentino Sr. Muns no comunes dotes de poeta y profundos sentimientos religiosos. *Alborada* y *El siglo de las luces* han sido impresos en La Plata, en la imprenta «La Popular» y de «La Lectura del Domingo» respectivamente.

Las vírgenes de Mayo, por *Lorenzo d'Ayot*. – Bien escrito poema en prosa que forma parte de la Biblioteca de la Reforma literaria, que publica en Madrid el conocido propagandista Sr. d'Ayot. Véndese á un real.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Arquitectura, Bellas Artes y Construcción, revista quincenal ilustrada barcelonesa; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Boletín Bibliográfico Español*, que se publica mensualmente en Madrid con autorización oficial del Ministerio de Fomento; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *La Medicina científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *La Irradiación*, revista de Ciencias, Artes, Literatura, Comercio é Industria que se publica cuatro veces al mes en Barcelona; *Vida y Arte*, revista ilustrada quincenal madrileña; *Rayos X*, revista madrileña quincenal ilustrada de Ciencias, Literatura y Bellas Artes; *La Fusta*, semanario satírico granadino; *Miscelánea*, revista semanal ilustrada madrileña de Literatura y Arte; *El Profesorado*, revista pedagógica que se publica en Granada cuatro veces al mes; *Avant sempre – Sempre Avant*, revista catalana que ha empezado á publicarse en Manila; *El Orden*, semanario político, literario, comercial y de noticias de Barracas al Sur (República Argentina); *Policía de la provincia de Buenos Aires*. *La Plata*, boletín mensual de estadística; *Boletín de Enseñanza primaria* que publica cada dos meses en Montevideo la Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay; *Boletín Meteorológico del Observatorio Mons. Lacasagna*, que se publica en Buenos Aires; *Revista de Industria é Invenciones nuevas universales*, publicación mensual de Santiago de Chile; *Boletín Militar*, publicación semanal de Bogotá.



Al aire libre, cuadro de Antonio Utrillo. (*Salón Robira*, Fernando VII, 59)

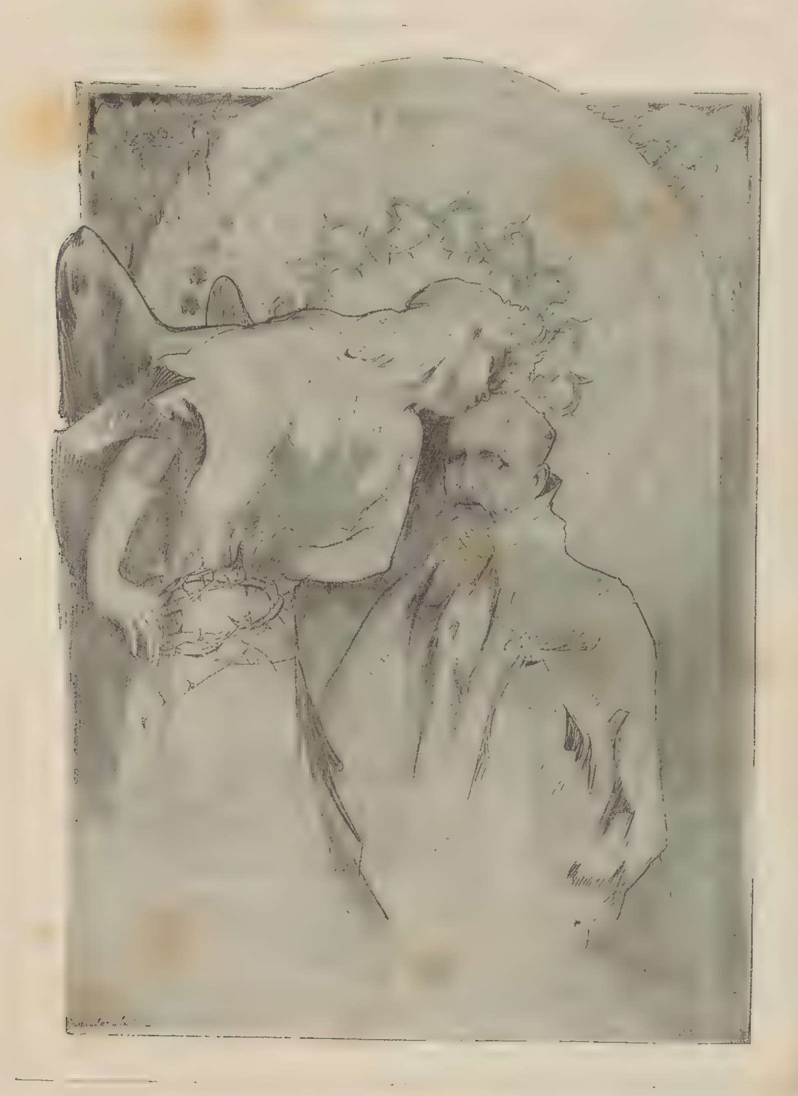
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 5 de febrero de 1900 — Núm. 945

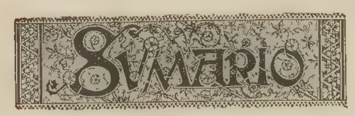
REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Obras notables de Alfonso Mucha



PROYECTO DE TARJETA-RECUERDO DE S. M. LA REINA DE NÁPOLES,

obra de Alfonso Mucha



CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARIS

Nueva perspectiva. – La avenida de Nicolás II. – El Palacio pequeño de Bellas Artes. – La Exposición retrospectiva de las artes de adorno.

En la visita hecha en nuestra precedente crónica á las obras de la Exposición, dejamos de ver, por falta de espacio, las que se llevan á efecto en la Explanada de los Inválidos y que hoy vamos á recorrer con los lectores que tengan á bien seguirnos.

Para hacernos cargo del efecto que producirá la hermosa avenida que, partiendo de los Campos Elíseos, llega hasta los Inválidos, pasando por el nuevo puente de Alejandro III, entraremos en ella por la anchurosa vía que forman los dos palacios de Bellas Artes, deteniéndonos esta vez á examinarlos más detalladamente que en nuestra rápida visita anterior.

La admirable perspectiva que desde este punto se ofrece á los ojos, ha venido siendo un sueño para muchos partidarios del embellecimiento de París, desde la época de Colbert. Los progresos recientes de la metalurgia, unidos al arte y á la ciencia de los ingenieros del día, lo han realizado por fin, creando el atrevido arco del puente de Alejandro III. Esta perspectiva no desaparecerá con la Exposición, gracias á la cual habrán desaparecido los tresbolillos seculares de la Explanada. La avenida de Nicolás II, con aquellos dos palacios de tan noble estilo á la entrada; el elegante puente metálico de 40 metros de anchura, en el centro, y los Inválidos, con su dorada cúpula, en el fondo, será una de las más bellas de París.

No falta quien deplora la desaparición del antiguo Palacio de la Industria, que tan gratos recuerdos evocaba en la memoria de los parisienses. Su historia gloriosísima le hacía ciertamente acreedor al respeto de las generaciones presentes y futuras, pero su emplazamiento se oponía á la apertura de la soñada vía que hoy se ofrece á la admiración universal.

El pequeño Palacio de Bellas Artes es obra del arquitecto Girault, que cuenta apenas cuarenta y ocho años de edad y tiene ya adquirida una gran reputación por el gusto artístico que une á su ciencia. Pensionado en Roma, dejó allí hermosos recuerdos, como la restauración del Arco de Tito, de la Piazza d'Oro y de la Villa de Adriano, y la erección de la tumba de Martino II della Scala en Verona.

Aquí ha construído innumerables edificios, el Palacio de Higiene en la Exposición pasada, el mausoleo de Pasteur en el Instituto creado por este gran bienhechor de la humanidad y numerosas casas particulares.

En la ejecución del pequeño Palacio, Girault ha tenido ocho ó diez colaboradores de primer orden: Injalbert, Fagel, Hugues, Peynot, Ferrary, Couvers, Lefeuvre, Lemaire, Saint-Marceaux y Desvergnes, cuyas obras esculturales adornan el edificio.

Dos años y medio escasos han bastado para llevar á término la ejecución de obra tan admirable.

Para su descripción detallada y completa, sería necesario entrar en explicaciones técnicas que no vienen al caso. Domina en todo el monumento un estilo clásico, que satisface al gusto de inteligentes y profanos por su pureza y su elegancia.

No es esto decir que la obra sea perfecta. No se ha librado de la crítica de los que se complacen más en señalar defectos que en descubrir bellezas. La verdad es que la balaustrada superior, que corre por delante de las ventanas del sotabanco, perjudica al buen efecto del edificio, que resulta, además, un poco aplastado por las cúpulas algo desproporcionadas.

El estilo es compuesto; las columnas de orden jónico y las mismas cúpulas le dan el carácter de una obra del Renacimiento modernizado.

El plano del palacio obedece admirablemente al objeto de éste, cuya distribución resulta de una gran sencillez. La planta afecta la forma de un trapecio regular, cuya base mayor corre á lo largo de la fachada principal, de 129 metros de longitud, sobre la avenida de Nicolás II. La base menor del trapecio, correspondiente á la fachada posterior que mira á la plaza de la Concordia, mide 81 metros. Cada una de las faces laterales tiene 90 metros de longitud. Estos costados dan, uno á los Campos Elíseos y el otro al Cours-la-Reine. El eje es de 80 metros. Resulta, pues, para todo el edificio, un área de unos nueve mil metros cuadrados. Descontando los 2.200 que representa el patio interior, quedan 6.500 metros de terreno edificado, cuyo coste total excede de cinco millones de francos. Sin embargo, nada tiene de exagerado este precio, si se tiene en cuenta que la generalidad de las casas particulares que hoy se construyen en París resultan á 1.000 francos por metro cuadrado.

La altura del palacio, sin contar las cúpulas, es de 23 metros; cinco para el piso bajo, doce para el principal y los restantes para buhardillas.

Lo más elegante del edificio es el pórtico, que ocupa arrogantemente casi toda su altura y que quedará como una de las obras más bellas de la moderna arquitectura.

Sobre el pórtico aparece un hermosísimo bajo relieve de Injalbert, que representa «La ciudad de París protegiendo á las Artes.»

A uno y otro lado del pórtico, dos magníficos grupos: á la derecha, «El Sena y sus afluentes,» por Ferrary; á la izquierda, una «Flora» admirable, del maestro Couvers.

En lo alto, dos personificaciones de la Fama, puestas como dos centinelas á uno y otro lado de la base de la cúpula central, y que honran al cincel de Saint-Marceau.

Siguiendo la fachada hacia el Sena, encontramos nueve hermosos bajos relieves en los intercolumnios, representando la Arquitectura, la Escultura, el Grabado en metales, la Cacharrería, la Cerrajería, la Cristalería, la Galvanoplastia, el Arte del mobiliario y la Armería. Todos son obra de Hugues, que ha simbolizado con mucho talento las Artes y las Industrias, de la misma manera que Fagel ha representado en los otros nueve bajos relieves que ocupan los intercolumnios de la izquierda de la fachada la Pintura, el Grabado en dulce, la Imprenta, la Fotografía, las Flores, la Música, los Bronces, la Orfebrería y los Tejidos.

Pero subamos la ancha escalinata que conduce al interior del palacio.

Hétenos en el vestíbulo de forma elíptica, cuyo eje mayor mide 21 metros y cuya altura es la de la cúpula central.

Subamos siete escalones más á la derecha y nos encontraremos en una de las dos grandes galerías de la fachada, de 13 metros de ancho por 37 de largo y 12 de altura, con luz cenital y lateral. Al extremo de esta galería encontramos un vasto salón rectangular, de 20 metros por 10. Igual distribución se encuentra al otro lado del vestíbulo para la parte correspondiente á la izquierda de la fachada.

El resto del edificio se compone de un doble orden de galerías á lo largo de las fachadas laterales y posterior, y una galería circular con columnata sobre el patio.

Desde el salón angular de la derecha, pasemos á la galería lateral externa, del cual se halla separada únicamente por un pequeño vestíbulo y una escalera circular. Esta galería tiene 7 metros de ancho por 45 de largo. Recibe abundante luz por las vidrieras del techo y por siete ventanas que dan al Cours-la-Reine. Otra galería idéntica corre á lo largo de la fachada lateral de los Campos Elíseos.

La parte posterior de cada una de estas galerías conduce á un pabellón circular y éste á una ancha escalera que ocupa el centro. Estos pabellones, en forma de torres que se elevan hasta las cúpulas angulares de la fachada posterior, ofrecen magníficos puntos de vista. A través de sus anchos ventanales se descubre uno de los panoramas más hermosos de París.

Entre ambos pabellones corre una galería externa de 20 metros, idéntica á las laterales, que conduce á un pequeño vestíbulo rectangular y al pórtico diametralmente opuesto á la entrada principal del palacio.

Coloquémonos á cierta distancia de la fachada posterior y veremos en torno del reloj que la adorna varias obras esculturales de primer orden. Encima del pórtico, un bajo relieve de Héctor Lemaire, representando «El Tiempo...» que pasa á toda prisa y las Parcas hilanderas de nuestros días. Sobre el frontón dos soberbias estatuas femeninas, obra de Desvergnes.

Entremos de nuevo en el palacio y penetremos hasta su inmensa galería interna que sigue las sinuosidades de las galerías externas laterales y posterior, con luz cenital, una anchura de 11 metros y una longitud no interrumpida de 150, por ocho de altura.

De esta galería se pasa á la elegante columnata que rodea el patio interior, en el cual se levantan tres magníficos grupos esculturales. El del centro es la reproducción en bronce del «Rapto de Proserpina» en mármol, que se encuentra en Versalles y que es considerado como una de las obras maestras del gran Houdon.

Sobre el frontón del patio llaman la atención dos figuras de mujer recostadas, graciosamente esculpidas en piedra por Alberto Lefeuvre. La una representa «El Arte en la Verdad» y la otra «El Arte en la Fantasía,» doble alegoría que concuerda perfectamente con un Palacio de Bellas Artes *modernas*.

La idea primordial que ha presidido á la creación de este Palacio, es la de destinarlo á las exposiciones anuales de Bellas Artes, conocidas aquí vulgarmente con el nombre de *Salones*.

La gran galería de la fachada principal albergará la escultura. La pintura ocupará las galerías internas y externas, y si es preciso, la galería porticada del patio. El grabado, la arquitectura y el dibujo serán relegados á la planta baja. Lo mismo se hará en el Palacio Grande, que ocupa el ángulo derecho, á la entrada de la avenida de Nicolás II.

A primera vista, parece absurdo el haber construído dos palacios con el mismo objeto. Sin embargo, habiendo de sustituir al antiguo Palacio de la Industria, donde se celebran periódicamente esas manifestaciones artísticas, están destinados á completarse mutuamente.

El Pequeño Palacio, que acabamos de visitar, reune excelentes condiciones para *Salón*, mientras que el Palacio Grande, que otro día visitaremos, está admirablemente dispuesto para la multitud de reuniones diversas que se verificaban en el derruído Palacio de la Industria.

A pesar de sus condiciones especiales para *Salón* anual, el Palacio Pequeño será entregado al Municipio, que lo destinará probablemente á museo permanente. Quizá sustituya á las galerías del Luxemburgo, donde las obras de los artistas franceses contemporáneos se hallan instaladas en malísimas condiciones.

Antes de abandonar el palacio de cuya disposición y adorno hemos procurado dar una idea exacta á nuestros lectores, vamos á señalar un detalle práctico, relativo á su construcción.

Entre los materiales empleados, merece citarse en primer lugar el *cemento armado*, notable invento del maestro de obras Hennebique, destinado á evitar los incendios.

Algo podríamos decir acerca de las cúpulas del Palacio y de los 4.000 metros cuadrados de bóvedas de las galerías laterales, curiosamente construídas sin auxilio de cimbras ni andamiajes, como de otras cosas dignas de ser señaladas; pero esto nos conduciría á disertaciones técnicas, en que correríamos el riesgo de incurrir en errores, pues en nuestra incompetencia tendríamos que apelar á la explicación de peritos en la materia, que nunca estaríamos seguros de reproducir con absoluta fidelidad.

Digamos, para concluir, que el menor de los dos palacios de Bellas Artes está principalmente destinado á la Exposición retrospectiva de las artes de ornato. Para responder al plan general de la Exposición de 1900, este palacio no debiera albergar más que objetos del presente siglo. Por excepción, la colección expuesta en sus galerías se remontará á los tiempos prehistóricos. La razón es obvia. Para establecer un punto inicial de comparación, hay que tener idea de lo que se hacía en los anteriores siglos. Sólo así puede formarse cabal juicio de los progresos realizados durante el siglo que fine, en lo concerniente á artes que se renuevan y modifican constantemente. Además, de haberse limitado á nuestro siglo, esta exposición retrospectiva hubiera venido á ser una repetición de las diversas exposiciones modernas, cada una de las cuales ofrece un verdadero museo comparativo del centenario.

JUAN B. ENSEÑAT

ALFONSO MUCHA

Hace algunos años apareció en las paredes de la capital de Francia un cartel que anunciaba: *Gismonda, Sarah Bernhard,* en el teatro de la Renaissance.



El célebre dibujante Alfonso Mucha

Aquella aparición produjo sensación vivísima entre los artistas y los coleccionadores: surgía en el horizonte un talento nuevo que antes de poco había de entrar en el limitado templo de la gloria, anunciado por las trompetas de la fama.

Inmediatamente se formaron dos partidos: uno que apoyaba al autor de *Gismonda,* otro que defendía encarnizadamente las glorias consagradas y denigraba con verdadera ferocidad el talento del recién llegado.

Visiblemente fatigado de su realeza, Julio Cheret había cesado de luchar, continuando tranquilamente su producción, siempre admirable, pero falta de lo imprevisto que la había caracterizado en pasados tiempos. El ruido que se armó con motivo del cartel de Mucha nos valió una nueva y maravillosa florescencia del maestro que creó el género, el cual compuso entonces sus carteles *Lidia, Job, Quina Dubonnet.* Esta era la mejor demostración de que Cheret se había sentido herido en su amor propio y reconocía en el nuevo artista un adversario.



Busto bizantino, obra de A. Mucha

Por su parte, Grasset, siempre imparcial y noble en sus juicios, publicó una crítica detallada y razonada de *Gismonda;* de suerte que la obra de Mucha algo debía significar cuando había conseguido llamar la atención del otro rey del cartel. En sentir de éste, la unidad de composición había sido sobradamente subordinada al encanto, á la gracia del detalle; en efecto, en la parte inferior del cartel hay un hueco inexplicable que da á la obra el aspecto de una composición no terminada.

¿Quién era aquel artista que desde su debut como cartelista tenía el honor de provocar la atención de dos de los artistas más grandes que en el cultivo de aquel género le habían precedido, Cheret y Grasset, y de desencadenar la lucha entre ciertos aficionados, perturbados en sus antiguas costumbres?

Entonces se echó á volar la fantasía y se dijo lo siguiente:

Sarah Bernhard, encontrándose de paso en Praga, habíase prendado del genio de un joven extranjero que allí encontrara casualmente. Y como Sarah posee todos los dones, había presentido la futura celebridad del pintor y lo había encadenado, con cadenas de oro, á su personalidad artística y á su teatro. Nadie conocía al tal sujeto, de quien se decía que permanecía oculto en un subterráneo lujosamente amueblado, una gruta de Monte Cristo en pequeño.

Esa leyenda, el nombre exótico del héroe de la misma y su talento apasionaron de un modo extraordinario á la sociedad parisiense y favorecieron no poco al seudo protegido de Sarah Bernhard.



Melancolía, obra de A. Mucha

Cierto día, hace de esto algunos años, el poeta José Canquetean vino á decirnos que había descubierto á Mucha y que éste deseaba conocernos y ofrecernos un cartel como bienvenida al Salón de los Ciento, en donde deseaba exponer en lo sucesivo. El original estaba concluído y sólo faltaba disponer la tirada.

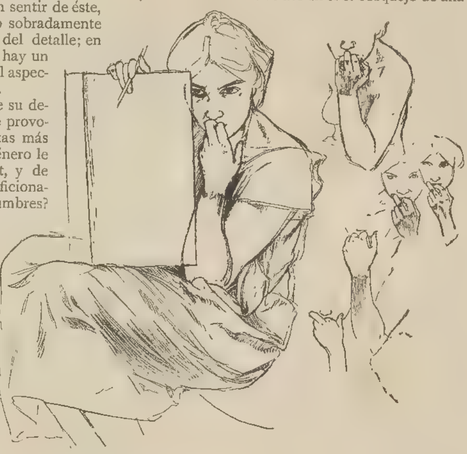
En vista de esto fuimos á ver al futuro expositor.

En el fondo de un patio, en la calle de la Grande Chaumière, subimos dos pisos y penetramos en un pequeño taller lleno de vistosas telas, de vestiduras sacerdotales, de caballetes con bocetos al pastel, de mueblecitos orientales llenos de cigarrillos y de cigarros minúsculos.

Un joven alto, rubio, nos tendió las manos: su mirada dulce y altanera, su voz que modulaba las palabras de nuestra lengua en un ritmo extraño, algo exótico, la franqueza de la acogida, sencilla y risueña, todo contribuyó á hacernos simpático al que nos recibía.

– Habéis sido muy amable en venir á verme. No me atrevía á presentarme á *La Plume...*

Un croquis que se veía en un rincón del taller atrajo nuestra mirada: veíase en él el bosquejo de una mujer semidesnuda, con la cabeza inclinada y apoyada indolentemente en una mano; aquella cabeza estaba envuelta en una aureola de dorados cabellos que caían formando arabescos, esos célebres *macaronis* que poco después debían hacerse famosos y habían de ser imitados por todos los monos del arte. Sobre aquel rostro, apenas bosquejado, extendíase una languidez divina y desprendíase de él indecible encanto.



Estudio al lápiz por A. Mucha

Mucha, adivinando nuestro pensamiento, nos dijo:

– Es el proyecto de cartel que destino á ustedes, si les parece bien...

¡Cómo, aquella maravilla era para nosotros! Ante nuestra admiración, que Mucha interpretó como reserva, quiso disculpar ciertos detalles explicándonos que los corregiría cuando el cartel hubiera de reproducirse.



Dibujo de A. Mucha

– ¡Al contrario!, le respondimos. Ejecutad esa obra tal como está y habréis producido la obra maestra del cartel decorativo ilustrado.

Y ahí están para corroborar el juicio que entonces emitimos las siete ú ocho mil personas que hoy poseen aquel cartel, cuyo éxito bien puede calificarse de sin precedentes.

Mientras hablaba, envuelto en el humo de su cigarro, nos pusimos á examinarle. Sus cabellos, un

tanto largos, formaban un gracioso rizo sobre su frente; sus ademanes eran tranquilos, su aire displicente; de cuando en cuando alisábase la barba con la mano. Llevaba pantalón de paño gris y camisa de seda bordada y abrochada en el hombro, único lujo de aquel hombre y prenda principal de su traje de faena. Porque hay que tener en cuenta que Mucha calienta su taller á una temperatura insoportable para nosotros los franceses, pero que le permite abrigarse poco y tener mayor libertad de movimientos para bosquejar sus grandes composiciones, los ventanales y los carteles.

La bondad constituye el fondo de su carácter, una bondad excesiva que no sabe negar nada. Otros de sus rasgos característicos son la modestia y la sencillez, que no suelen ser muy comunes en artistas tan jóvenes y tan mimados por el más completo éxito.

Mucha nos relató en aquella visita sus proyectos, destruyó la leyenda absurda según la cual fué descubierto en Hungría por Sarah Bernhard, y no tuvo una palabra de queja para un pasado doloroso, un pasado de diez años de miseria durante los cuales vivió desconocido en París, viéndose obligado á desempeñar los oficios menos á propósito para alentar á un artista. Hoy es dichoso y se muestra sencillo y bondadoso en sus palabras y en sus proyectos, porque ese hombre, que ha visto colmadas todas sus aspiraciones, sigue siendo un trabajador infatigable.

Alfonso María Mucha nació en Ivancia, pequeña villa de Moravia (Austria), en 24 de julio de 1860. «Si alguna vocación artística se ha manifestado y ha sido perseguida bajo la influencia de una fuerza misteriosa é irresistible, bien puede decirse que ha sido en el caso de Mucha,» ha escrito Víctor Champier en un artículo á él dedicado que publicó la *Revue des Arts décoratifs*. Parece como que una hada amiga, una de esas ondinas que los poetas del Norte celebran en sus leyendas, se constituyera en guardiana suya desde su nacimiento, y el artista se abandona, según él mismo explica, al vigilante impulso de esa invisible protectora que le empuja en la vida cual si recorriera la existencia en un sueño, haciendo surgir á su paso, en la hora fatal, las circunstancias dichosas. Ese moravo, cuya elegancia nativa es todo dulzura y que lleva en sus azules ojos la inquieta energía de los soñadores atormentados por una quimera, no duda de nada porque se siente protegido por un talismán, que es un ideal de obstinada labor en la soledad en donde su actividad se ejercita.



Cartel anunciador de *La Revue pour les jeunes filles*, obra de A. Mucha

Muy joven todavía, como Grasset, cuya vida es una existencia de trabajo concienzudo y de voluntad inquebrantable, Mucha abandonó su patria con el propósito de ser pintor y el deseo de aprender, y antes de inspirarse en la naturaleza siguió en Munich los cursos de la Academia de Bellas Artes, aceptando gustoso cualquiera otra ocupación para atender á su subsistencia. Pobre y falto por completo de relaciones, sus esfuerzos para conseguir su objetivo hubieron de ser muchos y extraordinarios.



CALENDARIO DE «LA PLUME,» obra de A. Mucha

De la capital de Baviera pasó á Viena, en donde tampoco le fué la suerte propicia, y de allí se marchó á París, en donde la fortuna siguió siendo para él inclemente.

Para los aficionados á cuentos de hadas, citaremos nuevamente el artículo documentado de Víctor Champier.



COMPOSICIÓN de A. Mucha

«Después de algunos años de esta existencia, más bien penosa, y sintiendo la nostalgia de su patria, tomó el ferrocarril; pero agotados sus recursos hubo de detenerse antes de llegar al término de su viaje. Sin otra preocupación y contando con su buena estrella, hospedóse en una posada de aldea y se puso á dibujar paisajes que trató de vender. Los posaderos se interesaron por aquel joven.

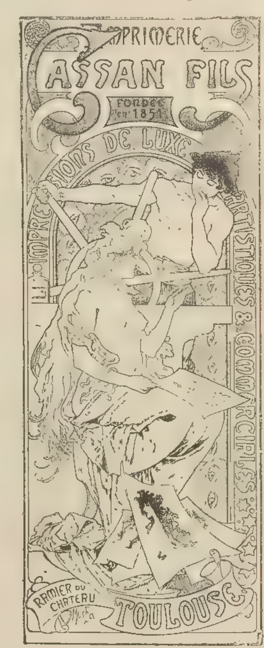
Escucha, dijo la mujer al marido, ¿si hablámos de él al conde Emmasof?

El conde Khuen Emmasof, que era el castellano de aquella aldea de Moravia, se disponía precisamente á restaurar el antiguo castillo de sus mayores, pero no sabía cómo decorarlo; así es que acogió gustoso al joven pintor, el cual fué cómodamente instalado en aquella mansión señorial y tratado como hijo de la casa. Allí permaneció un año pintando los frescos de la sala de juego. El conde llegó á ser su amigo y protector y lo envió á París para que prosiguiera sus estudios, pasándole al efecto una pequeña pensión.

Esto sucedía en 1890.

Durante cuatro años, Mucha asistió á diversos cursos: la Academia Julián, los talleres de J. Lefevre, Boulanger y Juan Pablo Laurens. Este último ejerció cierta influencia sobre el talento de su discípulo, influencia que más tarde se descubre en las bellísimas composiciones por éste ejecutadas para la casa Colin con destino á la obra *Escenas y episodios de Alemania,* que Mucha ilustró juntamente con Rochegrosse. A estos trabajos de ilustración, que comprenden los *Cuentos de la abuela, El elefante blanco, El duende del hogar, Singoalla,* etc., añadió Mucha varias acuarelas para los litógrafos.

Un día, estando Mucha de visita en la casa Lemercier y C.ª, M. Brunhoff, director de la misma, fué llamado al teléfono por el administrador del teatro de la Renaissance, el cual le preguntó si podrían hacer un cartel para anunciar la obra *Gismonda* que debía estrenar Sarah Bernhard. M. Brunhoff, que sólo disponía en aquel momento de Mucha, ofreció á éste la ejecución del cartel solicitado. El artista aceptó el encargo y puso en seguida manos á la obra después de haber ido á visitar á Sarah Bernhard para tomar los datos necesarios. Algunos días después, la empresa pidió el cartel, pues el drama había de estrenarse en breve; pero sólo había dispuesta una piedra, la de la parte superior. Fué, pues, preciso precipitar el trabajo, lo cual explica la ausencia que se nota en la piedra de la parte inferior del fondo análogo al de la otra. A



Cartel para la imprenta Cassan Fils, de Tolosa, obra de Alfonso Mucha

pesar de este defecto, Sarah Bernhard quedó muy satisfecha y confió á Mucha todos los trabajos artís-

ticos de su teatro. Y al llegar aquí cesa la leyenda, y la historia recobra sus derechos tradicionales.

Poco á poco los éxitos aumentaron, y Mucha hubo de abandonar su taller de la calle de la Grande Chaumiere para instalarse más cómodamente en la de Val-de-Grace.

* * *

La obra del artista es considerable. Después del de *Gismonda*, el teatro de la Renaissance le hizo pintar los de *Amantes, Lorenzaccio, La dama de las camelias, La Samaritana*, etc. Entre sus otros trabajos de este género, merecen citarse los carteles que pintó para el *Salón de los Ciento*, el de la *Revue pour les jeunes filles*, el del *Champagne Ruinard*, los de la *Imprenta de Cassan fils* de Tolosa, del *Papel Job*, de las *Cervezas del Meuse*, de la *Sociedad popular de Bellas Artes*, el *Homenaje de Nestlé á S. M. la reina de Inglaterra* (cuatro metros de alto por tres de ancho), el de los *Bizcochos Champagne* de Lefevre-Utile, varios para *La Plume*.



DIBUJO de A. Mucha

Entre los calendarios mencionaremos en primer término los de *La Plume, Vieillemard, Bizcochos Lefevre, Chocolate Masson, Tintas Lorilleux, Imprenta Cassan.*

En suma, para que pueda apreciarse la labor de Mucha, bastará decir que en una exposición de sus obras celebrada en la redacción de *La Plume* figuraron 52 carteles, 10 calendarios, 13 tapas de libros, 10 *menus* y programas de fiestas, 13 *panneaux* decorativos, seis vidrieras, 20 composiciones de historia, 332 dibujos y acuarelas, que sirvieron para ilustrar varias obras, y 14 pruebas y originales diversos, formando un total de 464 composiciones.

LEÓN DESCHAMPS

(De *La Plume*)

EL «GUAPO»

¿Cómo había llegado á serlo aquel hombretón alto y fornido, á quien todos habían temblado, verdadero rey de la fuerza y del valor, á quien los bravos y los valientes habían rendido el vasallaje del miedo?

Pues muy sencillo: llegó á Málaga, escaso de recursos y sobrado de miseria; tuvo que hacer la vida del hampa y frecuentar tabernas y figones y conquistar alguna que otra vez á fuerza de puños el mendrugo, que era la base de su alimentación. Por un error al que le indujo el mismo medio en que se hallaba, cayó en la cuenta de que los *guapos* vivían sin trabajar, validos de su fuerza, y pensó sentar plaza de valiente.

Un día que se hallaba en un tenducho del puerto, rodeado de gentes de mala catadura, que lo mismo podían ser discípulos de Monipodio que mendigos, Rafael echó de menos la vieja petaquilla que guardaba en un bolsillo de la mugrienta chaqueta.

Dejó transcurrir algún tiempo nuestro hombre, y cuando ya no quedaban en la tasca más que ocho sujetos, que eran los sospechosos para Rafael, éste miró en derredor, y juzgando la ocasión la más propicia para hacerse un buen cartel de bravo, ya que en el grupo de los desconocidos se alardeaba de *guapeza*, levantóse de la mesa adonde estaba, dirigióse á la de los otros, y encarándose con el que parecía ser el jefe de ellos, le dijo con sorna:

– Compadre, ¿me hace usted el favor de un cigarrito?

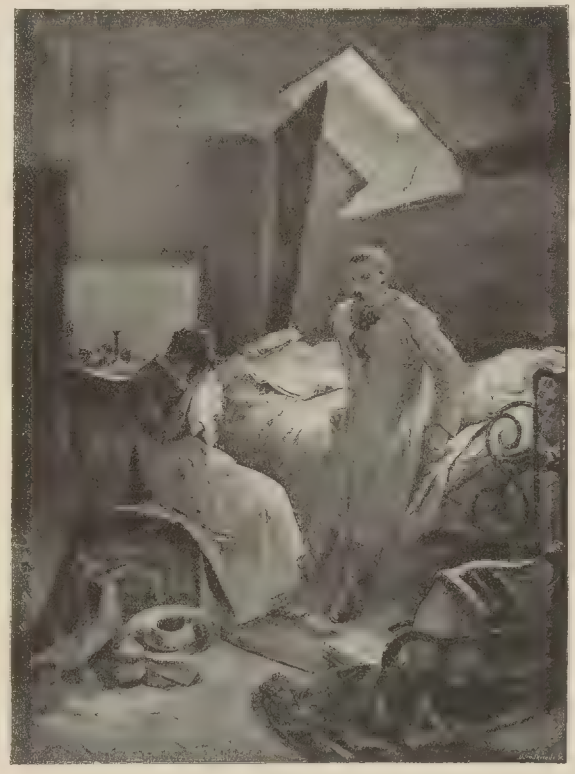
Aquello era una provocación por el tono y la intención con que la frase había sido dicha, y así fué como debió entenderlo el preguntado, porque en el acto se puso de pie; pero Rafael dió un paso atrás, y cerrando de un empujón la puerta del cuartucho, púsose delante de ella, y empuñando una faca de grandes dimensiones, colocado en actitud resuelta de herir, dijo con voz amenazadora:

¡De aquí no sale nadie sin que antes parezca mi petaca!

El bravucón que se había levantado, lejos de negar que fuese conocedor del robo, dirigiéndose á uno de los que con él estaban, le dijo dándole un golpecito en la espalda con la palma de la mano:

– Dale á ése lo suyo.

El interpelado sacó la petaca y se la dió á Rafael; pero éste, en cuanto la cogió, observó el contenido.



COMPOSICIÓN de A. Mucha

– Aquí faltan dos cigarros, dijo con una calma aterradora; ¡á buscarlos!

El que hacía cabeza de los otros pareció oponerse á la provocativa orden de Rafael, frunciendo el ceño y arrugando su frente, que más parecía de cordobán que de piel humana; pero Rafael, dispuesto á no cejar en su actitud, apoyó sus palabras diciendo:

– Si no parecen, de aquí no sale nadie.

– Saldré yo, porque si no se encuentran..., murmuró el otro.

– ¡Sabré yo encontrarte el corazón!, rugió Rafael, y trató de herir al bravo, que de un salto se parapetó detrás de una mesa.

Los demás intervinieron entonces para apaciguarlos, se dieron la mano los dos valentones y á Rafael le devolvieron los pitillos. Había vencido.

Al siguiente día, el hecho se narraba por aquellas tertulias de matones y gentes maleantes; Rafael comenzaba á ser el *Tremendo*, y desde el Perchel á la Caleta respetábanle todos y admirábanle como á un héroe.

Desde entonces Rafael se hizo ya un guapo, y dispuesto á toda costa á no perder el puesto conquistado, decidióse á «cobrar el barato,» buscando colocaciones de poco trabajo y seguros provechos.

Frecuentó garitos y chirlatas, y por perdonavidas tuvo cuanto necesitaba.

Los dueños de aquellos miserables establecimientos, con tal de que no les promoviese cuestiones, dábanle dinero y hacíanle regalos; los taberneros le convidaban hasta atracarle de vino, único modo de amansar á aquella fiera, narcotizándola con la modorra que produce el alcohol, y todos aquellos que vivían explotando el vicio tenían contento á Rafael para que no les «desacreditase» sus comercios.

Los débiles le buscaban para que les defendiese de las asechanzas de otros bravos, y algunas mujeres le hicieron objeto de su predilección.

Sus hazañas, aumentadas por la exaltada fantasía de aquellas gentes, dispuestas siempre á creer cierta la narración que de sus propias aventuras hacía Rafael, habíanle rodeado de una gran aureola de valiente.

Decíase que una vez, estando de caza, había reñido con tres guardas y había matado á dos cara á cara; que por una trampa que le hizo un amigo en el juego, le hizo en el rostro tres cortaduras por ser un tres la carta marcada; que una noche entró en un cortijo, y después de vencer á un aperador, cortóle una oreja para que éste no volviera á escuchar sus conversaciones; en fin, eran tantas las cosas que de él llegaron á decirse, que más parecía un ser legendario que un hombre real.

A Rafael ya no se le discutía; vivía del crédito de su fama y sin necesidad de pelear; el *Tremendo*, con sólo su presencia, imponíase siempre, siendo algo así como el *coco* con que se metía miedo á aquellos niños grandes que jugaban á los valientes y eran valerosos *de pega* que salían pegados muchas veces.

Por uno de aquellos negocios no muy limpios en que el *Tremendo* andaba mezclado, echóle mano la policía y le metió en la cárcel, de donde salió luego para cumplir condena en el presidio.

Era lo que le faltaba para completar su educación.

Allí también se las echó de valiente, pero tuvo que serlo por fuerza; no hubo otro remedio sino reñir, y un navajazo que costó la vida á otro buena pieza como él, le valió llegar á «rematado.» Pero no se sabe cómo se las arreglaría el *Tremendo*, que tras de unos doce años de reclusión quedó libre.

Cierto día, necesitando añadir nuevos triunfos á su historia y sin más propósito que el de renovar su cartel, entró en una taberna dispuesto á armar gresca.

Una mujer dió pronta ocasión para que Rafael lanzase un reto con aquellos altivos desplantes en él característicos.

– ¡Esta mujer es mía!, contestóle un jovencillo,

raquítico capullo de donde brotaría la flor del presidio.

—¡Infeliz!, gritaron todos los presentes al ver avanzar al *Tremendo;* pero el muchacho, más ágil que el coloso, no dejó que la manaza de Rafael le cayese encima y antes de que aquél le alcanzase derribóle en tierra de una puñalada.

Hoy han pasado ya bastantes años de esta historia; pero refiriéndomela ayer un paisano del *Tremendo,* me decía muy seriamente:

—Lo que no sabrá usted es que el matador de Rafael fué luego matón de oficio, y no temió jamás á nadie..., menos á su mujer, que le golpeaba sin cesar.

P. Gómez Candela

LA MEJOR NARIZ DEL MUNDO

(cuento)

Narciso de Guevara y Alarcón es un joven muy conocido en esta villa y corte, tan famoso por su pulcritud, acicalamiento y elegancia, como por la viveza prodigiosa de su olfato. Jamás animal alguno le aventajó en la perfección de este sentido. El mundo científico califica á Guevara de caso extraordinario y sin precedente en los anales de la *rinología.*

Sale mi hombre á la calle, y apenas toma el viento dice, por ejemplo: «No me conviene volver esta esquina: tropezaría con un acreedor... ¡Calle! Por ese lado olfateo al amigo X; voy á darle un sablazo... Se aproxima sin duda un cura ó un sacristán; me ha dado el incienso en la nariz... ¡Qué fuerte olor á pólvora! Vendrá tropa del ejercicio... Aquel pelotón de gente que apenas se divisa será seguramente de bomberos que regresan de un fuego: huelo á quemado.»

Llama á la puerta de un amigo. El criado dice que no está en casa. «¡Cómo que no está, exclama Narciso, si lo estoy oliendo!»

Una vez fué de caza, y como la rastrea mejor que un perro, dijo á su compañero de escopeta:

—Por allí anda una liebre coja.

—¿La has visto?

—¿Cómo he de verla si está detrás de aquel matorral?

—¿Entonces cómo sabes que es coja?

—¡Toma!, porque no huelo más que tres pies.

Asistía una noche á la Opera. Todo el mundo aplaudía á rabiar á la tiple, la cual cantaba como un ángel; pero Guevara no podía resistirla: desde la butaca percibía el olor al corcho quemado con que la artista se pintó ojos y cejas.

¿Qué pensará el lector cuando le diga que este hombre sin igual entre los nacidos y por nacer hasta distingue por el olfato los colores?

Una noche en una tertulia, después de olfatear á una señorita, exclamó: «Lleva corsé azul celeste, medias negras y ligas de color de castaña.»

* * *

Sujeto tan singular, con la mejor nariz del mundo, estaba predestinado á enamorarse perdidamente de una perfumista. La cual tiene por nombre Juanita y es una muchacha de pelo rubio, ojos claros y serenos, tez sonrosada, cara redonda, labios rojos, no de coral, como dirían los poetas, sino de flexible carne, en donde retoza casi siempre la risa; el cuerpo no muy alto y bien proporcionado, el talle airoso y tan llena de gracia como fresca y guapa. Gusta de la ajena admiración, cosa natural en las mujeres, pero con exceso, y el incentivo de la vanidad, no exenta de malicia, ha hecho de ella el prototipo de la coqueta.

Incapaz de pasiones violentas, de temperamento frío y de carácter superficial, correspondió al amor de Guevara y hasta cierto punto se prendó de él, más que por sus cualidades físicas y morales por su elegancia en el vestir y sobre todo por las corbatas de la futura moda, y los trajes de los figurines recién llegados de París, que al común de las gentes parecían extravagantes; porque á las caprichosas invenciones de la indumentaria les pasa una cosa, y es que se nos antojan tan ridículas las primeras como las pasadas.

Harto Narciso de oler á la humanidad en plazas y calles y de las emanaciones de una gran población, nada gratas á un olfato archiprivilegiado, se acogía á la tienda *La Fragancia* que regentaba Juanita bajo la égida paternal de D. Gregorio.

La niña solía ponerse detrás del mostrador, y su novio, con el codo en él y la mano en la mejilla, procuraba hablarla cuando tenía ocasión, á hurtadidillas del padre.

En esta postura medió entre ambos una tarde el siguiente diálogo:

—¿Me amas?, preguntó Guevara.

—¿Lo dudas?, dijo Juanita.

—Sí, lo dudo, lo dudo, porque aquí percibo el mismo olor á milicia que ayer.

—Un parroquiano...

—¡Un parroquiano! ¡El de antes!

—Sí, un teniente.

—Hasta sé el arma. Huelo á oficial de caballería

—En efecto, de húsares.

—Y huelo el caballo que monta.

—¿Qué caballo?

—Un caballo entero.

—Y además...

—Además huelo el color bayo.

—¿Y el jinete?

—Me huele á moreno.

—Cierto.

—Pero ¿por qué viene aquí con frecuencia?

—Ayer compró un pomito de sales para su madre.

—¿Y hoy?

—Una pastilla de jabón.

—A ver si ha dejado el rastro. En efecto, huelo á príncipe del Congo.

—¿Lo ves, tontín?

—Siempre temo que me engañes.

—¿Engañarte yo?

—Tengo celos.

—Infundados.

—Hasta del aire que respiras, de los perfumes que embalsaman este ambiente, de mí mismo, porque á veces me parece que olfateo las emanaciones de tu corazón...

—No seas loco. Ya sabes que yo sólo amo á esa personita.

—Repítemelo.

¡No te lo he dicho cien veces!

—¿Cuánto me amas?

—Más que á un collar de perlas.

—¡Oh, bien mío! ¡Idolo de mi alma, pues yo te quiero más que á la esencia de rosas!..

—¡Esencia de rosas!, exclamó D. Gregorio saliendo de la trastienda, donde acababa de dormir la siesta. ¿Sabe usted, caballero, lo que cuesta un kilo? Más de dos mil francos, y añada el cambio y verá si robamos, como dice la gente que no sabe distinguir la verdad de la mentira: lo legítimo de lo imitado. Ya se ve, como hay tantos fabricantes de perfumes que con un poco de almizcle, y malo, lo arreglan todo y engañan al público ignorante; pero usted no es de éstos, porque conoce como nadie el verdadero mérito de la perfumería y el valor del género. Narices como las de usted hacen falta en España. Si hubiera muchas, algo mejor andarían la industria y el comercio de buena fe.

Pero D. Gregorio, aunque admiraba el olfato de Narciso, no quería semejante yerno.

Guevara se sentó en una silla y el perfumista hizo un gesto de mal humor.

—¿Cómo echaré á ese moscón?, decía para sí. ¿Qué medio hay para obligarle á salir de la tienda?.. ¡Ah, ya le tengo! Mejor que las Pastillas del Serrallo. Un olfato como el suyo no lo resiste.

Y poniendo en obra su pensamiento, encendió una tagarnina del estanco...

* * *

Al fin y á la postre D. Gregorio no se opuso á la boda de su hija con Narciso, porque se fué de este mundo, dejando á Juanita dueña de su albedrío, amén de un dote nada despreciable con la acreditada perfumería *La Fragancia.*

Y el idilio del mostrador acabó de una manera prosaica y vulgar: Narciso y Juanita fueron marido y mujer.

El primero era feliz aspirando á todas horas los delicados artículos de la tienda, de los cuales hacía gran consumo; pero al año del matrimonio comenzaron á asaltarle terribles celos.

—¿Has visto al teniente de húsares?, preguntó una noche á su mujer.

—¿Qué teniente?, preguntó á su vez Juanita.

—El de marras.

—Sí; aquí estuvo ayer.

—Ya lo había olido.

—¿Y qué?

—Que ese hombre no sólo ha estado en la tienda, sino también en nuestro cuarto. La nariz no me engaña.

—Pues, hijo, esta vez te ha engañado; lo que debiste oler fué el soldado de artillería que corteja á la cocinera.

—¡Tienes razón!, exclamó Narciso; perdóname estos celos, hijos del mucho amor que te tengo. No sabes el peso que me has quitado de encima. Vamos; á cerrar la tienda y á recogernos.

Y dicho y hecho, subieron al entresuelo, donde tenían la habitación; pero apenas entraron en ella, Narciso comenzó á olfatearlo todo y se quedó aterrado: no percibía más que olor á caballo y no á mula; luego no era el soldado de artillería quien había estado allí, sino el oficial de húsares.

—¿Qué te pasa?, preguntó Juanita.

—Qué me ha de pasar, contestó Guevara, que el militar que estuvo aquí no me huele bien.

Aquella noche Narciso se acostó abrumado por tristes presentimientos, y cuando logró dormirse, después de largo insomnio, tuvo la más terrible de las pesadillas: soñó que su mujer despedía de sí fuerte olor á húsar.

* * *

No ha muchos días, estando Guevara tomando el viento delante del café Suizo, advirtió la presencia de un amigo en la Puerta del Sol. Se puso á seguir el rastro, y dando con aquél en la Red de San Luis le pidió un duro prestado.

—¿Tan mal andas?, le preguntó el agredido.

—No te lo puedes figurar, contestó el postulante.

—¿Y Juanita?

—No me hables de ella. Vaya con cien mil de á caballo.

—¿Pero qué has hecho del dote que llevó tu mujer?

—¡Chico, francamente, me lo he olido!

Nilo María Fabra

EXPROPIACIÓN

—Eso del ferrocarril es para quien es; pero lo que toca á los pobres, créame usted que es una ruina y nada más.

—¡Pero hombre, que habéis de ser siempre desagradecidos! ¿Después que el diputado os consigue una vía férrea os quejáis? ¿Qué más queríais? ¿Dos?

—Ninguna y saldríamos ganando. ¿Sabe usted para qué sirve eso? Para matar el comercio y la industria de las caballerías y todo.

—¡Qué animales semos, Roque, y tú principalmente! ¿Conque sus facilitan los medios de trasportación para fuera y para el extranjero, y sus perjudican?

—Ya tiene usted muerta la arriería en cuanto que eso se haga, y las posadas y todo.

—¡Dale! Sé civil, si puedes, aunque sea por un momento nada más. ¿Negarás el adelanto de la velocidad, de marchar sin caballerías visibles y sin tropezarse con nadie?

—Lo que es eso, poco á poco, que ya chocan algunas veces. Y á bien que si á usted, en la medición, le pillaran un campo y una casa por *metá,* que no le parecería tan bueno lo del ferrocarril.

—¡A buena parte vas! Ya quisiera yo que me hubieran «desapropiao» un terreno; porque pagan más de lo que vale y andando un poco listo, más.

—A usted, porque malo ó bueno, como suele decirse, usted es el alcalde.

—Pues es una manera de decir muy insolente.

—Ya digo que no es más que un decir. Si fuera yo el alcalde, valiente caso haría de las mensuras de esos tíos ni de las banderolas ni de las estaquillas.

—¿Ves tú el telégrafo? Pues también te parecerá perjudicial.

—Y lo es. ¿Para qué sirven esos palos y esos alambres? Para atraer los nublaos ó para espantarlos, según, pero siempre perjudicando al pobre. Para traer malas noticias en seguida y nada más.

—¿Y la luz por el manetismo elétrico de Bengala? ¡Tú que sabes! No has visto nada en el mundo.

El tío Roque no se convencía.

El alcalde, como persona ilustrada—según él—aunque no ejercía, pugnaba por civilizar á sus *dinos* administrados y súbditos.

Pero váyanle ustedes á convencer á un hombre como el tío Roque, cuyos únicos libros de texto eran los aperos y los bueyes y cuyos ideales no iban más allá de su casa y su mujer y su hija María Rosa, que eran muy guapas, y en particular la hija, como más joven, tenía más atractivos.

La mensura del camino de hierro, como decía el tío Roque, le partía el campo que poseía y la casita que en fuerza de trabajo y economías había logrado adquirir.

¿Quién pudiera hablarle en elogio del trazado, ni menos convencerle de la necesidad ni aun de la conveniencia de abrir aquella vía?

Y para colmo de impertinencias, observó que á un ingeniero joven le había dado por rondar la casa del

tío Roque ó así le parecía, por lo menos, al receloso labrador.

Un día armó conversación con el ingeniero, á quien encontró replanteando la línea de las proximidades del pueblo para emprender las obras inmediatamente.

– ¿Usted será inglés, por supuesto, ú francés ú moro?, le preguntó con saña y menosprecio «mal comprimidos.»

– No, señor, respondió el interpelado. ¿Por qué? Soy tan español como usted.

El tío Roque le miró con asombro y se quedó como alelado.

– ¿Un español puro meterse á eso? ¡Seguir una carrera tan... exótica!

Él no lo formulaba así, precisamente; pero era lo que pensaba.

– Español y de pueblo no muy lejano de éste.

– ¿De veras? Hay gustos raros y de cada vez más.

– ¿Por qué dice usted eso? ¿Por haber nacido en esta tierra?, preguntó riendo el ingeniero.

– Por estudiar esa profesión ú lo que sea, que no es española ni buena.

– Muchas gracias.

– No hay por qué.

– ¡Y yo que intentaba pedir á usted un favor!..

– Nada tiene que ver. Usted dirá.

– ¿Tiene usted una casita á la salida del pueblo?

– A la salida ú á la entrada, según por donde se venga ú por donde se vaya. Tengo una casita, sí, señor, que usted se ha propuesto echar abajo.



Muelle de pescadores, cuadro de Onofre Garí Torrent

– No lo crea usted.

– ¿Que no lo crea? ¿No he visto yo las mediciones?

– No, y en prueba de lo que le digo, le propongo comprársela.

– ¿Con todo?

– ¿Cómo con todo?

– Con la tierra y el ganao y...

– ¿Y la familia?

– ¡Eh!, poco á poco. Entiendo: usted quiere comprarme la casa para especular.

– No, señor; por conservarla cuidadosamente. Esa casa tiene para mí valor extraordinario.

– Pues eso: la expropian y usted saca seis ó siete veces lo que me da á mí; pero yo no la vendo, y ahora que me dice usted que no la echan abajo, menos. Digo, no sé si será verdad.

– Le doy á usted mi palabra de salvar la casa; para ello no necesitaré esfuerzo alguno; se salva por su situación ella sola.

– ¿Y por qué tiene la casa tanto interés para usted?

– Porque es la casa donde he nacido; ya lo sabe usted.

– ¡Ya! ¿Luego usted es el hijo único de la señora *Coronela*, como le nombramos aquí? ¿Doña Eugenia, viuda de D. Simón el coronel?..

– El mismo.

– Eso es otra cosa.

– ¿Otra cosa?

– Sí, que ya se puede tratar con usted, aunque sea ingeniero de esos.

Conque Emilio, el hijo único de la viuda, á quien

GUERRA ANGLO-BOER. – Mapa de la región al Oeste de Ladysmith, en donde se han desarrollado las últimas operaciones del ejército del general Buller



EN LA FERIA, cuadro de M. Obiols Delgado



FRAUNHOFER EXPLICANDO Á SUS AMIGOS EL ESPECTRÓMETRO, cuadro de R. Wimmer

había comprado aquella casa y aquellas tierras cuando se trasladó la señora á Madrid, fué autorizado para visitar la casa, pero con ciertas restricciones en horas y en habitaciones.

Y daba la pícara casualidad de que en la alcoba actual de María Rosa fué donde él nació, y allí tuvo su cuna, donde la muchacha su lecho.

Emilio no dejaba la ida por la venida.

Toda la casa llena de recuerdos.

– Aquí me despedí de mi pobre padre cuando partió para campaña; aquí tenía mi madre su tocador.

El tío Roque era muy franco y su familia también.

Y Emilio también.

No suele dar buenos resultados el exceso de franqueza.

El joven llegó hasta el abuso de obligar al tío Roque á deshacer algunas reformas que había realizado en la casa y á restautarla á su anterior estado.

– Eso ya es abusar, decía Roque. El día menos pensado le planto en la calle.

Pero no contaba con la huéspeda

Y la huéspeda era María Rosa.

María Rosa, que era una mujer hermosísima y angelical.

Y que enamoró al ingeniero y se enamoró de él al mismo tiempo.

No anduvieron muy pesados en el asunto; que tres meses después de empezar á tratarse, María Rosa era la señora ingeniera.

– Me hubiera gustado más que fuera «la médica» ó «la boticaria;» pero en fin, paciencia. Ya decía yo que éste me había de expropiar algo: lo que más vale, precisamente.

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Juan Ruskin.—A la edad de ochenta y un años ha muerto en Coniston el ilustre crítico y profundo pensador inglés Juan Ruskin. Había nacido en Londres y desde muy niño demostró grandes aficiones artísticas, que fomentó su madre, apasionada de las Bellas Artes, emprendiendo con él largos viajes por Europa, en cuyos museos empezó la educación artística del adolescente. Quiso éste, en los primeros años de su juventud, seguir la carrera eclesiástica, y al efecto comenzó sus estudios en la Universidad de Oxford; pero de improviso cambió de pensamiento y se dedicó al estudio de las Bellas Artes bajo la dirección de Fielding y Harding, alcanzando en 1842 el título de *bachelor of arts* y publicando su primera obra *Modern painters*, que causó una revolución en el mundo artístico por la novedad y atrevimiento de sus teorías en defensa del pintor inglés Turner, cuyo talento permanecía desconocido, y produjo una transformación completa de la crítica de arte en la Gran Bretaña. Posteriormente, hasta 1860, escribió sus célebres obras *The Seven Lamps of Architecture*, *The Stones of Venise*, *Giotto and its works in Padua* y otras no menos importantes que evidenciaban los múltiples talentos de su asombrosa inteligencia. En 1851 había trabado amistad con Hunt, Millais y Dante Gabriel Rosetti, con quienes fundó el Prerrafaelismo, que defendió con elocuencia y vigor maravillosos en una serie de artículos publicados en aquel mismo año en el *Times*. Además de las citadas, deja escritas otras muchas obras, entre las que mencionaremos *On the nature of Gothic architecture*, *Lectures on architecture and painting*, *The elements of perspective*, *Munera Pulveris*, *Sesame and Lilies*, *Crown of Wild Olive* y *Fors Clavigera*, que extendieron por toda Europa sus teorías sobre estética y arte. Fué por tres veces designado para desempeñar la cátedra de Bellas Artes de la Universidad de Oxford. Últimamente habíase retirado de la vida activa, sin por esto dejar de colaborar en los principales periódicos y revistas. Ruskin no era solamente un crítico de primer orden, sino, además, un reformador y un apóstol: convencido de que el hombre sólo debe vivir de su trabajo, distribuyó entre parientes pobres y establecimientos de beneficencia una fortuna personal de más de cuatro millones de francos que le dejara su padre. Para estudiar más de cerca las condiciones del trabajo manual más duro y menos retribuído, llegó á barrer las calles y á partir piedra en las carreteras.



JUAN RUSKIN, ilustre crítico de Bellas Artes inglés, fallecido en Coniston (condado de Lancáster, Inglaterra) en 20 de enero de 1900

A pesar de los graves sucesos que preocupan á Inglaterra, el fallecimiento de Ruskin ha causado allí emoción profundísima, habiéndole dedicado todos los periódicos largos y sentidos artículos y siendo considerada su muerte como una desgracia nacional.

Guzmán el Bueno, estatua de Aniceto Marinas, fundida en bronce en los talleres de Masriera y Campins. – Varias veces, con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista algunas obras del distinguido escultor Aniceto Marinas, hemos emitido las apreciaciones lisonjeras que nos merece tan laborioso artista. Esta circunstancia y la de ser sobradamente conocido nos obliga hoy á no dedicar al laureado escultor nuevos testimonios de consideración, que al fin sería repetir lo que ya hemos consignado. De ahí, pues, que nos limitemos á ensalzar su última producción, la hermosa estatua de Guzmán el Bueno, el héroe de Tarifa, el legendario prototipo de la lealtad española, destinada á coronar el monumento que ha de erigirse en León. La figura del caudillo preséntase severa, rebosando la nobleza de ánimo que constituye la característica del personaje. La ejecución es grandiosa, cual corresponde al concepto, y la totalidad de la obra, que mide más de tres metros, honra á su autor y á los Sres. Masriera y Campins, que han tenido que vencer grandes dificultades para la fundición.

Muelle de pescadores, cuadro de Onofre Garí Torrent (Exposición del Círculo Artístico). – Las costumbres, escenas y tipos de las gentes de mar de nuestras costas han tenido para el discreto pintor catalán Sr. Garí Torrent singular atractivo, y á su estudio se ha dedicado siempre con plausible resultado, significándose ventajosamente en este género de pintura para el que tan complejas aptitudes son precisas, alcanzando notoriedad, aplausos y merecidas recompensas. Entusiasta por el arte, que cultiva con aprovechamiento, y laborioso y exigente consigo mismo, cada nueva producción revela un progreso, un visible adelanto. Muestra de ello es el bonito lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, trasunto del cuadro que ofrece la playa llamada de pescadores, junto á la Capitanía del Puerto de nuestra ciudad, precisamente en el momento de mayor animación, cual es aquel en que regresan las barcas de pesca. El cuadro del Sr. Garí es uno de los que figuraron en la Exposición organizada por el Círculo Artístico.

En la feria, cuadro de M. Obiols Delgado.—Esta obra del distinguido pintor catalán nos transporta á una de esas ferias andaluzas que tanto renombre han adquirido y al frente de las cuales debe colocarse sin vacilar la tan famosa de Sevilla. El cuadro que nos ocupa tiene toda la luz, todo el ambiente, todo el carácter de aquel cielo, de aquel paisaje y de aquellas fiestas que hacen de Andalucía una región privilegiada, objeto de la admiración de cuantos extranjeros la visitan. La composición del Sr. Obiols Delgado está perfectamente entendida: las numerosas figuras que en ella entran aparecen colocadas sin la más pequeña confusión; las tiendas del fondo dan idea acabada del real de la feria, y el dibujo, por su corrección, y el color, por sus entonaciones vigorosas, completan el bellísimo efecto del lienzo.

Fraunhofer explicando á sus amigos el espectrómetro, cuadro de R. Wimmer.—Fué José de Fraunhofer un eminente óptico alemán que nació en Stranbing (Baviera) en 6 de marzo de 1787 y murió en 7 de junio de 1826. Hijo de una familia pobre y huérfano á la edad de catorce años, hubo de entrar en una fábrica de espejos para ganarse la subsistencia; pero su afición al estudio le impulsó á instruirse especialmente en matemáticas, y robando horas al descanso y á fuerza de privaciones y sacrificios llegó á verse dueño de la misma fábrica en que había entrado como obrero. Fraunhofer resolvió importantes problemas de óptica, ideó nuevos procedimientos para la construcción de objetivos acromáticos, realizó notables estudios acerca del espectro é inventó ó perfeccionó el heliómetro, el micrómetro, el microscopio acromático, el micrómetro anular, el microscopio paraláctico y otros instrumentos. El celebrado pintor alemán Wimmer nos presenta, en su interesante cuadro, al ilustre sabio ejecutando delante de sus amigos algunos experimentos con el espectrómetro.

Guerra anglo-boer. – Cuando mayor era el entusiasmo producido en Inglaterra por la noticia de que las tropas de Buller se habían apoderado de Spionskop, un despacho del referido general anunciaba que en la noche del 24 habían logrado los boers recuperar aquella posición, que había sido calificada de importantísima y considerada como llave del camino de Ladysmith. Se comprenderá fácilmente la sensación profunda que causó esta derrota, tanto más cuanto que todo hacía suponer que el abandono de Spionskop y la retirada de los ingleses habían revestido las proporciones de un inmenso desastre. Y así ha resultado en efecto, como lo demuestra el hecho de que las tropas de Buller hayan tenido que repasar el Tugela, encontrándose hoy en las mismas posiciones que ocupaban antes del movimiento de avance que les ha costado pérdidas enormes. Pocas noticias concretas se tienen de estas pérdidas, pues el *War Office* se muestra en este punto en extremo reservado: positivamente sólo se sabe por declaración oficial que las sufridas por la brigada Littleton desde el 17 al 25 han sido 57 muertos, 579 heridos y 60 desaparecidos; en cuanto á las de la división de Warren en la jornada del 24, mientras un despacho de origen boer dice que el enemigo dejó en el campo de batalla 1.500 cadáveres, el parte oficial consigna que los ingleses tuvieron 139 muertos, 392 heridos y 59 desaparecidos: entre los muertos hay 22 oficiales, 20 entre los heridos, entre ellos el general Woodgate, un coronel y dos comandantes, y entre los desaparecidos seis. Según parece, los ingleses perdieron además 17 cañones. Por lo que se refiere á las de la brigada Dundonald, que formaba la extrema izquierda, nada se sabe todavía.



GUZMÁN EL BUENO, estatua de Aniceto Marinas, fundida en bronce en los talleres de Masriera y Campins

Esta última derrota se presta á muchas consideraciones que no hemos de hacer dada la índole de esta sección: únicamente diremos que aun á los menos entendidos en materia de táctica y estrategia ha de extrañar esa facilidad con que los generales ingleses se han dejado engañar por los boers cada vez, y son ya varias, que éstos han querido atraerles á una emboscada. ¿No debió de hacerse sospechosa al general Buller la escasa ó ninguna resistencia del enemigo al paso del Tugela de sus tropas é impedimenta, cuando la operación del paso de un río se reputa como una de las más difíciles en la guerra? ¿Y no debieron aumentar sus sospechas al ver con cuán pocas dificultades se apoderaron sus soldados de la posición de Spionskop, considerada de excepcional importancia?

Después del fracaso de estas últimas operaciones la prensa inglesa ha dirigido acerbas censuras al ministerio de la Guerra y unánimemente pide que se envíen en seguida al Africa del Sur grandes refuerzos: algunos, como el *Times*, dicen que es necesario enviar allí cien mil hombres

El doctor Leyds, representante del Transvaal en Europa, ha asistido, en Berlín, á la recepción celebrada en palacio con motivo del aniversario del natalicio del emperador. Interrogado por un periodista de aquella capital, ha hecho las siguientes manifestaciones: «No hay razón alguna para que tengamos que pedir la intervención de las potencias, porque las cosas marchan perfectamente para nosotros. En cuanto á las condiciones de la paz, sólo puedo expresar mi opinión personal, y esta es que Inglaterra se verá obligada á devolver á los boers una buena parte de los territorios que en otro tiempo les arrebató, y habrá de garantizar, además, que ningún daño ocasionará á los hermanos de raza boer que han abrazado nuestra causa. Por lo que hace á la independencia absoluta de las dos repúblicas, sería perder el tiempo abrigar la menor duda sobre este particular.» Hablando de Ladysmith, Kimberley y Mafeking, dijo que son prisiones en donde los ingleses se ven obligados á consumir sus propios recursos.

En el mensaje de la Corona leído el día 30 del próximo pasado al inaugurarse el Parlamento, el gobierno inglés pide un crédito de veinte millones de libras esterlinas para gastos de guerra.

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El joven se levantó de la mesa casi en seguida, y fué Lucy quien hizo los honores, emprendiéndola con Mad. Charmón y entreteniéndose en exasperar á aquella señora con el recuerdo de las funciones modestas y casi serviles que había desempeñado en Inglaterra en casa de señoras de alto rango que eran amigas de la joven.


Haciendo que la ayudara para pasar los setos y las zanjas

Se necesita una diversión. Este pensamiento se les ocurrió al mismo tiempo á Lucy y á Roberto. La situación estaba tan tirante hacía unos cuantos días, que podía comprometer la tranquilidad de aquella familia, á causa principalmente de Madame Charmón, cuya introducción en la casa había abierto las hostilidades: de réplica en réplica, de incidente en incidente, se había llegado á tan penoso estado de cosas.

Desde la arenga de su suegra, en la que puso á los Le Clercq sobre un pedestal de trescientos años de virtudes y de riquezas burguesas, había cambiado bastante María Mad. Toda su animación, su alegría juvenil, su agrado, habían desaparecido. Seguía siendo atenta y cortés: tenía la actitud correcta de la persona que está de visita en una casa desconocida; su sonrisa era amable y forzada. Contestaba á su suegra con el tono que suele usarse para informarse de la salud de amigos que nos son indiferentes.

Lucy, que la observaba, pensó:

—Estamos en la fase que precede á la gran crisis. Maud se atiene á sus principios de buena educación para poder soportar á la vieja. Pero uno no puede pasar su vida íntima en ser correcta. ¿No lo notará Roberto Le Clercq?

Aún no tenía con él relaciones bastante íntimas para interrogarle acerca de este punto. Roberto conocía que se necesitaba un derivativo, pero juzgaba el estado de ánimo de María Magdalena menos bien de lo que podía hacerlo Lucy, que la conocía mejor.

Roberto amaba verdaderamente á su mujer; pero apenas se confiaba en ella, porque tenía una de esas naturalezas reservadas que requieren años para llegar á conocerlas íntimamente; juzgando por sí mismo, le parecía natural la reserva de María Mad, cuyo carácter era sin embargo expansivo cuando se sentía en confianza. No se extrañaba de que le hablara poco de sí misma, de sus sentimientos, de sus gustos; sabía de ella lo que podían saber los indiferentes; su vida á la vista de todos, pero nada de su alma ni de su corazón. Su propia tibieza había alejado hasta entonces toda expansión mutua. Además las circunstancias de su vida común distaban mucho de favorecer semejante intimidad. La presencia inevitable de un tercero era un obstáculo invencible para toda expansión afectuosa. Muy pocas veces podían estar solos.

Y Roberto, satisfecho de la clase de cariño que profesaba á María Mad y convencido de que ella le correspondía del mismo modo, no pensaba en desear más. La consideraba como una niña muy sencilla y risueña; la superficie graciosa de aquel carácter le satisfacía. No sospechaba ni voluntad, ni energía, ni orgullo de mujer bajo aquella apariencia amable, animada, sumamente seductora, resultado de un natural feliz, cultivado por una educación bien entendida, sin ver que en la agradable igualdad de humor de María Magdalena entraba tanta urbanidad al menos como dulzura natural.

Lucy lo sabía y esto era lo que la asustaba. Había llegado el momento en que su amiguita, lastimada en todos sus sentimientos, que ni su suegra ni su marido se habían dignado descubrir en ella, se envolvía en su finura de mujer bien educada para ponerse á cubierto de todos los ataques. La situación de Roberto, puesto entre dos cariños y dos deberes, iba á ser muy delicada y penosa. No sospechaba que su mujer tuviera carácter, é iba á conocerlo. Y Lucy no dejaba de notar que en el corazón de María Magdalena había cierto rencor contra su marido por no haber pensado en amar otra cosa de ella sino su elegante personalidad física, y haberla juzgado *à priori*, por el concepto intelectual, indiferente y buena para ponerla en tutela.

Roberto, pensando en disipar la desagradable influencia que los desunía, no supo arbitrar otro medio sino preguntar á su mujer si le gustaría organizar un baile. Esta proposición fué rechazada so pretexto de que la estación estaba muy adelantada, pero en realidad porque María Magdalena preveía que en tal empresa tendría que soportar las generosidades de su suegra.

A Lucy se le ocurrió algo mejor.

Hacía ocho días que estaba en Montpazier. El tiempo habría transcurrido agradablemente en otras circunstancias. Quería á Maud y Roberto le gustaba. También le gustaba aquella pequeña subprefectura normanda, con sus tipos de buenas gentes, algunos de ellos maniáticos ó simplemente raros, que se destacaban sobre el modelo común. Pero hacía ya algunos días que hablaba de su marcha; porque tenía horror á las situaciones espinosas en las cuales se encuentra uno tan metido que cada movimiento produce una herida. Cogida en semejante avispero, no habría obrado como María Magdalena. Provocando una explicación franca, habría establecido sencillamente sus derechos y rogado á su marido que buscara una casa tan modesta como hubiera querido, pero donde hubiesen gozado de su completa libertad y tuvieran el derecho de decir: «Estamos en nuestra casa.»

Maud no tenía la firmeza necesaria para obrar de este modo; jamás se atrevería á hablar de ello; si ocurría una excisión, sería sin grandes frases por su parte; se retiraría sin ruido por horror á las discusiones.

Para evitar en lo posible que se llegara á este extremo, Lucy, al anunciar su marcha, instó á Roberto y á María Magdalena para que la acompañaran á Bretaña.

Esta proposición de viaje fué aceptada con entusiasmo. María Magdalena sintió en seguida la alegría del colegial el primer día de vacaciones; Roberto comprendió la intención de miss Hartley y se persuadió de que una corta ausencia arreglaría las cosas. A su regreso, Mad. Charmón, causa principal de su malestar, habría desaparecido.

Mad. Le Clercq los vió partir con extraño sentimiento, mezclado de satisfacción y de despecho. Tenía intuición de lo que pasaba, y sin analizar bien sus pensamientos, temía que Lucy Hartley aprovechara la libertad del viaje para inculcar ideas de independencia á María Magdalena é influir en el ánimo de Roberto.

Quizás también mediaban celos maternales, aunque algo confusos: por vez primera desde su casamiento su hijo iba á encontrarse enteramente solo con su mujer. En estos pocos días ella podía adquirir un imperio absoluto sobre él. Mad. Le Clercq no descomponía cada uno de estos pensamientos; toda esta psicología obscura era superior á ella. Padecía; estaba segura de querer tiernamente á su nuera y de haber recibido en cambio pruebas de ingratitud ó por lo menos de impaciencia contra su autoridad. Era verdaderamente desgraciada...

Hicieron el viaje más delicioso, deteniéndose donde les parecía, explorando antiguas aldeas silenciosas ó visitando magníficas catedrales y templos de granito esculpido como marfil japonés y ruinas de

castillos y abadías. En ocasiones anduvieron muchos kilómetros por malos caminos, llenos de cuestas y vericuetos, sólo por ver montones de piedras sin interés; descubrieron también en ciertas aldeas desdeñadas por las Guías, antiguas iglesias de campo que dominaban con su calado campanario masas de casitas grises con su techumbre de pizarra cubierta de musgo.

Pasaron cinco días en la posada de un pueblo, una de esas antiguas posadas en cuya muestra se lee: «Se aloja á pie y á caballo.» Se detuvieron allí porque, habiendo entrado á almorzar, les llamó la atención la limpieza, rara en Bretaña, y el aspecto agradable de la dueña. Las sábanas olían á espliego; en el techo de su cuarto había gruesas vigas obscuras; alegraba las paredes un papel inverosímil en que había pintados pescadores de caña en paisajes japoneses y que databa lo menos de cien años; en una cómoda descollaba una corona de desposada puesta sobre un almohadón de terciopelo. Por las mañanas muy temprano oían mugir las vacas que se sacaban al campo.

Pasaron allí muy á gusto algunos días. La primavera cantaba en su alma como en el cielo azul del mes de junio. Roberto y María Mad iban á correr por los campos, metiéndose al azar por los senderos, perdiendo á veces su camino, no encontrando alma viviente por espacio de horas enteras, y para dar con el camino, orientándose de algunos molinos de viento, cuyas grandes alas grises se veían á lo lejos, ó de la alta flecha del campanario, lanzada como el mástil de un barco sobre la oleada de trigos verdes y de maizales en flor.

Así transcurrieron horas apacibles durante las cuales Roberto se sintió rejuvenecido y plenamente feliz, sin pensar en su profesión, ni en sus pleitos, ni en su madre, ni en el grave porte que debe tener un hombre de toga. Ya no era un ser rotulado en la sociedad de una pequeña ciudad curiosa; era solamente un hombre, un joven prendado de su bella mujer, á la que apreciaba mejor en aquel ambiente de alegría y de dicha sin testigos. María Magdalena, sencillamente vestida, estaba encantadora, alargando el paso para seguir á su marido, haciendo que la ayudara para pasar los setos y las zanjas que era forzoso escalar en aquellos países perdidos; encantadora, llevando enormes manojos de flores, hierbas y ramas con las que adornaba su cuarto; y también cuando, cansada de haber andado mucho, se sentaba al lado de su marido, encarnada, sofocada, con sus bonitos cabellos rubios algo despeinados, con sus finas facciones animadas por la alegría de ser amada, de sentirse bonita y de oírselo decir. Y él se lo decía con elocuencia, pero sin hablar mucho. Ambos iban cogidos de la mano, pasando largos ratos sin dirigirse la palabra, mirando con enternecimiento á los pajarillos muy ocupados en dar de comer á sus hijuelos. Aquellas aves estaban más adelantadas que ellos, y esta reflexión les causaba alguna desazón.

Una mañana se extraviaron en medio de intermibles campos de trigo, sin que tuvieran ningún sendero á la vista. Unos repliegues del terreno les ocultaban el campanario y los molinos, su brújula ordinaria. María Magdalena se sentó muy cansada, mientras Roberto seguía adelante por ver si divisaba alguna granja ó algún campesino que los sacara de apuros. En torno de ella reinó un gran silencio y de pronto tuvo la sensación de una soledad completa. No se oía más que el susurro de las espigas y de las hojas agitadas por una tibia brisa, todo ello acompañado del zumbido continuo de las abejas y de las moscas azules. Un repentino enternecimiento hizo que á la joven se le llenaran los ojos de lágrimas.

María Magdalena era una buena muchacha, joven y amante, que se contentaba con sentir, sin meterse en refinamientos sobre lo que experimentaba. La calma, la paz infinita de aquella soledad penetraron en su alma; tuvo el deseo súbito y vehemente de vivir allí siempre, apartada de la sociedad, sola con su marido, á quien amó por primera vez, como él mismo la amaba. Vivir allí, en una casita blanca, tapizada de rosas; vivir sola con él; tener una porción de hermosos hijos; no recibir á nadie..., sí, hacer una excepción en favor de Lucy, y otra en el de Darlot, aquel hombre original, tan desagradable y que se hacía querer á pesar de sus rarezas. Pero nada de casa suntuosa, nada de días de recibo, ni de suegra, ni de fiestas, ni de banquetes, ni de trajes. La naturaleza, libros serios, música, dos amigos y Roberto.

María Mad fué por espacio de diez minutos una perfecta heroína de novela inglesa. Deseó la vida campestre, los goces sanos de la maternidad.

Roberto apareció al extremo del campo de trigo; acababa de ver los tejados de una granja.

El sonido de las campanas de la aldea llegó hasta ellos desde lejos.

—¡Qué cavilosa estás, Mad!

Ella le contó su ensueño bucólico y él se sonrió.

—¡Qué pronto te aburrirías!, dijo. Lo que es á mí, el campo no me gustaría gran cosa.

Ella le miró algo sorprendida.

—Sin embargo, ¿no es admirable, Roberto?

Sí, por algunos días y con una María Mad elegante y linda; pero al cabo de algún tiempo cambiarías y te convertirías en una especie de aldeana. Las modas penetran difícilmente en este rincón de país.

—¡Las modas! ¿Y pensarías en eso?, replicó como indignada.

—¡Pues no! Tal como estás ahora, con un vestido sencillo, pero bien hecho, me pareces muy bonita; pero ¿cómo estarías vestida por la sastra del pueblo? ¿Y llevarías zuecos? En invierno estos caminos deben estar impracticables. No; la soledad es hermosa; pero la sociedad tiene sus atractivos.

Enfadada y desalentada, María Magdalena se calló. ¡Cuán diferente de ella era aquel Roberto cuya mano rozaba la suya y que, con gran escándalo de una aldeana que guardaba patos cerca de allí, cogió de pronto á su mujer por la cintura y la besó!

Almorzaron en la granja descubierta por Roberto; es decir, comieron con muy buen apetito y riendo de contento unas rebanadas de pan negro untadas de manteca salada. La sala baja de aquella granja era admirable, desde el punto de vista pintoresco. De las vigas de roble del techo pendían sartas de cebollas, velas, hierbas secas y jamones, negros de moscas; en una alta chimenea de piedra había un crucifijo de boj y una imagen de la Virgen de madera toscamente esculpida. Había también una cama de abertura tan estrecha que era casi como un nicho, y María Magdalena pensó que los que allí se acostaban debían ahogarse; unos bancos á lo largo de las paredes y un pavimento de tierra batida visitado por las gallinas, que andaban libre y familiarmente por la casa. En todas partes una suciedad extraordinaria. El patio de la granja estaba tan lleno de estiércol y de paja podrida, que se habrían necesitado zancos para andar por él sin peligro.

La gente que allí vivía apenas hablaba francés. Todos se expresaban en esa dura lengua bretona que parece tropezar con guijarros entre sus sílabas sonoras. Unos chiquillos sucios, que no se habían lavado la cara hacía quince días, con sus cabellos amarillentos cayéndoles sobre los ojos, se acercaban á mirar con la boca abierta á los forasteros... Aquella chiquillería desarrapada, con sus pies sucios metidos en zuecos hendidos, era curiosa de ver, por el aire de ingenuidad conservado debajo de la grasa.

Como todo aquello le causaba alguna repugnancia, María Magdalena abrevió el almuerzo, y volvió con hambre á su posada.

Mientras sus amigos andaban por los campos y entablaban relaciones con los naturales del país, Lucy Hartley pintaba un estudio. Había descubierto un rincón de landa agreste, lleno de brezales de color de rosa y de juncos, que la entusiasmaba. Allí pasaba los días. Era demasiado discreta para acompañar á Roberto y á su mujer en sus paseos. Desde su casamiento no habían disfrutado de aquella soledad. Era como una licencia de algunas semanas, de algunos días quizás. Había, pues, que dejarlos tranquilos. Ellos apreciaban su reserva, y se reunían con gusto con la joven inglesa á las horas de las comidas. Pasaban la velada contándose lo que habían hecho, visto y dicho durante el día. Y Lucy, que quería mucho á María Magdalena, pensaba que después de haber gozado de libertad, los dos jóvenes no consentirían en ponerse otra vez bajo tutela y tendrían valor para sacudir el yugo de aquella anciana señora, para resistir respetuosamente á aquella autoridad sobrado absoluta. «Me parece que no pasarán muchos días sin que tengamos noticias suyas – pensaba – Debe creer como yo que le costará trabajo recobrar su imperio sobre ellos. Los llamará, pero ¿con qué pretexto?»

Y en efecto, pronto se recibieron noticias suyas. Tres días después de su instalación en aquel pueblo, una mañana, cuando Lucy bajaba de su cuarto con su caja de colores y su quitasol, la huéspeda le entregó una carta dirigida á Mad. Roberto Le Clercq con el sello de correos de Montpazier. Aquella carta era sin duda de la suegra.

—No es para mí, dijo.

—No. Pero esa señora y su marido han salido hace ya mucho rato. Quizás no vengan á almorzar, y he pensado que si usted va á reunirse con ellos, podría entregarles la carta.

Miss Hartley reflexionó un instante y la tomó. En seguida se fué á pintar.

Por la noche vió volver á sus amigos rendidos de cansancio, y María Mad, cogida del brazo de su marido, llevando brazadas de flores, recogiendo la falda del vestido en el brazo, peinada descuidadamente, risueña y contenta: pensó en la carta que tenía en el bolsillo y suspiró. Iba á caer como copioso aguacero en día de verano. Ya no más risas, ni abandonos, ni amores. La vuelta á la realidad.

—Dejémosles comer tranquilamente, pensó.

La comida fué muy alegre. María Magdalena, que tenía una bonita voz de soprano muy aguda, cantó á los postres como se hace en las bodas de aldea. Luego tocó á Lucy y á Roberto, quien, con gran sorpresa de su mujer, entonó una canción casi ligera.

El verle joven, risueño, sin la tiesura y reserva acostumbradas, le causaba una alegría sin límites. Tal como se presentaba allí, su madre le habría censurado; no era ya el hijo correcto de Mad. Le Clercq, abogado del foro de Montpazier, sino su Bob, que la amaba, se lo decía, salía sin guantes, fumaba en pipa, llevaba una americana de cutí y parecía un estudiante.

Las personas cuyo carácter está siempre reprimido pecan de exuberantes cuando la ocasión se presenta. Tal como estaba Roberto allí, María Mad le adoraba, y esto era lo que le daba aficiones tan campestres.

«¡Qué lástima que esto acabe tan pronto! – pensaba Lucy sin poder resolverse á darles la carta. – ¿Por qué ha tenido Roberto la desacertada idea de escribir á la vieja lady dándole su dirección? ¡Qué imprudencia! En fin, esta carta bien ha podido sufrir un retraso: ¡el servicio de correos es tan defectuoso! No se la entregaré hasta mañana. Maud me abrazará por esta buena acción.»

Al otro día Lucy se levantó demasiado tarde para ver á sus amigos antes de la hora de comer; habían contraído ya las costumbres del campo. Despertados por los ruidos matinales de la posada, se vestían de prisa y salían al campo. Aquel día Lucy no volvió para almorzar, y por tanto tampoco entregó la carta. Por la noche se celebró en el pueblo una boda de campesinos, y los tres amigos fueron á ella acompañados por la posadera. Allí vieron gente que se divertía á más y mejor. Después de una comida copiosa, los jóvenes bailaban mientras los viejos jugaban al dominó, vaciando jarros de sidra.

La llegada de los forasteros causó al pronto algún encogimiento; pero en breve desapareció. La orquesta, compuesta de un músico ambulante que rascaba un violín, tocaba rigodones á cuyos sones bailaban aquellos pesados campesinos varias danzas.

Entre la concurrencia había un joven pasante de notario que llevaba corbata encarnada y zapatos de charol y que, sabiendo valsar, se había acercado á las señoras y denigraba desdeñosamente las danzas populares. Pidieron al del violín que tocara un vals: Roberto invitó á Lucy, el otro hombre de mundo á María Mad, y dejaron á los aldeanos con la boca abierta al verlos valsar. Luego se entonaron cantos en bretón, cantos de boda, con una tonalidad tan triste que se los habría tomado por lamentaciones.

Los tres pasaron algunas horas agradables. Lucy, que llevaba siempre un pequeño álbum, sacaba croquis: Roberto y María Magdalena pensaban que se habían divertido mucho menos en su boda.

Al volver á su posada, Lucy tomó la resolución de entregarles la carta al día siguiente: hubiera sido indiscreto demorarlo por más tiempo. Así pues, á la hora de almorzar y cuando Roberto y su mujer proyectaban ir á visitar una antigua iglesia donde había inscripciones latinas y capiteles muy curiosos, Lucy les dijo:

—Antes de partir, harán ustedes bien en leer una carta que me han entregado para ustedes.

María Mad se puso colorada; Roberto frunció el ceño; en un segundo el rostro de ambos cambió de expresión, viéndose retratada en él la inquietud.

—La carta es para usted, Maud.

Ésta rompió el sobre; y Lucy, que observaba en el semblante de su amiga las sensaciones que la agitaban, pensó:

—Sí. Los llaman; pero ¿con qué pretexto?

María Magdalena, haciendo un verdadero esfuerzo, recobró su sonrisa, pero un tanto forzada, y entregó la carta á su marido; luego dirigiéndose á Lucy dijo:

—Amiga mía, tendremos que dejar que continúe usted sola su viaje; Mad. Le Clercq me escribe que mi padre llegará á Montpazier el 20, es decir, dentro de dos días. Es preciso que estemos allí. Esta llegada es repentina é inesperada.

—En efecto, replicó Lucy con intención; cuando hace menos de un mes pasé unos cuantos días en París, vi á M. de Bois Saint-Marcel que me dijo que tenía el proyecto de pasar los meses de junio y julio en Escocia en casa de un amigo, M. Mac-Claver house. ¿Le ha rogado usted que venga?

—No; probablemente habrá sido mi suegra.

Las dos mujeres se miraron pensando lo mismo y María Magdalena arrugó el entrecejo.

Roberto, que había leído la carta, miraba maquinalmente el sobre con marcado disgusto.

– ¡Ah!, dijo. La carta es de tres días atrás.

– Sí, contestó Lucy con mucha calma; les ruego que me perdonen mi aturdimiento. Me la entregaron anteayer, en el momento en que salía, y después se me olvidó.

María Mad y ella volvieron á cambiar otra mirada.

– Esto me contraría. Habríamos podido hacer algunos preparativos para recibir al doctor.

– Mad Le Clercq los hará por ustedes, añadió Lucy.

La comida acabó tan tristemente como alegremente había empezado.

Roberto fué á anunciar su marcha á la posadera, y á buscar un carruaje que los llevara á la estación más próxima, por lo cual las dos jóvenes se quedaron solas unos momentos. María Mad, puesta de codos en el antepecho de la ventana abierta, miraba sin verlo el paisaje á que ya estaban acostumbrados sus ojos, las casas bajas del pueblo, dominadas por el campanario de la iglesia, los campos de múltiples colores y el horizonte azul tras el cual se adivinaba el mar.

Evidentemente pensaba en la carta que acababa de recibir, y analizaba los hechos. Preguntábase cómo era que su padre, que debía estar en Escocia, iba ahora á Montpazier; por qué Mad. Le Clercq le había invitado justamente durante su ausencia, lo cual era un medio seguro de abreviar su viaje.

Cavilación peligrosa. La mano firme que los tenía sujetos se apretaba, se convertía en garra, y la voluntad de María Magdalena, afirmada por aquellos pocos días de libertad, empezaba á rebelarse, no ya por efecto de esas ligeras contrariedades que pueden traer consigo los contactos de la vida diaria, sino fríamente, con toda tranquilidad de espíritu y de razón.

– Confío, dijo miss Hartley queriendo interrumpir aquellas cavilaciones, en que dentro de algunas semanas podrán ustedes reanudar su viaje é ir á verme á Tregastel. Pienso ir allí directamente ahora que ya no me acompañan amables amigos para hacerme tomar el camino más largo.

María Magdalena meneó la cabeza.

– No, contestó, no iré á verla á usted á Tregastel; probablemente no me lo permitirán. Y creo que es usted, su influencia, lo que se teme; no la quieren.

Miss Hartley respondió con forzada sonrisa:

– Querida Maud, no hable usted tan tristemente; es usted elegíaca como la Joven Cautiva de Andrés Chenier.

Después de una pausa, María Magdalena se volvió á su amiga, y poniéndole las manos en los hombros y fijando en ella una mirada penetrante, dijo:

– Lucy, estoy cansada. Quisiera que Roberto lo echara de ver todo.

Y sin más explicaciones, se puso á arreglar la maleta. Miss Hartley se retiró á su cuarto para hacer sus preparativos y reflexionar en la situación. Esta mujer, á quien temía Mad. Le Clercq, tenía una naturaleza enérgica y aventurera; y aun cuando dotada de excelente educación, apenas la contenían, en los casos graves, las mil trabas de las costumbres.

Después de hacer sus preparativos de marcha, lo cual fué breve, porque tenía la práctica de los viajes como buena inglesa, bajó á la sala de la planta baja y vió á Roberto que con aire pensativo se paseaba por el jardín fumando un cigarro. Oíase á María Mad ir y venir por su cuarto.

Lucy Hartley se acercó á Roberto.

– Sr. Le Clercq, desearía hablar con usted.

Extrañado del tono serio con que le dijo esto, la miró con un poco de inquietud.

– Sí, necesito hablarle. He reflexionado mucho, y me parece que si no le hablara, me arrepentiría.

Se detuvieron en el fondo de una calle de tilos, donde, á la verde sombra de las ramas, había un pozo. El pretil de piedras grises, rodeado de musgo y de parietarias, sostenía una gruesa polea enmohecida en la que se enrollaba una cuerda; al asomarse á él, se sentía una humedad glacial y se veía á obscuras profundidades un poco de cielo azul reflejado que parecía caído en el fondo de una cueva.

Miss Hartley se apoyó en el pretil y dijo:

– Lo que voy á hacer es incorrecto; pero ¿no cree usted que hay circunstancias en que se deben dejar á un lado las vulgares conveniencias, cuando, por ejemplo, se trata del porvenir de una persona á quien se quiere?

Menester era que Lucy Hartley tuviera un verdadero valor moral para seguir hablando á pesar de la fría impasibilidad de Roberto. Aquel rostro grave, de labios algo delgados, de expresión con frecuencia impenetrable, hubiera hecho retroceder á otra cualquiera.

Pero Lucy estaba dotada de la más tranquila audacia. En el caso presente se sentía sostenida por la convicción de obrar bien; era preciso que intentase un esfuerzo para salvar á Maud, y lo hacía, aunque contando con la cortesía de su interlocutor.



Tocaba rigodones á cuyos sones bailaban aquellos pesados campesinos

– No tengo que empezar por largos preámbulos, porque no acertaría. Está usted convencido de la amistad que profeso á María Magdalena y este sentimiento es el que me decide á hacer lo que hago. Conozco mucho á Maud; quizás la conozco, desde cierto punto de vista, más que usted mismo. Es una mujer tranquila, dulce, afectuosa; le horroriza el ruido y las discusiones. Con tal de evitar querellas sufrirá mucho tiempo, procurará sinceramente sacrificar sus propios gustos en interés de la tranquilidad de su casa. Eso es muy hermoso. Muchas conocidas mías no serían capaces de semejantes esfuerzos. Pero – hay un pero – cuando crea notar que su paciencia no sirve de nada, cuando vea que parece muy justo y natural su voluntario sistema de pasar por todo, habrá una reacción. ¿No ha visto usted nunca á Maud en un momento de cólera? Pues yo sí, una sola vez, me acuerdo muy bien; tuvo el valor de romper con ciertas personas que eran amigas íntimas hacía muchos años, y nada pudo cambiar su resolución de no volverlas á ver. Maud tiene un carácter que usted ni siquiera sospecha. La conocía usted muy poco antes de casarse con ella...

Roberto, comprendiendo muy bien el sentido de las palabras de miss Hartley y á qué tiranía aludía, estaba dominado por sentimientos complejos. También él conocía que su madre anulaba demasiado á María Magdalena; también comprendía que con aquella carta hacía más pesada la cadena que los sujetaba; pero le molestaba que miss Hartley lo hubiera visto, que se atreviera á hablarle de ello, decirle lo que él mismo pensaba, aun cuando no podía menos de apreciar el sentimiento que la hacía hablar. Pero, bien mirado, ¿tenía María Mad verdaderamente esa obstinación y esa rigidez con las que al parecer se le quería asustar?

Procuró sonreir irónicamente y dijo:

– En efecto, señorita, no sospechaba que mi mujer tuviera un carácter tan desagradable. Siempre la he visto amable y graciosa. Me complazco en creer que exagera usted sus defectos.

Lucy Hartley le miró seriamente.

– ¡Oh!, contestó con calma: eso no es digno de usted. No me figuraba que fingiera usted equivocarse acerca de lo que le digo. Puede usted llevar á mal que me atreva á mezclarme en asuntos ajenos; pero me conoce usted lo bastante para saber que si obro así es porque creo que lo debo hacer.

– Señorita, estoy persuadido de las excelentes intenciones de usted; pero la verdad es que la han llevado un poco lejos.

Lucy se volvió y dió un paso para alejarse de Roberto.

– Algún día se arrepentirá usted de esa rigidez injustificada.

– ¿Qué día? ¿En qué circunstancia?

– El día en que María Magdalena, no pudiendo aguantar más, se separe de usted para volver á casa de su padre, si es que su padre quiere recibirla. Y ese día quizás no esté tan remoto.

Roberto se puso encarnado, porque sintió una violenta palpitación sólo al pensar que pudiera suceder semejante cosa, que Mad, su querida Mad, pudiera separarse de él por algunas fútiles querellas.

– En fin, dijo con el tono de un hombre que acepta la discusión á regañadientes, ¿le ha dicho á usted María Magdalena?..

– Nada, absolutamente nada, replicó vivamente Lucy. No debe usted creer que sea mujer capaz de prorrumpir en recriminaciones. He visto, nada más que visto, lo que usted, siendo el más interesado, no sabe ver.

– ¿Qué ha visto?.. Precise usted.

– He visto que Maud, antes muy animada, se ha vuelto triste y se encierra en una reserva que no le es natural. He visto por mis propios ojos en mil circunstancias, durante los pocos días que he pasado en Montpazier, que ella no está en su casa, que está á las órdenes de otra persona, dotada de buenas cualidades, soy la primera en reconocerlo, lo cual no impide que después de haber sido casi libre de sus actos en casa de su padre, se ha encontrado bajo tutela severa y estrecha apenas se ha casado. Es exactamente lo contrario de lo que pasa en todas partes. Una joven desea ser su propia dueña. Le aseguro á usted que si yo me viera en la situación en que se encuentra Maud, no tendría fuerzas para contenerme como ella lo ha hecho hasta aquí.

– ¿Pues qué haría usted?, le preguntó tanto más irritado cuanto que conocía que decía la verdad.

– Rogaría á mi marido que me proporcionara una casa modesta, y hasta pobre si no le era posible hacer otra cosa, pero en la que yo estuviera en mi casa, donde tuviese el derecho de dar una orden, sin exponerme á reprimendas que una no recibe de buen grado cuando no es ya una niña. Preferiría la cabaña más pequeña, sin una criada siquiera, al hotel más suntuoso donde viviría en una posición falsa.

– ¿Y si su marido de usted no atendiera sus reclamaciones?

– Supongo que me daría las razones de su negativa.

– Quizás...

– Creo que si mi marido me amara, me trataría, no como niña voluntariosa, á la que se envía á la escuela á pesar de sus gritos, sino como mujer inteligente, y no tendría inconveniente en explicarme por qué causa estaría obligada á soportar favores y beneficios pagados á gran precio con la abdicación de toda voluntad, de toda dignidad.

El tono de sosegada firmeza de Lucy chocó á Roberto, quien discutió.

– Mi madre quiere sinceramente á María Magdalena.

– No lo dudo.

– Lo ha probado en todas ocasiones. Ha tenido para todos los deseos de mi mujer la indulgencia que tendría una madre.

– Sí, lo sé; y eso es lo que da á Mad ánimo para sufrir más tiempo de lo que de otra suerte habría sufrido.

– Da usted exagerada importancia á las pequeñas cuestiones que hayan podido surgir entre ellas. Madame Charmón ha sido la causa principal, y esa señora debe estar en Inglaterra ó á punto de partir. Es un sacrificio que hace mi madre. ¿Lo reconoce usted?

– Lo reconozco. Mas puesto que se aviene usted á discutir conmigo y la discusión es interesante, ya que tiene por objeto la felicidad de una persona á quien queremos usted y yo, debo confesarle que esas pequeñas cuestiones, como usted dice, me han parecido bastante serias para el estado de alma de las dos mujeres á quienes atañen. Mad. Charmón no ha sido más que una ocasión que puede renovarse de un momento á otro; un pretexto que ha permitido á esos dos caracteres comprender que no se avienen. Mad. Le Clercq, que está persuadida de su propio valer, tiene el sentimiento de la dominación...

(Continuará)

EXPOSICIÓN DE PARIS DE 1900

LA TECHUMBRE DE LA GRAN NAVE DEL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES

Aunque la exposición de 1900 no haya dado, como su antecesora la de 1889, ocasión á los ingenieros para ejecutar obras que llamen de un modo predominante la atención pública, hay en ella algunos trabajos que por su importancia y sobre todo por los procedimientos de construcción merecen que se diga algo de ellos: tal sucede con el puente de Alejandro III y con la techumbre del Gran Palacio de Bellas Artes. La Exposición de 1889 significó el triunfo del hierro en sus aplicaciones, y naturalmente los ingenieros, que son los operadores indicados del metal, obtuvieron el éxito que merecían; hoy son los arquitectos los que toman el desquite con el empleo tal vez excesivo de la piedra y del yeso. Dentro de algunos meses contemplaremos una serie de monumentos decorados, en tan gran número que es casi seguro que los unos perjudicarán á los otros.

El armazón metálico que contiene la techumbre del Gran Palacio no es obra de ingeniero, puesto que ha sido dibujado en sus líneas principales en las oficinas de los arquitectos Girault y Deglane; y si los constructores encargados de su ejecución y de su montaje obtienen alguna gloria, es por la rapidez, la precisión y la ingeniosidad de medios que han empleado para realizar tan importantes proyectos en el corto espacio que se les había señalado.

Los arquitectos que dibujan sus palacios dan á la parte metálica una forma aproximada, cuya solución definitiva no han de buscar desde el momento en que no son ingenieros: son éstos los únicos que, después de cálculos muy largos y complicados, pueden suministrar las dimensiones y las formas finales.

El conjunto de la obra metálica necesaria para la techumbre del Gran Palacio es considerable, ya que exige no menos de 6.000 toneladas de acero: compónese de un gran cimborrio de 70 metros de altura que sostiene una cúpula de 45 metros de diámetro. Este conjunto constituye el motivo principal que domina el pórtico central y está coronado por una linterna de 18 metros de altura que eleva el punto más alto del edificio á 75 metros sobre el nivel del suelo, es decir, á más de 100 metros sobre el del mar. Ese cimborrio metálico sirve de unión á tres galerías, dos de las cuales son prolongación una de otra y la tercera es perpendicular á la dirección de las anteriores, sirve para formar la contranave de la nave y está situada enfrente de la puerta de entrada.

Ante la importancia del trabajo y á causa del escaso tiempo de que se disponía para los estudios previos, el comisario general de la Exposición no creyó conveniente dirigirse á una sola persona para la ejecución de esa obra y ha recurrido á una asociación colectiva, compuesta de tres casas de construcción muy conocidas, las de Daydé y Pillé; Moisant, Laurent y Savey, y la Sociedad de Puentes y Obras en hierro. Esta determinación ha sido muy acertada, porque sabido es que los constructores no son siempre dueños de entregar sus encargos, ya que dependen de las ferrerías que les proporcionan los hierros, de las que ellos son tributarios; y como esas herrerías están sindicadas, no producen más que cantidades previamente determinadas de planchas y vigas y es muy probable que no hubieran podido entregar, en tan pocos meses, á un solo cliente las 6.000 toneladas necesarias.

Aunque la obra total ha sido confiada á la colectividad que hemos indicado, y aunque las tres casas son solidariamente responsables, los contratistas se han distribuído el trabajo: la casa Daydé y Pillé se ha quedado con la cúpula y la contranave; la de Moisant, Laurent y Savey con la parte derecha de la gran nave, y la Sociedad de Puertos y Obras en hierro se ha encargado de los materiales y montaje de la parte izquierda.

De estos tres constructores, los que han tomado la parte más importante son seguramente los señores Daydé y Pillé, no sólo por el peso del metal, sino muy principalmente por la índole especial de la obra que han de ejecutar. Por otra parte, esos ingenieros eminentes, para quienes el acero no tiene secretos, han tenido que ejecutar otras varias obras para la exposición, debiéndose á ellos los famosos cajones del puente Alejandro, una parte de la techumbre del Palacio de Ingeniería Civil, que es una maravilla, y los tres puentecillos sobre el Sena. La cúpula del Gran Palacio será seguramente el trabajo metálico más grande de la Exposición, después del puente, por su atrevimiento y por la corrección de sus líneas, y ha sido ya objeto de la admiración de todos los inteligentes, que no vacilan en denominarla la *Cúpula Daydé,* dándole el nombre de su constructor.

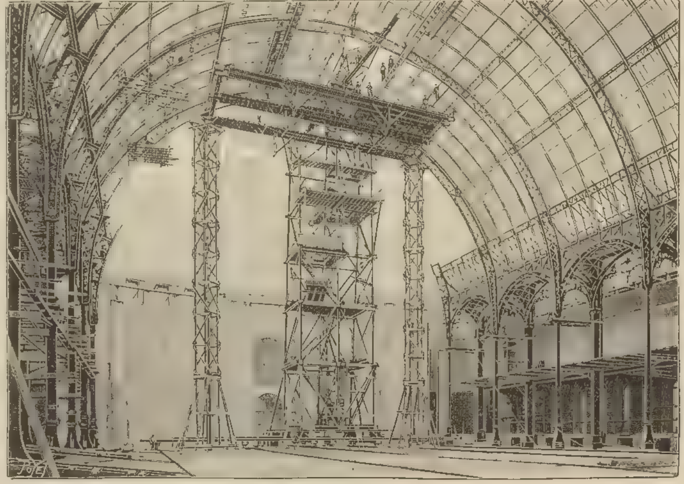


Fig. 1. – Montaje de los cuchillos de armadura



Fig. 2. – Arranque de uno de los cuchillos de armadura y de una armadura de enlace

Las armaduras de esta obra, lo mismo que las de toda la techumbre del Palacio, pertenecen al género de las llamadas encajadas; es decir, que la resultante de todos los empujes pase por los puntos de apoyo sobre el suelo y ejerza en ellos una presión soportada por una gran masa compuesta de tirantes de hierro con una capa de betún. Las paredes del palacio no hacen esfuerzo alguno, hasta el punto de que podrían desaparecer sin que la cúpula se resintiera en lo más mínimo. Esta elección de armaduras ofrece ciertamente la forma más segura, pero tiene un inconveniente de estética bastante grave, y es que dichas armaduras presentan necesariamente una flecha muy alta, lo cual produce una curvatura muy pronunciada; de aquí que el techo del Palacio forme un caparazón enorme que parece aplastar el edificio. Las columnas de la fachada constituyen un orden arquitectónico muy puro y recuerdan la época romana en todo su esplendor; pero en aquellos tiempos no se utilizaba el hierro en las construcciones y los pilares de piedra no tenían otro objeto que sostener un entablamento y un frontón que dominaba el edificio. Actualmente es preciso recurrir al metal para cerrar las grandes superficies de que se dispone; pero desde el exterior nada nos da á comprender que la cubierta esté sostenida en el interior por pilares independientes que desde fuera no vemos, resultando de ello que aparentemente las columnas son las que parecen sostener toda aquella masa de hierro, cuando por su ligereza y esbeltez distan mucho de parecer capaces de realizar tal esfuerzo.

La cúpula se apoya en una corona circular sostenida por las cuatro armaduras que descansan sobre los mismos apoyos que las armaduras de enlace (figura 2): éstas constituyen la línea de empalme de la porción esférica del cimborrio y de la parte cilíndrica de las galerías.

El procedimiento de montaje empleado por la casa Daydé y Pillé es muy interesante: en un elevado andamio se ha instalado una vía de rodadura circular de madera, colocada encima del sitio que debía ocupar en el espacio la cúpula, y en el centro de la obra se ha montado un andamio independiente del otro, destinado á sostener una especie de anillo de hierro de 25 á 30 centímetros de diámetro. La colocación de este anillo y del techo es muy importante, porque uno y otro han de soportar el aparato de manutención necesario para poner en su sitio los diferentes elementos. Este aparato se compone de dos vigas de 35 metros de largo que llevan á unos ocho metros de su extremo unas fuertes agarraderas que se adaptan al anillo central, disposición merced á la que todo el aparato puede girar sobre un plano horizontal alrededor de un punto.

La viga se halla sensiblemente equilibrada, para lo cual se han colocado al extremo de su brazo más corto unos barriles cargados de remaches: el brazo grande lleva en su extremo una carretilla cuyas ruedas se apoyan en un carril circular situado á lo largo del techo. De este modo, todo el sistema puede girar alrededor de su eje, tomando entonces el brazo de la viga la dirección de un radio cualquiera del círculo de trabajo.

Los dos constructores de las partes laterales han empleado cada uno un sistema diferente. La Sociedad de Puentes, que ejecuta la parte izquierda, ha montado un gran andamiaje que abraza toda la sección de la nave y que tiene anchos tablados á diferentes alturas, en los cuales los obreros están cómodamente instalados para trabajar.

La casa Moisant, Laurent y Savey ha adoptado un aparato nuevo de empleo fácil que permite montar todas las piezas rápidamente (fig. 1). Consiste en un gran andamiaje de madera que puede rodar sobre

el suelo en dos direcciones normales por medio de ruedas y carriles convenientemente dispuestos y girar en todos sentidos. La parte interesante de este aparato está localizada en su parte superior: hay allí un gran brazo de palanca horizontal que se mueve según un arco de círculo de unos 60 grados, cuyo centro está situado en el extremo libre de aquella larga viga. Por este punto pasa también la cadena de la cabria, uno de cuyos cabos desciende hasta el tablado inferior, en donde está el tambor de enrrollamiento; el otro cabo está situado en una carretilla movible que se desliza á lo largo de la viga horizontal. Fácil es comprender que este aparato sirve para todas las operaciones necesarias, ya que el garfio de la cabria puede ir á todos los puntos del espacio situados debajo del brazo de palanca.


BUSTO BIZANTINO, obra de Alfonso Mucha

Las grandes armaduras de la pista han sido ejecutadas en tres operaciones distintas: en las dos primeras se han instalado los pilares verticales y las primeras dovelas apoyadas en las paredes. La tercera operación consistió en cerrar el arco metálico que había quedado abierto, para lo cual los extremos de las partes construídas se sostuvieron en falso por medio de dos pilones provistos de gatos: estos dos pilones tenían un doble objeto, primero levantar ligeramente los extremos libres de la parte ya hecha, y luego formar nuevos pilares de apoyo provisionales sobre los que podían hacerse descansar nuevas dovelas, también en falso, pero ensambladas con las anteriores.

El aparato, que está movido por la electricidad, es muy ingenioso y ocupa muy poco sitio: honra verdaderamente á los constructores que lo han ideado y que por los muchos trabajos realizados en la exposición se han conquistado uno de los primeros puestos entre los ingenieros franceses. – A. DA CUNHA.



Dibujo de A. Mucha para las invitaciones á un baile *des Quat'z Arts*



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Los suicidios en Cataluña y en general en toda España, por *D. Ambrosio Tapia*. – Interesante en extremo es la obra recientemente publicada por el digno é ilustrado presidente de la Sala 1.ª de lo Civil de esta Audiencia D. Ambrosio Tapia. Como su título indica, comprende una completa estadística referente á suicidios, expuesta con gran claridad y dentro de un método perfectamente lógico; mas el autor no se ha limitado á este trabajo de números, sino que á cada capítulo acompañan atinadísimos juicios deducidos de las cifras y sugeridos por la larga experiencia adquirida por el Sr. Tapia en las carreras judicial y fiscal. Termina el libro con un importante capítulo que se titula «Contra el suicidio. – Propaganda útil,» en el que abundan las consideraciones inspiradas en el más sano criterio y se señalan los medios materiales y morales que deben emplearse en las leyes, en el púlpito, en la prensa, en el teatro, en la escuela y en el hogar doméstico para lograr la proscripción del suicidio. El libro ha sido impreso por D. Luis Tasso y se vende á dos pesetas.

A la sombra de la higuera, por *Vicente Blasco Ibáñez*. – La «Colección Diamante,» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, ha publicado con el indicado título una colección de cuentos valencianos del distinguido escritor Sr. Blasco Ibáñez: interés en el asunto, observación justa de las costumbres, estudio profundo de los tipos, tales son las cualidades de fondo de estos trabajos avaloradas por un estilo castizo y elegante. Véndese á dos reales.

La partida doble aplicada á las operaciones de comisionistas y representantes de casas nacionales y extranjeras y á las de los agentes de cambio y bolsa y demás corredores de comercio, por *D. Domingo Cabré y Estany*. – Este folleto, que es el volumen décimo de la «Biblioteca Administrativa Comercial,» es más que útil necesario para los que se dedican á las profesiones mencionadas en el título, porque contiene un procedimiento práctico para anotar de una manera correcta y formal todas sus operaciones, desde la anotación del punto de partida hasta poder pasar balances, inventarios, etc. Véndese en la Administración de «El Consultor Mercantil é Industrial» á dos pesetas.



Calendario en cuatro hojas para la fábrica de chocolates de Massan, obra de A. Mucha

Odas de Horacio, por *Eduardo de la Barra*. – El inspirado poeta chileno D. Eduardo de la Barra, correspondiente de la Real Academia Española, ha prestado un buen servicio á la literatura publicando multitud de odas de Horacio admirablemente traducidas. Sus traducciones apártanse por completo de la ampulosidad que suele distinguir á la mayoría de los trabajos de este género, y ajustándose por completo al original latino, hállanse vertidas en sonoros y sobrios versos castellanos, logrando producir una impresión horaciana con elementos modernos, sin incurrir en esas *agitaciones epilépticas* y en esos *espejeos*, como él los califica, á que tan aficionados son los decadentistas de nuestros tiempos. El libro, impreso en la imprenta de Cervantes, de Santiago de Chile, ha sido publicado en los «Anales de la Universidad.»

Tableau clinique présenté á l' Académie de Médecine de Paris. – Travaux scientifiques sur la decouverte de la respiration artificielle hypodermique, présentés á la Faculté de Medecine de Buenos Aires, á l' Academie de Medecine de Paris et au Club des Physiologistes de Vienne. – A la Gloire de Grece. – Discours á la memoire du medecin argentin Dr. Gil. – Discurso en honor del médico y escritor argentino Dr. José M. Ramos Mejía. – Discurso sobre su obra «La locura en la historia.» – La muerte de Lord Byron. – Discurso sobre el crucero «Río de la Plata» á su salida del Havre con rumbo á España y á Buenos Aires, Rosario y Montevideo, por el *Dr. F. Cobos*. – La simple enunciación de los títulos de estas obras indica las diversas aptitudes de su autor, el doctor Cobos, Médico director del Hospital San Roque de Buenos Aires. En la imposibilidad de ocuparnos, ni aun someramente, de cada uno de estos trabajos, nos limitaremos á decir que en todos ellos, así en los científicos como en los literarios, demuestra el autor sus vastos y sólidos conocimientos. Todos estos folletos han sido impresos en la imprenta de Carlos Schlaeber.

Episodios Nacionales de la guerra del Pacífico (1879-1883), por *Ernesto A. Rivas*. – Se ha publicado la segunda edición de esta obra editada en Lima por J. Boix Ferrer. Contiene veinte episodios á cual más interesante de aquella guerra, con algunas ilustraciones de R. Miró, formando un tomo de más de 200 páginas de amena é instructiva lectura. Véndese en Lima y Arequipa al precio de un sol.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 12 de febrero de 1900 — Núm. 946

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MEJOR PARROQUIANO, dibujo de Fernando F. de la Mota



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LABERINTOS

O hay espectáculos que dependen de la época en que se verifican, y no son concebibles, fuera de aquella época misma, en ninguna otra, ó lo que nos cuentan del Circo Romano es fantasía y hablar por hablar. Desde hace tres ó cuatro años se intenta aquí aclimatar la diversión de las luchas de fieras, y no se consigue, no porque la piedad y el horror á la sangre y á la carnicería lo impidan, sino buenamente porque la lucha... no sale. Ya es un león que se acoquina y se mete en los rincones, depuesta su ferocidad y todo acongojado y medrosico ante los cuernos del toro; ya es una pantera que parece un gato, y gato manso, de los que al amor del brasero roncan cerrando los ojos; ya una hiena de excelentes sentimientos, afiliada acaso á las Ligas de la paz; ya un oso que se limita á bailar, haciendo méritos para lucir el frac rojo, en vez de acometer y de estrechar con su mortal abrazo al enemigo. La creación se pone mansa; la fauna pierde sus bríos y su fiereza; ya no hay animales de esos que en la Edad Media, entre el simbolismo de los Bestiarios, asomaban vomitando fuego, incendiando con su aliento, tragando con sus bocazas á la gente. – Y por eso no cuajan las luchas del circo redivivas.

***

Mala cosa es la mansedumbre. Pone triste ver á un león que se humilla, que tiembla y mete la cola entre las zancas. La imaginación asocia la actitud del gran felino á ideas bien tristes. De humillaciones de león está tejida la tela de nuestras desgracias. Por eso no quiero asistir á semejantes peleas, en las cuales falta el elemento artístico de la vieja Roma y sólo aparece el industrialismo de los modernos tiempos.

***

Un espectáculo curioso y de carácter más bien científico que artístico, aunque de invención española, es el *Laberinto árabe*, que estos días se exhibe en el *Teatro Moderno*. El origen de los laberintos se pierde como diría algún sabio de celuloide – en la más remota antigüedad. Los primitivos laberintos eran cementerios subterráneos, cruzados por calles, callejuelas y encrucijadas, y de esta forma sepulcral ya extinguida son todavía rezagos las Catacumbas, en las cuales el viajero se perdería á no guiarle, con sus cerillas encendidas, el capuchino práctico ya en conocer las reviravueltas y complicaciones de la red. El enorme laberinto egipcio permanece sepultado bajo tierra, como uno de tantos problemas arqueológicos, que algún día quizás saldrán á luz, al practicarse excavaciones ó cuando la casualidad lo quiera, pero que por hoy ni aun hay modo de sospechar cómo han de esclarecerse. El tal laberinto era inmenso, y contenía vías, templos, pórticos, escalinatas, colosos, cuanto sabía encerrar en las entrañas de la tierra el pueblo que construyó las Pirámides. Y ahí estará ese laberinto, soterrado, oculto, guardándonos revelaciones que harán la felicidad de los futuros investigadores... El misterio de los laberintos de la antigüedad es psicológico y literario. El de Creta, el más famoso, el que más habla á la imaginación, sólo en ella ha existido. Es un laberinto fabuloso enteramente: es el alma humana, llena de complicaciones y de abismos. Es Fedra, el delirio sentimental, la gran víctima de la pasión – personaje que la Edad moderna no ha sabido concebir, y que tiene la sublimidad de las épocas primitivas, allá cuando el deseo y el remordimiento eran fuerzas iguales. ¿Qué importa que el laberinto no haya existido jamás? Son verdad, verdad terrible, Fedra y Pasifae, la calcinada sangre maldita por Venus, la raza fatal consumida por llamas nefandas y horribles. Y ese obscuro laberinto, prisión de monstruos, del cual no acertaba á salir el mismo que lo había trazado, es Psiquis, ¡ay!, Psiquis, la Psiquis sombría que no admite explicación ni posee clave, la profundidad no iluminada por las antorchas, el eterno secreto, la desesperación del moralista, el tesoro del artista, que de ese seno profundo extrae perlas.

***

Vuelvo al laberinto árabe. En este no hay nada que asuste, y sin embargo advierto esa impresión de fatiga nerviosa que prepara el camino á los fenómenos hipnóticos. Está hecho el laberinto por medio de una combinación de lunas de espejo, y una red de galerías sostenidas en columnas árabes, del estilo de la Mezquita de Córdoba. El laberinto es reducido; ocupa poco espacio, pero la gracia de la construcción está en que parece ocupar mucho, y á sus galerías no se les ve el fin. Nadie creerá que siendo tan chico parezca tan difícil orientarse en él y buscar la salida. Ello es que así sucede, y que hasta hoy no sé si alguien ha logrado resolver el enigma propuesto á los que en el laberinto entran, aunque sin la sanción penal de ser devorados por el Minotauro.

Las lunas de los espejos, colocadas hábilmente, copian y devuelven la imagen de los visitadores del laberinto, multiplicándola de tal manera, que ocho ó diez personas que allí se reunan parecen una inmensa muchedumbre que por pasadizos sin término afluye á un punto central. Un perrillo se convierte en veinte ó treinta perrillos que corretean por todas partes, y marean y aturden con sus saltos, de fantástica rapidez. Hay un rincón ó gabinete que se llama «de los Enamorados,» porque desde él se ve venir á la misma persona cien veces, desde cien puntos distintos, pero en igual dirección: hacia la otra persona que aguarda en el gabinetito, y cuya retina se llena de aquella imagen, como se supone que está lleno de ella el corazón. Ilusión verdaderamente amorosa, esa aparición continua del mismo ser en todos los ámbitos del espacio. A los que pretenden salir del *laberinto* se les lleva á una cámara que tiene doce puertas, de las cuales sólo una conduce afuera. Y nadie tiene el acierto de empujar la puerta dichosa, la puerta única.

***

Este laberinto geométrico, con sus combinaciones de óptica que ayudan á confundir los sentidos y á trastornar la cabeza, me recordó mil cosas de la niñez: las quintas y casas de campo en que jugué y corrí con la chiquillería, los primos, las primitas, los amigos de los primeros años. Había *laberinto* entonces, como ahora, infaliblemente, hay campo de *lawn tennis*. Eran los laberintos campestres de antaño hechos de mirto, y bustos y estatuas de yeso guarnecían sus bosquetes y templetes seudo-mitológicos. Solíamos apostar á quién salía primero del laberinto; y la verdad es que allí no tenía la empresa nada de difícil. Aquellos laberintos eran la inocencia misma, el candor vegetal. Las paredes verdes se estremecían al eco de las carcajadas; el follaje retemblaba al paso de la tropa alegre y jubilosa que se perseguía, empujándose ocultándose, volviendo á abrirse camino, y aun brecha, entre las ramas desgarradas. Y un olor fresco, amargo, floreal, impregnaba las ropas, mientras las hojitas charoladas del mirto se quedaban presas en los sueltos cabellos ó en las trenzas de las mayorcitas – entonces el pelo se entrenzaba desde los diez años ó antes.

***

Ya los laberintos de árboles son una cosa arqueológica, tan arqueológica como los otros laberintos de Egipto y Creta. Procedían de la jardinería francesa, acompasada y regular y decorativa, de la época de Luis XIV, y llegaron aquí con el retraso con que todo suele llegar, retraso de más de un siglo. Venían en derechura de Versalles y Choisy; y traían el madrigal y el asunto de país de abanico, á nuestras severidades escurialenses, á las graves arideces de los fondos de Velázquez y Ribera. Idea infantil y afeminada la del laberinto francés, aquí cundió, sin arraigar. Y era más poético aún nuestro Generalife, con sus calles de arrozares y las sorpresas de sus graciosos surtidores de agua, que esas marañas discurridas por Leclerc y adornadas con redondillas galantes, fuentes de mármol con tritones y driadas y fabulillas de Lafontaine, inscritas en zócalos y recuadros color de rosa, por los cuales trepan las enredaderas salpicadas de blanquecina flor.

***

Al lado del laberinto hay un panorama de Jerusalén, muy bien presentado, tanto que produce la ilusión de un circuito extensísimo, y en realidad, como el laberinto, ocupa poco trecho. Algo semejante he visto en París, en la época de la última Exposición: un panorama de la guerra franco-prusiana. Aquél, entre la ensangrentada nieve, presentaba hileras de cadáveres y huellas de incendio; éste nos lleva al bendecido Portal y á las dulces puerilidades de la mística Noche. Los adelantos de la ciencia en sus aplicaciones á estos espectáculos son aquí casi desconocidos. Apenas empiezan á popularizarse los cinematógrafos, los fonógrafos, los grafófonos, los kalidoscopios, todos esos recreos con nombres griegos, que en el extranjero se encuentran á cada paso.

¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el grafófono, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco á esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.

***

Son juguetes, sí; juguetes de niños. No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpitación del corazón, un movimiento del alma. Se ven, y pasan sin grabar un recuerdo, ni excitar la ternura, como la excitan las muñecas, ó el valor, como lo excitaban los caballos y los soldados de plomo. No entran, digámoslo así, en el alma de la niñez. Y los grandes tampoco sacamos de allí más que cansancio. Conozco que no se han hecho para mí tales invenciones, y huyo de ellas lo más lejos posible. Me hacen el efecto de un problema de ajedrez, juego á que nunca he podido dedicarme, por no entenderlo. Todo aquello en que entra un elemento matemático es contrario á mí. No poseo esa cosilla; no me presto á esa gimnasia intelectual. Y así es que admiro mucho á los jugadores de ajedrez, aunque sean autómatas.

***

¡Dios os preserve de la *grippe!* Es el azote que ahora cae sobre Madrid, y creo que sobre Barcelona todavía con mayor fuerza y violencia. Mucha desinfección, mucho ejercicio, sobriedad, nada de disgustos... y la *grippe* está vencida. Es un enemigo que sólo ataca las plazas desmanteladas.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hay cuestiones que tienen el privilegio de unir á los hombres más divididos y de dividir á los más unidos.

FRANCISCO CHARMES

Hay quien puede vivir sin pan y no puede vivir sin ilusiones.

TEÓFILO GONSE

La terquedad es la maldad de los buenos.

VÍCTOR HUGO

La gran miseria de estos tiempos es no saber ser pobre.

J. MICHELET

Sólo se disfruta de la felicidad, como de la salud, por contraste.

G. RODENBACH

Otras épocas han tenido fanáticos é incrédulos; la nuestra tiene sus ateos devotos y sus escépticos intolerantes.

– De todas las uniones la más sujeta al divorcio es la del deber y la pasión.

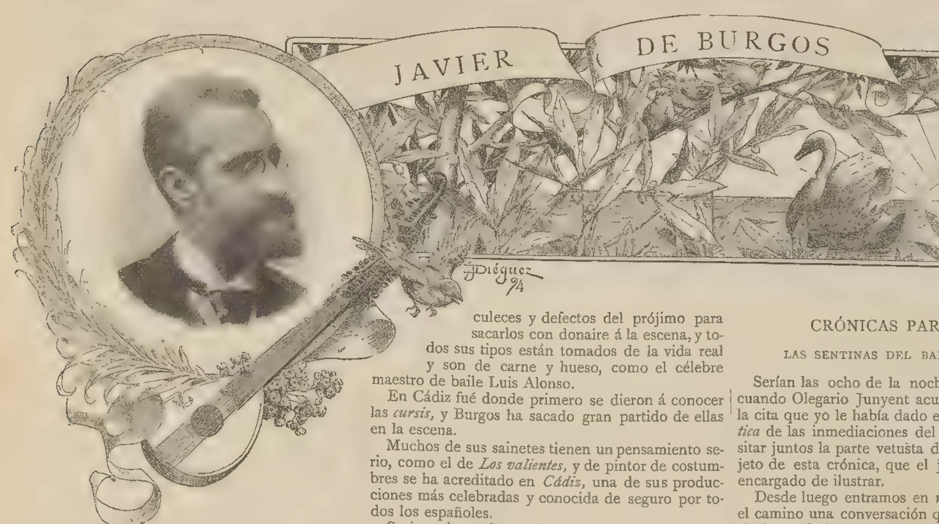
– La verdadera sensibilidad consiste en compadecer las miserias de que uno está exento.

– El ingenio francés se complace en apreciar tanto el lado serio de las cosas frívolas cuanto el lado frívolo de las cosas serias.

– Cuanto más los progresos de la ciencia y de la industria aproximan las naciones, tanto más parece que las separan las ideas y los intereses.

Nuestra amistad hacia un pueblo se aviva siempre con nuestro odio hacia otro.

G. M. VALTOUR



JAVIER DE BURGOS

Si algún hombre puede confirmar el conocido adagio que dice que el hábito no hace al monje, es el saladísimo y popular sainetero D. Javier de Burgos, al cual puede aplicarse también con exactitud la frase que aconseja no fiarse en las apariencias.

Por su aspecto serio y austero cualquiera le tomaría por un grave magistrado; la levita negra que por regla general viste, el sombrero de copa que rara vez abandona, los lentes que dan autoridad á su semblante enjuto y un tanto hosco, todo hace pensar en el hombre de la toga más acostumbrado á la interpretación de las leyes que á expresar regocijados chistes en fáciles é inspirados versos.

Bien es verdad que, como dice otro refrán, quien lo hereda no lo hurta, y Javier de Burgos es hijo de un honrado é íntegro magistrado que murió ocupando dignamente la presidencia de la Audiencia de Manila.

Pero del autor de sus días no heredó más que el aspecto, porque bajo la apariencia de severidad se oculta el hombre más alegre, el carácter más expansivo y el corazón más inclinado á la benevolencia y al afecto que ha nacido en la tacita de plata, en el relicario de la virgen del Rosario que se conoce con el nombre ilustre y glorioso de ciudad de Cádiz.

Fué esto, es decir, el nacimiento de Javier de Burgos, allá por el mes de agosto de 1842, y no hay que extrañar por lo tanto que el padre de tantos sainetes que son delicia y regocijo del público tenga hijas casadas y nietos que causan la delicia del abuelo.

Quisieron que siguiera éste cuando era muchacho la carrera de ingeniero; pero no es aventurado suponer que el corte de piedras, las ecuaciones y los cálculos no se amoldaban bien con la afición al estudio de las costumbres populares, al análisis de los tipos que salían á su paso, al instinto dramático y á las expansiones de poeta del que había de ser el don Ramón de la Cruz de la tierra en que ha nacido.

A Madrid vino de muy joven, y en aquella memorable redacción de *El Contemporáneo*, dirigido por Albareda, redactado por Fabre, por D. Alejandro Llorente, por Fabié, por Correa, por Bécquer, se encontró como en su casa el muchacho gaditano, que intimó, como es natural, con los que tenían su edad y sus aficiones y fué inseparable del regocijado autor de *Rosas y Perros* y del malogrado poeta de las *Rimas*.

Desde aquella época es ya familiar en los círculos literarios y en las tertulias de hombres distinguidos de Madrid la figura de Javier de Burgos y comienza su fama, nunca desmentida, de narrador admirable, de cuentista ingenioso y de hombre de conversación amena, cuyo trato se busca considerándole como un deleite.

Dirigió durante una temporada *La Palma de Cádiz*, y coincidieron con sus trabajos periodísticos sus primeras obras dramáticas, que acogidas con gran éxito, le marcaron el camino que debía seguir.

Fué éste el de la literatura cómico-dramática para el que pocos autores contemporáneos han demostrado mejores condiciones. Conoce á fondo las ridiculeces y defectos del prójimo para sacarlos con donaire á la escena, y todos sus tipos están tomados de la vida real y son de carne y hueso, como el célebre maestro de baile Luis Alonso.

En Cádiz fué donde primero se dieron á conocer las *cursis*, y Burgos ha sacado gran partido de ellas en la escena.

Muchos de sus sainetes tienen un pensamiento serio, como el de *Los valientes*, y de pintor de costumbres se ha acreditado en *Cádiz*, una de sus producciones más celebradas y conocida de seguro por todos los españoles.

Su ingenio es inagotable, y como á pesar de sus apariencias de holgazán es muy trabajador, ha escrito mucho, siendo muy numerosas y de gran variedad sus producciones.

Decuellan entre ellas *Las cursis burladas, El censo de población, Aguas minerales, Política y tauromaquia, Los cómicos de mi pueblo, Cómo está la sociedad, Una noche buena, Las visitas* y muchas otras.

Una de las que le han dado más fama ha sido *El novio de doña Inés*, que se representa todos los años por noviembre tantas veces como el *Tenorio* de Zorrilla.

Luis Alonso fué uno de sus mayores éxitos y *Cádiz* ha contribuído poderosamente á su fama.

No se podrá estudiar la vida íntima del Madrid alegre de aquellos felices años de paz y de reposo que siguieron á la restauración de D. Alfonso XII, sin conceder una gran atención á *La Farmacia*, sociedad establecida en el entresuelo del café Fornos por unos cuantos hombres de ingenio y de buen humor, que eran impenitentes trasnochadores.

Literatos, artistas, militares, propietarios, políticos, pertenecieron á la sociedad famosa, y alma de ella fueron el inolvidable Felipe Ducazcal y el regocijado é insigne Javier de Burgos.

Allí recitó sus mejores cuentos en verso, sus fábulas y apólogos, que son famosos, y allí en fin ha derrochado su ingenio.

Pudiera creerse por esto que el popular escritor es un hombre de *huelga* y de *jarana*, y no se estaría en lo cierto; pues sin que le disguste echar, como vulgarmente se dice, una canita al aire y beberse, en compañía de unos amigos, unas *cañitas* de manzanilla buena de Sanlúcar para remojar las *cañaillas* ó las *bocas* de la Isla, es hombre de costumbres morigeradas y lo que se llama un buen padre de familia.

En medio de Madrid ha encontrado una casa con azotea que ha llenado de tiestos de plantas y de flores, para que no le falte ni el toldo de enredadera ni las rosas de *pitimini*, ya que no puede lograr el anhelo de tener siempre á la vista las ondas del mar que meció su cuna.

A Cádiz le profesa verdadero culto y para ir á Cádiz está siempre dispuesto.

Los años pueden haber envejecido su cuerpo, pero no han quitado la lozanía á su espíritu, sobre todo cuando escribe para el teatro, y sus piezas de hoy obtienen el mismo éxito que las de ayer.

En su trato, aunque siempre es amenísimo, se nota esa melancolía á la que no pueden sobreponerse los que han visto partir para el viaje de que nunca se vuelve á amigos muy queridos.

Bécquer, Ramón Correa, Felipe Ducazcal, Rafael Calvo, han ido dejando muy solo á Javier de Burgos, que ya no trasnocha tanto como cuando ellos vivían; sin embargo, no le falta humor para lanzar un camelo al lucero del alba y para hacer variaciones con su segundo apellido Larragoite.

El Sr. de Larragoite es el hombre más serio del mundo, que lleva dentro una caja de música con sonatas deliciosas, y esto es Javier de Burgos, un hombre muy serio que ha hecho reir mucho, en el buen sentido de la palabra.

Kasabal

CRÓNICAS PARISIENSES

LAS SENTINAS DEL BARRIO MAUBERT

Serían las ocho de la noche del último sábado, cuando Olegario Junyent acudió con puntualidad á la cita que yo le había dado en una cervecería *artística* de las inmediaciones del Chatelet, para ir á visitar juntos la parte vetusta del barrio Maubert, objeto de esta crónica, que el joven artista se había encargado de ilustrar.

Desde luego entramos en materia, entablando en el camino una conversación que puede servir de artículo preliminar.

***

– Difícil sería descubrir en el París viejo algo que no haya sido divulgado por el lápiz ó la pluma, decía el dibujante.

Y yo sostenía que dentro de lo vetusto de la gran ciudad, siempre hay algo nuevo que descubrir, porque si bien el escenario no cambia, la comedia ó el drama y los actores se renuevan siempre.

– El París pintoresco y patibulario no reveló todos sus secretos á Fregier, ni á su continuador Maxime Du Camp, como no ha iniciado en todos sus misterios á los actuales novelistas de follelín. Algo inédito queda siempre que observar.

– Lo celebro por los lectores de La Ilustración Artística.

– Hace veinte años que estudio París, publicando en libros y periódicos mis observaciones sobre sus costumbres, y nunca se me agotó esta materia, ni creo que me haya faltado jamás la atención de mis lectores.

– Cuanto encierra esta Babilonia excita vivamente la curiosidad de todo el mundo.

– Pero ya no satisface por completo el París opulento y refinado del *boulevard*, de los espectáculos y de los salones. Hartos de placeres refinados, los curiosos buscan emociones violentas. Y aunque no sea más que en imaginación, les gusta visitar los antros inmundos en que pululan los seres más abyectos. El oído, cansado de la cortesanía de los salones, escucha con extraña complacencia las brutalidades del arroyo. El grosero lenguaje de los rufianes y de las mujerzuelas es para muchos una novedad que desempalaga de la melindrosa palabrería de coquetas y gomosos.

La causa de ese gusto extraño se explica fácilmente. La publicidad de tantos crímenes célebres y la difusión de la literatura naturalista han despertado el deseo de conocer en la vida real lo que se lee en el periódico y en el libro.

Zola y muchos novelistas de su escuela han descrito, hablando de París, una ciudad misteriosa, subterránea, nocturna, casi fuera de la ley, oculta en las sombras del París brillante y lujoso; ciudad de malhechores, mendigos y vagabundos, catalogados por la policía bajo apodos significativos. Es, pues, muy natural que los forasteros curiosos y ávidos de emociones fuertes, quieran ver con sus propios ojos los bailes, las tabernas, las sentinas en que viven los héroes de tantas historias reales ó novelescas.

No puede usted figurarse el número de magistrados observadores, de altezas errantes, de majestades incógnitas que visitan esos misteriosos centros de la corrupción parisiense.

– ¿Se atreven á exponerse?

– El prefecto de policía les hace acompañar por algún agente de confianza ó por el jefe de la seguridad en persona.

– A mi vez, deseo ya conocer esos sitios ignorados y peligrosos.

Yo se los haré visitar, y usted, lápiz en ristre, apuntará los rasgos más característicos de esa última

capa de la sociedad parisiense y de sus curiosas costumbres.

– Tal es mi propósito.

– Justamente hoy es sábado, día en que la masa obrera cobra la quincena ó la semana, y el espectáculo será más interesante que nunca.

Así hablando, habíamos atravesado la Cité y el puente de San Miguel. Cinco minutos después, penetrábamos en el barrio Maubert por las calles de la Huchette, Zacharie y Saint-Severin.



Veo gente de mala catadura que nos observa

– Veo gente de mala catadura que nos observa con recelo, dijo de pronto el artista.

– Ahuyentaremos á más de un criminal con nuestra sola presencia, repliqué yo, porque estarán en la duda de si somos curiosos ó agentes de la policía secreta. Esos pájaros no se dejan cazar fácilmente. Tienen buen oído, buen olfato y mejor vista. Para cogerlos, hay que cazarlos á la espera, sorprenderlos de improviso, en un momento de descuido. Y estos momentos suelen ser brevísimos como una exhalación. El menor indicio les advierte que se les sigue la pista, y desaparecen como por encanto.

– Pues no me explico cómo pululan en este barrio, tan cerca de la prefectura de policía.

– Esto se explica por esa atracción misteriosa que ejerce siempre el peligro sobre el espíritu inquieto de los criminales. Muchos de los asesinos caídos más ó menos tarde en poder de la justicia, confesaron haber estado en la Morgue á ver si el cadáver de su víctima se hallaba expuesto en el depósito judicial. La proximidad de la prefectura no impide que este barrio sea el cuartel general de una infinidad de perdidos y malhechores. No habrá aquí todas las variedades de la especie, pero abundan los ladrones, los mendigos y los vagabundos. ¿Ha leído usted á Eugenio Sue?

– Sí.

– Pues aquí verá usted á los descendientes de la plebe grotesca del Conejo-Blanco, emigrados á la margen izquierda del río desde el saneamiento de la vieja Cité.

Hace pocos años, este barrio era todavía un dédalo de callejones tortuosos, sucios, truncados, sin luz y sin aire, con casas polvorientas, inseguras y miserables, adosadas á viejos caserones de venerable aspecto, con patios llenos de inmundicias y tenduchos que daban náuseas con sus fétidas emanaciones. Hoy ha mejorado con la apertura de varias calles y la reconstrucción de viejas casuchas demolidas. Pero aún conserva antiguos restos que recuerdan interesantes episodios de la historia de París, y hacen pensar con tristeza en los miles de habitantes que vivían en la obscuridad y en la infección de estos callejones, como moluscos en la humedad de rendijas y agujeros. En él abundan las tabernas y hosterías, sin que sea fácil distinguir de las decentes las que son antros de vicios y miserias.

Nos detuvimos delante de un viejo caserón de la calle Galande, sobre cuya puerta monumental se leía en gruesos caracteres dispuestos en forma de arco esta muestra: *Au Château Rouge*.

– Aquí tiene usted un castillo en que se ven cosas extraordinarias, dije á mi compañero.

– ¿Un castillo encantado, entonces?..

– Una taberna pudorosa, que oculta á los ojos de los transeuntes los atractivos embriagadores que encierra en sus muros pintados de almazarrón.

– Como si el pudor le enrojeciera la faz.

– Eso es. Entremos.

El amo del establecimiento, que detrás del mostrador de cinc estaba sentado con la majestad de un rey en el trono, observando á sus parroquianos aglomerados en una ancha sala llena de humo, se levantó y vino á nuestro encuentro. Después de saludarnos cortésmente, dijo indicando una mesa:

– Aquí tienen ustedes dos sitios, caballeros.

– ¿No los hay en la «Sala del Senado?»

– ¡Ah! ¿Usted conoce ya la casa?

– Hace tiempo, y deseo iniciar á este amigo en las costumbres de su clientela.

– Pues si espera ocho días más, llega usted tarde, porque la semana próxima van á empezar á demoler la casa. Tengan ustedes la bondad de pasar. Yo me encargo de hacerles sitio.

Precedidos del tabernero, entramos en la sala contigua, que no era, como su pomposo nombre podría hacerlo suponer, ninguna dependencia brillante y lujosa del establecimiento. La «Sala del Senado» es simplemente una especie de trastienda, desprovista de todo adorno y alumbrada por dos mecheros de gas. Está reservada á los pájaros de cuenta. De este modo, los sabuesos de la policía no pueden llegar hasta ellos sin atravesar antes la vasta sala primera.

Nuestra llegada produjo en aquel curioso «senado» una viva sensación, que calmó en seguida un gesto de inteligencia del amo de la casa.

Sin embargo, los *senadores* nos miraban de reojo cuchicheando.

– A pesar del mudo aviso del tabernero, dije á mi amigo, no acaban de tranquilizarse.

– ¿Estaremos seguros?

– Segurísimos. Por si fuésemos agentes de la secreta, á quienes tienen un miedo cerval, no dejarán de mostrarse amables con nosotros.

Dos minutos después, estábamos sentados al extremo de una mesa.

– ¿Qué va á ser?, preguntó el amo.

– ¡Dos *bocks!*, á menos que estos señores se empeñen en que tomemos otra cosa.

Mi chuscada hizo reir á los parroquianos, que se la repitieron en voz baja de mesa en mesa. Después cada cual reanudó la conversación interrumpida, y pudimos observar los progresos de la embriaguez general, que aumentaba por momentos.

El aspecto de la sala era sumamente curioso.

Sentados en bancos y en sillas de paja, que son los únicos asientos del Château-Rouge, se confunden hombres y mujeres, en cuyos rostros lívidos se ha lla estampado el mismo embrutecimiento. Trajes sórdidos, blusas blancas y blusas azules, vestidos de algodón ó de lana, por lo general llenos de manchas, desgarros y remiendos, cubren las macilentas carnes de esos sonámbulos del alcoholismo.

Sobre ese fondo uniforme de sencillez indigente, se destacan viejos abrigos de corte pretencioso, comprados ó robados en las prenderías, y faldas de seda deshilachadas, por debajo de las cuales asoman enaguas rotas, de color indefinido, enlodadas con la porquería que han barrido en el arroyo.

En las muñecas de algunas jóvenes brillan braza-



Puerta de la taberna *Au Château Rouge*

letes de similor, dijes de un valor tan escaso, que pueden adornarse coquetamente con ellos sin despertar la codicia de sus «amigos.» El Monte de Piedad no presta sobre el *doublé*.

Todos piden de beber con voz sorda y gestos automáticos, dando puñetazos en las mesas:

– ¡Vino!

– ¡Cognac!

– *¡Absenta!*

Y los camareros traen con amable desconfianza bebidas adulteradas, cuyo pago exigen en el momento de servirlas. Tal precaución se halla prescrita en este aviso escrito sobre la puerta: ON EST PRIÉ DE PAYER AUSSITÔT SERVI.

Los consumidores paladean á pequeños sorbos el veneno de sus copas. Poco á poco este veneno va estimulando sus nervios entumecidos y la vida vuelve á sus cerebros excitados. Los ojos apagados se encienden, las lenguas torpes se desatan y las conversaciones se animan hasta la exuberancia y el delirio.

¡Qué cosas se dicen entre vecinos de mesa! La mayor parte de ellos refiere incidentes vulgares y ridículos de su bestial existencia, con alguna que otra siniestra aventura. Aquí, la narración, ampliada y gloriosa, de tal ó cual riña sangrienta, en que el narrador triunfó. Allá, la relación burlesca de alguna partida ingeniosa jugada á la policía. Acullá, historias de mozas apaleadas, de robos cometidos, de atracos frustrados, de toda clase de fechorías y horrores.

Todos concluyen por hablar á un tiempo, y las voces, cada vez más chillonas, se confunden en un espantoso clamor general.

Acá y acullá, se ve sin embargo algún parroquiano mudo, que mira sin ver, que escucha sin contestar y probablemente sin comprender, con los ojos extraviados y la boca abierta.

«Sala del Senado» de la taberna *Au Château Rouge*

En algunos, esa postración proviene, en primer lugar, de que no han comido nada en todo el día. Su peculio no ha bastado para comer y beber, y ha preferido la bebida.

En las mujeres, la embriaguez es más pronta; ya



LA ÚLTIMA CORONA, cuadro de E. Herpfer

todas desatinan y titubean. Una vieja meretriz, que se ha levantado vacilante, va de mesa en mesa y abraza á los bebedores con sus brazos descarnados, jaspeados y rugosos, recordando con repugnante cinismo su vida desenfrenada y loca, y vanagloriándose de haber estado en la cárcel más de veinte veces.

Una joven insensible, extraviada, medio loca, habla con estupidez de su vida gastada en la flor de la edad, del duro oficio que ejerce y que tendrá que ejercer hasta que vaya á morirse en el hospital.

La aparición de un viejo trovador callejero, con su gaita á cuestas, aumenta la alegría de los que ya estaban alegres.

– ¡Que cante!

– ¡Sí, sí, venga una canción!

– ¡Una que tenga sal y pimienta!

– ¡No, no, que toque una polka!

– ¡Que nos haga bailar!

– ¡Y él también! ¡Que baile!

Las voces se confunden; la algarabía aumenta, y el gaitero opta... por beber.

En la mesa inmediata á la nuestra se ha renovado la parroquia. La ocupan ahora cinco rufianes que han pedido vino de Burdeos. Son los aristócratas de esta hez social. Visten americana de terciopelo, chaleco de Bayona, sobre el que se destacan gruesas cadenas de reloj cargadas de amuletos, corbata de vistoso color y alta gorra de seda negra. Juegan á los naipes y se miran de reojo para impedir que se hagan trampas, amenizando la partida con una conversación sumamente curiosa. Pero hay infamias y horrores de tal naturaleza, que no es posible traducirlos en lenguaje decoroso.

La algarabía es enorme. Un vaho fétido, apestado por el aliento de los bebedores, llena la taberna. En un ángulo del «Senado» se oyen canciones sentimentales ó patrióticas; en otro se corean estribillos obscenos ó inmundos...

– A estas horas, dije á mi compañero, esa gente ha tomado sus resoluciones. Las hazañas de la noche están acordadas. Cada cual se aturde antes de dar el golpe. Ya estamos aquí de más.

Y salimos á la calle en dirección á la anchurosa vía Lagrange, donde, como si despertásemos de una pesadilla, respiramos con fruición el aire fresco de la noche. – JUAN B. ENSEÑAT.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL SITIO DE MAFEKING. TIENDA DE CAMPAÑA Á PRUEBA DE BOMBA EN EL CAMPAMENTO INGLÉS (de fotografía de J. Angus Hamilton)



EL GENERAL NEVILLE GERALD LYTTELTON



EL GENERAL SIR CARLOS WARREN



EL CORONEL LORD DUNDONALD

GUERRA ANGLO-BOER

Es imposible saber á punto fijo cuáles fueron las pérdidas de los ingleses en la serie de combates librados en las inmediaciones del Tugela por las fuerzas del general Buller y que terminaron con el desastre de Spionskop. El *War Office* se muestra muy reservado sobre este punto, reserva que indica á las claras que las tales pérdidas debieron ser muy considerables: últimamente ha publicado una lista complementaria de las bajas sufridas en la jornada del 24 de enero que comprende 139 muertos, 392 heridos y 59 desaparecidos. Las de los boers fueron 53 muertos y 120 heridos.

El *Standard* de Londres, sumando los datos publicados por el ministerio de la Guerra hasta 31 de enero, dice que entre muertos, heridos, y prisioneros han perdido los ingleses en lo que va de campaña 9.660 hombres. Y como seguramente los datos oficiales no serán expresión exacta de la realidad, pues el *War Office* ha demostrado en varias ocasiones que sabe ocultar la verdad, cuando ésta pudiera resultar demasiado amarga, es de suponer que la cifra real y positiva será algo más elevada.

En la orden del día leída á las tropas el 29 de enero, después de los combates de Spionskop, decía el general Buller que tenía la llave de Ladysmith, en donde entraría antes de ocho días. Deseoso sin duda de hacer efectiva esta promesa, el día 5 de este mes hizo que sus tropas atravesaran de nuevo el Tugela por los vados de Pont y Molen. Las pocas noticias que acerca de este movimiento se han recibido en el momento en que escribimos estas líneas, dicen que á las siete de la mañana los cañones de marina ingleses rompieron el fuego contra las posiciones de los boers. Estos rechazaron en el vado Pont al enemigo, que hubo de retirarse con grandes pérdidas; pero las tropas que pasaron por Molen lograron apoderarse, después de un encarnizado combate, de una alta colina que forma la continuación de la cadena de montañas de Brakfontein: el camino por este lado es el más corto para llegar á Ladysmith.

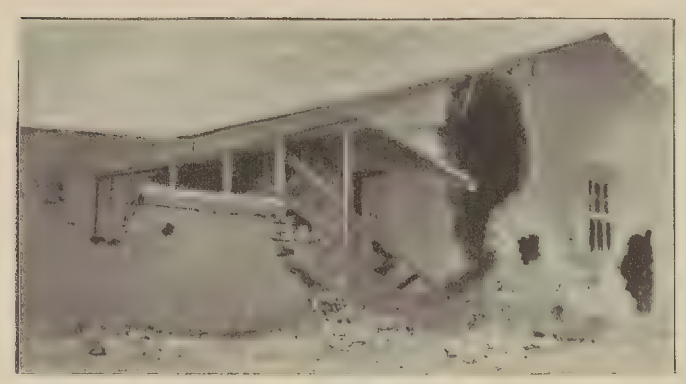
Si fracasa el nuevo plan del general Buller, que consiste en avanzar por la izquierda de las posiciones boers, la plaza de Ladysmith será abandonada á su propia suerte y se pondrá en práctica el del generalísimo Roberts de invadir el estado de Orange. Previendo esta contingencia el general Joubert, ha delegado al coronel Villebois-Mareuil para que organice la defensa por el lado de Colesberg.

También, según parece, están amenazados los boers de un ataque por la parte de Zululandia, adonde ha sido enviada una columna inglesa para desde allí invadir el Transvaal. Mas los transvaalenses, de quienes puede decirse que están en todas partes y en ninguna se les encuentra desprevenidos, se han fortificado en una altura que domina el camino de Vryheid, población situada en la frontera Sur del Transvaal y muy próxima á Zululandia.

Hasta hace poco los generales Roberts y Kit-



EL GENERAL E. R. P. WOODGATE



GUERRA ANGLO BOER. - El sitio de Mafeking. Efectos de un proyectil arrojado por los boers (de fotografía de J. Angus Hamilton)



GUERRA ANGLO-BOER. - Efecto de un proyectil arrojado por los ingleses en una granja boer de Jasfontein (de fotografía de Alfredo F. Hosking).

chener han permanecido en Cape Town esperando, al parecer, la llegada de refuerzos que permitieran organizar un poderoso ejército, necesario en su concepto para dar algunos golpes decisivos. Pero de pronto se ha sabido que habían abandonado aquella capital, ignorándose el día en que salieron de ella y la dirección que tomaron.

El gobierno inglés persiste en su resolución de enviar al Africa del Sur 100.000 hombres, á cual efecto se tomarán 40.000 de la *Militia Reserva,* se movilizarán en seguida nuevos batallones de voluntarios y se pondrá en vigor la *Militia Ballot Act,* en virtud de la cual todo hombre soltero de dieciséis á treinta años puede ser llamado á las armas por cinco años en caso de necesidad. A propósito de esto, se ha hecho observar que aun siendo fácil reunir estos 100.000 hombres, no ha de serlo tanto el encontrar jefes y oficiales para tan numeroso contingente, y por otra parte habrá de lucharse con la dificultad, señalada por un escritor militar inglés, que significa el tener que dar á aquellas fuerzas la proporción normal de artillería y caballería. Y si se tiene en cuenta lo sucedido al distribuir en Aldershot á la cuarta brigada de caballería las carabinas Lee Enfield, que resultaron tener un defecto de alza que las hace casi inútiles, bien podría ser que resultara otra dificultad no pequeña la cuestión del armamento de las tropas nuevamente organizadas.

Los boers han tenido un grave contratiempo: nos referimos á la explosión del arsenal de Johannesburgo; pero este suceso no tiene la importancia que en un principio se supuso, porque el arsenal que surte principalmente de municiones á los boers es una fábrica situada entre Johannesburgo y Pretoria.

Las plazas de Ladysmith, Mafeking y Kimberley continúan sufriendo el bombardeo de sus sitiadores: en la primera de ellas comienzan á escasear las municiones, y las enfermedades causan numerosas bajas, á pesar de lo cual la guarnición sigue animada de un excelente espíritu y confía en que no tardará en ser libertada por las tropas de Buller.

Los afrikanders del Cabo se muestran cada día más hostiles á los ingleses y más favorables á los boers, en cuyas filas se encuentran todos los jóvenes que están en disposición de empuñar las armas.

GUERRA ANGLO-BOER. - Soldados ingleses pescando en un río (de fotografía de J. E. Bruton, de Cape Town)

La columna de lord Methuen continúa en sus posiciones de Modder River, sin poder avanzar ni retroceder, pero sus soldados se divierten, y no pudiendo hacer otra cosa, se entretienen boxeando y dedicándose á varios deportes. Una agencia inglesa ha anunciado recientemente con gran formalidad una serie de *matchs* de boxeo entre diferentes regimientos que ha sido seguida con el mayor interés por todas las tropas y en la cual ganaron tres magníficas copas de campeonato, ofrecidas por lord Methuen, los guardias escoceses, los granaderos de la guardia y los highlanders de Angyll y Sutherland.

Un periódico del Cabo calcula las fuerzas boers en unos 87.000 hombres: en este cálculo figuran 40.000 transvaalenses, 4.500 aventureros mercenarios y 8.000 *uitlanders,* extranjeros avecindados en el Transvaal. El Estado de Orange ha contribuído con 27.000 hombres, más 2.500 extranjeros allí residentes. El contingente de los afrikander del Cabo lo estima dicho periódico en unos 4.500. Los ingleses tienen actualmente en el Africa austral 120.000 hombres, número que dentro de poco se elevará á 180.000 con 400 cañones de distintos calibres. Y cuando estén allí la octava división de infantería y una brigada de caballería que están á punto de partir, Inglaterra podrá disponer de 200.000 hombres.

Entre otros grabados referentes á la guerra publicamos los retratos de los generales Warren, Lyttelton y Woodgate y del coronel Dundonald, que fueron los que tomaron parte en el combate de Spionskop. Sir Carlos Warren, que mandaba la columna de la izquierda, es uno de los militares que más brillante hoja de servicios ostentan en Inglaterra; pertenece al cuerpo de Ingenieros, en el que entró en 1857. El general Lyttelton manda la cuarta brigada y fué el primero en pasar el Tugela el 16 de enero. El mayor general Woodgate, jefe de la novena brigada, mandaba las tropas que tomaron por asalto Spionskop, habiendo resultado gravemente herido. El coronel lord Dundonald, del segundo regimiento de la guardia, distinguióse también notablemente en aquella jornada al frente de la brigada de caballería; estaba retirado desde 1899, pero ha vuelto voluntariamente al servicio para tomar parte en la guerra. — A.



GUERRA ANGLO BOER. - Sistema de los boers para hacer descarrilar los trenes



LA RECOLECCIÓN DEL MAIZ EN



VIGO, CUADRO DE FRANCISCO PRADILLA

NUESTROS GRABADOS

Crisantemos, cuadro de Carlos Pellicer. – En muchas ocasiones hemos dicho que no necesita el artista apelar á grandes efectos para producir la emoción estética, que es el verdadero fin del arte, y el cuadro de Pellicer constituye una nueva demostración de ello; la figura de una linda muchacha y algunas flores han bastado al distinguido pintor catalán para pintar una obra que necesariamente habrá de agradar á cuantos la vean. *Crisantemos* es una composición verdaderamente encantadora y revela en su autor, aparte de los conocimientos técnicos, un gusto exquisito y un sentimiento altamente poético.

El mejor parroquiano, dibujo de Fernando F. de la Mota. – El distinguido artista gaditano Sr. Mota ha hecho un especial estudio de los tipos y costumbres de la gente de mar de aquella bellísima ciudad andaluza. Dotado de gran espíritu de observación, ha sabido asimilarse el modo de ser de aquella población marinera, y su claro talento y su dominio de la técnica le permiten trasladar á la tela ó al papel, con todos los encantos del original, lo que tan bien han visto sus ojos y lo que tan vigorosamente ha impresionado su alma. Buena muestra de estas cualidades nos ofrece el dibujo que publicamos, trazado con tanta soltura y naturalidad, que á las claras revelan cuán poco han intervenido en esta obra los artificios del taller y cuánto ha influído en ella la contemplación directa y en pleno aire de la escena con tanta verdad reproducida.

La última corona, cuadro de E. Herpfer. – Este cuadro encierra todo un poema de amor y de gloria que interrumpió bruscamente la muerte implacable, y que nos parece ocioso explicar, porque su mejor explicación está en el lienzo mismo. Al mirar la figura de esa joven agobiada por el dolor y regando con sus lágrimas el violín que entre sus manos estrecha, y al ver los objetos por el suelo y encima de los muebles esparcidos, nadie dejará de comprender el argumento de este poema, una de cuyas escenas culminantes ha trazado el pintor alemán Herpfer, presentándonos á la desolada viuda que se goza en recrudecer su dolor con la contemplación de los recuerdos que de su gloria y de su amor le dejara su esposo. *La última corona*, por su vigor dramático, por su hondísimo sentimiento, por el talento con que su autor ha sabido huir de la afectación á que tanto se prestaba el asunto, y por las bellezas de forma que atesora, merece ser incluído entre los buenos cuadros producidos por la escuela alemana contemporánea.

La recolección del maíz en Vigo, cuadro de Francisco Pradilla. – El autor de *La rendición de Granada*, de *Doña Juana la Loca* y de tantas otras obras notables, verdaderas joyas de la pintura española contemporánea, se ha conquistado por sus méritos un puesto entre los que bien podemos llamar indiscutibles. Pradilla es de los pintores que dominan todos los géneros, y en todos ha obtenido brillantes triunfos y conquistado tan grande como merecida fama, así en España como en el extranjero. El cuadro suyo que en el presente número reproducimos es una composición digna de elogio bajo todos conceptos; el gran número de figuras y los motivos arquitectónicos que en él entran y el fondo de paisaje sobre que destaca el conjunto, están perfectamente combinados, y con ser tantos los elementos acumulados por el pintor, no hay en el lienzo la menor confusión, teniendo cada uno su valor propio y contribuyendo en la medida de este valor al buen efecto total de la pintura.

La bayadera, cuadro de José Echena. – Forma parte Echena de un núcleo de artistas que en la Ciudad Eterna honran con sus producciones el arte patrio. No es un artista novel. Su nombre es ventajosamente conocido, puesto que han transcurrido ya algunos años desde aquel en que comenzó á dar gallarda muestra de sus aptitudes y recomendables cualidades. Varios son los géneros que ha cultivado y todos con singular aprovechamiento, conforme lo demuestran las recompensas otorgadas en público certamen. El cuadro que reproducimos, adquirido recientemente por un acaudalado coleccionista, revela el buen gusto y la maestría del artista, en cuya paleta se amasan tonalidades que cautivan y cuya habilidad obtiene primores de ejecución que sólo puede obtener quien, como Echena, posee la seguridad que sólo es patrimonio de aquellos que poseen sus envidiables cualidades.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Roma. El ministro de Instrucción Pública de Italia ha presentado á la Cámara de Diputados un proyecto de ley relativo á la adquisición de la galería Borghese. Habiendo la familia Borghese solicitado autorización para enajenar aquella célebre galería, se ha llegado á una transacción en virtud de la cual el Estado adquiere las obras de arte que en la misma figuran por 3.600.000 liras: esta transacción es la que ha de ratificar la Cámara. En la exposición de motivos del proyecto se reproducen los dictámenes de tres ilustres críticos artísticos á quienes el ministro confió el encargo de valorar los cuadros. León Gaucher, historiador de arte francés, estima el valor del conjunto de los cuadros en 11.903.585 liras; el profesor Guillermo Bode, director del Museo de Berlín, en 7.294.230; y M. Piancastelli, crítico de arte italiano, en 5.739.250. Según parece, la valoración más exacta es la de León Gaucher, puesto que según afirman personas inteligentísimas en Bellas Artes, sólo el cuadro *Amor terrenal y celestial*, de Tiziano, vale cuatro millones, y la *Inhumación*, de Rafael, una de las más hermosas



Crisantemos, cuadro de Carlos Pellicer

obras de la época florentina del gran maestro, no debe estimarse en menos de 2.500.000 liras. El gobierno italiano ha hecho, pues, un magnífico negocio.

París. Próximamente se inaugurarán en el parque Monceau los monumentos dedicados á Gounod y á Ambrosio Thomas: el primero, obra de Falguiére, consiste en el busto del celebrado compositor, que corona una columna junto á la cual se ven el genio de la Música sentado al piano y las figuras de Margarita, Julieta y Safo; en el segundo, modelado por Mercié, está el autor de *Mignon* y de *Hámlet* sentado en una roca al pie de la cual se ve la figura de Ofelia.

Viena. Recientemente se ha expuesto en la Casa de Artistas de la capital de Austria un precioso relieve de 48 metros cuadrados de superficie, obra del escultor belga J. Lambeaux, que representa en un paisaje grandioso y formando grupos vigorosamente dramáticos todas las pasiones humanas. El odio y el asesinato, la danza y la seducción, la vergüenza y el arrepentimiento, el amor maternal y otros sentimientos y estados de ánimo del hombre se juntan en una composición llena de vida y formada por multitud de figuras sobre las cuales se ciernen la Muerte y el Destino.

Munich. – Los secesionistas muniquenses han verificado últimamente una exposición dedicada á Velázquez y á Donatello; el gran pintor español está representado por 150 magníficos grabados de la colección Kohl que reproducen las principales obras del autor de *Las Meninas;* del célebre escultor italiano hay 68 reproducciones en yeso.

Teatros. — En el teatro de la Corte, de Dresde, y en el Municipal, de Leipzig, se ha celebrado el tercer centenario del nacimiento de Calderón de la Barca, poniéndose en escena *El alcalde de Zalamea.*

– La censura de Dresde no ha permitido la representación de la comedia francesa *La dame de chez Maxim.*

Madrid. Se han estrenado con buen éxito: en el Real *Raquel*, ópera en cuatro actos, letra y música del maestro Bretón; en el Español *Juez y reo*, comedia en tres actos de D. Fernando Soldevilla; en la Zarzuela *El sábado de Gloria*, zarzuela en un acto y dos cuadros de los Sres. Casero y Larrubiera, con música del maestro Brull; en la Princesa *Predicar y dar trigo*, comedia en un acto de D. Eugenio Sellés (hijo); en Eslava *La alegría de la huerta*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Paso y Delgado, con música del maestro Chueca; y en Romea *Los amarillos*, zarzuela en un acto, arreglada del francés por los Sres. Flores García y Abati, con música del maestro Saco del Valle.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romeu *Perdiu per garsa*, graciosa comedia en un acto de Alberto Llanas; en Novedades *Gli amanti*, comedia en cinco actos de Donnay; en el Eldorado *Los buenos mozos*, zarzuela en un acto de los Sres. López Silva y Fernández Shaw, con música del maestro Chapí; y en la Granvía *La sala de armas*, chistoso juguete en un acto de Vital Aza, y *El sábado de Gloria*, zarzuela de los Sres. Casero y Larrubiera, con música del maestro Brull.

Necrología. — Han fallecido:

D. Federico Trémols, eminente botánico y químico, catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Barcelona, ex presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes, miembro de la *Societé Française de Geographie Botanique* y de otras corporaciones científicas nacionales y extranjeras.

D. Luis Royo y Villanova, distinguido escritor aragonés, redactor jefe del periódico madrileño «Blanco y Negro.»

D. Narciso Campillo, notable poeta y escritor, catedrático de Retórica y Poética del Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid.

D. Eduardo de Palacio, popular escritor, colaborador de La Ilustración Artística.

D. Calixto Navarro, celebrado autor dramático y poeta cómico.

D. Vicente Romero Girón, eminente jurisconsulto y político español, autor de varias importantes obras de Derecho, ex ministro de Ultramar y Gracia y Justicia, ex presidente del Consejo de Estado y senador vitalicio.

Luisa Levin, viuda del ilustre pedagogo Froebel, continuadora de la obra de su esposo.

J. de Groutars, notable helenista belga, profesor de Lengua y Literatura griegas y de Paleografía de la Universidad de Lovaina.

Luis Lebrun, celebrado pintor de historia belga, director de la importante Escuela de Dibujo de Alost.

Luis Bussler, distinguido escritor y crítico musical alemán, profesor del Conservatorio de Stern, de Berlín.

Domingo Farini, hombre de Estado italiano, presidente del Senado desde 1887 á 1899.

Guillermo Hauchecorne, [illegible] geólogo alemán.

Guillermo Kemlein, notable pintor alemán.

Enrique de Rustige, célebre pintor de historia, de género y de paisaje alemán, director de la Galería del Estado de Stuttgart, y además notable poeta lírico y dramático.

Luis Trombetta, individuo del Sacro Colegio, uno de los seis cardenales diáconos.

Pedro Waage, ilustre químico noruego.

Dimitri Wassiljewitch Grigorowitch, celebrado escritor y pintor ruso.

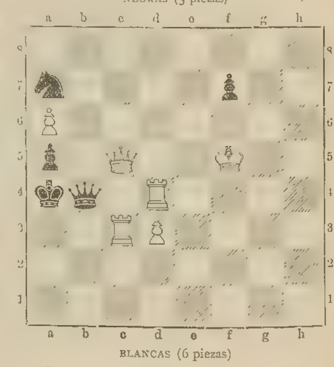
Hermán Eschke, notable paisajista y marinista alemán.

Sir James Paget, médico de la reina Victoria, vicecanciller de la Universidad de Londres, uno de los primeros patólogos y cirujanos ingleses.

AJEDREZ

Problema número 182, por W. A. Shinkman

Negras (5 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 181, por J. Drtina

Blancas.	Negras.
1. R e 2 – e 1	1. Cualquiera.
2. D, C ó T mate.	

EL OBSTACULO

Novela por Mad. Daniela d'Arthez. – Ilustraciones de Marchetti

(CONTINUACIÓN)

Lucy hizo una breve pausa para observar el efecto que sus palabras causaban en el ánimo de Roberto, y después continuó diciendo:

– Quiere reinar en su casa, y como en su casa vive usted y Maud también, sería menester que ésta se resignara á doblegarse á una obediencia, muy dulce quizá, pero con la que no se conformará. No. Mad. Charmón no significa nada: cuando ella se vaya, surgirá otra cosa. Fíjese usted en esa carta en que se les llama. Mad Le Clercq ha creído que debía invitar al doctor de Bois Saint-Marcel precisamente durante el viaje que están ustedes haciendo, el único momento en que han podido estar solos desde que se casaron. ¿No es esto significativo?

La primera parte de este razonamiento había dado que pensar á Roberto; la conclusión le zahirió. La diplomacia invasora de su madre, que él mismo había entrevisto, no era un misterio para la inglesa, que se atrevía á hablar de ella abiertamente. Irguióse y dijo con frialdad:

– Doy á usted las gracias por haber hecho lo que creía usted que podía serme útil. Reflexionaré en todo ello; pero conservo la convicción de que exagera usted la situación. Además, mi madre y María Magdalena me quieren lo suficiente para acallar sus querellas, si las tienen. Al querer dominar mi madre está en su derecho; su edad la autoriza para tratar á Mad como una niña, y creo que ésta sabrá someterse. No es tan fácil abandonar al marido como quien se separa de amigos, aunque sean íntimos, sin consentir en volverlos á ver.



Lucy hizo una breve pausa, y después continuó diciendo:

Lucy Hartley saludó y se metió en la casa. Aquella misma noche partía para Tregastel, adonde la había precedido su camarera.

El doctor de Bois Saint-Marcel era un hombre simpático, de esos que no se resignan nunca á no agradar y que tan luego como dejan de ser jóvenes hacen esfuerzos infinitos para disimular los estragos del tiempo apelando á tintes, afeites y postizos.

El doctor había vivido mucho y frecuentado una sociedad empenachada, pero alegre. El número de personas á quienes llamaba «mi querido amigo» y á las cuales estrechaba la mano era increíble. Su filosofía era indulgente. Dióse muchas veces el caso de que entre estos «queridos amigos» encontrados en los sitios donde la gente se divierte, restaurants de moda, hipódromos, teatros, algunos habían acabado mal; uno, bolsista muy generoso y que parecía rico, había tenido que arreglar cuentas con los tribunales; otro, político poco escrupuloso, resultó convicto de haber aceptado una crecida cantidad para hacer aprobar una ley; otros, periodistas, comprometidos en sucios negocios de *chantage*. A todos aquellos desgraciados, á quienes un destino severo había escogido entre otros cien no menos culpables que ellos, el doctor mostraba compasiva benevolencia. Comprendía que el afán del lujo y de la vida elegante los tentara. Conocía los apuros de dinero, la terrible penuria que es preciso ocultar, so pena de zozobrar inmediatamente.

Aquella alegre sociedad bohemia, mezcla de financieros, de caballeros de industria y de algunos imbéciles, víctimas designadas de las que viven, es amable y acomodaticia. Tan sólo exige de sus miembros que se presenten bien, que lleven un nombre sonoro y que puedan gastar dinero.

M. de Bois Saint-Marcel poseía escasa fortuna que tuvo la prudencia de no mermar. Era de pequeña nobleza, pero auténtica, y sabía decirlo, negligentemente. Tenía buena presencia, y ese porte suelto y gracioso, sostenido por un espíritu bastante brillante que agrada á las mujeres más que una gran belleza. Para muchas, el ideal es un hombre de cierta fealdad, espiritual y fino, de frente despejada, monóculo, buena dentadura y bigotes retorcidos. El doctor fué mucho tiempo este ideal de algunas mujeres conocidas. No fué insoportablemente fatuo; era viudo, elegante y nada extraño es que tuviese partido.

Fué recomendado y protegido por sus amigas, y aunque su ciencia era tan escasa como su fortuna; consiguió que se le nombrara médico de dos grandes administraciones; también tuvo una clientela de señoras cuyas jaquecas y neurosis cuidaba con tacto. Gracias á todo esto, pudo llevar la vida que le gustaba, trabajando poco y divirtiéndose mucho.

Tuvo á su hija tanto cariño como podía sentir. A decir verdad, sólo una persona en el mundo le era absolutamente querida: él mismo. Pero como María Magdalena era graciosa, elegante, bonita, espiritual, le gustaba. La hizo educar por una respetable persona de edad madura, Mad. Jacob, que acompañaba á la joven á las clases, á los museos, á casa de su profesor de música y á la Opera cómica. La confiaba también á algunas señoras amigas, teniendo cuidado de escogerlas escrupulosamente, porque si todas las mujeres de aquella sociedad eran igualmente simpáticas, no todas eran igualmente recomendables.

M. de Bois Saint Marcel, hombre feliz, para quien la vida había sido agradable y clemente, llegaba á la edad madura sin casi haber cesado de gustar, reemplazando su aire conquistador de otro tiempo con una actitud de amigo formal, de confidente afectuoso, papel que desempeñaba maravillosamente, sostenido por su carácter ligero. Sabía hacerse aparte sin envejecer. No era uno de esos comparsas de tragedia incapaces de llegar á ocupar un empleo más interesante. No. Se conocía que quería retirarse discretamente al segundo término; que aún era digno de ser amado; que si quisiera, podría anteponerse á muchos hombres, más jóvenes, pero menos ingeniosos y graciosos que él. Su situación social quedaba intacta. Tenía siempre invitaciones para pasar una temporada en diez quintas diferentes de todos los puntos de Europa. Podía á su albedrío ir al Norte, al Mediodía, á Bretaña; á Escocia, para cazar gallos de los brezos; á Rusia, para cazar lobos. En todas partes contaba con amigos.

En esa sociedad, con frecuencia se extravía más de un joven de elevada familia extranjera que no conoce la falsedad de situación de sus compañeros de placer. De Bois Saint-Marcel fué siempre amigo íntimo de estos jóvenes. Hubiera podido casar á su hija con algún título sonoro, quizás no muy auténtico, ó con algún manejador de dinero y de ideas, fastuoso

como un mercader de petróleo americano. Pero tan prudente en esto como lo había sido en todo, había preferido aliarse con una familia de buena y rica burguesía, seria, inatacable en cuanto á origen, honorabilidad y relaciones.

Las amigas de María Mad la habían compadecido al ver que se enterraba en una provincia, pero su padre no había vacilado. O la inseguridad del porvenir con gentes como las que trataba su padre, duques de oropel y financieros sospechosos, ó la riqueza y la consideración aseguradas en una pequeña ciudad en donde la esposa de Roberto Le Clercq brillaría en primer término. Era preciso que aquella familia de honrados provincianos ignorara lo que es la vida de París para ir á buscar una alianza en aquella sociedad un poco pasada.

Un parisiense no se habría extraviado en ella, y la verdad era que Roberto, que había cometido una imprudencia casándose en semejante círculo, había tenido la suerte más inesperada escogiendo precisamente á María Magdalena, que estaba dotada de mucha formalidad y de gran lealtad de carácter. Quizás ninguna de las jóvenes de aquella sociedad valía tanto como ella. Había en aquella naturaleza, hecha de honradez tranquila y de horror á las aventuras, un poco de atavismo, según decía el doctor.

La madre de María Mad había sido una burguesa de raza, de gustos y de costumbres. Después de su muerte fué cuando de Bois Saint-Marcel contrajo definitivamente relaciones que habrían desagradado á su mujer. Se había casado con ella, un poco porque le gustaba, y mucho porque era hija de un profesor de la Facultad de medicina, muy instruído, muy influyente, que podía proporcionar á su yerno elevados puestos. Por desgracia este profesor murió poco después del casamiento de su hija, y de Bois Saint-Marcel, que no había tenido ánimo ni voluntad para encumbrarse por su solo trabajo, buscó en los salones el apoyo que necesitaba, y no pudiendo ser grande hombre, se contentó con ser hombre á la moda; no pudiendo ser un maestro, con ser un médico de señoras.

No echó de menos á su hija cuando ésta se trasladó á la provincia. Observaba un género de vida muy poco casero para notar mucho su ausencia. Adquirió la costumbre de almorzar en su casino y de comer en las casas de sus amigos. No teniendo ya á María Magdalena para protegerla, vivía más libre que nunca y gozaba de esta libertad con delicia. Además, aquel casamiento ventajoso le había dado importancia á los ojos de ciertas personas, y librádole de las inquietudes que alguna vez tenía, á pesar de su carácter indolente.

Cuando el doctor de Bois Saint-Marcel envejeciera lo bastante para no poder continuar aquella vida, cuando no tuviera dientes, ni pelo, ni imaginación; cuando padeciera reumatismos, gota y dolores de estómago, encontraría un buen nido donde acabar su vida, tomando tisanas y cuidado confortablemente, cosa que probablemente no le habría permitido su fortuna personal. En lugar de una obscura medianía final, podría hasta el fin gozar de un lujo que se le había hecho tan necesario como el aire que respiraba.

Por esto afectaba el mayor aprecio y estimación á Mad. Le Clercq. La admiraba, ponderaba la buena suerte de su hija que vivía con una persona tan perfecta por todos conceptos. Y cuando la anciana señora le escribió invitándole á pasar una temporada en Montpazier, se apresuró á aceptar, aunque la perspectiva le pareciese poco divertida y tuviese ya hechos sus preparativos para su viaje á Escocia; pero era de esas personas inteligentes que sacan partido de las contrariedades con la mejor voluntad del mundo. Sabía aburrirse cuando era menester, y sacrificar su placer inmediato por una ventaja seria.

Llegó á Montpazier á los dos días de haber regresado su hija y sin sospechar que había servido para devolver al hogar doméstico á dos jóvenes cuya rebelión se temía.

Mad. Le Clercq recibió á su nuera con su amable sonrisa de los primeros días, mostróse con ella solícita y afectuosa; sintió haberse visto obligada á interrumpir tan agradable viaje, y en compensación prometió sufragar los gastos de una excursión por Italia en el verano próximo, excursión en la que, naturalmente, acompañaría á sus hijos.

Había aprovechado la corta ausencia de María Magdalena para cambiar el mueblaje del tocador de su nuera, convirtiéndolo en una habitación suntuosa, tapizada de telas de la China, bordadas de bandadas de golondrinas negras; en la mesa de tocador, un hermoso servicio de plata con las iniciales de María Magdalena; un gran armario de luna, un sillón largo, forrado de raso botón de oro sobre el cual se ostentaba una magnífica manta de nutria, echada negligentemente. Aquel tocador parecía combinado con arreglo á las descripciones caprichosas de los novelistas del género mundano. Allí reinaba cierta exageración de lujo. María Mad, que tenía mucho tacto, conoció que no reinaba un gusto muy puro. Recordó haber visto una cámara de aquel género en casa de una señora amiga de su padre, una baronesa rusa, bastante excéntrica, con todo el aspecto de *divette* de teatro de tercer orden.

La pareció volver á ver á aquella baronesa haciendo efectos de flexibilidad y de movimientos felinos en una marquesita del mismo color botón de oro, con un perrillo, una caja de bombones, pañuelos de encaje y un libro en el suelo. Aquella visión se le había quedado impresa en la memoria, y la idea de parecerse en algo á la baronesa le desagradó. Pensó que su suegra carecía de tacto; con tal que los objetos adquiridos costaran caros, se le figuraba estar en regla con el buen gusto.

María Magdalena volvió á ver á su padre con verdadero placer. Confiaba en él, que como diplomático sutil tal vez pudiera modificar el estado de las cosas. Naturalmente, contó con él para esto. ¡Qué poco conocía á aquel amable egoísta!

Mad. Le Clercq se apoderó del doctor prodigándole palabras afectuosas, con lo cual le hizo pasar muchos días verdaderamente crueles. Le presentó á muchas señoras patrocinadoras de sociedades benéficas de la que ella misma era presidenta. Para ella fué un verdadero triunfo pasear al doctor en sus visitas oficiales, escoltado por todo el estado mayor de las venerables damas de parroquia, llevándolo á ver las casas cunas, orfanatos y demás asilos de su incumbencia.

El desdichado de Bois Saint-Marcel tuvo que asistir á fiestas dadas en su honor; fiestas infantiles en que los chiquillos le recitaron fábulas, cantaron coros y desfilaron por delante de él. Tuvo que dar consejos sobre la alimentación de las criaturas, indicar el mejor aparato de esterilización de la leche y la higiene que se debía observar en las epidemias de tos ferina. Le enseñaron criaturas enfermas, éticas, escrofulosas, apenas vivientes, que hubo de reconocer, palpar y auscultar.

A pesar de la gran limpieza de las salas, reinaba allí un olor acre y nauseabundo; olía á leche, á vaquería... y á otra cosa.

Mucho trabajo le costó al doctor conservar una actitud amable. Cuando se le pidieron algunas recetas para todos aquellos pequeños miserables, de sangre viciada, tentaciones le dieron de gritar: «Arrojadlos á todos al río, con lo cual se ahorrarán muchas miserias. ¡Vaya una buena obra, empeñarse en salvar la vida á futuros pordioseros!»

Durante estas visitas, María Magdalena sentía la misma repulsión que su padre.

Muchas mujeres no tienen cariño á los niños, en el sentido absoluto de la palabra. Alguna, que amará mucho á su hijo, aun enfermizo, no podrá sufrir á otras criaturas que nada tengan que ver con ella y que son repugnantes y delicadas. En aquella atmósfera apestada, María Mad se llevaba á la cara su pañuelo perfumado con esencia de violetas, recogiéndose las sayas por temor de rozar con alguna inmundicia, semejante á una gata que, caída en el barro, no sabe por dónde empezar su limpieza.

Al salir de uno de aquellos establecimientos, el doctor, verdaderamente fatigado, dió el brazo á su hija y le dijo:

– Nena, salgamos juntos.

Mad. Le Clercq, ocupada en dar órdenes y en tomar notas con sus acólitas, se quedó en el orfanato.

Desde que el doctor estaba en Montpazier, era la primera vez que se encontraba solo con su hija; pero ni siquiera se le ocurrió provocar alguna confidencia de ésta..., la veía rica, atendida, figurando en primer término en la ciudad; no podía, pues, menos de ser feliz.

– Tu suegra es una mujer muy cumplida.

María Mad no contestó, y se contentó con alargar los labios haciendo una imperceptible mueca de disgusto.

– Buena, complaciente y llena de atenciones para ti. ¿Sabes que me ha sorprendido ver las comodidades que hay en su casa..., en la vuestra? Un lujo un poco pesado, pero sólido, seguro, cierto. Se conoce que no es una de esas fortunas como he visto tantas, aparecidas como los hongos en un día de lluvia y desaparecidas todavía más pronto. Hija mía, te he casado bien. Lady Briggs me ha hablado de ti el otro día y te compadecía por vivir en provincia. Mientras ella te compadecía, yo veía que de un ángulo de un cajón asomaba papel sellado. Lady Briggs se va echando á perder; su tez se aja; adquiere el aspecto de una momia á la que se le van rompiendo las vendas, amarilla, seca. Esas bellezas tan delicadas duran poco. Ahí la tienes ya madura para el Ejército de Salvación.

María Magdalena escuchaba distraída aquella charla; se llevaba á su padre hacia las orillas del sucio río que atravesaba el barrio obrero. Las calles sombrías, de altas casas sórdidas, con ventanas sin cortinas y puertas repugnantes, estaban llenas de chiquillos que jugaban lanzando gritos penetrantes.

– ¡Qué población tan fea!, dijo el doctor. Esa masa de gente sucia y necesitada es el único lado desagradable de esta ciudad. La casa de tu suegra está situada maravillosamente: el jardín es hermoso y el invernadero de las camelias muy bien cuidado. ¡Oh! ¡Te he casado bien!

Se regocijaba de su obra tan sencillamente, estaba tan contento de haberse portado como buen padre, que María Mad no se atrevió á decir nada todavía. El doctor continuó:

– No siento haber venido, á pesar del fastidio de las obras caritativas. Estoy satisfecho de haber visto por mí mismo que eres feliz. Iba á marchar á Escocia, cuando recibí la carta de Mad. Le Clercq. Iré cuando me vaya de Montpazier. Claverhouse, ya sabes quién es, aquel Claverhouse á quien le parecías tan bonita y que te hacía el amor, me ha invitado á ir á verle dentro de quince días. Cazaremos y pescaremos. Parece que aquello es muy hermoso... Debía hacer el viaje con Leandri, el barón Carolus Leandri, que tocaba el violín y cuya mujer daba veladas á las que asistía toda la gente desocupada de París... Pues bien, ese pobre Leandri, que por otra parte es un buen muchacho, ha sido sorprendido haciendo trampas en el juego y por poco lo matan. Era en el círculo de Petits Vernis. En una palabra, ha tenido que escapar más que de prisa. Su mujer está desesperada; era de una familia muy apreciable. Todo su dote devorado: separación de bienes. Se han informado un poco tarde y se ha averiguado que el tal Carolus no era barón, ni Carolus, ni Leandri, sino un antiguo profesor de piano, que ha ido volando por todas partes, Viena, Milán, San Petersburgo, y se llamaba Benito á secas. ¡Es espantoso! Yo te he casado mucho mejor. Ahí tienes á lo que uno se expone casándose con un aventurero. De suerte que me veo obligado á viajar solo. ¡Pobre Leandri! ¿En qué lodo se va á meter? La verdad es que me da lástima. He visto tanto, que acaba uno por cansarse.

María Mad, recordando que había sido recibida muchas veces en casa del barón Leandri, salido en coche con la baronesa, haber visto en su casa muchas personas de la misma calaña, pensó que habría podido casarse con un aventurero de aquella clase. Para ella fué una fortuna el haber encontrado á Roberto, haberle gustado, y que la hubiera sacado de aquel círculo en que estaba expuesta á promiscuidades desagradables, al disgusto de ver en la *Gaceta de los tribunales* al amigo de ayer condenado por robo ó estafa y encarcelado en Poissy... Pero ¿no habría medio de adquirir un poco de libertad?, ¿el derecho de vivir en su propia casa y de obrar por sí misma?..

Habían salido de la población; ante ellos se prolongaba hasta el horizonte un largo camino polvoriento, plantado de castaños y plátanos. A su derecha, las cimas redondeadas con pequeños pinares y hayas formaban una hermosa masa obscura. Se encaminaron hacia aquel lado, y María Mad, animándose, dijo con voz un poco temblorosa:

– Al menos, Mad. Leandri ha sido feliz algunos años. Ha llevado la vida que le gustaba.

– ¡Bah! replicó el doctor, una vida vacía. Placer fatigoso. Yo estoy disgustado de ella, sí... Tal cual me ves, estoy resuelto á variar... dentro de algunos años..., á cambiar de círculo, de amigos, de existencia. Mira, vendré á vivir aquí. La ciudad no es desagradable, se pueden tener relaciones gratas y seguras... Eso ya es algo. Me siento un poco humillado cuando le sucede á un amigo mío una aventura como la de Carolus. Aquí no hay que temer nada de eso. Y estoy muy satisfecho de que te trates con mujeres más formales que las que conocías en París.

Entonces, María Magdalena, viendo que su padre no quería comprender, dijo resueltamente:

– Me aburro, me aburro soberanamente.

El doctor la miró azorado, y notó en su rostro una expresión obstinada que conocía por haberla visto, aunque rara vez, en algunos casos en que había tenido que ceder ante ella.

– ¡Que te aburres! ¡Es una niñada! Necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte á la vida tranquila de Montpazier. Pero no has de echar de menos á París; allí ya no te divertirías. Casi todas tus amigas se han marchado: la condesa Czyska está en Florencia; lady Briggs va á volver á Londres, echada de París por sus acreedores; Lidia Kuranine está en Siria con la loca de la condesa Adalgieri; la pobre ba-

ronesa Leandri se ha vuelto muy fastidiosa y pasa el tiempo con los abogados. No, no te divertirías.

– No es Montpazier lo que me aburre, replicó María Mad meneando su rubia cabeza.

– ¿Pues qué? ¿Supongo que no será tu marido?

– No. Es mi suegra.

De un bastonazo el doctor cortó la cabeza de una amapola que había al borde de una zanja.

- Está bien. Habría debido prever que dos mujeres no pueden vivir juntas en paz. Tu suegra es una mujer excelente.

– Insoportable.

Te colma de obsequios.

– Y me tiene en tutela; no estoy en mi casa, sino en la suya. No me consulta para nada; me censura y me reprende por todo; critica, analiza y modifica mis gustos, mis sentimientos, mis deseos. No puedo con la bondad de Mad. Le Clercq. No quiero sus regalos, no quiero sus amabilidades; quiero ser dueña de mí misma.

María Magdalena dijo todo esto con extraordinaria vehemencia. El doctor, aterrado, tenía la cara de un hombre que acaba de poner el pie en un lazo, y se encuentra cogido de un modo desagradable. Ante él apareció todo un orden de hechos que no sospechaba, y preguntó maquinalmente:

– ¿Y Roberto?

– Roberto está en el juzgado ó en su despacho; Roberto no es un marido, sino un hombre de negocios. No he podido estar sola con él sino ocho días y Mad. Le Clercq se ha apresurado á abreviar este tiempo. Además, Roberto es un hijo muy respetuoso al que le parece muy natural que yo esté sometida en todo á su madre. ¡Soy tan joven!

El doctor había soltado el brazo de su hija. De pie ante ella la contemplaba muy ansioso. Se habían detenido en el bosque, en medio de un sendero alfombrado de musgo.

– Vamos á ver, dijo en tono firme. Tú estás nerviosa, lo comprendo. La visita al orfanato es capaz de ocasionar una crisis á una mujer un poco delicada; yo mismo no me siento muy bien. Al volver á casa tomarás un poco de éter; diez gotas en un vaso de agua.

– No estoy enferma, lo que tengo es que soy desgraciada, replicó Mad. Por favor, padre, no tomes la cosa á broma. Te aseguro que Mad. Le Clercq, no obstante lo buena que cree ser, me tiene oprimida. No hay cosa desagradable que no me haya hecho, riñéndome como á una niña, aun delante de extraños. Sin ir más lejos, escribe á Lucy Hartley que ha pasado aquí algunos días; pregúntale su opinión y ya verás.

– Lucy Hartley es una original, una mujer sin seso.

– No siempre la has juzgado así.

El doctor hizo un ademán de impaciencia.

– En fin, ¿qué quieres que haga? Estás casada con un hombre inteligente, rico y que te ama mucho; no te veo tan digna de lástima. ¿Dices que tu suegra es desagradable para ti? Es porque no has sabido atraértela. Sé amable, doblégate un poco á sus exigencias. Eres bastante lista para dar con el medio de granjearte su cariño y vivir á tu capricho. ¡Qué diantre! Para ser feliz hay que tomarse también un poco de trabajo. ¿Crees que se nos presenta la felicidad sin que uno se esfuerce por encontrarla? ¡Cuántas cavilaciones, disgustos y zozobras he tenido yo, á quien todos citan como hombre feliz! Tu suegra es buena; te quiere mucho; esta misma mañana me lo decía. ¿Que es un poco autoritaria? ¿Y qué te importa si sólo procura hacerte feliz? No tienes que hacer más sino vivir tranquila; ni siquiera tienes la molestía de dirigir una casa. Gozas de un domicilio lujoso donde todo marcha admirablemente, de criados muy decentes, de hermosos caballos, de carruajes cómodos, de trajes elegantes; recibes á lo mejor de la ciudad, das comidas maravillosas, sin tomarte el trabajo de ordenarlo todo... ¡Y aún te quejas! ¡María Mad, eres una ingratuela! Me recuerdas al gran vizconde de Courcharies, que me decía el otro día...

– Papá, es preciso que pidas á Mad. Le Clercq que nos deje vivir solos á Roberto y á mí.

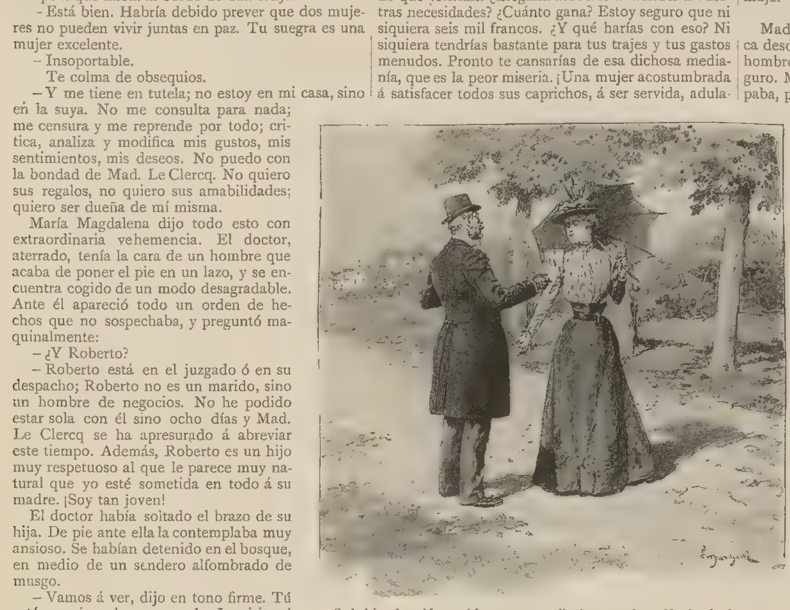
El doctor la miró petrificado.

– ¡Yo!.. Que yo... ¡Ca! No cuentes con que yo me meta en cosas que no me importan.

– ¡Cómo! ¿Mi sosiego ó mi malestar no te importan?

El doctor, á pesar de su bondad acostumbrada, se enfadó con esa vehemencia de indignación que estalla en los egoístas cuando defienden su tranquilidad.

– ¡Tu ventura! ¡Tu desgracia! Grandes palabras por nada. No vengamos con tragedias. Te disgustas por algunas fútiles querellas de mujer; si yo no pongo orden en ello, te veo dispuesta á echar á perder el bonito porvenir que te he preparado con trabajo; pero no te estimularé por ese camino. ¡No vivir en casa de tu suegra! ¿Cómo se te ha ocurrido eso? ¿Y de qué viviríais? ¿Llegaría Roberto á atender á vuestras necesidades? ¿Cuánto gana? Estoy seguro que ni siquiera seis mil francos. ¿Y qué harías con eso? Ni siquiera tendrías bastante para tus trajes y tus gastos menudos. Pronto te cansarías de esa dichosa medianía, que es la peor miseria. ¡Una mujer acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos, á ser servida, adulada, cuidada, á vivir bajo un pie de cincuenta mil francos anuales, y que se reduciría á ser una burguesa necesitada!.. ¿Irías á la compra, te coserías los vestidos, repasarías los calcetines de tu marido? Vaya, vaya... Me he enfadado y he hecho mal; debería reirme. Es un arranque de puerilidad. Ante de dos meses te darías por satisfecha de ajustar las paces con tu suegra, y eso sí que sería humillante. Vale más seguir como estás que dejar la casa para pedir luego humildemente volver á ella.



Se habían detenido en el bosque, en medio de un sendero alfombrado de musgo

María Magdalena había vuelto la cabeza durante esta dura respuesta. Al inclinarse hacia ella, el doctor vió que lloraba.

– No faltaba más que eso, dijo muy contrariado. Ya sabes que me es imposible ver llorar á una mujer. Reprímete por favor. Deberías evitarme estas escenas.

Cogió la mano de su hija, se la puso debajo del brazo y echó á andar en dirección de la ciudad.

– No vayas llorando por la calle. Y en cuanto al paso que querías que diera, no cuentes con ello, te haría un flaco servicio. Sería muy inconveniente por mi parte atreverme á agitar semejantes cuestiones con tu suegra. Puesto que no puedes vivir sin su auxilio, te es forzoso aceptar su presencia. De tu incumbencia es arreglarte para que no te sea molesta.

María Mad, exasperada, puesta en el disparadero, dijo deteniéndose y plantándose delante de su padre.

– Haré lo que pueda. Pero suponga usted que en definitiva no pueda entenderme con mi suegra, ¿me recibirá usted en su casa?

Bois Saint-Marcel se mordió los labios.

– Esa pregunta no debería hacerse. Esta mujer habla de separarse de su marido como de una cosa muy sencilla.

– Respóndeme, papá.

– No tengo por qué ocuparme de semejante eventualidad.

María Magdalena se puso pálida.

– Es decir, que no tengo en el mundo un sitio donde pueda considerarme en mi casa...

– Mad, hija mía, dijo el doctor algo conmovido, me aburres ya. Es indudable que si llegaras á encontrarte sin casa ni hogar, no te dejaría en medio de la calle.

Mad abrazó á su padre.

– Pero, añadió éste sintiendo otra vez el recelo de las complicaciones y reprimiendo su enternecimiento, no quiero prever ni admitir semejante eventualidad. No me mezclo en nada, y te aconsejo que no pierdas tontamente una situación brillante á causa de una estúpida terquedad. ¡Separarte de tu marido! Pues Roberto no me parece hombre débil: sería capaz de no venir á buscarte. Y entonces, ¿quieres decirme lo que harías, y si te parece envidiable la situación de una mujer separada de su marido? No, nada de tonterías como esa. ¡Si ese pobre Roberto oyera á su mujer hablar así á los tres meses de matrimonio!..

Mad. Le Clercq se mostraba más amable que nunca desde la llegada del doctor: conocía que en este hombre simpático tenía un apoyo, un partidario seguro. María Magdalena veía que su padre se le escapaba, porque para darle á entender bien que no se proponía sostener en nada su causa, afectaba la mayor solicitud para con su suegra. Continuamente le hacía relatos y le trazaba retratos humorísticos sobre sus conocidos de París; el asunto era inagotable, y á la verdad, si M. de Bois Saint Marcel hubiera tenido humos de literato, habría sacado de sus recuerdos materia para muchas novelas, unas cómicas, otras muy sombrías, pero todas de un estilo agradable.

¡Oh! En aquellas conversaciones de las veladas en que se entretenía en hacer gala ante su complaciente auditorio de una verbosidad fácil, ¡cuántos tipos extraños, raros, no sospechados de Mad. Le Clercq y de su hijo, desfilaron como en una especie de linterna mágica! Príncipes válacos, marquesas italianas, cantatrices suecas, baronesas polacas, princesas rusas, bailarinas españolas, todas las nacionalidades, todas las variedades del cosmopolitismo, de la intriga, de la caza al placer y al dinero. Pero gente divertida y en su mayoría de buena imaginación; interesantes por el lado pintoresco y bohemio de su vida; porque si, entre aquella galería de nombres sonoros, había algunas realidades de fortuna y de situación, ¡cuánto más numerosos eran los aventureros adornados de títulos de pega, que vivían de expedientes y después de cierto esplendor desaparecían de pronto en algún cenagal!

Roberto, que en un principio escuchaba con gusto al doctor, ya no oía sin cierto desagrado sus picarescos relatos. ¡Cómo! ¿Aquel era el ambiente en que había vivido María Mad antes de casarse? ¿Qué amigas podía tener en aquella sociedad? ¿Era la condesa Csyska, una loca saturada de espiritismo y de esoterismo, que escribía artículos insensatos en unas revistas que se titulaban *El Eco de la tumba* y *La Voz del más allá?*, ¿esa eslava que tomaba por lo serio las más sorprendentes revelaciones de mediums charlatanes y se asustaba de sus propios escritos?

¿Era Lidia Kuranine, una rusa que afectaba llevar cabellos cortos, vestirse de hombre, y constituía una curiosa muestra de esa raza nueva, aparecida hacía poco tiempo, la mujer exploradora?

Lidia, que había visto mucho, contaba con tranquilo aplomo y sin suavizar sus frases particularidades curiosas sobre los pueblos salvajes vistos por ella, en el curso de sus viajes; había hecho estudios de medicina, y fumando cigarrillos, escribiendo relatos, no retrocediendo ante ningún detalle de costumbres, era más bien un estudiante que una joven.

¿La condesa Adalgieri? Una neurótica de otro género. En una situación extraña, separada de un marido á quien nadie conocía, aburriéndose, buscando distracciones; hoy, ausente de París para explorar la Siria en compañía de Kuranine; ayer, entregada á la pintura simbolista; mañana, ensayando composiciones musicales ó fundaciones de obras piadosas.

¿Sería lady Briggs? Desacreditada en todas partes, como decía el doctor, habiendo contraído deudas y sembrado tantos acreedores en todas las capitales de Europa, que ya no sabía adónde dirigir sus pasos, se vería bien pronto obligada, por medida de seguridad, á ir á esos países orientales en que Kuranine y la condesa italiana paseaban entonces su curiosidad.

Sí, una serie de figuras semejantes no era tranquilizadora. O María Magdalena no tenía ninguna amiga, lo cual era bastante inverosímil, ó se había relacionado con aquellas mujeres desarregladas. Había asistido á aquellas sesiones de espiritismo estúpido; había acompañado á la Adalgieri á los talleres de artistas extravagantes que pintaban *almas;* había oído las conferencias de la Kuranine y fumado cigarrillos con ella. Había tratado á todas aquellas mujeres desviadas de su camino; por consiguiente debían parecerle naturales y sencillas ciertas acciones que él y toda persona criada en una atmósfera tranquila y familiar debían tener por reprensibles.

El doctor no supo jamás qué brecha abrió en el cariño confiado que Roberto tenía á su mujer.

A decir verdad, si María Magdalena había atravesado un camino fangoso, no conservaba ningún vestigio de él. Era sencilla, buena y simpática; pero ¿no tendría esta apariencia por un hábito de educación y un sentido femenino de astucia? Por vez primera sospechó Roberto que tal vez no fuese su mujer una niña sin más preocupación que las cosas triviales de la vida diaria. Se exageró, con una estrechez de miras un tanto provincial, la fealdad de aquella sociedad y la influencia que podía haber ejercido en María Mad. No por eso la quiso menos, pero desconfió de ella. Pensó que había sido una imprudencia el buscar una mujer en un círculo donde se había introducido por casualidad y cuyas interioridades no conocía. Admitió que su mujer no tenía comparación con aquellas damas desarregladas que había conocido, pero se decía también que convenía tenerla sujeta; que dada semejante educación, apenas podía tener principios sólidos que conservan la honradez en toda su rectitud; y en fin, que era una suerte para ella el estar bajo la dirección de Mad. Le Clercq.

No dejó de notar que María Magdalena estaba cansada de que se fiscalizasen todas sus acciones, y aun había pensado que su madre abusaba algo; pero ahora decía para sí que esta fiscalización era conveniente, y que no toleraría que su esposa quisiera sacudir una autoridad tan necesaria.

Por lo que hace á Mad. Le Clercq, oyó con mucho gusto todos aquellos relatos; no solamente por la entretenida verbosidad del que los contaba, sino porque también vió muy claras las consecuencias de aquellas revelaciones. Sí, por la actitud de su hijo comprendió el trabajo que se verificaba en su ánimo, y que su propia influencia resultaba robustecida.

Mad no tenía ya ninguna esperanza de encontrar apoyo en sus protestas; ni en su marido desconfiado ya, ni en su padre. Hablaba éste tan á menudo de los atractivos de la vida de provincia y de su deseo de descansar dentro de algunos años, que la inteligente anciana comprendió muy bien el deseo de aquel egoísta que se proponía construir su nido allí donde la vida le sería agradable y fácil.

Mad. Le Clercq decía que su huésped era un hombre muy simpático; le prodigaba toda clase de atenciones y abrumaba á María Magdalena á fuerza de elogios. Pensó que en estas circunstancias se le presentaba una ocasión favorable para dar un golpe de Estado que meditaba hacía tiempo. Despedir á la impertinente camarera de María Mad, á aquella Estela que parecía desafiarla con sus sonrisas y su socarrona finura, que había gozado al ver su decepción el día en que por vez primera sus hijos quisieron rebelarse almorzando en su cuarto.

La anciana no era mala; tan sólo se hacía esta idea de la felicidad: una vida lujosa, hijos sumisos, un público de admiradores de su verdadera generosidad; y ella, reinando sobre toda aquella gente cual buen tirano que reparte á manos llenas su fortuna y sus beneficios. Es muy cierto que al querer acaparar á María Magdalena no se proponía oprimirla; al contrario, la colmaría de regalos y haría de ella la mujer más envidiable de la ciudad: no exigía más que un pequeño sacrificio muy natural, la abdicación de su voluntad.

Pidió á María Magdalena que le prestara á Estela para servir á la mesa, por estar enfermo el criado que solía desempeñar este cometido. Estela entró en funciones; era despejada y lista como las parisienses del pueblo.

Mad. Le Clercq le dió sus órdenes durante muchos días con tono arrogante y seco, á propósito para exasperar á aquella muchacha, acostumbrada al trato amable de María Mad.

Una tarde, una hora antes de comer, Mad. Le Clercq, criticando el peinado de Estela, que llevaba el cabello rizado, ondeado y con agujas doradas, acabó por intimarle la orden de que para servir se pusiera un gorro blanco, más conveniente para una muchacha de su condición.

– Siempre me he peinado así, y Mad. Roberto no me ha hecho ninguna observación, contestó Estela con acento de disgusto.

– Cuando esté usted en las habitaciones de mi nuera, obre usted como ella desee; pero para servir en las mías, me obedecerá usted.

Después de estas palabras pronunciadas con sequedad, Mad. Le Clercq salió y subió al coche para ir á buscar á su nuera á casa de Mad. de la Pallière y llevarla á una ceremonia solemne cuya sola perspectiva fastidiaba grandemente á María Mad. Era una sesión de la Academia de Arqueología, que presidía el venerable M. Maignan, el cual iba á leer en público su Memoria sobre la lavandera de Enrique IV.

Mad. Le Clercq encontró en casa de Mad. de la Pallière, no tan sólo á Mad, sino también á Bois Saint-Marcel, que quería mucho á aquella dama y estaba en su casa tan á gusto como en un sitio familiar.

– Ella y su marido son dignos de figurar en mi colección de amigos, decía á su hija. Y figurarán en ella sin duda, formando el más gentil matrimonio bohemio que puede verse Pero una bohemia dorada. La mujer no desea, no sueña, no ve más que una cosa: vivir en París. Con su carita de modistilla, muy empolvada y sus lustrosos cabellos, podrá ocupar un sitio marcado en cierta sociedad. Es bastante agraciada y nada tonta, á pesar de su fanatismo por París y de sus procederes equívocos. En cuanto al marido,



Mme. de la Pallière

su bonachona jovialidad le da cierta apariencia con un mozo de labranza contento. Por fortuna, su mujer es intrigante y le guiará. Y cuando esté en París, comprenderá que sus afeites y su lenguaje particular han de sufrir alguna modificación. Tiene unos ojos capaces de incendiar un areópago; y se ejercita tan picarescamente *in anima vili* sobre su marido, sobre el viejo Maignan, sobre Darlot que la examina con la lente y sobre mí que estoy gastado. ¡Oh! Tiene una risita y cierto movimiento de párpados, que aunque no son naturales, no por eso dejan de ser más perversos y entretenidos. A su picardía se une cierta inexperiencia que tiene bastante de chusca.

María Magdalena no veía tantas cosas en madame de la Pallière; la consideraba como una mujer no muy fastidiosa que hablaba mucho, que la interrogaba sobre su vida en París, que hacía acertadas combinaciones de telas para ser elegante á poca costa, y tenía una casa que se apartaba de la fría trivialidad de las que había visto en todas partes, muy correctas y monótonas.

Correcta, ¡oh!, no; la casa de los Pallière no lo era, pero tampoco monótona ni fastidiosa. Todo era allí original desde cierto punto de vista. Desde el vestíbulo, en donde Gerardo había colocado lámparas, pantallas, sombrillas de papel japonés y horribles divinidades africanas, talladas en trozos de madera de hierro, hasta el salón, donde tropezaban en extraña aglomeración sillones tan duros como masas de granito, mesitas pintadas, aves disecadas, ratones de felpa que trepaban por los cortinajes, monos de bronce que bajaban del techo, arañas artificiales, que tejían su tela en el ángulo de los espejos; un gran lujo de flores campestres; manojos de cardos en las paredes, algunas hierbas en todas partes en simples cacharros de barro encarnado pintados por Gerardo.

Porque Gerardo tenía la monomanía de la pintura. Las paredes desaparecían bajo sus ensayos de paisaje; fabricaba porción de cacharros, de pantallas, de jarros, de cachivaches con los que perseguía á sus amigos. Era uno de esos seres aterradores de los cuales se dice: «Sabe sacar partido, haría un puchero con una zapatilla.» La habitación estaba llena de pruebas de su habilidad, de esas chucherías de papel plegado ó de cartón pintado, rodeado de cintas, que parecen accesorios de cotillón baratos. En el piano colocado en un rincón, Gerardo, que solía ayudar á su mujer á recibir, tocaba valses ó cantaba con ella arias de opereta, canciones sumamente vivas, propias para escandalizar á la mayor parte de las señoras que los visitaban.

Cuando Mad. Le Clercq entró, la joven, acompañada por su marido, cantaba con agria vocecita y mucha intención una canción tan ligera que María Magdalena tenía deseos de marcharse. El doctor estaba entusiasmado.

– ¡Es magnífico! Tiene usted precisamente la voz que se requiere: acidulada. ¡Y un talento!.. Haría usted furor en un teatro de género... La canción es bonita.

Mad. Le Clercq se pellizcó los labios.

– Un poco... adelantada.

– Y aun pudiera decirse trasnochada, replicó Mad con una de esas salidas que hacían reir siempre á su marido. A esas canciones se las llama canciones sin reserva..., más bien se las debería llamar canciones sin camisa.

El doctor se encogió de hombros.

– No le hagan ustedes caso. Ya verán cómo necesitará algo de Verdi: el *Trovador* ó la *Traviata*.

Clara de la Pallière quiso acompañar á sus amigos á la sesión. Gerardo, que seguía siempre á su mujer, fué á buscar un cuaderno para hacer las caricaturas de los arqueólogos individuos de la sociedad. Invitada por Clara, María Magdalena la acompañó á su cuarto, donde iba á ponerse su sombrero, dejando á M. de Bois Saint-Marcel haciendo observar á madame Le Clercq el desbarajuste de aquella casa.

Al ver el cuarto de Clara, Mad pensó que no habría hecho entrar á nadie en semejante recinto. Cortinas sucias; una panoplia de pipas ahumadas puesta sobre un espejo salpicado de manchas como una piel de tigre; sillas viejas, tan viejas que era preciso sentarse en ellas con precaución para no caer; cajones entreabiertos en los que asomaban las cosas más heterogéneas; guantes viejos, pedazos de puntilla, cintas ajadas, cajas de fósforos, borlas para polvos y hasta una nariz de cartón que Gerardo se había puesto en el último carnaval. Y armarios entreabiertos, donde los montones de ropa blanca se derrumbaban sobre los sombreros y donde zapatos de raso usados fraternizaban con un abanico y un manojo de flores artificiales.

Mad. de la Pallière, muy á su gusto en medio de aquella confusión, charlaba, reía, cantaba, hacía ruido por cuatro mientras se vestía y sin reparar en el asombro de María Magdalena. Si el doctor hubiera visto aquel cuarto, la habría tenido por una mujer más bohemia todavía, con sus gustos de desorden y su indiferencia por el desaseo íntimo, con tal que lo que estaba á la vista, el salón, el vestíbulo y el comedor, tuviesen cierto aspecto aparatoso.

Llegaron al teatro donde se celebraba la sesión; en el escenario algunos caballeros de avanzada edad estaban sentados alrededor de M. Maignan, el cual, ante una mesa y un vaso de agua, repasaba por última vez su extensa Memoria sobre la lavandera de Enrique IV.

María Magdalena se alegró de ir acompañada de los la Pallière, que no la dejarían aburrirse, él haciendo las caricaturas de todos aquellos mandarines escudriñadores de papelotes antiguos, y ella, riendo, bromeando y burlándose de las personas que allí había.

Darlot entró también en el palco, y estrechando la mano del doctor y de Mad, les anunció que al día siguiente marcharía á Bretaña.

– Sí, deseo ver á Tregastel... Su amiga de usted dice que es tan bonito...

María Magdalena se sonrió.

Habíase abierto la sesión. M. Maignan, con voz gangosa y con cómico entusiasmo, leía un opúsculo de aterradora extensión; al principio reinó un silencio cortés; pero muy luego, ante el terrible vacío de la interminable memoria, empezaron las conversaciones, al principio en voz baja, luego en un murmullo continuo, con idas y venidas de puertas abiertas, de sillas golpeadas, de personas que se instalaban, de visitas hechas de un palco á otro; los colegas de M. Maignan dormitaban y apenas le escuchaban; no se despertaron hasta su frase final, después de tres cuartos de hora de lectura, y la ceremonia continuó, pues cada uno de aquellos señores tenía que leer algún erudito trabajo sobre ilustres desconocidos cuya existencia nadie había sospechado hasta entonces. Y cada uno de aquellos buenos términos no se despertaba hasta que tenía que leer su propia obra, para volver á dormirse después ó marcharse de allí calladamente.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

El Anuario de la Exportación para 1900. – La casa «A. Catasús en comandita,» de Barcelona, ha publicado esta obra, que es importantísima para el comercio. Forma un tomo de 2.280 páginas que contiene, entre otras cosas, las direcciones de las casas de comercio de las principales naciones de Europa y la América latina, estadísticas de importación y exportación, Aranceles de Aduanas de diferentes naciones de Europa, Africa y América; tarifas internacionales de transportes por ferrocarriles, tarifas de contribución industrial, de correos, telégrafos, paquetes postales y cédulas, pesas, medidas y monedas corrientes en todos los países, información consular, índices de profesiones é industrias, geográfico, etc. Véndese á 10 pesetas para los suscriptores y á 12'50 para los que no lo son, en la Sociedad de Publicidad Mercantil, Cortes, 219, 1.°, Barcelona.

Ensayo literario. – Colección de interesantes trabajos sobre el arte, la ciencia, la literatura, la beneficencia, la industria y la educación en la República Argentina, escritos por Dolores García, Mercedes Galarza, Jovita González Gallardo, Elcira Florito, Felina Romero é Indalecio Alvarez Hayes, alumnos de la Escuela Normal Mixta de Goya. Este folleto ha sido impreso en Goya en la imprenta Ina Mochi.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario catalán ilustrado que se publica en Barcelona; *Catalonia*, semanario nacionalista liberal catalán político, literario y de crítica artística que se publica en Barcelona; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal matritense; *Letras de Molde*, semanario literario que se publica en Madrid; *Porta-Cæli*, periódico semanal valenciano propagandista del sanatorio de su nombre; *La Fusta*, semanario satírico granadino; *Miscelánea*, semanario ilustrado matritense; *Rayos X*, revista quincenal ilustrada de Ciencias, Literatura y Bellas Artes que se publica en Sevilla.



La bayadera, cuadro de José Echena

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 19 de febrero de 1900 — Núm. 947

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA, cuadro de J. F. Marshall

[illegible]

ADVERTENCIA

Nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores sobre el Himno Nacional transvaalense, que en el presente número publicamos debidamente autorizados por la casa B. Schott's Sohne (Hijos de B. Schott), de Berlín, única propietaria del mismo. La propia casa ha publicado una transcripción para piano, hecha por Beyer.

SUMARIO

CRONICAS DE LA EXPOSICION DE PARIS

El Palacio Grande de Bellas Artes. – Detalles de la construcción. – Arquitectos y albañiles. Procedimientos rápidos. – Inadvertencias de los parisienses. – La sierra de diamantes. El puente móvil. – La grúa automática. – Materiales; su procedencia. - Disposición del Palacio. – Sus arquitectos.

Creemos haber dado, en nuestra precedente crónica, una idea bastante comprensible y fiel del Palacio Pequeño de Bellas Artes. Procediendo por el orden impuesto á nuestra tarea por la naturaleza y disposición de las cosas, examinaremos hoy el mayor



M. Delaunay-Belleville,
Director general de la Exposición de París de 1900

de esos dos palacios encantados, que parecen haber surgido del suelo al influjo de una varilla mágica, para dar albergue á las creaciones del Arte.

Se nos figura que era ayer cuando aún veíamos la mole obscura y venerable del Palacio de la Industria, en el sitio en que hoy se abre la sorprendente avenida de Nicolás II, con los dos nuevos palacios de Bellas Artes á derecha é izquierda de su entrada.

En circunstancias normales, la construcción de tan monumentales edificios hubiese durado siete ú ocho años, á lo menos. ¿Quién diría, al contemplarlos, que hace dos años, aún no surgían de sus cimientos?

Y el prodigio asombra más, si se tiene en cuenta que el suelo en que descansan no tiene firmeza más que en la capa superior; á cierta profundidad, es pantanoso y movedizo, á causa de las grandes filtraciones del Sena.

Precisamente en el sitio que ocupan los dos palacios y la entrada de la avenida que los separa, se extendían, antes de la creación de los jardines de los Campos Elíseos, las aguas cenagosas del Pantano de las Calabazas. Para dar á estos edificios una base sólida, ha sido necesario consolidar el terreno con millares de estacas.

Los que desconozcan este procedimiento, creerán tal vez que en el transcurso de algunos años, las estacas pueden pudrirse y derrumbarse los palacios. Este peligro no existe. Las estacas, que consisten en troncos de pino recién cortados, se endurecen, merced á su savia, en la humedad, al extremo de que casi se petrifican, constituyendo una base tan sólida como la mampostería.

En los Países Bajos, casi todas las poblaciones están construídas sobre estacadas, y hay ciudad, como Amsterdam, donde colosales palacios se mantienen firmes sobre esos apoyos de madera resinosa desde hace muchos siglos.

Sobre la estacada del Palacio Grande de Bellas Artes se extendió una espesa capa de mortero hidráulico, cuya superficie no baja de 21.000 metros cuadrados, y esta capa en que se apoya el edificio, lo preserva de la humedad.

Uno de los arquitectos á quien debemos estas interesantes explicaciones, nos dice que la parte del palacio que da á la avenida de Nicolás II cuenta nada menos que 18.000 metros cúbicos de sillería.

Son en extremo curiosos los detalles de la construcción.

Cuando el arquitecto ha concluído su plano, lo entrega al maestro albañil, precioso colaborador que, sin compartir la gloria del artista, asume la tremenda responsabilidad de la ejecución de su obra, y que en algunos casos, como en la rapidísima edificación de estos palacios, tiene que ser un hombre genial.

El maestro, una vez que se ha hecho cargo de los planos, resuelve la calidad necesaria de las diversas clases de piedra que hay que emplear y hace la montea, es decir, el plano particular en que está numerado cada uno de sus grandes sillares. Remítese el duplicado de la montea al cantero, que expide los bloques con una pulgada más de la medida marcada en todos sentidos. Este excedente de precaución se llama *la pulgada de cantera*. Los bloques vienen á París por ferrocarril ó por el río, y desde la estación ó el muelle son transportados al pie de la obra en esos pesados vehículos que tanto contrastan con los elegantes carruajes del torbellino parisiense. Llegados á su destino, hay que tallarlos á la medida exacta, operación que, para bloques que pesan de 6 á 7.000 kilogramos, exige un poco más de tiempo que el recortar un pedazo de queso de Gruyere. Luego hay que trasladar el sillar al pie del andamiaje, elevarlo á la altura de la pared en construcción y colocarlo en su sitio, para lo cual es preciso á veces hacerlo correr á gran distancia por medio de rodillos y á fuerza de brazos. Calcúlese, pues, el tiempo que media desde la llegada del bloque al pie de la obra y su colocación definitiva en el sitio correspondiente, y cuán considerables son los esfuerzos y el número de hombres que todas estas operaciones exigen. Pero ya hemos dicho que esta es la manera ordinaria de edificar. En la construcción del Gran Palacio de Bellas Artes, como en la del Palacio Pequeño, los procedimientos han tenido que ser más rápidos. Los sillares han venido de las canteras cortados exactamente á la medida indicada en los planos y numerados; de modo que, sin tocar al suelo, han sido trasladados del vagón ó del vapor al vehículo y del vehículo á su sitio por medio de maquinaria en que la fuerza humana es sustituída por la del vapor.

Casi toda la piedra empleada en estos edificios ha llegado por vía fluvial, sin que los parisienses, que se quedan pasmados cuando alguien les dice que su puerto es el de mayor tonelaje de Francia, se hayan fijado en el desembarco de tanto material de construcción. Las barcazas atracaban al desembarcadero expresamente construído al lado del puente de los Inválidos. Una grúa de gran potencia desembarcaba los sillares y los colocaba en un tren especial que los transportaba al pie del andamiaje, por un túnel abierto por debajo del Cours-la-Reine y que desembocaba en el recinto de las obras, cerrado por una alta empalizada. La sillería entraba, pues, como de matute, sin que se enteraran los parisienses, generalmente ligeros y aturdidos.

Los sillares de adorno venían con *la pulgada de exceso*, á fin de evitar que se estropearan en el transporte. Para las operaciones de corte y talla definitivas había al pie de la obra una *sierra de diamantes*, cuyo disco de acero de 2m,20 de diámetro por 2 centímetros de espesor, tenía 160 diamantes sólidamente incrustados en el metal. Estos diamantes son de los llamados *boorts* del Brasil, cuyo valor no escede de quince francos el quilate de dos decígramos, mientras que otros diamantes empleados también en la industria, como el amorfo negro, se paga á 175 francos el quilate.

Esta sierra funciona con una velocidad de 300 revoluciones por minuto y practica una sección de más de 7 metros cuadrados en un cuarto de hora en una piedra no muy dura; trabajo para el cual dos buenos canteros, provistos de una sierra ordinaria, necesitarían tres días por lo menos.

Para trasladar los sillares de un punto á otro, ha prestado gran servicio un puente móvil, montado sobre pies altísimos que rodaban por dos rieles tendidos en el terreno de las obras á doce metros de distancia uno de otro. El aparato, movido por fuerza eléctrica, tenía tres movimientos, el longitudinal del puente, el lateral de un vehículo y el vertical de una cadena armada de garfios que cogían el sillar y lo dejaban en el sitio correspondiente.

Una grúa provista en su parte superior de un brazo de diez metros que puede girar en todos sentidos en torno de su punto de apoyo, colocaba los sillares matemáticamente en su puesto.

Con semejantes procedimientos, se comprende que estos palacios se hayan construído con tanta rapidez.

La piedra empleada en ellos procede de diferentes canteras. Los cimientos y zócalos son de granito de Souppes y de Lorris. Las cornisas y demás adornos son de piedra de Herouville, friable en la superficie y resistente en masa. También han sido puestas á contribución las canteras de Villebois, Euville, Villiers-Adam y Echaillon.

Del demolido Palacio de la Industria se ha aprovechado todo el material utilizable: los adoquines y sillería pequeña para relleno, y los grandes sillares del zócalo, que eran de un excelente asperón de los Vosgos, para paredes maestras interiores, donde había que apoyar vigas destinadas á sostener grandes pesos. Es como si el alma del viejo palacio se hubiese infiltrado en los nuevos.

El solar disponible para el Palacio Grande, entre el Cours-la-Reine y las avenidas de Antin, Campos Elíseos y Nicolás II, no permitía dar al edificio una forma rectangular ó regularmente polígona como la del Palacio Pequeño. Consta el hermoso monumento de tres partes distintas, separadamente completas, pero de una absoluta unidad de conjunto. La mayor de estas partes es la anterior, que comprende la fachada principal, que da á la nueva avenida, con su gran pórtico.

La parte intermedia, con entrada lateral por la avenida de los Campos Elíseos, pone en comunicación el ala grande con la posterior del palacio, que da á la avenida de Antin, donde tiene una puerta secundaria.

Esta disposición obedece á las aplicaciones diversas que van á tener las tres alas del edificio, cada una con su entrada independiente. Podrán verificarse á la vez, por ejemplo, un concurso hípico en la sección anterior, grandes festivales en la intermedia y exposiciones de Bellas Artes en la posterior. En un solo edificio, París va á tener tres palacios para las grandes manifestaciones del arte, de la industria y en general de todas las actividades de la vida moderna.

Las dimensiones del edificio son muy considerables. La fachada principal tiene doscientos treinta metros; casi la misma longitud del antiguo Palacio de la Industria. El desarrollo de la fachada posterior es de ciento cincuenta metros, y la profundidad, de una fachada á otra, es de doscientos metros. De modo que las tres alas cubren una superficie de más de treinta y tres mil metros cuadrados.

Las obras de construcción y adorno se presupusieron en quince millones de francos. De modo que la unidad métrica no llega á costar quinientos francos, cuando la generalidad de las casas particulares del centro de París resultan á razón de unos mil francos por metro.

Las proporciones de este palacio exigían tal vez una altura algo mayor que la de treinta y siete metros que se le ha dado; pero se temió achicar, *humillar* al palacio de enfrente.

El edificio consta de sótanos, anchurosas galerías de cuatro metros y medio de altura, secas, ventiladas, claras, utilizables para muchas cosas; planta baja, cuyas vastas galerías, de siete metros de alto, darán asilo á la escultura durante las exposiciones anuales de Bellas Artes; y piso principal, de nueve metros de altura, cuyas galerías, destinadas á las exhibiciones de pinturas, reciben luz lateral y cenital.

Para terminar la historia del edificio, digamos algo acerca de sus autores.

En 1896 celebróse el concurso para la construcción de los palacios de los Campos Elíseos. Para el Grande, concedióse el primer premio á M. Louvet, el segundo á M. Deglane, el tercero á M. Thomas, el cuarto á M. Girault y el quinto á M. Trapey-Bailly. La administración nombró á M. Girault arquitecto en jefe y dividió la construcción del palacio en tres partes: la anterior, confiada á M. Deglane; la intermedia, á M. Louvet, y la posterior, á M. Thomas.



D. Antonio Gil y Zárate

El plano general adoptado es el que M. Louvet presentó al concurso y que ha sufrido después algunas modificaciones de detalle para la ejecución. Pero las fachadas en nada recuerdan los proyectos primitivos, tan radicales son las variaciones introducidas.

Una vez determinado el proyecto general, los tres arquitectos pusieron manos á la obra, sin que la división del trabajo haya ocasionado la más pequeña dificultad ni durante los estudios ni en el curso de la construcción.

M. Louvet, que aún no ha cumplido los cuarenta, es un parisiense muy simpático, antiguo pensionado en Roma, que ha obtenido muchos premios y ve coronada su reputación por uno de los monumentos más hermosos del Centenario.

M. Deglane, autor de la parte más importante del palacio, es un gran artista en toda la extensión de la palabra. Tiene apenas cuarenta y cinco años. Fué también pensionado en Roma. Ha sido inspector de las obras del Louvre y de las Tullerías y arquitecto de los edificios civiles y palacios nacionales.

M. Thomas, arquitecto del ala posterior del Palacio de Bellas Artes, es, á los cincuenta años de edad, un veterano de las Exposiciones Universales de París. Para nosotros, su mejor título es el haber sido el brazo derecho de M. Alphand, de aquel genio innovador que se consagró con infatigable celo al embellecimiento de París y de cuya muerte se resienten con progresivo escándalo el ornato y el aseo de la gran ciudad.

Juan B. Enseñat

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE

La fortuna, que no fué muy propicia al autor de *Carlos II el Hechizado* mientras anduvo por este pícaro mundo, no le ha favorecido tampoco después de muerto; pues mientras la fama ensalza sin cesar los nombres de los que como él contribuyeron á la regeneración literaria de España al comenzar el año 1824, deja al suyo, si no en completo olvido, concediéndole sólo una especie de mención honorífica, que equivale á la nota de *Bueno* ó de *Notable* que en los exámenes se concede á los estudiantes que saliendo del montón de los *Medianos*, no llegan á *Sobresalientes*.

Las comparaciones son siempre odiosas, dice un antiguo adagio, y no es oportuno ahora establecer comparaciones entre Gil y Zárate y el duque de Rivas, Hartzenbusch y Bretón de los Herreros y otros de los genios de aquella memorable y gloriosa época; pero no se puede negar que la labor literaria del autor insigne de *Guzmán el Bueno* merece ser apreciada como una de las más importantes del período de regeneración de las letras españolas, y hubiera llegado á tomar más altos vuelos si el poeta no hubiera tenido que luchar con la brutal é ignorante censura del P. Carrillo, que en nombre de la religión cometía los mayores atropellos en las obras que los ingenios, en cumplimiento de la ley, tenían que someterle antes de llevarlas al teatro.

De lo que era esta censura puede formarse idea por lo que el mismo Gil y Zárate dice en la biografía de su insigne compañero y amigo D. Manuel Bretón de los Herreros:

«La censura eclesiástica, dice, era en extremo dura, como entregada á los frailes, gente adversa á las comedias. Fama ha dejado en este punto el Padre Carrillo, que por muchos años fué el azote de los poetas dramáticos. Fraile de excesiva obesidad, de entendimiento boto, mugriento, sucio, todo empolvado de tabaco de rapé, cuya mayor delicia consistía en asistir á los reos en capilla y acompañarlos al cadalso, fácil es de conocer de qué modo ejercería este buen Padre su terrible ministerio. No sabemos por qué capricho ó escrúpulo borró al Sr. Bretón en una de sus comedias la palabra *pobre* en todas partes donde se encontraba. Ni la expresión *ángel mío* ni la de *yo te adoro* obtenían jamás cuartel, porque en su opinión sólo eran permitidas tratándose de las cosas celestes. En cierta ocasión quitó, con gran enojo, la frase *aborrezco la victoria*, por creer que se refería á su convento; en otra, viendo que para describir á un médico se decía

por dondequiera que pasa
le llaman la extremaunción,

rasgó esta expresión, á su entender, sacrílega. Presentósele una tragedia de *Clitemnestra* y se empeñó en que Orestes no debía matar á su madre. El poeta tuvo por conveniente guardarse la obra y perder su trabajo.»

Este mismo P. Carrillo fué el mismo que prohibió la representación de *Rodrigo, último rey de los godos*, tragedia de Gil y Zárate, fundando su prohibición en lo siguiente que escribió en el decreto: «Aunque es cierto que los reyes han sido con frecuencia aficionados á las muchachas, no conviene que se les presente tan enamorados en el teatro.»

Con un censor de esta clase, además del censor político, y con lo poco que producían en aquel tiempo las obras dramáticas, se necesitaba verdadero heroísmo para escribir para el teatro.

Gil y Zárate luchó denodadamente desde que se estrenó en el teatro del Príncipe el año 1825 su primera comedia titulada *El entrometido;* pero habiéndole prohibido la representación de el *Rodrigo*, de otra tragedia original titulada *Doña Blanca de Navarra* y de las traducciones que en verso endecasílabo había hecho de las tragedias francesas de *Artaxerce*, de Etienne Delrieu, y *Le czar Demetrius*, de León Halevy, tuvo que renunciar por entonces al teatro y dedicarse, mientras llegaban mejores días, á ganar su subsistencia dando lecciones de francés, idioma que poseía á la perfección por haberle aprendido de muchacho en Francia.

D. Antonio Gil y Zárate nació en el Real Sitio de San Ildefonso el 1.° de diciembre de 1793, siendo sus padres el aplaudido actor Bernardo Gil, que gozaba de mucha fama en Madrid y seguía á la corte en sus jornadas, y de doña Antonia Zárate, que murió muy joven, siendo sustituída en el hogar de don Bernardo por la célebre actriz doña Antera Baus, con la que contrajo segundas nupcias, y que fué para el huérfano Antonio una verdadera madre.

El actor Gil quería entrañablemente á su hijo, y para que obtuviera una educación esmerada, le envió á un colegio de Passy, arrabal entonces de París. Allí pasó nueve años, y cuando tenía diecisiete de edad regresó á su patria, habiendo olvidado casi por completo la lengua castellana, que tuvo que aprender de nuevo. Su padre, que quería que siguiese una carrera científica, le volvió á enviar á París, donde estuvo otros dos años, adquiriendo muchos conocimientos que le hubieran servido de mucho al regresar á su patria, si los tiempos hubieran sido bonancibles, pero que aquí no le valieron gran cosa, y hubiera perecido en la indigencia si Argüelles, que era amigo de su padre, no le hubiera tendido una mano generosa dándole un empleo de 9.500 reales al año en el ministerio de la Gobernación.

Cubiertas con el escaso sueldo las necesidades más perentorias de la vida de Gil y Zárate, que contaba veintisiete años de edad, se dedicó con verdadero entusiasmo al teatro, entablando con la censura política y eclesiástica aquella terrible lucha en la que sucumbió á manos del P. Carrillo, y ya había pasado su mocedad, cuando luciendo mejores tiempos, volvió á consagrarse á escribir obras dramáticas.

En las primeras á que dió vida su ingenio se vió la preponderancia del clasicismo francés, revelada en tragedias por el estilo de las de Racine; en su segunda época siguió denodadamente la secta de los románticos, poniéndose al lado del duque de Rivas, de Hartzenbusch y de García Gutiérrez.

A esta segunda época pertenecen sus obras más celebradas *Carlos II el Hechizado*, en cinco actos; *Rosmunda*, en cuatro; *Don Alvaro de Luna*, en cinco; *El Gran Capitán*, en cinco; *Guzmán el Bueno*, en cuatro; *Cecilia la cieguecita*, en tres; *La familia de Falkland*, en cinco; *Masanielo*, en cinco; *Matilde ó á un tiempo dama y esposa*, *Un monarca y su privado* y *Guillermo Tell*, todas en verso.

Todas estas obras se representaron en los teatros de Madrid, alcanzando la mayor parte extraordinario éxito, y sirviendo algunas, especialmente *Carlos II el Hechizado*, para manifestaciones políticas en sentido liberal, hasta el extremo de que el mismo autor, siendo subsecretario de Gobernación, le pidió á su jefe el ministro D. Cándido Nocedal que prohibiera las representaciones.

Además de las obras dramáticas, escribió Gil y Zárate otras en prosa, mereciendo especial mención sus trabajos académicos y sobre todo su notable *Manual de Literatura*.

Fué oficial, director y subsecretario en los ministerios de Comercio, Instrucción, Obras Públicas y Gobernación; le abrieron sus puertas las Reales Academias Española y de San Fernando, y llegó al término de su carrera administrativa ocupando un puesto en el Consejo Real.

Hombre de orden, de sólida instrucción, de carácter dulce y apacible, amigo del método en el trabajo y de costumbres tranquilas, estaba en este cargo como el pez en el agua, olvidado de sus antiguas luchas y de sus inspiraciones románticas, cuando el ministerio O'Donell transformó el Consejo Real en Consejo de Estado, dejando cesante al antiguo y laborioso funcionario por considerarle moderado.

Este fué un rudo golpe para el autor de *Carlos II el Hechizado*, y bien se ve la amargura de su alma en las siguientes líneas debidas á su pluma:

«Fuí eliminado del Consejo de Estado que sucedió al Real. Con este desengaño y demasiado altivo para hacer súplicas y gestiones que me habrían rebajado, pedí mi jubilación. Tranquilo en el seno de mi familia, con una conciencia serena y la satisfacción de haber servido bien á mi patria, no he querido volver á tomar parte ni en la política ni en la literatura.

»Mi carácter no se presta á la vida de inquietud y de intrigas á que se ve condenado todo el que busca por semejante camino su medro y engrandecimiento.

»Sesenta y seis años tengo al escribir estos renglones, que acaso me arranca un resto de vanidad humana. Bastante vivir ha sido para el mundo. Tiempo es ya de vivir sólo para Dios y de emplear en obtener su divina gracia los pocos días que me quedan.»

Estas líneas, encontradas entre sus papeles, fueron como un testamento.

Dos años después de haberlas trazado, el 27 de enero de 1861, exhalaba su último suspiro en el seno de su familia y recibiendo los auxilios y consuelos del cristiano.

Kasabal



Crónicas andaluzas. – Nopales ó *higueras del moro*

CRONICAS ANDALUZAS

HIGOS CHUMBOS

Así llaman comúnmente en Andalucía al fruto producido por la planta que los botánicos denominan nopal, y que es conocida también entre el vulgo por *higuera del moro* ó de Berbería, sin duda por lo muy extendida que se encuentra entre nuestros vecinos de allende el estrecho.

No importa á mi propósito estudiarla ó describirla científicamente, ni tratar de sus orígenes, ni encarecer las conveniencias de propagar su cultivo, dadas las aplicaciones que pudiera tener actualmente; por lo cual he de limitarme á decir algunas palabras acerca de la manera característica con que se expenden sus frutos en ciudades, pueblos y lugarejos andaluces, en los cuales hácese un excesivo consumo por grandes y pequeños, por ricos y pobres.

En los meses de junio y julio brotan las flores de los nopales, y recrean la vista con sus vivos colores amarillos y rojos, festoneando los caminos y los vallados de las huertas y haciendas, al par que sirven de inexpugnable defensa de las propiedades con sus grandes *pencas* ó *palas* erizadas de agudísimas espinas que les prestan su vivificadora savia.

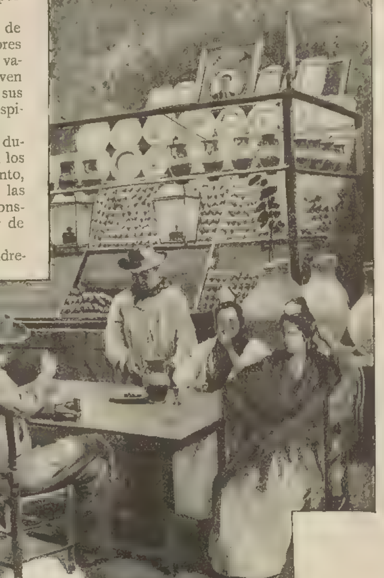
El denso polvo que se levanta de los caminos durante el caliginoso verano va depositándose en los gigantescos cactus y les da un color verde-ceniciento, que resalta en el fondo obscuro y brillante de las plantaciones de naranjos, á las cuales protegen constantemente de las acometidas de caminantes y de mozalbetes.

La zarzamora, los rosales de pasión y la madreselva crecen á su antojo y se enredan laberínticamente entre las pencas, columpiando sus ligerísimos tallos al más leve impulso de la brisa.

Tupidas telarañas, de geométricas formas, que semejan de plata cuando el sol las hiere, se extienden y cubren á veces enteramente los grandes nopales, en torno de los cuales zumban las laboriosas abejas que liban en sus flores y los tábanos de veloz vuelo ó incesantemente chirrean las obscuras cigarras.

Con frecuencia vese aparecer entre los espacios libres que dejan las plantas de higueras alguna muchacha de atezada piel, cuyo rostro se oculta en el negro batiente de las grandes alas de un sombrero de palma, vestida con una saya de percal rojo, descalza de pie y pierna, que al tiempo mismo que arranca los frutos de las pencas con una larga caña abierta por su extremo, entona una de esas melancólicas coplas de soleares ó seguidillas gitanas, características de esta tierra y cuyo triste ritmo bien puede tener reminiscencias de las cásidas de nuestros abuelos.

En agosto efectúase la recolección de los higos chumbos en Andalucía, los cuales manifiestan hallarse en sazón cuando la cáscara se torna exteriormente de color amarillento y rojo obscuro, ó bien verde claro, según sus dos clases más conocidas. A los primeros los llaman verdes, y malagueños á los segundos. Aquéllos son más recios que éstos, generalmente de menor volumen y conservan su color, sobre todo los que proceden de la costa de Levante. Mucho cuidado hay que tener al hacer uso de ellos, por causa de las numerosas é infinitas espinillas de que se halla sembrada la cáscara. Para evitar este inconveniente deben de ser barridos con una escoba pequeña y fuerte, y así ya pueden ser mondados de la cáscara, operación que se verifica por los vendedores con gran presteza y soltura. Danles un corte horizontal en su extremidad superior; otro en la inferior, y un tercero vertical, de uno á otro extremo, y sin soltar la navajilla de las manos, levantan la corteza, hincando los dos pulgares en el centro del último corte, y arrollando aquélla, va desprendiéndose la pulpa, que sólo queda sujeta en un punto, y así lo ofrecen al comprador.



Crónicas andaluzas. – Puesto de higos chumbos

Es extraordinario el consumo que á todas horas se hace de este fruto en la región andaluza.

A cada paso se encuentran por las calles y caminos caballerías conduciéndolo en enormes angarillas ó serones con destino á los mercados, donde acuden los vendedores al pormenor, esto es, los dueños de los *puestos*, como por aquí se dice.

En las plazas y hasta en los paseos, en los rincones de extraviadas callejas, alrededor de los mercados públicos, por todas partes, durante los meses de agosto y septiembre, topamos en nuestro camino con los puestos de higos, que no dejan de prestarse, en atención á su especial aspecto, á ser tratados por los lápices de hábiles dibujantes, como ha sabido tan perfectamente hacerlo el distinguido artista Sr. Azpiazu en sus ilustraciones á este articulejo.

El puesto de higos consta de un gran tablero colocado algo oblicuamente y el cual se halla dividido por unos listoncillos de madera que se van cruzando y que dejan por consiguiente varios espacios cuadrados iguales. En cada uno de ellos hállanse las dos clases de frutos, verdes y malagueños, en ordenadas filas, unos sobre otros, perfectamente dispuestos y semejando en su forma y colocación á la de mortíferos proyectiles.

En los extremos superiores del tablero, á un lado y á otro, sobresalen unos pescantes que sirven de sostén á un listón, del que vense pendientes seis ú ocho tallas ó alcarrazas de barro blanco de la Rambla, que por su cualidad de muy poroso conserva el agua fresquísima, de la cual hacen gran consumo los aficionados á higos. En los extremos del referido pescante se columpian sendos farolillos de hojalata, que alumbran el puesto, y en la parte alta del tablero lucen los platos destinados al servicio, cada cual de su tamaño y todos de formas variadas y de diversos colores.

Macetas de fragante albahaca, combinadas con otras de verde ramaje, rodean y engalanan el puesto, y es de notar que entre las citadas plantas resaltan numerosas flores contrahechas de papel de color de rosa, blancas y amarillas, formando el más risible de los contrastes.

Próximas al puesto hay unas cuantas mesitas de pino, relucientes de limpias, y alrededor sus asientos, también de variadas clases y tamaños, donde por las noches se establecen alegres corros de los muchachos y muchachas del barrio, y se come, se bebe y se canta hasta el amanecer, pues *el higuero* tiene abierto el puesto constantemente de día y de noche, y sólo á la hora de la siesta, cuando *no se ven ni los pájaros* por causa del asfixiante calor, es cuando aquél tiéndese



EN CARNAVAL.—¡DE PRIMERA!, dibujo de Narciso Méndez Bringa

sobre una estera ó manta á la sombra del miserable toldo que cobija el puesto.

La gente flamenca, las mamás con niñas casaderas, las busconas con sus cortejos y la gente maleante ú holgazana hacen su centro de tertulia en estos sitios durante el verano, y el higuero que llega á conocer los planes de los rufianes, los secretos de los enamorados, las cábalas de las mozuelas, las tretas de las Celestinas y las necesidades de cuantos allí acuden, da cuenta y razón de todo lo que sucede á su clientela; es el consejero de los unos, el gancho de los otros, el averiguador de las vidas de cada cual, y así, zurciendo voluntades y estimulando deseos y halagando á todos, consigue atraer numerosa parroquia que deja pingüe beneficio en su pobre bolsa, porque después del consumo de la fruta, viene el del vino, de que suele tener bien repleta la bodeguilla, y es frecuente el caso de comenzar por comer higos y concluir con verdaderas cenas animadas por el cante y el baile de las gentes alegres.

En Sevilla, en el antiguo paseo á que dicen Alameda de Hércules, que si en pasados siglos fué el sitio de cita de damas y de galanes, hoy lo es de toreros y gente flamenca, ó de *Losanas andaluzas;* bajo las gigantescas copas de las acacias, de los álamos y de los plátanos de Indias, envueltos en las sombras que proyectan durante la noche, establécense durante el verano los más acreditados vendedores de higos, y las tertulias y alegres corros que á ellos acuden para pasar toda la noche al fresco, huyendo del sofocante calor que se siente en las casas, préstanse á curiosas observaciones dignas de la festiva y punzante pluma de Fígaro.

Conocí una famosa vendedora de la Alameda, á la que sus parroquianos de rompe y rasga llamaban, estropeando la palabra, la *catredtica*, y con efecto que aquella señora bien merecía por sus profundos conocimientos en la gramática parda haber sido graduada, no por Osuna ni por Sigüenza, sino por la misma famosísima Compluto.

Nunca contestó de una manera categórica á pregunta que se le hiciese, por insignificante que fuera; como esta, por ejemplo:

– ¿Has visto pasar por aquí á Fulano ó Fulana?

– No sé, contestaba, me parece que no..., por más que... creo que fué ayer ó anteayer cuando lo vi. Pero... no me tomes ataero, porque yo, como voy ya *pa er jaramagá* (1), no sé lo que me digo.

Labor ímproba era la de querer averiguar vidas ajenas de la Rosario, así sin más ni más, sin acudir al único *argumento* para ella decisivo: á los reales sacados del bolsillo.

Cuando veía brillar una moneda de dos pesetas, su mutismo convertíase en locuacidad y su desconfianza en franqueza, contando entonces lo que sabía y lo que no sabía, cuidando siempre de decir, en la parte que inventaba de su narración, algo que halagase al interesado.

Pero si era un *jambrera* ó un *pampli* el curioso, ya podía estar seguro de que en vez de darle luz procuraría confundirlo más y más con sus ambiguas frases.

Del higuero puede decirse que vive como la ostra, encerrado en su puestecillo.

Cuando los árboles empiezan á perder sus hojas al soplo del viento frío y húmedo del otoño, cuando las noches refrescan demasiado y cuando caen las primeras lluvias, varía por completo el cuadro que en estos lugares se ofrecía. Los higos desaparecen del tablero juntamente con las blanquísimas alcarrazas. Las frescas y verdes macetas de albahaca se agostan, los faroles son guardados hasta el año siguiente y el aspecto alegre del puestecillo se torna en triste y solitario.

Ya no acude la gente alegre, ya en su derredor no se establecen reuniones ni se pasa el tiempo cantando y bailando... El invierno con su hálito de muerte borra tan animadas escenas.

El higuero, acurrucado junto á su puesto, vende castañas asadas, calentándose al fuego de su anafe, bellotas, nísperos, orozuz y figurillas de barro para los chicuelos, y la transformación es tan completa y radical, que hasta él mismo parece hombre diferente del que fué.

Tales son los contrastes de la vida.

J. Gestoso y Pérez

(Ilustraciones de Salvador Azpiazu)



GUERRA ANGLO-BOER. – Episodio de la toma de Newcastle (Natal) por los boers, los cuales, al entrar en aquella población, lo primero que hicieron fué destruir un almacén de víveres porque su dueño se llamaba Chamberlain, dibujo de F. de Haenen, de un croquis de H. Lea.

GUERRA ANGLO-BOER

La tercera tentativa del general Buller para abrirse paso hacia Ladysmith, de la que dimos algunas noticias en el número último, ha fracasado como las dos anteriores. Mientras las tropas que atravesaron el Tugela por el vado de Molen ocupaban las alturas de Brakfontein, otras fuerzas se apoderaban á la bayoneta de las colinas de Waal's Krantz, posición que tenían casi desguarnecida los boers porque no esperaban ser atacados por aquel lado ó tal vez porque sabían que el enemigo no podría sostenerse en ella, como así fué en efecto. Buller dió entonces orden de retirada á las fuerzas que al mando de Warren habían simulado un ataque por la parte del vado de Potgieter. Al día siguiente, es decir, el 6, los boers atacaron á los ingleses en Waal's Krantz, trabándose allí empeñados combates, y aunque no pudieron apoderarse de aquella posición, consiguieron contener el avance de sus contrarios. El día 7 la situación de los ingleses fué insostenible: dominada Waal's Krantz por los fuegos de la artillería que los boers habían emplazado en Doorn's Kloof y siendo imposible á los ingleses apagarlos, al fin hubieron éstos de retirarse, repasando el Tugela y volviendo á sus antiguas posiciones.

Ni aun en éstas consideróse ya seguro el general Buller, después de su último fracaso; así es que abandonando Spearmann's Farm, trasladó su cuartel general á Springfield's Bridge, á las inmediaciones del puente que cruza el pequeño Tugela en Springfield, es decir, en un punto situado seis ó siete millas más al Sur del que antes ocupaba.

Y no ha parado aquí el movimiento de retirada de los que pretendieron libertar Ladysmith: el general Buller, más bien que pensar en socorrer á aquella plaza, habrá de procurar proteger su flanco derecho seriamente amenazado. Efectivamente, el general Joubert, creyendo quizás que es ocasión de aprovecharse del estado de quebrantamiento en que ha de encontrarse la división Buller después de los últimos desastres, ha atravesado con 6.000 hombres el Tugela, llegando hasta las alturas de Bloy's Farm, situadas á cosa de una hora del campamento de Chieveley, posición desde la cual domina Colenso, el Tugela, Chieveley y el ferrocarril de Durbán. Este movimiento de avance, á consecuencia del cual pueden quedar cortadas las comunicaciones inglesas por aquel lado, ha producido gran pánico en Pietersmaritzburgo y en Durbán y ha obligado á Buller á retirarse precipitadamente á Estcourt. Por otra parte, los boers han ocupado en Zululandia N'qutu, han invadido Nyandhla y amenazan á Eshove, población muy próxima á la costa.

Con esto queda más que demostrado el fracaso de los ingleses por aquella parte, pudiendo considerarse ya como definitivamente abandonado el plan de libertar Ladysmith. Reducida esta plaza á sus propios recursos, que deben de ser muy escasos después de tantos meses de sitio, su rendición es inevitable: últimamente su guarnición intentó una salida, pero fué rechazada con grandes pérdidas.

Bien dice el refrán, que quien no se consuela es porque no quiere. Ahora los ingleses tratan de quitar importancia á la retirada del general Buller, y un diario londinense, el *Central News*, dice muy formalmente que esa retirada obedece simplemente á un cambio de táctica que han hecho necesario las últimas noticias adquiridas acerca de las posiciones ocupadas por los boers, y que pronto se reanudarán las operaciones. Mal se avienen estos optimismos con el movimiento de avance del general Joubert de que antes hablamos. El propio periódico, hablando de la última operación de Buller en el Tugela, dice que los oficiales del globo cautivo vieron que los boers habían reunido en una de sus posiciones, la de Doorn's Kloof, gran número de cañones de grueso calibre, algunos montados de modo que podían ser retirados fácilmente y todos perfectamente disimulados, teniendo dispuesta una emboscada que habría sido mortal para los ingleses, en vista de lo cual éstos se retiraron. Esta versión, de ser exacta, será ciertamente una prueba del inmenso servicio que aquellos oficiales prestaron á su ejército, pero demuestra al propio tiempo la habilidad de los boers para atraer á su adversario adonde mejor les conviene y la torpeza de quienes, á fuerza de escarmientos, debieran haber aprendido ya á conocer la táctica de sus enemigos.

No todos los periódicos, sin embargo, piensan de igual manera que el *Central News*. La *Westminster Gazette*, por ejemplo, decía hace pocos días lo siguiente: «Es imposible afirmar que el general Buller tenga probabilidades de éxito: en la partida empeñada, todos los triunfos los tienen los boers, cuyas tropas están formadas con excelentes tiradores y cuyas posiciones están perfectamente disimuladas. Sus comunicaciones y, por ende, sus movimientos, nos escapan por completo, y además combaten con el prestigio de sus anteriores victorias.»

Según despachos de Pretoria, en los últimos combates los boers sólo tuvieron cuatro muertos y ocho heridos. En cuanto á las pérdidas de los ingleses, nada se sabe á punto fijo, porque el *War Office* sigue aferrado al sistema de ocultarlas. De suponer es, sin embargo, dado el modo como se desarrolló la lucha, que debieron ser considerables.

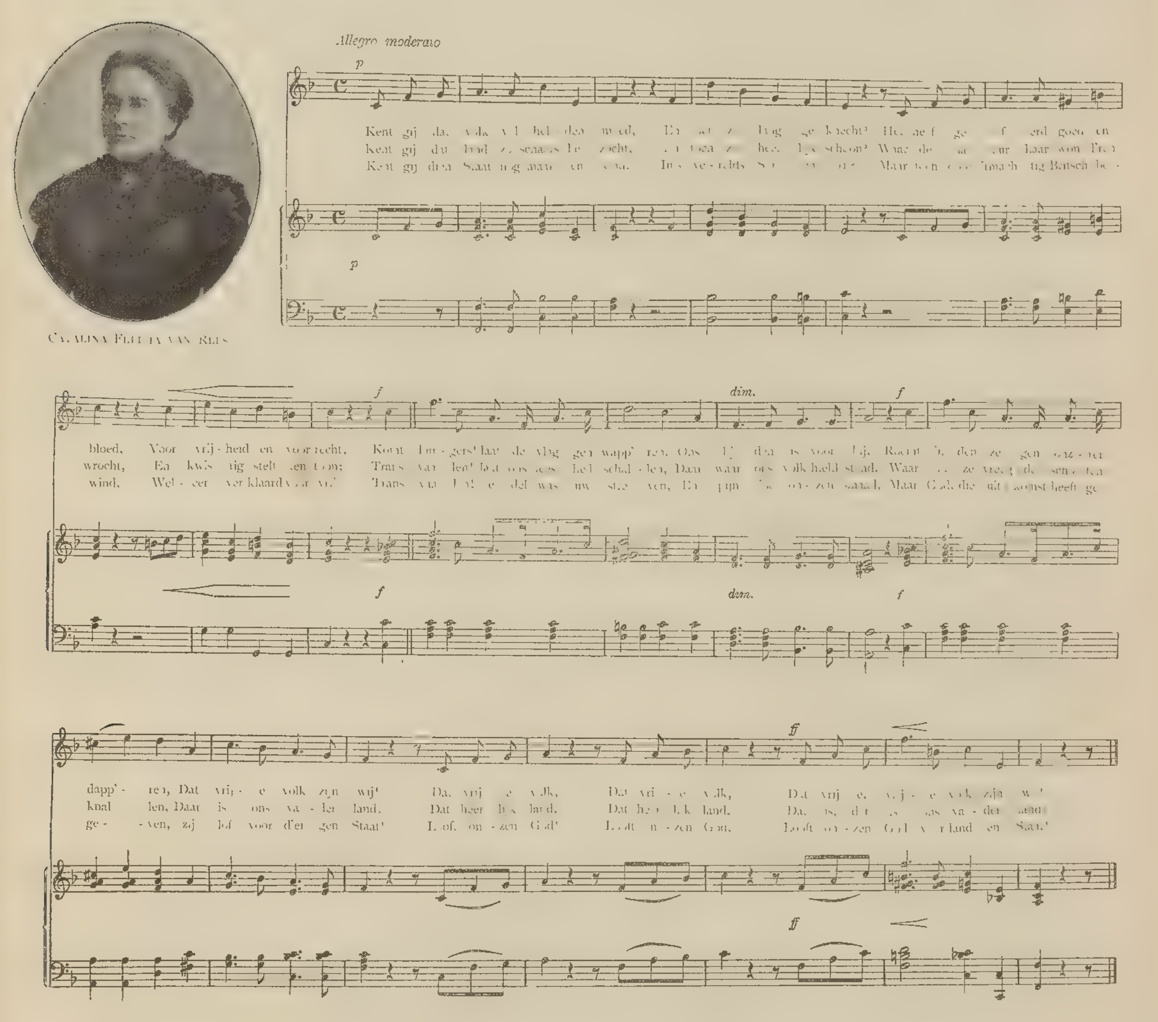
Y si mal andan los asuntos de los ingleses en el Natal, no van mejor los del Cabo. En Modder River las tropas del general Mac Donald tuvieron el día 7 con los boers un combate en Koodoes Berg; lord Methuen quiso reforzarlas enviando en su ayuda al general Babington con una fuerte columna de caballería; pero estos refuerzos llegaron tarde y en un estado de fatiga que les impedía entrar en acción, en vista de lo cual recibieron todas aquellas fuerzas orden de replegarse otra vez sobre Modder River, como así lo hicieron, no sin haber perdido 50 hombres. Por el lado de Rensburgo, los boers han rebasado el flanco Oeste de los ingleses, ocupando y fortificando Bastard's Farm, y la situación del general French dista mucho de ser tan buena como se había dicho, al afirmar que iba á tomar Colesberg y que había cortado las comunicaciones de los boers, pues ahora resulta que éstos ocupan fuertes posiciones delante

(1) En el cementerio y en el lugar destinado á enterramiento de los pobres, crecen á su sabor los jaramagos. La gente maleante le llama, por tal razón, como decía la *catedrática*, «el jaramagá.»

HIMNO NACIONAL TRANSVAALENSE

LETRA Y MÚSICA ORIGINALES DE CATALINA FELICIA DE REES

ÚNICA EDICIÓN AUTORIZADA POR LA AUTORA



Catalina Felicia van Rees

LETRA DEL HIMNO NACIONAL TRANSVAALENSE

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

¿Conoces al pueblo lleno de heroísmo y como un siervo despreciado? Ha sacrificado sus bienes y su sangre por la libertad y por el derecho. Venid, hermanos; dejad que al aire ondeen las banderas; que ninguna desgracia nos aflija. Ensalzad á nuestros héroes que gloriosamente vencen. ¡Somos un pueblo libre!

¿Conoces al país regado con sangre y á pesar de esto tan soberbiamente bello? La naturaleza derrama sobre sus valles y sus colinas sus maravillas. ¡Transvaalenses, entonad el canto de la fiesta! Allí donde os defendisteis valientemente, allí donde resuenan vuestras salvas, ¡allí está la patria!

¿Conoces al Estado pequeño como un niño y sin embargo esforzado como un hombre? El que un día fué declarado por los ingleses libre en medio del mundo de Estados. ¡Transvaalenses, llenos de noble valor! La semilla de la fidelidad fructifica; llegó la salvación que ha de realzaros. ¡Dad gracias á Dios en nombre del Estado y de la patria!

CATALINA FELICIA VAN REES, autora de la letra y de la música del anterior himno, nació en 1831 en Zutphen (Holanda) y desde la edad de cinco años demostró grandes disposiciones para la música. De las varias composiciones que escribió durante su juventud, sólo unas pocas se han impreso, y de las operetas que escribió y compuso para una sociedad coral de que forma parte, sólo se ha editado la titulada *Op Fostschool* (En el pensionado), que se representó en varios teatros caseros y escuelas de niñas. Ha publicado además varias novelas y cuentos que le han conquistado gran renombre como escritora.

En su juventud conoció Catalina van Rees á Francisco Tomás Burgers, que entonces estudiaba teología en Utrecht y que tomó parte en una representación íntima de una de sus operetas. En 1875, Burgers, presidente entonces de la República del Transvaal, fué á Holanda por asuntos de interés para su patria, y habiendo ido á visitar á su antigua amiga, que residía en Bonn, le pidió que le escribiera un canto para su pueblo, canto que otros compositores le habían ofrecido y que él no había querido aceptar. En cuatro horas escribió Catalina la letra y la música á entera satisfacción del presidente, quien en seguida hizo imprimir el himno. En agosto de 1876 fué éste aceptado en Pretoria como himno nacional, habiendo el Volksraad transvaalense comunicado este acuerdo á la autora en una comunicación en extremo laudatoria.

Desde entonces los boers del Transvaal cantan con entusiasmo, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra, este himno que después de la actual sangrienta lucha quedará aún más íntimamente enlazado con la gloriosa historia de aquel pueblo de héroes.

El himno transvaalense, cuya reproducción autorizada publicamos en esta página, ha sido editado por la casa Hijos de B. Schott, de Maguncia, propietaria del mismo, la cual ha puesto además á la venta una transcripción para piano solo, hecha por Beyer.



EL CARNAVAL EN MAD



RID, CUADRO DE JOSÉ LLOVERA

de aquella plaza y conservan sus comunicaciones en una extensión de 30 millas.

La situación de Kimberley es también insostenible: las fuerzas federales que sitian la ciudad son cada vez más numerosas y han comenzado á avanzar sus trincheras hacia el Oeste.

¿Influirán todos estos nuevos fracasos en el ánimo de los ingleses para precipitar la paz? No es probable: la opinión sensata en Inglaterra cree que no debe abandonarse la guerra después de las derrotas sufridas, porque esto significaría su completo desprestigio ante Europa. En la lucha actual, en que se trata de una cuestión de vida ó muerte para el pueblo inglés, es decir, de su existencia como gran nación, añaden los que así opinan, no hay que pensar en la paz por ahora, ni aun después de una gran derrota, y en cuanto á la intervención de las potencias, ésta haría cambiar los planes de Inglaterra, pero no le impondría la paz sino después de un desastre irreparable.

El doctor Leyds, por su parte, ha dicho recientemente que la guerra durará aún mucho tiempo, pero que la victoria definitiva será para los boers, á quienes no faltarán armas ni municiones, pues aunque se agotasen las municiones de Mauser quedaríanles aún los fusiles Martin Henry, para los cuales las tienen casi inagotables.

El generalísimo inglés lord Roberts ha llegado á Modder River, en donde ha sido aclamado con entusiasmo por las tropas: su plan consiste, al parecer, en reunir un ejército de 35.000 hombres para con él invadir el Estado de Orange. Pero ya dijimos en el número último que también por aquella parte se aperciben los boers á la defensa.

El gobierno inglés renuncia á establecer el servicio obligatorio y se limita á aumentar el ejército regular hasta 100.000 hombres y á perfeccionar la organización de las tropas auxiliares, haciendo de ellas una verdadera reserva del ejército regular. De los datos oficiales resulta que el número de soldados reclutados hasta 31 de marzo próximo ascenderá á 120.000 hombres: el efectivo del ejército inglés fijado en 184.000 hombres es actualmente de 339.000.

¡Y pensar que todas estas fuerzas son para combatir á un Estado cuya población total no llega, según el último censo, á 700.000 habitantes!

Sólo se comprende la resistencia de los boers por tratarse de un pueblo del cual pueden citarse hechos como los dos siguientes:

Durante los combates, las mujeres y los niños boers llevan municiones á sus maridos y á sus padres, atravesando el terreno descubierto y siendo muchos de ellos víctimas de las balas inglesas.

Las mujeres transvaalenses en masa han pedido al gobierno que las deje combatir al lado de sus maridos; el presidente Kruger se ha visto muy apurado para hacerles desistir de su intento, y al fin él y el general Joubert han tenido que prometerles que les dejarían tomar las armas si los ingleses ponían su planta en los territorios de las dos repúblicas.

Un pueblo que ofrece estos ejemplos de patriotismo merece las simpatías de todo el mundo. ¿Pero no merecería también que las potencias signatarias del tratado de El Haya llevaran á la práctica las hermosas teorías que allí se defendieron y pusieran término á una lucha que constituirá para las grandes naciones una de las mayores vergüenzas del siglo XIX?

Por considerarlas de verdadero interés, terminaremos esta crónica con algunas declaraciones hechas antes de su partida por lord Kitchener á un corresponsal del *Morning Post:*

«Me preguntan – dijo el general – lo que sucederá cuando llegue al Cabo. En primer término, será preciso concentrar lo antes posible nuestras fuerzas esparcidas y sacar á Methuen del mal paso en que está metido. La marcha sobre Kimberley era una operación brillante, que le hubiera valido el elogio de todos si llega á conseguirlo; pero un general que fracasa carece de razón ante los ojos del mundo.

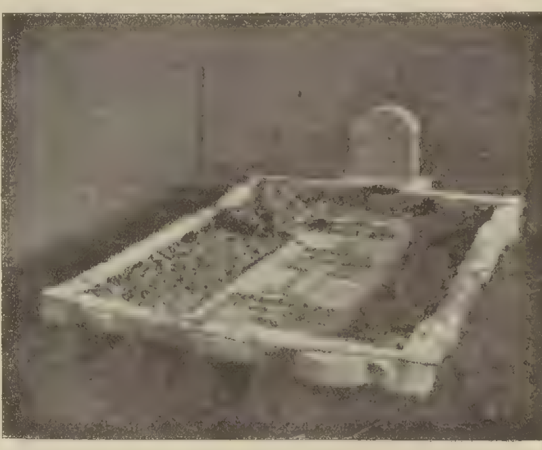
»Casi todos nuestros generales son oficiales experimentados y capaces. No son ellos los culpables de nuestras derrotas, sino los escritores de la prensa *jingoe*.

»Tales gentes, dirigidas por ciertos ministros, habían descrito la guerra en el Transvaal como un paseo militar; han criticado acerbamente al bravo general sir Williams Butler cuando, exponiendo la gravedad de la situación, les aconsejaba moderación. Sus gritos de locura sembraron la confusión entre nuestros generales y lanzaron á la muerte á nuestros heroicos oficiales y soldados, obligados á ganar victorias para provecho de un montón de especuladores de Bolsa.

»Nuestras tropas han sido enviadas al Africa sin ninguna preparación y sin servicios de Intendencia organizados. Se supuso que iban á combatir con salvajes, cuando, por el contrario, era un terrible adversario con quien tenían que contender, de organización militar poderosa y dirigido por un jefe prusiano.

»No prestaré ninguna atención á los gritos de la prensa de Londres; aprenderán á tener paciencia, porque, en mi concepto, las dos repúblicas del Sur de Africa no podrán ser sometidas antes de un año. Tal es mi opinión respecto á la empresa que me espera; no creo pueda hacerlo en menos tiempo.

»Es posible que razones políticas nos impongan dar algunos golpes rápidos, con el fin de tener una base sólida sobre la que negociar; pero en este punto no cabe formar juicios anticipados; no soy político, sino solamente un soldado, y debo, como tal, cumplir las órdenes que se me den.» – A.



GUERRA ANGLO-BOER. TUMBA EN DONDE ESTÁN ENTERRADOS LOS SOLDADOS INGLESES QUE MURIERON EN EL ATAQUE DIRIGIDO EL 15 DE NOVIEMBRE POR LOS BOERS CONTRA UN TREN BLINDADO EN LAS INMEDIACIONES DE FRERE (de fotografía del mayor Sir A. Weldon)

NUESTROS GRABADOS

El sueño de la inocencia, cuadro de J. F. Marshall. – Mientras sus padres se ocupan en los trabajos de la siega, duerme la niña tranquilamente junto á un montón de gavillas y cerca de la cesta de provisiones: el fiel perrillo vela á su lado, y en su actitud y en su cara de pocos amigos deja comprender que habrá de habérselas con él quien pretenda turbar el sueño de su ama. Forman la durmiente y su guardián un grupo lleno de encanto; en las facciones de la niña refléjase ese bienestar, esa calma, esa placidez que constituyen la característica de lo que con tanta razón se ha llamado el sueño de la inocencia, no turbado por un mal pensamiento ni por ninguna de esas preocupaciones que tan frecuentemente agitan el sueño del hombre. El cuadro del celebrado pintor inglés Marshall encierra, aparte de sus bellezas técnicas, una idea eminentemente filosófica, pues formando contraste con el dulce descanso de la chiquilla hay en el fondo dos figuras, las de sus padres sin duda, entregados á las duras faenas agrícolas, como si con ello hubiese querido dar á comprender el pintor que llegará un día en que la niña se convertirá en mujer y habrá entonces de someterse á la ley divina que obliga á ganar el pan con el sudor del rostro.

En Carnaval. – ¡De primera!, dibujo de Narciso Méndez Bringa. – ¡Y tan de primera!, exclamarán á buen seguro, haciendo coro á los dos gomosos del dibujo, cuantos contemplen á la linda mascarita tan graciosamente trazada por Méndez Bringa. El reputado artista madrileño ha demostrado una vez más en esta composición su delicado gusto, ese instinto de lo bello, esa atracción á lo elegante que han sido siempre su característica. En efecto, todas sus obras tienen un sello de distinción, un *chic* especial que hacen innecesario buscar la firma para averiguar quién sea el autor de tantos primores; y aun en aquellas composiciones en donde entran elementos de la clase más ínfima del pueblo, que también á ellas dedícase de cuando en cuando este dibujante, adviértese algo que embellece y poetiza los asuntos menos finos, por decirlo así, y sus escenas populares, sus tipos de los barrios bajos aparecen como cubiertos por un [illegible] que disimula sus ordinarieces y sus realidades. En el dibujo que reproducimos no ha tenido necesidad de acudir á tales disimulos, porque el espectáculo del baile de máscaras en lujoso coliseo y los personajes que en la composición figuran son elementos que se armonizan admirablemente con las aficiones y el estilo de Méndez Bringa. [illegible]

extrañar que su obra resulte tan acabada y que produzca una impresión tan agradable.

El Carnaval en Madrid, cuadro de José Llovera. – ¡Cómo han cambiado en poco tiempo las costumbres! Hace apenas algunos años las fiestas del Carnaval resultaban animadísimas en Barcelona y en Madrid; por nuestras Ramblas y por los paseos del Prado y Recoletos en la corte circulaban en apretada é interminable fila cientos de carruajes, ocupados muchos de ellos por elegantes máscaras, y entre la gente de á pie pululaban los disfrazados que aprovechando la casi impunidad de la careta se divertían de lo lindo embromando á cuantos se ponían al alcance de su voz chillona. Era entonces el Carnaval una nota de color y de alegría que daba á los tres días de Carnestolendas un aspecto completamente distinto del que ofrecían los demás del año. El hermoso cuadro de Llovera da perfecta idea de lo que ha sido el Carnaval madrileño. Nada diremos de las bellezas de esa obra del malogrado é ilustre pintor reusense; tantas veces nos hemos ocupado con el merecido elogio de sus producciones, que cuanto hoy dijéramos habría de ser forzosamente repetición de las alabanzas en otras ocasiones consignadas. Unicamente haremos observar, como prueba de lo que el pintor valía, que no sólo su escuela ha tenido imitadores, sino que hasta algunos de sus lienzos han sido poco menos que copiados; pero sus imitadores y copistas han sido poco afortunados, porque les ha faltado lo que á Llovera sobraba: inspiración propia para concebir, talento para componer y gracia especial para ejecutar.

Hoy el Carnaval puede decirse que casi ha desaparecido: las gentes pasean en coche, á caballo ó á pie, como en cualquier otro día de fiesta, y á pesar de los esfuerzos de algunas entidades y aun del Ayuntamiento, como en Madrid sucede, apenas se ven entre la multitud algunas máscaras que más que en honor de Momo se disfrazan en honor de Cupido y otras que aun contra el suyo propio visten trajes groseros ó inconvenientes. ¿Se deberá este cambio á que no hay humor para alegrarse ni siquiera durante los tres días carnavalescos? ¿Será porque, como dijo Larra, todo el año es Carnaval?

Durante el descanso, cuadro de Manuel Cusí (Exposición Robira, calle de Escudillers). – Hemos tenido ocasión de celebrar repetidas veces las bellas cabecitas de mujer y las graciosas y encantadoras figuras que ha producido, pintadas con singular donaire, elegantes trazos y simpática tonalidad. Cusí es devoto ferviente de lo bello, y así en la línea como en el color persigue siempre el resultado que más se aproxima al ideal que constituye su credo artístico. De ahí la morbidez de las carnes, los efectos luminosos y la calidad de los tejidos y los pormenores. Muestra de ello la bella mascarita que reproducimos, causa de embeleso por la habilidad que en su autor revela, ya que con extraordinaria facilidad logra hoy dar al raso inimitables matices y transportar al lienzo tonalidades que cautivan.

Necrología. – Han fallecido:

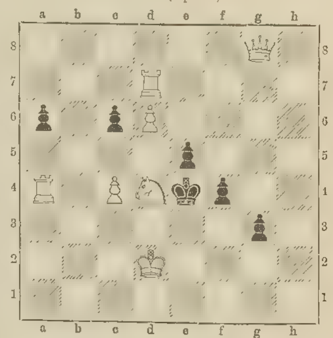
José Dupont, notable músico belga, profesor de Armonía en el Conservatorio de Bruselas, director de conciertos á quien debe Wagner su popularidad en Bélgica.

Eugenio Bertrand, director del teatro de la Gran Ópera de París.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 183, POR DR. S. GOLD

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 182, POR W. A. SHINKMAN

Blancas.	Negras.
1. D c 5 – d 5	1. f 7 – f 6
2. T e 3 – h 3	2. Cualquiera.
3. D ó T mate.	

VARIANTE

1. .. D ó C juega; 2. D [illegible]

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En cuanto al presidente, después de su lectura sobre Enrique IV, se había arrellanado en su sillón, dominado por un profundo abatimiento; desaparecía bajo el tapete verde de la mesa, y se le habría podido creer escamoteado por algún artificioso prestidigitador si las suelas de sus botinas no hubisen aparecido entre los flecos del tapete y si de vez en cuando una voz nasal y adormecida no hubiera murmurado:

– Tiene la palabra nuestro digno colega M. X...

Poco á poco se iba vaciando el teatro. Darlot fué de los primeros en salir; no era hombre capaz de resistir mucho tiempo el aburrimiento; Gerardo de la Pallière, después de trazar algunos croquis humorísticos, fué al casino á enseñarlos, y su mujer mostró tal deseo de marcharse, que el doctor se brindó á acompañarla.

María Magdalena quiso irse con ellos; pero madame Le Clercq le dijo con tono dulce é imperioso:

– Quédate, querida. Por consideración á M. Maignan es preciso permanecer aquí hasta el fin.

– Pero si M. Maignan está durmiendo.

– Nada de eso, replicó vivamente M. de Bois Saint-Marcel, que prefería acompañar él solo á madame de la Pallière; parece que duerme, pero es un sueño de presidente de tribunal, que no le impide ver ni oir.

– Además, añadió la suegra, vendrás en seguida conmigo, mientras llega la hora de comer, á visitar nuestro orfanato. Deseo que te encargues de dirigir el obrador, es decir, la parte material de las labores de aguja.

– ¿Yo?.., preguntó María Magdalena asustada.

– Sí, es cosa fácil. Al pronto te fastidiará un poco, pero no tardarás en acostumbrarte. Es cuestión de cortar vestidos, camisas, prendas de criatura que distribuímos á las asociadas; también tendrás que comprobar el número de objetos salidos ó entrados. Esto te interesará; yo te ayudaré. Además, es preciso. En la última reunión general he anunciado que aceptarías esas funciones. Todas las señoras del comité te han nombrado con gusto. Es un honor.

María Mad, exasperada, replicó:

– Pues siento que no me haya usted consultado antes.

– ¿Por qué? ¿Te negarías á ello? Pues me darías un disgusto.

– No me considero capaz de desempeñar semejante cargo.

– Te proporcionaremos los medios de salir airosa.

– Dispongo de poco tiempo.

– No tienes nada que hacer. Será un trabajo de algunas horas por semana, que no alterará en nada tus costumbres. Podrás continuar tu vida de sociedad; eso constituirá solamente una nota algo más seria en tu existencia. Vamos, hija mía, no tomes ese aire tan desesperado. Piensa en que tu nombre y tu situación te imponen ciertas obligaciones. Hace más de un siglo, los Le Clercq han sido los bienhechores de la población pobre de Montpazier; cuando morimos, legamos rentas al hospital, hemos fundado un hospicio y este orfanato; mi suegra, que era también mi tía, como sabes, fué patrocinadora y presidenta de casi todas las asociaciones benéficas de la ciudad; yo la he sucedido; es preciso que te prepares á reemplazarme á tu vez.

María Mad la escuchaba abatida. En el escenario, un señor calvo y sin barba explicaba la monografía detallada de un castillejo ruinoso de cuyos primeros propietarios no se tenía noticia, y acerca de este asunto hacía mil conjeturas ingeniosas.

– Tenemos nuestras tradiciones. Tú, que tan orgullosa estás de tu familia, debes comprenderlo, añadió Mad. Le Clercq con tono afectuoso. Eres buena y por consiguiente tendrás una satisfacción en ser útil á los pobres: ¡la caridad es una cosa tan bella!

– Cuando la hace una por sí misma, sin verse obligada, replicó amargamente la joven.

Mad. Le Clercq pareció no oir esta respuesta. Cogió sus lentes y prestó toda su atención al orador. Y hasta que terminó la sesión, María Magdalena, con el corazón henchido de cólera, ni oyó ni vió nada. Una sola idea ocupaba su imaginación ¿Hasta dónde llegaría esta tiranía? Y aquello no era más que un principio. Después de haberle quitado su intimidad con su marido, su libertad de esposa que quiere estar en su casa, el derecho de recibir á sus amigas á su gusto, se la iba á enredar en los lazos de mil ocupaciones caritativas, misión ordinaria de personas ancianas que no tienen ya otro interés en su existencia. Se le impondría el trato con una serie de señoras de edad excelentes y fastidiosas, únicamente preocupadas con sus pobres, con su confesor, con su ama de llaves ó sus gatos; tendría por distracción asistir á reuniones generales, discutir en ellas la cantidad de franela ó de paño que se debería comprar para el invierno; á sus veinte años pasaría días enteros cortando, cosiendo, distribuyendo telas bastas entre gentes desaseadas y miserables.



En el escenario, un señor calvo y sin barba explicaba la monografía detallada de un castillejo ru...

Se sobresaltó, y la vida se le presentó muy sombría, sin la menor perspectiva de mejores días. ¿Acaso Roberto dejaría hacer á su madre lo que se proponía?.. Probablemente. Desde que habían vuelto de su escapatoria, parecía haber caído también enteramente bajo su dominio. Trabajaba mucho y reía poco. Ella notaba en él cierta reserva, cierta reticencia; era un alma que se cerraba.

María Mad tuvo una crisis de desesperación que logró disimular bajo una aparente indiferencia, de suerte que Mad. Le Clercq pensó que había aceptado muy bien las cosas, que se había resignado fácilmente y que era menester recompensarla por su sumisión ofreciéndole una bonita jaca que deseaba hacía tiempo. Así se da á los niños un terrón de azúcar para hacerles tragar la droga amarga.

Terminó la sesión, y María Magdalena se dejó conducir al orfanato como una máquina; allí encontró á las amigas de su suegra; se la felicitó por las funciones que iba á desempeñar; tuvo el honor de inspeccionar las clases de costura; se la presentó á la hermana directora; se le entregó un manojo de llaves correspondientes á grandes armarios que contenían las telas por coser; se la introdujo en un gabinete que estaba destinado para ella, donde tendría el derecho de sentarse delante de una gran mesa, de recibir á las personas que acudieran á pedirle socorros y de distribuir el trabajo á las niñas del orfanato. Era una pieza glacial, como lo son todos los locutorios de convento; pavimento resbaladizo, sillas de paja colocadas á lo largo de las paredes blanqueadas con cal, en la chimenea una imagen de la Virgen de yeso entre dos ramos de siemprevivas, cortinas de algodón blanco que pendían en pliegues tiesos delante de altas ventanas.

Lo vió todo con aire indiferente, respondió con cortesía maquinal y su sonrisa habitual á todo lo que se le decía, teniendo únicamente un vivo deseo: volverse á su casa, estar sola, poder pensar á sus anchas.

¡Escribir á Lucy! ¡Sí, escribir á Lucy! Se le había ocurrido aquella idea como un destello de esperanza. Y sin embargo, ¿qué podía hacer miss Hartley? Nada en realidad. Sin que María Magdalena lo supiera, había hecho la única tentativa posible hablando á Roberto; pero si era impotente para modificar el estado de cosas, al menos podía dar un buen consejo, algunas palabras afectuosas y que la animaran. De esto era de lo que tenía necesidad María Magdalena; de esto sobre todo, pues no tenía á nadie á quien confiar sus cuitas y su disgusto; ni Roberto, desconfiado sin que ella supiera por qué, ni el doctor, demasiado egoísta para intervenir.

Mad. Le Clercq y su nuera volvieron en coche sin que María Magdalena pronunciara una palabra; miraba vagamente la librea azul obscuro del cochero, los caballos de trote cadencioso que enderezaban la cabeza y levantaban las rodillas.

Las primeras veces que había subido á aquel carruaje de un gusto correcto, sintió, no una de esas satisfacciones de amor propio ó de vanidad (porque desconocía esta clase de pequeñez), sino esa plenitud de contento que sienten las naturalezas delicadas cuando gozan del lujo y de lo bello. Hoy todo esto le era enteramente indiferente; lo mismo que el hotel lujoso, el jardín inmenso, cuidado, entretenido como un parque regio, rodeado de altas verjas, con sus verdores sombríos entre los que brillaban las vidrieras de las estufas, colocadas en el fondo, como la de las camelias, la de los helechos y la de las ananas.

Dirigió á todo ello la misma mirada hastiada, y mientras su suegra, al apearse del carruaje y seguida del jardinero en jefe, iba á examinar una nueva colección de flores recién llegadas, durante su ausencia, ella, con paso indolente, desalentado – tan diferente de su modo de andar ágil y listo de otro tiem-

po – atravesó el vestíbulo guarnecido de tapices flamencos, subió la ancha escalera de baranda forjada, y sin conceder una mirada á la fila de habitaciones lujosas por que pasaba, llegó á su cuarto, situado en el primer piso.

Estuvo un momento titubeando á la puerta del despacho de Roberto. Sintió un deseo vehemente de acudir á él, de buscar una protección, ó por lo menos un poco de alivio á sus sinsabores; pero la visión de aquella figura, ahora seria y grave, que iba á surgir tras montañas de libros y de legajos, con aspecto sorprendido é interrogador, la cohibió.

Su marido no se hallaba ya en un estado de ánimo que le permitiera comprender lo que ella sentía. ¡Sería preciso descender á tantos y tan menudos detalles difíciles de apreciar! Porque la verdad era que no tenía hechos que presentar. Aquella persecución incesante, aquella invasión gradual é inexorable, se componía de matices apenas perceptibles. Era una presión ejercida en todas sus voluntades, en su libertad de acción, hasta en sus más mínimos actos... Pero una protesta contra aquella abrumadora tiranía, hecha en forma de requisitoria, se reduciría á agravios que no parecerían de importancia; en cambio, se le podría echar en cara una multitud de favores recibidos. Todo aquel odioso lujo tan caramente pagado y mil regalos, mil atenciones amables y graciosas..., hasta sacrificios, pues por complacerla, Mad. Le Clercq se había separado de Mad. Charmón.

Convencida de la inutilidad de una tentativa, María Magdalena se alejó de la puerta y penetró en su cuarto. Se quitó el sombrero, y se dejó caer abatida en un sillón. ¡Oh! Ya estaba lejos el tiempo en que le bastaba, para calmar sus nervios, dar una vuelta de vals. Cerró los ojos para procurar dormir y librarse así de desconsoladores pensamientos.

Había querido escribir á Lucy; pero ahora, ya no. Sentía una especie de pudor doloroso á la idea de revelar, por más que fuese á una amiga, sus penas íntimas. Sería preciso contar tantos detalles, confesar su creciente impotencia en el ánimo de su marido, recriminar, lamentarse. No, María Mad era orgullosa; la actitud de una mujer que censura á su marido le desagradaba en extremo. Sabía que contando sus disgustos, aumentaba su agudeza.

Después de un largo rato, pasado en una semi-soñolencia abrumadora, oyó la campana que llamaba á comer. Hizo un último esfuerzo, fué á mirarse á un espejo por un postrer vestigio de juvenil coquetería, y bajó, puesto que, sin discusión posible, ahora comían siempre en las habitaciones de Mad. Le Clercq.

En el salón estaban conversando Darlot, Roberto y la anciana señora. M. de Bois Saint-Marcel comentaba con risas y burlas la sesión enojosa de aquel día, y habló de Mad. de la Pallière con la cual había pasado algunas horas muy á gusto.

Darlot, convidado á comer, se acercó á saludar á María Magdalena, y fijó en ella una mirada escudriñadora:

- ¿Está usted enferma?

Roberto y Mad. Le Clercq se volvieron al punto hacia ella con movimiento verdaderamente afectuoso.

– No, contestó la joven volviendo la cabeza; es que estoy un poco cansada.

– ¿Será á causa de la sesión?, preguntó Roberto.

– ¿O más bien de la visita al orfanato?, añadió Mad. Le Clercq. Debías haberme dicho que no te encontrabás bien y en seguida habríamos vuelto aquí.

María Magdalena quiso sonreir y contestó:

– ¡Oh! No se cuiden ustedes de mí. Esa visita era necesaria, vale más haberla hecho.

Renato Darlot miraba á su amiguita con verdadera tristeza. Teniéndole un cariño sincero, conocía cuán deprimida estaba, y advertía en ella un gran cambio de expresión y de fisonomía. Aquellos ojos, brillantes antes, estaban apagados; aquella boca risueña se tornaba pensativa; toda aquella mujer llena de vivacidad, de contento, de petulancia, parecía como encerrada en una actitud de reserva y de mutismo que era una defensa.

Mad vió que Darlot la examinaba y se sonrió. Él le dió el brazo para pasar al comedor, y en voz baja y con tono de confidencia le dijo:

– Mad, no pierda usted su alegría. Ya no sería usted lo que es... Quisiera que tuviéramos alguna cuestión, como las teníamos antes.

Mad meneó la cabeza con su misma semi-sonrisa. Aquella simpatía puramente fraternal le era dulce, pero también amarga. No era él quien hubiera debido compadecerla y ver lo que sufría, sino otro.

– Me recuerda usted á mi hermana cuando la veo triste, murmuró Darlot.

Era verdad. De pronto la lasitud indiferente de Mad le había recordado una misma expresión que había tenido su hermana al sentirse morir de una lenta enfermedad de languidez que nada bastaba á reprimir. ¡Oh! Aquella mirada desanimada, llena de reproches, de un ser joven que tiene derecho á la felicidad y conoce que ya ha acabado, que ya no queda nada, que la vida ha mentido... ¡Cuánto había sufrido en otro tiempo ante aquella hermana que no quería morir y sin embargo estaba muerta! Aquella rebelión íntima contra la suerte era lo que había hecho de esto una desgracia inolvidable para él.

Mad le inspiró una compasión llena de angustia, y echó una mirada de disgusto al doctor, demasiado alegre, que no parecía cuidarse de su hija: á Roberto, siempre tieso y correcto, y á Mad. Le Clercq, que hacía con amabilidad los honores de su casa. ¿No advertían todas estas personas que estaban á punto de destruir la hermosa armonía de aquella naturaleza de mujer tan perfectamente exquisita?

La comida empezó en un silencio relativo, aunque M. de Bois Saint-Marcel siguiera de vez en cuando lanzando pullas sobre las personas que había visto aquel día. Estela servía á la mesa; Mad. Le Clercq se fijó en ella de pronto, y con un tono que cortó en seco toda conservación, le dijo:

– Le había mandado á usted que se peinara de otro modo.

María Magdalena miró á su camarera con sorpresa. Ésta, esperando quizás un auxilio por aquel lado, contestó:

– Ruego á la señora que me dispense, pero no tengo gorros.

– Pues se le darán á usted. Debía haberlos pedido. Esa negligencia prueba una mala voluntad que no estoy dispuesta á tolerar.

Estela, disgustada porque la reprendieran en presencia de testigos, dejó caer una cuchara de plata que produjo un sonido prolongado al dar contra el mosaico del suelo, y Mad. Le Clercq le dijo agriamente:

– Es usted muy torpe y mal educada; hasta aquí se le ha dejado hacer lo que ha querido; pero le prevengo á usted que en mi casa no sufro rebelión ni insolencia.

– Estoy al servicio de Mad. Roberto, replicó Estela ya fuera de sí.

Mad. Le Clercq, encendida de ira, le dijo:

– ¡Salga usted! Dentro de poco hablaremos.

María Magdalena añadió con amabilidad:

– Salga usted, Estela, y váyase á mis habitaciones.

Exasperada de la intervención de su nuera, la anciana exclamó:

– ¡Puede usted arreglar su baúl! ¡La despido á usted! ¡Mañana se marchará de esta casa!

Estela salió. María Magdalena se puso pálida y dijo con voz que resonó de un modo extraño en medio de un silencio glacial:

– Esa muchacha está á mi servicio, en mi casa, y solamente yo tengo el derecho de despedirla.

Era la explosión irresistible de todos los rencores acumulados en tres meses de compresión. Mad. Le Clercq no tuvo bastante tacto para comprenderlo; rebelóse su orgullo y protestó con tono altanero diciendo:

– ¡Olvidas dónde estás!

María Magdalena, llena de una cólera tanto más intensa cuanto que era horriblemente dolorosa, se levantó y habló con la misma voz extinguida, cambiada. Sabía muy bien lo que decía; oía sus palabras como si otra persona las dijera; conservaba su exquisita urbanidad de mujer bien educada. Sin reflexionar en las consecuencias de aquel incidente, se acercó á su suegra, y lívida, con los labios temblorosos y la mirada fija, le dijo:

– Debería usted comprender que va demasiado lejos. Hasta ahora he pasado por todo lo que ha tenido usted á bien imponerme. Le ruego que no siga usted adelante en sus exigencias.

¡María Magdalena!, exclamó Roberto estupefacto.

El doctor se levantó para llevarse á su hija.

– Cuando estés más tranquila, dijo Mad. Le Clercq, creo que pensarás en que te debes disculpar de semejante inconveniencia.

– Estoy muy tranquila. Si he empleado alguna expresión incorrecta, no necesito esperar para retirarla; solamente insisto en lo siguiente: que tenga usted la bondad de cesar en un sistema autoritario al que no quiero ya someterme.

Después de este *no quiero ya* pronunciado con voz firme, María Magdalena se calló, dejando aterrados á los testigos de aquella escena. Apartó con la mano al doctor que se acercaba á ella, saludó y salió con una calma que no era fingida.

Y de pronto, como si acabara de dar con el único remedio para la crisis por que pasaba hacía tres meses, sintió una gran tranquilidad, una paz absoluta. Acababa de romper por todo; estaba echada la suerte, y ahora se abandonaba á una indiferencia profunda, aguardaba los sucesos con una especie de fatalismo oriental.

Entró en su cuarto, muy sosegeda, sin experimentar más que una palpitación bastante dolorosa, causada por la crisis violenta que acababa de sacudirla.

. . . .

Concluyó la comida precipitadamente. Renato Darlot no pudo menos de admirar la actitud verdaderamente inteligente de Mad. Le Clercq en aquella difícil coyuntura.

Cuando María Magdalena se hubo marchado, nadie hizo el menor comentario; la anciana pareció olvidar que acababa de ocurrir una escena desagradable. El doctor volvió á su sitio, y ella, prosiguiendo la conversación interrumpida, le preguntó con tono de interés:

– ¿Conque cree usted, amigo mío, que Mad. de la Pallière logrará colocar á su marido en una oficina de París?

– Es muy posible, señora, contestó el doctor. Me ha rogado que me interesara por ella; tengo amigos en todas partes, y haremos gestiones.

A pesar de su preocupación, Darlot se sonrió. Madame de la Pallière, muy intrigante y deseosa de una vida más alegre, procuraba hacía mucho tiempo colocar á su marido en alguna de las oficinas de París; pero los empleos eran muy solicitados, se necesitaban protecciones, y por fin acababa de encontrar una buena pista.

Roberto, dejando á su madre en conversación con el doctor, y grandemente preocupado, salió á pasear por el jardín.

La brusca rebelión de María Magdalena era como un rayo que hubiera estallado en medio de un día tranquilo. La sensación más clara de Roberto, la que prevalecía sobre todas, era una violenta indignación contra su mujer. ¡Haber tenido un desplante tan audaz, tan exagerado por una causa tan fútil como la despedida de una criada! ¡Haberse atrevido á hablar con aquella firmeza! ¡Haberse atrevido á decir: «No quiero ya!» Este «no quiero ya» resonaba en sus oídos como el toque de un clarín. ¡Aquella joven á la que había creído insubstancial y fútil, aquella ingrata que á él y á su madre les debía todo cuanto disfrutaba! ¡Ah! Iba á ponerse en abierta rebeldía, se permitía tratar á Mad. Le Clercq de igual á igual, ¡hasta olvidaba la deferencia debida á una señora de edad, á su madre, en presencia de extraños! Aquel Darlot no la contenía; contaba con él, con su complacencia, con su aprobación. Quería sin duda sacudir el yugo para volver á la halagüeña existencia que llevaba antes de su casamiento, y sobre la cual los relatos del doctor arrojaban una luz verdaderamente alarmante.

Pues bien, no. Su mujer había calculado mal. No era él por cierto quien la alentaría por aquel camino.

Era preciso reprimir aquella rebeldía insolente de modo que María Mad no la repitiera; de lo contrario, se atrevería á todo. Debía dar una satisfacción á Mad. Le Clercq y se la daría. Y él le hablaría como amo, puesto que le obligaba á ello. Sabría que tendría que someterse, y de este incidente en que ella pensaba triunfar, saldría castigada. Pero Roberto no quería aún ir á hablar á su mujer; se sentía fuera de sí, capaz de dejarse llevar de alguna violencia de palabra que lamentaría en seguida.

Darlot se acercó á él.

– Me marcho mañana, le dijo; voy á Bretaña, como ya le he anunciado á usted; no sé si tendré el gusto de volver á ver á Mar..., á Mad. Le Clercq esta noche.

Había estado á punto de decir «María Magdalena.» Roberto notó aquella vacilación que le disgustó. ¿Qué familiaridad tenía su esposa con sus amigos, que la llamaban por su nombre de pila como á una niña?

– En efecto, no es probable que salga de su cuarto. Ya ha podido usted ver que no se encuentra bien.

El tono glacial y vengativo de Roberto molestó á Darlot

– ¿Cree usted que esté enferma? Más bien me ha parecido disgustada, pero muy segura de sí misma, muy tranquila, si así puede decirse, á pesar de su exasperación.

Roberto, cada vez más irritado, recordó entonces perfectamente las advertencias de la joven inglesa, y le pareció verla de nuevo de pie delante de él, mirándole con esa seguridad y esa firmeza de franqueza que se la hacían simpática. Lucy le decía: «Vaya usted con cuidado: Mad, puesta en el disparadero, se rebelará. No la conoce usted bien.»

En efecto, no la conocía. Jamás la habría creído capaz de tanta decisión, de semejante audacia. «Mad, cansada de luchar, se volverá á casa de su padre si quiere recibirla,» había añadido Lucy. Sí, pero aun

admitiendo que Mad llevara la protesta hasta tal extremo, era evidente que el doctor no aprobaría la conducta de su hija. En aquel mismo momento le veía paseando con Mad. Le Clercq, hablando con animación, procurando disculparla sin duda ó prometiendo conseguir su sumisión.

Darlot siguió la dirección de la mirada de Roberto y tuvo la misma idea: se sonrió retorciéndose el bigote.

– Si Mad. Roberto estuviera enferma, dijo, su padre se apresuraría á ir á cuidarla. Pero la conoce, y sabe que en este momento vale más dejarla sola. Yo también la conozco y pienso como el doctor. Naturaleza muy delicada, su calma y su igualdad de humor pueden impedir por largo tiempo que se note su firmeza, casi diré su obstinación.

Ni el aire glacial de Roberto, ni su afectación en mirar á su interlocutor frunciendo el ceño de un modo significativo, contuvieron á Darlot. Parecíase á Lucy en que iba derecho á su objeto, sin dejarse desviar por nada. No quería á Roberto; en aquel mismo momento habría tenido una satisfacción en decirle verdades muy duras sobre su indiferencia, su modo egoísta de amar á su mujer; pero era amigo de María Magdalena y habló con una firmeza tranquila, muy á propósito para exasperar á Roberto. Luego, saludándole, se acercó á Mad. Le Clercq, de la que se despidió.

Mad. Le Clercq se interesaba por aquel hombre original, y estaba ansiosa por saber lo que pensaba del incidente. Quedóse sola con él, so pretexto de acompañarle hasta la verja; buscó un medio para inducirle á hablar; pero él fué quien, obedeciendo á un impulso repentino, se paró delante de ella y le dijo con acento conmovido.

– Usted que es tan buena, tan buena, quiera usted un poco á la pobre Mad.

– Pero ¿duda usted que la quiero?, preguntó la anciana con asombro sincero.

– Sí, la quiere usted, pero no por ella, sino por usted. Demasiado sé que casi siempre se quiere así. Pero usted es demasiado generosa para proceder de otro modo. Déjela usted ser como es. No la cohiba usted. Es una criatura que necesita sentirse libre. La encuentro cambiada, triste, displicente; la verdad, me da pena. Ella, que era tan alegre, tan joven, tan admirablemente joven. Figúrese usted un pájaro al que se atara un hilo á la pata, aunque ese hilo fuera de oro; no cantaría más y moriría aburrido.

Mad. Le Clercq, conmovida al pronto, se puso sobre sí, pues la enojó lo que no es decible que se desconocieran hasta tal punto sus intenciones y sus actos.

– Esas comparaciones son muy poéticas, pero poco justificadas, dijo. María Magdalena tiene toda la libertad apetecible. Verdad es que no tiene la que tenía cuando soltera para tratar con toda una sociedad de gente dudosa y equívoca; pero acerca de este punto me permitirá usted que me mantenga firme. Debemos conservar la dignidad de nuestro nombre.

Darlot se inclinó y replicó con sequedad:

– Pues manténgase usted firme, señora. Me gusta siempre dar con personas que tengan firmeza. Como yo soy débil hasta un punto deplorable, me entretengo en estudiar cuál de esas dos cualidades, buena ó mala, produce los peores resultados. Sin embargo, creo que hay casos en que las personas más inflexibles deben saber ceder un poco. También yo, tan vacilante, tan indiferente, me animo y me atrevo á demostrar alguna firmeza cuando el caso me parece grave. Eso es lo que he hecho hoy al hablarla á usted.



Mad. Le Clercq y [illegible]

Sin aguardar respuesta, saludó y traspuso la verja. Mad. Le Clercq le miró alejarse con profunda estupefacción.

La intervención de Renato había avivado también el enojo de Roberto en lugar de calmarlo. Se sublevó á la idea de que, según Darlot, era preciso en aquel momento evitar el excitar demasiado á María Magdalena.

Atravesó rápidamente el jardín y entró en el cuarto de su mujer. Iba á decirle sencillamente: «María Magdalena, desapruebo tu conducta; has olvidado lo que debes á mi madre; deseo que le des una satisfacción y que en adelante evites con cuidado escenas de este género.» Esto era claro; ella se vería obligada á ceder, y pronto quedaría dominada su voluntad de niña rebelde.

Entró, pues. María Magdalena estaba leyendo junto á la ventana. Al ruido que produjo la puerta no levantó la cabeza. Sin duda estaba asustada, y aquella actitud tranquila no era más que afectación. Se acercó á ella con expresión severa. Roberto era hombre metódico y abogado, y tenía la costumbre de recordar las frases que había discurrido de antemano. Empezó á decir con tono incisivo:

– María Magdalena, desapruebo tu conducta...

Ella dejó el libro, é interrumpiendo el período, dijo:

– Lo siento mucho, pero ya lo esperaba.

Y esto lo dijo con voz clara, tranquila y firme, que le dejó estupefacto.

– ¿Conque lo esperabas? ¿Es decir, que te has portado como lo has hecho queriendo darme á sabiendas un disgusto?

– ¿Queriendo darte un disgusto? No, Roberto. No ha habido premeditación. He hablado porque ya no podía más. Lo ocurrido debía suceder mañana ó esta noche... Ya no estaba segura de mí. Ese incidente se ha presentado...

– Veo que hablas con mucha calma, dijo Roberto perdiendo su flema acostumbrada, pues no esperaba semejante actitud.

La joven se levantó y miró frente a frente á su marido, el cual la vió en plena luz. Estaba en efecto muy tranquila: cierta expresión de resolución decidida daba á su rostro un carácter nuevo. Roberto tuvo la intuición de que no era una niña la que estaba en su presencia, sino una mujer de voluntad quizás tan fuerte como la suya y que la lucha iba á ser ruda.

María Magdalena guardó un instante de silencio; toda recriminación le parecía inútil. El hecho estaba consumado; quedaba planteada una situación clara y definida; aguardaba que su marido le participara su resolución.

Roberto repuso:

– Sí, estás muy tranquila después de haberte portado de un modo que me ha contrariado vivamente. Has olvidado el respeto y el cariño que debes á mi madre; has hablado ante un extraño con audacia inconcebible. Al oirte cualquiera habría creído que eras desgraciada aquí. Responde, María Magdalena; no me mires tan fijamente sin decirme nada. Tengo el derecho de saber por qué te has olvidado hasta tal punto de ti misma.

– No creo haberme olvidado de mí misma, replicó con gran sosiego. Tengo conciencia de haberme expresado en términos correctos. Además, Renato Darlot no es un extraño para mí, sino un amigo.

Roberto se encogió violentamente de hombros y se puso á pasear con aire furioso.

– ¿Me preguntas por qué he hablado? Pues creí que lo sabías. Eres demasiado inteligente para no haber visto que no soy aquí más que una chiquilla. Se me trata como si fuera incapaz de pensar por mí misma. Yo no hago nada sin permiso; se me prohibe esto; se me impone lo otro; esta tiranía crece de día en día, y se ha llegado al punto de despedir á una criada mía, que yo misma he traído aquí y que me sirve desde la infancia.

– ¡Oh!, interrumpió Roberto, esa muchacha tiene un carácter deplorable. No veo ningún mal en que se aleje de ti á todas las personas que has podido conocer antes de tu casamiento.

– ¿Por qué?

– Porque, amiga mía, has vivido en una sociedad que calificaré de... enojosa. M. de Bois Saint-Marcel nos describe sus figuras de un modo...

María Mad se puso colorada, muy ofendida por esta reflexión.

(Continuará)

GIGANTES Y ENANOS

EL GIGANTE ESPAÑOL ARRUDI. – LOS ENANOS FATHMA Y SMAUN

La naturaleza, tan sabia y tan lógica en todas sus cosas, tiene á veces, por decirlo así, caprichos verdaderamente extraños. La raza humana, por ejemplo, obedece en su crecimiento y en su desarrollo á ciertas leyes que bien pudieran llamarse fijas é inmutables, si de cuando en cuando no vinieran á contrariarlas algunas excepciones, y que, con ligeras variantes, limitan á determinadas proporciones la corpulencia del hombre, fijando la estatura de éste en cinco pies como término medio; pero hay casos en los cuales la naturaleza se ha quedado excesivamente corta ó ha ido mucho más allá de lo ordinario, y estos casos constituyen respectivamente los fenómenos de *enanismo* y *gigantismo*.

El gigante español ARRUDI, que actualmente se exhibe en Barcelona, y su esposa (de fotografía)

Los libros sagrados y las primitivas leyendas de casi todos los pueblos hablan de razas de gigantes, y autores modernos ha habido, como Henrion en el siglo XVIII, que pretendieron que gigantes fueron todos los hombres primitivos, el primero de los cuales, Adán, debió tener, según sus cálculos, una estatura de 123 pies. Hacen mención de los gigantes, no como casos aislados, sino como razas, las Sagradas Escrituras, en donde se dice que los hombres escogidos enviados por Moisés á Canaán encontraron un pueblo de talla extraordinaria al lado de cuyos individuos ellos parecían langostas. En la mitología griega se describe la lucha de los gigantes contra Júpiter; y en Oriente como en Occidente, entre los pueblos del Norte como entre los del Mediodía, en la edad antigua como en la edad media, encontramos multitud de tradiciones con las razas de gigantes relacionadas.

Lo propio puede decirse de los enanos. Los antiguos creían en la existencia de un pueblo, los pigmeos, cuya estatura era excesivamente pequeña y de los cuales hablan Homero y Juvenal, y de otras tribus enanas que habitaron en la India, en Tracia y en el Sur de Egipto.

Pero así como en punto á las razas de gigantes la antropología ha demostrado la inexactitud de los datos legendarios, en lo que á los enanos se refiere, las descripciones de intrépidos viajeros que han visitado el Africa ó las elevadas mesetas del Thibet han demostrado la existencia de pueblos de pequeñísima estatura. En 1860 P. du Chaillu encontró los obongos, que miden 1'40 metros; el Dr. Schwinfurt descubrió los akas, cuya talla no pasa de 1'30; y otros exploradores han visto á los niam-niam y á los mincopios de las islas Adamán, que sólo tienen 1'14 y 1'25 metros de alto.

Esto no obstante, el verdadero enano, como el verdadero gigante, constituye un fenómeno accidental, una anomalía, una excepción, y de estas excepciones y anomalías las hay en todos los países y las ha habido en todas las épocas. Citaremos algunos ejemplos de gigantes. Plinio refiere que en su tiempo fué llevado á Roma un árabe, llamado Gabbara, que media ocho pies y 10 pulgadas. En el siglo XVI presentóse en Ruan un gigante de nueve pies de alto. Guillermo I de Prusia tenía entre sus guardias uno cuya estatura era de ocho pies y medio. Patricio Cotter Obrien, de Kinsale (Irlanda), medía ocho pies y tres pulgadas; el tambor mayor español Eleicegui, 2'307 metros; Arturo Galley, que en 1880 representaba en el Ambigú de París una pieza titulada *El gigante vencido por el amor*, 2'222, y la célebre Miss Marian, de dieciocho años de edad, que en 1882 se exhibió en la Alhambra de Londres, 2'450.

Los enanos han desempeñado desde tiempo muy antiguo un papel en la historia: recordamos entre ellos á los de Augusto, Tiberio, Domiciano y á los de los reyes y príncipes de la Edad media que inmortalizaron en sus cuadros Rafael, Pablo Veronés, el Dominiquino y Velázquez. Carlos V tuvo un enano célebre, Cornelio de Lituania, que en un gran torneo que se verificó en Bruselas en 1545 obtuvo el segundo premio por haber sido el primero en las filas y el más galante. El enano de Estanislao rey de Polonia, cuyo esqueleto se conserva en el Museo de Historia Natural de París, estaba dotado de no común inteligencia, y al morir, á los noventa y ocho años, medía 72 centímetros. Jeffrey Hudson, enano de Carlos I, que fué capitán en el ejército real de Inglaterra, medía á los tres años 37 centímetros; murió á los sesenta y tres años en la cárcel, acusado del delito de conspiración. Hudson fué á Francia formando parte del séquito de su reina y provocó en duelo á un caballero llamado Crofts que se había burlado de él. El desafío se verificó á caballo y á pistola y el enano dió muerte á su adversario.

Y entre los enanos modernos merecen ser mencionados el célebre Tom Pouce, que medía 55 centímetros y pesaba siete kilogramos y medio; el general Mite, cuya estatura era á los diez años de 50 centímetros y su peso de nueve libras; la reina Mab, una inglesa que á los diecinueve años tenía 70 centímetros de alto, y Hob O'my Thumb, que á los doce no pasaba de 67.

***

Viniendo ya á ocuparnos de los ejemplares de gigante y enanos cuyos retratos reproducimos en la presente página, daremos acerca de cada uno de ellos algunas noticias que estimamos curiosas.

El gigante español Arrudi, que actualmente se exhibe en Barcelona, en el Salón Mágico (Rambla del Centro, 30), nació en Sallent, pueblo de la provincia de Huesca, situado cerca de la frontera francesa. Sus padres tuvieron la estatura común: tiene un hermano cuya talla no excede de la ordinaria, y una hermana, cuatro años menor que él, que mide 1'96 metros. Ha existido en su familia otro caso de altura superior á la normal, el de un tío suyo, maestro de escuela de Sallent, que media 2'30 metros. Hasta los catorce años su crecimiento nada ofrecía de anormal, aun cuando su estatura era ya elevada; pero desde entonces fué desarrollándose con tanta rapidez, que su crecimiento fué de 15 centímetros por año.

Tomó entonces el oficio de labrador, que ejerció hasta los 20 años; mas como dada su enorme talla el trabajo se le hacía algo molesto y como no podía salir á la calle sin que tras él corriera todo el mundo, pensó en dar nuevo rumbo á su existencia, realizando el proyecto de exhibirse que le hicieran concebir los agentes que de todas partes le habían visitado y que en aquel sentido habían hecho á su padre tentadoras proposiciones. Arrudi no quiso aceptarlas, y un tío suyo, director de museo, encargóse á ruego de su padre de exhibirlo.

Hace de esto siete años, y desde entonces ha viajado continuamente visitando una parte de Alemania, Holanda, Bélgica y algunas ciudades de Francia, en cuya capital contrajo matrimonio.

Arrudi ha sido pesado y examinado en diferentes Universidades y estudiado por varios hombres de ciencia. En Munich permaneció ocho días en casa del profesor Pollinger, quien, en presencia de sus alumnos, hizo constar que era el mayor gigante que había visto y al propio tiempo el mejor proporcionado.

Su estatura es de dos metros y 29 centímetros; su pie mide 40 centímetros y su mano 30; su pecho tiene un metro 35 centímetros de ruedo y su peso es de 170 kilogramos. Come ordinariamente lo que comerían tres adultos de buen apetito y goza de una salud excelente.

Los enanos Fathma y Smaun, que se han exhibido recientemente en el Nuevo Circo de París, miden en la actualidad 52 y 53 centímetros respectivamente, y son notables, no sólo por su pequeña estatura, sino, además, como acróbatas, sobre todo el varón. Una y otro son elegantes y perfectamente constituídos, y están dotados de no común inteligencia: son originarios de la India, hijos de padres birmanos, y constituyen indudablemente los dos ejemplares de enanos más curiosos y más diminutos de cuantos se conocen actualmente. Fathma cuenta diecisiete años y Smaun dieciséis; aquélla pesa seis kilogramos y éste cinco.

Tienen ambos gran facilidad para los idiomas; han hecho últimamente una excursión por Alemania y hablan muy correctamente el alemán, incluso el berlinés más puro; y al cabo de un mes de estar en Francia poseían un repertorio abundante de palabras francesas que les permitía conversar con sus compañeros, acróbatas y clowns, del Nuevo Circo.



Los enanos FATHMA y SMAUN que se han exhibido recientemente en el Nuevo Circo de París (de fotografía)

Fathma y Smaun son artistas, como hemos dicho: no trabajan en lo alto del circo, pues en aquellas alturas parecerían moscas, sino en un tablado dispuesto en la misma pista con trapecio y anillas, en los cuales Smaun ejecuta todos los movimientos gimnásticos que un director de circo puede exigir del más hábil acróbata. – X.

LAS MINAS DE ORO EN EL JAPON

En el Imperio del Sol naciente se han descubierto hace poco algunos campos de oro que no tardarán seguramente en hacer ruda competencia á los tan conocidos y muy explotados del Transvaal y del Klondyke.

El centro de la explotación de estas nuevas minas hállase situado en Hokkaido, en la provincia de Kitami, al Noroeste del archipiélago japonés. Hasta ahora, la extracción del precioso mineral hácese por procedimientos un tanto primitivos, á pesar de lo cual los rendimientos parece que son bastante considerables.

Las minas de Hokkaido ocupan una superficie de 800 hectáreas aproximadamente.

Lo mismo que en Alasca, los aventureros y mineros de todas las nacionalidades empiezan á invadir la provincia de Kitami, hasta el punto de que la aldea de Esahi, que hace un año contaba solamente 400 habitantes, ha visto desde entonces aumentar su población hasta 8.000 almas.

Diariamente llegan allí nuevos extranjeros, y los agentes del fisco delegados por el gobierno japonés pasan grandes apuros para mantener el orden y cobrar los arrendamientos señalados para la explotación de aquellas tierras auríferas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Primer anuario de los Juegos Florales de Colonia. Digno remate de la legendaria fiesta, instituída en la hermosa ciudad de Colonia, gracias á la iniciativa del ilustre escritor hispano-alemán, distinguido colaborador de esta Revista, D. Juan Fastenrath, es el volumen recientemente publicado, que constituye un recuerdo en extremo interesante, puesto que además de contener las composiciones premiadas, los retratos de la Reina de Rumanía, del iniciador, de los poetas premiados, de las bellas jóvenes que formaron la corte de la Reina de la fiesta y de las vistas interior y exterior del hermoso é histórico palacio en donde se celebraron los Juegos Florales, figuran á modo de escogida antología composiciones de literatos ilustres, escritas en diez idiomas, alemán, catalán, provenzal, castellano, francés, holandés, sueco, italiano, portugués y latín, los saludos que de todos los países se dirigieron al Consistorio de Colonia y los artículos y sueltos publicados por la prensa periódica. Consta el volumen de 364 páginas en 4.°, está perfectamente impreso y se vende al precio de cinco marcos.

La familia Asparó, novela por *Dolors Moncerdá de Maciá*. – Si la distinguida y laureada poetisa y escritora Sra. Moncerdá no ocupara desde hace tiempo un puesto eminente en la literatura catalana, habríaselo conquistado la preciosa novela de costumbres barcelonesas de nuestro tiempo que acaba de publicar. Todas las condiciones que deben exigirse en las obras de este género las reune *La familia Asparó:* argumento interesante, acción perfectamente desarrollada, caracteres bien estudiados y sostenidos, escenas reproducidas con todo el vigor de la realidad y un estilo natural, elegante y sencillo, tales son las cualidades que reune esa novela, cuya autora ha sabido primero ver las personas y las cosas con su verdadero valor y presentarlas luego con tanta verdad, que á los que en Barcelona vivimos y conocemos su sociedad y sus costumbres nos parece estar viendo lo que la novelista tan exactamente describe. *La familia Asparó*, impresa en «La Renaixensa,» se vende á tres pesetas.

Cuentos grises, por *Vicente Blasco Ibáñez*. – La «Biblioteca Selecta,» que con tanto éxito edita la casa Aguilar, de Valencia, ha publicado el volumen 91 de su interesante colección, que comprende trece bellísimos cuentos del conocido escritor valenciano Sr. Blasco Ibáñez. Conocidas las dotes que á éste adornan y que le han valido uno de los primeros lugares entre los cuentistas españoles, creemos ocioso encomiar las excelencias del libro, que se vende, como todos los de la citada Biblioteca, á dos reales.



Durante el descanso, cuadro de Manuel Cusí

(Exposición Robira, calle de Escudillers)

El arbitraje internacional, por *Luis J. Varela y Orbegoso*. – Tesis sustentada en la Universidad Mayor de San Marcos (Lima) por el Sr. Varela, para optar al grado de Bachiller en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas: es un trabajo interesante que demuestra los conocimientos del autor en la materia de que trata. Ha sido impreso en Lima, en la imprenta de E. Moreno.

Almanaque Peuser. 1900. – El establecimiento gráfico Jacobo Peuser, de Buenos Aires, ha publicado este almanaque que honra á dicha casa y al director Sr. Larrañaga y que es una brillante demostración del estado de adelanto á que han llegado en la Argentina la tipografía y las bellas artes. En la imposibilidad de dar ni siquiera una idea de las muchas é interesantes materias que el libro contiene, habremos de limitarnos á decir que los trabajos literarios de todo género, en prosa y en verso, llevan las firmas de Grandmontaigne, Ocantos, Rueda, Atienza, Noé, Reina, Luzones, Rubén Darío, Reyes, Malagarriga, Palma, Herrera, Pi y Margall, Maupassant, Cuenca, Icaza, Pardo Bazán, Cantilo, Unamuno, M. del Palacio, Urbina, Naón, Granada, Ghiraldo, Vedia, Benavente, L. García, López Bago, España, García Velloso y J. Castellanos, y las ilustraciones son de Alberti, Arango, Arija, Barrantes, Benedito, Cao, Diéguez, Domínguez, Eusevi, Foradori, Fortuny, García, Jiménez, Jiménez Martín, Huertas, Marín, Martín, Pla, Sartori, Sojo, Sorolla, Unceta y Xaudaró, aparte de multitud de retratos y notables fotografías y de reproducciones de cuadros de nuestros primeros pintores. En cuanto á las condiciones materiales, el Almanaque Peuser, que forma un tomo de unas 200 páginas, ha de satisfacer á los más exigentes en este punto, así por su impresión como por la pulcritud con que están hechos sus bellísimos grabados.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín Bibliográfico Español, publicación mensual autorizada por el ministerio de Fomento; *El Monitor de las Exposiciones*, órgano de la Exposición Universal de París de 1900, periódico bimensual que se publica en París; *Iris*, revista semanal ilustrada de Buenos Aires; *El Heraldo*, diario boliviano; *Por la mujer*, revista mensual ilustrada que se publica en la Habana; *Boletín Militar*, órgano del ministerio de la Guerra y del ejército de Colombia.



Imp. de Montaner y Simón



AÑO XIX — BARCELONA 26 DE FEBRERO DE 1900 — NÚM. 948

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN QUIEBRO, cuadro de A. Lizcano

(*Exposición Robira*, calle de Escudillers)

ADVERTENCIA

Estamos encuadernando y próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la Biblioteca Universal el primer tomo correspondiente á la serie del presente año, las *Novelas Cortas*, por Edmundo de Amicis. Comprende seis novelitas á cual más interesantes, cuyas bellezas no hemos de encomiar porque ninguna alabanza necesitan las obras del que con razón se considera como uno de los más célebres é indudablemente el más popular entre los escritores italianos contemporáneos.

Ilustran el tomo numerosos grabados dibujados por el notable artista Arnaldo Ferraguti.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÓNICAS Y CUADROS

Con motivo de haber abierto *El Liberal* un concurso ó certamen para premiar crónicas periodísticas, se ha discutido mucho estos días qué es una crónica y cómo se caracteriza propiamente ese género, de origen no tan francés como la gente supone, ya que Feijóo fué realmente algo cronista, y no hay que decir si lo fueron otros periodistas españoles de la primera época de la prensa.

No faltó quien sostuviese que no podía ser *crónica* lo que el popular diario designaba para el premio, en atención á que había de tratarse en ella de algo todavía no transcurrido: del Carnaval. La crónica, decían, versa sobre asuntos de actualidad: sobre lo presente; sobre lo que está aconteciendo. Otros entendían la cuestión de muy distinto modo, más rectamente, á mi ver: en primer lugar, Carnaval lo hay todos los años; el Carnaval es de actualidad constante; no es un hecho que se presenta alguna vez y después pasa á la categoría de los olvidados. Y además, es actual lo que pronto sucederá y cuya proximidad se anuncia — como es igualmente actual lo que acaba de suceder.

***

Saco en consecuencia que el asunto señalado por *El Liberal* es muy periodístico, adecuado para una crónica y con la nota de actualidad que el género exige imperiosamente. Y también comprendo que no por eso encierra menos dificultades y será menos digno de alabanza el que lo trate y desempeñe con perfección.

Yo no lo he intentado. No porque la *crónica* no me atraiga, sino porque me hacen fuerza los argumentos de los que han entendido que estos certámenes son patrimonio de la juventud literaria. Puede que tengan razón. Sería tan grato ver aparecer en el palenque á esa juventud, numerosa, briosa, animosa, brillante, soñadora, con el empuje que prestan los pocos años y con la cantidad de esperanzas y alegrías que acompañan á los períodos aurorales de la existencia, que verdaderamente es cosa de dejarles el campo libre en las justas del entendimiento y del arte. Venga la juventud, en buen hora; yo creo que todos los escritores ya duchos en las lides de la pluma la invocan como la Walkyria á Sigfrido, llamado á continuar el heroísmo y la gesta épica de Sigmundo. Los anillos de la cadena no deben romperse, la serie no debe interrumpirse; llegue ya esa juventud.

***

La crónica periodística la hacen á maravilla nuestros vecinos. El *Fígaro, Los Debates, El Tiempo, Gil Blas*, están salpicados de crónicas ingeniosas y deliciosas, que desfloran un tema, se enroscan alrededor de él, lo acarician, lo tratan del modo más atractivo, chispeante y ameno, y del suceso sin aparente importancia, de la fruslería, de la observación sensacional, pero que el público no interpreta, hacen bocado dulce para el lector, golosina siempre fresca é incitante. Se cree por lo general que la crónica es effímera; que su efecto se borra apenas el periódico ha caído al cesto de los papeles desechados. Sin duda que es efímera la crónica; nadie archiva las crónicas, y á veces los mismos que las escriben se desdeñan de recogerlas en volumen, considerándolas hojas que se lleva el aire, palabras dispersas que no merecen durar. Mas no por eso dejan de producir su efecto, de contribuir en su medida á la cultura, vulgarizando mil impresiones delicadas y aficionando á una lectura más fina y más sugestiva que la de los mazorrales *fondos*. Los *fondos*, aquellas indigestas empanadas de antaño, han tenido ya que adaptarse á la gracia y ligereza de la crónica, para que el público los tolere.

***

Las mujeres descuellan como cronistas periodísticos. Las redactoras de *La Fronda*, con *Severine* á la cabeza, hacen primores en ese terreno, siguiendo la tradición de aquel célebre vizconde de Launay, que también era una mujer, y que dejó un insuperable modelo de crónicas en sus folletines semanales de *La Prensa*. Eran tan entretenidos, que los analizó Sainte Beuve y los definió con palabras en las cuales encuentro las tablas de la ley de la crónica, el decálogo del cronista, para escribir el artículo «picante, raudo, alegre, paradógico, no siempre falso; en el cual se debe resbalar y no insistir, rozar á flor de epidermis, sorprender los caprichos y las manías sociales, tomar lo frívolo por lo serio y lo serio frívolamente, escribir como se habla en un salón, y disfrazar con el buen sentido la risa, y con el relampagueo de la frase la vacuidad del fondo.»

En suma, la crónica es un fruto del ingenio y de la habilidad literaria. El sentimiento exaltado, la vehemencia, no caben en la crónica. Tampoco la gravedad, la machacona insistencia.

Después de las crónicas de Delfina Gay y de algunas páginas de Alfonso Karr y *Fígaro*, quizás no he leído en ese estilo nada que tanto me gustase como ciertos artículos contenidos en la colección *As farpas*, del eminente escritor portugués Ramalho Ontigão. Hace tiempo que no oigo hablar del autor de *As farpas*, y cuando hace un año estuve en Lisboa, durante los festejos del Congreso de la Prensa, supe que se encontraba enfermo, retraído, abatido por sus males, en el campo — en ese período de la vida en que las letras ya nos abandonan. Aquella pluma llena de donaire creo que se ha secado. Ningún escritor peninsular puede, á mi juicio, disputarle á Ramalho la primacía de la crónica.

***

Estos días ha surgido en la prensa una discusión acerca de la clase de premio que el Jurado quiso ó no quiso otorgar al pintor Sorolla en la Exposición de Berlín. El asunto tiene ya muchos años de fecha, y en todo esto de las calificaciones oficiales caben errores y aciertos. Lo que no cabe es duda alguna acerca del carácter y puesto de Sorolla en nuestra pintura Moderna. Hay ocasiones en que, por necesidad ó por gusto, formamos en nuestra mente algo que podría llamarse el cuadro sinóptico del *valor nacional* (tomada la palabra *valor* en su amplio sentido; la calidad por la cual una cosa es digna de estimación y aprecio). El encargo de la *Sociedad de edición artística*, que me pide un libro sobre *El arte español en el presente siglo*, me ha obligado á encasillar, por decirlo así, en la cabeza el arte contemporáneo. La primer casilla de la nueva generación, la ocupa Sorolla.

No le señalo este lugar por razones de escuela ó de sistema. Yo en pintura, y generalmente en lo que se refiere á las artes plásticas, nunca fuí *realista*, ni *naturalista*, ni ninguno de esos dictados que aquí han tenido á veces el sonido de motes feos, y siguen teniéndolo, ya que hace pocos días leí en un diario que un artículo ha sido denunciado al fiscal «por naturalista.» Mis opiniones acerca de arte no son denunciables. Me agrada el arte casi inmaterial. Las estatuas griegas me persuaden por la belleza, ritmo y armonía de sus líneas, no porque sean reales, pues ni en la raza más perfecta del mundo sería real tanta nobleza de formas; y en cuanto á los pintores que se dejan impregnar completamente de realidad, por ejemplo Velázquez, no me causan aquella impresión singular y verdaderamente refinada que, verbigracia, el Greco ó el incomparable Botticelli. Y es que mi concepto del arte está influído, fatalmente, sin que para eso haya remedio, por los ideales literarios. Siempre veré, detrás de una obra de arte, un concepto, un pensamiento, un símbolo y una manifestación más ó menos clara y expresiva de algo cerebral, superior á los sentidos y á la mera reproducción de la realidad sensible. Todo esto voy diciéndolo para que no se atribuya á prevenciones sistemáticas (aunque podría atribuirse á todo menos á eso) el sitio preeminente que otorgo á Sorolla, en cuyos estudios la verdad del ambiente, del sol, del color, de la figura, es algo extraordinario.

***

En compañía de un ilustre paisajista fuí al taller de Sorolla, donde no había estado hacía tiempo, y vi lo que tenía dispuesto para remitir á la Exposición Universal, con algo más destinado á la venta, no pocos bocetos y estudios, y hasta un *panneau* decorativo destinado á la *serre* de los marqueses de Valdeterrazo. Naturalmente atrajo mis miradas y cautivó mi atención el *gran cuadro*, del cual tanto se habla, y que por fin ha recibido el nombre de *Triste herencia*. Triste es, no sólo la herencia, sino la impresión que causa en el ánimo aquel trozo de verdad trasladado á la tela por la mano del gran artista. No sé si los dolores y los males del tiempo viejo, de los pasados siglos, llegan á sernos indiferentes y hasta á causarnos cierta impresión humorística, ó si es que la intención, en los pintores de otras épocas, no era tan caritativa y profunda como la de los actuales; lo cierto es que los granujas, golfos, bobos, pobres de ropa, miserables en fin, de Murillo y de Velázquez, no deprimen el ánimo como lo deprimen, en el lienzo de Sorolla, las criaturas raquíticas, cojas, ciegas, escrofulosas, que hunden sus cuerpos en el mar ó aguardan en la playa el instante de chapuzarse también.

***

No me cabe duda; el cuadro hace sentir porque está sentido antes. No basta ciertamente exponer un pedazo de la vida, con indiferencia, á nuestros ojos; en el modo de exponerlo, en la intención, está el secreto del efecto que produce. Sorolla vió la escena á orillas del mar; presenció la operación de bañar á las criaturas recogidas en un Asilo, á quienes un hermano de San Juan de Dios lleva á que busquen en las ondas un poco de fortaleza y de vigor para su empobrecido organismo; y Sorolla afirma que no hizo más que reproducir lo que sus pupilas vieron. Para mí es indudable que Sorolla reprodujo *una emoción*, y que por eso, aparte de prodigiosos méritos de factura que tratándose de Sorolla había que descontar de antemano, y sin los cuales la obra no sería lo que es, la emoción eleva esa misma obra por cima de sus hermanas, y el público de París, acostumbrado á admirar al genial valenciano, se dará cuenta de esta superioridad moral del cuadro, y la sentirá como yo la sentí.

***

Los sufrimientos de la humanidad no importaban gran cosa á los artistas antiguos. Búsquese un rastro de piedad en la pintura clásica, y no se encuentra. Sentimiento religioso, sí; pero no humano. Los tiempos no eran compasivos. Murillo, el célico Murillo, pinta el granuja, con su roña y su miseria á cuestas, y no se le ocurre otra cosa. Sorolla pinta la lástima, el ansia caritativa, que nos aqueja hoy, en este siglo calumniado, en el cual ha sido rehabilitada la niñez, regulado su trabajo, casi establecido su derecho á la vida y á la salud. Y esto, que Sorolla lleva dentro, á fuer de hijo del siglo, es lo que se revela en el lienzo al cual auguro en Francia gran notoriedad, porque de esa fuerza no serán muchos los que lleguen á la Exposición. Aunque el cuadro provoque á tristezas, admirable es el cuadro. Yo no lo juzgo á estilo de taller; yo no voy á detallar ciertas particularidades; yo no expreso sino la impresión de conjunto. Ya sabremos cómo ha dejado nuestro pabellón el autor de *Triste herencia*.

Emilia Pardo Bazán

EL ABUELO

FRAGMENTO DE UN DRAMA INÉDITO DE GALDÓS

Nuestro colaborador D. Juan B. Enseñat ha visitado recientemente á Pérez Galdós en su hermosa quinta de Santander, con el objeto de firmar un contrato relativo á la traducción francesa de la comedia *La de San Quintín*, destinada al teatro del Odeón de París.

En su visita, el Sr. Enseñat ha tenido ocasión de



D. Benito Pérez Galdós

leer el drama que, á instancias de Novelli, ha sacado Galdós de su novela dialogada *El abuelo*.

Este drama, que el gran actor italiano ha hecho traducir para su repertorio, y que un literato francés se dispone á verter á su idioma para representarlo en París, es indudablemente la más teatral de las obras que su autor ha dado á la escena.

El eminente autor de *Los episodios nacionales*, en su modestia extremada, se defiende de las honrosas comparaciones que puedan establecerse, diciendo que concibió esta obra inspirándose en el *Rey Lear*. Tiene, en efecto, la grandiosidad á un tiempo majestuosa y sencilla de los dramas de Shakespeare y hay cierta semejanza entre *El abuelo* y el *Rey Lear*. Pero esta semejanza está en la sublimidad de los rasgos y en lo patético de las situaciones, más bien que en os caracteres. Los de Galdós son encarnación viva de nuestra atormentada época de transición, con el derrumbamiento de los ideales antiguos y la invasión de las ideas nuevas.

Debidamente autorizados por el autor, reproducimos á continuación un fragmento de la penúltima escena de este drama, que el Sr. Enseñat copió del manuscrito original para La Ilustración Artística.

ACTO QUINTO

Pórtico de la iglesia parroquial de Jeruza, de estilo gótico ó románico. En la pared del fondo, la puerta de la iglesia; en la derecha, otra más pequeña que conduce á la sacristía. Por la izquierda, el paso á la calle, entre los pilastrones que sostienen la techumbre.

ESCENA IX

D. Pío, el Conde

El Conde *(Que sale de la sacristía, vacilante, descompuesto)*. – ¿No hay un rayo del cielo que me haga ceniza? Nell es la verdadera; la falsa es Dolly, Dolly, la que me ama... ¡Vanidades del mundo, grandezas del honor, con qué mueca tan horrible me miráis!

(Reparando en D. Pío, pero sin conocerle). ¿Quién es?.. ¿Quién está aquí?

D. Pío. – Señor...

El Conde *(Desconociéndole)*. – ¡Ah!, eres tú, Senén... Me dijiste la verdad..., ¡ay!, verdad terrible, como salida de tu boca infernal.

D. Pío *(Recordándosele)*. – Señor, que no soy...

El Conde. – No me toques, reptil; tu contacto da frío. Guárdate tus verdades..., engáñame..., déjame vivir, déjame dudar. Ya no dudo... Luego no existo. Esto que ves en mí no es la persona de Arista-Potestad: es un esqueleto... No te asustes; los esqueletos no hacen daño. Asustan por el chocar de huesos, por el mirar burlón de los ojos vacíos..., pero nada más.

D. Pío. – Señor, ¿qué pasa? ¿Qué disparates dice? ¿De veras no me conoce? Soy Coronado.

El Conde *(Recordando)*. – ¿Coronado?

D. Pío. – Fuí á casa del alcalde, como usía me mandó; logré ver á la niña, y le dije...

El Conde *(Estremeciéndose)*. – No me nombres á las niñas de Albrit... ¡Qué feas son! Repugnantes como gusanos venenosos. La legítima no me quiere..., me manda al manicomio. Dolly, que me ama, no es mi nieta. Dime, ¿dónde está el hoyo más hondo de la basura y lodo para meterme y hacer en él mi cama eterna? Como escarabajo, allí labraré la nueva casa de Albrit, toda inmundicia.

D. Pío *(Afectuoso y compasivo)*. – Albrit... Señor conde, hijo mío..., no piense cosas malas... Si el señor conde no tiene nadie en el mundo que le ame, le amaré yo *(Con viva emoción, abrazándole)*.

El Conde *(Participando de la emoción de D. Pío)*. – ¡Ah!.., ahora te conozco... ¡Excelso Coronado, amigo del alma! *(Le abraza)*. Gran filósofo, dame la mano, no puedo ya con mis huesos, que pesan como barras de plomo.

D. Pío *(Sosteniéndole)*. – Descanse vuecencia. Sentémonos aquí *(Le lleva al banco de piedra. Ambos se sientan)*.

El Conde. – Soy todo tribulación, amargura..., soy más desgraciado que tú. ¿Sabes una cosa? Mis nietas, que yo adoraba, se diferencian poco de tus hijas. Con buenas palabras, Nell me ha arañado el rostro. Espinas de rosas rasguñan lo mismo que espinas de zarza... Y con todo, Nell es mi legítima descendencia; lo sé por testimonio irrecusable. Dolly, que me ama, no es mi descendencia; es una intrusa, la cría infame de la traición, que con fraude se introdujo en mi casa, y se escondió entre los brocados de Albrit.

D. Pío *(Asustado)*. – Señor, mire lo que habla.

El Conde. – Y yo quiero que me digas..., gran filósofo: ¿qué piensas tú del honor?

D. Pío *(Lleno de confusiones)*. – El honor..., pues el honor... Yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dicen también *honores fúnebres*, el *honor nacional*, el *campo del honor*... En fin, no sé lo que es.

El Conde. – Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los nombres... Yo he llegado á creer esta noche..., y te lo digo con toda franqueza..., que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

D. Pío *(Aguzando el entendimiento)*. – Pues el honor..., si no es la virtud, el amor al prójimo y el no querer mal á nadie, ni á nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo que es.

El Conde. – Paréceme bien, Coronado, que descubres un mundo, mundo lejano todavía..., lo ves entre brumas...

ARGENTINOS ILUSTRES

DOCTOR DON FRANCISCO P. MORENO

¿Quién no le conoce? ¿Quién no habla de él con respeto y con cariño?

Durante algunos meses fué el hombre del día: los diarios se encargaban de decirnos qué pensaba, qué decía y qué callaba el defensor en Chile de los intereses argentinos.

Moreno es un hombre joven aún, pero que ha trabajado mucho. Más que una gloria argentina es una gloria americana. El Museo de La Plata es su obra, y no se concibe la obra sin su autor: de mí diré que no me avengo á recorrer aquellas espaciosas salas, en donde tanto y tanto bueno hállase reunido, sin ver á mi lado al que es el alma de tan magna institución.

Apenas tendría el doctor Moreno catorce años cuando demostró ya su afición coleccionística recogiendo cuantas piedras llamaban su atención. Habiéndose un día atrevido á mostrar sus nacientes colecciones al sabio Dr. Burmeister, éste no sólo no rió la manía del joven amigo, sino que le alentó con sus indicaciones y consejos.

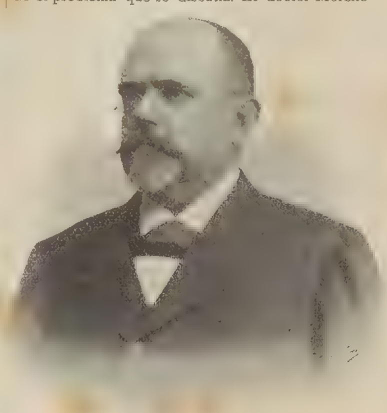
Así nació en 1867, y en una casa particular, lo que es hoy el magnífico Museo de La Plata.

Llevado de sus aficiones antropológicas y paleontológicas, hizo en 1873, á los veintiún años de edad, su primera excursión á la Patagonia; y tanto entusiasmo produjo en su alma aquel viaje, que al año siguiente emprendía otro al río Santa Cruz; otro en 1875 para explorar todo el curso del río Negro y Limay hasta el lago Nahuel-Huapí; y otro en 1876 á las regiones montañosas de Catamarca. Sin descansar siquiera de tan penosos viajes, emprendió á fines del propio año de 1876 la exploración del río Santa Cruz, subiendo hasta sus nacimientos, y después de descubrir los lagos Argentino y San Martín y de visitar el lago Viedma, llegó al estrecho de Magallanes á mediados del año 77.

Tales viajes realizados por un coleccionador ya científico, y que á sus extensos conocimientos geográficos unía verdadera pasión por la ciencia antropológica, habían de dar por resultado, como dieron, recogidas tan espléndidas que resultó insuficiente para contenerlas el modesto museo particular del intrépido viajero. A su regreso del último de los viajes citados, hizo donación de todas sus colecciones al gobierno de la provincia de Buenos Aires, con cuyos elementos se fundó el Museo Antropológico y Arqueológico de que con justicia puede enorgullecerse la República Argentina.

A los apuntados viajes han seguido tantos otros que es imposible reseñarlos; excursiones que, si por un lado servían para enriquecer el Museo con nuevos y valiosos ejemplares, por otro le daban al doctor Moreno un conocimiento exacto de la cordillera andina, al extremo de poderse asegurar que ningún argentino conoce como él aquellas gigantescas montañas, aquellos valles rebosando vegetación y poesía, ni los ríos que nacidos en las alturas riegan después con sus aguas los extensos territorios del Sud.

Se ahondaron las divergencias entre Chile y la Argentina á propósito de la cuestión de límites, y se necesitaba un hombre que á Santiago fuese dominando el problema que se discutía. El doctor Moreno



Dr. D. Francisco P. Moreno

fué el hombre, y lo fué por derecho propio, no por complacencias políticas y diplomáticas.

Mientras duraron los arreglos, el nombre del doctor Moreno era traído y llevado por los periódicos. «Fuí allí, me decía á su regreso, fija la mente en los derechos de mi patria. No solicité el puesto, mé lo confiaron, y deber mío era corresponder á esta confianza.» Y como en el curso de nuestra conversación le hablase del recibimiento un tanto ruidoso que le hicieron algunos chilenos desocupados, me replicó: «Esto lo tenía ya descontado; sabía que en Chile, como en todas partes, hay patrioteros.»

Habiendo convenido los dos gobiernos en someter sus diferencias al arbitraje de la reina de Inglaterra, el doctor Moreno se trasladó á Londres para defender mejor los derechos de la Argentina.

En Chile, adonde fuera para hacer valer los derechos de su patria, perdió á la cariñosa compañera de su vida; y si, como es de esperar, logra el doctor Moreno ver triunfantes sus ideas, nadie le disputará la gloria que, como muchas de las que rodean al hombre, viene sublimada por el dolor.

Autor de varios libros, si no se distingue el doctor Moreno por la corrección de su estilo, cautiva en cambio por la sencillez de sus narraciones, y domina por el caudal de conocimientos de que da muestras. No es un literato, es un hombre de ciencia, y bien ganado tiene el aprecio de sus paisanos, quien como él ha sabido dotar al país de institución tan notable como el Museo de la Plata, y quien como él con tanto celo ha sabido defender los derechos de su patria.

Hoy defiende en Londres ante la Comisión arbitral territorios argentinos por Chile disputados. Logre ó no su científico y patriótico propósito, el doctor Moreno al regresar á Buenos Aires encontrará con el aplauso de los argentinos los abrazos sinceros de sus numerosos amigos.

R. Monner Sans

CRONICAS PARISIENSES

EXCURSIÓN NOCTURNA

Terminamos nuestra crónica anterior en el momento en que, después de haber pasado una hora entre los vagabundos y criminales que llenaban la famosa taberna del «Château Rouge,» salíamos á la calle como quien despierta de una pesadilla y respirábamos con fruición el aire fresco de la noche.

– ¿Está usted cansado?, pregunté á mi compañero.

– No. Siento un poco de pesadez en la cabeza y nada más. Pero se va ya disipando.

– Entonces, si usted quiere, continuaremos nuestra excursión.

– ¡Adelante!

– Ya que estamos en el barrio, vamos á entrar un momento en el baile Chabot.



Crónicas parisienses. – Sala del baile Chabot

Los sonidos estruendosos de una música desenfrenada nos atraían hacia la calle del Fouarre.

Sobre la puerta de una taberna ardía un farol en que se transparentaban tres letras mayúsculas, que eran una tentación irresistible para los aficionados al baile; las tres letras de la palabra BAL.

En el dintel de la puerta, una pareja se disputaba, como queriendo ofrecer una muestra viva de lo que podía esperarse en el interior del establecimiento.

Una mujer desgreñada, con los ojos desencajados por la cólera, llenaba de reproches y de injurias á un individuo de edad dudosa, pues lo mismo podía tener veinte que treinta años, macilento y solapado, que la escuchaba en silencio, pero apretando los puños, en disposición de abofetearla, como hombre acostumbrado á semejantes escenas... conyugales.

– Disputa de amantes que se adoran, dije á mi amigo.

– ¡Va á matarla!

– No hay cuidado. Se contentará con reventarle las narices. Entremos en el baile.

Pero la mujer nos interceptó el paso para tomarnos por testigos de sus cuitas.

– ¡Miren ustedes el desalmado!, dijo en voz ronca, entrecortada por un hipo angustioso y señalando á su chulo con el brazo tendido en actitud dramática. Es holgazán como él solo y me exige siempre dinero para divertirse con otras... Le he dado todo el que tenía, y el muy cobarde me amenaza. ¿Les parece á ustedes que eso es de hombres?

– Hagan ustedes las paces, contesté deshaciéndome de ella con un movimiento brusco.

Y bajamos los tres escalones que nos separaban de la antesala del baile.

Mi compañero, que conoce bien el francés, confesóme que no había entendido más que á medias el monólogo de aquella Venus callejera.

– No es extraño, le contesté, porque esa gente del bronce habla el *argot* parisiense, una especie de *caló* pintoresco, sumamente expresivo, que sólo puede aprenderse con el trato continuo de esa canalla, porque cambia sin cesar. Palabra conocida de la policía, es palabra eliminada del vocabulario. Ya no hay malhechor que vuelva á servirse de ella. Malherbe decía, en el siglo XVI, que había aprendido el hermoso francés de sus obras escuchando á los habitantes del barrio Maubert. ¡Bonito lenguaje escucharía hoy el bueno de Malherbe, si pudiese volver del otro mundo á darse un paseíto por acá!

El baile Chabot es pequeño, pero no tiene desperdicio. Otros le aventajarán en magnificencia; pero en carácter, en originalidad, en parroquia típica, no. La juventud de porvenir... correccional prefiere el aislamiento y sencillez de esta sala, al boato de los bailes de alta categoría. En la pieza rectangular que una cuerda divide en dos secciones, una para bailar y otra para beber, se puede pasar alternativamente del placer al negocio y del negocio al placer; de modo que, por lo práctico, es un baile ideal.

La orquesta, que tan nutrida nos había parecido desde la rue Galande, resulta compuesta de cinco músicos. Dos violines, un clarinete, un cornetín y un redoble electrizan con irresistible furia á los saltarines. Ocho parejas se zarandean en unos rigodones epilépticos. Son la escoria de los danzantes. El público, los que miran, esperando su turno para bailar, permanecen de pie. En las paredes se leen cartelones que dicen:

Los bancos están reservados exclusivamente para las señoras.

La galantería no pierde nunca sus legítimos derechos.

Las parejas son jóvenes, pero en sus pálidos rostros la miseria ha impreso su marca y el vicio su estigma. En aquellas frentes sombrías, las cavilaciones, los sufrimientos y los goces malsanos han marcado arrugas prematuras. La mirada es viva é intencionada en las mujeres, torva y falsa en los hombres. ¡Qué espantosas visiones no habrán pasado por aquellos ojos, para que ya no puedan reflejar ni un destello de bondad, ni una chispa de sentimiento, y para que ya no pueda desprenderse de ellos una lágrima siquiera!

Nos confundimos con un grupo de curiosos en un rincón de la sala y escuchamos con disimulo las conversaciones de las parejas más próximas.

Pero no hay perífrasis capaces de expresar con decoro las ignominias de aquel lenguaje.

Satisfecha nuestra curiosidad, y cansados de tan viciada atmósfera, salimos del baile, volviendo á encontrarnos en la corta calle del Fouarre, á expensas de la cual se ha ensanchado en la proximidad del Sena la nueva calle Lagrange.

El venerable barrio Maubert sufre actualmente otra transformación, con la cual desaparecen el «Château Rouge» y otras curiosidades que han desempeñado un importante papel en la historia anecdótica de París.

Se están derribando los vetustos edificios que aprisionan la iglesia de Saint-Séverin, y en breve no quedarán vestigios de los pintorescos é intrincados callejones que rodean aquel interesante y bellísimo monumento de arquitectura gótica.

Este templo, de origen galo-romano, reedificóse y agrandóse en los siglos XIII, XIV y XV. Se halla tan escondido, que no se le ve hasta llegar al pie de sus muros. La plazuela que toma su nombre fué el punto de partida del ensanche actual. Para formarla, se derribó, á mediados de este siglo, una fuente construída en 1654 y una casa antiquísima á cuyo frontis se hallaba adosada la fuente. Pero después de aquel esfuerzo, se ha descansado medio siglo, durante el cual los caserones mal aplomados de la vecindad han esperado temblando la piqueta demoledora.

Crónicas parisienses. – Un callejón del barrio Maubert

En su mayoría, estos caserones fueron habitados por libreros, encuadernadores y grabadores en dulce. En el número 8 estuvo establecida la librería de La Caille; ocupaban la casa inmediata los talleres del grabador Audran, que tenía la especialidad de grabar las tesis de doctorado, que resultaban verdaderas maravillas de dibujo y caligrafía. No hablemos del número 4, casa de amor, cuyas costumbres jamás fueron muy



Crónicas parisienses. – Iglesia de Saint-Séverin

honestas. El número 22, *Al escudo de plata,* fué una hostería, y el número 20, *Al pavo blanco,* una tienda de asador.

Este era el barrio de asadores y taberneros por excelencia. Estudiantes y curiales venían aquí á hacer sus francachelas, mientras que los faquines y vagabundos, con la escarcela tan vacía como el estómago, relamiéndose en la contemplación y olfateo de los pollos que daban vueltas ante la llama, comían pan á secas con ilusiones de gaudeamus. Aquí fué donde Seigni Joan, «loco insigne de París,» según cuenta Rabelais, pronunció una sentencia digna de Salomón contra un maestro asador de la calle de la Huchette, que pretendía hacer pagar á un pobre diablo el husmo del asado con que se había comido su pan.

El célebre bufón, en medio de un círculo de bodoques, mandó al faquín que sacase una moneda de su talego, y después de haberla hecho sonar á presencia del reclamante, declaró muy serio que el olor del asador quedaba bien pagado con el sonido del dinero.

En la Edad Media, la plazuela de Saint-Séverin se llamaba del «Travail au févre» (trabador del herrero). Pero el herrero de esta plazuela tenía un empleo más lucrativo que el de herrar caballerías. Era costumbre inveterada la de invocar, en el momento de emprender un largo viaje, la protección de San Martín, que era uno de los patrones de la parroquia. Como señal exterior de la invocación, se colgaba una herradura á la puerta principal de la iglesia, y para que el santo protegiese al viajero y á su cabalgadura, se enrojecía la llave de su capilla en la fragua del herrero que con ella marcaba al animal.

La puerta en cuestión es la que aún existe al pie del campanario, donde dos leones de piedra, uno á cada lado del pórtico, sustituyen desde mediados del siglo XIV, otros dos leones más antiguos en que se había apoyado el sitial del juez eclesiástico, oficial ó arcipreste, en la época en que pronunciaban sus sentencias en los portales de las iglesias, «entre dos leones.»

El cura de San Severo, que tenía título de arcipreste, vivía en una de las casas que se demolieron al ensancharse la calle de los Prestes; calle que no gozaba de muy buena reputación, á juz-



GUERRA ANGLO-BOER. – TELEGRAFÍA DE CAMPAÑA

1. Fijación de alambres en los postes. – 2. Recogiendo el alambre. – 3. Establecimiento de comunicaciones. – 4. Tendiendo el alambre. – 5. Vagón dispuesto para montar el telégrafo
Dibujos de Holland Tringham, de fotografía de Knight

gar por las historias de mujerzuelas que con mucha indulgencia pone en verso el poeta Guillot. Ya casi nada queda del famoso callejón. Pero aún resisten al tiempo y á las reformas las casas número 6, en que se fundó el colegio de Lisieux en 1814, y número 8, que mucho antes de Enrique IV tuvo por muestra: «Au Vert-Galant.»

Mas la importancia de este barrio data de más antiguo. Era ya el corazón del París de Felipe Augusto, metido en un estrecho recinto amurallado.



Guerra anglo-boer. – El general lord Methuen y su ayudante el teniente Loch, en Modder River, presenciando los ejercicios de deporte de sus tropas (de fotografía).

La calle del Fouarre, humilde cuna de la ciencia en la Edad Media, se llamaba calle de las Escuelas en el siglo XIII. Debe su actual nombre al bálago *(fouarre)* que en sus almacenes se vendía á las escuelas, con ocasión de los actos públicos, y que servía de asiento, en el santo suelo, á los estudiantes, mientras que los regentes y doctores se sentaban en sillas y bancos.

El Dante y el Petrarca, que concurrieron accidentalmente á las escuelas de París en aquella época, se sentaron con seguridad en la humilde paja; lo cual no impidió que el primero escribiese la *Divina Comedia* y el segundo sus inmortales versos á Laura de Noves.

Aquel bálago de las grandes solemnidades da una hermosa idea del París ilustrado de la Edad Media.

Pero esto no quiere decir que la paja sea el mejor de los asientos universitarios, ni que sea preciso haber descansado en ella para llegar á ser hombre ilustre.

Juan B. Enseñat

Ilustraciones de Junyent.

Guerra anglo-boer. – El coronel Baden Powel, comandante de la plaza de Mafeking, sitiada por los boers (de fotografía de Maull y Fox, de Londres).

MODAS INTERNACIONALES

¡Cuánto se modifica el gusto de las naciones!

Parece que allá por los siglos XVI y XVII todo era español en buena parte de Europa y de Africa y de América y aun de Oceanía.

Vestidos y costumbres y hasta el idioma se extendían y se imponían en países remotos.

Los españoles «iban á todas partes, aunque no tuvieran ropa negra,» condición indispensable hoy, según nuestros apreciables *chulismen*.

Damas principales, lo mismo en París que en Viena, y en los Países Bajos como en los Altos, en todas las cortes del mundo y tierras adyacentes, «se arrancaban» cantando coplas de los Brevas y de los Revueltas y de los Chacones de entonces y Balboas.

Los caballeros principales «hacían gemir las guitarras,» como nuestros *musos* contemporáneos «hacen gemir las prensas,» y tiraban de faca y se zurcían mutuamente sin conocerse.

El bolero, las manchegas y las sevillanas eran bailes de corte en algunos países, y tocaban los palillos importantes personajes de la banca y de la política.

En oyendo hablar á un español se estremecían las gentes; unas, de gusto; otras, de respetuosa cortedad.

Pasó aquello y empezó la moda francesa.

Habíamos perdido nuestra influencia poderosa en el Mundo Viejo, como después en el Nuevo, y quedamos reducidos al género chico.

Todo fué francés: la lengua francesa todo lo lamió y lo baboseó.

Empezaron traduciendo del francés varios de nuestros escritores, con reserva, como ofrecen el dinero algunos prestamistas.

Nadie conocía, exceptuando una docena de eruditos, la mina de donde salían tantas obras originales.

Después ya lo dijeron, si no siempre, en varias ocasiones:

«Arreglado ó arreglada del francés.»

Se había extendido mucho el idioma de Voltaire y Rousseau; varias personas, casi indocumentadas, sabían ya el significado de palabras francesas como «Mademoiselle, Madame, Monsieur, garçon y Napoleón.»

Y en círculos ilustrados se hablaba de Moliere, de *Ricino* de Monte-Cristo y de Eugenio *Suez*, y *El Judío* de *Suez* y *Los misterios de París* del mismo.

Hace algunos años hubo su *mijita* de período italiano: denominaban *Traviatas* á las señoras y *Trovadores* á los caballeros.

Después todo alemán, todo, y continúa.

Algunos autores españoles han descubierto filones riquísimos para *originalizar* comedias españolas.

Un tanto largo es el procedimiento.

Una persona del cuerpo diplomático por lo menos, porque en España eso del alemán es mucho pedir, traduce la obra al francés ó al castellano convencional, y el autor español improvisa *su* comedia sobre esta base.

Para los franceses ahora todo es ruso.

Ya no hay dama «parlera,» que dicen los poetas de los ruiseñores, que no haya leído á Tourgueneff, á Bulgarine, á Bakunine, á Nicotine, á Nicocianine; que no tome café con demi-Tolstoï de abajo, y que no dé su vida por el czar.

No hay señora que se estime en algo cuya piel no trascienda á piel de Rusia; es decir, que no use la esencia de piel de Rusia.

Un francés amigo mío no puede pasar por delante de un escaparate donde haya instalaciones de petacas y carteras de piel *de allá* sin descubrirse y murmurar:

– ¡Hurra!

Y un día en que, pasando por la calle Mayor, vió en un establecimiento un oso blanco ya tradicional, «embalsamado» – como dice mi amigo, – no pudo contener su entusiasmo franco-ruso, y rompió á exclamar:

– *¡Helás!, ¡helás!*, ¡el oso veritable de las estopas de Siberia!

En España lo dominante en estos momentos es lo inglés.

No bastaba con los genios galiparlantes y con los giros del *boulevard* ó de la *banlieue* – la ballena, según ha traducido un folletinista, ¡y anda suelto!

¿Quién no habla ya ó quién no escribe, por poca ropa que tenga, el *turf*, el *sport*, *steeple chasse*, *street*, *square*, *for ever*, *home rule*, *strugle for life*, y *The Thimes* y *The Standard* y *The Chipen Herald* y *Review of Reviews*?

Ahora casi sabemos lo que es *controle* y otras varias locuciones.

Los escritores más avanzados en el abuso, no en el conocimiento de lenguas, se aventuran ya en el alemán, y deslizan el *Prater* y *Du Ring an meinem Finger*, y citan – aunque sin deseo de que acuda – á la *Allgemeine Zeitung*.

Pero ni uno siquiera de nuestros poliglotas baratos, que conoce el *bulevar* de San Sebastián lo mismo que las clases uniformemente aceleradas de toreros y gente de «bronca,» y que llama *monsiú* á cualquier extranjero y sabe que hay un París de Francia, ha llegado á profundizar en alemán.

Conoce la cerveza dicha de aquel país y aun la bebe, pero no la pronuncia.

Hoy todo es inglés ó todo va siendo inglés – como decía un señor á quien notificaban la muerte de un amigo:

– Muchos vamos muriendo.

Eduardo de Palacio

GUERRA ANGLO-BOER

Con la llegada del generalísimo al Cabo ha entrado la guerra en una nueva fase que es más favorable á los ingleses. En efecto, el día 13 el general French salió de Dekiel's Drift al frente de tres brigadas y pasó el río Modder por el vado de Klip, ocupando las colinas situadas al Norte del río y apoderándose de tres campamentos boers. Al mismo tiempo, el general Gordon con su brigada se apoderó del vado de Rondeval y tomó, con insignificantes pérdidas, dos campamentos del enemigo. En la noche del 15 el general French entraba en Kimberley, obligando á los boers á abandonar las posiciones que tenían alrededor de esta plaza. Los ingleses, prosiguiendo su movimiento de avance, han invadido el Estado libre de Orange y se han apoderado de Jacobsdal, obligando al general boer Kronje á retirarse á Bloemfontein, amenazado en su flanco derecho por las tropas de lord Methuen, en el izquierdo por las divisiones 6.ª y 7.ª que manda el general Kelly-Kenny y en la retaguardia por las fuerzas del general French. En su marcha, la brigada Kelly-Kenny capturó á los boers 78 vagones de víveres, dos de Mausers, ocho cajas de obuses, diez toneladas de explosivos y gran cantidad de provisiones.



Guerra anglo-boer. - Mensajeros portadores del correo dispuestos á partir para Kimberley (de fotografía)

Hasta aquí las noticias de origen inglés, que, como se ve, no pueden ser más optimistas, pues de ellas se desprenden claramente tres hechos culminantes: la liberación de Kimberley, la invasión del Orange y la retirada de los boers después de abandonar, entre otras, las importantes posiciones de Maggersfontein.

Pero ¿y las noticias de origen boer? Estas no han llegado todavía ó han llegado muy incompletas, y sin embargo lo poco que por tal conducto se sabe viene á quitar bastante importancia al triunfo de los ingleses, y aun permite suponer que quizás tengamos una sorpresa: abona esta suposición el sistema hasta ahora seguido por el *War Office* de empezar anunciando grandes victorias que luego se han convertido en tremendos fracasos.

Por de pronto se sabe que aun en la misma prensa inglesa reina gran confusión, pues mientras unos diarios afirman que los boers abandonaron la artillería que tenían en Maggersfontein, otros dicen que los ingleses sólo encontraron allí unos pocos fusiles, y mientras unos aseguran que todo el ejército de Kronje huye perseguido por Kelly-Kenny y Kitchener hacia Bloemfontein, otros consignan que el general boer dividió sus fuerzas, dirigiéndose unas al Noroeste y otras al Oeste.

Veamos ahora las noticias favorables á los boers. Éstos, combatiendo el día 16 contra la retaguardia de las tropas que marchaban hacia Kimberley, se apoderaron de un convoy, compuesto, según unos, de

200 carros de provisiones y según otros de 19 vagones de víveres y 3 ó 4.000 cabezas de ganado, todo ello destinado al abastecimiento de aquella plaza, é hicieron muchos prisioneros. Este hecho es harto significativo, pues si los boers atacaron la retaguardia inglesa, claramente se deduce de ello que no todo su ejército ha huído hacia Bloemfontein y que bien pudiera ser que después de haber dejado pasar á los ingleses efectuaran un movimiento que cortara las comunicaciones del generalísimo Roberts. Así parece demostrarlo el avance de los boers por el Cabo y la toma de Rensburgo, seguida de un sangriento combate que obligó á los ingleses á replegarse sobre Nawpoort y Arundel, después de haber perdido, según se dice, 2.000 hombres. Así parece demostrarlo también la presencia de fuerzas boers que algunos telegramas señalan en Hopetow y Graspan, estaciones de la vía férrea situadas é retaguardia del Modder.

El *War Office* ha comunicado que en los combates sostenidos desde el 16 al 18 cerca de Paardeberg por el ejército de lord Roberts, murieron nueve oficiales y quedaron heridos los generales Knox y MacDonald y 39 oficiales: y añade el ministerio que la lista no es completa. Esta noticia, unida á la de origen boer, según la cual el general Dewet tomó por asalto el 18 varias colinas que entre Paardeberg y Koodwsrand ocupaban los ingleses, los cuales abandonaron sus muertos y heridos y tuvieron 40 prisioneros, obliga á poner en cuarentena las victorias que se atribuye Inglaterra, y autoriza cuando menos la hipótesis de que, cuando estas noticias se amplíen, tal vez resultarán muy rebajados los éxitos de lord Roberts, si es que no resulta algo más grave para las fuerzas de éste.

Por de pronto, un diario alemán ha recibido un telegrama de Jacobsdal en el que se dice que los boers han rechazado á los ingleses, quienes han fracasado en su tentativa de envolver á Paardeberg, y han tenido 1.600 muertos, entre ellos á 100 oficiales: de los heridos no se habla, pero es de presumir que su número habrá sido proporcionado al de aquéllos y por consiguiente considerable.

También circulaban rumores de que los orangistas habían recobrado sus posiciones de Kimberley.



GUERRA ANGLO-BOER. – Lord Roberts y lord Kitchener dirigiéndose al campamento de Rosebank Colonia del Cabo (de fotografía)

¿Pueden nuestros lectores sacar algo en claro de esta información contradictoria? Nos parece difícil y lo único que de todo ello se desprende es que los optimismos ingleses de los primeros días no aparecen muy justificados y están muy próximos á convertirse en pesimismos.

Terminaremos las noticias referentes al Cabo diciendo que la columna inglesa del general Brabant se apoderó el día 18 de la plaza de Dordrech.

Igual confusión que en las del Cabo reina en las noticias que se reciben de Natal. El general Buller ha pasado nuevamente el Tugela atacando las posiciones boers de Waal's Krantz, mientras la brigada Dundonald se apoderaba de la colina del Húsar y Littleton atacaba las de Monte-Cristo y Hangwani, apoderándose de varios vagones de víveres y municiones: las fuerzas del general Hart ocuparon el día 20 Colenso. El general Buller, al dar cuenta de este movimiento de avance sobre Ladysmith, dice que el enemigo *parece* haber emprendido la retirada y ocupa, *al parecer*, una sola posición en la línea del ferrocarril de Colenso, con muy escasas fuerzas. Muchos *parece* nos parecen éstos: se conoce que el general, escarmentado por sus continuos fracasos, no se atreve á afirmar nada. Y bien hizo en ello, porque un telegrama expedido el día 21 al *Times* desde Chieveley dice que los boers ocupan al otro lado del río una fuerte posición natural que domina el camino de Colenso. De modo que la liberación de Ladysmith sigue siendo tan problemática como hasta ahora.

A propósito de Ladysmith, son interesantes los datos que acerca de la situación de los sitiados ha comunicado un corresponsal inglés que recientemente ha podido salir de aquella plaza. Los últimos fracasos del general Buller produjeron allí gran desencanto, pero la población conservaba la confianza de que podría seguir resistiendo. El régimen de carne de caballo y de mulo comenzaba á ser monótono; la fiebre entérica y la disentería habían disminuído, pero en cambio habían aumentado las fiebres ordinarias. Una docena de huevos costaba 45 francos; un pollo, 23; una calabaza, 15; un tarro de confitura, 15; una caja de leche condensada, 10; una libra de tabaco, 112'50, y una caja de whisky, 3.625.

Inglaterra se dispone á enviar al Africa del Sur hasta el 4 de marzo otros 15.000 hombres y 1.500 caballos.

Dícese que Mac Kinley ha hecho algunas gestiones cerca del embajador inglés en Wáshington, Mr. Pauncefote, para ver cómo sería acogido por Inglaterra un ofrecimiento de mediación: la respuesta ha sido que se consideraría esto como acto de hostilidad.

Según parece, el gobierno inglés ha ejercitado el derecho de comprar todos los cañones que las fábricas inglesas tienen dispuestos para entregarlos á potencias extranjeras; gracias á esto el *War Office* ha podido enviar al Africa seis baterías Maxim-Nordenfeldt y disponer de 20 ó 30 baterías que serán embarcadas próximamente. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Cuartel general del general White en Ladysmith (de fotografía de Horacio W. Nicholls, de Johannesburgo)



DE EXCURSIÓN, cuadro de Francisco Masriera

(Sala Robira, Fernando VII, 59)



UNA AFICIONADA DE ANTAÑO, cuadro de Román Ribera

(*Salón Robira*, Fernando VII, 59)

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Ambrosio Thomás, obra de Falguière.— El Parque Monceau, en donde tan admirablemente se destaca sobre un fondo verde de césped el monumento hace poco erigido á la memoria de Guy de Maupassant, se adornará dentro de poco con otro, el que en honor del ilustre maestro Ambrosio Thomás ha esculpido el celebrado escultor Falguière. En él, el célebre compositor está sentado en una roca en actitud pensativa y teniendo en la mano la pluma con que trazó las admirables páginas musicales de *Mignon* y *Hamlet*. Al pie de la roca, una de sus heroínas, la desdichada Ofelia, con mirada extraviada, deja caer de sus manos las flores que ha cogido. Este monumento, de dimensiones reducidas, está tallado en un bloque de mármol blanco de gran pureza: se levantará al borde de uno de los arroyos que riegan el más elegante de los jardines parisienses. No podía escogerse mejor sitio para una obra tan llena de poesía y de encantos como la que nos ocupa y que reproduce uno de los grabados de esta página. A la iniciativa de los Sres. Bertrand y Gaillard, directores de la Academia de música, se debe este homenaje rendido á Ambrosio Thomás, y por ello merecen el aplauso de cuantos por el arte se interesan, ya que la obra del escultor es digna de la gloria del músico en cuyo honor ha sido ejecutada.

Un quiebro, cuadro de A. Lizcano (Exposición Robira). – No es el Sr. Lizcano un artista novel, conforme lo demuestra el lienzo que reproducimos, obra verdaderamente recomendable por la armonía del color, el movimiento que á las figuras ha conseguido dar el artista y por las dificultades que ha logrado vencer, que no son escasas, por tratarse de una composición en la que era preciso marcar la naturalidad de las respectivas situaciones.

El Sr. Lizcano, aventajado discípulo de la Academia de San Fernando, comenzó alcanzando señalados triunfos en las Exposiciones nacionales, adquiriendo merced á su laboriosidad y discreción la fama y consideración á que tiene derecho por sus merecimientos.

De excursión, cuadro de Francisco Masriera (Salón Robira). – Devoto ferviente de lo bello, procura en cada nueva producción ajustarse á su credo artístico, demostrando que no decae su entusiasmo ni se agota el inmenso caudal de su admirable paleta. Sus cuadros, estudiados con plausible prolijidad, cautivan y embelesan no sólo por la belleza de sus pormenores y la elegancia de los trazos, sino por su encantadora plasticidad. Elegante en el trazo, lo avalora por la delicadeza de los tonos, distinguiéndose el conjunto por la finura que revela, á cuyo concepto ajústase el modo de ser del artista. El lienzo que reproducimos es una nota más, unida á las que han dado á Francisco Masriera personalidad artística y le han conquistado justo y merecido renombre.

El cardenal Jacobini.— El ilustre purpurado recientemente fallecido en Roma era uno de los miembros más influyentes y populares del Sacro Colegio. Había nacido en aquella ciudad en 3 de septiembre de 1837: su padre era portero de un convento de frailes. Después de brillantes estudios en el seminario romano y apenas recibida la tonsura, fué nombrado profesor del mismo. Llamado más tarde á la secretaría de Estado del Vaticano y nombrado al poco tiempo secretario general de la congregación *De propaganda fide*, puesto que ocupó durante muchos años, tuvo el raro talento de agradar á todo el mundo, así es que sólo amigos contaba, así en el clero romano como en



El cardenal JACOBINI,
fallecido en Roma en 1.° de febrero de 1900

el episcopado que dependía de la Propaganda. En 1891, León XIII le nombró nuncio en Lisboa, de donde regresó á Roma en 1896 con el capelo cardenalicio. Su popularidad era principalmente debida á su afabilidad y á la actividad infatigable que desplegó en la fundación de las sociedades obreras católicas y de las escuelas nocturnas, adonde iba él mismo á enseñar el catecismo á los niños pobres. Sus especiales aptitudes y su popularidad le indicaron desde luego para el cargo de cardenal vicario, pero este cargo lo ocupaba el cardenal Parocchi, á quien León XIII profesaba gran afecto. En noviembre último el cardenal Parocchi pasó á la Cancillería y entonces le sucedió monseñor Jacobini, á pesar de que ya estaba muy enfermo. Desgraciadamente apenas hubo tomado posesión de sus nuevas funciones, la diabetes, que hacía cuatro años padecía, se recrudeció, y en 1.° de este mes falleció el cardenal después de cinco ó seis días de agonía.

Una aficionada de antaño, cuadro de Román Ribera (Salón Robira). – Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en este mismo lugar las obras del distinguido pintor catalán Sr. Ribera, que tan alto ha sostenido el pabellón del arte en nuestra querida Barcelona, que casi juzgamos ocioso encarecer las bellezas de la nueva obra de que hoy damos copia. Román Ribera ha alcanzado la categoría de maestro en su arte: sus lienzos llevan el sello especial, elegantísimo y delicado, que es el distintivo de todos los que produce.



Monumento erigido en París á AMBROSIO THOMÁS, obra de Falguière

El coronel Villebois Mareuil.— El coronel del ejército francés que hoy figura como jefe de Estado mayor de los boers nació en Nantes, en marzo de 1847, é hizo sus primeros estudios en el colegio de los jesuítas de Vaugirard. Terminado el bachillerato y hecha su preparación para la escuela militar en el colegio de los carmelitas, entró en Saint-Cyr, de donde salió en 1868 con los galones de subteniente, ingresando entonces en la Infantería de marina, llevado de su afición á los viajes y de su espíritu ganoso de aventuras. Enviado como oficial alumno á la escuela de gimnasia de Joinville-le-Pont, adquirió gran reputación en todos los deportes; pasó luego á Cochinchina, en donde fué ayudante de su tío el almirante Cornulier,



GUERRA ANGLO-BOER. – El coronel del ejército francés Villebois Mareuil, jefe del Estado mayor boer

y al estallar la guerra franco-prusiana regresó á Francia, teniendo que vencer para ello la resistencia de su tío y jefe, quien quería á todo trance conservarlo en el puesto que le había confiado y que, dadas las complicaciones que allí se temían, era de grandísima importancia. Al llegar á su patria unióse al 25.° cuerpo que mandaba el general Pourcet y tomó parte activa en los últimos hechos de la campaña, distinguiéndose especialmente en la toma de Blois: entonces fué nombrado sobre el campo de batalla capitán y condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Después de una brillante carrera, en la que alcanzó todos sus grados por méritos de guerra, habiendo sido el coronel más joven del ejército francés, retiróse del servicio y se dedicó á la literatura, en la que ha conseguido grandes triunfos. En octubre de 1899 decidió marchar al Transvaal, en donde, como hemos dicho, es jefe del Estado mayor y en donde ha dado pruebas elocuentes de sus grandes aptitudes militares.

En el vado, cuadro de Jose Cusachs (Exposición Robira). – Una página más de la vida militar en nuestra patria aporta el laborioso pintor Sr. Cusachs á la nutrida serie de las obras de este género que ha producido, que tanta notoriedad le han asignado, puesto que hoy es ya indiscutible su competencia y su habilidad para trasladar al lienzo tipos, escenas y cuadros de nuestro ejército.

En el vado, según ya decimos, es uno de tantos incidentes observados por el Sr. Cusachs como militar y como artista, que ha sabido interpretar con acierto y fidelidad.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París*. – Se han estrenado con aplauso en la Opera *Lancelot*, drama lírico en cuatro actos de Luis G[illegible]t y Eduard Blau, [illegible]sima música de V. de Joncieres, y en la Opera Cómica *Luisa*, novela musical en cuatro actos y cinco cuadros, poema y música de Gustavo Charpen[illegible]er.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Fedora*, arreglo de la conocida obra de Sardou hecho con gran acierto por los señores Francos Rodríguez y González Llana, en cuya ejecución rayaron á gran altura Rosario Pino y muy especialmente Emilio Thuillier; en la Princesa *La mamá chica*, bonita comedia en cuatro actos de Julio Lemaitre, admirablemente arreglada á la escena española por D. Enrique Gaspar; en Lara *Hoy como ayer*, juguete en un acto de D. Pedro Sabau; en Romea *Tiempo revuelto*, revista en un acto de D. Angel Caamaño con música de los maestros Lleó y Calleja; y en la Zarzuela *El joven Telémaco*, refundida en un acto por su autor D. Eusebio Blasco.

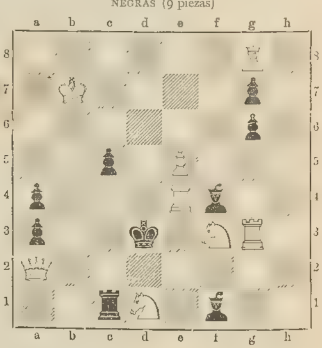
Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Mamma* y *Le Vergini*, bellísimas comedias de Marco Praga que han valido nuevos triunfos á la excelente compañía que dirigen Teresa Mariani y los Sres. Paladini y Zampieri, y *Realtá*, drama en tres actos de Gerolamo Rovetta; en Romea *La planxadora*, gracioso sainete en un acto de D. Jacinto Capella; y en el Eldorado *La familia de Sicur*, chistoso sainete lírico en un acto, letra de don Javier de Burgos y música del maestro Jerónimo Jiménez. En Novedades se ha celebrado el beneficio de la Sra. Mariani, habiéndose puesto en escena el hermoso drama en cuatro actos de Sudermann *Magda*, en cuya ejecución rayó á gran altura la notable actriz, á quien el público, que llenaba el teatro, tributó una ovación tan grande como merecida.

Necrología. - Han fallecido:
Juan Frey, eminente filólogo suizo.
Francisco Smolka, uno de los más ilustres políticos de Austria.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 184, POR J. POSPISIL

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 183, POR DR. S. GOLD

Blancas.	Negras.
1. Td7-c7	1. R toma C
2. Dg8-d5 jaque	2. P toma D.
3. c4-c5 mate.	

VARIANTE

1.... P toma C; 2. Dg8-e6 jaque, etc.
1..... Otra jug.ª ;2. Tc7-c6:, etc.

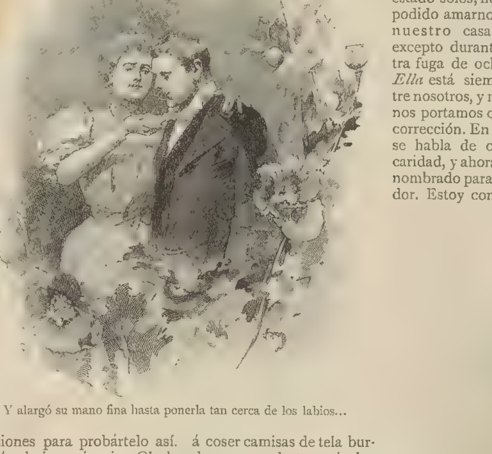
EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Ya conocías esa sociedad, ¿por qué fuiste á buscarme en ella? Siento tener que decirte esto. ¿Hay algo en mí que te disguste? ¿Tengo un porte... enojoso, como dices?

Roberto se volvió. Ella le miraba con aire contristado. Aquella rebelde, que reivindicaba derechos de libertad incompatibles con su juventud, estaba muy linda. ¿Por qué no se contentaba con ser seductora y por lo mismo amada?


Y alargó su mano fina hasta ponerla tan cerca de los labios...

—Personalmente eres encantadora, le dijo su marido acercándose á ella, pero te afirmo que los relatos del doctor me han hecho desconfiar de las amigas que tenías.

—Ya has visto una de ellas. ¿Te desagrada Lucy Hartley?

—Dejemos á miss Hartley. Tienes mucha maña para desviar la conversación. Me diriges quejas pueriles, que no están motivadas. No se te tiraniza; se te quiere. Mi madre se ha apresurado á aprovechar todas las ocasiones para probártelo así.

Mad reprimió un ademán de impaciencia. ¡Oh, la generosidad de Mad. Le Clercq! Roberto, careciendo un poco de tacto, añadió:

—Gracias á ella puedes satisfacer tus gustos de lujo y elegancia; deberías tenerlo presente.

—Ya lo creo, con tanto mayor motivo cuanto que se me da á entender á cada paso, dijo María Magdalena despechada.

—¿Qué dices?

—Digo, querido Roberto, digo que es cansado y humillante oirse recordar á cada momento favores que no se han solicitado.

—Eso es ingratitud. Nada se te echa en cara, y al cariño que se te demuestra correspondes con el despecho y la impaciencia.

María Mad reflexionó un rato. El debate tomaba un sesgo muy penoso. Aquellas contestaciones sobre delicadas cuestiones de generosidad y de agradecimiento la herían en lo íntimo de su corazón. Pensó que Roberto no hubiera debido hacer la menor indicación sobre ello, pero era preciso proseguir aquella discusión puesto que había comenzado. Repuso, pues, con acento muy suave y gracioso para quitar fuerza á sus palabras:

—Estoy persuadida, en efecto, de que si tu madre me tiraniza es por cariño. Insisto en decir que me tiraniza, y si no hubiera apreciado el móvil que la ha guiado, no hubiera tenido el valor de soportar tanto tiempo un dominio tan pesado. Reconozco que me ha colmado, mejor diré, me ha abrumado de presentes y atenciones. Sólo que preferiría que me quisiera de otro modo, haciéndome menos regalos y dejándome obrar un poco á mi gusto. Vaya, Roberto, sabes tan bien como yo que no vivimos en nuestra casa, sino en la suya; que en ella comemos y dormimos, que sus criados nos sirven y sus coches nos pasean. Para ti, que eres su hijo, es una situación muy natural sin duda, pero yo parece que estoy de visita; si cojo una flor en el jardín temo ser indiscreta, y no me atrevo á dar una orden á todos esos criados tan serios que me miran con cierto desdén respetuoso que he comprendido muy bien. Dar es un gran placer. Recibir, y recibir á pesar nuestro, es á la larga un suplicio. Amigo mío, la situación es molesta. Por Dios, que Mad. Le Clercq me recoja todo lo que me ha dado, que no me haga más regalos, pero que me permita vivir á mi gusto. Porque, en fin, Roberto, lo que pretende haberme dado y que cada día me va quitando más, lo que yo quiero más en el mundo..., ¡eres tú!

María Magdalena, con un movimiento natural, pasó el brazo alrededor del cuello de su marido y apoyó su linda cabeza en su hombro, de suerte que al mirarla, al ver junto á él aquellos hermosos ojos claros, aquella boca fresca, aquella tez lozana, Roberto se sintió debilitar y no tuvo fuerza para rechazar á su mujer.

—Tú y yo no hemos estado solos, no hemos podido amarnos desde nuestro casamiento, excepto durante nuestra fuga de ocho días. *Ella* está siempre entre nosotros, y nosotros nos portamos con toda corrección. En la mesa se habla de obras de caridad, y ahora me ha nombrado para el obrador. Estoy condenada á coser camisas de tela burda, que me destrozarán los dedos, y los tendré picoteados de negro como una costurera.

Y alargó su mano fina hasta ponerla tan cerca de los labios de su marido que éste se la besó. Sabía la clase de ascendiente que tenía sobre él y por vez primera lo empleaba en la lucha contra su suegra. Hasta aquí había sufrido sin quejarse por horror á las discusiones y á la diplomacia femenina.

—Cuando por casualidad estemos solos, te contaré lo que haya pasado en la reunión de la asociación de señoras y te diré lo que cuesta la tela de cáñamo para hacer rodillas de cocina... Bob mío, estábamos tan bien en el campo, los dos solitos. No éramos muy formales. Tú me besabas cuando pasábamos por los senderos escondidos entre los setos...

Roberto, olvidando del todo su justo enojo, besó á Mad como si aún estuviera en uno de los senderos cuyo recuerdo guardaba aún.

—Aquí, ¡qué diferencia!, repuso ella. Tú estás grave, yo lúgubre; tú no te permitirías reir, yo pronto no sabré. Vamos á volvernos muy serios; tú no pensarás más que en tus pleitos y yo en las niñas del orfanato; seremos muy respetables y nos momificaremos. Tú no tienes treinta años, yo tengo veinte, y sin embargo, somos centenarios. Dime, Bob, ¿te parece bien que hayamos llegado á viejos á nuestra edad? ¿No tienes deseos de ser joven? ¡Yo sí!.. ¡Ah, no tener nada, ninguna fortuna, nada más que lo que ganas, y vivir contentos juntos! Debemos serlo todo el uno para el otro. ¿Qué es lo que yo quiero? Conservarte para mí sola. Me parece que esto es muy natural. ¿No es una cosa abominable no tener marido sino á hurtadillas, casi ocultándose? Pero yo ni siquiera te conozco; no tenemos ninguna intimidad de pensamiento. No he hecho más que entreverte durante ese afortunado viaje demasiado corto, y nada más. Desde entonces no he visto más que un caballero vestido de negro, muy correcto, siempre con una señora anciana entre él y yo. ¿Y tú? ¿Me conoces acaso, Roberto?

Sus miradas se penetraban y él no contestó á esta pregunta; todo el profundo enigma de un alma desconocida estaba en aquellos ojos tan luminosos que se abrían ante él.

—No, tú, añadió Mad con un poco de rencor en la voz, tú no te has dignado querer conocerme y sin embargo, creo que valgo la pena.

Roberto se acercaba más á ella. Todas aquellas cosas dichas por una mujer amada, por aquella preciosa María Magdalena que ejercía sobre él una influencia muy particular, le conmovieron. Eran justas y encontraron eco en él. Su madre profesaba un cariño invasor. Y comprimidos en aquella vida ceremoniosa y grave, ambos, que se amaban y eran jóvenes, no tardarían en atrofiarse.


Se apoyaron en la baranda del balcón abierto

Pero la situación era inextricable.

—¿Qué hacer, Mad? Somos así. Nuestra vida está arreglada...

—¡Oh no, Bob! No; cuando hemos aceptado la existencia en común, no sabíamos que era una cosa absolutamente imposible.

—¿Qué querías que hiciésemos?

—Vivir en nuestra casa como todo el mundo. Tener una vivienda nuestra.

Roberto meneó la cabeza.

—Sueños, querida. Sería cruel abandonar á mi madre, á su edad, después de todos los sacrificios que ha hecho por nosotros.

—Cuando una madre casa á sus hijos, se resigna á una separación. Mi padre me ha dejado salir de París; bien puede tu madre dejar que te vayas de su casa. Sabe que la queremos; siempre tendremos una satisfacción en recibirla.

– Esa frase parecerá á mi pobre madre abominable.

– Pero cuando ella se casó, ¿se encontró en tutela como yo? ¿Habría aceptado de buen grado tal situación?

Siguió un largo silencio. Roberto reflexionaba, cogido entre su cariño á su madre y su amor á Magdalena, reconociendo en el fondo de su corazón que á ésta le asistía el derecho de querer vivir en su casa, pero retrocediendo con espanto ante la perspectiva del disgusto, de la indignación de Mad. Le Clercq, y también, á fuer de provincial timorato, pensando en todos los comentarios que harían sus amigos... Mad repuso:

– Pobre Bob, comprendo que sea penoso para ti, pero es inevitable. No podemos continuar en una situación como esta. Además, después del incidente de antes, es imposible que volvamos á nuestra vida habitual.

Roberto arrugó el entrecejo, pero ella prosiguió animosamente diciendo:

– Sí, yo misma te recuerdo este incidente, que siento en la forma, aunque no he faltado á la cortesía, pero que es afortunado en el fondo. Dirime la cuestión, y nos coloca en una situación tal que es menester tomar un partido; ó seguir aquí, pero entonces en una situación absolutamente subalterna y dependiente, ó bien, lo que es lógico, poner casa... modesta, lo que quieras y como quieras. No me gustan el lujo y las comodidades hasta el punto de sacrificarlo todo por ellos. Y creo que después de la primera explosión de sentimientos vehementes, tu madre reconocerá que debíamos tomar esta resolución.

Roberto exhaló un suspiro de angustia. María Magdalena defendía su causa con calor y encontraba razones excelentes; pero también Mad. Le Clercq encontraría argumentos irrefutables para probarle que su mujer era una ingrata, y él un mal hijo, un hombre débil, cuya indignación desaparecía ante unos cuantos besos y graciosos reproches murmurados por una linda boca.

– ¡Ah, Mad, en qué situación me has puesto! Ya que sufrías, ¿no podías habérmelo dicho en lugar de tener esa cuestión irreparable? Mi intervención lo habría podido arreglar todo. Ahora necesitaré batallar con mi madre, reñir con ella quizás, idea que me es sumamente penosa.

– ¿Reñir?.. ¿Cómo puedes suponer que sea tan poco razonable para no admitir una cosa tan justa? Cada cual en su casa, esa es la regla común; todos nuestros amigos viven así. Nosotros somos los que estamos en una situación anormal.

– Sí, desde tu punto de vista, que no es el de mi madre. Y hay un lado de la cuestión por cima del cual pasas ligeramente. No tengo fortuna mía propia; mi padre perdió todo cuanto tenía en especulaciones desgraciadas; mi madre no está obligada á nada absolutamente para conmigo. Es muy justo que conserve todo cuanto le pertenece. Por mi parte no quisiera pedirle nada.

– Lo comprendo muy bien, dijo vivamente María Magdalena.

– Sí, pero entonces, ¿de qué viviremos? Hace poco tiempo que he abierto mi bufete, y mi clientela es muy escasa. No puedo contar más que con cuatro ó cinco mil francos al año, lo cual es muy poco para nosotros, acostumbrados á una vida desahogada. Ya no tendríamos carruajes, ni criados, ni habitaciones lujosas.

María Magdalena se había cogido del brazo de su esposo y ambos paseaban por el cuarto.

– Ya te he dicho, Bob, que el lujo me importa poco. No quiero más que á ti, y tranquilidad. Demasiado sabes que no soy mujer de mundo. Seremos muy felices: tendremos una bonita casa de campo de ladrillo, con un jardín para nosotros: nada de estufas de camelias, sino resedas y violetas que serán mías; un salón donde recibiré á quien me cuadre, y una habitación de respeto donde podré dar hospitalidad á alguna amiga querida, por ejemplo á Lucy. No sabes cuánto me gustaría recibir á Lucy. Querido Bob, al fin vamos á ser marido y mujer; y haremos lo que queramos. Yo llevaré un cuaderno de gastos con mucho cuidado, nuestra casa será alegre y elegante... Ya verás... ¡Oh! ¡Vivir en nuestra casa!

Se apoyaron en la baranda del balcón abierto, y pensativos, contemplaron cómo descendían al jardín las sombras de la noche. Roberto, sin dejar de apreciar el lado agradable de una vida un poco libre, comprendía también, además del disgusto de desagradar á su madre, el peso de las responsabilidades que iba á asumir. En efecto, desde aquel día iba á ser un hombre casado, es decir, á tener que cuidarse de la familia, y esto no dejaba de preocuparle.

– Mad. Le Clercq había visto á su hijo correr hacia la casa; adivinaba su enojo; pensó que iba á dirigir á María Magdalena reconvenciones bien merecidas, y aunque fuese muy buena y quisiese á su nuera, le satisfizo la determinación de Roberto, porque se había quedado muy enfadada.

El doctor, contrariado y apurado y deseoso de evitar el asistir á semejante crisis, había salido para escribirse á sí mismo una carta que le llamaba á París por el primer tren.

Mad. Le Clercq, al subir la avenida que iba á parar á la escalinata exterior, pensaba que María Magdalena merecía una severa reprimenda, y sin duda, obedeciendo á su marido, al otro día procuraría disculparse con ella. Al concederle un perdón generoso, sería preciso dirigirle un discurso á propósito para hacerle comprender que no debía reincidir en semejante audacia.

Cierto rumor de voces le hizo levantar los ojos y vió en el balcón de María Magdalena á los dos jóvenes apoyados uno en otro y en buena inteligencia aparente. La estupefacción la dejó inmóvil un minuto. ¡Cómo! Roberto parecía en los mejores términos con su mujer. Habiendo ido á reprenderla, cambiaba de actitud y parecía aprobar su inconveniencia. Una oleada de amargura le invadió el corazón.

Roberto vió á su madre en el momento en que entraba en la casa.

– Ya sabes, Mad, que deseo que expreses el sentimiento de haber hablado en semejante tono.

Mad bajó la cabeza.

– Pero, ¿he faltado de veras á las conveniencias?

– Tus palabras eran correctas, pero tu actitud no. Ya ves la consecuencia.

Ella conoció que debía ceder acerca de este punto, y lo hizo con gracia, como lo hacía todo.

– Amigo mío, no me costará trabajo decir á tu madre que la respeto profundamente y que sentiría mucho haberla ofendido.

Roberto durmió poco: la idea de los debates que iban á entablarse le preocupaba dolorosamente.

A Mad. Le Clercq, la convicción de la ingratitud de sus hijos la mantuvo en un estado de exasperación febril.

Fué recordando con gran lucidez de memoria todas las bondades que les había prodigado, y se vigorizó el sentimiento de su autoridad y se propuso ser exigente.

Menos dispuesta que nunca á la conciliación, se preparó durante aquella noche de insomnio á una actitud de rigidez y de dignidad, herida poco á propósito para suavizar las cosas.

Al día siguiente Roberto se encerró en su despacho, con la cabeza llena de ideas muy desagradables. Se acercaba el momento en que sería preciso hablar á su madre, procurar hacerle comprender y admitir los proyectos de María Magdalena, inducirla á que le pareciera justo que se la dejase sola después de todos los sacrificios hechos por ellos. La tarea era difícil y el joven se sentía muy perplejo ante la idea de afrontar una indignación, una vehemencia de sentimientos que le habían hecho ceder siempre.

Atormentábanle además otras preocupaciones. Todas aquellas hermosas visiones de existencia modesta y libre, los dos solos y dueños de sí mismos, eran agradables mientras no pasaban de ilusiones.

Pero cuando llegara la hora de llevarlas al terreno de la práctica, ¡cuántas dificultades materiales iban á surgir!

¡La angustia de la incertidumbre!

Ninguna fortuna, ni siquiera la cantidad necesaria para comprar los muebles indispensables para su instalación.

Estaban destinados á vivir tan completamente en casa de su madre, que se habían instalado en un nido ya preparado en ella; ninguno de los objetos de que se servían les pertenecía.

Apenas hacía un año que él ejercía su profesión; aún no había cobrado la mayor parte de los pocos miles de francos que había ganado; pues un abogado no envía su nota á sus clientes como un comerciante; lo poco que cobraba lo iba gastando á medida que lo recibía.

Así pues, al avisar á Mad. Le Clercq que la dejaban, sería preciso pedirle dinero para poder realizar esta decisión.

Roberto se paseaba por su despacho con agitación, pensando en el callejón sin salida en que se hallaba metido. Cuando María Magdalena no estaba con él, disminuía su pasajera influencia. Roberto se recobraba, y volvían á dominarle sus ideas habituales. ¡Había trabajado tanto en aquel despacho, en presencia de los antiguos retratos de presidentes y magistrados, antepasados suyos, que vestidos de toga y con grandes pelucas envejecían en aquellos marcos dorados! ¡Cuántas veces, al levantar la vista, cansado de estudiar un árido proceso, había tropezado con aquellas antiguas y rígidas figuras, que fueron honorables magistrados, enseñándole el camino que debía recorrer, camino recto trazado por honrados y medianos talentos, penetrados de su importancia y de su situación en la sociedad! En aquel despacho habían trabajado su padre, su abuelo y su bisabuelo. Aquellos libros encuadernados en pergamino, simétricamente alineados detrás de los cristales de la biblioteca que ocupaba todo un lienzo de pared, aquel antiguo reloj de bronce, aquella mesa maciza, aquellos sillones raídos, todo aquel mueblaje grave, severo, estaba como impregnado de pensamientos serios, del sentimiento de la respetabilidad, del respeto del mundo y del deber de cada Le Clercq á su propio nombre. Aquella raza de jurisconsultos había sido rígida y leal; todo parecía en ella regulado por una tradición casi venerable á fuerza de antigüedad. Cada uno de aquellos magistrados tuvo un hijo que le sucedió en el nombre y en la fortuna; las hijas, cuando las tenían, entraban en el convento, ó se las casaba con primos de la rama menor que también llevaba el apellido Le Clercq.

El camino de todos aquellos hombres estaba trazado por toda una eternidad; una infancia juiciosa, una juventud estudiosa, el casamiento entre los veinticinco y los treinta años, una vida grave y digna, honores y la consideración de sus conciudadanos. Como cada uno de ellos se había casado con una mujer rica y administrado acertadamente sus bienes, la fortuna de la casa era cuantiosa. Unicamente el padre de Roberto había dilapidado cuanto poseía, pero por una causa política, su adhesión á los Borbones. Aquella burguesía de tres siglos tenía opiniones realistas muy marcadas. Todas las mujeres con quienes se habían casado eran de alta burguesía rica y honorable, dignas compañeras de tales magistrados. Por parte de los maridos, la rigidez de principios y la corrección de vida habían sido absolutas; por la de las mujeres, la práctica de obras caritativas, de tradición.

Roberto había sido el primero en introducir en aquella raza de hierro, ó mejor dicho, de madera dura, una criatura vivaz, ligera, cuyos gustos é ideas no estaban en relación con los de sus antepasados. En el pecado llevaba la penitencia.

¿Se iba á ver á un Le Clercq salir del hotel de familia, trabajar en otro despacho, vivir necesitado y miserable, en alguna casita del arrabal, lejos de la mirada estimulante de los retratos de familia?

A este pensamiento, toda la sangre de magistrado, toda la rigidez afectada, el temor de rebajarse, el orgullo del nombre, se agitaron en él. Marcharse, dejarlo todo, romper con el pasado, con todo el culto de las tradiciones de familia, porque Mad. Le Clercq había despedido á la camarera de María Magdalena, ó más bien porque María Magdalena, acostumbrada á una vida libre, sin regla ni freno, no había apreciado aún los beneficios de una existencia honrosa y honrada, holgada y segura, como la que llevaba. ¡Ah! ¿Por qué había cedido algunas horas antes á un impulso que ahora lamentaba y por el cual le guardaba un poco de rencor, creyéndola en esto muy astuta?

Deploró su debilidad y el haber podido abandonar un momento la causa de los Le Clercq porque estaba prendado de su mujer. Había prometido hablar á su madre y le era preciso cumplir su promesa. Bajó á sus habitaciones sin saber aún lo que iba á decir, en el raro estado de ánimo del hombre atraído con la misma fuerza en dos sentidos opuestos. No cabía dudar que en lo que le había dicho su mujer había algo de cierto. Pero ¿no sería posible mejorar las cosas sin romper abiertamente todos los vínculos tan queridos, tan sensibles, que le unían allí?

Mad. Le Clercq, indispuesta á causa de una noche de insomnio, estaba aún en la cama. Roberto entró en su cuarto, y se quedó un rato silencioso; después de dar un beso á su madre, echó una ojeada á aquella habitación en la que rara vez entraba desde que era un hombre hecho.

En su infancia había pasado muchas horas en ella. Volvió á ver junto á una ventana una mesita de laca en la que se entretenía con juegos tranquilos y silenciosos mientras su madre cosía ó hacía cuentas; volvió á ver la silla de terciopelo en la que se sentaba muy quieto mientras ella le contaba cuentos; en aquella silla había recibido sus primeras lecciones de lectura; en aquel piano pequeñito, puesto en un rincón, había ejecutado vacilantes escalas de niño; en aquella alfombra de flores descoloridas había formado batallones de soldados de plomo, con sus cañones y sus fuertes guarnecidos de artillería; encima de la chimenea volvió á ver su retrato, y en un bonito marco un dibujo mal hecho en el que había procurado, con torpe pincel, representar las facciones de su padre. Todo hablaba allí de él y de su infancia. Mada-

me Le Clercq había sido una madre muy tierna y celosa; en lugar de confiarle á niñeras y de enviarle á jugar al cuarto de los niños, su mayor gusto había sido tenerle siempre á su lado, ocuparse de él en todo y á cada momento. Y tal vez era aquel gran cariño, el que haciéndola un poco celosa, la inducía ahora á tiranizar á María Magdalena.

Miraba á su hijo con ansiedad; sabía que iba á hablarle del incidente de la víspera y que su conversación sería grave, pero no dijo nada; ante todo quiso ver en qué disposición de ánimo se encontraba.

– Me encuentro en una situación muy penosa, comenzó Roberto á decir con embarazo.

Su madre le contestó con voz dulce:

– Creo que haya sido muy desagradable para ti el oir á tu mujer hablar como lo hizo ayer.

Roberto no contestó al pronto, y su madre, viendo su vacilación, quiso precipitar las cosas y llegar en seguida á la verdadera discusión.

– Roberto, tú tienes que darme alguna noticia desagradable; lo conozco. Habla, hijo mío. María Magdalena está enojada, ¿no es cierto? ¿Tiene empeño en conservar á su camarera, y será preciso que revoque mi orden de despedida? Está orgullosa de haber demostrado mucha audacia.

– Si no fuera más que eso..., dijo Roberto.

Luego, resolviéndose de pronto, añadió:

– Mamá, prefiero confesar á usted francamente y sin ninguna diplomacia, que mi mujer se ha propuesto tener casa propia, ser su propia dueña. Es una idea fija... bastante comprensible. Aquí se halla algo en tutela. Usted está en su casa, reina en ella, lo cual está en su lugar; pero ella tiene cierta independencia de carácter y le disgusta tener que... subordinarse á otra voluntad.

– ¿Qué edad tiene? Veinte años. Comprendo muy bien que quiera obrar por sí sola y que se crea capaz de ser ama de casa.

Roberto miró á su madre con cierta irritación que ella notó en seguida.

– Es indudable que á toda mujer casada, cualquiera que sea su edad, le asiste el derecho de tener casa. Hace algún tiempo veo con pena que María Magdalena se vuelve concentrada, triste. Se considera injustamente como una víctima. Han ocurrido disensiones ligeras, pero sobrado frecuentes, que me han disgustado. No puede usted figurarse hasta qué punto me ha contrariado el oir á mi mujer hablar como lo ha hecho. Yo se lo he dicho y vendrá á disculparse; pero todos estos incidentes son penosos y hacen la vida en común muy difícil. ¿No lo cree usted así, mamá? Y aun después que haya usted aceptado las disculpas de María Magdalena, la situación seguirá tirante. La conoceré usted rebelada contra usted. Ya ve usted que cobra valor y se atreve á hacerla frente. ¿Quién nos dice que, obligada á soportar un género de vida que la desagrada, no llegue á olvidar del todo el respeto que le debe? Esto no lo toleraré nunca; pero pueden resultar discusiones graves.

Mad. Le Clercq escuchaba á su hijo con el mayor silencio; había conseguido reprimir el primer movimiento de impaciencia que había fortalecido á Roberto en sus ideas de separación. En aquel momento crítico, con el espíritu y el corazón agitados, cogido entre dos deberes, entre dos cariños iguales, debía ceder al menor impulso, y una vez adoptada una resolución, mantenerla contra todo. Entonces ella le dijo:

– ¿De suerte que deseáis vivir solos? ¿No es eso? ¿Estás dispuesto á contentar á María Magdalena por este concepto?

Roberto bajó la cabeza sin responder desde luego, avergonzado de tener que hacer una proposición tan penosa para su madre, á quien quería.



Mad. Le Clercq, indispuesta á causa de una noche de insomnio, estaba aún en la cama

Contestó, por fin, con tono triste y embarazado:

– Debemos parecerle á usted muy ingratos; ha sido usted tan buena para nosotros..., nos ha probado su cariño en todas ocasiones... Crea usted que me hace padecer mucho lo que está pasando; sé que va usted á juzgarme mal. ¡Corresponder á su afecto con semejante proceder! Y esto, á los tres meses solamente de vida común, sin procurar armonizar nuestras diferentes voluntades. Está mal hecho; todos nuestros amigos nos censurarán.

Mad. Le Clercq escuchaba cómo su hijo abogaba por la causa de su madre con todos los argumentos más terminantes. Le miraba con aire enigmático. Y mientras él hablaba, ella, que le conocía bien, veía bajo su máscara habitual de frialdad el rencor contra Mad, que le llevaba á aquel extremo, el verdadero disgusto que tenía por haber cedido en un momento de debilidad.

– Porque, en fin, prosiguió Roberto, usted nos ha ahorrado hasta las más ligeras molestias de la vida material. Mad, que quiere ser dueña absoluta en su casa, ni siquiera sabrá dirigir el modesto domicilio que yo podría proporcionarle. ¡Es demasiado joven y está tan poco acostumbrada á ocuparse de cosas serias! El género de vida que ha llevado antes de nuestro casamiento no ha sido el más á propósito para prepararla...

Se detuvo, respiró con esfuerzo, y encogiéndose de hombros como hombre que se resigna á una cosa absurda, añadió:

– Lo cierto es que con toda su dulzura aparente ha sabido ponernos en tal situación que no podemos continuar aquí.

Mad. Le Clercq dijo con voz tranquila.

– Vamos á ver, hijo mío, dime cuáles son tus proyectos. ¿Adónde piensas ir? ¿Qué te propones hacer?

Maravillado de semejante resignación, Roberto levantó la cabeza y contempló á su madre.

– Pero ¿de veras consiente usted? ¿Ni una palabra de reproche?

– ¿Para qué?, dijo la madre esforzándose por sonreir. Eres demasiado desgraciado para que yo venga á aumentar tus penas.

Roberto cogió la mano de su madre, mano de hermoso contorno, pero un tanto fuerte y viril, que se destacaba sobre el raso encarnado de las cortinas, y la besó.

– ¡Qué buena es usted! ¡Cuánto bien me hace! Estaba tan apesadumbrado por causar á usted este digusto...

«Apesadumbrado..., pero si me lo causas de todos modos,» pensó la anciana. Luego repuso:

– ¡Disgusto! Sin duda: pero el mayor disgusto que pudiera tener sería verte desgraciado y por mi causa. No pienses en lo que yo pueda sufrir. A los viejos debe parecerles muy natural que se les considere como aguafiestas. No me mires con ese aire de reproche. Quiero á tu mujer hoy como la quería ayer, y os lo probaré de nuevo ayudándoos en cuanto pueda. ¡Ea, basta de enternecimiento! ¿Qué vas á hacer? ¿Te quedarás en Montpazier?

– Claro está, contestó Roberto extrañado de esta pregunta. ¿Adónde quiere usted que vaya? Aquí soy abogado, y aunque mi clientela es escasa, llevo un nombre conocido en la ciudad hace tantos años, que confío en hacer más carrera que en cualquiera otra parte.

– Yo creía que á María Magdalena no le gustaba Montpazier. Es una pobre subprefectura, la gente está atrasada y la sociedad es enojosa para una linda joven acostumbrada á la vida de París. Carecemos de originalidad, de flexibilidad, de iniciativa. No somos más que buenos provincianos, honrados y fastidiosos. Aquí no veo más que los la Pallière que sobresalen agradablemente del conjunto.

¡Oh! ¡Con qué tono exquisito de sutileza y de socarrona benevolencia dijo Mad. Le Clercq esto, realzado por una sonrisa de maternal indulgencia!

– Podía habérsete ocurrido hacerte nombrar juez suplente en alguna otra ciudad, pero me alegro de que no tengas ese proyecto. Quedándote en Montpazier, estarás seguro de que tu mujer no verá más que personas honradas. Ocupa aquí una situación que difícilmente encontraría en otra parte. Y temería que, como es demasiado joven y sin experiencia, entablara de nuevo relaciones enojosas. Tú no eres un hombre de la clase de M. de Bois Saint-Marcel, y te sería desagradable ver en tu casa mujeres como lady Briggs ó Lidia Kuranine ó la condesa Adalgieri... (Dejó á su hijo apreciar toda la cordura de esta reflexión, y añadió:) Conque, ¿os quedáis aquí?

– Sí, dijo Roberto desanimado, procuraremos encontrar una casa modesta, porque yo gano poco dinero. Ni siquiera sé cómo me arreglaré al principio. Necesitaremos amueblarla, y no tenemos nada.

– Adelante: ya sabes que yo estoy aquí. En suma, os instalaréis en una vivienda barata, en una casita rodeada de un jardín tan grande como este cuarto; tendréis una criada á la que María Magdalena vigilará y dirigirá; gozaréis allí de una felicidad modesta; os acostumbraréis á contentaros con las comodidades de un contramaestre de taller ó de un tenedor de libros de trescientos francos mensuales de sueldo. Será cosa penosa, hijo mío; tú lo conseguirás; pero ¿y ella?

(Continuará)

LA ARTILLERIA ITALIANA

DEL RENACIMIENTO

La lentitud con que se realizan las grandes transformaciones dificulta el que se pueda marcar de un modo preciso el momento en que una idea germina, un invento toma forma práctica y tangible, un progreso adquiere carta de naturaleza entre las conquistas de la humanidad. La pólvora y las armas de fuego, que tanto influyeron en la destrucción de los organismos feudales, no escapan de aquella dificultad general: parece verse claro en la historia el concurso



Mortero mantuano de 1322

de la artillería para realizar dicha labor destructora; mas cuando se quiere afirmar de un modo terminante cómo esta artillería *pirobalística* (fundada en el empleo de la pólvora) sustituyó á la antigua *tormentaria*, la inteligencia vacila, falta de datos suficientes para señalar una á una las etapas que siguió la evolución en su camino jamás interrumpido. Las antiguas máquinas militares arrojaban pelotas de piedra sobre las fortalezas sitiadas, no utilizando otras fuerzas que el contrapeso obrando sobre palancas ó básculas, la torsión de cuerdas, la tensión de ligamentos, la extensión de muelles ó la flexión de gruesas tablas.

La pólvora arrojó la misma pelota á distancias poco superiores, al principio; con velocidad análoga, con precisión poco mayor. Era un *detalle*, el medio de arrojar el proyectil, lo que variaba, y nadie pudo sospechar entonces que el detalle habría de hacerse característico é iniciaría una de las mayores revoluciones del arte de la guerra.



Esto explica la dificultad, antes indicada, de señalar los orígenes de la artillería; y así, lo más que puede hacerse es buscar las trazas de las primeras armas de fuego en los sucesos históricos de cada país ó de cada comarca.

La huella que dejaron será muy marcada si el invento entró en un país en forma bastante práctica para señalar un progreso; pero si este progreso fué insignificante, las señales aparecerán borrosas, como pequeña fué la transformación que las produjo. El primer caso aconteció en España, en cuya historia se halla bien terminante el vestigio de la introducción de la artillería, traída á la península por los benimerines en el año 1340, y empleada poco tiempo después en el sitio de Algeciras (1342-1344). El segundo caso se verifica en Italia, en cual estado, de tal modo fué vaga la mejora debida á las armas de fuego, que durante cerca de dos siglos se emplearon simultáneamente las bocas de fuego y las máquinas militares en la expugnación de las fortalezas.

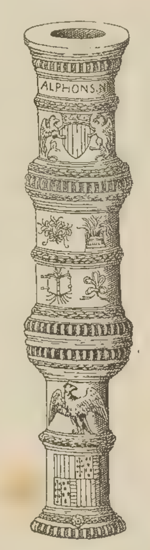


Estas primeras manifestaciones de la artillería pirobalística en Italia han dado ocasión á que uno de los más profundos conocedores de la historia militar de aquel país, el teniente coronel de ingenieros Enrique Rocchi, publicase en la acreditada revista *L' Arte* un hermoso estudio relativo al asunto. Parecerá quizá anómalo que en una publicación artística se trate de esta materia; pero el citado escritor sale brillantemente al encuentro de esta objeción, recordando que en Italia, al volverse á las fuentes de la cultura antigua, todas las manifestaciones de la actividad humana tendían á realizar los más elevados fines del arte, y á esta tendencia no podían escapar los edificios y los instrumentos bélicos. «En aquel período, dice con acierto Rocchi, Baltasar Peruzzi embellecía con soberbios frescos la gran sala circular de la *rocca* (fortaleza) *d' Ostia;* Leonardo de Vinci transformaba con su pincel el castillo de Milán en una bella y suntuosa morada, y Antonio Giamberti de Sangallo coronaba el macho ó torreón central de *Civita Castellana* con un cornijón que por la elegancia y pureza de estilo competía con el del palacio Farnesio, de Roma, ó el del palacio Strozzi, de Florencia. Las obras de defensa constituían entonces notables monumentos artísticos, en los cuales se podía admirar el concierto de la fuerza y de la ligereza, y observar que la austeridad de los mismos no estaba reñida con la elegancia de la forma y la exquisita hermosura de los elementos de decoración empleados en tales obras.»

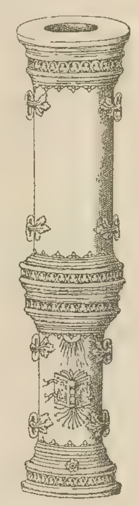
Las máquinas de guerra, que nacieron en este mismo ambiente artístico, no podían sustraerse á una influencia que era general, y en las más remotas piezas de artillería que los Museos conservan ó los códices copian se ve la huella de ese amor al arte, característico de la época y del país á que estas líneas se refieren.

* * *

Las crónicas italianas hablan de la artillería pirobalística en época muy remota; pues los boloneses emplearon piezas más ó menos perfectas en el sitio de *Sant' Arcangelo* (1216), en la expugnación del castillo de Vignola (1239), y luego en Florencia (1253), Bolonia (1274), Forlí (1281), Nápoles (1284) y Venecia (1300), fechas todas de muy respetable







Bombardas italianas de mitad del siglo XV, dibujos de Pisanello

antigüedad tratándose de armas de fuego. Pero la primera pieza que real y efectivamente se ha conservado hasta nuestros días se fabricó en el año 1322. Su peso era de unos cinco kilogramos; estaba fundida en bronce y tenía en el centro de su caña una cruz, rodeada de follaje, con las siguientes letras P. P. P. F, abreviatura de *Petrus, Paulus, P..., Fecit.* La forma de la pieza era la de un mortero, y se llamaba *vaso,* sin duda por su parecido á este utensilio. Esta pieza, que se conservó en Mantua hasta el año 1849, fué refundida durante la revolución de dicho año para fabricar otras bocas de fuego de mayor utilidad.

Un decreto dictado en Florencia en el año 1326 habla también de balas de *hierro* y de piezas de *metal,* demostrando así de un modo cierto que en Italia se fabricaban en los comienzos del siglo XIV proyectiles de hierro fundido (invención atribuída á los fundidores franceses de la segunda mitad del siglo XV) y piezas de *metal* (bronce) que se llamaron *cañones,* derivando su nombre de la voz latina é italiana *canna,* caña, por la forma alargada que presentaban.

Hiciéronse después los cañones de boca ensanchada, con lo cual recibieron el nombre de *bombardas,* (lombardas, en Castilla), continuando fundiéndose de una sola pieza, según datos que se refieren al año 1376, para serlo después en dos, cuando la necesidad hizo aumentar el calibre y el peso y resultó difícil el transporte de la pieza única. La separación se hizo en dos partes, formando la anterior la *tromba* y la posterior el *cañón* propiamente tal.



Todas las piezas fabricadas en los primeros tiempos de la artillería italiana están diseñadas con el mismo carácter artístico que las demás obras de metal contemporáneas. Víctor Pisano ó *Pisanello,* de Verona, trazó, por encargo de Alfonso I de Aragón, en el año 1449, algunas bombardas que son verdaderos modelos en su género. Víctor Pisano era un artista de genio, que manejaba con igual maestría los pinceles que el cincel, y el rey Alfonso I de Nápoles (que como rey de Aragón es el V de su nombre y le conocemos por el *Magnánimo)* le distinguía en alto grado.

Las bombardas delineadas por el *Pisanello,* que reproduce uno de los grabados de esta página, recuerdan otros trabajos artísticos del mismo autor, siendo de notar las armas de Aragón que existen en la primera y segunda de las piezas, y el libro abierto, visto por el lomo, que está representado en la primera y tercera; emblemas análogos á los que aparecen en el diseño de una medalla de Pisano del año 1449.

Otro Alfonso I, el duque Alfonso de Este, de Ferrara, está también enlazado á la historia de la artillería italiana. Hijo y sucesor de Hércules I, amante también de la artillería, el duque Alfonso llegó á poseer un poderoso tren de artillería, siendo de esta procedencia la que proporcionó á Gastón de Foix la victoria de Rávena, contra los soldados pontificios y españoles aliados. Hombre de cultura grande, el duque de Ferrara era hábil arquitecto y dirigía por sí mismo la fundición de las piezas; de modo que, según se ve escrito en las *Memoires de Fleurange,* no había en su estado fundidor que le superase. Así se comprende que tanto los cañones y bombardas cuanto los falconetes, culebrinas, pasavolantes y demás piezas antiguas cuyos originales ó dibujos se conservan, demuestren igualmente el cariño con que se atendía entonces á las condiciones estéticas de las piezas, así como á las mecánicas.

No sólo en este concepto es digno de ser estudiado el desenvolvimiento de la industria artillera en Italia, sino que igualmente ofrece marcado interés por reivindicarse así en favor de aquella nación la primacía en adoptar formas y medios de construcción que generalmente se atribuyen á fundidores franceses. De Italia recibimos nosotros, sin pasar por el intermedio de Francia, mejoras notables en el material de guerra del Renacimiento, y nuestra nomenclatura militar, con la riqueza de vocablos italianos que posee, demuestra también que en la tumba del arte antiguo revivieron el arte y la industria modernas.

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CATECISMO SOCIAL, por *L. Dehon*, traducido por *Francisco Rivas Vicuña*. – Hoy que tanto y con tanta razón preocupa la llamada cuestión social, resulta de gran oportunidad y de provechosa enseñanza este libro del Superior de los Padres del Sagrado Corazón, pues en él se tratan bajo una forma sencilla y concisa todos los problemas sociales dentro del espíritu católico, señalando las soluciones que para todos ellos tiene la Iglesia. *Catecismo social* ha sido impreso en Santiago de Chile, en la imprenta Barcelona.

ARTE DE LECTURA (TEORÍA), por *D. Rufino Blanco y Sánchez*. – Este libro, del cual se han agotado en poco tiempo dos numerosas ediciones, es un estudio profundo y acabado de cuanto con el arte de la lectura se relaciona y un verdadero tratado elemental de filología castellana, que demuestra los grandes conocimientos de su autor, regente y profesor de la asignatura en la Escuela Normal Central de Maestros. Ha sido informado favorablemente por la Real Academia Española y aprobado de Real orden para texto en las escuelas normales y constituye la obra más completa en su género. Véndese á tres pesetas en rústica y á cuatro encuadernado en las librerías de Hernando y de Victoriano Suárez en Madrid y en casa de sus corresponsales de provincias y América.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Catalonia, semanario catalán político, literario y crítico que se publica en Barcelona; *Pel y ploma*, semanario ilustrado barcelonés; *El eco de las matronas, dentistas, callistas y practicantes en cirugía*, revista profesional barcelonesa; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *Miscelánea*, semanario madrileño de Literatura y Arte; *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo*, publicación mensual; *La Fusta*, semanario satírico granadino; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El Orden*, semanario político, literario y comercial de Barracas al Sur (República Argentina).









En el vado, cuadro de José Cusachs (*Exposición Robira,* calle de Escudillers)

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XIX — BARCELONA 5 DE MARZO DE 1900 — NÚM. 949

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DEL ARTE MODERNO

LA HORA DEL ÁNGELUS, cuadro de A. Perret

Salon de París de 1899

ADVERTENCIA

Con el número 951, que corresponde al día 19 de este mes, repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que será *Novelas Cortas*, por Edmundo de Amicis, profusamente ilustrada por Arnaldo Ferraguti.

El segundo tomo de esta serie, que tenemos ya en prensa y que repartiremos oportunamente, será el primero de la célebre obra de Lesage GIL BLAS DE SANTILLANA, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las bibliotecas importantes.

Teniendo en cuenta el ofrecimiento que hicimos en el prospecto, rogamos á aquellos de nuestros suscriptores que deseen recibir en vez de este primer tomo de GIL BLAS el primero de la obra PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK, que nos lo avisen con la mayor anticipación posible.

A su tiempo anunciaremos el reparto del segundo tomo de GIL BLAS y tendremos en cuenta cuáles sean de nuestros suscriptores los que hayan optado por la obra de Bismarck para repartirles en vez de aquél el segundo tomo de los PENSAMIENTOS Y RECUERDOS.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Visita al Gran Palacio de Bellas Artes. – La fachada. – Efectos de luz. – El friso de Fournier. – La nave principal. – Disposición de la pista. – La terraza interior. – Los salones de descanso. – La cúpula central. – Ingeniosidades de construcción. – La escalera de honor. – La sala de conciertos. – La gran nave intermedia. – El ala posterior. – La nave elíptica. – El triunfo de la luz.

Conocida la historia del Gran Palacio de Bellas Artes, vamos á visitarlo con la detención que se merece.

Empecemos por la fachada principal. Tiene 230 metros de longitud por 20 de altura. Resulta poco elevado para su gran perímetro. Pero ya explicamos que si no se le dió toda la elevación que sus proporciones requerían, fué por no perjudicar al Pequeño Palacio que tiene enfrente.

Con sus columnas jónicas, esta fachada es de un hermoso estilo clásico.

El cuerpo central, saliente, tiene un desarrollo de 65 metros por una altura de 25 y tres huecos terminados en arcos de medio punto, con diez esbeltas columnas en los entrepaños.

Precede á este vestíbulo una meseta á la que se sube por una ancha escalinata central y dos rampas laterales, destinadas á la circulación de los coches.

En cuanto al ornamento artístico de la fachada, hay que señalar especialmente las ocho figuras colocadas entre columnas y que representan otros tantos estilos de arte. También es de notar el hermoso friso en mosaico que corre por detrás de la columnata, entre la planta baja y el piso principal, y que representa las grandes épocas del arte, obra ejecutada con cartones del conocido pintor Eduardo Fournier.

Sin entrar en detalles técnicos, podemos explicar el sentido práctico que ha presidido á la disposición y adorno de esta fachada. Como mira á Levante, sólo recibe directamente la luz solar á las primeras horas de la mañana y queda en la sombra durante la parte del día que podemos llamar mundana. Era, pues, necesario luchar contra las consecuencias de la falta de luz, y suplir los naturales efectos del claro-obscuro con una inteligente combinación de líneas. Era preciso también iluminar los fondos de las columnatas, y á esto obedece la colocación del friso de Fournier, cuyas incrustaciones de asperón presentan composiciones luminosas de una gran sencillez de tonos.

El sistema no es nuevo, puesto que Fidias lo empleó ya en el decorado del Partenón; pero su oportuna aplicación en el caso presente, revela el sentido práctico del arquitecto Sr. Deglane, director de la obra.

Los escultores que han colaborado en el Pequeño Palacio han concurrido también á convertir este noble monumento en una verdadera exposición permanente de obras de primer orden.

Sin enumerar las que esmaltan la fachada, porque para ello nos faltaría espacio, atravesemos el peristilo y penetremos en la galería principal del edificio.

La perspectiva que ofrece interiormente desde la puerta es admirable. A derecha é izquierda se extiende, en una longitud de doscientos metros y una anchura de cincuenta y cinco, la inmensa nave del ala anterior del palacio. Enfrente de nosotros tenemos la prolongación lateral de la misma nave, que comunica, por medio de la monumental escalera de encaje de hierro, con el ala intermedia.

El interior del ala principal es una reproducción aproximada de la inmensa nave central del antiguo palacio de la Industria. Sin embargo, ésta responde mejor al gusto moderno y á los usos á que se halla destinada. La pista está cerca de dos metros más baja que el piso del local. Esto ha permitido rodearla de ese ancho paseo que, al nivel de las galerías de la planta baja, forma una magnífica terraza en que podrán instalarse las tribunas del concurso hípico y de otros espectáculos que tendrán la pista por escenario, y cuyas paredes ofrecen un precioso complemento de muchos miles de metros cuadrados de superficie para los futuros *Salones* de pintura.

En los cuatro ángulos y á la altura del primer piso se han dispuesto elegantes salones de descanso, circulares, desde donde se ofrecen admirables puntos de vista hacia el interior del palacio y hacia el exterior por la parte de los Campos Elíseos.

En torno de esta nave principal se desarrollan, en la planta baja y en el primer piso, más de trescientos sesenta metros de anchurosas galerías.

La cúpula central se eleva á cuarenta y tres metros de altura sobre una base de noventa de diámetro. El andamiaje que sirvió para el montaje del armazón era una obra maestra de elegante ligereza, de comodidad y equilibrio.

Llama la atención la graciosa forma en arco de círculo de la parte baja del vasto rectángulo. Esa redondez lateral, que rompe la severa simetría de la forma rectangular, no es un simple capricho arquitectónico, sino que venía impuesto por la falta de paralelismo entre la avenida de los Campos Elíseos y el Cours-la Reine, donde no había que presentar pequeñas fachadas laterales rectilíneas, que hubiesen marcado en exceso la falta de simetría del terreno ocupado por el palacio.

Redondeando los ángulos, el arquitecto ha dado la ilusión de fachadas laterales casi en concordancia con la dirección de las vías públicas.

La nave intermedia presenta en el fondo, como ya hemos dicho, la monumental y hermosísima escalera *de honor*, con sus rellanos de descanso. Por debajo del principal se pasa á la gran sala de conciertos, que servirá interinamente de sala de exposición, para ser adecuada á su objeto definitivo después del gran certamen.

La galería transversal de la planta baja, paralela á la gran pista, comunica con los sótanos por medio de dos rampas, construídas para que por ellas puedan bajar á las cuadras los caballos de los concursos hípicos.

Cada una de estas rampas conduce á una vasta galería de sesenta metros de largo por veinte de ancho, que será convertida en cuadra después de la Exposición. Mientras tanto, ambas galerías podrán servir de almacenes. A pesar de hallarse en los sótanos, tienen mucha ventilación y mucha luz. Además de estas futuras cuadras, hay en los mismos sótanos espacios bastante grandes para la instalación de aparatos de calefacción y de electricidad.

Volviendo á la planta baja, encontramos dos inmensas galerías, fraccionadas en salas de exposiciones diversas, y en torno de la galería central hay una serie de galerías secundarias destinadas al mismo objeto.

En el primer piso hay dos series de salas desiguales, destinadas á la exhibición de pinturas.

En lo alto de la escalera de honor aparece la puerta de la Gran Sala de Conciertos. Esta mide sesenta metros por veinte y puede contener más de mil quinientas personas sentadas. La adornarán numerosas pinturas históricas, cuando esté terminada. Por de pronto se halla dividida en tres salas de exposición. Después de la gigantesca fiesta internacional, esta sala de conciertos, uno de cuyos lados será ocupado parcialmente por grandes órganos, constituirá un magnífico regalo hecho al arte musical.

El decorado es cosa ya prevista y resuelta: pocos relieves perjudiciales á la acústica; soberbias pinturas murales apropiadas á un templo de Apolo. Inútil es decir que aparte de los conciertos podrá servir para toda clase de fiestas, y ser convertida, si es preciso, en local anexo al *Salón* anual.

Este cuerpo de edificio constituye un palacio en que nada falta para que pueda utilizarse independientemente de los demás.

Desde el Salón de Honor, la vista abarca una soberbia perspectiva. Tenemos á un lado la nave intermedia, de dos mil seiscientos metros cuadrados; la gran nave delantera y el reverso del pórtico de la fachada; y al otro lado, la nave elíptica con su cúpula y el vestíbulo del ala posterior que da á la avenida d'Antin.

El cuerpo de edificio central tiene dos fachadas laterales: una al Norte, de sesenta y cuatro metros, mirando á los Campos Elíseos, con su correspondiente entrada, y la otra al Sur, de cincuenta y dos metros, que da al Cours-la-Reine. La arquitectura de estas dos fachadas concuerda con la que ofrece la parte posterior del primer cuerpo. Sin ser simétricas, se armonizan agradablemente.

La piedra empleada en su construcción procede de las mismas canteras que han suministrado la del palacio pequeño de Bellas Artes, con la particularidad de que los sillares no forman más que revestimientos cuyo espesor no pasa del tercio del grueso total de las paredes, siendo el resto de pequeña mampostería. Este sistema de construcción mixta es menos costoso y da excelentes resultados, con la condición de emplear mortero de buena calidad.

Los interiores de esta ala intermedia han sido dispuestos de modo que puedan amoldarse á las exigencias de las exposiciones más variadas. El ornamento es insignificante, á fin de que no distraiga la atención de los objetos expuestos y á fin de que los compartimientos puedan prestarse á toda clase de modificaciones.

La gran nave es un prodigio de ligereza y esbeltez, gracias al empleo casi exclusivo del acero en su construcción. El efecto es gracioso, elegante, admirablemente exquisito. Sin embargo, el público profano no sospechará el esfuerzo de imaginación y la suma de trabajo que el arte y la ciencia de consuno han tenido que realizar para obtener este resultado.

Otra de las maravillas metálicas de este palacio intermedio es la monumental escalera que conduce de la pista al primer piso. Toda ella es también de acero. Las armaduras se apoyan en columnas de pórfido verde de los Pirineos, sostenidas por zócalos graníticos de los Vosgos. La escalera es múltiple, elegantemente accidentada, y ocupa todo el fondo de la nave sin obstruir el paso, dejando los bajos utilizables para *buffets* y sitios de descanso.

El ala posterior del Gran Palacio constituye un edificio casi independiente. Como es natural, reina en el exterior el mismo orden arquitectónico que en las demás fachadas del monumento. Pero interiormente el arquitecto ha podido prescindir de toda sujeción á las líneas generales y al estilo de los dos otros cuerpos de edificio.

La parte principal de este palacio secundario es la gran nave elíptica terminada en cúpula. Es simplemente una pequeña maravilla. Sus proporciones son elegantes y armónicas. El tono algo gris de las pinturas está bien apropiado á los torrentes de luz que penetran en el recinto por la cúpula y por las aberturas laterales.

La cuestión de luz ha predominado en la concepción de ambos palacios de Bellas Artes; y este progreso de orden práctico es debido principalmente á la tenacidad de M. Picard, comisario general de la Exposición.

Los arquitectos son refractarios á la multiplicación excesiva de las aberturas, que tanto perjudican á la imponente sobriedad de las fachadas clásicas. Pero como, ante todo, se necesitaban locales muy claros para la exhibición de los productos destinados al universal concurso de 1900, los arquitectos de este hermoso palacio han sabido conciliar las exigencias de la Exposición con la belleza artística de su obra.

JUAN B. ENSEÑAT

París, 28 de Febrero de 1900.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

Nuestro querido colaborador D. Juan B. Enseñat ha descrito en sus *Crónicas de la Exposición* que llevamos publicadas los edificios y los lugares que reproduce la lámina de la página 155, tales como los Campos Elíseos, el Campo de Marte, la gran entrada de la Plaza de la Concordia, la Explanada de los Inválidos, la calle de las Naciones, los palacios de Bellas Artes, etc. De aquí que para no incurrir en repeticiones omitamos el describir las distintas vistas que la referida lámina comprende y nos refiramos á lo que se ha dicho ya acerca de ellas en las crónicas insertas en los números anteriores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



1. Panorama del Campo de Marte. – 2. Colocación de una escultura en el puente Alejandro. – 3. Puerta principal en la Plaza de la Concordia. – 4. La columna de la diosa. – 5. Calle de las Naciones. – 6. Vista general de la Explanada de los Inválidos. – 7. Últimos restos del Palacio de la Industria que se está demoliendo. – 8. El gran Palacio de los Campos Elíseos. – 9. Grupo de edificios del Trocadero. – 10. Interior de los pabellones del Campo de Marte (de fotografías).

EL UNICO CARIÑO

CUENTO

Hacía bastante, casi mucho tiempo, que no tenía noticias de Pepe Salazar, mi camarada de colegio en los Escolapios, mi inseparable en la Universidad y mi confidente en todas partes.

Era un buen muchacho de joven y fué un completo bohemio, de grandes defectos, que compensaba con exceso y creces el ingenio peregrino con que la Naturaleza, espléndida y generosa, le había dotado. Daba gusto estar á su lado, más que por lo que decía, por la manera que tenía de decirlo. Era un encanto, y realmente, el largo interregno que el azar nos tuvo separados fué para mí de verdadero disgusto, sobre todo teniendo en cuenta que su desaparición había sido tan inesperada como completa.

Puede calcularse mi alegría cuando, no hace todavía muchas mañanas, fué él, él mismo en persona quien en la cabecera de mi cama me hacía volver á la vida de la realidad, después de haber estado pasando toda una noche entregado en espíritu á deliciosas quimeras.

Y como si hiciera sólo veinticuatro horas que nos hubiéramos despedido, sentado al borde del lecho, encendió un cigarrillo, me dió á mí otro y con la mayor naturalidad del mundo me dijo:

- Pues, sí, chico, verás...

Y entre otras muchas cosas me contó lo siguiente:

. . . .

«Tú ya sabes que yo no podía vivir más en Madrid. Por la mitad de las calles me estaba vedado el pasar, y como éstas eran las mejores, resultaba que me había condenado á no disfrutar más que de los arrabales y callejas extraviadas. ¡Eso de que los comerciantes quieran cobrar lo que venden, no dejarás de reconocer que es un verdadero abuso! Tenía todos los recursos agotados, menos los de la imaginación, que con ser los mejores y más productivos, son los que menos cuestan al hombre, y á ellos tuve que agarrarme como único refugio, después de haber implorado caridad y protección, aunque en balde, como puedes suponer, á todos los usureros más ó menos declarados. ¿Hubiera sido digno vivir por más tiempo á tus expensas y á las de los demás compañeros?

»Había que tomar una resolución enérgica y la tomé. Me puse á pensar, y después de hacer un análisis completo y desapasionado de mi situación, decidí, sin deciros á ninguno una palabra, intentar fortuna. Era el único recurso.

»Como comprenderás, el primer obstáculo con que tropecé fué con mi propio pensamiento, que me gritaba que es tan fácil intentar como difícil conseguir las cosas. Pero estos pensamientos que desilusionan, que abaten, que enervan, son los inspirados por el ángel malo, que de continuo anda revoloteando en torno nuestro para aniquilarnos y echar la zancadilla al ángel bueno, que nos guía y nos alienta para salir á flote del fango de la vida. No me dí, pues, por vencido, y me alegro, porque no sólo he aprendido mucho, sino que me he llenado el bolso de manera que desde ahora no habrá en Madrid calle vedada para mis paseos... Sí, chico, he aprendido mucho, lo cual quiere decir, traducido al cristiano, que ya no soy tan feliz como antes. No habrá tendero que me acose, pero... ¡aquellas ilusiones!

»Verás..., verás... Con los cuartos que saqué de la venta de mi bibliotequita, con algo que logré de mi tía la marquesa, y con unos billetes de los llamados de caridad con el exclusivo objeto sin duda de molestar á quien se conceden, hallé delante de mí abiertas las puertas de aquel pueblo extremeño que me vió nacer y del cual no tenía yo más recuerdo sino el de que sus habitantes, mis coterráneos por casualidad, eran gentes adineradas en su mayoría, que viven con medio siglo ó más de retraso y que por lo tanto tienen la desgracia de estar dominados por la superstición de un modo que yo hubiera sido el primero en lamentar, si no hubiera pensado que á la sombra de aquellas tres cualidades reunidas, un hombre de mis iniciativas tenía andadas otras tantas partes del camino para dar con el filón aurífero tan deseado por mí... y mis acreedores.

»Yo, la verdad, no sabía qué hacer..., pero lo que sí se me ocurrió desde luego fué explotar en beneficio mío aquella civilización tan arcaica. No me faltaba decisión; sólo me faltaba pretexto, y ¡mira qué casualidad!, vino á indicármelo una pobre mujerzue la que cobijando las piltrafas y huesos que constituían su cuerpo bajo unas tocas de luto y repasando con sus dedos de alambre las enormes cuentas de su rosario, se hallaba á la puerta de un templo, murmurando sabe Dios de qué y de quiénes con otra congénere de su misma calaña y de la cual se despidió masticando más bien que diciendo:

- »¡Si el pobre Secundino levantara la cabeza!

»Este deseo ó este temor tan repetido en todos los sitios y por toda clase de personas, me hizo caer en la cuenta de que era materia utilizable para mis combinaciones, y en menos tiempo del que se tarda en contarlo, acordé conmigo mismo un plan altamente revolucionario, pero de resultados positivos y para el cual me favorecía la circunstancia de ser en mi propia cuna un verdadero extranjero. Y al día siguiente, para no perder el tiempo, en una imprentilla de mala muerte y peores máquinas destinadas á reproducir las mil majaderías con que los poetas de la localidad llenaban un periodiquito titulado *La gardenia sensible*, mandé imprimir unos millares del prospecto este que te traigo de recuerdo y que dice así:

«Mr. Roskooffpff, inventor; de la Academia imperial de Rusia; condecorado con las cruces del águila azul, del águila blanca y del águila negra; médico del emperador de la China; doctor en alquimia por la Universidad del Indostán, etc., etc., etc , tiene el honor de participar á este vecindario su llegada con los productos mejores de su laboratorio, entre los cuales figura un aceite de castaño obscuro con privilegio exclusivo de su invención y que constituye la más grande maravilla que se ha conocido hasta la fecha, por cuanto con su empleo constante hace resucitar á los muertos. ¡Aprovechad la ocasión! ¡Desconfiad de las imitaciones!

»Importantísimo: el Dr. Roskooffpff, deseoso de que no se le confunda con los mil charlatanes que recorren el mundo engañando bobos y sacándoles los cuartos, tendrá el gusto de dedicar un día de estos una sesión científica á las autoridades, prensa y personas distinguidas de la localidad, resucitando los muertos que tengan en sus familias. Aquí no cabe engaño. Hechos y no palabras. Exito sin igual.»

»¿Qué te parece? El prospectito cayó como un bólido en toda la comarca, y desde entonces mi casa estaba guardada por un enjambre de bobalicones que se pasaban los horas muertas contemplando las vidrieras de mis ventanas.

»Yo pasaba por secretario del famoso ruso, á quien, como es natural, nadie pudo profanar con sus curiosas miradas, y en aquel concepto empecé á recibir las visitas y proposiciones más estrambóticas que nunca hubiera podido esperar.

»Uno de mis primeros visitantes fué el alcalde, quien con un rostro de color muy poco en armonía con los suculentos y sabrosos chorizos que constituían su habitual comida, y con un temblor de pulso que se avenía mal con la serenidad que á mi juicio debe tener la primera figura gubernativa de un pueblo, me dijo, poco menos, poco más:

- »Mire usted, he leído el prospecto de su amo y vengo á decirle que por mí no se moleste.

- »¡No!, me atreví á replicarle con un aplomo inexplicable. Si no es molestia... Él tendrá mucho gusto...

- »No dudo, me contestó, que él tendrá mucho gusto. El que no tiene ninguno soy yo.

- »Hombre..., á su padre de usted por lo menos...

- »¡Ni á mi padre! A ese menos que á nadie. ¿Usted no sabe que mi padre fué en vida el alcalde obligado de aquí y que si resucitara volvería á serlo, quedándome yo sin la vara?

»Ante tan noble cuanto desinteresado argumento no supe qué contestarle, y viéndome perplejo, para acabar de decidirme á que dejara en la paz del sepulcro al autor de sus días, me deslizó entre las manos una cantidad como seguramente no hubiera logrado un ruso auténtico, con un específico más auténtico y más maravilloso todavía.

»Díle mis seguridades de que por nosotros seguiría usufructuando la vara para *in æternum*, y en seguida tuve el placer de que fuera una señora, ni muy joven ni muy guapa, pero guapa y joven todavía, la que viniera á avistarse conmigo. Pasaba, según supe más tarde, por ser la dama más aristocrática y linajuda de la localidad, y de buenas á primeras me dijo:

- »Tiene usted cara de amable y seguramente ha de serlo con las señoras. Pues bien, yo vengo á suplicarle á usted un favor.

- »Usted dirá en qué puedo servirla.

- »En mucho. He sabido que por vía de ensayo el Sr. Roskooffpff quiere resucitar á los parientes cercanos de las familias más salientes de aquí, y como creo que yo soy una de éstas y mi pariente más cercano es mi pobrecito marido, que Dios tenga en su santo seno, vengo á pedir que se le deje dormir eternamente el sueño de los justos.

- »No me lo explico, le contesté. Ese luto riguroso que usted lleva demuestra que ha sentido su muerte.

- »¡Ay, sí, señor! Mucho. Pero como no podía suponer que habría de resucitar..., estoy comprometida á casarme con otro en cuanto termine el luto. ¡Ya ve usted qué compromiso!..

- »Bueno; mas si resucitara su difunto, seguiría usted casada del mismo modo.

- »¡Pero es que este otro es mucho más rico, y sobre todo que yo no falto jamás á la palabra que doy. Mire usted, agregó la viuda, yo pagaré á ustedes lo mismo que si lo hicieran y además les quedaré muy agradecida.

»No bien hube cobrado los honorarios de la viudita, tuve que entendérmelas con un joven enteco y enclenque. Las pretensiones de aquél eran más lógicas; se limitaban á dejar quietos los restos de un tío suyo á quien había heredado una suma de consideración y de la cual participé por carambola.

»Todo iba á pedir de boca y mi gaveta ya llenándose de monedas, cuando tuve un incidente, si bien, por fortuna, de poca monta. Un señor que entró todo descompuesto y rápidamente en mi habitación y sin más preámbulos ni ceremonia me dijo:

- »¡Como resucite usted á mi suegra, le pego un tiro!

»Adiviné detrás de aquellas palabras toda una vida de suplicio; le compadecí desde lo más íntimo de mi corazón, y prometiéndole no levantar un muerto para él tan desagradable, me dió... un apretón de manos y se marchó enjugando de sus ojos lágrimas de profunda gratitud.

»Quien me resultó en extremo repugnante fué un señorito que entró á continuación, lleno de dijes y chirimbolos.

»Preguntéle lo que deseaba y me dijo que á todo trance que no resucitara á su hermano. Me contó al efecto una larga historia; él era secundón, el muerto mayorazgo y por defunción de éste habían ido á parar á sus manos todos los títulos, honores y dinero de aquél. Según me dijo, idolatraba la memoria del difunto, pero quería tener el placer de seguir por mucho tiempo en tan platónica adoración. Puedes creer que sólo la presencia de aquel hombre que prefería unos pergaminos á un hermano, me daba náuseas; pero yo estaba allí para hacer dinero, no para convertirme en caballero andante ni dómine de ningún majadero ó criminal, y le prometí no hacer uso del elixir extraordinario, mediante una buena cantidad. Me la entregó sin chistar, y un rato después me envió un cajón de cigarros.

»Pues no. No paró ahí la cosa. No bien me había repuesto de la repugnancia que me había producido aquel tipo, se me presentó otro de aspecto de aguilucho, verdinegro y avinagrado.

»Su cantilena tenía grandes semejanzas con las de los anteriores y sus deseos igual fin, pues se reducían á evitar que resucitara un sobrinillo suyo de quien había sido tutor, curador y apoderado y que por casualidad se había ahogado cayéndose á un pozo.

»El vejete me hizo grandes elogios del muchacho, pero de paso me confesó que en el caso funesto de que aquél resucitase, él se vería en un terrible compromiso, pues sólo en misas á su memoria se había gastado toda la fortuna del pequeñuelo.

»Comprendí perfectamente la situación del integérrimo apoderado, y mediante una propineja (á un secretario le está permitido aceptar semejantes dádivas), le dí todas las seguridades de que la presencia y por tanto las reclamaciones del muchacho no habrían de amargar los últimos días de su existencia honrada y patriarcal.

»Como ves, yo iba muy á gusto en el machito, descubriendo debilidades ajenas, llenando la bolsa propia y convenciéndome de que en este mundo todo es una pura farsa y que los muertos hacen muy bien en serlo y no resucitar. Pero hete aquí que cuando más distraído me hallaba haciendo cartuchos con el dinero tan sencillamente adquirido y filosofando para mis adentros sobre la humana fragilidad, siento que penetra en casa y se arroja á mis pies gimiendo amargamente una pobre mujer, que con entrecortadas frases, incoherentes, ininteligibles, fatigosas, de profundo y verdadero dolor, me pedía, me suplicaba, me amenazaba si no la atendía... Sus lágrimas me traspasaron el corazón; su aspecto era el de una verdadera loca. Y rogaba y rogaba, sin saber yo qué, sin comprender el motivo de aquella escena tan violenta cuanto inesperada. Y la pobre mujer besándome las manos..., abrazándose á mis rodillas... ¡Oh, qué rato! ¡Nunca he sentido emoción tan intensa!.. La infeliz creía que yo podía adivinar todas las torturas que le destrozaban el corazón... Conseguí serenarla, prometiendo atenderla... Entonces lo comprendí todo, como dicen en las comedias; deseaba que le resucitase, costara lo que costara, á un niño suyo que se le acababa de morir...

»Y maldije no poseer de verdad el don de resucitar á los muertos.»

Carlos Ossorio y Gallardo

BUQUES SORPRENDIDOS POR LA NIEVE

EN EL PUERTO DE NOVOROSSISK

Como explicación de los grabados que, reproduciéndolos de fotografías, publicamos en esta página, traducimos el relato que firman dos testigos presenciales de la terrible tempestad de nieve ocurrida en diciembre último en el puerto de Novorossisk, uno de los más importantes del mar Negro.



Barco de vela sorprendido por la nieve en el puerto de Novorossisk en 19 de diciembre de 1899 (de fotografía)

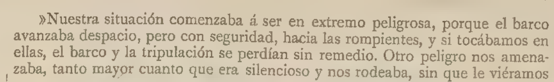
«Nuestro barco, el *Cervin*, llegó al puerto y ancló en la mañana del domingo 17 de diciembre de 1899. El viento soplaba entonces del Nordeste; las cumbres de las colinas estaban completamente rodeadas de una densa masa de nubes blancas y antes de la noche reinaba fuerte temporal. Por la tarde llegó un pequeño vapor ruso, el *Ingar*, que ancló más allá de nosotros, á barlovento de la costa. Toda la noche acreció la fuerza del viento, hasta que al amanecer del lunes soplaba con la violencia de un huracán; por la tarde hubo helada fuerte y comenzó á nevar. El viento era entonces tan espantoso, que no se podía permanecer en pie en ningún lugar libre de la cubierta; y para ir de un punto á otro debíamos arrastrarnos, cogiéndonos á cuantos objetos estaban á nuestro alcance.

»Toda la noche siguió nevando, de modo que la cubierta, los mástiles y el aparejo quedaron revestidos de una gruesa capa blanca, rompiéndose las cuerdas por el peso excesivo del hielo.

»Al amanecer del martes vimos que el vapor ruso se esforzaba en vano para dirigirse hacia nosotros; durante algún tiempo hubo gran peligro de que chocara con el nuestro, pero por fortuna pasó delante, y al pronto no pudimos ver cuál era su suerte; pero estábamos seguros que no tocaría en tierra, como así fué en efecto, según observamos después.



El buque inglés «Cervin» sorprendido por la nieve en el puerto de Novorossisk (Rusia) el 19 de diciembre de 1899 (de fotografía)



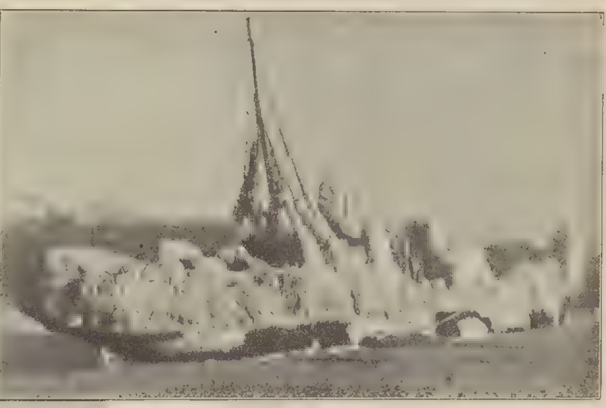
»Nuestra situación comenzaba á ser en extremo peligrosa, porque el barco avanzaba despacio, pero con seguridad, hacia las rompientes, y si tocábamos en ellas, el barco y la tripulación se perdían sin remedio. Otro peligro nos amenazaba, tanto mayor cuanto que era silencioso y nos rodeaba, sin que le viéramos hasta que alcanzó grandes proporciones. Nuestro barco se hundía; cada ola que chocaba contra él se helaba en seguida; así es que sus costados estaban revestidos de una capa de hielo de varios pies de grueso, tan pesada que nos sumergía poco á poco.



Oficiales y tripulantes del buque «Cervin» (de fotografía)

»En estas condiciones pasamos la eterna noche del martes. ¡Qué largas nos parecieron aquellas horas! Apenas osábamos esperar que nos fuera posible resistir hasta el amanecer; mas al fin vimos asomar la luz de la aurora, aunque tan sólo para reconocer nuestra desesperada posición. No había señales de que mejorase el tiempo; el peso del hielo aumentaba cada vez más, y á través de la nieve que nos azotaba el rostro podíamos ver los temibles arrecifes cubiertos de hielo, de los que apenas distábamos la mitad de la longitud del barco.

»No quedaba más que una probabilidad de salvarnos, y se reducía á dirigir el barco hacia la playa. Así resolvimos hacerlo, aunque la maniobra no dejaba de ser peligrosa, á causa del peso de la nieve y del hielo que se acumulaban en los costados, en la cubierta, en los mástiles y en el aparejo. Sin embargo, no podíamos permanecer donde estábamos, ni quedaba más alternativa. Se preparó todo, y á eso de las nueve de la mañana á todo vapor hicimos rumbo hacia la playa. La distancia no era considerable; pronto nos vimos en salvo; el fondo era de arena, y le tocamos suavemente, sin más que un ligero choque con un vapor impelido por el viento. Después de anclar, el hielo comenzó á formarse rápidamente en torno nuestro, y antes de llegar la noche nos cercaba completamente.



El buque ruso «Ingar» sorprendido por la nieve en el puerto de Novorossisk el 19 de diciembre de 1899 (de fotografía)

»Cuando tuvimos tiempo de pasear la mirada á nuestro alrededor, nos fué dado contemplar una terrible escena de naufragio y desolación: varios vapores, rotas sus amarras, habían sido arrastrados; y algunos barcos pequeños estaban casi sepultados bajo el hielo. El vapor ruso que antes habíamos visto arrastrado hacia la orilla parecía más bien un glaciar que un barco, como puede verse en el grabado; los pasajeros y la tripulación se salvaron afortunadamente; pero el capitán murió después por los efectos del frío.

»Continuó helando con fuerza hasta Navidad; pero después el tiempo mejoró mucho, y la nieve y el hielo desaparecieron gradualmente. El día 31 nos despedimos alegremente de Novorossisk para buscar más benignos climas.

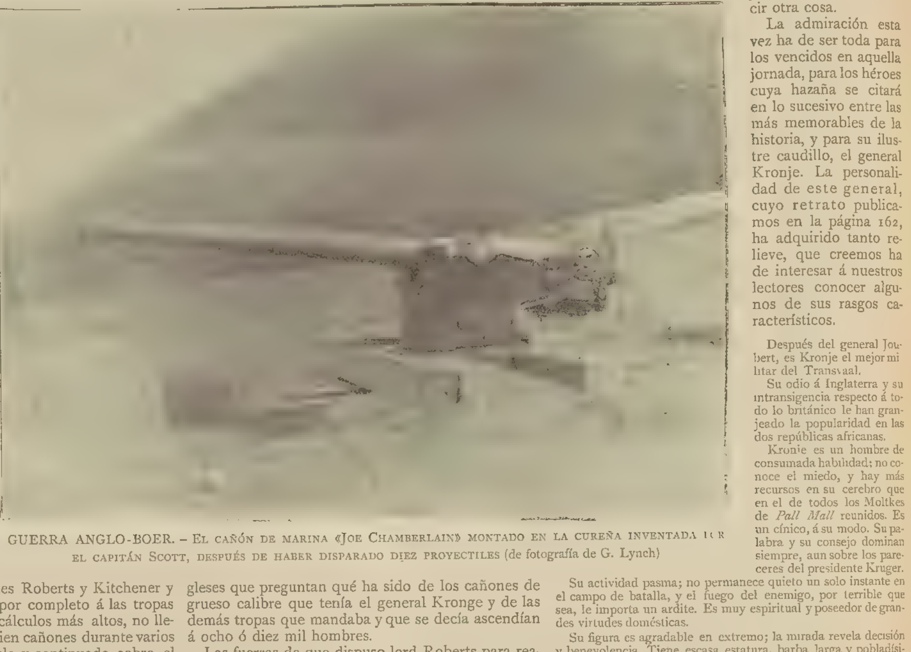
Firmado:

JAIME REID, capitán JAIME INKSTER, oficial primero.»

GUERRA ANGLO-BOER

La falta de noticias completas unas veces, y otras las contradicciones que en las recibidas se observaban, justificaban las dudas de que nos hacíamos eco en nuestra anterior crónica acerca de la suerte que pudiera caber al ejército del general Kronje, encargado de contener el avance de los ingleses por el territorio de Orange.

Muchos confiaban en que el caudillo boer, ya con sus solas fuerzas, ya con ayuda de las que desde otros puntos del teatro de la guerra pudieran acudir en su auxilio, conseguiría salir felizmente de la difícil situación en que se hallaba. Mas todo el heroísmo de que han dado pruebas los boers, se ha estrellado esta vez ante la considerable superioridad numérica de sus adversarios, que han acumulado todos sus poderosos medios de acción en aquel territorio para lograr, costara lo que costara, una victoria que compensase, aunque sólo fuera en parte, la serie de tremendas derrotas hasta ahora por él sufridas. Más de 40.000 hombres tenían consigo los generales Roberts y Kitchener y con ellos habían cercado por completo á las tropas de Kronje que, según los cálculos más altos, no llegaban á 8.000; y más de cien cañones durante varios días hicieron fuego terrible y continuado sobre el campamento boer, causando en éste horrorosos estragos. Desde el día 17 de febrero último, trabáronse diariamente sangrientos y empeñados combates. Los boers se defendieron con un heroísmo que ha sido la admiración de los propios adversarios, habiendo obtenido algunas victorias parciales, como la del 20, de que hablamos en nuestra crónica anterior y en la cual perdieron los ingleses, entre muertos y heridos, más de 150 oficiales y 1.500 soldados.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL CAÑÓN DE MARINA «JOE CHAMBERLAIN» MONTADO EN LA CUREÑA INVENTADA POR EL CAPITÁN SCOTT, DESPUÉS DE HABER DISPARADO DIEZ PROYECTILES (de fotografía de G. Lynch)

El día 25 lord Roberts tuvo noticia de que en el campamento boer se observaban señales de desaliento y existía divergencia de opiniones entre los jefes (tal es la versión inglesa), en vista de lo cual mandó avanzar las trincheras y redoblar el bombardeo. El 26 dispuso que una sección de ingenieros y tres regimientos de infantería ocuparan una posición situada á 70 metros de las trincheras boers, y en la madrugada del 27 un parlamentario llevó al cuartel general inglés una carta del general Kronje en la que decía que se rendía incondicionalmente. El general Roberts le contestó que podía presentarse en su campamento y que sus tropas debían entregar las armas y abandonar las posiciones que ocupaban. Kronje llegó al campamento inglés á las siete de la mañana.

Los ingleses hicieron 4.000 prisioneros y se apoderaron de cuatro cañones Krupp, dos Maxim y nueve piezas de pequeño calibre. Estas cifras han llamado mucho la atención, siendo varios los periódicos ingleses que preguntan qué ha sido de los cañones de grueso calibre que tenía el general Kronge y de las demás tropas que mandaba y que se decía ascendían á ocho ó diez mil hombres.

Las fuerzas de que dispuso lord Roberts para realizar esta operación consistían en tres divisiones y media de infantería y una de caballería, con 28 batallones y medio de infantería, seis regimientos de caballería, y varios contingentes de tropas coloniales formando un total de unos 40.000 hombres con 108 cañones.

Con razón ha podido, pues, exclamar en la Cámara de los Comunes el diputado irlandés Mr. Redmon, cuando se hubieron acallado los aplausos que estallaron después de la lectura del despacho de lord Roberts: «Cuarenta mil ingleses han capturado cuatro mil boers, ¡qué victoria tan gloriosa!»

Sin pecar de exagerados, bien podemos decir que la exclamación del diputado irlandés es la expresión de lo que siente la inmensa mayoría de los que siguen con interés el curso de la guerra.

El triunfo del general Roberts no es de los que cubren de gloria á un caudillo: dadas sus fuerzas y dadas las de los boers, sucedió lo que no podía menos de suceder. De todas maneras, la victoria, aunque no signifique una página gloriosa en los anales militares de Inglaterra, es de importancia innegable: bajo este concepto nos explicamos el entusiasmo del pueblo inglés y las felicitaciones dirigidas por la reina y por el gobierno á los generales Roberts y Kitchener. Mas si este entusiasmo y estas felicitaciones quisieran significar la admiración por el talento ó habilidad de estos dos caudillos, nos parecerían injustificados, por no decir otra cosa.

La admiración esta vez ha de ser toda para los vencidos en aquella jornada, para los héroes cuya hazaña se citará en lo sucesivo entre las más memorables de la historia, y para su ilustre caudillo, el general Kronje. La personalidad de este general, cuyo retrato publicamos en la página 162, ha adquirido tanto relieve, que creemos ha de interesar á nuestros lectores conocer algunos de sus rasgos característicos.

Después del general Joubert, es Kronje el mejor militar del Transvaal.

Su odio á Inglaterra y su intransigencia respecto á todo lo británico le han granjeado la popularidad en las dos repúblicas africanas.

Kronje es un hombre de consumada habilidad; no conoce el miedo, y hay más recursos en su cerebro que en el de todos los Moltkes de *Pall Mall* reunidos. Es un cínico, á su modo. Su palabra y su consejo dominan siempre, aun sobre los pareceres del presidente Kruger.

Su actividad pasma; no permanece quieto un solo instante en el campo de batalla, y el fuego del enemigo, por terrible que sea, le importa un ardite. Es muy espiritual y poseedor de grandes virtudes domésticas.

Su figura es agradable en extremo; la mirada revela decisión y benevolencia. Tiene escasa estatura, barba larga y pobladísima, ojos azules muy claros, fisonomía de rasgos bastante acentuados.

Muy valeroso, de un patriotismo á toda prueba; un verdadero soldado y un jefe; un hombre de la *Veldt*, que sólo aspira á vivir y morir en su patria, fusil al brazo, como conviene á un cazador y á un guerrero.

El general Kronje posee una granja de 12.000 acres cerca de Potchefstroom, donde hace vida patriarcal, rodeado de sus hijos, de sus criados indígenas y subordinados, dóciles al más insignificante gesto de su señor.

Lo que caracteriza á Kronje es principalmente su odio hacia los ingleses; cuando ocurrió la captura de Jameson en Krugersdorf, el general boer quería fusilar sin compasión á todos los oficiales ingleses comprometidos en el *raid*. Sólo desistió Kronje cuando se le hizo comprender que los prisioneros serían más útiles á la causa del Transvaal concediéndoles la vida.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL SITIO DE MAFEKING. – UN HOSPITAL DE SANGRE DE LOS BOERS (de fotografía instantánea)

El general Kronje y los demás prisioneros han sido enviados á la ciudad del Cabo.

Ya hemos dicho que la victoria de los ingleses es de importancia; pero nadie la estimará como decisiva ni mucho menos, pues aún les quedan á aquéllos muchos huesos que roer antes de que logren terminar con bien (si es que la terminan) la empresa tan sin razón, ó mejor dicho, por razones tan poco dignas y nobles, emprendida. El pueblo boer está resuelto á jugarse el todo por el todo, y en tales luchas,

por muy superiores que sean los recursos de uno de los beligerantes, ha de costarle sacrificios y pérdidas inmensas vencer á su adversario, tanto más si tiene que luchar en el territorio de éste. Las guerras en territorio, los cuales, según parece, hacen una activa propaganda repartiendo libros y folletos contra Inglaterra. Hasta ahora se habían limitado á auxiliar á los boers por medios indirectos, sin atreverse á tomar de Buller ha quedado libre de boers por haberse declarado éstos en retirada, quita todo interés á los combates que en los días anteriores se libraron en el Tugela. Por esta razón creemos innecesario describir-



GUERRA ANGLO-BOER. - El sitio de Mafeking. - Un cañón Creuzot de 15 centímetros. En primer término, en el centro, está el general Kronje (de fotografía instantánea)



GUERRA ANGLO-BOER. - El sitio de Mafeking. - Un comando boer (de fotografía instantánea)



GUERRA ANGLO-BOER. - El sitio de Mafeking. - Una batería Maxim (de fotografía instantánea)

que se combate por la independencia son pródigas en sorpresas y en resultados inesperados.

Y si en el caso presente resultan ciertos los rumores de una sublevación de los afrikanders del Cabo, las tropas británicas pudieran pasarlo muy mal. Respecto de este particular, los periódicos ingleses no ocultan la inquietud que les inspira la conducta de los colonos de origen holandés establecidos en aquel las armas; pero al presente se advierten síntomas de una insurrección general, habiéndose levantado ya algunas partidas para cortar las comunicaciones ferroviarias y telegráficas.

Las últimas noticias recibidas del Natal dando cuenta de que el general Dundonald ha entrado el 28 de febrero en Ladysmith y de que todo el territorio comprendido entre aquella población y las posiciones los; únicamente diremos que fueron muy sangrientos, especialmente el del día 23, y que en ellos perdió, según se dice, el general Buller 3.000 hombres.

Con la rendición de Kronje y la toma de Ladysmith la guerra entra en una nueva fase, pues los ingleses habrán de combatir en adelante en los territorios de sus enemigos, en donde se desarrollará la lucha en condiciones muy difíciles para ellos. - A.



LOS BORRACHOS, cuadro de Antonio Fabrés



ADORACIÓN, cuadro de R. Konopa

NUESTROS GRABADOS

Esteban de Antuñano, estatua de Jesús Contreras (fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins). – La estatua que reproducimos en esta página, obra de un distinguido escultor, Jesús Contreras, está destinada, después de figurar en la próxima Exposición de París, á servir de coronamiento del monumento que en la ciudad de Puebla (Méjico) se erige á la memoria del que fué ilustre patricio Esteban de Antuñano, quien nacido en Veracruz en 1792, educado en Vergara y establecido después en la Puebla, tomó activa parte en la constitución política del país después de la caída del primer imperio de Itúrbide y procuró con sus esfuerzos implantar industrias que han reportado al país prosperidad y progreso, no sin tener que luchar contra ruda y capciosa oposición y vencer obstáculos sin cuento. De ahí el significativo título de la primera fábrica que logró fundar, «La Constancia,» que empezó á funcionar en 1835.

ESTEBAN DE ANTUÑANO, estatua de Jesús Contreras, fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

Cuanto al autor de la obra Sr. Contreras, creemos que merece plácemes por la inteligencia con que la ha ejecutado y singularmente por ser uno de los artistas á quienes debe Méjico en gran parte el desenvolvimiento que ha alcanzado el arte moderno.

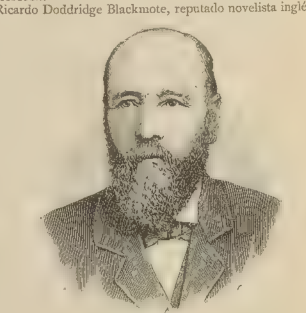
***

La hora del Angelus, cuadro de A. Perret. – Cuando el malogrado Millet pintó su famoso *El Angelus*, ese cuadro que tan poco valió á su autor y que algún tiempo después de la muerte de éste ha valido cuantiosas primas á los que sucesivamente lo han ido revendiendo, sembró una semilla que andando los años había de producir bellísimos frutos. Él fué, por decirlo así, quien creó el género llamado ruralista, en el cual la verdad de la forma se enlaza por modo admirable con el sentimiento del fondo. Muchos antes que él habían copiado en sus lienzos la naturaleza en sus más hermosas manifestaciones; pero nadie como él había sabido poner en sus cuadros toda la poesía de los campos, esa poesía que poco á poco se apodera de nosotros y acaba por dominarnos completamente, esa poesía intensa que constituye el alma de la madre Tierra. Millet abrió el camino que luego otros han seguido con mayor ó menor fortuna: entre los más afortunados en este sentido puede citarse al notable pintor francés A. Perret, autor del cuadro que reproducimos, cuadro sobriamente compuesto y en el cual alienta, á pesar de esta sobriedad, un sentimiento intenso que llega hasta lo más hondo de nuestro corazón.

La hora del Angelus figuró en el último Salón de París y se conquistó desde el primer momento la admiración del público y el aplauso de la crítica.

***

Los borrachos, cuadro de Antonio Fabrés. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras del notable pintor catalán y últimamente en el número 942 dedicamos al celebrado artista un artículo con motivo de la exposición organizada en el Salón Robira de esta ciudad. Creemos, por esta razón, más oportuno que repetir lo que tantas veces hemos dicho, traducir algo de lo que hablando de Fabrés escribe una de las más notables revistas artísticas alemanas. «Las creaciones de Fabrés tienen un gran rasgo característico. Aun en sus más pequeñas acuarelas se afirma el espíritu que respetando la naturaleza en todas sus manifestaciones sabe tomar de ella lo esencial, lo más importante y trasladarlo al lienzo como nota dominante y permanente. Esta manera de entender el realismo, ese apartamiento absoluto de originalismos extravagantes, ese naturalismo en el buen sentido de la palabra, constituyen la nota encantadora de sus creaciones artísticas. En su colorido se aunan el mayor vigor de los colores con la más perfecta delicadeza de ejecución... En cuanto al modo como Fabrés sabe ser psicólogo, elocuente prueba de ello es, entre otros, el cuadro *Los borrachos*.» En efecto, basta contemplar este lienzo, que reproducimos en el presente número, para ver hasta qué punto ha logrado exteriorizar el modo de ser y de sentir de los personajes que en el mismo figuran: en los rostros y en las actitudes de aquellos alegres comensales se ven claramente expresados los distintos efectos de la embriaguez, sin que á pesar de ello se haya desmentido, ni aun tratándose de un asunto tan poco agradable, el buen gusto del autor, que ha sabido con gran talento evitar todo lo que el cuadro pudiera tener de repugnante.



GUERRA ANGLO-BOER. – El general T. Kelly-Kenny, jefe de la sexta división que ha operado á las órdenes del generalísimo lord Roberts.

***

Adoración, cuadro de R. Konopa. – En todos tiempos la pintura religiosa se ha manifestado de dos maneras distintas, una que ha procurado dar á los hechos el carácter de la época en que acaecieron, y otra que materializando más los temas los ha ajustado á la época en que han sido pintados. Ambos géneros tienen sus ventajas cuando se tratan por artistas de verdadero talento, pues si el uno habla más directamente al espíritu, el otro impresiona más directamente los sentidos y hace más accesibles á la inteligencia del que contempla el cuadro el pensamiento que el autor quiso desarrollar ó la enseñanza que se propuso exponer. El lienzo de Konopa que reproducimos pertenece á este segundo género, y fuerza es reconocer que dentro de los principios en que éste se informa realiza perfectamente el fin que el pintor se propuso. El acto de adoración de la Virgen y el Niño Jesús por esas pequeñas aldeanas que junto á ellos se arrodillan presentándoles su sencilla ofrenda, resulta altamente sentido y lleno de poesía encantadora. El bellísimo paisaje en donde la escena se desenvuelve contribuye poderosamente á aumentar la grata impresión que en nuestro ánimo causa el grupo de las figuras.

***

Niños boers ejercitándose en el tiro al blanco. – Es por demás interesante el sistema de educación de los niños boers, y creemos que nuestros lectores verán con gusto los siguientes datos acerca del mismo, que tomamos de un relato sobre la vida íntima de aquel pueblo, hecho recientemente por un negociante de Pretoria. Gracias al método que con él se sigue desde su primera infancia, el niño boer se desarrolla rápidamente, de modo que á los diez años aparenta tener trece ó catorce por lo menos: el día en que puede encaramarse sobre el lomo de uno de los poneys de la granja de sus padres, hace su primer ensayo de equitación, y desde entonces á horcajadas sobre el caballo, sin silla y á veces sin brida, afronta los obstáculos más peligrosos, convirtiéndose muy pronto en consumado jinete. El fusil es su primero y único juguete: en cuanto el padre considera á su hijo bastante fuerte para manejar un arma de guerra, le confía un fusil Martín-Henry y le enseña á usarlo, acostumbrándole á apreciar las distancias y á no gastar la pólvora inútilmente. Estas lecciones paternales se graban fácil y profundamente en la memoria del que ya por naturaleza posee las cualidades necesarias para ser un tirador incomparable. Cuando los hijos tienen una educación suficiente, el padre los lleva á la caza de fieras. Estas excursiones duran muchos días é implican un traslado completo. A la pesada carreta van uncidas las legendarias parejas de bueyes y dentro de aquélla van los ancianos, la madre y los pequeñuelos; detrás y á los lados cabalgan el padre y los hijos adolescentes. La caravana viaja así hasta que la caza cobrada parece bastante abundante para regresar al hogar paterno. Con esta existencia de guerrilleros estos hombres se han hecho temibles tiradores y ningún pueblo del mundo puede competir con ellos en este punto. La instrucción de los niños es generalmente rudimentaria: el padre les enseña á leer en la Biblia que heredó de sus antepasados y les enseña también á trazar los signos del alfabeto. En la actualidad los boers sienten ya la necesidad de una cultura intelectual más elevada y envían á sus hijos á las universidades abiertas en el Africa del Sur, entre las que sobresalen el colegio Grey, de Bloemfontein, y la Escuela superior de Pretoria, y aun algunos llegan á separarse de ellos para enviarlos á estudiar á Europa.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de Novedades *Les maris de Leontine*, graciosa comedia en tres actos de Alfredo Capus; en el Teatro Lírico de la Renaissance *Martin et Martine*, bellísimo cuento flamenco con bonita música de Emilio Trepard; y en los Bufos Parisienses *La Belle au bois dormant*, ópera cómica en tres actos y ocho cuadros de A. Vanloo y G. Duval, inspirada en el cuento de Perrault del mismo título, para la cual ha escrito una elegante partitura el popular compositor Carlos Lecocq y que ha sido puesta en escena con gran lujo.

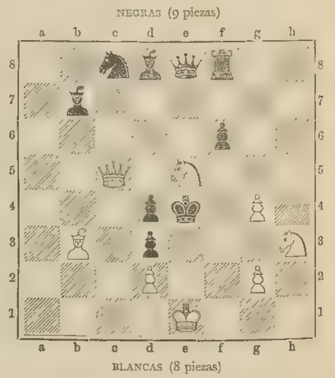
Madrid. – En el teatro Lara se ha estrenado con aplauso *Policarpito*, lindo apropósito en un acto de Eusebio Blasco.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *El galope de los siglos*, humorada satírico-fantástica en un acto y ocho cuadros de Sinesio Delgado con música del maestro Chapí. En Novedades ha terminado la primera temporada de la compañía Mariani, habiéndose verificado la función de despedida del notable artista Sr. Paladini, que fué objeto de una gran ovación. Reformada dicha compañía, habrá empezado, cuando estas líneas se publiquen, una nueva serie de representaciones que es de esperar tendrán igual éxito que la anterior. En el Liceo se darán durante la presente cuaresma diez grandes conciertos bajo la dirección del maestro Nicolau con la valiosa cooperación del «Orfeó Catalá» dirigido por el maestro Millet, que tanta y tan justa fama ha alcanzado en el mundo musical.

Necrología. – Han fallecido:

D. Luis Taberner, notable pintor español, cuyos retrato y semblanza publicamos en el número 907 de La Ilustración Artística.

Ricardo Doddridge Blackmote, reputado novelista inglés.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL GENERAL KRONJE

Alberto Pasini, pintor italiano, profesor de las academias de Parma y Turín.

Bror Hemming Weslau, notable electricista alemán, inventor de la locomotora eléctrica.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 185, POR KOHTZ Y KOCKELKORN

NEGRAS (9 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 184, POR J. POSPISIL.

Blancas.	Negras.
1. A g 8 h 7	1. Cualquiera.
2. D, T, A ó C mate.	

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Haría mal en quejarse de un estado de cosas buscado por ella misma.

Mad. Le Clercq meneó la cabeza.

– ¡Ay, pobre Roberto! La lógica inflexible no es una virtud femenina. Bien ves que los sentimientos pueden modificarse, puesto que tu mujer, que había aceptado con gusto nuestra existencia actual, no tiene mayor deseo que cambiarla. Al principio estará muy satisfecha: estrenará su casa, sus muebles, su libertad, su responsabilidad: será una era de goces; se mostrará orgullosa de acompañar á su criada al mercado y de ajustar la cuenta á la lavandera; pero ¿y más adelante? Verá que la casa es incómoda, las habitaciones pequeñas, el jardín descuidado, la criada torpe y grosera; sabrá lo que es tener que ir á pie, hasta cuando llueva, llevar vestidos mal hechos, sombreros de veinticinco francos y remendar la ropa de su marido. En una palabra, conocerá todas las pequeñas miserias de las mujeres necesitadas, lo cual tiene poco de agradable. Y no me extrañaría si al cabo de algún tiempo pidiera volver aquí, cosa á la que yo accedería de buen grado, pero que daría á nuestros amigos, á toda la ciudad, una pobre idea de vuestro carácter.

Roberto, muy sombrío, hizo un ademán autoritario, significando que jamás adoptaría semejante decisión. Su madre volvió á sonreirse con la misma benevolencia.

– ¡Oh! No hay que jurar nada, sobre todo cuando se tiene una mujercita tan seductora como la tuya. Lo conseguirá todo de ti, y es muy natural. En fin, dejando á un lado esta hipótesis, y admitiendo que tenga hasta lo último el valor de su opinión, siempre resulta que viviréis apurados. ¿Cuánto has ganado este año?

– De cuatro á cinco mil francos.

– Bien. Esa ganancia aumentará sin duda; pero aunque llegues á duplicar esa cantidad, será una verdadera miseria, la peor de todas, en trajes raídos y vestidos teñidos. Y si tenéis hijos, como espero y deseo con toda mi alma, ¿de dónde sacaréis los recursos suficientes para criarlos, para que María Magdalena no tenga que hacer trabajos muy duros, tareas de las mujeres del pueblo, que serían desastrosos para una naturaleza tan delicada?

Roberto hizo un ademán de impaciencia. Ella, levantando entonces la mano con cierta solemnidad, añadió:

– Hijo mío, si te digo estas cosas es porque conviene que las sepas. Es menester que no te lances á ciegas por un camino demasiado duro en el que puedes sucumbir. ¡Tantos sinsabores para las gentes necesitadas, tantos cuidados, renovados á cada paso, y esto en una ciudad en que nuestros antepasados han ocupado una posición brillante y respetada! Sí, si te digo esto, es porque yo no me resigno á ello. No quiero ver á mi hijo, que al fin es un Le Clercq, reducido á semejantes expedientes, y puesto que es preciso que alguien se sacrifique, me sacrificaré yo.



Trepó á una pequeña eminencia, en la que soplaba el viento del mar

Roberto se levantó é interrogó á su madre con la vista. No comprendía adónde quería ir á parar.

– Yo me iré..., dijo Mad. Le Clercq con firmeza; os dejaré la casa, la instalación y la fortuna necesaria para que figuréis de un modo conveniente en la sociedad. A una vieja como yo, le bastarán algunos millares de francos y una casa modesta. Y bien, Roberto... ¿Qué tienes?

El bueno, el excelente y leal Roberto, dominado por una violenta emoción, estrechaba á su madre entre sus brazos y la besaba como cuando era niño, y la rigidez profesional y el deber de ilustrar su nombre no le habían aún congelado.

¡Mamá! ¡Querida mamá! ¡Qué buena es usted! Pero me juzga usted mal. ¿Puede usted suponer que yo aceptaría semejante sacrificio?

Ella también se conmovió, pero sinceramente; sí, sinceramente.

A veces no deja de haber mucha lealtad en las picardías femeninas. Y la frase de la Camila de Musset es profunda y verdadera: «¿Se tiene la seguridad de que todo miente en una mujer, cuando su boca miente?» No. Aquel ofrecimiento de deslumbradora generosidad era una astucia diplomática; pero la madre quería conservar á su lado á su hijo, y apelaba para ello al arma que le convenía.

– Pues será preciso aceptar, dijo acariciando con la punta de los dedos la cabeza de su hijo. Ya sabes qué tiranía es la mía. No quiero ver á mi Roberto luchando con la miseria; no quiero que Mad, acostumbrada á verse halagada, mimada, á gastar sin contar, se encuentre desgraciada de pronto. ¿Crees que podría resignarme á gozar de mi lujo sabiendo que os halláis en la medianía? No. Además, esta casa es el hotel Le Clercq, nuestras iniciales están esculpidas en las claves de bóveda y cinceladas en los balcones. El jefe de la familia, el que lleva el nombre, debe vivir en ella, y ese eres tú. ¡Oh! No me eches en cara mi orgullo. No conseguirás nada. Sí, estoy orgullosa de mi raza y quiero conservar sus tradiciones hasta el extremo. Un Le Clercq no irá á menos, no saldrá de este hotel. Poco importa que una pobre vieja, buena á lo sumo para hacer medias para los pobres, vaya á vivir á otra parte. Quiero ver á mi hijo y á sus hijos viviendo en nuestra casa de familia.

– Demasiado comprende usted, mamá, que eso no se puede aceptar. Y aun se pueden volver contra usted todos los argumentos de que acaba de valerse. ¿Se resignaría usted á la medianía, á su edad?. Más fácil le sería eso á una mujer muy joven.

Pero, hijo mío, no se trata de medianía, replicó Mad. Le Clercq con animación forzada. Cree que me propongo reservarme una renta bastante para pasar una vida cómoda. Todo consistirá en organizar de otro modo mi género de vida. Seguiré como hasta aquí ocupándome de mis asociaciones benéficas; veré á mis antiguos amigos, y á vosotros dos, queridos hijos. Confío también en que me recibiréis en vuestra casa de buen grado. María Magdalena tiene buen corazón y me querrá más cuando ya no me imponga á ella.

Roberto, con el corazón oprimido y un violento deseo de llorar, dijo con voz entrecortada que ocultaba mal su trastorno:

– Mamá, pido á usted perdón por haber pensado, siquiera un minuto, en separarme de usted. No se trate más de ello; María Magdalena será de mi opinión cuando conozca la generosidad de usted y el cariño que le tiene. Y si aún conservara una idea contraria, yo haría de modo que renunciase á ella.

Dió otro beso á su madre y salió precipitadamen-

te. Las personas muy metidas en sí mismas tienen horror de dejar traslucir una emoción.

Mad. Le Clercq volvió á dejar caer la cabeza en la almohada lanzando un suspiro de satisfacción, y dijo:

– ¡Oh, mi buen Roberto! ¡Qué carácter tan recto y tan leal! Mad es también buena, pero necesita una lección.

Cuando el doctor de Bois Saint-Marcel salió de su cuarto en traje de viaje, llevando en la mano una carta urgente que se había dirigido á sí mismo para enseñársela á sus huéspedes y en la que se le llamaba á París, encontró á su hija que salía en actitud lenta y pensativa de la habitación de su suegra. Comprendió que sin duda acababa de hacer su sumisión y se tranquilizó. Sin embargo, esto no modificó sus proyectos de marcha, y siguió pensando que era tiempo de ir á Escocia con su amigo Claverhouse, que debía aguardarle impaciente hacía quince días.

María Magdalena miró á su padre; vió su traje de viaje y lo comprendió todo.

– He recibido una carta, dijo muy de prisa el doctor, poniéndose colorado ante la mirada de su hija. Necesito marcharme... Un cliente enfermo..., la señora de Fernández..., esa española que tiene tan hermosas esmeraldas. Ha enfermado de repente y el caso es grave.

María Magdalena meneó la cabeza y con acento significativo contestó:

- No me sorprende que usted se vaya.

M. de Bois Saint-Marcel no quiso comprender esta frase y preguntó:

– ¿Puedo ver á Mad. Le Clercq?

– No; está en cama, pero no enferma. ¡Oh! Tiene un vigor, una energía, una entereza que le quitan á usted la esperanza de poder serle útil como médico.

M. de Bois Saint-Marcel, sorprendido del tono de su hija, dijo, decidiéndose al fin á mezclarse en un debate que le desagradaba:

– ¡Ea!, entremos en tu cuarto y hablemos; puedo aún dedicarte un cuarto de hora; voy á pedir á tu suegra que me reciba antes de irme.

Escribió unas cuantas palabras en una tarjeta, llamó, se la entregó á una camarera, y acompañó á su hija al primer piso á su habitación particular. Y mientras subía la escalera, el doctor, advertido por cierta sutileza natural reforzada por un vivaz egoísmo, comprendía que, por una razón con la que no atinaba, Mad sentía una viva contrariedad; estaba exasperada. ¿Había pensado que el desplante de la víspera le daría la libertad? ¿Acababa de persuadirse de que su esperanza se había frustrado? ¡Oh! Sin duda iba á reiterar sus esfuerzos para comprometerle: iba á pedirle protección, asilo tal vez.

El doctor se puso sobre sí: nada de enternecimiento ni de debilidad, lo cual sería contrario á los verdaderos intereses de María Magdalena. Era menester tener juicio por ella, y no dejar que se perdiera por alguna terquedad.

Al encontrarse sola en su cuarto con su padre, Mad vió por su actitud que sus temores iban á realizarse. Aguardó que la interrogara, cosa que él hizo al punto.

– Vamos á ver, ¿qué ha pasado después de tu torpeza de ayer? Ya sabes, Mad, que soy débil para contigo; pues bien, hija mía, te he censurado enérgicamente, y no te oculto que hablando con tu suegra, he desaprobado tu conducta. Un incidente como ese es peor que una falta, es una torpeza. ¿Crees que has complacido á tu marido? Vamos, habla.

Mad, sin entrar en detalles de su conversación con Roberto, dijo lo que había pasado entre ellos; que después de un violento enojo, su marido había consentido en que se separasen de Mad. Le Clercq. El doctor dijo entonces con asombro:

– ¡Que Roberto ha consentido! ¡Entonces es cosa hecha! ¿La ruptura es completa?

– No. *Ella* ha parado el golpe, dijo Mad con frialdad. ¡Oh! Tranquilícese usted; continúo bajo su dependencia.

El doctor se encogió violentamente de hombros.

– ¿Que me tranquilice? Sin duda. ¿Que continúas bajo su dependencia? Es lo mejor que te puede suceder. ¿Se concibe que una mujer de buen juicio abuse del poder que ejerce en el ánimo de su marido para obligarle á hacer semejantes tonterías? Creía que Roberto tenía más talento y más energía. Pero ¿qué iba á ser de vosotros? ¿Cómo iba á arreglarse? ¡Ah! Es una locura. No tienes espíritu práctico, hija mía. Y me complace mucho que Mad. Le Clercq haya tenido más juicio que vosotros. ¿Y cómo se ha portado ella?

– Con mucha destreza. Sometiéndose, abandonándolo todo. Sacrificándose á nuestra ventura, exigiendo que nos quedásemos con el hotel y la fortuna, mientras ella, pobre y resignada, se retiraría á alguna casa modesta. Es preciso ser tan cándido como... él para no haber visto la comedia.

– Permíteme..., dijo el doctor; me parece muy digno lo que ha hecho, primero por el resultado, el mejor que pudiera darse, y luego por el valor que ha demostrado. Su hijo podía haberle cogido la palabra y estoy persuadido de que en este caso, ella hubiera cumplido lo que prometía.

– Demasiado conoce á Roberto, replicó Mad con la misma tranquilidad que hubiera debido hacer reflexionar al doctor, porque denotaba un estado de espíritu singular; sabía muy bien que no corría ningún riesgo. Esa diplomacia me repugna; me parece despreciable. Antes *ella* me abrumaba; ahora ya no la aprecio.

– ¡Pamplinas!, dijo M. de Bois Saint-Marcel levantándose. Piénsalo un poco, hija mía; la vida no es una comedia en la que se ponen en movimiento como uno quiera los personajes. Hay que contar con la voluntad de los demás y respetarla, evitando chocar con ella.

– Pues eso es lo que yo deseo que se haga con respecto á mí, interrumpió Mad.

– ¡Ta, ta! Tú no eres más que una locuela, dijo el padre ya enfadado. Donde sería menester flexibilidad, afectas tiesura. Eso es muy torpe. En lugar de cultivar los buenos sentimientos de tu suegra para contigo, la conviertes en una enemiga. Lo que hiciste ayer ha agravado la situación. A Mad. Le Clercq le costará trabajo perdonarte semejante rebelión, y Roberto te tendrá mala voluntad por haberle inducido contra su madre.

– ¿Y qué me aconseja usted?, preguntó Mad.

– Ceder..., ser amable y complaciente, como lo eres cuando quieres. ¡Qué diantre! En París todo el mundo te quería. ¿Cómo es que ahora tienes la guerra en tu casa?

– ¿Y si no puedo ceder?

– Se puede, cuando es inevitable.

– ¿Inevitable?

– Sí, dijo el doctor con firmeza brutal. No veo medio de obrar de otro modo. En caso de rebelión definitiva, no cuentes con ningún estímulo por mi parte. Te aseguro que no debes probarlo. Sería una falta en mí el aconsejarte de otro modo y darte la más remota esperanza de encontrar apoyo en mí.

María Magdalena no pareció sorprendida; aguardaba esta decisión de su padre: sabía hasta dónde podía llevarle el temor de las complicaciones y de las molestias, aquella dureza con que le negaba no tan sólo un apoyo material en el cual apenas pensaba en aquel momento, sino un poco de simpatía y consejos afectuosos más detallados que aquella brusca resolución: ¡ceder! ¿Acaso hacía otra cosa desde su casamiento? ¿Y qué había conseguido? Una completa anulación.

Miró el reloj.

– Si quiere usted ver á Mad. Le Clercq antes de marcharse, ya es tiempo de que pase usted á su cuarto.

– Sí. Ya voy. Hasta la vista, Mad.

Abrazó á su hija, la cual se dejó abrazar inmóvil é indiferente. Entonces él la miró.

– Ahí tienes, no quiero ceder á tus caprichos y te enfadas conmigo. Me dejas partir sin decirme siquiera adiós.

Mad vió que su padre sentía verdaderamente su tirantez, y entonces le abrazó también.

– ¡Ah, tontuela!, dijo el doctor. Tienes todas las probabilidades de bienestar, y si no pusiéramos orden, cambiaría pronto ese bienestar por la miseria. Vaya, nena, ya sabes que te quiero. Di..., responde.

– Sí, contestó Mad.

– Pues entonces no puedes sospechar de mis razones; debes pensar que juzgo mejor que tú y atenderme, dejando aparte el respeto filial. Sé muy bien que esa buena señora tiene momentos penosos; pero se la deja hablar y se piensa en otra cosa. Hay momentos distraídos, se viaja, se va á París. ¡Oh! Con Roberto y nadie más; puerta abierta á la señora Roberto Le Clercq; cerrojo echado á una pícara Mad que haría tonterías. ¡Ea, adiós, *my darling!*, como dice Lucy Hartley. Todo esto no son más que chubascos de verano; pronto saldrá el sol.

Se separó de su hija sonriendo, queriendo tomar por aquiescencia el silencio de Mad y pensando que sus ternezas de padre indulgente compensaban sus rigores. Era uno de esos egoístas que, sacrificándolo todo á sus intereses, no pueden soportar que se les guarde rencor, por poco que sea. Necesitaba que todo el mundo le quisiera y le encontrara amable.

Al quedarse Mad sola, pensó un momento en la situación inesperada en que se hallaba. Tan profunda había sido su estupefacción cuando, al ir á rogar á su suegra que la perdonara la vivacidad de sus palabras, supo que Roberto había cambiado de resolución y que continuaba todo como antes; tan intenso había sido su desaliento, que no tuvo tiempo de reflexionar. Había buscado maquinalmente la simpatía de su padre: no tenía plan determinado. ¿Qué hacer? Ante todo ver á Roberto; oir lo que le diría.

Quiso ir á su despacho; pero un sentimiento brusco la detuvo; sentimiento de desprecio á un hombre que tan fácilmente faltaba á su palabra. Y ocupó su corazón un vivo rencor, mientras que recordaba todo lo que le había prometido algunas horas antes, sus palabras de ternura y la confesión de que tenía derecho á ocupar el sitio preferente en su corazón. Esto databa de pocos instantes, y le decía estas cosas en aquel mismo cuarto. Al primer choque, retrocedía, y daba villanamente por nulas todas sus promesas.

¿Era ese el cariño que la tenía? Después de haber divinizado á su mujer, la trataba como una inferior, no juzgando siquiera conveniente explicarle él mismo sus razones. ¿Debería ella ir á pedírselas? No. Que viniera él si le parecía. Valía más dejarle la angustia nerviosa de ser el primero en hablarla de tales cosas...

Entró en su tocador, aquella pieza desagradable por el lujo del mal gusto acumulado por su suegra. Empezó á peinarse y soltó sobre sus hombros sus hermosos cabellos rubios. Quizás había en ello un artificio de coquetería, porque casi en el mismo momento oyó los pasos de Roberto. Le dejó entrar sin volver la cabeza, veía en el alto espejo incrustado en la pared, encima de su tocador, la cara cavilosa, casi confusa de su marido...

– Buenos días, Mad.

– Buenos días.

– ¡Qué tono tan seco! ¿Has visto á mi madre?, preguntó Roberto yendo derecho al asunto.

– Sí.

Mad daba estas respuestas lacónicas sin mirar á su marido, el cual repuso:

– ¿Y te ha dicho lo que ha pasado entre nosotros?

– No; solamente el resultado. Parece que, á pesar de todo, continuamos en su casa.

– ¿Podía yo aceptar un sacrificio tan grande? Tú misma no lo habrías aceptado. No, Mad, te habría parecido imposible, como á mí, que saliera de su propia casa.

– Nunca le hemos pedido semejante cosa, replicó la joven retorciéndose los cabellos sobre la nuca y clavando en ellos largas agujas de concha.

– Naturalmente, pero no ha podido tolerar que tú y yo tuviéramos que pasar molestias y privaciones. Su oferta tan espontánea me ha conmovido y aun estoy seguro de que te conmovería á ti. Ante semejantes generosidades, desaparecen los pequeños disentimientos, y sólo queda el agradecimiento.

Mad guardó un silencio que respondía *no* á esta afirmación. Acabó de peinarse, se levantó y dijo con frialdad:

– Conque en definitiva, ¿continuamos aquí en las mismas condiciones?

Roberto, ligeramente confuso, pero afectando firmeza, contestó:

- Sí, con mutuas concesiones podemos vivir contentos.

– Hasta ahora las concesiones no han sido mutuas: todas las he hecho yo; no recrimino á nadie; es inútil que arrugues el entrecejo y te prepares á la discusión. ¿Tienes algo más que decirme?

– No.

– Entonces ten la bondad de dejarme acabar de vestir.

– ¡Eso significa que me vaya! No me tienes acostumbrado á tanto rigor, repuso Roberto procurando echar el asunto á broma.

Se acercó á Mad y quiso besarla, cosa que ella se dejó hacer con indiferencia tan glacial que él retrocedió ofendido. Al querer salir del gabinete se encaminó á la alcoba.

– Hazme el favor de salir por la puerta de la antecámara, le dijo Mad.

– ¿Por qué?

– Porque mi cuarto no es un sitio de paso en donde todos entran á cada momento.

Roberto miró á su mujer con aire amenazador:

– ¿Vamos á representar alguna escena de novela? Ya sabes que es absurdo lo que dices... y lo que te callas.

– Pudiera ser. Supongo, sin embargo, que no harás intervenir á tu madre en el debate. Ya he visto cómo me queréis, y me basta.

Roberto, furibundo, quiso contestar, decir tal vez alguna brutalidad; pero su mujer tenía una actitud tan resuelta, que él se contentó con encogerse de hombros y salió. Mad echó estrepitosamente el cerrojo.

Roberto, al oir este ruido, apretó los puños, y no

obstante toda su calma, descargó tan violento puñetazo en la baranda de la escalera, que se lastimó la mano; se metió en su despacho, lleno de cólera y de rencor, maravillado del carácter que descubría en su mujer y resuelto á hacerle frente. Ya se vería quién se cansaría más pronto de semejante situación.

El doctor encontró en la estación á Renato Darlot que partía para Bretaña; viajarían un rato juntos hasta un ramal de la vía férrea.

M. de Bois Saint-Marcel necesitaba desahogar sus disgustos en el corazón de sus amigos. Darlot había presenciado la víspera la disensión entre las dos mujeres; era natural que se le anunciara un desenlace que estaba deseoso de conocer. El doctor le contó que María-Mad se había disculpado y cómo Mad. Le Clercq, mediante una generosa oferta de despojarse de todo en favor de ella, había logrado conservar á sus hijos á su lado.

– Como ve usted, querido amigo, todo va bien; por esta aventura, Mad habrá comprendido que no tiene más remedio que someterse á su suegra, lo cual es muy corriente.

– Pues á mí no me lo parece, contestó francamente Darlot. Se ve reducida á un papel inaceptable. Y por mi parte, censuro mucho á su marido que no ha sabido cumplir la promesa que le había hecho. Esto le perjudicará en el ánimo de Mad. Hubiera debido tenerlo en cuenta. Ella es buena; pero tiene un modo especial de juzgar las cosas; y creo que desde el día en que no aprecie, dejará de querer. No queriendo, no tolerará todas esas pequeñas persecuciones que ha soportado hasta aquí por puro cariño á él. A mí me parece esto muy... alarmante.

– ¡Qué absurdo es lo que está usted diciendo!, replicó el doctor. No parece sino que se empeña usted en serme desagradable. ¡Después del trabajo que me he tomado para arreglarlo todo! ¡Después de todos los sermones que he hecho á Mad! Pero bien mirado, ¿por qué he de pedir su parecer á semejante original? Usted pretende conocer á Mad mejor que yo, que soy su padre. Le atribuye usted un carácter de tenacidad feroz. Eso es archifalso; yo, que he visto á todas esas personas esta mañana, le aseguro que están en muy buenos términos, que mi hija va á resignarse, porque ve que es la más débil, y le digo también que es lo mejor que puede suceder... ¡Pardiez! Esos hermosos sentimientos son muy patéticos. Pero una vida holgada, feliz y rica, bien merece que se le sacrifique algo. Y en este momento estoy seguro de que Roberto ha sabido convencerla: una mujer que ama á su marido se deja dirigir en todo y se da por contenta...

Tregastel es una aldea pobre, compuesta de miserables chozas de barro que apenas sobresalen del suelo y parecen montones de lodo ó toperas, que forman leves protuberancias en los campos cubiertos de hierba rasa. Todo ello descansa sobre granito, un duro granito rosa, que asoma á la superficie del terreno. Los caminos, empedrados de este modo, parecen antiguas vías romanas; las rocas surgen entre las hiniestas ocupando grandes extensiones, monstruosas, enormes, amontonadas en equilibrio; cubren largos espacios de landas; entre sus masas crecen juncos de flores amarillas, y cuando han dejado intacta alguna estrecha faja de tierra, los campesinos siembran allí trigo. Aquellas manchas amarillentas de las espigas forman á modo de oasis en un desierto pedregoso. ¿Que se ha derrumbado alguna peña ó habido un deslizamiento del terreno? Algunos de aquellos pedruscos de formas extravagantes, que forman montones más altos que torres, tan prodigiosamente pesados que sólo un temblor de tierra podría hacerlos cambiar de sitio, oscilan empujados por un niño.

Los habitantes de aquel rincón de tierra son miserables. Viven de la pesca; entre las rocas que se han agrietado hasta centenares de metros en el mar, las mujeres curtidas, vestidas de sórdidos andrajos, van á buscar langostas. Una chiquillería sucia, descalza, corre por las piedras; cuando aquellos pilletes divisan un forastero, se precipitan hacia él gritando la única palabra francesa que conocen: ¡buenos días! y que es su fórmula de mendicidad: alargan sus manos puercas, y la cuadrilla obstinada sigue sin piedad al desdichado viajero.

Al otro día de su llegada, Darlot, rodeado de este modo, extraviado por los angostos senderos bordeados de chozas, que son á la vez viviendas de hombres y de animales, procuraba en vano hacerse indicar el camino que debía seguir para llegar á la quinta en donde residía miss Hartley.

Darlot se había perdido en un dédalo de caminos, y de campos rodeados de piedras, donde al través de la delgada capa de tierra asomaban las puntas agudas de las rocas. De trecho en trecho cortaban el paso los estercoleros de las granjas, ó el horizonte quedaba limitado por algunas acumulaciones de granito, y por único punto de referencia, la casa blanca de un semáforo, con su elevado mástil y sus cuerdas delgadas como hilos de araña sobre el azul intenso del mar.

Darlot, después de desembarazarse de sus mendigos, se dirigió hacia aquel lado, atravesando extensiones de juncos, cuyos millares de agujas le punzaban las piernas. Anduvo largo tiempo bajo un sol de fuego, y la extensión era tan vasta, tan llana que el semáforo no parecía más cerca. Trepó á una pequeña eminencia, en la que soplaba el viento del mar, acre y lleno de perfumes. Sentóse, cansado, á la sombra de una roca y pasó un rato contemplando el espectáculo que á su vista se ofrecía. Todo un país bañado de sol y de aire azul. La atmósfera estaba tan despejada que se divisaba á grandes distancias la costa, erizada de bloques superpuestos, desgarrados, extraños, amenazadores.


Roberto, al oir este ruido, apretó los puños

Una línea de espuma franjeaba la playa, sobre aquellos baluartes formidables de que estaba rodeada la tierra, llana, sembrada por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, de los mismos innumerables bloques, agujas, flechas, animales monstruosos, pesados amontonamientos, que daban á aquel paisaje un aspecto extraordinario.

Un río se dividía en una red de canales que se abrían con trabajo camino á través de las rocas hacia un amarillento arenal. Bandos de gaviotas cruzaban el aire lanzando gritos tristes.

Por el lado de tierra, aparecían casas bajas y pobres; á lo lejos la flecha delicada y cincelada de un campanario de piedra del siglo décimosexto. Aquel campanario, aquella Capilla de la Claridad, radiaba en la luz, y sus pináculos, el encaje de la flecha, aparecían con un nimbo de oro; vibraba como en una aureola. Pero bajo aquella luz ardiente y alegre, la tierra era dura; ¡cuán miserable parecía el hombre, agazapado bajo aquellas techumbres de bálago florecido, entre aquellas paredes de barro, más tristes, más sucias por efecto del contraste con el azul del mar y la inmensa claridad del cielo!

Darlot estaba conmovido. Él, que se iba por la mañana á ver cómo despertaban los campos de trigo de la feraz Normandía, vería aquí despertarse esos campos de piedras, donde hay pueblos que padecen hambre.

Se levantó; había olvidado á miss Hartley. Pensaba en la ruda miseria de las gentes que vivían allí, y recordaba trozos de canciones bretonas, que comprendía mejor ahora que veía todo aquello.

Marchó hacia el mar y de pronto le llamó la atención un punto blanco... El quitasol de un pintor instalado á unos cien metros, entre las rocas. Mirando con más atención, divisó al artista, que era una mujer. ¿Sería miss Hartley? Encaminóse hacia allí y Lucy le recibió con una sorpresa y un contento verdaderos. Después de las primeras palabras de bienvenida, la joven le preguntó:

– ¿De dónde viene usted? ¿Dónde está usted alojado?

– Lejos de aquí, en una pícara fonda que tiene más bien la apariencia de un mesón de aldea.

– Esos mesones me gustan.

– Sí, pero el mío está invadido por los ingleses, y ya sabe usted lo insoportables que son.

– ¡Cuidado! Olvida usted con quién está hablando.

– Es que usted no es inglesa, al menos por ese concepto.

Riéndose de esta salida, Lucy se puso á pintar. Estaba haciendo un estudio muy adelantado de un trozo de costa erizado de rocas. Darlot lo contempló un rato.

– Está muy bien: es eso.

– ¿Lo cree usted así?

– Muy bien. Por lo demás este país es de una belleza que conmueve. Hace dos horas que vago por la landa, penetrado del carácter de tristeza de estas rocas, de estos brezales, de estas tierras grises. No debería usted pintarlas con este sol ardiente, sino durante una hermosa tempestad. Gruesas nubes, un cielo sombrío, gaviotas espantadas y el viento rompiendo los brezos y envolviendo las rocas, es una magnífica decoración para una escena de *Macbeth*.

Darlot se sentó junto á Lucy, que le escuchaba sin dejar de pintar.

– Yo había traído Musset para leerle á usted algunos versos mientras trabaja, continuó; pero no es Musset el que se necesita aquí, sino Shakespeare.

– No me gusta sino en inglés.

– Pues bien, ¿me lo leerá usted? Comprendo bien la lengua. Y es tan bello pronunciado por una voz bonita. Eso es, me leerá usted *Macbeth* y los demás...

– Sí. Y mientras tanto, ¿será usted el que haga los estudios para mi cuadro?

– Entonces, le leeré á usted los bretones, desde Briseux hasta Yann Nibor... Leer en alta voz hermosos versos, en un sitio como este, á una mujer á la que se... admira, será ideal. No estoy en mí desde que me hallo aquí. El ambiente de estos lugares me penetra; me parece que hace siglos que he abandonado la vida civilizada. Y pasaría siglos en estas peñas con usted. Me siento bretón, celta, habiendo vivido siempre entre los brezos, con los pulmones abiertos al viento de alta mar.

Hubo un rato de silencio:

Lo único que se oía era el ruido regular del oleaje; les parecía que estaban muy lejos de toda tierra habitada; ninguna vela en el mar; ninguna casa en la costa, hasta las paredes blancas del semáforo, ocultas por un pliegue del terreno, habían desaparecido. El encanto inefable de la soledad les penetró en el corazón, y Lucy, más nerviosa, sintió que se le humedecían los ojos.

Darlot lo notó.

– Sentir juntos. Nada hay tan verdad como esto, dijo.

Ella volvió á coger sus pinceles.

– ¿Por qué, dijo Lucy pensando en alta voz, por qué al goce absoluto, físico é intelectual que siento ante lo bello, se mezcla un malestar, un sentimiento doloroso, la certidumbre de que esto ha de ser muy corto y de que seguirá todo lo feo y vulgar?

Darlot, entregado á sus propios pensamientos, dijo á su vez, sin contestar á aquella pregunta:

– ¿Ha leído usted la página de Renan sobre las campanas de la ciudad de Is? Las compara con los recuerdos que suben desde el fondo del corazón y que se escuchan escuchando el propio pensamiento. Aquí es donde se oye á esas campanas lejanas, tristes y lentas. Para mí es una tenue voz muy débil y muy dulce, la de mi hermana, muerta luchando con la muerte. Si yo hubiera conocido este país, la habría traído á él. Aquí, todo fin debe ser dulce; se siente uno tan en intimidad con la naturaleza, que parece fácil penetrar en ella.

Lucy dejó caer sus pinceles. Aquellas palabras la conmovían por la sensibilidad exagerada que denotaban, muy rara en un hombre. Además estaban en armonía con lo que ella misma sentía. Tambien podía escuchar en sí misma esas campanas del pasado, en las que viven recuerdos de seres desaparecidos, amados en otro tiempo.

– Pues bien, dijo con tono enérgico. Vale más haber sufrido. Sí, esto hace comprender lo bello: el Arte es triste. Todo lo verdaderamente grande es triste. No hay que perder toda firmeza escuchando las campanas de la ciudad muerta. Ellas me devuelven la energía. ¡Adelante! ¿Adónde? No lo sabemos; pero ¿qué importa? Marchemos con la frente muy levantada. Estos paisajes grandiosos me vigorizan el alma y el corazón. Aquí no se teme morir, es muy cierto lo que dice usted. Aquí debería escribirse el poema de la Piedad y la Muerte: ¡hermoso título!

(Continuará.)

ÓMNIBUS AUTOMÓVILES

En una industria cuyos progresos son incesantes, como en la industria de los automóviles, conviene no ignorar nada de lo que se hace en países extranjeros á fin de no quedar rezagados. Por esta razón creemos interesante señalar los resultados obtenidos en el extranjero en materia de construcción de vehículos automáticos para los transportes en común por el interior de las poblaciones.

No se trata aquí, sin embargo, de coches americanos, pues las grandes ciudades de los Estados Unidos, admirablemente servidas por su espesa red de tranvías eléctricos, apenas conocen el incómodo ómnibus. En el continente, por el contrario, este antiguo vehículo ha llegado á ser necesario á causa de la disposición irregular de las calles.

En Francia, un gran número de servicios públicos se efectúan con ómnibus ó trenes automóviles, pero son servicios rurales. En París no se ha hecho, por decirlo así, tentativa alguna, y apenas puede citarse algún gran ómnibus de vapor con imperial del sistema de los Sres. Dion y Bouton que circuló, con las debidas autorizaciones, por supuesto, por las calles de París durante algunas semanas del verano último. La Compañía general de ómnibus que transforma, aunque muy lentamente, la tracción de sus vehículos no ha estudiado todavía, que sepamos, de un modo serio la cuestión de los ómnibus mecánicos.

No sucede lo mismo en el extranjero. En Berlín se ha puesto en circulación, á título de ensayo, un ómnibus eléctrico (fig. 1) que contiene 12 asientos en el interior y seis en la plataforma trasera. El armazón sobre que descansa la caja es de tubo de acero y lleva los dos motores Siemens y Halske, cada uno de los cuales pone en acción una de las ruedas traseras por intermediación de una reducción de velocidad análoga á la de los tranvías.

La batería de acumuladores situada debajo de los asientos se compone de 44 elementos del tipo Pollak y es suficiente para un recorrido de 16 á 18 kilómetros. Esta débil capacidad que, á primera vista, parece insuficiente para el servicio de una ciudad, se halla compensada por un ingenioso sistema de abastecimiento: el ómnibus lleva en la cubierta cuatro tomas de corrientes en forma de arco, que permiten cargar los acumuladores en las paradas de los ómnibus, tomando simplemente la corriente de los tranvías de a ciudad, con lo cual se evita el inconveniente de cargar con exceso la batería y se logra, según parece, en alto grado su conservación.



Fig. 1. – Ómnibus eléctrico de Berlín. – Carga de una batería durante una parada por medio de los alambres eléctricos de los tranvías

Como puede verse en el grabado, el centro de gravedad está muy bajo, á fin de asegurar una gran estabilidad del vehículo. El peso total del ómnibus en orden de marcha es de 3.500 kilogramos, lo que corresponde á un peso total en carga, cuando el coche está lleno, de cerca de cinco toneladas.

Los mismos constructores están ensayando un ómnibus análogo al anterior, pero dispuesto para circular indistintamente por el arroyo ó por los rieles de los tranvías: en este último caso toma del alambre de canalización aérea, por medio de un arco, la energía eléctrica necesaria para su marcha y al mismo tiempo recarga su batería.

Recientemente se ha inaugurado en Londres un servicio de ómnibus de petróleo entre Kennington-Gate y Victoria Station por el puente de Westminster: esos ómnibus contienen 12 asientos en el interior y 14 en el imperial y llevan motores de esencia Daimler de 12 caballos de cuatro cilindros del tipo de la casa Panhard y Levassor: su velocidad varía entre 8 y 20 kilómetros por hora.

Añadamos que este servicio es de los más modestos, puesto que actualmente sólo lo prestan dos vehículos.

En los alrededores de Londres y especialmente en Belford se han establecido últimamente servicios públicos efectuados por grandes breacks descubiertos, de 12 asientos, movidos también por motores Daimler.

En el mismo orden de ideas, conviene hacer observar que Noruega, el país pintoresco y clásico de los *Stokjarre* (1), no ha querido quedarse atrás.

M. Irgens, de Bergen, acaba de construir el ómnibus de vapor muy original que reproduce la figura 2, en el que ha procurado realizar un tipo de vehículo simétrico para evitar el escollo estético del carruaje sin caballos, disimulando á la vez los mecanismos y asegurando la mayor estabilidad. El coche delantero es á la par motor y director; la caldera colocada delante es aquatubular y la máquina de tres cilindros.

Las principales características de este vehículo son:

Longitud.	5	metros	28 centímetros.
Anchura..	1	»	72 »
Distancia entre los ejes.	2	»	88 »
Vías de las ruedas. .	1	»	62 »
Altura.	2	»	66 »
Velocidad sobre superficie horizontal. . . .	18 kilómetros por hora.		



Fig. 2. – Ómnibus de vapor Irgens. Vagón motor director

Debemos, sin embargo, consignar que el escaso diámetro de las ruedas (70 centímetros) parece poco compatible con la conservación de las carreteras engravadas.

Nos ha parecido interesante señalar estos ensayos de ómnibus automóviles para el servicio de las ciudades, porque la generalidad de los constructores, envanecidos por los éxitos de los coches de deporte, se preocupan todavía muy poco de los vehículos-ómnibus; y sin embargo, estos carruajes serán con el tiempo fuente de grandes beneficios para los que, después de estudios profundos y de largas experiencias, hayan resuelto mejor el problema.

Luciano Perissé

(1) Ligeros tílburis de dos asientos, de uso general en Noruega.

AISSAÚAS

Y ENCANTADORES DE SERPIENTES

Hace algún tiempo, un encantador de serpientes perteneciente á la secta de los aissaúas fué al Instituto Pasteur de Túnez para curarse de una mordedura de víbora que había recibido en una mano.

El doctor Loir, director del Instituto, procedió al tratamiento de aquel hombre que tenía una herida atroz, y mientras le prodigaba sus cuidados dirigióle algunas preguntas respecto de su oficio.

El aissaúa le refirió que había ido al campo, en las inmediaciones de Kairuán, en busca de reptiles y que había sido mordido por una víbora cornuda que acababa de coger, y que habiendo visto en otro tiempo morir á un pariente suyo á quien mordiera un animal de aquella especie y queriendo sustraerse á la muerte, había resuelto salvarse apelando á un recurso heroico. A este efecto, con un mal cuchillo se aserró el dedo por encima de la parte herida, sirviéndose de una piedra como punto de apoyo; pero como la hoja del instrumento no cortaba bastante, arrancóse con los dientes la parte que quería cortar y de este modo terminó la operación.

Añadió luego que era marroquí, perteneciente á la secta de los aissaúas y, como éstos, había comido en otro tiempo reptiles vivos, pero desde hacía algunos años sentía invencible repugnancia por ese manjar, habiendo renunciado á él por completo. Cuando le invitaban á alguna fiesta, limitábase á comer algunas espinas de cactus y pedazos de vidrio y á atravesarse con clavos los brazos y la lengua, en donde podían verse aún las cicatrices. Además de estas extravagancias sabía manejar hábilmente los animales venenosos.

«El nombre de encantador de serpiente – dice el doctor Loir – da idea de un magnetismo cualquiera ejercido sobre los reptiles ó de cualquier otra práctica que parece entrar en la esfera de la magia. Y sin embargo, no hay nada de esto, y el epíteto de encantadores podría reemplazarse por el más exacto de titiriteros. Su habilidad consiste en coger las serpientes y conservarlas imposibilitadas de hacer daño. En Túnez no existen más que tres ó cuatro de esos aissaúas: todos ellos son marroquíes y deben su ciencia á los Ulad-Sidi-Mohamed-ben-Aissa, descendientes del morabito fundador de su secta, cuya *Kubba* está en la ciudad de Moknas, á poca distancia de Fez.

»El tiempo más ó menos largo que pasan al lado del morabito para aprender su oficio, se considera como un período de iniciación religiosa.

»El hombre que me hablaba había estado allí un mes á la edad de doce años. Otros pretendidos encantadores de serpientes se pasean por la ciudad, van de puerta en puerta pidiendo limosna en las casas árabes en nombre de Sidi-Mohamed ben-Aissa y exhiben en las plazas públicas reptiles de gran tamaño; pero estos supuestos encantadores que hacen juegos con culebras inofensivas son despreciados por los verdaderos iniciados y considerados por éstos como charlatanes.»

Efectivamente, en la India casi todos los que se dicen encantadores de serpientes y que realmente hacen juegos extraordinarios con la terrible cobra, son escamoteadores y prestidigitadores de gran habilidad; de suerte que el don de encantar de que gozan ó que la gente les atribuye, no es más que una maravillosa destreza.

A las observaciones precedentes añade el doctor Loir la siguiente:

«Los aissaúas que comen serpientes y escorpiones no han de temer una intoxicación porque la ingestión del veneno de esos animales no es mortal: la succión de una mordedura venenosa no puede causar ningún daño si la practica una persona que tenga la mucosa bucal completamente sana; pero si hay en ésta alguna lesión, dicha succión puede ser causa de graves peligros.» - X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ESTADO Y DESARROLLO DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE BILBAO DURANTE LOS VEINTE AÑOS QUE COMPRENDEN DESDE SU CREACIÓN HASTA EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1899. – De las memorias y estados que contiene este libro se desprende el grado de prosperidad que ha alcanzado esa escuela modelo entre las de su género, y que honra á la capital de Vizcaya por su organización excelente, por lo completo de sus enseñanzas, por su abundante material y por la competencia de su profesorado. El tomo ha sido impreso en la imprenta de la Casa de Misericordia de Bilbao.

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1900. – La «Revista Jurídica de Cataluña» ha publicado esta *Guía*, que contiene las listas oficiales de los procuradores, abogados y escribanos de Barcelona y su Audiencia, y varios apéndices con el territorio jurisdiccional que abarcan los Juzgados de primera instancia, instrucción y municipales y los Registros de la Propiedad de Barcelona. La *Guía Judicial* ha sido impresa en la imprenta de J. Cunill.

ALMANAQUE ORZALI. 1900. – Forma este almanaque un tomo de 200 páginas que por sus condiciones materiales es una nueva prueba del grado de adelanto á que ha llegado en la República Argentina el arte tipográfico. Contiene variados y notables trabajos en prosa y verso de los principales escritores y poetas argentinos, una serie de interesantes documentos históricos de los presidentes de aquella República, desde Urquiza al general Roca, bonitas ilustraciones de F. Fortuny para los doce meses del año, varios grabados reproducciones de cuadros y paisajes y multitud de retratos. El Almanaque ha sido publicado por la casa Ignacio Orzali, de Buenos Aires.



Niños boers ejercitándose en el tiro al blanco (de una fotografía instantánea)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 12 de marzo de 1900 — Núm. 950

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS NIÑOS DE BUNZLAU

DESPUÉS DE LA BATALLA DE BAUTZEN,

cuadro de Carlos Marr

Después de la batalla de Bautzen, que se libró en los días 20 y 21 de mayo de 1813 junto al río Spree, entre el ejército de Napoleón y los rusos y prusianos aliados, avanzaron las tropas rusas con los húsares franceses que hicieron prisioneros en el combate y descansaron el día 22 de mayo de 1813 en las inmediaciones de la ciudad de Bunzlau. Vencedores y prisioneros, todos estaban extenuados por la fatiga, el hambre y la sed. Los cosacos rechazaron todas las tentativas de los habitantes de aquella población para llevar víveres á los franceses; pero lo que no lograron los hombres consiguiéronlo los niños, los cuales, aprovechándose de los cariñosos sentimientos que por los chiquillos experimentan los hijos de las estepas, pudieron atravesar las líneas avanzadas y socorrer con algunas provisiones á los enemigos que perecían de necesidad. En este episodio, tomado de la obra de Gustavo Freitag «Cuadros del pasado de Alemania,» se ha inspirado el pintor muniquense Carlos Marr para pintar el cuadro que reproducimos, cuadro bellísimo, no sólo por lo sentido de la escena figurada, sino también por la armonía de la composición. Al verlo, nadie dudará de que el hecho debió ocurrir tal como el artista lo representa, y esta circunstancia da mayor valor al lienzo.

ADVERTENCIA

Con el número próximo, repartiremos á los señores suscriptores á la Biblioteca Universal el primer tomo de la serie del presente año, que será *Novelas Cortas*, por Edmundo Amicis, profusamente ilustrado por Arnaldo Ferraguti.

El segundo tomo de esta serie, que tenemos ya en prensa y que repartiremos oportunamente, será el primero de la célebre obra de Lesage Gil Blas de Santillana, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las bibliotecas importantes.

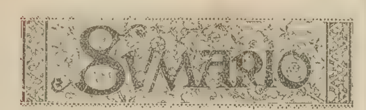
Acerca de este tomo llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre la advertencia que publicamos en el número último.

EPISODIO DE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS EN ALEMANIA (1813)



LOS NIÑOS DE BUNZLAU DESPUES DE LA BATALLA DE BAUTZEN,

notable cuadro de Carlos Marr



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ADONDE VA LA GENTE

Esto de los estrenos teatrales es como los números de la lotería. Los jugadores de oficio, naturalmente supersticiosos, creen en números *bonitos* y *feos*, unos que por su aspecto prometen el premio, señalan hacia el porvenir dorado con una línea de guarismos, y otros que anuncian ya la decepción no se sabe en qué signos misteriosos. Y llega el día del sorteo, y se desmienten las profecías todas; el número feo saca el gordo, el bonito ni aparece en la lista oficial. Así los estrenos. Se esfuerzan los autores, los de más claro y merecido renombre; echan el resto los compositores, los que figuran en primera línea, y presentan, bajo los mejores auspicios, con buenos intérpretes, en sazón favorable, una obra. Todo el mundo se promete aplaudirla; la atmósfera es propicia, los vientos soplan en bonanza, y desde las primeras palabras el público se indispone, se alborota, juega de los pies y las manos, de las cejas y los labios fruncidos, de la frase desdeñosa y el juicio duro é implacable, y echa abajo, en veinticinco minutos, lo que costó meses de labor y faena, y lo que esperaba con excelentes disposiciones hace media hora. Tal suerte corrió la obra de Eugenio Sellés *Campanas y cornetas;* tal la de Dicenta, Paso y Chapí *La cortijera.* Esta última no ha sido lo que se llama rechazada por el público; pero no ha tenido la acogida que los nombres de sus autores vaticinaban.

* * *

No queda por eso lastimado su prestigio ni mermada su reputación. Son baches en un camino recorrido con felicidad, y á cuyo término se encuentra la victoria. Se tropieza, pero se llega. Y no hay ningún autor dramático que no haya tropezado. Los autores de libros tropiezan también, y constaría el tropiezo si la opinión de los lectores pudiese manifestarse en la forma categórica que reviste la de los espectadores. ¿Quién lo duda?

Hasta cabe afirmar que de diez tentativas dramáticas fracasan ocho. Cuanto más elevado y ambicioso es el intento, más probable el fracaso, ó el semifracaso, ó el apagado *succès d' estime.* Regla aplicable á los celebrados, á los fecundos dramaturgos; los cuales siguen siéndolo, con eso y con todo, y el día de mañana, los historiadores literarios escogen entre la densa producción dos ó tres títulos, y en ellos cifran y resumen la personalidad de un Echegaray ó un Tamayo. Ninguno pasa de ahí. Ni pasó Lope.

* * *

El Carnaval ha huído dejando un rastro polícromo de serpentinas, *confettis* y plumeros de papel, especie de espantamoscas que este año han hecho furor en los paseos. Primero, la inundación de papelitos redondos, la nube colorada ó azul deshecha en gotas secas y suaves; después, el golpe, no siempre inofensivo, de la espiral de papel, rollo de cinta que se desgarra en el aire; luego, el plumerito mosqueador, que sacude los *confettis* y limpia, zorregando, el cuello y los hombros de las *víctimas.* Todo ello es motivo de bromas, algazara y dicharachos entre máscaras, mascarones y ciudadanos pacíficos, de esos que salen á tomar el sol y disfrutar de la alegría del bullicio en Recoletos y la Castellana.

Los síntomas que han distinguido á este Carnaval de 1900 de los Carnavales ya fenecidos, acaso no son muy visibles, pero merecen notarse, porque se prestan á reflexiones.

Síntoma primero. Un dineral gastado en papel. Madrid ha desaparecido, por espacio de cuatro días, bajo la malla de las serpentinas y la grajea de los *confetti.* Esto parece demostrar que hay dinero, y que Villaverde está en lo firme al creer que el limón rebosa zumo.

Síntoma segundo. Otro dineral invertido en permisos para la fila de coches, entradas en el Retiro, licencias de circular fuera de la fila, asientos y palcos en las tribunas, y no digo *etcétera,* pues no sé de más tributos (ahora ya se quiere que tributen los *confettis).* La moraleja de este segundo síntoma es igual á la del primero: repleto se halla el al parecer estrujado limón con que las clases acomodadas rocían sus ostras.

Síntoma tercero. Indicios de rehabilitación de los bailes de máscaras. Éstos habían caído en el mayor descrédito, y eran ya una diversión casi ilícita, para hombres solos, y para mujeres también, pero nunca para señoras. Parece que este año, en el del *Círculo de Bellas Artes,* se han lanzado mascaritas pulcras, delicadas, gente *bien,* como ahora se dice cometiendo insoportable galicismo. Síntoma, á mi juicio, de que la imaginación reclama sus derechos y el atractivo del misterio, de la careta y del dominó, lleva tras sí al eterno chiquillo.

Síntoma cuarto. Definitiva consagración del miércoles de Ceniza y del domingo de Piñata como días carnavalescos, iguales en todo al domingo, lunes y martes de Carnestolendas. Hasta hoy solo el pueblo, en sus francos y burdos pasatiempos, desacataba los preceptos de la Iglesia, y al aire libre y con bullanga infernal *enterraba la sardina* y bebía y comía sin acordarse del ayuno, de la vigilia y de la ceniza, símbolo de vanidades y miserias humanas, de arrepentimientos y penitencias. Ahora ya nadie deja de ver en el miércoles flaco «un día lo mismo que los otros.» El Carnaval se ha apoderado de esas veinticuatro horas: el Tenorio ha pervertido á esa reclusa. Y la Piñata, último ritornelo de alegría, la pecaminosa Piñata, que en mi juventud los confesores no perdonaban ni aceptaban jamás, se cuela bajo la conocida fórmula de *soirées* que empiezan á las doce de la noche del sábado.

* * *

Aún podría caber en la lista algún síntoma consolador: la desaparición, no completa, pero muy adelantada, de las máscaras sucias, zarrapastrosas, de colcha y escoba, de percalina y caretas de cartón barato. Tales máscaras escasearon en el Carnaval de 1900. Los que creemos que la educación y el respeto de sí mismo podrán hacer milagros, sobre todo en la nación á ratos africana á que pertenecemos; los que hemos notado mil veces, con el espíritu entristecido y fatigado, qué impulsos de grosería asoman á cada instante, como ortigas en viejo palacio, en las capas sociales del pueblo madrileño; los que oímos sin poderlo evitar, en calles, paseos y espectáculos, las palabras más soeces, más escandalosas, usadas en el lenguaje corriente, sin otra causa que el mal hábito contraído, tenemos que saludar, en la menor conquista de la belleza, la pulcritud y el decoro, un soplo de aire civilizador.

Pero ¡atención!, como dice un personaje galdosiano. No es sólo el pueblo, no, el que necesita en este respecto corregirse. El martes, desde lo alto de una carroza elegante, bien adornada, aparatosa, voces que no la broma únicamente había enronquecido, disparaban, á manera de *confetti,* esos mismos vocablos de que el pueblo abusa... ¿Se es pueblo por el hecho de vestir chaqueta? ¿Se es pueblo por el traje, ó más bien por lo que, bajo el traje y bajo la armazón de huesos y pellejo, hay en el espíritu? ¿Existe una aristocracia nativa, ó tal vez innata, una inclinación invencible á los buenos modales y á la expresión culta y noble? Quién lo duda. Yo he conocido obreros, sirvientes, labriegos, que, sin entender los formulismos, procedían y se expresaban de la manera más cortés. Eran madera de *gentlemen.* Un labriego recordaré siempre, arrendatario nuestro, que en su estilo campesino tenía hasta dejos de *dandy. Dandy* envuelto en tierra y con las manos endurecidas por el manejo del azadón, pero con rasgos, atisbos é instintos propios de la hidalguía castellana. Una especie de *Crespo,* del *Alcalde de Zalamea.* En la fábrica de cigarros de mi pueblo también he conocido mujeres humildísimas, llenas de señorío, adamadas... porque sí. Esta virtud de la naturaleza la encubre, pero no la eclipsa nunca del todo, la condición social. Es lo que se puede llamar, en psicología, el *principio de individuación,* y lo que expresa el común decir cuando afirma que «cada uno es cada uno.» En lo que yerra es en añadir «y nadie es mejor que nadie.»

* * *

A última hora, la autoridad ha prohibido los plumeros y también las serpentinas y *confetti* en los teatros. Acertadísimo me parece lo primero; lo segundo nos priva de un pintoresco cuadro; pero es cierto que las serpentinas, arrojadas de alto y á plomo, pueden causar daño, dolor y hasta lesión grave. Cuando se arrojan poniendo cuidado en desenrrollarlas, no lastiman, forman una rejilla desde el techo hasta el suelo, y cuando se tiene además la amabilidad de desgarrar esta rejilla por medio de los bastones, al alzarse el telón, se ve la escena.

Las serpentinas enteras son un serio peligro. He oído decir que estos días el golpe de una serpentina en un ojo va á dejar tuerta á una señorita. Triste recuerdo tendrá de los regocijos de un carnaval (¿quién lo diría?) más animado que los anteriores.

* * *

En el Real la novedad ha sido *La bohemia,* de Puccini. Opera muy bonita, muy agradable, de muy fácil digestión, al alcance de todos (sin que esto sea despreciarla), se ganó desde el primer instante las simpatías de la platea y del paraíso, de hombres y mujeres, de aficionados y sordos. Los cantantes la bordaron: la pareja de *Mimí* y *Rodolfo* – (la Stehle y Garbín) – parece que cultiva esa operita simpática como se cultiva la especialidad fructuosa, y ya dominan su papel de un modo que no puede menos de conquistarles el aplauso. Y en cuanto al asunto – de pleno romanticismo literario – tiene, para la multitud, la ventaja de llegar tarde, de ser viejo. La multitud odia la verdadera novedad. Variadle la sazón, el guiso, acaso las especias, pero respetad los componentes; no se han hecho para la multitud las sorpresas y los cambios repentinos.

Hace sesenta ó setenta años, los bohemios escandalizaban. La novela de Murger pareció disolvente, de terribles consecuencias, enemiga del orden. ¿Cómo se entiende? ¿Deudas, trampas, *collages* (sirvámonos de esta palabra, que no suena mal), alborotos en cafés y tascas, platos hechos añicos, botellas apuradas, gabanes empeñados, tisis, poesía, disparates á diestro y siniestro? La sociedad protestaba, condenando severamente tales direcciones literarias. Ya se sabe, esta protesta no puede faltar nunca. Se protestó contra aquello, y contra lo que vino después, y se continúa protestando, si aparece algo que tenga trazas de innovación. Así que sale la última moda, los que protestaron de la anterior se reconcilian con el ya atrasado figurín. ¡Qué diablo! Bien miradas las cosas, eran pobres chicos de buen humor, no hacían daño á nadie, más que á sí mismos, y ya se demostró que, á pesar de toda la gresca, el mundo ha seguido rodando, sin rotura del muelle real ni falta de la rueda catalina... Y *La bohemia* entra en la ortodoxia; *la mère y conduira sa fille...*, el hombre sensato sonreirá gustoso á la *vecchia zimarra...*, y ese momento del arte será respetado y admitido, con cierta benévola indiferencia...

Esto pensaba yo mientras en la escena los héroes de Murger bebían, reían, componían versos, pintaban, amaban – y los pálidos fantasmas de 1824 á 1830, saliendo de su tumba, adquirían por un momento relieve, color, vida espectral...

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hay pueblos que encuentran grato el quitar y más grato aún el no restituir.

V. CHERBULIEZ

El verdadero valor empieza á menudo por el miedo.

P. J. STAHL

Las naciones son como ciertas familias; sólo á pesar suyo tienen grandes hombres.

[illegible]

La historia de la Iglesia debe enseñarse con gran probidad: Dios no necesita mentiras.

LEÓN XIII

No se puede ser buen soldado si no se es hombre de corazón, hombre de deber.

EMILIO BOUTROUX



EL MARQUÉS DE VALMAR

Uno de los más ilustres representantes de las generaciones que pasaron, en medio de la sociedad de nuestros días, es el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto Ortega Enríquez de Luna y Prado, marqués de Valmar desde el año 1877, en que el rey D. Alfonso XII, confiriéndole el título de Castilla, confirmó una gracia que había sido ofrecida por su madre la reina doña Isabel II en los últimos años del reinado á que puso fin la Revolución de Septiembre de 1868.

Descendiente de ilustre familia granadina, en la que se distinguieron bizarros militares, nació en Cartagena el día de la Virgen del Carmen del año 1815, y mozo todavía frecuentó las ilustres aulas de la Universidad de Sevilla, recibiendo en su claustro la roja levita de doctor en Derecho.

De elegante porte, de costumbres tranquilas y más aficionado al pacífico trato con los libros que al estrépido de las armas que en su juventud se esgrimieron en civiles contiendas, ensangrentando el suelo de la pobre España, se dedicó á la carrera diplomática, en la que ingresó á los diecisiete años, desempeñando el cargo de *agregado* en la embajada de España en París.

Sirvió después en La Haya, fué encargado de Negocios en Abra, representó á España en Dinamarca y se distinguió mucho en Wáshington en los tiempos de la presidencia de Pierce, salvando los intereses de nuestra patria de las intrigas urdidas en Madrid por Mr. Saule, ministro de los Estados Unidos, que dió tanto que hacer en aquella época, como en otras posteriores y no lejanas los Sielkles y los Taylor, de recordación infausta.

Su prolongada estancia en países extranjeros alejó á Cueto de las luchas ardientes de la política en su patria, si bien fué siempre fiel y consecuente amigo de D. Pedro José Pidal, que le tuvo á su lado en el ministerio de Estado. Pero la política le sedujo poco, rindiendo en cambio fervoroso culto en todas las épocas de su vida á las letras.

En París dirigió el *Orbe Literario*, periódico fundado por el duque de Frías, y en Madrid se encargó especialmente de la sección literaria de *El Piloto*, que en su parte política defendía las ideas de los moderados.

Fué socio fundador de la importante sociedad el Liceo, y su primer secretario en la época de su mayor esplendor; dió al teatro un drama romántico titulado *Doña María Coronel*, y en la sociedad literaria y aristocrática de Madrid ocupó distinguido puesto por sus méritos y cualidades, figurando al lado de los Frías, de los Rivas y de los hombres más ilustres de su generación.

El famoso D. Angel Saavedra, el insigne autor del *Don Alvaro*, casó con su hermana, que fué la simpática y respetada duquesa de Rivas, que hemos conocido dirigiendo de un modo admirable aquel inolvidable salón vecino de la Cruz de Puerta Cerrada, en el que brillaron la hermosura y el ingenio de las bellas hijas de los duques y el talento de los varones que con tanta dignidad llevan el apellido ilustre de Saavedra.

* * *

Hombre de exquisita cortesía, de finas maneras, de claro y despejado talento y de afición irresistible al estudio, D. Leopoldo Augusto de Cueto pertenece más al número de los que sobresalen entre los doctos, que de los que deslumbran al vulgo.

La índole de su talento le inclina más á la investigación concienzuda del asunto interesante para las artes ó para las letras, á la crítica razonada, àl estudio meditado, que á la improvisación deslumbradora y brillante. Es más bien un hombre de salón y de academia que no hombre de tribuna; le place todo lo que es elegante, distinguido y artístico, y vive rodeado de obras bellísimas que acreditan la delicadeza de su gusto, y que le proporcionan los goces inefables de que sólo disfruta el que sabe deleitarse con las páginas de un libro raro y curioso, con las líneas gallardas de una estatua ó con el colorido y dibujo de un cuadro de mérito.

Su antigua casa de la calle de Cervantes en Madrid y su palacio de verano en las playas del Norte están llenos de preciosidades artísticas, en medio de las cuales pasa dichoso la última parte de su existencia, consagrado á una fecunda labor literaria.

Es después del conde de Cheste el individuo más antiguo de la Academia Española, en la que desempeña hace muchos años el cargo de Tesorero, y dentro de la docta corporación se ha dedicado especialmente al estudio de las Cantigas del rey Sabio, cuya publicación á él se debe, siendo de lo más notable que ha salido de su pluma el prólogo que las precede.

Pertenece también á la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y son notables los discursos que en varias y solemnes ocasiones ha leído en esta ilustre corporación, demostrando su competencia en las cuestiones artísticas y los estudios especiales que ha hecho de escultura.

Cualquiera de sus discursos académicos, el que leyó en la junta pública inaugural del año 1868, por ejemplo, y que trata del *Sentido moral en el teatro*, son profundas disertaciones, y en éste se demuestra su concienzudo estudio del teatro de todas las naciones y en especial del de España.

Representando á nuestra nación en Dinamarca el año 1849, adquirió para España el *Mercurio preparándose á matar á Argos*, que le disputaron tenazmente el barón Weulher, ministro de Prusia, y M. Charles Blanc, hermano del ministro comunista de Francia y director entonces de Bellas Artes.

Del pincel que manejó diestramente en años juveniles, son delicada labor la copia del San Fernando de Murillo, que regaló á la fundición de Sevilla, y la copia de la Santa Bárbara de Tovar, que se colocó en el cuarto de banderas del cuartel de artillería de la hermosa ciudad del Guadalquivir, como recuerdo de que por allí pasó, antes de dedicarse á la carrera diplomática, el que tan bien y tan dignamente ha servido á su patria.

* * *

Hoy cuenta ochenta y cinco años de edad, y aunque últimamente le han abatido algo las dolencias físicas que siguen á la ancianidad, como la nieve y los hielos al invierno, conserva el sello imborrable de su distinción nativa, no se ha apagado el brillo de su ingenio y su conversación es interesante y amenísima, ilustrada con los recuerdos de los diversos países que ha recorrido.

Cuando el marqués de Valmar desaparezca, y quiera Dios que sea muy tarde, desaparecerá uno de los últimos representantes de una generación ilustre, de cuyos méritos y cualidades no podrán formarse idea exacta los que no hayan tratado á sus hombres eminentes, siquiera haya sido en el último tercio de su gloriosa existencia.

Inclinémonos ante ellos con respeto y recordémoslos con veneración, que mucho hicieron por el progreso y cultura de su patria.

KASABAL

CRONICA PARISIENSE

ESCORIA SOCIAL

Las sociedades no se depuran en el crisol de la civilización, sin que en el fondo se acumule mucha escoria.

La sociedad parisiense no escapa á esta ley universal.

En tanto que, arriba, el París que cree y espera, que piensa y trabaja entre sanos estímulos y nobles ambiciones, cumple su misión en la historia de la humanidad; abajo, el París que niega y desespera, el que cierra los ojos á toda luz salvadora y el corazón á todo sentimiento generoso, vive en el fango de todos los vicios y respira la atmósfera deletérea de todos los crímenes.

En nuestras dos últimas crónicas descorrimos una punta del velo que cubre la escoria aglomerada en los bajos del barrio Maubert, entre la Catedral y la Sorbona, entre los templos de la fe y de la ciencia, á cuatro pasos de la Prefectura de Policía, á la vista de la Audiencia y del Tribunal de Comercio, en medio de centenares de librerías que difunden la luz intelectual por todo el orbe.

Hoy haremos pasar á los lectores que quieran seguirnos dos de los puentes que, con la Cité en medio, unen ambas márgenes del Sena, y les conduciremos al Mercado Central, no para hacerles presenciar el grandioso espectáculo que ofrece diariamente, de tres á nueve de la mañana, el abastecimiento de la capital, sino para enseñarles algo de lo que el público ignora, algo de lo que pasa bajo esas calles en que se amontonan los múltiples productos de la tierra antes de su cotidiana dispersión á los cuatro vientos de París.

Nuestro relato puede empezar como un artículo de novela. Nada más novelesco, en efecto, que la tenebrosa existencia de los bandidos que vamos á visitar en sus propias cuevas.

El gran reloj de la torre vieja del Palacio de Justicia señalaba la una de la madrugada cuando pasábamos el brazo derecho del Sena por el *pont au Change* hacia el Mercado Central.

Hace un tiempo crudísimo. Sopla una brisa mezclada con menuda lluvia, que azota el rostro como una ducha glacial.

Apretamos el paso hasta la calle de Rívoli. Más allá, todas las vías públicas que rodean el mercado se hallan ya invadidas por los campesinos que descargan sus carretadas de legumbres y hortalizas. No es fácil abrirse paso entre tantos vehículos, cestos, fardos y montones, ni entre la muchedumbre de hortelanos, compradores, mozos de cuerda y de almacén, vagabundos y rateros, que se confunden en este hormigueo matutino, alumbrado por centenares de farolillos que se mueven como reflejos de estrellas en la undosa superficie de un mar ligeramente agitado.

Aquí está todo el París que vela para abastecer al París que duerme: grandes y pequeños comerciantes, mayordomos de hoteles y restaurants, ramilleteras, revendedoras ambulantes, angarilleros y barrenderas...

Rara es la transacción comercial que no se selle con un trago en la taberna. En torno de las vendedoras de sopa al aire libre, se forman pintorescos grupos de pobres diablos que por cinco céntimos se echan al cuerpo una escudilla de sopa de legumbres. Otros toman por asalto los puestos de *arlequines*, abundantes raciones de toda clase de residuos de fiambres, mezclados con otras mil substancias alimenticias. Estos *arlequines*, cuya composición es un

problema indescifrable, ejerce una perniciosa influencia en las costumbres del bajo pueblo. Cada una de estas raciones, que basta para alimentar durante un día al gastrónomo más voraz, no cuesta más que quince céntimos. Y como esta cantidad la adquiere fácilmente cualquiera pordioseando un instante, resulta que los famosos *arlequines* del Mercado contribuyen á la vagabundería de los parásitos de este barrio.

Sin embargo, la moralidad de las *Halles* ha mejorado mucho de algunos años á esta parte. Antes, los arrestos eran aquí infinitos. Hoy no pasan de unos treinta los vagabundos encarcelados cada noche.

Después de mil rodeos por entre colosales montones de mercancías, doblamos la calle de Pierre-Lescot por la parte del jardinillo de los Inocentes, y vamos á parar á la calle del mismo nombre, casi enfrente de la taberna denominada el *Caveau*.

El extraño personaje que, armado de una porra, está de centinela á la puerta de este antro, nos deja franca la entrada, apartándose con cierta cortesía.

El vestíbulo del *Caveau* es una tienda de vinos, de aspecto tranquilo y decente, abierta al nivel de la calle y desde la cual no pueden oirse las conversaciones, los alborotos ni las reyertas de la cueva. A la luz del gas, el mostrador de estaño, limpio como una patena, brilla con plateados reflejos. Las mesas de mármol, atornilladas al suelo, rivalizan en limpieza con el mostrador. Desde que se entra, acaricia el olfato el perfume de guisos y asados que deben ser excelentes, á juzgar por la rica clientela de mercaderes que aquí se *restaura*.



CRÓNICA PARISIENSE. – Vendedora de sopa al aire libre

Inútil es decir que la parroquia sospechosa y maleante no se detiene en este vestíbulo vulgar, expuesto á la vigilancia de la policía, sino que se reune en la cueva.

Encorvándonos, á fin de no dar con la cabeza en el techo, bajamos á tientas la escalera de caracol, de peldaños de piedra desgastados, grasientos y resbaladizos, que conduce á las bóvedas sepulcrales del antiguo osario de los Inocentes.

Aquí es donde se vinieron hacinando hasta principios de este siglo las osamentas de los cadáveres enterrados desde la Edad Media en la fosa común del cementerio de los Inocentes; osamentas piadosamente exhumadas de la antigua necrópolis, tan repleta de restos humanos, que era preciso hacer puesto á los difuntos que llegaban; recogidas y dispuestas con cierto gusto artístico en fúnebres pirámides y transportadas después á las catacumbas donde quizá vayamos algún día á visitarlas.

A partir de 1780, empezaron á intalarse diferentes comercios en las sombrías bóvedas del osario, con gran escándalo de los parisienses, tan respetuosos de los restos humanos.

Junto á las pirámides de huesos y bajo trofeos y místicos emblemas formados por ingeniosas combinaciones de fémurs, tibias y cráneos, se exponían, si no á la vista del público, al ojo inteligente de los chalanes, las baratijas que suelen constituir la base del pequeño comercio de los judíos: hierro viejo, enseres en mal uso, muebles antiguos, trapos ajados, toda la cambalachería de la época.

La indignación pública fué tan grande, que las autoridades tuvieron que tomar cartas en el asunto. A informe del señor teniente de lo criminal, encargado de la policía, publicóse el año 1786 un edicto ordenando la expulsión de los profanadores.

No sabemos si es ilusión nuestra; pero se nos figura que este *Caveau* ha conservado el tufo acre y húmedo de una tumba. El descubrimiento de un cráneo olvidado en cualquier rincón de estas bóvedas obscuras, no nos causaría gran sorpresa.

Es de creer que semejantes ideas no turban la digestión de los parroquianos que aquí comen y beben, entre la algazara movida por las conversaciones, el ruido de los cubiertos y la voz destemplada de tal ó cual cantarina, que deleita á los concurrentes con canciones obscenas, acompañadas al piano.

En este momento, la concurrencia es todavía algo escasa. Para estas aves nocturnas, es la hora de las presas. Cuando hayan dado los golpes preparados, ó los que inopinadamente se presenten en altas horas de la noche, se reunirán aquí, para comunicarse impresiones, referir á sus confidentes y á sus cómplices el resultado de sus empresas, maldecir de todo lo creado en caso de mal éxito ó celebrar con una comilona los resultados felices de sus hazañas.

Los que ahora vemos sentados á las mesas de estas bóvedas gozan tranquilamente del producto de sus robos, traman algún crimen del que se prometen un rico botín, ó esperan que sus protegidas les traigan el producto de su jornada amorosa.

Apenas se fijan en nosotros, lo cual nos permite leer algunas de las inscripciones que cubren las paredes y los techos y que son como brevísimos comentarios de las ideas y costumbres de los clientes. La mayor parte de estas inscripciones, grabadas en la piedra con la punta de un cuchillo, ostentan al pie la firma de personajes célebres en los anales del crimen.

Bibi Mallet, de la Bastilla, ilustrando su pensamiento con un corazón atravesado por una flecha, ha resumido sus nobles sentimientos en esta fórmula tan concisa como enérgica: «¡Mueran las zorras infieles! ¡Vivan los hombres!»

En cambio, Víctor Dupont, también de la Bastilla, ha escrito: «¡Mueran los cochinos! ¡Vivan las zorras!»

Fil-de-Fer, de Montmartre, que es poco expansivo, se ha contentado con grabar sus señas.

Peniche, alias *Bobine du Trône*, poeta ultra-naturalista, ha inscrito un cantar tan obsceno, que no sería admitido ni aun en la más pornográfica de las publicaciones.

«¡Viva la anarquía!,» se lee en todos los muros y en toda clase de caracteres. Los dibujos más ignominiosos alternan con los gritos más subversivos. Las firmas de mil malhechores perpetúan su terrible memoria en este panteón del crimen. Billoire, Pranzini, Luluce, la Baleine, Faiw, L' Ohe, Mirette, toda la plana mayor de la legión patibularia de París figura en este espeluznante cuadro de *honor*.

El *Caveau* se compone de una doble serie de bóvedas de escasa elevación, sostenidas por gruesas pilastras y puestas en comunicación por medio de arcos bajísimos. En cada bóveda hay media docena de sillas de paja, un banco adosado á la pared y una larga y estrecha mesa de pino, ennegrecida por el uso é ilustrada con dibujos y nombres grabados al acero. En sitio muy visible se han fijado dos tablillas: una contiene la tarifa de precios; la otra avisa á los consumidores que las comidas y las bebidas se pagan en el momento de servirse.



CRÓNICA PARISIENSE. - Bóvedas de la taberna denominada el *Caveau*

Cada uno de estos departamentos parece ocupado por agrupaciones distintas, pero en todos se ven rateros, vagabundos, rufianes y mujerzuelas. Los rufianes se distinguen por la elegancia ordinaria de su traje. Más de uno cruza las piernas sobre la mesa, ostentando con orgullo zapatillas bordadas por su amante.

Mientras tanto, las infelices parias del amor libre, nerviosas, tristes ó risueñas, refieren con febril acento las aventuras de la noche, y rinden cuentas con el bolsillo en la mano. Algunas, humildes, tímidas, dirigen á sus *protectores* miradas suplicantes en que se lee el temor de ser zurradas por traer poco dinero. Ellos las escuchan impasibles, mostrando una sonrisa cuando están satisfechos; murmurando entre dientes furiosas amenazas cuando sucede lo contrario. Entonces, para calmarlos, ellas se muestran alegres, los colman de caricias, halagan sus pasiones, y bajo un aparente cinismo, ocultan un sufrimiento tan atroz, que inspiran lástima.

CRÓNICA PARISIENSE. – Asiduos parroquianos del *Caveau*

Arrastradas primero y explotadas después por los miserables á quienes mantienen con el producto de la prostitución; condenadas al más infame de los oficios; obligadas á ahogar todo sentimiento de delicadeza y de pudor, vilipendiadas, excluídas de la ley común, arrastran la existencia en un eterno suplicio que no cesa hasta la muerte. Y menos mal si no fuesen peligrosas para la sociedad, desde el doble punto de vista de la salud y de la seguridad públicas. En todos los crímenes que se cometen en París, se halla alguna de estas mujeres asociada con los malhechores. Todo sumario principia por averiguar *quién es ella*. Y una vez presa la mujer, el criminal no tarda en caer en manos de la justicia.

Después de tomar, no sin cierta repugnancia, una excelente cena, servida en una de las ilustradas mesas del antiguo osario, entre tanta escoria social, salimos del *Caveau* para apuntar nuestras impresiones en esta crónica.

JUAN B. ENSEÑAT

Ilustraciones de Junyent.



MONOS SABIOS

Hay ciertos seres, dedicados á determinadas profesiones, que desempeñando un papel principalísimo y casi indispensable, vegetan en perpetua obscuridad.

Se han escrito numerosos y extensos tratados sobre el *arte* del toreo, y todos los toreros han tenido y tienen sus biógrafos y su correspondiente lugar en la tauromaquia.

Desde los árabes, que alanceaban toros en Bibarrambla, y desde el Cid Campeador, que tomó la alternativa en el *coso* de Madrid, hasta Lagartijillo y Bienvenido, que lucen sus habilidades en nuestras plazas, todos los espadas, más ó menos famosos, han tenido sus panegiristas, y sus nombres y sus alias andan en letras de molde por esos libros y por esos periódicos.

Un modesto banderillero ó un forzudo picador gozan de igual beneficio, si beneficio puede llamarse que lo traigan á uno de acá para allá y que le llamen *tumbón* y *maleta* y lo designen con todos los demás epítetos del vocabulario de la *afición*.

¡Hasta los toros, esos filósofos solitarios de las dehesas, gozan de la popularidad y de la gloria y tienen sus genealogistas y sus fotógrafos, encargados de escribir sus hechos y copiar su imagen, para que los unos y la otra pasen á los hombres futuros y á las ganaderías del porvenir!

Un solo ser – y no me refiero al caballo, porque el caballo de los toros ya no es un ser, – un solo ser de los que toman parte en esa llamada *fiesta nacional* permanece obscuro é ignorado, sin que ni revisteros ni periodistas ni autores ni nadie se ocupen de él apenas, en cuanto, arrastrado el sexto toro, sale la gente de la plaza.

Tamaño olvido constituye una insigne ingratitud, porque el *mono sabio*, que es el ser á que me refiero, representa un elemento tan esencial en las corridas, que estoy por decir que sería preferible que se suprimiera el toro á que se prescindiera de aquél.

Cuando el ancho circo (el circo siempre es ancho) resplandece y deslumbra, y aturde con la variedad de sus matices, como si un pintor loco hubiera derramado su paleta en palcos, en gradas y en tendidos, y el sol parte la arena y arroja el calor y la luz en oleadas, y los ojos de las mujeres queman más que el sol y hacen más estragos que un Miura, y el vocerío incesante de aquella colmena humana alza en los aires una tempestad de rumores, y la alegre charanga suena haciendo oir el último paso doble, y aparece el alguacilillo, caricatura de Felipe IV, haciendo flotar su ferreruelo sobre el inquieto Babieca, que tasca el freno y piafa luciendo su gallardía, y detrás, en correcta formación, marchan los *chicos*, con sus trajecitos de cristianar, el capote liado al cuerpo y la mano en la cadera, y más allá, detrás de los infantes y de la pesada caballería, aparecen las empenachadas mulillas, coqueteando con sus gualdrapas y sus mantillas de colores, con sus conductores pintorescamente uniformados, más allá aún, en último término, van ellos, los *monos sabios*, con sus blusas garibaldinas, satisfechos de su misión y de su importancia, formando la retaguardia de aquel ejército del placer picante y sanguinario.

Terminado el paseo y hecho el despejo, cada cual ocupa su lugar, incluso el *mono sabio*, que se coloca siempre, ¿en dónde?, en donde más estorba.

Su ocupación, nada más que interina, es correr de un lado á otro, meterse entre los pies de los caballos, empujar al espada y enredarse entre el capote de los chicos.

Ahora bien; como tal *mono sabio*, tiene más altos deberes que cumplir. Es una especie de delegado del toro, ó de subtoro respecto de los caballos.

Yo creo que el toro y el *mono sabio* se entienden y están en connivencia para fastidiar al pobre solípedo que se les pone entre ceja y ceja ó entre cuerno y cuerno.

– Oye, dice el toro al *mono sabio* en ese volapuk de las ganaderías; aquel tordillo que parece una flauta me es muy antipático y le voy á atizar una cornada por donde pueda.

– Pues espera un poco, contesta el mono ilustrado, que le voy á soltar un par de palos para enviártelo.

Y allá va el ayudante, apaleando sin piedad, como quien redobla en un parche, al inocente caballo, hasta que lo coloca enfrente de su verdugo.

El toro cumple su palabra y hace la vivisección en el caballo; pero la puya le ha hecho cosquillas en el morrillo y se queja, en su idioma, por supuesto.

– Oye, le dice al mozo, estas van mal dadas; me parece que esta tarde entrego la piel.

– No tengas cuidado, le contesta su interlocutor, que yo te vengaré.

Y lo venga, ¡vaya si lo venga! ¡Como que es el albacea testamentario del toro!.. El caballo, ese animal tan noble y tan inteligente, después de haber empleado lo mejor de su vida en servir al hombre, va allí, á la plaza, conducido por el hombre, inerme, indefenso, con los ojos traidoramente tapados, á que una fiera lo despedace, ó lo que es peor, mucho peor, á que los *monos sabios*, esos Diocleciano de los circos, los azoten sin compasión y los hagan apurar el sufrimiento hasta las heces.

Tan principal, tan necesario es en esta fiesta el papel del *mono sabio*, que yo creo que si en una corrida se suprimieran tan importantes *funcionarios*, al salir el toro y no ver en el redondel las blusas coloradas, había de parar los pies, mugiendo así:

– ¡Qué! ¿No están ahí esos? Pues me vuelvo al chiquero.

Y haría bien. ¿Cómo iba á trabajar sin secretarios?

La infancia suele tener intuiciones maravillosas.

Todavía no ha habido ningún filósofo, de esos que son capaces de matar un berrendo aguantando y aun de echar un capote á la luna cuando sale con cuernos, que haya parado su atención en la importancia social y tauromáquica de los *monos sabios*, mientras que un niño de cinco años, cuya casa visito, la ha descubierto, y según señales, la envidia.

El chiquitín, que es ambicioso y aspira á todas las grandezas, tuvo una época en que todos sus sueños se fundaban en llegar á ser... ¡reina madre!.. Ahora Joaquinito ha cambiado de parecer desde que ha visto una corrida. Ahora dice:

– Papá, yo quiero ser *mono sabio*.

A lo que contesta el papá:

– Bueno, hijo. Pues conténtate con la primera parte..., que algo es algo.

A. Sánchez Ramón



GUERRA ANGLO-BOER. – Cañón inglés de siete libras (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – Tumbas de soldados ingleses muertos en una [illegible] salidas realizadas por la guarnición de Mafeking (de fotografía)

GUERRA ANGLO-BOER

Después de unos días de calma que siguieron á la rendición de Kronje y á la toma de Ladysmith, las tropas del general Roberts han proseguido su movimiento de avance, habiéndose trabado en Osfontein, junto al río Modder, un combate del cual se sabe únicamente, cuando estas líneas escribimos, que los boers, sorprendidos en su flanco izquierdo, se retiraron perseguidos por fuerzas de todas las armas y amenazados de perder las comunicaciones con Bloemfontein.

Los boers han dejado libres los territorios de Natal y del Cabo, y parece que todos sus esfuerzos tienden á concentrarse para oponerse á la marcha del ejército inglés por el Estado de Orange. La retirada de las fuerzas sitiadoras de Ladysmith se ha verificado de una manera magistral, según confesión de los propios ingleses: en efecto, han salido de aquellas inmediaciones sin perder un solo vagón ni un solo buey.

El general Buller á su entrada en Ladysmith fué acogido con delirante entusiasmo. Los 22.000 hombres de la columna de socorro desfilaron por delante del general White: terminado el desfile, los paisanos

cogieron á éste y colocándolo en un landó lo llevaron en brazos hasta el cuartel general. Las pérdidas sufridas por la guarnición de Ladysmith durante el sitio han sido: 24 oficiales y 235 soldados muertos en acción de guerra, 6 oficiales y 340 soldados muertos de enfermedad, y 70 oficiales y 520 soldados heridos. La liberación de aquella plaza ha costado al general Buller: 88 oficiales y 958 soldados muertos; 267 oficiales y 3.568 soldados heridos, y 1.568 oficiales y soldados desaparecidos, ó sea un total de 6.449 bajas.

En esta nueva fase de la guerra, la victoria se inclina á los ingleses; pero asoma ya un punto negro que pudiera ser de funestas consecuencias para ellos. Nos referimos á la rebelión de los afrikanders del Cabo, que va tomando alarmantes proporciones; muchos de ellos se han levantado abiertamente en armas, otros ayudan pecuniariamente á los boers, y son varios ya los distritos que se han anexionado á las dos repúblicas surafricanas. Según parece, los colonos holandeses de aquel territorio hace tiempo que deseaban sublevarse, pero Kruger les contenía ordenándoles que no se precipitaran: ahora les ha dado instrucciones para que lo hicieran, y estas instrucciones han sido inmediatamente cumplidas.

Las noticias de las últimas victorias han producido en Londres verdadero frenesí. La ciudad presentaba el aspecto de los días de fiesta; la muchedumbre que invadía las calles prorrumpía en aclamaciones delirantes y entonaba por todas partes el *Good save the Queen* y el *Rule Bretannia;* los edificios públicos y particulares se llenaban de banderas y la gente ostentaba lazos tricolores. Doblaron las campanas en todas las iglesias y por la noche hubo iluminaciones. Nunca se había visto en aquella capital espectáculo semejante.



GUERRA ANGLO-BOER. – ARTILLEROS INGLESES SUBIENDO UN CA[illegible]N Á LA CUMBRE DE COLESKOP (de fotografía de G. K. Ansell)

Como es natural, vuelve á hablarse de la paz, por lo cual creemos oportuno citar dos recientes documentos que á ella hacen referencia, aunque con criterio bien distinto. Los miembros del grupo parlamentario unionista inglés han entregado al lord de la Tesorería una declaración en la que, entre otras cosas, dicen: «El Reino Unido y sus leales colonias no aceptarán ninguna paz ni aceptarán ninguna proclama que no reserve al gobierno británico de una manera absoluta todo el poder gubernativo en el Transvaal y en el Estado libre de Orange, los cuales habrán de ser considerados como colonias de la Corona, por lo menos hasta que llegue el momento en que se les pueda conceder una constitución colonial en condiciones que auguren el predominio de la Gran Bretaña.»

Por su parte el doctor Leyds, en un mensaje que publica el *World* de Nueva York, dice que Kruger ha deseado siempre la paz, pero que no quiere sacrificar la independencia de las dos repúblicas; que el efecto moral de la rendición de Kronje no ha de ser muy grande si se tiene en cuenta que la nación boer lucha con tenacidad indomable por su libertad y por sus derechos, y que las repúblicas desean el arbitraje; pero que si Inglaterra se muestra irreconciliable, harán un esfuerzo supremo por defender su independencia. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL GENERAL JOUBERT ALMORZANDO EN SU CAMPAMENTO DE NEWCASTLE, dibujo de F. de Haenen según un croquis del natural de F. J. Hill



LA HERMANA FELI



CUADRO DE ALBERTO KELLER

NUESTROS GRABADOS

Canto de amor, cuadro de Tomás Moragas (Salón Parés). – Es Tomás Moragas uno de los representantes de aquel grupo de artistas meritísimos, á cuyo frente se hallaba el malogrado Fortuny, que tanta gloria alcanzó para el arte patrio en los comienzos del período que señala la moderna evolución. Moragas ha continuado rindiendo culto á sus cánones artísticos, y sin debilidades ni vacilaciones ha proseguido la senda que con aplauso emprendiera, aceptando sólo lo que podía asimilarse sin abdicar de su credo y de su justificado razonamiento. Entusiasta por el arte y ferviente admirador del pintor reusense, con el que llegó á emparentar, confunde en un solo afecto el recuerdo que dedica al genial artista y su devoción por la pintura. Erudito y estudioso, distínguese por sus vastísimos conocimientos, que se revelan en todas sus producciones, ajustadas, como el lienzo que reproducimos, á la verdad histórica, así por lo que respecta á la representación del personaje, como en los pormenores que avaloran la obra.

CANTO DE AMOR, cuadro de Tomás Moragas (Salón Parés)

* * *

Crisantemos, cuadro de Antonio de la Gándara. – Antonio de La Gándara, hijo de padre español, nació en París en 1862; entró á los quince años en el taller de Gerome y á los veintiuno envió al Salón un cuadro que representaba á San Sebastián. Diez años estuvo luego sin exponer, hasta que reapareció en 1892 en el Campo de Marte, y desde entonces fué el retratista favorito de la aristocracia y su celebridad fué constantemente en aumento. Sus retratos son un portento; los personajes que en sus lienzos reproduce viven; y cuando se trata especialmente de damas, la frescura de los labios y de las mejillas, la delicadeza de la nariz y de las orejas, el óvalo de la frente, la exigüidad de la barba, la delgadez del cuello y de las muñecas, la *feminidad* de las manos, sobre todo, y la distinción del gesto y de la actitud, imprimen en las figuras un sello de la más exquisita elegancia. «La Gándara – ha escrito un notable crítico parisiense – no hace *un* retrato de su modelo, sino *el* retrato. Cada una de nuestras sensaciones, de nuestras emociones, de nuestros deseos, de nuestras esperanzas, de nuestros sentimientos secretos, altera de continuo nuestro aspecto externo: á cada minuto, á cada segundo, cambia algo en nosotros y no nos parecemos ya á nosotros mismos. Al pintor toca saber discernir entre esas fugaces imágenes, la imagen única que es nuestra imagen verdadera, saber fijar en la movilidad imperceptible de las líneas de una fisonomía el aspecto característico de ésta, saber resumir en un ademán la multiplicidad de nuestras diferentes actitudes. Y no encuentro nadie que posea en tan alto grado como la Gándara este sentido interno de que carecen los falsos artistas.» La Gándara es, además, notable paisajista; pero en vez de buscar sus modelos en la naturaleza salvaje, los busca en los paisajes delicados, lo cual no es óbice para que sea un impresionista de primera fuerza. El cuadro suyo *Crisantemos*, que reproducimos en el presente número, permitirá á nuestros lectores formarse idea de lo que es y de lo que vale el ilustre artista, que muy joven todavía ha logrado lo que muy pocos consiguen, sobre todo en justicia, ser uno de los pintores de moda de París.

* * *

La hermana feliz, cuadro de Alberto Keller. – Para los que en el mundo viven y en su corazón conceden puesto preferente á los afectos terrenales, la muerte del ser querido es una desgracia que les sume en honda pena. Mas para aquellos que han roto todos los lazos que con la tierra les unían y á Dios se han consagrado por entero, el tránsito de esta vida á otra vida de delicias inefables es considerado como punto de partida de la verdadera felicidad. Por esto las religiosas del cuadro de Keller que se agrupan en torno del cadáver de la que fué su hermana en religión, contemplan aquellos restos mortales, no con sentimiento, sino con envidia, y en la expresión de sus rostros claramente se revela que todas ellas estiman dichosa á la que supo vivir y morir puestos en el Señor toda su alma y sus pensamientos todos. La idea en que se ha inspirado el artista no puede ser más hermosa, y en cuanto al modo como le ha dado forma, no vacilaremos en afirmar que la composición técnicamente considerada constituye una maravilla. No hemos de señalar sus infinitas bellezas, ¿para qué? Los que lean estas líneas habrán sentido ya, con la contemplación del cuadro, una de esas impresiones que difícilmente se borran y que, por ende, constituyen la más entusiasta alabanza de una obra artística. Alberto Keller, que nació en Gais (Suiza) en 1845 y que reside en Munich, ocupa uno de los primeros lugares en el mundo del arte alemán, en donde apareció desde muy joven con una personalidad propia que ha sabido conservar incólume, sin por esto vivir esclavo de las antiguas tendencias y antes bien aceptando de las modernas todo lo que tienen de lógico y verdaderamente progresivo. En sus obras cautiva tanto la forma como el fondo, pues si sus lienzos, gracias á sus condiciones pictóricas, entran desde luego por los ojos, van también directamente al alma por su valor eminentemente psicológico.

* * *

David Eduardo Hughes. – Ha muerto recientemente en Londres el profesor David Eduardo Hughes, á quien tanto deben la ciencia electrotécnica y el moderno sistema de comunicaciones telegráficas. Nacido en la capital de Inglaterra en 16 de mayo de 1831, marchóse, siendo aún muy niño, á los Estados Unidos, y allí se educó en el Colegio de Bardstown (Kentucky), en donde en 1850 fué nombrado profesor de música, arte para el cual poseía, á pesar de sus pocos años, grandes aptitudes. Al mismo tiempo que los musicales cultivó con gran perseverancia los estudios físicos, habiendo inventado en 1857 el aparato telegráfico impresor que lleva su nombre y que permite el empleo de los caracteres alfabéticos en vez del pesado y entretenido alfabeto Morse de puntos y líneas. El aparato alcanzó desde luego gran éxito en América y la compañía que en seguida compró á Hughes la patente americana se convirtió poco á poco en la poderosísima *Western Union Telegraph Company*. Durante los quince años siguientes, dedicóse Hughes á propagar su invento en Europa: Inglaterra, su patria, no se dejó convencer de la bondad del mismo y ni siquiera quiso hacer con él experimentos, por lo que después de tres años de infructuosos trabajos dirigióse el inventor á Francia, cuya dirección de Telégrafos, después de largas pruebas, adoptó el aparato. El ejemplo de Francia fué pronto seguido por otros países, y en la actualidad el aparato Hughes es el único que se usa en las comunicaciones telegráficas internacionales. También el teléfono debe á Hughes uno de sus mejores perfeccionamientos, cual es el micrófono, hoy de uso general, que fué inventado por él en 1878. Tres años más tarde publicó su descubrimiento de la balanza de inducción, instrumento interesantísimo para el examen de la naturaleza molecular de los metales. Hughes había sido agraciado con multitud de condecoraciones de distintos países, con innumerables distinciones honoríficas y con la gran medalla de oro de la Sociedad Real Inglesa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — En el presupuesto del reino de Prusia para 1900 figuran estas partidas: para la adquisición del llamado barrio de la Academia, en donde se construirán la Biblioteca Real y las academias de Bellas Artes y de Ciencias, 7.300.000 marcos (9.125.000 pesetas); para la reconstrucción del Museo (cuarto plazo) 1.100.000; para la reconstrucción de las dos escuelas superiores académicas (tercer plazo), 750.000, y para el ensanche de la Escuela superior técnica, 500.000.

* * *

Teatros. – En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con gran éxito una comedia en tres actos de G. Giacosa, titulada *Come le foglie* (Como las hojas).

La «Elisabeth Stage Society,» de Londres, está preparando una interesante representación de *Hámlet:* esta hermosa tragedia de Shakespeare se representará conforme al texto de la primera edición (1603); los papeles de mujer serán desempeñados por adolescentes del sexo fuerte, la escena y los trajes se ajustarán exactamente á la época de Isabel de Inglaterra y la música se ejecutará con instrumentos del siglo XVI.

París. – Se ha estrenado con buen éxito en el Ambigú *Moineau Franc*, melodrama en cinco actos y ocho cuadros de E. Gugenheim y G. Le Faure.



DAVID EDUARDO HUGHES, inventor del aparato telegráfico de transmisión que lleva su nombre, fallecido recientemente en Londres

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *El escalo*, zarzuela en un acto de los Sres. Arniches y Lucio, con preciosa música del maestro Vives, y en Parish *La cortijera*, bonita zarzuela en tres actos de los Sres. Dicenta y Paso, con música del maestro Chapí.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Cendras d'amor*, interesante cuadro dramático en un acto de Ignacio Iglesias; en el teatro de la Granvía *El patio*, gracioso cuadro de costumbres andaluzas de los hermanos Sres. Álvarez Quintero; y en Novedades *Parigina*, bonita comedia en tres actos, traducción de la obra francesa de Enrique Becque. En el Tívoli funciona una excelente compañía de zarzuela que bajo la dirección de D. Eduardo G. Berges, pone en escena las más celebradas obras del repertorio grande antiguo y moderno. En el Liceo han comenzado los conciertos organizados por el señor Nicolau, con la cooperación del «Orfeó Català,» que dirige el maestro Millet: en el primero se ejecutaron admirablemente las dos primeras sinfonías de Beethoven y la escena de la Consagración del Graal de la ópera *Parsifal*, de Wagner, que obtuvieron grandes aplausos.

* * *

Necrología. – Han fallecido:

Pablo Calman Levy, uno de los jefes de la conocida casa editorial de París.

Elías Benamozegh, notable filósofo religioso judío, rabino de Livorno, autor de varias importantes obras.

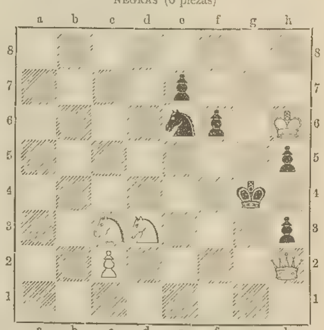
Pablo Juan Clays, excelente pintor marinista belga.

Julio Schrader, célebre pintor de historia alemán, profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín y miembro del Senado de la misma.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 186, POR PH. KLETT

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 185, POR KOHTZ KOCKELKORN

Blancas.	Negras.
1. D c 5 – e 7	1. C ó A toma D
2. C e 5 – d 3	2. R toma C ú otra.
3. C h 3 – f 2 mate.	

VARIANTES

1..... D toma D; 2. C e 5 – g 6, etc.
1..... P toma C; 2. D toma A b 7 jaque, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. C e 5 – d 3: jaque, etc.



Gerardo tocó en el piano un acompañamiento de canción bastante ligera que su mujer entonó con el brío tan admirado

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–¡Oh! No le falta á usted energía. La sólida educación inglesa les enseña á ustedes desde la infancia á contar solamente consigo mismas; ella es la que vigoriza á ustedes tanto. Nosotros somos débiles, anémicos.

–Cuestión de voluntad, contestó Lucy volviendo al tono de la conversación ordinaria. ¿Y Mad? Dígame usted algo de ella.

Darlot se encogió de hombros.

–Ha tenido usted una mala ocurrencia en pronunciar su nombre. Me recuerda usted lo que me ha atormentado durante todo el viaje. Todo va mal, muy mal.

–¡Me asusta usted!, dijo Lucy. ¿Qué sucede? ¿Siempre la suegra?

Darlot contó los incidentes de los últimos días, la rebelión de María Magdalena, su victoria á medias, seguida de la defección de Roberto y del triunfo definitivo de Mad. Le Clercq.

–No encuentro palabras para expresar hasta qué punto es absurdo ese marido, dijo la joven inglesa con verdadera indignación. ¿Es posible que se juegue así á cara ó cruz con el bienestar propio y el de la esposa? Por la mañana, *sí*, y una hora después, *no*. ¿Y se figura que con semejante proceder ella le apreciará y le amará mucho tiempo? ¿Y esa vieja taimada?.. Vamos, esa gente está ciega; toma á Maud por una muñeca rellena de salvado. No saben en absoluto lo que es. A su marido le parece bonita y esto le basta; no se preocupa por conocerla. ¿Y ese viejo egoísta y fatuo de Bois Saint-Marcel?

–Ya puede usted suponer que á la primera alarma se ha escapado. Él ha sido quien me ha contado el desenlace en el tren.

–¿Qué va á hacer Maud?, preguntó Lucy. Sería preciso que saliera de su casa unas cuantas semanas. Voy á escribirle, así como á su marido. Una ausencia traerá consigo la solución. Es imposible que continúen juntos en el estado de crisis aguda en que se han colocado. ¿Se figura usted en qué tono deben hallarse? Que venga aquí, podrá reflexionar á su gusto y obrar en seguida con toda tranquilidad.

Lucy quería seguir pintando, pero estaba cavilosa; aquellas malas noticias obscurecían para ella el radiante horizonte.

–Vea usted, ya no puedo hacer nada. Me ha trastornado usted con sus historias desagradables. ¡Pobre Maud! ¡Una mujer tan buena!.. Esos bellacos van á echar á perder el mejor natural. Sin embargo, él, separado de su madre, no es malo; le había creído inteligente y parecía amar á su mujer... Le he observado durante el viaje que hicimos juntos... No quiso escuchar mis advertencias. ¿Y ahora qué piensa? ¿Empieza á sospechar que su mujer no se sometería siempre ciegamente? ¡Ah, tonto! Quisiera poder decirle lo que pienso.

Colocó los objetos de pintura en su caja, dobló su caballete y quiso cargar con todo.

–Déme usted, dijo Renato, no tiene usted bastante fuerza para llevar ese equipaje.

–¿Que no tengo fuerza? Ha de saber usted que vengo aquí sola todas las mañanas desde mi quinta.

–¿Y está muy lejos?

–Lo menos una legua. Pero ya la verá usted. Venga usted á comer y á admirar mi casita, que no es hermosa, pero está situada en un circo de rocas parecidas á ésta.

A pesar de las protestas de miss Hartley, Darlot cargó con la caja y el caballete; Lucy escalaba con pie seguro las rocas de que estaba llena aquella angosta playa. Los guijarros redondos, gruesos y duros como balas de hierro, rodaban bajo sus pies; en las pendientes del acantilado brotaban entre las piedras matas de espliego de balsámico perfume; á veces, en la cima de las alturas, asomaban carneros amarillentos; multitud de arroyuelos de agua límpida atravesaban la playa, envolviéndola como una red de mil mallas y era preciso cruzar aquellos diminutos torrentes sobre piedras movedizas. El camino era penoso como una ascensión de montaña.

Darlot iba jadeante, con los pies lastimados y los ojos heridos por la excesiva luz del sol. Lucy, muy suelta en su vestido gris, cubierta con un sombrero de paja alrededor del cual se enrollaba un velo blanco, andaba tan lista como por un prado de musgo inglés, sin que al parecer le cansara lo largo del camino.

Llegaron por fin á una caleta en cuya orilla había construídas una quinta y algunas casas de recreo, con la inevitable estación balnearia, cuyos extraños caprichos arquitectónicos se destacaban sobre el aspecto miserable de las chozas de los aldeanos.

–Ya estamos, dijo miss Hartley.

–¡Gracias á Dios!

–Está usted rendido de cansancio... por tan poco. Entre usted; tomaremos el te. Voy á hacerle unas tostadas de pan negro delgaditas y deliciosas.

Empujó la verja de madera de la pequeña quinta, situada en un reducido parterre y construída como las casitas circunvecinas entre bloques de granito, de suerte que tenía algo de las viviendas de los trogloditas, pues los flancos de la roca servían de pared en algunos sitios.

Una inmensa peña, en forma de pilón egipcio, dominaba á plomo la quinta. Y Darlot se alarmó al ver aquella masa amenazadora, que en su caída habría aplastado la casa.

–He aquí mi *home*, dijo Lucy introduciéndole en un salón amueblado con muebles de Viena y esterado, y que recibía la luz por dos ventanas que daban al mar. Siempre que quiera usted venir por aquí será bien recibido.

Las paredes estaban adornadas ya de estudios, bocetos, dibujos, acuarelas, croquis. Unos jarrones de

loza inglesa contenían flores silvestres, admirables cardos de un verde pálido tornasolado de rosa, con hojas lanceoladas y flores de un color de malva delicado. Junto á una ventana, una mesa de te guarnecida de los utensilios necesarios, tetera de plata, tazas de China, platos y mantequeras; en un ángulo, un piano; en medio del salón, una gran mesa llena de libros, de revistas y una alta lámpara con un quitasol japonés. Y en aquella quinta, trivial hostería de turistas, de muebles vulgares, Lucy había sabido en muy poco tiempo y con muy poca cosa poner lo bastante de sí misma para que la morada llevase el sello de su originalidad inteligente.

– Sí, contestó Darlot, creo que vendré á menudo. Es usted muy buena al ofrecerme su casa. ¡Oh, *Sweet home!* ¡Se necesita ser inglesa para llevarte en su equipaje y plantarte en el más vulgar de los chalets y en cualquier playa desierta! Robinson era inglés; estoy seguro de que en su isla tomaba el te á las cinco de la tarde, y enseñaba á Domingo el arte de hacer tostadas con manteca..., pero no tan exquisitas como estas. ¡Ah! Me establecería en una isla desierta, con usted por Domingo, y esta gruta amueblada de andrinópolis y de esterillas de China.

Lucy se rió de buena gana y se instaló en compañía de su huésped, con ese delicioso sentimiento de bienestar que todo buen inglés experimenta al oir el canto de la cafetera y al respirar el perfume del te.

En Montpazier la situación era mala, mucho más de lo que suponía Lucy. María Magdalena había adoptado una actitud tan inesperada, que su suegra, después de apelar en vano á suaves reconvenciones, empezaba á dejarse llevar de su vulgaridad nativa, y su enojo estallaba produciendo escenas violentas.

La joven había tomado el partido de oponer á todo una invencible fuerza de inercia. Ahora, cuando madame Le Clercq le rogaba que fuese al obrador de que era directora, no contestaba, pero tampoco obedecía.

Cierto día hubo sesión solemne, reunión general, con asistencia de muchas señoras piadosas y del cura de la ciudad. En ella María Magdalena debía leer un informe sobre la situación de la asociación. Madame Le Clercq salió con anticipación; pero en vano aguardó á su nuera, la cual no acudió sin enviar ninguna disculpa, y fué preciso que la presidenta, temblando de ira, leyera el informe en su lugar.

Al volver á su casa, entró en el cuarto de María Mad. La camarera (Estela, que no se había marchado á pesar de la ruptura de que fué pretexto) le dijo que su señora había salido.

Durante la comida, que fué muy triste, Mad. Le Clercq dijo á Maud, que no creía haber cometido ninguna falta:

– ¿Por qué no has ido esta tarde á la reunión?

– Porque tenía que hacer algunas visitas.

– Debías haberlas dejado para otro día; tu ausencia ha sido notada y comentada, no lo dudes.

María Mad replicó tranquilamente con tono de indiferencia:

– Me tienen sin cuidado los comentarios y esas sesiones me disgustan: por lo cual he resuelto no volver á asistir á ellas.

Mad. Le Clercq, pálida de sorpresa, miró á Roberto, que comía sin que al parecer oyese lo que se decía.

– ¿Conque has resuelto?.. Supongo que esa resolución no será más que un capricho pasajero y que tendrás á bien no observar un proceder ofensivo para todos los individuos del comité.

– No me propongo ofender á nadie, pero sí deseo ahorrarme un aburrimiento intolerable. Esas señoras podrán celebrar sus reuniones sin mí.

– Tienes un cargo en ese comité.

– Pues presento mi dimisión.

– No debes presentarla. Lo que es yo no la trasladaré al Consejo; sería una impertinencia; no es cosa de aceptar funciones importantes en colaboración con las señoras más distinguidas de la ciudad para dejarlas en seguida sin más ni más.

– Es que no he aceptado esas funciones; me las han impuesto. Además, me es indiferente presentar ó no mi dimisión; lo único que me importa es abstenerme de asistir á esas reuniones, y acerca de este punto mi decisión es absoluta.

¿Era María Magdalena la que hablaba así? La indignación y la sorpresa de Mad. Le Clercq no podían ser mayores. En cuanto á Roberto, escuchaba frunciendo el ceño de un modo amenazador.

Pero la joven no pareció notar la mala impresión que producía. Afirmaba su independencia con toda urbanidad y con graciosa sonrisa. Había en esto algo tan exasperante, que Mad. Le Clercq exclamó perdiendo la paciencia:

– Está visto que te empeñas en darme un disgusto.

– Supongo que no lo cree usted así; lo único que deseo es librarme de obligaciones molestas, y si lo piensa usted bien, convendrá en que me asiste este derecho. Esas asociaciones, que tanto la interesan á usted, á mí me desagradan; siento que me haya hecho usted nombrar de oficio para un cargo que no puedo desempeñar. Será cosa muy fácil encontrar entre las amigas de usted una persona apta para reemplazarme.

Mad. Le Clercq, fuera de sí por lo que consideraba como una burlona impertinencia, iba á replicar vivamente; pero Roberto levantó la mano.

– Mamá, dijo, ruego á usted que suspendamos una conversación desagradable. En el estado de ánimo en que nos encontramos podría ocurrir algún incidente.

La comida terminó en seguida. María Magdalena se retiró después de saludar á su suegra, siempre con la misma corrección ceremoniosa.

Madre é hijo se quedaron solos; él, muy sombrío, enfadado de la firmeza de su mujer y de la actitud que tomaba con él. Había cesado la intimidad; ya no la veía sola, pues Mad se encerraba en su cuarto, y si él la encontraba, era en el salón, en presencia de visitas, ó en las comidas, que eran un verdadero suplicio. Los tres sentían en efecto un malestar general, una tensión nerviosa y comprendían que el menor pretexto podía producir una crisis.

No habían previsto este resultado. Roberto, de muy buena fe, conmovido por las disposiciones generosas de su madre, juzgaba abominable la rebelión definitiva de su mujer. Mad. Le Clercq estaba quizás más ofendida, porque en todo ello descubría cierto menosprecio hacia ella; comprendía que su nuera la acusaba de doblez y que respondía así á su triunfo: «¡Enhorabuena! Usted quiere que vivamos juntos á pesar nuestro. Continuaré, pues, bajo este techo, puesto que no puedo salir de él; pero obraré como si estuviera sola, sin preocuparme de los deseos ni de las órdenes de nadie y con mucha menos deferencia que si se hubiera cedido á mi voluntad.»

Estos penosos incidentes se repitieron muchas veces. Después de negarse á asistir á las sesiones del comité, María Magdalena se negó á acompañar á su suegra á visitar señoras ancianas cuya conversación la aburría; por otra parte, se unió un poco más á los la Pallière; fué sin su marido á una partida de campo seguida de un baile campestre, en compañía de gente bulliciosa, sociedad molesta y entrometida, que empezó á visitarla.

El día del santo de su nuera, Mad. Le Clercq encontró en el vestíbulo unas señoras vestidas de un modo llamativo; esposas de oficiales ó de empleados, aves de paso en la ciudad, por su tono un tanto excéntricas y que chocaban con todas sus ideas de dignidad austera. Aquel día se abstuvo de presentarse en las habitaciones de María Magdalena y ésta no se dignó notarlo.

Todos estos alfilerazos envenenaban la situación. Estaba decididamente declarada la guerra, guerra de mujeres, pérfida y mala.

María Magdalena tenía sus sinrazones. Estaba profundamente irritada por haber sido vencida por su suegra, y se proponía ponerla en el disparadero, siempre con las formas más corteses. Su educación mundana, muy superior á la de Mad. Le Clercq, le permitía conservar la más sonriente tranquilidad en sus retos, mientras que la anciana señora perdía de día en día algo de su mansedumbre. Roberto continuaba enojado; guardaba un silencio glacial y su rigidez demostraba ostensiblemente toda su desaprobación.

El día en que Mad recibía entró como de costumbre en el salón, donde vió aquella reunión muy alegre, presidida por Mad. de la Pallière. Otras damas vivas y animadas reían: cantóse y Gerardo tocó en el piano un acompañamiento de canción bastante ligera que su mujer entonó con el brío tan admirado por el doctor Bois Saint-Marcel. A esta canción siguieron otras; Roberto, grave y severo como sentencia de juez, miraba y escuchaba, sin que nadie fijara la atención en él. Mad parecía animada y tan alegre como nunca la había visto. En los rincones, detrás de los grupos de palmeras, algunas parejas galanteaban tomando te y emparedados.

Roberto apenas conocía á aquella gente, que tan pronto estaba en su casa á sus anchas; por lo menos, nunca había visto una reunión tan numerosa y movediza. Esto le recordó los relatos del doctor, y le pareció estar viendo la clase de salones que frecuentaba su mujer antes de su casamiento. Por esto sin duda se mostraba tan ligera y tan contenta riendo, hablando, cantando y moviéndose con un entusiasmo que dejaba atrás al de la misma Mad. de la Pallière. Esto le encolerizó en extremo, por parecerle que su mujer quería ponerle en ridículo. ¡Introducir en su casa á aquellas personas, amigas exclusivas de ella, y que ni siquiera se dignaban reparar en él! Pues se equivocaba si esperaba hacer de él un majadero, el marido de la bella Mad. Le Clercq, una figura larga que se ve junto á una puerta, que mira cómo se divierte su mujer y que paga los gastos.

Que su padre la hubiera dejado aventurarse en una sociedad heterogénea, era cosa deplorable; pero ahora había cambiado de dueño. Era preciso poner coto á aquellas reuniones, á aquellas relaciones que en breve la llevarían por mal camino, que le harían perder definitivamente el gusto de la vida digna y tranquila que se le quería imponer. Pues bien: no tendría más remedio que soportarla. Ya se cansaría de resistir abiertamente y de vivir como una extraña con su marido.

Esta situación era anormal; no podía eternizarse. María Magdalena se manifestaba con tanta osadía que era evidente que la impulsaba la rabia. Estas excitaciones se disipan pronto y la victoria queda para las personas de calma, que han sabido esperar el fin de la crisis. Volvería sobre sí misma sin haber dicho una palabra para una reconciliación; mientras tanto era menester impedir que su insensata fanfarronada la comprometiera. Y resolvió intervenir.

Justamente, Gerardo de la Pallière propuso una excursión á las ruinas de un viejo castillo de las cercanías. Almorzarían sobre la hierba, é irían en grandes breaks. La proposición fué aceptada con entusiasmo.

– ¿Vendrá usted?, preguntó Mad. de la Pallière á María Magdalena.

– Sin duda.

Roberto, á quien nadie invitaba, dijo:

– Es imposible. Ya te explicaré por qué.

Su mujer le miró, y por su ceño comprendió que estaba profundamente irritado; pero, en el estado de rebelión en que se había puesto, no cedió.

– Explícalo en seguida. ¿No? Pues entonces es un capricho de déspota. ¿Debo someterme á él?

– De ningún modo, contestó la Pallière. ¡Bah! No impida usted á María Mad que se divierta y usted vaya á estudiar sus procesos.

Roberto dirigió á su mujer una mirada tan imperiosa que ella se calló, no queriendo tener una discusión en presencia de extraños. Cuando todos se marcharon Roberto repuso con tono resuelto:

– No irás.

– ¿Por qué?

– Porque me desagrada. No me gusta que intimides con esa bulliciosa sociedad. Haz el favor de no ver tan á menudo á los la Pallière y á sus amigos, que son demasiado molestos y entrometidos.

María Magdalena no contestó. Estaba en pie junto á una mesa de China en la que había un jarro con flores cuyos pétalos, ya ajados, se entretenía en arrancar uno á uno. Y en el silencio que siguió, Roberto fijó la vista en aquellas manos blancas y suaves que había besado y cuyo perfume aún no había desaparecido de sus labios. Hacía más de quince días que no la había visto sola, y dijo con voz temblorosa:

– ¡Mad!

Ella se puso colorada; le echó una mirada rápida y comprendió lo que le pasaba; pero también se le ocurrió al punto la idea de que no le convenía ceder á aquel pasajero enternecimiento. Se volvió, y sentándose al piano; tocó los primeros compases de un vals.

Roberto, desolado y lleno de despecho, salió cerrando la puerta con ruido, y al entrar en su despacho aún le perseguían las notas obstinadas de aquel vals. Entonces penetró en su corazón la convicción de que María Magdalena ya no le amaba. Si le amase, ¿se portaría de aquel modo?

Mad interrumpió su vals: no podía apartar de su imaginación el recuerdo de la mirada suplicante de Roberto, y le oprimió el corazón una emoción inesperada.

– ¡Pobre Rob!, pensó con un tanto de malicia.

Alzó la vista, y en el espejo colgado encima del piano vió reflejada su bella persona. Tenía los ojos un poco húmedos, y en el borde de sus pestañas temblaba una gotita transparente.

– ¡Ah tonta!, murmuró con despecho. No me ama; si me amara, me preferiría á su madre.

Mad. Le Clercq dijo durante la comida que había recibido una carta de Mad. Charmón, escrita desde Inglaterra, en la que le enviaba varios papeles en lengua inglesa, y una carta de Mrs. Eggerton, directora de la Asociación del Trabajo de las Mujeres. Mad. Le Clercq habló largamente de esta asociación á su hijo; la conversación se redujo á un monólogo cortado por breves réplicas de Roberto, á quien el asunto le interesaba muy poco. Mad. Le Clercq, con tono ceremonioso, dijo á su nuera:

–¿Me querrás hacer un favor?

–Desde luego, señora. ¿Cuál?

–Traducirme esos papeles, que no puedo leer, pues no sé el inglés.

–Con mucho gusto. ¡Ah! Tenía que decir á usted que también he recibido carta de Lucy Hartley, la cual me invita á pasar unos días con ella en Tregastel. Le he contestado que iría y pienso marchar mañana.

Roberto no veía en esto ningún inconveniente; pero su madre no opinó lo mismo.

–¿Has tomado esa decisión sin consultar á nadie? Pues es una falta de consideración.

–Me parece que no sea necesario reunir un congreso para permitirme ir á pasar algunos días á casa de una amiga.

Mad y su suegra no se dirigían ya sino frases de este género; hacía quince días que duraba esta guerra de escaramuzas, á cada momento más acerba; porque, como sucede inevitablemente, la antipatía se exasperaba á causa de la acumulación de una porción de incidentes originados por niñadas y que ninguna de las dos mujeres procuraba evitar. Por lo demás, aún no se habían explicado sobre la causa de su antagonismo. Cuando María Magdalena supo por su suegra que Roberto cambiaba de parecer y consentía en continuar la vida común, no dijo nada, ni una palabra que revelara el fondo de su pensamiento. Salió del cuarto sin contestar, después de hacer un frío saludo. Desde entonces, no había vuelto á pronunciar una palabra sobre este asunto, pero cambió de actitud: una independencia absoluta de conducta y de acciones.

Después de comer, Mad. Le Clercq fué á buscar los papeles que quería que María Magdalena le tradujera, y al quedarse á solas con ella con este pretexto, resolvió hablarle, provocar ó una explosión de cólera ó una crisis de cariño.

No era posible que continuara aquella vida; era demasiado penosa para todos. Y si María Magdalena calculaba que no pudiendo partir de buen grado, le era forzoso hacer que la despidieran, estaba en lo cierto. El tranquilo género de vida de todos había cambiado; las reuniones de familia eran un pugilato de réplicas desagradables, en el que cada cual procuraba herir á su adversario.

María Magdalena preparaba en su tocador lo necesario para ir á Tregastel, cuando su suegra entró. Aquella nueva prueba de independencia disgustó á la anciana; iba allí con intenciones conciliadoras, quería hablar con dulzura, atraer á aquella joven obstinada con buenas palabras; pero este sentimiento fué reemplazado por otro de amargura y dijo á su nuera con tono seco:

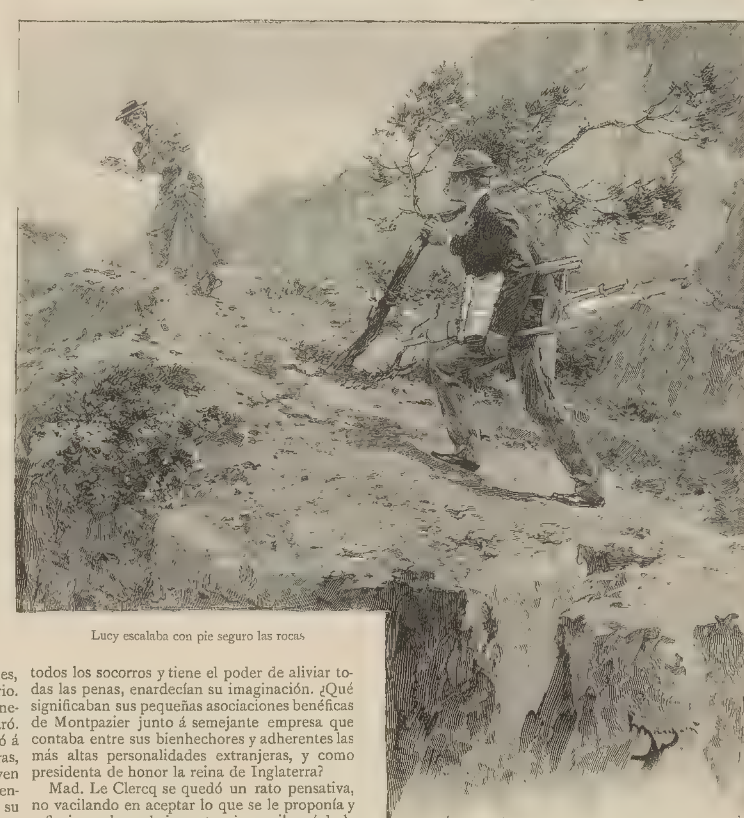
–Quisiera hablar á solas contigo.

Mad hizo una seña de que saliera á Estela, que la ayudaba en sus preparativos, acercó un sillón, se sentó y dijo:

–¿Supongo que será por esa traducción? Démela usted. Le leeré primero los papeles; y luego, si lo desea, le escribiré la traducción en francés.

Había entre ellos una carta de Mrs. Eggerton, carta muy benévola y que hirió la cuerda más sensible de Mad. Le Clercq: el orgullo. Mad. Chamón debía haber pintado á su amiga con los colores más favorables: en aquella carta no se hablaba más que de la generosidad de Mad. La Clercq, presidenta y bienhechora de muchas asociaciones benéficas. Con elocuencia un poco enfática, mezclada de sentencias bíblicas, Mrs. Eggerton la felicitaba por todo el bien que había hecho y procuraba interesarla en favor de la Asociación internacional del Trabajo de las mujeres. Bajo sus auspicios, aquella asociación, ya poderosa, que tenía muchas adherentes en Holanda, Rusia y Alemania, no podía menos de dar buen resultado en Francia. Se necesitaban dinero y socorros porque, á la asistencia por el trabajo, se quería unir una obra de pura caridad, fundar algunas casas de salud para que las infelices, debilitadas por el mal y las privaciones, pudieran cobrar fuerzas antes de volver á empezar la lucha por la existencia. Como el clima de Inglaterra es húmedo y frío, deberían fundarse en Francia estos asilos. Mrs. Eggerton preguntaba á Mad. Le Clercq si estaría dispuesta á aceptar la presidencia de un comité que ella misma formaría y que se ocupara en buscar adhesiones. Cuando quedara listo un hospicio, ella tendría la dirección superior y se pondrían bajo su autoridad todas las sucursales que pudieran fundarse en las demás poblaciones de Francia. Había una dama presidenta para Inglaterra, otra para Rusia, otra para Alemania y otra para Holanda, las cuales constituían el Consejo supremo de la Asociación y era una rara distinción ser llamada á formar parte de él.

La lectura de esta carta halagó en extremo el orgullo de Mad. Le Clercq. Toda aquella jerarquía administrativa, que iba á parar á un puesto eminente en el que se la colocaba cerniéndose por encima de las miserias como un ser benéfico que distribuye todos los socorros y tiene el poder de aliviar todas las penas, enardecían su imaginación. ¿Qué significaban sus pequeñas asociaciones benéficas de Montpazier junto á semejante empresa que contaba entre sus bienhechores y adherentes las más altas personalidades extranjeras, y como presidenta de honor la reina de Inglaterra?



Lucy escalaba con pie seguro las rocas

Mad. Le Clercq se quedó un rato pensativa, no vacilando en aceptar lo que se le proponía y reflexionando en la importancia que iban á darle tales funciones. Una posdata, añadida al margen de los estatutos por mano de Mrs. Eggerton, decía que la reina concedía á las presidentas generales extranjeras el derecho de ser presentadas en la corte si iban á Londres.

Terminada la lectura, María Magdalena guardó silencio y analizó la fisonomía de su suegra, transfigurada por la vanidad. Pero Mad. Le Clercq se rehizo pronto y miró sonriente á María Mad; aquella viva satisfacción mitigaba sus resentimientos, y conocía que recobraba su mansedumbre.

–¿Comprendes ahora, querida, todo el interés que pueden presentar las obras de caridad? Aun aparte de la satisfacción de hacer bien, ¿no ves, colocándote desde un punto de vista puramente mundano, que se puede figurar de muy distinto modo que esas personas sin seso que te gustan?

María Magdalena no contestó.

–¡Ea!, repuso la anciana, eres demasiado inteligente para no reconocer un error de un momento. Si ves alguna molestia en las ocupaciones á que deseo dedicarte, también encontrarás en ellas compensaciones. Enfatuada de nobleza, como estás, estoy segura de que apreciarás la distinción honrosa de la reina. Si quieres ser mi colaboradora, no me cabe duda de que serás la designada para sucederme.

Tan lisonjera perspectiva no sedujo á María Mad; consideraba de muy otro modo la felicidad.

–Se lo agradezco á usted mucho, dijo, pero no me siento con vocación. Hacer bien, sí, pero á mi libre albedrío y sin consagrar á él todo mi tiempo. Además no ambiciono ser sucesora de usted.

Mad. Le Clercq, chasqueada, se agitó con impaciencia.

–Escúchame, María Magdalena. Por primera vez desde hace quince días nos encontramos solas y podemos hablar con entera franqueza. ¿Qué significa la actitud que has tomado? ¿Adónde piensas llegar con esa afectación de reto, tan penosa para todos? ¿Te desagrada nuestro género de vida? Es de sentir, pero confesarás que hemos hecho todo lo posible para hacértela agradable. Te sublevas contra lo inevitable, como una criatura, sin pensar que esto conducirá solamente á cansar á tu marido. Y no hablo de mí, que tengo derecho á alguna deferencia.

María Mad contestó con exquisita amabilidad y en tono franco y sincero:

–Puesto que quiere usted una explicación, voy á dársela. Estoy disgustada por tener que vivir á pesar mío en casa de la madre de mi marido; me asiste el derecho de tener un domicilio mío en donde sea mi propia señora, y censuro á Roberto por no haber tenido el valor de hacer lo que es necesario y justo.

Mad. Le Clercq quiso contestar, pero Mad la contuvo con un ademán y prosiguió:

–En cuanto á lo que llama usted una afectación de reto, es simplemente una actitud de protesta. Estoy aquí cohibida y forzada. ¡Corriente! Tendrán ustedes mi persona, pero no otra cosa, ni sumisión, ni postergación.

Al oir la anciana esta contestación atrevida, se levantó.

–Veo que olvidas con sobrada frecuencia á quién estás hablando.

–No lo creo: mis palabras son correctas. Quiere usted que le diga la verdad y se la digo.

–Tienes un agradecimiento muy ligero, y todo cuanto se ha podido hacer por demostrarte cariño no ha bastado para granjearnos el tuyo.

Mad se puso colorada, y replicó en el mismo tono, lleno de cortesía:

Señora, la he tenido á usted mucho agradecimiento y cariño; pero su amistad es muy dura de soportar. Me ha hecho usted pagar muy caras todas sus atenciones, y de algún tiempo á esta parte me las ha echado usted en cara tan á menudo, que no puedo menos de sentir haberlas recibido.

Esto era ya demasiado. Mad. Le Clercq perdió la paciencia. Jamás había examinado hasta este punto de vista los sentimientos de su nuera, y levantando la voz dijo:

–¡Está bien! Es un modo práctico y cómodo de reconocer el afecto de los demás...

(Continuará)

MÁQUINA PARA HACER ESCULTURAS

Es tal el imperio de las máquinas en nuestra época, que hasta las profesiones más personales, las artísticas, tienen su rival en el trabajo mecánico por aquéllas ejecutado. Cierto que la máquina no puede crear por sí misma, producir, y sí únicamente reproducir; pero en punto á reproducciones es muy superior á la mano del hombre, porque se halla exenta de la mutabilidad individual, de voluntad propia y por ende de los defectos, sin los cuales casi no concebimos al artífice reproductor, á quien el artista que crea considera simplemente como un artesano.

Precisamente en el arte plástico no se concibe al artista que crea sin el artesano que reproduce, pues los escultores hoy en día se limitan á modelar generalmente en arcilla blanda y plástica, dejando á sus obreros que reproduzcan su obra en piedra, madera ó bronce y limitándose á dar algunos retoques á la obra reproducida, una vez terminada. Pero como el reproductor raras veces puede sustraerse á sus impresiones personales, acontece con relativa frecuencia que las reproducciones, en el sentido artístico de la palabra, sólo tienen una remota semejanza con el original. Y si de este original se sacan varias copias, todas ellas difieren poco ó mucho entre sí.

En cambio si el trabajo de reproducción de una obra de arte plástica se sustrae á la mano caprichosa del artesano, si se consigue que sea una máquina la que realice aquella labor, que bien puede llamarse labor de esclavo, se tendrá la seguridad de que las copias corresponderán exactamente y en sus detalles más minuciosos á los originales.

Esto es lo que realiza la máquina escultora de Wenzel, que tanto llamó la atención en la Exposición Industrial hace algún tiempo celebrada en Berlín, pues esta máquina no se limita á reproducir con la mayor fidelidad el original una sola vez, sino que da reproducciones en número ilimitado, todas completamente exactas unas á otras. Además, dicha máquina trabaja, si se quiere, lo mismo la madera, que la piedra ó el marfil, materiales cuyo labrado requiere técnicas especiales hasta el punto de que son en muy corto número los escultores que dominan dos de estas técnicas diferentes.

Cerrada la Exposición Industrial berlinesa, desapareció casi por completo de la vista del público la máquina escultora, arrastrando durante un cierto período una vida obscura y silenciosa, hasta que, después de corregidas algunas deficiencias que en la misma se observaban, ha sido prácticamente puesta en funciones por la sociedad *Plástica*, de Berlín.

Los que tienen ocasión de ver funcionar esta máquina en el local de la citada compañía, quedan asombrados de la sencillez con que una máquina llega á ser un auxiliar del arte y del escaso trabajo que se necesita para realizar esta misión propiamente artística.

La parte esencial de la máquina escultora consiste en varios perforadores que se mueven perpendicularmente hacia abajo con una velocidad de 2.500 á 3.000 vueltas por minuto. Para labrar piedra, granito, basalto, caliza ó mármol se emplean perforadores de diamante; para el marfil, madera, etc., se utilizan los perforadores de acero de distintas formas.

La dirección de los perforadores es naturalmente de importancia fundamental; y en esto estriba precisamente la construcción de la máquina tan sencilla como ingeniosa. El objetivo que el constructor ha perseguido y que ha logrado ha sido hacer que el brazo en donde están dispuestos los perforadores ejecute movimientos que, en su variedad, corresponden en lo posible á los que ejecuta el cincel. En la figura 2 se ve que sobre un pie A va fijada la mesa movible B por medio de un vástago C. La mesa sostiene el tablero E F, en el cual están el modelo D y los objetos de madera ó piedra E que se han de labrar. El pie A tiene á ambos lados los rieles guías G por los cuales corren por medio de las calandrias H los dos caballetes J unidos en su parte superior por la viga enrejada K. Estos caballetes tienen arriba y abajo cada uno un álveo L por el que se mueven hacia adelante y atrás las correderas N, las cuales sostienen el aparato rotatorio O en los extremos del portabrazo P, que es movible y giratorio. El número de brazos varía á voluntad según sea el tamaño de los objetos que hayan de labrarse: el brazo director debe ocupar siempre el centro.

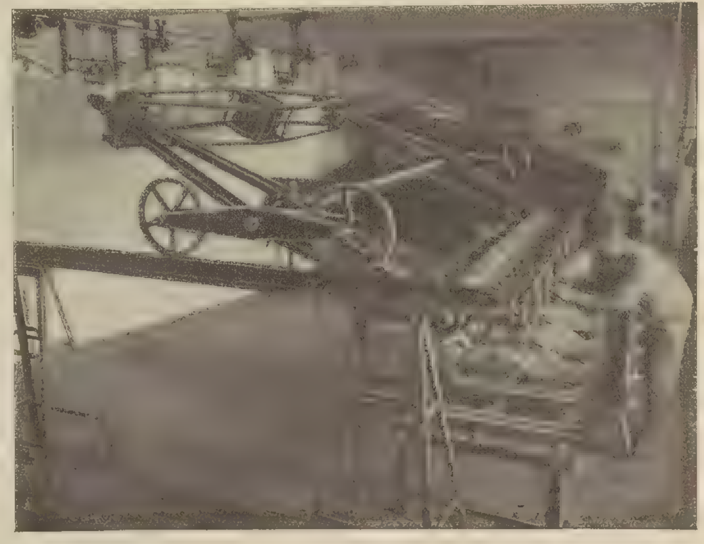


Fig. 1. – Máquina escultora de Wenzel funcionando

Estos brazos pueden ejecutar cuatro movimientos: en sentido horizontal dos que se cruzan, y en sentido vertical uno hacia arriba, otro hacia abajo y otro giratorio alrededor del eje del brazo. El brazo se compone de dos partes dispuestas de tal modo que el eje R puede moverse dentro de un determinado ángulo. Gracias á este movimiento y á los cuatro antes indicados pueden, sin cambiar las piezas, labrarse los objetos según el modelo. Para mantener el equilibrio en las partes que se mueven hay las palancas S, con los pesos que éstas sostienen; y para el balanceo del sostén del brazo hay los contrapesos U. El movimiento del eje propulsor se realiza del modo siguiente: en el eje del brazo hay un cilindro V puesto en dos sostenes Y, y en él se encuentran otras tantas poleas para correas W, cuantos son los brazos que han de funcionar. El cilindro V se mueve impulsado por el propulsor Z.

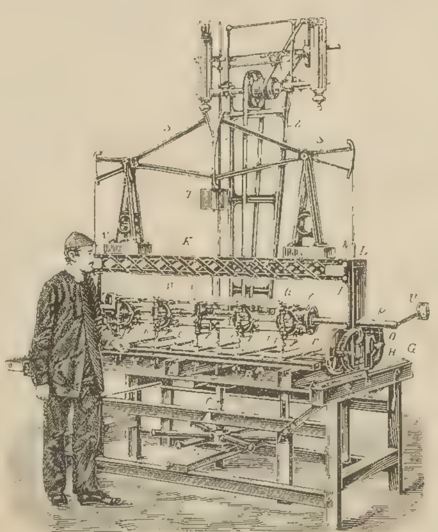


Fig. 2. – Detalles de construcción de la máquina Wenzel

Para el servicio de la máquina, sea cual fuere el número de copias que hayan de obtenerse, basta un solo operario que pase por encima del modelo el punzón del brazo-guía: todos los perforadores ejecutan simultánea y exactamente el mismo movimiento que este punzón, y mientras éste se pasa sobre el modelo, aquéllos van recortando el trozo de piedra ó de madera hasta que los perforadores llegan en la tabla de obra al mismo nivel que tiene el punzón en el modelo. Con poco tiempo de práctica puede cualquier trabajador llegar á dominar la labor que ha de realizar en esta máquina.

El labrado del trozo de piedra ó madera por los perforadores que giran rápidamente tiene grandísima importancia, pues la piedra sobre todo es labrada de tal manera que su grano no se altera en lo más mínimo. El mármol, por ejemplo, conserva todas las cualidades de su superficie; no se vuelve mate, sino que permanece brillante.

Un gran número de escultores han hecho reproducir algunas de sus obras en los talleres de la sociedad *Plástica* y han obtenido un trabajo mecánico de tal precisión, que si alguna diferencia se ha observado, ésta no ha excedido de 1'5 á 1'10 milímetros.

Además de esta superioridad, tiene la máquina otra, cual es la de realizar trabajos que la mano del hombre no puede ejecutar ó que ejecuta con grandes dificultades y riesgos. Uno de los trabajos escultóricos más difíciles es el de modelar las partes libres de una estatua, tales como un brazo levantado, los dedos extendidos, etc., que sólo consigue ejecutar el artesano valiéndose de apoyos especiales que luego hay que quitar con mucho cuidado, á pesar de lo cual muchas veces se rompen mientras se esculpen. Con la máquina de esculpir no se corre este riesgo, puesto que labra con la misma facilidad y seguridad las partes libres que las superficies sólidas.

La importancia de esta ingeniosa máquina para el arte, las industrias artísticas y aun para las industrias comunes es evidente. Con ella el artista no necesitará ya enviar su modelo punteado á Italia ó á otros puntos para que se lo reproduzcan en mármol, sino que podrá confiarlo á la máquina, que trabaja con rapidez infinitamente superior á la de la mano del hombre y á un precio diez veces menor.

Gracias á ella también, la gente de escasa fortuna, que hasta ahora había de contentarse con imperfectas reproducciones en yeso, podrá adquirir reproducciones exactas en buenos materiales por un precio que apenas resulta más caro que el material mismo. De este modo la máquina escultórica no rebaja el arte; lo que hace es generalizarlo, hacerlo accesible al mayor número.

La máquina Wenzel resuelve el problema de producir mecánicamente una obra artística sin que ésta pierda el carácter que le ha dado su autor.

Tales son las principales ventajas de este notable é ingenioso invento, materiales unas, puesto que la máquina permite una reproducción perfecta y exacta del modelo, y morales otras, porque la producción mecánica de obras escultóricas, al abaratar el precio de las mismas, facilitará su adquisición por gentes que antes no se preocupaban de arte y extenderá la afición por las creaciones artísticas, educando el gusto de los pueblos. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

GUÍA DIAMANTE. BARCELONA, por *L. García del Real.* – Cuanto pueda necesitar el extranjero ó el curioso que visite á Barcelona está contenido en esta obra, en la que se encuentran á dos columnas, en francés y en castellano, todas las noticias necesarias para guiarse en nuestra capital desde que á ella llega el viajero y conocerla en todos sus aspectos. Las descripciones de los sitios, edificios notables, monumentos, alrededores, etc., están hechas con gran conocimiento y son completas, dentro de la concisión que en tales libros se requiere. La *Guía Diamante*, que ha sido editada por D. Francisco Puig, contiene varios fotograbados y un mapa de Barcelona y elegantemente encuadernada se vende en la librería de Puig, plaza Nueva, 5.

TIK-NAY (EL PAYASO INIMITABLE), por *Eduardo Zamacois.* – Reune esta novela las condiciones que en esta clase de obras literarias se requiere: su argumento interesa, su acción se desarrolla lógicamente, los tipos están bien estudiados, las descripciones revelan una observación perfecta del natural y el lenguaje en que está escrita es elegante y castizo. Editada por don Luis Tasso, véndese á dos pesetas.

DE LA MUCHEDUMBRE DE ABOGADOS, por *F. Galwey Mongrand.* – El título de este folleto indica cuáles han sido los propósitos de su autor, ex decano del Ilustre Colegio de Abogados de Málaga, al escribirlo. Laméntase con razón el Sr. Galwey del excesivo número de abogados que hay en España, y examinando con imparcial juicio las causas de este mal, deduce de ellas los remedios que á éste deberían ponerse. El folleto, impreso en Málaga en la imprenta y litografía de Ramón Párraga, se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario ilustrado barcelonés; *La Medicina Científica en España*, revista mensual de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica en Barcelona; *Boletín del Museo-Biblioteca Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *Miscelánea*, revista semanal madrileña de Literatura y Arte; *El coleccionista de sellos*, periódico filatélico madrileño; *Avant sempre Sempre avant*, revista catalana que se publica en Manila; *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombianos que se publica semanalmente en Bogotá; *Lima Ilustrada*, semanario ilustrado y artístico; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *Boletín Bibliográfico* que se publica en Lima; *Boletín Mensual de Estadística de la policía de la provincia de Buenos Aires.*



GUERRA ANGLO-BOER. – Interior de un fuerte en Modder River (de fotografía de H. C. Schelley)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 19 de marzo de 1900 — Núm. 951

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Camilo Innocenti

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la Biblioteca Universal el primer tomo de los correspondientes á la presente serie, que es la obra *Novelas Cortas*, por Edmundo de Amicis, profusamente ilustrada por Ferraguti.

Acerca del reparto del segundo tomo, volvemos á llamar la atención de nuestros suscriptores sobre la advertencia que publicamos en el número 949.

SUMARIO

CRONICAS DE LA EXPOSICION DE PARIS

SECCIÓN ESPAÑOLA

Al describir rápidamente, en una de nuestras anteriores crónicas, la magnífica *calle de las Naciones*, sólo pudimos decir de paso cuatro palabras acerca del Pabellón Regio de España. En el presente artículo, en que vamos á dar una idea general de la participación que las artes y las industrias españolas van á tener en este universal concurso, justo es que demos más detallada noticia de aquel soberbio edificio.

Situado al borde del Sena y haciendo *vis-à-vis* con el de Mónaco, el Pabellón de España ofrece con legítimo orgullo, aunque sin exageradas pretensiones, la elegante silueta de sus líneas arquitectónicas á la admiración de los inteligentes. Su estilo, genuinamente español, recuerda la época más característica del Renacimiento, como sus detalles traen á la memoria diferentes monumentos históricos de la España artística. Aquí vemos reproducidas, en efecto, la fachada de la Universidad de Alcalá, construída por Rodrigo Gil de Ontañón en 1553; la principal del Alcázar de Toledo, que el emperador Carlos V confió al célebre Alonso de Covarrubias cuando transformó en suntuoso palacio la antigua fortaleza de Alfonso X; parte de la Universidad de Salamanca, primorosa muestra del género plateresco, que divulgaron los ensayos de Enrique de Egas en Santa Cruz de Toledo y en Santa Cruz de Valladolid, y una sección del palacio de los condes de Monterey, notable por su crestería construída en 1534. De esta manera el Pabellón recuerda exteriormente la época más brillante de la nación española, como si quisiera cubrir su actual decadencia con el ropaje de un glorioso pasado.

Constituye el interior del edificio un patio de columnas del mismo orden arquitectónico, con galerías en los dos pisos, una elegante balaustrada y un hermoso friso.

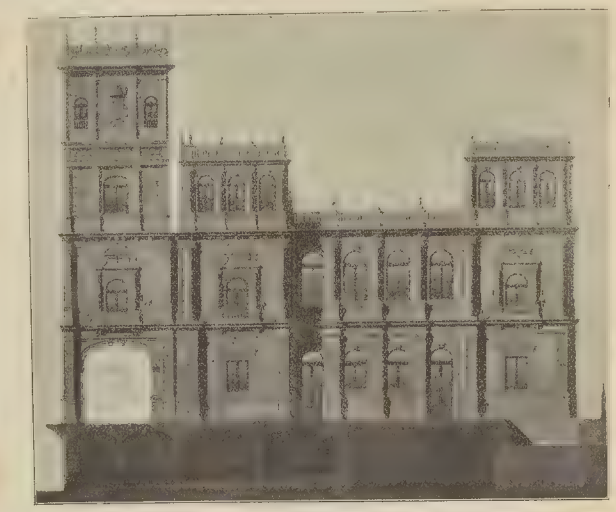
La escalera que conduce al piso principal desemboca en el patio y está adornada con un almohadillado reproducido de la Universidad de Alcalá. En él juegan los más extraños caprichos del Arte del Renacimiento.

Ocuparán el palacio, además de la Comisaría Regia, la Exposición española de Arte Retrospectivo, para la cual la reina prestará algunas de las maravillas que encierran los Alcázares Reales, entre ellas, hermosas colecciones de tapices del Palacio de Madrid; el Gobierno enviará curiosidades de los Museos Nacionales, y muchos particulares remitirán valiosos objetos de sus colecciones. Tales ofrecimientos hacen esperar que esta Exposición retrospectiva vendrá á ser una gallarda muestra de la grandeza, poderío, conquistas y descubrimientos de España, y de este modo el contenido del Regio Pabellón parecerá responder al mismo fin que el hermoso monumento.

Por fortuna, al lado de esta exhibición de una grandeza pasada, el pueblo español se dispone á presentar una elocuente prueba de que aspira á regenerarse por el trabajo y á no quedarse rezagado en la marcha rapidísima y triunfante del progreso.

Para convencerse de esa noble aspiración, basta leer la lista de los futuros expositores españoles que obra en la Comisaría Regia y de la cual podemos entresacar aquí algunos nombres, merced á un favor especial del comisario señor marqués de Villalobar, que es el hombre más cortés y más amable del mundo.

En los grupos primero y tercero, que comprenden la educación y enseñanza y los procedimientos generales para las letras, las ciencias y las artes, figuran, entre otros expositores de importancia, los señores Medina y Alonso, de Portugalete; la Escuela de Artes y Oficios, Gorchs y Esteve, de Bilbao; Gorría y Royán, de Barcelona; Pérez Terrados, de Villanueva y Geltrú; la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega; Mateu, Finge de Salverda, Amayra y Fernández, Portela y Compañía, Sánchez Téllez, Juan y Pérez, Christián Fraszen, Nieto y García, de Madrid; Peso y Planas, Vallmitjana y Barberá, de Barcelona; Lucas y Fraile, de Toledo; Dotesio, de Bilbao; Ortega y Paredes, de Valencia; Fernández Lera, de Zaragoza, y los propietarios de La Ilustración Artística, Sres. Montaner y Simón.



Exposición Universal de París de 1900. - El pabellón de España

Desgraciadamente, el poco terreno concedido á todas las Comisarías extranjeras en esta sección, por lo exiguo del palacio que la contiene, ha de impedir que se dé á los productos españoles el que necesitan para poder desarrollarse en debida forma, apta para su estudio, con toda la extensión que merecen, pues la península se presenta bien en estos ramos. Sin embargo, está aún en tratos la Comisaría regia para obtener un aumento de espacio en la Explanada de los Inválidos, y en este caso dará mayor satisfacción á sus expositores.

En el grupo segundo, Bellas Artes; grupo que expondrá sus productos en cuatro salas de los Campos Elíseos, figuran nuestros primeros pintores, escultores y arquitectos. Sus obras darán una idea bastante completa del progreso del Arte en España durante los últimos diez años.

Los expositores de los grupos cuarto y quinto figurarán, unos en el Campo de Marte, en un pequeño pabellón junto á la avenida de Suffren, y otros, que presentan máquinas en reposo, incubadoras y máquinas agrícolas de importantes dimensiones, se situarán en la exhibición de estos productos que se organiza en el anejo de Vincennes.

Citaremos, en esta sección, los expositores siguientes: Colberg, de Barcelona, que presenta motores; Francisco Climent, de Valencia, turbinas; Sánchez Losada, de Pontevedra; Planas, Flaquer y Compañía, de Barcelona; Martínez Díaz, de Sevilla; Pons y Fallipo; Garriga y Ballell, Mirapoix; la Compañía Eléctrica de Chamberí.

El pequeño pabellón de este grupo está preciosamente decorado con atributos de fuerza motriz y de electricidad.

En el grupo sexto, Medios de Transporte, se halla también colocada la representación de España en una de las galerías altas del Palacio del Campo de Marte, al lado de las francesas, portuguesas y alemanas. En esta agrupación son pocos, pero muy notables, los expositores que exhiben sus industrias, mereciendo citarse, entre otros, los productos de las casas de Badal y de los Sres. Lamarca Hermanos y Zacarías López, de Madrid, cuyos coches de lujo pueden competir con los mejores de construcción europea y americana; la Sociedad de Aguas de Alicante, que presenta tuberías; Palacio, de Madrid, un puente volante; Casajuana, de Bilbao, y otros que exponen productos diversos. En el Palacio de la Navegación de Comercio, los Sres. Díaz, de Sevilla, figuran con un salvavidas insumergible, y el señor Voltor, de Barcelona, con un curioso propulsor para la navegación.

En la sección correspondiente á los grupos de Agricultura y Alimentos, reunidos en un extremo de la antigua Galería de Máquinas, el Gobierno ha rivalizado con los expositores particulares en buen gusto y magnificencia para las instalaciones. La sección española, situada entre las de Hungría, el Japón, Italia, Suiza y Portugal, cubre un área de dos mil metros.

Los vinos y los aceites del reino tendrán suntuosas instalaciones. El Gobierno, que ha creído conveniente dar la mayor importancia á los intereses representados por estos ramos de la agricultura española, ha contribuído al decorado de la sección, dándole por entrada una gigantesca puerta, reproducción del arco de Granada llamado «Puerta del Vino,» ricamente adornado de arabescos y azulejos, y cubriendo toda la valla que la separa de las demás secciones con arcos y motivos tomados de la Alhambra. Esta sección española será indudablemente una de las que más llamarán la atención, por su magnificencia, en el Palacio de Agricultura, como la llamarán, dentro de este recinto, las instalaciones particulares de vinos de los Sres. Díez Hermanos, marqués de Bertemati, Segovia, Abarzuza, Misa, Domech, marqués del Mérito, Sarabia, Sandemán, Carmona, Rivero, Meng, López Heredia, García del Salto, y muchas otras de Andalucía; las de Bayo, Luque, y otras de Castilla; la de la Sociedad Vinícola del Norte de España, y muchas más, tanto de vinos cuanto de cervezas y sidras. Entre los aceites, es notable la instalación de los Sres. Ríus, duque de Santa Lucía, marqués de Acapulco, Prado, Porcar y otros. Entre los alimentos varios, sobresale La Nueva Azucarera. Los señores Anguila, Mercader, Moragas, Trevijano, Marraso, Paravere, Climent y San Román presentan granos y semillas notables. Esta sección es, en fin, una de las que más han de honrar la representación de España en el gran certamen.

Los grupos octavo y noveno, reunidos, están situados en uno de los palacios construídos á la orilla del Sena y en el que se exponen los productos correspondientes á montes, caza, pesca, horticultura y arboricultura.

Aquí figuran las mieles, las pasas de Málaga, toda clase de frutas frescas y secas.

Habrá notables instalaciones de corchos, espartos, regaliz, manzanilla y artículos de caza.

En Minería y Metalurgia no son muchos, pero sí de grande importancia, los expositores que forman este grupo, tanto que, en vista de su corto número, redujo la Comisaría general de Francia el espacio concedido á España, y fueron grandes las dificulta-



des que, en vista de la magnitud de las instalaciones, tuvo la Comisaría Regia para obtener algún aumento de espacio.

Los mármoles, hierros, carbones, azufres, cobres y toda la riqueza metalúrgica de la Península estarán bien representados por los expositores Laragaña y Compañía, la Compañía Franco-Española de Azufre, la Sociedad de Mármoles, la Compañía Franco-Belga de Somorrostro, el Concierto Salinero, El Porvenir, Figueroa, la Real Asturiana, la Fábrica de Mieres y otros.

La Decoración, Mobiliario é Industrias varias se hallarán agrupados en una de las galerías altas del Palacio de la Explanada de los Inválidos, y en ella exponen los Sres. Segura y Llorens, Brosa y San Germán, Escofet, Tejera y Compañía, de Barcelona; Bolinaga, de León; Martínez Lage, de la Coruña; Stuyck, de la Fábrica Real de Tapices de Madrid; Rebollo de Fort, de Málaga; Jiménez Izquierdo, de Sevilla; Schneider, de San Sebastián; Vega, de Madrid; Quintana, de Barcelona, y otros muchos.

En hilados, tejidos y vestidos tiene España cerca de 1.500 metros de superficie y su instalación será notabilísima. Esta ocupa uno de los principales sitios en la gran nave central del Campo de Marte. Da acceso á la sección una puerta monumental, reproducción de la Sala del Consejo de Ciento, de Barcelona, que nos recordará que el Principado de Cataluña triunfa en esta agrupación con sus florecientes industrias. Para acompañar á la mencionada puerta y cerrar el resto de la sección, el arquitecto se ha inspirado en el patio de los duques del Infantado, de Guadalajara, de donde ha reproducido las ricas arcadas, sustituyendo los escudos de aquella noble casa por los de todas las provincias y regiones de España. Los arcos, que son libres, dan acceso por todas partes á la sección y contribuyen á dar lucimiento á los productos y vitrinas que encierra. En su recinto han hecho una magnífica exposición colectiva, con la esplendidez que ellos saben y pueden, el Instituto industrial de Tarrasa y el gremio de fabricantes de Sabadell, é instalaciones particulares el marqués de Durán, los Sres. Serra, Batlló, Saravia, Aurigema, Brugarolas, Sert, Matas, Sánchez Díaz, Pérez Martínez, Dasca, Comas y otros muchos que realizan una brillante manifestación de la industria española, la cual honra tanto á los expositores como á la nación que la posee.

En Industrias químicas, España ocupa una de las galerías del palacio, donde la Compañía de Tabacos tiene un pabellón para la venta.

Al anejo de Vincennes, que estará unido á la Exposición por líneas de vapores y ferrocarriles, van muchas naciones que, no habiendo podido obtener más aumento en el recinto de la Exposición misma y necesitándolo por el excesivo número de expositores que acudió á su llamamiento, han tenido que aceptar este anejo para instalarlos. En Vincennes se hallarán también las exposiciones de los ferrocarriles de todo el mundo y las de los automóviles; razón por la cual promete este sitio estar tan concurrido como las demás secciones del gran certamen internacional.

JUAN B. ENSEÑAT

CEFERINO PALENCIA

Hizo Mario lo que no pudieron hacer nunca el gran Romea ni Manuel Catalina: un teatro que se llenaba todas las noches. Ir á «La Comedia,» fué, durante mucho tiempo, más que la *moda*, la inclinación del público. Nunca se vió en Madrid una sala tan brillante ni una empresa tan cuidadosa; en el escenario de «La Comedia» diéronse á conocer casi todos los artistas que hoy lucen, y los autores cómicos (por desgracia ni muchos ni muy notables) que seguían los pasos de Bretón de los Herreros y de Narciso Serra.

Desde Balbina Valverde y Rosell, hasta Carmen Cobeña y Thuillier, incluyendo á las dos Marías y á Matilde Rodríguez, á Sánchez de León y á Julianito Romea, que hacen ahora cada uno rancho aparte, pocos nombres honran hoy la escena española que no hayan figurado en las brillantes *listas* del «Teatro de la Comedia.»

Nacer á la vida literaria en aquel escenario, era el ensueño de todos los incipientes; y esa fortuna le cupo á Ceferino Palencia.

Cuna de oro, hadas cariñosas y nigromante bienhechor, Diego Luque abrió al neófito, con su varita mágica, las puertas del palacio encantado. Diego Luque, historia viviente del teatro en España, del año 56 acá, el amigo inseparable de Luis Eguilaz, el mecenas entusiasta, bendiciendo á Palencia le dijo: «Hágote autor dramático.»

Y así lo cumplió, llevando á Mario la comedia *El cura de San Antonio.*

Ceferino Palencia estudiaba medicina, y decidióse con esto á colgar los libros, trocando en pluma el bisturí.

El cura de San Antonio, bien defendido por Mario, no fué un éxito, pero dió á conocer la criatura. Palencia tenía entonces 19 años y representaba 14. De poca talla, no muchas carnes y la cara mofletuda y riente sin asomo de pelo en ella, durante muchos años el público de «La Comedia» exclamó viéndole: «¡que niño!»

Carrera de obstáculos ofrecióle todo lo que podía esperar: dinero y fama. La crítica saludó al nuevo autor, y la obra se mantuvo en los carteles muchas noches.

Palencia no había tenido nunca una posición muy desahogada, pero sus mayores miserias le hirieron durante aquel año. Habiendo renunciado á su mezquino sueldo como practicante del Hospital, después del estreno de su primera tentativa, no fueron pocos los apuros que pasó hasta estrenar *Carrera de obstáculos.* Él se goza en referirlo: una sola camisa para todo el año, un puro de diez céntimos para todo el día, el estómago vacío y el alma llena de ilusiones y de amor.

Escribió después *El guardián de la casa,* obra muy aplaudida que hizo popular y envidiable por algún tiempo el nombre de su autor.

Sencillez en el asunto, firmeza en el desarrollo, verdad y finura en el lenguaje, delicadeza en los pensamientos; y brío, gallardía esencialmente castellana en el diálogo, que se tiende con dulzura sobre armoniosos versos, como una virgen hechicera sobre un lecho de aromáticas flores.

La obra de Ceferino Palencia, sin aparatosas filosofías, ofrece á la reflexión del público un problema social de mucha importancia. Carmela es víctima del abandono de sus padres, unas *pobres gentes ricas* y necias que por atender á sus caprichos descuidan serios cuidados. Hay quien abandona torpemente á sus hijos en la calle ó en el torno de la inclusa; pero no falta quien los abandona entre un lujo suicida ó en el torbellino de la frivolidad; con la diferencia de que aquéllos no ignoran su crimen y éstos juzgan su proceder honrado y decente. . . . .

. . . .

—¿Qué debo hacer para que usted me quiera?—preguntó el joven autor á una elegante actriz, entonces viuda.

—Escribir otro *Guardian,* respondió ella.

Cariños que matan, obra muy aplaudida, fué la réplica del pretendiente, contribuyendo á que se apresurase el matrimonio de Ceferino con María Tubau.

Comenzaba entonces á revivir en el teatro el gusto francés, y ocurriósele á Palencia lanzar una sátira contra el poderoso invasor, haciendo sus pruebas de acendrado españolismo.

Primero *El guardián,* contra los padres que no educan á sus hijos; después *Cariños,* contra los que los educan mal, y al fin *La charra,* contra los afrancesados.

Como si hubiera vertido en su obra todo el patriótico amor que tenía en las entrañas, convertido en empresario el poeta, consagróse casi en absoluto á trasplantar el teatro francés de todos colores, empleando sus horas y sus afanes en remiendos y composturas de *vaudevilles,* que no siempre merecían las molestias que ocasionaban.

Así tuvo en silencio á su *musa* desde 1884 hasta el 94, y en ese tiempo elaboró su obra *Nieves,* en la cual cifraba sus ilusiones; pero *Nieves* no agradó al público. Hundióle nuevamente aquel desengaño en su obscura labor, apasionándole más por Sardou, su *viejo* favorito.

Palencia vive, desde hace muchos años, en un apartamiento absoluto. En su casa ó en el teatro le rodea solamente un pequeño círculo de personas á las cuales manifiesta sus proyectos y ambiciones, dejándose conducir por su carácter esencialmente comunicativo.

Su temperamento linfático degenera en bilioso, y la placidez ordinaria de su vida ofrece variación y contraste, cediendo á violencias incomprensibles, en los ensayos, por ejemplo, donde prueba cada tarde sus pulmones haciendo un trabajo muy fatigoso.

No frecuenta casinos, ateneos, academias ni tertulias; en su casa, por las noches, cuando no hay función, su mayor gusto es jugar el *tute* con su cuñado, el maestro de sus hijos y cualquiera otro que se halle presente.

Humilde, más que modesto en sus costumbres, ni le seducen las apariencias, ni le precipita el fastuoso lujo; su cuerpo no le pide nunca escogidos manjares ni regalos costosos; y siente la Naturaleza, y se anima con los aromas del campo y su frescura, con el perfume que desprenden los terruños removidos bajo los ardientes rayos de sol. . . . .

. . . .

Habla mucho, y todas las noches, en el *saloncillo* de su teatro, manifiéstase admirador ó enemigo de tales ó cuales procedimientos artísticos...

Pero todo aquello no le importa nada; lo dice por decir, por entretenerse y desorientar á los que le oyen, dándoles á entender que le preocupan las malicias de bastidores.

Pero yo sé que una rama verde ó un montón de trigo, el heno de una pradera ó el agua de un arroyo, le interesan más, le inspiran más pensamientos que todas las imaginaciones de Augier y todas las picardías de Sardou.

Y algo va ganando en eso, como artista.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

OBRAS DEL PINTOR INGLÉS

JORGE FEDERICO WATTS

Jorge Federico Watts pertenece á la escuela romántica inglesa y es el pintor clásico, el artista venerable entre los adeptos de la misma: Herkomer, Tadema, Holman Hunt, todos á una sienten el mayor respeto hacia el viejo maestro que en la actualidad cuenta ochenta y dos años, y á ese coro de alabanzas que en honor suyo entonan sus colegas únese la veneración que le profesa el pueblo en masa.

El espíritu del Cristianismo, cuadro de Jorge Federico Watts

A pesar de su edad avanzada, todavía se levanta Watts diariamente á las cuatro de la mañana y todavía pinta sin sentir la menor fatiga las alegorías y los retratos, unas veces infantiles, otras grandiosos como los de los grandes maestros antiguos, que tanta fama le han conquistado.

Hablando de sus obras, ha dicho recientemente á un crítico alemán: «Mi arte dista mucho de ser perfecto, pero con él he querido hacer algo nuevo y esto es lo moral. Creo que algunos me seguirán por este camino y lo harán mejor que yo.» Este principio didáctico que Ruskin ha denominado la quinta esencia del gran arte, ha sido la norma de su vida y de su producción. Sus pinturas recuerdan á veces las creaciones poéticas de Giorgione y otras los lienzos llenos de vida del Tiziano, pero en ellas las formas son siempre estatuarias.

De lo que es y de lo que vale el ilustre artista puede juzgarse por los tres cuadros suyos que en esta página reproducimos. *El genio del Cristianismo* es la obra del apóstol de la humanidad, que ha querido expresar en ella que la base de la religión cristiana es el amor. Según parece, inspiráronle la idea de ese lienzo las luchas que entre sí sostienen las sectas protestantes en Inglaterra.

En otro de sus lienzos ha pintado al *Profeta Jonás* predicando la ruina de Nínive: en la ardiente mirada, en el vigor de la musculatura, en la actitud, se adivinan los lamentos del vidente. Para completar el efecto de esta obra el autor ha pintado, imitando un relieve en la pared que sirve de fondo á la figura, los pecados de la humanidad.

En el tercero de sus cuadros ha querido aludir á los potentados que no se acuerdan de los pobres, presentándoles al *Hombre rico*, «que se avergüenza de poseer una cuantiosa fortuna.» Para ello nos presenta al personaje ricamente vestido y adornado con cadena de oro y sortijas, pero con la cara vuelta, en actitud avergonzada. Este lienzo nos recuerda por su factura los retratos de magnates venecianos pintados por el Veronese.

Para Watts el arte tiene especial valor como auxiliar de la filantropía, y en este sentido están inspirados todos sus cuadros sociales; mas no se limita á esto su amor al prójimo, sino que traduce en hechos sus sentimientos filantrópicos, habiendo dado recientemente 2.000 guineas para el fondo de la Escuela de Industrias Artísticas.

Su técnica es tan original como sus concepciones: Watts no busca los tonos calientes, la luz que hace destacar los objetos por todos lados, sino la suavidad, la armonía de los colores. Rara vez hace estudios previos para sus obras, sino que directamente bosqueja con el pincel sobre sus lienzos.

Como retratista pocos le aventajan, y anualmente ve aumentar su galería de notabilidades con los retratos de algunos hombres y mujeres ilustres.

Dos veces ha rechazado un título nobiliario que el gobierno le ofrecía; en cambio, ha visto con satisfacción tan grande como justa y noble la instalación en la Galería Nacional Británica de las salas que contienen obras suyas y ostentan su nombre.

Como á casi todos los grandes artistas, especialmente á los que son en cierto modo reformadores ó revolucionarios, costóle á Watts no poco trabajo imponerse á la crítica y al público en general; pero lejos de desfallecer ante las primeras contrariedades, afirmáronle más éstas en los principios que él estimaba buenos, y sin desviarse del camino que se trazara acabó por llegar á la meta y por ver reconocidos sus méritos y consagrada su fama por sus contemporáneos, lo mismo en Inglaterra que en el extranjero.

Aparte de las obras suyas que reproducimos, merecen citarse muy especialmente entre las pintadas por el gran artista: *La Fe*, lienzo inspirado en el más puro espíritu cristiano; *La Piedad*, que por la armonía de la composición, la corrección de formas y el vigor del colorido recuerda las mejores producciones del Renacimiento italiano; la trilogía de Eva, ciclo en el cual ha pintado la tragedia de la castidad; *El caballero del caballo rojo*, personificación simbólica de las malas pasiones; *Sir Galahad*, inspirado en la leyenda de Tennyson; *Las tres diosas*, *Ariadna*, *Paolo y Francesca*, *La infancia de Júpiter* y gran número de retratos, admirables todos, entre los que sobresale el de su colega Burne Jones, que él considera como el mejor de cuantos ha pintado.



El profeta Jonás, cuadro de Jorge F. Watts



El hombre rico, cuadro de Jorge F. Watts

La obra de Watts ha triunfado durante dos generaciones: no se trata, pues, de una victoria efímera, sino de una gloria sólidamente cimentada, y esta es la mejor prueba de lo que el pintor significa en la historia del arte inglés. – X.



LAS BODAS DE LA VIRGEN, cuadro de Pablo Luis Delance

LA MULITA NEGRA

Aunque la gente ilustrada se ríe públicamente de los augurios, en secreto les concede cierto valor. Un autor aplaudido, á quien íntimamente trato, pregunta á los faroles del alumbrado público, en todos los estrenos de sus obras, cuál va á ser el éxito de aquéllas, y según los faroles le contestan *sí* ó *no* por medio de sus números pares ó nones, ó se anima ó desmaya. Un médico ilustre, jugador incansable á la lotería nacional, mira como presagio feliz el no acordarse de la tal lotería el día del sorteo hasta que oye vocear la lista de los números premiados. Dice que cuando esto pasa le cae.

Todo un pueblo, el pueblo de España, consideró no hace mucho como augurio siniestro que al caer arrancado de los muros de la Equitativa el escudo de los americanos, rompiese la bandera española izada en el Casino.

Leer en el porvenir ha sido siempre la extrema preocupación de la humanidad, y á falta de más clara lectura, nos dedicamos á la interpretación cabalística de los signos más extravagantes.

Así, no deberá sorprenderse ninguno de que Enrique, aunque mozo muy listo y estudioso, y por tanto muy culto, incurriese en estos desatinos para escudriñar los males ó los bienes que en el porvenir le aguardaban.

Quería ser literato, pintor, filósofo y político; más bien: él entendía que ya todo eso era, y en sumo grado poeta y dramaturgo; y como la literatura, la poesía, el teatro eran sus encantos mayores, respecto de esto fué mayor su curiosidad para saber su suerte.

Nada tan fácil. ¡Apenas existen sortilegios y brujerías para averiguar el porvenir! Sólo que el mozo no se contentaba con signos de dudosa interpretación, ni revelaciones de sonámbulos; quería que su suerte tomase forma y á él se le presentase; y recordando aquellos célebres sueños que descifró el casto José, al sueño recurrió, después de rogar á Dios y á todos los santos de su corte que realizaran el prodigio.

Este se realizó con efecto; es decir, á lo menos á él se le figuró que se realizaba, aunque de un modo extraño, que fué así:

Soñó que caminando por un valle espacioso vió aparecer por lejos una mulita tan pequeña como un perro de caza, y de un color negro azabache tan lucido que radiaba como hecha de brillantes.

El extraordinario animalejo le esperó muy tranquilo hasta que el mozo le tuvo á corto espacio, y ya que la mulita le vió cerca, emprendió sosegadamente la fuga con un trotecillo muy menudo. Mas como su belleza despertaba codicia de su posesión, Enrique trató de darle alcance con objeto de retenerla. ¡Ya era trabajo! Metíase la mulita por terreno escabroso; salvaba ella los obstáculos sin ninguna dificultad y se distanciaba cada vez más de su perseguidor, menos ágil y resistente; pero así que la ventaja era ya grande, se detenía ella y aguardaba. En este extraño juego consiguió Enrique algunas veces asirla con sus manos, aunque por poco tiempo, porque con lo pulido y resbaladizo de su piel se le escurría otras tantas. Al fin, como la mayor parte de los sueños se resuelve con arreglo á la voluntad del que sueña, acabó Enrique por apoderarse de la mula, y despertóse á esto, no hallando en un principio relación ninguna entre lo que al acostarse pidió y lo que después había soñado. Pero tantas vueltas dió en su cerebro á la mulita negra y al camino escabroso y á la larga persecución y al término de la porfía, que al cabo, al cabo, vino á encontrar la conexión que deseaba, y que el extraño sueño era clara respuesta á su pregunta, reveladora indudable del más dichoso porvenir.

Ya no vaciló ni un momento en afirmar que la mulita negra era representación de la suerte, y el camino escabroso la de los trabajos que había de costarle el obtener un alto puesto; y como la persecución duró mucho, dedujo de ello que después de luchar muchos años hallaría la felicidad.

Y era de ver á mi buen Enrique tan contento, trabajando afanosamente desde entonces, y creyendo á cada nuevo año que ya había luchado lo bastante, y que no podía tardar mucho en apoderarse de la mula. Pero no fué así: el mozo se hizo viejo sin haber realizado sus ilusiones. Era tan pobre como cuando nació; su nombre y su gloria le resultaron garambainas, y había sufrido y sufría tanto, que no había forma de conciliar lo que, según él, con tanta claridad en el sueño se le predijo y el mezquino resultado de sus muchos afanes.

Ocurrió á esto, que se presentó en la ciudad en que Enrique vivía un adivinador de todas las cosas, con tanto crédito y tal fama, que hombres y mujeres acudían en tropel á su casa para oirle. No se trataba al parecer de ningún Maese Pedro, á quien tan caro hizo pagar D. Quijote sus habilidades, sino de un verdadero sabio que fundaba su ciencia adivinatoria en una facultad semejante á un oculto sentido, que por falta de su ejercicio natural queda en la mayor parte de los hombres en estado embrionario. Exponía él como testimonio la circunstancia de que no existe ser humano que no haya adivinado alguna vez cosas extrañas, y afirmaba que los fenómenos del hipnotismo no se producen por otra cosa que por el ejercicio de esa facultad en circunstancias favorables.

A alguno he oído yo también exponer no hace mucho esta teoría con tales razones y testimonios, que me convenció de que pudiera ser una verdad. Recomiendo, pues, á los que más y de mejor manera piensen, que discurran respecto de ella, si les parece merecedora de discurso, como á mí me lo pareció entonces, y me lo sigue pareciendo, y acaso encuentren el porqué de esos misterios que se consideran prodigios, y que han formado escuela y hasta religión, la espiritista, cuando pueden no ser cosa mayor que facultades naturales del hombre.

Pero sigo mi cuento. Llegó á oídos de Enrique el mérito extraordinario de aquel hombre, y creyó que consultando con él podrían acabarse sus dudas y llegaría á conocer la verdadera significación de su sueño, en el que, según la interpretación que él le daba, tantas buenas cosas se le habían ofrecido, sin que hasta entonces resultara ninguna, y fuése con estas ilusiones á casa del adivinador.

Era éste excesivamente largo, y también excesivamente seco; de pelo lacio, de color amarillo, de andar majestuoso. Hablaba muy gravemente y casi no más que con el aliento; es decir, que de sus palabras apenas se escuchaba el sonido, y éste siempre en el mismo tono, como en lección que dicen los muchachos. No hacía gesto ni movimiento alguno cuando hablaba, sino el preciso de los labios, y éste muy lento y casi imperceptible. Parecía la cabeza parlante que se exhibe en las ferias; algo fantástico más que un ser de este mundo. Salió al despacho de consulta por entre unos tapices negros, y dijo como si fuera él algún espíritu evocado:

– Aquí me tienes.

Ganas de echar á correr tuvo Enrique, y sintió frío por todo su cuerpo. No obstante, dominado aquel miedo pueril, saludó cortésmente sin obtener respuesta, se sentó cuando se sentó el adivino, y empezó su discurso.

– Yo, señor, dijo con algún desconcierto, vengo en busca de auxilio para descifrar un anuncio que tuve cuando mozo, y en el que, según yo, se me auguraban grandes bienes, que se me han convertido en desventuras.

Relató acto seguido minuciosamente su sueño, y luego la interpretación que él le había dado, y además sus desdichas, que eran tantas, que apenas si entre ellas había espacio para alguna cosa buena que contar.

A todo esto el adivino, al parecer, no le escuchaba. Su vista inmóvil, dirigida sin expresión á la techumbre, no se fijó en él ni una vez sola; pero cuando Enrique terminó su relato, díjole sin mirarle y como si á sí mismo se lo dijese:

– Mulita negra..., persecución larga..., cansancio en quien persigue... y á la postre su triunfo...

– Eso es, sí, señor, díjole Enrique.

Y siguió el adivino diciendo:

– Que la mula es la suerte..., que se ha de sufrir para lograrla..., que después de mucho luchar se consigue...

– Así lo interpreté, sí, señor.

– Pues no está mal interpretado.

– ¡Cómo no ha de estar mal, exclamó Enrique con asombro, cuando en cuarenta años que llevo de trabajo y de lucha no he podido tocar á esa pícara suerte, siquiera con un dedo!

Dilatóse un poquito la boca del adivinador como si fuera á sonreirse; volvió luego á su impasibilidad y dijo de este modo:

– Oyeme un cuento antiguo, que no es conocido de muchos. Si en él piensas, hallarás aquello de tu interpretación en que erraste.

«Vivía en medio del campo, en una buena casa de labor, un hacendado rico, tan aficionado al juego de la lotería, que se pasaba las horas pensando en qué número había de jugar; y si observaba que el de las vigas de la techumbre era quince, ó ciento el de baldosas, ó doscientos el de sus gallinas, y así por este estilo, aquéllos eran los números que jugaba. Ocurrióle una noche que hallándose en la cama dormido, le despertaron bruscamente hasta siete ladrones, que codiciosos de dinero, habían asaltado la casa. Era el hacendado muy gordo, y tenía costumbre de dormir totalmente desnudo; y como le mandaban que en el acto se levantase, trató para ello de vestirse; pero no se lo consintieron los ladrones por el tiempo que con esto de vestirse se pudiera perder. Así, que en cueros vivos, todo temblón de susto y alumbrando con la candileja, guió á los malhechores por toda la casa, y les fué entregando cuanto en ella de valor tenía, y ellos correspondieron con dicharachos y cuchufletas por lo extraño que estaba tan gordo y tan desnudo.

»Satisfecha por fin la codicia de los bandidos, aumentó en ellos el holgorio, porque se fijaron más aún, sin otra cosa que les distrajera, en la extraña figura que el hacendado hacía; y uno le palmoteaba en las posas, otro le pellizcaba en las rechonchas pantorrillas, otro le cosquilleaba por el vientre; hasta que, como remate de la fiesta, advirtió uno que en un rincón de la cocina, que era donde entonces se hallaban, había un hierro de los que en las casas de labor se usan para marcar con él el ganado, y como quedaba en el hogar buena porción de lumbre, calentó en ella el hierro, y cuando le tuvo hecho ascua, hizo seña á los otros para que al hacendado su jetasen, y aplicóle á éste en cada una de sus robustas posaderas el sello de la casa, que era por cierto un ocho.

»Pasado el tiempo, y con él el disgusto, volvió el labrador á su costumbre de jugar á la lotería, y buscando en su imaginación número conveniente para el juego, asaltóle la idea de jugar el que tenía grabado en tan mal sitio, y hasta consideró como cosa providencial que le hubieran marcado de aquel modo, pensando que tal vez los pícaros ladrones, lejos de haberle hecho un daño grave, le habían hecho el mayor de los beneficios. Jugó, pues, lleno de fe el número ocho; pero el número ocho no salió.

– »¡Cosa extraña!, díjose el hacendado; y después de pensarlo muy bien, vino á creer en que lo que ocurría era que se había equivocado en la cuenta, puesto que teniendo él dos ochos, uno en el lado derecho de las nalgas y otro en el izquierdo, el ochenta y ocho era el que tenía que jugar, y lo jugó en seguida; pero tampoco le salió.

»Vuelta á sorprenderse el labriego, y vuelta á meditar acerca del caso; y en esta vez se dijo:

– »Esto de los dos ochos parece como que me indica que lo que se debe jugar es su suma.

»Y con la misma fe de siempre jugó el número dieciséis: tampoco el número dieciséis fué premiado.

– ¡Qué demonios es esto!, exclamaba aturdido el labrador, como si no fuera cosa natural que sus números no salieran. Y volviendo á sus cálculos, recurrió á la última combinación que con sus números le era posible hacer; y como de la multiplicación del uno por el otro resultaba el sesenta y cuatro, éste fué el que jugó con mayor esperanza, puesto que él, sin duda, había de ser el de la suerte, siendo como era la última de sus posibles combinaciones. Ni aun así salió el número.

»Desesperóse con esto mi buen hombre, y juró dar al diantre aquel afán de cálculos, que siempre le resultaban fallidos; pero, sin él querer, volvía de continuo á pensar en sus combinaciones, y principalmente en aquellas dos cifras que los ladrones le habían puesto.

»De pronto un día sintió como si se le iluminara el espíritu; recordó la disposición de sus números, ambos en sentido vertical, el uno en la izquierda y el otro en la derecha de sus nalgas, y dándose una gran palmada en la frente, gritó con alegría:

– »¡Torpe de mí! ¡El ochocientos ocho! Ese es el que he debido jugar.»

Enrique se rió mucho con el cuento, aunque ya de antiguo lo conocía, como acaso lo conozca el lector; pero nunca lo había oído contar de tan extraño modo, con aquella entonación invariable y sin movimiento ninguno; y aunque buscó con mucho ahinco la conexión que con su sueño pudiera este cuento tener, no llegó á averiguarlo; por lo que, convencido de que nunca lo acertaría, dijo al célebre adivinador:

– ¿Y qué relación puede tener con mi mulita negra ese ochocientos ocho?

– Que así como aquel labrador hizo todas las combinaciones menos una, y era la mejor la que se dejaba en el tintero, así tú has hecho en tu sueño todas las interpretaciones que te parecieron posibles, dejándote olvidada la mejor. Dices bien que la mulita negra es tu suerte, y que lo escabroso del camino te indicaba lo difícil que había de ser para ti conseguirla. Acertaste también en que tras de muchos afanes habías de llegar á lograrla; porque tú estás hoy en posesión de aquella suerte que soñaste; sólo que en la interpretación olvidaste una cosa: el color de la mula, que es lo más importante en este caso, porque la suerte de los que, como tú, escriben para el público, es una suerte... negra.

Luis Calvo Revilla

GUERRA ANGLO-BOER

Las dos notas culminantes de la semana son la entrada de las fuerzas que manda el general Roberts en Bloemfontein y la petición de paz dirigida al gobierno inglés por los dos presidentes de las repúblicas surafricanas, Kruger y Steijn.

Pocos detalles se conocen todavía de la toma de la capital de Orange. Según relato del corresponsal de un periódico inglés, en la mañana del 12 el general French envió á las autoridades de Bloemfontein un ultimátum manifestando que bombardearía la ciudad si ésta se obstinaba en no rendirse y en oponer resistencia. La contestación no se hizo esperar: en la madrugada del 13 enarbolóse en el palacio de la presidencia la bandera blanca, y una diputación de altos funcionarios con el alcalde al frente marchó al encuentro del general inglés, que se encontraba en Spitskop, á cinco millas al Sur de Bloemfontein, y le entregó las llaves de ésta. Al mediodía fué ocupada la plaza por las tropas del generalísimo, que entraron en ella en orden de marcha, á tambor batiente y con banderas desplegadas. Añade el corresponsal citado que los habitantes de la capital hicieron á los ingleses una entusiasta acogida; pero esta noticia no puede menos de ser puesta en duda, ya que no es de creer que reciban con los brazos abiertos á los invasores aquellos mismos que hasta ahora han luchado heroicamente contra ellos. En cuanto al presidente Steijn, pudo abandonar á tiempo la ciudad, dirigiéndose á Kronstadt, que es la nueva residencia del gobierno orangista.

La fuerzas del general Roberts, antes de apoderarse de Bloemfontein, han debido sostener algunos reñidos combates en los cuales sufrieron grandes pérdidas: sólo en el del día 10 tuvieron 60 ó 70 muertos ó desaparecidos y 321 heridos. También los boers las tuvieron considerables, pues, según el despacho oficial inglés, al ser desalojados de las posiciones que ocupaban en Drieffontein dejaron 100 muertos y 20 prisioneros.

El despacho de los presidentes Kruger y Steijn pidiendo la paz está fechado en Bloemfontein; es un documento en extremo interesante, y ya que no podamos, por falta de espacio, publicarlo íntegro, reproduciremos algunos de sus principales párrafos.

«La sangre y las lágrimas derramadas por millares de seres á consecuencia de la guerra, y la perspectiva de la ruina moral y económica del Sur de Africa, obligan á los beligerantes á preguntarse, como si estuvieran delante de Dios, si los motivos de la guerra, si los fines perseguidos, justifican tantos males y tantas y tan terribles devastaciones.

»En vista de las aserciones de diversos hombres de Estado ingleses, de que la guerra fué declarada y ha sido proseguida con un objeto preconcebido, cual era socavar la autoridad de la reina en el Africa del Sur y crear una administración independiente, consideramos un deber declarar solemnemente que la guerra fué emprendida para defender la independencia de las dos repúblicas y continúa para obtener y mantener esa independencia como Estados que gozan de esa soberanía y en los que no serán molestados los que de ella participan.



EL ARCÁNGEL GABRIEL, estatua de Jorge Zala

»Con estas mismas condiciones nos hallamos actualmente, como nos hallábamos en el pasado, deseosos de ver restablecida la paz.

»Si Inglaterra está decidida á arrebatarnos esta independencia, no nos quedará más camino que perseverar hasta el fin en la vía á que nos hemos lanzado, á despecho de la abrumadora preponderancia de Inglaterra.

»No hemos formulado antes esta declaración porque, ocupando entonces territorios ingleses, temíamos herir los sentimientos de honor de Inglaterra; pero ahora, después de la captura de uno de nuestros jefes y de la evacuación del territorio británico, el prestigio del Imperio puede considerarse afirmado, y ya no debemos dudar en manifestaros á la faz del mundo civilizado por qué combatimos y con qué condiciones estamos dispuestos á restablecer la paz.»

La contestación de Inglaterra ha sido, como era de suponer, altanera. En ella empieza lord Salisbury recordando el estado de cosas en ambas repúblicas antes del rompimiento de las hostilidades; se refiere luego á los armamentos del Transvaal durante las negociaciones, al ultimátum dirigido á Inglaterra por el gobierno transvaalense, á la invasión del territorio británico, al asedio de plazas inglesas; habla de los sacrificios que la guerra ha impuesto, y termina con este párrafo que sintetiza el espíritu en que está informado el despacho:

«Todo esto ha sido el castigo con que Inglaterra ha pagado el haber tolerado la existencia de las dos repúblicas. En vista del uso que han hecho de esta tolerancia y de las calamidades infligidas á nuestros territorios, el gobierno de Su Majestad no puede contestar más sino que no está dispuesto á consentir la independencia de las dos repúblicas.»

Y podía haber añadido el secretario de Estado inglés: «Que era lo que desde un principio nos proponíamos demostrar.»

Inútil nos parece decir que el Parlamento británico aprobó entre aplausos entusiastas esta contestación del gobierno á los dos presidentes, pero no sin que contra él formularan una enérgica protesta en la Cámara de los Comunes los diputados Wilfred, Lacaton y Labouchere, que calificaron el despacho de Lord Salisbury de documento inhumano.

En vista del resultado de esta tentativa de paz, es evidente que la guerra continuará hasta el agotamiento ó la sumisión completa de los boers, y no falta quien supone que el objetivo perseguido por los dos presidentes con su petición no era otro que provocar de parte de lord Salisbury una respuesta que reanimara á los boers demostrándoles la imprescindible necesidad de proseguir la guerra á todo trance y de resistir hasta el último momento á las imposiciones de Inglaterra, que significarían la pérdida de la independencia de las dos repúblicas y su conversión en colonias de la odiada Gran Bretaña.

Esto hace suponer que la lucha de hoy en adelante será una lucha de exterminio: los ingleses no se detendrán ante ninguna violencia para conseguir el fin que se proponen, y la experiencia ha demostrado que son maestros en el arte de acabar con los pueblos ó con las razas que les estorban; y los boers, por su parte, no perdonarán medio alguno, por extremado que sea, para defender sus vidas y sus haciendas y para amargar por completo la victoria á sus adversarios, si es que éstos llegan á vencer en definitiva. A este efecto, según se dice, están preparando un plan encaminado á la destrucción de los pozos y de las máquinas de las minas de oro por medio de la dinamita: si esto resulta cierto, no podrá negarse que habrán logrado inferir á los ingleses la herida que más podría dolerles, castigando como se merece su codicia, causa única, dígase lo que se quiera, de la actual guerra.

¿Intervendrán las potencias antes de que á tales extremos se llegue? Mucha candidez demostraría quien tal cosa esperara. Las potencias, que nada hicieron cuando la desgracia acompañaba á las armas inglesas, menos se atreverán á hacer ahora, cuando las recientes victorias han elevado á su grado máximo la soberbia y la altanería de Inglaterra. – A.



EL ADIVINO DE LA ALDEA, cuadro de Renard-Brault



REGRESO DE LA PESCA, cuadro de E. Martínez Cubells

NUESTROS GRABADOS

La Sagrada Familia, cuadro de Camilo Innocenti.—El autor de este cuadro es un opulento joven romano que pinta, no por satisfacer un capricho de rico, ni tomando la pintura como distracción ó entretenimiento de aficionado, sino rindiendo al arte el culto serio y respetable de un verdadero artista. Su *Sagrada Familia* figuró en el concurso que por iniciativa de S. S. León XIII, celebróse hace algún tiempo en Turín, y los críticos más inteligentes no vacilaron en señalarla como una de las mejores obras presentadas, no sólo por su bellísima factura, sino que también por el sello de originalidad que ostentaba, así en la forma de presentar el grupo de Jesús, la Virgen y San José, como en los detalles del paisaje, de las vestiduras y de los accesorios que completan el efecto del lienzo. Camilo Innocenti tomó parte en el concurso del Premio artístico de Roma, habiendo triunfado en él con el cuadro histórico *El juramento de Pontida*, que era el tema impuesto á los concursantes.



GUERRA ANGLO-BOER. – Cañón Creuzot de los boers emplazado delante de Mafeking (de fotografía)

* * *

Las bodas de la Virgen, cuadro de Pablo Luis Delance. – Este asunto, que ha inspirado á tantos artistas antiguos y modernos, ha sido tratado por el celebrado pintor francés Pablo Luis Delance de una manera graciosa y poética. El estilo de la composición, considerada en su conjunto, sorprende por algunos detalles de un modernismo que contrasta con la escena interpretada, pero el procedimiento no es nuevo ni constituye un defecto, dada la latitud con que en todos tiempos han sido tratados los temas religiosos aun por los grandes maestros, cuyas obras universalmente admiradas se consideran como modelos en el género. En cambio la finura de la ejecución, la delicadeza del colorido, lo elegante de la composición y la expresión seductora de las figuras prestan indecible encanto á este lienzo, cuya impresión no puede ser más agradable.

EN EL BOSQUE, cuadro de J. Texidó

* * *

El Arcángel Gabriel, estatua de Jorge Zala—El escultor húngaro Jorge Zala, algunas de cuyas obras ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es con razón reputado como uno de los primeros escultores modernos. En sus producciones se armonizan por modo admirable la severidad y corrección del arte plástico antiguo con la elegancia de líneas y la vida de la escultura moderna. De ambas escuelas ha sabido escoger lo más saliente para formar luego esas encantadoras estatuas que tanta fama le han conquistado, no sólo en su patria, sino que también en el extranjero, y de las cuales es buena prueba la del *Arcángel Gabriel* que reproducimos en el presente número. Llama desde luego la atención en ella la majestad de la figura que, asentada sobre una esfera, ha de coronar el monumento erigido en Budapest, en conmemoración del milenario de la fundación del reino de Hungría con la instauración de la dinastía de los Arpades. Pero aparte de esta cualidad, que es indudablemente la que en primer término se impone, son notables en esta escultura la nobleza de la expresión y de la actitud, la elegancia de los contornos, la corrección del modelado y la amplitud que en toda la obra se observa. *El Arcángel Gabriel* fué objeto de grandes elogios cuando estuvo expuesto en un certamen universal de bellas artes recientemente celebrado en la capital de Hungría, y es de suponer que igual éxito obtendrá en la próxima Exposición Universal de París, adonde se propone enviar dicha estatua su autor.

* * *

El adivino de la aldea, cuadro de H. C. Renard-Brault.—Mucho se ha predicado contra las preocupaciones del vulgo; mucho se ha tronado contra las supersticiones de ciertas gentes; pero á pesar de ello, á pesar de las conquistas innegables del progreso, las preocupaciones subsisten y las supersticiones no desaparecen. *El adivino de la aldea*, del interesante y bellísimo cuadro del pintor francés Renard-Brault, no es un ejemplar único, ni siquiera un ejemplar raro: el adivino es un tipo que abunda, y no ya en las aldeas, sino en las grandes ciudades, lo cual demuestra que la necedad humana es aún mucha y que la cultura con sus adelantos y la religión con sus terminantes preceptos no han sido bastantes á curar tanta tontería. Se comprende el deseo de conocer el porvenir, deseo que todos ó casi todos quisiéramos realizar; pero lo que no se explica es que haya imbéciles que se dejen explotar por los adivinos y echadores de cartas que pretendan descubrir los futuros destinos leyendo en las líneas de la mano ó descifrando los sueños ó interpretando las combinaciones de la baraja de una manera que causaría risa si no produjera repugnancia. Dejando estas consideraciones y volviendo al cuadro que nos las ha inspirado, diremos que la obra de Renard-Brault es una página arrancada de la vida real y trasladada al lienzo con gran maestría: su autor ha tratado la escena con cariño y ha observado profundamente sus personajes, haciendo de ellos un verdadero estudio psicológico. Desde el punto de vista técnico, el conjunto de la composición y las distintas figuras que en ella entran son de innegable belleza y el acentuado contraste de claroboscuro contribuye á aumentar el efecto del cuadro.

* * *

En el bosque, cuadro de J. Texidó.—Ventajosamente conocido fué en nuestra patria este distinguido pintor, gracias al considerable número de obras que produjo en su larga vida artística. El Sr. Texidó, que empezó sus estudios al iniciarse el renacimiento del arte español, inspiróse siempre en el clasicismo de la antigua escuela española, siendo por lo tanto sus cuadros, algunos de ellos verdaderamente notables, bellas manifestaciones del arte pictórico.

No escasos han sido los triunfos que alcanzó, mereciendo citarse, entre otros, un primer premio otorgado por el Jurado á una de sus composiciones en la Exposición Nacional de Bellas Artes, y la adquisición de otro cuadro por el Gobierno para el Museo de Pinturas.

Durante algunos años dedicóse á la enseñanza con notables resultados, sin que por ello permaneciera ocioso su pincel y seca su paleta. Durante el último período de su vida, si bien consagrado á la familia y á ciertas empresas que se relacionan con el arte, utilizó sus aptitudes y el resultado de sus estudios en la pintura de retratos, en cuyo género y ya en el último tercio de su vida supo también conquistar envidiable renombre.

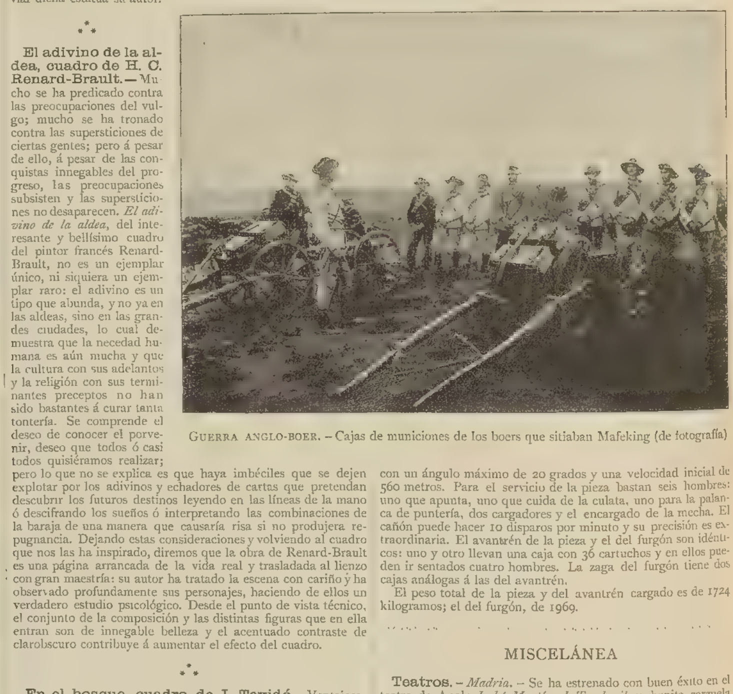
Respetable es entre nuestros pintores la figura del Sr. Texidó, por cuyo motivo, al reproducir uno de sus cuadros, le dedicamos un respetuoso recuerdo de consideración y simpatía.

Regreso de la pesca, cuadro de E. Martínez Cubells.—Basta pasar la vista por este cuadro para comprender que su autor, al pintarlo, se ha inspirado únicamente en la naturaleza; la sinceridad, la vida, la luz que hay en el lienzo no se consiguen en el taller; sólo en presencia de la escena real puede obtenerse una nota tan verdadera y tan intensamente sentida. Al contemplar la obra de Enrique Martínez Cubells, nos parece estar en una de nuestras hermosas playas levantinas que el mar besa con dulzura y raras veces azota furioso, en una de esas playas inundadas por el sol que se destaca sobre un cielo de azul purísimo, asistiendo al poético espectáculo del regreso de la pesca, cuando las parejas de bueyes arrastran hacia la orilla la pesada barca que conduce el sustento para tantas familias, que devuelve la tranquilidad á tantas madres y á tantas esposas, que lleva la alegría á tantos hogares. Este es el mejor elogio que podemos hacer de la obra del joven pintor, de quien hemos reproducido en otras ocasiones *El Viático en la aldea* y *Lavanderas asturianas*, y que siguiendo el camino hasta ahora emprendido, será digno continuador de su padre, el ilustre autor de *Doña Inés de Castro*.

* * *

Cañón Creuzot de los boers. — Con motivo de la publicación de los dos grabados que en esta página reproducimos, nos parece oportuno consignar algunos datos acerca de la artillería de campaña de los boers, cuyas excelencias han reconocido los mismos ingleses. La mayor parte de esta artillería se compone de cañones de tiro rápido de 75 milímetros, del Creuzot, modelo 1895. Estos cañones, que fueron adquiridos en 1896 por el Transvaal, son de acero forjado y templado, miden 2'47 metros de largo y pesan 330 kilogramos. El sistema de cierre de la culata es de tornillo con filetes interrumpidos: el tornillo presenta cuatro sectores y se abre ó se cierra por una rotación de un cuarto de vuelta: un mecanismo de seguridad impide que la pieza pueda dispararse si la culata no está completamente cerrada. La cureña es de freno hidráulico y de recuperador con muelle y su peso sin ruedas es de 520 kilogramos y con ruedas de 670. Las municiones consisten en cartuchos que contienen carga y proyectil y pesan 8'700 kilogramos: la pólvora es sin humo y los proyectiles son de tres clases: obús ordinario, obús de metralla y caja de metralla. El obús de metralla contiene 234 balas de 10 gramos cada una y una carga explosiva de 90 gramos. Estos proyectiles pueden ser lanzados á 8.000 metros con un ángulo máximo de 20 grados y una velocidad inicial de 560 metros. Para el servicio de la pieza bastan seis hombres: uno que apunta, uno que cuida de la culata, uno para la palanca de puntería, dos cargadores y el encargado de la mecha. El cañón puede hacer 10 disparos por minuto y su precisión es extraordinaria. El avantrén de la pieza y el del furgón son idénticos: uno y otro llevan una caja con 36 cartuchos y en ellos pueden ir sentados cuatro hombres. La zaga del furgón tiene dos cajas análogas á las del avantrén.

El peso total de la pieza y del avantrén cargado es de 1724 kilogramos; el del furgón, de 1969.



GUERRA ANGLO-BOER. – Cajas de municiones de los boers que sitiaban Mafeking (de fotografía)

MISCELÁNEA

Teatros. – *Madrid.* – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de Apolo *Joshé Martín el Tamborilero*, bonita zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, con música del maestro Jiménez.

Barcelona. – En Novedades la compañía italiana que tan admirablemente dirige Teresa Mariani, ha estrenado con gran aplauso: *Felicità coniugale*, graciosa comedia en tres actos de Valabregue; *Il controlore dei vagonni-letto*, divertida comedia en tres actos de Bisson, y *Cavallería rusticana*, precioso cuadro dramático en un acto de Verga. En el Liceo siguen atrayendo gran concurrencia y obteniendo el éxito más completo los conciertos Nicolau, con la valiosa cooperación del «Orfeó Catalá.» Las piezas cantadas por éste en el segundo concierto produjeron inmenso entusiasmo, especialmente *L' Aucellada*, de Jannequin, y *La mort del escolá*, preciosa composición del citado maestro Sr. Nicolau, que fueron admirablemente ejecutadas y que hubieron de repetirse entre ruidosos aplausos y aclamaciones. En el tercero se ejecutó la leyenda bretona *Hénora*, de Nicolau, obra sabiamente concebida y perfectamente instrumentada, que valió grandes aplausos á su autor, á la orquesta, á los coros del orfeón y á los cantantes señoritas Marina Cañizares, Amelia González y Sr. Puiggener. No menos éxito consigue la orquesta en las sinfonías de Beethoven, que forman parte principalísima de los programas de estos conciertos.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Hizo una ligera pausa para serenarse algún tanto, y después continuó diciendo con acento enérgico:

– De todos modos, ¿quieres decirme lo que te propones hacer adoptando una conducta que introduce la guerra entre nosotros? No te figures que Roberto ceda; tiene una firmeza de carácter que no sospechas. Por una rabieta de chiquilla, no faltará á todos sus deberes y á su dignidad. Piénsalo bien: aun cuando cediera, ¿no conoces que lo sentiría en seguida y que te haría responsable del disgusto que habría tenido? Sería una victoria desastrosa. Estás en un callejón sin salida. Esas rebeliones no sirven para nada sino para enemistarnos.

– Lo sentiría vivamente. Pero ¿quiere usted decirme por qué se empeña en que vivamos en su casa?

– He tenido la satisfacción de que viváis conmigo, ante todo porque os quiero á los dos, y demasiado lo sabéis. La he tenido también en proporcionaros una vida desahogada y fácil, que no hubierais disfrutado sin mí; creía que os resignaríais fácilmente á soportar las... manías de una vieja, que á veces es fastidiosa, pero que os ha dado mil veces pruebas de su cariño.

– Pues me hará usted la justicia de reconocer que he procurado resignarme, no á sus manías, porque no las tiene usted, sino á sus voluntades. Pero me he puesto sobre mí desde el momento en que he visto que la bondad de usted para conmigo se convertía en un dominio que me anularía totalmente. He querido tener alguna voluntad, convidar á comer á mis amigos y usar del derecho de tener á mi marido para mí sola. Usted lo ha frustrado todo; usted se ha opuesto á todos mis deseos, queriendo en cambio imponerme todas sus ocupaciones. Me privaba usted de ver á Lucy Hartley, pero me nombraba directora de un obrador. La cadena se iba acortando y me ha molestado. He comprendido que era preciso ejercer una reacción, pues de lo contrario en poco tiempo tendría aquí la situación de una subalterna, sin voluntad ni inteligencia, á la que se colma de presentes..., pero que debe obedecer pasivamente. Dice usted que estoy en un callejón sin salida. No. No espero obligar á ceder á Roberto; no depende de él nuestra dicha futura, sino de usted. He creído que comprendería usted que no se tiene sujetas á las personas á pesar suyo. Francamente, dígame si la complace ver que vivimos en continua guerra. Roberto sufre, yo también, y este espectáculo debe ser penoso para usted.

Mad. Le Clercq contestó con sequedad:

– No veo en qué puedo intervenir. Cuando mi hijo me habló de separación, inmediatamente consentí en todo, y hasta ofrecí retirarme. Me parece que no podía llevar más lejos mi abnegación.

– ¡Oh, la diplomacia!, replicó María Magdalena con tono incisivo.

La vieja dama se sonrojó de cólera, y perdiendo todo dominio sobre sí replicó:

– Me falta usted al respeto, señora, y no tiene derecho para sospechar de mi sinceridad. ¡Cuando ofrecí hacer ese sacrificio estaba resuelta á consumarlo, y ahora repito mi oferta!

Varias jóvenes llevaban una pequeña imagen de la Virgen.

Resuelta á consumarlo, sí; pero bien sabía usted que Roberto no aceptaría.

María Magdalena dijo esto con su misma voz dulce y tranquila; pero se arrepintió de haber pronunciado una frase tan cruel, porque hería en lo más profundo el corazón de Mad Le Clercq. Comprendió que acababa de inferir un verdadero agravio, y quedó algo confusa; pero sonriendo ligeramente añadió:

– Por lo demás..., ni Roberto ni yo aceptaríamos. Me parecería soberanamente injusto disfrutar de un lujo y de una fortuna que pertenecen á usted. ¡Nunca pedí más que una cosa, un interior modesto, donde esté en mi casa con mi esposo, lo cual es cosa muy sencilla! Vemos que en torno nuestro ésta es la costumbre, y nadie extrañará que una mujer joven tenga ideas de independencia... tan moderadas. Vamos, señora, déjese usted convencer y sea buena..., como lo es siempre; pero séalo según nuestro modo de ver y no según el de usted. Yo daría todo el lujo del mundo por un poco de libertad. Por otra parte, ¿podríamos conservarnos en la intimidad después de semejantes explicaciones?

Mad. Le Clercq escuchó estas palabras con el corazón sordo; nada podía conmoverla ya, porque estaba profundamente resentida, y mirando á María Magdalena repuso con frialdad:

– Señora, persisto en lo que acabo de ofrecer á usted; tengo el orgullo de mi nombre, como usted tiene el del suyo; y no quiero ver en esta ciudad á un Le Clercq necesitado, sin poder conservar su categoría. Muy resueltamente ofrezco retirarme de la compañía de ustedes, y á usted corresponde obtener esto de su esposo.

– ¡No tema usted nada, señora, ni siquiera trataré de hacerlo!

Con un ademán violento, Mad. Le Clercq apartó un sillón que estaba á su paso y olvidando toda conveniencia, murmuró á media voz con reconcentrada cólera:

– ¡Una mujer que mi hijo tomó sin fortuna, y que en vez de considerarse feliz suscita cuestiones entre nosotros!

María Magdalena recordó á tiempo que era la señorita de Bois Saint-Marcel (blasón con campo azul y oro, y tres roeles), se irguió, y aunque pequeña y delgada, pareció imponente.

– La conversación, dijo, toma verdaderamente un giro muy deplorable, y no queriendo rogar á usted que salga, yo soy quien se retirará.

Y la pequeña María Magdalena, ahora gran dama, anonadando á la otra con todo el orgullo de su nacimiento y de su educación, hizo una ceremoniosa reverencia de corte y salió de su propio aposento, dejando á su suegra en un estado de cólera y de confusión imposible de describir.

Dos semanas hacía que María Magdalena se hallaba en Tregastel. Lucy la recibió tan bondadosa y amistosamente, que se hallaba como en su casa en la pequeña quinta de ladrillo, encajada como un nido de golondrinas en el hueco de una roca. Los primeros días fueron para ella un verdadero reposo, una detención deliciosa en el camino de las contrariedades y de las tristezas que estaba sufriendo hacía algunos meses; ya no veía sonrisas burlonas, ni malas caras ni ceños fruncidos.

Lucy disfrutaba en el más alto grado de la serenidad alegre de las personas que están bien de cuerpo y espíritu, y comprendía que era necesario devolver la calma á aquella joven trastornada por una crisis violenta, cuyo fin no veía.

María Magdalena le había referido los sucesos de los últimos días, y después su marcha, por demás triste.

Roberto no la había acompañado á la estación, limitándose á estrechar fríamente su mano y dándole un adiós muy lacónico en el umbral de la puerta de

su despacho. Ni siquiera enviaba un recuerdo á miss Hartley, ni rogó afectuosamente á su mujer que le escribiese, ni tampoco prometió ir á verla. Evidentemente, su madre le había dado cuenta de lo ocurrido; el rencor contra su esposa se agrió, y su actitud fué por lo tanto glacial. María Magdalena quería aislarse y ser una extraña para ellos. ¡Bien, tal vez lo sería más de lo que deseaba!

Y á decir verdad, María Magdalena experimentó un verdadero pesar al verse sola en aquel sitio sin que su esposo la acompañase; y tan dolorosa fué para ella la sensación de abandono y de soledad en torno suyo, que debió hacer un esfuerzo para reprimir amargas lágrimas. Además sufrió la contrariedad de encontrar, en el momento de subir al tren, á los esposos la Pallière, que iban al campo en compañía de varios amigos. La rodearon, preguntándole dónde estaba Roberto, y pudo ver que el hecho de que éste no la acompañara había producido gran extrañeza y dado lugar á comentarios. Cuando el tren se puso en marcha, vióse sola en su coche; lloró como una niña, con el corazón oprimido por indecible angustia, y al alejarse de aquella pequeña ciudad donde tanto sufriera y en la cual dejaba sus mortificaciones, experimentó una pena desgarradora. Nada de esto dijo á Lucy, pues con su aparente indiferencia, era sumamente reservada en ciertas cosas.

Sí, ella, que había querido un rompimiento absoluto, hallábase consternada hacía algunos días al ver que Roberto aceptaba la situación. Había esperado que en la hora de la marcha se conmoviera un poco, manifestando algo de ternura; pero no, nada absolutamente: fué un mármol. La actitud que ella había adoptado le había sido impuesta. Lejos de su esposo, sintió la necesidad de escribirle; y el afecto que se le escapaba llegó á ser precioso para ella misma.

A medida que los días iban transcurriendo, acosábale más la angustia de no saber qué hacía, si pensaba en ella, si la echaba de menos y si la compañía de su madre le era suficiente. Miss Hartley, al ver su tristeza invencible, estaba lejos de sospechar la verdadera causa de ésta; creíala preocupada tan sólo por la situación en que se hallaba y por el pesar de tener que volver á Montpazier, y para darle consejos esperaba que pasase el primer desaliento.

A los quince días Lucy dijo á su amiga:

— He escrito á su esposo, querida niña, rogándole que venga á reunirse con su mujer aquí.

María Magdalena se ruborizó, y un sentimiento de felicidad embargó su alma; pero después reflexionó que Roberto no vendría. De lo contrario, le sería preciso confiar á miss Hartley punto por punto la cuestión que había mediado, ó reconciliarse sin haber obtenido ventaja alguna. Esta idea le hizo pensar.

— ¿Y ha escrito usted sin decirme nada?, preguntó.

— Sí; hasta aquí me había confiado usted todas sus quejas contra Mad. Le Clercq, quejas muy serias; bien veo cuál ha sido la actitud de esa señora y la de usted; pero hay una persona de quien me ha hablado poco, su marido, y éste el que más me importa. ¿Qué dice? ¿Qué piensa? En fin, de su voluntad dependerá todo, y él es quien debe querer á usted lo suficiente para sacarla de este paso, él quien debe amarla lo bastante para soportar muchas cosas.

— Yo he sufrido...

— Ya lo sé, ya lo sé; pero me parece que entre ustedes debe haber alguna frialdad, porque no supieron favorecerse uno á otro. Pienso que él se ve en lucha entre su madre y su esposa, y que tal vez usted no ha tenido bastante ternura para conservar un poco más tiempo esa bondad de carácter que hace á usted tan seductora.

María Magdalena, confusa y apurada, murmuró:

— ¡Qué ideas tan extrañas tiene usted! ¿En qué se fundan sus presunciones?

— En la actitud de usted y de su esposo. Nada me ha dicho usted sobre el particular, es cierto, pero su silencio es muy elocuente. He observado que no le ha escrito ni una sola carta desde que se halla usted aquí... y que tampoco ha recibido ninguna de él. Por eso sería bueno, hija mía, que escribiera á su esposo para apoyar la invitación. El paso que doy no bastaría; quiero verle á toda costa, hablarle y saber qué piensa. La situación es muy grave, Magdalena..., y cuanto más se prolongue, más espinosa se hará.

La joven había pensado varias veces en hacer lo que Lucy le aconsejaba, pero una vergüenza orgullosa la contuvo siempre; y aunque deseaba vivamente ver otra vez á su esposo, se complacía en fingir la mayor frialdad.

Tan sólo le escribió algunas líneas, manifestándole de una manera muy cortés el deseo de que fuera á Tregastel, y no desairara á miss Hartley, rehusando su invitación.

Transcurrieron algunos días más sin que se recibiese respuesta.

Hacía una semana que Darlot no parecía por allí; uno de los accesos de misantropía á que estaba sujeto inducíale á huir de toda sociedad; habíase marchado para emprender una excursión, según dijo; pero en realidad se ausentó para no encontrarse con las dos amigas. La dulzura del *home* de miss Hartley le había preocupado de tal modo, que en un momento de lucidez y de terror juzgó necesario huir. ¿De qué servía acostumbrarse á la vida íntima con una mujer de elevada inteligencia y de un talento seductor, si después de ausentarse ésta había de contristarle más su soledad?

Cuando echó de ver que se hallaba demasiado á gusto en aquel saloncito, ante aquella mesa para el te, junto á la lámpara que les había iluminado durante sus dulces conversaciones, se dijo con espanto que para él sería una gran desgracia amar á Lucy Hartley. En efecto, aunque ésta fuera seductora y linda, no la amarían solamente por tales cualidades, sino por su talento superior, por la originalidad de sus ideas, por lo imprevisto de su conversación y por el sello personalísimo de serena energía que la diferenciaba de todas las demás mujeres. Con María Magdalena ofrecía un vivo contraste: en esta última, graciosa y dulce, una alegre indolencia era el fondo de su carácter; necesitaba protección, y además una ternura continua que la evitase todo fastidio. El carácter de Lucy era enérgico; se bastaba á sí misma; y para desechar las penas que aniquilaban á María Magdalena se habría armado de una firmeza tranquila, capaz de triunfar de todo.

Renato, casi tan sensible como María Magdalena, profesaba á miss Hartley un aprecio y una admiración profundos. Hubiera podido amarla; pero se repitió por milésima vez que estaba muy gastado, triste y enfermo de espíritu; y que aunque ella consintiese, su deber sería no solicitarla por esposa, para ofrecerle después un corazón contristado, un alma desanimada y sin fuerza. Y pensaba que ella era demasiado feliz con su vida del todo libre para someterse á los lazos de la familia...

Partió pretextando una excursión; pero por el camino volvió á encontrar en todas partes el pensamiento de la mujer de quien quería huir; víala durante todas las horas de su ausencia; y al mirar las arenosas playas sembradas de rocas, se la representaba atenta y pintando todas las flores bajo el reflejo de la sombrilla en medio del sol de los arenales.

A cada instante del día pensaba en ella: á la hora del te..., en aquel saloncito donde tanto la había amado, ante la alta ventana desde donde se divisaba el mar, seguíala en su recuerdo; le parecía ver todos sus movimientos, de una gracia algo brusca, en aquella mesita que ocupaba con María Magdalena, á quien trataba de consolar; ó en el estrecho jardinillo sombreado por una roca, leyendo á su amiga obras que ésta escuchaba con aparente atención, sumida en meditaciones profundas y monótonas.

En todos los contornos del acantilado, en todos los puntos salientes de las quintas que se elevaban á orillas del agua, creía ver aquellas dos ligeras sombras femeninas, la una encorvada, abatida y como quebrantada; la otra erguida y fuerte, protegiendo la delicada dulzura de su amiga. Y tan continua llegó á ser la obsesión por el deseo de ver otra vez aquel país salvaje, que retrocedió súbitamente para volver á Tregastel presuroso, cansado de las triviales mesas de fonda, donde algún inglés, ceceando, ofendía sus oídos, recordándole en parodia á Lucy Hartley.

Cuando Renato estuvo de nuevo en la posada donde se había alojado antes de partir, á pocos kilómetros de la playa de Tregastel, había tomado ya su resolución; pensaba declararse á Lucy, aunque era muy probable que le rechazara, y que tal vez terminasen con esto sus buenas relaciones amistosas. Esta posibilidad le contuvo un momento; pero no, semejante temor era injurioso para Lucy, inteligente y buena; que no alejaría de sí á un amigo porque éste la amase más de lo que ella deseaba.

Renato meditaba en estas cosas andando por la orilla de un pantano fangoso formado por la rada del pueblo. Las aguas estaban bajas; algunas barcas que habían encallado y que estaban tumbadas de lado parecían perdidas, y en la extremidad de una angosta escollera que se prolongaba á lo lejos en el mar, varios pilletes pescaban en el fango con palas.

Darlot, presa de una fiebre de impaciencia por su deseo de acabar cuanto antes y recibir desde luego la negativa que le desconsolaría, se detuvo con la cabeza vuelta hacia el mar, de donde soplaba un viento fresco y salino. Entonces reflexionó sobre la manera de abogar por su causa; sus ojos vagaron en los lejanos horizontes azules, y á gran distancia divisó, veladas por las brumas grises, las moles sonrosadas de las grandes rocas donde ella iba á pintar, donde muy á menudo había pasado horas deliciosas junto á ella. Y con repentino impulso de valor, se volvió hacia el camino, blanqueado por el sol y el polvo, que conducía á la morada de la joven.

Era mediodía; un calor intenso enardecía la atmósfera luminosa y agobiadora, y en el brillante azul del cielo, algunas nubes, semejantes á inmensos copos de nieve, permanecían inmóviles, como suspendidas de la bóveda azul.

A pesar de su preocupación, Renato echó de ver que el camino escabroso y abrasador que recorría, muy desierto de ordinario, estaba lleno de paseantes. Gente del país; mujeres con tocas blancas de largas alas y chales de colores charros, que parecían manchas extravagantes sobre un fondo crudo blanco y azul, del suelo y del mar, con la tonalidad de un fresco de Puvis de Chavannes; hombres con grandes sombreros y chaquetas de talle corto, *turistas*, ingleses con calzón ceñido y medias de lana, é inglesas con cuerpos azules ó sonrosados, de cintura angulosa y dejando ver sus pies largos y ágiles. Era toda una multitud que se dirigía hacia el mismo punto. ¿Qué ocurría?

Renato continuó su marcha: en la cima de una eminencia, entre rocas cuyo escalamiento le quebrantó de fatiga, vió cuál era la fiesta que atraía á tal sitio á la gente. Era un *perdón*, una romería.

La pequeña capilla de la Clarté, esculpida en granito, como una urna preciosa, tomaba bajo el cielo ardientes tonos sonrosados y dorados; un imperceptible liquen de oro la revestía completamente, y comunicábale, herido por la luz, esplendores imprevistos, mientras á su pie la multitud se agitaba confusamente. Las blancas cofias, los chales rojos y verdes, los trajes de los *turistas*, contrastaban con los del país, todavía pintorescos; y sobre la multitud oíase un zumbido confuso de voces que se interpelaban en bretón, en francés, en inglés, con risas y gritos; mientras que dominando el tumulto, resonaba la voz aguda de una mujer que entonaba cánticos y vendía escapularios. Sobre la cubierta de un carromato lleno de cantores ambulantes oíanse los lentos acordes de un armonio acompañando á la áspera soprano, enronquecida por haber gritado canciones ó coplas patrióticas en todas las ferias de Francia; y allí se vendía la letra con los escapularios bendecidos.

Renato se apoyó sobre un foso cortado por una barrera, detrás de la cual se extendían los campos llanos, erizados de rastrojos de trigo negro recientemente segado; y algunas chozas de color pardusco, aplanadas sobre el suelo, agrupábanse en torno de los esquilones de la iglesia. Sobre la multitud, un polvo ardiente ascendía como una nube; no se veía un rincón de sombra; un sol fulgurante inundaba la tierra, y toda aquella multitud humana, reunida á manera de rebaño, se sofocaba de calor. Se percibían olores penetrantes, mezcla incongruente de perfumes, de polvos de arroz, de violeta y de piel de España, con las acres emanaciones de los establos, de los cuales salían arroyos amarillentos.

Darlot fué á sentarse en una alta roca, dominando la multitud. Acababa de pensar que no encontraría á su amiga en casa, porque sin duda habría querido ver el pintoresco espectáculo de una romería en Bretaña. La joven debía estar allí; mas por mucho que pasease la mirada atenta en torno suyo, no la vió, pues la multitud era demasiado compacta. Entonces se absorbió en una dulce y vaga meditación, hipnotizándose por la vista del inmenso paisaje luminoso. La muchedumbre disminuía de continuo á su alrededor, y la voz de la mujer de los cánticos languidecía, emitiendo prolongadas notas lentas que le mecían en sus ensueños.

Como alguno tropezara con él, se sobresaltó, y levantando los ojos, quedó inmóvil de asombro al reconocer á Roberto Le Clercq, de pie á su lado. Este último no estaba menos sorprendido, y al parecer contrariado en el primer momento. Por casualidad se había acercado á Darlot, cuyo rostro no distinguía; pero decidióse á estrechar su mano.

— ¡Usted aquí!, exclamó Darlot con un verdadero sentimiento de placer, pues lo mismo que Lucy, sospechaba la desavenencia entre los dos jóvenes esposos y pensó que todo estaría arreglado.

— Sí, ahora llego.

Renato, después de informarse cortésmente sobre la salud de Mad. Le Clercq, continuó:

— ¿Supongo que María Magdalena y miss Hartley están allí?

— No lo sé.

El asombro de Darlot se pintó en sus facciones.

— Le digo que llego ahora mismo de Lannion. No había ningún coche para conducirme á Tregastel, á causa de esa fiesta; he querido venir á pie, y me detuve un instante para verla. Además, es probable que las dos se hallen entre esa multitud; supongo que pensará usted lo mismo.

– Busquémoslas.

– No, prefiero permanecer solo un momento más con usted. Esperemos la procesión; me sería muy desagradable ver de nuevo á María Magdalena en público.

Y sentóse junto á Renato sobre la roca abrasadora. Por las puertas abiertas de la iglesia oíanse cánticos y salmos, repetidos por las voces muy agudas de las mujeres; los fieles se oprimían cada vez más contra el pórtico, y un Suizo con el tahalí dorado y el sombrero adornado de plumas blancas, apareció en el umbral. Entonces se produjo un remolino en la multitud.

Renato reflexionaba. A pesar de la reserva intencionada de Roberto, leía en sus facciones rígidas, en su expresión de tristeza, en sus movimientos inquietos y nerviosos, una verdadera angustia íntima. Evidentemente, todo iba á tener su desenlace bajo la impresión del primer momento; pero ¿cuál sería?

Resentidos ambos, cada cual por fundados rencores, se abordarían tal vez con sentimientos hostiles y con la esperanza de que el uno cediera al otro. Tal vez esta entrevista decisiva los separaría más.

Darlot examinó atentamente á su compañero, y la agitación que adivinó infundióle esperanza, porque era demasiado verdadera para no ser hija más que del orgullo resentido.

– María Magdalena se alegrará mucho de ver á usted, dijo.

Roberto fijó en él una mirada interrogadora.

– ¡Oh!, no me ha dicho nada; además, llego en este momento, como usted mismo. Acabo de hacer una excursión que ha durado varios días, y cuando me marché, miss Hartley estaba triste al ver á su amiga enferma, física y moralmente.

– ¿Enferma? ¿Está enferma?

– Sí; la acosa una languidez continua, y ya no la reconozco; habla poco; no se ríe nunca y medita durante largas horas con la cabeza apoyada sobre los almohadones de su sillón, mirando á lo lejos sin ver. ¡Esa pobre niña tiene algún pesar!

Roberto se había sonrojado; también él tenía un pesar por causa de ella, y la idea de que sufría acababa de conmoverle profundamente.

¿Pero por qué sufría? ¿Por qué estaba alejada de él..., ó por qué se hallaba en una situación difícil?

Las campanas de la iglesia comenzaron á repicar, y sus claros sonidos se propagaron sobre los campos dorados y los eriales pedregosos, hasta cerca de las islas grises sembradas en la inmensidad azul del horizonte.

La muchedumbre se dividió, formándose corrientes violentas, como en un río caudaloso; y las grandes puertas de la iglesia dieron paso á una compacta masa de gente: sacerdotes con sus sobrepellices blancas, monaguillos vestidos de rojo y muchachas que llevaban estandartes de vistosos colores, que como una lluvia se extendían sobre el fondo gris de la multitud.

Darlot y Roberto se levantaron para ver mejor aquel pintoresco desfile. Varias jóvenes, con extrañas cofias de blonda cuyos largos paños se replegaban como alas sobre sus hombros, llevaban en unas ligeras andas, adornadas de guirnaldas de flores, una pequeña imagen de la Virgen; y seguíanlas algunas mujeres vestidas completamente de negro, las viudas, con un cirio en la mano, formando el acompañamiento de la *Mater Dolorosa*. A lo lejos, el mar azul que las sumió en la viudez, condenándolas á llevar sus cofias de luto, se rizaba bajo el sol, semejante al manto de azur que cubría la imagen.

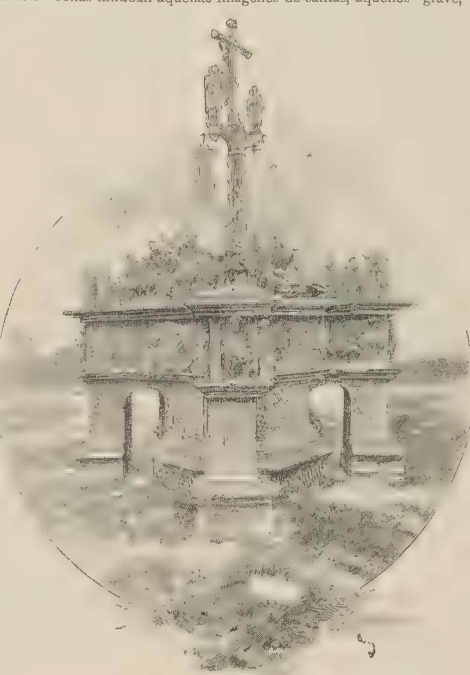
Después vieron avanzar hombres viejos curtidos por la intemperie, cuyas caras parecían esculpidas en boj, con las manos callosas y vistiendo chaquetas de marinero; en sus gruesas orejas ostentaban como adorno pequeños aretes de oro; y llevaban un barco en miniatura, uno de esos *exvotos* que se pueden ver en todas las capillas de las costas bretonas. ¡Cuántas tempestades habían sufrido aquellos ancianos que iban encorvados, que habían sido jóvenes y fuertes, y que ahora, casi en la infancia otra vez, sostenían penosamente con sus manos temblorosas aquel barco en miniatura, entonando con voz cascada un cántico á la Virgen!

La procesión pasó lentamente; y Darlot, abarcando con la mirada toda aquella escena, y el vasto horizonte de arenal y de Océano, sintió en su alma una compasión profunda, inspirada por los que pasaban: los unos, después de sufrir, habían llegado casi al fin de la vida; y los otros, apenas entraban en ella.

– ¡Vea usted qué bello es eso, exclamó, bello como una hermosa obra de arte!

Roberto estaba conmovido también.

En la multitud reinaba un silencio absoluto; la cantora ambulante había enmudecido; miles de personas miraban aquellas imágenes de santas, aquellos barcos llevados solemnemente entre las flores y los estandartes, y los viejos *lobos de mar* que trataban de erguirse para no ir inclinados hacia la tierra, como ancianos que buscan al parecer dónde morir.



Una especie de extraño calvario elevábase á cierta distancia

– ¡Ahí están!, exclamó de pronto Roberto con voz breve.

En frente de ellos, al otro lado del camino por donde la procesión pasaba, Darlot vió á Lucy y á María Magdalena, preservándose del sol bajo una vasta sombrilla; la segunda parecía estar triste, y miraba con indiferencia el movimiento en torno suyo. Roberto la examinó con apasionada atención; parecióle que estaba pálida; observó su abatimiento, y una gran alegría hizo latir su corazón; pero aún quedaba en él una duda respecto á la causa de aquella tristeza. Casi en el mismo instante, levantando los ojos, María Magdalena vió á su marido; entonces cambió de color, sus párpados se movieron nerviosamente, y la presión de sus dedos contraídos en el brazo de Lucy, hizo volver la cabeza á la joven inglesa, que siguiendo la dirección de su mirada vió á los dos hombres.

Si aquel primer encuentro hubiese ocurrido en otras circunstancias, las cosas se habrían arreglado de distinto modo; pero María Magdalena tuvo tiempo de reponerse, de dominar una emoción que la privaba de la facultad de reflexionar y que la hubiera impulsado á precipitarse en los brazos de Roberto.

Mientras pasaba la procesión que los separaba, la joven pensó: «¡Conque ha venido, y me amaba aún lo bastante para hacerlo así! ¿Pero qué resultará? ¿Qué solución me trae?» Para María Magdalena tan sólo una era aceptable: la que había pedido en vano hacía algunos meses.

La procesión acabó de pasar, dando tiempo á María Magdalena y á Roberto para dominar sus impresiones; de modo que se abordaron con una facilidad ficticia, que no permitió á Lucy prejuzgar nada.

– ¿Viene usted por algunos días?, preguntó ésta á Roberto, estrechándole la mano. ¿Sin duda habrá dado orden de llevar su equipaje á mi casa?

Roberto contestó, deslizando una mirada hacia su esposa:

– Aún no sé si podré quedarme aquí. Provisionalmente he dejado mi maleta en una posada, pues no he podido encontrar un solo coche que me trajera á Tregastel.

– ¡Pero ahora encontrará usted!, replicó vivamente Lucy. Supongo que no se propone quedarse en la posada.

Roberto volvió á mirar á su esposa con expresión grave, y la joven se ruborizó, comprendiendo que sin más tardanza iba á mediar una explicación definitiva. Entonces tuvo miedo, pensando que el momento era crítico. No hubiera creído á su esposo capaz de mantenerse en tal actitud defensiva, y á ella tocaba decidir si quería que fuese á la quinta..., ú optar por una separación terminante. Esta situación le era intolerable, y también Lucy, adivinando el fondo de aquélla con un tacto exquisito, quiso despejarla cuanto antes.

– ¡La fiesta, dijo, el ruido y el movimiento de la multitud son cosas que me fatigan, y hace un calor insufrible! ¿Quieren ustedes que nos vayamos ahora mismo? ¡Señor Le Clercq, por lo menos consentirá usted en comer con nosotras! Acompañe á María Magdalena; ella le enseñará los sitios más pintorescos de este país, y además... deben ustedes tener mil cosas que decirse. Ahora podrán continuar las excursiones que hacían durante su viaje conmigo. ¿Recuerdan esto? Yo me quedo con el Sr. Darlot, que me comunicará sus impresiones, describiéndome los parajes que ha visto durante su viaje... ¡Hasta muy pronto, María Magdalena..., está usted pálida! ¡No la haga andar mucho, caballero, y téngale consideración, porque hace días que está enferma esa pobre niña!

La encantadora mujer se alejó con una sonrisa y una mirada de estímulo á su amiga. María Magdalena, cuyo corazón latía aceleradamente, quedó sola con su esposo, sola de veras, á pesar de la multitud entre la cual se hallaban. Roberto, al ver su profunda emoción, se conmovió también y dijo:

– ¿Quieres que nos alejemos de este sitio tan ruidoso?..

María Magdalena le miró con una dolorosa sonrisa, aunque agradeciéndole que no la hubiese tratado de «usted,» como á un adversario.

Trataron de abrirse paso entre la compacta multitud; pero el desfile de la procesión que volvía les detuvo de nuevo, y fué preciso dejarla pasar por segunda vez.

Después bajaron hacia el pueblo de Tregastel, y halláronse muy pronto en senderos pedregosos, arenales y áridas rocas abrasadas por el sol, donde crecían míseras hierbas resecadas y juncos marinos con flores amarillas. En el camino se cruzaron con grupos de gente del país, mujeres con chales de colores charros y hombres con grandes sombreros adornados de cintas, que iban á ver la romería. A sus oídos llegaban desde el erial los claros sonidos de las campanas.

Por el pronto experimentaron gran confusión al verse solos de nuevo; pero el encuentro frecuente con los campesinos les tranquilizaba, alejando la crisis final que temían igualmente, en la vaga intuición de que sus voluntades iban á chocar. María Magdalena preguntó después de una pausa:

– ¿Y Mad. Le Clercq?.

– Sigue bien, y está muy atareada en este momento. Mad. Charmón ha regresado de Inglaterra, y mi madre se propone fundar un hospicio y una casa de salud en una propiedad que posee á orillas del mar, no lejos de Montpazier. Se interesa mucho en ello, y pasará algún tiempo ocupada en la instalación de todo eso. Me parece que en lo futuro estará allí con frecuencia. Ya sabes hasta qué punto apasionan á mi madre esas obras benéficas.

– Sí, su proceder es muy generoso, contestó María Magdalena con aire pensativo.

Y se calló un instante, comprendiendo lo que aquello quería decir. Era una concesión que se le hacía; prometíanla que su suegra estaría á menudo ausente de Montpazier; pero María Magdalena era demasiado inteligente para no adivinar al punto la inutilidad de semejantes promesas.

Mad. Le Clercq los tendría en su casa como antes. ¡Fundaba una obra benéfica! ¿Se ocuparía de ella? Sin duda; pero la libertad que de este modo dejaría á su nuera sería ilusoria.

(Continuará)

EL PERSPECTOR MECÁNICO

Sabido es que toda construcción (máquina, edificio, mueble, etc.) debe ir precedida de un estudio detallado, cuyo resultado se expresa bajo la forma

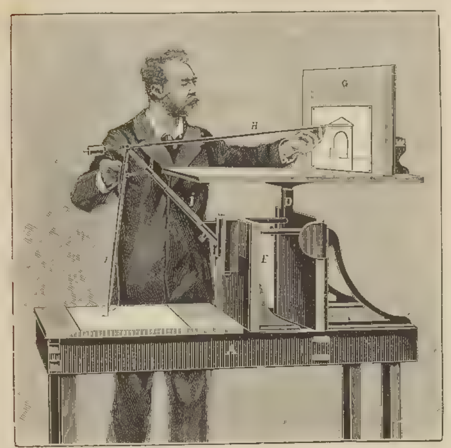


Fig. 1. El perspector mecánico

de lo que se llama «dibujo geometral,» del que no pueden prescindir los ingenieros, los arquitectos ni los constructores mecánicos. Sin embargo, este dibujo, suficiente para dar á los técnicos una idea clara de las construcciones, no basta á satisfacer á las personas que no han hecho estudios especiales: lo que éstas necesitan es una vista en perspectiva.

Desgraciadamente, la ejecución de esta clase de vistas con la precisión necesaria no es siempre fácil, y en todo caso requiere conocimientos matemáticos y operaciones bastante largas y á veces tan arduas que muchos dibujantes hábiles no están en condiciones de realizarlas. De aquí que el invento de un instrumento relativamente sencillo, capaz de ejecutar mecánicamente esta clase de trabajos de una manera rápida y absolutamente exacta, puede prestar grandes servicios á los que á ellos se dedican.

Un profesor de dibujo de Ginebra, M. Von Ziegler, ha inventado recientemente este instrumento tan sencillo como ingenioso. Estudiando de cerca la técnica de la perspectiva, llegó dicho artista á tener el convencimiento de que sería posible transformar en movimiento mecánico todas las operaciones matemáticas á que antes nos hemos referido, y pasando luego de la teoría á la práctica, consiguió construir el aparato que reproduce la figura 1 y al que dió el nombre de *perspector*.

El aparato va fijado en una mesa A; en B se encuentra colocado el papel en el cual está trazado el dibujo en perspectiva; C es la plancha llamada de base en que se fija el plano horizontal del objeto que ha de representarse: esta plancha va montada sobre el marco E por medio de la corredera P D, y por medio del tornillo micrométrico F puede moverse de un lado á otro. H, I, J es el compás cuyos brazos H y J están articulados de manera que el eje I sea constantemente la bisectriz del ángulo que forman entre sí. Los dos brazos son de corredera; el brazo director H termina en un punzón con el que se recorren todos los puntos de los dibujos geometrales, mientras que el brazo dibujante J, provisto de un lápiz y de un muelle de extensión, traza sobre el papel la perspectiva de esos mismos dibujos.

Hemos visto funcionar el perspector y nos ha maravillado la facilidad con que cualquiera puede manejarlo.

Este nuevo invento está llamado á un éxito grande á causa de la multiplicidad de sus aplicaciones. Dado un dibujo geometral cualquiera, éste sirve para obtener un dibujo perspectivo en el espacio de unos minutos; de suerte que, como antes hemos dicho, no sólo los ingenieros y los arquitectos, sino que también los geógrafos y los pintores podrán obtener de él positivas ventajas aplicándolo á los objetos infinitamente variados de sus estudios.

Trátase en suma de una especie de pantógrafo que en vez de reproducir exactamente los dibujos á una escala mayor ó menor, los convierte de geometrales en perspectivos.

Como ejemplos demostrativos pueden servir las figuras 2 y 3: la primera es la vista de una casa de campo obtenida por medio de los planos 1, 2 y 3 de la misma; la segunda es el panorama del curso del Ródano en el cantón de Ginebra ejecutado por el perspector siguiendo el mapa del atlas federal suizo.

La perfección y la exactitud con que resultan reproducidos una y otro son la demostración más palpable del invento de M. Von Ziegler.

Con estos ejemplos cada uno podrá apreciar la extensión de las aplicaciones que puede tener el perspector, sin que el que lo utilice tenga que hacer más que un ligero aprendizaje. – E. YUNG.

***

LA PRUEBA DEL VENENO

EN MADAGASCAR

La prueba del veneno hacíase en Madagascar con una planta denominada *tanguino,* y variaba según que se tratara de delitos leves, de contiendas entre particulares ó del crimen de traición y brujería.

En los dos primeros casos la prueba se hacía *in anima vili,* estando el acusado representado por un animal cualquiera, generalmente un pollo ó un perro: si el animal sucumbía, el individuo era declarado culpable. En el tercer caso, el inculpado debía absorber él mismo el veneno. Reuníase, con tal motivo, una gran muchedumbre alrededor del *Mpampinona* (que obliga á beber) ó ejecutor de las víctimas, como si se tratara de asistir á una fiesta. Para demostrar la lealtad de la prueba, el Mpampinona preparaba el veneno delante de todos los asistentes, amasando sobre una piedra con un poco de agua dos mitades de huesos de fruta diferentes, obteniendo de este modo una emulsión que desleída en el jugo de una hoja de banano se disolvía en parte. El acusado absorbía esta disolución y el ejecutor ponía entonces su mano sobre la frente del paciente, formulando innumerables denuncias é invocaciones á Manamango, divinidad incorruptible que residía en la nuez del *tanguino,* y que tenía poder para hacer morir á los hechiceros y culpables y para conservar la vida á los inocentes suspendiendo los efectos del veneno.

Fig. 2. – 1, 2, 3, planos de una casa de campo utilizados para la producción de la vista n.º 4. – 4. Vista de una quinta, obtenida por el perspector utilizando los planos 1, 2 y 3.

Una vez terminada la invocación, el acusado debía tragarse tres pedazos de piel de ave, de unos tres centímetros cuadrados cada uno, sin tocarlos con los dientes: un examen minucioso de la boca indicaba si se había observado esta prescripción. Hecho esto, el acusado se bebía una gran cantidad de agua de arroz para lavar en el interior los tres pedazos de piel, y luego una buena dosis de agua tibia para acentuar el carácter emético del veneno. Si el paciente vomitaba intactos esos tres pedazos, era prueba de que Manamango había reconocido su inocencia; y en este caso todos los amigos del acusado rivalizaban en sus esfuerzos para volverlo á la vida y devolverle la salud.

Pero si aquellos tres pedazos eran retenidos en el estómago ó sólo en parte evacuados, el acusado era declarado culpable: entonces uno de los ejecutores, armado de una gran maza de machacar arroz, asestaba un vigoroso golpe á la infeliz víctima para poner término á los espasmos y á las convulsiones de la agonía.

El cadáver, ignominiosamente arrastrado por las calles, era apenas enterrado con la cabeza vuelta hacia el sol, no tardando en ser pasto de los perros y de las aves de presa.

Fácil es comprender que esta prueba judicial ocasionaba las más de las veces la muerte, á menos de que se hubieran adoptado precauciones especiales ó de que el individuo estuviera dotado de una constitución excepcionalmente vigorosa.

Los carácteres del envenenamiento por el tanguino son por lo general los siguientes: la víctima empieza por sentir en la boca y en la laringe una especie de entorpecimiento y de hormigueo, sensación que algunas veces se extiende á todo el cuerpo, principalmente en las manos, y que va seguido de un dolor muy intenso, acompañado de vómitos violentos que se interrumpen al mismo tiempo que invaden al paciente una gran debilidad y una impresión de inquietud profunda. Si la víctima no vomita el veneno, no tarda en tambalearse hasta que se va aquietando herido por la parálisis. Aunque generalmente las facultades intelectuales conserven su lucidez, no son raros los casos en que el paciente delire y sea presa de alucinaciones. Por último llega la muerte,



Fig. 3. – El curso del Ródano d' Aire en Dardigny (cantón de Ginebra)

precedida de movimientos espasmódicos de los dedos de las manos y de los pies.

Los indígenas no conocen ningún antídoto contra este veneno. Hay que hacer constar que cuando el tanguino era administrado sin intención hostil, sólo era mortal de cada diez veces una, dependiendo la intoxicación de la dosis y del modo de administrar el veneno.

Los soberanos, Ranavalona I entre otros, se sirvieron de este procedimiento para hacer desaparecer á gran número de sus enemigos ó simplemente de sus súbditos.

Desde principios de 1897 el general Gallieni ha prohibido terminantemente el uso del tanguino como medicamento, así como la venta de esta substancia en todos los mercados de Madagascar y sus dependencias. – X.

***

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

HOY COMO AYER..., por *Pedro Sabau.* – Bonito paso de comedia que con gran éxito se estrenó hace poco en el teatro Lara, de Madrid. Ha sido editado por la Galería de los Sres. Arregui y Aruej.

GRAN ALMANAQUE DE «EL DÍA» PARA 1900. – El importante diario de La Plata (República Argentina) ha obsequiado á sus abonados con este almanaque que forma un tomo de 250 páginas, que contiene notables artículos literarios, históricos y científicos y bellísimas poesías de los principales escritores y poetas americanos, y multitud de grabados. Al final lleva algunos interesantes datos estadísticos. El almanaque es una publicación que honra á sus directores Sres. Stunz y Vega Segovia y constituye una nueva prueba de lo que hemos dicho en otras ocasiones acerca del grado de adelanto que el arte de imprimir ha alcanzado en la República Argentina.

RAMÓN ROMANÍ Y PUIGDENGOLAS, por *Manuel Creus y Esther.* – Interesante y bien escrita biografía leída en la sesión necrológica que el «Fomento del Trabajo Nacional» celebró en 3 de mayo de 1900 en honor del que fué su digno presidente. El Sr. Creus y Esther ha hecho un trabajo bajo todos conceptos notable, que constituye un estudio completo de la personalidad del infatigable defensor de la producción española. Ha sido impresa en Barcelona, en la Tipografía Española.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS, por *A. Dumas.* – La «Colección Diamante» que con tanto éxito edita en Barcelona D. Antonio López, ha publicado esta interesantísima cuanto popular novela del ilustre escritor francés, cuyo elogio no hemos de hacer en estas páginas por tratarse de una de las más justamente celebradas obras de la literatura francesa. Véndese, como los demás tomos de dicha «Colección,» á dos reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario ilustrado barcelonés; *El Fomento*, revista decenal barcelonesa defensora de los intereses del contribuyente; *Correo Tipográfico*, revista técnica ilustrada barcelonesa; *El eco de las matronas, dentistas, callistas y practicantes en Cirugía*, revista profesional barcelonesa; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *Miscelánea*, revista semanal madrileña de Literatura y Arte; *El seguro*, boletín de la sociedad de seguros «Austria y Ungría» que se publica en Madrid; *El tribuno*, diario político bonaerense; *Boletín de la Biblioteca Nacional*, *Boletín Judicial* (órgano del departamento de Justicia), y *La Gaceta*, diario oficial, que se publican en San José (Costa Rica).



GUERRA ANGLO BOER. – Corresponsal agregado á la columna del general French observando el movimiento de avance de los boers en Colesberg

(de fotografía de Hosking, Capetown)

Imp. de Montaner y Simón



Año XIX — Barcelona 26 de marzo de 1900 — Núm. 952

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL NONAGÉSIMO CUMPLEAÑOS DE S. S. EL PAPA LEÓN XIII

S. S. EL PAPA LEÓN XIII,

busto en relieve de José de Kopf



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hemos tenido aquí estos días á una alteza portuguesa. El infante es, al parecer, sencillo, afable, apático, tranquilo, y por su aspecto exterior y por lo que se sabe de su carácter, la plácida y lenta sangre sajona domina en él á la sangre meridional lusitana, viva y acre. La impresión que produce el infante es de *bonhomie*, de un excelente señor que no se mete con nadie, que no siente ambiciones ni se queja de que la suerte le hiciese nacer algo más tarde para quitarle la corona, y se limita á vivir

«ni envidiado ni envidioso.»

* * *

Y aquí hemos de reconocer que los tiempos cambian mucho, y no para mal, al contrario. ¿Qué se hicieron aquellos hermanos y tíos de reyes de las épocas merovingias, carlovingias y visigóticas, y aun más cerca; aquellos hermanos y tíos que dieron tanto juego á los dramaturgos y á los pintores, y cuyo *sport* favorito era decalvar, sacar los ojos, cortar los nervios y tendones de los pies, ó más radicalmente la cabeza, á sus hermanos y sobrinos, para quitarles bonitamente el trono? Ahora las cosas pasan de un modo enteramente distinto; ó por mejor decir, no pasan de ningún modo. Los allegados al trono no sueñan con él; hasta los hay que hacen lo posible por evitar que les toque el turno, como ciertos archiduques austriacos. Los más de ellos, en la penumbra, dejan correr las horas y los años con ocio y dignidad, cultivando sus manías favoritas, halagadas por el *mundo elegante*, que ve en ellos el reflejo fascinador del solio. De éstos se me figura que es el duque de Oporto, nuestro huésped.

Más feliz acaso que su hermano mayor, no tiene que atender á las consideraciones y miramientos que por lo común sujetan á los monarcas, impidiéndoles hacer lo que en aquel momento fuere de su real agrado. El infante viaja. Esto de viajar es un placer casi vedado para los reyes en el día. Son tantas las dificultades que se ofrecen al anuncio de un regio viaje, que los reyes van pareciéndose á esos objetos delicados de sobremesa y vitrina, para los cuales tres mudanzas equivalen á un incendio. Si el viaje es por Europa, complicaciones diplomáticas; si el viaje es por sus propios reinos, temores políticos. Antaño viajaban mucho más los reyes; conocían el mundo, aprendían lecciones provechosas. Isabel la Católica apenas hizo otra cosa sino viajar por sus Estados, arrostrando molestias, pero enterándose de lo que convenía que supiese. Eran tiempos en que la monarquía circulaba; y se podía decir entonces lo que dijo no ha mucho un agudísimo escritor, cabalmente portugués: «La maleta es la antítesis del cetro. Éste esclaviza y aquélla liberta.»

* * *

Ventaja es, pues, para el infante de Portugal haber nacido con retraso; así es dueño de pasear por donde quiera, y si se lo consiente el estado de su bolsillo, puede hasta permitirse pasar uno ó dos meses en la Exposición, divirtiéndose, comiendo en los *restaurants* de moda, donde se guisa bien, y asistiendo á los teatrillos, donde se retuerce el chiste y se exhibe la plástica femenina. Si este infante tuviese las aficiones científicas de su tío el ex emperador del Brasil, hasta podría cometer la extravagancia, duramente calificada de fijo por los *sportmen* del tiro de pichón, de frecuentar las Bibliotecas, los laboratorios, las Academias y las casas de los sabios. A bien que el infante no parece tocado de estas vesanias. En vez de obsequiarle con una sesión de la de Ciencias, lectura de Memoria, discursos, siesta disimulada, etc., se le ha ofrecido un partido de polo en el Hipódromo, y S. A. ha correspondido á la atención regalando para premio cuatro ricos maceteros de plata.

* * *

El *sport* es una de las formas de la anglomanía portuguesa. No la censuro. Ser anglómano es ser algo. He dicho en otra ocasión que Portugal, en varios conceptos, se encuentra más adelantado que nosotros; se preocupa más de la instrucción pública y de muchas cosas que interesan á los pueblos modernos. Quizás á esto haya contribuído la anglomanía. De seguro no lo ha estorbado, ni ha servido para establecer cierto escepticismo y cierto sentido irónico de lo más burdo, pero de lo más funesto, que aquí se ha amparado en el flamenquismo. Imitar á los ingleses no puede traer malas consecuencias *colectivas*, aunque tenga, como todas las imitaciones, su parte de dulce ridiculez *individual*. Nuestros *sportmen* en vano quieren parecerse á sus modelos del ahumado Londres. El sol, el garbanzo, la peculiar vida española asoman á cada instante bajo la corteza de la británica tiesura y frialdad, de engomada elegancia y de atletismo. El español es pequeño, vivo, nervioso; el inglés, alto, robusto, flemático. Los juegos, los ejercicios ingleses, quieren una raza fuerte. Aquí se aclimatan como la orquídea en el invernadero; siempre son cosa rara y privilegio de alta sociedad, ó pretexto para verse y encontrarse en el *stand*, como sucede con las carreras de caballos.

* * *

El infante portugués, en los primeros momentos, excitó la curiosidad porque se creyó que podría venir, como en los cuentos y las zarzuelas, en calidad de viajero pretendiente. Poco tardó este rumor en ser desmentido. Bastaba ver al duque de Oporto, que cuenta treinta y pico de años, y representa muchos más, y está grueso y calvo, para comprender que no tiene trazas de aspirante á la mano de una jovencita como la princesa de Asturias. El enlace de esta primaveral flor de lis se supone concertado ya con un primo suyo, vástago de una dinastía destronada de la rama de Borbón. (No es D. Jaime, el hijo de don Carlos). Sólo el tiempo podrá decir si en efecto es cosa acordada la boda de la princesa con el descendiente de aquel ingenioso monarca tan graciosamente retratado por Alejandro Dumas en sus *Viajes*. Por hoy es un rumor, y la política, que nunca descansa, teje sus telas grises con los hilos luminosos de la dicha de un alma juvenil é inocente.

* * *

La actualidad es el viaje de los marinos del crucero *Presidente Sarmiento* á Madrid, á recibir los obsequios que á porfía les previenen las autoridades, las corporaciones, las sociedades, los diarios, las esferas oficiales y las que más directamente representan la opinión pública y el sentimiento nacional. Los marinos vienen por tan corto tiempo — de exprés á exprés, según noticias — que no van á alcanzar para migajas. Es fácil que los mate el pueblo de Madrid, como dicen que murió el gitano, de un *orsequio*. Acerca de las razones que puedan mediar para que los marinos no se detengan sino tan breves horas, se susurra algo relacionado también con la política internacional.

Vengan por el tiempo que vengan, que sean bienvenidos.

Una de las escenas que más me hubiese gustado presenciar, por los ecos y las vibraciones que despertaría en el alma, es la visita que hicieron los de la Embajada marroquí á la torre de la Vela, en Granada. Al contemplar la vega incomparable; al abarcar el conjunto de la ciudad, de la Sultana, ceñida aún con el collar de sus torreones; al encontrar las huellas de su paso y de su dominación en aquellos jardines todavía orientales y en aquella mágica arquitectura, es fama que los moros, con religioso fatalismo, inclinaron la frente, cruzaron los brazos sobre el pecho, y con grave tono exclamaron: «¡Sólo Alá es grande!» — Si ahora los marinos de la escuadra argentina pudiesen objetivar sus impresiones, al pisar las orillas del suelo ibero, al bajarse del tren en la capital de España (¡ya no *de las Españas!*), veríamos el más perfecto contraste con las nostalgias y las melancolías de los moros. Alegres y orgullosos estarán al sentirse jóvenes y fuertes retoños de un tronco viejo al cual le han amputado sus mejores ramas. Se sentirán ellos, los argentinos, vivos y caminando hacia el porvenir en una nación que sólo tiene de hermoso y de sugestivo su pasado. Y por opuesta razón que los moros, contemplando en qué paró tanta gloria y tanta empresa y tanta conquista y tanto inventar mundos, podrían pronunciar los marinos sentenciosamente esta frase, que es el epitafio de la vanidad y del orgullo de los pueblos: «¡Sólo Dios es grande!»

* * *

Hay otra lección que puede desprenderse de la venida de los marinos argentinos y de la fiebre de obsequiarles que se ha desarrollado en Barcelona y en Madrid, comparada á la cortés y benévola indiferencia con que se ha visto pasar al hermano de una testa coronada. Y es que España, á pesar de su desorientación, se da cuenta, no tan claramente como sería de desear, pero con bastante viveza, de lo que la importa. Nada nos importa tanto como estrechar los lazos con las repúblicas sudamericanas. Ahí tenemos lo mejor de nuestra herencia; ahí se vinculan nuestras esperanzas. El comercio, el pensamiento, la existencia de la raza española, concentran en la América latina tal suma de intereses, materiales y espirituales, que en vez de admirarnos de la acogida hecha á los marinos, debiéramos extrañar la ignorancia en que aquí se vive respecto á esas tierras donde se habla nuestra lengua, y alienta, vivificado por todas las auras sanas de la moderna civilización, nuestra personalidad característica.

* * *

Jamás he podido ver en un americano del Sur á un extranjero. La etnografía, la filología, la historia, nos unen de tal modo, que libres de nuestro dominio político siguen atados á España por lazos invisibles. Nos quieren, nos leen, nos dirigen testimonios de afecto. Nos socorren cuando sufrimos calamidades públicas. Nos respetan, por lo general, como se respeta á un antecesor. Nosotros les *soñamos*. Desembarcar en un puerto de América, constituiría para mí una de esas impresiones por las cuales merece vivirse la vida. Cuanto más patriotas somos, mayor gratitud, mayor idealidad para la raza española de allende los mares. La patria no es sólo una expresión geográfica; es principalmente una expresión histórica y una especie de templo en que damos asilo á la tradición, á la esperanza del progreso y al noble instinto de engrandecimiento y de expansión intelectual y moral de las familias humanas. Todo lo que no haya sabido realizar España, nos queda el consuelo de creer que puedan realizarlo y están realizándolo ya en gran parte las naciones jóvenes de la América latina. En ella, pues, se refugia el ideal.

* * *

Los esquimales están siendo visitadísimos en sus cabañas é instalaciones del Retiro. Se han puesto de moda. Las señoras van allí como se va á un teatrillo grotesco. Ya no me queda espacio para describir hoy á esos «hijos del polo,» pero no quiero omitir la frase que se les atribuye. En su chapurrado inglés dicen que hacen un gran elogio de Madrid, de su temperatura, que nosotros creemos fría y ellos califican de benigna y deliciosa, de la amabilidad de la gente, del lujo, de la hermosura del arbolado y hasta de la belleza femenina; pero — añaden suspirando — «¡el pescado está demasiado fresco! ¡No nos dejan pudrirlo á nuestro gusto!»

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Nada más peligroso que una idea general en cerebros estrechos.

TAINE

La nivelación social es continua y se realiza unas veces porque los pequeños se elevan y otras porque los grandes se rebajan.

— Es más peligroso jugar con las palabras que con el fuego.

— En un país en que todos son amos, todos son criados.

— Las reformas políticas y sociales son tanto más difíciles cuanto más necesarias.

— La pasión hace perder la memoria, y la falta de memoria sirve á la pasión.

G. M. VALTOUR

La coquetería, como la religión, tiene sus mártires.

LEÓN PRILLS

LOS GRANDES MAESTROS DE LA PINTURA

Al escribir estas líneas, acompañatorias de los grabados que en esta página y en la siguiente publicamos, no nos proponemos reseñar la biografía completa de los grandes maestros á quienes pertenecen los cuadros reproducidos ni exponer detalladamente el juicio que la posteridad unánimemente ha formulado

Retrato pintado por Domenico Theotocopuli, *el Greco*, existente en el Museo Nacional del Prado (Madrid)

de sus obras, y sí unicamente consignar algunos datos que expliquen lo que fueron y lo que en el arte significaron tan ilustres pintores.

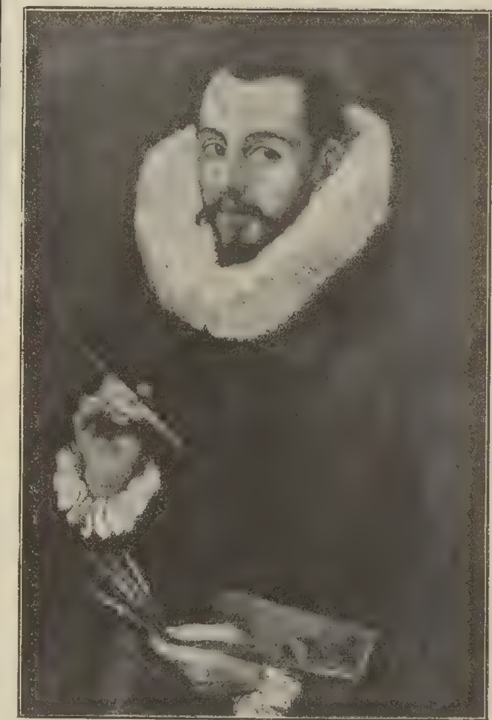
Domenico Theotocopuli, más generalmente conocido con el nombre de *el Greco*, vivió en la segunda mitad del siglo XVI y primer tercio del XVII. Nació en Creta en 1548, y después de haber permanecido algún tiempo en Venecia, vino á España: en 1577 lo encontramos en Toledo pintando para la sacristía de la catedral el bellísimo cuadro que allí se conserva y que representa á *Jesucristo despojado de sus vestiduras.* También pintó en aquella ciudad el *Entierro del conde de Orgaz,* el más maravilloso de todos los suyos, del cual se ha dicho con razón que ha sido el fundamento de la escuela española; *El sueño de Felipe II,* en el que aparece admirablemente el retrato moral del segundo de los Austrias, un *San Blas,* que es una de sus mejores obras, y otra multitud de cuadros que adornan la mayor parte de las iglesias toledanas. De Theotocopuli figuran en el Museo del Prado de Madrid 10 lienzos, entre ellos los dos retratos que en esta página reproducimos. Fué además el Greco escultor y arquitecto, habiendo hecho las trazas de varias iglesias y algunas esculturas para las mismas, y filósofo y escritor notable, afirmando algunos autores que dejó varios escritos sobre Filosofía y Arte. Hubo en él dos maneras, completamente antitéticas; la primera con todo el vigor, toda la luz y toda la brillantez de colorido de los maestros venecianos; la segunda, llena de lo que algunos han llamado durezas y extravagancias y otros han considerado como excelencias en donde pueden encontrarse las fuentes de la escuela modernista. De todos modos, produjo el Greco en el arte pictórico español una revolución tan profunda, que echó los cimientos de aquella escuela naturalista, severa y elegante, eterna desesperación de romancistas y clásicos. Domenico Theotocopuli murió en Toledo en 1625.

Rafael Sanzio, comúnmente llamado Rafael de Urbino, nació en la ciudad italiana de este nombre en 6 de abril de 1483 y murió en Roma el mismo día del año 1520. En 1495 comenzó sus estudios con Pedro Vannucci, llamado el Perugino, á cuyo lado hizo tan grandes progresos, que pronto sobrepujó á todos sus condiscípulos. Después de perfeccionar su educación artística con el estudio de las obras de los grandes maestros, que pudo admirar en Cittá di Castello, Siena y Florencia, regresó á su villa natal, en donde pintó varios lienzos para el duque Guidobaldo, en cuya corte contrajo relaciones con personajes eminentes por su posición y sabiduría. Llamado en 1508 á Roma por el Papa Julio II, pintó allí las famosas estancias del Vaticano y multitud de obras que los magnates romanos le encargaron, pagándoselas á muy altos precios, siendo en 1514 nombrado por León X, sucesor de Julio II, director de las obras de la iglesia de San Pedro y en 1515 superintendente de los monumentos antiguos y de las excavaciones que con gran actividad se practicaban en Roma. Su fama y las cuantiosas sumas que sus cuadros le producían permitiéronle llevar una vida de príncipe, y cuando murió, su cadáver fué enterrado con gran pompa en Santa María ad Martyres, ó la Rotonda, antiguo panteón.

En el estilo de Rafael señálanse tres períodos: el primero, que puede llamarse peruginesco, comprende el tiempo que media desde su salida del estudio de Pietro Perugino hasta su llegado á Florencia; su segunda manera, llamada florentina, termina con la *Disputa del Sacramento,* primera pintura que ejecutó en la sala *della Segnatura* del Vaticano; el tercer período, al que pertenecen sus más grandiosas creaciones, abraza toda la época de su permanencia en Roma y se inicia con el fresco *La Escuela de Atenas,* que pintó para una de aquellas estancias del palacio del romano pontífice.

En Rafael son de admirar la riqueza de imaginación, la fecundidad y el espíritu reflexivo. La vida que sus lienzos respiran, las ideas que en todas ellas alientan, la simetría no forzada de la composición, la armonía que en todas sus partes se observa y la admirable distribución de las masas de luz y sombra son los rasgos característicos de la producción de Rafael Sanzio. El gran maestro de Urbino ha ejercido grandísima influencia en el arte hasta nuestros días, influencia que subsistirá mientras tenga partidarios el idealismo en el arte.

Alonso Sánchez Coello nació en Benifairo de les Valls (Valencia) á principios del siglo XVI. Ignórase dónde aprendió su profesión, aunque la corrección de su dibujo parece indicar que estudió la pintura en Italia; sólo se sabe que en 1541 residía en Madrid. En 1552 acompañó á Portugal á Antonio Moro, cuando éste fué á pintar por encargo de Carlos V los retratos de aquella familia real, y allí se quedó al servicio del príncipe Juan. Muerto éste, su viuda lo recomendó á su hermano Felipe II, el cual le nombró pintor de cámara y le colmó de atenciones. Entre las principales pinturas que ejecutó en aquella época merecen especial mención las del famoso retablo del Espinar. En 1582, aunque ya estaba entonces



Retrato de Domenico Theotocopuli, *el Greco*, pintado por él mismo, existente en la Galería de San Telmo de Sevilla

viejo y achacoso, quiso el rey que pintara algunos cuadros para los altares de la iglesia de su monasterio del Escorial, y así pintó el de *San Pablo primer ermitaño con San Antón;* el de *San Esteban con San Lorenzo;* el de *San Vicente con San Jorge;* el de *Santa Catalina con Santa Inés,* y el de *San Justo y Pastor.* Alonso Sánchez Coello falleció en Madrid en 1590. La especialidad de este ilustre pintor fueron los retratos, entre los cuales merecen citarse los de Felipe II, de doña Catalina, mujer de Juan III de Portugal, de la infanta doña Clara Eugenia (que en la siguiente página reproducimos) y doña Catalina Micaela, etc.

Vicente Juan Macip, llamado Juan de Joanes, nació, según se cree, en Fuente la Higuera por los años de 1505 á 1507, y fué el fundador de la escuela de Valencia que introdujo y esparció por toda España la imitación del arte de Italia. Puede calificarse á este artista de discípulo de Rafael, á quien igualó en algunas obras, siendo el primero de aquella generación educada en las lecciones de Italia de la que fué Murillo el último representante. Juan de Joanes falleció en Bocairente en 1579. – X.

COSAS QUE PASARON. - El puesto de periódicos

En los arcos de la plaza Mayor de Madrid, bajo el antiguo edificio titulado *Real Casa de la Panadería,* que ostenta en su frente la gran lápida Constitucional, entre la calle de Felipe III y el antiguo callejón del Infierno, hoy Arco del Triunfo, y al pie del portal del número 27, hallábase situado por los años de 186... el puesto de periódicos de que vamos á ocuparnos, que unos recordarán por haber visto, y otros por haber acudido á él en busca de su periódico favorito, ya que por entonces no se vendían los periódicos por las calles y el precio de la suscripción era sobrado elevado para la mayoría de las gentes.



Retrato de un cardenal, pintado por Rafael de Urbino, existente en el Museo Nacional del Prado (Madrid)



Retrato de la Infanta D.ª Isabel Clara Eugenia, pintado por A. Sánchez Coello, existente en el Museo Nacional del Prado (Madrid)

Allí acudían también muchos que por necesidad tenían que buscar los decretos de la *Gaceta* ó las disposiciones, edictos y subastas del *Diario de Avisos.*

Una mujer, que se ocupaba en las labores propias de su sexo, era la encargada de aquel gabinete de lectura establecido bajo los arcos de la gran plaza Mayor, fresco y resguardado del sol en verano, y abrigado en el invierno.

Tenía delante un gran cesto de mimbres y en él todos los periódicos que por entonces se publicaban y los cuales alquilaba á quien deseaba leerlos por la módica retribución de dos cuartos. Y aún nos parece recordar que tenía establecidos abonos mensuales por una peseta.

¿Era ella la propietaria del puesto? ¿Pagaba un arrendamiento por ejercer esta industria? Esto es lo que ignoramos.

En aquel inmenso cesto veíanse juntos y confundidos en amistoso consorcio la revolucionaria *Iberia* y la católica *Regeneración,* la demoledora *Discusión* y el atildado *Contemporáneo,* el incendiario *Gil Blas* y el pacífico *Diario de Avisos,* la valerosa *Democracia* y la mentirosa *Gaceta.*



La última cena del Señor, cuadro de Juan de Joanes, existente en el Museo Nacional del Prado (Madrid)

Allí se encontraban los periódicos prohibidos, y los denunciados por el señor fiscal de imprenta. ¿Cómo? ¡Misterios!

Procuremos recordar algunos de los periódicos que por entonces se encontraban en aquel cesto, verdadera caja de Pandora.

Ministeriales. – *El León Español, El Tiempo, El Gobierno, El Espíritu Público, La España, La Epoca.*

Moderados. – *Los Tiempos,* de D. Luis González Bravo.

Liberales. – *La Patria, El Reino, La Política, La Libertad, La Verdad, El Diario Español, El Progreso Constitucional, La Prensa,* y *La Europa,* dirigida por Eduardo Zamora y Caballero.

Independientes. – *La Correspondencia de España, Las Noticias, El Independiente, La Bolsa, El Criterio,* y *El Contemporáneo,* dirigido por D. José Luis Albareda y en el que Gustavo Becquer publicaba sus incomparables rimas.

Neo-católico. – *La Regeneración,* del P. Sánchez, y que tan cruda guerra hacía á D. Pedro la Hoz y á su antiguo diario *La Esperanza.*

Progresistas. – *La Iberia,* escrita por Sagasta, Carlos Rubio, Llano y Persi y Juan de la Rosa González; *La Soberanía Nacional,* fundada y dirigida por D. Angel Fernández de los Ríos; *Las Novedades,* escrita por Montemar, Felipe Picatoste y Manuel Henao; *La Nación,* redactada por Santín de Quevedo, Ricardo Molina y Augusto Anguita; *La América,* revista hispanoamericana, notable por diversidad de conceptos, que tenía á su frente á los hermanos Eusebio y Eduardo Asquerino.

Demócratas. – *La Discusión,* dirigida por D. Nicolás M.ª Rivero y escrita por Pi y Margall, Roberto Robert, Fernando Garrido, Beltrán, Pruneda y Javier



LA ETERNA VENCEDORA, cuadro de L. Putz

Ramírez; *El Pueblo*, fundado por D. Eugenio García Ruiz y al que tanta popularidad daban los telegramas en verso del *interior* y el *exterior* de Manuel del Palacio; *La Democracia*, de Emilio Castelar, con las brillantes plumas de Roque Barcia, Orense y Carrascón, y el *Gil Blas*, redactado por Luis Ribera, Eusebio Blasco, Manuel del Palacio, Roberto Robert, A. Sánchez Pérez y P. Alvarez Guerra.

Todavía no hemos podido comprender ni explicarnos cómo aquellos periódicos, de tan opuestas ideas, no llegaron á producir en el cesto de mimbres una revolución ó un motín al menos, dado el calor con que entonces se profesaban y defendían las ideas políticas.

Digamos algo de los lectores.

Allí se veían mezclados hombres de largo levitón, gorro negro y alto sombrero de copa, que á la legua olían á hermanos de cofradías religiosas.

Caballeros de aspecto belicoso, con el bigote recortado á lo esparterista, denunciando á viejos militares.

Individuos de largo chaquetón ó blusas, poblada barba y ancho sombrero calabrés ó *garibaldino*, en los cuales se adivinaba fácilmente un resuelto demócrata.

Algunos señores de semblante risueño, traje elegante, rico pañuelo de batista, verdaderos tipos de moderados, como se los llamaba entonces.

Jóvenes de aire resuelto, bulliciosos, alegres, estudiantes de la Universidad, de la Escuela de Medicina ó de la de Farmacia.

Y mezclados con ellos, comerciantes, industriales, obreros, gentes pacíficas, incoloras, entre las que se distinguían muchos forasteros con su eterno preguntar sobre todo.

Aquella galería con sus bancos de madera trocábase en algunas ocasiones en Junta, en Asamblea y hasta en Convención.

Liberales y carlistas, progresistas y moderados, unionistas y demócratas, comentaban los artículos de fondo, los epigramáticos sueltos y las chistosas gacetillas de sus respectivos periódicos, provocando con mucha frecuencia acaloradas discusiones y terribles tempestades; que entonces todavía eran defendidas las ideas con entusiasmo y no se había inventado la tolerancia que hoy rige, ignoramos si por falta de *fe* ó por sobra de *conveniencia*.

Sobre todo la lectura de las sesiones de Cortes producía relámpagos, truenos y huracanes.

Los carlistas sostenían que sin Cabrera la España estaba perdida.

Los progresistas amenazaban con el famoso *cúmplase la voluntad nacional* del héroe de Luchana, el invicto general Espartero.

Los moderados lo aguardaban todo del *espadón* de Narváez.

Los unionistas confiaban en otra *vicalvarada* de D. Leopoldo O'Donell y *sus doce hombres de corazón*.

Los revolucionarios tenían puesta su esperanza en D. Juan Prim, el bizarro soldado de Africa y el hábil político de Méjico.

Los demócratas propagaban con gran fe sus principios, se extasiaban con los artículos de Orense, Pi y Margall y Castelar y con los discursos de Rivero y Figueras.

Allí todo se discutía y comentaba.

A un chiste solía contestar un epigrama, á un epigrama una risa y á una risa una bofetada.

Y á todo esto el tranquilo ciudadano que iba á solazarse con las rimas de Bécquer y los versos de Luis Rivera, ó á buscar con empeño el edicto de un juez, el pliego de una subasta ó el traspaso de una tienda, tenía que abandonar el prosaico *Diario* ó la embustera *Gaceta* para tomar parte en aquella nueva guerra civil, en plena capital de la monarquía.

Y es que cada debate de las Cortes convertía aquel gabinete de lectura en un nuevo campo de Agramante.

Tan sólo conocemos un hecho que logró unirlos á todos.

¿Cuál?

Los tristes sucesos de la célebre noche de San Daniel tuvieron el raro privilegio, tratándose de políticos y españoles, de fundir en un solo pensamiento á los concurrentes, como en las Cortes y el Senado unieron á Ríos Rosas con Olózaga y á Prim con Rivero.



GUERRA ANGLO-BOER. – Boers vigilando la línea férrea (de fotografía)

La *protesta* de la prensa liberal é independiente contra el Gobierno por los sucesos del 10 de abril la firmaron los siguientes periódicos:

Las Novedades, El Diario Español, La Iberia, La Discusión, El Reino, El Pueblo, La Verdad, El Contemporáneo, El Eco del País, La Política, La Razón Española, La Democracia, El Progreso Constitucional, La Patria, La Soberanía Nacional, La Prensa, La América, La Europa, Gil Blas y *La Nación*.



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldado inglés ensayando una cometa de señales en el campamento de Modder River

Es decir, toda menos la prensa ministerial.

A ella se adhirieron multitud de periódicos de provincias.

Además de la *protesta*, la prensa de Madrid abrió una información para depurar los hechos y una suscripción á favor de las víctimas, que cada periódico encabezó con quinientos reales.

Hasta la dueña del puesto, aquella pobre mujer que á diario escuchaba con la mayor indiferencia las discusiones de sus parroquianos sin importarle más de Narváez que de O'Donell, atenta sólo al cobro de sus dos cuartos y á la recogida de sus periódicos, que muchas veces salían de aquellas discusiones arrugados y aun despedazados; hasta aquella pobre mujer, repetimos, tomó parte por los estudiantes en contra del gobierno de González Bravo, y á haber tenido un fusil, de seguro que, imitando á lo dicho por Prim y Ríos Rosas, lo habría disparado contra González Bravo, á quien ella llamaba en su pintoresco lenguaje *nuevo Herodes, perseguidor y degollador de niños*.

Los tiempos han traído nuevas costumbres; hoy los periódicos se venden por las calles al ínfimo precio de cinco céntimos, y aquel gabinete de lectura no tendría razón de ser; pero nosotros lo recordamos con verdadero cariño y consideramos que en aquellos tiempos fué un verdadero progreso y que, gracias á su existencia, muchos privados de la adquisición de los periódicos por su alto precio pudieron ir á él á ilustrarse á la vez que á solazarse.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS

LOS MARINOS ARGENTINOS EN BARCELONA

La llegada á nuestro puerto del buque de guerra argentino *Presidente Sarmiento* ha dado ocasión á que se manifestaran de una manera elocuente las simpatías que aquí y en toda España sentimos por aquella nación americana que un día fué hija nuestra y con la cual nos unen lazos de cariño que la separación no ha podido romper y una comunidad de sentimientos que las vicisitudes históricas no han sido bastantes á destruir.

Barcelona ha recibido y agasajado á sus huéspedes como se merecen, y sus autoridades y principales corporaciones, haciéndose intérpretes del modo de pensar y de sentir del pueblo catalán, han obrado, no en cumplimiento de los deberes de cortesía, sino á impulsos del afecto que en todos nosotros alienta hacia nuestros hermanos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tanto se interesa por cuanto á América se refiere y tanto se esfuerza por estrechar las relaciones entre aquellas naciones jóvenes y nuestra patria, que lo fué también suya, dirige la más cariñosa bienvenida y el más entusiasta saludo á los marinos de la Argentina, y se honra publicando en estas páginas con las presentes líneas algunas notas gráficas que servirán á todos de recuerdo de la estancia en nuestra capital de los dignos representantes de aquella república.

Entre los varios obsequios que el Ayuntamiento barcelonés dispuso en honor de los jefes y oficiales del *Presidente Sarmiento* ha sobresalido el banquete y recepción que se celebró en las Casas Consistoriales en la noche del 19 de este mes. La fachada del edificio estaba vistosamente adornada; el vestíbulo, la escalera de honor y las galerías, llenas de plantas tropicales, ofrecían hermoso aspecto, y el Salón de Ciento, donde se verificó la comida, hallábase convertido en un precioso jardín. A la fiesta, que resultó espléndida, asistieron, además de los marinos argentinos en cuyo honor se daba, las primeras autoridades y representantes de las principales corporaciones de Barcelona, y al final de la misma el alcalde Sr. Martínez Domingo, el comandante del *Presidente Sarmiento* Sr. Betbeder, el gobernador civil Sr. Sanz y Escartín y el capitán general Sr. Delgado Zuleta pronunciaron elocuentes brindis saludando á los jefes del Estado argentino y español y haciendo votos por que se mantuvieran siempre vivos los vínculos de sangre y de costumbre que entre ambos pueblos existen. Terminado el banquete, los invitados escucharon el concierto que interpretaron admirablemente los Coros de Clavé y la banda municipal.

El Sindicato de exportadores de vinos obsequió á los marinos del *Presidente Sarmiento* con una excursión á los alrededores de nuestra ciudad y con un espléndido almuerzo y la Sociedad Círculo del Liceo con una expedición á Montserrat.



Oficiales de la fragata de guerra argentina *Presidente Sarmiento* (de fotografía de Laureano)

El viaje del comandante y de algunos oficiales del buque argentino á Madrid, adonde fueron invitados por el gobierno, interrumpió los festejos preparados, que continuarán al regreso de aquéllos y entre los cuales hay dispuestos una jira al Tibidabo y á Vallvidrera y un banquete con que les obsequiarán la Diputación Provincial y el Fomento de la Producción Nacional.

La fragata *Presidente Sarmiento* tiene el casco de acero, con forro de madera y planchas de cobre de 12 centímetros de espesor: fué construída en los talleres de Laird Brothers de Birkenhead (Londres) y botada al agua en 31 de agosto de 1898. Desplaza 2.000 toneladas, mide 82 metros de eslora, 13'30 de manga y 7'5 de puntal y su calado medio es de 18'6 pies ingleses; lleva máquina de triple expansión que desarrolla una fuerza de 2.000 caballos á tiro natural y su velocidad es de 13 millas á tiro natural y de 14 á tiro forzado. Su radio de acción es de 4.500 á 5.000 millas, está dotada de dos focos eléctricos y tiene seis grandes compartimientos estancos y 18 de menos importancia. Monta 10 cañones de tiro rápido y cuatro ametralladoras y lleva tres tubos lanzatorpedos. Su dotación se compone de 339 individuos, entre ellos varios guardias marinos y grumetes al mando del capitán de fragata D. Onofre Betbeder y del teniente de navío D. Enrique Thorne. A bordo viajan profesores de francés, inglés, fotografía, esgrima y boxeo.



Vista de la cubierta de la fragata de guerra argentina *Presidente Sarmiento* (de fotografía de Laureano)

El *Presidente Sarmiento* salió de Buenos Aires el 13 de enero de 1899, emprendiendo un viaje de circumnavegación, terminado el cual habrá recorrido próximamente unas 40.000 millas. – M.

GUERRA ANGLO-BOER

Poco interés ofrecen las últimas operaciones militares, pues los ingleses avanzan por el Estado de Orange sin encontrar apenas resistencia; mas como las dificultades irán aumentando á medida que se internen por el territorio enemigo y como ya se dice que los boers se concentran en los alrededores de Kroonstadt, en donde se encuentran los dos presidentes y el general Joubert, es de suponer que antes de poco tendremos noticias de importantes hechos de guerra.

Bien hacíamos en suponer, al final de nuestra crónica última, que las potencias no intervendrían en el actual conflicto entre Inglaterra y las dos repúblicas boers: los hechos han venido á confirmar nuestras suposiciones. Citemos algunos, los principales.

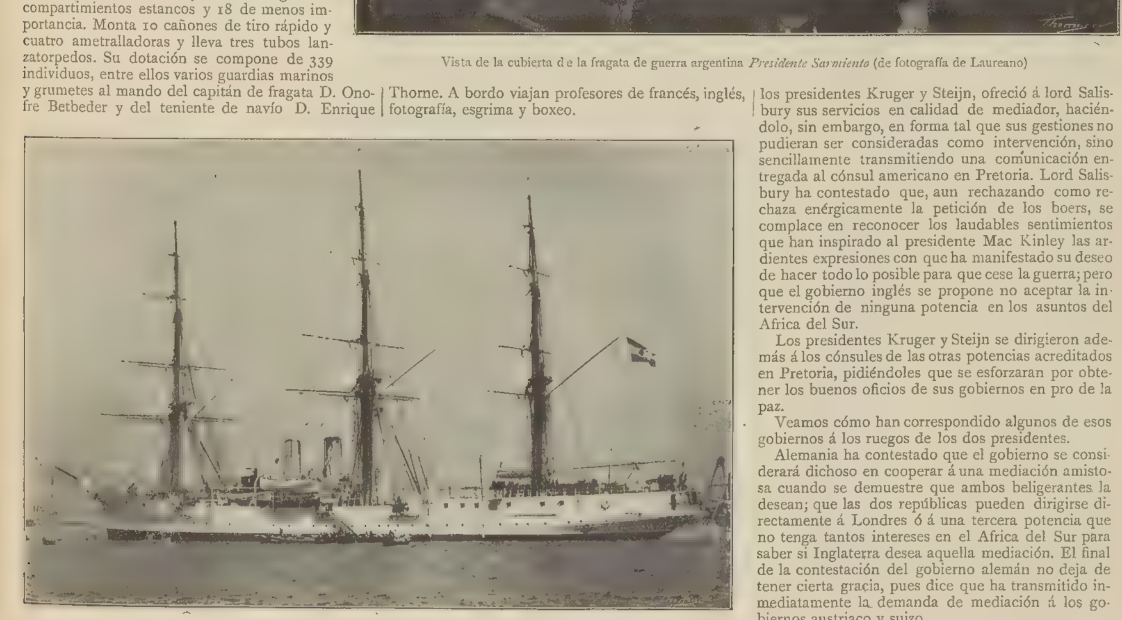
El gobierno delos Estados Unidos, á petición de los presidentes Kruger y Steijn, ofreció á lord Salisbury sus servicios en calidad de mediador, haciéndolo, sin embargo, en forma tal que sus gestiones no pudieran ser consideradas como intervención, sino sencillamente transmitiendo una comunicación entregada al cónsul americano en Pretoria. Lord Salisbury ha contestado que, aun rechazando como rechaza enérgicamente la petición de los boers, se complace en reconocer los laudables sentimientos que han inspirado al presidente Mac Kinley las ardientes expresiones con que ha manifestado su deseo de hacer todo lo posible para que cese la guerra; pero que el gobierno inglés se propone no aceptar la intervención de ninguna potencia en los asuntos del Africa del Sur.

Los presidentes Kruger y Steijn se dirigieron además á los cónsules de las otras potencias acreditados en Pretoria, pidiéndoles que se esforzaran por obtener los buenos oficios de sus gobiernos en pro de la paz.

Veamos cómo han correspondido algunos de esos gobiernos á los ruegos de los dos presidentes.

Alemania ha contestado que el gobierno se considerará dichoso en cooperar á una mediación amistosa cuando se demuestre que ambos beligerantes la desean; que las dos repúblicas pueden dirigirse directamente á Londres ó á una tercera potencia que no tenga tantos intereses en el Africa del Sur para saber si Inglaterra desea aquella mediación. El final de la contestación del gobierno alemán no deja de tener cierta gracia, pues dice que ha transmitido inmediatamente la demanda de mediación á los gobiernos austriaco y suizo.

El ministro de Negocios Extranjeros de Francia, contestando á una pregunta de un diputado, declaró



BARCELONA. – La fragata de guerra argentina *Presidente Sarmiento* que actualmente se encuentra en nuestro puerto (de fotografía de Laureano)



LA FAVORITA, cuadro de Antonio Fabrés



EN BRAZOS DEL AMOR, cuadro de Rodolfo Rossler

que después de la negativa oficial y pública del gobierno inglés á reconocer la independencia de las repúblicas del Transvaal y Oranje, Francia no puede intervenir en este asunto, pero que conservando sus tradiciones generosas aplaudirá toda iniciativa de otras potencias.

Rusia hasta ahora nada ha dicho oficialmente. ¿Será cierta la noticia que á un periódico de Berlín telegrafían desde San Petersburgo? Según esta noticia, el gobierno ruso publicará en breve un documento redactado de acuerdo con Francia y Alemania y aprobado plenamente por el tsar, que siendo cortés en la forma será en el fondo enérgico contra Inglaterra y producirá un efecto grande. Pero lo cierto es que hasta ahora nada permite esperar que tal noticia se confirme.

Mientras las potencias guardan esta actitud, que será muy prudente y conveniente á sus intereses, pero que nada tiene de humanitaria, en la propia Londres se levanta una voz elocuente y sentida en defensa del derecho y de la justicia. La comisión ejecutiva del movimiento de oposición á la guerra, que reside en la capital inglesa, ha votado la siguiente orden del día: «Considerando que la respuesta de lord Salisbury á la demanda de los presidentes Kruger y Steijn arroja la máscara y revela por vez primera la verdad durante tanto tiempo desmentida de que la guerra actual tiene por objeto la destrucción de la independencia de las dos repúblicas del Africa del Sur, el Comité declara que ha llegado para todos los que se oponen á una guerra de exterminio el momento de unirse á fin de formular, por todos los medios de que aún pueden disponer los ciudadanos libres de Inglaterra, una protesta solemne contra una línea de conducta que impone la anulación de solemnes compromisos y hace cometer á Inglaterra un crimen contra el principio de las nacionalidades que no ha tenido igual en la historia desde el reparto de Polonia.»

Para terminar consignaremos un dato que explica elocuentemente la fe y el entusiasmo con que los boers han emprendido la actual guerra y demuestra el espíritu que reina en aquel pueblo tan infamemente atacado por Inglaterra: entre los 1.930 prisioneros de la columna de Kronje que van á ser deportados á Santa Elena figuran trece mayores de setenta años. – X.



Guerra anglo-boer – Soldados indígenas de la guarnición de Maseru (Basutolandia). De fotografía de Mee, de Maseru



Guerra anglo-boer. – Trinchera inglesa en el campamento de Chieveley (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

S. S. el Papa León XIII, busto en relieve de José de Kopf. – Noventa años ha cumplido recientemente el ilustre pontífice que con tanta sabiduría rige los destinos de la Iglesia, y con este motivo hemos creído de oportunidad la publicación del hermoso busto en relieve del escultor alemán José de Kopf. La cabeza del venerable anciano aparece en esta escultura tratada con la amplitud, con el vigor, con la vida que caracterizan las producciones de los grandes maestros, siendo de alabar en esta obra, no sólo el notable parecido físico, sino que también y muy principalmente la expresión inteligente, firme y bondadosa del actual sucesor de San Pedro, que por su talento y por sus virtudes se ha conquistado á la par que la veneración de los católicos, la admiración, el respeto y las mayores simpatías de los que no comulgan en la Iglesia romana.

La eterna vencedora, cuadro de L. Putz. — Luchan entre sí los pueblos, destrózanse sus ejércitos; inunda la sangre los campos de batalla y en el transcurso de la historia resultan hoy vencedores los que ayer fueron vencidos. Las guerras no cesan; la victoria se inclina ora al lado de unos, ora al lado de otros; sólo la muerte vence siempre; ella es *La eterna vencedora* que con su terrible guadaña siega millares y millares de preciosas vidas. En esta idea se ha inspirado el autor del cuadro que reproducimos, cuadro altamente sugestivo en que el pintor ha combinado todos los elementos que más hondamente pueden impresionar el ánimo, obteniendo un efecto grande y una emoción intensísima.

La favorita, cuadro de Antonio Fabrés. — Tantas veces nos hemos ocupado de nuestro celebrado compatriota, dedicando á sus obras el elogio que se merecen, que nada nuevo podemos añadir á lo que de él llevamos dicho. Fabrés es uno de los artistas que más y con mayor éxito trabajan, y sus cuadros apenas terminados se venden á elevadísimos precios y pasan á adornar las más notables galerías del extranjero. Esta predilección que los grandes aficionados muestran por las obras del pintor catalán se comprende perfectamente, pues Fabrés no sólo atiende al fondo de sus composiciones, sino que además cuida como pocos de la forma, y sin pecar nunca de excesivamente minucioso, sabe dar todo su valor á los detalles. *La favorita* es una nueva prueba de las relevantes cualidades que en su autor se juntan y nos da ocasión para enviar un nuevo y entusiasta aplauso á nuestro querido colaborador.

En brazos del amor, cuadro de Rodolfo Rossler. — La poesía ha sido siempre un elemento importante dentro del arte que las nuevas tendencias naturalistas no han logrado desterrar en absoluto. No discutiremos cuál escuela es mejor, cuál se ajusta más á las exigencias artísticas modernas; lo único que pretendemos decir es que dentro del arte cabe todo, que el idealismo y el realismo pueden producir obras dignas de alabanza. El cuadro de Rossler es eminentemente poético: los dos amantes confundidos en estrecho abrazo, los amorcillos que junto á ellos revolotean, las flores por el suelo esparcidas, el cielo, el paisaje, todo respira poesía, todo es encantador, todo cautiva al que, sin prejuicios, contempla el lienzo.

MISCELÁNEA

Teatros. — *París.* – El estreno de *L' Aiglón*, en el teatro de Sarah Bernhardt ha sido el gran acontecimiento de la presente temporada teatral. La nueva obra de Rostand, escrita en hermosos versos y admirablemente concebida, ha producido gran entusiasmo y Sarah Bernhardt ha conquistado un nuevo triunfo, uno de los mayores de su gloriosa carrera. Además de la excelente interpretación dada á *L' Aiglon*, ha sido puesto en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

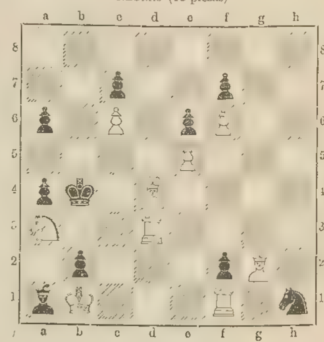
Madrid. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de la Comedia *Las noblezas de Don Juan*, comedia en tres actos de D. Enrique Menéndez Pelayo. La Sociedad de Conciertos ha dado una audición del tercer acto de *El crepúsculo de los dioses*, última parte de la grandiosa tetralogía de Wagner, bajo la dirección del maestro Campanini, habiendo obtenido grandes aplausos la orquesta y los artistas que en su ejecución tomaron parte.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Come le foglie* y *L' Erede*, bellísimos dramas de José Giacosa y Marcos Praga respectivamente; y en el Eldorado *La alegría de la huerta*, zarzuela en un acto de los Sres. Paso y García Alvarez con música de Chueca. En el Liceo continúan con éxito grande los conciertos de la orquesta Nicolau con la cooperación del Orfeó Catalá: los fragmentos de la misa de Palestrina llamada del Papa Marcelo, cantados admirablemente por este último, han valido al maestro Millet entusiastas ovaciones, especialmente el *Credo*, que el Orfeó ejecuta con colorido, ajuste y vigor imponderables.

AJEDREZ

Problema número 187, por W. A. Shinkman

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 186, por Ph. Klett

Blancas.	Negras.
1. Cc3-d5	1. h5-h4
2. Cd5-c3	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1..... Rg4-f5; 2. Dh2-e2, etc.
1..... Rg4-f3; 2. Dh2-f2 jaque, etc.
1..... f6-f5; 2. Cd3-e5 jaque, etc.
1..... Rg4-h4; 2. Dh2-f2 jaque, etc
1..... C juega; 2. Dh2-f4 mate.

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Era preciso desear su marcha como los escolares desean las vacaciones; su presencia en la casa haría imposible la intimidad, y durante su ausencia sabría imponer á María Magdalena la subdirección de todos los asilos de huérfanos, de los talleres y de las obras que hubiese emprendido. ¡Esto era sin duda lo que Roberto se proponía ofrecerle!..

Y experimentó un sentimiento de despecho y de pesar. Roberto pensaba sin duda que todo se allanaría, y que su madre hacía con esto un sacrificio supremo separándose de su intimidad, sin reservarse más que la cláusula orgullosa de su libre albedrío.

Mad. Le Clercq había sabido, explotando hábilmente el dominio que tenía sobre el ánimo de su hijo, hacerle admirar tan sólo su abnegación; y él no quería ver hasta qué punto era ilusorio el cambio.

María Magdalena bajó los ojos, sintiendo que á ellos se agolpaban lágrimas de sentimiento y de vergüenza al pensar que se hallaba cogida como en una argolla de hierro.

—Aquella finca es hermosísima, continuó Roberto, lejos de sospechar la decepción de su esposa, y ya verás qué grande; hay construcciones enormes que sirvieron en otro tiempo para comunidades y jardines, y donde se harán ahora dormitorios y salas de trabajo; en un pequeño pabellón estilo Luis XIII, mi madre tendrá sus habitaciones particulares, y no falta un magnífico parque cuyas calles desembocan en la playa. Saint-Helier es un sitio encantador, muy próximo á un gracioso pueblo de pescadores; está más bien sobre el Rauce; pero el mar dista solamente unos cien metros. Si quieres iremos á verlo.

—Sí, contestó María Magdalena, con el corazón oprimido al pensar cuál sería la indignación de Roberto si rehusaba lo que en su concepto era una inmensa concesión.

Llegaron á un camino ancho, sombreado por algunos árboles, entre los cuales veíase aún el erial pedregoso y á lo lejos el mar. Una especie de extraño calvario, en forma de laberinto, adornado de estatuas y de sentencias en lengua bretona, elevábase á cierta distancia, protegido por una casa de color gris, de forma cuadrada, sobrepuesta de una cruz y de una campana: varios pilletes con los pies descalzos precipitáronse para pedir limosna.

—¡Qué país tan seco y árido!, observó Roberto. La blancura del camino bajo el sol deslumbra los ojos. ¡Qué tristeza!

Poco después, las casas del pueblo dejaron ver sus tejados parduscos á orillas del camino, detrás de una pared baja festoneada de musgos y de alhelíes silvestres; había allí una iglesia muy vieja, con esos tonos grises y plateados que tienen las piedras muy antiguas, y un campanario con tres pequeñas campanas; delante de la puerta elevábase un monumento de granito corroído por la acción del tiempo, extraño cubo de piedra sobrepuesto de un dosel sostenido por pilastras, donde se adivinaban aún informes figuras de ángeles en las cornisas del entablamento.

—¿Es eso un baptisterio?, preguntó Roberto. Entremos.

Penetraron en el pequeño recinto florido, lleno de capuchinas y de corolas de vivos matices; diminutas pirámides señalaban las tumbas; la iglesia tenía ventanas ojivales que llegaban hasta el suelo, y sobre su tejado de pizarras grises, una escalera de angostas piedras conducía al pequeño campanario del que colgaban tres campanas. No era temible aquella subida sin rampa, pues todo el tejado estaba muy bajo; parecía que con los siglos la iglesia se hundía en tierra; sus cimientos se hallaban enterrados ya en aquel cementerio, y allí acabaría por sepultarse toda, con sus vidrios y su tejado gris, entre la buena gente que cobijaba bajo su sombra hacía tan largos años.

El paraje era muy solitario, y no se oía en el pueblo el más leve rumor, porque todos los habitantes se hallaban en la romería. Así era como se debía visitar aquel tranquilo recinto para apreciar todo su encanto. Roberto y María Magdalena dieron vuelta á la iglesia, y de pronto la joven cogió el brazo de su esposo, estremeciéndose de terror.



Vieron salir una religiosa con hábito de lana blanca

Junto al pórtico de entrada, una torrecilla baja, con tejadillo redondo, encajada á medias en una pared, presentaba varios arcos que permitían ver el interior, donde había un montón de osamentas humanas, de cráneos, tibias, huesecillos delgados y vértebras: era un osario. Los nervios de María Magdalena vibraron, y sin motivo experimentó un terror pueril.

—¡Oh, Roberto, eso es espantoso!, exclamó, cerrando los ojos.

Al ver la emoción de su esposa, Roberto pensó que en tal instante podrían hablarse con toda franqueza.

Y en aquel cementerio tranquilo, ente aquellas tumbas visitadas tan sólo por las abejas, fué donde dijo á María Magdalena cuánto había sufrido desde que no la tenía á su lado. Sin duda no le amaba ya, añadió, puesto que así se había separado de él completamente.

María Magdalena escuchaba con los ojos cerrados la voz dulcificada de su esposo. Los dos permanecían de pie delante de aquellos cráneos que parecían animados de una expresión burlona y en el fondo de cuyas órbitas huecas hubiérase dicho que aún quedaba una mirada. Roberto dejó de hablar, y entonces la joven contestó después de una pausa:

—¡Roberto mío, ya sabes que te amo, y que he sido tan desgraciada como tú; más aún!

—¡Es preciso que esto concluya! Es un absurdo privarnos de nuestra felicidad como lo hacemos. ¡Hay tan poco tiempo para amarse, para ser jóvenes y vivir!

A María Magdalena la estremeció el pensamiento que Roberto acababa de evocar ante el espectáculo desolador que tenían á la vista, y dijo:

—Salgamos de aquí; tengo miedo.

Entonces fueron á sentarse á corta distancia, sobre la pared baja, perfumada por los alhelíes; y María Magdalena no tuvo ya miedo, porque tan sólo veía las tumbas alegres, cubiertas de capuchinas y de flores de vivos matices.

—Escucha, continuó Roberto gravemente, no quiero decirte cuánto he sufrido desde hace algunas semanas; pero si me amas, debes juzgar que no nos hemos casado para vivir así. He sufrido de todas maneras, en luchas muy penosas entre mi dignidad y el amor que te profeso. ¡Perversa Magdalena, te he amado más desde que me has hecho más desgraciado!

La joven apoyó su mano suave y fina sobre la de Roberto; esta muda caricia le trastornó, y continuó con voz temblorosa:

—No te recordaré cuánto sufrí cuando te marchaste sin manifestar un impulso de afecto después de una escena tan penosa para mi madre. No, yo no podía creer que mi pequeña Magdalena me dejase de aquel modo, sin más que estrecharme la mano con frialdad. Escuché ansioso el rumor del coche que te llevaba, permanecí detrás de mi ventana, esperando como un loco que volvieras y que no tuvieses valor para irte de aquel modo, y mi decepción fué muy profunda al comprender que te ibas realmente.

—Pues yo lloré en el coche, dijo María Magdalena.

Los dos guardaron silencio un instante, pensando en lo que se habían hecho sufrir mutuamente y complaciéndose con triste dulzura en aquel reposo de una hora que se les ofrecía. Allí estaban lejos de la vida, sin más que su amor; habían dejado tras sí todas las trabas sociales; pero no ignoraban que existían y que los estrechaban, que no podían permanecer largo tiempo así en aquella soledad tranquila en que su corazón les hablaba. Recordaron sus deliciosos paseos solitarios por el campo, durante su primer viaje; entonces nada les preocupaba; pero después las tristezas habían pasado sobre ellos con dolorosa insistencia, adormeciendo su ternura, aunque arraigándola más.

Desde muy lejos, aún llegaban hasta ellos los sonidos debilitados, casi imperceptibles, de las campanas de la romería, y aquel ruido arrullador acompañaba sus meditaciones.

Frente á la iglesia, y cerrando el cementerio, un largo edificio gris con ventantas enrejadas proyectaba su sombra violácea sobre las tumbas y las estrechas avenidas. Era un convento de monjas: de pronto abrióse una puerta, y vieron salir una religiosa con hábito de lana blanca, que silenciosamente se dirigió hacia la iglesia. Pero esto no perturbó su soledad, y permanecieron sentados en la vieja pared, con sus manos entrelazadas, perdidos en su pasajero enternecimiento. Aquella forma blanca y discreta no era alguien..., era tan sólo el alma del pequeño cementerio, de la antigua iglesia, que se aparecía un instante á sus ojos.

La vieron desaparecer bajo el pórtico, y Roberto, como si pensara que era preciso concluir, dijo:

– Antes de marchar he tenido con mi madre una conversación muy seria. Como yo, piensa que es preciso que esta situación cambie, y yo lo creo muy fácil entre personas que se aman. Te confieso que no he comprendido la causa de tu súbita rebelión. Tú, tan encantadora y tan dulce, has llegado á ser quisquillosa como si buscaras un rompimiento definitivo; pero no hablemos ya más de lo que pasó; mi madre me ha ofrecido de nuevo dejarnos su casa y ha insistido vivamente en esta combinación, que yo he rehusado.

– ¡Inaceptable!, exclamó María Magdalena. ¿Por qué pensar en resoluciones extremas, cuando el medio de arreglarlo todo es tan sencillo?

– ¡Sencillo á tus ojos, porque es el que tú deseas! replicó Roberto. Es preciso, sin embargo comprender también en los cálculos propios los sentimientos de los demás, muy respetables entre todos. Mi madre nos ama.

María Magdalena quiso replicar; pero Roberto hizo un ademán para detenerla, y continuó, alzando la voz:

– Y nos lo prueba. Nos ama de una manera que tal vez te desagrade; esto es una desgracia; pero á nadie se puede exigir que cambie de carácter. Te he dicho que nos lo prueba, y lo hace de una manera indiscutible. Comprende que no queremos aceptar su sacrificio; y como no puede resolverse á vernos decaer de lo que llama nuestra categoría, encuentra un medio de conciliarlo todo.

María Magdalena había retirado su mano de la de Roberto, y á éste le pareció que un aire frío pesaba sobre ellos, que una pesada nube obscurecía aquel día radiante de verano.

– Mi madre consagrará la mayor parte de su tiempo á la casa de salud que se propone fundar. Al pronto pensó ceder para la obra una granja que poseemos cerca de Montpazier, pues así hubiera podido ir todos los días y continuar viviendo en su morada; pero ha elegido Saint-Helier, donde hay casa habitación, un parque y dependencias. Se instalará allí por dos meses, volverá á pasar el invierno con nosotros, y durante el verano hará numerosos viajes.

– ¿Y nos quedamos en su casa?, concluyó María Magdalena.

Roberto, sin contestar, miró á su esposa.

– Me parece tan inconveniente aceptar esta combinación como dejar á Mad. Le Clercq despojarse por nosotros de su fortuna, añadió la joven. ¿Es posible que tolere la vida común conmigo, diciéndose que su presencia me molesta y que será preciso que se aleje en épocas dadas cuando me canse demasiado la opresión? Esto es inadmisible.

Roberto contestó, ofendido por estas palabras:

– No hemos considerado las cosas desde ese punto de vista brutal. Tú te has quejado á mi madre de que no te deja bastante libre, y ella trata de probarte que hace cuanto puede para que seas feliz

– Hace demasiado, y yo pido menos. ¡Ay de mí!, que nos deje arreglarnos á nuestro antojo. ¿Necesitamos lujo para amarnos?

Este llamamiento á su corazón no fué escuchado por Roberto. Le había resentido que su esposa recibiese así sus ofertas.

– ¡Esto se sale de la cuestión!, contestó con tono de abogado que discute un razonamiento. Me parece muy justo no chocar de frente con todas las ideas de mi madre, que teme los comentarios de la ciudad.

– ¡Pues salgamos de Montpazier!

Roberto quedó estupefacto: esta idea le pareció fuera de toda discusión, aunque fuese el único desenlace posible en la crisis.

– Eso es una locura, contestó, porque tengo allí mi clientela. ¿Qué haré en otra parte?

– Adquirirás otra en poco tiempo, ó si no, puedes entrar en la magistratura. Tu madre tiene relaciones bastante buenas para obtener en tu favor el nombramiento de juez ó de sustituto.

Roberto se encogió de hombros con impaciencia.

– ¿Cambiar completamente el objeto de mi vida? ¡No! Tengo en Montpazier mis costumbres, mi familia, mis amigos y mis tradiciones, y debo quedarme.

– ¿Entonces?.., murmuró María Magdalena con desaliento.

– Entonces, se trata de que por tu parte manifiestes un poco de la generosidad que mi madre ha tenido; no exijas que todas las concesiones vengan de ella; haz tú también algunas.

– ¡Hacer algunas es hacerlas todas! No se puede remediar tan sólo en parte semejante mal. Yo no rehuso, Roberto; tan sólo te suplico que reflexiones que la situación que se me ofrece es insostenible; entre tu madre y yo se han cruzado tales palabras, que nada puede borrar su recuerdo; ella no olvidará que he querido rechazar su autoridad, y yo no olvidaré que ella me echa en cara mi falta de fortuna. Cuando se llega á semejantes extremos, la vida en común es imposible, de todo punto imposible, así has de reconocerlo, aunque se interrumpa por ausencia de algunas semanas...

– ¡Ah!, veo que tu objeto es alejarme completamente de mi madre, replicó Roberto pálido y apretando los labios.

– ¡Dios mío, nada de eso!, contestó María Magdalena con esa dulce voz que conservaba en las más violentas crisis; mi objeto es evitar que comience de nuevo para nosotros una experiencia penosa, cuyas consecuencias desgraciadas son seguras desde luego.

Roberto se alejó algunos pasos de María Magdalena, como para evitar la posibilidad de contestarle brutalmente. La joven le miraba con una lucidez singular, comprendiendo que todo quedaba roto entre ellos; leía en su pensamiento la convicción de que su mujer era ingrata y profesaba á Mad. Le Clercq una antipatía invencible, y el pesar y la vergüenza de que ella no le amara á él lo bastante para ceder.

¡Sí, ella le amaba lo suficiente, hasta para hacer lo que se le exigía..., si con esto hubiera terminado la crisis; pero su condescendencia no haría más que aplazarla! Sabía muy bien que las cosas empeorarían por una progresión segura y forzosa, y que dentro de algunas semanas, después de crueles luchas, llegarían al mismo estado de antes.

Roberto volvióse hacia su esposa, y con tono breve impuso el ultimátum diciendo:

– Es inútil discutir más tiempo, pues la cuestión se reduce á esto: ¿quieres volver conmigo á Montpazier? ¡Reflexiona antes de contestarme, María Magdalena, y piensa que no se tienen dos veces semejantes conversaciones! Hay en tu carácter una energía que yo no sospechaba; pero yo también la tengo. Creo que si me amas debes aceptar lo que te ofrezco, ó por lo menos intentarlo, pues si decididamente es imposible la vida en común, siempre estaremos á tiempo de separarnos de mi madre. No quiero abogar por mi causa, porque se resume en una palabra. ¿Me amas? ¿Sí ó no?

María Magdalena, en su desesperación, unió las manos y dijo:

– ¿Si te amo, Roberto? ¡Es una crueldad preguntarme semejante cosa! ¡Como si pudieras dudarlo!

– ¿Entonces, consientes?

María Magdalena se levantó.

– No tienes derecho, dijo, para plantear así la cuestión, colocándome entre mi ternura y nuestra mutua desgracia. ¿No podría hablarte lo mismo yo preguntándote si me prefieres á tu madre? ¡Sin embargo, no lo digo ni hago eso! Es abominable exigir lo imposible, deduciendo que no te amo si me resisto.

Roberto replicó con tono incisivo.

– Dejémonos de frases, ¿te niegas á acceder á lo que te pido?

Tan dura y ofensiva era esta réplica, que María Magdalena permaneció muda.

– Bien, ya lo esperaba, continuó Roberto. No creo que usted haya sentido nunca por mí más que un ligero afecto, que apenas se puede dejar de profesar á un esposo, al menos durante los primeros meses. No espere usted otra proposición que la que trataba de hacerle, y en sus manos está resolver. Cuando quiera ir á Montpazier, allí será recibida. A usted toca decidir si debe volver á casa de su padre, para entregarse á una vida alegre, reuniéndose con esas personas aventureras que han constituído durante largo tiempo la sociedad en que usted ha vivido. Usted adoptará el partido que guste; pero ya sé ahora á qué atenerme. Acaba usted de probarme que no me ama, y que tan sólo quería abusar de mi cariño. Por lo demás, se ha burlado usted con demasiada franqueza, y es preciso que yo haya sido muy necio para haber dudado de ello un solo instante. La mujer que ama á su esposo, no le suprime de su vida, como usted lo ha hecho deliberadamente desde hace algunas semanas.

Roberto se detuvo, temblando de cólera, y esperó contestación; pero su esposa guardó silencio.

Anonadada, fuera de sí, María Magdalena se retorcía las manos, sin pronunciar palabra y mirando á lo lejos como si no se atreviera á fijar la vista en su marido.

Entonces, como poseído de una especie de rabia, Roberto se alejó á largos pasos, sin volver la cabeza para ver otra vez á su esposa, que sentada sobre la pequeña pared abrasada por el sol, tampoco se volvió, permaneciendo inmóvil y contemplando con mirada vaga, en un pensamiento confuso, el campanario de la iglesia, á través del cual resplandecía el cielo azul.

Un sonido lento, una voz profunda y grave vinieron á herir su oído; y despertando de su meditación con un ligero estremecimiento, se levantó; pero sus piernas temblaban, y hubo de permanecer sentada un momento. Entonces oyó el órgano que resonaba á través de las gruesas paredes de la iglesia: era una armonía vaga y potente, lenta como una oración, adormecedora y calmante también, que la hizo pensar en la blanca religiosa que antes se cruzó en su camino. Ella era la que tocaba, y la joven pensó en una vida tranquila, sin emociones, entre aquellas cuatro paredes grises, detrás de una iglesia de pueblo. Allí no habría crisis, sino una paz divina, un sueño del alma y del corazón, una muerte esperando la muerte. ¡La paz, el reposo! ¡Con qué ardiente pasión deseó estas dos felicidades de que tanta sed tenía! ¡No pensar más, no amar, no sufrir!.. María Magdalena cerró los ojos, y lentas lágrimas se deslizaron á través de sus pestañas.

El sonido del órgano agitaba el aire tranquilamente; era una serie de acordes, una armonía que derramaba la calma en aquella cálida tarde de verano. La vieja iglesia parecía tener voz y cantar un Ángelus de reposo y de quietud; las flores iban á dormir, como las tumbas y las piedras grises; la blanca religiosa, alma de todo esto, oraba con aquella voz, difundiendo pensamientos puros como la claridad.

María Magdalena, consiguiendo mantenerse en pie, se dirigió hacia la iglesia; volvió á ver sin estremecerse el osario espantoso, y penetró bajo la sombría y profunda bóveda del pórtico. Entonces tuvo el impulso de retroceder, porque allí había algo horrible: comunicándose con el osario veíase un hueco, por el cual había rodado una calavera que parecía sonreir con su enorme boca; mientras que sus órbitas cóncavas y sin mirada infundían horror; hallábase en el reborde del muro y hubiérase dicho que con sus largos dientes mordía la piedra verdosa. Sobre la puerta se leía esta inscripción latina: *Hodie mihi; cras tibi.* «Hoy para mí; para ti mañana.»

María Magdalena hizo un ademán de desaliento. ¡Ah, qué importaba vivir ó no! ¿Qué iba á ser su vida ahora? Peor que la muerte.

Entró sin vacilar: en aquella iglesia baja, un poco sepultada bajo el suelo, había interiormente una humedad de cueva, y la luz tomaba un tinte verdoso á través de los vidrios sin color. Las baldosas, rojizas y desiguales, estaban rotas; los míseros bancos de encina presentaban ángulos peligrosos; en el pobre altar había imágenes de vivos colores, y en el coro taburetes de terciopelo encarnado. Allí, delante de un armonio, vió á la hermana que tocaba. Toda la luz del sol poniente se había concentrado en aquel punto á través de una ventana oblicua. La religiosa, de rostro pálido y hábito blanco, que al parecer ensayaba algún acompañamiento de canto llano, parecía una santa Cecilia.

María Magdalena, con el corazón desfallecido, sin ideas en la cabeza, poseída de un vértigo y débil, la miró un momento; la hermana, adivinando que cerca de ella había alguien, se volvió, y con sorpresa observó la expresión de angustia y de sufrimiento de aquella joven.

Y acercándose, preguntóle:

– ¿Está usted enferma, señora?

Bajo aquella mirada compasiva, el corazón de María Magdalena se dilató; y sin poder pronunciar palabra ni reprimir la expansión de un dolor acerbo, rompió á llorar. Después, dejándose conducir á la sacristía, consintió en sentarse en un sillón de paja, y al fin pudo reanimarse lo bastante para contener sus lágrimas.

– Dispénseme usted, balbuceó estremecida aún por sacudidas nerviosas, un momento de malestar; estoy confusa.

– ¿Tiene usted algún pesar?, preguntó la hermana con una voz dulcemente imperiosa, acostumbrada á imponer confianza y á prodigar consejos.

Aquella especie de autoridad no desagradó á María Magdalena: después de su crisis sentíase quebrantada; había perdido del todo la voluntad, y dócil ahora como una niña, murmuró:

– Sí, tengo un gran pesar.

La hermana miró el traje de la joven, como para reconocer que no estaba de luto, y sin duda pensó que el pesar era menos grave de lo que ella creía. La joven lo comprendió.

– Sí, dijo, he perdido una persona que amaba, y la he perdido tanto como si hubiera muerto.

La religiosa se irguió un poco ante aquella mujer joven y linda que acababa de perder alguno que no había muerto; pero su rostro sereno, sus ojos grises empañados por la edad, sus arrugas y sus manos secas se habían conquistado la confianza de María Magdalena. Parecióle á ésta encontrar un juicioso afecto maternal, á punto para consolarla; y en pocas frases refirió sus disentimientos de familia, diciendo

que su esposo no la amaba ya y que acababa de separarse de ella con palabras rencorosas.

La hermana escuchó esto con la calma impasible que no pertenece á esta vida; comprendía muy poco aquellas complicaciones, y hacía ya largo tiempo que estaba fuera del mundo. No veía de él más que un espacio muy reducido, y lejos de las pasiones y de las luchas del corazón, había cuidado de los enfermos, había sido maestra de niñas, viendo en todas partes la obediencia y la resignación á lo que es inevitable.

Por eso contestó gravemente:

– Usted se forja las penas. ¿Por qué no quiere someterse á su esposo y á su suegra? A la edad de usted, yo era novicia y obedecía, sin pensar nunca en rebelarme. Justo es humillarse, y se debe dominar el orgullo. Tengo sesenta años, y obedezco á mi superiora, que es mucho más joven que yo.

María Magdalena miró á la religiosa con aire contrariado. ¿Era el caso idéntico? La hermana no comprendía su situación.

Sin embargo, escuchó dócilmente aquella voz lenta y dulce que le hacía recomendaciones triviales, pronunciando sentencias propias para una niña indócil. Comprendió su error, y pensó que se había dirigido á un ser muy lejano, á una mujer tan diferente de ella por cuarenta años de vida religiosa, que debían entenderse tan poco como si no hablaran la misma lengua. Después miró con desanimación los pobres muebles de aquella sacristía de pueblo: algunas sillas de paja, un crucifijo muy grande y armarios de encina, uno de los cuales, entreabierto, dejaba ver parte de una sobrepelliz blanca. Sin embargo, todo esto tenía cierto aire de dulce calma que tranquilizaba el ánimo; pero ¿qué significaba aquella voz, pronunciando palabras lentas y monótonas, ninguna de las cuales salía del corazón ni llegaba á conmoverla?

De pronto se oyó el débil sonido de una campana, y entonces la religiosa se levantó y dijo:

– Es el rezo de la tarde, y debo volver al convento.

María Magdalena la siguió á través de la iglesia, vióla inclinarse un momento delante del altar, y ya en el pórtico, le dió las gracias sin convicción. La hermana, rozando indiferente con sus dedos la mano que María Magdalena le ofrecía, concluyó por pronunciar esta frase, dicha con la misma voz sin expresión alguna:

– Es preciso ofrecer á Dios todas vuestras penas.

María Magdalena se alejó más triste que antes, como si acabase de perder un consuelo que necesitaba de pronto. ¡Ah, qué vacío había encontrado en aquellas triviales palabras, dictadas por una pura caridad sin compasión! ¡Y cómo se diferenciaba de ella la hermana religiosa! Ninguna de sus palabras le había conmovido, y sin embargo, ¡cuán fácil hubiera sido conmoverla!..

Lucy Hartley y Darlot llegaron muy pronto al arenal, por la parte del Océano. Después de bajar por un camino con suelo de granito socavado en la piedra y flanqueado de rocas, atravesaron las grandes extensiones sembradas de juncos y de brezos, donde Renato se había extraviado la primera vez que visitó el país; la casa blanca del semáforo resplandecía con una claridad deslumbradora sobre el azul verdoso del mar.

Darlot refirió sus impresiones de la primera excursión, hablando de la emoción inolvidable que en él produjo aquella estepa abrasada y lúgubre.



Allí, delante de un armonio, vió á la hermana que tocaba

– Hay sobre todo, dijo, una roca en forma de galera antigua, donde me senté durante largo tiempo, y desde allí pude ver á usted, muy lejos. ¿Quiere usted que vayamos?

Pronto la divisaron, elevando entre las espesuras de plantas grises su alta y poderosa carena; dirigiéronse hacia ella; Darlot dió la mano á Lucy para que le fuese más fácil subir, y los dos, sentados cómodamente, respiraron el aire fresco que les llegaba del mar.

La iglesia de la Clarté se divisaba aún muy claramente y apenas llegaba hasta ellos el sonido de sus campanas, debilitado por la distancia. El arenal estaba desierto; pero en el camino, que desde allí parecía una estrecha cinta blanca caída en el brezal rojizo, veían pasar grupos que se dirigían hacia el pueblo.

– Me atormenta la idea de lo que resultará de todo eso, dijo Lucy después de una pausa.

Renato no pensaba más que en sentirse con valor para hablar á la joven, y la miró con aire de asombro.

– Sí, continuó Lucy, pienso en María Magdalena, y esto me inquieta mucho; su marido es hombre de aspecto tan reservado, que apenas se adivina lo que siente.

– A mí no me es simpático, dijo Darlot.

– Yo me reservo mi opinión, pues no le conocemos; pero me pareció muy amable durante el corto viaje que hicimos juntos para venir aquí, y creo que ama verdaderamente á su esposa.

– Pues entonces, ¿por qué la deja bajo la autoridad insoportable de Mad. Le Clercq?

– Me extraña que un francés me haga tal pregunta...

– ¿Como un francés?

– Seguramente. En Francia tenéis un sentimiento de la familia mucho más sensible que el nuestro; nosotros nos amamos tanto como podáis amaros vosotros, pero con más independencia; y cada cual sigue su camino sin cuidarse mucho de su padre, de su madre, de sus hermanos ó hermanas. En mi casa somos ocho hijos, entre ellos cinco varones, que apenas terminada su educación, se arreglaron por sí solos; dos son marinos, dos comerciantes y el más joven se marchó á la India para dedicarse al comercio de exportación. Yo estaba en casa cuando se ausentó; mi madre se cuidó de sus preparativos de viaje, porque le quería mucho, y llegado el momento de la separación, únicamente le acompañamos hasta la puerta. Mi madre le abrazó, mi padre le estrechó la mano y nosotras ni nos inclinamos siquiera en la ventana para verle más tiempo. En Francia vais hasta el vapor, y allí todo se vuelve lágrimas y abrazos... Y sin embargo, también nosotros nos amamos, pero con menos expansión. Nos alegramos al saber que Jaime, que había sufrido una afección al hígado, no murió de la enfermedad y esperaba restablecerse del todo.

Darlot, pensando en la delicada ternura que había sentido por su madre y por su hermana y en la agonía dolorosa que experimentó al perderlas, escuchaba á la joven inglesa imaginándose que él no era más que una mujercilla nerviosa.

– Debe usted considerarnos, replicó, como seres de una sensibilidad exagerada é infantil.

– ¡Nada de eso! Ustedes se colocan en otro punto de vista, ni más ni menos. Su educación les predispone á ello, así como la nuestra nos proporciona en más alto grado el sentimiento personal.

– Este sentimiento podría llamarse egoísmo, pues en suma, apenas puedo admitir esa facilidad de separación, porque esto es desorganizar la familia.

– De ningún modo. La familia, tal como usted la comprende, existe entre el marido y la mujer y entre sus hijos, mientras éstos no han llegado á la edad de ser libres.

– Sí, y cuando los pajarillos tienen alas, se aprovechan de esto para irse, abandonan á los viejos y no vuelven más.

– Si vuelven, se les recibe con gusto, y los viejos, como usted dice, no experimentan la necesidad de tenerlos siempre á su lado.

(Continuará)



París. - Incendio del Teatro Francés. Interior de la sala de espectáculos después del siniestro



Mlle. Henriot, víctima del incendio

EL INCENDIO DEL TEATRO FRANCÉS

El día 8 de este mes, á las once y media de la mañana, mientras un numeroso grupo esperaba que se abrieran las puertas del Teatro Francés, en donde se debía dar una representación de tarde, algunos transeuntes observaron que por el techo del edificio salía una espesa columna de humo. Hiciéronse funcionar inmediatamente los aparatos de aviso más próximos á aquel sitio y no tardaron en llegar los retenes de bomberos.

Creyóse en un principio que se trataba de un fuego de poca importancia, pero pronto hubo de verse que el incendio tomaba las proporciones de un verdadero siniestro.

El fuego, que se había declarado en el escenario, invadió al poco rato la sala, que quedó convertida en una inmensa hoguera, cuyos resplandores se veían al través de las aberturas del edificio, por las cuales salían el humo y las llamas.

Comunicóse rápidamente la noticia por todo París, y de todas partes acudió la gente al sitio de la catástrofe, teniendo que organizarse un servicio de orden para contener á la multitud que crecía á cada instante.

En el interior del teatro sólo se encontraban en aquella hora algunos empleados y varios de los actores que habían de representar la tragedia *Bayaceto,* que formaba la primera parte del programa de la función. Entre los últimos estaba Mlle. Henriot, cuyo cadáver, casi completamente carbonizado, fué encontrado en un corredor del tercer piso: fué aquella la única víctima del incendio. Una compañera suya, Mlle. Dudlay, al ver que su muerte era segura si salía á los corredores, completamente invadidos por el humo, no perdió la sangre fría, y abriendo la ventana de su cuarto que daba á la plaza del Teatro, pidió socorro y pudo ser salvada por los bomberos que acudieron en su auxilio.

Cuando se hubieron salvado las personas procedióse al salvamento de los objetos de arte, bustos, cuadros, muebles, etc., que en gran número existían y los preciosos manuscritos que formaban el archivo del teatro y que por su valor histórico y literario constituyen valiosísimas joyas.

Dominado el incendio, pudo verse que toda la sala había sido destruída. El almacén de decoraciones quedó intacto; el vestíbulo del público fué inundado, pero el fuego lo respetó. También resultó intacto el salón de los artistas que tantos y tan preciosos recuerdos encerraba. Los archivos pudieron salvarse y ser transportados al Museo del Louvre, en donde se guardarán provisionalmente.

Una primera información sobre las causas del siniestro ha demostrado que, en contra de lo que previenen los reglamentos, el empleado encargado de la maniobra del telón metálico no lo había bajado á fin de que el electricista pudiera arreglar las lámparas sin necesidad de dar un rodeo, y cuando se trató de hacerlo funcionar fué imposible bajarlo por haberse dilatado á consecuencia del calor. Sin aquella negligencia, el incendio se hubiera limitado á una parte del edificio y se habría evitado que el desastre tomara las grandes proporciones que adquirió.

En el momento de estallar el incendio los maquinistas almorzaban en las inmediaciones del teatro: en el interior de éste no había más que dos empleados que trabajaban en las bambalinas: ellos fueron los que dieron la voz de alarma; mas á pesar de sus esfuerzos combinados, no pudieron hacer funcionar el servicio del agua que debió inundar la escena. Se ha comprobado que la electricidad funcionaba normalmente y que el gas no fué causa del siniestro, el cual, según parece, se produjo por haberse comunicado á una decoración el fuego de un calorífero.

Ocioso es decir que el incendio de este teatro ha causado profunda emoción en París y aun puede decirse que en toda Francia, pues aquel coliseo, al que se daba el nombre de casa de Moliere, era una institución nacional en la que se sintetizaban todas las glorias del arte dramático francés. Por esto desde los primeros momentos preocupóse el gobierno de las condiciones en que podían reanudarse las representaciones de la compañía que allí funcionaba y las Cámaras han votado los créditos necesarios para la inmediata reconstrucción del teatro, que, según parece, podrá abrirse nuevamente al público dentro de un par de meses.

La única víctima del incendio fué, como hemos dicho, mademoiselle Henriot, joven artista de gran talento que á pesar de contar solamente diecinueve años figuraba ya entre los ilustres actores que constituyen la Comedia y se había hecho aplaudir en varios papeles importantes. El célebre escritor René Mazeroy ha trazado de ella el siguiente retrato: «Una criatura soñadora y llena de encantos, cuyos ojos de un color de esmeralda pálido parecían acordarse de cosas muy lejanas y muy tristes; una voz dulce que recordaba los claros gorjeos de un pájaro en la hora del crepúsculo cuando caen las primeras hojas; unos cabellos hermosos que eran á la vez seda y luz, y una figura delicada, fina, pueril, en sus adorables trajes de parisiense.»

La compañía del Teatro Francés actúa ahora en la Opera, en los días en que no hay función, en tanto que se encuentra otro teatro en donde pueda reanudar sus funciones. - X.



Tabla comparativa de la longitud de las líneas ferroviarias de las principales naciones

1. Estados Unidos 40.100 millas — 2. Alemania 6.500 millas — 3. Francia 5.650 millas — 4. Rusia europea 5.500 millas — 5. Inglaterra 5.100 millas — 6. Indias inglesas 4.600 millas

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

UNA NOVELA EN TRANVÍA, por *Edmundo de Amicis*. – Con este título ha publicado el conocido editor barcelonés Sr. Maucci una traducción del hermoso libro de Amicis *La carrozza di tutti*. El éxito que ha tenido esta obra en Italia y el hecho de haber sido traducida á los principales idiomas hacen innecesario recomendar la edición española de esta colección de cuadros de la vida real pintados con toda la verdad, alteza de miras y sentimiento, que son la característica del ilustre escritor italiano. La edición del Sr. Maucci, correctamente traducida por D. Augusto Riera, forma dos tomos ilustrados con láminas de José Passos.

ROMANCES AMERICANOS, por *C. Walker Martínez*. – El señor Walker Martínez, poeta chileno tan justamente reputado en el mundo de las letras, canta en esos romances las glorias de América, dividiéndolas en dos grupos, de la Conquista y de la Independencia. Todas las composiciones en el libro contenidas son bellísimas, están inspiradas en el más ardiente patriotismo y abundan en altos pensamientos. El tomo ha sido impreso en Santiago de Chile en la imprenta «Barcelona.»

ANALES DE LAS OBRAS PÚBLICAS DEL PERÚ. AÑO 1890. – ESTADÍSTICA GENERAL DE ADUANAS. AÑO 1898. IMPORTACIÓN. – ESTADÍSTICA GENERAL DE ADUANAS. AÑO 1898. COMERCIO GENERAL. EXPORTACIÓN. CABOTAJE. – Estas tres publicaciones oficiales son una prueba elocuente de la atención que el gobierno peruano presta á los intereses materiales de su país, y demuestran además el grado de prosperidad y progreso á que ha llegado aquella floreciente república. Forman tres abultados tomos en los cuales se encuentran perfectamente agrupados y clasificados los datos más interesantes, completos y minuciosos acerca de Obras públicas y Aduanas, siendo en suma publicaciones que honran sobre manera al Estado que las ha emprendido y que las continúa anualmente.

LA PRIMA JUANA, por *José de Elola*. – El nombre del Sr. Elola no es nuevo en el mundo de las letras: sus anteriores obras y la multitud de otros trabajos literarios le han conquistado merecida fama, que ahora se afirmará más y más con la interesante novela que acaba de dar á luz. *La prima Juana* se lee con gusto, tanto por el interés de la acción cuanto por sus condiciones literarias. Forma dos tomos que se venden á tres pesetas en Madrid y á 3'50 en provincias.

* * *

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Ilustració Llevantina, revista barcelonesa decenal de artes, ciencias, literatura y actualidades; *Pel y Ploma*, semanario artístico-literario barcelonés; *Revista Contemporánea*, que se publica quincenalmente en Madrid; *Miscelánea*, semanario matritense de literatura y arte; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *Lima ilustrada*, semanario literario-artístico; *El Tribuno*, diario político de Buenos Aires.

LOS FERROCARRILES

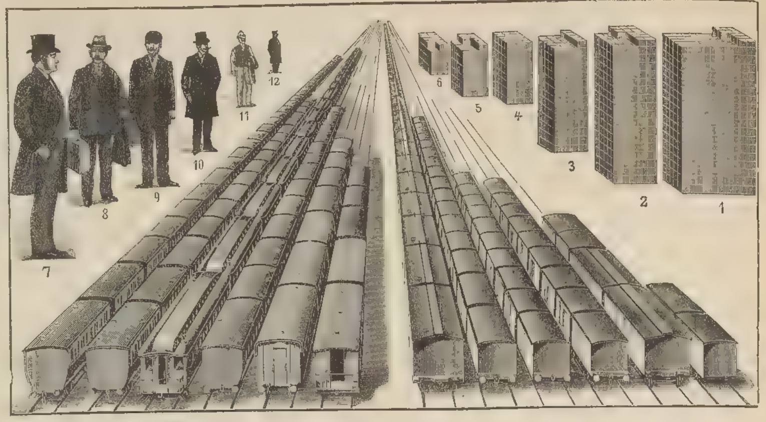
EN LAS PRINCIPALES NACIONES

Los dos grabados que publicamos en el presente número, uno en esta página y otro en la página 214, son interesantes datos gráficos acerca de la importancia de los ferrocarriles en los diferentes países. El de la página 214 indica la longitud de las líneas ferréas en explotación, expresada por el tamaño de las locomotoras, y en él se ve que la locomotora que representa á los Estados Unidos es extraordinariamente mayor que la que representa á los demás países.

En el de esta página las figuras de la izquierda indican por sus estaturas el número de pasajeros transportados durante un año por los ferrocarriles de los seis países que marchan al frente del movimiento ferroviario, y los vagones que hay debajo de ellas representan el número de vehículos destinados al tráfico de pasajeros. En este punto Inglaterra está muy por encima á los demás países, siendo las cifras correspondientes casi el doble de las del país que está en segundo lugar.

En cuanto al tráfico de mercancías y al número de vagones á él destinados, datos que indican los bloques de la derecha y los vagones debajo de ellos colocados, la ventaja está de parte de los Estados Unidos, cuyas cifras exceden en más del doble á las de Inglaterra.

La comparación de estos datos se presta á curiosas consideraciones: resulta, por ejemplo, que los Estados Unidos que ocupan el primer lugar en cuanto á longitud de líneas, sólo ocupan el tercero en el concepto de transporte de pasajeros; que á Inglaterra, ocupando el quinto lugar en punto á longitud, le corresponde el primero en el tráfico de pasajeros y el segundo en el de mercancías; que Alemania, con menos vagones de carga, realiza un tráfico de mercancías superior al de Francia; que Alemania, la longitud de cuyas líneas es mayor que la de las líneas inglesas y francesas, se halla por debajo de Inglaterra y Francia en lo que á transporte de mercancías se refiere; que Rusia, que ocupa el cuarto lugar en la tabla comparativa de longitudes, pasa al quinto y al sexto respectivamente en la tabla del tráfico de mercancías y viajeros.



Tablas comparativas del tráfico ferroviario en las principales naciones

Número de vagones para viajeros

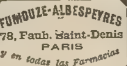
Inglaterra	Alemania	E. Unidos	Francia	Indias inglesas	Rusia
62.252	34.590	33.893	28.750	14.743	10.560

Número de vagones para mercancías

E. Unidos	Inglaterra	Francia	Alemania	Rusia	Indias inglesas
1.284.807	656.735	360.721	330.460	195.556	80.053

Pasajeros transportados anualmente. – 7. Inglaterra, 1.062.911.000; 8. Estados Unidos, 698.342.000; 9. Alemania, 646.461.000; 10. Francia, 382.240.316; 11. Indias inglesas, 160.720.512; 12. Rusia, 97.143.655.

Tráfico anual de mercancías en toneladas. – 1. E. Unidos, 912.973.853; 2. Inglaterra, 437.043.265; 3. Alemania, 275.628.000 4. Francia, 120.487.000; 5. Rusia, 97.140.000; 6. Indias inglesas, 38.940.000.





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 2 de abril de 1900 — Núm. 953

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AMOR AL PRÓJIMO,

grupo de José Kassin que figura en un pabellón del Hospital Isabel, de Viena

SUMARIO

Texto.—*Crónicas de la Exposición de París. El París viejo,* por Juan B. Enseñat. —*Jaime Balmes,* por José Zahonero. — *Racimo de tradiciones,* por Augusto Jerez Perchet. — *Guerra anglo boer,* por A. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El obstáculo,* novela ilustrada (continuación). - *Suiza en París,* por G. Mareschal. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Amor al prójimo,* grupo escultórico de José Kassin. —*Jaime Balmes.* — *Entrada de Jesucristo en Jerusalén.* — *La resurrección de la hija de Jairo.* — *Jesucristo curando á los enfermos,* cuadros de Eduardo Gebhardt. — *Dejad venir á mí los niños,* cuadro de Matías Schmid. — *Guerra anglo-boer. Prisionero boer conducido por dos soldados ingleses al través de las líneas de Modder-River.* - *Soldados ingleses preparando á un mensajero con despachos para Ladysmith.* - *Jesucristo en el huerto de Gethsemaní,* cuadro de Ernesto de Hildebrand. — *Monumento al cardenal Lavigerie, recientemente inaugurado en Biskra (Argel),* obra de Falguiere. - *Estatua erigida en honor de Garibaldi en Dijon,* obra de Auban. — Figs. 1 á 4. *Aldea Suiza* en la Exposición universal de París de 1900.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

EL PARÍS VIEJO (1)

Si desde el puente de Alejandro, que pone directamente en comunicación los Campos Elíseos con la Explanada de los Inválidos, dirigimos la vista hacia el Trocadero, llamará de un modo particular nuestra atención, entre las maravillas acumuladas en ambas márgenes del Sena, la pintoresca reconstitución del París antiguo, ideada por ese genial y reputado artista que se llama Robida.

Surgen del agua en que se miran los palacios, iglesias, casas particulares y fortalezas de la vieja ciudad, con sus torreones, campanarios, tejados puntiagudos, galerías, arcos y torres almenadas.

Desierta como se halla ahora, la artística ciudad no causa todo el efecto que está destinada á producir cuando la anime el numerosísimo personal encargado de representar con los trajes de la época la población antigua.

Una comparsería inmensa reconstituirá con rigurosa exactitud la vida social, política, militar y religiosa de los parisienses que, en distintas épocas, constituyeron la historia sucesivamente cómica y trágica, accidentada y curiosa siempre del París antiguo.

En el barrio de la Edad Media veremos nobles damas con gorros tan altos, que habrán de inclinar la cabeza pare pasar por puertas tan bajas; mujeres de la clase media y del pueblo; caballeros y lacayos, estudiantes y clérigos, curiales é histriones, menestrales y plebeyos, con su variedad de trajes; calzas multicolores, hopalandas, ropones, justillos y sayos; manteos y armaduras; sandalias y espuelas; rosarios y espadas; cayados y picas.

Aquí, la soldadesca de los cuerpos de guardia; allá, los frailes de la orden de Penitentes Blancos; acá, las mozas del partido con vividores y rufianes; acullá, los artesanos y los traficantes en sus talleres y en sus tiendas.

Y además de la vida normal, con la exacta reconstitución de usos y costumbres, extraordinarios acontecimientos, como triunfales entradas de elevados personajes, cortejos aparatosos y fiestas religiosas y profanas.

Ese París viejo es un capricho genial, un poema de mágico efecto, y al mismo tiempo un documento de primer orden, creado por uno de los hombres más identificados con la arquitectura y la vida de la antigüedad.

Justo es consignar que Robida ha tenido un excelente colaborador en Benouville, arquitecto jefe de los Monumentos históricos é individuo del Jurado de arquitectura en la Exposición de Bellas Artes de este año. Bajo la inspiración de Robida, el arquitecto ha levantado los planos, dirigido las construcciones y hecho tangible y viva la maravillosa concepción del artista.

La mitad del París viejo está construído sobre el Sena y la otra mitad sobre el ribazo del malecón de Billy. La decorativa fachada que da al río, se extiende desde la proximidad del puente del Alma hasta unos trescientos metros más abajo. Descansa el conjunto de edificios, plazuelas y callejones sobre una plataforma que no mide menos de seis mil metros cuadrados de superficie.

Esta plataforma se encuentra á cinco metros sobre el nivel ordinario del Sena; altura á que nunca han llegado las mayores crecidas del río. Queda, pues, descartado todo peligro de inundación por alguna fuerte avenida de las aguas fluviales. Tampoco hay que temer nada de la fuerza de la corriente. La plataforma se apoya en un millar de estacas clavadas á la mayor profundidad posible y unidas entre sí por doscientos mil kilogramos de armazones de acero sólidamente atornillados, con un sistema de tornapuntas que aseguran la solidez del conjunto. La longitud total de esas estacas unidas por sus extremos, representa una línea de once mil metros; el apoyo que constituyen ofrece un resistencia de cuatro mil kilogramos por metro cuadrado de superficie, y cada estaca puede soportar un peso de veinticinco mil.

Una de las curiosidades de este París de antaño será la nave al estilo del siglo XV, que enarbolando el pabellón de los antiguos colores parisienses y tripulada por marinos en traje de la época, paseará á los visitantes del siglo XX por el mismo cauce que siguieron las pesadas barcas de los romanos de César y los bateles de los rudos normandos que venían á atacar las torres de madera de los galos de Lutecia. Esa nave, con su alegre pasaje de cosmopolitismo moderno, sintetizará admirablemente la idea del *viejo París:* el Pasado redivivo en el Presente.

Hace mucho tiempo que esa idea germinó en la atrevida mente de Robida. El éxito obtenido por el viejo Amsterdam en la Venecia del Norte, durante la Exposición de 1883, y el que alcanzaron en París, durante la Exposición de 1889, el viejo arrabal de San Antonio, con la Bastilla y la calle del Cairo, fueron precedentes cuyas indicaciones se han aprovechado en todas partes.

En estos últimos tiempos, las reconstituciones arquitectónicas de ciudades ó barrios pasados á la historia, han sido las curiosidades más llamativas de los concursos universales.

La «Vieja Amberes,» de que tanto se habló el 95; el «Viejo Berlín;» la «Aldea Suiza» de Ginebra; el «Viejo Bruselas» y últimamente el «Viejo Ruán» contribuyeron en gran manera al éxito de las Exposiciones celebradas en estas ciudades.

El París de 1900 no podía menos de tener su «Viejo París.» Y como Robida ha querido que su obra superase á las de sus predecesores, en esta reconstitución se observa efectivamente un considerable progreso. Exceptuando la de Amberes y algunos edificios de la Aldea Suiza, las demás «Viejas ciudades» sólo eran practicables en las plantas bajas; el resto era pura decoración teatral. Aquí se puede ir desde los sótanos hasta las buhardillas de las casas, cuyo interior ha sido tan escrupulosamente ejecutado como el exterior. Los visitantes podrán formarse una idea completa de los usos y costumbres de los parisienses de tan remota época, viendo reconstituídas sus habitaciones con el mobiliario, utensilios y demás elementos de vida pública y privada.

Robida, ante la imposibilidad de presentar en toda su extensión histórica barrios enteros, se ha esforzado en dar impresiones muy reales y verdaderas de los barrios más característicos del París viejo, agrupando en un espacio reducido lo más interesante de la antigua ciudad.

Así, tal edificio es un compuesto de varias construcciones similares, que reunen recuerdos arqueológicos tomados de diversos puntos. Y esta selección hace de semejante reconstitución histórica, muy real y exacta en suma, una obra de arte incomparable.

Esta no se limita, como sus similares de que hemos hablado, á reproducir una sola época. La arquitectura, lo mismo que las costumbres y la vida toda de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, se representan, una al lado de otra, sobre este vastísimo escenario, con su infinita variedad de aspectos.

El proyecto de Robida fué acogido con entusiasmo por M. Picard, Comisario general, y por M. Bouvard, el gran organizador de las fiestas de la Exposición. Estos hábiles directores de escena comprendieron desde luego, con su gran sentido artístico y su profundo conocimiento de los gustos del público, todo el partido que se podía sacar de un «París viejo» tan pintoresco y tan sabiamente concebido.

En el plano general de la Exposición, el gran centro decorativo se hallaba situado sobre los ribazos del río. Los palacios de la orilla derecha, que avanzan sobre el agua, forman con los pabellones extranjeros, edificados sobre la margen izquierda, una calle maravillosa, fantástica, de un efecto indescriptible, con el caudaloso Sena por *arroyo.* En el recodo que éste forma entre el puente del Alma y la parte oriental de las exhibiciones coloniales del Trocadero, había un hueco que llenar de modo que todas las partes del hermoso panorama se armonizasen, sin solución de continuidad, para el buen efecto del conjunto. Toda repetición excesiva, aunque se trate de espléndidos palacios, resulta monótona. Por esto, á continuación de los grandiosos edificios destinados á los Congresos y á las exposiciones de horticultura y arboricultura, inmediatos al palacio de la Ciudad de París, convenía levantar algo distinto, que no desmereciese de lo demás.

Para llenar aquel hueco se pensó naturalmente en el proyecto de Robida, y el «viejo París» ha resultado, desde todos los puntos de vista, una maravilla destinada á un éxito colosal.

Su situación es excepcional, en plena Exposición, sobre esa vía incomparable que forma el río con sus márgenes convertidas en series de palacios; vía surcada por innumerables buques eléctricos y de vapor, llena de vida, de movimiento y de regocijo.

Su efecto decorativo es sorprendente. Esa larga hilera de edificios y monumentos, cuya profusión de torreones y flechas se dibujan en el espacio reflejándose en el río, atraen de todas partes la mirada y producen verdadero encanto.

Y si de tal modo cautiva su solo aspecto, ¿qué será cuando lo animen el espectáculo de su *población* atareada, de los cortejos que cruzarán sus calles, de las fiestas nocturnas que la transformarán en una ciudad fantástica, de los teatros en que á los cantos y declamaciones de los artistas seguirán sin duda los aplausos de los espectadores? Y además de esas fiestas, habrá mesones en que comer los manjares más famosos de la cocina antigua, y tabernas donde beber al arrullo de excelentes orquestas, y comercios servidos por vivarachas vendedoras.

Desde cualquiera de las plazas ó de los miradores que dan al Sena, el panorama que se ofrece á la vista es verdaderamente maravilloso.

Los tres aspectos distintos que ofrece el «viejo París» se derivan de lo que podríamos llamar las tres expresiones de vida que en él forman contraste, para mayor encanto del público.

Esas expresiones de vida representan *el París de las Escuelas, el París de las artes y oficios* y *el París de la moda.*

Dará gusto ver á la juventud escolar más ocupada en divertirse doquiera ofrece tentaciones el placer, y hasta en andar á cintarazos en el Pré aux Clercs, que adquirir *sapientia* en los colegios de los ingleses, de los daneses, de los escoceses y de los irlandeses, amén de los cursos de idiomas, ciencias y letras de los profesores franceses.

El principal centro del París de las artes y oficios será el *Pont au Change,* convertido, como antiguamente, en una verdadera calle, en que tendrán instalados sus talleres y comercios los tiradores de oro, los joyeros y plateros, judíos, lombardos ó florentinos, junto á las casas de banca y cambio de moneda y entre puestos de cambalaches y baratijas de toda especie.

Este puente era para el París de entonces lo que es cualquiera de los bulevares para el París moderno. Frecuentado por la nobleza y la clase media rica, estaba destinado, como sus inmediaciones, al comercio de lujo. En sus tiendas se vendían pieles y telas preciosas, géneros raros, objetos curiosos, de las más remotas procedencias.

El París de la moda ofrecerá particular interés para el bello sexo.

Sobre el «Pont au Change» y en la «Feria de San Lorenzo» triunfarán por la belleza, la gracia y el *chic* parisiense, en tiendas galantemente aparroquianadas y bajo llamativos trajes antiguos, las costureras, modistas, bordadoras, guanteras, floristas, vendedoras de perfumes y novedades, todas las hadas proveedoras de las elegancias femeninas de París.

Y para que no se diga que el bello sexo es exclusivo y egoísta, se ha acordado admitir en ese emporio de la moda algunos sastres y peluqueros.

Réstanos decir que este «viejo París» se halla dividido en tres grupos de construcciones en otros tantos barrios: el de la *Edad Media,* el del *Mercado* y el grupo de los *Barrios Bajos,* no en el sentido que en español damos á esta expresión, sino en oposición al barrio de la Edad Media, que constituye el grupo de la parte alta. Este se extiende desde la puerta de San Miguel hasta la iglesia de San Julián de los Ministriles, y representa el siglo XV. El barrio del Mercado nos transporta al siglo XVIII. Y en el barrio inferior hallamos construcciones de diferentes épocas, como el Chatelet y el Pont au Change, que son del siglo XVII; la calle de la Feria de San Lorenzo, que es del siglo XVIII, y el Palacio, que es del Renacimiento.

Cuando asistamos á las grandes escenas y cortejos de que serán teatro estos diferentes barrios, entraremos en detalles sumamente curiosos que hemos omitido en esta rápida descripción de conjunto.

Juan B. Enseñat

(1) En uno de los próximos números publicaremos una colección de grabados que dará idea completa del *París viejo* y vendrá á ser la ampliación gráfica de la presente crónica.



JAIME BALMES

¡Balmes! ¡Qué nombre tan glorioso! Sin duda fué este hombre ilustre el más grande de cuantos en el presente siglo honraron, así en las letras como en las ciencias, en la filosofía y las artes, á nuestra España.

No es una exageración ciertamente decir que el primer músico, el primer pintor y el primer filósofo de nuestros tiempos corresponden á España: Eslava, Rosales... y sobre todo Balmes.

Aún no sabemos bien lo que Balmes supone en el mundo de las grandes inteligencias; y si tratándose del gran maestro Eslava ó del gran pintor Rosales podría haber quien estimase como extremosa nuestra apologética afirmación, no cabe duda que al tratarse de Balmes se nos puede acusar de extremosamente parcos en la alabanza.

Cataluña ofreció un hombre de soberana inteligencia y en el cual era admirable y armónico el desarrollo de las facultades del juicio; Andalucía, Valencia, las regiones todas de España venían brindándonos como en competencia poetas, oradores, hombres de imaginaciones brillantes y de inspiraciones fogosas: entre todos estos hombres había más ó menos marcada diferencia en los grados de su fantasía ó en la fecundidad de sus imaginaciones... Epoca fué de cantores y de tribunos populares, de románticos y de propagandistas... Sólo hubo un pensador: Balmes. ¡Qué pensador! Claro, conciso, de robustísima lógica, de muy amplia cultura.

Su vida íntima fué el trabajo. Poco, muy poco pudo saberse del gran filósofo, y cuanto se sabe ofrece un carácter de severidad y de sencillez verdaderamente estoicas.

Un anciano, que ya encorvado y arrastrando sus pies iba y venía hasta hace poco por la iglesia de San Sebastián de Madrid, D. Francisco, el sacristán primero de dicha parroquia (hoy jubilado), suele decir:

– Ayudé á misa á D. Jaime Balmes y le traté mucho. Tengo esa gloria.

Al citado D. Francisco debemos algunos datos interesantes de la vida de Balmes.

Era Balmes hombre grave, pero de afabilísimo carácter; su temperamento nervioso-sanguíneo dábale las potencias más seguras para haber podido pasar muy larga y gustosa vida..., pero el trabajo, el fiero trabajo, la terrible fiebre del trabajo consumió las energías del joven filósofo.

No fué el suyo trabajo de hombre ambicioso ó codicioso por sí y para sí... Precisamente en el fundamento de su excesiva actividad se revela el poderío de su espíritu maravillosamente talentoso y maravillosamente bueno... Se apresuró Balmes en su trabajo, entendiendo que «su siglo» marchaba rápidamente por caminos peligrosos y era urgente avisarle, y le avisó..., y la obra de Balmes, apreciada hoy que una saludable reacción de la cultura religiosa se manifiesta en las sociedades, resulta cumplida profecía.

Muy animoso y bien dispuesto despertábase á las cuatro y media invariablemente todos los días, decía misa á las cinco y en esto empleaba media hora, pasaba otra media en meditación, luego repasaba los periódicos y al fin disponíase al trabajo, no sin leer antes algunas páginas de las Sagradas Escrituras.


JAIME BALMES

¿Cuánto duraba el trabajo de este gran pensador? ¿Cómo apreciarlo? Mil y mil veces la poderosa fuerza de su inspiración le impelía á no cesar..., y por una de estas prodigiosas impulsiones, en pocos días produjo su magnífico libro *El Criterio*, del cual dijo que si de nuevo se hubiese visto en la necesidad de escribirlo, hubiéralo repetido letra por letra..., tan portentosamente se había operado en aquella inteligencia la acción del pensamiento y tan firme era en convicciones su conciencia.

Pudo dictar á cuatro escribientes á la vez y cuatro obras distintas. Su poder de asimilación era tan admirable, que en brevísimo tiempo logró hacerse un gran matemático, y en sus últimos tiempos y á pesar de la variedad inmensa de sus trabajos, había alcanzado el completo conocimiento de la literatura europea contemporánea.

Suave en su decir, grave á la vez que expresivo, mostraba un continente reposado; si el brillo de sus inteligentísimos ojos resplandecientes no hubiera fulgurado el aire de modestia y hasta de timidez con que á veces se manifestaba, le hubiera hecho aparecer tal vez como hombre víctima de incertidumbre é inseguro de sí mismo.

Fué para sus amigos constante, digno, afectuoso, caballeresco, consejero imparcial y franco, ayuda servicialísimo y generoso y tolerante.

Poco casi sabíamos de Jaime, poco de sus gustos ó recreaciones.

Sabíamos que durante su estancia en París recorrió la gran villa, y en brevísimo tiempo conoció el carácter de su población, sus monumentos y sus costumbres, de modo que hubiera podido escribir un libro tal como el que mejor escribiera el parisiense más entrañablemente ligado á su pueblo natal.

Sabíamos que Balmes, que en Vich se imponía una hora de paseo diariamente y como una obligación, hizo siempre cuanto estuvo de su parte para cumplir *este deber* físico...; pero no, no, el trabajo, tirano feroz, tirano de Balmes, le privó de todos..., hasta de los más honestos goces... y al fin prematuramente le arrebató la vida.

Nuestra sorpresa fué grande cuando visitando la biblioteca del conde de Doña Marina, galante amigo nuestro, nos mostró una cajita de madera llena de figurillas de hueso y nos dijo:

– ¿A que no acierta usted á decirme de quién fué esta cajita de ajedrez?

– De Napoleón, dije.

– Tengo entendido que jugaba..., también se dice que Federico el Grande era jugador..., mas no, no perteneció á ningún monarca ni gran general... Este ajedrez fué propiedad de Jaime Balmes, dijo el conde.

Viva fué mi emoción al ver aquella pobre cajita de figurillas de muy sencillo labrado, ¡el juguete del genio, el pasatiempo del más grande de los filósofos modernos, el recreo del español más ilustre de nuestros tiempos!

Metidita aquella caja entre los libros del pobre presbítero, oculta en la modesta estantería de su cuarto, sólo de tarde en tarde, cuando por descanso quisiera el gran pensador distraer su espíritu y cuando hubiera amigo dispuesto á la batalla, saldría el juguete del escondite. ¡Qué recreación tan propia de su severo y noble carácter, de su elevado espíritu y sobre todo de la serenidad y agudeza de aquel su soberano entendimiento!

Sentíme orgulloso; los aficionados á tan ingenioso juego podemos envanecernos al saber que Balmes era de tal afición, y claro es que nos ha de tentar el deseo de imaginarnos y conjeturar cuál sería el carácter de su juego, y por fin si por tal ejercicio raciocinador jugaba el filósofo ó filosofaba el jugador.

Cuando en lo dicho pensaba, no pude menos de recordar aquel hermoso, breve y clarísimo juicio, modelo de expresión didáctica, que el ilustre Jaime Balmes formula en uno de sus libros sobre el cálculo de probabilidades, ¡lógica profunda de lo que se ignora!

Sendos ejércitos, cuál blanco, cuál negro, en número de dieciséis piezas cada uno y así éstas variadas por la misma gradación de jerarquías y sometidas á disciplina y leyes de guerra iguales..., sirven á dos jugadores que faz á faz, mano á mano con sus solda-

dos operan por lograr victoria, contando sobre un tablero de casillas negras y blancas con dieciséis de campo propio cada jugador y ambos con treinta y dos, en las cuales habrán de desplegar sus tropas según una bien precisada táctica y una ingeniosa estrategia.

Ved el mundo en sesenta y cuatro casillas; ved la humanidad en treinta y dos piececitas; ved la variedad de condiciones en las distintas formas y el diverso valor relativo de unas piezas sobre otras; ved las diferencias que ya por raza, por patria ó por interés ó por vanagloria se marcan en la humanidad; ved en fin las mudanzas de dirección que por ventura, desgracia, pasiones, perseverancia ó impaciencia, altivez ó cobardía... ó por acaso, es decir, por lo inexplicable, toma el hombre... Ved simbolizada por verdaderos símbolos de precisión matemática, por sucesión numérica y por expresión geométrica, ¡la vida!

¡Ah, cuán gustoso y tentador es este juego si el hombre que á tal fingida batalla se entrega sabe regular bien las facultades mentales y si se detiene á admirar el alma del contrario!. Por ejercicio alguno podemos hacer estudio más provechoso del carácter, de los talentos del alma humana.



Entrada de Jesucristo en Jerusalén, cuadro de Eduardo de Gebhardt

No se tenga como jugador al que lo fuere por una enseñanza rutinaria que aplica soluciones conocidas para casos conocidos; á tales jugadores quédales muy limitado el juego, y preciso es entonces usar con ellos de una absoluta benevolencia, como la que se usa á veces, casi siempre, con los niños cuando se hacen ilusión de luchar con un hombre y el hombre aparenta ser vencido...; hablemos del jugador de permanente inventiva, ¡el jugador de alto ajedrez!

Este sí que fija su estilo, marca la naturaleza singular de su ánimo, y unas veces nos sorprende con lo misterioso de sus planes, otras con la rápida resolución del problema; á veces acude con presteza con un ejército agresivo audacísimo á destruir nuestro ejército, aturdirlo, desmoralizarlo, desbaratarlo: otras, reposada, firme, gradual, clarísimamente, va realizando un plan pasmoso, que vemos, que entendemos y contra él nos es imposible revolvernos. ¿Pues y



La resurrección de la hija de Jairo, cuadro de Eduardo de Gebhardt



DEJAD VENIR A MI LOS NIÑOS, cuadro de Matías Schmid

cuando el talentoso contrario peca de imaginador y distraído? No menor diversión se ofrece cuando descubrimos su astucia y por último cuando hemos de reconocer su victoria. De las nuestras no hablemos: con decir que cuentan que á un santo muy hecho á penitencias dijéronle que se fingiese vencido en ajedrez y replicó: «Esto sería ofender á Dios fingiendo que me había abandonado dejándome ser más tonto de lo que soy,» dicho está, con esto que no pasa de ser un cuentecillo, cuán grande gusto se halla en la victoria propia.

¿Halago de la vanidad?.. Entre jugadores verdaderos no puede ser muy extremosa esta vanidad, porque conocen lo efímero de la *gloria*. Aquí entra lo profundo, lo imponente de este juego; no es vanidad; el jugador conoce el misterio del destino. Es alegría del corazón por haber defendido y favorecido una causa y unas gentes... que no son ni causa ni gentes.

Allí en el tablero ha habido historia, hechos, pretensiones, porfías, afanes, casos extraordinarios; una reina, por ejemplo, es decir, un centro de ejército vergonzosamente destruído, y peoncillo – humilde zapador – al cual se debe la victoria. Pues bien: todo esto pasó, ya fué, de ello nada queda. ¿Qué es hoy la Asiria? ¿Qué de los Faraones, el pomposo Egipto, la Fenicia diligente, Cartago avara?; ¿qué representan para nosotros sus luchas, sus empresas, sus grandezas y sus desdichas?.. ¡Un juego olvidado! ¡Nada hay despreciable y vano! El ajedrez, para unos pasatiempo, para otros ejercicio en que educar la atención, para pocos educación del corazón en el delicado limar y pulir el amor propio y educación del juicio en el ajuste de una disciplina según medio, espacio y tiempo para el propósito ó intento; el ajedrez resulta al hombre pensador una verdadera lección de lo accidental aunque armónico, transitorio aunque regulado, de la vida mundana.

¿Qué sería para Jaime Balmes ese curioso juego? Nos atrevemos – ¡perdón, lector, por tal atrevimiento, que de éste sea disculpa nuestra admiración al maestro! – nos atrevemos á suponerlo. El ajedrez muchas veces sería motivo experimental para que el filósofo contemplase esa pasmosísima ley que preside al concurso de eventualidades y contingencias laboriosamente estudiado por el calculista de probabilidades. Dificultoso tema para el raciocinio matemático, pero verdad que rechaza poderosa y luminosa todas las necias y disparatadas hipótesis que hacen del acaso inteligencia.

Boufills fué paisano y amigo de Balmes. Boufills enseñó al gran maestro de filosofía, al gran publicista, el arte de juego de ajedrez; á los ocho días Balmes hacía contra-gambitos á todos los gambitos y daba á su instructor el mate de peón de caperuza, y á los quince días planeaba según los grandes jugadores de alto ajedrez.

Quince días para dominar un juego que á un gran matemático ruso inspiró una voluminosa obra de cálculo en ocho pesados tomos, que el Sr. Echegaray ha tenido en sus manos y ha examinado detenidamente, quince días bastaron para que Balmes fuese invencible en toda partida y no hallara jugador que con él pudiese competir.

¡Jugar el genio! ¡Jugar Balmes! ¡Qué impresión tan profunda nos produjo ver la cajita preferida! Salimos de la biblioteca y creíamos ver por ensueño de nuestra exaltada imaginación y en confuso aparecer grupos de figuras de ajedrez y de figuras humanas, cual si éstas y aquéllas igualmente animadas nos ofreciesen, ya la exposición enredosa de una partida, ya la iniciada evolución de una época histórica; previsiones del jugador invencible y del filósofo que acertó en sus vaticinios políticos de modo tan seguro como tan sólo Meternich, Palmersthon, Pit, Gladstone, Bismarck, los grandes hombres de Estado, han podido hacerlos.

La persona de Balmes ofrecía todos los aspectos y expresiones que sucesivamente correspondían á las variadas fases de sus talentos. Cuentan que era austero como sacerdote, hábil y destrísimo como político, profundo y razonador como filósofo y de hablar abundante y elegantísimo como literato. Las maneras, nunca exageradas, eran infantiles con los niños, mesuradas con los ancianos, fáciles con los cortesanos; y con todo, su continente jamás mudaba, á pesar de tales variedades; siempre era digno y sencillo.

No ha tenido España pérdida mayor que la sufrida con la prematura pérdida de aquel ilustre sacerdote que sentó ya desde su humilde cátedra de Vich las bases para esa potentísima obra de la moderna cultura católica; él, que como luchador verdaderamente atlético empezó con fortuna envidiable y obteniendo victorias certísimas, la lucha con el materialismo, por aquellos años triunfante, y hoy derrotado.

Balmes aún no es conocido verdaderamente... Cuando lo sea, un gran espíritu presidirá el curso progresivo de la educación y en general de la evolución de la cultura española.

José Zahonero

RACIMO DE TRADICIONES

La tradición, como la leyenda, ejerce indudable prestigio en las imaginaciones; brinda con frecuencia una enseñanza; evoca recuerdos; señala caracteres de las generaciones que nos han precedido, y es, en suma, grato manjar que regala y paladeamos con fruición.

Algunos espíritus apegados al culto materialista contemporáneo, quizá estiman cosa baladí pensar en la tradición cuando nos aproximamos al siglo XX; pero semejante manera de discurrir no inclina la balanza en contra de ese género literario; porque donde aparece y palpita lo extraño, lo nuevo, lo que impresiona, allí la curiosidad y el interés toman parte activa.

Esto apuntado, voy á referir con la brevedad posible tres tradiciones de Granada que no he visto en libro alguno, aun siendo muchos los consagrados á narrar las que conserva la ciudad histórica de los cármenes y los monumentos árabes, que subsisten al par de los erigidos por el genio cristiano.

Helas aquí.

EL FAROL DE SAN MATÍAS

La iglesia de San Matías da nombre á una calle tortuosa y estrecha, en cierto modo, según la antigua usanza; y en cuanto al templo, nada tiene de notable en ornamentación arquitectónica ni en lienzos murales que soliciten mención ó estudio.

La sencilla fachada exhibe en una modesta hornacina la imagen del titular, á la que presta luz durante la noche un farolillo.

Era costumbre en pasados tiempos que el sereno de aquellos contornos tuviese la *parada* (como hoy se dice) en un peldaño de la escalinata que conduce al atrio de la iglesia, pero tal práctica ha desaparecido desde que ocurrió lo que voy á decir.

Hallábase una noche acurrucado el sereno, inmóvil y silencioso, á la manera de esfinge, y vió llegar un hombre que acercándose al farol colocado junto al chuzo, pronunció secamente estas palabras:

– Con permiso de usted, voy á encender el cigarro.

Y mostró un pitillo.

Debía ser el vigilante individuo malhumorado, pues contestó en tono desabrido:

– Amigo, yo no doy lumbre. Váyase de aquí y encienda en otra parte.

– Entonces, el santo me la dará, repuso el recién llegado (que era el diablo en persona).

Y al mismo tiempo empezó á crecer su cuerpo desmesuradamente, hasta el punto que una de sus manos abrió la portezuela del farol que prestaba luz á la efigie, y en efecto, encendió el cigarro.

Hecho esto, recobró el diablo sus naturales proporciones, y sin despedirse, siguió su camino, en tanto el sereno, sudando la gota gorda, se santiguaba por vigésima vez.

De seguro es inverosímil la tradición, pero encierra una moral que no vacilamos en traducir de este modo:

– Todo el mundo tiene obligación de hacer un favor, aunque sea al diablo, porque la justicia divina protege al ofendido sin razón.

EL ZAPATO DE PLATA

Hay en el convento de Capuchinas ó de San Antón una capilla, y en ésta un crucifijo de tamaño natural, vestido con larga túnica y mostrando en el purísimo rostro expresión inefable de respeto.

Llámase generalmente la escultura el *Cristo del zapato*, porque el pie derecho aparece encerrado en uno de plata, mientras el izquierdo está desnudo.

Refiere una tradición piadosa lo que seguidamente apunto y refrescar la memoria se conservado en la memoria.

Cierta viuda infeliz era mantenida á duras penas con el producto mísero del trabajo afanoso de su hija.

Esta cayó enferma y faltaron los recursos en el triste hogar.

Ante apuro por el estilo, fué una mañana la viuda á la iglesia de las Capuchinas, y postrada de rodillas frente al Cristo, llorosa y con fervoroso afán, pidióle consuelo.

Movió el Redentor el pie izquierdo y cayó el zapato de plata junto á la mujer, que trémula de espanto lo llevó á la sacristía, relatando el caso al capellán del convento.

Creyó el sacerdote que las palabras balbucientes de la mujer eran un pretexto para robar la alhaja, y agarrando ésta la colocó en el pie de la divina efigie; pero el Señor la dejó caer de nuevo, con asombro del cura y de la viuda.

– Hija mía, exclamó el sacerdote, es la voluntad manifiesta de Dios. Tome el zapato y remedie su merced las necesidades de su casa. ¡Alabado sea Dios!

¿Preguntaréis por la enseñanza de la tradición?

La respuesta resulta en extremo sencilla, pues se limita á decir con elocuencia todo lo que vale la fe.

LA CASA DE LA CABRA

El Albaicín, barrio de Granada, un tiempo levantisco y temible por sus revueltas y asonadas, y ahora apacible y soñoliento, que parece petrificación extraña de una edad fenecida, pero que ha dejado huella palpable de su manera de ser, era la residencia de un zapatero llamado maese Frasquito, en la época del poderoso rey D. Felipe II.

Maese Frasquito era tan conocido como pobre y desventurado, como por su carácter bondadoso que cautivaba sin esfuerzo las voluntades.

El hombre tuvo una noche singular ensueño que, en síntesis, representaba el mandato de que fuese á Madrid, y colocado pacientemente en la Puerta del Sol, esquina á la calle del Arenal, esperase hasta encontrar (según le había de acontecer) un tesoro.

Los términos eran rotundos, y unida á esta circunstancia la flaqueza humana, con el acicate de la fantasía andaluza, el zapatero creyóse dueño de perdurable bienandanza.

El caso nada tiene de raro, porque el tipo del *Gedeón* contemporáneo encontró siempre numerosos prosélitos; y de seguro entre los más fervientes debemos contar á maese Frasquito, porque abandonó la lezna, el tirapié y demás útiles del oficio y fuése á la corte, Dios sabe con cuántas fatigas, y se situó en el lugar antedicho.

El mancebo de una botica inmediata veíale uno y otro día. Se saludaron al principio, y por último aquél acabó por interrogarlo así:

– De seguro algún negocio de trascendencia lo trae á usted por Madrid, puesto que no abandona la esquina. ¿Qué cosa es ello, si puede publicarse?

– Es verdad, contestó maese Frasquito, y voy á ser franco. Vivo en Granada y soñé una noche que si viniese á esta villa y me instalase donde usted me ve, encontraría un tesoro.

El mancebo soltó la carcajada y repuso:

– ¡Válgame Dios! Mentira parece que hallen crédito ciertas cosas.

– ¿Por qué?

– Figúrese usted que yo he soñado hace tiempo con el hallazgo de un tesoro en Granada, y sin embargo, ni me muevo de mi botica ni cosa que lo valga. Es más: juro por mi fe de cristiano que celebraría que lo encontrase cualquiera persona honrada.

– ¿Conque usted ha soñado?..

– Sí, señor; que una vieja casa del Albaicín tiene incrustada en el portal la figura de una cabra, y que en el vientre de ésta hay un tesoro, bastante para hacer la felicidad del hombre más descontentadizo.

(Era la casa de maese Frasquito.)

Vaciló emocionado el zapatero, despidióse del mancebo, regresó á su hogar abandonado y refirió á su esposa el diálogo precedente.

De madrugada, cuando los vecinos dormían, tomó el zapatero un martillo, y en compañía de su mujer, que iba provista de un candil melancólico, subió á una silla y golpeó el vientre de la escultura, trazada por artífice de escaso vuelo.

Los pedazos de mezcla saltaron súbito, y en pos los ladrillos, y por último, cayó sobre el pavimento un torrente de monedas de oro.

Los esposos se miraron con indefinible expresión, y no acertaron á formular frase alguna. La realidad del ensueño se imponía con argumento indiscutible, y la riqueza de presente y el bienestar para lo futuro aparecían asegurados.

Apresuróse la sencilla mujer á ocultar el tesoro, y maese Frasquito repelló cuidadosamente el agujero que abrió el martillo en el vientre de la cabra.

Ese remiendo subsiste á pesar de los años transcurridos, y el tono de su color, distinto del que ofrece el resto de la figura, revela la operación allí ejecutada.

El matrimonio vivió en adelante feliz, pero no supo asignar á lo acontecido el concepto que tenía y que nosotros vamos á explicar.

Pedir á los caprichos de la fantasía la fortuna teniéndola á nuestro lado, es locura insigne.

En otros términos: la verdadera fortuna está en el culto que debemos rendir á la familia y al hogar.

Augusto Jerez Perchet

GUERRA ANGLO-BOER

Hemos de empezar esta crónica con una nota triste, la de la muerte del general Joubert, acaecida en Pretoria el día 27, á consecuencia, según se dice, de una enfermedad de estómago que hacía tiempo venía padeciendo. Los periódicos de todo el mundo, inclusos los ingleses, dedican grandes elogios al generalísimo boer, reconociendo y señalando sus brillantes cualidades militares y los valiosos servicios prestados á la República del Transvaal. Es innegable que el fallecimiento del generalísimo constituye una gran pérdida para los boers; pero no es de suponer que ejerza influencia definitiva en el curso de la guerra. Dícese que le sucederá el general Botha, aunque algunos creen que el propio presidente Kruger se encargará del mando en jefe de las tropas y de la dirección de la campaña.

Entre las pocas noticias últimamente recibidas sobre operaciones militares sólo merecen consignarse las derrotas sufridas en Lobatsi por el coronel Plumer, que se dirige hacia Mafeking, y en Bethulia por el general Gatacre: el gobierno inglés no ha concedido importancia á estos hechos de armas; y como ha extremado la censura y sólo sabemos lo que él quiere que sepamos, á lo que él nos dice hemos de atenernos en nuestras referencias.

GUERRA ANGLO-BOER. – Prisionero boer conducido por dos soldados ingleses al través de las líneas de Modder-River (de una fotografía de Reinhold Thiele)

Concedían los ingleses gran importancia á la captura del comandante boer Ollivier, y confiaban en que no tardaría en caer, con toda su artillería y considerable impedimenta, en poder de las columnas que le perseguían. Pero sus esperanzas han salido fallidas, pues Ollivier ha logrado, según parece, escapar á esa persecución, ejecutando habilísimos movimientos y pudiendo salvar el importante convoy que conducía.

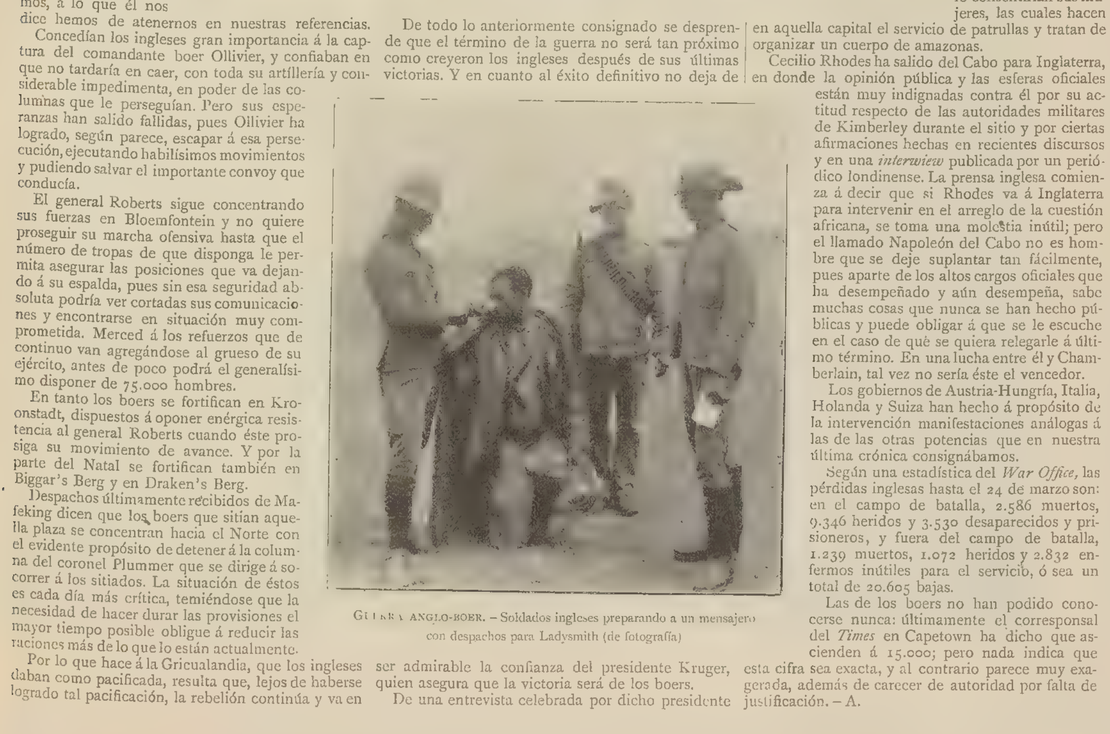
El general Roberts sigue concentrando sus fuerzas en Bloemfontein y no quiere proseguir su marcha ofensiva hasta que el número de tropas de que disponga le permita asegurar las posiciones que va dejando á su espalda, pues sin esa seguridad absoluta podría ver cortadas sus comunicaciones y encontrarse en situación muy comprometida. Merced á los refuerzos que de continuo van agregándose al grueso de su ejército, antes de poco podrá el generalísimo disponer de 75.000 hombres.

En tanto los boers se fortifican en Kroonstadt, dispuestos á oponer enérgica resistencia al general Roberts cuando éste prosiga su movimiento de avance. Y por la parte del Natal se fortifican también en Biggar's Berg y en Draken's Berg.

Despachos últimamente recibidos de Mafeking dicen que los boers que sitian aquella plaza se concentran hacia el Norte con el evidente propósito de detener á la columna del coronel Plummer que se dirige á socorrer á los sitiados. La situación de éstos es cada día más crítica, temiéndose que la necesidad de hacer durar las provisiones el mayor tiempo posible obligue á reducir las raciones más de lo que lo están actualmente.

Por lo que hace á la Gricualandia, que los ingleses daban como pacificada, resulta que, lejos de haberse logrado tal pacificación, la rebelión continúa y va en aumento cada día: los boers se han apoderado de Gricuatown y de otras poblaciones y ven engrosar continuamente sus filas con los contingentes sublevados.

De todo lo anteriormente consignado se desprende que el término de la guerra no será tan próximo como creyeron los ingleses después de sus últimas victorias. Y en cuanto al éxito definitivo no deja de ser admirable la confianza del presidente Kruger, quien asegura que la victoria será de los boers.



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldados ingleses preparando a un mensajero con despachos para Ladysmith (de fotografía)

De una entrevista celebrada por dicho presidente con un redactor del *New York Herald* entresacamos las siguientes afirmaciones que nos parecen interesantes. Dijo Kruger al periodista: que la guerra ha sido promovida únicamente por la codicia de Rhodes y demás mineros millonarios; que los boers cedieron cuanto pudieron hasta convencerse de que Inglaterra sólo quería la pérdida total de su independencia; que no esperan auxilio de las potencias, aunque están satisfechos de las simpatías que en todas partes despierta su causa, y que el Transvaal está dispuesto á firmar la paz, pero siempre sobre la base de su independencia. Terminó diciendo: «Los boers están en manos de Dios y Dios no les dejará perecer. Nuestras fuerzas totales se elevan á 40.000 hombres, pero con la ayuda divina podemos triunfar. Doscientos individuos de mi familia combaten actualmente y preferiría verlos morir á todos antes que ceder á la impía agresión de Inglaterra. Se trata, pues, de una lucha por la libertad ó la muerte.» Y este es el espíritu que reina entre todos los boers, no sólo entre los hombres, sino que también, y quizás en mayor grado, entre las mujeres. En efecto, según una carta de un alemán residente en Johannesburgo, publicada por un periódico de Berlín, aun que los boers quisieran deponer las armas no lo consentirían sus mujeres, las cuales hacen en aquella capital el servicio de patrullas y tratan de organizar un cuerpo de amazonas.

Cecilio Rhodes ha salido del Cabo para Inglaterra, en donde la opinión pública y las esferas oficiales están muy indignadas contra él por su actitud respecto de las autoridades militares de Kimberley durante el sitio y por ciertas afirmaciones hechas en recientes discursos y en una *interwiew* publicada por un periódico londinense. La prensa inglesa comienza á decir que si Rhodes va á Inglaterra para intervenir en el arreglo de la cuestión africana, se toma una molestia inútil; pero el llamado Napoleón del Cabo no es hombre que se deje suplantar tan fácilmente, pues aparte de los altos cargos oficiales que ha desempeñado y aún desempeña, sabe muchas cosas que nunca se han hecho públicas y puede obligar á que se le escuche en el caso de que se quiera relegarle á último término. En una lucha entre él y Chamberlain, tal vez no sería éste el vencedor.

Los gobiernos de Austria-Hungría, Italia, Holanda y Suiza han hecho á propósito de la intervención manifestaciones análogas á las de las otras potencias que en nuestra última crónica consignábamos.

Según una estadística del *War Office*, las pérdidas inglesas hasta el 24 de marzo son: en el campo de batalla, 2.586 muertos, 9.346 heridos y 3.530 desaparecidos y prisioneros, y fuera del campo de batalla, 1.239 muertos, 1.072 heridos y 2.832 enfermos inútiles para el servicio, ó sea un total de 20.605 bajas.

Las de los boers no han podido conocerse nunca: últimamente el corresponsal del *Times* en Capetown ha dicho que ascienden á 15.000; pero nada indica que esta cifra sea exacta, y al contrario parece muy exagerada, además de carecer de autoridad por falta de justificación. – A.





JESUCRISTO EN EL HUERTO DE GETHSEMANI, CUADRO DE ERNESTO HILDEBRAND

NUESTROS GRABADOS

Amor al prójimo, escultura de José Kassin.— En memoria de su difunta esposa Bettina, el barón Alfonso de Rothschild fundó en el Hospital Isabel de Viena un pabellón destinado á mujeres gravemente enfermas, al que dió el nombre de su mujer y dotó de todos los adelantos modernos, empleando en ello un millón de coronas. El gobierno austriaco, que administra el hospital, no sólo construyó y montó el pabellón, sino que lo dotó con una hermosa obra de arte que simboliza el objeto á que está aquél destinado: esta obra de arte es el grupo escultórico de Kassin que reproducimos y que expresa por modo admirable una de las formas más nobles del amor al prójimo, cual es la asistencia á los enfermos, por medio de esas dos figuras, la de la enfermera que solícita y compasiva se inclina sobre la pobre enferma, y la de ésta, mujer del pueblo, en cuyo rostro y en cuya actitud se marcan los estragos de una grave dolencia. El grupo es de tamaño natural y de mármol blanco de Carrara, y la impresión que produce es hondísima, tanto por el pensamiento en que está inspirado cuanto por las bellezas de ejecución. Su autor, José Kassin, nació en San Ruperto (Karintia) en 1858 y estudió escultura en la Academia de Bellas Artes de Viena, bajo la dirección de Kundmann. En 1885 ganó el premio de Roma con el grupo *Sansón y Dalila*, y entre las principales obras por él modeladas merecen citarse la estatua colosal de San Miguel para la iglesia parroquial de Klagenfurt, el monumento al compositor Herbeck en Portschach, la estatua de Sansovino para la Casa de Artistas de Praga, las estatuas de dos gobernadores de la Baja Austria que figuran en el palacio del gobernador de Viena, una Victoria para el Hofburg de la misma capital, una estatua de un lansquenete que tiene en su despacho el emperador de Austria y los bustos del cardenal Kutschker, del conde Taaffe, de la señora Bettina de Rothschild, etc.

Estatua erigida en honor de Garibaldi en Dijon, obra de Auban.— El día 25 de marzo último verificóse en Dijon, con asistencia del Ministro de Instrucción Pública M. Leygues y del subsecretario de Estado en el ministerio de Correos y Telégrafos M. Mongeot, la inauguración del monumento que por suscripción nacional ha erigido Francia á la memoria del caudillo italiano que se puso al lado de los franceses durante la guerra franco-alemana, habiéndose escogido aquella ciudad, porque en los alrededores de la misma venció Garibaldi en 21 y 23 de enero de 1871 á una división del segundo cuerpo de ejército alemán. El monumento, cuya altura total es de ocho metros, ha sido construído según los planos del arquitecto municipal de Dijon M. Desherault; la estatua, obra del escultor dijonés Auban, representa á Garibaldi de pie, vestido con el popular uniforme que tanto han popularizado grabados y estampas y cubiertos sus hombros por holgada capa que formando artísticos pliegues cae hasta las rodillas. La actitud del general es enérgica y altiva; tiene la mano derecha extendida sobre el altar de la patria en ademán de protegerla, y la izquierda apoyada en la empuñadura del sable; su mirada se dirige hacia el punto por donde en 1871 avanzaba el enemigo invasor. Esta escultura es de bronce, y así por la expresión que el autor ha sabido dar al personaje como por la corrección con que está modelada, produce impresión excelente.



MONUMENTO AL CARDENAL LAVIGERIE, recientemente inaugurado en Biskra (Argel), obra de Falguiere



[illegible]

Monumento al cardenal Lavigerie, recientemente inaugurado en Biskra (Argel), obra de Falguiere.— La inauguración de este monumento ha sido ocasión para grandes festejos, en los cuales ha tomado parte principalísima la población indígena de aquella ciudad argelina: este es el mejor testimonio del afecto, de la veneración que en aquellos territorios supo conquistarse el sabio y virtuosísimo purpurado, misionero de la fe y apóstol de la caridad. La obra de Falguiere, cuyo modelo en yeso figuró en el Salón de 1898, representa á Monseñor Lavigerie de pie, cubierto con el amplio manto cardenalicio, sosteniendo con una mano la cruz y señalando con la otra hacia el Sur, como si quisiera tomar posesión de aquel desierto, cuya conquista para la religión católica y para Francia constituyó el sueño de toda su vida. En los cuatro lados del pedestal hay otras tantas inscripciones, una con la dedicatoria de Argel al cardenal, otra con las armas de éste y su divisa *Charitas*, la tercera que recuerda que el monumento es producto de una suscripción nacional y la cuarta con las palabras del breve que S. S. el Papa León XIII dirigió á Monseñor Lavigerie en 1887.

Entrada de Jesucristo en Jerusalén.—La resurrección de la hija de Jairo.—Jesús curando á los enfermos, cuadros de Eduardo de Gebhardt.— El autor de estos cuadros, que figura entre los más notables pintores alemanes y que es tal vez el primero de ellos en el género religioso, nació en 1838 y á la edad de dieciséis años marchóse á San Petersburgo, en cuya Academia permaneció tres años. En 1860, después de haber viajado durante dos años, establecióse en Dusseldorf, en donde estudió bajo la dirección de Guillermo Sohn. Desde sus comienzos, dedicóse á la pintura religiosa, si bien tratándola con tendencias realistas y procurando darle un carácter nacional, para lo que tomó por modelos á los maestros flamencos de los siglos XV y XVI. Gebhardt es un verdadero maestro de la técnica, y en todos los asuntos bíblicos por él pintados se advierte este dominio de la forma y del color que, aunado con el perfecto y profundo conocimiento del tema, tan eminente puesto le ha conquistado en el arte alemán contemporáneo. Los cuadros suyos que en el presente número publicamos son ejemplares elocuentes de su talento artístico, que no se circunscribe, sin embargo, al género religioso, sino que se manifiesta también en la multitud de retratos de su pincel salidos.

Dejad venir á mí los niños, cuadro de Matías Schmid.— En este bellísimo cuadro del celebrado pintor muniquense Matías Schmid, vemos reproducido uno de los más sentidos pasajes del Nuevo Testamento, aquel en que Jesucristo expresa su amor á la infancia con aquellas admirables palabras que sirven de título al lienzo. La figura del Salvador destácase llena de majestad y de dulzura en medio del grupo formado por esos niños, que llenos de respeto fijan sus miradas inocentes en el Señor que hacia sí los atrae, y completa el efecto de la pintura esa joven madre que arrodillada á los pies de Jesús le presenta á su hijo para que le bendiga. Esta obra, llena de sentimiento religioso y delicadamente ejecutada, no sólo halaga los ojos, sino que además llega al alma y produce esa emoción estética que es la mejor recompensa y el mejor elogio del artista.

Jesucristo en el huerto de Gethsemaní, cuadro de Ernesto Hildebrand.— Muchos son los pintores que han tratado el asunto de este cuadro, pero pocos indudablemente han conseguido un efecto tan grande, tan intenso como el que produce la maravillosa figura de Jesús pintada por el famoso artista alemán Ernesto Hildebrand. Es imposible expresar de una manera más grandiosa los sentimientos que agitaban al Redentor en aquel momento supremo en que dirigiéndose á su Divino Padre y transido el corazón de amargura pronunció aquellas sublimes palabras «¡Aparta de mí este cáliz!,» que sintetizan el más grande de los dolores. Inspirada en un elevado sentimiento de unción religiosa, la obra de Hildebrand, aparte de su valor psicológico y de su carácter místico, tiene excelencias de forma que la colocan á la altura de las mejores creaciones modernas: todo en ella es hermoso, la figura del Salvador, su actitud, su rostro en el que se funden los rasgos divinos con los humanos, el paisaje que le sirve de fondo, todo lleva impreso el sello del genio que con recursos puramente materiales sabe dar vida á un trozo de tela é infundir un alma al personaje pintado. Hildebrand, que en la actualidad cuenta sesenta y siete años, ha sido profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe y de la Academia de Bellas Artes de Berlín: al principio dedicóse únicamente á la pintura decorativa, pero luego cultivó el retrato, la pintura de género, la histórica y la religiosa, obteniendo en todos ellos los mayores triunfos.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en el español, *La escarapela*, drama histórico en tres actos de D. Tomás Maestre; en la Princesa, *La juerga*, comedia en tres actos de Federico Oliver; y en Lara, *El sombrero hongo*, graciosa pieza en un acto de los Sres. López Monis y Sánchez Girona.

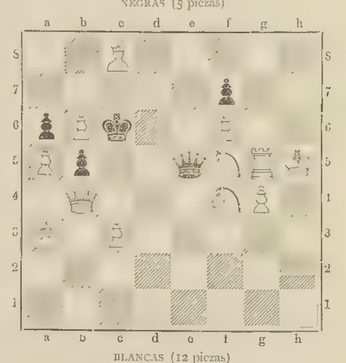
Barcelona. – En el teatro de Novedades se ha estrenado con aplauso *Il duello*, interesante drama en tres actos de Ferrari. En el Liceo continúan con gran éxito los conciertos dirigidos por el maestro Sr. Nicolau, con la valiosa cooperación del Orfeó Catalá que tan admirablemente dirige el maestro D. Luis Millet.

Necrología. – Han fallecido:
Magdalena Brohan, notable actriz francesa que fué miembro del Teatro Francés desde 1850 hasta 1885.
Enrique Druff Treill, notable escritor inglés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 188, POR F. H. BENNETT

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 187, POR W. A. SHINKMAN

Blancas.	Negras.
1. T f 1 – f 2:	1. Ch 1 – g 3
2. T d 3 – g 3:	2. a 6 – a 5 *(A)*
3. A d 4 – e 3	3. R cualquiera.
4. A e 3 – c 5 mate.	

VARIANTES

[illegible] .... Rb4 – a5; 3. Tf2 – f4, etc.
[illegible] C, Rb4 – a5; 3. Td3 – d4, etc.
[illegible]
[illegible] a 6 – a5; 2. Tf2 – f4, Ch1 – g3; 3. Ad4 – a7, b6, [illegible]
[illegible] Rb4 – a5; 2. Tf2 – c2, Cualq.ª; 3. Tc2 – c5, etc.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¿Tiene usted dos hermanas?, preguntó Darlot.

– Sí, Luisa y María; la primera está casada, vive en Escocia, tiene hijos y hace largo tiempo que no hemos vuelto á verla. María se ocupa en cuestiones sociales; da conferencias, escribe y habla muy bien. Yo la he oído una vez. ¡Oh, amigo mío, no vaya usted á creer que es una de esas oradoras francesas de *meeting!*.., nada de eso; mi hermana es una señorita; tiene muy buenas relaciones en sociedad, y si ha querido dedicarse á los estudios políticos, lo ha hecho conservando su rango. En el país de usted, la publicidad infunde horror á la mujer bien educada que permanece obstinadamente lejos de toda lucha de este género; en Inglaterra no sucede así, y los americanos nos aventajan mucho bajo tal concepto. Esto consiste en que nuestra instrucción es bastante más profunda que la de los franceses.

– En fin, su madre de usted conserva todavía una hija á su lado. ¿No es así?

– ¡Oh, no! Mi madre habita en el Norte, en una pequeña ciudad del condado de Durham; María reside en Londres la mayor parte del tiempo; tiene su casa y una instalación. En cuanto á mí, voy á ver á mi madre siempre que vuelvo á Inglaterra; pero ya sabe usted que viajo mucho.

Todo esto desconcertaba en alto grado á Darlot: aquella familia diseminada, aquella gente que consideraba tan sencillo vivir lejos unos de otros, le inspiraban una especie de antipatía, á él, que amaba á sus amigos y se contristaba tanto al separarse de ellos.



¿Me quiere usted por esposo? Yo la amo, y bien debe haberlo visto

Miss Lucy Hartley le vió pensativo.

– ¡Estoy en contradicción con todas las ideas de usted!, dijo sonriendo.

Renato la miró un instante, dominado por varios sentimientos contrarios, que sucesivamente le impulsaban á hablar ó á callarse; pero al fin tomó bruscamente su resolución, y sin la menor frase preparatoria preguntó:

– ¿Me quiere usted por esposo? Yo la amo, y bien debe haberlo visto.

Lucy Hartley permaneció tranquila, mirándole con calma; no parecía de ningún modo desconcertada, ni por lo imprevisto de la petición, ni por ésta en sí; y apenas hubo hablado Renato, quedó tranquilo, pareciéndole que había hecho bien al resolverse de una vez.

Y añadió conmovido, pero muy dueño de sí:

– Amo á usted sinceramente, y ya no podría menos de amarla; aunque llegase usted á ser fea y achacosa, sucedería lo mismo, porque amo su inteligencia y sus ideas tanto como sus ojos ó su boca. Usted piensa como yo en muchas cosas; pero tiene más energía, y á decir verdad, esto es lo que me arredra. ¿Me aprecia usted lo suficiente para decirme sí? Temo que me desprecie un poco por mi temperamento nervioso, por mi débil voluntad; y no prometo á usted cambiar, porque la engañaría, de lo cual no soy capaz. Tal vez le parezca á usted también demasiado viejo; soy una especie de ruina que al parecer se mantiene aún en pie, y no se me oculta que tengo muy poco atractivo.

La sonrisa de Lucy se acentuaba al oir á Darlot abogar por su causa de tan extraño modo, haciendo resaltar lealmente todo cuanto le era desfavorable.

– Usted es joven, tiene voluntad é inteligencia firmes, continuó Darlot, y podría ser un sufrimiento para usted tener un esposo tan desemejante. No me conteste usted desde luego, y reflexione bien. No tengo más mérito que el de amarla, y tal vez esto no sea suficiente.

– Las objeciones que usted me hace no existen, contestó Lucy; aprecio su carácter, y su persona me agrada; pero hay una cosa en que usted no piensa y que yo aprecio más que todo: es mi libertad y mi independencia de vida. No me diga usted que me la dejaría, porque esto es inadmisible; y tampoco quiero que mi esposo, si alguna vez le tengo, se someta á todas mis voluntades, pues entonces no le apreciaría.

– Pero nuestras dos voluntades podrían entenderse sin oprimirse mutuamente; y yo creo tener las mismas aficiones que usted á los viajes y al movimiento.

Lucy se encogió de hombros.

– No es eso solamente, contestó; yo quiero que todos mis actos de cada día no estén sometidos á intervención de ningún género, y no preocuparme de lo que piensan los demás, sean éstos quienes fueren.

– Sin embargo, esa absoluta independencia tiene su reverso, puesto que proviene del aislamiento de usted. ¿No echa de menos, á pesar de la firmeza de su carácter, una sensación de ternura y la necesidad de amar á alguno que la ame? ¡El afecto que se puede profesar á hermanos y hermanas á quienes no se ha visto sino durante su infancia debe ser muy frío! Todo está en amar, y es una dicha sacrificar sus gustos y sus preferencias á un ser querido. ¡No estar solo en el mundo; sentir que nuestra vida ó nuestra muerte importan á otra persona; sentir que somos necesarios para la felicidad de alguien! Si no se tuviera el deseo de amar, evidentemente no se pensaría en enajenar la libertad en provecho de los caprichos de otro.

Este argumento dejó á Lucy pensativa.

– La cuestión se reduce á saber si usted puede amarme, continuó Darlot; de esta manera, todo se allana, porque es bien fácil complacerse mutuamente. Decía á usted que tengo afición á los viajes y al movimiento; pero esto es ahora porque la amo. Antes prefería el reposo, y toda marcha era para mí penosa. Tengo el alma melancólica, y nunca abandono mi casa ó me alejo de un amigo sin que se me oprima el corazón, sin la duda de que sea la última vez que nos vemos. Pero desde el momento en que no me separe de usted, no me separaré de nada. Con usted, aunque viva en Finlandia ó en Túnez, no me alejo de lo que interesa á mi corazón: este sentimiento es muy invasor.

– Y peligroso, añadió Lucy, conmovida realmente por aquellas palabras; esto es entregar toda su vida á un ser mortal.

– No piense usted en la posibilidad de la separación definitiva, dijo Darlot palideciendo de angustia; he sufrido ya tormentos semejantes, y sé que son terribles. Sin duda las personas que no aman son mucho más felices, pues tan sólo les interesa su persona; pero ellos tampoco se sienten vivir. Su felicidad es siempre negativa, é ignoran la dicha de amar, de sacrificarse, de ser útiles á alguien. ¡Yo prefiero, sin embargo, sufrir á ser insensible como esas rocas, como esas briznas de hierba, y aún no está probado que no haya en esas cosas un vago principio de sensación! Las flores deben amar el sol, y mueren con la ausencia de éste... ¡Lucy, reflexione usted y no me conteste si vacila. No me es dado ofrecerle más que esto, mi amor: si usted puede amarme, será más feliz de lo que es. El aislamiento no tiene nada de bueno.

Después de haber hablado Darlot siguióse una larga pausa. La brisa del mar, más suave, apenas te-

nía fuerza para doblar los brezos y agitar las jóvenes y perfumadas flores de los juncos. Las campanas de la Clarté enmudecían.

El sol declinaba sobre el mar, extendiendo en el cielo y el agua un extenso fulgor purpúreo; ligeras nubes de un tinte cobrizo se acumulaban; un rayo luminoso, que se agitaba sobre la cresta de las olas, llegaba del horizonte y parecía una seda de oro sobre el agua azul. La más completa calma parecía caer del cielo y subir del mar, rodeando todas las cosas; y una sensación de quietud y serenidad llenaba los dos corazones que acababan de abrirse uno á otro. Sintieron algo como la sensación de ligereza, de alejamiento de la tierra, de las gaviotas y de las golondrinas que volaban á gran altura; la calma suprema de la naturaleza, que amaban apasionadamente, les invadió; pensaron que ella los amaba también, que era su confidente, que les oía hablar de unión eterna y que los aprobaba. Lucy, sin contestar una sola frase, ofreció la mano á su amigo... y él la aprisionó entre las suyas.

Largo tiempo permanecieron aún sin decirse nada, porque las palabras no hubieran bastado para expresar lo que sentían. Después Lucy tuvo un ligero estremecimiento, porque de nuevo la brisa refrescaba al declinar la tarde.

– ¡Bajemos!, dijo Renato; usted tiene frío.

Se pusieron en marcha, y Lucy preguntó:

– ¿Vendrá usted esta noche? Leeremos el *Sueño de una noche de verano*.

– ¡Oh, no, esta noche no, pues no hay poesía escrita que valga tanto como la que tengo en el alma; es inferior. Necesito estar solo; permaneceré en la playa una parte de la noche y vendré después aquí. ¡Hasta mañana!

Volvieron á darse la mano, y Darlot, pasando su brazo sobre los hombros de Lucy, acercóla á sí y la besó. Luego separáronse, y cada cual se fué por su lado.

Lucy tomó con paso lento el camino de su casa; no quería pensar, sino meditar cuando más, entregándose dulcemente al recuerdo de la hora exquisita que acababa de transcurrir. Es preciso disfrutar completamente de esas horas demasiado raras de felicidad absoluta. La tristeza y la desgracia acechan á las personas dichosas, y les dejan poco tiempo para gozar.

Al acercarse al pueblo, por el camino arenoso abierto en la roca, vió venir hacia ella un hombre que andaba apresuradamente, y esto interrumpió su meditación. Era Roberto Le Clercq, que avanzaba muy de prisa, con el paso de un hombre que huye. La reconoció y dijo con voz alterada:

– Salgo de casa de usted; quería verla antes de marchar.

– ¿Antes de marchar? ¡Cómo! ¿Se va usted? ¡No es posible!..

– Me marcho... y ahora mismo. Si hubiese un medio de estar en Montpazier dentro de un instante, me valdría de él, añadió con una especie de furor concentrado, haciendo saltar con la punta del bastón la cabeza de una mata de amapolas.

Lucy, despertada bruscamente de su propia felicidad por el drama que presagiaba, contestó, recobrando su sangre fría y su entereza:

– No hay tren esta noche, y no podrá usted marchar hasta mañana. ¿Quiere usted decirme qué ocurre?

A causa de su carácter reservado, toda confidencia repugnaba á Roberto; en este punto era inaccesible de ordinario, y le avergonzaba en cierto modo dejar ver el interior de su alma; pero en aquel instante sufría demasiado; su irritación y su pesar eran por demás violentos para que pudiera contenerse, y como apreciaba verdaderamente á la mujer que le hablaba, contestó:

– Todo ha concluído entre ella y yo; no me ama, ni me amó nunca, y de ello tengo la prueba. ¡Pensar que he sido bastante loco para venir aquí, esperando atraerla á mi lado!.. ¡No podía creer en semejante indiferencia; pero mi esposa es tan seca y dura como una piedra!

Y con su bastón descargó un fuerte golpe en la extremidad de una roca que flanqueaba el camino. Lucy, sin tomar en cuenta la acusación lanzada contra María Magdalena, repitió:

– ¿Quiere usted decirme qué ha pasado?.. Pero volvamos á mi casa.

– No, porque ella irá, y no quiero volver á verla. Usted puede presumir lo que ha pasado. Rehusa regresar conmigo á Montpazier.

Lucy miró á su interlocutor con mucha atención.

– ¿Está usted bien seguro, preguntó, de que rehusa volver *con usted?*

Roberto hizo un ademán de cólera.

– ¡Ah, sí!, exclamó, se me olvidaba que usted defiende su causa; sin duda le habrá hablado de todas las indignas persecuciones que mi madre le hace sufrir. ¿No es verdad? ¿Se supone víctima?

– ¡Nada de esto!, contestó Lucy con la mayor tranquilidad. María Magdalena es muy reservada bajo su aparente abandono, y apenas me ha dejado entrever que había habido algunas diferencias entre Mad. Le Clercq y ella; pero yo he adivinado lo demás. Esto era fácil para mí, porque durante mi residencia en Montpazier pude observar yo misma el estado de cosas. Hasta creo haberle hablado á usted muy seriamente sobre este asunto. ¡Oh!, añadió al ver que Roberto hacía un movimiento de impaciencia, no me crea usted bastante torpe para censurarle por no haberme escuchado entonces, ni crea que me jacto de haber previsto lo que sucede; pero esto me desconsuela mucho. Veamos, tenga la bondad de darme detalles precisos sobre el motivo que les separa.

– ¡Ah!, lo que nos separa es que me he casado con una joven cuya educación no es bastante sólida para que tenga ciertos principios. ¡Quiere exigirlo todo de los demás y no dar nada en cambio! ¡Lo que nos separa, pardiez, es que no me ama, aunque tiene en mí un esposo rico y una buena posición! ¡Esto es todo!

– Está usted muy encolerizado, replicó Lucy Hartley con su buen sentido. Cálmese usted y procure informarme, pues tal vez yo podré serle útil. ¿De qué le sirve indignarse contra ella excitándose á sí propio? Si ella no viese en usted más que un esposo rico y su buena posición, volvería á Montpazier, y se sometería al yugo de su suegra. Su resistencia prueba su desinterés.

– ¡De veras!, exclamó Roberto con tono de burla. Seguro estaba de que usted le daría la razón.

– Yo no se la doy á nadie; tan sólo le ruego que me refiera lo que ha pasado entre los dos.

Roberto se lo refirió, entrecortando su relato con exclamaciones de cólera y suponiendo en María Magdalena los más detestables sentimientos. Miss Hartley le escuchó con la mayor sangre fría, sin osar interrumpirle, porque la exaltación de aquel hombre, tan reservado por lo regular, la conmovía un poco. Comprendió que estaba resentido sobre todo en su cariño á María Magdalena; muy sinceramente había creído poder pedir en nombre de su amor lo que solicitaba, y deducía que no era amado puesto que no se quería acceder á ello...

– Está usted muy agitado esta tarde, replicó Lucy, y este asunto es tan grave, que no se debe resolver nada á la ligera. Deje usted pasar algunas horas para que los dos puedan reflexionar y vuelva mañana por la mañana.

– ¡No; es cosa concluída, irrevocable! Me ha manifestado una indiferencia glacial, sin que nada pudiese conmoverla. ¡Si la hubiera usted visto inmóvil, sentada delante de mí sobre aquella pared, sin mirarme siquiera! Marcharé mañana á primera hora, y siento no poder hacerlo ahora mismo.

– No admito esa precipitación, replicó Lucy con firmeza; usted se deja llevar en este momento de un acceso de furor indigno de un hombre inteligente, y se excita con imprecaciones y acusaciones exageradas. María Magdalena no es lo que usted dice; la conozco, le profeso sincera amistad, y crea usted que no amo sino á las personas dignas de aprecio. Si ella fuese una vil intrigante como usted supone, ni usted ni yo la hubiéramos amado nunca. Todo esto es muy triste; pero aún queda seguramente una solución posible; mientras que si usted se empeña en marchar sin otra entrevista, quedará consumada la desgracia. Entienda bien que después de esta separación, nada podrá acercarla á usted de nuevo.

– ¡Pues que se vaya!, que vuelva á la vida que le gusta, con los amigos de su padre. ¡Esa es la sociedad que le conviene; las personas honradas y tranquilas no pueden bastarle!

Lucy, algo excitada al verle tan opuesto á lo que ella consideraba como el buen sentido, le condujo lejos de la vía, donde ya se habían cruzado con varios transeuntes, que pudieron ver la agitación de Roberto. En el arenal, cortado por el camino, había rocas planas y cubiertas de musgo, que brindaban á sentarse.

– Vamos allí, dijo Lucy, y hablaremos razonablemente si es posible. ¿No quiere usted ver más á María Magdalena?

– No.

– ¿Y va usted á marcharse así, diciéndose que todo ha concluído para siempre, y que le importa poco lo que llegue á ser de ella?..

Roberto apretó los puños, y con increíble ademán de obstinación, permaneció mudo. Entonces Lucy perdió la paciencia; pero su enojo fué sereno y frío, un enojo de persona sensata, que le hizo decir francamente cosas duras con palabra fácil.

– Si usted obra así, le consideraré como un loco ó como un hombre malo. Permítame hablar, y ya me contestará después. Yo soy quien abogará por María Magdalena, y lo haré francamente. Usted se cree muy generoso porque la tomó sin fortuna; pero esta es una idea mezquina; puesto que usted la quería, sólo en usted pensaba y no en ella; de modo que su esposa no le debe nada. Al unirse usted con María Magdalena, se comprometió á amarla y protegerla, y usted ha faltado á su palabra. La amó solamente por sí propio, como egoísta, tomando de ella lo que le agradaba, sin cuidarse de su carácter, de sus gustos, ni de sus aspiraciones; y en vez de protegerla, ha querido tenerla sometida á un despotismo insoportable, que yo, que ahora le hablo, no hubiera tolerado ocho días, ni aun para complacer á un hombre á quien amara. En todo y siempre ha dado usted la preferencia á su madre y no tenía derecho para ello. Al casarse, debía usted asegurar á su esposa su libertad é independencia; y es inicuo esperar oprimirla hasta el punto de obligarla á que renuncie á todas sus preferencias, á sus voluntades y á su dignidad. ¡Y usted persiste hasta el fin, proponiéndole una combinación irrisoria! ¿Acaso podía aceptarla? ¿No hubiera sido esto comenzar de nuevo la vida pasada? María Magdalena no pide á usted lujo, sino la libertad de vivir tranquila. ¡Sí, ha hecho bien! ¡Ha tenido valor para resistir á la ternura que le profesa á usted, manteniéndose firme; para preferir el abandono y la incertidumbre del futuro á una posición humillante! Yo la aprecio más ahora; y la fuga de usted en este momento, su resolución de abandonarla, son incalificables. ¡Después de tomarla por un capricho, después de haber reconocido que en vez de no ser más que una linda muñeca es una mujer de carácter y de corazón, la deja usted plantada! ¡Que sea de ella lo que sea, que el mundo la acuse de indigna, que su padre la rechace, que llegue á ser tal vez una perdida..., poco le importa á usted! ¡Usted se disculpará en su integridad de hombre juicioso y no tendrá ningún remordimiento!

Roberto se estremecía á cada una de estas frases incisivas y cortantes como latigazos, y si hubiera tenido ante sí un hombre, le habría abofeteado; se clavaba las uñas en las palmas de las manos, mordiéndose los labios para no contestar; y sin embargo, en medio de su furor por verse tratado así, admiraba la actitud animosa de Lucy Hartley. Algunas cosas de las que decía eran tal vez verdaderas; pero no por eso dejaba de tener la absoluta convicción de la indiferencia de su esposa, y esto le endurecía.

– Muy tranquilamente, replicó, he tolerado las palabras de usted, y á ellas contesto que me marcho. María Magdalena ha rehusado, sin discusión, seguirme, y ha preferido separarse; está bien. Si quiere volver á mi casa la recibiré.

Lucy Hartley respiró con fuerza, y después de una pausa repuso:

– No quisiera estar en la situación de su madre de usted.

– ¡Mi madre ha demostrado una generosidad que no se puede elogiar lo bastante!

– Lo más elemental era consentir en lo que su nuera quería; pero yo no discuto eso, y me limito á decir que se verá en un caso de conciencia muy apurado. Cuando usted le diga que la ha preferido á su esposa, ¿qué podrá contestar? ¿Admitirá ella que usted expulse á su mujer para continuar viviendo como hijo sumiso? ¡Curiosa estoy por saber qué hará!

Roberto contestó secamente:

– En toda circunstancia, mi madre obrará bien; y ruego á usted, señorita, que no mezcle su nombre en este asunto.

– Su personalidad está demasiado en el fondo de la cuestión para que se pueda eliminar.

– ¡Pues entonces, terminemos!, exclamó el joven exasperado. Esta conversación no sirve más que para irritarnos á los dos. Mi resolución es irrevocable. Si María Magdalena quiere volver sin condiciones á mi casa, la recibiré. Yo me marcho, y esta será la última tentativa que habré hecho respecto á una mujer que nunca sintió por mí más que una verdadera indiferencia.

Lucy le miró mientras se alejaba, poseída de una verdadera angustia. Había hecho todo cuanto era posible; pero nada bastó para influir en aquel carácter obstinado en una idea fija, para el cual todas las rebeliones de María Magdalena se resumían en la idea de que ésta no le amaba.

¡Pobre María Magdalena! ¿Qué iba á ser de ella? ¿De qué lado volverse ahora? A sus primeras palabras el doctor, profiriendo gritos de aflicción, rehusaría recibir á su hija. La situación era inextricable; pero Lucy dejó para el día siguiente sus reflexiones

sobre la parte práctica del asunto. María Magdalena debía haber vuelto á casa para entristecerse sola.

Lucy apresuró el paso y llegó muy pronto á la quinta: las ventanas del salón, iluminadas, dejaban ver la mesa del te preparada ya y la lámpara encendida; los platitos, adornados de flores frescas, contenían *sandwichs*, pastelillos y tostadas, y se habían puesto tres cubiertos simétricamente. ¡Ah, miseria humana! ¡Hubieran podido pasar una noche tan agradable allí en vez de las tristes horas que iban á seguirse!

. . . .

Aquella cena, de ordinario tan animada, fué triste esta vez. María Magdalena no tomó más que una taza de te, y Lucy, comiendo con buen apetito, pensó en lo que debería decir á su amiga para infundirle un poco de valor. Evidentemente la joven había agotado sus fuerzas, pero esto mismo embotaba el sufrimiento; parecía estar un poco alelada, y tenía como una expresión de vaguedad. Cuando la doncella las hubo dejado solas, Lucy dijo con voz serena y afectuosa:

– María Magdalena, no la he interrogado á usted sobre lo que ha pasado entre usted y su esposo, pero su ausencia y la tristeza de usted no me dejan la menor duda. ¿Han reñido ustedes?

María Magdalena levantó la mano con ademán suplicante.

– No hablemos de eso esta noche, contestó, porque estoy quebrantada, Lucy.

– Hija mía, es necesario que hablemos ahora mismo, pues la cosa tiene demasiada gravedad para aplazar su discusión hasta mañana. Esta noche, Roberto se halla aún aquí, y sabemos dónde encontrarle; mañana se habrá marchado.

– ¿Cree usted, pues, que se irá realmente, que me dejará?..

Esto era para la joven una cosa tan inverosímil, que no podía creer en ella. Con el recuerdo angustioso de su última entrevista mezclábanse otros de amor que la tranquilizaban, haciéndola creer imposible que Roberto pudiera resolverse á vivir sin ella; y Lucy, no queriendo desanimarla, revelando que había visto á su esposo, le dijo:

– Debemos admitir que todo puede suceder. Mientras le sea á usted posible ir á hablarle por sí misma, continuando la entrevista de antes, nada es definitivo; pero cada hora que pasa ensancha más el abismo que les separa; y si Roberto se aleja sin haber vuelto á ver á usted, será una desgracia...

María Magdalena miró á su amiga con aire interrogador.

– Ciertamente que hoy me ha hecho sufrir mucho, dijo; pero si solicitase volver...

¡Ay!, no, Roberto tenía demasiado orgullo para pedir otra entrevista á María Magdalena, aunque en aquel momento mismo estaba tan desesperado como su esposa. Lo mismo que ella, veía terminada su vida, sin objeto alguno en su existencia, sin la menor probabilidad de ser dichoso; pero se sostenía en su resolución por este pensamiento que le atormentaba: «puesto que ella no me ama, la vida en común sería intolerable.»

Lucy repuso con dulzura:

– Hija mía, no debe usted esperar á que sea él quien vuelva, porque en estas circunstancias media un sentimiento de orgullo especial. Si la viera á usted volver á él, la recibiría con placer; mas por sí propio no dará un paso.

– Sí, dijo María Magdalena con amargura, tiene más orgullo que amor.

– Tal vez no esté convencido de que usted le ama.

– ¡Usted le ha visto y le ha hablado!

Incapaz de mentir, Lucy contestó:

– Es cierto, le he visto; y tenía un vivo pesar.

– Yo también.

Sí, pero el suyo proviene de su creencia de que usted no le ama; mientras que usted no abriga tales temores.

María Magdalena se encogió de hombros.

– Toda su conducta prueba, sin embargo, repuso, que si me ama es muy poco, pues siempre prefirió á su madre.

– No censure usted su ternura filial, que le honra mucho, repuso Lucy esforzándose en abogar por una causa que ella misma condenaba.

– En fin, ¿si es verdaderamente capaz de marcharse así, consintiendo en una separación, dirá usted que me ama?

– Diré que la cree á usted indiferente, y que esto explica y justifica todos sus actos, aunque fueran enojosos en sí. Veamos, María Magdalena. ¿Duda usted de que se casó por amor?

– ¡Oh!, me lo han echado en cara demasiado á menudo para que yo pueda dudarlo, suspiró María Magdalena

– Que se lo hayan censurado ó no, es un hecho positivo; usted debe agradecerle eso; y tal vez le haya manifestado alguna frialdad que explica su actitud presente.

María Magdalena, ruborizándose, replicó vivamente:

– Querida Lucy, aseguro á usted que hubiéramos sido muy felices sin mi suegra, y si nos hemos indispuesto, tan sólo ella tiene la culpa; su bondad, demasiado... imperiosa, nos ha comprimido de tal modo, molestándonos en todos nuestros actos, y hasta en las conversaciones, que parecíamos personas cansadas una de otra desde hacía veinte años, y no casados jóvenes. Semejante opresión era un suplicio.

– Pero amiga mía, no debe usted recordar sus agravios, y es preciso que trate de olvidarlos. Piense que se halla en una hora muy crítica, detenida en uno de esos recodos del camino que deciden de la existencia entera. Algunas horas le quedan para adoptar un partido; después, sería demasiado tarde. Usted ama á Roberto, y por lo tanto es imposible, inadmisible, que se resigne á perderle; la cuestión de amor propio es del todo secundaria; es menester que usted vea si puede hallar valor para someterse á las condiciones que él le impone.

– ¡No son aceptables!, exclamó María Magdalena levantándose agitada, y apelo al juicio de usted, Lucy. ¿Acaso admite usted que pueda comenzar de nuevo la vida á que se me sometió desde mi casamiento, agravada ahora por el hecho de estar todos en guerra abierta? Por otra parte, me limito á preguntar: ¿aceptaría usted?

– Es que yo..., contestó Lucy vacilante, no tengo su carácter de afable dulzura; soy brusca y autoritaria.

– Repito á usted mi pregunta: ¿aceptaría?

– ¡Tal vez..., si amara!

– Muy bien sabe usted que rehusaría, y que no hubiera tolerado el despotismo de Mad. Le Clercq tan largo tiempo como yo; también sabe que Roberto exige una cosa insensata pretendiendo hacerme volver á casa de esa mujer después de un rompimiento formal. No puedo aceptar eso, y me mantengo en mi negativa.

– Piense usted, amiga mía, que esa negativa es la separación para siempre.

La joven oprimió los labios, y algunas lágrimas brillaron en sus ojos; pero no protestó.

– No obre usted bajo el imperio de la desanimación de una hora, y piense, hija mía, qué triste será estar separada del esposo que ama, encontrándose sola después de haber tenido familia. Piense usted en todo lo que sobrevendrá.

Y como María Magdalena permaneciese callada, Miss Hartley añadió con calor, porque veía claramente lo crítico de la situación.

– Usted me pregunta si yo cedería. Pues bien, á decir verdad, creo que sí. Usted se halla en una crisis extrema, tras de la cual vendrá una explosión. Yo estoy segura de que su esposo, satisfecho al ver que se somete, y habiendo reconocido que usted tiene carácter, no toleraría ya que su madre la oprimiese, y ella misma, créalo así, respetaría más su voluntad. Decididamente es preciso que esta noche vaya á ver á Roberto. Escuche usted, voy á ponerme mi manteleta y las dos iremos juntas. Dígale que usted también ha cometido errores, pero que amándose los dos es absurdo privarse de la felicidad como lo hacen.

María Magdalena contestó con firmeza:

– Doy á usted gracias; usted es buena, y se violenta para predicarme una conducta que en mi caso no observaría. No creo que deba ceder; no lo haré, y por lo tanto no hablemos más.

– ¿Y qué hará usted?

– Reflexionaré; escribiré á mi padre.

Siguióse una pausa: ambas sabían cuán ilusorio era semejante recurso.

– ¿Y si no se entiende usted con él?

– Haré lo que hacen muchas otras que valen tanto como yo; lo que usted misma hace: trabajaré.

Lucy tuvo en los labios la pregunta: «¿En qué trabajará?;» pero no quiso desalentar á su amiga. El verdadero valor de que estaba dando prueba le agradaba y respondía á su más secreta opinión. Aprobábala en un todo, comprendiendo que de parte de su amiga, que no era enérgica ni estaba armada para la lucha, el esfuerzo de audacia era mayor.

Cogió entre sus dos manos las de María Magdalena y estrechólas vigorosamente.

– ¡Bien!, dijo; me agradan los caracteres enérgicos. Después de todo, tal vez su esposo admirará su valor, acabando por comprender lo que á usted debe. Con firmeza todo irá bien. Ignoro lo que su padre contestará; mas quiero asegurar á usted que soy su amiga, y crea que esta no es para mí una palabra trivial. Ayudaré á usted en cuanto pueda. No llore, hija mía, pues las emociones demasiado vivas son malas. Voy á preparar una infusión de tila, y se acostará usted ahora mismo.

Pero la infusión de tila no produjo los efectos calmantes que miss Hartley esperaba. Ya en su habitación, María Magdalena no pudo dormir; muy por el contrario, la conversación que acababa de tener había desvanecido la postración en que estaba hacía algunas horas, y ahora veía su situación con más claridad. Cogió un pliego de papel y quiso escribir á su padre; le refirió todo cuanto había pasado; díjole cómo después de una última sumisión por su parte, la crisis inevitable se había producido y cuál era el estado de cosas presente.

Y para pedir un apoyo al hombre que se lo debía, las palabras le faltaron, y quedó pensativa un momento con la frente apoyada en la mano. Imaginó la irritación del doctor, pensando que aquella carta iba á turbarle en una excursión agradable. ¡Cómo le indignaría semejante resolución! ¡Con qué términos la maldeciría y con qué palabras iba á contestar! Sería preciso apurarle hasta lo último para que consintiera en admitir á su hija; pero primeramente intentaría toda una serie de pasos humillantes cerca de madame Le Clercq y de Roberto, y de muy mala gana se resolvería al fin á recibirla.

María Magdalena, sonrojada de vergüenza al pensar que era un estorbo que todos rechazaban, se alejó de la mesa; parecíale ahogarse en aquella casa silenciosa donde todos dormían, porque ya se hacía tarde, y envolviéndose en su capa salió sin ruido.

El aire era penetrante; un fresco perfume salino llegaba del mar; las estrellas brillaban como diamantes sobre terciopelo negro, y la noche no era muy obscura. María Magdalena salió del jardín y encaminóse hacia el arenal, marchando al azar. Sus ideas habían cambiado; ahora pensaba en Roberto, en su pasajera ternura en aquel pequeño cementerio inundado de sol y en la escena brutal que entre ella y su marido se había desarrollado.

Y con una lucidez de memoria singular, parecióle verle en aquel momento, con las mismas actitudes y la misma expresión de fisonomía, siendo tan viva la impresión, que creyó estar en la hora dolorosa en que todo había terminado entre ellos. ¡Con qué dureza la rechazó! ¡Con qué altivez impuso un ultimátum inaceptable! ¡No, no! Roberto no la amaba; tan sólo quería de ella su graciosa y linda persona, y este era un género de amor que debía extinguirse con los años, amor en que había una especie de desdén humillante que la hizo sufrir á menudo. Esto explicaba que se resignase tan fácilmente á perderla, y pronto se acostumbraría á su ausencia. Una amargura angustiosa oprimió fuertemente el corazón de María Magdalena, y humillábala á sus propios ojos no haber sabido ni podido inspirar á Roberto sentimientos más elevados.

Tropezó con una piedra y se detuvo: alrededor de ella todos los objetos estaban como perdidos, en una sombra clara..., y las estrellas lucían con un brillo refulgente. La joven divisaba confusas moles de rocas bajo sus pies, y experimentaba como la sensación de los duros tallos de los brezos y á veces de alguna aguda espina de junco. Un silencio profundo, en medio del cual no se percibía más que el mugido del viento y del mar, reinaba en la vasta llanura, y ningún ser humano parecía vivir allí.

La joven se estremeció; el horror á la soledad se apoderó de ella, y avanzó más hacia el lado donde se oía el rumor de las olas. Sus pensamientos eran más amargos ahora; su pesar le representaba las brutalidades materiales de la vida y las tristezas de un porvenir muy negro.

Su padre iba á rechazarla; segura estaba de ello; y si, cansado de sus quejas acababa por recibirla, ¿qué existencia iba á ser la suya? Conocía los proyectos del porvenir que él había formado sobre el casamiento de su hija, y he aquí que todos estos proyectos se venían abajo; la consideraría como una mujer necia que no solamente se hace desgraciada á sí propia, sino también á los demás, y la acusaría de egoísmo. No sería atento ni bueno, ni se condolería en modo alguno de su desdicha; la trataría más bien de ingrata y de torpe, y complaciéndole quejarse él mismo, se consolaría así. Iba á ser por consiguiente una carga para su padre... ¡No! Esto no le convenía; mejor era trabajar... ¿Pero en qué? Hasta entonces había sido una mujer inútil y encantadora, y su educación no la había preparado en modo alguno para una lucha por la existencia. ¿Que hacer entonces? Y pensó con desaliento en las mujeres que cosen en buhardillas sin fuego, que tienen los dedos ennegrecidos por los pinchazos de las agujas y que llevan vestidos viejos.

(Continuará)

SUIZA EN PARÍS

El visitante de la Exposición Universal de 1900 que habrá dedicado una parte del tiempo á asuntos serios, podrá encontrar gran número de distracciones sin apartarse del recinto en que aquélla está instalada. Los panoramas, los teatros, las exhibiciones de todas clases le ofrecerán grato entretenimiento, bien dentro de la exposición misma, bien en los bulevares que la rodean, especialmente en la avenida de Suffren, en donde ya el año último pudieron verse los espectáculos de «París en 1400» y de la Rueda colosal.

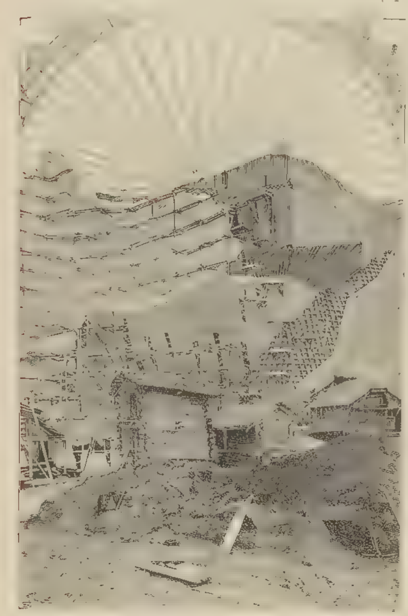


Fig. 1. – Construcción de la montaña. (Parte inmediata á la Rueda colosal)

Uno de los principales atractivos de aquel rincón privilegiado será indudablemente la *Aldea suiza*, instalada por los Sres. Henneberg y Allemand, que ocupa una superficie de unos 21.000 metros cuadrados y es la reconstitución no sólo de una aldea sino de todo un paisaje de Suiza con sus montañas, sus caseríos, sus prados, sus cascadas, etc.

No se trata de un panorama, sino de la naturaleza misma reconstituída en todas sus partes. Terminados ya casi por completo los trabajos, puede actualmente juzgarse de los resultados obtenidos, acerca de los cuales bastará decir que el que fuese conducido allí con los ojos vendados podría jurar, al quitársele la venda, que se encuentra realmente en Suiza (fig. 2), si no fuera porque la realidad se impone cuando se ve aparecer por encima de una montaña la punta de la torre Eiffel y á otro lado la Rueda colosal que con sus múltiples radios parece un sol gigantesco que apoya su centro en las rocas (fig. 1.)

Lo primero que se ocurre preguntar cuando se contempla aquel espectáculo y se ve la perfección del conjunto y de los detalles, es cómo ha sido posible, en tan poco tiempo, llevar á un terreno completamente llano una masa tan considerable de tierra y de rocas: una y otras, así como los prados, las plantas, etc., todo es natural; no son lienzos pintados, sino objetos corpóreos y reales. Lo único artificial es el interior. La montaña está formada por una inmensa armadura construída con pinos del Jura, algunos de los cuales tienen 30 metros de alto por 1'80 de circunferencia y las vigas que contienen esta armadura están formadas por maderos sólidamente fijados en una doble traviesa por medio de calces y pernos y dispuestas una tras otra (fig. 3) sobre una fundación preparada con estacas clavadas en tierra á una profundidad de seis ó siete metros. Las vigas han sido enlazadas por medio de travesaños, habiéndose procurado obtener formas muy variadas, inclinadas en unas partes, verticales en otras.

Sobre aquella armadura, para la cual se han empleado más de 3.000 metros cúbicos de madera, se han clavado planchas, formándose de este modo una superficie muy accidentada que ofrece ángulos entrantes y agudas aristas de más de 25.000 metros cuadrados de desarrollo y representa las abruptas pendientes de la montaña que sólo falta revestir. Para poder retener la tierra en todas las inclinaciones se ha construído una especie de tableros con multitud de compartimientos que se ven en la figura 1.



Fig. 2. – Un rincón de la aldea suiza

La resistencia de la armadura ha sido calculada para recibir 400 kilogramos de tierra por metro cuadrado.

Las rocas están formadas por un ligero armazón de madera que sostiene una costra de *staff* (yeso mezclado con estopa) de dos ó tres centímetros de espesor, obtenida en un molde sacado del natural. La figura 4 representa una de estas rocas vista por detrás, es decir, por la parte hueca. Estas rocas están elevadas unas al lado de otras, siguiendo ciertas disposiciones geométricas y geológicas observadas sobre el terreno, y luego han sido pintadas al óleo en capas sucesivas y bastante transparentes para que puedan verse las unas al través de las otras. Gracias á esto se logra darles el aspecto exacto de rocas verdaderas, en las cuales las intemperies de las estaciones y el tiempo han dejado asimismo capas sobrepuestas y transparentes. La ilusión es completa, tanto más cuanto que en todas las partes accesibles al público hay rocas naturales, algunas de ellas enormes, cada una de las cuales ha exigido un vagón entero.

Fig. 3. – Parte interior de la montaña



Fig. 4. – Parte posterior de una roca

Todas las plantas procedentes de Suiza serán distribuídas por la montaña artificial, en las diversas alturas en que crecen: como árboles habrá el pino silvestre, el alerce, la epicea, el enebro, la sabina de Zermatt, el cornejo, el abedul, el citizo y el tilo de los Alpes. La flora estará también abundantemente representada por los edelweis, las rosas de los Alpes, las gencianas, las saxífragas, etc.; en suma, todo un herbario en donde los botánicos de gabinete podrán dedicarse á sus estudios favoritos.

Las viviendas son reconstituciones de los principales tipos de casas y *chalets* conocidos: al borde de un lago en miniatura, hay la capilla de Guillermo Tell y el chalet de Treib, situado delante de Brunnen, al pie de Selisberg, junto al lago de los Cuatro Cantones; diseminados por distintos puntos se ven los chalets de Lanchen, Zermatt, Meiringen, etc., y formando aglomeraciones y calles la torre del reloj de Berna, la casa de Bourg-Saint-Pierre (Valais) en donde almorzó Napoleón antes de pasar el San Bernardo, la casa de Mumpf (Argovia) en donde nació la célebre trágica Rachel, etc.

La cascada tiene cerca de 30 metros de altura, y en ella han debido suprimirse naturalmente las rocas de cartón, reemplazándolas con rocas verdaderas ó por imitaciones muy bien hechas de cemento armado. De esta misma materia son el lecho del riachuelo y del lago que la cascada forma. Para alimentar ésta se necesitan cinco millones de litros de agua diarios, y como esta cantidad de agua no podía pedirse á la ciudad de París, se ha abierto un pozo especial de cuarenta metros de profundidad: un motor eléctrico que recibe la corriente del sector de la orilla izquierda, de una potencia de 300 caballos, hace funcionar las bombas que elevan el líquido hasta un depósito situado en la cima de la montaña. Este depósito no es de mucha capacidad porque como la cantidad de agua que las bombas elevan es muy considerable, sirve simplemente de regulador; alimenta también una canalización que se extiende por las crestas de las montañas y cuyos tubos de riego permitirán, durante los calores excesivos del verano, refrescar el ambiente y conservar la frescura necesaria á las plantas y á los arbustos.

En el interior de la montaña principal se ha dispuesto una vasta sala circular en donde se ha instalado un panorama en las condiciones ordinarias; es decir, que se entra en él por corredores sombríos

que van á parar á una plataforma central, desde donde se contempla un lienzo circular pintado y con los primeros planos reales que con la pintura se enlazan.

El lugar escogido para este panorama es el magnífico punto de vista del pequeño Scheidegg: el espectador tiene enfrente los imponentes glaciares de la Jungfrau, del Munch y del Eiger, en lontananza Murren y en la parte inferior á un lado Lauterbrunnen y al otro Grindelwald, todo reproducción fiel de la realidad.

Los pobladores de esta aldea suiza artificial llevarán los trajes auténticos de los diferentes cantones.

En una palabra, la *Suiza en París* será en extremo interesante y constituirá sin duda uno de los espectáculos más curiosos de la próxima exposición.

G. Mareschal

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Guía general descriptiva de la República Mejicana. – Hace algún tiempo nos ocupamos con el merecido elogio del primer tomo de esta importante obra que edita en Méjico D. Ramon de S. N. Araluce, dirigida y redactada en presencia de datos oficiales por J. Figueroa Doménech, con la colaboración de distinguidos escritores. El segundo volumen contiene una reseña geográfica, industrial y mercantil de cada uno de los 29 Estados y Territorios de la Federacion, descripciones breves, pero completas y claras y sobre todo expuestas con riguroso método que facilita al lector la consulta de un dato cualquiera, todo ello ilustrado con multitud de retratos, vistas de paisajes, edificios y monumentos. Lleva además este tomo un extenso directorio por orden alfabético de profesiones é industrias, un apéndice con la lista de las principales casas mercantiles españolas que sostienen relaciones comerciales con la República Mejicana y un índice alfabético de las personas mencionadas especialmente en el tomo. Precede á este una carta del Sr. Presidente de la República D. Porfirio Diaz, altamente laudatoria para la publicacion, para su editor Sr. Araluce y para el director de la misma Sr. Figueroa.



Jesucristo curando á los enfermos, cuadro de Eduardo de Gebhardt

Manual completo del diamantista y platero, por *K. Schwalk y L. Dieulafait.* – El conocido editor barcelonés D. Manuel Saurí ha aumentado la colección de sus interesantes manuales con la importante obra que nos ocupa. Es ésta un tratado completo de cuanto con la industria del diamantista y platero se relaciona, en el cual se estudian con gran detenimiento, perfecto método y conocimientos profundos las piedras preciosas, su talla, su grabado, su producción artificial, los metales preciosos, las aleaciones, los esmaltes, el plaqué, las soldaduras, la bisutería, las piedras falsas, dando sobre ello noticias tan indispensables para el técnico como curiosas para el simple aficionado. Esta obra, ilustrada con 80 grabados, se vende á cinco pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías.

* * *

El médico rural, por *H. de Balzac.* – Formando parte de la Nueva Biblioteca que con tanto éxito edita en Barcelona D. Luis Tasso, se ha publicado esta interesantísima novela, cuyo mejor elogio está en el nombre de su autor, el inmortal Balzac, el ilustre autor de «La Comedia humana,» de la que forma parte *El médico rural.* La edición española, correctamente traducida por el Dr. G. del Villar, se vende á cuatro reales en rústica y seis encuadernado en tela.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX ← Barcelona 9 de abril de 1900 → Núm. 954

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PIETÁ, grupo escultórico de José Reiss



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN LOS DÍAS SANTOS

Alguno dirá que esta crónica reviste semejanza con un sermón. Así como así estamos en Semana Santa, y es preciso acordarse de este tiempo y de las solemnidades, demasiado puestas en olvido, con que la iglesia lo conmemora.

En otras edades la Semana Santa era un acontecimiento: las gentes se preparaban de antemano, por el ayuno cuadragenario, á asociarse á los dolores de la divina víctima. En sus Sacramentarios y Antifonarios, las iglesias advertían, por el tono de las oraciones, por la elección de las lecturas, por el sentido de las consagradas fórmulas, que había que pensar en el drama del Calvario. Sin perdonar medio se insinúa esta advertencia tan conforme al sentido cristiano: ya velando las imágenes, ya repitiendo las alusiones al gran acontecimiento de la redención por el sacrificio. San Juan Crisóstomo llamaba á esta semana la «Semana grande.» También recibía el nombre de «Semana penosa ó dolorosa,» por los padecimientos que en ella sufrió Cristo; de «Semana de indulgencia,» porque en ella se suele buscar, en la confesión, el perdón de los pecados, y de «Semana Santa,» por la santidad de los misterios que en ella se recuerdan. Y este último nombre es el que ha prevalecido. Los días que la componen están canonizados: se llaman *Martes Santo, Jueves Santo*..., etc.

***

Los nombres duran más que las cosas: más que las costumbres, que los sentimientos, que los preceptos, que la fe. ¿Dónde están aquellos ayunos de los primeros creyentes? ¿Dónde los escrúpulos de nuestros abuelos? San Epifanio dice que algunos cristianos ayunaban desde el Lunes Santo hasta el canto del gallo al amanecer el Domingo de Pascua. Los menos fervorosos iniciaban este *traspaso* del Jueves Santo á la madrugada del Domingo. Todavía hoy, en esos países orientales donde no se ha extinguido el misticismo, donde aún se crían sectas y recorren las calles los flagelantes y los iluminados, y hay extáticos y profetas, se practica este género de ayuno y se exalta con la inanición el sentimiento religioso.

Se acostumbraba también en otras épocas no dejar solitarios los templos un instante en Semana Santa, ni de día ni de noche. Inmensa multitud los llenaba, y el rumor de los rezos nocturnos subía llenando las altas bóvedas de las catedrales. Allí permanecían los fieles hasta el alba, hora de la primera misa, y entonces otros venían á sustituirles, mientras los que habían velado se recogían á disfrutar algún reposo. En tales días nadie trabajaba ni traficaba. La vida material estaba como en suspenso. Los esposos se apartaban, los servidores no atendían á sus tareas; se vivía con el espíritu. Y cuando después de este paréntesis en que se contrariaban todos los instintos y se rompía la cadena de los quehaceres y de las satisfacciones, hasta de las más lícitas, venía la fiesta de Pascua..., era realmente la Pascua florida, la Pascua gozosa, la Pascua primaveral, el renacimiento de las alegrías, de la vida tumultuosa y bullente, de los regocijos, de la mesa opípara, de la expansión juvenil; Pascua, verdadera Pascua. Nada avalora el goce como las privaciones. En aquellos tiempos había claro-obscuro en la existencia.

Y es que entonces la sociedad entera estaba como empapada en el espíritu religioso. Las leyes, reflejo de las costumbres y expresión de los sentimientos, concurrían á solemnizar el tiempo de la Semana Santa. El Código de Teodosio vedaba perseguir á nadie en justicia en toda la Cuaresma. El acreedor no podía reclamar su dinero; la vindicta pública no perseguía al criminal. Siete días antes de Pascua y siete después, se consideraban domingos. No sólo se interrumpía la justicia, sino que se desbordaba la clemencia. Los Poderes de aquellos siglos, anticipándose á las ideas del conde Tolstoy, daban libertad á los presos é indultaban á los reos de muerte. Los amos no imponían castigos á sus esclavos; los reyes absolvían á los rebeldes y facciosos: todo en memoria de Jesús, del monarca espiritual, según el Crisóstomo nos enseña: *regnante Domino nostro Jesu Christo*. Y los ricos daban más limosna, y los pobres descansaban del duro trabajo. Tales eran las huellas que el cristianismo grababa en la sociedad civil.

Actualmente... Declaro que me veo en grave apuro si he de aquilatar hasta qué punto nuestra sociedad es menos cristiana que aquélla. Por una parte veo que en aquélla, con ser tan religiosa, existía esclavitud, tormento, crueldades, tiranías; por otra, que en ésta se agota tranquilamente la fe. Acabo de leer en un periódico cierto telegrama que ha fijado mi atención. ¡Qué síntoma! Dice así: *Monomanía religiosa*. Ciudad Real. (La fecha). Durante tres días ha permanecido en esta capital el ex empleado del Banco D. José Ortiz Fallón, que recorre España haciendo penitencia. Por todo equipaje lleva dos peludos liados al cuerpo, una pequeña manta andrajosa, un morralito y una capa de hule. Al hombro lleva una pesada cruz de hierro en la que se lee: *Obras y no palabras*. Durante su permanencia en ésta, que ha sido en casa de un barrendero, sólo se le ha visto cuando iba á orar. No ha permitido recibir auxilios ni limosnas. Este desgraciado, á quien la mayor parte de las gentes le han creído poseído de una ardiente monomanía por efecto de su excesiva fe religiosa, ha sido tratado con toda clase de consideraciones y respetos.» Y el nombre del corresponsal.

***

¿Queréis meditar este telegrama, redactado sin mala intención, con la sencillez del que sólo se propone transmitir una noticia rara y curiosa para dar atractivo á la lectura del periódico?

Empezad por el título: «Monomanía religiosa.» Es decir, que el que recorre España haciendo penitencia, sólo puede ser un maniático. Sin embargo, así la han recorrido, y supongo que en equipaje de no mayor lucimiento que el del Sr. Ortiz, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán – no cito más que santos renombradísimos y populares. Seguid por la fórmula de cortesía: *Don* José Ortiz y Fallón. Nuestros antecesores le llamarían el *hermano José*, como las gentes de Italia llamaban á San Francisco *frate Francesco*, nuestro hermano. Porque el hombre que renegaba del mundo y sus vanidades, adquiría el título de hermano de los demás hombres. Nos hemos vuelto ceremoniosos; y la ceremonia y el cumplido son vallas que se alzan entre los corazones y las voluntades. – Continuad observando. El mismo penitente se da cuenta de que no está en armonía con los que le rodean; que ni ellos le comprenden ni él les comprende á ellos, y altivo, cauto, para salvar su dignidad, se niega á aceptar limosna. ¿Qué valla más alta, ni más recia, ni más infranqueable? San Francisco aceptaba la limosna hasta tal punto, que no permitía á sus frailes rehusar ni aun los alimentos espléndidos y golosos. Debían comerlos y comer también la bazofia. Todo igual. Lo que les diesen. Era la santa limosna, la santa pobreza; era la dádiva cristiana y fraternal. Pero el penitente Ortiz, el que no se atreve á ser el *hermano José*, tampoco se atreve á parecer un pedigüeño, un mendigo. Come de lo suyo, en la humilde casa del barrendero. Quizás el barrendero le mantiene; de todos modos, no se sabe. Acata el penitente la ley social de que nadie se entere de nuestro modo de vivir, ni tenga derecho á preguntarnos de dónde nos viene el pedazo de pan, con tal que no se lo pidamos ostensiblemente á nadie.

***

¡Ah, penitente Ortiz! En esto no te alabo. Si eres un creyente, de esos que parece que van acabándose – y conste que yo no te califico de *maniático*, y que me parece de perlas el lema que llevas escrito en tu pesada cruz de hierro; – si eres, digo, un creyente, un *Nazarín* á lo divino, no te preocupes de lo que puedan pensar los filisteos; camina intrépido, tendiendo la mano, y dando luego á otro pobre de Dios lo que hayas recogido. Si no tienes este valor, métete en un convento, como le decía Hamleto á Ofelia. Allí la regla encauzará tu piedad; allí la obediencia te señalará lo que debes orar, lo que debes vestir, lo que debes comer, lo que debes hacer á cada hora del día. Y si quieres ser más libre, si te pesa ese yugo, retírate á una cueva. Hay en España un solitario que se ha refugiado no sé en qué breñas y soledades. Para ese, el mundo se encuentra todavía como en el siglo del Crisóstomo y de Teodosio. Los árboles no varían; la naturaleza entona ahora los mismos cánticos de esperanza y de fe. Las águilas hacen su nido en los riscos inaccesibles. Allí puedes ser el *hermano Ortiz*... con tal que no veas á ninguno de tus hermanos, ni de tus hermanas... A éstas sobre todo, dirá algún humorista.

***

Lo cierto es que el buen Ortiz es ya el único mortal que por veredas y calles y plazas practica el más conmovedor de los ritos de Semana Santa, el más expresivo: la *Adoración de la Cruz*.

Verifícase ésta el día de Viernes Santo, cuando se han acabado las plegarias generales, después de que se ha implorado á Dios por la conversión de los paganos. La Cruz, símbolo del sufrimiento y de la redención, se adoró en la cristiandad desde el siglo IV de la Iglesia; desde Jerusalén. Empezó este culto en los momentos en que la emperatriz Santa Helena acababa de descubrir la verdadera Cruz; las gentes estaban deseosas de contemplar el *Lignum*, y cuando lo veían prorrumpían en sollozos, en gritos de entusiasmo, y se postraban, faz contra tierra, haciendo todos los extremos y manifestaciones de la mayor piedad y ternura. Aquel siglo IV fué el momento en que el mundo oriental y el latino, llamados á separarse después para siempre, se unieron y quisieron fundirse en la idea cristiana. – La *Cruz* y el *Logos* se abrazaban con estrecho abrazo. – De todas partes concurrían á Jerusalén los peregrinos para asistir á la adoración; en Semana Santa acampaban al raso, por la imposibilidad de que encontrasen techo. Duró este fervor hasta que en el siglo VII se hizo general la ceremonia de la Adoración en todos los templos del orbe cristiano.

¿Habéis asistido alguna vez á este rito? Lo describiré fielmente. El celebrante, para cumplirlo, despójase de la casulla, á fin de presentarse con mayor humildad y modestia al pie del árbol de la vida. Situándose después en el lado de la Epístola, se vuelve hacia el pueblo. El diácono toma entonces la Cruz velada de negro que está entre los cirios, y la coloca en manos del celebrante, el cual descubre la Cruz hasta el travesaño, la levanta y dice al pueblo: «Este es el madero de la Cruz, del cual ha estado pendiente la salvación del mundo.» Los fieles se arrodillan, pero ya en ninguna parte alzan la voz para exclamar: «Venite, adoremus.» Silenciosos y distraídos quizás asisten al resto de la ceremonia sin comprenderla. Adelántase el celebrante, sin apartarse del lado de la epístola, y los que le ayudan descubren el brazo derecho de la Cruz. Entonces eleva la Cruz más alto, y en tono más fuerte repite: «Este es el madero...» Así como la primer elevación representa la primer predicación del Evangelio, en el seno del apostolado, la segunda representa el Evangelio anunciado á los judíos, cuando los Apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo, fundan la Iglesia dentro de la Sinagoga. Por tercera vez avanza el sacerdote, cara al pueblo; acaba de descubrir la Cruz, el brazo izquierdo; y ya sin velo alguno la levanta más alto todavía, repitiendo la proclama: «Ecce lignum...» Significa la tercer elevación el Evangelio predicado universalmente, la *catolicidad*.

Ya descubierta y elevada, la Cruz está expuesta á la adoración. Entónanse en el templo los famosos *Improperios*, las quejas del Mesías contra los judíos que le desconocieron al verle. Mezclado con ellos resuena el oriental *Trisagio*, que aún hoy se dice en griego, como si la iglesia bizantina no se hubiese escondido de la romana. Esas aisladas palabras griegas parece que lloran, que plañen la separación. Y el canto del Improperio resuena doloroso y nostálgico; «¿Qué te hice, oh pueblo mío? ¿Por qué has clavado á tu Salvador en una cruz? Yo te planté como la más hermosa de mis viñas, y tú me diste á beber vinagre, y atravesaste mi costado con tu lanza...» Al final de esta elegía tan hermosa, el himno triunfal del poeta Claudiano «Dulce lignum, dulces clavos, dulce poudos sustinet» suele traer la expresión del consuelo y de la mística victoria.

EMILIA PARDO BAZÁN.



A todo lo largo de la procesión y alrededor de los Pasos se agita un bosque sin fin de cucuruchos morados

DRAMA SIN PRINCIPIO NI FIN

Algún lector malicioso - porque puede haberlos, aunque la bondad sea la nota característica de todo lector - acaso llegara á creer que al título que precede sería justo sustituirle este otro: «Drama sin pies ni cabeza.» Y, sin embargo, bien pronto veremos que semejante sustitución fuera de todo punto imposible.

Las líneas que siguen no constituyen un cuento, ni una leyenda, ni un drama propiamente dicho, ni siquiera una narración. Son un recuerdo, desprendido de otros recuerdos de tiempos ya lejanos, y el fondo en que ese recuerdo se destaca es una semana de Pasión, por mejor decir, un Jueves Santo.

Lo que ocurrió, ó lo que pudo ocurrir, porque realmente no ocurrió nada, se remonta, poco más ó menos, al año 40 ó 41 de este siglo.

La escena representa una capital importante del Mediodía de España, célebre por sus procesiones y por sus admirables Pasos de Semana Santa, obra prodigiosa de un afamado escultor de fines del siglo XVII.

Eran en aquella época tres procesiones las principales durante la semana de Pasión.

La primera salía el miércoles por la tarde y se llamaba *la procesión de la Samaritana,* porque el Paso principal representa aquel pasaje bíblico en que la Samaritana da de beber á Cristo junto al pozo.

La figura de Cristo es noble, sencilla y dulce.

El pozo es de cristal, espléndido, brillante, lleno de adornos y espejuelos, como si toda el agua de su interior hubiera rebosado derramándose por el brocal y vistiéndolo de luces y colores.

Pero lo más vistoso era, y supongo que continuará siendo, la Samaritana: el rostro hermosísimo, los ojos chispeantes de fuego; y en vestirla y adornarla ponían todo su empeño las señoras más ricas de la capital á que nos referimos.

Cada año sacaba la Samaritana traje distinto y de año en año más lujoso: seda, raso, terciopelo y encajes adornaban su cuerpo, que por dentro es de creer que sería un tosco armazón de madera. Y además, innumerables joyas: sortijas, pulseras, collares y diademas de esmeraldas, rubíes y brillantes, abrillantaban los brazos, el cuello y los cabellos rubios de la escultura.

La Samaritana y el pozo competían en deslumbradores destellos. Y el cubo y la cuerda ó eran de oro ó de oro parecían á juzgar por su brillo.

Sólo la figura del Salvador se destacaba, como hemos dicho, entre los resplandores del Paso, pobre, triste y dulcísima.

No será todo esto muy propio ni muy bíblico, ni realizará el arte clásico ni el arte realista siquiera; pero el Paso de la Samaritana era el encanto de los chicos, de las mujeres y de la gente del pueblo, y daba á esta procesión un carácter de fiesta y alegría bien distinto del carácter religioso y romántico de las otras dos procesiones.

La segunda salía el Viernes Santo por la mañana, á eso de las diez; y de esta procesión hablaremos luego, porque á ella se refiere el recuerdo que vamos á evocar de entre otros cien recuerdos de la niñez, teñido - al menos para nosotros - con la poesía que la semana de Pasión deja en todos los niños.

La tercera y última procesión se llama *la del Santo Sepulcro* ó la del *entierro,* y sale el mismo viernes, á las diez de la noche. Es grave, severa, melancólica. En ella no hay más que dos Pasos: es de una sublime sencillez. El primero, el sepulcro; el segundo representa la imagen divina de la Dolorosa, que va pálida y llorando y vestida de negro detrás del sepulcro de su Hijo.

Consiste el sepulcro en una gran urna de cristal cubierta toda ella de flores, no muchas, y de faroles encendidos, que son muchísimos; y por entre los cristales y por entre las luces de los faroles se ve en el interior la cara pálida del Redentor y se adivina el cuerpo flaco y martirizado bajo una especie de colcha de terciopelo negro con franjas de oro.

A un lado y otro de estos dos Pasos, formando dos hileras que se prolongan en uno y otro sentido hacia adelante y hacia atrás, caminan lentamente, vestidos de rigurosa etiqueta, frac, corbata negra, guantes negros y un gran hachón encendido en la mano, los principales caballeros y personajes de la población. Todos, por de contado, con la cabeza descubierta.

La procesión termina por una música que va tocando tristemente la marcha fúnebre de Beatrice. Por último, da escolta á la procesión medio escuadrón de caballería.

Todos los balcones de las calles por donde la procesión camina están iluminados y llenos de señoras y caballeros, que visten de riguroso luto.

En las calles hay mucha gente del pueblo; pero esta es la procesión de las personas serias, formales y ricas.

Y vamos ahora á la segunda de las tres procesiones: la del viernes por la mañana.

Esta es la más espléndida; no diré la más alegre, pero sí la más llena de vida y movimiento.

La religión, la fiesta popular, las creencias y las alegrías puede decirse que van por la carrera entre emociones siempre antiguas y siempre nuevas.

En esta procesión lucen innumerables Pasos con innumerables figuras del gran escultor; figuras que son asombro del pueblo y admiración de los inteligentes.

Allá van la Cena, y la Oración del Huerto, y el Prendimiento, y los azotes á Cristo amarrado á la columna, y la Caída, y la Verónica, y la Dolorosa, y no sé cuántos Pasos más; porque los recuerdos se pierden entre soldados romanos, mal encarados judíos, sayones de cara feroz y piernas y brazos musculosos, llorosas vírgenes y Cristos martirizados.

No es fácil olvidar en el Paso del Prendimiento, ni la cara dulce del Cristo, ni la cara traicionera de Judas que apunta los labios para dar el beso infame, ni á Marco en el suelo, ni á San Pedro con la espada desnuda y en el aire levantada, que al marchar el Paso, con las sacudidas de la marcha irregular, vibra y centellea y parece que va á descargar el golpe, aunque nunca lo descarga.

Y sobre todo, el Paso de la Cena con todos los Apóstoles y Cristo de tamaño natural. Masa enorme que llevan en hombros sesenta ú ochenta hombres por lo menos, de los más forzudos del campo y que de quince en quince minutos se renuevan.

Y aquella mesa es un prodigio: es el gran lujo, el gran alarde de los ricos propietarios de la población.

Los manjares son verdaderos manjares de los más exquisitos que produce la comarca; y hay uvas, y fresas, y toda clase de frutas, que parecen imposibles en la Semana Santa, y que para el Paso de la Cena se cultivan en invernaderos y estufas.

De los manjares de la mesa del Paso sólo disfrutan los que la llevan; que bien merecen por el trabajo y el riesgo tan regalada y exquisita recompensa.

Y decimos el riesgo, porque es grande para los que cargan con el Paso de la Cena.

Cuentan que un año, al entrar con demasiada velocidad en la iglesia, perdió su dirección la enorme masa y mató á tres hombres en la misma portada del templo.

Pero lo que da más carácter, más animación y vida y aspecto más extraño á esta procesión del Viernes Santo, es la multitud inmensa de Nazarenos con sus túnicas moradas, sus cucuruchos prolongados en la cabeza y la tela á manera de velo que les cae sobre el rostro, cubriéndolo todo él, á excepción de los ojos, que por dos agujeros de la tela se divisan bajo la enorme caperuza.

A todo lo largo de la procesión y alrededor de los Pasos se agita un bosque sin fin de cucuruchos morados, de tal elevación algunos de ellos, que á veces parece que llegan á los balcones de los pisos principales.

Muchos de los Nazarenos llevan yemas, caramelos y otros dulces que van repartiendo alegremente, ni más ni menos que si se tratase de una mascarada; y por entre la muchedumbre cruza de cuando en cuando algún Nazareno de alta categoría con pequeño y coquetón cucurucho, con túnica finísima, abierta por delante á manera de bata, para que se vea el traje de etiqueta, la blanca pechera y los botones de brillantes; y estos jefes y directores de la procesión van á rostro descubierto para mostrar quiénes son y lo que valen y pueden.

Pero lo más extraño y lo que más excita la curiosidad son los penitentes: dos largas filas de Nazarenos que á un lado y otro del Paso de la Caída se extienden en hilera interminable.

La caperuza es pequeña; el rostro está cubierto, cuidadosamente cubierto; los pies descalzos, y todos llevan una pesada cruz sobre el hombro derecho, sosteniéndola con ambas manos, á las cuales va ceñido un rosario.

Aun en la manera de llevar la cruz marca cada penitente su fuerza y su carácter, y hasta los grados de su devoción. El uno va erguido, marcha con desembarazo y lleva la cruz sobre el hombro como pudiera llevar un fusil.

El otro va modestamente inclinado, marcha con lentitud y besa la cruz de cuando en cuando.

Alguno se arrastra más que camina; va encorvado por completo, y en toda la espalda se apoya la cruz como si el cuerpo ansiase adherirse totalmente al madero.

Y bien: en la época y en la Semana Santa á que me refiero, caminaba entre los penitentes uno que por la esbeltez de su figura, por la dificultad con que llevaba la cruz y por ser ésta más pequeña que las demás, hacía sospechar á todos que no podía pertenecer al sexo masculino el misterioso penitente.

Todo el mundo decía: «Mira, mira, debe ser una mujer.»

Para convencerse de que lo era, bastaba observar sus desnudos pies: pequeños, finísimos, de forma elegante, de uñas nacaradas.

Aquel penitente era indudablemente una mujer, y una mujer joven, y una mujer hermosa. Más aún: debía ser una señora, una gran señora.

¿Cuál sería su historia? ¿Cuál sería su culpa? ¿Por qué tan cruel penitencia? ¿Por qué tal humillación?

Un caballero que estaba en el quicio de una puerta y que, según luego se dijo, no era de la población, porque nadie le conocía, reparó en la penitente de los pies aristocráticos; y recorriendo la graciosa y poética figura á lo largo de la túnica, fijó la vista en los dos delicadísimos pies, que el rudo empedrado martirizaba sin piedad, y algo advirtió en ellos que le hizo estremecer.

¡Cosa extraña y en que ya habían reparado muchos espectadores! Cada pie tenía una cicatriz como si hubiera sido atravesado en otro tiempo por un puñal ó por un clavo.

La penitente seguía su camino, pero sus fuerzas se iban agotando y tres veces cayó al suelo y tres veces la levantaron otros Nazarenos.

El caballero, abriéndose paso por entre la multitud, la seguía de cerca, sin separar la vista de las cicatrices de los pies y poniéndose más y más pálido cuanto más miraba las manchas rojas en los pies blanquísimos.

Al fin y al cabo, la procesión entró en la iglesia: el caballero no pudo entrar.

Pasaron algunos minutos y por una pequeña puerta, que debía corresponder á la sacristía, salió la penitente con el rostro cubierto, con su túnica y su caperuza y sus pies desnudos.

Entonces se acercó un coche de camino, que sin duda la estaba esperando á la vuelta de la iglesia, y ella se dirigió al coche y el caballero se dirigió hacia ella. Desde dentro abrieron la portezuela, y en el coche se precipitó la mujer, arrancando á todo escape los caballos.

Cuando el caballero llegó, el coche iba muy lejos: en el suelo habían quedado algunas manchas de sangre, que marcaban el camino de la penitente, y algunos curiosos aseguraban que habían oído estas palabras:

—¡Al fin cumpliste tu deseo!

Y una voz de mujer contestó:

- Ha sido un gran consuelo para mí.

No más.

De la misteriosa penitente, de sus aristocráticos pies atravesados en otro tiempo por clavo ó por puñal, del hombre que iba dentro del coche y del forastero de rostro pálido que la fué siguiendo, se habló durante ocho días, agotando todas las hipótesis y todas las combinaciones dramáticas. La verdad nunca se supo.

Era la escena suelta de un drama sin principio y sin fin; pero no sin pies ni cabeza, porque los pies de la penitente, por el tosco empedrado fueron arrastrándose blancos, finísimos y con sus dos rojas cicatrices.

El drama está por hacer.

JOSÉ ECHEGARAY



El caballero, abriéndose paso entre la multitud, la seguía de cerca

¿QUIÉN SERÁ?

Vedla: limpio aunque raído traje cubre su demacrado cuerpo; las arrugas que empiezan á surcar su rostro indican el otoño de la vida; la nieve que alterna con el ébano en su cabellera lacia, atestigua sufrimientos del alma, y la palidez mate de sus mejillas la mortificación de la materia.

Al verla, no puede uno menos de sentir la intuición de la pobreza, pero de esa pobreza noble y honrada que dignifica y enaltece, no de esa pobreza que se hace repulsiva por la acre emanación de los harapos y del vicio, del abandono ó de la indiferencia. Hay en esa mujer algo de misterioso y de sublime que trasciende en la bondad de su mirada, en la serenidad de su frente y en la distinción de su andar; algo que la asemeja á una hermosa estatua del dolor y de la resignación.

Hubo un tiempo en que su nombre fué emblema de juventud y de hermosura, de elegancia y de buen tono; tiempo en el que, sin disfrutar de portentosas riquezas, su posición fué brillante; en el que el amor invadía su alma llenándola de satisfacciones purísimas, y en el que los santos y dulces goces de la familia llenaron su corazón de felicidades sin cuento.

Turbamulta de admiradores la rodeaba; la lisonja, en escala cromática interminable, procuraba llenar su oído de insidiosas armonías, y la seducción, enmascarada ú ostensible, no cesaba de lanzar contra su inquebrantable virtud floridos ponzoñosos dardos.

Pero la fatalidad, que invisible se cierne sobre nosotros, cubrió un día con sus negras alas, é inmerecidamente por cierto, aquel hermoso cuadro de familia, aquella dicha del hogar, aquella paz del espíritu: quiebra inopinada sustituyó con la miseria la holgura; extraviadas ideas acerca del honor, determinando un suicidio, trocaron la alegría en fúnebres crespones, y el deber maternal ante la cuna de dos ángeles, criaturas inocentes é incapaces de comprender las nebulosidades del presente y las negruras del porvenir, borró de pronto la paz del ánimo suscitando en él dudas y temores, intranquilidad y abatimiento.

Mísera buhardilla sustituyó al palacio; modestísimo ajuar al mobiliario espléndido; pobre mandadera á numerosa servidumbre; frugal comida á refinados manjares; media docena de tiestos de barro con perfumadas flores á prodigios de orfebrería y á los encantos de hermoso invernadero, y la soledad del desvalido á la corte asidua del poderoso.

Pero si la amistad, entibiándose por grados, llegó á convertirse en hielo; si la gratitud, pasando por la indiferencia, se convirtió en desvío, la seducción, en cambio, aguzó sus dardos en los primeros tiempos de la desgracia atrincherándose en las vicisitudes de situación tan amarga, é indispensables fueron toda la resignación de la mártir, toda la virtud de la santa y toda la fuerza de voluntad de la heroína, para que ésta no amasara con girones de su honra el pan que daba á sus hijos á costa de propias privaciones y de ímprobo trabajo.

Vedla; esa es: diez años hace que con la miseria lucha y que al infortunio vence con su constancia y laboriosidad, con su resignación y con su esfuerzo: ya no la preocupan ni molestan las asechanzas del vicio; que ante las arrugas prematuras del rostro y la anticipada nieve de los cabellos, la seducción huyó para siempre espantada de sí misma.

Vedla: gozosa el alma y dándole brincos de alegría el corazón, se dirige en estos momentos hacia el hogar en que la esperan con ansiedad sus hijos, ansiedad más justificada que en otras ocasiones, dado su infantil temperamento: mano oculta y caritativa acaba de enviarles, bajo sobre, un billete de banco de cincuenta pesetas, cantidad insignificante en sí, pero de valor espléndido en sus tristes circunstancias.

Aquellas cincuenta pesetas significan un modesto traje para cada uno; dos mantas de abrigo para conllevar los rigores del aterido invierno, y una comida, una tan solo, con visos de extraordinaria magnificencia: aquellas cincuenta pesetas son, en realidad, una fortuna para tan pobre y honrada familia.

Ved, pues, á esa madre que, menos abatida y menos triste que de costumbre, según revelan el fulgor de su mirada y la serenidad de su frente, se dirige hacia su hogar después de haber realizado el bienhechor billete en una casa de cambio; vedla cruzar las calles aguijada por el natural deseo de observar reflejada en las facciones de sus inocentes hijos la alegría de la novedad y tal vez la producida por alguna de esas bagatelas que causan las delicias de los niños de diez ó doce años.

Vedla..., mas ¿por qué detiene su planta?, ¿por qué negra sombra de tristeza empaña su frente?, ¿por qué fugitiva lágrima surca su mejilla y hondo suspiro escapa de su oprimido pecho?

Negro cuadro, cuadro tristísimo de desdichas acaba de ofrecerse á su vista. Mísero albañil acaba de desprenderse de un andamio, á considerable altura, y de aplastarse contra el pavimento: junto á aquel montón de restos ensangrentados é informes, desolada mujer vierte mares de angustioso llanto, y cinco criaturas, la mayor de nueve años, envueltas en miserables harapos, retuércense en convulsiones de agonía: el dolor graba su profunda huella en aquellos semblantes pálidos; el hambre sus horrores en aquellos cuerpos enflaquecidos, y la miseria su mano fatídica en los harapos que visten.

Ante aquel cuadro horrible y desolador, nuestra heroína siente algo que la ahoga; y sin detenerse un momento, alarga su mano trémula; deposita en las de la otra infeliz viuda las cincuenta pesetas que forman su tesoro, y se aleja rápidamente para sustraerse á indiscretas miradas.

Vedla proseguir su camino tranquila y satisfecha de su obra, aunque entristecida por el recuerdo del infortunio ajeno: vedla, y no me preguntéis más acerca de ella, porque sólo podría revelaros su nombre.

Se llama CARIDAD.

PERO NUÑO



JESÚS DE NAZARET, dibujo de José Triadó



LAS SIETE PALABRAS

I

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.

(Lucæ, XXIII, 34)

Se obscurece el sol á mediodía, y las tinieblas se extienden libres por la tierra como si ya hubiera llegado su hora.

Las estrellas aparecen despavoridas en un cielo plomizo y triste, anunciador de alguna catástrofe.

¿Qué has hecho, Jerusalén, qué has hecho?

Antes apedreabas á los profetas: ahora das muerte al Señor de los profetas y objeto de las profecías...

En la obscura penumbra se distinguen sobre la cima del Gólgota tres cruces; y en la del medio, que es la más alta de ellas, está clavado de pies y manos el Hijo de Dios.

La predicación de una doctrina santa, confirmada con innumerables milagros hechos principalmente en beneficio de los pobres y de los humildes, le ha traído á este fin.

Para honrar y ennoblecer la pobreza nació en un establo, donde tuvo de cuna un pesebre, sufrió la circuncisión, padeció destierro, trabajó para ganar el sustento en un oficio humilde, y cuando salió de la obscuridad de su modesta vivienda para enseñar al mundo la nueva ley, predicó á los hombres que se amaran unos á otros como hermanos, como hijos de un mismo padre que está en el cielo; y al mismo tiempo que predicaba la caridad y la dulzura de corazón, condenaba la soberbia y la usura y la molicie y la crueldad y el regalo y el odio y la holgazanería y todos los vicios.

En prueba de que era santa su doctrina, suspendía las leyes de la Naturaleza dando vista á los ciegos, palabra á los mudos y movimiento á los tullidos, curando todas las enfermedades y volviendo los muertos á la vida. Fué por todas partes haciendo bien: *pertransiit benefaciendo*... Por eso fué recibido en Jerusalén con ramos de palma y aclamaciones de triunfo. ¡Hosana al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Pero los fariseos y los escribas y los príncipes de los sacerdotes, heridos en su soberbia, se confabularon para perderle. Compraron á uno de sus discípulos, al pérfido Judas, para que se le entregara, y cuando le tuvieron en su poder le ataron como á un criminal y le ofrecieron al desprecio de Anás, de Caifás, de Pilatos y de Herodes, quien le trató de loco, ordenando vestirle de púrpura y ponerle en la mano un cetro de caña. Le volvieron á llevar á Pilatos, que después de oir á muchos testigos falsos que declaraban contra él le mandó azotar, aunque estaba convencido de su inocencia; y le azotaron, y le escupieron, y le coronaron de espinas, y le vendaron los ojos, dándole luego bofetadas y golpes en la cabeza con el cetro de burlas y diciéndole: «Adivina quién es el que te ha dado...»

Con engaños y mentiras conjuraron al pueblo contra él, al mismo pueblo que pocos días antes le aclamaba, y le hicieron pedir alborotado su muerte á cambio de la libertad de Barrabás, ladrón y homicida: con amenazas de hacerle perder el favor del César intimidaron á Pilatos para que le sentenciase á morir en cruz.

Obtenida la inicua sentencia, sacaron á Jesús con grande algazara por las calles cargado con el madero del suplicio, y le hicieron subir al Gólgota, que quiere decir lugar de las calaveras, porque era donde ajusticiaban á los malhechores, de cuyos huesos estaba lleno, y le despojaron de sus vestiduras y le crucificaron en medio de dos ladrones...

Allí está.

Bajó del cielo y tomó carne humana para conversar con los hombres, instruirlos en la ley santa de Dios y redimirlos de la esclavitud del pecado, y los hombres le han puesto en una cruz.

Allí está, sujetas las manos á los brazos de la cruz con dos fuertes clavos, y los pies al tronco con otro clavo más fuerte. Allí está pendiente del madero, allí está desangrándose, á la vista de su pueblo, que en vez de auxiliarle y compadecerse de su dolor, le insulta...

Jesús abre sus labios divinos...

¿Será para condenar con voz poderosa la iniquidad horrible de sus perseguidores?.. ¿Será para quejarse de la injusticia con que, sin respeto á la ley y sin forma de juicio, ha sido sentenciado á muerte?.. ¿Irá á mandar á los elementos, siempre obedientes á su voz, que aniquilen á sus verdugos?..

No, nada de eso. De sus verdugos habla, sí; pero escuchad, escuchad lo que dice:

Padre, perdónalos; que no saben lo que hacen.

La primera palabra de Jesús en la Cruz es de perdón.

Palabra sublime.

El Hijo de Dios, muriendo entre tormentos, pide á su Padre el perdón, no ya para los hombres en general, sino especialmente para sus matadores.

«Si amáis á vuestros amigos y á vuestros parientes —había dicho antes á sus discípulos— no tendréis en ello gran mérito, pues los gentiles hacen otro tanto... Yo os digo que améis á vuestros enemigos.»

Y confirmando la predicación con el ejemplo, muere en la cruz pidiendo á su Eterno Padre el perdón de los que le han crucificado.

II

Amen dico tibi. Hodie mecum eris in Paradiso.

(Lucæ, XXIII, 43)

A la caridad ardiente de Jesús, á la bondad sublime con que implora del Padre Eterno el perdón para sus verdugos, responden éstos con nuevas blasfemias y nuevos escarnios.

—¡Ah!, le decían pasando junto á la cruz y moviendo las cabezas con gran mofa. ¡Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días le reedificas, sálvate á ti mismo!.. ¡Si eres hijo de Dios, bájate de la cruz!..

—¡A otros hizo salvos, decían burlándose los príncipes de los sacerdotes y los escribas, á otros hizo salvos y á sí mismo no puede salvarse! ¡Si es rey de Israel que baje ahora de la cruz y creeremos en él!..

Y como habían crucificado con Jesús dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, para que se cumpliese la Escritura que dice: «Fué reputado entre los malos,» uno de aquéllos, el malvado Gestas, blasfemaba y escarnecía también á Jesús diciéndole con ironía salvaje:

—Si es que eres el Cristo, sálvate á ti mismo y sálvanos á nosotros.

Pero el otro, Dimas, le reprendió diciéndole:

—¿Ni aun tú temes á Dios, y eso que estás con él en el mismo suplicio?.. Y en verdad que nosotros con razón sufrimos la muerte, pues la tenemos bien merecida por nuestros delitos; pero éste no ha hecho nada malo.

Y volviéndose á Jesús agonizante le dijo:

—¡Señor, cuando estés en tu reino, acuérdate de mí!

El corazón amantísimo y noble que imploró del Padre perdón para sus mismos verdugos que no lo solicitaban, no podía menos de conceder el perdón al que ahora se le pide, no podía menos de premiar la fe del ladrón arrepentido, que aun viendo al Hombre-Dios en patíbulo infame, da testimonio de su inocencia y de su divinidad.

Jesús habla otra vez con el mismo acento de piedad y de mansedumbre. Antes pedía á su Padre perdón para los deicidas: ahora El mismo le concede al ladrón que le busca, prometiéndole la inmediata recompensa de su fe con estas palabras de inefable consuelo:

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

III

Mulier: ecce filius tuus.
...Ecce Mater tua.

(Joannis, XIX, 26, 27)

Estaban junto á la cruz de Jesús, María su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofé y María Magdalena.

La Santísima Virgen, Madre de Jesús, aquella alma pura é inmaculada que con el valor propio de la inocencia acompañó á su Hijo á todas partes, no le ha abandonado al subir al suplicio.

La mujer pecadora que á una mirada del Redentor del mundo sintió arder en su pecho el amor divino, y despojándose de sus mundanales atavíos y de sus livianas pasiones siguió constantemente á Jesús sin temor á nada, porque el verdadero amor no teme, tampoco ha podido apartarse del divino Dueño ni aun en la angustia del Calvario.

Estas dos mujeres extraordinarias, modelos respectivamente de la inocencia y de la penitencia, con la piadosa María Cleofé, parienta de la Virgen, y Juan, el discípulo amado de Jesús, que en la noche anterior había reclinado la frente en su pecho amoroso durante la Cena, estaban al pie de la cruz del Redentor sufriendo con él, haciéndose solidarios de sus afrentas y de sus dolores.

El divino Jesús contempla la orfandad de su discípulo y en él la de todos los hombres, y quiere remediar su desamparo. Contempla al mismo tiempo el vacío que su partida de este mundo deja en el corazón de su Madre y quiere darla otro hijo á quien amar y hacer objeto de su ternura. Y olvidándose de

las propias penas otorga su testamento en esta forma: *Mujer, ahí tienes á tu hijo,* dice dirigiéndose á la Virgen María; y mirando luego al Discípulo añade: *Ahí tienes á tu madre.* Y desde aquella hora, dice el Evangelio escrito por el mismo Discípulo amado, testigo presencial del suceso, desde aquella hora la tomó el Discípulo por madre suya.

Mas la Virgen, aunque el evangelista no lo expresa, aceptó también el triste legado; aceptó la maternidad del Discípulo, la maternidad de los hombres, la maternidad de los pecadores, la maternidad de los mismos verdugos de su Hijo querido.

¡Qué cambio tan desigual y qué sacrificio tan grande! En el lugar que ocupaba en su corazón el Hijo del Altísimo, delicia de Dios, conjunto de perfecciones, hacecito de mirra, como le llama la Esposa en los Cantares, ha de colocar la Virgen, según la recomendación divina, á los hijos de los hombres, llenos de pecados, de vicios y de miserias.

¡Virgen Santísima! Al pie de la cruz aceptaste con la maternidad de los hombres la maternidad de los pueblos. Entre éstos hay uno que correspondió siempre mejor que todos los demás á tus maternales cuidados y te dió siempre inequívocas pruebas de filial cariño. Este pueblo se llama España, y es hoy muy desgraciado. Para colmo de su desventura, hay quien pretende arrebatártele, hacer que reniegue de ti...

¡Que no suceda eso nunca, Virgen Santa! Protege siempre á este tu pueblo predilecto: nunca lo olvides: por grandes que sean sus faltas, nunca le arrojes de tu corazón. Es tu hijo... *Ecce filius tuus...*

IV

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

(MATHEI, XXVII, 46)

Por los pecados de los hombres padece el Hijo de Dios terribles tormentos en la cruz afrentosa, y los hombres se mofan de él y le escarnecen. Satisface por ellos á la justicia divina irritada, dando en satisfacción hasta el último suspiro de su vida: los redime, en cuanto está de su parte, de la esclavitud del pecado y de la pena eterna del infierno en que por el pecado incurrieran, dando en precio de la redención su preciosa sangre hasta la última gota, y los hombres le insultan en el momento de morir por ellos.

Esta ingratitud, este desprecio de la redención que Jesús ve con su mirada divina, no solamente en los hombres que pasan junto á él haciéndole burla, sino en los hombres de las generaciones venideras por quienes igualmente padece; esta inutilidad de su sacrificio para tantas almas desagradecidas, fué lo que le hizo ya sudar sangre en el Huerto, lo que le hizo exclamar: *Triste está mi alma hasta la muerte,* y lo que aflige ahora su corazón más que todos los tormentos y dolores que sufre en su cuerpo sagrado.

Por eso vuelve á abrir sus labios divinos y exclama en tono de dolorosa queja: *Eli, Eli, Lamma sabacthani...*

Los sayones, que no entendían bien la lengua del país, creyeron, al oir estas palabras, que el Señor llamaba en su auxilio al profeta Elías, y su error les sirvió de motivo para nuevas burlas.

– A Elías llama éste, dijeron.

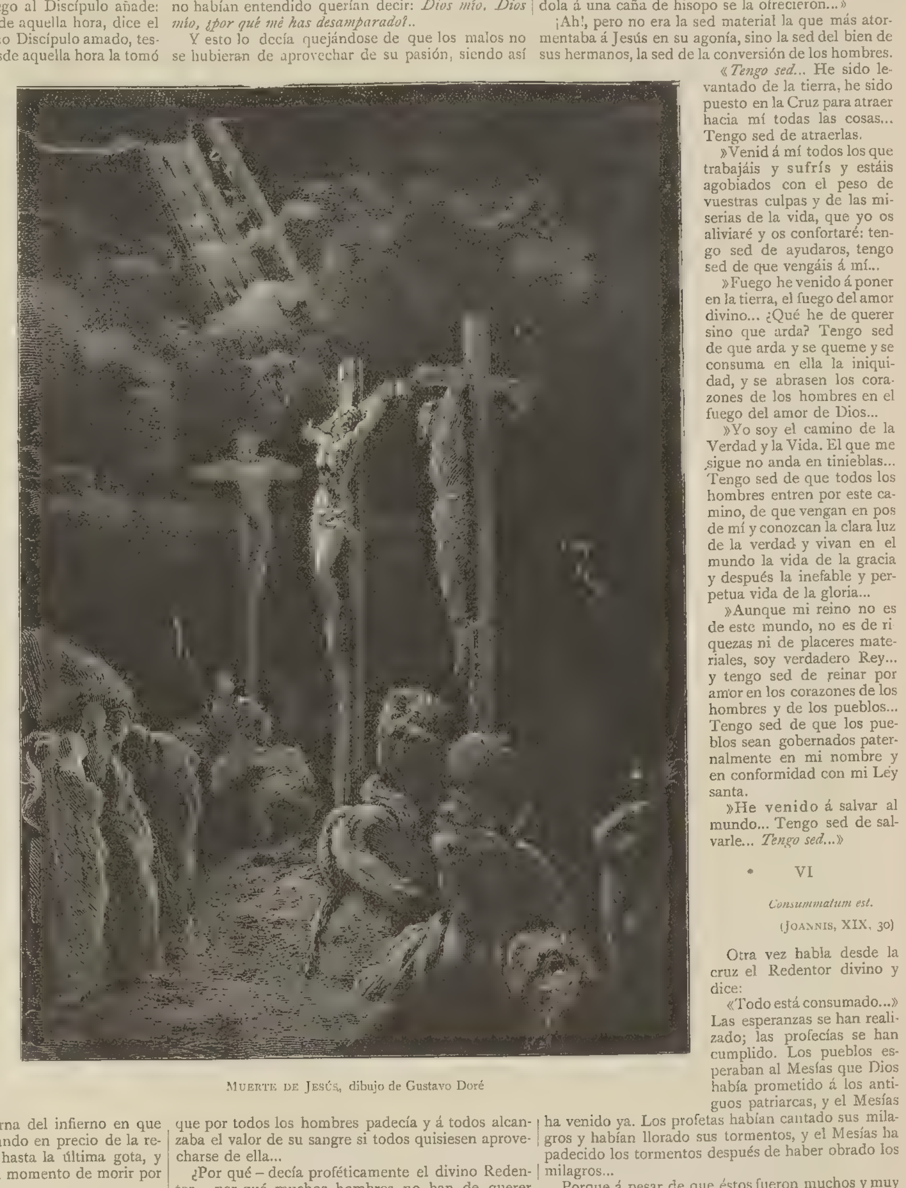
Y mientras uno iba á ofrecerle vinagre en una esponja, otros le decían chanceándose:

– Déjale; esperemos á ver si viene Elías á librarle.

Pero Jesús no llamaba á Elías, sino á su Padre celestial, porque aquellas palabras que los soldados no habían entendido querían decir: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?..*

Y esto lo decía quejándose de que los malos no se hubieran de aprovechar de su pasión, siendo así que por todos los hombres padecía y á todos alcanzaba el valor de su sangre si todos quisiesen aprovecharse de ella...

¿Por qué – decía proféticamente el divino Redentor, – por qué muchos hombres no han de querer rendirse al amor que me hace dar la vida por ellos?.. ¿Por qué los herejes han de tratar de deshacer mi obra?.. ¿Por qué los impíos han de perseguirme?.. ¿Por qué los apóstatas han de negarme?.. ¿Por qué los sofistas hipócritas, teniendo mi nombre en los labios, han de procurar con todo afán arrancar mi doctrina del corazón de los pueblos?.. ¿Por qué los pueblos han de gemir bajo el yugo de los explotadores que se enseñorean por asalto de los poderes públicos?.. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*



MUERTE DE JESÚS, dibujo de Gustavo Doré

V

Sitio.

(JOANNIS, XIX, 28)

El divino Mártir del Calvario vuelve á abrir sus labios en medio de la agonía y dice:

– *Tengo sed...*

«Y como había allí un vaso lleno de vinagre – dice el evangelista San Juan, que estaba presente, – los soldados empaparon en vinagre una esponja y atándola á una caña de hisopo se la ofrecieron...»

¡Ah!, pero no era la sed material la que más atormentaba á Jesús en su agonía, sino la sed del bien de sus hermanos, la sed de la conversión de los hombres.

«*Tengo sed...* He sido levantado de la tierra, he sido puesto en la Cruz para atraer hacia mí todas las cosas... Tengo sed de atraerlas.

»Venid á mí todos los que trabajáis y sufrís y estáis agobiados con el peso de vuestras culpas y de las miserias de la vida, que yo os aliviaré y os confortaré: tengo sed de ayudaros, tengo sed de que vengáis á mí...

»Fuego he venido á poner en la tierra, el fuego del amor divino... ¿Qué he de querer sino que arda? Tengo sed de que arda y se queme y se consuma en ella la iniquidad, y se abrasen los corazones de los hombres en el fuego del amor de Dios...

»Yo soy el camino de la Verdad y la Vida. El que me sigue no anda en tinieblas... Tengo sed de que todos los hombres entren por este camino, de que vengan en pos de mí y conozcan la clara luz de la verdad y vivan en el mundo la vida de la gracia y después la inefable y perpetua vida de la gloria...

»Aunque mi reino no es de este mundo, no es de riquezas ni de placeres materiales, soy verdadero Rey... y tengo sed de reinar por amor en los corazones de los hombres y de los pueblos... Tengo sed de que los pueblos sean gobernados paternalmente en mi nombre y en conformidad con mi Ley santa.

»He venido á salvar al mundo... Tengo sed de salvarle... *Tengo sed...*»

VI

Consummatum est.

(JOANNIS, XIX, 30)

Otra vez habla desde la cruz el Redentor divino y dice:

«Todo está consumado...» Las esperanzas se han realizado; las profecías se han cumplido. Los pueblos esperaban al Mesías que Dios había prometido á los antiguos patriarcas, y el Mesías ha venido ya. Los profetas habían cantado sus milagros y habían llorado sus tormentos, y el Mesías ha padecido los tormentos después de haber obrado los milagros...

Porque á pesar de que éstos fueron muchos y muy grandes, el mundo no conoció al Mesías. Era Hijo de Dios, y los hombres le llamaron endemoniado: era la Verdad eterna, y le llamaron embustero: era la Sabiduría infinita, y le trataron de loco: era Rey de la Gloria, y le pusieron corona de espinas: era infinitamente Bueno, y le hicieron morir entre dos ladrones como si fuera el peor de los criminales... La obra de la iniquidad humana se ha consumado.

Pero se ha consumado también la obra de la misericordia divina. Dios envió á su Hijo á redimir al mundo, y el Hijo de Dios se ha inmolado por los pecados de los hombres. La justicia divina está satisfecha.

«Consumado está todo – dice Jesús. – Acabada está ya la obra de la redención humana; ya he cumplido todo lo que convenía para la salvación de los hombres...

»Si ellos quisieran entrar en el cielo, ya les he enseñado el camino, que es el del sufrimiento, y les he abierto la puerta con la única llave, que es la cruz. *Consummatum est.*»



JESUCRISTO ANTE CAIFÁS, (obra de...



...able cuadro de C. Fugel, grabado por Bong

VII

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

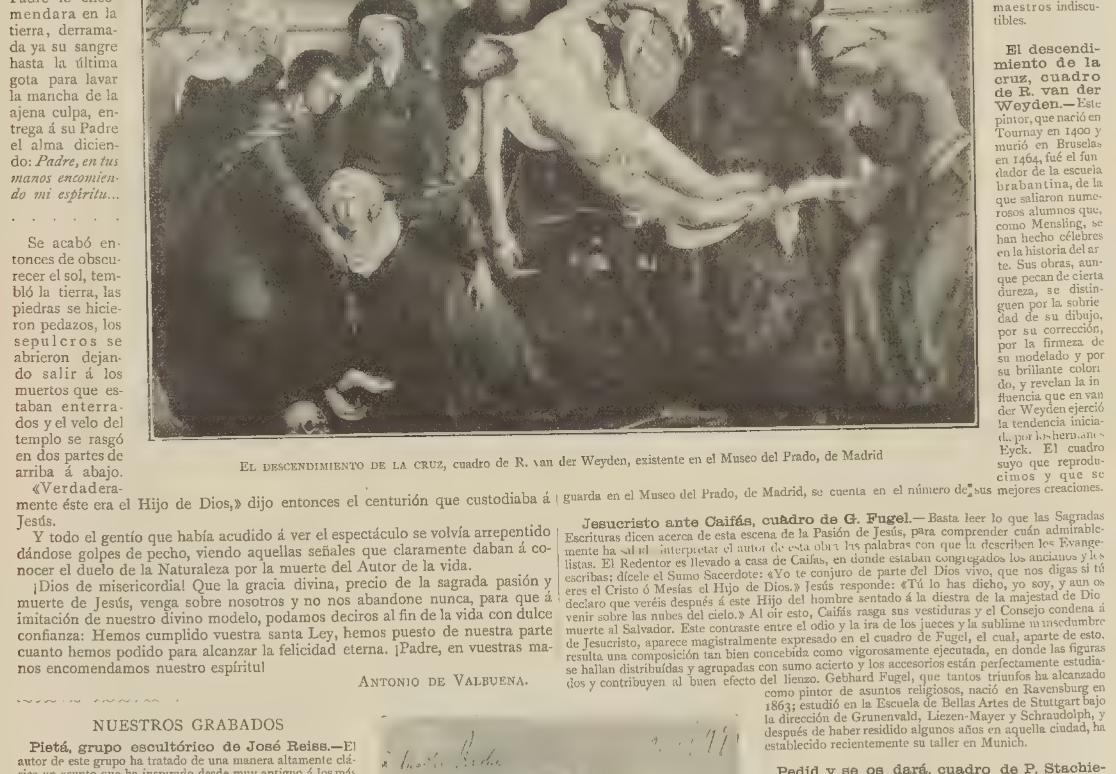
(LUCÆ, XXIII, 46)

Jesús agoniza. El Verbo de Dios, por quien Dios crió todas las cosas, el que dió vida á todo lo que vive y se hizo hombre y habitó entre los hombres, tomando sobre sí los pecados de la raza humana, se está despidiendo de la vida.

Cumplida ya la misión que su Padre le encomendara en la tierra, derramada ya su sangre hasta la última gota para lavar la mancha de la ajena culpa, entrega á su Padre el alma diciendo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...*

. . . .

Se acabó entonces de obscurecer el sol, tembló la tierra, las piedras se hicieron pedazos, los sepulcros se abrieron dejando salir á los muertos que estaban enterrados y el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba á abajo.



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de R. van der Weyden, existente en el Museo del Prado, de Madrid

«Verdaderamente éste era el Hijo de Dios,» dijo entonces el centurión que custodiaba á Jesús.

Y todo el gentío que había acudido á ver el espectáculo se volvía arrepentido dándose golpes de pecho, viendo aquellas señales que claramente daban á conocer el duelo de la Naturaleza por la muerte del Autor de la vida.

¡Dios de misericordia! Que la gracia divina, precio de la sagrada pasión y muerte de Jesús, venga sobre nosotros y no nos abandone nunca, para que á imitación de nuestro divino modelo, podamos deciros al fin de la vida con dulce confianza: Hemos cumplido vuestra santa Ley, hemos puesto de nuestra parte cuanto hemos podido para alcanzar la felicidad eterna. ¡Padre, en vuestras manos encomendamos nuestro espíritu!

ANTONIO DE VALBUENA.

NUESTROS GRABADOS

Pietá, grupo escultórico de José Reiss.—El autor de este grupo ha tratado de una manera altamente clásica un asunto que ha inspirado desde muy antiguo á los más grandes artistas. «El que contempla esa obra—escribe un crítico alemán—siéntese hondamente emocionado; y al fijar su mirada, ora sobre la Madre que transida de dolor al mismo tiempo que llena de resignada abnegación, se inclina sobre el cadáver de su Hijo, ora sobre el inanimado cuerpo de Jesús, involuntariamente cruza las manos y reza una oración.» Aparte de este sentimiento que despierta la escultura, admírase en ésta multitud de bellezas de ejecución que pueden sintetizarse en la naturalidad de las actitudes, en la corrección de líneas y en la armonía del conjunto. El autor de esta obra nació en Dusseldorf en 25 de octubre de 1835 y se educó en la escuela de los Nazarenos de aquella ciudad; el grupo escultórico que nos ocupa le fué confiado por el ministerio de Cultos de Prusia y se encuentra actualmente en una iglesia de Colonia. José Reiss falleció en 1.° de febrero de 1899.

Jesús de Nazaret, dibujo de José Triadó.—Esta hermosa página constituye una nueva manifestación del talento artístico del joven y tan justamente celebrado dibujante con cuya colaboración tantas veces se ha honrado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Triadó, que cultiva con éxito todos los géneros, es, sin embargo, un verdadero especialista, un maestro, en el á que pertenece este dibujo: pocos le igualan dentro de este estilo ornamental en que el asunto principal de la obra aparece rodeado de preciosos motivos secundarios que lejos de perjudicarle avaloran sus excelencias. Conocedor profundo de los modelos que los clásicos nos han dejado y dotado al mismo tiempo de rica fantasía y de imaginación brillante, sabe utilizar las enseñanzas que aquéllos encierran, no para imitarlos, sino para embeberse en su espíritu extrayendo de ellos el alma, por decirlo así, que los anima. La originalidad y la solidez de sus composiciones y el gusto exquisito con que combina los elementos constitutivos de las mismas, enlazándolos hábilmente y dando á cada uno su valor propio, así como el dominio que tiene de la técnica y el sentimiento que todas sus obras respiran, son las cualidades características del notable artista catalán, á quien el porvenir reserva indudablemente un eminente puesto dentro del arte patrio contemporáneo.

EL PADRE DIDÓN, recientemente fallecido en Tolosa (Francia)

El padre Didón.—Este famoso orador sagrado, hace poco fallecido repentinamente en Tolosa de Francia, en donde se hallaba de paso para Roma, había nacido el 17 de marzo de 1840 en Touvet (Isére), y llevado por irresistible vocación religiosa, que en él se despertara desde su infancia, bajo la influencia de Lacordaire, entró á la edad de dieciocho años como novicio en la orden de los dominicos. En 1862 pronunció sus votos perpetuos y marchó á Roma, en cuyo convento de la Minerva preparóse para la predicación. Fué más tarde prior del convento de la orden en París, en donde fundó la escuela Lacordaire, y desde 1890 dirigía la escuela de Alberto Magno en Arcueil. Educador y escritor notable, el padre Didón deja varias obras de gran valía, entre las cuales merecen citarse especialmente *La enseñanza superior y las Escuelas católicas*, *Los alemanes* y *Jesucristo*, refutación esta última de la *Vida de Jesús*, de Renán. Pero su mayor celebridad habíala conquistado como orador sagrado con sus sermones y conferencias en las principales iglesias de París: dotado de un espíritu independiente, abordaba todos los asuntos, tratando especialmente las cuestiones que preocupan á la sociedad moderna. Su palabra ardiente, vibrante, unas veces vehemente, otras dulce, elevada y familiar, ejercía sobre su auditorio una influencia poderosa, á la que contribuía su rostro expresivo y de enérgicas facciones. La elocuencia sagrada pierde con el padre Didón uno de sus maestros indiscutibles.

El descendimiento de la cruz, cuadro de R. van der Weyden.—Este pintor, que nació en Tournay en 1400 y murió en Bruselas en 1464, fué el fundador de la escuela brabantina, de la que saliaron numerosos alumnos que, como Mensling, se han hecho célebres en la historia del arte. Sus obras, aunque pecan de cierta dureza, se distinguen por la sobriedad de su dibujo, por su corrección, por la firmeza de su modelado y por su brillante colorido, y revelan la influencia que en van der Weyden ejerció la tendencia iniciada por los hermanos Eyck. El cuadro suyo que reproducimos y que se guarda en el Museo del Prado, de Madrid, se cuenta en el número de sus mejores creaciones.

Jesucristo ante Caifás, cuadro de G. Fugel.—Basta leer lo que las Sagradas Escrituras dicen acerca de esta escena de la Pasión de Jesús, para comprender cuán admirablemente ha sabido interpretar el autor de esta obra las palabras con que la describen los Evangelistas. El Redentor es llevado á casa de Caifás, en donde estaban congregados los ancianos y los escribas; dícele el Sumo Sacerdote: «Yo te conjuro de parte del Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo ó Mesías el Hijo de Dios.» Jesús responde: «Tú lo has dicho, yo soy, y aun os declaro que veréis después á este Hijo del hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.» Al oir esto, Caifás rasga sus vestiduras y el Consejo condena á muerte al Salvador. Este contraste entre el odio y la ira de los jueces y la sublime mansedumbre de Jesucristo, aparece magistralmente expresado en el cuadro de Fugel, el cual, aparte de esto, resulta una composición tan bien concebida como vigorosamente ejecutada, en donde las figuras se hallan distribuídas y agrupadas con sumo acierto y los accesorios están perfectamente estudiados y contribuyen al buen efecto del lienzo. Gebhard Fugel, que tantos triunfos ha alcanzado como pintor de asuntos religiosos, nació en Ravensburg en 1863; estudió en la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart bajo la dirección de Grunenvald, Liezen-Mayer y Schraudolph, y después de haber residido algunos años en aquella ciudad, ha establecido recientemente su taller en Munich.

Pedid y se os dará, cuadro de P. Stachiewicz.—Para explicar las excelencias de la oración, nada tan elocuente como las palabras pronunciadas por Jesús cuando enseñó á sus discípulos el Padre nuestro: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se lo abrirá.» Estas hermosas palabras son también la mejor explicación del bellísimo cuadro de Stachiewicz en ellas inspirado: el notable pintor alemán ha conseguido con esta obra producir una emoción intensa presentándonos dos figuras hondamente sentidas, la de aquel hombre que fervorosamente reza y la del Salvador que acoge bondadosamente su plegaria.

¡Amaos los unos á los otros!, cuadro de F. Kaskeline.—Pocos preceptos divinos más olvidados que aquel en que Jesucristo ordenó el amor al prójimo; testimonio de ello, las innumerables guerras en que los hombres desde que el mundo es mundo unos á otros se destrozan. En la actualidad, un pueblo humilde, débil, no por falta de alientos, sino por su pequeñez, se ve agredido injustamente por una nación grande, poderosa, que sin más ley ni más derecho que su fuerza se ha propuesto exterminarlo, y aquellos hombres laboriosos y pacíficos se ven obligados á trocar los aperos de labranza por el fusil y los campos hasta ahora fecundados por el trabajo cúbrense de cadáveres. Tomando pie de este asunto, el pintor Kaskeline ha trazado la composición que reproducimos, formulando con ella la más terrible acusación contra los hombres y los pueblos que tan indignamente desobedecen el divino mandato.

Las Santas Mujeres ante el cadáver de Jesús, relieve de Baltasar Schmitt.—El tema que ha inspirado á Schmitt la obra que reproducimos y que fué muy celebrada en la última exposición de Berlín, tiene un vigor dramático extraordinario y se presta como pocos á una excelente producción artística; pero si el pintor ó escultor no están animados por la llama del genio corren peligro, al tratar de darl forma, de incurrir en exageraciones que desdigan de la severa sublimidad del asunto. No puede decirse que haya incurrido en ellas el escultor Schmitt, que ha sabido armonizar perfectamente el sentimiento que despierta el drama del Calvario con la sobriedad que tan bien sienta á los asuntos bíblicos, imprimiendo en todas las figuras la expresión propia y dando á las actitudes toda la naturalidad que sin disminuir, antes bien aumentando, la emoción estética, presta á la obra artística todo el valor de la realidad.



... OS DARA ... F. ...

DE LO QUE EL HOMBRE DEBE HACER

PARA CON EL PRÓJIMO

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos (*a*): que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Que tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escrituras divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida), no lo podrá creer sino quien las hubiere leído. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarescido este negocio, que te pondrá admiración. En Isaías (*b*) pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad, y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judíos se quejaban, diciendo: «¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras ánimas, y no heciste caso dello?,» respóndeles Dios: «Porque en el día del ayuno vivís á vuestra voluntad, y no á la mía; y apretáis, y fatigáis á todos vuestros deudores. Ayunáis; mas no de pleitos, y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prójimo. No es, pues, ese el ayuno que me agrada, sino este: Rompe las escripturas y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos; de un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres, y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes;» los cuales prosigue muy copiosamente, hasta el fin deste capítulo. Ves aquí, pues, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿qué diré del apóstol Sant Pablo? (*c*) ¿En cuál de sus Epístolas no es esta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la caridad, cuánto la engrandesce, cuán por menudo cuenta todas sus excelencias, cómo la antepone á todas las otras virtudes, diciendo que ella es el más excelente camino que hay para ir á Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice (*d*) que la caridad es vínculo de perfección; en otro dice (*e*) que es fin de todos los mandamientos; en otro (*f*) que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud que estas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará á Dios, que no quede admirado y enamorado de esta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella?

Pues aún queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo Sant Joan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite, ni más encaresce, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola, eso mesmo dice su historia que hacía toda la vida (*g*). Y preguntado ¿por qué tantas veces repetía esta sentencia?, respondió que porque si ésta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

FRAY LUIS DE GRANADA.

DE LOS DOLORES DE LA VIRGEN

EN TODO EL VIERNES DE LA CRUZ

Sólo la Virgen pudiera bien contar lo que padeció el viernes de la Pasión; en el cual, aunque se podía presumir que se halló á todas las cosas, y no falta quien lo afirma que le vió, con todo el pueblo, cuando Pilato se le enseñó y dijo: *Ecce homo;* y tal, que el mesmo Pilato le tenía compasión, y oyó la grita y vocería de aquella canalla incitada, de aquella gente hipócrita, y que vió allí la cruz aparejada y aun cargaría sobre los tiernos hombros de su Hijo; pero yo entiendo que cuando el Redentor salió del cenáculo para más no volver, ella se fué á su casa, y él se despidió allí para ir á padecer. Cuando salieron al huerto (y él se lo diría), ¿cuáles serían las lágrimas de aquellos últimos abrazos, cuando para una partida tan amarga se despedía de un Hijo tan bueno, solo y su descanso, con quien, fuera del amor natural y el infuso, había vivido y adquirido otro por espacio de treinta y tres años, representándosele lo que aquel día había de padecer? Pues él no se apartaría sin lágrimas; él, que lloró con Marta y María. Mucho sentimiento fué el de Jonatás cuando de David se apartó, y la mujer de Tobías á la partida de su hija, y las madres de los niños inocentes cuando para matarlos se los quitaban de sus brazos; ¿cuánto mayor sería el de esta Señora á la partida de tal Hijo, y para padecer? ¿Cuántas veces y con cuánta más razón diría la Virgen con lágrimas y sollozos lo que David decía del mal hijo Absalón: «¿Quién me diera, hijo mío, que muriera yo por ti, para que tú vivieras y no viera yo tu muerte?» ¿Cuál quedaría esta Señora con soledad de tal Hijo? Muchos cristianos, á cabo de tantos años, con grandes afectos de admiración, tristeza, compasión y amor rompen las telas del corazón con este pensamiento, ¿cuánto más, quedando su Madre esperando la nueva de lo que entonces se hacía y ella sabía? Que, aunque la Escritura lo calla aquí, muchos santos dicen que por mensajeros sabía muy á menudo cuanto se hacía. Mientras oraba estaba cada credo con nuevos sobresaltos: venían San Juan y otros huyendo. Considera tú agora su corazón cada vez que llamaban á la puerta, hasta la hora de sexta: unos le decían la negación de San Pedro, otros la bofetada, otros los azotes, salivas y burlas toda la noche en casa de Caifás; otros la sentencia. otros las sogas con que le llevaban de Caifás á Pilatos, otros á Judas ahorcado, otros la vestidura blanca con que fué remitido de Herodes, otros la petición de Barrabás para la vida y al Señor para la muerte, otros los segundos azotes y espinas, otros cubierto de sangre, salivas, polvo, púrpura, caña, atadas las manos, y que así había salido delante del pueblo, do no se esperaba más que la sentencia de muerte. ¿Cuál estaba el corazón que tantos cuchillos partían cuantos mensajeros venían? Con solos cuatro rompió Job sus vestiduras; esta Virgen ninguna cosa destas hizo.

Oída la sentencia que se había pronunciado, fué esta Señora á más andar al lugar de la justicia, procurando primero verle pasar desde algún lugar alto, desde donde vió, lo primero, los ministros con escaleras, martillos, clavos, sogas y con otros instrumentos, que con mucha priesa iban delante; tras ellos gran tropel de gente con mucha priesa á tomar lugar, como suele hacerse, unos riendo, otros gritando, otros mofando; tras ellos el escuadrón de soldados, y en medio dellos dos ladrones atados con sogas, y junto á ellos su Hijo Jesús, arrodillando con el peso de una grande cruz, herido de los ministros cruelmente, sacado de paso con sogas y con golpes, con pies, con puñadas, con palos, con correas, moviéndole con empujones de una parte á otra, y no pocas veces caía en tierra; el rostro enconado, cubierto de salivas, de sangre y de polvo; las manos y los pies no descubrían otra cosa sino sangre ó carne sangrienta; la corona de espinas barrenaba la cabeza y le cubría el rostro. La Virgen, cuando le vió así, dijo: «¿Este es mi hijo Jesús y mi Dios? La túnica conozco, el rostro no le veo;» y otras palabras como estas. Al Hijo, aun yendo así, no se le escondió la Madre; que, aunque por la distancia no podían hablarse, con la vista se consolaban dulcemente. Pasando la gente adelante, seguía atrás la Madre con las otras mujeres, contemplando las gotas de sangre que del cuerpo de su Hijo había corrido. Y aunque le era de gran consuelo oir la voz de su Hijo, pero gran temblor le causó oirle hablar consolando las mujeres; pero mucho más cuando, acabándolas de hablar, acudieron los ministros con nuevos empellones, pareciéndoles que se detenía lo que ellos deseaban, como era ponerlo en la cruz.

Pues llegados al monte, vistos los amargos instrumentos de su muerte, fué tanta la gente que cargó alrededor del Señor y de la cruz, que no podía la Virgen ver por menudo lo que contra su Hijo se hacía; pero de la grita de los ministros y de la demás gente entendía poco más ó menos lo que se iba haciendo, y en cada cosa se renovaba su dolor. Pero cuando sonaron los golpes de los clavos, ¿quién duda que los sentiría en el corazón más agudos y dolorosos que si en sus propios pies y manos los recibiera? Pero, levantada en alto la cruz, ¿con cuáles ojos miraba la Madre al Hijo que tanto amaba puesto en alto para oprobio de los presentes, corriendo de su cuerpo inocente arroyos de sangre? ¿Quién duda que correrían otros tantos de lágrimas de sus ojos? Lloraban aquellas santas mujeres y los demás amigos y conocidos, y con sus lágrimas se renovaba y crecía el dolor de la Madre. ¿Qué pensamiento tendría en su corazón cuando viese aquel santo cuerpo, limpio más que el cielo, despedazado y desfigurado con tantos azotes, cuando le vió puesto en alto, sacudido y herido, procurando que entrase la cruz en un pequeño agujero? Y entretanto que los malvados ministros la alzaban no cesaban de herirle con manos y palos, no oía palabra ni queja de su Hijo; porque, sufriendo con mansedumbre todos los tormentos, callando, rogaba al Padre por los que se los causaban.

Entretanto la Madre con Juan y la hermana y María Madalena, procuraron, rompiendo por entre la gente, pasar donde estaba la cruz, por ver si podían ser de provecho al servicio ó consuelo de su Hijo. A lo primero estorbaba la altura de la cruz, á lo segundo el dolor y las lágrimas. Mirábanse la Madre y el Hijo; procuraba hablar la Madre, y el dolor atajaba la voz; pero, aunque con ella ni con la obra no podía ayudar al Hijo, quedóse en pie junto á la cruz; desde allí contemplaba las llagas por menudo, allí las recebía en su corazón, cumpliéndose lo que Simeón le había dicho de la espada de dolor que había de traspasar su alma. De manera que la Reina de los mártires vino á serlo con llagas y heridas, no suyas, sino de su Hijo; el cual, aunque á algunos santos hizo tanto favor, que imprimió en su carne algunas de sus llagas, pero el que hizo á su Madre fué imprimirlas todas en su corazón, y que en él las sintiese. Contemplaba primero que el peso grave de su cuerpo colgaba de los dos clavos de las manos, y los brazos estirados y todo el cuerpo extendido con violencia, la cabeza barrenada con espinas, el rostro enconado de golpes, el cuerpo abierto de llagas; finalmente, ninguna cosa, por menuda que fuese, dejaba la Madre de advertir y en que no ponderase los dolores increíbles de su Hijo. ¿Quién creerá las lágrimas que entonces derramó, pues que muchos cristianos de sólo oir esta historia con mediano amor de Cristo se resuelven en ellas? ¿Qué sería la Madre, y teniendo la historia presente? Aumentábansele los dolores con lo que veía á los judíos hacer y á los carniceros: unos mofaban moviendo la cabeza, otros repartían las vestiduras hechas por su mano, otros con desverguenza le ofrecían hiel y vinagre, bañando con ello su pecho y sus llagas, con que se aumentaban los dolores; los demás no perdonaban cosa que fuese burla, injuria ó tormento. ¿Cuál estaría el alma de la Virgen oyendo tantas blasfemias, injurias, mofas, calumnias de fariseos, judíos, soldados y ladrones? Unos ponían dolencia en los milagros y les daban al demonio por autor, otros calumniaban la dotrina, otros burlaban de la vida; finalmente, no había quien no hiciese suertes en aquel manso Cordero, y aun á la misma Virgen (por ventura) no faltaba quien injuriase y deshonrase. Las palabras del Hijo, aunque pocas y breves, penetraban el alma de la Madre, así por el trabajo con que se decían como por el amor con que se hablaban, como por los sollozos con que se mezclaban, como por la dificultad con que por la sed salían; porque el mesmo Cristo dijo antes en un salmo: «Pegóseme la lengua al paladar.» Crecía en la Madre la pena por la caridad con que el Hijo hablaba, y tan mal agradecida, porque hasta allí en la vieja ley nunca se vió rogar por los enemigos; antes Eliseo rogó contra los muchachos que le mofaban, y David, bien que perdonó á Semei cuanto le duró la vida, pero en la muerte dejó mandado á Salomón que vengase aquella injuria. Pero Cristo á los que le crucificaban, no solamente perdona cuando vive, pero muriendo ruega al Padre que los perdone. Otro tiempo vengó Dios un desacato ligero cuando Oza llegó con menos reverencia á su arca; los betseemitas, porque la miraron con curiosidad; al pobrecillo, porque hizo un haz de leña el día del sábado, le manda el mismo Dios apedrear. Pero el Hijo de Dios, no sólo cuando le miran sin reverencia ni cuando le tocan con las manos, pero cuando le tratan cruelmente con penas y tormentos, azotado, despedazado, no solamente no da mal por mal, pero, sin ser rogado, pide con instancia al Padre que no lo demande. Maravillábase la Madre de la mansedumbre y misericordia del Hijo, que á un ladrón tan pecador y facineroso por una sola palabra le perdonase tantos pecados y le prometiese el Paraíso. La tercera palabra sacó grande abundancia de lágrimas á la Madre, considerando, lo uno, la grande piedad con su madre, de quien entre tantos tormentos se acordaba; lo otro, por la desigualdad del trueque de un Hijo santísimo y Hijo de Dios por un pescador, hijo de otro pescador. En la cuarta palabra también entendía las interiores ansias de su Hijo, á quien el Padre con ningún socorro acudía; antes estaba blandeando la espada, como Abraham, sobre su hijo. En la quinta palabra entendía la gran sequedad de humores de su cuerpo, la sangre agotada y las generales penas de todos sus miembros. En la sexta entendió la perfecta resignación de su Hijo en la voluntad del Padre, y el amoroso deseo y la prontitud de padecer aún más, si menester fuese, por los hombres; y todas estas palabras, aunque las asentaba y repetía en el corazón, y aprendía dellas y del ejemplo de su Hijo, pero causaban en su alma increíble tristeza y ternura; pero en la última palabra, en que entendió haberse partido su Hijo al Padre y quedar ella desamparada de su presencia y compañía, aunque atento al bien del mundo y estar ya cumplidos y acabados los tormentos increíbles de su Hijo, pero afligíale la ausencia de aquel Señor, de cuya suavísima conversación había gozado treinta y tres años; así que, dolíase de su suerte, aunque se holgaba de la de su Hijo.

FRAY HERNANDO DE ZÁRATE.

(*a*) Matth. 5. (*b*) Isai. 58. (*c*) 1. Cor. 15. Rom. 12. (*d*) Colos. 3. (*e*) 1. Tim. 1. (*f*) Rom. 13. Galat. 3. (*g*) Refiere esto Sanct. Hier. c. 5. Epistolæ ad Galatas.



¡AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS!, cuadro de F. Kaskeline

GUERRA ANGLO-BOER

Una parte de las tropas que manda el general Roberts ha sufrido últimamente un tremendo descalabro. A consecuencia de la aproximación de los boers, la guarnición de Tabanchu, población distante 60 kilómetros de Bloemfontein, mandada por el coronel Broadwood y compuesta de un escuadrón de húsares de la caballería de la guardia, de dos baterías y de un destacamento de infantería montada, hubo de abandonar aquella plaza en la noche del 31 de marzo para ir á acampar cerca de los depósitos que surten de agua á Bloemfontein, á unos 30 kilómetros del cuartel general de Roberts. Este, al tener noticia del avance de los boers, comunicó al coronel Broadwood que en la madrugada del 1.° de abril le enviaría para apoyarle la 9.ª división con infantería montada, manifestándole además que, si lo juzgaba necesario, debía retirarse de los depósitos de agua á que antes nos hemos referido. En la mañana del día 1.° el campamento inglés fué bombardeado y atacado por dos puntos distintos, en vista de lo cual el coronel Broadwood envió sus dos baterías y todos sus bagajes hacia Bloemfontein, protegiendo una parte del convoy con su caballería. El convoy penetró en un barranco, y en el momento en que los cañones y los carros atravesaban un vado, los boers, que ocupaban posiciones excelentes y perfectamente disimuladas, rompieron el fuego desde tres puntos distintos contra los ingleses. Entonces se produjo en las filas de éstos una confusión horrible: en vano la infantería de á pie y montada quisieron cubrir la retirada de los cañones y sostuvieron enérgicamente los ataques del enemigo; la artillería, á pesar de sus esfuerzos y del valor temerario de que dieron prueba sus oficiales, vióse de pronto envuelta por todos lados y hubo de rendirse.

Las pérdidas hasta ahora confesadas por los ingleses (y decimos confesadas hasta ahora porque ya conocemos el sistema de ocultar en el primer momento una parte de la verdad) fueron en aquella jornada 150 oficiales y soldados muertos ó heridos y 200 prisioneros. Los boers, que, según dicen, sólo tuvieron cinco muertos y nueve heridos, se apoderaron de siete cañones y de todos los bagajes con gran cantidad de municiones y víveres y dejaron que los ingleses retiraran sus heridos y sus muertos.

Este hecho de armas, que demuestra una vez más la habilidad de los boers para la guerra de sorpresas, tiene importancia, no sólo por lo que en sí ha sido, sino, además, porque indica las dificultades con que habrá de luchar lord Roberts en esta guerra de guerrillas y emboscadas y las infinitas precauciones que habrá de adoptar cuando emprenda su movimiento de avance para asegurar sus comunicaciones á retaguardia. Así se explica la larga permanencia del grueso del ejército inglés en Bloemfontein y la suspensión de las operaciones militares, para proseguir las cuales espera el generalísimo la llegada de nuevos refuerzos, dando con ello tiempo para que en el entretanto los boers se concentren y fortifiquen en ventajosas posiciones. La situación de Roberts ha venido á agravarse considerablemente por el hecho de haber destruído los boers los depósitos que alimentan la capital del Orange, pues aun cuando los telegramas ingleses dicen que las fuentes de la ciudad proporcionan agua suficiente, es general la creencia de que será muy difícil que ésta baste para las necesidades de un ejército tan numeroso como el que actualmente ocupa aquella plaza.

La derrota de Koorn Spruit, que este es el nombre del lugar en donde fué sorprendido el convoy del coronel Broadwood, ha producido gran impresión en Inglaterra, pues ha echado por tierra en un momento las ilusiones que allí se habían forjado, después de la rendición de Cronje y de la invasión del Orange, de que la marcha de los ingleses sobre Pretoria y la consiguiente terminación de la guerra con la completa sumisión de las dos repúblicas serían cosa de pocos días ó de semanas á lo sumo.

Más previsor que sus compatriotas y más conocedor de las dificultades que aún le quedan por vencer, escribía no hace mucho lord Roberts á un amigo suyo diciéndole que la guerra no terminará probablemente antes de mediados de junio. «Lo que retrasará nuestro avance – decía entre otras cosas en la referida carta – será no tanto la resistencia que es de esperar opondrán los boers, cuanto la extremada dificultad de hacer avanzar á la infantería en un país tan árido como este.»

Por su parte, los boers no se desaniman ni mucho menos. En una *interwiew* celebrada con un redactor del *World*, ha hecho recientemente Kruger las siguientes declaraciones: «Cuando dije que las pérdidas que ocurrirían durante la guerra espantarían á la humanidad, Inglaterra se rió y afirmó que en menos de un mes nos vencería. Hasta ahora la lucha no ha hecho más que empezar; cuando termine, las víctimas se contarán por cientos de miles. Tan cierto como hay un Dios justiciero, la bandera del Transvaal saldrá victoriosa de la contienda, sea dentro de un mes, sea dentro de tres años. Y cuando habremos vencido, sólo pediremos ser libres é independientes. No tocaremos á la propiedad, y las minas están tan seguras como si estuviesen en manos de sus propietarios.»



El general boer Snyman,
jefe de las fuerzas sitiadoras de Mafeking (de fotografía)

Y el presidente Steijn ha publicado últimamente una carta circular en la que, contestando á la proclama de lord Roberts, se hace observar: que los ingleses han adoptado siempre la táctica de dividir á sus adversarios; que ya antes de estallar la guerra habían querido atraerse al Orange para separarlo del Transvaal, á pesar de lo cual no se dejaron engañar los orangistas; que ahora lord Roberts trata nuevamente de dividirlos ofreciendo una recompensa á los traidores y cobardes á reserva de faltar, como es tradicional tratándose de Inglaterra, á todas sus promesas cuando haya sometido definitivamente á la nación afrikander. La carta termina con estas palabras: «La capital está ocupada por el enemigo, pero no por esto se ha perdido la batalla; al contrario, este es el momento de demostrar más ardor en la lucha.»

He aquí algunos detalles sobre la muerte del general Joubert, de la que dimos cuenta en nuestra crónica anterior. El general estuvo en su despacho, como de costumbre, el día 24; el 25 se sintió mal, al día siguiente sus sufrimientos aumentaron y el 27 entró en la agonía y á las once de la noche falleció. Sus restos han sido enterrados en su quinta de Kustfontein, cerca de Wakkerstroom: cumpliéndose su voluntad, su entierro ha sido muy sencillo, de carácter puramente privado y sin honores militares. El día de los funerales, el presidente Kruger afirmó la resolución de los boers de continuar la lucha á todo trance y anunció que el general Luis Botha sucedía á Joubert en el mando supremo del ejército.

Y como lo cortés no quita á lo valiente, la reina Victoria ha enviado el pésame á la viuda de Joubert; el general Roberts ha enviado el suyo al presidente Kruger, y los oficiales ingleses prisioneros en Pretoria hicieron colocar sobre el féretro y sobre la tumba de aquél ramos de flores y coronas.

El telegrama de pésame del generalísimo inglés al presidente del Transvaal dice así: «Acabo de saber la noticia de la muerte del general Joubert y deseo transmitiros en seguida á vos, así como á los burghers de la república surafricana, la expresión del sincero sentimiento que me ha causado tan triste suceso. Me permito asimismo suplicaros que tengáis á bien transmitir á la familia del general Joubert la expresión de mi más profunda simpatía con motivo de la cruel pérdida que la aflige, y asegurarle en mi nombre que todas las tropas inglesas del Sur de Africa participan del profundo pesar que yo siento por la súbita muerte de un general tan distinguido que ha consagrado su vida al servicio del país y cuyo valor personal ha sido superado tan sólo por su conducta humanitaria y por su caballeroso proceder en todas las circunstancias.»

El desembarco de algunas fuerzas inglesas en el puerto de Beira y la autorización concedida por Portugal para que estas tropas puedan utilizar, para llegar á Rhodesia, el ferrocarril de Beira á Untali al través del territorio portugués, han producido gran impresión en las cancillerías europeas y es fácil que dé lugar á reclamaciones internacionales y á protestas, más ó menos enérgicas, contra esta violación de las leyes de neutralidad. – A.

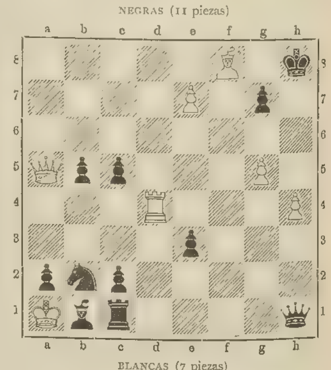
Teatros. – *Madrid.* – Se ha estrenado con buen éxito en el Español *El vengador de sí mismo*, drama en tres actos, primera producción escénica del Sr. López Pinillos. En los últimos conciertos de la Sociedad de Conciertos ha tomado parte el famoso violinista Sarasate, obteniendo grandes ovaciones.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Infidele*, comedia en tres actos de Roberto Bracco; en Romea *Els amichs portan fatichs*, graciosa pieza en un acto de J. Ayné Rabell; y en el Eldorado *La señora capitana*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan con música del maestro Valverde (hijo). En el Principal ha dado un concierto el eminente pianista señor Vidiella: todas las piezas del programa, que se componía de obras de Brahms, Schubert, Schuhmann, Chopin, Paderewski, Grieg, Wagner y Listz, fueron magistralmente ejecutadas y valieron al Sr. Vidiella sendas ovaciones entusiastas. En el Liceo han terminado los conciertos organizados por la orquesta Nicolau y el «Orfeó Catalá.» En los tres últimos ejecutóse la preciosa novena sinfonía de Beethoven, por orquesta, solos y coro, que resultó de un efecto grandioso y valió ruidosos aplausos á los ejecutantes, especialmente al orfeón dirigido por el maestro Millet, que en esta serie de audiciones ha visto sancionada solemnemente en nuestro primer teatro lírico la fama tan grande como merecida que hace tiempo tiene conquistada. A todos envía su más sincera felicitación La Ilustración Artística.

AJEDREZ

Problema número 189, por H. F. L. Meyer

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 188, por F. H. Bennett

Blancas.	Negras.
1. Cf4–h3	1. Cualquiera
2. C ó D mate	

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PENSAMIENTOS, de *Ubaldo Romero Quiñones*. – La índole especial de esta clase de obras hace imposible formular acerca de ellas un juicio completo en una noticia breve, como han de ser las que en esta sección figuran. Por esto al hablar de la del conocido publicista Sr. Romero Quiñones, nos limitaremos á decir que los pensamientos contenidos en su numerosa colección se ajustan perfectamente á las condiciones de profundidad, claridad y concisión que han de reunir esta clase de trabajos literarios. El libro ha sido impreso en la Imprenta Moderna, Madrid, y se vende á una peseta.

DICCIONARIO DE LOS ARTÍFICES SEVILLANOS, por *D. José Gestoso y Pérez*. – Como ensayo califica su notabilísimo trabajo el erudito arqueólogo y estimado colaborador de esta Revista D. José Gestoso y Pérez, y justo es consignar que sólo puede aceptarse como manifestación de su ingénita modestia y excesiva severidad. La obra, realizada con feliz y plausible acierto, está destinada á prestar señalados servicios, y la suma de los estudios é investigaciones llevados á cabo por nuestro estimado amigo le han de reportar indiscutiblemente nuevos y merecidos triunfos. Conocidas son las grandísimas dificultades y escollos que se presentan y es preciso vencer para llevar á término obras de esta índole, que exigen, además de gran suma de conocimientos, penosos trabajos de investigación. El Sr. Gestoso ha logrado dar cima á su empresa en forma tan cumplida, que puede afirmarse ha escrito los anales del arte hispalense. Abarca el nuevo libro un concienzudo estudio de las artes suntuarias en aquella ciudad, que fué uno de los emporios y centros de la producción artística peninsular desde los siglos XIII al XVIII, y un diccionario de todos los artífices que se distinguieron en aquellas centurias. El volumen, engalanado con una apropiada cubierta en color, ha sido impreso en la Oficina de la Academia Moderna, y se vende en todas las librerías y en casa del autor, Gravina, 27, Sevilla, al precio de diez pesetas.

EL SÁBADO DE GLORIA, por *A. Casero* y *A. Larrubiera*. – Bonito sainete lírico en un acto, recientemente estrenado con gran éxito en los teatros de la Zarzuela, de Madrid, y de la Granvía, de Barcelona.



Las Santas Mujeres ante el cadáver de Jesús, relieve de Baltasar Schmitt

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 16 de abril de 1900 — Núm. 955

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



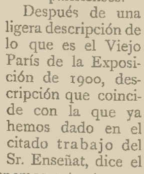
ALEGORÍA DE PASCUA, dibujo de Michel

SUMARIO

EL VIEJO PARÍS (1)

Aunque en uno de los últimos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado una crónica de nuestro colaborador Sr. Enseñat, relativa al Viejo París, creemos oportuno, con ocasión de los grabados que van en el presente, ampliar algo de lo que en aquella crónica se consigna, reproduciendo en parte un artículo interesantísimo que, debido á la pluma del célebre escritor Adolfo Brisson, acaba de insertar una de las principales revistas parisienses.


Menestral
(Barrio de la Edad media)



Después de una ligera descripción de lo que es el Viejo París de la Exposición de 1900, descripción que coincide con la que ya hemos dado en el citado trabajo del Sr. Enseñat, dice el autor del que ahora nos proponemos extractar:

Casi nada subsiste de aquel París viejo que M. Robida ha tenido la feliz inspiración de resucitar y que va desapareciendo poco á poco á los golpes de la piqueta de los demoledores. Desde Bonaparte hasta el barón Haussman, se ha transformado por completo. En los albores de la Revolución estaba intacto, tal como actualmente se alza en el ángulo del puente del Alma y del muelle de Billy. Después de haberlo visitado fuíme al museo Carnavalet y allí hojeé las estampas de Boilly, de Duplessis Bertaux, de Bosio y de Vernet, leí una vez más las famosas obras de Juan Sebastián Mercier y me entretuve en investigar cuál debía ser la fisonomía de la capital de Francia el día 1.° de enero del año de gracia de 1789.

En primer término, aparecen el rey, la reina y la familia real. El pueblo no odia á Luis XVI; éste tiene gustos sencillos, salvo en lo que se refiere á la comida, que quiere abundante y deleitable. La reina tiene un apetito más moderado; es más bien golosa que glotona y se distrae representando comedias en Versailles con el conde de Artois, el más seductor y vivaracho de sus cuñados. Pero después del asunto del collar, la opinión pública se le muestra hostil y entona casi bajo sus mismas ventanas canciones calumniosas...

París es una población animada, ruidosa y sucia; el Louvre y las Tullerías están rodeados de callejones que son verdaderas ladroneras; la isla de San Luis es una cloaca con sus montones de estiércol, sus cerdos que se revuelcan por los charcos y sus gallinas que picotean en los umbrales de las puertas. La torre de San Jacobo está enclavada entre las casuchas de Saint-Jacques-la-Boucherie, y la circulación sólo es cómoda en los arrabales, cerca de la barrera de Chaillot, en el sitio que ahora ocupan los Campos Elíseos, en donde se dan cita los jugadores de bochas, siendo casi imposible en el Puente Nuevo.

El lujo, la riqueza, las distracciones de la vida se concentran en el Palais Royal, en donde están las casas de juego, las joyerías, las tiendas de libros, los cafés y los restauranes...

En la Ópera, el público aplaude al ilustre tenor Jelyotte, á Lois y á Cicerón, á Sofía Arnauld, á la Saint-Huberty y á la Maillard... En el Teatro Francés, instalado en la orilla izquierda, Molé, Dazincourt y Fleury son personajes importantes, depositarios de las tradiciones y defensores del gran arte: un cómico nuevo excita sus celos, el joven Talma, á quien animan los viejos de la platea y las damas de los palcos. Pero éstas prefieren á la tragedia los espectáculos más frívolos de la Feria, en los cuales no teme aventurarse la misma María Antonieta.


Traje de la Feria de San Lorenzo — Mercader (Barrio del Renacimiento)

En la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, los vendedores de periódicos atruenan nuestros oídos ofreciéndonos el *Eco de la Iglesia*, redactado por Dingé, secretario del príncipe de Condé, la *Gaceta de la Corte y de Palacio*, el *Centinela del Pueblo*, el *Salmigondis*, los *Anales patrióticos, políticos y literarios* y otros. En el ángulo de la calle de los Clérigos, junto al pórtico de la iglesia, se ha formado un grupo: Fanchon la Vielleuse arranca de su instrumento sonidos ásperos y quejumbrosos, y entre los que lo escuchan hay un guapo mancebo de aspecto inocente y color sonrosado, vestido con levita de seda y zapatos de hebilla, en quien se adivina desde luego al recién llegado de su provincia: se llama Angel Pitou y ya compone canciones que le enviarán á las galeras...

Mientras revolvía el polvo de los archivos, algunas comparaciones acudían sin querer á mi mente. Se habla de nuestro libertinaje, de la prodigalidad de nuestras actrices y de nuestras mujeres ligeras; y sin embargo, ¡cuánto mayores eran la prodigalidad y el libertinaje de las cortesanas del pasado siglo! Una de las más célebres, la Duthé, se paseaba en una carroza que le había regalado el duque del Chatelet y que había costado 200.000 libras... Cuando uno de nuestros calaveras se presenta en una bañera de un teatro de poca categoría, acompañado de alguna mujer sospechosa, se dice que hace alarde de su despreocupación; pues bien, nuestros nobles antepasados no guardaban tantos miramientos, y en prueba de ello tenemos el ejemplo del príncipe de León, que no se avergonzaba de hacerse acompañar por una amante de baja estofa á Bretaña, adonde iba para presidir los Estados generales y en donde se presentaba con ella en una carroza de seis caballos. Y en cuanto á las damas y á las muchachas solteras, he aquí lo que acerca de ellas escribe el viejo Montaigne: «A su lado somos unos niños en punto á ciencia del amor, pues nada podemos enseñarles que no hayan ya aprendido y digerido...»

Quedan la magistratura y el clero, respecto de los cuales también la comparación resulta por completo favorable á nuestros tiempos. Nuestros jueces hacen una vida decente, por lo menos aparentemente; y si algunas veces se dejan vencer por ciertas consideraciones políticas, en cambio no venden sus sentencias. En otro tiempo, por el contrario, dejábanse cubrir de oro por sus litigantes y escandalizaban á la población con sus desórdenes. M. Giraudeau cita á un cierto consejero del Parlamento de París que tenía establecido en su misma casa un garito en donde se «desplumaba á los tontos,» y habla también de un procurador general del Tribunal de Cuentas que después de haber requerido á un rico concusionario y obtenido la confiscación de sus bienes muebles, se hizo adjudicar unos magníficos cubos de plata. Este pecadillo, que hoy provocaría un clamoreo general, no valió á aquel magistrado otro castigo que una paternal advertencia del rey de Francia, que no le impidió seguir ejerciendo su industria.

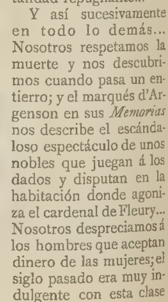
En cuanto al clero, basta citar el ejemplo de aquel extraño prelado, monseñor d' Estaing, cuya historia nos cuenta Flechier y que daba en el gran salón de su palacio episcopal de Clermont suntuosos bailes en los que se presentaba, no como obispo, sino como hombre galante. Y lo mismo que él hacían sus canónigos, cuya conducta no toleraría nuestra época, á pesar de su pretendida decadencia.

Se dirá que aquellos grandes señores y aquellas encopetadas damas de conducta no siempre intachable se hacían perdonar sus corrompidas costumbres por la extremada distinción de su carácter, por la delicadeza de sus sentimientos, por la exquisita urbanidad de sus palabras y de sus ademanes; pero este argumento queda destruído con sólo abrir el libro de Giraudeau *Vicios de hogaño y virtudes de antaño*, que contiene datos minuciosos y exactos sobre costumbres francesas y en el cual se leen ejemplos de inconcebible grosería.

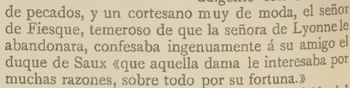
Los señores más encopetados, por ejemplo el señor de l' Aubepine, que recibía en su casa á lo mejor de la corte, se sonaban con los dedos, ¡y de qué manera! Para convencerse de ello es preciso leer los pequeños manuales de urbanidad de la época, en los cuales encontramos preceptos como los siguientes: «El que quiera sonarse estando en la mesa, no debe hacerlo con la mano derecha, que es la que coge la carne...» «El que quiera limpiarse las manos lo hará con el mantel, no con sus vestidos.»

Esta suciedad que reinaba en la mesa la vemos también en el traje. Nuestros abuelos de ambos sexos gastaban sumas fabulosas en vestir bien: llevaban casacas de seda y chorreras de encaje; pero sólo muy de tarde en tarde se mudaban la ropa interior. El mismo manual antes citado da sobre esta materia indicaciones muy significativas: «Es preciso peinarse antes de ir á comer á casas de gente principal.» «Cada día hay que tomarse la molestia de lavarse las manos con pan de almendras; también es preciso lavarse la cara *casi con la misma frecuencia*.»

Como se ve, aquellas hermosas damas y aquellos señores de los que nuestra imaginación nos traza una tan seductora imagen, eran en realidad seres poco refinados. Lauzun, el brillante Lauzun, tal vez no se lavaba sino cada dos días; y este seductor que nos presentan como irresistible, usaba con las mujeres una brutalidad repugnante...


Menestrala
(Barrio de la Edad media)

Y así sucesivamente en todo lo demás... Nosotros respetamos la muerte y nos descubrimos cuando pasa un entierro; y el marqués d'Argenson en sus *Memorias* nos describe el escandaloso espectáculo de unos nobles que juegan á los dados y disputan en la habitación donde agoniza el cardenal de Fleury... Nosotros despreciamos á los hombres que aceptan dinero de las mujeres; el siglo pasado era muy indulgente con esta clase de pecados, y un cortesano muy de moda, el señor de Fiesque, temeroso de que la señora de Lyonne le abandonara, confesaba ingenuamente á su amigo el duque de Saux «que aquella dama le interesaba por muchas razones, sobre todo por su fortuna.»



Tales son algunos de los cuadros que la visión del París viejo evoca. ¿Hemos de deducir de ellos que valemos más ó menos que nuestros antepasados? Lo único que puede deducirse es que somos diferentes. Las condiciones de la sociedad han cambiado; las leyes sociales nos oprimen y nos obligan á disimular; tal vez tenemos los mismos vicios, pero no podemos hacer gala de ellos porque no tenemos asegurada la impunidad. Para nuestras malas acciones nos escondemos y desplegamos tanta hipocresía como cinismo demostraban nuestros abuelos. Mas si nuestras pasiones continúan siendo las mismas, si el fondo de nuestra naturaleza no ha mejorado, por lo menos se han dulcificado nuestras costumbres, somos menos orgullosos, más compasivos con nuestros semejantes y nos sentimos más dispuestos á conmovernos con sus miserias y más solícitos en socorrerlas, debiendo

(1) Los grabados que acompañan á este artículo se publican con autorización de M. Baschet, concesionario de la reproducción del *Viejo París* en la Exposición Universal.

añadir que el desarrollo de la industria y los progresos realizados en las condiciones materiales de la vida hacen relativamente cómodo el cumplimiento de este deber.

Alberto Robida, al reconstituir la ciudad de nuestros mayores, ha realizado una tentativa fecunda en enseñanzas y digna de todo encomio. Para llevarla á cabo estaba perfectamente armado; sus anteriores trabajos habíanle preparado á ello de un modo completo.

Quisiera, puesto que se me presenta ocasión para ello, caracterizar el talento tan personal y original de ese artista.

Nació Robida en Compiegne, y su padre, honrado y modesto carpintero, hízole dar una buena educación porque esperaba verle algún día notario; el buen



ALBERTO ROBIDA (de fotografía de Mauricio Baschet)

hombre no tenía otras aspiraciones. Alberto, por orden suya, entró de pasante en casa del principal escribano de la villa; pero desde el primer día no tuvo otra idea que salir de allí lo más pronto posible, y para ello apeló á todos los medios de hacerse insoportable: llenaba de caricaturas los legajos, lanzaba bolas de papel sellado contra los parroquianos del café del Universo, arrojándoselas, ¡qué escándalo!, desde la ventana del propio despacho del notario; organizaba tiros al blanco, haciendo servir de tal á las mamparas, y pervertía á los escribientes convidándolos á beber. Pero su destino le había llevado á casa de un principal bondadoso que se reía de estas niñerías en vez de enfadarse, por lo que Robida, no pudiendo reñir con él, le dejó, no sin gran sentimiento: una vocación irresistible, más poderosa que su respeto hacia aquel excelente hombre, le empujaba á la capital de Francia, ese «foco de luz,» como la denominaba Víctor Hugo.

Apenas llegado á París y apenas su nombre empezaba á figurar en los periódicos satíricos, estallaron primero la guerra franco-prusiana y después la Commune, trágica época que Robida ha hecho revivir en innumerables croquis. He hojeado el álbum en donde éstos aparecen reunidos, y he visto en él páginas trazadas en medio de la nieve, junto á la estufa del dormitorio, por manos entumecidas que nada podía calentar. Y menos mal cuando se podía marchar contra los prusianos; entonces los soldados sentíanse alegres y enardecidos; pero en cambio, mirábase con tristeza la lucha fratricida, el horrible desgarramiento



EL PONT AU CHANGE

de la patria, la rabia criminal en que se mezclaban los más horribles sentimientos, el odio, la envidia, los rencores y las venganzas particulares.

«Tenía por principal enemiga — me ha dicho el mismo Robida — una fiera, la mujer de un sargento de los federados que había jurado consumar mi pérdida. Vivía yo entonces en Montmartre y cada día iba á llevar mis dibujos al *Monde illustré*. Aquella mujer quería que me alistara en la milicia, y al ver que yo no accedía á ello, me denunció como refractario; afortunadamente contaba en el «gobierno» con algunos amigos que me protegieron al principio, pero que luego dejaron de mostrarme sus simpatías ó quizás vieron disminuída su influencia. Entonces me escondí. ¡Qué noches las que pasé en un subterráneo humilde y sin más luz que una vela con más humo que claridad! Allí permanecí con el estómago y la cabeza vacíos, oyendo el silbido de los proyectiles y el paso rítmico de las patrullas...»

Cuando el día declinaba, Robida se subía al tejado del inmueble y



CALLE DE LAS VIRJAS ESCUELAS

contemplaba el espectáculo de París incendiado: las Tullerías ardían formando un brasero colosal; el Palacio de Justicia veíase envuelto en llamas y el Hotel de Ville se derrumbaba vencido por el incendio. Y el excelente viñetista, es-

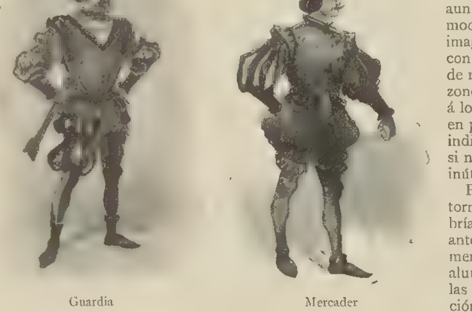
clavo del deber profesional, aun en aquellas horas de prueba llevaba su cartera de apuntes.

Pasada aquella tormenta, Robida cogió de nuevo el lápiz, que propiamente nunca había abandonado, y vió transcurrir la época más bella de su vida. Se casa, y el Señor, que bendice las familias numerosas, le concede una abundante descendencia. Cada verano parte toda la familia en caravana para explorar una provincia francesa, y el artista trae de estas excursiones montones de dibujos y acuarelas que prodiga en volúmenes cuyo texto redacta él mismo. Sucesivamente describe con el lápiz y con la pluma Normandía, Bretaña, la Turena, la Isla de Francia, y no considerando bastante labor tan enorme, ilustra, después de Gustavo Doré, las obras de Rabelais, y aunque no revela la pastosidad de su predecesor y es más seco y anguloso, posee como él la potencia evocadora. Los soldadotes que pone en escena pertenecen verdaderamente al siglo xvi, lo mismo que los magistrados, los escolares y los rufianes. Todas estas figuras tienen una especie de aire de familia. Robida no necesita firmar sus obras, pues se reconocen á primera vista: sus señores tienen una manera especial de rizarse el bigote, y sus damas os lanzan miradas aterciopeladas é imprimen á su talle provocadoras líneas, y al contemplar á unos y á otras exclamáis: «¡Esto es de Robida!» Y como Robida no tiene imitadores, estáis seguros de no equivocaros.

El Puente pequeño y el pequeño Chatelet en el siglo XV

Hemos seguido hasta ahora á Robida en el pasado; sigámosle ahora en el porvenir...

.....En las montañas monumentos de extravagantes formas, de esbeltas torrecillas, de tejados puntiagudos; en los aires vehículos extraños, ciudades que vuelan, globos monstruosos, aerostatos, aeronaves dispuestos como flechas; por todas partes innumerables hilos que se entrecruzan, se enredan, suben y bajan, se retuercen y se arrollan perdiéndose entre las nubes. Sobre los campos y los bosques hay tendidos en línea recta largos tubos por los que circulan con la rapidez del rayo unos vagones, dentro de los cuales hay criaturas humanas que se asemejan á nosotros, casi como nosotros vestidas y calzadas; pero aquellos hombres parecen inquietos, sus ojos arden de calentura, sus ademanes son nerviosos y agitados; y aquellas mujeres están lívidas, sus frentes aparecen surcadas de precoces arrugas, sobre sus narices se asientan los pedantes anteojos ó el presuntuoso binóculo y llevan debajo del brazo abultadas carteras repletas de papeles. Jóvenes y viejas todas carecen de gracia...



Guardia (Barrio del Renacimiento) Mercader (Pont au Change)

El tren se detiene, los viajeros se meten en ascensores que les transportan á lo alto de casas inmensas construídas de hierro, llenas de instrumentos mágicos, de campanillas y de timbres eléctricos que producen infernal ruido. Las puertas se abren y se cierran automáticamente, las paredes se bajan ó se apartan á la presión del dedo; mesas lujosamente puestas surgen del suelo, y por todos los rincones se ven los alambres y los receptores de multitud de fonógrafos, teléfonos, teléfotos y teatrófonos.

¿Dónde estamos? En Francia, á mediados del siglo xx y en el año de gracia de 1955.

¡Cosa extraña! Los jefes de ronda, los estudiantes y los frailes que Robida nos mostraba hace un momento en forma de Panurgo, de Bridoye y de Juan des Entommeure, los ha transportado al siglo xx sin alterar su fisonomía: únicamente han variado sus trajes y la atmósfera en que se agitan; y aun los trajes no han sufrido más que una modificación relativa. Por un capricho de imaginación, Robida viste á nuestros nietos con las prendas que se usaban en la época de nuestros reyes, adornándolos con los calzones, las casacas estrechas y los sombreros á lo Rembrandt; tienen la barba recortada en punta, según la moda florentina, y nada indica que pertenezcan á tiempos futuros si no es porque no esgrimen la espada, trofeo inútil en nuestra época de civilización pacífica.

Pero alrededor de estas gentes, ¡qué trastorno! A la ciudad pequeña, tortuosa y sombría, vagamente iluminada por linternas y antorchas, sucede la ciudad del porvenir, inmensa, suntuosa, cruzada por muchas vías, alumbrada por astros facticios que suprimen las tinieblas y hacen que reine en la población una claridad eterna.

«He aquí – dice – lo que será dentro de cincuenta años.»

Y deduciendo las consecuencias de tan extraña metamorfosis, nos presenta la actividad material cambiando de sitio, concentrándose en lo más alto de las casas, los tejados convirtiéndose en azoteas, las azoteas en jardines floridos y



Menestral (Barrio del Renacimiento)



Las gradas de la Santa Capilla



Guardia (Puerta de San Miguel)



Mercader
([illegible] de la Edad media)



Menestrala
(Barrio de la Edad media)



Mercader (Barrio de la Edad media)



La calle de las Murallas



Iglesia de San Julián de los Ministriles



Menestral
(Barrio del Renacimiento)



Guardia
(Puerta de San Miguel)

umbrosos en donde se posan las aéreas navecillas. Y en esos parques colgantes álzanse los almacenes, las resplandecientes joyerías y confiterías, las tabernas á la moda, los teatros y las salas de concierto, mientras en las antiguas calles, abandonadas y muertas, pesa un silencio sepulcral y crece la hierba entre los adoquines.



Calle de las Murallas



Menestral (Barrio de la Edad media)



Menestrala (Barrio del Renacimiento)

Robida traza un cuadro terrorífico de la Europa futura... Se acabaron los rentistas, los ociosos y los dilettantes, todo el mundo trabaja; se acabaron las almas sencillas, todos los hombres se someten á la prueba de difíciles exámenes; se acabaron las mujeres, porque han tomado el puesto de los hombres é imperan en la Cámara, en el foro, en la administración y al frente de los poderes públicos; se acabaron los niños, pues se les dilata el cráneo y se hacen penetrar en éste, á fuerza de martillazos, la filosofía, la historia, la química, las matemáticas; se acabaron los poetas, porque no queda tiempo para soñar; se acabaron los pintores, porque los ha suplantado la fotografía.

Y Robida nos muestra con la punta de su lápiz las cabezas calvas, los torsos anémicos, las piernas flacuchas de los que serán nuestros nietos, y los pechos aplastados, las mejillas flácidas y los enrojecidos ojos de nuestras nietas infortunadas.

Acaso Robida sea un profeta de desgracia; tal vez nuestros descendientes, cuando hojeen su libro, se reirán de sus predicciones pesimistas; quizás, por el contrario, se asombrarán de su perspicacia.

Adolfo Brisson

El día 7 de este mes se inauguró solemnemente el *Viejo París* con una fiesta de beneficencia cuyos productos se han destinado á las cajas de socorro de la Asociación de periodistas parisienses, de la Sociedad de literatos y de la Asociación de periodistas republicanos. La interesante reconstrucción de Alberto Robida estaba completamente terminada, y cuantos la visitaron hubieron de confesar que aquel espectáculo sería indudablemente el *clou* de la próxima Exposición. El público que recorrió aquellos pintorescos sitios pudo oir á los cantores de Saint-Gervais admirablemente dirigidos por Bordes y recrearse con las sugestivas é interesantes danzas de Mlle. Chasles, la graciosa estrella de la Opera Cómica, y M. Viscusi, de la Opera de Viena. A las cuatro y media de la tarde llegó el presidente de la República, acompañado del jefe de su cuarto militar, de altos dignatarios de su casa civil, de los ministros Leygues, Millerand y Dupuy, del presidente del Consejo Municipal, de los prefectos de Seguridad y del Sena, etc., siendo recibido por los presidentes de las tres sociedades en cuyo beneficio se daba la fiesta y aclamado con entusiasmo por la multitud. M. Loubet visitó detenidamente todos los sitios del *Viejo París*, admirando las innumerables bellezas que allí se encierran y presenciand los variados festejos musicales y literarios que se habían organizado con motivo de aquella solemnidad benéfica y en los cuales tomaron parte los principales artistas de los primeros teatros parisienses.



Mercadera (Barrio del Renacimiento)



Casa de Nicolás Flamel, en la calle de Montmorency



Mercadera (Barrio de la Edad media)



Menestral (Feria de San Lorenzo)



Menestrala
(Barrio del siglo XVIII)



Menestral
(Barrio del siglo XVIII)



Menestrala
(Barrio del siglo XVIII)



Mercader
(Barrio del siglo XVIII)



CASA DE MOLIERE



EL TESORO DE LOS CHARTRES

Guardia (Puerta del Palacio)



Mercadera (Pont au Change)



Soldado (Chatelet)



GUERRA ANGLO-BOER. – Un destacamento boer de los que sitiaban á Ladysmith (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – Comando boer del pueblo de Christiania (de fotografía de Bennet)



Esperando la llegada de la comisión oficial

La comisión oficial



Preparación del terreno en donde debía verificarse la plantación de los árboles



Después de la plantación de los árboles

La fiesta del Árbol, celebrada en Moncada (Barcelona) el día 1.º de abril de 1900 (de fotografías de A. Mas)



LA FIESTA DEL ÁRBOL EN MONCADA (BARCELONA). - ANTES DE LA SUELTA DE LAS PALOMAS MENSAJERAS (de fotografía de A. Mas)

GUERRA ANGLO-BOER

Bien hacíamos en no participar, en nuestras anteriores crónicas, de los optimismos ingleses que creían empresa fácil la sumisión completa de las dos repúblicas á breve plazo después de la liberación de Kimberley y Ladysmith, de la captura del general Cronje, de la ocupación de Bloemfontein por el generalísimo Roberts y de la muerte del general Joubert. Los hechos han venido á demostrar que estos contratiempos, lejos de desanimar á los boers, les han dado nuevos bríos para seguir luchando por su independencia, y no manteniéndose á la defensiva, sino emprendiendo una ofensiva que hasta ahora les va dando los mejores resultados.

En efecto, pocos días después del desastre del coronel Broadwood en Tabanchu (de que dimos cuenta en la crónica última y en el que los boers se apoderaron de documentos muy importantes, entre ellos varios planos de movimientos del ejército inglés), ó sea el día 4 de este mes, el general Dewet obtuvo una brillante victoria sobre un destacamento ingles compuesto de cinco compañías de infantería de á pie y montada: los ingleses se sostuvieron valientemente desde la mañana del día 3 hasta la mañana del 4; pero al fin hubieron de rendirse, perdiendo en aquella acción, según los datos del *War Office*, que, como es sabido, no merecen gran crédito, dos oficiales muertos, dos heridos y siete prisioneros, y 7 soldados muertos, 33 heridos y 539 prisioneros.

Y al escribir esta crónica recíbense noticias de una nueva derrota, más grave que la anterior, sufrida por los ingleses en Meerkatsfontein: de lo poco que hasta ahora se sabe acerca de esta acción, pues el ministerio de la Guerra inglés continúa el sistema de encerrarse, en los primeros momentos, en una *prudente* reserva, resulta que los comandos á las órdenes del general Dewet causaron á los ingleses 600 bajas entre muertos y heridos, y les hicieron 900 prisioneros, apoderándose además de doce vagones.

Estos dos hechos de armas, además de la importancia que tienen en sí, la tienen y grandísima por lo que significan, porque ambos han ocurrido en territorio que se creía completamente á cubierto de todo ataque y porque patentizan el propósito de los boers de cortar las comunicaciones del ejército de lord Roberts y por ende el peligro que corren los 50 ó 60.000 hombres que lo componen.

Los boers, á su vez, han tenido un grave contratiempo. El día 5 fué copado en Boshop un destacamento mandado por el coronel francés Villebois-Mareuil, que recientemente había sido ascendido á general. El destacamento. que se componía de 70 hombres y que según parece se dirigía al Sur de Kimberley para cortar la línea férrea del Cabo, vióse atacado por numerosas fuerzas del cuerpo de ejército de lord Methuen (un contingente de la yeomanry, un cuerpo de infantería montada y dos baterías), trabándose un reñido combate, en el que murieron Villebois-Mareuil y siete soldados, fueron heridos ocho y los restantes cayeron prisioneros.

El hermano de M. Villebois-Mareuil se disponía á ir al Africa para recoger sus restos y trasladarlos á Francia; pero abierto el testamento por aquél otorgado, se ha encontrado la siguiente disposición: «Quiero ser enterrado donde muera,» y su voluntad se ha cumplido: su cadáver ha sido enterrado en Boshof, junto con los de los oficiales ingleses muertos, con todos los honores militares.

Entre las muchas dificultades con que han de luchar los ingleses en Bloemfontein, es indudablemente una de las más graves la falta de caballos, á consecuencia de las enfermedades que los han diezmado: para salvar esta dificultad el gobierno inglés ha adquirido 10.000 de aquellos animales en la América del Sur; pero aparte del tiempo que tarden éstos en llegar al teatro de la guerra, falta saber cómo resistirán el clima africano.

Mafeking continúa en situación cada vez más crítica: su guarnición intentó hace pocos días una salida, pero fué rechazada. Al mismo tiempo, el coronel Plummer, cuyas fuerzas marchan en socorro de aquella plaza, era también derrotado en las inmediaciones de Ramathlabano.

Por el lado de Kimberley aumenta de día en día la rebelión de los afrikanders y son varios los comandos que recorren los alrededores de la ciudad, haciendo con ello imposible disminuir la guarnición de la misma.

Inútil es decir que las noticias de todos estos últimos contratiempos han producido honda sensación en Inglaterra, en donde las primeras victorias del general Roberts habían hecho concebir grandes esperanzas en una pronta terminación de la guerra; esperanzas tanto más fundadas, al parecer, cuanto que en el banquete con que el generalísimo celebró su entrada en la capital de Orange, á mediados de marzo, invitó á los comensales á la fiesta que dentro de un mes celebrarían en Pretoria. Por lo visto los ingleses no son profetas ni en su patria ni fuera de ella: Cecilio Rhodes, que había de comer el pavo de Navidad de 1899 en Johannesburgo, el general Buller cuando decía que tenía en su bolsillo las llaves de Ladysmith y ahora lord Roberts son ejemplos elocuentes de lo que decimos.

En Kroonstad se ha reunido últimamente el Parlamento orangista, habiendo pronunciado el presidente Steijn un notable discurso, en el que entre otras cosas dijo: «A pesar de la ocupación de Bloemfontein y aunque suframos más importantes fracasos, no hemos perdido ni perderemos las esperanzas en el triunfo final de las dos repúblicas.»

Como documento curioso, que expresa fielmente el modo de ser del pueblo boer, copiamos á continuación un párrafo de un llamamiento dirigido por el presidente Kruger á las tropas confederadas á fines de febrero último:

«Hermanos, si dejáis de invocar el nombre del Señor, vendrá el miedo y volveréis la espalda á vuestros enemigos. No dejéis, pues, de orar, hermanos.

»¿Acaso el Todopoderoso no os ha dado bastantes pruebas de que está con vosotros? ¿Por ventura Dios, que castigó á Faraón, no viene á romper rocas para hacer salir de ellas el agua que todos vosotros habéis bebido? ¿Este Dios no es acaso el que dijo: «Creed en mí. Yo no os abandonaré y estaré con vosotros hasta el fin del mundo?» Esta lucha es una lucha en que podremos ganar una corona á la vez en el sentido material y en el sentido espiritual.

»Recordad el salmo 27, versículo 7.º: Dios ha dicho: «Tened valor, y si sois débiles yo os haré volver fuertes. La victoria está en mis manos y no en la multitud de caballos y carros.»

»Recordad también el salmo 108: «Me han rodeado como abejas; pero en el nombre del Señor yo les he abatido y he arrojado sus aguijones al fuego.»

»Nuestros antepasados, ¡oh hermanos!, prefirieron morir antes que abandonar su fe; ¡hagamos como ellos!

»Leed este despacho á todos los oficiales y á todos los burghers y decidles que yo ruego á Dios que les fortalezca y les haga invulnerables hasta combatiendo en campo abierto y sin tener rocas tras las cuales puedan abrigarse.» – A.

NUESTROS GRABADOS

Alegoría de Pascua, dibujo de Michel. — Todo cuanto constituye el carácter y tendencias de los pueblos ofrece á los artistas medio para dar vasto campo de acción á su fantasía y aptitudes. Hechos al parecer triviales, sírvenles algunas veces para producir obras que causan agradabilísima impresión, por formar parte de las costumbres de los pueblos á que pertenecen. En este caso hállase el dibujo que reproducimos, que por medio de una hermosa joven simboliza la Pascua de Resurrección, que en nuestro país, al igual de otras naciones europeas, se solemniza con la tradicional *mona*, producto de pastelería adornado con huevos duros, dulces y golosinas.

La fiesta del árbol. El día 1.º del corriente tuvo lugar en los terrenos que posee el Municipio en la ribera del Besós inmediatos á la carretera de Ribas la fiesta llamada del árbol, que por fortuna ha arraigado ya en nuestras costumbres locales, gracias á la cooperación que las corporaciones y particulares han continuado prestando á su ilustrado y entusiasta iniciador el ingeniero D. Rafael Puig y Valls. Creemos ocioso repetir lo que respecto de la importancia y significación de esta nueva fiesta popular dijimos al celebrarse por primera vez en los terrenos del Parque de esta ciudad. De ahí que hoy nos limitemos á consignar algunas noticias respecto de la fiesta correspondiente al presente año. El acto comenzó á las tres y media de la tarde, con asistencia de representaciones de casi todos los colegios públicos y particulares, á cuyos alumnos se obsequió con una merienda, después de haberse procedido á la plantación de quinientos árboles. También asistieron las autoridades civil y municipal y los delegados de diversas asociaciones, habiendo pronunciado sentidas y encomiásticas frases el señor gobernador de la provincia, el alcalde Sr. Martínez Domingo y los señores Mas Yebra y Zulueta. Agradable recuerdo han de guardar todos los concurrentes al acto, pues aparte de la grata impresión que producía el aspecto y animación de los infantiles plantadores, ha de despertar entusiasmo y dar esperanzas cuanto tienda á difundir la cultura, fomentar las fuentes de riqueza y engendrar en el ánimo de los niños sentimientos que han de redundar en lo porvenir en el mejoramiento general.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 190, POR M. EHRENSTEIN

NEGRAS (11 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8			♞	♛					8
7				♟		♗			7
6		♜	♙	♙		♚	♙	♟	6
5		♙							5
4	♟			♘		♔	♟		4
3	♜			♟					3
2								♞	2
1				♕	♗				1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 189, POR H. F. L. MEYER

Blancas.	Negras.
1. D a 5 – c 3	1. Cualquiera.
2. T juega á diferentes casillas, según sea el juego de las negras.	2. Cualquiera.
3. D c 3 – g 7: mate.	

VARIANTE

1..... P toma T; 2. D toma P d 4, etc.

EL OBSTÁCULO

Novela por Mad. Daniela d'Arthez. – Ilustraciones de Marchetti

(CONCLUSIÓN)

Pero ya estaba cansada de pensar, y esta última dificultad, agregándose á sus tristezas, hízola volver al estado de insensibilidad casi estúpida que experimentara después de separarse de Roberto. Pensó en él de nuevo; solamente él la preocupaba, y desechaba todo lo demás, dejando para más tarde la molestia de reflexionar sobre ello.

Llegada á la orilla de la escarpadura, se detuvo inmóvil: la impresión era profunda; el mar se retiraba, y á pocos metros más abajo, María Magdalena veía enormes rocas recortadas, moles de granito que parecían los restos de alguna ciudad ciclópea; y más lejos, en la playa, hacia las olas, agitábanse puntos luminosos: eran las linternas de los pescadores, que con la marea baja iban á buscar cangrejos bajo las rocas. En el fondo se entreveía una masa movible é infinita de agua, olas lentas y regulares que al deshacerse llenaban de un rumor continuo la inmensa playa. Un resplandor muy vivo, aunque lejano, brillaba en un punto de la costa: era el faro del semáforo...

María Magdalena miró todo esto; estaba cansada y sufría; su cerebro, fatigado de girar siempre en el mismo círculo de ideas, como un caballo en el picadero, estaba dolorido, y deseó no pensar ya en nada. Contempló los puntos luminosos cuyo reflejo húmedo se prolongaba hasta muy lejos en la arena, y algunas veces oía la voz de los pescadores, aunque estaban á algunos kilómetros de distancia. No filosofaba; no deseó sentimentalmente el destino de los míseros hombres que entreveía allí..., permaneció inmóvil, mirando la noche.

Y poco á poco su padecer, exasperado por la soledad y el enervamiento, tomó el carácter de una aguda crisis física; sobrecogióle un desconsuelo inmenso al no ver ya nada en torno suyo, ningún afecto protector, ni padre, ni esposo; el mismo aislamiento en la vida que en aquel arenal; y esta angustia llegó á ser tan torcedora, tan atroz, que de repente, sobrecogida de un delirio sereno, de una especie de valor para concluir al punto con todo de una sola vez, María Magdalena, que había permanecido de pie en la escarpadura, avanzó hacia el vacío y cayó, rodando de roca en roca hasta una peña enorme, donde quedó inerte y ya entonces sin sufrir...

Roberto no conocía el país, y confiando además en atraer á María Magdalena, había dejado su maleta en una antigua posada del pueblo, que á pesar de su pomposo nombre de hotel, había quedado tal como en el tiempo en que los viajeros no visitaban aquel rincón de Bretaña. Hallábase allí á varios kilómetros de Tregastel, y desde su ventana veía un inmenso puerto con muelles muy bajos, así como una rada pantanosa invadida por las hierbas acuáticas, donde en la marea baja las barcas hundidas en el fango parecían pesados muertos...

Después de una mala comida en una larga sala de techo muy bajo, llena de ingleses alborotadores, Roberto entró en su habitación y fué á sentarse junto á la ventana abierta. El mar bajaba; las barcas habían salido ya á la pesca nocturna, y solamente algunas, tumbadas en el cieno, acentuaban la tristeza de aquel



María Magdalena salió del jardín y encaminóse hacia el arenal, marchando al azar (pág. 229)

paisaje, de donde el mar se había retirado. Roberto permaneció largo tiempo inmóvil, fumando cigarrillos, mientras miraba con aire absorto cómo el cielo se obscurecía y aumentaba el brillo de las estrellas.

Durante las primeras horas estuvo oyendo la ruidosa charla de personas alegres, conversaciones animadas, choques de vasos, el rumor de juego de pelota en el jardín; después, poco á poco, todo se extinguió, y pudo oir cómo se retiraban sus vecinos; las casas del pueblo, iluminadas antes, quedaron á obscuras unas tras otras, y Roberto no vió ya más que la luz del pequeño faro de la costa.

El joven estaba seguro de que no podría dormir, y se decidió á pasar allí la noche; pensamientos demasiado amargos le tenían despierto, y después de la primera decepción, se dejaba llevar de sus tristes reflexiones. Tenía ánimo tranquilo y reflexivo, y para ponerle fuera de sí, como Lucy Hartley le había visto, era preciso que se hallara en un paroxismo de cólera. La verguenza de que María Magdalena le rechazase de nuevo, unida al rencor personal que contra ella tenía hacía algunas semanas y á la influencia de su madre sobre él, todo esto había producido una verdadera crisis, de la cual no se había repuesto aún en aquella hora. Aunque su cólera fuese ahora menos violenta, era más profunda, por lo razonada y tranquila. Recordaba todo cuanto había hecho para complacer á su esposa, así como la bondad indulgente de Mad. Le Clercq, que ponía más en evidencia la ingratitud de María Magdalena; y esto demostraba que no había en juego más que un mísero orgullo; que su esposa no le amaba ni lo más mínimo, puesto que podía conformarse á no volver con él, y puesto que se resignaba á una separación eterna.

Con el corazón henchido de amargura, Roberto pasó largas horas revolviendo en su pensamiento esta convicción abominable. No le había aceptado sino porque era rico y le proporcionaba una posición envidiable; y ahora quería abusar de su influencia sobre él para alejarle de su madre, á fin de ser completamente libre. ¡Pero él rehusaba, y con mucha facilidad María Magdalena renunciaba á seguirle, dispuesta á entregarse con sus amigos de otro tiempo á una vida alegre y sin cuidados! Debía saber muy bien que él no la dejaría sin recursos, y sin duda iba á disfrutar alegremente de la renta y de la libertad que le proporcionaba su breve matrimonio. Algunos meses de sujeción le asegurarían la existencia libre que deseaba.

Roberto estaba exasperado, aunque comprendiendo bien que se excitaba fuera de todo límite, insultando con tales ideas á María Magdalena, pues sabía que su esposa no pensaba así. También reconocía en el fondo del alma que su madre había cometido algunas faltas, y que en aquel momento mismo debió obrar de otro modo, retirándose de su lado para permitirles ser felices.

Recordaba algunas palabras de Lucy Hartley que le molestaban; pero ahogaba este sentimiento, recordando la indiferencia y la hostilidad que su esposa le manifestaba hacía algunas semanas, y su obstinación y silencio al oir sus súplicas allí abajo, en aquel cementerio donde se separaron. ¡Pero con qué acento tan conmovido dijo: «¡Yo he llorado en el coche!» Y Roberto creyó sentir aún sobre su mano el dulce calor de la de María Magdalena, aquella muda caricia que conmovió su alma como una declaración de amor.

El pobre Roberto, con la garganta oprimida y secos los ojos, se levantó y asomóse á la ventana; respirar el aire frío le aliviaba; pero alrededor de las sienes sentía como la impresión de un círculo de hierro que le comprimiera el cráneo. Ridículo era, sin embargo, desesperarse por una mujer que no le amaba, y que en aquella misma hora, dormida tranquilamente, tenía sueños felices sobre su futura existencia, mientras él estaba sufriendo aquella agonía.

Hacía largo tiempo que nadie pasaba ya por el camino, pues la noche avanzaba, y las constelaciones descendían hacia el mar; empezaba á subir la marea; el mugido de las olas era cada vez más fuerte, y en la rada las barcas, levantadas por las aguas, parecían estremecerse.

En medio del silencio, interrumpido tan sólo por la respiración del mar, Roberto percibió un rumor de pasos precipitados; y después, en un recodo del camino, divisó en la sombra una figura negra que avanzaba rápidamente. ¿Quién era aquel transeunte que se había retardado? El ruido de pasos en medio de la noche aumentaba la tristeza de la hora. ¿Dónde iba aquel hombre? ¿Por qué precipitaba su carrera? Roberto recordó una frase de Shakespeare: «Des-

gracia ágil, tú que tienes los pies tan ligeros, ¿me traes á mí tu mensaje?» Y esta frase tomó en el joven una intensidad de vida tan extraña, que pronunció estas palabras casi en voz alta. El hombre que llegaba parecía correr, como si contestase á este llamamiento á la desgracia. Poseído de ansiedad, Roberto le miraba acercarse. ¿Pasaría por allí? Sin duda, y como seguramente no iba á detenerse en aquella casa dormida, ¿por qué manifestaba tan súbita angustia?..

El hombre se detuvo delante de la ventana iluminada.

– ¿Es usted Le Clercq?, preguntó.

Roberto reconoció la voz de Darlot.

– ¡Sí, yo soy!

– Baje usted; es preciso que le hable. ¡Pronto!.. Y despierte usted al posadero, porque necesito un coche.

– ¿Qué ocurre?, preguntó Roberto con una violenta palpitación, pues ahora ya no dudaba y comprendía que acababa de suceder algo. ¿Qué hay?..

– ¡Una desgracia; pero baje usted! No puedo decírselo así.

Roberto bajó fuera de sí. Seguramente se trataba de María Magdalena. ¿Qué había hecho? ¿Habría huído? Este fué su primer pensamiento. Descorrió el cerrojo de la puerta de entrada y encontró á Darlot en el camino.

– ¿Ha despertado usted al dueño, Sr. Le Clercq?, preguntó.

– No; quiero saber ahora mismo...

Hablaba con voz tan alterada, que Darlot vaciló un segundo; pero el caso era urgente, pues se hacía preciso correr á Lannion en busca de un médico; y Renato tenía aún en el alma la horrible impresión que le produjo ver á su amiguita inerte y como muerta.

– Hoy ha tenido usted un altercado con María Magdalena, ¿no es cierto?, preguntó.

Roberto se estremeció.

– ¡Pues bien!, continuó Darlot, María se ha arrojado por la escarpadura á las rocas y casi se ha matado.

Roberto sintió como un desvanecimiento, y sin saber cómo, se encontró sentado en la escalera de la casa, mientras que Darlot le hablaba.

¡Vamos, decía, procure usted recobrar ánimo, y corra allá, en tanto que yo voy á buscar un médico! Lucy le ha hecho la primera cura lo mejor que ha podido; pero está como loca, y se comprende. ¡Cuando pienso que si yo no hubiera pasado por allí habría muerto sobre aquella roca!

– ¡Detalles!, exclamó Roberto poniéndose en pie no sin un esfuerzo. ¿Es usted quien la ha visto?

– Sí; yo vagaba por aquel sitio; vi una cosa blanca sobre una roca á pocos metros bajo mis pies, y bajé. ¡Dios mío!, no olvidaré jamás aquel momento terrible: la dificultad para escalar la roca con la desgraciada joven en mis brazos, mi carrera á través del arenal, mi llegada y el espanto de Lucy.

Darlot se estremeció; sus palabras desordenadas expresaban mejor que todos los discursos la angustia que había sufrido.

– ¿Pero no ha muerto?, preguntó Roberto con tono suplicante. ¿Está herida solamente?

– No lo sé. Tiene los ojos cerrados, la frente partida, una mano desollada y un brazo magullado.

Roberto, sin contestar palabra, volvió la espalda á su amigo y alejóse corriendo, sin sombrero y como un loco, en dirección á Tregastel. El camino ascendía en empinada cuesta, y sofocado por los latidos de su corazón, le fué forzoso reprimir su carrera.

Comprendía muy bien lo que significaba el tono duro de Renato. Quería decir que él, Roberto, era el causante de aquello, y que por haber tratado tan brutalmente á su esposa, la había conducido á tal extremo. Siendo así, ella le amaba, puesto que, ante la separación, prefería morir desde luego. Un remordimiento atroz le atenaceó el alma. ¡Oh... necias y mezquinas disputas! ¿Qué eran aquellas pequeñas cuestiones de vanidad, de interés y de dominación, tratándose de la felicidad y de la vida de la única mujer que había amado?

Su imaginación le representó aquella joven seductora desfigurada por la espantosa caída; veía la sangre coagulada en los blondos cabellos, y desgarrada por las puntas de granito aquella manecita que tan dulcemente se había apoyado sobre la suya. Parecíale contemplarla de nuevo tal como la había amado, adorable de juventud y de belleza. ¿Moriría?.. ¿Era verdaderamente ahora una masa informe, destrozada, sangrienta y horrible?

Tan violenta fué su angustia, que como si hubiera podido oirle gritó: «¡María Magdalena!» Su voz repercutió en el silencio de la noche, extinguiéndose á gran distancia, y las rocas le enviaron el eco.

¡Parecía que todo el arenal llamaba también á María Magdalena!

En aquel momento, un verso terrible de la *Orestiada* cruzó por su mente. «Y tu camino gritará sobre tus huellas.» Entonces se detuvo, espantado de su propia exaltación, y sintiéndose á punto de perder el juicio, hizo un violento esfuerzo de imaginación y se dijo:

– Si no recobro toda mi voluntad, voy á volverme loco. Pues bien, si ella muere, ¿qué haré yo?

Y miró el inmenso mar, con sus largas olas argentadas por la siniestra claridad del alba.

¡Iré allí!, murmuró.

Y continuó su marcha, prolongada por la angustia, corriendo siempre hasta que llegó ante la casa; por el último impulso quiso precipitarse para ver si había muerto, pues su único temor era que ella sucumbiese sin haber visto que él la amaba, que él estaba allí. Pero al apoyar la mano sobre la cerca del jardín, sobrecogióle un desfallecimiento, un cobarde temor de ver sufrir y de encontrar desfigurado aquel rostro exquisito de gracia y encanto. Permaneció allí un minuto, abatido y temblando de angustia.

Una luz brillaba en una de las ventanas, y no se oía ningún ruido; mas cansado de contemplar aquel resplandor, preguntándose si procedía de una lamparilla ó de uu cirio funerario, entró.

Subió la escalera, empujó una puerta, y vió en un lecho, rodeado de cortinas sonrosadas, una figura cubierta de paños blancos..., lo que había quedado de María Magdalena... Roberto, mirando fijamente aquel cuerpo inerte, avanzó hacia aquel lado con paso de autómata, sin notar siquiera la presencia de Lucy Hartley. Inclinóse y vió un rostro lívido, con los ojos cerrados, los labios descoloridos, que dejaban ver los dientes muy blancos; la frente vendada, y el hombro, el brazo y una de las manos envueltos en vendas sujetas con alfileres. Al acercarse Lucy, Roberto se volvió y dijo:

– Ha concluído..., ha muerto, ¿no es verdad?

– Aún no; es un síncope; desde hace una hora está así.

Miss Hartley había maldecido más de una vez á Roberto, causante de aquella desgracia; mas al verle, sintió compasión de él. Descompuesto, con los cabellos en desorden, respirando aceleradamente á causa de la carrera que había dado, cubierto de polvo y de briznas de las retamas y de los brezos que se habían adherido á su ropa, parecía un vagabundo. Aquel no era ya Roberto Le Clercq, doctor en derecho, muy poseído de su importancia y personaje notable; ahora era un hombre que sufría y para quien desaparecían todas las circunstancias ordinarias de la vida.

Lucy le estrechó la mano.

– ¡No hay que desesperar!, dijo.

Los dos miraron á María Magdalena; pero tenía ésta tan poca apariencia de vida, que aquella frase resultaba irrisoria. Entonces apartaron la vista de la joven; sus ojos se encontraron, y en ellos leyeron mutuamente el mismo desaliento. Roberto, viendo que Lucy lloraba, hizo lo mismo.

La joven se irguió casi al punto.

– ¡No!, exclamó, no debemos desanimarnos, dijo con enérgica voluntad; se trata de salvarla, y si no lo conseguimos, lloraremos, pero no antes. He enviado un mensajero al convento para pedir algo que la haga volver en sí, y ya oigo á mi doncella que vuelve.

Cerca de la playa hay un convento, y allí era adonde miss Hartley, que no habiendo estado nunca enferma no tenía en su casa ninguna medicina, había enviado á buscar auxilio. Una religiosa acompañaba á la criada: Roberto la oyó hacer preguntas con voz lenta y monótona; pudo ver cómo sacaba frascos de un saquito y percibió un olor de éter en la habitación. Miss Hartley humedecía las sienes de María Magdalena, y la hermana estaba inclinada sobre el lecho.

– Creo que vuelve en sí, dijo.

Roberto se acercó, separando á la religiosa con mano brusca, sin pensar siquiera lo que hacía; vió los labios de María Magdalena temblar; la respiración se acentuó más, y dando un gemido la joven abrió los ojos sin expresión, que fijaron una mirada vaga en las facciones de su esposo y de Lucy.

– No nos reconoce..., y sufre, dijo al ver que sus labios se contraían.

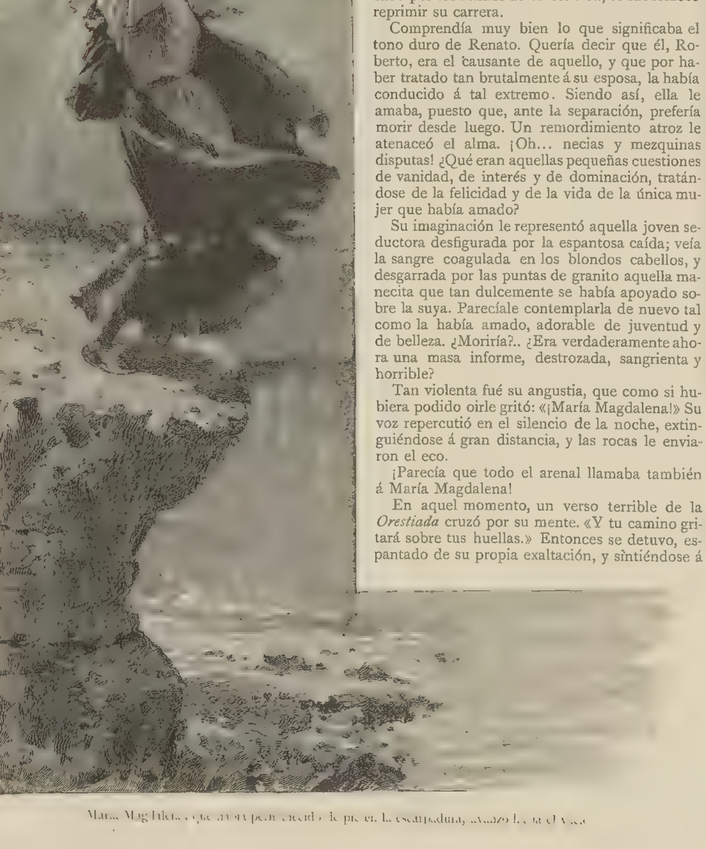
– Esperemos al médico.

– ¿Tardará mucho?

– ¡Tal vez una hora!

La hermana arreglaba las cosas en la habitación con movimientos discretos y silenciosos. Lucy fué á sentarse delante de una mesa, cogió un libro y quiso leer.

Roberto permaneció junto al lecho, conservando entre sus manos la de María Magdalena, que no le reconocía y exhalaba á cada momento quejas dolorosas. La religiosa, sentada al otro lado del lecho, pasaba con sus dedos pálidos las cuentas de un interminable rosario y su toca proyectaba en su rostro una sombra azulada. Roberto escuchó el tic-tac del



María Magdalena, [illegible] de pie en la escarpadura, [illegible]

reloj, contando los minutos de la hora más cruel que había pasado en su vida.

. . . .

– En fin, ¿qué piensas hacer?

Mad. Le Clercq, de pie delante de su hijo, en el salón de la quinta, hacíale esta pregunta con angustioso interés, fijando en él una mirada penetrante.

Había corrido á Tregastel, trastornada por el acto de María Magdalena, y sintiendo un legítimo horror por la falta de principios que impulsó á la joven á morir voluntariamente. Su verdadera compasión al verla herida, casi moribunda, se mezclaba con mucho desdén y un poco de rencor. Era demasiado inteligente para no comprender que su personalidad tomaba por aquel golpe de tragedia un carácter odioso, y como sus intenciones habían sido siempre tan puras, se indignaba.

Durante los tres días en que María Magdalena, presa del delirio y en grave peligro, no reconoció á nadie, Mad. Le Clercq sufrió de diversas maneras. Era espantoso el espectáculo de aquella mujer que se moría así: la desesperación silenciosa de su hijo la entristecía el alma, y á estos sentimientos de ternura agregábase otro más torcedor, que era la muda reprobación de Lucy Hartley. ¡Verse obligada á sufrirla, y permanecer bajo el mismo techo que su enemiga! Jamás antipatía alguna se manifestó tan claramente como entre aquellos dos caracteres, semejantes por la energía, pero separados por un abismo de sentimientos.



Roberto se acercó, separando á la religiosa con mano brusca.

Desde la víspera, María Magdalena había recobrado el conocimiento y se había hecho cargo de su situación. A la fiebre violenta había seguido un estado de abatimiento excesivo y debilidad; toda emoción podía serle funesta, y sufrió un síncope que estuvo á punto de serle mortal cuando, lleno de inquietud y llorando como un niño, Roberto se acercó para abrazarla. La presencia de Mad. Le Clercq le era penosa; ésta lo comprendió así, y aunque su corazón sufría, demasiado orgullosa para procurar que la aceptasen, habló de regresar á Montpazier. Lucy no pronunció una sola palabra para disuadirla; hacía largo tiempo que había deseado tener oportunidad de hablar con aquella mujer orgullosa; pero consideraba inútil toda recriminación, y sabía que Roberto había resuelto ya lo que debía hacer. Aquella mañana favoreció la entrevista del joven con su madre, permaneciendo junto á María Magdalena que dormía, y entonces tuvo lugar la explicación definitiva.

Hacía tres días que madre é hijo apenas se hablaban; era la primera vez que se encontraban solos y que el estado de Mad les dejaba el pensamiento bastante libre para discutir sobre cosas serias.

– ¿Qué te propones hacer?, repitió Mad. Le Clercq.

– Lo que me arrepiento de no haber hecho al casarme.

– ¿Separarte de mí? Pero Roberto, ¿me haces responsable de lo ocurrido?

– Sí, á usted y á mí.

– ¡Oh!, exclamó Mad. Le Clercq con un ademán de protesta, tú sabes, sin embargo, que yo le profesaba un verdadero afecto, que yo la amaba.

– Pero mal. La amaba usted porque le convenía y tan sólo por esto, sin consultar más que sus propios gustos y jamás los de ella. Yo no recrimino, pues soy el más culpable; debí librarla de luchas penosas, y á mí me correspondía amarla ante todo.

– ¿Quién había de pensar que la exaltación de esa niña llegase hasta el punto de producir semejante drama?

– ¡Pues así ha sido! Usted y yo la tratábamos como á una muñeca, y echamos de ver algo tarde nuestro error.

Siguió una pausa á estas pocas frases, que parecían otras tantas hojas aceradas cortando los hilos poderosos que unían entre sí aquellos dos seres. Roberto, después, sin volverse, dijo:

– Voy á dejar el foro, y pasaré á la magistratura.

– ¿Por qué?..

– Porque me enviarán en clase de sustituto ó de juez fuera de Montpazier.

Mad. Le Clercq mordió su pañuelo para no gritar.

– Inútil es hacer eso, contestó cuando hubo recobrado fuerza para hablar. Me retiraré completamente á Saint-Helier, á mi asilo de huérfanos, y si tú lo exiges, me comprometeré á no volver jamás á Montpazier. ¿Le bastará esto á tu esposa?..

Roberto, sin recoger estas palabras llenas de amargura, replicó:

– Obrará usted como mejor le parezca, madre mía; pero en cuanto á mí, ya he tomado mi resolución, y tengo enviada mi solicitud al ministro. No quiero que salga usted de su casa, y le aseguro que siempre será bien recibida por nosotros en la *nuestra*.

Mad. Le Clercq dejó de luchar. Conocía demasiado bien á su hijo para no ver que su resolución era inquebrantable, que su corazón estaba cerrado, y que se mantenía á la defensiva por haberle conducido ella demasiado tiempo por mal camino.

– ¡Bien!, dijo Mad. Le Clercq; mas no quiero que pases una vida precaria, y te daré una suma suficiente...

– ¡No hablemos de dinero!

– ¡Oh! Roberto...

Un poco avergonzado de su rudeza, Roberto se acercó á su madre, y la vió tan verdaderamente trastornada y poseída de tan sincero y profundo pesar, que el antiguo afecto conmovió su corazón. Recordó que era su hijo, que su madre le había amado, y que tan sólo por ternura había querido conservarle junto á sí; pensó también que no tenía derecho para acusarla, siendo más culpable que ella, y se arrepintió de las palabras que acababa de pronunciar.

– ¡Perdóneme usted, madre!, dijo, aceptaremos todo cuanto quiera.

Este cambio hizo llorar casi á Mad. Le Clercq; pero no quiso que su hijo viera su emoción, y los dos permanecieron mudos, mirándose con la triste expresión de un supremo adiós, con el infinito desconsuelo de perder cada cual el principal cariño de su corazón. Aquella hora decisiva les separaba, y ya no debían volver á hablar jamás de aquellas cosas, excepto tal vez en otra hora de separación más definitiva. En adelante habría entre ellos tirantez y el doloroso recuerdo de lo que pasaba en aquel instante.

Se contemplaron como se contempla por última vez la mirada viviente de un ser que está á punto de morir, y Roberto cogió la mano de su madre, besóla y salió.

En la habitación contigua vió á Lucy sentada junto al lecho de María Magdalena; esta última despierta ya, sonrió á su esposo, y Roberto se acercó.

– ¡Cedo á usted este lugar, que es el suyo!, dijo la joven inglesa levantándose. Ahora puede hablar á su esposa, y decirle que la ama; pero no se lo diga con demasiada vehemencia, porque aún está muy débil y la menor emoción le quebrantaría.

Lucy fué á reunirse con Mad. Le Clercq.

– He aquí á lo que conduce la bondad, miss Hartley, dijo aquélla. Aseguro á usted que mis intenciones fueron siempre afectuosas.

– ¡Oh!, sin duda, demasiado afectuosas. Limitándose á ser buena, se habría ahorrado, á sí propia y á los demás, muchos pesares.

– ¡Me quedo sola!, exclamó Mad. Le Clercq.

– Tiene usted sus pobres.

– Esto no basta para llenar el corazón.

Lucy, compadecida, repuso:

– No estará usted sola; esta es una crisis violenta que se calmará, y dentro de poco tiempo todo seguirá de nuevo su curso, perdiéndose de día en día el recuerdo de lo que ha pasado. Está usted fuera de la vida normal; pero su hijo volverá á ser el hombre juicioso y correcto que usted educó; María Magdalena se convertirá en una graciosa señora de sociedad, y espero que usted será una excelente abuela y que se restablecerá el antiguo afecto. ¡Todos esos dramas domésticos tienen un desenlace tan tranquilo después de la escena trágica!.. ¿No se ha preguntado usted qué sucedía después del quinto acto de un drama? El autor nos deja siempre en la última peripecia conmovedora, porque sabe que sus personajes volverán á la prosaica vulgaridad de la vida. Lo excesivo no puede ser duradero. Crea usted que el título más conveniente para muchos dramas de la vida es el de Shakespeare: «¡Mucho ruido para nada!»

FIN

LA BENDICIÓN DE LAS PALMAS

EN BARCELONA

La fiesta con que la Iglesia conmemora la gloriosa entrada de Jesucristo en Jerusalén es una de las solemnidades más animadas y pintorescas que en nuestra ciudad se celebran. Desde las primeras horas de la mañana del Domingo de Ramos, cruzan por todas las calles grupos de niños cargados con sus palmas, más ó menos artísticas, modestas unas sin más adorno que objetos de una sencillez primitiva fabricados con hojas de la palma misma, magníficamente adornadas otras con golosinas tentadoras y preciosas cintas.

Delante de las puertas de los templos júntanse todos, y entre bulliciosa gritería esperan impacientes que aquéllas se abran para penetrar en el sagrado recinto en donde el sacerdote ha de dar la bendición solemne. Y una vez dentro, el respeto que la santidad del lugar en todas ocasiones inspira, no es bastante á contener los entusiasmos de aquella chiquillería que inquieta se mueve, armando gran bullicio y agitando las palmas que con elegantes movimientos se cimbrean y se abren y cuyo color amarillento se destaca sobre los verdes ramos de laurel. El espectáculo resulta por demás alegre y es el más propio para recordar la animación que debió ofrecer Jerusalén cuando entró triunfalmente en ella el Salvador.

El Sr. Roig, algunos de cuyos apuntes hemos publicado en La Ilustración Artística, ha tomado por asunto del dibujo que en esta página reproducimos un grupo de los que se forman, como hemos dicho, delante de la puerta del templo antes de empezar la ceremonia. La obra del distinguido dibujante catalán es una nota acertadamente copiada del natural y tratada con esa amplitud que se requiere cuando el artista traslada al papel una visión casi momentánea y confía al lápiz la misión de exteriorizar la impresión recibida al contemplar un espectáculo que á cada momento varía y para el cual de nada sirven los modelos de taller si el dibujo ha de tener la vida y el movimiento que la escena real ofrece.



BARCELONA. – La bendición de las palmas, dibujo del natural de Pablo Roig

EL ALUMBRADO ELÉCTRICO

EN LOS VAGONES DE FERROCARRILES

Muchos sistemas de alumbrado se han ensayado sucesivamente para los vagones de ferrocarriles, habiéndose recurrido al aceite, á la esencia mineral, al gas y al acetileno y á la mezcla del gas de aceite con el de acetileno, pero ninguno de estos procedimientos ha dado hasta ahora resultados completamente satisfactorios.

La Compañía eléctrica de Nancy ha hecho recientemente pruebas con un dispositivo debido á M. Vicarino, que consiste en dotar á cada vagón de un conjunto de aparatos que permiten á la vez producir en el mismo coche, almacenar y distribuir, á medida que se necesite, la energía eléctrica precisa para la alimentación de las lámparas, haciendo que uno de los ejes de las ruedas, por medio de una correa ó por roce, ponga en acción una máquina dinamo que carga los acumuladores.

La dinamo es de dos polos con armazón de acero colado en forma de caja rectangular provista de dos tapas á charnela que se abren por los lados y que permiten llegar fácilmente hasta las escobillas y el colector. Gira la dinamo con velocidad absolutamente variable, según sea más ó menos rápida la marcha del tren; su sentido de rotación cambia según el sentido de marcha del coche, pero lleva un dispositivo automático gracias al cual la corriente que engendra está siempre en el mismo sentido.

La corriente que proporciona la dinamo carga una batería de acumuladores de 40 amperios-hora colocada debajo del vagón, la cual batería almacena la energía producida, regulariza el consumo de la misma y asegura el alumbrado durante las paradas del tren.

Un conjuntor disyuntor automático establece la comunicación cuando la velocidad de la dinamo es suficiente para que ésta produzca una corriente de tensión igual á la de la batería ó interrumpe dicha comunicación cuando la velocidad es demasiado débil.

No insistiremos más en la descripción de todos los dispositivos adoptados para regular el aparato y pasaremos á indicar los resultados de los experimentos llevados á cabo.

El alumbrado de un vagón de ferrocarril comprende generalmente ocho ó diez lámparas de 10 bujías cada una, que á 2'50 vatios por bujía representa un gasto de 200 vatios. La tensión escogida es de 30 voltios. La batería de acumuladores formada por 16 elementos tiene una capacidad de 40 á 60 amperios-hora y puede, por consiguiente, asegurar de seis á nueve horas de alumbrado para las paradas.

El gasto por lámpara-hora de 10 bujías se eleva á 0'58 céntimos, de los que 0'25 corresponden á la fuerza motriz, 0'3 al engrasamiento, 0'2 á la conservación de los acumuladores y 0'1 á la sustitución de las lámparas. Los gastos obtenidos hasta ahora son de 4'5 céntimos por lámpara-hora de seis bujías con el alumbrado por aceite, de 3'5 céntimos por lámpara-hora de 10 bujías con el alumbrado por gas de aceite comprimido, de 3'4 céntimos por lámpara-

hora de 10 bujías con acumuladores simples y 2'5 céntimos por lámpara-hora de 10 bujías con el acetileno.

El precio de explotación para un coche alumbrado cuatro horas al día se eleva al año á 262'80 francos con el aceite, á 204'40 con el gas, á 192 con los acumuladores simples y á 70 por el sistema Vicarino.

Los gastos de primera instalación son: 200 francos para el aceite, 800 para el gas, sin contar los gastos de fábrica y de conducción de carga, de 950 para los acumuladores simples y de 1.250 para el sistema Vicarino. Este último resulta, pues, más caro en cuanto á la instalación, pero la economía que con él se realiza permite amortizar rápidamente este mayor coste. – J. L.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Cent Biografías tarrasenques, por *D. Joseph Soler y Palet*. – Con motivo de la publicación de otros libros del mismo autor, hemos encomiado en distintas ocasiones con el entusiasmo que se merece la importante labor que realiza el Sr. Soler, dando á conocer por medio de notables monografías la historia de la ciudad de Tarrasa. La «Biblioteca histórica tarrasenca» consta ya de cuatro volúmenes, á cual más interesante; el último publicado, que es el que nos ocupa, contiene las biografías de cien hijos ilustres de aquella población, y en todas ellas se aprecia el trabajo del verdadero historiógrafo, del pensador serio, del investigador infatigable, que ha puesto sus no comunes talentos al servicio de obra tan meritoria como la de hacer revivir y divulgar las glorias de los conciudadanos que adquirieron renombre en los distintos ramos de la actividad humana. Con este libro, el Sr. Soler, correspondiente de la Real Academia de la Historia y vicepresidente de la «Asociación Artístico-Arqueológica de Barcelona,» ha prestado un nuevo y valioso servicio, no sólo á su ciudad natal, sino á Cataluña, pues los trabajos monográficos de la bondad del suyo han de contribuir poderosamente á formar una verdadera y completa historia catalana. Impresa en la tipografía barcelonesa «La Catalana,» véndese esta obra á tres pesetas.

Idilios de la Virgen, por *María Terry*. – Contiene este libro una colección de bellísimos cuentos y leyendas para servir de amena é instructiva lectura para niños y niñas, que á su valor literario unen un sentimiento poético y un cierto misticismo que les prestan valor inestimable como trabajos en los cuales ha de encontrar la niñez muchas y muy buenas enseñanzas. Bajo este concepto es, pues, una obra digna de ser recomendada á los padres verdaderamente cuidadosos de la educación de sus hijos. *Idilios de la Virgen* ha sido editada por el conocido editor barcelonés Sr. Bastinos y lleva bonitas ilustraciones de Cuchy.

Elementos de Literatura preceptiva, por el *Dr. D. Manuel Pereña y Puente*. Forma parte este libro de la «Biblioteca de Manuales enciclopédicos Gili,» editada en Barcelona por D. Juan Gili y dirigida por el catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira; y á juzgar por él, bien puede afirmarse que esta biblioteca responde á una verdadara necesidad, cual es la de popularizar y vulgarizar la cultura intelectual por medio de textos depurados, sencillos y altamente económicos. Todas estas condiciones reune la obra del distinguido abogado del Iltre. colegio de Lérida Sr. Pereña, pues en forma compendiada, clara y metódica é ilustrada con profusión de ejemplos, encierra un tratado completo de literatura, al que preceden unas interesantes nociones de estética y acompaña un utilísimo índice alfabético. El precio del volumen encuadernado es de una peseta cincuenta céntimos.



A. Robida, pintado por él mismo (1870)

El dibuixant paisista Lluis Rigalt, por *Raimond Casellas*. – Se ha publicado la conferencia leída por el Sr. Casellas en el «Centre Excursionista de Catalunya,» en la sesión celebrada para conmemorar la fundación de la primera sociedad catalana de excursiones y dedicada á estudiar la personalidad del artista D. Luis Rigalt. Contiene el trabajo del Sr. Casellas datos interesantísimos, expuestos en forma muy amena y elegante estilo, y en él se señalan las cualidades que caracterizaron al celebrado pintor catalán, sus tendencias artísticas, su cariño por Cataluña y la influencia que ejerció en la evolución de la pintura de paisaje en Barcelona, todo ello mezclado con atinados juicios y oportunas observaciones que acreditan una vez más el talento crítico de su autor. El folleto, ilustrado con varios grabados que reproducen distintas obras de Rigalt, ha sido impreso en la tipografía de «L' Avenç.»

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario ilustrado catalán que se publica en Barcelona; *La Ilustració llevantina*, revista ilustrada artístico-literaria que se publica tres veces al mes en Barcelona; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Gaceta Balneológica* que se publica quincenalmente en Madrid; *Miscelánea*, semanario literario ilustrado madrileño; *Revista de España*, de comercio, industria, agricultura é intereses generales que se publica semanalmente en San Pablo (Brasil); *El Tribuno*, diario político de Buenos Aires; *El Heraldo*, diario político de Cochabamba (Bolivia); *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de la «Librería Española,» de San Salvador; *Lima Ilustrado*, semanario de literatura y bellas artes de la capital del Perú.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XIX — BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1900 — NÚM. 956

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



J PABLO KRUGER,

Presidente de la República Sudafricana

(de fotografía)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toledo y Sevilla se disputan á los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer á la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce á cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden á Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca – antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las *juergas* y gitanerías – el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

***

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores, Pasos, Dolorosas,* encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñolerías; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales – entonces ni viejo ni obeso – apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercar á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía. – Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altezas de extranjis, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieron tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zaragatas de Silverio y oir el continuo castañeteo de los palillos en el real. – Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

***

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la devoción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más este carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos más que en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere – todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta. – Las erguidas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca que se hacinan como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla,* que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje, y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Onorate l' altissimo poeta...

***

La idea del Escorial fué sin embargo en su origen una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entretenerse Felipe II. Le había destruído á San Lorenzo una iglesia y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierto que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasiadamente extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan altiva y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecérselo al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enardece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente, á los tres días – confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romano. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojes, de uniforme verdor, como cabujones de clara esmeralma; las estatuas acarameladas por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrida del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

***

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico, majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados. – Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa obscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! – el único Alfonso del panteón. – ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura, que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de *europeos,* como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que según D. Antonio Cánovas del Castillo suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina – ojos ya de enfermo – al decirme: «*Si vivo,* algo haré que deje memoria de mi nombre.»

***

El salón de Batallas, en el Escorial, es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bizarría y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional...

Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma* ó *Comunión de Carlos II,* última obra maestra que produjo la expirante escuela española, antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los burdos efectos de Jordán. Este cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorta en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, presa incapaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven que reprender y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena* de Tintoretto y que *La túnica de Josef,* brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, ¡naturalmente!, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises, en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco donde se lee: *Domenico Theotocopuli.*

Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Mœmling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo – algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

J. PABLO KRUGER, presidente de la República Sudafricana

La biografía del actual presidente de la República Sudafricana está hecha en muy pocas líneas: en su juventud dedicóse á la agricultura y al pastoreo, como todos los boers; como éstos luchó en distintas ocasiones contra los pueblos indígenas que habitaban los territorios fronterizos del Transvaal; en 1878 fué con Joubert designado por sus compatriotas para ir á Inglaterra á protestar contra la anexión de la República transvaalense á la colonia del Cabo; tomó parte importantísima en la guerra de 1881, á la que pusieron fin la batalla de Majuba, tan desastrosa para los ingleses, y el tratado que reconoció la independencia absoluta de aquel Estado; y en premio á sus méritos y servicios el pueblo boer le eligió presidente en 25 de octubre de aquel mismo año, habiendo sido desde entonces reelegido cuatro veces consecutivas para aquel cargo.

Si su biografía es corta, abundan, en cambio, en su vida episodios y rasgos curiosos que dan perfecta idea de su modo de ser y algunos de los cuales vamos á citar porque creemos que interesarán á nuestros lectores.

Fué en sus mocedades corredor infatigable: habiendo apostado una vez, cuando tenía diez y ocho años, que seguiría á un jinete cuyo caballo corriera á toda velocidad, salió triunfante de la prueba en su recorrido de 800 metros. En otra ocasión tomó parte en unas carreras á pie, organizadas por los jefes cafres; la distancia que debía recorrerse era larga y en el itinerario estaba comprendida la casa del padre de Kruger. Este dejó muy pronto atrás á todos sus contrincantes, y al llegar á la granja de su familia creyó, con razón, que llevaba suficiente ventaja para entrar en ella, tomar café y descansar un rato. Su padre reprendióle severamente porque no llevaba su rifle y le obligó á tomar un fusil para continuar su carrera; así lo hizo el joven Kruger, que reanudó su marcha, seguido entonces de cerca por los cafres; pero éstos estaban fatigadísimos y se veían obligados, para no abandonar la partida, á arrojar sus escudos, lanzas y azagayas, á pesar de lo cual aquél siguió llevándoles la delantera, y llegó á la meta con tanta anticipación que antes de que llegaran sus adversarios tuvo tiempo para entretenerse en cazar antílopes.

Además de gran corredor, ha sido Kruger un tirador consumado. Perseguido una vez por un búfalo, cuando el caballo que montaba comenzaba á cansarse, el futuro presidente de la República del Transvaal volvióse ligeramente sobre su silla, echóse lentamente el fusil al hombro, apuntó sin precipitarse, mientras su montura emprendía un galope supremo; disparó, y el búfalo rodó por tierra mortalmente herido por la bala que le había atravesado el testuz.

A la edad de siete años, es decir, cuando apenas se tiene fuerza para levantar un fusil, cobró Kruger su primera pieza mayor; á los once mató el primer león, y á los trece combatía con sus compatriotas por la independencia de su país.

Está muy orgulloso de su humilde origen, y en prueba de ello citaremos la siguiente anécdota:

En una ocasión recibió la visita de un duque inglés, que le fué presentado por el ministro de Trabajos públicos del Cabo, y entre el noble aquél, que era á la vez diplomático, y el presidente Kruger entablóse el siguiente diálogo por medio de un intérprete:

El Duque. – Decid al presidente que soy el duque X, y que he venido para visitarle.

Kruger dejó oir un refunfuño como queriendo decir: «Sea bienvenido.»

El Duque, después de una larga pausa. – ¡Ah! Decidle también que soy miembro del Parlamento inglés.

Nuevo refunfuño del presidente, que fuma tranquilamente en su pipa.

El Duque, después de otra larga pausa. – Decidle que soy miembro de la Cámara de los Lores.



Medalla conmemorativa boer dedicada al presidente Kruger

Kruger refunfuña por tercera vez echando grandes bocanadas de humo.

El Duque, después de una nueva pausa más larga que las anteriores, durante la cual pensó tal vez que no había insistido bastante sobre su identidad. – Quizás interese al Presidente saber que he sido virrey.

Kruger. – ¡Virrey, virrey! Y esto, ¿qué es?

El duque. – Un virrey es una especie de soberano.

Kruger siguió fumando sin decir palabra, hasta que visiblemente fastidiado por esta forma de conversación, volvióse al intérprete y le dijo malhumorado:

– Decid á ese inglés que yo he apacentado rebaños.

Estas palabras pusieron término á la entrevista.

Pablo Kruger tiene una lengua acerada, de la que se sirve á maravilla. Tiene frases rudas, pero que sintetizan pensamientos de humanidad y de justicia y que sus súbditos consideran como verdaderas parábolas. Cuando le avisaron de los manejos del doctor Jameson, que en diciembre de 1895 preparaba su *raid* contra Johannesburgo, respondió, aludiendo á la tortuga:

– Hemos de esperar á que la bestia saque la cabeza de su caparazón.

Y ajustando sus actos á sus palabras, no sofocó la rebelión hasta que hubo estallado.

Poco después presentósele una comisión pidiéndole que no mandara ahorcar al referido doctor.

– ¡Bah!, exclamó Kruger. Veo que no os preocupáis más que de la cola de la serpiente, ¿por qué no pensáis en herir al reptil en la cabeza?

Lo cual quería decir: «¿Por qué venís á fastidiarme de continuo con el tal Jameson y sus filibusteros en vez de pensar en Rhodes, que es la causa de todo el mal?»

Y por último, cuando en mayo de 1896 recibió en audiencia á los prisioneros que habían sido puestos en libertad, les habló en los siguientes términos:

– Cuando me muerde un perro, no se me ocurre castigarle á él, sino que procuro buscar al amo del mismo que lo ha azuzado contra mí.

Kruger es de carácter violento; muchas veces se enfurece, pero sus arrebatos de cólera duran poco.

En 1884 tuvo con su ministro de Estado, el Dr. Leyds, un violento altercado, habiendo llegado la discusión á un extremo tal, que el presidente hubo de exclamar:

– Uno de los dos sobra aquí.

– Seré yo, respondió Leyds cogiendo su sombrero y sus guantes y saliendo de la estancia, convencido de que su carrera política había terminado.

Aquella misma noche, el Dr. Leyds oyó llamar á la puerta de su casa: era el presidente Kruger que llegaba á uña de caballo para pedirle perdón por su intemperancia y suplicarle que olvidara lo ocurrido.

La resistencia de Kruger al dolor físico es legendaria. Yendo una vez de caza, reventó el rifle que llevaba, arrancándole una parte del pulgar de la mano izquierda. El cirujano á quien consultó consideró indispensable la amputación del antebrazo, á lo cual negóse aquél rotundamente, despidiendo al físico después de varias consultas. Hecho esto, afiló un cuchillo de grandes dimensiones y poniendo la mutilada mano sobre una piedra, se cortó la primera falange del dedo herido. Desgraciadamente, la gangrena invadió la segunda falange, en vista de lo cual cortóse ésta con la misma sangre fría con que se había cortado la otra, logrando de esta manera salvar el brazo. Desde entonces, Kruger se sirve del índice como si fuera el pulgar, cogiendo los objetos con los dos primeros dedos de la mano izquierda.

Pertenece Kruger á la iglesia congregacionista independiente, pero no es intolerante y no se incomoda porque otros piensen de distinta manera que él en materias religiosas.

Cuando se propuso el cargo de secretario de Estado al Dr. Leyds, éste declinó la proposición alegando que no profesaba la misma confesión del presidente.

– Si sois un hombre honrado, respondióle éste con dulzura, y estáis bien penetrado del bien del país, jamás os preguntaré vuestras opiniones religiosas.

La existencia campestre y la vida familiar características de los boers que llevó en su juventud el presidente Kruger explican por qué éste, sin ser un ignorante, no es hombre muy docto. Como todos sus compatriotas, aprendió á leer en la Biblia, el libro que el boer nunca abandona. Kruger se lo sabe de memoria, lo lee y comenta, y en sus simbólicas enseñanzas encuentra á menudo remedio para las dificultades que surgen en su camino.



GUERRA ANGLO-BOER. – Compañía de guardias nacionales en Kimberley (de fotografía de Barnett)

Los que no pertenecen á la religión protestante é ignoran el papel que desempeña la Biblia en las familias pertenecientes á esta confesión, quizás tacharán esta actitud del presidente de hipocresía; pero basta vivir con él y con las personas que le rodean ó simplemente frecuentar su trato para convencerse de la sinceridad de su fe.

Dotado de una voluntad firme y de un talento claro; bondadoso y valiente, Kruger constituye una gran figura histórica y es la encarnación del gobierno local en la forma más pura: es el presidente de los burghers con el mismo título que es el jefe de su iglesia; no gobierna solamente por la ley, sino por la autoridad de su carácter y por el poder de la razón. Es, en cierto modo, el pastor del pueblo cuyos destinos rige, el padre querido y venerado, y esta situación sin igual es la que le da la fuerza grande de que disfruta entre los suyos y la respetabilidad de que goza fuera de su patria. – X.



¡Ven, por Dios; quizá al verte se salve!

QUIEN TAL HIZO...

Alto, muy alto, forzudo como un toro, Ramón Grijalba hubiera sido modelo admirable para un pintor que hubiera querido trasladar al lienzo la imagen de aquel dechado de vigor físico que los griegos personificaron en Hércules, vencedor de la Naturaleza y domeñador de fieras.

Tenía treinta años cuando, llegado de no se sabe dónde, apareció en el puerto de D... trabajando como buzo. Su contextura atlética, su arrogante presencia, el esfuerzo poderoso con que, desde el primer momento, se aplicó á su penoso trabajo, con aplauso de sus superiores y asombro de sus compañeros del muelle, le dieron en pocos días popularidad inmensa entre la gente de mar, raza fuerte y dura como pocas.

A mayor abundamiento, Ramón hizo pronto imposición de su poderío entre los matones de los barrios bajos de la marina. La primera noche que penetró en la taberna del tío Grajo, centro del hampa y de lo más maleante de la ciudad, mandó desocupar el local á cuatro mocetones que en el lugar cantaban y se refocilaban al son de una guitarra, tañida por uno de los bravos de mayor nombradía. La guitarra quedó hecha añicos en la cabeza del valiente, y con un taburete por toda arma contra las facas de sus compañeros, les hizo huir despavoridos, golpeados y maltrechos. El propio tío Grajo, que se lamentaba del escándalo, salió por una ventana, lanzado, como por una catapulta, por las manos del coloso.

No fué menester más para que desde aquella noche acataran todos, valientes y pacíficos, al titán que se les había venido encima.

El predominio de la parte animal, había dejado en Grijalba escaso espacio al desarrollo de la inteligencia; el poder, que suele causar desvanecimientos á personas de buen sentido, tenía que convertir en tirano insoportable á aquel pedazo de bárbaro. Y así fué. Sin más leyes que su voluntad, aquel oso humano, sumiso y atento con sus jefes, era verdadero azote para sus iguales. Temíanle éstos cuando en zambras y fiestas se conducía como dueño absoluto ante rebaño de esclavos; temíanle al ver pasar su estatura gigántea por calles, muelles y paseos, y hasta cuando metido en la escafandra, que le daba aspecto de animal fantástico, hallábase sumergido en las ondas saladas mientras un operario, por medio de una bomba de compresión, mandaba á lo largo de flexible tubo aire para sus pulmones de cetáceo.

Con el imperio que á los hombres, trató á las mujeres, y gobernó el amor como las demás cosas de la vida. Fuese fascinación, miedo ó admiración por las cualidades excepcionales del Hércules, que aun cuando basto y salvaje era lo que se llama un gran mozo, sobre todo para una clase de hembras que no sabía pararse en distingos ni finuras, sus conquistas fueron numerosas, convirtiéndole en un D. Juan brutal y de bajo vuelo.

Una tarde nebulosa y fría del mes de noviembre, junto al obrero que hacía funcionar la bomba, hallábase un vejete de sesenta años, pálido, menudo, extenuado, aguardando que Ramón terminase su tarea. El buzo tenía aún trabajo sólo para dos ó tres días. Luego traerían al acantilado en que el obrero y el viejo hablaban la grúa con que se izan las piedras, cuya alineación y salida preparaba Grijalba debajo de las aguas.

El sol poniente lanzó su último rayo, y á poco, por la escala que perpendicular caía al mar á lo largo de las rocas de la costa, subió pausadamente el buzo. El amplio traje impermeable que le cubría el cuerpo y el casquete de cobre estañado que protegía la cabeza abocetaban la figura humana, cual si fuese una visión extravagante, engendrada por la calentura. Llegado á lo alto desprendióse el gigante de la cáscara que le envolvía, y apareció fuerte, colosal, con toda su grande y bárbara hermosura, aspirando con ansia el aire huracanado que á la sazón corría, hinchando el pecho como pared de poderoso fuelle.

Marchóse el obrero y quedaron solos Grijalba y el viejo tío Gorio. Redújose el diálogo á una petición angustiosa, anhelante, desesperada del segundo, y á una negativa hosca, fría y burlona del primero. ¡Con valientes andróminas le venía el tío Gorio! Que su nieta Mariuchu se moría..., pues que la enterrasen. Que él, Ramón, era el causante de la muerte por haberla abandonado... Mentira. Se moría de otra cosa. ¿Por qué le había hecho caso?

– Tiene diecisiete años..., es mi única alegría, decía sollozando el viejo. ¡Ven, por Dios; quizá al verte se salve!

Y sus ruegos y sus imprecaciones se estrellaban ante la tenacidad inflexible de Grijalba que, silbando una canción y sin hacerle caso, se dirigía hacia la ciudad á grandes pasos, inquietado en su marcha por los extremos del tío Gorio, como mastín á quien molestan los brincos y escarceos de un gozquecillo. Hubo un momento en que el pobre viejo se asió á la ropa de Ramón, pretendiendo detenerle en su camino. El gigante se detuvo bruscamente con el ancho rostro encendido por la ira, y alzó un puño formidable sobre la cabeza del importuno. El cráneo amarillento del anciano hallábase amenazado de chascarse como una nuez al manoplazo de un orangután. Mas el Hércules, con un mohín de brutal desdén, varió el movimiento, y con un revés azotó la cara del tío Gorio.

Allá quedó éste, lloroso y compungido, mientras su contrario se internaba por una de las cercanas callejas. Un hilo de sangre corría por su barbilla seca y enjuta. Después, con paso vacilante, temblándole el desmedrado cuerpo de rabia y de impotencia, se encaminó á su casa.

En ella, tendida en mísero lecho, le aguardaba la infeliz Mariuchu. Al verle entrar solo; al comprender que Grijalba no vendría, pareció que escapaba la última suprema esperanza con que se asía á la vida. Desde el abandono del coloso, negándose hasta nutrir su cuerpo espigado de adolescente tardía, la anemia la devoraba.

Y tras una noche de larga agonía, la luz pálida del alba, indiferente á las desdichas del mundo, alumbró el cadáver de la desdichada Mariuchu y el rostro desencajado del abuelo, atónito y alelado por las horas transcurridas en el bárbaro suplicio.

***

Eran las ocho de la mañana del funesto día, y Ramón, embutido en la escafandra, proseguía su tarea bajo las aguas. El obrero que manejaba la bomba que surtía de aire al buzo, vió llegar al tío Gorio, que inmediatamente trabó conversación con él.

El viejo, á juzgar por su aspecto y por lo balbuciente de sus palabras, debía estar alumbrado. Se conocía que tenía ganas de seguir la broma, porque propuso al obrero y aun le dió dinero para comprar una botella de aguardiente, comprometiéndose á sustituirle en su trabajo mientras aquél iba á buscarla. La proposición era tentadora y fué aceptada en el acto.

Apenas se había alejado el operario, el tío Gorio, trémulo y convulso, soltó la palanca con que daba movimiento á la bomba y se arrojó al suelo, asomando la cabeza al mar, junto al sitio por donde pendía la escala de cuerda con travesaños de madera por donde había descendido el buzo.

Veíase abajo, en lo hondo, con alteración propia de la imagen en el agua, la figura achaparrada, corta



1. El agregado francés. – 2. Metternich y el emperador Franz. – 3. El sargento Flambeau. – 4. Teresa. – 5. María Luisa. – 6. Muerte de Flambeau

PARÍS. – TEATRO SARAH BERNHARDT. – L'AIGLON, DRAMA DE EDMUNDO ROSTAND

y grotesca del atleta entregado á su trabajo. Pronto cesó éste, y con un movimiento de inquietud, el buzo se volvió en dirección á la cabeza que con lividez de asesino le miraba. Al través de la fuerte mirilla de cristal, debió ver el rostro flaco y macilento que con ansia de muerte le contemplaba. El casquete metálico se agitó como suplicando, y Grijalba, con paso rápido, se dirigió á la escala. El tío Gorio, con rapidez de tigre, se alzó, sacó la escala de los fuertes ganchos de hierro que en tierra por uno de los travesaños la sujetaban, y la lanzó al mar. Por algún tiempo vió abajo la confusa masa, formada por el blanco escafandro, vago remedo de la figura humana, tantear con movimientos terribles desesperados las rocas que, perpendiculares, se hundían en las aguas. Por dos veces comenzó el acceso, terminado con bruscas caídas al fondo. A la tercera tentativa la figura cayó al suelo, y allí se removió algún tiempo como pólipo gigantesco, palpando con movimientos inconscientes y terribles las piedras, sobre las que, con convulsiones espantosas, se debatía. Y el agua, por encima de aquella agonía, se movía con



y se [illegible] ... suelo, asomando la cabeza al mar.

su eterno reflujo, sin que el menor ruido revelase las angustias que allá, en lo hondo, encerraba el escafandro.

Cuando una hora después, tras múltiples esfuerzos para sacarlo á tierra, abrieron las gentes del cercano muelle el escafandro, apareció el cuerpo de Ramón Grijalba como una masa sanguinolenta. La epidermis de aquel cuerpo de titán había lanzado por doquiera el licor de las rotas venas. El tío Gorio era el único que, entre los atemorizados testigos de la tremenda escena, mostraba salvaje alegría, y gritaba ante el gigante que destrozado yacía á sus pies, irguiendo el débil cuerpo y golpeándose el pecho:

–¡Yo he sido!

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

CUENTAS GALANAS

(MEDITACIÓN)

¡Qué compasión! ¡Adiós leche, dinero, huevos, pollos, lechón, vaca, ternero.

SAMANIEGO.

. . . .

... y Fernando se puso á trabajar lleno de entusiasmo. Es decir, ponerse precisamente, lo que se llama ponerse, no se puso; pero pensó hacerlo. Porque le había ocurrido cierta idea muy original, para escribir un articulito de esos que ahora llamamos *sensacionales*.

Las ideas no nos favorecen tan á menudo que sea lícito desdeñarlas, y Fernando, que lo comprendió así y que además necesitaba con perentoriedad algunas pesetas (cosa que le ocurría mucho más frecuentemente que las ideas originales), vió el cielo abierto, como suele decirse. Se encerró en su despacho; requirió las cuartillas, apercibió la pluma, acercó el tintero y... comenzó á discurrir cómo empezaría.

El comer y el rascar todo es empezar, dice el proverbio (ó lo que sea); pero bien sabe Dios y bien saben todos los que *han* por oficio este de emborronar cuartillas, que del *escribir* podría decirse, con más fundamento tal vez, eso de que en el empezar está todo; y si el vulgo no lo ha incluído en su refrán, consiste indudablemente en que el vocablo *escribir* no *cala* en copla; y en este caso, lo mismo que en muchos otros, ha sido sacrificada la exactitud á las exigencias de la rima, exigencias que hicieron exclamar á nuestro compatriota:

Fuerza del consonante á lo que obligas,
á decir que son blancas las hormigas.

En fin, que Fernando, fija la vista en las inmaculadas cuartillas; colocados á muy pocos milímetros de ellas los puntos de la pluma; moviendo, sin advertirlo siquiera, la siniestra mano que

tocaba ora la boca, ora la frente,

como si pretendiese arrancar de los labios ó de las cejas el rebelde comienzo de su trabajo, ni escribía una letra, ni acertaba á formular con palabras la idea que tan original le había parecido.

Pensando, pensando y discurriendo, discurriendo –pero siempre sin escribir,– imaginó Fernando que, en efecto, la idea con que había sido iluminado su espíritu era demasiado grande y demasiado original, para encerrarla en el reducido espacio de un artículo y condenarla á la vida efímera que viven los trabajos periodísticos.

«Ahora me explico – se decía Fernando mentalmente, – ahora me explico por qué la inspiración se resiste á venir: es que el asunto merece marco menos ruin. Tengo asunto, ¡vaya si lo tengo!, para una comedia en un acto. Comedia que, sobre permitir más expansión á mi fantasía, me producirá, por poco que produzca, honra y provecho; más provecho y más honra que el artículo me produciría.»

Encariñado con el pensamiento de escribir una comedia en un acto, cesó en su labor de buscar principio ó introito para el artículo, dejó caer la pluma, echó hacia atrás el cuerpo y meditó, clavada en el techo, aunque sin verlo, la mirada que fijaba antes, sin verlas tampoco, en las cuartillas. Pero, á medida que ahondaba en sus meditaciones, ensanchábase y se engrandecía en todos sentidos su idea.

«Pero, hombre, se decía Fernando como reprendiéndose á sí mismo, ¿cómo no has visto antes, que hay aquí materia suficiente para una obra en tres actos? Sería verdadero crimen reducir á un acto solo un pensamiento que, si yo acierto á desenvolverle, puede ser una de las mejores comedias del teatro contemporáneo. El pensamiento generador es nuevo, el desarrollo originalísimo, el propósito noble y elevado, el desenlace consolador..., vamos, que la obra será – debe serlo – de lo que no se ha visto hace mucho tiempo en nuestro teatro, ni en los de otros países.

»¡Y no es nada las utilidades de todos géneros que una obra de ese empuje me proporcionará sin duda! Abiertas de par en par las puertas del teatro, hasta hoy herméticamente cerradas para mí; copiosos en billetes de Banco los trimestres (hay que pensar en todo); innumerables, imposibles de atender las peticiones de obras, humilde y rendidamente dirigidas al autor célebre por actores eminentes y opulentos empresarios.»

Barajando estas cosas en su cabeza, sonreía Fernando, con la sonrisa de beatitud de quien se considera completamente dichoso. «Me parece – siguió diciendo, – me parece que en lugar de comedia, lo que hay aquí (y se daba palmadas en la frente) es un drama. Indudablemente; las situaciones que surgen por sí solas, con espontaneidad, del asunto mismo, *ex visceribus rei,* como nos decía aquel profesor de retórica tan mentecato y tan erudito, son dramáticas y no cómicas. Y realmente el drama tiene más importancia literaria que la comedia. El drama ha de darme más celebridad, aunque tal vez me produzca, por de pronto, menos dinero. En fin, eso no importa. Bueno y además necesario es el dinero; no lo he despreciado nunca y lo busco muchísimas veces; pero no es siempre lo principal; ocasiones hay, y esta es una de ellas, en las cuales hay que atender preferentemente á otras cosas. Nada; haré un drama. Lo malo será que después de haber trabajado algunos meses, quizá algunos años, no se halle medio de que lo representen. Que el drama sería filón riquísimo para cualquiera empresa, lo tengo por seguro; pero también tengo por seguro que los empresarios no lo entenderán así. Gente poco ilustrada, casi todos ellos, son esclavos de la rutina; lo que gustó una vez, porque el genio había dejado allí su huella, créenlo de buen éxito seguro aunque la huella del genio no exista; se asustan ante la novedad, que les parece, cuando menos, peligrosa. Creo que sería mejor escribir una novela. No; y en realidad la novela es el género literario que más se adapta á las condiciones de la moderna vida intelectual. El teatro está llamado á desaparecer muy en breve, como espectáculo artístico. Será, ¿qué se yo?, exhibición puramente plástica de mujeres hermosas ó de monumentos arquitectónicos; pero literatura no será; la literatura se ha de refugiar en la novela: preciso es que haga yo esa novela y la haré, y obtendrá un *éxito de librería* como no lo ha soñado siquiera *Emilio Zola;* y yo entonces, en vez de ser solicitado por empresarios y por cómicos, lo seré por editores, que no me dejarán á sol ni á sombra.

»Además, la novela tiene otra ventaja: la de que si no encuentro editor, puedo yo mismo *editarla* por mi cuenta; procedimiento muy dificultoso, sobre inusitado y ridículo tratándose de un drama. Claro está que yo solamente *editaría* mi primer libro, los demás me los arrebatarían de las manos las empresas editoriales.»

Mientras Fernando se entrega á estas meditaciones suenan las doce en el reloj vecino, y el ruido persistente de tantas campanadas lo saca de su abstracción y lo trae á la vida de la realidad.

Es muy tarde ya para escribir el artículo y es todavía demasiado temprano para labrar la novela.

«Pero – dijo filosóficamente y encogiéndose de hombros – mañana será otro día. Hoy no me sería posible coordinar dos ideas; mañana resolveré si debo escribir comedia ó drama ó novela, ó las tres cosas.»

Si bien se adivina fácilmente que Fernando no escribió la novela, ni el drama, ni la comedia... y, por supuesto, ni el artículo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

GUERRA ANGLO-BOER

Escasas, por no decir nulas, son las noticias que podemos consignar esta semana referentes á acciones de guerra. Todo el interés de las operaciones se ha concentrado en Wepener, población cercana á la frontera de Basutolandia, en donde los boers tienen desde hace días sitiada á una columna inglesa de 2.000 hombres. Varios y muy reñidos han sido los combates que allí se han trabado desde el 9 de abril; pero ni ha podido saberse el resultado parcial de ninguno de ellos, ni siquiera puede sacarse en limpio en qué situación han quedado después de ellos los dos ejércitos combatientes, pues tan pronto se dice que los boers han abandonado el cerco de aquella ciudad y retirádose del distrito de Rouxville, en donde está situada, como se anuncia que la plaza se ha rendido.

Tampoco aparecen muy claros los sucesos que últimamente se han desarrollado por la parte de Ladysmith. Según parece, los boers volvieron á ocupar durante algunos días las posiciones que allí ocuparon antes de que Buller entrara en aquella plaza y aun llegaron á bombardear el campamento de Elandslaagte; pero últimamente se asegura que han evacuado otra vez esa región y que se han retirado al otro lado de Biggars Berg.

El ministerio de la Guerra inglés ha desmentido la noticia de la derrota de Meerkatsfontein, de que

nos ocupábamos en nuestra crónica anterior: según parece, la confusión fué debida á la circunstancia de haberse designado con dos nombres distintos un solo descalabro, el de Reddesberg; pero de todos modos éste ha resultado mayor de lo que en un principio se dijo, puesto que las bajas de los ingleses se acercaron mucho á 1.000.

La columna del coronel Plumer, cuya misión es socorrer á Mafeking, se ve obligada á mantenerse á la defensiva después de los descalabros sufridos, en uno de los cuales, el de Ramathlabana (31 de marzo), tuvo tres oficiales y siete soldados muertos, 24 soldados heridos y 11 desaparecidos.

Dícese que de los escarmentados nacen los avisados; pero esto no reza con los ingleses que, á pesar de tantas lecciones como llevan recibidas, incurren de continuo en las mismas faltas y omisiones que tan caras les van costando. Hace pocos días, en las mismas inmediaciones de Bloemfontein, es decir, á las barbas del general Roberts y de sus 70.000 hombres, fué sorprendido y capturado un destacamento de fusileros reales irlandeses mandado por lord Rosslin, que estaba patrullando... para evitar nuevas sorpresas.

En vista de la repetición de hechos análogos á éste y sobre todo á impulsos del natural despecho que engendra la desgracia, la prensa inglesa dirige grandes censuras á los jefes y oficiales, llenándolos de improperios y aplicándoles, sin ambages ni rodeos, los calificativos más crudos y los insultos más groseros.

Los generales tampoco se han librado, ni mucho menos, de tales censuras: Gatacre ha sido la primera víctima propiciatoria, habiéndolo lord Roberts destituído y reemplazado por el general Pole Carew.

En tanto, el generalísimo sigue inmovilizado en Bloemfontein, según unos porque aún no dispone de todos los caballos que necesita, según otros á causa de las enfermedades que diezman su ejército. Pero sea por esto ó por aquello, lo cierto es que la situación de lord Roberts no sólo resulta desairada, después de las esperanzas que hizo concebir su primera acometida, sino que además debe ser sumamente crítica por la escasez de agua y por el temor constante de ver cortadas sus comunicaciones por las fuerzas boers que, cada vez más osadas, pululan por los alrededores de la capital de Orange y hostilizan á cuantos ingleses se aventuran algo lejos de la ciudad.

Han llegado á Europa los tres comisionados boers Mrs. Fisher, Wesels y Wolmarans, cuya misión, según parece, es interesar á las potencias para que establezcan las bases de una paz honrosa: muéstranse reservadísimos acerca del objeto que á Europa les trae, pero uno de ellos ha dicho á un periodista milanés que el Transvaal y el Orange se hallan dispuestos á toda clase de sacrificios para conservar su libertad y su independencia.

Ocupándose de la llegada de esos delegados, dicen los periódicos ingleses que no son plenipotenciarios, sino agitadores, pues quieren la paz en las condiciones dictadas por ellos cuando les consta que el gobierno inglés ha manifestado que la única condición posible para tratar de la paz sería la sumisión incondicional de las dos repúblicas á Inglaterra.

No nos parece muy lógico el razonamiento de los ingleses para calificar de agitadores á los que vienen á defender lo que de derecho les pertenece; ni estimamos muy oportunas estas arrogancias de Inglaterra, cuyas victorias militares no guardan relación con lo extremado de sus exigencias. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Paso de un vado por la artillería inglesa que se dirigía á Ladysmith (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – La rendición de Cronje. Boers entregando sus armas en Paardeberg, dibujo de R. Catón Woodwille

(reproducción autorizada del «Illustrated London News»)



GUERRA ANGLO-BOER. —Un reconocimiento practicado en circunstancias difi

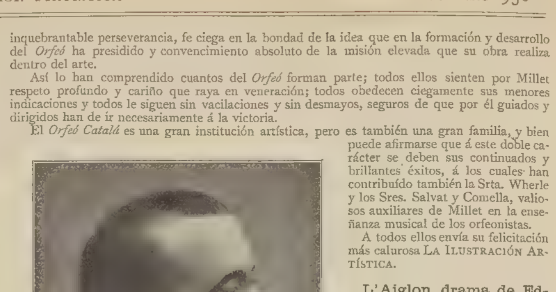


es por las fuerzas del general French en Colesberg, dibujo de R. Catón Woodwille

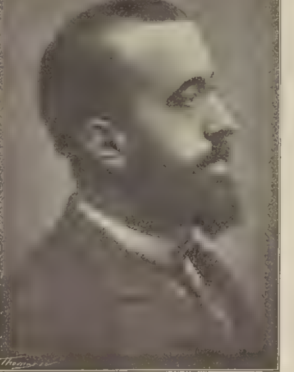
NUESTROS GRABADOS

Barcelona. — Ejecución de la novena sinfonía de Beethoven en el teatro del Liceo. — En la serie de conciertos durante la pasada Cuaresma celebrados en nuestro gran teatro del Liceo, que tantos aplausos han valido á la orquesta dirigida por el maestro D. Antonio Nicolau y al *Orfeó Catalá*, que tan admirablemente ha sabido organizar y dirige el maestro D. Luis Millet, se ha ejecutado por vez primera con solos (confiados á las señoritas Bertrán y Dachs y á los Sres. Puiggener y Escursell), orquesta y coros la grandiosa novena sinfonía de Beethoven. No hemos de analizar la maravillosa composición del inmortal maestro; únicamente diremos que el efecto fué inmenso y que cuantos en su ejecución tomaron parte merecieron entusiastas aplausos.

Y puesto que del *Orfeó Catalá* hemos hablado, parécenos oportuno decir algo de esta interesante institución que honra verdaderamente á Barcelona, y que, fundada en 1891 por Luis Millet y Amadeo Vives, ha llegado en tan pocos años á una altura que no vacilamos en calificar de extraordinaria. En enero de 1892 contaba 28 socios coristas y 37 socios protectores y se reunía en el local de otra sociedad; hoy cuenta con un coro compuesto de 50 señoritas, 50 niños y 100 hombres y con 800 socios protectores y tiene magnífico local propio: ¿qué mejor demostración de los progresos en tiempo relativamente tan corto alcanzados? El *Orfeó Catalá* cultiva todos los géneros de música, y con la misma perfección canta nuestras sencillas canciones catalanas ó el inspirado repertorio del popular Anselmo Clavé, que las originales composiciones de los más modernos autores extranjeros, que las sublimes creaciones de los grandes genios de la música religiosa que se llamaron Victoria y Palestrina.



El maestro D. LUIS MILLET, fundador y director del «Orfeó Catalá» (de fotografía de Audouard)



El maestro D. ANTONIO NICOLÁU, director de los conciertos celebrados recientemente en el Liceo (de fotografía de Audouard)

Dondequiera que ha ido el *Orfeó* á luchar en palenques artísticos, lo mismo en España que en el extranjero, las más codiciadas recompensas han sido premio á sus méritos indiscutibles: citaremos, entre otros, el gran Concurso Internacional de orfeones hace tres años celebrado en Niza, en donde obtuvo el primer premio en competencia con los más afamados orfeones de Francia y algunos del extranjero, despertando el más frenético entusiasmo en el jurado y en el público.

Cuantas eminencias artísticas han pasado por Barcelona han dedicado una visita al orfeón: Ricardo Strauss suplicaba á Millet que le honrara aceptando algunas de sus composiciones para incluirlas en el repertorio del *Orfeó* y le auguraba un triunfo si aceptaba su invitación para dar algunas audiciones en Berlín y en Munich; Vincent d' Indy declaraba al orfeón superior á la *Escuela de Cantores de San Gervais* de París; y Mme. Rejane lloró de emoción al escuchar el *Credo* de la misa del Papa Marcelo y ha asegurado no hace mucho que aquella sesión de música del *Orfeó Catalá* es para ella inolvidable.

Y todos estos éxitos, toda esta serie no interrumpida de triunfos, débense, por decirlo así, única y exclusivamente á Luis Millet, alma de aquella institución, que á sus grandes conocimientos musicales y á sus excepcionales talentos de compositor une actividad infatigable, inquebrantable perseverancia, fe ciega en la bondad de la idea que en la formación y desarrollo del *Orfeó* ha presidido y convencimiento absoluto de la misión elevada que su obra realiza dentro del arte.

Así lo han comprendido cuantos del *Orfeó* forman parte; todos ellos sienten por Millet respeto profundo y cariño que raya en veneración; todos obedecen ciegamente sus menores indicaciones y todos le siguen sin vacilaciones y sin desmayos, seguros de que por él guiados y dirigidos han de ir necesariamente á la victoria.

El *Orfeó Catalá* es una gran institución artística, pero es también una gran familia, y bien puede afirmarse que á este doble carácter se deben sus continuados y brillantes éxitos, á los cuales han contribuído también la Srta. Wherle y los Sres. Salvat y Comella, valiosos auxiliares de Millet en la enseñanza musical de los orfeonistas.

A todos ellos envía su felicitación más calurosa LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

L'Aiglon, drama de Edmundo Rostand. — La lámina que publicamos en la página 269 reproduce los principales personajes y algunas de las escenas más culminantes del drama de Rostand recientemente estrenado en París con éxito verdaderamente colosal. La circunstancia de haber dedicado la prensa de todo el mundo largos artículos á *L'Aiglon* y la índole de la sección á que estas líneas van destinadas nos relevan de entrar en consideraciones acerca de esta obra que unánimemente ha sido calificada como uno de los más grandes acontecimientos teatrales de nuestros tiempos.

El primer hijo, cuadro de Ramiro Lorenzale (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona). — Los vistosos trajes, costosos muebles y ricos tejidos que sintetizan el gusto dominante en los comienzos de la pasada centuria, sirven á Ramiro Lorenzale para producir algunas obras verdaderamente recomendables; pues además de revelar estudio de la época y acertada exposición de escenas y cuadros de costumbres, demuestran sus cualidades y aptitudes artísticas. Y cuenta que el pintor á que nos referimos no desdeña el cultivo de los demás géneros, y que si de vez en cuando brotan de su paleta tipos de la época de nuestros abuelos, vistiendo el bordado casacón ó la ajustada basquiña, no le sugestionan los efectismos, según lo demuestran sus cuadros de género y los que reproducen escenas y gentes dedicadas á las rudas faenas de la vida de mar.



BARCELONA. — ARTISTAS, ORQUESTA Y COROS DEL «ORFEÓ CATALÁ» EJECUTANDO EN EL TEATRO DEL LICEO LA NOVENA SINFONÍA DE BEETHOVEN

(de fotografía de Fernando Rus, hecha de noche con luz de magnesio)

Teatros. — *Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo, la preciosa ópera de Gluck *Ifigenia en Taurida;* en Romea *La filla del mar*, drama en tres actos de Angel Guimerá, y en el Eldorado *La cara de Dios*, zarzuela en tres actos de Carlos Arniches con música del maestro Chapí.

En el Principal actúa la compañía de declamación castellana del Teatro Español de Madrid, que dirigen los reputados actores Sres. Perrín y Fuentes; en Novedades una compañía de opereta italiana, y en el Tívoli una compañía de zarzuela seria, bajo la dirección del aplaudido tenor Sr. Berges.



¿Qué es? ¿Qué ha sido?

EL PETARDO

Novela por Juan Tomás Salvany

Ilustraciones de B. Gili Roig

I

Á las cuatro de la madrugada del 1.° de mayo último, una formidable detonación, acompañada de voces confusas, ladridos de perros y pitadas de nocturnos vigilantes, despertó á los vecinos de la calle de los Obreros en la ciudad de Cantillana.

Casi instantáneamente abriéronse como por ensalmo multitud de balcones y ventanas, á los que se asomaron, con cauteloso movimiento, desgreñadas cabezas y azorados semblantes de hombres, mujeres y niños.

Comenzaba á clarear allá, en las alturas del espacio, y los primeros que, excitados por la curiosidad ó transidos de miedo, miraron hacia arriba pudieron distinguir, á la indecisa luz del alba, una informe nube de humo que se disolvía lentamente.

– ¿Qué es? ¿Qué ha sido?

– No sé... alguna desgracia.

– Sí, un petardo.

– ¿Dónde?

– Allí, en la imprenta.

– ¿En la redacción de *El Burgués*?

– Justamente. Mire usted, ya acuden guardias, gente... Van á echar la puerta abajo.

– Dios nos valga.

– Siempre lo dije que esos secuaces de Ravachol nos darían que sentir.

– La verdad es que desde que se habla de anarquistas, no parece sino que el diablo anda en Cantillana.

– Por eso se temía el día de hoy, no sin motivo, mire usted.

– ¡El día de hoy! ¿Á cómo estamos?.. ¡Ah!, sí, el 1.° de mayo... ¡La Virgen nos ampare!

– Ya han derribado la puerta, ya entran en la imprenta... ¿Qué será?

– Voy á enterarme.

– Vamos.

Mientras estos ó parecidos diálogos se cruzaban de balcón á ventana y viceversa, la calle, á pesar de lo temprano de la hora, había comenzado á llenarse de curiosos, atraídos por la formidable detonación de que hablamos al principio.

Precedía á estos curiosos un grupo de vigilantes nocturnos con sus chuzos y faroles, de guardias municipales y secretos polizontes, precedidos todos ellos, á su vez, del delegado de vigilancia del distrito, cuyo despacho y residencia se hallaban casualmente no lejos de la imprenta.

Nada, desde su parte exterior, se advertía en esta última que revelase una catástrofe, en vista de lo cual y previos repetidos é inútiles aldabonazos, ordenó el delegado derribar la puerta, operación que, según ocurrir suele en tales casos, fué ejecutada en un santiamén con improvisados instrumentos.

Apenas abiertos de par en par ambos batientes, cesando así de ofrecer un obstáculo á los alarmados invasores, precipitáronse todos dentro del local como río desbordado, vencido en ellos por la ávida curiosidad el instinto de conservación, atropellando los de atrás á los de adelante y poniendo á empujones y codazos poco menos que en un brete á cuantos individuos allí á la autoridad representaban.

– Calma, señores, calma; puede estallar otro petardo y perecemos aquí todos.

Estas voces por el delegado proferidas con intención de abrirse paso, formaron á su alrededor ancho vacío, gracias al cual pudieron aquél y sus autorizados acompañantes ponerse en disposición de apreciar causas y daños del suceso que allí les atrajera.

Era la imprenta y redacción del periódico *El Burgués* un edificio aislado, de forma rectangular, con luz cenital debida á dos inmensas claraboyas, abiertas en el techo, y rodeado, en su tercio superior, por una galería ó peristilo á modo de anfiteatro descansando sobre prolongados arcos, sostenidos á su vez por esbeltas y sólidas columnas de colado hierro de un color verdoso obscuro.

Ocupaban en su mayoría la planta baja del local, formando, digámoslo así, callejuelas y plazoletas, verdaderas manzanas de cajas imprenta, máquinas con sus ruedas, planchas y rodillos todavía húmedos de tinta, mesas atestadas de periódicos y libros, de sucios y manoseados papeles, revueltos aquí y allá entre todo género de útiles y herramientas pertenecientes al arte de imprimir.

En la parte superior, ó sea en la galería ó peristilo, veíanse también cajas de imprenta, mesas con algunas sillas, destinadas seguramente al trabajo intelectual, y puertas á uno y otro lado conduciendo sin duda á las diversas dependencias.

A la creciente luz del día, que avanzaba á más andar haciendo palidecer los faroles de los serenos, el delegado y cuantos le acompañaban no tardaron en distinguir los destrozos ocasionados por la explosión.

De las cuatro paredes que cerraban el local, una se hallaba intacta, reventada la segunda y cuarteadas las otras dos.

Por lo que toca al techo, un enorme é irregular boquete abierto entre ambas claraboyas, juntando los sendos huecos, habíalas casi convertido en una sola, viéndose retorcidas las alambreras y hechos añicos los cristales de las mismas.

En cuanto al material de imprenta, salvo algunos desperfectos de menor cuantía, entre los cuales se contaban una mesa volcada, con algunas galeradas, papeles y utensilios esparcidos por el suelo, permanecía también intacto en su mayor parte, si se exceptúa un curiosísimo detalle que hubo de llamar en gran manera la atención de los circunstantes: la cabecera del periódico, depositada antes de la catástrofe sobre una de las cajas, obedeciendo sin duda á la fuerza de la explosión y por un singular efecto de la misma, cubierta de tinta aún, había volado á chocar contra la reventada pared, imprimiendo en el lienzo de ella estas palabras que con sorpresa pudieron leer todos:

El Burgués

Organo de las clases productoras.

El techo abierto casi en su totalidad, dejando libre acceso á la intemperie, las paredes destrozadas, la multitud de materiales, papeles y cascotes, aquí y allá esparcidos en medrosa confusión, daban al local un aspecto ruinoso que no sin viva emoción contemplaron los presentes.

Era por fortuna *El Burgués* un diario de la noche, y gracias á esta favorable circunstancia, habiéndose retirado la víspera redactores y operarios, no hubo que lamentar desgracias personales.

Los curiosos de todas condiciones, cuya masa engrosaba por momentos, apiñados en torno del delegado y sus acompañantes, se deshacían en animados y pintorescos comentarios, de los que no salían muy bien librados los anarquistas, á los cuales desde luego atribuyóse la catástrofe.

– ¡Infames!

– ¡Bribones!

– ¿Qué sería de ellos, y de todos los pobres, sin los amos?

– ¿Querían ocho horas de trabajo? Pues ahora no tendrán ninguna.

– Y nos quedaremos sin pan, ellos, nosotras y nuestros hijos.

– ¡Tunantes! Dios no manda eso.

– ¡Qué lástima de horca!

– Si yo fuera del gobierno, os lo aseguro, no habían de venir por otra.

– ¡A ver, ordenó de pronto el delegado, que suba una pareja á examinar la galería!

Todos callaron, suspensos de curiosidad, ante esta orden.

Dos corpulentos guardias municipales de largos bigotes, gruesas narices y pesados movimientos, seguidos de todas las miradas, comenzaron á franquear los peldaños de la escalera que, arrancando de un ángulo de la planta baja, conducía á la parte superior del peristilo.

– No hay nada aquí, todo está intacto, dijeron desde arriba.

– Menos mal, bajen ustedes, repuso el delegado.

– Pero el petardo..., ¿dónde está el petardo?, preguntaron algunos circunstantes.

Y como muchos comenzaron á buscar, revolviendo materiales y cascotes, siguió diciendo el jefe de vigilancia:

– ¡Orden, señores, orden ó mando despejar! Nadie toque nada; es preciso saber á qué atenernos. Yo encontraré lo que *haiga*.

Y seguido de algunos guardias y serenos, se puso á registrar el local como lebrel que olfatea la caza.

– ¡Allí, allí..., aquel bulto negro!, gritó repentinamente uno de los curiosos que á respetuosa distancia le rodeaban.

Oirlo y lanzarse el delegado hacia un rincón del local fué obra de un instante.

En efecto, debajo de unas cajas arrimadas á la pared, recogió del suelo el indicado bulto, consistente en un fragmento de tubo metálico, de unos ocho ó nueve centímetros de longitud por tres ó cuatro de circunferencia, destrozado, retorcido, negro y oliendo á algo que los presentes, incluso el mismo delegado, no vacilaron en calificar de dinamita ó nitroglicerina.

– Corriente, ya tenemos el cuerpo del delito, profirió el jefe de policía, guardando, después de examinarlo, en un bolsillo del gabán de entretiempo el objeto referido.

– ¿Y los delincuentes, dónde están? Que se les castigue.

– Sí, á la Cárcel Modelo, que les pongan el capuchón.

– No, no..., ¡á la horca con ellos!, comenzaron á gritar algunos.

– Todo eso lo aclararán y decidirán los jueces, observó el delegado; lo que importa, por de pronto, es echar mano al criminal ó criminales. ¿Se halla entre los presentes algún vecino, mejor aún, algún operario de la imprenta?

– ¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!, respondieron varias voces.

– Está bien, me basta con uno..., un operario, el mejor informado, si es posible.

– Yo, señor delegado; trabajo en la imprenta y soy el más antiguo, contestó entre la multitud un obrero de veinticinco á treinta años, de aviesa mirada y aspecto repulsivo, adelantándose á los que intentaban impedirle el paso.

– Bueno; acérquese usted, ordenó el jefe de policía.

El aludido obedeció.

– ¿Era usted cajista de la imprenta?

– Sí, señor, hace nueve años.

– ¿Su gracia de usted?

– Crisanto Gómez.

– ¿Casado ó soltero?

– Soltero, para servir al señor delegado.

Tras esta contestación del operario, una carcajada general interrumpió el ávido silencio con que era oído el importante interrogatorio.

– ¿No había conserje, portero, alguien que de noche guardara la imprenta?

– No, señor; lo hubo hasta hará cosa de ocho días en que el amo le despidió y no ha vuelto á tomar otro.

– Es de extrañar que la dejara abandonada.

– Como, al salir nosotros, sólo quedaban en ella materiales del oficio y papeles sin valor...

– ¿Pertenecía usted á alguna asociación obrera ó de anarquistas?

– No, señor, sólo me ocupaba en mi trabajo.

– ¿Pertenecen á dicha asociación sus compañeros?

– Creo que sí; muchos de ellos al menos concurren al club de la calle del Empecinado.

– ¿Sospecharía usted de alguno lo que acaba de ocurrir?

Iba el interpelado á contestar cuando varias voces le cortaron la palabra.

– El amo, el amo... ¡Pobrecillo, qué afligido viene! Ya se ve, le han arruinado.

– Amigos, esto se formaliza: ¡el señor juez, mirad, el señor juez!

– ¿Dónde?

– Allí, detrás del amo.

– Sí, ya le veo... ¡Qué acompañado viene!

En efecto, el juez de guardia, con su séquito de alguaciles y escribientes, acababa de entrar en el local.

Precedíale un hombre, un menestral de barba gris, estatura regular y simpática fisonomía, el cual venía tan trastornado y pálido que daba compasión mirarle: era el dueño de la imprenta.

El infeliz, antiguo cajista primero, regente de su amo después, había logrado, á fuerza de años, economías y sacrificios, adquirir el ahora destrozado local, donde contando con la base de *El Burgués*, periódico también de su propiedad, encaminado á moralizar paternalmente á las clases proletarias desvaneciendo sus sistemáticas preocupaciones acerca del capital, imprimía cuanto se le encomendaba, trabajando él mismo con sus propias manos y labrando honradamente su fortuna.

Este desgraciado paseó los tristes ojos por su arruinada propiedad, y cual si aquel estrago hubiera de pronto penetrado en su afligido corazón, dejóse caer de bruces sobre unas cajas, mesándose los cabellos y prorrumpiendo en sollozos convulsivos.

– Consuélese usted, se hará justicia, dijéronle, movidos á lástima, algunos vecinos.

– Justicia, justicia, balbuceó él; ¿qué me importa que manden á presidio á tres ó cuatro pillos, si nadie con ello ha de resarcirme del quebranto?

Al mismo tiempo el juez de guardia y sus acompañantes, después de conferenciar con el delegado del distrito, utilizando una de las mesas de la imprenta y exhibiendo sus correspondientes mamotretos, dieron comienzo á la debida indagatoria, de la cual, por el momento, no resultó, en substancia, mucho más de lo que ya sabemos.

Terminado este primer procedimiento entre la creciente curiosidad y agudos comentarios de la multitud, el juez dispuso que algunas parejas custodiaran el local, y después de sellarlo y mandarlo despejar, apercibióse á salir él mismo.

Iba ya, precedido de sus acompañantes, á poner el pie en la calle, cuando Crisanto Gómez, el operario á quien vimos antes interrogar el delegado, separándose repentinamente de uno de los numerosos grupos formados en la misma, se le aproximó diciendo:

– Si el señor juez me permitiera dos palabras...

Contemplóle un momento, indecisa y vacilante, la autoridad judicial, pudiendo ver, auque sin reparar en ello, el aspecto repulsivo del obrero y la sonrisa de maligna satisfacción que iluminaba su semblante.

– Anda, di..., ¡despacha!, ordenó al fin el juez, aguijoneado por la curiosidad y el natural deseo de venir en descubrimiento del delito.

Aproximóse Crisanto más á él y le habló al oído unos momentos.

El semblante de la autoridad iluminóse bruscamente con una ráfaga de alegría.

– ¿Estás seguro?, dijo al obrero.

– Tanto como seguro..., señor juez... No tengo en este momento pruebas, pero sí vehementísimas sospechas que el tribunal puede aclarar, y por mi parte...

– ¿De quién dices que se trata?

– De ese joven cajista de la imprenta, que viste gorra negra y blusa azul...

– ¿El que se halla en el grupo inmediato, rodeado de algunos curiosos á quienes dirige la palabra?

– Sí, señor juez, el mismo.

El representante de la ley hizo á dos de los alguaciles que le rodeaban una señal de inteligencia, acompañada de esta orden:

– Prended á ese joven.

– Y tú, añadió dirigiéndose á Crisanto, te vienes también con nosotros ahora mismo: necesito tomarte declaración después de lo que acabas de afirmar.

No pudo Crisanto reprimir un gesto de disgusto; mas se resignó, como él decía, á echar la capa al toro.

Los alguaciles, en tanto, acababan de cumplimentar la orden y traían al aludido.

Era éste un gallardo y simpático mozo de mirada franca, airosas maneras y físico agradable.

– ¿Me manda algo el señor juez?, preguntó sin atribuir importancia al hecho ni sospechar la acusación que sobre él pesaba.

– Sí, quedas detenido preventivamente y mando que te vengas con nosotros.

– ¡Detenido yo! ¿Por qué motivo?

– Eso allá lo veremos, y como se esclarezca la verdad, no habéis de burlaros de nosotros los secuaces de Ravachol.

– ¡Ravachol..., secuaces! Tenga entendido el señor juez que soy inocente, y que esta tarde...

Y el infeliz obrero, cuya voz se debilitaba por instantes, no pudo concluir: sintió algo como un nudo en la garganta y al fin prorrumpió en un sollozo.

– ¡Eso sí que está gracioso! ¡Pucheros ahora después de quemar petardos!, profirió con intención el juez mirando fijamente al acusado. En marcha todo el mundo y en seguida; conviene cuanto antes depurar los hechos.

– Permítame el señor juez al menos avisar á mi María, suplicó el desgraciado operario viendo que la comitiva comenzaba á ponerse en movimiento.

– Sí, para avisos estamos. En marcha, he dicho, y pronto; no tengo tiempo que perder ni me gusta repetir las órdenes.

Estas palabras del juez, con voz severa proferidas, obligaron á emprender el camino calle arriba al delegado, á los escribientes, guardias, vigilantes y alguaciles, entre los cuales iban, en calidad de presos, Crisanto y su acusado compañero.

Había amanecido ya del todo, y apagados los faroles de los serenos, el sol comenzaba á dorar las cúpulas de los templos y los caballetes de las altas buhardillas.

El llamado Crisanto caminaba de mal talante entre guardias y alguaciles, mascullando entre dientes:

– ¡Toma, también á mí me llevan preso, á mí que soy inocente! No importa, ¡qué demonio! Como nada me acusa, tendrán que soltarme en seguida, y en cuanto al otro... El otro ya tiene tela cortada para rato, si acierta á desenredarse... Por de pronto estorbo la boda, que es lo que conviene, y siga el lío, ¡qué demonio!

La anterior escena había llamado, naturalmente, la atención primero de los curiosos más próximos al grupo formado por la autoridad y sus dependientes, después la de cuantos se hallaban en la calle, excepto el dueño de la imprenta, quien, ajeno á cuanto le rodeaba, permanecía como alelado á la puerta de su maltratada propiedad.

Viendo, pues, la muchedumbre que se llevaban presos á los dos operarios, excitada por la curiosidad y el interés, avanzó como una ola de ropa y carne humana en pos de la comitiva judicial, prorrumpiendo á manera de bramido:

– ¡Calle, han cogido á dos!

– Sí, á dos cajistas de la imprenta.

– Y se los llevan á la cárcel.

– ¡A la cárcel! Que me ahorquen si lo entiendo.

– Prender á Crisanto, que es un borracho, bien; pero á Pepe Rodríguez...

– ¡Pobrecillo! ¡Y debía casarse esta tarde!

– ¡Qué disgusto va á tener María cuando se entere!

– Pues, decid lo que queráis, bien presos están.

– ¿Cómo? ¿Qué dice ese bruto?

– Digo la verdad: ellos han dejado sin pan á nuestros hijos. Son los que pusieron el petardo.

– ¡El petardo! ¿Estás seguro?

– Preguntádselo al señor juez.

– Y al delegado y á los guardias.

– Por eso se los llevan.

– ¡Oh! Si fuese cierto...

¡Infames, bribones, canallas!

– ¡A la cárcel con ellos!

– ¡No, al patíbulo!

– Más breve y mejor sería arrastrarlos.

– Dice bien; ¡mueran, mueran esos incendiarios!

– ¡Que no quede de ellos ni una oreja!

Y la ola popular, pasando repentinamente de la simpática compasión á la ira desenfrenada, lanzóse, revuelta y espantable, hacia la comitiva en cuyo centro iban los presos, con la descabellada intención de tomarse, sin más averiguaciones, la justicia por su mano.

Hubo necesidad de que los alguaciles, guardias y serenos, desenvainando los sables, poniendo en ristre los chuzos y apuntando los revólvers, formaran defensivo círculo en torno del juez, del delegado y ambos presos para librar á éstos de una madeja de cabezas y brazos amenazadores, desarmados por fortuna.

Una vez restablecido el orden, prosiguió su marcha la comitiva, siempre seguida de cerca por los airados y curiosos grupos, á los que engrosaba por instantes el contingente de vecinos, obreros y transeuntes, que á tal hora se dirigían ya á sus quehaceres habituales.

Las puertas, balcones y ventanas ofrecían al paso de aquélla verdaderos racimos de cabezas pertenecientes á curiosos de ambos sexos, atraídos por el suceso, y eran de ver lo contraído de las bocas, lo anhelante de las miradas, la estupefacción de los semblantes y lo inverosímil de las posturas ante aquel cuadro inusitado é imponente.

Ya como un reguero de pólvora, confusa y tergiversada, cundiera entre todos la noticia de la voladura de la imprenta y la aprehensión de los culpables, objeto estos últimos de la general curiosidad.

Al llegar la comitiva á lo alto de la calle, próxima á doblar la esquina, del hueco de una puerta repleta de hombres y mujeres partieron como un alarido estas palabras:

– ¡Él!.. ¡Imposible!.. ¡Es inocente!.. ¡Ah!..


Así, en familiar y regocijada reunión...

Y una agraciada joven cayó rodando al suelo, chocando su cabeza contra las piedras del umbral, mientras los presos y sus acompañantes desaparecían tras la susodicha esquina.

Varios vecinos y comadres se lanzaron á auxiliar á la infeliz.

Esta era María, la novia del acusado Pepe Rodríguez, con el cual debía unirse en matrimonio aquella misma tarde.

II

Era el llamado Pepe Rodríguez, á quien hemos visto llevarse la autoridad como presunto autor de la catástrofe ocurrida en la imprenta de *El Burgués,* un inteligente y simpático joven que contaba ya algunos años ejerciendo en dicho establecimiento el oficio de cajista.

Listo de manos, diestro en el arte de componer, rápido en la interpretación de los más enrevesados originales, ganaba cuatro pesetas diarias trabajando á destajo, jornal que, lejos de ser derrochado en la taberna y otros antros de perdición de los obreros, subvenía cumplidamente á las necesidades de nuestro joven, proporcionándole encima algunas economías, de las que pudiera á cualquier hora dar cuenta y razón la Caja de Ahorros de Cantillana.

Dotado de robusta contextura, de viva imaginación, de carácter risueño y siempre igual, soltando la sin hueso sin dar paz á las manos, sabía convertir en recreo la natural fatiga del trabajo, amenizando el propio y el de sus compañeros con agudos dicharachos é ingeniosas á la par que inofensivas cuchufletas, razón por la cual, excepto algún envidioso, todos le respetaban y querían.

Si por azar alimentaba alguno, no se conocían á Pepe Rodríguez las malas costumbres ni los vicios que pervierten con frecuencia á la gente de su clase.

Pepe, ya lo hemos dicho, no iba á la taberna, ni siquiera á los toros, ni andaba jamás á picos pardos, ni concurría á las frecuentes *juergas* de algunos alegres compañeros, ni á ninguna de las diversiones que, so capa de un lícito esparcimiento, son ladrones de la hacienda, quebranto de la salud y pervertimiento del espíritu.

Asistía, eso sí, sobre todo por las noches, después de la confección de *El Burgués,* al club de la calle del Empecinado, especie de casino obrero que con gozar fama de anarquista, y aun de incendiario, era el círculo más inofensivo del mundo, cuyos socios divertían el tiempo entregados al estudio, ó ejercitándose en la gimnasia, ó representando dramas y comedias en los cuales desempeñaba Pepe casi siempre el principal papel.

En las tardes de los domingos y demás días festivos, veíase á nuestro cajista salir temprano de su casa de la calle de los Obreros, muy blanco y almidonado de camisa, muy limpio y airoso de americana y gorra; entrar por la puerta vidriera en el café de la Amistad, sentarse junto á un velador de hierro con tablero de mármol, sorberse allí una humeante taza de *moka* nominal y achicoria efectiva, alternando los sorbos con enérgicas chupadas á una tagarnina de diez céntimos.

Terminada esta recreativa operación, pagaba Pepe el gasto, amén de la propina al camarero, y dirigíase apurando la colilla á un obrador ó taller de planchadora, sito en la misma calle, cerca de la esquina, en el punto cabalmente donde vimos atacada de un síncope á una agraciada joven cuando preso se llevaban al cajista.

Allí encontraba ya éste reunidos á varios jóvenes de ambos sexos, que junto con otras personas de edad madura y sentados todos en torno de una mesa de planchar, jugaban á la *mona.*

– Buenas tardes, Pepe, le decían al entrar.


Una vez restablecido el orden, prosiguió su marcha la comitiva

– Salud, contestaba él con aire risueño, llevándose una mano á la gorra y clavando los ojos en el rostro de María, la consabida y agraciada joven, alma de las planchas por allí diseminadas.

– ¿Se ha sorbido ya el café y chupado el puro?

– ¡No que no!

– ¿Y estaban buenos?

– Muy ricos; sólo tenían un defecto.

– ¿Cuál?

– Saberme á poco.

– Vale más algo que nada.

– Me hago cargo.

– ¡Ea!, siéntate..., allí, cerca de María, que hoy no te vas sin que te hagamos *mono.*

Y Pepe tomaba asiento en el sitio indicado, y se reía á carcajadas ante la idea de ver á María ó verse él con la estrafalaria montera de papel, confeccionada con el último número de *El Burgués,* con que entre el alborozo general solía adornarse la cabeza del que, terminada la partida, resultaba *mono* ó *mona.*

Así, en familiar y regocijada reunión, pasaban la festiva tarde aquellos honradísimos vecinos, corriendo de cabeza en cabeza la estrambótica montera, siendo de oir y de ver las sonoras risotadas, los inconscientes movimientos, extraños visajes y contorsiones con que el caso celebraban, mientras á la señora Petra, la madre de María y dueña del obrador, se le caía la baba de gusto y de risa se doblaba al contemplar tal espectáculo.

III

A las últimas horas de la tarde de un domingo de julio, ó sea diez meses antes de la voladura de la imprenta de *El Burgués,* acababa de disolverse la tertulia ya descrita en el obrador de la señora Petra.

El sol se hundía en el ocaso y comenzaba la hora del crepúsculo.

El calor era sofocante, permaneciendo abierta de par en par la puerta vidriera del taller, el cual se hallaba instalado en la planta baja de la casa habitada por María y su madre; de modo que desde la calle podían los curiosos presenciar cuanto ocurriese en aquél, y viceversa, era también fácil desde dentro atisbar á los transeuntes y enterarse de las escenas ocurridas en la calle.

La señora Petra acababa de internarse en la casa, con objeto de ultimar algunas domésticas faenas, y Pepe Rodríguez, el más rezagado de los tertulianos, permanecía en pie en medio de la vasta pieza, con la gorra en una mano y en la otra un pañuelo de algodón, con el cual enjugaba á ratos el sudor que humedecía su semblante.

Fuese cortesía, fuese inclinación hacia el rezagado tertuliano, María, en lugar de entrarse con su madre, le acompañaba sentada en una silla y con el codo apoyado en la mesa de planchar.

Notábase entre los dos jóvenes cierto aire de embarazo ó malestar, cual si les violentara ó les confundiera verse á solas. Silenciosos, conmovidos ambos, ella tenía los ojos clavados en el suelo, mientras él, á algunos pasos de distancia y en la actitud descrita, contemplaba á hurtadillas á aquella joven de escultural figura, de púdica mirada y abundosa cabellera.

La situación, no obstante, comenzaba á ser violenta y no podía prolongarse. Era preciso decir algo, despedirse y salir de aquel atolladero.

(Continuará)

RESURRECCIÓN

TRACTORES LINGUALES MECÁNICOS

Todo individuo cuyo corazón ha cesado de latir y cuya existencia, al parecer, se ha extinguido, si no tiene ninguna lesión en sus órganos principales, si no está agotado por la enfermedad ó por la miseria fisiológica, puede todavía ser en muchos casos vuelto á la vida. En general, la gente no se forma bien idea de la persistencia de la vida latente en los asfixiados, los ahorcados, los ahogados y los heridos por el rayo. Un hombre á quien no se puede hacer volver en sí al cabo de diez minutos de esfuerzos, es hombre muerto, por lo menos así lo cree casi todo el mundo. Y sin embargo, es este un error grave que es preciso desvanecer. Tengo la convicción de que, por efecto de este prejuicio, se deja morir desde hace tiempo á muchas personas que hubieran podido ser salvadas.

El día 7 de junio de 1898, el sargento d'Agnel, del Huveaune, estaba de servicio en el puerto de la costa llamado el «ansa del profeta» (Mediterráneo) cuando oyó gritos de socorro de un grumete de dieciséis años que, bañándose á una distancia de 30 metros de la orilla, desapareció entre las olas. Su patrón, que se encontraba allí, lanzóse en su auxilio, pero iba también á hundirse cuando el sargento, sin quitarse la levita, se arrojó al agua y cogiendo al patrón pudo levantarlo hasta entregarlo á un segundo salvador que lo condujo á la orilla.

D' Agnel sumergióse de nuevo para recoger á la primera víctima, y después de algunos minutos tuvo la suerte de encontrar y llevar á la playa al pobre grumete; pero éste estaba inerte; había permanecido debajo del agua diez minutos por lo menos. No había, al parecer, esperanza de reanimarlo, pero recordando las instrucciones contenidas en una circular del gobierno francés, de 2 de noviembre de 1894, el sargento aplicó al ahogado el procedimiento de «las tracciones rítmicas de la lengua,» recomendado por el Dr. Laborde, de la Academia de Medicina. El pobre grumete no daba, á pesar de ello, signos de vida; pero su salvador, lejos de desalentarse por la posibilidad de un fracaso, persistió en su maniobra y prolongó la operación por espacio de tres horas.

Esta laudable perseverancia vióse coronada por el mejor éxito; poco á poco el grumete volvió á respirar y pudo incorporarse: estaba fuera de peligro.

Tal es, sucintamente resumido, el relato que M. Vautier, director de la región aduanera de Marsella, envió al director general de Aduanas. Un modesto agente de la administración pudo hacer volver á la vida á un ahogado, que había permanecido diez minutos debajo del agua, después de tres horas de tracciones rítmicas de la lengua.

¡Después de tres horas! Ningún fisiólogo, ningún médico habría osado, antes de 1898, pretender que la vida latente pudiera persistir durante horas. Porque tres horas no son sin duda el límite extremo, y de fijo que el mismo buen éxito podría obtenerse aun después de transcurrido mayor tiempo, ya que con exactitud no sabemos al cabo de cuantas horas la muerte real sustituye á la aparente. El intervalo puede variar según los individuos; pero de todos modos la supervivencia existe en los individuos cuyos órganos están sanos y no han sido alterados por una enfermedad. La muerte exterior objetiva del organismo revelada por la suspensión de las manifestaciones funcionales y especialmente por la supresión de la función cardio-respiratoria, no es la muerte definitiva. Hace poco decía el Dr. J. L. Laborde en la Academia de Medicina que cuando el organismo ha cesado de vivir *por fuera* sigue viviendo todavía *por dentro;* es decir, que la vida continúa de un modo latente por la persistencia de las propiedades funcionales de los elementos y de los tejidos orgánicos. Las propiedades sensitivas son las primeras que desaparecen, luego cesan las funciones motrices nerviosas y después la contractilidad muscular. La muerte completa requiere algún tiempo.

En suma, el mecanismo general puede pararse á consecuencia de la cesación de una función esencial, como la de la respiración; pero si los órganos no están alterados pueden ser excitados de nuevo y recobrar su marcha normal. Mientras hay supervivencia latente no debe desesperarse de salvar á un ahogado, á un asfixiado, etc. La función que es indispensable despertar, la función primordial de la vida, es la función respiratoria; es preciso excitar el reflejo respiratorio, el cual, como demuestra M. Laborde, posee afortunadamente una persistencia de vida extraordinaria. A él, pues, hay que dirigirse para resucitar literalmente á las personas á quienes podría considerarse como absolutamente muertas (1).

Desde hace mucho tiempo ha evidenciado el doctor Laborde la eficacia del método, y podríamos citar numerosos casos de individuos vueltos á la vida.

¿Cuál es la duración de la supervivencia del reflejo respiratorio? El caso que hemos citado prueba que puede ser de tres horas: el Dr. Laborde, operando sobre perros, había encontrado una duración de dos horas y tres cuartos (2). Para ello había cogido un perro vigoroso, de 16 kilogramos de peso, y lo había sometido á la acción del cloroformo hasta que dejó de respirar en absoluto. El animal no tardó en llegar al estado de muerte aparente; pero al cabo de quince minutos de tracción volvió en sí. Repitióse el experimento hasta obtener la asfixia confirmada, es decir, hasta la abolición del reflejo óculo-palpebral, etcétera. Hasta cinco minutos después de la asfixia no se recurrió á las tracciones; pero aquella vez el perro parecía definitivamente muerto. Una hora de tracciones linguales, y nada; dos horas, nada tampoco. El Dr. Laborde temía un fracaso; pero el mozo del laboratorio, que profesaba cierto cariño á aquel animal, continuó, á pesar de todo, las tracciones con imperturbable confianza en el método. De pronto vió que se enrojecía la lengua, signo de reacción precursor habitual y cierto de la reanudación de los primeros movimientos respiratorios; y en efecto, á las dos horas y media de tracciones rítmicas se produjo en el perro un hipo al que siguieron pronto sucesivas inspiraciones, y el animal volvió á la vida.

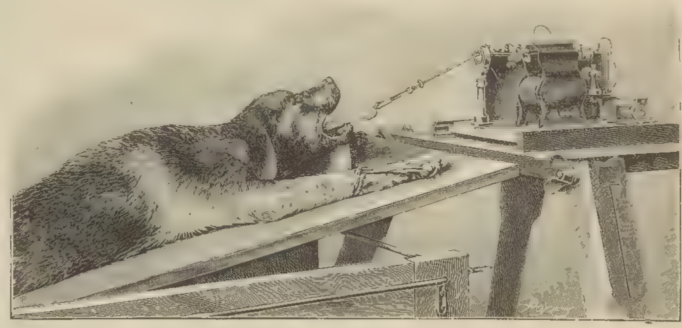


Fig. 1. – El tractor lingual de motor eléctrico aplicado á un perro

Puede, pues, afirmarse que el reflejo respiratorio persiste, dispuesto á funcionar de nuevo por lo menos tres horas después de la muerte aparente, y este es un hecho capital que es preciso no olvidar.

Alguno se habrá sorprendido oyéndonos hablar de tracciones linguales practicadas durante horas enteras: el sargento d' Agnel tuvo la perseverancia necesaria para ejecutarlas, pero es evidente que no todo el mundo sería capaz de ello. El Dr. Laborde deseaba encontrar un medio que le permitiera substituir la mano envuelta en un paño por un aparato automático, y M. Augusto Mouchel, secretario de la Alcaldía de Valognes (Manche), que había asistido á varios experimentos de *resurrección* practicados por M. Laborde, construyó en pocas horas, con sus propias manos, en su pequeño taller de aficionado, un «tractor» con movimiento de relojería que daba 120 tracciones por minuto con la debida intermitencia rítmica. Este aparato, el primero en su género, permitió al Dr. Laborde emprender experimentos de laboratorio, y el tractor de M. Mouchel sirvió especialmente para devolver la vida al perro antes citado.

Desgraciadamente el muelle de reloj no permitía al aparato funcionar más de cinco minutos; era preciso darle cuerda, á menudo veinticinco veces en una sesión; pero hoy este inconveniente ha desaparecido porque se ha asociado al aparato un motor eléctrico alimentado por algunos acumuladores, gracias al cual puede aquél funcionar tres horas seguidas sin necesidad de tocar el tractor.

Los dos grabados de esta página reproducen los detalles de estas dos clases de tractores.

El importante método descubierto por el doctor Laborde para reanimar á los individuos en estado de muerte aparente, constituye, al mismo tiempo, un método de comprobación absoluta de la muerte real. La muerte es cierta si después de más de cinco ó seis horas está abolido el reflejo respiratorio (3).

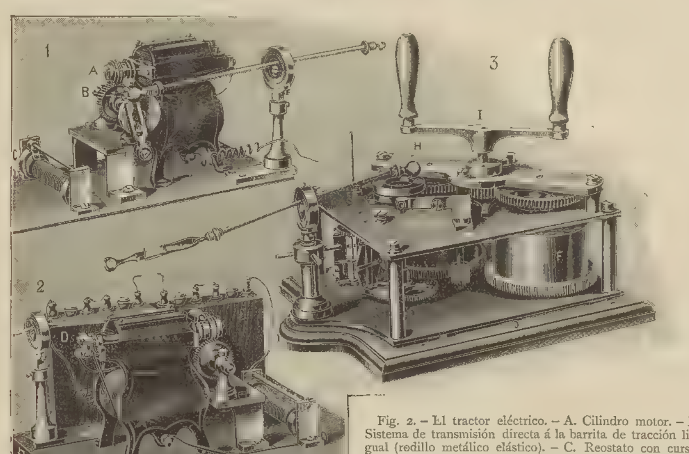


Fig. 2. – El tractor eléctrico. – A. Cilindro motor. – B. Sistema de transmisión directa á la barrita de tracción lingual (redillo metálico elástico). – C. Reostato con cursor para poner en movimiento y regular el aparato. – 2. El mismo tractor con sus dos acumuladores cargados para una marcha de seis horas. – 3. El tractor con sistema de relojería. – F. Cilindro motor central que gobierna las ruedas y piñones secundarios. – G. Doble volante de aletas móviles para regular la velocidad. – H. Sistema con movimiento rotativo con cuña reguladora de transmisión á la barra de tracción armada con su pinza. – I. Llave para dar cuerda al aparato.

(1) Las tracciones excitan tres nervios sensitivos, el lingual, el glosofaríngeo y el laríngeo superior. Las excitaciones se transmiten al bulbo, desde donde son reflejadas sobre los músculos respiratorios de la cara, sobre los respiratorios del tórax y sobre el diafragma por el nervio frénico.

(2) *Memorias de la Academia de Medicina* de París, 23, 30 de enero, 6 de febrero de 1900.

(3) Al Dr. Laborde se debe también el procedimiento llamado de la aguja para determinar la muerte real, procedimiento que ideó hace treinta años. Una aguja de acero introducida en los tejidos se oxida claramente en una hora en el individuo en estado de muerte aparente y no se oxida en un individuo realmente muerto.

Pero sea de todo ello lo que fuere, los hechos que someramente dejamos expuestos no deben permanecer ignorados.

Hasta ahora, perdíase toda esperanza de salvar á los ahogados, asfixiados, etc., cuando al cabo de media hora se habían agotado todos los medios ordinarios para despertar el organismo, tales como movimiento de brazos, insuflación de aire, etc. Tampoco podían ser combatidos eficazmente los síncopes clorofórmicos ni la asfixia de los recién nacidos; en lo sucesivo se podrá combatir estos estados.

Cuando alguna persona sea arrebatada por las olas, cuando se asfixie un bombero por efecto de los gases mefíticos y en otros casos análogos será preciso recurrir á las tracciones rítmicas, pero no durante media hora, sino por espacio de algunas horas seguidas, y las más de las veces resucitarán las infelices víctimas.

En definitiva, se ha conseguido un gran triunfo cuya gloria corresponde á los perseverantes y laboriosos trabajos del Dr. Laborde. Salvar una existencia es la acción más hermosa que puede realizar el hombre.

ENRIQUE DE PARVILLE.



El primer hijo, cuadro de Ramiro Lorenzale (Exposición del Círculo Artístico)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 30 de abril de 1900 — Núm. 957



AL SOL DE MAYO, dibujo original de Alfredo Souto

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

A través del París Viejo. Un barrio de la Edad Media. - La Picota. – El barrio del Mercado. – El barrio Bajo. – Un millón de francos para diversiones.

La curiosidad más llamativa, la concepción más original, el verdadero *clou* de la Exposición merecía algo más que un bosquejo á vuela pluma, como el que trazamos de sus tres barrios, vistos en conjunto, bajo sus aspectos distintos, en nuestra última crónica. Por esto la Dirección de esta Revista creyó oportuno completar la descripción del París Viejo con el interesante artículo de Adolfo Brisson y los numerosos grabados insertos en el penúltimo número. Y por esto también hemos creído indispensable, para formarse una idea completa de la obra de Robida, visitar uno por uno los principales edificios de aquellas tres agrupaciones.

Empecemos por los que reconstituyen de una manera más característica el París de la Edad Media.

Sin entrar en detalles técnicos, que podrían dar á esta crónica las presuntuosas apariencias de un pequeño curso de arquitectura de la época, fijemos desde luego nuestra atención en la Puerta de San Miguel, que da acceso á este barrio.

En un principio llamóse *Porte d' Enfer* ó *Porte de Gibard*. Restaurada en 1394, desapareció en 1648. En su sitio edificóse la hermosa fuente de la plaza de San Miguel. Nos encontramos, pues, en pleno barrio Latino.

Esta plaza evoca el recuerdo del famosísimo *Pré aux Clercs* (Pradera de los Estudiantes), cuyo nombre tomó. Mas no se trata del *Grand Pré*, que se extendía al Oeste de la abadía de San Germán hasta lo que ha sido después la Explanada de los Inválidos; se trata del *Petit Pré*, separado del grande por un riachuelo á que se daba el nombre de Pequeño Sena.

El *Petit Pré*, que se extendía entre los muros del convento y la margen izquierda del Sena, fué llamado *Pré aux Clercs* porque, á pesar de pertenecer á los frailes – mientras que el *Grand Pré* era posesión de la Universidad – los estudiantes de la Edad Media lo habían escogido para teatro de sus esparcimientos. De éstos se originaban infinitas querellas, pues la juventud escolar propendía á burlarse de las ordenanzas, aun cuando éstas emanasen, como en 1163, de diecisiete cardenales y ciento veinticuatro obispos congregados en Tours.

Un siglo después, la comunidad de San Germán, para afirmar su derecho, empezó á construir casas en la pradera. Pero los estudiantes de entonces las fueron demoliendo tan fácilmente como los de hoy derriban los kioscos del boulevard Saint-Michel. El abate Gerardo de Maret quiso poner coto á los desmanes estudiantiles en 1278; llamó á somatén á sus vasallos del arrabal, que hicieron armas, en campal batalla, contra los estudiantes indefensos, degollando á unos cuantos en la pradera y llevándose á muchos á los calabozos del convento.

Semejante atropello empeoró la situación de tal manera, que Felipe el Hermoso tomó cartas en el asunto, pronunciando duras penas contra los frailes.

Después de largos procesos y numerosas transacciones, el monasterio cedió, en 1368, la famosa pradera á la Universidad:

Un terreno de tal modo conquistado no podía menos de convertirse en teatro de desafíos y luchas particulares. Hasta la época de Enrique III, cada mañana hubo allí lances de honor, generalmente provocados por rivalidades amorosas.

Durante el reinado del bearnés Enrique IV concluyó la boga de la histórica pradera, de igual modo que han ido desapareciendo poco á poco todos los sitios pintorescos del antiguo París.

El *Pré aux Clercs* se transformó rápidamente en un arrabal populoso que, medio siglo después, reinando Luis el Grande, mereció la honra de ser agregado á París.

Pero el tiempo vuela y no podemos eternizarnos en ningún sitio.

Dejando á nuestras espaldas la Puerta de San Miguel, vemos abrirse delante de nosotros la *Calle de las Antiguas Escuelas*, y á mano derecha, después de subir unos cuantos escalones, la *Calle de las Murallas*, que se pierde en la espesura de frondosos árboles.

Antes de alejarnos de la plaza, echemos un vistazo á la *Maison aux Piliers*, que fué la cuna de las franquicias parisienses. Llamóse «Hanse des marchands de l' eau» y más propiamente «Parloir aux Bourgeois.» En realidad fué el primer «Hotel de Ville,» predecesor de los que vieron tantas luchas intestinas y fueron destruídos varias veces por el incendio, para resurgir de las cenizas, cada vez más soberbios, en la antigua plaza de Grève.

Desde uno de los ventanales de la «Maison aux Piliers,» Esteban Marcel, preboste de los comerciantes é instigador, al mismo tiempo que jefe, de la primera Commune de París, en 1358, excitaba al pueblo en armas contra la autoridad del regente Carlos. Porque aquella Commune del siglo XIV estalló, como la del siglo XIX, después de una gran derrota, hallándose el monarca prisionero en Londres. Hubo degüello de generales y encarnizadas luchas entre Armagnacs y Borgoñones delante de la «Maison aux Piliers.»

La historia es una eterna repetición de hechos.

La torre que asoma por encima de este primitivo «Hotel de Ville» es una de las que antiguamente tuvo el Louvre, ese palacio cuyo origen se remonta históricamente á Felipe Augusto, aunque algunos creen que data de Luis el Gordo y no falta quien pretenda que ya existía en tiempo de Childaberto.

No ha sido fácil reconstituir este barrio de las Antiguas Escuelas, porque los datos relativos á las moradas parisienses de dicha época no abundan. Son rarísimas las casas que han podido durar hasta nuestra época ó dejar, en medio de las demoliciones, fragmentos suficientes para contribuir á reconstituciones completas. No obstante, se han podido reproducir fielmente algunas merced á la conservación de vestigios, grabados y documentos preciosos. Aquí tenemos la casa en que nació Molière, que no fué demolida hasta el año 1802. Estaba situada en una de las esquinas formadas por las calles de *Saint-Honoré* y *des Étuves*. El tapicero de S. M., el buen Poquelín, tenía en ella su tienda, en 1622, bajo esta muestra: *Pavillon des Cinges* (con C); muestra impuesta, hasta cierto punto, por el adorno escultural de la casa, en uno de cuyos ángulos aparecía una colección de monos cogiendo cocos para un mono mayor, que se los comía sentado al pie del cocotero.

Esto parece una alegoría del talento de Molière, tan hábil en aprovecharse del trabajo ajeno para asimilárselo y hacer de cosas más ó menos buenas obras admirables, merced á la magia de su ingenio.

Junto á la cuna del dramaturgo tenemos la casa del famoso maese Nicolás Flamel, cuyo original existe todavía, aunque muy transformado, en la calle de Montmorency. Nicolás Flamel, nacido en Pontoise por los años de 1330, redactor jurado de la Universidad de París, donde murió en 1418, era alquimista, hombre rico, acerca del cual corrieron leyendas que parecen cuentos de las *Mil y una noches*. Hallábase modestamente establecido como memorialista en compañía de su mujer, Pernela, en un chiribitil inmediato á la iglesia de Saint-Jacques-de-la-Boucherie, cuando, según cuentan las crónicas, una milagrosa casualidad hizo caer en sus manos un manuscrito en corteza de árbol, cuyo autor era ni más ni menos que el patriarca Abraham, y en que se contenían los secretos de la transfusión de los metales, de la piedra filosofal, del elixir de vida, etc. Flamel pasóse veintiún años estudiando aquel manuscrito, y después de una infinidad de experimentos y viajes, llegó á encontrar la clave. Convirtió viles metales en oro, creándose una colosal fortuna que empleó en buenas obras.

Los datos históricos recogidos acerca de Flamel se compaginan mal con la leyenda. Nicolás, como su hermano Juan, escribía é iluminaba hermosos manuscritos que los grandes señores pagaban á peso de oro. Casó con una viuda rica, y añadió á su lucrativa profesión de librero-escritor un colegio de caligrafía y literatura que frecuentó la nobleza joven. Esta debió ser la base de su gran fortuna, completada, seguramente, por el comercio del dinero. Lo cierto es que, en la época de su prosperidad, hizo cuantiosos donativos á las iglesias y mandó construir, en 1407, esta casa hospitalaria llamada *Maison du Grand Pignon*. En la planta baja había un lavadero y una coladuría que él alquilaba y cuyos rendimientos servían para mantener á cierto número de pobres trabajadores de campo, que alojaba gratuitamente en los altos del edificio.

Sigamos. Aquí está la casa de Theophraste Renaudot, llamada *Maison du Grand Coq*, que fué cuna del periodismo. Aquí fué donde hacia el año 1631, ese precursor del cuarto estado creó la semanal *Gazette* que aún vive bajo el nombre de *Gazette de France*. El inventó la cuarta plana de anuncios y organizó una oficina de direcciones de todas las notabilidades del comercio, de la clase media y de la aristocracia de París.

La torre del lado, con su escalera de piedra, es la del Colegio de Lisieux, demolida para el emplazamiento del Panteón y cuya similar existe todavía en la calle Valette, con los vestigios del Colegio Fortet. Aquí es donde se reunían los jefes de la Liga y se constituyó el famoso *Consejo de los Dieciséis*, comandantes de los dieciséis barrios de la ciudad en armas.

La que ostenta la muestra de *l' Olivier* es la casa de los Etienne, los ilustres tipógrafos tantas veces honrados con la visita de Francisco I, que solía andar de incógnito por amor al arte... y á las mujeres.

Henos ya en la poterna en que terminan, por este lado, las dos calles paralelas de las Antiguas Escuelas y de la Muralla.

Aquí está el *Grenier des Poëtes*, donde los modernos émulos del poeta satírico François Villon cantan baladas amorosas é irónicas canciones. Al destinar esta sala de esparcimiento á la Musa del día, el Viejo París no ha perdido de vista el color local, pues ha dado al edificio ese torreón, que tiene carácter de época, y una aproximación de la puerta principal del convento de Jacobinos de la calle Saint-Jacques, de donde partieron, bajo el mando de los frailes transformados en caudillos, los afiliados á la Liga que corrieron á levantar barricadas, y las famosas procesiones armadas, dirigidas por los predicadores de la Fronda.

Pasemos por debajo del arco de esta puerta que conduce á la plaza de San Julián.

En esta plaza hay varias cosas curiosísimas. El balcón de la fachada posterior de la casa de los poetas es el púlpito del refectorio de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, maravilla arquitectónica que casi igualaba en mérito á la Sainte-Chapelle y que fué desgraciadamente destruída por la explosión de un polvorín en 1793. Estas arcadas son reproducción del claustro de Cluny, uno de los monumentos góticos más hermosos que poseía París.

El París Viejo ha hecho revivir quizá la más curiosa de sus innumerables iglesias; la de *Saint-Julien-des-Ménétriers*, edificada en el siglo XIII por las corporaciones relacionadas «con la ciencia y el arte de la música.»

La puerta principal probablemente no llegó á concluirse, porque á fines del siglo XVIII aún aparecía cubierta con una techumbre angular, semejante á la de las casas vecinas. En ella se habían erigido las estatuas de San Genesto, cómico romano y mártir, patrón de los juglares, y de San Julián el Hospitalario, patrón de la iglesia del mismo nombre. Aquí es donde se hacía la divertida contrata de juglares, músicos y cantantes, que ofrecían sus servicios para banquetes, bodas y toda clase de fiestas.

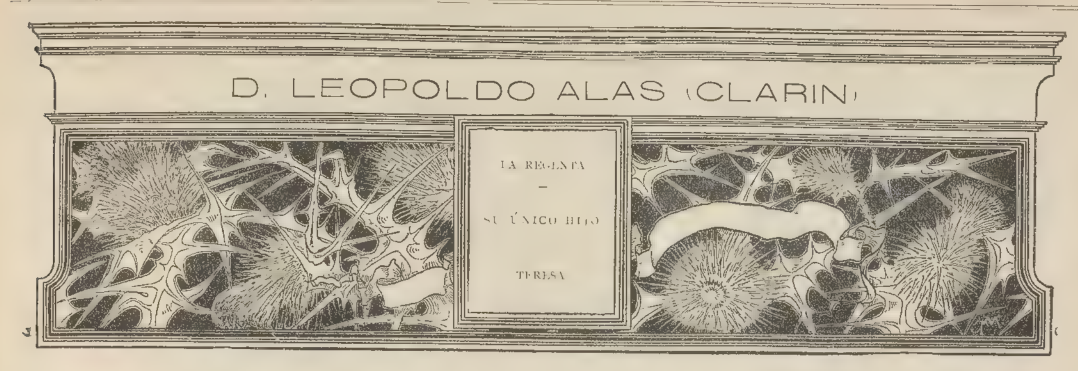
Esta especie de kiosco circular y puntiagudo, en cuyo interior se ve un grande arco de madera con agujeros desiguales, es la *picota*; es decir, el resumen material y práctico del Código de justicia criminal de la antigüedad. Semejante al cepo que aún se pone en práctica en la China, servía para la pena de exposición por pequeños delitos.

Dejando atrás la iglesia de San Julián, nos encontramos enfrente del Mercado Viejo, instituído, en la misma plaza que hoy ocupa el nuevo, por Luis VII, que compró al obispo de París y á diferentes conventos unos terrenos vagos en que se instaló un mercado, que Felipe Augusto agrandó considerablemente, cercándolo de pared. Cada gremio tuvo allí su sección. Ardió en 1551. Fué reconstituído y agrandado en diversas épocas, hasta que, en 1851, empezó la construcción del que hoy existe.

Aquí está el *Gran Teatro*, reproducción exacta de antiguos vestigios que aún existen en París. En su vasta sala caben millares de espectadores. En ella se darán, bajo la inteligente batuta del maestro Colonne, interesantes conciertos durante la Exposición.

Para dar una idea del interés con que los organizadores del gran Concurso han procurado reunir atractivos en el Viejo París, bastará decir que se ha destinado un millón de francos para los diferentes espectáculos que van á ofrecerse al público que visite esta pequeña maravilla.

Juan B. Enseñat.



LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

Quien sólo por su nombre conozca al que tan célebre ha hecho en la literatura contemporánea su seudónimo *Clarín*, creerá que el autor de tantas y tan notables obras, que uno de los críticos que ha sostenido más batallas en los tiempos presentes con toda clase de enemigos, es un anciano venerable que vive agobiado por el peso de los años á la sombra de la Universidad de Oviedo, donde desempeña la cátedra de Derecho natural. Y sin embargo, D. Leopoldo Alas ó García Alas, como se le llama oficialmente, es uno de los más jóvenes entre los hombres eminentes de España.

Como que nació el año 1852, y más joven que él no hay en el Estado Mayor de las letras, á no ser Mariano Cavia, otro más que Sanz Escartín, que es del 54.

Lo que sucede con Leopoldo Alas para hacerle parecer más viejo, es que comenzó á batallar muy joven, pues apenas llegado á la edad en que la ley llama al servicio de las armas, ya era doctor en Derecho, y en cuanto tuvo el título hizo oposición á una cátedra de Economía política. El tribunal le dió el primer lugar en la terna; pero el conde de Toreno (Q. E. P. D.), que era ministro de Fomento, concedió la cátedra, procediendo con notoria injusticia, al que iba en tercer lugar, y esta arbitrariedad del hijo del que tan duramente fué tratado por Espronceda, avivó los ímpetus guerreros naturales en *Clarín*, que despojado de una cátedra oficial que en buena lid había ganado, hizo del periódico, del libro y del folleto la cátedra desde donde se dirigió al público.

Según D. José Echegaray, la serie de críticos que empieza en Larra había terminado en Balart, y Leopoldo Alas vino á ser uno de los insignes herederos de aquellos insignes críticos.

El heredero no se ha parecido al primero en la melancolía ni al segundo en la indolencia que tanto lamentan las letras, pues ni un solo momento ha dado muestra de desaliento y su laboriosidad es portentosa.

Es gallego y tiene el tipo del hombre luchador; bajito de cuerpo, nervioso, vivo, sin tener que agradecer mucho á la Naturaleza en lo relativo á la estética, pero debiéndole no poco en la parte intelectual que él ha perfeccionado con un estudio continuo y provechoso, que le ha hecho uno de los hombres que más valen entre los de la generación actual.

Tuvo su época de literato madrileño, alimentador de periódicos á los que mandaba sus cuartillas, frecuentador de cervecerías y cafés, concurrente asiduo al Ateneo y á los estrenos, gran discutidor y polemista infatigable.

Fué esto en los primeros años de la restauración. *El Solfeo*, *El Globo*, aquel inolvidable *Globo* de Perico Avial, y *Madrid Cómico* y *El Día*, entre otros, publicaban sus artículos; se hicieron famosos sus *Paliques* y comenzó á sonar por toda España el clarín que llevó sones de guerra al campo de la literatura.

Pero la vida de periodista madrileño hubiera acabado con un hombre de tan batallador temperamento, y con buen acuerdo se retiró de ella, siguiendo la senda de los hombres formales; esto es, se casó, hizo un viaje de miel por Andalucía y se retiró á Oviedo, donde obtuvo una cátedra porque no puede perseverar contra el verdadero mérito la mezquina pasión de que hizo alarde el conde de Toreno.

Desde la capital de Asturias, que es, según dice el propio *Clarín*, el país más hermoso del mundo, comenzó su segunda época, ó sea la de los folletos.

En los periódicos, aunque gozaba de libertad, estaba como en casa ajena. Viviendo en Madrid – y copio lo que él dijo, – tal vez un santo podría ser crítico del todo imparcial; pero quien no llegue á tal perfección, aunque pique en beato, no conseguirá librarse de esa influencia maléfica del trato constante



D. Leopoldo Alas

con los escritores, entre los cuales los hay muy malos que son muy buenos; es decir, que tienen excelente corazón y apenas pecan al día más de las siete veces que peca el justo.

La labor literaria de los folletos de *Clarín* reviste los mismos caracteres de acometividad, de pasión, que sus trabajos periodísticos; pero tiene desde el punto de vista de la doctrina mucha más importancia, pues en ella se muestra al lado del polemista el hombre de ciencia y de estudio que conoce á fondo todas las cuestiones que trata.

Sus polémicas acerca de *La cuestión palpitante*, ó sea la del naturalismo y el romanticismo en la novela, iniciada por la insigne doña Emilia Pardo Bazán; sus estudios acerca de *Rafael Calvo y el teatro Español;* su crítica de los trabajos literarios y académicos del llorado Sr. Cánovas del Castillo, son trabajos notabilísimos de esta segunda época.

La publicación de los dos tomos de su novela *La Regenta*, obra notabilísima de observación, de estilo, de pintura de caracteres, de descripción de costumbres y de pensamiento trascendental, le colocó entre los primeros novelistas contemporáneos, manteniendo su fama en *Su único hijo* y en una colección notable de preciosísimos cuentos.

Como autor dramático no ha sido tan afortunado; pero como no es hombre que desiste fácilmente de su propósito, no tardará en tomar la revancha.

Su fecundidad es portentosa, su laboriosidad admirable, pues sin abandonar su cátedra y cumpliendo sus deberes académicos con discursos como el que pronunció en la apertura del curso, en que hizo el elogio del malogrado y predilecto discípulo de la Universidad de Oviedo Evaristo García Páez, no descuida un solo momento su labor literaria, publicando libros y folletos acerca de las más importantes cuestiones literarias, sociales y políticas, y atendiendo á las demandas que periódicos de América y de toda España le dirigen.

Como además de muy trabajador es un buen administrador de su caudal, Leopoldo Alas es un hombre de posición independiente. En política es un republicano que piensa sobre poco más ó menos como pensaba Castelar, al que profesaba admiración y sincero afecto. Tiene muchos enemigos, como él mismo reconoce cuando dice que tiene en su contra la prensa neocatólica, la prensa académica, la prensa *librepensadora* de *escalera abajo*, parte de la juventud ultra-reformista y la crítica gacetillera...

Todos estos y muchos más, dice verdad cuando lo afirma; pero también hay que conocer que él ha hecho mucha sangre, siendo en ocasiones duro é implacable. Se consagró con entusiasmo á restablecer el prestigio del gran Zorrilla cuando era anciano; tributó respeto á Castelar, á Campoamor, á Fabra; no niega sus aplausos á los jóvenes de mérito como Mariano Cavia; es de los que más han alentado al notable novelista Armando Palacio Valdés; pero cuando coge á alguno por su cuenta, ¡Dios nos la depare buena!, ya está el pobre aviado, y si lo toma tan á pechos como el pobre José Velarde, no lo pasará muy bien.

Pero á pesar de todo lo que en el ardor de la batalla se diga contra Leopoldo Alas, ó mejor dicho contra *Clarín*, no le podrá negar la justicia un puesto entre los hombres más notables de su tiempo y entre los que más servicios han prestado á las letras patrias y á la cultura general de su país.

Sus artículos están todos coleccionados en los tomos titulados *Sermón perdido, Palique, Ensayos y Revistas, Solos de Clarín, Mezclilla* y *Nueva campaña.*

Sus principales novelas son *La Regenta*, dos tomos; *Su único hijo*, y *Pipá*, á la que sigue una colección de novelas cortas.

En trabajos de otra índole merecen ser citados *El derecho y la moralidad*, el *Programa de Economía*, la conferencia acerca de Alcalá Galiano y el discurso de inauguración de un curso en la Universidad de Oviedo.

Como aún es joven y está en el pleno uso de sus facultades, sin sentirse cansado ni abatido, tiene todavía un gran porvenir, y bien se puede asegurar sin temor de equivocarse que se ha de hablar de él en España mucho más de lo que se ha hablado, que no ha sido poco.

Kasabal.

EL SECRETO

Todas las noches invariablemente al dar las ocho llamaba yo á su puerta.

Ella salía á abrir, con el rostro encendido por la emoción, los ojos centelleantes de placer y con esa mirada vaga, dulce, soñolienta de la mujer profundamente enamorada.

Cambiábamos un apretón de manos; á veces, si la ocasión lo permitía, mis labios rozaban con suavidad su mejilla, y precedido de ella, dirigíame hacia el gabinete, en donde con afectuosa cordialidad me recibía su padre.

Si era invierno, pasábamos la velada junto á la estufa; su padre leía; nosotros cuchicheábamos, nuestras manos se enlazaban y horas enteras permanecíamos sumidos en amoroso éxtasis.

Si era verano, nos instalábamos en la galería contigua al jardín, y allí, acariciados por la brisa, nos entreteníamos en repetir simultáneamente un «yo te adoro» por cada estrella que titilaba ante nuestra vista en el firmamento.

Su padre, no lejos de nosotros, permanecía frecuentemente abismado en profundísima meditación.

Hacía un año escasamente que conocía yo y visitaba aquella familia.

El padre era un modesto empleado. Nunca me ocurrió preguntar en qué clase de oficina prestaba sus servicios. No soy curioso.

La hija era una hermosa mujer, más bien, una niña de dieciocho años. No había conocido á su madre, pero el autor de sus días se aprovechaba ampliamente de la parte de cariño que á aquélla hubiera podido corresponder.

Yo también, preciso es decirlo, ocupaba, si no el único, el más envidiable lugar en aquel corazón apasionado.

Y no obstante, ¡cuán lastimosa era mi suerte! ¡Qué horrible tortura, qué indecible ansiedad me devoraba!

Yo no podía vivir sin Teresa.

Con ese afán del sediento que ve brillar á lo lejos la gota de agua que ha de poner fin á su martirio, contaba yo los instantes que me separaban de su lado.

Pero una vez en su casa, al mismo tiempo que mi ser todo se bañaba en aquellos dulcísimos efluvios de luz y de amor que despedían sus ojos, por una monstruosa contradicción, un pesar agudo, una horrible tristeza, se apoderaban poco á poco de mí; una ansiedad inexpresable consumía mi espíritu, y siempre, al separarme de mi amada, la mano que yo abandonaba un momento entre las suyas, estaba trémula y fría, y mi frente se velaba con la sombra de un pensamiento horrible, de una sospecha, de un temor, cuyo origen desconocía.

Yo tenía acaso un rival; rival formidable, tal vez invencible; rival sin cuerpo ni forma y que se ocultaba indudablemente en el seno de aquella morada, que debía ser nido de la honradez, de la inocencia y del amor.

Yo no tenía celos. Lo que yo sentía era á veces un terror casi infantil, por lo inexplicable.

Mi adversario no era un hombre, no era un amante favorecido; allí no había más amante que yo; yo solo era el dueño de aquel alma y de aquel corazón, donde la confianza y la lealtad habían elevado su imperio.

Pero mi rival existía bajo la forma de un pensamiento oculto, de un remordimiento, de un crimen..., ¿quién sabe?.. Yo adivinaba su horrible silueta en aquella constante y sombría meditación de mi amigo, en aquellos cambios bruscos de su carácter, en la súbita tristeza, en los profundos suspiros, en los incesantes estremecimientos con que su hija, mi amada, me sorprendía, aun en medio de nuestro más dulce coloquio.

Cuando nuestras confidencias se hacían más íntimas, cuando la embriaguez de nuestro amor avasallaba por completo nuestros sentidos, mi prometida, presa de súbito terror, reprimíase de repente; intensa palidez cubría su rostro, y su mirada, poco antes alegre, luminosa, iba á buscar, triste, sombría, suplicante, los apagados ojos de su padre, que en aquel momento fulguraban, con la rapidez del relámpago, una chispa, no sé si de odio ó de desesperación.

Una noche fuí á su casa con el firme propósito de sorprender á toda costa él recóndito secreto.

Al encontrarme frente á Teresa, cuyos ojos despedían tan irresistible brillo, cuyos labios me sonreían con tal dulzura y en cuyo semblante las hermosas tintas del rubor habían trazado con inefables caracteres todo el cariño que me profesaba, sentí flaquear mi valor y casi estuve á punto de renunciar á mi propósito, que era como condenarme á un suplicio mil veces peor que la muerte: la incertidumbre, la duda.

Al primer indicio de repentina tristeza que noté en mi amada, cobré ánimo y aventuré una frase, una pregunta, un ruego..., ¡hasta una amenaza! Hablé de alejarme de ella para siempre.



– Vuelve... ¡y te lo diré todo!



De pie, junto al fatal banquillo, estaba *él*

Teresa me miró con ojos desencajados que se obscurecieron después, y su cabeza cayó pesadamente en mi hombro, como un lirio que se troncha.

Su padre no advirtió nada, sin embargo.. ¡Nada!.. Tan abstraído se hallaba en la lectura de un periódico que, según pude observar, le inspiraba un interés vivísimo.

Repuesta de su accidente, Teresa permaneció silenciosa y con la vista clavada en el suelo.

Sin saber por qué, yo entanto observaba á su padre, cuyos ojos fosforescentes, cuyo ceño adusto, me inspiraban miedo.

Era indudable que por vigésima vez lo menos leía el mismo párrafo.

–¿Volverás?.., me preguntó ya en la puerta mi amada al despedirme.

Permanecí silencioso.

Una horrible ansiedad se pintó en su semblante.

Hizo un supremo esfuerzo y añadió:

– Vuelve... ¡y te lo diré todo!

Todos los periódicos reproducían los sangrientos detalles de un crimen cometido hacía mucho tiempo, y cuyos autores, un hombre y una mujer, iban á comparecer ante los tribunales.

Hago gracia á mis lectores del repugnante relato con que la prensa llenaba sus columnas y de las cínicas y terribles declaraciones con que los procesados, traducidos algunos días después ante el Jurado, comprometieron el buen éxito de su defensa.

La opinión pública estaba tan sobreexcitada como el mismo día en que se cometió el crimen.

Todo el mundo, aguijoneado por la indignación, se declaraba juez competente para pedir el inmediato y más ejemplar castigo de los criminales. Estos, convictos y confesos, hacían sumamente fácil el trabajo del fiscal.

Mi imaginación, siempre tiranizada por la misma idea, tendió un hilo misterioso entre el secreto de mi sombrío amigo y aquella célebre causa que constituía la *cuestión palpitante* en todos los círculos.

Con profundo disgusto, bien á pesar mío, por una fuerza de reflexión que no fuí dueño de dominar, recordé entonces que había conocido aquella familia poco después de que se cometiera el crimen; que su posición, aunque modesta, era bastante desahogada, y por último, que la naturaleza del destino desempeñado por mi amigo permanecía para mí oculta por el más impenetrable misterio.

Luché desesperadamente contra mis prejuicios y aprensiones; un impulso fatal me arrastraba y fuí vencido... En el tribunal de mi conciencia, el padre de mi amada fué severamente juzgado... «¡Un ladrón y un asesino!..» clamó dentro de mí una voz extraña... ¿La voz de la verdad ó de la calumnia?.. No lo sé. Mi corazón se hizo pedazos y el horror estuvo á punto de trastornar mi juicio.

«Vuelve y te lo diré todo,» había murmurado Teresa una noche á mi oído al despedirme.

Cuando después de mi enfermedad volví a su lado, no la exigí el cumplimiento de su promesa ni aun quise recordársela... ¿Para qué?

Yo observaba con profunda atención los ojos de su padre, empeñado en descubrir una gota de sangre manchando el fondo de aquella pupila sin brillo.

Le hablé del crimen, de los reos, de sus cómplices – *si los tenían* – y expresé en términos calurosos mi convicción de que no tardarían en ser descubiertos.

Las respuestas de mi amigo eran francas y categóricas; discutía con mesura, con admirable tranquilidad; daba su parecer en pro ó en contra de mis objeciones con toda llaneza... Su actitud, su aspecto, su palabra, todo en él revelaba al hombre honrado, de limpia conciencia que nada tiene que reprocharse.

Aún avancé más en mis investigaciones, de que yo mismo me avergonzaba.

Una noche, sin preámbulos ni rodeos, bruscamente, anuncié que á la siguiente mañana serían ejecutados los reos.

Teresa lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Su padre acudió á ella solícito, diciéndome al pasar:

– Ha sido una imprudencia... Una noticia de esa especie...

– Es verdad, balbuceé confuso.

Mi amada alzó su semblante demudado por la impresión recibida, y cogiéndome una mano dijo:

– ¡Irás á presenciar ese horrible espectáculo!..

– ¡Calla!, le contesté. ¡Deja ese festín para los chacales humanos!

¿Por qué fuí?.. ¿Qué oculto resorte me empujó hacia la calle y me condujo luego hasta la explanada convertida en escena del repugnante espectáculo?

Una oleada de la multitud me arrastró hacia el centro de la plaza, muy cerca del siniestro patíbulo... Un aullido terrible, incesante, llenaba el espacio; mis oídos zumbaban, mi cabeza se desvanecía.

P. S. Somay. J. P. Echevarría. J. J. Gutiérrez. F. B. Goñi. R. Aranda. J. M.ª Miranda. A. Polledo

R. Ballesteros. J. B. Casás. Conde de Casa Segovia. R. Calzada. M. Chillado.

República Argentina. – Buenos Aires. Junta Ejecutiva de la «Asociación Patriótica Española» á la llegada del crucero *Río de la Plata* (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)



República Argentina. – Buenos Aires. Llegada del crucero *Río de la Plata* (de fotografía de la Galería de «Caras y Caretas», remitida por D. J. Solsona)

Antes de que aparecieran los reos, miré al tablado... ¡Allí, en el centro, de pie, junto al fatal banquillo, estaba *él*, mi amigo, el padre de mi amada, pronto á cumplir su terrible misión, á desempeñar su *destino*.

Dí un grito, caí y rodé, arrollado por la multitud.

A. Sánchez Ramón



República Argentina. – Buenos Aires. El capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón, comandante del crucero español *Río de la Plata* (de fotografía de Bernardo González, remitida por D. J. Solsona).

EL CRUCERO «RÍO DE LA PLATA,» EN BUENOS AIRES

Para la colonia española de Buenos Aires fueron días de verdadera ansiedad los que precedieron á la llegada del crucero *Río de la Plata*. Mientras éste estuvo fondeado en el puerto de Montevideo, pedíanse continuamente noticias y se leía con avidez cuanto de la vecina orilla escribían corresponsales y particulares acerca del mismo. Así es que el 12 de febrero fué de alegría y satisfacción grandes para los españoles en esta capital establecidos. A pesar de ser día de trabajo, desde las primeras horas de la tarde concurrió á los muelles, extendiéndose hasta el glacis exterior del dique norte, un gentío inmenso que, ansioso de presenciar la llegada del crucero, desafiaba los rigores de un sol abrasador que en los días anteriores había producido centenares de casos mortales de insolación, ó de *coup de chaleur*, como por aquí se decía. La multitud allí reunida no bajaría de 50.000 personas.

A las cinco de la tarde efectuó el *Río de la Plata* su entrada triunfal entre aplausos y aclamaciones que duraron hasta quedar el buque amarrado al dique núm. 3, á popa del buque de guerra argentino *Patagonia*. La banda de la Escuela Naval, situada á bordo de este último, recibió al crucero español á los acordes de la marcha real.

Las Comisiones y Asociación Patriótica, con la debida antelación, habían salido en dos vapores ricamente empavesados, cedidos galantemente por la poderosa casa naviera de Mihanowich Hos., á la rada exterior, donde presenciaron con la llegada el saludo á la plaza á unas 12 millas distante del puerto, subiendo después á bordo y teniendo el placer de navegar en el crucero hasta llegar al punto de amarre.

Al siguiente día empezaron las presentaciones y visitas oficiales á las autoridades argentinas, que revistieron la más fraternal cordialidad.

Después de recibir á bordo el comandante de la nave capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón, de una manera oficial al ministro de España D. Julio Arellano, á las comisiones de la Asociación Patriótica y demás sociedades españolas, empezaron las recepciones y las fiestas que han terminado con la partida del crucero.

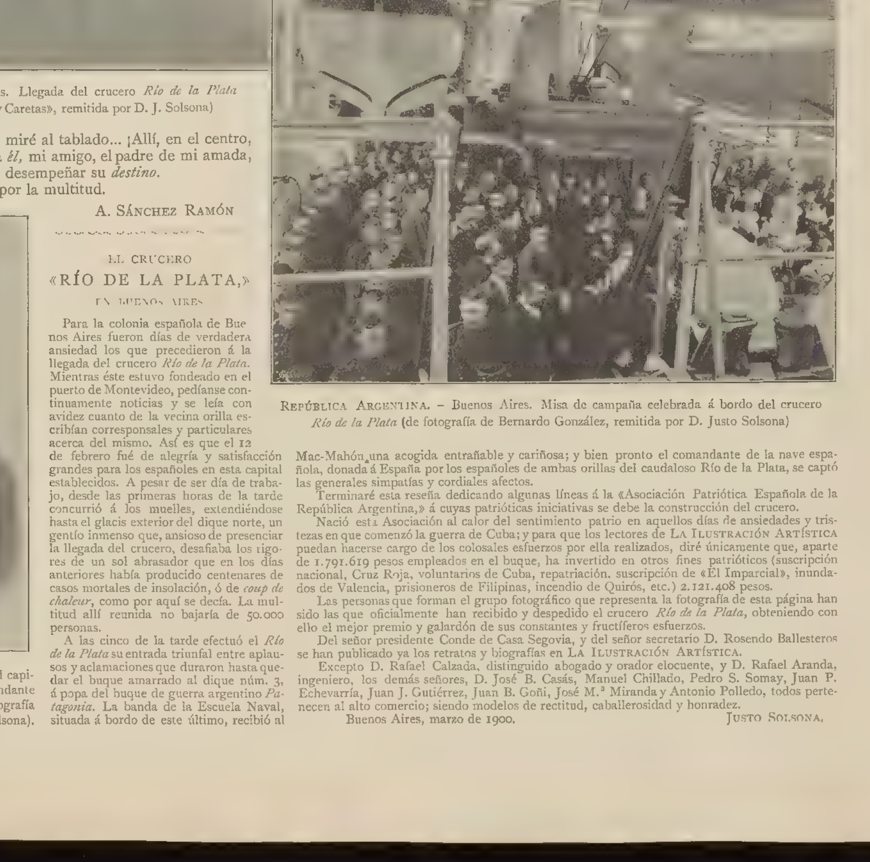
La primera y de las más notables fué la dada por el ministro de España en honor al comandante y oficialidad, la que revistió gran solemnidad, concurriendo todas las sociedades corales españolas, que dieron mucha amenidad al acto.

Al siguiente día fué la Asociación Patriótica la que recibió á los marinos en su local de la Avenida de Mayo, y después el Club Español, luego gran banquete oficial en el café de París, y á continuación el «Centre Catalá» obsequióles con una espléndida comida, exclusivamente á la catalana. Todos los días hasta su partida han sido obsequiados los marinos con recepciones, bailes, fiestas, jiras campestres, ya oficiales ó particulares.

Dos actos se celebraron á bordo del crucero *Río de la Plata* llenos de majestad y grandeza y que merecen especial mención. El primero fué la misa rezada el primer domingo siguiente á su entrada en el puerto, á la que asistió numerosa y selecta concurrencia, siendo muchos los que presenciaron el acto desde los muelles por imposibilidad de pasar á bordo. El segundo la ceremonia de la entrega de la bandera de combate, efectuada en la mañana del 2 de marzo y después de oída la misa. Fué tal la emoción producida por aquel acto sublime, quizá por los recuerdos que despertaba, que gran parte de los espectadores tenían nublados los ojos por las lágrimas.

El día 5 de marzo el *Río de la Plata* dejó nuestro puerto con rumbo al estrecho de Magallanes para visitar los puertos del Pacífico, siendo despedido por un gentío inmenso que agitaba los pañuelos, mientras los marinos de los buques de guerra argentinos saludaban á los nuestros y la banda del *Cristóforo Colombo* los despedía también con la marcha real.

Así en Montevideo como en Buenos Aires se ha dispensado al caballero D. Jacobo Mac-Mahón una acogida entrañable y cariñosa; y bien pronto el comandante de la nave española, donada á España por los españoles de ambas orillas del caudaloso Río de la Plata, se captó las generales simpatías y cordiales afectos.



República Argentina. – Buenos Aires. Misa de campaña celebrada á bordo del crucero *Río de la Plata* (de fotografía de Bernardo González, remitida por D. Justo Solsona)

Terminaré esta reseña dedicando algunas líneas á la «Asociación Patriótica Española de la República Argentina,» á cuyas patrióticas iniciativas se debe la construcción del crucero.

Nació esta Asociación al calor del sentimiento patrio en aquellos días de ansiedades y tristezas en que comenzó la guerra de Cuba; y para que los lectores de La Ilustración Artística puedan hacerse cargo de los colosales esfuerzos por ella realizados, diré únicamente que, aparte de 1.791.619 pesos empleados en el buque, ha invertido en otros fines patrióticos (suscripción nacional, Cruz Roja, voluntarios de Cuba, repatriación, suscripción de «El Imparcial», inundados de Valencia, prisioneros de Filipinas, incendio de Quirós, etc.) 2.121.408 pesos.

Las personas que forman el grupo fotográfico que representa la fotografía de esta página han sido las que oficialmente han recibido y despedido el crucero *Río de la Plata*, obteniendo con ello el mejor premio y galardón de sus constantes y fructíferos esfuerzos.

Del señor presidente Conde de Casa Segovia, y del señor secretario D. Rosendo Ballesteros se han publicado ya los retratos y biografías en La Ilustración Artística.

Excepto D. Rafael Calzada, distinguido abogado y orador elocuente, y D. Rafael Aranda, ingeniero, los demás señores, D. José B. Casás, Manuel Chillado, Pedro S. Somay, Juan P. Echevarría, Juan J. Gutiérrez, Juan B. Goñi, José M.ª Miranda y Antonio Polledo, todos pertenecen al alto comercio; siendo modelos de rectitud, caballerosidad y honradez.

Buenos Aires, marzo de 1900.

Justo Solsona.

SEÑOR NARCISO

I

Aunque comparsa de una murga callejera, teníase Sr. Narciso por un genio.

La desgracia, enemiga cruel de los seres ilustres que viven y mueren sin salvar el anónimo, le perseguía. Si no fuera así, nuestro hombre, en vez de manejar el trombón hubiera llegado á colocarse en la fila de Mozart, Beethoven y Wagner, pero el hado terrible le empujó á ser un mísero trombonista.

Tan desdichada realidad traíale de un humor de cien mil diablos. Porque él no era como la mayoría de sus colegas, un «indecente musiquín» que sólo supiera hinchar los carrillos y meter ruido, nada de eso: conocía las leyes del contrapunto y sabía á machamartillo cuanto se relacionaba con su arte; más aún, había estudiado á conciencia las geniales composiciones de los maestros y discutía acerca del mérito suyo, y á Mozart le llamaba «Apolo rhiniano;» á Wagner, «El mayor de los monstruos;» á Beethoven, «Antorcha de la lírica;» á Offenbach, «Titiritero del pentagrama;» á Chopín, «Soñador de la gama,» y así, por el estilo, á cada uno de los músicos célebres encajábale un alias que compendiara gráficamente su labor artística.

A sus otros tres compañeros de murga traíalos suspensos Sr. Narciso con la profundidad de su erudición, porque los tres pobretucos á la par que melancólicos musiquines, ¿qué sabían si San Gregorio – pongo por autor – escribió el *Antifonario*, ni si Guido d' Arezzo fué ó no el que constituyó la «escala» moderna?.. Lujos de sabiduría son estos para quienes se buscan el puchero cotidiano á salto de boda, bautizo ó apertura de tienda, «poblando» los aires de un ruido más ó menos armónico.

Sr. Narciso, en resumen, era uno de esos

«hombres todo entusiasmo y poca mente
que no ven más allá de sus narices,»

que dijo el poeta.

Entusiasta por la música y falto del «quid divinum,» no llegó donde él creyó merecía llegar.

Esto en cuanto á su profesión, que metiéndonos en lo que atañe á la vida privada, fué más grande el infortunio, pues Sr. Narciso, por no ver más allá de sus narices, tropezó miserablemente con la piedra que mayor daño puede ocasionar al hombre; con una mujer, ¡ay!, veleta siempre propicia á marcar el viento del primer galanteador que se le acercara.

Pasemos como sobre ascuas por esta sombría página matrimonial.

El final respondió á lo que era de esperar: señor Narciso encontróse de la noche á la mañana viudo sin que mediase defunción de su consorte, *item* como único amparador de su hija Luisa, una niña que en aquel entonces sólo tenía diez años.

El pobre murgante creyó que el cielo y la tierra de consuno se estrellaban contra él.

Y en su hija y en el papel pautado puso todos sus afectos.

Llegó día en que creyó columbrar en el zaquizamí suyo un rayo alegre de felicidad.

La esperanza es la mejor y más caritativa de las hadas.

II

Creció Luisa como crecen las rosas silvestres.

La buhardilla del Sr. Narciso servía de jaula á una muchacha hermosa que, casi siempre que contemplaba desde la ventana el vuelo de los pájaros, sentía tentación irresistible de imitarlos.

Una tarde, mientras que Sr. Narciso echaba el pulmón divirtiendo á los ciudadanos concurrentes á una boda de trapío, Luisa realizó su sueño dorado: escapar de la jaula y tender el vuelo... ¿Hacia dónde?..

¿Quién podrá trazar el rumbo que el alma romántica de los dieciséis años ha de seguir atraída por el primer amor?..

III

Era cosa de lástima ver á Sr. Narciso después de infortunio tan cruel como inesperado.

¿Qué le quedaba ya á él en el mundo?..

¡Nada! Es decir, sí; un trombón poco menos que inservible, abollado, gastada su boquilla.

El trombonista, antes locuaz con sus camaradas, volvióse taciturno: ya no hablaba de sus méritos artísticos, ya no discutía las obras de los primates: la música era sólo un ruido más en el concierto universal que tantos y tan variados sones encierra.

Ya el maestro – como por antonomasia le llamaban los tres famélicos socios que con él á la cabeza formaban la murga volante – no elegía como antaño los números que habían de componer el programa para festejar bodas, santos, inauguraciones ó bailes, no cambiaba el repertorio, no ensayaba nada nuevo; su reducida banda desprestigiábase de día en día: resultaba rancio el caudal de habaneras, polcas, valses, mazurkas, pasacalles y *tutti*.

Y lo que era peor: la ejecución resentíase ahora de descuidada hasta el punto de ahogar las notas con «gallos» escandalosos.

¡Qué pena más horrible la de aquel pobre hombre envejecido antes de tiempo, escuálido por la miseria, yerto el corazón por la desgracia, cuando regresaba al camaranchón que le servía de albergue y encontrarle tan callado, tan solitario!..

Antes, cuando un soplo de felicidad avivó la llama de su existencia, Sr. Narciso encontraba á la puerta de su cuarto una muchachita riente que se le acolgaba mimosa y besándole le decía:

– ¡Padre de mi alma!..

Ahora... Ahora nadie esperaba al viejo murguista.

IV

¡Rediez con el día tal de San Apolonio bendito!..

Ni boda, ni santo, ni bateo, ni pretexto alguno para meter ruido y ganarse una «triste» peseta con que satisfacer el hambre que hacía alargar los siempre macilentos rostros de los murguistas.

Por más que hojearon el mugriento libro de señas y nombres, guía de salvación en días nefastos, no encontraron Apolonio alguno á quien felicitar ruidosamente.

Con impiedad un tanto disculpable gruñía el más viejo de los músicos:

– ¡Este santo se las trae!

– Señores, indicó el del trompetón, apostémonos á la puerta de San Lorenzo, que siempre «caerá» algo.

– ¡Si es ya casi de noche!, objetó malhumorado Sr. Narciso. Me parece que hoy nos acostamos sin dar que hacer al molino.

Y se llevó la diestra á la boca disimulando un bostezo.

– Con probar nada se pierde, indicó tímidamente el que hasta entonces había permanecido callado.

– ¡Verdad es! Vamos allá.

– ¡Vamos!

Y los cuatro musiquines enfilaron camino de la popular parroquia.

V

Acababa de celebrarse un bateo... Y de los más rumbosos... Como que se trataba del hijo de los taberneros de mayor crédito en el barrio.

Por un segundo pusieron cara dolorosa los murguistas al escuchar de boca de las comadres, que estacionadas á la puerta del templo comentaban el suceso, que ya se había celebrado el bautizo y que los padrinos habían tirado á la rebatiña muchos puñados de pesetas para que se las disputaran los chicos... y los grandes.

Los cuatro Apolos callejeros, al conocer el domicilio de los padres de la criatura, esperanzosos con poder refocilarse siquiera fuese con un plato de judías, trasladáronse á la puerta de la taberna, en tal momento llena de gente, de humo y de ruido.

Rompió la murga con el aire de una habanera y poblóse la angosta calle de parejitas de bailarines improvisados y de comadres criticonas.

. . . .

Concluído el número salieron á la puerta de la taberna un hombre joven con trazas de chalán rico y una mujer hermosa que envolvía garbosamente su cuerpo en un costoso pañolón de Manila: en el aire de aquella mujer adivinábase á la hembra que hace sinónimas las palabras amor y negocio.

– ¡Vivan los padrinos!, gritaron unos cuantos de los que había estacionados en la calle.

La moza del mantón se sonrió satisfecha, y tocando en la espalda al Sr. Narciso le dijo:

– ¡Eh, buen hombre, ahí va!

El aludido volvióse, tendió instintivamente la mano y en ella cayeron unas cuantas monedas de plata: al levantar la cabeza para dar gracias á quien tan generosamente gratificaba los «desgarradores» acordes de la murga, el rostro de Sr. Narciso tuvo un gesto indescriptible de asombro, de asco, de furia, mientras que de sus labios salía como escupido este apóstrofe que por un instante dominó el ruido callejero:

– ¡Canalla!

Y con estupefacción inaudita de sus camaradas, arrojó violentamente al suelo las monedas recibidas, y con rapidez increíble, abriéndose paso por entre la muchedumbre, gesticulando como loco, siguió calle arriba murmurando con tenacidad trágica:

– ¡Es mi hija!.. ¡Es mi hija!..

Alejandro Larrubiera.

GUERRA ANGLO-BOER

Acontece en esta guerra una cosa muy singular, y es que las circunstancias obligan á fijar la atención en hechos que debiendo tener sólo el carácter de episodios acaban por ofrecerse como de capital importancia. Así sucedió con los sitios de Ladysmith, Kimberley y Mafeking, y así sucede actualmente con el sitio de Wepener, plazas todas ellas sin ningún valor estratégico definitivo y que, sin embargo, por los esfuerzos que cuestan diríase que son la clave de decisivas operaciones.

Y respecto del sitio de Wepener, hemos de decir lo mismo que en nuestra crónica anterior dijimos: las noticias que acerca de él se reciben siguen siendo tan deficientes y tan contradictorias que es imposible sacar en claro lo que allí ocurre. Únicamente por deducción podemos suponer que no andan por allí las cosas muy á gusto de los ingleses. Como elemento para esta deducción tenemos el hecho de que hace días que las columnas de Brabant y Rundle se dirigen por distintos caminos á socorrer á la del coronel Dalgetty, encerrada en Wepener, y á pesar del tiempo transcurrido y de la distancia relativamente pequeña que habían de recorrer, no han podido todavía lograr su propósito.

De las dificultades con que han de luchar en su marcha podemos formarnos concepto sabiendo que el general Brabant ha tardado una semana en ir de Rouxville á Besman's Kop (40 millas), y que el generalísimo Roberts ha enviado para apoyar al general Rundle la división mandada por Pole Carew y la caballería del general French. De los combates que entre estas



Guerra anglo-boer. – El comandante Botha, nombrado general en jefe del ejército boer en substitución del general Joubert (de fotografía).

fuerzas y los boers se libraron, el más importante ha sido el de Dewetsdorp, en donde, según parece, los ingleses sufrieron grandes pérdidas, aunque lograron desalojar al enemigo de sus posiciones.

Y para colmo de dificultades, dícese que los boers del distrito de Wepener que se habían sometido á los ingleses han vuelto á levantarse en armas.

El general Roberts sigue estacionado en Bloemfontein esperando, para efectuar su movimiento de avance, que su ejército tenga libres los flancos y retaguardia, hoy amenazados; además necesita hacer acopio de grandes cantidades de víveres y municiones para el caso de que sean cortadas las comunicaciones con sus bases de aprovisionamiento, que son la ciudad del Cabo y East-London, que distan de la capital de Orange 900 y 500 millas respectivamente. Contribuyen también á esta inacción del generalísimo las lluvias torrenciales que por allí han caído, poniendo los caminos intransitables y desarrollando gran número de enfermedades. En cambio han sido estas lluvias beneficiosas, pues han llenado los depósitos de Bloemfontein, con lo cual se ha resuelto la cuestión del agua, que constituía un conflicto de no pequeña gravedad.

De la parte de Ladysmith únicamente se sabe que los boers siguen hostilizando el campamento de Elandslaagte y ocupan casi las mismas posiciones que durante el memorable sitio de aquella plaza. El general Buller ha ordenado que todos los granjeros de los distritos situados entre Drakensberg y Ladysmith se concentren en Estcourt; en otros términos, ha hecho lo que en Cuba hicieron algunos de nuestros generales con los reconcentrados y que fué calificado por los mismos ingleses de procedimiento bárbaro. Una cosa es predicar...

A propósito del general Buller: el *War Office* ha publicado la memoria redactada por el generalísimo Roberts sobre la batalla de Spion's Kop librada en los días 23 y 24 de enero, en la cual se dice, entre otras cosas, lo siguiente, que tiene no poca miga: «El plan para libertar á Ladysmith estaba bien concebido y debiera haber tenido buen éxito. Si fracasó, fué en parte debido á las dificultades del terreno y á las posiciones ocupadas por el enemigo; pero se debió también probablemente á los errores de criterio y á la falta de capacidad administrativa de



GUERRA ANGLO-BOER. – BOERS COMBATIENDO DESDE UNA TRINCHERA (de fotografía instantánea de Van Holpen)

Sir Carlos Warren. Sin embargo, cualesquiera que sean las faltas cometidas por Sir Carlos Warren, el fracaso corresponde también al jefe que tenía el mando supremo y que según parece no supo afirmar su autoridad.» A consecuencia de esta memoria han sido destituídos ó declarados de reemplázo varios jefes y el general Warren enviado como administrador á Bechuanalandia.

Quizás ha obrado mal el general Roberts mostrándose tan duro con sus colegas: al fin y al cabo lo que él ha hecho hasta ahora no parece autorizarle para formular tan descarnadas censuras contra los que con fuerzas escasas no pudieron vencer obstáculos que califican de casi insuperables cuantos han podido asistir de cerca á las operaciones realizadas para libertar á Ladysmith. ¡Quién sabe si antes de poco algún otro generalísimo se ocupará en sacarle los trapos á la colada al caudillo cuya mayor hazaña ha sido hacer prisioneros á 4.000 boers con 40.000 hombres, y que disponiendo de 70.000 soldados no ha podido en más de mes y medio avanzar un paso desde Bloemfontein!

El general Roberts, es decir, el mismo que ha enviado á Santa Elena á Cronje y á los capitulados en Paardeberg, ha protestado del trato que dan los boers á los prisioneros ingleses; pero los mismos oficiales cautivos en Pretoria han rechazado tales acusaciones y firmado un documento en que reconocen que se les dispensa todo género de atenciones y que últimamente el gobierno del Transvaal ha dado orden para que las aduanas del país despachen sin pago de derechos los comestibles, vinos y ropas que en concepto de obsequio les envían desde Inglaterra

En cambio, M. Gentz, corresponsal de la *Tægliche Rundschau*, de Berlín, en Pretoria, dice que cuando en el mes de marzo los oficiales ingleses, internados en las inmediaciones del



GUERRA ANGLO-BOER. – PRISIONEROS BOERS DESPUÉS DE LA BATALLA DE PAARDEBERG, EN QUE SE RINDIÓ EL GENERAL CRONJE
(de fotografía de Reinhold Thiele)



RECUERDO DE GALICIA, cuadro de Baldomero Galofre (*Salón Robira*, Fernando VII, 59)



EN LA FERIA, cuadro de Baldomero Galofre (*Exposición Robira*, calle de Escudillers)

hospital de la Cruz Roja holandesa en Pretoria, vieron pasar un grupo de heridos boers que apenas podían tenerse, se burlaron de aquellos infelices. El público, escandalizado, pidió al gobierno que trasladase á los oficiales ingleses á otra parte para que los heridos boers estén á cubierto de otras burlas indignas de hombres que llevan el uniforme de oficial.

M. Gentz cita, al terminar, un ejemplo del modo como los ingleses tratan á los prisioneros boers. Habiéndose apoderado del jefe de un comando que había recibido dos sablazos en la cabeza, los ingleses le ataron de pies y manos y le arrojaron á un carro de ganado, en donde se le dejó sin alimento por espacio de veinticuatro horas. Los soldados le trataron brutalmente y le cortaron la barba. La noche siguiente, el jefe boer logró escapar.

Mr. Davis, periodista boer de Pretoria, que figura como agregado á la Comisión gestora de la paz, ha declarado en una *interwiew* que todas las mujeres del Transvaal de dieciocho á cuarenta años hacen ejercicios diariamente de tiro al blanco y conocen todas las maniobras como los mejores soldados europeos.

Dicho periodista terminó manifestando que es tal el entusiasmo entre sus compatriotas, que en la actualidad pasan de quinientas las mujeres que prestan servicios como artilleros en los fuertes de Pretoria.

La esposa de Kruger ha manifestado á un periodista americano que en la actualidad se hallan en la guerra 23 de sus nietos, dos de los cuales han muerto; cuatro hijos y seis yernos, y otros muchos parientes.

Realmente es admirable el ejemplo que está dando el pueblo boer, y basta contemplar el primer grabado de la página 287, reproducción de una fotografía instantánea, en la que se ven combatiendo detrás de una trinchera verdaderos niños, para sentirse entusiasmado por los que de tal modo saben defender su independencia. – A.

NUESTROS GRABADOS

Al sol de mayo, dibujo original de Alfredo Souto.—Bien merece un aplauso el discreto cuanto laborioso pintor gallego Sr. Souto por el interesante estudio que reproducimos en la primera página de este número. Al aire libre, en pleno sol, ha colocado el artista la figura de un niño, trasunto fidelísimo del natural, en acertada actitud, defendiéndose en cierto modo de los torrentes de luz que la bañan y rodeada de varias aves de corral. En otra ocasión dijimos, al dar á conocer á nuestros lectores otra producción del Sr. Souto, que no es un pintor novel, puesto que es un artista curtido ya en artísticas lides, á quien debe considerarse como uno de los más inspirados representantes de la región gallega. Los premios alcanzados en las exposiciones nacionales y en la de Barcelona, demuestran su indiscutible valía y merecimientos.

Escena del drama argentino «Juan Moreira,» representado por la compañía de Juan G. Podestá, creador de los dramas de antiguas costumbres nacionales de la Argentina

Escena del drama argentino «Juan Moreira.» – Próximamente visitará la Exposición de París la compañía dramática de Juan G. Podestá, el creador de los dramas de antiguas costumbres nacionales de la Argentina. Esta compañía, cuyo personal se compone de 150 individuos de ambos sexos, representará el drama *Juan Moreira*, que tanta aceptación tuvo en Buenos Aires, y que á poco de estrenarse, fué cantado como ópera en el teatro de la Opera de la capital de aquella república. El protagonista de la obra, Juan Moreira, fué un gaucho que dió mucho que hacer á la policía de la provincia; no era un ladrón, sino un hombre valiente. La adjunta fotografía representa una de las escenas del drama: el gaucho Juan Moreira, vestido con el traje que solía usar, llega al rancho de su amante; otros dos gauchos lo cumplimentan y le ofrecen el mate tradicional.

Además de éste pondrá la compañía de Podestá en escena otros dramas por el mismo estilo, y es de creer que tal espectáculo, en extremo original y pintoresco, ha de llamar la atención, no sólo en París, sino que también en España, Italia y otros países que aquélla se propone visitar una vez terminadas sus representaciones en la capital de Francia.



El cardenal Canossa, arzobispo de Verona, recientemente fallecido

El cardenal Canossa.—Ha muerto recientemente en la capital de su archidiócesis el cardenal marqués de Canossa, decano del Sacro Colegio, hijo de una familia patricia de Lombardía y uno de los cuatro sobrevivientes de los cardenales creados por Pío IX. Estaba en posesión del capelo cardenalicio desde el año 1875, y en el conclave que siguió á la muerte del antecesor de León XIII fué el candidato de Austria al Pontificado. Su fallecimiento ha sido sentidísimo, pues el cardenal Canossa, por sus virtudes, por sus talentos y por su prudencia habíase captado las simpatías y el cariño aun de aquellos que se creen obligados á no querer á ningún sacerdote. Era un prelado gran señor, docto, afabilísimo, caritativo. No quiso aceptar el obispado de Verona cuando se lo ofreció Francisco José, rey de Nápoles, y en cambio lo aceptó hace treinta años cuando Verona formaba ya parte del reino de Italia. Cuando el emperador de Alemania fué á Italia á devolver al rey Humberto la visita que poco antes éste le hiciera, el cardenal Canossa trató con el Vaticano á fin de que el Papa recibiese al soberano alemán en caso de que Guillermo II fuera á Roma; pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Más afortunado fué cerca del rey Humberto cuando le suplicó que antes de inaugurar la estatua ecuestre erigida á la memoria de Víctor Manuel en la *Riva degli Schiavoni* de Venecia hiciese desaparecer un emblema de la dignidad pontificia que el autor del monumento había simbólicamente colocado á los pies del caballo. El emblema desapareció y el escultor no se presentó en el acto de la inauguración. El cardenal apresuróse á ir en coche de gala á la estación á saludar á los soberanos, cuando de regreso de Venecia se dirigían á la quinta de Monza, y á dar las gracias al rey por haber accedido á sus justísimos deseos. Un detalle curioso de la biografía del cardenal: los jesuítas no quisieron admitir en su orden al futuro cardenal Canossa á causa de su salud delicada; pues bien, el ilustre prelado ha fallecido á los noventa y un años de edad, habiendo conservado hasta sus últimos momentos la plena posesión de su gran inteligencia.

Recuerdo de Galicia. - En la feria cuadros de Baldomero Galofre.—Al igual de todos los que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, ha procurado Galofre tener carácter propio, y buscando en su patria y en cuanto le rodea, vive y se agita, el medio de su acción, produce notables cuadros de costumbres y tipos nacionales que vienen á ser, por su constante labor y no interrumpida producción, la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria, ya que la representa con los contrastes que ofrece, con la diversidad de tipos que constituyen nuestra nacionalidad, con los varios tonos que ofrecen los trajes, las telas, los rasgos de provincialismo y ese conjunto reunido y dispuesto con arte, con acción, con movimiento y vida. Como verdadero artista, reune, á las cualidades que posee para ejecutar, la inapreciable de avalorar todas sus obras con algo que las embellece. Véanse los dos hermosos lienzos que reproducimos, trasunto de dos cuadros de costumbres observados en dos distintas provincias, y podrán apreciarse en su justo valor nuestros juicios y los méritos y aptitudes del distinguido pintor reusense.

Amparando al desvalido, cuadro de Antonio Fillol Granell.—Los dramas íntimos, las luchas y desdichas que sostienen y afligen á la sociedad moderna y cuanto impresiona y aviva el sentimiento, hallan en el genial pintor valenciano inspirado intérprete. Atento á la misión que debe llenar el artista contemporáneo, ensalza ó flagela, por medio de la representación de cuadros ó escenas, lo que merece aplauso ó acerba censura. Muestra de ello su hermoso y discutido lienzo titulado *La bestia humana*, de carácter determinadamente zolista; que le valió el aplauso de los inteligentes y una merecida recompensa. De menor alcance es el que reproducimos, puesto que si bien entraña un concepto hondo y consolador, cual es de hallar amparo un infeliz huérfano, un expósito tal vez, no por eso deja de evidenciar las recomendables cualidades que posee Fillol Granell como pintor y como artista.

Teatros. – En el teatro Municipal de Bremen se ha estrenado con gran éxito la traducción alemana del drama de don José de Echegaray *El estigma*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro del Ateneo *Notre ami*, comedia en tres actos de Jorge Mitchell; en el teatro Antoine *La Clairière*, comedia en cinco actos de Mauricio Donnay y Luciano Descaves; en el Odeón *Le chaperon rouge*, cuento en verso en tres cuadros de Enrique Lefebvre con música de Francisco Thomé; en la Opera Cómica *Le Juif Polonais*, cuento popular alsaciano en tres actos y seis cuadros, tomado de la novela del mismo título de Erckmann-Chatrian, letra de H. Cain y P. B. Gheusi y música de Camilo Erlanger; en el Palais Royal *Zigomar*, comedia en tres actos de León Gandillot, y en Cluny *Un soir d'hiver*, gracioso vaudeville en cuatro actos y seis cuadros de Ernesto Blum. En el Chatelet ha obtenido un gran triunfo Siegfrido Wagner dirigiendo con suma maestría un concierto compuesto principalmente de obras de su padre.

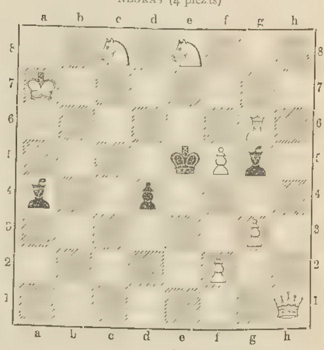
Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español, *Lorenzo*, boceto dramático en un acto de Vicente Medina; *El señorito*, drama en tres actos de D. Emilio Sánchez Pastor, y *El crío*, juguete en un acto de los Sres. Morano y Vigo; en la Comedia, *El intruso*, drama en dos actos, arreglo de *El pan ajeno*, de Turgueneff, por los Sres. Francos Rodríguez y González Llana; en Lara, *La tómbola*, pieza en un acto del Sr. Jiménez Guerra, y *El barón de Tronco Verde*, comedia en dos actos de D. Ricardo de la Vega; en la Zarzuela, *Carrasquilla*, zarzuela en un acto de Felipe Pérez con música del maestro López del Toro, y *El maestro de obras*, zarzuela en un acto de Luis Larra con música del maestro Caballero; en Eslava *Viaje de instrucción*, zarzuela en un acto de D. Jacinto Benavente con música del maestro Vives; y en Romea, *El velorio*, zarzuela en un acto de D. Adolfo Luna con música del maestro Mateos.

Barcelona. – En el Liceo se ha estrenado la ópera en tres actos del compositor italiano Giordano *Fedora*, basada en el drama de Sardou del mismo título. El éxito de la obra ha sido muy mediano; en cambio en su ejecución rayaron á gran altura la señora Stehle y el Sr. Garbin, que fueron objeto de grandes y merecidas ovaciones, lo propio que el director de orquesta Sr. Ferrari. En el Principal se ha estrenado con aplauso *El vencedor de sí mismo*, drama en tres actos de D. José Pinillos En el teatro Lírico, el conocido pianista Sr. Malats ha dado un notable concierto en cuyo programa figuraban piezas de Schuhmann, Beethoven, Chopin, Listz y Saint Saens, todas las cuales fueron admirablemente ejecutadas y valieron entusiastas aplausos al concertista.

AJEDREZ

Problema número 191, por O. C. Budde.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 190, por M. Ehrenstein.

Blancas.	Negras.
1. D d 1 – a 1	1. T toma D
2. A e 1 – c 3	2. R f 6 – g 7 ú otra.
3. C d 4 – e 6 ó juega mate.	

VARIANTE

1.... Otra jug.ª; 2. A e 1 – h 4 ó C juega jaque, etc.



Sí; ya sé que eres laboriosa y te matas trabajando

EL PETARDO

Novela por Juan Tomás Salvany. – Ilustraciones de B. Gili Roig

(continuación)

– ¡Qué calor!, profirió al fin el cajista, pasándose el pañuelo por la frente y guardándole después en el bolsillo de la americana.

– Asfixiante, respondió María sin levantar los ojos.

Cambiadas estas breves palabras, volvió á reinar un silencio embarazoso.

La joven temblaba, presa de vaga inquietud; el cajista, con la cabeza baja, daba vueltas á la gorra que maquinalmente sostenía entre sus manos.

Las primeras sombras del crepúsculo comenzaban á invadir el obrador.

– ¿No comes hoy?, se aventuró á preguntar ella.

Pepe no pudo reprimir un gesto de disgusto.

– Sí, dijo; buenas noches.

Y después de dar un paso hacia la calle, volvióse con cierta brusquedad, añadiendo:

– ¿Te estorbo? ¿Me despides?

– ¡Oh! No, no lo dije por eso, contestó vivamente la joven.

El cajista permaneció clavado en su sitio, sin atreverse á avanzar ni á retroceder y siempre dando vueltas á la gorra.

De repente, cual si acabara de tomar una resolución descabellada, avanzó dos pasos, profiriendo:

– ¿María, por favor, quieres oirme dos palabras?

– Y también dos docenas, si te place. Habla, hombre, cuanto quieras. ¿Somos ó no buenos amigos?

La voz de la joven era conmovida y vacilante al contestar á su tertulio.

– Gracias, balbuceó éste.

Y como volviese á guardar silencio.

– Te escucho, añadió María.

Pepe entonces, dándole más que nunca vueltas á la gorra, examinando, cual si fueran un oráculo, los dobleces y costuras de su paño, que apenas el crepúsculo permitía distinguir, comenzó lentamente á articular:

– Pues bien, María, el trabajo, Dios le dé, ni me cansa ni le temo; pero me aburro por las noches en el club.

La joven se agitó en su silla.

– Al salir del club, prosiguió el cajista, y al encerrarme solo en aquel zaquizamí de la casa de huéspedes, sin padre ni madre ni perrito que me ladre, aumentan mi aburrimiento y mi tristeza. Durante las tardes de los días festivos, cuando antes de venir aquí sorbo mi taza de café y apuro mi cigarro, siguiendo con la vista las espirales de humo que suben hacia el techo, fabrico mil castillos en el aire.

– ¿Y cómo son esos castillos?

– Muy extraños; tienen forma de mujer.

María guardó silencio.

– Pienso, continuó el cajista, cuán feliz me haría Dios si, conservándome el trabajo y la salud, me concediese una amable y honrada compañera que, haciendo inútil el club, me alegrara por las noches y tomase café á mi lado las tardes de los domingos.

Un violento crujido de la silla de María ahogó casi la alterada voz de Pepe.

– ¡Sigue, acaba!, murmuró la joven planchadora.

– Como trabajo bastante y no me entrego á otros vicios que al tabaco y al café, y aun á esos les tomo el pulso, tengo ahorradas en el Monte cerca de mil pesetas.

Haces bien; hombre previsor...

Calló María, no sabiendo qué añadir.

Pepe á su vez permanecía mudo é inmóvil, estrujando la gorra entre sus dedos.

– ¿No acabas?, logró al fin murmurar la joven.

– Pues bien, María, profirió resueltamente el cajista, ¿querrías tú ser por ventura esa honrada y amable compañera?

Largo y angustioso silencio reinó en la habitación.

María nada contestaba; pero oíanse casi los fuertes y acelerados latidos de su pecho; y á no impedirlo las sombras del crepúsculo, que andaban ya revueltas con la noche, hubiera leído Pepe claramente la anhelada contestación en el encendido carmín de las mejillas, en el convulsivo temblor con que á manera de alambres telegráficos se agitaban los nervios de la joven.

– ¿No me respondes?, suspiró el cajista.

María hizo un esfuerzo y habló así:

– Siento que me hayas dicho lo de las mil pesetas.

– ¿Por qué?

– Porque si te contestara que sí, pudieras achacarlo al interés.

– María, por Dios, tú supones...

– Nosotras somos pobres, ya lo sabes.

– ¿Y eso qué importa? Trabajaré para todos, afirmó Pepe, animándose por grados.

– Sabes que mi madre y yo, desde que quedamos solas en el mundo, vivimos de la plancha únicamente, repuso María con tristeza.

– Bien, ¿y qué? ¿Necesitáis un hombre? Aquí me tienes.

Mucho agradezco, Pepe, tu elección y ofrecimientos; mas, como tú comprenderás, no puedo, no debo abandonar á mi madre. ¿Qué sería de ella, la infeliz, ya anciana y sin amparo?

– Pero, María, ¡si no se trata de eso!, repuso el joven obrero, perdiendo su timidez y recobrando su energía. ¿No estoy yo también solo en el mundo?.. Entonces juntémonos los tres y fundemos una familia. Me uniré á ti como Dios manda, me vendré á vivir con vosotras, y estaréis, así al menos lo presumo, mejor acompañadas. ¿Quieres, Mariquita?

Y como ella permaneciese silenciosa, añadió él con voz ahogada:

– Di, di, por favor, si quieres ó no quieres... ¡Nada me respondes!

En el mismo instante se oyó casi entre tinieblas un sollozo, acompañado de otra voz más ahogada aún que la de Pepe, que decía:

– Sí, sí, quiero con alma y vida, debiste conocerlo; pero es menester que quiera también mi madre.

Ebrio de gozo, iba Pepe á replicar cuando sonó en el fondo de la estancia, entre las sombras ya confusas de la noche, la voz de la señora Petra:

– ¿Pepe, no te has marchado aún? ¿Qué es eso, María? ¡A obscuras, ya de noche, y la puerta sin cerrar!

La joven se apresuró á encender un quinqué de petróleo colocado sobre una de las mesas del obrador, mientras el cajista se lanzaba á cerrar las vidrieras cuyos cristales inferiores estaban esmerilados.

¡Al fin nos vemos las caras!, observó la señora Petra. No, no cierres del todo; entorna sólo un poco, que hace mucho calor.

A la luz del quinqué, que acababa de encender su hija, notó la excelente mujer el rostro lloroso y encarnado de María y la actitud preocupada del obrero.

– ¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado aquí?, no pudo menos de preguntar con inquietud. Cualquiera diría que os habéis peleado.

En seguida los dos jovenes, á intermitencias, tomando uno la palabra cuando la dejaba el otro, pusiéronla al corriente de la situación.

– Lo había adivinado, profirió la pobre mujer. ¿Y eso os apura? ¡Bah! En vez de una hija tendré dos...

Y en la imposibilidad de concluir la frase, interrumpida ella también por un sollozo, tendió los brazos á Pepe y á María, balbuciendo:

– ¡Hijos míos!

Ambos jovenes, como movidos por un resorte, el resorte del amor, se precipitaron en aquéllos, formando los tres un grupo conmovedor é interesante.

En el mismo momento un bulto procedente de la calle fué á introducirse en el taller, y al observar por la entreabierta vidriera la escena que ocurría dentro, retrocedió rápidamente, murmurando:

– Me ha tomado la delantera..., ¡maldición! No importa: ¡primero que se casen!.. Alejémonos ahora: el onceno no estorbar.

Preocupados como estaban, nada de esto notaron Pepe ni María ni su madre. Poco después, cuando el primero, más tranquilo, quiso despedirse, se apresuró á decir la última:

– No te vayas aún; cenarás con nosotras esta noche.

Y, en efecto, cenaron y conversaron largamente, fabricando, juntos los tres, los castillos en el aire de que poco antes hablara Pepe á su adorada.

Al día siguiente quedaba el simpático cajista declarado novio oficial de María la planchadora, que era como la llamaban en el barrio.

IV

El bulto que fué á entrar en casa de nuestra joven, retrocediendo ante la escena conmovedora que en el taller se desarrollaba, no había sido otro que Crisanto Gómez, el mismo que delatara á Pepe en la mañana del petardo.

Borracho, holgazán y pendenciero, trabajaba, si así puede decirse, en la imprenta de *El Burgués*, aborreciendo á cuantos por sus propios méritos ganaban por cima de él honra y provecho.

Crisanto concurría además, no siempre, sino cuando se le antojaba, á la tertulia dominguera de nuestra planchadora, en la cual era admitido, mejor dicho, tolerado por miedo más bien que por cariño; pues siendo notorias su procacidad y mala conducta, si muy pocos por amigo le buscaban, ninguno por enemigo le quería.

No ignoraba él, como no ignoraba nadie en aquel barrio, que María y su madre, desde que enviudara la segunda, ganaban el sustento á fuerza de puños, apretando la plancha contra las camisolas y demás ropa blanca de sus vecinos, entre los cuales muy pocos se contaban que no fuesen parroquianos; y siendo María hermosa como un sol, y Crisanto vicioso y holgazán, concibiera éste el proyecto de poseer á tan guapa moza y darse buena vida á costa de sus puños.

Con tan baja intención concurriera aquella tarde á la tertulia, y habiendo, por ciertas miradas y rubores, advertido el aún oculto amor de Pepe hacia María, determinó ganar á aquél por la mano volviendo, terminada la reunión, á declararse á la joven y pedirla en matrimonio.

Ya hemos visto la inutilidad de este proyecto por haberse Pepe, sin saberlo, anticipado á su rival y obtenido sin obstáculo, en aquella misma tarde, la mano de María.

Crisanto no se desanimó por eso, porque, prescindiendo de toda consideración, nunca se desaniman los malvados.

Resolvió ante todo tentar el último esfuerzo desbancando á su compañero, si posible fuese, antes que las relaciones del mismo con María tomaran consistencia.

– ¡Quién sabe!, se dijo Crisanto; tal vez ella haya consentido obligada por su madre.

A la tarde siguiente, pues, atisbando la ocasión de haber la señora Petra salido á una diligencia, aquél, con un lío debajo del brazo, entró en el taller so pretexto de llevar á la plancha unas camisolas.

– ¿Urgen?, le preguntó la joven.

– No, puedes tardar cuanto quieras con tal que me tengas una para el próximo domingo.

– Para ese día las tendrás todas.

– Sí, ya sé que eres laboriosa y te matas trabajando.

– ¿Qué quieres que haga? Al que madruga Dios le ayuda.

Crisanto, lejos de marcharse, permaneció en pie, inmóvil, contemplando á su pretendida.

Esta se hallaba también en pie junto á un largo tablero de pino cubierto de ropa blanca, sostenido por dos bancos, y con la plancha en la mano.

María, así al menos lo observó Crisanto, estaba á la sazón muy guapa. El calor despedido por el instrumento que en la mano sostenía, junto con el de una próxima hornilla donde se calentaban otras planchas, y la natural agitación del trabajo á que se entregaba en aquella tarde canicular, habían convertido en amapolas los jazmines de sus mejillas; el cabello negro y sedoso, ligeramente desgreñado, flotaba en revueltas hebras sobre su tersa frente; el blanco corpiño, limpio y ajustado, dibujaba con artística elegancia las ondulantes curvas del seno y de los hombros; la manga, corta y ceñida, dejaba ver hasta cerca del codo un brazo fino y torneado; la esbelta figura, en fin, iluminada toda ella por unos ojos negros y rasgados, de mirada franca y chispeante, acabó de abrasar con llamas del infierno las entrañas de Crisanto.

– María, profirió éste con cierto desenfado, si lo



Me ha tomado la delantera..., ¡maldición!

permitieras, desearía hablarte en secreto dos palabras.

– ¡Tú!, exclamó ella, presintiendo de lo que se trataba y no acertando á disimular su desagrado.

– Yo, ¿qué te extraña?

La joven comprendió su involuntaria inconveniencia, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, repuso con dulzura:

– Tienes razón, es natural; habla, Crisanto, habla cuanto se te antoje.

El obrero dirigió una significativa mirada al fondo del obrador, donde dos oficialas á las órdenes de María se hallaban planchando la una y almidonando la otra.

– No estamos solos, observó.

– ¿Qué importa? ¿Es algún delito lo que tienes que decirme?

– ¡Oh!, no, todo lo contrario.

– Despacha, pues; esas chicas están lejos y no te oirán si me hablas bajo.

Comprendiendo Crisanto la resolución tomada por María de no permanecer con él á solas, se decidió á entablar la lucha ante testigos.

– Bueno, repuso, ya que así lo deseas, hablaré. El caso es que pienso tomar estado.

– Y harás muy bien en ello; el hombre solo suele buscar en el vicio su distracción.

Alentado Crisanto por estas palabras, prosigió bajando la voz:

– Es también el caso, María, que he pensado en ti.

– ¡En mí!, articuló la apurada joven, no sabiendo qué contestar y deseosa de ganar tiempo.

– En ti; ¿te extraña también eso? ¿Hay por ventura en el barrio quien valga más que tú?

– Crisanto, por favor...

– Y necesito ahora mismo una contestación; no me gusta perder el tiempo.

A la pobre novia de Pepe un color se le iba y otro se le venía, ignorando, pues conocía á su nuevo pretendiente, cómo salir del compromiso.

– Cierto, profirió deseosa de esquivar la exigida contestación, cierto que has hecho muy bien en acordarte de mí, que puedo darte muy buenos consejos influir, si la conozco, en la elegida de tu corazón.

– No, no se trata de eso, interrumpió bruscamente Crisanto; no me entiendes, mejor dicho, no quieres entenderme.

– ¡Yo! Explícate entonces.

– Muy sencillo: que tú eres la elegida de mi corazón; que deseo casarme contigo; ¿lo quieres más claro?

La joven no contestó.

– Me dices, como espero, que sí; hablo á tu madre, lo disponemos todo y nos casamos cuanto antes; ¿te acomoda?

María se puso pálida. Comprendiendo, no obstante, la necesidad de salir del atolladero, armóse de valor, hizo un esfuerzo y respondió:

– Crisanto, puedes creerlo, mucho agradezco tu elección; pero es imposible lo que me pides.

– ¿Por qué motivo?

– Porque estoy comprometida.

– ¡Comprometida! ¿Con quién? ¿Desde cuándo?

– Con Pepe Rodríguez, desde ayer.

– ¡Bah! El compromiso cuenta poca antigüedad y te será fácil romperlo. Con decir que te equivocaste; que lo has pensado mejor...

– Palabra es palabra, y antes me harían pedazos que faltar á ella sin motivo. Con todo, si hubieras venido antes, cree tú...

– ¿De suerte que me das calabazas?

– No, no es esa mi intención, te lo aseguro; únicamente...

– ¿Y que prefieres á ese?..

– Crisanto, interrumpió María, en quien cedió á la indignación la timidez, en mi presencia no tolero que se insulte á nadie, mucho menos á un amigo.

– Bueno, mujer, bueno; no te sulfures, ¡qué demonio!; tengamos la fiesta en paz.

– Eso deseo.

– Es decir, ¿que te niegas á casarte conmigo?, repuso Crisanto apretando los puños.

– No es precisamente que me niegue; es que... Comprende tú...

– ¿Lo has pensado bien?

– ¿De qué me serviría pensarlo? ¿No te he dicho que estoy comprometida?

– Corriente, no hablemos más del asunto; mujeres andan por ahí á puntapiés y no han de faltarme cuando quiera.

– Seguramente la hallarás mejor que yo, así lo espero.

María estaba temblorosa y pálida. Conocía bien á su desdeñado pretendiente, y hubiera dado diez años de vida porque semejante escena no ocurriera.

– Adiós, dijo de pronto Crisanto con la sequedad del despecho.

– Él te acompañe y te haga dichoso, respondió María.

Dió el primero algunos pasos hacia la puerta; mas retrocediendo de súbito hasta encararse otra vez con la segunda, prosiguió:

– Oye, María, voy á pedirte un favor y éste espero no me lo negarás.

– ¡Habla, Crisanto, habla; sabe Dios cuánto deseo complacerte!

– No le digas á nadie nada de esto, ni aun al mismo Pepe; el caso no me honra mucho; ya tú ves...

– Ve en paz, te lo prometo.

– Gracias.

Y el desdeñado rival de Pepe Rodríguez se plantó en la calle sin volver siquiera la cabeza.

Apenas hubo salido, María exhaló un suspiro de satisfacción.

En seguida dijo, volviéndose hacia las dos oficialas:

– ¿Os habéis enterado de lo que acaba de pasar?

– Apenas hemos oído nada, respondió una de ellas, ese joven hablaba tan callandico...

– Como quiera que sea, os lo suplico, no le digáis á mi madre una palabra. ¿Qué necesidad tiene la pobre de disgustos?

Y María, empuñando la plancha, la descargó con fuerza sobre una ya almidonada camisola de Crisanto, cual si quisiera desahogar en ella el coraje de que estaba poseída.

V

Nada, en efecto, supo, ni lo sospechó siquiera, la madre de la joven.

Crisanto, que continuaba como si tal cosa en su

censurable vida, mandó algunos días después por las camisolas, ya planchadas, no volviendo á concurrir á la tertulia ni á asomar la cabeza por casa de la planchadora.

Esta, fija en su memoria la referida escena, no podía sustraerse á cierta vaga inquietud.

– Crisanto, se decía, es malo, tiene mucho amor propio, ha debido de herirle mi negativa en lo más vivo, y procurará vengarse. ¿Pero contra quién? ¿De qué manera? A casa no ha de venir, no viene ya; y si viniese, no le temo. Con todo, Pepe, Pepe, que nada sabe... Si yo le dijera... Prometí callar, y es lo que siento; mas ¿qué remedio? En algo había yo de complacer á ese desgraciado. No obstante, ¡bah!, sin razón me inquieto. Dios es justo y protege á quien le ruega: fiemos, pues, en la justicia divina.

Lo que más, sobre todo, inquietaba á María, era el temor de que Crisanto alguna noche, al salir de la taberna, esperase á Pepe y le diera algún golpe ó cuchillada por la espalda.

Rodríguez, desde que tenía relaciones, había abandonado el club para concurrir todas las noches, después de la confección de *El Burgués*, á casa de su amada.

Esta última, durante una de aquéllas, no pudo menos de decirle:

– ¿Ves á Crisanto?

– Todos los días, en la imprenta.

– ¿Sois amigos?

– Tanto como eso... Ya sabes que no es santo de mi devoción; pero me habla y le hablo. ¿Por qué me lo preguntas?

– Por nada; como hace tanto tiempo que no viene por acá...

– ¡Parece que lo sientes!

– ¡Yo! Ni falta que me hace su visita; me choca únicamente...

– ¡Bah! Ya le conoces, él se divierte más en otros sitios.

María, temiendo dar qué sospechar á su prometido, varió de conversación.

Y en vista de que el tiempo se pasaba sin que ocurriese novedad, y que su desdeñado pretendiente concurría al fin algún domingo á la tertulia, como si nada hubiera sucedido, acabó por tranquilizarse enteramente.

De esta suerte fueron transcurriendo las semanas y los meses sin que existiera en todo el barrio, ni aun en toda Cantillana, una pareja de novios más felices ni ejemplares que los nuestros.

Con el trato íntimo á diario, siempre acompañados de la señora Petra, pues el joven cajista tenía la delicadeza de marcharse ó de no entrar cuando su novia estaba sola, ambos habían aprendido á estimarse mutuamente; de suerte que se querían cada día más, hasta el punto de no poder vivir ya el uno sin el otro.

La joven, temerosa en un principio de que estorbaran á Pepe los concurrentes, ó de que alguno con su indiscreción le diera celos, había intentado dar por terminada la tertulia dominguera. Sin embargo, no fué así, porque Pepe dijo al enterarse:

– Mujer, ¿no nos vemos ya á nuestro sabor todas las noches? ¿Quieres privar á esas pobres gentes de su inofensiva diversión? Harto habrán de privarse cuando...

Y María se puso colorada, y la tertulia continuó con mayor animación que nunca, y durante el inocente juego de naipes á que con frecuencia se entregaban, hacía el buen cajista los imposibles por quedarse *mono*, sólo por el gusto de escuchar las carcajadas de María cada vez que con la estrafalaria montera le miraba.

Las comadres les contemplaban con envidia exenta de odio, deseando para sus hijas un novio como Pepe, ó una novia como María para sus hijos, según fuesen éstos hembras ó varones.

– Merecen ser felices y lo serán, decían todos.

Y lo hubieran sido, efectivamente, por completo, á pesar de su pobreza, si fuera la felicidad patrimonio de este mundo.

VI

De tal modo y en la referida situación se fué pasando el tiempo hasta finalizar el invierno y aproximarse la primavera.

A medida que avanzaba la estación, notábase cierta vaga inquietud entre las personas timoratas de Cantillana.

Decíase, en círculos y cafés, que las clases proletarias, en guerra contra capitalistas y *burgueses*, disponían para el 1.º de mayo una asonada. Según unos, la autoridad no tendría fuerzas para sofocar el motín y éste se verificaría con todos sus horrores. Según otros, nada de particular ocurriría, pues todo ello no pasaba de cuatro bravatas esparcidas por otros tantos haraganes levantiscos y amigos de lo ajeno, de calumnias propaladas contra los honradísimos obreros, los cuales sólo pensaban en los medios de mejorar pacíficamente su precaria situación. Los más asustadizos, ó los que mayor caudal atesoraban en sus arcas, antojándoseles los dedos huéspedes, veían ya ardiendo á media Cantillana; oían por todas



Hablemos, si te acomoda, de cosas más agradables

partes explosiones seguidas de voces de espanto y de gritos de agonía. El club de la calle del Empecinado, foco, según decían, de ideas disolventes y centro de anárquicas operaciones, estaba cada vez más concurrido, siendo muy de temer su concurrencia.

Entre la agitación y alarma generales, éstos esperaban impasibles los acontecimientos; renegaban aquéllos de los derechos individuales, que impedían á la autoridad tomar medidas preventivas; hablaban algunos hasta de emigrar antes del temido día, y las palabras *anarquía, petardo, explosivo, dinamita* eran de uso vulgar y corriente entre los de más allá.

Algunas semanas después, las noticias recibidas de varios puntos de Europa, sobre todo de París, mezcladas con el temible nombre de Ravachol y la desastrosa voladura del *restaurant Very*, hicieron subir de punto estas inquietudes y temores.

Quién con espanto, quién con interés, quién con curiosidad, todos aguardaban presa de viva emoción, ninguno con indiferencia, el ya próximo 1.º de mayo.

– Pepe, no te metas en nada, dijo María á su prometido.

– ¡Yo! Sabes tú muy bien que desde que empezaron nuestras relaciones no he vuelto á poner los pies en el club.

– Así me gusta; tengo un miedo...

– ¿Miedo de qué?

– ¡Qué sé yo! Tú trabajas en la imprenta de *El Burgués*.

– Que es, á pesar de su título, el periódico más bienquisto y más pacífico del mundo: tan pacífico, que tiene por objeto armonizar paternalmente los intereses entre el capital y el trabajo; tan paternal que, contra lo que quisieran algunos, sólo publica una hoja los domingos para proporcionar al obrero algún descanso.

– Pues por eso, precisamente, me asusto: un periódico semejante no puede menos de ser mirado con malos ojos por los anarquistas.

– Los anarquistas, los anarquistas..., repuso Pepe con compasivo desdén; ¡pobres gentes! Si supieran...

– ¿Qué?

– Oye, María: esos infelices, entre los cuales todo se vuelve hablar de anarquismo y liquidación social, ignoran que es echarse tierra encima, escupir al cielo, lo que piden; no saben que si tal liquidación les fuera concedida, no pasaría de diez ó doce duros lo que por todo haber y toda utilidad correspondería á cada socio, con lo cual andaríamos todos, pobres y ricos, royéndonos los codos de hambre, so pena de volver á poner las cosas como estaban.

– Oye, muchacho, preguntó admirada la señora Petra, que asistía á la conversación de nuestros novios, ¿has echado tú esa cuenta?

– ¡Yo! No, señora; la echó un economista de muchísimo meollo, y puedo responder á usted de que es exacta.

– En fin, con tal que nos dejen en paz..., observó María.

– ¡Otra! ¿Qué han de hacer sino dejarnos?

– Dios lo quiera.

– Hablemos, si te acomoda, de cosas más agradables.

– Con mil amores.

– ¿Qué tal andan tus preparativos de boda? Ya sabes que ese va á ser nuestro día, nuestro 1.º de mayo, en fin.

Ruborizóse María y respondió:

– Por mi parte, tengo el ajuar, el *trousseau*, como dice la gente fina, casi terminado.

– Y yo, añadió Pepe, estoy de ropa bien provisto. Además, los ahorros depositados en el Monte han crecido en estos meses y pasan ya de mil pesetas.

– Pero habrá que sacar nuestros papeles.

– Esos se sacan pronto, siendo ambos naturales de Cantillana; yo me encargo de ello.

– ¿Y después?

– Después sólo faltará tomarnos los dichos, luego á la parroquia á que nos echen la bendición, y Cristo con todos.

– ¿Y cuándo va á ser eso?

– Cuando tú quieras... y la señora Petra, por supuesto.

– Yo, por mí..., asintió la excelente mujer.

– Di, María, preguntó Pepe, ¿quieres que fijemos día para la boda?

– Si tal es tu deseo...

– Verás, tengo una idea.

– ¿Puede saberse?

– Por de contado. ¿No es el 1.º de mayo el día temible para todo el mundo? Sea, pues, el día feliz para nosotros: casémonos en esa fecha.

– ¿Qué dices? ¡Vaya un capricho!

No, no es capricho, es conveniencia; figúrate tú: ese día, según el almanaque, cae en sábado; en él se celebra la fiesta de los obreros, y por consiguiente, no trabajamos; de modo que disponemos de dos fiestas seguidas, cosa muy útil y conveniente en una situación como la nuestra.

– Pero de todas maneras tendrás que ir á la imprenta el domingo, y aun el sábado, porque el periódico...

– El sábado, ya lo ha dicho el director, no se publica *El Burgués*, el cual dará á luz la víspera un saludo paternal á los obreros; el domingo, ya lo sabes, publicará, como en días análogos, una hoja conteniendo anuncios, los partes telegráficos y si hay alguna noticia de interés, todo lo cual lo despachan un par de cajistas y el regente en menos de dos horas. Conque, si quieres mayor comodidad... Esto aparte, así nada perdemos; pues el amo, en celebración de la festividad del día, el 1.º de mayo, aunque no trabajemos, nos paga á todos el jornal. ¿Quieres, pues, que nos casemos para esa fecha?

– ¿Y si sucede algo? ¿Si hay petardos, desgracias, revolución, en fin?..

– No temas, no habrá nada, yo te respondo de ello: conozco á mis compañeros y sé que no se ocupan en molestar á nadie.

– ¿Cuánto falta para el 1.º de mayo?

– ¿A cómo estamos hoy? A tres de abril..., veintisiete días.

– ¿Habrá tiempo para?..

– ¡Ya lo creo! De sobra. Yo me encargo de todo, menos de las labores propias de tu sexo, por supuesto. Conque ¿cosa resuelta?

– Puesto que no va á pasar nada, y que tú así lo deseas...

– Nada, nada, tranquilízate; para esa fecha sólo habrá un petardo: mi corazón cargado de explosivos amorosos y próximo á estallar entre tus brazos.

– Pepe, por Dios...

Y entre los rubores de la joven y la risa de la señora Petra celebrando la ocurrencia de su futuro yerno, quedó fijado para el 1.º de mayo el día de la boda.

VII

Nuestros novios pasaron sumamente atareados y dichosos aquellos veintisiete días.

Pepe despachó, conforme prometiera, todos los preliminares de la ceremonia. María, alternando con su trabajo ordinario y velando por las noches, se ocupó en el *trousseau* y en el arreglo del piso que, juntamente con ella y su madre, había Pepe de habitar.

(Continuará)

VELO-PARIHUELAS

La operación de recoger heridos en el campo de batalla es una operación difícil, dolorosa y no exenta de peligros que ha producido un número considerable de víctimas. Para evitar estos inconvenientes el doctor Chavernac de Aix ha hecho construir unas parihuelas enteramente rígidas y divididas en dos partes iguales, curvas y simétricas, cuyo papel principal consiste en simplificar el modo de hacerse cargo de un herido. Estas nuevas parihuelas permiten coger á un enfermo y colocarlo en un coche, en un vagón ó en una cama sin tocarlo.



Fig. 1. – Una pareja de camilleros llega al campo de batalla y al encontrarse con un herido abren las parihuelas

Gracias á su construcción son innecesarios los pies y la cabecera, que en muchos casos constituye una herejía quirúrgica.

Con el sistema de parihuelas actualmente empleado en el ejército, en los hospitales y en las estaciones de ferrocarriles, son necesarios siempre cuatro camilleros para recoger á un herido: el sistema del doctor Chavernac no exige más que dos, por ignorantes que sean, y con él la recogida del enfermo se verifica sin sacudidas y sin dolor.



Fig. 2. – Los camilleros colocan al herido en las parihuelas

La descarga del aparato se verifica de una manera todavía más sencilla que la operación de carga, aunque se trate de colocar al herido en una cama ó en una mesa de operaciones, es decir, en un plano bastante más elevado que el nivel del suelo. Descorriendo el gancho de cierre, el aparato se abre automáticamente sin ningún esfuerzo y el enfermo se encuentra en el sitio que le ha sido designado.

Con este aparato puede recogerse á un herido en el suelo, en un arroyo, en un vagón, en una cama, en un banco, etc.

Su rigidez permite bajar, por medio de una cabria, á un herido del punto más elevado de un andamio ó subir desde las profundidades de la tierra á los obreros de minas heridos gravemente.

En lo que á la medicina legal se refiere, los magistrados encontrarán en él un auxiliar precioso para recoger un cuerpo en estado de putrefacción.

El aparato que nos ocupa no tiene ninguno de los inconvenientes de las parihuelas de lona, que á causa de su flexibilidad agravan las dislocaciones y las fracturas y obligan á los enfermos á permanecer en posición de decúbito dorsal, aparte del inconveniente de tener que cambiar la tela cuando ha sido ensuciada por un líquido estomacal ó excrementicio.

Las nuevas parihuelas son sencillas, rígidas, ligeras y sólidas y están formadas por dos piezas que pueden lavarse, ponerse en la llama ó desinfectarse á voluntad y ser siempre asépticas. No necesitan camilleros instruídos y sus dimensiones permiten su acceso en los vagones.

En una palabra, el aparato es quirúrgico, y como tal puede prestar muy buenos servicios en las grandes catástrofes, porque hace fácil é inofensiva la operación de recoger heridos.

Inspirándose en la idea emitida en el Congreso de Medicina de Roma por un médico bávaro, el doctor Jacoby, el doctor Chavernac ha hecho construir un aparato rodadero, ligero, sólido y portátil, sobre el cual se hacen descansar las parihuelas una vez colocado en ellas el herido, formando el conjunto las «velo-parihuelas.»

El nuevo portador está constituído únicamente por dos ruedas de velocípedo que giran sobre esferitas alrededor de un eje provisto de un doble muelle sobre el cual se colocan las parihuelas, guardando más ó menos el centro según sea la configuración del terreno que se haya de recorrer. De este modo, el peso del herido descansa por entero sobre el eje y no en los brazos del camillero, el cual, libre del peso y no teniendo que hacer más que empujar, podrá acelerar su marcha y llegar á su destino más rápidamente que dos ó cuatro hombres que llevaran en brazos ó en hombros una camilla cargada.

El manejo de este aparato es de sencillez sorprendente y no requiere aprendizaje ni experiencia. Se colocan las parihuelas cargadas sobre el juego de ruedas ó se levantan sin tener que destornillar ni desenganchar nada.

Las velo-parihuelas tendrán aplicaciones prácticas en los hospitales, en las estaciones de ferrocarriles, en los balnearios y sobre todo en la guerra, aun en país montañoso, porque circulará por todas partes por donde puedan pasar mulos con literas ó camillas de campaña.

FLAMEL.

* * *

¿EN QUÉ EPOCA DEBE VISITARSE

LA ACTUAL EXPOSICIÓN DE PARÍS?

Recientemente inaugurada la Exposición de París, nos parecen muy oportunas las siguientes consideraciones que publica una acreditada revista francesa acerca de la mejor época para visitar el grandioso certamen. Dice así el periódico de referencia:

«No todo el mundo es absolutamente libre de escoger á su gusto la fecha del viaje á París para visitar la Exposición de 1900, pues son muchas las personas que por causas diversas sólo en tiempo de vacaciones pueden abandonar su habitual residencia.

»Las indicaciones que vamos á exponer se dirigen, pues, únicamente á aquellos de nuestros lectores que disponen á su placer del tiempo, y á los que en tales condiciones se encuentran les aconsejamos que visiten París y la Exposición en mayo, en junio ó á más tardar en julio.

»He aquí las razones en que se funda nuestro consejo.

»Indudablemente la Exposición universal quedará abierta *oficialmente* desde el día 15 de abril, pero se necesitarán todavía quince días por lo menos para que todo esté en marcha y presente un aspecto completo. Aun en los primeros días de mayo tendrá cierto aire de novedad que no será su fisonomía definitiva.

»Pero á partir de la segunda quincena de mayo y hasta fines de junio la Exposición aparecerá en toda su belleza. Fresca todavía y poco invadida por la muchedumbre, en este período de cuarenta y cinco días de la más hermosa estación del año, es cuando las personas á quienes antes nos referíamos harán bien en visitar la Exposición.

»En julio empiezan ya los calores y el polvo y la afluencia de las muchedumbres que aprovechan las vacaciones, y estos calores, polvo y muchedumbre aumentarán todavía en el mes de agosto. Entonces la estancia en París, sobre todo en época de Exposición, resulta poco agradable, y cuantos puedan salir de la capital en esa época se apresurarán á hacerlo.

»El mes de octubre es el mes de los rezagados. La Exposición estará entonces ajada; las plantas y las flores que durante la primavera han constituído su encantador adorno, están marchitas y cubiertas de polvo; se nota que se acerca el fin, el ciclo ha terminado. La Exposición va á cerrarse. ¡Ya se ha cerrado! Los últimos visitantes casi parece que hacen una visita mortuoria.

»En su consecuencia, de no impedírselo obligaciones ó necesidades especiales, el viajero que desee ver la Exposición en su aspecto más bello fijará la época de su permanencia en París en la época comprendida entre el 15 de mayo y el 30 de junio.

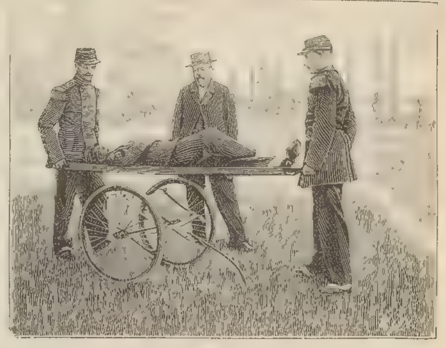


Fig. 3. – Los camilleros colocan las parihuelas sobre el juego de ruedas

»Hay otras razones en favor de esa época, y son que entonces los medios de transporte y los hoteles estarán menos atestados de gente, los precios no habrán experimentado el alza fatal que en agosto y septiembre se produce y se encontrarán todavía cocheros á precios razonables.

»De suerte que el placer y la economía son dos argumentos en pro del viaje á la Exposición durante la primavera.»

De la misma revista tomamos los siguientes datos que también interesan á cuantos quieran visitar la Exposición.

El público podrá entrar en el recinto de ésta desde las ocho de la mañana; en cuanto á la hora de cierre, no se ha tomado todavía ningún acuerdo definitivo, pero es seguro que durante la primavera y el verano permanecerá la Exposición abierta todas las noches hasta lo más tarde posible. En los días ordinarios, desde las ocho hasta las diez de la mañana, el precio de entrada será de dos tickets; desde las diez á las seis de la tarde, de un ticket; y desde las seis, de dos tickets, excepto en los domingos, que será de uno. El precio de cada ticket es de un franco, pero en muchos establecimientos se venden ya por cientos á precios muy inferiores, gracias á los muchos millones de ellos que han puesto en circulación los tenedores de bonos, quienes tienen derecho á veinte tickets gratis.



Fig. 4. – [illegible]

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION POR AUTORES Ó EDITORES

ESQUEIXOS, por *José Guardiola*. – Los trabajos contenidos en este libro son en su mayoría bonitos cuadros de costumbres catalanas, de la vida del campo unos, de la vida de ciudad otros, que alternan con artículos en los que predomina el sentimiento: en todos ellos ha demostrado el Sr. Guardiola que sabe observar las escenas que á su vista se ofrecen y retratar perfectamente los tipos que se propone presentar á sus lectores, y que encuentra para lo que á los sentimientos se refiere la nota justa sin incurrir nunca en exageraciones y sin apartarse de la sencillez, que tan bién cuadra á los trabajos literarios de la índole de los suyos. *Esqueixos*, que contiene algunos dibujos del mismo autor, se ha publicado en Barcelona y se vende á dos pesetas.

CATÁLOGO GENERAL ILUSTRADO DE APARATOS, ARTÍCULOS Y PRODUCTOS QUÍMICAMENTE PUROS PARA LA FOTOGRAFÍA, publicado por la *Viuda de Fernando Rus*, de Barcelona. – Con decir que este catálogo forma un libro de cerca de doscientas páginas exclusivamente dedicadas á cosas de fotografía, queda hecho su mejor elogio, pues ninguna mejor demostración cabe para probar hasta qué punto es completo. Además de las condiciones de los artículos que en él se comprenden, contiene numerosos grabados é interesantes instrucciones acerca del uso de los mismos.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Ilustració llevantina, revista catalana artístico-literaria que se publica cada diez días en Barcelona; *La Medicina de los Niños*, revista mensual barcelonesa; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *El Fomento*, revista decenal barcelonesa; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *La Ilustración Postal*, revista quincenal madrileña de correos, telégrafos y teléfonos; *La Nación Militar*, semanario ilustrado que se publica en Madrid; *Revista Pericial Mercantil*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario literario artístico madrileño; *Album de los Niños*, revista infantil ilustrada que se publica en Madrid; *Revista ilustrada de la Zapatería*, que se publica en Madrid dos veces al mes; *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo: Por la Mujer*, revista mensual ilustrada de la Habana; *Lima ilustrada*, que se publica en la capital del Perú cuatro veces al mes; *Literatura y Arte*, de la Paz (Bolivia); *El Monitor*, diario político de Chacabuco (R. Argentina), y *Boletín Bibliográfico*, de Lima.



Amparando al desvalido, cuadro de Antonio Fillol Granell (Salón Parés

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 7 de mayo de 1900 — Núm. 958

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN DOMINGO DE PRIMAVERA EN VENECIA, cuadro de S. D. Paoletti

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que será el primero de la famosa obra de Lesage GIL BLAS DE SANTILLANA, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Al proceder al reparto del citado libro, tendremos en cuenta las peticiones que nos han dirigido nuestros corresponsales motivadas por el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, y les enviaremos, en su consecuencia, en vez del primer tomo de GIL BLAS DE SANTILLANA, el primero de la importante obra PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK, cuyo segundo tomo les será remitido cuando procedamos al reparto del segundo de la obra de Lesage.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Temis*, por Emilia Pardo Bazán. *El dibujante y poeta Apeles Mestres*, por J. Roca y Roca. – *Tipos levantinos.* «*Afanes*,» por Rafael Altamira. – *Tu retrato*, por P. Gómez Candela. – *Guerra anglo-boer*, por A. – *Nuestros grabados.* – Noticias de teatros. – *Problema de ajedrez.* – *El petardo*, novela por Juan Tomás Salvany, con ilustraciones de B. Gili Roig (continuación). – *Los comienzos de la industria textil*, por X. – *Las arañas sociables*, por Enrique Coupin. – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*Un domingo de primavera en Venecia*, cuadro de S. D. Paoletti. – *Apeles Mestres en su estudio.* – *Un rincón del estudio de Apeles Mestres.* – Tres dibujos de Apeles Mestres para las novelas clásicas españolas. – Dos cabeceras para un Diccionario. – Dos dibujos para la obra *Ultimos días de Pompeya.* – Dibujo para los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós. – Dos dibujos de ornamentación, obras de Apeles Mestres. – *Guerra anglo-boer. El cañón «Long Tom» delante de Mafeking.* – *Comandantes del Estado libre de Orange.* Dickinson, Snawpoel, Steenkamp, Ferreira, Fick, Potgieter, Wessells, Du Toit, Van der Merve, Mayor Albrecht, Du Plessis, Nell, Presidente Steijn, Olivier, Prinsloo, De Williers, Prinsloo, Van Zyl, Du Plooy, Lubbe, Naudi. – *París. Plano general de la Exposición Universal.* – *La Exposición Universal á vista de pájaro.* – *Inauguración de la Exposición Universal. El Presidente de la República M. Loubet declarando abierta la Exposición, en el Salón de Fiestas.* – *El célebre pintor húngaro Miguel Munkacsy*, recientemente fallecido. – *El eminente naturalista Milne-Edwarts*, fallecido en París en 20 de abril último. – *El notable escultor francés Alejandro Falguiere*, recientemente fallecido en París. – *Feria de Sevilla*, lámina compuesta por diez grabados sacados de fotografías. – Fig. 1. Tejedora de Ka-chin (Japón). – Fig. 2. Tejedora araucana. – *La venganza de un poeta (cuento vivo)*, por Apeles Mestres.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TEMIS

Casi siempre que por circunstancias fortuitas se ve de cerca algún aspecto de la vida nacional, aparece en su desnudez y de realce nuestro estado de atraso y las reconocidas deficiencias que nos traen *así*. (Creo que todo el mundo entenderá *cómo* nos traen.)

Recuerdo que una de estas impresiones tristes la determinó el célebre proceso del crimen de la calle de Fuencarral. Al agitarse el légamo, salieron á la superficie cosas que aturdían. Apareció la máquina destartalada y caduca de nuestra organización jurídico-penal-social, comida de orín, ó apestando á aceite de candil, funcionando entre chirridos y descarrancándose á cada movimiento de trabajo; enseñaron su hedionda cara la corrupción y la inmoralidad del pueblo bajo madrileño y del señorío inculto, bárbaro y holgazán, que se gasta sus rentas en francachelas, flamenquerías y vicios; vicios en las humildes Rondas de la capital, en los modestos suburbios, arquitecturas murales propias de Babilonia ó las ciudades de la Pentápolis, sobre las cuales llovió el fuego del cielo; se advirtió la poca reflexión de un público que aceptaba sin examen las versiones más absurdas y más folletinescas á lo Richebourg y Montepin, y el apasionamiento y el desacierto en todos los que alternaron en tan campaneado asunto; se apreció, en suma, un estado moral é intelectual triste y de ese excesivo neurosismo, con fondo de frivolidad, que acusa la flaqueza colectiva, impidiendo las reacciones de una opinión sana, ilustrada y seria.



Deseosa de ver si en once años ha mejorado el espíritu general y derivado hacia saludable reforma las costumbres, cojo un libro acabado de publicar, en el cual, como en los muy leídos y conocidos de Albert Bataille, se reseñan los debates de los procesos y causas notables, recientes, bajo este título: «El año en las Salesas.» El autor de las crónicas judiciales á que me refiero es el Sr. D. José Luis Castillejo, que escribe en *El Heraldo de Madrid* bajo el seudónimo muy literario de *El licenciado Vidriera*. Su obra, aunque no fuese de entretenida lectura, como es, siempre constituirá un *documento humano* interesante.

Lo primero que se observa en la lista de crímenes reseñados por el Sr. Castillejo, es la expansión del individualismo, la nota de la anarquía romántica, que prevalece en nuestro pueblo. Un sentimiento de rencor, de odio ó de celos, se exterioriza en la acción, por medio del revólver ó de la faca, porque el impulso bárbaro, primitivo, no encuentra freno en ningún orden de consideraciones, ni en el criterio ambiente, el cual más bien es favorable á tales arrebatos. Son crímenes que están en la atmósfera, que se respiran. El pueblo bajo, en Madrid, es provocante, pendenciero y soberbio: tiene la lengua desatada, soez, picante como una guindilla; la mano pronta y traicionera; la intención más negra que la mano. La facilidad en la agresión se halla estereotipada en el lenguaje, en la crudeza camorrista de las palabras. Ciertas frases, como «echar fuera las tripas,» «sacar el mondongo,» «mascar la nuez,» «comer los hígados,» «pisar el bandullo,» «cortar la cara,» «patear la cara,» «cortar el cuello,» «partir el corazón» y otras peores, que prestan repulsiva realidad física á la amenaza, encarnándola en imágenes sensibles, se oyen á cada instante en las riñas de plazuela y taberna, y obsesionan el cerebro hasta traducirse en actos. No hace muchos días me detuve, pensativa y preocupada, á escuchar cómo se injuriaban dos chiquillos, golfos de ocho á nueve años á lo sumo. Acusábanse mutuamente, con expresiones atroces, de nefandas obscenidades que ni su edad les permitía cometer; y entre puerro y cebolla, se prometían partirse, cortarse, pisarse y rajarse todo cuanto cabe maltratar así en un cuerpo humano. No llegaba, claro está, la sangre al río, ni aun á los rostros sucios y desvergonzaduelos el puño ó la mano abierta; pero ¿quién duda que allí fermentaba lo que años después, con la fuerza acrecida y la acometividad desenvuelta y el vino alborotador, sería base de uno de tantos crímenes?

* * *

Yo no entiendo de leyes, como diz que dijo cierto político español de antaño: no tengo más guía que el sentido raro ó común ó como ustedes gusten; y creo notar en el libro del *Licenciado* cosas que me parecen singulares y que acaso, para los versados en cuestiones jurídicas, sean lo más natural y lógico del mundo.

No soy enemiga, sino partidaria, del Jurado, sobre todo cuando lo componen personas ilustradas é independientes; pero no me ha convencido el sistema de formular las preguntas á que el jurado da respuestas de *síes* ó *noes*, según las cuales el acusado sale condenado ó absuelto. Muchas veces el jurado se ve en el caso de responder negativamente á una pregunta relativa á sucesos patentes, sabidos, archidemostrados. ¿No podría hacerse de manera que, sin consecuencias opuestas á las intenciones y propósitos del jurado en lo que respecta á la suerte del acusado, las respuestas fuesen siempre acordes con la realidad de los hechos probada hasta la evidencia?

Por las respuestas del jurado aparece quizás que Fulano *no* ha matado á Mengana, mientras consta que *sí* la mató. Y esta ficción, necesaria para que el jurado no condene cuando quiere absolver, parece escarnio de la verdad, allí donde más se la debe respetar y proclamar públicamente. Un formulismo que obliga á la mentira, trae ya consigo el desprestigio de la ley. Acaso dirán que esto se hace en todas partes; que hemos traducido de un idioma extranjero el Jurado. Pues está mal hecho dondequiera que se haga así; lo primero que importa es la claridad, y evitar hasta la sombra de contradicciones y absurdos, que desorientan á los profanos – la inmensa mayoría. – La justicia debiera presentarse vestida de cristal.

* * *

Veo también que es frecuente absolver á los asesinos y homicidas, dejarlos ir libres, sin el menor castigo, aunque el crimen esté plenamente probado, hasta la saciedad. ¿Por qué esta indulgencia? Si la ley no admite término medio, si las penas son desproporcionadas, ¿no puede reformarse el Código? ¿No sería mejor reformarlo, que dejar salir sin pena alguna, cuando no en triunfo, al que mató á su semejante?

Comprendo la clemencia incondicional en la duda; comprendo que donde quepa un error judicial, un desacierto, una iniquidad involuntaria, se opte por no imponer el menor castigo. Este no es el caso á que me refiero. En el libro se reseñan crímenes que han quedado absolutamente impunes. ¿Es por lenidad, por mal guiada simpatía hacia ciertos fenómenos de la pasión, ó es porque la ley no deja campo abierto á la justa proporción de las penas? En cualquiera de estos casos, es preciso reconocer que cojea Temis.

La fama de estas benignidades suele llevársela el Jurado. Pero noto que también las Audiencias y el Tribunal Supremo tienen sus veleidades de blandura. El Tribunal Supremo conmuta la sentencia de muerte de un fratricida, que quita á una escopeta la carga de perdigones, la sustituye por bala, se aposta en el camino por donde ha de pasar su hermano, se oculta detrás de un roble, le descerraja el tiro, le ve caer á doscientos pasos de distancia, carga de nuevo la escopeta, se acerca y le remata á quemarropa. Y el Supremo, para fundar la conmutación, entiende que el hecho no fué premeditado. – ¡Pues si llega á premeditarlo! – Por su parte, la Audiencia de Madrid absuelve libremente á un farmacéutico que ni siquiera por equivocación, sino por no tener la medicina que se le pedía, por no desmentir el axioma profesional de que en toda botica hay de todo, le suelta á un enfermo nada menos que una inyección de aguarrás, con lo cual le hace dar cada salto que llega al techo...

Algún homicida aparece irresponsable por locura histero epiléptica; y aunque sobre esta exención podría hablarse mucho, no cabe duda que la reclusión en un manicomio defiende á la sociedad lo mismo que la reclusión en un penal, si de defensa se trata. Más difícil sería cohonestar el que otros homicidas, enteramente cuerdos, pero de los que matan «por una mujer,» se vayan del Tribunal á la calle, mientras un infeliz buhonero borracho se pasa diez meses á la sombra por el delito de haber gritado «¡Viva la República!» bajo la influencia del espíritu parral.

* * *

Una reclamación á una compañía ferroviaria, de indemnización por perjuicios irrogados con motivo de la llegada con retraso de un tren, fué, por supuesto, desestimada. La idea de que quien establece un servicio público contrae una responsabilidad, no ha penetrado aún en los cerebros y en las costumbres. La prueba es que la tal reclamación es la primera que en España se ha formulado. El hecho de que los trenes lleguen con retraso es ya tan consuetudinario, que no origina protestas, sino á lo sumo bromas y ese resignado movimiento de hombros con el cual nos avenimos á lo que no puede evitarse, á las fatalidades y miserias impuestas por la naturaleza de las cosas. Ni aun se nos ocurre preguntar, ¿por qué venimos retrasados? Tan indiscreta curiosidad nos la guardamos en el bolsillo. ¿A qué meternos en honduras? Son inescrutables designios de los que nos hacen el favor de transportarnos de un lado á otro. Demasiada bondad la suya.

Por eso considero que debemos incluir entre los espíritus díscolos, impertinentes y exigentes al procurador de Salamanca que reclamó contra la compañía, bajo el especioso pretexto de que necesitaba llegar á Madrid puntualmente. Es el caso que tenía celebrado con una persona de la corte un contrato de préstamo, con la cláusula de que si en día y hora determinados no le satisfacía el importe, habría de entregarle una cantidad en concepto de indemnización. «Llegado el vencimiento (copio textualmente), salió el prestatario para Madrid al objeto de cumplir su compromiso, y salió en el tren que tiene su llegada á las seis de la mañana; pero ¡oh infortunio!, el citado tren llegó aquel día con la friolera de cinco horas de retraso. Y como no se encontrase el procurador de Salamanca en Madrid á la hora convenida, tuvo que pagar á su acreedor la pena estipulada.» En consecuencia, pidió la gollería de una indemnización de mil y pico de pesetas. A bien que tan exorbitantes pretensiones se desestimaron...

No falta quien crea que si en España llega á desarrollarse cierta actividad industrial, y el sentido de los negocios se impone, se difundirá la perniciosa idea de que el tiempo tiene su valor, y de que en todas partes el retraso de los trenes, salvo en casos excepcionalísimos y justificados, se castiga con multa y puede dar lugar á indemnizaciones. Pero esto será *ad kalendas græcas*, porque la piel del león de nuestro escudo hace rato que oculta á una tortuga entre sus crines.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL DIBUJANTE Y POETA APELES MESTRES

No he de hablar de las obras que Apeles Mestres ha producido durante un cuarto de siglo en su doble condición de poeta y artista, producción copiosa, interesante y hondamente marcada con el sello de su personalidad.

El carácter especial de sus obras gráficas revela siempre la educación, el gusto y el *sprit* del literato, del propio modo que en sus obras literarias adviértese en seguida la mirada certera, la firmeza de trazos y el sentimiento de la forma y el color propios del artista. En el cultivo del arte y de las letras es siempre el mismo productor de belleza muy rico y fecundo en ideas y muy hábil en la elección de los medios para traducirlas. De él puede afirmarse que dibuja con la pluma cuando escribe y escribe con el lápiz cuando dibuja. Y ambos ejercicios han llegado á serle tan necesarios para la vida del espíritu, como al ave las dos alas para volar á través del luminoso espacio.

APELES MESTRES EN SU ESTUDIO

Le conozco íntimamente desde que dió sus primeros pasos en el campo de las letras y las artes. Hubo una época en que los médicos, alarmados por el estado de su salud, le condenaron á rigurosa dieta intelectual; mas si llega á obedecerles se muere de plétora de substancia gris. Por fortuna suya púsose á escribir y á dibujar por distracción, y echó de ver en seguida que mejor que las pócimas de la farmacia sentábale el desapoderado afán con que iba llenando las regocijadas hojas de su *Llibre vert*, un álbum íntimo, cuajado de caprichos y rebosante de buen humor, en el cual su pluma y su lápiz derramaron frescos raudales de ingenio y travesura. A esos risueños desahogos debió entonces la vida. Y en lo sucesivo ha seguido siempre el mismo sistema higiénico, y siempre con éxito: descansa de escribir dibujando y descansa de dibujar escribiendo.

El poeta artista es en muchas de las cosas una antítesis viviente. Empieza por ser un espíritu robusto y sano encerrado en un cuerpo endeble. Condenado á encierro perpetuo en su linda casita del Pasaje de Permanyer, vive en relación espiritual con el mundo que se agita y con algo aún más vasto que la humanidad: con la madre Naturaleza, la cual corresponde á sus cariños mostrando á su perspicaz espíritu los secretos más recónditos del microcosmos.

Desde niño, la política, tan abominada por muchos, hale interesado hondamente, llegando al punto de confesar que el dibujo que ha cultivado con mayor placer ha sido el consagrado á sus ideales políticos, con abstracción empero de toda preferencia de carácter personal; pues sintiendo la política como él la entiende, detesta el modo de practicarla que tienen casi todos los que á ella consagran su actividad y sus esfuerzos. Ama de la política lo que puede traducirse en progreso y libertad para el pueblo: ríese de la gárrula vanidad y desprecia el lucro.

Un rincón del estudio de Apeles Mestres

Como dibujante es ante todo un humorista; pero ese humorista es además un malhumorado, pues generalmente sus caricaturas más picantes y sus *cuentos vivos* más jocosos fueron concebidos y trazados en horas de murria y sufrimiento, sirviéndole de sano desahogo. Como poeta es un delicado, aun siendo por temperamento un completo *bourru*. En efecto, las elegancias y filigranas de sus armoniosos y lozanos versos chocan con el lenguaje algo seco y duro que emplea en sus conversaciones; de suerte que, según afirma, él mismo «si quiere expresar lo que se propone decir, es preciso que lo escriba en verso.»

Otra particularidad: de su cuerpo enfermizo sale siempre una poesía sana, vigorosa, robusta: de su cerebro tormentoso brota siempre una filosofía dulce, apacible, optimista – á lo menos si otra llega á concebir alguna vez, no la escribe nunca.

De él ha dicho Víctor Balaguer que «es el más griego de los poetas españoles.» Y en efecto, después de la Naturaleza, numen tutelar de todas sus inspiraciones, los poetas griegos son sus maestros. Como un verdadero devoto, al hablarle de sus santos predilectos, cita á Homero, Hesiodo y Teócrito. De ellos diríase que ha heredado la serenidad del pensamiento, la elegante sencillez del lenguaje y la precisión de las imágenes.

A otra maestra muéstrase asimismo agradecido: á la *Poesía popular*, la cual dice ser «la expresión más sublime, por su espontánea ingenuidad, del sentimiento en todos los tiempos y en todos los países.»

Durante su vida ha asistido pocas veces al teatro, y no obstante está al corriente como pocos del movimiento escénico literario y lírico. Apenas tampoco si en su vida ha puesto los pies en un café. En cambio idolatra el mar y las montañas, y los animales y las plantas forman su pasatiempo más grato, y no del todo estéril, como claramente lo revelan sus versos y dibujos.

Es un gran amigo de sus amigos; pero de sus íntimos, de los viejos, pues gusta poco de amistades nuevas, y las presentaciones le ponen nervioso. Como Emilio Augier, podría escribir en la puerta de su casa: «*Ceux qui viennent me voir me font honneur: ceux qui ne viennent pas me font plaisir.*»

Pese á su vida retirada, no conoce el fastidio: en sus libros, antigüedades y objetos de arte, de que su casa está atestada; hasta en las plantas de su jardín y de sus macetas, siempre cuidadas con mimo, encuentra una sociedad, una buena compañía que no le cansa nunca.

¡Y qué extraña manera de trabajar la suya! Aplicado y puntual, encuentra siempre la hora buena para dar cima á sus compromisos con sus editores ó para satisfacer los requerimientos estimulantes de su espíritu. ¡Cuántas veces coge el lápiz de repente para trazar en pocos momentos una de sus chispeantes caricaturas, que se le ha ocurrido, ni él mismo sabe cómo, entre la lectura de dos Lamentaciones de Jeremías ó de dos Diálogos de Platón!..

Y ese enamorado de lo viejo, cuyos ojos se encandilan ante un manuscrito de la Edad Media ó una lamparilla romana ó un azulejo árabe, es un moderno en toda la extensión de la palabra, y aun más que un moderno, pues si algo siente es haber nacido tan presto, no serle dable vivir en los tiempos venideros; por eso se irrita ante las rancias rutinas y las injusticias que aún manchan nuestro siglo, y muéstrase fervoroso creyente de todas las doctrinas nuevas que tienden á ensanchar el campo de las libertades humanas.

A esta especial manera de sentir, se debe que escribiendo sus versos en catalán, por ser el uso de su materno lenguaje el medio más directo y adecuado de traducir con fidelidad sus inspiraciones, no es ni puede ser *catalanista*, tal como ahora se entiende esta palabra. Otros lo serían siquiera por despecho; pues sus hermosos versos, que han sido traducidos en Alemania, Suecia, Italia, Francia y en la mayor parte de las Repúblicas Sudamericanas, son poco menos que desconocidos en el resto de España; pero Apeles Mestres no obra nunca por pasión malsana, guiándose en todos los casos por sus arraigadas convicciones.

Mas sin ser ni llamarse catalanista, á nadie cede en su amor á la tierra catalana. Acostumbrado á viajar desde muy joven, ama á Cataluña como se ama á la casa donde se ha nacido, con el más entrañable y puro de los afectos; pero

ama también á España, Francia, Italia y Grecia, pues siente correr en ellas la misma sangre latina que hierve en sus propias venas, y sobre todo ama al mundo, por ser la patria de la humanidad, á la cual desea ver fraternalmente unida, libre de preocupaciones añejas, de antagonismos irracionales y exenta por completo de odios y rencores.

Dibujo de Apeles Mestres, para las novelas clásicas españolas

Con lo dicho se comprenderá que ese solitario que quizás por temperamento ó tal vez por sus padecimientos físicos vive completamente apartado del mundo, esa *figura de retablo gótico*, como con feliz expresión le llama Pompeyo Gener, sea y haya sido siempre por sus ideas, por sus sentimientos y por sus gustos, un verdadero revolucionario.

Respecto á sus creencias, aquí va un rasgo, con el cual pondré punto final á este rápido bosquejo. Apeles Mestres dice que ama á Dios «porque ha hecho las mujeres y las flores.»

J. Roca y Roca.



Dibujo de Apeles Mestres para las novelas clásicas españolas

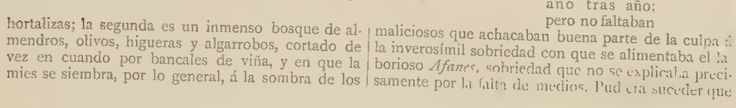
TIPOS LEVANTINOS

«AFANES»

A los que se guíen tan sólo por los nombres que llevan las cosas, extrañará sin duda la afirmación de que en nada se parecen la Huerta valenciana y la lucentina. La primera es rigurosamente huerta... de



Cabecera para un Diccionario, dibujo de Apeles Mestre



hortalizas; la segunda es un inmenso bosque de almendros, olivos, higueras y algarrobos, cortado de vez en cuando por bancales de viña, y en que la mies se siembra, por lo general, á la sombra de los árboles. Añádanse á estas diferencias la del agua, abundante en la llanura valentina, escasa en la otra hasta el punto de faltar, á menudo, para beber, y fácilmente se deducirá que en nada se parecen las dos huertas. Pues de igual modo puede decirse que en nada se parecen los huertanos de una y otra región. El lucentino es un ser muy complejo, en quien suelen juntarse aptitudes y funciones muy variadas, mitad labrador y mitad marinero las más de las veces, dotado de asombrosa movilidad que tan pronto lo tiene pegago á su terruño como sudando la gota



Dibujo de Apeles Mestres para las novelas clásicas españolas

gorda en los campos argelinos ó en las mesetas castellanas.

No quiere esto decir que falten ejemplares caracterizados de una especie determinada, bien definida y sin mezcla. El tipo genuino del labrador enamorado de la tierra, codicioso de trabajo y ganancia, idólatra del riego y de la propiedad, suele presentarse con gran pureza á los ojos del observador; y precisamente de uno de ellos quisiera hoy hablarte, lector querido, aunque sólo sea para que, comparándolo con otros que tú conoces, admires la variedad riquísima de ejemplares humanos que cría nuestra tierra.

Comenzaré diciendo que el tío *Afanes* – jamás se puso apodo tan cierto – era un hombrecillo de menos que mediana estatura, nervioso, seco y duro como un roble, chupado de cara y tan tostado de piel, que muy á duras penas se le podía clasificar de primera intención como perteneciente á la raza blanca. La magrura excesiva y el color obscurísimo del tío *Afanes*, atribuíanlos por lo general sus convecinos al trabajo incansable en que, desde mozo, consumió aquél sus fuerzas, y á los muchos soles que le habían caído sobre el cuerpo en pleno campo, año tras año; pero no faltaban maliciosos que achacaban buena parte de la culpa á la inverosímil sobriedad con que se alimentaba el laborioso *Afanes*, sobriedad que no se explicaba precisamente por la falta de medios. Pudiera suceder que en este punto la malicia abultase mucho la realidad de las cosas, por ser la sobriedad virtud – ó por lo



Dibujo de Apeles Mestres para la obra *Últimos días de Pompeya*

menos, hábito – muy frecuente y aun característica en los huertanos, sobre todo si se les compara con los labradores de otras tierras; mas como también es posible que acertara, dejaremos para más adelante la investigación concienzuda de este punto, sin decidirlo por ahora.

Lo que ha de darse por enteramente averiguado es que el tío *Afanes* comenzó á trabajar desde niño; y como en aquel entonces no estaba la huerta tan roturada y plantada como hoy día, el instinto profesional que ya se revelaba en el muchacho lo llevó á buscar en otras regiones pasto á su inquieta y celosa actividad. Educóse, pues, el tío *Afanes* en las labores campestres bajo cielos distintos de los de su tierra. Sirviendo á un acaudalado propietario de viñas, estuvo en Jerez, ejercitándose en el cultivo de la rica uva que da luego el oloroso y reconfortante zumo celebrado del mundo entero. Fueron estos los mejores y más regalados años del tío *Afanes*. Comió bien, aprendió mucho y vió cosas jamás soñadas por los huertanos lucentinos; y como ya brotaban en el espíritu de nuestro mozo las sanas tendencias del ahorro, trájose para casa algunos cuartejos con que proveer á nuevas cargas domésticas con que ya empezaba á soñar.

Pero nada hay más relativo que la riqueza; y la



Dibujo de Apeles Mestres para los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós

despierta actividad de *Afanes* no era de las que se duermen sobre los laureles precoces, de escasa vida casi siempre, y muy en particular cuando nacen en el huerto de los pobres, que no tienen más defensa contra el hambre que el trabajo asiduo. Entró *Afanes* en el gremio de San Marcos con gran facilidad, no obstante la fama de genio agrio y duro que empezaba á formarse alrededor de su nombre; y á poco volvió á expatriarse, aunque de muy diferente modo que la primera vez. Comenzó por alistarse en las cuadrillas de jornaleros que anualmente salían para la Mancha superior, la Alcarria y Castilla la Vieja, con objeto de trabajar en la siega y en otras labores del campo, en calidad de simple peón, y no tardó en señalarse como uno de los más celosos y asiduos en la faena propia, así como de los más intransigentes para las flaquezas de la ajena. La fuerte solidaridad y la indispensable condición de honradez en las relaciones del trabajo que distinguen á esas compañías de braceros, le llevaban á ser tan caritativo con los que sin culpa se inutizaban, como rígido con los que maliciosamente eludían la carga. Más subordinado respecto de los caporales no lo hubo nunca, ni más celoso tampoco del mantenimiento de la disciplina social. Su voto en las deliberaciones iba siempre á favor de las opiniones ordenancistas. Su divisa era que quien quiere comer ha de trabajar, y odiaba con todas sus fuerzas á los holgazanes. Sufrido, callado, dispuesto siempre á la faena, estaba seguro de hallar todos los años contrata ventajosa con que le solicitaban los mayorales. Jamás se le vió armar pendencia ni excederse en la bebida, que no probaba más que á las horas de comer. Como muchos genios vivos y arrebatados, no era camorrista, aunque contestaba duramente cuando se le provocaba. Su deseo más vivo era que le dejasen trabajar, que no le perturbaran en sus ocupaciones. Indiferente al sol ardoroso de las tierras castellanas, veíasele avanzar con paso seguro, invariable, por los campos de mieses, moviendo la reluciente hoz que iba segando manojos y manojos de espigas. Bajo el ancho sombrerón de palma que brillaba con dorado tan vivo como el de las espigas, desaparecía casi el reducido cuerpo del segador, encorvado, humeante, regado constantemente por el sudor que caía en chorros sobre los surcos; y el tostado rostro, los brazos denegridos, resaltaban aún más su nota obscura entre el blanco de la camisa y el amarillo de los trigos y cebadas. Cuando terminaba el trabajo y llegaba la hora de la comida, *Afanes* distinguíase también por sus conocimientos culinarios, recogidos en la época jerezana; y entre bocado y bocado, si le acompañaba el humor, entretenía á los compañeros con cuentos que sabía referir con especial gracia. Merced á todas estas buenas cualidades, olvidábanse ó se le perdonaban á *Afanes* ciertos defectillos que de día en día se le iban acentuando, relacionados todos ellos con la escasa espontaneidad que revelaba en convidar á los amigos ó excederse en gastos superfluos de taberna y otras diversiones.



Cabecera para un Diccionario, dibujo de Apeles Mestres

Dibujo de ornamentación

Durante varios años siguió haciendo igual vida, emigrando periódicamente de la tierra, consumiéndose en aquel duro trabajo de labriego pobre, cada vez más ajeno á todas las demás cosas del mundo y más seco, acecinado y sobrio. No dejó las llanuras manchegas y castellanas sino para trasladarse á los abrasadísimos campos de la Argelia, buscando mayor provecho. La demanda de segadores era entonces grande; y de Alicante, Murcia y Almería pasaban el mar continuamente numerosos grupos de braceros, que iban dejando en la costa africana amplio sedimento de población colonizadora española. *Afanes* nunca pensó en quedarse por allá: era de los que volvían, terminadas la labores, después de haberle sacado jugo á la tierra argelina, soñando siempre con trocar aquellos esfuerzos por un trozo de huerta levantina en que mandar y de que disponer á sus anchas. Con este halagador propósito, *Afanes* multiplicaba su actividad, exageraba el trabajo y las privaciones, no retrocedía ante las más duras y horripilantes tareas. Recorrió toda la región oranesa, llegó á los límites del desierto, abrasó sus pies en la arena estéril y su cabeza en el sol implacable, que parecía irle chupando los músculos, acartonándoselos cada vez más, y renegriéndole la piel, arrugada y vellosa. Cuando volvía de allá con su sombrero de palma, sin afeitar el rostro, despechugado, arrastrando alpargatas de tomiza, en la mano la nudosa cayada y atravesada en la faja la hoz medio consumida de tanto uso, parecía un escapado de las cabilas marroquíes, pronto á caer de rodillas en el polvo blanco de la carretera, para rezar sus oraciones musulmanas vuelto hacia Oriente.

Y sucedió que con tanta privación sufrida y tan dura experiencia de lo que cuesta ganar los ochavos para conseguir la apetecida propiedad, fueron cre-



Dibujo de ornamentación, por Apeles Mestres

ciendo en él los primitivos instintos de ahorro y exagerando la sobriedad y miseria de la vida; al paso que el antiguo principio económico de la necesaria correspondencia entre el trabajo y el derecho á la alimentación, tomaba en él caracteres de dogma inflexible, cuyas consecuencias domésticas llegaron á ser insoportables.

Bien se vió así en cuanto *Afanes* convirtió su vida al tipo sedentario. Compró una casucha de mala muerte, próxima á la montaña, y tres tahullas de tierra con algunos almendros y algarrobos, todo ello muy descuidado y falto de cultivo. Pero *Afanes*, que era la diligencia y la habilidad suma, en poco tiempo mejoró casa y campo. Cavó profundamente la tierra, la abonó lo más que pudo, limpió de leña los árboles, injertó varios que eran de mediana calidad y preparó su sementera de cebada, que prometía ser excelente. Como la tierra no era mucha y el tiempo daba para todo, *Afanes* buscó jornal en la Huerta; y su celo y destreza conocidos le procuraron en todas partes labor. Aunque no la hubiese en el campo, no holgaba nuestro héroe. Dedicábase entonces á fabricar cordelillo y soga de esparto, que ora vendía, ora trocaba por pan y otras especies en el mesón ó en la tienda de ultramarinos. Pero lo curioso era la atribución que él hacía de estas ganancias. Individualizándolas con un egoísmo feroz, si eran de dinero, las guardaba en su arca; si eran de materias alimenticias, las utilizaba para sí propio. Según sus principios económicos, la mujer tenía obligación de ganarse la comida, no mediante la ayuda que suponen las faenas domésticas, sino por trabajo que se resolviera en producto cambiable. Y eran de ver los apuros de la pobre aldeana que, levantándose al amanecer para picar el esparto, no tenía punto de reposo si quería comer todos los días pan blando (de cebada casi siempre) y salazón vieja. Verdad es que *Afanes* daba ejemplo de sobriedad. Desayunábase, aunque no todos los días, ni mucho menos, con una taza de café ó de algo que llevaba ese nombre. A las doce tomaba una cebolla y un tomate, ó un pedazo de bonito, con media libra de pan y unos tragos del vino de la tierra. Por la noche hacía un simulacro



Dibujo de Apeles Mestres para la obra *Últimos días de Pompeya*

de comida formal, con algo de arroz ó unas sopas de ajo. La carne jamás entraba en aquella casa; los huevos que daba el corral se vendían á los pudientes, y el pescado sólo se probaba cuando iba á precio ínfimo, ó cuando era producto de la industria de *Afanes*, que también de vez en cuando se entretenía en echar la caña ó el sedal en la costa mediterránea, en busca del sabroso salmonete, de la dorada ó la lisa.

Conviene decir que jamás hizo *Afanes* declaración expresa de sus principios económicos; pero usaba de un ingenioso procedimiento que infaliblemente daba el mismo resultado. Siempre que entregaba á su mujer dinero para compras, hacíalo en cantidad tan tasada que sólo podía servir para las necesidades de una persona. Y subrayando la acción decía:

– Cómprame tal ó cual cosa.

Nunca dijo:

– Compra.

Y aunque también es cierto que no hizo á su mujer intimación alguna para que se las buscase por su cuenta, la consecuencia de aquellos hechos y palabras era tan lógica é irremediable, que no hacía falta explicarla.

En este divorcio económico vivieron algunos años, sin tener hijos, por fortuna. Al cabo, la mujer, consumida por el excesivo trabajo y las muchas privaciones, se murió.

Afligióse el viudo, como era natural y exigido por las conveniencias sociales; pero al día siguiente se presentó en casa del cura con ánimo de preparar nuevo enlace.

Quedóse el padre de almas asombrado de tamaña frescura.

Aunque el cura ya era viejo y estaba habituado al cálculo y la frialdad con que los huertanos tratan casi siempre los asuntos que en el mundo burgués se llaman «amorosos,» parecióle aquello el colmo de la desaprensión.

– ¡Pero hombre, tienes alma para pensar en casarte al día siguiente de morir tu mujer!

– Hágase cargo, señor cura, contestó *Afanes*, que un hombre solo no puede gobernarse bien... Yo no tengo familia... ¿Quién cocinará en mi casa y me compondrá la ropa?

– Ya me hago cargo; pero no veo que corra tanta prisa. Tú tienes primos, con quienes podrías arreglarte por de pronto.

– No me gusta molestar, señor cura. Cada cual tiene sus costumbres, yo no puedo gastar mucho, y á saber, en casa ajena, lo que tiene uno que sacar para que no digan...

Comprendió el cura que *Afanes* venía bien decidido y que no era posible convencerle.

– Entonces, ¿qué? ¿Vienes á pedirme consejo, á que te busque novia?, preguntó echando á broma el caso.

– No, señor, dijo *Afanes*. La tengo buscada ya.

Y así era en efecto.

La nueva mujer tuvo pronto hijos, y pareció que *Afanes* se dulcificaba un poco en sus rigores administrativos. Pero la enmienda fué de breve duración. La natural sordidez del labrador se impuso á todo otro sentimiento, y las cosas volvieron á su antiguo régimen. Los retoños se criaron á la buena de Dios, y *Afanes* no dió otra señal de los ahorros que su gran economía debía producir, que la compra de dos tahullas más, contiguas á la casa. Hizo de ellas huerta de patatas, habas, tomates, judías, calabazas y melones, según la estación; y celoso de su cosecha, después de pasarse el día trabajando, velaba por las noches, con la escopeta al brazo, ó se tendía sobre un margen, al lado de las plantas, atento al menor ruido.

Cualquiera otro se hubiera muerto á los pocos meses; pero el tío *Afanes* era duro como una roca. Ni mojaduras, ni relentes, ni vigilias, ni sordideces en la alimentación podían con él. No así con los que le rodeaban. Quedóse viudo de nuevo y con dos hijos, ambos varones, el mayor de los cuales ya le ayudaba en el trabajo, no obstante ser todavía un niño. Por tercera vez casóse *Afanes*; y aunque se le presentaron unos dolores de reuma que le hacían sufrir mucho algunas temporadas, y los años le encorvaron el cuerpo, cada día más enjuto y requemado, no se dió por vencido; y sus tierras siguieron siendo envidia de todo el vecindario por la pulcritud del cultivo y el rendimiento de los frutos. De sistema alimenticio no cambió, por más que la vejez pidiera mejores cuidados. Parecía más bien que se le aumentaba la sobriedad de día en día.

Cierta noche lo hallaron muerto junto al melonar. Lo levantó en alto uno de los vecinos. Pesaba menos que un pájaro. En el arca encontráronle un saquito con onzas y duros.

RAFAEL ALTAMIRA.

TU RETRATO

No creas, no, que todavía lo conservo; una vez más he de serte franco: ¡lo he roto!

Pero no hagas un mohín de disgusto - tú siempre has sido algo vanidosilla – y escucha:

Hace unas cuantas noches, una de esas en que la niebla moja el suelo y en que la población parece envuelta en heladas nubes, parduscas y tristonas, resolví abandonar el teatro y la tertulia y quedarme en mi despacho, si no muy confortable, más templado que el exterior ambiente, á juzgar por el vaho que empañaba los cristales del balcón. Así como así, quehacer no me faltaba y me puse á emborronar papeles.

Pronto sentí el cosquilleo del frío; mis manos casi heladas apenas si podían sostener la pluma entre sus dedos; y sin embargo, mi frente, próxima á la lámpara que al tiempo que alumbraba iba irradiando calor extraordinario, no parecía sino que estaba ardiendo.

Una taza de buen café muy caliente y un par de copitas de un ron no menos bueno que el café, hiciéronme creer que me calentaban, y para completar la reacción, comencé á dar paseos por el despacho.

Me sentía mejor; decididamente aquel *cognac* era un gran remedio contra el frío. Bebí nuevamente y continué paseando con mayor rapidez.

De pronto, mis ojos de miope se fijaron maquinalmente en la esterilla japonesa que entre sus finas cañas sostiene unos retratos. Todos eran de amigos; instintivamente me fijé en uno, apenas si mi vista lo distinguía bien; te confieso que de quien menos me acordaba era de ti; me acerqué más á él y lo desprendí de la esterilla. Entonces me enteré de que era el tuyo.

Quité á la lámpara la pantalla verdosa que obscurecía la habitación, y ya con mi cartulina - porque era *mía* – en la mano, continué los paseos.

¡Qué hermosa estabas! Tus cabellos negros como alas de cuervo, orlaban el óvalo de tu rostro con sus rizosas ondulaciones, tapando en parte tus orejas diminutas. Los hoyuelos de tu barba y tus mejillas marcábanse tentadores en el gracioso gesto de aquella cara que parecía sonreir, plegando dulcemente los labios de coral que dejaban ver perlas finísimas. La nariz griega, irreprochable, se me antojó que se movía en su base con el acompasado movimiento de una anhelante respiración. Los ojos, aquellos ojos, rasgados y grandes, orlados por un débil círculo acardenalado que hacía aún más resaltar su fulgor bajo las cejas finísimas, me miraban. Tu frente tersa se contraía, y aquel conjunto todo, de nieve y rosa, se animaba... ¡Después de tanto tiempo volvía á verte como tantas veces te había visto!

Volví el retrato. Dos rengloncitos de menuda y engarabatada letra se destacaban de la cartulina.

¿Qué decían?.. ¿Te acuerdas tú de ellos acaso?.. Leí: «*En prenda de amor eterno la que siempre será tuya.*»

Entonces no sé qué extraña excitación se apoderó de mí. «¡Mentiste!,» exclamé, rompí el retrato y lo arrojé á la chimenea.

Ya estás enterada, si algún día me pides tu retrato, por qué no puedo devolvértelo.

Lo diste «en prenda;» tú has sido la primera que lo ha roto.

P. GÓMEZ CANDELA.

GUERRA ANGLO-BOER

El día 24 de abril los boers levantaron el sitio de Wepener, y esto que pudiera parecer un triunfo de los ingleses, resulta por el contrario un fracaso de los planes del general Roberts. En efecto, el generalísimo inglés, al enviar contra los sitiadores de aquella población cuatro fuertes columnas con un total de 40.000 hombres, se proponía algo más que obligar al enemigo á levantar aquel cerco; el movimiento envolvente dispuesto contra los boers tenía por objeto copar las fuerzas de éstos, cosa que no ha podido lograr, pues los boers consiguieron retirarse oportunamente y no tardaron en encontrarse completamente seguros en el camino de Ladybrand.

En Inglaterra ha causado esto penosa impresión; una parte de la prensa censura enérgicamente á lord Roberts y á su jefe de Estado Mayor lord Kitchener por el poco acierto que de algún tiempo á esta parte preside en sus operaciones, y el pueblo inglés en general comienza á impacientarse al ver que pasan días y semanas y meses sin que aquellos generales emprendan aquel movimiento de avance, anunciado poco menos que á son de bombo y platillos, que en un mes, á partir de la toma de Bloemfontein (13 de marzo), había de poner en manos de los ingleses la ciudad de Pretoria, según solemnemente anunció el generalísimo en el primer banquete celebrado en la capital de Orange. Pero ¡cuán cierto es que el que no se consuela es porque no quiere! Decimos esto, porque recientemente ha manifestado en la Cámara de los Comunes el secretario parlamentario del *War Office* que la inacción de lord Roberts en Bloemfontein no se debe á la falta de caballos ni de material de ferrocarriles, sino á que ha tenido que recuperar y reparar las vías férreas, trasladar sus bases desde el Cabo á aquella capital y combatir á los destacamentos enemigos que amenazaban sus comunicaciones. La explicación podrá ser todo lo lógica que se quiera; pero más elocuente que todas las explicaciones son los hechos, y los hechos nos dicen que hace cerca de dos meses que el general Roberts no ha llevado á cabo operación alguna que permita siquiera esperar en breve plazo la realización de lo que en el primer momento consideró como tarea de pocas semanas. Otra explicación dice que la inacción del generalísimo es debida á las lluvias, y á esto ha contestado muy oportunamente un periódico alemán en los términos siguientes:

«Si en el terreno poco accidentado que rodea á Bloemfontein los ingleses son tan sensibles á la humedad y al frío, ¿qué les pasará en la abrupta región montañosa que deben cruzar en su marcha á Pretoria? Si dos ó tres días de lluvia han bastado para imposibilitar los aprovisionamientos á las fuerzas británicas en el centro del Estado de Orange, ¿qué no ocurrirá cuando hayan penetrado en el interior y tengan que conservar las comunicaciones y aprovisionar á muchos millares de hombres?»

En la noche del 24 al 25 se produjo una gran explosión en la fábrica Begby y C.ª, de Johannesburgo, que se utilizaba como fábrica de armas bajo la dirección de un ingeniero alemán, habiendo resultado hasta ahora 65 muertos y gran número de heridos. Desde el primer momento sospecharon las autoridades transvaalenses que la catástrofe había sido intencionada, y efectivamente, el informe emitido por los ingenieros nombrados por el gobierno ha demostrado, según parece, que la explosión fué provocada mediante un hilo metálico puesto en comunicación con los alambres del alumbrado eléctrico de la ciudad. A consecuencia de esto se han decretado varias prisiones, entre ellas la de Mr. Begby, propietario de la fábrica; además las autoridades prohibieron en los primeros momentos la circulación de trenes con dirección á Lorenzo Marqués para impedir la fuga de personas sospechosas.

Los generales ingleses continúan adoptando medidas de violencia contra los orangistas. El general Pole Carews ha dispuesto que se confisquen los caballos en todas las granjas en que no haya hombres, á menos que se pruebe que la ausencia de éstos está legítimamente motivada; además, en vista de que muchos boers que habían prestado juramento de sumisión á Inglaterra han vuelto á tomar las armas, ha ordenado que todos los orangistas que han estado ausentes de sus granjas durante los últimos acontecimientos serán tratados como prisioneros de guerra si no entregan una cantidad razonable de fusiles Mauser y municiones.

El ingeniero M. León, representante en el Transvaal de la fábrica del Creusot, ha llegado hace pocos días á Marsella, convaleciente de una herida que recibió el día 12 de enero, mientras dirigía el bombardeo de Kimberley. Dicho señor, en una conversación particular sostenida con un periodista ha dicho, entre otras cosas, que el Creusot ha hecho últimamente á los boers considerables entregas de material de guerra; que los boers son unos artilleros admirables, dotados de gran destreza en el tiro de toda clase de armas, lo cual explica las considerables bajas que causan en el ejército inglés; y que gracias á su prudente manera de combatir, no tomando la ofensiva ni dando nunca el asalto, sus pérdidas no pasan de 6.000 hombres, entre ellos 600 muertos.

Según los últimos informes, el número de las fuerzas boers, que los ingleses hacían ascender á 80 ó 100.000 hombres, es de 30.950, distribuídos del siguiente modo: 13.000 en Kroonstad, á las órdenes de Botha; 10.000 en el Natal, al mando de Lucas Meyer; 6.000 en Fourteen-Streams, mandados por Delarey; 700 en Mafeking, á las órdenes de Snyman; 1.000 en Pretoria y 250 enviados para interceptar el paso á la columna de Carrington, la que marchó á Rhodesia atravesando las posesiones portuguesas. Su artillería ha aumentado con siete cañones recientemente llegados á Pretoria y que se supone fueron desembarcados en la bahía de Kosi y transportados al través de Swazielandia.

Terminaremos la presente crónica copiando algunas consideraciones del importante periódico londinense *The Economist* que han sido muy comentadas



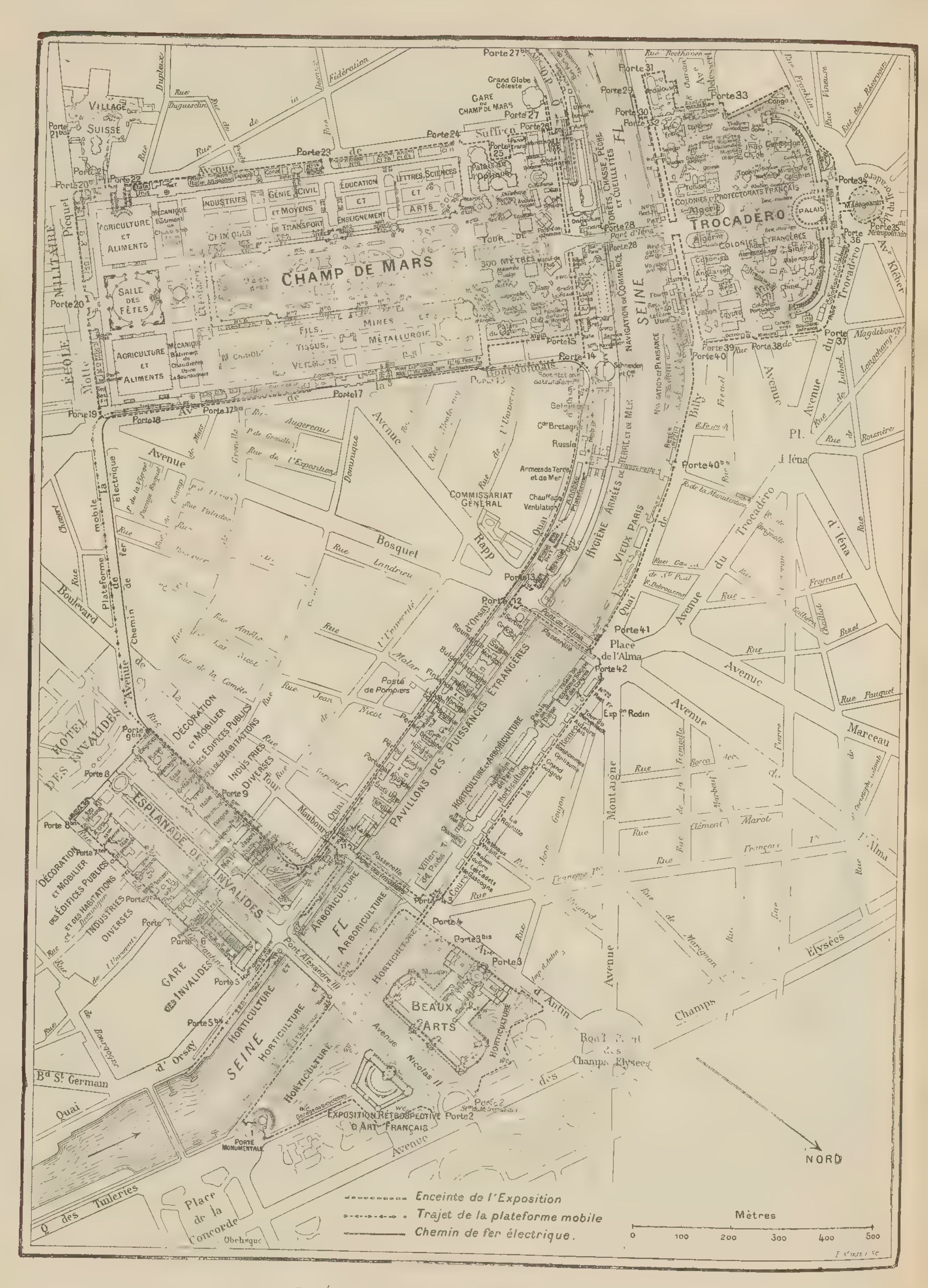
GUERRA ANGLO-BOER. – El cañón «Long Tom» delante de Mafeking (de fotografía)

GUERRA ANGLO-BOER. – Comandantes del Estado libre de Orange.

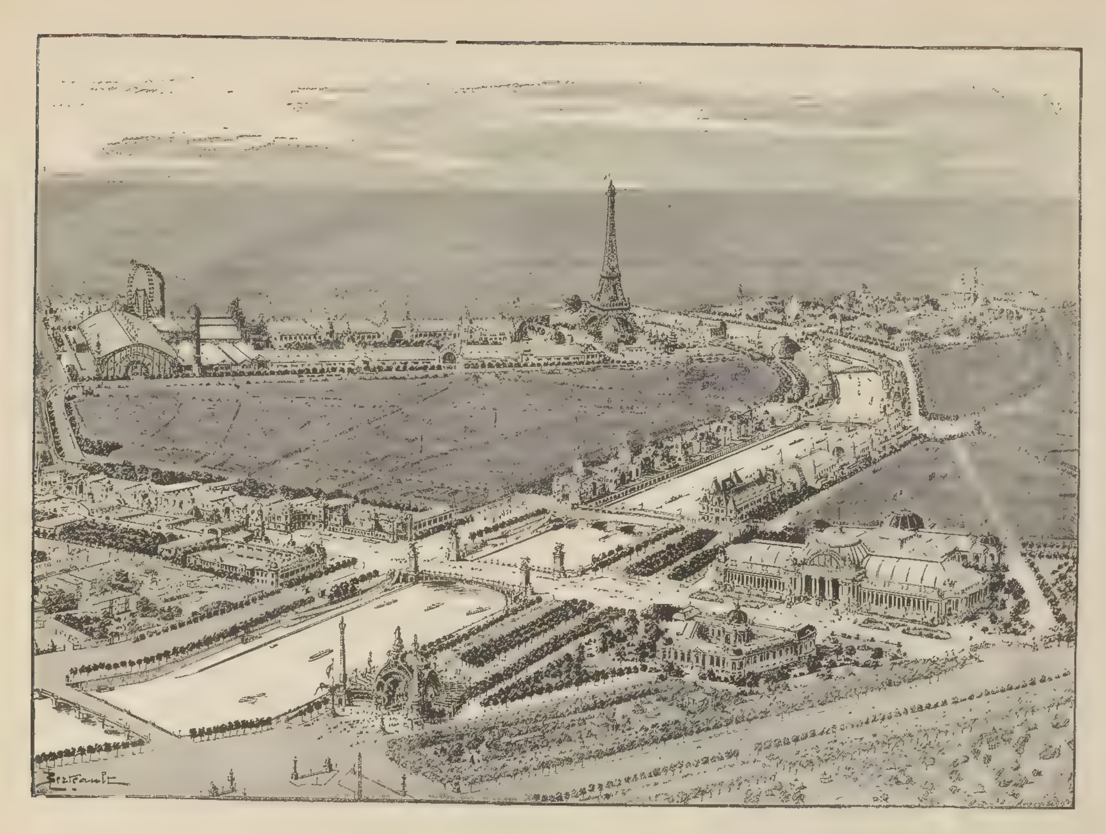
Primera fila (empezando por arriba). – Dickinson, Snawpoel, Steenkamp, Ferreira, Fick, Potgieter, Wessells, Du Toit, Van der Merve.

Segunda fila. – Mayor Albrecht, Du Plessis, Nell, Presidente Steijn, Olivier, Prinsloo, De Villiers.

Tercera fila. – Prinsloo, Van Zyl, Du Plooy, Lubbe, Naudi. (De fotografía de Deale, de Bloemfontein)



PARÍS. – Plano general de la Exposición Universal



PARÍS. – La Exposición Universal á vista de pájaro



PARÍS. – Inauguración de la Exposición Universal.
El Presidente de la República M. Loubet declarando abierta la Exposición, en el Salón de Fiestas,
dibujo tomado de una fotografía

y que de fijo sabrán á hiel á los jefes y generales ingleses. Dice el citado periódico ocupándose de los desastres del ejército de la Gran Bretaña:

«Hemos sido derrotados porque los oficiales superiores están mal elegidos, porque la disciplina aplicada á los generales carece de firmeza y porque los encargados del mando carecen de resolución. Es evidente, por ejemplo, que la evacuación de Spionkop debióse á que los oficiales superiores no han sabido moverse con oportunidad.»

El Economista no acusa á los generales, pero sí el sistema con que son reclutados, censurando que sean elegidos entre los hombres de mundo, en vez de buscarlos en los campos de batalla. – A.



El célebre pintor húngaro Miguel Munkacsy, recientemente fallecido

NUESTROS GRABADOS

Miguel Munkacsy. – Este célebre pintor húngaro, que trocó su apellido Lieb por el nombre de su villa natal, nació en 1846 en Munkacs y fué en sus mocedades ebanista. Trabajaba en su oficio en la ciudad de Gyula, cuando un pintor retratista trashumante le dió las primeras lecciones de dibujo; pero Munkacsy vióse muy pronto reducido á sus propias iniciativas, y él solo perfeccionó sus conocimientos dibujando y pintando retratos y cuadros de género de la vida popular. En 1863 fué á Viena y entró como alumno en la Academia de Bellas Artes, pero la falta de recursos le obligó al año siguiente á regresar á Pest. Al cabo de muy poco tiempo pasó á Munich, entrando en el taller del pintor de batallas Julio Adam, y en 1868, después de haber ganado tres primeros premios en diferentes concursos, pudo establecerse en Dusseldorf, en donde pintó varios retratos y cuadros, uno de los cuales, *El último día de un condenado á muerte*, le conquistó grande y merecida fama. En 1872 trasladóse á París, en donde su celebridad fué cada día en aumento: los cuadros suyos de aquella época se distinguen por el vigor y la amplitud de la composición del dibujo y del colorido, si bien pecan de algo tenebrosos, sobre todo los que se refieren á asuntos de la vida del pueblo húngaro. En 1876 comenzó á pintar escenas de los salones parisienses, empleando ya un colorido más brillante, unos tonos más alegres y más claros y mostrándose un tanto impresionista en la manera de dibujar y de pintar. En 1877 acometió el género histórico con su importante cuadro *Milton dictando á sus hijas el «Paraíso perdido,»* que le valió la medalla de honor en el Salón de París de 1878. Pero su obra maestra es indudablemente el cuadro *Cristo ante Pilatos*, que pintó en 1882 y vendió en 120.000 dollars y que es uno de los cuadros modernos más universalmente conocidos. Otros de sus lienzos más notables son: el que pintó en 1886, *Los últimos momentos de Mozart*, por el que cobró 50.000 dollars; *Una huelga*, que terminó en 1895; *Ecce Homo* y *La Madre de Jesús*. Es autor además de multitud de hermosos retratos, entre los cuales sobresalen los del cardenal Haynald y del compositor Listz. El emperador de Austria le había otorgado un título nobiliario, en recompensa á sus relevantes méritos, y entre las muchas distinciones que sus talentos le conquistaran figuraba la gran medalla de oro de la Exposición de Berlín. Hace dos años, á poco de terminar el cuadro citado *La Madre de Jesús*, Munkacsy hubo de ser recluído en una casa de salud de Bonn, en donde ha fallecido hace pocos días.

Un domingo de primavera en Venecia. – Venecia es indudablemente una de las ciudades más encantadoras del mundo, no sólo por las sensaciones y los recuerdos que la contemplación de sus maravillas artísticas é históricas despierta, sino principalmente por el ambiente de poesía que se respira bajo aquel límpido firmamento, en aquel aire tibio y entre aquellas mujeres de singular belleza. Y cuando la ciudad de las lagunas se ostenta con todas las galas de la primavera, cuando en el agua que la envuelve se refleja el azul intenso de aquel cielo sin par y cuando en la plaza de San Marcos ó en la *Riva degli Schiavoni* llenas de flores se reunen las venecianas de rasgados ojos, negra cabellera, esbelto talle y airosos movimientos, el espectáculo que entonces ofrece la llamada Perla del Adriático es de los que más honda emoción estética producen. Así se explica que los artistas de todo el mundo acudan allí en busca de inspiración para sus cuadros, porque en pocos lugares como en aquél encontrarán tantas notas de luz y de color, tantos y tan hermosos modelos vivientes, tan admirable consorcio entre la naturaleza y el arte. El célebre pintor italiano Dante Paoletti en el cuadro que reproducimos ha escogido uno de estos momentos en que Venecia se muestra en todo su esplendor, y preciso es reconocer que su bellísima composición, notable desde el punto de vista técnico, da idea perfecta del espectáculo que hemos bosquejado y que plumas más au[illegible]izadas han descrito mil veces.

Exposición de París.— El plano general de la Exposición y el grabado que reproduce ésta á vista de pájaro permiten formarse concepto acabado de la grandiosidad de esa hermosa manifestación del progreso con que Francia ha querido cerrar el siglo XIX. Las crónicas de nuestro colaborador Sr. Enseñat constituyen la mejor explicación del citado plano, en el cual fácilmente podrán seguir nuestros lectores el trabajo descriptivo que en aquéllas se contiene. Por esto omitimos describir las distintas partes que constituyen la Exposición, que, por otra parte, están minuciosamente indicadas en el plano.

Con estos dos grabados damos también el que reproduce la ceremonia oficial de la inauguración, celebrada en el gran Salón de Fiestas, que ha sido considerado como el más importante y más bello de los edificios que en la Exposición se admiran, así por sus extraordinarias dimensiones, como por la armonía de sus proporciones y líneas y la elegancia y arte de su decorado.

La feria de Sevilla.—De todas las fiestas que en España se celebran, es sin disputa la más renombrada la feria de Sevilla. Con motivo de ella acude á la hermosa capital andaluza multitud de forasteros, lo mismo del resto de España que del extranjero, que durante estos días primaverales van allí á disfrutar de los encantos de aquella naturaleza espléndida y de los festejos que los sevillanos en su honor disponen. En la imposibilidad de describir lo que es la feria, pues la índole de esta sección no lo consiente, nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores sobre las notables fotografías del señor Almela que reproducen las principales vistas del mercado de ganados y algunas de las instalaciones que en el real de la feria se levantan.

Alfonso Milne-Edwards.—Este eminente naturalista, cuya muerte recientemente acaecida constituye una inmensa pérdida para la ciencia francesa, había nacido en París en 1835. En 1860 era doctor en Medicina y en 1861 doctor en Ciencias; en 1862 entró como ayudante en el Museo de Historia Natural y en 1864 fué nombrado profesor agregado primero y titular poco después de la Escuela superior de Farmacia, en donde enseñó por espacio de cinco años. Fundada la Escuela de Estudios superiores, después de haber sido auxiliar de su padre encargóse de la dirección de un laboratorio, y en 1874 sucedió á aquél en la cátedra de Zoología (Mamíferos y Aves) del Museo de Historia Natural, que ha desempeñado sin interrupción hasta el momento de su muerte. En 1879 fué elegido miembro del Instituto y en 1885 de la Academia, y en 1892 confiósele la dirección de aquel Museo en donde se había deslizado toda su juventud y por cuya prosperidad habíase interesado tan vivamente, logrando, á pesar de los pocos recursos de que disponía, mantenerlo en una situación próspera y ponerlo á un nivel por lo menos igual al de las instituciones similares del extranjero. Desde 1880 á 1883 dirigió, en unión de otros sabios, importantes exploraciones submarinas en el Mediterráneo y en el Atlántico, cuyos resultados se consignan en la obra monumental, en curso de publicación, *Expeditions scientifiques du «Travailleur» et du «Talisman.»* Son innumerables los libros, folletos, memorias y artículos que publicó sobre materias de las distintas ramas de las ciencias zoológicas; entre ellas merecen citarse especialmente: *Investigaciones anatómicas y paleontológicas para el estudio de las aves en Francia*, *Estudios para la historia de la fauna mammalógica de la China*, y sobre todo sus magistrales *Investigaciones sobre la fauna de las regiones australes*.

Alfonso Milne-Edwards era vicepresidente de la Academia de Ciencias, presidente de la Sociedad de Geografía de París y comendador de la Legión de Honor.



El eminente naturalista Alfonso Milne-Edwards, fallecido en París en 20 de abril último

Alejandro Falguiere.—El notable escultor Falguiere, que hace poco ha fallecido en París, nació en Tolosa en 1831, fué discípulo de Jouffroy y ganó el premio de Roma en 1859, haciendo concebir desde sus primeros pasos en la carrera artística grandes esperanzas que posteriormente se convirtieron en brillantes realidades. En la Exposición universal de 1867 obtuvo una primera medalla y en el salón de 1868 la medalla de honor. En 1882, poco después de nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes, reemplazó en el Instituto á su antiguo maestro. Era comendador de la Legión de Honor desde 1889. Enumerar las obras por él modeladas sería tarea imposible; citaremos sólo las más importantes: *Vencedor en una riña de gallos*, *Ofelia*, *San Vicente de Paúl*, que figura en el Panteón, *La salida de la escuela*, *Diana*, que es una de las esculturas modernas más reproducidas, *Ninfa cazadora*, la tan discutida *Bailarina*, las estatuas de *Lamartine*, *La Rochejaquelin*, *Gambetta*, *Almirante Courbet*, el *cardenal Lavigerie*, los monumentos de *Ambrosio Thomas*, de *Bizet* y el de *Alfonso Daudet*, recientemente inaugurado en Nimes.



El notable escultor francés Alejandro Falguiere, recientemente fallecido en París

Teatros.— Se ha estrenado con buen éxito en el Palais Royal *Les femmes de paille*, vaudeville en tres actos de Pablo Gavault y Marcelo Guillemaud.

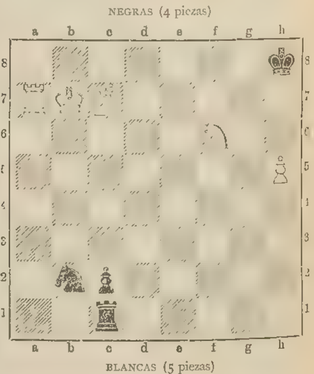
Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *El motete*, entremés en un acto, de los hermanos Sres. Álvarez Quintero con música del maestro Serrano; en Lara *Suegra y tía*, juguete cómico en un acto, primera producción escénica de don José Rivero, y en Romea *Ligerita de cascos*, zarzuela en un acto de D. Sinesio Delgado con música del maestro Torregrossa.

Barcelona. – En el Principal se han representado con aplauso *La escarapela*, drama en tres actos de D. Tomás Maestre, y *¡Pobres hijos!*, drama en tres actos de D. Eusebio Blasco, que se estrenaron durante la temporada última en el teatro Español de Madrid.

AJEDREZ

Problema número 192, por O. Würzburg.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 191, por O. C. Budde.

Blancas.	Negras.
1. Ce8 -f6	1. Cualquiera.
2. D, C ó P mate.	



FERIA DE SEVILLA, de fotografías de Francisco Almela



Puesto ya en el caso de prestarla, su declaración fué hábil...

EL PETARDO

Novela por Juan Tomás Salvany. – Ilustraciones de B. Gili Roig

(continuación)

¡Con qué escrupulosa minuciosidad limpiaba la cocina y los cacharros! ¡Con qué satisfacción y aires de ama de casa daba órdenes á los maestros carpintero y cerrajero para que estuvieran corrientes muebles y cerrajas! ¡Cuán ligera y juguetona corría sobre sus chambras y refajos la caliente plancha y qué sopapos de la misma recibían enaguas y camisolas!

Embobada y sonriente contemplábala la señora Petra, ayudándola, según sus propias facultades, en la ejecución de tan sabrosas é importantísimas tareas.

Aparte las alteraciones inherentes á la boda, todo quedaría en tal estado en aquel dichoso hogar. La casa, que se componía de planta baja y cuarto entresuelo, ofrecía para los tres el suficiente desahogo: el gabinete grande de la sala, ocupado á la sazón por ambas mujeres, sería elevado á la categoría de alcoba nupcial, pasando la señora Petra á ocupar el gabinete pequeño al otro lado de la sala.

María, con las oficialas, seguirían planchando la ropa de sus parroquianos; su madre, que ya frisaba en los sesenta, cuidaría del gobierno de la casa y aun de los retoños que vinieran, y en cuanto á Pepe, por supuesto, continuaría ganando sus cuatro pesetas diarias y componiendo galeradas en la imprenta de *El Burgués*.

En estos preliminares y ocupaciones llegó el 23 de abril, día en que, con el acompañamiento de rúbrica y figurando en él la señora Petra en primer término, fueron nuestros novios á la vicaría á tomarse los dichos, según Dios y la costumbre mandan.

Sucediéronse al expresado los últimos días del mes, días de complicadas y formales disposiciones, de exhibición de ropas y regalos, de visitas de vecinas y vecinos, de preguntas intencionadas é indiscretas, de curiosos y amenos comentarios.

No sólo en la calle de los Obreros, sino en casi todo el barrio, apenas si se hablaba de otra cosa que del próximo enlace del cajista con la planchadora, habiéndose poco menos que dado al olvido, en aquella parte de Cantillana, la temerosa fecha del 1.º de mayo, con su espantable acompañamiento de revueltas y desgracias.

Durante las primeras horas de la última noche de abril, tras la confección de *El Burgués* y de haber salido el último de la imprenta, presentóse Pepe en casa de su prometida, con objeto de ponerse de acuerdo con ésta y su madre para la inmediata ceremonia y de ultimar si algo faltaba.

A la media hora de íntima conversación entre los tres, levantóse el cajista, diciendo:

– Conque mañana, por fin...

María, sin contestar, bajó los ojos al suelo.

– Sí, respondió su madre, mañana, ya es cosa convenida, en saliendo de la parroquia nos vamos todos al café de la Amistad á hacer algo por la vida.

– ¿Cuántos somos?, repuso Pepe.

– No pasaremos, supongo yo, de una docena.

– Corriente, esos son los cubiertos encargados. Después de almorzar, usted, mamá (el cajista daba ya este nombre á la señora Petra), se viene á casa con su amiga la madrina, y María y yo tomamos el tren para el Romeral, donde pasaremos el domingo, ¿no es eso?

– Sí, eso es, murmuró la novia, cada vez más ruborizada.

Notólo Pepe y añadió:

– Vaya, que ustedes descansen; mañana, á las tres en punto, en la parroquia. Buenas noches, mamá; María, hasta mañana.

Y después de abrazar á la señora Petra y de estrechar con efusión la mano de la joven, el cajista se dirigió por última vez á su casa de huéspedes, radiante de felicidad, sin dársele un ardite ni acordarse siquiera de los anarquistas.

Así que hubo salido, madre é hija cayeron una en brazos de otra confundiendo sus sollozos.

– Comprendo tu emoción, es natural, profirió al cabo de un rato la primera; pero no hay más remedio que casarte. ¿Qué sería de ti, sola en el mundo, si llegase á faltar yo? Además, no nos separamos, continuaremos viviendo juntas, y eso debe alejar toda tristeza.

María, sin fuerzas para hablar, hacía con la cabeza signos afirmativos.

– ¿Quieres mucho á Pepe?, repuso su madre.

– Con toda mi alma, contestó al fin la joven.

– ¿Crees en su amor, en su honradez y su bondad acrisoladas?

– Casi tanto como en Dios.

– Pues entonces, nada temas; seréis felices y yo con vosotros. Buenas noches, hija mía.

– Madre, buenas noches.

Diez minutos después, inactivas las planchas y apagadas las hornillas, todo era reposo y quietud en casa de la joven planchadora.

VIII

Ya hemos visto, al principio de esta historia, el amanecer del 1.º de mayo.

La formidable detonación ocurrida en la imprenta de *El Burgués* había puesto en conmoción, primero á toda la calle de los Obreros, después á todo el barrio y, por último, á casi toda Cantillana.

No se hablaba de otra cosa en la ciudad. El pánico crecía por instantes, el execrado nombre de Ravachol se hallaba en todas las bocas y temíanse de un momento á otro nuevas explosiones.

Todos los comercios estaban cerrados, todas las obras paralizadas, y numerosos grupos de obreros, bien que en actitud pacífica, discurrían por las calles.

– ¿Han preso á los culpables?, se preguntaban los vecinos.

– Sí, á dos cajistas de la imprenta; se cree que son ellos.

– ¿Piensa usted que harán un escarmiento?

– No sé, así debía ser al menos.

– ¡Ojalá!

– Si fuera yo quien gobernase á Cantillana...

– Lo raro del caso es que de los dos presuntos reos, el uno ha delatado al otro, sin ver que así se delataba él.

– Es singular...

– Juicios de Dios.

– Aquí hay gato encerrado, á mí que no me digan.

– Señores, sucede otra cosa más rara aún.

– ¿Qué?

– Que el delatado por su presunto cómplice iba á casarse esta mañana.

– ¡A casarse! ¿Y con quién? ¿Sabe usted?..

– Con una joven planchadora de su barrio, muy guapa y muy honrada, por cierto.

– Tiene razón, eso es lo más raro.

– ¿Creen ustedes verosímil que se meta en tales líos un hombre que va á casarse?

– ¡Quién sabe! Se dan casos, compromisos...

– Yo, por mi parte, no lo creo.

Y todos se encogían de hombros y ninguno acertaba con la clave del enigma.

La justicia, en tanto, no se daba punto de reposo. La primera providencia puesta en práctica por el juez instructor del sumario fué tomar declaración á Crisanto Gómez, al cual hacía muy poca gracia verse detenido, siquiera fuese en calidad de declarante.

– ¡Tonto de mí!, pensaba; en vez de decírselo personalmente, debí mandar un anónimo á la justicia.

Puesto ya en el caso de prestarla, su declaración fué hábil é insidiosa, encaminada á hacer recaer sobre el aborrecido rival vehementísimas sospechas, y pudiendo toda ella resumirme en estos dos conceptos: Pepe Rodríguez pertenecía como socio al club de la calle del Empecinado y era el último que, en la víspera de la catástrofe, había salido de la imprenta.

– Está bien, profirió el juez después de oirle, puede usted retirarse por ahora; ya le llamaré si le necesito.

Y Crisanto se retiró frotándose las manos y diciendo:

– Ya estoy en libertad, esto marcha. Pepe no será culpable; pero *calumnia, que algo queda*, decía un libro que leí, y primero que él se quita esta mancha y que le suelta la justicia... Por de pronto, ya no hay boda; sigamos ahora la ejecución de nuestro plan.

Y mientras el juez se apercibía á practicar su segunda diligencia, ó sea á tomar declaración al novio de María, Crisanto dirigióse á casa de la planchadora.

Fueron tan claras, tan concretas y tranquilas las



¡Dios mío, Virgen pura, no me abandonéis!

respuestas dadas por Pepe al juez, que éste quedó perplejo y aun inclinado á creer en la inocencia de Rodríguez.

El afligido dueño de la imprenta, á quien se interrogó poco después, dijo que ni el periódico ni su establecimiento habíanse enajenado las simpatías de los operarios, á todos los cuales tenía por honrados, incluso el mismo Crisanto, quien si algo borracho, holgazán y pendenciero, era incapaz de un atentado semejante al que se estaba persiguiendo.

– En cuanto á Pepe Rodríguez, terminó el declarante, es un hombre á carta cabal, á quien fiaría mi fortuna; el petardo me lo llevaría yo, si él fuese el culpable.

– ¿Pero es ó no cierto, insistió el juez, que el expresado cajista salió anoche el último de la imprenta?

– Certísimo, y eso ocurría muchas noches, porque siendo el más inteligente y el que mayor confianza me inspiraba, solía substituirme con frecuencia en las últimas faenas y cierre del local.

El representante de la ley, confuso y pensativo, rascóse la cabeza, saliendo poco después á practicar una nueva diligencia.

No habría transcurrido una hora cuando volvió el juez ordenando á los guardias y alguaciles que custodiaban á Pepe:

– Llevad á ese hombre á la cárcel y que se le tenga allí incomunicado; ó mucho me equivoco ó él es el culpable.

Practicado por la autoridad judicial un minucioso registro en casa del novio de María, habíanse encontrado en ella dos objetos que le comprometían gravemente: una bomba metálica, explosiva al parecer, y entre sus papeles uno en el cual pudo leer el juez estas palabras:

Petardo cuando salgas de la imprenta.

IX

María, presa de natural y viva emoción, no pudo conciliar el sueño en toda la noche precedente al día de su boda.

Antes del amanecer ya estaba levantada, disponiendo sus galas de novia, que en breve iba á vestir, cuando la sorprendió, á ella como á todo el vecindario, la formidable detonación ocasionada por la voladura de la imprenta de *El Burgués*.

Olvidando por un momento su próxima boda, y presa, como todo el mundo, de ávida curiosidad, bajó al obrador, á cuya puerta, con la señora Petra, se agolpaban comadres y vecinos.

Al ver desde allí pasar en calidad de presunto reo, entre guardias y alguaciles, al que dentro de algunas horas iba á ser su esposo, había padecido tan fuerte conmoción que, sin fuerzas para resistir el golpe, cayó, según ya sabemos, presa de un terrible síncope, descalabrándose al caer contra las piedras del umbral.

No es que dudara, no, de la inocencia de su novio; pero en tales instantes, era aquél, para la pobre joven, un acontecimiento de suma gravedad.

En el breve espacio de algunos segundos, con la rapidez del rayo, vió su asombrada imaginación su boda, ya próxima á realizarse, interrumpida ó fracasada para siempre, su corona de desposada marchita, inútiles sus galas, desvanecidas sus esperanzas é ilusiones, y á Pepe, acusado sin razón, siendo el ludibrio de las gentes, arrastrando tal vez un grillete en un presidio.

Socorrida al instante por vecinos y comadres, pues la señora Petra, convulsa ella también, no se hallaba en disposición de verificarlo, vióse que la herida no era por fortuna de gravedad, porque la sangre, como dice el pueblo, es muy escandalosa.

Curada la herida de la cabeza, procedióse á curarle la del alma, y vuelta en sí la pobre María, costó no poco trabajo convencerla de que era aquella una desgracia pasajera, toda la cual se reducía al natural disgusto del momento y á un forzoso retraso de la boda, pues siendo inocente Pepe, no tardarían en soltarle, y queriéndola él como la quería, apresuraríase desde luego á llevarla ante el altar.

Estas razones, sólidas y convincentes, no pudieron menos de hacer alguna mella en el discreto entendimiento de María, la cual, aunque dolorida de alma y cuerpo, comenzó á resignarse con su suerte y á concebir algunas esperanzas.

En el desierto obrador, cuyas tareas suspendiéronse con motivo de la boda, hallábase la infeliz dos horas después de la catástrofe, con la cabeza vendada, pálida y llorosa, al lado de su madre, reposando en un sillón que, por no querer ella subir, habían bajado de su cuarto.



... dos horas después de la catástrofe...

De pronto, madre é hija quedaron no poco sorprendidas al ver entrar á Crisanto Gómez con aire confidencial y protector.

– ¿Qué vendrá á hacer ahora aquí ese perdido?, pensó la señora Petra, ignorando que Crisanto hubiera recibido de su hija lo que él llamaba calabazas.

Por lo que toca á María, abrió en un principio el pecho á la esperanza; mas recordando acto continuo los antecedentes del obrero y cuanto entre los dos mediara, concibió nuevos temores.

Ambas mujeres desconocían por completo la insidiosa delación de Crisanto al juez respecto á su preferido rival.

– ¿Qué es eso, Crisanto?, preguntó la señora Petra, ¿te han soltado ya?

– ¡Otra! ¿Qué habían de hacer si ningún delito he cometido?

– Como vi que te llevaban...

– Es que yo no iba preso, señora; iba sólo á declarar; ya he declarado y estoy libre.

– ¿Y Pepe?, se atrevió á decir la joven.

– Pepe..., lo de Pepe, mucho siento decirlo, es asunto complicado.

– ¡Dios mío! ¿De qué se trata?, prorrumpieron á una, alarmadas y convulsas, las dos mujeres.

Crisando miró á María de un modo singular; vió su cabeza vendada y su densa palidez, y sin preguntar por la herida, cuya causa sospechaba, dijo á la madre:

– Señora, si usted me permitiera dos palabras en secreto con la chica...

– ¡A ti! ¿Qué tienes tú que decir á mi hija?

Esta última, que estaba en ascuas, hizo á su madre un signo de inteligencia, y la buena señora, bien que á regañadientes, se retiró á la trastienda.

– Ya estamos solos; ¿qué tienes que decirme? Sé breve, porque se me va la cabeza, profirió la joven con voz desfallecida.

– Tu novio es inocente, afirmó Crisanto.

– ¿Y no eres portador de otra noticia? Eso lo sabía yo antes que su madre le pariera.

– Es que el juez opina todo lo contrario, y en casa de Rodríguez se han encontrado efectos y papeles que le comprometen.

– ¡Cómo! ¿Qué?, articuló María, toda temblorosa.

– Y yo tengo las pruebas de su inocencia.

– Entonces le salvarás, ¿verdad, Crisanto? Tú no eres malo.

– Le salvaré con mucho gusto, mas con una condición.

– Si depende de mí...

– Que renuncies á casarte con él.

– Eso es imposible: al estado á que han llegado las cosas..., ya tú ves...

– Siendo así, por él lo siento, se pudrirá en un presidio.

– ¡Infame, canalla!, murmuró María por lo bajo, vislumbrando un rayo de luz en su tenebrosa inteligencia.

Crisanto, en pie, junto á ella, se contoneaba con aire satisfecho.

– Conque ya lo sabes, prosiguió, ó renuncias á casarte con tu novio, y ante el juez declaro su inocencia, ó le abandono á su suerte, y también entonces le pierdes para siempre. Ahora tú dirás.

La pobre María, cual si la hubiera picado una víbora al oir las cínicas palabras de Crisanto, púsose en pie de un salto y se irguió cuan alta era, arrojándole al rostro esta contestación.

(Concluirá)

LOS COMIENZOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL

La industria textil tiene especial interés para nuestros tiempos en que imperan las máquinas. El invento de la máquina para hilar, acaecido á mediados del siglo pasado, y el del telar mecánico, inauguraron la época de la maquinaria y dieron poderoso impulso al desarrollo de la gran industria, del negocio fabril, iniciando la gigantesca revolución industrial no terminada todavía, pues aún existen una porción de industrias en las cuales la fabricación en gran escala tiene que luchar con el trabajo de manufactura. Por supuesto que el resultado de esta lucha no ofrece duda alguna al que conoce, aunque sólo sea superficialmente, la colosal actividad de nuestros días.

Por lo que á la industria textil se refiere, esta lucha hace tiempo que está decidida: en efecto, la industria á mano lleva una vida mezquina, y en los países civilizados sólo en muy pocos sitios se conserva todavía.

Unicamente en los pueblos salvajes ó medio civilizados, en el interior del Africa, en el corazón y en el Este de Asia, encontramos empleados los antiguos procedimientos que en materia de tejidos se usaban antiguamente en nuestros centros fabriles.



Fig. 1. – Tejedora de Ka-chin (Japón)

Por esta razón el estudio de estos procedimientos, que aún se practican en ciertos países no conquistados todavía á la civilización, ofrece gran interés desde el punto de vista etnológico; pues, prescindiendo de los métodos practicados en los comienzos de la cultura, en los cuales tejer y entrelazar son cosas idénticas, todos coinciden entre sí fundamentalmente en todos los países del mundo y en el fondo no se diferencian del modo como confeccionaron las telas los habitantes de las chozas construídas sobre estacas.

En una fábrica de Zurich hay un telar de los más remotos tiempos, reconstruído con los escasos restos que de la civilización de aquellas épocas se conservan, y al examinarlo se ve que, por muy primitivo que sea el aparato, contiene todas las partes esenciales, aunque en forma naturalmente distinta, que encontramos en un telar moderno. Comparándolo con los que todavía se usan en algunos pueblos de la India, de China, Japón, Corea, Méjico, América del Sur, etcétera, se ve que es un aparato relativamente perfecto.

Como muestra de los telares de sistema primitivo publicamos los dos grabados de esta página que representan el aparato que aún hoy se usa en algunas comarcas del Japón y de la Araucania. Con estos instrumentos ó con otros análogos, á pesar de ser tan rudimentarios, un tejedor hábil puede fabricar los artísticos y preciosos tejidos que por su finura y por el brillo de sus colores son la admiración de todos los aficionados á las bellas artes.

Precisamente en los países orientales, en donde se conservan aún los antiguos procedimientos, el tejido es no sólo una industria para producir telas con que satisfacer las necesidades de la indumentaria, sino que además es un arte. Y el que siga con atención el desenvolvimiento de la industria textil en nuestros tiempos, podrá observar fácilmente que también entre nosotros adquiere la fabricación de estos productos un carácter artístico. – X.

***

LAS ARAÑAS SOCIABLES

La araña es el prototipo del animal solitario que jamás comparte sus provisiones con sus compañeras ni acude nunca á ellas en demanda de auxilio. Este horror á la sociabilidad se manifiesta aun en el momento en que piensa asegurarse una progenitura, época en que no es raro ver á las hembras devorar á los machos cuando éstos no pueden huir á todo escape después de haber cumplido su misión.

Mas como en las ciencias, y menos que en otras en historia natural, no hay reglas sin excepción, pueden citarse algunos casos en los cuales aparecen abolidos estos instintos sanguinarios. En efecto, en algunas especies de arañas encontramos ciertos rudimentos de sociabilidad. Los clubiones, por ejemplo, depositan sus huevos unos al lado de otros en la misma corteza, y los theridiones, que viven en gran número debajo de los cristales de los invernaderos, tienen confundidas sus telarañas, y cuando divisan una presa, muchos de ellos se lanzan á cogerla simultáneamente, sin que el que logra atraparla se vea molestado por sus compañeros.

En otras especies, especialmente de los países cálidos, es aún más marcada la sociabilidad. Azzara refiere que en el Paraguay se encuentra una especie de araña negruzca, la *Epeira socialis*, del tamaño de un garbanzo, cuyos individuos viven en sociedad de más de cien y construyen en común un nido, mayor que un sombrero, que cuelgan de un árbol corpulento ó de un tejado, cuidando de que esté resguardado por arriba. De aquel nido arrancan en todas direcciones multitud de hilos gruesos, de color blanco y de 50 á 60 pies de longitud.



Fig. 2. – Tejedora araucana

Ahora que se ha llamado la atención sobre este punto, es de esperar que se multiplicarán los ejemplos de arañas sociables. M. Eugenio Simón ha observado en Venezuela varios casos de sociabilidad en algunas especies muy apartadas unas de otras. Esta sociabilidad, por otra parte, presenta varios grados; unas veces es temporal y limitada á la época de la reproducción y otras permanente; en algunos casos el trabajo ejecutado es absolutamente común y análogo para todos los individuos de la república; en otros, el trabajo común no excluye una cierta dosis de trabajo individual.

El primer ejemplo que debemos citar es el de una araña á la que M. Eugenio Simón ha dado el nombre de *Epeira Bandelieris:* en tiempo ordinario, sus costumbres no difieren de las de las epeiras comunes, siendo su tela normal é individual; pero en el momento de la postura se reunen varias hembras para construir en común en un matorral un gran cascarón de tejido amarillento y lanoso en el cual se encierran para poner y fabricar sus capullos. El capullo, de tejido muy espeso, es combado en una de sus caras y casi plano en la otra y está fijado á las paredes de la cámara incubatriz por un pedículo muy corto. En el interior se encuentran hasta diez capullos y cinco ó seis hembras que comparten los cuidados de la maternidad.

La sociabilidad es mucho más completa en el *Anelosimus socialis:* muchos centenares y á veces millares de individuos de esta especie se reunen para tejer una tela ligera y transparente, pero de tejido apretado: esta tela es de forma indeterminada y alcanza á veces grandes dimensiones, pudiendo envolver todo un arbol de café. A primera vista esa inmensa tela recuerda más bien la de las orugas sociables que la de una araña; cuando se ha desgarrado la envoltura exterior se ve que el interior está dividido por tabiques del mismo tejido en departamentos muy irregulares. Las arañas se pasean por allí libremente, se encuentran, se palpan como las hormigas con sus antenas y á veces se juntan muchas para devorar una presa algo voluminosa. Sus capullos son redondeados y están formados por una bolsa vedijosa de color gris y fijados á la tela común, no por medio de pedículos, sino por algunos hilos que constituyen una red floja.

El tercer tipo de asociación que M. Eugenio Simón ha observado en el *Uloborus republicanus* es mucho más perfecto porque ofrece en la misma tela un trabajo común al que contribuyen todos los asociados y al mismo tiempo un trabajo individual propio de cada uno de éstos. Varios centenares de *Uloborus* viven juntos y tejen entre los árboles una tela inmensa, formada por una red central bastante apretada, en la que permanecen juntos muchos individuos de ambos sexos, especialmente machos: esta red está suspendida por largos hilos que parten en todas direcciones y se fijan en los objetos cercanos. En los intervalos de las mallas formadas por estos grandes hilos otros *Uloborus* tejen telas orbiculares, con radios y círculos que no están habitados más que por un solo individuo. De cuando en cuando se puede ver cómo se destaca del grupo central una araña para buscar en los cables superiores un sitio á propósito para la fabricación de su tela orbicular.

Los machos son especialmente numerosos en la red central en donde se realiza la postura: ésta, al parecer, es simultánea en todas las hembras de una misma colonia, y en el momento en que se verifica han desaparecido todos los machos y las hembras han cesado de tejer telas irregulares, permaneciendo en la red central, á algunos centímetros unas de otras, y custodiando cada una su capullo en una completa inmovilidad. El capullo es muy raro, y más que el trabajo de una araña parece un resto vegetal caído casualmente: consiste en un cuerpo prolongado de un color pardo lustroso, estrecho, truncado y algo escotado en su base, que

se fija á los hilos por sus ángulos y luego se ensancha tomando una forma casi paralela y presentando en cada lado una ó dos pequeñas prominencias. En su extremo superior aparece ampliamente truncado, con los ángulos más ó menos dilatados y provistos de una ó varias prominencias análogas.

Si las arañas no fuesen tan repugnantes á la vista, ¡cuán interesante resultaría la observación de sus costumbres!

ENRIQUE COUPIN.

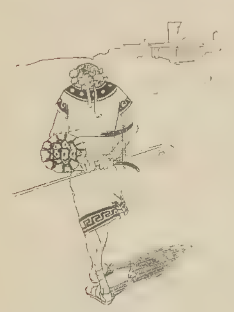
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CONFERENCIA AGRÍCOLA DADA EN ANGOL (CHILE), por *Octavio Astorquiza*. – El reputado ingeniero agrícola chileno Sr. Astorquiza, agente de propaganda de la IV zona agrícola nombrado por su gobierno, dió en septiembre último en Angol una interesante conferencia sobre el uso de los modernos procedimientos culturales que tienden á acrecentar la producción de la tierra de una manera económica: esta conferencia, en la que el autor hizo gala de sus grandes conocimientos agrícolas, ha sido impresa en la imprenta «El Colono» de aquella población, bajo los auspicios del Comité Nacional de Propaganda de Abonos.

ECOS DE MI TIERRA, romanza para tenor, letra de *Nicolás Estévanez*, música de *Gundemaro Baudet*. – Sobre una sentida poesía del poeta canario Sr. Estévanez ha escrito el compositor canario Sr. Baudet una inspirada romanza con acompañamiento de piano, en la que destaca una sentida melodía original, combinada hábilmente con cantos populares. Los productos de la venta de *Ecos de mi tierra* se destinan á la Cruz Roja, á cuya Comisión central en Santa Cruz de Tenerife ha sido dedicada esa pieza musical.

LA VENGANZA DE UN POETA (cuento vivo), por Apeles Mestres



Érase un poeta que salió, en busca de inspiración, á dar un paseíto por los alrededores de Atenas.



«¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Qué voces son éstas que me taladran el cerebro?..



Pero... ¿no son mis propios versos los que tales voces están desollando?...»



Y asomando las narices á un cercado de donde parecían salir tan destempladas voces...



Vió á unos desalmados alfareros que estaban trabajando á los *desacordes* de un himno de nuestro poeta.



El cual dijo: «Pues tan desapiadadamente estropeáis mis obras, en las vuestras voy á tomar el desquite.»



Desquite que puso en obra en menos tiempo que necesitó para concebirlo.



Y este fué el primer proyecto de *ley de propiedad literaria*.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 14 de mayo de 1900 — Núm. 959

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PLEGARIA DEL INDIO, escultura de Arturo Strasser

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

LA INAUGURACIÓN

El día 14 de abril quedó inaugurada esta feria del mundo. Desde entonces tiene abiertas sus puertas, por las cuales entran diariamente de ochenta á cien mil personas. Pero hasta hace pocos días, los curiosos que penetraban en la Exposición con la esperanza de ver expuestos los productos de la industria universal, se encontraban con palacios cerrados, secciones inaccesibles, caminos llenos de obstáculos, el confuso maremágnum de obras en precipitada construcción.

Raro era el edificio libre de escombros y más rara todavía la instalación terminada en el momento de la inauguración oficial. Cierto es que no se pueden tener las mismas exigencias para estas efímeras construcciones que para las obras de carácter permanente. Es también tolerable que después de declarada oficialmente abierta, una Exposición tarde aún algún tiempo en despedir á los obreros de los últimos retoques. En 1878 eran secciones enteras las que se hallaban retrasadas el día de la inauguración, y en 1889 hubo edificios que no pudieron abrirse al público hasta un mes después.

Pero en el momento de inaugurarse la Exposición actual, no era posible que ésta produjera, en conjunto, la ilusión de una empresa llevada á cabo.

Una Exposición es un lugar donde se exponen objetos, y no dejaba de ser algo lastimoso el invitar á veinte mil personas á ver una exposición donde casi nada había expuesto y donde ni siquiera estaban concluídos los edificios destinados á recibir á los expositores.

Esta impresión de general retraso pesó como plomo sobre la ceremonia oficial, quitándole el carácter de fiesta que hubiera podido tener. El público no disimuló el mal humor que le causaba aquel embrollo y confusión. Pronunciar en medio de aquel desorden y entre nubes de yeso elogios y parabienes, resultaba violento; y los convidados que llenaban la inmensa Sala de Fiestas lo demostraron á los oradores, cuyos discursos fueron acogidos con frialdad.

El público se ha preguntado á qué podía obedecer ese obstinado empeño en abrir la Exposición antes de la época fijada. El decreto que la instituye señala su apertura para el día 5 de mayo. En igual fecha abrióse la de 1889. Es la época más favorable. Con mayo llegan los días hermosos, se abren las primeras flores y aparecen las modas primaverales de París. Empieza la vida al aire libre.

Nos confesamos paladinamente más dispuestos á elogios que á censuras. Sin embargo, no podemos felicitar á los que anticiparon veinte días la apertura de este Gran Concurso, cuando era patente el estado atrasadísimo de sus construcciones; y habríamos de unir nuestra voz al coro general de censuras, si fuese cierto que esta disposición obedeció al deseo de complacer á un gobierno ansioso de poner fin á las discusiones parlamentarias que comprometían su existencia.

Sin duda la intención fué buena, pero el resultado no pudo ser más sensible. ¡Qué hermosa solemnidad malograda! ¡Qué chorro de agua fría en el entusiasmo del público, que con viva ansiedad esperaba la apertura de esta admirable *kermesse*, para la cual tantas actividades y esfuerzos se han prodigado!

Pero esos esfuerzos y esas actividades seguirán mereciendo, á pesar de todo, la admiración general. Porque la verdad es que se han hecho milagros, no obstante la abreviación del plazo en mal hora concedida. Hubo, en estos últimos meses, vacilaciones y tanteos que hicieron perder un tiempo precioso; tiempo que se ha procurado recuperar después.

Milagro fué quitar en dos días los andamiajes que llenaban la grandiosa Sala de Fiestas y adornarla espléndidamente como apareció en el acto de la inauguración.

La habíamos visto la víspera sin puertas, sin graderías, sin pavimento, y tuvimos la sorpresa de encontrar tan inmenso recinto acabado, en apariencia al menos, produciendo la deslumbrante ilusión de suntuosidades definitivas.

Terminada la fiesta, los maquinistas de aquel vasto escenario retiraron la decoración, y pudimos ver que, si bien el techo con su claraboya estaba concluído, eran ficticias las paredes laterales, y que una capa de almazarrón había substituído en muchos sitios la tapicería que los ha de adornar.

Pero durante el acto inaugural, el efecto de la sala en conjunto era admirable, grandioso, verdaderamente espléndido. ¿Qué más se podía desear?

La escalera que, dominando la tribuna de la presidencia, conducía á un palco adornado con ricos tapices de los Gobelinos, constituía un magnífico fondo de decoración, con vivas cariátides de la guardia de París á uno y otro lado.

Nuestro aplauso á los que en plazo tan breve dispusieron la nueva Sala de Fiestas de modo que el jefe del Estado pudiese declarar la Exposición abierta, sin que el local fuese indigno de la solemnidad del acto.

Los asientos de platea fueron exclusivamente destinados al sexo fuerte, y las tribunas á las señoras. El protocolo es amigo de la simetría y considera como desorden la promiscuidad de sexos. El famoso decreto de *mesidor*, á que se atienen los ordenadores de esta clase de ceremonias, designó la geografía inviolable de las plateas que ocupan los personajes de toda categoría, revestidos de alguna representación oficial. Los senadores á la derecha, los diputados á la izquierda; el Consejo de Estado detrás de los senadores y el Consejo municipal detrás de los diputados; aquí la Universidad, allí la Magistratura, y el cuerpo diplomático en primer término. Todo conforme á una clasificación invariable.

El estrado presidencial, muy alto, dominaba con toda su autoridad aquella masa de notabilidades jerárquicas.

Rodeaban al presidente el personal de las embajadas y altos funcionarios, de gran uniforme casi todos.

El estado mayor del ejército estaba escasamente representado, y el público echaba de menos el elemento decorativo de los uniformes militares, que estaba acostumbrado á ver en torno de los difuntos presidentes.

M. Loubet, que había salido del Elíseo á las dos menos cuarto, en carruaje á la gran *daumont*, acompañado de Waldeck-Rousseau, presidente del Consejo de ministros, y del general Bailloud, secretario general de la presidencia, y seguido de los ministros y de la alta servidumbre de la jefatura del Estado, llegó á la puerta del Palacio de Fiestas momentos antes de las dos.

Allí fué recibido por el ministro de Comercio, que le condujo hasta el vestíbulo, donde le aguardaban los grandes personajes del Estado, los presidentes de las Cámaras, el prefecto del Sena y el alto personal de la Exposición.

Cuando aparece en el estrado, baten los tambores y la tropa presenta las armas. Los convidados se levantan y se descubren. Suena un aplauso y estalla la *Marsellesa*.

M. Loubet toma asiento entre el Sr. Deschanel, presidente de la Cámara, y el Sr. Fallières, presidente del Senado. A uno y otro lado se sientan los ministros, el embajador de Alemania y demás cuerpo diplomático.

Los coros y la orquesta ejecutan la marcha solemne de Massenet, compuesta especialmente para este acto.

M. Millerand pronuncia en alta y robusta voz su discurso, que el público esperaba con una curiosidad no desprovista de malicia, á causa de la procedencia socialista del ministro de Comercio. Este sale hábilmente del paso recitando una especie de oda al trabajo. En tal circunstancia, no podía menos de obtener la aprobación de todo el mundo. Su elogio á los colaboradores de la Exposición, su alusión á Pasteur en medio de un brillante cuadro de los progresos del siglo, y su homenaje al emperador de Rusia por haber iniciado el congreso de la paz, le valieron calurosos aplausos. El elogio de la solidaridad produjo excelente efecto, máxime cuando los pueblos sueñan con «un mundo que no conociese más que las rivalidades fecundas de la paz y las luchas gloriosas del pasado.»

Después del ministro, habló el presidente de la República.

M. Loubet tiene la voz menos potente y clara que M. Millerand y su acento meridional es poco á propósito para solemnizar la prosa oficial. Sin embargo, su discurso, sin ampulosidades, casi familiar, produce buen efecto, por más que viene á ser la paráfrasis de las principales ideas emitidas por el ministro.

El presidente termina así su peroración:

«Esta obra de armonía, de paz y de progreso, por efímero que sea su escenario, no habrá sido vana. El encuentro pacífico de los gobiernos del mundo no será estéril. Estoy convencido de que, gracias á la afirmación perseverante de ciertos pensamientos generosos que han resonado en el siglo que acaba, el siglo XX verá brillar un poco más de fraternidad sobre menos miserias de toda clase, y de que, quizás muy pronto, habremos recorrido un estadio importante en la lenta evolución del trabajo hacia la dicha y del hombre hacia la humanidad.

»Bajo los auspicios de esta esperanza declaro abierta la Exposición de 1900.»

A éstas palabras siguieron respetuosos aplausos y vivas á Loubet.

Mientras los maestros de ceremonias organizaban la retirada de la comitiva oficial, la música y los coros ejecutaron el *Himno á Víctor Hugo*, de Saint-Saëns, y una *Marcha heroica*, de Teodoro Dubois.

Terminado el acto de apertura, el presidente visitó la Exposición, seguido de un numeroso cortejo, que no sin cierta dificultad se abría paso entre la multitud de curiosos. Empezó por el palacio de la Electricidad, que será magnífico cuando esté acabado; dió un vistazo á las fachadas de los palacios de las industrias, aún no concluídos; pasó el puente de Jena y llegó al pie del Trocadero, donde esperaba una flotilla de vapores, destinada á la visita presidencial de los edificios que bordan el Sena.

El embarque dura buen rato. Las músicas tocan la *Marsellesa*. Se oyen los últimos cañonazos de las salvas constitucionales. El gentío es inmenso en los puentes y en la márgenes del río; pero no da señales de entusiasmo.

La flotilla remonta el Sena, pasando por delante del «París viejo» y de la calle de París, cuyos edificios han enarbolado banderas nacionales, lo mismo que los pabellones extranjeros de la calle de las Naciones.

A las cuatro, la comitiva oficial desembarca en la orilla izquierda, debajo del puente de Alejandro III. En el momento en que M. Loubet aparece sobre el mismo puente, una música rusa toca la *Marsellesa*, mientras que, á cierta distancia, una música francesa toca el himno ruso. Es el único momento en que el público se entusiasma y da vivas á Loubet, á la República y al ejército.

El presidente sale por la puerta de los Campos Elíseos, donde le aguarda su coche, y se retira al palacio de la calle de Saint-Honoré.

El gentío se aleja lentamente, bajo la impresión del primer día primaveral, que es la nota más alegre de la inauguración de esa *kermesse* incomparable que va á durar hasta mediados de octubre.

La animación de las calles es considerable. Se nota la afluencia de forasteros. La fisonomía de París se ha modificado súbitamente en el sentido de lo pintoresco exótico. Aparece ya el público característico de las exposiciones.

El gobierno y el alto comercio han empavesado sus edificios. Pero el pueblo de París, excluído de la fiesta, no ha querido manifestar. Es la primera vez que una inauguración de este género se organiza sin su concurso; y esa proscripción del elemento popular ha impedido que la apertura de la Exposición fuese un verdadero día de fiesta.

Sin embargo, de buena gana se entregaría al regocijo, porque siempre se deja tentar por los placeres; pero sabe que aquella inauguración no inaugura nada concluído; sabe que las satisfacciones que se promete aún están en ciernes; sabe que lo vivo, animado y pintoresco de la gran feria, aún no se ha realizado; sabe que aquellas músicas suenan en el vacío, y sabe, en fin, que le convidan á una mesa en que aún no está servida la comida.

Su patriotismo es lo único que le impide proferir recriminaciones y quejas. Sin embargo, su decepción le impide también dar muestras de entusiasmo.

La fiesta nocturna se resiente de ese disgusto popular. Nadie hace uso del permiso de bailar en la calle, y las iluminaciones obligadas son las únicas que marcan con un rasgo brillante el crepúsculo de esta jornada.

Juan B. Enseñat.



GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

En la noche del 13 de febrero de 1844 y en el teatro de la *Cruz*, la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda recibió de un público entusiasmado la confirmación de su gloria, nunca tan ruidosamente proclamada.

El apacible y ameno Antonio Flores veía en *Alfonso Munio* «una obra que el poeta ha sabido, con asombro de los inteligentes, vestir con las formas de la tragedia clásica y presentar con el interés del drama.»

Horrible tempestad, ¡desata un rayo!, dijo con su voz avasalladora el fogoso y arrogante Latorre; y mientras el público aplaudía frenético, D. Juan Nicasio Gallego exclamaba: *¡Es mucho hombre esa mujer!*

La frase de Munio y la del venerable poeta bastarían para sintetizar el temperamento robusto y contradictorio de la incomparable *Tula*.

Munio, después de matar violentamente á su hija, lanza la terrible imprecación. Acaso Gertrudis algunas veces, después de matar sus ilusiones con algo tan violento como una puñalada, exclamó también, movida por sus congojas:

Horrible tempestad, ¡desata un rayo!

Y de seguro no la conmoviera más el rayo del cielo desatado por la tempestad, que las desventuras de la tierra forjadas entre viciosas costumbres; porque, según dijo el venerable D. Juan Nicasio: ¡era mucho hombre aquella mujer!

Gertrudis nació con el espíritu abierto á todas las emociones: no era una vulgar *amorosa,* ni una *romántica* sensible; temperamento equilibrado, sangre muy rica, inteligencia muy clara, imaginación despierta y creadora: vino al mundo con el alma llena de ilusiones, dulces ilusiones de artista, ensueños de grandeza, presagios de triunfo.

Pero nació mujer y hermosa; y sus encantos femeniles, que debieron realzar sus éxitos, amargaron sus venturas, y lo que debiera darle su mayor gloria, fué para la infeliz eterno conflicto de su vida.

El hombre y la mujer: ¿son acaso dos razas distintas ó dos mundos aparte, que sólo puedan unirse con el ansia destructora de una lucha ó con el estremecimiento de un choque? ¡Vencedor ó vencido! Triste dilema para quien prefiere tender la mano á levantar el puño. ¿Acaso la fuerza sólo sirve para destruir y el poder para humillar? ¿Acaso no hay más goces para el poderoso que las torturas del esclavo? El amor, ¿es un cuchillo de doble punta que á un tiempo mata dos corazones?

Un amor que no hiera, un placer que no engañe, una ilusión pura: es el ensueño del artista. Pero el mundo desgarra su alma, obscurece su inteligencia, desvía sus nobles instintos; y cuando le deja magullado y maltrecho, le dice con voz irónica: «No es el cielo, no son las nubes, donde vives; mira la tierra, el fango, la podredumbre, madre de la vida; no son ángeles y serafines los que te rodean; son los hombres, tus enemigos: te cortaron las alas para que no vueles mientras ellos luchan, te agarrotan para que no cantes mientras ellos gimen, se rieron de ti para que llores.»

Y cuando el artista llora, sus lágrimas alivian el dolor ajeno, se cuajan como perlas, y con colores y notas y perfumes. También *Tula* lloró, como lloran los fuertes y los grandes vencidos, con la cabeza erguida y la mirada en las cumbres, en lo más alto; así un león al caer, agonizante, revuelve los ojos iracundos para clavar la vista donde no le fuera posible clavar la garra.

Gertrudis no era una mujer conforme al tipo común formado por nuestra sociedad, factora de tantos convencionalismos; tampoco fué un *marimacho* como varias mujeres cultas ó geniales, que se avergonzaron de su condición femenina: era un espíritu delicado y robusto á la vez. Como en las de todos los grandes artistas, hay en sus obras dulce sentimiento y arrebatadora pasión; aunque dominen por lo general en Gertrudis los arranques enérgicos, no escasean las notas plácidas y las entonaciones que parecen arrullos, ni falta nunca la condición fundamental en todo trabajo artístico: armonía.

Como la Naturaleza fecunda produce á un tiempo la palma brava y la violeta humilde, así el genio poderoso de Gertrudis creaba odas y sonetos de vario estilo, tragedias y dramas donde las emociones más opuestas fueron expresión de un artístico temperamento.

En su niñez compuso escenas que representó con sus amigas; los versos eran su delirio, y los grandes autores de todos los países y de todos los tiempos el mayor encanto de aquella incomparable criatura. Vino á Europa en 1836, á los veintidós años, y el romanticismo, entonces muy en boga, influyó en ella poderosamente como sus primeras lecturas clásicas.

D. Alberto Lista la conoció en Cádiz, donde se publicaron los primeros versos de *La Peregrina* (seudónimo que usara Gertrudis), y D. Juan Nicasio Gallego la prohijó en Madrid hacia 1840. Entonces hubo quien dijo que las obras de la poetisa eran fruto de las inspiraciones de D. Juan, pero esta suposición calumniosa cayó en el descrédito más profundo: la personalidad saliente de Gertrudis revelábase una y otra vez en sus producciones. Atribuyendo á Gallego y á Quintana los arranques vigorosos, las terribles energías de la nueva musa, necesitaríamos buscar también alguno á quien atribuir sus brillantes descripciones y sus acentos de amorosa pasión.

Quintana y Gallego, como Víctor Hugo y Lamartine, como Fray Luis de León y Herrera, influyeron mucho en la educación artística de *Tula;* ellos inclinaron las aptitudes geniales de la sin par cubana por sendas florecientes; pero si ellos no la hubiesen precedido, el genio de la poetisa no dejara de ser y mostrarse á las admiraciones del mundo. Aun cuando algunas de las poesías religiosas de Gertrudis fueran imitaciones de Fray Luis de León, aun cuando sus versos heroicos hubiéranse moldeado con los de Quintana y Gallego y sus vagos lirismos recordaran alguna vez á Zorrilla con su verbosidad inagotable y su música fascinadora, Gertrudis tuvo y en sus libros conserva un tono de intensa pasión, una energía dulce y arrogante á la par, de que acaso no haya ejemplo entre sus predecesores ni entre sus contemporáneos.

En 1841 fueron reunidas en un volumen sus composiciones poéticas, ya celebradas por el Madrid elegante, artístico y literario en el cultísimo y entusiasta *Liceo,* refugio en aquella época de todos los hombres ilustres y amparo de toda manifestación intelectual, en cuya tribuna se dieron á conocer Tomás Rodríguez Rubí, Ramón de Campoamor, Carolina Coronado y otros muchos fervientes cultivadores de la poesía y del arte; y en 1844 el teatro de la *Cruz* ofrecía su primera obra dramática y *El Laberinto* su primer novela, consiguiendo á la vez dos triunfos brillantes.

Para sentir completas las emociones de la gloria nada faltó; ni el murmullo halagüeño de los aplausos ni las dentelladas miserables de la envidia. Como afirmaron unos que sus versos eran obra y gracia de D. Juan, añadieron otros que su novela *Espatolino* era una «traducción correcta;» y tuvo Gertrudis que salir al encuentro de sus detractores con una interesante nota que terminaba invitándoles, muy cortésmente, á presentar algún escrito del cual pudiese parecer su novela imitación ó copia.

Claro es que no hubo quien ofreciese pruebas, ni pasó adelante la calumnia, pero no desmayaron los enemigos; y al presentarse Gertrudis como candidato para ocupar en la Real Academia Española el sillón que dejara vacante su ilustre amigo D. Juan Nicasio Gallego (el cual, en el prólogo que puso á las primeras poesías de Gertrudis, habíala proclamado ya solemnemente), viéronse renacer de nuevo las injustificadas prevenciones contra la genial escritora, y venciendo el decidido apoyo que la prestaron el duque de Ribas, Pastor Díaz, Pacheco y otros académicos ilustres, no sólo consiguieron derrotarla, sino que, por una mayoría insignificante, lograron que se incapacitase á las mujeres para obtener tales honores, cerrándole así para siempre las puertas que más adelante se hubieran abierto á su paso.

Cediendo á las amorosas instancias de D. Pedro Sabater, entonces jefe político de Madrid, joven y enfermo, Gertrudis adornó su cabeza casi á un tiempo con el velo de casada y las tocas de viuda.

Sola y sin hijos, buscó en el arte las alegrías que los hombres no pudieron ofrecerla; produjo sin cesar novelas y versos, tragedias y dramas; vivió libre de rutinarias convenciones durante diez años, y al fin unióse matrimonialmente con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo. La muerte vino de nuevo á robarle sus dichas, y esta vez de un modo violento.

Estrenándose *Baltasar* en la primavera del 58, aun cuando la obra obtuvo un triunfo colosal, no faltaron, como siempre, detractores que trataban de amenguar la gloria del artista. Uno de los tales, R....a, debió expresarse con palabras violentas que llegaron á conocimiento del Sr. Verdugo, el cual, viendo poco después en la calle á R....a, le dió una bofetada. Por toda respuesta recibió la punta de un estoque, hiriéndole mortalmente.

Así una tragedia en el teatro engendró una tragedia en el mundo, una obra de arte originaba un atentado criminal, y los aplausos convertidos en lágrimas amargaron el más glorioso y justificado éxito de *Tula*.

El coronel Verdugo, con un pulmón atravesado, vivía malamente; fué á Cuba en 1859 con el general Serrano, y aún la muerte le dió treguas para que pudiese presenciar los homenajes que rindieron á la poetisa ilustre sus fervientes admiradores y conterráneos.

La segunda viudez dejóla nuevamente abandonada y triste, cerca de la edad madura, sin ilusiones y sin descendencia. Volvió á España, viviendo en Sevilla y en Madrid. El día 1. de febrero de 1873 cerráronse para siempre aquellos ojos que habían enloquecido á tantos amadores y aquellos labios que fueron promesa dulce de tantas dichas. Enmudeció para siempre la voz que vibraba con tan dulces acordes y se hundió en la tierra la inspiración que supo tantas veces remontarse al cielo. Su despedida fué muy triste, no porque hubiera en ella muchas lágrimas y dolorosas angustias; al contrario, solamente ocho amigos formaban el cortejo.

¡Pobre alma dolorida! ¡Cómo debiste, allá en lo desconocido, estremecerte al sentir aquel injustificado abandono! ¡Pobre mujer! ¡Cómo hubiesen llorado tus ojos ideales tan espantosa indiferencia!

El mundo es así: loco, fanático en sus admiraciones. Tiene sus ídolos y les construye altares y los olvida en una hora. Muchos que si cayeran hoy en la muerte producirían estruendo, como si un enorme peñasco se desplomase al mar desde una cumbre, acaso caerán mañana en el sepulcro sin hacer más ruido que una hoja seca. Tú vives aún en tus obras, y tus obras no pueden morir. ¡Pobre Gertrudis! Una sola vez amaste y te desdeñaron; contra tu nobleza luchó la envidia y contra tu resignación la desventura.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

CESIÓN DE LAS CAROLINAS ORIENTALES Á ALEMANIA

(fotografías de M. Arias y Rodríguez, de Manila. – Propiedad reservada)

Nuestro activo é inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez ha realizado recientemente á bordo del *Uranus* un largo viaje por el Pacífico, acompañando, aunque con carácter particular, á la comisión encargada de dar posesión á los comisionados alemanes de los grupos de las Carolinas y Marianas, cedidas á Alemania por España.

Como resultado de esta expedición, que viene á completar la que realizó el año pasado cuando la evacuación de las Filipinas por las tropas españolas, nos ha remitido una colección de interesantísimas fotografías que constituyen una información gráfica, no sólo de los actos realizados últimamente en las que hasta hace poco fueron posesiones españolas, sino también de los paisajes, tipos y costumbres de aquellos apartados territorios.



El cañonero alemán *Jaguar* en la rada de Ponapé



El transporte alemán *Kudat* en la rada de Ponapé

El transporte de guerra español *General Álava* en la rada de Ponapé

Al comenzar hoy la publicación de estas fotografías por las que más directamente se relacionan con el acto de la toma de posesión de las Carolinas Orientales por los comisionados alemanes, hemos de dar ante todo las más expresivas gracias al señor Arias y Rodríguez, cuyas deferencias hacia LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos permiten ofrecer á nuestros lectores una serie de notas á cual más nueva é importante, que de seguro han de llamar la atención de cuantos las vean.

El Sr. Arias, que si como fotógrafo resulta un verdadero artista, con la pluma en la mano es un narrador ameno y un correcto escritor, nos ha remitido con sus fotografías un relato en extremo interesante, del que copiaremos todo aquello que se relacione con los grabados que iremos publicando en números sucesivos.

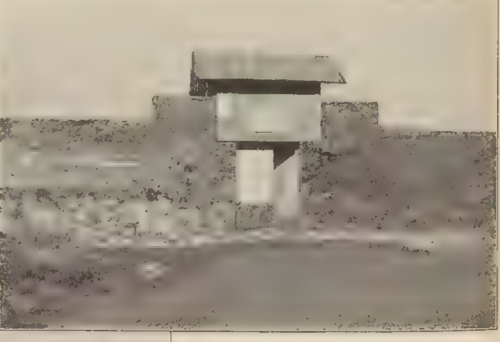
El día 15 de septiembre del año pasado embarcóse el Sr. Arias en Manila á bordo del *Uranus*, y el día 25 encontrábase éste frente á la línea de bajos que rodean la isla de Ponapé, fondeando á poco en la rada de Santiago de la Asunción, distante una hora de la colonia de Ponapé, capital de las Carolinas Orientales, en donde estaba fondeado el transporte de guerra *General Alava*.

La colonia de Ponapé es muy pequeña y se encuentra situada en la meseta y en la falda de un montículo que mira á la rada. Los edificios, pintados en su mayoría de blanco y con techos de hierro galvanizado, se destacan sobre el fondo obscuro de la tierra, de la vegetación y de las piedras, sobresaliendo entre todos ellos la iglesia con su torrecilla cuadrada. Rodea el poblado una muralla, de la que reproducimos algunos trozos, que fué construída para evitar una sorpresa por parte de los levantiscos *kanakas*.

La colonia de Ponapé ó Ascensión, situada en la meseta de una colina que forma una gran plaza, produce impresión en extremo agradable: sus calles son muy limpias y las casas son todas de madera con techumbre de hierro. En la citada plaza se levantan la iglesia, una casa convento y la Casa del Gobierno, cuyas vistas publicaremos en otro número.

Pocos países son tan sanos como la colonia de Ponapé, y en cuanto á animales dañinos no hay en aquella isla y en las contiguas más que el ciempiés, que abunda de un modo extraordinario y cuya picada es ponzoñosa.

La isla se divide en diversos reinos, gobernados por sus respectivos reyes absolutos, que no usan más vestido que un pequeño faldellín denominado *col*, formado con tiras de la hoja de coco blanqueadas y adornado en la cintura con estambres de colores y abalorios de cristal ó cuentas blancas y negras hechas con cáscara de coco. Llevan también collares, coronas y pendientes de los mismos abalorios y cuentas alternadas con piedras jaspeadas, procedentes de las Palaos, que estiman mucho, hasta el punto de haberle sido imposible al señor Arias procurarse á ningún precio uno de aquellos objetos de adorno.



COLONIA DE PONAPÉ. – Vista exterior de la Puerta de Alfonso XIII, abierta en agosto de 1899



COLONIA DE PONAPÉ. – Entrada á la Estación Naval, situada dentro del recinto de la colonia



COLONIA DE PONAPÉ. – Vista del pequeño fuerte, depósito de cartuchería, adosado á la muralla que rodea la colonia

Hombres y mujeres usan también unas coronas de flores amarillas muy olorosas que tejen con gran arte y paciencia y que se cambian cada dos ó tres días porque las flores se marchitan durante el transcurso de éstos.

Los *kanakas* de ambos sexos se perforan las orejas para ponerse pendientes de gran peso y longitud ó bien ocho ó diez aretes de concha carey ó coronilla de coco. Estos agujeros miden á veces cuatro centímetros.

Los *kanakas* son muy aficionados á las bebidas fuertes y muy holgazanes. Los hombres visten el *col* y las mujeres por dentro de la población una bata larga de algodón no sujeta á la cintura; pero en sus rancherías ó durante sus correrías en el bosque no llevan más que una tela ancha, con la que se cubren desde la cintura hasta la rodilla. Los indígenas cristianos, al aproximarse á la población, se ponen al cuello un rosario y algunos suelen ponerse también sobre el *col* una americana.

Hombres y mujeres se tatúan: en los primeros el tatuaje de las piernas es igual en todos y consiste en muchas franjas paralelas en sentido perpendicular que producen el efecto de unas medias. En el pecho y en los brazos los dibujos varían, pero el más generalizado es el que consiste en el nombre ó ranchería á que pertenece el individuo y en muchas cruces pequeñitas.

El tatuaje de la mujer es delicado y hasta artístico y suele consistir en un entrelazado

finísimo de líneas regulares que cubren las partes del cuerpo que llevan tapadas.

Los hombres tienen la bárbara costumbre de inferirse con anchos y largos cuchillos grandes heridas en las partes carnosas del cuerpo, especialmente en los brazos cerca de los hombros.

Cuando pretenden agradar ó celebran alguna fiesta, hombres y mujeres se untan el cuerpo con aceite de pescado mezclado con un vegetal que le da un color amarillo: tan extraña untura resulta repugnante á la vista y sobre todo al olfato.

Hecha esta ligera descripción, que iremos ampliando á medida que publiquemos otras fotografías, pasemos á describir la ceremonia de la cesión de las Carolinas Orientales á los comisionados del gobierno alemán.

Se había convenido que dicha ceremonia se verificaría el día 26 de septiembre, y el 25, como hemos visto, estaba en Ponapé la comisión española. No fueron tan puntuales los alemanes, cuyos buques, el cañonero *Jaguar* y el transporte *Kudat*, no llegaron allí hasta el 11 de octubre. Al fondear el *Jaguar* hizo la salva de ordenanza, y durante aquel día se cambiaron las visitas oficiales entre las autoridades de ambas naciones, acordándose día, hora y ceremonial para el acto de la entrega. El mismo día desembarcaron del *Kudat* las fuerzas que llevaban los alemanes para mantener el orden en la población, y que consistían en 25 negros y 30 malayos: los primeros llevaban un calzón corto y los más una tela encarnada que les cubría desde la cintura á la rodilla; los segundos, pertenecientes á una raza raquítica y procedentes de Nueva Guinea, usaban pantalón, una especie de americana y una gorra de *kake* con ancha franja de color grana. Todos iban descalzos y su armamento consistía en un ancho y largo machete. Los 25 malayos los destinaban los alemanes á cuerpo de policía. servicio del capitán del puerto, etc.

COLONIA DE PONAPÉ. – Vista interior de un trozo de la muralla que circunvala la pequeña población de Ponapé ó La Ascensión



ISLA DE PONAPÉ. – VISTA DEL RÍO EN SU DESEMBOCADURA EN LA RADA. PANTALÁN Ó EMBARCADERO DE PIEDRA

En la mañana del día 12 desembarcó la marinería del *Jaguar* y formó en doble línea en la explanada ó campo de instrucción que se extiende frente á la Casa del Gobierno; detrás de ella se situaron en igual formación los malayos. A la derecha de estas fuerzas se colocó en dos dobles filas la compañía de Infantería de Marina que estaba de guarnición en la colonia.

Poco antes de las nueve reuniéronse las autoridades alemanas y españolas en el centro y delante de las citadas fuerzas y de la Casa del Gobierno. El gobernador de Nueva Guinea, comisionado por el gobierno germánico, leyó en alemán el acuerdo en que se notificaba la cesión que España hacía á Alemania de las Carolinas Orientales. A las nueve en punto, las fuerzas alemanas y españolas presentaron armas, las cornetas de infantería tocaron la marcha real y se arrió poco á poco la bandera española, izándose en su lugar la alemana, mientras la charanga del *Jaguar* entonaba el himno nacional germánico. Durante la ceremonia el *General Alava* y el *Jaguar* dispararon cada uno 21 cañonazos; también se hizo salva desde la colonia.

El gobernador alemán pronunció un discurso lacónico, en el que para nada aludió á España, y que terminó con los tres hurras de reglamento. En seguida usó de la palabra el gobernador español á satisfacción de todos los españoles que presenciaban el acto, terminando con vivas á España y á sus reyes, á Alemania, al emperador de la nación amiga y al ejército y á la marina de ambos Estados. Entonces el gobernador alemán, á quien alguien debió hacer notar la omisión padecida al no dedicar un recuerdo á nuestra nación, volvió á hablar pronunciando breves frases y dando los correspondientes hurras á los reyes de España.

A las doce la comisión española dió un magnífico almuerzo, al que concurrieron las autoridades, jefes y oficiales de ambas naciones: á los postres hubo elocuentes y patrióticos brindis en alemán, francés y español.

El día 14 los alemanes obsequiaron á los españoles con un gran *lunch* en el *Jaguar*, que se prolongó hasta muy entrada la noche y en el que reinó gran entusiasmo.

El día 16, en correspondencia al *lunch* del *Jaguar*, hubo otro banquete dado por los españoles á los alemanes en el *General Alava;* y el 18, á las once y media, levó anclas el *Uranus*, abandonando la rada de Ponapé y haciendo rumbo á Saipán, adonde llegó el día 22. – X.



ISLA DE PONAPÉ. – CESIÓN DE LAS CAROLINAS ORIENTALES Á ALEMANIA. ACTO DE LA TOMA DE POSESIÓN, VERIFICADO EN 12 DE OCTUBRE DE 1899

PÁGINAS GADITANAS

LA CRUZ DE MAYO

Así como las golondrinas, al explorar los aleros y cornisas para decidirse á construir sus terrosos nidos, anuncian que los fríos empiezan su viaje de regreso hacia las regiones de donde vinieron atraídos por los enrarecimientos y empujados por las corrientes atmosféricas, la *Cruz de Mayo,* con sus flores y sus perfumes, nos indica que el calor apunta sus primeros visos, como saludándonos con timidez y no atreviéndose á desplegar todo el ceremonial de su avasalladora diplomacia.

Desde los primeros días de este mes, que parece decirnos «ya llegan las brisas suaves; ya vienen las flores que perfuman las auras; ya tenéis en las puertas de casa los rayos de espléndido sol que vivifican hasta el último entresijo de vuestras lóbregas estancias,» las niñas nos detienen en calles y plazas pidiéndonos *una perrita para la Cruz de Mayo; aunque sea un centimito.*

La Cruz de Mayo, heraldo encantador de las galas que poco á poco van adornando las campiñas hermosísimas de la rica Andalucía, es una fiesta llena de atractivos, saturada de gusto clásico y sabor genuinamente local que sugestionan, impregnada, por decirlo así, de rústicas costumbres y alegrías flamencas.

Es fiesta eminentemente popular, que unas veces se celebra en el patio de enjalbegadas paredes con el adorno de lindas *jardineras* de hiedra y madreselva, y otras en la calle extrema de un barrio apartado.

¿Queréis ver lo que aquí llamamos *una Cruz?*

Pues encaminad vuestros pasos, á eso de las siete de la tarde, hacia las últimas calles de la población.

Antes de llegar oiréis que el rasgueado de una guitarra y el tono cadencioso de una sentida *malagueña* interrumpen el monótono silencio del crepúsculo.

A veces, tras los últimos ecos de la melancólica canción, viene el alegre repiqueteo de unas castañuelas que acompañan á los acordes del *Olé, ó las sevillanas,* bailadas por una hembra retrechera á quien jalean algunos mozos hartos ya de vino y pletóricos de entusiasmo.

Llegáis al lugar de la fiesta y vuestros ojos contemplan el cuadro más animado que pudiera forjarse la fantástica imaginación del hombre de más exaltadas concepciones.

Las luces de colores, dispuestas en mil caprichosas orlas de colgantes farolillos festoneando los balcones y las rejas ó uniendo á modo de esplendorosa serpentina las paredes de unos y otros edificios, iluminan un conjunto de flores de múltiples matices que embalsaman el ambiente con la fragancia de sus exquisitos aromas.

Tiestos de rosas, macetas de claveles y guirnaldas de azucenas exornan y bordean el espacio de calle que sirve de recinto al festival, y dando realce á este encantador y poético conjunto, hállanse las figuras de gallardas mujeres que luciendo sus vistosos *mantones de Manila* y sus agraciados rostros encendidos por el sofoco del baile y los ardores de la *manzanilla,* sonríen picarescamente y brindan halagos incitantes á los hombres que esparcidos á uno y otro lado, con la botella y *la caña* en la mano, piden una copla y ofrecen un sorbo de vino.

En una de las fachadas hay un altarcito adornado con flores de todas clases, dispuestas en dibujos que se combinan con arreglo al gusto más delicado y en ramilletes que sirven de exuberante penacho á artísticos floreros; y en el centro, como presidiendo este concierto de belleza, elévase con majestad de reina *la Cruz* de rosas blancas y encarnadas...

Y mientras las luces chisporrotean y las flores se deshojan al ponerse mustias por el calor, las mujeres cantan y bailan y los hombres palmotean y beben.

Esta es la fiesta de la *Cruz de Mayo,* cuyo ceremonial dura todo el mes.

Los elementos más risueños de la vida constituyen su liturgia: las flores, la música, el vino y la mujer.



COSTUMBRES GADITANAS. – LA CRUZ DE MAYO, dibujo de Fernando F. de la Motta

El escritor colorista ó el artista apasionado que haga vagar los vuelos de la inspiración por esta costumbre andaluza, trazará con su pluma ó su pincel cuadros admirables, siempre henchidos de encantos maravillosos y arrebatadores por las sugestiones de la realidad mezcladas con los idealismos de la poesía.

CARLOS BONET.

Cádiz, mayo, 1900.

MADRID SIN FECHA

Porque lo mismo puede escribir esta carta, desde Madrid, cualquier forastero, hoy que mañana, aunque siempre contando con el «natural progreso» en las costumbres matritenses.

***

No se puede dar crédito á cualquiera.

Yo no encuentro á Madrid ni á sus habitantes tan malos como se dice en otros puntos, no filipinos.

Aquí encuentra el forastero de todo lo que Dios crió y de lo que crían los hombres y de lo que se cría solo, como algunas eminencias y los gusanos del queso de Roquefort, según me asegura un sujeto que los vende, no los gusanos particulares ó particularmente, sino los quesos.

¿Quieres vivir con lujo? ¿Dónde mejor que en Madrid, París ó Mónaco?

¿Te agrada la modestia?

En Madrid es extraordinario el número de personas modestas – por no ser otra cosa ó por no poder dejar de serlo.

Yo vivo muy bien y gasto lo indispensable en comer, beber, arder, dormir, tranvías eléctricos y sin magnetismo animal, espectáculos, propinas y botas.

He alquilado una habitación de un catre en cuadro: ¿para qué necesita más un hombre solo y forastero?

Una habitación con catre y ropa puerca, me cuesta una peseta diaria, pagada por décadas adelantadas.

¿Comer? Como en uno de los infinitos restaurants que dan de comer impunemente á estudiantes, pensionistas y jubilados sin retenciones, aunque de poco pelo.

El almuerzo y la comida me cuestan una peseta cincuenta céntimos.

Almuerzo ovíparo, porque empieza con un «plato de huevos» y acaba... como puede.

Huevos fritos, ó pasados por agua, ó por aguardiente ó por el rostro de la patrona ó dueña del establecimiento.

Después, plato de carnes desconocidas en mar de caldo retinto, con alguna patata submarina ó *sub-caldea.*

Después, ó filete de sardina fósil ó una película de merluza frita ó á la marinera después del combate.

Y para postre, una manzana ó una aleluya intercalada de queso manchego ó cualquier otra golosina equivalente á lo dicho.

La comida consta de los platos siguientes: primero, sinfonía ó sea sopa, bien de puré anónimo ó bien de tortuga prehistórica, ó sopa de pasta variada; luego, cocido madrileño, pero mejor puede titularse «cosmopolita;» después, un plato de carne usada con unas recortaduras de patata y otros objetos misteriosos, náufragos en salsa; y un *beefteak* cómico para terminar: postres, arroz con leche «químicamente pura» y una rosquillita, manufactura casera con desperdicios de varios platos.

Con esta alimentación y dos porciones de vino, una para cada comida, así como dos copas de agua, descaradamente coloreada, vive un hombre bien y aun engorda.

Esto sí puede resistir las cocinas francesa é inglesa y la substancia exagerada de los platos que le sirven en la casa.

La gente es muy buena: como que están aquí representadas todas las provincias: añadiendo la de Madrid, á morir, digo, que se completa.

Pide uno un favor á cualquier amigo, y en seguida se... le niega, generalmente, pero sin mala fe; natural y....

De mujeres está aquí buena parte de lo escogido de España: la crema.

La vida es en Madrid un soplo: se van los días y los dineros que es una perdición para el hombre débil y asequible á las mentiras de la pereza y á los halagos de los espectáculos lícitos.

Eso sí: yo tengo un asunto en Hacienda: he conocido, aunque no bien, á tres ministros, á doce directores del ramo á que pertenece mi asunto, á veinte jefes de negociado y espero conocer al último funcionario de la casa, cuando se acabe, sin ver resuelto mi asunto. Pero todos me dicen que es sencillísimo y breve, debiendo decir «breva.»

Aquel otro asunto que tengo en la Audiencia, dicen que pasará al Supremo, no sé si al Supremo Hacedor, que me valga. Pero en este tiempo y con ese motivo, he conocido á una porción de chicos curiales muy dispuestos y de buen humor y vamos juntos á varias partes; yo pago algunas veces.

Cuando quiere uno ver á cualquier persona importante ó que se lo crea, no hay más que encaminarse á su casa y preguntar:

–¿D. Fulano?

En seguida le contestan:

– No está en casa.

Como pudieran contestar:

– Dios ampare á usted, hermano.

– ¿A qué hora suele estar?

– ¿No puedo decir á usted: no tiene hora fija.

– ¿Y á qué hora come?

– Tampoco tiene comida fija.

El mismo, cuando tropieza usted con él en la calle, dice:

– Vaya usted por casa, hombre, fumaremos un tabaco y hablaremos.

En las oficinas del Estado no entra cualquier infeliz.

Lo que dicen algunos porteros de la casa:

– ¿Para qué estamos aquí nosotros? Para que no entren moscas, principalmente.

Alguna que otra vez suelen atracar al transeunte los ladrones en medio de la calle.

Pero es en día claro, y así no se asusta el atracado como si fuera á obscuras.

En los teatros se divierte mucho el público: diariamente, casi, se silba una obra extraordinariamente aplaudida, que se repite extraordinario número de veces.

Por fin, que yo estoy convicto y confeso de la justicia con que dicen algunas personas:

«De Madrid, al cielo.»

Eduardo de Palacio.



Guerra anglo-boer. – Lanceros que formaban parte de la división de caballería inglesa mandada por el general French que hizo levantar el sitio en Kimberley (de fotografía de M. Bennett, de Kimberley)

GUERRA ANGLO-BOER

El general Roberts ha comenzado su movimiento de avance, que si resultara desgraciado no sería por falta de preparación. Por ahora parece que el plan va produciendo los efectos que los ingleses esperaban, pues sucesivamente se han ido apoderando de las posiciones que los boers ocupaban al Norte de Bloemfontein, tomando una tras otra las de Sboutneck, Brandford, Winburg y Smaldeel, después de haber atravesado el río Vet.

Sin embargo, estudiando los movimientos por el general Roberts combinados, se ve que el generalísimo no ha podido conseguir lo que constituía el objetivo principal de los mismos, esto es, envolver á los boers y hacer con el ejército de Botha lo que con el de Cronje hiciera en Paardeberg. El nuevo jefe de los federales ha dirigido la retirada con habilidad suma, y las fuerzas por él mandadas han podido abandonar sus posiciones con insignificantes pérdidas y llevándose siempre el material de guerra. En efecto, las bajas de los boers, según los mismos partes oficiales del generalísimo inglés, han sido insignificantes en todos los combates sostenidos, y hasta ahora sólo ha caído en poder de los ingleses un cañón Maxim que cogieron en la acción de Smaldeel.



Guerra anglo-boer. – Vigía de señales en Kimberley (de fotografía de M. Bennett, de Kimberley)

¿Encontrará el general Roberts en lo sucesivo las mismas facilidades para su movimiento de avance? No es probable, pues á medida que vaya adelantando tendrá que disminuir el contingente de su ejército para dejar guarnecidos los puntos que vayan quedando á retaguardia, á fin de conservar expeditas las comunicaciones que la extraordinaria movilidad de los boers podría amenazar en el momento más inesperado. Además, es de suponer que cuanto más se internen los invasores por el territorio de Orange mayores serán las resistencias que para cortarles el paso habrán acumulado los boers, y no es aventurado afirmar que en cuanto penetren aquéllos en el Transvaal, estas resistencias alcanzarán su grado máximo y tendrán especialmente su manifestación en la lucha de guerrillas, contra la cual se estrellan á veces los ejércitos más poderosos.

En cuanto á los planes que para lo sucesivo puedan haber formado los boers, sábese únicamente, por lo que ha dicho un ingeniero inglés residente en Pretoria, que el gobierno transvaalense no ha elegido dicha capital como último baluarte de defensa, sino que acumulará todas sus fuerzas en Lydemburgo, que tiene mejores condiciones estratégicas y en donde se están reuniendo enormes cantidades de municiones de boca y guerra.

Los sitiados de Mafeking continúan resistiéndose heroicamente, y aunque en su socorro acuden por un lado la división del general Hunter y por otro la de Carrington, podría muy bien suceder que estos refuerzos llegaran tarde, pues las distancias que las referidas divisiones han de recorrer son largas y no fáciles y la situación de aquella plaza, á pesar de todo el heroísmo de sus defensores, es sumamente crítica.

El general Methuen ha hecho erigir á sus costas sobre la tumba del coronel francés Villebois-Mareuil un monumento con la siguiente inscripción: «A la memoria del conde de Villebois-Mareuil, coronel de la legión extranjera de Francia y general en el Transvaal, muerto en el campo del honor el 4 de abril de 1900. *Requiescat in pace.*» Esto ha dado motivo á un individuo de la Cámara de los Comunes para interrogar al Secretario de Estado en el Ministerio de la Guerra, el cual individuo, después de calificar al noble y valeroso francés de «soldado mercenario,» preguntó si no sería conveniente acaso recomendar que la erección del monumento se aplazara para después de la guerra. A lo que el referido secretario, Mr. Wyndham, ha contestado: «No hemos recibido ningún informe sobre este particular, pero no hay razón para que un soldado valiente no eleve un monumento á otro valeroso soldado.»

Un ingeniero inglés que se encontraba en Johannesburgo cuando ocurrió la explosión de la fábrica Begbie y que ayudó al salvamento de las víctimas, ha manifestado que la catástrofe fué mayor de lo que se dijo en un principio, pues ocasionó 100 muertos y otros tantos heridos y destruyó todos los edificios contiguos.

El hijo de Mr. Begbie, que fué preso á raíz del hecho, ha sido puesto en libertad mediante fianza de 500 libras esterlinas.

A consecuencia de la catástrofe, el gobierno transvaalense ha dictado el siguiente decreto: «Como gran número de burghers insisten en que los súbditos ingleses sean conducidos á la otra parte de la frontera, y como el gobierno no está deseoso de satisfacer su deseo y el de los que son favorables á la república, Nos Esteban Juan Pablo Kruger declaramos por la presente que todos los súbditos ingleses que residan en el distrito ó en la ciudad de Pretoria ó en los campos de oro del Witvatersrand, deberán salir del Estado dentro de treinta y seis horas, á contar desde el 30 de abril á mediodía, á excepción de aquellos de entre ellos que estén autorizados por el gobierno á continuar residiendo en el país por recomendación de los diferentes commandos locales.»

El número de ingleses autorizados para quedarse en Pretoria es de 121, de ellos 62 hombres y 59 mujeres.

Entre las fuerzas extranjeras que están al servicio de los boers, se ha distinguido notablemente el destacamento ruso, compuesto de 40 hombres que hacen el servicio de exploración y están mandados por un joven oficial, hijo del célebre general Ganetsky; entre



LA ZARABANDA, cuadro de Fernando Roybet

(Exposición Universal de París de 1900)



IDILIO CAMPESTRE, cuadro de Mme Lucas-Robiquet

[illegible]

ellos figuran también el coronel Gurko, hijo del famoso general de este nombre, y el coronel Maximoff. Estos oficiales gozan de gran popularidad entre los boers.

El referido general Carrington, el que con sus fuerzas atravesó el territorio portugués para llegar á Rhodesia, fué obsequiado durante su estancia en Beira con un banquete que le dió el gobernador de aquella colonia y en el que el general brindó agradeciendo las cariñosas frases que por aquella autoridad portuguesa le habían sido dirigidas, y sobre todo la calurosa acogida que á él y á sus subordinados se había dispensado, y añadiendo que la actitud del representante del gobierno lusitano no podía menos de estrechar más y más la amistad de Inglaterra y Portugal. Cuando tales cosas pueden decirse públicamente, cuando el acto cometido por el gobierno portugués al consentir, contra todas las leyes de la guerra, el paso de tropas inglesas por su territorio no ha merecido ni siquiera una protesta enérgica de parte de las grandes potencias, bien puede afirmarse una vez más que el derecho internacional de nada sirve. Es decir, sí, sirve contra los débiles; pero para los fuertes no hay más derecho, ni más leyes, ni más justicia, que la violencia. Y aun cuando esto ha sucedido siempre, por lo menos antes se daba á las mayores brutalidades cierta apariencia de justicia: hoy impera junto á la sinrazón el descaro, lo cual, tal vez, sea una ventaja, porque cada uno sabe lo que ha de esperar y lo que debe temer y puede prepararse mejor para dar golpes ó para recibirlos. – A.

NUESTROS GRABADOS

D. Tomás Gomensoro.— El día 12 de abril último falleció en Montevideo D. Tomás Gomensoro, una de las figuras más ilustres de la historia de la República Oriental del Uruguay. Nació en la citada capital en 27 de enero de 1810 de una antigua familia española que contaba entre sus antepasados altos dignatarios civiles, militares y eclesiásticos, y consagrado á la vida política, selló en el pacto de abril de 1872 la reconciliación de sus compatriotas, como presidente del Senado



D. TOMÁS GOMENSORO, ilustre político uruguayo, ex presidente del Poder Ejecutivo de la República Oriental del Uruguay, fallecido en Montevideo en 12 de abril último (de fotografía remitida por D. Francisco Boeri).

ejerció el poder ejecutivo en el período difícil que media desde marzo de 1872 á febrero de 1873, y figurando entonces como candidato popular á la presidencia, como ha sucedido varias otras veces, lejos de hacer sentir su influencia y su poder en el sufragio, cooperó con su rectitud y amor á la libertad electoral á la derrota de su propia candidatura. El Sr. Gomensoro, que por una Asamblea Nacional había sido declarado Benemérito de la Patria, era presidente honorario de la Comisión Directiva del partido colorado. A pesar de los altos puestos que ocupó, ha muerto tan pobre que la única idea que le contristó durante su última enfermedad fué la del desamparo en que dejaba á su familia. Vivió consagrado á la práctica de las virtudes y al bien de sus semejantes, y ha muerto rodeado del cariño de los suyos y del respeto de toda una nación que le contemplaba como modelo de probidad y honradez.

***

La plegaria del indio, escultura de Arturo Strasser.— Con razón se ha denominado á la India país maravilloso: la naturaleza, las costumbres, la religión, todo allí justifica este calificativo; y aun cuando la dominación inglesa al llevar los adelantos de la civilización y los usos europeos ha desposeído á una gran parte de aquel inmenso territorio del ambiente característico, todavía quedan considerables restos del misticismo y de la poesía que tanto interés prestan á la hermosa región asiática que con el nombre de India se conoce. Uno de los cultos más curiosos que allí se conservan es el de los elefantes blancos, considerados como sagrados por muchas tribus que les tributan veneración y respeto, cual si de verdaderas divinidades se tratara. El notable artista vienés Arturo Strasser nos presenta en el bellísimo grupo escultórico que reproducimos á un par de estos paquidermos acompañados de su fanático guardián, en el momento en que éste reza su plegaria: la escultura es grandiosa y con razón ha sido clasificada entre las mejores obras que la plástica moderna ha producido, pues aparte de su grandiosidad admíranse en ella la expresión del indio y aun la de los mismos animales y la armonía con que el escultor ha sabido evitar que el efecto de la figura del primero resultara destruído por las colosales proporciones de los segundos.



El eminente poeta mallorquín D. JERÓNIMO ROSELLÓ, en cuyo honor se han celebrado recientemente solemnes fiestas en Palma de Mallorca (de fotografía)

D. Jerónimo Roselló.— Acaban de celebrarse en Palma de Mallorca solemnes fiestas con motivo de haber sido declarado Hijo ilustre de aquella ciudad el eminente poeta mallorquín D. Jerónimo Roselló, cuyo retrato ha sido colocado en la Galería de mallorquines ilustres que adorna el salón del Ayuntamiento palmesano. La circunstancia de vivir todavía el señor Roselló presta mayor importancia á estos honores que sus conciudadanos le han dedicado y demuestra hasta qué punto su personalidad es por ellos respetada y estimada. Y no es sólo en Mallorca en donde se aprecia lo mucho que el Sr. Roselló vale: en toda Cataluña, en España entera se considera su nombre como uno de los primeros de nuestra moderna literatura. Nació D. Jerónimo Roselló en Palma en 31 de enero de 1827; cursó Filosofía en el Instituto balear y Jurisprudencia en la Universidad de Barcelona, y desde 1850 en que se licenció ha ejercido constantemente su profesión de abogado. Ha sido regidor del Ayuntamiento de Palma, Consejero provincial de las Baleares y abogado de la Beneficencia de las mismas y está en posesión de la cruz de Carlos III. Desde una edad muy tierna se manifestó en él la mayor afición á la literatura y á la historia, entregándose á la asidua lectura, así de los clásicos españoles como de las más notables obras francesas, inglesas y alemanas, que al mismo tiempo que avivaron su entendimiento le proporcionaron rico caudal de conocimientos y de condición. En 1843 escribió sus primeras poesías, de marcado sabor clásico, y más tarde, fortalecida su imaginación por el estudio, alcanzó lauros y premios en todos los certámenes á que concurrió, especialmente en los Juegos Florales de Barcelona. D. Jerónimo Roselló ha escrito notabilísimas composiciones en mallorquín, en catalán, en castellano y en lemosín, y ha hecho admirables traducciones de Goethe, Schiller, Walter Scott y otros poetas extranjeros, y no sólo ha cultivado la poesía que tan eminente puesto le ha conquistado en la literatura, sino que ha logrado ser un historiador y un bibliógrafo profundo. Son innumerables las obras por él publicadas, entre las cuales citaremos: *Hojas y flores*, colección de admirables poesías; *Lo joglar de Maylorcha*, colección de romances históricos primorosamente escritos en el idioma lemosín de los siglos XIII y XIV; *Lo Canconer de Miramar*, colección de poesías en lemosín moderno; *Biblioteca luliana*, y varias recopilaciones de obras de poetas baleares de los siglos XVI á XVIII, ilustradas con artículos crítico-biográficos.

***

La zarabanda, cuadro de Fernando Roybet.— Los asuntos que los artistas toman de pasadas épocas préstanse de un modo extraordinario á que luzcan sus conocimientos en materias de historia y sobre todo de indumentaria. Además, el carácter pintoresco y en muchos casos artístico que tienen los trajes que nuestros antepasados vistieron es un elemento excelente, desde el punto de vista del colorido, para una composición pictórica. No es, pues, de extrañar que muchos pintores emprendan esta clase de trabajos, en los que pueden hacer gala de su dominio de la técnica, y que, por ende, se vean en todas las exposiciones obras de autores afamados de los más diversos países inspiradas en estas tendencias. El célebre artista francés Roybet ha presentado en la sección de bellas artes de la actual Exposición Universal de París un lienzo de este género, *La zarabanda*, que ha sido muy elogiado por el gusto con que aparecen agrupados los personajes, por la corrección admirable del dibujo y por las delicadezas de color que en él se ven á manos llenas prodigadas: es un lienzo bien compuesto, perfectamente estudiado y abundante en detalles bellísimos que, sin degenerar en nimiedades, permiten apreciar en todo su valor cada uno de los objetos, aun los menos importantes, que en el cuadro figuran.

***

Idilio campestre, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet.— El hermoso cuadro de la celebrada artista francesa Mme. Lucas-Robiquet sintetiza el punto culminante de una historia de amor: los dos muchachos se encuentran solos en medio del campo; *él* ha formulado en palabras claras y concretas lo que ha tiempo guardaba en su corazón, y espera una respuesta que decidirá tal vez de su porvenir; *ella*, comprendiendo la importancia de la situación y la trascendencia que puede tener la frase que sus labios pronuncien, recógese en sí misma y queda sumida en meditación profunda. Son dos niños casi; pero harto se adivina que las rudezas de la vida del campo y del trabajo que desde sus primeros años les impuso su condición humilde, les han hecho hombre y mujer antes de tiempo, dotándoles de reflexión y madurez prematuras. La escena y los personajes de *Idilio campestre* son, como se ve, interesantes y el lugar en que aquélla se desarrolla es de una poesía encantadora: Mme. Lucas-Robiquet ha sabido aprovechar tan bellos elementos componiendo con ellos un lienzo en que á las excelencias de ejecución se juntan una delizadeza y un sentimiento exquisitos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BERLÍN. – Después de largas negociaciones la dirección de los museos de Berlín ha adquirido el famoso monetario de Imhoof, pagando por él 572.500 pesetas. Este monetario es considerado como la colección particular más importante de monedas griegas antiguas, no sólo por el número de ejemplares, sino por la rareza de muchos de ellos.

SEVILLA. – El Centro de Bellas Artes ha publicado como anuncio de la exposición que actualmente celebra en la Casa Lonja, un hermoso cartel anunciador, obra del distinguido pintor Sr. Alpériz, que se ajusta perfectamente á los cánones más modernos que presiden en esta clase de trabajos. El cartel ha sido tirado á varias tintas y en oro en la litografía sevillana de la Viuda de Pilath.

Teatros.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu Comique *Le porteur aux Halles*, interesante drama en cinco actos y seis cuadros de M. Fontanes, y en el Athenée *Francine ou le respect de l'innocence*, bonita comedia en tres actos de Ambrosio Janvier de La Motte.

Madrid. – En Lara se ha estrenado con aplauso *Pajarita de las nieves*, lindo juguete en un acto de D. Gabriel Merino.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de la Granvía *Viaje de instrucción*, bonita zarzuela en un acto de D. Jacinto Benavente, con bellísima música del maestro Vives. En el Liceo se han cantado *La Boheme*, de Puccini, y *Aida*, habiendo obtenido muchos aplausos en el desempeño de la primera las Sras. Stehle y Giacchetti y los Sres. Garbin, Buti, Rossi, Acchili y Mazanti, y en el de la segunda las Sras. Darclée y Dahlander y el Sr. Duc.

Necrología.— Han fallecido:

Federico Edwin Church, notable paisajista norteamericano.

Dr. St. George Miwart, célebre biólogo inglés, representante del antidarwinismo en Inglaterra, que combatió en su libro *El origen de las especies*, publicado en 1871, la teoría darwiniana de la selección natural.

José Bertrand, célebre matemático y físico francés, miembro de la Academia Francesa, Secretario perpetuo de la de Ciencias, profesor de Física general y de Matemáticas en el Colegio de Francia, autor de varias obras universalmente reputadas.

Jorge Cristián Freund, notable escultor dinamarqués.

Osmán Bajá, famoso general turco que tanto se distinguió en la defensa de Plewna durante la guerra turco-rusa y á quien se debe la reorganización del ejército de Turquía.

Oscar Seidel, notable paisajista alemán.

Guillermo Beard, notable pintor norteamericano, miembro de la Academia de Nueva York.

Federico Burton, célebre pintor inglés, director de la Galería Nacional de Londres.

Conde de Benedetti, diplomático francés, cuyo nombre figuró mucho cuando la guerra franco-prusiana.

Archibaldo Forbes, periodista inglés, uno de los más reputados corresponsales de guerra.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 193, POR K. STAHL.

NEGRAS (3 piezas)

BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 192, POR O. WÜRZBURG.

Blancas.	Negras.
1. Rb7–b8	1. Tc1–a1, b1, d1, e1, f1, g1, h1.
2. Ac7–a5, b6, d6, e5, f4, g3, h2.	2. T toma A ú otra.
3. Ta7–h7 mate.	

VARIANTES

1.... C juega; 2. Ac7–b6, etc.
1.... Rh8–g7; 2. Ac7–e5 jaque, etc.

EL PETARDO

NOVELA POR JUAN TOMÁS SALVANY. – ILUSTRACIONES DE B. GILI ROIG

(CONCLUSIÓN)

–¡Bribón, tunante, sinvergüenza, eso has venido á proponerme! Pues oye, oye bien lo que tengo que decirte. Si Pepe, por tu culpa, va á presidio y arrastra allí el grillete que debieras tú arrastrar, yo le seguiré al penal, y me casaré con él, y le querré con toda mi alma, como al más adorable de los hombres, para que tú lo sepas, para que los celos, como perros rabiosos, te muerdan sin descanso las entrañas.

–Es que... yo..., balbuceó Crisanto pálido de ira.

–¡Sal, sal inmediatamente y para siempre de esta casa! ¿No ves que me revuelves el estómago?.. ¡Ah! ¡Dios mío, Virgen Pura, no me abandonéis!

Y agotadas sus fuerzas por la excitación nerviosa y por la herida, la infortunada joven cayó pesadamente en el sillón, mientras Crisanto se lanzaba lejos del obrador y la señora Petra acudía á socorrerla.

Instantáneamente sonaron voces en la calle.

–¡El juez, el juez..., ahí viene!

–¿Dónde?

–Allí, acompañado de un escribiente y dos alguaciles. Va á tomar declaración á la planchadora sobre el atentado de su novio.

La presencia del juez en tales ó parecidas circunstancias emociona siempre á las muchedumbres; así es que seguían al representante de la ley gran número de vecinos.

La señora Petra, asustada, mientras combatía el reciente vahido de su hija, profirió:

–María, el juez... Viene á tomarte declaración.

–Mejor, que venga, quiero hablar con él, contestó la joven reanimándose de pronto.

El aludido, con sus tres acompañantes, entraba en aquel momento en el taller.

Mientras los alguaciles tenían á raya á los curiosos que se agolpaban á la puerta, y el escribiente, apercibiéndose á escribir sobre un tablero de planchar, desenvainaba un tintero de asta con su correspondiente mamotreto, el juez saludó ligeramente á las dos mujeres. De súbito clavó sus ojos en María cuya hermosura y aspecto parecieron interesarle.

–¿Está usted enferma?, dijo.

–No, señor, herida.

–¿Por quién? ¿De qué manera?

–Por nadie, me desmayé y caí esta mañana al ver pasar los presos.

–¿Conoce usted al acusado?

–¡Ya lo creo!

–¿Le ha tratado usted con alguna intimidad?

María se ruborizó ligeramente.

–Responde, no te cortes, que no se come á nadie el señor juez, le dijo la señora Petra, interpretando mal el silencio de su hija.

–Sí, señor, balbuceó ésta, he tratado á Pepe íntimamente, sin perjuicio de mi honestidad, que es lo que más estimo.

Esta contestación, con modestia proferida, pareció conmover al juez.

–¿Qué concepto merece á usted el acusado?, prosiguió.

–El mejor del mundo; iba á casarme con él, ya usted ve...

–¿Le considera usted capaz de haber puesto un petardo en la imprenta de *El Burgués?*

–¡Qué disparate! ¡Si Pepe vivía allí de su trabajo y gracias á eso nos casábamos!

–¿Cuánto tiempo lleva usted tratándole con intimidad?

–Diez meses.

–¿Sabe usted si frecuentaba su novio el club de la calle del Empecinado?

María vaciló un momento.

–Diga usted la verdad, insistió el juez.

–Pues bien, sí, lo frecuentaba antes de ser mi novio, con objeto de procurarse inocente distracción; pero en estos últimos diez meses no ha puesto allí los pies.

–¿Está usted segura?

–Segurísima; como que pasaba al lado mío y de mamá las horas antes destinadas al club.

–¿Sabe usted si conspiraba, si iba á la taberna, si frecuentaba el trato de aviesos compañeros?

¡Ya está descubierto el criminal!

–Nunca; no, señor; su conducta fué siempre irreprensible.

El juez, que parecía caviloso, guardó silencio unos instantes.

–Las palabras de usted, repuso al cabo, convencen á cualquiera; desgraciadamente, no prueban la inocencia del acusado.

–¿Quién le acusa? ¿Quién se atreve?, profirió la joven con exaltación. Yo pondría las manos en el fuego...

–Su novio de usted debió de colocar el petardo, según su compañero Crisanto Gómez asegura.

–¡El! ¡Ah, villano, no me engañaba el corazón, ciertos eran mis presentimientos!

–¿Tiene usted algún motivo para sospechar?..

–¡Ya lo creo! Crisanto es un borracho y aborrece á Pepe porque le preferí para casarme. En fin, señor juez, ahora mismo, hace dos credos, ese canalla ha estado á proponerme la libertad de Pepe á cambio de mi mano. ¿Cómo había de aceptarla yo á semejante precio? ¡Antes me harán pedazos! En fin, si no hay otro remedio... ¡Dios mío, Dios mío, no me abandones!

María y su madre prorrumpieron en sollozos.

El juez y sus acompañantes se miraron aturdidos.

–¿Entonces, cómo explica usted, continuó aquél haciendo un penoso esfuerzo, la existencia de ciertos objetos en casa del acusado?

–¡Objetos! ¿Cómo? ¿Qué?, profirió María estremeciéndose.

–Pedro, saque usted la bomba, ordenó el juez á uno de los alguaciles.

El dependiente de la justicia obedeció.

Era el objeto aludido una verdadera bomba de hierro ó bronce, con pinchos y espoleta, los cuales le daban cierto aspecto terrorífico.

Al verla, el semblante de María se iluminó súbitamente.

–¿No opina usted, preguntó al juez, que pesa muy poco para su tamaño?

Tomó aquél en la mano el proyectil diciendo:

–En efecto, parece ligera.

–Entonces no está cargada.

–Ya, pero la tendría el acusado para cargarla de dinamita, como la anterior, y producir nuevas desgracias.

–Permítame usted, señor juez.

La joven, tomándola de manos de éste, apretó con los dedos la espoleta de la bomba y esta última se abrió, impulsada por un resorte, dejando ver en su interior un receptáculo de cristal.

–¡Un tintero!, exclamaron atónitos el juez, el escribiente y los alguaciles.

María se sonrió.

–Sí, dijo, un regalo de los amigos del acusado para festejar su boda, un objeto de esos que en los comercios llaman *de fantasía.*

El representante de la ley permaneció un momento estupefacto, sin saber qué contestar.

–Corriente, añadió poco después herido en su amor propio, ¿cómo explica usted esta otra prueba hallada en casa del Rodríguez?

Y alargó á la joven el papel en uno de cuyos bordes se leía: *Petardo cuando salgas de la imprenta.*

María lo leyó sin inmutarse; al contrario, su semblante parecía transfigurado por el gozo.

–Este papel le he escrito yo, dijo sonriéndose.

–¡Usted!

–Sí, es la posdata de una carta.

El juez y sus acompañantes la miraban aturdidos.

–¡Dios mío, prosiguió ella con cierto cómico desconsuelo, lo que es no saber escribir! Nunca creí que trajera estos disgustos. Figúrese usted, señor juez, que ayer, la víspera de nuestra boda, escribí á Pepe á la imprenta, remitiéndole unas instrucciones necesarias para el acto próximo á celebrarse. Una vez terminada la carta, recordé que tenía yo que salir á varias diligencias relacionadas con el mismo objeto. Temiendo despachar tarde y que Pepe no me encontrara en casa cuando viniera, como de

costumbre, á su salida de la imprenta, añadí á la carta una posdata explicándole con anticipación el motivo de mi tardanza, y concluyendo con estas palabras: *No extrañes si, Pepe, tardo cuando salgas de la imprenta.* Ahora veo que, por no saber escribir, olvidé las comas, trabuqué las palabras y puse de esta manera: *No extrañes si Pe petardo cuando salgas de la imprenta.*

Así diciendo, presa de excitación nerviosa, María arrebató la pluma al escribiente, y en el mismo papel que acababa de alargarle el juez, volvió á trazar la misma incorrecta frase al pie de la anterior, con lo cual se convencieron todos de la identidad de la letra.

– Este era el final de la carta, ahí está Pepe, que no me dejará mentir; él debe de tener la otra hoja y en ella verán ustedes el principio, concluyó la joven.

Reinó un corto silencio durante el cual todos contemplaron á María con interés.

¡Un tintero!, exclamaron atónitos...

– Se nos olvidaba una pequeña formalidad, dijo en seguida el juez: ¿jura usted ser cierto cuanto acaba de declarar?

La joven cruzó en el aire los índices de ambas manos, y aplicando á los mismos un sonoro beso respondió:

– Lo juro por esta cruz, por la salud de mi madre y por la mía.

– ¿Tiene usted algún inconveniente en firmar su declaración?

– Ninguno.

El escribiente, que acababa de trasladar al mamotreto el anterior interrogatorio, alargó la pluma á la declarante, la cual firmó con aire satisfecho.

– Está bien, profirió el juez; señoras, ustedes dispensen, buenos días.

Y seguido de sus acompañantes, salió del obrador visiblemente conmovido.

La joven se arrojó en brazos de la atónita señora Petra, murmurando entre una explosión de lágrimas:

– ¡Madre, qué contenta estoy! ¡Acabo de salvar á Pepe!

X

Después de la anterior escena, la primera providencia del juez instructor fué dictar un mandamiento poniendo en libertad al acusado, el cual se hallaba una hora más tarde al lado de su novia.

Antes de volar al encuentro de esta última, había exhibido á la autoridad judicial la carta de María cuyas últimas palabras conocemos. Económico como era, y no conteniendo la consabida hoja, casi en blanco, cosa alguna de interés, habíala separado del resto de la carta, guardándola entre otros papeles embargados por el tribunal, con objeto de utilizarla oportunamente.

El juez, convencido ya de la inocencia del cajista, distaba mucho de hallarse satisfecho.

¿Quién habrá puesto el petardo?, se decía.

Buscando contestación á esta pregunta, fué á practicar un registro en el club de la calle del Empecinado, el cual no sirvió más que para sumergirle en nuevas confusiones, habiendo encontrado únicamente en aquel espantable local aparatos de gimnasia, trajes y armas de teatro, una vulgar biblioteca, una comedia sacada de papeles, libros de cuentas, recibos en blanco ó extendidos, y todos los artículos y objetos necesarios á una escuela de instrucción primaria.

De pronto, recordó que al principio de la indagatoria habíase limitado á permanecer breve rato en la imprenta, haciendo suyas las primeras diligencias practicadas por el delegado de vigilancia del distrito y llevándose á Crisanto Gómez y á Pepe Rodríguez en calidad de detenidos.

Alguna idea repentina debió de iluminar la mente del juez, porque llamando á los alguaciles y escribientes, á una pareja de guardias y al arquitecto municipal, les dijo:

– Vamos á la imprenta á practicar un reconocimiento.

Trasladáronse todos allí, y tras algunas minuciosas pesquisas, el arquitecto, desde lo alto de la galería, gritó á los que se hallaban abajo:

– ¡Ya está descubierto el criminal!

– ¿El que puso el petardo?, preguntaron todos á una.

– No, no hay tales carneros; es decir, no ha habido petardo.

– Entonces...

– Se trata simplemente de una explosión de gas; miren ustedes.

Y arrojó á los de abajo un pedazo de cañería reventado é informe.

Este pedazo, cotejado con el fragmento de tubo metálico, negro y mal oliente, de que hablamos al principio, que todos á la sazón creyeron fragmento de petardo, y traído ahora á prevención por un alguacil, resultó ser semejante al mismo.

En efecto, después de cerrada la imprenta á las diez de la noche del 30 de abril, un escape de gas había comenzado á iniciarse en ella. El fluido debió de irse condensando durante algunas horas en el solitario local, herméticamente cerrado, hasta producirse la catástrofe.

¿Cómo pudo producirse? No se supo á ciencia cierta, si bien daba de ello testimonio un montón de papeles de desecho que había en un rincón, lentamente consumidos por la mal apagada colilla de un cigarro.



Por lo que toca á Pepe y María, si no se habían casado en 1.º de mayo, verificáronlo...

El injustificado pánico y los absurdos temores relativos al 1.º de mayo habían al pronto engañado á todos los vecinos, inclusa la justicia, sobre el origen de la catástrofe.

Al adquirir este convencimiento ante las pruebas tan claras y concluyentes:

– ¡Ya decía yo! ¡No hay Ravachols en Cantillana!, profirió el juez instructor como quien se siente aliviado de un gran peso.

Y se inhibió en la causa.

XI

Gracias á la existencia de papeles encendidos en la imprenta de *El Burgués*, los cuales, ocasionando antes la explosión, habían impedido que el gas se condensara con exceso, los daños, en realidad, no fueron de tanta consideración como al principio se creyera. Así, pues, practicando en el techo algunos remiendos y volviendo á separar las dos claraboyas, convertidas en una por la explosión, componiendo las paredes cuarteadas y tapiando el boquete abierto en una de ellas, volvió á quedar el edificio en disposición de ser utilizado.

Algo también hubo que gastar en la compostura y renovación de materiales estropeados; mas el propietario, que gozaba de crédito y simpatías en Cantillana, encontró á un módico interés los fondos necesarios para todo; de suerte que, á las cuatro ó cinco semanas de ocurrida la catástrofe, proseguían á una la publicación de *El Burgués* y los trabajos de la imprenta.

El cajista Crisanto Gómez, como si nada hubiera acontecido, en unión de sus compañeros presentóse en el local; pero antes que llegara á colocarse junto á las cajas que en un principio le estuvieran destinadas, atajóle el maestro impresor, diciendo:

– ¿Adónde vas?

– ¡Otra! A trabajar.

– Busca tú trabajo en otra parte, que yo no se lo doy á falsos delatores.

Crisanto, con la cabeza gacha, salió al punto de la imprenta, y pocos días después de la ciudad, porque, enterados todos de su perfidia, no encontró quien le ocupara.

Por lo que toca á Pepe y María, si no se habían casado el 1.º de mayo, verificáronlo el sábado siguiente, ó sea el día 8, fecha en que hubo ya de permitirlo la descalabradura de la novia.

Todo se verificó sin novedad, conforme ellos y la señora Petra teníanlo dispuesto, excepto el modesto viaje de novios al Romeral, ameno sitio á ocho leguas de Cantillana, que, en vista de las circunstancias, fué suprimido por economía.

. . . .

Lector, si al final de esta narración encuentras que te has llevado *petardo*, no lo extrañes, porque era cabalmente lo que el autor trataba de pegarte.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid, 22 de mayo de 1892.

APLICACIÓN DE LA ELECTRICIDAD

EN LA EXPLOTACIÓN DE MINAS

Casi tan antiguo como el conocimiento de las propiedades de la corriente eléctrica es su aplicación técnica en la explotación de minas, en la que se empleó primeramente la electricidad para prender fuego á las mechas de los barrenos cuando, como con frecuencia sucede, era preciso arrancar por medio de una voladura grandes masas de roca. Esta aplicación es tan antigua por la razón de que para lograr el efecto deseado podían utilizarse las máquinas eléctricas de frotamiento: la corriente era transmitida por medio de alambres conductores al interior de la materia explosiva, produciéndose entre los extremos de aquéllos la chispa que inflamando esa materia ocasionaba la explosión.

Pero este sistema tenía un gran inconveniente, y era que el funcionamiento de las referidas máquinas eléctricas dependía del grado de humedad del aire; de aquí que en cuanto se descubrió la inducción eléctrica se construyeron aparatos en los cuales la inflamación se realizaba por medio de chispas de inducción. Estos aparatos se usan todavía en muchas minas.

Sin embargo, aun el procedimiento más perfecto para producir la chispa adolece de grandes deficiencias que han sido salvadas por la llamada inflamación por incandescencia: en este sistema la conducción no está nunca interrumpida y puede por consiguiente examinarse á cada momento el estado de la misma, inmediatamente antes de proceder á la explosión, por medio de una pequeña corriente completamente inofensiva para los cartuchos. Los cartuchos destinados á la inflamación por incandescencia, que han de tener gran resistencia para desarrollar un calórico proporcionado, pueden estar construídos tan fácil y sencillamente como los que han de inflamarse por la acción de la chispa. El aislamiento tampoco ha de ser muy grande, dada la tensión relativamente pequeña de la corriente que se utiliza.

Esto no obstante, hasta estos últimos tiempos la

inflamación por incandescencia no ha alcanzado gran importancia enfrente de la inflamación por chispa, debido esto en parte á que los encendedores se disponen paralelamente, á fin de que si uno ó varios de ellos faltan, puedan los demás inflamarse, con lo cual se pierden las ventajas de este sistema de poder examinar cada uno de los encendedores. Además, aun con esta disposición de los cartuchos en serie, la experencia ha demostrado que el éxito dependía en gran parte de la habilidad y de la práctica del encargado de manejar el manubrio del aparato. Sin embargo, recientemente se han construído unos aparatos de inflamación por incandescencia, en los cuales el funcionamiento de la máquina electro-dinámica es independiente de la destreza del que la maneja.

Mayor importancia, si cabe, tienen otros aparatos merced á los cuales la electricidad alcanza cada día mayor influencia en la forma de transmisión de la energía eléctrica. Para el desagüe, la ventilación, la perforación y arranque de las rocas, así como para la conducción de los minerales arrancados al exterior de la mina, se necesitan una porción de máquinas que con grandes ventajas se hacen funcionar por medio de la electricidad. Dada la índole de la industria de que se trata, es preciso que la energía sea transmitida desde una estación primaria, que casi siempre está instalada fuera de la mina. La transmisión de la energía eléctrica desde ésta, tiene la ventaja de poseer un mayor grado de eficacia (75 á 80 por 100 y aun más) que los demás sistemas de transmisión de fuerza.

Fig. 1. – Bomba eléctrica para extracción del agua

Las propiedades características del electro-motor, como son la extraordinaria facilidad del cambio de corriente, el reducido espacio que exige y su peso relativamente pequeño, hacen que sea muy á propósito para las explotaciones mineras: además, los hilos conductores pueden disponerse con suma comodidad, y por su flexibilidad y fácil instalación son muy superiores á los demás sistemas.

Entre las diversas máquinas movidas por la electricidad que en las minas se emplean, debemos mencionar en primer término las perforadoras, una de las cuales reproduce la figura 2. En el grabado no se ve el electromotor adonde es conducida la corriente desde la estación primaria, pues está encerrado en la caja que aparece en el suelo delante del obrero que maneja el aparato. Antiguamente se creía que la perforadora necesitaba un electro-motor especial, pero la casa Siemens y Halske, de Berlín, ha construído hace poco un electromotor cuyo movimiento rotatorio se transforma mecánicamente en movimiento de impulsión mediante una manivela y un sistema de muelles.

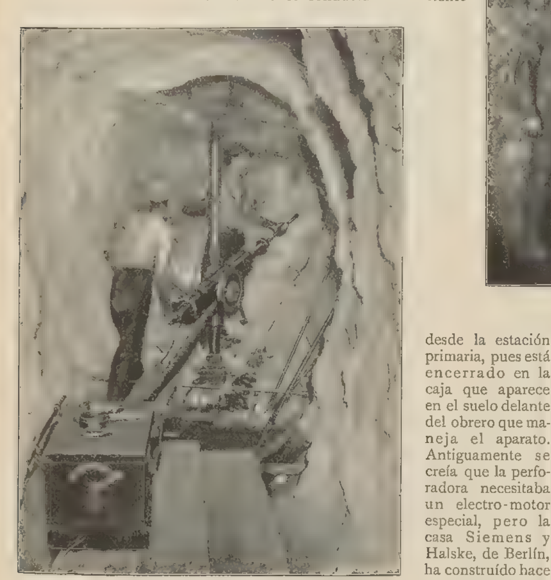


Fig. 2. – Perforadora eléctrica

El trabajo de las perforadoras se completa con las máquinas de arranque, merced á las cuales pueden practicarse largas y profundas sesgaduras en los estratos, facilitando con ello el trabajo de los mineros.

Otra de las más importantes aplicaciones de la electricidad en la minería es la referente al alumbrado. Gracias á las lámparas eléctricas, que disipan las tinieblas que antes reinaban en las minas, puede reconocerse fácilmente el estado de las paredes y bóvedas y evitarse los desprendimientos de rocas que tantas desgracias costaban; el aire no se vicia como con las demás lámparas y desaparece el peligro de las explosiones del gas grisú. Todas estas ventajas hacen que, á pesar del coste de instalación, el alumbrado eléctrico sea el único recomendable para las minas, si no por otras razones, por razón de humanidad.

Tan necesarias como el alumbrado eléctrico resultan las máquinas de desagüe y las ventiladoras. La cantidad de agua que al través de las rocas penetra en las minas es considerable, y es indispensable extraerla por medio de bombas: generalmente se emplean para esto bombas pequeñas que se ponen en comunicación con la red de distribución eléctrica, pero es preciso en las grandes explotaciones contar con máquinas de gran potencia para poder atender á una necesidad de momento en el caso de una inundación.

La figura 1 reproduce una de estas máquinas que recibe la energía eléctrica de un electromotor puesto en comunicación con la estación primaria.

La ventilación, es decir, la expulsión de los gases nocivos y la introducción de aire puro, debe ser atendida, no sólo desde el punto de vista higiénico, sino para evitar que se forme en la mina una atmósfera explosiva y se produzcan explosiones que, aparte de las víctimas que causan, producen grandes pérdidas materiales á las empresas explotadoras, pérdidas muy superiores á lo que les habría costado la instalación de los aparatos necesarios para obtener una buena ventilación.



Fig. 3. – Ventilador movido por la electricidad

Desde el momento en que se ha introducido en las minas la energía eléctrica, es natural que ésta sea también la que mueva los ventiladores, no sólo los grandes, sino los manuables que se llevan de un punto á otro para purificar el aire en sitios determinados. La figura 3 reproduce uno de estos últimos en el que el motor está encerrado en una caja.

El trabajo más importante en una explotación minera, puesto que para ello se ha establecido el negocio, es el transporte de los minerales al exterior: estos materiales deben ser conducidos primero al pie de los pozos principales, y la locomotora, que necesariamente ha de ser eléctrica, tiene sobre el sistema de cable ó cadena la ventaja de que con ella se puede llegar hasta el punto mismo en donde se trabaja, y es por consiguiente más útil, desde el punto de vista práctico, especialmente donde hay ramificaciones. En los espacios rectos prevalecen todavía aquellos otros sistemas; pero aun en éstos, la máquina impulsora está movida muchas veces por la electricidad. Más generalizada está la aplicación de la fuerza eléctrica á los cabrestantes que se emplean en los sitios amenazados de desprendimientos y en los pequeños pozos intermedios verticales que á veces están muy distantes de los principales. La figura 4 representa una de estas instalaciones en la cual el cable de arrastre se enrolla al cabrestante merced á la energía eléctrica.

La explotación de los pozos principales también se realiza eléctricamente.

En suma, la electricidad, esa fuerza de la naturaleza cuyas aplicaciones han alcanzado en tiempo relativamente corto proporciones colosales y que, según frase de Siemens, está llamada á sacar á la humanidad de la infancia en que entre polvo de carbón se consumía, para llevarla á una hermosa adolescencia y á una virilidad vigorosa, ha conquistado con la minería una industria cuyos orígenes se pierden en la época prehistórica.

Dr. B. Borchard.

(De *Mutter Erde.*)

***

LA INDUSTRIA MARÍTIMA

Botadura del crucero «Extremadura» construído en el astillero que en Cádiz posee «La Constructora Naval Española.»

Una de las fiestas más hermosas que sirven de apoteosis á los prolíficos esfuerzos del trabajo, es sin duda el lanzamiento al agua de un buque de gran tonelaje.

Los desvelos del ingeniero que torturó su inteligencia para dar forma práctica á las teorías de la ciencia; los desembolsos del hombre rico que arriesgó los intereses de su peculio para dotar de ostensibles muestras de progreso á la industria patria; los afanes del obrero que puso al servicio de la empresa sus aptitudes á cambio de un modesto honorario, para hacer que ésta viera realizada su obra, y el consorcio de fuerzas, en fin, de todos los elementos útiles de una grande asociación, encuentran recompensa moral y material el día en que entre los faustos y esplendores de todas las clases sociales se bota al agua la mole de hierro que andando el tiempo ha de llegar á constituir un monumento glorioso que pregone al mundo entero las excelencias de la industria y los beneficios del trabajo, que son los sostenes de todo concierto humano.

Este día ha llegado para Cádiz y para España.

El día 29 de abril se ha verificado el lanzamiento del crucero *Extremadura*, que costeado por la colonia española de Méjico, se ha construído en el astillero que aquí posee la Constructora Naval Española.

Sería prolijo enumerar todos los detalles que han constituído el acto de tan trascendental ceremonia en una publicación cuya índole es más artística que informadora.

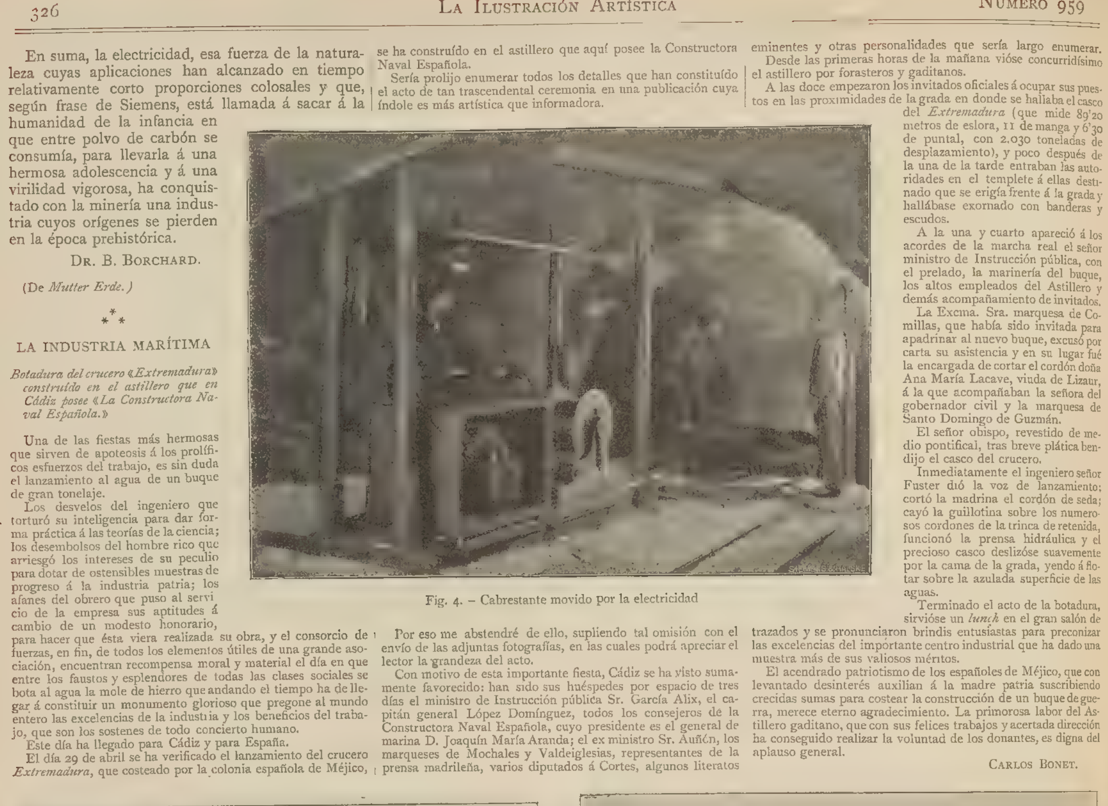


Fig. 4. – Cabrestante movido por la electricidad

Por eso me abstendré de ello, supliendo tal omisión con el envío de las adjuntas fotografías, en las cuales podrá apreciar el lector la grandeza del acto.

Con motivo de esta importante fiesta, Cádiz se ha visto sumamente favorecido: han sido sus huéspedes por espacio de tres días el ministro de Instrucción pública Sr. García Alix, el capitán general López Domínguez, todos los consejeros de la Constructora Naval Española, cuyo presidente es el general de marina D. Joaquín María Aranda; el ex ministro Sr. Auñón, los marqueses de Mochales y Valdeiglesias, representantes de la prensa madrileña, varios diputados á Cortes, algunos literatos eminentes y otras personalidades que sería largo enumerar.

Desde las primeras horas de la mañana vióse concurridísimo el astillero por forasteros y gaditanos.

A las doce empezaron los invitados oficiales á ocupar sus puestos en las proximidades de la grada en donde se hallaba el casco del *Extremadura* (que mide 89'20 metros de eslora, 11 de manga y 6'30 de puntal, con 2.030 toneladas de desplazamiento), y poco después de la una de la tarde entraban las autoridades en el templete á ellas destinado que se erigía frente á la grada y hallábase exornado con banderas y escudos.

A la una y cuarto apareció á los acordes de la marcha real el señor ministro de Instrucción pública, con el prelado, la marinería del buque, los altos empleados del Astillero y demás acompañamiento de invitados.

La Excma. Sra. marquesa de Comillas, que había sido invitada para apadrinar al nuevo buque, excusó por carta su asistencia y en su lugar fué la encargada de cortar el cordón doña Ana María Lacave, viuda de Lizaur, á la que acompañaban la señora del gobernador civil y la marquesa de Santo Domingo de Guzmán.

El señor obispo, revestido de medio pontifical, tras breve plática bendijo el casco del crucero.

Inmediatamente el ingeniero señor Fuster dió la voz de lanzamiento; cortó la madrina el cordón de seda; cayó la guillotina sobre los numerosos cordones de la trinca de retenida, funcionó la prensa hidráulica y el precioso casco deslizóse suavemente por la cama de la grada, yendo á flotar sobre la azulada superficie de las aguas.

Terminado el acto de la botadura, sirvióse un *lunch* en el gran salón de trazados y se pronunciaron brindis entusiastas para preconizar las excelencias del importante centro industrial que ha dado una muestra más de sus valiosos méritos.

El acendrado patriotismo de los españoles de Méjico, que con levantado desinterés auxilian á la madre patria suscribiendo crecidas sumas para costear la construcción de un buque de guerra, merece eterno agradecimiento. La primorosa labor del Astillero gaditano, que con sus felices trabajos y acertada dirección ha conseguido realizar la voluntad de los donantes, es digna del aplauso general.

Carlos Bonet.



La madrina del barco dirigiéndose al templete



Vista del crucero en la grada y la caseta de las autoridades



El crucero deslizándose en la grada



El crucero flotando sobre las aguas

CÁDIZ. – Botadura del crucero «Extremadura,» costeado por la colonia española de Méjico, verificada el 29 de abril de 1900 (de fotografías instantáneas remitidas por D. Carlos Bonet

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PAVIMENTOS ARTÍSTICOS. – La conocida casa Escofet, Tejera y C.ª, de Barcelona, ha publicado en un álbum rica y elegantemente encuadernado una colección de dibujos en colores de pavimentos artísticos á cuya construcción dicha casa se dedica. Contiene 32 láminas á cual más hermosa, firmadas por artistas tan justamente renombrados como José Pascó, Alejandro de Riquer, Luis Doménech y Montaner, Arturo Mélida, José Puig y Cadafalch, Antonio Rigalt, Jerónimo F. Granell, Tomás Moragas, E. Moyá, J. Mario López, Carlos Pellicer, Martín Almiñana, José Vilaseca, J. Fabré Oliver, Antonio Gallisá y José Font Gumá. Los dibujos están inspirados en los más diversos estilos, y todos ellos revelan arte y gusto exquisitos, al propio tiempo que perfecto conocimiento del objeto á que se les destina. Los Sres. Escofet, Tejera y C.ª merecen los más entusiastas plácemes por haber publicado este álbum, notable bajo todos conceptos, que demuestra el grado de adelanto á que han llevado la industria de los pavimentos, haciendo de ella una producción verdaderamente artística.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – La Dirección general de Estadística del Uruguay ha publicado este anuario correspondiente al año 1898: contiene, como todos los que publica anualmente, datos completos é interesantísimos relativos á territorio, población, navegación, hacienda, riqueza pública, instrucción, beneficencia, justicia, policía, comunicaciones, etc., etc., perfectamente clasificados. Esta publicación, de la que tantas veces hemos tenido ocasión de ocuparnos, honra sobre manera al gobierno uruguayo y á la oficina encargada de su confección.

MONDÁRIZ. – Los Sres. Hijos de Peinador, propietarios del acreditado balneario de Mondáriz, han publicado un álbum con preciosas fototipias de la casa Hauser y Menet, de Madrid, que reproducen las principales vistas del balneario, sus instalaciones, alrededores, etc., por las cuales se pueden formar idea de la importancia del mismo y de la belleza del país en donde se levanta. Precede á dichas vistas una interesante descripción del balneario y de los servicios que en él se prestan, de las condiciones de sus aguas, etc.

RESURRECCIÓN, por *León Tolstoi*, traducción de *Augusto Riera*. – La casa editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar en tres tomos, presentados muy elegantemente, la famosa novela del ilustre escritor ruso conde León Tolstoi titulada *Resurrección*. La celebridad por el libro alcanzada desde su publicación en ruso, hace tres meses, los debates á que ha dado lugar y el unánime aplauso de la crítica del mundo entero nos ahorran el hacer de este bellísimo libro un juicio crítico, limitándonos á dar cuenta de su aparición y á felicitar al inteligente editor que ha dado en español una versión completísima de la obra, subsanando así las deficiencias de las ediciones francesas, que por conveniencias particulares han sido mutiladas en muchos y muy interesantes capítulos. Para la española de que nos ocupamos, el muy distinguido crítico D. Leopoldo Alas *(Clarín)* ha escrito un prólogo, que es tanto un estudio sobre el libro cuanto sobre el genial novelista ruso. El precio de la obra completa, 4 pesetas.

ESTACIÓN METEOROLÓGICA DE SAN SEBASTIÁN. – D. José de la Peña Borreguero, profesor encargado de esa Estación, ha publicado en un folleto el resumen general de las observaciones hechas durante los años 1898 y 1899: es un trabajo interesante con todos los datos necesarios para el estudio de las cuestiones con la meteorología relacionadas. Ha sido impreso en San Sebastián, en la imprenta de J. Fornet.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario quincenal barcelonés; *La Ilustrasió llevantina*, revista decenal ilustrada barcelonesa; *La Medicina Científica*, revista mensual de alcaloidoterapia y medicina práctica barcelonesa; *El Fomento* del capital, de la industria y del comercio, que se publica cada diez días en Barcelona; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *El Orbe Católico*, semanario madrileño ilustrado de religión, arte y literatura; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Album hispano-americano*, revista quincenal ilustrada madrileña; *El Peruano*, boletín oficial del Perú; *Lima ilustrada*, semanario que se publica en Lima; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia).

LIMPIABOTAS AUTOMÁTICO

Innumerables son los aparatos automáticos que se explotan en las grandes ciudades, en los paseos, en los teatros, en los balnearios y por lo general en todos aquellos sitios en donde la concurrencia de público ofrece probabilidades de lucro á algún empresario.

Estos aparatos pueden clasificarse en varios grupos: unos, los más, están destinados á la distribución de juguetes, bombones, pastillas de chocolate y otras golosinas; otros prestan un servicio más interesante, como las básculas automáticas que señalan con exactitud el peso de la persona que sobre ellas se coloca; otros responden á fines más científicos, como los que permiten disfrutar de una audición fonográfica ó de la contemplación de una serie de vistas estereoscópicas; y otros finalmente tienen un interés más práctico y utilitario, como los distribuidores de bebidas y manjares y los de sellos de correo recientemente establecidos en algunas capitales extranjeras, que no solamente entregan el sello correspondiente á las monedas introducidas en el orificio, sino que además proporcionan el medio de pegarlo al sobre.

Al número de estos últimos, es decir, á los que tienen un objeto práctico, pertenece el limpiabotas automático que reproduce el grabado adjunto y que puede prestar muchos servicios instalado en cualquier sitio público.



Limpiabotas automático

Para hacerlo funcionar, no hay más que echar una moneda de diez céntimos (condición indispensable para que todos estos aparatos automáticos funcionen) en un receptor dispuesto á este efecto: hecho esto, se ponen los pies sucesivamente en el primer compartimiento (el de los cepillos que limpian las botas de polvo y barro), en el segundo (el de los cepillos que dan el betún) y en el tercero (el de los cepillos para sacar el lustre), y en menos de dos minutos queda terminada la operación. En el aparato hay un reloj provisto de una aguja que indica cada una de las tres fases en que la operación se verifica.

La disposición interior es muy sencilla. Un motor eléctrico de débil potencia, unos 18 kilográmetros por segundo, pone en movimiento el árbol en el cual están fijados los tres cepillos rotativos. Para poner en marcha el mecanismo no se necesita otra cosa, como hemos dicho, que introducir una moneda por el orificio correspondiente y dar vuelta á una empuñadura, con lo cual se cierra el circuito y el aparato entra en funciones.

No creemos necesario encarecer los servicios que el limpiabotas automático podrá prestar, porque las ventajas de un sistema como éste tan cómodo, tan rápido y tan económico, saltan á la vista de todas las personas cuidadosas de su calzado. – J. L.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 21 de mayo de 1900 — Núm. 960

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ÚLTIMA COPA, cuadro de Francisco Masriera

(Salón Parés)



ALLÁ VA!, cuadro de Joaquín Agrassot

Salón Parés

ADVERTENCIAS

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que será el primero de la famosa obra de Lesage Gil Blas de Santillana, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Al proceder al reparto del citado libro, tendremos en cuenta las peticiones que nos han dirigido nuestros corresponsales motivadas por el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, y les enviaremos, en su consecuencia, en vez del primer tomo de Gil Blas de Santillana, el primero de la importante obra Pensamientos y recuerdos de Otón, príncipe de Bismarck, cuyo segundo tomo les será remitido cuando procedamos al reparto del segundo de la obra de Lesage.

En el presente número empezamos la publicación de la interesante novela **Los dos pilletes**, de Pedro Decourcelle. El éxito que ha obtenido esta obra en Francia y el alcanzado en todo el mundo por el melodrama del mismo título y del propio autor, sacado de esta misma novela, hacen innecesario su elogio.

Estamos seguros de que nuestros lectores verán con gusto la publicación en **LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA** de **Los dos pilletes**, cuyas ilustraciones hemos confiado al reputado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GOYA. – DONOSO

Goya es de actualidad. Ciento cuarenta obras de su fecundísimo y genial pincel se hallan expuestas en el ministerio de Fomento, en una sala dispuesta *ad hoc*, adornada con tapices y que ya se ha abierto al público, entrándose en ella por dinero y gratis. También se ha celebrado con gran solemnidad, entre motín y motín, la traslación de sus restos y los de Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés. Huesos de hombres que fueron algo afrancesados sin dejar de ser buenos españoles – como sucede frecuentemente en las épocas de decadencia nacional, cuando la mejor manera de amar á la patria es querer inocular en sus venas la cultura de otras naciones más felices y prósperas.

Con este motivo he repasado las notas que tengo sobre Goya para un libro en preparación referente al *arte moderno;* y su personalidad exuberante se me aparece con mayor relieve, llena de brío y de animación. El gran artista se destaca sobre sus compañeros de *traslación de restos* y llena solo un período que sin él sería el triunfo de lo convencional y de la imitación fría y desmayada. Es el único verdadero *genio* de los cuatro trasladados.

***

Goya, aunque tan próximo á nosotros, tiene ya una leyenda que no cede á la del Españoleto ó de Murillo, y es en balde que el entendido y competente D. Ceferino Araujo Sánchez haya querido disiparla, porque las leyendas tienen siete vidas como los gatos, y cuando acá las matan, allá resucitan. La leyenda nos representa á un Goya calavera, mujeriego perdido, matón, pendenciero, romántico, enredado en lances con las manolas y las damas de alta alcurnia, y la verdad nos le muestra *en prosa*, clasicón, pacífico, hombre de familia; aragonés neto. La leyenda nos dice que Goya fué un satírico trascendental, un tremendo simbolista, casi apocalíptico; la crítica del Sr. Araujo (en esto excesivamente negativa) rebaja mucho de estas profundas intenciones y le califica más bien de un escéptico dispuesto á sonreir con ironía ante la comedia humana, y antes que pronto al sacrificio, deseoso de transigir con lo que se adaptase á sus conveniencias y propósitos. Hasta de su exaltación patriótica duda la crítica de Araujo, y no sólo duda, sino que la niega á puño cerrado. Para Goya, tan feroz era el español que mataba al francés, como el francés que fusilaba al español. La fiereza, la barbarie, la estupidez humana en conjunto es lo que Goya veía y lo que satirizaba sin compasión y sin hacer excepciones en pro de determinados ideales.

Tratándose de Goya, es natural que se haya formado leyenda. Porque si no hay sugestión legendaria en la vida y carácter del pintor, la hay y poderosísima en sus obras. Lo que en sus actos no existe, lo ve la fantasía al través de aquella producción tan expresiva, enérgica, inmensa, variada, castiza, original hasta dar en extravagante. Sucédele á Goya lo que á Cervantes; se descubre en sus obras un *contenido* enorme, y el interpretarle es la tarea más fácil y grata del mundo; forjar sobre el autor una novela, sólo requiere algo de imaginación efectista.

La novela forjada sobre Goya por el escritor francés Carlos Iriarte tiene todos los requisitos. Goya aparece convertido en galán de comedia antigua; por una riña á cuchilladas se ve precisado á ausentarse de Zaragoza; para realizar el viaje á Roma, careciendo de recursos, se mete á torero y va con su cuadrilla de plaza en plaza; en Roma sigue siendo «el aventurero de siempre, persiguiendo transtiberinas y riñendo á navajadas con los hombres del pueblo;» intentando el rapto de una monja, ni más ni menos que D. Juan Tenorio; sorprendido por los frailes; acosado por la Inquisición, y obligado otra vez á huir, á regresar á España, donde continúa sus valentías al arma blanca y sus conquistas amorosas, entreveradas con zambras y desafueros, puñadas y coces, burlas á boticarios y otros lances propios de aquel pintamonas del período romántico, Cabrión, á quien Eugenio Sue retrató en *Los misterios de París* quemando la sangre con sus travesuras al portero Pipelet. Estas calaveradas siente Araujo con mucha exactitud que acaso las realizase la *partida del trueno*, pero que las más serán puras invenciones, referidas en España á Iriarte, y atribuídas á Goya creyendo hacerle así más interesante á los extranjeros; «porque los españoles tenemos á gala que nos crean guapetones.»

Los supuestos amoríos entre la duquesa de Alba y Goya son lo que más ha cundido de la leyenda, dentro de la misma patria del gran pintor. Todos han oído mil alusiones á esta historia de galantería, que se cree revelada en tapices y cuadros. Y sin embargo, ninguna prueba es fácil alegar en confirmación de semejante historia, que desmienten las noticias cronológicas y los datos claros y seguros y á la cual quita toda verosimilitud el estado y condición de Goya, buen marido, padre de familia, entrado en años y nada galante ni romántico por dentro, como era seguramente Moratín.

La cuestión respecto á la sátira de Goya es la misma que se ha suscitado con respecto á Cervantes mil veces. ¿Fué intencionado todo lo que creemos ver en *El Quijote?* ¿El instinto nada más, la espontaneidad del artista, dictaron episodios como los del *Cuerpo muerto* y la *Insula Barataria*, ó se desahogaba allí la observación amarga de un espíritu que veía más claro que sus contemporáneos y dejaba consignada su perspicacia para que lo entendiesen los venideros? ¿Se puede creer que nadie lance flechas con los ojos vendados y dé en el blanco seguramente? ¿No existen, en todas las épocas, personas que han visto más claro que la sociedad que los rodeaba, y dádose cuenta de los errores generales, y tirado á corregirlos por la insinuación, ya que no podían por el ataque directo y explícito? – Hemos conocido y conocemos casos de esto, y no nos asombran. Lo asombroso no es que una inteligencia recta y clara y no viciada conozca la verdad, sino que posea, en la cantidad que lo poseía Goya, el genio necesario para dar forma docente y ejemplar á ese conocimiento, dentro del arte más intenso y más sugestivo. No faltaría en tiempo de Goya, ni ha faltado en tiempo alguno, una reducida minoría persuadida de que *el sueño de la razón engendra monstruos;* lo difícil es ser Goya para saberlo formular con el lápiz de un modo que jamás se olvide.

***

Después de Goya, el más genial de los trasladados es Juan Donoso Cortés, primer marqués de Valdegamas y autor muy renombrado, no sólo en España, sino en Europa, del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.* Quisiera hacer comprender bien la diferencia que existe entre estos dos personajes, y por qué veo tan superior á Goya. Hay en momentos dados corrientes y movimientos sociales que encarnan en algunos individuos más ó menos representativos, y los acuñan, por decirlo así, en medallas que se parecen las unas á las otras, como se parecen las monedas de una misma época. La corriente del renacimiento religioso ó neo-catolicismo, determinada por los excesos de la revolución y la violencia arrolladora é invasora del Imperio francés, y por la explosión romántica, en su esencia cristiana, produjo las figuras de los Bonald, De Maistre, Ozanam, Chateaubriand, Veuillot, Montalembert, y en España, la de Donoso Cortés. Estas figuras se asemejan. Marcado aire de familia las sella, á pesar de las diferencias individuales. Son *pléyade*, son *constelación*. Es indudable que son fruto y resultado del ambiente; que á nacer en otro siglo, no dirían lo que dijeron. – Goya, por el contrario, se presenta como un fenómeno aislado, acaso contrapuesto á todo el movimiento artístico y de su edad, y sin secuaces ni escuela en las siguientes. Lo individual (tal vez la clave de lo genial) es en él tan fuerte y pujante que rompe por todo, se sobrepone á todo, y se muestra inimitable, libre, salvaje, sin freno ni ley, ó mejor dicho, bajo la suma ley de su propia energía. Es decir, que Goya da de lo suyo, y Donoso recibe, es impulsado por algo que viene de afuera. Por eso le tenemos en opinión de un grande hombre, pero no de un genio propiamente dicho.

***

Debemos considerarle, especialmente, un admirable orador, aquí y en el siglo de los oradores extraordinarios. Con sorpresa, al releer el celebrado fragmento de Donoso sobre *la Biblia*, parecíame estar releyendo trozos de Emilio Castelar. Es la misma generalización histórica de alto vuelo, son las mismas enumeraciones prestigiosas y brillantes, los mismos largos párrafos, la misma retórica lujosa, meridional y engalanada. En cuanto á las *profecías* de Donoso, uno de los rasgos en que más se asemeja al conde De Maistre, no sería arduo descubrir en los escritos de Castelar varias que también se realizaron. El que conoce bien el mapa político europeo, trata á los grandes personajes, está informado y además posee facultades de primer orden, ¿es mucho si alguna vez profetiza? Lo que Donoso anunciaba respecto al advenimiento próximo del Imperio en Francia, sin duda muchos lo estaban viendo venir entonces; lo que no hicieron fué escribirlo. Entre las combinaciones horribles de los acontecimientos futuros, hay muchas que la lógica anuncia y que proclamadas de antemano pueden graduarse después de *profecías*. Sin tener las aptitudes de Donoso para la política y la historia, el poeta José Zorrilla vaticinó el desastre de Sedán en aquellos conocidos versos:

«Oye, Francia versátil y altanera,
que juegas con la fe de las naciones...»

***

Juan Donoso Cortés poseía un espíritu soñador, un alma ardiente y mal avenida con la realidad. Acaso en el siglo XV las heroicas empresas, las aventuras, le servirían de válvula. En la Edad Media, el claustro – que entonces no era el retiro, sino un foco de actividades psicológicas inextinguible – le hubiese ofrecido el medio más adecuado á su índole. Él lo decía: la vida ideal es la vida monástica; y sin embargo permaneció en el siglo. Presenció la destrucción de los monasterios españoles, con sus tesoros de arte y de recuerdos; vió degollar á los frailes, y experimentó una impresión parecida á la que causaron á De Maistre las jornadas revolucionarias. Su imaginación viva y de mucho claroscuro quedó herida. Puede extrañarse que Donoso, con tales antecedentes, no figurase entre los carlistas jamás y fuese el acérrimo defensor de Cristina; y de hecho, la prensa tradicionalista ha bebido copiosamente en los escritos del marqués de Valdegamas. Gabino Tejado, su discípulo, amigo y biógrafo, cumplió la evolución que parecía natural en Donoso Cortés: murió carlista resuelto y militante.

Si llegar á la celebridad y á los honores rápidamente fuese lo bastante para ser dichoso, mal se explicaría la melancolía que asombró los últimos años de la vida de Donoso Cortés, y su temprana muerte. Su carácter, aunque orgulloso y arrogante, es noble y simpático, y hoy el interés del crítico se concentra en su alma, más todavía que en sus obras, con ser éstas notables y significativas de un período de la historia del pensamiento.

Emilia Pardo Bazán.



MANUEL PARDO Y ALIAGA

Corría el año de 1872 y anunciábase un hermoso día del mes de agosto, cuando en la plaza mayor de Lima agrupábase la multitud fijando sus miradas en los balcones del Palacio de Gobierno, antiguo edificio que debe su fundación al conquistador del Perú Francisco Pizarro.

No olvidemos consignar que en aquellas agrupaciones formaban extraño contraste las diferentes razas que componen la población limeña, así como los trajes, que tienen mucho de original y caprichoso.

Destacábase en primer término el limeño de pura raza europea, de rostro animado y franco, de mirada brillante y expresiva, y la mujer peruana, seductora, que agasaja y encadena con los hermosos ojos, con la gallardía de su persona, con la vivacidad que le es característica y con la belleza escultórica que la distingue; allí estaba envuelta en la *manta chilena,* de rico burato chino, que es hoy la que reemplaza al celebrado y antiguo manto que no dejaba al descubierto sino uno de los ojos, ardientes y fascinadores. Todavía ahora, bien rebozada en su manta, no es muy fácil reconocer la personalidad, y esto presta mayor y misterioso atractivo á la mujer limeña.

El *tambo,* el *chinocholo,* el *africano sin mezcla,* el *mulato,* el *quarterón,* el *chino* y por último el *indio* daban al cuadro realce y colorido pintoresco, digno de ser reproducido por el magistral pincel de Velázquez.

El gentío dirigía de vez en cuando la vista á las elevadas torres de la catedral, tal vez recordando que pocos días antes habían estado suspendidos de aquéllas los sangrientos despojos de Tomás Gutiérrez y de su hermano Silvestre.

Ambos habíanse sublevado reduciendo á prisión al noble coronel Balta, presidente de la República, asesinado horas después en el mísero lecho de un calabozo por Marcelino Gutiérrez y sus secuaces.

Cuatro ó cinco días duró la sombría dictadura de Tomás Gutiérrez, durante los cuales el luto y la consternación reinaron en Lima, si bien por cortísimo espacio de tiempo, gracias á la acertada elección hecha para jefe de Estado en la persona de un ciudadano único capaz en aquellos momentos para restablecer el orden y calmar la ansiedad general.

Y por eso esperábase la salida del presidente Pardo, que en aquel instante prestaba juramento y tomaba posesión del alto y espinoso cargo. Quería el pueblo peruano aclamarlo y demostrarle que su nombre y su gran prestigio político eran la base de todas las esperanzas nacionales.

***

Meses después de las aciagas y dramáticas escenas y cuando con la subida al poder de D. Manuel Pardo y Aliaga se había pacificado el país, llegué yo á la antigua y risueña ciudad de los reyes, abrigando el deseo de conocer al hombre que sabiamente preparaba el progreso de su patria por medio de benéficas leyes y notables reformas administrativas.

La vida pública y la vida íntima de aquel patricio insigne merecen particular estudio.

Hagamos el bosquejo á grandes rasgos.

Descollaban en el político peruano las cualidades que ejercen benéfica y poderosa influencia en la vida moral y en las instituciones de los pueblos.

Alma generosa, espíritu elevado y recto, varonil entereza, carácter reflexivo é infatigable constancia para realizar sus propósitos de progreso y reformas generales.

Fácil y persuasiva palabra, propia para subyugar voluntades y fortalecer á los espíritus débiles en instantes supremos de peligro.

Estaba dotado además de enérgico esfuerzo, de virtudes cívicas, de vastísima ilustración y de elevado talento, valiosa herencia de su ilustre padre, y que desarrollado más tarde en la ruda batalla periodística y en el estudio político-social, produjo saludables frutos para la patria.

Era previsor por extremo, fecundo en iniciativas, protector de todo pensamiento grandioso, al que asociábase con su prodigiosa actividad.

***

Si D. Manuel Pardo sobresalió como estadista, no fué menos digno de elogio como diplomático, así como también por sus filantrópicos sentimientos, demostrados en grande escala en época tristísima de asoladora epidemia. Sin temor al contagio luchó por la salud pública. Allí, en los hospitales, en los focos de mayor peligro, veíasele prodigando consuelos y cuidados y atendiendo como director de beneficencia á cuanto hacíase necesario para contrarrestar los progresos del cruel azote.



MANUEL PARDO Y ALIAGA

Hubo un suceso que puso á prueba su noble abnegación.

El contacto diario con los apestados, su continua permanencia en sitios infecciosos, llevaron el contagio á su propio hogar, y uno de los hijos de Pardo fué víctima de la peste que diezmaba á Lima y á toda la costa peruana.

No por la dolorosa pérdida se retrajo de sus deberes, sino que más bien los llevó á cabo con mayores bríos, aumentándose con esto su prestigio, cimentado ya en servicios hechos á la patria en el terreno de Economía Política, para la cual atesoraba actitudes de alto vuelo.

***

No fué Pardo uno de esos brillantes meteoros que desaparecen sin dejar huella, no; su vida política, sus doctrinas y sus ideas presentan hermoso ejemplo en la historia peruana.

Gallarda muestra dió de su espíritu organizador siendo alcalde municipal, poniendo en práctica todas las hábiles reformas que bullían en su cerebro privilegiado; el trabajo, la industria, la instrucción pública, el embellecimiento de la risueña Lima, encontraron soberano impulso en el infatigable ciudadano.

Fácilmente puede comprenderse que la atención pública estuviera fija en aquel hombre, y que si un motín hizo triunfar la salvaje dictadura de Tomás Gutiérrez, fuera ésta no sólo efímera, sino odiosa, y que al caer por la potente voluntad del pueblo, levantase éste á D. Manuel Pardo en sus robustos hombros hasta el solio presidencial.

Contaba por entonces treinta y ocho años el caudillo del partido civilista. Todos los problemas que hasta entonces habían sido rémora en el progreso y bienestar nacional, tuvieron fácil y provechosa solución. Con habilidad suma hizo la descentralización administrativa, llevó á buen término la libertad de la prensa, la organización de las oficinas públicas, creó rentas, merced á combinaciones de trascendental alcance.

Su potente imaginación no descuidó el menor detalle, y la marina y el ejército tuvieron gran espacio en las reformas.

Débele su instalación la útil escuela de grumetes, la escuela preparatoria y otros institutos que han sido y son brillantes elementos para el Perú.

Luchó sin tregua contra conspiradores y revolucionarios, dominó situaciones dificilísimas, y en medio de las borrascas y tempestades políticas sostuvo con mano firme la bandera del orden y del progreso.

***

D. Manuel Pardo reunía á su carácter elevado y enérgico un trato por extremo cortés, ameno y afable; complacíase en tratar de asuntos literarios y en proteger toda empresa progresista ó instructiva. Revelábase en su semblante el hombre pensador y observativo, á la vez que bondadoso y familiar. La estatura era regular, la constitución vigorosa, y en la mirada profunda de sus ojos negros reflejaba la continua labor de la inteligencia.

Alejado de la escena política durante algún tiempo, volvió á ella á pesar y contra la opinión de su amante y noble compañera y de sus más íntimos amigos. Era Pardo la poderosa barrera contra la anarquía, y claro está que habían de ensañarse contra él todos aquellos que viven á la sombra de las revoluciones y del desorden social. Los partidos se enconaban cada vez más, hasta que por último fué D. Manuel Pardo víctima de aquéllos.

El hombre más ilustre que en este siglo ha contado el Perú sucumbió á manos de un vulgar asesino, precisamente cuando como presidente del Senado ocupábase en proyectos de leyes benéficas para el país. El sargento Melchor Montoya, al disparar su rifle sobre el insigne patricio, cortó aquella existencia que tantos días de gloria podía dar aún para el país, pues que D. Manuel Pardo sólo tenía á la sazón cuarenta y cuatro años.

Recobrado del primer síncope que produjera la herida preguntó:

–¿Quién me ha muerto?

–Un soldado, contestóle el senador Dr. Vélez.

–Pobre y desgraciado, balbuceó Pardo, añadiendo: Que el Congreso se acuerde de mi familia: tengo deudas.

El patriota honrado moría pobre.

***

Aún recuerdo la desgarradora escena que tuvo lugar en el Senado cuando la esposa de Prado, loca de dolor, llegó acompañada por sus hijos.

El hombre de Estado estaba en la agonía, y para evitarle un sufrimiento supremo, sólo se permitió que uno de sus hijos recogiera el postrer suspiro.

D. Manuel Pardo pertenecía desde aquel momento á la historia peruana, y es en ella una de las figuras más culminantes en el siglo XIX.

LA BARONESA DE WILSON.

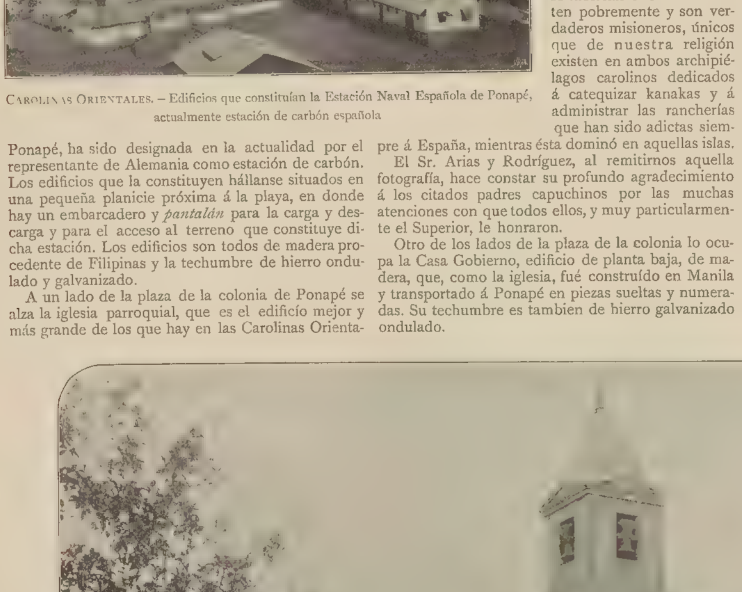
CAROLINAS ORIENTALES

LA COLONIA DE PONAPÉ

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. - Prohibida su reproducción)

Continuando la publicación de la interesantísima información gráfica que de su última expedición nos ha remitido nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, reproducimos en el presente número algunas vistas de la colonia de Ponapé que completan las que insertamos en el número anterior.

La que fué Estación Naval Española en la isla de Ponapé, ha sido designada en la actualidad por el representante de Alemania como estación de carbón. Los edificios que la constituyen hállanse situados en una pequeña planicie próxima á la playa, en donde hay un embarcadero y *pantalán* para la carga y descarga y para el acceso al terreno que constituye dicha estación. Los edificios son todos de madera procedente de Filipinas y la techumbre de hierro ondulado y galvanizado.



Carolinas Orientales. – Edificios que constituían la Estación Naval Española de Ponapé, actualmente estación de carbón española

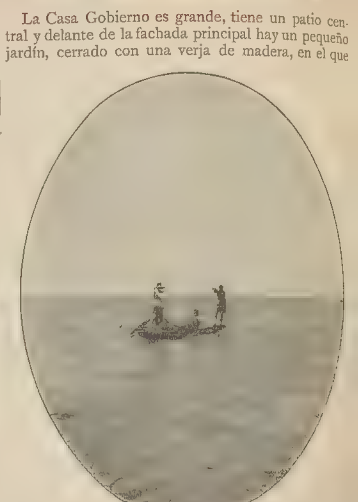
A un lado de la plaza de la colonia de Ponapé se alza la iglesia parroquial, que es el edificio mejor y más grande de los que hay en las Carolinas Orientales: ha sido construída toda ella en Manila por no encontrarse en la isla de Ponapé maderas adecuadas para construcción, tiene la techumbre de hierro galvanizado ondulado y ofrece exterior é interiormente un aspecto en extremo agradable, llamando extraordinariamente la atención la gran limpieza que por todas partes se observa. Un bonito arbusto que produce la isla, colocado en macizos simétricos y bien recortados, forma el atrio del templo.

En la fotografía que reproducimos se ve delante de la iglesia la comunidad de capuchinos, á cuyo cargo corre la dirección espiritual de la isla de Ponapé; á la derecha de la comunidad hay algunos kanakas de ambos sexos; el religioso que está á la derecha del sargento de infantería de marina (el que lleva traje y gorra blancos), es el superior de los capuchinos residentes en las Carolinas Orientales Fray José de Tirapu. Estos frailes son los únicos que atienden á todo lo que con el culto de la iglesia y con su comunidad se relaciona: ellos barren, limpian, cultivan su pequeña huerta, lavan, cosen y se fabrican el calzado. Visten pobremente y son verdaderos misioneros, únicos que de nuestra religión existen en ambos archipiélagos carolinos dedicados á catequizar kanakas y á administrar las rancherías que han sido adictas siempre á España, mientras ésta dominó en aquellas islas.

El Sr. Arias y Rodríguez, al remitirnos aquella fotografía, hace constar su profundo agradecimiento á los citados padres capuchinos por las muchas atenciones con que todos ellos, y muy particularmente el Superior, le honraron.

Otro de los lados de la plaza de la colonia lo ocupa la Casa Gobierno, edificio de planta baja, de madera, que, como la iglesia, fué construído en Manila y transportado á Ponapé en piezas sueltas y numeradas. Su techumbre es tambien de hierro galvanizado ondulado.

La Casa Gobierno es grande, tiene un patio central y delante de la fachada principal hay un pequeño jardín, cerrado con una verja de madera, en el que vegetan los más raros arbustos que se producen en la isla.



Carolinas Orientales. Isla de Ponapé. Piragua navegando á *tiquín* (perchas ó palos largos) sobre uno de los innumerables y extensos bajos que se encuentran en los contornos de la isla Ponapé.

A derecha é izquierda levántanse unos pequeños pabellones, y en la misma línea y próxima á la muralla está la enfermería de la colonia.

En la misma plaza hay un edificio cuartel capaz para 150 individuos y contiguo á él una gran explanada ó campo de instrucción; y en el extremo opuesto, la factoría militar y un gran camarín que servía para los deportados.

La enfermería que allí existe es uno de los edificios más frescos y mejor situados de la colonia, y



CAROLINAS ORIENTALES. – Colonia de Ponapé. – Iglesia parroquial

se compone de dos cuerpos de madera con techo de hierro, reinando en todas las dependencias la mayor limpieza

Tales eran los principales edificios oficiales de la colonia de Ponapé en tiempo de la dominación española: dueños los alemanes de la isla, como de todo el archipiélago carolino, ignoramos qué destino les habrán dado. Nuestra descripción se refiere únicamente á la época en que nuestro corresponsal visitó aquellos lugares, que entonces aún pertenecían á España. En toda la colonia no hay más edificios de ladrillo ó piedra que el pequeño fuerte, la mal llamada muralla que rodea la población por parte de tierra y los zócalos ó bases y primer cuerpo de los blokhaus.

En el centro de la plaza hay un bonito jardín, cuidado con sumo esmero, y en medio de él una plazoleta. Los macizos del jardín están rodeados de botellas de vidrio introducidas en el suelo por el cuello, que impiden que la tierra arrastrada por las lluvias torrenciales llegue á confundirse con la menuda arena de los anchos y limpios paseos.



Carolinas Orientales. – Colonia de Ponapé. – Ángulo derecho de la fachada principal de la Casa Gobierno

Uno de los grabados de esta página reproduce una parte de ese jardín; el edificio que en el fondo de la misma se destaca es la iglesia parroquial de la colonia, cuya descripción hemos hecho antes.



Carolinas Orientales. – Colonia de Ponapé. Calle de la Marina. – Negros procedentes de Nueva Guinea que llevaron las autoridades alemanas de Ponapé para servicio y custodia de la colonia.

En la fotografía que reproduce el ángulo izquierdo de la Casa Gobierno aparece un kanaka ó carolino de la ranchería de Kamar, de la que nos ocuparemos en otro número.

He aquí lo que acerca de este individuo escribe el Sr. Arias:

«Por el tipo de kanaka que se ve en primer término, se podrá formar idea del desarrollo y de la musculatura de los isleños de Ponapé. *Adorna* la cara de mi fotografiado una larga y profunda cicatriz que empieza en la parte superior del ojo izquierdo y termina en la parte inferior del carrillo derecho, cicatriz consecuencia de una herida de machete que recibió de otro kanaka en riña originada por celos. El faldellín ó taparrabos, denominado *col,* que usa ese carolino, es de los finos y lujosos con motitas diminutas de estambre encarnado.»



Carolinas Orientales. – Colonia de Ponapé. – Angulo izquierdo de la Casa Gobierno. – Kanaka ó carolino de la ranchería de Kamar, situada en el interior de la isla

Otro de nuestros grabados reproduce una de las calles de Ponapé, la de la Marina, con dos de los negros procedentes de Nueva Guinea que llevaron las autoridades alemanas de Ponapé para el servicio y custodia de la colonia. Estos negros, de feroz aspecto y en estado semisalvaje, de los que dijimos algo en el artículo publicado en el número último, empezaron á cometer excesos al siguiente día del desembarque. El castigo que el gobernador alemán les impuso fué el de recibir un número determinado de palos en medio de la plaza pública delante de los ofendidos kanakas, los cuales parecían muy satisfechos al ver que tan inmediatamente se aplicaba el castigo á los culpables.

Es muy probable que estos negros den mucho que sentir, sobre todo teniendo en cuenta que los kanakas los miran con gran desprecio, por considerarlos, y no sin razón, de raza muy inferior á la suya.

Las piraguas usadas por los kanakas de Ponapé é islas adyacentes, una de las cuales reproduce uno de los grabados de la página anterior, están formadas de un tronco de árbol ahuecado y resultan ligerísimas por la clase de madera que en ellas se emplea. Llevan en uno de sus costados una batanga de madera



Carolinas Orientales. – Colonia de Ponapé. – Vista parcial de la plaza jardín. En el fondo, la iglesia de la colonia

que sirve de flotador y aún más de contrapeso, y que está sostenida por unas ligeras y delgadas maderas curvadas sujetas con filamento vegetal muy retorcido: los enlaces de estas piezas forman bonitos dibujos que afectan la figura de pequeños triángulos y cuadrados muy regulares.

«El que por primera vez se embarca en estas piraguas – dice el Sr. Arias – corre el riesgo de caer al agua (como á mí me ha sucedido), pues instintivamente carga uno sobre la parte del flotador, que inmediatamente cede al peso, inclinándose la embarcación hasta penetrar agua en ella y volcar al que no advierte oportunamente el peligro.»

Todas estas piraguas tienen hacia el centro, á la altura de la borda y entre la embarcación y el flotador, un pequeño rectángulo formado de ligeros listones de madera, que sirven á los tripulantes para colocar los efectos que han de salvarse de una mojadura, si no llueve; para resguardar este sitio suelen colocar los kanakas una pequeña cubierta tejida con hojas de coco.

El valor de estas piraguas está en relación de los individuos que pueden soportar, á razón de un duro por cada individuo. – X.

GLUCK, «EL INIMITABLE»

– Desengáñate, pobre Gluck, yo no puedo deslumbrarme con las hiperbólicas ofertas de un amante vulgar... Una mujer que, como yo, levanta nueve arrobas de peso con los dientes, no se apasiona por ningún calzafraque sin corazón. El dueño y señor de mi albedrío ha de ser más fuerte que yo, más valiente que yo...

– ¡Adriana!.., murmuró el payaso ruborizándose.

– No me supliques..., tus súplicas me exasperan, rebajándote á mis ojos, porque toda súplica reboza una debilidad. De los tres menguados que más decididos parecéis á aburrirme con vuestras serenatas de amor, no quiero á ninguno. Nemo, el domador de leones, es más valiente que yo, pero tiene menos fuerza y su apocamiento me disgusta... Parece un niño atrevido á quien podemos vapulear á telón alzado si nos molesta. Alsini, el rey del trapecio, es mucho más vigoroso que yo, lo reconozco, pero es una bestia de carga, sumisa y cobarde. Le desprecio. En cuanto á ti, que pasaste la vida diciendo chistes para hacer reir al público... y que no tienes la fuerza del uno ni diste muestras de atesorar la bravura del otro... A ti, pobre Gluck, no quiero juzgarte... Adiós...

Así habló Adriana Carmezza, la orgullosa italiana que recibía sobre las espaldas una bala de cañón de treinta kilos arrojada desde una gran altura, y levantaba nueve arrobas entre sus dientecillos de otezno, pequeñines y blancos. Y Gluck, *el Inimitable,* permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre su robusto pechazo de atleta y los ojos muy abiertos, para no llorar...

Hasta los cuartos de los artistas llegaban los murmullos amenazadores del público que iba invadiendo las galerías; aquella noche Adriana Carmezza celebraba su beneficio, y como en obsequio á la beneficiada la empresa había dispuesto un programa magnífico, la concurrencia era enorme. Luego, cuando resonaron los primeros acordes de la orquesta, los artistas se agolparon en el callejón que conducía á la pista: la representación iba á empezar.

El único que, abstraído en sus imaginaciones, permanecía ajeno á todo aquel movimiento, era el payaso Gluck, Gluck *el Inimitable*... Estaba disfrazado de salvaje, con la cabeza adornada por un vistoso penacho de plumas, las caderas ceñidas con un faldellín salpicado de relucientes lentejuelas, y las piernas y los brazos embadurnados de negro y adornados con sendos anillos de oro... Inmóvil, fuerte y mudo como un picacho basáltico...

Casi todos los artistas que por allí pasaban, maravillados de su actitud, le dirigían alguna burleta ó le daban en el hombro un amistoso golpecito.

– ¿En qué piensas, Gluck?.. Gluck, ¿qué tienes?

Y Gluck, *el Inimitable,* les miraba sin responder. Luego, cuando vió pasar al atlético Alsini balanceándose sobre sus membrudas piernas de jayán, y á Nemo, aquel héroe de los bosques africanos que había puesto el pie sobre el lomo de tantos leones amansados, el payaso sintió que los celos le flagelaban el corazón y que sus mejillas echaban fuego. Después pasó Adriana...

– Adiós, Gluck, dijo.

En aquel momento el público aplaudía un ejercicio y todos los artistas se agolpaban en un extremo del corredor, junto á la pista. Gluck y Adriana se hallaban en la sombra, tras unos bastidores. Ella vestía de negro: sobre el escote del corpiño se insinuaba el seno, opulento y de marmórea dureza y blancura; el cuello era grueso, el rostro expresivo, con una belleza varonil de amazona espartana; los ojos gallardos y dominadores. El payaso acercóse á ella, y cogiéndola fuertemente por una muñeca, la atrajo hacia sí.

– Adriana, repitió, Adriana..., ¡quiéreme!..

Lo dijo de golpe, sin preámbulos, con ese laconismo brutal de las pasiones supremas; un laconismo que daba severidad y valimiento á su sencillo disfraz de salvaje. Ella sonrió con aire desdeñoso.

– ¿Otra vez?

– ¡Cómo no..., si eres mi vida, si cuando te alejas de mí parece que me arrancan el alma!.. ¡Adriana, dame una esperanza y no hagas con esos desvíos que sea célebre esta noche de tu beneficio!.. ¡Adriana, que me pierdes!..

Ella, irritada por la orden que envolvía aquella súplica, le rechazó vigorosamente.

– ¡No!, dijo.

El payaso lanzó un grito agónico y llevóse ambas manos á la cabeza con ademán de trágica desesperación; pero Adriana, furiosa, no satisfecha con desesperanzarle, le insultaba.

– ¡No me satisfaces!.. Eres cobarde, eres débil. Los fuertes no mendigan lo que pueden obtener por sus puños, y tú suplicas... ¿Lo comprendes ahora?.. Me repugnas, me repugnas y te odio. ¡Vete, vete, que no me sirves!..

Sus palabras caían como mazos de batán sobre la cabeza de Gluck, que gemía sordamente. Después, cuando le juzgó bastante castigado y maltrecho, dió media vuelta y se alejó titubeando aquellas caderas amplias y firmes que parecían destinadas á engendrar una raza superior. Gluck, *el Inimitable,* quedó apoyado en la pared, con la cabeza sobre el pecho y flaqueándole las piernas, en la actitud de un salvaje herido.

Momentos después, cuando Adriana Carmezza salía á la pista pagando con sus sonrisas más amables los aplausos del público que la vitoreaba, Nemo y Alsini reaparecieron trayendo cada uno de ellos en la mano un gran ramo de flores. Al verles volvió á resonar en los oídos de Gluck el terrible apóstrofe de Adriana: «Vete, que no me sirves...» y enloquecido, les cerró el paso.

– ¿Para quién son esas flores?, exclamó con voz que el coraje tremolaba de un modo siniestro.

– Para Adriana, repuso Nemo sin inmutarse.

Los tres hombres se miraron sañudamente: todos se odiaban desde que el destino permitió que una misma mujer sirviese de norte á sus deseos, y en aquel momento casi se alegraron de tener un pretexto á que asirse para dar vado á su antiguo rencor. Estaban en un carrejo obscuro abierto entre dos bastidores muy altos...

– A esa mujer, repuso Gluck, nadie la obsequia más que yo.

– Quita, payaso, contestó Nemo subrayando la frase con dañina intención.

Pero Gluck, *el Inimitable,* se precipitó sobre él, y arrebatándole el ramo de flores lo arrojó al suelo, despedazado.

– ¡Al que dé un paso, gritó, le parto el alma!..

Ni Nemo, el domador de leones, ni Alsini podían luchar con Gluck, porque al primero le faltaba la fuerza y al segundo el valor; mas en aquel momento la furiosa acometividad del payaso les indujo á unirse, formando una alianza formidable.

– Retírate, bruto, dijo Nemo.

– ¡Atrás!, agregó Alsini, á quien vigorizaba el esfuerzo temerario del domador.

Pero Gluck, fuera de sí, arremetióles sin contestar: su primer golpe fué para Nemo, el segundo para Alsini; dos puñetazos de titán celoso que resonaron con un sordo crujido de huesos. Entonces comenzó una lucha terrible: Nemo había caído al suelo, pero levantóse en seguida y se abalanzó sobre el payaso; mas éste ladeó el cuerpo hurtando un golpe de su rival, contestó con otro y Nemo volvió á caer. Mientras, Alsini descargaba sobre la cabeza de Gluck su brazo de hierro. Era una lucha de colosos; la lucha formidable por la *posesión de la hembra,* de que habló Darwin.

Y entretanto, sofocando el seco estallido de aquellos golpes furibundos, llegaban hasta los combatientes, como ráfagas huracanadas de entusiasmo, los aplausos con que el público premiaba los ejercicios de Adriana Carmezza.

En momentos tales, Gluck *el Inimitable* se revolvía con la agilidad y el denuedo del jabalí que hace frente á la jauría que le acosa. Unas veces se agachaba para coger á su enemigo por la cintura y voltearle; ó se recrecía para herir desde arriba, ó brincaba para evitar un golpe..., mientras su brazo, aquel brazo vengativo, negro y musculoso como el de un cíclope, se agitaba infatigable, machacando cráneos. Enardecido hasta el paroxismo por el furor de la pelea, Gluk *el Inimitable* valía por ciento; y según los casos, ciaba, se cubría, se retrepaba, ya defendiéndose ó atacando, pero siempre incansable y terco, magullando á sus contrarios con sus recios golpes, y exasperándoles y aturdiéndoles con sus denuestos. Cada puñada era un tiro; cada insulto, un salivazo.

De pronto Alsini y Nemo coincidieron en sus ataques y Gluck se sintió abrumado: había recibido un puntapié en el estómago, por la nariz y los oídos derramaba borbotones de sangre, y en aquel momento Alsini procuraba rematarle asestándole dos golpes formidables en la nuca. Gluck *el Inimitable* se sintió desfallecer, pero rehaciéndose se precipitó sobre un arcón que guardaba objetos de carpintería, buscando un arma; sus enemigos, adivinando su intención, imitaron su ejemplo. Alsini cogió un martillo, Nemo un puñal, Gluck un formón.

Entonces la lucha fué breve: al primer encuentro Alsini rodó por tierra, moribundo, y Nemo y Gluck quedaron al fin solos, retándose con la mirada.

– ¡Sobra uno de los dos!, murmuraba el payaso; ¡uno, uno!

– ¡Tú!, repuso Nemo.

Y se acometieron: Gluck paró la cuchillada de su rival con el brazo, pero Nemo la paró con el corazón, y cayó muerto...

Horrorizado de sí mismo, Gluck *el Inimitable* echó á correr: iba con los ojos fuera de las órbitas, anhelante de fatiga, chorreando sangre, y aquellos hilillos rojizos se coagulaban formando sobre su pecho y sus hombros desnudos extraños arabescos. Al llegar al corredor, todos los artistas que por allí andaban retrocedieron espantados, mientras Gluck les miraba con aire estúpido, buscando un rostro que no hallaba. En aquel instante reapareció Adriana, que volvía de la pista sonriente y cargada de flores: Gluck, al verla, corrió hacia ella lanzando un grito de macho vencedor. Adriana palideció hasta la lividez, y bajo la acróbata viril que levantaba nueve arrobas con los dientes, reapareció la hembra, dulce y tímida.

– ¡Sólo mía!, exclamó Gluck; ¡más valiente que Nemo, más fuerte que Alsini!..

Y repitió varias veces:

– ¡Sólo mía!..

Después, sujetando á Adriana fuertemente por las muñecas, murmuró con ese acento de rencorosa satisfacción del hombre que puede vengarse devolviendo ojo por ojo y diente por diente:

– Ahora, dime: ¿sirvo?..

Eduardo Zamacois.

GUERRA ANGLO-BOER

Prosiguiendo su movimiento de avance el general Roberts, ha ocupado sucesivamente Winburg y Kroonstad, capital esta última del Estado de Orange desde que había sido tomada por los ingleses Bloemfontein. La marcha del generalísimo se ha efectuado sin hallar casi resistencia por parte de los boers, que se han ido retirando sin apenas defender sus posiciones, contra lo que los mismos ingleses esperaban. Unicamente en Smaldeel llegaron á contener á la columna del general Hutton, el cual hubo de retroceder á Virginia en espera de refuerzos, y á no haber llegado oportunamente, en el momento crítico del combate, el contingente de Nueva Gales del Sur, la infantería montada de los ingleses habría sido copada.

Para que se comprenda la facilidad con que se han movido las fuerzas inglesas, bastará decir que éstas han recorrido en 15 días las 120 millas que separan Bloemfontein de Kroonstad.

La consecuencia inmediata de este triunfo parece que será la declaración, antes de poco, de la anexión del Estado libre de Orange á Inglaterra, y añaden noticias de origen inglés que en vista de haber sido poco menos que abandonados por los transvaalenses, quienes se negaron á seguir combatiendo en Orange, los orangistas se muestran descontentos y se presentan en gran número á las autoridades inglesas.

Con estas noticias contrastan, sin embargo, las manifestaciones que un corresponsal del *New York Herald* dice haberle sido hechas por el presidente Steijn, el cual le dijo: «Combatiremos hasta el último extremo. Ningún *burgher* está dispuesto á entregar las armas. Jamás hemos pensado en separarnos de nuestros hermanos del Transvaal. Lucharemos en el Vaal y en Pretoria, y si fuere necesario, en las montañas. Nada podemos prometernos de la paz, y todo lo podemos esperar de las armas. Cada pequeño éxito de los ingleses ha sido seguido por un tremendo descalabro: después de Elandslaagte, Colenso; después de Belmont, lo de Modder River; después de Bloemfontein, Sannah's Port.»

Por otra parte, según refieren telegramas de Pretoria, el gobierno ordenó recientemente que todos los hombres útiles se reuniesen en la plaza de Burgher, y cuando estuvieron reunidos el presidente Kruger les arengó diciéndoles: «Ha llegado un momento en que la República necesita de todos sus ciudadanos. El enemigo está á las puertas del Transvaal; se acerca el momento crítico.»

Lo cual parece indicar que la situación de los boers es desgraciadamente algo comprometida, y aún hay otro detalle que confirma tal suposición, cual es el de las acaloradas discusiones á que ha dado lugar en el Volksraad una proposición de Kruger referente á la venta de ciertas concesiones en el Rand. Reunióse el Volksraad en Pretoria el día 7 con numerosa concurrencia y con asistencia de los agregados militares extranjeros; el presidente de la República, después de hacer el elogio del general Joubert, dijo que las relaciones entre el Transvaal y los demás Estados, excepto Inglaterra, eran cordialísimas, que las simpatías del mundo entero son para los boers y que el gobierno haría todo lo posible para restablecer la paz. La asamblea aprobó el discurso del presidente y acordó: expresar su sentimiento por no haber aceptado la Gran Bretaña las proposiciones de paz, deplorando la manera como lord Salisbury ha falseado

la situación; transmitir su agradecimiento á las potencias extrajeras por las simpatías manifestadas al Transvaal, y protestar contra las violaciones del convenio de Ginebra cometidas por Inglaterra. Hasta aquí todo había ido bien en el Parlamento transvaalense; pero al día siguiente de la apertura, habiendo propuesto el presidente Kruger vender los derechos de concesión de cierta categoría de burghers para proporcionarse dinero, el partido progresista protestó vivamente contra semejante disposición. M. Van Rendsburg dijo que mientras los burghers estaban batiéndose se quería vender su propiedad privada á una cáfila de especuladores mercenarios. M. Kruger contestó que tenía necesidad de dinero á fin de mantener y vestir á los burghers. Algunos individuos hicieron observar que esto estaba en contradicción manifiesta con la declaración hecha por el presidente, en la que éste dice que dispone de fondos más que suficientes para proseguir la guerra. No faltaron individuos que hasta llegaron á acusar al gobierno de dilapidar el dinero del Estado. El presidente Kruger salió de la Cámara en un gran estado de exaltación, manifestando que había cumplido con su deber y que se lavaba las manos. M. Smuts protestó contra el proceder del presidente, diciendo que quería privar á los diputados de su libertad de acción y de la palabra.

Si estas discusiones intestinas toman cuerpo, no es aventurado asegurar que han de producir tanto ó más daño á la causa boer que las mismas derrotas que puedan inferirles los ingleses.

Los delegados boers han llegado á Nueva York, en donde han sido recibidos por el alcalde, quien les ha declarado ciudadanos neoyorkinos, y por el Consejo municipal, que ha votado una moción de simpatía hacia las repúblicas sudafricanas. La misión de estos delegados puede darse por fracasada, pues si en todas partes han encontrado afectuosa acogida, ningún gobierno ha querido aceptar la responsabilidad de una intervención. ¡Siempre lo mismo! Simpatías por los débiles, tantas cuantas se quieran; pero ningún auxilio material, ni siquiera moral.



GUERRA ANGLO BOER. – Prisioneros boers en la ciudad del Cabo (de fotografía)

En prueba de ello, véase lo que acaba de ocurrir en Lourenzo Marqués, en donde el cónsul general de Inglaterra ha embargado un considerable cargamento de trajes que se suponía destinado á los boers y ha impedido que las autoridades portuguesas entregaran 120.000 kilogramos de cajas de conservas que debían ser enviadas á Pretoria, logrando además que el gobernador de aquella colonia decretara que en lo sucesivo serían consideradas como contrabando de guerra las conservas y las ropas, sin que hasta ahora haya protestado ninguna potencia contra tales desafueros.

Así se crecen en su soberbia los ingleses, y buena prueba de ello es el discurso lleno de arrogancia que el ministro de las Colonias, el funesto Chamberlain, ha pronunciado recientemente ante el comité de la Asociación Liberal Unionista de Birmingham.

El orador trató de demostrar, hablando de la guerra, que no incumbe á la Gran Bretaña responsabilidad alguna como provocadora de una contienda cuyo fin, por parte del Reino Unido, no es otro que proteger los intereses de los súbditos británicos establecidos en las repúblicas boers, y colocados en situación de inferioridad por las leyes del Transvaal y Orange. Ocupándose luego del resultado final de la campaña, dijo Mr. Chamberlain: «El triunfo es seguro, inevitable y próximo, y de él saldrá el país fortalecido, porque la guerra habrá probado nuestros medios de acción. Las condiciones de la paz son estas: Inglaterra no reconocerá la independencia de las dos repúblicas; sus territorios serán respetados de agresiones contra la propiedad individual, y la guerra será seguida de una ocupación militar. Concederemos la autonomía cuando sea posible. En cuanto á los rebeldes, serán objeto de las más amplias y generosas medidas de clemencia.»

En el momento en que escribimos esta crónica, dase como oficial la noticia de la rendición de Mafeking. Aun resultando cierta esta victoria de los boers, no compensará, por desgracia, el efecto que para el éxito definitivo de la guerra ha de producir el avance de las tropas de Roberts, á menos de que éstas sufran algún grave contratiempo, cosa no imposible si, como se asegura, tratan los boers de oponer una resistencia desesperada en Harrismith.

El *War Office* publica un cuadro de las pérdidas totales sufridas por las tropas inglesas desde el principio de la campaña.

Muertos en el campo de batalla: oficiales, 221; subalternos y soldados, 2.085.

Muertos á consecuencia de sus heridas: oficiales, 54; subalternos y soldados, 504.

Muertos de enfermedad: oficiales, 68; subalternos y soldados, 2.224.

Muertos de accidentes: subalternos y soldados, 51.



GUERRA ANGLO-BOER. – CENTINELAS BOERS (de fotografía)



EL POETA DANTE EN FLORENCIA, CUADRO DE RAFAE



... Sohn (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)

Total de muertos: oficiales, 343; subalternos y soldados, 4.864.

Desaparecidos y prisioneros: oficiales, 170; subalternos y soldados, 4.221.

Regresados á su país por causa de enfermedad, ó por inútiles: oficiales, 416; subalternos y soldados, 7.203.

Total general de pérdidas: 22.424 oficiales, subalternos y soldados.

El *War Office* no ha incluído en este cuadro los oficiales, subalternos y soldados heridos actualmente, cuidados en los hospitales del Sud del Africa, porque conceptúa que se hallarán en estado de volver á ocupar más ó menos tarde su puesto en las filas. Su número se evalúa en 2.500 ó 3.000.

Tan aterradoras cifras no parecen conmover al gobierno inglés; antes al contrario, cada día se advierte en éste más marcado el deseo de proseguir por este camino de aventuras, que lo mismo puede llevar á un colosal engrandecimiento que á una desastrosa ruina. A esta tendencia obedece un discurso recientemente pronunciado por lord Salisbury, en que habló de las medidas de previsión que debe adoptar Inglaterra contra probables ó cuando menos posibles peligros, y no deja de ser significativo dentro de este orden de ideas el siguiente aviso que poco después de aquel discurso publicaron todos los periódicos de Londres: «*¡God Save England!* Reséyva contra la invasión. Voluntarios de la Reina, de Westminster: Los oficiales, sargentos y soldados que hayan sido declarados aptos en los últimos diez años, y que desearan entrar al servicio de S. M. en el caso de hacerse necesario rechazar una invasión extranjera, pueden dirigir la correspondiente instancia, acompañada de su hoja de servicios, á la ayudantía de este regimiento.»

¿A qué móviles puede obedecer semejante invitación? Difícil es asegurarlo; el tiempo lo dirá. – A.

NUESTROS GRABADOS

Fuelle artístico modelado en latón por May L. G. Cooksey. – El talento de un artista puede manifesfestarse no sólo en obras de importancia y aun á veces insigni-



Fuelle artístico de latón modelado por May L. G. Cooksey, premiado en el concurso celebrado últimamente entre los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Liverpool.

ficantes, pero siempre dentro del concepto del arte, sino que además halla aplicación en multitud de objetos al parecer los menos apropiados á los fines artísticos. Así vemos en todos tiempos el arte puesto al servicio de infinidad de industrias que ofrecen los más variados productos revestidos de formas en las cuales aparecen perfectamente armonizadas la belleza y la utilidad práctica. En nuestros días ha adquirido gran desarrollo este movimiento, cuyas tendencias no pueden ser más laudables, con la ventaja sobre lo que en épocas anteriores acontecía de que hoy estos productos los encontramos puestos al alcance de las fortunas más modestas, con lo que gana mucho la educación estética del pueblo, que es indudablemente uno de los principales factores de la educación general. Muchos son los centros docentes artísticos que fomentan estas tendencias, y en Inglaterra sobre todo los resultados justifican todo el interés que á tal asunto se dedica. Recientemente se ha celebrado un concurso entre los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Liverpool, en el cual han sido premiados una porción de trabajos valiosos de todos géneros, uno de los cuales es el artístico fuelle que reproducimos, elegante en su dibujo, sobrio en el modelado y de una pureza de líneas que recuerda los mejores ejemplares de la escuela en que el autor se ha inspirado.

***

La última copa, cuadro de Francisco Masriera. – Los cuadros de Francisco Masriera, estudiados con admirable prolijidad, cautivan no sólo por la belleza de sus pormenores y la elegancia de las líneas, sino que sorprenden por su encantadora plasticidad. El lienzo que reproducimos revela, como todas sus producciones, la delicadeza de su espíritu y la frescura inagotable de su paleta, distinguiéndose por su sello peculiar y exclusivo que las caracteriza, que aun sin ver encantos se adivinan, presintiéndose la belleza.

La última copa es una galana manifestación de la rara habilidad y buen gusto de un artista que ha logrado notoria personalidad.

***

¡Allá va!, cuadro de Joaquín Agrassot. – Otra bellísima producción del distinguido pintor valenciano Agrassot reproducimos en este número. Trátase de un hermoso estudio, de un cuadro de costumbres de aquella encantadora región, en donde todo brilla y sonríe y hasta la naturaleza preséntase próvida y exuberante. Pocos artistas han logrado como nuestro amigo dar cuerpo y forma á sus cuadros de costumbres valencianas, y pocos han podido alcanzar como él justa y merecida fama de fidelísimo intérprete de cuanto recuerda y enaltece el país en que nació. Artista de corazón, dedica á su patria las galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría, teniendo sobrados títulos para figurar entre los pintores que más han trabajado en favor de nuestro renacimiento artístico.

***

El poeta Dante en Florencia, cuadro de Rafael Sorbi. – En su *Vita Nuova* nos dice el inmortal poeta que á los diez años se enamoró de una niña de nueve, Beatriz Portinari, y que desde aquel momento «el espíritu de la vida que en la más oculta cámara de la vida se esconde, empezó á estremecerse en él con tal violencia, que le parecía terrible aun en sus más tenues latidos.» Refiere además que luego la vió varias veces hasta un día en que se ofreció á su vista «vestida de blanco y entre dos nobles damas.» Entonces clavó sus ojos en el sitio de la calle en donde la doncella se detuvo tímida y temblorosa, mientras ésta le saludaba púdicamente con inefable dulzura, «y al verla parecióle que contemplaba el objetivo final de toda bienaventuranza.» Tal es la escena que el pintor italiano Sorbi ha trasladado al lienzo que en el presente número reproducimos: el artista se ha inspirado en las propias palabras del poeta, y ha hecho algo más que dar forma á lo que éste describe, pues se ha empapado en el espíritu que aquellas palabras encierran, y al presentarnos las figuras del poeta y de Beatriz ha puesto en los rostros y en las actitudes el alma de ambos personajes, expresando de una manera bellísima la emoción que debieron sentir al cruzarse sus miradas. Y es tal la intensidad de la expresión, que aun estando rodeadas ambas figuras de otras muchas, destácanse de todas ellas y adquieren por su virtualidad propia el valor de elementos principales. El cuadro ofrece además desde el punto de vista técnico otras muchas bellezas: la composición resulta armónica, las figuras están muy bien agrupadas y ejecutadas con soltura y perfecto conocimiento de la indumentaria y el paisaje contribuye al encantador efecto del conjunto.

***

En peligro, cuadro de Laureano Barráu. – Variada, tanto como sus aptitudes, es la producción de Laureano Barráu. Y cuenta que en la diversidad de géneros que ha cultivado ha logrado singularizarse, distinguiéndose siempre por sus excepcionales aptitudes. Cuadros históricos, de costumbres, tipos, paisajes, cuanto puede ser objeto de estudio y observación ha tenido para el distinguido artista catalán especial atractivo, sirviéndole de medio para hacer gala de sus facultades para la asimilación y de su facilidad para dar cuerpo y forma á cuanto se propone reproducir con la exactitud de la línea y el encanto de la coloración. Muestra de ello el cuadro *En peligro* que damos á conocer en estas páginas, trasunto de uno de tantos incidentes como se desarrollan en ese espectáculo, mal llamado nacional, que hoy subsiste como contrasentido de nuestra época.

***

Estudio para el cuadro «La Primavera,» obra de F. Appleyard. – No se trata de la obra de un artista de reconocida fama: el autor del cuadro para el cual ha sido hecho este estudio no ha salido todavía de las aulas de la Real Academia de Londres; y sin embargo, nótanse en este fragmento cualidades tan relevantes, que más de un pintor de nota no se desdeñaría en poner su firma al pie del mismo. Hay en esa figura bellezas de dibujo y sobre todo de sentimiento que se aprecian á primera vista, sin necesidad de esfuerzo ni de examen minucioso, y que permiten asegurar, sin temor de equivocarse, que quien ha sabido producirlas tiene abierto un hermoso porvenir en su carrera. El cuadro *La Primavera* ha obtenido el premio de la pintura decorativa en el concurso celebrado este año por la citada academia londinense.



Estudio para el cuadro *La Primavera*, obra de F. Appleyard

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Le Follet*, pieza lírica en un acto de Pedro Barbier con música de Lefebvre, y en Marigny-Theatre *Un siecle de grace*, fantasía en dos actos de P. L. Flers con música de Enrique José.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *María de los Angeles*, zarzuela en un acto de los Sres. Arniches y Lucio, música de Chapí, y en la Zarzuela *La Golfemia*, parodia en un acto de la ópera *La Boheme*, libro de D. Salvador M.ª Granés y música arreglada por Luis Arnedo.

Necrología. – Han fallecido:

Guillermo Durr, escultor alemán, profesor y miembro de honor de la Academia de Artes Plásticas de Munich.

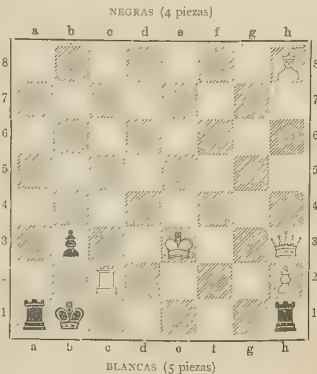
Jens Bragge Halvorsen, célebre escritor noruego, ex bibliotecario de la Universidad de Cristianía, autor de importantes obras sobre historia de la literatura.

Juan Emilio Pedro Hartmann, célebre compositor dinamarqués, autor de varias óperas, sinfonías, bailes y cantatas de carácter eminentemente nacional y popular, profesor del Conservatorio de Copenhague y director de la Asociación Musical.

AJEDREZ

Problema número 194, por L. Noack.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 193, por K. Stahl

Blancas.	Negras.
1. Da2–a8	1. Cualquiera.
2. D, C ó A mate.	



¡Sí!, contestó enérgicamente la de Kerlor. ¡Ella es!

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

PRIMERA PARTE

Lo que dura la felicidad

I

LA VIAJERA

Es de observar, en los trenes, la manera con que el revisor pide los billetes á los viajeros de cada clase.

En tercera:

– ¡Los billetes!, dice secamente abriendo la portezuela.

En segunda:

– ¡Hagan ustedes el favor de los billetes!..

Esto en el tono desabrido de un funcionario público en el ejercicio de su empleo. Se ha contentado con llevar ligeramente la mano á la visera de la gorra: especie de saludo militar, entre la cortesía del paisano y la rigidez del soldado.

En primera clase:

– ¿Tienen ustedes la bondad de pasar los billetes?

La voz ha perdido su acento rígido; la mano ha levantado la gorra. Hay que demostrar que se tienen buenos modales. Puede suceder que haya allí gentes malhumoradas, ingenieros, administradores de la compañía, personajes influyentes... y sobre todo señoras. Puede uno acarrearse quince días de suspensión de empleo y sueldo por una palabra dirigida con poco acierto á una dama.

Hay casos difíciles.

Por ejemplo, una mujer sola, en primera clase... Mujer joven, muy bonita, rubia, en traje obscuro, en extremo elegante y sencillo, sin más equipaje que una maletita de mano en la redecilla del coche. Sus manos, finamente enguantadas, sostienen un libro; sin embargo, no lee.

Va á Tours.

¿Es una gran señora?.., ¿esposa de algún general ó de algún banquero, ó es simplemente la mujer de algún alferez ó voluntario más ó menos rico?

¡Vayan ustedes á saber, á primera vista!

De este modo pensaba el revisor del tren expreso de París á Tours al taladrar el billete que le presentaba una viajera, sola en un departamento de primera clase.

– No hay duda que es toda una señora, pensó en conclusión, echando una postrer mirada investigadora á sus facciones regulares y puras, algo entristecidas en aquel momento, sin duda por alguna grave preocupación.

Y añadió en voz alta:

– Gracias, señora.

No sin que se quitase por completo la gorra antes de pasar al departamento inmediato.

Aquella visita del revisor había distraído á la joven de las reflexiones en que se hallaba abismada. Cerró su libro, bajó el cristal de la ventanilla y echó una larga mirada al horizonte iluminado por los últimos resplandores del sol poniente.



A lo lejos, muy lejos, sonaba una campana

Era un paisaje admirable.

El Loira se deslizaba en lontananza, como una gran serpiente azul, á través de campos engalanados con su verde ropaje primaveral. A derecha é izquierda pasaban campanarios, destacándose en la transparencia del cielo por encima de espesos ramajes; castillos con sus grandes parques umbrosos; cabañas de campesinos, que rosales trepadores, parras ó clemátides empezaban á adornar con su naciente verdura.

En todo el valle reinaba una gran tranquilidad, una paz inmensa.

A lo lejos, muy lejos, sonaba una campana de iglesia, y sus notas melodiosas llegaban, muy débiles, al oído de la viajera, sin apagar el gorjeo de los pájaros, que se preparaban á pasar la noche junto á sus nidos aún no acabados.

Por conmovedor que fuese, aquel espectáculo no llevaba al espíritu de la joven señora las sensaciones tranquilas y tiernas que parecía haberle de inspirar.

Evidentemente escuchaba sin oir y miraba sin ver.

Sus pensamientos acudían maquinalmente á sus labios en frases entrecortadas.

– ¡Tiemblo!, murmuraba. ¡Y sin embargo, estoy bien resuelta!.. ¡Es preciso que yo encuentre razones, argumentos, palabras para convencer, para conmover á ese hombre!

»Un militar como él, no permanecerá insensible á las súplicas de una mujer. Sabe lo que es el honor..., la honra de una familia.

»Comprenderá que no se la mancha por satisfacer una pasión culpable, por violenta que ésta sea.

»¡Pero y si no quisiese oirme!..»

Y presa de un terror espantoso, sacó febrilmente de su bolsillo una carta estrujada, leída sin duda ya muchas veces, pero que volvió á leer, como para descubrir en ella algún sentido nuevo, algún pensamiento escapado hasta entonces á su penetración.

Aquella carta decía:

«Tours, 25 de marzo de 1900.

»¡Estoy loco, Carmen, loco de dolor!

»¿Sabes lo que pasa?.. ¿Eres víctima ó cómplice de lo que se prepara?

»Tu marido está designado para una misión especial en la Guayana. Parte dentro de cuatro días.

»¡Y tú debes partir con él! Así se ha convenido en el ministerio.

»Pero tú no vacilas, estoy seguro. Tu resolución está tomada: no le seguirás.

»No me dejarás á mí, que te adoro, sabiendo que marchándote ocasionarías mi muerte.

»No dejarás á nuestro Marcelino... Una madre como tú no podría vivir lejos de su hijo.»

—¡Su hijo!, murmuró la joven con voz temblorosa.

Y dos lágrimas brillaron en sus grandes ojos azules, agrandados aún más por el dolor.

—¡Amboise!.. ¡Amboise!.., gritó el empleado del ferrocarril.

Era la última estación antes de llegar á Tours.

Calmada un poco la emoción de la viajera, continuó su lectura.

«¡Escucha! Si dentro de dos días no has venido á encontrarme en Tours, voy á París..., le hablo á tu marido..., se lo digo todo..., le enseño todas tus cartas á fin de que no le quepa duda que eres mía, enteramente mía, y las armas decidirán entre él y yo.»

A la joven se le escapó un grito de espanto.

—¡Es capaz de hacerlo!.. ¡Sí, lo haría!.. ¡Oh, Dios mío, protegednos!

Y prosiguió su lectura á media voz, entrecortando las frases.

Ya no faltaban más que unas cuantas líneas.

«He interrumpido un instante esta carta para reflexionar. Continúo.

»Hablo á sangre fría.

»Todo lo he considerado y lo he previsto todo.

»Estoy resuelto...

»Sabes, Carmen, que nunca falté á mi palabra. Te lo juro por mi honor de militar, por nuestro amor. Si pasado mañana no te tengo á mi lado, al día siguiente iré á París, y Dios dedidirá.

»Roberto d'Alboize.»

El tren paraba en la estación de Tours.

La viajera subió á un coche y se hizo conducir al gran hotel del Universo.

Pidió una habitación, reparó el desorden de su tocado y se hizo servir la comida.

Después escribió cuatro palabras que metió en un sobre con esta dirección:

M. Roberto d'Alboize, capitán de Estado Mayor, calle Royale, 16.

El mandadero del hotel fué á llevar la carta.

Momentos después, un criado llamaba á la puerta de la recién llegada, diciéndole que un «militar» preguntaba por ella.

Creyó que se trataba del capitán d'Alboize, contestó que le hiciesen pasar y se dispuso á sostener con rigidez la primera mirada del militar.

No era el capitán, sino un simple soldado, correcto, estirado en su uniforme irreprochable, con la mano puesta á la visera del kepis.

—¿Viene usted de parte del Sr. d'Alboize?, preguntó la mujer. Es usted sin duda el ordenanza.

—Sí, señora, á mucha honra.

—¿Trae usted la contestación á la carta que le he escrito?

—No, señora.

—Entonces, explíquese.

—El caso es, señora, que mi capitán no se encuentra en Tours.

—¿El Sr. d'Alboize no está en Tours?

—Verá usted. Se le ha confiado de pronto una misión muy importante, relativa á ensayos de pólvora nueva, y desde ayer se encuentra en la fábrica del Ripault, de donde no puede ausentarse, por cuanto la consigna le obliga á asistir día y noche á la fabricación de la pólvora. Hasta mañana no puede volver. Esto me encargó que dijese á una señora que esperaba llegaría en el tren en que usted ha venido, y que sin duda es usted. En tal caso, me encargó igualmente que la acompañase á la habitación que hizo preparar.

La joven se sintió desfallecer.

Por lo visto, lo que el capitán había escrito era realmente una resolución irrevocable.

Esperaba á su amante. Contaba con que acudiría al llamamiento, abandonando á su marido para huir con él.

Inmediatamente tomó Elena una resolución.

—¿Está lejos esa fábrica?, preguntó al ordenanza.

—No, señora: distará de aquí, á lo sumo, cuatro ó cinco leguas.

—Pues bien, amigo mío, es preciso que me busque usted en seguida un carruaje para ir allá. ¿Estamos?

—Entendido, señora, contestó el soldado, volviendo á llevar la mano á la visera de su kepis. Dentro de cinco minutos estará el carruaje á la puerta del hotel, con dos buenos jamelgos.

Y girando sobre sus tacones, salió á paso ligero.

El ordenanza del Sr. d'Alboize cumplió su palabra. Antes de que transcurrieran diez minutos había á la puerta del hotel un sólido carruaje tirado por dos vigorosos caballos.

El asistente iba en el pescante al lado del cochero.

La fábrica de pólvora de Ripault está situada en el término municipal de Monts-sur-Indre, pueblecito que no posee más que una posada muy medianeja: *Au Tournebride*, muestra que podía tomarse en el doble sentido de *ventorrillo* y *vuelve-grupas*.

Los soldados viven acuartelados en un pequeño edificio inmediato á la fábrica de pólvora, en la cual nadie puede penetrar durante la noche, y donde al público, aun de día, le está terminantemente prohibida la entrada.

El asistente hizo parar el carruaje delante de la posada.

Aún no debían haberse acostado, puesto que brillaba una luz en una de las ventanas.

Al ruido del coche apareció una sombra á la ventana misma, y en seguida se oyó un grito.

Casi al mismo tiempo la puerta de la casa se abrió con gran ruido de cerrojos, y un hombre que apareció rápidamente por ella, cogió de la mano á la viajera y la hizo entrar, murmurando:

—¡Carmen!...

El mesonero había bajado también con un vela en cada mano.

Al ver á una señora cubierta con un velo espeso y conducida por su inquilino, abrió la puerta de una salita, modestamente amueblada con una mesa redonda y unas cuantas sillas de paja.

Un resto de lumbre ardía aún en el hogar.

El mesonero puso las palmatorias encima de la mesa y se retiró diciendo:

—Si el señor capitán necesita algo, no tiene más que llamar. Ya no vuelvo á acostarme.

Apenas había cerrado la puerta, cuando la viajera levantó en silencio el velo que le cubría el rostro.

—¡La señora de Kerlor!, exclamó el militar con acento de profunda estupefacción, palideciendo como un difunto.

—¡Sí!, en efecto, respondió ella jadeante, Elena de Kerlor, la cuñada de su amante; Elena de Kerlor, que lo sabe todo; Elena de Kerlor, que no ha vacilado en abandonar su casa, en salir sola, en arrostrar todas las dificultades, todos los peligros, por salvar el honor y la vida quizás de una desgraciada y de un insensato!..

Permanecía de pie delante de la chimenea.

Los latidos de su corazón eran tan violentos, que la ahogaban. Tenía seca la garganta.

Fijaba ávidas miradas en el capitán, procurando encontrar en su fisonomía un indicio de esperanza, ó más bien, como en un desafío, el sitio descubierto en que poder herir y vencer á su adversario.

Porque, á la verdad, era un duelo entre el deber y la pasión.

Elena de Kerlor era una rubia adorable; no parecía casada, de tal modo habían conservado sus ojos toda su expresión de ingenuo candor y de inocencia, y su boca sonrosada había guardado la purpurina frescura de la infancia. Pero una imperceptible arruga en su blanca frente, el color ligeramente azulado de sus párpados, un pliegue apenas indicado en la comisura de los labios, atestiguaban que había llorado mucho, que era mujer casada y que era madre.

Roberto d'Alboize era un guapo mozo, de belleza varonil, altiva, marcial y caballeresca.

Se parecía á esos caballeros del siglo diez y ocho, tan seductores, que á menudo se les creía imaginados por los poetas; que se batían en Fontenoy, después de haber saludado cortésmente al enemigo y sacudido con coquetería sus bocamangas de encaje; que desenvainaban la espada por una sonrisa de mujer, y que se iban á morir al Canadá ó á las Indias, sin más esperanza que un poco de gloria.

En la regularidad perfecta de los rasgos de su fisonomía se leía la nobleza de alma y la franqueza, mientras que en sus labios, muy rojos, ligeramente sombreados por un fino bigote rubio, en la vibración de las ventanas de su nariz, en el fuego de sus grandes ojos, estallaba toda la violencia de una sangre ardiente y pura.

Adivinábase que sus miradas debían dulcificarse á veces hasta las más tiernas súplicas del amor, y que sus labios no debían entonces verse nunca hartos de besos. Bajo la influencia de la cólera, en los combates, el hombre era verdaderamente terrible. El sable debía ser ligero para su brazo, y su mano nerviosa y fina lo debía empuñar con tanta elegancia como vigor.

Elena comprendió todo esto en un instante.

Y tembló á la idea de no encontrar en aquel hermoso oficial más que un infante de Roybet ó un arrogante jinete de Meisonier, sin nada sensible, sin un punto flaco en el corazón, que el suyo pudiese vencer.

Pero, por ciertos pliegues de la boca, por la delicadeza de la barba, por la vaga melancolía que bañaba todo su rostro, la mujer adivinó en el soldado la huella delicada de una madre de elevados sentimientos.

Y recobró la esperanza.

Roberto d'Alboize no contestó desde luego... Una oleada de sangre le había subido á la cabeza.

Tardó un instante en reponerse, y en un tono de forzada calma, desmentida por la convulsión de sus labios y el temblor de su voz, dijo:

—¡El honor, la vida de una desgraciada y de un insensato!.. ¡En verdad, señora, que no la comprendo!

—Le repito á usted, caballero, que lo sé todo. Carmen no me ha ocultado nada. Debe partir mañana mismo para la Guayana..., pasado mañana á lo más tarde, y usted se opone á que parta... La manda usted que venga á su lado... Usted quiere que lo abandone todo: marido, familia, y que pisotee públicamente todas las leyes del mundo, todas las conveniencias sociales, para abismarse para siempre en su falta. ¿No es cierto?

—¿Es ella quien la envía á usted, señora?, dijo Roberto con angustiosa expresión y sin contestar á la pregunta que Elena le hacía.

—¡Sí!, contestó enérgicamente la de Kerlor. ¡Ella es!

El joven capitán dejó caer la cabeza entre las manos.

—¡Ella, repetía, ella! ¿Es posible? Entonces, ya no me ama!

—Se equivoca usted, caballero. Por más culpable que sea su pasión, Carmen le ama á usted todavía...

—¡Y no ha venido!

—No ha venido, porque si la pasión la arrastra hacia usted, ha pensado también que tiene una madre á quien ese abandono mataría, un hermano que la idolatra, una hermana prudente á quien ese escándalo quebrantaría y que le ha prohibido huir... Loca de dolor, sacudida por los sollozos, ha cedido á mis súplicas. Pero ha cedido al fin, ¡y no vendrá!..

Roberto se había levantado frenético. La cólera centelleaba en sus ojos y le agitaba el pecho.

—¿Qué no vendrá?

—No.

—¿Y sus juramentos?

—Los juramentos que prestó en el delirio de una pasión loca no valen. Hay otros que son sagrados y que le prohiben cumplir los que han mediado entre ustedes dos.

—¿Otros? ¿Los prestados á su marido quizá?

—¡Al esposo que aceptó ante Dios, sí!

—¡Yo los destruiré!

—¿Matando al marido? ¡No tiene usted derecho á provocarle! ¡Aun matándole en desafío, cometería usted un asesinato!

—La pasión lo excusa todo.

—Excepto la infamia, caballero. Y lo que usted medita, sería una verdadera infamia. Y además, ¿no comprende usted que ese cadáver se levantaría siempre entre usted y ella? ¿Podría Carmen pertenecer jamás al matador del hombre cuyo nombre lleva?, ¿ese nombre que ha manchado?

—¿Y su hijo?.. ¿Lo abandona también?

—En medio de todas sus penas, esta es indudablemente la mayor. Pero ¿puede repararse lo irreparable? Quédale, sin embargo, un consuelo en medio de su inmenso dolor: el de pensar que usted se queda al lado de la infeliz criatura, que será para usted un recuerdo vivo y un manantial de valor, mientras que usted será para él una enseñanza y un ejemplo...

—¡Y el niño no tendrá madre! ¡Aunque viva, habrá muerto para él! ¡Ah, sin duda le ha sido á usted fácil convencerla! ¿Qué le importa mi vida? ¿Qué le importa su hijo?

Roberto d'Alboize iba y venía en la estrecha sala como una fiera enjaulada.

No se atrevía á levantar la voz, y sus palabras de fuego, pronunciadas con un acento furioso cuyas explosiones procuraba moderar, eran, por esto mismo, más terribles.

Elena se sintió perdida y con ella su hermana.

—¡Es usted muy cruel, caballero!, balbuceó.

—Soy justo.

—Lo admito. Por tanto, ya no hablo en nombre del derecho. Yo no discuto, sino que imploro. ¡Sí!, me arrojo á sus pies. Lo que pido es un favor; ¡tenga usted piedad de nuestra madre! ¡Compadézcase de todos nosotros! ¡Hágalo usted por ella!

Y de rodillas, sollozando, Elena se arrastraba á los pies del joven capitán.

En presencia de esto, Roberto d'Alboize se avergonzó de sus arrebatos.

Su cólera cedió de pronto ante el inmenso dolor de aquella mujer.

Sabía que la que así humillaba la frente ante él, era una de las criaturas más nobles que se pueden encontrar. Carmen le había hablado á menudo de ella, y en sociedad, á pesar del escepticismo y de la

murmuración á que se sienten tan inclinadas las gentes, todo el mundo hablaba de Elena de Kerlor con admiración y respeto.

La levantó turbado, balbuciente.

– Yo soy, señora, el que implora su piedad y la de Carmen. ¡No me es posible vivir sin ella! ¡La amo demasiado!

– Roberto, no hay más amores felices y duraderos que aquellos de que puede uno enorgullecerse á la faz del mundo; aquellos de que podemos dar gracias á Dios como un don supremo; aquellos de que nacen los hijos de que pueden vanagloriarse las madres y besar sin avergonzarse ante todo el mundo.

– ¿Quiere usted que yo renuncie á Carmen?

– Si no puede usted renunciar á ese amor, transfórmele usted, purifíquelo... Besos robados, paternidad vergonzosa, mentiras de cada día, cobardías de cada hora..., ¿qué amor es este? Elévelo usted y elévese usted mismo con él. Deje que Carmen cumpla con su deber. Llórela como se llora á una muerta idolatrada, pensando que labra usted su ventura y que ella le agradece con toda el alma tan noble sacrificio; que á usted le deberá, si no la felicidad, que ésta no es ya posible para ella, su tranquilidad al menos; que habrá usted apartado de su frente el estigma del oprobio y de la infamia.

– ¿Y si el valor me falta?

– Yo se lo inspiraré, ya que también me habrá salvado á mí de la vergüenza y de la desesperación; y le querré á usted, Roberto, con todo el cariño que se profesa á un hermano... Usted es bueno... Piense usted en su madre, en su hermana. Las pobres se morirían de pena si un día deshonrase usted el uniforme que lleva. Tenga usted compasión de la madre de Carmen, tenga usted piedad de mí.

– ¡No volverla á ver!.. ¡Jamás!

– Sí, Roberto; más tarde la volverá usted á ver. Cuando se hayan calmado las tormentas de su corazón... Entonces podrá usted, en presencia de todos sin sonrojarse, estrechar su mano, y ella la estrechará á su vez con gratitud..., y le expresará con palabras afectuosas su agradecimiento por haber hecho posible su existencia de mujer rodeada de respeto. Cuando se adelanta en la senda de la vida, causa una satisfacción inmensa el volver la vista atrás y encontrarse con una buena acción.

Y como Roberto no contestase, ella prosiguió:

– Capitán Roberto d'Alboize, usted que ostenta sobre el pecho el emblema del honor, usted cuyo uniforme dice «abnegación y sacrificio,» en nombre del honor de una familia le pido á usted un acto de abnegación y un sacrificio. Si mañana, para rechazar al enemigo invasor, tuviese usted necesidad de abandonar á su esposa, á sus hijos y á su madre, ¿vacilaría usted? No, porque se lo mandaría el deber. Pues bien: una mujer honrada, una madre sin tacha, le pide de rodillas que muera, si es preciso, porque en este caso también es el deber que manda. ¡Roberto, hermano mío!

El levantó la cabeza.

Sus facciones expresaban un sufrimiento atroz; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

– ¡Señora, dijo, el sacrificio es cruel..., pero lo cumpliré! La quiero tanto, que prefiero verme olvidado de ella á saber que sufre. Dígale usted que la amo más que nunca. Dígale usted...

Los sollozos no le dejaron continuar. Momentos después hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo.

– No tengo aquí sus cartas... No puedo ausentarme... Está amaneciendo, y dentro de breves instantes debo ir á cumplir con mi deber. Pero voy á mandar un hombre de mi confianza á Tours para que me traiga la cartera en que las tengo guardadas. Se las enviaré inmediatamente. Las recibirá mañana con la dirección de costumbre.

– ¡Ah, gracias, dijo Elena con efusión, gracias!

– Entonces, continuó Roberto, entonces todo habrá concluído. No me quedará nada de ella..., no la volveré á ver. Dígale lo mucho que yo la adoraba y que la adoraré toda mi vida. Si muero antes que ella, ¡oh!, se lo juro á usted, mi muerte no tendrá nada de vergonzoso, será la muerte gloriosa del soldado. Si la noticia de mi muerte llega á sus oídos, tenga la seguridad de que su nombre y el de nuestro hijo se habrán juntado en mis labios con mi último suspiro.

Elena tendió la mano al joven capitán diciéndole:

– ¡Roberto, es usted hombre de gran corazón! Pero doquiera que se encuentre, suceda lo que sucediese, tenga presente que dos hermanas piensan en usted y pronuncian cada día el nombre de usted en sus oraciones. Recuerde que su hijo tiene dos madres.

Roberto cogió la mano de Elena y depositó en ella un largo y respetuoso beso, reprimiendo los sollozos que le desgarraban el pecho todavía.

Después acompañó á la señora de Kerlor hasta el carruaje que la condujo á Tours.

No habían vuelto á cambiar más palabras.

El capitán siguió con la vista hasta el primer recodo del camino el carruaje que se llevaba su última esperanza, y permaneció largo tiempo inmóvil, pálido, con los ojos enrojecidos de sangre, contemplando fijamente el horizonte, que la aurora teñía ya de púrpura, abismado en sus pensamientos.

De pronto, las cornetas del destacamento tocaron diana.

Roberto se pasó la mano por la frente y se dispuso á entrar en la posada. Al volver la cabeza, se encontró delante á su ordenanza, tan aseado y correcto como si, después de haber pasado la noche en la cama, se hubiese preparado para una revista.

– ¡Ven, Brisquet!, le dijo el capitán. Tengo que confiarte un encargo. Ensilla tu caballo; vas á ir á Tours.

– Está bien, mi capitán.

Mientras tanto, Elena de Kerlor regresaba al hotel. Pidió informes acerca de la marcha de los trenes. Hasta dentro de dos horas no salía el primero para París.

Elena se encerró en su cuarto, y sentada en una butaca se puso á reflexionar.

¡Había salvado á Carmen!

Casi llegaba á olvidarse de que su cuñada era culpable.

Sólo se acordaba de sus penas, de sus angustias, de su terror espantoso cuando la víspera se le había presentado anegada en llanto, loca de desesperación ante la carta que contenía las aterradoras amenazas de su amante, y se había arrojado á sus pies, confesándole toda su desgracia, toda su vergüenza y suplicándole que la salvase.

Y una alegría grandísima llenaba el corazón de la noble mujer, pensando que, gracias á ella, la desesperada de la víspera podría recobrar la calma.

Elena se acordaba también de Roberto y compadecía con toda su alma al pobre capitán.

Aquella abnegación en presencia del deber, aquel desprendimiento heroico de todo lo que, hasta entonces, había sido el encanto de su vida y la esperanza de su corazón, le inspiraban una admiración verdadera.

Comprendía que Carmen se hubiese enamorado de aquel hombre. Y sin pararse un momento en las atroces consecuencias de aquel amor culpable, sólo pensaba y decía:

– ¡Lástima que no se hubiesen conocido antes de que Carmen perteneciese á otro!

Indudablemente, si hubiese pedido la mano de la señorita de Kerlor, la condesa lo hubiera aceptado por yerno. Y Carmen hubiese sido feliz.

Feliz esposa, como lo era Elena en su matrimonio con Jorge de Kerlor; madre feliz, besando con orgullo á su hijo, dulce fruto de un amor bendito, por el cual jamás había pasado una nube.

La ausencia de Jorge, que había marchado hacía dos años á la América del Sur, deseoso de conquistar la fortuna que ambicionaba para su esposa y para su hijo, no entibiaba aquel amor; por el contrario, aumentaba su ternura y su fuerza, comunicándole la voluptuosidad de la esperanza, sin cesar acariciada, de un próximo retorno.

Elena cogió maquinalmente, á fuerza de costumbre, un pequeño medallón que encerraba la última fotografía de Jorge, y se puso á contemplarlo con amor.

De pronto se le ocurrió un pensamiento triste.

En su próxima carta no iba á poder contar al ausente su viaje á Tours.

Iba, pues, á tener un secreto para su esposo.

Hasta entonces, él nada había ignorado, ni siquiera sus fugitivas impresiones, y cuando un suceso tan grave turbaba el curso de su vida apacible, se veía obligada á ocultárselo.

Inflexible en materia de honor, Jorge había expresado á menudo su desprecio y su horror por la mujer adúltera.

Si tuviese la simple sospecha de que su hermana, su querida Carmen, era de las que él flagelaba tan sin piedad, de las que odiaba con tanto encono, ¡qué golpe tan terrible!, ¡qué dolor tan atroz para su orgullo y para su ternura!

Había que evitar á toda costa que sospechase la verdad.

¡Pero Carmen ahora estaba salvada!

Al día siguiente tendría en su poder las cartas que había escrito á d'Alboize y las quemaría como Elena acababa de quemar en la chimenea de aquel cuarto de fonda la carta en que el capitán había comunicado á Carmen sus insensatas resoluciones.

¡Nada quedaría de aquel odioso pasado!

Nada más que un recuerdo vivo en el corazón de Roberto y en el fondo del alma de Carmen.

Del padre idolatrado, el pensamiento de Elena pasó á su querido hijo, al pequeño Fanfán, como llamaban familiarmente al niño.

¡Pobre criatura! La madre había tenido que enviarlo á Bretaña, al castillo de Penhoët, en casa de su abuela, la vieja condesa de Kerlor, á fin de que su débil constitución se fortificase con las brisas del Océano.

Pero pronto iba á tenerlo á su lado, ágil y vigoroso, digno hijo de la noble y fuerte raza de que descendía, y podría recuperar los besos perdidos.

Estaba entregada á tan dulces pensamientos cuando un criado que llamó á la puerta le dijo:

– Si la señora quiere tomar el tren expreso de París, el ómnibus que va á la estación espera abajo.

En el momento en que Elena tomaba asiento en el carruaje, oyó grandes gritos á poca distancia.

Mucha gente subía corriendo por la avenida.

El conductor del coche miraba, sin acordarse de cerrar la portezuela.

– ¿Qué ocurre?, preguntó un viajero.

– Un soldado que, en la esquina de la calle Real y del paseo, delante del Palacio de Justicia, acaba de caerse del caballo.

– ¿Está herido?

– Gravemente, sin duda. Se disponen á llevárselo en una camilla. El caballo no ha vuelto á levantarse.

– ¡Esos militares son tan imprudentes!, dijo un viejo. Generalmente llevan su caballo á galope por el empedrado, en vez de ir al paso.

– ¡Pobre muchacho!, dijo Elena, quizá es víctima de su celo en el cumplimiento de alguna orden.

El ómnibus se puso en marcha y la viajera no tardó en olvidarse de aquel accidente.

La pobre señora no podía sospechar las terribles consecuencias que había de tener para ella la caída de aquel jinete desconocido.

No sabía que la casualidad la colocaba á diez pasos del hombre por cuya vida hubiese dado su propia sangre tres días después.

En tanto que ella regresaba á París, se prodigaban los cuidados necesarios al herido.

Colocado en una camilla, seguía desmayado.

Había dado de cabeza contra el borde de la acera. Una ancha y profunda herida se extendía desde la parte superior del cráneo hasta la ceja.

Cuatro soldados, destacados del cuerpo de guardia, lo transportaron al hospital civil, porque el militar había sido evacuado pocos días antes á causa de una epidemia de viruelas.

El interno de servicio le practicó la primera cura en el gabinete de entrada.

No había vuelto á recobrar los sentidos, pero vivía aún.

Se le subió á una de las salas del primer piso.

Había una cama vacante en un ángulo, cerca de la puerta de entrada, sin que tuviese ninguna otra al lado, á excepción de la ocupada por un enfermo convaleciente, dado ya de alta, que iba á salir del hospital á la mañanita siguiente.

Colocaron al herido en aquella cama, después de haberle quitado rápidamente el uniforme.

Apenas acostado, el herido abrió los ojos, y llevándose las manos al costado, hizo un violento esfuerzo por hablar.

Se le hinchó el pecho, las venas del cuello se tendieron: abrióse la boca, sus mandíbulas se movieron varias veces, sin que el infeliz pudiese articular una sílaba.

Por último, después de varias tentativas infructuosas y desesperadas, dejó escapar confusamente una palabra.

– ¡Car..., car..., cartera!

Al mismo tiempo su rostro, del que el interno había lavado la sangre, tomó un color encendido y sus ojos centellearon.

Luego se le cerraron convulsivamente los dientes, y su cuerpo se dobló hacia atrás, como un arco tendido.

Todos sus miembros, contraídos, se retorcieron como cuerdas.

De pronto el cuerpo, como petrificado, quedóse inmóvil en una espantosa rigidez.

– ¡Demonio!, dijo en voz baja á su interno el jefe de clínica, que había acudido á asistir al enfermo, he aquí un caso curioso de opistotonos. Ya sabe usted que es una de las formas más raras del tétano. Generalmente se atribuye la causa á una sacudida moral coincidiendo con una herida en la cabeza. Este soldado parece que llevaba su caballo á galope tendido cuando se cayó. Quizá ha sido dolorosamente afectado por no poder llenar su misión... ¿Han avisado al comandante de la plaza?

– Sí, señor.

Mientras tanto, el médico había reconocido la herida.

(Continuará)

LA FOTOTERAPIA

En el mes de julio de 1893 un joven médico dinamarqués, prosector de la facultad de Medicina de Copenhague, daba á conocer un tratamiento de la viruela en extremo curioso: el doctor Niels Finsen aislaba á sus enfermos en una habitación en donde la luz estaba tamizada por cristales ó telas encarnadas, es decir, en una especie de gabinete fotográfico en donde no penetraba ningún rayo luminoso químico. El referido médico estimaba que bajo la influencia de aquel aislamiento particular las pústulas variolosas supuraban menos, y cuando sobrevenía la curación las cicatrices eran nulas ó poco marcadas, preciosa ventaja para los que conocen los horribles estigmas que á menudo deja la viruela.

El método de tratamiento era original; pero el doctor Finsen había tenido precursores que habían colocado sencillamente á sus enfermos en la más completa obscuridad, entendiendo que la ausencia de todo rayo solar favorecía singularmente la terminación feliz y sin señales de la enfermedad. Black, en Chesterfield, lo empleaba desde 1867, y Gallavardin, en Lyón, había obtenido de él buenos resultados. Y cosa más curiosa, un médico de Montpeller, en el siglo pasado, se acordaba de haber visto en su niñez á los niños atacados de viruela envueltos en telas de color de escarlata, práctica antigua que parece haber sido tomada de los tiempos más remotos, puesto que en el Japón y en el Tonkín algunos médicos han señalado la costumbre de relegar á los variolosos á habitaciones obscuras, cubiertas á menudo de telas encarnadas.

Fig. 1. Tratamiento de enfermedades por la luz solar

Aun no siendo nuevo el tratamiento de Finsen, no por esto era menos original y de fácil aplicación; sin embargo, fuera de algunos médicos que lo ensayaron en su clientela, como Juhel-Renoy y Oettinger, no ha alcanzado gran éxito, y no creemos que en París ni en provincias se aplique de una manera sistemática.

Este tratamiento, no obstante, se derivaba de una idea exacta á la que antes de Finsen no se había prestado bastante atención. La luz obra sobre los tegumentos de un modo enérgico, tanto más cuanto más intenso es el foco luminoso y más concentrados son sus rayos. Si corréis por el campo en un día hermoso de verano, fácilmente pillaréis, si no tenéis cuidado, una insolación; si realizáis una ascensión alpestre y no tomáis la precaución de proteger vuestra cara y vuestra nuca por medio de un velo, tendréis un eritema solar de los más desagradables y á veces de los más dolorosos.

Fig. 2. – Lente para concentrar los rayos solares

Durante mucho tiempo se atribuyó la producción de ese eritema, de esa especie de eczema, á la simple acción de los rayos solares. En 1859, Charcot fué el primero que pensó que esta irritación cutánea era producida, no por los rayos caloríficos, sino por los rayos químicos.

Esta hipótesis muy importante fué demostrada experimentalmente veinte años después por Widmarck, de Estockolmo, y ha sido desde entonces comprobada por un gran número de observadores de todos los países, tales como Unna, Hammer y otros no menos autorizados. El empleo cada vez más generalizado de la electricidad ha venido además á demostrar que la acción de la luz eléctrica es idéntica á la de la luz solar y con frecuencia mucho más enérgica. Maklakof y el doctor Defontaine habían observado los peligrosos efectos producidos en los tegumentos de los obreros expuestos á una luz eléctrica intensa, como la que se emplea en la soldadura eléctrica de los metales: la mayor parte de ellos presentaban, además de una conjuntivitis catarral, á menudo duradera y á veces supurativa, una dermatitis sobreaguda, acompañada de sequedad de la piel, formación de pústulas y descarnación completa al cabo de algunos días. Ahora bien, la radiación calorífica que se produce durante estas soldaduras eléctricas es relativamente débil, y no pueden atribuirse á la intensidad del calor las graves reacciones provocadas á distancia sobre la piel de los trabajadores.

Widmarck demostró, por medio de un experimento muy ingenioso, que no son los rayos caloríficos, sino los químicos, los que determinan esta irritación de la piel. Sabido es que los llamados rayos químicos son los rayos luminosos más refrangibles y que se encuentran en la faja del azul, del morado y sobre todo del ultramorado del espectro; en esa zona el efecto calorífico es mínimo y el químico considerable. En la zona del rojo y del ultrarrojo sucede todo lo contrario.

Widmarck empleaba una lámpara de arco eléctrico de una potencia igual á la de 1.200 mecheros Carcel, aislando los rayos caloríficos, para lo cual hacía pasar la luz al través de un depósito que contenía un regular espesor de agua, é impidiendo, por el contrario, la llegada de los rayos químicos mediante la interposición de una placa de cristal ordinario que absorbe los rayos ultramorados. Excluyendo los unos ó los otros, consiguió demostrar que la acción de los rayos luminosos, sin los rayos ultramorados, no determinaba lesión alguna en la piel, que si se les dejaba pasar y se suprimían los rayos caloríficos, sobrevenía la dermatitis. La prueba era concluyente, y á su riqueza en los rayos ultramorados se debe el que la luz eléctrica ejerza una acción irritante tan pronunciada, aun á distancias en que no se percibe ningún rayo de calor.

Partiendo de estos datos experimentales, Finsen pensó que la exclusión de los rayos químicos sobre tegumentos enfermos, como en la viruela, debía asegurar una marcha más regular, una atenuación de la inflamación, y el tratamiento de los variolosos por su procedimiento ha demostrado la exactitud de esta interpretación. Desde entonces Finsen ha buscado la aplicación de esta acción distinta y especial de los diversos rayos luminosos al tratamiento de otras afecciones.

Aparte de esta acción irritante, ejercen los rayos químicos una acción destructora sobre las bacterias, como lo han demostrado las investigaciones de un gran número de biólogos, penetrando además en los tejidos á través de la superficie tegumentaria hasta una profundidad bastante grande. Finsen ha pensado en utilizar estas diversas propiedades, y en vez de eliminar los rayos químicos, como hace en el tratamiento de los variolosos, se esfuerza por obtenerlos concentrados, tomándolos bien de la luz solar, bien de la eléctrica, para modificar ciertas inflamaciones cutáneas de origen micróbico, tales como el lupus. Esta afección, forma de tuberculosis de curso lento, produce deformidades profundas en la cara, destruyendo por ulceración gradual la nariz y los labios, y se muestra desgraciadamente rebelde á muchos tratamientos.

Según sea la estación, recurre Finsen á la luz solar ó á la eléctrica: como es preciso obrar sobre un bacilo hundido en el espesor de los tejidos, el bacilo tuberculoso, se necesita para que los rayos puedan llegar hasta él y destruirlo que éstos sean muy concentrados, pero al mismo tiempo hay que evitar que esta concentración engendre un foco calorífico demasiado intenso. Para ello se hace indispensable, por consiguiente, enfriar el haz luminoso. A este objeto ha imaginado Finsen una enorme lente, de 30 á 40 centímetros de diámetro, formada por un cristal plano y otro convexo, entre los cuales queda un espacio libre que llena con una solución de sulfato de cobre amoniacal (fig. 2). Esta solución permite el enfriamiento del foco luminoso absorbiendo una gran parte de los rayos ultrarrojos por el agua y los rayos rojos y amarillos por la coloración azul. Los rayos azules, morados y ultramorados no resultan muy disminuídos al pasar por esta pantalla.

Por medio de esta lente se proyectan los rayos solares sobre la parte enferma: la superficie expuesta no excede en general de 1'5 á 2 centímetros, como máximo, á fin de evitar una reacción demasiado viva, y la exposición no dura más de una hora al día. Esto basta para provocar sobre la placa luposa hinchazón, rubicundez y á veces hasta ampollas de serosidad. Según sea la intensidad de la reacción, se verifican las sesiones con menos frecuencia y se disminuye la duración de las mismas. Inútil nos parece añadir que las partes vecinas están cuidadosamente protegidas, como puede verse en la figura 1.

Fig. 3. – Esquema del aparato para luz eléctrica

Para utilizar la luz eléctrica, que se emplea en las estaciones lluviosas cuando no brilla el sol, se usa un aparato algo más complicado (fig. 3). Los rayos emanados de una lámpara de arco eléctrico suspendida en el techo son enviados oblicuamente á una especie de telescopios que permiten dirigirlos exactamente sobre el punto enfermo; un sistema de lentes de cuarzo, colocado en distancias focales exactamente calculadas, concentra los rayos más divergentes. Entre las lentes hay una cierta cantidad de agua destilada que enfría el haz luminoso interceptando los rayos ultrarrojos. El calor, sin embargo, no es siempre bastante atenuado y se hace á menudo necesario interponer entre el rayo convergente y la piel una lente formada por dos placas de cristal, plana y convexa, entre las cuales circula una corriente de agua fría. Pueden tratarse simultáneamente cinco ó seis enfermos, como indica el grabado (fig. 1), pero es indispensable proteger contra el brillo de la luz á los enfermos y aun á las enfermeras: unos y otras llevan anteojos azules.

La cifra de los enfermos tratados por este procedimiento es considerable, elevándose á más de 350. En los primeros tiempos, Finsen aplicaba únicamente la luz; pero ahora agrega, en determinados casos, la acción de un apósito de ácido pirogálico destinado á poner la piel lo más flexible que se pueda y á hacerla, por ende, más fácilmente penetrable á los rayos químicos. Los resultados obtenidos con este método son en extremo satisfactorios: las fotografías que hemos visto y que no reproducimos porque pertenecen únicamente al dominio de la patología, representan deformidades, mutilaciones graves y ulceraciones extensas, curadas sin dejar más que huellas insignificantes. La principal ventaja del tratamiento por los rayos químicos está precisamente en la flexibilidad y poca visibilidad de las cicatrices, debiendo añadir que no es doloroso y que las recidivas son muy raras, lo cual será bastante para justificar la adopción de este procedimiento contra una enfermedad de las más graves y más difíciles de curar.

En este mismo orden de ideas se ha pensado en utilizar los rayos Rœntgen para la curación del lupus. Kümmell y Lapinski han publicado un número de observaciones de úlceras luposas modificadas muy felizmente por una serie de sesiones de radioscopia. Los tegumentos sanos y el cuero cabelludo necesitan en este caso ser protegidos de una manera muy especial contra la irritación muy viva de estos rayos. Kümmell se sirve para esto de caretas de plomo. Como con los rayos químicos, la cicatriz es lisa y poco saliente, pero la reacción es generalmente mucho más viva y en algunos casos se hace preciso suspender el tratamiento.

Todo esto no son más que aplicaciones restringidas del tratamiento por la luz que importaba señalar á causa de los resultados obtenidos; pero la fototerapia tiene un campo mucho más vasto. La luz es el elemento vivificador y regenerador por excelencia, y todo en la naturaleza está sometido á su influencia, su acción sobre el organismo animal no puede ser más patente, produciendo en él aumento de actividad de la circulación, de los cambios nutritivos y del desarrollo físico. Todas las funciones se modifican por efecto de la acción del sol y casi en igual grado por la luz eléctrica, y esta potencia vivificadora y regeneradora ha sido utilizada en el tratamiento de Kellog por los baños de luz, que consiste en exposición al sol con el cuerpo desnudo durante horas enteras, evitando, merced á una sombra metódica, los efectos irritantes y las insolaciones. Los baños eléctricos, baños de luz con arco ó con lámparas de incandescencia, reemplazan á los baños de sol cuando el clima ó el mal tiempo no permiten el paseo al aire libre. Generalizados hoy en muchas partes é instalados en la mayoría de las grandes ciudades, como Roma, Viena, París, etc., los baños eléctricos han sido ensayados con éxito por Winternitz, Freytall, Colombo, Diamanti y otros contra la gota, el reumatismo y la obesidad. En los estados de languidez orgánica, en esas enfermedades tan acertadamente denominadas por el profesor Bouchard enfermedades por lentitud de nutrición, reumatismo, obesidad, etc., es en donde mejor se comprueban los buenos efectos de esa balneoterapia luminosa.

Rayos caloríficos, rayos químicos, los unos empleados en un sentido, los otros en otro, aisladamente ó en conjunto, todo es luz y la luz es la vida.

Dr. A. Cartaz.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El Sr. Jaume, por *Jacinto Ribeiro*. – Es esta una novela inspirada en los mejores sentimientos y contiene una lección muy digna de ser meditada por los que hacen del matrimonio un negocio como otro cualquiera. El argumento es interesante, la idea en que se inspira es noble, los tipos están bien definidos y se sostienen perfectamente y la acción se desarrolla con naturalidad hasta llegar al desenlace que deja grata impresión en el ánimo. El libro del Sr. Ribeiro ha sido impreso en Jerez en la imprenta de «El Guadalete.»

Memoria acerca del estado del Instituto Provincial de 2.ª enseñanza de Guipúzcoa durante el curso de 1898 á 1899, por *D. Marcelo Llorente y Sánchez*. – De la lectura de esta interesante memoria se desprende el estado próspero de aquel establecimiento docente guipuzcoano, no sólo por lo que acerca de ello consigna en su trabajo el docto catedrático y secretario del Instituto Sr. Llorente y Sánchez, sino que también por los numerosos y completos cuadros estadísticos que á la memoria acompañan. El folleto ha sido impreso en San Sebastián en la imprenta de J. Baroja é hijo.

Ajedrez magistral, por *Andrés C. Vázquez*. – Con este título ha empezado á publicar el conocido escritor y notable ajedrecista D. Andrés C. Vázquez una serie de monografías en las que se expondrán no sólo las aperturas ó planteos más usuales, sino que también estudios acerca de problemas y posiciones curiosas y una selección de partidas jugadas en la Habana por los principales maestros y aficionados del noble juego. La primera de estas monografías está dedicada al gambito Evans, que el Sr. Vázquez estudia bajo todos sus aspectos y en sus distintas variantes, ilustrando la explicación con numerosos grabados. El libro, impreso en la Habana, se vende á un peso plata.



En peligro, cuadro de Laureano Barrau
(Salón Robira, Fernando VII, 59)

Versos y prosa, por *Joaquín M. Bartrina*. – Se ha publicado el tomo 72 de la «Colección Diamante» que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López: contiene varias composiciones en prosa y verso del malogrado escritor reusense cuyo solo nombre es la mejor garantía de la bondad de las mismas; en todas ellas se admiran las relevantes dotes de poeta y pensador profundo que caracterizaron á Bartrina. Se vende á dos reales.

Rimas, por *Laura Bustos*. – Contiene este libro una colección de poesías de una malograda poetisa chilena que murió antes de haber cumplido trece años: en ellas se notan naturalmente las inexperiencias propias de una inteligencia infantil, pero se advierten también cualidades de sentimiento, sobre todo, que maduradas por el estudio habrían dado seguramente magníficos frutos. El tomo ha sido impreso en el establecimiento Roma, de Santiago de Chile.

Notas del cor, por *Ramón Masifern*. – Las composiciones líricas contenidas en este tomo justifican perfectamente el título que su autor, el aureado poeta catalán Sr. Masifern, les ha dado. Son realmente notas salidas del corazón, impregnadas de sentimiento, llenas de esa poesía popular sana y robusta que recrea y fortalece y avaloradas por una versificación fácil, armoniosa y exenta de artificios. El tomo, impreso por F. Giró, en Barcelona, se vende á seis reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Enciclopedia Jurídica, revista decenal teórico-práctica de Jurisprudencia y Legislación que ha comenzado á publicarse en Madrid (Fuencarral, 36); *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *La Gaceta de los ferrocarriles de la Isla de Cuba*, revista de agricultura, industria, comercio, etc., que se publica en la Habana; *El Mentor*, periódico bisemanal de Chacabuco (República Argentina.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 28 de mayo de 1900 — Núm. 961

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS, cuadro de Mme. C. de Samarine,

inspirado en un capítulo de la obra del mismo título de Gabriel d'Anunzio

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

LA CALLE DE LAS NACIONES

Durante la última quincena se han inaugurado, con el ceremonial de costumbre, unos cuantos de los pabellones que las naciones extranjeras han edificado en la Exposición.

Estas inauguraciones han constituído los acontecimientos más notables de la gran kermesse, durante estos quince días en que han adelantado relativamente poco las instalaciones industriales en sus respectivas secciones.

Aún no es posible emprender en la Exposición ningún estudio comparativo de productos, pues mientras hay naciones que han terminado completamente la instalación de determinados grupos, hay otras que aún no han desembalado los objetos que destinan á los grupos mismos.

Interin se van completando las instalaciones, vamos á visitar en detalle los pabellones extranjeros, que son dignos del más detenido estudio y se prestan á profundas consideraciones.

Hay en la Exposición muchos sitios donde bastará ver las cosas de paso, mientras que hay otros donde es indispensable pensar. A esta última categoría pertenece la calle de las Naciones. No puede pasearse por esta calle sin experimentar la necesidad de abstraerse y de buscar la ley de ese gigantesco esfuerzo que ha procurado presentarnos no solamente la síntesis de la actividad productora de hoy, sino que también la de la riqueza gloriosa creada por el genio de todas las edades.

Al lado de la colosal manifestación del trabajo, de la industria y del comercio, los palacios que bordan el Sena constituyen una especie de resurrección de los diferentes estilos que mejor evocan históricamente las civilizaciones muertas.

La inspiración que los ha concebido es obra de muchos siglos; y ante el espectáculo grandioso que se abre á nuestros ojos en esta parte de París, donde se ha improvisado una ciudad nueva y maravillosa, no podemos menos de recordar lo que dice Ruskin, el gran poeta de la Belleza, en una de sus obras:

«Es necesario que haya un trabajo hecho por los brazos; si no, ninguno de nosotros podría vivir. Es necesario que haya un trabajo hecho por el cerebro; si no, la vida que tenemos no valdría la pena de que se la viviese. Y los mismos hombres no pueden hacer el uno y el otro.»

Gran verdad, sobre todo cuando se trata de atribuir á cada cual el mérito que le corresponde en una obra tan compleja como una exposición moderna y de evaluar los diferentes trabajos que han contribuído á su realización.

Por considerable que sea el interés que ofrece esta cuestión social, no es esta quizá la ocasión más oportuna para discutirla, y los pabellones extranjeros que han abierto sus puertas al público nos invitan hoy á saborear el mérito de mil preciosidades antiguas, que forman el concierto más maravilloso que pueda concebirse contra las extravagancias del arte moderno.

Entre estas extravagancias figuran las del *modern style*, de importación británica, que pretende no poner en nuestras manos un solo objeto usual que no sea un objeto de arte; pretensión que no hay que confundir con la inteligencia y el gusto de las materias que pueden hacernos apreciar, lo mismo que una obra de arte, el objeto popular creado por el humilde artífice y destinado al uso del pueblo.

El citado Ruskin viene á combatir el *modern style* cuando dice:

«No batáis el trigo con mazorcadores esculpidos, y no esculpáis bajos relieves en una piedra de molino.»

Como todos los extremos son viciosos, no se puede admitir razonablemente esa teoría en todo su rigor. Sin embargo, casi por instinto solemos retirar del uso activo, para inmovilizarlos en nuestras colecciones, los objetos que nos seducen por la excelencia de su forma, la belleza de su ornato y el arte infinito de que emanan.

¿Quién, por ejemplo, no consideraría como una profanación el someter á un uso utilitario los magníficos tapices que España ha desplegado en su Pabellón regio de esta calle de las Naciones?

Estos tapices son de tal naturaleza, que sólo se nos puede ocurrir el contemplarlos, con el deleite que su presencia causa, sin otra clase de preocupaciones.

Al salir del pabellón de España, nos atrae el de Hungría, con su pórtico románico, de purísimo estilo, que conduce á un patio cuyo aspecto nos hace olvidar también inmediatamente las contingencias contemporáneas. No vivimos ya en el presente, sino que retrocedemos á través de la historia, embelesados por las maravillas que desfilan ante nuestra mirada absorta.

Todos los museos húngaros han contribuído á esta reunión de preciosos objetos, que hacen revivir la historia de Hungría desde los tiempos más remotos hasta mediados del siglo XIX. Pero la colección más rica es la que comprende inestimables reliquias de los siglos XIV, XV, XVI y XVII; manuscritos con preciosas miniaturas; libros impresos; armas y armaduras que evocan el recuerdo de colosos y epopeyas; vasos sagrados y vestiduras sacerdotales que han servido para diferentes cultos, pero que llevan, como sello común, el esplendor inherente al deseo de glorificar á un Dios único; artísticas preseas del Tesoro de las catedrales; biblias y misales con esmaltes, cabujones y metales cincelados; libros cuyas encuadernaciones son verdaderas obras maestras; alhajas antiguas, que harán imitar seguramente muchas mujeres del día; bordados y encajes que envidia la industria moderna; todo lo que las artes suntuarias han producido de más caprichoso y bello en el transcurso de esos siglos.

El pabellón húngaro ha sido uno de los primeros que han abierto sus puertas al público, y el comisario de Hungría lo inauguró con un acto que revela el aprecio en que tiene á los humildes operarios que han tomado parte en la construcción del edificio.

Mr. Bela de Lukacs, en vez de ofrecer un *lunch* al mundo oficial, reunió en un banquete á los 300 operarios que han trabajado en el pabellón.

Una orquesta de tziganos auténticos tocó aires húngaros durante la comida, y los obreros acompañaron con entusiastas «eljen» la marcha de Rakocsy.

El anfitrión tenía á su derecha y á su izquierda, no á dos personajes, que no hubieran estado en su lugar, sino á un cerrajero y á un carpintero, en quienes se honraba el trabajo inteligente y activo que tantas maravillas ha creado en esta Exposición.

A los postres, el digno comisario general dió las gracias á los obreros en una elocuente glorificación del trabajo.

El primer pabellón que se inauguró después del húngaro, fué el de Bosnia y Herzegovina, cuyo éxito fué celebrado con una fiesta dedicada á la prensa por el comisario M. Moser, que es un veterano del periodismo.

El pabellón encierra un patio cubierto, artísticamente decorado por Mucha, y una galería superior en que se han reunido principalmente los productos del suelo.

Es una construcción rústica de una autenticidad absoluta. Su principal interés estriba en la reconstitución exactísima de la habitación de un señor bosniaco. Los revestimientos de madera labrada en el país presentan los tonos de maderas antiguas, que contrastan alegremente con el tono claro del resto del edificio.

Entre sus instalaciones hallamos la de aguas, que es importantísima, y las de montes y minas, que constituyen las principales riquezas del país.

La Bosnia posee la mayor red nacional de ferrocarriles de vía estrecha, y en su pabellón se puede examinar el desarrollo de sus caminos de hierro.

La administración de tabacos ha presentado una soberbia muestra de sus productos, que han adquirido una celebridad universal. Allí hay mujeres, en traje del país, que, con habilidad suma, hacen cigarrillos á la vista del público.

El patio central cubierto ha sido destinado exclusivamente á los productos de la Escuela de artes decorativas, única en el mundo que se ocupa del arte musulmán. Este patio da á un inmenso diorama que representa á Sarajevo, la capital, y cuyo lienzo tiene una extensión de doce metros y pico. La vista parece abarcar un panorama magnífico. En primer término se ven mujeres bosniacas que bordan y tejen. Pero éstas son de carne y hueso – y muy vivas.

Allí se han acumulado preciosidades artísticas de todo género, que dan excelente idea de la industria nacional.

Siguiendo el ejemplo del comisario de Hungría, el de Noruega, M. Christophersen, substituyó la ceremoniosa apertura oficial del pabellón noruego con una recepción demócrata para los obreros que han trabajado en la construcción del edificio y en las diversas instalaciones escandinavas.

El pabellón noruego llama la atención desde lejos. Es enteramente de madera y se ha construído con arreglo á los planos de M. Sinding-Larsen, que escogió el estilo más en uso en las poblaciones rurales de ese país del Norte. Lo revisten muy vivos colores, en que dominan el rojo, el verde y el blanco.

Este pabellón no comprende más que una parte de la exposición noruega. Lo más notable de ésta es el modelo del *Fram*, el célebre buque de Nansen. Allí se encuentran gran número de objetos de que se sirvieron el célebre explorador y la tripulación de su buque durante su largo y penoso viaje.

Un pequeño museo ictiológico recuerda á los visitantes las célebres pesquerías de Noruega. También llama la atención una colección rara y variadísima de aves embalsamadas.

Los organizadores de la exposición noruega han querido evocar ese recuerdo de la historia de su país con la reproducción en miniatura del muelle de Pescadores de Bergen, que es uno de los más interesantes de la dominación anseática. Tampoco se han olvidado de la curiosidad que el país de los *fjords* despierta cada día más en los turistas, y han procurado satisfacerla presentando una colección de cartas geográficas y de vistas que indican no solamente los sitios más dignos de ser visitados, sino que también la mejor manera de ir á admirar esas maravillas.

El museo del pueblo, en que se ven tipos de habitaciones urbanas y rurales desde el siglo XIII hasta principios del XIX, es una de las secciones más curiosas de esta Exposición.

Y ya que hablamos de Noruega, señalaremos de paso el rango que esta nación ocupa en diferentes grupos del universal concurso.

En los palacios correspondientes, hallamos una notable instalación de las escuelas elementales de Cristianía; buenas cervezas y conservas; los productos minerales de Kongsberg; los tapices de Cristianía y los tejidos de Drontheim.

Merece párrafo aparte la sección de montes, gloria de Noruega. Los progresos de la química han permitido sacar de la madera nuevas y variadas aplicaciones, que constituyen, de algunos años á esta parte, una nueva fuente de riqueza para ese país.

Con ser esencialmente pacífico, éste ha presentado una interesantísima exposición militar. Indiferente á la gloria de los Krupp y de los Maxims, su puesto, en el recinto consagrado á la guerra, está ocupado por el servicio de sanidad militar, prácticamente organizado.

Por medio de su activo concurso á la Exposición, la Noruega ha demostrado afirmarse hoy más que nunca como país de progreso, de ciencia y de trabajo.

En medio de pabellones de grandes potencias, se alza, como emblema de la fuerza del derecho, el de la República de San Marino, que es una reducción del palacio del gobierno de ese Estado microscópico.

Al lado de unas cuantas muestras de productos industriales bastante rudimentarios y de una colección completa de cerámica sin pretensiones, vemos curiosas fotografías de documentos históricos preciosamente conservados en los archivos de San Marino.

En una vitrina llena de papeles, se encuentra la célebre carta autógrafa del general Bonaparte, garantizando á la República conquistada la paz y la prosperidad bajo la égida de la Francia vecina, y un corto mensaje de Garibaldi que rehusa para sí y para sus soldados la hospitalidad de los hijos de San Marino.

Dejaremos para el próximo artículo la visita á los demás pabellones extranjeros que han abierto sus puertas al público, y terminaremos esta crónica por donde la hemos empezado, citando á Ruskin, que dice en su curiosísima obra *La lámpara de la vida.*

«No somos enviados á este mundo para hacer nada en que no podamos poner nuestro corazón... El que formase las creaciones de su propia inteligencia con un instrumento que no fuera su propia mano, daría también de buena gana, si pudiese, organillos á los ángeles del cielo, á fin de facilitarles su melodiosa tarea. Hay bastante ilusión, bastante bajeza y bastante sensualidad en la naturaleza humana, para no transformar sus momentos de esplendor en mecanismo.»

La calle de las Naciones, donde el arte antiguo es tan magníficamente evocado, será el punto predilecto de reunión de los que no separan el gusto de ver del gusto de pensar.

JUAN B. ENSEÑAT.



LOS RESTOS DE CUATRO ESPAÑOLES ILUSTRES

El día 11 de este mes se verificó con gran pompa, como conviene á una nación culta, á una nación donde la oratoria, el arte, la poesía y la dramática han tenido y todavía tienen mantenedores de universal renombre, la traslación de los restos mortales del pintor Goya, del autor dramático Moratín (hijo), del orador sin segundo Donoso Cortés y del lírico Meléndez al panteón que la patria al fin, después de largo olvido - mantenido casi siempre por sus desventuras, - les ha levantado en el cementerio de San Isidro de esta corte.

Los cuatro ilustres españoles murieron en tierra extranjera: Goya, Moratín y Meléndez Valdés, desterrados; el marqués de Valdegamas, representando á España en París. A los tres primeros señaló la opinión como afrancesados; á Donoso como un liberal amamantado á los pechos de las doctrinas filosófico-políticas que en 1820 invadieron las Universidades y demás centros escolares de nuestra patria. Por haber abrazado esas doctrinas debían morir lejos de la tierra natal, en Burdeos Goya, en Montpellier Meléndez, en París Moratín; por haber escrito, influído por las doctrinas dichas, la celebérrima *Memoria sobre la situación de la monarquía española,* Donoso Cortés alcanzó un alto puesto en la secretaría de Gracia y Justicia cuando aún no contaba veinticinco años de edad.

Cierto que Goya murió voluntariamente lejos de su patria en extranjero suelo; mas no es menos cierto, á pesar de lo dicho en contra por Ferrer del Río especialmente, por el conde de La Viñaza y si no me falla la memoria por Villamil, que sus ideas le llevaron á servir al rey intruso y á grabar aquellas terribles sátiras que conocemos con el nombre de *Caprichos.*

También del autor del *Sí de las niñas* pudiera decirse que su destierro fué voluntario. ¿Quién le perseguía, á pesar de haber servido á los franceses, de haberse encerrado con los restos del ejército invasor en Peñíscola, en aquella famosa residencia que hiciera célebre al aragonés Pedro de Luna, *Benedicto XIII,* si al cabo volviera al amor de las instituciones patrias? Nadie; mas el estigma - hoy felizmente borrado tanto como por el tiempo por la fuerza misma de las ideas que habían nutrido su inteligencia - pesaba sobre Moratín, y el traductor de Moliére, el hijo intelectual de los enciclopedistas, el clásico á la francesa, hubo de volver los ojos á Francia, en donde muchos otros ilustres españoles residían purgando su afecto á las ideas revolucionarias y al propio tiempo inflamados de amor por España. Y allá fué y allá murió, sin arrastrar la misérrima vida que arrastraba el melifluo, el dulce Meléndez, yendo de Nimes á Montpellier y de Alais á Tolosa.

De entre estos cuatro varones esclarecidos, los que no sintieron los rigores de la suerte fueron Goya y Donoso; el que más duramente hubo de sufrirlos fué Meléndez Valdés.

¿Quién no conoce las biografías de estos hombres ilustres? Goya formándose en el estudio del que había de ser su suegro, de Bayeu, alcanzó pronto renombre, popularidad inmensa y fortuna. Agasájanle desde las gentes del pueblo hasta los reyes, y el mismo príncipe de la Paz, quien, según se cuenta, le obligaba á comer con él en cierta ocasión con la capa puesta para que no se constipara, le allanaba cuantas dificultades pecuniarias le ofrecía el cobro de sus emolumentos. A pesar de su sordera, Goya era el ídolo de muchas mujeres; fué lo que se llama un verdadero galanteador. Después, cuando ya expulsados los invasores, el excelso artista traslada su residencia á Burdeos, la muerte le sorprende rodeado de amigos cariñosos y gozando de una existencia exenta de angustias. Había comenzado la vida luchando con la miseria; en cambio Meléndez viniera al mundo bajo los auspicios de un porvenir risueño, pues sus padres, además de ser nobles, estaban bien acomodados. Goya estudió gracias á la caridad; Meléndez lo hizo cuasi con lujo; primero en su tierra, Badajoz (el pueblo de su nacimiento fué Ribera del Fresno), después en Madrid, más tarde en Salamanca.

Terminados sus estudios de Jurisprudencia, dedícase de lleno á la literatura, cultivando la poesía en aquellos géneros de la anacreóntica y de la égloga en que hizo sus más lindas obras. Estrechos lazos de amistad le ligan á poetas ilustres de la época, entre ellos Candamo y el festivo Iglesias. Sostiene larga é instructiva correspondencia epistolar con Jovellanos, y éste le protege y alienta, conduciéndole á sus primeros triunfos poéticos. En 1775 publica su primer tomo de poesías y alcanza un gran éxito, que repercute en Italia, en Francia y en Inglaterra, donde le imitan; en España la juventud le toma por modelo.

Su carácter dulce y apacible no le hace apto para la vida activa de la administración pública, y en su puesto de Oidor de la Chancillería de Castilla sufre grandes disgustos que ponen en peligro su existencia.

Con alternativas de sosiego y agitación transcurren para Meléndez varios años, durante los cuales Jovellanos, Saavedra y Llaguno, desde las alturas del poder, le distinguen siempre con su aprecio. Por entonces publica otros dos tomos de sus obras, de las que Quintana había de hacer entusiasta elogio más tarde.

Con la caída de sus amigos sufre Meléndez nuevas amarguras. Durante años vive perseguido y desterrado á distintas poblaciones. Por fin pudo restituirse á Salamanca, poner allí su casa y ordenar su copiosa biblioteca, disfrutando por más de un lustro paz y tranquilidad.

Un acontecimiento político que en un principio hizo creer á Meléndez en una nueva era de justicia y prosperidad para él, fué la causa de su total desgracia; me refiero á la célebre asonada de Aranjuez, acaecida en Marzo de 1808, por la que volvieron los magistrados de abolengo liberal y enciclopedista á ocupar sus puestos. Meléndez fué uno de los magistrados dichos. Mas pronto los sucesos dieron al traste, de esta vez para siempre, con la tranquilidad suspirada. Comisionado con el conde del Pinar para ir á Asturias después del memorable Dos de Mayo, la enemiga de los reaccionarios y patriotas exaltados hicieron llegar á Oviedo acusaciones que por muy poco no les cuestan al poeta y á su compañero la vida, puesta en trance terrible por dos veces. De regreso en la corte, el gobierno francés le hizo fiscal, después Consejero de Estado. Meléndez firmó con la aceptación de tales cargos su perpetuo extrañamiento. Cuando la suerte derrumbó el efímero reinado del francés, el poeta, falto de recursos, con su casa de Salamanca saqueada, su biblioteca destruída, enfermo, hubo de emprender el camino de la emigración. ¡Ay! Ya tan sólo la miseria, los afanes, las dolencias, los achaques, le acompañaron en los cuatro años que, miserable, erró con su esposa é hijo de una en otra ciudad de Francia. La muerte bienhechora le arrancó á tanto dolor de un solo golpe.

¿Sus obras? Varias son las generaciones que al estudiar las *poéticas, ad usum* todavía, han aprendido de memoria algunas de las poesías del vate extremeño. Sus *discursos forenses* son modelos de bien decir y de solidez de doctrina.

Carácter, mejor dicho, temperamento bien distinto fué el de Moratín.

Educado en las ideas galicanas por su padre, poeta de indudable mérito y defensor acérrimo del clasicismo francés, Leandro Fernández de Moratín sigue el camino que le trazara el autor de sus días y se aferra al bando clásico y enciclopedista, presenciando en su pubertad las contiendas que con Jovellanos, Azara y otros sostiene aquél contra los defensores del decadente teatro español.

De carácter indeciso y taciturno, Moratín apenas si supo lo que eran las distracciones de la juventud, como no había sabido - según confesión propia - cómo se jugaba á la rayuela, al trompo y demás juegos de la niñez.

Alentóle Jovellanos y fué á París con Cabarrús, y regresó de la capital francesa cuando la desgracia del conde, teniendo que vivir en tal estrechez, que más que estrechez era miseria. Por entonces publicó la sátira *La derrota de los pedantes,* que le atrajo muchas enemistades.

Lograda por medio de Floridablanca una corta pensión y después por medio de Godoy otros beneficios más importantes sobre varias mitras que le aseguraron la subsistencia (estaba ordenado *in sacris),* estrenó su primer comedia, á pesar del bando de los *chorizos,* que pretendía hacer naufragar la obra. Hizo un viaje por Europa. En París presenció el paseo de la cabeza de la princesa de Lamballe, puesta en una pica, y huyó á Londres, donde estudió á fondo la literatura de aquel país y especialmente á Shakespeare.

Siempre ayudado por Godoy, disfrutó Moratín de cierta abundancia, ocupando cargos oficiales. En este espacio de tiempo estrenó otras comedias, entre ellas *El barón* y *La mojigata.* Sin embargo, amargaban á Moratín las envidias, las críticas apasionadas, las traiciones de que se le quería hacer víctima, especialmente por parte de los reaccionarios y enemigos de clásicos y enciclopedistas. Poco después de *La mojigata* estrena el *Sí de las niñas* (enero de 1806), pero hubo de sufrir con más furia las persecuciones de sus enemigos, que le denunciaron al *Santo Oficio.* Moratín renunció por entonces á escribir para el teatro.

Los acontecimientos de Aranjuez primero, después los de 1808, le cogieron sin decidirse por causa alguna. Así, pues, aceptó varios cargos que le confiriera José Bonaparte, siendo uno de éstos el de director de la real biblioteca. Como era lógico, Moratín hubo de sufrir todas las alternativas que sufrió el invasor, siendo uno de los trances más apurados de su vida el del asedio de Peñíscola, de donde salió sin que milagrosamente le fusilaran.

Después de largas privaciones, pudo lograr que se le devolvieran sus bienes confiscados, merced que le otorgó Fernando VII. En 1814 escribió *El médico á palos (Le medecin malgré lui,* de Moliére); pero acosado por el miedo á sus enemigos, marchó á Francia. De Montpellier fué á Bolonia, donde pensó en establecerse; mas mudando de consejo, regresó á Barcelona, de donde volvió á salir huyendo de la fiebre amarilla.

En París, en donde su amigo Silvela estableció el colegio que tenía en Burdeos, escribió su obra *Orígenes del teatro español* entre otras cosas. De resultas de un amago de apoplejía quedó enfermo, y poco después murió en la capital de Francia en 1828.

He aquí á grandes rasgos la azarosa vida de Moratín. Su destierro, si voluntario, tuvo sin embargo por causa positiva su tradición liberal y afrancesada, por lo que no le fué posible residir en Madrid, como lo prueba la venta de la casa de su propiedad y demás bienes que poseía en Pastrana con objeto de reducirlo á metálico y vivir lejos de su patria.

Al comienzo de estas ligeras noticias hice constar lo extraño del fenómeno que se produjo en favor de Donoso Cortés, para el que no fué obstáculo defender el liberalismo en plena reacción, antes bien le

hizo hombre público á los veintitrés años, como á los veinte escasos lo hiciera catedrático en Cáceres. Cierto que cuanto se relaciona con este ilustre escritor y orador es una pura antítesis. Lo fué su suerte, lo fué su carácter, lo fueron sus ideas, primero racionalistas, después católicas; y siendo racionalista se separa de Mendizábal, y siendo católico escribe en racionalista á Montalembert. Orador insigne, reniega de la oratoria parlamentaria diciendo que la discusión es causa de derechos y todo derecho lleva lógicamente á la insurrección.

Primero la muerte prematura de su esposa é hijo, después la de su hermano produjeron en Donoso una evolución completa en su espíritu. Más que convencimiento de la esterilidad y del desastre de las ideas que siempre profesara y que difundiera con tanto brío en la tribuna y en la prensa, la evolución del marqués de Valdegamas hacia la más fanática de las reacciones clericales fué un fenómeno morboso, hija de su temperamento antitético. Lo prueba su misma obra *Ensayo sobre el catolicismo*, que fué censurada por algunos teólogos; censura que obligó al autor á llevar el pleito de doctrina á Roma.

Donoso Cortés, defensor de la regencia de María Cristina frente á Espartero, hizo desde París, donde residió como secretario de la ex regente, una de las más furiosas campañas que se movieron contra el héroe de Luchana. Vuelto á la patria, siguió defendiendo sus ideas eclécticas, ó sea el *justo medio* entre las exaltaciones de la izquierda y el sentido reaccionario de la derecha. Solo sostuvo en el Parlamento este punto de vista, que no daba *vista* á ningún lado, lo cual dió motivo á la célebre frase siguiente:

– Pero, Valdegamas, ¿es *blanco* ó *negro*?

– *Pardo*, contestó el interpelado.

Sin embargo, fuese del color que quisiere, lo cierto es que sus discursos son obras de arte maravillosas por la elegancia de la frase y por la elevación del pensamiento; y aun en medio de las más estupendas paradojas, es tal la lógica de Donoso, tal y tan grande la apariencia de verdad con que las vestía, que sus mismos enemigos, subyugados por la mágica palabra de aquel hombre insigne, le rendían tributo de admiración.

Sus obras son modelos de bien decir, y Donoso Cortés es una de las autoridades de la Lengua. Otra antítesis del temperamento del grande hombre: de estudiante no respetó jamás la gramática; su carácter se revelaba contra toda disciplina de este género.

Murió en París ejerciendo el cargo de representante de España. Fué gran amigo de Veuillot.

* * *

La conducción de los restos de Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés al mausoleo que se les ha erigido en la sacramental de San Isidro, no ha alcanzado los honores de un acontecimiento, pese al cortejo oficial y al lujo de las carrozas fúnebres. La causa de esto no es una, son múltiples; mas no hemos de apuntarlas aquí. Son de un orden que es ajeno á los asuntos de que trata La Ilustración Artística.

R. Balsa de la Vega.

Madrid. Mayo, 1900.


Carolinas Orientales. – Los restos de la corbeta de guerra española *Doña María de Molina* que sirvió de pontón en la rada de Ponapé

CAROLINAS ORIENTALES

ISLA DE PONAPÉ. – ISLA DE CHOCA'S

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. - Prohibida su reproducción)

A la orilla de la rada de Ponapé y al pie de un monte poco elevado encuéntranse las llamadas factoría portuguesa y factoría japonesa. La primera, denominada también Villa-Madrid, pertenece á un mestizo portugués establecido en aquel sitio desde hace muchos años, en donde desembarcó de un buque ballenero: se dedica á la compra de coprox y demás productos del país, á la venta de bebidas alcohólicas, á las que tan aficionados son los kanakas, y particularmente al abastecimiento de víveres á los barcos balleneros cuando recalan huyendo de los hielos durante los meses de diciembre á febrero. La casa que habita, y que se ve en las fotografías que reproducimos, es de tabla y el techo está formado con hojas de coco. En una de las fotografías hay una mestiza de kanaka cruzada con mestizo portugués: el traje que lleva, especie de bata, es el que comúnmente se ponen las kanakas de Ponapé tan pronto como divisan una cara blanca, á pesar de que el pudor es poco conocido entre aquellas hembras; pero en cuanto el extranjero se aleja, despójanse de aquella prenda, quedándose simplemente con un faldellín de tela que les cubre desde la cintura á la rodilla. Los esfuerzos de los padres capuchinos y de los metodistas norteamericanos para hacer entender á los kanakas la necesidad de cubrirse el cuerpo, no han tenido gran éxito entre aquellas gentes.


Carolinas Orientales. – El transporte de guerra español *General Álava* en la rada de Ponapé


Carolinas Orientales. – La isla de Choca's, vista desde la parte de Ponapé denominada «Villa Madrid»


Carolinas Orientales. – Rada de Ponapé. – Mujeres kanakas navegando en piragua

Los japoneses establecidos en la factoría que lleva su nombre dedícanse á la compra y venta de todo cuanto pueda reportarles alguna utilidad. La casa que habitan es pequeña, pero bastante buena: está construída de tablas y su techumbre es de hierro galvanizado y ondulado; en el interior, limpio y muy bien arreglado, se encuentran cerveza, bebidas alcohólicas, telas, ropas, artículos de perfumería, objetos de escritorio, adornos muy chillones para la cabeza y mil cosas más indispensables en un hogar de seres civilizados, pero impropios para los kanakas, que vendían á muy buenos precios á los españoles residentes en la colonia. Por cierto que los referidos japoneses rabiaron no poco al ver salir de la isla á nuestros compatriotas, pues así como éstos les daban á ganar no pocos cuartos, los alemanes, en cambio, además de ser en muy corto número (cuatro individuos), se llevaron allí de Europa cuanto podían necesitar y prohibieron á los de la factoría la venta de bebidas alcohólicas y fermentadas, que era lo que mayores beneficios les producía. Estos japoneses se dedican también al calafateo de embarcaciones menores y algo á la agricultura, y son en una palabra muy laboriosos y no perdonan medio de sacar provecho de su trabajo.



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. – Mestiza de kanaka pescando en el sitio denominado «Villa-Madrid»

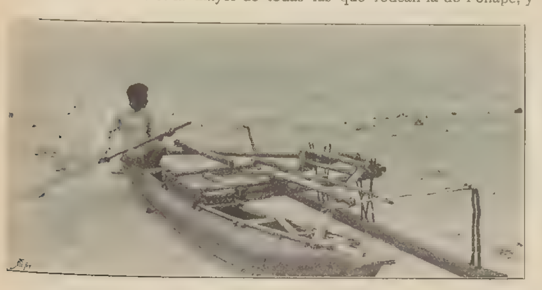
Una de las fotografías que reproducimos representa una piragua tripulada por mujeres kanakas. «Estas hembras – dice el Sr. Arias – son bajo todos conceptos unos verdaderos marimachos; fuman mucho y en pipa, beben de una manera que asombra y cuanto más fuerte sea el líquido más les agrada, no teniendo en este punto nada que envidiar á los hombres kanakas.»



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. Factoría japonesa

Contigua á la isla de Ponapé álzase la de Choca's, separada de aquélla por un canal de fondo madrepórico, muy irregular y navegable sólo para piraguas en la marea alta. En su parte baja, constituída principalmente por terreno manglar, la vegetación es abundante y compacta; en la parte alta, es más clara, alcanza escaso desarrollo y en muchos puntos se ve la roca desnuda, sin musgo siquiera, á consecuencia de la fuerza del sol que caldea la piedra.

La isla de Choca's es la mayor de todas las que rodean la de Ponapé, y mide de largo unos 3.200 metros por 2.000 en su parte más ancha. A lo largo de su borde Este, que es el más extenso, tiene una loma de unos 300 metros de elevación, ofreciendo por sus costas septentrional y meridional subidas muy empinadas.



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. – Piragua que usan los kanakas de Ponapé

La superficie de esta isla, como la de todas las que contituyen el grupo de Ponapé, presenta muchas asperezas, pues por doquier se hallan esparcidas grandes cantidades de piedra y rocas, viéndose en pocos sitios terrenos que puedan llamarse llanos y los que hay son muy limitados.

Una de las industrias principales de esta isla es la fabricación de esterillas petates, que se confeccionan tejiendo el filamento del árbol denominado kapar.

Llama poderosamente la atención de cuantos llegan por vez primera á Ponapé el peñón de Choca's que en la isla de este nombre se eleva, notable por su altura, por su esbeltez y por su forma. La cúspide del mismo sirvió, durante la guerra entre España y los Estados Unidos, de atalaya desde donde se vigilaba para anunciar los buques que pudieran aproximarse.

Por allí cerca pasaron varios barcos norteamericanos que llevaron la alarma á la colonia de Ponapé por carecer ésta de todo medio de defensa: lo más grave para los españoles allí residentes era que los kanakas, en su inmensa mayoría, simpatizaron con los yanquis, que han sido los primeros en recorrer la isla de Ponapé, estableciendo escuelas y facilitando armas á los indígenas.

Otra de las fotografías reproduce los restos de la corbeta española *Doña María de Molina,* que sirvió de pontón en la rada de Ponapé. Este buque, de gruesa y buena madera, con enormes pernos y excelente forro de cobre, fué enviado de estación fija á Ponapé, habiendo rendido el viaje á la vela y empleado tres meses en la travesía.

Un fuerte temporal lo empujó á la playa, en un sitio próximo á la factoría japonesa, donde todavía quedan (ó mejor dicho, quedaban cuando el Sr. Arias visitó aquellos lugares) los restos que en el grabado se ven y que aún valían algunos centenares de pesos, no sólo por la madera, sino que también por el mucho y excelente cobre.

CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. Sitio denominado «Villa-Madrid,» conocido también por factoría portuguesa



CAROLINAS ORIENTALES. – Célebre peñón de Choca's en la isla de su nombre, contigua á la de Ponapé

De esos restos se aprovechan principalmente los japoneses de la factoría, que sin reparo alguno por su parte y sin el menor obstáculo por parte de los que hubieran podido impedirlo, van apoderándose poco á poco de aquellos materiales útiles. – A.

LA FEA

Es la fiesta de San Roque, patrón del lugar. Todos los aldeanos consagran en Asturias el día de su patrón con los mayores extremos. Arde en fiestas la pequeña villa del Concejo. Los mozos preparan las rondas; las mozas disponen sus mejores avíos, las más valiosas galas para lucirlas en la plaza; se preparan festejos importantísimos, funciones de pirotecnia, giraldillas; ¡Dios sabe lo que se van á divertir las gentes del lugar el día del santo patrón!

Rosa, la hija de Pepón y Mariona, dispone también sus más ricas galas para lucirlas por la noche en la plaza del pueblo, en tanto que sus padres, en animado coloquio con el cura de la aldea, el señor doctor y el boticario, comentan las peripecias por que ha tenido que pasar Xuanín, al regresar de América, donde con grandes afanes había logrado reunir una respetable fortuna.

Xuanín, como todos los montañeses, sintió deseos de volver á su pueblo, de ver la tierra, el *terruño* donde nació, y lleno de esperanzas y de alegría, regresaba á España cuando en alta mar le sorprendió un temporal espantoso. Estas eran las noticias que en el lugar se habían recibido, y he aquí que cuando casi pensaban todos que el pobre Xuanín estaría siendo pasto de los peces, se presenta inopinadamente en el pueblo, veinticuatro horas antes de celebrar éste la romería de San Roque.

Esto servía de asunto á la conversación de Pepón y Mariona, ricos labriegos del pueblo, con el cura, el médico y el boticario; y hartos éstos ya de charlar sobre el mismo asunto, despedíanse para volver á la botica á fin de reanudar la sesión de tresillo suspendida la noche antes. En aquel momento los cantos y las voces de un grupo de mozos que se acercaban al sitio donde se encontraban reunidos nuestros contertulios, hizo á éstos fijar la atención en los que llegaban y llenos de alegría correr á su encuentro.

Rodeado por los mozos del pueblo llegaba Xuanín, el náufrago, como dieron en llamarle desde aquel día en todo el Concejo. Xuanín se presentó á los atónitos ojos de los circunstantes con toda la facha del *indiano*. Recio traje de paño, botas blancas, sombrero ancho de fieltro, camisa bordada, botones de brillantes, gruesa cadena de oro y una onza del mismo metal pendiente de ella en forma de dije, y bastón con puño cuajado de pedrería.

Era Xuanín un mocetón robusto y guapote; volvía á su tierra pensando en disfrutar los bienes adquiridos á costa de tantos trabajos. Pronto se vió solicitado por los abrazos, apretones de manos, empujones, pellizcos y todo género de *saludos* con que le acosaban el cura, el médico, el boticario, Pepón, Mariona y Nisio, otro mozo del pueblo que estuvo á punto de emigrar cuando Xuanín lo hizo y al cual le faltó valor para hacerlo, pero que ahora, al ver la resplandeciente figura del indiano, sentíase acometido de remordimientos tardíos é irremediables.

Sentáronse todos en los bancos de la extensa plazoleta y comenzaron á hacer preguntas á Xuanín, que apenas podía responder á todos. Maravillábase la señora Mariona, esposa de Pepón, de lo que había crecido el indiano, al que recordaba ella cuando hecho un *paisanín* guardaba el ganado en los prados del pueblo. La conversación era cada vez más animada y un incidente la hizo más interesante.

Preguntó á Xuanín el señor cura si se había casado, y como aquél contestara que no, invitóle á hacerlo en la aldea. Xuanín, adoptando aires de solemnidad y con tono sentencioso, dijo á los circunstantes:

– En el pueblo me casaré... Ese es el voto que hice á San Roque.

– ¡Un voto!, exclamaron todos.

– Un voto, sí, continuó Xuanín. Cuando la tormenta que en alta mar nos sorprendió hizo zozobrar el barco que me conducía, yo, viéndome al borde del abismo, caí de rodillas, y evocando á mi excelso patrón, al milagroso San Roque, hícele un voto sagrado si lograba salvar mi vida de aquella catástrofe. No le prometí misas, ni partidas de cera, ni donativos para la beneficencia, ni ninguna de esas cosas que todos los días se hacen... Yo prometí á San Roque hacer la felicidad de una mujer, casándome con ella, para que conmigo comparta la fortuna tan trabajosamente adquirida.

– ¡Vaya una cosa!, exclamó Nisio sin poder contenerse.

Vaya una cosa, ¿eh?, dijo Xuanín. No es eso solamente... La mujer que yo elija por esposa ha de ser, según prometí á mi santo patrón, y en esto consiste el voto precisamente, la más fea, la de rostro más repugnante y deforme que haya en el Concejo.

Excusado es decir los comentarios que se hicieron del voto del indiano... Todos se dieron á pensar en cuál sería la favorecida, y abogando unos por la Pilar, la chica del herrero, que jamás había tenido novio de puro fea que era; y otros por la Gaspara, que además de ser fea, según malas lenguas, no se lavaba nunca; y á punto de suscitarse una cuestión entre el cura y el boticario porque éste disputaba que la más horrorosa del pueblo era Jacinta, y aquél sostenía que no había *feo* más subido que el de la Torcuata, puso Xuanín término á la conversación diciendo que tenía que asegurarse él por sus propios ojos y hacer la elección á su gusto y sin faltar al voto.

Quisieron conocer todos la cifra á que ascendía la fortuna de Xuanín, y éste dijo al boticario, que estaba á su lado, que calculaba que todos sus bienes importarían unos cien mil duros.

Al escuchar esta cifra, el estupor de los circunstantes no tuvo límites. Con miedo de romper aquel silencio sepulcral, el médico preguntó al oído al boticario la cifra que había dicho Xuanín, creyendo haber oído mal.

El boticario dijo al médico en voz baja:

– ¡Doscientos mil duros!

Nisio preguntó del mismo modo al médico, y éste le respondió:

– ¡Cuatrocientos mil duros!

Pepón á Nisio le dirigió aparte la misma pregunta, y Nisio dijo muy quedamente:

– ¡Seiscientos mil duros!

Y cuando Pepón se acercó al oído de Mariona, ésta, después de escuchar á su marido, levantó los ojos al cielo y exclamó llena de asombro:

– ¡Virgen! *¡Milenta* mil duros!

Quién sabe hasta dónde la *bola de nieve* hubiera hecho llegar la fortuna de Xuanín, si en aquel momento no hubiera hecho su aparición en la plazoleta Rosa, la hija de Pepón y Mariona, gentil aldeana que ataviada con su más rico traje se presentó á los ojos de los circunstantes entonando una *praviana* y verdaderamente deslumbradora de hermosura.

Avergonzada al ver tanta gente en la plazoleta, ahogó la canción en los labios, y tímida y ruborosa contestó débilmente á los piropos que todos la dirigían. No fué Xuanín el que menos la prodigara los calificativos de hermosa, juvenil, lozana, etc., y todos convinieron en que era Rosa la más bonita muchacha del Concejo.

A Rosa tampoco pareció costal de paja el indiano, y mientras escuchaba los cumplidos que le dirigía, ella retorcía entre sus dedos primorosos la punta del delantal, y con los ojos clavados en el suelo imprimía un ligero movimiento á su cuerpo sin saber qué palabras decir ni cómo contestar á tantos requiebros.

Cuando la tertulia se disolvió momentos después, los tresillistas, esto es, el cura, el médico y el boticario, comentaban el voto extraño de Xuanín; Nisio se marchaba envidiando las riquezas del indiano; Xuanín no dejaba de pensar un solo instante en aquella gentil criatura; Rosa recordaba con placer las frases que Xuanín le dirigiera, y la *señá* Mariona, que había sorprendido la turbación de Rosa y el entusiasmo de Xuanín, se decía al ver marchar á éste:

– ¡Qué lástima que se le lleve una fea!

***

Un mes había transcurrido desde que Xuanín hizo su entrada triunfal en el pueblo que le había visto nacer. Los días habíanse deslizado tranquilos y apacibles. Comentábase aún por las gentes del Concejo el extraño voto hecho por el indiano, y las feas que se creían con mejor derecho á obtener *la mano de Xuanín* colocábanse en candidatura.

El indiano, en tanto, hallábase sumido en un abismo de cavilaciones. Verdaderamente había sido una desgracia. ¡Prometer casarse con la más fea, y llegar al pueblo y enamorarse de la más guapa!.. Porque Xuanín estaba perdidamente enamorado de Rosa. La hermosa aldeanita habíase apoderado de su corazón de tal suerte que en vano pretendía olvidarla: aquel misterioso encanto que la hija de Mariona le producía le obligaba á estar constantemente á su lado.

Mas ¿cómo olvidar el voto? Eso era imposible... Por otra parte, ¿cómo iba á unir su existencia á la de otra mujer que no fuera Rosa? Estas cavilaciones robábanle el sueño y hacían de Xuanín el más desdichado de los mortales...

Una luminosa idea le ocurrió entonces, y decidido á jugarse el todo por el todo, comenzó á ponerla en práctica... Desde que llegó Xuanín al pueblo, todos los vecinos consultábanle sus asuntos: el indiano era un oráculo, cuanto él decía verdad inconcusa; puede afirmarse que si á las doce del día á Xuanín se le hubiera ocurrido decir que era de noche, el pueblo entero, á pesar de lo absurdo del caso, quizá dudase... En estas condiciones el indiano se formó un plan y le puso en ejecución. «Después de todo – decíase cuando se encontraba á solas, – la belleza es una cosa muy convencional... La belleza es – continuaba – una opinión que se le ocurre emitir á uno en presencia de la cosa bella, que otro la oye y la dice después un poco exagerada, que más tarde un tercero la recoge y la repite aumentándola tambien, y al cabo de algún tiempo, la opinión unánimemente reconoce y acata la hermosura de la cosa en cuestión... Esto es humano, muy humano... Pues intentémoslo al revés.»

Y efectivamente, desde aquel día Xuanín se dedicó con alma y vida á la tarea ingrata de restar méritos á Rosa... En la tertulia de los tresillistas se dejaba dar codillos y hacía puestas á granel con el exclusivo objeto de ganar las simpatías de los contertulios para que le ayudaran en la causa emprendida. En los corrillos de las *alegres comadres*, que en aquel pueblo, como en todos, abundaban, dedicábase á explotar la insana murmuración, y halagando las pasiones de unas y cultivando el agradecimiento de otras, sembraba la mala semilla para que poco á poco fuese madurando el fruto.

De esta suerte consiguió lo que se proponía. Las mujeres por envidia á la belleza de Rosa, los hombres por despecho, por maldad, por pasión, por mil causas diversas, acogieron cuidadosamente la especie y repetían sin cesar las alambicadas teorías de Xuanín.

– Bien mirada es fea..., pero muy fea, repetían en los corrillos y en las tertulias. Porque así, en conjunto, es verdad, resulta guapa, pero nada más... Fijarse separadamente en sus ojos, por ejemplo... No hagáis caso del resto de la cara... Vamos á ver..., ¿son bonitos? ¡Ca! ¡Parecen dos *puñalás encondís!*.. Pues ¿y la nariz?

– La nariz, decía otro, parece una despabiladera.

– ¿Y la boca?

– ¡Calla por Dios, hombre! ¡Es una sima!

– ¿Y las orejas? ¿Y el pelo? ¿Y la cintura?

Si esto eran los hombres, no digamos la labor de las mozas del pueblo... ¡Con decir que ellas fueron las que á Rosa pusieron por mote *la Fea!*..

¡La Fea! El día que á oídos de Xuanín llegó este calificativo aplicado á Rosa, sintió un estremecimiento de alegría. ¡Había conseguido su propósito! Lleno de ardor concibió un nuevo plan, y recordando á las gentes el voto hecho á San Roque, y del cual parecían haberse todos olvidado, fué decidido á pedir á Pepón y Mariona la mano de su hija Rosa...

Y ¡oh decepción! Rosa, que estaba enamorada de Xuanín, al saber que en el pueblo tenía mote por *fea* y que por esto se casaba con el indiano, se negó terminantemente...

Rosa, como todas las mujeres, no quiso sacrificar el nombre de *hermosa*, ¡ni aun á costa de la felicidad!

***

Aquel pavoroso conflicto tuvo por fin solución satisfactoria. El cura, olvidando los *codillos* y las *puestas*, llevó aquel caso de conciencia á Roma. Xuanín dotó á la más *fea* del pueblo, pero á la más fea de verdad, que poco tiempo después se casó con Nisio; y el indiano, relevado con esto de cumplir su voto, pudo unirse con Rosa, realizando así el ideal á que aspiraba.

Rosa es la más hermosa mujer del Concejo; el matrimonio ha contribuído á embellecerla más realzando su deslumbradora hermosura. A pesar de esto, cuando las gentes del pueblo la ven pasar, dicen:

– ¡Ahí va *la Fea!*

José Juan Cadenas.

GUERRA ANGLO-BOER

Lejos de haberse confirmado la noticia de la capitulación de Mafeking, que llegó á darse como oficial y de la que nos ocupamos en nuestra crónica anterior, ha resultado que los ingleses lograron libertarla el día 18. El origen de aquella falsa noticia parece ser el siguiente. Las autoridades de Pretoria, noticiosas de los progresos de la columna de socorro inglesa, habían transmitido á Snyman la orden categórica de apoderarse de Mafeking al asalto. Inicióse el ataque, y al comenzar el incendio del barrio cafre, el cuartel general boer se apresuró á publicar boletines de victoria que daban cuenta de la rendición de Baden-Powell.

Los boers que llegaban de Pretoria iban aún más lejos, y mostraban, para convencer á los ingleses incrédulos, dos telegramas emanados de funcionarios transvaalenses, uno de ellos firmado por Snyman, jefe de las fuerzas que sitiaban á Mafeking, anunciando la captura de Baden-Powell y de 900 soldados.

Pero posteriormente se supo que á poco de ocupar

los boers el barrio indígena, las fuerzas sitiadas lograron envolverles, obligando á muchos de ellos á rendirse y á los demás á emprender la retirada, dejando 10 muertos y 19 heridos. A los pocos días una columna inglesa mandada por el coronel Mahón, después de un empeñado combate logró desalojar de sus posiciones á los sitiadores y entrar en Mafeking.

No hay que decir el entusiasmo que en Londres produjo la fausta nueva: toda la ciudad apareció engalanada con banderas y la población en masa se echó á la calle prorrumpiendo en vítores y aclamaciones.

Todos los *cabs*, ómnibus y carruajes particulares que circulaban por las calles iban adornados con *Union Jacks;* los caballos y los perros llevaban atadas á los cuellos cintas con los colores nacionales. Los hoteles y casinos, los edificios públicos y privados ostentaban en sus balcones y fachadas vistosas colgaduras, combinadas con el pabellón nacional.



GUERRA ANGLO-BOER. – El cuerpo francés mandado por el teniente Galloppaud, que forma parte del ejército boer

Durante todo el domingo recorrió las principales calles de Londres una comitiva benéfica, presidida por un soldado vistiendo el uniforme *khaki,* cuyo objeto era recaudar fondos para los sitiados de Mafeking. Los caritativos postulantes recogieron la importante suma de 7.000 libras.

El entusiasmo alcanzó su mayor grado de intensidad en las primeras horas de la noche. Una enorme multitud llenaba los sitios más céntricos de la ciudad, vitoreando sin cesar á lord Roberts, á Kitchener y á Baden-Powell, cuyos retratos eran proyectados sobre grandes transparentes en las redacciones de los periódicos.

El coronel Baden-Powell ha sido ascendido á general: bien merece este ascenso y cuantos honores se le tributen el héroe de Mafeking, que con una guarnición escasísima, casi sin víveres en estos últimos tiempos y con pocas esperanzas de ser oportunamente socorrido, ha logrado resistir por espacio de siete meses y medio el cerco de los boers. Esta es sin duda la página más gloriosa para los ingleses en la actual guerra; pues en las demás victorias, incluso en la liberación de Ladysmith, el triunfo ha sido siempre obtenido gracias á una superioridad de fuerzas aplastante.

Lord Roberts en el Orange y el general Buller en el Natal prosiguen su avance casi sin obstáculo alguno, pues los boers se retiran en todas partes y apenas si en algún caso aislado dan señales de vida, como ha sucedido en las cercanías de Newcastle (Natal), en donde un escuadrón de infantería montada al mando del coronel Bethune cayó en una emboscada de la que pudieron escapar muy pocos de los individuos que lo componían. Las pérdidas de los ingleses ascendieron á 66 hombres.

Toca á su término el viaje de la delegación boer, que en los Estados Unidos ha sido recibida con gran entusiasmo por el pueblo, á pesar de lo cual nada ha podido conseguir del gobierno norteamericano. Comenzó el Senado yanki por negarse, por 36 votos contra 21, á recibir á los delegados en su recinto; luego, el secretario de Negocios Extranjeros Mr. Hay, después de manifestarles que sólo podía recibirlos oficiosamente, ya que no les reconocía carácter diplomático, les dijo que el presidente de la República se veía precisado, en las actuales circunstancias, á persistir en una política de neutralidad respecto de Inglaterra; y finalmente Mr. Mac Kinley, en audiencia particular, les recordó que recientemente la Gran Bretaña desechó los buenos oficios que para la cesación de las hostilidades les ofrecían los Estados Unidos y que éstos nada más podían hacer.

¿Qué harán los boers en vista del resultado de sus gestiones cerca de los principales Estados? Difícil es la contestación á esta pregunta, y sólo cabe hacer conjeturas tomando por base las manifestaciones hechas por algunas de las personalidades más importantes de las repúblicas sudafricanas. Fisher, uno de los delegados boers, ha dicho á un redactor de un periódico yanki: «Venimos para buscar la paz, pero no una paz á todo trance; no queremos dejarnos degollar, y sólo pedimos que estudiéis nuestra causa y nos ayudéis si la encontráis justa.» El presidente Steijn, según el *New York Herald,* á pesar de lo crítico de la situación, guarda una actitud resuelta y firme; Kruger ha manifestado á un corresponsal del mismo periódico que los boers lucharían hasta agotar los últimos cartuchos, y el generalísimo Botha aconseja que se siga oponiendo obstinada resistencia á la invasión británica.

En cambio, por otros conductos se afirma que reina gran desaliento entre muchos funcionarios transvaalenses, los cuales son contrarios á la defensa de Pretoria por miedo de que el bombardeo destruya las propiedades; y que el general Dewet es partidario de la sumisión á Inglaterra á condición de que esta nación reconozca la independencia del Transvaal y del Orange.

Dícese además que el gobierno transvaalense ha enviado á lord Roberts un mensaje pidiendo la suspensión de las hostilidades y la garantía de que se respetarán las vidas de los coloniales que combaten con los boers, y aun se añade que los gobiernos de las dos repúblicas han hecho á Inglaterra proposiciones de paz. Esto último resultaría, de ser cierta la noticia, un paso inútil, pues sabido es que los ingleses quieren la sumisión incondicional y la anexión de los territorios boers, y sólo á este precio cesarán en las hostilidades.



GUERRA ANGLO BOER. – El [illegible] parte del ejército boer

Ahora bien, ¿se conformarán con ello los dos Estados sudafricanos? Es de suponer que antes de aceptar estas condiciones intentarán algún esfuerzo desesperado, volviendo á insinuarse que en último extremo los transvaalenses harán volar las minas de oro de Johannesburgo: Kruger y el Comité Ejecutivo son contrarios á esto; pero hay una energica presión popular en pro de esta idea, y sabido es que la desesperación es mala consejera y que los pueblos humillados, después que han empleado con resultados negativos todos los medios imaginables para salvar su honor y su independencia, no retroceden ante ninguna enormidad cuando se trata de perjudicar al enemigo. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Oficiales de la brigada irlandesa en el ejército boer (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – Boers saliendo de Johannesburgo para dirigirse a la frontera (de fotografía)



EL MINUÉ, cuadro de Eduardo León Garrido

NUESTROS GRABADOS

Las vírgenes de las rocas, cuadro de Mme. C. de Samarine. - Gabriel d'Annunzio es el hombre afortunado por excelencia y una de las mayores glorias de la moderna literatura italiana. Sus libros no sólo se leen en todo el mundo suscitando apasionadas discusiones, sino que también inspiran á músicos y pintores: son grandes obras de arte que dan origen á otras obras artísticas. Muchas páginas de sus novelas, como *El fuego*, suenan como exquisitas melodías de ritmo seductor é inspiran al músico; otras son cuadros encantadores en los que fácilmente encuentra el pintor su inspiración. *Las vírgenes de las rocas* pertenece á esta última categoría: de una de sus escenas ha tomado asunto para el bellísimo cuadro que reproducimos una distinguida pintora francesa, Mme. C. Samarine: esta escena es la que el autor describe en la parte de su novela titulada «La gracia» en los siguientes términos: «Las largas ramas de almendro, ingeniosamente sujetas á los brazos de los candelabros, esparcían sus flores, todavía frescas y vivas, delante de los antiguos espejos, y reflejándose y multiplicándose en la glauca palidez creaban la apariencia de una lejana primavera acuátil.» Las tres hermanas, las tres princesas, las vírgenes de las rocas están abrazadas como las antiguas Gracias; esas tres vírgenes son: Maximila, que dice: «Una desenfrenada necesidad de esclavitud me hace sufrir;» Violante, que dice: «Estoy humillada; al sentir sobre mi frente el peso de la masa de mis cabellos, he creído llevar una corona;» y Anatolia, que dice: «Sufro por una virtud que dentro de mí se consume inútilmente.» El cuadro, delicadamente ejecutado, es digno de la novela y fué muy admirado en el Salón de París.



LA ALEGRÍA DE LA CASA, escultura de Alejandro Charpentier

La alegría de la casa, escultura de Alejandro Charpentier.— La evolución que, como todas las artes bellas, ha realizado la escultura ajústase á los verdaderos cánones artísticos: la mejor manera de que el escultor, lo mismo que el pintor, realice los fines del arte es que se inspire en lo que pueda ver con sus propios ojos é interpretar según las ideas que las corrientes de su tiempo han desarrollado en su espíritu. No queremos con esto decir que deben excluirse en absoluto los procedimientos clásicos, pues el genio y aun el talento podrán producir grandes obras en todos los géneros, sino simplemente que el arte que reproduce el modo de ser de la época en que el artista vive, merece algo y aun mucho más de lo que algunos, aferrados á la tradición, le conceden sin tener en cuenta que la mayor parte de los que hoy se designan con el calificativo de maestros inmortales procedieron según los mismos principios que ellos desprecian. Sugiérenos estas consideraciones el grupo del escultor francés Charpentier que en esta página publicamos, obra vívida, sentida como se siente la realidad y ejecutada con la corrección y con el vigor resultantes de la contemplación directa de las figuras y de la escena por el artista reproducidas, sin convencionalismos y sin tener que apelar al modelo de oficio, único modo de que la obra sea, no simplemente copia fiel de líneas y contornos, sino expresión del elemento psicológico que constituye su verdadera esencia.

***

Cuidados maternales, cuadro de Walter Gay. - Todo cuanto hemos dicho á propósito de la escultura de Charpentier puede aplicarse á este cuadro de su compatriota el notable pintor Walter Gay, que en sus *Cuidados maternales* se ha limitado á trasladar al lienzo una escena sencilla, pero llena de vida y de sentimiento. Pasaron los tiempos en que la atención del público sólo se fijaba en lo que los franceses denominan *grandes machines*; hoy todo el mundo busca la nota verdad, aquella que le presenta lo que á su observación se ofrece en la vida diaria, aunque realzado con las bellezas que el genio del artista sabe descubrir y poner de manifiesto en aquello mismo que á la generalidad pasó tal vez inadvertido. Lo aparentemente insignificante es preferido á lo que sólo reviste una importancia artificial, y los cuadros que tienen por asunto sucesos pasados, aun los más grandes que registra la historia, que ofrecen complicadas composiciones, podrán ser justamente admirados por sus cualidades técnicas, por el estudio que en sus autores revelan, pero no despiertan la emoción estética como la despiertan otros de apariencia más modesta que, como el de Gay, son un fragmento de la realidad que el artista siente y sabe hacernos sentir.

***

El minué, cuadro de Eduardo León Garrido. - El distinguido pintor español Sr. Garrido muestra especial predilección por reproducir en sus cuadros las principales danzas que en la alta sociedad se bailan. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado *El pas á quatre* y *La farandola* y al mismo género pertenece *El minué* que hoy reproducimos, en todos los cuales admíranse la misma elegancia de composición y la misma delicadeza y corrección de la factura. Los lienzos de este artista tienen un sello aristocrático, un aire de distinción que atraen; las figuras que pinta, además de ser bellísimas, ofrecen ese *chic* especial que sólo en los grandes salones se observa, y los accesorios que á las figuras acompañan caracterizan por su riqueza y suntuosidad, por el buen gusto con que han sido escogidos y por la habilidad con que el pintor ha sabido combinarlos para realzar lo que constituye el elemento principal de la obra por él concebida. Como prueba de esto último, bastará citar únicamente el efecto que Garrido ha logrado haciendo que la linda joven de *El minué* se destacara vigorosamente sobre el soberbio cortinón que detrás de ella se extiende y cuyos tonos obscuros constituyen el fondo más adecuado á los colores claros de las carnes y de las telas de la seductora y simpática figura.



CUIDADOS MATERNALES, cuadro de Walter Gay

***

Grupo de niños, escultura de C. Samuel.— El autor de esta escultura es uno de los más celebrados artistas belgas, y su magnífico taller de Bruselas está lleno de obras notables que se disputan los principales aficionados. En la actualidad se ocupa en ejecutar el monumento dedicado á Frere-Orban que le ha sido encargado después de un reñido concurso, y cuyo aspecto, al decir de un distinguido crítico de aquella capital, se ajusta perfectamente al carácter del jurisconsulto y político eminente cuya memoria está destinado á perpetuar. El *Grupo de niños* que en la página 360 reproducimos es una bellísima muestra del talento de Samuel, pues no sólo está hábilmente compuesto, sino que además cautiva por la finura y corrección del modelado.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BERLÍN. - La Galería de cuadros de los Museos de Berlín ha adquirido por donación de un particular un boceto de Goya. Es la primera obra del eminente pintor que figura en dicha galería; pertenece á la última época del artista y representa un grupo de personajes ilustres delante de Fernando VII.

FANO. - En unas excavaciones que se están realizando en Fano (Italia central) se ha descubierto un magnífico tronco de estatua perteneciente á la época más brillante del arte romano y que se supone ser del emperador Claudio. Además se han encontrado allí á tres metros de profundidad dos hileras de columnas, al parecer de orden dórico sin estrías, que algunos creen que formaban parte de la basílica de que habla Vitruvio Pollione en su famosa obra *De Architectura*.

MILÁN. - En el magnífico é histórico palacio denominado el Castillo se han inaugurado recientemente en Milán dos museos, uno artístico y otro arqueológico, que contienen innumerables obras, verdaderas joyas del arte antiguo.

***

Teatros.— *París*. - Se ha estrenado con buen éxito en el Odeón *L'enchantement*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille.

***

Necrología. Han fallecido:

Jorge Douglas Campbell, duque de Argyl, ilustre hombre de Estado inglés, ministro varias veces del partido liberal, autor de importantes obras, entre ellas de una historia de Escocia y de varios notables escritos sobre las colonias.

Gustavo Kasteleyn, escultor belga.

Daniel Rochet, orientalista y escultor francés.

Iván Constanstinowitch Ajwasowskij, célebre marinista y pintor de combates navales ruso.

Eduardo Grimaux, notable químico francés, profesor y miembro del Instituto, ex profesor de la Escuela Politécnica.

Jorge Kannengiesser, pintor de historia alemán.

Pía Marchi Maggi, notable actriz italiana.

Antonio Werres, escultor alemán.

Carlos Ooms de Eersel, notable pintor de género y de historia belga.

Germán Dollmayr, custodio de la Galería de Pinturas y del Real Museo de historia del arte de Viena, profesor de la Universidad y de la Academia de Bellas Artes de aquella capital.

Guillermo Stott de Oldham, notable pintor inglés.

Juan José Marinelli, el geógrafo más popular de Italia, profesor de la Escuela Superior de Florencia, director de la obra *Tierra, tratado popular de geografía universal*, la más completa y moderna de las obras geográficas italianas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 195, POR J. BERGER.

Modificación de un prob.ª de W. A. Shinkman.

NEGRAS (8 piezas)

BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 194, POR L. NOACK.

Blancas.	Negras.
1. D h 3 - h 7	1. P toma T
2. D h 7 - b 7 jaque	2. R juega.
3. D mate.	

VARIANTES

1.... Ta 1 - a 4, a5, a6; 2. Tc2 - c4, c5, c6 jaq., etc.
1.... Th1 - d1, e1, f1, g1; 2. Tc2 - d2, e2, f2, g2 jaq., etc.
1.... Ta 1 - a 3 ; 2. Tc2 - d2 jaque, etc.
1.... Ta 1 - a2 ; 2. Tc2 - b2 jaque, etc.
1.... b3 - b2 ; 2. Tc2 - b2 jaque, etc.
1.... Th 1 - h2:; 2. T toma T jaque, etc.
1.... Ta 1 - a8 ; 2. Tc2 - d2 ó c8 jaque, etc.
1.... Ta 1 - a 7 ; 2. Tc2 - b2 ó c7 jaque, etc.

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

Practicó nueva cura, sangró al enfermo y le hizo aplicar ventosas escarificadas á lo largo de la columna vertebral.

En tanto, un estertor horrible y continuo se escapaba de los labios de aquel infeliz.

– Car..., carte..., tera...

– ¿Qué querrá decir?, preguntó el médico al interno.

– No sé.

– Tal vez sea necesario recurrir á una inyección de cloroformo. Parece imposible separar los dientes. Ya verá usted esta noche lo que conviene hacer..., si el desdichado no muere antes.

El médico se alejó.

El quejumbroso estertor del enfermo continuaba, siendo cada vez más intenso.

– ¡Vaya una compañía que voy á tener para la última noche!, murmuró el enfermo que ocupaba la cama inmediata á la del herido.

– Car... tera..., repetía éste entre sus dientes apretados.

El estado del enfermo fué empeorando de hora en hora.

Llegó la noche.

Una de las hermanas de la caridad encendió la lamparilla.

Un resplandor pálido y amarillo bañaba el rostro horripilante del moribundo. Sus facciones se habían demudado. De sus ojos se desprendían gruesas lágrimas. Sus pestañas, casi vueltas por una contracción muscular, aparecían encarnadas.

Su vecino de cama, de codos en la almohada, le contemplaba con gran curiosidad.

Éste era uno de esos tipos repugnantes que respiran todos los vicios. Su cara granulosa, en forma de hoja de cuchillo, casi sin labios, daba tanto miedo como asco.

Sus mejillas descarnadas se prolongaban en patillas rojas.

Rojas eran también sus grandes cejas, por debajo de las cuales brillaban como dos ascuas sus ojos pequeños, dando á su rostro repugnante un carácter de implacable ferocidad.

– ... Tera..., murmuraba el herido.

– ¿Qué demonios dice ese hombre?

– ¡Car..., car... tera!

– ¡Por vida de!.. ¿Es que se trataría?.. ¡Qué ganga si fuese lo que sospecho! ¡Una cartera! ¡Sí, sí! ¡Eso quiere decir! No hay duda. ¿Verdad, camarada?

– ... ¡Tera!, rugió el desdichado.

– Sí, eso es, la cartera. Tranquilízate, compadre, que no se habrá perdido... Vamos á buscarla. ¿Pero qué hay dentro, que tanto te preocupa?

Esto diciendo, el miserable se había levantado sigilosamente.

El uniforme del herido yacía á sus pies, en su propia cama. Aún no se había cuidado nadie de recogerlo.

Haciendo puente entre las dos camas, boca abajo, el hombre registró la ropa con la prontitud y habilidad propias de quien está acostumbrado á semejantes reconocimientos.

Desde luego encontró un portamonedas; lo abrió, y mirando su contenido exclamó con cinismo:

– Para un simple soldado, no está mal. El tunante capitalizaba su sueldo.

Y escondiendo el portamonedas debajo de la almohada, continuó:

– Si te lo reclaman, dirás que lo perdiste al caer del caballo... ¡Pero la cartera!

El cadáver viviente pareció querer incorporarse con desesperado esfuerzo.

Sus ojos lanzaron una llamarada terrible. El estertor se convirtió en un grito sordo de furiosa cólera, un ahogado rugido de sufrimiento inaudito.

El miserable, mientras tanto, había encontrado en un bolsillo interior del dolmán una voluminosa cartera de piel de Rusia con cerradura de oro.

¡Ah, aquí está la cartera! ¡Y qué repleta! Mejor. ¡Cerrada con llave! Ya la abriremos... Otras cerraduras más difíciles que ésta hemos abierto. Pero ¿dónde demonios encontraste semejante fortuna?.. ¡Bah!, poco importa. Me constituyo tu heredero. Y tranquilízate, que á ninguno de tus parientes le pondré pleito. No podías topar con un heredero mejor que yo. Ya estás camino del otro mundo, y ni siquiera palabra te queda para darme tu bendición. Pero no protesto ni reclamo y me resigno.

Oyóse ruido á la entrada de la sala.

El hombre volvió á meterse rápidamente en su cama.

Una hermana de la caridad entraba con un enfermero; ambos traían los medicamentos ordenados como último recurso por el doctor.

A pesar de estar acostumbrada á ver los dolores humanos, la hermana palideció al aspecto del enfermo.

A éste se le habían erizado los cabellos, sus ojos lanzaban fuego, una espuma sanguinolenta aparecía en la comisura de sus labios convulsos.

– Hay que llamar inmediatamente al interno, dijo al enfermero; vaya usted á toda prisa.

Mientras éste se alejaba corriendo, la hermana, no esperando ya sin duda ningún socorro humano para el infeliz, y quizá también deseosa de apartar la vista del horrible espectáculo de aquel sufrimiento que le era imposible aliviar, se arrodilló y empezó á orar.

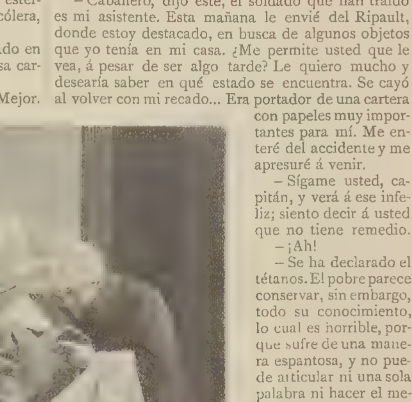
El hombre de la cama inmediata, arrebujado en la manta, miraba la escena con innoble sonrisa en los labios.

De pronto se levantó, y con modestia, detrás de sus cortinas blancas, se vistió. Una vez metido en su obscuro traje de hospital, con el gorro de algodón inclinado sobre la oreja, siniestramente cómico, visto así al pálido resplandor de la lamparilla, se adelantó silenciosamente y fué á arrodillarse al lado de la hermana.

A media voz murmuraba las oraciones de agonizantes.

En aquel momento, el interno acudía al llamamiento de la hermana, cuando oyó que alguien le llamaba.

Era el capitán d'Alboize.



¿Qué has hecho de la cartera?

– Caballero, dijo éste, el soldado que han traído es mi asistente. Esta mañana le envié del Ripault, donde estoy destacado, en busca de algunos objetos que yo tenía en mi casa. ¿Me permite usted que le vea, á pesar de ser algo tarde? Le quiero mucho y desearía saber en qué estado se encuentra. Se cayó al volver con mi recado... Era portador de una cartera con papeles muy importantes para mí. Me enteré del accidente y me apresuré á venir.

– Sígame usted, capitán, y verá á ese infeliz; siento decir á usted que no tiene remedio.

– ¡Ah!

– Se ha declarado el tétanos. El pobre parece conservar, sin embargo, todo su conocimiento, lo cual es horrible, porque sufre de una manera espantosa, y no puede articular ni una sola palabra ni hacer el menor movimiento.

– ¡Dios mío!

El interno y el oficial penetraron juntos en la sala.

Al ver á su capitán, el pobre soldado experimentó un sobresalto en todo el cuerpo.

Un largo gemido salió silbando de sus labios cerrados.

Era un sollozo, un grito de desesperación, y al mismo tiempo, una exclamación desgarradora de furor y de sufrimiento.

El capitán d'Alboize se detuvo espantado.

En aquel cadáver, ya lívido, únicamente los ojos vivían, girando en sus órbitas profundas, extraviados.

El rostro se estremecía como sacudido interiormente; en el cuerpo retorcido, los músculos sobresalían como gruesas cuerdas, y las venas hinchadas marcaban líneas nudosas y azules.

El interno acababa de apelar á un medio supremo: inyecciones hipodérmicas de curare.

Un enfermero alumbraba con un quinqué, que proyectaba sobre el enfermo toda su luz.

La hermana de la caridad y el hombre siniestro, cada uno con un devocionario en la mano, oraban de rodillas.

– *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam...*

– *Et secundum multitudinem miserationum tuarum.*

A pesar de todo su valor, Roberto d'Alboize se sentía invadir por un frío glacial que le penetraba hasta la medula de los huesos.

Iba á huir, cuando su mirada tropezó con el uniforme del soldado al pie de la cama.

Aquello le llamó á la realidad.

– ¿Puedo buscar en este uniforme, preguntó al interno en voz baja, la cartera de que hablé á usted?

– Sin duda, contestó el practicante.

– *Miserere mei Deus...*, continuaba la voz del hombre, que seguía arrodillado delante de la cama.

El capitán registró los bolsillos del dolmán y del pantalón repetidas veces.

Contenían menudencias, como una pipa, una petaca y un pañuelo... Pero no la cartera.

Entonces hubo una escena desgarradora.

Roberto d'Alboize creyó volverse loco.

Como un niño obstinado, volvió á registrar las prendas de uniforme. La operación se repitió varias veces.

– ¡No es posible!

¡La cartera había desaparecido!

¡Con las cartas de Carmen!

Acercóse al moribundo.

– ¿Qué has hecho de la cartera?

El cadáver se incorporaba, emitiendo sordos gemidos inarticulados. Sus ojos centelleaban; la espuma

hervía en sus labios; sus dientes rechinaban; espantosos gestos le descomponían el rostro.

—¡La cartera!, continuó Roberto sacudiéndole febrilmente. ¿Me reconoces, verdad? Soy tu capitán... ¿Qué has hecho de ella? ¿Dónde la tienes? ¿A quién se la has dado? Responde.

—*Secundum magnam misericordiam tuam*, murmuró la destemplada voz en el silencio.

—¡La cartera!, sollozó d'Alboize. ¿Dónde está?.. ¡Ah! Usted dispense, doctor, pero el contenido de esa cartera tiene para mí un valor inmenso. Hay que averiguar dónde la ha metido. ¡Contesta, desdichado!

—¡Ro..., ro... bada!, dijo el agonizante, incorporado en un supremo esfuerzo.

Y volvió á caer inanimado.

—*Miserere, Deus, miserere*..., repitió como un eco sarcástico el murmullo lúgubre del bribón.

—Ya es tarde, capitán... ¡Este hombre ha muerto!

—¡Dios de misericordia!, exclamó Roberto d'Alboize, cayendo de rodillas y prorrumpiendo en sollozos.

El interno se llevó fuera de la sala al capitán, que desfallecía.

—¡Al fin!, exclamó el miserable levantándose despacio y dirigiendo una postrer mirada al cadáver; ¡su agonía me ha hecho sudar!..

II

LOS KERLOR

La señorita Carmen de Kerlor tenía apenas diez y siete años.

Encontrándose una noche en París con su madre, bailó en una reunión con un caballero que la señora de la casa acababa de presentarle bajo el nombre de Saint-Hyrieix.

Sin fijarse mucho en él, únicamente observó que bailaba mal.

De vuelta á su casa, la señora de Kerlor preguntó á su hija:

—¿Qué te ha parecido el caballero con quien has bailado el segundo vals?

—¡Muy bien!, contestó ligeramente la joven, como si contestase á una pregunta del todo indiferente.

La madre se sonrió.

Pocos días después, Carmen vió de nuevo al caballero del vals en una reunión de confianza, donde la sacó varias veces á bailar, mostrándose con ella muy amable y obsequioso.

Después de este acontecimiento, la señora de Kerlor presentóse una mañana en el cuarto de su hija, y después de un gran discurso muy serio, que la muchacha escuchó medio distraída, acerca de los deberes que impone la existencia, acerca de la necesidad en que toda joven se encuentra de crearse una posición por medio del matrimonio y acerca de la respetuosa sumisión que los hijos deben á los padres que tienen sobre ellos la ventaja de la experiencia, le anunció que Fermín de Saint-Hyrieix había pedido su mano.

—¿Saint-Hyrieix?

—Sí, ese caballero que bailó contigo en casa de doña Fulana y que te pareció muy bien, según dijiste.

—¿Saint-Hyrieix?

—Ya sabes de quien hablo. La otra noche no se separó de ti en la reunión de doña Zutana, y tú parecías aceptar gustosa sus atenciones.

—Sí, mamá; me parece recordar...

—Pues ha pedido tu mano. Bajo todos conceptos es para ti un buen partido. Sin embargo, he querido consultarte antes de dar una contestación definitiva. Aunque no veo qué pudieras objetar...

Carmen guardó silencio.

Entonces la señora de Kerlor habló extensamente de intereses.

Tratábase de una considerable dote, reconocida en los capítulos matrimoniales, de dinero comprometido, de pleitos, de mil contestaciones dudosas en cuyas mallas su hijo Jorge se revolvía, de cierto rango que sostener, de una posición social que conservar.

La pobre muchacha no comprendió gran cosa de todo aquello.

Parecióle entender solamente que, en vez de pedir á la madre la fortuna sin la cual los jóvenes del día no toman esposa, Fermín de Saint-Hyrieix, locamente enamorado de ella, le asignaba, por el contrario, una dote si quería consentir en llevar su nombre.

Joven, de muy buena familia, bien considerado en el ministerio de relaciones extranjeras, donde ya ocupaba una posición envidiable, se le creía destinado á un gran porvenir. Indudablemente estaba llamado á ser embajador.

Y cuando Carmen, sin negar ninguna de esas ventajas, objetó que le parecía no sentir amor alguno por aquel pretendiente, la señora de Kerlor se encogió suavemente de hombros diciendo:

—El amor llama al amor, hija mía. Tu marido te idolatrará de tal modo que no tardarás en amarle. Y además, piensa que algún día serás indudablemente embajadora...

Como último argumento, la señora de Kerlor expuso á su hija que el Sr. de Saint-Hyrieix acababa de heredar en Bretaña vastas propiedades, casi contiguas á la finca de Penhoet. La suegra regentaría los bienes del yerno, obligado por su carrera á vivir casi siempre ausente. Aquel matrimonio era para toda la familia una suerte inesperada.

Carmen adoraba á su madre.

Sin la experiencia de la vida, como suele hallarse toda muchacha que apenas ha cumplido los diecisiete años; viendo que su hermano, ocupado entonces en Méjico en velar por los intereses de su fortuna comprometida, parecía compartir las ideas y el entusiasmo de su madre, en su contestación al anuncio de la petición de Saint-Hyrieix no opuso más resistencia.

Dos meses después, el futuro llevaba prisa, Carmen subía, en traje de boda, la escalinata de la Magdalena.

¡Una boda aristocrática es un hermoso espectáculo!

El altar mayor de la vasta iglesia, con todos sus cirios encendidos, resplandece entre flores y dorados reflejos.

El órgano acompaña himnos de júbilo, y las bóvedas sonoras repercuten las armoniosas voces de célebres artistas, cuyo éxito pregonará la prensa por todo el mundo.

El sacerdote tiende la mano sobre los novios!

Ella, perdida en su blanco velo como en una nube, baja con emoción la frente bajo el gesto majestuoso del ministro de Dios.

Él, grave, serio, ligeramente pálido, deja ver sin embargo en su rostro algo frío un reflejo de íntima satisfacción.

Y la elegante concurrencia, que ocupa toda la nave central, murmura en presencia de los jóvenes esposos:

—¡Qué felices!

Y hasta los curiosos, los indiferentes que cruzan las naves laterales de la iglesia, repiten entre sí:

—¡Dichosa pareja!

Y cuando salen de la sacristía y atraviesan el templo, precedidos del alabardero de larga casaca y calzón corto, que hace resonar el pavimento con los acompasados golpes de su alabarda; cuando han salido al vestíbulo, cuando bajan la ancha escalinata, bajo un sol radiante, en medio de una doble hilera de espectadores, al verlos á los dos jóvenes, bien parecidos, ricos, elegantes, todos piensan para sus adentros:

—¡Cuán felices son!

En efecto, eran felices.

Sin embargo, al recibir arrodillada en su almohadón de terciopelo encarnado con flecos de oro la bendición del cura, no eran palabras de gratitud las que Carmen dirigía á Dios.

¡No!.. Pero implorándolo desde el fondo de su alma, con todo el fervor de su fe de virgen, le suplicaba que realizase las esperanzas que su madre le había hecho concebir, y que le otorgase la gracia sencilla y cursi de amar á su marido.

Un viaje de boda es siempre un encanto. La mujer despierta en la muchacha; y contenta de experimentar, apoyada en el brazo de su marido, tantas sensaciones nuevas, tantos gustos inéditos, hace recaer en él, agradecida, el beneficio y casi el mérito de los descubrimientos que hace.

¡Qué deliciosa provisión de impresiones y recuerdos se trae de esa excursión, que á veces parecería insulsa, si se realizara solamente cinco años más tarde!

Se vuelve con el alma regocijada.

Cogidos de la mano, los novios han andado errantes por países desconocidos, y en tanto que los ojos han contemplado horizontes nuevos, el corazón se ha abierto también á nuevos é inefables goces.

Se ha cogido un ramo de frescos recuerdos que, más tarde, hundidos en la áspera senda de la vida, respiramos aún con fruición, por mustias que estén las flores.

Pero esto que generalmente les sucede á todas las recién casadas, no le pasó á la señora de Saint-Hyrieix.

Al principio del viaje, su marido, lleno de atenciones y ternuras, le pareció un compañero delicioso, un amigo delicado, y pudo creer un instante que había encontrado el alma hermana de la suya, el apoyo á la vez fuerte y dulce que el hombre debe ser para la esposa, y sin el cual la vida se va entre sombras y negruras.

La ilusión duró poco.

Los analizadores afirman que viajando es como se conocen y se ponen mejor á prueba los caracteres. El Sr. de Saint-Hyrieix no tardó en justificar una vez más esta verdad.

La tradicional peregrinación á que generalmente se da el nombre de «pequeño viaje» resultó esta vez un gran viaje para nuestros dos recién casados.

El joven diplomático, práctico hasta en sus éxtasis amorosos, sacó partido de su viaje de boda para visitar países y legaciones extranjeras, donde procuró crearse relaciones y plantar los jalones que contaba utilizar más tarde en bien de su carrera.

Durante aquellas idas y venidas interesadas, pero poco interesantes para una mujer joven, Carmen, que se había imaginado poder realizar sus ilusiones, no tardó en ver claro en el corazón de su marido.

Al cabo de seis meses de viaje, cuando, llamado por las cartas imperiosamente afectuosas de su suegra, el joven diplomático se puso nuevamente en camino, ya de regreso á Francia con su mujer, todas las dudas de ésta se habían disipado.

No amaba á su esposo.

Era una noche del mes de septiembre, en la cubierta del vapor holandés *Prins-Hendrik*, uno de los más hermosos de las Mensajerías Neerlandesas, que hacía la línea de Java é Indias occidentales.

Volviendo de Estokolmo y de Copenhague, el Sr. de Saint-Hyrieix quiso pasar por Amsterdam; y allí, Carmen, á quien le gustaba muchísimo el mar, propuso á su marido hacer el resto del viaje en vapor.

Como el *Prins-Hendrik* hacía escala en Brest, y el castillo de Penhoet, donde los recién casados tenían que juntarse con la señora de Kerlor, estaba en Bretaña, Saint-Hyrieix accedió gustoso á los deseos de su mujer.

Nada convida tanto á la meditación como el espectáculo del mar.

Mientras que su marido, encerrado en su camarote, compulsaba sus notas de viaje, lo mismo que cuando hablaba de relaciones internacionales y de economía política con los oficiales de á bordo, Carmen aspiraba con fruición la brisa que le azotaba el rostro, y meditaba con la mirada perdida en la inmensidad del horizonte.

Era, pues, verdad.

Lo que ella temió se había realizado.

No la habían engañado sus presentimientos.

Carmen no era aún más que una niña: apenas contaba diez y ocho años y se veía unida para siempre á un hombre á quien no amaba, á quien no amaría jamás.

Á pesar de su inexperiencia y de su frivolidad, su tacto de mujer no había tardado en revelarle qué clase de hombre era Saint-Hyrieix, el contenido de aquella cabeza fría y correcta de diplomático y de aquel pecho cubierto ya de condecoraciones.

Era un ambicioso; pero no un ambicioso ardiente, apasionado, de grandes vuelos y de vastas aspiraciones, sino un calculador frío, flemático, de miras estrechas y prudentes; uno de esos hombres para quienes el mundo se resume en una palabra: el interés, y para quienes es factor despreciable todo lo que afecta al sentimiento.

Así lo adivinó ella, cuando su marido le expuso, poco á poco, á pequeñas dosis, á fin de no lastimar sus candores de muchacha, sus teorías de hombre práctico, con la esperanza de encontrar en ella una asociada dócil á los planes de su mezquina habilidad.

Carmen pensaba: busca en mí una cómplice.

¡Todo había concluído, pues!

Ya nunca, jamás iba á amarle.

Y todas las ilusiones entusiastas de su juventud, todas sus exquisitas quimeras de amor recíproco, de ternura compartida; sus brillantes visiones de felicidad eterna, al lado de un ser querido, á quien se devuelve con usura la adoración en que os envuelve..., todo paraba en una glacial é implacable realidad.

Así pensando, la joven desposada sintió que se le oprimía el corazón con un dolor tan intenso que estuvo á punto de arrancarle un grito, y un torrente de lágrimas afluyó á sus ojos.

Así permaneció largo rato, sin reparar en el llanto que caía sobre sus manos febriles, mirando maquinalmente al sol que declinaba en el horizonte, hundiéndose poco á poco en el piélago enrojecido por su disco de fuego.

De pronto, una voz dulce y profundamente tierna murmuró á su oído estas palabras:

—¿Llora usted?..

Carmen volvió el rostro.

Y se halló en presencia de un joven que vestía el uniforme elegante y severo que llevaban entonces los oficiales del estado mayor francés en los días ordinarios.

Al verle, Carmen se llevó á los ojos el pañuelo que tenía inconscientemente en la mano, y se los secó con un gesto nervioso.

El joven continuó con la misma voz trémula de emoción:

–¡Cómo! ¿Sufre usted, Carmen?..

Ésta levantó la cabeza, y contestóle mirándole de frente con altivez:

–Soy la señora de Saint-Hyrieix, caballero, y no creo haberle dado jamás el derecho de olvidarlo. Tenga usted la bondad de guardar para otros sus familiaridades y su compasión, que ninguna falta me hacen.

El joven oficial iba á contestar, pero su vista tropezó con la mirada irritada de Carmen.

eres demasiado juiciosa para que te dejes seducir por ese oficial. Es un Quijote, un caballero andante, y por añadidura, ¡un poeta! Es lástima, porque parece un muchacho de porvenir, como oficial.

En esto llegaron al hotel, y la conversación no pasó de ahí entre ambos esposos.

Pero, á la mañana siguiente, Carmen volvió á pensar en su interlocutor de la víspera; y desde entonces, en los paseos, en las jiras campestres ofrecidas á Saint-Hyrieix por sus compañeros, que gustaban distraerse haciendo los honores de su residencia á una mujer tan bonita como Carmen, ésta, cuando no la

Y por esto también permanecía apoyada de codos en la borda, invadida por una emoción más grande, si era posible, que antes de la aparición del oficial.

El sentimiento que oprimía el alma de Carmen era un dolor cruel, dolor hecho de temores, de pesares y de cólera contra el destino.

¿Por qué aquel hombre no la había encontrado antes de su matrimonio?

¿Por qué aquel hombre no era su esposo?

–¡Él la amaba!

Lo veía claro; estaba segura de ello.

En la palidez de su rostro, en la fatiga de sus gran-



¡Cómo! ¿Sufre usted, Carmen?

En su fisonomía se pintó el dolor más intenso y brillaron dos lágrimas en sus ojos.

Apretando los puños, pareció apelar á todos los recursos de su voluntad; hizo una profunda reverencia á la señora de Saint-Hyrieix, que permanecía erguida y desdeñosa ante él, y se retiró lentamente.

Cuando el capitán hubo desaparecido de su vista, Carmen volvió el rostro hacia el sitio por donde se había marchado, y murmuró exhalando un profundo suspiro:

–¡Ay! ¡Si él supiese!..

Después de lo cual volvió á caer en su meditación.

Pero su pensamiento seguía otro curso. Recordaba á Estokolmo, esa extraña y poética ciudad, tan pintorescamente edificada sobre sus siete islas, en medio del delicioso lago Mœlar.

Acudía á su memoria la primera noche pasada en la legación francesa, entre diplomáticos y funcionarios públicos, rígidos y fastidiosos, con quienes estaba destinada á vivir; y su impresión cuando su marido le presentó el agregado militar de la legación, un joven alto y pálido, de ojos negros, de aspecto serio y aire pensativo, quien, después de haberla saludado respetuosamente, se sentó á su lado y no tardó en encantarla con su conversación al mismo tiempo ingeniosa y profunda, con los rasgos sucesivamente escépticos y convencidos de su espíritu.

Desde luego, cuando Saint-Hyrieix le presentó aquel oficial, ella no entendió bien su nombre, como sucede á menudo en sociedad.

Por la noche, al retirarse al Gran Hotel donde vivían, el diplomático le preguntó:

–¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido el capitán d'Alboize?

–¿Quién es el capitán d'Alboize?

–Nuestro agregado militar, con quien tanto has charlado esta noche... ¿Sabes que si no estuviésemos en plena luna de miel, me habría puesto celoso? Pero

observaba nadie, miraba al joven oficial con una mezcla de pesadumbre y de emoción.

Y cuando la casualidad hacía que, durante alguna de esas exquisitas noches escandinavas, próximas á San Juan, en que el sol no se pone, en que Estokolmo se baña enteramente en esa adorable luz blanquecina que se parece á la aurora y al crepúsculo al mismo tiempo, en que uno se retira á su casa á las tres de la mañana, convencido de que apenas son las once de la noche; cuando la casualidad hacía que el capitán ofreciese el brazo á la señora de Saint-Hyrieix, ésta sentía que le temblaba el pecho al contacto de aquella presión tan dulce y tan imperiosa, al mismo tiempo que una especie de alegría íntima invadía invenciblemente todo su ser.

Una vez en su habitación, Carmen se sublevaba contra sí misma, indignada de su debilidad, furiosa de aquel dominio lento que sentía aumentar sobre ella, á pesar de sus esfuerzos.

Para escapar á él, hizo que su marido saliese de Estokolmo más pronto de lo que deseaba.

Y he aquí que, una vez á bordo del vapor, apenas empezada la travesía, la primera persona con quien tropezó fue el capitán d'Alboize.

El también adoraba el mar; y como acababan de concederle dos meses de licencia, que iba á pasar al lado de su madre en la costa de Nantes, prefirió ir embarcado hasta Brest.

Tal fué la explicación que dió al encontrarse á bordo con Saint-Hyrieix, quien se alegró mucho de tenerle de compañero de viaje; pero al mismo tiempo, los ojos del capitán parecían decir á Carmen:

–Miento. Yo sabía que ustedes tomaban esta ruta. Y para ver á usted, para vivir en el mismo ambiente que usted ocho días más, he tomado yo también esta vía.

Por esto acababa de mostrarse tan altiva con Roberto.

des ojos negros, Carmen leía las noches de insomnio pasadas pensando en ella.

En la exaltación de sus miradas, en el estremecimiento de sus labios, adivinaba ella el fuego de la pasión.

Y el espíritu romántico de Carmen volaba en alas de la ilusión delirante.

–¿Por qué nos ha separado Dios?, pensaba... ¿No nos había creado el uno para el otro?

Y forjaba en ensueños una felicidad infinita, toda una sola alma, un solo pensamiento...

Una primavera de amor, llena de abrazos apasionados, de besos ardientes, de dichas sin fin; dos criaturas que, entre las dos, no tienen más que un solo corazón, una sola alma, un solo pensamiento...

Luego un estío lleno de sol, regocijado por los hijos, en quienes se perpetúa la mutua adoración.

Por último, un otoño suave y apacible, algo melancólico, pero de una melancolía deliciosa, precursor de un radiante invierno que ilumina y calienta, como un rayo de sol, la dicha de los seres queridos que se dejarán en el mundo.

Pero la realidad reapareció bruscamente á sus ojos.

¿Le era permitido dejar vagar su espíritu en imaginaciones criminales?

¡No, no quería hacerse culpable!

¡Culpable!

Estremecióse de pensarlo; y cayendo de rodillas, en medio del crepúsculo que la envolvía como en un manto de sombra, murmuró á través de un sollozo:

–¡Dios mío, protegedme!.. ¡Yo le amo! ¡Le amo á pesar mío! ¡Y ya que no puedo seguir luchando contra él, concededme al menos la fuerza de defenderme contra mí misma!..

El *Prins-Hendrik* había doblado el Paso de Calais y atravesaba la Mancha, antes de entrar en el Océano, verdadero paseo lleno de encantos.

(Continuará)

LA CABALGATA DE GREMIOS DE SEVILLA

(Fotografías de Juan Barrera Gómez, de Sevilla)

Digno remate de los celebrados festejos de primavera ha sido el hermoso espectáculo que trataré de describir, el cual se ha efectuado por vez primera en la capital andaluza.

Por iniciativa del celoso y diligentísimo alcalde de esta ciudad Sr. D. Fernando Checa, reuniéronse varios gremios y los representantes de los Casinos y Círculos de recreo con el objeto de dar forma al pensamiento, y todos, desplegando actividad plausible, han obtenido el más lisonjero éxito.

Tuvo lugar la fiesta en el incomparable paseo de las Delicias; á la orilla del río, bajo las tupidas copas de las acacias en flor y de los gigantescos plátanos de Indias; en el bosque de naranjos del parque de María Luisa, cargado de azahar, cuyo perfume, combinado con el de las rosas, embalsamaba el delicioso paraje. Mostróse la tarde espléndida y serena, el cielo azul celeste con jirones de nubes de color de ópalo.

Toda Sevilla acudió á la fiesta, hasta tal punto que las calles más céntricas veíanse desiertas.

A lo largo de las verjas del parque y por el lado del paseo estableció el municipio una larguísima serie de palcos y de tribunas que se vieron completamente ocupados por lo más selecto de esta sociedad, formando un cuadro indescriptible por la animación, por los colores y por la belleza de las innumerables mujeres que por todas partes y en todos sitios lucían sus encantos.

Antes de las cinco de la tarde organizóse la cabalgata, que comenzó á desfilar, abriendo marcha y despejando la carrera la guardia civil de caballería, é inmediatamente ocho clarineros con trajes negros, capas grises y chambergos á la usanza del siglo XVII.

La presencia de los gigantones y de los enanos alborotó á la gente del pueblo y á los muchachos, por ser este espectáculo casi nuevo para la generación presente. La pareja de gigantes romanos con sus mantos rojos; la de los reyes moros, copiados sus vestidos de auténticos ejemplares; la de los monarcas cristianos, que eran un trasunto de las estatuas sepulcrales de D. Juan II y de su mujer, existentes en la cartuja de Miraflores, con sus mantos recamados de oro y sus enormes coronas, producían la admiración del vulgo, que á su vez divertíase y aplaudía á los catorce chicos que figuraban ser enanos, con sus enormes y ridículas cabezotas, todos vestidos con abigarrados y caprichosos trajes de la Edad Media.

Seguían á éstos cinco caballeros, jinetes los cuatro, con la indumentaria de los representados en el libro de la Regla de la cofradía de Santiago de Burgos (siglo XIV), y el quinto de ellos, que iba en el centro, cubierto con arnés de guerra del siglo XVI, llevando en su mano izquierda un pendón de damasco con las armas de Sevilla. Los caballos llevaban sendas gualdrapas que les cubrían las cabezas y lomos, bajando hasta el suelo por los pechos y grupas, todas ellas blasonadas y adornadas de heráldicas empresas. Este grupo llamó mucho la atención por la propiedad con que estuvo representado.

Seguían inmediatamente dos carrozas construídas á expensas de particulares, una del fabricante de envases Sr. Julјá, y otra del autor de la *Guía comercial de Sevilla* Sr. Llorens, apareciendo á continuación el heraldo á caballo que precedía á la carroza del gremio de fundidores, la cual fué sin disputa una de las que merecieron aplausos más unánimes, proyectada y ejecutada por el ingeniero industrial Sr. D. Enrique García y por el distinguido profesor de esta Escuela de Bellas Artes Sr. D. Pelayo Quintero.

Dicha carroza iba arrastrada por una locomóvil, con cuyo vapor poníanse en movimiento las fraguas, en las cuales varios jóvenes herreros forjaban diversas piezas, produciendo el mejor efecto la incesante actividad de poleas, de fuelles y de llamas que daban un aspecto fantástico y de singular vida á la composición. Numerosa comparsa de herreros vestidos con caperuzas rojas y mandiles de cuero, á la usanza del siglo XVI, marchaban al frente y á los costados de la carroza.

Contraste original producía á la vista el comparar la de los fundidores con la de arte antiguo, costeada por el municipio y adornada y compuesta muy ingeniosamente por el laureado artista Sr. D. Andrés Parladé, con trozos de madera tallada del siglo pasado y ricas telas de la misma época, facilitados por un anticuario. Iba esta carroza tirada por mulas, las cuales eran conducidas por palafreneros vistiendo el airoso y elegante traje de aquel tiempo, con sus anchos sombreros de fieltro, sus redecillas, chupas, fajas, calzón corto y zapato con hebilla.

Una comparsa de obreros de la industria corchera con trajes catalanes, llevando las cuchillas é instrumentos del oficio, unida á la de los descorchadores, que vestían trajes andaluces y extremeños, precedía á la carroza de aquel gremio, una de las más lujosas que se presentaron, construída de planchas de corcho, formando los tableros, y festoneadas por ricas guarniciones de madera tallada y dorada. Figurábase en ella á España esparciendo los productos corchotaponeros por las cinco partes del mundo, representadas por hermosas mujeres vestidas ricamente.

Esta carroza recordaba por su forma, detalles y gusto artístico la que el gremio de operarios de la fábrica de tabacos construyó para celebrar las bodas de Fernando VI.

El gremio de vinateros presentó una carroza muy sencilla, pero de muy depurado gusto, y en la cual su autor, el Sr. Quintero, demostró sus conocimientos arqueológicos. Era de gusto romano y figuraba un grupo de muchachas libando ante la estatua de Baco. Todos los pormenores que entraban en la composición veíanse muy fielmente interpretados de los



Carroza del gremio de fundidores, dirigida por D. Pelayo Quintero y D. Enrique García Maraver



Carroza de las Sociedades de recreo, dirigida por D. Joaquín Bilbao y D. José Gestoso



Carroza del arte antiguo, dirigida por D. Andrés Parladé



Carroza del gremio de vinateros, dirigida por D. Pelayo Quintero

modelos antiguos y acreditaban la pericia del director de la obra.

El distinguido artista Sr. Matarredona fué el autor de la carroza del comercio, la cual representaba la *Moda*. Como el asunto no era apropiado para reproducir modelos clásicos ni de estilos antiguos, sino puramente de capricho, esta composición tenía aspecto moderno, pero muy hábilmente combinadas todas sus partes, resultando un conjunto rico, original y artístico. Los detalles decorativos y los trajes veíase que fueron esmeradamente estudiados, y con razón recibió plácemes el Sr. Matarredona.

Los Círculos y Sociedades de recreo encomendaron la dirección de su carroza á los Sres. D. Joaquín Bilbao y D. José Gestoso, y dichos señores cumplieron ciertamente á satisfacción de todos, pues como aspecto de grandiosidad y de severo conjunto fué ésta la que más se distinguió.

Figurábase en ella al Arte y á la Industria premiando á sus hijos, esto es, á los artistas y á los industriales, y este pensamiento desarrollóse por los autores con la sencillez y elegancia que se manifiesta en todas las representaciones de arte clásico. La carroza era de gusto romano y sus pormenores todos de verdadero mérito artístico, pues fueron obra de los Sres. Bilbao y D. Pedro Domínguez.

Soldados romanos á caballo y á pie y jóvenes aurigas con blancas tunicelas, desnudos los brazos y piernas y llevando en las manos palmas, completaban la composición de esta carroza.

Por último terminaba la cabalgata con la construída á expensas de la ciudad, la cual fué dirigida por los concejales D. Cayetano Sánchez y D. Francisco Romero, y para cuya obra no se ha escatimado gasto ni reparado en dificultades.

Los hermosos arneses de hombre y de caballo que posee el teatro de la Zarzuela de Madrid vinieron á Sevilla y empleáronse en el acompañamiento de esta carroza, á la cual precedían, juntamente con numerosos grupos de soldados vestidos á la tudesca, de escuderos, pajes, trompeteros y heraldos todos vestidos lujosísimamente, contribuyendo al efecto los colores diversos, el brillo de las sedas, el relucir de las armas y las numerosas banderas y estandartes.

La carroza representaba una alegoría de la ciudad en sus grandezas pasadas, en aquellos tiempos que era el emporio de España, *cuando en nuestros dominios no se ponía el sol.*

El estilo artístico en ella dominante era por tanto el del Renacimiento de la época del emperador, y todos sus adornos y pormenores revelaban el gusto plateresco, fielmente copiados de los primorosos ornatos de nuestras Casas Capitulares.

Muy á la ligera queda hécha la descripción de la cabalgata, y en ella se han omitido muchos detalles que de ser mencionados habríanla hecho interminable, pues el resultado no pudo ser más brillante, y á personas que han presenciado fiestas análogas en el extranjero oímos decir que compitió ésta ventajosamente con aquéllas.

Si, como es de esperar, este culto espectáculo se repite el año próximo, será seguramente un atractivo más que hará agradable la estancia en Sevilla á los infinitos forasteros que nos visitan, pues ya se ha demostrado que los sevillanos, cuando llega la ocasión, saben hacer bien estas cosas, y mejor resultado obtendrán todavía después de realizado este festejo, que servirá de ensayo para lo sucesivo. – X.

Sevilla, Mayo de 1900.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Olmedo. Un crítico criticado, por *Roberto Andrade*. – El distinguido escritor ecuatoriano Sr. Andrade hace en este folleto una enérgica apología de un poeta compatriota suyo, el malogrado José Joaquín Olmedo, calificado de insigne por grandes escritores de Europa y América y duramente censurado por un conocido escritor español, y amparándose en el derecho de la legítima defensa, ataca rudamente al referido crítico. Impreso en Guayaquil, en la imprenta «El telégrafo,» se vende á 20 centavos.

***

Proyecto de bases para la constitución de la Sociedad del Tiro Nacional. – Se han publicado las bases sobre las cuales se ha de fundar esta institución llamada, á no dudarlo, á tener gran importancia en nuestra patria, como la ha alcanzado en las principales naciones extranjeras. Cuantos esfuerzos se hagan para aclimatar en España las sociedades de tiro han de merecer entusiastas aplausos, y por ello felicitamos á los organizadores de la Sociedad del Tiro Nacional recientemente fundada en Madrid.

***

Desde mi retiro, poesías de *José Lamarque de Novoa*. – El inspirado poeta sevillano Sr. Lamarque de Novoa, cuyo nombre es bien conocido en el mundo de las letras, ha publicado con este título una colección de bellísimas composiciones poéticas sobre distintos asuntos y escritas en diversos metros, en todas las cuales alientan los más elevados sentimientos y las ideas más nobles. Además de los trabajos originales, entre los cuales sobresale una serie de hermosos sonetos, contiene el libro algunas traducciones de poesías portuguesas y catalanas, y las versiones en alemán, italiano y portugués de algunas de las principales composiciones del Sr. Lamarque. *Desde mi retiro* ha sido impreso en Sevilla en la imprenta de E. Rasco.



Grupo de niños, escultura de C. Samuel



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 4 de junio de 1900 — Núm. 962



LA PRIMAVERA, cuadro de T. Lobrichon

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que será el primero de la famosa obra de Lesage Gil Blas de Santillana, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Al proceder al reparto del citado libro, tendremos en cuenta las peticiones que nos han dirigido nuestros corresponsales motivadas por el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, y les enviaremos, en su consecuencia, en vez del primer tomo de Gil Blas de Santillana, el primero de la importante obra Pensamientos y recuerdos de Otón, príncipe de Bismarck, cuyo segundo tomo les será remitido cuando procedamos al reparto del segundo de la obra de Lesage.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Con un modismo que ya va cayendo en desuso, «estar de servilleta en botón,» se expresaba antaño la idea del convite á comer. Sin duda entonces revestía mayor solemnidad; hoy es cosa usual, frecuentísima, dentro de nuestras costumbres, que, si bien asaz despacio, van europeizándose – y no subrayo la palabra porque no tiene para mí sonido extraño, antes creo que expresa felizmente un concepto que percibíamos y no formulábamos por falta de voz correspondiente.

Hubo un tiempo, y lo recuerdan gentes que no han llegado á la vejez, en que á la hora de comer se cerraba á piedra y lodo la puerta de las casas, aun de las ricas y abundantes de despensa y cueva. Terminada la comida – la patriarcal comida, á las dos de la tarde – volvía á franquearse el portón. Y obsérvese cómo el menor detalle revela el tejido y enlace de un estado social: el hábito de cerrar la puerta para comer decía á gritos: «En esta casa no vive más que un vecino: del sótano á la buhardilla, tiene un solo morador.» Desde que los edificios, divididos en pisos, comprenden varias viviendas, no podría verificarse ese cierre arbitrario.

***

Y el contraste entre antaño y hogaño es tal, que ahora los personajes, hombres políticos y de negocios, excesivamente ocupados todo el día, señalan para recibir á sus íntimos la hora del almuerzo y sobremesa. Nadie se apura y encoge porque le vean comer. La comida es igual, ó al menos muy análoga, en todas partes. Si Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre levantasen la cabeza, no reconocerían á la España de fritangas con apestoso aceite, los guisotes con ajo y cebolla, y la olla podrida. Encontrarían á la vuelta de cada esquina el plato francés ó inglés y el *menú* que podrían haberles servido en algún restaurant del *boulevard*.

Hablo, naturalmente, de las clases acomodadas, mejor dicho, ricas. En esferas modestas es distinto: se come á la antigua, garbancesca usanza, y no falta quien achaque la decadencia nacional á la alimentación mala y floja; pues, colectivamente hablando, este pueblo pastor y agricultor no es un pueblo carnívoro. No sé si tienen razón los que tal dicen; pero sé que conozco personas enemigas del rosbif, y disfrutando de salud y fuerza para vendérselas á más de cuatro inglesas nerviosas.

La carne va desacreditándose mucho: ya le lleva ventaja, como alimentación fortalecedora, la leche; la pastoril y bucólica leche. Por otra parte, en climas templados ó mejor calurosos, la carne es madre del reuma. – Epocas históricas recordamos en que sin duda los españoles eran duros como piedra y realizaban empresas que piden energía y voluntad, comiendo peor que se come ahora. Hoy el alimento es variado, agradable, presentado con limpieza; se consume más ternera y vaca, menos cerdo y embutidos; han entrado en el mercado general peces, mariscos y legumbres que antes se consideraban rarezas exquisitas; el azúcar se ha puesto al alcance de cualquiera; el café, la cerveza, ciertos refrescos, no son patrimonio sólo del que vive en la capital: no hay aldea en que no se encuentren. Por no hablar sino de un refresco, el humilde y plebeyo *boliche*, esa limonada gaseosa barata, ¡cuántos bienes le debemos! Y digo *le debemos*, no porque yo la pruebe nunca, sino porque noto sus efectos bienhechores en los aldeanos de mi tierra. Haciendo competencia al aguardiente de caña y al amílico, remojando la seca garganta sin atufar el cerebro ni abrasar las entrañas, el boliche habrá evitado muchos garrotazos y no pocas cuchilladas en las romerías y ferias, y bastantes escenas de brutalidad al regreso á casa. Para decirlo de una vez: desde que se ha popularizado el boliche, supongo que nacen menos criaturas marcadas con el estigma degenerativo del alcoholismo – único estigma acaso cierto y fatal.

***

Volviendo á las comidas.. En España los ricos comen bastante bien; lo que todavía no se sabe (descuéntense las excepciones honrosas) es beber á proporción de la comida. Rara vez se sirve una con los vinos que corresponden por derecho á cada plato. El gran champagne *extra dry*, el inseparable compañero del asado en Inglaterra, es substituído por marcas dulces é inferiores. No obedece este fenómeno constante á espíritu de economía, sino á tradiciones de sobriedad que están en la medula de la gente ibera. Así como la función crea el órgano, la necesidad y el instinto originan la costumbre. Y el español no experimenta necesidad alguna de regar lo que engulle sino con Lozoya ó á lo sumo con alguno de los pastosos ó claretes vinos peninsulares. Somos en esto tan poco refinados, que la industria de clasificar y elaborar bien los vinos es relativamente nueva.

La indiferencia hacia las bebidas acaso será cualidad que nos realce. Es tan corto el número de borrachos en nuestra patria, que este vicio se mira, especialmente en el campo, como un desdoro, un baldón. En la mujer origina desprecio y reprobación muy severa. El clima, el sol, el carácter, se oponen á que en país de tan excelente y abundante cosecha de vino cunda la embriaguez. Y no se diga que estas reflexiones no vienen á cuento tratándose de comidas de personas de buena posición, que en ningún caso se alegrarían á la mesa. Precisamente á la mesa es donde suelen los anglo sajones empinar el codo. Nadie ignora la mala maña inglesa de que, al servirse el café, antes de alzarse los manteles, se queden bebiendo los hombres, y las señoras se retiren á otra habitación, ni más ni menos que en la cena de *Lucrecia Borgia* cuando se apagan las luces. Beber es aquí un exceso; allí, un *sport*.

A ser posible revelar los nombres de señorones ingleses y *yankees* á quienes suele verse *too full* – como ellos dicen, – se sorprenderían los lectores; porque entrarían en la lista gentes del más alto copete y coturno, y no quedarían á salvo la pairía y la diplomacia. Existe quizás una balanza de virtudes y vicios, en cuyos platillos se compensan el bien y el mal. Nosotros somos, ¡ay!, es cierto, indolentes, desidiosos, enfermos de la voluntad; pero ellos, ¿cómo diablos hacen para conservarla incólume en medio de la disolución del alcohol?

***

A estas horas en España no se habla más que del eclipse y de la cáfila de sabios que se han venido á verlo; sabios entre los cuales descuella Camilo Flammarión. Al decir que descuella, hablo, por supuesto, desde afuera, el sitio que corresponde á un archiprofano. Puede suceder que los otros sabios, de la retahila cuyos nombres resuenan por vez primera en nuestros oídos, atesoren mayor ó más sólido caudal de ciencia que el simpático autor de la *Pluralidad de mundos*. Flammarión concedo que es un ingenioso novelista, una especie de Julio Verne del espacio, que pone á la astronomía al servicio de la ficción. Recuérdese su obra *Lumen, historia de un cometa*. En las narraciones de que consta este libro, se ve de cuerpo entero al ameno vulgarizador, al escritor que posee el don de interesar divirtiendo. Por poco aficionado que se sea á la astronomía, *Lumen* entretiene. Es preciso confesar que atraen y maravillan aquellas hipótesis de los soles que dan luz azul, luz roja ó luz color de violeta – á diferencia del nuestro, que la emite blanca, – y de aquellos mundos donde el hombre mide 50 metros de estatura, vive por término medio cuatro siglos y pesa 1.500 kilos; ó donde, al contrario, se disipa, es gaseoso y flota en el aire como una bola de jabón. Todo ello agrada, interesa y hasta suspende el ánimo; pero más que la severa disquisición del hombre de ciencia en su laboratorio, recuerda el *Viaje á la luna* de Cyrano de Bergerac, ó el *Micromegas* de Voltaire.

***

Parece ocioso decir que la severa disquisición, erizada de cifras, no la leeríamos, porque no la entenderíamos siquiera. La astronomía es acaso la ciencia menos accesible á los aficionados ó *dilettanti*. Los millares de curiosos que se dedicarán el día del eclipse á ahumar vidrios y mirar al cielo al través de ellos, sacarán lo que el negro del sermón. Por eso, precisamente, nos atenemos á la astronomía amena y recreativa del autor de *Lumen*. Ella nos da una idea, ligera sí, pero adecuada á nuestros medios de conocimiento, de lo que ocurre en los vastos, en los inconmensurables espacios que se extienden por todas partes alrededor de nuestro planeta. Por ella sabemos nuestra verdadera categoría celestial, nuestra posición astronómica; que somos un planetilla de menor cuantía, reducido y sin importancia, y la creación perdería bien poco si desapareciésemos. Sería como si á un vasto jardín le quitan un grano de arena. Verdad que todavía hay quien supone menos que nosotros, Mercurio y Marte, por ejemplo; que existen otros de nuestra misma talla, como Venus, y son bonitos y los poetas los cantan; pero ¡qué vergüenza si nos comparamos á Júpiter, que es más de mil veces mayor que la Tierra y además tiene cuatro lunas; á Saturno, que nos sobrepuja setecientas y pico de veces y gasta unos anillos tan hermosos; al propio Urano, que abulta por ochenta y dos Tierras, y á Neptuno, que vale por cien! Si mortificase nuestro amor propio esa importancia secundaria que aun dentro de nuestro sistema nos corresponde, podemos consolarnos pensando en los asteroides, grajea planetaria esparcida por el cielo. Nosotros somos, en el firmamento, la medianía; ni tan chiquitos que no se nos vea, ni tan grandes que llamemos la atención. Desde Júpiter somos invisibles. De todo ello se deduce que no nos sientan bien el orgullo ni la vanidad, y que deberíamos preciarnos de globo modesto y sensato, avenido con su puesto, sea el que sea.

***

La contemplación del cielo nos achica, pero nos calma. ¿Qué importan nuestras miserias, nuestras ansias, nuestras alegrías, lo que llamamos gloria, arte, riqueza, felicidad, ante esa inmensidad abrumadora? Esta reflexión de un personaje del drama de Galdós *Realidad*, ha suscitado muchas burlas, pero es bien profunda y verdadera. No hay cosa que sosiegue el ánimo como las conclusiones de la astronomía. Pensar que existen millones y millones de bolas mayores, menores, iguales á la Tierra; con sus polos, su ecuador, sus continentes, sus mares, sus nieves, sus lluvias, sus gases, su envoltura atmosférica, y sus habitadores, y su fauna, y su flora, y sus afanes, y sus desdichas, y todo lo que por acá se gasta; pensar que lo que tan grande creemos es un mínimo incidente sin eco en esa creación desmedida y colosal..., no nos consolará ni pizca, pero nos obliga á hacer un gesto indiferente y á pensar: «¡Valiente cosa!»

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

El aburrimiento ha venido al mundo con la pereza.

La Bruyère.

Los espíritus que se elevan y llegan á ser verdaderamente grandes son aquellos que jamás están satisfechos de sí mismos en sus obras realizadas y tienden siempre á algo [illegible] obras nuevas.

Claudio Bernard.

La única historia digna de atención es la de los pueblos libres; la de los pueblos sometidos al despotismo no es más [illegible] colección de anécdotas.

Chamfort.

No hay virtud en una voluntad libre [illegible] querer, no es virtud.

Adolfo Garnier.

EL SALÓN DE PARÍS DE 1900

Aunque la sección de Bellas Artes de la Exposición Universal ha quitado importancia al Salón de este año, y aun cuando á él no ha concurrido la Sociedad Nacional y sí únicamente la de Artistas franceses, no deja de ofrecer interés la manifestación artística celebrada en la plaza de Breteuil, en un edificio levantado por la referida sociedad y la denominada Sociedad Hípica, pues ni faltan en ella obras de los grandes maestros ni producciones de gente nueva, dignas de los mayores elogios.

Entre estas últimas citaremos en primer término la *Vista de Amsterdam*, de Wery, y la *Huelga del Creusot*, de Julio Adler. El cuadro de Wery es de grandes dimensiones y de colorido rico, variado, armonioso y agradable, y en él aparece reproducida con todo el vigor y el sentimiento de la realidad la vida de aquella pintoresca ciudad holandesa. El de Adler es una pintura emocionante, de asunto trágico, y el autor ha sabido desarrollarlo sin buscar esos efectos terroríficos tan fáciles de conseguir: los obreros que avanzan en manifestación llevando banderas y cantando, no están animados por un espíritu destructor, sino que obran á impulsos de una idea para cuya realización no son necesarios los excesos.

Salón de París. 1900. – El desquite de la cigarra, cuadro de F. A. Bauer

Un pensionista de Roma, M. Moulin, expone *La falta*, un tríptico del pecado original: en el centro Adán y Eva, bajo el peso de la falta cometida; á los lados ambas figuras, una en cada uno, y en la base el cadáver de Abel. Esta obra está perfectamente construída y las figuras vigorosamente pintadas.

Otro tríptico de Augusto Leveque representa en el compartimiento del centro *El triunfo de la Muerte* y en los laterales *La futura cosecha de la Muerte* y *La caída en la nada*: la composición peca un tanto de confusa, pero la ejecución es admirable y demuestra gran estudio y gran trabajo.

Notables son un retrato de señora pintado por Fougerat, perfectamente dibujada y de agradable colorido, y *En el tocador*, cuadro de color delicioso y verdaderamente seductor por la elegancia de su composición y el gusto con que están dispuestos, así la figura principal, como los accesorios alrededor de ella agrupados.



Salón de París. 1900. – Audición fonográfica, cuadro de A. Weber



Salón de París. 1900. – La viuda del pescador, cuadro de G. Lemaitre

Soledad, de P. A. Laurens, es una obra legendaria, casi pagana, hábilmente compuesta. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, de L. A. Leclercq, es una pintura mística, pobre si se quiere, pero que cautiva por la intensidad del sentimiento.

Con el título de *Ensueño* ha expuesto el celebrado pintor Henner una figura juvenil esbelta, cuya opalina blancura destaca sobre un fondo obscuro de paisaje: este desnudo tiene poesía y contrasta con tantos otros lienzos en los cuales la carne está pintada de una manera prosaica y brutal.

El *retrato de M. Stephen Liegeard*, por Benjamín Constant, es indudablemente uno de los mejores producidos por tan famoso artista: es la expresión exacta de una época y la imagen fiel de un carácter; todo en él, el traje, el rostro, la actitud, es de una naturalidad sorprendente.

Otros retratos notables son el de un *Presidente del Tribunal de Comercio*, pintado por Juan Pablo Laurens; el del *Grabador Walter*, por Roybet; el de un *Oficial extranjero*, por Szankowski; el de una dama, por Jorge Caín; el de un niño, por Maxence, y otros firmados por Thomas, Mercié, Lelong y Linch y por las señoras Vallet-Bisson y Juana Romaní.

Uno de los miembros más reputados de la Sociedad de Artistas franceses, José Bail, expone una *Cenicienta*, lienzo en el cual la falta de distinción y lo sombrío del color hállanse compensados por el sentimiento de aquella figura de rubios cabellos y soñadora mirada.

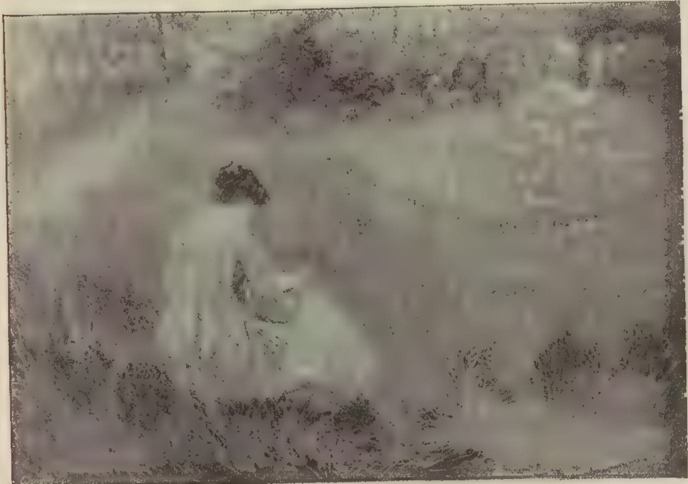
Como es natural, lo que más abunda en el Salón son las escenas de la vida contemporánea, acerca de las cuales ha dicho con razón un notable crítico francés: «Se ha impulsado á los artistas á que rindan culto á la verdad, y los artistas han obedecido; pero se ha olvidado de decirles, y ellos no han caído en la cuenta, que no es conveniente ó por lo menos necesario decir todo lo que es verdad.» De ello resulta que muchos de los lienzos que en estas tendencias se inspiran pecan de frívolos, y así sucede en el Salón, y por regla general en todas las exposiciones artísticas, que hay una porción de cuadros que reproducen verdades desprovistas de todo interés.

Entre los lienzos que se salen de lo vulgar citaremos los principales.

Julio Bretón ha presentado en su *Crepúsculo* un bellísimo grupo de aldeanos que regresan á sus hogares terminadas las faenas del día; Mme. Demont Bretón, un agradable cuadro titulado *Primera audacia,* que representa á unos niños metiéndose en el mar. *La comida de las lavanderas,* de Buland, es un cuadro vigorosamente pintado con atrevidos efectos de luz. *Una noche en Lorena* es un delicado idilio nocturno deliciosamente pintado por Enrique Royer. Entre otras escenas rústicas citaremos la *Alquería flamenca,* de Desurmont; *Grupo de campesinas recogiendo mieses,* de Langée; *Entre comadres,* de Mlle. M. Garay; *Idilio campestre,* de madame Lucas Robiquet; el *Hombre de la vaca,* de L. Felix, y *Abriendo el surco,* de Debat Ponsan.



Salón de París. 1900. – La cautiva, cuadro de A. Weiss



Salón de París. 1900. – El rincón predilecto, cuadro de P. M. Lapierre-Renouard

En la reproducción de tipos populares, han encontrado notas justas Pascau con *El pan,* pilluelo de París pobremente vestido con un pedazo de pan en la mano; Frank Bail con su gallarda *Vendedora de ostras,* Marcel Clemen con sus *Jugadores de billar,* Mme. Gomyn de Lurieux con *Los últimos días* y Mlle. Berta Bocquet con sus dos *Muchachas parisienses.*

En el género de la vida del obrero, son notables los *Altos Hornos,* de Cagniart, hermoso efecto de fuegos durante la noche; *El carpintero,* de Sohie; el *Taller en Alsacia,* de Zwiller, y *La fragua,* de Mlle. Delassalle.

La plegaria, de Enrique Rousseau, es un cuadro sobrio, lleno de verdad. Dignos de especial mención son también en este género el *Voto á la Virgen,* de Hipólito Guy, impregnado de sentimiento; *Delante del calvario,* de Luisa Hem; el *Exvoto del grumete,* de Lucas; *Misa de niños,* de E. Nicolet, pintura fresca y graciosa; *El Viernes Santo,* de Leydet; un *Interior de iglesia,* de Pigeard; *Procesión en el patio de un convento en Suiza,* de Possart, y el *Ensayo de una misa solemne en el Vaticano,* de Tito Lessi.

Los aficionados á asuntos elegantes admiran con razón *La lectura,* de Gelhay; *La romanza,* de Margarita Godin; *Mi modelo,* de Parker Lawton; *La vida de las flores,* de Víctor Lecomte; *El piano,* de Aid, y *La convaleciente,* de Vigoureux. Los que gustan de asuntos sencillos y familiares celebran *La merienda,* de Beaumont; *El ama de casa,* de Chaillery; *El pan bendito,* de J. Ricci; *La joven enferma,* de Enrique d'Estienne; *Una mala noche,* de Defonte; *El envío de Niza,* de Grun; *El ensueño,* de Mlle. Clementina Fierard; *La lección interrumpida,* de Mlle. Susan Watkins, y *La carta,* de mademoiselle Ana Nordgren. Para los gustos rústicos hay *La lección,* de Mme. Lily Defries, *El coladero,* de Bocquet; y *El pastor y el mar,* de Brugairolles.

Varios son los cuadros de costumbres y lugares extranjeros que en el Salón figuran: citaremos entre ellos los *Tripicalleros venecianos,* de Bompard; *En el Ghetto de Roma,* de Avezac de Castera; *Fumadores de haschisch en el Cairo,* de Bordes; *Bayadera india,* de Weeks; las *Gitanas,* de Deletang; un *Interior holandés,* de madame Lambert Cooper, y *La cautiva,* hermosa figura de A. Weiss.

Los principales lienzos de costumbres marítimas son: *La viuda del pescador,* de Lemaitre, hermosa nota de sentimiento arrancada de la vida real; *Escena de la venta de pescado en Cancale,* de factura vibrante y vigoroso colorido; *Regreso de los marinos,* de Max Bohm, y la *Procesión de Nuestra Señora de las Olas,* de Hirschfeld.

Terminaremos esta reseña de los cuadros de género citando *Una boda en Valencia,* bellísima composición llena de luz y de frescura del pintor español V. de Paredes; *Audición fonográfica,* de A. Weber, cuyo mejor elogio está en la impresión alegre que su contemplación produce; *Los saltimbanquis,* de nuestro compatriota Miralles Darmanin, que ha dado con él una nueva prueba de su talento; *Antes de la procesión,* de Entraygues, y *Estudiantes de antaño,* bonita composición de Amell.

Uno de los mejores cuadros de historia que en el Salón figuran es el del pintor bohemio Brozik, *Jorge de Podiebrad proclamado rey de Bohemia,* lienzo de grandes dimensiones que ha sido ejecutado por encargo de un grupo de patriotas tchecos. Los numerosos personajes de esta composición han sido perfectamente estudiados por el autor, lo propio que los accesorios, resultando de ello un cuadro serio y digno de alabanza bajo todos conceptos.

La epopeya, de Rousset, es un cuadro inmenso que representa al ejército imperial aclamando al emperador; *La mañana del 6 de octubre de 1789 en Versailles,* de Bader, tiene el defecto de que las figuras de Luis XVI, María Antonieta y los príncipes no se parecen á los retratos que estamos acostumbrados á ver de ellos; pero aparte de esto, el cuadro produce buena impresión; *En los Trianons,* de Mesnaguer, es un encantador capricho del siglo XVIII; *La retirada,* de Faber du Four, es de pequeñas dimensiones, pero está pintado vigorosamente; *La octava Olimpiada,* de Leftwitch-Dodge, pertenece al



Salón de París. 1900. – Los saltimbanquis, cuadro de J. Miralles Darmanin

género de los que tan admirablemente pinta Alma Tadema, aunque de mayor tamaño; *El rapto,* de Jamin, nos transporta á las edades prehistóricas; *Austerlitz,* de Lalanze, está compuesto con habilidad y la multitud de figuras que en él se ven tienen vida y movimiento extraordinarios; *La Tour d'Auvergne, prisionero de los ingleses,* reproduce uno de los más interesantes episodios de la vida de aquel general francés á quien Napoleón nombró primer granadero de la República. Entre los demás cuadros del género histórico merecen citarse *El general Fournier-Sarloveze en el Beresina,* de Fournier Sarloveze; *Napoleón en la isla de Elba,* de Corrodi; *El Vengador,* de Fouqueray; *Una torre en el hospital de Rennes en el siglo* XVIII, y *Romeo y Julieta,* bellísima reproducción del cuadro final de la tragedia de Shakespeare.

Del género religioso y bíblico sobresalen en el Salón un *San Ibo,* de Richemont; *¿Cristo ó Barrabás?,* de Walcott; *Jesús y el niño,* de Joy; *Jesús caminando sobre las olas,* de Mestrallet; *La huída á Egipto,* de A. Buffet; *Raquel y Jacob,* de Jacquot-Defrance, y *Salomé,* de Rouault.



Salón de París. 1900. – La Tour d'Auvergne, prisionero de los ingleses, cuadro de A. F. Le Dru



Salón de París. 1900. – Austerlitz, cuadro de A. Lalanze

En el género de fantasía merecen ser mencionados los siguientes lienzos: *Los últimos rayos,* delicioso grupo de ninfas que se bañan, por P. Chabas; *Tarde de verano,* de Sinibaldi, en el que sobre un bonito paisaje se destacan tres figuras de mujeres envueltas en transparentes ropajes; *La ninfa y el sátiro,* notable estudio de desnudo de Delobre; *Belleza,* encantadora figura de E. Martín; *Las ninfas llorando á Adonis,* de A. Thomas, de gran efecto decorativo; *Thermutis,* de Lupiac, de sólida factura y hermoso colorido, y *Cuento de hadas,* de Mme. Laura Revault-Leroux.

Además de los retratos que al principio hemos citado, son dignos de mención los del *general Roget,* pintado por Cavallier; del *procurador general Octavio Bernard,* por Mlle. Lecomte; de *Mazzantini,* por Diffre; *Cora Laparcerie,* por Víctor Tardieu, y los debidos al pincel de Szanskowski, Cain, P. Thomas, Maxence, Lavery, Comerre, Guillaume, Benner, Lazglo, Cayron, González, Bellerοche, etc.

El paisaje de Pointelin *Valle del Alto Jura* atrae por su sencillez, por su noble carácter, por el profundo sentimiento, característicos de las obras de tan notable maestro: este cuadro es la naturaleza misma, sin convencionalismos y llena de poesía. *El valle del Saona,* de Jan-Monchablon, minuciosamente pintado, no es, á pesar de esta minuciosidad, ni seco ni pueril; es, como ha dicho un crítico, una copia de la naturaleza sin añadirle y sobre todo sin quitarle nada. *En los bosques de Gesse,* de Maury, un pintor poco menos que desconocido, es uno de los mejores paisajes del actual Salón, y está pintado vigorosamente y con gran riqueza de detalles. *El rincón predilecto* constituye una deliciosa nota poética cuya contemplación despierta en el espíritu las dulces emociones de la apacible vida campestre. Jacques-Marie con su *Término de jornada en Montigny-sur-Loing* presenta uno de los mejores paisajes que en la exposición figuran, y Guillemet con su *Torre de la Hougne* nos ofrece uno de los mejores lienzos que su hábil pincel ha producido.

Las secciones de escultura y objetos artísticos contienen pocas obras. En la primera se nota la ausencia de los grandes maestros, á pesar de lo cual no deja de haber algunas muy recomendables. En primer término llaman la atención *La fuente,* de Verlet; la *Caridad universal,* de Madrassi, mezcla de figuras reales, fantásticas y académicas; un *Cristo condenado,* de Desca, que recuerda los calvarios del siglo XVII; una hermosa estatua de *Goya,* de Llaneces; *El vencido,* alto relieve vigorosamente modelado por Mme. Dumontel, y *La meditación,* escultura eminentemente dramática de Mme. Syamour. Merecen también citarse: *El huracán y la hoja,* de Forestier; los bustos de *Chardin,* de Fournier, y de *Daumier,* de Geoffroy; *La primavera,* de Villeneuve; la estatua sepulcral del *Duque de Nemours,* de Campagne; *La Pureza elevándose por encima de los vicios,* de Marquet de Vasselot; *Anfitrite,* escultura policroma de Hugues; *La musa de Haarlem,* de Dubois; *La Inocencia,* de Boucher, y *La salida del picadero,* de Fremiet.

En la sección de objetos artísticos llaman la atención las joyas de Lionel Le Cositeux, de Quenard y de Foy, un magnífico grupo de máscaras de pasta de vidrio de Cros, un bellísimo candelero de marfil de Varenne y algunos cueros de Benedictus. En la de grabados son dignos de mención un aguafuerte de Juan Pablo Laurens; *El papa y el Cristo,* varios grabados en colores de Coppier; las aguas fuertes de Chahine, de Frank Laing; una hermosa vista de *Cantorbery,* de Brunet Debaisnes, y varias re-



Salón de París. 1900. – Antes de la procesión, cuadro de C. B. d'Entraygues



Salón de París. 1900. – Estudiantes de antaño, cuadro de M. Amell

producciones de pinturas notables ejecutadas por Manchon, Douchemin, Bouvenne, L. Flameng y Patricot. En la de dibujos sobresalen un severo cartón de J. P. Laurens, titulado *Juana de Arco; Alrededores de Napoles,* de Scopetta; *Carnot en su lecho de muerte,* de Condamin, y los de Manceau, Beronneau, Colin, Cooper, C. Lefebvre, etc. – X.

LA DESPOSADA DEL POETA

Aquella noche, dijo el poeta á sus amigos, estaba Julia radiante de belleza. Alta, pálida, con la rizada cabellera cayendo en obscuras oleadas sobre su espalda, con una mirada negra y soñadora en la que parecían reflejarse las nostalgias del cielo; con traje blanco, vaporoso como la niebla que flota sobre el lago... De pie junto al piano, en el que apoyaba su brazo derecho, parecía... no, no se parecía á nadie ¡más que á ella misma!

Os aseguro que nunca en mis delirios de amor me había ofrecido la imaginación una mujer tan hermosa como aquella. ¡Parecía el ensueño de un poeta realizado por Dios para su encanto!..

Cantaba el aria sublime en que Desdémona suspira de amor. Su voz, dulce y armoniosa, modulaba mágicamente afectos de pasión; sus notas eran sollozos sin consuelo, ecos de un corazón juvenil que muere enamorado, embriagueces de incógnitos deseos.

Su voz seguía las inspiraciones de su corazón que se inflamaba y, convulsa y agitada, arrancaba de su garganta sonidos que no existían en la tierra.

Aquella noche salí loco, completamente borracho de amor. Poco me había faltado para cogerla de repente y sustraerla á las insistentes miradas de la concurrencia.

Ella encarnaba todos los sueños de mi vida.

¡Era *ella,* sí!

La realidad le había dado, por fin, un nombre y una forma humana.

Juré conquistarla.

***

Es el caso, continuó el poeta, que aquella noche sentí que me desdoblaba en espíritu y materia, que el primero se deslizaba de la segunda para batir á su antojo las poderosas alas que Dios le diera. Pero no creáis por esto que me morí, y me parece que no necesito grandes razones para demostrároslo, á menos que mi poder llegase á tanto como para resucitarme.

Si me pedís explicaciones filosófico-teológicas no sabré darlas; porque ignoro cómo pasó fenómeno tan raro. Lo cierto es que mi yo, en contra de la opinión de los filósofos, se dividió, y que *yo* espiritual, intangible, *me* contemplaba fuera de mí, *me* veía sobre la cama como si fuera otra persona distinta.

Esto sólo fué durante los primeros momentos que siguieron á la separación de alma y cuerpo; sin duda por el tiempo que vivieron juntos ambos enemigos, se tenían algún cariño y se contemplaron ya separados aquel breve instante.

Pero después tiraron cada cual por su lado, y *yo me* perdí de vista y no volví á verme más que cuando me miraba á un espejo.

Aquella mañana me levanté sin alma.

La bella imagen de Julia seguía atormentándome; pero consideré necesario buscar antes mi alma para ofrecérsela por completo á la encarnación de mis idealidades.

Todo fué en vano. Mi alma no parecía.

Yo no podía vivir más tiempo sin la posesión de Julia, y pensé que su amor infundiría en mi cuerpo alma más hermosa que la que antes alojara.

Principió el sitio; la plaza fué rindiéndose hasta que por completo se entregó.

¡Qué delicadezas descubría en Julia á cada entrevista!.. ¡Qué raudal de ternura! ¡Cada vez se abrían ante mí nuevos horizontes, hallaba nuevas virtudes y nuevos encantos!

Parecíame mentira que el destino me reservase tanta felicidad.

Por fin llegó el ansiado día en que el amor, santificado por el amor mismo, recibió la sanción del cielo.

¡Si vierais qué pálida, pero qué hermosa estaba, con el blanco traje, con el velo y la corona de azahar!..

***

– Nunca ya me separaré de ti mientras tu cuerpo viva. Seré la compañera que llorará si lloras y que reirá si ríes. Yo te levantaré de vez en cuando sobre la miseria humana y te llevaré por las regiones de la virtud; yo llenaré tu pecho de ansias infinitas, y si tú me ayudas te llevaré adonde todo es luz, todo armonía!..



Salón de París. 1900. – Entre comadres, cuadro de Mlle. M. Garay

– ¡Oh, bendita seas!, dije queriendo estrechar á la que tanta dicha me brindaba. Pero ¡ay, amigos míos!, dijo el poeta sollozando, mis brazos se extendieron en el vacío, mi vista se perdió en la obscuridad.. ¡Julia, la encarnación de mis sueños, no estaba allí!..

– ¿Cómo?, exclamaron casi á un tiempo mismo los amigos del poeta.

– Julia... ¡era mi alma, que penetraba otra vez en su cárcel de barro!..

Juan Toral.

GUERRA ANGLO-BOER

Escaso interés ofrecen las noticias del teatro de la guerra, pues todas pueden reducirse á una, á saber: que los ingleses avanzan rápidamente en su movimiento hacia Pretoria y que los boers se van retirando en todas partes sin oponer apenas resistencia á las enormes fuerzas contra ellos enviadas por lord Roberts. El ejército inglés pasó el Rhenoster, y el día 24 de mayo, cumpleaños de la reina Victoria, la vanguardia cruzó el Vaal, penetrando en el Estado transvaalense.



Salón de París. 1900. – Romeo y Julieta, cuadro de Mme. A. Oppenheim

En el momento en que escribimos esta crónica se encuentran los ingleses á pocos kilómetros de Johannesburgo, en donde habrán entrado seguramente cuando el presente número llegue á manos de nuestros lectores, pues ya se anuncia que los boers desisten de defende aquella capital.

Es verdaderamente extraño lo que en esta fase de la guerra, probablemente la última, ocurre. Ni los más optimistas partidarios de los ingleses pudieron suponer nunca que, después de lo que hicieron en un principio los boers, resultaran tan fáciles como han sido las operaciones últimas de lord Roberts. Esto hace creer que hay entre los burghers graves disentimientos y que aumenta entre ellos el número de los que, en vista de la marcha de los sucesos, desean la paz, cualesquiera que sean las condiciones en que se la impongan los ingleses. Según un corresponsal del *Daily Mail*, el presidente Kruger no se muestra ya tan contrario á la terminación de la lucha; en cambio el presidente Steijn y el Secretario de Estado del Transvaal Mr. Reitz desean proseguirla á todo trance.



GUERRA ANGLO-BOER. – Prisioneros boers en el tren que los condujo á la ciudad del Cabo (de fotografía)

Actualmente toda la atención se fija en lo que harán los boers en Pretoria. Los que mejor les conocen y tienen noticias de sus propósitos no creen que den una gran batalla, sino que opondrán una resistencia calculada de manera que pierdan el menor número posible de combatientes y obliguen á los ingleses á ocupar militarmente el territorio de las repúblicas sudafricanas desde el Orange hasta el Limpopo.

Otra de las cosas que preocupan especialmente á los ingleses es la cuestión de las minas, pues aunque Kruger y los generales Meyer y Botha se oponen á la destrucción de éstas, se teme que la opinión pública, que la desea, acabe por imponerse al gobierno.

En cambio, ningún interés ofrece el cálculo de lo que sucederá una vez terminada la guerra, sabiéndose como se sabe desde hace tiempo que el Orange y el Transvaal pasarán desde luego á la categoría de territorios anexionados á Inglaterra.

«No es posible dejar á los boers ni la más pequeña sombra de independencia,» ha dicho lord Salisbury recientemente en un discurso pronunciado en la Asociación Conservadora de la City.

De todos modos, no podrá decirse que no le haya costado cara á la Gran Bretaña esta victoria, pues aparte de las sumas enormes que ha tenido que gastar, las bajas que ha sufrido su ejército ascendían en 19 de mayo á 20.614, sin contar los enfermos y los heridos que en la actualidad hay en los hospitales del Africa del Sur. – A.

CAROLINAS ORIENTALES

[illegible] PONAPÉ. – RANCHERÍAS DE AGUAK Y DE KAMAR

Fotografías de M. Arias y Rodríguez.

No es nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez hombre aficionado á



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldados ingleses buscando armas y municiones que suponían escondidas por los orangistas que se presentaron á lord Roberts al ocupar el ejército de éste el Estado libre de Orange, dibujo de J. Barnard Davis



Ranchería de Kamak, sitio que ocupa la casa habitada por el primero y el segundo jefes de la ranchería



Ranchería de Aguak. Misión de PP. Capuchinos. Pan-alan (desembarcadero) y casa misión que a la vez sirve de escuela



Regreso de una cacería á la ranchería de Kamak



Paisaje de la ranchería de Kamak

perder el tiempo; así es que llevado de su afición á dar pasto á su espíritu observador y deseoso de aumentar la notable y rica colección de sus interesantes fotografías, aprovechó los días que transcurrieron desde la llegada del *Uranus* y del *General Alava* á la rada de Ponapé hasta la de los barcos alemanes que conducían á los comisionados á quienes debían los nuestros hacer entrega de las Carolinas, para rea-



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. – Calle principal del pueblo de Aguak

lizar algunas excursiones al interior de aquella isla tan pintoresca como poco conocida.

Resultado de dos de estas expediciones son las fotografías que en el presente número publicamos, referentes á las rancherías de Aguak y de Kamar.

Aguak es un pueblecito en extremo pintoresco formado por varias casitas de materiales ligeros y bastante diseminadas, cercadas por varias trincheras aspilleradas que con piedras sobrepuestas había construído pocos meses antes el destacamento de infantería de marina español que intervino en la sangrienta lucha entre kanakas cristianos y protestantes, entre los cuales existe gran animosidad.

En el segundo grabado de la página 368 se ve en primer término el desembarcadero (pantalán) ó pequeño muelle formado con piedras colocadas del mejor modo posible, y á la derecha la casa conventual ó casa misión de los frailes capuchinos que allí residen inculcando la religión católica á los carolinos de aquella parte de la isla, y de quienes recibió el Sr. Arias grandes atenciones. Dicha casa misión, de pobre aspecto, así exterior como interiormente, consta de una gran habitación destinada á escuela de primeras letras para niños kanakas: largas mesas y bancos rodean la estancia, cuyas paredes de tosca tablazón están cubiertas de carteles con gruesas letras y de mapas geográficos. Una parte muy reducida de la casa sirve de vivienda á los capuchinos, que por celdas tienen cuartitos microscópicos en donde no cogería una cama, mueble que por otra parte no necesitan, puesto que aquellos religiosos duermen en el suelo. Detrás de esta casa se levanta una reducida capilla de madera con techumbre de hierro, que hace las veces de iglesia parroquial y que en parte se ve en el grabado.

A la izquierda de éste hay un barranco que se pasa por medio de unos troncos sin desbastar y sin pasamanos; así son los demás puentecillos tendidos sobre los varios torrentes que atraviesan la ranchería y aun algunos de éstos carecen de tales pasaderas, teniendo simplemente en ambas márgenes una especie de toscas escaleras hechas con piedras mal colocadas. Pasado aquel puente se encuentra una casa kanaka, construída sin duda bajo la dirección y según las indicaciones de los capuchinos, puesto que por todos conceptos ofrece algunas mayores comodidades que las que generalmente habitan aquellos carolinos.

De lo que es la ranchería de Aguak da también perfecta idea el grabado que aparece en esta página y que representa la calle principal del mal llamado pueblo. Este se halla separado del monte por un verdadero bosque de palmeras de coco, de las cuales no se cuidan los kanakas más que para recoger el fruto que se produce durante todo el año.

Los otros grabados que publicamos se refieren á la excursión que, como antes hemos dicho, verificó el Sr. Arias á la ranchería de Kamar, invitado por el segundo comandante del *General Alava* D. Angel Pardo. El jefe de la ranchería, á la que llegaron remontando el río Ponapé cuyas orillas son en extremo pintorescas, recibió con grandes demostraciones de satisfacción á los expedicionarios, quienes inmediatamente se internaron por el bosque en busca de caza que abunda allí de un modo extraordinario, consistiendo principalmente en palomas tórtolas y pequeños loros.

Las casas de los carolinos del interior de Ponapé son todas de una sola planta, no constan más que de una pieza y están construídas sobre un gran macizo de cantos rodados y á un metro de elevación sobre el nivel del suelo. Las paredes son de delgadas ramas casi rectas y despojadas de sus hojas que forman como un tejido y están sujetas á unos pies derechos: la techumbre es de hojas de cocotero sobrepuestas y colocadas en hilera á manera de tejado. En el interior no hay más que unos palos al alcance de la mano que se cruzan en la parte más estrecha de la choza y de los cuales cuelgan la poca ropa que sus habitantes poseen, la indispensable escopeta (rifle ó Remington), varias botellas vacías y algunas con el clásico aceite de pescado coloreado de amarillo, y una especie de capachos con los tubérculos ya asados que les han correspondido y que les sirven de alimento, entre los cuales descuella la *rima*, fruto del árbol del pan.



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Ponapé. - Mujer kanaka taraceada

Aquellos carolinos comen además pescado asado ó crudo y raras veces aves ó cerdos, aunque abundan allí unos y otros: el manjar predilecto en ciertas ocasiones, pues anda muy escaso, es la carne de perro asada.

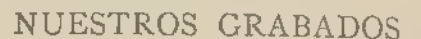
En el centro de aquella pieza, sin más enseres que alguna caja vacía y algún rollo de esterilla, hay un cuadrilongo de piedras, especie de hogar que sirve para encender leña y calentarse.

Cada ranchería tiene un cobertizo al que pomposamente denominan «casa de piedra:» el piso está formado con piedras que diariamente se caldean encendiendo sobre ellas ramas de arbustos. Cuando éstas están convertidas en brasas, se separan las piedras, se colocan encima de éstas tubérculos y *rimas* en gran cantidad, que se cubren luego con las brasas y se dejan hasta que están bien asados. Todos los individuos de la ranchería van después con sus capachos á recoger la parte que les corresponde, según la familia que tienen, sin que se produzca la menor disputa, pues cada uno toma sin replicar lo que le da el encargado del reparto.

La ranchería de Kamar depende del rey de Not y sus habitantes son cristianos, habiendo sostenido hace poco una guerra con los protestantes que dependen del rey de Metalanín.

El primer grabado de la página 368 reproduce la casa que habitan los jefes primero y segundo de la ranchería: hállase situada la choza en un terreno muy pedregoso como todos los de Ponapé, en un pequeño declive y junto á un arroyuelo, y en ella se ven algunas sillas y varios muebles adquiridos en la colonia y procedentes de Manila, que constituyen en aquellos sitios un verdadero lujo. Los individuos que figuran en este grabado son: el kanaka que está apoyado en la choza, el *Chuli Kamar*, segundo jefe de la ranchería; la mujer sentada cerca de éste, hija del *Leven Not*, primer jefe de la ranchería de Not y casada con el *Leven Kamar*, primer jefe de la ranchería de Kamar, y los demás kanakas que aparecen en el fondo, hermanos ó hijos del viejo *Chuli Kamar*. Los que se ven en el primer grabado de la página 369 son: el kanaka que está de pie, á la izquierda, con la escopeta al hombro, Choncas, primer jefe ó *Leven Kamar* de la ranchería; el que se ve á su lado, apoyado en el árbol, nuestro corresponsal; el que aparece sentado en la *vinta* (piragua), D. Angel Pardo, segundo comandante del *General Alava*, y el que está en cuclillas en la misma vinta, el *Chuli Kamar*.

Respecto de la mujer kanaka taraceada que publicamos en esta página nada hemos de añadir á lo que dijimos en el número 959 al hablar de las costumbres de los carolinos. – A.



NUESTROS GRABADOS

La primavera, cuadro de T. Lobrichon. – De todas las estaciones del año, la que mejor se presta á la inspiración de poetas y pintores es indudablemente la primavera ¿Á qué describir las bellezas con que durante ella la naturaleza se engalana? ¿Quién no siente el alma regocijada por el poético espectáculo de este despertar de cuanto en la tierra vive y alienta? El autor del cuadro que reproducimos ha sabido sentir esas bellezas y ese espectáculo y expresar unas y otro de una manera encantadora, por medio de una composición en que tan admirablemente se combinan la luz, las flores y ese ejército de geniecillos que parecen entonar un himno á la que con razón ha denominado un poeta juventud del año.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – En el Salón Parés se ha inaugurado una nueva exposición de obras del notabilísimo pintor catalán D. Ramón Casas. Figuran en ella los originales que han servido para la ilustración del semanario *Pel y Ploma*, una serie cronológica de cuadros al óleo de distintos géneros, varios retratos y multitud de dibujos. En todas estas obras se admira una vez más el genio del tan justamente renombrado artista que ocupa uno de los primeros puestos en la pintura moderna.

***

Teatros.—*Madrid.* – En la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *El pregonero de Riosa*, zarzuela en un acto, letra de Sr. Moreno Gil y música de los maestros Taboada y Fernández de la Puente.

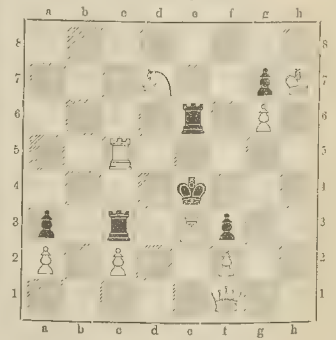
Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Lo secret d' un testament*, bonita comedia en un acto de D. J. de Argila. En Novedades y en el Eldorado han inaugurado sus representaciones las dos excelentes compañías que dirigen D. Emilio Thuillier y D.ª María Alvarez Tubau de Palencia. En el teatro Lírico se han dado varios interesantes conciertos: en dos de ellos ha demostrado nuevamente el joven violinista Sr. Manen su completo dominio del violín ejecutando de un modo acabado varias difíciles composiciones de Beethoven, Tartini, Paganini, Bach, Bruch, Schubert, Ernt y Sarasate, y ha demostrado además ser un excelente é inspirado compositor; en otro, el notable pianista Sr. Estradé obtuvo un éxito completo en la ejecución de escogidas y dificilísimas piezas de Beethoven, Paderewsky, Listz, Saint-Saens, Wagner, Oscar de la Cinna y Beriot. Y finalmente, el celebrado maestro Sr. Crickboom alcanzó una serie de entusiastas ovaciones dirigiendo una orquesta de 85 profesores que ejecutó admirablemente la séptima sinfonía y la obertura de *Egmont*, de Beethoven; el *Poema lírico*, de Glazounow; la *Entrada de los dioses en el Walhalla* y fragmentos del *Parsifal* y del *Rheingold*, de Wagner, y la *Danza macabra*, de Saint-Saens.



AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 196, POR F. SCHINDLER

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 195, POR J. BERGER.

Blancas.	Negras.
1. Ah6–f4	1. Aa8–b7, c6, d5, e4.
2. Af4–b8, c7, d6, e5	2. Cualquiera.
3. Aa7, b6, c5, d4	3. Id.
4. A mate.	

VARIANTES

1.... Tg3–f3, d3, c3; 2. P toma T, etc.
1.... Tg3–h3; 2. Af4 e5, d6, etc.
1.... h4–h3; 2. A toma T, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)



... y de él pendía un racimo de seres humanos

La estación era deliciosa; el mar había estado en calma y la navegación había sido feliz.

En todas partes surgían del agua islas verdosas. Con los gemelos se divisaban distintamente á lo lejos las costas de Francia.

A cada instante se encontraba algún vapor, buque de vela ó barca de pesca.

El *Prins-Hendrick* acababa de doblar la isla de Batz.

– ¿Llegaremos mañana temprano, capitán?, preguntó el Sr. de Saint-Hyrieix.

– Entraremos en la rada de Brest á eso de las ocho; y sin duda hubiéramos llegado tres horas más pronto si la niebla que se levanta no nos obligase á disminuir la marcha.

– Sí; porque con la multitud de buques que encontramos sería de temer alguna embestida.

– Yendo con prudencia, nada hay que temer. Se han tomado todas las precauciones para que puedan dormir tranquilamente la última noche que pasan á bordo los pasajeros que voy á tener el sentimiento de dejar en Brest.

Así tranquilizados por el capitán del buque y en vista de que se hacía tarde, cada cual se retiró á su camarote.

El *Prins-Hendrick,* á pesar del velo espeso que empezaba á envolverle, hacía gallardamente sus doce millas por hora.

El vapor llevaba en su palo de mesana una potente luz blanca, cuya irradiación uniforme y no interrumpida era visible á una distancia de más de cinco millas.

Una enorme luz verde brillaba á estribor y otra roja á babor.

Además, con gran detrimento del oído de los pasajeros y constante interrupción de su sueño, un silbido del vapor, estridente é interminable, rasgaba el aire cada cinco minutos, con toda regularidad, conforme á las prescripciones legales del Código marítimo.

El oficial de guardía estaba en su puesto, procurando escudriñar con su vista experimentada las profundidades de la neblina.

En cubierta no había nadie más que los tripulantes de servicio y Roberto d'Alboize.

El joven capitán de estado mayor fumaba un cigarro, paseándose de popa á proa y de babor á estribor con paso desordenado y febril.

De vez en cuando se detenía bruscamente; después, sin hacer caso de la humedad glacial que se desprendía de la niebla en medio de la cual se agitaba, se apoyaba de codos en la borda y permanecía largo rato asomado al piélago tranquilo, inmóvil como una estatua. De pronto, aquella inmovilidad era interrumpida por algún gesto de desesperación.

– ¿Qué demonios tiene ese en el cuerpo?, pensaba el viejo timonel que le estaba observando. ¿Por qué, en vez de ir á acostarse tranquilamente como los demás viajeros, se está revolviendo en cubierta como un pajel en agua hirviendo?

Pero transcurrían las horas sin que el joven pareciese dispuesto á dar satisfacción á la curiosidad del viejo marinero.

De pronto, un silbido de mando, terrible, espantoso, desgarró el silencio de la noche.

– ¡Vira á babor!, gritaba el oficial de guardia.

Un chorro de vapor invadió la cubierta con una nube blanca que parecía luchar contra la nube amarilla de la niebla.

Y los silbidos resonaron presurosos, anhelantes...

Luego los gritos, los reniegos de los tripulantes, y un inmenso, un espantoso clamoreo de pasajeros que se levantaban sobresaltados, llenos de espanto, locos de terror.

A veinte metros, á diez metros, á cinco metros, aparecía en la obscuridad de la noche, enorme, monstruosa, negra, una masa colosal, que á todo vapor avanzaba como una locomotora, como una bala, contra el *Prins-Hendrik*...

Ya ni tiempo quedaba para gritar.

¡Era la muerte segura, inmediata!

¡Un choque, un crujido, un desquiciamiento espantoso!

El buque pasó.

Hubo un ruido de cuerdas rotas, de maderos astillados, un enrevesamiento de aparejos que un golpe seco rompió bruscamente.

¡Y nada más!

¡El vapor estaba partido! Y el asesino huía en las sombras de la noche, silencioso, aterrado por los cadáveres que allí dejaba...

– ¡Es un buque inglés!, tuvo tiempo de decir el viejo timonel.

La proa del vapor ya se hundía.

¡Cinco minutos!..

Entonces, á la luz de los faroles de á bordo, rápidamente encendidos en todas partes, aparecieron grupos de seres humanos suspendidos en los aparejos, encaramados en los mástiles, agarrados á los despojos, en tanto que la proa se hundía cada vez más en el mar, cuyas aguas cabrilleaban suavemente, como meciéndolos para sumirlos en el sueño de la muerte.

Luego, un gran torbellino. El agua formó un vasto embudo, una especie de copa gigantesca, y todo se sumergió.

Un sollozo atroz escapóse de doscientos pechos, un suspiro de dolor, un grito de desesperación..., ¡uno solo!..

¡Después, nada!

El mar continuaba ondulando suavemente, invadiendo á su vez la popa del vapor, atrayendo lo restante de su presa.

El capitán había ordenado:

– ¡Botes á la mar!

Y la obediencia está tan arraigada en el corazón del marino, que los supervivientes ejecutaron la orden sin aturrullarse, casi con frialdad, sin dejar de comprender que el resto del buque se acercaba al inevitable y rápido hundimiento.

El capitán tenía esa mirada altiva y resignada del marino en el zafarrancho de combate.

¡Iba á morir! Sí, pero antes procuraría salvar al mayor número de las personas de quienes respondía.

Estaba pálido, pero impasible.

Sin embargo, el espectáculo era horroroso.

Para los pasajeros de proa no había habido más que el pánico de la muerte, fatal, inexorable, pero casi inmediata.

Los de popa tenían tiempo de sufrir la agonía.

El instinto de la conservación les reservaba todos los terrores de la muerte que se ve venir.

Los despojos del buque se hundían lentamente, como si el Océano, harto ya, quisiera darse un momento de reposo antes de tragarse el resto.

Y en la obscuridad, hendida por el resplandor siniesto de algunas antorchas, las mujeres, medio desnudas, corrían alocadas, tropezando, llorando, suplicando, pidiendo la salvación...

Los hombres se convertían en fieras, luchando por la vida, que querían de buen grado ó á la fuerza.

Se empujaban, se batían á puñetazos y á coces.

Se agarraban unos á otros, se mordían para pasar los primeros, estrujando á las mujeres y á los niños para llegar á la embarcación, para salvarse.

Desde la borda se arrojaban al mar, se agarraban al bote y se subían á él gritando como locos:

– ¡Sálvese el que pueda!

De pronto el bote zozobró, cargado con exceso de un lado.

Hubo una nueva lucha por ver quién se agarraría á la embarcación volcada; lucha horrible.

Al mismo tiempo, lo que aún flotaba del *Prins-Hendrik* giró rápidamente sobre sí mismo como un trompo.

Otro inmenso torbellino como con la proa.

Luego un horrible y formidable gluglú.

El segundo acto del drama apenas había durado diez minutos.

Algunos despojos flotaban acá y acullá; algunas cabezas de nadadores que aún luchaban desesperadamente: esto era lo único que indicaba el siniestro.

Luego, cadáveres sacudidos por las olas...

Pero en el instante supremo pudo verse una forma humana, envuelta en una blanca vestidura, de pie contra uno de los restos del buque destrozado, sonriendo á la muerte próxima, sonriendo á ensueños del alma, sonriendo á las estrellas de oro que centelleaban en el cielo ya despojado de la niebla y que alumbraban con opaca luz el terrible naufragio.

Estaba sola...

Era Carmen.

Perdida en la obscuridad de la noche, no había oído las voces de Saint-Hyrieix, que fué uno de los más prontos en correr hacia el bote, donde creía encontrarla por haberla visto adelantarse.

Envuelta en una amplia bata de cachemira blanca, esperaba impasible, desdeñosa de una lucha inútil, valerosamente resignada.

Sin embargo, en el momento en que creía que todo había concluído, en que el mar, violando su asilo, iba á lamer sus pies descalzos, escapóse de sus labios un nombre, un grito supremo.

Luego cerró los ojos y se abandonó á la muerte.

De pronto dos brazos la cogieron y se sintió enlazada á un hombre.

Entonces el mar los sepultó á los dos.

Pero á pesar de la insensibilidad que la paralizaba, adivinó que los dos brazos que la habían cogido la izaban sobre un despojo y la ataban á él con el largo cordón de su bata.

Luego se sintió flotar sobre las olas, como mecida por un movimiento pausado y tranquilo.

Un impulso vigoroso y uniforme la empujaba.

Comprendió que el brazo de alguno que nadaba detrás de ella dirigía la improvisada embarcación.

Carmen no distinguía el rostro de su salvador.

Sin embargo estaba tranquila, casi risueña.

De pronto, á pesar de su estado inconsciente, sintió un inmenso silbido á sacudidas, semejante á los quejidos del viento en los largos corredores de un viejo castillo.

Luego se sintió nuevamente suspendida fuera del agua, en los brazos que ya la habían levantado, y colocada en una especie de balsa.

El impulso que la dirigía en medio de las olas había cesado.

Abrió los ojos.

Se encontraba en la cubierta de uno de esos pontones de salvamento que el ramo de ingenieros marítimos coloca á cierta distancia de los grandes puertos.

El cielo y el mar la rodeaban todavía.

Era aún de noche.

Entonces Carmen pronunció el mismo nombre que se le había escapado de los labios á bordo del vapor náufrago; y lo pronunció esta vez con un acento de ternura y de gratitud infinitas.

– ¡Roberto!..

Dos labios le contestaron.

Y allí, sobre aquel frágil asilo, mecidos aún por las olas, perdidos en medio del Océano, sin saber si

la muerte había abandonado realmente su doble presa, sus corazones se unieron y se entregaron en un primer y supremo beso.

III

EL CASAMIENTO DE UN BRETÓN

La condesa de Kerlor, que llevaba el apellido de Penhoet, pertenecía á una de esas familias bretonas que son como un producto especial de esa tierra de granito, batida incesantemente por las olas.

Los rasgos de su fisonomía guardaban una rigidez que hacía pensar involuntariamente en la de las rocas en medio de las cuales había nacido, allá en la costa de Finisterre, á unas cuantas leguas de Brest.

Sus ojos, de un color verde sombrío, parecían reflejar, como un espejo, las aguas del Océano que habían contemplado desde la infancia. Como ellas, cuando en el alma de la condesa estallaba alguna tempestad, sus ojos adquirían un siniestro color obscuro que dejaba presentir que su cólera arrollaría, como el mar enfurecido, todo obstáculo que se opusiese á su voluntad.

Todos los Penhoet habían sido marinos; casi todos habían muerto en el mar. Apenas conocían á los varones en el pueblecito en que se alzaba la casa solariega de la familia.

No desembarcaban más que para casarse, á fin de perpetuar su linaje; luego volvían á arrostrar las tempestades, obedeciendo á la misión para la cual parecía haberlos criado Dios.

El último de los Penhoet, padre de la condesa, murió después de la expedición de Méjico, en 1838, de resultas de una herida recibida en el sitio de Veracruz.

Su hija tenía entonces dieciocho años.

Se casó, según los deseos manifestados por su padre, con el conde de Kerlor, oriundo de una antigua familia española de Méjico; unión que no dejó de ser muy feliz, á pesar del carácter violento de ambos esposos. El conde murió en 1860, dejando á su viuda dos hijos de corta edad: Jorge y Carmen.

Con la vejez, el carácter de la condesa se había modificado poco. No disfrutando más que de una fortuna mediana, aunque suficiente para educar á sus hijos con todo el decoro correspondiente á su rango, se había retirado, á raíz de su viudez, en el castillo de Penhoet, y únicamente iba á París á pasar dos ó tres meses de invierno, á fin de no perder de vista las altas relaciones que en su día pensaba utilizar en favor de sus hijos.

En esto, la señora de Kerlor recibió de Méjico una triste noticia.

Contaminada de la fiebre de especulación que entonces devoraba á Europa y se había extendido hasta el Nuevo Mundo, seducida por el ejemplo de amigos temerarios, la condesa, gran parte de cuyas propiedades se hallaban en el mismo campo de batalla de los hombres de negocios, había olvidado su prudencia habitual y se había dejado arrastrar á su vez por el torbellino.

De pronto supo que los acontecimientos habían burlado sus esperanzas, y que sus intereses de ultramar se hallaban más que comprometidos.

Sólo un medio había para salvarlo todo: la presencia de un hombre hábil, experimentado y bastante enérgico para arrebatar á las aves de rapiña que se habían echado sobre los dominios de la viuda la fortuna que ya creían tener en sus garras.

Jorge de Kerlor tenía entonces veintiún años.

Después de haber hecho brillantes estudios en el Liceo de Enrique IV, acababa de salir con uno de los primeros números de la Escuela politécnica. Pero considerándose bastante rico para poder satisfacer sus gustos, y creyendo utilizar mejor su vida no aceptando ningún cargo administrativo, había presentado la dimisión de ingeniero y vivía al lado de su madre.

Los estudios científicos habían impreso en su espíritu, naturalmente recto y un poco rígido, ese carácter de lógica inflexible propio de los matemáticos que, aplicando sus ecuaciones á las cosas de la vida, olvidan con demasiada frecuencia el factor «pasión,» que cambia todos los términos del problema.

Sin embargo, la sangre hispano-americana que aún corría por las venas de Jorge, mezclada con la de los Penhoet, daba á sus rebeldías, en presencia de una contradicción ó de un error, un carácter de exaltación que á veces era terrible.

Ni su misma madre hubiera podido quebrantar entonces una resolución por él tomada, después de haberla juzgado justa en su fuero interno.

Cuando la señora de Kerlor lo hubo puesto al corriente del estado de sus negocios en Méjico, Jorge no vaciló.

Lleno de celo y de ardor, no dudando de poder salvar los intereses de la familia, partió.

Durante esta ausencia, prolongada por las dificultades de toda especie con que tuvo que luchar, fué cuando Jorge recibió de su madre la noticia del noviaje de su hermana.

Al mismo tiempo, la condesa llamaba á su hijo.

Acababa de estar enferma y quería abrazarlo á toda costa.

Gracias á su energía y á su habilidad, Jorge recuperó los bienes comprometidos y vendió en buenas condiciones todas aquellas propiedades lejanas, tan difíciles de administrar.

No les quedaba á los Kerlor la opulencia de sus antepasados, pero sí una fortuna bastante considerable, que, convertida en buenas fincas bretonas, iba á acrecentarse sin duda, merced á la administración vigilante y entendida de la vieja condesa.

Jorge volvía, pues, doblemente contento de su largo y penoso destierro.

Hacía próximamente año y medio que no había visto á su familia, y se le ensanchaba el corazón á la idea de que iba por fin á abrazar á su madre y á su querida hermana.

¡Casada! ¡Carmen!.. ¿Era posible?

El viajero la había dejado aún niña, é iba á encontrarla mujer, pronto madre tal vez.

Porque en una carta que Jorge encontró en Saint-Nazaire, al desembarcar, su madre le anunciaba que los esposos Saint-Hyrieix habían de llegar de su larga peregrinación, casi al mismo tiempo que él de la suya, y que toda la familia iba á tener la satisfacción de encontrarse reunida en el castillo de Penhoet.

Tales eran los pensamientos que cruzaban por la mente de Jorge, en tanto que fustigaba al *poney* enganchado al *buggy* que con un criado habían enviado á su encuentro.

La estación del ferrocarril más próxima á Penhoet no distaba menos de dos leguas.

El camino costeaba el mar.

—¿Decías, Pornic, preguntó Jorge al joven *groom* bretón que iba á su lado en el carruaje, que mi hermana y mi cuñado aún no han llegado al castillo?

—No, señor, contestó el muchacho. Pero les esperan de un momento á otro. El parte que los anuncia debe haber llegado á estas horas; porque el tío Malarec, el peatón del telégrafo, necesita mucho tiempo para ir hasta Penhoet, aunque suele encaramarse en la imperial de la diligencia.

—Sí.. quizá..., murmuró Jorge.

Y volvió á preguntar después de un rato de silencio:

—¿De modo que no hay nadie en el castillo con mi madre?..

—Que el señor conde me dispense. Está la señorita Elena, su prima.

—¿Elena? ¿Elena de Penhoet?..

La estupefacción manifestada por Jorge iba sin duda á provocar de su parte una serie de preguntas sobre aquella noticia que tanto parecía sorprenderle, cuando, desde una revuelta de la carretera que dominaba el mar, descubrió bruscamente un grupo compacto de hombres y mujeres que hacían grandes aspavientos, corrían de un lado á otro, muy agitados, y parecían presa de una emoción más viva de la que suelen manifestar los indiferentes é impasibles campesinos bretones.

—¿Qué será?.., dijo Jorge.

Y haciendo acelerar el trote al caballo, alcanzó en breve á uno de los labriegos que se había destacado del grupo y corría á escape hacia el pueblo, situado en el fondo del valle, á cierta distancia de la carretera.

—¡Eh, hermano! ¿Qué ocurre?, preguntóle Jorge á gritos.

—¡Ah, señor conde!, contestó el interpalado recobrando aliento. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—¿Pero qué ocurre?

—Una embestida... esta noche pasada; porque el tiempo era tan bueno, niebla aparte, que no puede ser un naufragio.

—Una embestida... ¿Cerca de aquí?

—No habrá sido muy lejos... La marea, al volver, ha arrojado ya á la playa numerosos vestigios y tres cadáveres. Y como la marea aún sube, se espera que arrojará otros.

—¿Y ningún náufrago vivo? ¿No se ha podido reanimar á ninguno de esos cuerpos humanos?

—Á ninguno, hasta ahora. Los que han parecido, bien muertos están. Pero es seguro que las olas sacarán á otros y se preparan socorros y angarillas, mientras que los muchachos van á reconocer la costa.

—¡Voy á ayudaros!, exclamó Jorge.

Y abandonando las riendas á Pornic, el valeroso joven saltó del carruaje.

—¡Corre al castillo!, dijo al criado. Explica á mi madre la causa de mi retraso. Si espera para abrazarme, me perdonará pensando que salvo tal vez la vida á uno de esos desgraciados... ¡Y sobre todo envía socorros y gente!

Y mientras el *buggy* se alejaba á trote largo, Jorge se acercó al grupo de campesinos.

—¡Vamos, amigos! Soy el conde de Kerlor y vengo á ayudaros. ¡Adelante!

Los campesinos acogieron con entusiasmo la llegada del joven señor. Muchos le conocían de antiguo.

Bajo su dirección, se formaron varios grupos, distribuyéndose la costa, á fin de explorarla palmo á palmo.

La fúnebre tarea duró algunas horas.

Se añadieron cinco cadáveres á los que la marea había arrojado.

Inútiles fueron los cuidados que se les prodigó para devolverles la vida.

Nada de cuanto se recogió dejaba adivinar el nombre del buque perdido.

La noticia del siniestro se había extendido rápidamente y los socorros llegaron pronto y en gran número.

Empezaba á obscurecer.

Toda la población ribereña, escalonada en la costa, la exploraba minuciosamente.

Entre los más trabajadores se distinguía Jorge, más presuroso, más audaz, más emprendedor en sus pesquisas que los pescadores ó marineros más aguerridos.

En su ardor, se había separado, sin darse cuenta, del grupo que dirigía.

Llegó á una especie de muelle natural, formado por una aglomeración de rocas entre el acantilado y el mar.

Hizo un violento esfuerzo y pudo asomarse por encima de aquella punta.

Dirigió la mirada en torno de él.

Las olas, bruscamente detenidas, reventaban en un estrecho canal, enfurecidas por el obstáculo.

Buscar allí algún resto del naufragio era tiempo perdido.

Todo el que se hubiese arriesgado á abordar por aquel paraje, se hubiera estrellado contra las rocas, ó la resaca lo hubiese arrojado una y otra vez contra las rompientes, hasta el aniquilamiento completo.

Sin embargo, Jorge penetró más adelante.

La noche se aproximaba por momentos.

El conde andaba despacio.

De pronto se detuvo.

Entre dos arrecifes, el mar había abierto una especie de pequeño canal abovedado, muy estrecho, de unos cuantos metros de longitud, que iba á parar á un remanso, oculto á la vista por las rocas que lo dominaban.

Para que un objeto cualquiera hubiese penetrado hasta allí, era preciso que una milagrosa casualidad lo hubiera conducido directamente por el estrecho canal al remanso, con rapidez bastante para que la resaca no se lo hubiese vuelto á llevar.

Y esta casualidad había ocurrido sin duda, porque Jorge acababa de detenerse, mudo é inmóvil, ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

En una de las orillas de la pequeña ensenada, yacía un pedazo de orla de bote, en que se leían estas palabras pintadas de blanco: *Prins Hendrik*.

Y bruscamente recordó Jorge haber leído aquel nombre en la carta en que su madre le anunciaba la coincidencia del regreso de su hermana con el suyo.

Era el nombre del vapor en que Carmen y su marido se habían embarcado en Amsterdam para Brest.

¡De modo que aquel buque náufrago era el mismo en que ella venía!

¡Y quizá, entre los cadáveres depositados hacía poco á sus pies por las olas, Jorge iba á reconocer al de su hermana!

Una mortal angustia oprimió su corazón.

Y jadeante de emoción, avanzó.

De pronto se sintió clavado al suelo, y aquel hombre, á quien hasta entonces ningún peligro había emocionado, fué invadido por un espanto que le heló hasta los huesos.

Era ya de noche.

En el cielo brillaban numerosas estrellas, proyectando en las rocas como una tímida claridad.

Materialmente clavado por la violencia del choque entre dos rocas, surgía del agua un trozo de mástil; y de él pendía un racimo de seres humanos, agarrados con manos crispadas por la agonía, amoratados, con los ojos abiertos.

La luna, que acababa de salir, iluminaba de lleno aquel cuadro horrible.

Á su blanquecina luz se destacaban bruscamente las facciones convulsas y las actitudes supremas de los ahogados.

Unos treinta metros separarían á Jorge de los cadáveres, y sin embargo le parecía poder leer en la

cara de cada uno la expresión de su último pensamiento: imprecaciones de rabia, llamamiento rugiente á la vida que se escapaba, desolado quejido de la agonía!

Sintiendo que vacilaba, el conde hizo un esfuerzo sobre sí mismo y tendió la mano para apoyarse en la roca fría y húmeda.

Miraba fijamente aquel horrible espectáculo, esforzándose en cobrar ánimos para acercarse á él

De pronto oyó ruido y parecióle que algo se movía en dirección á los cadáveres.

¿Recobraría la vida alguno de los que parecían muertos?

Jorge lo creyó así de pronto, é iba á precipitarse, cuando examinándolo con más detención, vió salir de entre las rocas un ser horrible.

Al pálido resplandor de la luna, parecía una aparición diabólica, un fantasma monstuoso.

El fantasma se arrastraba por las rocas, como un reptil, sigilosamente.

Jorge, engolfado en remotos recuerdos, se creyó lejos de Francia, lejos de Europa, transportado en presencia de uno de esos espantosos crustáceos de los países tropicales, que en sus cuevas inmundas acumulan provisiones de cadáveres para hartarse en los días de escasez.

Aquel ser incalificable se dirigía á gatas hacia los cadáveres.

Cuando estuvo cerca de ellos, dirigió una mirada en torno suyo para cerciorarse de que estaba solo, y se puso de pie.

La luna le iluminaba de lleno.

Era un hombre.

Jorge, oculto detrás de su peñasco desprendido del acantilado, seguía observando, con el corazón oprimido.

El hombre se acercó á los muertos.

Incorporándose después sobre ellos, les sacudió uno tras otro y les registró la ropa.

Les arrancaba las sortijas de los dedos, las carteras de los bolsillos, y de las orejas de las mujeres los pendientes que brillaban, guardando todo su botín en un talego que colgaba de su cinto.

Terminada su faena, tranquila y metódicamente cogía el cuerpo despojado y lo lanzaba al estrecho canal, de donde las olas, al retirarse, lo empujaban más adentro.

De pronto, en el silencio siniestro de la noche, se oyó un estertor débil, pero de un acento atroz.

Uno de los cadáveres violados se rebelaba.

El hombre entonces levantó el brazo.

Al extremo de aquel brazo, Jorge vió relucir la hoja de su arma.

Y obedeciendo á un impulso instintivo, sin calcular la distancia que los separaba, sacó de su bolsillo un revólver, apuntó al monstruo y apretó el gatillo.

Salió el tiro, repercutido y agrandado por el eco sonoro de la montaña.

El hombre se sacudió como una fiera para cerciorarse de que no estaba herido.

Y sin volver la vista atrás, desapareció rápidamente por entre las rocas.

Jorge se precipitó hacia el cuerpo humano que había lanzado el gemido.

Al mismo tiempo, todos los campesinos acudían á la detonación.

Rodearon al náufrago, sobre cuyo pecho estaba inclinado Jorge, espiando la vida. El corazón latía aún.

Envolvieron al ahogado en mantas de lana.

Entreabrieron sus labios y separaron sus dientes apretados para hacerle tragar un cordial.

Poco á poco disminuía el frío que lo helaba.

Mientras lo incorporaban para colocarlo en unas parihuelas, un campesino designó á Jorge un objeto caído en la arena.

Era una cartera de cuero amarillo con iniciales y cantos de oro.

En su espanto y precipitación, el bandido, que ya la había cogido, la dejó caer.

Jorge miró las iniciales.

Las componían tres letras: F. S. H., con una corona de barón encima.

El conde hizo un movimiento brusco.

F. S. H.

¿No eran las iniciales del marido de su hermana, de aquel cuñado á quien aún no conocía y á quien iba á ver por vez primera en el castillo de Penhoet?

Abrió la cartera. Saltaron dos ó tres tarjetas.

Kerlor fijó febrilmente su mirada en ellas y leyó:

FERMÍN DE SAINT-HYRIEIX

Secretario de embajada

–¡Pronto! ¡Al castillo!.., ordenó con voz ahogada por la emoción á los campesinos que sostenían las parihuelas.

Y echó á andar delante á fin de preparar á su madre para el golpe que iba quizá á recibir.

Corriendo, pensaba.

Sentía vivos deseos de saber si la condesa tenía alguna noticia de Carmen.

Si nada se sabía en el castillo, era de presumir que la infeliz había perecido como tantos otros.

Una vez en el pueblo, Jorge vió un caballo atado á una argolla, delante de una taberna.

Era el del médico, que había acudido rápidamente al tener noticia de la catástrofe. Por desgracia sus cuidados eran ya inútiles.

Kerlor desató al caballo, saltó encima y partió á galope tendido.

Un cuarto de hora después llegaba al castillo de Penhoet.

–¡La señorita Carmen..., la señora de Saint-Hyrieix!.., gritó con voz temblorosa al viejo portero que había acudido á la reja al ver aproximarse un jinete y no salía de su sorpresa al reconocer al señorito, á quien esperaba desde hacía tanto tiempo.

– La se... ñorita está aquí..., con la señora condesa.

En efecto, al ruido del galope del caballo, tres mujeres habían acudido al rellano de la escalera exterior.

–¡Madre!.., ¡hermana mía!.., exclamó Jorge precipitándose en sus brazos.

–¡Sí!.., tu hermana, salvada por un milagro de Dios, dijo la señora de Kerlor. Pero su marido..., ¿sabes algo de él?

–¡Se ha salvado! ¡Le he salvado yo! Detrás viene.

–¿Aquí?

–Sí. Está sano y salvo.

–¡Sano y salvo!, repitió Carmen.

Su voz tenía una sonoridad extraña. Detúvose un segundo, y luego, bruscamente, como si hubiese querido apartar su espíritu de un pensamiento súbito que acababa de cruzar por su mente, cambió de tono, y volviéndose á la tercera persona, muda espectatriz de aquella alegría, dijo:

–Me olvidaba de presentarte á tu prima Elena de Penhoet, de quien tantas veces me has oído hablar. Elena, mi hermano, tu primo Jorge.

–¡Prima!, dijo el conde inclinándose y estrechando afectuosamente la mano que Elena le tendía.

–Sí, comprendo tu sorpresa, añadió la madre. Ya te lo contaremos todo. ¡Ah, tenemos tanto de que hablar, hijos míos, después de tan larga separación!

–¡Tu marido!, gritó de pronto Elena á su prima.

Todos se precipitaron al encuentro del herido.

La improvisada camilla en que conducían á Saint-Hyrieix llegaba á la puerta del castillo.

Gracias á los asiduos cuidados que le prodigaron, el diplomático no tardó en hallarse completamente fuera de peligro. Y naturalmente, después de haberse enterado de cómo debía la vida á su hermano político, le juró eterna gratitud.

De su milagroso salvamento, Carmen había contado simplemente que las olas empujaron la especie de balsa en que unos pescadores la encontraron sola.

Roberto d'Alboize, en cuanto amaneció, agarróse á un pedazo de madera, resto del naufragio, y á nado ganó la orilla.

Pero digamos de paso quién es esa Elena de Penhoet, cuya presencia en el castillo sorprendió tanto á Jorge.

El padre de Elena, Gerardo de Penhoet, era el hermano menor de la condesa de Kerlor.

Marino, como casi todos los varones de la familia, llegó un día muy preocupado al castillo, después de un largo crucero.

Al cabo de algunos días se decidió á decir lo que parecía pesarle sobre el corazón.

Ello era que se había casado.

Durante los dos años que duró su ausencia, se había enamorado en el Brasil de una mujer hermosísima, con la cual se había unido en matrimonio, en vista de que no podía conquistarla de otra manera.

Calcúlese el efecto que produjo esta noticia en la madre y en la hermana de Gerardo.

¡Una aventurera en la familia! ¿Era posible que un Penhoet hubiese olvidado á tal extremo lo que debía á su nombre?

En presencia de la actitud de los suyos, Gerardo no vaciló.

Era rico. Abandonó el castillo en que había nacido y se había criado, y compró, á unas diez leguas de allí, una propiedad en que se instaló con su mujer.

Los acontecimientos parecieron, al principio, condenar el rigorismo de la familia. La aventurera se portaba como la mejor de las esposas, y un año más tarde, después de haber dado á luz á Elena, era, en concepto de todo el mundo, la más tierna y cuidadosa de las madres.

Hacía unos ocho años que as duraban las cosas, cuando una catástrofe imprevista despertó las maledicencias dormidas, y si hay que dar crédito á las murmuraciones que resultaban de la aventura, vino á justificar los escrúpulos de los padres de Gerardo.

Este mató de un balazo en la cabeza á un compañero de caza en una batida al jabalí. El muerto era un caballero joven, muy conocido en la alta sociedad parisiense, propietario limítrofe de la finca de Gerardo; era, en fin, el duque de Esperac.

Poco tiempo después de aquella desgracia, Gerardo embarcóse de nuevo y murió al cabo de seis meses en Buenos Aires, atacado del cólera.

De esta aventura los enemigos de la joven señora de Penhoet dedujeron que el duque de Esperac era su amante, y que su marido, al matarlo, quiso vengar el ultraje hecho á su honor.

En cuanto á la muerte de Gerardo, decían que no era debida al cólera, como habían afirmado sus compañeros de á bordo, sino al suicidio. El infeliz no había querido sobrevivir á la infamia.

Tal vez á consecuencia de aquellas calumnias y disgustos, la joven condesa de Penhoet murió quince meses después que su marido, dejando sola en el mundo á su hija Elena, que apenas tenía entonces diez años de edad.

Al ocurrir la muerte de su madre, hacía dos años que Elena estaba en el convento de San José, en Rennes, siendo la niña mimada de las maestras, á quienes honraba por la facilidad con que aprendía las cosas y por el notable desarrollo de su inteligencia. Era dulce y tierna de carácter, haciéndose querer de cuantos la trataban.

Los odios, las aversiones, las calumnias acumuladas contra la señora de Penhoet, se estrellaban y se desvanecían ante los ojos azules y francos de su hija.

Una de las colegialas que más la querían, era precisamente Carmen de Kerlor.

Como siempre habían evitado pronunciar delante de ésta ninguna palabra que se refiriese á los Penhoet ó á su historia, la muchacha ignoraba completamente su parentesco con su compañera.

Sólo cuando murió la señora de Penhoet averiguó Carmen, cierto día en que la habían sacado del colegio, parte de la verdad.

Y cuando Elena, que también había pasado algunos días fuera del convento, volvió á él vistiendo luto por su madre, Carmen se echó en brazos de la huérfana diciéndole:

–Eres mi prima, ¿sabes? Nuestros padres estaban reñidos no sé por qué razón. Pero si tú quieres, para recuperar ese afecto perdido, nos amaremos el doble.

–Con todo mi corazón, contestó Elena conmovida hasta el fondo del alma por la espontaneidad de aquella desmostración.

Y desde entonces, entre ambas niñas, y más tarde, entre las dos muchachas, existió una profunda amistad que no se desmintió nunca, un verdadero cariño de hermanas, más bien que de primas.

Un día – Carmen tenía quince años y medio y Elena unos diecisiete – llamaron á esta última al locutorio.

Era el tutor que la ley le había asignado, un notario bondadoso, llamado Allard, que preguntaba por ella y que, después de mil circunloquios, acabó por comunicarle una triste noticia.

Un interminable pleito, entablado á raíz de la muerte del Sr. de Penhoet por sus consocios en una explotación industrial en que había arriesgado toda su fortuna, seguido desde luego contra la viuda y después contra la hija del difunto, acababa de fallarse en definitiva de un modo funesto para los intereses de Elena.

A pesar de los esfuerzos intentados por el señor Allard de jurisdicción en jurisdicción, la huérfana quedaba arruinada.

En adelante, iba á serle preciso trabajar para vivir, y á pesar de ser tan joven, era preciso que pensara en crearse una posición casi inmediatamente.

–¿Y qué vas á hacer?, le preguntó Carmen después que la hubo enterado de su desgracia.

–Tengo mi título de institutriz. El Sr. Allard se ocupa en buscarme una colocación. Ya me ha hablado de una familia rusa, en cuya casa podré entrar para encargarme de la educación de una muchacha.

–¿Y partirás?.. ¡Tan lejos de nosotros! ¡Tan lejos de mí! ¡Oh, no, Elena!

–¿Qué quieres, amiga mía? No hay más remedio.

–¡Pobre Elena!

–No estaba preparada para la lucha que voy á emprender ni para el aislamiento en que voy á encontrarme. Así es que no me resigno sin haber derramado lágrimas. Pero he ido á orar sobre la tumba en que descansan los seres amados que perdí, suplicándoles que bendigan á la pobre huérfana que dejaron sola en el mundo. Segura de su protección, he cobrado ánimo... y ya no lloro... ¿Ves?, ya estoy risueña.

Y ambas jóvenes prorrumpieron en sollozos.

(Continuará)

EL ECLIPSE DEL DÍA 28 DE MAYO DE 1900

Grande ha sido la expectación que el eclipse del día 28 de mayo último ha despertado, no sólo en el mundo de los sabios, sino que también en las gentes más profanas en materias de astronomía. Unos por el afán de realizar estudios y comprobaciones de grandísima importancia para las ciencias astronómica y física, otros por la curiosidad de presenciar un espectáculo que se sale de los límites de lo común, bien puede asegurarse que en la tarde del citado día no quedó en las poblaciones y sitios en donde podía observarse el fenómeno celeste quien no tuviera fijas sus miradas en el firmamento y siguiera las distintas fases del eclipse.

Hubo un tiempo en que los eclipses se consideraron como sucesos inexplicables para la generalidad y que infundían terror en el ánimo del vulgo y aun en el de personas medianamente ilustradas; hoy, en cambio, apenas hay quien ignore en qué consiste un eclipse, quien no sepa que se produce por la interposición de la luna, ese astro opaco y muerto que gira alrededor de nuestro globo, entre el sol y la tierra. Y sabido esto y desde el momento en que el exacto conocimiento de las leyes que presiden en los movimientos del sistema planetario permite anunciar con fijeza absoluta el instante en que el fenómeno ha de realizarse y las condiciones dentro de las cuales se ha de producir, las antiguas supersticiones han cedido el puesto á la curiosidad, y al espanto de otras épocas ha sucedido el deseo de tomar parte, cada cual dentro de su esfera, en tan solemne acontecimiento.

Grande, inmensa es la importancia que para la ciencia tienen los eclipses. Gracias á ellos se han podido confirmar de una manera palmaria las ideas concebidas acerca de la arquitectura del sistema solar y las leyes á que antes nos hemos referido relativas á los movimientos de los astros; gracias á ellos también ha sido posible estudiar la composición química y la constitución física del sol.



Diagrama del eclipse de sol de 28 de mayo de 1900

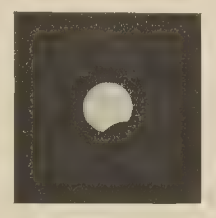
Hasta hace poco, cuando la labor de los astrónomos tenía casi por único objeto el estudio de la astronomía de posición, atendíase en los eclipses principalmente á la determinación de los momentos de los contactos, se trataba de fijar con el mayor rigor los límites reales de la sombra y la extensión de ésta y se buscaban con afán los planetas intramercuriales. Pero desde que en 1860 el espectroscopio y la cámara fotográfica empezaron á dar resultado como instrumentos de investigación astronómica, los trabajos de los observadores durante los eclipses se encaminaron preferentemente al estudio de la composición y constitución del sol, analizando con el uno las capas y envolturas exteriores de éste y sorprendiendo por medio de la otra las formas de su corona.

La observación de esta última ha sido el principal objetivo de los astrónomos en el último eclipse, y por lo tanto nos parece conveniente decir algo sobre ella y sobre la distinta manera como ha sido considerada por los astrónomos antiguos y modernos. La corona únicamente puede observarse desde los puntos en que el eclipse es total y consiste en la luminosidad radiada que se esparce sobre la cromoesfera, estrecha cinta rojiza que rodea á la luna cuando ésta oculta el disco brillante del sol. Los antiguos creyeron que era simplemente un resplandor del sol, una difusión de la luz solar; más tarde supúsose que era un efecto de difracción de los rayos solares al rozar el borde de la luna, porque nadie podía admitir que fuera una manifestación directa de la masa solar, que perteneciera realmente al sol. Y tan arraigada estaba esta creencia, que ni siquiera quedó destruída cuando Maraldi hizo notar en 1724 que la corona no caminaba con la luna ni permanecía centrada con ella, como debía suceder en el caso de que fuera simplemente un efecto de difracción.

Hasta el eclipse de 1851, en el que los astrónomos la examinaron con más detenimiento, no quedó demostrado que la corona pertenecía al sol, hecho que fué plenamente evidenciado durante el eclipse de 1869, por la presencia en el espectro de la luz de la misma de líneas brillantes que no pueden proceder sino de gases incandescentes que no existen en nuestra atmósfera ni en la luna.

Sentado esto, comprendese el interés que la observación de la corona despierta; pues formando parte del sol, el conocimiento de la constitución de este astro no puede ser completo sin el conocimiento de aquélla. Y en esto radica principalmente la importancia de las observaciones de los eclipses totales, ya que hoy por hoy no hay otra ocasión de examinarla y analizarla que cuando durante éstos se hace visible.

Hasta ahora son pocos los datos que se poseen acerca de su estructura, de su constitución física y de los elementos que la componen; de aquí el afán de los astrónomos en el último eclipse de fotografiarla, de tratar de obtener detalles minuciosos de todas sus regiones, de estudiar sus movimientos y de fotografiar su espectro.



Vista del eclipse pocos minutos después del primer contacto (de fotografía de los Sres. Rus y Fernández)

La corona fué fotografiada por vez primera por el español Montserrat en el Desierto de las Palmas (Castellón) y por el inglés Warren de la Rue en Rivadesella (Burgos) en 16 de julio de 1860; en 18 de agosto de 1868 Janssen y Lockyer estudiaron por vez primera el espectro de las protuberancias; en 7 de agosto de 1869 Young vió en el espectro de la corona una raya brillante verde que supone producida por un elemento desconocido en la tierra, al que denominó coronio; en 22 de diciembre de 1870 el propio Young hizo en el espectro nuevos descubrimientos que revelaron directamente la composición química de la cromoesfera; en 29 de julio de 1878 se vió que los cambios de forma de la corona son periódicos y que su período coincide con el de las manchas; en 16 de abril de 1893 Deslandres estudió la región ultraviolada del espectro y el movimiento de rotación de la corona, y en 22 de enero de 1898 se fotografió el espectro de nuevas regiones de la cromoesfera y la corona durante la parcialidad.

En el eclipse del día 28 de mayo último la sombra se inició en el Pacífico al Suroeste del Colorado, al amanecer; atravesó en dirección Noroeste los Estados orientales de América, cruzó el Atlántico, penetró en Portugal, siguió por España y desapareció en las orillas del Nilo al ponerse el sol.

Para estudiar tan interesante fenómeno han venido á España los más célebres astrónomos extranjeros, de quienes nos parece oportuno consignar algunos datos biográficos.

Sir Norman Lockyer, presidente de la comisión inglesa que sentó sus reales en Santa Pola, nació en 17 de mayo de 1837 en Rugby, estudió en Inglaterra y Francia, y después de haber sido agregado al departamento de Guerra, fué profesor de Astronomía física en el Colegio Real de Ciencias de Kensington. Actualmente es director del Observatorio físico solar y profesor físico astronómico del Colegio Real; ha hecho grandes descubrimientos astronómicos y ha escrito importantes obras.

M. Hamy pertenece desde 1884 al Observatorio de París, en cuya representación ha estudiado el eclipse en Elche. Nació en Boulogne-sur-mer en 1861 y estudió en la Universidad de París. Es miembro del Instituto y autor de diferentes trabajos sobre mecánica celeste y astronomía física.

M. Meslin, enviado á Elche también por la Universidad de Montpellier, de la que es profesor, nació en Poitiers en 1862, estudió en la Escuela Politécnica y en la Normal Superior de París; es doctor en Ciencias Físicas desde 1890 y ha publicado notables trabajos é inventado un aparato para la resolución de las ecuaciones.

El conde de la Baume-Pluvinel, que ha observado el eclipse desde Elche comisionado por el ministerio de Instrucción Pública francés, comenzó sus tareas astronómicas en 1882, estudió en Rusia el eclipse total de 1887, en Cayenne el de 1889, en Creta el de 1890 y en el Senegal el de 1893. Se ocupa de trabajos de astronomía en el Observatorio de Meudon dirigido por el célebre astronomo Janssen.

M. Lagarde, que acompaña á M. Hamy, es autor de una importante memoria sobre determinación de las latitudes en América y de otros notables trabajos científicos.

El Dr. Ralph Copeland, presidente de la comisión escocesa que se instaló en Santa Pola, ha hecho notables trabajos sobre el calor de la luna y el aspecto de Júpiter.

M. Bourget, delegado de la Universidad de Tolosa, nació en Clermont Ferrand en 1864, estudió en París y en Tolosa, y en 1898 fué agregado al observatorio de esta última ciudad y nombrado más tarde profesor de conferencias. Desde 1895 se dedica especialmente á la fotografía de las nebulosas y de las aglomeraciones estelares.

M. Lebeuf, delegado de la Universidad de Montpellier, nació en Blaisy en 1859, es profesor desde 1883, ha sido astrónomo en el observatorio de Besanzón. Actualmente es maestro de conferencias de Astronomía en la citada universidad y profesor de la Escuela Superior de Comercio.

M. Carrere nació en Tolosa en 1865, fué nombrado mecánico de aquel Observatorio en 1894 y desde aquella fecha toma parte en todos los trabajos que se efectúan en aquel establecimiento.

Del popular astrónomo Camilo Flammarión nada hemos de decir, por tratarse de una personalidad científica tan universalmente conocida y por haber publicado su semblanza en La Ilustración Artística.

Los astrónomos españoles han estado también brillantemente representados.

La comisión del Observatorio de Madrid estaba presidida por el director del mismo D. Francisco Iñiguez, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad Central, y por el primer astrónomo D. Vicente Ventosa, y se instaló en el cerro del Berrocalillo, á dos kilómetros de Plasencia.

La del Observatorio de San Fernando, que se instaló en Elche, trabajó bajo la dirección del señor don Juan Viniegra, conde de Villamar, sabio astrónomo que se halla al frente de aquel establecimiento.

El Instituto Geográfico y Estadístico comisionó á su ingeniero geógrafo D. Antonio Esteban, que observó el eclipse desde Malagón (Toledo); la dirección de Hidrografía á varios oficiales de marina que se instalaron en Navalmoral de la Mata (Cáceres), y el Instituto Meteorológico al ilustre director de este centro Sr. Arcimis.

El eclipse se verificó en las condiciones previstas por los astrónomos, quienes esperan obtener grandes resultados de las observaciones durante el mismo realizadas.

En Barcelona, donde el eclipse fué parcial, comenzó el contacto á las 3 y 10 minutos de la tarde, avanzando lentamente la sombra de abajo arriba y de derecha á izquierda. La luz del sol se fué amortiguando, presentando un tinte especialísimo y proyectando las hojas de los árboles una sombra rara.

A las 4 y 10 pudo verse el planeta Venus á simple vista; á las 4 y 19 quedaba eclipsada casi toda la superficie del disco solar. La temperatura descendió notablemente, habiendo llegado la diferencia á 13 grados entre el primer contacto y el máximo del eclipse.

Las interesantes fotografías que en esta y en la anterior página publicamos, debidas á los Sres. Rus y Fernández, permitirán á nuestros lectores formarse idea exacta de las principales fases del eclipse observadas desde nuestra capital.

El diagrama que reproducimos en la página anterior es, en nuestro concepto, la explicación más clara que del fenómeno puede darse, así por la sencillez con que éste aparece gráficamente expuesto, como por los datos explicativos que contiene. – M.









EL ECLIPSE DE 28 DE MAYO DE 1900. – DISTINTAS FASES DEL ECLIPSE OBSERVADO EN BARCELONA

(de fotografías de los Sres. Rus y Fernández)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Cantos Nuevos, por *Rafael Ruiz López*. - Pertenece el autor de estas poesías á la nueva escuela, pero no á la de los llamados decadentistas, cuya cualidad principal es el afeminamiento; al contrario, sus composiciones son valientes, varoniles. El Sr. Ruiz López expone con frase enérgica sus ideales y fustiga duramente los vicios que corroen á la sociedad. *Cantos Nuevos*, que lleva un prólogo de J. F. Luján, ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Giró y se vende á una peseta.

* * *

Manual histórico-teórico-práctico del Jubileo con ocasión del Año Santo de 1900, por el *Rdo. P. Alejandro de Santa Teresa*; traducido por el *P. Justo de San José*. - No hemos de encarecer la importancia del Jubileo que debe celebrarse con motivo del presente Año Santo, pues todos los católicos conocen la trascendencia de la solemnidad magna con que la Iglesia cerrará el siglo XIX. A esta importancia corresponde la obra que nos ocupa, ya que contiene todas las noticias que puedan interesar á los fieles y todas las reglas á que deben ajustarse para la preparación y celebración del Jubileo. El Manual ha sido escrito en italiano por el Rdo. P. Alejandro de Santa Teresa, Carmelita descalzo, Lector de Teología y Examinador Apostólico del Clero Romano, traducido al español por el P. Justo de San José, religioso de la misma orden, y editada en Barcelona por D. Juan Gili.



Salón de París. 1900. - Abriendo el surco, cuadro de E. B. Debat Ponsan

* * *

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista semanal barcelonesa; *La Paloma Mensajera*, revista semanal ilustrada barcelonesa, órgano oficial de la Federación Colombófila Española; *Teatro Hispano-Americano*, revista semanal ilustrada madrileña; *Album Hispano Americano*, revista quincenal ilustrada madrileña; *Gente conocida*, revista decenal ilustrada madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *El Museo Taquigráfico*, revista mensual hispano-americana de oratoria y estenografía que se publica en Madrid; *Unión Ibero-Americana*, revista quincenal madrileña; *Avant sempre - Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes; *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de San Salvador.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 11 de junio de 1900 — Núm. 963



EL NIÑO AZUL, célebre cuadro de Gainsborough, perteneciente á la colección del difunto duque de Westminster

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que es el primero de la famosa obra de Lesage «Gil Blas de Santillana,» edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

PABELLONES EXTRANJEROS

Entre los palacios de la calle de las Naciones, el de Italia es quizá el más ricamente artístico y el mejor adornado. El proyecto es obra de los Sres. Salvadoni, Ceppi y Gilodi, que se han inspirado en el estilo veneciano del siglo XV y han coronado el edificio con cinco cúpulas doradas. Todo él recuerda la iglesia monumental de San Marcos, salvo los torreones angulares, cuyos motivos están tomados de la puerta Carta, del palacio de los Dux.

En el interior, la cúpula central, muy elevada y de hermoso efecto, separa dos naves cruzadas, y á la altura del primer piso se desarrolla una serie de galerías á las cuales se sube por una escalera monumental de doble evolución, imitada de la famosa escalera de los Giganti, de Venecia.

En cuanto al decorado, está formulado interiormente por pilastras y columnas de mármol y una bóveda de mosaico sobre fondo de oro; y en el exterior, por motivos de mármol variados, estatuas y escudos de majestuoso efecto.

Nos hallamos en presencia de un monumento completo, bien colocado en su marco y que da una idea elevada y precisa del estilo veneciano en su completo desarrollo.

Italia, cuyos recursos son considerables, ha tenido empeño en figurar en primera línea entre las potencias expositoras. Por un sentimiento de coquetería graciosa, ha reservado poquísimo espacio á las bellas artes, en las cuales no tiene rival, y se ha esforzado en presentarse al mundo como un pueblo industrial, comercial y agrícola, haciendo alarde de los inmensos progresos materiales que ha realizado en poco tiempo.

En la parte oficial de la exposición italiana llama particularmente la atención lo remitido por el ministerio de Agricultura, Industria y Comercio. Allí puede estudiarse en todos sus detalles la excelente organización de las escuelas de artes y oficios y de las escuelas de agricultura. Estas instituciones son numerosas, se hallan bien provistas de material, están dirigidas de una manera inteligente y han formado ya varias generaciones de artífices y de agricultores, que unen á los conocimientos teóricos la ciencia práctica de las cosas, adquirida merced á un trabajo metódico bien encaminado.

Lo mismo puede decirse de la industria forestal. La prueba está en lo que exhibe la escuela superior de Vallombrosa.

El servicio de pesas y medidas expone una curiosa báscula de precisión que pesa los objetos desde un milígramo hasta cincuenta kilogramos.

Además de una gran cantidad de proyectos, planos y dibujos, el ministerio de Obras públicas presenta el modelo del grande y hermoso Palacio de Justicia que se está construyendo en Roma, y una reproducción parcial y curiosa de un ángulo de este edificio, con los mismos materiales que sirven para su construcción en la capital de Italia.

El ministerio de Correos y Telégrafos presenta instalaciones muy interesantes, aunque se dirigen á especialistas.

El ministerio de Hacienda expone tabacos italianos y una máquina de extraer sal marina, que es seguramente el aparato más perfeccionado que hasta el presente se fabricó con tal objeto.

El ministerio de Bellas Artes, como hemos dicho, expone muy poco. Se han traído de los museos nacionales algunas obras maestras del arte pictórico, que bastan sin embargo para colocar á los pintores italianos á la altura de las mejores escuelas. Por falta de espacio no ha podido complacerse á los pintores modernos, cuyas obras más notables habían sido admitidas á concurso después del examen de una comisión artística instalada en Roma. Los amigos del arte sienten que esto haya ocurrido, y acusan menos al gobierno italiano que á la Comisaría general francesa, que por una parte ha escatimado espacio á las obras artísticas y por otra parte ha prodigado terreno á exhibiciones mucho menos interesantes.

Los ministerios de la Guerra y de la Marina se hallan representados en el Campo de Marte por la exposición de los principales astilleros, como los de Ansaldo y Orlando, y la fábrica de acero de Terni, en que construyen las corazas protectoras.

Italia concurre en todos los grupos, á excepción del de Colonias. De modo que ha expuesto material de educación y enseñanza; instrumentos y procedimientos generales de las letras, ciencias y artes; productos agrícolas, principalmente aceites; productos alimenticios de toda clase; hilados y tejidos, en cuyo grupo se hallan dos importantísimas instalaciones colectivas de sederías y tejidos de algodón. Los principales industriales se han reunido para formar una exposición de conjunto que facilita útiles comparaciones. Lo mismo han hecho los fabricantes de papel, y especialmente los de papeles pintados, cuyas muestras son verdaderamente artísticas.

En mobiliario hay preciosidades de un gusto exquisito. Son también notables los productos de la orfebrería moderna y las imitaciones de la antigua, inspiradas en obras romanas y pompeyanas.

Debajo del pabellón se hallan expuestos los vinos italianos. Un alto empleado del ministerio de Agricultura ha sido delegado para la organización de esta exposición especial, cuya importancia es muy considerable. Aquí hay muestras de todos los vinos célebres de Italia: los Chianti, los vinos de mesa de Toscana, los Lacryma Christi, los de Sicilia, los productos de los viñedos del Sr. Trezza di Musella, presidente de la Cámara de Comercio italiana de París.

La Lombardía expone los productos de la sericultura y los diversos procedimientos que emplea para la cría del gusano de seda; sección muy curiosa y admirablemente presentada.

La planta baja del pabellón de Italia contiene las artes industriales, encajes, bordados, cerámica, bronces, vidrios de colores y una magnífica colección de cristales de Venecia. Arriba están las instalaciones oficiales de los ministerios, de que hemos hablado.

Ya que enumeramos los productos expuestos por Italia, permítasenos citar de paso los que tiene en el anejo de Vincennes. La casa Tosi presenta allí sus dinamos eléctricos; las compañías de ferrocarriles del Mediterráneo, del Adriático, de Sicilia y de Cerdeña exponen un hermoso material de tracción y de transportes. La sección de carruajes y automóviles es considerable.

La notable organización de la sección italiana se debe al comisario general Sr. Thomas Villa, autor de diversas obras de derecho penal universalmente conocidas, jefe de la izquierda constitucional y liberal, presidente que fué de la Cámara de Diputados bajo el segundo ministerio Crispi, y ministro del Interior en el gabinete Cairoli.

La exposición de Italia se recomienda por su fuerza, por su riqueza y por su belleza, y hace augurar los triunfos que esperan á esta nación latina en el palenque pacífico abierto á los esfuerzos y á los progresos de los pueblos civilizados.

Al lado del palacio de Italia álzase el pabellón del Imperio Otomano, que ofrece un aspecto muy distinto del anterior y recuerda una de esas magníficas quintas, vastas y elegantes, que se encuentran á lo largo de las orillas del Bósforo. Cautiva este edificio por su arquitectura oriental, feliz combinación de los más interesantes tipos de Constantinopla. En la planta baja se encuentra un café turco al cual se llega por la escalera que desciende de la terraza que se extiende entre este pabellón y el italiano.

Otra nación hermana se presenta dignamente en este Certamen Universal. Nos referimos á Méjico, cuyo pabellón se ha inaugurado hace un par de días.

El pabellón mejicano se halla próximo al palacio de los Ejércitos de mar y tierra. Es la reproducción exacta de un monumento arquitectónico del país.

Se sube á él por una escalinata que conduce á una galería exterior.

Interiormente presenta una sala de grandes dimensiones que rodea una galería elíptica. Aquí se han reunido los diversos productos del país mejicano, tales como hilados, tejidos y estampados de algodón; lana, papel, yute, etc., etc.

Llama la atención una fábrica de tabacos en miniatura, donde se asiste á la confección de cigarrillos.

La sección de Bellas Artes, instalada en hermosas salas de estilo Imperio, es muy importante y honra al mismo tiempo á los artistas mejicanos y á la escuela francesa, puesto que todos los pintores que exponen obras, aunque son de origen mejicano, han estudiado en París.

Merecen citarse los lienzos y acuarelas de los señores Fuster, Issaguirre y Murillo Martínez; las esculturas de Jesús Contreras, y las obras diversas de Ocampo, Cárdenas y Nava.

La sección científica comprende fósiles de Méjico, enviados por el Instituto geológico, un magnífico herbario y muestras de maderas preciosas. Las minas se hallan representadas en el pabellón por una colección de ónices en bruto, elaborados ó montados.

En suma, la exposición mejicana es muy interesante y honra grandemente á nuestros hermanos de América.

El edificio de los Estados Unidos no es un pabellón sino un palacio, un verdadero monumento, el de mayores dimensiones de cuantos en la calle de las Naciones figuran. Consta de un cuerpo cuadrangular en el centro del cual elévase una alta cúpula, cuyas líneas recuerdan las del Panteón, coronada por el águila americana con las alas desplegadas y sosteniendo entre sus garras una banderola en donde se lee: «United States of America.» En la parte anterior del monumento hay una especie de arco de triunfo adornado con columnas corintias y sobre éste una cuadriga que representa á la diosa de la Libertad en el carro del Progreso.

En el mismo plano que las columnas aparece debajo del pórtico una estatua ecuestre de Jorge Wáshington.

En el centro del monumento hay un amplio vestíbulo cubierto por la cúpula, adornado con pinturas históricas y rodeado de balcones que sirven para la circulación de cada piso: á derecha é izquierda del mismo hay varias salas, de las cuales las de la planta baja sirven para las recepciones.

Otras salas del primer piso están destinadas á recepciones más íntimas y corresponden á los diferentes Estados de la Unión.

El palacio ha sido construído por americanos y con materiales americanos. Para la iluminación de este suntuoso edificio se han dispuesto juegos de luces eléctricas que dibujan el contorno y las principales líneas arquitecturales del palacio.

La altura total del monumento desde el muelle es de 51 metros y medio; el diámetro de la cúpula es de 20; la cuadriga que corona el pórtico está situada á una elevación de 23 metros. Estas cifras dan idea de la grandiosidad del palacio de los Estados Unidos.

El pabellón ruso encierra toda clase de productos industriales, agrícolas y artísticos, bien clasificados y expuestos con mucho gusto.

En el fondo de la sala de honor se halla una magnífica reproducción geográfica del mapa de Francia en mármol y piedras preciosas de diferentes colores, regalo del emperador de Rusia al gobierno francés.

En el acto solemne de la apertura del pabellón, el príncipe Ouroussow, embajador de Rusia, manifestó á M. Loubet los sentimientos de cordialidad con que el czar ofrecía este recuerdo á la República francesa.

M. Loubet contestó que tan rico presente sería considerado por la Francia como una nueva manifestación de los lazos que unen á ambos países, y que, después de cerrada la Exposición, este mapa se ría conservado en el museo del Louvre.

Entre las instalaciones rusas más curiosas citaremos las salas del Cáucaso, del ferrocarril transiberiano y de las industrias artísticas.

JUAN B. ENSEÑAT.

FRANCISCO ZMURKO,

CELEBRADO PINTOR POLACO

El notable pintor Francisco Zmurko nació en Lemberg en 1858. Sus padres quisieron que siguiese una carrera científica; mas á pesar de que desde muy niño demostró especiales aptitudes para estos estudios, un viaje que á los diez y ocho años hizo á Cracovia, en donde pudo conocer y admirar las obras del pintor Mateijo, decidió su porvenir haciéndole abrazar la profesión artística. En 1877 fué á estudiar á la Academia de Viena, pero la rutina que presidía en la enseñanza que en aquel centro se daba entonces, hízole abandonar la capital de Austria y trasladarse á Munich, en donde fué discípulo de Alejandro Wagner y en donde no tardó en llenar su cartera de apuntes y croquis tomados del natural.

Entre sus primeros cuadros de grandes dimensiones, causaron gran admiración un retrato de su padre y una *Cleopatra*, obra esta última que anunció la florescencia de su talento. En ambos cuadros revelóse la personalidad de Zmurko como artista de vigorosa pincelada, para quien el arte no ofrece dificultad técnica alguna.

Los triunfos en Munich conseguidos no podían hacerle olvidar á su patria á la que regresó en 1880. Poco tiempo después, el emperador Francisco José, á consecuencia de una visita que hizo á la Academia de Cracovia y de la admiración que le produjeron los dos cuadros de Zmurko *Casimiro el Grande* y *Esther*, le concedió un estipendio para continuar sus estudios en Roma. En la ciudad eterna, la contemplación de las grandes obras de los antiguos maestros y de la hermosa naturaleza de la península itálica influyeron notablemente en él; mas sintiendo de nuevo la nostalgia, regresó á Varsovia: allí pintó multitud de cuadros de todos géneros que aumentaron su celebridad, y allí reside actualmente, siendo su fama motivo de legítimo orgullo para sus compatriotas.



El celebrado pintor polaco Francisco Zmurko

Entre sus principales obras citaremos, además de las ya mencionadas, *Muerte de Agripina*, *El haschisch*, *El canto de la noche*, *El derecho feudal*, *Pietà*, *Ensueño*, que reproducimos en la página 381, *En alas del canto*, *Bodas de Mesalina en Monte Pincio*, *Ave María*, *Heliogábalo*, *El pasado del pecador* y sobre todo *La estrella de Belén*, que hizo universal su renombre, pues fué admirada en Breslau, Berlín, Dusseldorf, Colonia, Francfort, Hamburgo, Amsterdam, El Haya, Rotterdam, Londres y París.

Zmurko, que en un principio dejaba traslucir en sus obras la influencia de sus maestros y á quien el deseo de gloria le hizo durante algún tiempo buscar el aplauso del gran público, ha acabado por afirmar su personalidad con carácter propio.

Su talento innato le permite pintar con brillantes colores la belleza de un cuerpo femenino, y su permanencia en Italia y el estudio que hizo allí de las obras maestras del Renacimiento fortalecieron en él esa tendencia. «Zmurko – escribe un reputado crítico polaco – es nuestro único pintor de la mujer. Al principio, sólo la concebía físicamente; pero el poeta que en su corazón alentaba fué poco á poco estableciendo un enlace y un equilibrio íntimos entre lo material y lo espiritual. En los contornos, en los movimientos que á sus figuras imprime, aparece exteriorizada el alma de éstas; Zmurko, que en punto á la forma no es modernista en el sentido que algunos dan á esta palabra, lo es en cuanto al fondo porque en todas sus obras palpita un espíritu moderno» – X.



Francisco Zmurko en su taller

LA DIPLOMÁTICA

(NOVELILLA)

I

Doña Augusta se plantó de nuevo las gafas, recogió la carta que había tirado al suelo, y pálida de coraje, leyó casi en alta voz:

«Querida tía: Me caso el 12 del corriente, y se lo participo para que vengan á la boda usted y mi primo. No extrañe que tan de sopetón le dé la noticia; es cosa improvisada. Dirijo otra carta al Sr. Luciano, el alcalde de ahí, á fin de que venda mis olivares al tío Serapio, que los quiere. Procure usted activar el asunto: necesito el dinero para el pago de una casa que acabo de comprar, donde viviremos mi mujer y yo. – Un abrazo de su sobrino, *Manuel.*»

Doña Augusta profesaba al sobrino un odio implacable. Era una mujer llena de soberbia, y una madre con cariño irritado de loba por su hijo Leonardo, botarate en grado superlativo, que no teniendo disposición maldita para mejor cosa, llegó á los veinticinco años hecho un diestro cazador y un torpe escribiente en la secretaría del Ayuntamiento, gracias, lo último, á la influencia del primo Manuel, que no obstante hallarse de ingeniero director de la rica mina de plomo «La Rumbosa,» situada en el término de un pueblo andaluz, y por consiguiente fuera del suyo natal, gozaba en éste de autoridad omnímoda á causa de la alta posición que había sabido conquistarse. En esa circunstancia, en el rango del ingeniero prendían las raíces del odio de doña Augusta.

¿Cómo, se preguntaba, puede comprenderse que un tontillo que Manuel era; que había crecido casa por cima que Leonardito; que nunca supo apedrear perros con tan certero tino como Leonardito; que corría mucho menos; que se dejaba pegar de los chicos si Leonardito no le defendía; que cuando mozo no pudo aprender un mal fandango; que luego, por nada saber, ni aún supo al morir su madre manejar sus fincas, viéndose precisado á dejarlas, mientras estudió, en poder de doña Augusta que le explotaba como á un bobo; cómo se comprende que un muchacho así consiguiera en poco tiempo una posición envidiable, en tanto que Leonardito continuaba hecho un pobre-diablo, debiéndole un destinillo asqueroso y viviendo con la madre á expensas de sus olivares?..

Calcúlese ahora el efecto que le habría producido á doña Augusta el anuncio de la venta, ó lo que es igual, de su ruina..., porque la pesetilla diaria de Leonardo no daba para abastecerle de tabaco. ¡Unos olivares en que siempre había mangoneado ella, aun viviendo su hermana, que era también... una santa!

Lloró, pateó, se tiró del pelo. Al ver entrar á su hijo le manifestó la triste nueva, llamándole bruto, zángano, que no había servido ni serviría nunca para nada. Pero el animal de Leonardo, viéndose encima la avalancha de improperios (cuyo fondo contenía un cariñazo herido), se encogió de hombros, silbó á su perra y se fué de caza...

Durante la noche, doña Augusta, que no podía pillar el sueño, estudió mil planes para estorbar el de Manuel; y determinó ir á verle en seguida, para convencerle – ignoraba con qué razones – de que sus proyectos de boda, ó cuando menos los de la venta, resultaban solemnes disparates. Y dicho y hecho, madre é hijo, en cuanto asomó las narices el día, tomaron el tren...

II

Cuando doña Augusta, después de presentada en casa de la novia, se encontró á solas con el ingeniero, le increpó en esta forma:

– Pero ¿estás loco tú? ¿De cuándo acá has pensado en casarte?

– ¡Bah!, ¿qué de particular encuentra usted, tía, en que un hombre se case?.. Y veamos, ¿qué le parece Concha?

– Pues, sobrino, si quieres la verdad, no me gusta...

– ¿Eh?

– Ni más ni menos. Tú no debes casarte. Ninguna mujer del mundo vale para ti... Ya sabes que esta Concha fué hace años, con su coche, á la feria de nuestro pueblo, y bailó con tu primo... y no se casaron porque yo no quise... ¡Con tu primo, con mi Leonardito, sí!

(Doña Augusta se reconcomía más desde que supo que «esta Concha» era la novia del ingeniero; porque ciertamente no mentía en lo del baile, aunque sí había ocultado á todo el género humano que por excitación suya escribió su hijo á la muchacha dos veces, luego, sin obtener ni por galantería contestación. Una *boda ventajosa* había sido siempre el ideal con que la buena señora imaginó la nivelación de fortuna entre ambos primos...)

– Bueno, bueno, bueno, murmuró Manuel. ¿Y qué tal perro tienes, Leonardo?

– No, no te hagas el desentendido, escúchame: esa mujer es demasiado rica y... no *nos* conviene. Con ella, como empiezas vendiendo tus fincas, concluirás arruinándote, á fuerza de no poder con su lujo. ¡No! ¡No creas que has de vender unos olivares que son un *cacho* de gloria!

– Tía, no me hacen falta. No he de vivir allí, y al enajenarlos compro una buena casa: esto no es tirar el dinero. Por lo demás, con cuarenta mil reales de sueldo creo que satisfaré bien los caprichos de una mujer, si realmente fuera caprichosa... y tirase por la ventana sus treinta mil duros...

Se atarazó un labio doña Augusta. Acababa de recordar la peseta diaria de su hijo. Insistió, porfió: todo inútil. El ingeniero no tenía por qué desistir de la venta. Pasó la tía del rojo grana al rojo blanco; se puso terrible... ¡Qué boca, santo Dios!.. Porque viéndose perdida, sin miramientos que guardar al sobrino, que se le escurría de las manos sin dejar en ellas un céntimo administrable, le puso como un guiñapo, diciéndole entre otras cosas que era un descastado, que la dejaba en la mitad del arroyo sin amparo, «después de consumir su vida en cuidarle y mirar por él más que por su propio hijo.» – ¡Bien se la empleaba! ¡Pero á fe que aquella Concha Suárez con quien iba á casarse la vengaría sobradamente, porque tenía fama de... cualquier cosa!..

Un resto de lástima contuvo á Manuel en el impulso de echar á la calle á quien no era al cabo sino una infeliz enloquecida por la envidia. Estaba él por encima de estas ruindades...

– Señora, no olvide usted que ha vivido siempre de mis limosnas. Cuando decidí vender mis fincas ya tenía conseguido un nombramiento para ese. Tómelo usted.

Y se lo arrojó á la cara, abandonando el gabinete.

Se daba á Leonardo un destino en la mina, con mil quinientas pesetas.

No era un grano de anís, junto á la pesetilla diaria de la secretaría; pero... ¡los olivares!

Dicho se está que lo aceptaron sin agradecerlo.

III

La boda se efectuó.

Un ángel Concha Suárez, todo lo más ángel que puede serlo una hermosa mortal en este valle *d'avisso doloroso* llamado mundo. Los recién casados vivían rodeándose de una felicidad inacabable. Y esta felicidad tanto más ponía en potro á doña Augusta, cuanto que ella habitaba una casita modesta, si bien decente y cómoda, á diferencia del semipalacio de los sobrinos. Al contemplar en los extremos de la misma calle su blanca humilde fachada y la verja y el jardín que cubría el gótico *chalet* del ingeniero, acordábase de aquellas otras dos casitas del pueblo, iguales casi, la suya mejor tal vez, en que habían crecido los muchachos. Iba poco á visitar al matrimonio. No podía, materialmente: las notas del piano alemán le aporreaban la cabeza aunque tocase Concha el andante más suave, y hasta el brillo de cualquier pulido mueble parecía retratar á doña Augusta con menosprecio.

¡Ah! ¡Qué lección le había propinado Manolito! ¡Que los tenía de limosna!, ¡y cómo le hubiese importado poco oirlo... si no fuese verdad!.. Esto es, que de él dependía que viviesen ó muriesen de hambre. ¡Manuel jefe de su Leonardo! ¡Insufrible!.. Y en el orgullo de doña Augusta condensado el odio un día y otro como en acumulador la electricidad, estaba ya á punto de saltar en rayos y centellas... A vuelta de seis meses acariciando sutiles ideas de venganza, sus celos de loba herida en el cariño del lobezno le sugirieron un pensamiento sagaz.

«¡Si consiguiera ella quebrar la paz de los esposos! ¡Si lograra separarlos é instalarse con el sobrino, haciéndole trabajar como un asno para disfrutar ellos, como con los olivares tiempo atrás!..»

A la obra, pero con maña. No se trataba ya de simples revanchas ilusorias de vanidad, según había intentado antes propalando aquello de «no haber querido á Concha por nuera, aunque estuvo muerta por Leonardito;» no, aspirábase á un fin más positivo, á una tarea más complicada de diplomacia...

Empezó fingiendo una tristeza impenetrable é inconsolable. Lanzaba, siempre que con los extraños hablaba, suspiros capaces de conmover un peñón. Las vecinas la interrogaban... Pero ¡ca!, el mal de su espíritu exigía misteriosa y grave reserva. De sus lamentos y medias frases nada se desprendía...; infidelidades de no se sabía quién..., de alguien que sin duda la tocaba muy de cerca, á juzgar por su honda pena. ¡Dolíanle tanto las desdichas de aquel sobrino adorado!

Las confidencias de la afligida señora, por virtud de su vaguedad misma, rodaron de boca en boca, intrigando á la gente; y al mes de comenzado el juego, se supo en toda la villa..., ¿qué se supo? Nada á punto fijo, mucho informe, de eso que por ser enredada madeja cada cual desenreda á su manera, tirando de las puntas que le caen á mano.

Entre lo que se murmuraba corrían dos nombres: Concha Suárez y... Leonardo, puesto que Leonardo únicamente iba á casa de Concha para asistir á la oficina, y puesto que, además, la madre del muchachote estaba en otro tiempo harta de hablar de cierto conato de boda. Pero como nadie creyera esto, nadie creía tampoco que la distinguida y delicada y honradísima mujer del ingeniero tuviese nada que ver con el escribiente: tan bodoque era Leonardo, tan reconocidamente bruto y papanatas...

. . . .

Mucho conturbó á doña Augusta saber que en el embrollo se hallaba de pies y manos, sin saber cómo, su propio hijo: cosa imprevista y contraproducente, porque si pretendía herir al sobrino arrojando la piedra y escondiendo el brazo, no pudo soñar que la furiosa pedrada fuese á botar sobre la frente de Leonardo el primero... Vió cerca una tempestad. Entonces ella misma, la forjadora del cuento, se dió desesperadamente á desmentirlo, á desmentirlo con calor inusitado, con empeño tal y garantías redondas de la virtud de *la sobrina*, que decía mil imprudencias, ciega de sobra para no advertir que se vendía, que se evidenciaba ante la opinión. Así fué. El mismo público que se intrigara malicioso al principio, se indignó, y doña Augusta quedó señalada como autora de la farsa.

Faltaba un paso á la opinión para desenlazar el drama (que en esto se temía verlo convertido), y la opinión, es decir, uno cualquiera – alguien quizás de la familia de Concha, temeroso de afrontar la cosa de otro modo – envió al ingeniero un detallado anónimo relatándole «la calumnia que todo el pueblo encontró inverosímil y de la cual nadie vacilaba en apuntar como causa á la envidia de doña Augusta, cuyas rivalidades y malquerencias al sobrino, *aunque éste imaginase lo contrario*, habían trascendido á la gente.»

Manuel «no imaginaba nada en contrario á los rencores de su tía,» si bien los había generoso perdonado siempre y pagádolos con beneficios. No dudó un segundo. Repuesto de su indescriptible estupor, sonrió con amargura, pensando en su madre, enjugó las lágrimas que le cegaban, llamó á su mujer y le entregó el anónimo diciendo: «¡Qué daño les habré hecho!»

Y seguidamente, mientras leía Concha el proceso ignorado de su deshonra y su rehabilitación, escribió el marido:

«Señora: Desde hoy mismo – porque me repugna que la hermana de mi madre vaya á una cárcel – quiero que usted y su hijo abandonen el pueblo. Por el resto de vergüenza que pueda quedarle, suplico á usted que me evite la afrenta de venir á darme la menor disculpa.»

IV

Aquella misma noche la diplomática salía del pueblo.

Llevaba por único sostén á su inútil hijo, el guapote Leonardo.

Felipe Trigo.

DE LA GOMA

Así le decían los amigos á Teodoro cuando le veían enamorado de Eloísa, aunque sin haberla dirigido la palabra.

– Esa chica es de la goma.

– ¡De la aristocracia! Estoy perdido, pensaba Teodoro, porque yo no soy «de la goma» ni mucho menos.

Era un joven algo soñador y empleado en una dependencia del Estado con poco sueldo.

Huérfano de tío, que había sido el encargado de su crianza por fallecimiento del padre y de la madre, Teodoro vivía en una casa de pupilos con vistas á un patio, y un piso segundo con entresuelo y primero.

Había soñado con el problema de la navegación aérea, resuelto por la persuasión; con echarle ruedas á un hombre, aunque no sabía cómo; con escribir un drama, y con emigrar al país del oro.

En cuanto vió la primera bicicleta se dijo:

– Ese es uno de mis inventos secretos.

Compró una de las mejores que encontró, y desde



ENSUEÑO, cuadro de F. Zmurko

aquel momento se dedicó al ejercicio ciclista sin descanso.

La afición se extendió á las clases y á los sexos.

En un velodromo conoció Teodoro á Eloísa.

La muchacha era una preciosidad, pero muy sensible y muy mimosa.

¡Y qué elegante y qué esbelta y qué profesora!

Parecía, montada, una sirena de tierra con ruedas.

Había leído muchos folletines y estaba saturada de «barbarismos pasionales» y de pensamientos fúnebres.

Vió á Teodoro y no fué «extranjero» para ella – estilo de folletín traducido ó derramado al castellano.

La verdad es que el joven nada tenía de tentador.

Pero las mujeres nunca ven las cosas como son.

Teodoro miraba á Eloísa como temerosa de profanarla ó de quitarle el barniz.

Un día, resuelto á todo, se declaró, después de caer dos veces con bicicleta y todo.

Tan ensimismado se hallaba.

Eloísa estuvo también á dos dedos de caer.

Pero se defendió, y hasta después de ocho días no dió el sí á Teodoro, que con sus pantorrillas al aire, como dos morcillas ahumadas, y sus miradas tristes logró conmover á su adorada.

¡Qué amor tan puro y tan poético!

Juntos, aunque cada cual en su bicicleta, recorrían la pista «el uno para el otro» – como decía con pasión Teodoro, y no se sabe lo que quería decir, ni él lo sabía tampoco.

Y decía entusiasmado por el amor de Eloísa:

– Somos *Julianito y Romea*.

El había oído algo así: *Julieta y Romeo*.

Pero aquéllos no pudieron montar en bicicleta.

No estaba tranquilo Teodoro, porque aún no sabía la condición social de su amada.

Temerosa de la indignación de su papá, no había querido revelar al amoroso joven ni las señas de su casa.

– Aquí nos veremos por ahora, le dijo, y nada más; y no intentes saber más, porque me perderás para siempre.

Aquellas palabras espantaron á Teodorito.

¿Qué habría en el fondo?

Parecía cosa de cuento de niños, con princesas encantadas y brujerías.

– ¿Será de la goma efectivamente?, dudaba el amante. El aspecto de su padre es severo, sí, grave, pero ordinario. No parece el hombre un duque ni un general ni... Más parece un profesor veterinario. No, eso no puede ser: un veterinario no consentiría que su hija se entregase á la bicicleta, que se declarase anticaballar.

Teodorito tenía imaginaciones volcánicas y brillantes.

Supo con dolor que aquel padre, también «de la goma» indudablemente, se oponía á que los amoríos pasaran adelante.

«No quiero decirte lo que dice – escribía Eloísa á Teodoro. – Que eres algo tonto y pobre, y por consiguiente impropio para el matrimonio; pero yo no quiero decírtelo; no quiero que penetres ciertas cosas que te ofenderían. Sabe solamente que te quiero y que mi papá no consiente en que te hable siquiera.»

La muchacha no podía ser más discreta ni más prudente.

Sufría en secreto y procuraba no molestar á su amante.

«Parece que me han quitado un ala del corazón,» escribía á su Teodoro.

Y efectivamente, pasaba días horribles.

No podía coser, ni bordar, ni comer, ni dormir, ni vivir sin ver á su Teodoro; porque ya le había prohibido su papá que asistiera al velodromo y él también dejó de asistir.

Eloísa se quedó como una *tenia*, mal comparada; ojerosa, pálida.

Por otra parte no se atrevía á indicarle las señas de su domicilio, temerosa de que su papá le estrellara contra una pared si le encontraba rondando la casa.

Pero no faltó un amigo que le dijera lo que Eloísa le ocultaba cuidadosamente.

– ¿Ella? ¡Imposible!, exclamó Teodoro.

– No seas terco.

– ¡Ella en una tienda de gomas! ¡Tan principal, tan distinguida!..

– ¡Si por eso te decíamos todos que era «gomosa» ó «de la goma!»

Teodoro no daba crédito á sus ojos cuando pasó por delante del establecimiento y la vió detrás del mostrador. En la portada se leía: «Efectos de goma.»

Ella no pudo contener su emoción al ver á Teodoro.



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Langar. Casa habitada por el jefe kanaka de la ranchería de Langar

Tentado estuvo de escribirle una carta diciéndole: «Me ha engañado usted, señorita, y hemos concluído.»

Y luego pensó:

– ¡Pero si es tan bonita!.. Y que ella nada me había descubierto de su clase..., y que yo..., ¿quién soy yo?, un pobrete.

Un día intentó burlar la vigilancia del padre de Eloísa, y el padre le sorprendió en la tienda.

. . . .

– Afortunadamente, murió papá poco tiempo después, decía la inocente Eloísa un año más tarde, y nos casamos.

– ¿Y son ustedes felices?, le preguntan á Teodorito

– Mucho, responde; yo soy el gato de la casa: Eloísa es el amo.

EDUARDO DE PALACIO.



CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Langar. Paisaje en que se ve el núcleo mayor de casitas kanakas que constituyen la ranchería de Langar.

CAROLINAS ORIENTALES

ISLA Y RANCHERÍA DE LANGAR

Fotografías de M. Arias y Rodríguez.

La isla de Langar constituye con las de Choca's, Mangle, etc., el grupo de islitas que cierran la rada de Ponapé, y consiste propiamente en un montón de pedruscos cubiertos en gran parte por espesísima vegetación, constituída principalmente por cocales y *rimas* ó árboles del pan, que crecen en medio del bosque sin necesidad de cuidado alguno. En Langar, lo mismo que en Ponapé, no hay sembrado de ninguna especie y aquellos indígenas se limitan á coger los frutos que con pródiga abundancia les ofrece la naturaleza.

Todas las casas de esta isla se levantan sobre un zócalo de piedras sueltas sobrepuestas, tienen un corredor exterior sin barandilla y constan de una sola pieza, en la que se ven el rifle, el fusil ó la escopeta, algún farolillo, petates y botellas vacías; por casualidad se encuentra en aquellas viviendas alguna silla.

Las casitas de Langar, como sucede en las demás rancherías de Ponapé é islas contiguas, se encuentran muy diseminadas; los núcleos mayores constan apenas de tres ó cuatro chozas agrupadas.

Gobierna la ranchería de Langar un jefe que con otros individuos de su familia aparece en uno de los grabados de la página siguiente: es la tercera figura contando de izquierda á derecha, y en el momento en que nuestro corresponsal lo retrató, estaba, como de costumbre, borracho, pudiéndose apreciar sin gran esfuerzo en la expresión de su cara los efectos del alcohol. Los demás personajes son la hija mayor y el hijo del citado jefe, la primera vestida con una especie de bata y el segundo sin más indumentaria que el *col*, como su padre, y varios parientes allegados que no se separan del jefe, al que respetan de una manera entre los pueblos civilizados desconocida. Entre los naturales de aquella isla, lo propio que entre los de todas las de aquel grupo, no faltan las armas de fuego.

La casa habitada por este jefe es como las demás que dejamos descritas, pero tiene el techo de hierro galvanizado y su situación es en extremo pintoresca por tener al frente el mar y á su espalda, formando declive, una plantación de palmeras de coco mal cuidadas.

En la isla de Langar hay establecida, desde hace más de 30 años, una factoría alemana perteneciente á la «Jaluit Geselschaft,» que posee varios establecimientos semejantes en las principales islas de los grupos de las Carolinas y de las Palaos, acaparando en todas partes el coprax (producto que se saca del coco) y vendiendo telas, bebidas alcohólicas y fermentadas (hoy prohibidas por el gobierno alemán), machetes de campo, herramientas, etc. Esta factoría, como puede verse en el primer grabado de la página siguiente, se compone de varias casitas y tiene para el servicio de carga y descarga un pequeño ferrocarril Decauville que llega hasta la punta del muelle. – A.

GUERRA ANGLO-BOER

Los ingleses han ocupado Johannesburgo y Pretoria, no sin que antes tuvieran algunas de sus columnas que vencer una resistencia de los boers algo mayor que la que éstos últimamente habían opuesto. En efecto, las fuerzas que mandan los generales Rundle, Brabant y Hamilton sostuvieron algunos combates en las inmediaciones de Johannesburgo, y si bien lograron desalojar de sus posiciones al enemigo, no fué sin experimentar numerosas bajas: sólo la columna Rundle tuvo, según noticias de origen inglés, 30 muertos y 150 heridos.

La ocupación de Johannesburgo se realizó sin dificultades el día 31 de mayo último. El comandante boer Kranse salió al encuentro de lord Roberts y le presentó á los jefes de los distintos negociados, los cuales, á ruegos del generalísimo, seguirán desempeñando por ahora provisionalmente sus funciones. En


CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Langar. Casas que constituyen la factoría alemana


CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Langar. Sitio en que habita el jefe kanaka de la ranchería

los fuertes de aquella capital encontraron los ingleses muy pocas piezas de artillería.

Antes de entrar en Pretoria las columnas inglesas hubieron de sostener un reñido combate, pero la resistencia que opusieron los boers distó mucho de ser lo que se había dicho cuando se anunciaba que aquella capital sería defendida con verdadero empeño; así lo demuestra el hecho de que habiéndose empeñado el combate el día 4 de este mes, en la madrugada del 5 telegrafiaba lord Roberts que se había posesionado de la ciudad.

No hay que decir el entusiasmo que en Londres produjo esta noticia en la que muchos ven el término de la guerra. Otros, en cambio, opinan que ésta continuará durante algún tiempo hasta que sea completa la ocupación de todo el Transvaal; y como Johannesburgo y Pretoria se hallan situadas al Sur, muy cerca de la frontera, y como, según parece, los boers se han concentrado en el corazón de su territorio en donde disponen de considerables fuerzas y de la mayor parte de su artillería, que hasta ahora han podido salvar en su movimiento de retirada, es probable que la total ocupación del estado transvaalense cueste todavía á los ingleses algunos sacrificios, tanto más cuanto que en lo sucesivo habrán de operar en un terreno difícil y falto de vías de comunicación.

Por otra parte, algunos combates sostenidos últimamente en Heilbron y en Lindley, en el territorio de Orange, demuestran que éste no se halla tan enteramente dominado como se había supuesto: en el de Lindley fué hecho prisionero un batallón de la yeomanry imperial. Y en la frontera de Natal tampoco es muy satisfactoria la situación del general Buller que se halla enfrente de numerosas fuerzas enemigas, las cuales pueden ocasionarle un disgusto en un momento dado.


CAROLINAS ORIENTALES. – Isla de Langar. El jefe de la ranchería y su familia

De todos modos, el aspecto general de la campaña es ahora por completo favorable á los ingleses; pero en una lucha tan pródiga en sorpresas no puede aventurarse ninguna predicción acerca de lo que haya de ocurrir en lo sucesivo. Por de pronto, á pesar de las ventajas conseguidas, Inglaterra sigue enviando refuerzos al Africa del Sur: actualmente están en camino 3.000 hombres y otros 5.000 esperan en los puertos la llegada de vapores para embarcarse elevándose á 230.000 el número de los que tiene la Gran Bretaña en el teatro de la guerra.

El día 28 de mayo el gobernador militar general Pretyman proclamó solemnemente en la plaza mercado de Bloemfontein la anexión del Estado libre de Orange á Inglaterra, leyendo ante gran número de residentes ingleses y ante las tropas la proclama de lord Roberts disponiendo la anexión de aquel territorio, que se llamará en adelante Colonia del río Orange.

Lord Roberts al penetrar en el Transvaal publicó la siguiente proclama:

«Las tropas de la reina Victoria atraviesan actualmente el Transvaal. Su Majestad no hace la guerra á los individuos; desea, por el contrario, evitarles en lo posible los horrores de la guerra. Las diferencias de la Gran Bretaña son con el gobierno, no con la población transvaalense: con tal de que ésta permanezca neutral, ninguna tentativa se realizará para molestar á las personas que residan junto á la línea á lo largo de la cual avanzan las tropas y á quienes se concederán todas las medidas de protección posibles, y en caso de que sea necesario apoderarse de sus propiedades se les indemnizará debidamente. Por otra parte, aquellos á quienes se autorice para permanecer junto á la línea de marcha han de conservar su neutralidad y los residentes de todas las localidades serán responsables con sus personas y sus bienes de los daños que se ocasionen en la vía férrea ó en el telégra-


GUERRA ANGLO-BOER. – GRUPO DE PRISIONEROS BOERS EN SANTA ELENA (de fotografía de Innes, de Jamestown)



UN VOTO, cuadro de Sebastián Junyent

(Salón Parés)



LA ESPERANZA ES INVENCIBLE, cuadro de Gabriel Ferrier [illegible]

fo ó de cualquier violencia que se cometa contra un individuo cualquiera de las fuerzas inglesas en las inmediaciones de sus viviendas.»

Un importante diario alemán sintetiza la situación en los siguientes términos: «El verdadero objeto de Inglaterra en esta campaña está logrado; las minas de oro del Witwattersrand han sido respetadas y la explotación de estas minas, causa de todas las desgracias de los boers, podrá continuar tranquilamente bajo la dominación inglesa.»

Dícese que en 1.° de noviembre, fecha en que el general en jefe del ejército inglés, lord Wolseley, cumple la edad reglamentaria, será nombrado para reemplazarle en dicho cargo lord Roberts. – A.

NUESTROS GRABADOS

Final de cotillón, cuadro de Eduardo León Garrido. – En el último número de La Ilustración Artística nos ocupamos de este celebrado pintor español, haciendo notar el género á que especialmente se dedica y las excepcionales aptitudes que le adornan. No hemos, por consiguiente, de repetir lo que hace tan pocos días dijimos y únicamente nos limitaremos á consignar que su cuadro *Final de cotillón* ha sido muy justamente celebrado en el actual Salón de París.





Final de cotillón, cuadro de Eduardo León Garrido. (Salón de París de 1900)

***

Danza de ninfas, cuadro de J. Scalbert. – Aunque las tendencias de la pintura moderna, cediendo á las exigencias del gusto de nuestros días, han emprendido rumbos muy distintos de los que en otro tiempo condujeron á muchos artistas al pináculo de la gloria, todavía quedan pintores que se inspiran en asuntos de los que en pasadas épocas prevalecieron, si bien la mayoría de ellos procuran modernizarlos, dando á los paisajes y á las figuras un carácter más conforme con la realidad. Así lo ha hecho el celebrado pintor parisiense Scalbert; las ninfas que en alegre danza se agitan en su cuadro y el delicioso paisaje que en éste se admira, revelan el estudio del natural, la observación directa; y así el lienzo resulta exento de los convencionalismos que en antiguas pinturas se encuentran y une á los encantos de las obras de fantasía los que caracterizan á las obras que reproducen la verdad.



Danza de ninfas, cuadro de J. Scalbert. (Salón de París de 1900)

***

El niño azul, cuadro de Tomás Gainsborough. – Hijo de unos comerciantes, Gainsborough, el eminente pintor inglés que floreció en el siglo pasado, sintió muy pronto horror á la prosaica existencia de sus padres y á pie y sin dinero marchóse á Londres cuando no contaba más que trece años. Hizo la casualidad que allí encontrara á Gravelot, el cual llevóle á su taller y le hizo su discípulo favorito. Después de algunos años de estudio dedicóse á pintar retratos que le valieron mucha notoriedad; pero al poco tiempo abandonó este género y se consagró al paisaje exponiendo *El guardador de puercos* y *El pastorcito*, que causaron inmensa sensacion porque, huyendo en ellos de la rutina, pintó la campiña, el cielo y los campesinos de su país, arrancados de la realidad, viviendo en una atmósfera de verdad sencilla y de poesía salvaje. Desde entonces su fama fué grande y la posteridad ha reconocido en él á uno de los más grandes pintores ingleses y al que mejor supo trasladar al lienzo el alma de la naturaleza de Inglaterra. Casi todas sus obras se han quedado en su patria, siendo propiedad de aficionados riquísimos que no se desprenden de ellas por ningún precio. El famoso *Niño azul*, que reproducimos, forma parte de la magnífica galería que al morir dejó el duque de Westminster.

Un voto, cuadro de Sebastián Junyent (Salón París). – Variada muestra de sus aptitudes ha dado el laborioso y discreto pintor catalán desde los comienzos de su carrera artística, según lo atestiguan las obras que ha producido, correspondientes á todos los géneros. Esto no obstante, y aunque tal diversidad de conceptos y aun de procedimientos significa la posesión de estimables cualidades y facilidad para reproducir cuanto se haya observado y asimilarse cuanto produce impresión, conviene consignar que en donde cobra valor y alcanza relieve la personalidad de Sebastián Junyent es en la ejecución de producciones inspiradas por sentimientos puros y elevados. Véase el hermoso lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, titulado *Un voto*, que sintetiza la conjunción de sentimiento y creencias, de cariño y esperanza que se anida en el corazón de la familia cristiana, que póstrase ante la sagrada imagen, humilde y reverente, reconocida por haberse salvado el hijo querido de la dolencia que lo aquejara. En esta obra demuéstrase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

***

La esperanza es invencible, cuadro de Gabriel Ferrier. – Si digno de aplauso es el artista que reproduce las escenas, los tipos, los episodios de la vida ordinaria, ilustrando de este modo la época en que vive y perpetuando aquello que directamente observa, no es menos el que, apoderándose de una idea noble, de un símbolo elevado, sabe darle forma tan apropiada que el que contempla su obra siente en toda su intensidad el pensamiento en que el pintor ó el escultor se inspiraron. Tal sucede con el bellísimo cuadro de Ferrier: esa hermosa matrona, majestuosamente sentada en su trono precioso, fijos los ojos en la brillante estrella que en lo alto resplandece, es la imagen de la esperanza, pero no de la esperanza terrena, sino de aquella virtud invencible que nos hace poner nuestra confianza en quien todo lo puede y nos presta alientos para acometer las empresas más difíciles, seguros de que nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios han de obtener la debida recompensa.

***

Título de hijo adoptivo de Alcoy á favor del excelentísimo Sr. D. José Canalejas y Méndez, obra de Fernando Cabrera. – Si el distrito de Alcoy ha tratado de dar fehaciente testimonio de su reconocimiento y simpatía á su diputado, el ilustre hombre público Excmo. Sr. D. José Canalejas, por debérsele en primer término la construcción del viaducto que tendido sobre el río Molinar divide la población, justo es consignar que nadie más indicado para dar forma á la distinción otorgada que el laureado artista Fernando Cabrera, el inspirado autor del gran lienzo titulado «Los huérfanos,» el aventajado discípulo de Casto Plasencia, á quien hemos de considerar, pues títulos tiene ya alcanzados para ello, como hijo ilustre también de la hermosa Alcoy.

En cuanto á las condiciones de la obra sólo hemos de decir que es digna del autor y de aquel á quien se dedica.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El amigo de las mujeres*, comedia de Dumas, arreglada por D. Jaime Graells, y *El director general*, graciosa comedia en tres actos de los Sres. Mario y Sandoval; y en el Eldorado *La mamá chica*, arreglo de la comedia francesa de Lenoitre y Martín hecho por el marqués de Altavilla. En el Nuevo Retiro actúa una compañía de ópera que ha puesto en escena con aplauso, entre otras, *La Boheme* de Puccini y *Los Hugonotes*.

***

Necrología. – Han fallecido:

Francisco Binjé, notable paisajista belga.

Carlos Koch, pintor alemán que cultivó con éxito la pintura religiosa.

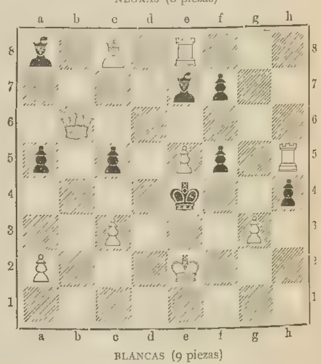
Eugenio Lambert, pintor francés conocido con el nombre de pintor de los gatos, discípulo de Delacroix.

Atilio Luzatto, fundador y director del importante diario romano «La Tribuna,» uno de los más notables publicistas de Italia.

AJEDREZ

Problema núm. 197, por Kohtz y Kockelkorn

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 196, por F. Schindler.

Blancas.	Negras.
1. Df1-b1	1. Cualquiera.
2. D, P ó T mate.	

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

El día siguiente era de salida.

Carmen fué á pasar cuarenta y ocho horas con su madre, que se había quedado sola en el castillo.

aquella prima, á quien nunca había visto, vivía con su madre.

Desde aquel momento, la vida se deslizó tranquila



Su correspondencia era, para el desterrado, la carcajada parisien...

y feliz para todos los parientes reunidos en el castillo de Penhoet.

Carmen, durante las ausencias forzosas de su marido, salía á caballo de vez en cuando, sin más compañero que un gran lebrel sueco de pelo gris; y volvía de sus paseos con los ojos más encarnados que á la partida.

A veces salían todos juntos, en la estación primaveral, á vagar por las umbrosas alamedas del parque ó por los floridos senderos de la colina inmediata. Cuando el aire no era demasiado fresco, se sentaban sobre el verde musgo, en algún sitio que dominase un hermoso panorama.

Entonces leía Jorge algunas páginas de cualquier libro poético, ó refería alguno de los más interesantes episodios de sus viajes.

Por la noche, en el salón, mientras la vieja condesa se entretenía en cualquier labor ó jugaba á las cartas con Carmen y Saint-Hyrieix leía el *Diario Oficial* ó los *Debates*, Elena, sentada al piano al lado de Jorge que le volvía las páginas, cantaba alguna melodía de autor antiguo.

Así, poco á poco, sin propósito deliberado, sin advertirlo siquiera, Elena y Jorge se enamoraron el uno del otro.

Desde luego los había aproximado una gran simpatía. Tenían los mismos gustos, las mismas admiraciones, igual placer en estar juntos.

Después, cada hora, cada minuto habían aumentado su afecto.

Ya descubría él en ella alguna nueva cualidad que no había notado aún; ya veía ella por primera vez en sus labios la expresión de algún noble sentimiento de su alma.

La señora de Kerlor, con el talento y la perspicacia que la distinguían, no podía menos de adivinar aquel amor.

Pero no sospechó lo profundo de sus raíces.

No veía en aquel mutuo afecto más que una niñería sentimental que la separación borraría pronto.

Además, tenía formado de su autoridad y dignidad maternal un concepto demasiado elevado, para que le pareciese posible que su hijo se enamorase sin su consentimiento.

Le había encontrado siempre tan sumiso, que no podía suponer que se le sublevase jamás.

Por esto miraba á veces á Elena con aire pensativo y triste, ora cogiese ésta flores para obsequiarla con el ramo que más le gustaba, ora estuviese cosiendo á su lado, ó le leyese el periódico ó algún libro predilecto.

Pensaba en el incierto porvenir de aquella muchacha tan buena y tan seria, preguntándose qué iba á ser en la vida de tanta frescura y tanta pureza.

Jamás, ni por pienso, se le ocurrió que Jorge pudiese casarse con ella.

A pesar de su ternura por la joven, la condesa no olvidaba que ésta había tenido por madre una mujer que en su implacable rigidez no había cesado de considerar indigna del nombre que había llevado por sorpresa.

A pesar de todos los buenos indicios que hacían presagiar el carácter de Elena, ¿no era de temer que la sangre de tal madre arrastrase fatalmente á la hija por la misma senda, y que existiese la herencia de las pasiones y del vicio, como existe la de la probidad y la del honor?

Un día se encontraba Jorge en el salón con su madre.

Ésta, sentada en su gran butaca condal, leía cartas de negocios y repasaba cuentas.

Él meditaba con la frente apoyada en las manos y la mirada vaga.

De pronto brilló en sus ojos el relámpago de una resolución definitiva.

– Madre..., dijo.

La condesa levantó la cabeza.

– ¿Qué quieres?, contestó ella maquinalmente.

Y notando la grave fisonomía y la emoción de su hijo, puso otra vez encima de la mesa un papel que estaba leyendo, volvióse enteramente hacia Jorge y repitió:

– Di, ¿qué quieres?

– Madre..., volvió á decir el joven.

Y se detuvo en una vacilación postrera; pero la venció en seguida y continuó con mal disimulado acento de pasión:

– Madre, amo á mi prima Elena con todo mi corazón, con toda mi alma, y deseo hacerla mi esposa. Quiero pedírsela á usted y rogarle que bendiga nuestra unión.

Era en la época en que Jorge se encontraba en Méjico.

Al volver la muchacha al colegio, en vez de acompañarla su nodriza, como de costumbre, la acompañó su madre.

Momentos después de haber llegado ambas al convento, Elena fué llamada por la superiora.

– Hija mía, le dijo, tengo que hacer á usted una proposición. Aquí tiene á su tía, la señora condesa de Kerlor. Las circunstancias habían ocasionado un disentimiento entre ella y la familia de usted. Pero hace mucho tiempo que desea abrazar á su sobrina. Se ha enterado de que quiere usted expatriarse, y le ruega que desista de su propósito y no se separe de su prima Carmen. La educación de su amiga no está terminada del todo; usted la completaría y viviría tranquila en el castillo de Penhoet, entre una hermana y una madre.

– ¿Aceptas?, preguntó Carmen ansiosa, con lágrimas en los ojos.

– ¿Acepta usted, hija mía?, preguntó con cariño la señora de Kerlor.

– ¡Oh, madre mía!.., balbuceó Elena cayendo de rodillas á los pies de la condesa y cubriendo sus manos de besos.

El coche en que Carmen y su madre habían venido al colegio, llevó al castillo de Penhoet una hija más.

Elena manifestó á su tía, con acentos del alma, su profunda gratitud por el bien que recibía, y juró á Carmen abnegación eterna y absoluta.

La señora de Kerlor trató á la huérfana como á una segunda hija. Sin embargo, á pesar de los esfuerzos de su voluntad, quedaba en ella una especie de vieja levadura de prevención, imposible de ahogar, contra la hija del hermano á quien había tenido que retirar su cariño, y de aquella cuñada á quien aborreció siempre.

Este odio no se traducía jamás en la menor amargura para la muchacha; pero hizo que la señora de Kerlor no se atreviese á comunicar á su hijo, en las cartas que le escribía, la hospitalidad que había dado á la última superviviente de aquella familia, de que tan mal le había hablado.

De ahí la sorpresa de Jorge al enterarse de que

La condesa no contestó de pronto.

Ni hizo movimiento alguno.

Parecía reflexionar.

Jorge prosiguió:

- Usted conoce las cualidades y virtudes de Elena. En vano se buscaría un espíritu más recto, un corazón más noble, un alma más pura. Es la única mujer que puede hacerme feliz... ¿Quiere usted que me case con ella?

- ¿Y ella te ama?

- Así lo creo.

- ¿Te lo ha dicho?

- No..., no se lo he preguntado. Creí que antes debía manifestar á usted mis intenciones. Pero creo que he tenido la dicha de gustarle, y estoy seguro de haber encontrado en ella la mujer que toda madre debe desear para su hijo.

- ¡Hablas de madre! ¿Sabes la historia de la suya?

El joven se puso encarnado.

Sintió venir el golpe, y haciendo frente al dolor dijo con calma:

- Madre, sé ante todo que el respeto debe detener á un hijo en el dintel de la vida materna. Quiero pensar con amor en la madre de mi mujer; quiero unir mis oraciones á las suyas, arrodillarme sobre la tumba de la que ella llora, como ella se arrodillará piadosamente sobre la tumba de los míos. Por lo demás, quiero ignorar lo que la calumnia...

- Esa delicadeza es digna de ti, Jorge... Pero nosotras, las verdaderas madres, tenemos otros deberes, tenemos que pensar en algo más que en las preferencias y los deseos de nuestros hijos. Somos responsables, ante nuestra conciencia y ante Dios, de su felicidad, de su porvenir, de las desdichas que acarrearía nuestra falta de previsión. También somos responsables, las que hemos sabido guardar incólume el honor de nuestro nombre, ante la memoria de los que lo ilustraron y ya no existen.

- Aunque las calumnias - porque le juro á usted, madre, que no son más que calumnias, - aunque las calumnias con que se ha querido manchar la memoria de la señora de Penhoet tuviesen fundamento, ¿en qué podría ser Elena responsable de las faltas de su madre?

- De tal madre, tal hija, dice la prudencia. Y esta prudencia me pone en la rigurosa obligación de negar mi consentimiento para el matrimonio que intentas.

- ¿Lo niega?

- Sí, lo niego, porque es mi deber. No vayas á creer por esto que no quiera á Elena. La quiero sinceramente y la considero digna del mayor interés. Espero unirla á un hombre honrado que apreciará el tesoro que va á adquirir casándose con ella. Pero jamás, jamás consentiré en dar por esposa á un Kerlor la hija de una madre que manchó su nombre.

- ¿Es posible que ceda usted á semejantes consideraciones, que se deje usted dominar por insinuaciones odiosas?

- No insistas. He dicho que no, y sabes que nunca retracto mi palabra. ¡Ese matrimonio no se hará!

Jorge se levantó y dijo en tono grave y respetuoso:

- Usted dispense, madre; ese matrimonio se hará antes de dos meses... ó yo habré dejado de existir. Yo también he dicho lo que tenía que decir. Yo también me llamo Kerlor, y sé cumplir mi palabra.

- Jorge, tu madre te ordena que calles y que reprimas ese amor.

- ¡Mi madre me ordena entonces que muera!..

- Vivirás y no te casarás con esa muchacha.

- Por última vez, madre, usted perdone; pero me casaré con ella.

Los ojos de la condesa habían adquirido aquel matiz obscuro que era un indicio infalible de su cólera.

¡Osaban resistir á una orden suya!

Levantóse y dijo extendiendo el brazo:

- ¡Salga usted, caballero!

- Obedezco, madre; pero acuérdese de lo que le digo: no volveré aquí sino casado con la mujer que he elegido.

Una hora después, Jorge había abandonado el castillo de Penhoet.

Más asombrada que pesarosa de aquella partida, la condesa pensó en la conducta que tenía que observar.

¿Separarse de Elena? No. Apenas se le ocurrió este pensamiento, lo rechazó con indignación.

Por otra parte, era indudable que Jorge la seguiría inmediatamente.

¡Y quién sabe hasta dónde podría llegar entonces su locura!..

Por irritada que estuviese, la condesa no se sentía con valor bastante para arrojar á los azares de la vida, sin apoyo ni sostén, á una sobrina carnal, á una huérfana que Dios parecía haberle enviado y que, en realidad, no había cometido falta alguna.

Sin embargo, no pudo menos de observar cierta frialdad en su afecto por la muchacha.

Elena lo notó pronto.

Ya no era acogida con el corazón, sino con la benevolencia un poco altiva de la bienhechora á su protegida.

Mientras tanto, había leído en su propio corazón.

Y había descubierto que amaba apasionadamente á su primo.

Elena pensó entonces que la condesa alejó á Jorge del castillo porque había adivinado el secreto de su amor.

Sin embargo, lo guardaba muy oculto en el fondo de su alma.

¿No podían creerla bastante fuerte para sofocar con lágrimas y oraciones aquel amor que había invadido todo su ser?

Ni siquiera había querido confiarlo á Carmen, y estaba segura de que nunca se le escaparía una palabra, ni un gesto, ni un suspiro que pudiese revelárselo á nadie, ni aun al mismo Jorge.

Su resolución estaba tomada.

Se retiraría á un convento, al de San José.

Allí podría rogar á Dios por él cada día, á todas horas.

- Mañana participaré mis propósitos á la condesa.

Y pasó la noche sollozando.

Al amanecer bajó al jardín, donde, como de costumbre, hizo un ramo de flores para su tía.

Al subir oyó voces en el cuarto de ésta.

Escuchó.

Carmen, febril, temblando de emoción, decía:

- Se va á morir. He aquí la carta que me escribe. Contiene un último y supremo adiós. Le digo á usted que se muere y usted habrá tenido la culpa.

Elena dió un grito de agonía y huyó desesperada hacia el jardín.

Minutos después, una doncella fué á decirle de parte de la condesa que se vistiese para acompañarla á Brest. La señora de Kerlor se preparaba también á salir con su hija.

En el momento de subir al coche con ella, Carmen besó á su prima.

- ¡Tranquilízate! Llegaremos á tiempo, le dijo al oído.

Elena, turbada por las palabras de su amiga, iba á hablar.

- ¡Sube aprisa, Elena!, gritó la señora de Kerlor.

Durante todo el camino, la condesa no despegó los labios.

Ni siquiera dijo á su sobrina el motivo ni el objeto de aquel viaje.

En sus facciones, algo duras y altivas, pasaban sucesivamente todas las señales de una violenta lucha interior.

Al fin, poco antes de llegar, prorrumpió en lágrimas.

- ¿Está aquí mi hijo?, preguntó al viejo criado que Jorge se había llevado con él.

- El señor conde debe estar en su despacho... Voy á pasar recado...

- Es inútil, dijo Carmen. Venga usted, mamá, y tú también, sobre todo tú, Elena.

Abriendo sin hacer ruido la puerta del despacho, las tres mujeres vieron á Jorge que escribía.

Tenía un revólver á su lado.

Al oir pasos, volvió la cabeza y dió un grito.

- ¡Hijo mío!, dijo entonces gravemente la condesa, no quiero que el último descendiente de los Kerlor y de los Penhoet concluya por el suicidio. Aquí traigo á tu prometida.

Y añadió dirigiéndose á Elena:

- ¿Quieres aceptar por esposo á mi hijo, que te ama tiernamente?

Elena, trastornada, no acababa de comprender.

Se ahogaba.

No podía hablar.

- Miren ustedes, observó Carmen, indicando á su madre y á su prima el revólver y una carta empezada sobre la mesa.

Elena leyó á través de sus lágrimas:

«Perdóneme usted, madre. No puedo desobedecer á su voluntad, ni vivir sin la mujer que amo. Por consiguiente, debo morir...»

Entonces, echándose en brazos de su tía, que había palidecido hasta ponerse más blanca que sus cabellos, exclamó:

- ¡Oh, señora!.. ¡Ah, madre mía!.. ¡Le debo á usted mi felicidad! ¡Pero yo le juro que seré digna de usted, digna de él!..

VI

REGRESO

El tren que había tomado Elena de Kerlor para regresar de Tours, llegaba á París á eso de las tres de la tarde.

Tenía, pues, por delante tres ó cuatro horas de soledad, porque el reservado para señoras en que había tomado asiento no contenía ninguna otra viajera.

Tres ó cuatro horas para reponerse de las emociones que experimentaba hacía dos días.

Estaba lloviendo.

Entristecida por el tiempo sombrío, sentía toda la fatiga y toda la imprudencia de aquel viaje.

Sin embargo, todo había quedado bien convenido con Carmen de Saint-Hyrieix.

Si el diplomático se extrañaba de la ausencia de su cuñada, Carmen le diría que Elena había querido ir á ver á la condesa á fin de consultarla acerca de la posibilidad de marcharse con ellos á la Guayana.

Saint-Hyrieix le había propuesto, efectivamente, que les acompañase con Fanfán, añadiendo que estando allí, Jorge podría, desde Panamá, ir más fácilmente á verlos de vez en cuando.

La condesa, enfermiza, no salía nunca de Penhoet.

No había, pues, temor alguno de ser desmentida por ella.

Y en cuanto á ir Saint-Hyrieix á Bretaña para despedirse de su madre política, no había que pensarlo, pues tenía que ponerse en camino antes de cuarenta y ocho horas.

A pesar de todo, una vaga inquietud atormentaba el corazón de Elena.

Y sin embargo estaba contenta al pensar, no sin cierto orgullo, que acababa de prestar á la hermana del hombre que adoraba un inolvidable servicio.

Gracias á su valor, la mujer á quien debía ella en gran parte su felicidad iba á serle deudora, si no de la dicha, al menos del reposo y la paz de su vida.

La deuda contraída años atrás por la huérfana del convento de Rennes quedaba pagada con creces.

Y aislándose, en cierto modo, de la triste realidad que la rodeaba, Elena cerró los ojos y se engolfó en los dulces recuerdos que le hacían la existencia tan preciosa y tan dulce.

Durante los primeros tiempos de su matrimonio, después que Jorge la hubo conquistado, si así cabe decirlo, parecía que Elena no se atrevía á entregarse plenamente á su dicha.

Hubiérase dicho que no creía en ella, y efectivamente, se figuraba que toda su felicidad era un sueño del cual iba luego á despertar.

Gozaba de él deliciosamente, pero temblando.

La vieja condesa había sido vencida por su hijo.

Había tenido que ceder.

La orgullosa se había inclinado.

Es verdad.

Pero, á pesar de todo, había conservado algún resentimiento de su derrota.

Quizá se reprochaba aquel rencor, pero no podía desterrarlo enteramente de su pecho; sin embargo lo dominaba, disimulándolo todo lo posible.

Elena adivinaba aquel sentimiento invencible de su suegra.

Lo cual era una grave amargura en medio de sus goces.

Pero el cielo la había dotado de un carácter tan dulce y tierno, que parecía que todo sentimiento malo había de extinguirse forzosamente á su contacto.

Había rodeado á la condesa de tantos cuidados filiales; le había manifestado de una manera tan delicada su respeto, su cariño y su profunda gratitud que, poco á poco, había sentido atenuarse aquellas prevenciones.

En fin, poco antes de un año de haberse casado, Elena había dado á luz un niño.

Y como Carmen permanecía estéril, el hijo de Jorge causó doble alegría.

¡Un varón!

¡Un vástago para perpetuar la noble raza de los Kerlor y de los Penhoet!

El orgullo de la vieja condesa fué extraordinario.

¡Un niño rollizo, que apenas abrió los ojos cuando miró á su abuela y la obsequió con una sonrisa!

¡Un niño que, al empezar á hablar, unió á los nombres de *papá* y *mamá* el de *abuelita!*

Entonces la condesa abrió definitivamente su corazón á la nuera, que era causa de todas aquellas alegrías.

Y Elena saboreó todas las delicias del amor feliz.

Los dos matrimonios vivían juntos en un poético hotel del Parque de los Príncipes, cerca del bosque de Bolonia. Aquella deliciosa morada, con su jardín embalsamado, era un nido de felicidad.

El amor completo, la trinidad santa: el padre, la madre y el hijo.

Este era hermoso.

Llamábase Gastón en el registro civil.

Pero nunca se le daba otro nombre que Fanfán, en virtud de una de esas corrupciones de lenguaje que tienen su origen en el mimo maternal.

Jorge afirmaba con seriedad que su hijo sería muy

inteligente y que tendría singulares disposiciones para las ciencias exactas, sin perjuicio de tener gran de afición á la poesía y á las bellas artes.

Elena se contentaba con creer que sería bueno, que amaría á su padre y á su madre con todo su corazón.

Carmen y su marido eran los únicos que hubieran podido tener celos de aquella felicidad.

Pero Saint-Hyrieix, á pesar de su temperamento frío, se sintió como impregnado de aquel ambiente de dicha y de amor.

Sintióse penetrado del encanto inefable que su cuñada respiraba, y quería á Elena y Jorge con todo el afecto que podía esperarse de su natural.

La amistad de Carmen por Elena no había hecho más que aumentar desde su niñez. Las dos primas del colegio se habían convertido en dos verdaderas hermanas.

Elena era la hermana mayor, la hermana seria. Por esto Carmen no se hubiera atrevido jamás á confiarle el secreto de sus criminales amores con d'Alboize.

Y mientras que la imprudente era sacudida por todas las tormentas de la pasión, experimentando todas las embriagueces de los amores culpables, Elena continuaba su vida tranquila en medio de una especie de éxtasis continuo de felicidad.

Entonces fué cuando, de improviso, apareció una nube negra en la serenidad de aquel cielo azul, y estalló el rayo.

La fortuna personal de la condesa de Kerlor había disminuído mucho desde que se había visto obligada á enajenar sus fincas de Méjico. Casi se reducía á la posesión de Penhoet, cuya renta bastaba empero para cubrir sus gastos.

Había entregado á Jorge lo que le pertenecía de la herencia paterna. Y el joven matrimonio, de gustos sencillos, podía llevar con holgura una vida independiente.

Pero por un lado el ocio en que vegetaba no tardó en aburrir á Kerlor en medio de la laboriosa existencia moderna, y por otro lado el nacimiento de un hijo parecía imponer al padre la obligación de prepararle un brillante porvenir.

Por esto, estimulado por antiguos compañeros de la Escuela politécnica, Jorge consintió en formar parte, en calidad de ingeniero, del Consejo de administración de un nuevo ferrocarril de interés local.

El negocio parecía magnífico.

Jorge, á fuerza de trabajo, había triplicado su capital en poco tiempo.

Pero no tardó en ser víctima de un desastre financiero.

Una noche llegó á su casa pálido, descompuesto, y dijo á Elena, á Saint-Hyrieix y á Carmen:

–¡Estoy arruinado!

Pero guardaba en salvo su honor.

Elena dió pruebas de un valor y de una abnegación sublimes.

Supo llorar con Jorge, cuando á éste se le partía el corazón pensando en el porvenir; y supo también infundirle alientos y esperanzas para fortificar su alma contra tan terrible prueba.

Le amó más que nunca é inventó prodigios para hacerle más llevadero el golpe.

La casualidad hizo entonces que un amigo de Jorge, llamado Ramón Nerville, se enterase de la desgracia que le ocurría.

Nerville, casado con una mujer encantadora, pero pobre, había presentado la dimisión de ingeniero de puentes y calzadas para ir en busca de fortuna al istmo de Panamá.

Era el año 1876.

El Congreso internacional de Ciencias geográficas acababa de acordar la apertura de un canal interoceánico, entre el Pacífico y el Atlántico. Había que ejecutar inmensos trabajos preparatorios, y se necesitaban ingenieros aptos para todo.

Ramón Nerville, trocando el compás por la azada, se hizo contratista de una sección del canal.

Pero convencido, sobre el terreno, de la imposibilidad de cargar él solo con el inmenso trabajo que implicaba semejante empresa, propuso á Jorge una asociación que éste aceptó.

Como no podía llevarse á su mujer ni á su hijo, le dolía en el alma el tener que separarse de ellos.

¡Dos años, quizá más, sin verlos!

¡No poder asistir á los primeros fulgores de la inteligencia de su adorado Fanfán!

¡Y su Elena! ¡Verse tanto tiempo privado del tibio ambiente de amor en que tan feliz era con su tierna esposa!

Y luego... ¡Oh, antes morir que decirlo!

Elena era muy joven; aún no había cumplido veinte años. ¡Quién sabe si, durante su ausencia, vendría á grabarse otra imagen en aquel corazón cándido y tierno!

Los celos – unos celos que tenían su origen y su excusa en la sangre hispano-americana que corría por las venas de Jorge y que en vano procuraba él sofocar, tan absurdos y odiosos le parecían, – unos celos invencibles asaltaban ya su espíritu, estando al lado de ella, en París, donde no la perdía de vista un solo instante.



La esposa culpable no pensaba más que en su crimen

¡Qué tormentos no iba á sufrir cuando estuviese en América!

Sin embargo, era preciso partir.

En vano se había opuesto Elena á aquella separación.

Consultado, Saint-Hyrieix contestó:

– Creo que se le presenta á usted una ocasión que no debe desperdiciar... Dos ó tres años pronto se pasan. ¿Qué haría usted en Francia?.. Su mujer seguirá viviendo con nosotros en hotel. Carmen quiere locamente á su sobrino. Yo no pienso haber de ausentarme en algunos años. Cuidaremos de la familia. Vaya usted y vuelva pronto con una fortuna.

La condesa de Kerlor lloró mucho.

– ¿Volveré á tiempo para cerrarme los ojos?, pensaba ella.

Pero la hija de rudos marinos bretones había dicho gravemente á Jorge:

– ¡Es preciso partir!

Hacía dos años que estaba en Panamá.

Cada correo recibía de su madre cartas llenas de viriles y animosas palabras.

Saint-Hyrieix le mandaba la relación detallada de todos los acontecimientos políticos y diplomáticos que podían interesarle.

Carmen le tenía al corriente de mil detalles de su vida cotidiana. Le anunciaba las bodas, las defunciones, los nacimientos, las idas y venidas de los conocidos, y le contaba los pequeños sucesos y los grandes escándalos de los salones que les rodeaban.

Su correspondencia era, para el desterrado, la carcajada parisiense, tan preciosa y grata para los que viven lejos.

En cuanto á Elena, no eran simples cartas las que enviaba á su marido.

Era un verdadero diario, una relación cotidiana y detallada de todos sus actos, de todos sus pensamientos, de todas sus emociones, de todas las menudencias de la vida de Fanfán.

Jorge recibía la fotografía de su hijo cada vez que le ponían un traje nuevo, porque aquélla «daba al niño una nueva fisonomía,» según la expresión de su madre.

Ella había exigido la de Jorge bajo los diversos aspectos de su nueva vida.

¡Ah!, sí, Elena experimentaba una profunda satisfacción por haber podido salvar del peligro terrible que la amenazaba á la hermana de su adorado esposo.

Y sin embargo, á pesar de los esfuerzos que hacía para ahuyentarlos, siniestros presentimientos asaltaban el alma de aquella noble criatura.

En su candidez de mujer honrada, creía que toda falta debe llevar su castigo; y aquella impunidad que acababa de conquistar á tanto precio para Carmen, la espantaba, pareciéndole un hecho anormal que necesariamente había de tener graves consecuencias.

Este pensamiento la hacía estremecer de terror, y se echaba á llorar como si la culpable hubiese sido ella.

Pero dominó pronto aquella debilidad. La fuerza de voluntad opera milagros en las mujeres.

Estaba tranquila, casi alegre, cuando llegó al hotel del Parque de los Príncipes.

Tan pronto como paró su coche delante de la reja, apareció en la escalera exterior Carmen que esperaba, llena de ansiedad; detrás de las cortinillas de un balcón.

Antes de que la viajera subiese, se precipitó ella á su encuentro.

Carmen formaba con su cuñada un contraste notable.

Todo en ella acusaba su origen exótico: sus manos y pies diminutos, sus facciones todas.

Sobre su tez mate resaltaban sus labios rojos, por entre los cuales se divisaban unos dientes blanquísimos. Su frente, algo baja, parecía un pedazo de marfil entre sus cabellos negros y sus ojos, más negros todavía, sombreados por las espesas cortinas de sus largas pestañas.

Su talle flexible, de que arrancaba un soberbio busto de provocativos contornos, tenía ondulaciones suaves y nerviosas de tigre.

En las menores conmociones de su cuerpo, en los más ligeros estremecimientes de su rostro, en los relámpagos más fugitivos de su mirada, se adivinaba aquella naturaleza ardiente y apasionada que la había lanzado á los peligros de que Elena acababa de sacarla á costa de tantos esfuerzos.

Arrojóse en brazos de su prima y se la llevó al saloncito de confianza, cerrando tras de sí la puerta.

– ¿Y bien?, preguntó temblando de ansiedad.

– ¡Estás salvada!, contestó Elena.

– ¡Ah, gracias, hermana mía!.. ¡Bendita seas! ¿De modo que ha consentido?

– Sí.

– ¡Ah, cuéntame! ¡Dímelo todo! ¡Pobre Roberto! ¡Cómo ha debido sufrir! Saint-Hyrieix ha salido á terminar sus preparativos de viaje y no volverá hasta la hora de comer.

Entonces Elena refirió á Carmen todos los detalles de su entrevista con el capitán.

Más de una vez los sollozos de la culpable acompañaron el relato de su prima.

Cuando ésta hubo terminado, Carmen, con lágrimas en los ojos, abrazóse á ella y le dió un prolongado beso.

– ¡Ay, hermana mía! ¿Cómo pagarte favor tan inmenso?, dijo con una ternura que revelaba toda su gratitud.

– ¡Olvidando, Carmen!, contestó Elena con afable gravedad. No quiero decir que borres de tu alma el recuerdo de tu hijo. Sería una impiedad monstruosa. Guárdale tu corazón y síguele, de lejos, en la senda del deber y del bien, por la cual puedes estar segura que su padre le guiará. Pero destierra de tu espíritu todo vestigio de la pasión criminal que te unía á éste. Que se disipe en humo, con el de esas cartas, que tantas lágrimas nos cuestan y que quemarás mañana, tan pronto como las recibas.

– ¿Qué quieres decir? ¿No las traes?

– ¡No! Las tenía en Tours; pero su ordenanza fué por ellas, y d'Alboize me ha dicho que las encontrarás mañana en el sitio acostumbrado.

– ¿En el sitio acostumbrado?..

Pareció vacilar un momento, como si tuviese algo que decir á Elena.

Esta no reparó en aquel movimiento, que no duró más que un segundo.

– ¡Bueno! Iré... por última vez.

– ¿Tu marido no sospechará nada?

– No. Las preocupaciones de la marcha y las instrucciones del ministro le absorben. No tiene tiempo de pensar en mí.

– ¿Hizo alguna observación sobre mi ausencia?

– Apenas la ha notado. Se la expliqué conforme convinimos, diciéndole que habías ido á Penhoet. Pero pensaba en otras cosas y no sé si me oyó siquiera.

– Mejor.

– Ahora vete á descansar. Yo voy á preparar mi equipaje.

Abrazáronse otra vez y se separaron.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA

PARANÁ, CAPITAL DE LA PROVINCIA ENTRE RÍOS

(Fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

La ciudad de Paraná es una de las más pintorescas de la República Argentina y de las que más agradablemente impresionan al viajero. Su excelente situación á la orilla izquierda del caudaloso río que le dió nombre y casi frente á la confluencia con el río Salado, parece como si surgiese en lo alto de una hermosa y artística *corbeille* de flores. El estar asentada sobre los espadados y altos ribazos donde el río Paraná corre algo encajonado y profundo, como si quisiera enorgullecerla reproduciendo sus bellezas en los cristales de sus aguas, ó adormecerla amorosamente con su murmullo, ó embriagarla con el perfume que en alas de la suave brisa le envía de sus isletas y flotantes *camalotes* cuajados de preciadas flores, le da un cierto aspecto que hace recordar alguna de las leyendas griegas. Y lo más extraño de la ciudad que nos ocupa es que, sin tener en sí nada que sea de notoriedad sobresaliente, tiene fisonomía propia; ambiente en extremo atrayente, delicado, subyugador de voluntades y halagador de emocionantes y tiernos sentimientos. Y es que allí reinan todos los tonos



República Argentina. Paraná (Entre Ríos)
Palacio del Gobierno

de la poesía; en el cielo, en el aire y en los deliciosos panoramas que encantan la vista: como si un pedazo de cielo y tierra de la provincia sevillana hubiesen sido trasladados de orillas del Guadalquivir á las del Paraná. Nada tan risueño y alegre como las horas de sol, y nada tan melancólicamente poético y que sobrecoja tanto el ánimo como el atardecer. Las horas del crepúsculo, con sus colores indecisos, la transparencia de la atmósfera, las gradaciones indefinidas de luz opaca cayendo hacia occidente, las reverberaciones metálicas de las aguas movedizas, murmullantes, chapoteadoras, con mil confusos y extraños ruidos, entristecen dulcemente el alma.

A pesar de remontarse su fundación al primer tercio del siglo pasado, no guarda recuerdos antiguos, á no ser la gran cantidad de fósiles que á orillas del río á menudo se descubren. Casi ha olvidado su primitivo nombre de «La Bajada.»

Paraná, en sus edificios, es de lo más moderno.

Uno de los fenómenos que llaman la atención del viajero es ver que, á pesar de su situación encantadora y de lo feraz del suelo, no haya progresado comercialmente lo que otras muchas ciudades que son de fundación casi reciente, de medio siglo para acá, por ejemplo, con muchas menores condiciones, cuando ella las posee todas buenas y su existencia data de más de siglo y medio. Lo explican únicamente por el carácter general y gustos particulares de los correntinos, más guerreros que agricultores y más políticos que estancieros; amando más las aventuras que la tranquilidad de la vida labriega.

República Argentina. – Paraná (Entre Ríos). Chalet Pastori. Corales Nuevos

La ciudad es hermosa, con todo el *confort*, lujo y comodidad de la vida moderna; pero á pesar de sus recuerdos del tiempo en que fué capital de la República (¡diez años!, de 1852 á 62, los mejores tiempos del preclarísimo entrerriano D. Justo José de Urquiza, de inolvidable memoria), y con ser actualmente residencia de las autoridades provinciales, obispado y poseer un Seminario, Escuela Normal y un excelente puerto visitado por todos los vapores que hacen la carrera por el río Paraná hasta Paraguay, sólo contiene una población escasa de 25.000 habitantes.

Los edificios públicos son espléndidos, especialmente la Casa de Gobierno, verdadera preciosidad arquitectónica, de orden compuesto, digna sede de autoridades de nación más que de provincia; como asimismo la catedral, palacio episcopal, municipalidad y Escuela Normal, edificios que son rico adorno de la bellísima plaza «Primero de Mayo.» Otra de las lindas y grandiosas plazas con que cuenta Paraná es la de San Miguel, donde se levanta la iglesia de igual nombre.

Además posee un gran Polígono de tiro donde se ejercita la juventud en el manejo del Mauser y tiro al blanco. Y como sitio de recreo merece especial mención el llamado «Corales Nuevos,» sitio amenísimo y apropiado para pasar deliciosamente las veladas oyendo buena música, contemplando la gracia y elegancia de las correntinas *puebleras,* como las llaman los gauchos de tierra adentro, y que por cierto son muy hermosas, y fortaleciendo los pulmones aspirando aire puro y perfumado.

La parte del puerto donde está la Aduana, llamada también «Bajada Grande,» forma los arrabales al pie de las altas barrancas, lugar delicioso, pero expuesto á inundaciones como la del año 1891, de muy tristes recuerdos, y la del año pasado, de menores consecuencias.

República Argentina. – Paraná (Entre Ríos).
Plaza de 1.º de Mayo

Hablar de la ciudad de Paraná sin mentar el río del mismo nombre, es cosa casi imposible. Como lo es hablar del río y no mentar con sus *camalotes* floridos las barrancas espadadas; como asimismo lo es que un entrerriano ribereño no os cuente una porción de anécdotas, sucedidos y leyendas, con cierta supersticiosa creencia, respecto á monstruos del río y almas en pena; narraciones llenas de sabor local, contadas con el lenguaje pintoresco tan propio como ameno de los gauchos entrerrianos, que las hacen verdaderamente interesantes para el oyente viajero. Cuando, entrada la noche, se encuentra el forastero en rancho siempre hospitalario, á la vera de la lumbre, corriendo el mate de mano en mano, sin saber cómo, empiezan á referirse las leyendas más espeluznantes en que el narrador ó alguno de sus parientes tomaron principal parte.

Una de las creencias más *creídas* y vulgarizadas, origen de historias múltiples, es la de que en los pro-



República Argentina. – Paraná (Entre Ríos). Polígono de tiro

fundos remansos del río Paraná vive un monstruo de grandes dimensiones llamado *Yaguaroy*, que en lenguaje guaraní quiere decir *tigre de agua;* el cual animal socava, haciendo profundas cuevas, las altas barrancas, produciendo su derrumbe para devorar cuanto ser viviente arrastre al agua en su caída.

Lo bueno de esta creencia está en que muchos sabios naturalistas dan en asegurar la existencia de tal monstruo; y hay quien afirma, y el sabio doctor argentino Sr. Ameghino es uno de ellos, ser el *Neo Mylodon Listaii*, del que aseguran que existen todavía ejemplares vivientes en los grandes lagos del Chubut y Río Negro. La leyenda es idéntica así entre los indígenas de aquellas apartadas regiones como entre los que pueblan las que riega el caudaloso Paraná, y todos están contestes en llamarle *tigre de las aguas* en sus particularísimos y extraños lenguajes.

Sea de ello lo que fuere bajo el concepto científico, lo cierto es que á veces, después de acaecido uno de esos grandes derrumbes, se oyen como fuertes gritos estridentes que llenan de terror á los oyentes y se perciben á grandes distancias, sobre todo de noche, y también es muy cierto que no hay entrerriano ribereño que acampe ó construya su rancho á orillas de la acantilada barranca, sino á algunos centenares de metros tierra adentro.

JUSTO SOLSONA.

UN NUEVO KLONDYKE EN LAPONIA

Quizás en un porvenir próximo las soledades de Laponia serán invadidas por una multitud de buscadores de oro como lo han sido los desiertos de Alaska y alcanzarán súbitamente una importancia de primer orden.

Hace ya mucho tiempo que en los ríos de la parte septentrional de Noruega, especialmente en el Tana, se encontraron pepitas del precioso metal. Algo más hacia el Este, en la cuenca del Ivalojoki, el principal tributario del lago Enara, el mar interior de la Laponia finlandesa, hay establecidos algunos lavaderos de oro que producen regulares beneficios. Desde 1870 á 1889 se han extraído de las arenas fluviales de aquella región 361 kilogramos de oro.

Si los productos no han sido más importantes, débese atribuir este resultado al escaso número de obreros y á la corta duración de la estación durante la cual se practican los trabajos; pero de todos modos la cantidad de metal que contienen las arenas del Ivalojoki es mucho mayor que en California y en la Siberia oriental, pues en ciertas localidades un metro cúbico de arena contiene hasta 3'25 gramos de oro.

En la otra vertiente de Finlandia, en la cuenca del Unasjoki, tributario del Báltico, se ha observado la presencia de partículas de oro.

Finalmente, en una formación aluviana, á orillas del Pasvig, en la frontera ruso-noruega, se han encontrado fragmentos de diamantes: este es el único yacimiento de este magnífico mineral hasta ahora conocido en Europa.

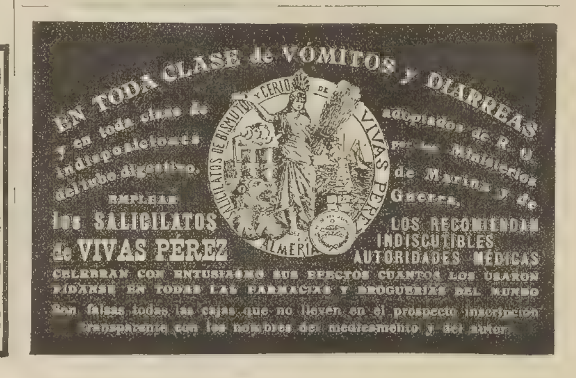
El diamante y el oro que en estas arenas existen provienen indudablemente del desmantelamiento de las pegmatitas y de los granitos de edad reciente que en aquella región abundan; pero todas las investigaciones practicadas para encontrar la roca madre han sido infructuosas. La roca sólo aparece en muy pocas localidades y en todas partes disimulada por espesas formaciones movibles cubiertas de bosque ó de pantanos.

Sea de ello lo que fuere, algunos noruegos, atraídos por el cebo de la ganancia, han comenzado á explotar el valle del Altenelv, á 100 kilómetros al Sur de Bossekop, en el corazón de Laponia. Los primeros resultados han sido, al parecer, satisfactorios y en el próximo verano se instalarán dos lavaderos.

Desde el punto de vista de la constitución geológica, los terrenos de Laponia presentan gran analogía con los del Klondyke y por consiguiente es muy probable que encierren grandes tesoros auríferos que no tardarán en ser explotados.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA PRENSA, por *Enrique Redel*. – El notable poeta andaluz Enrique Redel ha reunido en un folleto diez hermosos sonetos dedicados á la prensa, que se titulan: La máquina de imprenta, Los partos de la prensa, Los distintos géneros de la prensa, La prensa vulgar, La prensa esclava, La prensa libre, La prensa benévola, La prensa intolerante, La prensa en general y Apóstrofe á la prensa. Cada uno de estos asuntos está tratado con elevación de ideas y en armoniosos versos. El folleto ha sido impreso en Córdoba en la imprenta del *Diario* y de él se han tirado únicamente 500 ejemplares.

LA RIADA, por *M. Escalante Gómez*. – Es un pequeño poema del género de los del ilustre Campoamor, en el que se traza una historia patética, interesante, sencilla y llena de sentimiento. Abunda la obra del distinguido poeta Sr. Escalante en bellos pensamientos, y la versificación, fluida y armoniosa, se distingue sobre todo por su naturalidad. *La Riada*, que lleva una carta-prólogo de Salvador Rueda, forma parte de la «Biblioteca Azul» que se publica en Madrid y ha sido impresa en la tipografía El Trabajo.

LAS AGUAS AZOADAS Y EL MANANTIAL NITROGENADO DE FUENTE AMARGOSA EN TOLOX (MÁLAGA), por el *Dr. Arturo Daza de Campos*. – Notable bajo todos conceptos es este trabajo del Dr. Daza sobre las aguas azoadas en general, y en particular sobre el manantial llamado Fuente Amargosa que existe en la provincia de Málaga junto al pueblo de Tolox. En él se estudian la geología, climatología, aerografía, flora y fauna del terreno en que el manantial emerge, los diferentes análisis de su agua, la acción fisiológica y terapéutica de ésta, sus indicaciones terapéuticas y los métodos modernos del tratamiento de la tuberculosis pulmonar empleados al pie del manantial. Completan este estudio varias atinadas observaciones sobre las aguas artificiales, sobre los sanatorios y sobre los manantiales extranjeros, algunas reglas higiénicas y cuantos datos puedan interesar á los enfermos que acudan en busca de remedio á sus dolencias á aquel balneario con razón llamado la Panticosa de Andalucía. El folleto escrito por el Dr. Daza, médico-director en propiedad y por oposición de Fuente Amargosa, ha sido impreso en Madrid en la escuela tipo-litográfica del Hospicio.



TÍTULO DE HIJO ADOPTIVO DE ALCOY Á FAVOR DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ, obra de Fernando Cabrera

LAS CABRAS DE LECHE Y TRATADO COMPLETO DE LA FABRICACIÓN DE QUESOS DE VARIAS CLASES, por *Narciso Montagut*. – Dada la importancia que para la industria y para la ganadería tiene la cabra de leche, creemos que el Sr. Montagut ha prestado con su libro un gran servicio á estas dos ramas de la actividad humana. En cuatro secciones estudia el autor de esta obra todo cuanto á la cabra se refiere: en la primera describe las distintas razas de cabras y el modo de criarlas; en la segunda se ocupa de la leche, del modo de extraerla, de su composición, de su conservación, de sus alteraciones y falsificaciones; en la tercera explica las enfermedades de la cabra y el tratamiento que para cada una de ellas debe emplearse; y en la cuarta analiza los procedimientos para la fabricación del queso en general y para la de cada uno de los quesos más renombrados así españoles como extranjeros. Lleva, además, el libro como apéndice el reglamento que rige en España para los establecimientos de vacas, burras, cabras y ovejas. Editada en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese esta obra á dos pesetas.

CONGRESO SOCIAL Y ECONÓMICO HISPANO-AMERICANO. – Hemos recibido el Real Decreto de 16 de abril de 1900 dictando reglas para la celebración en Madrid del primer Congreso Social y Económico Hispano-Americano, y el Reglamento por que habrá de regirse esta asamblea internacional que se verificará en noviembre próximo y en la cual se tratarán los más trascendentales problemas que interesan á España, á Portugal y á las repúblicas americanas de nuestro mismo origen. La iniciativa de este congreso, patrocinado por el gobierno, ha partido de la Unión Ibero Americana, esa asociación que tantos y tan valiosos servicios ha prestado á la causa de la confraternidad entre los pueblos español, portugués y americano-latinos, siendo de esperar que los resultados del mismo corresponderán á su importancia. Las adhesiones al Congreso se dirigirán al Presidente de la Comisión organizadora, Oficinas de la Unión Ibero Americana, Alcalá, 65, Madrid.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y ploma, semanario ilustrado catalán que se publica en Barcelona; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Gaceta de los ferrocarriles de la isla de Cuba*, revista de agricultura, industria, comercio, navegación, etc., que se publica en la Habana.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XIX — Barcelona 18 de junio de 1900 — Núm 964

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el número último de La Ilustración Artística repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que es el primero de la famosa obra de Lesage Gil Blas de Santillana, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Aquellos de nuestros suscriptores que no hubiesen recibido el expresado tomo se servirán reclamarlo de nuestros repartidores y corresponsales.

Igual advertencia debemos hacer á los que, aceptando el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, solicitaron oportunamente que se les sustituyese el primer tomo de Gil Blas de Santillana por el primero de la obra Pensamientos y recuerdos de Otón, príncipe de Bismarck.

UNA CORRIDA DE TOROS EN UN PUEBLO DE VALENCIA

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

Sensible es tener que confesarlo, pero ¿qué otro recurso queda si ha de decirse la verdad? La afición á los toros está arraigadísima en nuestra patria, y cuanto más predican los moralistas en contra de esta diversión y cuanto más nos censuran por este motivo los extranjeros, tanto más dispuestos parecen los españoles á reirse de los sermones de los unos y á hacer caso omiso de los insultos de los otros.

Las plazas de toros abundan que es una bendición y el oficio de torero es uno de los más lucrativos en nuestra tierra; el número de circos taurinos aumenta de día en día y en proporción aumenta también el de los que al llamado arte de Montes se dedican. No hay ciudad de alguna importancia que no tenga su plaza, y no hay chico en determinadas regiones que al ver un toro ó simplemente un buey no sienta hervir su sangre y no se crea destinado á eclipsar la fama del mismísimo Pepe Hillo.

Y aun los pueblos que no cuentan con medios para organizar corridas en regla se ingenian para poder disfrutar, siquiera en las grandes solemnidades, de los placeres de una corrida, convirtiendo para ello en circo la plaza pública y lanzándose á la lidia los mozos más atrevidos del lugar.

Mas como no hay mal que por bien no venga, aun los más acérrimos enemigos de esta diversión han de convenir en que, aparte de su carácter más ó menos bárbaro, que no hemos de discutir, las corridas de toros en sus diferentes formas ofrecen un aspecto sumamente pintoresco y que en el denominado espectáculo nacional han hallado inspiración multitud de artistas, cuyas obras han sido universalmente admiradas.

El célebre pintor valenciano José Benlliure, de quien tantas veces se ha ocupado con el elogio que siempre se merece La Ilustración Artística, nos da una prueba de lo que decimos en el bellísimo cuadro que al pie de estas líneas publicamos. Esta hermosa composición, llena de luz, de vida y de movimiento, portento de dibujo y de color, basta para reconciliar con las corridas de toros á sus más enconados adversarios, que bien puede perdonarse lo que estas fiestas tienen de censurable y para muchos de repulsivo y brutal en gracia á que á ellas debemos obras de tanta valía como *Una corrida de toros en un pueblo de Valencia.*

UNA CORRIDA DE TOROS EN UN PUEBLO DE VALENCIA,

cuadro de José Benlliure

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PROGRESO. – CUESTIÓN DE RAZAS

Es edificante y curioso, y mucho de lección envuelve, el caso sucedido estos días en mi tierra natal con un invento nuevo. Hace lo menos veinte años que la antigua y monumental Santiago de Compostela y la industriosa y fabril Coruña suspiran por tener una línea férrea que, enlazando con la general, facilite la comunicación entre ambas ciudades, que se ven obligadas á realizar por medio de los coches-diligencias más feos, sucios, destartalados, apestosos, incómodos y peligrosos de cuantos conozco. Desgraciadamente los suspiros de ambas *urbes* tenían bastante de platónicos y no poco de egoístas. Santiago deseaba la línea férrea, convenido; pero... siempre que no le reportase á la Coruña ciertas ventajas. Y la Coruña anhelaba el mismo adelanto... con tal que Santiago no resultase favorecido. Y vino á ser lo del ferrocarril un pugilato de pellizcos y torniscones entre una dueña noble y devota y una obrera gallarda y en lo mejor de su edad.

Excuso decir que los respectivos caciques se hicieron cómplices y coautores de las morosidades y marañas por las cuales la ansiada línea férrea no llegó á construirse. Que si ha de pasar por aquí el trazado; que si ha de torcer por allá; que con tal condición apoyo; que sin ella combato y obstruyo... Y en estas disputas llegaron los perros, es decir, los automóviles, y se decidió fundar una empresa, desterrando la vetusta diligencia, cuyos vuelcos retraían á mucha gente del viaje. No era, sin embargo, la cosa tan sencilla como á primera vista parecía. En primer lugar, el camino de la Coruña á Santiago es un abecedario en que faltan las rectas *íes* y sobran las rabituertas *eses*. Para mayor dificultad, las *eses* están colgadas sobre precipicios. El coche que allí se inclina no da contra un seto ni va á tumbarse sobre un prado, sino que se despeña al fondo de un valle, de una altura de ocho ó diez metros. Quien vuelca vuelca desde un tercer piso, lo cual centuplica la amenidad de la situación. Así es que los vuelcos de la diligencia llamada (¡oh ironía de los nombres!) *la Ferrocarrilana* han solido ser fatales. El ilustre actor Emilio Mario se dejó aquí á uno de sus compañeros, despachurrado trágicamente al trasladarse la compañía de la Coruña á Santiago. Siempre que Mario hablaba de este trayecto se ponía grave, se le fruncían las negras cejas y se le contraía la rasurada faz.

Como la lógica no es el fuerte de las multitudes, no debemos extrañar que, no obstante la tradición de los vuelcos de la diligencia, uno de los primeros síntomas *misoneístas* que se notaron al divulgarse la noticia de que se iba á establecer el servicio de automóviles fuese el temor á los vuelcos. La inmensa mayoría de la humanidad es así: la alarma menos volcar de un coche ya conocido y ser destrozada por ruedas viejas. Lo pavoroso es sufrir accidentes en un artefacto no usado hasta entonces.

Somos la minoría aquellos que encontramos sazón y gusto en lo nuevo, y precisamente creemos que, de exponerse á un percance, exponerse por algo que no encaja en la rutina. Juntamente profesamos la opinión de que el innovador está obligado á un cuidado exquisito para no hacer antipática la innovación. Y los automóviles que vinieron aquí á asustar á la gente parece que tenían el inconveniente gravísimo de ser material de desecho, adquirido con rebaja. Además, no resolvían el problema de la rapidez en el transporte: lo que la diligencia recorría en seis horas, lo andaban ellos en cuatro ó cinco: ventaja insignificante.

¿Por cuánto tiempo quedará en la memoria y en los sentidos de la gente de esta tierra infiltrado el horror al automóvil? Es de suponer que ya no lo perderán nunca. En los pocos días que funcionó el invento ocurrieron varios lances, uno de muy graves consecuencias. Se arrojaron del coche distintas personas, enloquecidas de terror; fué aplastado un caballo, y no sé si todavía hubo algo más. Un grupo de aldeanos, contemplando la desgracia, decían á voces: «De esto tienen culpa los que gobiernan.» Y el gobernador lo oía: como que precisamente, asistiendo á las pruebas, iba en el vehículo.

Pues bien, por una vez puede decirse á boca llena: casualmente de este desavío no tiene el gobierno la culpa. La iniciativa privada, á la cual interesaba tanto que el resultado fuese satisfactorio, pudo darnos el progreso en buenas condiciones. A los países alejados del movimiento industrial, como es Galicia relativamente á Vizcaya y Cataluña, se les han de presentar los adelantos en su última y más alta expresión, porque su misoneísmo es al de otras provincias como 4 es á 1. Y si han de recibir con relativa indulgencia los adelantos, tienen que ver muy á las claras su excelencia. Ahora se anuncia la adquisición de mejor material; pero apuesto á que el ensayo, por feliz que sea, no borrará la impresión desagradable de los fracasos primeros. De aquí deduzco que todos cuantos aspiramos á difundir algo nuevo tenemos el estricto deber de elaborarlo con detención y primor, porque la novedad *en las costumbres*, no *en las modas*, lleva ya en sí algo que subleva y repele, y sólo con blandura, maña, cuidado y astucia se vence esa involuntaria repulsión de la multitud, apegada inconscientemente á lo antiguo, aunque reniegue de él y conozca y deplore sus males.

Un autor que supongo americano, pues su libro está impreso en Montevideo, D. Víctor Arreguine, ha emprendido la tarea de refutar la célebre obra de Demolins, abogando por la superioridad de los latinos sobre los anglo-sajones. En opinión del señor Arreguine – que parece persona de talento y escribe bien y con soltura – no existe, hablando con propiedad, raza latina ni raza sajona. Todos arios, indoeuropeos. Es muy cierto; no negamos verdad tan demostrada y conocida. Pero tampoco negará el señor Arreguine que, ramas de un mismo tronco, para seguir la imagen, distamos mucho de parecernos y de dar igual fruto. No sólo no nos parecemos, sino que se diría que nuestros ideales se repelen. Ni en religión, ni en arte, ni en sociología, tenemos las mismas concepciones. La libertad individual, el protestantismo, son sajones; la libertad política, el catolicismo, son latinos. Las excepciones no dicen nada en contra de esta observación general. Un objeto de tocador, un pliego de papel, un sombrero, os gritan á voces: *Made in England, made in Germany...*

Siendo exacta aquella definición «el hombre es un animal que se acostumbra á todo,» no negaré yo que la fuerza socializadora de la imitación y la del contacto puedan hacer que el individuo se adapte á la especial manera de ser de la agrupación. Mas ¿en qué consiste que la agrupación se determina en cierto sentido y no en otro? No hay remedio sino reconocer la obra misteriosa de las afinidades étnicas. No vale decir que el suelo, el clima, el ambiente, lo hacen todo. Los boers se llevaron al Africa su ideal; los ingleses se lo llevan á todas partes. La Biblia y la tetera aparecen en Australia ó en Java, en Canarias ó en Klondyke. Y el mismo Sr. Arreguine lo reconoce; confiesa que el inglés es siempre inglés - inglés fatal, inglés *desinglesable*.

Yo creo que el Sr. Arreguine tiene razón en gran parte de lo que dice, pero no saca consecuencias exactas de su razón. Los anglo sajones son más crueles y más rapaces en sus conquistas que los latinos – ya se sabe. – Hace tiempo que los bien informados se ríen de nuestra *leyenda negra*. El Padre Las Casas, si viese á los hambrientos de la India y á los infelices *sioux*, tendría que llorar para toda su vida. Cabritillos de leche fueron nuestros conquistadores al lado de lord Clive. Pero no se trata de eso, no se trata de humanidad *colectiva* cuando se sostiene y propugna la superioridad *actual* de los anglo-sajones.

Actual; importa fijarse bien en que esta cuestión es una cuestión de cronología. La civilización antigua, con su sello evidentemente artístico, pertenece á la raza heleno latina (llamémosle raza, para entendernos, á ese conjunto de pueblos). La civilización primitiva oriental, religiosa, había pertenecido á la raza india y semítica. Y la moderna, científica, pertenece á la raza anglo-sajona. No se puede discutir. No es un pugilato de virtudes. La *superioridad* no consiste en el ejercicio de esta ó de aquella *virtud*. consiste en la fuerza, consiste en la salud, el vigor, la energía, la actividad.

Que hay también energías morales en los países anglo-sajones, y altruísmo, y hogar, y familia, y respeto á la mujer, y una apasionada y tenaz protección á la infancia, eso no lo podemos negar los latinos más latinos, y yo lo soy en alto grado, refractaria sin querer, por instinto, á lo que no lleva el sello de la raza y de la cultura latina. Virtudes llamo á esas predisposiciones del alma sajona; pero no habrá existido en el mundo raza ni nación alguna que presente completo el cuadro de las virtudes humanas. Quizás cada energía nacional lleva inherentes ciertos males ó desórdenes morales. Los fenicios y los danaos eran engañadores porque eran industriosos y traficantes. Los ingleses son duros y egoístas porque son resueltos y porque se les deja ejercitar el *self help*. La misma conciencia de su superioridad les hace negreros, esclavistas, utilitarios, persuadidos de su derecho contra todos. La convicción de que se debe desarrollar en primer término la energía, aconseja los castigos en las escuelas y la brutalidad en los juegos. Es, en algún modo, el antiguo criterio de los espartanos. Esa gente que goza con las sensaciones violentas y ásperas, que sufre con deleite la intemperie, el agua, la nevasca, que tiene sentidos menos finos que el latino y temperamento más robusto, necesariamente, al apoderarse de las conquistas científicas de nuestro siglo, tiene que ser una raza *superior* – dominadora.

Repito que el Sr. Arreguine es persona de mucho talento: su error es un error *latino*, simpático, artístico: funda la superioridad, que él cree indiscutible, de los latinos en sentimientos, en aptitudes, no en *hechos*, no en *realidades*. ¡Ojalá acertase el Sr. Arreguine! Y puede que acierte... con el tiempo este hispano-latino de la América del Sur. Lo que es hoy no me negará que los anglo-sajones avanzan, que se tragan el globo. Y se lo tragan, no como se tragaron á Europa sus antepasados los bárbaros, para aceptar inmediatamente las ideas y el arte y el espíritu de las razas vencidas, no; ellos ahora imponen su concepción peculiar de la vida y del mundo... Han descubierto una infinidad de secretos y nos los transmiten. Han averiguado – ya lo sabía Bacón – que hasta para un ángel el hombre tiene que empezar por ser una sana y equilibrada bestia..., sí, un animal poderoso y bien constituído – algo como el Pegaso, nuestro Pegaso latino, que es caballo y luce alas, ó como la Esfinge, latina también – porque todos los mitos hermosos son latinos – que ostenta gallarda cabeza y seno de mujer sobre ancas de fiera...

El mismo entendido escritor reconoce que no estamos en nuestro apogeo. Con esa confesión me basta. Por lo demás, no creo herida de muerte tampoco yo á la raza latina. Acaso, con las duras lecciones recibidas, aprenderá y se amoldará á la vida moderna, á la cual en Europa se muestra bastante inadaptable. Yo le podría citar al Sr. Arreguine síntomas, en España misma, de esa transformación ó evolución de las ideas consecutiva al dolor de las palizas y de las afrentas nacionales. Francia, no se puede negar, también ha entrado en los caminos de la regeneración, y está desconocida en muchas cosas, aunque en otras persevere en su doctrinarismo.

La hibridación ó cruce del ideal latino con el ideal anglo-sajón puede dar frutos preciosos. Un recastado, ó media sangre (hablo simbólicamente), que conserve su finura y su sentido de artista y adquiera vigor y voluntad, puede ser el tipo perfecto á que la humanidad llegue en su progreso indefinido. Shakespeare era algo así: su propia lengua, la que el gran dramaturgo escribe, está plagada de latinismos: es latino á medias.

¿Quién sabe si el escenario de esa transformación de la humanidad, que sueño, serán las jóvenes naciones de la América española, cuya federación podría contener la ola sajona, dándonos otra vez el puesto que nos corresponde en el planeta? Todo aquello que no veo factible en nuestro viejo continente y nuestra vieja nacionalidad, se lo encomiendo á la América del Sur, que no sufre los *obstáculos tradicionales* que aquí padecemos, que ha recibido esas transfusiones de sangre extranjera que renuevan la raza por la amalgama, y que representa para España el elixir de juventud de *Fausto*.

EMILIA PARDO BAZÁN.



FERNANFLOR

Isidoro Fernández Flórez es el primer periodista que sin haber pasado por cargo político alguno ha traspuesto los umbrales de la Academia Española para tomar asiento entre los ilustres miembros de aquella corporación encargada de limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua castellana.

No creo necesario otro elogio del periodista de agudo y temible ingenio, del narrador de tan castiza y elegante prosa como lleno de originalísimos recursos, del crítico imparcial de golpe de vista seguro, á las veces irónico, sutil y delicado, enérgico y duro otras. *Fernanflor* ha entrado en la Academia Española, la más codiciada entre nosotros de todas esas doctas corporaciones, sin más influjos que los de su pluma de escritor modernista, que en la sección política del periódico se convertía en catapulta demoledora de escuelas y doctrinas; que en la *crónica* – género implantado por *Fernanflor* en el periodismo español – se transformaba en el buril de Cellini, cincelando riquísimas labores; que en el *cuento* era (y *es* felizmente) cincel que trabajó estatuas cri selefantinas de tanta belleza plástica y ricas tonalidades como llenas de vida; que en la crítica así parecía escalpelo manejado por habilísimo anatómico, como espada de delgada hoja florentina. A esa pluma que de tan varios modos le sirvió y con tanta brillantez dió forma á los ideales todos de su dueño, solamente á ella debe *Fernanflor* periodista su ingreso en la Academia. Digno y justo es reconocer que el mérito del escritor ha sido consagrado oficialmente de una manera espontánea é imparcial, allí donde aún no hace muchos años se miraba con recelo cuanta persona ó cuanta doctrina tuviera olor, sabor y color de revolucionaria.

* * *

El ilustre autor de cuentos tan bellos como *La palmera de plata, La cantaora* y veinte y ciento más que son modelos de buen decir, páginas sueltas de un libro que pudiera titularse «El corazón de un hombre del siglo XIX,» es una de las figuras, en la literatura española contemporánea y en la sociedad madrileña de nuestros días, más típicas, más originales por su carácter, por sus aficiones y por sus gustos. Como escritor es un «cuentista» hondamente sujetivo, ético y más que observador de tipos y cosas (con ser esto en grado superior), un espíritu reflexivo al que conmueven é inspiran las múltiples y cada día más inextricables batallas de las pasiones humanas; esas batallas que, no siendo ruidosas ni cruentas, son, por las condiciones de la civilización moderna, que van transformando nuestra fisiología, más dolorosas por lo calladas y sufridas que no lo han sido nunca. Como «cronista» *Fernanflor* ocupa uno de los puestos preeminentes entre los estilistas y cinceladores del habla castellana; y tengo para mí que es el primero entre los primeros en narrar con sencillez y al propio tiempo con elegantes conceptos así lo trivial como lo dramático.

La crítica, especialmente la artística, ha tenido en mi ilustre amigo formidable campeón. Limpio de toda influencia de escuela, él, tan lógico en sus creaciones literarias, tan sencillo como elegante y señoril en el desarrollo y expresión de aquéllas, no echó mano de otras razones ó doctrinas que las que le sugería su buen gusto, su educación de *visu* – en materias de Bellas Artes la única cierta – para ensalzar ó censurar una obra. Y una de las condiciones características de la personalidad crítica de *Fernanflor* era la de exponer su pensamiento sin cuidarse de las demás opiniones. Siempre que ha creído necesario de... una de esas grandes verdades que para decirlas es menester habérselas con la opinión y arrollarla, lo hizo sin cuidarse de atenuar los efectos. Sus argumentos pudieran calificarse de argumentos de *razón pura*.

En el fondo de su obra literaria como en sus gustos artísticos se advierte una mezcla verdaderamente digna de estudio, de romanticismo y de misticismo, sin dejar de ser hondamente realista. Muéstrase la primera condición en un dejo de amargura que se traduce unas veces en hastío, como en el citado cuento *La palmera de plata;* otras, por el contrario, en un movimiento de esperanza, como acontece en su cuento simbólico *La insepultable;* otras por un fatalismo cuasi heleno, bien advertido en aquel maravilloso trabajo literario *Mujeres y rosas*. Su misticismo procede de un alto sentimiento altruista que tantos aspectos ó facetas ofrece en su varia obra. Escéptico á las veces, fina y amargamente irónico, francamente democrático y revolucionario al modo que lo fueron los Vives y los Luises de León y de Granada, esto es, reclamando la absoluta igualdad del deber y del derecho para el hombre, la piedad para todo dolor, convirtiendo en religión el progreso espiritual, ese misticismo – digo – se muestra literariamente en el escritor ilustre, abarcando todos esos aspectos según que la idea generadora se ofrezca á su mente movida por un estado determinado de su alma.



D. ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ (FERNANFLOR)

* * *

Sin darme cuenta he venido á trazar un esbozo de la personalidad literaria de Isidoro Fernández Flórez, cuando en estas rápidas semblanzas lo principal es hacer el retrato íntimo de la persona. Pero realmente, para el mejor parecido de este retrato que intento, el conocimiento del hombre por su obra lo considero de tanta importancia, cuanto que en *Fernanflor*, al revés de lo que suele acontecer con otros escritores y pensadores, su fisonomía moral está dibujada por entero en sus escritos. En la conversación familiar se advierten en Isidoro Fernández Florez esa ironía finísima de que más arriba he hablado; ironía tan fina como á las veces mortificante, si no cruel; la claridad y sencillez en el modo de ver y de apreciar personas y cosas, es otra también de las condiciones que brillan en el antiguo periodista; la elegancia y el buen gusto de su estilo se reflejan asimismo en todo cuanto le rodea y toca; la severidad, mejor dicho, la austeridad de ese mismo gusto, en la parquedad con que usa del tropo, del eufemismo de la hipérbole en su labor literaria, en sus trabajos críticos y en su conversación.

La figura mortal de *Fernanflor* es la personificación de esos aspectos de su obra. Pulquérrimo en el vestido tanto como en su trato, al verle pasear por estas calles de la villa y corte, con el sombrero ligeramente ladeado, luciendo en el ojal del chaquet ó de la americana de irreprochable corte la blanca nota de la gardenia, probando á cada cinco segundos en el suelo, mientras escucha distraído lo que le dicen sus interlocutores, la flexibilidad de su bastón, *Fernanflor* parece un displicente que apenas si pone cuidado en lo que le hablan, dibujándosele en el rostro ese ligero gesto de hastío que en ciertas inteligencias suele ser la forma con que se exterioriza el desencanto que les produce la distancia que media entre sus ideales abstracciones y la realidad.

Y sin embargo, pocas inteligencias creadoras viven más dentro de la realidad que *Fernanflor*. De ahí sus frases cáusticas con que á las veces dibuja todo un carácter. De ahí también sus escasísimas amistades, siendo al propio tiempo admirado y respetado por todo el mundo. De su conocimiento de éste deriva la austeridad de sus costumbres, la parquedad de sus palabras, la vida cuasi cenobítica que hace; así como de sus depurados gustos artísticos puede apreciarse, aparte de su obra literaria, en el decorado de su casa, especialmente en el de su despacho, donde no se ve ni una mecedora ni un mueble moderno de esos que llaman de *fantasía*, ni un cuadro, porque sus amores están en aquellas pensadoras cabezas del *Greco*, en aquellos austeros personajes de Sánchez Coello y Carreño, en aquellas interesantísimas figuras de damas y guerreros y gentes en fin de otros siglos, que más que por la historia los conocemos hoy por la genial revelación que de ellos nos han hecho con el pincel los grandes maestros del siglo de oro de nuestra pintura.

* * *

Y para terminar este esbozo de semblanza recordaré aquí unas *frases* de *Fernanflor* de las varias que recuerdo.

Erase un periodista notabilísimo (muerto hace algunos años), persona muy apreciada y querida en la redacción de *El Liberal*, á la que pertenecía. Este amigo nuestro, además de soñador impenitente, era de una indolencia grande. Parecía un hijo de los trópicos, pues siempre que podía buscaba la posición horizontal. Una tarde de verano entra *Fernanflor* sonriendo en la redacción.

– Acabo de ver, nos dijo, á Fulano *desleído* en una *manuela*.

Otro día se trataba de dos personas, también muy conocidas. Una de éstas tenía fama de no cumplir nunca lo que prometía, y ambas se preparaban para hablar en público. Se discutían, pues, las ventajas de una y otra para el caso.

No recuerdo quién dijo que el primero saldría vencido porque no tenía palabra.

– Ni el otro tampoco, contestó *Fernanflor*.

Pero la más sangrienta de todas las frases que yo recuerdo, no dichas, sino escritas por *Fernanflor* en momentos políticos de una reacción grande, y que produjo un verdadero espasmo de ira en las esferas del gobierno, fué aquella en la cual, atacando al régimen, decía que los reyes eran temibles «cuando se les calentaban los cascos.»

R. BALSA DE LA VEGA.

CESIÓN DE LAS CAROLINAS OCCIDENTALES Á ALEMANIA

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. – Prohibida su reproducción)

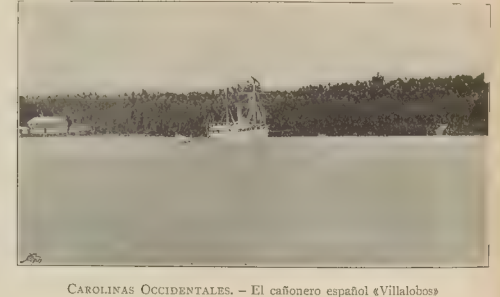
En la madrugada del 3 de noviembre del año pasado, el *Uranus,* á bordo del cual iba nuestro estimado y celoso corresponsal Sr. Arias y Rodríguez, llegó á la isla de Yap (Carolinas Occidentales), en cuyas aguas se encontraban ya el transporte de guerra *General Alava* y los cañoneros *Quirós* y *Villalobos,* y el cañonero y el transporte de guerra alemanes *Jaguar* y *Kudat.* A las nueve de la mañana desembarcó la marinería alemana para tomar parte en el acto de la toma de posesión, que se verificó en la plazoleta rodeada de árboles que se extiende delante de la Casa Gobierno; y á las nueve y media formaba, con los cornetas al frente, la compañía de Infantería de marina española que guarnecía la colonia de Yap. Las fuerzas alemanas se situaron á la izquierda y las españolas á la derecha, dando todas frente á la citada Casa Gobierno y formando un ángulo obtuso, pues la falta de espacio no permitía extenderse en una sola línea recta.

El gobernador general de Nueva Guinea, delegado del gobierno alemán, leyó el acta de cesión relativa al grupo de las Carolinas Occidentales, y al terminar la lectura del documento dió tres hurras al emperador de Alemania y otros tres á los reyes de España. Presentaron armas las fuerzas, los cornetas de nuestra Infantería de marina tocaron la marcha real y muy despacio se arrió la bandera española con todos los honores, haciendo las salvas de ordenanza el *Jaguar* y el *General Alava.* En seguida se izó la bandera alemana, tocando la banda del *Jaguar* el himno nacional alemán y después la marcha real española. Un discurso del gobernador alemán y otro del gobernador español saliente, que estaba emocionadísimo, pusieron fin al acto.

Carolinas Occidentales. – Isla de Yap. «El Casino,» establecimiento de bebidas y comestibles y sitio de reunión de la colonia española de Yap



Carolinas Occidentales. – Vista panorámica de la colonia ó población de Yap desde el embarcadero de la denominada «Isla de Doña Bartola»



Carolinas Occidentales. – El cañonero español «Villalobos» anclado frente á la colonia de Yap

Una de las hijas de un acaudalado inglés establecido en Yap lloraba al ver arriar la bandera de España, y lloraba también doña Bartola Garrido, mujer de gran entereza cuyo retrato publicamos y de la cual diremos algo más adelante. Unos cuantos indígenas presenciaron impávidos el cambio de nacionalidad.

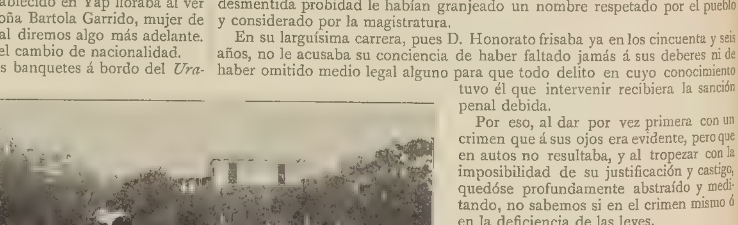
Durante los días 5, 6 y 7 celebráronse grandes banquetes á bordo del *Uranus,* del *Jaguar* y del *General Alava.*

Dejando para otro número, en que reproduciremos las correspondientes fotografías, la descripción de la isla de Yap y de sus habitantes y costumbres, diremos hoy algo únicamente como explicación de los grabados que en el presente publicamos.

La Casa Gobierno de Yap, construída con fuertes maderos y con techo de hierro galvanizado, se asemeja á un pequeño chalet y ofrece un aspecto muy agradable; consta de planta baja y principal, y se halla rodeada de arbustos y edificada en una pequeña planicie ó lengua de tierra bañada por el mar.

«El Casino» es el establecimiento más importante de la colonia de Yap; pertenece al súbdito alemán R. Friedlander y en él se venden comestibles y bebidas y servía de punto de reunión y recreo de la colonia española.

Un excelente camino ancho, muy bien cuidado y formando rampa, conduce á la pobre iglesia de la colonia, distante unos dos kilómetros de la población. Al final del camino se encuentra una escalinata, por la que se sube á una reducida plaza en donde está situado el templo, á cuyo lado se levanta la casa-convento. Ambos edificios son modestísimos y nada de particular ofrecen exterior ni interiormente, presentando un aspecto rústico. Los materiales que han entrado en su construcción han sido importados de Manila, pues en Yap se carece de elementos para realizar obras de importancia. Los frailes capuchinos que allí ejercen su misión civilizadora se dedican como los de Ponapé á la instrucción de los indígenas y á todas las faenas agrícolas, siendo hortelanos, jardineros, pastores, etc.



Carolinas Occidentales. – Isla de Yap. Pobre iglesia y modesta casa convento de la colonia

Doña Bartola Garrido, natural de Manila, ha sido intérprete del gobierno español en Yap, y ella fué la que al intentar los alemanes posesionarse de Yap en 1885 enarboló la bandera española y protestó enérgicamente del atropello que aquéllos intentaban cometer y que dió lugar al célebre conflicto de las Carolinas. El gobierno español premió los servicios de aquella excelente patriota concediéndole el cargo retribuído de intérprete del gobierno de las Carolinas Occidentales, que ha venido desempeñando hasta el momento en que este grupo de islas ha dejado de pertenecer á España. Ha sido la única que sin haber nacido en España ha demostrado un gran cariño á nuestra nación y una pena inmensa al dejar, contra su voluntad, la nacionalidad española, cuya bandera ostenta en preferente lugar de la sala de su casa.

Es viuda, cuenta cerca de sesenta años, es muy varonil y se conserva fuerte gracias á la vida activa que siempre ha llevado y sigue llevando todavía.

Habita una modesta casita situada en un pequeño montículo que antes formaba isla y que hoy está unido á la colonia por un pequeño istmo. Este montículo es denominado en las cartas geográficas «Isla de doña Bartola,» y lleva su nombre por haberse establecido allí esta señora muchos años antes de que España tomara posesión efectiva de las Carolinas. – A.

PROBLEMA JURÍDICO

I

Embutido en cómodo sillón, arropado con luenga bata, encasquetado el gorro, caladas las gafas, encrespadas las anchas cejas, y contraído el semblante, D. Honorato, después de haber leído con atención profunda un fárrago de papeles que ante sí tenía en su revuelta mesa, se quedó hondamente pensativo.

D. Honorato era fiscal de una audiencia, y su rectitud severa y su nunca desmentida probidad le habían granjeado un nombre respetado por el pueblo y considerado por la magistratura.

En su larguísima carrera, pues D. Honorato frisaba ya en los cincuenta y seis años, no le acusaba su conciencia de haber faltado jamás á sus deberes ni de haber omitido medio legal alguno para que todo delito en cuyo conocimiento tuvo él que intervenir recibiera la sanción penal debida.

Por eso, al dar por vez primera con un crimen que á sus ojos era evidente, pero que en autos no resultaba, y al tropezar con la imposibilidad de su justificación y castigo, quedóse profundamente abstraído y meditando, no sabemos si en el crimen mismo ó en la deficiencia de las leyes.

– ¡Esto es horrible!, exclamó al cabo de un rato; y revolviendo una vez más el enorme legajo, volvió á engolfarse en su contenido.

II

El caso era el siguiente.

Doña Rafaela, viuda sin hijos, poseía una pingüe fortuna que pensó legar á sus sobrinos Ramón y Carlos, aunque mejorando al último, tanto por ser hijo de la menor y más querida de sus hermanas, cuanto por haberlo criado ella como si fuera hijo suyo.

Pero Carlos hacía muchos años que había desaparecido, suponiéndosele víctima de un naufragio en las costas de América, puesto que desapareció el buque en que iba.

Cuantas diligencias se practicaron en averiguación de su paradero fueron inútiles.

La desaparición de Carlos fué un golpe terrible para su buena tía, tanto, que su existencia quedó amenazada desde aquel momento con la formación de una aneurisma.

Vanos fueron cuantos consuelos trató de prodigarle la amistad, y sólo halló algún lenitivo para sus dolores morales en la extremada solicitud de su otro



CAROLINAS OCCIDENTALES. – ISLA DE YAP. Acto de la entrega oficial de aquellas islas á los alemanes. La marinería del cañonero alemán «Jaguar» formada en el muelle en la mañana del 3 de noviembre de 1899.



CAROLINAS OCCIDENTALES. – ISLA DE YAP. Acto de la entrega oficial de aquellas islas á los alemanes. La Casa Gobierno una hora antes de verificarse la ceremonia de la toma de posesión.

sobrino, Ramón, quien, casado ya, se la llevó consigo á una quinta para atenderla y cuidarla todo lo posible.

La dolencia, sin embargo, progresaba lentamente, y la buena señora no se forjaba ilusiones acerca de su desenlace: así es que, en uno de los ataques que de vez en cuando padecía, temerosa de que la asfixia truncara su existencia, mandó llamar á un notario y ante él y dos testigos hizo sus disposiciones testamentarias, legando á su sobrino Ramón toda su fortuna.

La esmerada asistencia de que fué objeto, y fenómenos de la misma enfermedad, apartaron de su lado la inminencia del peligro y transcurrieron años sin que ningún grave acceso hiciera temer seriamente por su vida: el médico había prescrito terminantemente que se evitara á la enferma toda impresión fuerte, por lo funesta que pudiera serle, y esta prescripción, que se cumplía al pie de la letra, era reiterada á menudo por aquél, añadiendo que, aunque la enferma parecía estar mejor, la procesión andaba por dentro y el peligro era cada vez más grande.

DOÑA BARTOLA GARRIDO, intérprete que ha sido del gobierno español en Yap. Esta señora es la que en el conflicto de 1885 enarboló la bandera española y protestó enérgicamente del atropello que intentaban cometer los alemanes

III

Una mañana en la que, como de costumbre, leía Ramón *La Correspondencia*, le vió su esposa palidecer de pronto, como si se pusiera enfermo, y al inquirir solícitamente la causa de ello, se le acercó Ramón, y después de cerciorarse de que nadie podía verlos ni oirlos, le mostró el periódico por el sitio en que, bajo gruesos caracteres que decían LOS RESUCITADOS, daba la siguiente noticia:

«Acaba de fondear en Santander el *Medusa*, que, al bordear una isla deshabitada frente á la Hotentocia, ha recogido á los tres únicos náufragos supervivientes del bric *Neptuno*, estrellado contra las rocas de dicha isla hace catorce años, á saber: D. Carlos Irocin, Pedro Cienfuegos y Genaro Sánchez. Mañana publicaremos detalles.»

Si á Ramón le produjo gran efecto la noticia de la aparición de su primo, no fué menor el que esta causó en el ánimo de la esposa de aquél: en el corazón de ambos se entabló fiera lucha; pero esta fué breve: la voz del interés ahogó á la de la sangre, y lo que para aquel matrimonio debió de ser causa de regocijo, fué motivo de disgusto y de honda preocupación: la mitad, por lo menos, de la herencia de la tía se le iba de entre las manos.

La buena señora acostumbraba á madrugar y era, ordinariamente, la primera que leía el periódico; pero aquella mañana se había sentido mal y no había podido abandonar el lecho. El médico, al salir de la estancia de la enferma, había repetido su eterna recomendación á los sobrinos, añadiendo:

– No es que esté de verdadero peligro; pero sí lo bastante grave para que una impresión algo fuerte pueda serle fatal. Volveré luego.



CAROLINAS OCCIDENTALES. – ISLA DE YAP. El gobernador alemán de Nueva Guinea leyendo el acta de cesión de aquellas islas á Alemania



CAROLINAS OCCIDENTALES. – ISLA DE YAP. Acto de arriar la bandera española é izar la alemana en la Casa Gobierno, después de leída el acta de cesión

El estado de ánimo de Ramón y de su mujer no es para dicho: el primo podía llegar de un momento á otro, y si á la enferma se la preparaba convenientemente, habría tiempo sobrado para rehacer el testamento y... ¿qué hacer en tan difícil situación?

IV

Apenas había transcurrido una hora desde que Ramón y su esposa se enteraron de la noticia telegráfica publicada en el periódico.

En la sala contigua á la habitación de la enferma hallábase aquél con tres vecinos á quienes había llamado para que le hicieran la partida de tresillo, ya que por el grave estado de su buena tía no podía él abandonar la casa: la mujer de Ramón preparaba, á la vista de ellos, un cocimiento.

De pronto se oyó un grito agudo, dado al parecer por la enferma.

Levantáronse todos sobresaltados, temerosos de que hubiese acaecido una desgracia, é iban á entrar en la habitación de doña Rafaela, cuando el médico, que iba á hacer su segunda visita y había oído también el grito, se anticipó á todos.

La anciana yacía cadáver en el lecho: la espuma sanguinolenta que humedecía sus labios atestiguaba la rotura de la aneurisma: entre sus manos crispadas tenía un periódico.

En medio de la confusión consiguiente, del azoramiento de Ramón, del llanto de su esposa, del ir y venir de la servidumbre y de las exclamaciones y comentarios de los circunstantes, el médico se fijó en aquella circunstancia y un rayo de luz hirió su mente.

Cogió el periódico; lo repasó con avidez y...

– Es natural, dijo para sí, ha muerto asesinada.

Y cumpliendo con el deber que le imponía su conciencia, abandonó la estancia mortuoria, se avistó con el juez y le dió parte formal de lo ocurrido.

V

Y aquella causa era la que ante sí tenía D. Honorato.

En ella, en el margen de las declaraciones, entre las líneas escritas por el actuario, el probo y recto fiscal leía con perfecta claridad todo lo ocurrido; veía la mano criminal que había puesto fin á la vida de la enferma por medio de impresión violentísima; pero ni consideraba posible la prueba, tratándose de intenciones, ni en el código encontraba medio hábil de castigar aquel delito.

El buen magistrado dudó, por aquella sola vez en su vida, de la sabiduría de la justicia humana, y exhalando un profundo suspiro y arrojando lejos de sí el mamotreto que tan intrincado problema ofrecía, exclamó con excepticismo.

– Todo es inútil: para esta clase de crímenes no existe más que un tribunal: el tribunal de Dios; ni más que una justicia: la justicia divina.

Pascual Millán

(Pero Nuño)

DORAY

(narración filipina)

La división Lachambre se puso en movimiento camino de Silang: la brigada Marina, el célebre coronel del 73, en vanguardia; la del general Cornel á retaguardia.

Hacía un sol espléndido, y los zacatales, las tierras palayeras y los sembrados de caña dulce del rico pueblo de Calamba se matizaban con todos los tonos del verde, desde el obscuro al esmeralda; los pájaros cantaban ocultos entre las ramas de aquellos almendros gigantescos que se llaman talisay, y las cigarras entonaban su eterno himno al calor desde las copudas mangas y los perfumados ilang-ilang de desmayadas hojas y amarillas flores; cantaban los gallos en lo alto de las casas, golpeando antes con sus alas el rojo y dorado cuerpo, y los mansos carabaos buscaban frescura en las charcas de los prados, hundiendo su pesado cuerpo en el agua cenagosa, mientras los pájaros Martínez los espulgaban con su agudo y corvo pico.

De vez en cuando se levantaba un *zagual* ó se corría una concha en alguna choza, y aparecía en el vano, muerta de miedo y de curiosidad, una mujer, una india, con camisa de rengue y falda de sinamay (esas telas filipinas que parecen tejidas por arañas), con el pelo suelto, los brazos al aire y un puro en la boca. Envuelta en humo como una diosa de Homero.

Una de ellas quedó fija en la ventana.

La curiosidad la obliga á levantarse: tal vez el amor la retiene de centinela, porque ya los últimos soldados desaparecen en el bosque y aún queda la india en pie junto al ventanal, sondeando el horizonte con sus negros y rasgados ojos llenos de sombra.

Pasó un rato, la india se persignó, movió los labios como si rezara, cogió un pañuelo, salió de su casa y á todo correr desapareció en la vecina arboleda.

Nada tan sorprendente como el bosque filipino; el alma mejor templada se empequeñece ante aquellos árboles inmensos, que nuevos gigantes de la fábula parece que intentan escalar el cielo; las lianas y enredaderas fingen guirnaldas y colgaduras de caprichoso follaje, y enlazan y unen los troncos seculares con las amarillas cañas de verdes tirsos; las latanias de inmensos abanicos se ocultan bajo el amplio ramaje de los cocoteros y los liabetes, y donde la ceneía de las enredaderas no llega á adornar con sus extravagantes caídas de hojas, surgen las orquídeas y las parásitas que semejan mariposas de luz en aquellas umbrosas soledades.

Un silencio sepulcral, mejor dicho, religioso, sobrecoge el ánimo del más fuerte, y á los chasquidos de la madera que estalla no responde jamás el trino ni el arpegio de un pájaro. El bosque filipino tiene una majestad de templo, y diríase que Dios mismo está entre aquellas bóvedas sin fin y aquellas columnatas pintorescas celebrando la fiesta de la creación del mundo.

Doscientos hombres abrían camino con sus machetes, y la columna adelantaba pesadamente entre el boscaje. Los mismos árboles estaban asombrados de aquel atrevimiento, y del musgo que tapizaba el suelo salía ese vapor acuoso y ese tufillo á verdín precursor de las calenturas. Se mascaba la humedad, y el calor de invernadero que se sentía dificultaba todos los movimientos. Si el Nirvana indio tuviera un templo, lo emplazarían en un bosque de Luzón.

Los soldados marchaban silenciosos; ni se oía un chiste, ni un canto vibraba en el aire; que el soldado indio, descalzo de pie y pierna, indiferente á todas las grandezas de la vegetación de su patria, fuese callado, se comprende, porque el dátil de la palmera *areca*, la perfumada hoja de betel y la cal de conchas hidratada, ó sea el *buyo*, cerraban su boca con mil aromas y goces; pero el soldado español sin cantar en aquella floresta preñada de magnificencia, asombros y misterios, ni se comprende ni se explica.

Pero, en honor de la verdad y á fuer de testigos imparciales, debemos declarar que no se oyó en toda aquella marcha ni una *soleá*, ni una malagueña, ni siquiera una jota.

Las sombras del bosque habían muerto la alegría en las tropas.

De pronto salió de todos los clarines un toque de alto, y más tarde el vocear imperativo de los sargentos, á que contestaban débiles las atipladas voces de los soldados indígenas, nos dió á conocer que se pasaba lista.

– Mi capitán, dijo dirigiéndose al de la cuarta del 73 el sargento Fernández, faltan ocho hombres.

– ¿Crees que habrán desertado?

– Es lo regular. Había muchas babaes (mujeres) ayer en el campamento.

– Pues mal lo han de pasar si los cogemos, porque la orden de fusilarles es terminante.

El sargento Fernández se cuadró, subió la mano hasta tocar el ala del sombrero de nito, dejó caer el brazo con elegancia militar y giró sobre sus talones murmurando:

– A la orden, mi capitán.

Cuatro horas más tarde la pregunta «¿dónde está Silang?» corría de boca en boca, sin que nadie la contestara. Silang no parecía por ninguna parte; los mismos guías se declaraban vencidos; el bosque los había trastornado y perdieron la brújula.

Se dieron órdenes por el Estado Mayor de registrar el monte, ojear la selva y olfatear hasta los más ínfimos matojos. Era preciso encontrar á todo trance un campesino que pudiese servir de guía, alguien que los sacara de aquel bosque sin fin: el ataque no podía detenerse.

Vanguardia y flancos desplegaron guerrillas, que árbol por árbol y mata por mata, madriguera por madriguera y cueva por cueva rastrearon todos los sitios que pudiesen servir de guarida á un ser humano.

Nada, ni un alma viviente; aquel laberinto inacabable era sin duda el antro de la muerte.

En esto, en el fondo de una covacha formada por la complicación de raíces aéreas que descienden y suben alrededor de los ciclópeos troncos de los baletes, dos soldados, que se habían encogido y agazapado para reconocer aquel antro misterioso, sacaron una india con el pelo suelto, envuelto el busto en una camisa de rengue y cubierta de cintura abajo con saya de sinamay, que á través de su fino tejido dejaba transparentar las esculturales líneas de su cuerpo.

– ¿Cómo te llamas?, le preguntó un oficial.

– Doray, contestó ella toda ruborosa y bajando los ojos.

– ¿Qué hacías aquí?

– Nada, señor.

– ¿Eres una espía?

– No; aunque india, soy muy española.

– ¿Sabes el camino de Silang?

– Lo sé.

– Si nos guías hasta ese pueblo te daremos todo el dinero que quieras.

– No necesito dinero.

– Pues pide lo que quieras.

– Ya veremos.

– Vente conmigo.

– ¿Adónde?

– Tengo que presentarte al general.

– Bueno; siempre será mejor entenderme con él.

Y siguió al oficial, tranquila y serena, con los ojos bajos y el cadencioso andar de las mujeres tagalas, de sin igual gracia en sus movimientos.

Llegada á la presencia del general se expresó con despejo; ella guiaría al ejército á través del bosque y de la selva, y las tropas caerían sobre Silang sin que sus defensores tuviesen tiempo para rechazar el ataque.

El general le ofreció una gran recompensa y ella contestó que ya pediría lo que le hiciese falta, y por el momento aceptó un tabaco que un ayudante le alargó mirándola picarescamente.

Se orientó Doray mientras encendía el cigarro, recogió gallardamente su cabellera apretándola en un irreprochable nudo á la griega, y tomando con la mano derecha la cola de la saya mientras con la izquierda se quitaba el puro de la boca, exclamó señalando la dirección que debían seguir con un movimiento de cabeza:

– ¡Por allí!

Las tropas acamparon en Silang aquella misma noche: el combate fué rudo, pero nuestros soldados, batiéndose á pecho descubierto, lograron tomar las trincheras, salvar los barrancos y entrar en el pueblo cuando nadie los esperaba.

Los insurrectos huyeron dejando, como Pompeyo en Farsalia, las mesas aderezadas y los banquetes á punto de servirse.

Hasta la iglesia, iluminada por la devoción de las indias que solicitaban momentos antes con sus rezos un milagro, quedó abierta de par en par sin duda para que al ver aquel suntuoso espectáculo sagrado pasasen los soldados españoles más fácilmente de la victoria al perdón.

Se habían hecho algunos prisioneros, y el general, después de acomodar las tropas y disponer que se enterrasen cristianamente los muertos, mandó que los prisioneros fuesen sujetos á un juicio sumarísimo.

De los ocho que se habían cogido, cinco eran paisanos y salieron absueltos; pero los otros tres, soldados desertores, fueron condenados á ser pasados por las armas sin pérdida de tiempo.

Al amanecer se formó el cuadro, y después de redoblar tristemente los tambores, hechos los bandos de ordenanza, los tres soldados, asistidos de los capellanes de los regimientos, salían de la capilla.

El general presenciaba á caballo la fúnebre ceremonia, procurando apartar la vista de los reos, cuando una india, Doray, se arrodilló ante él diciendo:

– ¡Señor, vengo á que me pagues lo que me ofreciste!

– ¡Hola!, ¿eres tú? Levántate; ¿qué quieres de mí?

– Señor, yo guié tus tropas á Silang cuando habías perdido el camino, y tú me ofreciste concederme lo que te pidiera.

– Es verdad, y estoy dispuesto á cumplir mi promesa.

– Pues dame la vida de uno de esos hombres, del más alto.

– ¿Y qué te importa á ti ese soldado?

– Es mi hermano, señor, y si lo matas mi madre se morirá.

– ¿De manera que tú sabías que había desertado?

– Lo sabía, y me escondí en el bosque para salvarle. Dame su vida, me la he ganado.

– ¡Imposible! La ordenanza prohibe perdonar.

. . . .

Se oyó una descarga, y dos de aquellos infelices cayeron de bruces sobre la hierba: en pie, ileso, sin más que un rasguño de bala en la cabeza, estaba el hermano de Doray, sin duda para probar que la alta prerrogativa de indulto corresponde siempre á Dios.

Rafael Comenge

GUERRA ANGLO-BOER

A medida que los ingleses han ido internándose en el Transvaal, los boers han vuelto á ocupar algunos puntos del Estado libre de Orange que se creían



GUERRA ANGLO-BOER. – Castigo que se aplica en el ejército inglés y que consiste en tener atados á un poste y expuestos durante dos ó tres horas al sol á los soldados que cometen alguna falta.

completamente dominados. Con posterioridad á los combates de Heilbron y Lindley de que hablamos en la crónica anterior, los federales cortaron el telégrafo cerca de Kroonstad, quedando de esta suerte interceptadas las comunicaciones del generalísimo Roberts. Además, en un combate sostenido cerca del río Rhenoster, un batallón del 4.° regimiento de Derbyshire tuvo un coronel, un teniente coronel y 15 soldados muertos; un teniente coronel, 4 oficiales y 72 soldados heridos, y el resto del batallón quedó prisionero, excepto seis hombres que pudieron escapar.

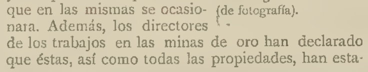
Estos acontecimientos ocurridos en Orange han producido naturalmente una impresión desfavorable en Inglaterra, y por otra parte han dado ocasión á otras noticias más graves como la comunicada desde Lourenzo Marqués de haber sido recuperada por los boers Bloemfontein, noticia que no se ha confirmado y que bien puede calificarse de absurda.

Y siguiendo por este camino de suposiciones sensacionales, se ha llegado á decir que el general boer Dewet con 13.000 hombres se disponía á atacar Johannesburgo, lo cual no es verosímil, pues el ataque de una plaza guarnecida por un ejército numeroso y que podría recibir en un momento considerables auxilios, sería un error imperdonable en quienes no pudieron, en condiciones infinitamente mejores, apoderarse de Ladysmith, de Kimberley, ni siquiera de Mafeking.

Lo probable es, pues, que los boers, aprovechando las ventajas especiales de su organización y de su gran movilidad, se dediquen exclusivamente á la guerra de sorpresas que, si no ha de darles una victoria definitiva, por lo menos obligará á Inglaterra á mantener en el Africa austral un poderoso ejército de ocupación y prolongará la lucha, no dejando que los conquistadores gocen en paz de los frutos de su expoliación y haciéndoles pagar á muy caro precio el oro que extraigan de las minas, principal objetivo, dígase lo que se quiera, de la campaña promovida por la codicia de un Rhodes, organizada por la ambición de un Chamberlain y sostenida por el patriotismo del pueblo inglés, que ha visto en ella la probabilidad de un desquite de la derrota de 1881.

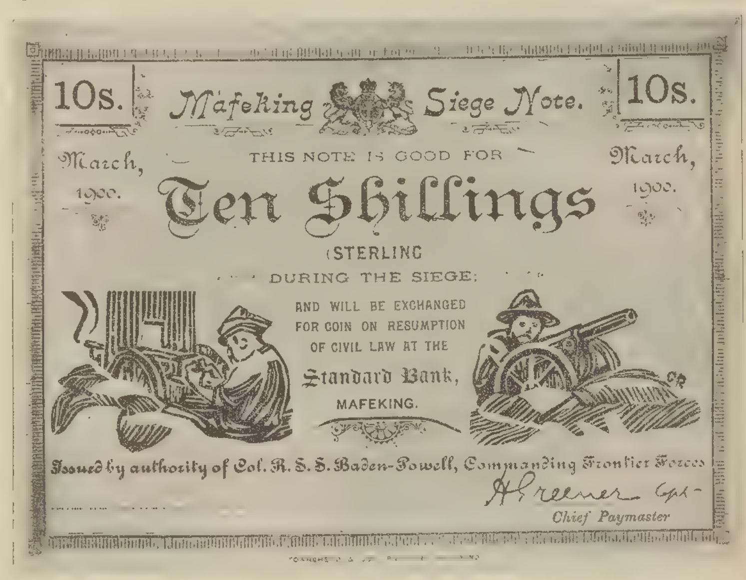
Al fin ha conseguido el general Buller penetrar en el Transvaal por la frontera nataliense. El día 1.° de este mes, las baterías boers de Mollskop rompieron un vivo fuego sobre el campamento inglés, causando en él grandes destrozos y muchas bajas, en vista de lo cual Buller solicitó un armisticio de tres días, que le fué concedido, y conferenció con el general Botha en Laings Neck: así lo consignaba un despacho de Pretoria, en el que se añadía que los ingleses habían tenido que abandonar Utrecht y otras posiciones que antes ocupaban. Pero cuando todo hacía presumir, en vista de tales noticias, que los boers conseguirían una victoria ó por lo menos tendrían durante algún tiempo en jaque al general inglés, resulta que éste el día 6 envolvía las posiciones del enemigo en Laings Neck y que Botha enviaba á los ingleses un parlamentario ofreciendo capitular condicionalmente, lo que no aceptó Buller, que quería una capitulación incondicional. Desde entonces, el ejército inglés fué avanzando y ocupando sucesivamente los desfiladeros de Glans Vlei, Almonts Neck, Laings Neck y Majuba y acampando el día 11 á cuatro millas al Norte de Volksrust, es decir, en territorio transvaalense, no sin haber sostenido empeñados combates. Los boers se han retirado con toda su artillería, para poner en salvo la cual el general Botha hizo las indicadas proposiciones de capitulación que le permitieron ganar tiempo.

Sábese ya por qué fué abandonada Pretoria, cuando era general la creencia de que opondría una resistencia desesperada. Los generales boers habían decidido defender la ciudad y el presidente Kruger aprobaba el plan de los jefes del ejército; pero el día 4 se advirtió que las tropas inglesas amenazaban ya la plaza por haber avanzado con mayor rapidez de la que se suponía, en vista de lo cual acordóse evacuarla retirando las municiones y armas y casi todo el material móvil del ferrocarril.



GUERRA ANGLO-BOER. - Sello de correos usado en Mafeking durante el sitio (de fotografía).

Los ingleses á su entrada en Johannesburgo han podido convencerse de la falsedad de cuanto se decía acerca de los propósitos de los boers en lo relativo á las minas de oro; pues han encontrado una proclama de Kruger fijada en el exterior de aquéllas y en lugar visible, castigando con las mayores penas cualquier daño que en las mismas se ocasionara. Además, los directores de los trabajos en las minas de oro han declarado que éstas, así como todas las propiedades, han estado mejor guardadas durante la guerra que antes.



GUERRA ANGLO-BOER. - Papel moneda creado en Mafeking durante el sitio (de fotografía)

En la colonia del Cabo ocurren sucesos que entrañan cierta gravedad. En una reunión recientemente celebrada por el gabinete, el presidente del Consejo de Ministros, Mr. Schreiner, manifestó su propósito de presentar algunos proyectos de ley pidiendo un *bill* de indemnidad para los actos cometidos por las autoridades militares de aquella colonia; otro para recompensar á los colonos leales y otro para castigar á los rebeldes. A consecuencia de esto dimitieron desde luego los Sres. Merriman, tesorero general, y Sauber, ministro de Obras Públicas, que juzgaron improcedentes las rigurosas medidas propuestas por el presidente, el cual ha presentado también la dimisión en vista de lo mal acogidos que han sido sus proyectos. Esta crisis tiene grandísima importancia,



GUERRA ANGLO-BOER. – Moneda transvaalense de un penique con el busto del presidente Kruger y las armas del Transvaal

pues revela en la colonia del Cabo un espíritu no muy favorable á Inglaterra, lo cual parece dar ciertos visos de seguridad á las noticias de que el general Warren ha pedido refuerzos para continuar la campaña contra los afrikanders sublevados y de que diariamente salen del Cabo numerosos destacamentos que van á unirse á los boers de Orange.

Sir John Murley, individuo del Consejo privado de la reina Victoria, ha pronunciado un discurso en Oxford censurando en términos duros la conducta del gabinete británico en el Africa del Sur y diciendo que la política personalísima de Chamberlain, que es la que inspira la de todo el gobierno, ha despertado los odios de raza en aquellos territorios africanos.

Los periódicos ingleses comienzan ya á preocuparse de lo que habrá que hacer en los territorios nuevamente conquistados, y no deben estar muy seguros algunos de ellos de que el gobierno adopte el régimen más conveniente á los intereses de Inglaterra en el Africa austral, cuando los más importantes no se cansan de aconsejar la mayor prudencia: «Si tratamos á los boers, dicen, como conquistadores, no es fácil que lleguemos á dominarlos por completo; en cambio, si tenemos para con ellos las debidas consideraciones y les gobernamos paternalmente, no ha de sernos difícil atraernos poco á poco á ese pueblo que tantas muestras ha dado de su valer.» ¿Se impondrán estos temperamentos de concordia? Algunos ejemplos que en su historia nos ofrece Inglaterra permiten dudarlo.--A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Sección de ciclistas agregada al cuerpo de voluntarios de Rhodesia



GUERRA ANGLO-BOER. – Sección de ciclistas agregada al cuerpo de voluntarios le Rhodesia. Ciclistas desmontados haciendo fuego desde una trinchera (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – Soldados ingleses confiscando los bienes de un boer, dibujo de R. C. W. de un croquis de Mr. Melton Prior



LA SANJUANADA, dibujo original de Vicente Cutanda

NUESTROS GRABADOS

Llegada á Barcelona de los voluntarios filipinos del batallón Blanco ó de macabebes.— D. Eugenio Blanco, coronel del batallón de voluntarios filipinos de su nombre. – En medio de los grandes sinsabores porque ha pasado nuestra patria durante las últimas guerras coloniales, que han sido causa de la pérdida de nuestras posesiones de América y Oceanía, algunas notas, pocas por desgracia, han podido servir de gran satisfacción y consuelo á los que con honda pena veían las defecciones de los que por espacio de tantos siglos vivieron bajo la soberanía española. En los momentos de desgracia es cuando más se aprecian las muestras de afecto; en los días de abandono se prueban la lealtad y la adhesión verdaderas. Y si estas muestras de afecto, esa lealtad y esa adhesión proceden de quienes, al parecer, menos obligados venían á ellas, su valor sube extraordinariamente de punto y esos nobles sentimientos merecen mayor gratitud y, si es preciso, mayor recompensa.

Sugiérenos estas reflexiones la llegada á Barcelona del batallón de voluntarios macabebes y de su dignísimo coronel don Eugenio Blanco, que vinieron en dos expediciones, en el vapor *León XIII* unos y en el *Alicante* otros: con estos últimos vino el citado jefe. Esos valientes y leales filipinos lucharon contra sus propios hermanos de raza defendiendo á la que para ellos era y sigue siendo la madre patria; y al perderse para ésta las hermosas islas del Pacífico no vacilaron en abandonar el suelo en que nacieron y en donde tenían sus afecciones y sus intereses para continuar sirviendo como soldados bajo los pliegues de la bandera de España.

Sean bienvenidos los que tan dignamente se han conducido, los que tan heroicamente han luchado, y ojalá encuentren aquí motivos para olvidar las amarguras sufridas y la debida recompensa que les indemnice de los perjuicios que su expatriación les ha ocasionado.

D. Eugenio Blanco, nacido en Filipinas, de padre español, cuenta treinta y tres años y se ha conquistado los grados y condecoraciones que ostenta luchando primero contra los insurrectos filipinos y más tarde contra los norteamericanos. Con su hermano D. Agustín organizó una guerrilla de voluntarios que luego llegó á ser el batallón de su nombre y á contar 1.600 hombres. Los voluntarios macabebes cubriéronse de gloria en Cavite, Batangas, Bulacán, la Pampanga, Zambales y Bataán, siendo innumerables las acciones en que tomaron parte: en la de Talisay vió el Sr. Blanco morir á su hermano D. Joaquín, capitán de nuestra infantería. En la de Binacod (Bulacán) fué herido de dos balazos: en la de Camansí (Monte Aragat), no solamente se batió con bizarría el Sr. Blanco, sino que se hizo cargo de las familias de los muertos de sus compañías de voluntarios, repartiendo pródigamente recursos entre los que, bajo el amparo de su prestigioso nombre y á sus expensas, combatían por la causa de España.

Después de esta acción se le concedió la gran Cruz Roja del Mérito Militar.

En su casa de Macabebe tuvo á la familia del general Augustín, que salió de Manila por temor al bombardeo de los yankis, desde fin de abril á últimos de junio. En este último mes fué sitiada Macabebe por numerosas fuerzas insurrectas de Bulacán, Pampanga y Bataán, y bombardeada con piezas de 8 y 9 centímetros. Sólo había para la defensa unos 600 soldados peninsulares, al mando del general Monet, sin artillería, y los voluntarios de Blanco.

Aguinaldo creía tener segura la prisión de éste, del general Monet y de la familia Augustín. Se acababan las municiones á los defensores de Macabebe. Todos los peninsulares salieron por esteros á la bahía de Manila. La familia del general llegó á la capital. Blanco cayó prisionero con el cañonero *Leyte*, evadiéndose después de Cavite, y llegó por mar á Manila, tomando parte en su defensa en la línea avanzada, hasta la capitulación.



DON EUGENIO BLANCO, coronel del batallon de voluntarios filipinos, conocido por Batallón de Blanco ó de Macabebes (de fotografía de Laureano).

Al salir los españoles de Macabebe, los voluntarios quedaron defendiendo el pueblo; como ya no tenían cartuchos, enterraron los fusiles, y con *bolos* y lanzas contuvieron aún durante cuatro días á las numerosas fuerzas insurrectas que les sitiaban, armados de fusiles modernos, rifles y con ocho cañones, entrando al fin éstos en el pueblo con la condición de respetar vidas y haciendas de los que quedaban. El número de bajas de los insurrectos fué enorme, y cuatro veces mayor que las que sufrieron los leales voluntarios.

Otras muchas acciones de guerra pudiéramos reseñar en las que tomaron parte Blanco y sus macabebes; recientemente el Gobierno yanki le ofreció el grado de general, oferta que fué rechazada con energía por el valiente patriota.

España lo nombró gobernador de las islas Marianas; viéndose obligado por orden del Gobierno á cobrar la contribución á sus naturales, el Sr. Blanco la satisfizo de su bolsillo particular, teniendo después la amarga pena de hacer entrega de aquellos islotes al Gobierno alemán.

El Sr. Blanco y los jefes y oficiales de su batallón salieron el día 14 para Madrid, y es de esperar que el gobierno sabrá premiar debidamente los valiosos servicios que han prestado á España.

* * *

La sanjuanada, dibujo original de Vicente Cutanda. – El notable dibujo que reproducimos, inspirado en un cuadro de costumbres del país vasco, cual es el de celebrar la festividad de San Juan, ha de considerarse como otra bellísima página que ha aportado al libro destinado á recordar la vida de las provincias del Norte el laborioso y laureado autor de *Una huelga*, *Epílogo*, *La virgen del taller*, y tantos otros de carácter social, que retratan nuestra época y que condensan un himno al trabajo y de amor á la humanidad.

Cutanda, además de artista de grandes alientos, se ha revelado como profundo pensador, y en este período de positivismo y divagación aplauso merece quien como él aporta el caudal de sus envidiables aptitudes para rendir culto al trabajo, glorificándolo en su forma que más respeto merece, sin incurrir jamás en las exageraciones de escuela.

* * *

Las cigarras, cuadro de L. Alleaume. – Es realmente curioso lo que ha sucedido con la célebre fábula de *La cigarra y la hormiga:* cuando prevalecían las tendencias idealistas, se ensalzaba la laboriosidad y el espíritu de ahorro de esta última y se calificaba en los más duros términos el descuido y la holgazanería de la primera; y en cambio hoy, en esta época llamada positivista y materialista, se ha rehabilitado á la que se pasó el año entero cantando, considerándola como símbolo de la noble poesía, y se estima como prototipo de sordidez y de egoismo á la que tanto se afanaba en acopiar provisiones en su granero. El distinguido pintor francés Alleaume contribuye por su parte á esta obra de rehabilitación de la cigarra, ofreciéndonos en su cuadro esas dos bellísimas figuras que en actitud perezosa sobre la verde hierba pasan agradablemente las horas de la calurosa siesta entregadas al placer de la música.



BARCELONA. – LLEGADA DEL BATALLÓN DE MACABEBES EN EL VAPOR «ALICANTE» EL DÍA 8 DE ESTE MES.

GRUPO DE MACABEBES Á BORDO POCO ANTES DEL DESEMBARCO (de fotografía de Laureano)

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Elena subió á sus habitaciones.

La idea de la mentira que iba á tener que continuar sosteniendo en presencia de su cuñado la atormentaba.

Nuestro hombre prosiguió en su interrogatorio:

– ¿Nos excusó usted con ella, verdad? A Carmen le era materialmente imposible ir á abrazarla, como hubiera deseado. Nuestra partida tiene que ser forzosamente mañana. Tomamos el rápido de Marsella, que sale á las seis de la tarde, y nos embarcamos inmediatamente después de nuestra llegada. Hemos tenido que despedirnos por cartas. No haremos ninguna visita... La condesa ha debido comprenderlo todo al recibir mi telegrama. Le escribiremos de nuevo, si no de Marsella, á bordo. ¿Comprendió bien la situación, no es cierto?



Jorge había levantado el niño en sus brazos

En el primer ardor de su abnegación, no había pensado en ello; pero ahora que la necesidad exigía este nuevo sacrificio, la hacía sufrir.

Para alejar tan penosa obsesión se puso á escribir una extensa carta á su marido, en que vertió, como de costumbre, lo mejor de su alma.

La campana de la comida le sorprendió en el momento de poner el sobre.

Apresuróse á bajar al comedor.

Encontró á Saint-Hyrieix preocupado.

Sin embargo, el diplomático hizo á Elena su cortés y afectuosa acogida de todos los días.

– ¿Qué tal, mi querida Elena? ¿Ha tenido usted buen viaje?

– ¡Excelente!, contestó ella con voz algo temblorosa.

– ¿Y qué le aconseja mamá?

– ¿Mamá?..

– Sí... ¿Aprueba el consejo que yo le he dado á usted, relativamente al proyecto de seguirnos á la Guayana?

– Piensa..., como yo..., que ese proyecto tentador no es realizable. Además, el estado de salud de Fanfán no me permitiría ir con ustedes á la Guayana, ni á Panamá á ver á mi marido. Sin contar con que tan súbita determinación sorprendería á Jorge, que no la aprobaría quizá.

– Sí, tal vez la condesa tiene razón; y usted también. Pero ¿se queda usted sola en París ó irá á Penhoet con el niño, á vivir al lado de su suegra?

– Aún no sé lo que haré. Llevaré probablemente á Fanfán á pasar una temporada con la abuela; pero no en seguida, dentro de un par de semanas.

– ¿Y qué dice, qué piensa de nuestra marcha?

Elena se puso encendida como un ascua y murmuró:

– Pues... nada..., debe alegrarse de lo que usted adelanta en su carrera.

– ¿Recibió nuestro telegrama?

– ¿Su telegrama?

– Sí; el que le enviamos y que debió recibirse poco tiempo después de haber usted llegado á Penhoet.

– ¡Ah, sí, sí..., naturalmente!, murmuró Elena cada vez más turbada.

Saint-Hyrieix no reparó en aquella turbación.

– Sí..., sí..., perfectamente.

– A propósito, ¿no le ha confiado á usted nada acerca del poder que yo tenía que enviarle?

– No... Le escribirá á usted, sin duda.

– Hubiera podido decir á usted si aprueba el arreglo que yo le propuse tiempo atrás y de que vuelvo á hablarle en mi telegrama.

– ¡Nada me ha dicho!

– ¡Es extraño!

Saint-Hyrieix se había levantado y se paseaba de extremo á extremo del salón, silencioso y pensativo.

Probablemente sus ideas cambiaron de rumbo, porque no insistió sobre el asunto de que había estado hablando con Elena.

– ¡Oh, perdóname!, decía Carmen en voz baja á su prima. Perdóname toda la pena que te ocasiono... ¡Se acabó ya! Me has salvado... ¡Gracias, gracias, hermana mía!

De pronto, Saint-Hyrieix, interrumpiendo su silencioso paseo, se detuvo delante de las dos mujeres.

Elena creyó que iba á volver á empezar el suplicio de su interrogatorio.

Carmen intervino con rapidez.

Mi querido Fermín, Elena está muy cansada de su viaje... Y nosotros tenemos mucho que hacer mañana, como último día... ¿Quieres que nos retiremos?

– ¡Con mucho gusto!, contestó él.

Pero á Elena le pareció que pronunciaba estas palabras con un acento extraño.

– ¡Bah!, pensó luego. ¡Estoy loca! El espanto me trastornó.

Y apartando aquel pensamiento, dió un beso á Carmen, estrechó la mano que le tendía Saint-Hyrieix y subió á su cuarto.

Quebrantada por las fatigas y las emociones de aquellos dos días, se acostó y se durmió en seguida profundamente, para soñar con su hijo y su esposo.

No sucedía lo mismo en el cuarto de Carmen.

A través del tocador que lo separaba de la habitación de su marido, le oía ella ir de un lado á otro con evidentes señales de agitación.

¿Qué hacía?

¿Por qué no se acostaba?

¡Terrores de la esposa culpable, á quien atormenta el incidente más vulgar, á quien espanta el acto más insignificante!

Sin duda Saint-Hyrieix arreglaba las cosas indispensables para un cambio de vida tan brusco y completo, en vísperas de alejarse de Francia tal vez por mucho tiempo.

Pero la esposa culpable no pensaba más que en su crimen, temblando de miedo por si algo sospechaba su marido.

Sin embargo, nada tenía ya que temer.

Roberto aceptaba el doloroso sacrificio.

Pero ¿y su hijo?.. ¡Marcelino!..

Desde el punto de vista material, se habían tomado todas las precauciones. Roberto se quedaba al lado del niño. Elena le había prometido ocuparse de la pobre criatura, que en aquel entonces estaba en un buen colegio de las inmediaciones de París, y en ausencia de Jorge le era fácil verlo á menudo y velar por su porvenir.

Y aun después del regreso de Jorge no le faltarían medios de ocuparse del pobre niño.

¿No podía decir á su esposo que era el hijo de una amiga difunta, confiado á su afecto por la pobre madre en el momento de expirar?

Con su padre y una segunda madre, nada había que temer por Marcelino.

A pesar de todo, Carmen lloraba, pensando en que al niño le faltarían los besos de su madre...

Crecería sin que ella le viese, sin aprender á amarla, sin que, poco á poco, cuidándole día por día, hora por hora, consolando sus penas infantiles, sonriendo á sus triunfos escolares, lograse hacer germinar en aquel corazón que le pertenecía ese amor filial que arraiga tan fuerte, que raros son los hombres, aun cuando hayan envejecido en las luchas de la vida, que puedan pronunciar sin emoción el nombre de madre.

En aquel momento cruzó por su mente una idea súbita.

Había que preverlo todo; había que borrar todas

las trazas de aquel pasado culpable..., tan culpable como feliz.

Era preciso que no se llevase en su equipaje nada que pudiese un día convertirse en indicio ó prueba de su falta.

Silenciosamente se levantó, echó el cerrojo de la puerta á fin de que no pudiese nadie sorprenderla, y sacó un cofrecito que tenía guardado en el cajón secreto de un mueble.

Vaciló un instante en abrirlo.

Por último, bruscamente, en un arranque de desesperación, llorando muy quedo á fin de que no la oyese su marido, ahogando en su pañuelo los sollozos que le desgarraban el corazón, sacó una por una todas aquellas fruslerías, todas aquellas reliquias, tan preciosamente conservadas hasta entonces.

¡Al fuego! ¡Al fuego... las cartas apasionadas, con sus promesas, sus juramentos, sus ilusiones!

¡Al fuego el retrato de Roberto!.. ¡Al fuego, después de haberlo contemplado largo rato, después de haber besado cien veces aquellas facciones nobles y altivas!

¡Al fuego!.. ¡Pronto, pronto!.. El marido pudiera sorprenderla.

¡Al fuego también el retrato del niño!..

¡Al fuego las cartas de la nodriza, los boletines semanales del director del colegio, las cuentas del médico de cuando había estado Marcelino tan gravemente enfermo!.. ¡Al fuego todos aquellos pedazos de papel, que le parecían pedazos de su alma!

Y se le partía el corazón al ver cómo la llama devoraba con avidez aquel amoroso pasado que contenía su vida entera.

¡Ay, qué doloroso, qué terrible sacrificio!.. ¡Casi un suicidio!

¡Sí! ¡El honor de la familia iba á estar salvo! Pero ¿qué iba á hacer ella en este mundo, unida á aquel marido á quien nunca había amado y á quien todavía odiaba más ahora á causa de sus indecibles sufrimientos?

Sin embargo, si hubiese podido verle en el momento en que se formaba en su cerebro aquel torbellino de ideas, quizá su odio se hubiese convertido en verdadera piedad.

Saint-Hyrieix no pasaba aquella última noche en preparativos de viaje, como su mujer creía.

Al amanecer aún leía por centésima vez una carta groseramente escrita, que el portero le había entregado con la demás correspondencia en el momento de regresar al hotel.

Sentado á la mesa de su despacho, con la cabeza entre las manos, la leía y volvía á leerla, como si á pesar del tiempo que llevaba descifrándola no pudiese llegar á entenderla bien.

He aquí lo que contenía aquella carta:

«Sr. de Saint-Hyrieix: Tengo el onor de enterarle que cuando ha una la despiden injustamente llamándola ladrona, siendo una criada onrrada que siempre fué mal tratada por usted lo mismo que por la señora y por consiguiente tan poco debe tener consideración ninguna y puesto que me hechan como un trapo viejo, que no lo merezco, quiero probarle que valgo tanto como usted y que puedo hir con la cara mui alta lo que no puede acer lo mismo la señora.

»La prueba que no tiene usted más que seguir ha la señora cuando va buscar las cartas de su amante al correo de la plaza de la Bolsa, y asta lo saben todos los criados del bario de Bolonia que se rríen del señor.

»Tengo el onor de saludar á usted con respeto i sumisión por más que maya despedido i insultado injustamente sin darme tiempo para na, Elvira de Papin.»

La carta era una ignominia, pero la delación era clara y terminante.

Y no era anónima, sino que iba firmada por quien podía saber los secretos de Carmen.

Aquella Elvira era su criada, despedida de la casa semanas atrás.

En el momento de marcharse, como inspirase poca confianza á la señora, se le ocurrió á ésta subir á su cuarto á registrarle el equipaje, y le encontró el baúl lleno de objetos robados, principalmente ropa blanca.

Al enterarse de ello, el Sr. de Saint-Hyrieix quiso entregar la ladrona á la justicia.

Pero su mujer se opuso, considerando que la culpable quedaba bastante castigada con el descubrimiento de su falta y el bochorno que había pasado en presencia de la demás servidumbre. Saint-Hyrieix se contentó con despedirla.

Y la infame se vengaba ahora de aquella generosidad y de aquella indulgencia.

Era un golpe brutal, pero certero, al corazón de Saint-Hyrieix.

En vano éste quería dudar.

No tenía más que seguir á Carmen al sitio designado para convencerse.

Pero al día siguiente salían de París.

¿Iría su mujer al correo?

Probablemente los amantes se habían dado la última despedida.

¿No valía más callarse, disimular, fingir no saber nada?

Si Carmen tenía un amante, lo abandonaba, para no volverlo á ver.

Es verdad.

Pero no por eso resultaba menos engañado él, Saint-Hyrieix.

No por eso eran menos sangrientos el ridículo y la mofa.

La carta lo decía en sus términos groseros: ¡hasta los criados se reían de él!

¿Qué no harían los señores?

A esta idea, el esposo ultrajado ardía en cólera.

De pronto sonó un violento campanillazo en la reja, turbando bruscamente el silencio y el reposo de la noche.

Otros campanillazos siguieron, á cual más fuerte.

Y una robusta voz risueña gritaba en la calle:

– ¡Vamos, perezosos!, ¡arriba!

Al mismo tiempo, se oían las risotadas del cochero, que bajaba una maleta del imperial de un *fiacre*, contento, sin duda, de la propina que le acababan de dar.

¡Drelín, drelín, drelín!..

La campanilla tocaba ahora sin interrupción.

El portero se asomó á su ventana, con gorro de dormir:

– ¡Allá voy! ¡Demontre! ¡Deje usted que me ponga los pantalones!

Desde el primer piso se podía ver al que llamaba.

Entreabriéronse dos ventanas: la de Carmen y la de Elena.

– ¡Cielos!.., exclamó Carmen. O mucho me engaño, ó es...

– ¡Sí, señora!, gritó el portero abriendo la reja, ¡es el señorito!..

– ¡Jorge! ¿Es posible?.., dijo á su vez el diplomático, que, en aquel momento, casi se olvidó de sus angustias.

– ¡Ah!.., gritó Elena, sin poder articular otra palabra, pálida de emoción, mientras que ardientes lágrimas inundaban su rostro.

Y se agarraba con todas sus fuerzas á la barra de apoyo de la ventana, por no caer bajo el peso de su felicidad.

– ¡Tú!.. ¡Usted!..

¡Abrazos, apretones de mano, besos, interjecciones, gritos, lágrimas!

Elena, en brazos de su esposo, repetía maquinalmente:

– ¡Tú!, ¡tú!..

Lo mejor de un viaje es el regreso.

Cada cual hacía sus observaciones sobre el viajero.

– ¡Qué moreno!

– ¡Qué buen semblante!

– Ha engordado.

Y era verdad.

Sus ojos eran más expresivos que antes de marcharse; sus facciones, más viriles y más acentuadas.

– ¿Por qué no avisaste tu llegada?, preguntó Carmen.

– No he podido. Figúrense ustedes que me encontraba en el muelle de Colón con Nerville, mi asociado. Habíamos ido para un asunto importante, que creíamos muy difícil de arreglar y que ventilamos sin dificultad ninguna. Estábamos satisfechos, y Nerville, sobre todo, estaba loco de alegría. Todo allí marcha, en efecto, para nosotros á pedir de boca. Nos disponíamos á volver á nuestros talleres, cuando nuestra mirada se fijó en un transatlántico que se disponía á partir. Me dieron envidia los viajeros que se embarcaban para Francia... Iban á abrazar á sus amigos, á sus mujeres, á sus padres, mientras que yo me quedaba allí, á miles de leguas de los seres que amo. Parece que de pronto se desprendieron de mis ojos dos lágrimas como puños. Entonces Nerville me cogió del brazo, me hizo saltar á un bote y me llevó consigo á bordo del vapor. «Amigo mío, me dijo, el temor á la fiebre amarilla es el principio de la prudencia. Si no vas á darte una vuelta por Francia, te cogerá el tedio y la fiebre después. Anda, pásate allí una temporada. Por ahora, tu presencia no es aquí indispensable. Y si fuese necesario, yo te escribiría. Llevas dinero encima para el pasaje. Además, aquí tienes mi cartera. Te cargaré en cuenta el contenido. No lo pienses más. Ya has anunciado telegráficamente tu viaje una porción de veces, y siempre ha surgido de pronto algún asunto que lo ha impedido. Aprovecha la ocasión. Esta vez no telegrafíes, pero vete. ¡Hasta la vista!» Y aquí tienen ustedes cómo, sin más equipaje que lo puesto, con mi traje de Panamá, enteramente á la americana, he venido de Colón á Saint-Nazaire. Desde la Martinica, desde Fort-de-France, donde el buque hace escala, quise telegrafiar. Pero vean ustedes qué fatalidad; el cable estaba roto. Una vez en Saint-Nazaire, pensé que no valía la pena de prevenirles y que era mejor dar á ustedes una sorpresa. Tomé el expreso y aquí estoy.

– ¡Ah!, suspiró Saint-Hyrieix cuando las exclamaciones provocadas por el relato de Jorge hubieron empezado á calmarse; su hermana de usted no tendrá la dicha de pasar mucho tiempo en su compañía, pues llega usted, mi querido Jorge, en el momento en que partimos de Francia.

– ¿Parten ustedes?

– Esta noche misma, en el expreso de Marsella, donde nos embarcaremos mañana.

– ¿Adónde van?

– A la Guayana, para cuyo punto llevo una misión importante.

– ¿Y se lleva usted á Carmen?

– Por supuesto. Al aceptarme por esposo, su hermana de usted no ignoraba que mi carrera me obligaría á expatriarme á menudo.

– Y no vacilo en acompañarte, amigo mío, interrumpió Carmen. La vuelta inesperada de mi hermano hace que sienta la prontitud de nuestra marcha: pero sé que no es posible retrasarla, y si tienes riesgos que correr ó penalidades que sufrir lejos de Francia, sé que debo compartirlas contigo.

– Agradezco esos sentimientos, mi querida Carmen... Son propios de una esposa fiel y amante, como tú...

Esto diciendo, el rostro de Saint-Hyrieix, que se había contraído momentos antes, recobró la aparente serenidad que reflejaba desde la llegada de Jorge.

En cuanto á éste y Elena, cándidamente egoístas como todos los enamorados, á pesar de su tierno afecto para con Carmen y su cuñado, parecían preocuparse poco de aquella próxima separación.

Se sentían anegados en el placer inmenso de verse juntos, cogidos de las manos, mirándose mutuamente en las niñas de los ojos.

– ¿Y Fanfán?, preguntó Jorge... ¡Hábleme de él!

– Vive siempre con tu madre... El aire del mar era necesario para su salud. Pero está muy robusto.

– ¡Lástima, interrumpió Saint-Hyrieix, que no haya sabido usted ayer la llegada de Jorge! Hubiera usted podido traerse al niño, y su padre hubiese tenido la alegría de abrazarlo más pronto.

– ¿Cómo! ¿Estuviste en Penhoet?, preguntó Jorge.

Elena sintió un frío mortal en el corazón.

– Sí, dijo vivamente Carmen, adivinando la angustia de su cuñada y temerosa de su torpeza en mentir. Saint-Hyrieix había propuesto vagamente á Elena que viniese con nosotros, y como de este modo se acercaba al sitio en que te encontrabas, quiso consultarlo con mamá... Pero pronto comprendimos lo imposible de esta combinación. Y debemos alegrarnos de no haberla realizado, porque hubieses encontrado la casa vacía.

– Confieso que lo hubiera sentido, dijo él sonriéndose. Entonces, Elena, has visto á mi madre. ¿Cómo sigue?

– ¡Bien, muy bien!, balbuceó Elena, temblando como si de pronto faltase el suelo á sus pies.

– Sus últimas cartas me hicieron sospechar, sin saber por qué, que se encontraba enferma.

– Tengo que ir á probarme un vestido, dijo Carmen con una volubilidad desmentida por la expresión de sus ojos y asustada del trastorno que observaba en Elena; iba á rogarte que me acompañases, hermana mía; pero...

– ¡Oh, no me la quites!, dijo Jorge con voz llena de ternura.

– Está bien, señor tirano; respetaremos tus derechos. Pero volveré pronto, á fin de pasar con vosotros el poco tiempo que nos queda.

– Puesto que sales, Carmen, ¿quieres que te lleve en mi cupé? Voy al ministerio, á saludar por última vez al jefe. Te dejaré donde quieras.

– ¡Bueno!, en la calle Royale.

Y tendiendo la frente á su hermano, puso sus labios en los de Elena, en tanto que Saint-Hyrieix bajaba á decir que avanzase el coche.

– ¡Ay, Carmen!, dijo Elena en voz baja. ¿Qué haré, qué diré, después que tú te hayas marchado, si Jorge, hablando con tu madre, descubre la verdad?

– ¡Bah!, no irá á Penhoet por ahora. Ya no se acordará de hablarle de todo esto. Si insiste, échame á mí toda la culpa.

Y volviéndose hacia Jorge, que contemplaba á su mujer, le dijo riéndose:

– Hermano mío, déjame un poco para luego.

Y corrió hacia su marido que, desde la meseta de la escalinata exterior, daba instrucciones al cochero.

Carmen mostraba estar muy contenta.

El regreso de su hermano parecía haberla colmado de alegría.

El coche echó á andar rápidamente por las largas y hermosas avenidas del Bosque, animadas ya por su aristocrática clientela de la mañana.

Carmen miraba por todas partes y á todo el mundo con una especie de curiosidad infantil.

Decía riendo que quería llenarse los ojos y la memoria de todos aquellos cuadros y escenas parisienses, hacer de todo una gran provisión para recrearse con su recuerdo allá, en la Guayana, tan lejos de París.

Saint-Hyrieix había desplegado sobre sus rodillas un inmenso legajo de papeles, que estuvo examinando desde su casa, sin contestar más que con monosílabos á la charla de su mujer.

Sin embargo, su espíritu estaba muy lejos de la Guayana y de la política!

– ¡No es posible!, pensaba. Carmen no podría reirse y parlotear de este modo si fuese culpable. Esa carta es una infame calumnia, dictada por el despecho. Es preciso estar loco para darle importancia. Tengo ganas de enseñársela y pedirle perdón por los tormentos que he sufrido desde ayer.

– ¿Estarás de regreso en casa á la hora de almorzar?, preguntó ella de pronto.

– Pienso que sí..., ¿y tú?

– ¡Yo! Sólo he de ir á casa de mi modista. La última deuda que pagar... Luego... nada más... ¡Ah, sí! Pasaré por la plaza de la Bolsa á comprar en casa de Susse una buena provisión de papel para cartas, plumas, lacre, todo lo necesario para escribir cartas muy largas... muy largas... Y habré concluído. En seguida, me volveré á casa á fin de ultimar mis preparativos de viaje y pasar con Elena y Jorge las pocas horas que me quedan.

Saint-Hyrieix pudo apenas articular unas cuantas palabras.

Pareció abismarse otra vez en la lectura de sus papeles; pero sus labios estaban descoloridos y lívido su rostro.

– ¡Va á la plaza de la Bolsa!, pensaba. Es evidente... La última carta... ¡La última cita quizá!.. ¡Y yo iba á humillarme delante de ella! ¡Loco de mí! La carta tenía razón. Mi deshonra es pública. ¡Mi deshonra y mi ridículo! ¡Y sólo con sangre se borra la deshonra y se lava el ridículo! Es preciso que yo sepa la verdad, suceda lo que suceda.

El cupé se detuvo en la esquina de la calle Royale.

Carmen se apeó ligera, graciosa, elegante, después de haber dado un apretón de mano á su marido.

Subió á casa de su modista y pagó su cuenta.

Otra vez en la calle, quiso tomar un coche, pero no pasaba ninguno desocupado. Echó á andar hacia la Magdalena. El tiempo era magnífico.

Carmen siguió á pie la línea de bulevares hasta la calle Vivienne. Dobló la esquina y llegó á la plaza de la Bolsa.

Iba pensativa.

Dentro de pocos minutos volverían á estar en su poder todas las cartas que había escrito al hombre á quien se había entregado con amor loco.

Todas aquellas hojas de papel amarillentas que habían recibido las confidencias de su alma, los juramentos de un amor eterno, sus ardientes confesiones, se las devolvía él, tal vez como otras tantas mentiras que no quería guardar por más tiempo.

Ya no debía creer en aquellas protestas de su pasión. Sin embargo, todavía le amaba.

Pero le faltó valor para afrontar la vergüenza, la ignominia, la desesperación de los suyos, la maldición de su madre...

Todo esto representaba huir con él.

Su cobardía le atormentaba.

Y él hacía el último sacrificio, renunciando á todo lo que podía recordárselo.

¿La iba á olvidar entonces?

¡Oh, no; jamás!

El Océano los separaría en breve; quizá no volverían á verse jamás; pero su amor viviría.

No quería insistir en aquellos dolorosos pensamientos... Su frívola naturaleza no podía fijarse más que en la hora presente.

Entró en la administración de correos, después de haber echado una mirada á su alrededor.

– ¿Hay alguna carta á estas señas?, preguntó tendiendo con la punta de los dedos finamente enguantados un sobre de carta al empleado que había detrás del ventanillo de la lista de correos.

El empleado – un viejo poco amable – tomó el sobre y leyó:

«Elena de Kerlor...»

Y murmuró, mientras examinaba un paquete de cartas que había sacado de una casilla marcada con una M:

– Maillet... Menard... Mi... Mo... Molénes... Monsin... ¡Ah!.. *Madame Elena de Kerlor. En lista. – Plaza de la Bolsa. París.*

Y después de comparar la letra de la carta con la



– ¡Dame esa carta!, le dijo fríamente casi al oído.

del sobre que le habían presentado, lo entregó todo á la interesada. Y como si temiera alguna tentación, bajó bruscamente el cristal del ventanillo.

De modo que no pudo oir el grito de dolorosa inquietud que dió Carmen al coger con mano febril la carta que le acababa de entregar y metérsela en el bolsillo sin atreverse á abrirla todavía.

– ¡Dios mío!, ¿qué habrá pasado?, pensaba. ¿Por qué no el paquete entero, como había prometido y jurado que lo enviaría?

Carmen quedó sobrecogida, inmóvil, pálida.

Al volverse, estuvo á punto de caer desfallecida.

En el marco de la puerta entreabierta vió á Saint-Hyrieix que la miraba de un modo terrible.

– ¿Usted aquí?, murmuró ella, procurando en vano disimular su turbación.

El no contestó.

La voluntad, tan poderosa en la mujer, trató de dominar la atroz ansiedad que le oprimía el corazón.

Tuvo el valor de sonreirse bajo el velo, añadiendo:

– ¿Entonces, volvemos juntos á casa, verdad?

– ¡Dame esa carta, le dijo fríamente casi al oído, pero con rabia; dámela pronto, y sobre todo, fuera escándalo!

Ella se quedó sin palabra.

Su marido la había cogido por el brazo, y sus dedos la apretaban como unas tenazas.

– ¿Has oído?.. ¡Quiero esa carta!

– Me hace usted daño, caballero...

Saint-Hyrieix estaba lívido.

Hablaba en voz muy baja, echando espuma por los labios.

– ¡Dame esa carta!

– ¿Qué dice usted?, balbuceó Carmen.

– ¡Esa carta!, ¡esa carta de tu amante!

– ¿De mi amante?..

Y repitió también en voz muy baja:

– ¿Ha dicho usted de mi amante?

– ¡Sí! Y si no me la entregas inmediatamente, no respondo de mi cólera.

Carmen sentía un sudor frío en la frente y un estremecimiento por todo el cuerpo.

Se le apretaban los dientes, dejando apenas pasar la voz.

De seguro, aquel hombre era capaz de todo.

Estaba loco de rabia.

Iba á matarla allí mismo, en el acto.

Se veía en sus ojos. La mujer se creyó perdida.

Apretaba convulsivamente entre sus dedos la carta fatal, que le abrasaba la mano.

¿Qué contenía aquel escrito?

Ella lo ignoraba, pero con seguridad era su sentencia de muerte si la entregaba.

Destruirla, ¡imposible! Saint-Hyrieix no le soltaba el brazo.

De pronto se le ocurrió una idea.

¡Una idea salvadora!

No se detuvo en meditarla.

Se agarró á ella como por instinto, como se agarra á la primera rama que encuentra al alcance de su mano el que cae al fondo de un precipicio.

El repetía casi estúpidamente, sin cansarse, dispuesto á pegar:

– Señora, no apure usted mi paciencia. ¡Esa carta!

– ¡Qué insensatez!, pudo ella decir al fin con voz ahogada. ¡Esta carta no es mía..., no es para mí!..

– ¡Démela!

– Tome... Lea el sobre.

Y se la tendió.

El marido la cogió ferozmente y leyó la dirección.

Su rostro adquirió de pronto una indecible expresión de asombro.

– ¡Elena de Kerlor!, balbuceó.

– Ya ve usted que no podía entregarle una cosa que no me pertenece.

– ¡Elena!.. ¿Elena de Kerlor?

La mano en que tenía la carta temblaba de modo que las letras del sobre bailaban ante sus ojos.

– ¡Elena! ¡Elena de Kerlor!.., repetía como si no comprendiese las palabras que pronunciaba.

Carmen le miraba con fijeza.

Permanecían uno en frente del otro, pálidos, mudos, inmóviles.

Ella, aterrorizada por el crimen que la fatalidad, el brutal instinto de la conservación le había hecho cometer; él, sobrecogido de estupor, casi de espanto.

¡Elena!.. ¡El ideal de la honra!.. ¡El ángel inmaculado que parecía incapaz de hacer concebir un mal pensamiento, ni de inspirar la menor sospecha! ¡Elena un amante!..

Carmen comprendió por su mirada lo que pasaba en su mente.

– ¿Pero qué sospecha usted de Elena?, preguntó casi con altivez, con toda la sangre fría que había recobrado de pronto. No es la primera vez que me envía á buscar cartas para ella, cuando no puede venir ella misma. Creo que se trata de una obra caritativa, de un pobre vergonzante á quien socorre, y no quiere que sepan...

Saint-Hyrieix la miró de frente.

Sus ojos parecían quererle escudriñar el fondo del alma.

Ella soportó impávida el terrible examen.

Vió pasar un rayo de alegría por la pupila de su marido y se sintió salvada.

¿Era posible?

La infame denunciante había mentido entonces.

Carmen era inocente.

El horrible edificio de la traición se hundía.

En vez del crimen anunciado, era otra obra buena que se revelaba, otra aureola de luz que añadir á la frente de una santa.

Hizo ademán de devolver la carta á Carmen.

Pero ésta, en la alegría de recuperarla, hizo un movimiento tan presuroso, que lo notó Saint-Hyrieix, á quien un resto de sospecha mordió en el corazón.

– Está bien, dijo. Puesto que esta carta es para tu cuñada, se la entregaré yo mismo.

Y metiéndola en su cartera dijo á su mujer:

– Cuando gustes, volveremos á casa.

V

TORMENTOS DEL ALMA

Elena y Jorge hacía rato que descargaban el pecho en un tierno coloquio amoroso.

– No puedes figurarte, Elena mía, el terrible purgatorio en que he vivido durante estos años de ausencia, en medio de todos los tormentos que á un hombre le es dado soportar; y cada uno de aquellos suplicios redoblaba á la idea de que tú también sufrías.

– ¡Sí, amigo mío! Yo también he llorado mucho. Y sin embargo, tenía un consuelo de que carecías tú. Podía besar á nuestro hijo, á nuestro adorado Fanfán.

– ¡Fanfán!.. Sí, yo también guardé, como tú, la costumbre de llamarlo así. Allá en Panamá, cuando rendido de fatiga en medio de enfermos y moribundos, acosado por el fantasma de la peste, me sentía desfallecer, pronunciaba los nombres de Fanfán y Elena, y en seguida recobraba ánimos. Pensaba que si sufría era por vosotros, y entonces me volvía otra vez infatigable, indiferente á todo lo que no fuese la misión que me había impuesto.

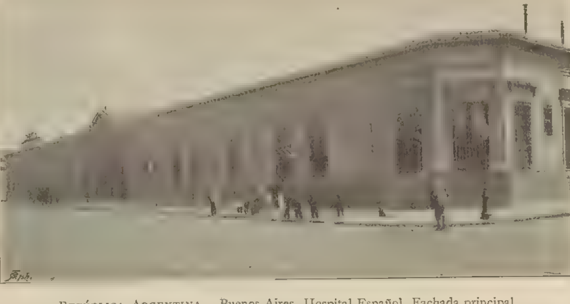
(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. HOSPITAL ESPAÑOL

«La Sociedad Española de Beneficencia,» creadora y sostenedora del Hospital Español de Buenos Aires, es una de las entidades españolas radicadas en el país que mayores beneficios positivos ofrece al pobre enfermo, especialmente á los connacionales y á cuantos necesiten de los auxilios caritativos-médico-hospitalarios: sean de donde fueren, hablen el idioma que hablen, profesen la religión que profesen, los desvalidos todos, de todas las partes del mundo, que al hallarse en Buenos Aires llamen á la puerta de esta santa casa, son curados y tratados con el mayor esmero y confortados en sus desgracias respetando creencias ó casos de conciencia.

El «Hospital Español» honra en grado máximo á la colectividad española, porque á la magnificencia y grandiosidad del edificio une el mejor bienestar é higiene posible; amén de reunir cuantos adelantos, los más modernos de la ciencia médica, y cuantas comodidades son posibles y compatibles con la curación de las más terribles dolencias. Tan envidiables condiciones han valido á la sociedad benéfica los elogios más encomiásticos de las corporaciones médicas del país y de extranjeros visitantes, y algunos elogios de «La Asistencia Pública» y de la Municipalidad.



República Argentina. – Buenos Aires. Hospital Español. Fachada principal

Está situado en punto elevado de la ciudad, ocupando toda una manzana: dando el frente al *boulevar* Belgrano y limitándole las calles Dean Funes, Moreno y Rioja.

Contribuyen al sostenimiento del Hospital, además de la cuota mensual de los socios y protectores, el «Banco Español del Río de la Plata» con el *uno por ciento* de las utilidades, donaciones particulares y las rentas de varias fincas que posee. Además, las autoridades del país también contribuyen con una pequeña parte de los beneficios de la Lotería Nacional, que no baja de unos *cuatro mil* pesos anuales.



República Argentina. – Buenos Aires. Hospital Español.
Una operación difícil

La administración está bajo la directa vigilancia del Directorio de «La Sociedad de Beneficencia Española,» compuesto de *nueve* asociados elegidos entre lo más notable y reputado del comercio español.

La organización médica es notabilísima, por cuanto los facultativos que forman su dotación son de los más caracterizados de la colonia, amén de la fama adquirida por sus aciertos, su saber y largos años de práctica, agregando, como cualidad especial, el profundo cariño y entusiasmo que todos ellos sienten por la filantrópica institución.

De muchos años atrás está confiada la dirección general al reputado y estimadísimo Dr. D. Justo Carlé, de la facultad de Barcelona; quien además de la visita general tiene á su cargo los pensionistas y el consultorio especialista de enfermedades cutáneas, venéreas y demás de las vías urinarias; el Dr. D. José Solá tiene á su cargo la cirugía en general y ginecología operatoria: procede también de la facultad barcelonesa; el Dr. don Pedro Caride es el cirujano adjunto y procede de la facultad de Buenos Aires; el Dr. D. Francisco Cobos, director por concurso del Hospital San Roque, tiene á su cargo dos salas de medicina de hombres y es especialista en enfermedades del estómago y pulmonares; el Dr. D. Juan Real, oculista muy notable y especialista en enfermedades de la laringe, nariz y oídos, está encargado del consultorio de oftalmología y laringología; el Dr. Lizarralde tiene á su cargo una sala de hombres y otra de mujeres y consultorio de ginecología. Además el Dr. Albareda, de la facultad de Barcelona, presta sus servicios como médico interno y está encargado del consultorio de enfermedades generales. Este eximio personal, ayudado por cinco practicantes, atiende á maravilla todos los servicios del caritativo establecimiento.

El cuidado de enfermos está encomendado á gran número de empleados sirvientes y á las Hermanas de Caridad, las que tienen á su cargo el servicio sanitario y económico y salas de mujeres.

Una de las partes del Hospital que merecen especial mención es la sala de operaciones y las contiguas de desinfección y esterilización. Responden á las mayores exigencias de la ciencia moderna; construídas con verdadero lujo de detalles auxiliares, dotadas de un instrumental de lo más moderno y completo, un verdadero arsenal quirúrgico procedente de las más acreditadas casas de París, cuyo valor asciende á más de *doce mil pesos*. Por término medio se practican de tres á cuatro operaciones diarias, lo que bien claro dice su importancia.

Los convalecientes tienen grandes patios-jardines llenos de arbolado, plantas y flores raras que embellecen aquel lugar de sufrimiento corporal; añadiendo que tanto las salas de Caridad como las hermosas celdas de primera y segunda clase están construídas con todas las comodidades y *confort* moderno, no encontrando nada que faltar el más delicado de los enfermos.

El año pasado fueron *mil ciento diez y nueve* los asistidos. Por la variedad de las nacionalidades es digno de anotar el detalle estadístico, que dice así: árabes, 5 hombres; argentinos, 62 hombres y 18 mujeres; alemanes, 1 hombre; austriacos, 10 hombres; españoles, 877 hombres y 126 mujeres; franceses, 12 hombres y 1 mujer; ingleses, 1 hombre; italianos, 21 hombres y 2 mujeres; orientales, 13 hombres y 1 mujer; portugueses, 1 hombre. Además durante el propio año se dió consulta gratis en el Hospital Español de Buenos Aires á más de 54.000 enfermos.

Actualmente una comisión de damas españolas y argentinas están recolectando fondos para dotar al Hospital de una capilla con pretensiones de iglesia, tal será su grandeza, cuyas obras ya empezaron y avanzan rápidamente.

Tales son los datos recogidos á vuela pluma: los que creemos más que suficientes para indicar la principal importancia de «La Sociedad de Beneficencia Española» y del Hospital Español, honra y gloria de nuestra colectividad en Buenos Aires.

Justo Solsona.



República Argentina. – Buenos Aires. Hospital Español. Sala de operaciones

LA VISTA DE LOS INSECTOS

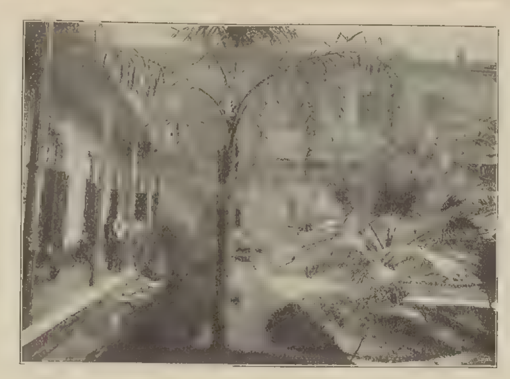
Un sabio naturalista francés, M. Félix Plateau, ha hecho recientemente numerosas observaciones para averiguar si los insectos, en sus visitas á las flores, se guían por los colores de éstas. La cuestión que había de resolver era la si-

guiente: cualquiera que sea la naturaleza de las percepciones visuales de los insectos, los animales de este género que visitan las flores, ¿se dejan guiar al escoger unas ú otras por los colores que estas flores ofrecen al ojo humano?

La respuesta ha de ser necesariamente negativa. En efecto:

1.° En todos los casos en que el observador se ha puesto al abrigo de errores, á menudo cometidos, resultantes de diferencias en la forma, en el perfume, en la abundancia ó accesibilidad del néctar y del polen, y se ha estudiado la manera de conducirse los insectos respecto de las variedades coloradas de una misma especie, variedades en las cuales la disparidad de colores existe sólo como causa determinante, se ha visto que esos artrópodos demostraban una indiferencia total á la coloración.

2.° Si en una misma especie las variedades de colores distintos están en cantidades iguales, se ve á los insectos no sólo pasar sin orden de un color á otro, sino además, según el momento ó la duración de la observación, se les ve unas veces efectuar las visitas en números casi iguales á las diversas variedades, y otras manifestar una preferencia absolutamente aparente hacia un cierto color para, algún tiempo después, demostrar una preferencia tan ilusoria como la anterior por un color distinto.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. Hospital Español. Gran patio de 2.ª clase

3.° Si en un grupo de flores de la misma especie las variedades coloradas están representadas por cantidades desiguales, se comprueba, si la observación ha sido suficientemente larga, que el número de visitas de los insectos á la mayor parte de los colores son casi proporcionales al número de flores de los mismos colores.

La pretendida predilección por ciertos colores, por consiguiente, no existe. Los mismos insectos se encargan de demostrar que todos los colores de las corolas ó de las inflorescencias les son de todo punto indiferentes, desde el momento en que esas mismas corolas ó inflorescencias contengan el néctar ó el polen deseado.

M. Félix Plateau adiciona estas conclusiones con una observación destinada á impedir que se tergiverse su pensamiento. Admite perfectamente que el insecto pueda advertir á distancia la existencia de las flores, sea porque vea los colores de éstas del mismo modo que nosotros, sea porque note un contraste entre esas flores y lo que las rodea. Admite que, juntamente con el olfato, aunque en mucho menor grado, esta percepción visual vaga pueda dirigir al animal hacia el conjunto de la masa floral; pero si llegado á este punto las flores no ofrecen entre sí otra diferencia que la del color, demostrará con sus actos que le es enteramente igual que las corolas sean azules, encarnadas, amarillas, blancas ó verdes. – E. COUPIN.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Poesías completas de *Campoamor*. – No hemos de hacer el elogio de las composiciones que en los dos tomos de esta colección figuran. ¿Quién no conoce á Campoamor, el poeta contemporáneo que mayor fama y popularidad ha alcanzado en nuestra patria? Nos limitaremos, pues, á encomiar la edición que de sus obras completas ha hecho el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso, edición que comprende los poemas *Colón*, *El drama del alma* y *El licenciado Torralba*, las colecciones de poesías *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, las *Fábulas*, los *Recuerdos*, las *Doloras*, las *Humoradas*, los *Cantares* y todos los *Pequeños poemas*. Para que se vea lo económico de esta edición, bastará decir que los dos tomos, con cerca de mil doscientas páginas de apretada lectura, se venden á dos pesetas.

* * *

Los Señores de Hermida, por *Juan Ochoa*. – Fermando parte de la notable «Biblioteca Elzevir Ilustrada» que con tanto éxito publica en Barcelona el editor D. Juan Gili, se ha puesto á la venta este tomo, que contiene una colección de bellísimos artículos y sentidos cantares del malogrado escritor ovetense D. Juan Ochoa. La lectura de unos y otros confirma la fama que en su corta, pero brillante carrera literaria conquistó su autor, y justifica los entusiastas elogios que en el prólogo del libro y en el artículo biográfico le dedican críticos tan imparciales y escritores tan renombrados como Leopoldo Alas y Rafael Altamira, pues si en los primeros aparece el cuentista observador profundo de la realidad que sabe interesar con un argumento original admirablemente desarrollado y con un estudio acabado de los tipos que en la acción intervienen, en los segundos se revela el poeta inspirado cuyos versos llegan directamente al alma. El tomo, que lleva bonitas ilustraciones de Carretero, se vende, como todos los de la Biblioteca, á dos pesetas cincuenta céntimos.



Las cigarras, cuadro de L. Alleaume. (Salón de París de 1900)

* * *

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Mundo Latino, diario intercontinental, órgano de los intereses de la raza latina, que se publica en Barcelona; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 25 de junio de 1900 — Núm 965

Regalo á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal Ilustrada

GRAN CANARIA. - LA ATALAYA. - UNA INDUSTRIA PRIMITIVA

(de fotografías de Luis Ojeda y Pérez)



Cochura de los objetos de barro



Preparación del barro y fabricación de objetos



Vista general de la Atalaya (véase el artículo *La Talayera*, de la página 411)

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

La Exposición concluída. – Los Pabellones del Transvaal, Gran Bretaña, Bélgica, Alemania, Mónaco y Suecia. – El rey Oscar. – Pabellones de Grecia, Servia, Rumania, Persia, Perú, Japón, China, Egipto, Siam y Ecuador.

Ya no falta detalle por terminar en las galerías de la Exposición. Llegó, pues, la hora de estudiar las maravillas que la ciencia y la industria, asociadas para la obra del progreso, han acumulado en esta apoteosis del siglo XIX.

Mas antes de guiar á nuestros lectores á través de las infinitas instalaciones particulares del gran Concurso, debemos terminar nuestra breve reseña de lo expuesto en los pabellones oficiales de la calle de las Naciones.

Ya todos estos pabellones se han abierto sucesivamente al público. El último inaugurado ha sido el del Transvaal; y su inauguración, ocurrida después de la toma de Pretoria por los ingleses, ha dado lugar á una manifestación de simpatía hacia las pequeñas Repúblicas sudafricanas que con tanto heroísmo luchan por su independencia contra la Gran Bretaña.

Esta apertura no ha sido una fiesta como las de su clase en que el champagne hizo las veces de agua bautismal; ha sido una muestra de virilidad y de resistencia á toda prueba, en el momento de los mayores desastres. Así lo comprendió el público que saludaba con respeto el busto del presidente Kruger, colocado sobre un pedestal rodeado de flores y como protegido por una bandera. En las cintas de un ramo tricolor se leía esta dedicatoria: «Homenaje de un grupo de obreros patriotas del Sena.»

El pabellón oficial en que se eleva este busto es un pequeño palacio de sencilla arquitectura, cuyo interior se compone de una sala con galería. Las paredes son blancas, de austera sobriedad en sus raros adornos. Allí se han reunido diversos objetos de la vida íntima y primitiva de los boers; una carreta de ruedas planas, parecida á las que éstos usan para sus arrastres en la guerra del Transvaal; un grueso cañón, obra de un herrero inexperto, que sirvió contra los ingleses en 1880...

Pero la simpática República exhibe cosas más modernas, tales como una rica biblioteca de obras escritas en lengua burgher, y cuadros gráficos que prueban que este pequeño pueblo, que proporciona 26.000 soldados, cuenta 14.000 escolares y gasta anualmente en la instrucción dos millones y medio de francos.

Al lado del pabellón oficial hay una casa de campo con cuatro muebles rústicos y sin más suelo que la tierra apisonada. Pero entre el mobiliario llaman la atención un armonio que sirve para acompañar los salmos y la gran Biblia, que es el libro favorito del campesino boer.

Otro edificio presenta al Transvaal de las minas de oro, donde máquinas en movimiento hacen ver el mecanismo de la extracción del mineral aurífero. Varios estudios técnicos demuestran que aún queda por diez y siete mil millones de oro en las entrañas de aquella tierra africana; y á los ingleses les pareció que semejante botín valía la pena de una guerra. Si los gobiernos callan, los pueblos dicen lo que piensan acerca de semejante expoliación. Por esto el público cosmopolita que penetra en los pabellones transvaalenses de la Exposición Universal, á excepción, naturalmente, del británico, deposita ramos de flores al pie del busto de Kruger y cubre de firmas un álbum en que hemos leído, entre cien entusiastas protestas de simpatía, una que dice: «Los representantes de la prensa rusa, reunidos en París, manifiestan sus votos más fervientes por el triunfo definitivo de la República sudafricana en su lucha gloriosa por su libertad y su independencia.»

Los seis primeros pabellones oficiales que se encuentran á la derecha de la calle de las Naciones, yendo del puente de los Inválidos hacia el del Alma, son los de Italia, Turquía, Estados Unidos, Austria, Bosnia y Hungría, de los cuales hemos hablado ya en estas crónicas.

Sigue luego el de la Gran Bretaña, que no contiene objetos de exposición ni es digno de la importancia de aquel reino.

El de Bélgica, por el contrario, es uno de los monumentos más hermosos de esta calle internacional. Es la reproducción exacta de la famosa Casa consistorial de Audenarde, admirable joya de la arquitectura gótica flamenca. Esta pequeña nación, que no se deja adelantar por las grandes y poderosas en ningún ramo de la ciencia y de la industria, desempeña un papel brillantísimo en la Exposición de París.

Lo mismo puede decirse de Alemania, cuyo pabellón oficial, situado entre el de España y el de Noruega, presenta todo el aspecto de un palacio permanente; palacio grande, majestuoso y bello, ricamente alhajado en su interior.

Por disposición del emperador las tres salas de recepción de este palacio están adornadas con gran número de obras maestras del arte francés del siglo XVIII, sacadas de las colecciones imperiales de Berlín y Postdam. Esta exposición comprende obras rarísimas de Watteau, de Lancret, de Pater y de Chardin. El mobiliario de aquellas salas se compone de muebles de los viejos castillos de Postdam, de Sans Souci y del Nuevo Palacio, todos de estilo francés aunque fabricados en Berlín en el siglo XVIII. Esta es la segunda vez que en el transcurso de un siglo han salido esos tesoros artísticos de las imperiales residencias en donde se guardan. Hasta ahora sólo habían sido expuestos al público durante algunos días en la Academia de Bellas Artes de Berlín, y Guillermo II al enviar esas hermosas pinturas al país en que fueron ejecutadas, rodeándolas de muebles franceses de su propiedad é instalando esta exposición francesa en la mejor sala del pabellón alemán, ha querido manifestar su participación directa en la exposición hacia la cual ha demostrado siempre el mayor interés.

Después del de España, que, sea dicho de paso, se descascarilla horriblemente, sin duda á causa de las malas condiciones del material, sigue el de Mónaco, que es una reproducción del palacio del príncipe de aquel diminuto Estado. Está rodeado de jardines, que recuerdan la pintoresca Costa Azul, y decorado exteriormente con hermosos frescos de Fissore. En el interior se exhiben los productos del país, que consisten principalmente en perfumería y cerámica. Junto á las instalaciones industriales se hallan las colecciones científicas del príncipe y de su colaborador el doctor Doyen. En el salón de descanso hay un hermoso panorama que representa al principado visto desde el mar.

Al pabellón de Mónaco sigue el de Suecia, edificio extraño, policromo, de madera, que fué construído en la Escandinavia, transportado en piezas y montado luego aquí por obreros suecos. Su arquitectura es muy original, aunque sin estilo definido. Es un conjunto de torreones unidos á un cuerpo central por puentecillos aéreos de gracioso efecto. En su interior se han reunido muestras de los productos más notables de la industria sueca; numerosas pinturas y fotografías, de todas dimensiones, que representan los paisajes más pintorescos de Suecia; cuanto puede despertar simpatías y estimular á los extranjeros á visitar aquel curioso país.

En el salón regio se ha organizado la exposición completa de los regalos hechos al rey en los diferentes acontecimientos notables de su vida.

El rey Oscar, que se halla actualmente en París, agasajado por el mundo oficial y vitoreado por el pueblo, que con ser republicano se muestra siempre cortés con los soberanos que visitan la capital francesa; el rey Oscar, decimos, es hombre de vastos conocimientos, amante de las artes y de las letras, bizarro soldado, experto marino, historiador y poeta. Se han editado sus obras, que atestiguan su erudición y su talento.

Los franceses le quieren, entre otros motivos, porque corre sangre francesa por sus venas: «¿Cómo quieren ustedes que yo no sea meridional de pies á cabeza?, decía en cierta ocasión en que se hallaba invernando en Pau. Mi abuelo Bernadotte era pirineo, mi abuela Clary era marsellesa, y mi padre se casó con una Beauharnais.»

El rey Oscar conserva verdadero culto por su madre, la hija del príncipe Eugenio.

Firma sus obras con el nombre de Oscar Fredrick, y á su fama de sabio ha unido la de «casamentero sin igual,» pues ha casado á sus hijas con poderosos monarcas que han sido excelentes esposos.

Al pabellón de Suecia sigue el griego, que hace pensar en las grandezas y decadencias de ciertos pueblos á través de los siglos. Distínguese este pabellón por la extremada sencillez de sus contornos, y en el centro del mismo hay una sala redonda coronada por una cúpula y rodeada de un pórtico: una cerámica de coloración armoniosa da á este edificio un sello particular y constituye una nota brillante en la calle de las Naciones. En último término hallamos el pabellón de Servia, cuyo arquitecto parece haberse inspirado en los monumentos religiosos de aquel país: contiene un interesantísimo museo etnográfico, preciosa exposición retrospectiva, en que figuran los tipos más característicos de aquel país con sus trajes nacionales.

Remontando la calle de las Naciones, desde el puente del Alma hacia el de Inválidos, encontramos á mano derecha el pabellón de Rumania, que contiene muestras de los principales productos del país é interesantes colecciones científicas; el de Persia, pintoresco edificio, de una grande originalidad, con revestimientos de porcelana del más bonito efecto; el del Luxemburgo, de elegantes proporciones, y el del Perú, nación á quien cabe el honor de haber sido la primera de las sudamericanas que respondieron á la invitación de la República francesa á este Concurso universal.

No todos los pabellones oficiales se hallan instalados en la calle de las Naciones. En el Trocadero se encuentran el del Japón, el de Egipto y la sección china.

Los japoneses no se han limitado á exponer productos en el palacio oficial, sino que rivalizan en casi todas las clases industriales con sus competidores de todos los países. Trabaremos más amplio conocimiento con ellos á medida que visitemos las galerías de las industrias diversas.

Aquí sólo añadiremos que en su palacio del Trocadero son notables las instalaciones de artes decorativas.

El palacio de Egipto ocupa un puesto muy importante en el mismo parque del Trocadero. Figura un templo egipcio de la antigüedad, con su escalinata exterior, su antepórtico, su gran puerta majestuosa, que conduce á un pórtico de gruesas columnas.

Encima del templo se hallan reproducidos los hipogeos de las diversas dinastías egipcias. En cada una hay la momia de un rey ó de una reina, como también los objetos que adornaron sus estancias.

De modo que entre los monarcas que habrán visitado la Exposición, figurarán unos cuantos Faraones.

La fachada de este templo es la reproducción de uno de los monumentos más bellos del arte arquitectónico egipcio: el templo de Dandur, en la Nubia. Las fachadas posteriores reproducen la admirable disposición del hermoso templo de File, con diversos motivos tomados de los templos de Abidos y de Karnak.

Los bazares que rodean el palacio son también reproducciones auténticas de edificios egipcios. Una de ellas lo es del salón del ministro de Francia en el Cairo, que encierra preciosidades en mosaicos y artesonados.

Un antiguo teatro egipcio, de una riqueza maravillosa y de un gusto delicadísimo, está destinado á evocar la literatura, los cantos y las danzas del fabuloso Oriente. En él se hallan fielmente representadas muchas esculturas pertenecientes á los monumentos más bellos del antiguo Egipto.

La sección china dista mucho de ser tan interesante como la de sus vecinos los japoneses.

El pabellón de Siam, como los hermanos siameses, se compone realmente de dos pabellones simétricos, unidos entre sí por una membrana en forma de puentecito echado sobre una calle. Uno de estos pabellones, situado en el jardín del Campo de Marte, está consagrado á los productos del suelo y á los curiosos objetos fabricados por indígenas cuya ingeniosa habilidad son una revelación para el público.

El otro pabellón sirve de café.

El arquitecto se ha inspirado en el arte siamés más genuino en la construcción de este doble edificio.

También se halla en el Campo de Marte y al pie de la torre Eiffel el pabellón de la República del Ecuador. Es de estilo francés, muy elegante. Se podrá desmontar y ser transportado á Quito, donde va á reedificarse después de la Exposición. Esto obedece á la idea de conservar un recuerdo de este grande acontecimiento en plena capital de la República. Y por esto se optó por un estilo parisiense en vez de reproducir un monumento exótico.

El Ecuador ha dado hospitalidad á otras Repúblicas del Centro-América que exponen curiosos productos en su bonito pabellón.

JUAN B. ENSEÑAT.

LA «TALAYERA»

En su rudeza selvática y en su enriscamiento montaraz, este tipo del país canario, que os presento, lectores, merece ser conocido, como lo merecen las figuras desencuadradas, desalojadas, que se están retirando en medio del himno triunfal del progreso, pero que todavía viven. Viven aparte, guarecidas de la inundación en las alturas, mientras las aguas suben y ellas las ven subir con creciente espanto.

Hay un rincón salvaje de esta isla de Gran Canaria donde habitan mis heroínas con sus familias, al modo de tribu en aduar. Se llega á la aldehuela mísera de su refugio, luego de vencer agrias pendientes, por caminos que se desarrollan entre vergeles, en subida rápida y agradable que á cada momento ofrece una sorpresa á los ojos, cegados por el exceso de luz tropical. La majestuosa perspectiva de las montañas envuelve al viajero, quien no puede mirar á cualquier parte que sea sin que le abrumen con su grandeza las cumbres sucediéndose como gigantesca escalinata para ganar el cielo y apareciendo, por fingimientos del espejismo, más grandes aún de lo que son en verdad. Además, también por efecto óptico, dijérase que cada vez más se alejan y que mágicamente realizan un movimiento de traslación.

Arriba, arriba, que el ascendimiento es hermoso y el camino, aunque empinado, se hace suave por los goces que al ánimo brinda el paisaje encantador. Desde Las Palmas, á través de la serpeante carretera, no cesan de sucederse los campos labrados, los diversos cultivos. Las palmeras, con su pomposa elegancia, nos saludan al paso, tristes como desterradas, y nos envían, desde las cúpulas de sus copas cimbreantes, rocíos de perladas notas; orquestas de pájaros vario-pintos ocultos entre las palmas nos dan música divina. Los pájaros aquí compiten en número y belleza con las flores; por eso, por la copia de flores y de pájaros, ha recibido nuestro país el nombre delicioso de paraíso. Arriba, arriba. Ya se descorrió el velo blanco que ocultaba el perfil de los últimos picos, erguidos y aguzados como flechas, como flechas de nieve, porque en aquella altitud la nieve cuaja en diamantes deslumbradores; el azul cerúleo mezcla su pureza con la cándida blancura de los copos, semejantes á plumas de cisne llevadas por el viento. Caído el *velum*, parece la lejana sierra del fondo, con su resplandeciente crestería, una catedral ciclópea.

Arriba, arriba. Subimos sin cesar, por entre cercados y jardines. A cada revuelta nos volvemos para ver el mar que de todos los puntos se percibe ciñendo amoroso la isla y orlándola con el armiño de sus espumas. A veces nos lo esconden por un momento las montañas que se cierran y se abren ante nosotros en las alternativas de la ascensión, pero pronto reaparece, destellando su azul purísimo, más intenso por el contraste de las masas violáceas que le mandan su sombra desvanecida. El ronco grito del viejo Atlante va con nosotros; también él nos dice que subamos, que subamos.

A ambos lados de la vía las rosas silvestres abren sus incensarios y envían á la tarde moribunda sus perfumes, toda su esencia, de la cual beben hasta embriagarse las mariposas blancas. La vid extiende sus miembros retorcidos arrastrándose sobre la tierra negra en una zona de imponente hermosura, desolada y trágica, con sus volcanes extintos y su aspecto petrificado; pero esto no es sino un accidente, un término del cuadro inmenso; y más allá vuelven á mostrarse los vallecillos rientes, las verdes cañadas, los románticos barrancos, los picachos elevadísimos, las altiplanicies, las mesetas cubiertas de vegetación lozana, los blancos caseríos diseminados, asomándose por entre verduras... La paleta entera, todas las notas de color sucédense á la vista fascinada en aquella inmensa graderia que va hasta el mar, de la misma manera que se suceden los más variados cultivos y zonas vegetales.

Por fin llegamos á la Atalaya, el rincón salvaje adonde quería conduciros, habitáculo de una tribu sórdida y bizarra cuya fisonomía no ha perdido aún ninguno de sus singulares rasgos característicos. Hasta allí no ha llegado la civilización con su rasero implacable. Como aquél hay muchos escondrijos de miseria en Gran Canaria; pero ninguno tan original. Allí se ha refugiado lo pintoresco de nuestra raza, barrido y borrado de todas partes. Allí está el curio sísimo animal de altura llamado la *talayera* por corrupción de su verdadero nombre, que se ha encaramado á un risco y se ha encerrado en cuevas casi inaccesibles, llevándose consigo una tradición de bárbara altivez é intransigencia.

Las habitaciones, abiertas en la roca, parecen cubiles; tienen algo de la caverna primitiva. Amparan una raza indomable en cierto modo, refractaria, impenetrable á la cultura. La *talayera*, la hembra, es todo; el macho, nada ó casi nada. Como en ciertos países americanos, el Paraguay señaladamente, los hombres en la Atalaya gozan el privilegio de no trabajar; su misión hállase reducida á tomar el sol cuando le hay. Y la cumplen á conciencia, por la mayor parte, estándose manos quedas, mientras ellas se mueven y se afanan. Las costumbres de la isla de San Balandrán imperan en aquella recondite selvática, donde un feminismo avasallante anula al hombre al propio tiempo que lo endiosa.

También suele reinar por aquellos encumbramientos el amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades y sin sonrojos; Luisa Michel se quedaría en éxtasis si alcanzara á contemplar en tan impensado sitio una tan completa realización de su bello ideal. Aquellos campesinos viven perdidos en el seno de la maternidad sin límites de la Naturaleza. Nacen, crecen, vegetan y mueren confundidos con el terruño ingrato, limitadísimo, donde encuentran cuna, casa y sepultura. Puede decirse que forman, con sus viviendas, incrustaciones de la montaña. Las raras veces que baja la *talayera* á la ciudad para vender en el mercado público los productos de su rudimentaria industria, creyérase que algo esencial de la montaña misma baja con ella; no solamente se trae tierra de la altura en sus pies desnudos que desafían los guijarros y abrojos de los senderos, sino toda una visión de las cimas excelsas y toda una pasión de la soledad, odio instintivo al progreso, resistencia inconsciente á dejarse penetrar de las claridades que vienen de abajo y que la ciegan y la mortifican. Experimenta sensaciones dolorosas, en la imposibilidad de la acomodación, en el choque de su alma virgen con las refinadas impurezas de la vida culta. Pasa sin ver, y apenas terminados sus tratos, tórnase á su atrincheramiento mucho más de prisa que descendió.

A mí me parece descubrir un sentido oculto, un sentido simbólico, en esta pasiva lucha. La montaña se rebela contra la ciudad; la ciudad no ha podido conquistar á la montaña. La *talayera*, indudablemente, es un símbolo.

La vierais venirse para Las Palmas los días de mercado, á más que regular andadura, desgastando los caminos con su durísimo pie descalzo, un pie que ha adquirido consistencia pétrea y grandor exagerado, un pie fenomenal sin forma, semejante á la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros, á grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga. Arremangada la enagua de percal sobre el refajo encarnado, cogida con una mano la cesta que carga á la cabeza y con la otra los zapatos *resolaos* que lleva por puro lujo, pues no se los pone nunca por temor de echarlos á perder, así atraviesa nuestra *talayera* los pueblos del tránsito y así entra, arisca y desenfadada, en la ciudad.

Lo común es que vengan por grupos más ó menos numerosos, cual si instintivamente se juntasen para defenderse de un peligro imaginario. Algunas traen á la gitana sus cachorros, y con ellos y con todo lo demás, menos los zapatos, hacen la jornada. Ni el sol ni la lluvia las acobardan. Hechas están á las mayores inclemencias, como á las miserias mayores.

Se encuentran entre estas campesinas tipos de cierta belleza rústica no exenta de atractivos, belleza que resulta de la alianza feliz de la salud con la fortaleza. Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito; macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres. La Atalaya es nuestro valle de Pas.

Cultivan, conforme he dicho, una industria elemental, cerámica incipiente, alfarería simplicísima; fabrican utensilios de barro que en el lenguaje del país, lleno de reminiscencias guanchescas (1), llámanse *tallas, gánigos, tostadores, vernegales*. Hablan un castellano corrompido, degenerado, hasta venir á parar en una bárbara algarabía que pronuncian ásperamente, en gritos guturales y en articulaciones violentas. El habitante de Castilla que las oyese hablar por vez primera no encontraría semejanza alguna entre aquella jerga endiablada y el hermoso idioma nacional. Son varoniles, bravas, resueltas, acometedoras. Cuando surge entre ellas, por cuestión de pantalones ó por incompatibilidad de caracteres, algún conflicto, lo dirimen como verdaderas heroínas á puñadas y á mordiscos, sin permitir – eso nunca – que los hombres intervengan en su defensa.

En tales casos desátanse sus lenguas venenosas y se ponen cual digan *talayeras*, que es mucho peor que cual digan dueñas; vomitan por sus bocazas, en su habla enrevesada y bestial, injurias á borbotones, concluyendo por asirse de los moños y zarandearse furiosamente hasta que el cansancio las rinde ó queda el campo por una de las luchadoras.

Hanse familiarizado con *el inglés*, á quien miran como un ser superior por lo maniabierto y dadivoso. Cuando algún turista británico aporta por aquellas eminencias, todo el pueblo se solivianta y pone en movimiento. Los habitantes comienzan á salir de sus cuevas como ratas de sus agujeros; nubes de chiquillos sucios, desarrapados, famélicos, que parecen brotar de entre las piedras, siguen al viajero, le acosan con este grito angustioso repetido sin descanso: *¡Un cuartito! ¡Un cuartito!*

Y el gran clamor de miseria sale de todos lados. Lánzanlo también los padres á la sordina; dijérase que las gallinas mismas lo cacarean y que los cerdos lo gruñen: *¡Un cuartito! ¡Un cuartito!* Si el inglés no abre la mano, corre el riesgo de que le apedreen, y para aquella gente es inglés, por extensión, todo extranjero y aun todo forastero, todo *caballero*.

El espíritu de la civilización moderna no ha soplado todavía sobre aquel recóndito campamento de bárbaros donde reina la *talayera*, magnífico animal de altura. Difícilmente se aclimata ésta en la ciudad: cuando se cree tenerla domesticada, escapa y se vuelve al monte á grandes trancos, tan zahareña como salió y siempre descalza, porque los zapatos le estorban.

F. González Díaz.

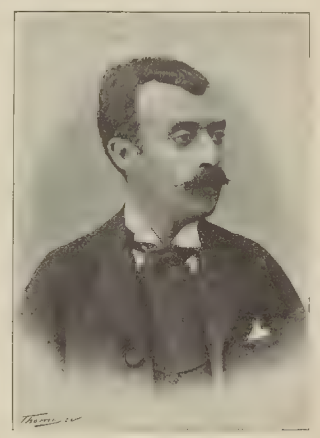
Las Palmas, 22 de enero de 1900.

(1) *Guanches* se llamaban los primitivos habitantes.

ESCRITORES CANARIOS

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

De algún tiempo á esta parte suena con insistencia en los trabajos de la prensa periódica y en la plática general el nombre del Archipiélago Canario. No es tan frecuente ahora como antes el tropezar con dislates históricos, geográficos y de otra índole que con ocasión y motivo de las antiguas Afortunadas se cometían á cada paso, no ya en la conversación de las gentes vulgares, sino en los escritos de los que por doctos se tenían y hasta en otros que inspiró la ignorancia y ligereza de nuestros gobernantes de antaño.



El distinguido escritor canario
Sr. D. Francisco González Díaz

Hoy día, variedad de causas, entre las que figura la pérdida de nuestras colonias, contribuye á que la atención de administradores y administrados convierta hacia el suave país de las Hespérides. Pero aunque se sabe, por ejemplo, que estas islas ocupan una situación admirable, estratégica y comercial, objeto de la insaciable concupiscencia del *leopardo*, que su clima es paradisíaco y sus riquezas naturales incalculables, bien pocos son los que sospechan que en esta *última Thule* existe, aunque menguada y pobre, vida intelectual. A bien que poco menos acontece con las demás regiones de España. Habituado el público á beber su erudición crítica y bibliográfica en la insulsa linfa de la gacetilla madrileña, se resiste á creer que fuera del bullicioso recinto de la corte piensan y escriben hombres de mérito no vulgar.

Por ello á los lectores de esta popularísima publicación parecerá quizás, al leer al frente de estas páginas el nombre de González Díaz, que se trata de una gloria de *clocher*, de una notabilidad casera, de

un tuerto que en la tierra de los ciegos ciñe corona y viste manto real. Y nada más inexacto ni más injusto. Se trata de un hombre de verdadero talento que, en la plenitud vigorosa de sus treinta años, dispone de una ilustración riquísima, puesta al servicio de una inteligencia privilegiada y de una imaginación espléndida.

Muy joven aún, González Díaz, siguiendo el ejemplo de muchos de sus paisanos, *emigró* á la República Argentina. No sabemos si fué su propósito *hacer fortuna,* pero lo cierto es que nuestro *indiano* volvió á la tierra tan pobre como antes, ya que por riqueza no se entienda el respetable caudal de ideas adquirido durante su permanencia en Buenos Aires, verdadero *París en América,* según cuentan, tras de años de lectura, de estudio y de labor periodística, durante los cuales su firma alternó con la de los más reputados literatos argentinos en las columnas de *El Censor* y de otros importantes diarios de allende los mares.

De regreso á la patria, González Díaz ha pasado en ella algunos años consagrado por entero á la vida del espíritu. Sufre largas crisis, temporadas de encierro y soledad en que no se deja ver ni aun de los íntimos, períodos de cenobitismo y de incubación intelectual en los que cincela sus trabajos literarios, artículos, discursos, obras de crítica, conferencias, todos de viril y sano temple, armoniosos como estatuas y como ellas macizos y permanentes.

Tiene el don portentoso de la fecundidad. Produce sus obras con tanta facilidad y gallardía como la madre Naturaleza las suyas. Sus brillantes trabajos, sembrados á granel por las páginas de la prensa isleña y de la corte, llenarían volúmenes enteros que ya quisieran para sí muchos de nuestros literatos de huera notoriedad, decorativos y aparatosos como obeliscos que no sirven absolutamente para nada.

Como escritor, González Díaz dispone de un estilo nervioso, enérgico, vibrante de luz y de color, opulenta vestidura del asunto, siempre atractivo y original. Agréguese á esto que, por ingénita nobleza de alma, su pluma y su palabra siempre están dispuestas á la defensa de las buenas causas. Dondequiera que hay una injusticia que combatir ó un derecho que defender, allá va nuestro canario pluma en ristre, como un paladín de los buenos tiempos.

En él la facultad de escribir se complementa con el don semidivino de la elocuencia. Hay que verle y oirle, poseído del demonio de la inspiración oratoria, sojuzgar al público con el imperio de su palabra. No hay en Las Palmas solemnidad artística en que él no figure como parte obligada, ni velada en que no hable, ni acontecimiento intelectual de que no participe. A veces, tocado del noble afán de fomentar entre nosotros la vida del espíritu, él mismo organiza las fiestas, siendo alma y corazón de ellas. Aún recordamos y recordaremos siempre las conferencias que en el año último, en el período álgido de la gran neurosis producida por el famoso *affaire,* hoy por dicha muerto y sepultado, dió el distinguido escritor en los salones del Teatro Tirso de Molina acerca del anti semitismo. Fué aquel un trabajo de maestro, original y acertadísimo en el fondo, espléndido é irreprochable en cuanto á la forma.

¿Llegará el nombre de González Díaz, traspasando el círculo humilde y estrecho de la tierra canaria, á ser conocido y respetado en los centros de nuestra cultura hispana? Nosotros tenemos la firme convicción de ello, fundada en la conciencia del inmenso valer del literato canario. Y sinceramente y de todo corazón lo deseamos para bien suyo y de la patria española, que, al fin y al cabo, no abundan tanto en ella hombres que piensen y escriban como escribe y piensa nuestro González Díaz.

Luis y Agustín Millares Cubas.



¡Solas en el mundo!, cuadro de E. Luyten

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. - UN RINCÓN DEL MERCADO DEL CENTRO. TIPOS DE VENDEDORES CALLEJEROS

A medida que Buenos Aires se ensancha, progresa y se engrandece, extendiendo á enormes distancias las viviendas; distribuyendo la masa de su población siempre creciente, y abriendo constantemente nuevas calles que forman, á poco, poblados barrios, allá por los lejanos suburbios, por la parte antigua ó central, se la adorna, se la embellece y se busca todo el *confort,* no sólo en las habitaciones, sino que también en los adoquinados, vías de comunicación y en grandes, limpios y monumentales mercados que, con el nombre de *abastecedores,* han relegado casi por completo á numerosos vendedores ambulantes, desapareciendo de las calles centrales esa multitud de tipos característicos y pintorescos que daban color y animación al cuadro de vida porteña, la que paulatinamente va perdiendo su fisonomía propia para asemejarse ya á la de cualquiera ciudad populosa del viejo mundo.

Hoy ya no vemos al vasco lechero caballero en su *pingo,* montado en posición especial entre los grandes tarros, vistiendo aquella indumentaria tan característica y pintoresca de *chiripá,* boina y ancho y grueso cinturón cuajado de platería, duros, medallas, como adorno rumboso. Buena parte de ese comercio ha sido absorbido por las numerosas lecherías, blancas, elegantes y pulcras de la Martona, Granja Blanca, Marina y otras sociedades ó estancias dedicadas especialmente al mentado negocio; habiendo dado el golpe de gracia la municipalidad con la disposición de no permitir otro reparto de leche que el hecho por medio de carritos. Y un vasco en carrito, aunque sea repartiendo leche, pierde toda su importancia y su prosopopeya; y la populosa ciudad pierde, á su vez, uno de sus tipos más clásicos y uno de los gremios más honrados y de más rica memoria.

Si por las circunstancias apuntadas ha desaparecido el lechero á caballo, parecidas son las que han desterrado de la capital federal á la tucumana vendedora de alfajores, mazamorra y dulce de leche. Ya no se la ve ni se la oye por ninguna de las extensas calles del municipio. Las elegantes confiterías por un lado, y las numerosas casas dedicadas á la confección ó fabricación de pastas dulces llamadas *facturerías,* cuyos alfajores riquísimos son hoy día los más preciados, han alejado del todo la simpática silueta de la buena moza tucumana vendedora, sonriente, afable, cariñosa; con su cantinela de cadencia arrulladora; con su canasta sobre la cabeza y envuelta en su *rebozo* con el descuido y gracia de una gitana granadina. Para hallarla es preciso ir á lejanos poblados, ó á la letrada Córdoba, ó á la histórica Salta, ó á la dulce Tucumán, de donde es oriunda; siendo todavía tipo popularísimo en casi todas las poblaciones importantes de las provincias cuyanas al pie de la cordillera de los Andes.

Algo más afortunados son los naranjeros y *sandieros.* No dominan en el casco de la capital, la que se ha venido llamando centro; pero los hallamos antes de llegar á Callao y Entre Ríos y extendiéndose por la ciudad hacia el Oeste. El primero, cargado con su cruz en forma de dos pesadas canastas, pregona el fresco y jugoso fruto á grandes voces en un lenguaje peculiar, cuyo acento es de alguno de los numerosos dialectos de la bella Italia. El segundo, montado en su carro, anuncia su mercancía con un grito de *sándia* muy agudo y acentuando fuertemente la primera sílaba para prolongar la segunda de un modo lánguido parecido á quejido melancólico de quien desfallece. Sus compañeros en el comercio son algún chiquillo que á pie y de puerta en puerta repite el *grito-quejido* del hombre montado en el carro, y un perro que sigue á la sombra del mismo y entre las ruedas descansa, cuando para la venta se detiene algunos minutos.

El clásico vendedor de pescado no es más feliz que sus dos anteriores compañeros. También tiene que alejarse del centro, aunque á decir verdad poco podría hacer en barrio de agitación comercial, bursátil y bancaria. Desde las primeras horas del amanecer va caminando calles sin fin con sus dos grandes canastas pendientes de los extremos de resistente palo, adornado con colgajos de peces que por su tamaño ó clase no caben en las canastas. Pregona á grito pelado, á pleno pulmón, el pejerrey y la curbina fresca de Montevideo y Mar del Plata con acento del más puro genovés. Y si tienen algún punto de contacto el pescadero con el cebollero, será únicamente en la nacionalidad y en el palo donde el segundo lleva colgadas las ristras de cebollas.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – El Mercado del Centro. Tipos de vendedores callejeros. – 1. Vendedora de alfajores. – 2. Un rincón del Mercado del Centro. – 3. Naranjero. – 4. Pescadero. – 5. Vendedor de sandías. – 6. Cebolleros. – 7. Un lechero á la antigua usanza (de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitidas por D. Justo Solsona).

El cebollero va de casa en casa ofreciendo su mercancía, discutiendo su precio y dándola por la quinta parte de lo que primeramente pidió por ella. Generalmente son gente joven, mozos forzudos, parlanchines y dicharacheros.

El mercado llamado del Centro es de los más antiguos de Buenos Aires y está enclavado en el corazón del movimiento mercantil. Situado entre las calles Alsina y Moreno, Perú y Chacabuco, forma un cuadrilátero algo irregular dividido en secciones. Es reputado como uno de los mercados mejor provistos, especialmente de frutas; limpio, bien atendido, pero á la antigua, con pocas comodidades para comprador y vendedor. Es quizá el único mercado que hace recordar algo de la vida pasada, del Buenos Aires de medio siglo atrás.

El conjunto de fotografías que dan tan bella como típica idea de los vendedores ambulantes llamados á desaparecer del todo de la populosa ciudad llamada pomposamente la Atenas del Plata, son debidas á «La Asociación Fotográfica Argentina de Aficionados,» cuya galantería tantas veces hemos agradecido y cuyos primorosos trabajos hemos elogiado al hacer la descripción de los que hemos reproducido. Una vez más nuestros plácemes y nuestras gracias.

Justo Solsona.



ISLAS FILIPINAS

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. – Prohibida su reproducción)

En esta página y en la siguiente reproducimos algunas interesantes fotografías de nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila señor Arias y Rodríguez, acerca de las cuales vamos á dar algunas breves explicaciones.

Unicamente en los barrios de Quiapó y la Ermita se encuentran las casas indígenas del género de las que la primera fotografía de esta página reproduce, es decir construídas con los llamados materiales ligeros. Dichas casas se edifican sobre estacas y están cubiertas por una techumbre de hojas de nipa; las paredes son de caña, y el conjunto, aparte de su aspecto pintoresco, presenta tal elasticidad que los terremotos, no siendo de excepcional violencia, nada pueden contra esas construcciones que, como ha dicho muy acertadamente cierto autor, se doblan y vuelven á levantarse como un junco.

Cuando estalló la insurrección filipina, varios pueblos del Norte de la isla de Luzón, careciendo de armas de fuego, formaron cuerpos de *sandatahanes* y flecheros que primero lucharon contra los españoles y después contra los norteamericanos. Los primeros iban armados de machete (sandatahan) y los segundos de arcos y ballestas. Como puede verse en el grabado adjunto, esas ballestas tienen la forma y longitud de un fusil común, están provistas de un gatillo ó disparador de asta, y lanzan, según parece, con gran precisión las flechas á ciento cincuenta varas. Estas armas las emplean los filipinos para ciertas emboscadas en terrenos altos, quebrados y de bosque espeso. Las flechas son de caña con puntas de palma brava, ó de hierro ó de caña medio carbonizada, que con este procedimiento, según dicen, se endurece mucho: la que aparece colocada en la ballesta de nuestro grabado es de punta de hierro y tiene forma de horquilla, y las que el ballestero sujeta son de punta de palma brava; unas y otras están introducidas en el hueco de la caña y amarradas con filamento de abacá recubierto de una resina.

El primer grabado de la página siguiente reproduce una conducción de prisioneros filipinos al través de las calles de Manila. Los españoles conducían á los prisioneros ligeramente amarrados para impedir



Islas Filipinas. – Manila. – Barrio de la Ermita. – Agrupación de casitas de caña y nipa denominadas de materiales ligeros

su fuga; los yankis los conducen sueltos, pero llevan el arma preparada y al que trata de fugarse le descerrajan un tiro que las más de las veces, en lugar de darle á él, le da al infeliz que está cerca. Como se ve, el procedimiento no puede ser más bárbaro, siendo no pocos los casos en que ha causado víctimas inocentes. Y no se limitan á utilizarlo cuando conducen prisioneros, sino que aquellos soldados americanos



Islas Filipinas. – Indígena del Norte de Luzón armado de ballesta

están siempre á punto de soltarle un tiro al lucero del alba si no atiende inmediatamente á sus indicaciones. En cierta ocasión uno de ellos dió á un indígena la voz de alto en inglés, y porque el infeliz, que tal vez no comprendió la intimación, no se detuvo en seguida, el yanki disparó contra él y el proyectil, después de atravesar al desdichado de parte á parte, fué á chocar en el zócalo de la casa que habita nuestro corresponsal: el hecho ocurrió á las doce y media del día y en una de las calles más céntricas de la ciudad.

La calzada del general Solano, situada en el barrio de San Miguel, de Manila, tenía hasta hace poco tiempo un carácter esencialmente aristocrático, porque en ella habitaban las familias más acomodadas, los cónsules y las autoridades españolas. Todavía conserva cierto aspecto de grandeza, gracias á las edificaciones modernas con sus jardines que dan al paseo; pero ha desaparecido de aquel sitio la animación que ofrecían las amenas fiestas y reuniones que con tantísima frecuencia se celebraban entre españoles y filipinos Hoy la calzada del general Solano causa tristeza en cuanto anochece y es un vivo reflejo del estado anormal y desastroso en que viven los habitantes de Manila. – M.

GUERRA ANGLO-BOER

A medida que se van complicando los sucesos en el Imperio chino, van perdiendo su interés los acontecimientos del Sur de Africa y van siendo más escasas las noticias que de aquel teatro de la guerra se reciben. Todo el mundo tiene ahora fija su atención en la lucha entablada entre las grandes potencias y los rebeldes boxers auxiliados más ó menos directamente por el gobierno de Pekín, y la contienda entre boers é ingleses ha sido relegada á segundo término.

Por otra parte, la solución de la guerra anglo-boer está descontada desde los últimos recientes éxitos de lord Roberts, y las operaciones militares que en el Africa austral se llevan á cabo no tienen ya, ni con mucho, la importancia que hasta hace poco tiempo tuvieron.

Después de los hechos narrados en nuestra crónica anterior, apenas han ocurrido dignos de atención más combates que los trabados en las inmediaciones de Pretoria entre parte de las tropas de lord Roberts y los boers mandados por Botha. El generalísimo inglés, viendo que éstos habían reunido considerables fuerzas cerca de la capital transvaalense, decidió atacarlos el día 11, habiendo conseguido, después de un encarnizado combate, apoderarse de las primeras posiciones del adversario. Reanudada la lucha al día siguiente, los ingleses continuaron avanzando y los boers retirándose, probablemente para juntarse con los comandos que hasta hace poco habían operado en el Natal y que al fin han tenido que dejar libre el paso al general Buller. Reunidas aquellas fuerzas, podrán constituir un núcleo considerable capaz todavía de dar algún disgusto á lord Roberts. Las pérdidas del ejército de éste en aquellas jornadas de los días 11 y 12 ascendieron escasamente á 100 hombres: entre los muertos figura el teniente coronel del 12.° de lanceros del Príncipe de Gales, conde de Airlie, perteneciente á una de las más antiguas familias aristocráticas de Inglaterra.

Según datos del *War Office*, en los combates trabados en los días 10 y 11 por el general Buller, las pérdidas de los ingleses fueron 26 muertos, 126 heridos y 2 desaparecidos.

En la actualidad, las operaciones emprendidas por lord Roberts tienden á cortar las comunicaciones entre el Orange y el Transvaal: si el resultado de las mismas corresponde á los propósitos del generalísimo inglés, la situación de los boers en el Estado libre



Islas Filipinas. Manila. – Prisioneros filipinos á su paso por la plaza del Padre Moraga



Islas Filipinas. – Manila. Calzada del general Solano (barrio de San Miguel)

de Orange podrá llegar á ser sumamente crítica.

Los boers, por su parte, han conseguido algunos éxitos parciales que no deben ser de tan escasa importancia, cuando los periódicos ingleses se lamentan de que mientras el general Roberts acude á Pretoria para dar libertad á los ingleses prisioneros de los boers, los demás generales de la Gran Bretaña permiten que éstos sigan haciendo nuevos prisioneros, cuyo número, dicen, se eleva á mil en la última quincena. Y uno de ellos, el *Manchester Guardián*, dice que en vista de esto sería una gran temeridad lanzarse á la ocupación del Transvaal sin tener asegurada la pacificación absoluta del Estado de Orange, y añade los siguientes substanciosos párrafos:

«Todo el mundo en Inglaterra está cansado de esta guerra. ¿Por qué haberla prolongado dictando condiciones inaceptables de paz? ¿Por qué haber modificado los móviles de la campaña y pensar hoy solamente en la anexión? El resultado de esto ha sido envenenar los odios contra nosotros, dificultar la vida interior y exterior del país, y realizar grandísimos sacrificios de hombres y dinero.»

«Aún existen patriotas – dice el mismo periódico – que demuestran su lealtad y su valor rompiendo cristales de los balcones y atacando á mujeres.

»Prueba de ello es que en una conferencia dada por una mujer en Hyde Park, la muchedumbre maltrató á la conferenciante y la policía tuvo que emplear gran esfuerzo para ponerla á salvo.

»Si esto hubiera ocurrido en Pretoria, toda la prensa jingoísta hubiera puesto el grito en el cielo por la brutalidad irremediable de los boers.»

Dícese que las autoridades inglesas de Pretoria han indicado al presidente Kruger que en el caso de que se someta no será apresado ni deportado, y añádese que el Secretario de Estado Mr. Reitz ha manifestado que el presidente no podía admitir tal proposición. También se dice que lord Roberts ha dirigido al general Botha una comunicación en la cual le aconseja que deponga las armas, á lo cual contestó el generalísimo boer pidiendo un armisticio de seis días; el general Roberts le concedió un plazo de cinco que Botha se negó á aceptar, reanudándose entonces la lucha.

La crisis del Cabo se ha resuelto, formando Sir Gordon Sprigg un ministerio compuesto de elementos adictos á la política de Cecilio Rhodes. En cambio la comisión del Congreso del Bound afrikander ha aprobado una proposición desaprobando en absoluto la política del gobierno imperial que ha sido causa de una guerra sanguinaria é injusta y que ha demostrado tan poca consideración á los sentimientos de la mayoría constitucional de la colonia del Cabo; insistiendo en la necesidad de restablecer cuanto antes una paz permanente que sólo puede asegurarse si se deja á las repúblicas boers una completa independencia, y pidiendo el nombramiento de una comisión que practique una información acerca del modo como han sido tratados los bienes particulares, la libertad individual y los derechos constitucionales de los ciudadanos. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Sección de telegrafistas de campaña de los boers (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – Campamento de prisioneros boers en la ciudad del Cabo (de fotografía)



EL JUICIO DE PARIS, cuadro de Carlos Vázquez (Salón Robira



EH DE LA BARCA!, cuadro de José Miralles Darmanín



Monumento á Guy de Maupassant, recientemente inaugurado en Ruán, obra de Raúl Verlet.—Hace pocos días la ciudad de Ruán ha inaugurado el monumento que reproducimos, erigido á la memoria de uno de sus hijos más ilustres, el genial escritor Guy de Maupassant, gracias á la noble iniciativa de un comité local presidido por M. Gastón Le Bretón, director de los museos de aquella capital y miembro correspondiente del Instituto. Sobre un pedestal de granito dibujado por M. Bernier y adornado con una rama de manzano de hierro dorado forjada por M. Marou, álzase el busto de Maupassant, obra del célebre escultor Raúl Verlet, premiado con medalla de honor en el Salón de este año, y autor del monumento que en honor del mismo literato se erigió hace algún tiempo en el parque Monceau de París. El busto de Maupassant es una maravilla de expresión y el conjunto del monumento resulta de una elegancia suprema. En el pedestal no hay más inscripción que el nombre del escritor malogrado.

El acto de la inauguración se ha verificado con gran solemnidad y ha constituído una hermosa fiesta literaria.



Monumento recientemente inaugurado en Ruán á la memoria de GUY DE MAUPASSANT, obra de Raúl Verlet

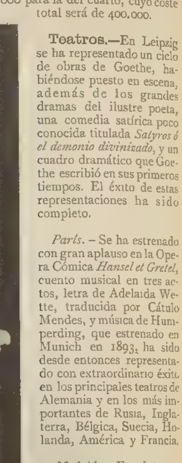
¡Solas en el mundo!, cuadro de E. Luyten.—Dura es la vida de la clase menesterosa; pero cuando en la familia hay un padre ó un esposo que trabajan para ganar el sustento de los suyos, ni la escasez llega á la miseria ni faltan en el hogar, atendido por la mujer, aquellos encantos que hacen más llevaderas las penalidades. Mas cuando aquel apoyo no existe, cuando la mujer se queda sola, sin otra compañía que algún hijo pequeño á cuyas necesidades ha de subvenir, el desamparo es inmenso, la lucha por la vida se hace terrible y la existencia de aquellos desgraciados séres aparece envuelta en las más negras sombras. Si el summum del arte es despertar en el ánimo de los que contemplan la obra artística las emociones que la vista del hecho real y positivo engendra, bien puede afirmarse que lo ha alcanzado el autor del cuadro que en la página 412 reproducimos, al pintar aquella pobre madre que lleva á su pequeñuelo en un brazo mientras con otro aguanta el pesado haz de leña. Luyten ha trazado una página hondamente sentida de la historia de la humanidad y nos ha hecho comprender toda la horrible significación de las palabras *¡Solas en el mundo!*

* * *

El juicio de Paris, cuadro de Carlos Vázquez.—No es esta la primera vez que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos hemos ocupado de nuestro laureado compatriota señor Vázquez, que, muy joven todavía, ha conseguido crearse una reputación sólida en el mundo artístico. Su cuadro *El juicio de Paris* es una nueva muestra de lo que este pintor vale, pues en él ha sabido dar forma original á una idea que ha servido de tema á muchos artistas, adaptando el conocido episodio mitológico á las costumbres populares de nuestros días, y trazar esas cuatro figuras llenas de expresión y de verdad, dándoles como fondo sobre el cual destacan un bonito motivo arquitectónico y un bellísimo paisaje que le han permitido hacer gala de su dominio de la técnica.

* * *

Retrato de una dama argentina, busto en yeso de Torcuato Tasso.—Los aficionados al arte escultórico, que son muchos en la capital federal de la República Argentina, han admirado y elogiado en grado superlativo el hermoso busto retrato de una dama principal porteña, obra debida al laureado artista catalán D. Torcuato Tasso. Del busto que nos ocupa no sabemos qué admirar más, si el notable parecido que llega á rara perfección, ó la firmeza y valentía de sus líneas que dan al conjunto la majestad propia, tan característica á la persona retratada. Verdaderamente hay alma en aquella obra. Tasso ha hecho algo más que un retrato correcto. Ha sabido imprimir en las facciones el *signum* del modo de ser especial de la dama; esencia tan difícil de afirmar en las artes plásticas. A cada nueva obra que surge de los privilegiados dedos del señor Tasso, aumenta su popularidad en Buenos Aires; escaseándole ya el tiempo para poder dar cumplimiento á los numerosos pedidos de diferentes ciudades de la República, siendo hoy uno de los escultores de más fama y mayor trabajo de la pléyade allí establecida. A su talento preclaro une el señor Tasso un carácter afable y una conversación amenísima que atrae y subyuga á cuantos visitan su espléndido taller, y podemos afirmar que es raro el visitante aficionado y con *medios* que no quiera poseer una de sus geniales concepciones. — *Buenos Aires*. — J. S.



Retrato de una dama argentina, busto en yeso original de Torcuato Tasso (de fotografía remitida por D. Justo Solsona, de Buenos Aires)

* * *

¡Eh de la barca!, cuadro de José Miralles Darmanín.—Este cuadro es digna pareja del que el notable pintor español expuso en el Salón de París del presente año y que reprodujimos en el número 962 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Los personajes parecen ser los mismos en uno y en otro, pero la situación es bien distinta. En el que hoy publicamos, aquellos infelices saltabancos, vestidos con sus llamativos trajes y mal abrigados contra las inclemencias del tiempo, pisando nieve y barro y sufriendo los rigores de la lluvia, inspirarían compasión si no se viera en ellos cierto buen humor, cierta resignación tranquila, adquiridos á fuerza de luchar un día y otro día contra los rigores de la suerte. Como prueba de lo que decimos, basta fijarse en las caras de aquellos personajes y en el detalle del payaso que le da al bombo y á los platillos para llamar la atención del barquero que ha de pasarles á la otra orilla y á quien uno de ellos trata en vano de hacer acudir con sus gritos y sus gestos.

* * *

¡Qué desengaño!, cuadro de Joaquín Luque Roselló.—Atento el discreto pintor español Sr. Luque Roselló á los conceptos que informan el arte contemporáneo, se ha inspirado, para producir el sentido cuadro que reproducimos, en un asunto eminentemente dramático, cual es sorprender una infortunada mujer y madre á su tornadizo marido en el momento en que, olvidado de sí mismo y de sus deberes, entrégase á sabrosa plática con liviana mujerzuela. La situación, las figuras, el paisaje y todo cuanto constituye el tema desarrollado, está concebido con inteligencia y ejecutado con singular acierto, de tal suerte que consideramos justos y merecidos los aplausos que se han tributado á nuestro laborioso paisano en Berlín y Munich, en cuyas últimas exposiciones se ha exhibido el lienzo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. — En una subasta de cuadros y dibujos de antiguos maestros recientemente celebrada en el hotel Drouot se han adjudicado las siguientes obras de Alberto Durero: un retrato de un patricio de Nuremberg, en 17.500 francos; un retrato, en 30.000; una Virgen con dos santas mujeres, en 16.250; un apóstol, en 12.500, y una descensión de la Cruz, en 6.600.

— En el Museo del Louvre se han inaugurado recientemente varias salas dedicadas á los maestros flamencos y holandeses: la de Rubens contiene 18 obras de éste y cinco de su discípulo Van Dyck; en las demás, hasta el número de 16, figuran notables cuadros de Van Eyck, Franz Hals, Van Goyen, Ruysdael, Hobbema, Rembrandt, Ostade, etc.

BADEN. — El gobierno badense ha destinado las siguientes sumas á la restauración de los antiguos castillos de Heidelberg, Mannheim, Rastatt y Bruchsal: 219.000 marcos, como último plazo para el primero; 227.000 para la del segundo, en la que se llevan gastados ya 800.000 y que costará, cuando esté terminada, un millón y medio; 50.000 para los trabajos preliminares de la del tercero, y 100.000 para la del cuarto, cuyo coste total será de 400.000.

Teatros.—En Leipzig se ha representado un ciclo de obras de Goethe, habiéndose puesto en escena, además de los grandes dramas del ilustre poeta, una comedia satírica poco conocida titulada *Satyros ó el demonio divinizado*, y un cuadro dramático que Goethe escribió en sus primeros tiempos. El éxito de estas representaciones ha sido completo.

París. — Se ha estrenado con gran aplauso en la Opera Cómica *Hansel et Gretel*, cuento musical en tres actos, letra de Adelaida Wette, traducida por Cátulo Mendes, y música de Humperding, que estrenado en Munich en 1893, ha sido desde entonces representado con extraordinario éxito en los principales teatros de Alemania y en los más importantes de Rusia, Inglaterra, Bélgica, Suecia, Holanda, América y Francia.

Madrid. — En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con gran éxito *La balada de la luz*, zarzuela en un acto de D. Eugenio Sellés con preciosa música del maestro Vives.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Fedora*, arreglo del drama de Sardou hecho por los Sres. González Llana y Franco Rodríguez, y en el Tívoli *A mal tiempo buena cara*, revista en un acto de los Sres. Navarro Gonzalvo y Thous con música de Peydró. En este último teatro actúa una excelente compañía valenciana que cosecha grandes aplausos en cuantas obras representa. En el Lírico han dado sendos conciertos el reputado pianista señor Ribó y el afamado violoncelista Sr. Casals, el justamente llamado Sarasate del violoncello, cuyos retratos publicaremos en uno de los próximos números.

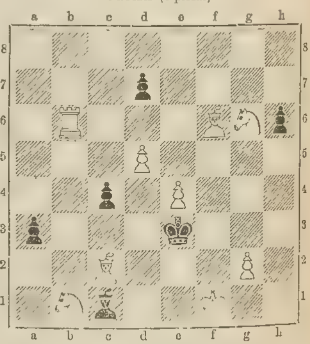
Necrología.—Ha fallecido:

Juan Gaspar Félix Lacher Ravaisson Mollien, célebre filósofo francés, miembro del Instituto, director general de la Enseñanza Superior, conservador de antigüedades del Louvre y autor de importantes obras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 198, POR R. BRAUNE

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N. 197, POR KOHTZ Y KOCKELKORN

Blancas.	Negras.
1. T toma P f 5	1. A e 7 - g 5
2. e 5 - e 6	2. R toma T ú otra.
3. P toma P f 7 ó D b 1 mate.	

VARIANTES

1...... R e 4 - d 5; 2. e 5 - e 6 jaque, etc.
1...... P toma P g 3; 2. D b 6 - [illegible], etc.
1...... a 5 - a 4; 2. D b 6 - [illegible], etc.
1...... Otra jugada; 2. D b 3 ó d 6, etc

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Así hablaban, entregados á su dicha, los dos esposos; y á las palabras sucedían silencios aún más expresivos.

Y vuelta á las confidencias.



¡Calla, desdichada, calla! Si no, voy á matarte, gritó Jorge

Se referían mutuamente al detalle los acontecimientos cotidianos de su vida desde que se habían separado, repitiendo lo que ya se habían comunicado por cartas interminables.

El rodar de un coche por la arena de la avenida les hizo levantar la cabeza.

Eran Carmen y su marido que volvían.

– ¡Partieron juntos y juntos vuelven!, dijo Jorge alegremente; ¡matrimonio modelo!

– ¿Verdad que sí?, contestó Saint-Hyrieix en el mismo tono. Y lo que es más, un matrimonio feliz si no fuese por el disgusto de esta separación.

– ¡Bah!, la tierra no es tan grande como dicen; y aunque de aquí á la Guayana hay muchas leguas, es aquel un país de donde se vuelve.

– Así lo espero, dijo filosóficamente el marido de Carmen. Pero ustedes me permitirán que suba á mi cuarto todos mis papeles.

Y se alejó á paso ligero, como no acostumbraba en su gravedad.

Jorge pasaba revista á las fotografías de un álbum que había sobre una mesita.

Elena se acercó á Carmen.

– ¿Fuiste allá?, preguntóle en voz baja.

– Sí, contestó la de Saint-Hyrieix en el mismo tono.

– ¿Y las cartas?

– No había más que una.

– ¿Una?

– Sí.

– No comprendo. ¿Y qué decía?

– No sé. Mi marido la tiene.

Elena miró á su cuñada como si ésta se hubiese vuelto loca repentinamente.

¡Cómo! ¡El Sr. de Saint-Hyrieix, que nunca había estado tan jovialmente amable, era poseedor de aquel terrible secreto, de que dependía no solamente la felicidad, sino que también la vida de tres seres!

– ¿Qué significaba todo aquello?

Jorge, mientras tanto, sonreía á los retratos anticuados que uno encuentra al ojear, al cabo de algunos años, esa fosa común de la amistad que se llama un álbum de fotografías.

A la mirada interrogadora y estupefacta de Elena, Carmen bajó los ojos.

En fin, después de un violento esfuerzo, dijo en voz baja:

– Escucha y perdóname, hermana mía; porque otra vez necesito de tu abnegación y tu ternura...

– ¿Qué quieres decir?, preguntó Elena con una vaga inquietud.

– Después de haber dejado á mi marido, que iba al ministerio, fuíme á la administración de correos de la plaza de la Bolsa en busca del paquete que esperaba encontrar allí. Ya te lo he dicho, no me entregaron más que una carta. Iba á abrirla, impaciente por saber lo que podía haber ocurrido, cuando me hallé en presencia de Saint-Hyrieix, que me había seguido, espiado y sorprendido.

– ¡Cielos! Entonces estás perdida, y no me explico...

– ¿La tranquilidad y regocijo que has notado en mi esposo? Vas á comprenderlo, y ahora es cuando vas á oir de mis labios una confesión que me cuesta mucho esfuerzo y mucha vergüenza.

– ¿Una confesión? Habla, Carmen. ¿No eres mi hermana? ¿No debo á tu cariño todo lo que constituye mi felicidad y mi vida? ¿No fué tu apoyo la que convirtió la huérfana abandonada en la esposa del hombre que adoraba con locura?

Y Elena volvía los ojos hacia Jorge, que estaba muy lejos de sospechar las terribles confidencias cambiadas, á cuatro pasos de él, entre aquellos dos seres que tanto amaba.

– Habla sin temor, continuó. El día en que, gracias á ti, vine á ser tu hermana, te hiciste acreedora á mi eterna gratitud; y por mucho que de mí exijas para probártela, seré yo la deudora.

– ¡Pues bien!, dijo Carmen bajando los ojos; como tu marido estaba ausente y nada tenías que temer, tomé la precaución de decir á d'Alboize que me dirigiese las cartas á la lista de correos...

– Acaba.

– A tu nombre.

– ¡A mi nombre!

– Sí... De modo que al interceptar Saint-Hyrieix esa carta fatal, ha creído...

– Que era para mí, y que yo tenía un amante..., y que yo era una...

– ¡No!, interrumpió vivamente Carmen, tanto para tranquilizar á su cuñada como por no oir de una boca tan pura la palabra que era su castigo. ¡No! Por nada de este mundo hubiera yo consentido semejante profanación. Le dije que se trataba de una obra secreta de caridad que hacías, de una miseria vergonzante que aliviabas, sin querer que se supiese ni que se sospechase siquiera. Y lejos de menospreciarte, te estima y respeta más.

– ¡Otra mentira!, dijo dolorosamente Elena.

– ¿Qué querías que hiciese en mi apurada situación?

– Sí, tienes razón..., balbuceó Elena.

– Pero tranquilízate. Esto es para mí una lección terrible.

– ¿Y esta carta está todavía en manos de tu marido?

– Sí. Te la entregará él mismo. Haz otro esfuerzo y no te vendas.

– ¡Cómo ha de ser!

Y besando á la culpable en la frente, designó á Jorge, añadiendo:

– Pago mi deuda.

La campana del almuerzo les interrumpió.

– ¡Vamos, á la mesa!, gritó Saint-Hyrieix entrando en el salón. Es, por ahora, la última vez que comemos juntos. Sin embargo, no hay que entristecerse.

A pesar de las exhortaciones del diplomático y de los esfuerzos que, contra su costumbre, hizo para alegrar á sus compañeros de mesa, no tardó en pesar sobre los cuatro comensales una gran melancolía.

Y cuando, á los postres, Jorge brindó por los viajeros, por su feliz travesía y sobre todo por su regreso, las lágrimas brillaban en los ojos de todos.

Los días de marcha pasan pronto.

Los últimos preparativos, las idas y venidas ordinarias en tales casos, las mil recomendaciones motivadas por un viaje de tal importancia absorbieron muy aprisa las horas de que disponían nuestros viajeros.

Sin embargo, parecía que esas horas no pasaban para Carmen con la rapidez deseada, porque más de una vez se acercó á su cuñada para preguntarle en voz baja con mucha ansiedad:

– ¿Te dió la carta?

– Todavía no.

Un criado anunció al fin que el ómnibus del ferrocarril acababa de marcharse con los criados y los últimos chirimbolos, y que el landó que había de conducir los dos matrimonios á la estación estaba enganchado.

En aquel momento, Saint-Hyrieix, que bajaba de su habitación en traje completo de viaje, se acercó á Elena.

Las dos mujeres cambiaron una mirada.

– Ven, Jorge, dijo Carmen para desviar la atención de su hermano; ayúdame á cerrar esta maletita, que yo no puedo.

– Mi querida Elena, dijo á ésta Saint-Hyrieix á media voz, tengo que hacer á usted una restitución, y sobre todo pedirle mil perdones por haber descubierto los secretos de su caridad. Hubiera querido asociarme á ella para hacerme perdonar más fácilmente; pero Carmen me ha dicho que quiere usted guardarla para usted sola. Sin embargo, le ruego acepte mi óbolo para otras necesidades que encuentre que socorrer.

Y le entregó, juntamente con la carta de Roberto d'Alboize, un billete de banco.

– Gracias, Fermín, contestó Elena con viva emoción; pero no voy á poderle aconsejar que no vuelva á ponerse celoso, puesto que mis pobres salen ganando con los celos de usted.

– ¡Vamos, basta de conversación!, exclamó Jorge. ¡En marcha!

– ¡Al coche, pues!, dijo el diplomático dejando pasar delante á Elena, que se había metido en el pecho la carta del amante y la limosna del marido.

En el andén del ferrocarril, mientras Saint-Hyrieix colocaba sus mantas y maletas de mano en el cupé previamente reservado, Carmen cogió á Elena del brazo, y so pretexto de echar una ojeada á los coches vecinos, dió algunos pasos con ella.

– ¿Tienes la carta, verdad?, le preguntó rápidamente.

– Sí. Te la voy á dar.

– No. Podría vernos y sospechar algo. ¡Es tan re

celoso! Además, sabe Dios cuándo me vería sola un momento para abrirla. Después de todo, no puede anunciar más que un retraso en el envío de lo que tú sabes. Cuando llegues á casa, léela y échala al fuego. Y mañana ó pasado, cuando puedas, ve á buscar las otras y destrúyelas también. ¿Quieres hacerme este último favor?

– No hay más remedio, dijo simplemente Elena.

– ¡Señores viajeros, al tren!, interrumpió la voz sonora de un empleado.

– ¡Vamos!, dijo Saint-Hyrieix; llegó el momento de la separación.

Cerróse la portezuela.

Silbó la locomotora.

La enorme masa se puso en movimiento.

Dos pañuelos se agitaron durante un rato en una portezuela, y se acabó.

– ¡Vamos!, dijo suavemente Jorge.

Y Elena, enjugándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas, apoyóse en el brazo de su marido para volver al coche que les aguardaba.

A pesar de su tristeza, experimentaba una especie de paz interior al pensar que habían acabado los tormentos que durante aquellos últimos días trastornaron su tranquila existencia.

El último vestigio que quedaba eran esas cartas que prometió recoger y destruir.

Una vez quemadas, nada quedaría ya de tan horrible pesadilla.

Otra cosa atormentaba también la conciencia escrupulosa de Elena: la mentira que había tenido que decir á Saint-Hyrieix, y que repetir ante su marido, á fin de motivar su ausencia durante su viaje á Tours y su visita á Roberto d'Alboize.

Por fortuna, la condesa, enfermiza y apoltronada en su casa, no salía nunca de Penhoet, y Jorge tenía en París ocupaciones que por el momento le impedían ir á Bretaña.

Cuando fuese, ya no se acordaría de hablar á su madre de aquel supuesto viaje de Elena.

Pero ¿y Fanfán? Porque si el hijo se resignaba, ante la necesidad, á retrasar la dicha de abrazar á su madre, el padre no se conformaría tan fácilmente á diferir hasta entonces la alegría de estrechar á su hijito en sus brazos. ¡Le había visto tan poco tiempo!

Y por detalladas y elocuentes que hubiesen sido las continuas descripciones hechas en las cartas de Elena sobre los progresos del niño, el papá estaba ansioso de verle.

El silencio que desde la estación reinaba entre ambos esposos fué de pronto interrumpido por esta pregunta hecha por Jorge en voz baja y como hablando para sí:

– ¿Qué estará haciendo ahora?

– Puedes suponerlo, contestó Elena adivinando en quién pensaba. Mis cartas te lo han dicho. Van á dar las ocho. Acaba de comer con su abuela, y juega á la entrada del parque, esperando que la criada vaya á acostarlo.

– ¡Acostarlo! ¡Ay, cuántas veces, al terminar mi jornada, cuando mi pensamiento volaba hacia vosotros, me lo imaginaba en su camita blanca, cerrando sus ojitos cargados de sueño, para despertar á la mañana siguiente en la misma posición! ¡Qué ganas tengo de verlo!..

– Nada más sencillo. Si, como decías esta mañana, tus ocupaciones te impiden por ahora ir á abrazar á tu madre, hagamos venir á Fanfán. Está muy bien de salud, y Teresa, su criada, que le cuida y le quiere como si fuese su propio hijo, nos lo traerá en cuanto se le avise.

– Sí, buena idea. Escribe mañana mismo. Yo también escribiré á mi madre, ya que su salud no le permite ponerse en camino...

Durante esta conversación, el coche había llegado á los primeros hoteles del Parque de los Príncipes. Veíase á lo lejos la casa de Kerlor.

– ¡Cosa más rara!, dijo Elena. De algún tiempo á esta parte no puedo ver á ningún niño sin imaginarme que se parece al nuestro.

– ¿Tantos hay como él?

– No digo que sean como él, pero me le recuerdan vagamente. Por ejemplo, mira aquel que hay allí, casi á nuestra puerta, con una criada...

– Es verdad. Así es como yo me represento á Fanfán.

– Pero ¡calla!, exclamó Elena distinguiendo más claramente á medida que se acercaba el coche; no me engaño..., es él..., ¡sí, es él!.

– ¡Fanfán!, exclamó á su vez el marido.

Los caballos se habían detenido ante la reja, y un gracioso niño de cinco ó seis años corrió con los brazos abiertos hacia los dos esposos.

– ¡Hijo mío!

– ¡Hijo de mi alma!

Saltando del coche, Jorge había levantado al niño en sus brazos, cubriéndole de besos y caricias.

¡Guárdame un poco para mí!, exclamó Elena olvidando, en su transporte de alegría, todas sus penas.

– ¡Qué hermoso y qué crecido está!, repetía Kerlor.

– ¡Qué aire tiene de dulzura y de bondad! Se parece mucho á ti.

– Tiene tus mismos ojos.

– Sí, pero la boca y la frente son tuyas.

– ¡Cuando pienso que aún no tiene seis años! ¡Si parece que tiene siete, al menos!

De pronto, Fanfán se asustó un poco al verse cogido por aquel señor alto, barbudo y moreno.

Pero después de haberlo contemplado un buen rato, lo reconoció sin duda, puesto que, sin perder del todo su timidez, exclamó:

– ¡Papá!

Y Jorge redobló sus caricias.

Fanfán pronto se familiarizó con él, y puesto á caballo sobre las rodillas de su padre, empezó á charlar.

– No te conocía por haberte visto, pero sabía muy bien cómo eras y te quería mucho. Todas las noches, al acostarme, mamá y abuelita, en Penhoet, me hacían besar tu retrato y decir en mis oraciones: «Dios mío, protege á papá, que está tan lejos y á quien queremos tanto. Aparta de él todo peligro y haz que vuelva pronto.» El otro día la abuelita me riñó muy fuerte porque me había dormido antes de terminar las últimas palabras: «¡Y haz que vuelva pronto!» Pero como has vuelto, es que Dios no hizo caso ni vió que yo me había dormido aquel día, ¿verdad, papá?

Los esposos se reían, olvidándolo todo en la contemplación de su hijo.

De pronto la reflexión acudió á la mente de Jorge.

– Pero ¿cómo es que tu abuela te ha enviado sin avisar, sin escribir?

– ¿Para qué, papá, si la abuelita ha venido también?

– ¡Tu abuela está aquí!, dijo el padre lleno de sorpresa.

– ¡Aquí!, balbuceó Elena, cuyo rostro se puso lívido y cuyo corazón se sintió presa de terrible angustia.

– Sí, papá. Subió á su cuarto, pero va á bajar en seguida. Mira, ahí viene.

Y el niño señalaba con el dedo la escalinata exterior de la casa, en cuya meseta apareció la condesa de Kerlor con los brazos tendidos hacia su hijo.

– ¡Jorge, hijo mío! ¡Qué dicha la de volverte á ver antes de morir!

Los años habían impreso en el rostro, antes algo duro, de la vieja condesa un sello de bondad más simpático. Había conservado sus grandes aires aristocráticos y altivos, pero la blancura de sus cabellos había suavizado sus facciones, dándoles un carácter de majestad más tierna.

Además, acababa de hacer el aprendizaje del dulce papel de abuela.

La vieja bretona inflexible había tenido que acostumbrarse á ceder á los caprichos del pequeño déspota.

– Figúrate, dijo la noble señora á su hijo después de dar tregua á las primeras efusiones, figúrate que no quería yo dejar partir á Carmen y su marido sin abrazarlos. ¡A mi edad, una separación es cosa tan grave! Su telegrama me hizo creer que no partían hasta mañana. ¡Qué tristeza me dió no encontrarlos ya aquí! Pero de pronto me entero de tu regreso. Desde luego me costó trabajo comprender lo ocurrido. Pero al fin tuve que convencerme. ¡Mírame! ¡Abrázame una y mil veces, para probarme que no estoy soñando!

– Sueño me parece á mí también, madre mía. ¿Pero sabe usted que la encuentro rejuvenecida?

– No te fíes de mi semblante. Estoy muy quebrantada de salud.

– Aprensiones.

– No, Jorge. El doctor Legris, que me examinó hace poco, asegura que tengo un tumor grave, muy grave, en un costado, y me ha dado una carta de recomendación para un célebre operador de París, porque cree indispensable extirparlo.

La súbita revelación de la enfermedad de su madre debió causar en Jorge una impresión violenta, pues su rostro se descompuso al extremo de que lo notó la anciana.

– ¿Qué tienes, hijo mío? La vejez es una mala cosa; pero no hay motivo para que así te alarmes. Se trata de una operación sencilla, que la deja á una buena como por encanto, según me ha dicho Legris.

No he podido reprimir la emoción que usted nota en mí. Pero, puesto que Legris habla con tal seguridad, hemos de creer que el caso no es tan grave como me figuré desde luego. Lo que me ha extrañado es que usted no hablase de nada de todo eso con Elena en Penhoet.

Y Jorge se volvió hacia su mujer en actitud siempre interrogadora, como para hacerle confirmar á su vez las últimas palabras que acababa de dirigir á su madre.

Elena sentía que le flaqueaban las piernas. Perdió el mundo de vista.

– ¿A Elena?, añadió la anciana, que no había reparado en la súbita turbación de su nuera. ¿Cómo había de decírselo si no hace ocho días que Legris me reveló la cosa, y hace más de seis meses que tu mujer no ha estado en Penhoet?

– ¡Ah!, usted dispense..., dijo Jorge palideciendo á su vez y dirigiendo á su pobre mujer una mirada cuya expresión la turbó aún más. Creía..., me figuraba que no hacía tanto tiempo que Elena había ido á verla á usted.

– Hace seis meses, para traerme á Fanfán, que hoy os devuelvo transformado. ¿Verdad, hija mía?

– Sí, señora, en efecto..., dijo la esposa de Kerlor con la vista puesta en su marido, que no apartaba de ella los ojos.

Y añadió, acercándose á él:

– Luego lo sabrás todo. ¡Pero no delante de ella, por favor!

Las palabras de su mujer calmaron un poco la agitación de Jorge, cuyos celos, que eran el fondo de su carácter y estaban en la masa de su sangre hispano americana, habían despertado en él ideas terribles.

De repente, aquella mujer á quien idolatraba y en quien creía como en una santa, se le apareció culpable y perjura.

Le subió á los ojos una oleada de sangre.

Estaba loco.

Por fortuna, recobró en seguida un poco de calma.

Y cuando se encontraron reunidos los cuatro en el comedor, en esa intimidad de la familia por que tanto tiempo había suspirado, mientras su madre hablaba con voz dulce y grave, y su mujer, inclinada hacia su hijo, cortaba el pan ó la carne servida al niño, Jorge maldijo la locura que durante un instante le había asaltado.

– ¡Insensato de mí!, pensaba. ¡Elena culpable! ¡Como si fuese posible, con esa frente tan pura, con esos ojos tan claros, con esa alma de ángel que conozco tan perfectamente! No estuvo en Penhoet, es verdad; pero ella me explicará el motivo de su pequeña mentira, al mismo tiempo que me revelará el objeto de su viaje.

Fatigada del camino, la condesa no tardó en retirarse á la habitación que Elena le había destinado, no porque quisiese acostarse ya – los viejos duermen poco, – sino porque acostumbraba arrellanarse en su butaca, repasar los acontecimientos del día y meditar sobre el porvenir de los suyos ó su propio pasado.

Fanfán hacía rato que había besado á todo el mundo y se había retirado á su cuarto del segundo piso, inmediato al de su fiel Teresa.

Elena tendió la frente á su suegra, dejando con ella á Jorge, que quería ver la carta del doctor Legris.

Subió al cuarto de su hijo.

El niño dormía ya. Le besó con ternura y volvió á bajar al salón.

No quería entrar tan pronto en su cuarto, donde había de encontrarse con Jorge.

Tenía necesidad de estar sola y reflexionar sin perder un instante.

Había prometido á su esposo darle la explicación de su ausencia, y se preguntaba con ansiedad qué iba á decirle para motivarla.

Siendo cosa sabida que no había estado en Penhoet, ¿dónde diría haber ido?

¿Qué excusa invocaría para legitimar á sus ojos aquellos dos días y sobre todo aquella noche pasados fuera de casa?

¿Una mentira? Claro. Se resignaría á contar otra, á pesar del horror que esta palabra sola le inspiraba.

¿Pero qué mentira?

En el plan combinado entre ella y su cuñada, ésta lo había previsto todo, excepto la súbita llegada de su madre.

Y aquel accidente echaba por tierra todos sus proyectos.

Elena conocía á su marido, tierno hasta la adoración, bueno hasta el sacrificio, generoso hasta la abnegación.

Pero sabía también que, una vez que la sospecha hubiese entrado en su alma, ahogaría todo otro sentimiento para no dar cabida en ella más que á los celos, y los suyos habían de ser ciegos y terribles.

La pobre mujer no encontraba el pretexto necesario.

¡Hacer traición á su cuñada, revelar la verdad, eso nunca!

Conocía demasiado el culto consagrado por Jorge y su madre á su raza y á su nombre.

Sabía cuán profunda era la veneración que tenían ambos por esa religión del honor, que seguía siendo, á través de los siglos, el único patrimonio intacto de la familia.

Semejante revelación hubiera sido un golpe mortal para la condesa en su precario estado de salud.

En cuanto á Jorge, lo mismo se sentiría herido como hermano que como esposo; y se mostraría justiciero implacable y vengador feroz de la mancha arrojada sobre aquel sagrado depósito, tanto con su hermana como con su mujer.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué alegar?

Nada se le ocurría.

De todas maneras, lo que importaba ante todo era destruir aquella carta fatal de Roberto d'Alboize, que aún no había tenido tiempo de leer, pero que, cayendo en manos de Jorge, podía echarlo todo á perder.

Elena la sacó del pecho y la abrió apresuradamente. Decía así:

«De resultas de un accidente increíble, inaudito, pero real y lastimoso, no puedo, señora, devolverle sus cartas, conforme lo prometido.

»Pero nada tema.

»Deben estar destruídas.

»No queda ya traza alguna de los juramentos que usted me hizo, ninguna traza del amor que me juró ser eterno; nada queda que pueda recordar las dulces horas que me consagró y las felicidades sobre que yo había cimentado mi vida.

»De hoy más, podrá usted presentar á su marido unos labios que serán bien suyos.

»Nuestro hijo tampoco puede ser ya un lazo entre nosotros dos.

»He jurado que no volveré á intervenir en la vida de usted y cumpliré mi promesa.

»Olvídeme usted, puesto que puede.»

La carta no iba firmada.

Apenas había Elena tenido tiempo de leerla febrilmente, cuando una mano le agarró la suya en que aún tenía el sobre.

Era su esposo, que se había acercado sin que ella le oyese.

–¿Qué carta es esa que leías con tanto interés? ¿Por qué estás tan pálida?

Ella alzó los ojos.

Si Elena estaba pálida, más lo estaba Jorge, en cuyos ojos brillaban, sobre dos surcos azules, relámpagos de celos.

Instintivamente Elena había estrujado la carta que tenía apretada en la mano libre.

–¿Quieres entregarme esa carta?

Elena hizo un supremo esfuerzo para contestar:

–No puedo.

–¿No puedes?, dijo él con amarga sonrisa. ¿Tú, a mujer irreprochable, el modelo de esposas y de madres; tú, la ternura, la franqueza, el honor personificados, tienes un secreto para tu marido?

–Es necesario.

–¿Qué dice entonces esa carta?

–No lo sé. Eché en ella los ojos cuando entraste, pero no la he leído.

–Pues la leeré yo.

–¿Pero qué sospechas?

–¿Lo que sospecho?.. Pues sospecho que la ausencia es la causa de muchas cosas; pero que los que vuelven tienen más culpa que los que parten. Sospecho que el corazón de las mujeres es muy ancho y su memoria muy corta. Sospecho que, desde esta mañana, mienten tus palabras, mienten tus ojos, mienten tus besos. ¡Sospecho, en fin, que tienes un amante y que esa carta es suya!.. ¡Esto es lo que sospecho!..

Las últimas palabras pronunciadas por Jorge asestaron á Elena una injuria tan inesperada, que la pobre mujer vaciló.

¡Un amante!.. ¡Ella!..

¡Podía suponer semejante cosa!

Quedó petrificada un instante. Pero, cogiendo luego á su marido por los hombros, clavando los ojos en los suyos, le dijo con su voz dulce y melodiosa:

–¡Jorge, te juro por nuestro amor, te juro por nuestro hijo que te equivocas! Soy y he sido siempre la esposa fiel que has amado y que te adora. Nunca he dejado de ser digna de ti y digna de mí misma.

–¡Palabras!.. Eso es todo lo que encuentras para persuadirme, mientras que yo tengo pruebas para confundirte.

–¡Y eres tú, Jorge, el que así me trata!

–¡Pues habla! Explícame dónde estuviste durante esos dos días, durante esa noche que pasaste fuera de casa.

–Te repito que nada puedo decirte.

–Pues hablaré yo. Estuviste con tu amante, con el hombre que te escribe esa carta, que en vano tratas de sustraer á mi cólera y que te arrancaré á la fuerza...

Y arrojándose sobre ella, le agarró la muñeca retorciéndola en su mano nerviosa.

Elena dió un grito, resistiendo con una energía terrible.

–¡Me hace usted daño!

–¿Qué tenéis? ¿Qué pasa?.., dijo de pronto una voz grave.



El hombre huyó con el niño

La condesa estaba de pie en el dintel de la puerta, con una palmatoria en la mano. Su semblante revelaba una intensa y dolorosa emoción.

–¡Ah, madre!, exclamó Jorge, soltando la muñeca de su esposa. Me alegro de que haya venido. Su presencia es aquí necesaria. ¡Va usted á juzgar entre esa mujer y yo!

–¡Esa mujer!, repitió la noble anciana, fijando alternativamente sus asombrados ojos en su hijo y en su nuera.

Elena, de pie, se agarraba al mármol de la chimenea, mirando con espanto á Jorge que, cruzado de brazos, la miraba también, temblando de pies á cabeza, lívido, con los labios ensangrentados á fuerza de mordérselos.

Hubo un momento de silencio terrible.

Jorge pareció esforzarse en recobrar un poco de calma.

–Señora, dijo al fin á Elena, ¿quiere usted confesar delante de mi madre dónde estuvo usted, con el pretexto de ir á Penhoet, durante los dos días y la noche que pasó fuera de esta casa?

Elena, con la mirada perdida en el vacío, hizo una señal negativa con la cabeza.

Pero no despegó los labios.

Aquel mutismo exasperó aún más á Jorge, que añadió apretando los dientes y los puños:

–¿Persiste usted en no querer contestar, sin tener en cuenta que su silencio es la más abrumadora de las confesiones?

Elena miró á la condesa.

La anciana permanecía muda también.

Se había erigido en juez, conforme á la súplica de su hijo.

La dureza de su raza reaparecía en aquella trágica situación.

Esperaba que la acusada hablase, dispuesta á escuchar su defensa y á pronunciar luego el fallo que su conciencia le dictase.

La noble señora sufría cruelmente.

Sufría de ver padecer á su hijo; sufría en su orgullo de patricia sin tacha, que veía entrar el adulterio y el ludibrio en su familia.

Al mismo tiempo, recordaba sus siniestros presentimientos de años atrás, su oposición al matrimonio de Jorge con la hija de su cuñada, temiendo que la sangre de la madre culpable hablase, en la hija, más alto que las lecciones del honor, los consejos y los ejemplos.

Y la bretona, cuyo corazón era tan duro como las rocas de su tierra natal, se arrepentía de la debilidad que tuvo al consentir en un enlace que había considerado funesto.

Valía más haber llorado sobre la tumba de su hijo que sobre el escudo manchado de los Kerlor, si no se engañaba Jorge.

–¿Hablará usted al fin?, rugió éste.

–No soy culpable, dijo por último la desdichada. Nada tengo que reprocharme.

–¡De veras!, continuó Jorge en un tono de sarcasmo espantoso. Pues yo tengo que reprocharle el haber hecho traición á mi confianza, el haber deshonrado mi nombre y mi hogar, el ser, en fin, una criatura sin nombre y sin pudor...

–¡Jorge!, exclamó la infortunada. ¡Ah, esto es horrible!, ¡horrible!..

–Jorge, dijo gravemente la condesa: las palabras que acabas de pronunciar son terribles. Para sostener semejantes acusaciones se necesitan pruebas muy concluyentes.

–Ella misma se ha encargado de proporcionármelas, y se las arrancaba en el momento en que usted entró. ¡Venga, pues, esa carta de su amante!.. ¡Ya usted ve que la necesito!

–¡No, no!, dijo Elena llevándose á la boca, para destrozarla con los dientes, la carta acusadora. ¡No puede usted verla! ¡No puede ser!

Jorge se abalanzó sobre ella, y le arrancó el papel.

–¡Ah, por Dios! ¡No, no!.. ¡No puede ser!, dijo Elena haciendo un supremo esfuerzo para impedir que Jorge leyese aquel fatal escrito.

Pero la mano de su esposo la humilló á sus pies.

Y manteniéndola sujeta de rodillas, acercó la carta á la palmatoria de su madre y la leyó rápidamente.

Pero apenas hubo terminado la lectura, cuando vaciló á su vez, y apretándose con las manos el corazón y la frente, cayó desplomado en una silla.

Y tendiendo la carta á su madre, con el rostro descompuesto y la mirada extraviada, le dijo:

–¡Lea usted!

Elena, tendida á los pies de su marido, abrumada por el dolor físico y por el tormento moral que experimentaba, apenas se daba ya cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

Pero al ver que la condesa, á medida que iba leyendo la carta, daba visibles muestras de repugnancia y de horror, la pobre acusada pareció recobrar de pronto la conciencia de la realidad, y arrastrándose espantada á los pies de su marido, le dijo:

–¡Jorge!.., esa carta que tanto daño parece hacerles... apenas la he leído..., no es para mí.

–¡Que no es para usted! ¡Otra mentira, más grosera aún que las otras!

Y añadió haciéndole ver el sobre:

–¡Tome usted! ¡Mire usted la dirección!

La condesa había acabado de leer.

Estaba sumamente pálida y parecía muy trastornada.

–¿Qué dice usted, madre?, preguntó Jorge.

–¡Ah, miserable criatura!, contestó la anciana.

–¡Pero en fin, Jorge!.. ¡Señora!, exclamó Elena arrastrándose de rodillas sucesivamente á los pies de uno y otra. ¿Qué ven ustedes en esa carta?

–¿Lo que veo?.., exclamó Jorge, loco de cólera. ¡Veo que la mujer más perdida es menos infame y menos vil que usted! ¡Veo que aquí lo ha robado usted todo: el respeto, la ternura, el amor! ¡Que todo lo ha manchado, mi honor, mi nombre, hasta mi alma, haciéndome besar y amar á ese niño maldito, á ese bastardo, sobre cuya frente ni siquiera puedo borrar con sangre las huellas de mis besos!

–¡Cielos!, exclamó Elena en el colmo de la enajenación. ¡El niño, es verdad, no me acordaba!.. ¡Debe creer lo que dice! ¡Ah, desgraciada de mí!..

Iba, alocada, de uno á otro de sus acusadores, recibiendo á cada una de sus atroces palabras como otras tantas puñaladas tremendas, sin poder comprender que aquellas horribles expresiones se referían á ella.

Quiso agarrarse á las manos, á los brazos, á la ropa de Jorge, arrastrándose de rodillas, presa de verdadera locura.

El la rechazó.

–¡Basta de comedia!

–¡Jorge, soy inocente!.. ¡La culpable es otra que no puedo nombrar..., no..., no puedo!

–¡Claro! ¿Quién ha de haber tan infame?

(Continuará)

LA ISLA DE CAPRI

Hállase situada esta isla en el golfo de Nápoles, y sus abruptos acantilados álzanse en medio de aquel mar bellísimo sin ofrecer á los buques de alto bordo más puntos de acceso que los denominados Marina pequeña y Marina grande. Antiguamente debieron existir otras bahías en que podían refugiarse las embarcaciones, y así parece demostrarlo el nombre de cala que con frecuencia encontramos en aquellos lugares; pero en la actualidad, cuando la marea es alta, los barcos sólo pueden anclar en las dos marinas citadas.

La Marina grande no es más que una playa muy estrecha, desde la cual tres senderos escarpados conducen á la capital de la isla que lleva el mismo nombre que ésta. A medida que va ascendiendo, siéntese el viajero dominado por el espectáculo que desde aquella altura ve desarrollarse ante sus ojos, y lleno de admiración contempla aquel azulado mar que incesantemente bate los enormes peñascos, aquel cielo diáfano que en el horizonte con el mar se confunde y aquella vegetación exuberante que ostenta entre obscuras rocas los verdes más variados de las hojas y los más brillantes colores de los frutos con que se cubren los árboles en aquellas privilegiadas latitudes.

Una excursión en bote alrededor de la isla proporciona emociones y placeres inefables y permite estudiar la historia de la formación de la misma. Las grutas y cavidades situadas á 200 metros sobre el actual nivel de las aguas demuestran que hasta allí llegaba el mar, y varios restos de construcciones que hoy se encuentran debajo del nivel de éste son prueba de que las aguas, después de haber descendido, volvieron á elevarse. Este cambio de altura explica por qué no existen descripciones antiguas de aquellas bellezas naturales.

Entre las grutas que al nivel del mar existen, figura en primer término la gruta azul, cuya entrada está formada por una abertura de un metro y medio de ancho por dos de alto, mitad encima, mitad debajo del agua, por la cual sólo puede penetrarse cuando el mar está completamente tranquilo: el encanto de aquel sitio estriba en el efecto de luz que posándose sobre el fondo blanco y reflejada por el agua ilumina la bóveda, llenando el espacio de deslumbradoras fosforescencias. Todo allí ofrece un tinte azul, el aire, el agua y las rocas, y aquellas paredes de fantásticas formas, aquellas estalactitas y estalagmitas parecen surgir de entre azulados vapores. La roca en que la gruta se abre está compuesta de corales, y los chiquillos, ganosos allí, como en todas partes, de recoger algunas monedas, se zambullen rápidamente y arrancan del fondo pedazos de coral que les compran los extranjeros.

A la gruta azul, situada en el Norte, corresponde al Sur la gruta verde. Las otras grutas, la blanca y la de las estalactitas, esta última interesantísima, no son más que perlas sueltas del magnífico collar de bellezas que rodea la isla.

Cuando se recorren aquellas costas, acuden á la mente antiguos recuerdos enlazados con las descripciones de Homero: allí debió estar la isla de las Sirenas, cuyo nombre todavía lleva una parte de la isla; allí creyeron ver los compañeros de Ulises huesos humanos calcinados; allí habitaron Circe y Scila.



Isla de Capri (Italia). – El Arco natural (de fotografía)

Aunque en la isla se encuentran piedras volcánicas, no es volcánico su origen, sino que antiguamente debió estar unida al continente: sus montañas, allí donde no aparecen las rocas coralíferas, ofrecen la creta de los Apeninos. La configuración original de las escarpadas rocas; las grutas con sus innumerables columnas y columnitas; la filigranada labor de las estaláctitas y la raquítica vegetación de las vertientes, todo esto se explica perfectamente por la clase de materiales que constituyen la isla.

Capri está dividida en dos mitades casi iguales por la cordillera que la atraviesa en dirección de Norte á Sur: la parte occidental es una meseta elevada con el pueblo de Anacapri por centro; la oriental forma una meseta más baja limitada al Norte por los montes de San Miguel y Santa María del Socorro, y al Sur por el Tuoro grande y el Castiglione. La pequeña ciudad de Capri hállase situada en el valle que forman aquella cordillera y el monte de San Miguel.

Anacapri es poco visitada por los extranjeros y menos apreciada de lo que merece: tiene, en parte, un carácter completamente africano; el cultivo de frutos y legumbres, que son el principal recurso de aquellos habitantes, no exige gran trabajo del hombre, pues la naturaleza lo hace casi todo.

La configuración del terreno obliga á los habitantes de Anacapri á cultivar en bancales, pero éstos no presentan allí el aspecto uniforme que en casi todas partes, gracias á las vides cuyas amplias hojas cubren el suelo y los muros. Si la naturaleza no hubiera concedido á aquella isla el ardoroso sol que la fecunda y la agradable brisa que la refresca, la agricultura sería en ella una labor rudísima. Algo ruda es, sin embargo, á pesar de aquellas ventajas, y esto hace que los anacaprenses sean más serios que los capreses, con los cuales vivieron en eterna hostilidad hasta que en tiempos recientes la construcción de buenos caminos facilitó las relaciones entre las dos mitades de la isla. Son, por otra parte, laboriosos, sobrios y más nobles que sus conterráneos, á quienes el trato con los extranjeros ha despojado de buena parte de su antigua sencillez de costumbres.

La ciudad de Capri es más bonita: sus casas con los balcones llenos de flores, sus habitantes alegres y animados, y sobre todo el aire suavísimo é impregnado de emanaciones marinas que allí se respira, todo atrae, todo cautiva al viajero.

Desde la población varios hermosos paseos conducen al monte de San Miguel, al Castiglione, al Tuoro grande y á diversos sitios pintorescos de la costa occidental, y algunos escarpados senderos permiten recorrer la parte de costa que se extiende entre punta Tragara y la villa Tiberiana. La punta Tragara álzase en el mar como una pirámide de piedra que un banco de rocas separa de la vertiente sudoriental del Tragara, en donde se han encontrado valiosos restos de antiguas construcciones; aquel enorme peñasco es azotado incesantemente por las olas que en su base se estrellan, realizando su obra lenta, pero segura de destrucción.

Por todas partes surgen del mar abruptas rocas, entre las cuales destacan los Faraglioni, esos dos colosos en los cuales no se ve el menor vestigio de vegetación: uno de ellos se alza á una altura de 100 metros y á su cúspide sólo ha llegado un viajero, realizando con ello una de las ascensiones más peligrosas que pueden llevarse á cabo. Una de aquellas rocas lleva el nombre de *Monacone*, y realmente su aspecto es el de un monje gigantesco que parece entregado en aquellas soledades á hondas meditaciones.

Cuando se visita la famosa gruta del Matrimonio (corrupción del nombre de Mitromania que antes tenía por haber servido en remotos tiempos de santuario de Mitras), se pasa por el llamado Arco natural (que reproduce el grabado de esta página), que se abre sobre el mar y se apoya en inmensos peñascos de las más extrañas formas.

Pero lo que más llama la atención al viajero en Capri es la villa Tiberiana. Delante del palacio está el Salto de Tiberio, parapeto que á modo de torre se extiende sobre una pared de rocas situada á 240 me-

tros sobre el nivel del mar, y desde el cual Tiberio arrojaba á sus enemigos después de haberlos sometido á los más horribles tormentos. No lejos de allí se ven los restos del antiguo faro griego que se desplomó pocos días antes de la muerte de Tiberio.

La villa Tiberiana, alguna de cuyas habitaciones están todavía bastante bien conservadas, constituyen uno de los más hermosos puntos de vista de la isla: desde allí se descubren las pintorescas poblaciones del golfo de Nápoles hasta Pestum, el Capo di Campanella, que ofrece los más brillantes colores, y como marco y fondo de aquel sublime panorama el mar, á cuyas aguas arranca el sol los más hermosos destellos.

La isla de Capri, cuyo nombre deriva del griego *Capreae* (islas del Jabalí) ó del fenicio *Kaprajim* (dos ciudades), representó un papel importante en la historia de las colonizaciones. La leyenda dice que antes de la guerra de Troya fué colonizada por los griegos que, siguiendo las huellas de los fenicios, ocuparon los mejores sitios de las playas mediterráneas y desde allí propagaron su civilización por la Europa occidental. De su colonización en aquella isla nos dan testimonio las descripciones de Homero, los restos de murallas ciclópeas, el antiguo faro, la Escalinata, una de las más antiguas construcciones de la cultura europea y el tipo de sus habitantes en el que se descubre el elemento griego.

La Escalinata, abierta en las rocas y cuyos 500 escalones ascienden á una altura de 268 metros, era antiguamente la única comunicación que existía entre las dos mitades de la isla y todavía la utilizan los habitantes con preferencia á los demás caminos que andando el tiempo se han abierto y que han hecho necesaria la destrucción en parte de aquella obra primitiva.

Durante mucho tiempo fué Capri posesión de la colonia de Nápoles, pasando luego á poder de Augusto, bajo cuyo dominio alcanzó la isla su mayor florecimiento, por haber hecho de ella el emperador su residencia de campo favorita. Famosa fué también en la época de Tiberio, que buscó allí refugio á su manía persecutoria, mandando edificar una residencia de verano (la citada villa) y otra de invierno, algunos templos y otras varias construcciones cuyos restos existen todavía.

Se han hecho en Capri muchas excavaciones con excelentes resultados y la mayoría de objetos descubiertos figuran en el Museo de Nápoles.

Los habitantes de Capri se dedican en su mayoría á la pesca; algunos son pescadores de coral. Las faenas pesadas y las labores agrícolas están confiadas á las mujeres y á las muchachas. Una parte de la población explota el negocio de la exportación de vinos y frutas en gran escala; otra parte emigra para juntar en lejanas tierras un pequeño capital que le permita comprar en su querida isla un trozo de tierra cuyo cultivo asegure su subsistencia. Las mujeres hilan la lana de sus ovejas y tejen la paja, siendo estas las dos únicas industrias de Capri; las jóvenes, por su excepcional belleza, son á menudo utilizadas como modelos por los pintores que visitan aquella isla, y más de una ha pasado de la categoría de modelo á la de esposa de un artista. — J.



¡**Qué desengaño!**, cuadro de Joaquín Luque Roselló

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIX ⟵ Barcelona 2 de julio de 1900 ⟶ Núm 966



COQUETERÍA, cuadro de Francisco Masriera

(Salón Robira, Fernando VII)

SUMARIO

EL RETRATO Y EL PAÑUELO

(CUENTO)

I

Era un día, como tantos otros, en que la discordia civil ensangrienta las calles de la capital.

O dicho con más claridad, era un día de revolución.

Las turbas vociferaban por todas partes. Diríase que, espontáneamente, las piedras se amontonaban formando barricadas. Tras las barricadas, hombres con fusiles. Y de todas las gargantas brotaba el mismo grito de muerte.

Era un ¡muera! inmenso contra un hombre: el poderoso de ayer: el ministro omnipotente.

Con razón ó sin razón, las turbas pedían su cabeza.

¡Quién hubiera osado defenderla! ¡Se hubiera necesitado mucho valor, mucho heroísmo ó mucha abnegación!

En el piso principal de una casa á cuyos pies se alzaba formidable barricada, vivía uno de los protegidos de aquel mismo magnate cuya muerte ansiaban las masas populares.

Todo se lo debía el protegido al protector: posición, nombre y riqueza.

Humilde le encontró, mendigo casi. Le tendió su mano, le alzó á su nivel. Pero basta de historias: vengamos al momento actual: en un gabinete lujoso de aquella casa se paseaba inquieto un caballero como de unos treinta y cuatro años.

Era el amo de la vivienda; el protegido del ministro: su hechura, su favorito, su consejero.

Y cada vez más inquieto, más febril, daba vueltas y paseos á lo largo y á lo ancho, de la puerta de entrada al balcón y del balcón á la puerta.

Cuando llegaba al balcón se detenía y á él llegaban los gritos y las maldiciones de afuera, el ruido de la barricada, y los ecos de lejano tiroteo.

El caballero, llamémosle así, se iba poniendo cada vez más pálido.

¿Era de indignación? ¿Era de cólera? ¿Era de miedo?

Esto último nos parece lo más probable, por lo que luego se dirá.

De pronto, se presentó en la puerta una señora joven y guapa — porque el ser guapa aquella señora no perjudica al cuento, y la hermosura viste más que la fealdad.

Debía ser la esposa del caballero pálido, y también debía tener miedo según le temblaba la voz.

— ¿Qué ocurre?, preguntó él.

Y ella le contestó:

— Que dicen que van á subir.

— ¿Quiénes?

— Esos hombres: los de la barricada.

— ¿Para qué?

— Para ocupar los balcones.

— Sólo eso nos faltaba, exclamó el pobre hombre.

Y digo pobre hombre, aunque no era pobre, porque cuando el miedo pasa de cierto límite decoroso, todo hombre, por rico que sea, se convierte en un pobre hombre.

— ¿Y qué hacemos?, agregó temblándole la voz tanto como á su mujer.

— ¡Qué hemos de hacer! Dejarles entrar, porque si no será peor.

— ¡Tienes razón! Nos iremos allá adentro.

Y ella le preguntó casi con espanto:

— ¿Y eso?, señalando á un retrato en fotografía que rodeado de elegantísimo marco colgaba de la pared.

Era el retrato del magnate, del odiado del pueblo, del perseguido por las iras del populacho, y á la vez, del protector, del amigo, del correligionario.

— ¡Es verdad!, exclamó nuestro hombre mirando al retrato con los ojos muy abiertos. ¿Qué hacemos de eso? Si suben esas fieras y lo ven, nos asesinan.

— Nos asesinan, repitió ella como un eco.

— Hay que ocultarlo.

— ¿Y si lo encuentran?

— Lo encontrarán de fijo.

— ¿Pues qué hacemos?

— Romperlo y quemarlo.

— Es lo mejor.

Y se quedaron los dos mirando al retrato fijamente.

De pronto se volvieron y miraron al espacio: habían creído oir una risa burlona.

— Cuando pase esto, dijo ella, compraremos otro.

— Sí, pero ese tiene su firma.

— Si al fin se salva le haremos que firme. Y si no se salva...

Y ella pensó filosóficamente:

— Si no se salva, ¿para qué lo queremos?

De la barricada subieron no gritos, sino aullidos, y las culatas de los fusiles empezaron á golpear en la puerta de la calle.

— Pues pronto, exclamó ella.

— Sí, pronto, dijo él. Porque esos salvajes van á entrar.

Con lo cual, entre marido y mujer descolgaron el cuadro, sacaron el retrato y volvieron á colgar el marco, que se quedó así como una boca abierta, que acaba de dar una carcajada, y en cuyo hueco unos hubieran escrito «ingratitud,» otros «cobardía,» casi todos «prudencia.»

Entre la mujer y el marido hicieron añicos el retrato y añicos aún más pequeños el nombre, la firma y la cariñosísima dedicatoria.

Y se llevaron los pedazos allá adentro para darles fuego y convertirlos en ceniza, que en casos tales toda precaución parece poca.

El gabinete se quedó solo y el marco vacío.

¡Cuántos marcos tan vacíos como este hay por el mundo!

Hasta aquí el retrato. Vamos al pañuelo.

II

Pesquis era un granuja de nueve ó diez años. Y le llamaban Pesquis porque hay que confesar que el muchacho era listo.

Si tuvo padres, problema un tanto dudoso, ni él los conoció, ni los conoció nadie.

Dijérase que había brotado espontáneamente en las calles de Madrid y de su propio barro, por no sé qué maravillosa fermentación espontánea.

Nada sabía, porque nada le enseñaron: ¡que cuando algo quisieron enseñarle, por ejemplo, á robar pañuelos, lo aprendió tan bien como el primero! Porque Pesquis tenía mucho pesquis y mucha *pupila* y dedos muy sutiles.

¡Pobre chico! Después de todo, era aplicado, y hasta pundonoroso: que si al robar algún pañuelo, por inesperada torpeza, le cogían con la mano en el bolsillo, de vergüenza se ponía rojo.

Pero entendámonos: no por la vergüenza de robar, sino de robar torpemente. En todos los oficios, aun en los más modestos, hay su miajita de pundonor.

Este era Pesquis el granuja: el que sabía primorosamente robar pañuelos.

Pasemos ahora á Tití.

Tití era una chicuela próximamente de la misma edad que Pesquis: menuda, vivaracha. Precisamente por la viveza de sus movimientos le dió Pesquis el nombre de Tití un día que los dos miraban una mona que con gorro colorado iba en compañía de un saltimbanquis y de un oso por las calles de la coronada villa.

Y Pesquis y Tití se querían con todo el cariño de que eran capaces: con esos cariños de la infancia que son los más puros, los más espontáneos y los más verdaderos de la vida, porque son los más limpios de egoísmo.

Pasaban juntos casi todas las horas del día, exceptuando las horas de oficina, por decirlo así. A saber: aquellas en que Pesquis tenía que robar pañuelos y en que Tití tenía que pedir limosna para una madre baldada (que no existía) y cinco hermanitos tan fantásticos como la madre.

Por la noche ambos entregaban al contratista ó maestro los *honradísimos productos* de sus *trabajos* respectivos.

¡Ni qué sabían ellos lo que era honra! ¡Ni quién grabó en sus cerebros las líneas divisorias entre el bien y el mal! ¡Ni en qué vocabulario de la virtud aprendieron el abecé!

La vida era alegre cuando estaban juntos; era triste cuando les separaba el *deber*, quiero decir, el robo y la limosna.

El bien, la honradez, la alegría, sólo tenían para Pesquis un nombre: el de la monuela Tití; sólo un nombre tenían para Tití: el del noble y valeroso Pesquis.

Y así iban viviendo. Jugueteando en los días de calor; apretado uno contra otro en las noches frías de invierno, en que sus risas y sus juegos salpicaban de iris la lluvia y de carcajadas el viento helado.

Si hubieran sabido lo que significaba la palabra Dios y les hubieran preguntado si existía, sin vacilar hubieran dicho que sí. ¡Porque de no existir El, quién era capaz de haber creado á Tití para Pesquis y á Pesquis para Tití!

Cierto día, Pesquis le puso los puntos á un elegante caballero en quien creyó descubrir cara de panoli.

Y sépase que este caballero — porque así le conviene al autor del cuento, y porque el creador hace lo que quiere de sus criaturas — es el mismo que el del cuadro anterior, y casi pudiéramos decir que el del cuadro del retrato.

Pesquis olfateaba un soberbio pañuelo de batista que el caballero, con ademán señoril, había dado al viento y había metido después en el bolsillo del gabán.

Con lo cual Pesquis sintió una noble ambición: la de robar aquel pañuelo, como en efecto lo robó, con sus manitas finas, sutiles y bastante sucias por añadidura. Pormenor que en la literatura moderna no puede darse por inútil.

Sin embargo, un momento después el caballero notó que había desaparecido su pañuelo de batista. Frunció el olímpico entrecejo, miró alrededor, vió al chicuelo; pero pasaba mucha gente y no pudo tener seguridad completa de que aquel granuja de cara tan inocente fuese el ladronzuelo.

Como el caballero era persona de gran seriedad y prudencia y no le gustase dar escándalos en la calle, no tomó determinación alguna violenta, limitándose á seguir maquinalmente al granuja.

Bien lo notó Pesquis, que era por todo extremo listo; pero no quiso huir, que era delatarse; y calle adelante siguió sin apresuramientos ni zozobras visibles, con las manos metidas en los bolsillos, deteniéndose en los escaparates de las tiendas y encaminándose adonde sabía que estaba Tití, para darle en un revuelo la prenda robada, como había hecho tantas veces. Porque Pesquis llevaba ya muchos años en tan honrosa carrera.

El caballero siguió detrás sin perderle de vista, porque también era hombre terco y de honrados sentimientos por añadidura; y odiaba el robo en general, y en particular cuando en su perjuicio se ejercía.

Y así, el niño y el caballero llegaron adonde estaba Tití; y llegaron á punto de presenciar una diminuta tragedia.

Porque, precisamente en el momento en que llegaron, se distrajo Tití mirando á Pesquis; y un coche que rápido pasaba la echó por tierra. No la atropelló por completo; pero dió la niña con la frente en una piedra; se hizo una ancha herida y la cara se le inundó de sangre.

El mundo se le vino encima al pobre Pesquis: se le encogió el corazón, y un grito de angustia, que fué extraña mezcla de aullido y de sollozo, se le escapó de la garganta.

Se arrojó sobre Tití; la levantó en sus brazos; le pasó las manitas por la cara y por la frente, con lo cual no le atajó la sangre, sino que la esparció.

Y en aquel momento metió la mano en el pecho, por un movimiento instintivo, pensando que en él llevaba el pañuelo robado, y que era muy fino, y que tan fina batista sería de gran alivio para la herida de Tití.

Al ir á sacar el pañuelo, levantó los ojos y se encontró con los del caballero fijos en él. Vaciló un instante; pero la herida de Tití seguía arrojando sangre muy roja. Y levantando los hombros en señal de soberano desprecio y de sublime desvergüenza, que debió estremecer de amor y de alegría á las esferas, sacó el pañuelo y lo aplicó sobre la frente de Tití.

El caballero se fué sobre él y le dijo con tono de soberana autoridad:

— ¡Ah, tunante! Debía entregarte á los guardias de orden público, más que por ladronzuelo, por tonto y por imprudente. ¿No has visto que yo estaba aquí?

Y el chiquillo, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, le contestó:

— ¡Qué importa! ¡Si estaba echando Tití sangre por la frente!

El caballero dió media vuelta y se alejó. Acaso por caprichos extraños de la imaginación había creído ver flotando en el espacio un marco vacío y un pañuelo ensangrentado que extendido por mano misteriosa se ajustaba á su hueco y lo llenaba.

Y el cuento no dice más sobre la historia de Pesquis y Tití.

Con lo cual termina el segundo cuadro: telón rápido.

JOSÉ ECHEGARAY.

ARTE Y ARTISTAS

JOAQUÍN SOROLLA

La buena nueva de la victoria alcanzada en la sección española de la Exposición de París por el gran colorista valenciano, no ha sorprendido, no ha podido sorprender á nadie. A la cabeza de la representación de España en la pintura figuraba Sorolla, como figuraba Benlliure al frente de los escultores: las cuatro obras que en el gran certamen presentaban eran lo mejor que el arte español había producido en los dos últimos años. El Jurado de París no ha hecho más que confirmar un fallo justiciero de la opinión.

Tímidos nosotros para hacer justicia, cuando la justicia puede provocar enojos de rivales; muy tibios para proclamar la verdad, cuando el proclamarla puede ser motivo de encono para injustos sentimientos de rivalidad, no habíamos querido decir esto, que era de todos reconocido. Se hablaba de ello confidencialmente, se repetía *sotto voce,* pero jamás hubiéramos cometido la «imprudencia» de declararlo *coram pópulo.* No por otra causa quedó desierto el premio de honor en la última Exposición Nacional, cometiéndose la injusticia de burlar otra vez á Sorolla en sus legítimas aspiraciones.

Providencialmente ha venido tras aquel certamen este de París, donde el arte del mundo entero ha reunido sus obras más geniales, y el Jurado francés, ajeno á estas luchas, imparcial con todos y «más papista que el Papa,» ha confirmado el juicio de la opinión, antes desconocido torpemente ó despreciado, otorgando á Sorolla la alta recompensa merecida, con lo cual nos da de paso una soberana lección. Lección de justicia; lección también de patriotismo. Porque esto nos enseña á ser más respetuosos para lo nuestro, más amantes de la obra propia; respeto y amor propio necesarios para que fuera de casa se nos respete también y se nos estime.



El laureado pintor valenciano Joaquín Sorolla, que ha obtenido la medalla de honor en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París de 1900

El triunfo de París viene á consolidar la alta reputación del ilustre pintor valenciano, colocándole en las avanzadas del arte universal, entre los grandes maestros extranjeros que antes ó ahora han sido laureados en París. Motivo de regocijo para el arte nacional, por su nueva y brillante gloria para él, es al mismo tiempo esta victoria causa de justo envanecimiento para el artista. Pero no hay miedo de que Sorolla se envanezca ni se engría. Modesto y sencillo siempre, no codicioso de más títulos que los que en razón y en derecho cree él que merece, este gran éxito no modificará su carácter, no añadirá un solo átomo de soberbia á la propia creencia del valer justamente tasado, ni alterará en una línea el sistema de su vida de trabajo y aislamiento, fecundísima para el arte, patriarcal en mucho, en mucho también sujeta casi á principios monacales.



Un amigo que fué discípulo del gran artista y es hoy pintor de mérito ante quien se abre el porvenir como una aurora de gloria, me ofreció un día presentarme al maestro en su propio taller, donde el pintor se muestra con los rasgos de su verdadera personalidad, en aquel primoroso estudio del Pasaje de la Alhambra, alegre como un nido de pájaros, donde fueron concebidas tantas obras geniales. Presentóse una ocasión propicia y utilicé la promesa del amigo para hacer á Sorolla una visita y curiosear de paso las joyas de su estudio.

Obligado por las conveniencias de la vida, reclamado en Madrid por los discípulos, el maestro acababa de abandonar la soleada casita del Cabañal donde crea durante el verano sus admirables obras, para volver á los «cuarteles de invierno,» tan antipáticos y tan tristes para quien, como Sorolla, tiene puestos sus amores en el cielo luminoso de su tierra y en el regazo caliente de su hogar.

Todos los años, cuando la primavera pasa, dejando sobre la tierra su rastro de flores, el artista genial «enfunda» sus pinceles y paletas para hacer á Valencia la visita anual, una visita que tiene para Sorolla algo de sagrado... Cuando las brisas de otoño desfloran los jardines y anuncian la proximidad del invier-



Comiendo en la barca, cuadro de Joaquín Sorolla. (Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París)

no, vuelve de nuevo el pintor, dejando en la costa levantina, en el mar azul, en el cielo sin nubes de su tierra y en su soleada casita del Cabañal la mitad de su alma, después de vivir unas cuantas semanas á solas con la naturaleza, sin preocupaciones, sin más testigos que sus hijos, unos niñitos como rosas, vivos como alondras y alegres como los rayos del sol de Valencia copiados en sus cabellos.

De estas excursiones á Valencia trae todos los años Sorolla un puñado de notables obras que mantienen y acrecientan su fama. Las vacaciones de estío no son para el eminente pintor tales vacaciones; para él es desconocida la holganza, el descanso no existe. El autor de *El entierro de Cristo* es un trabajador infatigable y aprovecha los meses de verano para trabajar más que nunca, porque nadie interrumpe sus labores ni le molesta en la casa del Cabañal, ni turban el silencio de su estudio al aire libre más que las risotadas de sus chiquitines y los rumores del mar en el continuo rebullir del flujo y reflujo.

En estos momentos hace el maestro sus preparativos para marchar nuevamente á Valencia en la adorable compañía de su santa mujer, de sus alegres chiquitines y de sus gloriosos pinceles. El peregrino artista emprende otra vez la romería al santuario de sus amores.

***

Tiene el artista un carácter original, encantador. Espíritu inquieto, lleno de ligerezas y frivolidades, nervioso, vibrante todo él como el colorido de sus cuadros, habla de todo sin fijarse en nada, con frases sueltas, cortadas, como chispazos que se pierden en el aire. «Está usted en su casa – me decía al hacerle yo mi visita. – Perdone que no le atienda... Vea usted, vea usted lo que quiera... Yo, mientras, pinto... ¿Qué le parece esto?.. Creo que le falta otro toque... ¿Y qué? ¿Se va Silvela? ¿Volverá Sagasta?..»

Y mientras el pintor habla con sus frases cortadas que aturden, recorre cien veces su estudio, andando de frente y de espaldas, mira y remira los cuadros, da dos toques, arregla un papel, aparta un caballete, pone bien un pliegue del traje de la modelo, limpia los pinceles «donde cae,» riñe á un discípulo y hace otra porción de cosas que es imposible enumerar.

Es que Sorolla no tiene fijeza más que para su arte. Para él vive y en él pone toda su alma y todo el fuego de su inteligencia. Apartado de círculos y reuniones, lejos de las camarillas, ajeno á rivalidades, Sorolla apenas sale de su estudio, donde el trabajo le retiene con lazos de hierro. Todos sus amores están allí: en su estudio y en sus discípulos; en su casa y en su familia: eso es todo su mundo. Para celebrar su triunfo de París, amigos y admiradores dieron en su honor un banquete; pues ha costado otro «triunfo» que Sorolla asistiera á la comida.

En la vida íntima Sorolla es un chiquillo por la volubilidad de su carácter, su sencillez y su *bonhomie*. Para los discípulos no es el maestro, sino el amigo cariñoso; más que el amigo, el hermano mayor. Es un alma abierta á todos los sentimientos, sincera, honrada, que muestra sus enojos á las claras, aunque ponga empeño en ocultarlos. Se desbordan sin querer todos sus sentimientos por sus ojos profundos y vivos y se reflejan en todo su rostro, de puro perfil moruno, cuya morena tez apenas sombrean los pelos en dispersión de una barba escasa y rala.

Esta sinceridad del carácter del artista valenciano se refleja fielmente en sus cuadros, que llevan siempre como sello distintivo la nota de la verdad. Sorolla, «pontífice máximo» de la juventud artística española, es también entre nuestros pintores contemporáneos el primer apóstol del realismo. Sincero y honrado como ninguno, no acierta á interpretar más que lo que es verdadero y justo. Toma sus cuadros donde se le presentan, sorprendiendo la realidad con mirada sagacísima, estudiándola con devoción de idólatra, copiándola con la rara fidelidad que sólo alcanzan los grandes privilegiados. Sus obras son siempre trozos de vida, jirones de la realidad que palpitan en sus paisajes con todo el vigor de la naturaleza y en sus figuras con todo el fuego de la sangre en circulación.



Pequeños cantores, dibujo de Pedro Stachiewicz

Para Sorolla el arte no tiene ni puede tener otra filosofía que la de la verdad. No comprende las escuelas, ni se explica las tendencias. El ideal de la pintura no puede ser otro que la reproducción exacta de la realidad, con la luz propia, con el color justo, con sus líneas invariables. Por eso es su gran ídolo Velázquez. Si alguna diferencia puede haber, estriba en la manera de sentir la realidad, de estudiarla, de interpretarla y de reflejarla en el lienzo.

Ceñido el arte á estos alcances que Sorolla le señala, hay que proclamar la supremacía del artista valenciano entre los modernos pintores españoles. Nadie mejor que él siente la verdad, ni la estudia con mayor provecho, ni la interpreta con más justeza, ni la copia con más fidelidad. Sorolla ha logrado vencer todas las dificultades, adivinar todos los secretos de la línea y del color y reproducir la verdad en su forma única. Por eso vibra la vida en sus obras con virilidades que pocos aciertan á reproducir.

***

Tal supremacía pregonan los cuadros enviados á París por el insigne pintor. Dos de ellos ya conocidos y juzgados, aunque no recompensados por nosotros con el honor que merecieron: *Comiendo en la barca* y *Cosiendo la vela:* una maravilla de verdad la una, escena de la vida de la playa que el nervioso pincel de Sorolla ha hecho ver con todo su potente colorido; la otra un alarde de luz que sorprende, que llega á lastimar las pupilas con los vigorosos rayos que se reflejan en el blanco lienzo de las velas. Otras dos nuevas, parto admirable de la última peregrinación al Cabañal: *El baño* y *Triste herencia.*

Representa el primero una escena de la playa con tres figuras de hermosísima factura y de prodigioso color. Una criada acaba de sacar del agua á un lindo chiquillo, admirable como todos los niños de Sorolla; la madre tiende la blanca sábana para secar las carnes sonrosadas del mocoso. La luz y el color que brillan en este lienzo, grandemente elogiado por la prensa de París, son de lo mejor que el vigoroso pincel de Sorolla ha producido. En toda la escena hay un ambiente de paz, de alegría, que encanta y enamora.

De mayor tamaño é importancia es el otro cuadro, *Triste herencia.* Titulábalo antes el artista, con más acierto, á mi juicio, *Los hijos del placer,* nombre que expresaba mejor la honda filosofía que en toda la obra se refleja. Aparte de la riqueza del colorido, de la exactitud del dibujo y de lo magistral de la composición, hay en este cuadro algo que le da gran valor sobre otros de Sorolla, y es el sentimiento que rebosa en él, un efluvio de tristeza que hace pensar y sentir muy hondo.

Son estos pobres «hijos del placer» los albergados de San Juan de Dios, tristes engendros del vicio, abandonados sin pena por las hembras que los parieron y recogidos en su regazo caliente por la caridad, la gran madre de todos los inválidos. En las tardes de verano, las buenas hermanas de San Juan de Dios los llevan á la playa para que el manso Mediterráneo los purifique con las sales de sus aguas, sanándoles de la lepra y de la escrófula que un breve rato de placer les dió por triste herencia. El pintor ha sorprendido este penoso cuadro del baño de los chiquillos, lisiados unos, tullidos otros, raquíticos todos, y lo ha reproducido admirablemente, dejando entre las pinceladas, en el mar y en el cielo, ráfagas del sentimiento que las miserias de los hijos del placer despertaron en su alma de artista.

Los desnudos de los chiquillos están hechos magistralmente. Las cuatro figuras del primer término salen del lienzo con extraordinario vigor. Las líneas del dibujo están trazadas con inimitable valentía y el color de la carne es de carne que vive.

Sin embargo, no son los chiquillos lo mejor ni lo más importante del cuadro; quedan algo obscurecidos por la figura alta y venerable del hermano de San Juan de Dios que los acompaña. La silueta del buen fraile, enjuta, descarnada, con la cabeza coronada de cabellos blancos, está trazada de mano maestra. Desde lejos parece que el fraile avanza sobre las olas, acompañando á los niños enfermos, y se antoja como la encarnación de la caridad, eterna compañera de los desgraciados, que da pan á los hambrientos y levanta á los caídos.

Digno complemento de esta gran obra son el mar y el cielo: un mar que se agita en oleadas robustas, maravilla de color, y un cielo de azul intenso, en el cual parece que flotan vagos reflejos de la melancolía que producen aquellos pobres engendros del vicio, carne leprosa que en el Jordán de la caridad se regenera.

Cada nuevo cuadro de Sorolla es un paso de avance que da el artista en su carrera; cada lienzo que sale de su pincel da un rayo más de gloria á la coro-

na que el trabajo y el talento tejieron al gran colorista con flores de los jardines de Valencia, con espumas del mar de Levante y con rayos de aquel vibrante sol que calienta generosamente el estudio del Cabañal. En la obra de Sorolla no puede señalarse cuál es el lienzo mejor; el mejor es el último...

Por eso me parece superior á los otros este hermoso lienzo de *Triste herencia*. Contemplándolo, viendo á los hijos del placer, sintiendo en el alma todo el dolor de aquella punzante ironía, con un grito de admiración para el artista se escapa sin querer una maldición tremenda...

León Roch.

ISLAS FILIPINAS

En distintas ocasiones hemos ensalzado como se merecen los trabajos fotográficos de nuestro ilustrado y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, quien en su labor no se limita á ser operador habilísimo, sino que, á fuer de verdadero artista, siente hondamente lo bello y demuestra el gusto más refinado en la elección de asuntos para sus fotografías.

Díganlo, si no, aparte de otras muchas que llevamos publicadas, las que aparecen en esta página y que reproducen dos preciosos paisajes de los alrededores de Manila. En la primera, *A orillas del río Pasig*, se ve en primer término un *casco*, típica embarcación del país, que se utiliza particularmente en las vías fluviales de las provincias de Manila, Bulacán, Bataán, Pampanga y Cavite, pero que también surca la bahía de Manila cooperando á la carga y descarga de buques. El fondo del paisaje lo forma un espeso bosque de bambúes, ó ponos de caña, como allí se les denomina. La segunda reproduce el sitio en donde el río Mariquina desagua en el Pasig y el punto de parada de las *bancas* (piraguas) conocido con el nombre de Santa Rosa. Junto á las embarcaciones, una pobre india se dedica á la pesca, cubierta la cabeza con el clásico *salacot* que la resguarda de los ardientes rayos del sol. Las *bancas*, amarradas á estacas clavadas en la arena, aguardan á los pasajeros que sólo á la caída de la tarde ó á las primeras horas de la mañana se aventuran á emprender sus excursiones á Manila y pueblos limítrofes, adonde van á vender frutas, aves, etc. Todo el caserío que se ve en la orilla opuesta ha desaparecido á consecuencia de la guerra entre yankis y filipinos, y aquel lugar tan pintoresco hoy está solitario y convertido en guarida de gente maleante, causando profunda tristeza contemplar los restos de incendio que por doquiera se encuentran.



ISLAS FILIPINAS. Manila. – A orillas del río Pasig

Como nota curiosa publicamos en la página siguiente un soldado filipino de los que operan en las provincias de la Laguna y Tayabás (isla de Luzón).

En el centro de la plaza Magallanes, de Manila, se levanta el monumento que á la memoria del descubridor de aquel archipiélago se inauguró en 1873. La columna tiene un alma de hierro y á esto se debe que, á pesar de los muchos terremotos que se han sentido en Manila, no se haya caído y presente sólo una pequeña inclinación. En la base del monumento hay cuatro lápidas de mármol con coronas é inscripciones de bronce.

Las otras dos fotografías que reproducimos en la siguiente página merecen que les dediquemos algún mayor espacio por tratarse de una costumbre tan inveterada y tan general entre los hijos del Celeste Imperio, de los que tantos miles hay establecidos en Filipinas.

Los fumaderos públicos de *anfión* (opio) hállanse situados en Manila en gran número en los ba-



ISLAS FILIPINAS. Provincia de Manila. – El río denominado de Mariquina al desaguar en el río Pasig. Punto de parada de las «bancas» (piraguas) en el sitio llamado Santa Rosa

rrios de Binondo, Santa Cruz, Tondo y San Nicolás, y menos profusamente en los demás que constituyen la capital. Para su instalación se buscan con preferencia los sitios más retirados, pero próximos á las calles de gran circulación; generalmente se establecen en la planta baja de los edificios. Cubre su puerta una cortina de lona gruesa de color indefinido por su suciedad, y á la entrada del fumadero se encuentra el despacho en donde el dueño ó el chino encargado expende *al contado* las pequeñas raciones de *anfión* que los dependientes de la casa llevan á los consumidores. A derecha é izquierda del despacho, ó á un solo lado, según sea la capacidad del establecimiento, se ven unas tarimas con una serie de esterillas,

ISLAS FILIPINAS. MANILA. – Chino fumador de *anfión* (opio) preparándose á aspirar el narcótico

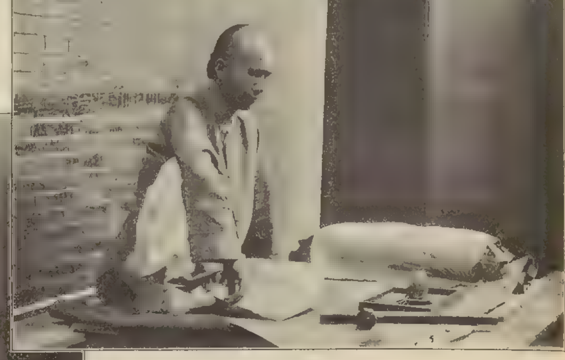
almohadas de algodón ó bejuco, una bandejita con una lamparilla de latón alimentada con aceite de coco y tapada con una cubierta de cristal. Al lado de la lamparilla hay unas tijeras para arreglar la torcida y fósforos de madera. La pipa es un tubo parecido á un clarinete, uno de cuyos extremos está abierto, aspirándose por allí el humo del opio; el otro está herméticamente cerrado por una plancha de metal y junto á él se abre una cazoleta de forma aovada con un pequeño agujero en el fondo, que es el receptáculo en donde se coloca el *anfión*.

La manera de aspirar el opio es sencillísima: el fumador se tiende en la tarima *(kang)*, con la punta de una aguja como las de hacer media toma una pequeña cantidad de la substancia narcótica y la acerca á la llama de la lamparilla, con lo que se hincha, chisporrotea, se espesa y adquiere la consistencia de la cera virgen, dándole entonces con los dedos la forma de cono. Se calienta el agujero de la cazoleta de la pipa, y antes de que se enfríe se le aplica el pico del cono, y cuando éste se ha esponjado, el fumador lo atraviesa de parte á parte con la aguja, coge la pipa, aproxima la cazoleta á la llama y una vez inflamado el opio aspira fuerte y profundamente su humo. Una pipa se consume en dos ó tres chupadas y ningún fumador se satisface con una sola.

ISLAS FILIPINAS. – Soldado filipino que forma parte de las fuerzas que operan en las provincias de la Laguna y Tayabas (Isla de Luzón).

La ventilación de los fumaderos públicos es deficientísima, la luz muy escasa y la suciedad grande, y el aire que allí se respira se puede cortar, siendo, en una palabra, aquellos lugares la quinta esencia de la fetidez y de la inmundicia.

La renta del *anfión* constituyó uno de los mayores ingresos del Tesoro español en aquellas islas. A su introducción como opio crudo abonaba los derechos arancelarios, y sólo podían importarlo en grandes cantidades los contratistas de los fumaderos, á quienes se arrendaba el servicio por trienios y que beneficiaban el opio cociéndolo en grandes peroles de cobre. Obtenido de este modo el *anfión*, se expendía en un



ISLAS FILIPINAS. MANILA. – Chino fumador esperando que le sirvan la pipa

despacho central únicamente á los chinos encargados ó subarrendadores de los fumaderos públicos y también á los chinos ricos para su consumo particular.

La administración española procuró siempre evitar que los naturales de Filipinas se contagiaran de aquel vicio que tantos estragos produce entre la raza amarilla. – A.

Fotografías de M. Arias y Rodríguez.
(Prohibida su reproducción)

CORAZÓN DE MADRE

Habíala dotado Dios, con mano pródiga, de los más refinados encantos femeninos. Tiziano habríase quedado absorto ante el cuerpo escultural de Teresa, y juzgando deformes las portentosas mujeres de sus lienzos, borráralas con mano airada, para substituirlas con la copia de tan divino modelo.

Era su belleza luciferiana, demoniaca, sugestiva, *hipnótica*. Su voz y su mirada subyugaban, atraían, esclavizaban. Verla, era codiciarla y atarse con nudo gordiano á su albedrío.

Sus amplias y negras retinas, veladas por largas y arqueadas pestañas, daban á sus ojos una expresión mezcla de melancolía y de voluptuosidad, que producía extraña y hondísima sensación, haciendo inevitables sus miradas. Su boca, de correctísimo dibujo, si bien de labios un tanto gruesos, sonreía eternamente con expresión indefinible, pues ya parecía burlona, ya severa, ya altiva, ya modesta y siempre como anhelosa de besar y de ser besada. La frente, espaciosa, tersa, de cutis transparente, limpia de todo afeite y de toda coquetería femenina, dábale singular majestad, rayana en altanería. Era Teresa, en suma, una hermosura soberana y una soberana de la hermosura.

¿Correspondía la belleza del alma á la del cuerpo? ¿Se equilibraban ambas?

Educada conventualmente, se ejercitaba en prácticas piadosas y su caridad era inagotable. Dulce y benévola en su trato con los inferiores, catequizaba á cuantos la servían; afectuosa y servicial, cautivaba á los de su igual prosapia, y atenta y modesta, sin humillación, era agasajada y querida de los que nacieron más linajudos y poderosos que ella. Huérfana de honrada madre y de elevado funcionario judicial, su conducta mientras éstos vivieron, y después durante su permanencia en la casa de parientes lejanos que de ella cuidaron, había sido ejemplar, irreprensible.

Limpio origen, educación cristiana, juventud realzada por peregrina hermosura, conducta contrastada..., ¿qué más podía desear para su único hijo Antonio, la buena, la excelente, la fervorosa doña Gertrudis?

Verdad que éste era un joven, cuya figura, si no apolina, era noble, simpática y vigorosa; en lo mo-



ISLAS FILIPINAS. MANILA. – Monumento en honor de Magallanes que se levanta en el paseo de su nombre

ral poseía un alma plácida y soñadora, de suma bondad, de tiernos afectos y de sensibilidad tan exquisita, que sus colegas en arte llamábanle *sensitiva*, y en lo intelectual, un brillante alumno de la Academia de Bellas Artes, un futuro Velázquez; pero en lo social no pasaba de ser un modesto huérfano que, por todo patrimonio, contaba con la pensión de su madre y con el producto de las copias que de las obras de los grandes maestros pintaba en el Museo Nacional de Madrid.

No era, pues, Antonio, *un presente* cierto y codiciable, un *buen partido,* como vulgarmente se dice. En cambio, Teresa reunía con largueza las prendas más necesarias é inestimables para labrar la dicha de un hombre.

No obstante, la entrañable doña Gertrudis luchó y reluchó desesperadamente para evitar que Teresa fuera la esposa de su hijo; lucha desigual en la que siempre resultaba vencida, porque le faltaban armas y el enemigo no ofrecía flancos vulnerables. En efecto ¿en qué podía fundar su oposición y la terrible enemiga que sentía hácia una criatura dechado de toda suerte de bellezas, de atractivos y de virtudes?

Caprichos de vieja, celos de madre, terquedad de anciano, semejante á la terquedad de niño pensaba Antonio, – á los cuales no debía supeditar su apasionado amor, sus ideales más risueños y su porvenir de ventura.

Hijo amante y respetuoso, aparentó acceder á las pretensiones maternales, si bien advirtiendo que no convenía á su dignidad, ni lo consentía su conciencia, provocar un súbito rompimiento por fútiles pretextos. Discretamente, buscaría una ocasión apropiada para desligarse caballerosamente de nobles y espontáneos compromisos adquiridos. Con esta superchería aplacaríase por el momento su madre, y después... el tiempo, las caricias filiales y las bondades de Teresa acabarían por abatir tan obstinada oposición.

¡Estéril empeño! Doña Gertrudis, con sagacidad femenil y clarividencia maternal, leía el engaño en el corazón de su hijo y afligíase más y más, cuanto más intensa era la pasión en que éste se abrasaba; pero escondía en las entrañas de su alma el pesar que le producía á su corazón de madre el siniestro presentimiento de la desventura de su idolatrado Antonio: pesar que minó su existencia y que acabó por llevarla al sepulcro. Aquella infortunada señora no pudo soportar mucho tiempo los *dulces, tiernos y filiales besos* de su futura hija. ¡Le quemaban la frente y le producían mortales escalofríos!

Lloró Antonio la muerte de su madre, como amante hijo; y sin dejar de serlo, en el atolondramiento é irreflexión de la inexperiencia, esclavo del amor encendido por los hechizos de Teresa, sintió recóndito egoísta bienestar: ya nada ni nadie se opondría á sus designios, se uniría eternamente al ser idolatrado y éste lo haría eternamente dichoso.

* * *

Vencedor en la cruenta liza; inmolada por él, inconscientemente, la víctima, apresuróse á recoger el botín de la victoria á tanta costa obtenida; y desposado con Teresa, entregóse, una vez gustadas las dulcedumbres de triunfo tan halagüeño, á la ardua tarea de construir un trono de oro para la soberana de su voluntad, á buscar para aquella deslumbradora alhaja de carne y hueso el engarce que soñaba en su desapoderada pasión.

Algunos años después, sentíase el hombre más dichoso de la tierra, y las apariencias de la vida confirmábanle en su juicio. Iluminaba su inteligencia la vívida llama de la inspiración, aplaudida estruendosamente por ambos mundos, absortos ante las creaciones de su genio extraordinario; sus sueños, dormido, eran de gloria, que fortalecían su ánimo, y de absoluto fisiológico reposo, que saturaban de vida su cuerpo juvenil; y despierto, sus sueños de gloria trocábanse en tangibles realidades, que se prolongaban y tenían su apoteosis en el deliquio amoroso á que le brindaban, siempre codiciosos, los ebúrneos brazos de su Teresa.

Trabajó con esfuerzo de titán y fué su compañera inseparable la fortuna. En París y en Roma ganó mucha, imperecedera gloria, y los laureles de sus coronas no podían fácilmente marchitarse, porque eran de oro. Solicitado por los poderosos, acudía á sus palacios, seguido siempre de la compañera de su vida, y en ellos imperaban, él por por sus talentos artísticos, ella por su hermosura y por la inquebrantable custodia que del honor de su marido ejercía. Su ventura, en fin, vióla colmada en la reproducción de su ser, en un hijo varón, que consideraba el lazo que estrechamente lo unía con la eterna bienaventuranza.

Tan sólo se entenebrecía fugazmente el diáfano y extenso cielo de su contento cuando, en las congojas paternales que le asaltaban, meditando en el porvenir de su hijo, pudo apreciar los sobresaltos padecidos por su bendita madre. Entonces latía su corazón en atropellados sístoles y diástoles que aturdían con sus recios golpes todo su ser. La imagen de doña Gertrudis, radiante de bondad, aparecíasele á su febril imaginación inundándole en una mirada de infinito amor maternal; pero siempre rechazando, severa, la figura de Teresa.



GUERRA ANGLO-BOER. – El general Cronje y su esposa en Santa Elena

Pasada la crisis y embriagado en la contemplación de su arrogante esposa – su inseparable compañera en el espléndido estudio de pintor situado en el último piso del confortable y elegante hotel que les servía de morada; – examinada atentamente su ejemplar conducta; arrobado por las exquisiteces de alma de aquella mujer que, en su apasionado amor por el laureado artista, hacíale gratas todas las horas de su existencia, ora tañendo el arpa, ora tocando el piano, ya leyendo en voz alta y con supremo arte y sentimiento las obras maestras de los dioses mayores de la poesía humana, ya buscando en revistas y periódicos cuantas noticias pudieran ser útiles al conocimiento de su marido, en tanto que éste trabajaba en el artístico taller; desvanecidas aquellas estivales nubes que empañaban pasajeramente su plácida existencia, murmuraba sus frases de antaño: «Caprichos de vieja, celos de madre, terquedad de anciano, semejante á la terquedad de niño,» y la calma restablecíase en su agitado espíritu.

* * *

Una desapacible mañana de otoño salió el dichoso artista de su palacio de amores con objeto de recoger á su hijo de la pensión donde se educaba, para que pasara el día en la dulce compañía de sus padres. Teresa, pretextando sufrir aguda neuralgia cerebral, no acompañó á su marido, y cuando éste daba la orden al cochero, recibió un pliego cerrado de manos de un criado desconocido. Desapareció éste entre los transeuntes, y una vez instalado Antonio en el carruaje, rompió el sobre, y apenas leyó el breve contenido de la misteriosa misiva, agolpóse la sangre á su cerebro y por algunos instantes quedó sumido en profundo estupor.

Decía así el escrito: «Mi conciencia de amigo leal me exige revelarte el infortunio de que eres víctima. Teresa, la sublime Teresa, el dechado de belleza y de virtudes, es una mujer indigna de tu amor y de llevar tu apellido, que infama y escarnece. Por inexplicable aberración humana, ama al vulgarote Enrique, tu modelo. Si obras con sagacidad y prontitud, podrás sorprenderlos dentro de breves momentos.»

El vehículo acababa de llegar á la puerta de la pensión; Antonio descendió, dió orden al cochero que esperara allí. Caminó apresuradamente hacia su casa; una vez en sus cercanías atisbó con discreción para no ser visto, y aprovechando la circunstancia de estar abierta la puerta del servicio doméstico y no haber criado alguno en el jardín, entró en el hotel, deslizándose en su interior con pasos y actitud que lo semejaban al leopardo preparándose á caer sobre su presa.

Al llegar á la puerta del estudio oyó leve rumor de vivo diálogo en voz muy baja; con profundo desaliento acercóse á la amplia cortina de terciopelo que la cubría, la cual descorrió sigilosamente, y avizoró, sondeó con ávida mirada el interior del taller. Nadie había en él. Los débiles ecos de voz que percibía partían de detrás de alto biombo japonés situado frente á la puerta que comunicaba con una extensa terraza.

Escuchó con ansiedad suprema con infinito anhelo; reconoció primero la voz de Enrique, del modelo á que aludía el anónimo, y después la de su Teresa, seguida de un sonoro y ardiente beso, que le produjo en los oídos un tremendo zumbido, tan intenso, tan espantoso, que ensordeciendo súbitamente, no pudo oir más – ¿y qué más habría querido oir el infortunado Antonio? – Aquel beso era el sello que refrendaba su deshonra y su eterna desventura.

Quiso lanzar un grito de maldición y de feroz venganza, y la ira y la congoja ahogaron la voz en su garganta; avanzó rápida y sigilosamente hacia el lugar donde se inmolaba su dicha y su honor; apartó impetuoso el rico y artístico biombo que se abatió con estrépito, y al reflejarse en su retina con implacable plasticidad la nefanda escena de amores, adelantó hacia los culpables con las manos crispadas, sintió dolorosísima punzada en los ojos, nublósele la vista y cayó al suelo presa de horrible convulsión epiléptica.

* * *

Permaneció muchos días Antonio sufriendo intensa fiebre; y al hacer crisis la enfermedad, fué para sumirlo en las tenebrosidades de la demencia.

En los años que permaneció recluído en un manicomio, sólo pronunció esta frase que repetía incesantemente: «¡Corazón de madre!»

RAFAEL CHICHÓN.

GUERRA ANGLO-BOER

Siguen careciendo de interés las pocas noticias que de la guerra en el Africa austral se reciben, pues de una parte los sucesos que allí se desarrollan van perdiendo su importancia, y de otra, las agencias informadoras y los principales periódicos de Europa consagran preferentemente su atención al conflicto chino y relegan muy á segundo término cuanto se refiere á los boers.

Las tropas del general Roberts han conseguido restablecer las comunicaciones telegráficas y ferroviarias entre Pretoria y la ciudad del Cabo, han ocupado Krugersdorp, plaza situada al Suroeste de Preto-



UN HÁBIL NARRADOR, cuadro de Dionisio Baixeras (*Exposición Robira*, calle de Escudillers)



EN EL HOGAR, cuadro de Carlos Vázquez

ria, y Heidelberg, al Sur de Johannesburgo, y á su vez el ejército de Buller ha llegado á Sanderston, en donde se ha unido con las fuerzas del generalísimo.

En la colonia del Cabo y al N. del río Orange ha terminado, según parece, la rebelión, habiendo recibido el general Warren la sumisión del comando de Devilliers, que comprendía 220 hombres, 280 caballos, 18 carros, 260 fusiles y más de 100.000 cartuchos, y habiendo el comandante Devilliers huído al Norte con un pequeño destacamento.

En cambio en el Estado de Orange los boers han destruído 50 millas de ferrocarril, han capturado cerca del río Rhenoster dos convoyes, haciendo prisioneros á 300 obreros y 200 soldados, y entre Winburg y Senekal han derrotado á una columna inglesa, causándole numerosas pérdidas.

A pesar del aspecto favorable que para los ingleses presenta la campaña y á pesar de que nadie pone ya en duda el triunfo definitivo de éstos, son muchos los que temen que aquélla se prolongue por más tiempo del que se creía. La guerra de guerrillas que van á hacer los boers puede retrasar el restablecimiento de la paz, y por otra parte, tal vez la cuestión de China influya doblemente en la guerra del Africa, primero obligando á Inglaterra á distraer parte de las fuerzas que allí tiene, y segundo animando á los boers á continuar vigorosamente la lucha por considerar esta nueva complicación como favor providencial.

Para prevenir en lo posible los males que á las tropas ha de ocasionar la guerra de guerrillas, las autoridades inglesas han notificado oficialmente á los boers que toda nueva destrucción de las comunicaciones tendrá como consecuencia la destrucción de las granjas vecinas en un radio de cinco millas.

El famoso aventurero Dr. Jameson presenta su candidatura para individuo del Parlamento del Cabo, habiendo pronunciado con este motivo un discurso en que se ha vanagloriado de la indigna empresa por él llevada á cabo en 1895, diciendo que intentó aquel golpe de mano para ver si conseguía libertar á los uitlanders del yugo de los boers, que desde 1884 se venían armando contra los extranjeros establecidos en ambas repúblicas. – A.



El mensajero de Maratón, cuadro de F. M. Bennet

NUESTROS GRABADOS

Recogiendo algas, cuadro de Andrés Dauchez. – La recolección de algas, que se utilizan como abono para las tierras, constituye una industria muy productiva en ciertas costas, como en las de Normandía y Bretaña, y se practica arrancando con rastrillos cortantes aquellas plantas marinas que crecen en las rocas situadas á flor de agua ó á escasa profundidad. El distinguido pintor Dauchez, que forma parte de la «Nueva Sociedad de Pintores y Escultores» establecida en París, ha reproducido en su cuadro el pintoresco espectáculo que esa recolección ofrece, presentándonos un trozo de playa de hermosa perspectiva, llena de vida y de animación, y trazando una bellísima página inspirada en la naturaleza misma, expresión fiel de una realidad perfectamente observada y trasladada al lienzo en rasgos vigorosos que descubren la mano de un artista experto.





Recogiendo algas, cuadro de Andrés Dauchez

El mensajero de Maratón, cuadro de F. M. Bennet. – Deseoso Darío I de Persia vengar pretendidos agravios que los atenienses le infirieron, envió contra éstos un poderoso ejército, compuesto de 100.000 infantes y 10.000 jinetes, con orden de apoderarse de Atenas, incendiar la ciudad y hacer prisioneros á todos sus habitantes. Para hacer frente á tan considerables fuerzas, los atenienses sólo disponían de 11.000 hombres, mandados por Milciades. En los campos de Maratón trabóse la desigual batalla, y el triunfo en aquella ocasión obtenido por los griegos constituye una de las más gloriosas páginas de la historia de la antigua Hélade. Apenas decidida la victoria, un soldado griego corrió á Atenas á llevar la fausta nueva: aquella rápida carrera, después de un combate encarnizado, le extenuó de tal modo, que al llegar delante de los magistrados sólo tuvo fuerzas para decir: «¡Alegraos, hemos vencido!,» cayendo muerto apenas hubo pronunciado estas palabras. Tal es el asunto del cuadro que reproducimos y que ha valido á su autor una medalla de oro en un concurso recientemente celebrado entre los alumnos de la Real Academia de Londres.

Coquetería, cuadro de Francisco Masriera (Salón Robira). – Varias veces hemos dedicado al excelente artista Sr. Masriera testimonio inequívoco de la consideración que nos merece y aplaudido en sus obras su prodigiosa habilidad y exquisito gusto. De ahí que hoy sólo podamos referirnos á los juicios ya conocidos y celebrar una vez más sus primores de ejecución y esa admirable gama que amasa en su paleta, que crea bellezas y depura tonalidades y líneas que embelesan y cautivan, á cuales circunstancias debe en gran parte la merecida fama de que goza.

Un hábil narrador, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira). – La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había aún cumplido los diecisiete años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. La firma de Baixeras en el mercado del arte, y permítasenos la frase, es de aquellas que se cotizan á buen precio y son buscadas con afán por los inteligentes. Cultiva con provecho todos los géneros, sobresaliendo, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en la que pocos rivalizan con él y en la que tal vez ninguno le iguala en la verdad y expresión de los tipos. La reproducción de su cuadro *Un hábil narrador*, que figura en este número, certifica lo que dejamos expuesto, ya que en él se manifiesta admirablemente la naturalidad del que relata y se expresa de modo magistral el gran interés que en los oyentes despierta la narración de la vida del anciano marino.

En el hogar, cuadro de Carlos Vázquez. – Si durante su larga permanencia en París dedicóse á interpretar cuanto vivía y se agitaba en su alrededor, hoy ocúpase con laudable empeño en recordar todo lo que en nuestra patria ofrece al artista observador ancho campo al estudio. Trasunto de su reciente viaje á la comarca manchega es el hermoso interior que publicamos en estas páginas, cuadro reproducido con notable exactitud y que da á conocer las envidiables cualidades que atesora el laureado artista.

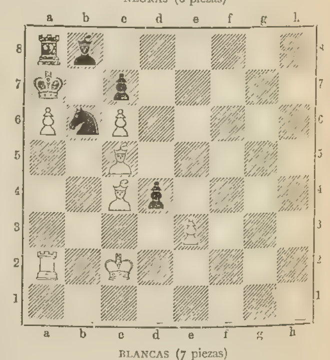
En la parada, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés). – En la diversidad de géneros y asuntos que este laborioso artista ha cultivado, merece especialísima mención aquel en que reproduce cuadros y escenas de costumbres, tipos y composiciones que retratan con notoria exactitud el modo de ser de nuestra ciudad. A este grupo de producciones pertenece la que hoy publicamos, que retrata fielmente una parada de coches de alquiler, llamando la atención como concienzudo estudio el tipo y actitud del auriga, el caballo y todos los demás pormenores que figuran en el lienzo.

Pequeños cantores, dibujo de Pedro Stachiewicz. – La obra de este maestro aparece entre dos períodos capitales y perfectamente distintos del arte polaco, representados el primero por Matejko y Grottger, pintores apóstoles de ideas reivindicadoras de una patria perdida, y el segundo por jóvenes como Mehoffer, Wyspianski y otros que, acostumbrados á la emigración, han renunciado á los ideales que sus padres defendieron, y han aprendido en París y en Munich un arte que lleva impreso un sello de internacionalidad. Stachiewicz se aparta lo mismo de la pintura tendenciosamente patriótica de los unos que de los refinamientos artísticos de los otros; es esencialmente polaco, ama con entusiasmo á su patria y sus trabajos tienen todo el carácter de la tradición nacional, todo el sentimiento del alma de aquel pueblo. Pinta á los aldeanos de su país, no entregados á sus rudas faenas, sino rindiendo culto á antiguos usos, ora encendiendo en sus campos milagrosos cirios, ora ceñidas sus cabezas con rústicas coronas para celebrar la fiesta de la recolección. Nada se ve en sus cuadros y dibujos que recuerde la esclavitud, la desesperación del pueblo eslavo; en todos ellos hay algo que consuela, algo que refleja la bondad, la humilde belleza de aquellas gentes y de aquellas costumbres. Su obra capital son las leyendas de María, hermosos lienzos en que se glorifica á la Virgen, presentándola como diosa de la primavera, como reina de Mayo; en ellos ha reunido todas las leyendas en que el pueblo canta los favores de la Divina Madre. Los dibujos de Stachiewicz son modelo de vigor, de sinceridad; son expresión fiel del natural, embellecida por el espíritu poético que alienta en el corazón de todo verdadero artista.

AJEDREZ

Problema número 199, por «Bull Dozers.»

Negras (6 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 198, por R. Braune.

Blancas.	Negras.
1. T b 6 – b 2	1. P ó A toma T
2. A f 6 – d 8 ó h 4	2. Cualquiera.
3. A b 6 ó f 2 mate.	

Variante

1...... Otra jugada; 2. C b 1 – a 3; 3. C a 3 – c 4 mate.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

–¡Señora!, dijo Elena implorando á la madre. ¡Por piedad, interceda usted por mí! ¡Si usted supiese..., si pudiese saber por qué no hablo!..

–¡Jorge, no he sido yo!..

Pero ante aquel supremo insulto, se asustó mucho más.

La expresión de Jorge era tan terrible, que la condesa se estremeció.

Conocía el carácter de su hijo, sus arrebatos de



¡Ah, dichoso el hombre que tenga la honra de emparentar con usted y ser el esposo de Ceferina!

Y temiendo haber dicho demasiado, continuó:

–¡No, no..., no haga usted caso de lo que digo; tengo la cabeza trastornada!.. Pero haga usted que me crea... ¡Usted que fué bastante buena, bastante misericordiosa para dármelo por esposo, devuélvamelo usted!

–¡Ah, no hable usted de semejante cosa!, exclamó Jorge amenazándola. Mi madre veía lejos..., ya presumía entonces su crimen de hoy.

–¡Fué, en efecto, un matrimonio maldito!, dijo sordamente la condesa. ¡De tal madre, tal hija!

A esta herida suprema, Elena se levantó de pronto.

–¡Ah, esto es ya demasiado! Mientras se trató de mí sola, bajé la cabeza; ni la misma muerte me hubiera hecho retroceder. Pero acaba usted de insultar á mi madre, señora de Kerlor. Dios me perdonará si hiero á una madre para defenderme. La culpable, la infame, la mujer á quien se aplican las injurias que me han arrojado ustedes al rostro, es su hermana de usted, caballero; es su hija, señora.

–¡Carmen!

–¡Carmen! ¿Es á Carmen á quien acusa usted? Porque está lejos, porque no puede disculparse; ¡pero no lo necesita la pobre! ¡Ah, es usted aún más vil de lo que yo creía! ¡Y su acusación es tan necia como cobarde! ¡Carmen no se llama Elena de Kerlor, como la mujer á quien va dirigida esta carta! ¡Carmen no ha desertado furtivamente y de noche del domicilio y del lecho conyugal! ¡Carmen, en fin, no tiene ningún hijo, y en esa carta se habla del de usted!

–¡Sí, sí! Carmen tiene un hijo.

–¡Calla, desdichada, calla; si no, voy á matarte!, gritó Jorge cogiendo un enorme candelabro de bronce que blandió sobre su cabeza, dispuesto á romperle el cráneo.

La condesa se interpuso.

Elena retrocedió.

Temblaba de susto.

Aquel hombre estaba loco.

Contenido por su madre, ciego de cólera, ahogado por la sangre que le subía á la garganta, amenazando á su mujer con el puño, le lanzó como un puñado de lodo esta horrible injuria:

–¡Perdida!..

Elena le miraba sin comprender, con la locura en los ojos, llorando como una niña y repitiendo tontamente:

Echó á correr por el cuarto, tropezando con los muebles; abrió luego la puerta y huyó como perseguida por un fantasma; subió de dos en dos los escalones, se precipitó en su cuarto, echó el cerrojo y cayó sin fuerzas al pie de la cama, balbuceando aún acosada por aquella idea fija:

–¡Jorge!.. ¡Jorge!.. ¡No he sido yo!.. ¡No he sido yo!..

VI

LA VENGANZA

Habían transcurrido unas cuantas horas desde la trágica escena que acabamos de referir.

Todo dormía ó parecía dormir en aquella casa, de tan risueño aspecto, que inspiraba ideas de felicidad á los transeuntes.

Sin embargo, si éstos hubiesen podido ver lo que pasaba detrás de los balcones herméticamente cerrados y detrás de los espesos cortinajes, hubieran quedado sorprendidos en presencia del espectáculo que hubiesen presenciado.

Una mujer postrada, con el pecho agitado por los sollozos.

Una madre arrodillada en su reclinatorio, con los ojos caldeados por las lágrimas, hundidos por el dolor.

Un hombre con la cabeza entre las manos, calenturiento, seca la garganta, quemados los párpados, desgarrado el pecho por sus uñas, abismado en sus reflexiones.

Por fin la madre se acercó al hijo.

–¿Qué vas á hacer?, le preguntó.

Jorge levantó la cabeza.

Un rayo de cólera salvaje brilló en sus ojos.

–¡Vengarme!, contestó. ¡Vengarme terriblemente!

–¿En quién? No conoces al culpable. Y ella no te dirá nunca su nombre. Su carta no lleva firma.

–Es verdad.

–¿Entonces?

–Razón de más para vengarme en ella y en el bastardo que, como su madre, me robó mi ternura, mi amor, mis besos...

–Piensa que se trata de una mujer y de un niño.

–¡Sí! ¡La mujer del otro! ¡El hijo del otro!..

cólera, el terrible despertar de la sangre ardiente que dormía en sus venas.

El combatirlo no hubiera servido más que para exasperarlo y enloquecerlo más.

Bajó la cabeza y calló.

–Madre, dijo él en un tono que no admitía réplica, le ruego que mañana se disponga á salir temprano de esta casa. No quiero que permanezca usted un día más bajo este techo deshonrado.

–Está bien, contestó la anciana.

Hizo ademán de retirarse.

Jorge levantó otra vez la cabeza.

Sus miradas se cruzaron.

Y obedeciendo á un impulso instintivo y á una violenta necesidad del corazón, cayeron sollozando uno en brazos de otro.

Fué el único instante de debilidad de Jorge.

Después de haberse retirado su madre, sus ojos se secaron de pronto y su rostro volvió á adquirir la expresión de salvaje encono.

Pasó del salón á su despacho, grande y sombrío. Sentóse en el sillón de un escritorio, y á la luz del quinqué empezó de nuevo á reflexionar.

De vez en cuando se escapaba de sus labios un gemido de dolor y desesperación.

Pesadillas siniestras, sueños sangrientos, espantosas visiones de venganza, combinaciones múltiples de refinados castigos, todo esto se agitaba como un torbellino en su espíritu, manteniéndole en un incesante estado de delirio.

¿Matarlos á los dos?

¿Para qué?

Dormirían...

Mientras que él, desesperado; él, la víctima, sufriría solo sus noches de insomnio y sus días sin sosiego.

¿Arrojar de la casa á la mujer y al niño?

¡Ella iría á juntarse con su amante!

¡Ambos se reirían de él! Bendecirían su cólera, que los había unido.

¿Perdonar... olvidar..., como la religión lo ordena? ¡Qué locura!

Sus dientes rechinaban de rabia. Y lágrimas de furor rodaban por sus mejillas bronceadas.

¡No, no! ¡Una venganza!.. ¡Una venganza feroz, nunca vista!

¡Cosa extraña!, su furor se cebaba sobre todo en en el niño.

Le odiaba ahora con igual fuerza que lo había amado.

Se le subía la sangre á la cabeza, zumbándole en los oídos.

Y tuvo que reprimirse, hundiéndose las uñas en la carne, para no correr al cuarto en que el bastardo dormía y estrangularlo ó estrellarle la cabeza contra la pared.

Luchas espantosas, tormentos de condenado.

En tanto transcurrían las horas, que sonaban lúgubremente en aquella casa silenciosa.

De pronto, Jorge se levantó, abrió una caja de hierro que había en un rincón del despacho, sacó de ella un legajo de papeles y se puso á hojearlos.

Dió con un pliego cerrado y lacrado, en cuyo sobre se leían estas palabras:

«Mi testamento.»

Rompió el sobre, quemó á la llama de la vela el papel que contenía, cogió una pluma y empezó á escribir.

De vez en cuando se detenía como para reflexionar, y gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

Pero se las secaba nerviosamente con el dedo, y su rostro volvía á adquirir su aparente tranquilidad.

De pronto levantó la cabeza.

Su mirada, atenta como su oído, parecía escuchar también.

No cabía duda: se oía algo inesperado, extraño.

Un ligero ruido, apenas perceptible, pero regular y continuo.

Un parisiense probablemente no se hubiese fijado en él, atribuyéndolo á alguna cosa exterior.

Mas no podía escapar al oído sutil de Jorge, acostumbrado á distinguir en los bosques de Colombia el deslizamiento de los reptiles en la hierba, el crujir de las hojas al paso de una fiera ó el pisar muy quedo del ladrón de caballos.

¿Qué ruido podía ser aquél?

Los cuartos de Elena y de Fanfán estaban en los pisos altos.

El ruido no venía de arriba.

La servidumbre, á excepción de Teresa, dormía en los pabellones, encima de las cuadras.

El ruido se oía en la planta baja del hotel, en el comedor inmediato al salón.

Parecía que cortaban un cristal con un diamante.

–¡Son ladrones!, pensó Jorge.

Iba á precipitarse á la puerta de su despacho.

Pero de pronto se detuvo.

Quedóse pensativo durante un minuto escaso, mientras cogía un revólver americano que había puesto sobre la chimenea.

Aseguróse de que los seis tiros estaban cargados.

Bruscamente apagó el quinqué.

Las persianas del despacho estaban herméticamente cerradas. Espesos cortinajes, corridos, cubrían por completo la ventana.

Desde fuera no podía verse si había luz dentro.

Jorge se puso en acecho, escondido detrás de una cortina.

Entonces oyó perfectamente el roce del diamante sobre el cristal; luego un golpe seco.

Sin duda el ladrón acababa de romper el cristal limado.

Por los diferentes ruidos, apenas perceptibles, Jorge adivinaba toda la maniobra del escalo.

El ladrón pasó el brazo por la abertura practicada, y poco á poco daba vuelta al cerrojo de la ventana.

Una vez abierta, la escaló.

Indudablemente iba descalzo, pues andaba sin hacer más ruido que el que hace un reptil al deslizarse por la hierba.

Iba á tientas por entre los muebles del comedor.

Debía conocer la casa y saber dónde estaban colocadas todas las cosas.

Sin tropezar con nada, llegó á la puerta del salón.

Entró. Dió la vuelta á la mesa del centro y avanzó en derechura hasta el despacho en que Jorge se hallaba oculto.

Sabía adonde iba.

Indudablemente era un ladrón experto.

Kerlor oía todos los pasos del hombre; puede decirse que seguía su pista.

Por fin, oía su respiración anhelosa.

El ladrón se detuvo un instante detrás del portier y recobró aliento.

Encendió un fósforo y lo apagó en el acto.

Fué un relámpago. El tiempo indispensable para orientarse.

Lo que había visto pareció tranquilizarle.

Sacó de debajo de la blusa un berbiquí para taladrar metales y una botellita de aceite.

Se arrodilló delante del arca de hierro, é impasible, como si se hubiese encontrado en una cerrajería, empezó á operar con el berbiquí.

Este hacía un pequeño ruido sordo, atenuado por el aceite que el ladrón ponía de vez en cuando con una pluma.

En pocos minutos practicó en la puerta del arca cuatro agujeros que formaban un cuadrilátero.

Luego sacó de su faltriquera una sierra pequeñísima de acero de superior calidad.

Ya no se trataba más que de unir por cuatro líneas los cuatro ángulos del cuadrilátero.

Operación breve.

La sierra mordía el hierro con asombrosa facilidad, como si el arca hubiese sido de madera.

El hombre seguía poniendo aceite, para que todo anduviese con suavidad.

¡Crac! ¡Ya estaba!

Como antes con el cristal de la ventana, acababa de cortar en cuadro un trozo de la puerta del arca de hierro.

Por el boquete abierto podía pasar fácilmente el brazo.

El ladrón, satisfecho de ver que el ventanillo coincidía con el estante del oro y los billetes de banco, se sonrió.

Metió la mano por el agujero y cogió á ciegas un puñado de rollos y billetes.

Pero al ir á sacarlo, dió un grito que no pudo terminar.

Una mano vigorosa le había cogido por el cuello y le estrangulaba.

Procuró desprenderse; pero, en un segundo, se sintió agarrotado por un hombre, que le rompía los huesos y le cortaba la respiración.

Al mismo tiempo sentía sobre la sien el frío de la pequeña circunferencia que forma el cañón de un revólver.

–Si das un solo grito, un solo gemido, mueres en el acto, le dijo una voz.

–Éste se burla, pensó el ladrón; me está estrangulando y me dice que me calle.

Quedóse inmóvil, y como su vencedor, que reflexionaba sin duda, tampoco se movía, el ladrón siguió pensando:

«¡Me he dejado coger! De esta vuelvo á pescar cinco años de presidio. ¡Y pude yo creer en palabras de criados!.. Pero es de cobardes atacar con un revólver á un hombre desarmado... ¡Uf, me ahogo!»

Pero no hizo el menor movimiento. Comprendía que el que le tenía sujeto no vacilaría en apretar el gatillo de su arma al menor asomo de resistencia.

Con la espantosa sangre fría y admirable lucidez que conservan los criminales empedernidos en las circunstancias más trágicas, el miserable, acorralado como una fiera, pensaba en las probabilidades de salvarse.

«Este no quiere matarme, se decía; ya lo hubiera hecho. ¿Por qué, entonces, no llama para que me cojan?»

De pronto, los dedos que le apretaban el gaznate se aflojaron; pero el revólver no se apartaba de su sien.

–No quiero matarte, canalla, le dijo la voz de su vencedor; pero quiero examinar tu innoble faz... Escúchame bien. Voy á soltarte un brazo; el otro se quedará en la caja. Á pesar de la obscuridad, no se me escapa ninguno de tus movimientos. Dame, desde luego, las armas que llevas.

–¡Armas!.. Usted se guasea... Cuando voy de *visita,* hasta el *mondadientes* me dejo en casa. De esta manera, si me echan la zarpa, no hay agravantes, y á lo sumo me endilgan cinco añitos de escuela profesional. Me sé el código de memoria.

–Después de todo, poco me importa que lleves armas; ya ves que soy más fuerte que tú, y estoy bien armado. Si tratas de sacar tu brazo, te mato como á un perro.

El ladrón siguió inmóvil... La opresión que le paralizaba cesó.

Sin desviar de él su arma, Jorge retrocedió hasta la chimenea, donde encendió un fósforo y con él las bujías de un candelabro.

El individuo no se había movido.

Su brazo derecho seguía metido en la caja de hierro, como cogido en una trampa.

Pero al ver á Jorge, abrió la boca para dar un grito.

–¡Si te mueves, eres hombre muerto!, dijo Kerlor.

El hombre ahogó en su pecho la palabra que iba á pronunciar.

Jorge le miraba con fijeza.

Examinaba aquella figura repugnante, su rostro escuálido, sus largas patillas rojas, su nariz de ave de rapiña, su frente deprimida, sus ojos traidores.

Le parecía reconocer aquellas facciones.

De pronto recordó haberlas visto en otra parte, tiempo atrás, también de noche á la pálida luz de la luna.

Era el mismo hombre á quien había visto despojar los cadáveres á orillas del mar, cerca de Penhoet... El asesino contra quien disparó su revólver y que huyó á la detonación.

El hombre también se acordaba.

Estaba lívido de terror.

Jorge seguía apuntándole el arma.

¿Por qué no había de acabar inmediatamente con aquel bandido?

Iba á hacer fuego.

De pronto bajó el brazo.

Á su vez se puso horriblemente lívido.

Una idea espantosa acababa de cruzar por su mente.

–¿Cómo te llamas?, preguntó bruscamente al hombre.

–*Caracol,* contestó con descaro el truhán, que notó la emoción singular que se había apoderado en su agresor.

–¿Cómo?

–Eusebio Petard, alias *Caracol.*

–¿Sin profesión?

–Usted dispense... Soy cuchillero, pero sin trabajo.

–¿Y te dedicas al robo?

–Hay que vivir, cuando se es padre de familia.

–¡Ah! ¿Tienes hijos?

–Un retoño y la parienta.

–¿Qué hace tu mujer?

–Tiene una profesión honrada... Es sonámbula extralúcida.

–¿Y el niño?

–No es hijo mío, es sobrino. Claudinet es hijo de nuestra difunta hermana. De poco nos sirve, porque está siempre enfermo. Es nuestra desesperación. Va á ser la deshonra de mis canas.

–¿Qué edad tiene?

–Siete años.

En aquel momento, Jorge, sin soltar el revólver que tenía en la mano derecha, dejó caer la frente sobre la mano izquierda, como sumido en una profunda meditación.

El pensamiento que en su mente había brotado momentos antes, tomaba cuerpo y crecía.

¡Una venganza!

¡Sí..., una venganza terrible!

Levantó la frente y dijo al miserable que aguardaba:

–¿De modo que eres un bandido, un tuno redomado, sin esperanzas de que en tu vida vuelvas á ser hombre de bien?

–¿Qué quiere usted que sea? ¡A menos de alguna herencia inesperada!

–¡Pues bien! Viniste aquí para robar... Voy á hacerte una proposición que te será más provechosa que el robo, suponiendo que no hubieses errado el golpe.

–A sus órdenes, caballero, con tal de que no haya que sangrar á nadie, porque la cirugía me repugna.

–No se trata de matar á nadie. Voy á entregarte un niño y una cantidad de dinero. Desaparecerás con la criatura y nunca revelarás á nadie el secreto de este pacto.

–Se trata, en una palabra, de la educación de un serafín... No veo inconveniente. La ley no se opone tampoco... Me toma usted por preceptor. ¡Corriente! ¿Querrá usted que le enseñe un buen oficio?

–El que tú quieras.

–Respetaré sus inclinaciones.

Jorge, lívido, callaba.

Caracol continuó:

–¿Y para los gastos de pupilaje y enseñanza?

Jorge sacó de la caja un fajo de billetes de Banco.

–¿Puedo sacar mi brazo, ahora que soy preceptor de su chiquitín?

–Sí..., toma. ¡Pero no olvides que quiero que el niño viva!

–Le cuidaremos... Mi mujer adora á los chiquillos. Le trataremos como si fuese nuestro propio hijo.

Caracol recogió sus herramientas y embolsó el dinero que le dió Jorge.

–¡Ven!, le dijo éste bruscamente.

El hombre le siguió.

Atravesaron el comedor y se detuvieron en la antesala.

–Espérame aquí. Te haré salir sin que nadie te vea.

Entonces, rápidamente, pero haciendo el menor ruido posible, Jorge subió al segundo piso.

Penetró con mil precauciones en el cuarto de Fanfán.

Cerró la puerta de comunicación con el de Teresa.

El niño dormía.

Kerlor lo cogió en sus brazos.

El angelito despertó entonces un poco asustado.

Pero reconociendo al que lo había cogido, se tranquilizó.

—¡Méceme, papá!, murmuró haciendo una graciosa mueca, dominado por el sueño.

Dejó caer su cabecita rubia sobre el hombro de Jorge y volvió á quedarse dormido.

Kerlor no oía ni veía nada.

Envolvió su presa en una manta y se la llevó á *Caracol.*

—¡Aquí le tienes!

—¡Muy bonito! Sea dicho sin lisonja, se parece á usted.

—¡Silencio! Sígueme.

Abrió la puerta.

Los dos hombres bajaron al jardín, y deslizándose como sombras, llegaron á la reja.

Empezaba apenas á clarear.

El bosque de Bolonia extendía en lontananza su masa obscura y siniestra.

El hombre huyó con el niño.

Jorge le vió desaparecer en las sombras de la noche.

Volvióse cautelosamente á su despacho y se puso otra vez á escribir.

Esta ocupación duró cerca de dos horas.

Cuando hubo terminado, cogió en la antesala su gabán y su sombrero y fué á llamar ligeramente á la puerta del cuarto de su madre.

La anciana abrió en seguida.

También estaba dispuesta á partir, con el sombrero puesto, envuelta en su abrigo.

Dirigió á su hijo una mirada interrogadora.

Pero la voluntad impresa en el rostro descompuesto de Jorge era tan absoluta, que no se atrevió á preguntarle nada.

—Vamos, madre.

Y tomó con ella el mismo camino que horas antes había andado con *Caracol.*

Al pasar por delante del palacio del jardinero, vió á éste que llenaba su pipa.

—Antonio, dijo Jorge, vea usted si pasa algún coche.

Precisamente pasaba uno en dirección hacia París.

El jardinero, lleno de sorpresa lo llamó.

Kerlor hizo subir en él á su madre, y antes de tomar asiento al lado de ella, entregó una carta cerrada á Antonio.

—Cuando se levante la señora, dale esta carta.

Y dirigiéndose al cochero, le gritó:

—¡A la estación de Orleans!.. ¡A escape!

El jardinero se metió en casa, persuadido de que el Sr. de Kerlor acompañaba á su madre hasta la estación.

En el momento en que cerraba la puerta, oyó una voz que le llamaba.

Era Elena que había presenciado la escena, oculta detrás de la cortina de su ventana.

—¿Para quién es esa carta, Antonio?

—Para la señora condesa.

—Súbela.

Cuando tuvo el pliego en la mano, la desdichada se sintió presa de una nueva ansiedad, secreta y profunda.

Vaciló un momento; pero rompiendo el sobre con un movimiento febril, leyó rápidamente el escrito.

He aquí lo que contenía:

«Señora: He buscado una venganza que los alcance á los tres, á usted, á su hijo y á su amante.

»Dios me la envió.

»Les hiero en su propio crimen.

»Cuando lea usted estas líneas, su hijo habrá desaparecido.

»Ha muerto para usted y para su padre.

»Sin embargo, vive.

»Matarlo hubiera sido un castigo incompleto.

»Encontré algo mejor.

»Le entregué á un hombre que en adelante será su padre.

»Ese hombre es un ladrón, un asesino, la escoria de la sociedad, la hez del crimen... Criará á Fanfán á imagen suya.

»Es inútil que usted lo busque. No lo encontrará por ahora. Más tarde lo conseguirá sin duda, si escudriña las cárceles y los presidios ó si llega hasta el pie del cadalso.

»Adiós. No volverá usted á verme jamás. — JORGE DE KERLOR.»

Apenas hubo leído Elena esta carta, dió un grito espantoso y corrió al cuarto de Fanfán.

Teresa entraba en él.

La camita estaba vacía.

—¿Dónde está mi hijo?, gritó como una loca.

—¡Cómo!, exclamó la muchacha palideciendo. ¡Creí que estaba con la señora!

Elena quiso hablar, pero las palabras se detuvieron en su garganta.

Agitó los brazos en el vacío y cayó de espaldas al suelo como una masa inerte.

SEGUNDA PARTE

Ceferina, Caracol y Compañía

I

LA LECHERÍA

En lo alto del *faubourg* Saint-Denis, pasado el *boulevard* Magenta, hay una lechería frecuentada por una clientela especial.

Basta ver al amo para comprender el estado próspero del establecimiento.

Es un mocetón ancho de espaldas, mofletudo y barrigudo, con los dedos cubiertos de sortijas enormes, vistiendo casi siempre un chaleco de Bayona, sobre el cual danzan una gruesa cadena de reloj y una porción de colgajos.

Esta lechería es el punto de reunión de las «damas excarceladas de San Lázaro.»

Allí acuden tan pronto como se les abre la puerta de la cárcel de mujeres, á las ocho de la mañana, para juntarse con los que las esperan..., cuando las esperan.

Allí las que quieren *trabajar,* en el sentido particular de la palabra, pueden encontrar un amo que les proporcione faena inmediatamente.

Allí, en fin, acuden todas á satisfacer un deseo irresistible, el de tomar café con leche, costumbre de que se han visto privadas durante todo el tiempo de su reclusión.

Desde las cinco de la mañana en verano y desde las seis en invierno, todas las mesas de la lechería están ocupadas.

Las dos camareras y el amo van y vienen de un cliente á otro, sirviendo con cuidado y actividad.

Desde el amanecer hasta poco antes de las ocho, la clientela se compone principalmente de trabajadores, costurerillas, vendedoras y empleados de comercio ó tenderos del barrio: clientela honrada y fiel que constituye la base sólida del establecimiento.

Entonces allí se habla poco. Todo el mundo lleva prisa. Toman su desayuno, pagan y se van.

Caen pocas propinas para las camareras, que no prodigan, en cambio, sus sonrisas.

Después de las ocho, la cosa cambia con la invasión de las «damas de San Lázaro.»

Sus amigos hace ya un rato que las aguardan, absorbiendo alcohol para prepararse á soportar emociones.

Y cuando han vuelto á juntarse ellos y ellas, continúan bebiendo para consolarse.

En tal consorcio les sorprende la hora de almorzar, y por no molestarse yendo á otra parte, almuerzan allí.

El almuerzo no es tal vez muy delicado, pero la abundancia de vino suple á la buena calidad de las viandas.

Además, la comilona suele ser el preludio de nuevas asociaciones, la ocasión de desarrollar planes concebidos en la soledad y el silencio de la cárcel ó del tugurio.

Allí se forman entonces esos casamientos morganáticos, para los cuales la discusión del contrato es casi tan complicada como la de los capítulos matrimoniales autorizados por el notario. El novio aporta su buena cara y el apoyo de sus puños; la novia, sus encantos y las rentas que este capital puede y debe producir.

Precisamente en aquella lechería se había preparado, combinado y estipulado el matrimonio de Eusebio Petard, conocido exclusivamente por el apodo de *Caracol,* con Prudencia Ceferina Fillon.

Recién salido de la cárcel de la Santé, *Caracol* andaba errante por las calles de París buscando faena, cuando fué á parar delante de la lechería del *faubourg* Saint-Denis. Acercóse á un grupo que leía una lista de empleos vacantes, y le sustrajo diestramente el portamonedas á un mirón. Vació el dinero en su faltriquera y echó el portamonedas á la cloaca. Después de esta operación entró en el establecimiento y pidió un café con leche. En su misma mesa tomaba también igual desayuno una mujer muy alta, muy flaca y muy fea.

Pocos minutos después entablaron conversación.

Caracol había notado que su vecina llevaba dos hermosas sortijas de oro, pendientes y reloj colgado al cuello por medio de una larga cadena también de oro.

—Debe ser persona decente, pensó él. Quizá venga á pedir noticias acerca de alguna pupila suya, encerrada por el momento en San Lázaro. Me conviene trabar conocimiento con ella.

Y con prudencia exploró el terreno, haciendo recaer la conversación sobre la cárcel de mujeres, compadeciendo á las presas.

—Tiene usted razón, caballero, replicó la vecina; es una indignidad. Porque cuando á uno le condenan por robo ó por otra cosa, no hay nada que decir; se sufre la condena y se acabó. Pero tratándose de mujeres, ni siquiera hace falta que las condene ningún tribunal. Basta un capricho de cualquier agente de policía, para que una sea encarcelada sin motivo alguno.

—Porque les da la gana.

Uno y otra se entendieron pronto sobre este terreno, y de las consideraciones generales pasaron pronto á las personales, acabando por contarse mutuamente su historia.

Hay que advertir que al café con leche siguió un ligero almuerzo ofrecido por *Caracol* y compuesto de cuatro huevos al plato, dos arroces con leche, un lenguado y tres litros de vino.

Sería largo y superfluo reproducir en todos sus detalles y tal como se la refirió á *Caracol* la existencia de Prudencia Fillon, que después de haberse criado en una granja de la Beauce, fué sucesivamente pastora, criada, mujer callejera, camarera de cervecería, sin haber conocido infancia ni mocedad.

Pero ya próxima á la edad madura, le había sucedido, cinco ó seis años atrás, un accidente que conviene anotar.

¡Había estado enamorada!

Sí, realmente enamorada de un soldado, que iba á verla con regularidad á la cervecería mal afamada en que ella servía.

Y lo sacrificó todo á aquel amor. Abandonó su puesto y trató de buscar una ocupación más ó menos honrada que la hiciese digna de su amante.

Llegó á servir en la cantina en que él comía.

Pero apenas hubo empezado aquel honrado trabajo, cuando quedó embarazada.

A consecuencia de esto fué despedida.

Cuando su soldado recibió la absoluta y se marchó á su tierra, Prudencia no quiso tomar otro amante, salió de su cuidado en el hospicio de la Bourbe, reconociendo á su hijo, pero declarando que lo abandonaba porque su miseria no le permitía criarlo.

Deseó que le pusieran por nombre el de su amante, que se llamaba Claudio.

El niño fué registrado y depositado en el hospicio, donde la madre podía reclamarlo el día que quisiese.

Entonces se operó en aquella mujer un inmenso y prodigioso cambio.

Desde su salida del hospicio, sólo vivió para aquella criatura, á quien no había de conocer sino con la condición de merecerlo.

Tenía que conquistarlo, y estaba resuelta á llevar á cabo aquella conquista.

En su alma encenagada en el vicio, el amor había arrojado un rayo de luz y la maternidad echado raíces.

Prudencia buscó trabajo y lo encontró.

Hizo una porción de oficios, de esos que no necesitan aprendizaje.

Pero apenas ganaba para comer.

¿Cómo conseguir, pues, su objeto?

Además, la holgazanería había llegado á ser en ella una segunda naturaleza.

No le fué posible trabajar asiduamente en ningún taller.

Tuvo momentos de amargo dolor.

¿Y remordimientos?.. Pensó espantada en la innoble existencia que había llevado hasta entonces y que ahora la privaba de las caricias y de los besos de su hijo.

Un día se le ocurrió una idea genial.

Se decidió á ser sonámbula extralúcida y cartomántica.

Instalóse en una de las calles paralelas á la Glaciere, donde hormiguea una población numerosa y favorable á la profesión de adivina.

Desde sus ventanas, la Fillon divisaba el manicomio de Santa Ana; un poco á la izquierda, la Bourbe, donde su hijo había venido al mundo; al fondo del horizonte, el hospicio de niños, y detrás, la cárcel de la Santé.

Colocada en el centro de aquel cuadrilátero, ¿cómo no había de haber numerosos infelices que fuesen á preguntar á su ciencia ó á sus cartas hacia qué lado del horizonte era preferible dirigir sus pasos?

La mujer prosperó en su nueva profesión.

Pero de resultas de algunas visitas de la policía, la clientela, temerosa de comprometerse, empezó á volverle la espalda.

Por esto, á los tres años, la sonámbula abandonó el barrio de la Glaciere.

A lo mejor había desaparecido, después de vender la mayor parte del mobiliario que la prosperidad de sus comienzos le había permitido comprar.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

PLAZA «ESPAÑA»

El día 22 del pasado abril fué uno de los más felices para los españoles que habitan la hermosa capital de la República Argentina.

La manifestación de confraternidad hispano-argentina comenzada tan espontáneamente en la condal ciudad catalana, con los agasajos tan oportunos como justamente tributados á los marinos de la fragata *Sarmiento* y continuados en la capital española, repercutió rápidamente en los altos poderes del Estado y en todo el pueblo argentino; y como por encanto de amores sinceros desaparecieron del himno nacional cuantas frases y conceptos pudieran directa é indirectamente zaherir los sentimientos patrióticos del medio millón de españolos diseminados por esta hospitalaria república. Pero como «nobleza obliga,» no se contentaron los argentinos con la supresión de las estrofas aludidas, sino que el señor Intendente Municipal, el Lord Mayor de la populosa ciudad de Buenos Aires, quiso hacer algo más tangible, superior, imperecedero; cosa que no se borrara jamás de la memoria del pueblo español; y al obsequio dignamente regio destinado á la reina regente y de cuya ejecución está encargado nuestro eximio escultor D. Mariano Benlliure, unió el de dar el nombre de «España» á una de las mayores y más hermosas plazas del municipio.

La idea y el hecho tuvo tanta aceptación y buena acogida en todos los ámbitos de la República Argentina, que hoy rara es la capital de provincia y población importante que no haya dado el nombre de «España» á una de sus plazas, avenidas ó calles. La municipalidad de «La Plata» ha ido un poco más lejos, acordando erigir en el centro de la que tal nombre lleva en aquella ciudad un monumento dedicado á nuestro incomparable é inmortal tribuno D. Emilio Castelar, obra para la cual ya están votados *doce mil* pesos.

El acto de la colocación de las placas en la plaza «España» de la ciudad de Buenos Aires revistió una pompa y grandiosidad imponentes. Horas antes de la ceremonia difícilmente se podía dar un paso por las avenidas que daban acceso á la plaza, y fué trabajo de titanes el poder llegar comisiones y periodistas al palco oficial. Concurrieron todas las bandas, orquestillas, coros y orfeones españoles y multitud de sociedades de diferentes géneros con sus banderas y estandartes y trajes característicos. A la hora fijada llegó la comisión oficial, compuesta del señor Intendente Municipal y Secretario, el Excmo. señor Ministro plenipotenciario D. Julio Arellano y Arózpide, personal de la Legación y Consulado, completando el acompañamiento comisiones de las sociedades y círculos españoles radicados en la capital federal.

Dió principio al acto el Sr. Bullrich leyendo un entusiasta y elogioso discurso, interrumpido á cada párrafo por nutridos aplausos, terminando su peroración con un abrazo al Ministro de España, abrazo que le fué devuelto al finalizar el Sr. Arellano su discurso de gracias.

Después el Sr. Williams leyó una sentidísima carta felicitación dedicada al Intendente por el anciano doctor D. Vicente Fidel López, persona queridísima de la colonia española por su constante trabajo en procurar esa fraternidad que estamos celebrando.

Al terminar la lectura se cambiaron entusiastas vivas.

Acto continuo se colocaron las dos placas. El señor Intendente colocó la que llevaba los colores de la bandera española y el señor Ministro la que los tenía de la argentina, mientras cuatro bandas militares tocaban la marcha real española y los orfeones y orquestillas españoles hacían lo propio con el himno argentino, y se disparaban dos mil bombas de estruendo, quedando empavesada toda la plaza.

Momento solemne, grande, emocionante: completaban el cuadro los *cincuenta mil* espectadores dando continuados vivas á las dos naciones.

No hay duda que tales demostraciones de afecto quedarán perennes en los corazones de argentinos y españoles que tuvieron la dicha de presenciar tan imponente manifestación de simpatía que á tan hermosos actos ha dado lugar y seguirán dándose continuamente.

Entretanto quiera el cielo que siempre brille refulgente el sol de la fortaleza y lealtad entre las dos naciones que ya más que madre é hija deben ser sinceras y amantísimas hermanas.

Y ahora permítaseme presentar en breves párrafos á los personajes que honran hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

SR. D. ADOLFO J. BULLRICH,
Intendente Municipal de Buenos Aires
(de fotografía de Choofs y Broock)

EXCMO. SR. D. JULIO DE ARELLANO Y ARÓZPIDE,
Ministro plenipotenciario de España en la República Argentina
(de fotografía de A. S. Witcomb)



SR. D. JORGE WILLIAMS,
Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires
(de fotografía de Freitas y Castillo)



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – INAUGURACIÓN DE LA PLAZA «ESPAÑA.» COROS Y ORFEONES EN EL MOMENTO DE COLOCAR LAS PLACAS

Poco más de año y medio hace que D. Adolfo Bullrich desempeña la Intendencia Municipal de Buenos Aires, sin haber figurado antes ni en la política ni en otros puestos públicos de importancia; y sin embargo, su nombramiento no pudo ser más acertado para dirigir y velar por los intereses del municipio. Su labor, su constancia, su firmeza y su amor á lo grande, suntuoso y bello, han dado por resultado una rápida transformación de Buenos Aires, embelleciéndola, adornándola, higienizándola, considerando que para lo último hay que empezar por la vivienda de los pobres. A ello concurre con todas sus fuerzas y valer, y aunque oye graves censuras de los propietarios egoístas explotadores de la miseria, él continúa imperturbable cerrando y derruyendo *conventillos* y viviendas que no estén en buenas condiciones para la vida del pobre obrero. Otra de sus constantes preocupaciones son los afirmados, y en esto como en todo va cumpliendo con seguridad el plan y programa que se trazó al entrar en la Intendencia.

Sus concepciones se van realizando con base segura porque conoce á fondo las necesidades del municipio y comprende que es preciso mucha constancia y firmeza para poder llevar á todos los extremos de tan extenso territorio lo útil con lo hermoso, los arbolados y la luz, las obras de salubridad y las aguas.

Enamorado de su popularidad, hace que todas sus ideas revistan cierta grandeza hasta en los detalles menores, lo que le hace el hombre del día. Su rectitud y firmeza, al par que afectuoso trato, le han conquistado el respeto y la estimación de todos sus administrados.

Hoy día es un modelo la municipalidad de la capital en la sección administrativa, pues los empleados cumplen con sus obligaciones, atendiéndose al público con la amabilidad debida al respeto de todo el mundo, estando siempre el trabajo en general al día, dando para ello él el ejemplo, pues generalmente es el que se retira más tarde y llega de los primeros.

Ha visitado las principales ciudades de Europa, y actualmente está preparando un largo viaje al viejo mundo. Espera poder permanecer largo tiempo en España, la que desea conocer detenidamente. De seguro será tan apreciado allí como lo es aquí por propios y extraños.

El que conoció al Sr. D. Jorge Williams, actual Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires, cuando estudiaba el cuarto año de Ingeniería, poco podría pensar la transformación que iban á sufrir sus aptitudes, pasando de estudiante á la administración del ferrocarril del Oeste por espacio de quince años consecutivos con el cargo de secretario general. Sus especialísimas aptitudes fueron reconocidas y pronto le vemos en la Intendencia acompañando las administraciones de los Intendentes Sres. Seeber, Bollini, Cané y Pinedo. Después de terminado el período del Sr. Pinedo, quiso el Sr. Williams rebelarse contra su destino, y dimitiendo la secretaría de la Intendencia, dedicóse al comercio; pero antes de los cuatro años los ruegos volviéronle al punto de partida para acompañar al Sr. Bullrich. Muchos creerán que durante el tiempo dedicado al comercio descansó de los cargos públicos; pero quien tal creyera se engañaría por completo, porque durante aquel tiempo fué Comisario General del segundo censo en 1895, miembro de la Dirección de Ferrocarriles Nacionales, vocal del Consejo Escolar del 7.º distito, juez de paz de la sección 16 y secretario general de la Exposición Nacional, de la que se ocupó á su debido tiempo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Modelo de las placas colocadas



Medalla conmemorativa de la inauguración de la plaza «España»

Su labor es inmensa. Su inteligencia clarísima. Posee un talento brillante y un espíritu cultísimo. Es de carácter franco y abierto y accesible á todo el mundo, atendiendo á todos con la misma cortesanía y cariñosa afabilidad que tanto le distingue y que tan estimado le hace de subalternos y superiores.

Entre los mejores timbres de gloria conquistados por el actual Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires don Jorge N. Williams, figura el de ser uno de los iniciadores, secretario *ad honorem* y en una palabra la verdadera alma del Patronato de la Infancia, institución benéfica modelo en su clase.

El Excmo. Sr. D. Julio Arellano y Arózpide, el ministro que ha tenido la gloria y la fortuna de unir en abrazo efusivo los dos pueblos, el que ha puesto el sello á la íntima confraternidad hispano-argentina, es hijo de la industrial Bilbao y fué secretario de D. Emilio Castelar mientras éste ocupó la presidencia de la República.

Ingresado en la carrera diplomática, desempeñó la primera secretaría de la Embajada en París, siendo ministro el duque de Fernán Núñez. Pasó luego á Roma, donde permaneció algunos años. Fué ministro en la República del Uruguay, Guatemala, Ecuador, Perú y actualmente en la Argentina.

Como el mismo Sr. Arellano dice, parece que la suerte ó fortuna le acompaña, pues cuando en el Perú estuvo de representante de España lo fué también del gobierno italiano, evitando con su tacto una ruptura de hostilidades entre ambas naciones. En Centro América su mediación privó la realización de muchos hechos sangrientos, concluyendo por imponer la paz entre los combatientes. En Montevideo fundó el Hospital Español. En Buenos Aires está todavía latente el entusiasmo entre ambas familias hispano-argentinas. La supresión de las estrofas del himno casi se une con el tratado de propiedad literaria, esperándose mucho y bueno de su acción cerca del gobierno argentino.

Posee la Gran Cruz de Carlos III, la de igual clase de Isabel la Católica, Caballero Gran Cruz de la Corona de Italia, gran oficial de la Legión de Honor, Comendador de Villaviciosa y otras.

Buenos Aires. Mayo 1900. JUSTO SOLSONA.



En la parada, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 9 de julio de 1900 — Núm. 967

Regalo á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal Ilustrada



Ribera del Llobregat, cuadro de Segundo Matilla



Una paella en la huerta, cuadro de Luis Beut

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE ARTE

Con motivo de los premios otorgados en la Exposición á los envíos españoles, se habla mucho de arte estos días, y se discute el valor, significación y alcance de esas medallas de honor que reparte Francia entre las naciones.

En España, como no está muy difundida la cultura artística, y se juzga, en general, por lo que se oye antes que por un criterio independiente, las medallas tienen más resonancia que las obras. Debería ser lo contrario. Una obra tiene significación positiva y representa una personalidad. Pero la medalla es el juicio *hecho*, el juicio que no es necesario fundar en la reflexión y el conocimiento, que se acepta con la aquiescencia involuntaria que prestamos á la autoridad, venga de donde venga y por el solo hecho de serlo.

* * *

Entre los premiados ahora en París se cuenta un individuo de una de esas familias de bendición como á veces aparecen en la historia del arte: un Benlliure. Sería curioso averiguar por qué fenómeno fisiológico brota en una estirpe la vena artística, ya en una misma generación, ya en varias sucesivamente. El hecho es constante, y de él dan testimonio, por no hablar sino de nuestros días, las familias de D. Vicente López, el insigne retratista; de D. José Madrazo, en tan larga dinastía perpetuada; de D. José Balaca, padre de dos pintores estimables; de los Bellver, escultores; de los Camurón, de los Ferrant, Jiménez Aranda, Masriera..., y tantos y tantos que podrían añadirse á la lista. Una advertencia conviene hacer, y es: que siempre se perjudican algo unos á otros los dinastas. Por lo pronto, á no mediar una superioridad extraordinaria y sin discusión reconocida (el caso de D. Vicente López), fácilmente se produce la confusión: la gloria se distribuye y atenúa, y se diría que toca á menos á cada cual, que el público la tasa más avaramente. Como la gran fecundidad, antaño tenida por cualidad gloriosa, ha venido á ser una especie de falta ó de abuso en el artista, éste no gana nada con que el vulgo mal enterado le atribuya las obras de sus hermanos, padres ó hijos, máxime si son flojas. Que sean los Benlliures dedicados al arte prueba que hay en esa raza una veta de oro; y al mismo tiempo, es causa de que cuanto hace un Benlliure resulta multiplicado por cuatro, para los profanos, que son la mayoría.

* * *

¡Y qué diablo! Todos somos algo profanos en la materia. Yo conocía y admiraba trabajos de tres Benlliures, José, Juan Antonio y Mariano; pero del otro artista de la familia, Blas Benlliure, tengo la primer noticia hoy. Y si esto me sucede á mí, que soy algo aficionada y vivo en Madrid y he estado en Roma en el estudio de Benlliure, ¿qué será á los diez y seis millones y novecientos noventa y nueve mil españoles restantes?

No se trata ahora de aquilatar el mérito absoluto de estos artistas, vivos, jóvenes aún, y para quienes tardará en venir la posteridad, con sus fallos decisivos, imparciales é irrevocables. Acabo de leer dos artículos: uno en *El Heraldo*, supongo que de Saint Aubin, donde se hace su apología; otro en *El Nacional*, del Sr. Pedre, donde pone al escultor como digan dueñas. Situémonos á igual distancia de todo apasionamiento, y confesemos que las esculturas de Mariano Benlliure son acaso las que con mayor unanimidad se aprecian hoy en España. No recuerdo si aquí mismo he manifestado la impresión que me produjo su *Sepulcro de Gayarre*. Fué gratísima. Ya sé que aquella es escultura *nerviosa*, no *muscular*. Pero ¿por qué hemos de desdeñarla?

Aquella creación delicada y feliz actuaba sobre los nervios y la fantasía. *No era escultura*, dicen los severos. No importa. Alguna vez nos cansaríamos de lo macizo, de lo clásico. El *neurosismo* del arte actual penetra, no sólo en la literatura, la música y la pintura, sino en el taller del escultor, del cual parece que debieran alejarlo las tradiciones. La escultura, cuando se deja dominar por los nervios, es arte de decadencia, pero gana en expresión lo que pierde en solidez. Por este camino ha ido mil veces la escultura; no es de hoy el afán de ensanchar sus horizontes venciendo el obstáculo de la materia, de la gravedad, que sufre la escultura más que ningún otro arte. Lucca y Andrea della Robbia, sin ir más lejos, eran nerviosos, expresivos, en medio de su exquisita elegancia de florentinos del *cuattrocento*. Expresivos han sido nuestros escultores en madera, sin exceptuar al mismo Alonso Cano, de tan clásico estilo. Acaso el mármol se opone á esta reivindicación de libertad; acaso la cera, el barro, la madera, dan más vado al capricho y á la novedad fantástica. El mármol y el bronce exigen la majestad y pureza de la línea en primer término. Figuraos un relieve de Susillo en barro y en mármol, y os daréis cuenta de esta diferencia. ¿Cuándo rehabilitarán la escultura en madera? ¿Cuándo se vuelve á encarnar y estofar, como en los siglos XV, XVI y XVII? ¿Cuándo se reconocen los derechos de la policromía, no desdeñada por los mismos griegos?

* * *

Volviendo á la familia de Benlliure, encuentro en ella una de las leyendas más frecuentes en las biografías de artistas y escritores: la de la precocidad. José Benlliure, el pintor, expuso cuadros á los doce ó trece años, y nada menos que cuadros históricos y de asunto tan serio como *El cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías*. A la misma edad, el *bambino* se trasladó á Madrid y se dedicó en el Museo á copiar á Velázquez. Esto ocurría el año 1872, reinando el caballeresco D. Amadeo de Saboya. Llegó á sus oídos el caso notable del rapazuelo artista, y el monarca facilitó recursos al muchacho y le encargó un retrato del príncipe de Asturias. A los diez y nueve años, Benlliure ganaba un premio en Exposición. – Pero tanta precocidad se queda chiquita al lado de la de su hermano Mariano, que á los nueve años modelaba en cera un grupo, y á los once la estatua ecuestre del rey Alfonso. No sé si el retratista, Juan Antonio, habrá sacado, á los cinco años de edad, el parecido.

Estos niños, aunque precoces, no han vivido poco: su existencia es hermosa, rica en producción. Tengo yo la fortuna de no ser en arte nada intransigente; me gusta lo fuerte y majestuoso, pero también lo fino, delicado y bonito. Cuando oigo decir que Mariano Benlliure y el malogrado Susillo no poseen más que gran habilidad y destreza, un *faire* sorprendente, y que les falta la amplitud y energía de un Rodin y la solidez y realismo de un Carpeaux, no discuto. Acaso lleven razón los que así juzgan, dentro de una técnica rigurosa y estrecha; pero cuando he visto aquel sepulcro de Gayarre, tan inmaterial, tan gracioso, tan aéreo, he experimentado un goce, que no por ser distinto del que me produce el grupo de la *Danza*, en la *Grande Opera*, deja de ser legítimo y verdadero.

¿En qué consisten las decadencias? ¿Cómo se miden? Ardua empresa sería marcar sus límites justos. Escultor de decadencia es el Bernino; y no conozco obra helénica que me atraiga y subyugue más que su *Santa Teresa en éxtasis*. No me asusta la palabra *decadencia*. Sé que con ella es fácil condenar las tres cuartas partes de la producción artística. Y cuenta que si en algún ramo del arte se ha llegado á la perfección en una época dada, y cabría el exclusivismo para aproximarse á aquel ideal, es en la escultura. Mas ni la escultura ni ningún ramo del arte pueden permanecer fijos en un momento de su historia. A principios del siglo la pintura se afanó por parecerse á la estatuaria; hoy la estatuaria se afana en romper sus líneas asemejándose á la pintura.

* * *

Hay momentos en que la Naturaleza atrae más que el Arte. Fiesta de la Naturaleza, del solsticio de verano, es la que se celebra en estos días de San Juan y San Pedro. En las poblaciones, verbenas, con sus farolillos, sus puestos de golosinas, de avellanas, torrados y almendras; sus buñolerías, sus horchatas y refrescos, su típica mezcla de gente *smart* y gente del bronce, de damas que por un instante gustan de mezclarse con el pueblo, y de airosas chulas con sus mantones de Manila ricamente bordados; y en el campo, hogueras ó, como en mi país se dice, *lumeiradas*, alrededor de las cuales bailan en círculo mozos y mozas, en las cuales la rama del pino exhala su resinoso efluvio y chisporrotea lanzando á lo lejos las partículas encendidas que, según la creencia popular, son espíritus que desde el fuego se lanzan al infinito espacio...

¿Por qué se festeja tanto, en todas partes, entre los Juanes al Bautista? No encuentro explicación satisfactoria. No es que no lo merezca; todos los santos merecen todo; pero vamos, que no son costal de paja el Evangelista, el Crisóstomo, el de Dios, el de Mata, el Clímaco, el Damasceno, el de Ribera, el de Sahagún, el de Regis, el Nepomuceno, el Silenciario, el Limosnero y el Taumaturgo. Acabo de leer un artículo de Sánchez Pérez, por cierto muy ingenioso, donde se entretiene en contar los San Juanes del Santoral, para venir á sacar en limpio que, de los se senta y un Juanes y Juanas puestos por la Iglesia en los altares, no hay más que uno á quien se recuerda, festeja y solemniza; y es la noble víctima de Herodías, el severo censor de Herodes, el primo de Cristo, que saltó de gozo en el vientre de su madre Isabel cuando se acercó á abrazarla la Virgen encinta del Mesías.

La misma Iglesia, no contenta con celebrar su Natividad, dedica una fiesta á su Degollación; conmemora aquel episodio, que tanto ha inspirado al arte, de la danza premiada con una sangrienta cabeza en una fuente. Desde Botticelli hasta Puvis de Chavannes, el asunto ha tentado á los artistas. Pintores y escultores se han apoderado de la tragedia del castillo de Maqueronte, y algunos cuadros de la escuela española, atribuídos á Murillo, lo presentan en todo su horror: la cabeza lívida sobre la fuente, entre coagulada sangre, y al lado la espada que la segó de los hombros.

* * *

Cierto es que la historia de San Juan Bautista debió de causar terror y enojo en sus contemporáneos. Era San Juan, si así puede decirse, una especie de tribuno, á cuyos acentos prestaba resonancia el estado de Judea, perdida su independencia, sometida al yugo extranjero y sumida en el envilecimiento y en la corrupción. Aunque la idea y definición de la patria sea moderna, el sentimiento es antiguo; y los judíos, al escuchar al Bautista, debieron experimentar el bochorno de su condición humillante. El Precursor era popular. Aunque clamaba en el desierto, á escucharle acudían millares de hombres. El aspecto de su cuerpo tostado y desecado por el sol y el ayuno – su alimento eran langostas y miel silvestre, – de sus pupilas de fuego, de su cabellera y barba incultas, esparcidas como una aureola alrededor de las expresivas facciones; la piel de camello que ceñía sus lomos, su única vestidura; la severidad y energía viril de sus acentos, todo era parte á conmover y persuadir á aquel pueblo habituado á los videntes y que reconocía en el hijo del sacerdote Zacarías al último profeta de Israel. Tal fe inspiraban sus predicaciones, que después de que Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, le hubo encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte, la multitud se precipitaba á oir su voz al través de la reja de la cárcel. Y Juan, cargado de cadenas, seguía predicando; porque el tirano había encadenado sus miembros, pero no su espíritu y su voz. Esa fué la causa de su muerte. Herodías sólo le pedía silencio: al ver que no callaba, aspiró á degollarle, y se cuenta que, cuando al fin tuvo en su poder la lívida cabeza, con la aguja de su pelo atravesó la lengua, como Fulvia la de Cicerón.

Emilia Pardo Bazán.

UNA EXCURSIÓN

Á LA COSTA ORIENTAL DE AFRICA

DE SUEZ Á SUAKIM

En el mes de diciembre de 1897 salí de Suez, embarcado en un *sambuc* (1), deseoso de visitar la costa y el litoral de aquella parte de Africa, tan poco co-



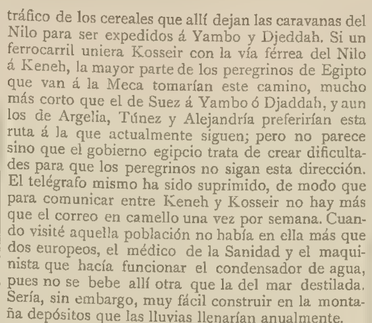
El distinguido explorador español
D. VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN

nocida todavía, en donde se encuentran multitud de puertos naturales, muchos de ellos no indicados en los mapas, que sirven de refugio á los *sambucs* contrabandistas, y adonde van á parar los caminos que conducen á Dongola, Chendy y Jartum.

La costa egipcia del mar Rojo ofrece un aspecto triste y desolado; sus montañas son áridas y monótonas en sus formas y abrasadas por un sol ardiente. El mar es de un azul intenso y junto á la costa presenta una franja verde esmeralda que indica el sitio en donde están los arrecifes. Al otro lado de esta barrera de corales que á veces tiene varias millas de anchura, distínguense grandes grupos de algas y algunos raros arbustos de un color verde obscuro, y detrás de éstos una llanura árida que se extiende hasta el pie de las montañas, cuyas rocas, al reflejar los rayos solares, toman en algunos puntos un tono rojo al que sin duda se debe el nombre de aquel mar. A lo largo de este cinturón de arrecifes hay varios islotes, de los que unos sobresalen algunos metros y otros están á flor de agua.

Hasta Coceir aquella costa no ofrece interés alguno, pero á medida que se avanza hacia el Sur va cambiando de aspecto y se presenta más interesante: las montañas son más altas y más accidentadas, sus cimas aparecen más recortadas, sus picos se elevan atrevidamente y la vegetación es más abundante.

Coceir ó Kosseir, adonde llegué cuatro días después de haber salido de Suez, es un pequeño puerto con 1.500 habitantes, cuyo comercio se reduce al



tráfico de los cereales que allí dejan las caravanas del Nilo para ser expedidos á Yambo y Djeddah. Si un ferrocarril uniera Kosseir con la vía férrea del Nilo á Keneh, la mayor parte de los peregrinos de Egipto que van á la Meca tomarían este camino, mucho más corto que el de Suez á Yambo ó Djaddah, y aun los de Argelia, Túnez y Alejandría preferirían esta ruta á la que actualmente siguen; pero no parece sino que el gobierno egipcio trata de crear dificultades para que los peregrinos no sigan esta dirección. El telégrafo mismo ha sido suprimido, de modo que para comunicar entre Keneh y Kosseir no hay más que el correo en camello una vez por semana. Cuando visité aquella población no había en ella más que dos europeos, el médico de la Sanidad y el maquinista que hacía funcionar el condensador de agua, pues no se bebe allí otra que la del mar destilada. Sería, sin embargo, muy fácil construir en la montaña depósitos que las lluvias llenarían anualmente.

Algunos días después llegué á Ras Benas, que forma el golfo en el fondo del cual se encuentran las ruinas de Berenice, la antigua Verouiti de los griegos. Aunque algunos sabios afirman que su puerto fué construído por Ptolomeo Filadelfo, la verdad es que allí no hay ni ha habido nunca más puerto que una pequeña ensenada natural.

Las ruinas de Berenice están situadas al borde del mar, en una duna poco elevada que domina una llanura árida, salina y arenosa. Belsoni en 1819 tuvo la fortuna de descubrir el sitio en que se alzaba el templo; en 1878 el viajero Purdy desembarazó esta construcción de una parte de la arena que lo cubría y que aún lo cubre en parte, y yo á mi vez hice otro tanto. Este templo tiene muy poco de particular y ha sido descrito por varios viajeros: uno de los grabados adjuntos lo reproduce tal como actualmente se ofrece á la vista del viajero.

De la ciudad de Berenice sólo quedan algunos montículos de ruinas, casas cuyas paredes estaban construídas con bloques de coral ó piedras madrepóricas.

Siguiendo de cerca la costa, llegué á Halaieb, distante 465 millas de Suez, puesto militar en donde hay 30 soldados negros y una especie de gobernador, encargados de vigilar los barcos contrabandistas, á las tribus *bicharris* aliadas de los mahdistas y las embarcaciones de pescadores de perlas procedentes de la costa arábiga. Estos soldados no verifican grandes presas, pues como los gendarmes de la opereta de Offenbach, llegan siempre tarde.

Halaieb, cuya vista reproduce otro de los grabados, es un conjunto de chozas de bálago que la más pequeña chispa convertiría en un momento en ruinas, como sucedió ya hace algunos años. En aquel punto dejé el *sambuc*, con gran satisfacción, y proseguí mi viaje en una pequeña barca de unas siete toneladas de cabida y otros tantos metros de longitud, medio podrida y con una vela hecha de retazos de tela cosidos. Mi tripulación se componía de tres negros, más ó menos marinos, y de un niño que desempeñaba las funciones de cocinero, aun cuando toda su ciencia culinaria se reducía á cocer el arroz con *doura* (mijo), sazonado con un poco de sal y dos cucharadas de manteca.

Aquella barca parecía destinada á zozobrar y me hizo pasar muy malos ratos; pero, en cambio, me



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Jóvenes de la tribu de los bicharris (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

permitió estudiar á mis anchas la parte del litoral que se encuentra entre Halaieb y Suakim.

A catorce millas de Halaieb se ven las ruinas de una antigua población que los indígenas denominan Suakim-el-Gadima, la vieja Suakim. La llanura que se extiende entre la playa en donde aquéllas se encuentran y las montañas, presenta, después de la estación de las lluvias, una vegetación bastante abundante y ofrece buenos pastos á las tribus de los bicharris. La ensenada que servía de puerto á aquella población está actualmente obstruída en gran parte por los bancos de coral, hasta el punto de que mi embarcación difícilmente podía navegar por entre los mismos; por su situación sobre el mar Rojo, Suakim-el Gadima debió tener un comercio marítimo considerable, lo cual supone la existencia de un puerto bastante profundo y seguro para buques de cierto tonelaje.

Una playa de 50 á 60 metros separa el mar de una pequeña serie de colinas, cuya altura varía de 12 á 15 metros, que forma una meseta ondulada que termina en suave pendiente en la llanura.

Las ruinas empiezan al borde del mar y cubren la playa, la vertiente de la colina y la meseta. La ciudad se extendía en la dirección Noroeste á Sur en una longitud de cerca de un kilómetro y una anchura de 500 metros. Lo que resta de aquellas ruinas son numerosos montículos formados por los escombros de las casas, entre los cuales se encuentran fragmentos de brazaletes de vidrio, de variados colores, muy parecidos á los que tres años antes había yo encontrado en el oasis desconocido de los geógrafos y por mí descubierto: á este oasis, situado entre el de Jargueh y el de Dakhleh, le dí el nombre



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Vista del poblado de Halaieb (de fotografía de V. Abargues de Sostén)



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Restos del templo de Berenice (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

(1) Embarcaciones de 25 á 30 toneladas, muy parecidas á las antiguas galeras, que surcan el mar Rojo, el golfo de Aden, Ceylán, etc.: su escaso calado les permite salvar fácilmente los bajos; llevan una vela triangular, y aunque andan poco, maniobran bien.

de oasis Abbas, en honor del jetife actual de Egipto, y con él figura en los mapas.

Al Noroeste de las ruinas de la ciudad se encuentra un cementerio en donde se ven numerosas tumbas, la mayor parte de ellas muy bien conservadas: tienen la forma de los dólmenes célticos que se ven en las regiones del Oeste de Francia, en algunas comarcas de Inglaterra y en varias provincias de España, sin más diferencia que la de faltar en los sepulcros de Suakim la piedra superior colocada horizontalmente, que probablemente no existió nunca.

Por el grabado que en esta página publicamos, puede verse que la tumba está formada por cuatro losas de una sola pieza, de piedra madrepórica y superficie recta, lisa y pulimentada. Estas piedras colocadas verticalmente se elevan cosa de un metro sobre el nivel del suelo; las de los lados tienen una longitud de dos metros á dos y medio y las de los extremos una anchura de un metro aproximadamente. Su grueso varía entre 12 y 15 centímetros. Para que se mantuvieran de pie se las enterraba en el suelo en una profundidad de cerca de 50 centímetros.

La parte superior está descubierta, formando de esta suerte un pequeño aljibe vacío que quizás antiguamente estaría lleno de tierra arrancada poco á poco por los huracanes.

Esas tumbas no tienen dirección fija: unas miran al Norte, otras al Oeste y otras al Sureste.

Las excavaciones en ellas practicadas han dado los resultados siguientes:

Después de haber derribado las losas y á una profundidad que varía entre un metro y un metro y medio, se encuentran osamentas, pero sin ningún vestigio de ataúd ni el menor indicio de sudario ó de ropas en que el cadáver pudiera haber estado envuelto. ¿Se enterraba á los muertos desnudos?, ¿ó es que el tiempo ha destruído completamente el sudario cuyo polvo se ha mezclado y confundido en la tierra con el polvo del cadáver? Esto último no parece probable, tanto menos cuanto que, como he dicho, el suelo y el subsuelo en donde están practicados esos sepulcros son muy secos.

En los oasis he encontrado cadáveres que databan de más de 2.000 años, y las telas con que habían sido sepultados estaban en parte bien conservadas hasta el punto de poderse reconocer la clase de tejido.

La posición de las osamentas me ha demostrado que el muerto había sido enterrado no echado de espaldas, sino sobre un costado. Lo que más me sorprendió fué la conformación de estos huesos, que parecen indicar la existencia de una raza desaparecida: el cráneo es pequeño y redondo como el de un niño de diez años; el hueso frontal, estrecho y deprimido; la órbita del ojo, muy grande y desproporcionada á la frente; las mandíbulas, muy fuertes; los dientes, finos y prolongados, y las muelas grandes y muy duras. Las vértebras lumbares son enormes, comparadas con las de un hombre de nuestros tiempos; las falanges de los pies y de las manos muy largas y delgadas, y los pies debieron tener, según mis cálculos, una longitud de 30 centímetros y aun más. Las tibias, los fémures y los húmeros son muy delgados y largos; la rótula y las articulaciones de los brazos, muy grandes y desproporcionadas al resto del cuerpo. Los omoplatos son pequeños; la distancia de un hombro á otro corta; el pecho estrecho, y por consiguiente la caja torácica no debió guardar, á causa de su escaso desarrollo, una proporción normal con el resto del cuerpo. Bien hubiera querido recoger uno de esos esqueletos ó algunos huesos como muestra, pero se convertían en polvo al contacto del aire y los dientes mismos se pulverizaban á la más pequeña presión de los dedos, por lo que hube de limitarme á practicar algunas mediciones y á fotografiar un cráneo.

No encontré indicio alguno de embalsamamiento ni ninguno de esos objetos de barro tan comunes en tumbas antiguas.

Lo mismo que las tumbas, la posición de los cadáveres no obedece á una dirección fija, sino que las cabezas unas veces miran al Norte, otras al Sur ó al Oeste, lo cual demuestra de un modo evidente que los habitantes de aquella población no profesaban el islamismo.

Ni en los sepulcros ni en parte alguna encontré inscripciones ó signos que pudieran dar algún indicio acerca de la religión profesada por aquellos habitantes ó permitiera deducir aproximadamente la época en que vivieron.

Los bicharris y los pocos árabes que conocen las ruinas de aquella ciudad las designan con el nombre de Suakim-el-Gadima y nada saben acerca de ellas. A pesar de esto, espero llegar á conocer la verdadera época de que data aquella ciudad, su verdadero nombre y la raza á que pertenecían sus habitantes, y probablemente encontraré lo que busco en el Antiguo Testamento, por la circunstancia de conocer los hebreos todas las poblaciones del litoral del mar Rojo.



Costa oriental de Africa. - Restos de antiguas tumbas en Suakim-el-Gadima (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

Al Noroeste y no lejos del cementerio se encuentran los restos de una cisterna que conserva todavía un fragmento de la bóveda que la cubría y que, á juzgar por lo que de ella queda, debió estar bien construída: las paredes son de piedras calizas cuadradas. Al Sureste hay otra cisterna; pero, según mis cálculos, las dos no podían contener agua suficiente para las necesidades de la ciudad, cuya población, teniendo en cuenta el número de montículos ó de casas en ruina y calculando seis habitantes por cada casa por término medio, debió exceder de 2.000 almas. Es, pues, de suponer que existiría algún canal que conducía á Suakim el agua de los depósitos naturales alimentados por las lluvias y que se ven al pie de la montaña Erba.

En aquellas ruinas sólo encontré dos pedazos de granito rojo deformes, cuyo primitivo empleo no pude adivinar, y una especie de pedestal de columna de pórfido sumamente deteriorado.

En Halaieb compré cinco pequeños vasos de barro cocido á un bicharri que los había encontrado excavando en aquellas ruinas; la forma de aquellos objetos no me proporcionó indicio alguno para las investigaciones que practico acerca de aquella ciudad. Sería preciso disponer de tiempo y recursos para realizar allí excavaciones importantes que podrían dar buenos resultados.

Al Suroeste de Halaieb hay una cadena de elevadas montañas, las más altas de las cuales son: Gebel-Assoterba y Gebel-el-Chellal, que tienen una elevación de 3.000 pies aproximadamente. Para llegar al pie de aquellas montañas es preciso atravesar una llanura de unas 15 millas que desde la orilla del mar se va elevando gradualmente y que, como todas las de aquella parte del litoral, se cubre de vegetación durante la estación de las lluvias, ofreciendo, desde octubre á febrero, excelentes pastos á los rebaños de los bicharris.

Subí á uno de los picos más elevados de Gebel-el-Chellal, desde donde se descubre un grandioso panorama: al Este, la llanura y el mar de un azul obscuro; al Sur y al Oeste, numerosos picos de formas extrañas y caprichosas que constituyen valles sombríos y profundos precipicios por donde corren los torrentes.

Aquellas montañas están bastante pobladas de bosque: en ellas como en las llanuras y en los valles la vegetación es robusta, alcanzando los árboles una altura de 15 á 20 pies y formando verdaderos bosques de gran extensión. Crecen también allí multitud de plantas con flores de colores variados; muchas de éstas son trepadoras y algunas producen bayas y frutos exquisitos.

No son aquellas montañas de rocas áridas y abrasadas por un sol ardiente, y por sus formas accidentadas y su color me recordaron algunos montes de Abisinia.

No describiremos geológicamente aquella región ni nos detendremos en explicar detenidamente su fauna y su flora. De esta última sólo diremos que las especies más comunes son la acacia seyal y la acacia tortilis; en cuanto á la fauna, es muy pobre y la componen principalmente la gacela, el antílope, la liebre, la zorra vulgar, la hiena cebrada, el carnero montaraz y el jabalí. Las aves son muy raras; las diversas especies que vi, apenas llegan á treinta; quizás en el interior se encuentran algunas más. Los insectos también escasean, y el entomólogo no podrá encontrar allí elementos para ricas colecciones.

Hasta el mes de marzo conservan aquellas montañas un aspecto agradable; pero muy pronto las plantas se secan y desaparecen; la llanura, las colinas y los valles se vuelven áridos, y sólo se ve el escaso follaje de las acacias y de algunos otros arbustos cuyas especies pueden resistir los calores tórridos que desde marzo á septiembre hacen penosa la existencia en aquellas regiones á los mismos bicharris.

Al Este de Gebel-el-Chellal, en un profundo desfiladero, hay un manantial que da agua potable durante todo el año. A una distancia de cinco millas al Sureste de esta fuente se encuentran algunas ruinas de escasa importancia, situadas al extremo de una pequeña llanura rodeada de colinas: entre ellas se ve un lienzo de pared que formaba el ángulo de un edificio cuadrado cuyo destino no pude explicarme y cuya superficie total es de 25 metros cuadrados. Aquella pared, cuya altura es de cuatro metros, está construída de morrillo y dos de sus caras aparecen revestidas de un mortero compuesto de cal y arena parecido al que en sus construcciones empleaban los romanos.

Algunos metros más lejos hay dos tumbas, cuyas paredes tienen tres metros unas y dos otras de largo por uno de alto: estas tumbas están vacías hasta el nivel del suelo y por su forma se parecen á las de Suakim-el-Gadima. Creo que estos sepulcros datan de la época del sultán Salah-ed-Din (567 á 589 de la Hégira, que corresponden á los años 1171 á 1193 de nuestra era).

A 65 millas al Sur de Halaieb y en el fondo de un golfo formado por el cabo Ras Roueya, se encuentra Mohamed-Gol (véase el grabado), aldea muy parecida á aquélla, al Oeste de la cual y á una distancia de 30 millas álzase la montaña Erba, cuya altura es de unos 3.500 pies. Saliendo de Mohamed-Gol y siguiendo la dirección del Norte, se llega á Bir Wadi, desde donde el camino se dirige hacia el Noroeste hasta el valle de Wadi-Gabet; el viaje desde el mar á este valle dura cuatro días. En Wadi-Gabet se encuentra agua potable dondequiera que se escarbe el suelo; en él se ven los restos de antiguas minas de oro que, en mi concepto, sólo fueron explotadas superficialmente: según mis observaciones, aquellos yacimientos auríferos no han sido agotados y creo que, empleando los modernos sistemas de extracción, todavía podrían obtenerse de su explotación grandes beneficios.

Hay en este valle varios montículos llenos de ruinas de edificios agrupados en aldeas y de molinos para triturar el mineral, muchos de ellos todavía en perfecto estado de conservación. En uno de aquellos montículos se ven grabadas en una roca cuatro grandes letras, separadas unas de otras: una *della*, una *omega*, una *thita* y una *iota*, lo cual indica que aquellas minas debieron ser explotadas en tiempo de los Ptolomeos, y quizás mucho antes, y que los obreros eran griegos.

Me aseguraron que en la dirección Suroeste de Wadi-Gabet, y á una distancia de tres días de marcha, se encuentra el Wadi-Hayet, en donde hay minas análogas á las citadas y monumentos antiguos; cosa muy probable, pues los historiadores árabes dicen, hablando de las vastas comarcas que se extienden entre Egipto, Nubia, Abisinia y el mar Rojo, que contienen minas de oro, plata, cobre, esmeralda, topacios, etc.

Para terminar el presente trabajo, diré algo acerca de la raza de los bicharris, que desde hace muchos siglos habitan aquella región.

El distinguido orientalista M. Quatremère cree reconocer en los bicharris á los descendientes de los blemiés ó pueblo de los bejas, el más antiguo de cuantos han habitado ese país y que los historiado-

res árabes presentan como pueblo nómada que vivía en el territorio comprendido entre el mar Rojo, en las orillas del Nilo, y la Nubia y las fronteras de Abisinia en la época en que aquellos historiadores escribían. El profesor Keane opina que los bejas y los



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. – La aldea de Mohammed-Gol (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

bicharris son un mismo pueblo. En cuanto á mí, creo que estos últimos formaban simplemente parte de una tribu camítica pastoril ó de un grupo de tribus que habitaban el país comprendido entre Koss, sobre el Nilo y Suakim, y á las cuales los habitantes del valle del Nilo daban el nombre de bejas. Es probable también que el nombre beja no fuese otra cosa que la palabra nubia, ó hablando más propiamente, la palabra kensi que quiere decir «pueblo de fuera» «extranjeros.»

Los habitantes del Nilo les denominaban bárbaros y los extranjeros les daban los nombres de balnemani, blemmyes y erembi.

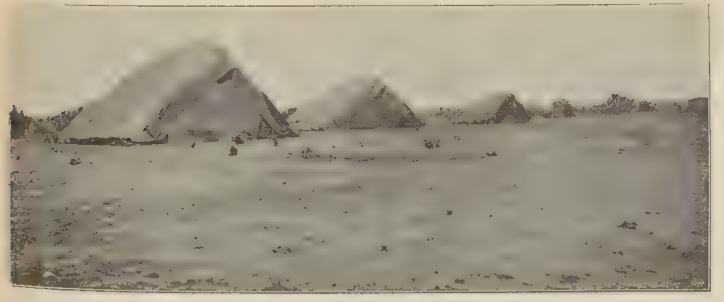
La subtribu de los bejas que se había establecido más al Norte era la de los bicharris que hablaban y hablan todavía el bicharri, lengua hermana de la abisinia. Sus costumbres se parecen mucho á las de los etíopes, y físicamente hay también gran semejanza entre unos y otros, siendo igual el color de su piel. Lo propio puede decirse de sus danzas y de la modulación de sus cantos guerreros y amorosos.

Los bicharris son en extremo perezosos y sienten verdadero horror á todo trabajo manual. Su carácter es falso; son maliciosos, vengativos y rebeldes á todo progreso y á toda civilización. Nominalmente están sometidos al gobierno egipcio; pero en realidad gozan de una independencia que nadie trata de arrebatarles: viven libres en su país obedeciendo á jefes de tribu que los gobiernan á su antojo del mismo modo que hace mil años.

Profesan la religión mahometana, pero muy adulterada; no son fanáticos como los árabes y los turcos y entre ellos se encuentran reminiscencias de creencias mitológicas y hebreas, lo mismo que en Abisinir y en otros pueblos del África Oriental y Central.

VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN.

Cairo, mayo de 1900.



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. – Una aldea bicharri (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

EL TRAJE DE LUCES

Juanillo el *Templao* soñaba con sus glorias del arte taurino por una mujer á quien tenía levantado un altar en su pecho, tan grande y tan lleno de las flores que siempre le echaba como el de la Virgen de su adorado pueblo, la renombrada imagen de la célebre copla:

Mira qué bonita era;
se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

Juanillo había nacido en Utrera y había empezado á tomar cartel de arrojado diestro en Sevilla, ¿y saben ustedes por qué?, porque allí conoció en una de esas tardes espléndidas de la capital andaluza á Gloria, y la requebró de amores y trató de llenar con su amor su alma y se llenó de orgullo por haberle ella mirado con los hermosos ojos que tenía y por haberle amado después como pocas veces quiere una mujer en el mundo.

Juanillo se crecía por momentos, y cuando toreaba en Sevilla estaba hecho un coloso, de capa, á los quites y en la suerte suprema.

Gloria, la novia del torero, la moza de más rumbo que había nacido en la ciudad del Alcázar y la Giralda, bordaba en oro de manera admirable, y su reputación había llegado á todas partes, ganando con sus manos, también de oro, cuanto pudiera desearse en su oficio.

¡Qué negros y rasgados sus ojos y qué gracia en la cara y en los andares y en la sonrisa que dejaba entrever el marfil de sus dientes como copos de nieve!

Se preparaba una solemnidad taurina en Sevilla. Los diestros más célebres iban á tomar parte en la lidia, y al lado de ellos, compitiendo por vez primera en el redondel con los afamados maestros, iba á presentarse Juanillo.

Gloria ambicionó que su novio estrenase en aquella tarde un traje bordado por ella, y aquel traje grana, simbolizando el apasionado afecto de la que lo había bordado, llamó la atención.

El torero salió á la plaza, y en el paseo las miradas de todos se fijaron en el traje de luces.

El *Templao* toreó como un Cúchares y se adornó como un Guerra; pero cuando llegó el momento de coger los trastos para matar y no obstante lo bien que lo había el público acogido durante la tarde, profunda tristeza se reflejaba en su cara, y era que en medio de tanta gloria le faltaba la suya.

Ella no estaba allí. Terrible y rápida dolencia la retenía en la cama.

Juanillo se abrió de muleta y le dió unos pases al bicho que produjeron en el público un entusiasmo delirante. Citó á la fiera y la recibió de una estocada superior hasta el mismo puño.

Excusamos ponderar la ovación de que fué objeto en aquel momento por la muerte que dió á su primer Miura, y cuando se hubo retirado del toro, al llevarse el estoque victorioso para saludar con él á la presidencia, se le vió palidecer y caer de pronto.

El torero no había sido cogido y caía. ¿Qué había pasado?

El público vió únicamente que llamado por él en aquel instante, se le había acercado el primer banderillero de su cuadrilla y le había dicho algo al oído. Gloria había muerto media hora antes.

Entre varios toreros fué llevado Juanillo á la enfermería, sabiéndose á poco el motivo de haber quedado privado de todo conocimiento, y aunque le hicieron volver en sí, los facultativos no estimaron oportuno que el diestro continuase tomando parte en la lidia por el estado excepcional en que se encontraba. La desesperación que se había apoderado de él le hubiese llevado á un suicidio, entregándose al primer toro que hubiese visto.

Tal como estaba, con aquel mismo traje de luces que había bordado Gloria, corrió acompañado de sus amigos á abrazar el cadáver de aquella mujer divina que había brillado en los sueños del diestro como el oro de los bordados de su traje.

P. SAÑUDO AUTRÁN.



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. – Una cabaña de bicharris (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

¿QUEDAN EJEMPLARES?

Quiero suponer, porque la suposición atenúa la vergüenza de mi ignorancia, que mis lectores desconocen el inglés, lo mismo que yo. Partiendo de esta hipótesis, empiezo por decirles que las palabras inglesas *The Book of Wealth*, traducidas al castellano, equivalen á este título: *El libro de la riqueza.*

No respondo de haber sido exacto al traducir, ni de mi fidelidad al copiar; la traducción castellana me la facilitó un periodista madrileño, sobre el cual declino toda la responsabilidad; la frase inglesa la copié palabra por palabra y letra por letra de las columnas de un diario muy popular en España. Si hay en el título mencionado errores de poca ó de mucha monta, quede bien sentado que yo no he tenido la culpa, y

En pos de estas reflexiones
y hechas estas salvedades,
pasemos de las verdades
á las consideraciones,

como dijo el aplaudido autor D. Tomás Rodríguez Rubí, en su comedia intitulada *República conyugal;* comedia de la que nuestros hijos no tienen noticia y que nuestros padres aplaudieron con entusiasmo.

Pues bien: es el caso que, hace ya muchos meses, tal vez años (no puedo precisar la fecha), contaron los periódicos más importantes de Europa de como, en Nueva York, se había publicado un libro cuya tirada era solamente de *cuatrocientos ejemplares;* número, en verdad, fabulosamente pequeño allí donde las ediciones se cuentan casi siempre por millones de libros.

Esa obra era justamente la que llevaba, y supongo que seguirá llevando, el título *sugestivo* ya mencionado: *El libro de la riqueza.*

Según los diarios que daban la noticia, los cuatrocientos ejemplares de la edición estaban repartidos de este modo:

150 de lujo; como si dijésemos: de gala.

250 menos lujosos; esto es: de media gala.

Cada ejemplar de los de lujo estaba encuadernado en oro y costaba *doce mil quinientos francos.* ¡Una pequeñez!

Cada ejemplar de los doscientos cincuenta restantes costaba solamente *cinco mil francos:* una miseria.

De éstos no decían los noticieros en qué estaban encuadernados.

Sin que yo lo jure, me creerán ustedes cuando les diga que ni adquirí ejemplar de los de lujo, ni siquiera de los de á precio reducido, ni me pasó por las mientes la idea de comprar uno; pero confieso con ingenuidad que me quedé con ganas de ver un libro de esos ó de saber por lo menos de qué trataba.

Porque la verdad es que el diario en que leí la noticia no se cuidó de decirlo, y solamente mostró su indignación porque se publicasen obras tan caras.

«Acaba de publicarse en Nueva York (decía muy enojado) un libro que no se halla al alcance de todas las fortunas, lo cual no es muy de sentir, pues el tal libro dista mucho de ser absolutamente necesario para los que buscan en la lectura un medio de instruirse.»

La verdad es que no todo el que lee busca en la lectura medio de instruirse. En la lectura, en lo que suele llamarse lectura, más se busca el esparcimiento y el solaz del espíritu que la instrucción; la cual, de ordinario, se procura con el estudio. Y por otra parte, libros que sean *absolutamente necesarios* hay muy pocos; podría decirse que no hay ninguno. Pero, en fin, es justo aceptar este inofensivo desahogo del noticiero á cuenta del favor que nos hizo con la noticia.

«Con la obra en cuestión *(seguía diciendo más irritado cada vez),* sólo se aprende la irritante desigualdad con que reparte sus dones la fortuna.»

¡Hombre, hombre, pues eso ya sería aprender algo, y no por cierto de lo menos importante! Nuevo no es seguramente; pero interesante lo es mucho.

Y como si el atribulado periodista considerase que tal vez había sido injusto atribuyendo á la fortuna pecados del hombre, agregaba inmediatamente:

«También puede verse en rigor el gravísimo peligro á que se halla expuesta la sociedad por injusticias de la suerte.»

¿De la suerte? Pues en este sentido, suerte y fortuna ¿no vienen á ser una misma cosa?

Indudablemente.

Así como el vulgo dice, con mucha exactitud por cierto, que *olivo y aceituno todo es uno,* las injusticias de la suerte y los caprichos de la fortuna en nada esencial se diferencian.

Sospecho que el noticiero se proponía decir otra cosa y no se atrevió á decirla, porque le pareció de excesiva crudeza.

Dijérala ó no, siempre será verdad que esas *irritantes desigualdades* á que aludía no son tanto el producto de antojos de la suerte como resultado lógico de la tontería y de la maldad de los hombres.

Sin ahondar mucho en una materia de suyo peligrosa y tornando á nuestro libro de la riqueza, convengamos en que una lectura cuyo fruto es conocer gravísimos peligros de la sociedad humana, no puede en justicia llamarse inútil.

Y continuaba escribiendo el malhumorado bibliógrafo: «De dicho libro, que debe ser como el Evangelio de aquel país, donde se adora el becerro de oro, sólo se han tirado cuatrocientos ejemplares.»

No sería malo averiguar dónde se halla el país civilizado en el cual no se adore el becerro de oro. – Si hubiésemos de creer al crítico de referencia, sólo en *Nueva York* y acaso en Norte América existe el feo vicio de apreciar el dinero. De España no hablemos; los españoles lo desprecian altamente y casi siempre lo llaman el vil metal. Paréceme, no obstante, que lo de llamarlo vil es una manera de aplacar resquemores de los que no lo tienen..., y no digo los que no lo tenemos, porque aunque yo, efectivamente, no lo tengo, ni lo tuve nunca, jamás he llamado vil al oro; ni siquiera á la plata.

El libro de las riquezas, por lo que va dicho, debió de publicarse como guía de los millonarios; una especie de almanaque *Gotha* para los americanos.

Así como en España, donde los archimillonarios escasean mucho, tenemos un libro titulado *El Mundo de los periódicos,* y en el que nuestro compañero de oficio *Santomé* nos saca á todos á relucir, en Nueva York han sacado á la vergüenza á los ricachos y les hacen pagar *dos mil quinientos pesos* por tener el gusto de ver en letras de molde su apellido y la cifra de su fortuna y de tener todo eso encuadernado en oro.

Fuera de la encuadernación (que no es de oro precisamente), los periodistas españoles pueden tener idéntica satisfacción por muchísimo menos dinero; y hay quienes la han tenido de balde.

Respetando el enojo, quizás justificado, del noticiero cuyas lamentaciones he reproducido, no me negarán ustedes que los datos contenidos en *El libro de la riqueza* – si es que llegó á publicarse, pues pudo ser una broma de aquellos periodistas – son de verdadero interés. Sobre todo y principalmente para los hombres de negocios y para los caballeros de industria, para los nobles arruinados que pretenden sacar á subasta su nombre y sus blasones y para los comerciantes en quiebra.

Si el precio de cada ejemplar de los baratos era de *cinco mil pesetas* y el de cada uno de los caros *doce mil quinientas* (dicho sea sin ofender á los francos), es posible que no se hayan vendido aún todos.

Por eso preguntaba yo: ¿Quedan ejemplares? – No sé si en Nueva York tendrán alguno en las bibliotecas públicas. – Si la obra se hubiese *editado* en Madrid, ya habría algunos ejemplares en los puestos de libros viejos.

A. Sánchez Pérez.

EL ARTE Y LA FOTOGRAFIA



La diosa de la selva, estudio de fotografía de E. Day é hijos, de Bournemouth

EL TROVADOR

– Por mí la *great atraction* en Sevilla era de ver pelar *the* pavo, me decía un inglés que vino á visitar Andalucía.

Y vió el hombre «pelar el pavo» ó la pava, y quedó satisfecho.

Aquellas rejas de Sevilla, de la auténtica; porque la Sevilla moderna, con sus edificios de tres ó más pisos y al «estilo extranjero,» no es la tierra de gloria ni la capital andaluza, sultana del Guadalquivir y demás.

Las costumbres y hasta el vestido han perdido carácter.

Como se lamentaba, con profunda pena, un sevillano viejo ó del teatro antiguo:

– Esta no es ya mi Sevilla ni na: véaste que andamos vestíos de máscara con este jongo y esta brusa que paesemos amolaore de extranji.

Ya no ve el que visita á Sevilla los vestidos de majo, los sombreros redondos, las botas con correas y bordados de seda, ni las chupas de terciopelo azul ó granate, y las fajas de Manila ó de seda morunas; ni aquellas mujeres con falda de volantes, corta, de percal ó granadina, en colores vivos, y el pañuelo de talle ó el pañolón de la China con bordados en seda de pájaros y figuras y rosas del Celeste Imperio, y las medias también de seda ó de algodón fino y blanco y zapatos bajos de tabinete ó de cabritilla.

Algo queda en los barrios y en pueblecillos de la provincia. Mujeres hermosas, de gracia fina, de la aristocracia de la belleza, adornada la cabeza con flores que parecen hermanas menores de aquellas mujeres, y luz y alegría y naturaleza de gala con uniforme, lo hay siempre en Sevilla y lo habrá mientras exista la ciudad ganada por el Rey Santo.

Y se conserva la reja con marco de macetas y guirnaldas, y cortinaje de enredaderas y campanillas y rosas y claveles, que son nidos de sevillanas y trascienden como ellas á gloria.

Y se conserva la costumbre de «pelar la pava,» que en las noches de verano apenas se da paso sin tropezar, en una ó en otra acera, con los trovadores asidos de las rejas, como lagartos, en poéticos y dulces coloquios de amor.

No faltan curiosos impertinentes y «ex lagartos» ó lagartos desdeñados que vayan á buscar ruidos á los afortunados amantes junto á la reja de la ingrata.

Y *guasones* que, sin que les importe un perro chico, se divierten molestando á los tórtolos nocturnos, interrumpiendo sus sentidas pláticas.

Y aun sujetos que por dar salida al exceso de vapor de vino, pasean calles y perturban á los trovadores inocentes.

Pongo por caso:

Funcionaba en Sevilla la compañía de zarzuela de Arderíus, de la que formaba parte – la parte de bajo ó «sub-bajo» cómico – el popular artista Escríu.

En la compañía que actuaba, durante dos meses de verano, en otro de los teatros de aquella capital, figuraba Ricardo Zamacois, el inolvidable actor cómico-lírico.

Escríu y Zamacois se apreciaban mucho mutuamente, y después de la función solían echarse á la calle para correr «su *mijita* de juerga,» solos, rara vez, dada su popularidad, ó en compañía de varios amigos, sevillanos de salero y buen humor.

En una de esas noches *lúrguves,* después de haberse extralimitado un tanto, aunque de buena fe y sin segunda intención, ambos colegas, paseaban marcando el paso con todo el cuerpo, impulsados por el misterioso motor de vino.

Entraron en una calle no apartada del centro, uno siguiendo por cada acera y como si estuvieran encargados de la vigilancia nocturna: graves y sin hablar palabra, tal vez por exceso de imaginaciones báquicas ó por dificultades accidentales de pronunciación.

A los pocos pasos tropezó Ricardo con un trovador como incrustado en una reja; y en un vaivén se echó para el lado del arroyo, diciendo á Escríu:

– Escúpete, Curro, que hay trepadores en las paderes.

– ¡Carape!, murmuró ó balbuceó Escríu, y se salió al encuentro de Zamacois, exclamando: ¡Galanes enredaderos!

Los dos, apoyándose mutuamente, se detuvieron.

– Mira, trovador, dijo Ricardo á Escríu; ¡yo te

«mardigo!» No, no; yo te desprecio por senificante.
– Eso es, afirmó el «profesor Escríu.»
– Eres un imbécil.
– Eso es, imbécil.



GUERRA ANGLO-BOER. – Marcha de los ingleses sobre Pretoria. Un alto junto al río Vet (de fotografía de H. C. Shelley)

– Un mal nascido follón,
mal caballero y villano,
felón.
– Felón y marrano,
sin chispa de educación,
que has ultrajado á un padre anciano.

– Basta de poesía.
– Basta... ¡y á él!
– ¡A él! ¡Miserable! ¿Te enteras, trovador?

El galán, que no había hecho caso de aquellos dos sujetos desconocidos y perturbados detenidos en medio de la calle y hablando uno con otro á voces, ó se dió por aludido ó se cansó de que no le dejaran con sus voces entenderse con su amada, y se fué hacia ellos.

Zamacois, que vió la acción, dijo á Escríu con terror cómico-trágico:
– ¡Cielos! El trovador! ¡Huyamos!
– ¡Huyamos!, repitió «el profesor.»

Y salieron calle abajo con tanta precipitación como se lo permitían las piernas.



GUERRA ANGLO-BOER. – Marcha de los ingleses sobre Pretoria. Paso del río Vet (de fotografía de H. C. Shelley)

Apoco, se encontraron con unos amigos, sevillanos de grande alegría y buena solera que estimaban mucho á los dos artistas.
– ¡Profesor!
– ¡Zamacois!
– Huyamos, repitió Ricardo.

Y relató lo ocurrido y todo paró en lo natural: en juerga general con trovador y todo, que era también amigo de los otros.

Y Escríu dijo, abrazando á varios, enternecido:
– ¡Gracias, jóvenes, gracias! De no acudir ustedes tan oportunamente, nos asesinan esta noche los trovadores y sucumbimos los dos huérfanos de Bruselas sin *abate L' Epée.*

EDUARDO DE PALACIO.

GUERRA ANGLO-BOER

Hemos de comenzar esta crónica haciendo la misma indicación que en las últimas hacíamos, á saber que la lucha en el Africa austral va perdiendo cada día en interés, á medida que se van complicando los asuntos del imperio chino. Por cierto que el conflicto surgido en el Celeste Imperio se ha presentado en la peor ocasión para los ingleses; pues éstos, gracias á la guerra del Transvaal, se encuentran en la imposibilidad de enviar á China un número de tropas proporcionado al que allí envían las demás potencias, lo cual puede redundar en su perjuicio en el caso de que éstas quieran llevar hasta el último extremo su intervención en aquel Estado asiático. Inglaterra se halla en una situación en extremo comprometida desde el momento en que no le es dable distraer un solo hombre de los que tiene en el Africa del Sur, á menos de exponerse á que los boers, que no se dan por vencidos y cuya actitud exige la ocupación constante y total de los territorios por el ejército británico conquistados, logren en poco tiempo y con escaso esfuerzo recuperar lo que tantos meses y tan considerables pérdidas ha costado á los ingleses adquirir.

Pero dejando á un lado estas consideraciones y estas hipótesis sobre lo que pueda en lo futuro ocurrir, consignemos lo poco que de relativamente interesante ofrecen las noticias últimamente llegadas del teatro de la guerra sudafricana.

Los esfuerzos del generalísimo Roberts tienden á dar algún golpe decisivo que ponga término á la lucha, y al efecto ha dispuesto sus fuerzas de modo que puedan apoderarse de los generales Botha y de Wet, que son, en la actualidad, los dos caudillos que de mayor prestigio gozan en el ejército confederado. Según comunicó hace días el *War Office*, el general Botha está completamente cercado por tres divisiones inglesas y por otras tantas el general de Wet.

De ser esto tal como el ministerio de la Guerra británico afirma, la situación de ambos generales puede calificarse de desesperada; pero la verdad es que á pesar del tiempo transcurrido no se sabe que ninguno de ellos haya sido hecho prisionero, lo cual nos autoriza á suponer que no se encuentran tan en peligro como se pretende hacer creer.

Y teniendo en cuenta la habilidad para burlar al enemigo de que tantas pruebas tienen dadas los boers desde el principio de la guerra, no es aventurado esperar que también esta vez lograrán escapar de la persecución de que son objeto y podrán continuar dando qué sentir al ejército enemigo, si no en una lucha en grande escala, por lo menos acudiendo al sistema de emboscadas y sorpresas que no permitan á los ingleses gozar en reposo de su conquista. – A.



GUERRA ANGLO-BOER. – Marcha de los ingleses sobre Pretoria. La impedimenta del ejército inglés (de fotografía de H. C. Shelley)



LA VIUDA, cuadro de Schryver



CABEZA DE ESTUDIO, obra de Juan Engel

NUESTROS GRABADOS

Jorge Masson.—A la edad de sesenta años ha fallecido recientemente en París este conocido editor, cuya personalidad figura entre las más eminentes de la industria de la librería francesa contemporánea. En 1871 sucedió á su padre en la jefatura de la importante casa editorial universalmente conocida sobre todo por sus publicaciones científicas. M. Jorge Masson, que había estudiado en el liceo de Luis el Grande, unía á sus aptitudes comerciales una elevada cultura intelectual. Su experiencia, su infatigable actividad y su laboriosidad prodigiosa



JORGE MASSON, conocido editor francés, presidente de la Cámara de Comercio de París, recientemente fallecido

permitiéronle ejercer, aparte de su profesión, numerosas funciones públicas: fué presidente del Círculo de la Librería, de la Unión Comercial, de la Oficina nacional del Comercio exterior, delegado senatorial, presidente de la Cámara de Comercio de París, miembro del Comité consultivo de los ferrocarriles, de la comisión superior de la Caja nacional de Retiros, de la comisión superior de la Sociedad de Seguros de muerte ó accidentes, de la comisión consultiva de Correos y Telégrafos, del comité consultivo de los consulados, del comité de dirección de los servicios de higiene de Francia, del consejo de perfeccionamiento de la Escuela de lenguas orientales, etc. En 1899 había sido nombrado comendador de la Legión de Honor y últimamente los presidentes de todas las Cámaras de Comercio de Francia le habían designado para presidir la asamblea de este año. Las obras publicadas por su casa editorial se cuentan por centenares, consagradas todas á la enseñanza secundaria y superior y á la vulgarización científica: entre las principales citaremos el gran *Diccionario enciclopédico de Ciencias Médicas*, en 100 volúmenes, los *Archivos del Museo de Historia Natural* y multitud de tratados de medicina, de cirugía, de patología general y de dermatología que han llegado á ser clásicos. Además editaba cuarenta y dos periódicos científicos, entre ellos *La Nature*, esa notable y popular revista que tanto ha contribuído á generalizar las conquistas de la ciencia.

Ribera del Llobregat, cuadro de Segundo Matilla.—Nueva ocasión nos ofrece el discreto pintor Sr. Matilla para reproducir uno de sus últimos cuadros y consignar una vez más el lisonjero juicio que nos merece, ya que el bellísimo paisaje que copia fielmente las riberas del Llobregat es testimonio irrecusable del progreso y adelantos realizados por quien, como en Segundo Matilla, corren parejas el entusiasmo por el arte y su plausible laboriosidad. Gracias á su perseverancia y constante estudio, ha logrado vencer dificultades y avanzar con firmeza y seguridad por la senda que se trazara, significándose siempre en los diversos géneros que ha cultivado. De ahí que no titubeemos en tributarle un aplauso, con mayor motivo cuando el lienzo á que nos referimos, aparte de estar, según hemos dicho, muy bien observado, recomiéndase como nota obligada, no exenta de dificultades de ejecución.

Una paella en la huerta, cuadro de Luis Beut. —Aventajado discípulo de Agrassot, ha logrado Luis Beut, como su maestro, singularizarse en el difícil género de interpretar escenas y cuadros de costumbres de la región valenciana, ofreciendo al arte y al país que le vió nacer las mejores galas de su ingenio y el resultado de su habilidad. Gracias á su laboriosidad y aptitudes, ha logrado dar cuerpo y forma á esos cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos tan dignos de estudio y á ese conjunto admirable que con derroches de luz y de color caracteriza una de las regiones más bellas de la península, en donde todo brilla y sonríe, cual si la naturaleza se manifestara engalanada con sus más preciados encantos. El cuadro que reproducimos, inspirado en un cuadro de costumbres de la huerta, revela las estimables cualidades del joven artista, su espíritu observador y sus condiciones de colorista.

D. Víctor Abargues de Sostén.—El Sr. Abargues de Sostén, autor del interesante trabajo que en el presente número publicamos, es hijo de Valencia y sumamente conocido en el mundo científico como sabio orientalista y distinguido explorador del Africa Central. En la *Geografía Universal* de Reclús se cita muchas veces su nombre, considerándole como verdadera autoridad en la ciencia geográfica. Fué jefe de la expedición de exploraciones á Abisinia, país de los Somalís, y Africa Oriental, enviada en 1879 por la «Asociación Española para la exploración del Africa» bajo el patronato de D. Alfonso XII, y al regresar en 1883 dió en la Sociedad Geográfica de Madrid interesantísimas conferencias que se publicaron costeadas por aquel malogrado monarca. Ha emprendido en diferentes épocas atrevidísimos viajes á los oasis situados al Oeste de Egipto, en los límites del gran desierto africano, habiendo descubierto en 1893 uno absolutamente desconocido de los geógrafos, al que en honor del actual jetife de Egipto dió el nombre de oasis Abbas, con el cual figura en los mapas de aquel país. Es individuo de las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando y está en posesión de las cruces de Carlos III y de Isabel la Católica y de muchas condecoraciones extranjeras. Entre los muchos merecimientos del Sr. Abargues sobresale su acendrado patriotismo, que se ha traducido siempre en grandes beneficios para nuestra industria y comercio que siempre ha procurado extender y fomentar en todos los países por donde ha viajado.

Sabido es que el Sr. Abargues estuvo el año pasado en España con objeto de ponerse en relaciones con industriales y comerciantes españoles para abrir nuevos mercados á nuestros productos en los territorios de Oriente, habiéndose visto apoyado en su grandiosa cuanto noble empresa por S. M. la Reina Regente, por el gobierno, las Cámaras de Comercio y por todos los que se interesan por el porvenir de nuestra patria. Después de ímprobos trabajos y de no pocas luchas ha conseguido el fin que desde hace tantos años perseguía, creando factorías en Africa y en Oriente para la exportación é importación directas entre España y aquellos países, adonde hasta ahora llegaban los productos españoles con marca extranjera, con lo cual se privaba á nuestro comercio de cuantiosos beneficios. En el Cairo ha organizado una Factoría general española con catorce subagencias en Alejandría, Jartum, Costas del mar Rojo, Siria, Palestina, Túnez, etc.: la inauguración de aquélla, verificada el día 2 de enero de este año, constituyó una verdadera solemnidad, á la que concurrieron numerosas personalidades distinguidas de todos los países, que se quedaron admiradas viendo la exposición de productos españoles instalada en un local ad hoc de la citada factoría.

Los resultados hasta ahora obtenidos en aquella factoría justifican las palabras pronunciadas por el Sr. Abargues en el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona en la conferencia que allí dió en 3 de junio de 1899, cuando dijo que estaba seguro del buen éxito de su empresa y que sólo faltaba el apoyo y la buena voluntad de los industriales y comerciantes españoles para tener mercados ricos y de gran porvenir.

Al publicar en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el retrato del Sr. Abargues de Sostén, enviamos al explorador ilustre y patriota entusiasta nuestros más sinceros plácemes por la obra meritoria á cuya realización ha consagrado tantos afanes, y deseamos que el triunfo definitivo corone una empresa digna de los mayores elogios, que ha de contribuir poderosamente á la prosperidad de las fuentes de producción españolas.

La diosa de la selva, estudio de fotografía de E. Day é hijos.—Esta fotografía es una demostración más de lo que tantas veces hemos dicho respecto del llamado arte de Daguerre. La evolución por éste realizada es patente, y no sólo en cuanto se refiere á los procedimientos técnicos que, gracias á los modernos descubrimientos de la física y de la química, nos permiten en la actualidad obtener verdaderas maravillas en la cámara obscura, sino además en lo que respecta al elemento artístico, hoy atendido con especial cuidado por cuantos á la fotografía se dedican. Bajo este último concepto sobre todo, bien puede presentarse como modelo la obra que reproducimos y que forma parte de una preciosa colección publicada en Londres por E. Day é hijos.

La viuda, cuadro de Schryver.—Las muchas bellezas técnicas que atesora este cuadro casi desaparecen ante el sentimiento que en todo él domina; tan admirablemente ha sabido interpretar el pintor la situación de aquella infeliz mujer que perdió para siempre al esposo amado. El artista, para lograr el hermoso resultado que ha conseguido, no ha necesitado apelar á recursos efectistas; le ha bastado para ello trasladar al lienzo uno de esos episodios de la vida en que el dolor no se exterioriza en arrebatos de desesperación, sino que se manifiesta mudo, tranquilo, por decirlo así, pero grande, hondo, aplastante. La figura de esa mujer, caída más que sentada en el rústico banco, en actitud de lánguido abandono, en cuyos ojos no se ve una lágrima, pero se adivinan las huellas de los raudales de llanto que por ellos han pasado; y la de esa niña que amorosamente mira á su madre sin tratar de distraer su tristeza comprendiendo toda la intensidad de la misma, forman un grupo interesantísimo, lleno de poética melancolía y avalorado por el paisaje que le sirve de fondo. Este hermoso cuadro ha llamado muy justamente la atención de cuantos visitan la sección de Bellas Artes de la actual Exposición de París.

Cabeza de estudio, obra de Juan Engel.— Modelo de expresión es esta pintura del celebrado artista alemán Juan Engel: en esos negros y rasgados ojos brilla la mirada; en esa boca de sensuales labios siéntese el aliento; adivínanse al través de la piel las oleadas de una sangre potente y vigorosa, y en todo ese busto de hermosa forma se ve palpitar una vida exuberante. Quien de tal modo ha sabido animar ese trozo de lienzo es un maestro en toda la extensión de la palabra; tanto más cuanto que la factura, por la valentía y la seguridad de los trazos y por el color de las tonalidades, armoniza de una manera admirable con el elemento psíquico del cuadro y coadyuva poderosamente á producir en el ánimo del que lo contempla una impresión profunda.

El conde Murawieff.—Tan inesperadamente como su antecesor, el príncipe Lobanoff Rostowskij, falleció en San Petersburgo el día 21 de junio último el conde Murawieff, ministro de Negocios Extranjeros del Imperio ruso. Era hijo del general Nicolás Murawieff y nieto del conocido gobernador general de Lituania, cuyas notables Memorias han sido publicadas por su nieto. El conde Miguel Murawieff, nacido en 19 de abril de 1845, hizo sus estudios en el Gimnasio de Pultawa y en la Universidad de Heidelberg, entrando en 1864 en la carrera diplomática; en 1880 fué primer secretario de la embajada rusa en París, en 1885 consejero de la de Berlín y en 1893 ministro plenipotenciario en Copenhague, puesto que ocupaba cuando en 13 de enero de 1897 fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros. Continuando la política de su predecesor, é investido de la confianza absoluta del tsar, trabajó incesantemente para mantener y consolidar la alianza franco-rusa. Los amigos de la paz no podrán olvidar nunca que él fué quien, secundando las generosas iniciativas de su soberano, firmó en 24 de agosto de 1898 la circular dirigida á todos los representantes de las potencias extranjeras acreditadas en San Petersburgo, que preparó la conferencia de La Haya, y quien con su hábil diplomacia se esforzó en obtener de ésta los mejores resultados posibles.

Momento difícil, cuadro de José Cusachs.— Una nueva producción del distinguido pintor militar José Cusachs nos cabe hoy dar á conocer á nuestros lectores, quienes podrán con nosotros apreciar unu vez más las cualidades que posee este artista para el cultivo de un género harto difícil, para el que son precisos conocimientos especialísimos y en el que tanto ha logrado distinguirse, de tal suerte que goza de justa y merecida reputación. La circunstancia de haber consignado repetidas veces el juicio que nos merece este distinguido pintor nos priva hoy de emitir otras consideraciones, ya que al fin serían repetición de lo ya expuesto por igual motivo en números anteriores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito en el teatro Antoine: *Ceux qu'on trompe*, comedia en un acto de Grenet-Dancourt; *Grasse Matinée*, comedia en un acto de Alfredo Athys; y *Le Marché*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein. En el teatro del Ateneo ha dado una serie de representaciones con grandísimo éxito la compañía de la Sra. Guerrero, habiendo obtenido ésta y el Sr. Díaz de Mendoza sendos triunfos en cuantas obras han puesto en escena: *El loco dios* y *La filla del mar*, dramas de Echegaray y de Guimerá respectivamente, han sido muy elogiados por los primeros críticos parisienses.

Barcelona. – Ha terminado sus tareas en el teatro de Eldorado la compañía dirigida por D.ª María Alvarez Tubau, habiendo estrenado últimamente con buen éxito: *Celosa*, comedia en tres actos de Brisson, arreglada por D. Juan P. Lessane; *Hotel Severine*, comedia en tres actos de Feydeau, arreglada por don



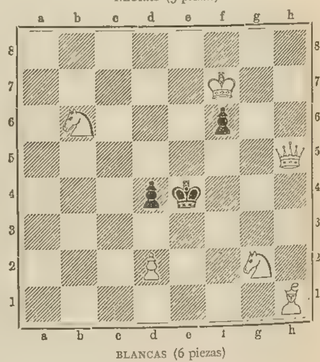
EL CONDE MURAWIEFF, ministro de Negocios Extranjeros del imperio ruso, fallecido en 21 de junio último

Pedro Gil y D. Javier Santero, y *Enamorada*, comedia en tres actos de Marco Praga, arreglada por D. J. Bueno. En Novedades se ha estrenado con aplauso: *La gata de Angora*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, y *La prima de Piperlin*, graciosa comedia en tres actos, arreglada del francés por don Calixto Navarro. En el Eldorado ha inaugurado con gran éxito una serie de funciones la compañía que dirigen los eminentes actores D. Fernando Díaz de Mendoza y doña María Guerrero.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 200, POR W. A. SHINKMAN

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 199, POR «BULL DOZERS.»

Blancas.	Negras.
1. R c 2 – d 1	1. P toma P
2. A c 4 – f 1	2. e 3 - e 2 jaque
3. T toma P e 2	3. R toma P
4. T e 2 – a 2 mate.	

VARIANTE

1...... d4-d3; 2. Ta2-a1, d3-d2; 3. Ac4-a2, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Con el producto de aquella venta compró un gran coche, especie de casa ambulante, un caballo y un perro, y fué á ofrecer sus conocimientos á las poblaciones suburbanas.

– ¡Si viera usted qué gracioso es mi Claudinet! Ya he dicho que su nombre es Claudio; mas es tan mono y delicado, que le llamo siempre Claudinet. Pero me tiene muy preocupada.



Hay que cuidar de ese niño, mujer. De él depende nuestra fortuna

– ¿Preocupada?

– ¡Naturalmente! Tengo que pensar en su porvenir. No tiene á nadie más que á mí en el mundo, y si por desgracia yo llegase á faltarle... que yo le viniese á faltar. Pues bien: yo he pensado que Ceferina, que tiene buen fondo, podría reemplazarme al lado de mi hijo. Después de todo es su tía, su única parienta. Quiero que le conozca y que empiecen á quererse. Y como á la pobre Ceferina me la cogieron los agentes de policía y la metieron en San Lázaro...

Se la vió en las ferias de Neuilly y de Saint-Cloud.

Llevaba cadena y reloj de oro, sortijas y pendientes.

Sin embargo, sus antiguas parroquianas de la Glaciere, al verla cada vez más flaca, decían entre sí:

– La sonámbula va camino del cementerio. Las cartas le habrán vaticinado una muerte próxima.

En efecto, la mujer se sentía enferma.

Fué á las clínicas de la Pitié, de la Charité y de San Luis.

En todas partes le dijeron que no podían admitirla, porque estaba atacada de un mal incurable.

Hasta dejaron escapar la palabra tisis.

Estaba desahuciada.

Entonces se sublevó.

¡Morir!

¡Aún no había conseguido su objeto! El niño seguía en el asilo y era preciso sacarlo.

¡Enferma! ¿Es que si tengo algo, no me curará la presencia de mi hijo?

Se dió prisa en hacer las diligencias necesarias para obtener la entrega del niño abandonado.

Tenía sus ahorros, unos doce mil francos en buenos valores, colocados en casa de un notario. Pagaba patente; su coche, estimado en tres mil francos, era en suma una casa de comercio. Su conducta no era inmoral. Obtuvo fácilmente los certificados necesarios.

Además, ¿quién no es indulgente con una madre que reclama á su hijo?

Por fin se lo devolvieron.

– De modo que ahora soy feliz, decía á *Caracol*, que la escuchaba muy atento, preguntándose si no podía añadirse á la historia de la sonámbula una conclusión en que él tuviese algo que ganar.

– Comprendo la dicha que ha debido causarle el recobrar á su hijo, dijo el hombre llenando las dos copas de coñac. Para mí, nada es comparable á los goces del hogar. Yo nací para padre de familia. Desgraciadamente, las circunstancias se han opuesto siempre á ello. ¡Ah!, si yo hubiese encontrado una mujer..., lo que se llama una verdadera mujer, hacendosa, económica, sobria, con seguridad hubiese tenido hijos.

– La verdad es que estás con un pie en la fosa, pensaba *Caracol*.

Y añadió en voz alta:

– Pero está usted bien de salud.

– Muy bien, contestó ella en seguida, con la seguridad propia de los tísicos, que nunca sospechan la gravedad de su estado; aunque toso un poco... Un constipado de que no puedo desprenderme.

– ¡Oh!, es usted de buena madera. A primera vista se nota.

– Pero lo mismo se mueren los robustos que los delicados, y yo quiero asegurar el porvenir de mi hijo.

Y añadió después de un momento de vacilación:

– Por esto me encuentro aquí hoy.

– ¡Ah!, exclamó *Caracol* con vivas muestras de curiosidad.

– Tengo una hermana. Hacía muchos años que no nos veíamos, cuando la encontré en una fiesta de Palaiseau en compañía de unos atletas. Se llama Ceferina y estaba haciendo entonces de mujer-cañón.

– ¿Ceferina? ¡Pero si la conozco!, interrumpió *Caracol*. Una moza bien plantada, alta, morena, con unos ojos así de grandes y un poquitillo bigotuda... La bella Ceferina, como la llaman.

– ¡De modo que usted la conoce!

– No tuve nunca el honor de hablar con ella, pero la he visto muchas veces.

Caracol habló de Ceferina con entusiasmo, ponderando sobre todo sus fuerzas hercúleas y sus bellas formas.

La pobre tísica le miró en silencio, como si con tal motivo se le hubiese ocurrido de pronto una idea.

Y presentando otra vez su copa:

– Bebamos otro trago, dijo.

Y añadió, después de beber:

– ¿De modo que á usted le gusta mucho Ceferina?

– Es una real moza.

– Ya he dicho antes que si estoy aquí, es porque me ocupo del porvenir de Claudinet, para el caso en que yo le viniese á faltar.

– ¡No he visto canalla como esos agentes!.., exclamó *Caracol*.

– Vengo á verla las veces que puedo y le traigo algunas golosinas. Cuando salga de la cárcel, voy á ver si le encuentro trabajo no muy lejos de mí. Es una buena muchacha, pero débil; se deja engatusar por cualquiera ¡y hace cada tontería!.. Yo quisiera casarla con un hombre de bien. De esta manera, si Claudinet se quedase huérfano, tendría al menos un hogar y una familia en que educarse, y yo moriría más tranquila.

Escuchándola, *Caracol* reflexionaba.

«¡Unos doce mil francos bien colocados, una casa ambulante, una profesión fácil... y una hermosa mujer!»

Miró á la vieja con más atención y le pareció que le quedaban pocos días de vida.

En vista de todo lo cual tomó una súbita resolución.

– ¡Ah, dichoso el hombre que tenga la honra de emparentar con usted y ser el esposo de Ceferina!

Caracol era un tuno redomado.

Era malvado por temperamento, por naturaleza.

Hacía el mal por el mal; robaba por la satisfacción de robar.

Y hubiera seguido robando, aunque le hubiesen ofrecido rentas suficientes para vivir con desahogo.

Lo que le repugnaba era el asesinato. Tenía un invencible horror al cadalso.

A lo sumo hubiera desnucado de un palo á cualquier transeunte en un callejón desierto, pero nunca con una navaja comprometedora, á fin de poder probar, en caso de ser detenido, que la víctima había provocado una riña lamentable.

Y no se lanzaba á esas aventuras, sino en caso de suma miseria.

La cárcel, como simple reclusión de un par de añitos, le asustaba menos que el presidio y la guillotina.

En cuanto á la prisión correccional por hurtos y raterías, era para él un pasatiempo casi agradable, cuando escaseaba el trabajo.

En el fondo de todo recuerdo hallaba una cárcel.

Había hecho «sus primeros estudios» en la pequeña Roqueta, y completado su educación en las demás casas de corrección ó prisiones de París.

Más tarde estuvo en las cárceles centrales de Beaulieu, Nimes y Clairvaux. Ninguna de las tres le gustaba: la primera, á causa de la humedad del clima; la segunda, á causa del calor, y la tercera porque entre los presos los había que se daban mucho tono.

Estas excursiones á través de las cárceles nacionales habían sido interrumpidas por horas de libertad, durante las cuales había sido sucesivamente mozo de café, sillero remendón, ropavejero, barbero, payaso, tocador de organillo, etc., etc., pero ante todo, y sobre todo ladrón.

No se le podía negar inteligencia, circunspección ni astucia. Olía el peligro como huele el perro la caza y despistaba á los agentes de la seguridad con una maestría admirable.

Todos los del *oficio* le conocían perfectamente. Casi todos le debían al menos buenos consejos.

Los años se le echaban encima. Iba á cumplir cuarenta.

Experimentaba la necesidad de prepararse una vejez tranquila, con alguna renta segura, aunque no fuese más que vitalicia, y un hogar.

Emparentar con la familia Fillón, casarse con Ceferina, ¿qué más podía ambicionar?

– Pues sí, señora, continuó diciendo en vista de que la sonámbula, acometida de un acceso de tos, no contestaba á su insinuación; yo nací para la vida de familia, rodeado de la mujer y de los hijos. Partir por la mañana al trabajo, cualquiera que sea, porque yo no soy perezoso, y traer el dinero á la mujercita. Ocuparse de la educación del chiquillo. ¿Hay nada tan mono como un niño?

Caracol volvió á guardar silencio, porque le pareció que su descripción de la felicidad doméstica no era de lo más elocuente.

Pensó que un poco de emoción le sacaría del apuro, é hizo un horrible gesto llorón, aunque la lagrimita que él provocaba no quiso asomarse á sus ojos legañosos.

– ¡Oh, sí!, dijo con voz gangosa; ¡yo me pirro por los chiquitines!

«¿Me habrá servido la casualidad?, pensaba la vieja. Es feo, pero parece buen sujeto. Ceferina quizá sería muy feliz con él. Claudinet tendría un tío y una tía, casados de verdad, una verdadera familia.»

Las reflexiones de ambos dieron por resultado el consumo de otra botella de vino, que apuraron prolongando la conversación.

Desde aquel día Ceferina, encerrada aún por algún tiempo en San Lázaro, tuvo dos ardientes protectores.

Su hermana y *Caracol* no dejaron pasar ninguno de los días en que se permite ver á las presas sin llevarle, á través de las rejas del locutorio, algunas palabras de ánimo y esperanza, y sin dejar en la oficina la cantidad reglamentaria que le hacía falta para sus pequeños gastos.

Ambos la mimaban.

Ceferina Fillón, por más que nos cueste confesarlo, era una bestia, una bestia colosal, de la talla y ademanes de un coracero, pero muy bien proporcionada de formas.

Había nacido, como su hermana, en una cuadra de la Beauce.

La historia de su vida era una segunda edición, corregida y aumentada, de la de Prudencia.

Pero lo que ésta había tenido de inteligente y hábil, Ceferina lo tuvo de robusta, fuerte y resignada.

Tenía la resignación del embrutecimiento, gracias á la cual lo había soportado siempre todo sin rebeldía.

De su infancia y de su juventud no conservaba más que un vago recuerdo de un convento de arrepentidas, donde estuvo encerrada durante algunos años. Como recuerdos más recientes, tenía los de sus frecuentes reclusiones en San Lázaro por disposición administrativa.

Y decimos por disposición administrativa, porque Ceferina Fillón no había sufrido jamás condena alguna.

A lo sumo, se había atrevido á quitarle el reloj ó el portamonedas á algún noctámbulo borracho, atraído por ella á algún tugurio, donde no se había mostrado bastante generoso.

Entraba casi periódicamente en San Lázaro por infracciones á los reglamentos de higiene relativos á las mujeres matriculadas; reglamentos de los que nunca podía retener en la memoria las múltiples prescripciones que la concernían.

En todas partes se distinguía por su obediencia y sumisión. Era incapaz de dar malos consejos á las demás reclusas. Aceptaba cuantas observaciones le hiciesen y cuantos trabajos le mandasen. Pero nunca se pudo conseguir que aprendiese á coser.

Una aguja en sus dedos enormes se convertía en un instrumento peligroso, y la hermana de la caridad encargada del taller de costura no podía, en conciencia, reñirla ni castigarla.

Al cabo de una hora de coser, con apuros y sudores, conseguía dar diez puntos, que había que deshacer, después de haber roto tres agujas y enredado el hilo.

Entonces le mandaban fregar los suelos, barrer los patios, limpiar los pucheros y otras faenas propias de hombres.

Como todas las inconscientes, poseía un fondo de insensibilidad para toda clase de dolor, que no dejaba de utilizarse en aquel espantoso refugio del vicio.

Para poner, por ejemplo, la camisa de fuerza á una reclusa, acudían á ella.

Y experimentaba un placer instintivo en ver sufrir á la que subyugaba con su fuerza hercúlea.

La primera vez que vió á *Caracol* á través de la reja del locutorio, en compañía de su hermana, le inspiró, á pesar de su basta naturaleza, una profunda repulsión.

Pero se mostró con ella tan amable, supo ganarse de tal modo la voluntad de la hermana mayor, que al salir de San Lázaro, Ceferina le miraba hasta con cierta simpatía

Sin que todavía le amase, empezaba á pensar que una mujer no sería quizá desgraciada con él.

También había sabido él captarse las simpatías de Claudinet.

Así es que Ceferina no hizo grandes objeciones cuando Prudencia le habló del proyecto que había concebido.

Caracol, por su parte, le hizo entrever hábilmente un risueño porvenir.

En presencia de todo lo cual, la moza aceptó el partido.

Verificóse el matrimonio en debida forma.

Prudencia lloró de emoción al verlos unir por el alcalde de Boulogne-sur-Seine.

Tres meses después, la pobre tísica había muerto, con la tranquilidad de dejar á su hijo una familia.

Las parroquianas que fueron á empujar la puerta entornada del carricoche para consultar á la sonámbula, se encontraron con *Caracol* y Ceferina, compungidos y sentados junto al cadáver de Prudencia.

Encima de la mesita de noche, á la cabecera de la cama, se veía un ramo de boj bendito, puesto en una ensaladera.

De rodillas en el suelo y apoyado contra la cama lloraba un niño.

La clientela se retiraba en silencio, á medida que se enteraba de la defunción.

Practicadas las formalidades legales, el niño fué declarado heredero natural de su madre, que no había otorgado testamento, y se le dió por tutor legal á su tío *Caracol,* y por tutor subrogado al pasante del notario en cuyo poder estaban los fondos de Prudencia Fillón.

Transcurrieron cuatro ó cinco años.

Caracol se había engañado al pensar que encontraría en su matrimonio una vida tranquila y exenta de necesidades.

Es verdad que Ceferina le adoraba.

Había una increíble compatibilidad de humor entre ambos esposos.

Su vida común, su amor, habían igualado en cierto modo sus vicios, dando al uno lo que le faltaba á la otra, rebajando á éste hasta el nivel intelectual de aquélla.

En contacto con *Caracol,* Ceferina se volvió sumamente perezosa.

Al mismo tiempo, su afición á la bebida se declaró irresistible.

Por su parte, *Caracol* había perdido algo del desprecio en que tuvo á la violencia.

No tenía ya aquel saludable horror á la efusión de sangre.

Ella había aprendido algo de la picardía y crueldad de su esposo, de sus cóleras salvajes y de sus apetitos desordenados.

Habían terminado, en fin, por hacer una bonita pareja.

Pero entonces los gastos del matrimonio habían aumentado considerablemente.

El notario se había negado á entregar la herencia, colocada á nombre del muchacho, mientras éste fuera menor de edad.

La pareja no cobraba más que los réditos.

Hubo necesidad de espabilarse.

Desde luego acordaron que Ceferina continuaría la profesión de su hermana.

Gracias á las lecciones de *Caracol,* que hacía el papel de magnetizador, la nueva sonámbula, enseñada por Prudencia, revelaba el pasado, el presente y el porvenir tan bien como sus competidoras más afamadas.

Después de operar por algún tiempo por provincias, se sintió con ánimos de explotar París y sus contornos.

Pero el oficio no daba para los crecidos gastos del matrimonio.

Así es que la pareja no tardó en añadir á su primera profesión una industria más difícil de precisar.

Malas lenguas decían que se dedicaban con mucho secreto á hacer desaparecer las vivas pruebas de faltas cometidas por casadas y doncellas.

El comisario de policía y los gendarmes habían practicado más de un reconocimiento en la casa-coche, pero *Caracol* y Ceferina salieron siempre bien librados de aquellas diligencias sospechosas.

Alguna que otra vez habían recibido la orden terminante de irse con su armatoste y sus ciencias ocultas á otra parte.

Este nuevo recurso era, pues, muy eventual.

Preciso fué que el mismo *Caracol* en persona se pusiese á *trabajar.*

Se hizo amolador, y en tanto que Ceferina decía la buena ó mala ventura á sus clientes, él recorría las inmediaciones con la muela á cuestas y afilaba cuchillos, tijeras y cuantas armas y utensilios eran confiados á su indiscutible habilidad profesional.

Sin embargo, con lo que menos contaba era con el beneficio directo de este trabajo.

Su profesión real era la de *indicador de golpes.* Es decir, que indicaba á los ladrones con quienes estaba en connivencia los *golpes* que se podían dar en tal ó cual casa con probabilidades de éxito.

Penetraba en los patios de vecindad y en las casas de campo, espiaba las entradas y salidas, inquiría cuantos informes convenía saber para sus ulteriores fines.

De modo que estaba enterado de si había perros peligrosos, de los días en que los campesinos iban á los mercados á vender los productos de sus tierras, del sitio en que dormían amos y criados y hasta de si en tal ó cual casa existían armas con que poder defenderse.

Cuando se le presentaba un *negocio* fácil y exento de peligro, operaba por su cuenta.

Siempre que había que correr algún riesgo, combinaba el plan con sus *amigos* y cobraba el tanto por ciento del botín.

Algunos días después de haberse marchado de su punto el coche-casa con la sonámbula y el alfilador, cuando ya no se acordaba nadie de ellos, se sabía de pronto que en tal ó cual casa de la comarca se había cometido un robo... y á veces un asesinato.

La justicia no daba nunca con los culpables.

Sin embargo, á pocas leguas del teatro del crimen, en los confines de la provincia, el que hubiese penetrado en el coche de Ceferina la sonámbula hubiera visto á *Caracol* y su compañera nadando en la abundancia, hartos de vituallas, ebrios de vino y aguardiente, embrutecidos, apoyados de codos en su mesita, con el rostro crispado de terror, y murmurando entre dos eructos:

– ¡No hay peligro!

– ¡Nada hay que temer!

Mientras tanto, el enorme coche traqueaba, lentamente arrastrado á lo largo de la polvorosa carretera por un corpulento caballo asmático.

II

UN SOBRINO RICO

– ¡Hola! ¿De dónde vienes á estas horas?.., preguntó Ceferina entreabriendo la puerta de su casa ambulante.

– ¡Chitón!

Se subía al coche por una escalerilla móvil de cinco peldaños.

Caracol los subió rápidamente, empujó á su mujer hacia adentro y cerró la puerta.

– ¿Qué ocurre?, volvió á preguntar la sonámbula bajando la voz.

Su marido, que había llegado sin resuello, recobraba aliento.

– Espera, voy á encender la luz.

– ¿Están cerrados los ventanillos?

– Sí. No se verá claridad desde fuera.

– Date prisa, que estoy muriéndome de sed.

– No queda más que una botella de vino.

Se oyó el frotar de un fósforo, en tanto que la mujer preguntaba en voz baja:

– ¿Algún golpe bueno?

– Sí.

– ¿Muy bueno?

– De primera.
– ¿Por qué no me avisaste?
– No sabía nada esta mañana... Ha sido una casualidad.
Ceferina había encendido un pequeño quinqué de petróleo, que humeaba apestando la atmósfera del coche.
– ¡Calla! ¿Qué traes? ¿Qué bulto es ese?
– Un niño.
– ¡Un niño! ¿Qué quieres tú que hagamos de él?
– Un pobrecito huérfano, sin padre ni madre ni perrito que le ladre, que he recogido y que adoptamos.
– ¿Estás loco?
– Calla, mujer. Voy á contarte lo ocurrido.
Una tos violenta estalló entonces, procedente de un departamento aislado del coche.
– ¡Anda, echa por la boca esos pulmones, mala pécora!, refunfuñó la mujer. ¡Hase visto niño más cargante con su tos sempiterna! Va á despertar al tuyo... ¡Qué carita tan mona tiene! ¿No lo dije? Ya está despierto... y el otro que sigue con su música.
Caracol había colocado el niño en un viejo diván, sobre trapos y hierbas secas.
La pobre criatura abrió los ojos y exclamó:
– ¡Mamá!.. ¡Abuelita!..
Dió una mirada en torno suyo y se asustó de verse en aquel chiribitil infecto, en presencia de la horrible pareja que se esforzaba en sonreirle.
Sobrecogido de espanto, empezó á dar gritos desgarradores.
– Va á alborotar á todo el barrio, dijo *Caracol.* Procura calmarlo, tú que eres mujer.
Ceferina acercó al niño su cabezota bestial.
El angelito, aterrorizado, gritó aún más, tratando de levantarse y de huir.
– ¡Con tal de que no tenga convulsiones!
– ¿Tienes á mano agua de azahar?
– No. Voy á pegarle una zurra, dijo Ceferina. Seguramente será el mejor modo de hacerle callar.
– Espera... Yo tengo algo mejor.
Esto diciendo, *Caracol* sacó de un baúl un vaso y una botella.
– No sabes tratar á los niños, Ceferina, y mucho menos á los hijos de príncipes como éste.
– ¿Vas á hacerle beber?
– Un simple rosoli, una ingeniosa mezcla de dulce y fuerte. Toma, pichoncito mío, toma un traguito de esto, que es cosa buena.
Acordándose, como en ensueños, del médico de grave aspecto que en Penhoet le hacía beber medicinas para ponerse bueno cuando alguna enfermedad le tenía postrado, cogió el vaso y bebió un sorbo; pero en seguida lo rechazó con asco.
– Bebe, angelito, que esto te sentará bien, repetía *Caracol* perdiendo ya la paciencia, en tanto que Ceferina alargaba su manaza para pegar al niño.
Este hizo un esfuerzo y se tragó la bebida.
Momentos después cayó como plomo en el diván.
– ¡Vaya una curda!, exclamó Ceferina.
– ¡Ahora á vestirlo! ¡Pronto!
En un santiamén le pusieron un traje remendado de Claudinet.
Después de la metamorfosis, *Caracol* le metió un saco de ropa debajo de la cabeza, á guisa de almohada, y le echó encima la manta en que lo había traído envuelto.
– Hay que cuidar de ese niño, mujer. De él depende nuestra fortuna.
– ¿Cómo se entiende?
– Te contaré la historia por el camino.
– ¿Por el camino?
– Sí, levantamos el sitio.
– ¿Es malsano?
– Por el momento, no; pero más tarde podría sernos fatal. Lo más prudente es largarnos en cuanto amanezca.
– Pues di ahora mismo, porque ya es de día.
Ceferina abrió una de las ventanas y entraron en el coche los primeros albores de la mañana.
– ¡Pues á enganchar y á partir! ¡Claudinet..., arriba! Dale el pienso á Troppmann y engánchalo luego.
– ¿Engancharlo?.. ¿Para qué?.. ¿Nos vamos á marchar ya?, dijo el niño.
– Si te lo preguntan, contestarás que no lo sabes.
Un nuevo acceso de tos respondió á esta observación.
– Mientras tanto, ¿vamos nosotros á echar un trago?.., propuso Ceferina.
– No vendrá mal después de haber pasado la noche en blanco.

Apareció Claudinet tosiendo.
– Si no quieres que te caliente las costillas, le dijo *Caracol,* anda ligero, no hables con nadie, y sobre todo procura no despertar al niño que hay ahí.
Ceferina acentuó la recomendación amenazando al sobrinito con su gigantesca mano.
El pobre muchacho obedeció con la humildad y timidez del que está acostumbrado á que le peguen.



... afilaba cuchillos, tijeras y cuantas armas y utensilios eran confiados á su indiscutible habilidad profesional

La pareja se metió en una taberna de las cercanías.
Una hora después, el coche-casa partió de Point-du-Jour, donde había permanecido una temporada, y echó á andar camino de Versalles.
Claudinet, tosiendo á menudo, guiaba á Troppmann.
Caracol, inquieto, sin saber hasta qué punto le convenía llegar en sus revelaciones á su mujer, preguntándose si no era una imprudencia confesarle el dinero recibido al hacerse cargo de aquel niño, se paseaba por la plataforma del vehículo ó bajaba á empujarlo en las cuestas, fumando en su pipa ó jugando con su perro, un enorme buldoc que tenía que atar al coche cada vez que atravesaban una población, ó que llamar á su lado en cuanto se encontraban con algún transeunte, pues el animal era una fiera.
El hombre no quiso que su armatoste entrase en Versalles.
Dieron la vuelta á la ciudad para volver á parar á la carretera principal.
Hicieron alto para que el caballo descansase y para almorzar con las provisiones que Ceferina había ido á comprar en Versalles.
Serían las once de la mañana.
Acamparon al lado mismo de la carretera y á la sombra de un bosquecillo.
Tendidos en la hierba, marido y mujer atacaron el almuerzo, empezando por hacer sed con arenques y jamón y atracándose luego de ternera fiambre y queso de Brie. Al mismo tiempo se echaron al coleto una botella de vino blanco, dos ó tres del tinto y una de Burdeos para los postres.
Claudinet almorzó en el coche, en tanto que hacía el café. Severas lecciones le habían enseñado á confeccionarlo para sus tíos.
Estos le adicionaron un buen vaso de coñac.
El perrazo vigilaba para que nadie viniese á interrumpir aquel idilio.
El almuerzo duró mucho tiempo.
En él no se habló de política, ni de literatura, ni de arte.
Tampoco se aludió á los negocios.
– Después vendrán las cosas serias, había dicho *Caracol.*
Y efectivamente, hasta después de tomar el café no empezaron á hablar.

– ¿Adónde vamos?, preguntó Ceferina.
– A Normandía.
– ¿A Normandía? ¿Y por qué?
– Por lo que te voy á decir. Conviene que durante algún tiempo vivamos lejos de París, y hasta conviene que no nos acerquemos á ninguna ciudad ni población grande donde haya gendarmería curiosa y molesta. Es posible que busquen á ese niño, y aunque no puedan dar ningún indicio para echarme el guante, más vale no tentar al diablo y evitar conversaciones con la justicia.
– ¿Qué quieres hacer de ese niño?
– Mujer, nuestro sobrino está cascado y á lo mejor puede faltarnos...
– Cargue Dios con él.
– Nosotros somos sus herederos directos...
– ¡Bien nos hemos ganado lo que deje!
– El coche y esos miles que el canalla del notario no quiere soltar.
– ¿Quién, sino nosotros, sostiene la casa?
– ¿Quién mantiene á Claudinet desde hace seis años?
– ¿Quién ha hecho su educación?
– En cuanto á su educación, no tenemos por qué vanagloriarnos. Si el muchacho viviese, nos honraría poco. No digo que no sea listo. Sabe meterse en cualquier granja á pedir limosna y dar luego exacta cuenta de la disposición de la casa, de puertas y ventanas, del gallinero y la conejera, de la despensa y de la caseta de los perros. Nadie como él para escalar una cerca y retorcer el cuello á dos ó tres gallinas sin espantar á sus compañeras de corral... ¡Pero de ahí no pasa! Al muchacho le falta vocación.
– Es muy cierto.
– Pues el niño que te he traído está destinado á reemplazarlo. Entre los dos le enseñaremos ¡instrucción completa! No hay más que verlo para adivinar que es inteligente. Está flaquito y con una comida moderada no engordará, de modo que podrá pasar por donde nos convenga. Te digo que he encontrado, ó mejor dicho, me han dado un verdadero filón...
– ¡Que te lo han dado!
– Con algunos monises para los gastos de educación.
– ¿Monises?
– ¡Cinco mil francos!
– ¿Cinco mil francos?, repitió Ceferina sin volver de su asombro.
Caracol sacó del bolsillo el fajo de billetes de Banco que le dió Jorge.
La mujer quedóse muda de estupor.
Al recobrar sus sentidos exclamó:
– ¡Maridito mío! ¡Déjamelos tocar!
Con paternal sonrisa, *Caracol* presentó los preciosos papeles á su mujer.
Esta los palpó, los contó, volvió á contarlos silenciosamente y dijo luego en un arranque de entusiasmo:
– ¡Ahora sí que podremos apurar botellas!
– Todas las que quepan en nuestros cuerpos.
– Desde hoy, no hago nada.
– ¡Alto allá! Hay que seguir trabajando como hasta ahora. ¡Que nadie vea que cambiamos de vida! Podríamos dar que sospechar á la policía.
– Es verdad; no había caído en la cuenta. Nunca te falta razón. ¡A tu salud!
Caracol brindó con su cara mitad y ambos absorbieron un vaso suplementario de aguardiente.
– Cuéntame ahora, en todos sus detalles, la historia del chiquillo y de los billetes de Banco.
– Sabes lo tronados que estábamos después de mi salida del hospital de Tours. Tú, por tu parte, apenas ganabas para los gastos en Bolonia. Era preciso hacerse con recursos. Ayer por la mañana, después de bajar del tren, eché á andar con mi muela á cuestas. En la plaza, el dueño de un pequeño restaurant me confía sus cuchillos. Mientras los estaba afilando, llegaron dos hombres y dos mujeres que pidieron de almorzar. Desde luego me parecieron pertenecer á la servidumbre de alguna buena casa. Su conversación confirmó mi juicio. Dos de aquellos criados habían sido despedidos por sus amos, que marchaban al extranjero acompañados de los otros dos. En la casa no quedaba más que una señora, cuyo marido estaba ausente. El jardinero y el cochero, únicos hombres que allí quedaban también, vivían fuera del hotel, en el pabellón de las cocheras y las cuadras. La señora no tenía á su servicio más que una doncella que dormía en el segundo piso. Me enteré además de que aquella señora era rica y metía su dinero y sus alhajas en una arca de hierro colocada en un despacho de la planta baja.

(Continuará)



Las Arenas de Barcelona. – 1. Detalle de la sala de operaciones. – 2. Vista de una galería. – 3. Vista exterior del edificio – 4. La capilla. 5. Enfermería. – 6. Entrada principal. – 7. Vista interior de las Arenas (de fotografías de A. Esplugas)

LAS ARENAS DE BARCELONA

Este es el nombre del nuevo circo taurino inaugurado el día 29 de junio último y construído en la Gran Vía, entre esta calle y las de Tarragona, Diputación y Llanza, en menos de ocho meses.

Ocupa el edificio una superficie de más de doce mil metros cuadrados y es capaz para más de quince mil espectadores: los planos han sido proyectados por el arquitecto D. Augusto Font y Carreras, quien ha dirigido asimismo las obras, secundado por el arquitecto Sr. Homs y por el gerente de la empresa constructora, el maestro de obras D. Julio Marial.

La fachada es de estilo árabe con varios órdenes de arcadas, pintadas de blanco y rojo, y en la parte que da á la Gran Vía ábrese la puerta principal, que ostenta como remate el escudo de Barcelona.

Consta el circo de planta baja y dos pisos: en la primera y en la parte de la calle de Tarragona, están la administración, el patio de prueba de caballos, el almacén para el servicio de la empresa, el café, el restaurant, el guadarnés, y el patio y la enfermería para caballos. En aquel mismo lado se encuentran la capilla, la enfermería de los toreros, la sala de operaciones y la sección de farmacia. La capilla, puesta bajo la advocación de la Virgen del Carmen, tiene un bonito altar en cuyo fondo hay una imagen tallada por el escultor Sr. Vallmitjana. Junto á ella está la enfermería, con seis camas, y al lado se abre la sala de operaciones, la cual recibe la luz cenital por una gran claraboya. Sus paredes son estucadas y se limpiarán por medio de mangueras de gran potencia. Contiene esta sala una estufa de desinfección, baño general con lluvia, grandes lavabos, aparatos para agua esterilizada, caliente y fría, cuatro depósitos de cristal, irrigadores para desinfección, vitrinas para el instrumental quirúrgico, mesa operatoria de cristal y níquel, mesa con ruedas para trasladar á los operados, y en una palabra, cuanto los modernos adelantos de la cirugía exigen para esta clase de instalaciones. Además tiene un departamento para laboratorio y esterilización de instrumentos, apósitos y vendajes, cajas de metal blanco de varios tamaños para esponjas, compresas-esponjas, algodones, gasas, etc. Antes de entrar en la sala operatoria hay un departamento con lavabo y utensilios para desnudar á heridos ó lesionados y una pequeña sala para señoras.

En la parte de la calle de la Diputación hay una sala para los toreros, el patio de arrastre y la puerta de los corrales, y en la de la calle de Llanza cinco espaciosos corrales, dos de ellos cubiertos, las habitaciones del mayoral encargado de los toros y la puerta de los toriles.

El interior del circo está dividido en tendidos y éstos á su vez en barreras, tabloncillos, asientos de tendido, gradas cubiertas y palcos, en número de 52. Las arcadas que dan vuelta al interior del circo son de yeso solidificado por un nuevo procedimiento debido al director del laboratorio químico D. José María Sirvent, están pintadas el fondo de azul y los relieves de blanco, exceptuando la que ocupa el palco de la presidencia que es de fondo amarillo con los relieves encarnados.

Como remate del edificio se han construído tres cúpulas, una sobre la puerta principal, otra sobre el palco presidencial y la tercera sobre los toriles, habiéndose colocado en esta última un reloj de grandes dimensiones. – X.



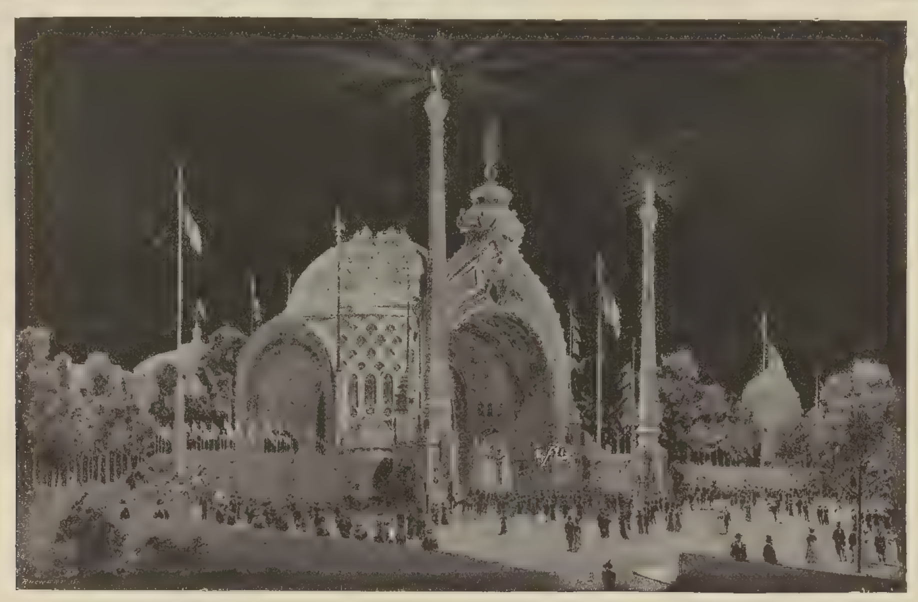
Momento difícil, cuadro de José Cusachs (Salón Rovira)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 16 de julio de 1900 — Núm. 968

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – La puerta monumental, entrada principal de la Exposición



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Perspectiva de la Avenida de Nicolás II, del puente Alejandro III y de la Explanada de los Inválidos.
En primer término: á la izquierda, el Pequeño Palacio de Bellas Artes; á la derecha, el Gran Palacio de Bellas Artes. En el centro, la Avenida de Nicolás II y los jardines.
En segundo término, los pilastrones del puente Alejandro III. En el fondo, los palacios de la Explanada y la cúpula de la capilla de los Inválidos.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Faltaríamos á los deberes que la actualidad impone al cronista si no intercalásemos en el estudio técnico y en la descripción artística de la Exposición la reseña de los principales sucesos que diariamente le prestan color, movimiento y vida.

Hemos procurado dar una idea general del escenario grandioso en que se representa la apoteosis del siglo XIX, y algo hemos de decir de las escenas culminantes que en él se desarrollan.

En la serie de fiestas de la Exposición, no es extraño que la del automovilismo haya llegado la primera; y ha venido á ser, en Vincennes, un ensayo general de la inauguración de este desairado anejo del Gran Concurso.

La fiesta resultó hermosa y animada. Más de cuatrocientos automóviles tomaron parte en el torneo, y pasarían de mil los que acudieron sin entrar en liza. Las evoluciones practicadas á la voz de mando de un oficial superior del ejército entusiasmaron al público que llenaba las inmediaciones de la pista. En las tribunas abundaban las mujeres elegantes, cuyos trajes de vivos colores, jovial anuncio del verano, brillaban alegremente al resplandor de un sol espléndido.

En el desfile, en que se distribuyeron cintas y banderas, fueron saludados con aplausos entusiastas los automóviles que se habían distinguido en el concurso y los que se presentaron adornados con bonitas combinaciones de flores.

Retiróse de Vincennes el público elegante, y acampó á la sombra de los árboles el pueblo soberano. Muchas familias formaban grupos pintorescos comiendo sobre el césped. Y al anochecer, un gentío inmenso reunióse en torno del lago para presenciar las iluminaciones, que resultaron magníficas.

La segunda fiesta celebrada en el mismo anejo que la Administración procura animar, ha sido el 26.º concurso federal de las sociedades gimnásticas de Francia. Es el cuarto que se verifica en París. El del año próximo tendrá efecto en Niza.

Esta fiesta ha reunido aquí á doce mil gimnastas de todos los departamentos franceses. Quinientas sociedades se adhirieron á ella, y trescientas cincuenta han enviado delegaciones con sus respectivos estandartes. Los organizadores proyectaban invitar, según costumbre, á los gimnastas belgas y suizos, que forman un contingente de mil individuos por cada una de estas dos naciones. Pero la Comisaría general puso por condición que se invitara á las sociedades gimnásticas de todas las naciones, ó que no se invitase á ninguna, y se optó por lo último.

Sin embargo, han concurrido libremente á la fiesta los Sokols, gimnastas húngaros, con sus vistosos uniformes.

La Comisaría de la Exposición ha subvencionado la fiesta con cien mil francos, y el ministerio del Interior con sesenta mil; cantidad no muy crecida, si se tiene en cuenta que, además de los gastos del concurso, se ha debido atender á los de viaje y estancia en París de tantos miles de personas.

La fiesta duró dos días. El primer día la presidió el nuevo ministro de la Guerra, cuya presencia dió margen á una manifestación popular en favor del ejército. El segundo día presidióla M. Loubet, quien hizo en un discurso la solemne declaración, muy comentada luego, de que no presentaría su candidatura para ser reelegido presidente de la República á la expiración de su mandato.

La variedad de uniformes, la ordenada ejecución de sorprendentes ejercicios y el desfile marcial de las sociedades con sus estandartes y banderas, ofrecían un espectáculo pintoresco, animado y alegre, que la muchedumbre inmensa de espectadores no se cansaba de aplaudir.

La fiesta tuvo por epílogo una brillante recepción nocturna, con ambigú y concierto, en la Casa de la Villa, iluminada *á giorno.*

Mientras tanto, se inauguraban en el Trocadero los grandes conciertos oficiales de la Exposición, con un programa y una interpretación de primer orden.

A juzgar por la calurosa acogida hecha por el público al maestro Taffanel y á la admirable falange de artistas que dirige, estos conciertos constituirán uno de los éxitos más considerables de la Exposición.

Como entrada en materia, hemos tenido la primera audición del *Fuego celeste*, de Saint-Saens, vibrante apoteosis de esa deidad del día que se llama la Electricidad. El poema, de Armand Silvestre, ha sido magníficamente realzado por la música.

Después de un corto preludio, estallan las amplias sonoridades del órgano, dominadas por la claridad de los violines. Una voz humana recita las conquistas del progreso hasta la Electricidad, simbolizada por brillante trompetería. ¿Qué simbolismos y qué expresiones no se obtienen con la música? Una soprano de correctísima dicción, la señoritaAckté, canta las maravillas de la luz eléctrica con rápido acompañamiento de violines, y los coros, en una pomposa fuga, ensalzan al precursor Prometeo, sublime ladrón del fuego.

La obra del genial compositor fué muy aplaudida, como lo fueron algunos números de música retrospectiva de Jennequin, Lully, Rameau, Gretry y Glück; los melodiosos coros del *Ulises*, de Gounod, y una escena del *Romeo y Julieta*, de Berlioz, que figuraban en el programa.

Pero ninguno de los conciertos del Trocadero ha despertado tanta curiosidad como los que han venido á dar los estudiantes de Upsal con algunos de sus profesores. Esto se explica porque se trata de una falange de cantores excelentes, que producen una bella sensación artística, y porque esos hijos del Norte, actuales representantes de una de las universidades más antiguas del mundo, son verdaderamente interesantes por sus costumbres, que arrancan de un profundo sentimiento de solidaridad. Las costumbres cambian en Suecia como en todas partes; pero en la vieja ciudad de Upsal cambian sin romper las venerandas tradiciones, que no debían ser muy malas cuando así han resistido á la acción del tiempo.

Upsal es una especie de república federal dividida en *naciones*, y cada nación la forman los estudiantes de una misma provincia. La experiencia ha demostrado que este sistema establece un compañerismo efectivo que no se encuentra, en igual grado, en ninguna otra parte del mundo.

Las *naciones* tienen su vida propia, independiente, bajo la amistosa y familiar autoridad de un profesor elegido por cada una de ellas. Se administran á su antojo, con sus fondos particulares, su consejo de disciplina, sus usos y costumbres.

La federación elige un consejo que tiene á su cargo los asuntos de interés general, ó sean los que conciernen á la propia universidad.

El gobierno sueco deja á los estudiantes en absoluta libertad. Todo se resuelve por medio de elecciones, ya en el seno de cada *nación*, ya en la universidad considerada como cuerpo constituído. Hasta el rector es elegido por el sufragio de los profesores. Y las elecciones se verifican siempre alegremente, con acompañamiento de ese exquisito *punch* sueco que tan fácilmente embriaga á los que no tienen costumbre de beberlo, y que los hijos del país absorben impunemente en cantidades fabulosas.

Entre los cantores que han venido á París á demostrar que la música sigue siendo la principal distracción entre los alumnos de la vieja universidad sueca, figuran casi tantos ex alumnos como actuales estudiantes y un considerable número de profesores. La solidaridad y el compañerismo de los alumnos subsisten aun después de terminados los estudios universitarios, y cualquiera que sea la posición que ocupe el ex estudiante, acude al primer llamamiento del cuerpo escolar.

Desde el momento que se trató de su viaje á París, los veteranos de la unión coral acudieron con su gorra blanca de estudiante, animando á los bisoños.

Y les hemos visto confundirse amigablemente en recepciones y paseos, y cantar con admirable ajuste y colorido himnos patrióticos como el que dice:

¡Escúchanos, Svea (Suecia), madre de todos nosotros!
Haznos luchar por tu bien hasta la muerte.
Jamás te haremos traición;
Recibe nuestro juramento, siempre inquebrantable.
A toda costa defenderemos
El país libre que todavía es nuestro,
Cada parcela de la herencia
Que dejaste en nuestras casas y en nuestros campos.
Pero si por la astucia ó la felonía,
Por la discordia y la violencia, eres amenazada,
Confiamos en el Eterno,
Como un tiempo confiaron nuestros padres.
Bello es, pues, muy bello
Ser vencedor en el combate;
Pero más bello todavía,
¡Oh, madre!, morir por ti.

Y las voces sonoras, confundidas en magníficos acordes, forman como olas de armonía, que parece levantar el espíritu patriótico de la Suecia, el alma de aquellos guerreros que, en tiempo de Carlos XII, se desencadenaron como un huracán sobre Europa, y conservan en grado sumo el amor al país, el culto de las tradiciones y la sangre sin mezcla de viejos normandos.

Al ver agrupados en el escenario del Trocadero, con su gorra universitaria en la mano y el himno nacional en los labios, aquellos cantores en que célebres médicos, ilustres abogados y sabios estadistas se confundían con los estudiantes, no podíamos menos de recordar las tradicionales costumbres de la famosa universidad del Norte, en que los mismos reyes de Suecia estudian dos años, haciendo vida escolar con sus súbditos; y pensábamos en la fuerza que da á las naciones el sagrado culto de todo lo que mantiene vivo el sentimiento de la patria.

El espíritu de independencia es tradicional en la vieja universidad sueca. Entre mil ejemplos que lo demuestran, se puede citar la anécdota siguiente.

Uno de los hijos del rey, el príncipe Eugenio, llegó á Upsal y pretendió ser admitido en seguida como dignatario de la *nación* que había elegido. Su condición de príncipe ¿iba á pasar por encima de la regla? Se puso el caso á votación y el voto no le fué favorable. El príncipe aceptó gustoso el fallo y se resignó á seguir el escalafón ordinario. Pero tan pronto como se hubo sometido á la decisión del sufragio, sus compañeros se apresuraron á ofrecerle un puesto de honor. ¡Ay del que atentase á las viejas libertades y á los seculares privilegios de la universidad de Upsal!

Como complemento de las fiestas de la Exposición, deben citarse las que los presidentes de la República y de las Cámaras y los ministros celebran en este momento.

La más notable, la más artística de estas fiestas oficiales ha sido la que M. Deschanel, presidente de la Cámara de Diputados, ha dado en el Palacio Borbón.

El parque del palacio había sido transformado en inmensa rotonda, con un escenario vastísimo en que se representó un *apropósito* de espectáculo digno del mayor elogio. Este figuraba las provincias de Francia visitando la Exposición. La personificación de las provincias y de la ciudad de París fué confiada á célebres artistas de los teatros subvencionados. En un telón de fondo que se desarrollaba lentamente, iban pasando ante la vista del espectador las diversas regiones francesas, hasta que, en una apoteosis final, aparecía París con su Exposición. No puede concebirse nada más bello ni más fantástico, como no sea la Exposición misma en las noches de iluminación general.

Es una ciudad de luz dentro de la gran ciudad. ¡Qué hermosas, qué sorprendentes perspectivas entre el Trocadero y el palacio de la Electricidad! ¡Qué fantástica visión en las márgenes del Sena que se extienden entre los puentes de Jena y de Alejandro!

Palacios, restaurants, mezquitas, kioscos, pagodas y cafés cantantes, catedrales y pabellones, todo se inunda de luz, bajo la nocturna bóveda del cielo, que parece más profunda y como apartada de tan brillantes resplandores.

El castillo de agua funciona al fin sin deficiencias, y las cascadas multicolores juegan á capricho de los focos eléctricos bajo la monumental crestería de luz que remata el grandioso palacio de la Electricidad.

El parque del Trocadero da la ilusión de una fantástica ciudad oriental, escapada de un cuento de *Las mil y una noches.*

Pero el gran espectáculo es el brazo sombrío y reflector del Sena, bruscamente estrechado por los palacios de la calle de las Naciones y los invernáculos de la Villa de París.

El río parece una corriente de lava que arrastra llamas y reflejos.

¡Y qué gentío en los pórticos inferiores de la calle de las Naciones, donde alegres orquestas tocan en cafés y restaurants!

¡Y qué muchedumbre tan apiñada en la calle de París, entre once y doce de la noche! Después que la *retreta* ha *barrido* al público del Campo de Marte, del Viejo París, de la calle de las Naciones, de los jardines de la Exposición, la gente afluye á la calle de París, que goza el privilegio de permanecer abiertas hasta media noche.

Juan B. Enseñat.

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

En el presente número comenzamos la publicación de las vistas y edificios principales de la grandiosa exposición con que ha querido la capital de Francia solemnizar la conclusión del siglo XIX.

En sus crónicas quincenales, nuestro distinguido colaborador Sr. Enseñat ha descrito la mayoría de los palacios y pabellones que iremos reproduciendo; así es que en este artículo y en los sucesivos nos limitaremos á describir lo que no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos, ó á ampliar, en algún caso, lo que en ellos se ha explicado.

Y sin más preámbulo, diremos algo acerca de la puerta monumental, del puente Alejandro III, del palacio de las Manufacturas nacionales y de los palacios del Cambodge y de Madagascar. Las descripciones de los demás grabados que hoy publicamos las encontrarán nuestros lectores: la de la perspectiva de la avenida Nicolás II, del puente Alejandro III y de la Explanada de los Inválidos, en el número 945; la del Palacio de España, en el 951; la del Pequeño Palacio de Bellas Artes, en el 945; la del Gran Palacio, en los 947 y 949, y la del pabellón de los Estados Unidos, en el 963.

La gran puerta monumental, á la que preceden dos artísticos pilastrones coronados por focos eléctricos, ábrese á la entrada del Cours-la-Reine y constituye uno de los *clous* de la exposición, así por sus dimensiones imponentes, como por su decoración brillante. Fórmanla tres grandes arcos iguales de veinte metros de luz, sobre cada uno de los cuales álzase una cúpula que cubre una superficie de 500 metros cuadrados. El arco principal se resuelve en una especie de frontón, en cuyo centro destaca la proa del barco de la ciudad de París, sobre la cual canta el gallo galo. Encima, y á una altura de 35 metros, se alza la estatua de Moreau Vautier que representa la ciudad de París en actitud de recibir á los que acuden á la capital para visitar la exposición: rompiendo atrevidamente con la tradición de las alegorías clásicas, el escultor ha reproducido una parisiense de nuestros días, vestida á la última moda y de aspecto á la vez altivo y seductor. A cada lado del arco hay dos frisos modelados por Guillot que son una alegoría del trabajo y cada uno de los cuales tiene 9'50 metros de largo por 2'16 de alto.

El color general del monumento es blanco crema, pero todas las partes del mismo están cubiertas por un decorado polícromo cuyos tonos encarnado, oro y negro producen el mejor efecto y le dan un aspecto á la vez lujoso y artístico. Combinadas con esta decoración hay 3.116 lámparas de incandescencia de diferentes formas y colores; y como además hay 12 lámparas de arco sobre la cúpula y los alminbares y ocho lámparas con reflectores proyectores y 16 con reflectores sencillos, cuando por la noche están encendidas todas estas lámparas el espectáculo resulta verdaderamente mágico: nuestros lectores podrán formarse idea de él por el grabado que publicamos.

El puente Alejandro III, cuya entrada se ve en el fondo del grabado que publicamos en la primera página, responde á la necesidad de abrir una nueva y amplia vía de comunicación entre las dos orillas del Sena. El puente, que cruza el río algo oblicuamente, está constituído por un solo arco de 107'50 metros de luz, cuya clave está á 8'08 metros sobre el nivel medio del agua y á 6'30 del de las grandes avenidas. El armazón del puente se compone de 15 arcos de acero articulados á fin de evitar las contracciones y dilataciones de una masa tan enorme de metal bajo la influencia de las variaciones atmosféricas. El princi-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Palacio de España



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - EL PEQUEÑO PALACIO DE BELLAS ARTES

pal decorado de esta obra, considerada como una de las más hermosas en su género, consiste en dos altos pilastrones de piedra situados en cada una de sus entradas y cuyo objeto es que sirvan de puntos de perspectiva á fin de dirigir desde los Campos Elíseos hasta la cúpula de los Inválidos la mirada que de lo contrario, según frase de los arquitectos, podría perderse en aquellos vastos espacios. Estos pilastrones son de piedra, cuadrados y flanqueados por cuatro columnas de estilo neojónico; al pie de cada uno de ellos hay un elevado zócalo con una estatua que representa á la Francia en una de las épocas de su historia; en sus caras principales, entre las columnas, se ven trofeos con atributos ó escudos, y en lo alto de los mismos, grupos de Famas y Pegasos de bronce dorado de bellísimo efecto. Cuatro leones conducidos por niños decoran las entradas del puente, delante de los pilastrones. El puente está adornado en toda su longitud con gran riqueza de molduras, guirnaldas, escudos con las armas de la ciudad de París y de Rusia, etc.; la balaustrada es de bronce y cobre, y los candelabros, dispuestos á cortas distancias uno de otro, son en extremo elegantes.

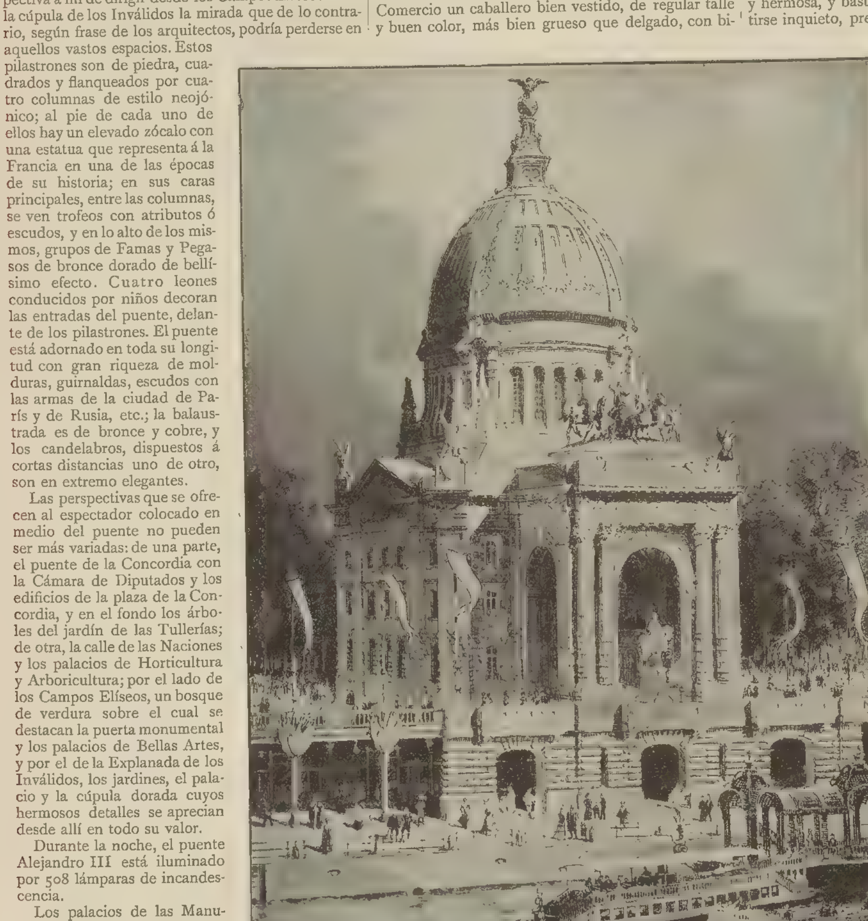
Las perspectivas que se ofrecen al espectador colocado en medio del puente no pueden ser más variadas: de una parte, el puente de la Concordia con la Cámara de Diputados y los edificios de la plaza de la Concordia, y en el fondo los árboles del jardín de las Tullerías; de otra, la calle de las Naciones y los palacios de Horticultura y Arboricultura; por el lado de los Campos Elíseos, un bosque de verdura sobre el cual se destacan la puerta monumental y los palacios de Bellas Artes, y por el de la Explanada de los Inválidos, los jardines, el palacio y la cúpula dorada cuyos hermosos detalles se aprecian desde allí en todo su valor.

Durante la noche, el puente Alejandro III está iluminado por 508 lámparas de incandescencia.

Los palacios de las Manufacturas Nacionales cubren una superficie de 12.000 metros cuadrados y presentan tres partes simétricas con relación al eje de la Explanada de los Inválidos, en donde se levantan: la primera, cuya fachada decorativa es paralela al Sena, está unida á las otras dos, paralelas al eje, por medio de motivos arquitectónicos, de pórticos circulares que forman dos pabellones de entrada de muy bonito aspecto. La parte de los palacios paralela al Sena también termina en pabellones coronados por caladas cúpulas destinadas á alumbrar el piso superior. Por el lado de la Explanada, y en una longitud de unos 100 metros, los palacios de las Manufacturas Nacionales están divididos en tres partes por pabellones, á cada uno de los cuales corresponde un pórtico y una gran terraza, desde donde la vista se extiende sobre los jardines y en cuyas paredes del fondo se ven grandes pinturas decorativas. Los palacios terminan en un pórtico circular flanqueado por dos pilastrones que da acceso á una escalera monumental, por medio de la que se comunican con los demás edificios que se levantan hasta la calle de Grenelle.

En el palacio de Cambodge encuéntrase una reproducción exacta de la célebre montaña de Pnom-Penh, en cuya cumbre se elevan la pagoda y el «Pnom,» especie de monte sagrado de 10 metros de altura que sirve de monumento funerario.

El palacio de Madagascar es un edificio circular al que se llega por un puente que lo pone en comunicación con el Trocadero y comprende un gran panorama pintado por M. Tinayre que representa la toma de Tananarive y varios dioramas que dan una idea de aquella gran isla. – C.



Exposición Universal de París. – Palacio de los Estados Unidos

EL GRAN DAVIRÓN

(TIPOS DE PROVINCIA)

Poco antes de obscurecer entró en el casino del Comercio un caballero bien vestido, de regular talle y buen color, más bien grueso que delgado, con bigote y patillas largas, tipo de fabricante ó de banquero. En el amplio salón donde se sirve el café no había más que dos viejecillos de los que se retiran temprano de su acostumbrado paseo. D. Julián, que así se llamaba nuestro caballero, se acercó á los cristales de uno de los cuatro balcones que daban á la calle, echó una mirada al reloj y contempló breve rato el espacio que ante sí tenía, sin fijarse en ningún detalle.

Parecía indeciso; y sin embargo, su fisonomía franca y expresiva revelaba más bien la impaciencia del que espera la hora de algún negocio importante y decisivo. Se quitaba de vez en cuando los lentes de oro y los limpiaba como si estuvieran empañados, todo lo cual indicaba que el hombre se hallaba preocupadísimo.

Y en efecto, preocupábale en aquel momento la intención de un miserable anónimo que había recibido por el interior y que hubo de abrir creyendo que fuese una carta. Decíanle en él que su mujer, á pesar de todas las apariencias de su invariable y buena conducta, debía acudir aquella misma tarde, á las seis ó seis y media, á tal casa de la calle del Cuervo. Y no era lo peor este aviso, sino que el autor del anónimo insistía por segunda vez por pura amistad y desinterés, según afirmaba. Molestado por el primero, no quiso D. Julián darle la menor importancia; pero ahora, al encontrarse con el segundo insistiendo tan porfiadamente en la acusación que dirigía á la culpable, no pudo menos de sentir la horrible punzadura de los celos. No habría fundamento para sospechar, eso de seguro; pero amaba todavía á su mujer, joven y hermosa, y bastaba la más leve sospecha para sentirse inquieto, preocupado y torturado por mil abominables recuerdos que le sugería su imaginación. Recordaba, como si fueran de ayer, ciertas historias y anécdotas que se habían contado allí mismo, alrededor de la mesa, de ciertos maridos sobradamente crédulos y confiados en el amor de sus mujeres. No faltaba algún amigo que los hubiese prevenido de un modo indirecto ó por algún anónimo, pero aquella sencilla confianza los había perdido.

Como asaltado por repentina idea, se abrochó D. Julián el gabán de color ceniza que llevaba puesto, por ser los últimos días del otoño, y salió del casino con paso apresurado, como si le faltase tiempo para llegar al punto de la cita. Directamente se encaminó hacia la calle del Cuervo y luego á la casa misma que le señalaban en el anónimo. Empezaba á caer esa lluvia mansa, menudita y fría, propia de los días de invierno, que va mojando y calando la tierra hasta formar extensos barrizales. Por esto sin duda iba pegadito á las paredes, y al levantar la vista para fijarse en los números de las casas, vió salir de un portal una señora con el paraguas abierto y que á causa de la sombra que éste proyectaba sobre su rostro no le fué posible conocerla. Pero al verla salir tan de prisa sintió un profundo estremecimiento, como la impresión del que andando sobre un terreno movedizo siente que se hunde repentinamente bajo sus pies. Por la estatura, por el aire, por el color mismo del traje hubiera dicho sin vacilar que aquella señora era su mujer. Estuvo unos instantes indeciso. Pero habría sido muy difícil darle alcance con el paso que ella llevaba y en medio de la obscuridad que reinaba en aquellas callejas en donde no se habían encendido las luces todavía.

Subió, pues, al piso tercero y preguntó por la dueña, que se llamaba tal y conforme lo indicaba el anónimo. Guióle ésta á una salita muy modesta que se hallaba al final del pasillo, y sin tomar asiento siquiera trató de indagar y descubrir algo que pudiera aclarar sus sospechas. La dueña del cuarto, que tampoco tenía mal aspecto, ignoraba los diversos pormenores á que D. Julián hacía referencia, no conocía á la señora que debía ir allí según las señas de su persona, ni ella era modista, ni recibía encargos particulares de nadie. A pesar de todo esto, D. Julián desconfiaba y pensaba luego para sí: «Si esta no es una señora decente, como parece, debe ser una tunanta de tomo y lomo.»

Mientras interrogaba á la susodicha habíale ocurrido la idea de volver á escape á su casa, de modo que en cuanto se despidió de ella se lanzó á la calle, que no estaba lejana de la plaza del Correo, donde solían situarse algunos coches de alquiler. Corrió á tomar el último que había quedado y le dió las señas de su casa. Cruzaron á buen paso una parte de la población, y en cuanto se vió en la proximidad de aquélla se dispuso á abrir la portezuela y á saltar á la acera. Le había pagado de antemano; así es que sin perder tiempo subió las escaleras de su casa con toda la ligereza que le permitían sus piernas, ágiles aún y robustas, y preguntó á la muchacha que salió á abrirle:

– ¿Ha venido ya la señora?

– Todavía no, y me extraña mucho, porque la señorita...



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – El Gran Palacio de Bellas Artes

– A mí también. ¡Ah!, oiga: ¿se ha llevado paraguas?

– Sí, señor: como estaba nublado...

De nuevo sintió D. Julián aquel profundo desasosiego que hubo de causarle la sospecha de que la señora que salía del portal consabido fuese su propia mujer, y se dirigió á su despacho para estar solo y reflexionar con calma sobre aquella triste y dudosa situación. Su idea de tomar un coche y adelantarse se había realizado felizmente, y esto le permitía salir al encuentro de ella y observar aquel rostro amado que para él nunca tuvo secretos. Si el rostro es espejo del alma, como cree la gente, algo debería transparentarse en aquél del abominable intento, en el caso de que fuese culpable. A los pocos minutos se oyó la campanilla de la puerta. D. Julián corrió con prisa al recibimiento con un quinqué en la mano.

– Vamos, vamos, mi señora doña Felisa, buena horita de volver á casa, exclamó el marido, clavando en su mujer una de esas miradas que intentan penetrar en el fondo, con el ansia del que busca en una tempestad desecha el miserable albergue donde guarecerse.

– Es que ahora llueve mucho más que antes. ¿Me esperabas hace rato ó acabas de llegar en este momento?, interrogó ella á su vez contemplando con alguna fijeza la fisonomía de su marido.

– Te esperaba hace rato, y por eso mismo... ¿Sabes qué hora es?

– ¡Hombre!, no debe ser muy tarde, porque...

– Las siete y media muy largas de talle. Y esta noche precisamente que quería adelantar la hora de la cena...

– ¡Mire usted qué casualidad!

Quedóse D. Julián por un instante mirando á su mujer y dudando todavía de si aquel retintín y aquella frase que trascendía á ironía significasen la verdadera tranquilidad de su conciencia ó el velado descaro de la que empieza á perder un poco la verguenza. Y aún se alarmó más cuando ella con un tono de voz que no solía usar se encaró con él y añadió:

– ¿Y usted, caballero, se puede saber de dónde viene con esas prisas?

– De donde á ti no te importa.

– Muchas gracias. Es usted muy fino.

– Y tú muy...



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de las Manufacturas Nacionales

Pero Felisa le había vuelto la espalda y dirigídose á su gabinete, por lo cual no acabó felizmente de pronunciar la frase. Y desde aquella tarde puede decirse que esta escena fué como el rompimiento completo de hostilidades entre dos personas que se sentían heridas en su amor propio, que continuaron mirándose con desconfianza y espiándose mutuamente por el mismo temor de creer que el marido era culpable de la falta que éste atribuía á su mujer. Perdida, ó turbada en parte, esta confianza, ya se sabe lo que es un matrimonio. Todo son choques y quisquillas y recelos y mal humor hasta que se aclaran y despejan por completo las situaciones. Como D. Julián, que era inclinado á la cavilación, continuaba sospechando de todo, recogió una mañana del suelo una carta que hubo de caerse á la entrada del cuarto de la muchacha. Iba dirigido el sobre á un nombre vulgar que D. Julián no conocía, y ¡cosa particular!, la letra de este sobre era parecidísima á la letra del anónimo. Se la guardó en el bolsillo contra sus sentimientos de delicadeza y corrió al despacho para compararlas. Y efectivamente, estaban escritos por la misma mano. Llamó en seguida á la muchacha y cerró la puerta del despacho.

– Me va usted á decir con absoluta sinceridad si esta carta que he recogido del suelo, al lado de su cuarto, es suya...

Dudaba la sirvienta al observar la cara algún tanto fosca y como nublada con que su amo le interrogaba..., pero al insistir éste de nuevo, confesó paladinamente que era una carta que iba á enviar á su novio que se hallaba en el pueblo.

Ella escribía muy remal, esa era la verdad, y hubo de atreverse á gastar unos cuartos en la tienda de un memorialista que entendía de letra. Ocurrióle entonces á don Julián que bien podía ser que el autor del anónimo hubiese recurrido al mismo memorialista que la criada, y con esta idea dirigióse aquella misma tarde á uno de los barrios extremos de la población donde aquél ejercía tranquilamente su industria. Llevóse puestas unas gafas de cristal azulado para no infundirle la menor sospecha, y con esta excusa de tener irritada la vista entró en su mezquino chiribitil resguardado por un mal biombo, detrás del cual trabajaba el popular pendolista. Costóle á don Julián algún trabajillo y hasta volver tres ó cuatro veces para poder saber que entre sus parroquianos había un señor muy guapo y muy generoso que se llamaba D. Juan Davirón. Ya había oído hablar de él, porque en una capital de provincia como *Urbeaugusta,* aun siendo de las más populosas, se conoce de oídas ó de vista á la mayoría de la gente que bulle. Así es que D. Julián, al salir una de las tardes del portal del memorialista, se dirigió á casa de su amigo D. Faustino Sáenz, que era banquero y que debía conocerle seguramente. Se hallaba todavía en su despacho trabajando, y allí entró D. Julián á saludarle. Después de las naturales frases de cortesía, díjole su amigo:

– Para un asunto particular me han hablado de un tal D. Juan Davirón... ¿Qué especie de tipo es ese que yo no conozco?

– ¡Hombre, el gran Davirón! Lo habrás visto mil veces, con el puro en la boca y hecho un caballero, en la puerta del casino del Centro. Dicen, pues, que fué capitán de infantería ó de carabineros, no estoy seguro, y que luego por tocarle un premio gordo de la lotería, ó por casarse con una viuda millonaria, abandonó la carrera y se marchó á París. Allí se perfeccionó en el manejo de toda clase de armas, vivió algún tiempo á lo gran señor, y hasta creo que tuvo un lance con un espadachín italiano. Después se separó de su mujer, según unos por incompatibilidad de caracteres, según otros para poder hacer vida independiente, vida de casino, de teatros, de aventuras y diversiones, porque el hombre no se ocupa en otra cosa, que yo sepa. Añaden otros, mejor enterados, que como todo buen mozo y fatuo y algo generoso, tiene una suerte loca con las mujeres. A propósito..., ¿no recuerdas el escándalo que se armó hará unos tres años, cierta noche, en casa del magistrado Ibarreta?.. Pues ese Sr. Davirón fué la causa, y de allí lo echaron de mala manera.

– Sí, ahora recuerdo, respondió D. Julián, que hubo de quedarse algún tanto pensativo después de escuchar la historia del gran Davirón trazada á grandes rasgos por su amigo Sáenz.

– En resumen: que vayas prevenido contra ese caballero. Suelen ser malos bichos estos vividores y matones de casino sin lances ó con ellos...

Dióle las gracias D. Julián por los antecedentes proporcionados y se despidió algo más preocupado de lo que en apariencia manifestaba. Porque, á su juicio, ya no se trataba de una broma de mala especie, sino de la mala intención de un hombre que se dirigía á turbar la paz de un matrimonio, dispuesto á



El eminente violoncelista catalán D. Pablo Casals

todo. Cuando volvió á su casa se encerró en el despacho y reflexionó seriamente sobre aquel desdichado asunto. Un hombre expone á veces su vida por algo grande, hermoso, justificado, de palpitante y elevado interés; pero por el capricho fugaz de una pasión reprobada..., esto parece absurdo y exorbitante. D. Julián se decidió á tener una explicación con su mujer. Felisa, que no era una coqueta sin entrañas, ni una cursi desprovista de todo buen sentido, no le negaría el concurso que le pedía. Sabría la verdad, toda la verdad, y en este supremo caso ya determinaría lo que debía hacer. Al llegar la noche llamóla á su despacho y le enseñó los anónimos que había recibido. No debe un caballero dudar de su mujer mientras no haya un motivo muy fundado; pero hay situaciones y lances en la vida que obligan á este inmenso sacrificio, á confesar uno propio su impotencia, sus ocultos temores y sus ansias desesperadas. Felisa entonces salió del despacho y le trajo otros dos anónimos que había recibido por otro conducto que su marido, al salir de la iglesia, por mano de un chicuelo que se acercó á pedirle limosna.

– En los dos me aseguraban lo mismo, repetía ella extrañadísima: que debía acudir á una cita que tenías en la calle del Cuervo. Confieso que la segunda vez, impulsada por no sé qué sentimiento, fuí á la casa.

– ¿Entonces... á la misma casa que?..

D. Julián no comprendía cómo podía ser esto. Y sin embargo, este era el juego del gran Davirón, que conocían muy pocos en *Urbeaugusta.* Citaba al marido para infundirle la conveniente sospecha y luego á la mujer para que acudiese á la cita. Si ésta acudía la primera, como más curiosa, sin haber acudido el marido, entonces el gran Davirón, que tenía alquilado el entresuelo de enfrente como observatorio, subía á la casa y se presentaba á la mujer y trataba de conquistarla de un modo ó de otro. Claro es que si ella protestaba y le acusaba al marido y sobrevenía la complicación y por consiguiente el temeroso lance, á él, que era un maestro en esgrima, le importaba muy poco. Como César, confiaba en su audacia y en su buena estrella.

Por ignorar D. Julián esta combinación es por lo que no se explicaba al pronto que les citaran á su mujer y á él á la misma casa y casi á la misma hora. Pero satisfecho con la sinceridad de Felisa y contando con su lealtad, ya no le parecía tan grave el problema de castigar y responder como debía á las provocaciones del gran Davirón. Al día siguiente, después de comer, se dirigió al casino del Centro y preguntó por el susodicho: «Aquí viene todos estos días á esta hora á tomar café, contestóle el portero, y suele estar hasta las cinco de la tarde.»

D. Julián esperó unos minutos en el portal, que era ancho y elevado como de casa grande, hasta que al poco rato entró un caballero de buena estatura, vestido de levita negra y flamante sombrero de seda, moreno y bigotudo. «Ese señor es D. Juan Davirón,» le indicó el portero mientras el otro subía despacio por las anchas escaleras. Fijóse D. Julián en el tipo que acababa de entrar y dijo para sí: «A este pájaro ya le conocía.»

A eso de las cinco de la tarde volvió don Julián á la puerta del casino y esperó tranquilamente algo más de media hora. Cuando vió bajar al gran Davirón, le detuvo en el mismo portal y le enseñó el anónimo, preguntándole si conocía la letra, al propio tiempo que levantando el bastón, que era un verdadero garrote, empezó á descargar garrotazos sobre el desprevenido Davirón.

Trató éste al punto de defenderse, como era natural, con un elegante bastón de caña que se hizo añicos á los dos minutos, quedándose por lo tanto indefenso ante las bravas acometidas de D. Julián, que no se cansaba de menear el garrote á diestro y siniestro. Ya se habían agarrado los dos contendientes cuando acudieron á separarlos dos guardias de Orden Público y dos ó tres amigos de Davirón que bajaban del casino, entre las voces y silbidos de un enjambre de chiquillos, curiosos y mujeres que acudieron atropelladamente al ruido de la contienda.

Recibió D. Julián al día siguiente la visita de dos caballeros que le exigieron en nombre de su apadrinado la consiguiente reparación de la ofensa.

Les contó éste al punto el motivo de la cuenta pendiente que tenía con el señor Davirón, añadiendo con la mayor firmeza:

– A pesar de lo ocurrido ayer tarde, el ofendido soy yo, convengan ustedes en ello, y como soy muy corto de vista, no admito otra arma que la pistola y á diez pasos de distancia. Les enviaré mis padrinos, corriente; pero esta base es indiscutible.

Aquello era absurdo, según los testigos, incalificable, nunca visto, y se discutió lo increíble, como de costumbre; pero Davirón, que era rico y amaba excesivamente la vida, temió en realidad que aquel pedazo de bárbaro le metiese una onza de plomo en el cuerpo, á pesar de la cortedad de su vista, y desistió del lance después de las satisfactorias explicaciones que entre uno y otro mediaron. Mucho se habló con todo esto, en círculos, casinos y cafés, de la célebre paliza propinada por D. Julián, autor de los anónimos, y hasta influyó en la opinión pública de tal modo, que había de ser muy amigo y muy adulador para que una persona conocida se atreviese á hablar como antes del gran Davirón.

José M. Matheu.

GUERRA ANGLO-BOER

Después de no pocos trabajos ha llegado el general Buller á Pretoria, reuniéndose de este modo el ejército que operaba en el Natal con el que personalmente mandaba el generalísimo Roberts. Es de suponer que éste se dedicará ahora preferentemente á poner término á la resistencia que siguen ofreciendo los boers en el Orange, y sobre todo en el distrito de Senekal, en donde está al presente concentrada la principal actividad de los federales. Empresa es esta algo difícil, dada la movilidad de los comandos, y en prueba de ello bastará decir que hasta ahora lo mismo Botha que De Wet han conseguido librarse de la persecución que, con fuerzas extraordinarias, han emprendido contra ellos los ingleses, á pesar de que éstos daban ya por conseguida, ó poco menos, su rendición.

La verdad es que los hechos de armas que en el Africa del Sur ocurren tienen muy escasa importancia y apenas si podemos dar noticia de otros que del combate de Plainfontein, favorable á los ingleses,

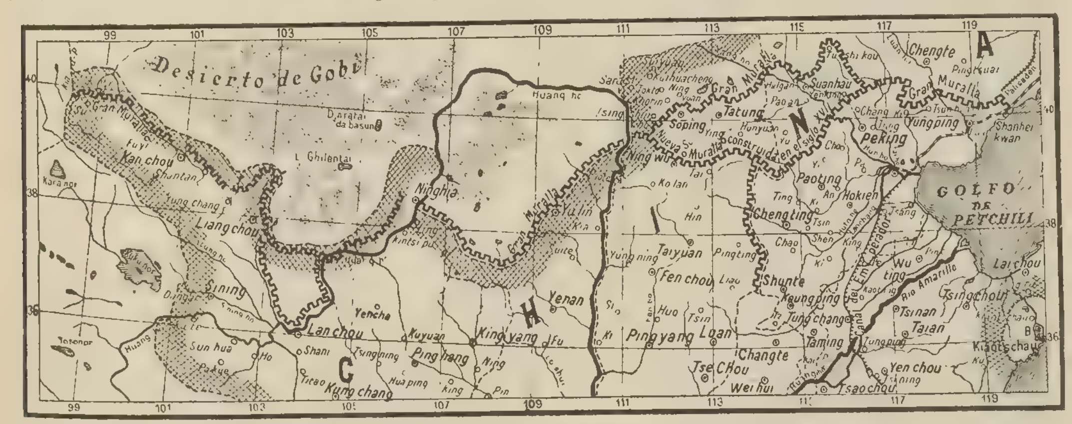


CONFLICTO CHINO. – La gran muralla

de la toma de Betheleem por éstos y de la captura por los boers de un campamento inglés en Waterswal.

Alrededor de Pretoria las tropas de Roberts se ven constantemente hostilizadas, pero sin graves consecuencias.

Los delegados boers, que últimamente estuvieron en los Estados Unidos, han llegado al Havre, pasando desde allí á París: al desembarcar en aquel puerto francés se les dispensó una entusiasta acogida; pero donde el recibimiento ha revestido grandiosas proporciones ha sido en la capital de Francia. Al bajar del tren fueron saludados por una representación del Consejo Municipal y aclamados por una multitud inmensa que les acompañó hasta el hotel Scribe, en donde se alojaron, entre frenéticos vivas á Kruger, á los boers y al Transvaal. También se dieron algunos gritos contra Inglaterra, y la muchedumbre hizo retirar las banderas inglesas que ostentaban algunos edificios. El Consejo Municipal obsequióles con una recepción solemne, en la que se pronunciaron elocuentes discursos felicitando á los heroicos boers y haciendo votos por la independencia de las dos repúblicas sudafricanas. – A.



CONFLICTO CHINO. – Plano de la gran muralla de la China

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. La gran muralla.—Los sucesos que actualmente se desarrollan en el Celeste Imperio con razón atraen la atención de las grandes potencias europeas. Lo que en un principio se había creído insurrección promovida por la sociedad secreta de los boxers, va resultando un levantamiento nacional contra los extranjeros y una lucha civil entre los distintos y contrapuestos elementos que desde tiempo inmemorial se disputan el poder en China. Imposible es sacar nada en claro de lo que allí sucede: las noticias que de allí se reciben son contradictorias, y lo que un día afirman, lo rectifican al otro, para volverlo á afirmar y rectificar en los siguientes. De todos modos, los acontecimientos revisten gravedad y trascendencia sumas, gravedad por lo que en sí son, por las matanzas de cristianos y europeos que allí se realizan, y trascendencia porque sabe Dios lo que resultará de la intervención de las naciones, á quienes guían de fijo, más que sentimientos humanitarios, ambiciones y egoísmos añejos que no se darán por satisfechos con la simple pacificación de aquel Estado, sino que querrán cobrarse lo que hayan hecho para conseguirla. ¿Lograrán las potencias dominar la rebelión en poco tiempo? ¿Será el actual levantamiento sólo un preludio de una verdadera guerra de independencia?

Dejando á un lado estas consideraciones, digamos algo de los grabados que en el presente número publicamos relativos á la gran muralla, á esa construcción gigantesca que sintetiza el espíritu del pueblo chino, cerrado á toda influencia exterior, enemigo de todo lo extranjero, lleno de odio hacia toda civilización que no sea la suya, hacia todo progreso que esté en pugna con su fanatismo y ese absurdo é intolerable orgullo de raza que le hace creerse superior á cuanto fuera de él existe.

Según tradición china, el emperador Chi-Hoang-Ti, que vivió en la segunda mitad del siglo III antes de Jesucristo, fué el que inició la construcción de la gran muralla; la sección oriental de ésta construyóse en el siglo VI de la era cristiana, y la meridional, que comprende las provincias de Petchili y Chansi, no quedó terminada hasta el año 1644. Tiene esta obra una extensión de 2.450 kilómetros: arranca del golfo de Liautung, sigue hacia el Oeste describiendo varias curvas por una serie de cordilleras, divídese al Norte de Pekín en dos brazos principales que ora se remontan hasta las más elevadas cimas de las montañas, ora descienden hasta los más profundos valles y vuelven á unirse en las inmediaciones de Hoangho, terminando en la famosa puerta de Kiajukwan, que cierra el gran camino de caravanas del Asia central. El material con que está construída y el sistema de construcción varían según las condiciones del terreno que atraviesa. En muchos puntos aparece destruída por la acción del tiempo y por la mano del hombre, que ha arrancado de ella grandes bloques para la construcción de edificios en las poblaciones inmediatas. Su altura varía entre cinco y ocho metros y su anchura es de ocho metros en la base y cinco en el coronamiento: éste presenta hacia afuera un parapeto almenado de la altura de un hombre.

Esta obra de fortificación, cuyo primitivo objeto era resistir las invasiones de pueblos bárbaros que peleaban con armas blancas, no constituye, como se comprenderá, ninguna defensa sería contra la moderna artillería.



La visita de la madre, cuadro de Enrique Paternina



La buenaventura, cuadro de José Llovera

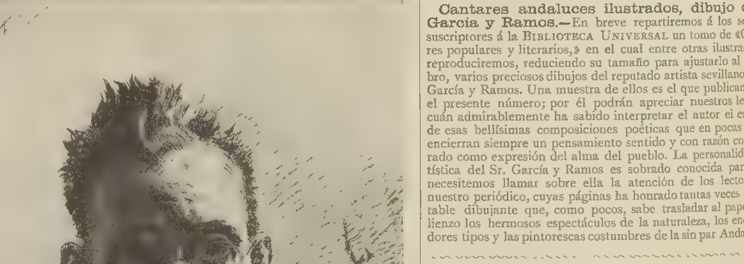


CANTARES ANDALUCES ILUSTRADOS, dibujo de J. García Ramos

El eminente violoncelista catalán D. Pablo Casals. – Casals cuenta actualmente veintitrés años y es uno de los primeros violoncelistas del mundo: este es el mejor compendio de su biografía. Mas como esto no satisfaría la natural curiosidad de nuestros lectores, expondremos algunos datos de su carrera artística, sintiendo que la índole de esta sección no nos permita dedicarle todo el espacio que á sus méritos excepcionales correspondería. Hijo de un organista del Vendrell, hizo sus primeros estudios musicales en Barcelona, en donde, siendo aún niño, cautivaba con su arte primoroso en los conciertos de la Sociedad Filarmónica; completó su educación artística en el Conservatorio de Bruselas, pensionado por S. M. la reina regente de España, y fijó por último su residencia en París, viéndose allí obligado por falta de recursos á tocar en la orquesta de un teatro de último orden. Tres años después, el rey de Portugal le invitaba á su palacio, y el público lisbonense le aclamaba con entusiasmo en la Sala del Conservatorio que por orden del soberano le fué cedida para dar una audición. De Lisboa pasó á Madrid, en donde la reina regente le regaló el magnífico Galiano que toca en todos los conciertos. Vivamente instado por Saint-Saens, que había podido admirarle en una de sus excursiones á esta capital, y de la Nevada, que con entusiasmo le había aplaudido en la corte, resolvió volver á París y presentarse á Lamoureux. Recibióle éste con algún desabrimiento; pero apenas le hubo oído, lleno de emoción y completamente subyugado por aquella maestría, no le dijo más que estas palabras: «¡Usted tocará en mis conciertos!,» y á partir de aquel día no tuvo mejor amigo que aquel ilustre maestro, quien exigió su cooperación para las representaciones de *Tristán é Isolda*. Desde entonces, el nombre de Casals ha figurado siempre en los carteles y ha sido aclamado en los conciertos Lamoureux, Colonne, en la Sala Pleyel, en la Sala Erard, en el Fígaro, en una palabra, dondequiera que ha tocado, y los críticos más conspicuos le han consagrado las más entusiastas alabanzas. Iguales éxitos ha obtenido en Francfort, en Tolosa y en Londres, en donde tocó en presencia de la reina Victoria y del príncipe de Gales, que le colmaron de distinciones. Después de las audiciones que recientemente ha dado en Barcelona y Valencia, ha vuelto á París; de allí irá á Suiza, volverá á España y á Portugal y en noviembre estará en los Estados Unidos, adonde va contratado en magníficas condiciones. Casals une á sus excepcionales méritos artísticos una modestia sin igual: es quizás el único artista que no colecciona los artículos encomiásticos que los críticos más eminentes le han dedicado, y eso que con lo que de él ha dicho la prensa de todos los países que ha recorrido podría formarse un voluminoso libro de honor. De Casals no puede decirse que le espera un porvenir brillante, porque al presente ha llegado ya á la altura que sólo los grandes genios suelen alcanzar.

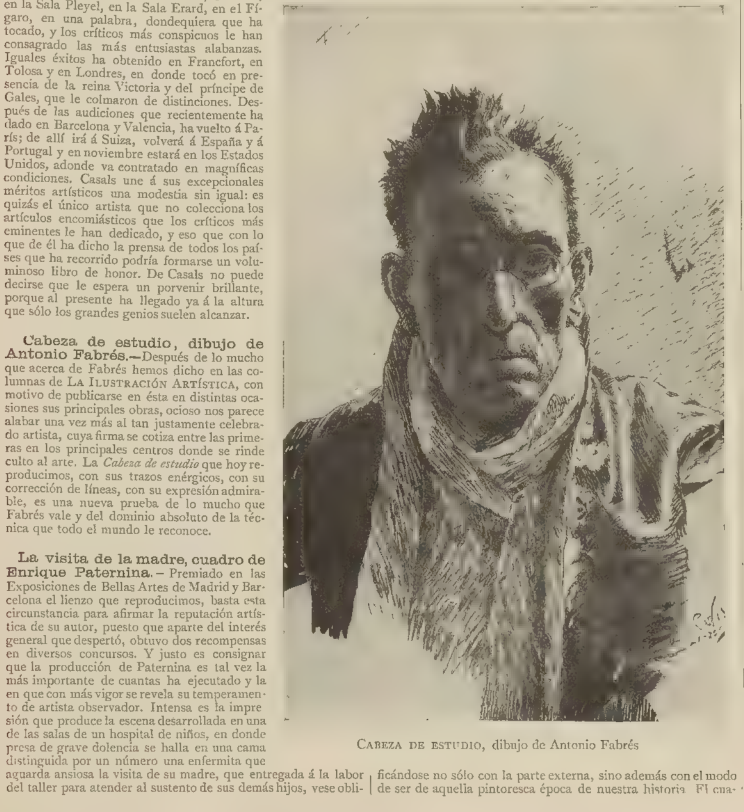
Cabeza de estudio, dibujo de Antonio Fabrés.—Después de lo mucho que acerca de Fabrés hemos dicho en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de publicarse en ésta en distintas ocasiones sus principales obras, ocioso nos parece alabar una vez más al tan justamente celebrado artista, cuya firma se cotiza entre las primeras en los principales centros donde se rinde culto al arte. La *Cabeza de estudio* que hoy reproducimos, con sus trazos enérgicos, con su corrección de líneas, con su expresión admirable, es una nueva prueba de lo mucho que Fabrés vale y del dominio absoluto de la técnica que todo el mundo le reconoce.

La visita de la madre, cuadro de Enrique Paternina. – Premiado en las Exposiciones de Bellas Artes de Madrid y Barcelona el lienzo que reproducimos, basta esta circunstancia para afirmar la reputación artística de su autor, puesto que aparte del interés general que despertó, obtuvo dos recompensas en diversos concursos. Y justo es consignar que la producción de Paternina es tal vez la más importante de cuantas ha ejecutado y la en que con más vigor se revela su temperamento de artista observador. Intensa es la impresión que produce la escena desarrollada en una de las salas de un hospital de niños, en donde presa de grave dolencia se halla en una cama distinguida por un número una enfermita que aguarda ansiosa la visita de su madre, que entregada á la labor del taller para atender al sustento de sus demás hijos, vese obligada á confiar el cuidado de su querida niña á la caridad oficial. Todas las figuras expresan su entonación sugestiva, rebosando el hondo y delicado sentimiento que informa la composición.



GUERRA ANGLO-BOER. – SOLDADOS DE LA YEOMANRY IMPERIAL INGLESA (de fotografía)

La buenaventura, cuadro de José Llovera.— En distintas ocasiones hemos encomiado como se merece la maestría con que el malogrado pintor reusense supo resucitar tipos y costumbres españoles de principios de este siglo, identificándose no sólo con la parte externa, sino además con el modo de ser de aquella pintoresca época de nuestra historia. El cuadro que hoy reproducimos es una nueva confirmación de nuestras apreciaciones: no son únicamente los trajes los que nos transportan á antiguos tiempos; hay en la pintura algo más que nos pone en presencia del pasado, y es la expresión de las figuras que sintetiza los sentimientos frívolos y supersticiosos de una parte de aquella sociedad. Aparte de esto tiene este lienzo de Llovera toda la elegancia de factura que caracteriza la obra del celebrado artista.



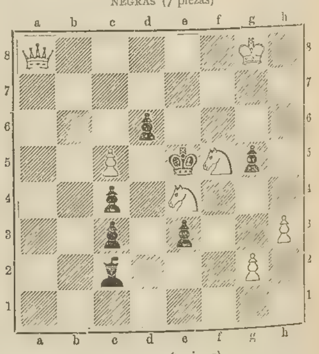
CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Antonio Fabrés

Cantares andaluces ilustrados, dibujo de J. García y Ramos.—En breve repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL un tomo de «Cantares populares y literarios,» en el cual entre otras ilustraciones reproduciremos, reduciendo su tamaño para ajustarlo al del libro, varios preciosos dibujos del reputado artista sevillano señor García y Ramos. Una muestra de ellos es el que publicamos en el presente número; por él podrán apreciar nuestros lectores cuán admirablemente ha sabido interpretar el autor el espíritu de esas bellísimas composiciones poéticas que en pocas líneas encierran siempre un pensamiento sentido y con razón considerado como expresión del alma del pueblo. La personalidad artística del Sr. García y Ramos es sobrado conocida para que necesitemos llamar sobre ella la atención de los lectores de nuestro periódico, cuyas páginas ha honrado tantas veces el notable dibujante que, como pocos, sabe trasladar al papel ó al lienzo los hermosos espectáculos de la naturaleza, los encantadores tipos y las pintorescas costumbres de la sin par Andalucía.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 201, POR E. MAZEL

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 200, POR W. A. SHINK[...]

Blancas.	Negras.
1. D h 5 – h 2	1. Cualquiera.
2. C, D ó A mate.	

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Caracol hizo una pequeña pausa y después continuó su relato.

– Afilados los cuchillos, dejo mi muela en un rincón y me voy á reconocer la casa indicada. Todo lo hallé conforme á lo referido por la servidumbre. Se me presentaba la ocasión de dar un golpe seguro y sin riesgo, y esperé el momento oportuno para darlo. Llegó la noche, me puse en acecho. Cuando se apagó la última luz de la casa, salté al jardín, rompí un cristal, abrí una ventana, me colé dentro, atravesé dos estancias, llegué al arca de hierro, empecé á operar...

– ¿Y luego?, interrumpió Ceferina ansiosa.

– Luego, cuando por el agujero practicado en la puerta de la caja metía ya mano en el dinero, me sentí de pronto agarrotado por unas piernas de acero y unas manos de una fuerza terrible. Estaba cogido.

– ¿Por quién?

Caracol siguió refiriendo á su esposa los dramáticos incidentes de su aventura con el hombre que le había sorprendido en el acto del robo.

Después de escuchar con vivo interés el relato, Ceferina hizo esta cándida observación:

– Aquel caballero comprendió de seguro que sabrías dar al muchacho un buen oficio.

– Semejante confianza me conmovió, dijo imperturbablemente el bandido; así es que no solamente seré para esa criatura un preceptor, un maestro, sino que tendrá en mí un padre, un verdadero padre...

– ¡Y en mí una madre!

Ceferina, que al beber las palabras de su marido había bebido también, para escucharlo mejor, grandes tragos de aguardiente, se deshizo en lágrimas y echóse al cuello de su esposo cubriéndole de besos.

Caracol, que también había acompañado su largo relato con frecuentes libaciones, contestó con apretados abrazos á las caricias de su mujer.

Pero, sin que sea posible averiguar cómo cambiaron las cosas de repente, cinco minutos después la pareja andaba á bofetada limpia. Ambos vinieron al suelo y en su encarnizada lucha rodaron hechos un lío hasta el fondo de la cuneta, donde se quedaron durmiendo la mona.

Claudinet, que salió del coche, vió las últimas peripecias de la lucha. Pero el espectáculo no le conmovió. Metió en un armario los restos del almuerzo, y se tendió al pie del diván en que Fanfán dormía aún, murmurando:

– ¡Bueno! Vamos á tener ahora al menos un par de horas de tranquilidad.

Troppmann, harto de comer hierbas, se había echado á la sombra de un árbol.

El único que velaba era el perro, acurrucado cerca del caballo.

Claudinet pensaba en el hospicio, que tan tristes recuerdos tiene para el niño que ha encontrado una familia amante y cariñosa, y que nuestro pobre huérfano echaba de menos como un paraíso perdido.

Nunca se había fijado en las miserias del reglamento, en las frías exigencias de una disciplina necesaria, en la triste uniformidad de los días y de las horas, ni en la carencia de los besos maternales.

Sólo se acordaba de la regularidad de una vida dulce y tranquila, de las comidas abundantes y sanas, de las caricias de las hermanas de la caridad, de sus paseos con sus camaradas y de sus juegos en el patio grande del asilo ó en los jardines del Luxemburgo.

Acordábase de los solemnes oficios en que, siendo monaguillo, vestido de sotana encarnada y sobrepelliz de encaje, mezclaba su voz pura con los acordes del órgano.

En aquella época, el nombre de madre le parecía representar uno de esos seres ideales que no existen en la tierra, como los ángeles de blancas alas cuyas imágenes veía en su devocionario.

Pensaba encontrar más tarde la suya en medio de aquellos ángeles, allá en el cielo, donde velaba por él, según le habían dicho las monjas.

Sin embargo de lo cual, un día le dijeron:

– Tu madre no está en el cielo todavía. Quiere llevarte con ella á su casa. ¡Toma, ahí la tienes!

Y le enseñaron una mujer que le causó miedo y cuyos primeros besos le helaron. La siguió entre temeroso y triste.



– Mamá dice que Dios nos ve siempre

Entonces le pareció haber entrado en el infierno descrito por el capellán en sus sermones y de cuyos horrores también le habían hablado con frecuencia las monjas, sitio espantoso adonde eran conducidos los niños malos á quienes Dios castigaba.

¿Qué había hecho él para que le condenasen á aquellos tormentos?

De pronto, aquel infierno se hizo más espantoso. La mujer que le anunciaron como madre había desaparecido.

Dijéronle que había muerto.

¿Por qué no se lo había llevado con ella, cuando fué al hospicio á buscarlo?

¿Por qué lo había dejado con su tío *Caracol* y con su terrible tía Ceferina?

¿Por qué, desde la desaparición de su madre, había empezado él á toser, sintiendo en el pecho como un fuego que le abrasaba interiormente?

¡Se sentía solo en el mundo!

Y meditaba y lloraba, pero muy quedo y á escondidas, porque sus tíos se lo tenían prohibido.

De pronto observó que el niño que tenía al lado acababa de despertar. Con los ojos espantados permanecía inmóvil y mudo, como si todavía se encontrase bajo el imperio de un sueño aterrador.

Sin embargo, al ver que Claudinet le miraba con curiosidad, Fanfán murmuró haciendo un ligero movimiento:

– ¿Por qué lloras, tú?

– No lloro, contestó en seguida Claudinet, temeroso de haber sido sorprendido en flagrante delito de una cosa que le estaba terminantemente prohibida.

– ¡Sí, sí, tú lloras!, insistió el niño; tienes los ojos y la cara llenos de lágrimas. Mientes cuando dices que no, y eso es muy feo. Tu mamá se enfadará si mientes.

– No tengo mamá.

– ¿No tienes mamá?, exclamó el niño incorporándose sobre el codo y con un acento de gran asombro. ¿No tienes mamá? ¿Dónde está entonces?

– En el cielo.

Fanfán permaneció un rato pensativo. Luego preguntó:

– ¿Y tu papá?

– Tampoco tengo papá.

– ¡Ni papá ni mamá!

– También se marchó.

– ¡Ah, sí! Se fué á hacer un viaje, ¿no es cierto? Mi papá también estaba de viaje..., lejos, muy lejos..., en Panamá, pero ha vuelto... Antes, yo estaba con mi mamá ó con mi abuelita... Entonces tú, esperando que vuelva tu papá, estás también con tu abuelita.

– No tengo abuelita, ni papá ni mamá: soy huérfano.

Después de otro silencio, Fanfán dijo con acento conmovido:

– ¡Ah, sí..., ya sé!.. Huérfano quiere decir cuando el papá y la mamá se han ido al cielo. Mi abuelita me hacía añadir siempre algo en mis oraciones para los pobrecitos huérfanos. Hay que amarlos y socorrerlos cuando son pobres... Mamá, cada semana, me llevaba con ella á distribuir ropas y provisiones á una casa muy grande que estaba llena de huerfanitos... ¿De modo que tú eres huérfano?

– Sí.

– ¿Cómo te llamas?

– Claudinet.

– ¿Claudinet? No me olvidaré de tu nombre y se lo diré á mamá y á papá, que ha vuelto. Vendremos á traerte cosas buenas.

– Y tú, ¿cómo te llamas?

– ¿Yo? Gastón... Los criados me llaman señorito Gastón. Pero mis papás y mi abuelita me llaman Fanfán.

– ¡Ah!

– Si eres huérfano y tampoco tienes abuelita, ¿á quién tienes entonces para amarte y acariciarte?

– A nadie.

– ¿A nadie?

– ¡A nadie! Vivo con mi tío *Caracol* y con mi tía Ceferina, que me han recogido.

Al oir tales nombres, el niño se sonrió desde luego; pero en seguida se sentó y echó una mirada en torno suyo.

El aspecto de aquella miserable estancia le dió asco.

Aquello parecíale la continuación de una pesadilla.

¿Qué hacía allí?

¿Cómo lo habían traído?

Iba á gritar con todas sus fuerzas:

– ¡Mamá! ¡Abuelita!..

Pero hablaba Claudinet, y Fanfán no se atrevía á interrumpirle.

Ni tenía fuerzas para ello, cada vez más asustado.

Era como si continuase su pesadilla.

Claudinet, por el contrario, se animaba insensiblemente, y de pronto, á pesar suyo, empezó á desahogar su pecho del rencor y del odio que le inundaban.

– ¡Ah! No son nada buenos mi tío *Caracol* y mi tía Ceferina. Cuando se emborrachan, menos mal, porque riñen entre sí, y yo no tengo más que ir á echarme en un rincón sin decir una palabra. Lo peor es cuando no se emborrachan, porque el negocio anda mal... ¡Oh, entonces sí que me pegan! Mi mayor desgracia es este catarro. Dicen que se irá conforme vino. Pero mientras tanto, si toso, me pegan como si yo tuviese la culpa, yo que siento tanto mal aquí, dentro del pecho. Ya verás, puesto que vas á quedarte aquí. Por de pronto tienes que ayudarme y substituirme después, cuando me haya muerto... Lo dijeron ayer y yo lo oí.

– ¡Quedarme aquí yo! ¡Substituirte!

– Sí... ¡Hacer el estrado!

– ¿Y qué es eso?

– Gritar, haciendo el payaso, en la plataforma, para que entre la gente... Es muy pesado. A veces, para hacer reir al público y atraer parroquianos, digo simplezas y recibo cachetes más de dos horas seguidas. Cuando me hielo de frío, el tío *Caracol* hace creer al público que tiemblo de mentirijillas..., y la gente se ríe. Y cuanto más me castañetean los dientes, más se ríe... ¡Y los bofetones!.. ¡Y los puntapiés! El público cree que los escamoteo... No hay tal. Mi tío da de veras. A esto le llama animar á los espectadores. ¡Y mi tía! Quizá no es tan traidora como mi tío, pero pega más fuerte. Y pega sin saber por qué... Parece que no es culpa suya, sino que es efecto del vino blanco. Ya verás, Fanfán. Mucho palo, poca comida, vivir con dos borrachos cuando ha habido buenas entradas, y con dos fieras cuando no se ha ganado un cuarto. Te pasará lo que á mí. Te alegrarás de coger un buen constipado para ir á juntarte pronto con tus papás en el cielo, donde es seguro que habrán ido como los míos, puesto que *Caracol* y Ce-

ferina te han recogido también y ahora eres su hijo.

Fanfán estaba lívido.

Sin embargo, no acababa de comprender al muchacho.

Todo aquello de hacer el estrado, de bofetones y puntapiés que se reciben y que se finge escamotear, de borrachos que pegan á los niños cuando hay mala entrada y que han de substituir á los papás subidos al cielo, no se representaba á su espíritu con imágenes reales.

Era algo como la espantosa historia del ogro, que le contaba su nodriza bretona.

Se hallaba entonces en casa de uno de esos monstruos que se tragan á los chiquillos que se quedan sin padre ni madre.

Pero él no era huérfano.

El tenía á su madre y á su abuela, á quienes tanto quería, y á su padre, que había vuelto de viaje.

Sin duda iban á venir por él.

Le pasaría como en Pulgarillo y en Barba Azul, como en todos los cuentos, al final de los cuales siempre hay buenas personas que ponen en libertad á los prisioneros.

Y como no era cobarde, el niño se sonrió con cierta tranquilidad. No tendría miedo de los ogros y esperaría valerosamente el momento de la libertad.

– No soy el hijo de *Caracol* y Ceferina, como acabas de decir. Nos han secuestrado á ti y á mí. Mi criada me lo ha dicho muchas veces..., hay hombres y mujeres muy malos que secuestran á los niños. Pero cuando son buenos y ruegan á Dios, sus papás, tarde ó temprano, acuden á libertarlos.

– Te engañas, Fanfán. He oído como mi tío lo decía; no tienes padre ni madre y te han adoptado *Caracol* y Ceferina. Van á hacer contigo lo que conmigo han hecho. Empezarás por ayudarme á barrer el coche, á enganchar á Troppmann, á cuidar del perro, á ir á los recados. Y luego, como eres más pequeño que yo y puedes pasar más fácilmente por los agujeros de las empalizadas, serás tú el encargado de ir á robar las gallinas y los patos en los corrales de las casas de campo.

– ¿Robar?.. ¿Ser ladrón?

– ¡Ladrón, sí! Y te enseñarán á ser astuto y hábil en el oficio.

– ¡Oh, jamás!, exclamó Fanfán, rojo de vergüenza.

– Te obligarán.

– ¡Jamás!, repetía el niño, apretando los puños con rabia, como si ya tuviese que luchar.

– Te pegarán.

– Aunque me peguen, no robaré. ¿No sabes que el robar es cosa muy fea?

– ¡Pero si nadie te ve!

– Mamá dice que Dios nos ve siempre.

Claudinet permaneció un instante silencioso y pensativo.

Escuchando á Fanfán, recordaba, como un eco lejano, los sermones del capellán del asilo.

También él había tenido horror al robo, horror á lo que en torno suyo llamaban pecado; pero ahora...

– Sí, Fanfán, dijo al fin; tienes razón, es muy feo robar. Yo tampoco quería, pero á fuerza de palo y haciéndome pasar hambre y sed..., porque son muy listos para hacerse obedecer.

– ¡Yo no robaré!

– Y luego ¡es tan fácil! Al principio, sientes un temblor por todo el cuerpo cuando, en la obscuridad de la noche, te metes por alguna rendija en un corral á robar gallinas. Los perros ladran por allí cerca. La puerta, á veces, rechina al abrirse, y se te figura que es alguien que te sorprende. Se anda á tientas. Se coge una gallina por el cuello, para que no cacaree; luego otra... ¡Ay! Si supieras el efecto que te hacen cuando aletean..., parecen personas que se defienden. Luego echas á correr con ellas. Y te palpita el corazón, ¡pero de qué modo! *Caracol* se ríe y Ceferina elogia la destreza con que se ha verificado el robo. En seguida, á desplumar al ave y á cocerla. Y yo te aseguro que es buena, cuando hace días que se tiene hambre. Si robas más de una, se venden las otras y se compra vino.

– Sea como sea, yo no robaré.

– Y todavía hay algo peor que esto.

– ¿Algo peor?

– Sí. Cuando mi tía trabaja, por la noche, en el carruaje y yo me quedo con el perro. Entonces oigo gritos ahogados..., y á la mañana siguiente veo que han lavado el coche, pero entre las tablas conozco que ha habido sangre. ¡Esto sí que es terrible! Noches y más noches, sueño con los gritos de la mujer que mi tía ha curado con el sonambolismo. Y además...

Un formidable bofetón cortó la palabra á Claudinet.

Caracol, furioso, había subido al coche sin que el niño lo viese y oído sus últimas confidencias.

La fiera cruel había reaparecido..., el cobarde, el miserable expoliador de cadáveres, el asesino de transeuntes asaltados á altas horas de la noche.

Cogió al muchachito y lo arrojó de un extremo al otro del cuarto, cebándose luego en él á golpes, furioso, echando espuma por su maldita boca.

En una de las sacudidas del monstruo, la pobre criatura fué á parar contra la barandilla de la plataforma y de allí al suelo, donde se quedó tendido.

En aquel momento, Ceferina, más embrutecida que de costumbre, llegaba tirando del caballo por la brida para engancharlo.

Levantó tranquila y fríamente á Claudinet, le cogió en sus robustos brazos y lo subió al coche.

– No está muerto, dijo. Eso no será nada, vamos á meterlo en cama.

Caracol, que había temido un accidente de que podían pedirle cuenta, se tranquilizó.

Entonces volvió al lado de Fanfán.

Éste, con los ojos extraviados, lívido, loco de terror, se había puesto de pie sobre el sofá, con los brazos cruzados hacia delante.

– ¿Ves, chiquillo, lo que resulta de ser desobediente y de hablar de lo que no importa? Tu primo Claudinet acaba de ser castigado, como lo serías tú, si no fueses buen muchacho, por tu papá *Caracol.* Ya eres bastante grande para comprenderme, ¿no es verdad? Pues bien, Fanfán, escucha bien lo que te digo. Tú has perdido á tu padre, á tu madre, tíos, tías, abuela, toda la parentela. Todos han muerto de repente del cólera asiático. Desde hoy no tienes más padre que yo. Y con nosotros, hay que andar derechos.

Detúvose.

El niño había caído desmayado.

– ¡Calla!, exclamó Ceferina: le ha dado un patatús.

– Le harás volver en sí por el camino.

– Sí, sí, no perdamos tiempo.

– Pues andando. Tenemos tiempo de llegar á Nantes esta noche.

Y cogiendo las riendas del caballo, le arreó con una dulzura que contrastaba con la rudeza empleada con los niños.

– ¡Anda, Troppmann!.., ¡ligero!, ¡anda, amigo, anda..., que en llegando, el pienso será bueno!

III

LAS DOS CONDESAS

– ¡Socorro, socorro!, gritó Teresa abriendo la ventana. ¡Pronto, que la señora se muere!

Precipitóse hacia Elena de Kerlor, que yacía en el suelo, y la arrastró hasta un sofá, donde le hizo respirar un pomo de esencias.

Pero, á pesar del aire que entraba por la ventana abierta de par en par, y de las esencias, vinagre y agua de melisa introducida por entre sus dientes apretados, Elena permaneció inmóvil.

José había encontrado cabalmente en su casa al médico, que vivía cerca y acudió en seguida.

Prodigó sus cuidados á la enferma: fricciones enérgicas, pellizcos, aplicación de sinapismos en la región cardíaca.

Pero le tenían inquieto, más que la duración del síncope, los síntomas que presentaba el rostro de la paciente.

– Ha debido experimentar una emoción violentísima, dijo el doctor, después de examinarla detenidamente.

– Pobablemente. Sus cuñados partieron ayer, y al mismo tiempo, por una rara casualidad, llegó el señor de Kerlor de Panamá. También tuvo la visita de su madre política, que le trajo á su hijo. La vieja condesa partió esta mañana con el señorito, que dejó una carta para la señora. Al leer esa carta, le dió el accidente.

– Prepare usted su cama. Cierre las ventanas. Que vayan corriendo á traer sanguijuelas y lo que voy á recetar.

Y redactó, en efecto, una receta que entregó á la criada.

Elena abrió los ojos, pero volvió á cerrarlos en seguida, dando un grito, como si la luz la lastimase.

Su cuerpo se cubrió de un sudor frío, sus dientes rechinaron y agitáronse sus miembros, como sacudidos por convulsiones.

Tendió luego las manos como rechazando una horrible visión, y exclamó con voz lastimera:

– ¡Fanfán!, ¡condenado!, ¡inocente!.. ¡Jorge!

Después que la hubieron acostado, el médico la sangró.

Entonces cayó en una postración profunda. Sus brazos se extendieron en cruz y su cabeza cayó hacia atrás. Al mismo tiempo se aceleraba su respiración, y sin abrir los ojos empezó una especie de canto entrecortado por una fuerte respiración.

– ¡Fanfán! ¡Pobre Fanfán!.. Y Jorge... ¡Jorge mío!.. ¡Qué felices somos los tres! Por esto cantamos... ¡Buenos días, mi querida Carmen! Toma, dale un beso á Fanfán...

Teresa y José lloraban.

– Cuando vuelva el señor de Kerlor tomará las medidas necesarias, dijo el médico. Mientras tanto es preciso que reine el silencio más absoluto en torno de la enferma. Arréglense ustedes para velarla por turno y ejecutar punto por punto las prescripciones que dejo escritas en la receta. Volveré por la tarde.

– No pase usted cuidado, señor doctor.

– En cuanto á la carta que la señora leía y que ha sido sin duda la causa de su accidente, que nadie la vea. Contiene probablemente algún secreto que debemos ignorar; voy á cerrarla bajo sobre para entregársela al Sr. de Kerlor á la primera ocasión.

El doctor volvió por la tarde. El estado de la enferma no había hecho más que empeorar. La meningitis que él había temido desde el primer momento, era ya evidente.

Al atardecer y en el momento en que el médico se retiraba, paró un coche á la puerta.

Era M. Lhermitte, notario de París.

– ¡Deplorable!, dijo el notario al doctor, después de un rato de conversación con él. Un matrimonio que parece el más feliz del mundo, y de pronto se desconyunta. Pero el caso no es raro... El marido ha debido marchar otra vez para América, para el Panamá, donde parece que ha realizado pingües negocios. Solamente deja á su mujer lo que se le reconoció en el contrato matrimonial.

– ¡Pobre mujer! ¿Y qué va usted á hacer ahora?

– Tengo obligación de ejecutar las órdenes que me han dado..., tanto más cuanto que ignoro dónde está mi cliente. No quiere que su esposa continúe viviendo en esta casa, y desde luego he de poner en venta la finca.

– ¿Pero en el estado en que se encuentra la señora?

– No extremaremos las cosas.

Durante un mes, la enfermedad siguió su curso, sin que la habilidad del médico pudiese evitar las peripecias ordinarias.

A los accesos de delirio siguió un estado de abatimiento profundo. En el rostro de la enferma, de una palidez cadavérica, estaba impreso el estupor; seguían dilatadas las pupilas, sudoroso el cuerpo, deprimido, lento é irregular el pulso.

No pronunciaba una palabra; su respiración era dificultosa.

Era la muerte, la muerte próxima, inminente.

Dos hermanas de la caridad, traídas por el doctor, velaban á la cabecera, y ya sus labios murmuraban las preces de los agonizantes.

Los dos criados de la casa habían sido despedidos.

El jardinero y su mujer eran los únicos encargados de guardar el hotel hasta que se hubiese alquilado.

Una noche ambos lloraban amargamente en su pabellón.

El doctor había declarado que, á menos de que se salvase por milagro, la enferma no pasaría de aquella noche.

Los dos fieles servidores habían ido á verla..., por última vez quizá.

Estaba pálida como la cera, con los ojos entornados. Los párpados dejaban ver apenas la turbia mirada de los agonizantes.

Tenía las manos puestas en cruz sobre el pecho, y de sus labios amoratados salía una respiración precipitada, pero casi imperceptible.

¡Quién sabe los pensamientos que se agitan en el cerebro de esos moribundos inmóviles y mudos! ¿Quién es capaz de adivinar lo que expresan el temblor de sus labios, la agitación de sus dedos, las largas miradas de sus ojos extraviados? Si el cuerpo no obedece ya á la voluntad, el alma vela todavía, reinando sobre la materia. Es quizá el combate entre ella y el esclavo desobediente lo que vemos reflejarse en el demudado rostro de un moribundo.

Sucede á veces que el alma sale victoriosa, que, bajo el imperio de una idea intensa, bajo el esfuerzo de una voluntad irresistible, el cuerpo se somete. El mal desaparece entonces..., como á pesar suyo, lentamente, tratando de recuperar, á cada paso dado hacia atrás, el terreno perdido. Y en esto consisten esas curas milagrosas, que pudiéramos llamar resurrecciones, y que vienen á desmentir los pronósticos más terminantes de la ciencia.

Los creyentes dicen:

– Dios ha hecho un milagro.

Esto es lo que pasó con Elena.

Al día siguiente, cuando volvió el doctor, la esposa del jardinero estaba á la puerta.

La interrogó con la mirada, esperando el anuncio de un desenlace funesto.

– La señora ha pasado muy buena noche, dijo la jardinera. Ha cambiado por completo desde ayer noche.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Serían las doce, cuando empezó á echar mucha sangre por las narices. No sabíamos qué hacer. Creímos que se moría. Con las hermanas de la caridad no hicimos más que restañar aquella sangre. Al mismo tiempo su cuerpo se inundó de sudor. De pronto ella, que en tantas horas no había hablado ni se había movido, se volvió y murmuró con voz débil, pero muy clara: «Tengo sed.» Le dimos una infusión cordial. Se agitó un momento en la cama, y luego, poco á poco, su sofocación disminuyó..., hasta que cesó del todo. Ahora respira como todo el mundo. Está durmiendo, pero ya no tiene el cutis seco. Está un poco sudorosa.

El doctor subió aprisa la escalera.

Aunque inexplicable, la mejoría de la enferma era grande.

Un examen de pocos minutos bastó al médico para convencerse de ello.

Sin embargo, la convalecencia fué larga, muy larga.

Las ráfagas de otoño iban ya despojando los árboles del Parque de los Príncipes, y Elena aún no había podido pasar los umbrales de su cuarto.

El doctor, anciano, cuya sabiduría corría parejas con su modestia, lo cual le valió poca riqueza, pero sí muchas bendiciones, había cuidado de que la obra milagrosa de la naturaleza no viniese á ser destruída por alguna imprudencia.

Lo que había que rodear de minuciosas precauciones no era ya el cuerpo, sino la razón de la enferma.

– Hay que evitar cuidados, disgustos é ideas tristes, le decía el médico.

– ¿Cómo es posible, doctor, si tengo una misión que cumplir?

– Sí, lo sospecho... vagamente... Pero procure olvidar, en lo posible, todo recuerdo doloroso. Distráigase usted.

– Dios me protegerá.

– No lo dudo.

Elena escribió al notario para anunciarle su restablecimiento y pedirle informes.

El hombre fué á verla y le declaró que ignoraba en absoluto dónde se encontraba el Sr. de Kerlor.

El día después de su llegada á París estuvo en la notaría con su madre, celebrando con el notario una larga entrevista, en la cual manifestó que, habiéndose producido un gran disentimiento entre él y su esposa, tomaba disposiciones supremas para una separación definitiva. Al mismo tiempo había depositado bajo sobre sellado un testamento cuyo contenido desconocía el notario, y dejado á la señora doña Elena de Kerlor, en valores al portador, la suma de trescientos mil francos, reconocida en el contrato matrimonial.

Además había insistido en que se procediese á la venta inmediata del hotel del Parque de los Príncipes, venta que podía realizarse á pesar de la ausencia del Sr. de Saint-Hyrieix, copropietario de la finca, por cuanto la señora condesa madre de Kerlor era apoderada de su yerno.

– La venta de esta finca, añadió el Sr. Lhermitte, es cosa hecha. Encontré comprador; mas como usted no se halla en disposición de mudar de casa, el nuevo propietario consiente en no tomar posesión del hotel hasta que usted se encuentre restablecida. Le fijaré el plazo que usted señale.

Sacó de su cartera una porción de valores y otros papeles y con toda frialdad se los entregó á Elena, que parecía escucharlo, pero que, en realidad, pensaba en otras cosas.

Una de las ideas que con más tenacidad acudían á su mente, era la de que todo aquello que le refería el notario pasaría como un sueño, y que Jorge, vuelto de su fatal error, compensaría con doble afecto el daño que le había causado con sus sospechas, hijas de su amor apasionado.

Y acabó por sonreirse.

Suplicó al notario que cuidase de sus intereses, esperando que no tardarían en volverse á confundir con los de su marido.

– Abandonaré esta casa, puesto que no hay otro remedio; le daré á usted las señas de mi nuevo domicilio y espero que no han de faltarme el apoyo y la simpatía con que siempre ha honrado usted á nuestra familia.

– El notario se inclinó y volvió á meter todos aquellos papeles en su cartera.

– Me esforzaré, señora, en corresponder á la confianza que usted deposita en mí.

Elena estaba tan hermosa como antes de su enfermedad. Había recobrado sus fuerzas, y con la plenitud de las carnes reaparecía la frescura del cutis.

Pero sus grandes ojos azules, antes anegados en una eterna y plácida felicidad, aparecían ahora como velados por una poética melancolía.

Bajo sus párpados de largas pestañas, se sentía una lágrima próxima á brotar.

Sus labios sonrosados ya no sonreían, y sobre su frente se cernía una nube de tristeza.

Pero, con el dolor, había penetrado en su corazón una indecible fuerza, un valor indomable, una voluntad firme, irresistible, resuelta á hacer triunfar á toda costa su inocencia.

Quería volver á ver á su marido, recobrar á su hijo, reconquistar su felicidad.

Escribió una larga carta á Jorge, dándole las pruebas del error en que había caído.

Le contaba hora por hora, minuto por minuto, su vida durante la ausencia de su esposo, reprochándole el haber olvidado todas las castas caricias cambiadas junto á la cuna de su hijo, antes de acusarla de su crimen.

Le confesó que no creía en las amenazas contenidas en la carta que le dejó al partir. Suponía, tenía la seguridad de que se había llevado á Fanfán con él. Le perdonaba los horribles sufrimientos de aquel abandono, que estuvo á punto de costarle la vida, y esperaba su pronto regreso.

También escribió á la condesa madre.

Y escribió, por último, á Carmen.

Las tres cartas le fueron devueltas sin haber sido abiertas.

Llevaban en el dorso esta nota: «Desconocido.»

Concisa manera de indicar que en el punto de la dirección no conocen al destinatario.

Cada una de aquellas tres devoluciones fué como una puñalada en el corazón.

Lloró amargamente, quejándose de que Dios no la hubiese dejado morir.

Luego oró y del fondo de su desesperación surgió una esperanza.

Siendo inocente, no podía ser condenada sin defensa ni forma de juicio.

Necesitaba un juez.

Tenía uno: la anciana condesa de Kerlor. Esta la juzgaría con conocimiento de causa.

Abrazando á Fanfán, que suponía en casa de su abuela, jurando decir la verdad sobre la cabeza del angelito, ¿no hallaría esos acentos que una madre encuentra siempre y que llevan la convicción al ánimo de otra madre?

La altiva condesa sufriría sin duda mucho en su orgullo, al ver que la culpable era su hija.

Pero Elena estaba dispuesta á amortiguar el golpe á fuerza de ternura y de respeto.

Había que resignarse á tan tremenda revelación, pues combatía por sus dos tesoros: su esposo y su hijo.

Además había llorado y sufrido tanto, que no se sentía con fuerzas para continuar sufriendo aquel martirio que la abrumaba.

Elena se fué á Brest acompañada de su camarera.

Al llegar, su primera diligencia fué ir á casa del notario de la familia, M. Dieudonné, á fin de recoger informes.

El notario estaba ausente y su pasante no conocía á la condesa más que por haber intervenido algo en sus asuntos.

Sin embargo, refirió á Elena que la noble señora había tenido que soportar, hacía un par de meses, una peligrosa operación, para la cual había venido un célebre cirujano de París. Pero ignoraba si la operación había salido bien y el estado en que se encontraba la condesa. Lo único que sabía con certeza era que la anciana se encontraba en el castillo de Penhoet.

Al día siguiente al amanecer, Elena y su doncella subían al coche que había de conducirlas al castillo.

Hacía un tiempo magnífico.

El camino evocó felices recuerdos en la memoria de Elena.

De pronto se le apareció Penhoet, dominando, desde una altura, la campiña por un lado y el Océano por otro.

El coche paró á la puerta.

La reja estaba abierta, pero no se veía á nadie en el patio.

En el inmenso edificio reinaba triste silencio.

Parecía inhabitado ó envuelto como en un velo fúnebre por alguna terrible desgracia.

Invadió á Elena un frío glacial que hizo temblar todo su cuerpo.

Subió la escalinata.

En el momento en que iba á abrir la puerta del vestíbulo, irguióse delante de ella un hombre, pálido, temblando de emoción.

– ¡Usted aquí, señora! ¡Usted!..

Era el viejo Ivo, el fiel criado de la condesa, un bretón nacido en Penhoet, y para quien el sacrificarse por sus amos era una religión tan sagrada como la religión católica apostólica romana.

– ¡Usted aquí!.., repetía tendiendo el brazo como para impedir que entrase.

– Sí, yo soy, mi buen Ivo; vengo á ver á mi suegra.

– La señora condesa no puede recibir á usted.

– ¿Por el momento?.. ¿Me vió entrar?

– Ni ahora ni nunca.

– ¿Qué dice usted, Ivo?

– Siento tener que decir á usted que tal es la orden que tenemos recibida todos los criados de la casa. Seríamos despedidos irremisiblemente si le permitiésemos á usted la entrada...

– ¿A mí?

– Sin la desgracia de hoy, hubiera usted encontrado la verja cerrada.

– ¿Qué desgracia?

– Tengo orden de no decir á usted nada de lo que pase ó haya ocurrido en el castillo.

– Se equivoca usted, Ivo. Usted sabe muy bien que soy la hija política de la señora.

– La señora condesa nos tiene dicho que consideremos á su hijo como viudo.

– Soy la madre de su nieto.

– Usted dispense, señora, pero yo no sé más que obedecer. Tenemos orden de... echarla, si entra usted aquí.

– ¡Echarme!

– La orden es terminante. Y, por desgracia, es demasiado tarde para que la señora condesa vuelva sobre su acuerdo.

– ¿Y mi hijo?

– El señorito Gastón de Kerlor, nieto de la señora condesa, murió, según dijo la señora.

– ¡Muerto! ¡Mi hijo!.. Usted miente, Ivo. Está aquí.

– Juro á usted, señora, que el señorito Gastón no ha vuelto al castillo desde que la señora condesa se lo llevó á París.

– ¿Dónde está entonces?

Este grito fué dado con un acento tan desgarrador, que el viejo Ivo palideció.

– ¡Mi hijo! ¡Que me devuelvan á mi hijo!

Y en un arranque de dolor, dió un empujón al criado que le cerraba el paso y subió á toda prisa la escalera.

Ivo echó á correr detrás de ella, pero en vano.

Elena corría de un punto á otro, cruzando corredores, abriendo puertas, atravesando todas las estancias de aquella morada, que tan conocida le era.

De pronto, en el salón principal se detuvo cohibida. La puerta que ponía en comunicación esta sala con el cuarto de la condesa estaba abierta de par en par, y una muchedumbre de campesinos y criados oraba de hinojos en voz baja.

En su gran lecho señorial, colocado en una tarima de tres escalones, la anciana condesa de Kerlor se moría.

Incorporada merced al apoyo de las almohadas, con un crucifijo en la mano, oía la misa que el capellán celebraba en un altar improvisado al pie de la cama, y sus labios descoloridos balbuceaban también oraciones.

Al ver entrar á Elena, su rostro, pálido como la cera, experimentó un estremecimiento.

Pareció que una lágrima se asomaba á sus ojos.

Tendió el brazo...

¿Era para bendecir ó para maldecir?

Los campesinos miraban con asombro.

De pronto, la campanilla sonó en manos del monaguillo, y todas las frentes se inclinaron.

El cura levantó la hostia consagrada.

La anciana condesa se había interrumpido en su gesto.

Su mano permanecía tendida, agitándose débilmente.

Su frente se inclinó también y sus labios murmuraron...

– ¡Dios mío!..

Entonces, como inspirada, Elena atravesó el gentío y se acercó á la moribunda.

Y con voz firme, impregnada de un irresistible acento de verdad y desesperación, exclamó:

– ¡Madre!.. Ante Dios que está presente, ante ese Dios cuya justicia y misericordia usted implora, en el momento de ir á comparecer ante su tribunal supremo, juro que soy inocente del crimen de que se me acusó.

Hubo un momento de silencio solemne.

El sacerdote se detuvo y volvió la cabeza. A una señal suya, los oyentes, humillados bajo el peso de una indecible emoción, se retiraron silenciosamente al fondo de la inmensa cámara, donde continuaron orando de rodillas.

(Continuará)

ATENEO BARCELONÉS

EXPOSICIÓN DE RADIOGRAFÍA

El adjunto grabado reproduce parte del salón de cátedras del Ateneo Barcelonés, donde ha tenido lugar recientemente la primera Exposición de radiografías que, sin duda, se ha celebrado en España. Los trabajos expuestos pertenecen á los doctores Comas y Prió, jóvenes médicos que se dedican especialmente á las aplicaciones de los rayos Röntgen á la Medicina, habiendo conseguido obtener en su gabinete, montado con los más perfectos aparatos que hoy se conocen, trabajos notabilísimos que en nada ceden á los mejores conocidos de Alemania y otras naciones.

La Exposición ha sido presentada con sencillez y buen gusto artístico. Los numerosos trabajos que la forman revelan en sus autores condiciones especiales en el arte de la fotografía, pues nada dejan que desear, desde este punto de vista, hasta en los más pequeños detalles. Sin embargo, el verdadero valor de las radiografías que pudimos examinar en el Ateneo está en su importancia médica. Los órganos internos se dibujan con tanta limpieza y detalles tan delicados, que no hay duda han de ser de mucha utilidad para el médico en gran número de enfermedades.

De entre los muchos y variados ejemplares que formaban la Exposición, reproducimos en este número la radiografía de un feto de nueve meses; las partes más densas ú óseas se dibujan perfectamente, á pesar de su estado semi-cartilaginoso, hasta en los más delicados detalles de estructura, lo cual hace concebir la esperanza de que será posible, en un plazo no muy lejano, el diagnóstico del embarazo, uno de los que ofrecen más dificultades hoy por hoy, pues sólo puede realizarse en condiciones especialísimas. Los doctores Comas y Prió trabajan en el sentido indicado, y prueba de los tanteos verificados lo es la colección de fetos de todas edades que presentaron en el Ateneo, de la cual forma parte el ejemplar que reproducimos.

Aunque de interés exclusivamente médico, bueno será detallar alguna de las principales aplicaciones clínicas de los rayos Röntgen. Los casos reunidos por los doctores Comas y Prió demuestran evidentemente la importancia de la Radiografía Médica y el beneficio inmenso que su aplicación puede reportar para el diagnóstico de gran número de enfermedades, no sólo de las comprendidas en el capítulo de las llamadas quirúrgicas, sino también en el de las médicas ó internas. Ya es del dominio público el conocimiento de la investigación de los cuerpos extraños introducidos en el organismo, tales como proyectiles, agujas, monedas, etc. Las radiografías de regiones orgánicas que encierran algún cuerpo metálico demuestran con cuán diferente intensidad se señalan los objetos en el clisé según sea su densidad y naturaleza; este hecho es el que ha servido de base para el perfeccionamiento técnico progresivo que se observa actualmente en la Radiografía, estudiando y apurando hasta la abstracción los menores detalles y procedimientos operatorios y el material eléctrico y fotográfico de que se dispone.

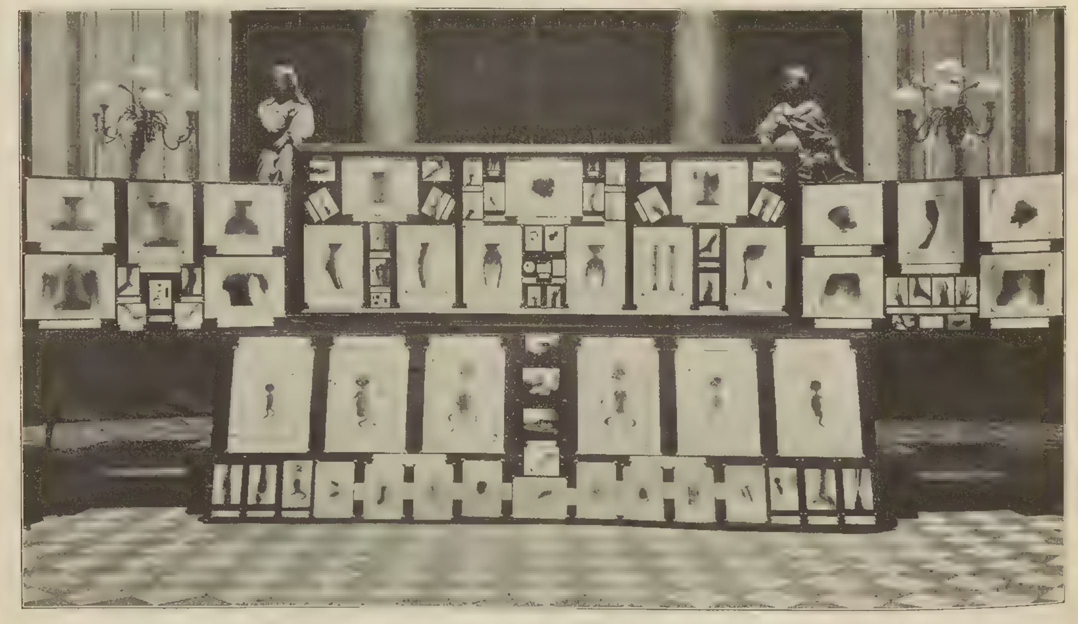


Radiografía de un feto de nueve meses, obtenida por los Sres. Comas y Prió

La industria verdadera y seria, que siempre marcha al compás de la ciencia, lo ha comprendido prontamente así, y ya hemos visto con qué rapidez ha procurado facilitar la obra comenzada, proporcionando al investigador aparatos de inducción potentes, tubos focos perfeccionados, nuevos interruptores, placas de rápida impresión, reveladores especiales, pantallas para reforzar las imágenes, etc. De todo este cúmulo de materiales, nuevos ó modificados, no hay duda que es preciso practicar una selección para separar todo lo menos útil – ya que en el terreno experimental nada puede considerarse como inútil – y escoger lo que en realidad proporcione resultados más excelentes, con la bien entendida idea de que precisa renovarlo continuamente, pues la fuente resulta inagotable. Tal es la labor comenzada por los doctores Comas y Prió, y así lo dan á comprender con sus trabajos, en los que, estudiados atentamente, pueden apreciarse detalles que indudablemente pasarán inadvertidos para un observador ligero; no se diferencia en ellos solamente el cuerpo metálico del hueso, y éste de los cuerpos musculares que le rodean, sino que se aprecian delicadísimas imágenes y tintas, indicadoras de densidades diversas en un mismo hueso ó en la masa carnosa, señalando de esta manera al práctico la diferente naturaleza de los tejidos, ya sea normal, ya modificada por un proceso patológico. Por este camino se han llegado á reproducir en el clisé la masa más ó menos voluminosa y obscura del aneurisma torácico ó la del líquido coleccionado en una pleura sobre el fondo blanco del pulmón en que se proyectan; los focos tuberculosos, inflamatorios ó congestivos pulmonares, señalándose con mayor ó menor intensidad según su extensión y naturaleza; las piedras encerradas en el riñón ó en la vejiga; las colecciones purulentas, los tumores, etc., etc. De todos estos y otros muchos casos hemos podido examinar en el Ateneo curiosísimas y excelentes radiografías.

Las radiografías de regiones normales del cuerpo son también notables por su claridad y por la importancia que encierran, en el concepto de servir de base para el estudio, principalmente de los mismos órganos en estado de enfermedad; pues gracias á ellas, al presentar el caso patológico se pueden comprender fácilmente, por una sencilla comparación, las alteraciones de figura, situación ó transparencia que lo constituyen.

Nos complacemos, pues, en dar cabida en nuestras páginas á trabajos de la naturaleza de los expuestos en el Ateneo Barcelonés por los doctores Comas y Prió, que demuestran una vez más cuán engañados viven los pesimistas que creen haber muerto en nuestra nación las energías dedicadas á trabajos físicos y experimentales. La parte artística de la Exposición la hace también merecedora de que nos ocupemos de ella en nuestra Revista, cuyo principal objeto es presentar y estudiar el Arte en sus diversas manifestaciones. – X.



EXPOSICIÓN DE RADIOGRAFÍAS DE LOS SRES. COMAS Y PRIÓ EN EL ATENEO BARCELONÉS

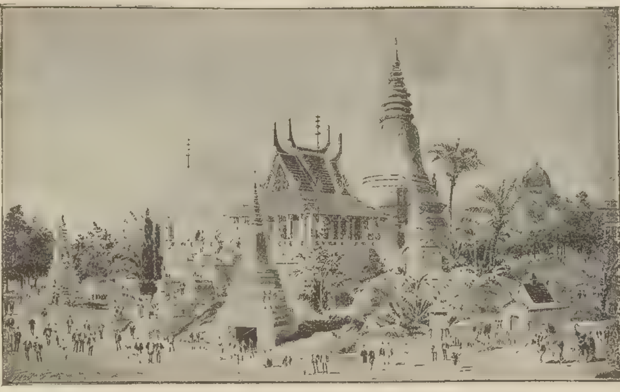
ENSAYOS

DE ELECTROCULTURA

Después de muchos años de no interrumpidas experiencias, la electrocultura ha entrado finalmente en su período de aplicación, hasta el punto de que en los Estados Unidos, y especialmente en Chicago, el cultivo de las lechugas en invernaderos especiales provistos de lámparas de arco, constituye una industria que da muy buenos resultados.

El uso de las corrientes eléctricas para estimular la vegetación no ha tenido todavía una sanción práctica en Europa, á pesar de que su estudio data de más de cincuenta años, puesto que fué iniciado por Ross en 1844. Una comunicación presentada recientemente por M. Tywrin á la Sociedad electrotécnica de San Petersburgo, contiene, sin embargo, algunos detalles interesantes sobre los trabajos realizados en este sentido en Rusia por los Sres. Spyeshneff y Kravkoff.

M. Spyeshneff ha hecho tres clases de experimentos: en primer lugar, ha repetido los ya conocidos sobre las semillas electrizadas, comprobando que éstas germinan más de prisa y producen mejores frutos y más abundantes cosechas (de dos y media á seis veces más) que las semillas no sometidas á una previa electrización. Después ha continuado los experimentos de Ross enterrando en el suelo una plancha de cobre y otra de cinc unidas por un alambre, y ha visto que las patatas y las remolachas que crecen en los sitios así electrizados dan cosechas tres veces superiores á las que crecen en terrenos análogos é inmediatos cultivados en las condiciones ordinarias.



Exposición Universal de París. – El palacio del Cambodge

Por último ha plantado en un campo de experimentación, y á unos diez metros de distancia unas de otras, estacas de madera provistas en su extremo de unos penachos metálicos unidos entre sí por medio de alambres formando en el suelo una especie de red, y ha obtenido resultados sorprendentes: el crecimiento de la cebada, entre otros, se aceleró doce días.

Muy recientemente M. Kravkoff ha emprendido, á su vez, una serie de experimentos de laboratorio que le han permitido demostrar que, aumentada por la corriente eléctrica la temperatura del suelo, la humedad de éste disminuye de pronto para aumentar al cabo de tres semanas aproximadamente, aumentando asimismo la cantidad de tierra vegetal.

Bueno sería que se generalizasen estos experimentos, ya que de su aplicación cabe esperar inmensos beneficios.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Revista Gráfica. 1900. – El *Institut Catalá de las Arts del Llibre*, con la publicación de la *Revista Gráfica*, ha cumplido perfectamente con los fines de su fundación, al reunir en un hermoso volumen mucho, si no todo, de cuanto al Libro se refiere y nuestra región produce.

Además de constituir una manifestación parecida á las que periódicamente publican los impresores extranjeros, se ha asociado con ella el Instituto Catalán á la celebración del quinto centenario del nacimiento de Gutenberg, nombre que es y será siempre símbolo de la invención de la Imprenta.

Moral razonada y lecturas escogidas, por *Rafael Spínola*. – En la dedicatoria de este libro, escrito con arreglo al programa oficial para uso de las escuelas primarias de varones de Guatemala, y que es el primer curso de los cuatro que ha de comprender la obra, dice el autor: «A los niños de la América Latina; para que amen el bien, odien el mal, practiquen la virtud y sean felices en la tierra hasta donde es posible,» y el mayor elogio que de él puede hacerse es consignar que llena cumplidamente tan levantados propósitos. En efecto, cada uno de sus capítulos contiene una explicación clara y metódica de una idea moral, y como ilustración de la misma, algunos ejemplos, trozos de lectura selectos, máximas, aforismos, etc., tomados de los mejores moralistas. El Sr. Spínola ha prestado un buen servicio á la juventud y merece por ello los más calurosos elogios. El libro ha sido impreso en Guatemala en la Tipografía Nacional.

Veinte años de labor. – Este libro, publicado para conmemorar la inauguración de una enfermería y capilla de la quinta de salud «La Purísima Concepción,» es una historia de la «Asociación de dependientes del Comercio de la Habana,» entidad cuya importancia se demuestra con sólo decir que cuenta más de doce mil socios. En él se admiran los beneficios que produce y los progresos que la asociación ha ido realizando desde 1880 en que se fundó hasta llegar al estado de prosperidad en que actualmente se encuentra. Ha sido impreso en la Habana en la imprenta del *Avisador Comercial*.



APUNTES RELATIVOS Á LA REPOBLACIÓN FORESTAL DE LA SIERRA DE ESPUÑA, por *R. Codorníu*. – CATÁLOGO DE LOS OBJETOS PRESENTADOS POR LA COMISIÓN DE REPOBLACIÓN DE LA CUENCA DEL SEGURA EN LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA, INDUSTRIAL, MINERA Y DE BELLAS ARTES DE MURCIA (ABRIL Y MAYO DE 1900). – El problema de la repoblación forestal es indudablemente uno de los que más interesan en nuestro país y de los que más urgente solución exigen si se quiere que nuestro suelo tenga las condiciones que por su naturaleza ha de tener. Desde este punto de vista es importantísimo el libro que acaba de publicar el distinguido ingeniero de montes Sr. Codorníu, en el que se estudia tan trascendental cuestión en términos generales, se indican los grandes trabajos realizados en la sierra de España por la comisión oficial de que formó parte y se señalan los inmensos beneficios allí obtenidos. La obra que nos ocupa revela el estudio profundo que de esta materia ha hecho el autor y es digna de ser leída y meditada por cuantos desean la regeneración de nuestra patria. De los servicios prestados por la comisión antes citada, es buena muestra el catálogo de lo que ha presentado en la Exposición recientemente celebrada en Murcia. El libro del Sr. Codorníu, impreso en la tipografía murciana de Las Provincias de Levante, se vende á dos pesetas.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Pabellón de Madagascar

METALES, por *Montellano del Corral*. – La conocida casa editorial barcelonesa de D. Manuel Saurí ha comenzado á publicar con el título de «El consultor de Artes y Oficios» una biblioteca, cuyo solo título demuestra la utilidad que ha de reportar á los industriales y á la clase jornalera. El primer tomo de dicha biblioteca, titulado *Metales*, contiene un detenido estudio del hierro, acero, cobre, latón, aluminio, estaño, mercurio, níquel, platino, plata y oro en sus diversas aplicaciones; una explicación clara y completa de los procedimientos para desoxidar, limpiar, conservar, abrillantar, dorar, platear, broncear y adamascar, y un interesante capítulo titulado Secretos de taller. Este libro, con cuya publicación han prestado autor y editor un buen servicio á los que se dedican á la industria metalúrgica, se vende á dos pesetas en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5).

POESÍA SOCIALISTA «A LA NOVIA,» por *José Puig y Roig*. – Como su título lo indica, esta obra del poeta uruguayo Sr. Puig y Roig es un himno entonado en honor de las ideas socialistas, en el que se resumen las quejas que esta escuela lanza contra la actual organización de la sociedad y las reivindicaciones con que pretende remediar los males que de ella se derivan. Ha sido impresa en Montevideo y se vende á 20 centésimos.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *El Arte Militar*, revista quincenal que se publica en Burgos; *Idearium*, revista quincenal granadina de Literatura y Arte; *La Unión Española*, diario defensor de los intereses de los españoles residentes en Cuba, que se publica en la Habana; *Boletín de Enseñanza primaria*, que se publica cada dos meses en Montevideo por la Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 23 de julio de 1900 — Núm. 969

Regalo á los señores supscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



REGRESO AL HOGAR, cuadro de León Gaud

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Estamos procediendo á la encuadernación del tomo tercero correspondiente á la serie del presente año de la **Biblioteca Universal**, que próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la misma. Dicho tomo será CANTARES POPULARES Y LITERARIOS, recopilados por D. Melchor de Paláu, cuyo nombre es la mejor garantía del acierto con que han sido escogidos y clasificados, así los cantares que han nacido de la inspiración del pueblo como los que han brotado de las plumas de nuestros poetas más renombrados.

El tomo irá ilustrado con preciosas láminas del celebrado dibujante Sr. García Ramos.

En el prospecto del presente año de la **Biblioteca Universal** nos reservábamos el anunciar uno de los cinco tomos que habían de formar la serie de 1900, por si se publicaba alguna obra de excepcional importancia que mereciera figurar en la misma.

Hoy tenemos el gusto de anunciar que este tomo será la preciosa novela histórica de costumbres neronianas titulada

QUO VADIS?

DE

ENRIQUE SIENKIEWICZ

que constituye en estos momentos uno de los más grandes acontecimientos literarios de Europa.

Y para que nuestra edición sea digna de la importancia de la obra y de nuestra **Biblioteca Universal**, la publicaremos magníficamente ilustrada, para lo cual no hemos reparado en sacrificio alguno, deseosos de corresponder al favor constante y siempre creciente de nuestros suscriptores.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL HIELO. – LA CATEDRAL DE SALAMANCA. – LOS CHINOS

Cuando leo estos días en la prensa discusiones acerca de si el hielo es provechoso, perjudicial ó neutro para la salud, pienso en cómo cambian, no los tiempos, sino los hombres... Hace unos quince siglos se disputaba si la luz era creada ó increada, y si el Verbo era ó no consubstancial...

La medicina no es una ciencia exacta, ni de ello se precia, y la higiene todavía menos. Lo digo por la diversidad de pareceres de los eminentes doctores que *El Liberal* consultó acerca de cuestión que nadie llamará candente, pero sí palpitante. El uno encarece los efectos estimulantes del hielo como digestivo. El otro exagera sus resultados perniciosos, su acción depresiva ó irritante. Este lo recomienda, siempre que se use moderadamente. Aquél lo prohibe, y también prohibe el agua. Punto en que aparecen unánimes: el hielo debe hacerse de agua esterilizada, limpia de microbios y bacterias dañinas.

¡El agua! Cuando no sabíamos que es el vehículo de las enfermedades más horribles, de las infecciosas; cuando sólo veíamos en ella la linfa cristalina de las fuentes, la bebíamos con deleite dondequiera que nos asaltase la sed. No inspiraba desconfianza. Uno de los goces del viaje era probar las aguas, compararlas, discurrir sobre su delgadez ó grosura. Hoy, ninguna persona prudente bebe agua que no conozca sin hervirla ó filtrarla. Día llegará en que el mundo no produzca suficiente agua mineral para el consumo de los precavidos. Si queréis evitar las fiebres, los catarros intestinales, la colerina, las mil indisposiciones que viajando son más fáciles de contraer, comed de todo, no bebáis casi de nada; infusiones, fruta, cerveza – vino no, porque no es fácil encontrarlo *moro*, y es de suponer que los taberneros, fieles al ritual, no hierven el agua con que lo bautizan.

Volviendo al hielo, si hay puntos de España donde no se necesita usarlo, y Galicia se cuenta en el número, no sé cómo se podría prescindir en otros de la agradable sensación del terroncito que enfría la bebida. El hielo es recreo de los ojos, tanto como del paladar. Romped una barra de hielo en pedazos, agrupad los cristales en una *corbeille* de transparente Baccarat, colocad encima, artísticamente, unas hojas de hiedra y algunos capullos de rosa, y no podréis tener mejor centro de mesa. ¿Qué diré si sobre el hielo y entre el hielo desparramáis encendidas fresas y cerezas sombrías como el granate? La vista es encantadora, y además la fruta se hiela y está deliciosa al gusto. He oído decir – porque no lo he visto – que para la mesa, en los Estados Unidos, hay reposteros y cocineros artistas que esculpen el hielo, lo tallan y cincelan, como si fuese madera ó mármol, y presentan una estatua, un grupo, un busto, una composición decorativa, cuyas líneas van borrándose á cada cucharada de sopa y á cada bocado y á cada trago. Y la obra de estos escultores caseros viene á ser como un símbolo de la de otros artistas, de la pluma, de la gubia ó del pincel, cuya fama dura un día, cuya gloria muere y se deshace en agua á cada vuelta de la manecilla del reloj.

¡Arde la catedral de Salamanca! La noticia es otra más en el número de las malas y amargas que sobre España llueven en este siglo. No sólo desapareció nuestro orgullo y nuestra prez histórica, sino que se arruinan muchos de los monumentos que la atestiguaban. Aquella célebre broma de Mariano de Cavia sobre el incendio del Museo del Prado, cada mañana, al despertarnos y abrir el periódico, tememos verla convertida en realidad tristísima.

Salamanca es de las pocas ciudades españolas que todavía no he visitado, habiéndomelo propuesto infinidad de veces, porque sentiría morirme sin conocer del todo, ya que no el planeta, ni siquiera Europa (¡qué sujetos nos tiene la distancia y la imperfección de las comunicaciones!), al menos la Península. Y me es simpática esa ciudad, por el chasco que, según la historia, dieron sus mujeres al cartaginés Aníbal. ¡Encantadora conseja! El caudillo sitió la ciudad, y la redujo al extremo. Los salmantinos se rescataron ofreciendo trescientos talentos de plata (de carne y hueso nos harían mucha falta ahora) y trescientas personas en rehenes. Pero no entregaron lo ofrecido, y Aníbal volvió á sitiarles. Esta vez no quiso dejar á los salmantinos sino la vida y la ropa que llevasen puesta: dinero, joyas, muebles, esclavos, todo se atribuyó al botín. Pero las mujeres, que no temían será la puerta registradas, sacaron espadas escondidas bajo sus túnicas. Y cuando las tropas de Aníbal se cebaron en el saqueo, entregaron á sus hijos, hermanos y esposos las armas, y cayendo sobre el vencedor, lo destrozaron y recobraron libertad y bienes. Por eso Plutarco llamó á Salmántica «ciudad grande.»

Desde muy antiguo fué Salamanca silla episcopal. Raimundo de Borgoña y Urraca, su mujer, hija de Alfonso VI, erigieron la catedral, con el piadoso interés y las ricas donaciones que entonces se estilaban en casos semejantes. No era en aquellos días Salamanca la «madre de la ciencia,» sino una de esas ciudades militares de la Edad Media, donde se vivía arma al brazo. Sus moradores salían al campo á hacer presa y ganar botín, y volvían trayendo consigo cautivos y reses. Un episodio de aquellas correrías reviste carácter esencialmente español. Al encontrarse los guerreros salmaticenses con el ejército del emir Taxfin, les preguntó quién era su jefe. Aquellos legítimos y castizos iberos contestaron orgullosamente y montados en cólera que allí no había jefes, sino que cada cual era jefe de sí mismo. Ante tal respuesta, el sarraceno les acuchilló creyéndoles insensatos. Debiera más bien perdonarles por haber respondido la verdad y dado en una frase la fórmula de la idea nacional. Desde los militares hasta los escritores, ¡quién habrá aquí que no haya renegado de la subordinación y aspirado, con instinto anárquico, á repetir la declaración de los salmantinos en la llanura de Badajoz! Y el caso es que aquellos guerreros sin cohesión ni disciplina no escarmentaron, y sufrieron derrota sobre derrota hasta que acabaron por donde debían haber principiado: por ponerse á las órdenes de un jefe, que les hizo victoriosos.

Nadie ha podido averiguar quién fué el arquitecto de la antigua catedral de Salamanca. Empezada en el siglo XII, no estaba terminada en el XIII. En la bóveda, en el siglo XV, un Nicolás Florentino (no hay que preguntar de dónde llegaba) trazó el asunto en que podría y debía emplear sus brochas un pintor conterráneo de Dante Alighieri: el Juicio final, con todo su tremendo aparato de castigos y su consoladora exhibición de glorias y recompensas. Entre los sepulcros de la catedral vieja hay algunos bellísimos, como el del chantre Aparicio. Por fuera, esta catedral vieja presenta cierto aspecto oriental, merced á la figura bulbosa y al techo de escamas de una de sus torres, asaz característica. Hablo de esta catedral antigua antes que de la nueva, porque, según hace notar un escritor español, es acaso el único ejemplar (dicho sea para baldón de la humanidad, añade el escritor con sumo acierto), en que se edificó lo nuevo sin derribar lo antiguo, y en que no se regatearon unos cuantos pies de tierra para evitar la destrucción de un monumento. Eran los primeros años del siglo XVI. La gran mano de Cisneros impulsaba la obra.

Y la obra adelantó rápidamente. Muestra de la decadencia gótica, ya la quisiéramos hoy para considerarla señal de vida y de fuerza en nuestra desmayada y bastarda arquitectura. Esos adornos de prolija labor, esos follajes, tréboles, filigranas y molduras, esas cornisas en que anidan monstruos y figurillas raras, están llenos de empuje y de elegancia y son de admirable riqueza. ¡Con qué brío se retuercen los leones heráldicos, yerguen el cuello las bichas, se enrosca la elegante hoja de cardo, y bajo qué delicado doselete se cobijan las estatuillas de los obispos, con el báculo empuñado, flotantes las vestiduras, en la bella fachada de la catedral! ¡Qué graciosa hojarasca, qué finos remates, qué lujo y profusión de adorno! Los periódicos no detallan el siniestro: no sé si ha sufrido esta parte tan hermosa del edificio.

Nos contentaríamos hoy con poseer, no ya al Antón Egas que planeó la catedral en el siglo XVI, sino al calumniado y deprimido José de Churriguera, que más tarde puso en ella sus manos, no tan pecadoras como se dice, ni mucho menos, rehaciendo la torre y la cúpula. Supongo que es esta torre la que arde, carbonizadas sus vigas y desprendidas sus campanas. Cuando el fuego se comunica á un monumento de la España vieja, quisiéramos enviar al teatro del siniestro toda el agua de nuestros ríos, y para proyectarla, todo el esfuerzo de nuestros brazos.

Declaro que los chinos, que ahora son el pueblo de moda y han relegado á la penumbra el Transvaal, constituyen para mí un enigma más indescifrable que el de la esfinge.

Si leo sus anales, si repaso su historia y lo que aparece escrito acerca de sus leyes, creencias y costumbres, me los figuro sensatos, pacíficos, apegados sí á la tradición, pero á una tradición relativamente culta, que hasta se caracteriza por un sello intelectual. Hubo épocas en que los misioneros – tan cruelmente tratados por este pueblo que sin embargo no demuestra gran fanatismo religioso y en el cual se practica una confesión racionalista y atea, la de Confucio, y otra panteística y humanitaria, el budismo, – hubo épocas, digo, en que los misioneros ofrecieron á Europa, como modelo, las instituciones, las ideas morales, el código chinesco. Se ha citado para ejemplarizar su amor filial, su respeto á la autoridad constituída, su veneración á los antepasados, su laboriosidad, y se ha hecho un idilio de aquel emperador, Hijo del cielo, que un día se bajaba del inaccesible trono, y empuñando el arado, trazaba un surco, para demostrar á sus vasallos que el hombre ha de ganar el pan con el sudor de su frente.

¡Pobre *leyenda de oro* de los chinos! Tú te has disipado también. Yaces enterrada bajo un quiosco de esmalte azul con argentinas campanillas, y alrededor de tu tumba crecen esos arbolitos microscópicos y esos *hibricus* sangrientos que se ven en los bordados de tus telas y en el decorado caprichoso de tus lacas.

Si hemos de fiarnos de lo que afirma un general chino, Tcheng-Ki-Tong, que no se desdeña de esgrimir la péñola, China es aún hoy aquella tierra de virtudes y sensatez de que hablaban los buenos misioneros. El emperador (¿y la *emperatriz?*) se atiene á la sabia máxima del *Ta Kio* ó *Grande Estudio*: «Obtén el amor del pueblo y conseguirás el imperio.» En China se ha realizado (sigue hablando el general) la aspiración socialista: la tierra es propiedad nacional y su dueño es el que la cultiva. Tienen ocho ministerios, casi iguales en su objeto á los nuestros, sólo que les falta el de Gobernación y les sobra el de Ritos. Los funcionarios se eligen entre los literatos exclusivamente. No existen abogados, procuradores ni curia alguna. No hay código civil; sólo se conoce el penal. El emperador es jefe ó papa de las tres religiones reconocidas oficialmente en el Imperio, á fin de evitar discusiones é intolerancias. La *censura* funciona desde ocho siglos antes de la Era Cristiana. Por otro nombre, se llama esta censura *el tribunal que vela por todo*. Los censores de la Inquisición china son grandes letrados, académicos. Y en Hankón, ciudad de dos millones de habitantes, sólo se registró en treinta años un homicidio...

¿A que á muchos se les ocurre que es lástima que las potencias destruyan esta organización social?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

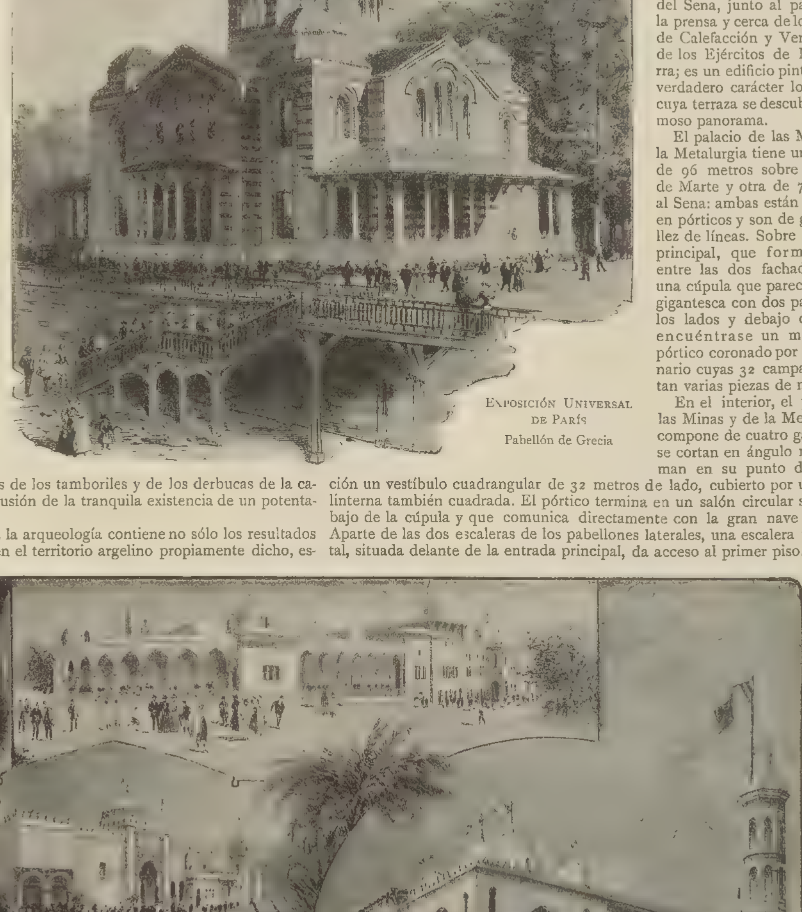
Continuamos en este número la publicación de las vistas de los principales edificios de la Exposición de París, y al hacer la descripción de los mismos, prescindiremos de los palacios de Italia, Alemania, Grecia y Transvaal porque ya están descritos en las crónicas del Sr. Enseñat correspondientes á los números 963 y 965, como asimismo del detalle del pabellón del Cambodge, del que nos ocupamos en nuestro artículo del número anterior.

La sección de Argelia ocupa un sitio de honor en el Trocadero y forma dos grupos distintos separados por una ancha avenida central. A la derecha está la exposición argelina oficial, grandioso edificio de estilo árabe con una graciosa reproducción del almimbar de Sidi-Bu-Medina, y cuyo interior se halla dividido en una serie de salas y galerías que recuerdan por su distribución las construcciones orientales con sus patios, pórticos y columnas.

Los productos expuestos en esta sección comprenden todas las ramas de la agricultura, de la industria, del comercio y del arte antiguo y moderno. Una exposición pedagógica permite apreciar los trabajos de los alumnos de las escuelas argelinas, así franceses como árabes. Varios planos explicativos sumamente detallados, mapas y fotografías demuestran minuciosamente los recursos considerables que Argelia ofrece á los colonos é indican los sitios propicios á los diversos cultivos, las costumbres, los usos y las ocupaciones diarias de la vida argelina.

Este edificio produce, sobre todo en los días en que el sol luce espléndido, la impresión de una habitación moderna de Argelia: en él armonízase el arte tradicional con la comodidad y se ven antiguos muebles argelinos, arcas de madera de sándalo artísticamente trabajadas, trofeos de armas relucientes, trajes y alfombras antiguas y modernas. El susurro de una fuente de mármol colocada en el centro del patio y los roncos sonidos de los tamboriles y de los derbucas de la calle de la Kasbah completan la ilusión de la tranquila existencia de un potentado oriental.

Una sala especial destinada á la arqueología contiene no sólo los resultados de las excavaciones practicadas en el territorio argelino propiamente dicho, especialmente en Timgad, sino que también los documentos líbico-bereberes recogidos en las rocas y en las piedras escritas del Sahara.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Pabellón de Grecia

Este palacio oficial ocupa una superficie de unos 2.000 metros cuadrados.

A la izquierda se encuentra una ciudad argelina en miniatura con sus casas, cúpulas y almimbares, atravesada por una calle tortuosa y accidentada, copia de las que conducen á la Kasbah de Argel, y animada por varios cafés moros, orquestas indígenas, aisaúas, danzas del vientre, tiendas minúsculas en donde hay instaladas varias industrias, etc.

Al extremo Norte de la ciudad, una tela panorámica movible da á conocer los diversos aspectos de la costa argelina, desde Bona hasta Orán.

El restaurant rumano hállase situado en la orilla izquierda del Sena, junto al pabellón de la prensa y cerca de los palacios de Calefacción y Ventilación y de los Ejércitos de Mar y Tierra; es un edificio pintoresco, de verdadero carácter local, desde cuya terraza se descubre un hermoso panorama.

El palacio de las Minas y de la Metalurgia tiene una fachada de 96 metros sobre el Campo de Marte y otra de 76 paralela al Sena: ambas están dispuestas en pórticos y son de gran sencillez de líneas. Sobre la entrada principal, que forma chaflán entre las dos fachadas, álzase una cúpula que parece una tiara gigantesca con dos pabellones á los lados y debajo de la cual encuéntrase un monumental pórtico coronado por un campanario cuyas 32 campanas ejecutan varias piezas de música.

En el interior, el palacio de las Minas y de la Metalurgia se compone de cuatro galerías que se cortan en ángulo recto y forman en su punto de intersección un vestíbulo cuadrangular de 32 metros de lado, cubierto por una amplia linterna también cuadrada. El pórtico termina en un salón circular situado debajo de la cúpula y que comunica directamente con la gran nave cuadrada. Aparte de las dos escaleras de los pabellones laterales, una escalera monumental, situada delante de la entrada principal, da acceso al primer piso.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – PALACIO DE ARGELIA



Exposición Universal de París. – Palacio de Italia

El pabellón de Bulgaria es un edificio muy alegre y en extremo elegante, en cuya fachada hay verdadero derroche de fantasía.

El palacio de la Electricidad es uno de los principales atractivos de la Exposición y constituye un magnífico telón de fondo de la decoración del Campo de Marte.

Construído exclusivamente de hierro y cristal, se desarrolla en una longitud de 130 metros y alcanza una altura de 70 en su punto culminante. En el centro se ve un cartucho con la fecha de 1900, sobre la cual se alza una figura alegórica que simboliza el genio de la Electricidad de pie sobre un carro arrastrado por hipogrifos y blandiendo la antorcha del progreso.

La cubierta tiene la forma de un inmenso arco de círculo constituído por la reunión de pequeños arcos de círculo pegados unos á otros y sostenidos por pilastrones, cuya altura va disminuyendo por ambos lados, lo que da al palacio una forma elíptica sumamente graciosa.

La fachada, de cinc repujado y calado como un encaje, se compone de nueve vanos revestidos de adornos polícromos de colores armónicamente combinados.

El palacio de la Electricidad, haciendo honor á su nombre está iluminado por 5.000 lámparas de incandescencia de varios colores, ocho lámparas de arco con proyectores de vidrios de colores y cuatro con reflectores, ofreciendo aquel conjunto de luces una iluminación espléndida.

El subsuelo del palacio, reservado á los pesados motores eléctricos, está iluminado día y noche por lámparas. El piso superior comunica por medio de escaleras con los anejos laterales del palacio formados por dos galerías de 30 metros de anchura.

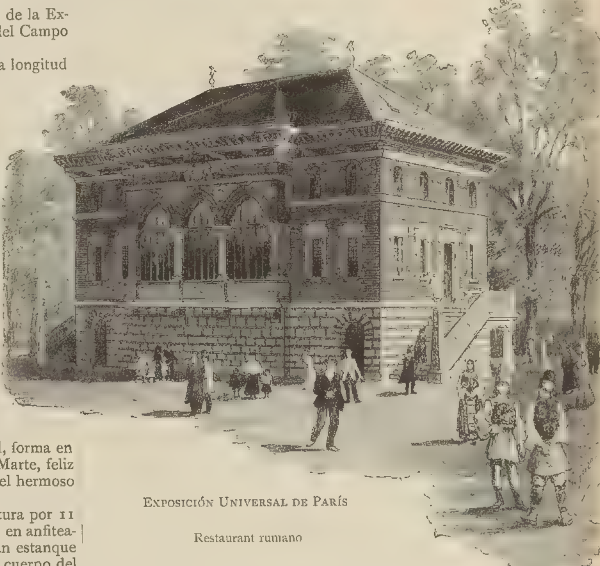
El Chateau d'Eau, situado delante del palacio de la Electricidad, forma en cierto modo cuerpo con este monumento, en el eje del Campo de Marte, feliz disposición que permite á los visitantes disfrutar desde todas partes el hermoso espectáculo que allí se le ofrece.

Compónese de un vasto nicho semiesférico de 30 metros de abertura por 11 de profundidad, que contiene una serie de tazas inmensas dispuestas en anfiteatro, de donde cae el agua formando cascadas que van á parar á un gran estanque situado al pie de las anchas rampas monumentales que conducen al cuerpo del edificio. Varias deidades y genios acuáticos constituyen la base de su ornamentación, algo inspirada en el estilo Luis XV. En el centro de la taza inferior álzase sobre un montón de rocas naturales un grupo alegórico que representa la Humanidad conducida por el Progreso avanzando hacia el Porvenir y arrojando al agua dos figuras de Furias, personificación de la Rutina.

En el centro de la bóveda surge desde una altura de 30 metros una imponente cascada, verdadero río de 10 metros de ancho que arroja 1.200 litros de agua por segundo. Este caudal de agua, tomado del Sena por medio de dos máquinas elevadoras, es conducido á un depósito situado en la plataforma del Chateau d'Eau, á 35 metros de altura, y sirve luego para alimentar los generadores de vapor de dos fábricas de fuerza motriz que consumen 200.000 litros por hora. También puede ser utilizado en caso de incendio.

El conjunto arquitectural que forman el palacio de la Electricidad y el Chateau d'Eau constituye, así de día como de noche, un espectáculo inolvidable. De día, alegran la vista las oriflamas, los vidrios polícromos, los cincelados brillantes, los dorados y el agua que por todas partes mana; de noche, las 5.000 lámparas del palacio de la Electricidad y las 1.100 del Chateau d'Eau se iluminan con llamas multicolores de una potencia y de una variedad fantásticas. La gruta se llena de rayos luminosos que se reflejan en la masa líquida, cuyos chorros se irradian con los juegos de una luz polícroma y cambiante por medio de procedimientos nuevos muy superiores á los empleados en las fuentes luminosas de 1889, de tan célebre memoria. Nada se ha omitido para hacer de este espectáculo una maravilla única.

El Chateau d'Eau no constituye solamente un elemento decorativo, sino que ofrece á la multitud pórticos y paseos, algunos de los cuales pasan por debajo de las cascadas. Estos pórticos se extienden á lo largo de la fachada del palacio de la Electricidad y terminan en los dos extremos de ésta en dos vestíbulos que dan acceso por el lado de la avenida de Suffren al palacio de las Industrias químicas y por la parte de la avenida de la Bourdonnais al palacio del Material y de los Procedimientos generales de la mecánica, que, como el Chateau d'Eau y sus amplios anejos, son obra del arquitecto M. Paulin. – X.



Exposición Universal de París

Restaurant rumano



Exposición Universal de París. – Palacio de Minas y Metalurgia

LO PEOR DEL MUNDO

(CUENTO)

Ayer pasé una mala noche. Me acosté tarde, concilié el sueño á duras penas, y una vez que lo hube logrado, soñé, pero de tal modo, que en el breve rato que me encontré bajo el peso de la inesperada y mortificante pesadilla, viví más que recuerdo haber vivido desde que estoy capacitado para hacer de la razón el uso que considere más conveniente.

Y para que este cuento no resulte á su vez la pesadilla de los lectores, diréles de rondón que lo que soñé fué el que por un azar fortuito de los que la imaginación no razona cuando se propone conseguir un determinado propósito, me encontré de buenas á primeras tan defectuoso en el físico, como Camoens, aunque naturalmente, y eso era y sigue siendo lo peor, sin el genio que ha hecho inmortal al autor de *Los Lusiadas*. La cosa, como se puede comprender, sin ser una de esas desgracias que ocasionan la completa de un hombre, es lo suficientemente enojosa para soportarla con indiferencia, en los primeros momentos de sufrirla, sobre todo; y viéndome con el único ojo sano que me quedaba, más



Exposición Universal de París
Pabellón de Bulgaria

Exposición Universal de París. – Palacio de Alemania

Exposición Universal de París

La granja boer del Transvaal



Exposición Universal de París. – Pabellón del Cambodge
Entrada á la sala subterránea y gran escalera de la pagoda real



Exposición Universal de París

El pabellón de honor del Transvaal

El Transvaal tiene además una instalación que reproduce una de sus renombradas minas de oro

tuerto que el célebre hermano de Napoleón que nos cupo en suerte á los españoles, decidí evitar las bromas y cuchufletas de los amigos poniendo pies en polvorosa y lamentando que la humanidad tome á risa cosas tan serias como la desfiguración de un hombre honrado que no se ha metido con nadie ni hecho mal ninguno á su prójimo, y la destrucción, en parte, de una obra creada por Dios con bastante perfección, aunque en mi modestia no me esté bien el confesarlo.

Yo mismo, que en repetidas ocasiones había tenido el mal gusto de alardear de supersticioso y huir de los tuertos como alma que lleva el diablo, por suponerles portadores de la mala suerte, ¿con qué cara me iba á presentar á los amigos? ¿Con aquella tan visiblemente defectuosa? ¡De ningún modo!

La emigración, pues, se imponía forzosamente á un país donde me admitieran tal como era en la actualidad, sin prevenciones de ningún género y donde no pudieran recordarme amigos de la pubertad y amigas de la juventud, que hubo un tiempo en que no habría sido ninguna hipérbole el que se me dijera:

– Buenos ojos tienes.

No había que pensarlo más y sí sólo decidir el punto en que yo había de caer. Embebido en tal meditación me hallaba, cuando oí á mi vera que dos jovenzuelos, disputaban sin duda sobre cuestiones amorosas y uno de ellos dijo á su contrario, deseoso sin duda de amargar los éxitos de éste en las lides de que se ocupaban:

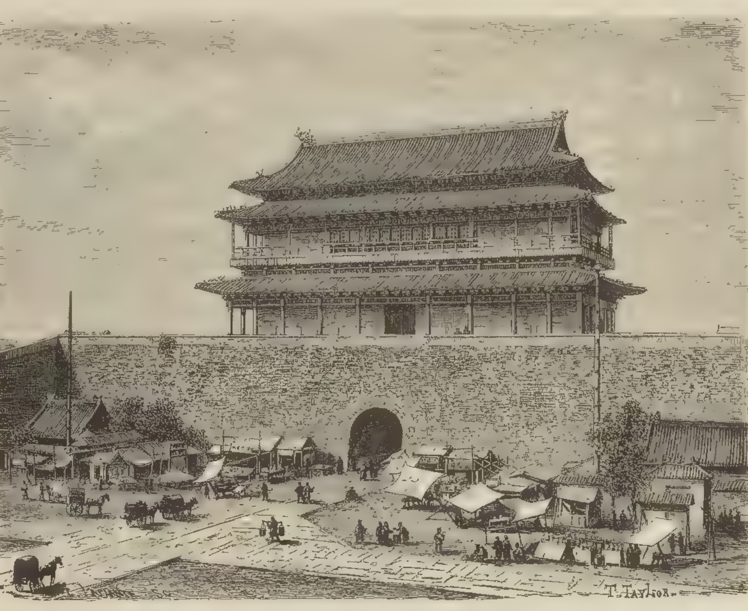
– Claro... Justa te ha preferido porque no tenía á mano otro pretendiente mejor. Y ya se sabe, en tierra de ciegos, el tuerto es el rey.

Aquella aseveración tantas veces por mí escuchada y sin duda también por mí repetida, me produjo al principio una contrariedad bien explicable, dada mi nueva manera de ser, y creyéndome aludido y hasta cierto punto ultrajado por el espíritu de aquel desahogo refranero, estuve casi á punto de pedir la palabra para una alusión personal, pero me contuvo una á manera de ráfaga de inspiración que me trazaba nuevos horizontes, nuevas aspiraciones, nueva vida y sobre todo nuevo país donde ir á dar con mi desgracia, no sólo sin temor de hacer ningún mal papel, sino que, por el contrario, con grandes probabilidades de realizar mi dicha futura é inesperada. «No hay mal que por bien no venga,» pensé para mi capote; dí á la Providencia gracias infinitas por colocarme á tan poca costa en situación de candidato á un trono, si á otros tuertos no se les había ocurrido la misma idea que yo tenía en aquel momento, y me decidí á salir en busca de la tierra de los ciegos, cuya corona había de venirme pintiparada sin duda.

Como el que sueña no ha de preocuparse en poco ni mucho de las dificultades que siempre acarrean los viajes, y más si son á países desconocidos, y nada tienen que importarle los medios de locomoción, pues que la fantasía realiza maravillas incomprensibles para el resto de los mortales, quiero decir que á estas fechas ignoro, aunque creo recordar vagamente que fué volando, cómo me las arreglé para trasladarme, pasando por cima de todos los obstáculos, al punto aquel de la tierra...; es decir, afirmaría demasiado si asegurara que era de la tierra donde había dirigido mis vuelos y con ellos mis ambiciones.

El caso fué, y esto es lo principal para el caso, que tuve la fortuna de encontrarme de buenas á primeras en el continente, isla, península ó lo que quiera que fuere, de los ciegos, quienes no obstante no verme, supieron sin duda alguna olerme y tuvieron conocimiento de mi llegada, con gran asombro mío, mucho antes de que de ella diera cuenta *El Correo de los ciegos,* periódico único que allí se publicaba, con una tirada excepcional y que habían bautizado de aquel modo, tanto por la propiedad del título, cuanto por corresponder de algún modo á la atención que los madrileños habían tenido en los albores de su periodismo, usando aquel epígrafe para uno de sus diarios.

Desde luego me extrañó el ambiente opalino de la población, donde por más que mi reloj señalaba el paso de días completos, no podía decirse jamás que era ni de día ni de noche. Una constante y tristona penumbra que no desvanecían los rayos del sol ni los reflejos de las luces artificiales. Aunque comprendí perfectamente que este era un detalle que les tenía en absoluto sin cuidado, no dejó de hacerme pensar lo difícil que iba á ser el pasar la vida allí, donde no se conocían, ni hacían falta, los focos eléctricos, los mecheros de gas, ni siquiera los quinqués de petróleo ó los velones de aceite de oliva. Pero en fin, esto sería lo de menos y lo de más fácil arreglo si llegaba á realizar mis ilusiones de ceñirme la corona ambicionada.



Conflicto chino. – La puerta Tciene-Mene en Pekín

Mucho les extrañó que fuera un tuerto á visitarles y vivir entre ellos, y con una claridad de juicio que contrastaba notablemente con las obscuridades externas, me dijo uno de los primeros ciegos á quienes fuí presentado:

– Sí, sí; ya veo los planes de usted.

– ¿Que usted ve?

– A mi modo, pero tan precisamente que no me deja lugar á dudas. Usted ha oído decir que en la tierra de los ciegos el rey es un tuerto... ¿No es así? Hasta aquí ha llegado el rumor... Pues siento decirle que cuantos esto afirman no saben lo que se pescan. Aquí no hay más tuerto que usted ahora y me parece que su viaje ha de resultar completamente inútil, entre otras razones poderosas, porque aquí no hay, ni hubo, ni habrá nunca rey.

– ¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted?

– Este es un país especial y distinto en absoluto á todos los demás, por lo mismo que todos nosotros somos también distintos del resto de los mortales. Si somos mejores ó peores, no se lo podré asegurar; pero sí le digo que á nuestra manera de ver las cosas..., quiero decir, de sentirlas, somos tan perfectos como cualesquiera otros. Naturalmente que no poseemos las mismas cualidades que ustedes, pero en cambio tenemos otras que á ustedes les están vedadas. Aparte de que el desarrollo que los demás sentidos logran en nosotros á costa del de la vista nos hace innecesario éste, tenemos goces íntimos tan grandes y tan inexplicables como ustedes pueden experimentar ante la luz, los colores, la luna y otra porción de cosas de que hemos oído hablar, como yo le hablo á usted de nuestras cualidades: sin entenderlas. ¡Oh, amigo mío! Somos perfectos, aunque de otro modo... No lo dude usted. ¡Lástima que sea usted ciego á medias!..

– Muchas gracias...

– A Dios se las damos porque nos ha privado de ver todas esas monstruosidades de que ustedes se lamentan á diario. Aquí entre nosotros, el sentimiento de la belleza pura, intangible, sin mancha, lo guardamos íntegro en el corazón. Cada uno la adivinamos á nuestro modo; tenemos cada cual una belleza para nuestro uso particular, y así disfrutamos de ella por entero y sin tenerla que compartir con el vecino. Esto es una verdadera Arcadia, un mundo ideal que cada uno forjamos á nuestro gusto, para vivir en él feliz y contento. Ustedes nos han adivinado en parte cuando han dicho: «Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.» Nos damos todos los gustos espirituales que se nos antojan con una viveza tal, que la realidad no alcanzaría. Oímos hablar del color, por ejemplo, y allá dentro, en lo más íntimo de nuestro ser, nos representamos lo que puedan ustedes considerar como color, y... créame, por muy bonito que eso sea, lo nuestro, lo mío al menos, lo es mucho más. A falta del sentido de la vista, tenemos uno que ustedes no poseen y que bien pudiera llamarse de la orientación... ¿Que en qué consiste? Pregúnteselo usted á las palomas, que en este punto nos hacen la competencia ¿Y la ventaja de no contar ningún miope entre nosotros?.. Vivimos en una anarquía deliciosa y sin duda envidiable para ustedes. La falta de la vista nos ha dado una igualdad y una fraternidad pasmosas, y no por la que inspira la común desgracia, sino la que es consecuencia de la falta de envidia y sobra de felicidad. Aquí, cada ciego lleva dentro de sí un monarca, unas leyes y un código, al cual obedece ciegamente y sigue en absoluto á ciegas. Además, en la cuestión económica, estamos mejor que queremos, pues siguiendo tradiciones que copiamos de ustedes los españoles, hay aquí una completa exención de pagos de contribuciones sobre propiedad, industria, alcabalas y cientos que ustedes derogaron (ya ve usted si estoy fuerte en historia administrativa) por Real Orden de 5 de abril de 1795 y cédula de 29 de enero de 1804 (1), y nosotros, naturalmente, por la cuenta que nos tiene y como base de nuestra vida material, hemos sostenido y sostendremos por los siglos de los siglos. Entre ustedes, los ciegos no pueden ejercer funciones judiciales, y aquí lo hemos arreglado mejor, no necesitando tribunales para no emplear funcionarios. Es mucho más cómodo. Aquí, pues, se aburrirá usted soberanamente y ni el recurso de consagrar su vida á la lectura le quedaba, pues nuestras bibliotecas, llenas de libros escritos con los punzones sistema Braille ó las letras de Ballu, resultarían para usted jeroglíficos indescifrables.

– De modo que por aquí la literatura..., me atreví á replicar por decir algo y en vista del desairado papel que representaba con mi actitud pasiva, después de haber ido con aires de conquistador y ser perfecto ó poco menos.

– Es uno de los ramos, me contestó, que tiene en esta tierra más cultivadores. El don de la poesía es el don preferente de los ciegos. Recuerde usted si no. Homero, Milton, Castillo... ¡Todos ciegos! ¡Todos de nuestra comunidad!

– Pero ¿no se siente, de verdad, la ausencia de órgano tan precioso como es el de la vista?

– ¿Cómo he de decirle á usted que no? ¿Experimenta usted acaso dolor por carecer de algún otro sentido que acaso tengan los habitantes de la luna?.. El error grande de ustedes es el de compararnos en un todo con ustedes mismos. Hay que desengañarse..., ¡somos otra cosa!..

(1) Efectivamente, en España, hasta las fechas indicadas, los ciegos se hallaban libres de las citadas cargas.



Italianos · Alemanes · Ingleses · Japoneses · Norteamericanos · Austriacos · Franceses · Rusos

CONFLICTO CHINO. – LA GUARDIA INTERNACIONAL DE LAS LEGACIONES EXTRANJERAS EN PEKÍN

– De modo que...

– De modo que yo creo que ha perdido usted el tiempo lastimosamente y que un rey vendría á ser aquí un organismo en absoluto innecesario. Si el rey que nos dieran fuera un ciego, convenga usted conmigo, después de lo que acabo de decirle, que sería simplemente un ciego más. Y si no lo era, no podría comprendernos ni dirigirnos.

– Pero un tuerto...

– Un tuerto, créame á mí que he visto mucho, no resulta ni carne ni pescado, y tan *deplacé* está entre los hombres con vista completa, como en la tierra de los ciegos. ¡En este mundo no hay nada peor que las medianías!..

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino.—Es imposible dar noticias exactas de lo que en China ocurre: ni de lo que sucede en Pekín ni del éxito de las operaciones del ejército aliado se sabe nada positivo, si bien por desgracia parece cierto que los europeos de aquella capital, inclusos los representantes de las potencias, han sido bárbaramente asesinados, y que las tropas que luchan contra los sublevados chinos hállanse imposibilitadas de emprender una acción enérgica por falta de fuerzas suficientes. De los grabados que en el presente número publicamos referentes á este asunto, sólo el plano de la ciudad de Pekín requiere una explicación detallada, que vamos á hacer. La capital de la China se compone de dos ciudades distintas, rodeada cada una de ellas de murallas y fosos que se comunican entre sí por tres puertas defendidas por baluartes: la situada al Norte es la ciudad mandchú ó tártara, á la que también se le da el nombre de ciudad interior, en chino *Nei-Tcheng*, y forma un cuadrado casi perfecto; la otra, la del Sur, es la ciudad china, ó ciudad exterior, denominada en chino *Onei-Tcheng*, y forma un rectángulo prolongado al Este y al Oeste. El conjunto es un cuadrilátero orientado, aunque no muy rigurosamente, segun los puntos cardinales.

La ciudad china es sucia y arruinada, sus calles están sin empedrar y apenas iluminadas y ofrece el aspecto de un vasto campamento. La ciudad mandchú, encerrada dentro de murallas más altas que las de aquélla, es mucho más regular y está mejor cuidada: en ella se encuentran casi todos los establecimientos europeos. El barrio de las legaciones y las aduanas que, como es sabido, están administradas por una comisión europea, está situado en la parte meridional, y no lejos de allí álzase la más antigua de las iglesias católicas de Pekín, el *Nan-Tang* ó iglesia del Sur, que fué en otro tiempo catedral portuguesa.

Campo de parada
Templo Lama
Campo de ejercicio
Templo de la Tierra
CIUDAD MANDSCHÚ
CIUDAD IMPERIAL
CIUDAD SANTA
Templo de los Mundos
Templo del Sol
Jardines
CIUDAD CHINA
Templo de la Agricultura
Templo de Cielo
Seccion de la muralla

1 Consulado francés
2 » ruso
3 » inglés
4 » aleman
5 » italiano
6 » de los Estados Unidos
7 » japonés
8 » belga
9 Templo de Confucio
10 » de Lama
11 Capilla
12 Misión inglesa
13 Observatorio
14 Pagoda
15 Mezquita
16 Torre de las Campanas
17 Colina de Carbon

CONFLICTO CHINO. - Plano de la ciudad de Pekín

La ciudad mandchú se divide en tres partes, cada una con su muralla especial: la ciudad mandchú propiamente dicha ó *King-Tcheng* comprende á las otras dos: el *Huang-Tcheng* ó ciudad amarilla forma su parte central y encierra á su vez, dentro de su recinto, la ciudad sagrada Roja, el *Tsu-Kin-Tcheng*, enteramente ocupada por el palacio imperial. Rodean á este palacio una fuerte muralla almenada de ladrillos encarnados y de ocho metros de altura que la oculta por completo á las miradas, y un foso de 3.600 metros de circuito. La muralla tiene cuatro puertas que miran á los cuatro puntos cardinales, compuesta cada una de ellas de tres aberturas coronadas por hermosos pabellones. El palacio imperial es un conjunto de construcciones y de jardines que ocupan una extensión inmensa; siendo de notar, entre los principales edificios del mismo, los templos de los antepasados, el de los dioses de la Recolección y sobre todo la pagoda imperial ó *Kuang-Min-Tien*, una de las más ricas y mejor decoradas de Pekín.

Los edificios administrativos se levantan en la ciudad mandchú propiamente dicha; los más dignos de mención son: el *Tsong-Li-Yamen*, el *Uen-Hio-Kung*, la Escuela de Ciencias Occidentales ó *Tung-Uen-Koan*, el Observatorio imperial, construído en 1279, etc. En el extremo Nordeste están los dos templos más célebres de Pekín, el de Confucio y el de los Mil Lamas.

La superficie de Pekín es de 6.341 hectáreas, ó sea las cuatro quintas partes de la parte de París encerrada dentro de sus fortificaciones; pero no todo este espacio está habitado, pues el barrio imperial y las residencias reales están ocupadas por jardines, quioscos, palacios desiertos, etc., y el barrio chino no tiene casas más que en una anchura de 1.600 metros de Este á Oeste, extendiéndose en el resto del recinto amurallado vastos terrenos incultos, pantanos, antiguos cementerios y campos.

Los datos que se tienen acerca de la población de Pekín son muy contradictorios, pues mientras unos señalan en 500.000 el número de sus habitantes, otros lo hacen ascender á 1.650.000.

La ciudad de Pekín no está situada junto al río Pei-ho, sino que éste corre á veinte kilómetros de la capital, á la que está unido por un canal.

Regreso al hogar, cuadro de León Gaud.—La naturaleza es fuente inagotable de poesía: los espectáculos que nos ofrece, desde los más grandiosos y sublimes á los más plácidos y sencillos, las costumbres de las gentes que en ella viven, los sentimientos que despierta, todo lleva impreso un sello de belleza que ora suspende el ánimo llenándolo de admiración, ora inunda el alma de dulcísimas emociones. El poeta ó el artista que sepan sentirla hondamente pueden estar seguros de producir obras de inestimable mérito, á



Idilio, cuadro de C. Vázquez (Salón «Quatre Gats»)



El día memorable, cuadro de C. Vázquez (Salón «Quatre Gats»)



CANTARES ANDALUCES ILUSTRADOS, dibujo de J. García y Ramos



CONFLICTO CHINO. – CAÑÓN KRUPP INSTALADO EN EL FUERTE DE AMOY

poco que el talento les ayude á dar forma adecuada á la impresión recibida. El cuadro del celebrado pintor francés León Gaud es buena prueba de ello: las tres figuras que lo componen, el campo por donde éstas caminan, el tinte del cielo donde se reflejan los últimos rayos del sol poniente que al transponer las montañas indica al campesino el término de la jornada fatigosa y el comienzo del descanso en el tranquilo hogar, todo está envuelto en un ambiente poético que el corazón ha sabido asimilarse y la mano ha logrado ejecutar con singular acierto.

Idilio. – El día memorable, cuadros de Carlos Vázquez.—Muy recientemente, en los números 966 y 967 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos hemos ocupado de este distinguido pintor dedicándole las alabanzas que en justicia le son debidas. Nada hemos de añadir á lo que entonces dijimos, y únicamente nos permitiremos llamar la atención de nuestros lectores sobre los dos cuadros que hoy reproducimos, notables por su sinceridad, por su sencillez libre de todo efectismo, y por su factura sobria sin pecar de vaga y al mismo tiempo acabada sin adolecer del defecto de una minuciosidad excesiva, cualidades que por sí solas revelan el pincel de un verdadero artista.

Monumento á Vara de Rey, proyecto del escultor Sr. Alentorn y del arquitecto Sr. Font.—La Comisión ejecutiva del monumento al heroico general ha aceptado por unanimidad el proyecto que publicamos, obra de los distinguidos artistas el escultor Sr. Alentorn y el arquitecto D. Augusto Font y Carreras, para ser erigido en Ibiza. No es necesario elogiar la obra viéndola gráficamente reproducida: sobre un pedestal de honor se eleva el grupo principal, representación escultórica del momento en que mortalmente herido el general, sostiénele un soldado español, mientras incita á las tropas á cumplir como buenos. Los elementos de flora americana que ornamentan el friso, recuerdan la localidad en que se verificó la lucha. Rodean el pedestal las estatuas de la Fama, rindiendo honores al héroe, y la de España, que esculpe el nombre insigne de su hijo. Decora la parte posterior el escudo de Ibiza, cuna del varón que la honró con el sacrificio glorioso de su vida. Las dimensiones de este monumento son de unos siete metros de altura; el bronce y el mármol del país serán los materiales que le constituirán.



MONUMENTO Á VARA DE REY para ser erigido en Ibiza. - Boceto del escultor Sr. Alentorn y del arquitecto D. Augusto Font

Felicitamos al pueblo de Ibiza que así conmemora á un héroe, y á los artistas Sres. Alentorn y Font por el sencillo y artístico conjunto de su obra.

Cantares andaluces ilustrados, dibujo de J. García y Ramos.—Esta bellísima composición del inspirado dibujante andaluz es otra de las que figurarán en el tomo de «Cantares populares y literarios» que en breve repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL. Lo que en el número anterior expusimos respecto de otro dibujo destinado al mismo objeto, puede aplicarse al que hoy reproducimos: García y Ramos ha sentido en toda su intensidad la poesía del cantar que sirve de asunto á su obra; de aquí que ésta resulte tan admirablemente concebida y con tanta maestría ejecutada.



MONUMENTO Á LAFAYETTE, obra del escultor americano Pablo W. Bartelet, ofrecida á Francia por la juventud de los Estados Unidos é inaugurada el día 4 de este mes, en París.

Monumento á Lafayette, obra de Pablo W. Bartelet.—Deseando los norteamericanos corresponder á la fineza de los franceses que hace años les regalaron la estatua de la Libertad que hoy se alza en el puerto de Nueva York, constituyeron por iniciativa de Mr. Roberto J. Thompson, de Chicago, un comité para regalar á Francia un monumento dedicado á Lafayette. El resultado de los trabajos por éste realizados ha sido la inauguración de la estatua del gran soldado y patriota francés, verificada el día 4 de este mes en París, aniversario de la independencia americana. El monumento inaugurado es provisional; está modelado en *staff* y servirá á los artistas que en él han colaborado para determinar las dimensiones exactas de la obra definitiva y para armonizarla con el palacio del Louvre, cerca del cual se levanta, siendo luego fundida en una aleación de cobre, plata y oro. La estatua representa á Lafayette á la edad de diecinueve años, cuando oyó hablar por vez primera del movimiento que se iniciaba en América; viste el traje militar del tiempo de Luis XVI y tiende su espada para ofrecerla á la causa que excitó su ardor juvenil. La altura total del monumento es actualmente de 13 metros. La estatua es obra del joven escultor americano Pablo W. Bartelet, que nació en Boston y residió largos años en Francia, en donde fué discípulo de Fremiet; está condecorado con la cruz de la Legión de Honor y goza de grande y merecida fama en su patria. El pedestal con columnas de mármol de diferentes colores, es obra del arquitecto Mr. Tomás Hastings, de Nueva York.

El monumento ha sido costeado en gran parte por la juventud norteamericana.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. - He aquí la lista de los artistas españoles premiados en la Exposición Universal de París. Sección de Pintura, cartones y dibujos: *gran premio*, Joaquín Sorolla; *medallas de oro:* José Jiménez Aranda, Ulpiano Checa, Daniel Urrabieta; *medallas de plata:* Santiago Arcos, Vicente Borrás, Ramón Casas, Antonio Fabrés, Mariano Fortuny y de Madrazo, José Pinazo, María Luisa de la Riva, Enrique Simonet, Carlos Vázquez; *medallas de bronce:* Lamberto Alonso, César Alvarez Dumont, Ricardo Arredondo, Juan Brull, Fernando Cabrera Cantó, Manuel Domínguez Meunier, Antonio Fillol y Granell, Juan José Gárate, José García y Ramos, Manuel González Méndez, José Llaneces, Eliseo Meifrén, José Miralles Darmanín, Tomás Muñoz Lucena, Andrés Parladé, Cecilio Plá, Juan Sala, Marcelino Santamaría, Modesto Teixidor y Torres; *menciones honoríficas:* Dionisio Baixeras, Segundo Cabello, José Díaz Molina, Adela Ginés, Luis Manero de Miguel, Vicente de Paredes, Margarita Pedroso de San Carlos, José Salis Camino. Sección de Escultura y grabado en medallas y piedras finas: *grandes premios:* Mariano Benlliure, Miguel Blay; *medallas de oro:* Enrique Clarassó, Antonio Alsina; *medallas de plata:* Manuel Fuxá, Cipriano Folgueras, Pedro Carbonell, José Alcoverro, Miguel Embil, Juan Vancells y Puigcerós, Lorenzo Roselló, Miguel Angel Trilles; *medallas de bronce:* Julio Echeandía, Ezequiel Ruiz Martínez, Joaquín Bilbao, Damián Pradell, Francisco Javier Escudero, Gustavo Obiols; *menciones honoríficas:* Antonio Yerro, Adela Ginés y Ortiz, Francisco Pallás.

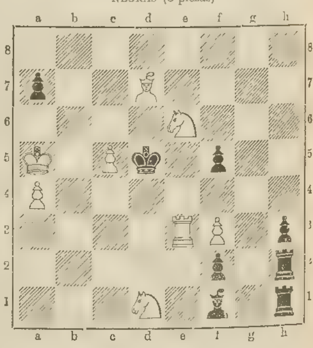
CHEMNITZ. – Con motivo del vigésimoquinto aniversario de la coronación del rey Alberto de Sajonia, la ciudad de Chemnitz ha votado la suma de 500.000 marcos para la construcción de un museo que llevará el nombre del monarca.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito en Novedades: la conocida comedia en cinco actos de Berton y Simón *Zazá*, arreglada con mucho acierto á la escena española por los Sres. Costa y Jordá, y *Las noblezas de Don Juan*, comedia en tres actos de D. Enrique Menéndez y Pelayo. La compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza cuenta por llenos y por ovaciones sus representaciones en el Eldorado: entre las obras puestas en escena ha llamado especialmente la atención el hermoso drama de Tamayo y Baus *La locura de amor*, no sólo por la maestría con que la han representado aquellos artistas, sino además por el lujo y la propiedad extraordinarios con que ha sido puesta en escena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 202, POR J. DRTINA

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 201, POR E. MAZEL

Blancas.	Negras.
1. D a 8 – b 8	1. R toma C e 4
2. C f 5 – g 3 jaque	2. R juega.
3. D b 8 – d 6: mate.	

VARIANTES

1..... R toma C f 5;	2. C e 4 – g 3 jaque, etc.
1. ... A toma C;	2. D b 8 – d 6: jaque, etc.
1 .. e 3 – e 2;	2 C e 4 – g 3, etc.
1..... g 5 – g 4;	2. C f 5 – g 3, etc.
1..... Otra jujada;	2. D b 8 – d 6: jaque, etc.



Mira, Fermín, aquel caballero que acaba de saltar en un bote...

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. - Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

Elena se había postrado al pie de la cama y besaba la mano de su suegra.

-¡Piedad!, exclamó; ¡piedad para una madre que reclama á su hijo, para una mujer que quiere recuperar el corazón de su marido, para su hija que implora su bendición!..

-Cometió usted un crimen. Queda usted castigada, murmuró con voz débil, pero inteligible, la moribunda.

-¡No, madre, no! ¡Juro que soy inocente! ¿Podría yo mentir en tan solemne momento? ¡Escúcheme! ¡Míreme! ¿Tienen mis ojos miradas de culpable? ¿Tiñe mi frente el rubor de las adúlteras?..

-¿Dónde estuvo usted, continuó débilmente la anciana, durante aquella ausencia que no pudo explicar á su esposo?

-¿Dónde estuve?.. ¡Oh, perdóneme, madre!.. ¿Dónde estuve?

-¡Conteste!, repitió la voz angustiosa de la agonizante.

-¡Pues bien, sea! ¡Voy á decirlo todo, madre, pero perdóneme la pena que le voy á causar!

Y en el momento de empezar su confesión á la moribunda, el sacerdote murmuró las palabras sacramentales del santo sacrificio:

-*Corpus Domine...*

La campanilla del altar sonó tres veces.

-Madre, continuó Elena; fuí á Tours á reclamar ciertas cartas por encargo de una pobre extraviada á quien salvé con mi viaje...

El cura, acercándose á la condesa, le presentó la hostia santa para la comunión suprema.

-*Ecce Deus,* dijo. ¡Este es su juez! Su juez misericordioso. Ruéguele, hija mía, que baje á su corazón é ilumine sus últimos instantes.

-¡Madre!, gimió Elena; ¡madre mía, soy inocente! Por ese Dios que va á trasladarse á su cuerpo, vuelvo á jurarlo.

En aquel momento, un rayo celeste iluminó el rostro de la condesa.

Se había incorporado para recibir la hostia, y pareció que toda verdad brillaba en su agonía.

Con voz cada vez más débil, pero con el firme acento de la fe, murmuró:

-Dice usted que es inocente, Elena... Lo creo. Y le pido perdón...

Esto diciendo, estrechó en sus brazos la cabeza de la mártir, en medio de los sollozos de los circunstantes.

Terminó la misa.

El cura había hecho sobre la moribunda la señal de la Redención.

Todo el mundo salió de la fúnebre estancia después de dirigir una larga mirada de despedida á la noble señora, cuya mano derecha, la de la caridad, había devuelto con creces lo que la izquierda, la del derecho y de la justicia, había exigido.

Quedóse el cura solamente. Era un anciano que conocía á Elena desde hacía muchos años y que sabía toda la pureza y honor que su corazón encerraba.

La confesión le había puesto al corriente del drama cruel que destruyó la felicidad de sus penitentes; así es que la llegada de Elena y sus protestas de inocencia no le sorprendieron.

Se acercó á la cama y presentó á la condesa una hoja de papel y una pluma diciendo:

-Dios le concederá el tiempo necesario para reparar el mal cometido. Una palabra á su hijo para que sepa la verdad y perdone también.

La condesa pareció comprender y alargó la mano.

Pero le faltaron fuerzas y volvió á caer sobre la almohada.

La enferma agonizaba.

Su agonía fué corta, pero atroz, llena sin duda de terribles visiones, porque á través de los silbidos de su respiración anhelosa, se escapaban de minuto en minuto lastimeras expresiones de desesperación.

-¡Perdón! ¡Perdón!..

De pronto se incorporó con rigidez exclamando:

-¡Jorge! ¡Fanfán! ¡Carmen!..

Y se desplomó exánime.

Pocas horas después, el cuarto se hallaba convertido en capilla ardiente.

La condesa yacía amortajada en su cama monumental, con la cara descubierta.

Parecía una estatua yacente, como las que se ven sobre las tumbas en las criptas de las iglesias bretonas.

En sus ojos brillaban dos gruesas lágrimas como dos gotas de cristal, en la comisura de los párpados cerrados.

A la cabecera de la cama, abismada en una desolación indescriptible, Elena contemplaba á la difunta.

-¡No hay esperanza!, murmuró con desesperado acento. ¡Todo se acabó! ¡Todo!..

-¡Queda Dios, hija mía!.., dijo el sacerdote señalando el crucifijo. ¡Espere usted en Él!..

IV

EN EL DESTIERRO

Vuelto á Penhoet con su madre, Jorge de Kerlor procuraba distraerse de mil maneras á fin de dar tregua á la tortura de su espíritu, cebado en el goce atroz de su venganza satisfecha.

Pero pasaba unas noches terribles. Durante largas horas repasaba la carta fatal, la prueba del crimen, buscando en cada palabra el sentido que pudiese ocultar, los secretos pensamientos que la habían inspirado.

Y prorrumpía en sollozos.

Lloraba su amor perdido, sus esperanzas destruídas, su vida quebrantada.

La reacción venía y murmuraba con alegría salvaje:

-¡Me he vengado!

Por la mañana, cuando iba á saludar á su madre, ésta adivinaba sus crueles insomnios por lo encarnado de sus ojos y la palidez de su frente.

-¡Animo!, le decía entonces la condesa estrechándole la mano.

Por el notario se habían enterado de la terrible enfermedad de Elena.

-¡Morir!.. ¡Tan pronto!, había exclamado Jorge.

Pero al día siguiente, aún apareció con la frente más pálida.

Luego el notario les había anunciado la mejoría, la cura indudable, pero seguida necesariamente de una larga convalecencia.

Jorge no vaciló entonces en continuar el plan concebido. No le bastaba haber arrojado á Elena de su casa; quería alejarla para siempre de los que hubiesen podido llevarle un consuelo ó una esperanza.

La condesa fué sometida á la operación que los médicos habían juzgado indispensable.

Jorge, á pesar de sus deseos de volverse á Panamá, no quiso partir antes de la operación, que tuvo el mejor éxito.

Todas las cuestiones de intereses quedaron arregladas.

El notario no había de decir, por nada de este mundo, dónde pudiese encontrarse Jorge.

Entonces éste se embarcó.

Antes de ir á Panamá quiso pasar por la Guayana. Necesitaba borrar con sus besos fraternales la mancha que su esposa había querido echar sobre la frente de Carmen.

Pero se guardaría muy bien de decir la verdad á su querida hermana.

A quien iba á confiar el secreto era á Saint-Hyrieix, para que evitase toda correspondencia entre Carmen y la esposa infame.

El matrimonio estaba instalado en Cayena, capital de la Guayana.

A pesar de que su nombre evoca inmediatamente la idea de los presidiarios que la habitan, del vómito negro y demás fiebres que la azotan, del sol tropical que la abrasa de día y de las lluvias incesantes que durante meses la inundan, Cayena no deja de ser una bonita ciudad.

El palacio del gobierno, vasto edificio construído por los jesuítas con maderas preciosas, es una cómoda residencia.

Sin embargo, aquel palacio y aquella ciudad no podían ser, para una parisiense, más que un triste destierro.

La monotonía de la existencia es allí abrumadora.

Los domingos, misa mayor, conversaciones necias á la salida de la iglesia, vuelta á casa, almuerzo, siesta en la hamaca á la sombra de los árboles del jardín, merienda, reunión en la plaza de los Palmistas ó en el jardín botánico, donde la charanga de la guarnición toca siempre las mismas piezas, tertulia en casa de Fulano ó Zutano, nuevas conversaciones pueriles ó bien una partida de chaquete ó de *whist*.

Y se ha pasado el día.

Entre semana no hay más que un medio de matar el tiempo: meditar, soñar, recordar...

Recordar á la madre patria, á los seres queridos que se ha dejado en ella y que quizá no volverá uno á ver.

Carmen se abismaba enteramente en esas meditaciones, olvidando todo lo que la rodeaba.

Seguía viviendo mentalmente en París, cerca de Elena..., cerca de Roberto d'Alboize...

Se imaginaba á Elena feliz entre su hijo y su esposo, en aquel hotelito del Parque de los Príncipes donde ella tanto había soñado.

A veces, asomada á su galería, recordaba la noche en que, á su regreso de Noruega, apoyada en la borda del vapor, buscaba en la inmensidad del mar, en el murmullo de las olas, en los quejidos del viento, un presagio de lo que le reservaba el destino, y recordaba que en uno de esos momentos de desolación en que el desaliento hiela el alma, había sentido que su amor por Roberto invadía todo su ser...

Todo aquel pasado había muerto.

Su nueva vida era un cautiverio lleno de tinieblas.

¿Por qué había renunciado á todo lo que la hacía feliz?..

¿Por salvar el honor de su nombre?

¡No! Había sido cobarde. Había tenido miedo..., miedo de su marido, miedo del desprecio de las gentes.

¡Y había huído, en vez de abrigarse en su falta y enorgullecerse de su amor!

¿No estaba dispuesto Roberto á sacrificarse por ella?

Y sollozando, con lágrimas en los ojos, Carmen confiaba á la brisa mil besos para el pobre abandonado.

¡Abandonado, sí, como su hijo Marcelino!

Al menos, la presencia del niño era un consuelo para el padre. Pero ¡qué suplicio para Carmen el verse privada de su propio hijo!

– ¡Si pudiese amar á mi marido, pensaba á veces, quizá conseguiría yo olvidar el pasado y empezar vida nueva!

Bien lo deseaba, pero en vano.

La imagen de Roberto surgía siempre entre ella y su esposo.

– ¡Lo mejor sería morir!, pensaba otras veces.

Y su vida era un tormento.

Mientras tanto, Saint-Hyrieix estaba muy satisfecho de su situación, ocupado en velar por los intereses franceses en la colonia, sin compartir ni confiar á su mujer sus esperanzas de gloria: de tal modo se creía superior á Carmen.

Esta, como toda la población de Cayena, tenía un día de emoción cada mes, merced á la llegada del vapor correo de Francia.

La correspondencia, esperada con ansiedad, era saludada con entusiasmo desde su desembarco hasta su distribución.

Un día de correo, seis meses después de su llegada, Saint-Hyrieix se encontraba en el muelle, ansioso y febril como todo el mundo.

El vapor entraba en rada, y todos los gemelos de la población estaban dirigidos hacia él.

– ¡Dios mío!, exclamó de pronto Carmen ofreciendo sus gemelos á su marido; mira, Fermín, aquel caballero que acaba de saltar en un bote y viene solo hacia acá... Se parece á...

– ¡En efecto!, contestó Saint-Hyrieix después de haber mirado á su vez. ¡Juraría que es Jorge!

El bote se acercó, vigorosamente impulsado por cuatro remos.

– No me engaño, ¡es mi hermano!

Minutos después, llorando de alegría, Carmen abrazaba á Jorge.

Pero después del abrazo, reparó en sus facciones, horriblemente alteradas, y en su traje de luto.

– ¡Cielos! ¿Mamá?..

– La he dejado buena.

– Entonces ¿por quién llevas luto?..

Jorge bajó la cabeza.

– ¿Por... Elena?, balbuceó Carmen palideciendo.

– ¡Por Elena!

Al pronunciar esta palabra, el rostro de Jorge se crispó bajo el imperio de una intensa emoción.

– ¡Pobre Jorge!, dijo Saint-Hyrieix estrechándole a mano, mientras que Carmen apelaba á todo su valor para no desfallecer. Has hecho bien en venir á consolarte á nuestro lado. Necesitas conservar la vida y la salud para atender á tu hijo.

– Fanfán..., añadió Carmen.

– ¡Gastón de Kerlor no existe!, contestó Jorge con acento siniestro.

– ¡Muerto!..

Los tres permanecieron mudos, aterrados.

– ¡El niño tuvo el crup.. y murió!.. Su madre quiso cuidarle noche y día, y la implacable enfermedad causó dos víctimas.

Bajo la impresión de tan terrible noticia, Saint-Hyrieix y Carmen regresaron con Jorge al Gobierno sin pronunciar una palabra.

Por la noche, oyendo Carmen á su hermano pasearse largas horas por el jardín solitario, la desgracia le pareció más espantosa.

Se le figuró haber contribuído á la muerte de aquellos dos seres queridos.

Se los imaginaba amortajados en la cama, no durmiendo tranquilos el sueño de la muerte, sino contorsionados por la enfermedad, acusándola de sus sufrimientos.

La horrible pesadilla la sacudió toda la noche. Ya había amanecido cuando se durmió profundamente, cubierta de un sudor frío.

Levantóse muy tarde.

A través de sus persianas, vió en el fondo de su jardín á su marido en conversación con su hermano.

Graves y pálidos, parecían dos jueces formando tribunal.

Ella se estremeció... y los estuvo observando largo rato, asustada sin saber por qué.

Llamó á su camarera, vistióse y bajó al jardín.

Los dos hombres se paseaban en silencio.

Jorge había hecho á Saint Hyrieix la terrible confidencia de lo ocurrido entre él y Elena.

– He de referirte un drama y pedirte un favor.

– Habla y dispón de mí en absoluto. Tus penas son mis penas.

– ¿Y mi oprobio?

– De todo somos solidarios.

– ¿Sabías que Elena tenía un amante?

– ¡Elena un amante!

– ¿Te enteraste de que había estado ausente de casa la víspera de mi llegada á París?

– Sí, había ido á Penhoet.

– ¡Era mentira!

– ¡Mentira!

– ¿Sabías que, aquel mismo día, había recibido una carta?

– ¡Una carta! Sí, se la entregué yo mismo... con un pequeño óbolo para sus pobres. Tratábase de un socorro, de una limosna que le pedían.

– ¡Una limosna! ¡La carta era de su amante!

Aunque dueño, generalmente, de sus impresiones, Saint Hyrieix no pudo menos de manifestar la estupefacción que le causaban las palabras de su cuñado.

Miró fijamente á Jorge, creyendo que se había vuelto loco.

Pero éste sacó de su cartera la carta no firmada de Roberto d'Alboize.

– Esta es la carta que le entregaste...

Saint-Hyrieix se dejó caer en un banco, como abrumado por aquella inesperada revelación.

Y sin interrumpir á Jorge, ni con una palabra ni con un gesto, escuchó de sus labios las circunstancias todas de aquel espantoso drama.

Tienes razón, Jorge, dijo al fin; esa mujer era una miserable hipócrita. Para que lo sepas todo, te diré que tuvo la habilidad de encargar á Carmen que recogiese sus cartas de correos, y estuve á punto de acusar á mi mujer.

– No me extraña, pues cometió la infamia de acusar á mi hermana, cuando su ausencia no le permitía justificarse. Pero todo clamó contra esa miserable calumnia, que no tardé en castigar.

– Has dicho antes que tenías que pedirme un favor. ¿Qué deseas de mí?

– Que no dejes llegar á manos de Carmen ninguna carta de la infame. Quiero que haya muerto para todos.

– Descuida. Si escribe, se le devolverán inmediatamente las cartas sin haber sido abiertas. Yo me encargo de ello.

– ¿Qué grave conversación es esa?, interrumpió Carmen que había llegado hasta los dos sombríos interlocutores.

– ¡Ay, hermana mía!, hablábamos de los muertos que han entristecido mi vida, y hablábamos también de mi próxima marcha.

¿De tu marcha?

– Me vuelvo á Panamá. No vine más que por evitaros el anuncio de tan terribles acontecimientos por medio de carta, y porque tenía que arreglar algunos asuntos de intereses con Saint-Hyrieix. He concluído y me embarco en el correo de mañana.

Y, en efecto, al día siguiente, después de abrazar á su hermana y de estrechar la mano á su cuñado, Jorge se embarcó para ir á encontrarse en Panamá con su asociado Nerville, á quien había avisado por telégrafo su próximo regreso.

Algunos meses después, durante el almuerzo, Saint-Hyrieix dijo de pronto á Carmen:

– ¿No has ido á ver el buque que ha entrado en rada?

– No. He asistido tantas veces á ese espectáculo, que ya no me causa impresión ninguna.

– No era un vapor correo, sino una corbeta de guerra.

– ¿Ha traído tropas?

– Sí, un destacamento de infantería de marina y un enviado especial del Ministerio, un oficial de estado mayor, á quien precisamente conocimos hace algunos años durante nuestro viaje á Noruega.

Carmen levantó los ojos y se puso blanca como el pañuelo que llevó á sus labios.

– ¿Qué tienes?

– Nada, contestó ella, desplegando toda su fuerza de voluntad para dominar los latidos precipitados de su corazón; ¡nada!, un dolor repentino. Ya pasó...

Y con un valor sobrehumano, logró sonreirse.

– ¿Decías, continuó al cabo de un instante, que en esa corbeta ha llegado un oficial á quien conocemos?

– Sí, Roberto d'Alboize.

– ¿Roberto d'Alboize?

– Aquel joven oficial de estado mayor con quien volvimos á encontrarnos á bordo del maldito *Prins-Hendrik*. ¿No te acuerdas?

– ¡Sí, sí!, balbuceó Carmen. Me acuerdo.

Su marido continuó, sin notar su emoción:

– Me anuncian que viene encargado de una misión militar cuya importancia habla mucho en favor de su mérito. Ha de inspeccionar el estado de defensa de las costas y ver si, en caso de una guerra colonial, podríamos resistir victoriosamente á los invasores. Pero esto te interesa poco sin duda. Lo que probablemente tiene para ti mayor importancia es que pasa por un hombre de amena conversación y de exquisito trato, y que tus tertulias reciben con él un refuerzo precioso. A mí me pareció muy simpático durante el poco tiempo que lo traté. ¿Y á ti?

– También, á lo que me parece recordar.

– Creo que es viudo... No puedo afirmarlo, porque el parte del gobierno nada dice sobre el particular. Pero sé que le acompaña su hijo, un muchachito para cuyo pasaje á bordo de un buque de guerra se ha necesitado una autorización especial; autorización que no ha pedido á favor de ninguna mujer.

¡Su hijo!

¡Roberto y Marcelino!

A pesar de su fuerza de voluntad, Carmen iba á desfallecer.

Afortunadamente, su marido la dejó sola.

Entonces ella pudo entregarse á la alegría que le inundaba el corazón.

Pero tuvo que reprimirse ante todo el mundo.

La primera entrevista se verificó sin que la emoción los vendiese.

Desde el primer momento, les pareció que no se habían separado jamás.

Los trabajos militares de que estaba encargado Roberto tenían cierta relación con la misión de Saint-Hyrieix, y era preciso que los dos hombres se avistasen á menudo.

Esto, unido á la escasez de relaciones de Cayena, estableció entre ambos bastante intimidad, para que la asidua presencia de Roberto en casa del diplomático pudiese dar lugar á ninguna sospecha maliciosa.

Todo el mundo comprendía también fácilmente que Carmen, no teniendo hijos propios, se hubiese encariñado con el del oficial, que suponían huérfano de madre.

Marcelino se pasaba cada día la mayor parte de las horas en casa de Saint-Hyrieix.

Carmen se cuidaba de su educación.

Y los dos amantes lloraban á menudo de alegría al ver las pruebas de notable inteligencia que daba su hijo.

Carmen enteró á Roberto de la muerte de Elena y de Fanfán, cuyo recuerdo evocaban ambos con frecuencia y cada vez con más profunda emoción, como si del fondo de la conciencia se levantase una voz para acusarlos de haber contribuído á aquella doble desgracia.

Sin embargo, no podían sospechar las terribles consecuencias que había tenido la abnegación de Elena.

A la última carta de Roberto, que la mujer de Kerlor había quemado sin duda, no siguió el paquete reclamado.

Carmen se enteró por el oficial del encadenamiento de trágicas circunstancias que imposibilitó el envío de aquella colección epistolar.

¿Por qué, entonces, bajaban los ojos y se sentían turbados al pensar en la muerta?

¿Por qué Carmen no quiso ya ceder nunca á los arrebatos de su amor, contenida por el recuerdo del horror causado tiempo atrás á su querida hermana con la confesión de sus culpables relaciones?

En vano intentó Roberto, en momentos de pasión irresistible, una posesión más completa.

Carmen era madre y amante tierna, pero se había convertido en esposa fiel, como si la sombra de la muerta la protegiese aún desde el otro mundo.

V

LA GUILLOTINA SECA

Habían transcurrido seis meses desde los últimos acontecimientos.

La necesidad de enviar un informe reclamado con toda urgencia por el ministerio, obligó al capitán d'Alboize á ausentarse de Cayena por unos cuantos meses é internarse en la colonia.

Marcelino quedóse al lado de la señora de Saint-Hyrieix.

Roberto fué á Cacao, donde empezaba á funcionar un establecimiento penitenciario tan mortífero, que los presidiarios lo llamaban la *guillotina seca*.

Era una vasta meseta, que dominaba el río del Condado, á unos quince metros de altura, con bosque en la parte opuesta.

El establecimiento penitenciario, situado á la orilla del río, se componía de un grupo de enormes barracas de hierro, cubiertas de cinc.

Otras barracas, agrupadas sin simetría alguna á cierta distancia de las primeras, sirven de cuartel á los soldados y sargentos de la guarnición, á los vigilantes, gendarmes, operarios de artillería, cabos de ingenieros y contramaestres de obras públicas. Allí tienen también su habitación los oficiales de infantería de marina del destacamento y el comandante de la penitenciaría.

Los negros que allí se ganan la vida conduciendo piraguas y dedicándose á otros trabajos especiales, viven en chozas construídas con palos y hojas de palmera.

A Roberto se le destinó una barraca un poco más cómoda y mejor amueblada que las otras.

Trabajó con indecible ardor en ciertas operaciones geodésicas que le habían sido encargadas, pensando siempre en Carmen, dispuesto á hacer por ella los mayores sacrificios.

Trataba poco á los oficiales y funcionarios de la colonia, que, sin embargo, le apreciaban mucho por su reserva, sencillez, inteligencia y valor.

Las comunicaciones con Cayena eran muy difíciles, si no imposibles.

Sólo de tarde en tarde recibía Roberto una carta de Marcelino, que el Sr. de Saint-Hyrieix, gracias á su posición, conseguía hacer llegar á sus manos.

Carmen no podía escribirle; pero en la carta de su hijo, Roberto descubría todas las expresiones de la madre.

De pronto una mañana, al despertar de un agitado sueño, el joven capitán fué acometido por la fiebre que azotaba el país.

El médico la combatió con el sulfato de quinina.

En el momento álgido empezó á delirar, imaginándose ver en torno suyo á Saint-Hyrieix, á Marcelino y á Carmen.

A la mañana siguiente, el doctor le anunció que el Sr. de Saint-Hyrieix y su familia habían venido á verlo la víspera, en el momento del acceso.

– ¿Entonces no soñé?, exclamó Roberto.

– Los he albergado en mi barraca, que es la mejor, después de la de usted. Mi mujer fué á pedir hospitalidad á la del comandante y yo me he instalado interinamente en la barraca del teniente Remy.

Roberto se vistió á escape, ansioso de ver á Carmen y á su hijo.

– Aquí vienen sus amigos, le dijo el doctor.

Casi al mismo tiempo, Marcelino se echaba en brazos de su padre.

– Mi querido capitán, dijo Saint-Hyrieix estrechando la mano de Roberto, en vista de que no podía usted ir á Cayena á vernos, hemos hecho como Mahoma, hemos venido á la montaña.

Abrazando á su hijo, el capitán miraba á Carmen como para hacerla partícipe de aquella expresión de ternura.

Saint-Hyrieix explicó que también necesitaba estudiar de cerca el establecimiento penitenciario.

Carmen aún no había dicho una palabra, á fin de tomarse el tiempo y la fuerza necesarios para dominar el temblor de su voz, contener las lágrimas que querían saltar de sus ojos y comprimir los latidos de su corazón. Se limitó á dar la mano á Roberto. Mano febril, temblorosa y tierna, que él estrechó con intensa emoción.

Roberto hizo los honores de su humilde vivienda, y se encargó de todo lo relativo á la instalación interina de sus huéspedes.

Carmen no dejaba escapar más que alguna que otra palabra; pero no se separaba de su hijo, á quien colmaba de caricias.

A través de las ventanas, muy pequeñas, contemplaba aquel desolado sitio, foco de febriles infecciones, pensando que Roberto soportaba por ella una existencia tan atroz.



¡Queda Dios, hija mía! ¡Espere usted en Él!

Y, llenos de gratitud y de amor, sus ojos buscaban los del oficial para revelarle en una mirada todos sus pensamientos.

Al día siguiente de su llegada, Saint-Hyrieix empezó su trabajo.

Roberto reanudó también su cotidiana tarea.

Él y Carmen se imaginaban vivir solos en aquella tierra virgen, desligados para siempre de las leyes y de las preocupaciones del mundo, y sus labios, ávidos de unirse en un beso, tenían que luchar para huir de la tentación.

La naturaleza fecunda de los trópicos los llenaba á los dos de ardiente fuego.

Y, locos de amor, se evitaban mutuamente, sufriendo deliciosos tormentos.

Saint-Hyrieix no levantaba mano de su trabajo y se alegraba de que su mujer tuviese alguna distracción.

Había considerado su deseo de acompañarlo como una prueba de afecto, y deseaba que el sacrificio fuese lo menos duro posible.

Por esto insistía en que acompañase á los oficiales del establecimiento y á sus mujeres en las cacerías, excursiones y partidas de pesca, que constituían las distracciones favoritas de la pequeña colonia.

Así es que, de vez en cuando, Roberto y Carmen se encontraban solos en la espesura del bosque, siguiendo á caballo los senderos apenas marcados.

Entonces permanecían largo tiempo mudos, con los labios trémulos, sin atreverse á hablar.

Un día iban al paso por la inmensa espesura.

Ella volvió de pronto la cabeza hacia él.

– ¡Roberto!, exclamó. ¿Me amas?

– ¡Sí, Carmen, te amo!

– ¿Eres feliz?

– Teniéndoos á ti y á Marcelino al lado, ¿cómo no serlo?

– Repíteme que me amas.

Ambos estaban pálidos.

Roberto murmuró:

– ¡Te amo!

Y ya dejaba ella caer su frente sobre el hombro de su amigo, cuando pasaron por delante de ella, como un relámpago, la sombra y el recuerdo de Elena.

Y se echó vivamente hacia atrás, diciendo:

– ¡No, no!

Espoleó su caballo y emprendió el camino del establecimiento, seguida de Roberto desesperado.

– Mi querido capitán, dijo una tarde Saint-Hyrieix á d'Alboize, que se columpiaba en una mecedora, fumando en silencio, voy á proponer á usted una distracción.

– ¿Una distracción?

– Sí... Voy mañana á visitar los restos de dos antiguos establecimientos industriales que se encuentran en Power y en Fleury. Excursión de dos ó tres días... ¿Quiere usted acompañarme? Dejo á mi mujer con sus amigas, porque no me atrevo á llevarla á parajes que desconozco.

Roberto estuvo desde luego dispuesto á aceptar su invitación.

Pero al levantar los ojos, vió el rostro de Carmen encendido como una grana.

– La proposición de usted me seduce, contestó Roberto con voz algo firme, y estaba pensando si me era posible aceptarla... Pero la verdad, no puedo. Temo un próximo acceso de fiebre, y en esta situación no quisiera alejarme del campamento.

– Como mejor le parezca, contestó Saint-Hyrieix.

Fué interrumpido por la llegada del comandante del establecimiento penitenciario, que iba á reunirse con los demás oficiales para pasar la velada.

Parecía presa de una viva emoción.

– ¿Qué tiene usted, comandante?, le preguntó el doctor.

– Un gran disgusto. Usted conoce mis principios en materia de represión. Entiendo que los presidiarios son más desgraciados que culpables, más dignos de compasión que de castigo. La pena que se les impone debe tender menos á castigarlos que á moralizarlos... No hay malhechor incorregible; yo creo que siempre queda en él una cuerda sensible.

– Sí, la cuerda para ahorcarlo..., interrumpió sonriendo el doctor. ¿Y qué más?

– Tengo un pobre muchacho condenado á veinte años de presidio, muy inteligente, pero poco disciplinado...

– ¿Por qué crimen fué condenado?

– Panuflo – porque se llama Isidoro Panuflo – tomó parte en el asesinato de una vieja.

– ¡Miserable!

– No hizo más que estar en acecho. Apenas tiene veinticinco años. ¿Es posible que, á esa edad, sea incorregible?

– Pero sepamos qué disgusto es ese que usted tiene.

– El jefe de mis vigilantes venía observando, de algunos días á esta parte, ligeros síntomas de indisciplina entre los presidiarios... Tonterías. Los hombres se quejaban de exceso de trabajo y se mostraban poco obedientes. Enterado yo de lo que ocurría, les hablé dos ó tres veces, extrañándome que mis palabras no obtuviesen el resultado que yo esperaba. Y es que mis esfuerzos eran anulados por las excitaciones de ese Panuflo, que levantaba de cascos á sus camaradas.

– ¿Y qué ha hecho usted?

– He procurado convencerle con nuevos discursos. Desgraciadamente, no he dado con la cuerda sensible. Mi vigilante me ha dicho entonces que el muchacho no obedecía sino á las medidas de rigor... Y he tenido que apelar á ellas, muy á pesar mío. Acabo de meterlo en el cepo..., pero crean ustedes que sufro tanto como él.

Todo el mundo se echó á reir.

Roberto apenas había oído el relato del comandante.

Contemplaba á Carmen que, silenciosa, apretaba contra su pecho á Marcelino, como si la ternura maternal hubiese de servirle de escudo contra el amor culpable y devorador de que se sentía invadida por grados.

(Continuará.)



República Argentina. – Buenos Aires. – Inauguración del monumento erigido á la memoria de D. Domingo F. Sarmiento. Vista tomada en el momento de pronunciarse los discursos (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)

REPUBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE SARMIENTO

Las «Fiestas Mayas» que todos los años se celebran en la ciudad de Buenos Aires han revestido en el presente mayor solemnidad por haberse inaugurado durante las mismas el monumento erigido á la memoria del que fué ilustre presidente de la República Argentina, D. Domingo Faustino Sarmiento; del patricio insigne que después de haberse dedicado á la enseñanza y al comercio, abrazó la carrera militar para combatir á la tiranía, sufriendo por ello persecuciones sin cuento; del que en largo viaje por Europa cultivó la amistad de los hombres más eminentes de aquella época; del que creó una literatura tan completa como hermosa para las escuelas; del que, en una palabra, defendió heroicamente con su espada la causa de la libertad, que era la causa de la patria, y consagró su actividad y su talento extraordinarios á empresa tan meritoria como el logro de la regeneración de la república por medio de la educación popular.

Uno de los festejos más notables y animados ha sido la gran parada militar que se celebró en Palermo, inmenso parque situado en las afueras de la capital argentina, en donde se ha construído el monumento que debía inaugurarse.

Las dos bellísimas fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados que publicamos y que nos han sido remitidas por nuestro inteligente y activo corresponsal Sr. Solsona, dan perfecta idea de la parada, en el momento del desfile de la marinería, y del acto de la inauguración de la estatua cuando, descorrido el velo que la cubría, se pronunciaron en la tribuna levantada al efecto los discursos de rúbrica.

El monumento se compone de un alto pedestal con dos hermosos relieves, uno de los cuales reproduce las armas de la República Argentina, sobre el cual se alza la estatua modelada por el famoso escultor francés Augusto Rodín, que ha sido objeto de vivas y apasionadas discusiones.

He aquí lo que acerca de ella leemos en un periódico ilustrado de Buenos Aires:

«Muy discutida será, sin duda, por el pronto, la estatua de Sarmiento, de aquel hombre que más intuición tuvo del porvenir que á la Argentina espera, y que con su esfuerzo, su energía y su perseverancia, más jalones puso en la vía que á él ha de conducirnos. Pero es indudable que cualesquiera que sean las opiniones particulares, por más enconada que subsista la controversia, aquel valeroso busto que cincelara la fantasía de Rodín, más que obra de estima, será obra imperecedera.

»Se ha dicho que la faz de la estatua no conserva sino lejano parecido con el original, con aquella cara que, aunque cejijunta y abstraída, tanta bondad y genio traslucía; pero, espíritus superficiales, tan sólo nos encantamos, en general, con la exterioridad más ó menos agradable, mientras que voluntariamente cerramos los ojos ante las bellezas inmanentes, ante aquellas bellezas que, estimadas, saboreadas, por decirlo así, en lo más hondo é íntimo del alma del artista, han recibido en el bronce el trasunto, el sello del genio exteriorizado.

»Vedlo; su mano crispada parece arrancar del pecho el afán que le devora, el ansia que siente de extender á todos los ámbitos de su amado país la instrucción, que es como si dijéramos el pan del alma de los pueblos. Si en la estatua no se siguen rasgo por rasgo sus detalles, si no se marcan una por una las facciones características del luchador, del héroe, se traduce bien, muy bien en aquella mirada anhelosa, perdida en lo infinito, toda la vehemencia con que amó el progreso, todo el altruismo con que quiso verlo extendido y triunfante en la tierra objeto de sus más enternecidos sueños.»



República Argentina. – Buenos Aires. – Estatua de Sarmiento recientemente inaugurada, obra del escultor francés Augusto Rodín (de fotografía)

Enfrente de esta opinión nos parece oportuno copiar lo que respecto del mismo asunto dice el corresponsal bonaerense de un importante diario de esta localidad:

«La estatua, como obra escultórica, ha sido y es muy criticada. Obra del famoso Rodín, el autor de «Balzac,» no ha satisfecho al público, ni á la crítica. ¿Le faltará talento al gran escultor francés? No, ciertamente: lo que á mi juicio le faltó fué sentir la obra: por idealizarla demasiado se alejó del modelo que á millares han conocido. Ya sé que á la escultura, como á las demás artes bellas, hay que concederles abultamiento, amplitud, convencionalismo, etc., según sea el arte, y sé también que la estatuaria ha de representar, tanto ó más que el parecido físico, el carácter del personaje. Pero cuando no se trata de una idealización, la gloria, el genio, etc., ni de llevar al mármol ó al bronce la encarnación humana de una escuela ó idea remota, sino de presentar á sus contemporáneos la figura de un personaje más ó menos sobresaliente, el escultor debe respetar el parecido, so pena de exponerse, como se ha expuesto Rodín, á que le digan: «Este Sarmiento no es el nuestro.» A buen seguro que si Rodín esculpe la estatua del famoso orador Moreno, se lleva tras sí los plácemes de los argentinos, porque, habiendo muerto Moreno el año 1811, ninguno de los vivientes lo ha conocido y nadie se fijaría en si la nariz era más ó menos larga y sus hombros más ó menos cargados; pero modificar el rostro de Sarmiento, fallecido en 1888, ha sido un indisculpable atrevimiento.» – X.



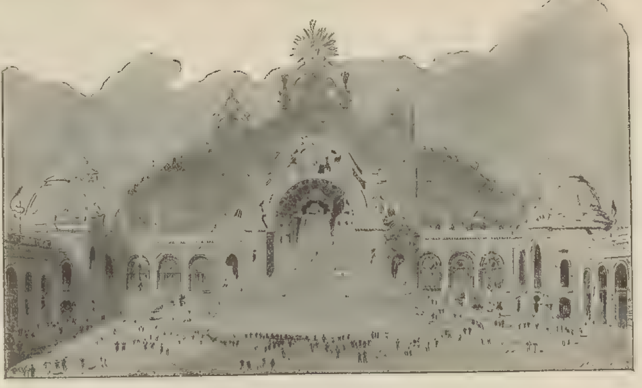
REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Gran parada militar celebrada el día 25 de mayo de 1900 con motivo de la inauguración del monumento erigido á la memoria de D. Domingo F. Sarmiento. Desfile de la marinería (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ANUARIO PARA 1900 PUBLICADO POR LA ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE BARCELONA. – Continuando el camino tan brillantemente iniciado en el año anterior, la Asociación de Arquitectos de Barcelona ha publicado el anuario correspondiente á 1900, libro de gran interés y de verdadera importancia, en el que se insertan, además del discurso presidencial del Sr. Falqués y de las materias propias de tales libros, cono son listas de asociados, documentos legislativos, etcétera, multitud de trabajos técnicos de mucha valía, entre los cuales citaremos los estudios sobre la fábrica de ladrillo en la construccion catalana, por D. José Doménech y Estapá; sobre el monasterio de San Llorens del Munt, por D. Elías Rogent; sobre el proyecto de la nueva iglesia parroquial de Santa Ana, por D. Camilo Oliveras, y sobre la catedral de Ciudad Rodrigo, por el Ilmo. Sr. D. Luis M.ª Cabello y Lapiedra. Contiene además varias tarifas relativas á construcciones, una clasificación de calles de Barcelona y pueblos agregados y unos curiosos planos comparativos del desarrollo de Barcelona y su ensanche desde 1818. El tomo, ilustrado con varios grabados, ha sido impreso en la imprenta y litografía de Henrich y C.ª



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – El Palacio de la Electricidad y el Chateau d'Eau

ISAAC, novela original de *Javier Lasso de la Vega.* – De «contribución al estudio psico-patológico de una sociedad fin de siglo» califica á esta obra su autor, el distinguido médico y notable publicista sevillano Sr. Lasso de la Vega; y sin negar el carácter científico que desde este punto de vista tiene el libro, bien puede afirmarse que éste reune todos los atractivos de la novela en cuanto al interés del argumento que en él se desarrolla y á las condiciones literarias del mismo. En *Isaac* se armonizan, pues, los dos elementos primordiales de la novela moderna, el estudio profundo de los personajes y de sus sentimientos, y la observación atenta de la parte externa, que da á la acción todos los atractivos de la realidad, con lo cual instruye y deleita al mismo tiempo. Impreso en Sevilla, en la tipografía Monsalves, se vende á 4,50 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XIX — Barcelona 30 de julio de 1900 — Núm. 970

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SIBILA, escultura de Fernando Khnopff

SUMARIO

CRONICAS DE LA EXPOSICION DE PARIS

Educación y Enseñanza. – Obras de Arte. – Instrumentos y procedimientos generales de las Letras, las Ciencias y las Artes. – Material y procedimientos generales de la Mecánica.

Siguiendo el plan que nos trazamos para estas crónicas, vamos á señalar, por el orden de clasificación establecido en el Catálogo, los productos más notables con que figura España en la Exposición.

Quisiéramos, al mismo tiempo, poder expresar las recompensas obtenidas por estos productos; pero las listas de premios que se conocen y que alguna Comisaría extranjera, con una ligereza inexcusable, ha dado más ó menos oficialmente á la publicidad, á pesar de la reserva absoluta recomendada á jurados y comisarios por la Dirección general; las listas de premios conocidas, repetimos, no vienen á ser más que las propuestas de los Jurados de Clase, que pueden aún sufrir considerables alteraciones, pues las recompensas no son definitivas hasta haber obtenido la ratificación del Jurado Superior.

Esto dicho, no por censurar á nadie, sino para explicar la omisión que aquí se hace de las propuestas de premios, prosigamos nuestra reseña enumerando desde luego lo más notable del primer grupo.

En Educación y Enseñanza presentan modestamente preciosos elementos varios profesores y escuelas; á estas instalaciones, casi sin excepción alguna, les falta algo que atraiga al público y fije su atención en las obras y trabajos expuestos.

La pedagogía española representaría en este universal concurso un brillante papel, si se hubiesen presentado muchas exposiciones como la de la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, que exhibe una soberbia instalación de muebles, bajos relieves, bustos, planos y dibujos ejecutados por sus alumnos, así como varias Memorias sobre la organización y resultado de su enseñanza.

También merece mención especial lo expuesto por las Escuelas Normal Superior de Maestras y de Santa Cruz, y por los Colegios de la Purísima Concepción y de los Santos Reyes, de Málaga; el alfabeto fonético de lenguas vivas en forma de cuadros sinópticos, obra de D. José María Arteaga Pareira, de Barcelona; las publicaciones y trabajos ejecutados por la Escuela Provincial de Agricultura de la misma ciudad, y los que exhiben la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega y de Villanueva y Geltrú.

En la clase séptima, que comprende pinturas, cartones y dibujos, España se muestra digna de su gloriosa escuela. ¡Lástima que el jurado de admisión de la sección española excluyese del certamen las obras presentadas por algún artista de reconocido talento! Mucho se ha comentado en el mundo artístico la expulsión de las pinturas de Zuloaga, sin que nadie haya encontrado motivo plausible para tan rigurosa medida. El Sr. Zuloaga es considerado como un verdadero artista, genuinamente español, dentro de la escuela de pintura vigorosa y sobria de nuestros grandes maestros, y podía esperar que serían admitidas por el jurado español las grandes figuras con que ha acreditado su talento en las Exposiciones anuales de París. Indudablemente, al lado de aquellas obras sólidas y genialmente sencillas, hubieran parecido aún más amaneradas y faltas de vigor algunas de las que figuran con reputadas firmas en este concurso.

Grandes superficies murales se hallan cubiertas de lienzos enormes, cuyo principal mérito está en las dimensiones; dramas tumultuosos, paisajes vacíos, anécdotas pueriles, figuras vulgares, donde brillan por su ausencia el genio indómito, la fuerza secreta y la gracia altiva que animaron á los maestros de la pintura española.

Los retratos que expuso Raimundo de Madrazo son dignos de la fama de su autor, particularmente admirado de sus modelos; pero recuerdan más las almibaradas figuras puestas graciosamente en escena por los pintores franceses del siglo XVIII, que ninguna de las épocas de la escuela española.

Un crítico parisiense ha dicho, y nosotros opinamos del mismo modo, que hay una tradición de *fortunysmo* en Ricardo Arredondo, que multiplica los rasgos bruscos y hace remosquear los colores en su *Almuerzo en un jardín toledano*, la *Casa del Barco en Toledo*, el *Palacio de Hermosilla* y los *Molinos de la Vieja;* en Pablo Salinas, que ha elaborado minuciosamente su escenita *El brindis de los esposos;* en Vicente de Paredes, que emplea toda su ingeniosidad en representar á *Luis XV en casa de Madama de Pompadour*. Pero Fortuny, que vencía á fuerza de habilidad y refinamiento los escollos de su manera atrevidísima de pintar, es, después de todo, un tipo perfecto de pintor decadente, que no puede tomarse, sin gravísimos inconvenientes, como jefe de escuela. Pasa con su estilo lo que con todos los estilos absolutamente personales, y el fortunysmo sin Fortuny no tiene razón de ser. A esas facturas amaneradas son preferibles los aplicados estudios hechos por Jaime Morera, el aventajado discípulo de Haes, que domina los terribles aspectos de las alturas: *Picos de la Najarra, Cabezas de hierro, Un ventisquero, Los piornos de la sierra* y *Niebla en la sierra.*

Son preferibles también los paisajes atentamente estudiados de Aureliano de Beruete: *Orillas del Tajo en Toledo, Vista de la Sierra del Guadarrama* y *Arrabales de Toledo.*

Revive igualmente España en las escenas de la gran novela nacional y humana del *Quijote,* interpretadas por José Jiménez Aranda y José Moreno Carbonero.

La pintura de José Pinazo tiene durezas lamentables; los objetos y figuras heridos por la luz en sus cuadros *Ahí va* y *El pregón,* tienen como un brillo metálico que les perjudica; pero las testas, animadas todas de características expresiones, están estudiadas con suma inteligencia.

Los *Borrachos* de Antonio Fabrés recuerdan sin plagio, con un sentimiento moderno y una sólida factura personal, los *Bebedores* de Velázquez.

A ese estilo libre y animado pertenecen también los lienzos de Joaquín Sorolla: *Cosiendo la vela, Comiendo en la barca, Triste herencia, El baño, Algarrobo* y *Una caleta.* Una viva luz recorre el aire tenue; las figuras tienen suaves movimientos, el artista da admirablemente la sensación de la vida al aire libre, del sol, de los regocijos populares, de las brisas del mar. La expresión de todos estos sentimientos es completa en *El baño,* con el niño devuelto á la madre y la sábana que va á recibirlo, hinchada por la brisa, como las velas de las barcas que se mecen en las olas.

De factura muy distinta, los *Jardines de Granada,* de Santiago Rusiñol, denotan un reconcentrado amor á las líneas plácidas y al silencio, á la poesía particularmente extraña de la naturaleza amoldada á los caprichos del hombre, al rígido aspecto arquitectónico que adquieren los setos convertidos en paredes, los árboles podados en forma cónica ó semiesférica, el palpitante y airoso follaje condenado al silencio y á la inmovilidad bajo el ardor algo fúnebre de un sol de fuego.

Ramón Casas es muy español como autor del retrato de la señorita E. C., y muy francés como retratista de ese Mr. Erik Satie, que si no es un vago de Montmartre, es que en Barcelona hay paseantes que parecen escapados del boulevard de Chichy.

Daniel Vierge se muestra en la Exposición el gran artista de siempre. Sus dibujos: *Obolo al trabajo, Corrida de toros en un pueblo de España, Escena de la guerra franco-alemana* y cuatro abanicos tienen corrección y movimiento, y denotan una rara penetración y una expresión infinitamente variada en el dibujante.

¿Por qué no se han reunido en una sala las obras completas de este *ilustrador* sin rival, que tanto honra á España.

Pudiéramos citar otras obras notables de Álvarez Dumont, Baixeras, Checa, Domingo, García y Ramos, González Méndez, Meifrén, Pahissa, Sala, Villegas y otros artistas que también son honra y prez de la escuela española; pero la lista es muy larga y la reseña resultaría monótona á fuerza de tener que repetir las mismas ó parecidas expresiones laudatorias para cada una de dichas obras.

Lo mismo podríamos decir respecto á las esculturas y grabados en medallas y piedras finas.

Por lo mismo, nos limitaremos á citar las que recordamos en este momento, sin que las omisiones deban considerarse como prueba de inferioridad.

Mariano Benlliure afirma su fama con la exhibición del *Monumento á Gayarre* (mármol y bronce); *No la despiertes,* grupo en mármol; *Estatua de Velázquez* (bronce); *La estocada de la tarde* (toro en bronce); *Una chimenea,* en mármol y bronce; un bajo relieve en mármol que representa á la familia real española, y los bustos de Silvela (D. Manuel), duque de Denia y Francisco Domingo.

Blay y Fábregas se revela artista de primer orden con sus bustos, estatuas y grupos en mármol.

La estatua ecuestre del general Ulises Heureaux, por Carbonell; el *Memento homo* (estatua en yeso), de Clarassó; *Las cosquillas*, la *Bacanal* y el *Sacamuelas*, de Folgueras; *Después de la misa* (estatua en bronce), de Fuxá; el *San Francisco* (busto en mármol), el *Baco* (busto en barro cocido), la *Desesperación* (estatua en mármol), *La tradición* (grupo en mármol) y el *San Francisco curando á los leprosos* (bajo relieve en yeso), de Querol; la *Desolación* (estatua en mármol), *Cabeza de estudio* (bajo relieve) y *Hacia el buen camino* (busto de niño en mármol y bronce), de Lorenzo Roselló, son obras verdaderamente notables, que acreditan el arte escultórico de una nación.

No está desierta la clase de arquitectura en la sección española. Los Sres. Fernández Casanova, Lampérez, Martí-Perlá, Ortiz Gamundi, Pascó Mensa, Repullés y Julio Zapata exponen estudios y proyectos dignos de elogio.

En el grupo tercero, que comprende los instrumentos y procedimientos generales de las Letras, las Ciencias y las Artes, figuran cerca de ochenta expositores españoles con material, procedimientos y productos de tipografía, trabajos de litografía, impresiones de todas clases, reproducciones heliográficas, fotografías, fotocromías, fotograbados, fototipias, fotocerámica, esmaltes fotográficos en uno y varios colores, libros, encuadernaciones, periódicos, carteles, cueros repujados, mapas, aparatos de geografía y cosmografía, material y trabajos de topografía, instrumentos de precisión, material quirúrgico é instrumentos de música.

El Catálogo comprende en este grupo los expositores barceloneses Casasnovas, Castellanos, Gorch, Miralles, Romá, Serra Hermanos, Barberá Humbert y Barberá Ramón, Peso, Villamitjana, Baltá, Bastinos, Casasús, Riera Solanich, Roca Falgar, Salváns, Velázquez, Gispert, Gatell, Cateura, Curmatchas, Chassaigne Hermanos, Font y Casademunt, Martí y Vich, Ortiz y Cussó y Vidal Lafita. Pero no todo lo inscrito en el Catálogo figura en la Exposición.

La imparcialidad nos obliga á decir que entre las instalaciones de la clase trece, la más notable por las obras expuestas y por la manera de presentarlas, es indudablemente la de los Sres. Montaner y Simón, editores propietarios de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

En la clase dieciocho, que comprende el material del arte del teatro, no hay un solo expositor, á pesar de la importancia que tiene en España el arte escénico.

En el grupo cuarto, que abarca el material y los procedimientos generales de la mecánica, el Sr. Climent, de Valencia, expone máquinas de vapor sistema Sulcer-Kliebisch, Corliss y Bonjour, que funcionan con 75, 80 y 200 revoluciones por minuto y proceden de «La Maquinista Valenciana;» los Sres. Allfors é Hijo, de Avila, presentan una máquina de vapor Compound de cilindros múltiples, de su invención; D. Eusebio Zubieta, de Bilbao, expone un nuevo modelo de máquina de vapor rotativa, sistema ciclo-motor-térmico, con patente de invención en España; el Sr. Colberg, de Barcelona, exhibe motores de fuerza positiva de nueva invención; la mencionada «Maquinista Valenciana» expone turbinas de reacción con cámara de agua y eje horizontal para mover directamente una dinamo, un modelo de turbina axilar gemela, de eje horizontal también, para instalaciones hidro-eléctricas y planos de instalaciones hidráulicas; los Sres. Planas, Flaquer y Compañía, de Barcelona, presentan turbinas y accesorios para motores hidráulicos; D. José Bons, barcelonés, exhibe manómetros para calderas de vapor, indicadores de vacío, contadores de revoluciones y un aparato diferencial; D. Esteban Martínez Díaz expone un deslizador para salvamento en caso de incendios y también para obras; D. Bartolomé Mirapeix, de Barcelona, presenta correas para máquinas; D. Sabino Rico, de Córdoba, exhibe una romana de dos pilones, que entra por o con un solo gancho de suspensión; D. Antonio Vich, de Palma de Mallorca, expone una báscula, una romana y una balanza de su invención, que fueron ya justamente premiadas con una de las más altas recompensas en la Exposición Regional de las Baleares de 1897, cuyo Jurado Superior tuvimos la honra de presidir.

Antes de seguir enumerando los principales objetos presentados por expositores españoles en los grupos que falta recorrer, abriremos un paréntesis para decir algo, á guisa de estudio comparativo, sobre las secciones de Bellas Artes de las diferentes naciones que concurren á la Exposición, pues así lo impone, á nuestro juicio, el carácter especial de esta Revista.

JUAN B. ENSEÑAT.

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

De los grabados que en el presente número publicamos han sido ya descritos: en el número 965, el palacio de Bélgica y los pabellones de Suecia y Servia; en el 963, el pabellón de Turquía, y en el 969, la cascada del Chateau d'Eau. Limitaremos, pues, nuestra explicación al palacio de Inglaterra y á los palacios de Ingeniería civil y medios de transporte y de los Hilos, tejidos y trajes.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de Bélgica

Inglaterra figura en primera línea entre las potencias extranjeras que concurren al gran certamen; su gobierno votó para los gastos de la Exposición 1.875.000 francos, y sus productos figuran en quince grupos y seis anejos.

Su palacio oficial de la calle de las Naciones es una manifestación de su genio propio, que ha transformado por completo el sitio que le fué señalado en el muelle de Orsay.

Probablemente unas cimentaciones construídas por franceses no habrían podido soportar un palacio inglés y sobre todo un palacio de armazón metálica, de hierro inglés llevado á Francia desde Londres, y levantado por obreros ingleses.

Preciso es reconocer que el arquitecto que ha dirigido las obras de este palacio ha demostrado un gusto excelente en el empleo de aquel material. La plataforma es de hierro y de hierro son las escaleras, presentando todo un aspecto sólido y definitivo que contrasta con las construcciones provisionales que junto á aquel edificio se levantan.

De un estilo sobrio, con sus torrecillas en los ángulos, con el coronamiento esculpido de sus altos ventanales de colores y con su amplia terraza cuya pared cae á plomo sobre el Sena, el pabellón oficial de Inglaterra reproduce Kingston-House, mansión señorial, edificio clásico del siglo XVI que se conserva en Bradford del Avon, en el condado de Wiltshire, y que es uno de los ejemplares más puros de la arquitectura inglesa de aquella época.

El príncipe de Gales ha instalado en ese palacio sus magníficas colecciones y las maravillas artísticas, cuadros, armas, joyas, etc., que posee en sus diferentes residencias; en él celebrará también sus recepciones el heredero del trono de la Gran Bretaña; pero fuera de los días que para ello tenga á bien reservarse, todas las salas están abiertas al público. En una de éstas hay expuesto un plano en relieve de la ciudad de Londres y de sus arrabales: tiene nueve metros de longitud máxima y representa con una exactitud perfecta los edificios, puentes, monumentos públicos, parques, palacios, estaciones de ferrocarril, etc., de aquella capital.

El palacio de la Ingeniería civil y de los medios de transporte y el de los Hilos, tejidos y trajes, que se levantan uno enfrente de otro en la parte central del Campo de Marte, atraen con justicia la atención de cuantos visitan el gran certamen parisiense. El primero presenta en su centro un pórtico majestuoso de 27 metros de ancho, con bóveda redonda y flanqueado de torres rectangulares algo salientes y coronadas por unas linternas. Sobre ese pórtico corre una especie de ancha *loggia* con columnitas, dominada por una balaustrada que forma una especie de saledizo y ostenta varios mástiles con banderas.

Sobre los arcos que se extienden á lo largo del edificio á cada lado del pórtico, hay un friso de 2'75 metros de alto, obra del escultor M. Allar, que representa todos los medios de locomoción de que se ha servido el hombre desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

El pabellón de ángulo que une el palacio de la Ingeniería civil con el de la Enseñanza termina en una cúpula profusamente decorada, al pie de la cual hay una elegante *loggia* con arcos. Una escalera de doble revolución forma una escalinata exterior que une la planta baja con el primer piso. Algunas pequeñas torres rodean la cúpula, sobre la cual se alza una esbelta linterna.

El conjunto del palacio de la Ingeniería civil es en extremo elegante.

En su interior, el palacio de la Ingeniería civil compónese de tres naves de 27 metros de ancho paralelas al gran eje longitudinal del Campo de Marte. Como esas naves se corresponden con las del palacio de Industrias químicas y con las del palacio de la Enseñanza, forman perspectivas de más de medio kilómetro de longitud.

El palacio de Ingeniería civil y de los medios de transporte está dedicado al grupo sexto, que abarca las siete clases siguientes: materiales (material y procedimientos de la ingeniería civil); modelos, flores y dibujos de los trabajos públicos; carruajes y carros (vehículos distintos de los de las vías férreas); guarnicionería; material de ferrocarriles y tranvías (en el anejo de Vincennes); material de navegación mercante (instalado en el palacio especial construído á orillas del Sena), y aerostación (en el anejo de Vincennes).

El palacio de los Hilos, tejidos y trajes se levanta enfrente del de la Ingeniería civil, tiene las mismas dimensiones que éste y análoga disposición interior. Su centro coincide, en la avenida de la Bourdonnais, con el extremo de la avenida de Rapp, lo cual ha motivado, por vía de excepción, la construcción en este lado de un pórtico monumental con vestíbulo, unido por una ancha galería transversal al vestíbulo que se alza sobre el Campo de Marte. Por esta parte el gran pórtico de bóveda redonda está adornado con pinturas decorativas y coronado por un friso circular que lleva escritas las palabras «Hilos, tejidos y trajes.» En la clave del arco se ve una escultura que representa la Moda. Este pórtico está flanqueado, como el de la Ingeniería civil, por torrecillas coronadas por linternas.

El resto de la fachada es una sucesión de grandes arcos de medio punto con balcones de hierro sobriamente decorados. El pabellón de ángulo que une este palacio al de las Minas y de la Metalurgia, de forma circular, con una gran cúpula, tiene una doble escalera exterior como la del palacio de la Ingeniería civil.

El palacio de los Hilos, tejidos y trajes está afecto al grupo décimotercero, que comprende los once grupos siguientes: Materiales y procedimientos de la hilatura y de la cordelería; material y procedimientos de la fabricación de tejidos; material y procedimientos de blanqueo, tintorería, impresión y apresto de las materias textiles en sus diversos estados; material y procedimientos de costura y fabricación del traje; hilos y tejidos de algodón; hilos y tejidos de lino, cáñamo, yute, ramio y otras fibras vegetales y productos de cordelería; hilos y tejidos de lana; sedas y tejidos de seda; encajes, bordados y pasamanerías; industrias de la confección y de la costura para hombres, mujeres y niños; industrias diversas del traje. – X.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Pabellón de Suecia

PLAGAS DE MADRID

I

En el año de 183..., Madrid era todavía una población deliciosa en la que había por todas partes conventos, basureros, alcantarillas á flor de tierra, sopa boba todos los días á la puerta de los conventos, dos corridas de toros todos los lunes, procesión de rosarios todas las noches, restos de manolas y chisperos, guardias de Corps y otras zarandajas. Existía, como siempre, gente fuera de la ley; pero con el fin de tenerla mejor guardada, si por casualidad caía en manos de la justicia, la *cárcel de Corte* estaba situada en el centro de la capital, en el sitio que hoy ocupa una manzana de casas entre las calles de la Audiencia y Concepción Jerónima.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de Inglaterra

En el año á que me refiero la cárcel de corte tenía el honor de hospedar en su recinto á Candelas; y como supongo que ninguno de mis lectores, medianamente ilustrado, ignorará quiénes han sido Calomarde y Candelas, creo excusado detenerme en hacer la biografía de este último personaje, á quien llamaban el brujo (como ahora á Edison) por sus robos ingeniosos, por sus maravillosas evasiones de cárceles, y porque, encerrado con frecuencia, no dejaba por esto de estar en constante comunicación con toda la pillería de Madrid.

Candelas, preso á consecuencia de no sé qué importante fechoría, había padecido en un calabozo durante muchos días; pero al cabo fué puesto en comunicación *pública*, porque notorio es que en *privada* lo estaba siempre. Una hora después de haber acaecido tan fausto suceso, un caballero decentemente vestido y cubierta la cabeza con un sombrero á la Mayerotti que por entonces *hacía furor*, estrechaba entre sus brazos al distinguido preso, y afectando un aspecto bonachón, entablaba con él el siguiente diálogo:

– Recibí tu aviso.

– ¿Y qué?

– Hecho todo, como nos encargabas.

– No esperaba menos.

– ¿Quiénes vais á escurriros? (escaparos).

– Yo y *A*, *B* y *C*, que esta noche terminarán su trabajo en el patio.

Paréntesis: A, B y *C* eran tres famosos ladrones; pero como uno de ellos aún vive y los otros dos tienen descendencia directa, me valgo de iniciales con el propósito de no mancillar su limpia honra.

– ¿Está hecho el escalo?

– En el bodegón de la calle de la Lechuga.

– ¿Y de allí?

– A Puerta Cerrada.

– ¿Y después?

– A casa del marqués de Bélgida.

– ¿Salida?

– El agujero (alcantarilla) de la Puerta de Segovia.

– Está bien, pero hay que variar el itinerario.

– ¿Cómo?

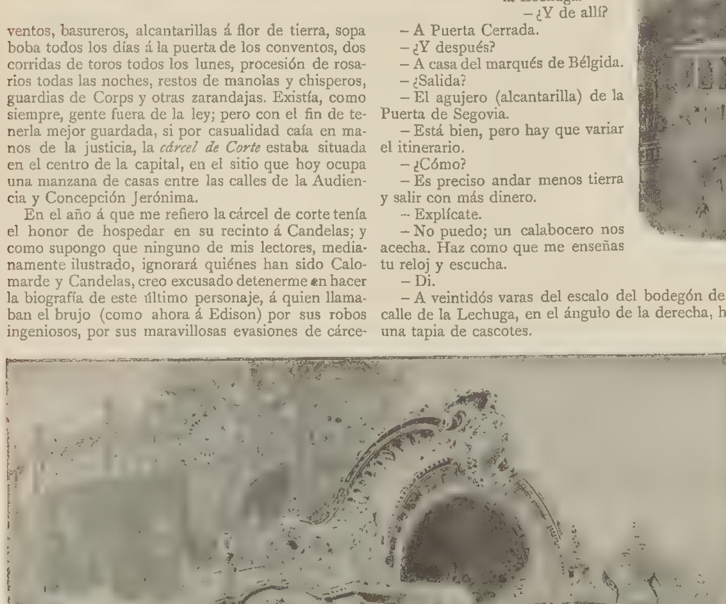
– Es preciso andar menos tierra y salir con más dinero.

– Explícate.

– No puedo; un calabocero nos acecha. Haz como que me enseñas tu reloj y escucha.

– Di.

– A veintidós varas del escalo del bodegón de la calle de la Lechuga, en el ángulo de la derecha, hay una tapia de cascotes.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – La cascada del Chateau d'Eau

– Lo sé.

– Pero no sabes por qué entre las de fábrica está allí aquella tapia.

– Lo ignoro, y me extraña, porque conozco la alcantarilla tan perfectamente como si la hubiese parido.

– Por esta vez has abortado; la tapia es un *sibil*.

– ¡Ah, Candelas, eres el gran maestro!

– Pues obedéceme.

– Hasta que muera...

– No, hasta la pared del sibil. Esta noche buscas un cascote más grande que los demás, señalado con un número 7 muy pequeño, trabajáis allí, abrís boquete, volvéis á colocarle en su sitio y... silencio, el calabocero está escamado..., hasta mañana... Acuérdate del número 7, de nuestro amado rey D. Fernando VII.

II

Así es la vida, ó mejor dicho, así es la sociedad, mientras que en la cárcel de corte se fraguaban proyectos de fuga, de robos, de timos, de *entierros* y demás episodios del poema del crimen, á poca distancia de allí, en la calle Imperial, el honrado individuo del comercio Sr. Ortiz, como le llamaban en el barrio, sólo se ocupaba en acreditar su almacén de quincalla, en complacer á sus parroquianos y á su virtuosa consorte. Y en verdad que ésta lo merecía, no precisamente por ser todavía una jamona apetitosa, sino por sus raras cualidades morales; pues la buena señora tenía un solo defecto, y éste únicamente en la consideración de su marido, y era una excesiva devoción que hacíala siempre andar de iglesia en iglesia y de procesión en procesión.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Pabellón de Servia

El Sr. Ortiz hubiera deseado que su esposa diese mucho á Dios y algo al César (el César era él), tanto que á veces solía pensar: «Me he casado con una santa de piedra;» pero se resignaba y hasta se enorgullecía con los elogios que en su barrio y hasta en los adyacentes prodigaban á su mujer

No perdía la esperanza de tener hijos, aun cuando fuera milagrosamente; pues por lo menos una vez cada año acompañaba á su cónyuge á la novena de Santa Rita, abogada de imposibles.

El Sr. Ortiz tenía dos dependientes, y una noche, antes de cerrar la tienda, dijo á uno de ellos:

– Supongo que no habréis distraído nada de la letra de López y Compañía.

– No, señor, nada, contestó el dependiente; desde esta mañana están contados y empaquetados los doscientos mil cuatrocientos reales; pero ya á la hora que es no vendrán á cobrarla.

– La casa de López nunca tiene urgencia de dinero y sabe que la mía cumple siempre en el acto sus obligaciones. Van á dar las diez, cerrad y vamos á dormir.

En efecto, antes de haber concluído de cruzar las barras de hierro en el interior de las puertas del almacén, el sereno cantó con voz de bajo subterráneo.

– ¡Ave María purísima, las diez en punto y nublado!



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de la Ingeniería civil y de los medios de transporte. Pabellón de ángulo

Continuó pasando la noche; el Rosario de Santo Tomás, que era el más tardío, entró en su iglesia; algunos fieles rezagados salieron de la bóveda disciplinatoria de San Ginés; en el cuartel de voluntarios realistas, situado en la plaza de la Leña, se doblaron las guardias, porque los *negros* (cristinos) andaban aquellos días muy soliviantados; los faroles de aceite iban poco á poco haciendo *más perceptibles las tinieblas,* transitaban algunas patrullas; y en resolución, no acaeció más de particular en la villa y corte de Madrid, aunque sí posteriormente en la calle Imperial, á juzgar por el aspecto del sereno del barrio. Este, en sus paseos, había notado que salía luz por el ojo de la llave de la puerta del almacén del señor Ortiz, y dudaba si llamar ó no á la tienda á fin de enterarse de si había ocurrido alguna novedad.

Indeciso se hallaba, cuando oyó una voz que gritó:

– ¡Antón, Antón!

El sereno se llamaba Antón, no Perulero, pues no había hecho fortuna en el Perú ni en parte alguna, y oyéndose llamar por su nombre, acudió solícito y vió un hombre parado en el umbral de la puerta del almacén de quincalla, que tenía en la mano un vaso lleno de vino. Parecía aquel hombre un honrado dependiente de comercio, y su cara redonda y colorada respiraba por todos sus poros franqueza y buena fe.

La puerta de la tienda estaba entornada y por los insterticios salía luz.

– Oye, Antón, dijo el desconocido. A ver si no la metes yéndote de la lengua.

– ¡Cómu, que dice usted!, preguntó el sereno, que era galaico.

– Digo que mañana no se te escape nada si hablas con el Sr. Ortiz. Hoy son los días de Andresillo, y como ves, estamos celebrándolos muy de mañanita.

– ¿Celebrandu lus días del dependiente?

– Sí, hombre, sí; pero ante todo échate eso al coleto, es de lo bueno de Valdepeñas.

Y el incógnito alargó al sereno el vaso de vino.

El sayón nocturno no se hizo de rogar, y después de haber apurado el vino, dijo relamiéndose:

– ¡Lléveme el diablu si entiendo una palabra!

– Pues es bien sencillo. Tú sabes que el Sr. Ortiz, su señora y el dependiente mayor duermen en el piso principal.

– Sí que lu sé.

– Y que Andrés se queda en la trastienda.

– Tampoco lo *inoro.*

– Pues bueno: se nos ha ocurrido una idea, hemos traído un pato con nabos y unas botellas y nos estamos entreteniendo sin que lo sienta la tierra.

– Peru el amu...

– El amo nada sabrá si tú no se lo dices. Conque *mutis,* ¿eh? ¿Quieres otro traguito?

– Nu, señor, el vino es muy fuerte, ya se me ha subido algu á la cabeza y los funcionarios públicos debemos tenerla despejada. Voy á dar otra vuelta.

III

Dióla con mucha lentitud, según costumbre, alrededor de la manzana. Cuando volvió á pasar por el almacén, la puerta estaba entornada y en el interior no había luz.

«Apuestu, pensó el funcionario público, á que con la broma hanse quedadu dormidus;» é impulsado por su buen corazón y quizá por la querencia al Valdepeñas, empujó la puerta, alzó el farol y quedóse inmóvil y estupefacto.

Andresillo, el anfitrión de la supuesta fiesta, hallábase solo en la trastienda, sentado y agarrotado á un sillón y con una mordaza en la boca. Antón salió á la calle, sonó el pito, acudieron otros serenos y cuatro hombres y un cabo de la próxima cárcel de corte, avisaron al Sr. Ortiz, que bajó con su mujer, ésta con un rosario en la mano. Después fueron llegando el alcalde de barrio, un celador y por último el juez que estaba de guardia, y todos preguntaron á Andresillo, libre ya de sus ligaduras. El muchacho estaba atontado, pero como pudo explicó lo ocurrido.

– Dormía yo, dijo, según costumbre, sobre la trampa de la cueva, cuando de repente sentí un estrépito y que la trampa se venía encima de mí. Luego vi luz, y sin saber cómo me hallé atado y amordazado. Cuatro hombres andaban por la tienda, uno de ellos salió á la puerta...

Antón, el sereno, se estremeció.

– Los otros tres abrieron los cajones del mostrador...

El Sr. Ortiz perdió el sentido.

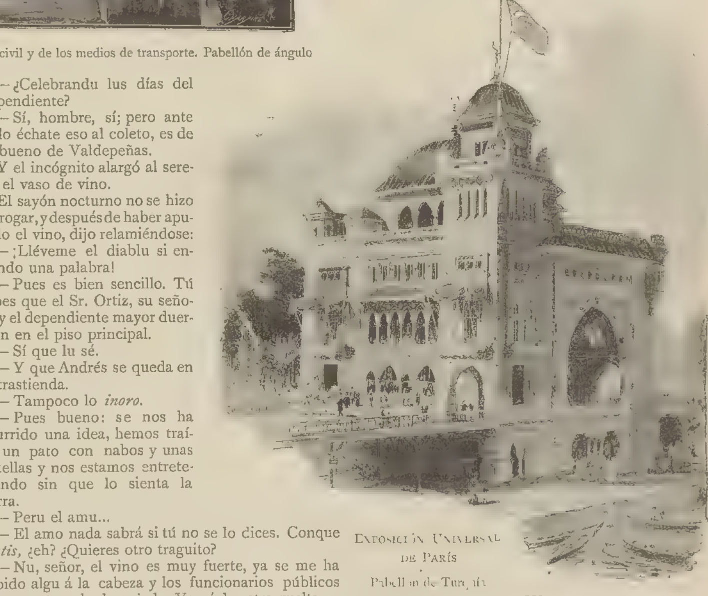
– Luego se fueron distribuyendo unos paquetes en todos los bolsillos, después entró el que había salido, y en la misma botella, se bebieron una que estaba sobre la mesa de la trastienda, y por último apagaron la luz y se fueron por la puerta de la calle.

El relato de Andrés fué interrumpido por voces y ruido de pasos que provenían de la cueva.

De la cárcel de corte habíanse evadido cuatro presos, uno de ellos el nunca bien ponderado Candelas. Siguiendo el mismo camino que los fugados los perseguidores, bajando por un rompimiento y un escalo, practicado en uno de los dormitorios del patio de la cárcel, halláronse en la alcantarilla, encontraron desmoronada la pared de un *sibil de acometimiento,* que así se llama técnicamente la comunicación que hay entre el piso bajo de algunas casas antiguas y el albañal, y siguiendo por éste, fueron á dar á la cueva del almacén de quincalla del Sr. Ortiz.

En aquella época había pocos sibiles tapiados, hoy lo están todos; pero tan descuidadamente, que prueba que los madrileños hemos nacido para ser robados por la alcantarilla.

No crean ustedes que terminan aquí las desgracias del Sr. Ortiz, que era de los predestinados.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Pabellón de Turquía

IV

Cinco días después de estos sucesos, al anochecer de un día de diciembre, el buen comerciante hallábase sentado melancólicamente detrás del mostrador de su tienda.

Su mujer acababa de salir con objeto, según costumbre, de rezar el rosario general en la real Colegiata de San Isidro.

El malhadado quinquillero pensaba en la brecha que habían abierto en su fortuna los diez mil pesos robados, cuando he aquí que se presenta en la tienda un pilluelo desarrapado y dirigiéndose al Sr. Ortiz le pregunta:

– ¿Es aquí el almacén del Sr. Ortiz?

– Aquí es, yo soy el Sr. Ortiz.

– Pues esta carta es para usted.

Y dejando una sobre el mostrador, el muchacho salió corriendo de la tienda.

La carta decía así:

«Mi estimado Sr. Ortiz: Noches pasadas, unos amigos y yo tomamos un *piquillo* que había en el cajón del mostrador de su acreditado almacén. Como es posible que no tenga ocasión de devolverle aquella fruslería, quiero indemnizar á usted haciéndole un señalado favor. Su virtuosa esposa doña María está ahora mismo corriendo un grave peligro en una casa de la calle del Nuncio, número 5, cuarto principal interior. Acuda usted inmediatamente en compañía del alcalde de barrio y todas las más gentes que pueda llevar. – *Un amigo de confianza.*»

El quinquillero, fuera de sí, pues desde la noche del robo sólo pensaba en catástrofes y calamidades, acudió al sitio que le indicaban en la carta, y en efecto, encontró allí á su mujer...

– ¿Con quién, por qué?, preguntará el curioso ector.

Nunca he podido averiguarlo; acaso se extraviaría de camino al ir á rezar el santo rosario á la real Colegiata de San Isidro.

EPÍLOGO

Algunos años después, turbas populacheras en revolución invadieron, entre otros, el convento de San Francisco el Grande, para exterminar á los frailes, acusados de haber envenenado las aguas de las fuentes públicas. Unos cuantos religiosos se fugaron escalando la tapia medianera al jardín del duque del Infantado; pero uno de ellos no saltó bien y se rompió la crisma.

Este religioso fué conocido en el siglo con el nombre del Sr. Ortiz...

¡Ah, con cuánta razón dijo el insigne Fígaro que «las pulmonías y las alcantarillas constituyen las dos grandes plagas de Madrid!»

F. MORENO GODINO.

LA LECHUZA DE MARIGAY

I

Marigay es un pueblecillo de la montaña, compuesto de una veintena de casucas agrupadas en lo hondo de un valle diminuto limitado por cerros, y sobre uno de éstos unos cuantos paredones que, según los conterráneos, son ruinas de un castillo feudal; la población la forman la familia del tío Engañapiedras, montañés neto que frisa en los cincuenta, hombre recio, avellanado, socarrón, único «personaje» del pueblo, en el cual ejerce las funciones de alcalde, juez de paz y maestro de escuela, ítem las de la labranza; gran corredor de liebres y árbitro indiscutible en materia de bolos, donde no hay quien le eche el pie delante ni se atreva á jugarle un cuartillo de vino; la familia del tío Maufas, tabernero – que en Marigay no había iglesia como en tantos otros pueblecillos de su pelaje, pero sí templo dedicado á Baco, – y hasta otra media docena de familias.

Marigay es un pueblecillo que goza de gran renombre en unas cuantas leguas á la redonda; no creáis que por ser patria de algún héroe, santo ó persona ilustre, ni menos aún porque registre en su reducido término algún hecho notable, ni tampoco por alguna particularidad en su vecindario, industria ó costumbres; ¡no por Dios!.. Los marigayos ó marigayenses – que en esto caben discusiones – son unos pobretucos que los días de trabajo se dedican desde que sale el sol hasta que se pone á cultivar el maíz, y los días de incienso oyen misa en un pueblecillo próximo y por la tarde juegan á los bolos los hombres, bailan las mozas y entablan inacabables partidas de brisca las viejas. Y no obstante, repito, Marigay es uno de los pueblos más célebres de la montaña.

Su celebridad la debe á una lechuza.

Pero esto bien merece capítulo aparte.

II

Demos por cierto que en plena Edad Media existía en tan recóndito y mísero lugarejo un castillo feudal con su puente levadizo, sus fosos, su torre de honor y cuanto precisa tuviese una fortaleza en aquellos tiempos: el caso es que el castillo alzaríase como soberbio señorón entre un grupo de mendigos, que cosa mejor no parecerían las casuchas de su feudo.

Habitaba el castillo un tal D. Iñigo, hidalgo por sus cuatro costados, como es de rigor fuesen castellanos de su fuste.

Diz tío Engañapiedras (cuyos son los datos en que se basa esta historia), que parecido señor frisaba en los cuarenta en el punto y hora en que da comienzo la tragedia más espeluznante que conocieron nacidos – son sus palabras textuales.

Amén de los cuarenta del pico, tenía D. Iñigo sobre sus costillas una protuberancia un tanto escandalosa: el rostro no era nada agradable por el gesto iracundo que le animaba. Por lo demás, tendríasele por un bendito, salvo que si le venía en mientes despachaba para el otro mundo al infeliz marigayo que se le pusiera entre ceja y ceja ó atropellaba con toda la brutalidad posible á cualquiera hija de vecino.

Soltero vivía tan recomendable varón, que no había en todo el reino hija de castellano que quisiera gozar la ventura de marido semejante ni padre tan ancho de manga que cargase con un yerno de tal catadura.

Pero es el caso que á D. Iñigo antojósele perpetuar su nombre por medio de un enlace como al esplendor de sus pergaminos convenía.

Y una mañana, á punto que el sol alumbraba las verdes galas de la campiña marigayesca, apareció el señor del feudo en el puente levadizo, caballero en un soberbio alazán (hemos convenido en que todos los alazanes sean soberbios). Seguíale lucida comitiva armada de todas armas.

D. Iñigo iba en busca de su novia.

III

Al cabo del tiempo, volvió el castellano de Marigay seguido de su lucido cortejo y acompañado de una joven de tan peregrina belleza, que resultaría menosprecio compararla á las rosas de mayo por su fragante hermosura: era la mujer de D. Iñigo.

¡Ay! Doña Luz, según pudieron observar los marigayos, llegaba al castillo como tímida corderilla al tajo sangriento: nublaba la tristeza su rostro de ángel y sus ojos dirigían en torno suyo miradas desconsoladoras, que casi siempre se cruzaban con las no menos tristes de un lindo paje que venía en su comitiva.

Y desde que levantaron el puente levadizo, diéronse los del feudo á contar una historia terrorífica respecto al matrimonio del castellano.

Los que conocieron el caso – refiere tío Engañapiedras – aseguraban que D. Iñigo habíase apoderado á la fuerza de doña Luz que, bien ajena de su desgracia, vivía apaciblemente en la casa solariega de sus mayores al cuidado de un viejo mayordomo. Doña Luz era huérfana y heredera de uno de los más ilustres títulos de Castilla.

Apoderóse el águila de la alondra, y sembrando el pánico entre los de la servidumbre de la noble doncella, logró que el cura del castillo, no menos aterrorizado que los demás, autorizase tan monstruoso enlace.

¿Era cierta la historia?..

Florán, el paje de doña Luz, hubo de confirmarla á los pocos meses de su estancia en Marigay.

IV

¡Qué horror, qué asco tan invencible, qué malestar tan insoportable era verse esclava, que no esposa, de aquel cínico y antipático señor de Marigay!.. Lloraba la hermosa doña Luz lágrimas de desesperación. No fueron estos sus sueños de virgen ni sus ilusiones de ricahembra... Habíase visto señora de un gallardo y noble paladín que en famoso torneo habíala proclamado reina suya... Y el hado unióla por siempre á un viejo corcobado, celoso y brutal, á cuya vista los hombres del feudo temblaban como tiemblan los corderos á la proximidad del lobo.

¿Y cómo había sido de aquel hombre?.. De una manera inicua, vergonzosa, rufianesca: al recordar tamaña villanía, el odio y la rabia encendían las frescas mejillas de doña Luz: su paje Florán sentía con igual intensidad un odio mortal por el tirano: no es de extrañar; el pobre muchacho, criado en la casa solariega de doña Luz, adoraba á su señora como adoran los desvalidos á quien les hace gozar de un cálido rayo de ventura en la tierra.

D. Iñigo, desde su matrimonio, sentíase más fiero con sus menguados súbditos, y cada vez más receloso de su mujer, celábala odiosamente.

Doña Luz, al verse tan sola, tan menospreciada, arrastrando una vida miserable en aquel castillo en que parecía respirarse un ambiente mefítico, tendió en derredor suyo una mirada en busca de un ser con quien compartir el sufrimiento que minaba su existencia.

Y aquel ser lo encontró en su compañero de siempre, en aquel Florán su paje. Y le hizo confidente de sus penas como pudiera hacerlo con un amigo cariñoso, porque no cabía en la pureza de aquella alma, nacida para mayores venturas, nada que pudiera entibiar su virtud.

. . . .

Era ya anochecido.

Florán departía con doña Luz cerca de la blasonada chimenea en donde se quemaba un roble enorme.

Recordaban los jóvenes los pasados días de ventura, cuando interrumpió su charla la aparición de D. Iñigo: en su rostro había un no sé qué de siniestro y en sus ojos destellaba la ira.

– Señora, dijo con ronco acento encarándose con doña Luz, podéis dar el último abrazo á vuestro cómplice.

Y señaló á Florán.

Al oir tan injusta como bárbara acusación, irguióse doña Luz y con frase vibrante repitió:

– ¡Mi cómplice!.. ¡Mi cómplice!.. ¿De qué?.. ¡Decidme!

– He decidido, continuó D. Iñigo con frase dura que helaba la sangre, colgar á Florán en una almena para tranquilidad mía. Y dad gracias al cielo, señora, de que no vayáis á hacerle compañía.

Y avanzó hacia el paje que, mudo de estupor, había escuchado su sentencia de muerte.

– ¡Matarle!, balbuceó la pobre niña.

Y al ver que la diestra de su marido aprisionaba un puñal, dió un salto y cubrió denodadamente con su cuerpo el de Florán.

D. Iñigo, ciego de cólera, ciñó el brazo de doña Luz y la empujó con toda violencia: la joven, tambaleándose, fué á caer cerca de la chimenea.

Florán, al ver caer á su señora, dió un rugido de fiera y sus manos claváronse como tenazas en el cuello del tirano.

. . . .

Con los ojos espantados contemplaban el cadáver de D. Iñigo alumbrado fantásticamente por el rojizo resplandor del roble que ardía en la chimenea... Había cerrado la noche, una noche de invierno en que nevaba copiosamente. Florán abrió la ventana y por ella entraron copos de nieve que cayeron sobre el señor de Marigay.

Doña Luz y el paje cogieron el cuerpo del castellano, é izándole trabajosamente, pusiéronle sobre el alfeizar de la ventana...

. . . .

Al notar que el tío Engañapiedras prolongaba al llegar á este punto la pausa que había hecho en su relato, hube de preguntarle:

– ¿Y después?..

– Después, repitió el «personaje» de Marigay, después..., no se sabe nada. De doña Luz y de Florán no hay noticia alguna... Lo único que se sabe positivamente es que en la misma noche en que murió aquel mal hombre instalóse en la propia ventana por donde fué arrojado al foso una lechuza que aún permanece viva entre las ruinas del castillo. Mi abuelo, á quien oí la historia que os cuento, me juró por la fe de sus mayores que en aquella lechuza habíase encerrado el alma de D. Iñigo, así castigado por la divina Providencia en expiación de sus crímenes...

La verdad es que todos los de estos lugares cuando pasamos por esas ruinas nos persignamos, ¡y qué mazorcas!, ¿á qué negarlo?, sentimos un escalofrío en todo el cuerpo, así como de miedo, al ver al avechucho con sus grandes ojos dirigidos siempre hacia adelante cual si esperase algo que sólo Dios sabe lo que pueda ser...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

GUERRA ANGLO-BOER

La nueva fase en que ha entrado la guerra del Africa del Sur no se presta á frecuentes crónicas, á causa de la falta de noticias de verdadera importancia. Por esto, en vez de publicarlas semanalmente, como hasta hace poco, únicamente las insertaremos cuando el interés de los sucesos ocurridos lo exija y solo con el objeto de no dejar truncada esta sección de nuestro periódico.

Después del período de relativa calma que sucedió á la ocupación de Pretoria, los boers han reanudado con cierta actividad sus operaciones, acosando al enemigo casi á las mismas puertas de la capital transvaalense. Varios son los combates que últimamente se han trabado, siendo los más importantes de ellos los que se libraron en el desfiladero de Nitral en los días 6, 7 y 11 de este mes, en los cuales perdieron los ingleses varios cañones y numerosos prisioneros, aparte de los muertos y heridos que, según parece, pasaron de 200.

Los ingleses, por su parte, han conseguido algunos éxitos, aunque de poca importancia, y en cambio ha fracasado su plan de copar las fuerzas del general De Wet: para lograr este objeto habían cercado, por decirlo así, con fuerzas muy considera-



CONFLICTO CHINO. – Las legaciones europeas en Pekín



CONFLICTO CHINO. – La legación norteamericana en Pekín



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. - GRAN MANIFESTACIÓN ESPAÑOLA EN HONOR DEL PUEBLO ARGENTINO.
PASO DE LA MANIFESTACIÓN POR LA AVENIDA DE MAYO (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – GRAN MANIFESTACIÓN ESPAÑOLA EN HONOR DEL PUEBLO ARGENTINO. LAS BANDAS,
ORFEONES Y SOCIEDADES CORALES ESPAÑOLAS DELANTE DE LA CASA GOBIERNO (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)



CONFESIÓN DE AMOR, cuadro de Roberto Haug

bles al comandante boer, pero éste pudo romper el cerco y unirse á sus paisanos al Este de Standerton.

Por otra parte, los boers siguen cortando las comunicaciones ferroviarias y telegráficas, hasta el punto de haber incomunicado la ciudad de Pretoria.

Hemos hablado de las pérdidas de los ingleses en esta lucha; he aquí, según los últimos datos publicados por el *War Office* las sufridas desde que se rompieron las hostilidades: 8.261 muertos, entre ellos 473 oficiales; 34.093 heridos (1.819 oficiales), y 1.961 prisioneros (61 oficiales), ó sea un total de 44.315.



LA BUENAVENTURA, estudio de fotografía de E. Day é hijos, de Bournemouth

Que la situación de los ingleses dista mucho de ser satisfactoria lo demuestran los mismos telegramas de Roberts, de los cuales se desprenden las grandes dificultades con que tiene que luchar el generalísimo, y el hecho de que se considere por ahora imposible retirar del Africa austral ni un soldado siquiera de los que constituyen el ejército de ocupación.

Y este estado de cosas puede prolongarse durante mucho tiempo, dada la resolución firmísima de los boers de proseguir la lucha á todo trance. Uno de los delegados que recientemente estuvieron en Europa, M. Grunberg, hizo á un periodista francés las siguientes declaraciones: «Al pasar por Middelburg vi al presidente Kruger, el cual me aseguró que mientras haya cuatrocientos ó quinientos hombres que empuñen las armas no cesarán las hostilidades. Hoy no van los boers á hacer la guerra á la europea; harán la guerra de guerrillas, que es mucho más peligrosa para los ingleses. Vuelven á su vida de cazadores, y en adelante van á dedicarse á la caza del hombre; los ingleses han de esperar verse acorralados por ellos como animales salvajes. Creedlo, la lucha no ha terminado.» Los hechos han venido á confirmar la verdad de estas predicciones.



MADONA, relieve de Federico Hausmann

¿Le conviene á Inglaterra esta situación que además de las pérdidas y de los gastos enormes que le ocasiona, la imposibilita de dedicar á la cuestión china, algo más importante para ella que la del Africa del Sur, toda la atención que en otras circunstancias le habría consagrado? Quién sabe si todavía la contienda africana terminará con un tratado de paz en el sentido que los boers desean.

La situación de Inglaterra en el Africa hállase además agravada por lo que acontece en la colonia del Cabo, en donde los miembros del Bond africander procuran por todos los medios crear conflictos á la administración inglesa. El corresponsal del *Morning Post* dice respecto de este asunto: «La situación política de la colonia es hoy mucho menos satisfactoria que antes de la guerra,» y añade que la supremacía británica es combatida en todas partes y que se necesitará mucha energía para poner término á este estado de cosas.

En la ciudad del Cabo ha sido detenido, á su regreso de Europa, el delegado boer Mr. Wollmarans por haberse encontrado en su domicilio barras de oro por valor de 6.000 libras esterlinas y varias armas.

Las autoridades inglesas de Pretoria han hecho encarcelar á 380 extranjeros de Johannesburgo acusados de haber fomentado la agitación y urdido un complot para promover disturbios y unirse á un comando boer con el que, al parecer, estaban en comunicación hacía tiempo, participando á los cónsules respectivos que serían puestos en libertad si ellos respondían de su buena conducta en lo sucesivo.

Las citadas autoridades, en vista de que muchas familias de boers levantados en armas participaban de la distribución de socorros que se hace á los indígenas, las han obligado á salir de Pretoria y á unirse con los suyos. – A.



NUESTROS GRABADOS

Sibila, escultura de Fernando Khnopff. – El autor de esta obra figura entre los primeros artistas belgas modernos, y con igual maestría que el cincel maneja el pincel y los colores. Sus esculturas, como sus cuadros, llevan impreso un sello especial que caracteriza una personalidad propia: original sin ser extravagante, psicólogo profundo sin extremados simbolismos, Fernando Khnopff ha logrado excitar la admiración de cuantos conocen sus producciones y conquistarse un puesto eminente en el mundo del arte. Sus paisajes están impregnados de melancólica poesía, sus retratos son fiel trasunto del natural, así en la parte moral como en la física, y en sus esculturas se observan un vigor, una vida y una sobriedad que sólo el genio consigue imprimir en sus obras. La *Sibila* que reproducimos es la mejor confirmación de nuestro aserto, y las cualidades que en ella se admiran bastan para acreditar á su autor de artista eminentísimo y para justificar la fama de que goza en su patria y en el extranjero.

Conflicto chino. – Pocos grabados serán de tanta actualidad como los que publicamos en la página 495 de este número, reproducciones de las principales legaciones extranjeras en Pekín. En efecto, lo que más preocupa en estos momentos á las potencias es la suerte que haya podido caber á sus representantes cerca del gobierno del Celeste Imperio, y las noticias contradictorias que acerca de ello se reciben no hacen sino aumentar el interés y la inquietud que aquélla inspira en todas las naciones. Lo único que positivamente se sabe acerca de este particular es que el embajador de Alemania fué asesinado por el populacho de aquella capital; en cuanto á los demás embajadores, todo son dudas y confusiones, pues mientras un día se les da por muertos, al día siguiente se dice que todavía viven, si bien sus existencias se hallan en peligro inminente. Por lo que hace á las operaciones del ejército aliado, sábese que éste lucha con grandes dificultades para proseguir su movimiento de avance sobre Pekín, y que espera la llegada de los numerosos refuerzos que las potencias le envían para emprender una campaña enérgica y decisiva. Pudiera ser, sin embargo, que antes de que comenzase ésta se restableciese la paz en China, pues, según parece, aquel gobierno ha hecho proposiciones en tal sentido, ofreciendo para ello buenas garantías.

República Argentina.—Buenos Aires. Gran manifestación española en honor del pueblo argentino. – La colectividad española de Buenos Aires, deseosa de manifestar de un modo público y solemne su gratitud por el decreto del gobierno de aquella República relativo á las frases mortificantes para nuestra fiesta que contenía el himno argentino, organizó una manifestación que se verificó el día 24 de mayo último y que resultó verdaderamente grandiosa. Presididas por la Asociación Patriótica Española, formaron parte de aquélla las diversas sociedades españolas allí establecidas, á las que se agregaron millares de españoles y argentinos. Al llegar á la Casa de Gobierno, en cuyo balcón principal se veía al señor Presidente de la República general Roca, á nuestro ministro Sr. Arellano, al señor Intendente municipal y á otras distinguidas personalidades, detuviéronse los manifestantes y subieron al palacio los presidentes de las mencionadas sociedades. El de la Asociación Patriótica, Dr. Anido, en nombre de todos, dirigió la palabra al general Roca, y en un breve, pero elocuente discurso, le ofreció un hermoso pergamino que contenía un sentido mensaje firmado por las comisiones directivas del Club Español, de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, de la Cámara d· Comercio Española y de la Sociedad Española de Beneficencia. Contestó el señor presidente con oportunas y patrióticas frases, y acto seguido las sociedades corales españolas, formando un conjunto de quinientas voces y doscientos instrumentos, entonaron el himno argentino. La impresión que en todos produjo fué inmensa, indescriptible, á tal punto que hubo necesidad de repetir el himno, que según aseguraron los mismos argentinos, jamás había sido tan admirablemente ejecutado.

A la galantería de la importante Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, de Buenos Aires, debemos las dos preciosas fotografías que reproducimos en el presente número y que dan perfecta idea de la grandiosidad de la manifestación con que nuestros compatriotas residentes en aquella República correspondieron á la muestra de afecto á España dada recientemente por su gobierno. Dichas fotografías nos han sido remitidas por nuestro activo corresponsal en Buenos Aires D. Justo Solsona.

Confesión de amor, cuadro de Roberto Haug. – Por su asunto, por su composición, por su factura, es digno de alabanza este cuadro del celebrado pintor alemán: las dos figuras expresan perfectamente en sus rostros y en sus actitudes el sentimiento que en ellas supone el autor, formando un grupo en extremo simpático; el campo de doradas mieses por donde la enamorada pareja camina es un *tour de force* como nota de color; el bosque que á lo lejos limita el sembrado constituye con su tono obscuro un bien entendido contraste con el resto del lienzo, y el cielo lleno de luz completa el efecto de la pintura.

La buenaventura, estudio de fotografía de E. Day é hijos. – Como esta fotografía forma parte de la colección en que figura la que publicamos en el número 967 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos limitamos á dar por reproducido lo que allí dijimos á propósito de *La diosa de la selva.*

Madona, relieve de Federico Hausmann. – Los asuntos religiosos son indudablemente los más difíciles de tratar desde el punto de vista artístico, porque necesitan ser sentidos de un modo especial, si han de responder á las condiciones que el género requiere; y generalmente hablando, las modernas tendencias no son las más adecuadas para despertar esta clase de sentimientos. Por esto merecen mayores elogios los artistas que, como Hausmann, consiguen hallar la expresión propia de esta clase de obras y producir en quien contempla su labor una emoción intensa, una impresión profunda, muy distintas de las que despiertan las cosas terrenas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 203, POR J. BERGER

NEGRAS (8 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8				♚		♘			8
7									7
6	♗			♟	♖				6
5		♙		♘	♞				5
4			♙		♕		♙		4
3						♟		♙	3
2		♟		♜		♜			2
1		♔	♝						1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 202, POR J. DRTINA

Blancas.	Negras.
1. f 3 – f 4	1. A f 1 – d 3
2. T e 3 – c 4	2. Cualquiera.
3. A, C ó T mate.	

VARIANTES

1.....A f 1 – g 2; 2. T e 3 – d 3 jaque, etc.
1.....A f 1 – e 2; 2. C d 1 b 2, etc.
1.... A f 1 – c 4; 2. T e 3 – e 5 mate.
1.... A f 1 – b 5, 2. A toma A, etc.
1.... A f 1 – a 6; 2. R a 5 – b 4, etc.
1.... Otra jug.ª; 2. C d 1 – b 2, etc.



La proposición de usted me seduce, contestó Roberto...

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

A la mañana siguiente, mucho antes de la salida del sol, Saint-Hyrieix partió con una escolta de doce negros, que conocían perfectamente el bosque. Roberto no pudo ver desde luego á Carmen.

Para distraerla, la mujer del doctor había ido á buscarla y se la había llevado con Marcelino.

En vano trató él de trabajar.

Al atardecer, salió de su barraca y se internó por una senda del bosque que dominaba el campamento.

Después de errar largo tiempo por aquellos parajes, se tendió en un claro, al pie de un árbol.

La noche, que sobrevino de pronto, no trajo con ella su frescura ordinaria.

Roberto oyó las cornetas que tocaron primero el descanso de los trabajadores y después la retreta.

Vió apagarse una tras otra las luces de las casetas de los oficiales y de los soldados.

La del doctor, en que vivía Carmen, permaneció largo tiempo en la obscuridad.

De pronto vió brillar á distancia un farol que fué acercándose y se detuvo delante de esta última caseta.

Sin duda el doctor acompañaba á la señora de Saint-Hyrieix.

El farol se alejó y desapareció al poco rato.

El cielo estaba cubierto de nubarrones, y los mosquitos molestaban más que de costumbre.

Todo permanecía en silencio.

No se oían más que los pasos de los centinelas y de los guardias de ronda.

Roberto divisó en la sombra un bulto blanco delante precisamente de la caseta del doctor.

Sin duda era Carmen que, sofocada por el calor, había salido un instante á respirar el aire libre.

Roberto se levantó con presteza.

Durante unos cuantos minutos, apoyado en un árbol, desfalleciendo casi, contempló la blanca aparición.

Fatal é inconscientemente corrió hacia ella.

– ¡Carmen!, murmuró. ¡Carmen!

La mujer hizo un gesto de espanto.

– ¡Usted aquí, Roberto!

– ¡Oh!, no se vaya; necesito hablarle.

– ¿A estas horas de la noche? ¡Si nos sorprendiesen!

– Nadie puede vernos.

– Estando ausente Saint-Hyrieix...

– ¡No pronuncie ese nombre!

Carmen le interrumpió bruscamente.

– ¡Calle usted, por Dios!

– No puedo callar..., es preciso que mi corazón estalle. ¡Sufro demasiado! Mil veces estuve á punto de manifestarle mis pensamientos y no me atreví. Pero he luchado ya demasiado y sucumbo al fin.

– Me asusta usted, Roberto; su exaltación me inquieta.

– ¡Llama usted exaltación al grito de mis dolores! ¡No comprende la amargura de mi vida, porque ya no me ama!

– ¡Que ya no te amo!

Roberto había formulado su acusación con la expresión de un sufrimiento tan atroz, que Carmen se estremeció. Apoderóse de ella una inmensa compasión.

Cogió suavemente del brazo al capitán, y lo condujo á poca distancia del claro, á la sombra del bosque.

– ¿Crees, entonces, que no te amo ya?

– No, ya no me ama. Vino usted á este país, persuadida de que no me volvería á ver... y de que no tardaría en olvidarme.

– ¡Roberto mío!

– Y cuando, no pudiendo ya vivir más tiempo lejos de usted, y sacrificándolo todo al placer de morir á su lado, vine aquí á encontrarla, usted tembló de verme reclamar mis derechos y arrancarla al que me la robaba.

– ¡Que no te amo!, exclamó ella sollozando. ¿Crees que no comprendí tu sacrificio y que todo mi ser no se sintió penetrado de una inmensa gratitud por tu amor? ¿Crees que al marcharte de Cayena para venir aquí, no adiviné que huías porque te faltaban fuerzas para verme todos los días al lado de mi esposo? ¿No comparto acaso todos tus sufrimientos, tus deseos insensatos, tus desalientos y tus esperanzas, tus penas y tus alegrías? Tengo por tí todo el amor que puede caber en un corazón.

– ¿Entonces por qué me huyes?

– Acuérdate, Roberto, de la que lloro á menudo sin olvidarla jamás; de Elena, de mi pobre hermana. Cuando, loca de espanto, le confesé nuestras relaciones, contestó á mis lágrimas, á mi desesperación, á mis quejas, á mis proyectos insensatos, con una sola palabra de consuelo: ¡el deber!.. Y desde que ha muerto, se me figura siempre oir su voz protectora murmurar á mi oído esta frase, cruel y dulce á la vez: «¡Cumple con tu deber!»

Estas palabras recordaron de pronto á Roberto la escena del mesón, en que Elena le hizo renunciar á sus furiosas resoluciones con el mismo argumento del deber cumplido.

Ambos se quedaron silenciosos.

Luego echaron á andar maquinalmente por un sen-



¡En la muerte!.. ¡Contigo!.. ¡Siempre!..

dero que conducía á un barracón abandonado, en que solían reunirse los oficiales durante los grandes calores.

El nublado amenazador corría por el espacio, aumentando la obscuridad de la noche.

El calor era sofocante.

La atmósfera, cargada de electricidad, comunicaba á los nervios una excitación febril.

Bajo esta influencia exterior, Roberto fué acometido de pronto por un indecible sentimiento de cólera y de odio, y dijo bruscamente:

– ¡Honor!.. ¡Deber! . ¡De modo que ese hombre te posee en nombre del derecho! Tu cuerpo le pertenece en nombre del deber... ¡Y el honor quiere que yo muera á causa de él..., de él, que me arrebata tu amor!

– Mi amor es tuyo, Roberto.

– ¡Qué sarcasmo!

Ella vaciló un momento, y de pronto, desatinada, delirante, pegando sus labios á los de Roberto, le dijo:

– ¡No, soy tuya, toda tuya, para ti solo!

Y cayó desfallecida en sus brazos...

En aquel instante, un inmenso relámpago rasgó las nubes, y un trueno formidable hizo resonar todos los ecos del bosque.

La tormenta, uno de esos terribles huracanes propios de los climas tropicales, acababa de estallar. El viento soplaba furiosamente por entre los árboles. Los arroyos quedaron pronto convertidos en torrentes, y los relámpagos, que se sucedían casi sin interrupción, inundaban de fantásticos fulgores aquel extraño paisaje.

En el éxtasis de su amor Roberto y Carmen se habían olvidado del mundo entero.

De pronto, dominando el rugido de la tempestad, sonó un tiro.

Y en seguida, se oyeron gritos furiosos, alaridos, vociferaciones salvajes.

¡Dos, tres tiros!..

Un tiroteo seguido.

Luego la detonación seca de nutridas descargas de revólver.

Y un grito lejano, que se distinguía á pesar de la distancia y de la tempestad:

– ¡A las armas!

– ¡Dios mío!, ¿qué ocurre?, exclamó Carmen.

Roberto se había puesto de pie.

El grito de «¡á las armas!» se continuaba oyendo á distancia.

Aumentaban los clamores.

– ¡Mueran los guardias!.. ¡Mueran!.. ¡Mueran todos!.. ¡A matarles!..

¡Una insurrección de presidiarios!

A una misteriosa señal, todos los deportados habían saltado de su lecho y derribado las puertas poco sólidas de sus barracones, arrojándose luego sobre los empleados como una manada de fieras, dando alaridos, y los habían estrangulado.

Poco les importaba los gritos de alarma y los tiros.

Era una lucha abierta, un combate, un degüello, una carnicería, una matanza.

Los fermentos de rebelión, hábilmente echados por Panuflo en las almas de aquellos miserables, habían germinado.

Los presidiarios se habían armado de las hachas y azadones de trabajo que diariamente depositaban en una caseta especial, y con ellos atacaron á los guardias y á los soldados, que trataron de defenderse tirando á obscuras sobre el montón de amotinados.

Después del tiroteo á distancia, vino la lucha cuerpo á cuerpo, hacha contra bayoneta, revólver contra azadón.

Combate de salvajes, de locos furiosos.

– ¡Carmen!.., decía Roberto, desesperado. ¡Carmen!.. ¿Oyes?

Ella se había agarrado al cuerpo de su amante y lo estrechaba con delirio.

La corneta de infantería de marina tocaba llamada.

– Es una insurrección. Es preciso que vaya yo á mi puesto.

– ¡Oh!, no me dejes. ¡Tengo miedo!

– Mis amigos deben extrañarse de mi ausencia.

– ¿Qué va á ser de mí si me dejas.

– El tiroteo es nutrido. La lucha se prolonga.

– Te matarán. No quiero que vayas.

– El puesto de un oficial es donde se baten.

– ¡El de un amante es donde peligra su amada!

– ¿Quieres que me deshonre? Déjame ir donde el honor me llama.

– ¡Su honor!.. ¡No lo salvará usted!.., dijo de pronto una voz detrás de él. Y va á pagarme el mío...

Roberto y Carmen se volvieron.

Saint-Hyrieix estaba de pie á la puerta de la cabaña.

Ante aquella aparición, los dos amantes retrocedieron espantados.

– No me esperaban ustedes, ¿no es cierto?.. ¡Miserables!.. ¡Y hablan de honor!.. ¡Afortunadamente, el de usted se halla ahora en mis manos, señor capitán d'Alboize!

– Estoy á sus órdenes, caballero, dijo Roberto con voz temblorosa de emoción; pero no le comprendo á usted...

– Sin embargo, es muy sencillo. Voy á matarle.

– Me es imposible batirme con usted en este momento. Debo acudir donde luchan mis compañeros. Mañana estaré á la disposición de usted; hoy pertenezco á mis amigos.

– ¿Pero no comprendes que en eso está precisamente mi venganza? ¿Te has figurado que me basta con matarte? Quiero tu muerte y tu deshonra. Vas á morir aquí. Y cerraré esta puerta dejando aquí tu cadáver y el de tu amante. Y mañana, cuando descubran tu cuerpo, esos amigos, esos compañeros de que hablas, dirán de ti: «¡El cobarde se ocultó con una mujer por no batirse, en tanto que sus hermanos se defendían!»

– ¡No cometerá usted semejante crimen!, exclamó Roberto, mientras que Carmen, alocada, con la mirada fija, presenciaba aquella escena, como si no viese ni comprendiese nada.

– ¿Has retrocedido tú ante el tuyo? Me has robado el honor de esposo y yo te quito el de militar. ¡En guardia!.. ¡Defiéndete!..

Y presentando dos sables que había traído, arrojó uno á los pies del capitán.

Roberto hizo ademán de recogerlo, pero se detuvo bruscamente, diciendo:

– ¡No, no!.. Mi vida no me pertenece. ¡Mañana!.. ¡Mañana!..

– ¡Cobarde!.. ¿Será preciso que te abofetee?, rugió el marido ultrajado.

Y cogiendo su guante con movimiento febril, azotó con él el rostro lívido del joven.

D'Alboize dió un grito de rabia y se puso en guardia.

La tempestad era cada vez más violenta.

Los relámpagos, que rasgaban el cielo casi sin interrupción, alumbraban con rojiza luz aquella escena terrible.

Del campo de batalla salía al mismo tiempo un espantoso clamoreo.

Para los dos combatientes, ya nada existía más que su odio y el deseo de satisfacerlo.

Los sables volteaban por encima de sus cabezas, entrechocando con siniestro ruido, sin que ninguno de los adversarios retrocediese un paso.

Saint-Hyrieix, más alto que el capitán y con sus fuerzas triplicadas por el furor, parecía llevar la ventaja.

De pronto, de un golpe seco, hizo volar el arma del joven.

Su sable, entonces, hendió el espacio y cayó de un modo terrible.

Se oyó un grito.

Carmen, al ver á su amante en inminente peligro, se había arrojado entre los dos hombres, recibiendo una herida en el pecho.

Y cayó al suelo.

– ¡Asesino!, exclamó d'Alboize.

Y cogiendo su arma, volvió á ponerse en guardia.

– ¡A ti!, rugió.

Un surco ensangrentado apareció en el cuello y en el hombro de Saint-Hyrieix.

Irritado por la herida, éste dió, en un supremo esfuerzo, una estocada formidable en el pecho un instante descubierto del joven oficial.

Roberto soltó el sable y se desplomó junto al inanimado cuerpo de Carmen.

El marido vengado desapareció sin dirigir siquiera una mirada á los dos seres que allí dejaba tendidos.

Aún no había andado cien metros, cuando un grito le detuvo.

– ¡Alto!, exclamó una voz bronca, que salió de un grupo que se agitaba en la obscuridad.

La luz de una linterna le dió en el rostro.

– ¡Un superior!.., gritó la misma voz. ¡Otro canalla!.. ¡Muera!..

Sonó un tiro.

Y Saint-Hyrieix, muerto de un balazo, cayó al suelo como una masa inerte.

El pelotón de presidiarios se perdió en las sombras de la noche.

Mientras tanto, Roberto yacía inmóvil en la caseta.

No estaba muerto, pero todo había desaparecido á sus ojos.

Era presa de una alucinación en que se creía feliz al lado de su amada.

Alucinación que duró poco, porque un frío mortal le hizo volver inmediatamente á la realidad de la vida.

Llevóse instintamente la mano al pecho.

Un hilo de sangre manaba de su herida.

– ¡Voy á morir, Carmen!, murmuró. Pero te tengo á mi lado, ¿no es cierto?, y nuestras almas van á volar juntas para unirse en la eternidad.

Respondióle un gemido.

Roberto abrió los ojos, y al resplandor de un relámpago, vió á su amiga que se había arrastrado hasta él.

Y como si la mirada de su amante hubiese reanimado en ella una llama postrera, murmuró á su vez:

– ¡Roberto!..

Y añadió más bajo, con voz apenas perceptible:

– ¡En la muerte!.. ¡Contigo!.. ¡Siempre!..

Tendió sus brazos en demanda del último beso.

Roberto se acercó.

Pero al mismo tiempo reanudó sus ideas de antes. ¡Sí! El marido tenía razón.

Al amanecer, encontrarían allí sus dos cadáveres deshonrados.

Y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, sacudió el frío de la muerte que le invadía.

Quiso vivir..., vivir á toda costa... aunque no fuese más que unos minutos.

Comprimiendo su herida con la mano, se arrastró por la senda que conducía al campamento.

Empleó más de un cuarto de hora en recorrer tan corta distancia.

Por fin llegó.

Se le acababan las fuerzas y el aliento.

– ¡Que yo muera, nada importa! ¡Sálvese, al menos, su honor!

Miró delante de sí.

El combate no había terminado.

Poco á poco los presidiarios habían tenido que retroceder.

Envueltos por los guardianes y los soldados de infantería de marina, iban cediendo.

Algunos, como aquellos con quienes tuvo Saint-Hyrieix la desgracia de tropezar, habían conseguido escaparse.

Los demás se disponían á morir.

Varios de ellos, levantando al aire sus armas, imploraban la misericordia de sus vencedores.

Al aparecer Roberto, un sordo murmullo se escapó de los labios de los jefes y soldados.

– ¿Dónde estaba usted, capitán?.., le preguntó en tono amargo un teniente que vendaba con un pañuelo su brazo herido.

De entre un montón de cadáveres se levantó un cuerpo.

Era un sargento con el cráneo abierto de un hachazo.

– El capitán está sano y salvo, dijo con apagada voz. ¡Ni un rasguño! Y nosotros morimos...

Entonces Roberto, abriéndose el uniforme, descubrió á la vista de todos su pecho ensangrentado.

– ¡Mirad!, dijo.

Y apareció su herida, horrible.

– ¡Dispense usted, mi capitán!.., dijo el teniente inclinándose.

Pero, sin escucharlo, Roberto cogió un sable que yacía en el suelo, y con heroico esfuerzo se puso al frente de un pelotón que vacilaba ante un postrero y furioso ataque de los presidiarios, gritando:

– ¡A ellos! ¡Adelante!

VI

EL INFIERNO DE UN NIÑO

Caracol y su digna compañera estuvieron recorriendo durante más de un año la Normandía, dedicados á su honrada industria de descubrir el presente, el pasado y el futuro, pero no visitando más que los pueblos de poca importancia.

Evitaban las grandes poblaciones donde la policía es más severa y donde quizá hubieran tenido que explicar la presencia de Fanfán, que aún no tenía trazas de pertenecer á la familia.

Trabajaban poco.

Vivían del dinero entregado por Jorge y se entregaban á los placeres de la mesa, bebiendo copiosamente.

Mientras tanto, amoldaban á Fanfán á su nueva existencia.

Se comprende los medios de educación que empleaba *Caracol*, acostumbrado á amaestrar perros á fuerza de palo, y á recibir él mismo toda clase de castigos en presidios y casas de corrección.

Cuando el niño no ejecutaba inmediatamente las órdenes recibidas, cuando se entretenía en hablar con las mujeres que le detenían en los pueblos, cuando *Caracol* y Ceferina estaban borrachos y sus manazas sentían el prurito de pegar á alguien, ¡qué azotes para la infeliz criatura!



¡Dios las bendiga á ustedes, señoritas!

Y como recompensa, cuando estaban contentos de él, un vaso de vino ó una copa de aguardiente con azúcar.

Desde los primeros días, *Caracol* había ya inaugurado su sistema.

Con ropas fuera de uso, que le venían demasiado estrechas á Claudinet, improvisaron un mal traje para Fanfán, á quien hicieron correr descalzo por la carretera.

El niño trató de resistir al principio, pero fué azotado cruelmente y privado de comida.

–¡No tengo más remedio que resignarme!, pensó el angelito. Cuando papá venga á libertarme, castigará á ese hombre malo.

Pero nadie fué á devolverle la libertad, y cediendo á la necesidad de moverse, propia de los niños, anduvo descalzo.

–¿Ves cómo mi sistema es bueno?, decía *Caracol* á Ceferina. Ya corre como si nunca hubiese llevado zapatos. Más tarde será excelente para los escalos.

Fanfán tuvo hambre y pidió pan.

–Sí, pero..., dijo *Caracol* guiñando el ojo á Ceferina. Somos pobres, muy pobres, y para comer hay que ganar el pan.

–Yo quiero ganarlo.

–Pues bien, tengo para ti un oficio muy fácil. No tienes más que ir á pedir cinco céntimos á la primera persona que pasará, me traerás la moneda y te daré pan.

–¡Pedir limosna!

–Limosna, no; un favor. Es natural que los ricos den á los pobres.

Caracol no necesitaba andarse con artificios y sofismas.

La idea de la mendicidad no se ofrecía al espíritu de Fanfán con su carácter de bajeza. Ignoraba que es con frecuencia el resultado de la holgazanería y del vicio.

Para él, un mendigo era un desgraciado que todo cristiano tenía obligación de socorrer.

Recordaba que le habían enseñado á ser caritativo, y que el dar una limosna era una buena acción.

No le parecía, pues, vergonzoso el recibirla.

Sin embargo, como todo su ser se rebeló instintivamente á la idea de ir á tender la mano á un extraño, se negó á ello.

–Es testarudo, dijo *Caracol;* pero cederá.

Un día pasaban cerca de un castillo.

De él salían varias señoritas acompañadas de una aya.

Caracol saltó del coche, cogió á Fanfán de la mano y se acercó á las señoras.

–Anda, dijo á Fanfán cuando ya sólo les separaban de ellas cinco ó seis pasos. Pídeles una limosnita para tu padre ciego... ¡Y cuidado con lo que haces; si no, habrá palo!

El niño se acercaba al grupo con la mano tendida.

De pronto, volvióse hacia *Caracol* y quedó asombrado.

La cara de éste había sufrido instantáneamente una metamorfosis extraordinaria.

La frente parecía haberse levantado y arrugado; y en vez de los ojos, giraban en las órbitas dos globos blancos bajo unos párpados rojos y sanguinolentos.

Como el niño, estupefacto, permaneciese mudo, *Caracol,* temeroso de alguna palabra imprudente, exclamó de pronto:

–¡Tengan ustedes compasión de este pobre ciego! Dios les pagará la caridad.

Su voz era lamentable.

Las señoritas se detuvieron, mirando al niño y al pordiosero.

–Mire usted, Berta, ¡qué bonito niño!

Caracol se acercó vivamente, cogió por el brazo á Fanfán para recordarle sus recomendaciones y repitió:

–¡Tengan ustedes compasión de este pobre ciego!

Al ver á personaje tan repugnante, las muchachas se apresuraron á poner una moneda de plata en la mano del niño y se alejaron.

–¡Dios las bendiga á ustedes, señoritas!, añadió *Caracol* con su voz doliente.

Y bajando sus párpados y recobrando su fisonomía habitual, dijo á Fanfán que no salía de su asombro:

–¿Has visto nada más fácil?

¡Pobre niño!

Aquella comedia indigna no le había parecido lo que era en realidad.

Su imaginación infantil no había visto más que el lado cómico de aquella máscara horrible y de aquella voz lamentable.

Soltó la carcajada.

–Más tarde, le dijo el hombre, te enseñaré también á hacer hermosos visajes. Hoy te has portado bien y habrá para ti un buen vaso de vino con azúcar.

Así, poco á poco, insensiblemente, al cabo de unos cuantos meses los malos ejemplos y los pérfidos consejos habían ido borrando el pasado en la memoria de aquella criatura de cinco años.

Todo lo olvidaba.

Hasta el nombre de Gastón de Kerlor.

Los días pasados al lado de su madre y de su abuela, las caricias que habían mecido su infancia, el amor y los cuidados íntimos que le habían rodeado, todo se desvanecía poco á poco en su memoria, hasta el punto de no poder ya darse cuenta de si eran sueños ó realidades.

Afortunadamente tenía á su lado un amigo.

Claudinet.

La amistad de los dos niños nació desde su primer encuentro, desde la noche en que *Caracol* y Ceferina, borrachos, azotaron á Claudinet y aterrorizaron á Fanfán.

Instintivamente se apoyaron uno en otro, unieron su debibilidad, no para una resistencia imposible, sino para infundirse mutuamente el valor y la fuerza necesarios para soportar su existencia llena de tormentos.

De esta manera el uno podía enjugar al otro las lágrimas, levantarle cuando cayese extenuado, compartir sus penas y muy raramente sus alegrías.

Claudinet vió entrar á Fanfán en su vida como una milagrosa y bienhechora aparición.

Enfermo, casi moribundo, sin haber tenido en la tierra dicha alguna, sin poder evocar en sus meditaciones más que los recuerdos ya borrados de su primera infancia, pasada en el hospicio, se encontraba de pronto con un ser desgraciado como él, un hermano de infortunio á quien amar y consolar.

Desde el primer momento amó á Fanfán con todas sus fuerzas, como para recuperar el tiempo perdido y gozar todo lo posible en los pocos días que le quedaban.

¡Pocos días!.. ¡No!

Ahora tenía un amigo. ¿Por qué había de pensar en morir?..

Fanfán le salvaría no solamente de la desesperación, sino que también de la muerte.

Por otra parte, el recién venido determinó en seguida un gran cambio en las ideas, en las costumbres y en los sentimientos del enfermito.

Esta transformación comenzó á operarse en una escena muy cruel.

Caracol trabajaba un día con todo su aparato de amolador delante de la tienda de un carnicero, en una población en que había hecho alto la familia ambulante.

En esto se presentó un proveedor en casa del carnicero que le pagó el importe de una factura.

Caracol había visto al hombre sacar el dinero de un armario colocado en la trastienda, y en seguida se le había ocurrido la idea de robarle.

Entre los preparativos ideados para el golpe, figuraba el papel reservado á Fanfán. El bandido exigía de éste que entrase jugando en la tienda y tomase con cera el molde de las cerraduras.

Pero el niño opuso á las proposiciones de *Caracol* una invencible resistencia.

–¡No!.., dijo. No haré tal cosa aunque me maten. Sé que eso es para robar, y yo no quiero ser ladrón.

–Serás lo que nos dé la gana, y no tendrás más remedio que obedecerme, exclamó Ceferina furiosa.

–¡No!, ¡no iré!..

La miserable cogió una cuerda y azotó bárbaramente al pobre mártir.

Pronto el niño quedó ensangrentado.

De pronto entró Claudinet y cubrió con su cuerpo el de su amiguito, recibiendo los azotes de su tía.

–Ceferina, no te enfades, que eso es malo para la salud, dijo *Caracol.* Déjame ver si le persuado.

Fanfán quedóse tendido en un rincón.

Claudinet lo cogió en brazos, y á pesar de un acceso de tos que entrecortaba sus palabras, le prodigó frases de consuelo y de ternura.

–Haces mal en negarte á una cosa tan fácil, dijo *Caracol* á Fanfán.

(Continuará)

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

DIBUJOS DE A. FORESTIER

Conocidísima es la antigua fábula que ha modernizado el notable artista inglés Forestier en los dos dibujos que en esta página publicamos, y esto nos releva de dar largas explicaciones acerca del significado de los mismos; aparte de



La tortuga y la liebre.
La liebre desafiando á la tortuga, dibujo de A. Forestier

que la idea está tan claramente expuesta, que aun sin conocer aquel apólogo fácilmente se adivina lo que el dibujante se propuso demostrar. En el primer dibujo la liebre, representada por elegantes *sportmen* montados en veloz automóvil, desafía en son de burla á la tortuga, ó sea á la modesta campesina que sigue el mismo camino en destartalado vehículo tirado por un borriquillo. En el segundo el viejo carruaje continúa su lenta, pero segura marcha, mientras la moderna máquina, por avería de alguna pieza de su complicado mecanismo, permanece inmóvil á un lado de la carretera: la mirada que á las liebres dirige la tortuga es el mejor castigo á su inconveniente provocación.

La moraleja de la obra de Forestier, como la de la fábula, no puede ser más laudable si se limita á fustigar al poderoso que desprecia y hace burla del humilde; pero si se le quisiese dar mayor alcance, no creemos que á nadie convenciera, pues pese á la fábula y á los dibujos y á los refranes «vísteme despacio que voy de prisa» y «*chi va piano va lontano é va sano,*» lo cierto es que de las cien veces las noventa y nueve... y media, la liebre vencerá á la tortuga, el rápido automóvil dejará atrás al pesado carricoche y á ninguno se le ocurrirá emprender un viaje en diligencia si puede tomar en vez de ésta el ferrocarril.

***

LAS SOCIEDADES SECRETAS EN CHINA

La China es el país de las sociedades secretas. Éstas, que son un producto natural del suelo, nacen, se multiplican, se propagan, se mezclan, se transforman y se ramifican de tal modo que los mismos iniciados no siempre logran descubrir su origen ni reconstituir su genealogía. Por lo general, el gobierno de Pekín no se preocupa gran cosa de esas asociaciones ocultas que minan en todos sentidos la autoridad del Hijo del Cielo y las instituciones fundamentales del imperio, y es preciso que de cuando en cuando las temibles y misteriosas sociedades que pululan de un extremo á otro del territorio chino, susciten un recrudecimiento repentino de incendios y asesinatos para que la diplomacia europea se conmueva y los elevados mandarines salgan de su habitual sopor.

No todas esas asociaciones son peligrosas; algunas de ellas son completamente inofensivas, contándose en el Celeste Imperio por centenares las sociedades de filantropía, de auxilio mutuo y de previsión que en cualquier otro país podrían funcionar públicamente y que sólo toman el aspecto de hermandades ocultas para satisfacer el espíritu nacional Esta manía de dar el carácter de conspiraciones á empresas útiles, se debe también en gran parte á la desconfianza que inspira á los chinos un gobierno inquisitorial, inepto y corrompido. Nada más inocente, por ejemplo, que la hermandad de las *Osamentas abandonadas*, que entierra á los cadáveres privados de sepultura, y la de *Seguros dotales*, que permite al padre proveer al porvenir de sus hijos. Los comerciantes y los médicos se ven obligados también á formar hermandades secretas. Bien es verdad que no todos los sindicatos profesionales son tan respetables: así la sociedad de *Ladrones á caballo* siembra el terror en los caminos, la de los *Sables cortantes* es más temida todavía y la de *Escamoteadores en detalle* encuentra grandes facilidades para el ejercicio de su industria.

Estas cuadrillas de malhechores son un azote intolerable para las personas y los bienes, pero no ponen en peligro la existencia del Estado. No sucede lo mismo con otras asociaciones de carácter religioso y político á la vez.

La sociedad *El Cielo, La Tierra* y *El Hombre*, llamada por los extranjeros la *Tríada* y por los chinos *Tien Tai,* se inspira en los dogmas del más puro monoteísmo y enseña una moral irreprochable que en la práctica es letra muerta. Para herir la imaginación de los aspirantes, los altos dignatarios de la secta les someten á terribles pruebas y no les admiten sin antes hacerles prestar un juramento en 36 artículos, algunos de los cuales les colocan en estado de rebeldía permanente contra las leyes y el gobierno del imperio. Los *tien tai* no deben obediencia más que á los jefes de la logia á que pertenecen; no pueden bajo ningún pretexto dirigirse á los representantes oficiales de la autoridad pública, ni comparecer ante un tribunal ni siquiera como testigos; y si tienen algo que reclamar, deben dirigirse á la asociación, la cual hace que se les administre justicia y decreta contra los que faltan á su juramento una sentencia de muerte que nunca deja de ejecutarse. Cada una de las cinco grandes provincias de Fu-Kien, Kuang-Tung, Yun-Nan, Tche-Kiang y Hu-Nan está gobernada por una logia, cuya autoridad se extiende hasta algunas ciudades extranjeras en donde los chinos forman un elemento considerable de la población. Fácilmente se comprenderá la influencia formidable que ha de ejercer una sociedad oculta cuyos afiliados no se cuentan por cientos de miles, sino por millones, y cuyos recursos financieros parecen ilimitados, pues no hay chino establecido en Singapur, Manila ó San Francisco que no pague anualmente su cuota á la logia de su provincia natal.

La sociedad del *Loto blanco* en vez de estar gobernada, como las demás sociedades secretas, por consejos anónimos, obedece á un Gran Maestre que tiene á sus órdenes toda una jerarquía de funcionarios y cuyos mandatos son cumplidos con tanto mayor celo cuanto que los afiliados atribuyen á los jefes de la secta un poder sobrenatural. Los asociados creen que los altos dignatarios del Nu-Wai-Kiau pueden, con su soplo, dar la vida á un pájaro de papel y contener



La tortuga y la liebre
La tortuga venciendo á la liebre, dibujo de A. Forestier

la respiración el tiempo suficiente para que su cuerpo tome el aspecto de un cadáver y su alma pueda desprenderse temporalmente de su envoltura carnal y realizar una excursión más ó menos larga por los espacios infinitos. Estos magos exigen juramentos muy rigurosos á los adeptos que tienen fe en sus milagros. Todos los miembros de la sociedad se obligan á someterse á un régimen vegetariano estricto, á no usar ningún instrumento puntiagudo y á ceder á la comunidad la nuda propiedad de sus bienes, reservándose para sí únicamente el usufructo. Esta secta, perseguida severamente por el gobierno de Pekín, ha debido cambiar de nombre varias veces, y de ella forman parte los cortadores de tren-

zas, cuya habilidad es tal, que sus víctimas no sienten el tijeretazo que les priva de su más preciado apéndice. Estos cortadores de trenzas no tienen por móvil el robo, sino que obran á impulsos de un sentimiento de protesta contra un emblema de servidumbre impuesto á los chinos por los conquistadores mandchúes.

La sociedad del *Ko-Lao*, es decir, del *Hermano mayor*, es una de las más peligrosas para la estabilidad del gobierno, pues no disimula sus propósitos de derribar á la dinastía de los Tsing para reemplazarla con un heredero de la dinastía nacional de los Tang. Data de la insurrección de los Tai-Ping; fué fundada por el general Tseng-Kuo durante el sitio de Nankín, y en su origen sólo admitía á los soldados; después aceptó á desertores y á vagabundos, pero siguió conservando una organización militar, y aun en vísperas de la actual crisis china era omnipotente en las provincias de Yun-Nan, Koei-Tcheu y Hu-Nan.

Las sociedades de la *Espada*, de lo *Verdadero y del Ideal* y de los *Tragadores de bolitas* no son mucho menos poderosas que las tres grandes asociaciones mencionadas. Todas ellas y otras muchas pueden ser comprendidas en uno de los tres sistemas de organización que hemos analizado: ó bien una especie de francmasonería religiosa dirigida por consejos anónimos, como la *Triada*; ó una orden de caballería de un nuevo género, de carácter religioso y político á la vez, que obedece á un Gran Maestre y á una jerarquía de dignatarios, como el *Loto Blanco*; ó finalmente una conspiración militar, como la secta del *Hermano mayor*.

¿Cuál de estos tres sistemas de organización han adoptado los *boxers*? Lo más probable es que esta temible secta tenga un carácter militar, puesto que cuenta un número incalculable de adeptos entre las milicias que la emperatriz regente llamó á las armas después de la ocupación de Kiao-Tcheu por los alemanes. Es de observar que esta sociedad no tuvo, por lo menos en su origen, el carácter marcadamente hostil á la dinastía que distingue á las demás asociaciones ocultas. Así como las antiguas sociedades secretas consideraban como el primer deber de todo chino libertar á su patria de la dominación tártaro-mandchúa y arrojar del palacio imperial de Pekín á la familia de los Tsing impuesta por la conquista, los *boxers* se han dedicado ante todo á suscitar entre las poblaciones del Celeste Imperio el sentimiento de odio que siempre han experimentado contra los extranjeros.

G. LABADIÉ-LAGRAVE.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Gentil Caballero, por *José M.ª Matheu.* – El nombre del distinguido escritor madrileño figura por derecho propio entre los de nuestros primeros novelistas contemporáneos, y el simple anuncio de una nueva obra suya es el mejor reclamo que de ella puede hacerse. Sus novelas son estudios acabados, modelos de observación y dechado de bellezas de estilo; los tipos que en ella presenta son copia de la realidad, las escenas que describe tienen todo el encanto de la verdad embellecida por las galas que en la descripción prodiga el literato, y la acción que en el libro se desarrolla, cautiva siempre por su interés. Todas estas cualidades se confirman en la última novela del Sr. Matheu; *Gentil Caballero* es digna hermana de *El santo patrono* y *Carmela rediviva.* Se vende á tres pesetas.

Viriato no fué portugués, sino celtíbero, por *Anselmo Arenas López.* – El ilustrado catedrático de los institutos de Las Palmas, Badajoz y Granada acaba de publicar la segunda de las que él llama reivindicaciones históricas, dedicada á demostrar, como su título lo indica, que Viriato no fué portugués, á pesar de ser denominado lusitano por todos los historiadores de la antigüedad. Esta afirmación queda completamente demostrada en la extensa y detallada biografía del heroico caudillo que constituye el libro que nos ocupa, libro que revela en su autor un estudio profundo y una erudición tan sólida como extensa. Impreso en Guadalajara en el establecimiento tipográfico La Minerva, se vende á tres pesetas.

Manchas de origen, por *Ismael Rizo Peñalva.* – En esta novela del conocido escritor valenciano señor Rizo y Peñalva se hallan reunidas todas las condiciones que en esta clase de obras literarias exigen la crítica y los gustos modernos. El argumento es interesante y está muy bien desarrollado; los personajes que en él intervienen, no son sólo retratos físicos tomados del natural, sino que constituyen además sendos estudios psicológicos, y el estilo es elegante y castizo. *Manchas de origen,* editada por el inteligente editor de Valencia D. Angel Aguilar, se vende á dos pesetas.

Confraternidad hispano-argentina. – Hemos recibido un himno original del poeta bonaerense D. Hipólito G. de Andoain, en el que se canta en inspiradas estrofas la fraternidad entre argentinos y españoles. El himno ha sido dedicado al Excmo. señor Presidente de la República Argentina y á S. M. la Reina Regente de España.



Exposición Universal de París. – Palacio de los hilos, tejidos y trajes

Versos, por *P. Sañudo Autrán.* – Nuestro distinguido colaborador Sr. Sañudo Autrán ha publicado un tomo de inspiradas poesías de diversos géneros, entre las cuales, sin embargo, predominan las que traducen impresiones subjetivas, hondamente sentidas y revestidas de bellísima forma. El libro, impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró, lleva un retrato del autor y se vende á dos pesetas.

En la brecha, por *Francisco Barado.* – Formando parte de la Colección Diamante, que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, se ha publicado una colección de bellísimas narraciones, cuyo mejor elogio está en el nombre de su autor, el reputado escritor Sr. Barado, tan ventajosamente conocido en el mundo de las letras. Diez y siete son las que contiene el libro, y no vacilamos en afirmar que son todas á cual más interesante desde el punto de vista novelesco y á cual más bella en lo que al estilo se refiere. Véndese á dos reales.

Para ser buen arriero..., por *José María de Pereda.* – Como todas las narraciones de D. José María de Pereda, *Para ser buen arriero...* es una verdadera joya literaria, y esto que decimos no necesita demostración, porque harto sabe el público que cuanto sale de la pluma del ilustre novelista santanderino es oro puro y de la mejor ley. Prescindiendo, pues, de la obra, diremos únicamente que las condiciones materiales en que la presenta la Biblioteca Mignon, que con tanto acierto y éxito dirige en Madrid don B. Rodríguez Serra, son inmejorables, pues aparte de la elegante impresión en papel superior, contiene varias ilustraciones del eminente dibujante Apeles Mestres. ¿Cabe hacer de los dibujos mayor elogio que citar el nombre del autor? *Para ser buen arriero...* se vende á 75 céntimos...

Joco-seria de poemas cortos, fábulas y epigramas, por *Ignacio de Genover y de Balle.* – Contiene este tomo varias poesías de diversos géneros, como su título indica, y un estudio sobre el humorismo. En unas y otro demuestra el Sr. Genover buenas disposiciones para esta clase de trabajos. Editado en Barcelona por D. Antonio López, véndese el libro á 1'50 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *El Mundo Latino,* quincenario precursor del gran diario intercontinental del mismo nombre que se ha de publicar en Barcelona; *Revista Contemporánea,* quincenal madrileña; *España Artística,* semanario ilustrado madrileño.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 6 de agosto de 1900 — Núm. 971



S. M. el rey Humberto I de Italia, asesinado en Monza en la noche del 29 de julio último (de fotografía)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIAJES. – CHINITOS. – EL CALOR. – ECHEGARAY

La vida contemporánea, es hacer la maleta é irse por esos mundos... Los periódicos no hablan sino de expediciones; no hay quien en estos momentos no se dirija aquí ó acullá, adentro ó afuera, según sus aficiones, gustos y necesidades. Los unos se van á las playas, donde se respira anchamente la brisa salitrosa; los otros prefieren los aires fríos y puros de la sierra; éstos se lanzan á arrostrar los precios exorbitantes de la Exposición, contemplando allí todas las maravillas que pregonan los diarios; aquéllos, más cautos ó ahorrones, se encierran en sus casas, abrazados á la jarra del agua fresca, y aguardan á que pase el sofocón que nos abruma.

Y entretanto, la prensa, á falta de asuntos más substanciales, trae y lleva el de las *traíñas ó cerco de jareta*, acerca del cual, gallega como soy, no tengo opinión alguna, pues los pareceres andan discordes, y si para algunos la trainera es la destrucción de la pesca, para otros es la vida y el sustento de los pobres. No es posible, lo repito, entender esta cuestión no siendo de oficio sardinero, fomentador ó un nuevo Cornide, tan inteligente en piscicultura. La verdad es que nos devanaríamos los sesos y andaríamos preocupadísimos siempre, á no resignarnos de antemano á que son infinitas las discusiones en que no podríamos echar nuestro parecer en la balanza.

Obscuro también, entre los más obscuros, es ese problema chino de tan palpitante actualidad. Si un pueblo fantástico, que apenas miramos sino como tema ornamental de telas, abanicos, porcelanas, biombos y cajas de laca, se aparece pretendiendo influir en la vida de los blancos europeos, ó segregarse de ellos alzando, en el terreno moral, otra muralla como aquella que se extendía desde el golfo de Liao-Tung ó mar Amarillo, hasta la extremidad occidental de la provincia del Chen si, en un espacio de quinientas á seiscientas leguas, el caso merece pensarse. La muralla da idea de la insensatez china, del delirio manso y tenaz de esas cabezas de calabacín con rabos de ratón. El emperador que fundó la celebre muralla se llamaba Tsin-chi-hoang-ti, y de él habría mucho que decir; no pasó inadvertido para la historia. Fué el gran enemigo de los literatos, y se apoyó en los militares. Reinaba unos doscientos diez y nueve años antes de la Era cristiana, pues este singular pueblo chino posee las instituciones más antiguas del mundo. Los literatos, empeñados en servir de algo, dirigían acertadas observaciones al Hijo del Cielo; pero él los mandaba... á estudiar, previniéndoles que ya les avisaría cuando necesitase sus consejos y advertencias. Después este emperador, atento á las soluciones prácticas, hizo que le llevasen en un palanquín al convento de bonzos situado en la cima de una montaña, para buscar allí el elixir de la inmortalidad. Y entonces los literatos, convencidos de que tenían que habérselas con uno de esos reyes inquietos á quienes el soberano poder ofusca y ciega, de suerte que no reconocen valla ni freno á sus caprichos, le recordaron que el mando se acaba, que no son eternos los emperadores, y le recomendaron que imitase las hermosas acciones de los monarcas de las dinastías *Yu* y *Tcheu*. Y el soberano, cansado de encontrar en los literatos un límite á su absoluto poder, ordenó una quema general de libros, devastación más terrible y pérdida mayor que la de Omar. Sólo Dios sabe qué preciosos documentos y datos para la historia perecieron en tan bárbaro auto de fe, tratándose como se trataba de un pueblo que tenía anales escritos miles de años antes del nacimiento de Cristo. Poco después, cuatrocientos sesenta literatos que no habían querido expresarse en sentido favorable á la conducta del emperador, fueron ejecutados con los refinamientos de crueldad habituales en China.

Este Nerón sinense es el autor de la gran muralla. Su carácter emprendedor, su orgullo, su deseo de aislarse del resto del mundo y de conservar á China – contra las doctrinas de Confucio – en estado de eterna ignorancia, madre de la sumisión incondicional, le sugirieron el proyecto. Casi siempre estos déspotas locos han dejado rastro de su paso por el trono en construcciones extraordinarias, por nadie pensadas ni discurridas. Tsin-chi-hoang-ti, entre otras ocurrencias, tuvo la de copiar en el suelo, con palacios, ciudades y aldeas, las constelaciones del cielo, la Vía Láctea. En cuanto á la muralla, cuyo diseño total debemos á los misioneros, es obra tan desmesurada, que con los materiales en ella empleados podría construirse un muro de seis pies de altura y dos de espesor, que diese dos veces la vuelta al mundo. Guarnecía esta muralla-fortaleza un millón de soldados, y no bastó para impedir la invasión tártara; como no basta jamás un obstáculo material para evitar un suceso que está en la conciencia de la historia. Por eso la muralla de la China será siempre emblema del afán con que el pueblo sinense procura separarse del resto de la humanidad, y archivar á todo trance sus antiguas instituciones, leyes, costumbres y usanzas.

¿Es un bien, es un mal ese sentimiento tenacísimo que apega á los pueblos á su ser moral y les obliga á seguir siendo lo que una vez fueron? ¿Es salud, es enfermedad? Nadie podría resolver de plano estas preguntas, sin vacilación, sin convertir la mirada hacia sí mismo, hacia la patria donde nació y en la cual mil detalles podrían recordarle las tenacidades del tradicionalismo en el Celeste Imperio.

Porque, á no dudarlo, esta arremetida de los chinitos contra los extranjeros es un caso de tradicionalismo. China es tradicionalista como ningún pueblo del orbe lo ha sido ni lo será. Y China – pueblo de cuya existencia solemos olvidarnos – es el más antiguo y el más vasto imperio de la tierra. Su civilización se remonta á edades en las cuales Europa se encontraba cubierta de selvas é infestada de *ureus* y renos; y su civilización alboreó, creció y se desarrolló dentro de su mismo territorio, sin que ni el comercio ni la conquista le trajesen elementos de fuera para dirigirla ó modificarla. Ni aun la introducción de una creencia tan extendida como el budismo influyó en la cultura china; estaba del todo formada cuando recibió las doctrinas de *Fo* ó Sakiamuni.

La propia configuración de China la condena al aislamiento. Es una inmensa meseta salpicada de montañas, separadas del resto del universo por mares, cordilleras y desiertos. Rica y fértil, bastándose á sí propia, China aborrece al extranjero porque no le necesita. La solidaridad humana – sentimiento muy *escrito*, pero muy poco real – ha nacido quizás de la imperiosa ley del cambio; del comercio. En la prodigiosa extensión de China conócense todos los climas, desde los polares á los tórridos; y este país, variadísimo y de terruño profundo y rico, está cubierto de densa población. En su territorio nacen el oro y el hierro, y también se conocen, ¡producción extraña!, pozos de fuego líquido, como los hay de agua en nuestras regiones.

Ante ese pueblo arraigado, solariego en el globo, nosotros somos unos *parvenus*, unos señores de ayer acá. Nuestras historias más viejas parecen recientísimas al lado de esos anales de cuatro mil años antes de nuestra era. A esa fecha se remontan los caracteres, los dificilísimos caracteres de la escritura china. Y aun antes de esa fecha, la China aparece ya mandada y regida por un emperador.

Ved el tradicionalismo chino. Nunca se conoció allí otra forma de gobierno sino el imperio. Grecia, Roma, tienen repúblicas, cónsules, tribunos, tiranos, césares; los hebreos, jueces, reyes, tetrarcas; los chinos, desde hace sesenta siglos, vienen sujetos á un emperador. Todo lo bueno que se hace, todo lo útil que se inventa, á los emperadores se atribuye. El uno idea la guitarra, redacta el calendario, profesa, como Orfeo, la música; el otro construye el primer arado, enseña al pueblo á sembrar el trigo, escribe el primer libro sobre arte militar, instituye la medicina. ¡Extraña tierra! Yo confieso que de todas las cosas raras de China, la que más me preocupa es el *dragón*. ¿De dónde se origina ese culto y veneración por el dragón? ¿Qué es el dragón? ¿Existe siquiera algo que se parezca á ese fabuloso animal, viviente en la fantasía de todos los pueblos antiguos, que para nosotros simbolizó el mal, y para los chinos el bien, el honor, lo más sagrado de la tierra? Fu-hi, el emperador mítico, el Moisés chino, dijo que había visto sus leyes escritas en el dorso de un dragón. Desde entonces, el dragón es el numen de China.

Desde fuera, es muy fácil reirse de esta civilización tantas veces secular y de esta raza amarilla, pedantesca y pueril, que toda se vuelve máximas y sentencias morales; pero yo comprendo el fanatismo tradicionalista de los chinos: su organización es sólida, y su aislamiento, su *muralla*, una fuerza más. Poseen un gobierno paternal y una administración barata. Su arte, aunque amanerado, es delicado y exquisito De lo que sucede hoy allí, nada sabemos á ciencia cierta. Se oyen cosas novelescas, dramáticas, pero no se confirman. Ignoramos por qué va á encenderse acaso la guerra universal. No estamos seguros de que los diplomáticos hayan sido asesinados con lujo de horribles detalles. Todavía puede suceder que resuciten, que se aparezcan sanos y buenos, rodeados de toda su familia, de la cual refiérese que han hecho una hecatombe antes de sucumbir. Puede ser que de esta falsa alarma resulte àsegurado y protegido en China el cristianismo, única religión con la cual se han mostrado intolerantes esos tranquilos racionalistas que admitieron sin oposición el budismo, á título de religión sencilla, para el pueblo.

El calor es otro tema de actualidad. En Madrid el termómetro marca 41 grados á la sombra: una temperatura propiamente senegaliana. En Londres, en París, en Nueva York, se muere de insolación la gente; y sin embargo, no se ha pasado de 37 allí. Y al leer estos datos aterradores en la prensa, me siento penetrada de reconocimiento profundo hacia Galicia, la fresquísima región donde el calor es un nombre vano, donde nunca falta la deliciosa brisa de montaña ó de mar, donde no se ha registrado una defunción por calor desde que el mundo es mundo, y donde, como estos últimos quince días, suave velo de grises nubes mitiga el ardor del sol, y refresca la atmósfera, al anochecer, fina *brétema* húmeda, bienhechora de los pulmones.

Seguramente Galicia es el país más fresco de España en verano y el más templado en invierno. En la provincia de Pontevedra el termómetro no oscila más de lo que oscila, por ejemplo, en Alicante. Aquí se desconoce la nieve y se ignora el excesivo ardor del sol. Una eterna primavera, gracias á la cual las camelias y las begonias florecen al aire libre y las rosas dan doble cosecha, en mayo y en noviembre.

El calor de este año en Europa debe de ser diferente del que en otras épocas se ha padecido, puesto que se discute, entre los sabios, si hace tanto calor en el Congo, y si llegó jamás á este extremo en París y Londres. Y de la discusión ha resultado que, en efecto, sólo dos veces durante este siglo se sintió igual calor, y que en el Congo hace menos, sólo que lo hace más tiempo seguido. Pero consolémonos: los mismos sabios vaticinan que todavía nos queda un mes de sufrir las caricias del sol canicular, y que, si el calor se aplaca, se desarrollarán tormentas violentísimas.

En casos como el presente, debían modificarse los trajes, y admitirse el escote en la calle, y suprimirse el atroz cuello almidonado que padecen los hombres. He aquí por qué el calor en el Congo no es tan insufrible como aquí. Los congoleses van ligeros de ropa, se bañan en los ríos cuatro ó seis veces al día, comen vegetales, y así sobrellevan bien los rigores del estío. No sabemos que en el Congo se caigan muertas las personas como en los Estados Unidos y Francia.

Una obra de Echegaray, *El loco Dios*, nos viene de fuera, y por ello excita doble interés en nuestro público. Lo que se estrena en París reviste aquí cierto carácter de novedad extraña, más graciosa é interesante que si hubiese nacido en la escena española. Veo que en Barcelona se han dividido las opiniones, y que unos aplaudieron con entusiasmo lo que otros recibieron con desagrado ostensible. Asimismo veo que el primer acto gustó sin discusión alguna. Es ya achaque antiguo este en el teatro de Echegaray. Si los últimos actos correspondiesen á los primeros, no habría existido otro dramaturgo de más alto vuelo y de concepción más atrevida y maravillosa que el ilustre autor de *El gran Galeoto*.

No conozco su última producción, pero ya sé que en ella habrá la marca, la garra, el sello especial de este autor que posee tantos dones, y á quien sólo faltaría (¿pero acaso es compatible con su modo de ser?) acercarse á la realidad para recibir de ella el agua de vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Los grabados que en el presente número publicamos completan la serie de vistas de los principales edificios de la Exposición; de ellos hemos descrito ya el Viejo París, en los números 953, 955 y 957; el palacio de Hilos, tejidos y trajes y el de la Ingeniería civil, en el 970, y el de Minas y Metalurgia, en el 969; por consiguiente, omitiremos toda explicación acerca de ellos y nos limitaremos á dar una descripción de los que no han sido objeto de anteriores explicaciones.

El palacio de Austria-Hungría, de líneas sencillas, produce un efecto imponente y gracioso, merced á la disposición de sus cuatro fachadas de dos pisos, flanqueadas por pabellones salientes y coronadas por una gran cúpula: es la reconstrucción de un hermoso palacio de estilo barroco, que tan en boga estuvo en Austria en el siglo XVIII.

El coronamiento de este edificio lo constituye un ático, sobre el cual se ven trofeos guerreros, cascos, etc.; cada fachada presenta tres anchos vanos; varias pilastras se elevan desde la planta baja hasta el borde del tejado, y el monumento descansa sobre una terraza sostenida por una serie de arcadas.

Además de este palacio, tiene Austria otros dos palacios destinados exclusivamente á Hungría y á Bosnia-Herzegovina, de los que nos ocupamos en el número 961.

El palacio del Traje se alza en el Campo de Marte en sentido perpendicular al Sena. Su decorado es elegantísimo, pues las líneas arquitecturales de la fachada están adornadas con jardineras y cestas con plantas naturales. En el interior se ve una interesantísima exposición cronológica del traje, representada por figuras de cera hábilmente ejecutadas que reproducen la historia del vestido desde la época egipcia y romana hasta nuestros días.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de Austria Hungría

El palacio de la Optica, que se halla situado al pie de la torre Eiffel, ocupa una superficie de 8.500 metros cuadrados. Su entrada ábrese delante del pequeño lago que se extiende al Oeste de aquella torre y está coronada por una gran semicúpula rodeada de una especie de encaje decorativo, en donde figuran los doce signos del Zodíaco.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Vista panorámica del Viejo París

En el interior, la primera sala que se encuentra es la del siderostato, maravilla de construcción que contiene el espejo de cuatro toneladas en el cual se reflejan los astros. Sigue luego la galería del telescopio, orientada de Norte á Sur, que tiene 65 metros de longitud por 9'50 de anchura: en el centro de la misma está colocado el tubo del gran anteojo sostenido de nueve en nueve metros por columnas. Al final está la gran sala de proyecciones, de 33 metros de largo por 25 de ancho, rodeada de galerías dispuestas de modo que en ellas puedan colocarse 3.200 personas.

El principal atractivo de este palacio es indudablemente la proyección de la luna y de los astros con un aumento no alcanzado hasta ahora; aparte de esto, hay en las otras salas multitud de curiosidades ópticas que justifican plenamente el nombre del palacio que las contiene.

En el número 953 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al ocuparnos de la construcción de la Aldea suiza, decíamos que ésta constituiría sin duda uno de los espectáculos más curiosos de la Exposición. Así ha sido en efecto: la Aldea suiza no es simplemente un pueblecillo con calles bordeadas de elegantes construcciones, cuyos modelos han sido tomados de las varias regiones helvéticas y en las cuales los habitantes del país se dedican á sus variadas industrias, sino que es una verdadera Suiza en miniatura, reconstitución tan fiel como pintoresca de las bellezas naturales y de los chalets típicos de aquel hermoso país.

Aunque la altura del circo de montaña que forma el horizonte oscila entre 20 y 40 metros solamente, las proporciones de sus menores detalles están tan admirablemente establecidas, que con sus verdes y ondulosas praderas, con sus bosques de abetos, sus precipicios y sus murallas de rocas produce una ilusión completa que impresiona profundamente al visitante.

De los flancos de las montañas, cubiertas de una vegetación realmente alpestre, brota una cascada de 30 metros de altura, cuyas aguas, al chocar contra los peñascos, se pulverizan, refrescan la atmósfera y forman un pintoresco arroyo que atraviesa la aldea. Esta cascada, por la que cae diariamente un caudal de cuatro millones de litros de agua, es uno de los *clous* de la Aldea suiza.

El palacio de la Horticultura, como el de la Agricultura, son dos magníficos invernaderos muy amplios, muy altos, perfectamente decorados y de un aspecto elegante y majestuoso, que contienen los objetos siguientes: material y procedimientos de la horticultura y de la agricultura; aperos del jardinero y del arbolista; aparatos y objetos para la ornamentación de los jardines; invernaderos y sus accesorios; acuariums para plantas acuáticas; planos, dibujos, modelos, libros, cuadros, etc., referentes á la arquitectura de los jardines; hortalizas, árboles frutales y frutas; árboles, arbustos, plantas y flores de adorno; plantas de invernadero, y granos, semillas y plantones de la horticultura y de los viveros.

Los terrenos del Trocadero están reservados á las colonias francesas, á las de las demás naciones y á los países exóticos; así es que para que Rusia pudiera levantar en él su palacio, que por su grandiosidad excepcional hubiera perjudicado á los demás edificios de la calle de las Naciones, por lo cual pidió el imperio moscovita un sitio aparte, se ha recurrido al expediente de dar á aquella construcción el nombre de palacio del Asia rusa, quedando con ello perfectamente á salvo las apariencias. Mas no obstante su denominación, el palacio del Asia rusa, que los rusos llaman «palacio de los confines del Imperio,» contiene todo lo referente al imperio entero.

Exteriormente el palacio es de estilo ruso antiguo y está formado por una aglomeración de torres de diversas alturas, coronadas por campanarios cuadrados y doradas águilas de dos cabezas y enlazadas por

almenadas murallas. El conjunto recuerda el Kremlín de Moscou, pero el arquitecto M. Meltzer se ha inspirado en la acrópolis moscovita sin copiarla: el Kremlín del Trocadero es una variación sobre el tema bizantino del de aquella capital; no es una ciudad rusa determinada, sino una síntesis de la ciudad rusa.



Exposición Universal de París. – Palacio de los hilos, tejidos y trajes

Los rusos no han pretendido con esta construcción dar una imagen de su civilización moderna; así es que el visitante que en su recinto penetra se cree transportado á los confines del imperio, y á su admiración se ofrecen todas las maravillas del Oriente y del Septentrión. Entre los detalles más notables de esta magnífica instalación figuran: la aldea rusa, construída según el plan y bajo la dirección del famoso pintor ruso Constantino Korovine, que contiene la interesante exposición de la pequeña industria rusa patrocinada por la gran duquesa Sergio; la habitación de los boyardos del siglo XVII, en donde hay expuestos infinidad de preciosos trajes, bordados y encajes; la sala del Asia Central, llena de suntuosos objetos, con bellísimos *panneaux* decorativos de Korovine y el incomparable tesoro del emir de Bukhara; la exposición de la Sociedad de las Nutrias, en la que se admiran las más hermosas pieles del Norte, y la sala del extremo Norte, en donde se ha reunido todo lo referente á las regiones polares.

El palacio de la Educación y Enseñanza, Letras, Ciencias y Artes, se levanta en el ala derecha del Campo de Marte: su fachada es de una arquitectura puramente de fantasía, inspirada en los estilos de todas las épocas, griega, gótica, renacimiento, barroco y moderno. Sus balcones salientes, con adornos calados y adornados con figuras de mujeres que descansan sobre consolas, hacen pensar en los balcones de un teatro. La entrada principal, que hace frente al palacio de la Optica, alza su inmenso pórtico, cuyo arco está formado por segmentos reunidos que le dan el aspecto de una gigantesca concha marina.

Los altos relieves, los mascarones, los calados del techo, la doble cúpula que á derecha é izquierda flanquea aquel portal, hecha con brillantes mosaicos y perforada con múltiples rosetones, completan el aspecto de riqueza y de originalidad del conjunto.

En este palacio se expone todo lo referente á enseñanza de párvulos, primaria y de los adultos; enseñanza secundaria, clásica, moderna y femenina; enseñanza superior, instituciones científicas, enseñanza especial artística, instituciones diversas y establecimientos para la enseñanza de las artes del dibujo y de la música; enseñanza especial agrícola; enseñanza especial industrial y comercial; tipografía, impresiones diversas, fotografía, librería, ediciones musicales, encuadernación, periódicos, carteles, mapas y aparatos de geografía y cosmografía, topografía, instrumentos de precisión, monedas y medallas, medicina y cirugía, instrumentos músicos y material de arte teatral.



Exposición Universal de París. – Palacio de la educación y enseñanza, letras, ciencias, artes

La serie de construcciones que constituyen el llamado palacio de las Industrias Extranjeras se extiende en el ala derecha de la Explanada de los Inválidos. En este edificio, cuyo estilo es análogo al del palacio de las Manufacturas nacionales que describimos en el número 968, tienen sus instalaciones especiales Bélgica, Rusia, los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Dinamarca, Hungría, Austria, el Japón, Suecia, España, Noruega y los Países Bajos, cuyas instalaciones rivalizan entre sí en magnificencia y originalidad. – X.

EL AMOR QUE PASA Y EL AMOR QUE QUEDA

A Narciso Oller.

I

«¿Pero acaso durante nuestra vida no sufrimos más que gozamos? ¿Por qué, pues, ha de reproducirse la especie humana?»

Este era el final de un artículo que yo acababa de leer.

Confieso ingenuamente que el autor del artículo me convenció de que nuestros padres hicieron una picardía al ponernos en el mundo y de que éste había de terminar en la presente generación.

Dejé el periódico, bien persuadido de que sabía algo nuevo y algo que ignoraban los demás.

Era tarde, había fumado mucho y tenía necesidad de salir. El humo del cigarro había viciado la atmósfera de tal modo que me produjo dolor de cabeza. Cogí el sombrero y me dirigí á la calle. ¡Qué contraste! A dos pasos de un libro que proclamaba el aniquilamiento de la sociedad, estaba el ambiente fresco y puro. El sol brillaba esplendorosamente, dorando los árboles, la calle, todo lo que yo veía en derredor mío. Pasaba y traspasaba la gente, tranquila, satisfecha, con la ropa de los domingos, pulcramente afeitados los hombres, peinadas y relamidas las mujeres. En todas las familias se observaba lo mismo. Marido y mujer hablando en voz baja como dos novios.



Exposición Universal de París. – Palacio del traje

A la derecha, una hija ya talludita luciendo gallardamente el traje recién traído de casa de la modista. Delante, los chiquillos, sonrosados, también vestidos de nuevo, hablando en voz alta, alegres, mirando á todas partes, observándolo todo.

Por otra parte, grupos de jóvenes bien vestidos, con la ropa que marcaba todavía las huellas de la doblez, fumando el indispensable cigarro de á diez céntimos y casi gritando, como queriendo expresar con gritos la alegría que sentían.

Alternaban en el paseo no pocos grupos de Romeos y Julietas, representadas éstas por sirvientas con pretensiones de señoras, y aquéllos por artilleros, mozos de almacén, etc., etc.

Y el sol espléndido, el cielo azul, transparente, límpido...

Concluían de animar el cuadro los coches de lujo y los de alquiler, los tranvías repletos, con su ir y venir, el chasquido de los látigos, los sonidos agudos del pito, el murmullo de la gente alegre y tranquila que espera el día de fiesta para echarse á la calle. También podía verse á algún buen mozo frente á un balcón con la cabeza hacia atrás como si esperase la caída de algo hermoso..., más, divino. Después, despedíase con la mano y con el alma toda, exclamando: «Adiós, reina.»

Era Abelardo que se alejaba de su Eloísa.

Y aquel espectáculo podía verse un día y otro. Se había visto, se vería en lo sucesivo. ¿Por qué no? Era la parte de sociedad que vive, que goza, que no debe aniquilarse porque tiene derecho á la vida.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de la Ingeniería Civil y de los Medios de transporte

¿Y el final del artículo?

Perdona, lector. Se me olvidaba. Después de ver el cuadro que he descrito, supuse que el autor del artículo había hecho sus observaciones á través de unos lentes negros.

II

Llegué al muelle, y con esto basta para decirte que me encontraba en una población marítima. Las olas arribaban á la playa, despacio, humildemente, como el esclavo que va á recibir órdenes de su señor. Volvíanse, llegaban otra vez, siempre mansas y resignadas.

Delante de mí, marchan pausadamente dos jóvenes. Él gasta sombrero hongo, traje de americana, camisa de cuello vuelto y botas de fábrica. Todo nuevo, recién hecho, pero de dos modas atrasadas lo menos. Luce un bastón grueso y ordinario, y fuma un gran cigarro. Ella vestida de negro, con traje de criada elegante; lleva descubierta la cabeza, que luce peinada y rizada con mucho esmero.

El aparece indiferente, mientras ella le mira y sonríe como quien conoce el deber que tiene de agradar.

Luego se suben á un bote; al bote de Juan.

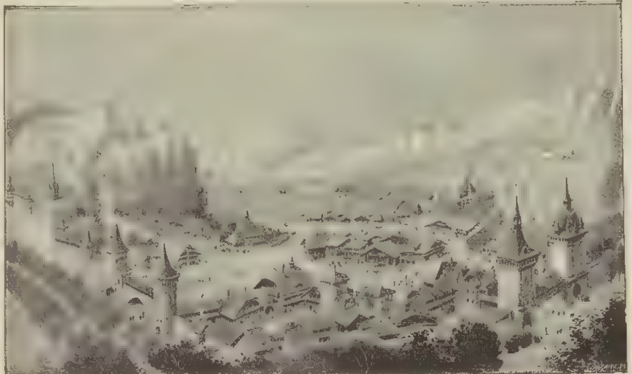
– Señorito, me dice Juan, ¿se viene usted? Que hoy está el mar muy bueno y convida á dar un paseo en barca.

– Ea, vamos.

Algunos momentos después, el bote se balanceaba como sintiéndose orgulloso de sostener aquella carga, la carga del amor. Partió el bote y empezó el idilio. Los ojos, los labios, las actitudes, los movimientos de aquellos amantes, estaban animados por el amor.

Caía la tarde. El cielo muy azul y muy límpido. Las aguas iban y venían mansamente. Parecía que la naturaleza quería exclamar: «Callad, que no se distraigan.»

Y gozando yo ante el idilio de los dos jóvenes, noté que paraba el bote. Y vi al pobre Juan con la cabeza apoyada en el pecho, pálido y enjugándose las lágrimas.



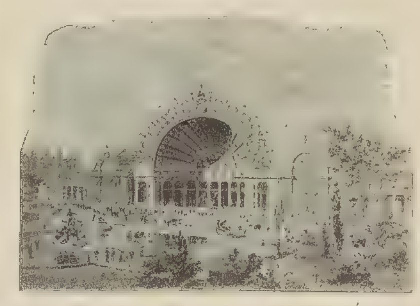
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – La aldea suiza

Era Juan un muchacho joven, no muy alto y ancho de espaldas. Vestía con la ropa azul, propia de los boteros; iba sucio, con la camisa sin botón en el cuello, dejando ver la parte superior del pecho, rojizo y tostado por el sol. Pertenecía Juan al número de esos hombres que al verles exclamamos: «Es un buenazo, un infelizote.» En efecto, Juan llevaba pintada la hombría de bien en la cara.

El botero contestó á mi pregunta:

– Señorito, no sé lo que me pasa cuando veo á hombres tan felices. Esa mujer me ha hecho pensar en la mía, en la que se me murió. Al ver á un matrimonio joven así, queriéndose tanto, me da un salto el corazón y me entra frío y siento un malestar como si la cabeza quisiera caérseme. Pienso en mi Teresa, la mía, la que se me murió. ¡He llorado más!.. Hay veces quetodo me da miedo, sobre todo por las noches. Las casas me parecen de cementerio y las luces cirios de muertos y las sombras fantasmas.

Y hablando así, el pobre Juan empezaba á palidecer.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio de la Óptica

– ¿No se encuentra usted bien, Juan?

– No sé lo que me pasa, respondió tristemente.

Cogí los remos, mientras él, con la cabeza entre las manos, sollozaba temiendo llorar fuertemente...

. . . .

Cuando regresamos al muelle, salieron del bote los dos amantes y se alejaron poco á poco.

– Dígame usted, Juan; ¿se ha mareado usted?

Luego añadió casi llorando:

– ¡Qué solo y qué desamparado estoy, señorito!

III

Lo digo con franqueza: no he vuelto á acordarme de los dos amantes que vi aquella tarde, porque al fin su amor puede terminar muy pronto. En cambio me acuerdo muchas veces del amor de Juan, del amor que queda, de ese amor ignorado que hace exclamar: «¡Qué solo y qué desamparado estoy!

F. GIRALDOS ALBESA.

AMORES IBICENCOS

A D. Bartolomé Ramón Capmany

– No insistas, Francolí... Eso tiene que acabar, y por mi alma te juro que acabará pronto.

– Querido Juan, soy tu mejor amigo y tengo derecho á aconsejarte...

– Te agradezco el consejo, pero es inútil. Si los padres de María persisten en casarla con Franc, solamente porque es rico, y Franc continúa pretendiéndola, sabiendo que ella no le ama, uno de los dos sobra en el mundo.

– ¡Qué obcecación! ¿No ves que por ese camino es imposible que llegues á obtener la mano de María?

– Se me interpone un obstáculo y es preciso que desaparezca.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Pabellón de la Horticultura



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – Palacio del Asia Rusa. Vista general

– ¿Y si en vez de allanar ese obstáculo, te creas otro insuperable?

– ¡No! Franc morirá á mis manos.

– Y aunque en él vengues los agravios de otros, y aunque aplaques tus terribles celos tendiéndole á tus pies, ¿qué habrás conseguido? Al feroz placer de la venganza, sucederá pronto el dolor de la separación, el tormento de una larga ausencia...

– ¡Quién sabe!..

– Tú eres honrado y leal, incapaz de consentir que ningún inocente sufra persecución por tu causa...

– ¡Eso nunca!

– No querrás pasar por cobarde huyendo de la justicia...

– ¡Cobarde yo!.. Si doy muerte á Franc, haré lo que hacen en Ibiza los hombres de corazón; yo mismo iré á decirle al juez: «Vengo á que me prendan; acabo de matar á un rival.»

– Y te prenderán, y te juzgarán, y te llevarán á presidio, y durante largos años sufrirás lo indecible, lejos de María, lejos de tu patria, privado de todo lo que más amas en el mundo.

– Yo no quiero herir á Franc á traición; quiero retarlo en lucha abierta; quiero matarlo frente á frente.

– Sí. Podrás alegar que lo mataste en propia defensa, ya que junto al cadáver han de hallarse la cuchilla y pistolas que todos llevamos; pero así y todo, resultará que la provocación y el ataque han venido de tu parte, y no te librarás de una condena.

– Todo eso es verdad, Francolí; pero ¿quieres tú que por miedo á la justicia me deje robar el tesoro que más estimo, el alma de mi alma, el único objeto de mi felicidad? ¡Nunca! Podré ir á presidio, pero al menos tendré la seguridad de que María no será vendida á mi rival. Sufriré el tormento de la ausencia, pero viviré con la dulce esperanza de que la mujer que adoro me será fiel, y de que á mi vuelta nos casaremos. Apocado, me tendría lástima; cobarde, me aborrecería; justiciero, respetará mi memoria. El ir á presidio es degradante para el que roba, no para el que mata á un hombre frente á frente.

– Sí, pero no por eso es menos espantoso el sufrimiento que causa el verse privado de la libertad, de la familia, de la patria. En la horrible estrechez de un calabozo, cada día es una eternidad. Y al pensar en los seres queridos, que eran el complemento de nuestra vida, y en las montañas de esta hermosa tierra en que nuestra alma se abrió á todos los amores, y en ese mar inmenso en que aprendimos á ser valientes y libres, la esclavitud y el aislamiento resultan peores que la muerte.

– ¡Oh, calla! No hagas que cruce por mi mente una sola chispa de cobardía.

Como todos los isleños, los hijos de Ibiza tienen un amor apasionado á su *pequeña* patria. Todo el conjunto de lo que alcanza la vista, agrestes montañas, fértiles vegas, blancos caseríos medio ocultos entre follaje, molinos de viento, atalayas ruinosas, rectos caminos, espesos bosques, costas abruptas, islotes y playas, todo se achica en el centro de la llanura inmensa del mar. Doquiera se vuelven, los ojos alcanzan los confines de la tierra, y como el isleño tiene gran apego al suelo firme que fué su cuna, su amor patrio se concentra de tal modo, que no puede ausentarse de su *roqueta* sin sentir nostalgias que le llenan de tristeza el alma.

Francolí adivina la lucha de encontradas ideas que ha suscitado en la mente de Juan, y aprovecha este momento de vacilación para traerlo á mejor acuerdo.

– ¿No sería mejor que robases á María?, dice al celoso amante.

– ¡Robarla!..

– ¡Es tan natural y corriente en el país!..

– ¿Consentirá?

– Si te quiere, ¿por qué no?

– Me quiere, sí; estoy seguro.

– Pues concierta con ella el rapto el lunes próximo, que es día de chacota en la casa, por ser la fiesta de su padre. Yo hablaré á mis hermanas para que acompañen á María hasta el torrente. Allí las aguardamos Binifeni, tú y yo, y todos juntos la conducimos á casa de sus tíos de Balafi, donde puede quedar depositada. ¿Quedamos en eso?

Juan vacila un instante, y estrechando luego, en señal de asentimiento, la mano que le tiende Francolí, se despide diciendo con súbita resolución:

– ¡Hasta el lunes!

– Pues descuida; ya sé lo que me toca hacer.

Y nuestros interlocutores, que han departido sentados al pie de uno de los gigantescos algarrobos que enroscan sus raíces en las márgenes del torrente de Buscatell, en uno de los sitios más agrestes de la isla de Ibiza, salen de las sombras en que apenas se dibujaban sus siluetas, para recibir de frente un rayo de luna que se filtra por entre los nubarrones que flotan en el espacio.

Son dos mozos de regular estatura, cara afilada, color moreno, ojos negros y centellantes que dan á su mirada una expresión de energía salvaje.

Visten ambos su traje de fiesta, á la usanza de los campesinos ibicencos: pantalón ceñido, media de color, alpargata de cáñamo, pañuelo de lana floreado á guisa de faja, camisa bordada, chaquetilla corta de estambre, por cuyos cuello y solapas corre á modo de bufanda desembozada otro pañuelo de lana de vistosos colores; sombrero cordobés con cintillos galoneados, y al cinto, las armas de ordenanza, que son, cuando menos, un par de pistolas de grueso calibre y una cuchilla de ancha y afilada hoja, con mango de madera chapeado de cobre.

Los ibicencos tienen una forma propia de criminalidad, muy digna de estudio. Gozan de mala fama los payeses, por su costumbre de ventilar á cuchilladas ó á tiros sus diferencias; pero es de advertir que generalmente sólo delinquen por cuestiones de amoríos. Son generosos y hospitalarios; respetan al forastero, ofreciéndole franca y leal acogida; y si bien creen lícito y honroso vengar de un modo sangriento sus agravios, tienen por deshonrado á todo el que comete un robo. Su reputación, muy exagerada, de salvajismo, se debe á la forma sin ejemplo con que las mozas del campo eligen novio, á las *chacotas* ó cortejos donde se desarrolla el prólogo de tantos dramas cuyo desenlace tiene efecto en el campo santo ó en presidio.

Exposición Universal de París. – Palacio de Minas y Metalurgia. Pabellón de entrada

Las campesinos ibicencos viven diseminados en alquerías aisladas, y doquiera que haya una moza casadera, todos los jóvenes de la isla, desde el rico hacendado hasta el pobre jornalero, tienen derecho á cortejarla, sin que nadie, ni aun su familia, pueda oponerse á ello.

Los jueves y los domingos son los días clásicos de la *chacota*. Al caer de la tarde, la familia deja la faena y la hija se engalana para recibir en corte. Cubre cabeza y espaldas con pañuelos de colores chillones, ahueca campanudamente la falda con media docena de enaguas y refajos, ciñe al pie, que en casi todas las ibicencas es diminuto, finas alpargatas de pita; cubre su cuello con sartas de perlas, prende en sus orejas pendientes monumentales y anuda á la trenza de sus cabellos gran número de cintas que cuelgan entre otras prendidas en las espaldas.

Preparados todos para el solemne acto, se reunen en la casa diferentes familias y mozos que sin previa invitación tienen derecho á entrar, en virtud de una ley consuetudinaria que si no está escrita en ningún código, lo está en la conciencia y en la tradición.

La dueña de la casa presenta el tamboril á sus huéspedes, quienes por turno y después de hacerse rogar largo rato, acompañan á golpes acompasados y suaves alguna *glosa*, de ritmo monótono, aunque de asunto interesante. El *glosador* apoya el tamboril en la rodilla, el codo en el tamboril y la mejilla en la mano izquierda, dando la espalda al auditorio y cubriéndose casi enteramente el rostro con el pañuelo, á fin de concentrar mejor su pensamiento cuando improvisa y con el objeto de que su canto parezca un eco lejano y misterioso.

Después de un rato de baile, los amos convidan á buñuelos y aguardiente, y por último viene el cortejo, que á menudo ocasiona sangrientos dramas.

Así como en sociedad ninguna señorita puede negar un baile al caballero que lo solicita, sin faltar á las reglas de la buena crianza, así en el campo de Ibiza ninguna muchacha puede sustraerse al cortejo de cuantos mozos se le presenten, hasta que ha dado palabra de casamiento á uno de sus pretendientes.

* * *

Serían las diez de la noche de un lunes de octubre cuando la casa de los Binirrás se empezó á llenar de gente que acudía á la *chacota* con que se celebraban los días del jefe de la familia.

La casa está situada en la vertiente de una de las más altas montañas que forman la cordillera del Furnás.

Allí se han reunido payeses de todas clases; ancianos que, sentados en el patio de la alquería, departen entre sí, recordando los tiempos de su juventud; hombres que comentan las cosechas pasadas; mujeres que se cuentan sus asuntos domésticos; mozos y mozas cuyas risotadas revelan el estado alegre de sus ánimos. Los dueños de la casa atienden á unos y otros con la cortesía propia de esos labriegos cuando reciben á alguien en sus viviendas.

Todo parece respirar alegría y regocijo. Sólo se

puede observar una nota discordante en aquel bullicioso concierto.

Allá, delante de la fogata que chisporrotea en el hogar, se ve una joven de unos dieciocho años, muy engalanada con traje de seda y ricas joyas; una serie de collares de oro le cubre el pecho; cada bocamanga de la bordada camisa va cerrada por treinta y seis botones de oro. Mas todas estas preseas se ven eclipsadas por la radiante hermosura de la chica.

No me detendré en describir los rasgos de aquel rostro divino; figúrese el lector uno de esos tipos árabes que los hijos de Mahoma se prometen encontrar en su paraíso, una morena de tez mate y rasgados ojos negros, de mórbidas formas y actitudes y miradas provocativas.

Contra su costumbre, está esta noche meditabunda y triste. Diríase que anubla su frente algún extraño presentimiento.

– Ella, siempre tan alegre y cariñosa, ¿por qué se muestra ahora tan pensativa y cabizbaja?, se preguntaban los mozos del cortejo.

– Esta noche de general regocijo, pensaba ella, será de luto y desolación para algunos.

Poco duró su ensimismamiento, pues no tardaron sus amigas en arrancarla á sus fatídicas meditaciones.

– ¡María, María, ven acá, mujer, que todo el mundo aguarda!

Adelantóse la moza y empezó la fiesta.

Aunque uno de los primeros en llegar había sido Juan de Buscatell y por tanto le tocaba cortejar desde luego, cedió el turno á Franc de Berimusa, heredero de una de las más ricas familias del término de su nombre.

No dejó esto de llamar la atención de María, y hasta el mismo Franc hizo un movimiento de extrañeza. Sin embargo, éste acató la preferencia, y al pasar por delante de su rival, cruzó con él una mirada de odio profundo.

Siguió la fiesta sin ningún otro incidente extraordinario hasta la una de la madrugada, en que Juan de Buscatell fué á tomar asiento al lado de María.



CONFLICTO CHINO. – Militar mandarín

Tranquilo estaba Franc sabiendo el poco caso que de él hacían los padres de la muchacha, y lo mucho, en cambio, que deseaban emparentar con quien era dueño de tan gran patrimonio.

Sin embargo, al notar la satisfacción que fué dibujándose en el semblante de la amartelada pareja, entró en sospechas, que se acentuaron al ver que Juan se levantaba antes del tiempo acostumbrado. Salió de la casa, anduvo largo trecho pensativo y se detuvo en una encrucijada, donde se recostó en el tronco de un olivo.

Al poco rato se le acercaron apresuradamente dos de sus amigos.

– ¿No sabes lo que pasa?, le preguntó uno de ellos.

– No; ¿qué ocurre?

– María acaba de salir de su casa con las hermanas de Francolí.

Aquella noticia fué para Franc un tremendo golpe. Las más lúgubres ideas cruzaron por su mente. Iba á perder para siempre á María. ¡Oh! No podía ser. A todo trance era preciso interponer un charco de sangre entre el osado raptor y su ingrata prometida.

– En la revuelta del torrente la espera Juan con dos de sus compañeros, añadió el otro amigo de Franc.

– ¡Entonces, dijo éste con fiera resolución, seremos tres contra tres!

– ¡Vamos!, exclamaron á un tiempo sus dos camaradas.

Y los tres echaron á correr por un atajo, dispuestos á matar ó á morir por una causa que únicamente interesaba á uno de ellos.

Mientras tanto, al borde del torrente, mudos é inmóviles como estatuas, tres mozos estaban en acecho sobre una roca. De pronto, se dejaron sentir los pasos precipitados de tres hombres que al salir del bosque se hallaron en frente de aquellas mudas sombras. A pesar de los nubarrones que cubren la luna, los seis se han reconocido.

CONFLICTO CHINO. – SOLDADOS CHINOS ARMADOS Y EQUIPADOS Á LA MODERNA



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – PINTURAS EJECUTADAS POR EL CONOCIDO PINTOR JUAN LUNA EN EL CALABOZO DEL CUARTEL DE CABALLERÍA, EN DONDE ESTUVO ENCERRADO COMO SUPUESTO CÓMPLICE DE LA INSURRECCIÓN (de fotografía de M. Arias y Rodríguez. Prohibida su reproducción)



Partido interrumpido, cuadro de la Srta. Juliá Vilar (*Salón Robira*, Fernando VII)



EL PASO DEL TREN, cuadro de José Malhoa (Exposición Universal de París)

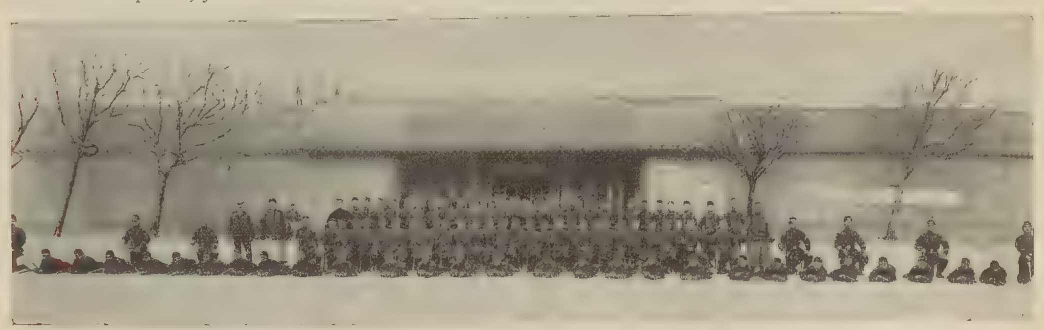
De un salto, los que esperaban se encaran con los que llegan. Ni una palabra se cruza entre ellos. ¿A qué explicarse? Todos saben á qué van. Rásgase una nube y brillan á la luz de la luna relucientes hojas de acero y miradas de odio.

Franc se adelanta el primero; Juan de Buscatell se abalanza contra él, asestándole tremenda cuchillada. Es la señal del combate.

Arrójanse unos sobre otros con fiereza, acribillándose á puñaladas, sin que el que cae profiera el más leve gemido. Ya uno solo queda en pie, cuando aparece María, acompañada de sus dos amigas.

Al ver tan horrible espectáculo, se escapa de sus labios un grito desgarrador. Loca, desesperada, se precipita en los brazos de Juan, que la recibe vacilante, desangrándose por sus numerosas heridas. La desdichada sólo llega á tiempo para recibir el último suspiro de su amante.

JUAN B. ENSEÑAT.



CONFLICTO CHINO. – Escuela Militar imperial de Tien-Tsin. Ejercicios prácticos de infantería

S. M. EL REY DE ITALIA HUMBERTO I

En la noche del domingo, 29 de julio último, fué asesinado villanamente en Monza, su residencia veraniega, el rey de Italia Humberto I. El bondadoso y popular monarca, que había aceptado con placer la invitación de la Sociedad de gimnasia *Forti et liberi* que había abierto un concurso provincial, asistió á la distribución de premios, habiendo sido recibido por las autoridades y por la población con muestras del mayor respeto y del cariño más sincero. A las once menos cuarto, Humberto, terminada la ceremonia, salió del edificio en donde ésta se había celebrado, acompañado únicamente de su ayudante y entre las aclamaciones de la multitud, y en el momento de subir al coche oyéronse cuatro tiros de revólver. El pueblo, presa de la mayor ansiedad, abalanzóse hacia el carruaje; pero éste partía al galope, mientras la muchedumbre furiosa se apoderaba del asesino, á quien llenó de imprecaciones y golpes y á quien habría linchado á no haber acudido precipitadamente la policía, que á duras penas pudo sustraerlo á las justas iras populares.

El rey había sido herido por tres proyectiles, uno de los cuales le atravesó el corazón. «No es nada,» dijo de pronto; pero á los pocos momentos había dejado de existir.

La noticia del infame asesinato ha causado impresión profundísima en todo el mundo, y la familia real y la nación italiana han recibido con este luctuoso motivo pruebas de afecto y adhesión de todos los pueblos y de todas las clases sociales. En Italia la consternación ha sido unánime y el país en masa llora la muerte de un soberano que con sus bondades había sabido captarse el amor, el respeto y las simpatías de todos sus súbditos.

La infeliz reina Margarita al ver el cadáver de Humberto exclamó: «Este es el crimen más grande que se ha cometido jamás. ¡Asesinar á mi esposo, que era buenísimo, que tanto cariño profesaba á su pueblo! ¿Cómo puede haber habido un malvado que lo haya matado?»

Estas palabras de la egregia viuda sintetizan los sentimientos de toda Italia, á cuyo duelo se asocia sinceramente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El rey Humberto, hijo del fundador de la unidad italiana Víctor Manuel y de la archiduquesa Adelaida de Austria, nació en Turín el día 14 de marzo de 1844.

En 22 de abril de 1868 contrajo matrimonio en Turín con la princesa Margarita de Saboya, que nació en 20 de noviembre de 1851. De este matrimonio ha nacido un hijo: el príncipe de Nápoles, Víctor Manuel, que nació en la capital del hoy principado en 11 de noviembre de 1869, y casó con la princesa Elena de Montenegro, nacida el 8 de enero de 1873 en Nápoles.

Educado el rey Humberto por su padre en la vida militar y política, formado en aquellas tenaces campañas que precedieron á la unidad italiana, el heredero de Víctor Manuel fué antes que nada un valiente soldado de su patria, que en muchas ocasiones demostró, al mismo tiempo que su bravura, notable pericia militar.

En 1859 figuraba al lado de su padre en la guerra de la independencia, y en la obra de la unidad de su patria tomó también no escasa parte, secundando los trabajos del rey Víctor Manuel y del general Garibaldi.

Iniciado también en los trabajos políticos desde edad muy temprana, el príncipe Humberto cooperó de manera especial á la reorganización de los reinos de Nápoles y Palermo. Más tarde, al ajustarse en 1866 la alianza entre Prusia é Italia, el príncipe Humberto fué encargado de explorar en París los propósitos del gobierno francés ante la eventualidad de la guerra con Austria.

Comenzada la lucha, el príncipe Humberto, con su hermano el príncipe Amadeo, que ocupó después por breve tiempo el trono de España, volvió al campo de batalla, y en Custozza y en otras operaciones militares realizó verdaderos actos de valor.

Educado el príncipe Humberto en las ideas liberales, mostró siempre un espíritu abierto á todas las ideas de progreso. A ello, como á sus actos de valor en la guerra, debió la popularidad de que gozaba.

Muerto el rey Víctor Manuel el 9 de enero de 1878, fué proclamado rey su hijo en el mismo día, con el nombre de Humberto I.

Humberto I fué un digno sucesor de aquel glorioso soberano.

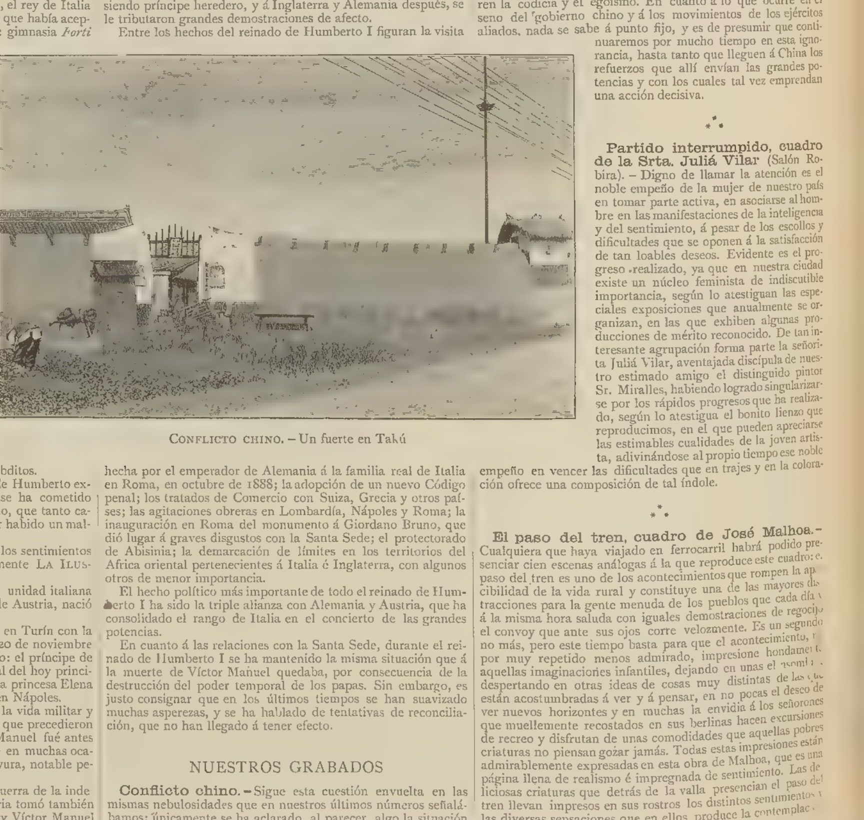
En 1878, cuando la agitación socialista era muy viva en la península italiana, el rey Humberto hizo un viaje á Nápoles, donde Passanante atentó contra su vida. Detenido el puñal del regicida por Cairoli, que iba en el mismo coche del monarca, éste no recibió más que una leve herida. Con motivo del atentado, todas las capitales italianas hicieron al rey Humberto grandes manifestaciones de cariño y simpatía.

Como en su país, el rey Humberto gozó grandes simpatías en todas las naciones de Europa. En las visitas hechas á Rusia siendo príncipe heredero, y á Inglaterra y Alemania después, se le tributaron grandes demostraciones de afecto.

Entre los hechos del reinado de Humberto I figuran la visita hecha por el emperador de Alemania á la familia real de Italia en Roma, en octubre de 1888; la adopción de un nuevo Código penal; los tratados de Comercio con Suiza, Grecia y otros países; las agitaciones obreras en Lombardía, Nápoles y Roma; la inauguración en Roma del monumento á Giordano Bruno, que dió lugar á graves disgustos con la Santa Sede; el protectorado de Abisinia; la demarcación de límites en los territorios del Africa oriental pertenecientes á Italia é Inglaterra, con algunos otros de menor importancia.

El hecho político más importante de todo el reinado de Humberto I ha sido la triple alianza con Alemania y Austria, que ha consolidado el rango de Italia en el concierto de las grandes potencias.

En cuanto á las relaciones con la Santa Sede, durante el reinado de Humberto I se ha mantenido la misma situación que á la muerte de Víctor Manuel quedaba, por consecuencia de la destrucción del poder temporal de los papas. Sin embargo, es justo consignar que en los últimos tiempos se han suavizado muchas asperezas, y se ha hablado de tentativas de reconciliación, que no han llegado á tener efecto.



CONFLICTO CHINO. – Un fuerte en Takú

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. – Sigue esta cuestión envuelta en las mismas nebulosidades que en nuestros últimos números señalábamos; únicamente se ha aclarado, al parecer, algo la situación de los diplomáticos extranjeros residentes en Pekín, los cuales, según se afirma, viven todavía, excepción hecha del ministro alemán, cuyo asesinato ha sido plenamente confirmado. Decimos *al parecer* porque tratándose del gobierno y de la diplomacia chinos, todo engaño es más que posible, y las noticias que por su conducto se reciben tienen el noventa y nueve por ciento de probabilidades de estar inspiradas en el dolo, en la mentira y en la mala fe, únicas cosas en que están realmente adelantados los gobernantes del Celeste Imperio. Una circunstancia, empero, hace verosímil la afirmación de que los representantes de las potencias están aún con vida, y es la conveniencia para aquel gobierno de conservar las personas de aquellos funcionarios como rehenes para imponerse, en la ocasión oportuna, á las naciones cuyos ejércitos amenazan Pekín. El procedimiento no será muy digno ni se ajustará á los preceptos del derecho internacional; pero ¡qué entienden los chinos de estas cosas! Ellos van á su avío, y todos los medios les parecen buenos si han de conducirles al fin que se proponen; y mientras las potencias les consientan tamañas *habilidades*, ellos harán bien en practicarlas; que tontos serían en abandonar un sistema con el cual les va tan ricamente. En el entretanto, continúan los asesinatos en masa de cristianos en varias provincias del imperio, y los virreyes de éstos no cesan de publicar edictos excitando al populacho á estas matanzas; y en el entretanto también las potencias que en China intervienen no acaban, ni es fácil que acaben nunca, de ponerse de acuerdo para poner término á un estado de cosas que es una de las varias vergüenzas que el siglo XIX transmite al siglo XX, y que, si Dios no lo remedia, legará éste á su heredero, mientras en las relaciones internacionales imperen la codicia y el egoísmo. En cuanto á lo que ocurre en el seno del gobierno chino y á los movimientos de los ejércitos aliados, nada se sabe á punto fijo, y es de presumir que continuaremos por mucho tiempo en esta ignorancia, hasta tanto que lleguen á China los refuerzos que allí envían las grandes potencias y con los cuales tal vez emprendan una acción decisiva.

* * *

Partido interrumpido, cuadro de la Srta. Juliá Vilar (Salón Robira). – Digno de llamar la atención es el noble empeño de la mujer de nuestro país en tomar parte activa, en asociarse al hombre en las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento, á pesar de los escollos y dificultades que se oponen á la satisfacción de tan loables deseos. Evidente es el progreso realizado, ya que en nuestra ciudad existe un núcleo feminista de indiscutible importancia, según lo atestiguan las especiales exposiciones que anualmente se organizan, en las que exhiben algunas producciones de mérito reconocido. De tan interesante agrupación forma parte la señorita Juliá Vilar, aventajada discípula de nuestro estimado amigo el distinguido pintor Sr. Miralles, habiendo logrado singularizarse por los rápidos progresos que ha realizado, según lo atestigua el bonito lienzo que reproducimos, en el que pueden apreciarse las estimables cualidades de la joven artista, adivinándose al propio tiempo ese noble empeño en vencer las dificultades que en trajes y en la coloración ofrece una composición de tal índole.

* * *

El paso del tren, cuadro de José Malhoa. – Cualquiera que haya viajado en ferrocarril habrá podido presenciar cien escenas análogas á la que reproduce este cuadro: el paso del tren es uno de los acontecimientos que rompen la apacibilidad de la vida rural y constituye una de las mayores distracciones para la gente menuda de los pueblos que cada día y á la misma hora saluda con iguales demostraciones de regocijo el convoy que ante sus ojos corre velozmente. Es un segundo no más, pero este tiempo basta para que el acontecimiento, no por muy repetido menos admirado, impresione hondamente aquellas imaginaciones infantiles, dejando en unas el asombro y despertando en otras ideas de cosas muy distintas de las que están acostumbradas á ver y á pensar, en no pocas el deseo de ver nuevos horizontes y en muchas la envidia á los señorones que muellemente recostados en sus berlinas hacen excursiones de recreo y disfrutan de unas comodidades que aquellas pobres criaturas no piensan gozar jamás. Todas estas impresiones están admirablemente expresadas en esta obra de Malhoa, que es una página llena de realismo é impregnada de sentimiento. Las deliciosas criaturas que detrás de la valla presencian el paso del tren llevan impresos en sus rostros los distintos sentimientos y las diversas sensaciones que en ellos produce la contemplación de aquel espectáculo.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

–¡No seré ladrón!, replicó el pobre niño.

–Entonces tendrá que ir Claudinet.

–Tampoco iré yo, contestó éste con resolución.

–¿También tú te sublevas?, interrumpió Ceferina. ¡Ya no faltaba otra cosa!

Y redobló sus azotes contra los niños abrazados.

Fanfán trató de proteger á Claudinet, y la cuerda le dió en la cara.

La sangre brotó á borbotones.

–¡Dios la castigará!, exclamó vacilante.

Sus ojos se dilataron y el infeliz cayó desfallecido sobre su amigo.

Por la noche *Caracol* dijo filosóficamente á Ceferina:

–El niño resiste, pero ya se ablandará.

Nada pudo vencer el horror instintivo de Fanfán al robo.

Lo cual hizo pensar á Claudinet que había acciones malas que á toda costa debía negarse á hacer.

En su alma empezaron á germinar vagas nociones de una diferencia entre el bien y el mal.

Entonces ambos niños, en sus largas conversaciones, procuraron acopiar todas las buenas ideas sembradas tiempo atrás en su corazón.

Claudinet se esforzó en recordar lo que le decían en el hospicio.

Fanfán recordaba vagamente, sin saber ya á punto fijo de quién las recibiera, las lecciones de su madre.

Y ambos se creaban instintivamente una especie de honradez, ciertos rudimentos de virtud que resumían en una frase, resto de oración conservado en la memoria de Fanfán.

–¡Esto es grato á Dios..., esto le desagrada!

Tal era el principal asunto de sus conversaciones, cuando sus verdugos les dejaban entregados á sí mismos, ó mientras guiaban el caballo y la casa coche, llena de barro, que rodaba por la carretera con horrible traqueteo.

Con frecuencia Claudinet tosía y hablaba entonces de su muerte, que consideraba próxima, compadeciendo á su amigo, que tendría que soportar todo lo que él había ya soportado antes.

Y los dos lloraban, chapoteando en el lodo frío, azotados por la brisa á través de los harapos que entrecubrían sus tiernas carnes.

Iban errantes de pueblo en pueblo.

A veces acampaban en las afueras, porque las autoridades no les permitían instalarse dentro de la población.

Preparaban su rancho en una olla sostenida por dos ó tres piedras; buscaban leña seca por los contornos, vigilados por el guardabosque..., y luego les enviaban á pordiosear.

De vez en cuando, alguna persona caritativa les daba un pedazo de pan, un traje inservible; pero casi siempre eran acogidos con palabras despreciativas.

Los llamaban vagabundos, granujas, pilletes...

Les echaban poco menos que á puntapiés.

Entonces era Claudinet el que consolaba á Fanfán, á quien aquellos inmerecidos insultos destrozaban el corazón.

Pero cuando el pobrecito tísico sufría mucho de la garganta y del pecho, Fanfán le consolaba á su vez.

–Espera, amigo mío, que la primavera va á venir y con el calor se te curará el constipado.

Llegaron un día á Moisdon-sur-Landelle, pueblo del departamento del Eure, y *Caracol* se adelantó á pedir permiso al alcalde para acampar allí.

La casualidad quiso que tropezase con un alcalde de poca instrucción, hombre algo cándido, que había sido cafetero y vivía de sus rentas, consagrado al estudio del sonambulismo.

Quiso consultar á Ceferina, y durante la sesión, celebrada á puerta cerrada en el despacho del alcalde, y en la que Ceferina, algo beoda, dijo cosas que asombraron al pobre hombre, *Caracol* sustrajo un pliego de papel con membrete de la alcaldía, sellándolo allí mismo, y tomó en cera el molde de las cerraduras de una puerta y un armario.

De vuelta al coche, redactó una partida de bautismo, imitada de la de Claudinet, en la cual aparecía que Fanfán, hijo legítimo de Eusebio Petard, alias *Caracol*, y de Ceferina Fillón, su esposa, había nacido en Moisdon-sur-Landelle el día tantos de tal mes.

Ceferina le miraba escribir, asombrada.

–Ahora, continuó *Caracol* haciendo tal como decía, imito la firma del alcalde, copiando la de este edicto que arranqué de la tablilla de la casa consistorial... ¡Ajajá! Ni el propio alcalde conocería que la firma no es suya... Ya ves que para algo sirve la instrucción... Mañana haremos legalizar este documento por el juzgado del cantón y Fanfán se encontrará provisto de padre y madre.

–¿Y será nuestro hijo?

–No, tonta. ¿No ves que si fuesen á comprobarla verían que esta partida de bautismo no existe en los registros de la alcaldía? Pero basta para enseñarla á los gendarmes y á las personas curiosas.

–¡Qué listo eres, hombre!

Al ir á encerrar en su mueble el flamante documento, *Caracol* vió á Fanfán que dormía en un mundo sin tapa, sobre un lecho de virutas.

Cursé mis primeras letras en los Escolapios...

Sin duda soñaba algo angustioso.

Corrían por su frente gruesas gotas de sudor y asomaba una lágrima por entre sus párpados cerrados.

De sus labios entreabiertos salían palabras entrecortadas.

–¡Papá!.. ¡Mamá!..

–¿Ves, Ceferina?, dijo con risa infame el bandido. ¿Ves lo que pedía el niño? Pues ya va á tener lo que deseaba. Ya tiene padre y madre, y no dirá que no sean de calidad.

Después de haber permanecido unos cuantos días en Moisdon-sur-Landelle, la pareja resolvió recorrer las ciudades.

Merced á la partida de bautismo de Fanfán y á una magnífica certificación del alcalde de Moisdon, ya no había que temer á la policía ni á gendarmes.

Se les vió sucesivamente en Lisieux, Vire, Avranches, Dinan, Saint-Brieuc, Guingamp, Morlaix y finalmente se hallaban instalados en Brest.

Habían transcurrido unos tres años desde su salida de Bolonia.

Brest es una excelente población para las sonámbulas.

Hay muchos soldados y marinos.

Marinos y soldados tienen sus novias, y las parejas amorosas quieren saber lo que les reserva el porvenir incierto.

Allí está la sonámbula para revelarles sus misterios.

Caracol y Ceferina se habían instalado, con permiso de las autoridades, en una plazuela del barrio de la Recouvrance.

Frente á su coche se veía el cartel de un baile frecuentado por «los señores marinos y sus damas,» según rezaba el cartel mismo, que anunciaba la entrada á cincuenta céntimos para los militares de mar y tierra, y gratis para las señoras.

El barrio era de lo más sombrío.

Ya de noche, cuando los faroles de la fachada del salón de baile alumbraron de pronto la plazuela, *Caracol* dispuso lo necesario para el trabajo de la sonámbula.

El coche ostentaba una gran muestra que decía:

CEFERINA

SONÁMBULA EXTRALÚCIDA

Aprobada por todas las Academias de Francia y del extranjero

Revela el Pasado, el Presente y el Porvenir

A través de la cortina de la puerta, los curiosos veían el interior del coche, transformado en un saloncito siniestro, alumbrado por un quinqué.

El mobiliario consistía en un canapé de reps obscuro colocado bajo un espejo, una butaca, una mesita con tapete, y encima de ella varios instrumentos de física, absolutamente inútiles, pero destinados á impresionar á la gente ignorante, un electróforo, una botella de Leyden sin cargar y un termómetro.

Ceferina, vestida de negro, con aire de gravedad, ocupaba la butaca.

Cuando se presentaba una parroquiana, Ceferina, sin despegar los labios, le indicaba el canapé en que debía sentarse.

Caracol entraba y cerraba la puerta.

Este llevaba sombrero negro de tres picos, una corbata de encaje, chorreras en la camisa, bocamangas también de encaje, *spencer* negro, pantalón gris muy ajustado y zapatillas bordadas.

Con el índice de la mano derecha, en que llevaba una enorme sortija falsa, tocaba la frente de la sonámbula.

Esta se tendía en el sillón y echaba la cabeza hacia atrás.

Entonces *Caracol*, muy serio, cogía la mano de la parroquiana y la colocaba en la de Ceferina.

–Se halla usted ahora en comunicación magnética, decía él. Puede usted preguntar á la señora el pasado, el presente y el futuro... Le contestará indefectiblemente.

Saludaba y se retiraba por discreción.

La cliente, al cabo de un rato, salía satisfecha ó quejosa. A veces bajaba precipitadamente la escalerilla del coche y se perdía, como avergonzada, entre la muchedumbre.

La clientela no se componía sólo de mujeres; también iban hombres, la mayor parte soldados, á consultar á la sonámbula. Aparentaban no dar mucho crédito á sus vaticinios, pero casi todos salían preocupados.

Mientras tanto, *Caracol* y los dos niños *hacían el estrado*, entregándose á toda clase de excentricidades, á fin de llamar la atención del público.

Claudinet vestía el traje tradicional de Juanillón: calzón corto, chaquetín de tela gris, medias rayadas y peluca roja con una mariposa al extremo de la coleta.

Su misión consistía en recibir bofetones y puntapiés, y vengarse de ellos con retruécanos y chistes.

El pobre niño tenía todo el aspecto famélico y lamentable que el papel requería.

–¿Quién dice que el comercio no marcha?, declamaba con su ronca voz de tísico. ¡Yo tenía tres camisas y ya he vendido dos!..

Y el público se reía á carcajadas.

A veces, un acceso de tos interrumpía el diálogo; pero los espectadores creían que era cosa del papel, por cuanto *Caracol* añadía:

–¿Toses? Voy á indicarte un remedio... Toma jarabe de pepita cocida en Nápoles, como purga, y luego una *crisobomba*...

–¿Una *crisobomba*?.. ¿Qué medicina es esa, maestro?, interrumpía Fanfán, vestido de payaso, que generalmente hacía el papel de compadre.

Pero en su improvisación siempre procuraba ayudar á su amiguito, ya apuntándole en voz baja la respuesta oportuna, ya atrayendo sobre sí el puntapié ó el bofetón destinado á Claudinet.

– Una *crisobomba*, explicó *Caracol*, es una pipa para bocas inferiores.

Y á fin de ser apreciado por el público grosero que se apiñaba al pie del estrado, continuó por medio de gestos significativos la alusión empezada.

Mientras tanto, se hacía tarde.

Los transeuntes se recogían.

El barrio se convertía en un teatro de vergonzosas costumbres.

Del baile salían parejas beodas ó grupos batalladores que se insultaban.

En las puertas de ciertas casas aparecían sombras de mujeres, y en el interior se oían cantos berreados por roncas voces.

Era el mejor momento para la sonámbula.

Las visitas eran entonces numerosas.

Caracol voceaba su reclamo sempiterno desde el estrado.

– El último de los ignorantes lo sabe ya, señoras y caballeros. La naturaleza produce á veces mujeres que, bajo la influencia de la electricidad, se encuentran dotadas de la doble vista; es decir, que ven lo que pasa en el mundo sobrenatural; que tienen, en virtud del magnetismo, el don de seguir, por ejemplo, á una persona que viaja á mil leguas de aquí, que la ven en todos sus actos y que pueden deciros inmediatamente lo que hace en este momento, lo que hizo ayer y lo que hará mañana... La señora Ceferina posee maravillosamente ese don... Así es que ha sido objeto de la admiración general en todas las capitales de Europa y en el mundo entero. Y como reza el cartel, ha sido aprobada por todas las Academias de Francia y del extranjero. Es sonámbula extralúcida, lo cual es el grado más alto de la ciencia que se puede alcanzar. En seguida dará á ustedes noticias de la novia, de la hermana, de los amigos; les indicará dónde está el ladrón que les robó el reloj; el mejor remedio para la enfermedad que padecen ustedes ó sus animales; les revelará los secretos más ocultos, sin equivocarse sobre las cosas pasadas ni sobre las cosas que aún han de venir. Tomen ustedes número de entrada. El buen orden exige que se entre por turno.

Y para estimular al público, hizo cantar á Claudinet una asquerosa canción que era su triunfo.

Caracol acompañaba con su trombón y Fanfán con un pífano.

Al dar con toda la fuerza de sus pulmones la nota final, Claudinet fué acometido de un acceso de tos.

Pero el público, cantando el estribillo, y el trombón de *Caracol* cubrían la tos desgarradora del pobre tísico.

Este se ahogaba. Sus brazos tendidos batían el aire.

En una contracción suprema, tuvo un vómito de sangre que inundó el tablado.

Y cayó sin sentido en brazos de Fanfán, que acudió á tiempo para sostenerlo y se lo llevó reprimiendo sus sollozos.

– Es una vejiga que revienta para figurar que echa sangre..., dijo un marinero que se las echaba de listo. ¡Bravo!..

Y parte de la concurrencia gritó riendo y aplaudiendo:

– ¡Bravo! ¡Bravo!..

Pero otros espectadores, menos crédulos ó más compasivos, preguntaron á *Caracol*.

– No es nada, contestó éste. Quiso cantar en un tono demasiado alto y se le ha roto la voz.

La farsa había terminado. Retiróse el público, á excepción de unas cuantas personas que esperaban turno para ir á consultar á la sonámbula.

Sin cuidarse de Claudinet, *Caracol* apagó las velas de los faroles y retiró las tablas del estrado.

– Cuando está uno tísico en ese grado, murmuraba, debiera apresurarse á estirar la pata á fin de no fastidiar á los demás.

Fanfán había hecho acostar á Claudinet detrás del coche, sobre un montón de paja que servía de lecho al caballo.

Cubrióle con una manta vieja y unos cuantos harapos de su propio uso.

– ¿Estarás bien aquí?.. No podemos meternos en el coche hasta que mamá Ceferina haya terminado sus sesiones. ¿Tienes frío? ¿Te sientes mejor?..

– Sí, Fanfán, sí, gracias. Pero no me dejes. Acércate más. Estoy calentito. Ya no tengo tos. Me siento mejor, en efecto..., porque sé que me voy á morir pronto.

– ¿Por qué dices esas tonterías?

– Estoy seguro, Fanfán. Tengo fuego dentro del pecho. La respiración me hace daño; la sangre se me sube á la garganta; me ahogo... Pronto acabará todo. ¡Qué bien me encontraré entonces!..

– ¿Y yo?.. ¿Me dejarás solo?

– No... ¿No me dijiste que los buenos muchachos van al cielo cuando se mueren, y que se convierten en ángeles custodios de los que les han amado? Yo no quiero á nadie en el mundo más que á ti. Cuando me haya muerto, bajaré á tu lado para protegerte.

– Prefiero que nos vayamos juntos. Si partes, ¿quién me consolará cuando *Caracol* ó Ceferina me peguen?

– No seguirás con ellos.

– ¿Adónde iré?

– Donde estabas antes... No has vivido siempre con nosotros... Llegaste una mañana.

– Estaba en casa de mi nodriza..., me lo dijo papá *Caracol*. Cuando fuí grandecito me retiraron, como hacen con todos los chicos.

– Eso crees...

– Me enseñó un papel, mi partida de nacimiento, y me lo explicó todo. No tenemos más remedio que seguir á su lado hasta que seamos grandes. Entonces nos escaparemos juntos. Y no haremos de sonámbulos ni de afiladores, aunque nuestros papás pretenden que son buenos oficios.

– Yo seré carpintero, dijo Claudinet, olvidando con la indolencia propia de la infancia sus tristes presentimientos de poco antes. Cada vez que veo un carpintero cepillando ó clavando tablas, digo para mí: «Ese oficio tomaré, me gusta...» Tendré mi carpintería como la que vimos en el último pueblo por donde pasamos... ¿Te acuerdas? Al borde de un arroyo, cerca de un bosque... Delante de la puerta había muchas tablas y troncos de árboles, y el suelo estaba cubierto de virutas rizadas, por entre las cuales corrían unas gallinas. El hombre trabajaba muy atareado. ¡Oh, quisiera ser grande para hacerme carpintero!

– Yo, dijo Fanfán, quisiera ser soldado.

– ¡Soldado!

– Sí. ¿No te acuerdas cuando los encontramos, el verano pasado, que hacían ejercicio? Iban á caballo, con el sable en la mano..., las cornetas tocaban y los jefes daban voces de mando: «¡Adelante!» ¡Y echaban á correr contra el enemigo á galope!

– Verdad que es un gusto el ser soldado, cuando está uno bastante bueno y robusto para ello. Pero si te haces soldado no podremos vivir siempre juntos, como hemos convenido. ¡Tú partirás!

– Tienes razón, contestó tristemente Fanfán, pero cuando no haya guerra, volveré á tu lado y...

– ¡Muchachos!, interrumpió *Caracol;* cuando mamá Ceferina acabe su trabajo, decidle que me he llegado hasta la taberna del *Cangrejo enamorado;* que si tiene sed, que se venga por allá, que yo la convido.

– ¿Y á los amigos, no se les convida?, dijo una voz que salía de la obscuridad.

Caracol miró al individuo que se acercaba y cuyo rostro iluminó débilmente un farol.

Estaba dudando, sin acabar de reconocerle.

– ¡Pero hombre! ¿Tan flaco eres de memoria que ya no conoces á tus antiguos compinches?

– ¡Tú!, exclamó *Caracol* con el acento de una estupefacción inaudita.

– Sí..., yo..., Panuflo.

– ¡Yo te creía en Cayena!

– Pues ya ves que conforme va uno, puede volver.

Y los dos amigos se abrazaron.

VII

UN VERDUGO MÁS

La casa *Caracol*, Ceferina y compañía contaba con un nuevo socio.

Ceferina no conocía á Isidoro Panuflo antes de este encuentro; pero le encontraba digno de ser amado, por lo galante y buen mozo.

A *Caracol* le pareció muy conveniente aquella asociación.

Panuflo había dicho á la pareja:

– No entra en mis planes volver en seguida á París, donde soy demasiado conocido. Tengo ganas de dar la vuelta á Francia. ¿Queréis que la demos juntos? Gracias á unos documentos americanos que poseo, viajando con honrados industriales, estoy seguro de que no me echarán el guante. Y para vosotros, no será mal negocio. Con mi concurso, ensancharemos el círculo de vuestras operaciones. Añadiremos al trabajo de la señora Ceferina sesiones de prestidigitación, de escamoteo y de hipnotismo, como ahora se estila. Sabéis que soy hombre de alguna instrucción... Cursé mis primeras letras con los Escolapios y mis estudios superiores en los presidios más distinguidos de Francia. Podremos hacer cosas buenas. Si en el camino se presenta ocasión para dar algún golpe de primera, ya sabéis que no soy perezoso ni manco.

Estas razones les habían convencido, y desde entonces Panuflo vivía con ellos en la más completa intimidad.

Éste y *Caracol* eran antiguos amigos.

Habían sido compañeros de taller en el presidio de Poissy.

A su salida, se juntaron en París, donde tramaron un negocio que tomó mal sesgo.

Tratábase de robar en casa de una vieja; pero ésta alborotó y hubo que cortarle el resuello. Desgraciadamente, la puñalada fué mortal; Panuflo cayó en manos de los agentes de la autoridad, que lo entregaron á la justicia, y fué condenado á veinte años de trabajos forzados.

– ¿Entonces fué cuando le mandaron á Cayena?, preguntó con interés Ceferina, á la salida de Brest, en su casa móvil.

– Sí, señora, á Cayena. Contra toda ley. Pero ¿qué les importa la ley á esos canallas de jueces? En la Roquette se habían tomado conmigo todas las medidas de rigor imaginables, cuando me embarcaron para la colonia penitenciaria, so pretexto de que yo era incorregible. Marchéme, pues, con una buena nota. Pero fuí sin temor alguno; al contrario, los cabos de escuadra y los guardianes fueron los que me cobraron miedo.

Ceferina miraba con admiración á aquel joven que hacía temblar á la fuerza pública.

– ¿Y que sucedió luego en Cayena?

– Al principio estuve en la isla de la Salud, donde se encuentra el principal establecimiento penitenciario. De allí era imposible evadirse. Puse aquello en revolución á fin de que me mandasen á otra parte y lo conseguí. Fuí trasladado al continente..., muy lejos..., á orillas de un río, en pleno bosque..., un bosque espeso, impracticable, sin caminos y lleno de fieras... Calculé que para escapar necesitaba por de pronto dos cosas: armas y pólvora.

– ¿Y eso?..

– No podía largarme sino atravesando el bosque para llegar al Brasil. ¿Cuántos días de marcha? ¡Yo qué sabía! Se necesitaban provisiones. Pero ¿dónde encontrarlas y cómo transportarlas? Con un fusil y municiones, me aseguraba el producto de la caza.

Entonces medité un plan..., un plan magnífico. Para hacerme con un fusil, no había más que un medio: cogerlo de manos de uno de los soldados que nos guardaban. Empresa imposible para un hombre solo. Entonces organicé una sublevación general. Y era yo de tal manera dueño de mi gente, que no hubo nadie que descubriese mi complot. La noche convenida, á tiempo que estallaba una furiosa tempestad, estalló también el motín... ¡Qué noche aquella! La batalla fué espantosa; la degollina, horrible.

Pero en vez de meterme en la pelea, inmediatamente después de haberse iniciado, me largué en compañía de cinco camaradas hacia la caseta de los oficiales. Yo sabía que en aquel momento estarían fuera y que podríamos *arramblar* con todo lo que hubiese á mano. Hecho acopio de armas y municiones, pasamos el río. Pero apenas llegamos á la orilla opuesta, cuando tropezamos con un jefe, un tal Saint-Hyrieix... Le suprimimos y adelante.

– ¿Los seis?

– Los seis. Un turco condenado á cadena perpetua por asesinato y violación; un negro, antiguo carnicero de Orán, que había dado muerte á unos chiquillos; un reincidente que contaba cincuenta años de edad y veinticinco de reclusión; un caid de Argel, condenado, al decir de los guardianes, por falsificación y otros excesos, aunque él afirmaba que lo fué por venganza política; un ex notario de Pantin, que había estafado no sé cuántos depósitos, y finalmente un servidor de ustedes.

Íbamos bien armados: cada uno de nosotros llevaba un fusil con el sable bayoneta, uno ó dos revólveres y cartuchos. Las municiones habían de servirnos para proporcionarnos víveres, pues estábamos seguros de que no nos perseguirían.

Se calcula que el hambre y las fieras dan razón de los fugitivos; pero merced á nuestras armas, no teníamos nada de eso que temer.

Al despuntar el nuevo día, nos encontrábamos á muchos kilómetros del establecimiento penitenciario.

De pronto observé que el negro se hurgaba la oreja derecha con el dedo meñique, haciendo gestos muy extraños.

– ¿Qué tienes, *Bola de nieve?*, le pregunté.

El no contestó. Sus ojos giraban rápidamente en sus órbitas. Tenía sus gruesos labios llenos de espuma y de sus narices aplastadas manaba un humor amarillento.

Y no cesaba de sacudirse la oreja con el dedo.

De pronto empezó á gemir y á saltar, en tanto que todo su cuerpo se retorcía en raras convulsiones.

Cayó por fin al suelo y estiró las piernas con rigidez.

Nos miró con doloroso espanto y murmuró en su jerga:

– Dormir... negro... dormir...

Los demás le mirábamos estupefactos.

El viejo reincidente, que sabía de lo que se trataba, nos explicó el caso:

– Está listo. Es inútil dejarle sus armas y municiones. Una mosca le ha matado..., la mosca antropófaga. No le picó. Ayer ó anteayer se le metería en la oreja sin que él lo notase, quizá mientras dormía; depositó sus huevos y se largó. Y ahora todas las cavidades de su nariz y de sus orejas se han convertido en depósitos de gusanos que le han ocasionado la muerte. No hay remedio: la muerte es pronta y fatal.

Después de haber despojado al pobre negro, le dirigíamos la última mirada de despedida, cuando observamos que su cuerpo se cubría enteramente de hormigas negras.

Continuamos nuestra marcha.

Nos devoraban los mosquitos.

No encontrábamos ningún indígena, exceptuando millares de monos que nada nos decían. Sin embargo, el camino era cada vez más fácil.

Nos alimentábamos principalmente con aves que no escapaban á nuestros tiros certeros.

De vez en cuando encontrábamos manantiales de agua en que saciar nuestra sed.

Perdimos otro compañero de ruta, el caid, en el acto de vadear un riachuelo que tuvimos que pasar á nado.

Las armas y municiones las pasamos en una balsa á fin de que no se mojasen.

El caid se echó al agua con cierta repugnancia, pero nos seguía.

De pronto dió un grito.

Nos volvimos y quedamos horrorizados en presencia del espectáculo que se ofreció á nuestros ojos.

Un enorme cocodrilo tenía cogido al caid por una pierna.

El hombre tira y el anfibio le corta la pierna de un mordisco.

Engolosinado, el animal atacó de nuevo al árabe y ambos desaparecieron en el agua.

– ¡Ya no quedaban más que cuatro fugitivos!, dijo Ceferina.

– En efecto, replicó Isidoro, después de haber saboreado un instante el efecto que su relato producía en sus interlocutores.

Tratábase de abrir el ojo y no fiarse de nada.

Sin embargo, el reincidente con todo y conocer tan bien el país, cometió una imprudencia que pagó cara.

Cada noche hacíamos un círculo de fuego, en medio del cual nos echábamos á dormir, excepto el centinela de turno.

Una vez en que el viejo presidiario estaba de guardia y habíamos comido muy mal, vió en la espesura del bosque dos ojos centelleantes que le miraban con fijeza.

Como la brasa abundante de nuestro fuego le pareciese que convidaba á asar un biftec, le dieron tentaciones de proporcionarnos un plato de carne.

Pero en vez de tirar desde el sitio en que se encontraba, salió del círculo de fuego á fin de disparar de más cerca contra el animal. Disparó y erró el tiro... y el jaguar, que tal era, le saltó encima.

La detonación nos había despertado y estábamos de pie, presenciando la rápida escena.

El viejo se defendía. Disparó sobre la fiera los seis tiros de su revólver, mientras que las uñas del jaguar le desgarraban las carnes.

Descargado el revólver, luchó con el sable; pero, extenuado, cayó.

Todos tiramos á un tiempo.

El jaguar estaba muerto, pero el hombre, liado con él, yacía también inanimado.

A la mañana siguiente, almorzamos filete de jaguar.

– Pero ya no eran ustedes más que tres en el festín, dijo *Caracol*.

– En efecto. Pasaron ocho días sin que en nuestra marcha nos ocurriera novedad; pues ya no era ninguna novedad para nosotros la serie no interrumpida de penalidades y miserias que nos acompañaba.

Según nuestros cálculos, no debíamos estar muy lejos de la frontera del Brasil, donde íbamos á recobrar nuestros derechos de hombres y de ciudadanos.

Ya estábamos trazando nuestros proyectos. El notario quería establecerse en el Brasil, á fin de cambiar de vida y abrirse campo en el terreno político. El turco quería también quedarse en el país, porque en él se puede vivir sin trabajar. ¡Yo deseaba volver á Francia y sobre todo á mi querido París.

Seguíamos nuestro camino, comunicándonos mutuamente nuestras esperanzas.

Sin embargo, aún no estábamos en salvo; pues podíamos caer de improviso en medio de algún destacamento de soldados, cerca de cualquiera estación ó en la propiedad de cualquier liberto concesionario, que nos hiciese detener, avisando á la fuerza pública por algún atajo.

Afortunadamente, nada de esto sucedió.

Una mañana llegamos á la orilla de un gran río.

Era el Oyapok, donde acaba la Guayana francesa.

En la orilla opuesta estábamos en salvo.

¿Cómo atravesar el río?

¿A nado?

Imposible.

En la embocadura, donde nos encontrábamos, el río tiene una anchura de cinco millas.

¿Remontarlo y buscar un paso?

Detrás de nosotros se alzaba una escarpada montaña, y en la montaña, había un puesto de soldados que guardaba una antigua penitenciaría, evacuada desde hacía mucho tiempo.

Ibamos á construir una balsa, cuando apareció un falucho en la bahía.

Entró en la embocadura del río y ancló cerca de la orilla brasileña.

Navegaba con bandera de los Estados Unidos.

Escondidos en la espesura del bosque, estábamos observando.

– ¿Qué arriesgamos con dejarnos ver?.., dije yo al fin. Claro está que el capitán, por el solo gusto de fastidiarnos, no va á cambiar de rumbo y llevarnos á Cayena. A lo sumo podrá entregarnos á las autoridades de algún puerto; pero de aquí á entonces tiempo nos queda para arreglarnos. ¿Qué opináis?

El turco dijo:

– Lo que ha de ser, será. Lo escrito, escrito está.

– Yo opino como tú, me dijo el notario. Aquí no podemos quedarnos. En la orilla opuesta, aún nos faltan seguramente muchas leguas que andar para llegar á poblado. Más vale jugar el todo por el todo.

Salimos de nuestro escondrijo y empezamos á pedir auxilio por señas.

Nos vieron y vinieron á recogernos.

Llegamos á bordo, nos encontramos en presencia de un hombre que empezó por decirnos una porción de inconveniencias.

Nosotros nos presentamos como náufragos.

Y como el capitán hablaba inglés, el notario y yo en francés y el turco en árabe, nos entendimos en seguida. Sus insultos no nos ofendieron y él aceptó nuestras explicaciones.

Nos entendimos tan bien, que media hora después sabíamos que el americano era un pirata, bajo patente de buque de comercio, y nos contrató para sustituir á unos tripulantes muertos del cólera..

Omito los detalles de nuestra navegación con ese bravo capitán Blascow.

– ¿Jonathan Blascow?, preguntó *Caracol*.

– Sí.

– Es el nombre que reza en los documentos que traes y que en adelante deben servir para identificar tu persona.

– Sí, Jonathan Blascow..., natural de San Francisco, comerciante... Posteriormente he quebrado y me he refugiado en Francia. Trabajo en cualquier oficio honrado para vivir. ¿Quién puede encontrar mal en ello?

– Nadie, hombre. Pero ¿cómo pudiste?..

– Eramos cinco marineros. El contramaestre deseaba ascender á capitán. Después de concertarse con nosotros, tuvo un altercado con su superior. En el momento en que el capitán, deseoso de salvar el principio de autoridad, iba á descerrajarle un tiro, yo le corté la cabeza de un hachazo.

Y he aquí cómo heredé la documentación de Jonathan Blascow, y cómo adquirí el dinero necesario para volver á Francia desde la Guayana, donde desembarcamos.

Mi notario prefirió establecerse en Venezuela.

Pero el turco quiso volverse al Brasil.

Yo prefiero estar aquí, con mis compinches.

Las aventuras del joven é interesante Panuflo le hicieron aparecer como un héroe á los ojos de *Caracol* y Ceferina, y sobre todo á los ojos de Fanfán y Claudinet, para quienes aquella historia tenía el atractivo de una novela de aventuras, de viajes extraordinarios á países desconocidos, donde el vencedor, el valeroso, el que ha combatido y triunfado, resulta simpático é interesante.

– Conque ya ves, dijo Panuflo á Fanfán después de haber concluído su relato; ya ves que los hombres resueltos, que nada temen y de todo se burlan, salen siempre del paso.

La verdad es que el muchacho sentía una irresistible admiración por aquel bandido.

De modo que á la acción brutal de *Caracol* y Ceferina se unió desde entonces el esfuerzo innoble, insinuante y mucho más peligroso de Panuflo, encaminado á corromper al pobre niño.

Con frecuencia los gendarmes detuvieron el coche y pidieron *los papeles* á los viajeros.

Y aquellos dignos representantes de la ley no tuvieron nunca la menor observación que hacer cuando les enseñaron el acta de matrimonio de *Caracol*, las partidas de nacimiento de Fanfán y de Claudinet y la documentación perfectamente legalizada de Jonathan Blascow.

Después de haberlos leído, añadían con frecuencia, riéndose:

– ¡Vayan con Dios! ¡Buena suerte! Pero fuera raterías, ¿eh?..

– ¡Canallas!, decía entonces Panuflo dirigiéndose á Fanfán. ¿Hacíamos algo malo para afrentarnos con pedirnos los papeles?.. No nos los pedirían si pasásemos en calesa bien vestidos; pero ven que somos pobres y se toman con nosotros todas las libertades. ¡Y luego dicen que la Revolución sirvió de algo! ¡Canallas!

Otras veces refería con canallesco cinismo mil «partidas jugadas á los agentes de la autoridad,» historias de cárcel ó de presidio, en las cuales el presidiario representaba naturalmente el papel más simpático; y lo hacía con tanta gracia, que los niños se reían, estableciéndose insensiblemente en su espíritu cierta confusión entre el bien y el mal.

Fanfán le parecía á Isidoro un excelente recluta para el ejército del crimen, y experimentaba una profunda y malsana complacencia en ayudar á *Caracol* en su obra de corrupción.

Listo y ágil, enseñaba al niño habilidades que había aprendido en las cárceles.

Fanfán, diestro y flexible, las aprendía en seguida; al contrario que Claudinet, á quien le salían siempre mal.

– Lo mejor que puedes hacer tú, le decía Panuflo, es liar el petate para el otro mundo, porque en este no harás carrera. Fanfán, sí, reune todas las condiciones para llegar á ser un rata de primera. Y lo será si escucha mis consejos.

Y aquellos elogios halagaban poco á poco el amor propio del niño.

Así es que éste escuchaba á Panuflo cuando, estimulado por las miradas de admiración de Ceferina y por las señales de aprobación de *Caracol*, el escapado de presidio desarrollaba sus espantosas teorías sobre la sociedad, presentándola como compuesta únicamente de ladrones y de robados, procurando hacer comprender al niño que el robo era una necesidad, el asesinato una cosa muy sencilla, y las leyes barreras que la gente hábil debe saltar ó ladear con la mayor destreza posible.

– Pero, en vez de robar, ¿por qué no hemos de hacer lo que hace la gente de los pueblos por donde pasamos?.. ¿Por qué no hemos de trabajar?, argüía con toda su candidez el inocente niño.

– ¡Trabajar! ¿En un taller? Yo no soy ningún burro de carga. Quiero aire libre é independencia, replicaba Panuflo.

No había tentativa de corrupción que el bandido no emplease con Fanfán.

Pero éste jamás quiso admitir ni excusar el robo.

Sin embargo, cuando los dos niños, en sus momentos de afectuosas confidencias, se preguntaban cándidamente como en tiempo atrás:

– ¿Será esto grato á Dios?

Ninguna contestación precisa se presentaba ahora á su conturbado espíritu.

No obstante, á lo mejor, un pequeño acontecimiento fortuito, un hermoso día de sol, un paisaje melancólico, la vista de una iglesia, el paso de un entierro por una aldea, parecían despertar misteriosas voces en el alma de Fanfán.

Permanecía horas enteras pensativo y silencioso, como si escuchase, en lontananza, en un pasado confuso, dulces y buenas palabras que le hacían volver en sí y le mantenían en el bien.

Y durante unos cuantos días no podía disimular la repugnancia con que escuchaba á Panuflo y á *Caracol*, negándose más que nunca á ejecutar lo que él consideraba como una mala acción.

Ceferina, menos paciente, la emprendía entonces contra el muchacho, pegándole sin piedad. Varios bofetones alcanzaban á Claudinet... Y ambos se metían en un rincón á llorar juntos y á consolarse mutuamente.

Claudinet parecía experimentar una mejoría.

– ¿Sabes que ese mal bicho parece que no quiere morirse?, dijo Ceferina á *Caracol*.

– ¡No faltaba más! Bueno fuera que después de haberle mantenido y educado...

– ¡Educado, sobre todo!, interrumpió Panuflo.

– Si viviese, ¡adiós dinero! Porque ese canalla de notario no ha querido entregar nunca el capital, so pretexto de que la ley le ampara.

– ¡Como que la ley está hecha para los ricos y para los que tienen la sartén por el mango!

(Continuará)

ISLAS FILIPINAS

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS Y RODRÍGUEZ

(Prohibida su reproducción)

En esta página, en la siguiente y en la 512 publicamos algunos grabados, reproducciones de fotografías que nos han sido remitidas por nuestro celoso é inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, acerca de los cuales daremos una ligera explicación.

El que aparece en la pág. 512 es curioso porque en él se ven algunos trabajos, hasta ahora no conocidos, del célebre pintor filipino Juan Luna, fallecido ha poco repentinamente en la colonia inglesa de Hong-Kong, trabajos más interesantes que por su valor artístico por las circunstancias en que fueron ejecutados.

He aquí lo que acerca de él nos escribe el Sr. Arias y Rodríguez: «En 23 de octubre de 1896 el famoso autor del *Spoliarium* fué detenido en Manila por creérsele complicado en la insurrección filipina contra España. Se le condujo al cuartel en donde se alojaba el escuadrón de caballería y se le encerró en uno de los calabozos de la planta baja, dejándosele en completa incomunicación. Durante el encierro, le facilitaron libros, colores y pinceles, y por un oficial del citado escuadrón supe que Luna entretenía sus ocios adornando con sus trabajos las toscas paredes del mal denominado calabozo.

»Al ponerlo en libertad, pedí autorización para reproducir lo que hubiera, autorización que me fué galantemente concedida por el jefe del mencionado escuadrón Sr. Togores.

»Constituía el calabozo una reducida habitación de unos tres metros de largo por dos y medio de ancho: á un metro del suelo había un entarimado de madera que ocupaba toda la celda para evitar la gran humedad del piso, situado á un nivel más bajo que el patio. Frente á la puerta de entrada abríase una ventana cuadrada, de unos dos pies de lado, con ligeros barrotes de hierro. Las paredes medio blanqueadas presentaban una superficie desigual, como de piedra casi sin labrar, y los innumerables agujeros y grietas que en ellas se veían demostraban que no habían sido revocadas desde hacía mucho tiempo. Como aquella habitación había servido de calabozo para clases y soldados, se veían en ellas algunos de esos toscos dibujos que en tales sitios suelen encontrarse, y entre los cuales se destacaban los debidos al mencionado artista filipino. En el lienzo de pared de la derecha se ven pintados al óleo un almanaque de pared con la fecha en que Luna fué detenido y varias otras figuras, entre ellas una reproducción de la marca empleada en la Aduana de Manila para el despacho de los bultos. En el lienzo de la izquierda, que es el que reproduce nuestro grabado, había un reloj, copia del que llevaba Luna, que marca la hora en que éste fué detenido; una imitación de un bajo relieve, un retrato de Sarah Bernhardt, otro de una desconocida, unas chulas, etc., etc.»

La zona en donde se encuentra el puente á medio construir que reproduce el primer grabado de esta página está dominada por las guerrillas filipinas: el terreno es muy accidentado y se presta á una fácil comunicación con las provincias limítrofes á la de la Laguna, en donde aquél se levanta. El general Caillé, filipino de nacimiento y de origen francés por parte de su padre, es el que tiene en constante alarma á los norteamericanos en toda la provincia de la Laguna, y acampa generalmente entre Cavinti y Luisiana. Acerca de este personaje nos dice el Sr. Arias: «A filipinos enemigos de la guerra he oído hacer grandes elogios del general Caillé, quien por todos los medios que están á su alcance prohibe todo desmán, castiga duramente á cuantos cometen algún desafuero y devuelve á los soldados norteamericanos heridos que caen en su poder, sin permitir que sean maltratados.»



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna
Puente á medio construir que se encuentra en el camino de Pagsanján á Cavite

El pintoresco camino que conduce desde el pueblo de San Pablo al de Magcarlang (provincia de la Laguna) que reproduce otro de los grabados de esta página, es uno de los sitios en donde á diario los filipinos hostilizan á las fuerzas yankis y atacan violentamente sus convoyes.

La puerta con pretensiones de monumental, cuya reproducción damos, álzase á la entrada del hasta hace poco rico pueblo de Pagsanján: la distancia que separa á éste de Santa Cruz de la Laguna, capital de la provincia, es tan corta que se recorre en doce ó quince minutos de carruaje. En Santa Cruz de la Laguna encuéntrase el cuartel general de las fuerzas yankis que operan en toda aquella zona, las cuales tienen destacadas por todo el camino fuertes avanzadas y avanzadillas. Los norteamericanos cuentan allí con artillería de tiro rápido, ametralladoras y caballería, á pesar de lo cual no hace mucho tiempo libróse un reñido combate entre yankis y filipinos en la entrada misma de Pagsanján ó sea en el punto en que se levanta la citada puerta, combate que terminó con la llegada de refuerzos norteamericanos y la retirada de los filipinos, que se dirigieron á Cavinti sin ser perseguidos.

El grabado que publicamos en la página siguiente representa la ría de Navotas, que separa el pueblo de este nombre del de Malabón: en primer término se ve la banca ó piragua que los indígenas emplean para trasladarse de un punto á otro; en el fondo se ve una parte del caserío de Malabón. – A.

***

EL SUICIDIO POR VENGANZA ENTRE LOS CHINOS

El suicidio es muy frecuente en China; el chino, egoísta, fatalista é indiferente á la muerte, no vacila en abandonar la vida por el camino más corto, no sólo desde el momento en que la existencia se convierte para él en una carga, sino que también siempre que cree que el darse la muerte le reportaría alguna ventaja.

En efecto, además de las causas múltiples de suicidio que son comunes al chino y á los demás hombres, hay para el primero una que le es propia y que no es sin duda la menos original.

Un proverbio chino dice: «La vida con la vida se paga;» de suerte que en aquella tierra es un mal negocio ser causa directa ó indirecta de un suicidio.



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna
Pintoresco camino que conduce desde el pueblo de San Pablo al de Magcarlang

El chino suicídase, pues, por venganza, para proporcionarse la satisfacción de amor propio de saber que matándose podrá perjudicar á alguno de sus enemigos.

Así, por ejemplo, un mendigo desairado por un comerciante se ahorca delante de la puerta de la casa de éste; un litigante desgraciado se degüella delante de la vivienda de su adversario, convencido de que su suicidio traerá como consecuencia la revisión de su proceso y por ende la ruina de su rival.

Claro es que el chino que quiere vengarse toma todas las precauciones necesarias para que su muerte dé los resultados que desea, y no se olvida de deslizar en su bolsillo ó en su sandalia una especie de requisitoria en la que explica los motivos que le han impulsado al suicidio y denuncia á la justicia á la persona que es causa ocasional de su muerte.

Algunas veces escribe esta requisitoria con pincel en su piel misma, sabiendo como sabe que nadie se atreverá á tocarla, porque, según una superstición china, es imposible hacer desaparecer los caracteres trazados sobre la epidermis de un muerto.

Ya se comprenderá que el suicidio por venganza, muy temido, puede servir de medio de *chantage;* así hay chino agobiado de deudas que hace creer á sus acreedores que si continúan persiguiéndole se ahorcará delante de la casa de alguno de ellos, con lo



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna
Puerta con pretensiones de monumental que se encuentra á la entrada del pueblo de Pagsanján

cual consigue muchas veces que le dejen tranquilo.

Sucede también que algún individuo por quien se ha suicidado uno de sus compatriotas se suicide á su vez á fin de evitar la ruina de su familia.

El suicidio por venganza es para los chinos una de las cosas más naturales, citándose el caso de un súbdito del Celeste Imperio que en el momento de suicidarse manifestaba su sentimiento por no poder degollarse delante de las casas de dos enemigos y tener que optar por uno solo.

* * *

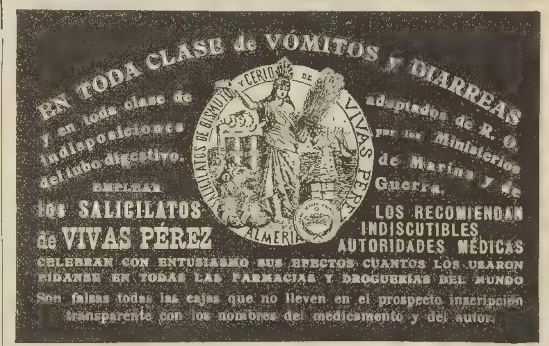
UN CARTEL ANUNCIADOR MONSTRUO

En Battle Creek (Estados Unidos) se organizó este año una fiesta á la que se quería atraer la mayor concurrencia posible, á cual fin quísose atraer la atención del público por medio de un reclamo extraordinario, á lo menos por sus dimensiones. La superficie del cartel anunciador tenía, en efecto, una extensión de unos 1.460 metros cuadrados, y estaba dispuesto en forma de tira de 1.609 metros de largo por 90 centímetros de alto, en la cual aparecía impreso, de 60 en 60 centímetros el mismo anuncio de la fiesta. La tira de papel, á medida que se iba imprimiendo, enrollábase á un cilindro, y como no habría sido posible encontrar una pared bastante larga para colocarla, se fijó en el arroyo de una de las calles de la ciudad: los coches tenían gran cuidado en no estropearla, y para elio pasaban por los lados de la misma.

Este nuevo procedimiento anunciador es digno de la inventiva del pueblo norteamericano, tan fecunda en materia de reclamos.



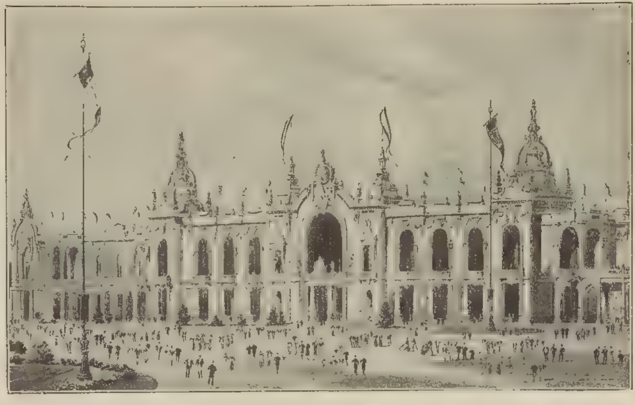
ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de Manila
Ría de Navotas que separa el pueblo de este nombre del de Malabón



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Manuales Soler. – Historia Natural, por *Odón de Buen*. Física, por *Eduardo Lozano*. – Geometría general, por *Santiago Mundi*. – Un pensamiento muy patriótico, una dirección sabia y un buen gusto editorial ha tenido la casa Manuel Soler, de esta ciudad, publicando la serie de manuales que se inicia con los tres que nos ocupan y de cuya bondad son la mejor garantía los nombres de sus autores, catedráticos todos de esta Universidad Literaria. Esta publicación responde á la necesidad de vulgarizar en España los principios modernos de las ciencias haciendo asequible á las inteligencias todas la luz de sus conquistas. En la biblioteca de estos manuales figurarán no sólo los fundamentos de las ciencias, sino además sus aplicaciones más importantes, así como las manifestaciones del arte, de la literatura, etc., para lo cual cuenta el Sr. Soler con la colaboración de sabios tan eminentes como Echegaray, Ramón Cajal, Luanco, Costa (D. Joaquín), Bolívar, Rodríguez Carracido, Piernas y Hurtado, Alfredo Calderón y otros no menos ilustres. Cada manual consta de 150 páginas ó más; alguno de los que hemos recibido contiene más de 100 grabados y el precio de cada uno es de 1'50 pesetas.



Exposición Universal de París. Palacio de las Industrias extranjeras (fachada de la calle Fabert)

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Miscelánea, semanario ilustrado madrileño; *Album de los Niños*, revista infantil ilustrada que se publica cuatro veces al mes en Madrid; *El Seguro*, boletín de la sociedad española mutua de seguros «Austria-Hungría» que se publica en Madrid; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *El Arte Militar*, revista quincenal para las clases de tropa de infantería que se publica en Burgos; *La temporada en Mondáriz*, publicación semanal; *Por la mujer*, revista semanal ilustrada de la Habana; *Avant sempre – Sempre avant*, periódico catalanista que se publica en Manila; *Lima ilustrado* que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *Rojo y Blanco*, semanario ilustrado de Montevideo; *El Iris Porteño*, periódico quincenal de Valparaíso (Chile); *Fin de Siglo*, semanario ilustrado de Buenos Aires; *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de la librería española de Jaime Gonzalbo, de San Salvador.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 13 de agosto de 1900 — Núm. 972

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADRID. – Exposición de obras de Goya. – Retrato del marqués de San Adrián pintado por Goya y perteneciente al actual marqués de San Adrián

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tercer tomo de la serie del presente año, que será CANTARES POPULARES Y LITERARIOS, recopilados por D. Melchor de Paláu. Comprende este tomo más de 6.000 cantares debidamente clasificados, y del acierto que ha presidido en su selección es la mejor garantía el nombre del recopilador, el inspirado poeta que tan profundamente ha estudiado esta forma de poesía popular y que es hoy indisputablemente una verdadera autoridad en tan interesante materia.

Ilustran el tomo diversidad de grabados y varias láminas dibujadas por el reputado artista Sr. García y Ramos.

SUMARIO

CRONICAS DE LA EXPOSICION DE PARIS

DIFERENTES ESCUELAS DE PINTURA

En nuestra crónica anterior dimos una sucinta idea de los cuadros más notables que figuran en la sección española. Al continuar, á guisa de estudio comparativo, la reseña de las obras pictóricas por que están representadas en este concurso universal las demás escuelas, empezaremos por ese glorioso país del arte que tiene en Roma, en Génova, en Nápoles, en Florencia y en otras ciudades ilustres, tantas obras maestras que perpetúan la vida del pasado y tantos artistas en cuyas creaciones se continúa la tradición de brillantes escuelas.

¿Encontraremos aquí parte de la gran fuerza desplegada, de la expresión sabia y profunda, de la humana altivez, de la grandeza secular con que Italia ha resplandecido siempre? Lo dudamos. En otra ocasión hemos dicho que Italia, con singular coquetería, no ha querido presentarse en la Exposición como nación artística, sino que ha tenido particular empeño en hacer alarde de los admirables progresos realizados en poco tiempo como país agrícola, industrial y mercantil. Además, la civilización greco-latina no se ha reanimado expresamente para la Exposición. En este terreno, debemos renunciar á descubrir y admirar un conjunto completo. Los esfuerzos son individuales; el arte no expresa la vida nacional. No hallamos más que los productos de un estilo que tiende á universalizarse, y que es la imagen del período cosmopolita, creado por la ciencia y la industria modernas.

Domenico Morelli no se halla suficientemente representado por su *Cristo en el desierto*. Bezzi se muestra observador perspicaz de la vida callejera en su *Pescadería*. Carcano, con la *Cosecha de maíz* y la *Campiña de Asiago*, puede tomarse como ejemplo entre los paisajistas secos y brillantes de Italia. Joris consagra habitualmente su ingeniosidad en representar escenas religiosas, y este *Jueves Santo* y este *Corpus* ponen muy bien en escena el culto aparatoso de Roma. Balestrieri ha pintado con vigor un grupo de músicos. Boldini, artista nervioso, ataca algo los nervios con sus retratos de factura hábil, pero brusca, de sobriedad de colorido comprometida por brochazos angulosos.

Pero con Boldini, que es enteramente un tipo de artista cosmopolita, ¡cuán lejos nos encontramos de la escuela italiana! Mas á ella volvemos con Michetti, que expone dos grandes obras, á manera de frescos, en que ha representado el desfile de los *Estropeados* y la procesión de las *Serpientes*. No es el antiguo Michetti, el de los cuadros de género de brillante colorido. Su arte de hoy descansa en tonos neutros, con ligeros toques de colores. El lamentable desfile de los lisiados por un camino hondo, contrasta con dos magníficos toros que se alzan en plena luz. En este cuadro, como en el de la procesión de las serpientes, hay detalles de primer orden, pero la forma general resulta incompleta.

Uno de los pintores italianos más originales es Segantini, nacido en el Tirol austriaco, de padres italianos, y muerto el año pasado en el monte Schaafberg, donde se había retirado á pintar los espectáculos de la montaña. Las obras que ha dejado son algo más que una promesa. Sus dibujos y sus primeros cuadros hacen creer que empezó inspirándose en Millet; pero no tardó en afirmar su personalidad con obras originales, y quizá nadie ha representado con tanto vigor y poesía como él los aspectos de las alturas, los límites de la vegetación, los hoyos llenos de agua cristalina, la soledad pétrea, las convulsiones inmovilizadas del reino mineral. Los animales que vagan por esos paisajes y los seres humanos que los acompañan tienen algo de la gravedad y del estupor de las rocas que llenan el cuadro. A veces se desliza cierto simbolismo en esas escenas de la naturaleza; pero cuando Segantini despliega toda su fuerza de visión directa, obtiene maravillosos efectos de aire y de luz. ¡Lástima que la muerte extinguiese tan pronto un genio que hubiera sido una de las glorias artísticas más grandes de Italia!

En Portugal encontramos una pintura simple, ingenua, casi pueril, algo como la continuación del gusto por las iluminaciones al temple. Sin embargo, el mismo rey D. Carlos da el ejemplo de un arte notable por el colorido con el pastel *La Almadraba*. A un lado, muchos artistas de profesión parecen simples aficionados. Vellozo Salgado y Ferreiro Condeixa han coincidido en el mismo asunto: *Vasco de Gama ante el Samorín de Çalicut*, con efectos de trajes y colorines. Arturo Prat interesa con sus *Costumbres y paisajes* de las provincias de Alemtejo y Duero. Souza-Pinto, que frecuenta las exposiciones anuales de París, ha adquirido en ellas el gusto de una pintura algo insípida con pretensiones de clara; sin embargo, hay una simpática dulzura en sus bonitos cuadros *Las castañas*, *Cloé niña* y *El canto de la alondra*. Los estudios de *Paisajes, marinas é interiores* de Kiel, atestiguan un espíritu investigador y perspicaz, pero un pintor sin soltura. *Los alfareros*, de Malhoa, revelan también un esfuerzo tan penoso como laudable.

Indudablemente, lo mejor de la sección portuguesa son los retratos de Salgado, los de Texeira Carneiro y los de Bordallo Pinheiro y Calumbano; y los mejores retratos de este último son, á nuestro juicio, los de los actores Rosa y Taborda, muy en carácter y con notable expresión.

Antes de *salir* de Portugal, admiremos y respiremos las *Peonías* y las *Rosas* de María Augusta Bordallo Pinheiro, artista delicada, de visión sensible y factura elegante.

Holanda es rica en paisajistas y afirma su tradición siguiendo las huellas de los maestros que con tan sabia dulzura han reproducido sus riberas anegadas, sus nubes fugitivas, sus llanuras húmedas y coloradas, sus molinos remontándose al cielo, sus pesadas barcas, el agua verdosa y las olas precipitadas de su trágico mar. Ese mar lo encontramos, agitado ó tranquilo, en los lienzos de Mesdag; en la *Vuelta de las barcas de pesca* y en la *Mañana de estío de Scheveningue*. La vida de la playa se halla muy bien presentada en el *Estío* luminoso de Blommers, en el lienzo algo flojo de Weissenbruch, y sobre todo en un cuadro excelente de Toorop. La pradera verde y húmeda tiene por intérpretes á Maris, C. Gabriel y De Bock. El invierno tiene su crudeza en la *Vista de Wondrichen*, de Lecomte, y en varias obras vigorosas de Van Oesterze y Van Soest.

Según tradición, hay notables reproducciones de ciudades: *Día de invierno en Amsterdam*, por Israels; el *Canal de Rotterdam* y el *Canal de Leyde*, por Klinkenberg, y el *Invierno en Amsterdam*, obra admirable de Breitner. Este cuadro, de una armonía sombría impresionable, representa una calle obscura y nevosa de la gran ciudad holandesa; crúzala un vehículo tirado por cuatro caballos; varios transeuntes, con cara de sonámbulos, van rozando las paredes de las casas grises, que también parecen dormir. La obra es de gran efecto.

No es posible negar que el arte de la Gran Bretaña ofrece un carácter particular que bien merece el nombre de originalidad. Hace dos siglos que, gracias al movimiento determinado por las influencias flamenca é italiana, la pintura inglesa sigue un rumbo marcado y ostenta un sello peculiar que no puede confundirse con ningún otro, á pesar de las subdivisiones de géneros, de las diferencias de personalidades y de los matices de ejecución. Conocidas son las causas de esa autonomía: aislamiento, sentimiento de raza, fisonomía especial de las poblaciones y de los campos, y factura particular que se transmiten unas á otras las generaciones de artistas. Pero veamos qué obras notables contiene la sección inglesa de la Exposición.

Desde luego llama nuestra atención un cuadro del difunto John Millais, que da una idea de la fórmula artística que triunfa allende el canal de la Mancha. La obra tiene un título muy significativo: *El azul encantador de la pequeña Verónica*, y representa una niña con flores azules en la mano. No es posible poner la muestra sentimental más en evidencia, y no es posible tampoco pintar de un modo más amanerado ni más seco. Pues bien: los lienzos de esa especie abundan en la sección inglesa. Pueden compararse con la obra de Millais la *Novia del marino*, de Marco Stone, una muchada asomada á un balcón, que mira á lo lejos con dolorosa vaguedad, en tanto que sus padres la observan; naturalmente, tiene un ramito de flores azules en la mano. Del referido John Millais hay un retrato y un paisaje que no afectan ningún simbolismo romántico, pero que carecen de vigor y de soltura. Con todo, es posible que nos encontremos en presencia de obras de un período de decadencia personal, sobre las cuales sería aventurado basar un juicio extensivo á toda una escuela. La misma reflexión nos sugieren las obras desiguales de lord Leighton y de Mr. Watts, poco visible en los retratos indecisos y agrios de color que expone. Burne Jones, muerto como Leighton y Millais, se halla mejor representado por dos lienzos: *El sueño de Lancelote* y *Las cacerías de Cupido*, y por una serie de dibujos que han podido contribuir á desarrollos literarios, pero que no pasan de ser obras de un frío convencionalismo y de escasa inspiración, reflejo de una ciencia que se inspira en las abstracciones del arte, y no de un arte que arranca de las realidades de la vida.

Sin embargo, caemos en procedimientos de aplicación más minuciosos todavía y en asuntos más indiferentes con los célebres cuadros de Alma Tadema, que en otras ocasiones nos ha parecido más armónico. Su *Primavera* y su *Beso* son puros mosaicos de tonos. Poynter le iguala en dureza y en monotonía con la *Bailarina* y *El vestíbulo del templo*.

Estas observaciones no prejuzgan el valor de los artistas de la Gran Bretaña, y nos espolea el deseo de citar, aun en el género en que aparecen las tendencias sentimentales y dramáticas, otros pintores que patentizan en obras magníficas su delicada comprensión de las formas equilibradas y del colorido, tales como Frank Brangwyn, con el *Mercado de Bushire;* Lorimer, con *El último momento;* William Rothenstein, con *La casa de las muñecas;* Mortimer Mempes, con *El siglo XVIII*, y Byam Shaw, con el lienzo que titula *¿Dónde?* Otro pintor, Swan, expone un delicioso cuadro: *Osos blancos nadando*, que es una de las mejores obras de la sección.

Merece citarse el retrato del baronet Walter Gilbey, de expresivo rostro y de una irregularidad genial, que acredita el talento de Orchardson. La *Dama negra*, de John Lavery, y *El hombre de la camisa negra*, de Shannon, son notables. Los buenos retratistas abundan en Inglaterra. Herkomer, Lockart, Onless, Clazebrook y Reid lo prueban con los excelentes retratos que exhiben.

También abundan los buenos paisajes, aunque los hay que resultan pueriles por exceso de detalles, como los de Leslie y Leader. Comparando los paisajes expuestos con los que dieron justa fama á Constable, á Gainsborough y á Turner, hay decadencia en el género. Sin embargo, aquí encontramos lienzos en que el ambiente, la luz, el colorido y la disposición general de los paisajes producen el efecto de obras acabadas. *Esperanza de mayo*, de North; *La avenida*, de Cameron; *En el pantano*, de Stokes; el *Efecto de tarde*, de Lindner; la *Vuelta de las barcas de pesca*, de Moore; *El trabajo del día*, de Wylie, y *La costa azul*, de Waterlow, ponen en buen lugar la escuela británica en la Exposición.

Hay una escuela oriental diseminada en varias secciones, cuyo mérito nos complacemos en reivindicar para la Armenia, interesante nación oprimida, que hace soberanos esfuerzos en todas las esferas de la actividad humana por reconquistar su autonomía y su personalidad gloriosa.

Los bodegones de Zakarian, que figuran en la sección internacional, y los lienzos de Chahine, inscritos en la de Turquía, son obras excelentes que honran á un país.

El pueblo armenio no pudo obtener en la Exposición una parcela de terreno en que reunir sus productos, y tuvo que consentir en que las manifestaciones de sus aptitudes intelectuales é industriales fuesen distribuídas entre varias secciones extranjeras.

En el momento en que la Europa oficial abandona al pueblo armenio en manos de una monstruosa tiranía, que trata de suprimirlo por todos los medios imaginables, la Europa intelectual debe hacer justicia á ese pueblo, que merece que el mundo se interese por él, no solamente porque es desgraciado, sino que también y sobre todo porque es un elemento de civilización.

JUAN B. ENSEÑAT.

EXPOSICIÓN

DE OBRAS DE GOYA

RECIENTEMENTE CELEBRADA EN MADRID

Entre los grandes artistas cuyos nombres alcanzaron la popularidad en vida, sosteniéndose aquélla á través de los tiempos, cuéntanse en primer término Murillo y Goya. El gran Velázquez, como Rivera, llamado el *Spagnoletto*, como Zurbarán, como el *Greco* y otros no menos ilustres pintores, han necesitado que los siglos transcurrieran y que la crítica contemporánea los exaltara para que la memoria de la gran mayoría de las gentes guardase sus nombres; mas no para hacerlos populares.

La popularidad de Murillo y Goya, siendo tan distintas las condiciones de sus respectivas obras, tiene por base una misma causa. Ambos artistas encarnaron los sentimientos del pueblo, buscando en él sus modelos y poblando, el primero, el cielo católico de Santos, Vírgenes y Sagradas Familias, cuyos tipos, formas y expresión tienen tanto de humano que hasta puede afiliárseles á la raza andaluza; el segundo buscó asimismo en la sociedad que le rodeaba, alta y baja, no solamente tipos, sino escenas, halagando al propio tiempo sentimientos que, esbozándose no más en el alma popular, adquirieron realidad al impulso del genio del gran pintor.

Tiene Goya sobre sus colegas españoles de todos los tiempos, la condición de poseer una fantasía que difícilmente se encuentra en ningún otro artista de los siglos XVII y XVIII; y aparejada á esta condición, una diversidad de aspectos en su obra, que, como afirma Laurent Matheron, «presenta á la crítica veinte lados diferentes: parece tallado en facetas como un brillante.»



MADRID. – EXPOSICIÓN DE OBRAS DE GOYA. – RETRATO DE D.ª TERESA CASTILLA Y PORTUGAL pintado por Goya

En las ciento sesenta y tres obras (contando los autógrafos, otro aspecto curiosísimo del artista) de que se componía la exposición que se celebró hace poco en la rotonda del palacio de los ministerios de Obras públicas é Instrucción pública y Bellas Artes, podía estudiarse á Goya retratista, á Goya pintor de costumbres y de género, á Goya pintor religioso, á Goya satírico, á Goya dramático, á Goya dando forma á ensueños macabros..., y á pesar de ser tan grande y variado lo expuesto, no era suficiente para conocer por entero la personalidad artística de Goya.

Solamente los cuadros para los *tapices*, se acercan – bajo la fe de Cruzada Villaamil – á *sesenta*. Retratos, se calcula que pasan de *ciento ochenta;* el número de bocetos es incalculable; sus aguas fuertes se acercan á *trescientas;* sus cuadros religiosos, sin contar las pinturas murales de este género, alcanzan á más de *treinta;* sus cuadritos de género y costumbres es difícil saber la cifra; y agréguese á esto sus pinturas murales de Zaragoza, las de San Antonio de la Florida y otras. Pues bien: conociéndose toda esta obra, producto de una fecundidad inagotable, en la exposición se veían prodigios que eran desconocidos para la inmensa mayoría de los aficionados, comenzando por su competente biógrafo señor conde de la Viñaza y concluyendo por el que traza estos renglones.

La biografía de Goya ha sido escrita por Laurent Matheron, por M. Iriarte, por Viadot, por D. Francisco Zapater, por el conde de la Viñaza, entre otros, además de largos



MADRID. – EXPOSICIÓN DE OBRAS DE GOYA. – ALEGORÍA DE LA MÚSICA, cuadro de Goya

estudios de críticos nacionales y extranjeros. Relatarla aquí sería cosa fuera de lugar por varias razones, y la más importante consiste en mi escasez de fuerzas para ello. Por otra parte, todo el mundo sabe las principales fases por que atravesó la vida del insigne aragonés. Nacido de padres de humilde posición (eran labradores), fué un chico que según la gráfica frase parecía de la piel del diablo, pero demostrando desde su más tierna edad afición incontrastable á la pintura. Sus primeros ensayos fueron asuntos religiosos, entre éstos una *Aparición de la Virgen del Pilar,* al óleo, para la iglesia de Fuente de Todos ó Fuendetodos, lugar de su nacimiento. En 1765 (había nacido el año de 1746) marchó á Roma á proseguir los estudios que comenzara en Zaragoza con Lusán. En la Ciudad Eterna, y después de sufrir grandes privaciones, logró una pequeña pensión de sus parientes y entró en el taller de Bayeu. Antonio Rivera y González Velázquez fueron sus amigos y cuasi protectores.

Al poco tiempo disputábanse los extranjeros sus cuadros de carácter histórico y pintó el retrato del papa Benedicto XIV. Ganó por entonces un premio en un concurso de la Academia de Parma. El asunto (muy propio de aquellos tiempos seudoclásicos) era *Aníbal vencedor dirige desde lo alto de los Alpes su primera mirada sobre los campos de Italia.*

Regresa á España y entra en la corte hacia 1776. Ya por entonces contaba entre sus amigos á varios enciclopedistas y al célebre pintor francés David. Estas amistades le convirtieron – aun cuando se niegue este extremo – á las ideas liberales y revolucionarias.

Rafael Mengo lo escogió en tercer lugar para pintar modelos con destino á la fábrica de tapices de Santa Bárbara (1776). Era práctica constante que los asuntos fuesen de costumbres populares, de caza, pesca y análogos entretenimientos. Asignáronle *ocho mil reales* de sueldo, y Goya pintó el primer lienzo, que representa *La merienda,* uno de los más vigorosos que salieron de su mano. Lo acabó y entregó en octubre del citado año.

Ya se acreditara en la corte de Carlos III con treinta y tantos lienzos para la citada fábrica de tapices y con otras obras para particulares, especialmente retratos, cuando fué llamado á Zaragoza para pintar al fresco las bóvedas de la iglesia del Pilar. Era ya académico de San Fernando. Allí, en la tierra de su nacimiento, sufrió el sinsabor de verse sometido á la crítica de su cuñado Bayeu. Después de un año de disgustos, regresó el gran artista á Madrid, renegando de Zaragoza, del cabildo catedral y de su hermano político. Aun en la corte y por espacio de más de un año hubo de soportar la cruda guerra que le hacían sus colegas y especialmente su cuñado; mas se resarció con creces en el concurso para un cuadro que se destinaba á la iglesia de San Francisco el Grande, saliendo vencedor. Sobre todo, la protección que le dispensan el infante Luis, hermano de Carlos III, y Jovellanos, cambia la faz de las cosas para Goya, y éste ejecuta varios cuadros religiosos y de género, por los que recibe espléndida remuneración.

En junio de 1786 recibe el nombramiento de pintor del rey con 15.000 reales de sueldo. Por este tiempo escribía Goya á un amigo suyo diciéndole que ya no hacía antesalas y que no pintaba sino después de hacerse desear mucho. En esta segunda etapa ejecuta entre otros cartones para la fábrica de tapices la *Florera,* el *Agosto,* la *Vendimia* y el graciosísimo *La boda del lugar.* En 1789, y siendo ya rey Carlos IV, recibe el nombramiento de pintor de cámara con el mismo sueldo que tenía.

Años más tarde, le ascienden la paga á 50.000 reales. Goya está en el apogeo de su valer, de su talento, de su gloria. No pinta ya para la fábrica de tapices, pero en cambio ejecuta aquellos hermosísimos retratos de la familia real, y la mayoría de esas bellísimas obras icónicas, de género, costumbres, etc., que se han admirado en la reciente exposición, y graba los *Caprichos,* verdadera y cruel sátira social. Desde los reyes abajo nadie escapa á su terrible látigo.

Mucho se ha discutido sobre el *afrancesamiento* de Goya.

Lo cierto es que recibió grandes muestras de simpatía de José I y que fué uno de los artistas elegidos para escoger los cuadros de las colecciones reales que debían transportarse á Francia. Sea lo que fuere, no puede negarse que el inmortal artista marchó en 1822 á Francia, adonde volvió de nuevo para no regresar, muriendo en Burdeos en 1828.

***

La iniciativa de la exposición correspondió al señor marqués de Pidal. Ayudáronle activamente los señores Beruete, Ferrant y Velázquez, y justo es confesar que ha presidido un tacto exquisito en la colocación de las obras y en la decoración del local.



MADRID. – EXPOSICIÓN DE OBRAS DE GOYA. – EL NIETO DE GOYA, retrato pintado por éste y perteneciente al marqués de Alcañices

Componíase éste de la gran rotonda del palacio del ministerio de Instrucción pública y de una sala aneja. Cubrían los muros sendos tapices de la famosa colección del palacio real, y corría á lo largo de dichas salas un severo zócalo sobre el que se apoyaban los cuadros. En lugares de buena luz y hacia la parte curva de la rotonda, se colocaron grandes caballetes con algunas de las más notables pinturas reunidas, y con los autógrafos, aguas fuertes y dibujos.



MADRID. – EXPOSICIÓN DE OBRAS DE GOYA. – LA MISA DE PARIDA, cuadro de Goya

Contribuyeron á esta exposición la casa real, la Academia de San Fernando, el Banco de España, la Academia de la Historia, el ayuntamiento y gran número de particulares, entre los que recuerdo al duque de Alba, marqués de la Romana, marqués de San Adrián, D. Francisco Silvela, marqués de la Torrecilla, D. Alejandro Pidal, duque de Veragua, condesa viuda de Muguiro, conde de Villagonzalo, marquesa de Pontejos, marqués de Alcañices y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Hacer un estudio de todas estas obras es empresa que no cabe en los límites de un artículo; además de que gran parte de ellas han sido juzgadas y aquilatadas por plumas expertísimas; únicamente hablaré de algunas de las pinturas que ahora he conocido por vez primera y que seguramente tampoco conocían, no solamente, y como digo más arriba, la mayoría de las gentes, sino también la de los aficionados y artistas.

En primer término, debo señalar el retrato de *Doña María Gabriela Palafox y Portocarrero, marquesa de Lazán,* perteneciente al duque de Alba.

Es este retrato de tamaño natural. La retratada está de pie, cruzada la pierna derecha sobre la izquierda, que es en la que planta la figura. Viste ligerísima túnica blanca de seda, de muy bajo escote, con una sobrefalda abierta de tafetán de un verde muy pálido. Apoya la esbelta dama el brazo derecho desnudo sobre el borde del respaldo de una silla. Al lado se ve una mesa que proyecta sombra sobre parte de las piernas de la figura.

No es posible describir lo elegante y original de la posición de esta dama de irreprochables formas que se adivinan bajo los vestidos, ni mucho menos la vida, la fuerza de vida juvenil de la marquesa de Lazán. Goya pintó este retrato con un amor tan grande, que cuasi obliga á creer que el gran pintor estaba enamorado de tan precioso modelo. Brillan en este lienzo á inconmensurable altura todas las grandes condiciones del hijo de Fuendetodos. Correcto en el dibujo, fascinador con la paleta, maravilloso en la factura, espiritual en las medias tintas y en el modo de perder los contornos hasta producir la ilusión completa de la realidad..., yo no sé cómo ni de qué modo está realizada esta obra, que parece hecha con el deseo. Y sobre todo esto, vibra un algo que sugestiona como sugestionaría la presencia misma de aquella mujer encantadora, de alto y torneado cuello, de redondos hombros, de brazos cuyas líneas parecen trazadas por la mano del amante de Friné, de rostro picaresco que animan una sonrisa dulcísima y burlona á la par y unos ojos en que parece encerrada un alma llena de fuego. De mí sé decir que este retrato me parece una creación, una personificación del mundo femenino de aquella corte de Carlos IV, de aquellas damas, de aquellas majas y manolas, mezcla sin análisis posible de pasiones, virtudes y sentimientos de todo género.

Dejo este retrato que me atraía con fuerza irresistible y voy á ocuparme del del *nieto de Goya,* un niño como de ocho años que exhibe el marqués de Alcañices. ¿Recordáis las finuras nacaradas de la paleta de Van Dyck? Pues aquí las veis, en este rostro infantil, lleno de dulzura, sonriente, que pide un beso. ¿Y la factura? ¿Y el dibujo? Aquélla, de imposible adivinación: es carne, carne viva, amasada con rosas y leche; no hay pinceladas; yo por lo menos no las veo; y el segundo, el dibujo..., ¡ah!, cuando Goya dibujaba lo hacía con una firmeza tan grande, con un sentimiento tan vivo del natural, que asombra. Y frente á este prodigio hay otro, ejecutado en 1804: el retrato del brigadier de ingenieros *D. Ignacio Garcini.*

Cuantos conozcáis los retratos de Moro ó de Holbein podréis figuraros lo que será este retrato de Garcini pintado por Goya. La firme traza con que ambos grandes retratistas acusaban las facciones de sus retratados; su escrupuloso estudio del detalle; la fuerza de vida espiritual que en el gesto, en la mirada, en la boca de los retratos ejecutados por aquellos famosos pintores se advierte, todo esto se ve en el de Ignacio Garcini; y sobre Moro y Holbein, Goya modela, envuelve los tonos, luce una paleta jugosa y castiza, ejecuta sin que haya la más ligera dureza en aquel rostro á plena luz, sin defensa alguna de claro-obscuro.

Parece que va á hablarnos aquel buen brigadier del buen rey D. Carlos IV. Con la mano derecha metida en la abotonada casaca azul, con su aspecto de hombre satisfecho, de correctas facciones, de rosada y escrupulosamente afeitada cara, nos mira y nos ve; vive. Recuerdo que contemplábamos este retrato, entre otros, *Fernanflor,* Lázaro Galdeano, Silvela (D. Mateo), Ferrant y yo, y cada uno de nosotros expresaba su admiración con hipérboles. «Va á hablarnos este señor, decía uno. – ¡Qué satisfecho está!, decía otro. – Y tan satisfecho, añadió *Fernanflor,* con satisfacción ya desconocida: ¡no se le habían perdido las colonias!»

¿Más retratos admirables? Todavía puedo apuntar media docena que son obras maestras.

Allí estaba el del *Marqués de San Adrián,* pintado también en 1804. Exhibe esta joya el actual marqués del mismo título. Todo un buen mozo y todo un elegante de la época, con su calzón ajustado de terciopelo color oro viejo y su casaca marrón obscuro y su gran corbata de encajes. De pie, apoyándose con la mano izquierda en un mueble, la derecha en la



MADRID. – EXPOSICIÓN DE OBRAS DE GOYA. – D.ª MARÍA GABRIELA PALAFOX Y PORTOCARRERO, MARQUESA DE LAZÁN
retrato pintado por Goya y perteneciente al duque de Alba

cadera y la pierna de aquel lado cruzada con exquisita distinción sobre la derecha, parece decir: *Aquí está un buen mozo.* ¡Cómo dibujó Goya esta figura! ¡Con qué cuidado están estudiados todos los detalles de la indumentaria! ¡Con qué brío está ejecutado! ¡Que distinta la factura de la de los otros retratos! Con un crítico francés puede decirse, viendo esta pintura, el retrato de Cabarrús, los de la duquesa de Alba, el de doña María Teresa Apodaca de Sesma, el de la sexta condesa de Montijo, abuela de la ex emperatriz Eugenia, el del director de la Academia de San Fernando, Cuervo, y otros varios, que Goya «no se atuvo jamás á un ideal estético determinado ni á una manera.»

Dejemos los retratos; dejemos aquella *maja desnuda* y aquella *maja echada,* que según las crónicas son una misma elevada dama que quiso hacer con Goya lo que con Tiziano otra de su misma alcurnia; dejemos los retratos de Carlos IV y María Luisa, y el de Godoy y otros ya bien conocidos, y digamos algo de algunos cuadros, cuasi todos bocetos, y tan dignos de estudio como cuanto produjo el gran pintor.

Todo un capítulo de historia y de costumbres son estos cuadritos que no alcanzan á medio metro de ancho. El *tío Paquete,* ciego popular de las gradas de San Felipe, es un tipo de lo más maleante y picaresco que nos podemos echar á la cara; pero un tipo que no existe más que en Madrid; como *La visita del fraile* es un episodio de la vida de aquellos benditos tiempos, pintado con la misma *intención* con que por entonces trazaba sus *caprichos* el artista. No menos movido y lleno de cómicos detalles es el cuadrito *Toro escapado de la plaza de Madrid,* y la fantasía verdaderamente macabra titulada *Degollación.* Figuraos varias figuras de hombres y mujeres desnudos y á uno de aquéllos cogiendo por la cabeza á una mujer, apoyándola contra su pecho y disponiéndose á degollarla como si se tratara de rebanar un pan. En cambio, allí está pintado con toda la fuerza dramática de que era capaz el genio de Goya el boceto del cuadro *Ataque del pueblo de Madrid á los mamelucos el día dos de Mayo.* Vida, movimiento, escorzos violentísimos y fuerza dramática, sugestiva, terrible, todo esto más que verse se adivina en aquellas manchas trazadas al correr vertiginoso del pincel. Como contraste, al lado se admira otro boceto con dos figuras de placidez inefable, *Santas Justa* y *Rufina,* que ejecutó en amplio lienzo para la catedral de Sevilla.

Pasemos á los dibujos y grabados. Ved ese *capricho,* una vieja, más que vieja, una trotaconventos fea, horrible, columpiándose, luciendo su descomunal joroba y poniendo una cara de placer que causa risa y asco y miedo. ¿Pues qué decir de aquellos dibujos en que reproduce el artista una multitud que se empuja y rueda por el santo suelo en las posturas más cómicas que imaginarse pueden? ¿Qué decir del espíritu con que están dibujados otros tipos populares y escenas que recuerdan muchas de las más mordaces de sus *caprichos?* Jamás podrá alabarse bastante aquel ahorcado, cuya vista pone espanto, ni aquel *mendigo,* que parece uno de los *soplones* de Quevedo ó de Cervantes, y aquel *fraile*...

***

Termino. De Goya, ¿qué se va á criticar, si sobre sus defectos estuvo su genio? Mirad el esbozo más descuidado que haya hecho, y veréis siempre asomar la garra del león en la intención, ó en la escena, ó en la técnica.

Su carácter enérgico, como su malicia, como su franqueza, como su espíritu observador, muéstranse en todo lo que produjo, hasta en sus cartas. Decía cuanto sentía y como lo sentía; y si no, ahí está esa carta dirigida á un amigo suyo de Zaragoza, en la cual le daba cuenta de que «la de Alba se le había entrado en el estudio para que le pintase la cara; por cierto que me da más gusto que pintar en lienzo.»

R. Balsa de la Vega.

BOCETO

¡POR LA SALUD DE LA SEÑORITA!

A una muerta.

Rebosaba de gente la Puerta del Sol; regresaba la burguesía del paseo, de disfrutar de una tarde espléndida, luminosa, tibia, algo así como una página del prólogo de la primavera; los carruajes que del Retiro y de la Castellana bajaban por la calle de Alcalá y por la Carrera, se detenían en la Puerta del Sol para encender las bujías de sus faroles; *daban al aire* sus estridentes sonoridades los pitos de *riperts* y tranvías; pregonaban las golfas: «¡Ramitos de violetas á diez céntimos!;» anunciaban los golfos tal ó cual extraordinario ó periódico desconocido con todos los detalles de la última crisis ó del último crimen sensacional, y de la tierra subía al cielo un polvillo sutil que al ser herido por las luces eléctricas ó del gas que comenzaban á encenderse, adquiría tonos dorados y se perdía, ya muy arriba, en una atmósfera de crepúsculo soñador y poético...

Indudablemente, aquella multitud que se codeaba era feliz, feliz por completo; todos aquellos seres de condiciones tan diversas que se confundían formando abigarrado é inmenso grupo, habían comido bien y tenían la salud por arrobas y un duro en el bolsillo para lo que se terciara.

Allí no cabían las penas, todos parecían estar contentos con su suerte, y los tenorios callejeros asediaban con el ritmo de su palabrería galante á cuantas hembras acertaban á pasar cerca de ellos, y los vendedores al por menor voceaban las excelencias de la mercancía con tono alegre y satisfecho, y los cocheros desde sus alturas fustigaban jovialmente á los caballos y parecían instigarlos jovialmente también al atropello, y hasta los guardias de seguridad se paseaban con mesurado y cadencioso paso, sonreían beatíficamente, sin preocuparse poco ni mucho de los rateros que de la manera más ingenua procuraban ganarse la vida á costa del prójimo.

Convidaba aquel caer plácido de una tarde de mayo á vivir á pierna suelta, á disfrutar de los placeres que este mundo vilipendiado ofrece, á echar al aire todas las canas de una cabellera pródiga en ellas; y si en aquellos momentos, cuando entrábamos de bracero en el restaurant, nos hubieran dicho á ti y á mí que probablemente buen puñado de seres *no privilegiados* habrían de contentarse aquella noche con el aroma purísimo de los almendros en flor y de las lilas para alimento de sus deleznables cuerpos, no lo hubiéramos creído; por eso á broma tomamos, tanto tú como yo, el sonsonete gangoso de la pobre vieja que con una criatura en los brazos y agarrada á su falda la otra, canturreaba: *¡Diez céntimos para ayuda de un panecillo! ¡Por la salud de la señorita!*

La verdad, que tomar en serio aquel sonsonete hubiera sido cursilería manifiesta, en la que ninguno de nosotros dos iba á incurrir: ¡si fuéramos á hacer caso de la serie interminable de pordioseros más ó menos auténticos que continuamente nos asedian, nos importunan y nos meten por las narices miserias repugnantes, llagas hediondas, tumores asquerosos, toda la escala de los desastres físicos, descuidados las más de las veces por... *sport;* si á cada uno de esos mendigos que nos muestran defectos individuales á porrillo hubiéramos de socorrer, ¿que sería de nosotros y de nuestros capitales y de los capitales de nuestros hijos?

Hay excepciones, sin embargo, y aquella madre de la puerta del restaurant se me antojó una excepción: verdad es que pedía tan lastimosa y tan prosaicamente como los demás mendigos que nos importunaran en la tarde; pero lo pedía por ti, por la señorita, *por la salud de la señorita,* y sentí, ¡oh, sí!, sentí en el alma no darle una limosna; pero llevábamos tanta hambre y es tan difícil y tan molesto con las manos enguantadas y con el gabán abotonado *echarse á buscar* una perra grande en el bolsillo del pantalón...

Pero me pesó, ¡palabra!, y te lo dije mientras comíamos íntimamente en aquel gabinete recién amueblado, donde todo era gusto refinado, detalles confortables, modernismo puro.

¡Y cuidado si comimos bien! ¡Fué aquél un *menú* delicado, un primor de coquetería gastronómica; tú lo hiciste, y me parece que te estoy viendo inclinada sobre el mantel y sosteniendo entre los dientes el lápiz, pensando, pensando muy en serio una *entrada sensacional,* mientras yo te dejaba hacer sin atreverme á distraerte de tu laboriosa tarea.

Por el balcón abierto y entre los rumores del arroyo subía la canturia de la pordiosera que encontramos en el portal: *¡Diez céntimos para ayuda de un panecillo! ¡Por la salud de la señorita!;* y nos vimos obligados á cerrar el balcón para no comer arrullados por aquella musiquilla lastimera.

Pero yo tenía mi plan; no, no le pesaría á la pobre el haber invocado *la salud de la señorita;* cuando bajásemos la socorrería con creces: ¡qué ajena estaba la infeliz de la lotería que la aguardaba!

***

Fué nuestra última cena alegre; de día en día te encontraste peor, y aunque te dabas cuenta de tu estado, á broma lo echabas, y te reías cuando el burlón Suárez te llamaba jocosamente Margarita y te comparaba con la heroína romántica de la novela de Dumas.

¡La salud de la señorita! ¡Buena estaba la tal salud!; pan para un día y hambre para mañana, para toda la eternidad.

Y á propósito de pan, recordábamos á la mendiga de los dos chiquillos; cuando bajamos *aquella* noche de comer no estaba ya; sin duda la habían recogido los guardias y la infeliz se perdió una buena limosna, la mejor quizá que hubiera recibido en su vida. Desapareció, como desapareciste tú para no volver en una tarde como aquella, espléndida, tibia, luminosa, embalsamada por el aroma de la primavera que de la tierra se desprendía.

. . . .

Y hoy, cuando á solas con el dolor este de la ausencia tuya, que es cada día más intenso; con este dolor que tú ves desde arriba, sincero, inmenso, culto; de un amor inextinguible; hoy que de codos en el balcón dejaba errar la fantasía, he oído una voz conocida, una cantilena triste que ha removido dentro de mí todo un mundo de horas felices: *¡Diez céntimos para ayuda de un panecillo! ¡Por la salud de la señorita!* Era ella, la pobre del restaurant, y me pedía por ti, por tu salud querida, y sonreía.

Ha debido ver en mi mirada algo terrible, algo como una amenaza que la ha causado miedo y ha intentado huir; yo he metido la mano en el bolsillo y he dejado caer todo el dinero que llevaba encima, al mismo tiempo que una lágrima que resbalaba por mi mejilla rebotaba en el barandal.

Después he vuelto á mi constante tarea. Sigo pensando en ti.

P. Hernández Erenas.

DESENLACE

Hacía ya largo rato que duraba aquel inconcebible martirio.

Con gran inquietud, con desasosiego creciente á cada instante, Roberto abandonaba su sillón, daba vueltas por el estrecho despacho como una fiera enjaulada, volvía á sentarse, cogiendo febrilmente la pluma, que no tardaba en arrojar otra vez sobre las blancas cuartillas, en las que la lámpara vertía de lleno su luz, trazando un brillante nimbo, mientras que todo el resto de la estancia permanecía envuelto en misteriosa penumbra.

Profundamente agitado, presa de mortal angustia, Roberto iba de un lado á otro, sin darse cuenta de ello, como un autómata. Sus labios murmuraban frases incoherentes; sus sienes, mojadas por menudas perlas de sudor, latían con violencia, y la mirada vaga, incierta, de sus espantados ojos, parecía buscar en el espacio algo indefinible, algo que no llegaba.

Rendido de luchar, agotadas sus energías, con un gran desaliento, con un espantoso desmayo de su voluntad, con el espíritu hondamente perturbado, se dejó caer de nuevo en la butaca, delante de su escritorio, apoyó los codos en la mesa, hundió la frente en ambas manos y quedó sumido en esa letárgica inconsciencia del no sér, que nos aisla por completo de cuanto nos rodea.

Poco á poco, la fría inocuidad de su cerebro se fué poblando de fantasmas. Como si obedecieran á misteriosa evocación, uno á uno fueron surgiendo en él todos los personajes de su obra, de aquel drama de carácter indefinible, á un tiempo romántico y naturalista; romántico por la refinada y neurótica sensibilidad que vibraba en cada una de sus frases; pero humano, terriblemente humano, por la crudeza de la acción, desarrollada en tremenda lucha de afectos y de pasionales incidentes.

Gota á gota, Roberto había ido derramando en aquel trasunto escrito de su combatida existencia toda la sangre de su corazón, todo el jugo de su mente.

Surgió Fernando, que era él, el mismo Roberto, con sus esperanzas, siempre fugaces, con sus dolores, eternamente renovados, con sus mortales desfallecimientos; Fernando, que arrastraba penosamente por el mundo la cadena de aquel amor inmenso, avasallador, en que encenagaba su cuerpo y su espíritu, que era su vida y que labraba al mismo tiemp su muerte; Fernando, perseguido, acechado de continuo, obsesionado por el fatal espectro de la locura que de generación en generación había ido cebándose en sus antepasados.

Surgió Celeste, la dulce y terrible niña, ángel y fiera de felinos instintos, versátil y enloquecedora, voluptuosa y esquiva, acariciadora hasta el espasmo, desdeñosa hasta el insulto...

Celeste, en cuyas rosadas uñas palpitaba en me nudos trozos el corazón sangriento de Fernando.

Surgieron, por último, en confuso tropel, todos los demás personajes de la obra, personajes episódicos, encargados de atizar el fuego de aquel infierno en



CONFLICTO CHINO. – Entrada del palacio imperial de Pekín (de fotografía)

que se consumía la vida del protagonista: los unos con sus mentidos afectos, con su hipócrita servilismo; los otros, con su abierta y descarada acometividad, y todos ellos, con sus envidias, sus rencores,



CONFLICTO CHINO. – Cementerio chino en las inmediaciones de Pekín (de fotografía)

su intención, su crueldad, profundamente humanas.

Sí, surgieron todas esas gentes, las mismas que habían rodeado y rodeaban todavía al poeta, á Roberto; que lo tenían secuestrado, acorralado como á una fiera, tirando al blanco sobre su corazón con los dardos de su malevolencia y complaciéndose en pisotear todo lo que en él había de noble, de altivo y de independiente.

En el profundo silencio de la noche, en el dulce recogimiento de aquellas horas de quietud en que todo parecía sumido en misterioso letargo, Roberto, abstraído en la contemplación de los dolores de su héroe, que eran sus propios dolores, meditaba en el desenlace de su drama y en el, todavía ignorado, de su agitada y mísera existencia.

En su cerebro, vacío en aquel instante, no germinaba una sola idea.

Su voluntad inflexible iba á estrellarse contra aquella especie de muro de granito que tan negra sombra proyectaba en su mente...

La ansiedad, el desaliento, la confesión de su impotencia, producíanle un agudo dolor, un sufrimiento físico insoportable. Parecíale que el corazón se le hinchaba, llenando su pecho, pugnando por subir á la garganta, ahogándolo y enviando á sus ojos oleadas de fuego.

Levantó la cabeza para respirar, al mismo tiempo que abría uno de los cajones de la mesa donde guardaba el manuscrito de su drama.

Su mirada tropezó en la pared con el retrato de su padre, en cuyos ojos, que parecían mirarlo, se pintaba la locura que lo llevó á la muerte... ¡Qué horror!

Su mano, revolviendo los papeles en el cajón, tocó un objeto frío que le hizo estremecer.

Roberto lanzó un grito de júbilo... Sus ojos brillaron con intenso fulgor... Sus labios trémulos dejaron escapar una carcajada.

Escribió rápidamente algunas líneas en la última cuartilla de su drama... Fernando rompía de un tiro la cadena de su amor vergonzoso y de sus dolores.

Luego brilló un arma en la mano de Roberto, sonó una detonación y la frente agujereada del poeta puso una mancha roja en el sitio de la cuartilla en que había escrito: «Cae el telón.»

Había encontrado el desenlace.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. – La marcha de los ejércitos aliados sobre Pekín constituye el suceso en el que está hoy concentrada la atención de las potencias, pues la ocupación de la capital del imperio chino ha de poner término sin duda á la situación anómala en que se encuentra aquel Estado. Pero el avance de aquellas fuerzas resulta en extremo difícil, porque el mismo empeño que tienen los aliados en entrar en aquella ciudad, tienen los chinos en impedir que lleguen á ella, para lo cual por una parte han acumulado tropas numerosísimas en el camino por donde aquéllos han de pasar, y por otra el astuto Li-Hung-Schang trabaja por la vía diplomática desde Shang-Hai para llegar á un arreglo con los gobiernos de las principales potencias europeas. Aparte de esto, el ejército aliado no cuenta con fuerzas suficientes para proseguir el movimiento iniciado, y es seguro, como decíamos en el último número, que hasta la llegada de los refuerzos que allí se han enviado no se emprenda una acción decisiva, si bien entonces podrían surgir nuevas dificultades cuando se tratara del general en jefe que haya de mandar aquel conjunto de tropas heterogéneas. Afortunadamente, se han recibido noticias fidedignas, algunas de ellas enviadas por los mismos interesados, dando cuenta de que los diplomáticos acreditados en Pekín (cuyos retratos publicamos en la página 534) viven todavía, á excepción del embajador de Alemania; pero sus vidas correrán peligro mientras permanezcan en aquella capital, tanto más cuanto que el gobierno chino ha empezado una serie de ejecuciones de altos dignatarios por el solo delito de simpatizar más ó menos abiertamente con los europeos. En cuanto á las matanzas de cristianos, no hay que decir que continúan en algunas provincias, no pasándose apenas día sin que el telégrafo nos dé cuenta de algunos asesinatos de misioneros y de conversos.

Fiesta andaluza, cuadro de Agustín Salinas. – Sean cuales fueren las influencias que del extranjero nos vienen; sea cual fuere la moda en bellas artes imperante, no faltarán nunca en España artistas que, sustrayéndose á las unas y haciendo caso omiso de la otra, trasladen al lienzo los alegres y pintorescos espectáculos que de continuo ofrecen la naturaleza, las costumbres, los tipos de nuestras regiones meridionales. Y nadie podrá censurar á los que tal hagan; antes bien, forzoso será aplaudirles entusiásticamente en su empeño de reproducir esas notas brillantes que son características de una gran parte de nuestro país. Enhorabuena que los pintores del Norte, acostumbrados á vivir entre brumas y á no ver del sol más que un pálido y ridículo remedo, busquen en los tonos grises y en los asuntos melancólicos la exteriorización de los sentimientos que aquel triste medio ambiente despierta y mantiene en ellos; pero con la misma razón con que se elogia la sinceridad de estos septentrionales, debe ensalzarse la de los hijos del Mediodía, que, como Salinas, derraman sobre la tela toda la luz del sol de la tierra andaluza y todo el buen humor de aquella gente que no tiene igual en el mundo, pintando la realidad que ante sus ojos se presenta con todos los encantos de la poesía.

Los reyes de Servia. – Hace cinco años, el rey Alejandro de Servia fué á Biarritz á visitar á su madre, la reina Natalia, la cual tenía entonces como dama de honor á la señora Draga Maschin, viuda de un ingeniero de minas, que supo cautivar al hijo como había cautivado á la madre. Un año después, la señora Draga Maschin se trasladaba á Belgrado; hace pocos días el monarca servio anunció oficialmente su boda con esta dama, y el día 5 de este mes celebróse solemnemente la boda en la catedral de la capital del reino. Este matrimonio ha sido considerado como un golpe de Estado, pues al solo anun-



CONFLICTO CHINO. – La catedral francesa de Pekín (de fotografía)



FIESTA ANDALU A



... Agustin Salinas



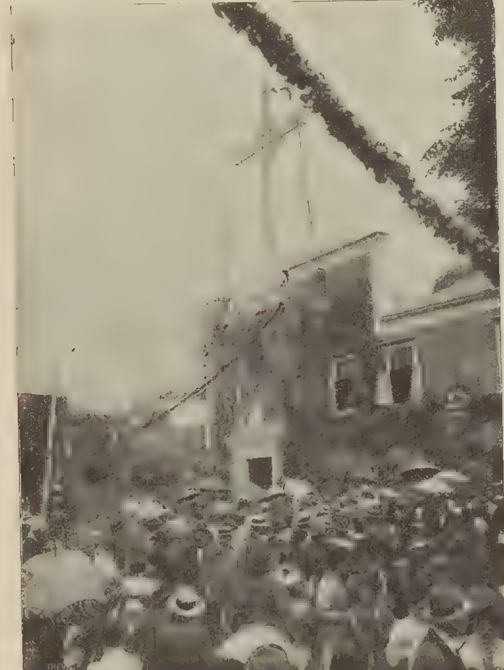
El rey Alejandro de Servia y su esposa la señora Draga Maschin
cuyas bodas se han celebrado el día 5 de los corrientes en Belgrado

cio del mismo dimitieron el ex rey Milano, que con el cargo de generalísimo desempeñaba una especie de tutela de su hijo, y el ministerio presidido por Vladán Georgevitch: Alejandro aceptó incontinenti dichas dimisiones y nombró nuevos ministros bajo la presidencia de Alexa Jovanovitch.

La señora Draga Maschin desciende de una de las más ilustres y populares familias woiwodes del tiempo de las guerras de Servia contra Turquía, en el reinado de Miloc Obrenovitch; está dotada de belleza y talento grandes y cuenta 34 años, es decir, diez más que su esposo.

El rey Alejandro ha demostrado una vez más en esta ocasión la firmeza de que tantas pruebas tiene dadas desde que subió al trono: el ministerio, el Consejo de Estado, el metropolitano y el presidente de la Skuptchina le conjuraron á que desistiera de su proyecto en interés de la corona, de la dinastía y del país; pero todo fué inútil, y el enlace, como hemos dicho, se ha consumado, con gran contento de todo el pueblo servio, que en este asunto ha opinado de distinto modo que los altos dignatarios del reino, aclamando y vitoreando á los soberanos y celebrando la boda con inusitados festejos.

El matrimonio del rey Alejandro en nada afectará seguramente á la política exterior de Servia, que es política de especial amistad con Rusia y Austria-Hungría; en cambio, en el interior el joven monarca tendrá que trabajar no poco para vencer el descontento de las clases directoras, que hubieran visto con más gusto la unión de su soberano con alguna ilustre princesa de familia reinante.



Inauguración de la cruz erigida en el monte Vesubio

El duque Alfredo de Sajonia Coburgo Gotha. En su residencia de Rosenau, junto á Coburgo, falleció el 30 del mes pasado el duque Alfredo de Sajonia Coburgo Gotha, hijo tercero de la reina Victoria de Inglaterra. Nació en Windsor en 6 de agosto de 1844, y á los catorce años entró en la marina de guerra británica. Cuatro años después, á la caída del rey Otón de Grecia, fué elegido para ocupar el trono helénico; pero hubo de renunciar á esta corona porque un convenio de 1830 excluía de aquel trono á todos los miembros de las dinastías protectoras de aquel Estado. En 1866 fué nombrado duque de Edimburgo y conde de Ulster y de Ken; en 23 de enero de 1874 casóse en San Petersburgo con la gran princesa rusa María, hija del tsar Alejandro III, y en 1886 ascendió á almirante de la armada inglesa y mandó en los dos años siguientes la escuadra del Mediterráneo. Al morir en 1892 su tío el duque Ernesto II, entró á gobernar el ducado de Sajonia Coburgo Gotha.

Por muerte del duque de Edimburgo le sucederá en el ducado de Sajonia Coburgo Gotha el duque de Albany, descendiente del príncipe Leopoldo, cuarto hijo de la reina Victoria de Inglaterra.

Inauguración de la cruz erigida en el Vesubio.—En la cima del Vesubio y en la misma colina en donde está situado el observatorio, se ha puesto recientemente la primera piedra del monumento que allí ha de levantarse á Jesucristo. En lo alto del ático del templo del Salvador se ha erigido una cruz de madera de 18 metros de alto, seis de los cuales están ocultos en la fábrica misma de la iglesia, atravesando el techo y la bóveda. Dentro de un año, en el sitio de esta cruz se elevará el colosal monumento en cuya base gigantesca estará el templo. La ceremonia de la inauguración, que el adjunto grabado reproduce, fué un espectáculo en extremo pintoresco.

¡A los toros!, cuadro de M. Obiols Delgado. – Digna pareja del cuadro *En la feria*, que en el número 945 de La Ilustración Artística publicamos, es el que en el presente reproducimos. Obiols Delgado sabe trasladar al lienzo con habilidad suma las escenas genuinamente españolas, con toda la vida, toda la luz y todas las notas brillantes de color que las caracterizan. *¡A los toros!* es una composición bien observada y perfectamente dispuesta, donde cada figura y cada objeto tiene su valor propio, formando el conjunto de elementos que en ella entran un todo en extremo simpático.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – La casa Escofet, Tejera y compañía ha publicado un hermoso cartel anunciador de sus ladrillos de mosaico, obra del reputado artista D. Alejandro de Riquer. Está tirado á varias tintas, y á su carácter elegante y suntuoso une la cualidad de dar cabal idea de los productos á que sirve de anuncio. Las figuras que en el cartel se admiran están perfectamente dibujadas y se destacan sobre un fondo de ladrillos de brillantes colores y dibujados con el mayor gusto. El cartel ha sido tirado en los talleres de J. Thomas, de esta ciudad, y constituye una verdadera obra de arte.

Teatros.—En el Covent Garden, de Londres, se ha cantado con gran éxito la ópera en tres actos de Puccini *La Tosca*.

– El conde Tolstoi está terminando un drama que se titulará *El poder de las tinieblas*, y en el que se describirá la miseria de los obreros pobres en la capital del Imperio moscovita.

– Durante la próxima temporada se estrenará en la Scala de Milán la ópera *Nerón*, que hace tanto tiempo tiene terminada Arrigo Boito.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *El estreno*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Alvarez Quintero, con música de Chapí, y en el Eldorado *El barquillero*, zarzuela én un acto y tres cuadros de los Sres. López Silva y Jackson Veyán, con música también de Chapí.

Barcelona. – Ha terminado en el Eldorado su brillante campaña la compañía dirigida por la Sra. Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza que últimamente ha estrenado, con escaso éxito, el drama de D. José Echegaray *El loco dios*, y con gran aplauso *La hija del mar*, drama de Angel Guimerá, traducido por el Sr. Echegaray. En Novedades una compañía dramática italiana ha dado algunas representaciones de *Quo vadis?*, narración dramática tomada de la famosa novela de Sienkievicz. El empresario del Liceo Sr. Bernis tiene escriturados ya para la próxima temporada á los siguientes artistas: maestro director, Eduardo Mascheroni; tenores, Rafael Grani, Eduardo Garbín, Juan Peirani; barítonos, Agustín Gnaccarini, Mario Sanmarco; sopranos, Luisa d'Ehrenstein, Matilde de Lerma, Rosina Storchio, Leonilda Gabbi, Regina Paccini; mezzo sopranos, Armida Parsi Pettinella, Cloe Marchesini; maestro de coros, Juan Marín. Las óperas nuevas que se pondrán en escena serán: *Siegfried*, de Wagner, é *Iris*, de Mascagni, para la primera de las cuales ha adquirido el Sr. Bernis todo el material de la Scala de Milán. Además está en gestiones dicho empresario para la adquisición de la ópera de Leoncavallo *Zazá*, que estrenarán en breve la Sra. Storchio y el Sr. Garbín.



El duque Alfredo de Sajonia Coburgo Gotha
fallecido en 30 de junio último

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Carlos Augusto Barack, director de la Universidad imperial y fundador y director de la magnífica Biblioteca provincial de Estrasburgo, autor de numerosas é importantes obras históricas y filosóficas.

Luis Teodoro Choulant, pintor de Cámara del rey de Sajonia y notable arquitecto.

AJEDREZ

Problema número 204, por Ph. Klett.

Negras (6 piezas)

Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 203, por J. Pereler

Blancas.	Negras.
1. D e 4 – e 1	1. Cualquiera
2. D ó T mate.	

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

En aquel momento, por la ventanilla del coche, estacionado cerca de un pueblo cuyo alcalde no había permitido que la sonámbula se detuviese en el interior de la población, Panuflo vió á Fanfán que volvía de la misma con una botella en la mano.

– ¡Miren el pillastre!, exclamó llamando la atención de *Caracol* y Ceferina. Capaz es de haber ido á buscar aguardiente... No digamos nada y observemos. Claudinet le sale al encuentro. Se esconden en el bosque... ¡Hipocritones!.. ¡Qué modo de disimular sus vicios!

Los tres bribones se echaron á reir.

Por lo visto, el niño se aficionaba á la bebida.

¡Mejor! De este modo se verían más pronto desembarazados de Claudinet, y Fanfán no tardaría en obedecer á todos sus mandatos por satisfacer su naciente pasión.

De puntillas, procurando hacer el menor ruido posible, se acercaron al sitio en que se habían escondido los muchachos.

Ambos estaban sentados sobre el musgo. Claudinet hacía una mueca horrible. Fanfán reía al destapar la botella y ver el gesto de su camarada.

– ¡Verás qué bueno es!, decía Fanfán.

– Dices esto porque tú no lo has de beber, pero sabe á demonios.

– ¡Pero te sienta tan bien!

– Es verdad. Me encuentro mejor, gracias á ti.

– ¡Vamos, bebe!..

Le presentaba un vaso lleno.

Claudinet cerró los ojos, y con una cómica repugnancia, se tragó el contenido.

– ¡Puf!, exclamó devolviendo el vaso á su amiguito.

– ¿Qué porquería es esa que bebéis ahí, á escondidas?, dijo *Caracol*, apareciendo de pronto.

Los niños, asustados, se levantaron.

– ¿No es aguardiente?, preguntó Panuflo.

– Es aceite de hígado de bacalao, dijo Fanfán.

– ¿Aceite de hígado de bacalao?

– Sí. El mes pasado, un boticario, hablando de Claudinet, dijo delante de mí que, para curarse, necesitaba tomar aceite de hígado de bacalao; y como ustedes no se lo hubieran querido dar, yo se lo compré.

Caracol palideció de cólera.

¡Cómo!.. ¿Daban á Claudinet remedios para curarlo?.. ¿Esperaban salvarle?

Contúvose un momento.

– Y ¿de dónde sacas el dinero para comprarle tu droga?, añadió.

– Economizo los cuartos que me dan. Usted sabe muy bien que, de vez en cuando, gano dinero. Ayer, concluído mi trabajo, ayudé á un hombre á recoger piedras en el campo y me dió sesenta céntimos. Con eso y con lo que ya tenía, he podido comprar la botella de aceite.

– Es decir, que me has robado..., tú que pretendes no querer robar. El dinero de los muchachos pertenece á su padre que les mantiene...

– ¡Y les instruye!, interrumpió Panuflo.

– Y el que lo gasta sin permiso es un ladrón.

– ¡Un ladrón!, repitió Fanfán palideciendo.

– Y un desobediente, continuó *Caracol* con frialdad; porque, al comprar esa porquería, has cometido una falta muy grave y serás castigado. Por de pronto, venga esa botella.

Y antes de que Fanfán le obedeciese, empezó á pegarle.

Claudinet dió un paso hacia su amigo para protegerle.

La botella fué rota, y renovóse el horrible espectáculo de aquella bestia feroz maltratando á los niños hasta no poder más.

Mientras tanto, Panuflo, impasible, silbaba un aire callejero.

– El castigo era merecido, pero ya basta. ¡Vete!

Momentos después, dijo á Fanfán, que aún sollozaba, no tanto por el dolor de la paliza como por la pérdida del precioso brebaje:

– *Caracol* tiene razón; le has robado. Lo has hecho por un bien; pero ya ves que, en la vida, hay que pasar por ello de vez en cuando. Si te han cogido en falta, ha sido por torpeza. La cuestión está en ser hábil. No digas nada y yo te enseñaré habilidades, gracias á las cuales te harás con otro dinero y podrás comprar más aceite de hígado de bacalao á ese cataplasma de Claudinet sin que se entere papá *Caracol*.



Claudinet dió un paso hacia su amigo para protegerle

Instintivamente, el niño le contestó con una mirada de indignación:

– ¡No, no he robado! ¡El corazón me dice que no!

Hacía cuatro años bien cumplidos que el coche de la sonámbula rodaba por todas las carreteras de Francia, y la asociación había llevado una vida feliz.

No habían hecho economías, pero los socios se habían entregado á sus placeres favoritos.

De vez en cuando, los dos hombres se ausentaban durante dos ó tres días.

Caracol se llevaba la muela, y Panuflo sus llaves falsas, palanqueta y ganzúas.

Su vuelta coincidía con comilonas, seguidas invariablemente de pugilatos y gritos de Ceferina.

– Esta es la sal de la existencia, decía Panuflo, sin la cual viviríamos en medio de una felicidad demasiado monótona.

Fanfán y Claudinet crecían, y aquellos malos ejemplos y odiosas insinuaciones hubieran acabado por sumirlos también en el vicio, si el germen de las primeras lecciones de una madre honrada y buena y la sana amistad de ambos niños no les hubiesen dado la fuerza de resistir á la invasión del mal.

Un día, durante una permanencia poco afortunada en Tolosa, ciudad de artistas que ya no se contentan con sonámbulas extralúcidas, los tres socios se encontraron sin recursos.

No les quedaba más que el material, el caballo Troppmann, que se hacía viejo, y el perrazo, tan rabioso como siempre.

– Vamos á abandonar este país, donde no saben apreciar la verdadera ciencia, dijo Panuflo, y volvernos hacia París, deteniéndonos en los pueblos que hallemos al paso. De este modo ganaremos con seguridad el pan de cada día. Por lo demás, *Caracol* y yo somos bastante inteligentes para encontrar en el camino alguna ocasión fructuosa.

El consejo era demasiado bueno para no seguirlo; la esperanza demasiado hermosa para no aceptarla.

Emprendieron el viaje á pequeñas jornadas, y no resultó muy desagradable.

La necesidad aguza el ingenio. Si no encontraron ocasión alguna para un robo de importancia, supieron sacar provecho de una infinidad de pequeñas estafas y raterías en que Panuflo y *Caracol* eran consumados maestros.

Se hallaban ya cerca de París, cuando *Caracol* dió la voz de alto.

– ¿Para qué?

– Vamos á retroceder.

– ¿Retroceder ahora que estamos tan cerca?..

– Sí; vamos á tomar la carretera á la izquierda y continuar hacia el Oeste.

Caracol enseñó á su compañero el vaciado en cera de las cerraduras de la alcaldía de Moisdon-sur-Landelle.

– ¡Ah!, ya recuerdo, dijo Ceferina. Aquel alcalde que tanto me fastidió soplándome en las narices para adormecerme.

Puesto al corriente de la historia, Isidoro aceptó la idea de ir á hacer una pequeña visita nocturna al adepto del magnetismo.

Había que combinar hábilmente el plan de campaña.

Claudinet recibió la orden de marchar con Fanfán á la cabeza del caballo, dirigiendo el coche. Los tres socios, encerrados en el interior, empezaron á deliberar, bebiendo sendos tragos de aguardiente.

La deliberación fué larga, pues en ella les sorprendió la noche.

Los niños, que no se habían atrevido á entrar en el coche sin ser llamados, iban muertos de hambre.

No pudiendo aguantar más, se asomaron al interior del vehículo, y encontraron á los tres socios durmiendo la mona al lado de las botellas vacías.

Los niños sabían lo que les tocaba hacer en tales casos.

Claudinet encendió los faroles del coche por no tenérselas que haber con la gendarmería, lo arrimó al borde de la carretera; desenganchó el caballo, lo ató y le dió el pienso, y partió luego con Fanfán un pedazo de pan y queso que encontraron en un rincón.

Y sin hacer ruido, se echaron á dormir.

A la mañana siguiente, vieron cómo *Caracol* sacaba de debajo del coche, en que venía atada, su muela de afilar.

– Voy á ver si encuentro trabajo por los alrededores, les dijo. Sed buenos muchachos, obedientes sobre todo.

Apenas vieron á Isidoro y á Ceferina en todo el día. *Caracol* no volvió hasta muy entrada la noche.

– ¿Qué tal?, le preguntaron sus dos acólitos.

– Imposible entrar, si no llevamos un niño. Todas las ventanas tienen dobles maderas de roble. La cerradura de la puerta es sólida, pero hay encima una imposta de cristales, sin reja, por la cual puede pasar un muchacho. Una vez dentro, abriría la puerta. Claudinet podría tener un acceso de tos en el momento crítico. Fanfán es inteligente y serviría para el caso, si pudiésemos obligarle á obedecer, ó mejor todavía, si consintiese en ayudarnos de buena voluntad.

– ¿Por qué no ha de hacerlo?, interrumpió Panuflo. ¿No te fué confiado para que hicieses su educación? Los tres hemos contribuído á ello. ¿Crees que el chico no haya sacado provecho de las lecciones de tan buenos maestros? Aún se hace el remilgado, pero un golpe bastará para que acaben sus repulgos. Es tozudo y no quiere que digan que cede. Pero en cuanto se haya estrenado, nos dejará á todos tamañitos... Y ¿qué mejor ocasión para su estreno? Déjale por mi cuenta. ¿Estás seguro de que hay dinero en casa de ese alcalde?

– Segurísimo. El viejo está rico. Tiene arrendadas sus tierras y esta semana ha cobrado las rentas. Aún no ha colocado su dinero, puesto que no ha salido de aquí hace más de ocho días, y su notario vive en la cabeza de partido

– Y él, ¿vive solo?

– Con una criada vieja.

– ¿Hay perro en la casa?

– Ni el rabo. Al hombre no le gustan más que los

gatos. Tiene siete. Dice que esos animales están llenos de fluido magnético.

– ¿Has afilado el *bisturí?*

– Le afilaré por darte gusto. Pero ya sabes mis principios cuáles son. Estoy dispuesto á ayudarte, pero si hay que sangrar, no contéis conmigo.

– Pierde cuidado. No te necesito más que para estar al acecho. Entraré solo. ¿A qué hora iremos?

– A las diez me parece que será la mejor hora. Todo el mundo estará en el primer sueño.

– ¿Qué tiempo necesitamos para ir allá?

– El niño no anda muy aprisa.

– Le llevarás á cuestas.

– Pues entonces, dos horas largas... Está seguramente á tres leguas de aquí.

– ¡Bien! No irán á sospechar de personas que se encuentran á tres leguas. Dos horas para ir, otras dos para volver y una hora para la operación... Estaremos de regreso antes de que amanezca.

– Con seguridad.

– Pues no hay más que hablar. La señora Ceferina nos preparará el café.

Panuflo se fué á jugar con los muchachos y el día acabó alegremente

Explicando á los niños, con expresiva mímica, mil maneras de desbalijar al prójimo, fué pasando gradualmente á historias cada vez más siniestras; y á pesar de referirlas siempre de una manera muy cómica, observó que aterrorizaban á Fanfán.

So pretexto de que tenía sed, fué en busca de una botella de vino, del que llenó para los muchachos una ensaladera con azúcar.

Hábilmente les hizo beber, particularmente á Fanfán, prometiéndoles cada vez otra historia más emocionante.

Los niños, bajo la impresión de aquellos relatos, bebían maquinalmente.

Entonces Panuflo llegó á contar la fabulosa aventura de un presidiario acosado por la policía, que escapa siempre y durante mucho tiempo á una persecución desenfrenada, y no es cogido hasta que es víctima de una traición.

En el relato, la única persona interesante es el bandido; los agentes de la autoridad son unos entes viles y despreciables.

Finalmente, el héroe, herido después de una valerosa lucha, se refugia en casa de un señor, en cuya palabra fía. El señor le ha jurado guardar el secreto; pero mientras su huésped duerme, fiado en aquel juramento, va á denunciarlo y lo prenden.

– Confesarás, Fanfán, que aquel señor era un cobarde y un traidor.

– Sí..., sí..., contestó Fanfán ligeramente beodo y arrastrado por la emoción que había sabido causarle la habilidad del narrador.

– Pues todos los burgueses son unos canallas como ese señor. Por esto les aborrezco. Y todo lo que puedo hacer para vengarme de ellos lo hago; porque no es más que tomar un pequeño desquite.

– Sí, el ser traidor es muy feo, añadió Fanfán bebiendo otro vaso de vino con azúcar que le ofreció Panuflo.

– Pero para vengarse de esos miserables, Fanfán, no se puede ser timorato ni cobarde. Hay que tener más corazón del que tú tienes... Tú siempre tienes miedo.

– ¿Miedo yo?.. Yo no soy cobarde, exclamó Fanfán, en quien la embriaguez empezaba á surtir efecto.

– ¿Te atreverías á vengarte de un traidor?

– Sí, me atrevería. No soy más que un niño, pero sin temblar, me batiría contra cualquiera que me hubiese lastimado.

Y en el rostro del muchacho se dibujó una expresión de cólera.

– ¡Bravo, Fanfán!, exclamó Panuflo. Un trago á tu salud. Tú serás un hombre. No te pareces á ese pollo mojado de Claudinet, que ya se duerme.

Había obscurecido.

Los tres volvieron al coche.

Ceferina había hecho café, que sirvió en tazas.

Entonces se apoderó de Fanfán una especie de locura causada por la embriaguez.

Declamó mil fanfarronadas, provocado por Panuflo.

El solo luchaba contra partidas de señores traidores y perversos.

En medio de su delirio vió en un rincón á *Caracol* que afilaba un cuchillo.

Pero le pareció que no era el *Caracol* de los demás días. Llevaba una gran barba roja, y su traje ordinario había sido substituído por un levitón con cuello de pieles que se confundían con el color de la barba.

Luego, y sin haberse dado cuenta de cómo se había operado la metamorfosis, vió á Panuflo convertido en un vejete de patillas y cabellos blancos, anteojos y gabán negro.

– Todo eso son palabras, muchacho, contestó Panuflo. Falta saber si tienes corazón.

– ¡Que si tengo corazón! ¡No le temo á nadie!

– Entonces, á tu salud.

Maquinalmente, Fanfán bebió su café, en que habían echado mucho azúcar y mucho coñac.

Había empezado á llover, y el lúgubre ruido del agua sobre el cinc del coche acompañaba admirablemente aquel siniestro cuadro.

– La lluvia favorece nuestro plan, dijo Panuflo. No es fácil que tropecemos con curiosos.

– ¡En marcha!, dijo *Caracol*.

– ¡Anda, Fanfán!, añadió Panuflo.

– ¿Adónde?

– A probar si es verdad que no tienes miedo.

– ¡Súbete á caballo!, dijo *Caracol* agachándose.

Fanfán obedeció riendo y el hombre echó á andar con el niño á cuestas, después que Ceferina le hubo echado una manta por las espaldas. El muchacho no tardó en dormirse.

Ceferina, apenas se hubo quedado sola con Claudinet, apagó la luz.

Los dos bandidos desaparecieron en la obscuridad.

Iban andando sin hablar, apretando el paso; sin hacer caso de los baches en que metían los pies, buscando los sitios más obscuros del camino, deteniéndose de vez en cuando para escuchar, al menor ruido, y volviendo á ponerse en marcha, después de haber adquirido la certeza de que les rodeaban la soledad y el silencio.

Fanfán soñaba dulces caricias, tiernos besos y cuidados maternales. Su alma iba á lavarse, en una atmósfera de pureza, del lodo con que se la había querido manchar.

Al cabo de dos horas, alzóse delante de los dos hombres una masa sombría.

Era el pueblo de Moisdon, término de su viaje.

Detuviéronse á la entrada, á fin de tomar sus últimas determinaciones.

– ¡Despierta, Fanfán!, ya hemos llegado, dijo *Caracol*, bajando al suelo su carga.

Fanfán quedóse de pie, chorreando bajo la lluvia y frotándose los ojos.

La embriaguez había pasado, y parecióle que de pronto se rasgaba un velo ante su vista.

Con la rapidez de un rayo, vió el horror de la comedia siniestra que habían representado con él.

Su madre, á quien acababa de besar en ensueños, había venido en su auxilio.

Despertaba el Fanfán noble y animoso de antes de la embriaguez.

– Escúchame bien, muchacho, le dijo Panuflo. Lo que vamos á pedirte es cosa fácil. Y tú, que no tienes miedo, tú que eres listo, nos harás sin dificultad alguna este pequeño favor. Vamos á levantarte hasta una especie de ventana que hay sobre una puerta. Entrarás por ella, bajarás poco á poco por la parte de dentro, agarrándote á los travesaños y herrajes de la puerta... sobre todo sin hacer ruido. Una vez abajo, descorrerás suavemente los dos cerrojos. Nosotros abriremos la puerta y tú saldrás, sin tener ya más que hacer, sino irnos á esperar al extremo de la calle. ¿Has comprendido?

– Y mientras tanto, ¿que harán ustedes?

– Entraremos; pero esto no es cuenta tuya.

– ¿Para robar?..

– ¡Qué te importa!

– Es que si les ayudo á robar, yo también seré un ladrón y no quiero serlo.

– ¿Qué dices?

– Digo que no entraré.

– Y yo repito que entrarás y nos abrirás la puerta. ¡Por última vez te lo repito, y obedecerás!

Al pronunciar estas palabras, los ojos del miserable habían brillado con tan siniestra luz, sus labios habían dejado escapar una especie de silbido tan amenazador, su gesto había parecido tan terrible en la obscuridad, que *Caracol*, al observarlo, no pudo menos de exclamar:

– ¡Eh!, ¡no vayas á matarle!

– Aquí no; pero sí delante de la casa, si no obedece á mis órdenes.

Y al mismo tiempo brilló en su mano la hoja de su afilada navaja.

Fanfán se había erguido rápidamente, temblando de coraje.

Rechinaban sus dientes y sus narices dilatadas no alcanzaban á respirar todo el aire de que estaban ávidos sus pulmones.

Se ahogaba...

Pero no retrocedía un ápice.

Como había dicho antes, ¡no tenía miedo!

La hoja del cuchillo no le había acobardado.

– Obedecerá; si no..., repitió Isidoro.

Cogió al niño de la mano y le hizo andar.

Los dos hombres se habían descalzado.

Deslizáronse rápidamente y sin el menor ruido por la calle principal del pueblo.

– Aquí es, dijo de pronto *Caracol*, señalando una casa de buena apariencia.

Después de examinarla, Isidoro opinó que no se podía escalar sino por la imposta.

Agachóse *Caracol*, y su compañero se encaramó ágilmente sobre sus hombros.

Encontróse á la altura del ventanillo.

Cortar el cristal con un diamante de vidriero y quitarlo por medio de un trozo de mástic, fué obra de un momento.

– ¡Ya está!, dijo saltando al suelo.

Se acercó á Fanfán y lo cogió por la cintura.

– Voy á levantarte y pasarás por ese agujero. Sobre todo, ¡cuidado con hacer ruido!.. El de la lluvia, que redobla, cubrirá el de tus movimientos.

– ¡He dicho que no iré!

– ¡Irás, más que de prisa!

– ¡No, déjeme! Porque aunque me haya de matar en el acto, empiezo á gritar y entonces les prenderán á ustedes.

La voz del niño crecía. Iba á ejecutar su amenaza.

Un terrible puñetazo de Isidoro le lastimó en la cara, mientras que *Caracol*, echándole á la cabeza la manta que le había protegido en el camino, ahogó el grito pronto á salir.

– ¡Ira de Dios!.., exclamó, empujando á Isidoro con rabia.

Panuflo se agarró maquinalmente á un madero de ventana, que cedió al tirón.

– ¡Calla!, murmuró; el diablo nos protege. Esta ventana está abierta.

– ¿Es posible?..

– La criada habrá creído echar el barrote y éste quedaría fuera del agujero. Trata de contener á ese canalla. Quédate en acecho y ojo avizor. No hay más que cortar un cristal y hacer correr la falleba. En seguida entro.

– ¿Tienes las llaves?

– Sí.

– No te equivoques. El despacho está á la izquierda, conforme se entra.

– Entendido.

– Y sobre todo, ¡fuera sangre!; porque si luego le pescan á uno...

– ¡Bueno, bueno! Coge al muchacho y estrangúlalo si quiere gritar.

Fanfán permanecía inmóvil bajo la manta.

Caracol lo había cogido en brazos, acurrucándose con él á pocos pasos de la casa y escudriñando en la obscuridad con sus ojos de ave de rapiña.

Sin embargo, el pobrecito niño no estaba desmayado.

Sentía correr por su rostro la sangre que había brotado al golpe de Panuflo.

Dábase cuenta exacta de que en aquel momento se cometía un robo, un asesinato quizá, y que los asesinos eran aquellos hombres de quienes casi era cómplice.

Un horror espantoso le helaba todo el cuerpo; sus cabellos se erizaban de espanto, en tanto que en su corazón nacía un odio implacable contra aquellos bandidos.

De pronto oyó, á través de los quejidos del viento y el chorrear de la lluvia, un ruido sordo, como de una lucha, luego un grito... débil, pero atroz..., un estertor que á lo sumo duró un minuto.

– ¡Mil rayos!, exclamó *Caracol*, levantándose bruscamente.

– ¡Vámonos! Ya está, dijo de pronto la voz de Panuflo.

Entonces el niño se sintió llevado en una carrera desordenada.

Al cabo de una hora, pareció que los dos hombres acortaban el paso.

– ¿Entonces?.. dijo *Caracol*.

– ¡Escabechado!

– ¡Malo!

– ¡No tuve más remedio! En el momento en que yo abría tranquilamente el cajón, el imbécil despertó y vino á interrumpirme, revólver en mano... Tuve que defenderme... Le planté la navaja en la garganta y se quedó sin resuelto.

– ¿Y el dinero?

– En mis bolsillos. Casi todo son billetes. Somos ricos para rato.

Antes de que amaneciese, los bandidos estaban en su coche.

Ceferina quemó todas las ropas manchadas de sangre y esparció las cenizas por los surcos de un campo inmediato.

Los dos hombres dormían.

En tanto que Fanfán, lívido, con los ojos desencajados, meditaba, tendido en la paja que le servía de lecho, en el fondo de un viejo baúl.

VIII

LA BUENA SEÑORA

Elena había vuelto de Penhoet en un indecible estado de postración física y moral.

Parecía que ya no la unían al mundo más que débiles lazos, que el menor accidente podía romper.

La condesa madre había reconocido su inocencia... Iba á hablar, iba á decirle dónde estaba su hijo y á devolverle á Jorge.

La fatalidad había roto aquella esperanza. La fría mano de la muerte había cerrado para siempre aquella boca dispuesta á proclamarla inocente.

¡Qué horrible decepción!

Elena perdió la última esperanza.

Le espantaba la idea de morir, dejando en todos el recuerdo de una mujer adúltera que sucumbe bajo el peso de su falta.

Por esto deseaba vivir.

¡Quién sabe si algún día aparecería al fin como la víctima tanto tiempo calumniada!

Se agarró, pues, á la vida, fortificándose para la lucha.

Las cartas anunciadas por d'Alboize no habían llegado. Elena escribió al oficial y se enteró de que hacía algún tiempo se le había confiado una misión para el extranjero.

Su carta quedóse sin contestación.

No tenía noticia alguna de Carmen ni de Jorge. Escribió á ambos.

Las dos cartas le fueron devueltas sin abrir.

Fué á ver al notario.

—El Sr. de Kerlor, dijo éste, antes de partir con el propósito de permanecer largo tiempo ausente, debió prever el caso de la muerte de su señora madre, pues arregló sus asuntos de modo que no fuese necesaria la intervención de ningún individuo de la familia.

—¡Cómo! ¿No se le ha comunicado la noticia del fallecimiento de su madre?

—Por mi conducto, no, señora, pues yo ignoro dónde se encuentra el Sr. de Kerlor.

—¿Y el Sr. de Saint-Hyrieix? ¿Y mi cuñada? Sin duda les ha escrito usted. ¿Le han contestado?

El notario vaciló un instante.

No se atrevía á anunciar á aquella infeliz una nueva desgracia.

—¿No sabe usted?, dijo al fin levantándose.

—Nada sé.

—Ha ocurrido un hecho gravísimo en Cayena... Tome usted. En el *Diario oficial* vienen los detalles.

Elena leyó el relato de la sublevación de los presidiarios y, en la lista de los muertos, los nombres de Saint-Hyrieix y de su señora.

Salió de casa del notario agobiada por aquella nueva desgracia.

¡Todo había concluído para ella!

Carmen, la mujer que con una palabra la hubiera podido salvar, confesando su propia falta y proclamando la inocencia de Elena, había muerto.

La inocente quedaba para siempre condenada á ser tenida por culpable.

—¡Espere en Dios!, le había dicho el viejo sacerdote de Penhoet.

Y Elena buscó alivio y fuerza en la oración, encerrando en su corazón, como en un relicario, el amor de Jorge.

Amor que no hacían menguar la injusticia y la crueldad de su marido. La cólera de Jorge, ¿no era una prueba trágica de la ardiente pasión que sentía por Elena?

Consagróse la pobre madre á la busca de su hijo, que, según confesión de Kerlor, éste había entregado á un bandido.

Había que buscarlo entre la escoria de la sociedad. Pero ella le cuidaría y lo lavaría de toda mancha.

Fué á encontrar al jefe de la seguridad, que escuchó con atención el relato de los acontecimientos de que era víctima, comprendiendo que aquella mujer decía toda la verdad.

—¡Lástima, señora, que su enfermedad y sus dudas hayan retrasado tanto la denuncia de esos hechos! No veo ya la posibilidad de encontrar al niño. El individuo á quien le entregó el Sr. de Kerlor debió tomar sus precauciones. Se habrá provisto, en el extranjero ó en Francia, de los documentos necesarios para despistar toda averiguación. Ni aun por medio de una fotografía hay probabilidades de reconocerlo; pues, á esa edad, en un año cambian mucho las criaturas. Sin embargo, voy á dar órdenes para que se practiquen las diligencias más minuciosas, y le comunicaré á usted el resultado, que dudo sea satisfactorio.

Otra decepción para la infeliz Elena, que prorrumpió en sollozos.

Durante meses, la desdichada madre no cesó de recorrer todos los sitios en que pululan los miserables de París.

Afilióse á una sociedad de damas caritativas, y penetró en los tugurios más sombríos y en los chiribitiles más sucios.

¡Qué de lágrimas enjugó, que de miserias consoló, de paso, en su ruta dolorosa.

Necesariamente Dios se lo iba á tener en cuenta y abreviaría su martirio en recompensa de sus buenas obras.

Recorrió sobre todo las horribles viviendas en que se albergan los pequeños saltimbanquis, músicos callejeros y mendigos, bajo la dirección y la férula de infames empresarios.

Penetró en las posadas infectas en que viven los numerosos deshollinadores de chimeneas traídos á París por empresarios que viven del trabajo de aquellos seres infelices.

El jefe de seguridad le había dicho que el hombre á quien Kerlor le entregó el niño, en ninguna parte creería estar tan seguro como en París, y Elena esperaba encontrar á su hijo en la capital.

Se la vió en los circos de feria, en los barracones de titiriteros, doquiera se explota á los niños, y no dejó por visitar uno de los asilos en que se refugia la infancia abandonada ó culpable.

A menudo detenía en la calle á tal ó cual pillete, de rostro pálido y mirada perspizaz, soldado futuro del ejército del vicio, ocupado interinamente en abrir portezuelas de coche, en vender ramitos de flores robadas ó cajas de fósforos, y le interrogaba casi maternalmente, en busca de un informe ó un indicio.

A veces, el pilluelo, vicioso precoz, adivinaba un interés cualquiera en el afán con que la señora preguntaba, y, mintiendo descaradamente, inventaba una historia, con infinitos detalles, á fin de obtener una buena recompensa.

Y, al verse luego engañada, Elena se sentía profundamente lastimada en su corazón.

—Toda esa escoria social va á parar á la cárcel, como las inmundicias á la cloaca, le dijo un día el jefe de seguridad, que le tenía encargado que fuese á verlo de vez en cuando. Hace más de dos años que le quitaron á su nijo: ¡sabe Dios si ha sido arrastrado por la fatal corriente!

—Buscaré en las cárceles de niños...

—No hay en París más que una, la Petite-Roquette; pero el reglamento impide que la caridad particular se ocupe, á no ser de lejos, de los jóvenes detenidos.

Elena tuvo que servirse del capellán de la cárcel para sus averiguaciones y actos caritativos.

El cura se interesó por la madre y le prometió ayudarla á buscar á su hijo.

Esto volvió á dar alguna esperanza á Elena, que pensaba que Dios, apiadado de sus sufrimientos, le depararía al fin la casualidad milagrosa que había de devolverle al hijo de sus entrañas.

—En Moisselles, no muy lejos de París, le dijo un día el capellán de la Roquette, se ha establecido una colonia penitenciaria de muchachos. Son los menos culpables y más sumisos de nuestros presos, que se envían allá generalmente. Quizá podría usted obtener en esa colonia algún indicio.

—Iré á Moisselles, me estableceré allí. Aunque no logre mi objeto, haré por esos niños infelices lo que ruego á Dios que inspire á alguna alma caritativa que haga por el mío.

Llegó una mañana de otoño, acompañada de su criada, á la estación más próxima al pueblo.

Compró á nombre de madama de Penhoet una casa de campo rodeada de un magnífico jardín.

En seguida creóse entusiastas simpatías en Moisselles, cuya población no excede de setecientas almas, pero que tiene su «alta sociedad» como cualquiera cabeza de partido.

La señora del notario que otorgó la escritura de compra de la casa de Elena obsequió á ésta con una comida, á la cual fueron convidadas todas las personas notables del pueblo.

Elena tuvo por vecino de mesa al director de la colonia penitenciaria, un capitán de la clase de tropa, hombre franco y leal, aunque algo brusco, que sintió por aquella mujer llena de dulzura una profunda admiración y una simpatía sin límites.

Después de la comida, se hizo un rato de música. Elena tocó al piano una melodía suave y sentimental que enterneció al bravo capitán y al buen cura de la parroquia.

—Señora, le dijo después el militar, yo no entiendo nada de música; pero oyéndole á usted tocar, el señor cura y yo decíamos que un poco de esa sensación los domingos, durante la misa, no había de ser mala para mis muchachos. ¡Ah, si usted tocase el armonio en nuestra capilla!.. Estoy seguro de que la música, como usted la hace sentir, les llegaría al corazón. Porque, en el fondo, no son malos.

Elena le interrumpió:

—Mi capitán, cuente usted conmigo desde el domingo próximo.

De este modo penetró la atribulada señora en la colonia penitenciaria.

Desde luego, en presencia de aquellos dos ó trescientos muchachos, experimentó un profundo sentimiento de repulsión y espanto.

En la mayor parte de aquellos rostros infantiles, el vicio había impreso en cierto modo su sello fatal.

—¡Tal vez mañana, pensó Elena; dentro de seis meses ó un año, mi hijo vendrá á parar á uno de estos sumideros horribles!

Pero después sintió por aquellos infelices una profunda compasión, y se dedicó á hacerles todo el bien posible.

Enseñó la música á varios de ellos, y pocos meses después era de buen tono ir á oir misa con música en la capilla de la colonia.

De ahí nació una corriente caritativa en favor de aquellos pobres desheredados, que designaban á Elena con el nombre de la «buena señora.»

Así concluyeron por llamarla en todo el país comarcano, donde no había miseria que ella no socorriese.

El capellán de la Roquette la enteró un día de que en la cárcel de Ruán había un muchacho cuya filiación correspondía á la del que ella buscaba.

Marchó en seguida á comprobar los indicios y resultó que se había equivocado.

A pesar de sus numerosas ocupaciones, el jefe de seguridad no dejaba de señalarle los casos sospechosos.

En cierta ocasión, un niño iba á comparecer ante el tribunal de policía correccional.

Algunos detalles de su existencia hacían suponer que se trataba de un niño robado á sus padres.

Elena corrió á París, palpitante de emoción. Asistió al interrogatorio del pequeño culpable, temblando, estremeciéndose de espanto y de vergüenza ante la confesión de las faltas por éste cometidas.

El presidente arrancó al acusado un dato preciso..

¡No era Fanfán!

Y el caso se repitió varias veces.

Quebrantada por aquellas emociones sucesivas, Elena volvió á Moisselles y prodigaba á niños desconocidos los tesoros de ternura acumulados en su corazón durante aquel largo día de loca esperanza.

En vano las primaveras sucedían á los inviernos; en vano resplandecía el sol y la tierra se engalanaba; jamás la alegría penetraba en el alma de la pobre mártir.

El mundo era para ella como un sepulcro en que enterraba su vida.

Vestía luto riguroso.

Viuda y madre desconsolada, sin el recurso de poder ir á llorar sobre la tierra bendita que cubre los restos de los seres amados, no veía más que sombras en el horizonte.

TERCERA PARTE

Remordimientos

I

EL JUSTICIERO

«La justicia es la venganza del hombre social, como la venganza es la justicia del salvaje,» ha dicho un filósofo.

Jorge de Kerlor se había vengado.

El jefe de la familia se había hecho justiciero.

Había dicho:

«¡Un Kerlor jamás dejó una ofensa sin venganza!»

Y había condenado á la esposa adúltera al más cruel de los suplicios.

La había separado para siempre de todos aquellos de quienes hubiera podido esperar algún consuelo.

También su venganza había alcanzado al bastardo, en castigo de haber nacido.

Había castigado á los culpables.

El amante era el único que había escapado á su persecución.

En vano el esposo ultrajado había ido á reclamar en la lista de correos la correspondencia á que hacía alusión la carta fatal sorprendida en manos de Elena.

En vano había buscado en torno suyo, comparando la letra de todos los amigos de la casa, tratando de adivinar un nombre al pie de aquella carta sin firma.

(Continuará)



EL CUERPO DIPLOMÁTICO EN PEKÍN

EL CUERPO DIPLOMÁTICO DE PEKÍN

He aquí algunos ligeros apuntes biográficos de los diplomátitos acreditados cerca de la corte del Celeste Imperio, cuyos retratos publicamos en la página anterior.

ALEMANIA. – *Barón Clemente de Ketteler.* – Este distinguido diplomático, que fué asesinado en los comienzos del actual conflicto, había nacido en Potsdam en 1853. Siguió la carrera de las armas, que luego dejó por la diplomática, siendo nombrado intérprete alumno en Pekín. En 1883, por los valiosos servicios que prestó en Cantón durante una revolución contra los extranjeros, fué nombrado secretario de aquella legación. De allí pasó á Wáshington, fué luego embajador en Méjico y en 15 de julio de 1899 embajador en Pekín.

INGLATERRA. – *Sir Claudio Macdonald.* – Nació en 1852 y siguió la carrera militar, tomando parte en la campaña de Egipto de 1882 y siendo luego agregado á la agencia diplomática del Cairo. Fué después cónsul general en Zanzíbar y en 1888 comisario en la costa occidental de Africa; en 1891 se le nombró comisario y cónsul general del territorio de la costa del Níger y en 1896 embajador en China.

RUSIA. – *Miguel de Giers.* – Hijo del ilustre ministro de Negocios Extranjeros, nació en 1854, luchó como oficial de caballería en la guerra turco-rusa y entró en 1880 en la carrera diplomática, siendo sucesivamente secretario de embajada en Belgrado, Constantinopla y Teherán. En 1895 se le nombró embajador en Río Janeiro y en 1898 en Pekín.

ITALIA. – *Marqués Salvago-Raggi.* – Desciende de una de las más ilustres familias de Génova y fué durante largos años secretario de embajada en Pekín, hasta que en 1899 se le nombró embajador en el Celeste Imperio.

FRANCIA. – *S. Pichón.* – Nació en 1857, fué médico y periodista, colaborando con Clemenceau en «La Justice,» y siendo elegido diputado en 1885. Fué nombrado embajador en Port-au-Prince en 1894, en Río Janeiro en 1896 y en Pekín en 1897.

AUSTRIA-HUNGRÍA. – *Arturo de Rosthorn.* Desesempeña interinamente la embajada, como secretario de la misma, en ausencia del embajador barón Ezikann de Wahltorn. Nació en Viena en 1852, dedicóse á los estudios filológicos en Oxford y en Viena y es reputado como orientalista eminente y gran conocedor del idioma y de la escritura chinos, así como del territorio y de las costumbres de aquel imperio. En 1897 fué nombrado secretario de la embajada en Pekín, cargo en cuyo desempeño ha prestado valiosísimos servicios.

ESTADOS UNIDOS. – *Edwin H. Conger.* – Nació en 1843, estudió la carrera de Derecho é hizo toda la guerra de Secesión como oficial de un regimiento del Illinois. Retirado en 1865 con el grado de mayor, dedicóse á la abogacía hasta que Mac Kinley le nombró embajador en Río Janeiro. En 1898 fué nombrado embajador en Pekín.

ESPAÑA. – *D. Bernardo Jacinto Cólogan.* – Nació en Canarias en 1848, estudió la carrera diplomática en París y Londres, y en 1866 fué destinado á la legación de Atenas. Desempeñó luego distintos cargos en las embajadas de China, Turquía, Venezuela y Méjico, adonde fué de primer secretario, pasando luego como ministro á Colombia, y de allí, en 1895, á la embajada de Pekín.

HOLANDA. – *F. M. Knobel.* – Nació en Amsterdam en 1855, desempeñó el cargo de alumno consular en el ministerio de Negocios Extranjeros del Haya desde 1878 á 1881, en que fué destinado á la embajada de Berlín. Ha sido sucesivamente vicecónsul en San Petersburgo y cónsul general y encargado de negocios en Teherán, hasta que en 1895 se le nombró embajador en Pekín.

BÉLGICA. – *Mauricio Joostens.* – Nació en Amberes en 1867, entró en 1885 en la carrera diplomática y ha desempeñado el cargo de secretario de embajada en Madrid, Cairo, Londres y Wáshington. En mayo del presente año fué nombrado embajador en Pekín.

El palacio del Tsung-li-Yamen, ó sea el ministerio de Negocios Extranjeros de China, cuya vista reproducimos en la lámina de la página anterior, está situado en la ciudad tártara muy cerca de las residencias de los diplomáticos.



¡Á los toros!, cuadro de M. Obiols Delgado

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 20 de agosto de 1900 — Núm. 973



ROSA MÍSTICA, cuadro de Alicia María Teresa Eckermans

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tercer tomo de la serie del presente año, titulado Cantares populares y literarios, recopilados por D. Melchor de Paláu. Comprende este tomo más de 6.000 cantares debidamente clasificados, y del acierto que ha presidido en su selección es la mejor garantía el nombre del recopilador, el inspirado poeta que tan profundamente ha estudiado esta forma de poesía popular y que es hoy indisputablemente una verdadera autoridad en tan interesante materia.

Ilustran el tomo diversidad de grabados y varias láminas dibujadas por el reputado artista Sr. García y Ramos.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA VIDA EN VERANO. – CUESTIÓN DE ROPA

SAN LORENZO MÁRTIR

El tema que propuso para uno de sus últimos concursos *El Liberal*, «*La vida en verano*,» encierra una de las más fáciles y difíciles charadas que al ingenio español se le habrá encomendado descifrar. Para descifrarla de cualquier modo, sirve cualquiera; pero si se van á condensar en un artículo los preceptos de la higiene veraniega, ¡qué substancioso artículo habrá que escribir!

La vida en verano, á decir verdad, sería lo mismo que la vida en invierno, si en verano no hiciese calor. Ya sé que parece perogrullada; y sin embargo, no todos se fijan en que resume sucintamente la fórmula del artículo sobredicho: una cuestión de temperatura. En los países donde no quema el sol, se vive tan ricamente durante la canícula, sin precaución higiénica ninguna; sin abanico siquiera.

***

Donde el rubicundo Febo..., etc., hay que pensar en precaverse, lo primero de todo, contra un achaque natural: el afán inmoderado de beber. Esta costumbre es la que debe combatirse, en primer término porque trae fatales consecuencias. En viaje, el ansia de remojar la garganta adquiere caracteres febriles. He observado estos días, en las estaciones recorridas desde Galicia hasta París, que la gente se precipita sobre el agua como el ciervo perseguido y alterado se arroja á la charca. Los botijos corren que es un portento. Las aguadoras hacen – nunca con mayor exactitud se usó el modismo – su agosto.

El mejor consejo que podría dárseles á los sedientos sería el de resistir la sed. Los daños del verano son hijos del agua, en su abuso interno (el externo es recomendable y menos frecuente, por desgracia). Convertido en filtro el cuerpo, bebe lo que suda y suda lo que bebe. Y esa agua que se echan al coleto, cruda y desazonada, llena de microbios, no calma la necesidad de frescura húmeda que se experimenta; más bien la irrita y recrudece. El agua recogida Dios sabe donde; procedente quizás de pozos ó pantanos; tomada acaso de un río, no lejos del remanso en que se lavan las inmundicias de una aldea ó de un villorrio, puede comunicar el tifus, las calenturas malignas y la colerina estacional. En este capítulo, como en otros muchos, la cuestión de salud puede ser meramente cuestión de dinero. El que se lleve consigo unas botellas de agua mineral, en el viaje, quizás se evita el mayor riesgo de los que entran por la boca y pueden dar al traste con la vida.

***

Beber la menos agua posible; y si se bebe, que no vaya sola, sino acompañada del sabroso y fino azucarillo español ó de la empalagosa, pero sedante, flor de azahar francesa; mejor todavía de unas gotas de coñac ó ron del superior y añejo; preferir la bebida *caliente*, única que apaga la sed, á la bebida *fría*, que la exaspera, y comer sin gula ni exceso alimentos de fácil asimilación: he aquí los únicos preservativos contra ese mal congojoso de que he visto aquejados á mis compañeros de viaje, y del que todos sufren, resecado el gaznate por el polvillo de carbón y el que se levanta de la vía.

Otra condición de la vida en verano sería modificar el traje, particularmente el de los hombres. Estos infelices, de quienes ha decretado la moda que no pueden sentir calor como lo sienten las mujeres, y que bajo temperaturas de Africa han de ir con su cuello tieso y su ropa de paño, son víctimas de su propia ley, pues ellos decretaron, por boca de elegantes gomosos y sastres de moda, que han de conservar á toda costa la corrección de la indumentaria. Sería más conforme á la naturaleza que pudiesen envolverse en batista ó *foulard;* pero están ofrecidos á la lana, y lana gruesa y forrada además de fuertes géneros de cruzado de algodón; y por debajo de las prendas de lana, sobre el pecho, que cubre el chaleco, llevan una camisa planchada que parece de cinc barnizado, y á veces una camiseta de punto... Sólo con pensar en ponerse todo eso, se experimenta sensación de asfixia.

***

¿Por qué no viste el género humano enteramente con arreglo á las estaciones? ¿Por qué, sin ofensa del pudor, salvando las exigencias de honestidad reclamadas por la cultura, no adopta un traje que deje la respiración libre, el cuerpo desembarazado, los movimientos fáciles? ¿Por qué la bata – todo lo elegante que se quiera, como las de la época de María Antonieta y de la Recamier – no se adopta para las mujeres? ¿Por qué el hombre no usa, en agosto, el racional, el cómodo traje de los marineros? Somos tan descuidados de la higiene; atendemos tan poco á las primeras necesidades de la vida, que en los barcos de guerra el oficial no suelta el uniforme de paño, mientras sus subordinados van limpios, á gusto y con una silueta mucho más airosa, dentro de la planchada camiseta.

En estos países más ó menos meridionales, no nos damos cuenta de que no podemos vestir á la inglesa. En mi departamento iba una señora, que llevaba escrito en el moreno cutis, en la corta estatura, en las redondas formas, que había nacido á regular distancia de la pérfida Albión. Un bozo pronunciado sombreaba sus labios, y su acento meloso y nasal la denunciaba – á pesar de hablar francés con corrección – por portuguesa. Esta señora reproducía un figurín de Oxford Street. Desde la bota de cuero naranja con suela saliente y el terno de flexible mezclilla algo peluda, hasta la pechera de color terminada por exagerada tirilla blanca y la corbata y cinturón de piel cerrado por recio broche, no le faltaba á la dama aquella ningún requilorio. Como la corrección, en viaje, prohibe quitarse el velo, ella conservaba el suyo, espeso y bordado, sobre las mejillas, en que el sudor brillaba. ¡Desventurada señora! A pesar del velo, de los guantes, de la pechera atirantada, del *costume complet* masculino, de la corbatita con su interrogante de brillantes y rubíes, del sombrero de paja marrón que adornaba un ala de *lofóforo*, yo me la figuraba con sayas de zaraza, despechugada, en una hamaca brasileña, que columpia un *preto*, mientras otro hace aire con un abanico de hojas de palma.

***

En cambio, una inglesa que saltó en el departamento en Biarritz, era acabado modelo de esa ideal compostura y esa aparente indiferencia ante las molestias y el calor, que hace á la raza británica tan á propósito para recorrer el mundo sin fatigarse ni retroceder nunca. Blanca como el armiño y sonrosada como una concha de Venus; delgadita y alta, lisa de espaldas y rasa de pecho; con el pelo rubio claro atusado cuidadosamente, la inglesa, después de haber colocado al primor sus trastos en la red, una maletita cerrada por sólido correaje y una de esas fundas de lona pintada de ocre que sirven de envoltorio á los paraguas y sombrillas, se sentó con naturalidad, y del saquito de mano, que no había soltado, sacó un libro de Ruydard Kipling. El tren cuneaba, el polvo sofocante metíase por las ventanillas y depositaba su cendal grisiento sobre nuestras caras y nuestros trajes; el calor era horrible; las estaciones desfilaban con la monotonía de la fatiga..., y la inglesa, seria, recogida, reclinada en el ángulo del vagón, continuaba rumiando su sueño imperialista, su sueño de dominar el mundo, fomentado por la lectura del ilustre partidario del triunfo definitivo y absoluto de la Gran Bretaña..

***

Ya que estamos en agosto; que respiramos fuego; que la política duerme y la sociedad se dispersa, ¿por qué no hemos de hablar de un santo? Su fiesta se celebra en este mes y su recuerdo parece que aumenta las sensaciones abrasadoras de la rigurosa canícula. La vida contemporánea, en efecto, para muchos es viajar, para otros rezar y pensar en las realidades de ultratumba; y los santos nunca *pasan de moda*, aunque en la devoción hay sus modas también.

El santo que ahora recuerdo es un mártir, y un mártir que sucumbió por el fuego: pensando en tal hecho histórico, nos estremecemos, aun estando á 41 grados y sintiendo que se nos arde la sangre en las venas. Tal efecto nos produce la hermosa leyenda áurea del aragonés Laurencio, que confesó á Cristo en el tercer siglo de la iglesia.

El que lee las Actas de este mártir, adivina dónde nació. Sólo un aragonés podría vivir así, y aun cuando los cordobeses y los valencianos se empeñan en hacer suyo á San Lorenzo, es pretensión vana. San Lorenzo sólo pudo ver la luz del día en Huesca ó en Zaragoza.

Lorenzo era muy joven cuando emprendió el viaje de Roma, foco entonces de la propaganda cristiana. En aquel tiempo se podía decir de Roma y de su Coliseo lo que un papa al emperador de Alemania que le pedía reliquias: el papa se bajó, recogió un puñado de polvo y se lo entregó al emperador exclamando: «Tomad: aquí hasta el polvo es santo.» San Sixto, el papa que entonces ocupaba la silla de San Pedro, ordenó de diácono al joven aragonés. Lorenzo guardaba y custodiaba las vestiduras, los vasos sagrados y el fondo de limosnas que la iglesia repartía entre los pobres.

Apenas se encargó de este grave y delicado ministerio, alzóse la persecución. Las persecuciones no han sido, como muchos creen, un fenómeno constante desde que los poderes, en Roma, empezaron á combatir el cristianismo: fueron, por el contrario, accesos ó rachas de violencia, alternando con épocas de relativa paz. Había emperadores feroces y sanguinarios, y otros que se preciaban de transigentes, y dejaban á los cristianos vivir á su guisa y practicar libre, si no públicamente, las ceremonias de su culto. De este número, de la clase de los tolerantes, parecía Valeriano, aquel guerrero César que desbarató los ejércitos de los godos y que con tal energía se opuso á la irrupción de los bárbaros. Valeriano trataba á los cristianos afectuosamente; entre los servidores de palacio contábanse á docenas, y algunos desempeñaban los más elevados cargos cerca de la persona del emperador. Pero Macriano, que aspiraba al Imperio y sólo logró la tiranía, con el prestigio del militar arrojado y del compañero de armas valerosísimo, incitó al César á renovar crueldades ya algo caídas en desuso.

San Sixto fué el primero á quien prendieron; Lorenzo, al saberlo, corrió á ofrecerse al sacrificio. El papa le encargó de distribuir entre los pobres el dinero de que era depositario, y ocultar y salvar los vasos y ornatos del culto. Al oir hablar de tesoros, se creyó que Lorenzo custodiaba caudales inmensos. Le ordenaron entregar y presentar sus tesoros sin tardanza, y él presentó los pobres, los míseros andrajosos socorridos. «Estas son – dijo – las riquezas de los cristianos.» Fué azotado, desencuadernado en el potro, sometido al suplicio del *escorpión*, que despedazaba lentamente las carnes; y entretanto Lorenzo repetía: «Soy cristiano... y soy ibero.» Ya por último, cansados de atormentar aquel cuerpo recio, juvenil, vigoroso, aparentemente insensible al dolor, idearon tostarle á fuego lento.

***

Debajo de la parrilla descomunal, las encendidas ascuas sostenían el calor necesario para que el cuerpo se achicharrase poco á poco. La piel se abría, ennegreciéndose y retostándose; la grasa se liquidaba; crujían los huesos á la acción del fuego, que los acariciaba con horrenda caricia. Y Lorenzo, el aragonés, decía á los que le miraban asarse: «De este lado ya estoy bien; que me vuelvan del otro.»

No sé por qué – ó mejor dicho, lo sé, aunque difícilmente lo definiría – este santo mártir, cantado por nuestro gran poeta Prudencio, ejerce sobre mi fantasía acción extraordinaria. Es que veo en él el símbolo, la encarnación del carácter nacional, en aquellos siglos de gloria en que erigíamos la enorme parrilla de granito que se llama el monasterio escurialense.

Y la simpatía hacia San Lorenzo es tal, que por haber sido Valeriano su perseguidor, me alegro de que Sapor, rey de Persia, le venciese, le hiciese despellejar de arriba abajo, como quien vuelve del revés un guante, y tiñendo previamente de rojo su piel, le colgase á la puerta del templo, para escarnio del poder de Roma.

Emilia Pardo Bazán.

CRONICA PARISIENSE

EL MOLINO DE LA GALETTE

En algunos planos del viejo París, sorprende la infinidad de molinos marcados en las alturas y aun en los terrenos llanos que rodean á la ciudad. Lo que no sorprende es encontrar en las obras de poetas como El Tasso y Regnard entusiastas estrofas en que se cantan esas torres eólicas que animaban de un



EL MOLINO DE LA GALETTE, dibujo de A. Sureda

modo tan pintoresco el panorama parisiense. Se comprende que la colina de Montmartre, una de las más *eminentes* de la comarca, se viese, desde los tiempos más remotos, cubierta de un verdadero ejército de aspados gigantes, cuyo aspecto hubiera desconcertado al más intrépido de los Quijotes.

Où de trente moulins les ailes étendues
Vous disent chaque jour quel vent chasse les nues,

dice Regnard refiriéndose á Montmartre, cuya perspectiva le era dado contemplar desde el balcón de su casa, situada en la esquina del *boulevard* y de la calle de Richelieu, con vistas á las huertas de la Grange-Bateliere y al arroyo que bajaba al Sena desde las alturas de Menilmontant.

El Tasso, que vino á París en 1570, acompañando al cardenal Luis de Este, transmite á sus amigos de Ferrara sus impresiones de viaje, mostrándose poco entusiasmado de lo que ha visto en la capital francesa.

El ilustre vate italiano, acostumbrado á los paisajes cálidos y luminosos de su patria, encuentra monótonos y tristes los de estas nebulosas regiones septentrionales, y si algo le consuela de la ligereza de los parisienses, «verdaderas veletas que el viento hace girar en todos sentidos,» es la colección de molinos que el mismo viento mueve en las alturas de Montmartre.

Un siglo después de Regnard, Montmartre y sus molinos no inspiran á los poetas más que canciones pobres y vulgares; y ha sido necesario que esos airosos artefactos dejaran de girar, para que la literatura moderna les consagrase curiosas y elocuentes páginas.

Numerosas novelas tienen á la *colina* por teatro de acción y la musa callejera ha cantado en inspiradas estrofas la gloria de sus molinos. En corroboración de este aserto, citaremos á Gerardo de Nerval, que ha dejado en su *Bohemia galante* las cuatro páginas más deliciosas que se han escrito sobre Montmartre; Augusto de Chatillon consagró melancólicos versos á los últimos tres molinos; Carlos Mouselet reproduce en su obra *Les souliers de Sterne* la lista de los que aún molían en el siglo pasado, y el caricaturista Andrés Gill canta el *Moulin de la Galette* con una armonía imitativa que tiene más de fúnebre y macabro que de alegre:

Et qu' on entende, reins cassés,
Chahuter, parmi la tempête,
Un bastringue de trépassés
Dans le moulin de la Galette.

Afortunadamente, ahí está Ponsard para borrar con sus alegres estrofas la lúgubre impresión de Gill:

... cet endroit, où, j'en réponds,
. . . .
Il se fripe plus de jupons
Qu'il ne se blute de farine.

Montmartre no ha inspirado únicamente á poetas y novelistas; innumerables pintores y dibujantes han subido también á inspirarse en aquellas alturas. Sin remontarnos más allá de nuestro siglo, ahí están las obras verdaderamente notables de Charlet, Chintreuil, Corot, Charles Jacque, y sobre todo las de Georges Michel, llamado el *Ruysdael de Montmartre*, que perpetúan los variados aspectos que tuvo la famosa colina antes de transformarse en barrio parisiense.

Hoy, el pintor de los molinos de Montmartre es Willette, que les da, á veces sin querer, aires misteriosos y fantásticos. En otras ocasiones se complace en pintarnos algo como molinetes irónicos, perfilados confusamente en lontananza, ó molinos vampiros, verdaderas visiones de pesadilla en desenfrenadas y fugitivas escenas.

Sin detenernos á trazar la historia de los molinos de Montmartre, porque todos la tienen interesantísima, nos limitaremos á decir cuatro palabras acerca del más célebre de todos ellos que el delicado y genial artista Andrés Sureda ha reproducido en los dibujos que ilustran esta crónica.

El *molino de la Galette* ostenta viejos pergaminos, pues su antigüedad se remonta al año de gracia de 1268. Primitivamente estuvo colocado en la colina de Saint-Roch; fué trasladado cerca del sitio que hoy ocupa durante el reinado de Luis XIII, y á su emplazamiento actual en 1834.

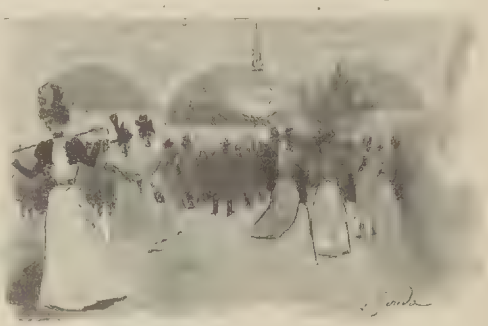
No debe exclusivamente su celebridad á la harina que ha molido. Los molineros de Montmartre eran también taberneros, y la pintoresca situación de sus establecimientos les aseguraba una clientela tan numerosa como asidua. Y como el aire de las alturas abre el apetito, y el comer da sed, y las francachelas son un estímulo para el baile, y la danza inspira con frecuencia sentimientos amorosos, en tanto que las aspas de los molinos giraban al viento, en los mesones que cobijaban se comía y se bebía alegremente, se bailaba con más ó menos desenvoltura y se amaba con amor más ó menos libre y pasajero.

A principios de este siglo, el molino de la Galette pertenecía á la familia Debrey, que expendía leche y panecillos morenos á los paseantes que allí se detenían. Molineros y hortelanos á la vez, tenían unas treinta vacas y unas cuantas cuarteradas de terreno en las inmediaciones de la puerta de Clichy. Convertido después en mesón muy aparroquianado, en que los pasteles y el vino habían substituído á los panecillos y á la leche, el molino de Debrey sufrió en 1833 la transformación que hizo de él un templo consagrado á Terpsícore.

El *tío Debrey*, como le llamaban familiarmente sus parroquianos, era aficionadísimo al baile. El Vestris de Montmartre se complacía en reunir en su molino á la juventud de las inmediaciones para enseñarles su arte favorito. Al principio lo hizo por amor al arte; luego se le ocurrió sacar partido de su *academia* coreográfica.

De este modo se fundó el famosísimo baile público del molino de la Galette, al cual siempre ha favorecido la fortuna. Hace cinco lustros que los dos últimos molinos de la colina, el *Radet* y el *But-à-fin*, no necesitan moler trigo para que su dueño tenga harina todo el año, y descansan sobre sus laureles y sus escudos, inactivos, en una próspera quietud, dejando que las parejas de baile sean ahora las que den vueltas, en vez de las aspas de sus vetustas torres, convertidas en miradores, desde cuya altura la vista alcanza uno de los más hermosos panoramas del mundo.

JUAN B. ENSEÑAT.



SALÓN DE BAILE DEL MOLINO DE LA GALETTE, dibujo de A. Sureda

UNA ALCALDESA Y UN GUERRILLERO

CUENTO HISTÓRICO

En una hermosa tarde del mes de marzo de 1812, los habitantes de Villaverde – pueblo que dista una legua de Madrid, situado en una hondonada que riega el arroyo Butarque, afluente del Manzanares, inmediato á la carretera general de Andalucía – abandonaban, al toque de rebato de la campana de su iglesia, los unos sus casas y los otros las faenas del campo, y todos, empuñando quién un arma de fuego, quién una hoz, éste una horquilla y aquél una navaja, se reunían en la plaza del pueblo entre gritos, protestas y juramentos.

¿Qué ocurría?

¿Eran los soldados de Napoleón, que posesionados de Madrid, como de gran parte de España, venían á saquear y destruir el pueblo?

No era eso, era algo más grave, según decían el alguacil y el sacristán, contestando á las preguntas que los hombres y más especialmente las mujeres les dirigían; eran los españoles, era una partida de guerrilleros que venía á matar al alcalde, ¡á su viejo y querido alcalde!

Como era inútil, porque los guerrilleros avanzaban al galope de sus briosos caballos, querer poner la villa en estado de defensa, los vecinos se lanzaron á la casa del ayuntamiento para defender á la autoridad municipal.

¿Pero qué podía haber ocurrido para esto?

El asombro de los vecinos fué mayor cuando al llegar á la sala del Consistorio se hallaron con que el alcalde no estaba allí, viendo ocupado su alto sitial por su nieta, María Pingarrón, preciosa criatura de dieciocho años, educada en un colegio de Madrid, y que era el encanto de su abuelo, al que servía de secretario, de hija y en algunas ocasiones de madre, por lo que le regañaba para que no se sacrificase tanto por la patria, siendo tan anciano y habiéndola servido tanto y tan bien en otros tiempos.

El alguacil, todo trémulo, penetró en la gran sala y refirió á María, que en diversas ocasiones substituía á su abuelo y á la que rodeaban los regidores, el cura y el cirujano, armados de buenas escopetas, que una partida de guerrilleros se dirigía á Villaverde, dispuesta á fusilar al señor alcalde, acusándole de traidor.



UNA PARROQUIANA DEL MOLINO DE LA GALETTE, dibujo de A. Sureda

– Que vengan, contestó María con firme y sereno acento, ya que á su gran belleza unía un más grande corazón.

Los gritos de las mujeres hicieron comprender á los circunstantes que los guerrilleros se hallaban ya en la plaza y entraban en el ayuntamiento.

El jefe, un gallardo mancebo de veinticuatro años, alto, moreno, de mirada penetrante y marcial continente, llegó hasta el centro del salón, acompañado por sus dos tenientes, y con voz empañada por la cólera preguntó:

– ¿Dónde está el alcalde de Villaverde?

– Aquí, respondió María con la más perfecta tranquilidad.

– Dejémonos de bromas. Que salga ese traidor, ó yo le haré salir.

– Alguacil, si este hombre vuelve á repetir la palabra traidor, cójale usted por el cuello y métalo en el calabozo con un par de grillos.

El guerrillero no pudo disimular su asombro ante la serenidad de aquella niña.

– ¿Sabe usted quién soy?

– Ni lo sé ni me importa.

– Me llamo Justo Prieto, dijo el guerrillero con orgullo.

– ¿Y qué?

– Al invadir los franceses á España, me presenté soldado voluntario, abandonando mi casa y estudios.

– Nada más natural.

– Bien pronto, por mis hazañas, llegué á cabo segundo y luego á primero en el famoso regimiento de caballería del Sagrario.

– Muy bien.

– Caí prisionero de los bonapartistas en la desgraciada batalla de Ocaña.

– Dejarse aprisionar un joven... ¡Qué vergüenza!

– Pero me fugué, y me presenté á combatir de nuevo en los ejércitos nacionales.

– Así debía ser.

– He sido teniente de la guerrilla de don Juan Palarea, el *Médico*, añadió el joven con altanería.

– ¡Ese sí que es un valiente!, exclamó María con entusiasmo.

– ¿Acaso yo soy un cobarde?

– Más parece eso que lo otro, repuso la joven mirándole con desprecio.

– ¡Voto á mil rayos!, exclamó uno de los tenientes.

– Si un hombre me hubiese dicho esa palabra, ya no existiría.

– ¡Bravatas!.., ¡y con una mujer!

– Me he batido en el puente de Almaraz, y en la batalla de Talavera á las órdenes de lord Wéllington; y he salvado la vida de Palarea, con riesgo de la mía.

Un murmullo de aprobación acogió estas declaraciones, y es que todos los habitantes de Villaverde conocían el nombre de Prieto y sus valerosas hazañas.

– No ha hecho usted más que cumplir con su deber, porque Palarea vale más que usted y es más necesario á su patria.

– ¡Por vida de mi nombre!

– Justo, exclamó el primero de sus tenientes sin poder contener la ira, ha entrado por el Portillo de Embajadores y se ha llevado al capitán de la guardia francesa.

– Valiente hazaña.

– Otro día, añadió el segundo teniente, por una apuesta se ha llevado al jefe de la guardia del Hospital general de Madrid.

– Niñerías.

– En el ataque de Yunder encerró en la ermita 130 franceses con sólo 50 hombres, aprisionando 32, que llevó al depósito que tiene establecido en Casa Blanca, á las puertas mismas de la capital.



S. M. VÍCTOR MANUEL III, NUEVO REY DE ITALIA (de fotografía de Brogi, de Florencia)

– Otros han realizado mayores hazañas y no las pregonan.

– Los franceses le llaman el *Temerario*.

– Ser temerario no es ser valiente.

Justo Prieto miraba á la joven María entre indeciso y turbado: la sorpresa, al par que la indignación, no le permitían coordinar sus ideas ni articular una frase.

El heroico guerrillero no comprendía semejante actitud.

Notaba que una mujer, casi una niña, le vencía, y en su cerebro bullían y se amontonaban mil diversas ideas.

– En suma, preguntó la joven, ¿á qué ha venido usted á Villaverde, perturbando la paz de sus habitantes, como si los hombres que le acompañan fuesen del ejército invasor, y profiriendo amenazas de muerte contra mi abuelo?

– ¿Quién es su abuelo de usted?

– El alcalde, á quien represento y sustituyo cuando la patria lo demanda.

– Pues su abuelo de usted, dijo Prieto tratando de dulcificar su voz, impuesto por la noble actitud de María, ha debido enviarme un parte, como lo verifican todos los alcaldes, noticiándome la presencia de los enemigos, que esta madrugada estuvieron á punto de sorprenderme y aprisionar mi guerrilla.

– Mi abuelo, que con sus setenta años vale bastante más que usted..., que ha hecho las campañas de Argel, de Gibraltar, de Francia y Portugal...

– Señorita...

– Que ha sido compañero de armas de los generales O'Reilly, Ricardos, Castaños y Alvarez de Castro, ¡los valientes entre los valientes!..

– Yo ignoraba...

– Ha hecho por usted más de lo que debía; pues en lugar de mandarle ese parte, ha montado á caballo y se lo ha llevado él mismo, arriesgando su libertad y su vida.

– ¿Será posible?

– Y de ello soy testigo, añadió el señor cura.

– Aquí tiene usted la prueba, dijo presentándose en el salón un venerable anciano, de alta estatura, blancos bigotes y militar aspecto, que denunciaban al viejo soldado.

– ¡El señor alcalde!, gritó el alguacil.

– ¡Viva el señor alcalde!, exclamaron todos.

– Gracias, hijos míos. ¿No estuvo usted anoche en Pinto?

– Sí, señor.

– ¿No trabó usted combate con un coronel polaco y sus lanceros?

– Es cierto.

– Si usted, en lugar de irse á Pinto, hubiese permanecido en Casa Blanca, el aviso le habría llegado oportunamente, pues que no quise mandárselo con nadie, y fuí yo en persona á llevárselo.

– Ocupe usted su sillón, padre mío, dijo María cogiendo y besando la mano del anciano.

– Bien lo ocupas tú, hija mía, repuso el alcalde besando su pura y blanca frente.

– ¡Perdóneme usted, señor alcalde, y perdónenme todos!.. Conozco que he faltado... Quizá me habré excedido... Pero los tiempos son difíciles; los traidores abundan; nuestros peligros son grandes... Yo me creí vendido... Ignoraba que era usted un tan gran patriota... ¡Vámonos, muchachos!

– Queda usted perdonado, dijo María.

Y prosiguió con dulce acento:

– Alguacil, que estos valientes guerrilleros, que no tienen la culpa de las inconveniencias de su jefe, sean obsequiados como merecen los que todo lo sacrifican por la patria.

– ¡Viva la alcaldesa!

– Nosotros no podemos aceptar nada, dijo uno de los tenientes, sin permiso de nuestro jefe.

– No seré yo quien se lo pida, contestó María.

– Ni hace falta, respondió Prieto con galantería. Muchachos, bebed á la salud de la hermosa alcaldesa.

– A la mía no, se apresuró á decir María; á la del señor alcalde, el primero entre los primeros hijos de España.

– Dice usted bien, respondió Prieto bajando la frente avergonzado, á la del señor alcalde, cuya vida prolongue el cielo muchos años.

– Gracias, contestó María con vóz menos agria y una dulce sonrisa en su linda boca.

Guerrilleros y paisanos, conducidos por el alguacil, salieron del ayuntamiento fraternizando, y bien pronto el jarro de vino pasaba de mano en mano con vítores al alcalde y á España.

No tardó en presentarse el sacristán llevando para D. Justo Prieto y sus tenientes, que se mantenían apartados, media docena de botellas del viejo vino de la tierra, unas lonjas de rico jamón y tres docenas de exquisitas rosquillas de Fuenlabrada, que les enviaban el alcalde y su nieta.

Al abandonar el pueblo el famoso guerrillero iba hondamente preocupado.

– ¿Está usted malo D. Justo?

– ¿Qué le ocurre á usted, mi capitán?

– Me ocurre que si en un breve plazo no me caso con la nieta del alcalde, me levanto la tapa de los sesos.

– ¿Con esa orgullosa?

– ¿Con esa atrevida, que le ha insultado á usted?

– Más la he insultado yo á ella.

– ¿Usted?

– ¿Qué habrías hecho tú si hubieras visto ofender á tu padre, llamándole traidor?

– Eso es verdad..., ¡pero yo soy un hombre!

– ¿Acaso las mujeres no tienen corazón?

– Pero eso es una insensatez.

– ¡Una locura!

– Lo dicho, dicho se está. O logro su mano, ó me muero de pena. Y entretanto que eso llega, vamos á seguir matando franceses.

***

¿Cómo logró D. Justo Prieto ver á María, y cómo la joven le aceptó por marido? Lo ignoramos. Posible es que al chocar aquellas dos naturalezas tan firmes y tan resueltas simpatizaran. Como el pedernal al ser herido por el eslabón produce chispas que abrasan, quizá al chocar estos caracteres tan obstinados y duros produjeron chispas amorosas que incendiaron sus corazones en ardorosa pasión.

Lo cierto es que el 15 de julio de aquel mismo año el valeroso guerrillero se casaba con la hermosa nieta del alcalde, y para que todo fuera raro en este matrimonio, pasaron la noche de bodas en la cabaña de un pastor, sin otra cena que unas sopas de ajo, conduciendo D. Justo á María en la madrugada otra vez á la casa de su abuelo, mientras que él marchaba en busca de su guerrilla y refería lo ocurrido á sus tenientes, que apenas podían dar crédito á sus palabras.

Terminada la gloriosa epopeya de nuestra independencia, el heroico guerrillero, convertido en rico hacendado, vivió largos años con su adorada María en la corte, adonde, muerto el abuelo de la joven esposa, trasladaron su residencia.

Muy ancianos y muy felices los conoció quien tuvo la cariñosa atención de referirnos esta verídica historia.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.



S. M. LA REINA ELENA, NUEVA REINA DE ITALIA (de fotografía de Brogi, de Florencia)

EN, CON, POR, SIN, DE, SOBRE TRADUCCIONES

«Toda comedia es traducida, mientras no se pruebe lo contrario.»

(Un maldiciente.)

Autores dramáticos, saineteros, críticos, simples aficionados y aun aficionados simples, discuten, desde hace mucho tiempo, sobre la nube de traductores que obscurece nuestra literatura dramática, de cuya próxima cuanto inevitable desaparición todos se lamentan. Algún diario de Madrid dedica, de tarde en tarde, á este asunto (por lo visto, de muy escasa valía) media docena de sueltos y tal cual artículo desperdigado.

Los semanarios festivos apenas si admiten trabajos que al teatro se refieran, como no sea para decir que en eso del arte escénico estamos en el mejor de los mundos posibles. Solamente las publicaciones que podríamos denominar técnicas suelen conceder al tema la atención que merece. Y hacen bien, porque si las discusiones acerca de conciertos económicos, si el proceso (creo que ahora se dice así) de varias crisis ministeriales *inexplicadas* y hasta inexplicables, si los sucesos varios de la guerra entre chinos y europeos, si las controversias rentísticas, si las huelgas de acá y las turbias de allá y hasta las corridas de toros y los triunfos de los *pelotaris* hallaron siempre hospitalidad en las columnas de la prensa periódica, y cronistas entre los literatos, y lectores en el público, justo es que lectores y cronistas y hospitalidad hallen también las aventuras y tribulaciones del asendereado teatro español. Ya sé, y lo he dicho más de cien veces, ya sé que hay en el mundo algo más, mucho más que literatura dramática; pero no exageremos esa afirmación hasta el punto de poner en olvido que la literatura dramática existe, y es una de las manifestaciones, acaso la más característica, de la cultura de un pueblo.

Por esta razón considero merecedoras de aplauso á las revistas, ilustraciones, etc., que han señalado el mal y hasta han buscado su remedio.

Lo primero era ya facilísimo; lo segundo fué en todo tiempo y será siempre muy dificultoso.

Así se explica lo que ha sucedido, y es: que las personas de quienes se ha solicitado parecer y consejos se hayan limitado, en la mayor parte de los casos, á lamentar la dolencia, y si, por caso raro, han pretendido indicar procedimiento curativo, no hayan logrado convencer á nadie de que, efectivamente, el pretendido remedio tendría eficacia.

«Que los autores españoles escriban obras buenas, decía uno, y ya verán como se las representan.»

La aseveración es perfectamente gratuita; tan gratuita como falta de fundamento. Tornamos aquí á la pregunta que, hace más de medio siglo, formulaba *El Pobrecito Hablador*: «¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?»

A los que dan al problema planteado la solución de que los autores españoles escriban buenas comedias, podría preguntárseles parodiando á Larra: ¿No se representan obras españolas porque nuestros autores no las escriben, ó nuestros autores no las escriben porque no se las representan?

¡Que escriban obras buenas!

Corriente: ¿y quién es y dónde está y qué autoridad tiene el juez que ha de fallar sobre el mérito de las obras de autores españoles, conocidos ó desconocidos?

Sobre las comedias importadas de allende y vertidas al castellano (casi siempre mal), no hay que dictar fallo; hemos convenido ya en que todas son buenas. ¿Gustaron en París? ¿Fueron representadas dos ó tres centenares de veces? Pues ya puede ser desatinada, sin pizca de arte, sin vislumbre de ingenio, sin sombra de gracia, sin dejos siquiera de sentido común; dignas son de ser trasplantadas á la escena española y de que se inviertan algunos miles de duros en presentarlas con todo el lujo que su argumento requiere.

Para una obra española, ¿qué actor se toma la molestia de estudiar?, ¿qué empresario se determina á gastar un céntimo?, ¿qué actriz piensa en encargar trajes costosos al *modisto*?

Realmente eso de decir á los dramaturgos españoles que escriban obras buenas, no carece de gracia. Pues qué, ¿tan buenas son todas las que escriben los extranjeros? Y después..., después... supongamos que un autor primerizo (porque todo autor ha sido primerizo alguna vez), escribe una obra teatral, de la que

el autor cree – naturalmente – que es buena, ¿quién será (y quién es) el encargado de diputarla por efectivamente buena? Un empresario que, de seguro, no sabrá de la misa la media, ni aun la centésima parte, en achaques de literatura; ó un actor adocenado y ayuno de toda instrucción artística.

No; no se halla la solución al problema en exigir á



S. M. la reina Margarita, viuda de Humberto I de Italia

los autores españoles que escriban siempre buenas comedias; medianas y aun detestables han escrito autores extranjeros y aquí las hemos llevado, como dice el vulgo, en palmas. Y de nuestros autores más ilustres, así de los modernos como de los antiguos, han sido representadas con buen éxito muchas comedias, muchas, que no pasan de regulares. Porque – no olvidemos esto – escribir una buena comedia no es cosa que ocurre todos los días.

Lo peor del caso es que aun admitiendo (y cuenta que no es posible admitirlo), aun admitiendo, repito, que se prohibiese en absoluto y sin excepciones la representación en nuestro teatro de las obras traducidas, el mal no desaparecería, ni cesarían en su labor los traductores.

que unas escenas suceden á otras y que unos chistes siguen á otros chistes, las ideas van aclarándose, la memoria se refresca, las reminiscencias vagas adquieren precisión y llegan á determinar el título de la obra, la época en que se vió por primera vez, el teatro en que la representaban y hasta los comediantes que la hacían. Es, á veces, un drama del fecundísimo y hábil prestidigitador *Eugenio Scribe*, más conocido acaso en España que en Francia, ya que no por su nombre, por sus comedias; es, en ocasiones, una pieza de Dumas, padre, ó de Dumas, hijo, ó de Dumas, Espíritu Santo; ó de Emilio Augier, ó de Victoriano Sardou, ó de Labiche, ó del mismo Moliere – ¡que hasta la época del famoso creador del *Tartufo* se remontan algunos traductores originales en busca de residuos olvidados y susceptibles de aprovechamiento! – Y quien conozca, aunque sólo sea superficialmente, el teatro francés contemporáneo y un poco de la obra de Moliere, tiene muchas probabilidades de tropezar con parecidos hallazgos en gran parte de los estrenos del *género chico* y aun en algunos del *género grande*.

Lo más lastimoso, si cabe mayor lástima, es que algo de eso acontece á quien ni ha leído á Moliere, ni conoce del teatro francés contemporáneo más que media docena de obras que forman, por hoy, el invariable repertorio de algunas compañías italianas contratadas por empresarios de Barcelona ó de Madrid en las temporadas de primavera; tales son, por ejemplo: *Demi-monde, Frou-Frou, Odette, Francillón, Fernanda*, etc., etc., y, por de contado, la inevitable *Dama de las camelias*. A esos desconocedores del moderno repertorio francés suele ocurrirles lo mismo que á los que saben de coro á Dumas, padre é hijo, á *Víctor Hugo*, á *Casimiro Delavigne*, á *Scribe* y á muchos otros, siempre que pasen de cuarenta años y hayan sido desde jóvenes aficionados al teatro: asisten al estreno de un juguete *original* y se encuentran con una comedia antigua conocida suya y que, hace veinticinco años, se titulaba de otro modo y fué presentada al público como traducción de una francesa.

Generalmente, el que echa de ver cosas por ese estilo, no se convierte, ¿para qué?, en enderezador de entuertos; pero si alguien se propusiese investigar la procedencia de alguna de esas obras y seguir paso á paso las metamorfosis que ha sufrido, es seguro que obtendría datos muy curiosos y enseñanzas edificantes.

de *juguetes cómicos*; el cual autor, dando por acá unos tajos, haciendo por allá unas supresiones, variando los nombres de los personajes y – es de creer – el título de la obra, ofreció y sirvió al público, aliñada al uso del día, otra zarzuela, *original* también (siempre original), en un acto y que obtuvo el *pase*, nada más que el pase del ilustre senado.



S. A. el duque de Aosta, príncipe heredero de la corona de Italia

Y transcurrieron años y más años; el público de los espectáculos teatrales se renovó casi por completo, y otro autorcito que, á la cuenta, halló (en algún desván ó entre papeles viejos encerrados en arcón inservible, quizás destrozado para hacer astillas) un ejemplar de aquella zarzuela, diputólo por suyo, prescindió de la música, aligeró el diálogo, refrescó los chistes, intercalando más ó menos oportunamente algunos chascarrillos tomados del último almanaque, y se encontró, en un dos por tres, con un juguete nuevo, *original*, en un acto y en prosa, titulado *Juan de las Viñas* ó *¡Ahí me las den todas*.

Y como este y como otros más curiosos todavía hay muchos casos. Comedia conocemos todos, especialmente entre las que denominamos disparates,



El palacio de Monza, residencia de los reyes de Italia (de fotografía)

Hay entre éstos quienes traducen y lo confiesan; pero hay muchos más que traducen sin confesarlo.

Es muy frecuente – he dicho en otra ocasión – mucho, frecuentísimo, asistir al estreno de una obra *original* (á lo menos titulada original en los carteles) y hallarse el espectador con la sorpresa poco agradable de que todo cuanto ha oído desde las primeras escenas le *suena* y le *sabe* á cosa ya conocida. «Hombre, dice para su capote, yo he visto algo muy parecido á esto; esa situación la recuerdo perfectamente; esta escena es idéntica á otra de una comedia que vi hace ya mucho tiempo; este chiste me ha hecho reir en otra ocasión, indudablemente.» Y poco á poco, á medida

Tal obra, que en su origen remoto, casi remotísimo, fué entremés español, español genuino y puro, se convirtió – por obra y gracia de un escritor francés más rico de despreocupación que de ingenio – en *vaudeville*, que aplaudieron á rabiar en París *cocottes* y *cancanistas* del barrio latino; apoderóse de él, andando el tiempo, un autor festivo español, muy enterado de lo que en París se estrenaba, pero completamente á obscuras de lo que en Madrid se había estrenado, y lo transformó en zarzuelita (*original*, por supuesto) en dos actos; la zarzuela no gustó, y según la frase admitida, fué al *foso* y en el foso estuvo hasta que hubo de sacarla de aquellas honduras otro autor

proverbios, apropósitos, etc., que ha hecho, desde que nació hasta la hora presente, una docena de viajes de Madrid á París y viceversa, pasando á veces, aun que parezca peregrino el itinerario, por Portugal y por Italia.

Pues bien: todo eso que yo decía – no recuerdo ya dónde, creo que en algún libro, hace bastantes años – tiene ahora más exactitud y más oportunidad que entonces tenía.

Y aquí, donde se traduce todo: la novela, para el folletín del diario; el cuento, para amenizar la política; el drama y el libro científico, la comedia y el libro de texto, ¿qué remedio vamos á encontrar con-

tra la invasión extranjera? Declaro sincera y lealmente que no lo veo.

Algunos me ocurren; pero su exposición resultaría demasiado extensa y, francamente, dudo mucho de su eficacia.

A. Sánchez Pérez.

GUERRA ANGLO BOER

De escasa importancia son las noticias relativas á los hechos de guerra acaecidos desde nuestra última crónica. El general Roberts prosigue, aunque lentamente, su movimiento de avance, y sus tropas han ocupado sucesivamente las plazas de Balmoral, Middelburg y Harrismith. Como consecuencia de las últimas operaciones en el Transvaal y en el Orange, se han rendido varios comandos boers, habiéndose apoderado hasta ahora el general Hunter de más de 3.000 hombres con otros tantos caballos y tres cañones.

En cambio, los boers han conseguido algunas victorias de no escasa importancia en Deerde-Poort (al Este de Pretoria), donde los ingleses, según un despacho de origen boer, tuvieron 400 muertos; en Roodewal, en donde capturaron un tren con dos oficiales y 200 hombres, y en Retief's Neck, en donde hubieron de retirarse, después de una reñida acción, dos regimientos ingleses. En cuanto al general Dewet, hasta ahora ha podido escapar á la incesante persecución de sus adversarios, á pesar de los poderosos elementos que éstos han acumulado para apoderarse de él.

La ocupación de las líneas férreas por los ingleses ha privado á los boers de una parte de sus recursos, siendo esto causa de que sus fuerzas disminuyeran sensiblemente; pero por otra parte, á medida que aumenta la extensión del territorio ocupado por las tropas británicas, se hace más difícil la vigilancia del mismo, y á su vez se queja el ejército inglés de falta de provisiones, ropas de invierno y caballos.

El acontecimiento más interesante entre los recientemente sucedidos, es el descubrimiento de una conspiración tramada en Pretoria y cuyo objeto era asesinar á todos los oficiales ingleses y secuestrar al general Roberts. Los ingleses han dado gran importancia á este complot; pero mirada la cosa con desapasionamiento, más que trágica resulta bufa la supuesta conjuración. En efecto, para realizar el plan sanguinario en una plaza ocupada militarmente por



Guerra anglo-boer. – Llegada de prisioneros boers á Santa Elena (de fotografía)

un ejército numerosísimo, habíanse conjurado... ¡15 hombres!, de los cuales diez han sido presos. No falta quien supone que todo ello no es más que una farsa organizada, bien sea para precipitar la anexión del Transvaal, acerca de la que nada se dice en el discurso del trono, leído hace pocos días en el Parlamento de Inglaterra, bien sea para justificar las medidas de rigor excepcionales que se propongan adoptar los ingleses contra las personas y los bienes de los transvaalenses y que han iniciado ya incendiando todas las granjas boers situadas á diez leguas á la redonda de Middelburg, en castigo al *horrendo* crimen de haber sido disparados algunos tiros sobre un tren entre aquella población y Pretoria. Este hecho, propio de un pueblo salvaje y contrario á los principios más elementales del derecho de la guerra respetados por las naciones que de civilizadas se precian, ha causado gran indignación en todo el mundo y aun en Inglaterra misma.

En cuanto al silencio que en el discurso de la corona se guarda, como decimos, respecto de la anexión del Transvaal, después de haber hablado de la de Orange, ha causado gran extrañeza, creyendo algunos que ello indica tal vez el propósito de la Gran Bretaña de negociar con los transvaalenses una paz honrosa. Abona esta suposición el hecho de haber dicho los boers que continuarán la guerra de guerrillas esperando la elección presidencial de los Estados Unidos, pues el partido democrático yanki les ha ofrecido su intervención si resulta vencedor en las elecciones. Pero, por otra parte, destruyen aquella creencia las palabras de Chamberlain, el cual ha dicho últimamente en la Cámara de los Comunes, después de afirmar por centésima vez que la guerra es justa y terminará pronto, que las dos repúblicas serán anexionadas, que no conservarán ninguna independencia política y que, en cuanto sea posible, el régimen militar será substituído por una administración civil.

El presidente Kruger ha establecido provisionalmente la residencia de su gobierno en Barberton, en la frontera de Swazielandia. – A.

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino.—Es verdaderamente chocante lo que ocurre con los diplomáticos extranjeros acreditados en Pekín: encerrados unos en la legación inglesa y en la francesa otros, tienen que sufrir un sitio en toda regla sin que hasta ahora haya



Conflicto chino. - Fuerte de Peitang, enfrente de Takú, en la desembocadura del río Pei-Ho, dibujo de G. Montbard, según una fotografía del coronel Arturo Morris



JUNTO AL LAGO, cuadro de Renato Reinicke



EL CALOR EN SEVILLA, dibujo original de J. García y Ramos

podido averiguarse quiénes son los sitiadores, si tropas regulares del ejército chino ó rebeldes, y sin que pueda explicarse, caso de que sea esto último, cómo el gobierno chino no puede proteger y poner en libertad á los referidos embajadores. Y más chocante es todavía el empeño de aquel gobierno de que los diplomáticos abandonen Pekín, para lograr lo cual, y no contento con intimarles directamente la orden, pide á las potencias de que aquéllos son representantes que les manden cumplir lo que el Tsung-li-Yamen les ordena. Los diplomáticos se resisten á ello, si han de salir escoltados únicamente por fuerzas chinas, y razón no les falta para resistirse, pues es seguro que no llegarían vivos al término de su viaje; y las potencias, á su vez, le dicen al gobierno del Celeste Imperio que si tantos deseos tiene de poner á salvo á los embajadores, permita que el ejército aliado vaya por ellos sin ser molestado por el camino. Y así están las cosas desde hace tiempo en el terreno de la diplomacia. En el entretanto, el cuerpo expedicionario avanza sobre la capital china, habiendo ocupado ya Pei-Tsang y Yang-Tsung, distante esta última 100 kilómetros de Pekín. Los combates que han tenido que sostener han sido encarnizados: en el de Pei-Tsang, donde 12.000 aliados lucharon contra 20.000 chinos, tuvieron aquéllos más de 1.000 bajas y dejaron éstos sobre el campo de batalla más de 200 muertos.

El nombramiento del general alemán Waldersee como generalísimo del ejército aliado ha sido bien acogido por todas las potencias. Las fuerzas que actualmente tienen éstas en China no llegan á 40.000 hombres, pero pronto aumentará considerablemente su número con los refuerzos que allí se envían.

En las provincias continúan los asesinatos de misioneros y cristianos indígenas, los saqueos y los desórdenes, sin que los virreyes hagan nada por evitarlos.

Los ingleses han desembarcado algunas tropas en Shanghai para proteger las concesiones extranjeras, acto que no ha sido muy bien visto por los representantes de las demás potencias, quienes es probable que, por lo que pueda suceder, imiten la conducta de la Gran Bretaña.



GUERRA ANGLO-BOER. – PRISIONEROS INGLESES LIBERTADOS EN WATERWAL (de fotografía)

Rosa Mística, cuadro de Alicia M. T. Eckermans.—La figura de la Virgen en sus diferentes invocaciones se presta admirablemente á ser trasladada al lienzo si el pintor que tal trabajo acomete siente hondamente lo que para la humanidad significa la Divina Madre. La obra de la notable pintora Alicia Eckermans demuestra que ésta ha sabido sentirla de este modo, pues sólo así puede imprimirse en un rostro la expresión mística que tiene el de la Virgen por aquélla pintada. La composición, por otra parte, resulta bellísima en su conjunto, y el paisaje que constituye el marco y el fondo de la figura es de hermoso efecto.

Musaffer-ed-din, shah de Persia. – Su reciente viaje á Europa y el atentado de que ha sido objeto durante su permanencia en París dan carácter de actualidad á este personaje, cuyo retrato adjunto reproducimos. Musaffer-ed-din es el quinto soberano de la dinastía de los Kadjars, que reina en Persia desde 1794. Nació en Teherán en 25 de marzo de 1853, y desde muy joven, siguiendo una costumbre de la actual familia reinante, fué nombrado gobernador de la provincia de Aserbeidján. En 1.º de mayo de 1896 sucedió á su padre Nassr-ed-din, que



MUSAFFER-ED-DIN, SHAH DE PERSIA

fué asesinado por un fanático religioso. El día 15 de abril último salió de la capital de su reino para emprender su excursión por Europa, habiendo permanecido una temporada en Contrexeville, para tomar aquellas aguas, y otra en la capital de Francia, en donde ha sido objeto de una entusiasta acogida. Musaffer-ed-din es hombre sumamente ilustrado y su espíritu está abierto á todas las ideas de mejoramiento social; sigue con gran atención la evolución de la ciencia y quiere aplicar en sus estados todo cuanto nuevo producen la física y la mecánica, siendo de ello buena prueba las compras por él realizadas en la exposición de París.

Los nuevos reyes de Italia.—La violenta muerte de Humberto I ha puesto en el trono de Italia á su hijo Víctor Manuel III, que nació en Nápoles en 11 de noviembre de 1869. Desde muy joven fué iniciado por su padre en el arte militar, habiéndose encargado de su educación el coronel Ossío, cuyas lecciones fueron bien aprovechadas por el regio discípulo. Víctor Manuel mostró, sin embargo, más inclinación á otros estudios, las ciencias jurídicas, económicas é históricas, que conoce á fondo; es además un gran numismático, y sus trabajos é investigaciones sobre esta materia han hecho de él un verdadero especialista. Posee varias lenguas vivas, hablando con la misma perfección que el italiano el francés, el inglés y el alemán. A su ilustración ha contribuído mucho su afición á los viajes: en su yate de recreo ha hecho grandes expediciones á Europa, Asia y Africa; cuando ocurrió el asesinato de su padre, regresaba con su esposa de una expedición á los Santos Lugares. Víctor Manuel III es en extremo bondadoso, pero al mismo tiempo está dotado de gran energía, de la que ha dado algunas pruebas durante el reinado de Humberto I. En 24 de octubre de 1896 se casó con la princesa Elena de Montenegro: su matrimonio fué un enlace por amor, bastante discutido por los que querían que el heredero de la corona de Italia se enlazase con alguna princesa de una de las principales casas reinantes. La actual reina de Italia nació en Cettigne en 8 de enero de 1873; es una de las reinas más bellas y más jóvenes de Europa, sumamente instruída y muy aficionada á la pintura y está dotada de los más bellos sentimientos.

La reina Margarita, viuda de Humberto I de Italia.—La reina Margarita, á cuya aflicción por el terrible asesinato de su esposo se ha asociado sinceramente el mundo entero, nació en 20 de noviembre de 1851: sus padres fueron Fernando, duque de Génova y hermano de Víctor Manuel, y la princesa Isabel, hija de Juan, rey de Sajonia. Su belleza y sus bondades le valieron desde muy joven el dictado de «Angel de Saboya,» y cuando en 22 de abril de 1868 se casó con su primo Humberto, era una de las más hermosas princesas de Europa. Dotada de singular talento y de grandes virtudes, ha sabido como reina de Italia conquistarse el cariño, rayano en adoración, de sus súbditos, para quienes ha sido siempre, más que soberana, madre amorosa, y ha logrado con su piedad y su tacto exquisito sortear la difícil situación en que la ocupación de Roma coloca á los monarcas de Italia con respecto á la Santa Sede. Una notable escritora italiana, Matilde Serao, ha dedicado á la reina Margarita un sentido artículo, del cual entresacamos el siguiente fragmento que da una idea de lo que el pueblo siente por la infortunada princesa: «La reina que alegró nuestra vida entra en la amiga penumbra que poco á poco aplaca los dolores desesperados, pero substituyéndolos por aquella tristeza larga é inconsolable en que todo corazón sensible se marchita. En este momento terrible, una compasión inmensa, un inmenso pesar impulsan al pueblo hacia vos, mujer adorada, que hicisteis por Italia, por los italianos, por la casa de Saboya, cuanto en los campos de batalla hicieron vuestros heroicos antepasados, que fuisteis hija digna del gran rey y digna esposa de Humberto el Magnánimo... ¡Oh, dulce sombra dolorosa, cubierta de luto, todos nuestros recuerdos lloran y gimen con vos! ¡Oh, fantasma querido, ó forma de vida que fuisteis la encarnación de la belleza y de la gracia! Con vos desaparece toda la poesía de nuestra juventud. Sí, sí; en vuestras tocas de viuda, el hijo, Italia y el pueblo venerarán vuestra grandeza y vuestro inconsolable dolor; sí, seréis la reina madre, no sólo dentro del convencionalismo de la corte, sino que también en el corazón de todos, y á vos recurrirán en demanda de consejo, de socorro, de consuelo cuantos de vuestro auxilio necesiten.»

El palacio de Monza.—Esta residencia de los reyes de Italia, adonde había ido en busca de descanso el infortunado Humberto I, levántase en la ciudad de Monza, situada á 17 kilómetros de Milán, y fué construída en 1719 por orden del archiduque Fernando de Austria, según los planos de Piermarini. El palacio se alza al fondo de un gran patio, tiene exteriormente un aspecto grandioso; en su interior hay verdaderos tesoros artísticos, y está rodeado de hermosos jardines y de un extenso parque con mucho bosque y lindos pabellones y templetes.

El duque de Aosta.—No teniendo aún sucesión los reyes de Italia, el título de príncipe heredero corresponde al hijo primogénito del que fué rey de España Amadeo de Saboya, Manuel Filiberto, duque de Aosta. Nació éste en Génova en 13 de enero de 1869, y en 25 de junio de 1895 se casó con la princesa Elena de Orleans, hija de los condes de París y hermana de la reina de Portugal. Es mayor general, comandante de la artillería del primer cuerpo de ejército.

Junto al lago, cuadro de Renato Reinicke. – El nombre del malogrado pintor alemán es sobrado conocido en el mundo artístico para que sus obras necesiten ser elogiadas: Renato Reinicke fué uno de los artistas que mejor cultivaron la nota elegante, fina, delicada, y sus cuadros y dibujos de costumbres pueden ser considerados como modelos en su género. El lienzo suyo que en este número publicamos, aunque de distinto carácter que lo que constituyó su especialidad, no es menos bello que aquellas otras composiciones en que con sin igual elegancia supo reproducir las escenas de la vida en las grandes poblaciones.

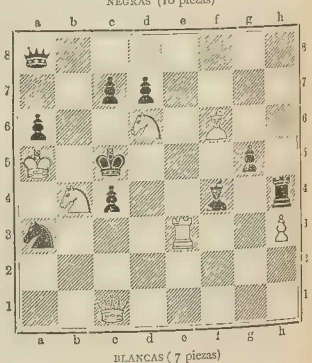
El calor en Sevilla, dibujo original de J. García y Ramos.—La situación de los habitantes de Sevilla en este período canicular, en que agobiados por los rigores de una temperatura que recuerda la distintiva de los trópicos, buscan en la calle y bajo la sombra que proyectan los copudos árboles de los paseos aire que refresque sus pulmones, ha servido al distinguido artista sevillano para crear una hermosa composición, para agregar una nueva página á su copiosa colección de cuadros de costumbres de la reina del Guadalquivir. Ante la belleza de la obra, ante la exactitud del cuadro y la gallardía de la composición, pálido había de resultar cuanto dijéramos. De ahí que nos limitemos á invitar á nuestros lectores á admirar y á aplaudir la última composición del maestro sevillano.

Retrato de la señorita X..., cuadro de Carlos Pellicer (Salón Parés). – Carlos Pellicer forma parte de esa pléyade de jóvenes artistas que en extranjero suelo han procurado recoger provechosas enseñanzas y dedicar al arte patrio el caudal de sus energías y el entusiasmo de que se hallan poseídos. A tales circunstancias debe Pellicer los señaladísimos progresos que ha realizado, según puede juzgarse al examinar el recomendable retrato que reproducimos. Por eso aplaudimos á nuestro amigo, y no titubeamos en alentarle para que prosiga con firme paso la senda emprendida, convencido de que á no tardar ha de procurarnos ocasión para tributarle nuevos y calurosos plácemes.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 205, POR DR. S. GOLD

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 204, POR PH. KLETT

Blancas.	Negras.
1. f4–f5	1. A toma T g 8
2. T b7–f7	2. Cualquiera.
3. C ó A mate.	

VARIANTES

1..... A toma T jaque; 2. R toma A, etc.
1 .... Otra jugada; 2. C, A ó T mate.



En la mayor parte de aquellos rostros infantiles, el vicio había impreso en cierto modo su sello fatal

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Pero contaba firmemente con la casualidad, con Dios, decía él, para completar el castigo.

Por tanto, debía estar satisfecho de su justa venganza.

¿Por qué, entonces, á bordo del vapor que de Cayena le transportaba nuevamente á Panamá, permanecía siempre solo, oculto en algún rincón del buque?

¿Por qué, durante días enteros, fijaba la mirada en un solo punto del horizonte, como si, á través de la inmensidad de los océanos, hubiese podido ver todavía á Francia?

¿Por qué su frente aparecía lívidamente pálida, sus ojos extraviados, sus labios secos, sus espaldas encorvadas, como si sostuvieran una carga demasiado pesada?

Iban á bordo jóvenes madres con sus hijos; y cada día, debajo del toldo de popa, se reunían, hablando y riendo, deseosas de ahuyentar el aburrimiento de la travesía.

Los niños jugaban á su vista, brincando alegremente entre risas y gritos de júbilo.

¿Por qué, entonces, huía Jorge? ¿Porqué iba á encerrarse en su camarote, y permanecía en él hasta que la noche había hecho desaparecer de cubierta á todos los pasajeros?

¿Por qué, al retirarse, dirigía á todos odiosas miradas, ó apretaba los dientes á fin de ahogar los sollozos que le subían á la garganta?

¿Por qué, día y noche, durante sus largos ratos de soledad, durante las agitadas pesadillas de su sueño, se delineaban constantemente en su presencia dos imágenes, la de una mujer y la de un niño, al mismo tiempo que oía resonar en sus oídos estas palabras:

– ¡Papá! ¡Papaíto, te quiero mucho!

– ¡Jorge mío! ¡No sabes cómo te amo!

Y trataba de resistir á aquellas dulces voces que penetraban en todo su ser, mientras que le parecía oir aún este balbuceo del niño:

– ¡Un beso, papaíto!

¡La última palabra de su hijo!

Y un grito desgarrador:

– ¡Jorge! ¡Soy inocente!..

¡Las últimas palabras de su mujer!

Entonces corría por su frente un sudor frío, estallaba en sus labios una risa estridente, y repetía:

– ¡Fuí justo!.. ¡No hice más que vengarme!

Al llegar á Colón, encontró á su socio Nerville en toda la exaltación del éxito.

– Amigo mío, dijo á Jorge, después de darle la bienvenida; antes de cinco años vamos á ser dos veces millonarios cada uno de nosotros dos. Durante tu ausencia, he unido á nuestras primeras empresas ciertas combinaciones que voy á explicarte.

Y en su despacho, con nótas, planos y croquis topográficos á la vista, le puso al corriente de todo.

– Mi querido Nerville, interrumpió Jorge, luego que pudo hablar á través del entusiasmo de su amigo, me alegro por ti de ese resultado que consideras cierto, pero temo no poder seguir ayudándote.

– ¿Qué dices?..

– Durante mi viaje, me ha ocurrido en Francia una desgracia inmensa, irreparable, que me ha dejado para siempre sin fuerza y sin voluntad. No soy más que un cadáver que camina hacia su fosa.

Hasta entonces, entre Jorge y su amigo no había habido íntimas confidencias.

Sorprendió á Nerville el acento con que Jorge hablaba, y al fijarse en sus facciones alteradas, sintió por él una compasión profunda. Parecióle ver en su rostro, no solamente la huella de un dolor intenso, sino como una sombra extraña, un reflejo siniestro.

Jorge debía ser horriblemente desgraciado

– Ignoro, amigo mío, qué desgracia te abruma, y no quiero decirte ninguna de las vulgaridades con que los indiferentes creen aportar un consuelo á los que sufren. Para tu pena no hay más consuelo que el trabajo.

– Tienes razón, procuraré trabajar.

Kerlor sufría.

¿No le satisfacían, pues, los ásperos goces de la venganza.

¿Consideraba su felicidad perdida para siempre? ¿Tenía remordimientos?

Pero ¿de qué?

¿No había sido justiciero?

¿No había castigado á una culpable, á una miserable indigna de toda compasión?

¿Tiene el verdugo remordimientos cuando ejecuta una venganza y corta una cabeza?

No por cierto.

¡Pero aquel hombre es el verdugo! Es decir, un instrumento inconsciente, irresponsable.

¡Y él había sido al mismo tiempo juez y verdugo! ¿Tenía derecho para tanto?

Todo su ser, estremeciéndose aún de cólera, le decía que sí.

Pero, á veces, su conciencia cristiana le recordaba las palabras de las Sagradas Escrituras:

«¡La venganza sólo pertenece á Dios! El que quiera vengarse, experimentará la venganza del Señor.»

El trabajo asiduo, las peripecias de aquella gigantesca lucha del hombre contra una naturaleza salvaje, ¿no le proporcionarían, si no el olvido, al menos la calma?

Nerville siguió explicando á Jorge todos sus vastos proyectos y le propuso la división del trabajo. La explicación duró dos ó tres horas, durante las cuales, Jorge, dominado por la irresistible elocuencia de su compañero, olvidó todo lo que atormentaba su corazón.

Tenía razón Nerville. El único consuelo posible para él era el trabajo.

Pocos días después, Jorge se encontraba en Greytown, donde había organizado rápidamente importantes trabajos.

Greytown se eleva en medio de un inmenso pantano formado por el río San Juan y una porción de riachuelos perezosos de la costa.

Ese inmenso lodazal, sucesivamente líquido y sólido, donde una vegetación abundante se descompone sin cesar á los ardores del sol, engendra miasmas tan deletéreos, que la ciudad ha merecido el siniestro nombre de tumba de los europeos.

Allí trabajaban centenares de operarios de todas las razas, bajo las órdenes de Jorge.

Éste se entregó á las fatigas más abrumadoras, sin descansar de día ni de noche, sin abandonar su campo de batalla hasta que, agotadas sus fuerzas, caía en un pesado sueño de algunas horas.

El cuerpo resistía apenas; le devoraba la fiebre.

Sus ojos, hundidos en las órbitas, su rostro demacrado, su palidez verdosa, todo anunciaba el exceso de trabajo y el agotamiento de fuerzas. Pero Jorge no conseguía olvidar.

Durante la noche, le acosaban horribles pesadillas.

Y despertaba, riendo como un loco y gritando:

– ¡Estoy vengado!

Durante el día, en la espesura del bosque, á través de los grandes árboles, detrás de las rocas, se le figuraba ver pasar dos fantasmas: ¡una mujer y un niño!

Parecióle que iba á morir.

Una mañana en que un acceso de fiebre le había obligado á permanecer en su tienda, vió entrar á su socio Nerville.

– ¿Tú aquí?

– Sí, el indio por quien me enviaste tus últimos partes me ha dicho que estabas enfermo; y lo principal es que recobres la salud. Vengo á substituirte y tú te volverás á Panamá, cuyo clima es más sano... Además, tengo que entregarte una carta de Francia.

– ¡Una carta de Francia!, exclamó Jorge palideciendo.

– Por las señales exteriores, se me figura que es de algún notario.

Jorge cogió la carta con mano temblorosa.

El notario le anunciaba detalladamente el fallecimiento de la anciana condesa de Kerlor, con todo lo relativo á los intereses de los herederos, perfectamente puestos á cubierto en virtud del poder que los mismos herederos habían dejado antes de partir.

A las primeras líneas, Jorge prorrumpió en sollozos, ocultando la cabeza entre sus manos abrasadas por la fiebre.

Merced al amistoso esfuerzo de Nerville, recobró un poco de calma y quiso terminar la lectura de su carta.

«Me creo en el deber, continuaba el notario, de hablar á usted de una persona con quien tuvo usted desavenencias bastante graves para motivar una separación.

»Doña Elena de Kerlor cayó muy gravemente enferma el día después de haberse usted marchado.

»En concepto del médico que la asistió, sólo un milagro pudo salvarla. Tuvo que guardar cama más de seis meses.

«Lo primero que hizo, tan pronto como hubo recobrado algunas fuerzas, fué ir á Bretaña. Llegó al castillo de Penhoet en el momento en que la condesa madre recibía los últimos sacramentos. Tuvo con la moribunda una entrevista bastante larga; y durante aquella entrevista cuyo secreto nadie ha sabido, su madre de usted exhaló en sus brazos el último suspiro.»

Jorge volvió á leer estas líneas.

No acertaba á comprenderlas.

Tuvo que reflexionar un rato.

Y persiguiendo mentalmente á la que había juzgado infame, dijo rindiendo culto á la memoria de su madre:

– ¡Oh, madre mía!, ¡madre santa! La caridad cristiana, el amor de ese Dios en presencia de quien ibas á comparecer y que tiene ordenado el perdón de las ofensas, te dió la fuerza de acoger en tu lecho de muerte á la mujer impura, á la miserable que mancilló nuestro nombre y destruyó la vida de tu hijo. Quizá procuraste despertar el remordimiento en aquel pérfido corazón... ¡Ilusión admirable! ¡Sublime engaño! ¿Qué iba á hacer allí la infame?.. ¡Mentir! ¿Ver si arrancaba alguna debilidad á una moribunda? ¡Sabe Dios!..

La cólera de Jorge se disipó de pronto á la idea de la espantosa soledad en que iba á encontrarse desde aquel momento.

¡Muerta su madre, separado de Carmen por las necesidades de la vida, se quedaba solo, sin afectos que le rodearan, sin amor, sin esposa, sin hijo.

¡Infeliz del que no tiene á su lado ni un corazón para compartir sus alegrías, ni una mano que estreche la suya en los días angustiosos, ni una voz para animarle, ni una sonrisa para recompensar un momento de éxito!

Jorge se declaró á Nerville incapaz de continuar ayudándole en sus empresas; y el espíritu práctico de éste había ya descontado su abandono, en vista de su abatimiento. Por tanto, Nerville no hizo más que ligeras objeciones á la separación reclamada por su compañero.

La liquidación de su sociedad se efectuó fácilmente.

Pocos días después, Kerlor estaba en Panamá.

Comparado con Colón, Panamá es un paraíso, con sus numerosas iglesias, su viejo palacio en que un tiempo se reunió la Cámara de Diputados, su puerto magnífico y su rada admirable.

El clima es sano, las fondas relativamente cómodas, y por un centenar de francos en oro americano por día, puede vivir con decoro el que sepa vivir económicamente.

Jorge recobró allí en seguida la salud, pero el hastío y la pesadumbre que anublaban su existencia parecieron aumentar en medio de aquella población activa.

¿Qué iba á hacer? ¿Dónde ir?

Pensaba en Carmen.

Pero le parecía cruel ir á turbar la dicha de aquel matrimonio que luchaba, amorosamente unido en la batalla de la vida, con el espectáculo de su desesperación, de sus iras y de su impotencia.

Escribió á Saint-Hyrieix y á su hermana una extensa carta en que les manifestaba su intención de viajar sin rumbo fijo, por cualquier parte...

Y para que su cuñado comprendiese el secreto sentido de sus palabras, le decía:

«Muerta mi madre, perdidos para siempre Elena y su hijo, ¿para quién he de trabajar yo?»

Y añadía:

«Mi fortuna será para Carmen, para vuestros hijos. No os pediré más sino que reservéis parte de ella para una obra que deseo realizar. Destinaréis la cantidad necesaria para la fundación de un establecimiento de beneficencia en favor de la infancia abandonada ó culpable.»

Al manifestar este deseo, no era que lo hubiese concebido después de largas reflexiones, sino que lo hacía espontáneamente, como obedeciendo á una necesidad moral.

Pensaba quizá que sus beneficios alcanzarían algún día al niño condenado por él al ludibrio y á la miseria. Seguramente no era su hijo; pero ¿no debía una limosna á aquel ser vilipendiado, ladrón ó vagabundo, después de haberlo arrojado á la deshonra?

Cierta mañana en que vagaba errante por el muelle de Panamá, vió un vapor que se disponía á salir para Chile.

Le entraron ganas de embarcarse en él... ¿Qué más le daba ir á un punto que á otro?

No le guiaba ningún fin.

Se iba con el único objeto de no quedarse donde estaba.

Entendióse con el capitán. Mandó llevar su equipaje á bordo, y un par de horas después, tan solitario como antes, navegaba hacia Valparaíso.

Desde aquel momento, Jorge emprendió un paseo desatinado por el mundo.

Nuevo judío errante, recorrió gran parte de las Indias, subió á las montañas más inaccesibles, aproximóse á volcanes en erupción, como el terrible Cerro Azul, bajó al fondo de las minas de Atacama, luchó en medio de huracanes de nieve en una de las mesetas de la cordillera de la Plata, galopó en las pampas con los domadores de caballos y con los gauchos, luchó contra el indio que defiende con intrepidez su desierto inútil, sin productos ni abrigo.

Batióse con los aventureros y bandidos que allí pululan, viviendo de asesinatos; entró en inmundos garitos donde los parroquianos juegan con el revólver al cinto y la navaja clavada en la mesa, al alcance de la mano.

Cazó el jaguar, el tigre y la pantera en las selvas del Brasil.

«¡Anda, anda!,» parecía repetirle sin cesar una voz implacable.

Y andaba siempre, buscando en vano, como el judío maldito, un lugar en que al fin pudiese encontrar reposo.

Nadie le vió sonreirse en ninguna parte; nadie le oyó mezclarse en las alegres conversaciones de la juventud.

Su mano no estrechó jamás la de una mujer.

No probaba ninguna bebida alcohólica ni arriesgaba un céntimo á ningún juego de azar.

A veces le entraban ganas de detenerse, tentado por la embalsamada frescura de un oasis.

Pero la inexorable fatalidad le empujaba hacia adelante por rutas desconocidas.

Fué á Méjico y encontró algunos parientes en Veracruz.

Aquella población muerta parecía amoldarse al ánimo sombrío de Jorge.

Pero en ninguna parte sufrió éste dolores más atroces que bajo las apariencias de aquella vida tranquila.

Privado de las continuas emociones de sus correrías pasadas, allí permanecía acosado siempre por una idea pertinaz.

En vano trataba de rechazarla, repitiéndose que el justiciero debe olvidar al condenado después del castigo.

A pesar suyo, de día, en sus largos paseos á través de la desierta llanura, ó durante sus horas de meditación ante el mar sin límites; de noche, en medio del silencio que el batir de las olas hacía lúgubre, una voz murmuraba sin cesar á su oído:

«¿Qué ha sido de ellos?»

Y entonces se apoderaba de él una angustiosa ansiedad, un deseo loco de saber una cosa imposible, una especie de terror á la idea de descubrir lo que, sin embargo, tanto deseaba conocer.

Desde su salida de Panamá, no había escrito más que dos ó tres cartas brevísimas á Saint-Hyrieix y á Carmen. Y como en ellas nunca indicaba dónde podían escribirle, no era posible que recibiese contestación.

Aún no quería ir á verlos.

Esperaba que se hubiese cicatrizado la herida de su corazón; que se hubiese borrado algo de su memoria aquel pasado horrible; que la tranquilidad hubiese vuelto á su espíritu, á fin de poder contemplar sin sufrir demasiado la felicidad de los únicos seres queridos que le quedaban en el mundo.

De pronto, le asaltó el recuerdo de Carmen con extraña intensidad.

Durante toda una noche de insomnio, le pareció tenerla delante.

La veía joven, hermosa, risueña, amándole con toda su alma, sonriéndole y abrazándole con locas caricias de niña mimada por su hermano mayor.

Pero ¡cosa extraña!, no le hablaba de sus días infantiles pasados en el castillo de Penhoet.

No se le aparecía como niña, compartiendo sus juegos, ni como señorita, procurando mostrarse seria con su hermano ya tan formal.

Jorge la veía casada y en el hotel del Parque de los Príncipes.

Y á su lado surgía siempre la imagen de la que ella llamaba su hermana, la figura graciosa y casta de Elena, el rostro cándido y seductor de su inseparable amiga.

Carmen le recordaba aquellas deliciosas veladas de primavera que pasaban en el jardín. Repetía sus alegres ocurrencias, las romanzas que cantaban al piano cuando la frescura de la noche les obligaba á refugiarse en el salón. Y al mismo tiempo que la voz de su hermana, Jorge oía la voz de la que entonces llamaba su mujer.

De pronto, al lado de Carmen y agarrándose á la falda blanca que ésta solía llevar, Jorge veía un niño sonrosado y hermoso que balbuceaba: «¡Tiíta Carmen!»

Y la *tiíta Carmen* cogía al niño en brazos y lo acariciaba maternalmente.

Como unidos por indisolubles lazos, allí estaban Carmen, Elena y Fanfán, estrechando en sus brazos á su amado Jorge y colmándole de ternura.

En vano trataba Kerlor de apartar aquellas visiones. En vano trataba de aislar á su hermana de aquellos seres indignos que la rodeaban.

Fanfán y Elena reaparecían siempre al lado de ella, risueños, con miradas llenas de amor.

Al despuntar el día, se había dormido, abrumado, en su butaca, y en su agitado sueño sus labios murmuraban aún:

– ¡Elena!.. ¡Fanfán...

Al día siguiente expidió á la señora de Saint-Hyrieix el siguiente telegrama:

Necesito abrazarte, á ti y á tu marido. ¿Puedo ir? Tan pronto como me contestéis, partiré. – Jorge de Kerlor.

II

La familia d'Alboize

Dos días después, días pasados por Jorge en un estado de fiebre y de impaciencia indecibles, recibió un telegrama que decía:

Ven pronto. Grandes acontecimientos en mi vida. – Carmen, *viuda de* Saint-Hyrieix.

– ¡Viuda!, exclamó Jorge. ¡Saint-Hyrieix muerto!.. Entonces Carmen está sola, desamparada. ¡Pobre hermana mía!..

El telegrama venía de Cayena.

Muy inquieto, Kerlor se embarcó para dicho punto en el primer vapor.

Al llegar, encontró á Carmen, de riguroso luto, que le aguardaba en el muelle.

En los primeros momentos no pudieron decirse una palabra. Lloraban uno en brazos del otro.

Pasada aquella explosión de ternura, ambos se dirigieron á casa de Carmen, donde empezaron á hablar seriamente.

Ella observó con espanto la terrible alteración de las facciones de Jorge.

¡Cómo había envejecido en poco tiempo!

Carmen adivinó fácilmente los sufrimientos de su hermano, y se estremeció á la idea de la muerte que acechaba su presa.

– No se ha consolado de la pérdida de Elena, pensó; pero procuraremos distraerle. Le salvaremos.

Jorge, por su parte, encontró muy cambiada á Carmen, pero más hermosa que nunca.

Le sorprendió la indecible expresión de tranquila felicidad, de paz interior que reinaba en la fisonomía de su hermana.

No se le ocultaba que Saint-Hyrieix no era de los esposos cuya muerte se llora en eterno luto.

Recordaba que el matrimonio de Carmen había sido sobre todo una cuestión de conveniencia, y que fué necesario vencer la repugnancia de la muchacha para arrancar su consentimiento.

Pero Jorge no esperaba un olvido tan inmediato.

Con todo, Carmen guardaba las formas. Vestía de negro, á pesar de que el tiempo de luto había expirado.

Unicamente la vista de su hermano querido podía adivinar los verdaderos sentimientos ocultos en el fondo de su corazón.

Carmen y Jorge pasaron solos todo aquel día, haciéndose largas confidencias.

Ella le contó la muerte de Saint-Hyrieix, asesinado por los presidiarios de Cacao en revolución.

Le explicó la herida que ella recibió sin duda de la misma mano que mató á su marido. El día después de la rebelión, la encontraron desmayada, á cierta distancia del campamento, en una caseta abandonada, donde asustada, loca de espanto á las primeras detonaciones, había corrido á refugiarse.

Estuvo muchos días entre la vida y la muerte.

Afortunadamente, la madre de un oficial, que acudió á cuidar á su hijo, herido en la misma refriega, la salvó á ella también con maternales cuidados.

– Te presentaré á esa señora, dijo Carmen sonriendo; le darás las gracias, porque sin ella no tendrías hermana.

Durante su relato, Carmen se había puesto varias veces colorada y su corazón había latido con fuerza.

Pero Jorge, impresionado por los peligros corridos por su hermana, notó apenas aquellos movimientos de emoción, prontamente reprimidos.

Carmen después de la siesta, hacia las cuatro de la tarde.

Iba del brazo de su hijo, y el joven oficial daba sin duda grande importancia á aquella visita, pues su mirada expresaba una ansiedad que no podía disimular del todo.

Carmen y Jorge se encontraban en la terraza. Levantáronse á recibir á la madre y al hijo.

– Tengo el gusto, señora, de presentarle á mi hermano, Jorge de Kerlor, dijo Carmen á la señora d'Alboize. Le he hablado á usted de él con demasiada frecuencia, para que tenga yo necesidad de insistir mucho en pedir en favor suyo la maternal benevolencia de usted y su fraternal amistad, añadió dirigiéndose á Roberto.

Inmediatamente completó las presentaciones diciendo á Jorge:

– La señora d'Alboize. Su hijo, Roberto d'Alboize.

distinguidas que he conocido, y su corazón está á la altura de su inteligencia.

– ¿Y su hijo?

– Teniendo tal madre, por fuerza había de ser un cumplido caballero.

Brilló en el rostro de Carmen tanta alegría, que, á pesar de su preocupación, Jorge la observó.

– Parece que mi opinión sobre este particular tiene importancia para ti. Se ve claramente que te alegras muchísimo del buen concepto que me merecen la señora d'Alboize y su hijo.

– ¿Cómo no alegrarme de que te sean simpáticas las personas que más quiero en el mundo después de ti?, dijo Carmen poniéndose colorada.

Y la conversación no pasó de allí.

Aquel momento fué en la vida de Jorge como un descanso en medio de la espantosa agitación de sus sufrimientos.



¿Por qué, durante días enteros, fijaba la mirada en un solo punto del horizonte?..

– ¡Vaya si le daré las gracias! Con toda mi alma; porque á tu muerte hubiera seguido la mía. Sin tu pensamiento, sin tu recuerdo, que no me han abandonado jamás, hubiera renunciado cien veces á esta vida que tanto me pesa.

– ¡Morir! ¿Has pensado en morir? Ya sé que el golpe que recibiste fué terrible... ¡Perder á un tiempo á tu hijo y á Elena era demasiado! ¡Os amabais tanto! ¡Elena era tan hermosa, tan buena!.. Tenía todas las seducciones del corazón y todas las virtudes. Así es que todas las noches – se lo dije á mi confesor, que afirma que esto no es ningún pecado – invoco en mis oraciones su recuerdo, como el de una santa, y le ruego que interceda por mí cerca de Dios, á fin de que yo me parezca á ella.

Jorge se puso lívido.

Su rostro se contrajo en un esfuerzo violento por no estallar.

– ¿Qué tienes?, preguntóle Carmen.

Y atribuyendo á otra causa la inmutación de su hermano, añadió:

– Perdona si evoco tristes recuerdos y abro tu herida. Pero al fin habrá de cicatrizarse. Eres rico, tienes vigor y talento. ¿Nada puede ofrecerte la vida? Créeme, Jorge, desde el cielo, Elena te manda vivir.

Jorge la interrumpió:

– ¿Cómo se llama esa señora que te salvó?

– La señora d'Alboize... Es viuda de un general que murió en el campo de batalla de Solferino. No tiene más que un hijo, Roberto d'Alboize, oficial de estado mayor, destacado aquí y encargado de una misión militar en Cayena. Tiene noticia de tu llegada. Por esto no ha venido, como acostumbra, á pasar el día conmigo. Vendrá mañana y verás qué señora tan simpática y qué madre tan cariñosa y perfecta.

Efectivamente, el día que siguió á la llegada de Jorge, la señora d'Alboize se presentó en casa de

Espontánea y casi instintivamente, después de haberse inclinado ante la señora d'Alboize, Jorge tendió la mano al oficial, que correspondió con una súbita y profunda simpatía al apretón del hermano de Carmen.

La tarde pasó pronto entre aquellos cuatro seres unidos por la nobleza de sus caracteres y de sus pensamientos.

De ideas en ideas, de asunto en asunto, Roberto y Jorge vinieron á hablar de Francia.

Roberto exponía modestamente la misión de que estaba encargado.

Hablaron luego de música.

Era ya de noche. El relente les había obligado á refugiarse en el salón.

Carmen se sentó al piano, y sin designio preconcebido, sus dedos errantes sobre el teclado dieron con aquella vieja melodía irlandesa de Tomás Moore, que á su hermano le gustaba tanto oir en Penhoet y en el hotel del Parque de los Príncipes.

¡Ah! ¡Si Jorge y Carmen hubiesen sabido que Elena tocaba cada día y á igual hora aquella misma melodía, como un eterno y doloroso *memento*, allá, lejos, muy lejos, en la triste y desolada casa en que lloraba la mártir!

Escuchando á Carmen, Jorge fué recordando.

Su pensamiento voló hacia Francia.

Sus ojos se inundaron de lágrimas; pero aquellas lágrimas no eran amargas, porque sus recuerdos retrocedían á una época en que ninguna nube había obscurecido aún el cielo de su dicha.

La señora d'Alboize le vió llorar, y atribuyendo, como todo el mundo, aquel dolor á la pérdida de una esposa amada, trató de consolarle con el tacto y habilidad que sólo sabe desplegar una madre.

Después que ésta y su hijo se hubieron retirado, Jorge dijo á su hermana:

– La señora d'Alboize es una de las señoras más

Entre su hermana, aquella madre admirable y aquel joven noble y altivo, de tan superior inteligencia, se sentía como penetrado de una atmósfera de tierno afecto, de calma y de paz bendita.

Le parecía que los crueles pensamientos que le atormentaban desde hacía tantos años, se transformaban insensiblemente; que el odio desaparecía poco á poco, y que el perdón y aun quizá el amor mismo penetraban insensiblemente en su corazón.

¡El amor!

Ya, en una de sus largas noches de insomnio, se había dicho con espanto:

– ¡La amo!.. ¡Sí! No puedo ocultármelo... Amo todavía á esa miserable que me engañó, y amo á ese niño ajeno de quien recogí las primeras palabras, los primeros besos y las primeras sonrisas...

Y el desdichado lloraba de rabia por no poder arrancar de su corazón aquel vergonzoso recuerdo.

Oía en el fondo de su alma una voz que murmuraba:

– Quizá el castigo es ya bastante... ¡Si pudiese volverlos á ver!..

El orgullo ahogaba en seguida aquellos impulsos de clemencia y de afecto. El recuerdo del ultraje recibido se avivaba con toda su violencia.

Se acusaba de debilidad, resuelto á permanecer implacable, celoso de su venganza eterna.

Pero al día siguiente la lucha continuaba.

¡Había amado tanto!

Y redobló su suplicio al descubrir que Roberto y Carmen se amaban.

Así había amado él á Elena en el castillo de Penhoet.

A veces, deseosos de conciliarse su benevolencia, le hablaban de la *ausente*.

Carmen recordaba las virtudes, las cualidades y los encantos de su hermana.

(Continuará)



ISLAS FILIPINAS. – Manila. – El matadero (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

ISLAS FILIPINAS. – MANILA

El matadero. – El cementerio de Binondo

Fotografías de M. Arias y Rodríguez

(Prohibida su reproducción)

La construcción del matadero para reses vacunas, lanares y de cerda, es una de las grandes mejoras que en Manila llevó á cabo en época reciente la administración española.

Reune todas cuantas ventajas son necesarias en establecimientos de esta índole, gran amplitud, mucha ventilación, abundancia de agua, etc.

El plano y la dirección de la obra corrieron á cargo de D. Juan J. Hervas, arquitecto municipal en la época de nuestra soberanía.

El cementerio de Binondo esta situado en la Loma, y de su importancia dan prueba la capilla y las artísticas puertas de hierro que en esta página y en la siguiente reproducimos.

* * *

COSTUMBRES É IDEAS DE LOS CHINOS

Quizás estamos en Europa demasiado convencidos de que fuera de nosotros y de nuestros progresos industriales no hay en toda la tierra centros de actividad moral y política verdaderamente dignos de que en ellos fijemos nuestra atención.

Entre los pueblos de Asia, Africa, Oceanía y América india, que con sobrada ligereza solemos clasificar en la categoría de pueblos salvajes y bárbaros, los chinos tienen especialmente el privilegio de suscitar nuestras cuchufletas.

Pues bien: después de muchos autores que acerca de los chinos han escrito, no sin antes haberlos tratado y estudiado profundamente, M. León de Rosny acaba de afirmar una vez más entre sus colegas de la Sociedad Etnográfica de París que entre todas las poblaciones extraeuropeas los chinos constituyen la que puede ofrecernos las más útiles enseñanzas para el estudio de los problemas sociales, cuya solución se nos impone en la actualidad con mayor urgencia.

En efecto, en ninguna parte como en China se han preocupado de la cuestión de saber hasta qué punto se podía llegar á establecer el principio de autoridad sobre bases estables y á luchar contra las reacciones eventuales producidas con el propósito de debilitar y aun de destruir este principio gubernamental; y no debe olvidarse que el Estado chino es el único que se ha perpetuado hasta hoy desde los tiempos más remotos, cuyo recuerdo nos ha conservado la historia.

La moral práctica de Confucio, al dar al Estado como base esencial el respeto y la autoridad absolutos de padre, ha producido como resultado asegurar á la familia china los más sólidos fundamentos, y á la población de su país el crecimiento más considerable.

En China, el emperador ideal ha de saber únicamente escoger sus ministros y permanecer luego «con los brazos colgantes» sin hacer nada más.

Los ministros, á su vez, tienen que saber encontrar los hombres más capaces para desempeñar las funciones públicas: un funcionario que ignora el talento ó la virtud de sus administrados es, por tal ignorancia, considerado como un funcionario criminal.



Islas Filipinas. – Manila. – Capilla del cementerio de Binondo (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

En China también las administraciones públicas se consideran hechas para servir á los administrados, y no á la inversa, como sucede entre nosotros, por ejemplo.

Toda la legislación descansa en el *Hiao*, expresión que ordinariamente se traduce por piedad filial; en cuanto á las nociones de libertad é igualdad, apenas si existen siquiera palabras en el idioma chino que correspondan á las mismas.

Preciso es confesar que todas estas ideas denotan algo más que una psicología elemental, y que, bajo muchos conceptos, no son los más chinos aquellos á quienes por tales tenemos.

Por esto aconseja M. Rosny á los europeos que se encuentran en relaciones con los chinos que se esfuercen por comprender sus teorías sociales y su civilización, porque desde el momento en que el europeo deja de mostrar hacia ellos un desprecio, muy poco justificado por cierto, ellos á su vez le manifiestan gran simpatía.



LOS FERROCARRILES DE TODO EL MUNDO

Un periódico alemán ha publicado recientemente una estadística curiosa de la red de ferrocarriles del mundo entero á fines del año 1898. Esta red comprendía en aquella época 741.178 kilómetros, que representaban un capital de unos 195.000.000.000 de francos.

De todas las naciones la mayor longitud absoluta de vías férreas corresponde á América, que tiene 383.000 kilómetros, de los cuales 297.000 pertenecen á los Estados Unidos. La red europea es de 253.553, correspondiendo la mayor longitud absoluta á Alemania, que tiene 42.824 kilómetros: siguen luego Francia con 40.127, Inglaterra y Rusia con 33 á 34.000 cada una, y Austria-Hungría con 33.000.

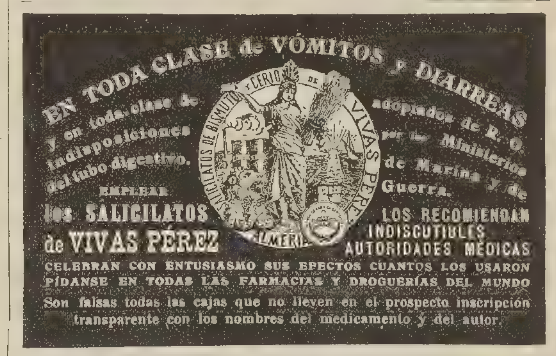
Bélgica bate el *record* de la proporción entre la longitud de la red y la superficie del país, pues tiene 19 kilómetros y medio de vía férrea por 100 kilómetros cuadrados. Siguen Inglaterra con 10'9, Alemania con 8'8, Suiza con 8'5, Francia con 7'9, Dinamarca con 5'8, Austria-Hungría con 4'4, los Estados Unidos con 3'9 y Rusia con 0'65.

En Inglaterra los gastos de construcción alcanzan á 730.000 francos por kilómetro; en Francia á 425.000 francos, en Italia á 369.000, en Alemania á 316.000, en Austria á 309.000, en Bélgica á 283.000, en los Estados Unidos á 210.000 y en Rusia á 132.000.

La red asiática es de 43.800 kilómetros; el Japón, que en materia de ferrocarriles se encuentra en el primer período, cuenta ya 3.420 kilómetros; China sólo tiene algunos centenares. La red australiana es de 22.000 kilómetros y la africana sólo de 13.000.



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – ARTÍSTICAS PUERTAS DE HIERRO DEL CEMENTERIO DE BINONDO (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Les injections de sérum physiologique de cheval dans le traitement de la chorée, par le *Dr. J. Vidal Solares*. – Con destino al «*Congrès périodique de Gynécologie, d'Obstétrique et de Pédiatrie*,» la redactado el Dr. Vidal Solares, Médico Director del Hospital de Niños Pobres de Barcelona, esta interesante memoria, en la que se demuestran los beneficios que en el tratamiento de la corea pueden obtenerse del empleo del suero equino fisiológico, demostración que no sólo se desprende de las consideraciones científicas puramente teóricas, sino además de los casos prácticos que en el trabajo se citan. La memoria ha sido impresa en Marsella, en la imprenta del *Journal de Marseille*.

El héroe. – El discreto, por *Baltasar Gracián*. – La *Biblioteca de Filosofía y Sociología* que con tanto éxito edita en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, acaba de publicar las interesantes obras *El héroe* y *El discreto*, de Baltasar Gracián, filósofo español lleno de gracia y profundidad, y que tanto cita Schopenhauer en sus obras, y del cual escribió á Kiel en 1832; «Mi escritor favorito es este filosófico Gracián. He leído todas sus obras... y de buena gana lo traduciría si hallara un editor para imprimirlo » Nuestro Menéndez Pelayo, en sus *Ideas estéticas* le dedica entusiastas páginas, calificando á Gracián «talento de estilista de primer orden..., el segundo en su siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley...» Acompaña á estas interesantes obras, editadas con esmero en un tomo de 300 páginas, un notable estudio sobre Gracián del sabio hispanófilo Arturo Farinelli. El precio del tomo es de tres pesetas.



Retrato de la señorita X..., cuadro de Carlos Pellicer (Salón Parés)

Las vacas de leche. – El inteligente editor barcelonés D. Manuel Saurí ha publicado la tercera edición de esta utilísima obra que comprende dos partes, una dedicada al estudio de las vacas de leche, y otra al de la leche de todos los animales que el hombre usa como alimento. Una y otra son muy completas y están inspiradas en las obras más notables que sobre la materia se han escrito, especialmente en las de J. H. Magne y L. Figuier. El libro, que contiene además un apéndice sobre la elaboración de mantecas y quesos, va ilustrado con multitud de grabados y se vende á 2'50 pesetas en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5) y en las principales librerías.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista mensual barcelonesa; *El Fomento*, revista decenal barcelonesa; *La práctica de farmacia*, periódico quincenal barcelonés; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 27 de agosto de 1900 — Núm. 974

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DEL BRIGADIER DE INGENIEROS D. IGNACIO GARCINI, pintado por Goya



Texto. – *El payaso*, por José Juan Cadenas. – *Fe y amor*, por Ricardo J. Catarineu. – *Una relación inconveniente en el «Quijote» de Avellaneda*, por José María Sbarbi. – *El argumento de la ópera*, por Eduardo de Palacio. – *Nuestros grabados.* – *Problema de ajedrez.* – *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). – *Islas Filipinas. – Isla de Luzón. Manantial denominado Bumbunga.* – *Los proyectiles humanitarios en las guerras recientes ó actuales.* – *Una granja de mariposas.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *Retrato del brigadier de ingenieros D. Ignacio Garcini*, pintado por Goya. – Dos dibujos de F. Mota que ilustran el artículo titulado *Fe y amor*. – El notable pianista catalán *Alejandro Ribó*. – *Conflicto chino. Vista del barrio chino en la ciudad de Pekín.* – *Templo de los quinientos genios en Cantón.* – *Monza. Dormitorio del rey Humberto en el real palacio.* – *Llegada del rey Víctor Manuel III.* – *Vagón fúnebre en que fué trasladado el cadáver de Humberto I desde Monza á Roma.* – *Panteón de Agripa, en Roma, en donde ha sido enterrado Humberto I.* – *Corona de hierro que se custodia en el tesoro de la catedral de Monza y que fué colocada en la capilla ardiente de Humberto I.* – *¡Buenos días!*, cuadro de E. Klimsch. – *En la playa*, dibujo de Huertas. – *El general conde de Waldersee*, nombrado generalísimo de los ejércitos aliados en China. – *D. Carlos de Borbón*, hijo segundo del conde de Caserta. – *Islas Filipinas. Isla de Luzón. Provincia de la Laguna. Pintoresco paisaje en donde se encuentra el manantial denominado Bumbunga.* – *Interior de dicho manantial.* – *Vista parcial del pueblo de Nagcarlang y general de los montes de San Pablo.* – *A campo traviesa*, cuadro de Francisco Miralles.

EL PAYASO

I

Magos y nigromantes consultados por el rey constantemente, en vano rebuscaban en las profundidades de su ciencia el remedio para combatir el mal que poco á poco iba minando la salud de la joven princesa.

La princesa languidecía, la princesa estaba cada día más pálida; aquella hermosura juvenil íbase marchitando rápidamente y no se encontraba la causa de su enfermedad ni el medio de atajarla.

Las rosas de sus mejillas mucho tiempo hacía que habían desaparecido, y su linda cabecita, siempre inclinada sobre el pecho, parecía la corola de una flor que el huracán agostara cruel.

La corte entera desvivíase por proporcionarla nuevos espectáculos y distracciones originalísimas; pero la princesita contemplaba todo con la mayor indiferencia y no mejoraba su padecimiento, antes bien parecía aumentar.

Un día supo el rey que por las cercanías del palacio rondaba una original caravana de titiriteros, y tantas alabanzas hicieron de aquellos modestos artistas los cortesanos que presenciaron sus representaciones, que deseoso el rey de hallar una nueva distracción á su hija, mandó llamar á *Pierrot*, el jefe ó director de la *troupe* artística.

Pierrot estaba asombrado. Llevar su compañía al palacio del poderoso monarca era honor tan grande que nunca pudo soñarlo siquiera. Preparó la mejor pantomima de su vasto repertorio, la ensayó cuidadosamente, y después de aleccionar á *Colombina* y confeccionar para ella un primoroso traje lleno de lentejuelas que relucía como un brillante, dió á *Arlequín* la orden de encaminar el convoy á la residencia oficial del rey.

II

El monarca quedó prendado de *Colombina*. Una violenta pasión imposible de dominar se apoderó de su pecho desde el instante mismo en que la vió en su presencia

Sus risas, sus canciones, aquella despreocupación y aquellas coqueterías de la joven artista hicieron tal impresión en el poderoso rey, que ya no pensó más que en hacerse dueño de aquella criatura cuyo amor sería capaz de hacer la felicidad del hombre más descontentadizo.

Entretanto en los jardines del palacio adelantaban con gran rapidez las obras para la representación de los titiriteros.

En una ancha glorieta construyeron un gran barracón que servía de habitación y dormitorios para la *troupe*, y adosada á la barraca alzábase una embocadura de escenario que tenía por fondo el hermoso boscaje del jardín y por techo el firmamento. Los dormitorios, las habitaciones todas de la barraca, servían al propio tiempo de vestuario para los artistas durante la representación, y por una puerta pequeña tenían acceso al escenario.

Los modestos artistas pasaban los días anteriores al señalado para la función recomponiendo su escaso equipo, preparando rápidamente los vestidos más lindos y ensayando aquellos pasajes de la pantomima que más dificultad ofrecían.

Pierrot, en los ratos de ocio, contemplaba á *Colombina*, su amante compañera, la que en los días difíciles sabía darle ánimos y prestarle alientos para la lucha; la que compartía con él la gloria y los triunfos... *cuando Dios quería.*

Pierrot y *Colombina* se adoraban. Habían paseado su amor por tierras extrañas; á fuerza de recorrer pueblos y naciones concluyeron por no tener patria fija ni hogar seguro, y por dondequiera que iban dejaban oleadas de juventud, de placer y de alegría. ¡*Pierrot* era feliz! El público de todos los países aplaudía su trabajo. El arte de la mímica es universal y en todas partes se entiende; y aplaudido, festejado y sobre todo correspondido por el objeto de su amor, veía deslizarse su vida, dichoso como pocos seres pudieran serlo en la tierra.

Mientras, los preparativos para la fiesta adelantaban rápidamente. Un numeroso cuerpo de baile, reclutado entre las más hermosas aldeanas de la comarca, recibía lecciones de *Pierrot*, á fin de que el día de la función estuvieran al corrriente de cuanto habían de hacer, y *Colombina* y *Arlequín* daban los últimos repasos á sus papeles respectivos.

En estos momentos era cuando el rey devoraba con los ojos á *Colombina*. Desde el balcón de su cuarto contemplaba codiciosamente las graciosas curvas y las formas primorosas de aquella criatura encantadora, y su pasión crecía y un deseo violento y desenfrenado se apoderaba de él.

III

Y llegó el día señalado para la función.

La princesita, indiferente á todos aquellos preparativos y á cuanto la rodeaba, no mostraba la menor impaciencia por presenciar aquel espectáculo contratado exclusivamente para distraer su melancolía.

Todo estaba preparado. Las invitaciones habían sido profusamente repartidas entre la corte, y aquella noche los jardines del palacio estarían llenos materialmente de invitados para presenciar la función.

Millares de farolillos, distribuídos convenientemente entre el ramaje y colocados en los grandes árboles del jardín, darían un aspecto fantástico á la fiesta.

¡*Pierrot* estaba encantado! Jamás había lucido sus grandes talentos de *mimo* ante una concurrencia tan selecta, tan escogida. El rey, los príncipes, los magnates, cuanto en el reino tenía significación y prestigio asistiría aquella noche á verle representar su famosa pantomima; y lleno de impaciencia y de temor á un tiempo mismo, aguardaba la hora en que daría comienzo el espectáculo.

Recorría nervioso las habitaciones de la barraca, repasaba cuidadosamente los vestidos que habían de lucir figurantas y bailarinas, y daba la última mano á todos aquellos detalles que pudieran comprometer el éxito de la representación anunciada.

Colombina, en tanto, gorjeaba como un pájaro. Alegre y descuidada, veía satisfecho á *Pierrot*, y confiaba, porque siempre le había admirado, en el talento del mimo, que seguramente le proporcionaría aquella noche uno de los mayores triunfos de su carrera artística.

Y la hora sonó por fin.

Lujo y riqueza exorbitantes se desparramaron por los espléndidos jardines que brillaban de manera fantástica. Ocuparon sus puestos la princesita y las damas de la corte, y después tomaron los que les estaban señalados el elemento oficial y los altos dignatarios. Súpose entonces que el rey, repentinamente indispuesto, no podía asistir á la función, pero que había ordenado que de ningún modo se suspendiera, pues tenía pensado que los titiriteros diesen varias representaciones, para lo cual se proponía retenerlos en palacio algún tiempo, y ocasión tenía por tanto de admirar en otro momento los talentos de la *troupe*.

Preparado todo ya y colocado en sus respectivos lugares el auditorio, *Pierrot* apareció por un resquicio de la embocadura, entre ésta y la cortina, y avanzando al primer término hizo un saludo ceremonioso y cortés, comenzando, luego que el silencio fué impuesto en la concurrencia, la relación del argumento de la pantomima que ellos, pobres y modestísimos artistas, iban á tener el honor de representar.

* * *

Pierrot ama á *Colombina*; *Pierrot* es el eterno enamorado de los eternos imposibles. Ama á *Colombina* porque es fresca y hermosa, rosada y risueña como un rayo de luna, y *Pierrot* idolatra á la luna. *Colombina* es mujer, y es, naturalmente, coqueta. *Pierrot* viene á buscarla, pero en vano llama á su puerta. *Colombina* no responde. El enamorado ruega, implora, ¡ay!, en vano: su adorada no está. Ha ido en busca de un amante; un amante que la promete ricos vestidos, soberbias alhajas, trenes lujosos... ¡Oh ¡Cuánto le gustan las alhajas á *Colombina*!.. ¡Y *Pierrot* es pobre, muy pobre!.. Aquel amante tan rico, tan generoso, es un marqués muy guapo, muy distinguido, muy apuesto y gentil... ¡Oh! ¡Cuánto quiere *Colombina* al marqués!.. Y *Pierrot* no es guapo, no es gallardo, no es distinguido... Siempre tan pálido, tan pálido, que parece un cadáver...

¡*Pierrot* llora!

¡Sí, *Pierrot* llora; pero ya veréis, ya veréis qué risa produce su llanto! Los músculos de su rostro contraídos por el dolor hacen prodigios mímicos... ¡Reiréis, reiréis mucho viendo á *Pierrot* que de pálido que estaba vase tornando blanco como un sudario!

Por fin llega *Colombina*. Es rosada como una aurora y viene vestida de rosa también. Viene alegre, satisfecha, contentísima y bromea con *Pierrot*. Bromea porque le dice que le quiere, que no ama á nadie en el mundo más que á su *Pierrot* de su alma, y juguetea con él y revoltosa le contenta, le hace que deseche los negros pensamientos que le martirizan, y para convencerle, para que la alegría vuelva á su pecho... le da un beso... ¡*Pierrot* enloquece de placer! ¡Un beso de *Colombina* es para él la mayor recompensa! Olvida sus sufrimientos; brinca, salta, corre toda la escena dando cabriolas...

¡*Pierrot* ríe!

¡Oh! Su risa provocará las vuestras, honorable público; nadie que haya visto reir á *Pierrot* ha dejado de reir también. Su risa es contagiosa; ríe con el rostro, ríe con las manos, con los pies, con todo el cuerpo, y rendido, retorciéndose, cae desvanecido al suelo, donde le bañan poco á poco los pálidos rayos de la luna, su amor imposible; la luna, la única que no le hace traición.

Cuando *Pierrot* se levanta, *Colombina* ha desaparecido. Mira en torno suyo y ve la puerta de la casa de su adorada y en la puerta dos guardias que el marqués, el amante de aquella coqueta, ha puesto de centinela para que prohiban el paso á *Pierrot* cuando éste pretenda franquear la entrada... No obstante aquel obstáculo, quiere entrar, y se acerca á la puerta, mira por el agujero de la llave y ve que el marqués salta por la ventana y penetra en la habitación de *Colombina*... *Pierrot* se desespera, lucha, pero en vano: los centinelas le impiden la entrada...

Y se presentan las hadas... Buscan á *Pierrot*, le rodean, le acarician, le miman, le festejan... Dícenle que *Colombina* es mujer, y es coqueta, y es falsa, y es traidora... Ellas no; ellas le amarán eternamente, y durante las noches de otoño, la casta luna con sus tenues rayos alumbrará sus castos amores. Y le atraen, le seducen, le arrastran, le fascinan...

Pero *Pierrot* se desprende, huye de ellas y corre á la puerta de casa de *Colombina*... ¡Oh! ¡Maldición! En aquel momento el marqués se la lleva, huye con ella por la ventana y descienden por una escala de seda... *Pierrot* quiere romper la puerta... Los centinelas le rechazan, le golpean... *Colombina* se va, se va riendo á carcajadas...

IV

Al llegar á esta situación la pantomima, *Pierrot*, en una de sus evoluciones por la escena, miró efectivamente á la puerta de la barraca, y deseando dirigir una mirada de amor á *Colombina* que estaría en su cuarto, se inclinó sobre el agujero de la llave...

Y en aquel momento vió efectivamente saltar por la ventana de la habitación al rey, que llevaba desmayada en sus brazos á *Colombina*... Todo lo comprendió... La supuesta indisposición del monarca, las miradas de los días anteriores, todo... Y loco, desesperado, echóse sobre la puerta queriendo franquearla á la fuerza... Pero los centinelas sabían cumplir las órdenes que recibían y no le dejaban acercarse... El público estaba asombrado... Jamás se vió tal propiedad, tal *verdad* en los gestos, en los ademanes...

Pierrot, rendido, golpeado, loco, no sabiendo qué partido tomar ni qué resolución adoptar entre su amor y su nombre de artista, improvisó un final á la pantomima, final que un dramaturgo envidiaría... Veloz como el rayo, arrebató de la cintura de un cortesano la espada, y cayendo de bruces sobre ella se atravesó de parte á parte el corazón...

* * *

La princesa está pálida y triste; la princesa languidece... y muere.

José Juan Cadenas.

FE Y AMOR

I

Era noche de agosto.

El calor había hecho de las suyas, y el día fué duro.

No hubo asiento en tranvías, ni banco en paseos, ni persiana en balcones que no echaran fuego, y quien hubiera apoyado breve rato la mano en los muros, habría dejado á Mucio Scévola tamañito.



Fernando vagaba por Madrid

Llegó el bochorno al colmo á eso de las cuatro de la tarde, acabando por desahogarse la atmósfera como buenamente pudo, arremolinando la hojarasca, estallando en latigazos de viento caliginoso y deshaciéndose en gruesas gotas de agua templada.

A las tres y media de la madrugada, cuando presto iba á alborear, implicaba verdadero sacrificio retirarse cada mochuelo á su olivo.

El fresco de la noche, nada más que relativo entonces, tomábase por preciado favor del cielo...

Fernando vagaba por Madrid, y en nada pensaba menos que en recogerse.

Se detuvo en Recoletos, en un puesto de agua que trasnochadores pesados no habían permitido que se cerrara.

Después estuvo sentado buen rato en desvencijado sillón de rejilla, aprovechándose de otros dos para apoyar en ellos el sombrero y los pies.

Fué á la Puerta del Sol á comprar tabaco.

Dió al azar nuevo paseo por las calles; vió instalar en sucios cajones los cafés económicos, y en torno de ellos agolparse los niños *golfos,* como las abejas rodean el panal.

Siguió la ruta del farolero, que iba pausadamente con su larga vara apagando faroles y haciendo la obscuridad.

Oyó salir de abiertas ventanas las estridentes voces y risotadas locas de prolongada orgía.

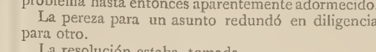
Cruzóse con los barrenderos, que llevaban la blusa listada colgada al hombro y dejaban relucir en la noche negra la chapa de metal dorado de sus paveros bastos y polvorientos.

Fernando apenas fijaba la atención en nada ni en nadie.

Algo muy hondo le preocupaba, y quien hubiera tenido el capricho de seguirle los pasos, habríale visto sólo dirigir la mirada soñadora hacia un templo enclavado en un jardinillo, ó hacia un balcón entreabierto, donde despertaban recuerdos de amores macetas nutridas de rojos claveles.

Salvo esas fugaces ráfagas de curiosidad, Fernando entornaba los ojos para mirar hacia dentro y olvidar el mundo exterior.

No hay mal que por bien no venga, y así la negligencia que le hacía retardar el instante de encaminarse á su casa, llevó á la mente del joven noble y luminosa idea, que despertó en su conciencia un problema hasta entonces aparentemente adormecido.



La pereza para un asunto redundó en diligencia para otro.

La resolución estaba tomada.

Abrióse la verja del jardinillo, la campana del templo convocó á los fieles, y las puertas del sagrado recinto dejaron franca la entrada á las almas necesitadas de religiosidad y de consuelo.

Fernando penetró en la iglesia.

Recordaba su primera confesión de niño. No le había causado tan intensa emoción.

II

Tuvo buena suerte, pues confesor mejor no lo habría elegido con pinzas.

Era el padre Fontela un alma de Dios, tan ingenuo como coloradote, tan dulce y suave como rollizo y sano, tan indulgente como bueno, tan alegre como justo.

En aquel hombretón sería difícil encontrar inteligencia extraordinaria, ni aguda perspicacia, ni ilustración vasta, ni viveza deslumbradora. Allí no había más que alma, todo era alma, un alma muy grande.

Ninguno menos á propósito para entablar con él laberíntica discusión teológica, ni para imponer, á guisa de correctivo enérgico é indispensable, la amenaza de todo el peso de las infernales calderas.

Pero el padre Fontela valía mucho más, infinitamente más que otros mil con fuerzas sobradas para todo eso. En desquite de las cualidades que le faltaban, podíase igualarle en fe, pero no superarle, y adornábanle en fin otras condiciones muy dignas de alabar y de ser tomadas en cuenta.

Tenía un sistema sencillo y admirable. Todo se encerraba en la indulgencia y en el buen ejemplo. Él no sabía abrir las puertas del cielo con otros resortes.

III

–¿Y por qué ha dejado usted pasar diez años sin cumplir con el sacramento de la penitencia?, preguntaba el bueno del padre Fontela al acicalado joven que de rodillas estaba á sus pies, y que lo estaba con tan noble ademán y distinción tan exquisita, que harían pensar en un rey humillado ante el severo tribunal de un pueblo justo y vencedor.

Fernando era creyente. Pertenecía á los que llamó el Santo miembros enfermos; y para el padre Fontela, excelente médico de almas, no pudo menos de ser instintivamente considerado desde el primer instante como un doliente de la voluntad.

Es muy corriente en la vida moderna, aturrullada y febril, este caso de los espíritus de innatas ideas religiosas, que llevan años enteros rezando cada noche y sin acercarse á la iglesia ningún día, y que, aun rompiendo abiertamente con la disciplina, dejan, por modo cuidadoso, guardado el dogma en arca de oro.

Fernando no era escéptico nada más que por fuera. Su alma habría podido ser retratada gráficamente en dos círculos concéntricos, de perlas y brillantes el círculo interno, y la franja envolvente de frágil barro.

Rico, joven, gallardo, encanto de las mujeres, patrón de los hombres, ¿qué podía faltarle? Talento, corazón, fortuna, simpatías, lo reunía todo. Y echaba, sin embargo, de menos algo muy substancial; la alegría de vivir.

Fernando era sencillamente un hombre aburrido, soberana é implacablemente aburrido, una voluntad muerta, un viajero de los sueños, una sombra de lo que podría y debería ser.

Robusto, firme y varonil, no teniendo tempestades en su vida, las buscaba, aun las amaba con amor de artista, y siempre en pos de algo que le alejase el esplín, aceptaba los vicios con negligente error como sucedáneo de las virtudes, y si prefería las mujeres libres á las recatadas era porque se consideraba materia más propia para hacerse desgraciado él que para hacerlo á ellas; y si jugaba, pensaba á trechos que no era culpa suya, sino de los que hicieron las monedas redondas, y así más á propósito para rodar de mano en mano; y respecto al agua y al vino, por muy licencioso que á veces en sus costumbres fuera, siempre reconocía no haber llegado jamás á profesar las teorías del célebre bohemio aquel, que un día se determinó á meter la cabeza en la palangana y añadió á renglón seguido melancólicamente: «¡Empiezo á afeminarme!»

A falta de virtudes, conservaba una bella cualidad, la franqueza, y contó, con la mayor sinceridad de su alma, todo su aburrimiento al padre Fontela, después de haberle respondido que tantos años de ausencia del confesonario no se debían á tenaz propósito de mala inclinación, sino únicamente á varios y detallados motivos, los cuales al buen sacerdote tan no le convencieron, que estuvo á punto de castigarle con tanta severidad como el propio cura del Pilar de la Horadada, de que habla el poeta.

Y para que Fernando tuviera suerte en toda aquella mañana, resultó que el padre Fontela, con ir para santo, tenía que acusarse de una falta grave: la franqueza le enamoraba, los que le miraban con ojos serenos y alzando la frente le hacían suyo en un santiamén, y le perdonaba todo antes que la hipocresía.

Fernando le habló con tanta confianza como á un amigo, y el padre Fontela, aunque no se atrevió á darle unos golpecitos en el hombro, como habría sido su deseo, no pudo menos de decirle:

– Hombre, perdóneme usted que me meta donde no me llaman, pero á la edad de usted, ¿por qué no piensa en casarse?, ¿por qué no busca una novia virtuosa y humilde? ¡Yo, con qué intención lo he de decir! ¡Ni qué me va en ello! Pero le haría á usted más religioso y le alegraría la vida.

Fernando se quedó como abstraído; su frente se arrugó, sus ojos nubláronse, y como el hombre más franco del mundo tropieza alguna vez con otro que lo es más, hubo de percatarse de que el padre Fontela le había derrotado en toda la línea, y contestóle ya ingenuamente, como si de antiguo fuera partícipe de todos sus pensamientos:

– ¿Cómo lo ha conocido usted?.. Es verdad. Tengo relaciones con ella, en cierto modo... Pero no son nuestros amores, ó mejor dicho, nuestros odios, como las pasiones de los demás. Estamos unidos por el aborrecimiento. Entre ella y yo todo es imposible. Ella lo sabe, yo lo sé, y ella me odia porque no he de ser suyo, y yo la odio porque no ha de ser mía, y le paseo la calle para dárselo á comprender á menudo, y ella se asoma al balcón para que yo no lo olvide, y nuestras miradas se cruzan, y los ojos de ella me dicen: «¡Qué rabia me da usted!,» y los míos le responden: «¡Y usted más á mí!..» Pero ese parpadeo de usted... Esa actitud... Permítame la pregunta. ¡No lo niegue usted, padre! ¿Usted es el confesor de Mercedes?

El excelente sacerdote dejó sin respuesta esas interrogaciones ansiosas; pero en la cara se le conocía.



–¿Y por qué ha dejado usted pasar diez años sin cumplir con el sacramento de la penitencia?

Aun en el caso inverosímil de que hubiera querido disfrazar la verdad alguna vez en su vida, fuera empresa inasequible para él.

¡Estaba rojo como una amapola!

Al muchacho no le cabía duda. ¡La casualidad le había puesto en relación con el confesor de *ella!* ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

El padre Fontela dijo:

–¡Ha venido usted á confesarse y habla de odio,

de aborrecimiento! ¡Imposible, imposible! ¡Yo no le doy la absolución!

Pero Fernando cumplió la penitencia impuesta, volvió al día siguiente envuelto en aureola de humildad, y no sólo se confesó con el padre Fontela otras veces, sino que se hizo su amigo, y ya fuera de confesión y sin que él se los preguntara, le confió sus más recónditos secretos, y hasta, con la natural discreción, solicitó su ayuda.

Cuando al azar se encontraban y paseaban juntos, el padre Fontela se alejaba diciéndose bondadosamente para su capote:

¡Este chico es bueno! ¡Vaya si es bueno! ¡Sería una lástima que se malease!

IV

Puesto ya Fernando por la casualidad en tan feliz camino, poco tiempo bastó para llegar al puerto.

El padre del joven notó sus zozobras, inquirió su vida, cambió impresiones con el buen sacerdote, y por boca de éste iluminóle Dios para guardarse el orgullo en el bolsillo y dirigirse una tarde en súplica humilde, ¡tanto puede el amor paternal!, al domicilio del progenitor de Mercedes, su irreconciliable enemigo, el cual, por la perla de su hija y acaso también por el excelente ministro del Señor, hallábase en autos de todo, y otorgó, aunque bien á regañadientes, su consentimiento.

Resplandeciente estaba de alegría y de bienestar el padre Fontela el día que la hermosa Mercedes y el arrogante Fernando murmuraron, arrodillados al pie del altar, eterno juramento solemne.

Los recién casados pusieron casa y vivieron lejos de sus padres respectivos, de aquellos ancianos que, herederos del odio recíproco de dos familias durante varias generaciones, á todo lo preciso se avinieron, excepto á otorgar promesa de reconciliarse jamás.

La casa de uno de los viejos estaba situada frente á la del otro, y cada vez que, al salir ó entrar en su portal respectivo, sus ojos cruzábanse, manchaba el aire repugnante mirada de rencor profundo, en la cual diríase que brillaba hasta algo de arrepentimiento de haber sido lo suficientemente débiles para consentir en que unieran sus destinos con lazo inquebrantable Fernando y Mercedes...

Así pasaron algunos meses, muchos, y la mutua enemiga de los viejos crecía, sin que fuera bastante á destruirlo la idea de la dicha de que sus hijos gozaban.

Cumplíase estrictamente siempre la condición impuesta al flamante matrimonio.

Ni Fernando pisó una vez siquiera la habitación de la familia de Mercedes, ni ésta la del padre de su marido.

Con todo lo cual, el inmejorable sacerdote, que se pasaba en la morada coquetona y risueña de los novios las horas muertas, andaba sin cesar triste y mohino, con ese dolor profundo del malestar ajeno, que sólo las almas superiores son capaces de comprender.

V

Mas aconteció que al cabo el buen cura tuvo que ausentarse de Madrid por dos años, y ya de regreso, acertó un día á pasar por la estrecha vía en que, frente á frente, las casas de ambos tenaces viejos se alzaban.

Los dos ancianos estaban en aquel momento asomados al balcón.

En el arroyo jugaba un niño, elegantemente vestido y seguido de una niñera encantadora, con varios chicos pobres.

De súbito aquel niño, de carita de *bibelot*, lujoso, blanco y rubio, hizo pausa en el juego, y con la manita izquierda comenzó á echar besos á un balcón y á la vez con la derecha á otro.

Los dos viejos contemplaron arrobados á la criatura, y al retirar del niño los ojos, cruzaron la mirada tan imprevistamente que ni tuvieron tiempo de ocultar la mutua sonrisa.

Estaba roto el hielo. La mirada fué larga.

El padre Fontela, si lo vió, hizo como que no lo advertía, y siguió en paz su camino á lo largo de la calle, alzando la frente para dilatar la vista en el amplio pabellón de las alturas azules, mientras sus labios mascullaban muy bajo y como en son de oración:

– ¡Amaos como os ama Dios desde el cielo!

Ricardo J. Catarineu.

UNA RELACIÓN INCONVENIENTE

EN EL QUIJOTE DE AVELLANEDA

Sabido es que, con su morosidad de una parte, y con haber excitado de otra á los escritores á que tomaran la pluma que él colgaba, dió sobrado motivo



El notable pianista catalán Alejandro Ribó

Cervantes para que saliera á la palestra un fingido Alonso Fernández de Avellaneda, quien recogiendo, no ya el guante, sino la péñola, puso sus manos pecadoras en el papel con objeto de continuar la crónica quijotesca comenzada por el *Manco de Lepanto;* pero, de seguro, no todos sabrán que la novela «Los felices amantes,» inserta á guisa de episodio en las páginas del falso *Quijote,* no es original de su audaz continuador, sino que está basada en una tradición, nada ejemplar por cierto, que data, según los cálculos más probables y fundados, del siglo XIII, y de cuya estructura han venido haciéndose eco en los siglos posteriores, si bien bajo diversas formas, unos cuantos ingenios de distintas naciones.

Alemania, suelo abonado para asumir toda clase de delirios y extravagancias á que pueda entregarse *la loca de casa* una vez destituída de todo freno, mayormente tratándose de una época en que la exaltación religiosa y caballeresca comenzaban á tocar en su apogeo, fué la cuna de esa tradición, generalmente conocida bajo el antonomástico nombre de *Leyenda de Colonia,* con lo cual se echa de ver que tuvo por patria á aquella importante ciudad en la construcción de cuya grandiosa catedral ejerció intervención no pequeña el diablo, según la creencia fantástica del vulgo.

En efecto, Cesáreo de Heisterbach, monje cisterciense residente en Colonia, donde murió el año de 1247, y que escribió una obra bastante extensa destinada á narrar los sucesos maravillosos ocurridos en su tiempo en el suelo germánico *(Illustrium miraculorum et historiarum mirabilium, libri XII),* de la cual se conocen hoy hasta cuatro ediciones, es el primero que refiere la leyenda de que luego daremos cuenta, y al que siguen por orden de fecha, entre otros escritores, permitiéndose más ó menos variantes, Passavanti, dominico italiano; el cardenal César Baronio; nuestro falso Avellaneda; el dominicano polonés Abrahán Bzowski; Charron, canónigo de Nantes; el padre Honorato Niquet, benedictino francés; el jesuíta Theophile Raynaud; el poeta Rutebœuf; el novelista Legrand d'Aussy, en uno de sus *Contes dévots;* nuestro Zorrilla, en su difuso poema *Margarita la tornera;* Charles Nodier; M. Valéry, en su libro *La Science de la vie,* de donde la tomó *Le Magassin pittoresque,* y de éste *Le Musée des Familles,* hará cosa de medio siglo. Ultimamente, en el año de 1852, se apoderó de ella el teatro bajo la forma de ópera cómica, mediante la letra de MM. Lockroy y Dennery y la música de Aimé Maillart, ejecutándose en París el 19 de julio de dicho año.

Pero... á todo esto, ¿qué leyenda es esa aprovechada por Alonso Fernández de Avellaneda para formar la trama de su novela «Los felices amantes?..» ¡Calma, querido lector, calma, que *no soy escopeta;* fuera de que *con paciencia se gana el cielo!*

«Cerca los muros de una ciudad de las buenas de España, hay un monasterio de religiosas de cierta Orden, en el cual había una, entre otras, que lo era tanto, que no era menos conocida por su honestidad y virtudes que por su rara belleza; llamábase doña Luisa, la cual, yendo cada día creciendo de virtud en virtud, llegó á ser tan famosa en ella, que por su oración, penitencia y recogimiento, mereció que, siendo de solos veinticinco años, la eligiesen por su prelada las religiosas del convento de común acuerdo, en el cual cargo procedió con tanto ejemplo y discreción, que cuantos la conocían y trataban la tenían por un ángel del cielo.

»Sucedió, pues, que cierta tarde, estando en el locutorio del convento un caballero llamado D. Gregorio, mozo rico, galán y discreto, hablando con una deuda suya, llegó la priora, á quien él conocía bien por haberse criado juntos cuando niños, y aun querido algo con sencillo amor, por la vecindad de las casas de sus padres; y viendola él, se levantó con el sombrero en la mano, y pidiéndola de su salud (1) y suplicándola emplease la cumplida de que gozaba en cosas de su servicio, le dijo ella:

– »Esté vuesa merced, mi Sr. D. Gregorio, muy en hora buena, y sepamos de su boca lo que hay de nuevo, ya que sabemos de su valor con la merced que nos hace.

– »Ninguna, respondió él, puede hacer quien nació para servir hasta á los perros desta dichosa casa; ni sé nuevas de que avisar á vuesa merced, pues no lo serán de que, de las obligaciones que tengo á mi prima, nacen mis frecuentes visitas; y la que hoy hago es á cuenta de un deudo que le suplica en un papel le regale con no sé qué alcorzas, en cambio de ocho varas de un picotillo famoso ó perpetuán vareado que le envía (2).

– »Bien me parece, dijo la priora; pero, con todo, vuesa merced me la ha de hacer á mí de que, en acabando con doña Catalina, se sirva de llevar de mi parte este papel á mi hermana, que basta decir esto para que sepa en qué convento, pues no tengo más que la religiosa, de la cual aguardo ciertas floreras para una fiesta de la Virgen, que tengo de hacer, con obligación de que ha de dar orden vuesa merced en que se me traigan esta tarde con la respuesta; que por ser el recado de cosa tan justificada, y vuesa merced tan señor mío casi desde la cuna, me atrevo á usar esta llaneza.

– »Puede vuesa merced, respondió el caballero, mandarme, mi señora, cosas de mayor consideración, que, pues no me falta para conocer mis obligaciones, tampoco me faltará mientras viva el gusto de acudir á ellas; que más en la memoria tengo los pueriles juguetes y los asomos que entre ellos dí de muy aficionado servidor de ese singular valor, de lo que vuesa merced puede representarme.

»Rióse la priora, y medio corrióse de la preñez de dichas razones (3), con que se despidió luego, diciendo lo hacía por no impedir la buena conversación, y porque le quedase lugar de hacerle la merced suplicada, cuya respuesta quedaba aguardando.»

No me es posible seguir copiando al pie de la letra, por cuanto, de hacerlo así, necesitaría transcribir ahora nada menos que las 32 páginas en 4.° de que consta la segunda edición (1732), que es la que tengo á la vista. Continuaré, pues, haciendo una relación en extracto de cuanto conducir pueda á la mejor inteligencia del suceso, en cuya prosecución digo:

Que, evacuado con toda diligencia por D. Gregorio el encargo que se le confiara por la priora, y a satisfacción de ésta, no tardó aquél en declararle su infame pasión; declaración tan insinuante y ardorosamente hecha, que no pudo por menos de abrir brecha, ¡quién lo diría!, en el casto corazón de aquella hasta entonces santa mujer. Si *entre santa y santo, pared de cal y canto;* entre santa y diablo, ¿qué habría que poner?

(1) Esto es, preguntándole por su salud. Hoy parecería galicismo, atento á que *demander* significa en francés *pedir* y *preguntar.*

(2) *Picote* ó *picotillo* y *perpetuán,* nombre de unas telas de lana que se usaron en lo antiguo. *Vareado* significa aquí *vareteado, rayado, listado.*

(3) Hinchazón ó ampulosidad.

Hagamos aquí caso omiso de la lucha á que respectivamente quedaron entregadas aquellas dos almas, después de haberse separado, en la noche que siguió á aquella infausta tarde, así como de que, llegada la mañana siguiente, faltóle tiempo á doña Luisa para bajar al torno y decirle á la mandadera:

–«Id luego á casa del Sr. D. Gregorio, primo de doña Catalina, y decidle de mi parte que le beso las manos, y que le suplico me haga merced de llegarse acá esta tarde, que tengo que tratar con él un negocio de importancia.»

De importancia podría no serlo; pero lo que es de trascendencia suma, el lector podrá juzgarlo por sí mismo cuando sepa las consecuencias que de allí á no mucho tiempo sobrevinieron.

En efecto, de aquella y subsiguientes entrevistas salió concertado, al cabo de seis meses, que se fugara semejante pérfida hembra en unión de su cómplice para irse á vivir á lejanas tierras, con la circunstancia agravante de sustraer ambos, en la víspera de su desaparición, todo el dinero que haber pudieran á la mano, él, de la caja de sus padres, y ella, de los fondos de la comunidad. ¡Cuán cierto es que un abismo llama á otro abismo; que el camino del crimen, así como el de la virtud, no se anda de una vez, sino progresivamente; y que el corazón humano, resuelto á no dar oídos á las inspiraciones de la divina gracia, acaba por amoldarse y acondicionarse al estado de abyección en que se precipita!



CONFLICTO CHINO. – VISTA DEL BARRIO CHINO EN LA CIUDAD DE PEKÍN (de fotografía)

«Llegado el concertado domingo (vuelve á hablar el autor, y nosotros podríamos añadir, en vista de tal profanación cometida en el día dedicado al Señor: *En buen día, buenas obras),* á las doce de media noche, hora de universal silencio, por la seguridad que dan los primeros sueños, que, por serlo, son más profundos, se bajó D. Gregorio con la aprestada maleta de lo que había de llevar á la caballeriza, y ensillando en ella dos de los mejores caballos, sin ser de nadie sentido, se salió de casa y fué al monasterio, do estuvo aguardando en la puerta de la iglesia á que su querida doña Luisa saliese, la cual, acabados los maitines, se volvió á su celda, y quitándose en ella los hábitos, se vistió la ropa de secular que D. Gregorio le había enviado y tenía en un arca; y poniendo las de religiosa sobre una mesa, y dejando allí una bien larga carta escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con D. Gregorio, dejó ni más ni menos allí una vela encendida, con el breviario y rosario, de quien siempre había sido devotísima, y por él lo había sido en sumo grado de la Virgen, Señora nuestra, toda su vida; y tomando tras esto un gran manojo de llaves, las cuales eran de toda la casa y de la iglesia, se salió de la celda lo más pasito que le fué posible, y se fué por el claustro y bajó á la sacristía, y abriéndola sin ser sentida, salió al cuerpo de la iglesia con las llaves en la mano, y habiendo de pasar al salir della por delante de un altar de la Virgen benditísima, de cuya imagen era particular devota y le celebraba todas las fiestas suyas con la mayor solemnidad y devoción que podía, á la que llegó delante de ella, se hincó de rodillas diciendo con particular ternura interior y notable cariño de despedirse della, privándose del verla, porque era la cosa que más quería en esta vida:

– »Madre de Dios y Virgen purísima: Sabe el cielo y sabéis vos cuánto siento el ausentarme de vuestros ojos; pero están tan ciegos los míos por el mozo que me lleva, sin hallar fuerzas en mí con que resistir á la pasión amorosa que me lleva tras sí; voy tras ella sin reparar en los inconvenientes y daños que me están amenazando, pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros, Señora, como os encomiendo, con las mayores veras que puedo, estas religiosas que hasta aho-



CONFLICTO CHINO. – TEMPLO DE LOS QUINIENTOS GENIOS EN CANTÓN (de fotografía)



MONZA. – Dormitorio del rey Humberto en el real palacio

ra han estado á mi cargo. Tenedle, pues, dellas, Madre de piedad, pues son vuestras hijas, á las cuales yo, como mala madrastra, dejo y desamparo; amparadlas, digo, Virgen santísima, por vuestra angélica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente de ellas: de Cristo, digo, nuestro Dios y Señor; volved y mirad, os suplico otra vez, en mi lugar por estas siervas vuestras que aquí quedan, más cuidadosas de su limpieza y salvación que yo, que voy despeñándome tras lo que me ha de hacer perder lo uno y lo otro, si Vos, Señora, no os apiadáis de mí; pero confío que lo haréis obligada de vuestra inexplicable y natural piedad y de la devoción con que siempre he rezado vuestro santísimo rosario.

»Y dicha esta breve oración *(no tan breve, y harto inverosímil,* dicho sea con perdón del autor), y hecha tras ella una profunda reverencia á la imagen, abrió el postigo de la iglesia, y abierto, se volvió á dejar las llaves delante del dicho altar de la Virgen; tras lo cual se salió á la calle, entornando tras sí la puerta. Apenas estuvo fuera de ella, cuando le salió al encuentro D. Gregorio, que la estaba aguardando hecho ojos, y tomándola en brazos (tras haberla tenido un breve rato entre los suyos amorosos haciendo desenvolturas que el recelo de no ser vistos le consintió), la subió en el caballo que le pareció más manso, con que comenzaron luego á caminar, de suerte que los vino á tomar el día seis ó siete leguas lejos de adonde habían salido.»

De caso pensado he querido copiar textualmente el pasaje preinserto, tanto para que el lector pueda formarse por sí mismo un juicio, siquiera aproximado, del lenguaje y estilo propio del autor, cuanto para que vislumbre al menos la sinrazón con que procedía la generalidad de los aprobantes de *in illo tempore* al asegurar en sus informes, como se asegura de hecho por los tres censores que figuran al frente de este libro, que «no contiene cosa deshonesta ni prohibida» (licencia del vicario general y oficial de Tarragona), que «no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe católica y buenas costumbres» (licencia del vicario de Madrid), y por último, que el Consejo «no ha visto en él cosa contraria á los derechos y regalías de Su Majestad, ni á las Leyes Reales, buenas costumbres y sociedad civil» (licencia del rey). ¡Y fíese usted de elogios y aprobaciones, relegando al olvido que *de dineros y bondad, quita siempre la mitad,* así como que *la carta no tiene empacho!* (1)

En cuanto al lenguaje y estilo empleado por el autor, no se tarda en echar de ver que aquél adolece de aragonesismo, y que éste se resiente de no haber sido lo bastante castigado. Tocante á la ejemplaridad de su redacción, baste decir, después de lo indicado, y para abreviar, que aquellos *infortunados amantes* (calificados de *felices* por el autor de esta versión castellana), mientras en su casa hubo *harina,* no tuvieron entre sí *mohina;* quiero decir: que en tanto que duró el dinero hurtado por ambos criminales, todo anduvo á pedir de boca; mas una vez agotada la última peseta, todo se volvió reyertas y desabrimiento, hasta el punto de que, tirándose D. Gregorio al palo, como se suele decir, obligó á su despreciada dama á que buscara la subsistencia con la labor de sus manos para atender á los dos (2); y aun no contento con esto, llevó su avilantez al extremo de inducirla á que hiciera vergonzoso tráfico de su persona para mantenerlo á él con todo lujo y regalo, acabando definitivamente por huir furtivamente de ella, dejándola sumida en el más completo abandono.

(1) Este último refrán, que consignó la Academia Española en la primera edición de su Diccionario, y que ha omitido en las sucesivas, lo define allí por los términos siguientes: «Phrase proverbial, que significa, que lo que no se suele permitir à la léngua, por vergüenza ò por otra razón, se concéde à la pluma, que quita estos inconvenientes.»

Así es la verdad; mas como quiera que pasa con muchas locuciones lo que con la casi totalidad de las palabras, á saber, que tienen más de una significación, esto se cumple cabalmente en el refrán susodicho, usándolo yo ahora en la acepción que procedo á formular así: «El estar escritas ó impresas determinadas especies no es motivo suficiente para que se les dé crédito, supuesto que á cada paso se lee multitud de mentiras y necedades de todo linaje sin que de ello proteste el papel.» Por eso se dice también en nuestra lengua que *el papel todo lo aguanta;* refrán que igualmente se le quedó en el tintero á la Academia Española.

(2) *Tirarse* uno *al palo*, es frase que no encuentro en ningún diccionario. En el mío de *Andalucismos*, inédito, la defino yo así: «Entregarse á la holganza, resistirse á trabajar.»

Al llegar aquí no puede uno menos de indignarse en presencia de tanto descaro y cinismo tanto con que nos pinta el autor á esos dos prototipos del rebajamiento humano, mayormente empleando al efecto formas nada rebozadas y lenguaje sobrado naturalista. Como dice muy bien Germond de Lavigne á este propósito, «Avellaneda coloca descaradamente dentro del escenario lo que debía haber dejado escondido entre bastidores, y ofende, sin escrúpulo, la vista del espectador con las bajezas de D. Gregorio y las liviandades de Luisa; todo lo cual resulta seco y desabrido como ciertas escenas de Zurbarán ó de Alonso Cano, asemejándose el estilo del uno al colorido de los otros: *Ut pictura, poesis.*»

Descontados esos inconvenientes, que no son pocos ni flojos, debemos decir, en obsequio de la justicia, que la narración de Avellaneda tiene una ventaja sobre sus demás congéneres, á saber, la conversión del seductor. En efecto, en toda ella resulta arrepentida la monja infiel, y con este ó aquel nombre, de un modo ó de otro, al cabo de más ó menos tiempo, y á vueltas de mayor ó menor número de peripecias, vuelta á su convento, en el que no ha sido absolutamente echada de menos, gracias á la Madre de Dios que ha tomado á su cargo el desempeñar las funciones propias de la desertora durante su larga ausencia, vistiendo su mismo hábito y asumiendo sus propias facciones; pero en la presente ocasión, convertido don Diego, de resultas de un sermón que oyó á un fraile dominico, emprende la peregrinación á Roma con el fin de besar los pies al padre santo y alcanzar su absolución, acabando su vida en olor de santidad entregado por completo á las penitencias del claustro.

Con lo hasta aquí expuesto, siquiera narrado á vuela pluma, se echa de ver como se trata de una leyenda que cuenta sobre setecientos años de existencia; leyenda entreverada de falsa piedad y de procaz disolución; leyenda que ha experimentado multitud de vicisitudes al pasar por tantos siglos y manos tantas; leyenda que parece haber sido inventada para realzar el poder de Dios y la misericordia sin límites de la santísima Virgen, en especial (y ahí está el *quid)* bajo la advocación del *Rosario;* pero leyenda, en suma, que aun cuando forjada con el intento de edificar, lo ha sido á expensas de haber destruído antes, viniendo, por ende, á resultar el remedio peor que la enfermedad, dado que, según el aforismo teológico, *no es lícito hacer el mal, aun cuando sea con la mira de que provenga de él algún bien.*

JOSÉ MARÍA SBARBI.

EL ARGUMENTO DE LA ÓPERA

– No será porque yo no domine el italiano como el francés y otros idiomas de más ó menos circulación, me decía un literato, según él se inscribía en el padrón, y podría inscribirse como perro en el padrón de la clase.

– Pero que en ópera nueva, añadió, como siempre sale más premiosa, no se entiende bien todo; por eso me proporciono un libreto, ó cuando menos el



MONZA. – Llegada del rey Víctor Manuel III (de fotografía instantánea de Treves)



Vagón fúnebre en que fué trasladado el cadáver de Humberto I desde Monza á Roma

argumento que venden redactado en nuestro idioma.

– Por lo mismo que le compran los humildes, no literatos: para enterarse de lo que ven y aun de lo que oyen.

– Ya ve usted, cuando oigo cantar *Lucía,* supongamos, ó *Norma* ó *El barbero* ó *Hugonotes,* nada se me escapa.

– Lo mismo le ocurrirá á usted cuando oiga la música de *La gran vía* y de *El cabo primero.*

– Algunas óperas tienen argumento tan dificultoso... Porque en otro tiempo ya se sabía: un novio, dos novios...

– Tres novios.

– No; dos novios que enamoran á una, y uno se la lleva y mata al otro, ó se matan los dos.

– O los tres y el padre de la novia. Delitos comunes y nada más

– Ya en *Roberto* y en *Hugonotes* y en *La Africana* hay algo más.

– Y aun algos.

– Pero estos argumentos de Wagner son incomprensibles. *Lohengrin, Tanhauser, Los alegres cantores...*

– Esa última no la conozco yo.

– No diga usted eso.

– ¿Por qué no? Cada cual conoce lo que puede. *Las alegres comares,* sí; pero *Los alegres compares,* no.

– *La Walkyria* es un enredo... Nueve hermanas...

– Y todas Walkyrias.

– Y aquel padre desnaturalizado y dios traseunte y con mote...

¡Qué noche me dió el literato en un estreno en el Real de una obra de Wagner!

Con el argumento de la ópera en el bolsillo y sin entender palabra, exceptuando alguna suelta.

Pero no se atrevía á consultarle delante del público por vergüenza.

¿Quién no entiende á Wagner ó *Baüer,* como le nombraba antes de «conocerle como ahora?»

¿Quién que se estime en algo consulta el libreto, allí en la butaca? ¡Y más «haciendo críticas,» como él hacía entonces, en no sé cuál periódico de Madrid!

¿Qué crítico *medioeval* siquiera, es decir, de mediana posición, no ha estado en Bayreuth y ha oído en aquel teatro alguna obra de Wagner?

Por allí, alrededor, había muchos, literatos y no literatos, críticos y personas de bien, á quienes ocurría lo mismo que á mi amigo.

– ¡Qué argumentos tan fantásticos!, se lamentaba una joven preciosa y aristocrática.

– Todo brujerías, hija, afirmaba la mamá, señora principal y conocida; yo no sé cómo toleramos que nos den estas obras. Hablan de los *chulos* y las *chulas* que dan en otros teatros; ¿pero esto qué es sino chulerías olímpicas?

Los que acompañaban á las damas – entiéndase «los caballeros,» no los «chulos» – celebraron el chiste, le repitieron y se juramentaron tácitamente para divulgarle en todos los círculos que visitaban, con el nombre de la ingeniosa autora.

– ¿Y esta chica de quién es?, me preguntó el crítico.

– ¿Esta señorita que está á nuestro lado?

– No, hombre, no; esa que canta, ó mejor dicho, el personaje que representa.

– Hija del bajo.

– ¿De quién?

– De ese bajo.

– ¿Del más bajo de los tres?

– Del bajo cantante.

– ¡Ah! ¿Y la otra?

– ¿La otra? ¿La contralto?

– Sí.

– No tiene padres conocidos: se supone que es anterior.

– Esta frase musical me recuerda el canto del cisne en *Lohengrin.* ¿No es en *Lohengrin?* Sí, sí.

– ¿Usted ha oído cantar el cisne en *Lohengrin?* ¡Oir es! ¡Buen oído! Dios se le conserve, y la buena vista.

– ¿Oído? Tengo exquisito oído: de memoria ando mal: confundo á las veces, sin poderlo remediar, cosas de Verdi con otras de Meyerbeer.

– ¡Qué barbaridad!, digo, ¡qué ofuscación!

– No puedo explicarme la antipatía de ese hombre ó ese dios *micológico* ó lo que sea, al pobre *Segismundo.*

Así decía una dama aristocrática, en una platea, la noche del estreno de *La Walkyria.*

Y un caballero, al parecer persona culta, respondió:

– Cuestiones internacionales.

– No, papá, corrigió un joven ya zángano, porque le quitó la novia.

– ¿Qué sabes tú de eso?

– La verdad es que ha tenido gracia, dijo la dama viendo la ocurrencia del joven largo.

En otro palco:

– Este argumento que publica el periódico está lleno de erratas y de disparates.

– Ya, ya; no se entiende jota.

Y era verdad; ni jota entendían de la obra.

– Los argumentos olímpico-dramáticos me molestan.

– Donde está aquel *spirto gentile,* que callen los maestros.

– Y aquella *matre infelice...*

– Y aquello de *¿La vita incieme trascorriremo?*

Estaba esperando que de un momento á otro alguno de aquellos personajes apuntara: *Con el vestido de percal planchao.*

Son muchos los que necesitan el argumento de la ópera y aun el libreto entero traducido para enterarse de algo de cuanto allí pasa.

Este literato y crítico musical amigo mío ha adelantado mucho en estos últimos tiempos.

Ya sabe que *cavatina* es pieza que canta solo el bajo: ello mismo lo dice *cava-tina;* que *romanza* es *la* que canta solo el tenor; *aria,* cuando es la tiple la que canta, y *cavalleta,* cuando es el barítono.

Y cuarteto si cantan cuatro personas, y coro si cantan más, y concertante cuando todas las voces cantan las mismas notas y en el mismo tono, sin diferencias ni acompañamientos de ningún género.



ROMA. – Panteón de Agripa, en donde ha sido enterrado Humberto I

El *summum* de la armonía, en una palabra.

Como versificando, no hay consonante de «razón,» supongamos, tan consonante como «razón.»

Mi amigo traducía hasta hace poco tiempo: *tutti* por tute.

No añadía si de caballos. – EDUARDO DE PALACIO.



Corona de hierro que se custodia en el tesoro de la catedral de Monza y que fué colocada en la capilla ardiente de Humberto I

NUESTROS GRABADOS

Asesinato del rey Humberto I de Italia.—A este luctuoso suceso se refieren los cinco grabados que publicamos en las páginas 558 y 559 y acerca de los cuales vamos á dar algunas breves explicaciones. El actual monarca italiano se encontraba ausente de su país cuando fué asesinado su padre, y no llegó á Monza hasta dos días después, ó sea el 1.º de agosto, á las seis y media de la tarde. El recibimiento en la estación fué imponente; á Víctor Manuel III y á la reina Elena les esperaban allí el duque de Aosta, el príncipe de Montenegro, el general Ponzo Vaglia, en cuyos brazos expiró Humberto I, y los altos dignatarios de la corte y las autoridades: una multitud inmensa y silenciosa saludó respetuosamente á los soberanos en el trayecto de la estación al palacio. Las escenas que en éste se desarrollaron entre la reina Margarita y su hijo y al visitar éste la capilla ardiende en donde se encontraba el cadáver de su padre, fueron en extremo conmovedoras.

Uno de nuestros grabados reproduce el interior del dormitorio de Humberto I en el palacio de Monza.



¡BUENOS DÍAS!, cuadro de [illegible]



EN LA PLAYA, dibujo de Huertas

El vagón en que fueron transportados los restos mortales del difunto rey desde Monza á Roma estaba severamente adornado y ostentaba la inicial del monarca y la corona real: cubrían las paredes interiores tapices de terciopelo encarnado con franjas de oro, que es la decoración fúnebre tradicional de la casa de Saboya.

El panteón en donde ha sido enterrado el rey Humberto es el antiguo templo pagano convertido en iglesia con el nombre de Santa María la Rotonda: el edificio, construído por Agripa, yerno de Augusto, data del año 27 antes de Jesucristo, y ha sido objeto de tantas reparaciones y construcciones, que sólo queda de la primitiva construcción el pórtico sostenido por 16 columnas corintias. La rotonda actual es del tiempo de Adriano. La consagración de este templo como iglesia se verificó en el año 600.

La corona de hierro que se guarda en el tesoro de la catedral de Monza y que fué solemnemente depositada en la capilla ardiente del rey Humberto, está formada con un clavo de la Santa Cruz que trajo de Tierra Santa santa Elena, cubierto por seis planchas de oro con esmaltes y magníficas piedras preciosas. Con ella fué coronado en 888 Berenguer I de Italia y Napoleón I se la ciñó en la catedral de Milán pronunciando la conocida frase: «Dios me la ha dado. ¡Ay del que la toque!» La ceremonia de la traslación de esta corona de la catedral de Monza al palacio real es interesante y creemos oportuno describirla. El día 4 de agosto, á las seis de la tarde, dos coches de la corte, en uno de los cuales iba el maestro de ceremonias, conde de Presnoli, dirigiéronse al referido templo para recoger la preciada reliquia; en presencia de una multitud inmensa y mientras doblaban las campanas, el arcipreste, llevando la corona sobre un almohadón y seguido de todo el clero con velas encendidas, salió procesionalmente de la iglesia y entró en uno de los coches, tomando asiento junto á él el conde de Presnoli, un teólogo y un individuo de la junta de Obra. En el otro coche iban dos asesores, un representante del cabildo y otro individuo de la junta de Obra. Al llegar al palacio, hízose cargo de la corona el prefecto palaciego, conde Giannotti, que la depositó en seguida en la cámara ardiente.

***

El general conde de Waldersee. — Este general, nombrado por acuerdo de las potencias generalísimo de las fuerzas aliadas en China, nació en Potsdam en 8 de abril de 1832 y entró como subteniente en la artillería de la Guardia en 1858, siendo más tarde ayudante de campo del príncipe Carlos de Prusia. Cuando estalló en 1870 la guerra con Francia era agregado militar de la embajada alemana de París; llamado inmediatamente al cuartel general del rey Guillermo, asistió, entre otras, á las batallas de Gravelotte y Saint Privat, á la capitulación de Sedán y á una parte del bloqueo de París. Como jefe



El general conde de Waldersee, nombrado generalísimo de los ejércitos aliados en China (de fotografía)

de estado mayor del gran duque de Mecklenburgo tomó parte principalísima en las operaciones contra el ejército del Loire, y al firmar la paz ascendió á coronel y fué nombrado encargado de Negocios interino cerca de M. Thiers. Nombrado general en 1880, ocho años después reemplazó, con el grado de general de caballería, á Moltke en la jefatura del estado mayor general.

***

Conflicto chino.—Por fin las tropas aliadas han entrado en Pekín el día 15, no sin tener que sostener para ello reñidos combates, no sólo durante el corto sitio que precedió á la toma de la capital, sino que también en las mismas calles de ésta. Muy pocas son las noticias que acerca de este importante suceso se tienen todavía, pues las comunicaciones telegráficas con Pekín han quedado interrumpidas; lo único que positivamente se sabe es que los diplomáticos extranjeros, á excepción del infortunado Ketteler, se encuentran sanos y salvos, después de haberse visto en inminente peligro la misma víspera de su liberación, y que los aliados han ocupado toda la capital, inclusa la ciudad santa. Respecto de lo que han hecho la emperatriz y el gobierno chino, los telegramas que de ello dan cuenta resultan á cual más contradictorios. Unos dicen que la emperatriz huyó de la capital y fué á refugiarse en la provincia de Chang-Si, perseguida por la caballería japonesa; otros afirman que la retuvo en Pekín el príncipe Yung-Lu, y hasta los hay que aseguran que salió á recibir á los aliados cuando éstos penetraron en la ciudad. Pero lo más probable es lo de la fuga, porque, dadas las circunstancias, es de suponer que la soberana y los que la rodean habrán creído lo más prudente poner tierra de por medio hasta ver en qué para todo ello. Según parece, la emperatriz se ha fugado en compañía del tesoro imperial, que contenía 50 millones de taels, y antes de abandonar Pekín mandó ejecutar á algunos altos funcionarios, con la particularidad de que á unos los hizo matar por ser amigos de los extranjeros, y á otros por ser enemigos de éstos, lo cual resulta un poco extraño. Ahora se ha sabido que el príncipe Yung-Lu había escrito al comandante de las tropas de Kansu, entre otras cosas, lo siguiente: «El príncipe Tuan y yo tenemos el concurso de los boxers, y yo juro exterminar á los extranjeros;» lo cual constituye una prueba más de lo que ya sabía todo el mundo, es decir, que los boxers y el gobierno chino han ido á una en el actual conflicto.

Los primeros efectos de la entrada de los aliados en Pekín han sido la publicación de una proclama en que los mandarines de las provincias meridionales reconocen que la toma de la capital es el justo castigo de los funcionarios reaccionarios que se aliaron con los rebeldes boxers, y que con la ayuda de éstos tramaron proyectos nefastos, cuyo resultado ha sido sumir en un abismo de desastres á la parte septentrional del imperio, añadiendo que ahora no hay razón para que los aliados hagan una guerra de represalias en China, sino que deberán limitarse á castigar á los boxers y á los funcionarios culpables y á restablecer la paz en los territorios del Norte. La proclama termina recomendando solemnemente á las poblaciones del Sur que no se muestren hostiles á los extranjeros. Como se ve, aquellos prudentes mandarines se sangran en salud, como vulgarmente se dice.

Por su parte, Li-Hung-Chang no se cansa de enviar á las potencias notas y más notas pidiendo que se entablen negociaciones de paz. La última, dirigida al gobierno inglés, dice en substancia que habiendo declarado las potencias que el único objeto de la marcha de sus tropas sobre Pekín era libertar á sus representantes diplomáticos, han de cesar las hostilidades desde el momento en que dicho objeto se ha conseguido.

Y en verdad que se necesita frescura para pedir lo que el astuto virrey de Cantón solicita, porque en primer lugar las potencias nunca han declarado lo que él afirma; en segundo, no todos los diplomáticos están sanos y salvos, pues el barón Ketteler, el embajador de Alemania, fué, como es sabido, bárbaramente asesinado; y finalmente no pueden cesar las hostilidades desde el momento en que los chinos, rebeldes ó no rebeldes, no han depuesto las armas ni llevan trazas de deponerlas. Esto aparte de que para negociar la paz es preciso que se pueda tratar con un gobierno reconocido, y actualmente no se sabe cuál sea en China este gobierno.

Con razón dice, pues, unánimemente la opinión pública que las potencias han de comenzar por exigir el castigo de los verdaderos culpables, de los que tan odiosamente han violado las leyes esenciales de los pueblos civilizados, después de lo cual habrán de imponer reparaciones para el pasado y las garantías necesarias para el porvenir.

Todo esto de fijo que de sobra lo sabe Li-Hung-Chan, pero lo que él se habrá dicho: «Por si cuela...»

¿Qué harán ahora las potencias? ¿Habrá entre ellas en lo sucesivo la unidad de miras que les ha guiado hasta el presente? Muy de temer es que la segunda parte del conflicto, que el arreglo definitivo de la cuestión china no sea tan fácil como ha sido relativamente la primera, y que por egoísmos, celos, rivalidades y ambiciones quede dicha cuestión sin resolver y continúe en el Celeste Imperio el *statu quo ante bellum* que tan tristes efectos ha producido. No sería esta la primera vez que tal sucediera; díganlo, si no, las cuestiones de Turquía, de Marruecos y tantas otras que la historia nos enseña.

***

Retrato del brigadier de ingenieros D. Ignacio Garcini, pintado por Goya.—La circunstancia de haber publicado recientemente un erudito é interesante estudio de las obras que han figurado en la exposición organizada en honor del ilustre maestro, gloria del arte patrio, escrito por nuestro distinguido amigo D. Rafael Balsa de la Vega, nos impide emitir parecer alguno acerca de la notable obra que reproducimos, ya que nuestros lectores podrán formar más exacto juicio al leer las apreciaciones de tan inteligente crítico.

***

Alejandro Ribó. – Nació este notable pianista en la ciudad de Tarragona en octubre de 1878, y consagrado desde su infancia al estudio del piano en su ciudad natal y en Barcelona, pasó en 1896, pensionado por el Ayuntamiento barcelonés, á París, donde se perfeccionó en el arte por el que sentía la más ardiente y apasionada vocación, realizando en breve tiempo rapidísimos progresos, bajo la sabia dirección de los más eminentes profesores de la gran capital. Proclamado por éstos el mérito indiscutible de su discípulo, regresó á España, dando algunos conciertos en Barcelona y en Madrid que le valieron entusiastas aplausos y calurosas felicitaciones. Actualmente se dispone á emprender una excursión artística por Europa y América, y no vacilamos en afirmar que su fama será consagrada por los públicos más inteligentes. Toca Ribó con exquisita delicadeza, siente la poesía de la música que interpreta, posee una agilidad pasmosa y domina admirablemente el mecanismo de su arte, haciendo gala en los pasajes de fuerza de un vigor y seguridad grandes. Su repertorio vastísimo se compone de las obras de los más ilustres maestros antiguos y modernos, y en la interpretación de cada una de ellas demuestra Ribó, no sólo el profundo estudio que de todas ha hecho, sino además el talento con que ha sabido asimilarse el modo de ser y de sentir de cada compositor.

***

¡Buenos días!, cuadro de E. Klimsch. – Resulta esta composición eminentemente simpática por su asunto y en extremo notable por su factura. Representa el autor en ella el despertar de una agraciada joven, en cuyo rostro se advierten las huellas de uno de esos sueños de color de rosa que convierten por unas horas casi en realidad las más encantadoras ilusiones, y que son muchas veces presagio de dichas futuras. ¿Qué puede haber soñado esa linda criatura que no sea algo con el amor relacionado? Y al abrir los ojos encuéntrase, sentado sobre su mullido lecho, un gentil amorcillo, que al dirigirle la salutación matutina y ofrecerle delicada flor, parece prometerle con ello la realización de sus esperanzas, de sus ensueños, de sus deseos más ardientes. La obra de Klimsch respira frescura y gracia; es de esos cuadros que impresionan gratamente, y que sin obligar al espíritu á hondas meditaciones ni á profundos estudios, llevan á nuestra alma ese algo risueño, consolador, con que la poesía embellece la prosa de nuestra existencia.

***

En la playa, dibujo de Huertas.—Con justicia figura hoy el distinguido artista autor de esta obra en el número de nuestros primeros dibujantes. En sus producciones no ha de buscarse la exposición de ningún asunto trascendental ni el planteamiento de uno de esos problemas que á la humanidad preocupan. Pero ¿acaso el arte se reduce á ser auxiliar de la cátedra?, ¿por ventura el artista no tiene más misión que la de ser propagandista ó apóstol de una idea? Nada de esto: el arte lo comprende todo, y su verdadera finalidad consiste en hacernos sentir la belleza en sus múltiples manifestaciones. Y esta belleza donde mejor se muestra es en la naturaleza, en la realidad, y el artista que sabe verla, sentirla y expresarla, bien puede decirse que cumple como el que más los fines del arte. Huertas es uno de éstos; busca con acierto el asunto, lo observa con gran cuidado y lo reproduce con fidelidad, dando á sus composiciones todos los atractivos de la escena real que con tanto gusto ha sabido escoger y empleando las formas más justas y dentro de la verdad más simpáticas. ¿Qué mejor prueba de lo que decimos que su precioso dibujo *En la playa?* Es una página arrancada del natural, llena de vida y de luz; es la realidad misma trasladada al papel y embellecida con esos toques que revelan al artista poeta, es decir, al que sin salirse de lo que ve, logra presentárnoslo en su aspecto más agradable.

***

D. Carlos de Borbón. – Aunque oficialmente nada se ha dicho, todo el mundo da por concertada la boda de nuestra



D. Carlos de Borbón
hijo segundo del conde de Caserta (de fotografía)

princesa de Asturias con D. Carlos de Borbón, segundo hijo del conde de Caserta; y el hecho puede considerarse como indudable desde el momento en que los jefes de los partidos políticos y los periódicos más autorizados discuten públicamente acerca de la conveniencia ó inconveniencia de este enlace. Por esto tiene interés de actualidad el retrato que publicamos de D. Carlos, de quien sólo podemos decir que nació en Gries en 10 de noviembre, que es capitán honorario de Estado mayor del ejército español, y que es nieto del que fué rey Fernando II de Nápoles. El retrato de la princesa de Asturias no lo damos por haberlo reproducido ya en La Ilustración Artística.

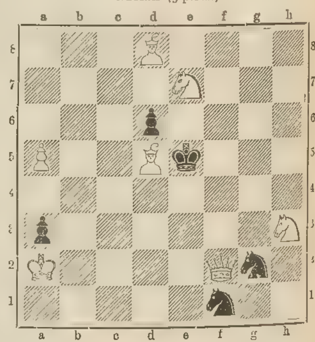
***

A campo traviesa, cuadro de Francisco Miralles.—El nombre de este celebrado pintor es bien conocido de los lectores de La Ilustración Artística, en la que han podido ver reproducidas muchas de sus obras. La que hoy publicamos caracterízase por lo acertado de la composición, y sobre todo por la elegante factura, que constituye el sello que Miralles imprime en sus producciones.

AJEDREZ

Problema número 206, por W. A. Shinkman

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 205, por Dr. S. Gold

Blancas.	Negras.
1. D c 1 – h 1	1. D toma D
2. T e 3 – e 4	2. Cualquiera.
3. C ó A mate.	

VARIANTES

1...... c 4 – c 3; 2. C b 4 – d 3 jaque, etc.
1...... D a 8 – c 6; 2. D h 1 – c 6 jaque, etc.
1...... D a 8 – f 3 ó g 2; 2. D toma D ó T e 3 – e 4, etc.
1...... Otra jugada; 2. D toma D, etc.



En pleno *boulevard* Rochechouart, la sociedad *Caracol* y Compañía se había instalado con su casa-coche.

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

Jorge soportaba aquellos elogios sin descubrir los verdaderos sentimientos que le agitaban.

Pero devoraba su rabia en secreto.

– ¡La hipócrita infame les engañaba á todos, como me engañaba á mí!, pensaba el obcecado marido.

Ni Carmen ni Roberto podían comprender el dolor que experimentaba cuando le hablaban de su esposa.

Creían á Elena muerta desde hacía siete años.

Pensaban que el tiempo debía haber calmado la violencia de su pena, transformando á ésta en un sentimiento de dulce aunque incurable tristeza, que el recuerdo mantiene con cierto encanto.

En el egoísmo de su pasión, los dos enamorados consideraban con inquietud aquella inquebrantable fidelidad de ultratumba.

¿Qué diría Jorge cuando su hermana, cuya viudez era tan reciente, le hablase de su próximo enlace con Roberto d'Alboize?

Su consentimiento era indispensable, si no ante la ley, ante las conveniencias sociales. Y estaban resueltos á pedírselo á la primera ocasión.

Roberto había opinado que nada debían ocultarle de lo ocurrido; que habían de revelarle sus largos amores y el nacimiento de su hijo, é insistir en la necesidad de regularizar una unión que nada había podido romper, ni el tiempo, ni la ausencia, ni la distancia, y que habían puesto á prueba las tempestades de su profunda y mutua pasión.

Carmen se había opuesto formalmente á aquella confesión general.

Conocía el carácter inexorable de su hermano.

Ninguna consideración hubiera podido hacerle transigir con el honor ó perdonar una falta, cualquiera que fuese la reparación que hubieran tenido.

Solía decir que la deshonra no se lava jamás.

Si supiese la verdad, no solamente no daría su consentimiento para su matrimonio, sino que surgiría tal vez entre el hermano y la hermana un rompimiento eterno.

Mejor era decir que el hijo de Roberto era el fruto de una falta juvenil, que no había podido repararse con el matrimonio.

Marcelino quería á Carmen como á una madre, y ella se había ocupado de su educación, prodigándole toda clase de cuidados desde su llegada á Cayena.

Ya la llamaba «mamá.»

Carmen no vacilaría en legitimarle, y esta conducta parecía tan natural á Kerlor, que éste no trataría de oponerse á ella.

Después de vacilar durante largo tiempo, Roberto concluyó por ceder.

No esperaban más que una ocasión favorable para hablar á Jorge.

Una noche, éste y Roberto contemplaban silenciosos el Océano desde la terraza.

Jorge recordaba una noche igual, en que Elena y él habían estado meditando juntos durante largo rato, á la orilla del mar de Bretaña, cerca de Penhoet, sin atreverse á declarar el uno al otro el amor que se tenían, cuando, de pronto, la mutua revelación de su afecto se escapó de sus labios.

¡Oh, admirables y embriagadoras emociones del amor!

Alzó los ojos, y su mirada se encontró con la de Roberto y leyó en ella las mismas emociones que él experimentara en el momento evocado entonces en su memoria.

Se sonrió con tristeza.

– Éste, al menos, está seguro de ser amado siempre, pensó.

Roberto había sorprendido la mirada y la sonrisa de Jorge.

Expresaban tanta benevolencia y tanta simpatía, que el oficial creyó que el momento y la ocasión de hablarle de sus proyectos eran oportunos.

– Mi querido Kerlor, dijo, su señora hermana me ha autorizado á dirigir á usted la petición que voy á tener el honor de hacerle. La amo tanto como es posible amar, y estoy seguro de que ella me corresponde de la misma manera. Ambos deseamos tener el asentimiento de usted para casarnos. ¿Consentirá usted, mi buen amigo Kerlor, en concederme la mano de Carmen?

– Cómo oponerme, mi querido amigo, replicó Jorge con una benévola sonrisa, á lo que seguramente Dios ha decidido? Ama usted á Carmen y Carmen le ama á usted. Lo adiviné en seguida. Desean ustedes que mi fraternal amistad bendiga en cierto modo su unión. Con mucho gusto lo haré. Ruego á Dios que les conceda toda la felicidad que les deseo y que ambos merecen. Continuarán ustedes por la senda de la vida con la frente levantada, porque nada tienen en el pasado de que puedan avergonzarse, ni nada que deban temer en el porvenir. Aunque no estuvo enamorada de su marido, Carmen le fué fiel, porque así se lo mandaba su honra, y porque ningún Kerlor es capaz de mancharse con la mentira y el engaño... Sí, amigo mío, consiento con toda el alma en que usted sea su esposo.

Roberto se había estremecido á las últimas palabras de Jorge.

La franqueza de su carácter sufría un cruel castigo por el prometido silencio acerca de su pasado.

El capitán lo hubiera tal vez confesado todo, si Carmen y la señora d'Alboize no hubiesen aparecido de pronto en la terraza.

– Señora, dijo Jorge, su hijo acaba de pedirme la mano de Carmen. Indudablemente le habrá hecho á usted sus confidencias y contará con su consentimiento, como cuenta con el de mi hermana. Permítame, pues, que una sus manos y que les diga el placer que esto me causa.

Esto diciendo, puso la mano de su hermana en la del oficial.

– ¡Gracias, Jorge!.., exclamó Carmen; desde el cielo, estoy segura, nuestra Elena nos bendice como tú.

A estas palabras, Jorge se estremeció.

¡Elena!

¿A qué pronunciar aquel nombre en tan solemne instante?

Él también había recibido y besado con efusión, en presencia de su madre, la mano de una prometida en quien tenía una fe ciega.

Aquel recuerdo, bruscamente evocado, fué demasiado doloroso.

Kerlor prorrumpió en sollozos y se fué.

El casamiento entre Roberto y Carmen verificóse algunos días después.

La ceremonia religiosa se celebró en la capilla del convento de Padres Maristas. Los novios la prefirieron á la catedral, á fin de revestir su boda de menos boato.

Sin embargo, toda la aristocracia de la colonia acudió al acto, con el objeto de dar á los esposos una prueba de respetuosa simpatía.

Jorge acompañaba á su hermana, resplandeciente de alegría.

En cambio, él estaba pálido como un cadáver.

Marcelino había salido por unos días del colegio y era colmado de caricias por sus padres.

Jorge presenciaba, en el recinto del hogar, las escenas de ternura en que el niño representaba el principal papel.

– Apenas tiene trece años y ya es el primero en la clase de matemáticas, decía Roberto á Jorge.

Éste no tenía más remedio que sonreirse y mostrar que compartía la satisfacción de sus hermanos. Pero ¡qué tormento secreto el suyo!

Esta es la edad que tendría Fanfán, pensaba. Yo también hubiera podido tener un hijo, un hijo de que hubiese estado orgulloso. Vino un bastardo á usurpar su puesto y lo expulsé. Y me veo privado para siempre de los benditos goces de la paternidad... ¡Ah, miserable mujer! ¡También tú me habías jurado un amor eterno!.. También nosotros habíamos forjado ilusiones y acariciado esperanzas. ¡Infame! ¡Infame! ¡En qué lodo echaste aquellas esperanzas y aquellas ilusiones!

Nadie había adivinado los verdaderos sentimientos que experimentaba Kerlor.

Pero no se creyó con fuerzas bastantes para soportar durante mucho tiempo el incesante espectáculo de aquella dicha ajena, hermana de la que él había perdido.

Por tanto, tomó la resolución de volverse á Panamá, hasta que el olvido ó la muerte le librasen de aquel suplicio.

Profundamente emocionado, despidióse de la familia, recomendando á la señora d'Alboize que velase por sus hijos.

A bordo del buque en que marchaba á Panamá, contempló largo rato, desde popa, la casa de Carmen y la terraza en que se agitaban cuatro pañuelos.

Luego la costa fué perdiéndose en las brumas de la tarde.

Y cuando todo hubo desaparecido, Kerlor prorrumpió en sollozos.

¡Otra vez se quedaba solo, eternamente solo, en presencia de su implacable destino!..

III

LA VISIÓN DE UN MORIBUNDO

Desembarcó en Colón, tomó el tren y en llegando á Panamá se enteró de que Nerville se encontraba en Greytown, donde la masa obrera desertaba del trabajo, por temor á la epidemia de fiebre amarilla que se había desarrollado en el país.

Jorge se fué á Greytown. Hospedóse en la mejor fonda, y la casualidad hizo que le diesen una habitación inmediata al cuarto en que Nerville se estaba muriendo de la fiebre.

Kerlor le prodigó los únicos cuidados que estaban á su alcance.

– ¡Voy á morir á los treinta y siete años..., lejos de ellas..., de mi pobre querida mujer, de mi hija adorada!, decía el moribundo, cuyo triste aspecto, en aquel miserable lecho de fonda, cubierto de sangre y de vómitos de repugnante fetidez, inspiraba á Jorge una compasión inmensa.

– ¡Pobre amigo mío!, exclamó éste llorando.

– Por ellas, te lo he dicho otras veces, sólo por ellas me impuse esta vida de penoso trabajo y de incesantes peligros. Creí que la suerte me favorecería, porque amo y soy amado. Toma, en esa maleta están sus cartas. Mi hija tiene ahora doce años... ¡Pobre niña!..

Detúvose un instante falto de respiración.

– ¡Tengo sed! ¡Dame agua!

Después de haber bebido continuó:

– Eramos pobres, pero ¡tan felices! Yo era ingeniero en Beziers... Nuestra casita, situada en uno de los arrabales, estaba rodeada de árboles y flores... Hasta diciembre teníamos rosas. Mientras yo trabajaba en mi despacho, mi mujer entraba muy quedo con su labor y esperaba que yo levantase la cabeza para obtener una sonrisa mía en pago de la suya y un beso en pago de otro beso... ¡Me abraso!.. ¡Dame agua!

Jorge obedeció en silencio.

No podía hablar. Se le había formado un nudo en la garganta.

– Y cuando nuestra hijita vino al mundo, ¡qué alegría!, continuó el moribundo. ¿Tú también tienes un hijo, verdad, Jorge? ¿Lloras? ¿Por qué lloras?..

– ¡Mi hijo murió!

– Perdona á un moribundo que te haya causado pena... Aunque hablar de un hijo siempre debe ser grato... Esos recuerdos son como un bálsamo para el corazón. ¿Y la madre de tu hijo?..

– Murió también.

– ¡Pobre amigo! Pero te queda la patria, donde al menos tú podrás ir á vivir, mientras que yo muero aquí...

Jorge no pudo contestar.

De pronto, el enfermo tuvo una crisis..., violentos espasmos agitaban su pecho.

Era el fin, inevitable, fatal, casi inmediato.

El moribundo cayó postrado en la almohada, y desde aquel momento empezó la agonía..., agonía horrible, durante la cual el desdichado, conservando su conocimiento, carecía de fuerzas para expresar sus ideas.

Dos palabras acudían á sus labios, como campanadas de muerte:

– ¡Mi mujer!.. ¡Mi hija!.. ¡Mi mujer!.. ¡Mi hija!..

Jorge, sobrecogido de espanto, contemplaba fijamente al moribundo, repitiendo con él:

– ¡Mi mujer!.. ¡Mi hijo!..

¿Qué nuevos pensamientos evocaron en su espíritu estas dos palabras durante aquella terrible noche?



Contempló largo rato la casa de Carmen

¿Pensó, acaso, que se había extralimitado en sus derechos de justiciero, hiriendo á una mujer en su hijo, é hiriendo á un niño en lo más sagrado, en el alma?

¿Pensó, acaso, que la venganza sólo pertenece á Dios, y que el perdón de un ultraje atrae el perdón de Dios mismo?

Nerville expiró al amanecer, con la mano en la de Jorge. Su último balbuceo y su última mirada recomendaban al amigo la viuda y la huérfana.

Una vez cumplidos los fúnebres deberes para con su socio y confiadas sus vastas empresas á seguras manos, Jorge se embarcó para Francia.

Y paseándose por la cubierta del buque, en el momento de salir de Colón, sombrío, con la mirada extraviada, murmuraba también, casi á pesar suyo, como el infeliz á quien acababa de enterrar:

– ¡Mi mujer!.. ¡Mi hijo!..

CUARTA PARTE

El lazo de unión

I

TUTE DE BANDIDOS

La feria de Montmartre estaba en su apogeo.

Desde la plaza de Moncey hasta la Villette, el *boulevard* exterior formaba varias calles de tiendas, barracones, tíovivos, casas de fieras, espectáculos é industrias de toda clase, que ensordecían á los transeuntes y al vecindario con sus clamores endiablados y sus músicas infernales, con los rugidos de las fieras y el charlatanismo desesperado de los acróbatas.

En medio de aquel tumulto, en pleno *boulevard* Rochechouart, la sociedad *Caracol*, Panuflo, Ceferina y Compañía se había instalado con su casa coche.

Una mañana, poco antes de las once, el matrimonio se hallaba sentado á la mesa cubierta de manjares.

– Sí, decía Ceferina, ya sabemos que eres más listo que yo. Pero yo soy mujer, y ya sabes que las mujeres huelen una porción de cosas que los hombres no adivinan... Ya verás cómo tendremos algún disgusto á causa de Isidoro.

– ¡Calla, mujer! Eso lo dices porque estás celosa

– ¡Celosa!, ¡yo! ¿Y por qué?

– ¡Yo qué sé!

– No, pero me indigna ver que no hace caso de nosotros, desde que estamos en París... Se pasa la vida con las mujeres más relajadas del barrio y no quiere trabajar, so pretexto de que ganó algunos cuartos en Moisden.

– ¡No hables de eso!

– Por eso parece despreciarnos... después que le hemos dado albergue, tratándole como de la familia... Es un ingrato y un ambicioso. Quiere hacerse jugador de oficio... Yo sé que toma lecciones para aprender á hacer todas las trampas...

La verdad es que Isidoro abandonaba casi por completo á sus socios para entregarse nuevamente á la vida chulesca de años atrás.

Sin embargo, su domicilio legal era el coche de la sonámbula, donde aportaba de vez en cuando su concurso.

Le llamaban el *magnetizador americano*

Y las noches en que substituía á *Caracol* para sumir á Ceferina en el sueño magnético, eran noches de buena entrada.

Todas las *damas* del barrio se divertían yendo á consultar una sonámbula que el fluido del *buen mozo americano* convertía en extralúcida.

La afluencia de curiosos en torno del coche de Ceferina era aún mayor cuando, para anunciar el comienzo de las sesiones de sonambulismo, el reclamo del estrado era hecho por *Caracol*, Claudinet y Fanfán.

Fanfán era el que cosechaba más aplausos y pescaba más clientes.

Sin sospecharlo, se había hecho maestro en el arte del charlatanismo.

Claudinet, con su rostro pálido y demacrado, era el lamentable Juanico de siempre, sobre el que llovían sátiras y bofetones.

Pero Fanfán evitaba hábilmente muchos golpes á su amiguito.

Hacía reir á la gente cuando desarmaba con algún chiste, aunque grosero, la fingida cólera de *Caracol* contra el pelele.

En otras ocasiones, cuando éste iba á ser castigado por alguna supuesta falta, Fanfán intervenía vivamente, cantando alguna canción vulgar de las que le enseñara Panuflo, con gestos y entonaciones sumamente cómicos.

Poco á poco y á pesar de la instintiva resistencia de su buen natural, las lecciones de *Caracol* y de Panuflo habían hecho mella en el alma del niño.

Aún no se había pervertido su corazón, pero la duda había penetrado ya en su espíritu.

Sin guía, á esa edad en que los extravíos son tan fáciles, aun en los hijos afortunados que crecen bajo la vigilancia de un padre y una madre, vacilaba con frecuencia entre lo que su conciencia le inspiraba y el mal que sus maestros le indicaban como un bien.

Pero á menudo Fanfán se rebelaba contra el vicio, y entonces llegaba á inspirar serias inquietudes á sus verdugos.

Éstos adivinaban que el niño recordaba, en aquellos momentos, la siniestra noche en que oyó el grito de agonía del hombre asesinado por Isidoro, la huída á escape á favor de las tinieblas y las manchas de sangre en la ropa quemada por Ceferina.

En vano había procurado borrar en su espíritu aquel terrible incidente, el niño había contestado siempre á sus mentirosas insinuaciones sobre el particular con una amarga sonrisa, demostrando que no olvidaba.

Permanecía pálido, con los ojos muy abiertos, como si conservasen la horrible visión.

– ¿Veis qué aire tan extraño?, decía *Caracol* con profunda alarma á sus cómplices.

Y el niño, durante las largas horas ociosas del día, sentado enfrente de aquellos miserables, sin decir una palabra, con los labios temblorosos y los dientes apretados, frunciendo el ceño, les seguía sin cesar con una mirada tan obstinada y tan dura, que alguno de ellos, exasperado, concluía por decir:

– ¿Hasta cuándo vas á estar examinándonos de ese modo? ¿Tenemos monos en la cara?

– Amigo *Caracol*, dijo Panuflo; ese malestar ridículo que Ceferina y tú experimentáis en esos momentos, es simplemente lo que los imbéciles llaman

remordimientos. Cuando se padece esa enfermedad, se le figura á uno que todo le habla de la cosa. El gorrión que pía, parece llamarle «¡ladrón!» El perrito que ladra, le grita: «¡Au!, ¡au!, ¡asesino!»

–¡Es verdad!, dijo con angustia Ceferina, horrorizada de aquella evocación y mirando á *Caracol* que se ponía tan pálido como ella.

–Pero cuando está uno hecho al trabajo de bisturí, continuó diciendo Panuflo, está exento de semejante enfermedad.

–Pero el caso es que Fanfán está enterado y no olvida...

–¿Qué?

–La... lo de Moisdon...

–¡Qué va á saber! No vió nada. Ni siquiera sabe el nombre del pueblo. Además, si hubiese algo que temer de él, no tienes más que hacerlo encerrar en la Roquette.

–¡En la Roquette!

–Sí, por vía de corrección paterna. Está persuadido de que es hijo tuyo y de que tu esposa es su madre. Tranquilízate. El chico se acuerda tanto de su primera infancia como yo del primer vaso de vino que bebí en el mundo.

–Eso creo yo también.

–Pues no vayas á creerle tan desnaturalizado, que sea capaz de vender á su padre. Respondo de él.

Aunque algo tranquilizados por las palabras de Panuflo, *Caracol* y Ceferina resolvieron tratar á Fanfán con dulzura, ó con lo que entendían por tal.

Porque cuando el niño se sublevaba contra el envilecimiento en que querían sumirlo, la cólera de sus verdugos estallaba, y olvidándose de toda prudencia, los dos bandidos se vengaban de sus terrores con odiosas brutalidades.

Lo que con más frecuencia provocaba semejantes escenas era la intervención de Fanfán en favor de Claudinet.

A pesar de los cuidados de su amigo, el pobrecito tísico iba de mal en peor.

Caracol calculaba los meses y aun las semanas que le faltaban para cobrar la herencia del pobre niño.

El capital depositado en la notaría se había acrecentado, y Ceferina y *Caracol* esperaban retirarlo para administrarlo por sí mismos.

No daban al enfermo ninguna medicina.

–Es dinero perdido, decía Ceferina, puesto que no tiene remedio.

Pero Fanfán lo arrostraba todo para aliviar un poco los sufrimientos de su amigo.

Había continuado comprándole siempre en secreto el saludable aceite de hígado de bacalao y todas las medicinas que oía recomendar para las enfermedades del pecho.

–Si aún vivo, á ti te lo debo, Fanfán..., decía Claudinet. ¡Ah, si, á mi vez, pudiese yo hacer algo por ti!

Una mañana en que el niño se hallaba á cierta distancia de su casa ambulante, un carretero le suplicó que le ayudase á descargar un carro.

Fanfán se prestó gustoso.

Era muy fuerte para su edad, muy ágil y diestro, y trabajó tan bien en aquella ocasión, que el cliente del carretero, encantado de la viveza y buena voluntad del niño, le dió dos francos.

–¡Qué bien!, pensó Fanfán. Se acabó el aceite y voy á poderle comprar otra botella á Claudinet.

Evitando que le vieran sus verdugos, corrió á la farmacia.

Mientras le despachaban, estuvo observando á un caballero de cierta edad, vestido de negro, que hablaba con el boticario.

–Era imposible cuidar á ese niño en su casa. Por esto, le he enviado inmediatamente al hospital, á pesar de la oposición de la madre, que á toda costa le quería tener á su lado. En su casa, hubiera muerto en menos de un mes; en el hospital, curará con seguridad, sin que cueste nada á la familia.

¡Cómo! ¡Aquel señor tenía derecho á enviar niños al hospital!, ¡un sitio donde les curaban gratis, por grave que fuese su enfermedad!

Entonces quizá podría enviar á Claudinet, que estaría bien cuidado y tal vez recobraría la salud.

Revistiéndose de valor, Fanfán le dijo al desconocido:

–Caballero, usted dispense si cometo una indiscreción. Dice usted que envía niños enfermos á sitios donde les curan. Yo conozco uno que está muy malo. Es casi mi hermanito y le quiero como tal. Se llama Claudinet... Este aceite de hígado de bacalao es para él. Es un chico muy bueno y muy honrado. Y tose que es una desesperación. Usted lloraría, como yo, si viese lo que sufre...

El médico se fijó en el niño, cuya voz temblaba de emoción.

Le chocó aquella fisonomía tan franca, con aquellos ojos de una dulzura infinita y aquella frente en que se leían los buenos sentimientos del alma, y de súbito experimentó una viva simpatía por su pequeño interlocutor.

–¿Por qué los padres de tu amiguito no piden que lo admitan en el hospital?

–Tal vez no saben que haya establecimientos de esa especie. Dice que la enfermedad de Claudinet no tiene remedio, y yo le doy á escondidas el aceite de hígado de bacalao porque oí decir que esto le aliviaría.

–¿Y quienes son sus padres?

–Papá se llama *Caracol* y mamá Ceferina. Mi mamá es sonámbula. Nuestro coche está ahí cerca, en el *boulevard*.

Al oir aquellos nombres y enterarse de la profesión de tales gentes, el doctor hizo un gesto de desagrado.

Permaneció un instante silencioso, examinando con atención la cara del niño.

–¿Y tú, cómo te llamas?

–Fanfán.

–¿Y dices que Claudinet no es hermano tuyo?

–No, señor: es huérfano y fué acogido por su tío, que es mi papá.

El doctor miró la hora en su reloj.

–Aún tengo tiempo, dijo; y añadió, dirigiéndose á Fanfán: acompáñame, muchacho; me haré cargo de la gravedad de la dolencia de tu amigo, é indicaré á sus tíos los medios de hacerle admitir en el hospital.

–¡Gracias, caballero!, contestó el niño con lágrimas en los ojos y con tal expresión de gratitud, que conmovió al doctor.

Pero, de pronto, una idea cruzó por la mente de Fanfán.

Detúvose en el momento de abrir la puerta y dijo con timidez:

–No sé cómo pedirle á usted una cosa, caballero... Si, en vez de ir conmigo, pudiese ir solo...

–¿Por qué?

–Porque temo que papá *Caracol* se enfade conmigo por haberme metido en hacer curar á Claudinet. Como me pega cada vez que me sorprende dando al enfermo algún remedio, quizá sería peor si yo le acompañase á usted.

–¡Diablo!, murmuró el doctor; razón de más para que yo vaya á examinar al enfermito. ¿Verdad, señor Durán?

–Así lo creo, contestó el boticario. Y, en caso de resistencia, su título de médico de la Beneficencia y de inspector del trabajo de los niños le da derecho y poder bastante para prescindir de la voluntad de esa gente.

–Anda, muchacho; dentro de un momento visitaré á tu amigo Claudinet, y le cuidaré si lo necesita.

Fanfán volvióse contento al coche.

Precisamente aquel día Claudinet se encontraba mal.

Tristemente sentado en su camastro, soportaba sin resuello las invectivas con que le abrumaban *Caracol* y Ceferina.

Ambos estaban de muy mal humor.

Hacía tres días que no habían visto á Isidoro.

Las entradas de la sonámbula se habían resentido de aquella ausencia, y como ya no eran muy considerables los beneficios, la pareja estaba rabiosa.

Además – y esta era la cuestión principal – *Caracol*, ejerciendo su honrado oficio de amolador, había descubierto un «magnífico negocio.»

Sabía muy bien á quién dirigirse para «vender el golpe;» pero el negocio era tan bueno y fácil, que prefería obrar por cuenta propia con Panuflo.

Ceferina y él rabiaban.

Y descargaban toda su cólera sobre el desdichado sobrinito.

La entrada de Fanfán – que había ocultado en sitio seguro su botella – desvió la rabia de la miserable pareja.

–¿De dónde vienes?, le preguntó *Caracol*.

–No tenía nada que hacer y fuí á dar una vuelta por ahí. Por eso me he ratrasado un poquito.

–¡Nada que hacer!, rugió Ceferina. ¿Y el arreglo de la casa? ¿Y el almuerzo?

Y dando una bofetada al niño, añadió:

–Para que sepas que aquí no falta trabajo.

En esto, Ceferina tenía razón.

El interior del coche estaba asqueroso.

De toda aquella porquería se desprendía una fetidez que realmente daba náuseas.

Además, la atmósfera que rodeaba al coche apestaba también.

Todos los expendedores é industriales de la feria se disponían á almorzar, y de las cocinas improvisadas al aire libre se exhalaban olores de toda clase de guisos y frituras en medio de una humareda sofocante.

–Voy á llegarme hasta la taberna de enfrente á preguntar si han visto á Panuflo, dijo *Caracol*.

–Sí, sí, pero no tardes. El almuerzo va á estar listo... ¡Anda! ¡camastrón!, añadió Ceferina sacudiendo á Claudinet. ¡Levántate y ve por agua! ¡Demonio, mis cebollas se queman!.. Y tú, Fanfán...

En esto vió á *Caracol* que permanecía inmóvil á la puerta del coche, pálido, fija la mirada llena de terror en un grupo formado por un caballero de traje negro y corbata blanca y dos guardias de orden público, quienes, después de haber conversado un instante, se dirigían hacia él.

–¿No vas?, le gritó Ceferina.

–¡Mira quién viene ahí!, dijo el marido trastornado á su mujer. ¡Dos guindillas y el comisario! ¿Qué nos querrán?

–¡El comisario!, murmuró Ceferina con tal espanto que le faltaba la voz.

No tuvieron tiempo de hablar más.

El caballero de la corbata blanca subió la escalerilla del coche, en tanto que los dos guardias continuaron paseándose con fingida indiferencia, sin alejarse.

Caracol se equivocaba.

Aquel señor no era el comisario de policía: era el médico.

Éste había tomado la precaución de avisar á dos agentes de orden público, á fin de cortar toda discusión que pudiera suscitarse.

En el barrio, todo el mundo le conocía.

–Soy médico inspector, encargado de la vigilancia del trabajo de los niños. He sabido que tienen ustedes un niño enfermo, y vengo, en nombre de la ley, á ver si recibe los cuidados necesarios y á cerciorarme de que el trabajo que se le impone no es superior á sus fuerzas.

Caracol se tranquilizó.

Se trataba de una tontería, de una inspección médica.

Contuvo á Ceferina que iba á salirse con un exabrupto, declarando que á nadie le importaban los asuntos de su casa.

Caracol estaba por los medios conciliadores.

–Señor doctor, no me ofende su visita. Cada cual vive de su profesión... Pero á usted le han engañado. Algún rival nos habrá denunciado por envidia. Tenemos un enfermo, es verdad, pero este enfermo tiene simplemente un resfriado y es nuestro propio sobrino... Con esto, dicho está que le cuidamos como las niñas de los ojos.

Al médico no le sorprendió la abominable suciedad que reinaba en el interior de aquel coche en que vivían y dormían hacinadas cinco personas.



Fanfán era el que cosechaba más aplausos

Estaba acostumbrado á ver semejantes miserias.

Pero le impresionó la bestialidad impresa en el rostro de *Caracol* y de Ceferina; bestialidad estúpida en esta última; unida á la astucia y á la cobardía en el hombre.

A primera vista se dió cuenta también de la implacable enfermedad de Claudinet. No tuvo necesidad de auscultarlo siquiera.

(Continuará)



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna. – Pintoresco paisaje en donde se encuentra el manantial denominado Bumbunga, á orillas del río Pagsanján (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

ISLAS FILIPINAS

ISLA DE LUZÓN. – MANANTIAL DENOMINADO BUMBUNGA

VISTA DEL PUEBLO DE NAGCARLANG Y DE LOS MONTES DE SAN PABLO

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. – Prohibida su reproducción)

Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos, reproducciones de fotografías remitidas por nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, permiten formarse completa idea del carácter pintoresco que ofrece, como todas las que componen el archipiélago filipino, la isla de Luzón. La vegetación es allí, como se ve, exuberante, formando espesos bosques, en muchos de los cuales aún no ha logrado penetrar el hombre civilizado, y los poblados tienen verdadero interés, no sólo desde el punto de vista etnográfico, es decir, no sólo para el sabio, sino además para el viajero simplemente curioso. Aquellas viviendas típicas, aquellos habitantes entre quienes la cultura apenas ha podido introducir sus más rudimentarias conquistas, y aquellos usos y costumbres extraños, tan distintos de los que se observan en los pueblos cuya existencia marcha al compás del progreso, son otros tantos elementos dignos de observación y de estudio.

El grabado referente al pueblo de Nagcarlang es, por otra parte, interesante como nota de actualidad, porque en aquellos sitios es donde operan las fuerzas filipinas al mando del general Kaillé, que es el caudillo que con más simpatías cuenta, por sus ideas y sentimientos humanitarios y por la severidad con que castiga los menores atropellos cometidos por sus tropas, y que constituye al presente la primera figura del campo revolucionario por la habilidad con que combate á los yankis.

El manantial Bumbunga brota junto al río Pagsanján; sus aguas termales son de efectos milagrosos, pudiendo ser consideradas como una de las principales riquezas naturales de aquella isla.

***

LOS PROYECTILES HUMANITARIOS EN LAS GUERRAS

RECIENTES Ó ACTUALES

Sabido es que las balas modernas han sido desde su aparición calificadas de humanitarias; las experiencias que hasta ahora han podido realizarse son suficientes para que pueda juzgarse si en realidad merecen tal calificativo.

El examen crítico de los documentos publicados, así sobre la guerra hispano-americana como sobre la anglo boer, demuestra que es preciso distinguir entre los que mueren en el campo de batalla y los que fallecen á consecuencia de las heridas recibidas.

Respecto del primer punto, según los datos proporcionados por el Ministerio de la Guerra de Londres, los ingleses cuentan un muerto por cada cinco heridos, proporción igual á la medida de las anteriores guerras, puesto que en Solferino tuvieron los franceses un muerto por cada cinco heridos y durante la guerra franco-prusiana presentan igual proporción los alemanes.

Delante de Santiago de Cuba la proporción entre muertos y heridos, en los diversos grupos americanos que entraron en combate, varió de uno por siete á uno por tres, lo cual da la misma cifra media de uno por cinco.

De ello se deduce que los proyectiles humanitarios modernos matan tanto como los antiguos.

Pero, en cambio, es indudable que los fallecimientos consecutivos á los heridos son mucho más raros, resultado al que contribuyen dos factores: de una parte, los progresos de la cirugía, que se ha hecho antiséptica gracias á los estudios y esfuerzos de Lister y Pasteur; y de otra, la índole de los mismos proyectiles que, cuando no afectan á un órgano indispensable para la vida, producen realmente heridas mucho menos complicadas que las antiguas.

En Africa, en algunos hospitales, el 40 por 100 de los heridos ha podido reingresar en las filas después de un tratamiento de cinco semanas por término medio; de suerte que habían sido insuficientemente heridos por los boers, porque el objetivo de toda herida por proyectil es, si no matar, por lo menos poner al individuo herido en la imposibilidad de volver á tomar las armas durante la campaña, es decir, durante un período mínimo de seis meses.

Pero en el curso de la guerra chino-japonesa más del 30 por 100 de los heridos japoneses volvieron á prestar servicio, lo cual permitiría deducir que las grandes balas de los chinos merecen igualmente el nombre de humanitarias; mas en este punto es en donde aparece la preponderancia de la cirugía moderna.

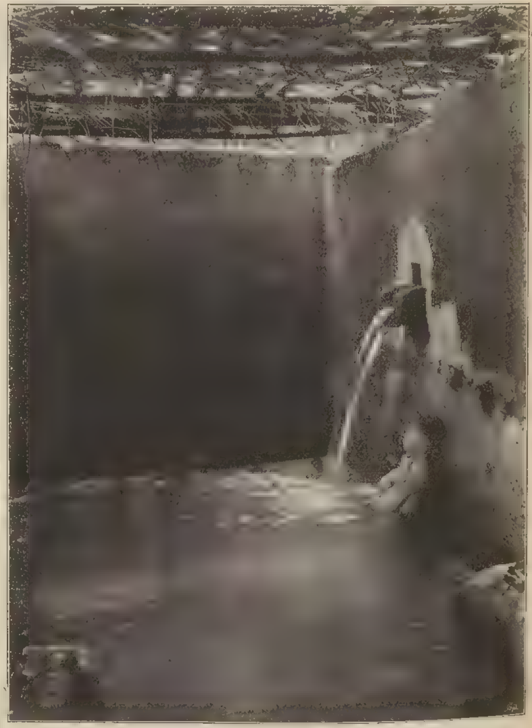
En el mismo orden de ideas debe notarse también la poca eficacia de la artillería moderna.

Mientras en Crimea correspondía á esta arma el 43 por 100 de los heridos, en la guerra franco-prusiana la proporción para los franceses fué de 25 por 100; y según el ilustre cirujano inglés Mac Cormac, 1.000 obuses ingleses sólo mataron á 12 boers é hirieron á 40. En Colenso, después de dos días de bombardeo, los boers sólo tuvieron cinco muertos, y en Paardeberg, Cronje y sus 4 000 hombres resistieron por espacio de diez días el fuego de 120 cañones ingleses, es decir, un cañón por cada 33 boers, y sin embargo, no hubo entre éstos más que 120 muertos.

***

UNA GRANJA DE MARIPOSAS

Mr. Guillermo Watkins, entomólogo, cuyos trabajos científicos son muy apreciados en Inglaterra, es indudablemente el primer naturalista que ha concebido la idea de dedicarse á la cría de mariposas en grande escala. Desde hace diez años su establecimiento de Eastbourne proporciona millares y millares de esos bonitos insectos alados, no sólo á los coleccionistas particulares, sino que también á los diversos jardines zoológicos del antiguo y del nuevo mundo. Además ha fundado en los *Zoological Gardens* de Londres una interesante sección entomológica, en la que se encuentran tal vez las más hermosas mariposas del mundo entero. La «granja de las mariposas,» como la llama su fundador, ocupa, muy cerca de la costa Sur de Inglaterra y en un sitio debidamente al abrigo de los vientos de alta mar, una superficie de 4.000 metros cuadrados, siendo en realidad como un vasto jardín lleno de flores y árboles raros, rodeado de un alto enrejado y en donde vuelan en libertad cerca de un millón de mariposas de diversas especies. Algunos de estos maravillosos insectos, colocados en cajas de cristal, no valen menos de 50.000 pesetas.



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna

Interior del manantial denominado Bumbunga (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



ISLAS FILIPINAS. – ISLA DE LUZÓN. PROVINCIA DE LA LAGUNA. – VISTA PARCIAL DEL PUEBLO DE NAGCARLANG Y GENERAL DE LOS MONTES DE SAN PABLO
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

LA FÓRMULA RESOLUTIVA DEL SOCIALISMO RACIONAL, por *Ubaldo Romero Quiñones*. — El autor de este libro ha venido á aumentar el largo catálogo de sus obras relativas al problema social con este concienzudo trabajo, en el que el Sr. Romero Quiñones demuestra una vez más, así lo levantado de los propósitos que le animan, como el estudio que de tan importante y trascendental cuestión ha hecho. Su libro merece ser leído por cuantos se preocupan del perfeccionamiento moral y material del individuo y de la sociedad. Impreso en Madrid, en la imprenta Moderna, se vende á dos pesetas.



A CAMPO TRAVIESA, cuadro de Francisco Miralles (Exposición Robira, calle de Escudillers)

UNA BODA ENTRE BATURROS, novela festiva en verso por *Alberto Casañal Shakery*. — En varias ocasiones nos hemos ocupado del distinguido escritor aragonés señor Casañal Shakery, autor de los celebrados *Cuentos baturros*, *Cantares baturros* y otros trabajos de análoga índole. Su última obra es una nueva demostración de sus excepcionales aptitudes para el cultivo del género literario á que especialmente se dedica: *Una boda entre baturros*, escrita en fáciles romances, es un dechado de gracia y al mismo tiempo un modelo de observación; los personajes y las escenas están tomados del natural y se ofrecen al lector con todo el relieve y los encantos de la realidad, y el relato está esmaltado de chistes de la mejor ley. El libro, impreso en Zaragoza en el establecimiento tipográfico de la Derecha é ilustrado por Ibáñez, se vende á 1'50 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Práctica de Farmacia, periódico quincenal barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *El Arte Militar*, revista quincenal para las clases de tropa que se publica en Burgos; *Claroscuro*, revista semanal ilustrada de la Coruña; *La temporada en Mondáriz*, publicación semanal; *Por la mujer*, revista mensual ilustrada de la Habana; *El Peruano*, boletín oficial del Perú.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 3 de septiembre de 1900 — Núm. 975

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE JORGE VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM, dibujo de P. P. Rubens

ADVERTENCIA

Tenemos la satisfacción de anunciar á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** que estamos procediendo á la impresión de la preciosa novela histórica de costumbres romanas titulada QUO VADIS?, original del ilustre escritor polaco Enrique Sienkiewicz, que oportunamente les será repartida.

Esta obra constituye en estos momentos uno de los más grandes acontecimientos del mundo literario y ha sido traducida á todos los idiomas.

Y para que nuestra edición sea digna de la importancia de la obra y de nuestra **Biblioteca Universal**, la publicaremos magníficamente ilustrada, para lo cual no hemos reparado en sacrificio alguno, deseosos de corresponder al favor constante y siempre creciente de nuestros suscriptores.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN NOVELISTA. – UN PINTOR

No pasa día sin que la segadora incansable, la Muerte, reuna en sus gavillas las espigas de oro con las espigas verdes aún y que esperaban la caricia del sol. Allá van, juntas bajo el golpe de la afilada segur, verdes con maduras. Así acaba de confundir ahora la madurez del gran artista Eca de Queiroz, muerto en París, de una tisis á los intestinos, y la juventud esperanzada de Joaquín Vaamonde, el retratista de las elegancias, que ha sucumbido á la tuberculosis en nuestra casa de Meirás, á corta distancia de la Coruña, el pueblo en que Vaamonde había visto la luz.

* * *

Eca de Queiroz era portugués. Esa pequeña nación peninsular, que en muchos respectos ha sabido organizarse á la moderna, más que nosotros; que cuida bastante, si no todo cuanto convendría, de la instrucción pública y de la cultura general; que ha producido en este siglo literatos eminentes y grandes historiadores, dió, en la novela, contingente no menos lucido, con Camilo Castello Branco y Eca de Queiroz. Hay una fatalidad que pesa sobre los escritores, en los países pequeños y sin decisiva importancia en la vida universal. El pintor, el escultor, el músico, hablan un lenguaje accesible á todos; llevan á todas partes sus creaciones, sin necesitar intérprete. No así el escritor, y menos aún el escritor artista, y especialmente el novelista, que observa y reproduce fielmente el cuadro de la humanidad. Cuanto más verdaderas y profundas sean sus observaciones acerca de lo que le rodea; cuanto mejor se impregne de esa realidad que sintió Balzac y que sangra, por decirlo así, en sus páginas hermosas, menos inteligible y simpático será para los lectores de otros países diferentes, en que la realidad adopte otras formas y aspectos, y en que las costumbres, al variar, imprimen también variación aparente á los sentimientos, por más que sea idéntico el fondo humano.

Lo que voy diciendo tiende á explicar por qué no son muy conocidos en Europa los nombres de Camilo Castello Branco y de Eca de Queiroz, los dos grandes novelistas portugueses de estos últimos veinticinco años. Uno y otro copiaron á lo vivo el pequeño mundo portugués, mérito difícil de comprender y de apreciar en este París donde se forjan las reputaciones europeas.

Castello Branco estudió con intensidad y con una verdad casi anatómica lo rural, la aldea y el pueblecillo portugués, tan semejantes á la aldea y al pueblecillo gallego; con su espíritu tradicional y rutinario, su persistencia, en muchos respectos, de la organización medioeval, sus señorones cazadores y mujeriegos, sus aldeanos humildes, su clero atrasado, sus preocupaciones, la atmósfera, en suma, de las orillas del Duero y del Miño; Eca de Queiroz se consagró con preferencia á analizar la sociedad de Lisboa, la espuma, la nata y flor, la burguesía, sus vicios, su hipocresía, sus pretensiones, sus manías de imitación inglesa y de *snobismo*, como ahora se dice. De este estudio salieron algunos trozos realmente magistrales, en *A reliquia, O primo Bazilio* y *Os Maias*. El *Primo Bazilio*, á mi parecer, es más verdad, si cabe, que *Madama Bovary*, y está hecho con una precisión, con una crueldad fría de disector, que coloca á su autor muy cerca del «impasible» Flaubert. *Os Maias* son un documento admirable, algo prolijo, hondo, firme, de la alta vida lisbonense, saturada de anglicismo, pero en cuyo fondo late el falso espíritu romántico, imposible de desterrar; un cáncer que también padecemos aquí.

Tenía Eca de Queiroz merecimientos suficientes para haber atraído la atención y merecido la alabanza de París. No lo logró, ignoro por qué causas; si por apatía, ó porque la literatura de más allá del Pirineo todavía no ha empezado á abrirse camino en Francia. No se puede achacar á que Eca de Queiroz vegetase obscurecido, pues hace lo menos quince ó veinte años que el autor del *Primo Bazilio* vivía en Londres y París, donde tuve ocasión de conocerle y tratarle. Desempeñaba un puesto diplomático, creo que el Consulado de Portugal, y hacía una vida retirada, de esas que suelen traducirse en abundante producción literaria ó científica. Sin embargo, *Os Maias*, última novela suya que ha llegado á mis manos, y supongo que la última publicada, tiene ya bastantes años de fecha.

* * *

Acaso sintiese Eca de Queiroz el desaliento, frecuente en los que escriben para muy reducido público y se reconocen superiores al teatro en que funcionan. Había sido traducido el *Primo Bazilio* por la Sra. de Rute, en la hoy *Nouvelle Revue internationale* y entonces *Matinées Espagnoles;* y quizás fué mayor decepción el que, traducida, no despertase interés, que el conservarla desconocida y sin relación con el público europeo por falta de traductor. Son cuestiones de suerte. No reconozco que valga más, verbigracia, el polaco Sienkiewicz, hoy tan de moda, que Eca de Queiroz, ni que sea más digno de despertar la atención de Europa con sus novelas.

Era Eca de Queiroz hombre muy culto, de alta estatura, de figura finísima; un *gentleman*, un *Maia*, un europeo en la más completa acepción de la frase. Su cara, entristecida, delataba ya, cuando le conocí, el estrago de algún padecimiento interno. Tal vez fuese la falta de salud lo que le obligó á dejar ociosa la pluma. Ello es que, muerto Herculano, muerto Oliveira Martins, muerto Camilo Castello Branco, Portugal no podría experimentar pérdida más sensible que la que sufre al desaparecer Eca de Queiroz.

* * *

Joaquín Vaamonde no había llegado á la celebridad. Era, sí, conocidísimo y estimadísimo en los círculos del gran mundo, clientela asidua de su taller. En Madrid, en París, en Londres y pronto en Nueva York, la *crema* se había disputado é iba á seguir disputándose á Vaamonde. Era esta una de esas ironías del destino, que casi siempre nos empuja hacia el Norte, mientras la voluntad nos llevaría hacia el Sur.

Nacido en una capital de provincia gallega, medio poco favorable á la vocación artística, ésta se reveló en Vaamonde tan incontrastable, que le impulsó á emigrar á la América del Sur, en edad más que juvenil, tierna y adolescente. En América, el muchacho batalló por la vida, se dedicó á trabajos manuales, fué albañil, comió mal, y siempre se resintió de este período bohemio, en que su débil estómago perdió fuerzas y quedó mal preparado para repartir energías al organismo. Por último consiguió sostenerse pintando, difícil problema, al fin resuelto. ¿Dónde aprendió, cómo se formó su talento delicado y *usancé* de pastelista? Ni había ido á Roma, ni á París, ni á Madrid; ni conocía museos, ni sospechaba lo que era asistir al estudio de las celebridades y recibir enseñanza, cuando, deseoso de adquirir todo lo que le faltaba, volvió á Europa, cinco años hace. Desembarcó en Marineda, y todavía me parece ver el improvisado taller que en Meirás se arregló para mi retrato; las colchas de percal colocadas de modo que tamizasen la luz, y hasta un cuadro, puesto á guisa de mampara, ante los vidrios de una ventana que daba al jardín. Yo tenía escasa confianza en el resultado del retrato. Muchos me han hecho, y ninguno ha salido bien. El de Vaamonde dejó satisfechos á los que lo vieron, y quedó terminado en tres sesiones.

* * *

Expuesto en Madrid, en mi biblioteca, á principios del invierno de 1895, el nombre de Vaamonde se repitió con encomio, y empezaron á llover encargos. La primera señora que quiso ser retratada por el todavía desconocido artista, fué la condesa de Pinohermoso, incansable en protegerle recomendándole y elogiándole. Después de esta inteligente y noble dama, se interesaron por Vaamonde otras muchas, lo más granado de Madrid, especialmente la condesa de Casa Valencia y la duquesa de Alba. Fué moda retratarse con Vaamonde. No tenía el pintor hora ni minuto libre. Asediado, ahogado de trabajo, se veía precisado á rehusar encargos á cada momento. Su taller olía á violeta, á Rimmel, á *foin coupé*. Por las sillas andaban esparcidos trajes de esos que valen ó cuestan miles de pesetas, y que son un sueño adorable, de encajes, de gasas y de terciopelos de reflejo. Aquí se veía olvidado un abanico; allí una caja de polvos de arroz, de plata y cristal. Invitaciones para comidas y saraos caían como granizo en el estudio. De todas las maneras de sonreir que tiene el mundo, sonreía al artista de la elegancia y de la finura exquisita.

* * *

Y él vivía desesperado, renegando de aquella, para otro, lisonjera suerte. Conmigo desahogaba sus aspiraciones frustradas, ó que él creía tales. ¿Cuándo iba á verse libre de pintar sedas y perlas, flores y lazos, y á poder entregarse al estudio y culto apasionado de la verdad? Hasta cierto punto yo no podía menos de darle la razón. Es imposible eternizarse en el retrato bonito, de niños rubios con cuello de Inglaterra y mujeres vestidas por Worth. Vaamonde comprendía que no estaba familiarizado aún con los secretos de su arte. Pintaba maravillas al pastel; no sabía lo que es pintar al óleo.

* * *

Su afán, residir largo tiempo en el extranjero, y allí educarse, completar su iniciación artística. Su ídolo, Sorolla, y la pincelada viril, amplia, fuerte, con luz plena y realidad hasta brutal. Su tormento, la ocupación á que se consagraba. Yo solía recordarle, para calmar su fiebre, la frase de Alfredo de Musset: «Mi vaso es chico, pero bebo en mi vaso.» Arte eran también, arte menor, si se quiere, pero con sus cualidades propias, y no á todos accesibles, aquellos retratos de hermosuras, que tan bien encajaban en el marco Luis XV, sobre la seda brochada de flores. Arte, aquellos niños dignos del pincel de un discípulo de Reynholds. Arte, aquellas damas envueltas en una nube, aquella duquesa de Alba con chaquetilla torera, aquella ideal figura de María Teresa Casa Valencia vestida de blanco. Arte, y ya enérgico, aquella admirable cabeza de Sarasate el violinista.

* * *

Él no se conformaba, y sólo le servía de consuelo pensar que ahora, en Nueva York y en París, con el precio de un solo retrato podría vivir un mes ó dos, aún derrochando como de costumbre, y estudiar seriamente, practicar con algún maestro indiscutible, y la ironía del destino á que antes aludí quiso que, en el mismo punto de ir á realizarse la aspiración ardentísima, un átomo, un microorganismo, el bacilo de Koch, flotando en el aire, ó comunicado por un contacto casual, entrase en su boca, y de allí bajase á los pulmones. La tuberculosis se desarrollaba, lenta, implacable, devoradora, y ya la mano no pudo volver á asir el lápiz, ni el cuerpo á moverse de un sillón, que por expreso deseo del moribundo se colocaba lo más cerca posible de las flores, al lado de la fuente, cuyo ruido distraía sus pesadas modorras calenturientas.

* * *

No queda, pues, de Vaamonde sino lo que él deseaba romper y destruir: sus retratos coquetones, sus cabezas de mujeres guapas y ataviadas por el gran modisto. Acaso, como Andrés Chenier, se lleva un mundo no realizado á la tumba. Acaso le esperase, por el contrario, el desengaño de la impotencia artística. Nunca lo sabremos.

Pocos días antes de morir, díjome tristemente, mirando á las *rapazas* aldeanas que segaban hierba en nuestro prado:

– Esos eran los modelos que hubiese querido pintar yo.

Emilia Pardo Bazán.

CESIÓN DE LAS ISLAS MARIANAS Á ALEMANIA

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS RODRÍGUEZ

Continuando el relato del viaje que á bordo del *Uranus* realizó nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, á fin de proporcionar á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los más fidedignos datos acerca de la terminación de la soberanía española en los archipiélagos del Océano Pacífico, publicamos en el presente número varios interesantísimos grabados referentes á la cesión del grupo de las Marianas que, como es sabido, fueron vendidas á Alemania, excepción hecha de la isla de Guam que se reservaron los norteamericanos.



ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN
Casa-Gobierno española, vista por la parte izquierda

El acto de la cesión se verificó en Saipán, capital de la isla del mismo nombre, el día 17 de noviembre de 1899. A las tres de la tarde los voluntarios Blanco formaron en ángulo recto delante de la Casa-Gobierno y la marina alemana del cañonero *Jaguar* cerró el lado abierto. La ceremonia fué igual á la que en el número 964 describimos al ocuparnos de la entrega de las Carolinas Occidentales, habiendo tomado posesión de las Marianas en nombre de Alemania el gobernador de Nueva Guinea.

Por la noche hubo delante de la Casa-Gobierno un gran baile de *salvajes* (kanakas y carolinos residentes en Saipán) de ambos sexos. Hombres y mujeres iban casi desnudos, muy untados de aceite de pescado amarillo y con la cara y parte de la nariz pintadas de encarnado, y ostentaban como adornos coronas, pendientes, collares, cinturones, etc., formados con abalorios, caracoles, cáscaras de coco labradas, piedras jaspes de las Palaos, carey, asta, etc.

Los hombres formaban una fila y enfrente otra las mujeres, y así colocados entonaron una canturria acompasada y monótona, dando al mismo tiempo fuertes pisadas al unísono, golpeando frecuentemente los palos de que todos iban provistos al compás de las patadas y del canto, ó bien colocando los palos en el suelo como si quisieran marcar una línea divisoria entre ambos sexos. Después continuaron con sus contoneos, pateaduras y canturria invariable. El final del baile consistió en una danza de lo más escandaloso que darse pueda y que dejaba muy atrás las más exageradas danzas llamadas del vientre, á cuyo género pertenece.

En la tarde del 18 prosiguieron los festejos, habiéndose celebrado un gran baile en la Casa-Gobierno, y el día 20 dióse en el *Uranus* un almuerzo en honor de los alemanes y del coronel Blanco, que no pudo asistir por el mal estado del mar. La toldilla del citado vapor fué adornada con todas las banderas de señales que el barco posee, y las ruedas del timón estaban cubiertas con las banderas española y alemana, entrelazadas con los escudos de ambas naciones. A las cuatro de aquel mismo día los alemanes devolvieron el obsequio á los españoles dándoles un *lunch* á bordo del *Jaguar*. En ambas fiestas reinaron el mayor entusiasmo y la mayor fraternidad entre españoles y alemanes.

Pocas horas después el *Uranus* abandonaba el fondeadero de Saipán dirigiéndose á San Luis de Apra.

La isla de Saipán cubre un espacio de 32 kilómetros de largo por 20 de ancho con dos puntas adicionales, una de 14 kilómetros y otra de siete, pudiendo estimarse su superficie en unos 600 kilómetros cuadrados. Tiene dicha isla grandes extensiones de terreno aplicables á la agricultura, y todo su suelo hállase poblado de arbolado, abundando los cocoteros y los árboles del pan y no escaseando las maderas de construcción. En su centro se levanta un pico denominado Taepuchao, de unos 600 metros de altura sobre el nivel del mar, envuelto en nieblas que algunos viajeros han tomado por humo de un volcán.



ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN. – Acto de arriar la bandera española en la Casa-Gobierno al hacer entrega de las islas al representante de Alemania en 17 de noviembre de 1899

Tres son las principales calles del pueblo de Saipán, capital de la isla de este nombre, bastante rectas, pero también bastante sucias, que se denominan de Polavieja, de Silvela y del Coronel Blanco. Otra calle paralela á éstas, más corta, estrecha é irregular se llama de Macabebe, y las transversales, que son pequeñísimas, no tienen nombre. Dos de esas calles desembocan en una inmensa plaza casi cuadrada, denominada de María Cristina, que no tiene más adornos que unos cuantos bancos formados por estacas.

En la población sólo hay cuatro ó seis casas de piedra madrepórica con techo de hierro galvanizado; las demás son bajas, se levantan sobre pies derechos de madera, sus paredes son de una especie de cañizo y su techumbre se compone de hojas de coco tejidas antes de secar.

A la plaza de María Cristina dan las fachadas de los edificios públicos siguientes: la iglesia, de pobre aspecto, pequeña, destartalada y sucia en su interior, cuyo campanario se reduce á unas estacas cortas y á unas campanas pequeñas puestas al alcance de la mano; el cuartel del batallón de voluntarios macabebes de Blanco, de una sola planta, construído con tablas de madera y tabiques y techumbre de hojas de coco, y la Casa-Gobierno, edificio de piedra, madera y hierro galvanizado, construcción destartalada con pésima distribución en sus contadas habitaciones. Los demás edificios situados en la citada plaza son particulares, algunos de ellos de tablas y la mayoría de materiales ligeros.

La población está situada en una planicie, al pie de un monte poco elevado que se extiende casi por completo de un extremo á otro de la isla. La principal producción de ésta es el coco, que partido y seco se exporta al Japón.

La mayoría de los naturales, llamados chamorros, habitan en la parte izquierda del pueblo, y en la mitad de la parte derecha viven los kanakas ó carolinos procedentes de las Carolinas Orientales. Las casas de los chamorros exteriormente en nada se diferencian de las de los kanakas; pero no así en su interior, pues mientras las de los carolinos se componen de una sola habitación, las de los chamorros tienen además una pequeña pieza que sirve de dormitorio. En unas y otras las cocinas se encuentran aisladas de las casitas. La techumbre tiene forma de pirámide y desciende hasta el suelo. Los únicos utensilios que poseen son un par de ollas, alguna taza de barro y varias botellas vacías.



ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN
Casa-Gobierno española vista de frente, y vista parcial de la plaza de María Cristina

Los carolinos ó kanakas de Saipán difieren por completo de los de Ponapé: sólo en el color son idénticos. Los de Ponapé no usan bigote ni barba y ponen gran cuidado en arrancarse los pelos de la cara con unas conchas pequeñas de las que se sirven á modo de pinzas; son además de aspecto más fiero, más fornidos y relativamente más limpios y decentes en el vestir que los de Saipán. Éstos usan bigote y barba, son de carácter dócil, fuertes y bien formados, abandonados en punto á aseo personal, y usan un diminuto taparrabos formado por un trapo estrecho, de color indefinido, sujeto á la cintura. Son muy trabajadores, y en esto superan á los chamorros ó sea á los naturales de Saipán.

Las mujeres usan una pequeña tira de tela ó tejido de alguna fibra vegetal atada á la cintura, son en general muy sucias y fuman en pipa ó saborean una especie de cigarros formados por dos hojas de tabaco atadas con una fibra de abacá. – A.

En este sitio, en donde antes había un remolino, murió ahogado el Padre fray Joaquín de la Cruz, del Orden de la Merced, y posteriormente cura párroco de la iglesia de la Santa Cruz del pueblo de Valle del Río; cuyo vecindario, para perpetuar la memoria de sus virtudes, cegó el remolino, levantó esta isleta y erigió en ella este santo símbolo de redención.

Año de 1880.

A pesar de que esta inscripción no peca de lacónica, no expresa el motivo de haberse ahogado el buen exclaustrado, mas es de suponer que sería bañándose ó al querer vadear el río.

El *Valle de la Cruz* es pintoresco por lo sombrío. Está encerrado entre el Guadalquivir, una cordillera de tierra con mucho pedernal, abundante en esparto, y que parece ser sucursal de la sierra de Córdoba, y un monte de arena y brezos, donde hay abiertas bastantes cuevas habitadas por la *oclocracia* del pueblo, por lo que he dicho antes que el vecindario de éste hallábase partido en dos. En España hay mutencia y la de su hija. Ambas á dos se pasaban todo el día cogiendo esparto en la vecina cordillera, industria en la que tenían varios competidores. Por la noche preparaban la *recolección,* y al amanecer, un día sí y otro no, cargaban al borriquito é iban á Córdoba á vender el esparto. Generalmente María de la Cruz era la encargada de esta faena, pues su madre íbase poniendo más pesada de día en día.

El siguiente diálogo nos informará algo más.

II

– Oiga usted, madre, ¿sabe usted que somos unas tontas?

– ¿Y á qué viene eso?

– Viene á que á nosotras nos pagan cuarenta céntimos por cada cuatro libras de esparto, y *paece* ser que la tía Molañas y el tío Guiñeta las venden á media peseta.



Islas Marianas. – Saipán. – Calle de Silvela



Islas Marianas. – Saipán. – Calle del Coronel Blanco



Islas Marianas. – Saipán. – Iglesia parroquial



Islas Marianas. – Saipán. – Plaza de María Cristina

LA BLANCA Y EL NEGRO

I

Valle del Río es un pueblo á cinco kilómetros de Córdoba, situado en la ribera derecha del Guadalquivir, ó mejor dicho, es una agrupación de treinta ó cuarenta casas. Pero hay que darle el nombre de pueblo ó aldea, porque tiene ermita con conatos de iglesia, alcalde, farmacéutico, cirujano menor y demás zarandajas.

Su escaso vecindario está *partido en dos,* no *por gala,* como los labios de la oriental de Zorrilla, sino por necesidad y economía, como más adelante sabrá el lector. Esta localidad es también conocida con el nombre de *Valle de la Cruz,* por una que hay alzada en el comedio del río que pasa al lado y que tiene una leyenda verídica y contemporánea. La cruz está erigida sobre una isleta redonda, que medirá próximamente seis ó siete metros; es aquélla de madera pintada de verde, de diez y ocho á veinte palmos de altura, y ofrece la particularidad de que sus brazos terminan en punta. Está incrustada, no con la debida firmeza, en un basamento de ladrillo, y en la conjunción del palo central y de los brazos hay una tabla grande negra en la que en letras encarnadas se lee lo siguiente, que explica hasta cierto punto la leyenda:

chas viviendas primitivas semejantes, y á siete leguas de Madrid, junto á *Perales de Tajuña,* hállase una de estas montañas conejeras de seres humanos.

El *Valle de la Cruz* impone por su aridez. En él hay escasos arbustos, pero sí muchas plantas menores, que parece que han saltado de los climas del Norte á aquel rincón de Andalucía. Abundan allí los helechos, marjales, brezos y musgos, y sobre todo un número prodigioso de zarzales cuajados de moras, en los que alguna vez se columpia alguna víbora, y bajo cuya penumbra

el caracol
saca los cuernos al sol.

Los pajarillos no tienen allí nada que cantar con sus *arpadas lenguas,* pero en cambio las cigüeñas hallan caza abundante, y las aguzanieves terrenos húmedos de los que tanto gustan.

En una de las madrigueras del susodicho monte habitaba la señora Petra (vulgo tía Petrona) y su hija María de la Cruz, muchacha de catorce años de edad. Pero no he dicho bastante, porque en la covacha se albergaba otro compañero de fatigas, que era un borriquito de corta alzada, pero muy dócil, vigoroso é indispensable para sostener la balumba de aquella pobre familia. Como la tía Petrona era viuda, y no tenía sobre qué caerse muerta (excepto el camastro), sudaba y resudaba para ganarse su subsis-

– Mira, muchacha, no hables de lo que no entiendes, replicó la tía Petrona, que era algo relamida, como que había servido algunos años al boticario del pueblo. En *efeuto,* á esos dos tíos les pagan eso, pero con intervalos.

– ¿Pues entonces?..

– Oye, muchacha, ¿no sabes tú un refrán que dice *Llueva para mí abril y mayo y para ti todo el año*? ¿Qué quiere decir esto?

– No lo sé.

– Pues quiere decir muchas cosas. El labrador que inventó el dicharacho, quiso decir que como á él le lloviera á sazón, *norabuena* que lloviese siempre á los demás. *Norabuena* si pagan más á la tía Molañas y al tío Guiñeta, pero *noramala* cuando no les compran nada. A nosotras nos compran siempre, porque así me lo tenía prometido el Sr. Rafael, el espartero de Córdoba; y *á segura llevan preso,* y *más vale pájaro en mano que buitre volando,* y *al amigo y al caballo no hay que cansallo.*

La tía Petrona siguió endilgando razones y refranes, pues según parece merecía descender de Sancho Panza, el famoso escudero de D. Quijote, y aunque María de la Cruz no entendió una palabra, bajó la cabeza y se dió por convencida.

Porque no había muchacha más dócil.

Desde muy niña demostró las mejores inclinaciones. Su madre, que había aprendido en casa del bo


ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN. – El coronel de voluntarios D. Enrique Blanco, el representante de Alemania y el coronel de Estado Mayor D. Cristóbal Aguilar dirigiéndose á la plaza de María Cristina para el acto de la entrega de las islas.

ticario, enseñóla á leer, aunque no muy de corrido, y la niña dióse á leer libros piadosos. Era especialmente devota de Jesucristo, y al contemplar el crucifijo estremecíase de terror y lástima al ver los clavos que sujetaban las divinas manos y pies. Extasiábase ante la cruz, y continuamente adornaba con florecillas campestres la que había en el altar mayor de la iglesia del pueblo. Como para ir y venir de Córdoba tenía que pasar por frente á la cruz de la isleta del río, siempre se persignaba y rezaba, y aun á veces atravesaba la escasa corriente para besar el santo madero.

Y si buena de alma, ¡válgame Dios si era bonita de cuerpo María de la Cruz! ¡Qué facciones tan dulces; qué ojos tan cariñosos; qué mata de pelo negro, que suelta, caíala por más abajo de la cintura; qué formas tan finas y redonditas! Poseía además otro atractivo, que en el *Valle de la Cruz* era una suprema distinción; allí, donde todos sus moradores son negruzcos como chorizos ahumados, ella era tan blanca de cutis, en el que llevaba tapado, que por esto apodáronla *la blanquita*.

III

Una mañana de marzo iba María de la Cruz á Córdoba á vender esparto. Caminaba á pie para no aumentar la carga del borriquito. La senda paralela al río, que conduce desde el valle á la ciudad, forma muchas desviaciones y recovecos. A veces se separa de la ribera, á veces pasa por entre tapias ruinosas ó vallados de cambrones. Súbito, de entre uno de éstos, salió un hombre y se presentó ante la muchacha. Era un negro colosal, de cabeza enorme, de pelo no crespo, sino lacio, y de ojos brillantes. Estaba casi desnudo, pues sólo llevaba una camiseta rota y un pantalón de pana sujeto á la cintura por una soga, por bajo del cual asomaban los desnudos pies largos y negros como tizones.

Acercóse á *la blanquita*, que estaba asustada, y le dijo:

– Por fin te encuentro sola. ¡Cuánto he buscado esta ocasión!

La muchacha tuvo que apoyarse en el burro para no caer al suelo.

– Sí, *nena*, porque yo que he visto mucho, no he visto nada tan bonito como tú, y porque te quiero tanto que voy á demostrártelo ahora mismo...

María de la Cruz estaba como petrificada de miedo, fascinada como el pájaro bajo el influjo magnético de la serpiente.

El negro se aproximó á ella y la asió por la cintura. La muchacha dió un grito que parecía un sollozo.

De repente soltóla el negro, y se alejó corriendo por la parte contraria al río.

¿Por qué?

Por la sencilla razón de que por encima de un ruinoso tapial aparecieron dos tricornios, y poco después una pareja de guardia civil á caballo.

La blanquita gritó, aproxímóse aquélla, y al ver á la muchacha caída en el suelo preguntóle:

– ¿Qué te ha pasado, te has caído del burro?

Ella hizo un signo negativo, hasta que por fin pudo hablar y contó el *atraco* del negro.

– ¡Ah, tunante!, exclamó uno de los civiles; ¿por dónde se ha ido?

– Por allí.

El civil se dirigió al galope hacia la dirección indicada. El otro quedóse con María de la Cruz, dióla á beber un trago de vino de una bota que llevaba, y le contó que hacía unos cuantos días buscaban á un negro que pedía limosna y asustaba á las mujeres.

Entretanto volvió el guardia que se había marchado y dijo á su compañero:

– No he podido encontrar á ese tuno para desteñirle á sablazos.

Y viendo que *la blanquita* torcía el burro hacia la dirección del valle, le preguntó:

– ¿Dónde vas?

– Iba á Córdoba, á vender, pero me vuelvo. Tengo miedo.

– No temas, muchacha; ve á tu quehacer. Nosotros te seguiremos de lejos, y ojalá que se presentara ese tagarote, que no se presentará.

– Sí, pero ¿y al volver?

– También te acompañaremos. Pasa á la venida por el *Gran Capitán* y la estación. Allí estaremos.

Excusado será decir que el negro no volvió á presentarse. No obstante, María de la Cruz llegó á su covacha recelosa. Sobresaltóse también la tía Petrona y convinieron en que aquélla no volvería á ir á Córdoba, si no en el caso de ir acompañada.

Pasaron días y meses y nada se supo del negro; es de suponer que sintiéndose perseguido huyera de la comarca. Con esto madre é hija fuéronse tranquilizando, y habiendo ya transcurrido más de un año, concluyeron por olvidarse de aquél.

IV

El día 13 de mayo de 1886, y cito esta fecha por ser de triste recordación, á las siete de la mañana, emprendió María de la Cruz su habitual caminata á Córdoba, con objeto de vender esparto.

Al pasar frente á la cruz de la isleta del río hizo


ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN. – Cuartel del batallón de voluntarios Blanco


ISLAS MARIANAS. – SAIPÁN. – KANAKAS Ó CAROLINOS ADORNADOS CON SUS MEJORES GALAS, DISPUESTOS PARA LA FIESTA QUE CELEBRARON EN LA NOCHE DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1899 DELANTE DE LA CASA-GOBIERNO ESPAÑOLA

lo que algunas veces; que fué: trabar al borriquito, descalzarse ella de pie y pierna, cruzar el río, rezar un padre nuestro y una avemaría, besar la peana de la cruz, y volviendo á la senda, proseguir su camino. Aquel día, desde las primeras horas el tiempo estuvo tornadizo. El sol se ocultaba á veces tras de nubes que no inspiraban cuidado por ser poco compactas. A veces soplaba aire fresco, á veces hacía bochorno. *La blanquita* continuó reposadamente su caminata, puesto que tenía espacio suficiente. Al promediar el camino, sentóse á la vera de éste y comió un tomate crudo y un pedazo de pan que llevaba de repuesto. Luego cogió unas cuantas moras de un zarzal para chuparlas andando. Llegó á Córdoba, cobró el esparto, oyó hablar de un conato de terremoto que habíase sentido la noche anterior y del medio de remediar este percance, algo frecuente en aquella ciudad, y cuando iba de regreso á su pueblo detúvose en *El Gran Capitán* á ver jugar á los bolos. Entretanto la temperatura seguía variando; pero como no llovía, nadie se preocupaba del tiempo. Nadie se fijó en que los vencejos, que suelen volar en bandadas, hacíanlo diseminados; al contrario de las cigüeñas, que suelen cazar solitariamente, y aquel día volaban en grupos de tres ó cuatro.

Al mediodía próximamente salió de la ciudad María de la Cruz. Montada en el burro iba despacio para no cansarle y porque no tenía prisa. Por primera vez miró al cielo, que fué poniéndose obscuro: había nubes al Poniente y al Mediodía que dejaban un espacio intermedio de cielo azul. De repente avanzaron ambos nublados como ejércitos que van á reñir batalla, y se compenetraron como combatientes que pelean á arma blanca. Comenzó á llover repentina y copiosamente y á soplar viento rastrero, lo cual hizo avivar á María de la Cruz. Arreció la lluvia, y la muchacha tuvo que refugiarse, bastante mojada, en un ventorro que había en la senda. Afortunadamente allí la conocían, y allí ella pudo guarecer al borriquito bajo un cobertizo del corral.

Desde entonces la lluvia se hizo tan persistente que parecía que comenzaba un segundo diluvio universal. Brillaban algunos relámpagos, y hacia la parte de Sevilla oíanse truenos lejanos. *La blanquita* empezaba á impacientarse, porque eran ya cerca de las tres de la tarde, y el temporal no cesaba, como si tratara de prolongarse hasta el fin del mundo.

El terreno era un puro charco, grave inconveniente para caminar. Por fin, próximamente á las cuatro, transformóse el chaparrón en lluvia menuda, y la muchacha trató de aprovechar aquella clara relativa. Prosiguió su camino; pero el borriquito avanzaba poco, como el que no pisa en terreno firme.

Ya no llovía, y sin embargo la atmósfera iba obscureciéndose; parecía que se había adelantado el crepúsculo nocturno. El aire arreciaba y era *redondo*, puesto que soplaba de todas partes.

Ya veía la muchacha la masa obscura del monte que servíala de vivienda, ya pasaba casi paralelamente á la bendita *cruz del río*, cuando detúvose atemorizada. Porque en la senda, que por allí era derecha, se destacó un bulto lejano; y aquel bulto era el negro feroz que durante tanto tiempo fué su pesadilla.

Sí, era él, no cabía duda. Habíala visto y venía hacia ella. Desde entonces ni ella se dió cuenta de lo que hizo, ni yo acierto á explicarlo, ni aun someramente.

La blanquita se tiró del burro, dióse á correr gritando, metióse calzada en el río y tomó pie en la isleta. Lanzó una exclamación de espanto, viendo al negro que cruzaba la corriente profiriendo palabras que ella no entendía. Entonces la cuitada se agarró al palo de la cruz, exclamando entre sollozos palabras delirantes: «¡Madre, decía, Jesús mío, Santa Cruz de mi nombre, salvadme; sálvame, Virgen María.»

Asíase fuertemente á la cruz; pero la cruz se la iba de entre los brazos, porque oscilaba y crujía á los vaivenes de un terrible viento que se levantó.. El negro saltó á la isleta, y sólo por inducción es posible explicarse lo que pasó en aquel momento... Lo cierto es que cuando amainó el temporal, cuando alguno que pasaba por la orilla notó algo extraño en el río, y avisó, y acudió gente, entre ésta la tía Petrona, inquieta por la tardanza de su hija, halláronse con un espectáculo horroroso. *La blanquita* yacía sin sentido junto al pedestal de ladrillo; la cruz, caída en el suelo, tenía uno de sus brazos teñidos en sangre. Junto á la cruz estaba tendido un negro muerto, con una profunda herida que habíale triturado las membranas del cerebro.

Pudo deducirse que al saltar el negro á la isleta el viento derribó la cruz, que cayó sobre aquél, deshaciéndole la cabeza...

¿Fué milagro ó casualidad?

El lector se contestará á sí propio.

F. Moreno Godino

UN DESQUITE

I

Lolita era una muchacha de diez y siete años, rubia, de ojos azules, lánguida, vaporosa, espiritual y sumamente tímida.

Sus amigas la llamaban *la vergonzosa*, porque para nada tenía iniciativas; en ninguna conversación terciaba, y por la cosa más insignificante se ponía tan roja como las amapolas.

Huérfana desde muy niña, su tutor, que á la vez era tío carnal suyo, la metió en un convento para que en él se instruyera en el santo temor de Dios, ya que él, por exigencias de su profesión médica y por su estado de viudo, no podía cuidarse de ella ni atender de otra manera á su educación.

En el convento permaneció Lolita ocho años, ó sea hasta cumplir los diez y seis, y era de oir á las santas madres, á través del torno, por supuesto, los elogios que hacían de la educanda por la bondad de su carácter, por la hermosura de su corazón, por la firmeza de su fe y por la habilidad de sus manos.

Pero no obstante dichas cualidades, la vida ajena de cuidados de las religiosas, los consejos de éstas y el beneplácito del tío tutor, nunca se avino con la idea de tomar definitivamente el hábito, manifestando, con la humildad más humilde que se pueda concebir, que deseaba conocer el mundo y afrontar sus peligros para vencerlos con el heroísmo de una santa, ó para sufrir sus dolorosas consecuencias con la resignación de una mártir.

Y efectivamente, al mundo la lanzó su tío cuando creyó conveniente presentarla en sociedad, y en la sociedad adquirió pronto alto nombre por su hermosura, por su modestia y por su delicioso candor; únicamente las que se llamaban sus amigas, las jóvenes de su edad, se reían de su inexperiencia, se burlaban de sus timideces y la apellidaron compasivamente *la vergonzosa*.

Había entre estas amigas una que era la antítesis de Lola; algo así como el reverso de una medalla, por el carácter y por el tipo de su hermosura: se llamaba Rosa.

Rosita tenía la misma edad que Lola, pero era más alta y más redondeada; sus cabellos eran negros como el azabache, sus ojos grandes y rasgados: acumulábase tal fuerza magnética en sus negras pupilas, que su mirada se hacía irresistible, lo mismo cuando la dirigía con altivez que cuando la impregnaba de dulzura; su tez era morena; su carácter jovial, aunque voluntarioso; su voz atrayente; su sonrisa insinuante; su hablar picaresco, retozón, ocurrente, lleno de sutileza y de gracia: era, en fin, de una belleza deslumbradora, espléndida, provocativa.

Desde que Rosita y Lola se encontraron en los salones de la buena sociedad, fueron amigas en la apariencia y rivales en el fondo: su distinto género de belleza dividió á los jóvenes que hasta entonces habían rendido exclusivamente culto á la soberana hermosura de Rosita, y ésta, sintiendo el aguijón del despecho y no aviniéndose á compartir su soberanía con Lola, procuró ridiculizar sus timideces y hacerla sufrir todas las amarguras posibles, sin dejar de llamarse por eso su buena amiga.

Pasaron algunos meses; Lola había devorado con humildad y en silencio los ultrajes y burlas de Rosita; era la mártir resignada que se había propuesto ser antes de dejar el claustro: ni un solo momento de lucha ni de vacilaciones: amparábase del pudor y con él se defendía: su modestia y su timidez eran su escudo.

Llegó por entonces á Madrid un joven capitán de artillería, tipo de hermosura varonil y de impresionabilidad meridional; en su progenie debió contar gomeles ó abencerrajes á juzgar por los rasgos de su fisonomía, de puro tipo árabe, y por el fuego ardiente y al par dulce de su mirada: su abolengo y su fortuna le relacionaron pronto con la buena sociedad madrileña, y no tardó en conocer á Rosita y á Lola, y en sentirse subyugado por aquellas dos bellezas de primer orden, aunque de factura tan opuesta.

Pero si grande fué la impresión que Rosita y Lola causaron en Venegas, que así se llamaba el capitán, no fué menos intensa la que éste produjo en ambas jóvenes, aunque para sintetizarla sea suficiente esta sola frase: Rosita enloqueció por Venegas; Lola suspiró por él.

Aunque la lucha fué violenta en el corazón del capitán, puede decirse que entre ambas amigas no la hubo.

Lola se limitó á esperar: Rosita, poniendo en juego su provocativa belleza, su expresión insinuante y su destreza en las lides del amor, triunfó pronto de todos los obstáculos y consiguió que el capitán, fascinado por tantos atractivos, cayera rendido á sus pies y que pidiera su mano.

Supo Lola tan infausta noticia y de su pecho se escapó un gemido, única manifestación de su quebranto; ni una lágrima, ni una queja, ni un reproche: seguía siendo la mártir, el tipo de la humildad y de la resignación más perfectas.

Horas después recibió de *su amiga* la siguiente carta, cuya ironía no escapó á su penetración:

«Querida Lola: Tengo el gusto de participarte que me caso con Venegas; ayer pidió mi mano á papá y le fué otorgada. Como sé la satisfacción que esto te ha de producir, se apresura á comunicártelo tu amiga – Rosa.»

II

Llegó la víspera del día en que Rosa y Venegas debían de tomarse *los dichos*, y éste se hallaba solo en su entresuelo de la calle de Fuencarral, cuando le anunciaron que una dama, cubierta con un velo, deseaba hablarle.

Hízola pasar al punto y se dispuso á recibirla con la más exquisita galantería. La desconocida cerró con cuidado la puerta al entrar; investigó la estancia para cerciorarse de que no había en ella testigos importunos y levantó el velo que cubría su rostro.

– ¡Lola!, exclamó el capitán estupefacto.

– Lola, sí, dijo con rubor, aunque con voz firme, la doncella. Lola, que viene aquí fiada en su virtud y en el honor de usted á pedirle la vida de ambos.

– ¿De quiénes?

– La de usted y la mía.

– No comprendo...

– Escúcheme un instante. Amo á usted con verdadera pasión, con toda mi alma, hasta el punto de haber olvidado con mi humildad y mi resignación habituales todo género de convencionalismos, y no digo que he olvidado también mi decoro porque es usted muy caballero y sé que no corre aquí riesgo alguno – y al hablar así su voz tenía las armónicas vibraciones de un arpa. – Si usted, prosiguió, no corresponde á mi amor por compromisos contraídos; si dominado por otra hermosura se niega á llevarme al altar en vez de llevarla á ella, ambos dejaremos de existir hoy.

– ¡Pero, Lola!, exclamó Venegas sorprendido por aquel arranque de pasión y de viril energía.

– He llegado, continuó la joven, al límite del sufrimiento, y así como los mártires rinden la vida por conquistar el cielo, así estoy decidida á rendir la mía por conquistar el paraíso del amor, y si nuestras almas no pueden unirse en la vida, se unirán en la muerte; si no pueden juntarse en la tierra, se juntarán en el cielo.

Y al hablar así, estaba Lola hermosísima: la voz apasionada y vibrante de la doncella fué penetrando poco á poco en el corazón del bravo capitán; la pasión intensa que en las palabras y en los ojos de Lola resplandecía, lo fué subyugando por grados. Posible es que allá en su mente hiciera rápidas comparaciones; posible también que no obedeciese más que á la fascinación del momento; pero el hecho es que sus negras pupilas se humedecieron ligeramente; que su corazón latió con fuerza, y que, estrechando con efusión la mano de Lola, le dijo con ternura:

– No, Lola; no en el cielo, sino en la tierra se juntarán nuestras almas y encontraremos nuestro paraíso. ¿Por qué no te habré comprendido antes?

Y tras una corta pausa añadió:

– ¿Y cómo romper ahora?..

– Eso corre de mi cuenta, repuso Lola con júbilo inefable. ¿Juras obedecerme en todo?

– Lo juro.

– Pues arregla las cosas de manera que puedas tomar esta misma noche el tren de Andalucía y trasladarte á Sevilla, para donde yo marcharé también con mi tío; pretexta la ausencia del mejor modo que puedas; pero guárdate de revelar á nadie que desistes de tus compromisos con Rosita.

– Desde este momento soy tu más sumiso esclavo.

– Acepto esa sumisión hasta que pueda decirte: desde hoy eres mi señor y yo tu esclava.

Y dirigiendo á Venegas una mirada arrobadora, cubrióse con el velo, abrió la puerta de la estancia y desapareció rápidamente.

Quince días después recibió Rosita la siguiente carta, que la hizo rugir de rabia como leona del desierto al echar de menos sus cachorros:

«Querida Rosa: Tengo el gusto de participarte mi casamiento con Venegas, consumado hace una hora en la iglesia del Salvador. Como sé la satisfacción que esto te ha de producir, se apresura á comunicártelo tu amiga – Lola.»

La vanidad había sido vencida por el amor, como antes lo había sido la timidez en el carácter de la educanda. Bien dicen al asegurar que el amor hace prodigios.

Pascual Millán (*Pero Nuño*)

GUERRA ANGLO-BOER

Cuando en nuestra última crónica calificábamos de bufa la supuesta conspiración tramada en Pretoria, no podíamos suponer que el suceso tuviera un término trágico, y sin embargo trágicamente ha acabado. El teniente Cordua, cuyo retrato publicamos en la página 578, y que había sido inducido con infames engaños por un tal Gano, vil agente provocador perteneciente á la policía secreta inglesa, á entrar en un complot poco menos que imaginario, ha sido condenado á muerte por un consejo de guerra y fusilado. En vano se probó durante el sumarísimo proceso que no había habido delito, ni siquiera principio de ejecución y que los supuestos conjurados no se proponían en manera alguna el menor derramamiento de sangre; todo ha sido inútil: no parece sino que la orgullosa Inglaterra ha querido vengarse en aquel desdichado de la vergüenza que para ella significa el no haber podido en un año aproximadamente y contando con tan poderosos recursos como cuenta, dominar á un pueblo pequeño y falto de elementos que en cien ocasiones ha logrado humillar la soberbia de la Gran Bretaña venciendo á sus numerosos ejércitos, que han tenido que huir muchas veces ante un puñado de guerrilleros.



CONFLICTO CHINO. – Interior del Fuerte Norte de Takú después del bombardeo

El teniente Cordua dió pruebas de valor y serenidad grandes en el momento de la ejecución: no quiso que le ataran las manos, y sentado en una silla, cruzado de brazos, manifestó tranquilamente al oficial que mandaba el pelotón que ya estaba dispuesto. Momentos después caía herido por diez balas.

Esta ejecución, que más bien se parece á un asesinato, ha producido indignación extraordinaria en todas las naciones civilizadas y en Inglaterra misma ha merecido las más severas protestas de todos aquellos que no consideran incompatibles ciertos sentimientos con el verdadero patriotismo.

Bueno es recordar que la prensa inglesa fué la que más atacó á España cuando la última guerra de Cuba y la que nos prodigó los más duros calificativos, tachándonos poco menos que de salvajes. Y á esa misma prensa le parece muy justa una lucha comenzada para robar la independencia de un pueblo sin otro motivo que el deseo de apoderarse de las minas de oro de su territorio y continuada con los bárbaros procedimientos que consignan las proclamas de Roberts, quemando granjas, arrasando campos y fusilando á infelices como el teniente Cordua. La última de estas proclamas conmina con las más severas penas á los boers que hayan violado el juramento de neutralidad ó que habitando en los distritos ocupados por los ingleses no hayan prestado este juramento. A esta proclama ha contestado Kruger con otra en la que hace resaltar la necesidad de continuar la lucha en vista de la ley marcial dictada por los ingleses. «Cada paso que deis hacia vuestras granjas – dice dirigiéndose á sus súbditos – os acercará á Santa Elena.»

Continúan los ingleses su persecución contra el general De Wet, y continúa éste burlándose de sus perseguidores y escapándoseles de las manos cuando más segura parece su captura, y habiendo conseguido últimamente juntarse con el general Delarey. Nada pueden contra él los más numerosos ejércitos ni las más hábiles combinaciones: los movimientos del general boer son el asombro del mundo entero y aun de los mismos ingleses, uno de cuyos diarios, el *Dayly News*, publicó no hace mucho una carta de un soldado inglés que, entre otras cosas, escribía: «Uno de nuestros jefes de batallón dice que el mejor medio de desembarazarse de De Wet sería ofrecerle la cátedra de táctica de la escuela militar de Sandhurst.»

Los esfuerzos de los ingleses se dirigen ahora contra Lydenburg y su propósito es cercar poco á poco la actual residencia de Kruger, Barberton, para obligarle á rendirse ó á refugiarse en Mozambique, en cual caso, no teniendo ya gobierno, el Transvaal sería anexionado á Inglaterra. Hasta ahora se han apoderado de Belfast, no sin haber sostenido un largo y

Arsenal chino. Cuatro destroyers chinos. Los buques *Fame* y *Whiting*. Cañoneros rusos. Fuerte Norte del interior. Estación y aldea de Tong-Ku.



Fuerte Nuevo. Fuerte del Sur. El *Iltis*. El *Algerine*. Fuerte Norte.

CONFLICTO CHINO. – VISTA GENERAL DE LAS OPERACIONES REALIZADAS POR LAS ESCUADRAS ALIADAS CONTRA LOS FUERTES DE TAKÚ, croquis de D. Peacoock, ingeniero jefe del buque de guerra inglés *Alacrity*



ESTUDIO, dibujo de José Benlliure



AFILADOR DE ESPADAS, acuarela de Antonio Fabrés

(Salon Robert, Fernando VII)

sangriento combate con los boers, que les opusieron enérgica resistencia, y que, según parece, han concentrado toda su artillería en Machadodorp para evitar ó por lo menos dificultar el avance del enemigo.

En el Orange los boers han sufrido una sensible derrota en Wynburg, habiendo sido hechos prisioneros el general Ollivier, que era el alma de la resistencia en la parte Suroeste de aquel territorio, y sus tres hijos. Allí, como en el Transvaal, los ingleses cometen los más punibles desmanes, como lo demuestra el hecho de haber saqueado la población de Bethlehem.

Y á todo esto, Inglaterra no cesa de enviar refuerzos al Africa del Sur, como no cesan tampoco de llegar á Europa, procedentes del Africa, buques llenos de enfermos y heridos. La Gran Bretaña podrá vencer en definitiva; pero ¡cuán cara habrá pagado su codicia! – A.



Conflicto chino. – Facsímile de un grabado de un periódico ilustrado chino
Este grabado, original de un artista chino, representa á los europeos huyendo de los chinos durante los actuales disturbios

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino.—Con la toma de Pekín ha menguado considerablemente el interés que despiertan los sucesos que se desarrollan en China. Ocupado por los aliados el primer recinto de la capital, hubieron éstos de sostener reñida lucha para apoderarse de la ciudad sagrada, teniendo que abrir brecha en las murallas por medio de la dinamita. Por fin, después de cuatro días de combate, consiguieron penetrar en ella, eficazmente auxiliados por 4.000 cristianos indígenas, pudiendo libertar á muchos misioneros y chinos convertidos que se hallaban prisioneros en el palacio imperial, cuyas puertas se han cerrado después de haber pasado por él triunfalmente las tropas vencedoras. La ciudad sagrada ha quedado custodiada por los japoneses



El teniente boer Cordua, fusilado en Pretoria por los ingleses por supuesto delito de conspiración

y Pekín está actualmente administrada por una comisión internacional.

Los europeos refugiados en las legaciones han tenido, durante los dos meses que han estado sitiadas, 65 muertos y 150 heridos.

Ignórase el paradero de la emperatriz, del emperador, del príncipe Tuang y en una palabra del gobierno chino, y aunque se dijo que los emperadores habían sido hechos prisioneros por los japoneses, la noticia no se ha confirmado.

En los alrededores de Tien Tsin se ha trabado un reñido combate entre un ejército boxer y un destacamento compuesto de 375 ingleses, 200 japoneses y 500 jinetes americanos: las pérdidas de los chinos fueron 300 muertos, varios heridos y 65 prisioneros; las de los aliados, 15 heridos.

Algunas potencias han contestado á las proposiciones de Li-Hung-Chang que para negociar la paz es preciso que se demuestre que existe en China un gobierno capaz de hacer cesar las hostilidades, y que mientras esto no suceda, los aliados seguirán ocupando Pekín.

***

Retrato de Buckingham, dibujo de P. P. Rubens.—Son tan conocidas las personalidades de Buckingham, el ambicioso político inglés que después de haber gozado de gran predicamento en las cortes de Jacobo I y Carlos I fué asesinado en Portsmouth en 1628, y de Rubens, el ilustre maestro flamenco, autor de tantas y tan hermosas obras que como preciadísimas joyas figuran en los principales museos del mundo, que nos parece ocioso ocuparnos de ellas. Unicamente diremos, á propósito del dibujo que en la primera página de este número reproducimos, que Rubens y Buckingham se conocieron en París en 1625 y que en aquella ocasión pintó el gran artista el retrato del famoso cortesano. Para este retrato sirvió de estudio el dibujo que nos ocupa. El retrato original se conserva en la galería del palacio Pitti de Florencia; pero algunos críticos opinan que el que existe en dicho museo no es el primitivo original, sino una simple reproducción. El dibujo que publicamos forma parte de la rica colección del Museo Albertina de Viena.

***

Estudio, dibujo de José Benlliure.—Es José Benlliure uno de los más distinguidos miembros de esa familia valenciana que así en el patrio como en extranjero suelo han ilustrado su apellido y contribuído con su esfuerzo é inteligencia á sostener el buen concepto del arte español. En unión de sus ilustres hermanos, ha ido José entretejiendo laureles á la corona que todos ellos han alcanzado por sus notables cualidades é indiscutibles merecimientos. En las páginas de esta Revista nos ha cabido la suerte de reproducir algunas de sus producciones, y nuestros lectores han podido apreciar en su justo valor la diversidad de aptitudes del artista y su maestría. Prueba de ello es también el hermoso estudio que figura en este número, digno á todas luces del buen nombre de su autor.

***

Afilador de espadas, acuarela de Antonio Fabrés (Salón Robira). – La preciosa acuarela que reproducimos, representando un afilador de espadas del siglo XVII, forma parte de la colección que ha pocos meses exhibió Antonio Fabrés en el Salón Robira, que tan justamente llamó la atención del público. Entonces, y al copiar en esta Revista alguna de las producciones expuestas, emitimos el juicio que nos merece aquel distinguido artista y consignamos la impresión que nos produjeron. Hoy, pues, sólo podemos añadir que la acuarela á que nos referimos es una de las más importantes de las que en la exposición figuraron, y que en ella vese claramente determinado el modo de ser del artista, apasionado por la forma y color y habilísimo para obtener efectos sin rebuscamientos ni vacilaciones.

***

Zurciendo la vela, cuadro de Laureano Barrau. – Al ocuparnos varias veces en estas columnas de las producciones del laborioso é inteligente artista catalán Laureano Barrau, hemos llamado la atención de nuestros lectores respecto de la diversidad de géneros y aun de procedimientos adoptados por el pintor, demostrando todos ellos sus singulares dotes y la facilidad que posee para expresar plásticamente todos los conceptos que le impresionan. Testimonio de cuanto apuntamos son sus cuadros de carácter histórico, los de costumbres, los de marcado sabor ruralista, el episodio de una corrida de toros, que recientemente publicamos, y el que figura en estas páginas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – El banquero griego Constantino Jonides ha legado al Museo South-Kensington su rica colección de cuadros y objetos de arte, entre los cuales figuran *La expulsión de Agar*, de Rembrandt; *Los sembradores*, de Millet; *La tempestad*, de Corot; *El buen samaritano*, de Delacroix, y varias obras de Watts y Rossetti.

– El célebre cuadro de Joshua Reynolds *Lady Cockburn y sus hijos*, que figuraba en la Galería Nacional de Londres y que ésta hubo de entregar á la familia Hamilton en virtud de sentencia judicial, ha sido vendido recientemente por 555.000 pesetas á un millonario sudafricano.

Teatros.—En el teatro del Vaudeville, de París, se ha verificado recientemente la 500.ª representación de la comedia de Sardou *Madame Sans-Gêne*.

Barcelona. – En Novedades funciona una compañía de ópera bajo la dirección del maestro Sr. Pérez Cabrero, que hasta ahora ha puesto en escena *Manón*, de Massenet, y *Aida*, de Verdi: en la primera han obtenido grandes y merecidos aplausos la tiple Sra. De Roma y el tenor señor Iribarne, que cantaron y representaron admirablemente los papeles de Manón y caballero Des Grieux, y á quienes secundaron muy bien las señoritas Giaconia, Homs y Amat, y los Sres. Puiggener, Banquells, Olivert y Clavería. Durante la próxima temporada de invierno actuará en el teatro del Tívoli una compañía lírica formada de artistas catalanes y dirigida por el celebrado maestro Morera, que cuenta con el concurso de nuestros primeros compositores y escritores regionales y tiene ya en cartera gran número de obras.

Necrología.—Han fallecido:

Augusto Comas y Arqués, ilustre jurisconsulto español, catedrático de la Universidad Central, senador del Reino y autor de importantes trabajos jurídicos.

Francisco Laporta Mercader, notable músico catalán, autor de notables obras musicales para voces solas y orquesta y de bellísimas canciones de carácter popular.

D. Marcelo Martínez Alcubilla, eminente jurisconsulto español, autor de varias importantes obras, entre las cuales sobresale la titulada *Diccionario de Administración*.

D. Carlos Kraatz-Koschlau, notable geólogo y director del Museo de Ciencias Naturales de Pará (Brasil).

El general francés Pellieux, de quien tanto se habló con ocasión de los procesos de Dreyfus y Zola.

Hermán Schonan, notable escultor alemán.

Francisco Beda, distinguido pintor austriaco.

Juan Kjeldahl, notable químico dinamarqués, director del laboratorio químico de Karlsberg.

Guillermo Liebknecht, jefe del partido socialista democrático alemán.

Erico Nyman, eminente naturalista sueco.

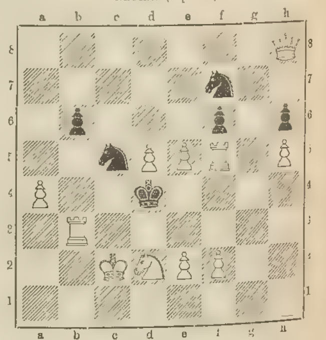
Esteban Lenoir, mecánico francés, inventor del automóvil y del motor de gas.

Siegbjorn Obstfelder, notable poeta noruego.

AJEDREZ

Problema número 207, por Ph. Klett

negras (6 piezas)



blancas (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 206, por W. A. Shinkman

Blancas.	Negras.
1. D f 2 – g 1	1. Cualquiera.
2. D mate.	



Fanfán se despidió de su amigo llorando de alegría

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. - ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Evidentemente, el enfermito no tenía cura; al sacarlo de aquel infierno no se trataba más que de prolongar su vida y de prodigarle sobre todo los cuidados que necesitaba, endulzando en lo posible los últimos días de su existencia.

-¡Vaya si le cuidamos!, repitió Ceferina.

- Desgraciadamente, ustedes se equivocan al creer que su sobrino no tiene más que un simple resfriado. Su enfermedad es mucho más grave. Me parece difícil que puedan ustedes darle aquí lo que necesita... ¡Sin embargo, es preciso curar á este niño!

-¡Curarlo!, interrumpió estúpidamente Ceferina azorada. ¿Puede curar?

-Claro está que sí, dijo vivamente *Caracol,* y espero que le curaremos.

- Eso, repito, objetó el médico, me parece poco menos que imposible, dadas las condiciones en que se encuentra aquí el enfermo. Hay que llevarlo al hospital.

-¡Al hospital! ¡Oh, jamás! No, señor. Somos pobres, pero no queremos que nuestro sobrino vaya al hospital.

- Corriente. Entonces díganme ustedes de qué manera cuidan á este niño. ¿Qué médico le visita? Enséñenme sus últimas recetas.

- Caballero, repuso *Caracol,* yo no tengo fe en la medicina ordinaria. Le trato por el magnetismo..., mi esposa indica los remedios. Aquí tiene usted precisamente, añadió sacando de un baúl un frasco de aceite de hígado de bacalao confiscado días atrás á Fanfán; aquí tiene usted precisamente el último que ordenó en su sueño magnético... No dirá usted que esto no sea excelente para las enfermedades del pecho.

- Este remedio es muy bueno, pero no basta; este niño está demasiado enfermo para quedarse aquí, y yo exijo...

- Señor médico, usted dispense; pero aquí no tiene usted nada que exigir... Claudinet es mi sobrino; tengo todos los documentos en debida forma. Soy además su tutor. La ley me autoriza á cuidarlo como á mí me plazca, y seguiré haciéndolo como hasta aquí. Además, vamos á salir de París dentro de pocos días, y el aire del campo será el mejor remedio para el chico... Acuda usted al comisario, si quiere, al juez, á todas las autoridades juntas... Nadie me quitará mi derecho.

El doctor vaciló un instante.

Aquel miserable tenía razón. Ninguna ley permite intervenir entre el padre, el tutor y el niño mientras no haya pruebas de que sufre malos tratos de una manera grave. En cuanto á probar la falta absoluta de cuidados, no es posible.

- Pero eso es la muerte de este pobrecito enfermo, en vez de su cura, dijo el doctor.

Caracol se encogió de hombros.

Fanfán salió entonces de su rincón. Estaba sumamente pálido.

¿Qué acababa de oir?

¡Dejar á Claudinet en manos de *Caracol* era condenarlo á muerte!

A toda costa, era preciso obtener que su amiguito entrase en el hospital.

- Caballero, dijo revistiéndose de valor; papá *Caracol* le engaña al decir que da aceite de hígado de bacalao á Claudinet. La botella que le enseña á usted, me la quitó, porque yo compro y le doy á escondidas... Nos pegan á los dos cuando nos sorprenden. Nunca le han dado ningún remedio, exceptuando el aguardiente. Panuflo, el socio de papá, repite á todas horas que Claudinet se va á morir y que se hace todo lo posible para que reviente, á fin de heredarle, porque el coche y el dinero que el notario tiene en depósito son de Claudinet, y cuando él se muera, serán nuestros... ¡Pero yo no quiero que muera! Al contrario, quiero que cure, ya que es posible. Se lo diré al comisario, á los jueces, á todo el que usted quiera. ¡Aquí matan á Claudinet y yo no quiero que muera el pobrecito!

El niño había terminado estas palabras en medio de un indescriptible tumulto.

Ceferina se había arrojado sobre él, dispuesta á aplastarlo, y *Caracol* le iba á estrangular.

Afortunadamente, el doctor se había interpuesto entre el bandido y el niño, en tanto que Claudinet, recobrando sus fuerzas, á fin de evitar á su defensor y amigo el golpe que le amenazaba, se había precipitado entre él y Ceferina.

Fanfán había seguido hablando, corriendo en torno de la mesa y empujando el canapé á fin de evitar los golpes.

Atraídos por el estruendo, los dos agentes de policía acudieron al coche.

Su presencia desarmó á *Caracol.*

Lo primero era evitar disgustos.

- No importa, murmuró al oído de Ceferina. Deja que se lo lleven al hospital. Lo más que harán será alargarle la vida un par de semanas.

Estando Fanfán metido en el ajo, no convenía que hubiese investigación ninguna.

La cosa podía traer cola.

Había que ceder.

- Señores guardias, dijo empujando á Ceferina hacia el fondo: no es nada..., nada absolutamente. El señor doctor vino á visitar un enfermito, mi sobrino. Se suscitó una discusión acerca de los remedios que conviene darle..., y no hubo más. Se acabó. El señor quiere que el niño vaya al hospital, y aunque sintamos mucho separarnos de él, consentimos en que se lo lleven, puesto que es por su bien.

- ¿Consienten ustedes?, dijo sorprendido el médico.

- Sí, señor. Después de la insistencia de mi hijo.., este galopín es hijo mío..., cedo, porque no digan que no hago por mi sobrino todo lo posible por ver si cura.

- Muy bien, dijo el doctor.

Y comunicó una orden á los agentes.

- Sí, señor doctor, contestó uno de ellos; voy á dar aviso al sargento, y yo mismo acompañaré al niño.

Mientras el agente iba á la Comisaría, el médico trazó algunas líneas en una tarjeta.

Apenas había terminado de escribir, cuando volvió el agente.

- ¿Tiene usted un coche ahí?, le preguntó el doctor.

- Sí, señor.

- Llévese este niño al hospital de Santa Eugenia. Mediante la presentación de esta tarjeta, el interno de servicio le recibirá en el acto.

Claudinet se acercaba tímidamente para seguir á su acompañante.

- ¿No nos das un beso, hijo mío?, le dijo *Caracol.*

Y después de abrazarle, se le pasó á Ceferina, la cual, obedeciendo á una ojeada de su marido, le abrazó también.

Fanfán se despidió de su amigo llorando de alegría.

– Pronto vas á estar bueno, le dijo al oído.

Y acompañó hasta el coche á Claudinet y al doctor, que hacía sus encargos al agente.

Después que el coche se hubo alejado, el médico cogió de la mano á Fanfán y dijo á *Caracol:*

– Este niño está bueno y sano; le pertenece á usted; pero si sé que le ha castigado usted por haber intervenido en favor de su amigo, doy parte y nos veremos. De todas maneras, yo haré que le vigilen á usted.

– Es inútil, caballero, es inútil. Yo le prometo á usted que Fanfán no será castigado. Estoy, por el contrario, satisfecho de que haya hablado con tal calor en favor de Claudinet... Esto prueba sus buenos sentimientos, y sin él, no nos hubiéramos resignado á separarnos de nuestro sobrino. Debo confesar á usted que mi intención fué siempre enviarle al hospital..., pero mi mujer no quería, y usted sabe que cuando las mujeres no quieren una cosa...

Al volver al coche, *Caracol* se encontró con Isidoro, que explicaba á Ceferina los motivos de su larga ausencia.

– Y no es esto todo, dijo el magnetizador cambiando de conversación á la entrada de *Caracol;* he tenido necesidad de hacer una correría y vuelvo sin un céntimo.

– Precisamente tenemos que hablar en serio. Tú, Fanfán, puedes ir á jugar; pero no te alejes, porque te necesitaremos luego. Vigila, y si ves algo sospechoso, avisa.

El niño salió. *Caracol* examinó los alrededores del coche para cerciorarse de que nadie podía oirle, y sentándose al lado de Panuflo continuó:

– Ahora, hablemos.

– Antes, dime quién es ese quídam que sale de aquí con los guindillas.

– Nadie. El caso es que perdemos á Claudinet.

Y contó á su compinche lo ocurrido.

– ¡Buena paliza le espera á Fanfán!, dijo Panuflo riendo estrepitosamente

– ¡Vaya que sí!, insistió Ceferina, animada por aquella perspectiva de venganza.

– Al contrario, repuso *Caracol;* vamos á tratarle con toda dulzura.

– ¿Por qué?

– Porque ahora le creo maduro para sus primeras armas, y no hay que enajenarnos sus simpatías si queremos hacer de él un cómplice formal. En fin, porque tengo un negocio que proponerte y en el cual tiene él que tomar parte.

– ¿Un negocio? ¡Cuenta, cuenta!

– No. Ante todo hay que entenderse. Hace algún tiempo, camarada, que no te portas con nosotros como debieras.

– Te veo venir. Vas á decir que os abandono. Tal era, en efecto, mi intención. Estamos á la cuarta pregunta. Antes pasabas por listo, por uno de los mejores *exploradores* de Francia. Pero aparte lo de Moisdon, nada has descubierto. Pues bien, yo por ahí encuentro operaciones que se avienen con mi temperamento... Si tuviese mejor ropa, iría á las carreras, me haría *bookmaker,* y á la vuelta, tallaría en los trenes...

– ¡Bah! Miseria y compañía. Son recursos demasiado gastados. Yo prefiero un buen golpe.

– Yo también. ¿Sabes tú alguno?

– Sí; pero antes tienes que jurarme que te quedarás con nosotros.

– Adelante. Explícate.

Bajaron la voz al extremo que nadie pudiese oirles. Sin embargo, Fanfán les escuchaba y les oía.

La suavidad de *Caracol,* que sucedió á su gran cólera después que Fanfán hubo osado decir la verdad al doctor, espantó al niño.

Conocía, por experiencia, aquellas calmas, precursoras infalibles de alguna diabólica y cruel invención.

Hasta entonces, sus faltas y las de Claudinet habían sido ligeras, comparadas con lo que acababa de hacer.

Caracol había dicho á Isidoro:

– Precisamente tenemos que hablar en serio.

¿Iban á hablar de él? ¿Querían prepararle acaso algún castigo atroz?

Se escurrió bajo el coche y metióse, sin hacer el menor ruido, en el cenacho colgante que servía de lecho al perro. Una vez allí, aplicó el oído al tablado del coche.

Merced á un pequeño agujero, no se le escapó una palabra de la conversación de los tres miserables.

Preparaban un robo, un asesinato tal vez, y contaban con su complicidad.

¡Con la complicidad de Fanfán!

El niño tenía que ir á buscar un médico, y en tanto que éste se alejaría de su casa, para ir á asistir á un supuesto enfermo, *Caracol* y Panuflo la saquearían fácilmente, puesto que no quedaría más que un criado en ella.

Fanfán salió de su escondrijo, horrorosamente pálido, con la frente inundada de un sudor frío, temblando como un azogado.

Y durante las noches que siguieron, tuvo horribles pesadillas.

La tremenda aventura de Moisdon se la representaba en todos sus detalles siniestros.

Isidoro no se movía del coche, á causa de las sesiones de sonambulismo y había de renovar el charlatanismo del estrado para atraer al público.

¡Pero el pobre niño sufría atrozmente á la idea constante de que *Caracol* iba de nuevo á tratar de convertirlo en un ladrón y en un asesino!

¡Si pudiese huir!

¿Pero adónde?

Pronto darían otra vez con él.

Le devolverían á su padre, el feroz bandido, que le castigaría cruelmente.

Pero estaba resuelto á no ser el cómplice de Panuflo y *Caracol* en el crimen premeditado.

Desde que se habían llevado á Claudinet, jamás se hablaba del pobrecito enfermo entre los tres socios.

Un día, después de una entrada extraordinaria, éstos se fueron á almorzar al restaurant, dejando el coche al cuidado de Fanfán.

El niño no pudo resistir al deseo de ver á su amigo.

Pidió informes á un vecino de feria, á quien dejó encomendado el coche, y sin calcular las consecuencias de su ausencia, en caso de que *Caracol* y su esposa volviesen antes que él, subióse á la imperial de un ómnibus que le transportó al hospicio de Santa Eugenia, situado en el *faubourg* San Antonio, donde recordaba que el médico había enviado á Claudinet.

Era precisamente un jueves, día en que los parientes y amigos pueden visitar á los enfermos.

Había á la puerta del hospital una larga cola de visitantes, esperando que abrieran.

Fanfán, muy conmovido, entró con la muchedumbre.

Claudinet, vestido con el burdo capote de los enfermos, se encontraba en el jardín.

El pobrecito no esperaba la visita de nadie.

Caracol y Ceferina tenían otras cosas en que pensar.

Fanfán no podía salir.

Pero el deseo instintivo de respirar en cierto modo el aire de la libertad, había llevado á Claudinet á la proximidad de la puerta por donde entraban los que venían de fuera á visitar á los enfermos.

De pronto vió á su amigo y dió un grito:

– ¡Fanfán!

– ¡Claudinet!

Los dos niños se abrazaron tiernamente.

Sin poder hablar, á causa de su emoción, lloraban á lágrima viva.

– ¡Tú!.. ¡Tú!..

Pasado el primer momento de efusión, fueron á sentarse en un banco del patio, y apartados de todo el mundo, empezaron á hablar.

Ambos hablaban á la vez, interrumpiendo sus frases con sollozos, cambiando amargas sonrisas y palideciendo á menudo á la evocación de un recuerdo, ó estrechándose la mano después de un intervalo de triste silencio.

– ¡Oh! ¡Si yo pudiese estar siempre aquí y tú pudieses venir á verme, qué felices seríamos!, dijo Claudinet. Aún no sé leer bien, pero ya deletreo bastante. Mientras tanto, escucho cuando alguno de mis pequeños camaradas tiene la bondad de leerme en alta voz algunas palabras de los libros que prestan á los convalecientes. ¡Qué gusto da!



Sintióse vigorosamente sacudido por un pie de gigante

– Yo también quisiera aprender á leer; pero nunca han querido...

– ¡Si supieras lo que dicen esos libros! Hay palabras que hacen latir muy fuerte el corazón y brotar lágrimas de los ojos.

– ¿Qué palabras?

– Muchas, como, por ejemplo, la palabra *patria*, y las palabras *probidad, honor, virtud*...

– ¿Qué quiere decir todo eso?

– No te lo sabría explicar, pero lo empiezo á comprender. En esos libros se habla también de *trabajo*, y cuando suena esta palabra, me avergüenzo, porque todos los muchachos de mi edad que hay aquí son ya aprendices de algún oficio; saben lo que es trabajar y sienten un noble orgullo al pensar que pronto llegarán á ser buenos obreros. Entonces no me atrevo á decir que mi tía es sonámbula y que yo hago el estrado con mi tío...

– Pero eso es trabajo...

– No; cuando yo pueda, te explicaré la diferencia. Lo que hacemos nosotros no es ningún trabajo honrado... No es más que mendicidad, y es muy feo pedir cuando se puede trabajar... Es casi un robo.

– ¡Un robo!

Esta palabra hizo surgir de pronto ante Fanfán la horrible preocupación que le atormentaba y que la presencia de su compañero había alejado un instante de su espíritu.

– ¿Qué tienes?, preguntóle Claudinet, viendo palidecer á su amigo.

Fanfán refirióle entonces la conversación que había sorprendido entre Isidoro y *Caracol;* el plan que estos miserables habían concebido, el robo, el asesinato quizá de que querían hacerle cómplice.

Hablaba muy bajo, y los dos pobrecitos miraban en torno suyo, temblorosos, asustados, como si instintivamente hubiesen temido profanar con la confidencia de tan horribles cosas aquella morada llena de muchachos á quienes se hablaba de honor y de virtud, á quienes se daba, como consuelo para sus crueles sufrimientos, la esperanza de una cura que les permitiese reanudar pronto su trabajo cotidiano, y cuando la ciencia era vencida por la enfermedad, la promesa, á la hora de la muerte, de otra vida enteramente feliz, en pago de haber sido honrados y buenos.

– ¿Qué vas á hacer?

– No sé.

– ¿Por qué no huyes?

– Lo he pensado. Pero ¿adónde ir?

– Aquí, conmigo.

– No me admitirían. Hay que ser enviado por un médico.

– Busca al que me mandó á mí.

– Imposible. Ese señor conoce á todos los agentes de la policía. Tendría que decirle el motivo de mi huída, denunciar á Panuflo y á *Caracol*. Sería una traición cobarde y no quiero...

– Le dirás que estás enfermo.

– Siendo médico, conocerá que no lo estoy.

– Entonces, ¿qué piensas hacer?

– No sé; lo único que puedo decirte es que no seré ladrón ni asesino. Quiero portarme bien, quiero aprender á leer para enterarme de esas cosas tan excelentes de que hablabas; quiero trabajar...

Llegó la hora de salida de los visitantes.

Los dos muchachos se despidieron llorando.

– ¿Volverás pronto á verme, verdad?

– Te lo prometo. El jueves próximo. Mientras tanto, procura retener en la memoria lo que te lean y me lo contarás.

II

LA EVASIÓN

Al volver al *boulevard* Rochechouart, Fanfán iba pensativo.

Aquellas palabras pronunciadas por Claudinet y que ni uno ni otro comprendían de un modo perfecto, le abrían nuevos horizontes de luz por donde volaba su pensamiento.

Había, por lo visto, en la vida cosas sublimes que todos los niños sabían menos él; cosas que llenaban el corazón de dulzura y de las cuales él se veía privado.

Y entonces, como si la larga tensión de su espíritu sobre aquel punto hiciese surgir de las brumas del pasado los olvidados recuerdos, parecióle vagamente que aquellas palabras no le eran del todo desconocidas, y que, en otra época confusa, habían sonado ya á su oído y repercutido en su corazón

No conociendo París, se extravió.

Era ya de noche cuando llegó al *boulevard* Rochechouart.

El tablado de quita y pon no había sido colocado aún en la testera del coche para el habitual reclamo.

La fachada estaba á obscuras.

Por consiguiente, aquella noche no debía haber representación.

Pero había luz en el interior del coche.

Caracol, Ceferina y Panuflo debían haber vuelto.

Sin embargo, al acercarse con precaución, Fanfán no oyó el ruido de las discusiones que siempre armaban los tres á su regreso de toda francachela.

Subió muy quedo á la plataforma.

La puerta estaba cerrada.

Miró por el ojo de la cerradura y retrocedió espantado.

Caracol se había puesto el mismo levitón negro que llevaba la noche de Moisdon.

Isidoro vestía también su traje de entonces.

– ¿Pero por dónde andará ese demonio de muchacho?, decía la sonámbula.

– No andará muy lejos. Comparecerá á la hora de la pitanza.

– Apenas son las siete. No tomamos el tren en la estación de Montparnasse hasta las diez. Nos sobra tiempo.

– No es eso lo que me preocupa, sino el temor de que se niegue á obedecerte, dijo Isidoro.

– No hay cuidado, repuso *Caracol*. Y si no se presta, añadió con una siniestra sonrisa, me veré obligado á deshacerme de él. Está demasiado al corriente de nuestros asuntos para que se emancipe de nosotros.

Fanfán lo había oído todo.

El golpe era para aquella noche.

Dentro de algunas horas, tendría que elegir entre hacerse cómplice de aquellos miserables ó morir.

Un indecible espanto se apoderó de él.

Sin reflexión alguna, saltó de la plataforma y echó á correr á la ventura.

Empezaba á caer una lluvia menuda y fría.

Fanfán no se daba cuenta de ella.

No paraba de correr, atropellando á las gentes que iban con sus paraguas abiertos, tropezando con las instalaciones exteriores de las tiendas, metiendo los pies en los baches, salpicando á los transeuntes, perseguido por el grito espantoso de la víctima de Moisdon, que repercutía en su oído y que querían hacerle oir otra vez.

Después de haber descendido por la calle Rochechouart, llegó extenuado al *boulevard* Montmartre, donde se detuvo.

La apiñada muchedumbre le impedía correr.

Poco á poco salió de su atolondramiento.

Sentóse en un banco y empezó á envidiar la suerte de los que desfilaban por aquella vía en plena animación, resplandeciente de luz, rica en magníficos cafés y en lujosas tiendas con mostradores llenos de objetos deslumbradores.

Reflexionó largo rato.

¿Qué resolución iba á tomar?

Desde luego descartó la idea de volver al coche de la sonámbula.

Aquella noche era demasiado tarde para ocuparse en buscar trabajo; pero á la mañana siguiente entraría en cualquiera de aquellas tiendas á ver si querían emplearlo.

Pero ¿en qué?

En lo que quisieran. Poco le importaba la clase de trabajo.

No era tonto y con facilidad se pondría al corriente. Por de pronto sólo exigiría que lo mantuviesen.

¿Y si fuese á ver á Claudinet?

En el hospital trabaría conocimiento con algún aprendiz que le acompañaría á casa de su maestro.

Estaba indeciso.

Su única resolución firme era la de no volver á ver á *Caracol*.

Sin duda éste le buscaría, pero él sabría ocultarse, y aunque diese con él, se negaría á seguirle.

La noche avanzaba.

El niño sintió frío y se levantó para entrar en calor andando.

Siguió por la serie de *boulevards* hasta la Magdalena y continuó por la calle Royale y el *faubourg* Saint-Honoré.

Poco á poco le iban venciendo el sueño y la fatiga.

No tenía hambre, á pesar de que nada había comido desde el desayuno; pero sentía que le faltaban las fuerzas.

La calle del *faubourg* Saint-Honoré únicamente estaba alumbrada por los faroles públicos.

Todas las tiendas estaban cerradas, y en aquella semi-obscuridad, el niño andaba maquinalmente, empezando á tener cierta incoherencia en sus pensamientos, obstinándose tan sólo en una idea, que formulaba en esta frase incesantemente repetida.

– ¡No! ¡No volveré más al coche! Prefiero morir.

Llegó á la altura del palacio del Elíseo.

Inconscientemente dirigióse hacia la izquierda, anduvo un rato más y se encontró en medio de los Campos Elíseos.

Las fuerzas le faltaron del todo

Echóse al suelo en uno de los bosquecillos del jardín, que le ofrecía un abrigo contra la menuda lluvia, y durmióse en seguida profundamente.

Apenas empezaba á clarear, cuando le despertó una voz robusta que le decía:

– ¡Eh, muchacho! ¿Por qué no duermes en tu cama?

Al mismo tiempo sintióse vigorosamente sacudido por un pie de gigante provisto de una bota muy dura.

Fanfán abrió los ojos, levantóse de un salto, y acostumbrado á considerar á los gendarmes y municipales como gentes de la peor calaña, crueles y despiadados, tembló al encontrarse en presencia de un guardia de orden público.

– ¡Un guindilla!.., exclamó.

El digno representante de la ley ofendióse un poco de semejante denominación.

– Sí, galopín, le contestó; un guindilla... que te pregunta qué haces aquí á estas horas .. y por qué has pasado aquí la noche.

– Porque no tengo casa.

– ¿Y tu padre?

– No tengo padre, respondió con firmeza el niño, después de vacilar un instante.

– ¿Y tu madre?

– Tampoco tengo madre...

– ¡Ni padre, ni madre, ni domicilio! En fin, ¿dónde dormiste anoche?, ¿y anteanoche?, ¿y las noches anteriores?

El niño guardó silencio.

– ¿No quieres decirlo? Has huído de tu casa ó de la casa de tu amo para vagabundear, ¿no es cierto?, ó para vivir del robo...

– ¡No he robado jamás!

– La verdad es que no tienes cara de ladrón; pero, en fin, contesta: ¿dónde vivías antes de instalarte entre esos arbustos?

El niño calló.

– No quieres contestar; pues vente conmigo al cuartelillo.

¿Adónde lo llevaban?

¿Qué iban á hacer de él?

Tuvo un momento la idea de huir, pero la rechazó en seguida.

¿Por qué había de huir, si nada malo había hecho?



Papá *Caracol* le engaña...

No había cometido ningún delito. Sólo quería trabajar y no volver con *Caracol*.

Por eso no iban á castigarle.

En cuanto á su verdugo, no volverían á ponerle en su presencia, porque estaba resuelto á no pronunciar su nombre.

– Señor sargento, dijo el guardia, entrando en el cuartelillo del Palacio de la Industria con su compañero; aquí traigo un muchacho que encontré dormido entre unos arbustos y que se niega á decir dónde tiene su domicilio.

(Continuará)

EL FERROCARRIL DE LA JUNGFRAU

(SUIZA)

La idea de transportar á los turistas en ferrocarril hasta la cumbre de la Jungfrau, la célebre «Virgen del Oberland bernés,» era realmente una idea algo



Fig. 1. – Panorama de la Jungfrau

atrevida, si se tiene en cuenta que la cima de aquella montaña, siempre cubierta de nieve, se eleva á 4.166 metros sobre el nivel del mar.

Tan atrevido se consideró el proyecto, que contra el mismo se formularon infinidad de objeciones. Lo primero que se preguntaron muchos fué si era prudente elevar á los curiosos á tan considerable altura, y si bien á esto se respondía que los viajeros suben al Monte Blanco, cuya altitud es de 4.810 metros, replicaban aquéllos que aparte de no ser esta empresa asequible á todo el mundo, la ascensión á esta última montaña es larga y el organismo se va acostumbrando poco á poco á la altura, al paso que en la ascensión de la Jungfrau en pocas horas subirían los turistas algunos miles de metros.

Una comisión compuesta de M. Kronicker, profesor de Fisiología de Berna; de M. Regnard, profesor de París, y de M. Spelterini, aeronauta, tranquilizó muy pronto al concesionario por lo que se refería á esta dificultad.

Otra comisión de especialistas consideró el proyecto como realizable, y el Consejo Federal otorgó la concesión.

M. Guyer-Zeller, á quien se deben la mayor parte de los ferrocarriles de montaña de Suiza, no vaciló en comenzar los trabajos con sólo sus propios recursos, que por otra parte son considerables. Dos años después del primer golpe de pico, es decir, en 1898, asistíamos á la inauguración del pequeño trozo al aire libre que une la estación del Scheidegg con la base de la montaña, y M. Guyer-Zeller, en un discurso muy aplaudido, decía después del banquete inaugural: «Señores, en 1905 nuestra obra quedará terminada y apuraremos nuestras copas de champaña en la cima de la Jungfrau.»

Desgraciadamente, M. Guyer-Zeller no había de asistir al coronamiento de su grandiosa empresa, pues murió algunos meses después, á principios de 1899. Muerto el iniciador, podían abrigarse temores por el porvenir del ferrocarril, en el que iban ya gastados más de dos millones de francos. Los herederos de M. Guyer-Zeller resolvieron llegar hasta el final y los trabajos prosiguieron cada vez más activamente, habiéndose abierto recientemente á la explotación el segundo trozo situado en plena galería subterránea.

Todos los turistas saben que desde hace algunos años se recorre el macizo de la cordillera de Wingernalp, desde Lauterbrunnen á Grindelwald por medio de un ferrocarril de cremallera. Desde Interlaken á Lauterbrunnen se va en ferrocarril de vía ordinaria, y en Lauterbrunnen se toma el de cremallera, que conduce al viajero con bastante rapidez á las diversas estaciones de la línea, y especialmente á la cumbre de la garganta del pequeño Scheidegg (2.069 metros). De la estación del pequeño Scheidegg arranca el ferrocarril de la Jungfrau. La vista de que desde allí se descubre es magnífica: delante del espectador álzanse tres macizos contiguos, el Eiger, el Monch y la Jungfrau, y á sus pies ábrese una inmensa sima adonde se precipitan los aludes con estrépito de truenó. El trazado adoptado por M. Guyer-Zuller tiene su punto de partida en la indicada estación, describe una vasta curva para llegar á la primera montaña de la izquierda, es decir al Eiger, situada á dos kilómetros de aquélla, penetra luego en el macizo y lo contornea interiormente recorriendo su otra otra cara septentrional de modo que el viajero pueda admirar en las estaciones sucesivas el paisaje que domina el valle del Ródano. Después del Eiger se penetra en el macizo del Monch y por último en el de la Jungfrau. Este largo rodeo permite que las pendientes sean más suaves. En suma, desde el Scheidegg á la cumbre de la última montaña citada se recorrerán 12 kilómetros, remontándose

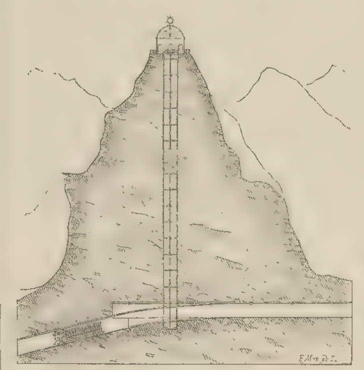


Fig. 2. – El ascensor vertical de la Jungfrau

aproximadamente en unas tres horas á una altura de 2.102 metros.

Habrá cuatro estaciones intermedias. La primera sección, abierta ya al público, está comprendida entre el pequeño Scheidegg y el Eigergletscher (ventisquero del Eiger): longitud, dos kilómetros; cota 2.321

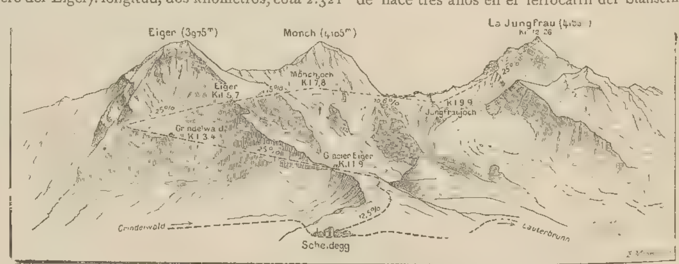


Fig. 3. – Trazado del ferrocarril al través de la cordillera

metros. La segunda sección es también de dos kilómetros y penetra hasta Grindelwaldblick en plena galería: está en explotación desde 1899 y su cota es de 2812 metros, salvándose la diferencia de nivel por medio de una pendiente de 25 por 100. La estación está construída en la roca. La tercera sección, que en la actualidad se encuentra muy adelantada llega hasta la estación de Kalifirn; el trazado describe una curva de 550 metros en el Eiger y termina en la estación situada en la vertiente meridional, en donde el viajero, merced á una gran abertura practicada en la roca, disfrutará de un magnífico panorama sobre las montañas del valle del Ródano. La longitud de esta sección es también de dos kilómetros, y la diferencia de nivel de 458 metros, que se salvan por medio de una pendiente de 25 por 100. La cuarta sección está comprendida entre Kalifirn y el Jungfraujoch: la pendiente es sólo de 6 por 100; la longitud del trayecto de 3.500 metros y la cota de la estación de la Jungfrau de 3.393 metros, siendo la diferencia de nivel de 123 metros. En la estación de Jungfraujoch se encontrarán dos galerías perpendiculares, una á la derecha y otra á la izquierda, para llevar á los turistas á la vertiente Norte y á la vertiente Sur. Finalmente, la quinta y última sección empieza en la estación de Jungfraujoch y termina en la de la Jungfrau, á una cota de 4.093 metros, es decir, 73 metros debajo de la cumbre. Allí el turista tomará un ascensor eléctrico vertical que le subirá á un *restaurant* que se construirá en la cima. Esta última sección es de unos tres kilómetros, la diferencia de altura de 700 metros y la pendiente de 25 por 100.

La parte subterránea tendrá unos 10'50 kilómetros de desarrollo, con una anchura de 3'60 metros y una altura, bajo clave, de unos 4'25. Desde el punto de vista geológico, atraviesa, en las primeras secciones, los terrenos jurásicos muy resistentes y muy homogéneos, y más arriba, á 3.600 metros, los gneis más friables, lo cual hará necesario el revestimiento de la galería.

El sistema de perforación empleado es el ataque por medio de las perforadoras y la voladura de la roca por los explosivos. Las perforadoras rotativas con taladro de acero abren un agujero de un metro de profundidad en 15 minutos en el terreno jurásico, y como funcionan cinco perforadoras á la vez, se practican 20 agujeros por hora con un avance de un metro, pero hay que contar unas tres horas para sacar los materiales, de suerte que el avance positivo es sólo de cuatro ó cinco metros cada día. La ventilación está asegurada por el ventilador Sulzer, impulsado por un motor eléctrico de nueve caballos. Cada perforadora es puesta en movimiento por un motor de corriente trifasia de tres caballos que recibe una corriente de siete amperios bajo 220 voltios. Ahora se trabaja lo mismo en invierno que en verano. A la entrada del túnel se han instalado viviendas para los obreros, interiormente blindadas con corazas de madera que encierran colchones de fieltro: durante el invierno la calefacción de estas habitaciones es constante, día y noche, porque en aquellas altitudes el frío es intenso, descendiendo á veces el termómetro á 25° bajo cero. Hay allí una panadería que funciona diariamente, y por último, como durante cinco meses por lo menos están interrumpidas las comunicaciones con la parte baja de la montaña, se acumulan durante la buena estación las provisiones necesarias. Además, entre Lauterbrunnen y el pequeño Scheidegg hay instalada una línea telefónica. La línea ha sido sólidamente sentada en el trayecto entregado ya á la explotación, porque la concurrencia de viajeros durante el buen tiempo es muy grande y se necesitan trenes pesados. En los trayectos subterráneos se ha instalado una cremallera muy sólida. La vía está provista de rieles de acero que descansan sobre traviesas de acero también. Para la cremallera se ha adoptado un tipo análogo al que se utiliza desde hace tres años en el ferrocarril del Stanserhorn, desde Stans á Engelberg. La forma cónica dada á la parte dentada del ferrocarril de cremallera permite el empleo de máquinas que impiden todo descarrilamiento y toda desviación de las ruedas dentadas.

Cada tren se compone de una locomotora eléctrica y de dos vagones; la primera pesa 12 toneladas y

el número de viajeros que pueden contener los segundos es de 80. El peso total en carga es de 26 toneladas. En las pendientes de 25 por 100 la velocidad está fijada en 8'50 kilómetros; el trabajo que se ha de producir es de 215 caballos. La locomotora es de dos motores de 125 caballos cada uno y está alimentada por corrientes trifásicas de 700 voltios, reducidos á 500 en la estación del pequeño Scheidegg. La toma de corriente se verifica por medio de trolleys. Un segundo transformador á la entrada del subterráneo reduce el voltaje á 220 voltios para las perforadoras y para las lámparas eléctricas.

Se supone una producción de 50 por 100 entre la llanta de las ruedas motrices y el eje de la turbina hidráulica que engendra la corriente primaria; de modo que cada tren exige 425 caballos, y como hay que tener en cuenta el gasto de luz y calefacción, se ha adoptado como unidad de máquina generatriz 500 caballos.

¿De dónde se saca la energía necesaria?

En la parte baja del Wengernalp, en Lauterbrunnen por un lado y en Grindelwald por otro, corren el Lutschine blanco y el Lutschine negro, y la sociedad explotadora se ha asegurado la propiedad de dos tomas de agua. Hasta ahora sólo se ha instalado una fábrica generatriz en Lauterbrunnen: un tubo de hierro de unos 1'80 metros de diámetro desciende por el río en un trayecto de 600 metros; el agua cae en un depósito, en donde, una vez filtrada, puede regularizarse el suministro de la misma. De este depósito arranca una nueva tubería del mismo diámetro y de 1.630 metros de longitud que conduce el agua á la casa de turbinas, suministrando seis metros cúbicos por segundo, en un salto de 36 metros. De este modo se recogen 2.130 caballos con una producción de 70 por 100 de las turbinas. En la actualidad se utilizan unos 1.200 caballos: dos turbinas que mueven dos alternadores de 500 caballos y dos turbinas pequeñas que mueven dos excitatrices de 25 caballos. Estas máquinas serán pronto dobles.

Cada alternador produce una corriente de 7.000 voltios, que es conducida directamente al pequeño Scheidegg por tres alambres de cobre sostenidos por postes de 10 metros de alto. La distancia entre la fábrica generatriz y el pequeño Scheidegg es de siete kilómetros, y la diferencia de nivel de 1.300 metros.

Calcúlase que el coste de los trabajos será de unos 10 millones de francos. Las obras avanzan unos 1.200 metros al año, de modo que dentro de cinco años quedarán terminadas si no ocurre algún contratiempo, pudiendo inaugurarse en 1905 ó con mayor seguridad en la primavera de 1906. En cuanto á los productos, espérase que los beneficios serán importantes, pues se estima en 60.000, por lo menos, el número de turistas que harán anualmente el viaje: el precio de éste será de 50 francos ida y vuelta, y no resultará exagerado, si se tienen en cuenta los gastos que ocasiona una ascensión individual, para una ascensión á 4.166 metros sin fatiga, sin peligros y con la perspectiva de un panorama de belleza y grandiosidad incomparables.

Enrique de Parville.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Zurciendo la vela, cuadro de Laureano Barrau (*Salón Robira*, Fernando VII)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 10 de septiembre de 1900 — Núm. 976

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS QUINTOS, cuadro de Dagnan-Bouveret, premiado con medalla de honor en la Exposición Universal de París

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

LOS CONGRESOS

No cumpliríamos bien nuestra misión de cronistas de este concurso universal, si dejásemos pasar la oportunidad de decir algo acerca de los muchísimos congresos que han venido á resolver con resultado práctico algún problema trascendental de la vida contemporánea.

Pero no todos estos congresos han respondido á las esperanzas que en ellos se tenían fundadas, ni todos los congresistas han estado á la altura de su misión.

Hemos tenido ocasión de admirar la omnisciencia de algunos filántropos que han tomado activísima parte en congresos de muy diversa índole, contribuyendo eficazmente con sus conocimientos y con su buen sentido práctico á la solución de los más arduos problemas.

Pero al lado de estos sabios de verdad, hemos tenido que soportar la charla pirotécnica de congresistas de relumbrón, cuyos discursos no han hecho más que alargar inútilmente las sesiones de los congresos.

También hemos tenido que padecer bajo la elocuencia de muchos provincianos ilustres, que en su afán de asombrar á sus contemporáneos en pleno París, han aprovechado la ocasión de los congresos para traer remedios contra todos los males de que se queja la humanidad.

Ha habido congresos sobre todas las cuestiones imaginables. Muchos de ellos habrán resultado absolutamente inútiles. Algunos han logrado los altos fines que se proponían. Otros, sin llegar á soluciones definitivas, las han preparado sin duda para un porvenir no lejano. Y aunque no han faltado reuniones contraproducentes y ridículas, del balance de estos congresos resulta una suma considerable de asuntos dilucidados y un aumento apreciable de confraternidad entre esos hombres consagrados á unos mismos estudios y venidos de las cuatro partes del globo para aportar el tesoro de sus conocimientos á estas asambleas de la inteligencia.

El vasto palacio de los Congresos, levantado á la orilla del Sena, junto al puente del Alma y al extremo de la ruidosa calle de París, se inauguró con el congreso de las Ciencias de la escritura, bajo la presidencia honoraria del príncipe de Mónaco y la efectiva del ministro plenipotenciario Sr. Gavarry, que hizo la historia de la grafología, esa ciencia que se empezó á estudiar hace dos siglos, y de la cual se ocuparon con detenimiento sabios y filósofos como Leibnitz, Gœthe y Lavater.

Leyéronse memorias sobre la influencia social de la grafología y sobre los signos grafológicos de la memoria, y consagróse una sesión entera al carácter de letra llamado del Sagrado Corazón, por ser común á la inmensa mayoría de las alumnas del célebre colegio. Según una comunicación de un congresista, ese carácter de letra angulosa y empinada es indicio de disimulo y de las pasiones más feas. Pero el padre Darrois se levantó á combatir con denuedo semejante tesis, sin que acerca de tan delicado asunto se llegase a una conclusión. Examináronse los medios de favorecer el desarrollo científico de la grafología y la formación profesional de grafólogos, y leyéronse varias memorias relativas á la educación de la infancia según las aptitudes reveladas por su carácter de letra: cuestión que es, sin duda, la más práctica de cuantas se han discutido en este congreso.

Siguió el congreso de la propiedad urbana, que proporcionó al presidente la ocasión de congratularse de que Francia sea el país que cuenta mayor número de propietarios, y á los propietarios congresistas la oportunidad de organizarse en cooperativas para la defensa de sus intereses, echando las bases de una asociación internacional á fin de soportar en común las pérdidas que representan las habitaciones desalquiladas.

El proyecto es peregrino, y ha de sugerir sin duda á los inquilinos la idea de formar una liga internacional para poder luchar con armas iguales contra los caseros.

Los congresos de horticultura, presididos por el ministro del ramo, han presentado verdadero interés técnico y profesional.

El congreso internacional del Comercio y de la Industria, patrocinado por la Cámara de Comercio de París, ha sido la continuación de los congresos de 1878 y 1889. De su seriedad é importancia da exacta idea su Boletín, cuyos últimos números, de 350 páginas, contienen trabajos de gran mérito y elevadas miras.

El congreso de obras é instituciones femeninas, que en igual época solía reunirse todos los años en Versalles, se ha transformado, con motivo de la Exposición, en un congreso internacional.

Después de un discurso del Sr. Mabilleau, que describió el carácter de las obras femeninas y la legítima influencia de la mujer, la señorita Sara Monod expuso, con su convicción elocuente, la obra de la comisión organizadora, y pasó á ocupar la presidencia por elección de la asamblea. Cada una de las sesiones ha sido consagrada á una de las secciones siguientes: Filantropía y Economía social; Legislación y Moral; Educación individual, Educación social y Pedagogía; Trabajo de las mujeres, y Artes, Letras y Ciencias.

Se ha discutido extensamente sobre el papel que la mujer viene desempeñando de medio siglo á esta parte en las obras de asistencia y previsión; sobre la abrogación de las medidas de excepción con respecto á la mujer en materia de costumbres; sobre la educación idéntica del hombre y de la mujer, sus ventajas y sus inconvenientes; sobre la libertad del trabajo de la mujer, y sobre la situación y la influencia de la mujer en el arte aplicado al adorno y á la industria. Sentóse el principio de la solidaridad entre las mujeres que escriben, hasta el punto de que las que han logrado asegurarse una existencia independiente, se entiendan para proteger colectivamente á las principiantes. El congreso votó por que los principios generales de libertad y de igualdad presidan al trabajo de la mujer como al del hombre, y que, por consiguiente, sean abrogadas todas las leyes que, so pretexto de protección, cohiben la libertad de trabajo de la mujer. Se ha discutido con lucidez sobre las obras de preservación y de levantamiento; sobre el régimen carcelario y correccional; sobre la administración de los bienes de la mujer en el matrimonio, y sobre el derecho del padre y el de la madre, que, en concepto de la mayoría de la asamblea, deben ser iguales con respecto á los hijos.

También se trató de la preparación práctica para el profesorado, del puesto de la mujer en la enseñanza, de la enseñanza y de la administración de los establecimientos escolares en todos los grados, lo mismo que de las sociedades cooperativas de producción, de la educación física y de otras muchas cuestiones á cual más interesante. Han llamado particularmente la atención los debates relativos al espinoso asunto de la investigación de la paternidad; debates en que ha intervenido alguna elocuente doctora en Derecho.

Como se ve, esta vez las mujeres, aunque han hablado mucho como de costumbre, han hablado bien y con provecho.

No menos importante por la autoridad de los concurrentes y por los trabajos presentados, ha sido el congreso de los accidentes del trabajo y seguros sociales; cuyas sesiones inauguró el ministro de Comercio, quien expuso que hallándose ya resuelta en principio la cuestión primordial del congreso, tratábase de pasar de la teoría á la práctica.

El primer asunto puesto á la orden del día fué el de los seguros obreros en Alemania á fines del siglo diecinueve. Según la memoria presentada por el doctor Bœdiker, consejero íntimo del gobierno alemán, es necesario, en los Estados modernos, adoptar el seguro obligatorio, por diferente que sea su genio particular. El Dr. Zacher afirmó que el sistema del seguro libre deja á cargo del obrero la solución de un problema que es absolutamente incapaz de resolver por sí solo. Según el orador, los resultados prácticos obtenidos son absolutamente contrarios á la tesis del legislador individualista.

M. Levy-Alvarez, abogado de los tribunales de París, sostuvo la tesis contraria, declarando que es absolutamente imposible asimilar la situación francesa á la alemana.

M. Jay, profesor de legislación industrial en la Facultad de Derecho de París, se mostró, por el contrario, admirador casi sin reserva del sistema alemán.

M. Hartmann presentó un informe sobre la clasificación de las industrias según los riesgos que hacen correr á los trabajadores.

Leyóse una memoria del doctor Kœgler sobre el seguro obrero en Austria, y un informe del doctor Magaldi acerca de los resultados del primer año de aplicación de la ley sobre los accidentes del trabajo en Italia.

Finalmente, el profesor Hjeldt, de Helsingfors, inició al congreso en la ley reglamentaria del seguro obrero en Finlandia, y M. Paulet, delegado del ministro de Comercio y profesor de legislación obrera en la Escuela de Ciencias políticas, dió á conocer la ley francesa de seguros contra los accidentes. Resulta que esta ley es tan complicada, que ha habido necesidad de crear una «Junta consultiva de seguros contra los accidentes del trabajo» y nombrar unos nuevos funcionarios llamados «Comisarios-revisores.»

M. Vernrot, secretario general del Sindicato de Seguros á prima fija, declaró, en nombre del Seguro libre contra los accidentes del trabajo, que las sociedades acaban de modificar sus tarifas de modo que se amolden á la ley de 1898, y que, por consiguiente, el mundo de los seguros acepta el nuevo régimen que se acerca al socialismo alemán, puesto que contiene el principio del riesgo profesional. Esta declaración fué acogida con aplauso, y fueron aprobadas las conclusiones del representante del ministerio de Comercio.

Han seguido luego muchos congresos á los cuales no hemos podido asistir, sencillamente por carecer del don de la ubicuidad. Tales han sido el de las Habitaciones baratas, el de las Estaciones agronómicas, el de la Alimentación del ganado, el de los Vegetarianos, el de los Actuarios, el de la Venta del trigo, el de Minas y el de Metalurgia, por no citar más que los que en este momento recordamos. Ha habido congresos para todas las profesiones y todos los asuntos imaginables; y con ser tan vasto el palacio levantado ex profeso en la Exposición, algunas de esas asambleas no han tenido puesto en él.

El congreso de mineros votó por unanimidad el principio de la jornada de ocho horas y una resolución que tiende á la nacionalización de las minas y á la recuperación de las minas no explotadas en favor de los obreros, ó á la obligación para los concesionarios de explotarlas. Entre otras cosas, el congreso ha reclamado que los que exploten minas entreguen á los sindicatos de mineros una libreta que contenga los salarios pagados, indicando el número de horas de trabajo y el precio de venta de los carbones, á fin de que los obreros puedan hacerse cargo de si la tarifa de los salarios ha seguido la progresión de los precios de venta y de los beneficios realizados por los amos.

También examinó los medios de crear un movimiento general de obreros; y no faltó quien propusiese una huelga universal. Pero los delegados ingleses declararon que no podían adherirse á semejante proceder, porque aún están comprometidos por tres años en virtud de un acuerdo tomado por el comité de conciliación, que crearon á fin de resolver en Inglaterra las cuestiones que surgiesen entre amos y obreros. El presidente, en su discurso de clausura, ensalzó y estimuló la organización obrera internacional.

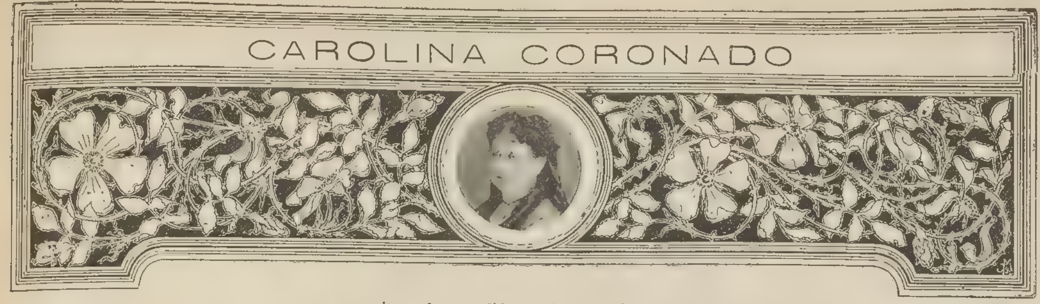
Hemos tenido luego el congreso de agricultura, en el que han tomado parte gran número de representantes de las grandes Asociaciones, de las potencias extranjeras, economistas ilustres, hombres políticos y especialistas ilustrados.

Entre otras cosas, ha estudiado el papel que los sindicatos pueden representar en las relaciones directas entre el productor y el consumidor y las medidas que convendría tomar para fijar los precios de venta, evitando la intervención de los especuladores.

En esta asamblea han hablado casi todos los individuos que tomaron parte en el congreso especial de la enseñanza agrícola, presidido por Casimir-Perier. Se han leído informes notables y se han pronunciado elocuentes discursos sobre la enseñanza general de la agricultura, sobre las escuelas de aplicación y los establecimientos de enseñanza profesional y sobre la enseñanza agrícola en las Universidades, punto de partida de interesantes controversias, como lo ha sido asimismo el informe de Madama Bodin, directora de la Escuela de Goëtlogon, sobre la enseñanza agrícola de las mujeres.

Ahondando más las cuestiones, se ha discutido acerca de la aplicación de las ciencias á la agricultura, y en una palabra, acerca de todo lo que puede mejorar el cultivo de cuanto produce la madre Tierra.

JUAN B. ENSEÑAT.



CAROLINA CORONADO

Hace algún tiempo, recordaba Eusebio Blasco en uno de sus artículos á la *difunta* Carolina Coronado, y respondía ésta desde Cintra, la hermosa ciudad lusitana, dando fe de vida en breves renglones que publicó un diario de Madrid.

Que viviendo un cuarto de siglo retirada casi en absoluto del trato social y ausente de su patria, la consideren á los setenta y seis años difunta los que moviéndose á todas horas en el mundano enjambre llegan á confundir la vida con el ruido y el silencio con la muerte, nada tiene de particular; pero sí es curioso lo que aconteció á la misma señora en sus lozanas mocedades, año de 1843.

Ya entonces era, si no famosa, conocida; y desde Almendralejo, donde nació, enviaba sus versos á la corte, refugio de tantos poetas y madre de tantas desdichas, cuyo suelo no había pisado aún, cuando la noticia de su muerte vino á sorprender á cuantos de nombre la conocían y desde lejos la estimaban.

Siempre hubiera sido sensible ver marchitar en capullo una esperanza; pero en aquellos tiempos de romanticismo exaltado, el dolor siempre hallaba eco en las arpas y lágrimas de tinta en las plumas. No faltaron poetas que llorasen tiernamente sobre un sepulcro avaro de guardar la estimable joya; y á una delicada elegía de Florentino Sanz, respondió la *difunta* con otros versos no menos delicados, asegurando que ni remotamente pensó nunca en abandonar un mundo tan halagüeño, donde todo la sonreía.

Y vino á Madrid, y arrebató con su hermosura ideal, no teniendo que pedir protecciones, porque al verla sus amigos le brindaron amorosa esclavitud.

Deslumbradoras veladas en el Liceo, ardientes declaraciones al día y suspiros al minuto, composiciones poéticas en variedad de metros y en el mismo diapasón de ansia indefinible; todo parecía escaso tributo para la dulce criatura que, uniendo los atractivos arrebatadores de la mujer á las candideces adorables del ángel, fué la desesperación de muchos y el encanto de todos, porque todos admiraban su belleza y su talento y ninguno era su enemigo.

Años antes, el gran Espronceda, en el apogeo de su gloria y de sus travesuras, había dedicado á la inocente niña, que tan sabrosas muestras daba de su ingenio con *La Palma* y *Soledad*, una poesía cuyo comienzo es:

«Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbre de los astros inmortal.
Juro á tus plantas, que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando en el mismo valle hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos, dos.»

El fogoso Espronceda, conterráneo de la dulce Carolina, la presentaba con tan amantes y sentidas estrofas á las admiraciones de la juventud; y á la exaltación del apasionadísimo romántico respondían los cantares de un coro de poetas y las alabanzas de un público tan ansioso de ideal, que lo buscaba frenéticamente á todas horas, hasta en los versos que le ofrecían los folletines de los diarios.

Aquello era el delirio de la versificación. Leyendas, odas, romances y *poesías* de todas cataduras: por lo general sentimentales y llorosas, raras veces cómicas y satíricas; ¡el diluvio en verso! Desde Salas de Quiroga, hasta Ribot y Fonseré, centenares de poetas que ya nadie conoce compusieron millares de obras que nadie sacará en adelante del olvido. La *variedad de metros* era lo que más preocupaba. Gertrudis Gómez de Avellaneda hizo en este particular muy valiosos ensayos, domando el difícil verso de nueve sílabas y el de trece, y ofreciendo *escalas* de variadísimas estrofas, desde dos hasta diez y ocho sílabas, como las había imaginado Víctor Hugo.

Al aparecer Carolina entre la turba de poetastros y escritorzuelos, no dió gran importancia desde un principio á la forma métrica, más interesada en el fondo, que suele ser en sus composiciones una constante divagación psicológica.

En el primer viaje, su estancia en Madrid fué muy breve, y volvió á su tierra natal habiendo publicado el primer volumen de sus *Poesías* (1843) y sentido las primeras caricias de la gloria.

Nueve años de ausencia no bastaron para que la olvidaran sus amigos y admiradores: desde Almendralejo enviaba Carolina sus trabajos, que se dieron á luz en las principales publicaciones periódicas, y sostenía con sus íntimos frecuente correspondencia.

Si los versos de Carolina resultaban dulces y sabrosos, eran sus cartas, para quienes tuvieron la fortuna de recibirlas, un verdadero encanto. Carolina jamás publicó novelas ni frecuentaba la prosa, y su prosa es muy superior á sus versos; las cartas que sus amigos conservan podrían servir como deliciosos modelos; en ellas, más aún que á través de sus mejores poesías, descubre y muestra su corazón puramente femenil y su ingenio delicado. Lástima que tan preciosos manuscritos no se reunan y publiquen para que pudieran recrearse con su lectura cuantos amantes de lo bello se recrean aún con los primores del habla castellana. Pero si Carolina Coronado no reune pronto los tesoros dispersos que derrochó su pluma en cartas admirables, con el último de sus amigos morirá la última esperanza de que tal publicación se realice.

La familia española no es muy aficionada por lo general á conservar los manuscritos de sus difuntos más amados. Cuando las cenizas de un hombre bajan al sepulcro, las cartas y papeles que guardara (y es mucho que los guardare, pues tenemos todos afición á romper y á destruir papeles) también se convierten pronto en cenizas. No parece sino que al morir cada español arrastra consigo el secreto de un crimen, según la prisa que nos damos todos á borrar las huellas de los muertos. Las cartas (lo primero que se destruye y lo que más debiera conservarse) revelan mejor que documento alguno el carácter de quien apresuradamente las escribe. Las cartas de la señora Coronado nos darían á conocer su alma llena de femeniles virtudes, y no sobran, por desgracia, estos ejemplos entre las mujeres que saben manejar una pluma, ni hay muchas escritoras que sepan escribir sus cartas como la señora Coronado; porque para componer un libro de versos, un drama ó una novela, basta el talento; para escribir una carta se necesita corazón.

En 1852 volvió á Madrid Carolina, fijando su residencia en este centro de todas las ambiciones. Dió á la estampa un segundo volumen de *Poesías* y publicó muchas que no están aún coleccionadas. Muy pretendida, muy hermosa, muy alegre, agradábale mucho el trato social; frecuentaba las tertulias de sus amigos y abría las puertas de su casa en justa correspondencia y acaso también por caridad hacia sus adoradores; hablaba con todos y todos hablaban con ella... Sin embargo, *nunca dió que hablar*. Sus alegrías y sus confianzas y sus condescendencias nunca tuvieron interpretaciones maliciosas. Una mujer así ¿no ser presa de maldicientes y despechados? Parece cosa extraña; pero es lo cierto que su virtud se imponía, y fué indiscutible y adorable como su hermosura.

Carolina se casó con Mr. Perry, diplomático extranjero. Viuda ya en el año 74, la muerte de una hija produjo en aquella mujer tan profundo y espantoso desconsuelo, que, vencida por lo irreparable, huyó para siempre, buscando en Cintra un refugio solitario.

Y allí vive aún, apartada y triste, consagrándose á la memoria de su adorada muerta, buscando solamente algún consuelo en el ejercicio de la caridad.

El padre Blanco, en su *Literatura española en el siglo* XIX, dice de Carolina:

«... el mundo interior absorbe por completo sus facultades y su atención, descubriéndole sus misterios é intimidades, que ella sabe traducir con femenina delicadeza. ¿Cómo olvidar, una vez leídas, las cantigas de *El amor de los amores*, tan aladas, bellas y conceptuosas? Quizá no pueda el lector darse cuenta del orden en que van sucediéndose los pensamientos; quizá no se descubre el plan general; pero embelesa aquello mismo que se desconoce, y no es posible resistir á la magia con que atraen aquellos rumores indecisos y desligados, aquella frase dulce y melancólica que recuerda, ya el amor puro de la bíblica sulamita, ya la plegaria ferviente de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, la queja del alma en la soledad, cuando busca extática la compañía y los ósculos del Amado. El fuego que discurre por las páginas del *Cantar de los Cantares* lanza aquí más pálidos destellos, atenuada la fogosa metáfora oriental por la tibia palidez de nuestro lenguaje; pero escondido y todo, se le siente hervir bajo las cenizas. *El amor de los amores* señala el punto supremo adonde llegó el numen de Carolina Coronado, y en relación con éste aparecen menos de lo que son, así sus cantos íntimos y geniales, como alguno que ha consagrado últimamente al movimiento social y á las revoluciones de la edad moderna.»

Celebrando la mayoría de la reina Isabel, enronquecieron los versificadores y se agotó el repertorio de alabanzas y presagios felices. Carolina, muy joven aún por aquella fecha, compuso también una *oda* que no se atrevieron á publicar los periódicos de Madrid y ha quedado inédita. La imaginación juvenil y la mano delicada y hermosa de Carolina escribieron:

«¿Soñasteis, niña, que el luciente dije
que las naciones rige
para juguete os entregó Castilla?
¿Soñasteis, real doncella,
que la diadema bella
es un prendido más que adorna y brilla?
¿Nunca vuestros mentores, con las glorias
que encierran las historias
de soberanas cien, os despertaron?
Vuestros súbditos fieles,
¿nunca de los laureles
de las ilustres reinas os hablaron?
Pues recorred el fasto á vuestras solas
y hallaréis españolas
que por ganar anchura á ese lindero
sus joyas se quitaron,
y con ellas ganaron
una corona más, un mundo entero.
. . . .»

Y terminaba con exaltación:

«. . . . .
las que á su patria venden...
¡no son reinas, mujeres, ni españolas!»

Hoy es monarca el nieto de aquella niña que ocupó un trono: las nieves de medio siglo helaron muchas ilusiones, y dos ancianas, una en París y otra en Cintra, esperan que la muerte les arrebate cualquier día el recuerdo último de tantos placeres desvanecidos y de tantas glorias pasajeras.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

LA RECONQUISTA

En tres años Isabel no tuvo noticias de Celia, su compañera de colegio, amiga más querida, consejera de la juventud y confidente de sus amores.

Muy jóvenes las dos y con pocos meses de diferencia, se habían casado: Celia con un diplomático, hijo de noble familia y dueño de considerable fortuna, é Isabel con un apuesto oficial de húsares, que además de su sueldo disponía de un modesto capital.

Las dos muchachas realizaron sus ensueños de colegiala, esos primeros ideales del amor que al lu-

char con las pasiones y las miserias humanas, casi siempre se desvanecen, como las flores de estufa se marchitan ó mueren cuando se las saca al aire libre, quemadas por los rayos del sol ó agostadas por las agujas de hielo de la escarcha.

Isabel y Celia tuvieron la rara fortuna de entregar su mano y su corazón al único hombre que había pronunciado en sus oídos palabras cariñosas, desde que sus almas vírgenes despertaron para la vida del amor. Las ilusiones y esperanzas acariciadas en el colegio, con el candor y la vehemencia de los primeros días de la juventud, se convirtieron en realidad: Isabel se casó con Eduardo, Celia con Julio y las dos parejas se separaron con ese egoísmo terrible de los enamorados que desean para sí todas las miradas, todas las atenciones y todos los afectos de la persona objeto de su cariño.

Isabel y su esposo fueron á una casa de campo á pasar la temporada de felicidad suprema, que no tiene parecido con ninguna y que se llama vulgarmente luna de miel, queriendo significar sin duda que el matrimonio tiene varias fases, como el astro de la noche, y que á las dulces claridades de la luna llena siguen los cuartos menguantes con sus vientos huracanados y nubes de tempestad, y después las tinieblas de la luna nueva.

Eduardo propuso á la joven marchar al extranjero, pero el alma tranquila de Isabel prefería las soledades de la campiña al bullicio de las grandes capitales. Celia, en cambio, tuvo gran alegría cuando su marido dispuso un largo viaje por Italia y Francia.

Desde aquellos tiempos felices no se habían visto las dos jóvenes. En los tres años transcurridos, ¡cuántos dolores y alegrías, cuántas risas y lágrimas!

Las dos amigas se abrazaron con efusión recordando los días de la infancia, los primeros de la juventud, de tan fausta memoria.

–¡Cuánto has cambiado! Estás desconocida..., dijo Isabel á Celia.

La alegre colegiala, aturdida y locuela, que se reía á grandes carcajadas y que saltaba con la agilidad de un muchacho travieso, se había convertido en una dama del gran mundo. Estaba hermosísima, vestía con la elegancia de una parisiense, andaba con la majestad de una diosa, sus ademanes eran distinguidos sin afectación y á la risa franca y nerviosa de otro tiempo había substituído una sonrisa irónica y amarga que parecía revelar terribles desengaños y absoluta indiferencia.

–Tú estás como hace tres años, dijo Celia á su amiga. El tiempo no ha modificado tu cara ni tu cuerpo, y la vida de casada, la nueva sociedad en que vives y los disgustos no han templado tu espíritu para el sufrimiento. En tu rostro hay la misma tranquila alegría, en tu mirada igual dulzura, en tu voz la misma persuasión... Esos ojos no han llorado..., esos labios no han maldecido..., al entrar en tu casa se experimenta una impresión agradable..., eres dichosa..., este es un hogar feliz.

–A juzgar por tu aspecto, replicó Isabel, no eres una mujer desgraciada, y esos ojos tan hermosos no deben haber derramado muchas lágrimas.

–Sí, Isabel, han llorado mucho y en ellos no brillará la alegría. Me casé enamorada de Julio y él me quería con toda su alma. Los dos teníamos los mismos gustos, aficiones y defectos; el lujo, la vida aristocrática, los viajes, vanidad y orgullo.

Al año de nuestro matrimonio advertí que esta identidad de caracteres podía ser causa de mi desventura, y no me engañaron mis presentimientos. Julio tuvo una amante. ¿Cuál? La mujer de moda, la que sugestionaba por su belleza y elegancia y era solicitada de todos.

Lloré y mis lágrimas no le conmovieron; el amor propio ofendido me hizo indignarme con extraordinaria violencia, pero mis gritos de ira causaron en él la misma impresión que mis súplicas. Pasé una temporada horrible, con una pena que me destrozaba el alma y que marchitaba mi juventud. Dejé de ir á los teatros, apenas comía y pasaba muchas horas encerrada en una habitación llorando amargamente.

Una tarde, hallándome en un cuarto inmediato al gabinete de Julio, oí la conversación que mantenía con un amigo, el cual censuraba su conducta.

Julio le contestó:

«No sabes lo aburrido que es vivir con una mujer que llora ó se irrita y que te acusa con celos estúpidos, impropios de una mujer distinguida.»

Las palabras de mi marido me hicieron un efecto terrible. Desde aquel momento me inspiró profundo desprecio: hoy le veo con indiferencia. Nuestras almas se separan más cada vez, y si aparentamos una armonía que no reina en nuestro hogar, es por temor al escándalo. El está contento sin pensar en mí: yo sufro mucho, pero me voy acostumbrando á esta vida sin afectos profundos y busco compensaciones á mi dolor en teatros, bailes, reuniones y viajes, satisfaciendo mi orgullo y gastando mucho dinero para distraer mi aburrimiento.

–¿Por qué no has luchado para que tu marido vuelva á quererte?, preguntó Isabel.



CURIOSIDAD, cuadro de Francisco Masriera

–¡La reconquista!. ¡Imposible! ¡Le he perdido para siempre!..

–¡Imposible!.. A ti, mi amiga más querida, mi compañera de colegio, no he de ocultar el secreto de mi vida. Este hogar que crees tan dichoso y en el que realmente se alberga la felicidad, ha sido regado con mis lágrimas y testigo de mis dolores infinitos.

Hace poco tiempo, una cortesana me robó el amor de Eduardo.

Se volvió adusto, estaba en casa muy poco tiempo y se negaba á acompañarme pretextando ocupaciones urgentes.

Un antiguo amigo de mi familia me enteró de lo que ocurría, así como de los despilfarros de Eduardo, que podían llevarnos á la ruina.

Al considerar mi enorme desgracia, pensé en la muerte como único consuelo para mis sufrimientos. Si á toda mujer le causa profunda amargura la noticia de que su esposo la engaña, para mí la pena era mayor porque estaba enamorada de mi marido más aún que el día de nuestra boda.

Mi carácter humilde y resignado no se presta á grandes arrebatos de cólera y además tenía yo una enseñanza que no debía dar al olvido.

En el piso tercero vivía un matrimonio que estaba en perpetua guerra. Si el marido decía blanco, la mujer contestaba negro: parecían complacerse en contrariarse, se insultaban frecuentemente y ella tenía alternativas de ira ó de tristeza, y tan pronto lloraba como se ponía á gritar igual que una loca.

Un día hablé con el marido para intentar poner fin á las discordias de los cónyuges, y su respuesta me dió mucho en que pensar.

«No niego – dijo – que he cometido algunas faltas, pero la mujer que no perdona es imposible que pueda ser feliz y hace desgraciados á cuantos la rodean. Mi esposa, que estaba solícita á todos mis caprichos, se ha convertido en un déspota y quiere ser obedecida sin réplica: desea tenerme á su lado para que la oiga reñir á las criadas y acusarme constantemente; si disputa con cualquier persona y le digo que no tiene razón, me llena de improperios; antes tocaba el piano algunos ratos, me hablaba en tono alegre y jovial, y cuando salíamos juntos me miraba, sonreía y murmuraba alguna frase de cariño; ahora, en vez de componerse para que me parezca hermosa, anda por la casa vestida con cuatro trapos y le ha entrado verdadero furor por las faenas domésticas; no me atiende, y si salimos juntos me agobia con celos ridículos y llora y se enfurece. Ha dejado de ser la enamorada para convertirse en un ama de gobierno. Esto quizá podría satisfacer á un hombre prosaico, pero confieso que mi imaginación fantástica y mi inteligencia algo cultivada soñaron en una mujer amante, no en un mayordomo con faldas.»

Sin embargo, aquel hombre quería á su mujer; porque si no, hubiera tardado poco tiempo en perderla de vista.

El razonamiento de mi vecino me hizo pensar en que muchas mujeres son las culpables de la indiferencia de los maridos.

La noche terrible que lloraba la infidelidad de Eduardo no se me iba del pensamiento el pobre hombre del piso tercero. Afortunadamente – me dije – no me parezco á su mujer.

Mas aunque no grito, ni tengo monomanía por las faenas domésticas, ni doy celos á Eduardo, le trato con cierto abandono. La esposa llega á convencerse de que el hombre que es suyo ante Dios y la sociedad, no debe mirar á ninguna otra, y olvida que el amor no se mantiene con la epístola de San Pablo y el código civil, y que la modista es el poderoso auxiliar de la Providencia para que las mujeres parezcan hermosas.

Sequé mis lágrimas, porque una mujer que lloriquea no puede agradar á ningún marido, y resolví hacer la competencia á la cortesana que me robaba el cariño de Eduardo.

He sufrido más que si hubiera llorado mucho, pero desde el primer momento acaricié grandes esperanzas; en mí iba á tener esposa y amante; la lucha podía ser larga, pero la victoria estaba segura.

Puse especial cuidado en presentarme ante él muy bien vestida, con los trajes que eran más de su gusto y perfumada con las esencias de su agrado; aparecía contenta; le prodigaba atenciones y caricias; tocaba en el piano sus canciones favoritas; al marcharse le ofrecía una flor; sin suprimir ninguna de sus comodidades ó caprichos, hice algunas economías en los gastos de la casa y principalmente en los míos, diciéndole que sin duda con las malas cosechas nuestra fortuna había disminuído; no le contrariaba aunque dijera los mayores disparates y me revelé amante apasionada, con la dignidad de la esposa y las alegrías de una cortesana.

No sé si Eduardo se dió cuenta de mi abnegación, del terrible sufrimiento que se ocultaba bajo la máscara de mi fingida alegría, ó si volvió á encontrar en mí la solicitud cariñosa de otros tiempos. El resultado fué que unas veces con el pretexto de que me oyera tocar el piano le retenía más tiempo junto á mí; otras al verme vestida con un traje elegante me proponía llevarme al teatro, oferta que yo aceptaba inmediatamente, y poco á poco, insensiblemente, mi esposo iba teniendo más cariño al hogar y menos afición á la calle.

El éxito me daba fuerzas para proseguir en la lucha por reconquistar el bien perdido, y ponía en práctica todas las coqueterías estudiadas que tanto gustan á los hombres.

Una noche, terminada la cena, después de darle el clavel más hermoso de los que ocupaban el centro de la mesa, toqué una canción napolitana en la que el artista había puesto las melodías más tiernas de su mágica inspiración. Era el lamento de un enamorado que se aleja para siempre del lugar en que vive la ingrata que ha labrado su eterna desventura.

Eduardo estaba detrás de mí, y al terminar la canción cogió mis manos entre las suyas y apretándolas fuertemente me preguntó:

–¿Quieres que nos vayamos á la casa de campo donde pasamos la luna de miel?.. He estado distraído con asuntos que me robaban la tranquilidad y me han hecho perder mucho dinero, pero aún nos queda lo bastante para que podamos ser felices.

La alegría de la victoria hizo que el llanto asomara á mis ojos.

Miré á Eduardo y vi que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Eres la más buena y la más hermosa de las mujeres, me dijo.

Y no hablamos más. Nuestras almas se habían comprendido.

Desde aquella noche este hogar es completamente feliz; pero como el dolor es el gran maestro de la vida, sigo siendo la esposa y la amante: no quiero que tenga que buscarla fuera de casa.

—Tus palabras vienen á resucitar ilusiones perdidas y me sirven de consuelo. Quizá Julio...

—Sí, añadió Isabel. Puedes reconquistarle. Eres joven y hermosa, hay fuego en tu corazón y no están blancos tus cabellos.

Al amor, como á las flores, solamente le mata el frío de la nieve.

GABRIEL BRIONES.

BOCETO

UNOS CUANTOS MILLONES

¡8.726.519 y 6.104.470! de onzas de oro, libras esterlinas, duros ó pesetas..., preferible lo primero..., serían bastante para dejar arregladito á un hombre y á una familia; no soy ambicioso: cedería la primera partida á quien me proporcionase la segunda sin perjuicio de tercero..., y según á que tercero se perjudicase, me tendría sin gran cuidado.

¡Ocho y seis millones, con sus respetables picos!

Pero no se trata de dinero: se trata de algo que vale más que el dinero; se trata del filón del que puede sacarse, del manantial del que puede brotar ó chorrear el dinero.

En letra de molde lo leí en un periódico: según una estadística, refiriéndose á España, resultaba la primera la de los individuos que carecen de oficio y beneficio; es decir..., vagos; y la segunda la de los que no saben leer ni escribir..., ó sean, ignorantes.

Dándonos por contentos y satisfechos con nuestro inalterable censo de población, los 16 millones de habitantes, las antedichas sumas de millones de vagos y de incultos no me parecen excesivas; no hay motivo para alarmarse ni descorazonarse, pues nos resulta un buen pico que se ocupan en algo y que saben leer y escribir.



EUDOXIA, cuadro de Max Pietschmann

Tranquilicémonos, repitiendo la célebre frase de la tragedia: *¡Aún hay patria..., Veremundo!*

Eso de la pérdida de las ricas Antillas, de las miles de vidas allí extinguidas y sacrificadas, de los destrozados buques de guerra, de los millones gastados, de la incesante emigración, del malparado crédito, de los excesivos cambios, y honra y vergüenza por el lodo... y el rabo por desollar..., todo esto, con lo mucho que se deja en el tintero, no significa gran cosa, comparado con nuestras energías, aptitudes, recursos y medios para regenerarnos y levantar muy alto nuestro nombre, prestigio y poderosa acción en el concierto ó desconcierto europeo. ¡Todo se andará!

El comienzo no es malo; 8.726.519 españoles sin oficio ni beneficio..., es decir, ese respetable puñado de hijos de la patria dispuestos ó disponibles para utilizarse en oficios y beneficios, porque si los tuvieran no podría contarse con ellos como disponibles, y 6.104.470 que no saben leer ni escribir, pueden aprovecharse en que aprendan lo conveniente á ellos y á la patria, dejándoles en la provechosa ignorancia de cuanto á ellos y á ella sea nocivo.

Pues eso que parecía una calamidad, puede resultarnos una ganga. Lo desconsolador sería si todos esos individuos tuviesen ya sus oficios..., si todos estuviesen al corriente..., entonces el apuro sería insuperable...

¡No contar con gente disponible! ¡Ahí es nada! En este caso nos resultaría inútil y por demás atender á la Instrucción Pública, pensar en creaciones de escuelas de todo género y para toda clase de profesiones, oficios y carreras..., faltando gente para ocuparse en estudiar y aprender, ¿qué se hace? Teniendo ya oficios y beneficios, sabiendo ya leer y escribir, ¿á qué pretenderlo? Nos resultaría encontrarnos con la ley de la impenetrabilidad de



Crepúsculo, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

los cuerpos, donde está uno no puede caber otro: ó sea, ¿cómo empeñarse en hacer saber al que sabe, en ocupar al que está ocupado, en instruir al instruído, en educar al educado?

Aunque parezca paradógico, nuestro gran recurso está en esos ocho millones y pico de vagos, y los otros que no saben leer ni escribir..., ese cúmulo de ciudadanos y ciudadanas daría de sí para mucho más de lo que puede suponerse ligeramente mirado. Digo y repito que es una ganga y un gran filón para regenerarnos..., porque si esperamos dar este paso con la rutina de todo lo ensayado, sin corrección ni enmienda, con los elementos con que hoy se cuenta y con los cuales se sueña, podemos esperarlo... tendidos... Es de precisa necesidad echar mano de algo nuevo y estupendo; y ahí están los vagos y los ignorantes.

Las naciones civilizadas fundan su poderío, su riqueza, su bienestar y todo lo que contribuye á la consideración de tales, en lo instruído de sus individuos, en su ocupación útil y el producto de su múltiple y variado trabajo. Pero como nosotros lo pensamos y hacemos todo al revés de ellas, ¿por qué no hemos de fundar esa esperanza en la utilización de los vagos y aprovechamiento de los ignorantes? ¡Quizá diese un resultado!

Juan O-Neill.

LAS CRUCES

I

En dos años largos que hacía que Periquín estaba en la manigua, no había escrito una mala carta ni á la tía Marina, su madre, ni á la Gabriela, su novia, ni á nadie; ni siquiera al padre Sebastián, que tanto le protegió en su infancia de monaguillo cepero.

Hacía ya tiempo que en el pueblo se le daba por muerto en alguna de aquellas sangrientas jornadas que diariamente relataban los periódicos, y más de una vez la tía Marina llegó gimiendo y moqueteando hasta los pies de la Virgen de la Vega á pedir á la santa que si Periquín vivía escribiera, y si había muerto fuera derechito al cielo.

Así es que el mismo padre Sebastián quedóse petrificado cuando recibió aquel sobre de Cuba y leyó



Viaje de SS. MM. y AA. - Gijón. - Columnas levantadas por la fábrica de hierros y alambres Moreda (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

aquellas líneas de garrapatos firmados por Periquín, que decían ó más bien querían decir:

«También dirá usted á mi madre y á la Gabriela y á todos que estoy vivo y que me embarcaré con mis cruces en el primer vapor que salga para España...»

La noticia corrió como el fuego, y á la media hora ya no se cabía en casa del padre Sebastián; Santa Fe en masa quería leer con sus propios ojos los cuatro garrapatos con que Periquín anunciaba su regreso.

Roque y la tía Marina, los dos viejecitos que tanto habían rezado por la vida de Perico, lloraban de alegría cuando el vicario leíales, letra por letra, la providencial esquelilla.

Algunos de los trasnochadores mozalbetes del pueblo vieron aquella madrugada á una mujer que rezando y arrodillándose de trecho en trecho, subía descalza la cuesta del Sagrario; decían que era tan hermosa, que el pálido reflejo de luna bañaba de un tinte bíblico su cara de virgen; y hubo quien juró y perjuró que aquella virgen era Gabriela, que llegaba á rezar al Cristo de la Luz por la feliz noticia.

II

Era día de fiesta. El riente caserío de Santa Fe simulaba de lejos paisaje de blancos copitos de nieve, enjambre de palomas encamadas hendiendo al aire el plumaje de sus abanicos. Una inmensa sábana de sol doraba la alfombra verde que á modo de collar de flores silvestres ciñe aquel alegre montón de torres y chimeneas.

Acababa la misa mayor. Mozos y



Viaje de SS. MM. y AA. - Arco levantado por el Crédito Industrial Gijonés (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)

Paso de SS. MM. y AA. por el Boulevard (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

mozas cruzaban en perezosos grupos los alrededores de la iglesia. Las músicas sacras del órgano ahogaban en el espacio el último ritmo de sus angélicas vibraciones, y por todas las rendijas del templo salían, como nimbo de nubes, jironcitos azules de incienso. El suave reflejo que bañaba la penumbra del pórtico, arrancaba á las vidrieras grises destellos multicolores y cintas de luz morada, y en lo más elevado de la torre, sobre la alta cúpula, una bola dorada flameaba con llamaradas de fuego.

Aquel día llegaba Periquín. Después de la misa todo el pueblo bajaría á recibir lleno de júbilo al guerrillero que años atrás gateaba por los retablos de la iglesia y hacía diabluras con la *chica* y la esquila del campanario.

III

El alcalde y el padre Sebastián formaban la cabecera de la comitiva.

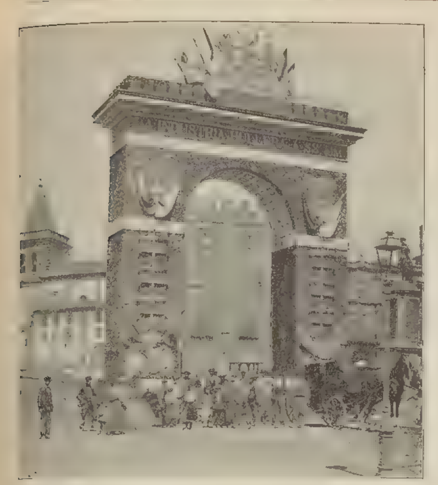
Cuando el tren pisó tableteando las agujas de Santa Fe, la banda de música entonó una lucida marcha, y el tío *Izquierdo*, el pregonero, comenzó á gritar dirigiéndose á las ventanillas de los repatriados

-¡Viva el hijo de la tía Marina! ¡Viva Periquín!.. ¡Viva!..

Periquín apareció en la portezuela temblando de emoción, y entonces empezaron los gritos y los atracones al coche. Volvía que daba pena verle: seco, escuálido, hundidos los ojos, con el color plomizo de la calentura tropical, y tan débil, tan decaído, que se moría á chorros. Las mujeres se le colgaron al cuello: una le besa, ésta le limpia el sudor, aquélla le enjuga las lágrimas. Y todas á la vez, después de mirarle y remirarle mucho,



Viaje de SS. MM. y AA. - Gijón. - Llegada de SS. MM. y AA. (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – GIJÓN. – Arco de carbón de piedra levantado por la Industria Hullera (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

–¡Las cruces, las cruces!.. ¿Dónde están las cruces?, decían gritando.

El pobre Periquín, lleno de angustia, elevó sus ojos al cielo, y mientras desabrochaba trabajosamente su chambra de rayadillo, díjoles con voz muy débil:

–¿Mis cruces, mis gloriosas cruces?.. ¡Pues miradlas!..

Y sobre la tabla desnuda y huesosa de su pecho aparecieron grabadas dos grandes cicatrices de un rojo cárdeno, en las que resaltaban como emblema purpúreo dos líneas en forma oblicua, símbolo perfecto de aquel gran madero donde escribió Jesús la redención del mundo...

. . . .

A las oraciones todavía resonaba por las calles del pueblo aquella orquesta solemne de besos y lágrimas, de músicas y vivas al heroico Periquín.

Y á intervalos oíase también la voz fatigada del héroe que, ahogándose y todo, repetía á la sordina:

–¡Viva España!.. ¡Viva España!..

IV

Pocos meses después, una madrugada, al rayar el día, la *gorda* del campanario vibró los acompasados y medrosos golpes del sacramento.

Algunas rejas de las inmediatas á la iglesia abriéronse silenciosas, y manos discretas asomaron temblorosas luces con que alumbrar la obscuridad de la plaza, por donde cruzaban precipitadamente el vicario y el sochantre de semana.

El padre Sebastián tuvo un negro presentimiento. ¡Se lo dijo una ladrona y agorera lechuza que cruzó chirriando un salmo elegíaco por los aleros de la casa del pobre Periquín!..

V

Y otra vez los trasnochadores mozalbetes del pueblo aseguraron haber visto, de vuelta del cementerio, á la hermosa mujer de la cuesta del Sagrario, en cuyo rostro de Virgen reflejábase, como beso de luz alabastrina, un rayo de pureza. Decían algunos que con sus pies de nieve y sus ojos húmedos y brillantes y su manto de cabellos á la espalda, parecía una dolorosa..., y hubo quien juró y perjuró que aquella dolorosa era Gabriela, que volvía de colgar en el nicho de Periquín una corona de pensamientos...

E. ALBERTO CARRASCO.

VIAJE DE SUS MM. Y AA.

Con objeto de que S. M. el rey D. Alfonso XIII visitara algunas poblaciones de la costa Noroeste de la península, dispuso el gobierno el viaje que actualmente está realizando la Real familia á bordo del *Giralda*. Componen la escuadrilla regia, además de este buque, el cañonero de primera clase *Vasco Núñez de Balboa*, el *Urania*, precioso yate donado al Estado por su propietario el señor Recur, y el crucero de tercera clase *Infanta Isabel*.

Salieron los regios viajeros de San Sebastián el 16 de agosto último, á las diez de la mañana, y llegaron á Bilbao á las cuatro de la tarde, dirigiéndose inmediatamente á la Basílica de Santiago, en donde se cantó un *Te Deum*, y de allí al Ayuntamiento, en cuyos salones verificóse una recepción solemne, y al palacio de la Diputación. Al día siguiente, SS. MM. y AA. oyeron misa en el santuario de Begoña, colocaron la primera piedra del hospital de Bazurco, y visitaron las fábricas «Vizcaya» y «La Ibérica,» y los Astilleros del Nervión.

En la mañana del 18, el *Giralda* zarpó con rumbo á Gijón, adonde llegó á la madrugada del 19, desembarcando algunas horas después en el muelle de Musel. Después de haber asistido al *Te Deum*, que se cantó en la Iglesia de San Pedro, los reyes y su acompañamiento presidieron en las Casas Consistoriales la recepción, terminada la cual se dirigieron al lugar en donde ha de emplazarse el nuevo cuartel de Alfonso XIII, procediendo allí á la colocación de la primera piedra de este edificio. Por



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – GIJÓN. – Colocación de la primera piedra del Cuartel de Alfonso XIII (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

la tarde, después de la recepción particular organizada en honor de Sus Majestades en el palacio de los condes de Revillajigedo, la escuadrilla se dirigió á Avilés, adonde llegó el 20 al mediodía, y por la tarde recorrieron los regios viajeros la población, visitando la Casa Ayuntamiento.

El 21 salió el *Giralda* de Avilés y á las cuatro de la tarde del 22 llegó á la Coruña: la familia real no desembarcó hasta la mañana siguiente, asistiendo al *Te Deum* en la iglesia de San Jorge y á la revista militar que se verificó en la Avenida del Cantón, visitando el Instituto fundado por el señor Guaseda y concurriendo á la recepción en la Capitanía General y por la noche á la función de gala del teatro Principal.

Los temporales que se desencadenaron en las costas cantábricas obligaron á la escuadrilla á permanecer en la Coruña hasta el día 28, en que, habiendo abonanzado el tiempo, se hizo á la mar, visitando Corcubión, Muros y Marín, desde donde Sus Majestades y AA. se dirigieron el día 30 por tierra á Pontevedra. En aquella ciudad, después de oir el *Te Deum* en la iglesia de Santa María, asistieron á la recepción que se verificó en el palacio de la Diputación Provincial, y de regreso á Marín, dirigiéronse los regios viajeros á Vigo, adonde llegaron en la tarde de aquel mismo día, asistiendo á la función religiosa de la Colegiata. Al día siguiente visitaron la población, y á la una y media de la tarde del día 1.° zarpó la escuadrilla, llegando pocas horas después á Villagarcía, en donde permanecieron los reyes hasta la tarde del 2, en que salieron para el Ferrol. El desembarque en esta última ciudad se verificó á las cinco de la tarde del 3; en el puerto se encontraban anclados varios buques de guerra extranjeros enviados allí expresamente para saludar á los reyes de España. Los festejos que en el Ferrol se han celebrado han sido como los verificados en las demás poblaciones del itinerario recorrido, habiendo Sus Majestades y AA. visitado los principales edificios y sitios de la ciudad y asistido á varias recepciones y fiestas en su honor organizadas. El día 7 se habrá dirigido la escuadrilla á Santander, desde donde regresará á San Sebastián.

En todas partes han sido los reyes aclamados con entusiasmo; en todas partes las corporaciones oficiales y particulares han rivalizado en el adorno de las poblaciones visitadas por aquéllos, y en todas partes el pueblo se ha asociado á las manifestaciones de cariño y respeto dispensadas á la real familia.

Las fotografías que en esta página y en la anterior reproducimos y que dan idea completa de lo que en honor de los regios viajeros hizo la importante ciudad de Gijón, nos han sido remitidas por el notable fotógrafo gijonés D. Ricardo del Río, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha tenido. – Z.

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer. – Los ingleses continúan lenta, pero seguramente, su movimiento de avance, habiéndose apoderado el general Buller de Machadodorp y habiendo cruzado el río Cocodrilo. En los montes de este nombre se han concentrado las tropas del general boer Botha, excepción hecha de algunos comandos que probablemente se dedicarán á dificultar las comunicaciones del citado general inglés con el Natal.

Kruger, Steijn y algunos comandantes se han marchado, según parece, á Nedelspruit.

No quiere esto decir que los ingleses ocupen tranquilamente los territorios por ellos invadidos; y bien lo demuestra el hecho de que 500 boers que hace tiempo operaban en las inmediaciones de Johannesburgo, han entrado recientemente en la cárcel de Klip River, situada á ocho



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – GIJÓN. – Arco levantado por el Ayuntamiento (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)



UNA BODA EN VALENCIA, cuadro de V. de Paredes ([illegible])



COMBATE DE DON QUIJOTE Y EL ESCUDERO VIZCAÍNO, cuadro de José Moreno Carbonero (Exposición Universal de París de 1900)



GUERRA ANGLO-BOER. – El general De Wet, su secretario Du Toit y el ex presidente de Orange Mr. Steijn en su campamento



GUERRA ANGLO-BOER. – El hijo del general De Wet en el campamento de su padre

millas de aquella capital, poniendo en libertad y armando á los prisioneros que allí había y que eran en su mayor parte extranjeros é indígenas. Aunque el general Brabant logró poco después recuperar á 35 de aquellos prisioneros, el golpe de mano llevado á cabo por los guerrilleros boers indica que dista mucho de haberse restablecido la normalidad aun en los puntos en que parecen estar más sólidamente establecidos los ingleses.

El general Roberts ha publicado una proclama declarando que desde 1.° de septiembre el Transvaal forma parte de las posesiones de S. M.

Las bajas de los ingleses desde el comienzo de la guerra hasta el 25 de agosto alcanzan la cifra de 40.561, entre muertos, heridos, enfermos, prisioneros y repatriados, sin contar los heridos y enfermos que han podido volver á las filas ni los que en la última indicada fecha se encontraban en los hospitales.

En esta página publicamos el retrato del general De Wet, que tanto está dando que hacer á los ingleses, y algunos grabados con él relacionados.

***

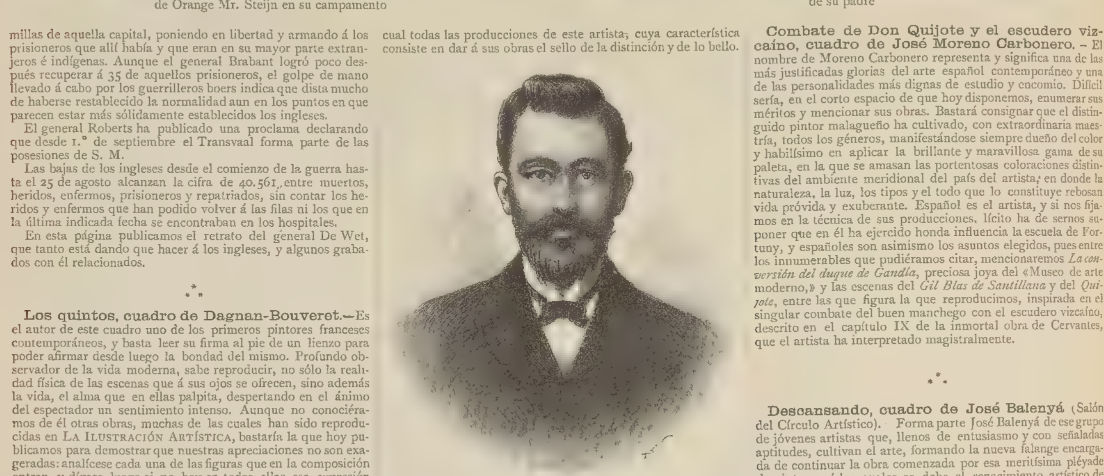
Los quintos, cuadro de Dagnan-Bouveret.—Es el autor de este cuadro uno de los primeros pintores franceses contemporáneos, y basta leer su firma al pie de un lienzo para poder afirmar desde luego la bondad del mismo. Profundo observador de la vida moderna, sabe reproducir, no sólo la realidad física de las escenas que á sus ojos se ofrecen, sino además la vida, el alma que en ellas palpita, despertando en el ánimo del espectador un sentimiento intenso. Aunque no conociéramos de él otras obras, muchas de las cuales han sido reproducidas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, bastaría la que hoy publicamos para demostrar que nuestras apreciaciones no son exageradas: analícese cada una de las figuras que en la composición entran, y dígase luego si no hay en todas ellas esa expresión que produce la emoción de la verdad admirablemente sentida y no menos admirablemente pintada. El jurado de la actual Exposición de París, al conceder á *Los quintos* la mayor recompensa, ha hecho justicia á las excelencias del cuadro, y ha consagrado la fama de que desde hace tanto tiempo goza su autor.

***

Curiosidad, cuadro de Francisco Masriera.—La nueva producción de Francisco Masriera debe estimarse como un medio utilizado por el artista para dar muestra de su habilidad, de su maestría y de su exquisito gusto. La bella figura de la joven modelo, que tras el biombo atisba la importuna visita que impide al pintor proseguir su trabajo, es un modelo de delicadeza de ejecución, así como los pormenores que completan el cuadro, resultando un conjunto que atrae y seduce, cual todas las producciones de este artista, cuya característica consiste en dar á sus obras el sello de la distinción y de lo bello.



GUERRA ANGLO-BOER. – Vagón que forma parte del tren del presidente Kruger y que hace las veces de Caja del Tesoro



GUERRA ANGLO-BOER. – El general boer Cristián De Wet

Eudoxia, cuadro de Max Pietschmann. – Figuró este cuadro en la última exposición alemana de Bellas Artes celebrada en Dresde, y con justicia llamó la atención de críticos y aficionados inteligentes por la naturalidad de la actitud y la expresión del rostro de la dama retratada y por la simplicidad de ejecución que en él se admira. No hay en esa figura el menor asomo de *pose*, el más pequeño artificio; todo en ella es verdad, y de aquí el encanto que su contemplación produce; que la belleza, cuanto más ajustada á la realidad se ofrece, tanto más cautiva.

***

Crepúsculo, cuadro de Félix Mestres. – Notable progreso señala en Félix Mestres el cuadro que reproducimos en estas páginas. Corresponde á un género especialísimo, que hace algún tiempo cultiva con aprovechamiento, puesto que representando cuadros de costumbres locales obedecen todos ellos al empeño del pintor en obtener el resultado que persigue por medio de las difíciles tonalidades que han de resultar amortiguando la luz, cual acontece en el lienzo titulado *Crepúsculo*, en el que se destaca una amorosa pareja en uno de los más pintorescos sitios de los alrededores de Barcelona, y en el momento en que el día declina acentúanse las sombras y el artista ha de luchar, según hemos dicho, con los limitadísimos recursos para obtener efecto.

***

Una boda en Valencia, cuadro de V. de Paredes. – El distinguido pintor español Sr. Paredes ha seguido en este cuadro las huellas de los que, con Fortuny al frente, han creado un género especial en nuestra pintura, y justo es consignar que el éxito más completo ha coronado su obra, pues en *Una boda en Valencia* ha sabido vencer las mayores dificultades de composición y acumular esa riqueza de detalles y esas notas de color que caracterizan el género á que hemos hecho referencia. El jurado de la Exposición Universal de París, en donde figura este lienzo, ha otorgado á su autor una mencion honorífica.

Combate de Don Quijote y el escudero vizcaíno, cuadro de José Moreno Carbonero. – El nombre de Moreno Carbonero representa y significa una de las más justificadas glorias del arte español contemporáneo y una de las personalidades más dignas de estudio y encomio. Difícil sería, en el corto espacio de que hoy disponemos, enumerar sus méritos y mencionar sus obras. Bastará consignar que el distinguido pintor malagueño ha cultivado, con extraordinaria maestría, todos los géneros, manifestándose siempre dueño del color y habilísimo en aplicar la brillante y maravillosa gama de su paleta, en la que se amasan las portentosas coloraciones distintivas del ambiente meridional del país del artista, en donde la naturaleza, la luz, los tipos y el todo que lo constituye rebosan vida próvida y exuberante. Español es el artista, y si nos fijamos en la técnica de sus producciones, lícito ha de sernos suponer que en él ha ejercido honda influencia la escuela de Fortuny, y españoles son asimismo los asuntos elegidos, pues entre los innumerables que pudiéramos citar, mencionaremos *La conversión del duque de Gandía*, preciosa joya del «Museo de arte moderno,» y las escenas del *Gil Blas de Santillana* y del *Quijote*, entre las que figura la que reproducimos, inspirada en el singular combate del buen manchego con el escudero vizcaíno, descrito en el capítulo IX de la inmortal obra de Cervantes, que el artista ha interpretado magistralmente.

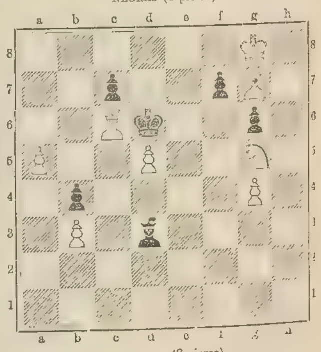
***

Descansando, cuadro de José Balenyá (Salón del Círculo Artístico). Forma parte José Balenyá de ese grupo de jóvenes artistas que, llenos de entusiasmo y con señaladas aptitudes, cultivan el arte, formando la nueva falange encargada de continuar la obra comenzada por esa meritísima pléyade de pintores, á los cuales se debe el renacimiento artístico de Cataluña. El lienzo que reproducimos, de filiación ruralista, demuestra las aptitudes y cualidades del novel artista y hace concebir la esperanza de que dentro de pocos años llegará á producir obras de verdadero mérito.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 208, POR O. LOBBECKE

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 207, POR PH. KLETT

Blancas.	Negras.
1. T b 3 – b 5	1. C f 7 – e 5:
2. D h 8 – e 8	2. Cualquiera.
3. D, C, T ó P mate.	

VARIANTES

1..... C toma D; 2. e 5 – e 6 ó f 6:, etc.
1..... C f 7 – [illegible]; 2. e 5 – d [illegible], etc.
1..... [illegible]; 2. D [illegible], etc.
1..... R d 4 – [illegible]; 2. [illegible] c 2 – e 4, [illegible] etc.



Fanfán, convicto de vagabundería, pero «habiendo obrado sin discernimiento,» era enviado á una casa de corrección

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

– La historia de siempre, dijo el sargento, sentándose al escritorio para inscribir al recién llegado. A ver, muchacho, ¿cómo te llamas?

Fanfán vaciló un momento.

¿Qué nombre iba á decir?

Acordóse de su amigo y contestó:

– Claudio.

– ¿Y de apellido?

– No tengo apellido.

– ¿Cómo se llama tu padre?

– No tengo padre.

– ¿Pues cómo se llamaba?

Fanfán calló otra vez.

Entre los pilletes que pululan por París, hay muchos que vagabundean por holgazanería y por vicio; pero abundan también los que huyen de los malos tratamientos que reciben en sus casas.

Y es difícil obtener de los niños de esta última categoría la indicación exacta del nombre y domicilio de sus padres.

Los hay que apenas cuentan diez años, é inventan historias y nombres con tales apariencias de verdad, que despistan completamente á la policía.

Otros se encierran en un silencio tan obstinado, que no hay súplicas, ni promesas, ni amenazas que les haga salir de su reserva.

Al sargento no le sorprendió mucho el empeño de Fanfán en no querer dar explicaciones.

– El señor comisario será tal vez más hábil que yo en hacerte hablar... ¡Ea!, mientras tanto, ponedle á la sombra.

Uno de los guardias encerró al niño en un calabozo provisto de un catre en que roncaba un borracho.

Al ruido de la puerta, el hombre despertó á medias y dijo:

– ¡Calla! ¡Un muchacho! Acuéstate á mi lado, y me quitarás el frío.

Fanfán empezó á gritar.

La puerta volvió á abrirse en seguida.

El borracho se había incorporado, y su cara bestial era tan horrible, que el sargento comprendió el espanto del niño.

Inmediatamente le hizo salir.

– Échate ahí sobre esa manta, al lado del guardia que te recogió, dijo á Fanfán.

Y encerró de nuevo al borracho.

Cerca de las doce del día, después de una entrevista con un comisario, tan infructuosa como su conversación con el sargento, Fanfán fué metido en el coche celular que recoge tres veces diarias los presos de cada cuartelillo.

– Anda, muchacho, le dijo el sargento. Haces mal en no querer dar las señas de tus padres. Es posible que tengas tus motivos para no hablar; pero tu obstinación te costará muchas lágrimas, porque se me figura que eres un chico de buen fondo.

El coche celular llegó al Palacio de Justicia y se detuvo en un patio interior.

Fanfán y sus compañeros de viaje fueron sacados uno á uno de sus compartimientos.

Un agente les condujo á una salita, haciéndoles sentar en varios bancos, colocados delante de la mesa de un inspector.

Aquel es el *Bureau de la Permanence* por donde desfila sin cesar la población nómada ó criminal de París.

Allí es donde se puede observar la verdadera fisonomía de los acusados.

Transcurridos algunos días ó simplemente algunas horas, cada cual habrá reflexionado, combinado su plan ó preparado su papel en la soledad de su encierro.

Al oir su nombre, Fanfán se levantó, mientras el inspector se enteraba someramente del acta de su arresto.

– ¿Cómo te llamas?

– Claudio.

– ¡El apellido!

– No tengo.

– ¿Qué edad tienes!

– No sé.

– ¿Dónde vives? ¿Dónde viven tus padres.

– No sé.

El niño empezó á llorar.

El lúgubre aspecto de la sala, lo grueso de las puertas y cerrojos, el aire severo de los guardias, su palabra imperativa y breve, su mirada dura, el rostro patibulario de los presos que le rodeaban y aquella especie de automatismo á que le sometían desde por la mañana, todo había producido en el pobre muchacho una indecible emoción.

No tenía miedo.

¿De qué había de tenerlo?

No había hecho nada malo.

Quería ser honrado y nada más; quería aprender un oficio para trabajar como todo el mundo.

Quería escapar para siempre á los horribles espectáculos que le habían aterrorizado. ¡No quería robar! ¡No quería ser cómplice de un crimen mucho mayor!

No iban á meterle en la cárcel por esto.

Aquellos hombres parecían algo rudos, pero no debían ser malos.

Por la mañana en el cuartelillo, los guardias de orden público le habían dado de comer.

El sargento le miraba con ojos llenos de indulgencia y compasión, y había empleado mucha dulzura para arrancarle su secreto.

Pero no podía decirlo.

Le hubieran devuelto á sus verdugos.

No. Ninguna de aquellas personas, que representaban la justicia, le castigaría.

No tenía más que explicarse, decir lo que deseaba, y se le concedería.

El inspector continuó:

– No se trata de llorar. Vamos á ver; tú sabes muy bien la calle en que viven tus padres ó tus amos. ¿Qué oficio tienes?

– No tengo oficio, contestó Fanfán entre sollozos; pero yo le juro á usted, caballero, que lo que yo deseo es trabajar y ser honrado. Dígame usted lo que tengo que hacer, y lo haré en seguida. Obedeceré y seré bueno.

– Pues dime dónde viven tus padres.

Fanfán bajó la cabeza, apretó los dientes y redobló sus sollozos.

El inspector hizo una seña.

Uno de los guardias cogió al niño del brazo y lo condujo á una sala inmediata.

Allí había un hombre.

Con una rapidez increíble, registró los bolsillos del muchacho y sacó de ellos algunos objetos insignificantes: un trompo con su cuerda, un pañuelo, un cuchillo y cinco monedas de á cinco céntimos.

– A este galopín no le han preso por haber saqueado el Banco de Francia, dijo el hombre entregándolo á otro individuo que llevaba en la mano un manojo de llaves.

– Sígueme, dijo éste.

Fanfán obedeció; siguiendo á su guía, atravesó un gran patio, entró por una puerta de hierro que se había abierto por la parte de dentro con gran ruido de herrajes, y pasando de mano en mano y de guardia en guardia, llegó á la última puerta y fué metido en un patio estrecho en que entretenían diversamente sus ocios unos treinta muchachos de corta edad, bajo la vigilancia de un carcelero que se paseaba por el corredor.

¡Estaba en la cárcel!

Entonces recordó todo lo que el infame Isidoro

le había dicho á menudo acerca de las cárceles.

Allí es donde se trababa conocimiento con ladrones y asesinos, donde éstos preparaban robos y asesinatos para cuanto hubiesen recobrado la libertad, donde se aprendían las astucias del oficio.

Y recordaba también los vergonzosos relatos del miserable, las infames costumbres que le habían descrito, los placeres ignominiosos que le habían pintado.

La vergüenza, la cólera y la desesperación se apoderaron de él.

¡Estaba en la cárcel!

Echó de nuevo á sollozar.

Pero, al mismo tiempo, un pensamiento valeroso reanimó su corazón.

Era digno hijo de la Bretaña.

Había heredado la obstinación orgullosa de su abuela, y en tales circunstancias, la obstinación se convertía en elevado sentimiento de noble firmeza.

– ¡En la cárcel!.., dijo. No he merecido estar en ella. Pero si me tienen aquí días, la atravesaré sin contaminarme, sin hablar á nadie; y puesto que no he cometido ningún acto punible, no tendrán más remedio que ponerme en libertad. No habré dicho el nombre de los miserables que no quiero volver á ver. Así nadie me obligará á juntarme otra vez con ellos.

Sus compañeros de cárcel le parecieron horribles. Su cinismo, el alarde de sus vicios, sus fanfarronadas obscenas le dieron asco.

Poco le importaban las burlas de los más desvergonzados.

Tenía buenos puños; su agilidad y su destreza eran maravillosas, y el miedo era para él un sentimiento desconocido.

Al cabo de pocas horas, todos lo habían comprendido ó más bien adivinado así.

Hasta los más talluditos le respetaron.

Bien que la presencia del vigilante impedía toda manifestación ruidosa.

Los más tunantes se contentaron en juzgarle imbécil.

Todos dejaron que llorase solo.

Por la noche, le dieron de cenar, pero no pudo probar bocado. A la hora de acostarse, subió con los demás al dormitorio.

Este dormitorio se hallaba en el primer piso, en el cuerpo de edificio de la enfermería.

Era una gran sala, baja de techo, con escasa ventilación y poca luz.

Reinaba en ella un calor insoportable, y el hacinamiento de los muchachos la llenaba de un olor fétido, aumentado por la presencia de barriles que servían de urinarios.

Todos los presos hacían cama redonda sobre jergones, cubiertos con mantas.

Un mechero de gas alumbraba el dormitorio y siempre había un vigilante de guardia.

Según la ley, todo preso ha de ser interrogado por un juez de instrucción, antes de que pasen veinticuatro horas.

El juez le pone en libertad, si es evidente su inocencia, ó regulariza su detención firmando una providencia, en virtud de la cual el acusado entra en la cárcel.

Pero á menudo, cuando se trata de un niño, la Prefectura de Policía, por no entregarlo á la justicia, practica averiguaciones y diligencias á fin de obtener que vuelva al seno de su familia; y entonces el niño se queda en el Depósito, en espera del resultado.

Lo mismo hace el tribunal en muchas ocasiones.

Los magistrados no continúan en la instrucción del proceso, sino cuando resulta probado que la mendicidad, la vagabundería y el robo son ya para el niño una costumbre, imposible de corregir sin los medios rigurosos de la condena, ó cuando están persuadidos de que vale más sustraer al niño á la influencia perniciosa de su familia, que dejarlo en libertad.

El acta de arresto de Fanfán hizo suponer desde luego á la Prefectura de Policía y después al juez de instrucción que se trataba del caso frecuente de un niño que huía de los malos tratamientos de su familia.

Practicáronse diligencias que no dieron resultado.

Interrogado por el juez, Fanfán se obstinó en guardar silencio.

Pero el magistrado, acostumbrado á sondear las almas y los corazones á través de las máscaras más impenetrables, al ver en la candidez de sus bellos ojos, en aquella mirada franca y firme sin desfachatez, en aquella frente serena, en aquellos labios sonrosados y correctos, indicios bastantes para comprender que no se hallaba en presencia de un hipócrita ni de un vagabundo, se interesó por él, perseverando en su propósito de ponerlo en libertad.

– Escucha, muchacho, le dijo: adivino tu situación. Tienes un padre que es malo contigo, que te maltrata; ¡y si no es tu padre, es tu madre. El ha muerto tal vez, y ella te mata de hambre. O bien uno de ellos se porta mal, y su escandalosa vida te causa horror. Has huído de ellos para crearte una existencia honrada, ¿verdad? Lo leo en tu cara, eres un buen muchacho. Pues bien, yo te prometo, si es así, que te arrancaremos de sus manos y te colocaremos donde no puedan hacerte daño. Pero necesitamos estar seguros, absolutamente seguros de que tus padres merecen que te sustraigamos á su autoridad. No tengo la menor duda, pero necesito una prueba. Y esta prueba la tendremos tan pronto nos hayas dicho cómo se llaman y dónde viven.

Fanfán sufría cruelmente al oir tan buenas palabras.

Creía en la sinceridad del magistrado.

Estaba seguro de que al dar los informes que le pedían, se libraba de Ceferina y *Caracol.*



Permanecía día y noche solo, encerrado en su celda...

Veinte veces estuvo á punto de hablar, pero siempre se lo impidió un sentimiento singular.

– Si digo quiénes son, pensaba, se descubrirán sus crímenes. Y yo les habré hecho traición. Lo cual es una cobardía, una infamia. ¡No! ¡No me lo harán decir!

El magistrado tuvo que mandarlo al Depósito, bajo el nombre de Claudio.

Al día siguiente, Fanfán fué trasladado á la *Petite-Roquette* en el coche celular.

Esta cárcel de muchachos está formada por un inmenso hexágono de tres pisos, que forma circunferencia en torno de un punto central ocupado por una rotonda. Tiene seis alas que van de la circunferencia al centro, como los radios de una rueda, y dividen el hexágono en seis partes iguales.

La cárcel contiene quinientas celdas.

Los presos se hallan sometidos á un trabajo cualquiera.

Fanfán, detenido provisionalmente, no tenía que trabajar.

Permanecía día y noche solo, encerrado en su celda sombría y triste.

En un momento dado, el carcelero le abría la puerta para que bajase al patio.

Después del tiempo reglamentario, le volvían á encerrar.

En su celda no veía más que al carcelero que le llevaba la comida.

Era aquélla una tumba más lúgubre que las que guardan los cadáveres. Sobre éstas, al menos, llueven oraciones, lágrimas y flores.

Hay viejos condenados que se vuelven locos al cabo de algún tiempo de permanecer en el silencio y la soledad del calabozo.

Aquella existencia quebrantaba al pobre niño.

No comprendía por qué razón le habían impuesto un silencio tan cruel.

Lloró amargamente al principio.

Tuvo después arrebatos de cólera concentrada, que hinchaban sus venas y le oprimían el corazón.

Más tarde, el desaliento y la desesperación se apoderaron de su ánimo.

Por último se infiltró la cobardía en su alma.

Sus tormentos eran insufribles.

Haría traición á *Caracol* y á sus cómplices.

Diría cuanto sabía.

Daría los detalles más minuciosos.

Contaría las maldades cometidas en su presencia durante sus viajes por toda Francia; las raterías, los robos y los secretos oficios de la sonámbula, y también el asesinato de aquel hombre...

Ignoraba el país en que se había cometido el crimen, pero indicaría el camino seguido desde entonces, y la policía no tardaría en descubrirlo.

Y en cambio de aquellas delaciones, según la promesa del juez, sería feliz, educado en el trabajo y la honradez. Le enseñarían á leer y á escribir y un buen oficio con que ganarse la vida.

¡Volvería á ver á Claudinet!

Quizá conseguiría que les empleasen juntos en un mismo taller.

¡Qué dicha! El uno animaría al otro; se ayudarían mutuamente, y marchando por el buen camino, serían los dos seres más felices del mundo.

Estaba, pues, resuelto á decirlo todo.

Pero al día siguiente había cambiado de idea.

Sería indigno denunciar á su padre y á su madre...

No haría tal cosa.

Lo único que quería era no volver al lado de ellos.

Lo demás, poco le importaba.

Le encerrarían, es verdad, pero también le enseñarían á trabajar, indicándole la senda del bien.

Un día fué conducido otra vez en el coche celular al Palacio de Justicia.

Entró en una salita obscura en que varios municipales estaban de guardia.

Al lado de ellos había hombres y mujeres de rostro repulsivo. Allí esperó más de una hora.

Luego se abrió una puerta.

Le llamaron.

Un soldado le cogió por el brazo y le obligó á sentarse en un banco.

Enfrente de él había tres hombres con toga negra, sentados en un tribunal.

Aquellos hombres, de severo aspecto, le miraban con indulgencia evidente, pero con una gravedad espantosa.

Fanfán comprendió que á aquellos hombres no les podía mentir, y decidióse á guardar el silencio más absoluto.

Otro hombre, envuelto también en una toga de magistrado, se levantó y dijo algunas palabras.

Fanfán no las comprendió.

Sentía detrás de él una muchedumbre que le miraba. Parecióle que de aquella muchedumbre partían insultos y frases de desprecio para el muchacho sentado en el banco de la infamia.

El presidente del tribunal insistía:

– Muchacho, no persistas en el silencio obstinado que guardas. Dinos tu nombre y apellido y el de tu padre. Suspenderemos la causa por ocho días, si es necesario, para hacer las investigaciones necesarias y evitarte una condena que sentimos haber de pronunciar. Vamos, habla.

Fanfán, sin despegar los labios, hizo con la cabeza una señal negativa.

Después de una corta deliberación, el tribunal pronunció la sentencia.

Fanfán, convicto de vagabundería, pero «habiendo obrado sin discernimiento,» era enviado, en virtud del artículo 67 del Código penal, á una casa de corrección hasta que fuese mayor de edad.

Por la noche, fué otra vez llevado á la *Petite-Roquette.*

Pero esta vez era encerrado en ella como penado.

Sin embargo, no fué matriculado en la escribanía y no se le impuso el uniforme que se usaba en el establecimiento.

El juez de instrucción se había interesado por él.

Previendo una condena, había obtenido de antemano que Fanfán no purgaría su pena en París, sino en una colonia penitenciaria de muchachos, cuyo director, á quien conocía mucho, le parecía capaz de discernir pronto las cualidades del joven preso y de obtener quizá del mismo una confesión completa.

Al día siguiente, Fanfán fué llamado á la escribanía.

Un hombre grueso, de grandes bigotes y aire marcial, vestido con un uniforme de botones blancos y un quepis, estaba hablando con el escribano cuando el muchacho entró:

– ¡Ajá! Un nuevo recluta. Chiquillo, voy á llevarte conmigo al campo. ¿Estás contento?

– ¿Y qué voy á hacer con usted en el campo?

– Trabajarás.

– ¿En la tierra?

– No. Nuestra colonia penitenciaria es industrial. Aprenderás un oficio, el que tú quieras; de modo que, cuando salgas, al ser mayor de edad, serás un buen obrero y podrás ganarte honradamente la vida, si tienes disposiciones para ello.

– Sí, señor; me aplicaré y estarán contentos de mí.

– Parece un buen diablo, añadió el hombre, dirigiéndose al escribano.

– Viene muy recomendado por el juez del tribunal del Sena.

– Lástima que esté tan paliducho. Me temo que esté delicado de salud. Pero todos los niños parisienses que ustedes nos envían, llegan así á la colonia. Una vez allí, como tengan buena conducta y no hagan frecuentes visitas al calabozo, engordan en seguida y adquieren muy buen semblante, gracias á la comida sana que les damos, al aire puro que respiran y á la regularidad de la vida que llevan. Pero estoy hablando y se me va á escapar el tren... ¿Ha terminado usted la documentación?

– Aquí la tiene usted... Tenga la bondad de firmar el recibo.

Fanfán salió con el hombre, que era uno de los empleados de la colonia penitenciaria industrial de Moisselles.

Iba muy contento.

Ya estaba seguro de no volver á caer en manos de *Caracol.*

Permanecería en la colonia hasta ser mayor de edad.

¿Qué le importaba aquel largo cautiverio? De allí saldría convertido en un buen operario.

El empleado que le conducía le refirió que los colonos salían todos los domingos á paseo, que el director, capitán retirado, les había organizado militarmente, que había una charanga y un orfeón...

– ¿Enseñan también á leer al que no sabe?

– Naturalmente. Cada día, durante dos horas, les enseña un maestro de escuela.

Tomaron el tren en la estación del Norte, bajaron de él después de una hora escasa de marcha, en la estación de Domont, y después de andar dos ó tres kilómetros á pie, llegaron á Moisselles.

Desde la salida de París, Fanfán se sentía indispuesto.

Aquella súbita alegría, después de tantas emociones, le dió fiebre.

– Eso no es nada, le decía el guardia; el aire del campo te pondrá bien.

Una vez en el establecimiento, le dijo el hombre:

– Vamos á presentarte ahora al señor comandante. Procura contestarle bien y ganar su voluntad. Es un hombre excelente, pero algo brusco; severo en cuanto afecta á la disciplina, pero muy justo.

Entraron en un despacho donde un escribano les recibió para matricular al niño.

En aquel momento, el comandante del establecimiento entró, acompañado de una señora joven, vestida de riguroso luto.

– Mi comandante, dijo el guardia, traigo al niño de la *Roquette.* Aquí le tiene usted.

– ¡Ah! ¡Bueno!, contestó el comandante, dirigiendo á Fanfán una mirada investigadora y profunda. Parece buen muchacho. Mire usted, señora de Penhoet, añadió dirigiéndose á la enlutada; ¿qué le parece á usted el nuevo colono que nos envían? ¿No es verdad que tiene cara de buen chico?

Elena no contestó de pronto.

Se había sentido presa bruscamente de una inexplicable emoción; había atravesado su corazón una especie de conmoción inexplicable.

– Usted, que tanto interés se toma por nuestros niños, usted á quien llaman «la buena señora,» estoy seguro que va á tener para éste cuidados excepcionales, si su fisonomía no miente.

– Estoy segura de que no me engaña, comandante, dijo Elena, que se había repuesto en seguida. ¿Verdad, hijo mío, que serás buen muchacho, muy obediente, y que aprenderás á trabajar con buen deseo?

– Sí, señora, balbuceó el niño, palideciendo súbitamente.

– Se lo recomiendo á todos los que entran aquí. Te conviene portarte bien. A los recalcitrantes y de mala índole, tengo que privarles del paseo, y castigarles con la supresión de algún plato y con el calabozo; mientras que á los buenos, por el contrario...

– ¡Comandante!, interrumpió Elena, precipitándose para sostener al niño que iba á caerse; á este muchacho le ha dado algo...

– En efecto..., ¡Antonio!.., llame usted á otro guardia y lleven este niño á la enfermería.

– ¿Me permite usted que suba con él?..

– Está usted en su casa, señora. ¿No es usted la hermana de la caridad, la providencia de nuestros pequeños colonos?

Momentos después, Fanfán dormía profundamente en una buena cama de la enfermería.

La enlutada permanecía á la cabecera, cuidando de que nada faltase al enfermito.

Contempló un instante al niño que dormía, y murmuró con una lágrima en el párpado:

– Tendría ahora doce años, como éste... ¡Protégele, Dios mío!.. ¿Qué habrá sido de él en tanto tiempo?

Esto dicho, se alejó procurando no hacer ruido alguno.

III

EL INCENDIO

Desde la desaparición de Fanfán, la mala suerte perseguía á la interesante tribu *Caracol* y Compañía.

Ceferina afirmaba que habían perdido un *mascoto* y que ya nada les saldría bien.

El negocio del robo tramado por *Caracol* había fracasado.

No atreviéndose á realizarlo sin Fanfán, lo cedió á unos parroquianos suyos, que fueron sorprendidos y presos mientras preparaban el crimen, de modo que el *indicador* no había cobrado su prima.

Panuflo no se atrevía á separarse del coche, por temor de que lo denunciase una mujer con quien había reñido.

Empezaba á reinar allí una espantosa miseria.

A los primeros éxitos obtenidos por la sonámbula en el *boulevard* Rochechouart, había seguido una gran frialdad, y por último, el abandono del público.

Los tres socios se sentían muy vigilados por la policía.

No se habían atrevido á hablar de la desaparición de Fanfán, por evitar investigaciones que hubieran podido comprometerlos.

Abandonaron París para explotar sus alrededores.

En vano los exploraba *Caracol* con su muela á cuestas; el hombre no volvía á su casa más que con el producto de su trabajo de afilador.

Finalmente se habían instalado en el Point-du-Jour, á la orilla del Sena, casi al pie del viaducto por donde pasa el ferrocarril de circunvalación.

Vivían de raterías y asaltos.

Pero las ocasiones eran raras y los botines insignificantes.

La miseria iba en aumento.

No se les ocurría más que ideas lúgubres.

Sobre todo, temían que Fanfán, una vez libre del terror que le inspiraban, contase algo que pudiese perderles.

Caracol pensaba en su vejez.

¡Quién sabe si el niño hubiese podido valerle una fortuna!

Las circunstancias misteriosas y dramáticas que le habían puesto en sus manos, le hacían creer que un día ú otro volvería á encontrarse con el hombre que se lo había confiado, y de esto dependía quizá el bienestar de sus últimos años.

Todo les inducía á buscar á Fanfán, aun á costa de algún peligro.

Panuflo tomó la cosa por su cuenta, y con mucha lógica en sus cálculos y mucha habilidad en sus investigaciones, no tardó en descubrir que el muchacho se hallaba en la colonia penitenciaria de Moisselles, bajo el nombre de Claudio.

Disfrazáronse de personas decentes y se trasladaron á dicho pueblo.

Fanfán continuaba efectivamente en la colonia.

Veinticuatro horas después de haber ingresado en el establecimiento, la «buena señora,» sentada á la cabecera de su cama, le decía con dulzura:

– Hijo mío, por favor, dime cómo te llamas.

– Me llamo Claudio, señora.

– ¿Vive aún tu madre?

Al hacerle esta pregunta, tantas veces proferida con locas esperanzas, seguidas siempre de crueles decepciones, Elena experimentaba una gran ansiedad.

Un mes antes, cuando fué detenido en los Campos Elíseos y hasta cuando fué encerrado en el Depósito de la Prefectura de Policía, Fanfán no hubiera tenido el valor de mentir á aquella señora, cuyo rostro le recordaba las bellas imágenes de la Virgen que, á veces, había admirado en las iglesias.

Pero ya había pasado por la cárcel, y el roce con los presos de su edad le había enseñado inconscientemente la necesidad de mentir.

Diciendo la verdad, corría, cuando menos, el peligro de ser devuelto á *Caracol;* mientras que, persistiendo en su silencio, ó reforzándolo con alguna mentira, estaba seguro de quedarse en aquella casa, donde se encontraba tan bien.

– ¿Tienes madre todavía?, repitió Elena.

– Sí, señora.

– ¿Luego no la quieres?

– No, señora.

– Eso no está bien. ¿Y por qué no la quieres?

– Porque tampoco me quiere ella á mí.

– ¿Y tu padre?

– Mi padre murió; mi madre tomó un amante, y desde entonces me pegaban... Por eso huí.

Fanfán repetía una frase que había oído dar en la cárcel á varios pilletes, como excusa de su vagabundería.

– ¿Ve usted, señora?, interrumpió el director. La eterna historia, tristemente verídica, de nuestros colonos.

Elena suspiró y siguió preguntando á Fanfán:

– ¿Dónde vive tu madre?

– En Lyón.

– ¿Viniste de Lyón á París?

– A pie, sí, señora. Pedí limosna por el camino.

– ¡Pobre muchacho! ¿Cuántos años tienes?

– Trece.

El niño se echaba un año más, por el natural deseo de hombrear, pero su desarrollo no desmentía su aserto.

– ¿Qué oficio tenía tu padre?

– Zapatero. El hombre que está ahora con mi madre es amolador.

– ¿Sabes leer y escribir?

– No, señora; pero me gustaría mucho aprender, trabajar en el oficio que me digan, ser buen muchacho, obediente y laborioso. ¡Oh!, créanme ustedes, lo único que pido es que me enseñen y me dejen estar aquí.

El niño mostraba las mejores disposiciones; pero ¡cuántos no habían pasado ya por delante de Elena, inspirándole el mismo interés, para engañarla luego cruelmente!

– Es simpático el galopín, dijo el viejo guardia. ¡Lástima que haya de rozarse con otros que pueden echarlo á perder!

Elena era presa de una inexplicable y creciente emoción.

La idea de una depravación posible de aquel tierno corazón, causóle una especie de dolorosa angustia.

No pudo resistir á la fuerza misteriosa que la atraía hacia aquel desconocido.

– Comandante, dijo al director del establecimiento, ¿me permite usted que me lleve á este niño?

– Los deseos de usted son órdenes para mí, señora, contestó gravemente el veterano. Puede usted llevárselo, bajo mi responsabilidad. ¡Quiera Dios que no tenga usted que arrepentirse otra vez de su buena acción!

– Gracias, mi capitán, dijo Elena, tendiendo la mano al director, que la estrechó con respeto.



¿Verdad, hijo mío, que serás buen muchacho?

– ¿Quieres venir á mi casa, hijo mío?, preguntó á Fanfán.

– Sí, señora, con mucho gusto. ¿Es para trabajar?

– Sí; te enseñaré á leer y á escribir, y mi jardinero te pondrá al corriente de su oficio.

– ¡Oh! ¡Gracias, señora! ¡Qué buena es usted!

Fanfán no pudo encontrar otras palabras de gratitud.

Cogió la mano de Elena, y prorrumpiendo en sollozos, la cubrió de besos y de lágrimas.

(Continuará.)

RELOJES CURIOSOS

Pocas cosas hay en nuestros días absolutamente nuevas en materia de relojes; esto no obstante, nos parece que ofrecen cierto interés los tres que publicamos y que están expuestos en el actual grandioso certamen de París.

Los dos relojes que reproducen las figuras 1 y 2 y que forman parte de la sección contemporánea francesa de la Exposición, marchan aparentemente sin más motor que unas cuantas bolas. Esta idea del motor de bolas, sea por la caída de éstas, sea por su peso constante, se remonta muy lejos, puesto que de ella encontramos, en cierto modo, algunos indicios en las antiguas clepsidras árabes, y si el que Arún-al-Raschid ofreció á Carlomagno tenía por motor principal el agua, las horas sonaban cayendo unas bolas sobre un timbre. Pero aun sin remontarnos tanto, vemos esa idea aplicada en los dibujos y descripciones que de los relojes que construyó en el siglo XVII nos ha dejado el barón de Grollier de Serviere, el cual dice en su explicación: «Estas máquinas son muy curiosas, y aunque en su mayor parte se fundan en el principio de la elasticidad de los muelles, producen efectos tan sorprendentes que se les considera como pequeños prodigios de arte que, animando, por decirlo así, objetos inanimados, parecen perpetuar el movimiento de éstos hasta el infinito.»



Fig. 1. – Reloj de bolas de fuerza constante

El lado cómico de las descripciones de Grollier de Serviere es su tendencia á querer presentar sus relojes como máquinas de movimiento perpetuo.

Los inventos del barón, así como los del contemporáneo nuestro autor de los dos que reproducimos, son realmente en extremo ingeniosos; pero una buena parte de esta ingeniosidad sirve para disimular el mecanismo indispensable para reparar la pérdida de energía inevitable en toda máquina que funciona.

Era preciso de todo punto emplear un subterfugio, porque, de lo contrario, perdía el invento una gran parte de su interés.

En el reloj que representa la figura 1, la fuerza motriz es debida á la gravedad de las bolas, situada en una semicircunferencia de la rueda de cangilones, que pone en movimiento el sistema de ruedas, el cual es como otro cualquiera y sólo tiene de particular ese motor, cuya fuerza es constante. Las bolas caen en la rueda por un orificio A, practicado en la parte inferior de la cornisa; la rueda, al girar, presenta sucesivamente delante de este orificio los cangilones vacíos, en los cuales caen las bolas que con su peso arrastran las ruedas. Una vez debajo del diámetro horizontal, las bolas tienden á escaparse de los cangilones, pero las mantiene en ellos una guía formada por una plancha de cobre encorvada que sigue el contorno de la rueda hasta hacia el extremo del diámetro; al llegar á este punto las bolas se escapan cayendo en el orificio B practicado en el zócalo, en donde desaparecen en un cajón. De éste se las saca cada semana para colocarlas de nuevo en el cajón de arriba situado debajo del león y que forma acrotera. Este cajón está dispuesto de tal manera, que las bolas se colocan por sí mismas en fila en un plano inclinado que las conduce al orificio por donde han de caer, según dejamos indicado. El número total de bolas es de diez y ocho, de las cuales seis están siempre en función y que se remontan cada ocho días. El reloj tiene 52 centímetros de alto por 29 de ancho.

La figura 2 representa un reloj de funciones más múltiples que el anterior, si bien utilizando el mismo principio de fuerza motriz: el número de bolas que caen en la semicircunferencia de la rueda de cangilones que imprime el movimiento, es mayor. El aspecto de esta parte del reloj recuerda las ruedas hidráulicas de ciertos molinos ó fábricas que utilizan los saltos de agua de grandes alturas. Las bolas llegan por el resbaladero A, situado en lo alto de la esfera, y caen en el compartimiento vacío que se presenta debajo, por una abertura B, practicada en el extremo del resbaladero.

La rueda, en su curso circular, dejaría caer las bolas si no se hubiese obviado este inconveniente, como en el reloj anterior, colocando en C una plancha de metal que las mantiene en su puesto hasta que llegan á su destino; entonces caen en el resbaladero D, el cual por medio de sucesivos planos inclinados las conduce hasta la cadena de cangilones E. Esta cadena es movida por un sistema de ruedas de relojería de muelle motor que tiene cuerda para una semana, y este movimiento, cuidadosamente disimulado en el zócalo del reloj, constituye el secreto del movimiento perpetuo.

Como es necesaria una correlación entre la caída de las bolas arriba y abajo, la cadena sólo avanza de un modo intermitente, regulada por el movimiento del reloj por medio de un sistema de palancas gobernado por la rueda dentada que se ve detrás de las agujas en el centro de la esfera.

Una vez remontadas, las bolas van á caer en el resbaladero que, según hemos dicho al principio de la descripción, las conduce á la rueda. En ésta hay siempre veinte de aquéllas. El número total de las bolas es de cuarenta y caen, ya en el resbaladero de arriba, ya en el de abajo cada minuto, pero no al mismo tiempo: es decir, que si, por ejemplo, la bola de arriba cae en el momento en que la aguja marca en la esfera un minuto, la siguiente caerá un minuto después; al paso que la bola de abajo no abandonará el compartimiento de la rueda sino cuando la aguja marque el medio minuto, y así sucesivamente. Esto tiene por objeto aumentar el curiosísimo aspecto de actividad que ofrece este reloj, pues de este modo hay una acción cada 30 segundos.

El movimiento se monta cada ocho días y el reloj mide 55 centímetros de alto por 46 de ancho.

Aunque en otro género, es también curioso el reloj que reproduce la figura 3 y que ha sido fabricado por M. Passerat.

Sobre un pie cuadrangular de madera cubierta de bronces decorativos, hay un plato de estaño de las dimensiones ordinarias. Exteriormente, nada parece indicar que exista una relación cualquiera entre el plato y el pedestal, siendo la única relación entre ambos objetos una señal casi invisible que permite colocar el primero siempre en el mismo sitio sobre el segundo.

El plato lleva en sus bordes divisiones parecidas á las de un reloj, de modo que puedan marcarse en él las horas. Si llenamos de agua este recipiente y colocamos en él un patito que pueda flotar, veremos que éste toma inmediatamente una dirección fija é indica la hora con el extremo de su pico. Dejando el aparato inmóvil, observaremos que el animal se mueve suavemente como se movería la aguja de un reloj, de modo que á cada momento señala la hora.

El mecanismo es fácil de comprender. En el interior de la caja hay un sistema de relojería que pone en movimiento un eje vertical sobre el que está fijada una rama horizontal equilibrada, en uno de cuyos extremos se ha colocado un poderoso imán. El sistema está calculado de manera que la rama horizontal dé una vuelta completa cada doce horas. Por otra parte, el pico del patito es un pedazo de hierro dulce, y la atracción se verifica al través de la caja y del plato de estaño. Como el estaño no es sensible á la imantación, resulta ser un cuerpo neutro, de modo que sólo el animal flotador experimenta la influencia magnética y acompaña al imán en su movimiento, señalando por consiguiente las horas en las divisiones del plato. – X.

***

LA MENDICIDAD EN CHINA

En una obra titulada *Superstición, Crimen y Miseria en China*, un europeo actualmente residente en Pekín, M. de Matignon, médico de la legación francesa, ha dado interesantes detalles acerca de determinados aspectos de la vida china. De ella extractamos las siguientes curiosas notas relativas á los mendigos.

En China no hay hospicios ni asilos, así es que todos los desdichados aumentan el ejército de la mendicidad, que comprende así á los infelices más ó menos lisiados, más ó menos enfermos, que difícilmente podrían ganarse la subsistencia, como á aquellos que en la mendicidad sólo ven un oficio. Los mendigos chinos se distinguen de todos sus congéneres por una suciedad extravagante y repugnante.

Calcúlase en 100.000, ó sea una sexta parte de la población de Pekín, el número de mendigos existentes en ésta, pero esta cifra parece exagerada. El rey de los mendigos, personalidad con muchos puntos de semejanza con los Clopin de Trouillefon y los duques de Egipto de la Corte de los Milagros, tiene derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, ó por lo menos se abroga tal derecho sin que la autoridad trate de disputárselo.

Pekín, desde el punto de vista de la mendicidad, está dividido en un cierto número de barrios, explotados cada uno por un grupo de mendigos, que por la noche depositan en la caja común los ingresos del día. Los partidarios del comunismo colectivista de Europa podrían encontrar tal vez entre los mendigos chinos ideas aprovechables é instructivas.

Las tiendas están tarifadas para los efectos de la caridad: una ha de dar un sapeque, otra dos, etc., según la importancia comercial; así es que cuando un mendigo no recibe la limosna á que cree tener derecho, vuelve luego acompañado de dos ó tres colegas para protestar, y el tendero se apresura á dar lo que se le pide, pues sabe que cuanto más tarde en hacerlo, tanto más aumentará el número de mendigos y tanto mayor será la suma que al fin habrá de pagar.

Si se maltratase á esos mendigos importunos, su venganza no se haría esperar y consistiría en el incendio de la tienda durante la noche.

Para evitar todas estas molestias causadas por la presencia constante de andrajosos delante de sus comercios, algunos tenderos contratan con el rey de los mendigos por un tanto alzado al año, pagando una cantidad igual á la que significarían las limosnas cotidianas, y recibiendo, en cambio, un papelito amarillo con la siguiente inscripción firmada por el rey: «Se suplica á nuestros hermanos que no molesten al dueño de esta casa.» Este documento, pegado á la puerta de la tienda, protege, mejor que lo haría la justicia, al establecimiento contra la mendicidad.

Ésta se ejerce poco en las casas particulares; únicamente los días de entierro ó de boda pueden ser para los pobres días de provecho. De aquí que muchos chinos, para alejar á los mendigos de estas ceremonias, se conciertan con el rey, el cual coloca á la entrada de la calle dos individuos destinados á impedir que los miembros del sindicato vayan á pedir limosna.

Los mendigos se alojan como pueden; por la noche se guarecen en las casas abandonadas, pero algunos prefieren construirse en las murallas de la ciudad chozas con esteras cubiertas á veces con un poco de tierra. Estas chozas son verdaderas cuevas en donde viven amontonados en lamentable promiscuidad hombres, mujeres y niños.

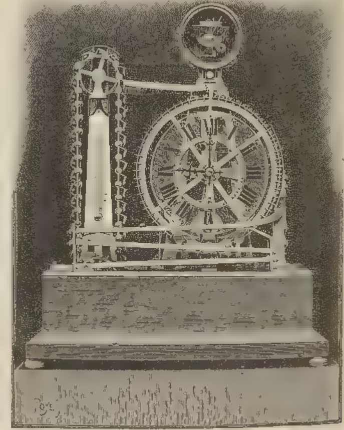


Fig. 2. – Reloj de bolas de circulación y fuerza constante

Hay también posadas para la noche en donde por medio céntimo puede uno dormir y calentarse, ocupando los hombres y las mujeres estancias separadas. El más curioso de estos establecimientos es el Ki-Mao-Fan (la casa de las plumas de gallina), situa-

do fuera de Pekín: una vasta sala adornada con plumas es el dormitorio común en donde cada cual se hace la cama como mejor le agrada.

Hay algo que se parece á la caridad oficial, pero que da poco y cuyos resultados no pueden menos de ser insignificantes. Todos los años la prefectura de Pekín dirige una memoria al emperador pidiéndole socorros para los pobres.

El soberano destina cierta cantidad de dinero, y hace distribuir arroz, mijo y vestidos. Cuando asoman los primeros fríos casi todos los mendigos se presentan vestidos con trajes nuevos de color de albaricoque y acolchados: estos trajes llevan escrita en su interior una advertencia previniendo que no pueden ser vendidos, precaución prudente, pero inútil, porque una semana después todas aquellas prendas están empeñadas en el Monte de Piedad, y los mendigos vuelven á pasearse en un traje demasiado ligero para los rigores de la estación.

En muchos barrios de Pekín hay una especie de oficinas de asistencia pública, en las cuales se distribuye una vez al día comida á todas las personas que allí se presentan, las cuales reciben mijo y á veces arroz de muy mala calidad, al que se denomina «arroz de perros,» lo que no impide que los mendigos se lo coman con deleite.

Los mendigos, por regla general, no llegan á viejos; la mortalidad es entre ellos considerable. El invierno y las epidemias hacen estragos en sus filas. En 1895 el cólera causó en Pekín, durante el verano, más de 50.000 víctimas: durante el otoño y el invierno siguientes parecía que no había mendigos en las calles de Pekín, tantas defunciones había causado en ellos la epidemia. — X.

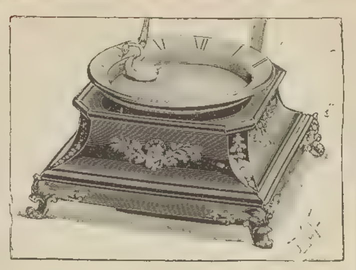


Fig. 3. – Un reloj curioso fabricado por M. Passerat

***

LAS MADERAS ININFLAMABLES

La «British non-flamable wood Company» expone en el palacio de los ejércitos de tierra y mar de la actual exposición su madera ignífuga en forma de camarote de oficial á bordo de un barco de guerra. Sabido es que el gran peligro que corren los acorazados y los cruceros en los combates navales está en las probabilidades de incendio producido por los proyectiles explosivos, y para obviarlo se ha hecho reglamentario para todas las armadas el uso de las maderas ininflamables. Los productos de la citada compañía se emplean en la marina de guerra de Inglaterra y de los Estados Unidos, y se han adoptado últimamente en Francia en la torre Eiffel y para la reconstrucción del teatro Francés. El procedimiento de ignifugación aplicado consiste en extraer de los poros de la madera todos los principios volátiles y resinosos, y en inyectar por medio de una presión hidráulica de 25 kilogramos por centímetro cuadrado una solución química compuesta de fosfato de amoníaco y de otros productos que son un secreto de fabricación. La madera así preparada no puede producir llamas, y sí únicamente carbonizarse lentamente cuando está en contacto directo con el fuego; conserva indefinidamente sus cualidades de ininflamabilidad, como lo han demostrado los experimentos verificados con maderas fabricadas desde hace seis años, y puede labrarse y pintarse con la misma facilidad que la madera ordinaria, aunque es algo más resistente, por lo que los instrumentos para labrarla han de estar muy bien templados.

La ignifugación aumenta el peso desde $2 \frac{1}{2}$ á 5 por 100, según la clase de madera empleada, y su precio en un 25 por 100.



DESCANSANDO, cuadro de José Balenyá (Salón del Círculo Artístico)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

DISCIPLINA ESCOLAR. DEBERES DE LOS ALUMNOS, ARREGLADOS EXCLUSIVAMENTE PARA EL USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE CHILE, por *Juan B. Miranda*. – Es este un libro utilísimo que contiene, redactados en forma sencilla y apropiada á la inteligencia del niño, los preceptos más adecuados para lograr en las escuelas una beneficiosa disciplina. El autor, al dictarlos, ha considerado al alumno desde varios puntos de vista pedagógicos y los ha clasificado en tres grupos de deberes, entrada, permanencia y salida de la escuela. Como apéndice hay algunos prospectos de admisión en varios colegios de la república chilena. El libro ha sido impreso en Concepción de Chile en la imprenta del «Educador Penquisto.»

HUMO, por *Enrique Martínez Sobral*. – Esta novela del distinguido escritor guatemalteco señor Martínez Sobral forma el segundo volumen de la serie que su autor titula «Páginas de la vida,» y responde perfectamente al fin que el escritor se propone, pues aparte del interés que despierta su argumento, contiene una enseñanza altamente provechosa y es un estudio muy bien hecho de uno de los aspectos de la existencia social. Editada en Guatemala por Siguere y Compañía, se vende esta obra á 1'50 pesos.

EL CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS, por *Federico Nietzsche*, traducción de *José García Robles*. – Coincidiendo casi con la muerte de su autor, el popular filósofo alemán Federico Nietzsche, se ha publicado en Madrid una traducción de su conocida obra *El crepúsculo de los ídolos*, en la que el discípulo de Schopenhauer expone una vez más sus doctrinas filosóficas y «declara la guerra,» según su propia expresión, á los ídolos eternos, «á quienes se toca con el martillo utilizándolo como un diapasón.» Impreso en Madrid en la imprenta de Enrique Fernández de Rojas, se vende el libro á dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El eco de las matronas, dentistas, callistas y practicantes de cirugía, que se publica en Barcelona; *La opinión postal y telegráfica*, revista científica, literaria y de noticias que se publica mensualmente en Barcelona; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *El Seguro*, periódico madrileño.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 17 de septiembre de 1900 — Núm. 977

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO PARA EL CUADRO «LA ESPOSA DEL PESCADOR,» obra de Juan Bartels



CRÓNICAS PARISIENSES

CAFÉS-CONCIERTOS DE LA GRANUJERÍA

La estadística no ha podido averiguar el número de cafés-conciertos que hay en París. Desde los Campos Elíseos hasta Bercy, desde el Eldorado hasta el Beuglant, la capital de Francia está llena de establecimientos de esa clase. Donde más abundan es en los barrios extremos. Allí los hay que sólo abren sus puertas los domingos. Algunos no funcionan más que durante el invierno. Otros son intermitentes, y abundan los que nacen, mueren y resucitan para volver á morir con rapidez pasmosa, según el capricho de las circunstancias y los azares de la fortuna.

Recuerdo que hace años había publicistas que abrigaban la ilusión de que los cafés-conciertos vendrían á ser la ópera del pueblo. La experiencia ha demostrado que estos cafés no han hecho más que añadir la desmoralización de la canción descocada á los perniciosos efectos del alcohol, y combinar el humo del tabaco con los acordes de la música.

Una música que no ha dulcificado nunca las costumbres ni elevado á los espíritus; una especie de



Un café-concierto en París, dibujo de Junyent

droga más adulterada que las bebidas del establecimiento.

El invierno pasado, sorprendido por un aguacero en uno de los callejones más estrechos y sucios del Barrio Latino, me refugié en una taberna pequeña y sombría. Por la escalera del fondo llegaba á mi oído el rumor de canciones y aplausos. Movido por la curiosidad, subí y encontréme en una habitación muy reducida. En una alcoba del fondo habían puesto un tablado y suspendido un cubre-camas á guisa de telón. A un lado de la boca del ridículo escenario, un pianista giboso atormentaba una vieja carraca que había sido piano en su juventud.

En la segunda mitad de la sala había, alineados, unos bancos con rebordes para colocar las bebidas.

Cerca de las tablas, parroquianos y artistas se hallaban mezclados en torno de tres ó cuatro mesas.

Me encontraba en un café-concierto de aficionados, en que se cantaba por amor al arte y á la cerveza.

Acababan de servirme un café que parecía un cocimiento de algarrobas, cuando preludió el piano.

La camarera de la sala tiró la servilleta á la cabeza de un cliente y de un brinco se subió al estrado.

No diré lo que cantó.

Los demás aficionados se desprendieron sucesivamente de sus *bocks* para pagar su escote con una romanza ó una canción.

El auditorio interpelaba al cantante y hacía coro con él, prodigándole aplausos irónicos al final.

Como éste, hay una infinidad de establecimientos en París, principalmente en Batignolles, Montmartre, Montrouge y Belleville.

En cierta ocasión visité uno que desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde estaba convertido en prendería. Allí vi vender á pública subasta un traje de paño negro, «bueno para ir á los bailes del Elíseo,» según pregonaba el prendero, por 28 francos. A las cinco se retiran las prendas y se colocan los bancos, y por la noche se celebra el concierto.

En otro establecimiento de este género vi sobre una puerta un rótulo que decía: *Cuartos para dormir, desde* 50 *céntimos por noche*. Por aquella puerta entraban y salían parroquianos y cantantes, á intervalos más ó menos largos.

La capital de Francia sufre una verdadera epidemia de cafés-cantantes. Éstos son una necesidad del momento, tan imperiosa, que hasta las clases más ínfimas de la sociedad no pueden prescindir de satisfacerla.

Y como si no bastase el haber creado establecimientos de esta especie para la aristocracia, para la clase media y para la clase proletaria, se han abierto algunos para la granujería. Los tomadores del dos tienen también sus aficiones artísticas; les gusta distraerse y gozar del producto de su trabajo.

Al saber que tales establecimientos existían, no pude resistir al deseo de visitar siquiera uno de ellos. Me gusta estudiar las miserias sociales en las sentinas parisienses; me gusta asomarme á esos abismos, donde lo grotesco combate afortunadamente el vértigo de lo terrible.

Una vez más se me presentó la ocasión de observar hasta qué punto la música dulcifica las costumbres y propaga la civilización.

El café-cantante á que me refiero lleva el nombre de la *pàgre*, que corresponde á la palabra *granujería*.

Para visitarlo me puse el más viejo de mis gabanes y el más usado de mis sombreros, á fin de no humillar á nadie ni llamar la atención.

Para verlo en todo su esplendor hay que ir el domingo, á eso de las once de la noche. El lunes es el día de los borrachos; pero como entonces faltan muchos clientes que duermen la mona en diversos sitios, la sala carece de animación.

El local es enorme. Su disposición es parecida á la de todos los de la misma clase. Hay filas de bancos provistos de una tabla á la altura del codo para las bebidas.

La sala está rodeada de una galería, que es el sitio predilecto de los señores ladrones, por cuanto desde allí dominan al público y pueden descubrir más fácilmente toda cara sospechosa ó algún tipo extraviado en quien hacer presa.

Cuando entré, la sala estaba medio vacía; pero la calidad compensaba al número. El público se componía principalmente de vagabundos y ladrones, con sus gorras ladeadas, sus sortijillas de pelo en la sien y sus blusas de color indefinible. Esto por lo que toca al sexo fuerte. El bello sexo estaba representado por un verdadero ramillete de flores... cordiales. ¡Qué talles! ¡Qué rostros! ¡Qué vestidos y qué peinados! Casi todas iban con la cabeza descubierta. Y como al final del concierto se había caldeado el local, la mayor parte de los hombres se pusieron en mangas de camisa.

Había familias enteras con toda su prole. La gri-



El café-concierto de la *Pàgre*, dibujo de Junyent

tería de los chiquillos se mezclaba con el ruido de la música. Algunos coreaban las canciones; otros corrían de un lado para otro, dejando en muchas partes malolientes trazas de su paso. Pero nadie se fijaba en ellos. No caben costumbres más patriarcales.

Una mulata jorobada recorría constantemente la sala, vigilando á los mozos y á los parroquianos, saludando á unos, dando un apretón de manos á otros, apostrofando á veces al *artista* que estaba en escena. Era la directora del establecimiento.

Los espectadores que se conocían se saludaban de un extremo á otro de la sala, cambiando preguntas y respuestas en alta voz.

La orquesta se compone de un piano, un violín y una trompa.

Cada vez que sale á la escena una cantante, el público la apostrofa con chuscadas más ó menos groseras:

– ¡Eh! ¿Te has dejado la voz en la guardarropía?

– ¡No hagas movimientos bruscos, que los huesos te van á taladrar la piel!

Una de las *artistas*, según me entera un espectador locuaz, ha pasado sin transición de lavandera á cantante. No sabe lo que es música y tiene una voz horrible. Pero es joven, bastante agraciada y posee una abundante cabellera rubia que canta por ella.

Otra de las artistas desentona de una manera horripilante, pero acentúa las desvergüenzas de sus canciones con gritos, gestos y danzas que desarman á la crítica.

Una de ellas parecía poseer conocimientos musicales. ¡Quién sabe si fué, hace ocho ó diez lustros, aventajada alumna del Conservatorio! ¡Quién sabe si ha brillado, en su juventud, en más nobles escenarios! La vejez y la pérdida de la voz la habrán sorprendido en la miseria, y para no morirse de hambre, se ve reducida á cantar ante un público compuesto en su mayoría de ladrones.

De vez en cuando, un espectador entusiasmado arroja á la cantante un ramo de flores; ramo que ella revende á la florista de la casa y que, adquirido por otro espectador, es arrojado después á los pies de otra diva.

El repertorio es de lo más descocado y grotesco ¡Cómo si no se pudiera divertir al público sin desmoralizarlo.

Bien que la clientela del café-cantante de la granujería no puede estar más desmoralizada de lo que lo está.

Pero esos granujas salen de estos establecimientos con todos sus vicios halagados, con todas sus concupiscencias excitadas y dispuestos á todo para satisfacerlas.

JUAN B. ENSEÑAT.

EL PINTOR JUAN BARTELS

El ilustre pintor, cuyas son las obras que en algunas páginas de este número reproducimos, nació en Hamburgo en 1856. Su primer maestro fué Carlos Oesterley, el entusiasta admirador de los fiordos noruegos, que le inició en las primeras lecciones del arte, en el cual tanta gloria había de alcanzar. Durante los años de 1876 y 1877 estudió en la Academia de Dusseldorf, bajo la dirección de Adolfo Schweitzer; en 1881 se trasladó á Berlín, y desde allí emprendió varios viajes de estudio, hasta que en 1885 fijó definitivamente su residencia en Munich, donde en la actualidad vive.

De Rugen y de Bornholm, localidades septentrionales que visitó en una de sus excursiones artísticas, sacó asuntos para los primeros cuadros suyos que llamaron la atención en Alemania; luego recorrió las comarcas marítimas del Sur y pintó el mar azul de Italia, sus hermosas costas, las escenas de costumbres de sus marineros, y sus lienzos causaron mayor admiración, si cabe, que aquellos en que reprodujera la vida de los mares del Norte.

De cuando en cuando aparecían en sus obras recuerdos del puerto de su ciudad nativa y de las costas de Inglaterra y Francia por él visitadas en su juventud, así como tal cual interior pintoresco; pero poco á poco fueron prevaleciendo en su obra las impresiones que en su ánimo produjeran las marinas y los paisajes de Holanda. El ejemplo de sus compatriotas Liebermann, Uhde, Baisch y otros grandes pintores alemanes, empujóle hacia aquel país predilecto de la pintura moderna, en cuyo aire húmedo y de plateados reflejos, en cuyos amplios horizontes y en cuyos colores delicados han buscado ilustres artistas una redención que les libertara de la pintura chillona y efectista un día tan en boga: allí sintió Bartels esa emoción estética que perdura en el espíritu del pintor genial, y de regreso en su patria supo con admirable talento reproducir cuanto con sus ojos había visto y sobre todo cuanto en su alma había sentido.

Bartels empezó pintando exclusivamente al óleo,



El notable pintor muniquense Juan Bartels

demostrando en este género una facilidad y una seguridad que ninguno de sus colegas logró superar; pero desde que se estableció en Munich, comenzó á ejercitarse en la pintura al pastel y más aún en la acuarela, por ser ésta la que más se ajustaba á su modo de apreciar los objetos y la que mejor le permitía dar forma á las delicadezas del aire y de la luz que tanto le cautivaban. Pronto dominó la técnica de este procedimiento pictórico, adquiriendo una seguridad sin igual y logrando dar á sus obras esa frescura que constituye uno de sus mayores atractivos.

Unas veces pinta abocetadamente, otras atiende minuciosamente á los menores detalles, pero siempre refleja la verdad, la impresión directa de la naturaleza, que constituye el objeto primordial de todas sus composiciones y á la que considera desde el punto de vista puramente objetivo. Nunca se ve en sus obras al pensador ó al poeta que más ó menos disfrazan la verdad que ante sus ojos se ofrece, sino que toma los asuntos tales como ante su vista se presentan, y entiende que su misión como pintor se reduce á dar forma cabal y exacta á lo que le brinda el mundo en que vive y cuyas manifestaciones osténtanse tan varias en medio de su constante unidad fundamental.

No fué el estudio de los grandes maestros de la antigüedad lo que le hizo reconocer las bellezas de la naturaleza; fué él mismo quien supo descubrirlas contemplando á la naturaleza tal cual es, sin prejuicios, sin imposiciones de escuela. Y no sólo el mar y las playas le atraen, le atraen también los hombres y los paisajes de la tierra, que sabe asimilarse y describir con todos los encantos de la realidad.

El mundo que Bartels considera como el medio más apropiado á sus aptitudes artísticas es, á pesar de todo, un mundo reducido; pero á fuerza de estudiarlo y de sentirlo ha conseguido encontrar los más variados temas en los múltiples fenómenos que en él se desarrollan. Así, por ejemplo, pinta siempre con igual maestría el mar invadido por la luz que sobre él el sol derrama, ó reflejando los obscuros tonos de las espesas nubes en el firmamento amontonadas; ya besando tranquilamente las arenas de apacible orilla, ya estrellándose en gigantescas olas contra los peñascos de la costa; ora envuelto en la tenue neblina del amanecer, ora en



Junto á la chimenea, acuarela de Juan Bartels

suave cabrilleo poéticamente plateado por los pálidos rayos de la luna. Deléitale seguir con su mirada de artista los botes que al mar se lanzan y del mar regresan, y cuyas blancas velas se destacan sobre la azulada superficie del inmenso océano y sobre la transparente atmósfera del horizonte, y encántale el espectáculo que presenta la playa á la salida y á la entrada de las lanchas que á la pesca se dedican. Y con la misma afición fíjase luego en las arenosas dunas, en las gentes que en ellas se le aparecen, en las solitarias aldeas de pescadores y en los puertos animados por el vertiginoso movimiento del comercio y del tráfico que les da vida; penetra en los humildes jardincillos que sirven de adorno y desahogo á las modestas viviendas; entra en las pobres estancias de blancas paredes, donde, junto al hogar, la esposa ó la hija del pescador trabaja sin apartar su pensamiento del que sufre mil afanes y se expone á tantos peligros por ganar un pedazo de pan para su familia, y acude á los bulliciosos mercados en busca de las notas de color que después combinará con tanta habilidad en su paleta.

Bartels es de los artistas que más y mejor producen, y si hoy se le reputa en su patria como uno de los más ilustres paisajistas y marinistas, conceptúasele también como uno de los pintores más fecundos.

Para juzgar á Bartels, ha de tenerse ante todo en cuenta que el verdadero artista no es sólo aquel que abarca una gran diversidad de géneros, sino que lo es también el que adoptando una especialidad logra profundizarla y sabe exteriorizarla desde sus distintos puntos de vista, poniendo en cada uno de ellos su expresión verdadera y en todos el sello de una personalidad artística. El artista, más que el objeto, es lo que hace la verdadera obra de arte; por esto se ha dicho que el arte es personalidad, y el que no alcanza á reflejar ésta en sus producciones, está irremisiblemente condenado al olvido en un período más ó menos largo, al paso que tiene segura la inmortalidad el que demuestra dominar en absoluto el género á que se dedica.



Estudio al óleo para el cuadro «Noche de luna en el Zuidersee,» obra de J. Bartels

El desenvolvimiento del arte contemporáneo ha recorrido en un plazo increíblemente breve las más variadas fases. El naturalismo sano, que abrió, por decirlo así, la marcha del movimiento revolucionario, ha prestado un doble servicio, primero enseñando al artista y al público en general á apreciar desapasionadamente la naturaleza en sus múltiples y siempre bellas manifestaciones, y luego derrocando los tradicionales mezquinos principios y abriendo al genio nuevos é infinitos horizontes. Vino después el simbolismo que, mirando como secundario todo lo material, buscó el efecto artístico en la delicada armonía de formas y colores, y posteriormente ha resurgido esa escuela que *estiliza* y convierte en asuntos decorativos las impresiones recibidas de la naturaleza. Al compás de estos cambios hanse movido no pocos pintores que, al hacerlo así, pudieron autorizar la sospecha de que más que á sus propios sentimientos é ideas, obedecían á las exigencias de la moda; pero algunos han sabido substraerse á la influencia de tales imitaciones, atentos sólo á hacer nuevos descubrimientos en el terreno por ellos escogido para el ejercicio de su actividad.

Bartels pertenece al número de estos últimos y de él como de pocos puede decirse que es un gran artista dentro de su especialidad. – E. F.

DEFINICIONES

¡Válgame Dios, lo que somos!

¿Qué es el periodista?

Esto preguntaba, muchos días hace, un periódico parisiense. Las contestaciones no se hicieron esperar; llegaron muchas y llegaron pronto; ¡nunca hubieran llegado!; antes de que esas definiciones existieran, podríamos los periodistas de profesión no estar exactamente definidos; pero sabíamos, con alguna aproximación, lo que éramos; ahora, cuando ha caído sobre nosotros nube espesísima de definiciones, ya no sabemos lo que somos; ni aun sabemos si somos algo; pues, en puridad, todo induce á creer que no somos nada, ni vamos á ninguna parte, según la expresiva locución del vulgo.

Vean ustedes, si quieren convencerse de la exactitud de mi afirmación, algunas de las definiciones publicadas por *Le Gaulois,* que es el periódico á que me he referido

Prescindo adrede, y hasta con premeditación, de las palabras atribuídas por *Georges Docquois* al autor insigne de *La comedia humana,* á H. de Balzac, del cual dicen que dijo:

«*Le jornaliste est una pensée en marche, comme le soldat en guerre,*» y prescindo de ellas porque sin que yo dude, ni por un momento, de la veracidad de *Mr. Docquois,* no recuerdo haber visto esa definición en las obras de Balzac, ni (hablando francamente) la frase, por lo insubstancial, me parece suya.

Puede ser que lo sea; pero no merece serlo.

Por otra parte, el periodista definido por Balzac, puesto caso de que, en efecto, haya sido Balzac el definidor, es el periodista de hace sesenta años, y los periodistas en los albores del siglo vigésimo no se parecen á los de la primera mitad del *décimonono.*

Acerca de este último, véase lo que escriben algunos literatos de ahora.

¿Qué es el periodista?, se preguntaba el autor dramático *Emilio Bergerat,* y el susodicho autor se responde á sí mismo:

«... el periodista es el escritor moderno, ni más ni menos; tal cual la democracia lo pide, lo da y lo emplea. Pero necesitaría yo un libro..., ustedes perdonen, un artículo he querido decir, para demostrar esta verdad. Todos los grandes literatos del presente siglo han sido ó se han hecho periodistas, porque el libro es el sueño y el periódico es la vida.

»*Si algunas páginas de lo escrito en el siglo diecinueve nos sobreviven,* el periódico será el encargado de dárselas á nuestros descendientes. ¿Qué editor coleccionará en un *Libro de oro* los cien artículos célebres que encierran tal vez todo nuestro bagaje literario para el viaje hacia la posteridad?»

¡Palabras, palabras, palabras!

Emilio Bergerat, autor dramático, se propuso indudablemente al escribir estas líneas – en las cuales hay más inexactitudes que palabras – realizar dos propósitos, son á saber: quitar importancia á su labor de dramaturgo para que lo tengan por modesto; halagar el amor propio de los periodistas para captarse la benevolencia y la amistad de los críticos; amistad y benevolencia que tan convenientes, más aún, tan necesarias son á los que del teatro viven.

Las afirmaciones de Bergerat, por consiguiente, ni son exactas, ni son sinceras. Bergerat no cree, no puede creer, que el libro sea el sueño y el periódico la vida; Bergerat no cree, no puede creer, que en *cien artículos* se contenga todo el bagaje literario del presente siglo; lo dice, sin embargo – recordando tal vez aquella antigua fórmula del contrato *facio ut facias,* – en la confianza de que la prensa corresponderá á esos halagos sosteniendo, cuando la ocasión llegue, que *Bergerat* es el autor dramático más admirable que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Convengamos, pues, en que el buen Bergerat dejó escapar el incensario y lo rompió en las narices de la prensa.

* * *

Menos afectado y más razonable es lo que escribió, sobre el mismo tema, *Adolfo Brisson.*

«El periodista, dijo, es lo mejor y lo peor que hay en el mundo. Realiza el bien y realiza el mal; defiende la verdad y defiende el error. Envidiadlo, porque disfruta la satisfacción de manifestar en voz alta lo que piensa. Compadecedlo, porque consume en una labor efímera más energía y más talento que los que habría menester para labrar una obra muy duradera.»

Como se ve, Brisson opina lo contrario que Bergerat; piensa, y está en lo justo, que la labor del periodista es efímera. Algo más afirmaba Brisson, pero como lo substancial de su respuesta se halla en las palabras que he reproducido, pienso que no hay necesidad de transcribir las restantes.

* * *

Julio Claretie no dice lo que es el periodista; dice lo que, en opinión de muchos, debería ser.

«Debería, escribe *Claretie,* saberlo todo; debe, á lo menos, aspirar á estudiarlo todo.»

Mucho saber y mucho estudiar se me figura eso que Claretie nos pide. – ¡Saberlo todo! Pero ¿quién puede conseguirlo? ¡Estudiarlo todo! ¿Quién se atreve á intentarlo? – Si á cualquiera de los muchos, de los *muchísimos* periodistas que en Madrid obtienen por toda remuneración *cincuenta pesetas* al mes, pesetas que en ocasiones son meramente nominales, se le aconsejara, como hace Julio Claretie, que *lo estudiase todo,* respondería al consejero: «¿Le parece á usted poco estudio el que me impone la necesidad de vivir y de mantener á mi familia con un salario que no llega á tres duros por semana? Cuando he conseguido resolver el problema de la existencia, cobrando – si es que los cobro – doscientos reales mensuales y presentándome decorosamente vestido y ataviado con decencia en las antesalas de los ministerios y aun en los despachos particulares de los ministros para *hacer la información,* ¿le parece á usted que no he estudiado bastante? Pues á buen seguro que ni el más sabio de los siete sabios de Grecia, si sólo para eso resucitara, conseguiría hacer otro tanto.»

Es indudable que *Julio Claretie* ha padecido el error (inconcebible en él) de tomar el continente por el contenido; ha supuesto que el periódico es el pe-



EN LA PLAYA, estudio al óleo de Juan Bartels

riodista. Y son dos cosas muy distintas, aunque íntimamente relacionadas, como son cosas distintas, si bien unidas con lazo indisoluble, el todo y la parte.

En lo que *Claretie* acierta es en aconsejar á los periodistas que sean *justos;* yo les aconsejaría que además de ser justos fuesen muy sinceros.

***

Formentin se burló (y creo que hizo bien) del peregrino pensamiento de reglamentar un aprendizaje para el oficio de periodista; de convertir en carrera el periodismo.

«Se nace periodista, dice *Formentin,* como se nace poeta ó músico. Los mejores maestros del mundo no conseguirían dar á sus discípulos lo que no se adquiere: viveza de entendimiento, facultad de asimilación rápida, habilidad para fingir que se sabe todo aquello de que se habla, cuando muy á menudo sólo se sabe la mitad y gracias.»

Formentin terminó sus manifestaciones con las siguientes frases:

«Girardin pretendía que para ser buen periodista era suficiente tener una idea por día. Este glorioso antecesor nuestro resulta muy poco exigente; un periodista ha de tener ideas á todas horas. Esto es justamente lo que no se aprende en las escuelas.»

Admitida esta aseveración de *Formentin,* quedaban borrados de una plumada, en la lista de los que viven del periodismo, los innumerables periodistas que se consagran á exponer, no las ideas propias, sino las ajenas.

***

Giffard sostuvo que el periodista debe tener, sobre todo, *tacto.*

Es decir, que para *Giffard* lo absolutamente indispensable para ser buen periodista es poseer lo que llamamos aquí el *sexto sentido,* el de *hacerse cargo.* Eso me parece verdad, sólo que, á mi juicio, es tan necesario para ser periodista como para ser otra cosa cualquiera.

M. Henri des Houx dijo, lo mismo que *Formentin,* «se nace periodista como se nace poeta,» afirmando en consecuencia que el periodismo «si no es el más vulgar de los oficios, es un arte inaccesible para los profanos, fácil para los elegidos.»

***

Henri Lavedan, el aplaudido autor cómico tan celebrado en España por nuestros modernistas, salió del apuro copiando lo que (hace ya muchos años) dijo acerca de los periodistas el autor de *La piel de Zapa,* H. de Balzac. Es lo siguiente:

«No soy devoto del periodismo; diré más..., lo aborrezco; es una fuerza ciega y sorda, insubordinada y perversa; sin moralidad, sin tradiciones, sin objeto; él, como los carniceros, mata por la noche para alimentarse al día siguiente de lo que ha matado. Pero sea como fuere, es una fuerza, la fuerza del siglo, es menester que nos inclinemos ante ella. Esta fuerza sirve para todo, impulsa hacia todos los puntos de la circunferencia; es la única, por hoy, que tiene poder para derribar y por consiguiente para reemplazar lo que ha derribado.»

Henri Lavedan que, por lo visto, es de los que saben nadar y guardar la ropa, ó si ustedes lo prefieren, lanzar la piedra escondiendo la mano, ha dicho á los periodistas de ahora, aunque colgando el mochuelo á Balzac, lo que éste decía de los periodistas de hace sesenta años.

Para *Mézieres* el periodista que tenga abundancia de noticias, rapidez para su adquisición y seguridad en su certeza, es el periodista modelo.

Ya se echa de ver que *Mézieres* sólo considera periodistas á los noticieros.

Poincaré declaró que, á su entender, el periodista es... un hombre.

Parece que á Poincaré le costaba trabajo hacer esta concesión á los que consagran su actividad y su inteligencia al periodismo.

En cambio, y para que se vea lo que son las cosas, *Octavio Uzanne* mostró empeño en que el periodista fuese un *Pico de la Mirandola* moderno; tan sabio como el antiguo y con más agudeza de ingenio que él; que lo hubiese visto todo, que todo lo hubiese leído, que hubiese recorrido el Universo y que todo se lo hubiese asimilado y lo conservase en la memoria; un espíritu en que se hallasen resumidos *Pitágoras, Hipócrates, Aristófanes, Dante y Voltaire.* Quería también Uzanne que el periodista, en concepto de sembrador, lanzase únicamente *buen grano;* que representase la dignidad de su apostolado; profesase la moderación; no prodigase jamás la injuria; tratase más de los hechos que de los hombres, y procurase apaciguar las disensiones políticas, sociales y literarias.

Entre la opinión de *Poincaré,* para quien el periodista apenas si es un hombre, y la de Uzanne, á cuyos ojos el periodista es casi un Dios, ustedes elegirán la que más razonable les parezca.

Por mi parte declaro lealmente que después de estudiadas las definiciones que preceden, sigo creyendo que del periodismo no es posible hacer una facultad universitaria y empiezo á sospechar que ya no sé lo que es el periodista.

A. Sánchez Pérez.

LOS HOMBRES BUENOS

La *vida del hombre bueno* – y pongo por tipos algunos de la clase media porque sirven mejor á mi propósito – caracterízase, como la del *hombre malo,* desde la niñez.

En ella empezó aquél por ser envuelto en *finos pañales,* que bien podía costearlos el padre, ya por ser letrado de acreditado bufete, ya por constituir su negocio la fabricación de harinas en grande escala, bien por ocupar elevado puesto en la burocracia.

Hízole los calostros robusta y joven nodriza montañesa, de apretadas y fecundas ubres, y á partir de la lactancia hasta que acabaron sus días, su alimentación fué uniformemente selecta y abundante. Dato es este por todo extremo fundamental, pues nadie – á no ser uno de la misma ralea que describo – se atrevería á negar la trascendencia que entraña en la vida humana el yantar no interrumpido en su necesaria periodicidad cotidiana, y por ende, grato á los sentidos y de fáciles y placenteras digestiones.

Despojado que fué de chichonera y de andadores, ingresó en acreditado colegio, congreso infantil de la prole de la principalía, y más tarde cursó carrera literaria ó científica, constituyendo sus primeras relaciones y amistades los vástagos más almidonados de estirpe linajuda ó adinerada.

Desde el sarampión, hasta las dolencias con que suelen afligir al hombre las pasiones juveniles que le impelen á buscar con vehemencia amores fáciles, le fueron combatidos por el protomedicato y por la *protofarmacopea* – valga la frase, si expresa el pensamiento.

Durante el invierno, la previsión maternal le cubrió el pecho con tupida elástica; le vistió de fuertes y ricas telas, y en días lluviosos calzóle el pie con borceguí *acorchado,* y sobre el confortable gabán le colgó *enloquecedor impermeable;* le enguantó las manos en fina piel de Suecia, forrada de piel de borrego; en suma, le proveyó de abundantes y eficaces armas, con las cuales defenderse de las crudezas invernales.

En la casa, el cierzo se estrellaba en las dobles vidrieras biseladas; el pie se hundía en mullida alfombra, y si el granizo penetraba, airado é impetuoso, por la chimenea, hallaba súbita muerte en el hogar, repleto de chisporroteantes leños ó de candente coque.

Llegado el verano, emigró, primero en brazos de linda y pulcra niñera y siempre al amparo de la blanda autoridad materna, á las playas más *en boga* y á los balnearios predilectos del *gran mundo.*

Siendo mozo, nunca le faltó blanca en la faltriquera; con largueza fué premiado por cada asignatura aprobada, y con la licenciatura y sobre todo con el doctorado recibió tanta de aquélla de manos de su progenitor, que pudo visitar los escenarios más inaccesibles, los *hoteles* más fastuosos, los *restaurants* más aristocráticos y los *camerinos* más impenetrables y codiciados, de las más excelsas *estrellas* del arte coreográfico, de las primeras capitales de Europa.

Al regreso de su triunfal paseo; acrecidos los naturales encantos de su belleza juvenil – *apolina,* según los autores del pimpollo – con las seductoras maneras y exóticas elegancias que en aquél adquirió, hubo de rendir la virtud de muchas nobles matronas; ganó batallas de amor sin cuento, y esclavizó, por fin, un sensible y lozano corazón... guarnecido de brillantes.

Aquí, ciérranse los *ciclos* de la niñez y de la primera juventud de nuestros héroes, cuyos rasgos generales les son comunes.

¿Qué hicieron en la edad madura y cómo acabaron estas *vidas de los hombres buenos*?

El hijo del letrado heredó, con el bufete de su padre, pingüe renta, nombre esclarecido en el foro, vastas y valiosas relaciones, tantas y tan buenas, que, á poco de casarse y por ser un *joven serio,* de *irreprensible conducta* y *hombre de suposición,* ocupó un lugar en los escaños del Congreso de los Diputados; luego una dirección general, más tarde llegó á la senaduría; diéronle un título nobiliario, y acabó sus días siendo Ministro de la Corona, con reputación de integérrimo y de sabio legista, si bien no faltaron libelistas envidiosos que amargaron las dulcedumbres de su medro y encumbramiento con la publicación de folletos, en los cuales se demostraba, con datos irrecusables, que en sus mocedades y á pesar de la liberalidad paterna, empeñaba cuanto objeto de valor había á mano en el hogar de sus mayores; que maltrataba de palabra y amenazó con obras á la tierna dama que lo llevó en sus entrañas, cuando ésta se negaba á sus frecuentes y exorbitantes demandas de dinero; que tardó *diez años* en cursar la carrera, después de pasear su ignorancia en vilipendiosa odisea por todas las universidades del reino; que contrajo deudas enormes, descontando la muerte de su padre; que la dirección primero y la poltrona ministerial después, fueron para él venero tan fecundo y exuberante, que no solamente pudo reponer el dote de su esposa, el cual dilapidó en el *baccarat,* en la Bolsa y en las aventuras cortesanas, sino que legó á su prole bienes enormes en inmuebles y semovientes. Todo lo cual no empeció para que la *masa social* se descubriera respetuosa y se inclinara piadosamente ante el cadáver de aquel que juzgó *varón justo* y para que aclamara su vida como *vida ejemplar del hombre bueno.*

El retoño del capitalista fabricante de harinas diferencióse tan sólo del que acabamos de biografiar sumariamente, en la destreza para *contrabandear* y defraudar al fisco; en las maquiavélicas combinaciones para acaparar y elevar los precios del producto de su industria, con grave perjuicio de sus compatriotas. Fué diestro en la creación de sindicatos, encaminados á enriquecerse á costa de la ruina de muchos, pese á la moral y á los sentimientos de caridad cristiana; presidió gremios y comisiones que trataron de potencia á potencia con los gobiernos, y sacudiéndose la harina que había logrado *sofisticar* hasta un grado inverosímil, y retirado de los negocios, ahito de doblones, conquistó, por derecho propio, un lugar en la Alta Cámara, donde gozaba fama de integérrimo y de competentísimo en materia arancelaria y tributaria, y más de una vez fué indicado por la *masa social* para regir la cartera de Hacienda. En su esquela mortuoria dábasele tratamiento de *excelencia;* en ella se hacía constar que había muerto cristianamente, recibiendo con edificante fervor los Santos Sacramentos y la bendición de su S. S.; y los periódicos publicaron sendas necrologías, lamentando profundamente la pérdida de un ciudadano que había consagrado su larga existencia al acrecentamiento de los intereses materiales de su país, afirmando que el vacío que dejaba en la sociedad era muy difícil, cuando no imposible de suplir, y asociándose ardientemente al implacable dolor que afligía á su atribulada y respetable familia, para la cual deseaba la necesaria resignación y conformidad con los inescrutables designios del Todopoderoso.

Y el vástago del empingorotado burócrata, después de haber comenzado cinco carreras y de no acabar ninguna, obtuvo, mediante las *buenas aldabas de su padre,* una *placita* de vista en la Aduana de la Habana. El amoroso padre trabajó con ahinco la *partida,* tanto porque estaba harto de las haraganerías y graves sinsabores que le proporcionaba su heredero y quería *quitárselo de encima,* cuanto para que el *chico hiciera allá* fortuna. Tanta logró en seis años que permaneció en *tierra de Indias,* que *ahorró* y se *trajo para acá,* en resguardos del Banco de Inglaterra, *un milloncejo de duros* y una criolla dulce como el *mamey,* ardiente como el sol que tostó su agraciado rostro, la cual le entregó un dote de *dos milloncejos* más; con cual *base* se estableció en la Corte, donde pronto fué aclamado nuevo Fúcar por su cuantioso capital, vencedor de Lúculo por las bacanales con que obsequiaba á su cohorte de aduladores, y más tarde, como invencible dictador en el mundo bursátil y bancario. También este prójimo fué miembro de la Representación Nacional, en cuyo *seno* riñó campañas, enarbolando bandera de moralidad y desgañitándose al fustigar la corrompida administración pública, y muy singularmente la de las Antillas; y si no en opinión de santidad, murió envuelto en oleadas de mirra é incienso, quemados en sus exequias, á las cuales concurrió cuanto de notable encierra la corte – según *cliché* conocido – en la política, la alta banca, la milicia, la prensa, la magistratura, el foro, la literatura y el arte; amén de los pobres de San Bernardino, los porteros del Congreso, una comisión del cabildo catedral y cincuenta niños huérfanos, que, á expensas del *prócer,* se asilaban en el establecimiento, del que fué fundador.

Resumiendo: los tres gozaron de la triple ventura: del bienestar material, no interrumpido ni acibarado por revés alguno de la fortuna; de la consideración general y de elevados puestos en la sociedad, y del amor de sus padres y abuelos, hijos, nietos y deu



Viaje de SS. MM. y AA. – Vigo. – Entrada en el puerto de la escuadrilla convoyada por vaporcitos de pesca de aquella matrícula (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)

dos, en edad apropiada y por tiempo bastante para disfrutar de los inapreciables placeres morales que ofrece la familia.

No *sablacearon jamás* á sus amigos y conocidos, así como no dieron *nunca* una peseta á cuantos se la pidieron, vituperando y execrando á los postulantes; pues, en su erróneo concepto de la vida, entendían que éstos no merecían socorro alguno, porque achacaban á vicio su necesidad ó su miseria, y porque los seres más inhumanos y más cerrados á la caridad son los que no padecieron hambre ni sed de justicia.

En cuanto á *los hombres malos*, su vida se sintetiza en el siguiente aforismo vulgar:

Vida del hombre malo: juega, y pierde; monta en calesa, y vuelca...»

Cosí va il mondo.

Rafael Chichón.

EL TRAJE DE NOVIA

No había otro remedio, aquella noche era preciso velar, y así lo había dicho la maestra á todas sus oficialas cuando éstas dejaron el taller para irse á cenar.

Elisa llegó á su casa, una casa que ella, ella sola, sostenía desojándose en coser largas horas. Elisa no tenía aquella noche gran apetito; pensaba en algo muy recóndito que allá en el fondo de su alma guardaba, ó tal vez en que no debía entorpecer con una digestión pesada la difícil labor que en casa de su maestra, la modista más de moda en aquellos días, la aguardaba.

La muchacha tendría unos veintidós años, pero la verdad es que representaba más edad. No es que en sus mejillas, antes de rosa y ahora de azucena, los años hubiesen hecho surcos prematuros, ni que no fuese hermosa; lo era al modo de esas estatuas de mujeres romanas, que no son lindas como una vestal, pero que son bellas como una pitonisa. El tiempo no había transcurrido en vano, y ella llevaba mucho tiempo trabajando, desde que era una niña.

Gracias á ella, su padre enfermo, su madre casi ciega y su hermanito, un niño de nueve á diez años, podían ir saliendo adelante con la pesada carga de la vida. Aquella muchacha, que había entrado de aprendiza en el obrador de Laura, había llegado á ser la oficiala de más confianza de su maestra, y era por tanto lógico y natural que en todo caso de apuro, que así los llamaba la modista, ya fuese por lo delicado de la labor, ya por la urgencia con que había de hacerse aquélla, Elisa fuera la llamada en primer lugar.

Por eso, ella que aparte su modestia lo sabía, aquella noche, casi sin cenar, salió muy de prisa de casa; y con un paso menudito y ligero, desesperación de perseguidores y de conquistadores trasnochados, sin escuchar un requiebro ni detenerse ante un escaparate, llegó á la casa donde estaba el taller, transpuso el portal, y taconeando con sus zapatitos de charol, subió la escalera con la agilidad de una niña.

El motivo de la velada de aquella noche no podía ser más poderoso. Tratábase nada menos que de tener terminado para antes del amanecer un magnífico vestido de boda. Verdad es que la modista tenía en su casa la tela, y por tanto el encargo para aquella confección, desde hacía tres semanas; pero, como suele siempre ocurrir, habíanse presentado otros trabajos perentorios, y la obra más de importancia había quedado para última hora, para cuando apenas si quedaba tiempo para concluirla; porque menos mal que ya estaba probada.

Viaje de SS. MM. y AA. – Vigo. – Desembarque de la familia real (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)

El compromiso en que se hallaba la maestra no era menudo. Si por su culpa había que retrasar aquella boda ó tenía que ir la novia á casarse de negro, ¿con qué cara iba doña Laura á presentarse á su parroquiana? Afortunadamente allí estaban las oficialas, y Elisa entre ellas, capaces de hacer la labor más difícil y en menos tiempo que nadie por salvar á su maestra.

Así fué como todas pusiéronse con gran ahinco á trabajar, y Elisa, á quien le fué encomendada la parte más difícil, con más deseos que ninguna.

Cuando ya los quinqués hacían gran contraste con su luz amarillenta destacándose sobre los primeros resplandores azules de la aurora, y ya los párpados tendían á cerrarse, y el enhebrar de una aguja se hacía ya difícil á las más hábiles, la maestra, dirigiéndose á Elisa, le dijo:

– Anda, hija mía, ya queda muy poco; date prisa... de cualquier modo.

– Y diga usted, preguntó entonces la oficiala en cuyos ojos ya se adivinaba el insomnio, ¿quiénes son los novios?

– Pues no hemos hablado poco de ellos..., el marquesito de la Cueva y Marieta Lanzas, respondió la maestra.

Elisa siguió cosiendo, y sin darse de ello cuenta, quedó terminado el vestido antes de lo que ella creía. Su espíritu, en efecto, estaba muy lejos del obrador; estaba con aquel ingrato, con aquel estudiante de Derecho á quien había querido tanto, con el que la había prometido casarse en cuanto terminase la carrera, y que luego desapareció un día sin saber por qué, truncando todas sus soñadas venturas, con Anselmo, el hijo de los marqueses de la Cueva.

Dos lágrimas inoportunas salieron de aquellos ojos apagados, rodaron salvando el amoratado círculo que los rodeaba, llegaron á las mejillas, y una de ellas fué á caer sobre el blanco gro del vestido.

Elisa ocultó sus lágrimas y su dolor, y procuró que la diminuta gotita que había manchado la tela no se viese.

La tarea estaba terminada, y á casa de la novia fuése á entregar el traje la maestra.

Celebrada la ceremonia se dió una coincidencia muy curiosa aquella mañana.

Mientras Elisa caía en su casa presa de la fiebre, Marieta Lanzas reparaba en una manchita casi imperceptible que tenía en la falda, y cuando la obrera exclamaba: «¡He podido ser despedida!,» la recién casada decía á su madre: «¡ Cuidado que son descuidadas las modistas!..»

P. Gómez Candela.



Viaje de SS. MM. y AA. – Vigo. – Arco levantado en el muelle por los traineros con barricas de pescado, cajas y latas de conservas, redes y artefactos de sus fábricas (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)



UNA MENDIGA DE PLAYA, cuadro de Juan Bartels



NIÑAS PESCADORAS, cuadro de Juan Bartels



GUERRA ANGLO-BOER. – CAMPAMENTO DE PRISIONEROS BOERS EN DIYATALAWA, CEYLÁN (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Todas las noticias que del teatro de la guerra se reciben parecen indicar que la lucha toca á su fin, especialmente en el Transvaal. La toma de Lydenburg por el general Buller ha sido un golpe casi decisivo, y si es cierto, como se asegura, que el presidente Kruger ha llegado á Lorenzo Marqués, y que el general Botha ha establecido negociaciones para su rendición, bien puede decirse que la pacificación completa de aquel país es cuestión de muy poco tiempo, lo cual no quiere decir que no queden algunas partidas sueltas que causen todavía algunos daños á los ingleses.

En el Orange los boers se encuentran en mejores condiciones, pues consiguieron apoderarse de Ladybrand que abandonaron en seguida, después de haber cogido muchos víveres y caballos, y el general De Wet, que allí opera y está resuelto, al parecer, á proseguir la lucha hasta el último extremo, ha obtenido algunas otras pequeñas victorias sobre sus adversarios. Para acabar con este estado de cosas, lord Roberts ha dictado una proclama conminando con las penas más severas á los orangistas que falten al juramento de neutralidad que se les obligó á prestar después de la anexión.

El presidente Kruger ha telegrafiado á lord Salisbury y á todas las potencias protestando contra la anexión del Transvaal decretada por lord Roberts; esta anexión ha sido muy censurada por toda la prensa europea, incluso por algunos periódicos ingleses, diciendo que con ella sólo se propone Inglaterra poder tratar como rebelde á un pueblo que defiende su independencia contra la inicua agresión de que ha sido víctima.

Pero todo ello de nada servirá, y las antiguas repúblicas boers pasarán á ser posesiones inglesas, sin que nadie salga á defender los fueros de la humanidad, de la razón y de la justicia.

Lord Roberts regresará de un momento á otro á Inglaterra para substituir á lord Wolseley en el cargo de generalísimo del ejército inglés, quedando Buller de general en jefe en Africa. También regresará pronto la mayor parte de las tropas inglesas del Africa del Sur, quedando allí solamente, según se dice, 25.000 hombres. ¿Se reproducirá la lucha cuando quede de tal modo reducido el ejército de ocupación?

Antonio Vollon.—Víctima de una fiebre infecciosa determinada por una insolación que contrajo un mes antes en Versailles, ha muerto en París en 27 de agosto último el célebre pintor Antonio Vollon. Había nacido en Lyón en 20 de abril de 1833, y fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de



EL CELEBRADO PINTOR FRANCÉS ANTONIO VOLLON
fallecido en París en 27 de agosto último

aquella capital. Sus naturalezas muertas son universalmente conocidas y atestiguan un sentimiento artístico muy elevado. Fué un excelente pintor que alcanzó ruidosos triunfos durante su carrera, noble ejemplo de voluntad y de ardor para el trabajo. Su producción abundante ha sido fecunda en obras maestras; sus cuadros eran la obra de un artista de brillante imaginación que se complacía en amontonar dificultades para darse el gusto de vencerlas y que se esforzaba por conseguir, no una interpretación relativa, sino una representación capaz de producir la ilusión de la realidad. Recientemente había sido elegido miembro de la Academia de Bellas Artes. Ha muerto cuando el jurado internacional de la Exposición de París acababa de otorgarle un premio de honor.

Federico Guillermo Nietzsche.—Este famoso filósofo poeta alemán, que ha fallecido en Weimar el día 25 de agosto último, nació en 15 de octubre de 1844 en Roecken, cerca



EL FILÓSOFO ALEMÁN FEDERICO NIETZSCHE
fallecido en Weimar en 25 de agosto último

de Lützen (Sajonia), y á la edad de cinco años tuvo la desgracia de perder á su padre, párroco de aquella aldea y descendiente de noble familia polaca. Llevóle entonces su madre á Naumburgo, en cuyo gimnasio causó la admiración de profesores y condiscípulos por la profundidad de sus ideas y la brillantez de su estilo. En el otoño de 1864 estudió Teología y Filosofía en la Universidad de Bonn; pero al poco tiempo consagróse casi exclusivamente al estudio de la Filología con el ilustre filólogo Ritschl, á quien siguió á Leipzig, y en 1866, por recomendación de su maestro, fué nombrado profesor auxiliar de Filología clásica en la Universidad de Basilea.

Desde su juventud conoció profundamente la filosofía de Schopenhauer y la música de Wagner, de quien era amigo íntimo y admirador entusiasta, y á principios de 1870 dedicóse á completar los estudios que ya tenía hechos sobre Goethe y Emercon y á estudiar á fondo las obras de Byron, Shakespeare y de los clásicos franceses, sobre todo las de los prosistas del siglo XVII.

El primer libro importante de Nietzsche fué *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*, escrito en 1872, en el cual prevalecen las ideas de Schopenhauer y Wagner. Cuatro años después rompía sus relaciones con el filósofo y el músico alemanes, y en 1881 se declaró resueltamente enemigo de la tradición y de la concepción cristiana del mundo y de la vida, exponiendo sus doctrinas sobre estos puntos en las obras *Aurora*, *Pensamientos sobre prejuicios morales* y *La ciencia alegre*. Las ideas aristocrático-radicales acerca del porvenir que en estos trabajos exponía, fueron por él ampliadas y definitivamente concretadas en *Así habló Zarathustra*, *Allende el Bien y el Mal*, *Para la genealogía de la moral*, *El caso Wagner* y *El crepúsculo de los ídolos*, que escribió desde 1883 á 1889.

Ya en 1876 un grave padecimiento cerebral obligóle á descansar de sus fatigas mentales, y en 1879 hubo de renunciar á su cátedra de Basilea. Desde entonces pasaba el verano en la alta Engadina (Suiza) y el invierno en la Riviera y en Venecia, consagrado á escribir las obras que dejamos mencionadas; pero en 1889 vióse atacado de enajenación mental y hubo necesidad de encerrarlo en una casa de salud de Jena.

Nietzsche, cuyas doctrinas filosóficas han dado lugar á tantas discusiones, ha sido ante todo y sobre todo uno de los más brillantes estilistas alemanes del presente siglo.

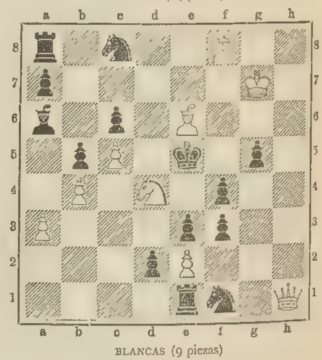
Viaje de SS. MM. y AA. – VIGO. – En el número anterior describimos el viaje que sus SS. MM. y AA. han realizado por las costas Noroeste de la península, y nos ocupamos de la visita hecha por las reales personas á la importante ciudad de Vigo. El recibimiento que allí se dispensó á los regios huéspedes fué, como en todas partes, entusiasta, y los festejos que en honor de los reyes se organizaron fueron brillantes. Las fotografías que en el presente número publicamos y que reproducen la llegada de la escuadrilla, el desembarque de SS. MM. y AA. y el notable arco de triunfo levantado por los defensores del procedimiento de pesca llamado de las traínas, que constituye quizás la principal riqueza de Vigo, nos han sido enviadas por los reputados fotógrafos de aquella población Sres. Ocaña é hijos, á quienes agradecemos profundamente la galantería dispensada á nuestro periódico.

La canción de la patria en 1814, cuadro de Pedro Blanqué. – Esta obra está inspirada en un episodio interesante de la historia de la República Argentina: en 1814, á raíz del primer estallido de la revolución, en un salón aristocrático de Buenos Aires, una señorita rodeada de sus familiares, animada por el fuego del entusiasmo, vestida con la blanca y azul túnica argentina, sujeto el abundoso cabello por el airoso gorro frigio, entona el himno de la patria mientras enarbola la enseña bajo la cual luchan sus compatriotas por la independencia. La composición de Pedro Blanqué, cuyo nombre es ya conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, está dispuesta y ejecutada con acierto y es una nueva prueba de sus aptitudes artísticas, especialmente consagradas á conmemorar hechos notables de la historia de aquel país.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 209, POR L. NOACK

NEGRAS (14 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 208, POR O. LOBBECKE

Blancas.	Negras.
1. A g 7 – h 6	1. R d 6 – e 5
2. C g 5 – f 3 jaque	2. R juega.
3. A mate.	

VARIANTES

1.... R d 6 – e7; 2. C g 5 – f7:, etc.
1..... R d 6 – c5; 2. C g 5 – f3, etc.
1..... Otra jag.ª; 2. C g 5 – f7: jaque, etc.

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(CONTINUACIÓN)

El día siguiente estaba instalado en casa de su bienhechora.

Entonces, en aquella sombría vivienda, donde había reinado la más profunda tristeza, penetró como un rayo de sol y de alegría, que todo lo iluminaba.

Sol de invierno, es verdad, algo pálido, pero de dulce calor, grato á los enfermos, en quienes infunde la esperanza de caricias primaverales.

Elena continuaba siendo la madre sin consuelo y la viuda que no olvida jamás.

La herida de su corazón no se restañaba.

Tenía siempre fe en una resurrección posible de los seres amados que habían desaparecido.

Ahora aparecía un albor de esperanza en el horizonte de su sombría existencia.

A veces acudía á sus labios una sonrisa menos desolada, contemplando al infeliz niño acogido por ella.

Más que un extraño, agradecido á las bondades de una desconocida, parecía un hijo respetuosamente afecto á su madre.

Hubiérase dicho que tenía adivinaciones inspiradas por el corazón y que sólo el corazón comprende; solicitudes y atenciones espontáneas, que tan gratas son para el que es objeto de ellas.

Por su parte, Elena era para el niño como una madre cuidadosa.

Y á veces, su corazón estaba á punto de estallar en un grito:

– ¡Fanfán!

¿Amaría, acaso, á aquel Claudio, para ella desconocido, como hubiera amado á su propio hijo?

Los dos niños ¿se confundían para ella en uno solo?

Desde luego enseñó á Fanfán á leer y á escribir.

El muchacho, temeroso de causar el menor desagrado á su bienhechora, se aplicaba cuanto podía.

Sus progresos fueron prodigiosamente rápidos.

A instancias de Elena, el maestro de Moisselles fué á continuar la instrucción del muchacho.

Y todas las noches, éste hacía sus temas al lado de ella.

– Así hubiera yo hecho con Fanfán, pensaba la pobre madre.

Y sus ojos se inundaban de lágrimas.

Viendo lo cual, el niño, á fin de distraerla de sus dolorosos pensamientos, le pedía la explicación de algún pasaje difícil.

Ella se hacía la ilusión de que tenía á su hijo.

Y él le daba el nombre de «madre» en el fondo de su corazón.

¡Ah, si hubiese tenido una madre como aquella!

Cosa extraña. En sus largas meditaciones de niño cuya vida ha sido una serie de penalidades y tristezas, se preguntaba á veces:

– ¿Ceferina es realmente mi madre? ¿No he perdido yo el recuerdo de algo?

Pero en seguida rechazaba aquel pensamiento como absurdo.

Por desgracia, *Caracol* era su padre y Ceferina su madre.

Pero ¿qué importaba, si no había de volverlos á ver?

¡Oh! ¡Eso nunca!, ¡nunca!

Las mentiras dichas á la «buena señora,» á su llegada á Moisselles, le pesaban sobre la conciencia.

Elena le decía á menudo que la mentira era una cosa muy fea y muy mala.

Y él había mentido una y otra vez con espantosa insistencia. La había engañado, á ella, tan buena y generosa...

Elena no le había vuelto á hablar de sus padres. Pero ¿no estaba él en el deber de confesarle la verdad? Tenía ahora la seguridad de que no le despediría. Sin embargo, no se atrevía á hacer su confesión.

Ahora, más que nunca, comprendía la profundidad del lodazal en que había vivido.

Le daba vergüenza hablar de él. Le daba vergüenza confesar que la indigna pareja á la que daba los nombres de padre y madre vivían envueltos en aquel fango.

Y recordaba, con estremecimientos de horror, que había robos y crímenes en la existencia de aquellos miserables... ¿Tenía, acaso, el derecho de denunciarlos, él que había comido de su pan?

Cada noche, en sus oraciones, Elena le hacía añadir el nombre de su padre y el de su madre á los de aquellos para quienes imploraba la bondad divina. Y el niño oraba con fervor para que aquellos desdichados se arrepintiesen y cambiasen de vida.

Pero sentía que no tendría jamás el valor de verles otra vez sin estremecerse de horror.

A menudo se acordaba también de Claudinet, pues la amistad por su infeliz compañero no había disminuído.

Buscaba el medio de cambiar noticias con él, pero la prudencia le detenía siempre.

Temía que su carta, en caso de escribir, cayese en manos de *Caracol*, quien descubriría entonces su paradero.

Cierta mañana, Elena recibió una carta en que el capellán de la *Roquette* llamaba su atención acerca de un niño que de aquella cárcel había sido enviado á la colonia agrícola correccional de Orgeval y en quien algunas circunstancias coincidían con las del que ella había perdido.



¡Calla! ¡La quinta de la abuelita!

Después de haber leído la carta, Elena contempló en silencio á su joven protegido, que se encontraba en el jardín cogiendo flores para el ramo que cada mañana solía ofrecer á su protectora.

Palideció, y dejándose caer en una butaca, se echó á llorar.

El afecto que había puesto en aquel niño ¿era tan poderoso que debilitaba el legítimo amor que debía á su hijo?

¿O bien, después de haberse engañado tantas veces, no se atrevía á dejarse llevar de una nueva esperanza?

Corrió las cortinas por no ver el jardín, y fué á reconfortarse en sus recuerdos á fin de reanimar una llama que sentía menos ardiente en ella.

En vez de ir ella misma á Orgeval, aceptó el ofrecimiento del administrador de Correos de Moisselles, Paul Vernier, que sentía por Elena un secreto y grande amor platónico y se desvivía por servir á la desgraciada señora.

Tres horas después de haber tomado el tren su leal amigo, Elena recibió de él un telegrama que decía:

Indicación errónea. Parecieron los padres.

Aquella decepción no le arrancó de pronto ninguna lágrima.

Casi instintivamente abrazó al niño, cubriéndole de besos.

Era ya muy tarde cuando Paul Vernier regresó á Moisselles.

Sin embargo, antes de volver á su casa pasóse por la de Elena y llamó.

Abrióle el jardinero.

– Sírvase usted decir á la señora que deseo hablarle inmediatamente.

Elena se encontraba sola todavía en el salón. El niño estaba acostado.

– Que pase el Sr. Vernier, dijo ella con inquietud.

Y cuando el joven se halló en su presencia, preguntóle:

– ¿Qué ocurre? Recibí un telegrama anunciándome el resultado negativo de su viaje. ¿Se equivocó usted acaso?

– Mi telegrama es exacto, señora. El niño de Orgeval no es su hijo. Pero tengo una noticia muy importante que comunicar á usted.

– ¿Una noticia?

– Prepárese usted á recibir una fuerte emoción. Se trata de su marido de usted.

– ¿Del Sr. de Kerlor?

– Sí.

– ¿Le ha visto usted?

– No; pero sé que se encuentra en Francia.

– ¿En Francia?

– En París.

– ¡Jorge en París!

La impresión había sido tan violenta, que Elena se desplomó en una butaca.

– ¡Cómo le ama!, pensó Vernier.

Y dijo á Elena, después que ella se hubo repuesto un poco:

– Al llegar á Orgeval, expliqué al director del penitenciario la misión que usted me había confiado. Después de declararme lo que le telegrafié á usted, añadió: «Ignoro si la persona que le envía estará ya enterada de que anteayer, un caballero que dijo llamarse el conde de Kerlor, vino á ver también si el preso en cuestión era Gastón de Kerlor, su hijo, que le fué robado hace unos cuantos años...»

– ¡Jorge! ¡Jorge buscando á su hijo! ¡Dios clemente! ¿Será verdad? ¿O se trata de otro error doloroso?

– Procuré adquirir la mayor copia posible de informes. El director del penitenciario me describió al Sr. de Kerlor, y sus señas coinciden con el retrato que usted me tiene hecho de él. La decepción le dejó, al parecer, muy contrariado. Y después de haber dejado cierta cantidad para ser repartida entre los niños de la colonia, se fué diciendo que se volvía á París.

– ¿Sin dejar las señas de su domicilio?

– Sin dejarlas.

Retiróse Vernier, y Elena se quedó como abrumada por el peso de sus ideas.

Tiempo atrás tuvo la convicción de que Jorge la buscaría, convencido de su inocencia y sobre todo de la de Fanfán.

No se había engañado.

Algún acontecimiento imprevisto había iluminado su razón y volvía á fin de reparar los terribles efectos de su cólera.

De antemano le perdonaba gustosa sus tormentos pasados, el inmerecido castigo que le había impuesto.

Porque le amaba como antes, como en los primeros tiempos de su enlace.

¿Pero y si Jorge volviese lleno de odio, creyendo todavía en el crimen y sediento de venganza?

¡Oh! Entonces le obligaría á escucharla. Se le presentaría sin miedo, aunque estuviese segura de que había de matarla en el primer arranque de cólera.

Pero no; no tendría más remedio que oirla, y le convencería.

Sabría reconquistar aquel corazón lacerado y lo curaría á fuerza de amor.

Y entonces serían dos para buscar á Fanfán y sacarlo del abismo en que le había precipitado en un momento de furiosa locura.

«Mañana mismo iré á París, pensó; Vernier me ayudará á buscarle... El notario debe estar enterado de su regreso y sabrá dónde vive.»

En el momento de partir hizo sus recomendaciones á su protegido:

– ¿Serás buen muchacho, verdad, Claudio? No salgas de casa durante mi ausencia.

– No, señora; he de concluir un trabajo en el jardín, y tengo además una lección muy difícil que repasar.

Aquella mañana la oración del niño había sido más larga que de costumbre.

Elena, que asistía diariamente á aquel acto de piedad, le había hecho pedir á Dios que la ayudase en la empresa que proyectaba.

– Hijo mío, pronto seremos dos á quererte, había murmurado la desolada madre; y creo también que pronto tendrás un hermanito á quien consolar... ó regenerar tal vez con tu ejemplo. Porque ¡quién sabe si no ha caído en un abismo más profundo que el tuyo! ¡Y quién sabe si ha tenido tu valor y tu fuerza para no sucumbir!

Y dió un prolongado abrazo al niño.

Éste la siguió con la vista hasta un recodo del camino, desde donde Elena le dirigió la última sonrisa, y volviéndose al jardín con su libro, se puso á estudiar concienzudamente la lección de que había hablado.

De pronto llamó su atención un silbido, y oyó una voz que le llamaba muy quedo:

– ¡Fanfán!

Alzó la cabeza y retrocedió horrorizado.

Los innobles rostros de *Caracol*, de Ceferina y de Panuflo, con una sonrisa diabólica, se asomaban por entre los barrotes de la verja que rodeaba el jardín.

Los tres miserables iban vestidos de gala.

Fanfán reconoció el sombrero de copa y el levitón que daban á *Caracol* el aspecto de un curial de provincias y que le había visto llevar la noche siniestra de Moisdon.

– ¡Fanfán, acércate, hombre!

– ¡Buenos días, Fanfán! ¡Hijo mío!

– ¡Buenos días, pillín! ¡Vengan esos cinco!

– No os conozco, balbuceó Fanfán, aterrorizado por aquella aparición.

– ¡Qué gracia!, añadió Isidoro. ¡Que no nos conoce!.. ¡Despreciar así á los amigos... y á sus papás!

– No os conozco, dijo Fanfán.

El miedo y el asco paralizaban sus miembros.

Quería huir y no podía.

Le flaqueaban las piernas.

Permanecía inmóvil, como petrificado, con la vista extraviada

– ¡No os conozco!, decía maquinalmente.

– ¡Ingrato!, dijo Ceferina con una especie de gruñido.

– ¡Pues bien!, exclamó *Caracol;* puesto que reniegas de tus padres, vamos á entrar para hacernos reconocer como tales.

– ¡Aquí! ¡En casa de la buena señora!.. ¡Ustedes!

– Entendámonos, pichoncito mío, dijo Panuflo. No eres tan tonto que no comprendas que tus papás pueden reclamarte si quieren... Acércate... No hay necesidad de que el público se entere de nuestros asuntos... Hablemos cinco minutos como buenos camaradas... donde nadie nos vea.

Fanfán seguía repitiendo:

– ¡No os conozco!

Pero su razón le aconsejó que escuchase al menos lo que aquellos miserables iban á decirle.

Hizo un gran esfuerzo y se acercó á la verja.

– ¿Qué queréis?, preguntó mirándoles de frente.

– ¿Qué queremos?.., dijo *Caracol.*

– ¡Romperte la cara en el acto, pillete, si no te das prisa en abrirnos la puerta!, exclamó Ceferina exasperada.

– ¡Cállate, tú!, interrumpió *Caracol.* Hay que hacer las cosas á buenas.

Fanfán estaba loco de espanto.

Sin duda para animarse á dar aquel paso atrevido, los infames se habían medio emborrachado.

Fanfán conocía sus terribles y belicosas borracheras.

¿Escaparía á sus tremendas voluntades excitadas por el alcohol?

Caracol continuaba con siniestra suavidad:

– Hiciste mal en huir de nosotros... La ley nos autoriza á reclamarte. Además es preciso que los hijos paguen en lo posible á sus padres los sacrificios que han hecho por ellos.

– ¡Y Dios sabe si hemos hecho sacrificios por ti!, gimió Ceferina.

– ¡Sobre todo para tu educación!, insistió Isidoro.

– Por consiguiente, podría ir á reclamarte á la administración del penitenciario ó á la gendarmería, aquí al lado.

Fanfán recuperaba su valor.

La infamia de aquellos individuos le exasperaba.

– ¡No se atreverán ustedes!, les dijo con entereza.

– Me atreveré y tres más. Nada tengo que temer, contestó audazmente *Caracol.* Tengo los papeles en regla. Las acusaciones que pronunciaras contra nosotros parecerían excusas... Nadie les haría caso, porque te tomarían por lo que eres, por un pillete que ha huído de casa de sus padres para hacer el vago, que ha mentido siempre á la justicia y que sigue mintiendo á la señora que lo ha amparado.

– He mentido y sigo mintiendo por no verme obligado á denunciaros.

– ¿Denunciarnos?, dijo Ceferina.

– ¿Denunciarnos?, repitió *Caracol.* ¿Qué tal? ¿No os lo decía? Ya veis que ha pensado en ello. El caso es grave.

Y brilló en sus ojos un siniestro fulgor.

– No os denunciaré jamás, no hablaré jamás de vosotros: lo único que deseo es olvidaros.

– ¡Angelito!, repitió cínicamente *Caracol.* Lo que tú deseas es muy cómodo. Mis padres me educan y me mantienen..., y cuando me hallo en edad y en condiciones de poderles ayudar en algo, ¡buenas noches!

– Esa conducta es asquerosa, dijo Ceferina.

– ¡Inconsecuente!, repuso Isidoro.

– En fin, ¿qué es lo que queréis?, interrumpió Fanfán.

– ¿Lo que queremos?.. ¿Lo que yo quiero?.., preguntó *Caracol.*

Y aumentó la fiereza de su mirada y de su fisonomía toda al extremo de que Fanfán, sobrecogido otra vez de espanto, retrocedió un paso.

– Lo que yo quiero es que te vengas con nosotros.

– ¡Jamás!

– ¡Inmediatamente! Y otra cosa. Esa señora, la dueña de esta casa, debe ser rica.

– Sí.

– Habrá alhajas y dinero...

– Sí.

– Pues bien: lo que quiero..., y si no obedeces te juro que he de matarte como á un perro..., lo que yo quiero es que nos digas dónde tiene guardado su dinero esa señora, donde están sus alhajas..., quiero, en fin, que nos ayudes á robarle todo eso..., quiero que seas nuestro cómplice... y que luego nos sigas.

Caracol era terrible en su furor.

Comprendió que sólo podía dominar al muchacho por el terror.

– ¡Eso es hablar!, exclamó Panuflo.

– ¿Qué contestas, Fanfán?

– ¡Contesto que no entraréis!

– Entonces, escalemos la verja, dijo Isidoro. No pasa nadie... A la una..., á las dos...

Panuflo y *Caracol* se encaramaban en los barrotes de hierro.

Este último tenía cogida con los dientes una navaja que había sacado del bolsillo y abierto con rapidez.

Fanfán tenía previsto el escalo.

En la desesperación de su miedo recobró ánimo y fuerzas para gritar:

– ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Asesinos!

Y echó á correr hacia la casa.

Cerca de la puerta pendía la cadena de la campana que servía para anunciar las horas de comer.

Tiró de ella y empezó á tocar.

– ¿Qué pasa?, preguntó Vernier que acudió seguido del jardinero y de varios vecinos.

Fanfán volvió los ojos y no vió á sus perseguidores.

– ¿Qué hay? ¿Qué has visto?

El niño no contestaba.

Permanecía con los ojos desencajados y la boca abierta.

– No..., nadie..., dispensen ustedes..., tuve miedo..., no era nada..., veo que me engañé..., dispensen ustedes.

Los hombres registraban el jardín.

– No hay nadie.

– No..., nadie..., balbuceaba el niño. Me engañé...

De pronto, Paul Vernier le vió vacilar y apenas llegó á tiempo para sostenerlo.

El niño se había desmayado.

Aquella noche, de regreso de París, Elena, enterada de lo ocurrido, velaba junto al muchacho, que descansaba en un canapé del salón.

No había querido acostarse en su cama.

Fanfán estaba decidido á confesar toda la verdad á su protectora, seguro de que le perdonaría sus mentiras y de que le salvaría...

Pero al ver el trastorno con que la buena señora volvía de París, parecióle que el momento era poco oportuno, y resolvió esperar.

Elena, en sus primeras diligencias para encontrar á Jorge, tuvo una decepción.

El notario le había dicho:

– Puede ser que el Sr. de Kerlor haya vuelto á París, pero á mí nadie me ha dado aviso de su llegada. Su última carta hacía referencia á un cheque firmado por él, que yo debía pagar y que pagué. El cheque estaba firmado en Veracruz. Desde entonces – y de esto hace ya más de un año – no he vuelto á tener noticias suyas.

El buen señor había prometido á Elena que tan pronto como tuviese conocimiento de la presencia de Kerlor en París, se lo escribiría.

Ella, junto al niño, pensaba en otros medios de descubrir el paradero de Jorge.

Fanfán leía, interrumpiendo de vez en cuando su lectura, para pedir alguna explicación á su bienhechora.

Poco á poco, Elena sintióse presa del deseo de avivar todos sus recuerdos con la contemplación de objetos reales.

Del fondo de un cajón de cómoda sacó un álbum y lo abrió.

En la primera página había una hermosa acuarela que representaba un pintoresco paisaje, con la fachada de una quinta en primer término. La casa, de señorial aspecto, ostentaba una magnífica terraza con balaustrada de piedra.

En último término, el Océano, verdoso y tranquilo, reflejaba la luz de una hermosa mañana de primavera.

Elena recordaba de haber pintado aquella acuarela un poco antes de su casamiento, cuando ya estaba

apasionadamente enamorada de Jorge y ocultaba su amor en el fondo de su corazón.

Él la había ayudado con sus consejos, y hasta había, en segundo término, á la derecha, una espesura que corrigió é hizo casi enteramente de nuevo.

Al contemplar detenidamente aquel paisaje, la pobre mártir tenía los ojos inundados de dulces lágrimas.

– Aquí, pensaba ella, á la sombra de estos grandes árboles, sentados ambos sobre este banco de piedra, aquí es donde me decía con frecuencia, después de nuestro matrimonio, los años que hacía que me amaba. Aquí es donde tantas veces juró amarme siempre. ¿Es posible que no me ame ya?

Abismada en sus reflexiones, no se atrevía á volver aquella hoja que le recordaba tan felices días.

El niño, que había levantado la cabeza, se fijó en la acuarela y exclamó en seguida de un modo tan espontáneo que parecía inconsciente:

– ¡Calla! ¡La quinta de la abuelita!

Elena, estupefacta, miró fijamente al niño.

– ¿Qué dices? ¿Conoces esta quinta?

– Sí, señora.

– ¿Dónde la has visto?

– No sé.

– ¿Por qué dices la quinta de abuelita?

– Tampoco lo sé. Me salió sin dar cuenta.

– ¿Recuerdas este jardín?

– Sí, señora, perfectamente.

Elena se había puesto muy pálida.

– El jardín y todo lo demás, repitió Fanfán. Y señalando con el dedo, continuó: ¿Ve usted, señora? Ahí, detrás de esta puerta de cristales, hay una gran sala... y una ancha escalera de piedra. Al pie de la escalera, en un rincón, está mi caballo de máquina... ¡Oh! Estoy seguro de que es ahí donde está..., al lado de la portezuela.

Elena se ahogaba de emoción.

A cada uno de los detalles dados ingenuamente por el niño, contestaba con un movimiento de cabeza afirmativo.

– Por aquí, añadió él de pronto, hay un gran salón rojo, con grandes retratos en marcos dorados... El de en medio es una anciana.

Elena volvió rápidamente algunas páginas del álbum y puso á la vista del muchacho un admirable retrato de la vieja condesa de Kerlor.

– ¿Una señora anciana, dices?

– ¡La abuelita!.., exclamó el niño. ¡Es ella!.. La que siempre me besaba llamándome...

– ¿Fanfán?

– ¡Fanfán, sí!.. ¡Es mi nombre! No me llamo Claudio, me llamo Fanfán...

– ¡Te llamas Fanfán!

Elena se había levantado, trastornada, y sus dedos se crispaban en el respaldo del sillón, escuchando como en un sueño, como en una pesadilla, como en la dolorosa alucinación de un delirio, al niño, que continuaba hablando:

– ¡Oh! Perdóneme, señora, que le haya ocultado mi nombre. Esta noche, créame usted, estaba resuelto á confesar á usted toda la verdad. Pero estaba usted tan triste al volver de París, que no me atreví á hacerle mi confesión. Mentí al decir que me llamaba Claudio, que mi madre era de Lyón y que había huído de ella porque me pegaban. Le mentí á usted como mentí al tribunal, porque no quería volver al lado de papá *Caracol* y de mamá Ceferina.

– *¡Caracol!*, ¡Ceferina!, murmuró Elena.

– Han venido esta tarde... Ella es sonámbula... Querían matarme...

– Fanfán... Mi corazón lo había adivinado... ¡Fanfán..., hijo mío!

Quiso estrechar al niño en sus brazos.

Pero la emoción había sido demasiado fuerte.

Tendió los brazos, agitó las manos en el aire, dió un grito ahogado y cayó desmayada en la alfombra.

– ¡Socorro!.. ¡Socorro!.., gritó el niño, corriendo á la puerta del salón.

Pero fué rechazado por una espesa humareda que invadió de pronto la estancia.

– ¡Socorro! ¡Socorro!, gritó de nuevo, procurando en vano abrirse paso.

– ¡Fuego!, ¡fuego!

El siniestro grito resonó en todas partes.

Fanfán oyó entonces, como en un sueño, violentos golpes en la reja, la campanilla de la puerta, la campana de la iglesia tocando á somatén.

Y una llamarada inmensa invadió la antesala inmediata al salón.

El niño corrió á la ventana.

El patio estaba ya lleno de gente.

En la obscuridad de la noche, brillaban en todas partes farolillos en manos de personas que corrían hacia el sitio del siniestro.

Llegó ruidosamente la bomba contra incendios de la localidad, entre gritos, lamentaciones y órdenes.

– ¡Socorro! ¡Socorro!, seguía gritando Fanfán desde la ventana, en el paroxismo de la desesperación. ¡Aquí, á la señora! ¡Salven ustedes á la señora!..

– ¿Dónde está?, le gritaron desde abajo.

– Aquí, en el salón.

– La escalera está ardiendo.

La bomba empezó pronto á funcionar; pero el incendio había tomado inmediatamente tales proporciones, que no había medio de dominarlo.

Los muchachos de la colonia penitenciaria, con el comandante al frente, formaban cadena, alimentando la bomba con cántaros y cubas de agua que se pasaban de mano en mano.

De pronto el agua faltó.

Y el incendio aumentaba.

Las llamas, que subían de los sótanos, empezaron á lamer la fachada hasta los balcones del primer piso.

A través de una llama que casi llegó al alero del tejado, todo el mundo oyó la voz de Fanfán que gritaba con todas sus fuerzas:

– ¡Salven á la señora!

Desesperado, entre dos muros de humo, el niño,



Miró, sin embargo, y vió cómo el hombre...

medio asfixiado, corría de la ventana á Elena, que seguía desmayada en el suelo, tratando de levantarla en brazos.

– ¡Imposible salvarlos!, decían los de fuera.

– ¡Dios se apiade de ellos!

La bomba funcionaba escasamente, alimentada con verdadera rabia por los pequeños colonos que traían agua de todas partes.

El capitán lloraba de rabia y desesperación.

Paul Vernier había aplicado por décima vez una escalera al balcón, escalando los primeros tramos; pero, como antes, las llamas le envolvieron, y se le retiró con la ropa y el pelo chamuscados.

Él también repetía:

– ¡Salvemos á la señora!

El llamamiento de Fanfán llegaba ya muy débil, como el grito supremo de un moribundo.

Sin duda la asfixia empezaba á ahogar la voz de las víctimas.

Estaban perdidos.

Entonces, abriéndose paso por entre el gentío, apareció un hombre de buena estatura, con una pesada escalera de albañil á cuestas.

La aplicó á la pared, y tranquilo, pero con una agilidad pasmosa, subió por ella. Se le vió un segundo en lo alto, que lamían las llamas, y luego desapareció en medio del humo.

– ¡Vaya un hombre!, exclamó el capitán.

Paul Vernier se precipitó al pie de la escalera, esperando la vuelta del desconocido y dispuesto á prestarle ayuda.

Reinó durante aquella escena un profundo silencio..., silencio de angustia durante el cual todos los corazones palpitaban á un tiempo.

Por el crujir del pavimento se adivinaban los pasos del hombre.

Fanfán le había visto escalar el balcón.

– ¡Aquí!, le gritó; ¡aquí está! ¡Sálvela usted!

El calor era insoportable y el humo asfixiante.

A tientas, el hombre encontró el inanimado cuerpo de la mujer, lo levantó como una pluma y se la llevó en sus robustos brazos.

– Hay una escalera, dijo el hombre al niño; salta aprisa y baja delante...

– ¿Salvará usted á la señora?

– Sí, pierde cuidado. ¡Aprisa!

Fanfán empezó á bajar.

La llama carbonizaba ya el extremo de la escalera.

Miró, sin embargo, y vió cómo el hombre ponía el pie en el primer escalón con su preciosa carga.

Al mismo tiempo, la bomba arrojaba un enorme chorro de agua.

Fanfán se deslizó...

Y cayó en manos de un hombre que le dijo al oído:

– ¡Calla ó mueres!

Con suma rapidez le taparon la boca, le envolvieron en una manta y se lo llevaron corriendo hacia el campo, como en aquella terrible noche de Moisdon.

La carrera duró largo tiempo.

Los que se lo llevaban se detuvieron al fin, le colocaron en el suelo y le desliaron la manta que le ahogaba.

Estaban en medio de un campo desierto.

Fanfán miraba á sus raptores con un terror inexplicable.

– ¿Qué tal?, le dijo Panuflo. ¿Conoces ahora á los amigos? ¿A quién buscas? ¿A mamá Ceferina? Tomó antes el tren. La faena que llevábamos entre manos no era propia de mujeres. Pero aquí tienes á papá *Caracol*.

– Sí, aquí me tienes, querubín. He querido volverte á la libertad, á pesar tuyo.

– ¡Miserables!, contestó Fanfán.

– ¡Fuera insultos!, ¿eh?

– Déjenme ustedes.

– ¿Qué te pareció nuestro incendio?, preguntó Panuflo.

– ¡Cómo! ¿Fueron ustedes? ¡Oh! ¡Déjenme! Quiero ver á la señora...

– Tu señora, en castigo de haberse dedicado á seducir menores, ha muerto en la hoguera.

– ¡Asesinos!

– ¿Porque hemos heredado el dinero y las alhajas de tu amiga?

– ¡La han asesinado!

– De eso hablaremos más tarde. No es cuestión de quedarnos á dormir aquí. ¡Ea, en marcha!

Los criminales se engañaban. Elena estaba salvada.

Paul Vernier la había recibido de manos del desconocido y depositado sobre un colchón en el jardín, donde varias mujeres le prodigaron los cuidados que su estado requería.

– ¡Caballero!, exclamó el capitán dando un apretón de manos al salvador de Elena, ¡es usted todo un hombre! ¿Cómo se llama usted? Sepamos, al menos, el nombre del héroe que ha salvado á esa santa. Porque esa noble señora es una santa y la queremos todos como no hay más remedio que querer á la que es la Providencia de los que sufren. ¡Pero ahora caigo! Es usted el que vino esta tarde al establecimiento, en busca de informes relativos á un muchacho. ¡Es usted el conde de Kerlor! ¡Ah, caballero, Dios le pagará ese acto de arrojo!.. Él dispuso, sin duda, que se le escapara el tren y tuviese que quedarse á comer aquí. Permítame usted que le presente á la que ha salvado de una muerte segura.

La gente se agrupaba en torno del conde, bendiciéndole y ensalzando su valor.

– Siento no poder ver á esa señora, dijo tratando de escapar á las entusiastas manifestaciones de toda aquella gente; pero es la hora del tren y tengo precisión absoluta de volverme esta noche misma á París. ¡Adiós, señores!

Y abriéndose paso por entre el gentío, trató de alejarse.

En aquel momento, Elena recobraba los sentidos, merced á los cuidados que le prodigaban.

Miró vagamente en torno de ella, sin comprender de pronto lo que ocurría.

– ¡En salvo!, exclamó Paul Vernier, que esperaba ansioso que su amiga volviese á la vida. Y salvada por aquel caballero, añadió señalando al conde de Kerlor.

Elena lo había comprendido todo al fin.

Dió un paso hacia el hombre que le indicaban.

De pronto, dió un grito, tendiendo los brazos:

– ¡Jorge!

Y cayó de espaldas, herida por la emoción, mientras que Kerlor se alejaba sin haberla visto.

(Continuará)

CONFLICTO CHINO

Los detalles acerca de la ocupación de Pekín se van conociendo, aunque con gran retraso á causa de la incomunicación telegráfica de aquella capital. De ellos se desprende que los chinos, antes de evacuar la ciudad, cometieron toda suerte de atropellos y atrocidades, incendiando ó destruyendo á cañonazos gran número de edificios y violando de una manera repugnante el cementerio extranjero. A consecuencia de esto y de los combates allí sostenidos, Pekín presentaba el aspecto de una desolación absoluta cuando en ella entraron las tropas aliadas.



CONFLICTO CHINO. – SHANGHAI. – Una calle de la ciudad europea (de fotografía)

El día 28 de agosto el cuerpo diplomático, acompañado de los destacamentos internacionales, entró en el palacio imperial, siendo recibido por los funcionarios del gobierno chino, algunos de ellos ministros ó miembros del Tsung-li-Yamen. Las tropas desfilaron por la imperial residencia, y después de salir de ésta los diplomáticos, cerráronse las puertas del edificio.

CONFLICTO CHINO. – SHANGHAI. – En el barrio indígena Castigo de dos incendiarios (de fotografía)

Los comandantes inglés, ruso, americano y japonés han publicado una proclama definiendo la jurisdicción de sus distritos respectivos, anunciando que mantendrán el orden é invitando á los habitantes de Pekín á reanudar sus ocupaciones; pero á pesar de ello, las calles de la ciudad permanecen desiertas, y como no llega allí mercancía alguna, témese que antes de poco se sientan los efectos de una gran carestía. Los referidos comandantes han dado cuenta de esta situación á sus respectivos gobiernos, recomendándoles la conveniencia de disponer que, antes del invierno, se retire una parte de las tropas que ocupan aquella capital.

Con la ocupación de Pekín puede decirse que ha terminado la lucha armada, pues si bien los chinos continúan cometiendo las mayores atrocidades en algunas provincias, esto preocupa, al parecer, muy poco á las potencias, á las cuales, por lo visto, sólo importaba la vida de sus representantes diplomáticos. Tanto es así, que apenas logrado el objeto de poner á éstos en salvo, se ha suscitado la cuestión de la evacuación de Pekín, que es en la actualidad el caballo de batalla de las negociaciones de la diplomacia y el punto capital de discusión de la prensa de todas las potencias interesadas.

La iniciativa de este asunto partió de los Estados Unidos, que manifestaron deseos de limitar su acción en China y se mostraron partidarios del abandono de Pekín, dejando que regresaran á la ciudad los imperiales á fin de entablar con ellos las negociaciones de paz. Rusia se adhirió desde luego á esta proposición, enviando á las potencias una circular redactada en este sentido, retirando sus tropas de las plazas que habían tomado en la Mandchuria y enviando al ministro ruso en China y al general Lenevitch instrucciones á fin de que adoptaran inmediatamente las medidas necesarias para trasladar á Tien-Tsin la legación, las tropas y los súbditos rusos. El gobierno yanqui ha adoptado análogas disposiciones y ha enviado iguales órdenes al general Chaffee.

Inútil es decir que la solución defendida por Rusia cuenta con el voto de su aliada Francia.

En cambio Inglaterra, Alemania y el Japón no se muestran propicias, ni mucho menos, á aceptar como buena la idea de la evacuación de Pekín, entendiendo que la ocupación de la capital del imperio es indispensable mientras no se obtengan completas reparaciones por lo que se refiere al pasado y seguras garantías para el porvenir. Alemania ha propuesto una solución conciliadora que abarca dos extremos: primero, que las tropas aliadas formen un destacamento internacional, compuesto de fracciones proporcionadas de cada uno de los cuerpos que actualmente se encuentran en Pekín, el cual destacamento continuará ocupando la capital china, retirándose el resto de las tropas á Tien-Tsin hasta que se firme la paz; y segundo, que los aliados garantizarán la seguridad de la familia imperial y de sus ministros, mantendrán los antiguos tratados que aseguran la política de la puerta abierta, y se pondrán de acuerdo respecto de las indemnizaciones que habrán de pedirse á China.

Inglaterra, á la que el conflicto chino ha cogido en pésimas condiciones por efecto de su lucha en el Transvaal, acepta, al parecer, á falta de otra mejor, la solución propuesta por Alemania.

Y en cuanto al Japón y á Italia, no tendrán más remedio que pasar por lo que resuelvan las grandes potencias.

Todas estas dificultades que ahora se presentan fueron universalmente previstas cuando se inició la lucha: á bien que no se necesitaban grandes dotes de profeta para preverlas, tratándose de una contienda en que los tan cacareados sentimientos humanitarios eran en el fondo un simple pretexto con que se disfrazaban los egoísmos, las ambiciones, las concupiscencias de los que con el derecho de la fuerza se han erigido en árbitros de los destinos del mundo.

Y lo chocante del caso es que mientras las potencias discuten lo que han de hacer para negociar la paz, aún no se sabe cuáles son los plenipotenciarios del gobierno chino que han de entablar las negociaciones, ni siquiera se sabe si hay en China gobierno con atribuciones para nombrarlos. El famoso Li-Hung-Chang atribúyese la representación del emperador, pero harto conocidas son las intrigas



CONFLICTO CHINO. – TIEN-TSIN. – Aspecto de la estación del ferrocarril después del bombardeo (de fotografía)



CONFLICTO CHINO. – TIEN-TSIN. – Los marinos franceses marchando por el muelle después de la liberación de la ciudad (de fotografía)

del tal personaje para hacer caso de sus manifestaciones. También ha sido nombrado plenipotenciario, según parece, el príncipe Tcheng.

¿Cuándo comenzarán las negociaciones? Lo más probable es que no empiecen hasta que se haya resuelto la cuestión de la evacuación de Pekín.

Otra de las cuestiones relacionadas con el conflicto chino que seguramente dará mucho juego es la ocupación de Shanghai, en donde actualmente se encuentran siete buques de guerra ingleses, dos franceses, tres holandeses, un norteamericano, un alemán y tres japoneses. Las tropas de desembarco se componen de 3.500 soldados de la India, 800 de infantería de marina francesa, 450 alemanes y 800 voluntarios; además hay dispuesta una brigada naval de 4.000 hombres, y el representante japonés en aquella ciudad ha declarado á las potencias que el Japón se propone tomar parte en la ocupación, habiendo ya desembarcado 600 marinos mientras se espera la llegada de tropas de tierra. – X.

EL INFIERNO CHINO

Un libro chino del siglo X, el *Yu Li* (Recuerdos penosos), publicado recientemente en inglés por la Royal Asiatic Society, completa la doctrina de Confucio en un punto que este filósofo había dejado á obscuras: la suerte del alma individual después de la muerte del pecador.

Apenas despojada de su envoltura humana, el alma china es recogida por demonios que recorren el espacio y conducida á toda prisa en una silla de manos al infierno, en donde los recibe el dios del Destino. El infierno chino hállase dividido en multitud de departamentos, al frente de cada uno de los cuales está un juez presidente, rodeado de un numeroso estado mayor de asesores, substitutos y funcionarios judiciales de todas categorías. En cada división se juzga un crimen bien definido, el robo, el asesinato, la blasfemia; los castigos son diferentes y consisten en suplicios dolorosos y eternos. Los embusteros son los más maltratados: un demonio feroz les azota metódicamente en honor á la Verdad.

A veces se presentan algunos casos que dejan perplejos á los jueces: así, por ejemplo, hay almas que cuentan casi tantas acciones buenas como malas; á estas almas se las envía nuevamente á la tierra concediéndoles varias ocasiones para hacer el bien, y si no las aprovechan, pasarán toda una existencia en un cuerpo deforme ó enfermo. Si una mujer observa en la tierra una conducta ejemplar, renacerá en forma de hombre, ascendiendo, por consiguiente, de categoría.

A fin de evitar toda reclamación, pues se han dado casos de errores infernales, los jueces del infierno hacen absorber al alma que espera su sentencia una taza de *te de olvido* que les hace perder totalmente la memoria. La creencia del *te de olvido* hállase muy extendida entre los chinos, los cuales están convencidos de que los misioneros ingleses conocen el secreto de esa bebida y se sirven de ella, obligando á tomarla á aquellos á quienes quieren convertir á su religión.



La canción de la patria en 1814 (episodio de la historia de la República Argentina), cuadro de Pedro Blanqué

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 24 de septiembre de 1900 — Núm. 978

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESTRIPANDO TERRONES, dibujo de Gunnin King

SUMARIO

Texto. – *La vida contemporánea. Etiquetas. Teatros*, por Emilia Pardo Bazán. – *Las bellas artes en el Japón. Los secesionistas*, por Adolfo Fischer. – *El papelito*, por Eusebio Blasco. – *Liberales y apostólicos (episodio de 1822)*, por Angel R. Chaves. – *De mi tierra*, por Eduardo Zamacois. – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Los dos pilletes*, novela (continuación). – *Conflicto chino.* – *Carrera de transatlánticos.* – *La luz viviente.* – *La meteorología en el Japón.* – Libros.

Grabados. – *Destripando terrones*, dibujo de Gunnin King. – *Salón de exposiciones de los secesionistas de Tokío.* – *Los miembros del «Hakuba-Kwai» en Tokío.* – *Copistas japonesas en el Museo de Kyoto*, dibujo de Eisaku Wada. – *Una antigua historia*, cuadro de Seiki Kouroda. – *Grupo de un monumento de Kumamoto*, obra de Akiro Sano. – *Retrato de un actor japonés.* – *La tejedora*, cuadro de Eisaku Wada. – *Monumento del general Saigo en Tokío*, obra de Takamura Koun. – Dos grabados que ilustran el artículo titulado *El papelito.* – *Viaje de SS. MM. y AA. Santander*, tres grabados. – *Día de descanso.* – *Campiña romana*, cuadros de Enrique Serra. – *El general norteamericano Lawlow.* – *D. Perfecto Lacosta.* – *Convención municipal del partido Nacional cubano.* – *Conflicto chino*, cuatro grabados. – *El leñador*, escultura de Constantino Meunier.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ETIQUETAS. – TEATROS

He visto que estos días, con motivo del viaje de los reyes á las costas cantábricas, se promovieron cuestiones de etiqueta y de precedencia entre diversos funcionarios del orden civil y militar. No voy á censurar á estos funcionarios, que probablemente serán amigos ó al menos conocidos míos; voy sólo á deplorar, una vez más, nuestro estado de pensamiento, nuestro atraso en la evolución de la conciencia nacional. Ser el primero en el desvelo por el bien público, en el desempeño del cargo, es honroso. Ser ó dejar de ser el primero en la colocación, durante una ceremonia, es insignificante. Pero nos hemos acostumbrado á que el valor del individuo y aun de las clases se funde en cosas que les son ajenas, no en lo que valen y representan por sí mismos, y de ahí la exasperación de las vanidades y el abuso y derroche de honores y pompas y cortesías y formulismos, que sobre falsear nuestra noción de la realidad, nos pone en ridículo ante el resto del mundo.

Como los pavos, no damos importancia al cuerpo, donde están el corazón y las entrañas, ni á la cabeza, donde está ó debiera estar el seso, sino á la cola, á un apéndice de plumaje inútil, pero que luce colorines y aparenta majestad. Hacer la rueda y abrir la cola, y si otro pavo logra pasar delante, encender de cólera el moco, es el resumen de la función social.

La ola de las vanidades sube de tal manera, que ha invadido hasta la clase en que al parecer debe la vanidad andar sujeta á consideraciones de muy otra índole: hablo del clero. Cruces, bandas, tratamientos, cargos más ó menos imaginarios, pero «honoríficos,» como las *procapellanías de honor* y las *camarerías secretas de capa y espada;* todos esos juguetes del vanistorio universal son apetecidos y solicitados por quienes sólo debieran buscar el olor de la virtud y el cumplimiento de la ardua misión. Y nótese que á veces los vanidosos son por otra parte gente buena, de vida recomendable, excelentes costumbres; pero ha influído en ellos el ambiente de mentira y de farsa que respiramos, y en el cual los verdaderos merecimientos se posponen al aparato oficial de la distinción, que ya, á fuerza de prodigarse, ni aun distingue.

En verdad os digo que en los pueblos serios y fuertes la vanidad existe – claro que sí, pues es una flaqueza esencialmente humana, lo eternamente pueril de la humanidad, – pero no lo absorbe todo; se encierra en sus límites, se contiene, y no influye de un modo sensible en el mecanismo general; no provoca conflictos, no da chispazos. Cuando encontréis á una nación decaída y podrida, como Turquía, ó enferma, como Austria, tened la certeza de que prodiga las ceremonias, las condecoraciones, las bandas, los signos exteriores y mentidos del valer. Alguien observó, en el tratado que sancionó la pérdida de nuestras colonias, el contraste entre las firmas: los vencedores *apenas se llamaban Pedro;* tenían su nombre, la sencilla expresión de su cargo, y les bastaba; los vencidos, en cambio, ¡éramos tanta y tanta cosa de dignidades y de honores! Llevábamos encima tres siglos de etiqueta: la etiqueta que nació en España cuando fenecieron las energías civilizadoras y las viejas libertades.

En el fondo, el español no es vanidoso; propende, al contrario, por su tendencia al realismo, á distinguir lo interno de lo externo. Pero ha adquirido ese vicio, como ha adquirido otros muchos, al bastardearse, al decaer, al hundirse el terreno firme en que sentaba la planta. Pocas etiquetas y pocas vanidades teníamos cuando los almogávares se apoderaban de la etiquetera Bizancio. No hay nada que cure la vanidad como el sentido de lo real, la certeza del empeño de honor cumplido hasta más allá de lo posible. San Buenaventura, colgando de un clavo el capelo y mondando patatas en la cocina, y el hidalgo de Cervantes diciéndole al rústico: «Sentaos, majagranzas, que donde yo estuviere allí estará la cabecera,» son las dos fórmulas de ese desdén soberano que vuela más alto que las vanidades.

Aconseja juiciosamente un diario, que puesto que á cada solemnidad oficial han de suscitarse esas cuestiones de precedencia; puesto que este pleito y esta zambra se renueva cada mes ó cada dos meses entre alcaldes, gobernadores, capitanes generales, jefes de departamento, párrocos, obispos, rectores de Universidad ó de Instituto, presidentes de Congreso, Senado, Audiencia, etc., etc., sería bueno que de una vez se estableciese la jurisprudencia que en casos tales debe regir, y quién ha de sentarse ó colocarse en el puesto de honor, y en el que sigue, y en el tercero, y en el cuarto; y encasillar ya definitivamente nuestro *tchin*, como han hecho los rusos, más prácticos y enemigos de complicaciones. Dar á la entrada un número, y así se evitarían disgustos y lances. La vaguedad en la colocación es otra etiqueta más: es que todos quieren ser primero y no se quiere descontentar á nadie. Y si valiese mi voto, el alcalde sería el primero siempre; el alcalde popular, elegido por el pueblo. Esta es la tradición, la gran tradición española, que inspiró á nuestros poetas dramáticos, y que nació de nuestro derecho antiguo y de nuestras instituciones *vivas*, naturales, orgánicas. ¡El alcalde! Eso era mucho, era lo más, bajo Felipe II todavía. Al hundirse el alcalde se hunde España. Voto por el alcalde, y ruego al alcalde que se acuerde siempre de su filiación.

Creo que estas desazones por ceremonial es lo único que de particular ocurre en mi patria, mientras yo me paseo por París y describo en *El Imparcial* la Exposición. Sólo allí hablo de ella. Aquí insistiré en algo que no tiene que ver con la Exposición y de que ya alguna vez creo haber tratado: la célebre actriz Sara Bernhardt, que gracias á sus frecuentes *tournées* por España es en cierto modo una artista internacional, aunque tenga en París su campo de batalla, su teatro propio.

La campaña de Sara Bernhardt este año es de las que dan opción á la cruz laureada; campaña de valentía y de resistencia. Siempre he admirado, en esta hebrea tan inteligente, la voluntad y el amor al trabajo: ahora las cualidades que en ella reconozco se revelan en grado tal, que las creo la base de toda la fama adquirida.

Bien sé que es indiscreto hablar de la edad de las mujeres, y aun de la de los hombres; pero incurro en indiscreción á propósito de Sara, sin otro fin que el de alabarla más y exponer las razones en que mi encomio se funda. Según los que parecen mejor informados, ya no cumple Sara los sesenta. Organización delicada y con predominio del sistema nervioso, minada en su juventud por la tisis y quebrantada en la edad madura por graves padecimientos, Sara no cesa de trabajar desde hace un largo tercio de siglo, prefiriendo los papeles más fatigosos, más extensos, de mayor estudio y de efectos y escenas más fuertes. Otras actrices se reservan, se economizan, despliegan arte para defenderse del letal desgaste que lleva consigo la labor de las tablas. Sara, por el contrario, está más satisfecha cuanto más se prodiga; quiere llenar la escena todo el tiempo que dure la función, y hoy, á la edad que queda dicha, arrostrando el riguroso calor de este verano excepcional, encarna, durante *seis* larguísimos actos, en los cuales apenas se ausenta de la escena minutos, el personaje de *un muchacho de veinte años*, gallardo, esbelto y soñador.

Y no sólo no está ridícula personificando al duque de Reichstadt, sino que difícilmente actor alguno ni actriz, en lo venidero, borrará el recuerdo de Sara en la creación de Rostand. Si he de ser sincera del todo, añadiré que esta obra del autor de *Cyrano* me dejó algo fría. Una misma situación, sostenida por espacio de seis actos, engendra languidez. Que desaparezca Sara, y el *Aiglón* no podrá representarse sin que el público se canse de un drama tan monótono y de unos parlamentos, en verso, tan interminables. El *Aiglón*, realmente, es un monólogo dicho por Sara. Aquella vida y variedad de las escenas de *Cyrano*, aquel sentido de lo pintoresco de las multitudes, no asoma en el *Aiglón*.

Sara ha salvado á Rostand, con su energía, con el calor y animación que en ciertos momentos comunica al papel y con la elegancia de su figura, en la cual faltan esas curvas muelles y carnosas que delatan siempre á la mujer vestida de hombre. Las líneas de Sara, al representar al duque de Reichstadt, son tan gentiles, que un gran pintor ó escultor las reproduciría gustoso. La naturaleza cortó el cuerpo de esta actriz, de aventajada estatura y muy flaca en sus primeros años, por tal patrón, que el uniforme, el capote militar y el traje de 1830 tenían que caerle bien. La hermosa cabeza, larga, oblonga y fina, y el rizado cabello, completan la ilusión. Estoy por creer que ni el propio duque de Reichstadt fué tan apuesto mozo; y dicen que lo era muchísimo.

Insisto en la energía, insisto en la voluntad, porque Sara lucha consigo misma, en primer término, para lograr el triunfo, que al fin consigue. De suyo, Sara es afectada, enfática en la dicción: no tiene naturalidad, ni arranque genial, ni ternura. Venciéndose, estudiando, *queriendo*, obtiene los efectos intensos de este papel. Son muchos y muy diversos; una escala. La pena oculta, en la despedida á su madre María Luisa; la cólera, en la protesta contra los dómines que falsean la historia y le ocultan las victorias de Napoleón; la melancolía, al desgarrar los billetes de amor que recibe; la alegría, al encontrar que sus soldaditos de madera visten uniforme francés; el entusiasmo, al creerse capaz de seguir las huellas de su padre; la desesperación y la epilepsia, cuando rompe el espejo, al cerciorarse de que los rasgos de su fisonomía no son napoleónicos, sino de la dinastía austriaca; el cariño, el mimo y la travesura infantil, en la encantadora escena con su abuelo, el viejo emperador; el delirio y la agonía, en el campo de batalla de Wagram y en el palacio de Schoenbrunn – otros tantos esfuerzos de Sara, esfuerzos conscientes, calculados (no fruto de la inspiración), – que dan el resultado más artístico. Y todas las noches representa Sara con igual maestría. La desigualdad es patrimonio del genio, del indócil y caprichoso genio. La voluntad vela y no desmaya. Sara es voluntad.

Se ha calificado de drama *nacionalista* la última obra de Rostand. Quizás esta idea influye en el público y contribuye á arrancar aplausos. Los recuerdos gloriosos le hacen vibrar. Sin embargo, una crítica serena no encontrará que es nacionalista ni militarista el *Aiglón*. Al revés. La guerra y la gloria se manifiestan allí como productos de una fatalidad misteriosa, del hado, que se complace en el juego trágico y en la ilusión engañosa, riéndose de los mortales, de su vanidad, de su locura. Esta concepción profunda, al estilo griego, velada en los primeros actos, se revela en el quinto, en la escena, realmente épica y sublime, del campo de batalla de Wagram. A presencia del hijo de Napoleón, que entre la sombra nocturna vela el cadáver del leal granadero, se realiza algo semejante á lo que refiere la balada alemana: los muertos en la batalla se reaniman, viven con vida espectral, asoman sus caras lívidas, demacradas, de ojos sin pupila, y entre el vago resplandor de los fuegos fatuos y el humo de las descargas, allá á lo lejos se escuchan sus gritos, el clamor y el estrépito del combate, el ¡ay! de los heridos, el último ronco resuello de los moribundos. Cuando cesa la visión á la luz del amanecer, sentimos la misma impresión que siente el *Aguilucho:* esa carnicería hay que expiarla, y el hijo es la víctima ofrecida por los gloriosos crímenes del padre. No importa que los muertos, antes de volver á tenderse en sus fosas, hayan absuelto al conquistador aclamándole una vez más: el sueño del hijo de Napoleón se ha disipado; no es posible que la historia reproduzca tan terrible gesta, y más vale que el pollo de águila imperial sucumba en su dorada jaula antes de probar las alas para encarnar el desastre, como después Napoleón III.

Después del *Aiglón*, ¿deberé hablar de la *Fiesta en Sevilla*, estreno en las *Folies Marigny*, con la Otero y coro de *toreadores*, picadores, chulos, gitanas, naranjeras, vendedoras de rositas de olor y demás tipos españoles á rabiar, presentados como aquí se presenta lo español generalmente? ¿Qué decir de tal estreno? La Otero, aunque demasiado repintada y estucada, es muy guapa, y luce unas joyas que, si no son falsas ni ajenas, valdrán miles de duros. Baila bien y representa regular, no sin gracia y viveza de actitudes. Estas *Folies Marigny* tienen un público de ensalada, de gente alegre y *non sancta* y de señoras elegantes y aristocráticas, parecido al que á veces se reune en «la cuarta» de Apolo. Sólo que aquí la función se acaba tempranito, como las de todos los teatros de París. En París se trabaja mucho, se madruga, y los hábitos de los laboriosos se imponen á los haraganes.

Emilia Pardo Bazán.

LAS BELLAS ARTES EN EL JAPÓN

LOS SECESIONISTAS

Las luchas que en la vida artística se vienen produciendo desde hace algunos años con más ó menos violencia en los centros de arte europeos, se han extendido recientemente al apartado archipiélago japonés, en donde se han dejado sentir de una manera más acentuada, por lo mismo que son allí más marcados los contrastes entre las diversas tendencias y escuelas.

Los modernos artistas japoneses pretenden algo más que ser agradables; quieren emocionar, presentando al ser humano en sus goces y en sus dolores, haciendo de él un objeto primordial, no un simple accesorio. Quieren no sólo reproducir los estados de ánimo que en él engendra la naturaleza, sino además describir procesos psíquicos completos en todas sus fases, como hacen sus colegas occidentales.

El arte estilista japonés ha capitulado ante el realismo, por lo menos en lo que á los secesionistas se refiere. Los modernistas del Japón, animados por el espíritu de Millet y buscando directamente su inspiración en la naturaleza, se han establecido en Dzushi, el Barbizón japonés, encantadora aldea de pescadores junto al golfo de Kamakura.

La primera aproximación oficial del Japón al arte europeo realizóse hace veintiún años, cuando se fundó la «Kohu Bijutsu Gakko,» es decir, la «Escuela de Bellas Artes,» dependiente del departamento de Obras Públicas. Para la fundación de esta escuela fueron llamados dos artistas italianos, el pintor Fontanegi y el escultor Ragusa.

Pero aquella institución duró escasamente tres años, siendo suprimida durante una de las revoluciones políticas, tan frecuentes en aquel país. Desde entonces, transcurrió mucho tiempo sin que el Estado se preocupara de las bellas artes, hasta que algunos artistas japoneses que se habían educado en París han tratado en estos últimos cinco años de proporcionar al arte un centro propio y permanente en su patria.



Salón de exposiciones de los secesionistas de Tokío



Los miembros del «Hakuba-Kwai» en Tokío



Explicación del grabado anterior

1. Fujishina. – 2. T. Shodai. – 3. B. Sakuma. – 4. J. Suasa. – 5. R. Kita. – 6. C. Ando. – 7. K. Nagahara. – 8. K. Ganda. – 9. T. Kikuchi. – 10. M. Kobayashi. – 11. T. Ywamura. – 12. K. Nakamura. – 13. S. Kouroda. – 14. K. Koume.

El más importante de estos artistas es Seiki Kouroda, discípulo del parisiense Rafael Collins. Terminados sus estudios en 1894, fué nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Tokío, que se había inaugurado en 1890 con el propósito de que en ella se cultivara el arte japonés exclusivamente, y desde entonces tuvo su propio centro en el Japón el arte europeo. En efecto, allí no sólo se ven jóvenes estudiosos que se dedican á estarcir antiguos cuadros ó á copiar antiguos biombos, sino que además hay clases cuyos discípulos, sentados delante de un caballete, copian al carbón estatuas de yeso, pintan del natural y en las tardes festivas salen al campo para reproducir la naturaleza con toda la verdad posible, no como sus colegas afiliados al antiguo estilo japonés, que pintan en su casa de memoria únicamente un resto de la impresión en ellos producida por la naturaleza.

Pero el hecho decisivo para la vida artística japonesa lo realizó Kouroda creando la secesión.

En 1889 formóse con el nombre de «Meijik Bijutsu Kwai» y con los restos de la escuela de Fontanegi una asociación de pintores á la europea, á la que pertenecen muchos aficionados y gran número de personalidades influyentes é ilustres, pero muy pocos profesionales. Tiempo hace que entre el elemento serio, por decirlo así, entre los que han hecho sus estudios en Europa, reinaba cierto descontento que, dando origen á empeñadas discusiones, ha acabado por producir una escisión, saliéndose Kouroda y diez individuos más del club Meijik y fundando el «Hakuba-Kwai,» título que significa «El caballo blanco» y que está tomado del de una bebida popular, una especie de vino de arroz de color blanco turbio, como expresión simbólica del espíritu democrático que á la asociación informa enfrente de los principios aristocráticos del club Meijik. En el Hakuba-Kwai no hay distinción de clases; todos los que á él pertenecen se consideran como hermanos, hijos todos del arte.

Los secesionistas japoneses adoptaron como sello una cabeza de caballo en una paleta y verificaron su primera exposición en octubre de 1896.

Este grupo de artistas ha adoptado como principio no conceder medallas, ni premios ni otras distinciones á los expositores; lujo que, por otra parte, tampoco le permitirían los escasos recursos de que dispone.

Las pinturas en aquel certamen expuestas demostraron que los artistas del Hakuba-Kwai eran principalmente paisajistas y pintores de género, habiendo en estas especialidades obras muy dignas de alabanza. Las composiciones de elevado estilo faltaban casi en absoluto y las pocas que había eran indudablemente las más defectuosas de la exposición.

El ojo del artista japonés, acostumbrado desde hace siglos á no cultivar más que el género decorativo, á llenar espacios, pero no á crear plásticamente, está conformado para la visión del arte de modo muy distinto que el del artista europeo, siendo necesario el transcurso de mucho tiempo y la influencia de una larga educación para que pueda adaptarse á la concepción artística de nuestros pintores.

Las mejores obras de aquella exposición eran seis cuadros de Seiki Kouroda, que representaban otras tantas vistas del Fuji en diversos períodos del año, y seis paisajes de Dzushi, producciones llenas de calor y de luz que revelaban la más delicada percepción de las sensaciones producidas por la naturaleza. En su gran composición *Una antigua historia,* que reproducimos, no supo dar vida psíquica al asunto, que se inspira en la siguiente narración *popular* japonesa.

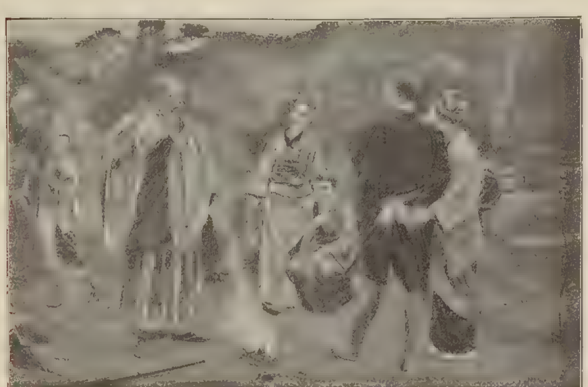
El mikado Takakura, que reinó en el siglo XII, cayó en honda melancolía á consecuencia de haberle abandonado su amada Kogo-no Tsubone. Para encontrarla y hacerla volver á su lado envió á su camarero Nakakuni con el encargo de recorrer el país hasta dar con ella. Una noche en que el mensajero recorría á caballo las inmediaciones de Kyoto, oyó dentro de una cabaña la canción que él solía entonar en unión de la fugitiva delante de su soberano, y sacando rápidamente la flauta que en el cinturón llevaba, tocó en ella el acompañamiento de la canción y penetró en la choza para entregar á la ingrata un mensaje de su enamorado señor. Apenas obtenida la respuesta,



Copistas japonesas en el Museo de Kyoto, dibujo de Eisaku Wada

regresó al palacio en donde le esperaban con impaciencia.

Como se ve, el tema no es bastante importante para ser perpetuado en un cuadro; pero aun prescindiendo de esto, las figuras del lienzo de Kouroda revelan sobradamente la *pose,* y producen, por consiguiente, una impresión poco natural. Lo mejor del lienzo es, sin duda alguna, el bosque del fondo.



UNA ANTIGUA HISTORIA, cuadro de Seiki Kouroda

Entre los artistas secesionistas de más talento cuéntase Eisaku Wada, quien, como Kouroda, se distingue especialmente en la pintura de paisaje; sin embargo, un delicioso cuadrito de género, *La tejedora,* que reproducimos, demuestra un temperamento artístico que tiende á la verdad y á la sencillez.

En mayor atraso que la pintura con relación al arte europeo se encuentra la escultura, que se afana también por seguir las huellas de los escultores de Occidente y que puebla de monumentos funerarios

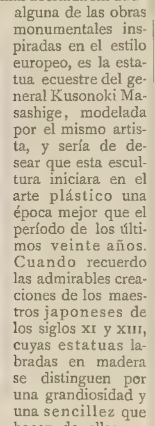


GRUPO DE UN MONUMENTO DE KUMAMOTO, obra de Akira Sano

los cementerios, sobre todo después de la última guerra con China.

Muchos japoneses consideran como excelente un monumento militar que ha de erigirse en Kumamoto, al cual pertenece el grupo anterior, y en dos de cuyas caras se han de colocar unos bajos relieves; y sin embargo, las escenas en dichos relieves representadas producen el efecto de combates de soldados de plomo, y el grupo que ha de formar el coronamiento no es muy á propósito para impresionar grandiosamente.

Más fatal aún es la impresión que produce el monumento al general Saigo, obra de Takamura Koun, que se alza en el parque Uyeno de Tokío y que reproduce el último grabado de esta página: la figura que lo corona no da en manera alguna la idea de un guerrero; no he visto nunca cosa más trivial ni más antimonumental, y por lo que al caudillo se refiere, el escultor no ha sabido ni siquiera apuntar nada que permita formarse concepto de sus principales cualidades psíquicas.



Mucho más importante, y la más acertada sin duda alguna de las obras monumentales inspiradas en el estilo europeo, es la estatua ecuestre del general Kusonoki Masashige, modelada por el mismo artista, y sería de desear que esta escultura iniciara en el arte plástico una época mejor que el período de los últimos veinte años. Cuando recuerdo las admirables creaciones de los maestros japoneses de los siglos XI y XIII, cuyas estatuas labradas en madera se distinguen por una grandiosidad y una sencillez que hacen de ellas valiosísimas obras de arte, no puedo menos de pensar que los artistas de aquellos tiempos tenían aptitudes y energías que desaparecieron y no han vuelto á nacer en el transcurso de tantos siglos.

Un nuevo fenómeno digno de ser mencionado en la vida artística japonesa son los museos, en los cuales se muestran al público los resultados conseguidos por las ciencias extranjeras, se despierta el interés del mismo por las conquistas en otras partes realizadas, y se exponen los objetos de arte de la cultura indígena, evitando que perezcan estas manifestaciones de la vida intelectual nacional.

Actualmente hay en el Japón tres museos magníficos, que son los de Tokío, Kyoto y Nava: los dos últimos están confiados á la dirección de Yamataka, el más ilustre educador del pueblo y de la nueva generación artística. Este director organiza exposiciones en las que alternativamente se exhiben los tesoros de arte que encierran los ricos monasterios budistas de las inmediaciones de Kyoto y de Nava, con lo cual se propone educar especialmente á los artistas que se inspiran en el antiguo estilo japonés, á cual efecto, además, les muestra cada diez días cuadros célebres de los maestros clásicos.

Visitando aquellas exposiciones vense delante de las vitrinas multitud de pintores de ambos sexos que aprovechan las ocasiones que se les presentan de educarse mediante la contemplación y la copia de obras importantes de la antigüedad.

Ya se comprenderá que con este sistema de estudio, y sin estudiar al propio tiempo seriamente el natural, tendiendo al desenvolvimiento de una personalidad independiente, no pueden realizarse grandes y fundamentales reformas, y sí únicamente limitar las aptitudes artísticas á la imitación puramente externa de lo que los antiguos hicieron.

Para transformar radicalmente el debilitado arte japonés, para infundirle nueva idea y para educar á los artistas con objeto de que adquieran una personalidad propia, es preciso el estudio en el sentido en que lo han emprendido los secesionistas.

Sólo la contemplación directa de la naturaleza puede llevar al arte japonés por el camino de la belleza y de la verdad, como lo ha llevado en los demás países civilizados. Únicamente observando de cerca los espectáculos, los objetos y las formas con que la naturaleza les brinda, podrán aquellos artistas hacer que su obra esté á la altura de lo que el progreso del arte moderno exige. Solamente buscando su inspiración en la eterna fuente de lo bello, identificándose con ella en absoluto, sintiendo, en una palabra, el natural, conseguirán infundir en sus creaciones esa vida, esa expresión de la realidad, ese sentimiento que al exteriorizar el alma del artista despiertan en el ánimo del espectador la más profunda emoción estética.

En este sentido trabajan los secesionistas japoneses, y es de esperar que la semilla por ellos sembrada no tardará en producir los mejores frutos, como los ha producido dondequiera que han prevalecido las indicadas tendencias.

ADOLFO FISCHER.



Retrato de un actor japonés



LA TEJEDORA, cuadro de Eisaku Wada



MONUMENTO DEL GENERAL SAIGO EN TOKÍO, obra de Takamura Koun



– Mírale, Teresa; mírale qué bueno está y qué ágil

EL PAPELITO

El niño estaba jugando en el jardín. Los padres, que acababan de tomar el café en el comedor, le veían correr, encantados.

El marido decía:

– Mírale, Teresa; mírale qué bueno está y qué ágil. ¿Te acuerdas de hace un mes?

– ¡Ya, ya, qué noches! Yo le creía muerto...

– Pero tú eres más fuerte que yo. Tres éramos á velar y en ocuparnos de la pobre criatura, que á los cinco años ha resistido una enfermedad capaz de matar á un hombre de treinta...

– Tú aguantaste seis noches en vela.

– Y tú y el amigo Teodoro, catorce.

– Teodoro es muy fuerte, es más joven que tú, pudo hacer lo que hizo.

– Y tú también. La verdad es que mis cincuenta años parecen sesenta porque he trabajado mucho, he vivido en las colonias cuyos climas acaban la vida. Teodoro tiene veinticinco años, tú tienes treinta; no es extraño que en aquellos tristes días mi mujer y mi mejor amigo pudieran salvar la vida á mi hijo con sus cuidados. En verdad que no sé cómo agradecerle á Teodoro...

– Ya has hecho bastante por él; no se quejará. Le has dado un ascenso en el ministerio de Hacienda, le has regalado una sortija que nos ha costado dos mil pesetas...

– Todo se lo merece.

– ¡Todo! Pero no te apures por él.

– Y á propósito, ¿qué le sucede que no viene por aquí hace tres días?

– Estará en Toledo. Como su madre está tan delicada...

– La verdad es que no hay hombre más bueno en el mundo.

– ¿Verdad?

– Ni más dispuesto á sacrificarse por los demás.

– ¿Verdad?

– Es realmente extraordinario. Desde que vino conmigo á Filipinas..., acuérdate, era un muchacho entonces, y en aquel gobierno, lejos del mundo que me dieron, él se ocupaba de todo...

– ¡Como aquí!

– Yo no tenía que pensar en nada. ¡Qué dos años tan felices! Llegó á ser mi *alter ego.*

– ¿Y cuando volvimos?

– ¡Digo! Tú venías en estado interesante, pasaste una travesía horrorosa...

– Creí morirme en el camino.

– Y el pobre Teodoro te cuidó como á una hermana, porque sabía que con eso me daba gusto á mí, que también venía enfermo. Cuando nació Enriquito se empeñó en ser el padrino, haciéndome quedar mal con el general, que se enojó porque él no lo fué. Y el bueno de Teodoro se gastó lo que no tenía en el bautizo... ¡Ya, ya! Aún me parece que le veo con el recién nacido en los brazos junto á la pila bautismal, sin saber cómo manejarle, mientras el cura le hacía las preguntas de costumbre...

– Dicen que fué un bautizo muy divertido.

– ¡Y vaya un regalo que te hizo!

– Vaya, estamos hablando demasiado de Teodoro, y entretanto el niño va á tomar frío...

– ¡Si hace un día magnífico!

En efecto, el día era espléndido, y á la una de la tarde, en abril y en Aranjuez, no había por qué temer enfriamientos del chiquitín.

El marido abrió la ventana que daba al jardín. Su mujer miraba distraídamente al techo, pero con una sonrisa en la que sin duda iban expresados recuerdos gratos.

El coronel – porque era un coronel, que había desempeñado destinos civiles – respiraba con placer el aire de la tarde primaveral, fumando su cigarro y buscando con los ojos á aquel hijo, que era su adoración.

Hombre íntegro, persona cabal, cuya vida había consagrado á su Teresa, una andaluza de blanca tez y ojos grandes y negros, hermosa criatura, bastante más joven que él, pero que no le había dado nunca el menor disgusto. El coronel era de carácter duro, imperativo, hombre reglamentario, soldado de los pies á la cabeza, pero más bueno que el pan, con un corazón de oro. Teresa había comprendido su carácter y sabía llevárselo tan bien, que el coronel era su esclavo. Con eso, y algún dinero ahorrado que sirvió para comprar el hotelito de tres pisos en Aranjuez, un círculo de amigos íntimos que le hacían la partida de tresillo por las noches cuando el teatro estaba cerrado, su fiel Teodoro, que le llevaba la correspondencia, acompañaba á la señora y al niño á paseo, le traía de Madrid periódicos y libros y le tenía al corriente de lo que pasaba en el mundo, el coronel se consideraba dichoso, y lo era. No tuvo en su matrimonio otras amarguras que las que le produjo la enfermedad de su chiquitín; pero ya estaba bueno, el niño había convalecido, y cantaba y reía y saltaba por entre las flores.

– Está magnífico, decía el coronel asomado á la ventana y echando humo.

– ¿Tomarás una copita de cognac?, le preguntaba su mujer desde adentro.

– Bueno.

– Voy á llevártela; no te muevas. ¿Sabes que mañana se inaugura el teatro con la compañía de Vico?

– ¿Qué quieres, que vayamos?

– Como tú quieras.

– Si no vuelve Teodoro de Toledo, iremos; pero si viene, prefiero mi tresillo

– ¡Bien, hombre, bien; hágase tu gusto, como siempre!

En este momento apareció el jardinero por entre unos nopales y dijo:

– ¡Señor!

– ¿Qué hay, Gaspar?

– Mire usted, que el niño se está subiendo á la higuera.

– ¡Ah, no, eso sí que no!, gritó el coronel. Ya decía yo que no le veía...

– ¡Se va á matar!, exclamó la madre acudiendo á la ventana.

– ¡Gaspar! ¡Hazle bajar en seguida!

– ¡Allá voy!

Y el coronel añadió dirigiéndose á su mujer:

– ¡Mírale, mírale como trepa! ¡Qué demonio de chico!

Y el padre y la madre gritaban:

¡Enriqueeee! ¡Enriqueeee!

El niño respondía allá á lo lejos, entre las ramas:

– ¡Voy, voy! ¡Que estoy cogiendo una cosaaa!

El jardinero llegó á la higuera y obligó á bajar al diablillo, que se dejó caer en sus brazos, echando á correr en seguida hacia la casa.

– ¡Papá! ¡Papáaa!

– ¡Ah, bribón!

– ¡Papá! ¡Que me he encontrado un papelito en la higuera! ¡Y qué bien huele!

– ¿Qué demonios dices?

Teresa se puso pálida como la muerte...

– ¡Voy á buscarle!, dijo.

Pero el coronel, al verla tan demudada, la detuvo bruscamente.

– ¿Qué palidez es esa?, preguntó.

– ¡Voy por ese papel!

– ¡Quieta aquí!

Con la mano izquierda la sujetó, y bajando cuanto pudo la derecha por delante de la ventana, le dijo á Enriquito:

– ¡Dame, hijo mío, dame eso!

Teresa se desasió entonces violentamente, echó á correr al interior de la casa, el niño alargaba el papelito al mismo tiempo, y el coronel leyó precipitadamente:

«*Envíale al teatro mañana y acuesta temprano á mi Enrique. Tu* TEODORO.»

Una espantosa blasfemia salió de los labios del coronel; volvió la vista, no encontró á Teresa, echó á correr, oyóse un estrépito de puertas que se cerraban, un ruido de cristales rotos, gritos, ayes, imprecaciones..., y después un tiro...



– ¡Voy, voy! ¡Que estoy cogiendo una cosaaa!

Y el niño, que había subido detrás de su padre, corría asustado por las habitaciones y daba gritos horribles diciendo:

– ¡Que han matado á mamá! ¡Que han matado á mamá!

Y el coronel caía desde el piso segundo del hotel al patio...

EUSEBIO BLASCO.

LIBERALES Y APOSTÓLICOS

(EPISODIO DE 1822)

I

La tarde, con ser todavía de los principios de septiembre, estaba tan metida en agua y de tal modo fría, que aun sin los peligros de la guerra, que tenían los caminos poco menos que desiertos, hubiera asegurado la más completa soledad al poco concurrido que de La Bisbal á Flassá conduce.

Sin embargo, en aquellos días el que un camino cualquiera apareciera solísimo no quería decir que fuera seguro. Las partidas de apostólicos que infestaban una buena parte del Ampurdán, tenían una habilidad asombrosa para surgir de donde menos podía esperarse su presencia, y nada había más á propósito para una sorpresa que aquellos barrancos, verdaderos precipicios á veces, tan poblados de alcornoques, que no se diga unos cuantos hombres, sino un ejército entero podían ocultar.

Con ser tantos los peligros y acrecentar éstos las sombras de la noche que se venían encima con la prisa de las tardes de otoño, cada vez parecía ser menor la de dos jinetes que á lomos de dos malos y ya muy cansados caballejos seguían el trayecto sin otra defensa contra la lluvia, que por momentos arreciaba, que los capotes militares, cuyos altos cuellos tocaban con sus ribetes las gorras de cuartel que cubrían sus cabezas y que se chupaban el agua como esponja.

Aunque los dos viandantes caminaban mucho más mano á mano de lo que las Reales Ordenanzas en bien de la disciplina tenían prescrito, de su distinta jerarquía daban señas los vivos y galones que las ya mentadas prendas de uniforme ostentaban, y que mientras en el uno eran, si bien que ennegrecidos por la intemperie, dorados aún, en el otro, con ser todavía más descoloridos, no pasaban de descubrir un estambre, no por cierto del menos burdo.

Para probar que aquella calma en el caminar de los viajeros era, sobre todo en el uno de ellos, más forzada que voluntaria, bastaba oir el diálogo que sostenían, el de más jerarquía con mal disimulada impaciencia, y el de menos con una *pachorra* que más encendía las iras de su interlocutor.

– No tema, mi capitán, decía el de los vivos de estambre. Más tarde ó más temprano llegaremos; que si no he podido encontrar otra cosa que los dos míseros cuartagos que montamos, si no en su juventud, que no es mucha, ni en su lijereza, que es menos, fío en el pelo que ambos tienen, que por algo se dijo: alazán tostado, antes muerto que cansado.

– Cargue el diablo contigo y con tus empecatados refranes, que eres en lo de enjaretarlos otro Sancho, tan sin meollo como él y con mucho menos gracejo.

– Cada uno en su casa y Dios en la de todos, murmuró el soldado raso, que así acababa de dejar ver que lo era el uniforme exento de toda insignia que dejó al descubierto un momento al sacudir el agua que hacía pesado como el plomo su capote. Quédese ese señor Sancho en la suya y no reneguemos del mal andar de nuestras cabalgaduras, cuando es posible que mejor escapemos si de noche cerrada llegamos á ese nido de cuervos carniceros en el que no sé qué diablos se empeña en buscar mi capitán.

– Ni nadie te mandó venir conmigo, ni yo he de ser el que te detenga si ahora mismo quieres volver grupas y me dejas que solo arrostre los peligros no escasos de esta jornada.

– ¡Abandonar yo á mi capitán!, exclamó el soldado con la voz tomada por la emoción. No da mi tierra, que es la propia burgalesa, ingratos, y no sería yo bien nacido si olvidase que ese chirlo que le afea un poco la expresión lo ganó mi capitán por salvar la inútil vida de su miserable asistente. Además, mi sacrificio no tiene tanto de ello como parece. Coser y hacer albardas, todo es dar puntadas; y tanto vale jugarse la piel aquí, como dejar que en la más obscura de las emboscadas se la agujereen á uno esos tozudos payeses que mandan Caragol, Misas, Romagosa y el Trapasé.

El oficial no tuvo tiempo de contestar. En la obscuridad de la noche, presentían mejor que divisaban la agrupación de casas que formaba el pueblo de Flassá, y con ello pararon en firme los caballejos, que á pesar de las afirmaciones del burgalés, estaban jadeantes como si en vez del breve trayecto hubieran hecho una jornada de muchas leguas.

– Tú no pases de aquí, dijo el capitán en el tono del que está hecho á mandar; cuida de los caballos y sólo acude si te pido ayuda disparando un tiro de uno de estos cachorrillos.

Y mientras amartillaba las dos pistolas, se perdió en la sombra, que atravesó con la seguridad del que conoce muy bien el camino.

II

El oficial, sin embargo, en vez de entrar en el pueblo, le costeó hacia la parte de poniente, y llegado á una pequeña eminencia en que se alzaba una ermita cercada por las tapias bajas de un huerto, se paró como el que ha llegado al lugar de una cita.

La lluvia había cesado hacía un momento, y aunque el nublado había aclarado poco, ya por algunos trechos de él se dejaba filtrar algún destello de la luna, que se hallaba muy avanzada en el creciente.

Aquella claridad permitía á ojos tan avezados á las tinieblas como lo eran los del capitán del ejército constitucional inspeccionar el sitio en que se hallaba.

Ni persona viviente se divisaba en el pequeño círculo que alcanzaba la mirada, ni otro ruido se percibía que el gotear lento y acompasado del tejadillo del modesto santuario sobre los charcos del encenagado piso.

De pronto, sin embargo, de entre unos pedruscos que negreaban á pocos pasos se irguió una sombra que avanzó lentamente hacia el oficial.

Éste instintivamente puso el dedo en el pie de gato de uno de los cachorrillos, mientras preguntaba sin alzar mucho la voz:

– ¿Quién va?

– Nada temas, contestó la sombra en catalán. Soy yo.

El capitán, dejando el arma en el bolsillo, dijo con la más perfecta calma y en el dialecto que había escogido su interlocutor:

– Ya ves que no falto á las citas. Dos veces me juego la cabeza viniendo aquí. Una, si lo que tu cobardía me ha procurado es una emboscada. Otra, si se me ha echado de menos entre los míos y como desertor me aguardan cuatro tiros á la vuelta. Pero el placer de matarte bien vale esos dos riesgos.

Un rayo de luna que había conseguido atravesar las nubes dejó ver la figura de la que hasta allí había pasado por misteriosa sombra. Ahora se veía con relativa claridad que era un hombre alto, robusto, de rostro atezado, que no llevaba otro abrigo que una zamarra de bocamanga adornada con galones que bien pudieran ser de coronel y ajustada por presillas de torzal negro. Su cabeza iba cubierta con el gorro característico del país, y de su cintura pendía un sable curvo, cuyo cinturón servía también para sujetar un par de pistolas.

– De lo uno y de lo otro puedes librarte si quieres, contestó con aplomo el aparecido. Este despacho de comandante firmado por el único gobierno legítimo que reconocemos los buenos españoles, la regencia de Urgell, te pone á cubierto de todo peligro. Con él ni necesitas volver á las hordas del feroz Mina y de sus secuaces Rotten y Milans, ni aquí se atreverá nadie á tocarte el pelo de la ropa.

– ¿Y es para invitarme una vez más á hacer traición á la causa que sirvo para lo que me has hecho venir?, preguntó con ira el constitucional.

– Para eso y para sacarte de un error en que vives y que te hace odiarme. ¿Crees que te he robado el amor de la mujer con quien ya estarías casado si entre ella y tú no mediase el abismo de tu descreimiento y de tu perro liberalismo? Pues bueno es que sepas que yo no amo más que una cosa: la bandera de la legitimidad, que es la del rey absoluto, á quien con malas artes tenéis cautivo tú y esa canalla falta de toda fe á quien sirves. Sumta no ha sido otra cosa en mis manos que el señuelo para hacerte caer en este lazo ó como quieras llamarle. Como vosotros al rey, la he secuestrado, y sólo será libre y tuya cuando hayas renegado de tus ideas. Elige: ó ella y la gloria en los campos de batalla, ó la muerte obscura que he de darte aquí como á la más vil de las alimañas.

Y como al decir esto el apostólico diera un paso con ademán hostil hacia el capitán, éste por toda respuesta dió un paso atrás poniéndole al pecho uno de los cachorrillos.

– Si das un paso más te abraso, dijo con actitud resuelta.

Pero no pudo seguir: una mano robusta le asió por detrás el brazo, que al estremecimiento nervioso se contrajo dejando escapar el tiro sin hacer blanco.

– Miserables bandidos, rugió.

El apostólico lanzó una fuerte carcajada, cuyos ecos sin embargo no pudieron extenderse por aquellas soledades.

Un segundo disparo que no se sabía de dónde había salido, ahogando su feroz risa, le hizo vacilar un punto y caer bañado en sangre.

– Por aquí, mi capitán, gritó la voz del asistente. Éramos pocos y parió mi abuela. Una partida de facciosos se dirige en estos momentos á Flassá, y dentro de unos minutos nos cazarán aquí como conejos.

El capitán, que como por encanto había quedado libre de la mano que le oprimía, ni se movió ni hizo señal alguna de huir. Sus ojos llenos de lágrimas no se apartaban un punto del rígido cadáver del apostólico, al lado del cual había caído de rodillas.

Sólo un rumor confuso al pronto, claro y distinto luego, le hizo alzar la cabeza.

– Abájense los adarves y álcense los muladares, gritó alegremente el soldado raso. El diablo me lleve si esas cornetas no son las de mi batallón.

Un nutrido fuego de fusilería tronaba hacia la parte de Flassá, de donde poco antes había surgido una mujer que, pálida y con el cabello descompuesto, abarcando toda la escena con una sola mirada, se lanzaba al muerto para cubrirle de besos, mientras gritaba al capitán:

– A él, á él solo, que defendía la causa santa y justa, es al que amaba. A ti, asesino y defensor de perros descreídos, te odio, te detesto. ¡Maldito seas!

III

Cuando tres semanas después el capitán, á quien tenía postrado en un hospital de sangre, no herida alguna, sino unas pertinaces fiebres cerebrales, podía por fin dirigir la palabra á su asistente, que no se había separado de la cabecera de su lecho, sólo le dijo por explicación del drama de Flassá:

– El hombre que mataste era mi hermano. La mujer que me ha maldecido es la única que he amado y amaré en este mundo.

A lo que el soldado burgalés, que no sólo en lo de enjaretar refranes, sino en el sentido de lo real tenía sus puntos de contacto con el inmortal escudero de D. Quijote, sólo se limitó á contestar:

– A esto es á lo que llevan estas malditas guerras civiles: á trocar á seres más buenos que el pan en fieras más fieras que los lobos.

ANGEL R. CHAVES.

DE MI TIERRA

El cielo, ese cielo de añil que para su mayor gloria puso Dios sobre Sevilla por intercesión directa de la Virgen de Utrera, empezaba á teñirse con los primeros reflejos del amanecer, cuando Paco Marcial salió de su casa y echó calle adelante en derechura al cortijo donde Milagros vivía.

Era un mozo de los crudos y mejor plantados que crían los terrones andaluces: su edad no bajaba de los veintitrés años ni pasaba de los veinticinco, y vestía legítimo sombrero cordobés, chaquetilla de terciopelo carmesí con bolsillos acuchillados y botones y caireles de plata, faja de seda azul y un pantalón muy ceñido que avaloraba la soltura, fuerza y varonil gallardía del cuerpo. Caminaba á buen paso, taconeando garbosa y pulidamente, como quien va resuelto á acometer graves empresas, y con un movimiento de hombros y un desdeñoso contoneo, que á tiro de ballesta pregonaban el orgulloso concepto que Paco Marcial tenía formado de sí mismo.

El cortijo de Milagros era un viejo caserón con altos muros de piedras desiguales renegridas por la intemperie, y grandes balcones panzudos por entre cuyos mohosos barrotes los miramelindos, los claveles, los morados lirios y los amarillentos jaramagos silvestres parecían arrojar sobre el transeunte una catarata de colores. Marcial se detuvo enfrente del balcón de Milagros, dió tres palmadas que repitieron los ángulos de la calle solitaria, y seguidamente dirigióse hacia la puertecilla que al otro extremo del muro que circundaba la huerta se parecía.

Momentos después una mujer salió á recibirle: era Milagros.

– ¡Frasquito mío!..

– *¡Chiquiya* de mi *arma!*..

– ¿Acabas de llegar?

– Ahora mismo. ¿Y tú?

– Espero desde hace media hora.

Paco Marcial entró en la huerta precedido por la joven.

– Allí estaremos mejor y más libres de que nos vean..., dijo ella conduciéndole hacia un grupo de árboles.

Era una andaluza de pura sangre por lo apasionada y decidora, pero rubia, con hermosos ojos azules, muy adormilados, muy expresivos, en cuyo fondo la pasión había encendido una luz extraña, inextinguible, que brillaba en el cristal acuoso de las pupilas como cabrillean las estrellas en la movible superficie de los pantanos; la boca grande y fresca, con labios purpurinos que daban sed; la nariz sensual, las mejillas coloreadas por un ligero carmín de rosa temprana..., y el robusto cuerpo, de hombros redondos y caderas poderosas, envuelto en los pliegues multicolores de un pañolón filipino.

Los dos amantes estuvieron charlando largo rato



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – SANTANDER. – Desembarco de SS. MM. y AA. en el muelle (de fotografía del Sr. Duomarco, de Santander).

y sin reparar en que el sol iba avecinándose á toda prisa y tiñendo los cielos de púrpura.

– En fin, exclamó Marcial epilogando una enojosa discusión, yo necesito disipar tus temores y saber de una vez el nombre de ese majo que tan mal me quiere.

– Eso no lo diré nunca, repuso ella, porque no es preciso, y he de hacer cuanto pueda para que tú y ese mal bicho no tengáis un encuentro.

– No seas tozuda; dime su nombre en seguida. ¿Es Enrique?

– No.

– ¿Es Manolo, el *Perchelero*?..

– Tampoco.

Y como los ojos de Milagros titubeasen bajo la mirada zahorí de Marcial, el mozo añadió:

– Sí, es Manolo..., tu cara lo está diciendo. Pues bien: yo me las arreglaré de modo que esa mala lengua no vuelva á hablar...

Ya se dirigía hacia la puerta cuando Milagros le detuvo.

– ¡No, Paco; no, Paco de mi *arma*..., no busques á ese gitano, que *tie mu* venenosa la sangre y hace daño hasta escupiendo!..

Entonces, viendo que no tenía otro remedio, lo refirió todo.

El *Perchelero* la recuestaba de amores desde mucho tiempo atrás, y como su pasión aumentaba con los desdenes que recibía, y ella jamás le dió la menor esperanza, el desairado mozo había jurado vengarse espantando á cuantos galanes osaran acercarse á la reja de Milagros

– Pues á mí, ese... no me asusta, repuso Paco Marcial con la espartana concisión de los hombres bien templados.

– Desoye la voz del amor propio, interrumpió Milagros, y no busques trifulcas... Si acaso te hablase de mí, dile que no me quieres, que no somos novios. Estate sin venir por aquí unos cuantos días...

Y añadió extendiendo el brazo con ademán profético:

– Guárdate, Paco... Mira que el *Perchelero* es *mu* traidor, mira que nos quiere *mu* mal y que es hombre que nunca mira de frente. Mira que en la taberna se ha *atrevío* á *ecir* cosas que, cuando las supe, me dieron temblores de cuartana.

– Te juro, replicó Marcial con voz sorda y dirigiéndose tranquilamente hacia la puertecilla de la huerta, que *eso*, el *Perchelero* no lo repite más...

Y sin atender á otras observaciones, se marchó.

***

Bajaba la calle contoneándose garbosamente y con las manos metidas en los bolsillos de *la torera*, cuando al revolver la esquina topóse de manos á boca con Manuel, que sin duda estaba esperándole.

– Oye, Paco.

– ¿Qué quieres?

– ¿Es cierto que estás en relaciones con Milagros?

– Sí.

– ¿Y no sabes que yo la quiero y que soy *mu* capaz de echar al aire las tripas del primer *arrastrao* que se atreva á poner los ojos en la mujer que yo llevo sobre mi corazón como si fuese una Virgen de los altares?..

Los dos hombres se midieron con la vista.

– ¿Y tú no sabes, Manolo, repuso Marcial, que aún no ha nacido el padre del guapo que me obligue á volver la cara?..

– ¿Vamos á verlo?, dijo el *Perchelero* haciendo con la cabeza un gesto de desafío.

– Vamos.

– ¿Dónde?

– Donde quieras. Detrás del cementerio, si te parece...

Y echaron á andar. Paco Marcial iba delante, titubeando los hombros, esbelto y gallardo. El *Perchelero* le seguía, caminando con su paso firme y pausado de hombre fuerte.

Era un mocetón alto y membrudo, de rostro atezado, nariz corva y ojos ardientes. Había estado tres años en el penal de Cartagena, adonde le llevaron por haber muerto en desafío á un arriero, y gozaba fama en el pueblo de ser hombre provocador, camorrista y llamado atrás.

Paco Marcial, entretanto, continuaba su camino tranquilamente, sin curarse de volver el rostro, como quien mucho fía de la nobleza y acendrado valor de su enemigo.

Al pasar por delante de la ermita situada junto á la puerta del cementerio, vieron que algunos devotos madrugadores se disponían á oir la misa que iba á celebrarse por el eterno descanso de un difunto que acababan de traer.

– Espérame aquí un momento, dijo Paco volviéndose bruscamente; salgo en seguida.

– ¿*Aonde* vas?

– A rezar.

Y entró en la iglesia. Manuel permaneció atónito, pareciéndole que aquel entierro y aquella misa eran de malísimo agüero, y su alma supersticiosa de andaluz se estremeció con un calofrío de terror. Conforme el tiempo corría, el pavoroso desasosiego del *Perchelero* aumentaba: cuando Marcial reapareció, el antiguo recluso de Cartagena estaba un poco pálido.

– A tu disposición, dijo Paco; vamos á matarnos ahora mismo.

Y como Manolo no respondiese, Marcial agregó:

– Anda..., quiero oirte repetir las amenazas que contra mí lanzaste en la taberna... y coserte los hígados á *puñalaas*... Si te mato, bueno; si me matas, igual, no me importa... Porque, ya ves, he oído de *rodiyas* la misa que un cura acaba de decir por la salvación del *pobretico* que *yevan* á enterrar.

El *Perchelero* dió un paso atrás.

– Yo no peleo contigo, dijo.

– ¿*Ties* miedo?

– Sí..., sí, tengo miedo... Ya sabes que soy valiente, pero no riño contigo. Sería preciso morir ó matarte. Perdona... ¡Es mucho hombre el que, antes de batirse con otro, oye misa de difuntos!..

EDUARDO ZAMACOIS.



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – SANTANDER. – Arco erigido en honor de SS. MM. y AA. por el partido liberal santanderino (de fotografía del Sr. Duomarco, de Santander)

NUESTROS GRABADOS

Viaje de SS. MM. y AA.—La última ciudad visitada por SS. MM. y AA. durante su reciente viaje ha sido Santander, cuya población dispensó á los regios viajeros un recibimiento entusiasta y organizó en su honor brillantes festejos, que no describiremos porque son con escasas variantes los mismos con que han obsequiado á la familia real las demás capitales por ésta visitadas. Las fotografías que publicamos en esta página y que nos han sido remitidas por el reputado fotógrafo santanderino señor Duomarco, cuya galantería agradecemos profundamente, reproducen el acto de desembarque de SS. MM. y AA. en el muelle y los dos arcos de triunfo levantados por el partido conservador y por el partido liberal de Santander, obra el primero del reputado pintor valenciano Sr. Gomar.

***

Destripando terrones, dibujo de Gunning King.—No se necesita gran penetración artística para comprender la valía de esta obra del notable dibujante inglés, pues á la vista del más lego en materias de bellas artes saltan desde luego las excelencias del dibujo. Y es que éste pertenece al género de las producciones que no exigen detenidos análisis para ser debidamente apreciadas, sino que impresionan desde luego intensamente por ser expresión exacta de la verdad. Esta es realmente la cualidad predominante en la obra que nos ocupa: aquella figura de anciana labriega apoyada en la pala con que destripa los terrones de su campo, es de una naturalidad admirable; vive, por decirlo así, y en su actitud y en su rostro hállase impresa la marca del más sano realismo. El vigor de los trazos y la simplicidad con que está ejecutado, contribuyen no poco al excelente efecto del dibujo de Gunning King.

El general norteamericano Lawlow. D. Perfecto Lacosta. La Convención del partido Nacional cubano.—Las elecciones municipales que reciente



VIAJE DE SS. MM. Y AA. – SANTANDER. – Arco erigido en honor de SS. MM. y AA. por el partido conservador santanderino (de fotografía del Sr. Duomarco, de Santander).

ENRIQUE SERRA



DIA DE DESCANSO

ENRIQUE SERRA



CAMPIÑA ROMANA



El general norteamericano Lawlow, gobernador militar que ha sido de la isla de Cuba hasta el mes de abril último (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

mente se han verificado en la isla de Cuba prestan interés de actualidad á los grabados que en esta página reproducimos, tomándolos de fotografías que nos han sido enviadas por los señores Otero y Colominas, á quienes damos las gracias por su atención. Dos de ellos son los retratos del general norteamericano Lawlow, gobernador militar que ha sido de la isla hasta el mes de abril último, y de D. Perfecto Lacosta, que fué el primer alcalde de la capital después del cese de la soberanía española, elegido por el gobierno interventor; el tercero representa el grupo de los individuos que forman la mesa de la Convención Municipal, asamblea directora del partido Nacional cubano, que es la que entendió en los preparativos para las elecciones de Ayuntamientos. He aquí los nombres de dichos individuos, citados de izquierda á derecha: D. Cándido Pons y Naranjo (tesorero); D. Carlos de la Torre (tercer vicepresidente); D. Antonio M.ª González (tercer secretario); D. Diego Tamayo (segundo vicepresidente); D. Antonio González Pérez (primer secretario); el general Antonio Rodríguez (presidente); D. Sotero Figueroa (segundo secretario); D. Miguel Gener (primer vicepresidente); D. Rafael García Osuna (cuarto secretario); D. Juan R. O'Farrill (cuarto vicepresidente), y D. Juan García Martí (vicetesorero).

***

Día de descanso. Campiña romana, cuadros de Enrique Serra. – Ventajosamente conocido Enrique Serra, no precisa, cuando de sus producciones se trata, reseñar los méritos que atesora. Forma parte de aquel grupo de pintores tan inteligentes como laboriosos que allá en la Ciudad Eterna, lejos del país en que nacieron, han logrado con su esfuerzo merecido renombre y consideración, contribuyendo á sostener el buen concepto de la escuela y del arte español. Las innumerables y variadas producciones del distinguido artista catalán á que nos referimos atestiguan su indiscutible valía, puesto que en todas y en cada una de ellas admírase la habilidad del pintor, que logra efectos, interpreta bellezas y reproduce cuanto observa con exquisita delicadeza, y al artista que siente y procura imprimir á la obra el concepto que le cautiva, avalorando por tal medio la producción. Véase el hermoso efecto que producen en los cuadros que damos á conocer en estas páginas su especialísima tonalidad, y se comprenderá hasta dónde alcanza el buen gusto del artista, ya que de otra suerte no cabría obtener la delicada y misteriosa impresión que en el ánimo despiertan. El cuadro *Día de descanso* forma parte de la notable galería que en Biarritz posee el señor conde de Heeren, quien tiene la fortuna de conservar el *Jardín de los poetas*, de Mariano Fortuny, y el segundo pertenece á los Sres. Honrath van Baerle, de Berlín.

***

El leñador, escultura de Constantino Meunier.—La escultura moderna tiende cada día más á separarse de la tradición y á prescindir cada vez más de los cánones clásicos. Sin descuidar la forma, atiende tanto ó más que á la pureza y corrección de líneas al elemento psíquico, que es, sin duda alguna, el que verdaderamente impresiona; de aquí que las estatuas modernistas se distingan especialmente por el vigor de la expresión, á la que suele corresponder una ejecución igualmente vigorosa. *El leñador* del eminente escultor francés Constantino Meunier, es un ejemplar hermoso de ese género escultórico, rudo de líneas si se quiere, pero lleno de vida y trasunto fiel del natural.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Bruselas. – Se ha erigido en la capital de Bélgica un monumento á la memoria del eminente hombre de Estado Frere Orbán; es obra del reputado escultor belga Samuel, que ha sido premiado con medalla de oro en la actual Exposición Universal de París.

Dusseldorf. – El renombrado pintor de historia y de batallas Teodoro Rocholl se ha agregado por disposición del emperador Guillermo al estado mayor del general Waldersee. Rocholl ha demostrado recientemente con sus cuadros, dibujos y croquis de la última guerra turco-griega, que es un gran pintor de actualidades militares: su vigoroso temperamento, su actividad y la mirada profunda y segura con que aprecia los más fugaces acontecimientos hacen de él un artista muy á propósito para perpetuar los sucesos que en China puedan desarrollarse todavía.

Roma. – El desgraciado rey Humberto I había adquirido poco antes de su trágica muerte un cuadro de nuestro paisano el eminente pintor Enrique Serra, titulado *Un idilio en las lagunas pontinas*.

Viena. – Por encargo de las damas de la aristocracia húngara y con destino al panteón de la emperatriz Isabel de Austria en la cripta de los Capuchinos de Viena, ha terminado el eminente escultor Jorge Zala un monumento funerario de bronce,



D. Perfecto Lacosta, primer alcalde de la Habana después de cesar la soberanía española nombrado por el gobierno interventor (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

cuya altura total es de cuatro metros y medio. Se compone de una estatua de la *Mater Dolorosa*, colocada delante de un altar con un pedestal sostenido por dos ángeles; en el altar se alza una cruz con la corona de espinas. Rodea al grupo una corona colosal hecha con las flores predilectas de la infortunada soberana y en cuyas cintas se lee la dedicatoria.

Teatros. – En el Teatro Popular Libre, de Berlín, se ha representado con gran éxito el drama de Tolstoi *El poder de las tinieblas*.

– La censura alemana ha prohibido en poco tiempo la representación de las siguientes obras: *Saint-Germain*, de A. Rosée; *Los hombres rígidos*, de Blumenthal y Kadelburg, y *La generación nueva*, de P. Petri.

– Mascagni ha terminado y entregado á su editor Sonzogno, de Milán, su nueva ópera *Las máscaras*.

– La nueva ópera de Leoncavallo *Zazá*, cuyo argumento está tomado de la conocida comedia del mismo título, se estrenará en Milán en noviembre próximo.

– En las Arenas de Beziers se ha cantado con gran éxito la tragedia musical *Prometeo*, letra de J. Lorrain y F. Herold, música de G. Fauré.

Necrología.—Han fallecido:

D. Andrés Aleu y Teixidó, notable escultor catalán, ex catedrático y vicedirector de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Dr. Domingo Freire, médico brasileño, á quien se debe el descubrimiento del bacilo de la fiebre amarilla.

Julio Sylvain Zeller, ilustre historiógrafo francés, ex rector de la Academia Francesa de Estrasburgo, profesor de Historia en la Escuela Politécnica de París.

Levitau, celebrado paisajista ruso.

Francisco de Saint Vidal, distinguido escultor francés.

Tomás Faed, notable pintor de género escocés.



La Convención Municipal del partido Nacional cubano que entendió en los preparativos para la elección de Ayuntamientos (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

IV

EN BUSCA DEL BASTARDO

Dicen que el tiempo calma todos los dolores.

Jorge de Kerlor, á ser esto verdad, hubiera podido esperar que al cabo de tantos años de sufrimientos, volvería á sonreirle la vida y á renacer la dicha en su corazón desolado, como nace y brilla una flor sobre una tumba.

Sin embargo, no había de suceder así.

Hay males y penas que vencen al tiempo mismo.

A esta clase pertenecía el mal que experimentaba Jorge.

A pesar de todos sus viajes y empresas, á pesar de la tenacidad con que lo combatió, no consiguió dominarlo.

Después de la muerte de Nerville, le vimos tomar pasaje á bordo del primer vapor que salió para Francia.

Las últimas palabras de su amigo moribundo habían despertado en su espíritu mil pensamientos dormidos, que de pronto se apoderaron de él con imperio absoluto.

¿Tenía, acaso, derecho á castigar á la mujer adúltera? Y sobre todo, ¿tenía el de hacer al niño víctima de su venganza?

La mujer era una infame.

Bien; pero la pobre criatura que le tendía sus bracitos y sus labios sonrosados en el momento mismo en que su furor salvaje le condenaba despiadadamente á una orfandad y á un envilecimiento horribles, el ser débil y cariñoso que sólo había aprendido á bendecirle y adorarle, era inocente.

Y sin embargo, ¿qué había hecho de él?

Lo había entregado á un bandido infame, al más degradado de los seres, á un ladrón, á un asesino, para que lo educase á imagen suya.

¡Ah! Él, creyendo ser justiciero, había sido culpable, cien veces más culpable que la mujer á quien había castigado.

Más culpable aún que el monstruo en cuyas manos abandonó al niño.

Aquel bandido robaba y mataba.

Pero él, Jorge, había hecho algo peor; había asesinado á un alma.

Y su conducta, que hasta entonces él no se había detenido á juzgar, le parecía de pronto la de un miserable, de un cobarde, de un loco.

Tal vez la cárcel se había apoderado ya de la presa que él le había arrojado.

¡Quién sabe si, después de la cárcel, vendría el presidio, y después del presidio, el patíbulo!

¿No había sido éste, precisamente, el fin abominable de su feroz venganza?

Aún le parecía oir la voz de su mujer que, arrastrándose á sus pies, sollozando, loca de desesperación, le gritaba en aquella noche terrible:

– ¡No soy yo, Jorge! ¡No soy yo!

Y una angustia horrible invadía el corazón del justiciero.

¡Oh! ¡Si ella hubiese dicho la verdad!.. ¡Si no fuese culpable!..

Pero no. ¡Imposible!

Todas las pruebas que se habían acumulado para confundirla, no habían mentido.

La certeza era evidente.

¿Pero no había expiado ya su falta?

Y él, aún más inocente que el niño, no había sufrido ya bastante?

¿Había de esperar la muerte, como Nerville, solo, lejos de su patria, en un triste cuarto de fonda, sin tener cerca la mano de una mujer para cerrarle los ojos, la cabecita de un ángel para recibir su bendición suprema?

A pesar suyo, poco á poco, insensiblemente, pensaba en los demás hombres que habían corrido igual suerte que él y que, más débiles, habían dejado que se ablandase su corazón, acabando por devolver á la culpable su puesto en el hogar.

Sin duda no era ya el asilo casto y bendito de la esposa inmaculada.

Era el albergue matrimonial fundado en el arrepentimiento por una parte, y por la otra en el perdón.

Seguramente no era la felicidad; pero era, al menos, la calma y la paz, la atmósfera gris y pálida de un día de invierno alumbrado por un tibio rayo de sol.

¿Por qué no había de hacer él lo mismo que los demás?

¿No levantó Cristo á la mujer adúltera?

Todas las paradojas que realzan á la mujer caída, acudían á su mente.

Mas, de pronto, se sublevaba.

Los que, después de semejantes traiciones, pueden volver á amar, son unos débiles.

¿Lo sería él también?

¿Amaba todavía á Elena?

¡Amarla!

¡Qué cobardía!

Y rechazaba con todas sus fuerzas aquella idea.



Mirar una cosa no es robarla. Además esa cartera no es de mi tío

Sin embargo, durante la noche despertaba con sobresalto, acosado por visiones y pesadillas.

Y en la obscuridad, con los ojos muy abiertos, sentía batir sus sienes, y acababa por gemir y por llorar.

– ¡Mi mujer! ¡Mi hijo!.., repetía como Nerville en su lecho de muerte, con la voz entrecortada por los sollozos.

Luego reflexionaba y comprendía la existencia de un sentimiento que con tanta indignación se negaba á admitir.

Amaba todavía á Elena.

Amaba á la esposa juzgada culpable; á la esposa por él arrojada de su casa, desaparecida, perdida.

Y la amaba con toda la vehemencia de su indomable naturaleza, no como cuando la colocaba sobre un pedestal de pureza y de castidad, sino con toda la violencia de un apasionado deseo imposible de satisfacer.

La amaba aborreciéndola, como aman esos locos que mueren felices por una mujer á quien desprecian quizá.

Y esto le hacía llorar, no ya de rabia, no ya de dolor, sino de vergüenza.

¡Él, Jorge de Kerlor, el cumplido y pundonoroso caballero, el hombre de corazón delicado y alma altiva, para quien toda mala acción era un objeto de horror invencible; él, que no comprendía las bajezas ni las cobardías ordinarias del mundo, ni las indulgencias vulgares para el vicio, era bastante miserable para amar todavía á la mujer que le había engañado!

En vano intentaba rechazar aquella pasión indigna que le quemaba los huesos, penetrando en todo su ser.

Erguíase en vano en su rígido honor para vencer.

Siempre recaía desalentado, incapaz de luchar por más tiempo.

¡Amaba á Elena!

¡Pero no! ¡Imposible!

Y á fin de rechazar aquella idea, que tan vergonzosa le parecía, se entregó desesperadamente á buscar al bastardo que había hecho víctima de su venganza.

De pronto, se le ocurrió averiguar qué había sido de Elena.

Por la madre encontraría tal vez al niño.

Indudablemente, ella había practicado averiguaciones desde el primer día.

El mal éxito de su viaje á Penhoet, en el momento de expirar la condesa madre, no debió desalentarla. De seguro había proseguido sin tregua ni descanso en busca de su hijo.

¡Quién sabe si lo había encontrado ya!

Pero las preocupaciones tomadas por el marido ultrajado para escapar á la mujer adúltera habían sido calculadas de tal manera, que para todo el mundo Elena había muerto.

Tuvo el valor de ir á la casa del Parque de los Príncipes, en otro tiempo teatro de su amorosa dicha, y hoy para él tan sombría y siniestra.

Estaba deshabitada y en venta.

Ya había pasado sucesivamente á manos de dos ó tres dueños. El último había muerto.

Allí nadie se acordaba de Kerlor ni de Elena.

Aquella noche, al volver á su habitación solitaria, lloró más amargamente que de costumbre.

Sin esperanzas de descubrir el menor indicio de Elena, decidióse á consagrar todos sus esfuerzos al descubrimiento de Fanfán.

Empresa lúgubre y terrible; viaje más trágico que el de Dante por sus círculos infernales.

En París, era un verdadero infierno lo que Jorge recorrió entre la inconmensurable multitud de condenados inocentes, ávido de encontrar á la infeliz criatura que él había precipitado en sus abismos.

Hospitales, hospicios, colonias penitenciarias, asilos, todos los establecimientos que la solicitud oficial ó la compasión de las almas generosas ofrecen á la influencia, fueron visitados por Kerlor.

So pretexto de filantropía y sembrando el oro á manos llenas, interesó en sus pesquisas á todas las administraciones, obteniendo los permisos necesarios para compulsar los registros é interrogar á los empleados.

Apeló también á la publicidad de la prensa y hasta utilizó el personal de las agencias secretas.

¡Nada!

Recordó que el hombre á quien había entregado á Fanfán – su cómplice, – el asesino de la costa de Bretaña, le habló en aquella trágica noche de un barracón de sonámbula que explotaba...

En los registros de la Prefectura de Policía buscó un nombre, un indicio cualquiera que le pusiese sobre la pista.

Pero allí figuraban diez ó doce mil individuos que explotaban en aquella forma la imbecilidad humana.

Después de muchos viajes infructuosos, nada consiguió.

Pero cuantas más decepciones recibía, con más encarnizado empeño continuaba su investigación.

Volvióse loco de desesperación en su impotencia.

Y es que temblaba oyendo el incesante grito de su conciencia que le acusaba de haber obrado mal.

Invocó á Dios con ardientes plegarias, esperando que la Providencia le depararía una casualidad propicia.

No tardó en saber dónde se albergaban todos los miserables que viven del crimen en París y sus suburbios.

Alternó con ellos y con los agentes de la policía en los sitios de peor fama.

Vió entre bastidores el drama de la miseria parisiense.

En todas partes esperaba encontrar algún indicio relativo á Fanfán.

Mil veces creyó estar sobre la pista; cada vez sus diligencias le condujeron á una nueva decepción.

Tenía el convencimiento de que el hombre á quien había entregado el niño vivía en París.

Quizá se había alejado de la gran ciudad por algún tiempo.

Pero de seguro había vuelto á ella.

No hay mejor refugio para los criminales, en concepto de ellos mismos.

París se hace necesario á todos los miserables, á todos los bandidos.

Jorge creyó, pues, conveniente no alejarse de él.

Le bastaría recorrer los barracones de las ferias tan pronto como éstas empezasen.

Así lo hizo.

Pero siempre en vano.

Una mañana, á la hora en que su criado acostumbraba entrar en el cuarto de Kerlor, le entregó una carta.

Éste leyó el sobre y exclamó:

– ¡Calla! ¡Yo conozco esta letra!

Y fijándose en el timbre de la estafeta de correos, añadió:

– ¡Cayena!.. No puede ser más que de Carmen. Pero esta no es su letra. ¿Por qué no escribirá ella misma?

Rompió vivamente el sobre y su mirada corrió al final de la carta.

La firmaba Roberto d'Alboize.

– Estoy loco, pensó Jorge. D'Alboize no me ha escrito nunca.

«Mi querido cuñado: Carmen, muy ocupada en nuestros preparativos de viaje, me suplica que te escriba en su lugar, anunciándote nuestro próximo regreso á París.

»Me han nombrado jefe de escuadrón, y el ministro me manda á un destino importante. Parece que los resultados de mi misión en esta colonia han sido favorablemente apreciados por la Junta superior de guerra, y me agregan á una comisión de estudios sobre las obras de defensa.

»Mas no es este el principal motivo de nuestra alegría, sino la seguridad de volvernos á encontrar todos reunidos. Mi madre hace ya algún tiempo que regresó á Francia. Nos damos prisa en prepararnos para el viaje. Tomaremos el primer vapor. Esta carta llevará sólo unos cuantos días de delantera. Carmen desearía vivamente que, antes de nuestra llegada, encontrases un hotelito donde cupiéramos los tres.

»Dice que como gracias anticipadas te manda un millón de besos.

»Recibe un afectuoso apretón de manos de tu cuñado – ROBERTO D'ALBOIZE.»

Jorge leyó y volvió á leer estas líneas, palideciendo. El papel temblaba en su mano.

No invadía su corazón una oleada de gozo, sino un sentimiento de terror que le helaba hasta la medula de los huesos.

¡Ellos á su lado! ¡Los que tan felices eran por el amor, junto al que por el amor sufría tan cruel tormento!

¡Iba á tener en ellos la perpetua visión de un paraíso que había perdido!

Ya había tenido que huir de Cayena por no poder soportar el espectáculo de aquella dicha.

¡Y ahora iba á volverlo á tener perennemente á su vista!

¡Imposible! Se volvería loco de rabia y desesperación.

Se había dejado caer en una butaca, abatido y tembloroso.

Aparecíósele la imagen de Elena; pero la rechazó después de un instante de vacilación.

¡Era la imagen de la culpable, de la adúltera, de la infame!

Aunque tuviese que costarle la vida, no debía amarla.

Carmen, su marido y su hijo le devolverían en cierto modo el hogar perdido y la familia expulsada.

El juicio seguiría siendo irrevocable.

¿No parecía haber confirmado Dios la sentencia, haciendo estériles todas las tentativas practicadas para encontrar de nuevo las huellas del pasado?

El afecto de su hermano le consolaría.

Pondría su amor en Marcelino, en su sobrinito, olvidando completamente al bastardo.

El espectáculo de la unión santa y bendita de Carmen y d'Alboize le haría ver todo lo indigno de sus veleidades de perdón.

No, esta vez el amor del feliz matrimonio no le haría sufrir.

Al contrario, compartiría sus goces.

Abríase para él una vida nueva.

Vistióse y salió en busca de una casa en que poder instalarse todos cómodamente.

Pero, cosa extraña, por la noche, volviendo á leer la carta de Roberto d'Alboize, acudió de nuevo á su mente la misma idea que le había asaltado por la mañana al abrirla:

– ¿Dónde he visto yo esta letra?

V

EL PRIMER ROBO

Al amanecer del día que siguió á su rapto de Moisselles, durante el incendio de la casa de su bienhechora, Fanfán despertó en su antiguo camastro del coche de la sonámbula, donde sus verdugos le habían echado muerto de fatiga.

Estaba solo.

Levantóse sin hacer ruido.

Recordó todas las circunstancias horribles que le habían conducido allí, y su primer pensamiento fué el de huir.

La puerta del coche estaba entreabierta; pero pronto echó de ver que estaba cerrada exteriormente por medio de una cadena.

Fué á las ventanas y las encontró cerradas también por fuera.

Miró por una rendija.

Vió delante de él un ancho río.

Reconoció las márgenes por haberlas recorrido varias veces con Panuflo.

Era el Sena.

El coche se había estacionado en el Point-du-Jour.

Hacía un tiempo magnífico.

A pesar de ser muy temprano, circulaba mucha gente por la orilla del río.

A cierta distancia, había un embarcadero de vapores ómnibus atestado de pasajeros.

Se le ocurrió la idea de pedir socorro.

Pero la fisonomía de los transeuntes más próximos no le inspiró confianza, y pensó que antes de que le oyesen los que estaban más lejos, acudiría *Caracol* á sofocar sus gritos.

Echó un vistazo por el lado opuesto y vió á Ceferina delante de la puerta del coche, ocupada en preparar el almuerzo.

A juzgar por la pobreza y escasez de las vituallas, Fanfán comprendió que la sociedad *Caracol* y compañía andaba muy tronada.

Un poco más lejos vió á Panuflo que pescaba á la orilla del río.

Fanfán no podía gritar sin que el ex presidiario le oyese.

En la imposibilidad de pedir socorro, el niño volvió á tenderse en un camastro.

– ¿Qué pensará de mi desaparición la buena señora?.., dijo sollozando. ¿La salvarían?.. Recuerdo que, á través de las llamas y del humo, aquel señor bajó detrás de mí llevándola en brazos. Sí, sí; habrá escapado al incendio; pero ¡qué desolación no será la suya! ¿Tendrá siquiera tiempo de acordarse de mí, cuando yo sufro tanto por ella?

Y recordó que en el momento de estallar el incendio, ella se desmayó al mismo tiempo que él reconocía, en un dibujo, una quinta en que de pronto se acordó haber vivido siendo pequeñuelo.

Dió un grito desgarrador y abrió los brazos para estrecharlo en ellos.

¿Por qué?

Y ¿cómo había reconocido de pronto aquella quinta, cuyo recuerdo estuvo tanto tiempo borrado de su memoria?

Una pálida claridad había brillado de pronto en su vida sombría, y en su pasado confuso empezaba á entrever extrañas sombras.

No reconocía ninguna de aquellas formas vagas: ninguno de los cuadros fantásticos que se le aparecían evocaba un recuerdo preciso.

Pero de aquel pasado se desprendía un perfume familiar de amor, de pureza y de dicha, y á él le parecía que aquello era la atmósfera en que había nacido y vivido, y experimentaba de pronto la necesidad de ser transportado nuevamente á ella, so pena de morir.

– ¡Oh, no me quedaré aquí!, exclamó. Es preciso que vuelva á casa de la buena señora, donde era tan feliz. No quiero que crea que me escapé de la colonia... Estoy condenado á permanecer allí hasta la edad de veintiún años. La ley lo exige. Lo han dicho los jueces. Quiero volver á Moisselles.

Esto diciendo, se precipitó sobre la puerta, tratando de romper la cadena.

– ¡Eh! ¿Qué es eso?, gritó *Caracol* que acudió al ruido. ¿Qué es ese modo de gritar? Bien puedes esperar que vayan á abrirte. ¿Te dejamos dormir á pierna suelta y aún armas escándalo? Ven á almorzar... Hubiéramos querido hacer más para celebrar tu retorno. Pero vamos de capa caída..., y ese pobre Panuflo no ha pescado nada.

Hablando lentamente, á fin de calmar la cólera del muchacho, *Caracol* le miraba con fijeza.

Luego desenganchó la cadena que cerraba la puerta del coche.

En el momento en que Fanfán iba á salir, añadió, previendo quizá una tentativa de evasión, que hubiese provocado, cuando menos, una deplorable escena pública:

– Ahí está Claudinet, que espera hace dos horas que despiertes para abrazarte.

– ¿Claudinet?

– Sí; salió del hospital y ha vuelto á vivir con nosotros.

Y añadió llamando al niño.

– ¡Claudinet! Ven á abrazar á tu primo... Ya se ha levantado.

Desde luego contestó á *Caracol* un terrible acceso de tos; pero abandonando inmediatamente después el fuego junto al que se calentaba, temblando, cerca de Ceferina, el enfermito corrió, subió á toda prisa los escalones de la plataforma y cayó en brazos de Fanfán.

Los dos niños permanecían abrazados, sollozando.

– ¿Y tu madre?, dijo *Caracol*. ¡Qué abrazo vas á dar á tu mamá Ceferina! ¿No es verdad?

La horrible arpía se adelantó risueña, y abrazando al niño, aplicó á su rostro sus gruesos labios.

Panuflo se acercó á su vez diciendo:

– ¡Oh! No hay como la familia. ¡Qué cuadro tan conmovedor! Vamos á almorzar.

Fanfán reflexionaba.

Era evidente que no podía escaparse en aquel momento.

Claudinet se apoyaba en su brazo, y el chico no pensaba más que en su amiguito, á quien encontraba horriblemente desmejorado.

Sentóse con sus perseguidores al borde del camino, sobre la escasa y polvorosa hierba, y trató de comer algo.

El almuerzo fué breve.

Dos litros de vino para rociar un guisote de patatas.

Semejante sobriedad ponía tristes á los bandidos.

Mientras los tres socios estaban hablando de sus asuntos, los dos niños se acurrucaron en el rincón del coche destinado á Claudinet.

Estaban cogidos de las manos y se miraban con una santa y fraternal amistad

Fanfán palideció al notar las alteradas facciones del pobre tísico.

Éste hubiera parecido un cadáver, si la expresión de un atroz y continuo sufrimiento no le hubiese convulsionado el rostro.

Una dolorosa sonrisa se dibujaba ahora en sus labios descoloridos.

– ¿Me encuentras cambiado, verdad? Es que sufro mucho. Estoy muy grave y pronto voy á morir. Por esto sentía tanto no verte. Pero estaba seguro de que eras más feliz que aquí, y esto me consolaba un poco.

– Me acordaba mucho de ti. Pero no sabía que hubieses salido del hospital.

– Salí pocos días después de tu visita... Luego volvieron á llevarme, y al poco tiempo me dieron de alta porque me había puesto mejor... y también porque mi enfermedad no tiene cura.

– Te engañas; ahora que viene la primavera te curarás.

– No..., me voy á morir..., estoy seguro. Lo dijo el médico. El día que salí del hospital, me había auscultado..., es decir, que me había examinado el pecho, aplicando el oído para escuchar por dentro. Al mismo tiempo, explicaba mi enfermedad á los estudiantes que le seguían. Algunos decían entre sí que el médico era un sabio, que no se equivocaba jamás, y él indicaba con toda exactitud el sitio en que se encuentra el bicho que me devora las entrañas... Uno de ellos añadió, hablando á su compañero – ¡ay!, lo oí perfectamente, aunque hablaban muy bajo: – «Aún vivirá hasta el otoño... A lo sumo tiene vida para cinco ó seis meses.»

– Se engañaban.

– No. Realmente me siento morir. Pero ya no me importa, ahora que te tengo á ti. Aún nos quedan seis meses que pasaremos juntos. Porque no volverás á dejarme, ¿verdad, Fanfán?

– No, Claudinet; pero nos iremos los dos; te llevaré conmigo.

– ¿Adónde? ¿A la cárcel? ¡Oh! No importa, si vamos juntos.

– No, á la cárcel, no; á casa de una señora muy buena.

Y Fanfán refirió á su amiguito todos los detalles de su vida desde que se escapó del coche por no ser testigo ó cómplice de un nuevo crimen, hasta que cayó nuevamente en manos de *Caracol* y Panuflo, durante el incendio de la casa de Moisselles.

Claudinet se estremecía de espanto y de cólera escuchando á Fanfán, arrancado á su vida de ventura y de honradez.

Pero éste nada había dicho á su amigo acerca del incidente ocurrido momentos antes del incendio, acerca de aquella revelación que abría á su espíritu extraños horizontes.

– Iremos juntos á casa de la buena señora, volvió á decir Fanfán. Te recibirá muy bien. Verás qué hermosa es.

– No le estorbaré mucho tiempo.

– ¡Cuando yo te digo que no te mueres! Ella te curará. Sabe cuidar muy bien á los enfermos. Siempre va á la enfermería del penitenciario, y es tan cariñosa y dice cosas tan conmovedoras, que los enfermos no se acuerdan de sus males cuando ella está allí, á su lado. Yo la ayudaré á curarte. Yo velaré á la cabecera de tu cama y te daré las medicinas.

—¡Oye acá, Fanfán!, interrumpió Panuflo. El periódico habla de nosotros.

—¿De nosotros?

—Sí, de nuestro trabajo de Moisselles. Papá *Caracol* va á leerte el artículo.

Y continuó dirigiéndose á su socio:

—¡Anda, hombre! Recítanos eso... Beberemos tus palabras, ya que no tenemos otra cosa que beber.

Ceferina y Panuflo, arrellanados en el famoso canapé, escuchaban la lectura de *Caracol*.

Éste les leía diariamente en alta voz un periódico cualquiera después del almuerzo.

Les convenía ponerse al corriente de lo que pasaba por estos mundos.

Caracol saltaba todo lo que era política y literatura, para fijar su atención en las gacetillas, en los sucesos, en las reseñas de estafas, robos y asesinatos, en la crónica de los tribunales. Esto era lo que le interesaba.

Y los tres bandidos comentaban la lectura, apreciando el mérito de las fechorías bien preparadas ó censurando las faltas de los ladrones ó asesinos que habían obrado con torpeza. Cuando un crimen cometido en toda regla tenía fatales consecuencias para los autores, se acusaba á la mala estrella, y se llenaba de improperios á los jueces que condenaban sin pruebas, por el gusto de *suprimir á un barbián*.

Caracol continuó:

«Anoche se declaró un incendio en Moisselles, en una casa habitada para una señora sola y sus criados.

»El fuego se propagó con tal rapidez que la dueña, probablemente acostada ó dormida, hubiera perecido en las llamas, si un valeroso individuo, que no quiso darse á conocer, no hubiese penetrado, con exposición de su vida, en el cuarto dormitorio, por uno de los balcones, arrancando dicha señora á la muerte.

»Los bomberos de la localidad y de los pueblos inmediatos, que acudieron con presteza, dominaron el incendio al cabo de una hora de trabajo.

»Las pérdidas materiales son insignificantes. No hay que deplorar ninguna víctima.

»El siniestro se atribuye á alguna imprudencia.»

—¡Oh!, no me engañaba, pensó Fanfán lleno de alegría. ¡Se salvó!

—¡Qué estupidez!, exclamó Panuflo. ¡Atribuir el incendio á una imprudencia! ¡Un incendio tan bien llevado á cabo! ¡Qué farsantes son esos periodistas!

Calló al observar que *Caracol*, que continuaba leyendo en voz baja, fruncía de pronto el ceño.

Ceferina echaba aguardiente en las tazas en que habían tomado el café.

Claudinet, que sentía gran opresión, se había echado en su miserable lecho, sin que nadie le hiciese caso, á excepción de Fanfán que se había acurrucado junto á él, hablando muy quedo.

Hubo un instante de profundo silencio.

—¿No tienes ya nada más que leernos?, dijo al fin Panuflo á *Caracol*.

—No..., nada más, contestó éste.

Y con fingida indiferencia arrojó el periódico.

Panuflo lo recogió con una sonrisa disimulada.

Después de echar un vistazo á diferentes secciones que nada le importaban, fijóse á su vez en un suelto que leyó en voz baja con suma atención, en tanto que Ceferina le miraba sin comprender su silencio y que los niños seguían hablando aparte en su rincón.

Caracol procuraba dominar una emoción que se revelaba en el temblor de sus labios.

—¿No decías que nada más de interés había en el periódico?, le preguntó Panuflo mirándole de frente.

—¿Pues qué hay?

—Simplemente nuestra fortuna.

—No te entiendo.

—¡Vaya, hombre! Escucha.

«El teniente coronel d'Alboize y su familia desembarcaron ayer en Marsella, procedentes de Cayena. El Sr. d'Alboize, recientemente ascendido á teniente coronel en recompensa de notabilísimos trabajos por él realizados en nuestra colonia y agregado al estado mayor general, ha sido destinado á formar parte de una de las comisiones creadas en el ministerio de la Guerra para el estudio de las cuestiones relativas á las necesidades de la defensa nacional.»

—¿Y bien?

—¿Y bien?.. ¿Y la cartera?

—¡La cartera!

—Sí; la cartera que robaste, en el hospital de Tours, al soldado que murió de una caída de caballo. ¡Cuando yo te decía que era necesario conservarla cuidadosamente..., que llegaría el momento de sacar partido de aquellas cartas!.. Pues ya ha llegado. Dios te envía indudablemente esta suerte en cambio de las oraciones que rezaste con la monja á la cabecera del moribundo... Pero diríase que no te alegras del suceso. ¿Acaso hubieras querido operar por tu cuenta, excluyéndome del negocio?

A juzgar por la mirada que *Caracol* echó á su socio, no era aventurado pensar que éste había puesto el dedo en la llaga. Pero viendo descubiertas sus intenciones, creyó inútil seguir disimulando su alegría:

—¿Quieres callar?, exclamó con indignación. ¡Atribuirme á mí semejante idea! Ya sabes que no soy de los que abandonan á sus amigos. La verdad es que al leer el regreso de ese Roberto d'Alboize, á quien tanto busqué, se me ocurrió también que algún provecho se podría sacar de las circunstancias... Pero antes de hablarte de ello, quería pensarlo bien.

—¿Pensarlo bien? El negocio es claro como el agua. No hay más que explicar á ese caballero lo mucho que le conviene que sus cartas no vayan á parar á manos de tal ó cual persona. ¿Aflojará la guita? Esta es la cuestión. ¿Y qué arriesgamos en ello? En caso de que fracase nuestra tentativa, á lo sumo pueden condenarnos á un par de añitos de cárcel y á una multa que puede que no pase de cincuenta francos. En cambio, si damos en el clavo, no bajará de cincuenta mil la propina que nos dé por el hallazgo de la cartera. Y esto último es lo más probable.

—¡Cincuenta mil francos!, exclamó Ceferina.

—O treinta mil al menos.

—Sí, el negocio es para tentarle á uno, pero...

—Pero ¿qué? La cartera ¿contiene ó no una porción de cartas firmadas por... no recuerdo el nombre..., calla..., un nombre de extranjis..., ¡ah! ya me acuerdo: ¿Carmen?

—Efectivamente.

—Van dirigidas al capitán Roberto d'Alboize, como acreditan los sobres, y el nombre de Roberto, mi querido Roberto, mi adorado Roberto, repetido en cada plana. En dichas cartas se hace referencia, si mal no recuerdo, á un niño nacido de las relaciones ilegítimas entre el capitán y esa Carmen, que es casada, según se desprende de las mismas cartas.

—Así es.

—Entonces, escuchad. Este d'Alboize está hoy casado, puesto que el periódico habla de su familia; probablemente tiene hijos, y como ocupa una alta posición, no se negará á entregar treinta ó cuarenta mil francos al buen diablo que vaya y le diga: «Si usted no me da ese pico, le mando el paquete de cartas á su esposa, para que se entere de que tiene por ahí un hijo adulterino.»

—Tienes razón.

—¡Qué listo es ese Isidoro!, exclamó Ceferina con verdadera admiración.

—Es como si tuviésemos ese parnés.

—¿Te parece?

—Estoy seguro. El coronel y su familia van á llegar hoy ó mañana á París, si no han llegado ya. En el ministerio es fácil averiguar su domicilio. Escribiremos haciendo con nuestro caballero una combinacioncilla para que no se le ocurra tendernos un lazo, y en menos de ocho días somos ricos... Pero entendámonos, *Caracol*; vamos á partir.

—¿Puedes creer lo contrario?

En tanto que los bandidos organizaban su infame complot, Fanfán y Claudinet, acurrucados en su rincón, se comunicaban sus esperanzas, refiriéndose los acontecimientos de su vida desde su separación.

De pronto, Fanfán detuvo con un gesto el murmullo de la voz de Claudinet.

Había aplicado atento el oído.

Acababa de oir dos nombres que le eran conocidos: Roberto d'Alboize y Carmen.

Los había oído pronunciar en Moisselles..., en casa de la buena señora.

A menudo se mezclaban en la conversación de ésta con su fiel amigo Paul Vernier.

No sabía exactamente de qué manera se hallaban relacionadas aquellas personas con la vida de Elena.

Pero recordaba vagamente sus nombres.

Y al oirlos pronunciar ahora por Panuflo, despertaban ecos más precisos en su memoria.

Su protectora pronunciaba siempre el nombre de Carmen con afectuosa emoción, y el de Roberto d'Alboize con acento de amistosa tristeza.

¿Por qué hablaban de ellos *Caracol* y Panuflo?

Púsose á escuchar, lleno de ansiedad.

No comprendía exactamente el sentido de sus palabras; pero pronto adivinó que meditaban alguna maldad, y palideció.

—Durmamos, dijo muy quedo á Claudinet.

—No tengo sueño.

—Finjamos dormir.

—¿Por qué?

—Para que no desconfíen de nosotros.

Esto diciendo, indicaba con el gesto á su amigo que guardase silencio.

Sin comprender el motivo de aquella orden, cerró los ojos y quedóse inmóvil.

Fanfán fingió también haberse quedado dormido con la cabeza en la almohada de Claudinet.

En aquel momento Ceferina exclamó:

—¡Treinta mil francos!.. ¡De un golpe!.. Vamos á celebrar la buena ocurrencia con un par de copas. Aún queda un napoleón en caja.

—Vamos á la taberna, dijo Panuflo. Jugaremos un tute, tomando una copa de *ajenjo*.

—¡Aprobado!

—Sí, pero ¿y los niños?, dijo *Caracol*.

Los tres dirigieron la vista hasta el rincón en que descansaban los muchachos.

Éstos permanecían inmóviles, abrazados.

—Duermen como dos angelitos, dijo Ceferina.

—Echaremos la cadena á la puerta y no habrá peligro de que se escabullan, objetó Panuflo.

—Desde la taberna se ve el coche; no le perderé de vista.

Así tranquilizados, los tres miserables salieron del coche.

Caracol echó la cadena, conforme había dicho.

En cuanto se hubo alejado el ruido de sus pasos Fanfán y Claudinet abrieron los ojos.

—¿Por qué has querido que fingiésemos dormir?, preguntó éste último. ¿Para poder escaparnos?

Fanfán, pensativo, no contestó de pronto.

Al cabo de un momento de reflexión, murmuró:

—No, no partiremos hoy. Aunque quisiéramos, no podríamos. Necesito comprender antes lo que decía Panuflo. No hay duda que ese oficial y esa doña Carmen eran conocidos de la buena señora. *Caracol* hablaba de treinta mil francos que les darían en cambio de cartas que interesan á esas personas. Para que á tal precio las rescaten, preciso es que puedan causar gran daño.

Claudinet miraba á su amigo en silencio, inquieto, participando de la angustia que veía dibujada en el rostro de Fanfán.

—Doña Elena, allá, en Moisselles, seguía diciendo éste, hablaba también á veces de unas cartas preciosas... que habían desaparecido.

La frente del niño se arrugaba en una prodigiosa tensión de espíritu, en un inaudito esfuerzo para recordar las circunstancias, cuyo recuerdo claro y preciso se le escapaba.

—Sí, sí, lo recuerdo. Un día, en el salón—el señor Vernier estaba allí, y yo entré á preguntar no sé qué,—la señora decía..., ¡sí!, aún me parece estar oyendo su voz, tan triste como dulce..., decía que una enfermedad le había impedido recobrar unas cartas que la hubieran salvado... ¡Si fuesen esas! Pero ¿cómo se comprende que se encuentren en manos de nuestros papás?

—Fanfán, interrumpió Claudinet abrazando á su amigo, me asustas. ¿Qué tienes? ¿Sufres también? Hablas solo..., de cartas...

—Sí, unas cartas que papá *Caracol* ha dicho que tenía...

—En una cartera encarnada que tiene escondida... Yo la he visto.

—¿Tú?

—Sí, durante tu ausencia. Un día, mi tío *Caracol* se la enseñaba á mi tía, diciéndole: «Aquí está el pan de nuestra vejez.»

—¿Y sabes dónde la tiene escondida?

—En el coche, seguramente, pero no sé dónde á punto fijo. No sería difícil encontrarla.

—Sí; la necesito; es preciso que yo se la quite á papá.

—Pues voy á ponerme al acecho, á fin de que no nos sorprendan, en tanto que tú, que eres más listo que yo, la buscas.

El coche se componía de dos compartimientos, puestos en comunicación por una puertecita que cubría una cortina encarnada.

En el primero, que servía para las sesiones de sonambulismo, no había más que un mueble capaz de esconder un secreto: era el canapé, que servía de cama á Panuflo.

Fanfán lo registró. Por entre los muelles, apoyados en una serie de travesaños, se veía el interior del mueble, en que nada había escondido.

El muchacho pasó al segundo compartimiento, que servía de dormitorio al matrimonio.

Allí reinaba un espantoso desorden.

Los cajones, medio rotos, de una cómoda, estaban atestados de las cosas más extrañas y diversas.

Había en ellos hierbas medicinales, envueltas en papeles rotos, ropa sucia, camisas llenas de desgarros, instrumentos de cirugía oxidados y aparatos de prestidigitación, vajilla y otros utensilios caseros, peines, botellas vacías, etc., etc.

En un rincón de uno de los cajones, encontró varios fajos de papeles atados con una cinta.

Se apresuró á desliarlos.

(Continuará)

CONFLICTO CHINO

No se ha resuelto todavía la cuestión de la evacuación de Pekín, que ha de ser, según parece, el punto de partida de las negociaciones para la paz.

Inglaterra y las potencias de la triple alianza se resisten á que sus ejércitos abandonen aquella capital; las demás, en cambio, creen que si los aliados desean verdaderamente que la corte regrese á Pekín y, por ende, que empiecen las negociaciones, no tienen más remedio que proceder á la evacuación.



Conflicto chino. – Tien-Tsin. – Una calle del barrio chino (de fotografía)

Rusia, por su parte, ha comenzado ya á hacer salir sus tropas de la ciudad, pretextando la falta de medios de subsistencia. Las otras naciones nada han hecho hasta ahora en tal sentido.

El príncipe Tcheng, que ha sido efectivamente nombrado por el gobierno chino para negociar la paz en unión de Li-Hung-Chang, ha declarado que el emperador se encuentra actualmente con su corte en una aldea situada á 60 millas de Pekín y desea vivamente regresar á su capital.

De lo expuesto se desprende que el asunto de la paz avanza muy lentamente, habiendo venido á complicarlo la circunstancia de haber tenido que suspender Li-Hung-Chang su salida de Shanghai, porque en el momento en que se disponía á marchar el buque que debía conducirle á Takú, el almirante inglés Seymour protestó contra tal acto, y el viaje hubo de ser aplazado.



Conflicto chino. – Boxers ejercitándose en el tiro de flecha (de fotografía)

Según parece, los ejércitos europeos que han tomado parte en las luchas sostenidas antes de la toma de Pekín se han admirado de la disciplina, solidez y resistencia del contingente japonés, que ha figurado siempre en los puestos más difíciles, conduciéndose en todas ocasiones de una manera brillante. En prueba de ello copiaremos algunos párrafos de una carta de un oficial de la marina francesa que ha publicado un periódico de París y que se refieren á la toma de Tien-Tsin por las fuerzas aliadas:

«Los japoneses y los franceses han desempeñado hermoso papel en esta jornada: ellos son los que se apoderaron de la ciudad por el lado Sur, gracias á un ataque atrevido que les ha costado no pocas bajas. Sobre todo los japoneses se han portado admirablemente; cuarenta de ellos se han ofrecido voluntariamente para hacer volar una parte de la muralla de piedra que rodea la ciudad china y que no podía ser destruída á cañonazos por ser las piezas demasiado pequeñas. Aquellos cuarenta hombres lograron su propósito, pero todos murieron en la empresa.

»Las tropas japonesas son las mejores de cuantas aquí han desembarcado. Saben batirse perfectamente y obedecen ciegamente á sus oficiales, quienes, por su parte, demuestran verdadero valor militar. Todos sus servicios están maravillosamente organizados, siendo preciso hacer á los japoneses la justicia de proclamar que son una nación militar grande, de la cual podrían aprender algo todos los ejércitos europeos.»

Con razón dice, pues, el periódico de donde tomamos estos párrafos copiados, que esas apreciaciones son muy dignas de ser tenidas en cuenta y recordadas, tanto más cuanto que el Japón no solamente tiene un ejército modelo, según se ve, sino que tiene además una numerosa y poderosa marina.

Y hablando de otra cosa, aunque relacionada también con el conflicto chino, ¿quieren saber nuestros lectores cómo estará alojado en campaña el general Waldersee, que se hará cargo dentro de poco del mando en jefe de las tropas aliadas en el Celeste Imperio? Pues estará alojado muy cómodamente, para lo cual se lleva consigo su casa.

No se trata de un modesto barracón algo más grande y poco más cómodo que una simple tienda de campaña, sino de un verdadero edificio desmontable y transportable, que se distingue tanto por sus dimensiones excepcionales, cuanto por el modo de estar construído. Mide 17 metros de fachada por 12 de anchura y cinco de altura, y está formada por un armazón que se desmonta y al cual se ajustan unos tableros de pizarra-amianto de seis milímetros de grueso. Con sus paredes blancas y sus verdes celosías ofrece el aspecto de una linda casa de campo.

Interiormente está dividida en siete espaciosos compartimientos. Al entrar se encuentra una sala de recibo, precedida de un vestíbulo; á la derecha, el cuarto de los ordenanzas; á la izquierda, el despacho del mariscal, el dormitorio y el cuarto de baño, y detrás la habitación y el despacho del ayudante. El mueblaje es sencillo y sólido, del género del de los camarotes de los grandes transatlánticos.

Las paredes exteriores están formadas por una doble capa de placas de pizarra amianto separadas por una capa de aire; el techo está cubierto de pizarras-amianto colocadas diagonalmente: esta substancia resiste en absoluto al fuego y al agua, y por su potencia aisladora ofrece un excelente abrigo contra las variaciones atmosféricas. A pesar de la ligereza de sus paredes de amianto, el edificio es bastante sólido para resistir los vientos más fuertes.

Para transportar este edificio se le desmonta, y su expedición se hace en una serie de cajas de dimensiones apropiadas, provistas de abrazaderas, necesitándose para esta operación dos horas y media; el montaje se hace en ocho horas.

La casa de campaña del mariscal Waldersee ha sido construída, por encargo del ministerio de la Guerra alemán, por la sociedad «Asbest und Gummiwerke, Alfred Calmon,» de Hamburgo, la cual sólo ha empleado ocho días en su construcción, comprendiendo en este plazo la confección de proyectos y planos y la preparación del material. – X.

***

CARRERA DE TRANSATLÁNTICOS

Los dos mayores buques de la marina mercante alemana, el *Deutschland* y el *Kaiser Wilhelm der Grosse*, han corrido recientemente un match de velocidad durante su último viaje entre América y Europa.

Los dos buques tenían que recorrer rutas casi paralelas y de igual extensión, el primero para dirigirse á Plymouth y el segundo para llegar á Cherburgo. Ambos salieron de Nueva York con una hora de intervalo, y los resultados obtenidos han sido los siguientes: el *Kaiser Wilhelm der Grosse*, del «Norddeutscher Lloyd,» doblaba la punta de Sandy-Hook (salida de Nueva York) á las doce y treinta y cinco minutos del día 4 y llegó á Cherburgo y las diez y cuarenta y tres minutos de la mañana del día 10, habiendo recorrido 3.076 millas en cinco días, diez y siete horas y diez y ocho minutos (teniendo en cuenta la diferencia de meridianos); es decir, con una velocidad media de 22'40 nudos por hora.

El *Deutschland*, de la línea Hamburguesa-Americana, pasaba por Sandy-Hook el mismo día que el *Kaiser Wilhelm der Grosse* á la una y treinta y cinco minutos de la tarde, y al día siguiente alcanzaba á su competidor, se le adelantaba y lo perdía de vista. A las doce y treinta y cinco minutos de la noche del 9 al 10, el vigía del semáforo del cabo Lizard señalaba los fuegos del *Deutschland*, que arribaba á Plymouth á las dos y cuarenta y cinco minutos de la madrugada, habiendo efectuado su travesía en cinco días, siete horas y treinta y ocho minutos, con una velocidad media de 23'38 nudos por hora.

De modo que el *Deutschland* no sólo venció á su rival, sino que batió su propio record establecido en un viaje anterior (8 á 14 de agosto de 1900) en que efectuó la misma travesía en cinco días, once horas y cuarenta y cinco minutos, con una velocidad media de 23'324 nudos.

Cuarenta y cinco minutos después de su llegada á Plymouth, el *Deutschland* salió de ese puerto con rumbo á Cherburgo, adonde arribó á las ocho de la mañana, es decir, cerca de tres horas antes todavía que el *Kaiser Wilhelm der Grosse*, á pesar del rodeo que había dado.

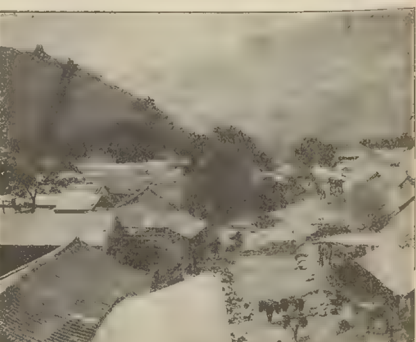


Conflicto chino. – Takú. – Tipos de boxers (de fotografía)

***

LA LUZ VIVIENTE

M. Rafael Dubois ha dirigido á la Academia de Ciencias de París una comunicación relativa al alumbrado por la luz fría llamada *luz fisiológica*, cuyos resultados prácticos, en extremo curiosos, pueden admirar cuantos visiten la instalación que dicho se-



Conflicto chino. – Nang-Kao. – Aldea boxer (de fotografía)

ñor tiene en la exposición que actualmente se está celebrando en la capital de Francia.

Para producir la luz fisiológica con su máximo de intensidad luminosa de un modo rápido y práctico y en cantidad tan considerable como se desee, M. R. Dubois cultiva ciertos microbios luminosos ó fotobacterias en caldos de una composición especial. Cuando estos caldos se siembran con buenos cultivos, se obtienen muy pronto líquidos luminosos, y colocando éstos en recipientes de cristal, preferentemente de caras planas, convenientemente dispuestos, se llega á iluminar una sala lo bastante para poder reconocer en ella las facciones de un individuo desde una distancia de varios metros, leer caracteres impresos y mirar la hora en un reloj de bolsillo, sobre todo de noche, cuando los ojos no están deslumbrados por la luz del día, ó bien después de permanecer algunos minutos en una habitación obscura ó débilmente alumbrada.

La persistencia de la luz en los medios líquidos varía según la riqueza del caldo nutritivo, según su aireación y agitación, según la pureza de los cultivos y la temperatura exterior. Esta luz puede persistir seis meses estando en reposo y en un subsuelo obscuro.

En resumen, los microbios luminosos cultivados por M. Dubois permiten iluminar una sala con una luz igual á la de la luna en noche clara, y todo hace creer que la potencia de esta iluminación podrá ser todavía aumentada y que no tardará en ser reconocida su utilización práctica.

***

LA METEOROLOGÍA EN EL JAPÓN

Con motivo de la Exposición Universal de París, el Observatorio de Tokío ha publicado un volumen sobre el servicio meteorológico en el Japón. Este servicio, que es muy completo, está constituído por 80 estaciones de primero y segundo orden y unas 900 en las que sólo se observan la temperatura y la lluvia. Las estaciones regionales están establecidas en los puntos escogidos por el ministerio de Instrucción Pública, y todo el que quiere establecer una nueva ha de pedir autorización ministerial.

Los fenómenos eléctricos, los terremotos, etc., son regularmente observados al mismo tiempo que los fenómenos meteorológicos propiamente dichos.

Todos los buques de guerra y los mercantes de más de 100 toneladas están obligados á hacer observaciones en intervalos regulares, seis veces al día, enviando luego los cuadernos al Observatorio central.

Hay también un servicio regular para telegrafiar las previsiones de lluvia y tempestades: las observaciones, hechas tres veces al día, se publican en el *Weather Reports* con las previsiones para el día siguiente.

El director de estos servicios meteorológicos es el profesor Nakamura, graduado en la Universidad de Tokío, á quien auxilian en el Observatorio central treinta y tres personas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Guía ilustrada de Buenos Aires. – La casa editorial bonaerense de Agustín Etcheparreborda acaba de publicar esta importante obra cuya dirección ha corrido á cargo de los Sres. D. Arturo Pereyra y D. Florencio Fernández Gómez. Ajustada esta guía á lo que en estos tiempos se exige de tales libros, contiene cuantos datos pueda necesitar el viajero que visita la hermosa capital de la República Argentina. Dividida en tres partes, la primera está dedicada á informes generales sobre la república, la segunda á informes generales sobre la ciudad de Buenos Aires, y la tercera á descripciones de empresas comerciales é industriales; y en todas ellas el elemento descriptivo hállase avalorado por oportunas consideraciones que aumentan el interés de la obra. La guía contiene numerosos planos y está profusamente ilustrada con grabados que reproducen los principales edificios, sitios, monumentos, etc.; se vende á dos pesos, moneda nacional.

Memorias de un médico. José Bálsamo, por *Alejandro Dumas* (padre). – El editor barcelonés don Luis Tasso acaba de publicar, correctamente traducida y esmeradamente presentada, una edición económica de la obra de Dumas (padre) *Memorias de un médico*, una de las que más popularidad han conseguido y mayor fama conquistaron á su ilustre autor. Innecesario es elogiar esta novela histórica del gran escritor francés, en la que el lector se siente desde las primeras páginas completamente dominado por el interés de la narración, la galanura del lenguaje, la brillantez de las descripciones y la trama de la acción que en ella se desarrolla, cualidades que caracterizan la producción del autor de *Los mohicanos*, de *El conde de Montecristo* y de tantos otros libros no menos valiosos. La edición que nos ocupa forma cinco tomos que se venden cada uno á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernados en tela.

Catálogo de la casa editorial de Juan B. Pons y C.ª, de Barcelona. – Esta casa editorial, que ha empezado á funcionar en nuestra ciudad, ha publicado un catálogo ilustrado de las obras que en la misma se venden y que es la mejor demostración de la importancia de la misma. Para dar á comprender la índole de los libros en él contenidos, diremos únicamente que comprende las siguientes secciones: arquitectura, construcción, calefacción y ventilación, decoración, muebles, tapicería y blondas, ingeniería, pintura y decoración, carpintería, escultura, cerrajería y metales, dibujo, letras, perspectiva, cerámica, arqueología, arquitectura funeraria, etc., etc., en cada una de las cuales se comprenden las obras más notables, así españolas como extranjeras.



El Leñador, escultura de Constantino Meunier

Cuadros levantinos. Cuentos de amor y de tristeza, por *Rafael Altamira*. – Forma parte este libro de la «Biblioteca Selecta» que con tanto éxito edita en Valencia el Sr. Aguilar, y contiene veintiuna narraciones del reputado escritor y sabio catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira. El nombre del autor es conocido ya de los lectores de La Ilustración Artística, que cuenta al Sr. Altamira en el número de sus colaboradores más distinguidos, y esta circunstancia nos excusa de hacer el elogio del tomo que nos ocupa, aparte de que toda alabanza resulta ociosa tratándose de quien se ha conquistado uno de los primeros puestos entre los principales cuentistas españoles. *Cuadros levantinos* se vende á 50 céntimos.

Novelas cortas, por *J. López-Portillo y Rojas*. – Formando parte de la «Biblioteca de Autores Mejicanos» que edita en la capital de aquella república D. V. Agüero, contiene este tomo diez novelas cortas del señor López-Portillo y Rojas, miembro correspondiente de la Academia Mejicana. En todas ellas cautivan el interés del asunto y la galanura de estilo, que justifican la reputación literaria de que goza el autor en su patria y fuera de ella como observador de los cuadros de costumbres actuales y narrador de leyendas en las que entra como elemento primordial la fantasía. Véndese el libro á 1'50 pesos.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La opinión postal y telegráfica, revista científica literaria y de noticias que se publica cada diez días en Barcelona; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Heraldo Católico*, revista semanal ilustrada madrileña; *El Arte militar*, revista quincenal para las clases de tropa de infantería que se publica en Burgos; *Idearium*, revista quincenal granadina de literatura y arte; *Avant sempre-Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *Por la mujer*, revista mensual ilustrada de la Habana; *El Educador Penquisto*, periódico pedagógico mensual chileno; *Fin de siglo*, semanario humorístico ilustrado de Buenos Aires; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *Boletín meteorológico del Observatorio Mons Lasagna*, de Buenos Aires; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El nuevo siglo*, publicación mensual de San Salvador.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 1.° de octubre de 1900 — Núm. 979

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DE CENTINELA, cuadro de Alonso Pérez

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LIBROS DE MODA

Voy á hablar de un libro que rápidamente se ha puesto de moda; que es el más visible en los escaparates de París, con su blanca cubierta y las letras negras y grandes de su breve título, elegido con habilidad suma. Un libro que, en estos tiempos de indiferencia, en que se publican muchos buenos libros y apenas habla de ellos nadie, ha conseguido romper la costra de hielo; del cual habla Valera con envidia dulce y noble; que se vende como pan bendito, y del cual renuevan diariamente los libreros la provisión dos ó tres veces. Me refiero á la novela de la época neroniana *Quo vadis?,* de Sienkiewicz.

***

La compré para entretener el tedio del viaje, esas horas en que no se sabe qué hacer del tiempo, y casi sentía llegar – con todo lo que se desea salir del cautiverio del vagón – porque me faltaban algunos pliegos de lectura. El interés se había despertado, y no era interés bastardo, del que provocan los acontecimientos y los enredos complicados y absurdos, no: era legítimo interés de lector que aprecia, en primer término, el sabor literario de una obra. Las descripciones, el estudio de los caracteres, me habían cautivado hasta el punto de que, recién llegada, cansada, deseosa de dormir, todavía tardé en apagar la luz y seguí leyendo.

La novela es larga. Aunque no molesten cuando se lee á gusto, yo advertía las dimensiones del libro. La acción se desarrolla sin prisa, sin digresiones impertinentes, porque todo concurre al efecto. Cuando terminé y recobró sus derechos la crítica y quise darme cuenta de las razones que hacen tan atractiva la novela de Sienkiewicz, se me figuró que una de las más poderosas es que ese polaco viste con ropa nueva cosas antiguas.

Me explicaré. El espíritu humano no goza, al pronto, con lo nuevo; al contrario, lo repele. Adquiridos ciertos hábitos, cuéstale mucho trabajo perderlos. Sufre al desasirse de lo que le perteneció. Se encariña con las ideas. No las suelta á tres tirones. Esto explica la supervivencia de infinitas cosas que ya nadie tiene por buenas, y á las cuales sin embargo nadie renuncia.

En literatura hay todavía personas que no han salido del período romántico. En música se oyen acaloradas defensas de la italiana, de Bellini y Donizetti. En cualquier ramo es fácil la observación; las ideas y los gustos estéticos tienen siete vidas.

No obstante, hay un aguijoncillo que estimula á la novedad. Mortifica ignorarla, y seduce conocerla. Entre estas dos tendencias naturales, tiene seguro el triunfo un autor que, como Sienkiewicz, sepa conciliar con arte la innovación y la tradición. Por ésta se le perdona aquélla. Por aquélla se remoza ésta, y adquiere aire de juventud.

***

Sienkiewicz se acordó del éxito de *Fabiola,* de Wiseman, drama psicológico muy tierno y bien estudiado, y volvió á *Fabiola* del revés. En la novela del ilustre cardenal es la mujer, orgullosa, fría y empedernida en el paganismo, la que se convierte al ver sufrir martirio al hombre á quien acaso amaba en secreto; en *Quo vadis?* es el hombre, Vinicio, quien abre los ojos al cristianismo con el ejemplo y los sufrimientos de la mujer adorada, Licia. Naturalmente el estilo, el arte de novelar, son diferentísimos en Sienkiewicz y en Wiseman. Como que el polaco ha tomado por modelo á Gustavo Flaubert, en *Salambó.* Aquella minuciosidad arqueológica, aquel estudio concienzudo del ambiente, que en *Salambó* llega á causarnos la ilusión de la realidad histórica evocada y saliendo de la tumba, brillan también en *Quo vadis?* La tarea es más fácil; Roma es más conocida que Cartago. De Roma, de la Roma de los Césares, y sobre todo de Nerón, se ha escrito hasta la saciedad. Los documentos abundan. En esto mismo anduvo hábil Sienkiewicz. Agrada más lo ya familiar, lo que no causa inusitada extrañeza.

***

De los tiranos de Roma, el más pintoresco es Nerón. Sus crímenes y sus caprichos tienen un color de arte y de refinamiento poético y bárbaro á la vez. Nerón *se presta.* Sienkiewicz lo sabía y tenía ejemplos de ello. Cuadros, estatuas, poesías, libros, le daban el patrón y el modelo que imitar con soltura, con esa flexibilidad del eslavo que se presta á todo. Las cenas de Nerón, las crueldades de Nerón, los amores de Nerón, los cánticos de Nerón.., tema muy explotado, pero todavía capaz de inspirar y de despertar el sentimiento. El grupo que más llama la atención del público este año en París, en la sección de escultura, es una composición neroniana, una orgía de la época de *Quo vadis?,* semejante á la descrita en *Quo vadis?*

Con más frescura, con una maestría que Sienkiewicz no llega á superar, pintó Alejandro Dumas la época neroniana en la preciosa novela *Actea.* De *Actea* y de *Fabiola* procede *Quo vadis?* No lo digo para quitarle mérito. Es que en literatura no hay planta que nazca sin semilla. Todo tiene precedentes. La originalidad consiste en el sello personal, no en decir algo que jamás se haya dicho – ¡porque se ha dicho tanto y tanto!

***

Hay fortuna y desdicha para las novelas. *Actea,* que es una de las mejores de su autor, no tiene mucha fama. Yo la he leído varias veces, siempre con gusto. También cuento entre los predecesores de *Quo vadis?* otra novelita, *Marcia,* de Madama Bourdon; y puede contarse el poema *Moelenis,* de Luis Bouillet. Registrando y recordando aparecerían más abuelos y padres de la felicísima novela de Sienkiewicz. Repito que el trabajar sobre lo conocido, es llevar mucho adelantado para agradar á la inmensa mayoría de los que leen.

Por otra parte, *Quo vadis?* ha conseguido recomendación en las familias cristianas, lo cual prueba que se difunde el buen gusto y hasta cierta libertad, pues la novela, aunque de asunto tan elevado y edificante, tiene cuadros muy vivos. La orgía en el palacio imperial y los amores de Petronio con la vestíplice pueden contarse en el número. Yo encuentro en esta novela que los caracteres de mujer son menos verdad que los de los hombres. El de Petronio (que, *por dentro,* es el verdadero héroe del libro) me parece superior á toda alabanza. Tiene además el mérito de no parecerse á ningún personaje de *Fabiola* ni de *Actea.* Petronio es una cara conocida, un literato de nuestro siglo. Traedle al *boulevard,* introducidle en un círculo artístico ó intelectual de París, y no se sorprenderá poco ni mucho. Ha visto, desde la Roma de Nerón, la humanidad entera, con sus vicios y sus elevaciones espirituales. Lo sabe todo.

Vinicio también es un hombre *real,* lleno de vida. La pasión, la divinidad poderosa que le domina y le impulsa á sacrificar su posición, sus ideas, su vida, á una mujer, ó más bien á un ideal, está estudiada con admirable destreza. Como Mato, el héroe de Flaubert, Vinicio, desde que la pasión le toca con su dedo de fuego, lo olvida todo: nombre, gloria, patria, espíritu de conquista, disciplina militar, y sólo piensa en la aparición misteriosa que turbó sus sentidos. Es la locura mansa y oculta del amor, que no se diagnostica, según la ciencia, pero que, en realidad, trastorna el alma como trastorna el cerebro un veneno sutil ó un generoso licor. Es el bebedizo, las hierbas mortales en que la Edad Media, feliz al expresar por imágenes y mitos los pensamientos, simbolizaba la fiebre amorosa. De locos como Vinicio no digamos que esté lleno el mundo, pero hay algunos, bastantes, y nadie conoce, al ver su apariencia tranquila, que son presa de una vesania. Vinicio es un demente. En realidad, si leemos despacio el libro, damos la razón al experto Petronio: Vinicio jamás se convierte: jamás es cristiano: únicamente es un enamorado, cuya pasión ha ido depurándose al influjo de trágicas y terribles circunstancias, que hacen del brillante tribuno militar el manso neófito.

***

Otro libro de moda, las *Memorias de una doncella de labor,* por Octavio Mirbeau. ¡Qué diferente de *Quo vadis?* Este es el libro malsano, el libro que nadie confiesa, el libro que deja amargo sabor. En él se recuentan las torpezas y las ignominias de la sociedad actual (que, me inclino á creerlo, serán muy semejantes á las de cualquier sociedad de cualquier época que eligiésemos. Acaso sean menores. En esto soy optimista). Pero ya se sabe que ciertas clases sociales ven más de cerca la miseria humana, y entre estos observadores necesariamente crueles, si la caridad ó la filosofía no suavizasen la observación, figuran los médicos, los confesores y los servidores. El servidor es como un mueble: ante él nadie se recata. Si al confesor se le abre la conciencia, al servidor se le deja por hábito de par en par. Los servidores asisten á todo, se enteran de todo, y mudos como esfinges presencian, sin que su opinión se consulte, ni se respete su sensibilidad moral, lo mismo que no se tiene en cuenta su organización física. Así como se les ordena hacer lo que el amo no quiere hacer en persona, se les impone el espectáculo de miserias que los amos pueden aparentar que no ven. Y el silencioso lacayo ó la callada y sonriente doncellita, sin embargo, son gente, tienen oídos y ojos.

***

Así es que, cuando se deciden á tener lengua, cuentan maravillas. Muchas veces serán maldicientes, serán infames delatores ó interesados espías; otras son los testigos más sinceros y menos recusables. Hay de todo. No siempre los amos miden altura moral superior á la de sus criados. Hasta se dan casos en que estos últimos son más corteses y más cultos que los que los pagan. Yo conocí á cierto señor (empingorotado y con sus dosis de pretensiones literarias y además aficionado á hacer chistes flamencos), que una vez quiso tener un criado al alta escuela, y lo encargó á Londres, ni más ni menos que si se tratase de un impermeable ó de un juego de tijeras. Le enviaron el inglesito, muy atildado de patillas y muy derecho de cuello; uno de esos servidores que adornan una antesala, más que la adornaría una armadura antigua. ¡Qué cosas vería el servidor, que á los dos meses se despidió y se volvió á las orillas del Támesis! Y cuando le preguntaron la razón, respondió con un gesto indescriptible, un movimiento de ojos y de labios casi insignificante, pero en que había mundos de desdén: «¡No es lo bastante *gentleman* para que yo le sirva!»

***

Es probable que el inglés tuviese razón. Tampoco á mí me parecía *gentleman* aquel señor, con sus cuentos verdes ó sucios y sus familiaridades de malísimo tono. Pero aun entre los que en público disimulan y parecen la quinta esencia de la cortesía, ¡qué de revelaciones en el trato interno! ¡Qué berrugas, qué aspectos del carácter descubiertos con el roce del tiempo y de la libertad! Así como mucha gente cree que en casa no existe otro calzado sino la babucha vieja, hay quien, en la vida doméstica, considera que la grosería y la brutalidad es una de las formas de la comodidad y el descanso. Y los que así entienden la vida, dan á sus criados un espectáculo que inspira libros como el de Mirbeau, aunque no lleguen á escribirse estos libros. ¡Si los amos pudiesen oir las conversaciones de antesala y cocina! ¡Si al caer la máscara artificiosa del respeto *en presencia* pudiesen darse cuenta de lo que sale á la superficie!

***

De cualquier modo, el consuelo está en recordar que ni estas son cosas nuevas, ni dejarán de ser actuales mientras exista el mundo, á no ser que se obtenga una total modificación del servicio doméstico aplicando á la vida diaria el principio escrito al frente de los *restaurants* automáticos en París: «Sírvete á ti mismo.» Servirse á sí mismo, es el ideal. Con esto, y con que se logre también instalar las cocinas colectivas y no sea necesaria la cocinera, ni la inspección de la compra, ¡qué ventaja para las amas de casa! El milagro vendrá, como otras muchas cosas, de los Estados Unidos, donde ya parece medio resuelto el problema. Substituir al hombre con la máquina, nunca sería más conveniente que en este caso. Díganlo cuantos lean la última obra del autor de *El calvario* y la mediten.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP

fotografías de M. Arias Rodríguez

(Prohibida su reproducción)

Completando el artículo que publicamos en el número 964, relativo á la cesión de las Carolinas Occidentales á Alemania, damos á continuación algunos datos acerca de la isla y colonia de Yap y de sus habitantes y costumbres, tomándolos de la interesantísima narración que de su viaje por aquellos mares nos remitió nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, como explicación de las bellísimas y curiosas fotografías por él sacadas durante la excursión á que tantas veces nos hemos referido en artículos anteriores.

La isla de Yap es bajo todos conceptos mucho mejor que la de Ponapé. La colonia ó población que lleva el nombre de la isla era reducidísima, pues de ella no formaban parte los naturales, sino únicamente los españoles, componiéndose tan sólo de unas cuantas casitas de tabla con techo de hierro para los oficiales de infantería de marina, algunas más para las clases que por su destino no tenían alojamiento en el cuartel levantado dentro del pequeño fuerte, la factoría de marina, etc. En la fotografía de la página 636, el pequeño fuerte se destaca á la izquierda por sus dimensiones y blancura; á la derecha del mismo está la Casa Gobierno y detrás se ven dos islitas, pertenecientes en propiedad, la primera á la célebre doña Bartola Garrido, de la que nos ocupamos en el artículo antes citado, y la segunda al inglés americanizado O'Keef, conocido en Hong-Kong por «el rey de la copra.»

Los malecones ó muelles que aparecen en la fotografía representan una obra inmensa de suma importancia, llevada á cabo por el último gobernador político-militar que allí tuvo España, quien embelleció considerablemente la colonia sin apelar á recursos extraordinarios del erario español.

En el puerto se observa algún movimiento, debido á las embarcaciones que conducen coco y coprax á las factorías española, alemana é inglesa, únicas que allí existían cuando visitó la isla el Sr. Arias.

Los naturales de Yap son más sucios, pero también



Carolinas Occidentales. - Isla de Yap
Kanaka libre natural de esta isla

algo más trabajadores é industriosos que los de Ponapé. Los hombres usan por toda indumentaria un *col* muy claro ó una tira de tela sucia en la cintura, dejando el resto del cuerpo al aire libre. Las mujeres se cubren desde la cintura hasta cerca del tobillo con un inmenso *col* muy tupido, formado con hojas de coco secas, y llevan el cabello alisado, con raya en el centro y recogido á los lados. Para las grandes solemnidades usan taparrabos esmeradamente tejidos con una fibra vegetal en la que forman dibujos con otras fibras teñidas de negro, encarnado ó amarillo. Sus adornos, consistentes en pendientes y collares de piedra, jaspe, coco, cristal, abalorios, etc., son iguales á los de las ponapenses.

El dialecto de los naturales de Yap difiere mucho del que hablan los de Ponapé.

Los naturales, aparte de los jefes, se dividen en libres y esclavos: los primeros se distinguen por una gran peineta, generalmente de madera labrada por los esclavos y sujeta en el promontorio de pelo crespo que les cubre la cabeza; los segundos no pueden usar este distintivo. Ningún kanaka libre sale de su casa sin llevar colgada al hombro una pequeña azada, y en la mano izquierda un capazo formado con parte de una rama de coco y una ancha hoja seca, de forma y color parecidos á los del bacalao, de la que se sirven para sentarse.

Aquellos indígenas, salvo rarísimas excepciones, no conocen el valor de las monedas de metal, pero sí el de las de piedra, consistentes en grandes ruedas con un agujero en el centro, parecidas á piedras de molino. La riqueza de una ranchería ó pueblo está en el número y dimensiones de esta clase de piedras, que proceden de las islas Palaos. Una de estas monedas está reproducida en la fotografía adjunta, que representa la ranchería de Roul: el hombre que está apoyado en la misma es el segundo jefe kanaka de las islas Palaos que, cuando la visita del Sr. Arias á aquel pueblo, se encontraba allí accidentalmente; el niño que aparece á su lado es hijo suyo, y de él dice nuestro corresponsal que ninguno de los carolinos que ha visto aventaja á este muchacho en corrección de líneas, en belleza dentro de los rasgos propios de su raza y en simpático aspecto, elogios que la vista del retrato demuestra que no son exagerados. Esas pesadísimas piedras emiten un sonido metálico y carecen de inscripciones; todas tienen un agujero en



CAROLINAS OCCIDENTALES. - Isla de Yap. - Ranchería de Roul. Gran piedra procedente de las islas Palaos considerada como moneda kanaka de grandísimo valor

el centro, sin duda practicado con objeto de hacerlas más fácilmente transportables.

En Roul, como en todos los pueblos de la isla de



Carolinas Occidentales. – Isla de Yap
Kanaka esclavo de kanaka libre natural de esta isla

Yap, se encuentra una gran casa con altos y gruesos pies derechos de madera, tabiques parecidos á grueso cañizo y techumbres de hojas de coco muy compactas. Esta casa se denomina Casa del Pueblo porque en ella hacen vida común casi todos los hombres indígenas de la ranchería. Las demás viviendas son más pequeñas y forman un cuadrilongo. Las fachadas anterior y posterior de la Casa del Pueblo afectan la forma de proas de barcos muy anchas é invertidas: en el interior no hay compartimientos; es un espacio común á todos los habitantes del lugar. Las casas del pueblo tienen varios hogares formados con piedras al nivel del suelo; las pocas puertas que hay en los extremos sirven á la vez de ventanas, y para penetrar en ellas es preciso encaramarse sobre pedruscos para salvar la altura de un metro próximamente que media entre el nivel del terreno y el piso de la casa.

En el primer término del grabado que reproduce la Casa del Pueblo de Roul se ven multitud de cáscaras de coco que los habitantes de la ranchería arrojan allí con objeto de ganar terreno al mar, para lo cual les sirve de base la madrépora, que abunda allí extraordinariamente.

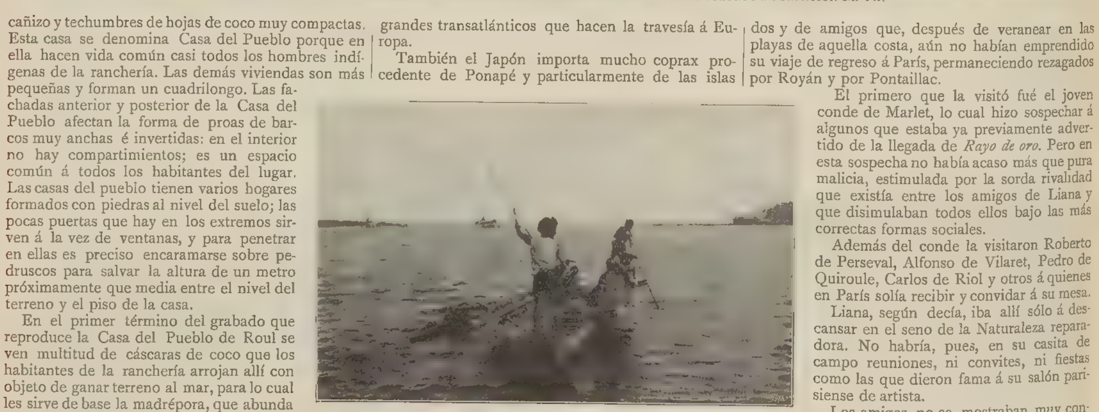
Algunos naturales de Yap usan ó modo de pulsera un gran caracol que se han de poner con muchos esfuerzos, y que una vez puesto es muy difícil de quitar: para que la abertura interior de dicho caracol no les haga daño, se colocan sobre la piel un trozo de tela que con el sudor y el uso toma un color sucio obscuro. Otros kanakas usan en los brazos y en los tobillos una especie de ceñidores ó brazaletes de fibras vegetales ó de hojas aún verdes que también suelen ponerse en la cabeza á guisa de coronas.

Las piraguas de los naturales de Yap son mucho más seguras que las usadas por los habitantes de Ponapé, pero carecen de la esbeltez y velocidad que caracterizan á las de las Carolinas Orientales. Su mayor seguridad es debida á que son más anchas y á que su batanga ó contrapeso ofrece mayor resistencia. En el centro de estas piraguas hay una plataforma en la que puede ir un individuo de pie ó sentado con relativa comodidad y sin temor á mojarse aunque haya alguna marejada. Usan además aquellos indígenas unos botes de mucha carga y muy veleros, destinados á conducir coprax y cocos desde las rancherías lejanas á la colonia. El comercio de estos productos es el más importante de aquella isla, y á él se dedican cuatro casas, dos inglesas, una española y una alemana. El antes citado Mr. O'Keef dispone de una flotilla de buques para este tráfico, y en la isla en que habita y que por pertenecerle desde muy antiguo lleva su nombre, se almacena la copra y se beneficia el coco extrayendo de él la carne y secándola al sol para obtener el coprax, tan solicitado en Europa por la mucha cantidad de aceite que contiene. En bergantines de su propiedad la conduce á Hong-Kong, en donde los fardos de coprax se transbordan á los grandes transatlánticos que hacen la travesía á Europa.

También el Japón importa mucho coprax procedente de Ponapé y particularmente de las islas Marianas, que son las que se hallan más próximas á aquel imperio. – A.



Carolinas Occidentales. – Isla de Yap. Vista panorámica de la colonia ó población de Yap



Carolinas Occidentales. – Isla de Yap
Piragua tripulada por kanakas naturales de esta isla

FRESAS DE OTOÑO

CUENTO

Cuando las alegres vendimias del Medoc terminaban, llegó á la orilla opuesta del gran río que lame la ribera arenosa del rico viñedo, y se instaló en una



Carolinas Occidentales. – Isla de Yap. Bote de mucha carga y muy velero, destinado á conducir coprax y cocos desde las rancherías lejanas á la colonia.

casita de campo inmediata al camino de Royán, la hermosísima Liana Bel, más conocida en París por el sobrenombre de *Rayo de oro*, que es como solían llamarla sus admiradores y sus amantes.

No tardó en extenderse por allí la noticia, y aunque la gran belleza parisiense quería hacer una vida retirada, pronto recibió numerosas visitas de conocidos y de amigos que, después de veranear en las playas de aquella costa, aún no habían emprendido su viaje de regreso á París, permaneciendo rezagados por Royán y por Pontaillac.

El primero que la visitó fué el joven conde de Marlet, lo cual hizo sospechar á algunos que estaba ya previamente advertido de la llegada de *Rayo de oro*. Pero en esta sospecha no había acaso más que pura malicia, estimulada por la sorda rivalidad que existía entre los amigos de Liana y que disimulaban todos ellos bajo las más correctas formas sociales.

Además del conde la visitaron Roberto de Perseval, Alfonso de Vilaret, Pedro de Quiroule, Carlos de Riol y otros á quienes en París solía recibir y convidar á su mesa.

Liana, según decía, iba allí sólo á descansar en el seno de la Naturaleza reparadora. No habría, pues, en su casita de campo reuniones, ni convites, ni fiestas como las que dieron fama á su salón parisiense de artista.

Los amigos no se mostraban muy conformes con esta resolución y querían renovar la divertida existencia de París en aquel apacible retiro.

Hablábase entre ellos del aislamiento extraño en que habían sorprendido á Liana, y alguno dijo:



CAROLINAS OCCIDENTALES. – Isla de Yap. – Marina con una piragua en primer término y en el fondo los botes para el transporte de coprax y cocos

–¿*Rayo de oro* retraída? ¡Amor que acaba ó amor que empieza!

Y á esta versión seguían otras por el estilo, pues siempre hay gentes empeñadas en traducir la significación de los actos más sencillos y naturales, sobre todo tratándose de una mujer hermosa.

Liana Bel distraíase dando largos paseos por la orilla del mar. Acostábase temprano y también se levantaba temprano, saliendo á pasear sola por las mañanas.

Una vez, atravesando el pinar que hay entre Royán y Saint-Georges, se le figuró que la seguían.

Volvió la cabeza y no vió más que á un pobre pescador, á quien sin duda el azar llevaba por el mismo camino. El buen hombre iba cogiendo mimbres, con los que tejía uno de esos toscos lazos que usan los pescadores del golfo de Gascuña para atar sus remos.



CAROLINAS OCCIDENTALES. – Isla de Yap. – Casa del Pueblo de Roul

A los dos ó tres días, en el arenal vastísimo, se quedó mirando unas preciosas margaritas de mar, sonrosadas y azules, de forma caprichosa y rara, que encontraron unos bañistas. Quiso comprárselas, pero ellos se negaron á vendérlas, lo que contrarió mucho á Liana.

Entonces oyó de pronto exclamar á su lado:

– ¡Yo sé dónde las hay mejores! ¡Espéreme aquí, que voy por ellas!

Quien esto dijo era un pescador, que se alejó corriendo hacia las rocas que se elevan al extremo de la playa, dobló la rompiente y desapareció.

Liana tuvo que aguardar bastante. Ya se cansaba de esperar cuando vió reaparecer á aquel hombre. Volvía despacio, andando con dificultad por las puntiagudas peñas.

Al verlo acercarse á ella de nuevo, observó que el pescador se había hecho sangre en los pies.

Mas él dijo en seguida, sonriendo:

– ¡No es nada!

Y sacando del bolsillo unas margaritas de incomparable belleza, rarísimas y de una finura sin igual, en las que se mezclaban maravillosamente combinados todos los colores del iris, exclamó gozoso:

– ¡A ver si las hay como éstas!

La elegante parisiense murmuró encantada al tomarlas de la mano del pescador:

– ¡Hermosísimas! ¡Jamás las he visto iguales!.. ¿Y qué le debo?

– ¿Deberme?.. ¡Qué vale eso!, contestó él encogiéndose de hombros y alejándose visiblemente humillado.

Liana se fijó en él y reconoció al pescador á quien había visto en el pinar pocos días antes entre Royán y Saint-Georges.

Estando ya muy próxima la fecha del regreso de Liana á París, pues todas aquellas playas iban quedándose desiertas, *Rayo de oro* y sus amigos fueron una tarde á Pontaillac.

Sentados en la playa, al caer del sol, contemplando el faro que se alza entre las olas, conversaban alegremente. Veíase allí al conde de Marlet, á Carlos de Riol, á Pedro de Quiroule, á Alfonso de Vilaret, á Roberto de Perseval y á otros dos ó tres amigos de Liana.

Ésta les convidó para el día siguiente á un banquete de despedida en su casa de campo.

Hablóse luego de los exquisitos vinos y de la sabrosa fruta del país. Alguno, sin embargo, opinaba que lo mejor de aquella costa era el pescado de Royán. Otro hallaba preferibles las ostras de Marennes.

– ¿Y las fresas de otoño?, dijo uno de ellos. ¡Eso sí que es lo mejor del país! ¡Una verdadera delicia!

– ¡No me las han traído nunca!, murmuró Liana con sorpresa.

– Es que no se venden. Las guardan para sí los que las cultivan en sus huertas.

Y Liana exclamó al oir esto:

– ¡Sentiría irme sin probarlas!

– ¡Oye! ¿Dónde se podría encontrar por aquí buenas fresas de otoño?, preguntó el conde de Marlet á un pescador que había ido á sentarse cerca de ellos sobre un bote medio enterrado en la arena.

– ¡La cosa no es tan fácil!, contestó el marinero.

Y añadió pensativo:

– Por allí, en el camino de Marennes, hay un viejo egoísta que tiene en su huerta las más famosas. Pero primero lo matan que dar una... ¡Es inútil ir á pedírselas!

Liana recordó aquella voz. Aquel pescador era el mismo que le había dado las margaritas.

En esto, Alfonso de Vilaret, mirando hacia tierra, se puso de pie sobre el asiento de su silla y gritó:

– ¡Doctor! ¡Doctor!.. ¡Miren quién va por allí!, dijo después á sus amigos. ¡El doctor Riquet!

– ¡Cómo! ¿El doctor Riquet?

– Pero ¿está aquí el doctor Riquet?

– ¡Sí, el mismo!

– ¡Doctor! ¡Doctor!, gritaron todos yendo á su encuentro.

Y á Liana se le ocurrió:

– ¡Tiene que venir también á comer mañana con nosotros!



Viaje de SS. MM. y AA. – Santander. – Maniobras verificadas por el cuerpo de bomberos (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)

Al día siguiente, cuando estaban ya casi acabando de comer Liana y sus amigos, decía á sus convidados la dueña de la casa:

– Pero ¿cómo no habrá venido el doctor? Nos prometió que no faltaría... y es hombre formal. ¡Qué bien hemos hecho en no esperarlo!

Destapábase el champagne y se servían de postre magníficas fresas.

– ¡Ah, las fresas de otoño!, exclamó el conde de Marlet.

– ¡No las he visto mejores!, añadió Roberto de Perseval.



Viaje de SS. MM. y AA. – Santander. – Maniobras verificadas por el cuerpo de bomberos (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)

– ¡Qué fresas! ¡Qué fresas!, repitieron todos los convidados.

– ¡Qué gusto! ¡Qué aroma!, dijo Liana saboreándolas.

En aquel momento entró el doctor Riquet.

– ¡Cómo, doctor! ¡Ya no le esperábamos!.. ¡Pero aún llega usted á tiempo, siéntese!, murmuró Liana.

Y el doctor, sentándose á la mesa, explicó así el motivo de su tardanza:

– ¡Ustedes me perdonarán en cuanto me oigan! Un deber profesional me ha hecho llegar aquí tan tarde. Figúrense ustedes que cuando empezaba á vestirme para venir, me llamaron con toda urgencia á asistir á un herido, diciéndome que el médico del pueblo estaba ausente, que la herida era grave y que nadie más que yo podía salvar á aquel desdichado. Claro está, corrí á cumplir con mi deber. Por desgracia, donde esperaba encontrar un herido, me encontré ya con un muerto. Y he tardado tanto porque el hecho ha ocurrido algo lejos, en el camino de Marennes. El muerto es un marinero de Royán que al anochecer se metió en una huerta á coger fresas. El dueño le vió, y cuando ya el merodeador se alejaba con el fruto de su rapiña, aquél le hizo un disparo de arma de fuego hiriéndolo por la espalda. Lo más curioso del caso es que aquel hombre, al caer por tierra, sintiéndose mortalmente herido, se incorporó, llamó á una niña que pasaba, le dió unos cuartos, y entregándole un cestito en el que iban, sin duda, las fresas, dijo algo á la niña, seguramente las señas adonde debía llevarlas. La niña echó á correr... El hombre cayó desfallecido... Y esto es lo que se ha visto. ¡No se sabe más!

Liana llamó á su doncella, á quien preguntó impaciente:

– ¿Quién ha traído estas fresas?

– ¡Señora, una niña!

– ¿Cuándo las ha traído?

– ¡Bastante después de anochecer!

– ¡Doctor!, murmuró *Rayo de oro* algún tanto impresionada. ¡Las fresas robadas son estas!

Y viendo en el rostro de sus convidados una expresión de horror, trató de disipar la sombra que había ido á entristecer el fin del banquete.

– ¡Es bien lamentable, dijo, eso de perder la vida por unas fresas! Pero ¿podemos ya remediarlo?.. Por mucho que lo sintamos, el muerto no ha de resucitar... ¡Vamos, sigan comiendo!

Y dando el ejemplo ella misma, añadió:

– ¡La verdad es que son deliciosas!

Ernesto Garcia Ladevese.

INVENTOS CASEROS

El inventor nace lo mismo que el poeta, aunque es mala comparación. Porque hay inventor que vale por muchos miles de poetas, y hay «inventores caseros» á quienes puede clasificarse así, como á los «aficionados de cómico.»

A la Farmacia dedicaron sus padres á Segundo, sorprendiendo bien pronto su entusiasmo por las ciencias en general.

Desde los primeros años de su vida – como dicen los biógrafos panegiristas de personajes notables *per accidens* – el muchacho revelaba aptitudes raras.

Lo mismo cortaba un patrón de vestido para señora, que doraba ó plateaba al galvanismo una moneda de cobre ó una palmatoria; y tan pronto dibujaba cifras para que su prima bordara un pañuelo á su tío, como inventaba «un aparato» muy parecido al tenedor para los mismos efectos.

Su padre no vivía tranquilo y su madre no vivía de manera alguna.

– Este chico se desgracia, pensaba el padre, lo mismo que ocurre á todos los genios.

Y cuando así lo decía, según lo pensaba, alguna persona solía replicar:

– Pues si así fuera, no habría llegado á la meta ningún sabio, y estaríamos ahora en la infancia de la ciencia y de la industria...

– ¿Y usted sabe, objetaba, adónde habrían llegado los que han fallecido y cómo estaría la humanidad?

Segundito pasó por todas las etapas ó las «estampas» – que decía él, hasta que le corrigió su principal,

—empezó por la navegación aérea, como todos los «inventores caseros;» continuó inventando la máquina para el «movimiento perpetuo,» y siguió por la piedra filosofal, el submarino, el subterráneo y otros varios.

En química también hizo diabluras. Como que le echaron de la primera farmacia donde empezó las prácticas de la carrera, por haber puesto á morir á un puñado de vecinos, despachándoles recetas libres de fórmulas, vamos, alterando dosis y componentes, de buena fe.

Y estuvo en poco que no le trasladaran á practicar en algún presidio del reino.

Generalmente le inspiraban los inventos realizados otros inventos ó reformas.

Era, como si dijéramos, un químico de viejo.

Cuando la primera bicicleta, sintió como si le oprimieran el corazón. Él, que había soñado con echarle ruedas al hombre para facilitar su marcha, sufrió un desencanto terrible, doloroso.

—¡Mi sueño de muchas noches de verano!, exclamó para sí. El mismo. Ya no hay propiedad intelectual.

Y para mayor irrisión, intentó pasear en una bicicleta y no pudo.

Insistió, y al cabo de muchos porrazos y mediante la constancia y el denuedo de un mártir de la ciencia, consiguió dominar el aparato.

En cambio, no lograba apoderarse de la ciencia farmacéutica.

Él podría ganar *records*, pero perdía cursos.

Su propio padre empezó á desconfiar del genio de Segundo.

Había otra causa, aparte de la natural ambigüedad y del ansia del inventor de nacimiento, para que el muchacho apareciera, tal vez, algo tonto..., aun siéndolo por dentro y reservadamente. La causa que produjo tal efecto fué ésta.

VIAJE DE SS. MM. Y AA.—SANTANDER.—La familia real presenciando las maniobras del cuerpo de bomberos desde el templete levantado en el muelle del Boulevard (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander).

Segundo había conocido á Luz.

Luz era una chica brillante, como el nombre indica, lista, espiritual y entusiasta ciclista, como su padre, que era un modesto cuanto laborioso vendedor de cepillos, peines y otros artículos de segunda necesidad.

También el papá montaba, á pesar de su carácter grave y de su edad madura.

Segundo quedó ¡ay!, prendado de Luz.

Como quedan ¡ay!, prendados los muchachos de las muchachas.

Una tarde estuvo á dos dedos de estrellarse por evitar una caída á su Luz.

Luz, que había estado en peligro de lastimarse, agradeció á Segundo la oportunidad y ligereza.

Y el padre de Luz le dió un tabaco de los que él fumaba, de 0'10.

Aquella pasión mutua fué creciendo.



VIAJE DE SS. MM. Y AA.—SANTANDER.—Grupo general de los alcaldes de la provincia que asistieron á la recepción de Piquío (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander).

Y la farmacia cada vez peor: ya no ganaba ni una asignatura el enamorado mancebo.

Un paseo en bicicleta con una mujer adorada y con el padre de la misma, es un gozo inexplicable, según afirmaba Segundito.

Pero el padre de la interfecta que decía él mismo—se opuso á que continuaran aquellas relaciones amorosas.

Le pareció el mozo algo tonto y sin oficio ni beneficio. Y todo era verdad.

Empezó el tirano por alejar á su niña del velódromo y del ejercicio de la bicicleta.

Segundo enfermó solo.

Luz se apagaba por días.

Como habría dicho el aprendiz de farmacéutico, se había quedado la chica lo mismo que una solitaria escapada de un frasco de la muestra.

Ojerosa, no como la tenia, pálida, desencajada, vivía solamente con el recuerdo de aquel joven feo, pero obscurito de color, y pequeño, pero escuálido, descotado y con los bracitos y las pantorrillas al aire libre. ¡Hermosa visión!

Las influencias, las lágrimas, todo fué inútil para rendir al padre.

—Ni la intervención de las potencias extranjeras conseguiría vencerme, dijo una vez para siempre.

Medió el padre de Segundo, y en poco más resulta un lance paternal, ó sea entre los dos padres. Cada cual pintó al hijo del otro como un mamarracho risible.

—Afortunadamente, como decía después de algún tiempo el propio Segundito, murió el padre de Luz y nos casamos.

—¿Y qué tal?, le preguntaron.

—¡Ah! Yo muy bien; me dedico á mis inventos y nada más: mi suegro nos dejó dinero. Por lo demás, en casa soy un cerdo á la izquierda.

Quería decir un cero.

EDUARDO DE PALACIO.

SIEMPRE DE LEJOS

La vi en un día de esos llenos de luz en que la primavera hermosea con los rayos de su ardoroso sol las tierras meridionales.

Era un domingo, un domingo de mayo en Madrid y á las doce de la mañana, cuando la calle de Alcalá estaba llena de la primera etapa de gente que la transita; la que va á las iglesias, una gran parte de la cual vuelve luego á pasar por allí, horas después, para ir al Retiro y á la Castellana, ó á la plaza de toros.

Una mujer se dirigía á las Calatravas, la iglesia adonde concurre la aristocracia, el templo de moda: llamaba la atención de los transeuntes. Yo la había visto la noche antes en un palco del teatro de la Comedia, la había mirado muchas veces con los gemelos, la había declarado el sentimiento de cariñosa atracción que había sabido inspirarme con el alma que se me salía por los ojos al clavarlos con entusiasta anhelo en los suyos, y ella me había comprendido, me había alentado, me había dicho en el mudo lenguaje de la expresión y la mirada: *adelante*.

La esperé en el vestíbulo, dispuesto á seguirla. Se acercó á su familia un lacayo, y poco después subía á un coche de lujo que ostentaba en la portezuela un blasón y desapareció ante mi vista.

Busqué por allí un vehículo que pudiera seguir al suyo, y cuando lo hallé, no se veía ya el de mi hermosa desconocida.

Excuso decirles á ustedes la satisfacción con que en aquella mañana la vi de nuevo, alentándome como en la noche anterior, y si á las luces que esmaltaban su rica *toilette* en el coliseo de la calle del Príncipe brillaba como una estrella de primerísima magnitud, á la de un día en la corte de España brillaba como si ella fuese verdadera soberana, que así lo pareciera en lo majestuoso de su arrogante figura y al ver los que estupefactos le abrían paso, admirados de tanta belleza. Iba á misa con una distinguida señora de cabellos blancos y porte no menos distinguido que ella.

Cuando salió del templo no pude menos de pensar, al contemplarla extasiado y cruzar una mirada con ella: «¡Cuán cerca se hallan los cielos de la tierra, á pesar de la inmensa distancia que los separa!»

Tampoco pude seguirla entonces.

La esperaba su carruaje, y en el momento en que me disponía á llamar á un coche de plaza, se me acercó un amigo con quien debía almorzar, á quien le había dado cita allí y á quien debía respetos y gratitud de un segundo padre, y desapareció nuevamente el coche de aquella mujer, rápidamente, como pasa un ensueño.

Aquella tarde tuve que ir á los toros con mi amigo.

Ella no estaba.

Pasó un día y otro. Iba á todas partes, pero no volví á verla.

Averigüé únicamente su nombre, por una rara casualidad, el sábado siguiente, en el mismo teatro, al estrenarse una obra y notar nuevamente su ausencia y decidirme á preguntarle á todo el mundo por ella, aun á trueque de cometer quizás una indiscreción.

Cuando al día siguiente me fuí á las Calatravas á la misma misa de doce, llamó mi atención un suntuoso coche fúnebre tirado por seis hermosos caballos que se había detenido precisamente delante de aquella iglesia; pregunté y supe que la que iba en aquel coche era ella; ella, á quien yo siempre había visto de lejos y que se me escapaba á mayor distancia que nunca y seguramente á la altura inconmensurable adonde difícilmente se llega; volaba al cielo con sus alas de ángel.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

VIAJE DE SS. MM. Y AA.—SANTANDER.—Grupo de las pescadoras que asistieron á la recepción de Piquío (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)

NUESTROS GRABADOS

Viaje de SS. MM. y AA. Santander.—Entre las fiestas con que la ciudad de Santander solemnizó la visita que durante su reciente viaje hizo la familia real, sobresalieron la revista del cuerpo de bomberos y la recepción celebrada en Piquío. La primera, celebrada apenas desembarcaron los reales huéspedes, se verificó en los Jardines y fué presenciada por SS. MM. y AA. desde un templete levantado en el Boulevard, habiendo resultado brillantísima y habiéndose patentizado en ella la excelente organización de aquel cuerpo, uno de los mejores de España. La recepción tuvo lugar en el propio templete de los jardines de Piquío, habiendo desfilado ante los reyes, primero todas las comisiones oficiales y militares de Santander, y después el elemento popular. El espectáculo fué hermoso: miles de personas coronaban el cerro inmediato, mientras las tropas y fuerzas de la guardia civil rodeaban las avenidas.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Schram



EL HOMBRE DEL BASTÓN, cuadro de Rembrandt que se conserva en el Museo del Louvre

Durante la recepción los vapores del Club de Regatas llegaron cerca de Piquío y soltaron infinidad de palomas.

Las fotografías que en el presente número publicamos referentes á los dos citados actos nos han sido facilitadas por el distinguido fotógrafo santanderino Sr. Fernández Poó, á quien damos desde estas columnas las gracias por su atención.

El general Martínez Campos.—En la villa de Zarauz, en donde se hallaba veraneando con su familia, falleció el día 23 del mes pasado, el Excelentísimo Sr. D. Arsenio Martínez de Campos, capitán general, presidente del Senado y una de las personalidades que más se destacan en la historia contemporánea de nuestra patria.

Nació en Segovia en 14 de diciembre de 1831, y muerto su padre, estudió la carrera de Estado Mayor con tan notable aprovechamiento, que durante los años de su permanencia en la Academia conservó siempre el número uno que había obtenido en los exámenes de ingreso en la misma. En 1852 salió con el grado de teniente, y terminados los años de práctica, pasó á ser profesor de la Escuela del cuerpo, ascendiendo en 1854 por gracia general concedida al ejército á comandante de caballería. Después de haber formado parte del ejército que á las órdenes del general Dulce fué enviado á Aragón, volvió á su cátedra, hasta que al estallar en 1859 la guerra de Africa, el general Prim, que lo conocía desde muy joven, se lo llevó consigo como ayudante, confiándole las misiones más arriesgadas y más difíciles, que desempeñó siempre á entera satisfacción de sus jefes. En aquella campaña asistió á diez y seis acciones, en una de las cuales fué herido, siendo premiado con la cruz de San Fernando de primera clase y el empleo de teniente coronel, mereciendo además de sus superiores una mención honorífica sumamente enaltecedora.

A su regreso á España se encargó de nuevo de su cátedra, que otra vez hubo de dejar para marchar á Méjico con el ejército allí enviado á las órdenes del general Prim. En 1869 fué destinado, á su petición, al ejército de Cuba, y por acción de guerra y brillantes servicios fué promovido en 1870 al empleo de brigadier, siguiendo en Cuba hasta 1872, dirigiendo allí personalmente más de cuarenta combates y demostrando tanta actividad, que durante diez meses no llegó á permanecer en ninguna población dos días seguidos.

En 1873 fué nombrado gobernador militar de Gerona, tomando entonces parte muy activa en la campaña carlista de Cataluña, y en aquel mismo año pasó á Valencia, sofocando la rebelión cantonal. Pacificada aquella provincia, pasó á Murcia, en donde había estallado también el movimiento cantonalista, y bloqueó Cartagena.

Al año siguiente, siendo ya mariscal de campo, se le confió el mando de una división, con la cual, formando en el cuerpo de ejército que mandaba D. Manuel de la Concha, tomó parte principal en las acciones de Las Muñecas y Galdamés, y sostuvo la retirada del ejército después de la batalla de Monte Muro. Más tarde substituyó á aquel ilustre general en el mando del tercer cuerpo de ejército.

Entonces quiso proclamar rey en Tafalla al príncipe D. Alfonso, mas no pudo realizar sus propósitos por haberse opuesto á ello el Sr. Cánovas del Castillo; pero en la noche del 28 de diciembre salió de Madrid, y al día siguiente el movimiento de Sagunto sentaba en el trono de España al hijo de Isabel II.

Nombrado capitán general de Cataluña en 1875, venció á Savalls en Santa Pau, apoderóse de Olot y de la Seo de Urgel, arrolló á los facciosos hasta el otro lado de la frontera francesa y pacificó por completo el territorio catalán, logrado lo cual realizó una atrevida marcha á través de las montañas del Alto Aragón y de Navarra y contribuyó poderosamente á la derrota de los carlistas en el Norte y á la completa terminación de la guerra civil en toda la península.

En 1876 y como merecido premio á tantos y tan valiosos servicios, fué ascendido á capitán general.

Poco después, siendo Jovellar capitán general de Cuba, fué nombrado general en jefe del ejército de operaciones de aquella isla. Tarea imposible es la de señalar las acciones que dirigió en aquella campaña; baste decir que como resultado de ellas y algo también como consecuencia de la política allí desarrollada por él, firmóse la paz del Zanjón, que puso término á aquella guerra. Martínez Campos demostró en aquella ocasión su espíritu transigente y liberal, y fué el más tolerante y humanitario de los jefes de operaciones durante aquella sangrienta lucha de diez años.

Después fué presidente del Consejo de Ministros en 1879, ministro de la Guerra en 1881, presidente del Senado en 1885 y en 1891, y capitán general de Castilla la Nueva y de Cataluña en diferentes ocasiones. En 1893 pasó á Melilla, consiguiendo la paz que personalmente firmó con el sultán en la capital del imperio marroquí.

En 1895, atendiendo sólo á los impulsos de su patriotismo, aceptó la difícil misión de procurar la pacificación de Cuba, y allí fué convencido de que sólo una amplísima autonomía podía salvar á España de la catástrofe que más tarde sobrevino; el gobierno, sin embargo, no quiso secundar sus iniciativas, y Martínez Campos regresó á la península sin haber podido intentar la reconciliación que tan ardientemente deseaba y habiendo buscado en Culiseo y Peralejo la muerte sin más estímulo que el cumplimiento de sus deberes militares.

En las actuales Cortes había sido nombrado presidente del Senado.

Como político, y á pesar de la parte activa que tomó en la política de la restauración, fué menos afortunado, debido sin duda á su falta de ambición y á la sobra de otras cualidades, que si honran al hombre en la esfera privada, constituyen á veces una dificultad insuperable cuando de la cosa pública se trata.

Poseía el general Martínez Campos los siguientes honores y condecoraciones: Toisón de Oro, grandes cruces de San Fernando (pensionada), del Mérito Militar (blanca y roja) y de San Hermenegildo; cruz de segunda clase del Mérito Militar, sencilla de San Hermenegildo, de tercera clase de San Fernando (pensionada), otorgada en juicio contradictorio, y de primera clase de la misma orden; cruz y encomienda de Isabel la Católica, cruz y encomienda de Carlos III, gran cruz de la Torre y Espada de Portugal, y medallas de Africa, de Cuba, de la guerra civil de Alfonso XII y del sitio de Bilbao. Estaba también agraciado con las grandes cruces de Leopoldo de Austria y de la Legión de Honor de Francia.

La muerte del general Martínez Campos ha sido unánimemente sentida, pues los mismos que en vida combatieron sus actos políticos han dedicado con motivo de su fallecimiento las más encomiásticas frases al hombre que ante todo y sobre todo ponía á su patria, para cuyo servicio no escaseó jamás esfuerzos ni sacrificios.

Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos, Capitán General del ejército español, presidente del Senado, fallecido en Zarauz el día 23 de Septiembre último (de fotografía de Juan Martí).

De centinela, cuadro de Alonso Pérez.—Este reputado pintor español ha conseguido una de las cosas más difíciles de adquirir dentro de las bellas artes y de las que mejor demuestran la valía del artista, una personalidad propia tan acentuada, que sus producciones se reconocen sin necesidad de mirar la firma que al pie de ellas figura. Varios son los lienzos que de Alonso Pérez hemos publicado, y por ellos habrán podido convencerse nuestros lectores de la verdad de lo que decimos; y habrán podido apreciar además otras cualidades no menos valiosas, el gusto con que escoge los asuntos, la elegancia con que los compone y la finura con que los pinta. Su escuela es verdaderamente aristocrática, los temas que llaman su atención tienen un sello distinguido que se aparta de lo vulgar; y hasta cuando trata escenas del pueblo, como la que reproduce la obra que va en el presente número, rinde culto á esta tendencia, y llevado de su delicado temperamento, las afina, por decirlo así, amoldándolas á su modo de sentir y á las tendencias dentro de las cuales se mueve siempre su inspiración.

Cabeza de estudio, cuadro de A. Schram.—Bien puede afirmarse que este cuadro del distinguido pintor alemán responde á la finalidad principal del arte, que es la reproducción de lo bello. La cabeza por el artista reproducida es de una pureza y corrección de líneas irreprochables, y habla tanto en favor de la belleza del modelo como del talento del artista que tan admirablemente ha sabido trasladar al lienzo sus hermosos rasgos. Y dicho esto, excusado es hacer nuevos elogios de esta pintura, porque de fijo nuestros lectores al contemplarla sentirán esa impresión que constituye la mejor alabanza de un lienzo.

El hombre del bastón, cuadro de Rembrandt.—Cuando se trata de uno de esos nombres que la historia del arte ha consagrado como imperecederos, su simple enunciación equivale á toda una crítica; y cuando vemos que las obras del que tal nombre lleva figuran en sitio de honor en los principales museos del mundo, huelga, al hablar de ellas, toda alabanza: la sanción del tiempo que aquilata el verdadero mérito, el aprecio de las eminencias de la crítica artística, el respeto y la veneración de los artistas que como modelo las toman y la admiración del público en general son pruebas más que suficientes de la excepcional valía de tales obras. Esto es lo que sucede con el famoso pintor flamenco Rambrandt y con su cuadro *El hombre del bastón* que reproducimos; el artista se cuenta entre los inmortales, y su lienzo se cita entre las más valiosas joyas del Museo del Louvre.

La ciudad de Galveston destruída recientemente por un ciclón.—La destrucción de Galveston por un ciclón que sobre ella se desencadenó el día 9 de septiembre último, figurará entre las más espantosas catástrofes que se registran en la historia y la más terrible de cuantas en los Estados Unidos han acontecido. La ciudad ha sido destruída por completo; enormes edificios, que pueden verse en el grabado que en la página 648 publicamos, han sido, no deteriorados, sino arrasados enteramente; cerca de 10.000 personas han perecido entre los escombros; más de mil embarcaciones fueron arrojadas á la playa y aun al centro de la población, que aparecía rodeada de un círculo de agua de inmensa altura, y millares de personas han quedado sin hogar.

La ciudad de Galveston contaba en 1890 unos 44.000 habitantes; la víspera de la catástrofe tenía 65.000. Pues bien: aquella capital fundada en 1836 por hombres laboriosos y enérgicos ha desaparecido en dos ó tres horas. Su principal comercio era el de granos y algodón, y su puerto era de capital importancia porque en él se recibía todo el algodón de Tejas y de los territorios indios, lo cual significa la tercera parte de toda la producción americana. Seis líneas de ferrocarril van á parar á ese puerto, y tres viaductos de muchos kilómetros de longitud, que han sido destruídos, unían la ciudad, levantada en una isla, con el continente.

Son innumerables los episodios espantosos ocurridos durante la catástrofe. Cuando empezaron á hundirse las casas, las gentes corrían despavoridas por las calles buscando refugio en los edificios que por sus proporciones parecían ofrecer mayor seguridad: en el Colegio de Rosemberg y en la Escuela de Estudios Superiores refugiáronse 2.000 personas que encontraron allí horrible muerte al derrumbarse aquellas monumentales construcciones. Cuando cesó el ciclón, gran número de merodeadores cometieron las más repugnantes escenas despojando á los cadáveres, cortándoles los dedos y las orejas para apoderarse más fácilmente de las sortijas y pendientes que llevaban, y realizando los más brutales atropellos con las mujeres vivas que al paso encontraban. Este horrible espectáculo duró varios días, hasta que declarada la ciudad en estado de sitio pudo restablecerse el orden poco á poco, habiendo sido sumariamente fusilados muchos de los culpables de tan bárbaros sucesos.

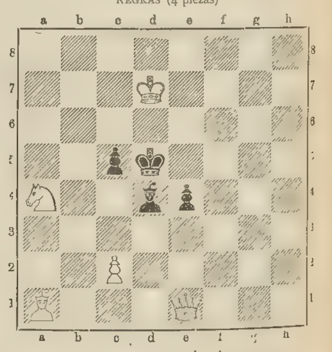
Teatros. – *Madrid.* – En la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *La Tempranica*, zarzuela en un acto, letra de Julián Romea y música del maestro Jiménez.

Barcelona. – Han inaugurado la temporada de invierno los teatros Romea, Eldorado y la Granvía. En el primero, donde actúa la notable compañía que tan brillantes campañas ha hecho en aquel coliseo, se ha estrenado con buen éxito *La neboda*, comedia en tres actos de D. Teodoro Baró, y *La dideta*, comedia en un acto del Sr. Got y Anguera. En los otros dos, donde funcionan sendas compañías del llamado género chico, se han estrenado con aplauso: en el Eldorado, *María de los Angeles*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los señores Arniches y Lucio, música del maestro Chapí; y en el de la Granvía, *José Martín el Tamborilero*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Fiacro Irayzoz, con música del maestro Jiménez.

AJEDREZ

Problema número 210, por C. Calapso

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 209, por L. Noack

Blancas.	Negras.
1. D h 1 – h 7	1. T e 1 – e 2:
2. A e 6 – g 8	2. R toma C
3. R g 7 – h 8	3. Cualquiera.
4. A f 8 – g 7 mate.	

VARIANTES

1... Ta8–b8; 2. Ae6–f7, R toma C; 3. Rg7–h6, etc.
1... Cc8–e7; 2. A toma C, Ta8–g8jaq.; 3. A toma T, etc.
Ta8–f8; 3. Ae7–d6jaq., etc.
1... f3–e2:; 2. Rg7–h6, f4–f3; 3. Dh7–f5jaq., etc.
1... Te1–c1; 2. Rg7–f7, Cc8–d6jaq.; 3. A toma C jaq.
1... Cf1 juega; 2. Rg7–f7, etc.
1... R toma C; 2. Rg7–h6, Rd4–e5; 3. Dh7–f5jaq., etc.
1... Cc8–d6 ó b6; 2. Af8–d6jaq., etc.
1... Otra jug.ª; 2. Rg7–h6, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Eran pasaportes, certificados de buena conducta y de servicios satisfactorios, periódicos viejos, un ejemplar de *La Clave de los sueños* y otro de *Los cinco Códigos.*

Después de registrar minuciosamente la cómoda, sin obtener resultado, Fanfán buscó por otro lado.

Debajo de la cama había una maleta.

La sacó. Pesaba poco.

Quiso abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Buscaba con la vista un instrumento cualquiera con que forzar la cerradura, cuando de pronto dió un empujón á la maleta y retrocedió un paso, palideciendo.

– Claudinet, dijo, lo que íbamos á hacer es una mala acción.

– ¡Una mala acción!

– Escudriñarlo todo para coger la cartera es un acto feo.

– ¿No dices que la necesitas?

– Pero coger lo que no es nuestro es robar.

– ¿Robar?

Ambos se miraron con embarazo.

Claudinet recordaba las innumerables raterías que había cometido por orden de sus tíos, so pretexto de que necesitaban gallinas, conejos y otras cosas para vivir.

Se ruborizó, porque ahora se daba cuenta de la infamia de aquellos actos.

Pero al contemplar el rostro dolorosamente contraído de su compañero, comprendió que la posesión de aquella cartera tenía grandísima importancia para él, y que el obstáculo que su honradez oponía á la realización de su deseo le hacía sufrir cruelmente.

Venciendo sus escrúpulos, le dijo:

– Hace un rato querías ver esa cartera..., verla nada más... Mirar una cosa, no es robarla. Además esa cartera no es de mi tío... Quizá la encontró..., ó la robó... Él no piensa de la misma manera que nosotros. Y si tú conoces á la persona á la cual pertenece..., ó si llegases á conocerla un día, podrías ayudarle á recuperar lo perdido. Ya ves que eso no es robar.

Fanfán vacilaba. Aquella idea de restitución parecía vencerle.

– ¿Es la maleta lo que no te atreves á registrar?, preguntó Claudinet.

– Sí..., está cerrada... Y me parece que el forzar una cerradura es una mala acción.

– No hay necesidad de forzarla. Aunque está cerrada por delante, como tiene rota una bisagra, se puede levantar la tapa por detrás... Mira.

Esto diciendo, Claudinet había entreabierto la maleta, echando una ojeada á su interior.

– Cabalmente, aquí está la cartera.

Contempló á Fanfán, que apenas se atrevía á mirar y temblaba con la frente inundada de sudor.

Entonces, haciendo un heroico esfuerzo, venciendo, por afecto á su amigo, la repugnancia que ahora le inspiraba una mala acción, el tísico metió la mano en la maleta y sacó la cartera, diciendo:

– Toma... Soy yo el que la ha cogido.

Fanfán dió un grito é hizo ademán de rechazar la cartera.

Pero pensando que aquellas cartas interesabán á la santa mujer que él adoraba como á una madre, que le había amado, protegido é instruído, cogió el paquete que le tendía Claudinet.

Había unas veinte cartas.

Les echó un vistazo, una tras otra, sin comprender gran cosa de su contenido, buscando un nombre que fuese para él un indicio.

Todas llevaban por firma el nombre de Carmen é iban dirigidas en el sobre al *Sr. d' Alboize, capitán de estado mayor.*

De pronto, el niño leyó en una y luego en otras cartas el nombre de Elena, y un estremecimiento sacudió todo su ser.

– ¡Elena!, murmuró. La buena señora de Moisselles también se llama Elena... ¡Elena de Penhoet!

Cada vez más pálido, siguió recorriendo cartas con la vista, ávido de encontrar el apellido de aquella Elena, cuyo nombre se repetía con mucha frecuencia.



Ahora, todo el mundo hacía ignominiosas suposiciones sobre «la separada»

Pero no halló nada más.

¡Elena!.. Carmen!..

Aunque estos nombres surgían de pronto en su vida, le parecía que no le eran desconocidos.

De pronto, sin proferir una palabra, y como obedeciendo involuntariamente á una inspiración casi irresistible, cogió el fajo de cartas, y descosiendo una punta del colchón en que dormía Claudinet, las escondió en él.

– Meditaré y tomaré luego una resolución... Pero, al menos, nadie podrá servirse de estas cartas antes de que yo sepa si mi bienhechora tiene interés en saber su contenido ó en recuperarlas.

– ¿Ves cómo no hemos cogido nada?, dijo esforzándose en sonreir Claudinet. Ahí quedan las cartas.

Sin embargo, Fanfán no se sentía en paz con su conciencia.

Por la noche, *Caracol,* Ceferina y Panuflo volvieron borrachos al coche.

Varios amigos espléndidos les habían convidado...

No repararon en la lívida palidez de Fanfán, ni oyeron al niño murmurar, durante la noche, agitado por una larga y horrible pesadilla: «¡Después de todo..., el hecho es que he robado!..»

VI

CALVARIO

El incendio de Moisselles había tenido poca importancia.

El siniestro se atribuyó á alguna imprudencia..., quizá del muchacho que la señora de Penhoet había recogido de la colonia penitenciaria y que desde aquella noche había desaparecido.

A nadie se le ocurrió buscar culpables.

Las pérdidas materiales habían sido insignificantes.

El salón, salvo los tapices y las cortinas, se había salvado enteramente.

Los muebles habían sido deteriorados por el agua de las bombas.

Pero Elena había encontrado intacto lo que, á sus ojos, era la más preciosa joya que le quedaba: el álbum de recuerdos, el paquetito de papeles íntimos y de fotografías que miraba con Fanfán cuando se desmayó, momentos antes de declararse el incendio.

No tuvo necesidad de abandonar la casa durante los días en que se practicaron en ella las reparaciones necesarias.

Pero su corazón acababa de recibir nuevas y crueles heridas, y permanecía abismada en el dolor intolerable de aquellos reiterados golpes.

¡Jorge vivía!

¡Se encontraba en Francia, no lejos de ella!

¡La había arrancado á la muerte durante el incendio!

¡Y había desaparecido sin reconocerla!

Mientras Paul Vernier, el fiel y discreto amigo, confidente piadoso de sus sufrimientos, corría en vano en busca del fugitivo, ella quedaba presa de una indecible y cruel emoción.

¡Le amaba todavía!

Le amaba con todas las adoraciones inefables, con todos los entusiasmos de su primer amor, con ese amor que nada puede extinguir, ni el abandono, ni la injusticia, ni los crímenes que á veces comete la persona amada.

Como le conocía á fondo, sabía lo mucho que él debía sufrir también.

Si vivía, era porque el dolor del alma es incapaz de matar al cuerpo.

Pero si él sufría es que la amaba aún.

Sí, ella estaba segura de poseer todavía el corazón de su inolvidable Jorge.

Y era justo, puesto que ella seguía amando á su esposo como al principio de su enlace, como el día en que nació Fanfán.

¡Fanfán!.. ¡Su hijo!.. ¡Ah! ¡También le había vuelto á ver..., le había encontrado por fin!

Porque, después de la escena del álbum, no le cabía duda alguna.

El niño había reconocido súbitamente la quinta de Penhoet, dando inocentemente los detalles más precisos.

Aquel mísero vagabundo con quien se había encariñado tanto desde el primer momento, era su hijo.

Y como por un refinamiento de crueldad del destino, en el momento de encontrarlo desaparecía otra vez.

Los dos, el padre y el hijo, Jorge y Fanfán, se le escaparon después de haberlos tenido un instante á su lado.

Al enterarse de la desaparición del niño, Elena, desesperada, avisó al comandante de la colonia penitenciaria, que empezó en seguida á practicar las diligencias oportunas á fin de descubrir su paradero.

Nadie había sabido dar el menor informe.

– El muchacho se aburriría en medio de la gente honrada, dijo con petulancia el sargento de la gendarmería. Habrá vuelto al lado de sus antiguos camaradas. La vida nómada y de ratería es para esos pilletes una verdadera necesidad.

El mismo día, Rosa, la criada de Elena, vino á declarar á la señora que se había cometido un robo en el pabellón que habitaba con su marido.

Le habían robado un reloj de plata y algunas de sus modestas alhajas.

Elena, por su parte, notó la desaparición de algunos objetos preciosos que tenía en las habitaciones de la planta baja.

Rosa abrió la boca para acusar al niño, pero adivinó que el mismo pensamiento cruzaba por la mente de su ama, y vió dibujarse en su rostro un dolor tan inmenso, que la mujer se calló.

Elena suplicó á la criada que á nadie hablase de aquel robo y prometió devolverle lo que le faltaba.

Una vez sola, prorrumpió en sollozos.

¡Su hijo! Aquel niño de mirada tan dulce y franca, de sonrisa tan cándida, ¡era un ingrato, un hipócrita, un ladrón!..

¡Ah, la infernal empresa de Jorge había tenido el resultado previsto!

El niño se había contaminado del ambiente corrompido en que le arrojó.

Y la corrupción del infeliz era completa, puesto que ni los cuidados, ni las caricias, ni los beneficios de Elena habían podido salvarle.

Pero aquel triste resultado no la desalentaba.

Si volvía á encontrar al pobre niño, continuaría su empresa regeneradora.

Le salvaría del mal, del vicio, como ya había procurado salvarle de la miseria y del oprobio.

¡Pero ¡ay!, mientras tanto su hijo era un ladrón!

¡Y había huído para volverse á juntar con ladrones!

A todos esos motivos de pena, se añadieron para la pobre señora una serie de vulgares disgustos que le hacían más pesada la carga que soportaba su corazón.

El director del establecimiento penitenciario, obligado á dar parte á la autoridad superior de la evasión del preso, fué severamente amonestado por la imprudencia que había cometido, confiándolo á una persona de cuya vigilancia no podía estar seguro.

El bravo capitán, mortificado por la reprimenda administrativa, no pudo menos de manifestar su mal humor á la señora de Penhoet.

Presentáronse luego los gendarmes en casa de Elena, y con una voluminosa documentación desplegada sobre la mesa, sometieron á la pobre señora á un interrogatorio, como si fuera culpable.

En concepto del sargento, era cómplice de la evasión.

A ella le tocaba disculparse.

Preguntóle su edad, su antiguo domicilio, la partida de defunción de su marido y la fecha de esta defunción.

La infeliz, ruborizada y confusa, tuvo que confesar que no era viuda, sino que vivía separada del señor de Kerlor.

¿Por qué usaba, entonces, el apellido de Penhoet? Era el de su familia.

–Todo eso no está muy claro, dijo el sargento.

Elena tuvo que explicar su apego á los jóvenes presos.

Su amor al bien, su deseo de aliviar á los que sufren, su beneficencia, parecieron también cosas extraordinarias al representante de la fuerza pública.

Al separarse de Elena, apenas la saludó.

Añadió que tenía que estar á disposición de la justicia y que sufriría un interrogatorio acerca de la desaparición del muchacho, aunque hubiese declarado que no tenía ningún informe que dar, pues en aquel momento crítico, como todo el mundo sabía, ella se había desmayado, quedando expuesta á una muerte segura en medio del incendio, muerte de que había sido milagrosamente salvada por un desconocido.

Aquella misma noche, todo el pueblo estaba enterado del interrogatorio de Elena.

¡Era una mujer separada del marido! ¡Tal vez una divorciada!

Su afición á los niños presos revelaba la bajeza de sus inclinaciones.

El domingo siguiente, al ir á misa, algunas señoras de la localidad le negaron el saludo y otras hicieron como que no la veían.

Elena oía murmullos en torno de ella.

A la salida de la iglesia, todas las miradas se fijaron en ella con impertinencia abrumadora. Nadie la detuvo para hablarla, como antes sucedía en la plaza.

Hacía ya cerca de ocho años que por sus incesantes actos caritativos la llamaban «la buena señora.»

Ahora, todo el mundo hacía ignominiosas suposiciones sobre «la separada.»

Poco faltó para que se organizara una cencerrada contra ella.

Pero ¿qué eran todas esas miserias comparadas con su insondable dolor?

Afortunadamente tuvo un auxilio y un consuelo.

A la primera noticia de sus sufrimientos, Paul Vernier acudía á su lado.

Aquel hombre era todo abnegación y amor.

Amor sin recompensa y sin esperanza, amor ideal con todas las delicadezas de su desinterés sublime.

Supo infundir ánimo á la desolada mártir.

La indujo á preparar un plan de conducta, á combinar un proyecto, en el cual iba á ayudarla con todas sus fuerzas á buscar á Kerlor y á Fanfán.

Entonces empezó para Elena una investigación loca, incesante, parecida á la que Jorge practicaba por su lado.

Ambos obedecían á una voz secreta que les infundía valor.

Aquello duró semanas y meses.

La maledicencia acusó á Vernier de ser el amante de Elena.

El leal amigo le había hecho ver de antemano el peligro que corría su reputación.

–¿Tiene usted miedo de esas arpías que se confabulan para hacer jirones de mi honra?, le preguntó ella con una triste sonrisa.

–¡Miedo, yo!.. ¡Yo, que daría mi vida por usted!

–Pues dejemos que murmuren, mientras vivimos en paz con nuestra conciencia. La amistad de usted me es tan preciosa, en medio de mi desolación, que me dolería mucho tener que renunciar á ella.

Con la ayuda desinteresada de tan fiel amigo, Elena proseguía en sus averiguaciones incesantes.

Apoyada en la abnegación de Vernier, subió aquel calvario, sembrado de esperanzas y de decepciones continuas.

Esta vez tenía un indicio, un rayo de luz para guiarla.

Había visto y casi recuperado á su hijo.

Y su marido la había tenido en sus brazos. Los corazones de ambos habían palpitado un momento juntos.

Vivían los dos seres amados.

¿No era ya una dicha el tener semejante convicción?

Elena pasaba una tarde por la calle Royale, cuando llamó su atención un landó parado á la puerta del ministerio de Marina.

En el carruaje, muellemente reclinada, había una mujer joven y elegante, cuyo rostro no podía ver la señora de Kerlor.

De pronto el lacayo saltó del pescante y abrió la portezuela á un oficial que salía del ministerio.

El oficial sentóse al lado de la señora, y el coche dió la vuelta delante de Elena.

Esta dió un grito desgarrador.

–¡Carmen!

Pero su grito perdióse en el ruido de la calle, y ella se quedó inmóvil, con los ojos extraviados, próxima á desfallecer, con los dedos crispados sobre el mostrador de una tienda.

Había reconocido también á Roberto d'Alboize.

Pero Carmen, ¿no había muerto?

El *Diario Oficial* había publicado la lista de las personas muertas en el motín de Cayena, y en ella figuraban los nombres de Saint-Hyrieix y señora.

A pesar del mal que le había hecho, Elena lloró años atrás la terrible muerte de su cuñada.

¿Era ahora víctima de una alucinación ó de un extraño y prodigioso parecido?

¡No! Les había reconocido perfectamente á los dos.

No se equivocaba.

Eran Roberto d'Alboize y Carmen.

Aquella cosa imposible era una realidad.

¡Unidos de nuevo! ¡Casados tal vez!

Entonces quedaba demostrada su inocencia.

Podía decir que había reconquistado á Jorge, porque indudablemente se habrían visto éste y sus hermanos.

El esposo arrepentido iba á devolverle su amor.

Y recobraría también á Fanfán.

Pronto los encontraría á todos.

En el ministerio le darían las señas de Roberto d'Alboize.

Entró en él, pero acababan de cerrarse las oficinas. Los porteros no supieron darle los informes que pedía.

Volvería al día siguiente.

Regresó á Moisselles loca de alegría.

Manifestóla á Paul Vernier.

Cada una de las exaltadas frases de Elena era una puñalada en el corazón del enamorado joven.

Pero éste tenía un alma heroica, y tuvo una jovial sonrisa para la alegría de Elena.

–Mañana por la mañana iré á París y le traeré á usted la dirección del Sr. d'Alboize.

Por la noche dieron juntos su paseo por las calles de un bosque inmediato.

Elena hablaba con el corazón abierto, sintiéndose casi feliz por vez primera desde su separación de Jorge.

Vernier se esforzaba en contener las lágrimas que acudían á sus ojos.

Al día siguiente, la señora del notario, que los había encontrado en el paseo, dijo á cuantas amigas quisieron escucharla:

–Anoche sorprendí á la enamorada pareja de bracete por el bosque. Iban de un modo... indecente. La *separada* habrá recibido la noticia de la muerte de su marido, y los dos tórtolos hablarían de su casamiento.

VII

LA CONFESIÓN

Conforme lo habían anunciado en su carta á Kerlor, Roberto d'Alboize y Carmen habían llegado á París, y hacía ya más de un mes que se hallaban instalados en un bonito hotel del barrio Monceau, elegido y amueblado por Jorge.

El mayor lujo de la casa estaba en los caballos, á que eran muy aficionados ambos esposos.

Aunque vaciló al principio, Jorge consintió al fin en vivir con ellos.

Tenía sus habitaciones en una de las alas y en la planta baja del hotel. El comedor, el billar, el salón principal y la biblioteca ocupaban el resto de dicha planta.

En la biblioteca, cuyas ventanas daban al jardín, era donde trabajaba Roberto, muy ocupado en los estudios que exigía su reciente cargo.

Carmen se hallaba en toda la fiebre de su nueva vida.

Ser parisiense hasta la punta de sus dedos color de rosa, y haber permanecido años enteros en el confín del mundo; haber tenido á Cayena por capital, y por únicas relaciones – cuando no acompañaba á su marido por las soledades de la Guayana – la sociedad oficial de aquel lejano país, y volver de pronto á la febril capital europea, y encontrarse de lleno en el torbellino de las fiestas, de los teatros y de la sociedad elegante, había para volverse loca de alegría y estar ocupada á todas horas, sin perder un minuto, á fin de ponerse al corriente otra vez de las modas, de las costumbres, de los acontecimientos y también – porque con la edad había madurado su espíritu – de las cosas de arte y literatura, de todo lo que en el día constituye el bagaje intelectual de una mujer de sociedad.

Por otra parte, era la esposa adorada de Roberto.

Podía pensar en él sin sonrojos; podía recibir sus besos sin temblar de miedo y de vergüenza.

Podía vanagloriarse de él, erguir la frente orgullosa al oir su elogio, sonreir de satisfacción al ver el alto aprecio en que le tenían sus jefes, la profunda simpatía que inspiraba á sus iguales, el respetuoso afecto que le profesaban sus subalternos, el afán con que todo el mundo buscaba su amistad.

Era feliz, muy feliz, y se lo repetía con frecuencia á Roberto.

Y á veces también á Jorge.

Éste la contestaba con una pálida sonrisa de ternura.

Si la felicidad inundaba el alma y la vida de su hermana, él sufría tal vez más cruelmente que nunca.

No era, sin embargo, el espectáculo de la felicidad del joven matrimonio lo que redoblaba su tormento.

¿No era muy legítima?

Su amor tenía por base la virtud y era indestructible.

Jorge sufría, porque sentía invadido todo su ser y dormidas todas sus facultades por su amor á la desaparecida, de que se avergonzaba.

Y también porque el remordimiento que le había impulsado á buscar á la inocente víctima de su venganza, parecía desaparecer ante el dominio de su vergonzosa pasión por la madre adúltera.

De día, todo eso era casi tolerable.

La charla de Carmen y las elevadas conversaciones con Roberto le distraían con frecuencia de su idea fija, haciéndole olvidar sus sufrimientos.

A veces acompañaba á Carmen al Liceo de Enrique IV, donde Roberto había metido de interno á su hijo Marcelino, creyendo necesaria la vida común del colegio para prepararlo á las luchas de la vida.

A veces, cuando Carmen estaba ocupada, Jorge iba solo á ver al niño.

No le extrañaba el cariño puesto por su hermana en el hijo de Roberto. Era un sentimiento muy natural.

Al separarse de su sobrino, Jorge sentía el alma triste y el corazón destrozado.

Y si encontraba en la calle algún pilluelo que le pedía limosna ó jugaba á las chapas ó vendía romances obscenos, Kerlor pensaba:

–¡Uno de esos vagabundos es tal vez el niño que aparté de la vida honrada!

Y su pensamiento volvía siempre á Elena:

–¡La miserable le había engendrado en el crimen y para el crimen!

Poco á poco iba calmándose su cólera, hasta llegar á enternecerse.

Le asaltaban después los recuerdos y se ponía á meditar.

Entonces se doblegaba su orgullo aristocrático y cedía el puritanismo de su conciencia.

Y en un sollozo de rabia, de vergüenza y de pasión, murmuraba:

–¡Y á pesar de todo la amo!

Quiso vencer definitivamente aquel amor, substituyéndolo en su corazón por uno de esos vicios que se apoderan de un hombre sin dejarle pensar en otra cosa.

Quiso hacerse jugador.

Echó el oro á manos llenas sobre el tapete verde, pasándose noches enteras en las salas de juego.

¡Inútil todo!

Ninguna emoción era bastante fuerte para distraerle.

En medio de las peripecias de una partida que los espectadores presenciaban con palpitante interés, él permanecía tranquilo, desdeñoso, no pensando más que en Elena.

Entonces procuró amar á otra mujer. Acompañó á Carmen en sociedad, haciendo la corte á tal ó cual beldad que respondía á sus insinuaciones.

Y se hacía un momento la ilusión de que se había enamorado de ella.

Pero en medio de sus conversaciones con las más seductoras, en medio de sus confidencias con las más bellas, pensaba en la ausente.

Pidió á la orgía el olvido que no podía encontrar en ninguna parte.

Vano intento.

En todas partes le asaltaba el recuerdo de Elena.

Y su suplicio era más atroz cuando volvía á su solitaria habitación, después de haber pasado la velada entre su hermana y su cuñado, con los nervios algo agitados por la música oída, por el último libro discutido ó por la simple contemplación de aquella íntima felicidad.

Al verse otra vez en su inmenso aislamiento, cuando caía sobre todo su ser el frío glacial de su soledad, cuando no tenía necesidad de reprimirse, entonces...

¡Oh! Entonces era una locura de sufrimiento y de amor, un delirio de lágrimas, gritos de rabia que se perdían en lamentos de desesperación.

Llegaba el día, y el sol no ponía término á aquellos indecibles dolores.

A la hora del almuerzo se presentaba lívido y quebrantado.

Se esforzaba en sonreirse, pero su sonrisa daba pena.

Carmen, inquieta, le había preguntado la causa de su malestar.

Jorge se había limitado á contestarle con afectada indiferencia que sufría insomnios.

– Seguramente, explicó á Carmen, tienen por causa la excitación nerviosa que produce la repentina vuelta á la civilización refinada de París después de una larga vida salvaje.

Carmen y Roberto no se contentaron con aquella explicación.

Les preocupaba mucho el estado de Jorge, que iba agravándose de día en día.

Adivinaban que el recuerdo de Elena era la única causa de sus sufrimientos

Un día, Carmen pronunció el nombre de la pobre mujer, aludiendo á su muerte.

Las facciones de su hermano experimentaron una súbita alteración.

Jorge se levantó bruscamente, soltó una carcajada estridente y huyó del salón.

– ¿No te parece, dijo Carmen á su esposo, que ha debido haber algún misterio en la muerte de Elena, para que ese recuerdo produzca en mi hermano una emoción tan singular y tan terrible?

– ¿Qué misterio puede haber? Jorge adoraba á su esposa. Su muerte imprevista dejó en él un recuerdo indeleble. No se consuela ni se consolará jamás.

– ¡Pobre Elena! Ella quería también mucho á Jorge. ¿Y su hijo? Comprendo que mi hermano los llora todavía. Hemos de hacer todo lo posible para curarle de esos dolorosos recuerdos.

Mas todo lo que imaginaron para conseguirlo resultó infructuoso.

De pronto, Carmen propuso á su marido ir á Penhoet, con la esperanza de que su hermano se distraería allí de mil maneras, y principalmente con la caza, que abundaba en la finca.

– Convidaremos, si te parece bien, á unos cuantos amigos.

Roberto apoyó el proyecto de su mujer.

Penhoet pertenecía á Carmen.

Y ésta poseía no solamente la finca heredada de su madre, sino que también era propietaria de parte de las tierras inmediatas que habían pertenecido á su primer esposo.

Durante la ausencia de sus dueños, fué alquilada la quinta y arrendadas las tierras de producto por el notario de la familia.

A la expiración del plazo, la quinta quedó desalquilada.

Jorge pareció adherirse gustoso al proyecto de sus hermanos.

Avisóse al notario para que procediese á los preparativos indispensables, y pocos días después, Roberto d'Alboize, Carmen y Jorge se hallaban instalados en la antigua residencia señorial de los Penhoet y de los Kerlor.

Jorge pareció de pronto algo aliviado.

El fantasma de su mujer era ahuyentado en su mente por la sombra de su madre, que aún lo llenaba todo en la quinta, aniquilando, por decirlo así, todo recuerdo extraño á ella.

Una mañana, cuando aún todo el mundo dormía en el castillo, Jorge había penetrado en el pequeño cementerio de la aldea y oraba al pie de la tumba de su madre.

Su plegaria era un prolongado sollozo, un desbordamiento de dolores que su corazón no podía soportar por más tiempo, una confidencia á la muerta venerada, que debía oirle desde el fondo del sepulcro, inspirarle saludables pensamientos, ó llamarle á su lado para arrullarle, como en su infancia, entre sus brazos, en el reposo del sueño eterno.

Entonces, en una especie de alucinación, las marmóreas paredes del sepulcro, las inscripciones lapidarias, el altar cubierto de ornamentos sagrados, todo desapareció á su vista y se creyó solo con su madre.

La veía cubriendo de besos á su nietecito, á Fanfán, que se los devolvía con frases de ternura.

La veía enseñando las primeras letras al niño en su devocionario.

La veía sonriendo á Elena, en quien había puesto verdadero cariño de madre.

Elena le hablaba de Jorge, y las dos mujeres, coincidiendo en un mismo pensamiento de amor por el ausente, cubrían de besos al angelito que le substituía al lado de ellas.

– ¡Madre!.., exclamó Kerlor; ¡madre mía..., no quiero arrojar á esa mujer de mi corazón..., porque la amo!

Mas de pronto surgió á sus ojos la escena terrible en que su madre y él juzgaron á la culpable, que luchaba en vano bajo la acusación abrumadora, acusando á su vez á Carmen inocente.

– Estoy avergonzado de mi flaqueza, madre mía, porque tú también viste su infamia... ¡y no obstante a amo!

Abrumado por áquella confesión, continuó en actitud suplicante:

– ¡Madre de mi alma! ¡Dame fuerzas para ahogar esta pasión deshonrosa!.. Tranquiliza mi conciencia. Dime que puedo cesar de tener piedad y amor. Dime que hice bien en entregar el bastardo á los bandidos que han debido formarlo á su imagen. Dime que hice bien en expulsar á la miserable que vive, no sé donde, riéndose tal vez de mí, con su amante!..

Contestóle un grito.

Volvió la cabeza.

Se hallaba en presencia de Carmen, perdida en la penumbra del mausoleo.

Estaba pálida como una muerta.

Un ligero temblor de sus labios y la contracción de sus manos contra el muro de la tumba eran las únicas cosas que indicaban que la vida no la había abandonado.

Miraba á su hermano con espantados ojos.

Jorge no reparó en la terrible emoción que la ahogaba.

En el alocamiento de su dolor, echóse en brazos de su hermana murmurando:

– ¡Ay, Carmen! ¡Qué desgraciado soy!

Y sin dejarse interrumpir por los gritos inarticulados ni por los desesperados gestos de ella, sin mirarla, hablando más bien á su madre difunta que á su hermana, recordó en una oleada de palabras, breves é impresionables, el crimen y la venganza, la entrega del niño á un criminal desalmado, el abandono eterno de la madre...

– ¡Eso hiciste!.. ¡Eso hiciste!.., repetía Carmen en un murmullo de locura.

– ¡Sí!.. ¡Juzgué, condené y castigué!..

Continuó expresando sus remordimientos, confesando la pasión que le devoraba arrastrándole hacia la culpable, y su incomprensible necesidad de ver nuevamente á su hijo maldito.

Hablaba con voz sorda, entrecortada por sollozos ó por rugidos de rabia, y sus acentos eran repetidos en notas siniestras por los ecos del sepulcro.

Carmen le oía, alocada, presa de un vértigo, de una especie de delirio.

Estaba lívida. Un sudor frío bañaba su frente.

El corazón palpitante, parecía próximo á estallar.

Ella, la culpable, abrumada por las palabras de desprecio y de odio que su hermano infería á la inocente, enterada de que vivía la que creyó muerta, y de que vivía deshonrada, aborrecida, expulsada de su hogar, madre sin hijo, esposa sin esposo, en castigo de una falta cometida por ella, por Carmen, quería hablar, protestar, poner término á las blasfemias y á las injurias...

Ningún sonido podía salir de su boca entreabierta en un estupor terrible.

Por último, hizo un esfuerzo prodigioso de voluntad y gritó de un modo entrecortado:

– ¡Jorge! ¡Calla!.. ¡Calla!.. ¡Me estás matando!..

Y cayó en una espantosa crisis nerviosa.

Lleno de sorpresa, alocado, Jorge había acudido á sostenerla, pero demasiado tarde.

En su caída, Carmen había dado con la frente en la grada del altar, y yacía sin sentido en el pavimento.

Un hilo de sangre corría por su rostro.

Jorge corrió á la aldea en busca de auxilio.

Momentos después, Carmen era transportada al castillo y acostada en su cama.

El médico, llamado á escape, la declaró exenta de peligro, recomendando únicamente un poco de tranquilidad y descanso.

Roberto velaba á la cabecera de la enferma.

Ésta había suplicado que la dejasen sola con su marido.

Jorge se había retirado á sus habitaciones.

La excitación febril que durante todo el día le sacudió el cuerpo y el alma, empezaba á tener su reacción.

Estaba como atontado por tantas emociones, y no se explicaba la extraña actitud de su hermana durante aquella terrible crisis.

Llamaron de pronto á su puerta.

Roberto y Carmen entraron.

Ambos estaban sumamente pálidos; pero en su rostro se leía la firme resolución de cumplir algún deber sagrado.

Carmen temblaba.

Sus ojos humildes y la actitud de toda su persona revelaban el trastorno profundo de su alma.

Roberto parecía también presa de mortal angustia.

Iba á confesar la única falta de su existencia, á revelar las debilidades de una mujer que amaba más que á su vida, á hacer á un tercero la confidencia de aquellas secretas y púdicas peripecias de un amor, excusable sin duda, pero culpable á los ojos del mundo, y sobre todo á los ojos de un hermano.

Iba á tener que confesar que el respeto, la estimación, el amor de todos, de que disfrutaba Carmen constituían un robo hecho á otra, á una inocente que pasaba por culpable, á un ángel que todos tenían por un monstruo, á una mártir que vilipendiaban como á una perdida.



Se hallaba en presencia de Carmen

Y había que hacer tal revelación al desesperado marido de aquella santa, al verdugo inconsciente de aquella víctima.

Roberto era hombre de altivo y noble corazón.

No vaciló un instante. Esforzóse para dar firmeza á su voz y lo confesó todo.

Jorge le escuchó sin interrumpirle.

Su rostro permaneció impenetrable.

En vano Carmen y Roberto procuraban leer sus impresiones en su fisonomía.

Era de mármol.

Roberto, conmovido, se detuvo.

Hubo un instante de silencio.

(Continuará)

EL GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ZEPPELIN

Recientemente se han realizado las pruebas de este globo dirigible que debieron verificarse en octubre del año pasado y que hubieron de suspenderse porque los globos no tenían la densidad necesaria



El conde Fernando Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre (de fotografía)

para contener el gas durante catorce días sin necesidad de llenarlos de nuevo. Por fin, después de varias tentativas, el profesor Duttenhofer, director de la gran fábrica de pólvora alemana, consiguió fabricar una tela que reunía aquella cualidad en el grado deseado y que ha sido bautizada con el nombre de balonina.

Desde muchos días antes, todas las ciudades del lago de Constanza estaban llenas de extranjeros deseosos de presenciar el interesante espectáculo. La «Sociedad para el fomento de la navegación aérea» había alquilado el vapor *König Karl* para conducir á los invitados, accionistas y personalidades notables, y al mismo tiempo para acudir prontamente en auxilio de los aeronautas en caso necesario. Las compañías de vapores de las ciudades ribereñas habían dispuesto servicios extraordinarios para atender al extraordinario público que quería asistir á las experiencias embarcado.

La paciencia de los espectadores fué puesta á prueba varios días, unas veces por no estar aún henchido el globo y otras por causa del tiempo, habiéndose aprovechado estas suspensiones para probar todos los mecanismos del aparato.

Al fin se presentó el tiempo favorable, y terminados todos los preparativos, hízose salir del cobertizo en donde estaba situado el globo: en la balsa, multitud de hombres sostenían los cables; en la navecilla de proa se veía al conde Zeppelin maniobrando el timón y moviendo el manubrio del peso movible; al barón Bassus, representante de la Sociedad de Aerostación de Munich, y al ingeniero Burr, que desde el comienzo de la construcción del globo ha tomado parte en la empresa; en la góndola de popa estaban el explorador Dr. Wolf, experto aeronauta, y el maquinista Gross.

A cosa de un kilómetro del cobertizo detúvose la balsa, aflojáronse los cables y el globo se levantó un poco. En el primer momento la punta se inclinó, pero en seguida recobró la posición horizontal. De pronto sonó la orden de soltar los cables, y el globo monstruo elevóse á los aires majestuosamente, viéndose con toda claridad funcionar las máquinas y girar rápidamente las hélices (1.200 revoluciones por minuto).

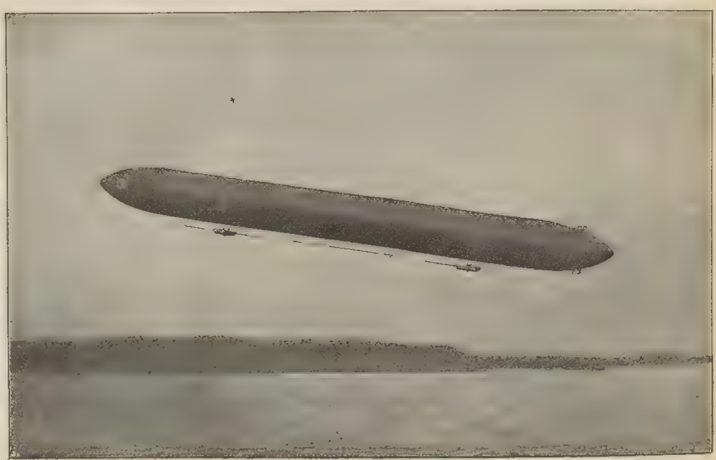
El globo subió unos 100 metros y luego avanzó en dirección al Este, girando á poco hacia el Sur, obedeciendo á las maniobras del timón y cambiando de rumbo según los movimientos de éste. Por virtud de un movimiento del peso movible, tomó el globo una dirección oblicua, se remontó describiendo un círculo completo y continuó elevándose. Hubo entonces un momento de verdadera ansiedad en los que presenciaban las pruebas, y fué cuando el globo tomó una posición casi vertical; parecía que el aparato iba á dar un vuelco, pero pronto recobró la horizontal y prosiguió su marcha regular. Así continuaron los experimentos hasta que una avería sufrida por uno de los timones al rozar con el cobertizo obligó á suspenderlas y á proceder al descenso, que se verificó con toda regularidad, y felizmente tocando las dos navecillas la superficie del agua al mismo tiempo.

Muy comentado ha sido el resultado de estas pruebas; pero prescindiendo de las exageraciones en que algunos han incurrido dando como resuelto, ó poco menos, el problema de la dirección de los globos, bien puede afirmarse que con los experimentos del conde Zeppelin se ha dado un paso considerable en el camino de la navegación aérea.

Para terminar diremos algo acerca del globo y de su inventor.

El aerostato se compone de una gran envoltura cilíndrica de 107 pies de largo por 11 de diámetro, dentro de la cual van encerrados 17 globos pequeños que contienen unos 10.000 metros cúbicos de gas hidrógeno. El movimiento lo imprimen dos motores Daimler, de 15 caballos cada uno, que hacen funcionar las hélices: cada uno de estos motores está dispuesto en una barquilla, á proa el uno y el otro á popa. Las dos navecillas se comunican entre sí por medio de un teléfono. El aerostato se mantiene en posición horizontal ó inclinada, merced á un peso movible de 25 kilogramos que se hace correr á lo largo de una varilla de hierro fijada en el armazón del globo.

El conde Fernando de Zeppelin, que cuenta en la actualidad sesenta y dos años, es descendiente de una antigua familia aristocrática de Suabia. Como oficial de caballería del ejército de Wurtenberg tomó parte muy activa en la guerra franco-prusiana, distinguiéndose por sus brillantes hechos de armas. Al ser nombrado teniente general solicitó y obtuvo el retiro, viviendo desde entonces en Ebersberg, cerca de Constanza, dedicado á su pasión predilecta, á la aeronáutica, habiendo sido resultado de sus estudios el globo dirigible de que nos hemos ocupado. – X.



El globo dirigible «Zeppelin» remontándose por los aires (de fotografía)

***

LOS BOXERS CHINOS

El conocido viajero alemán Eugenio Wolf, que durante tanto tiempo ha residido en China, asegura que se han extendido por Europa acerca de aquel imperio en general y de los boxers en particular, un gran número de nociones completamente falsas, lo cual nada tiene de extraño, puesto que casi todos los viajeros ó comerciantes europeos sólo conocen las costas de aquel inmenso país.

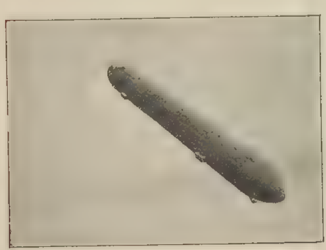
Según Eugenio Wolf, el fundador de la secta del Cuchillo (ó del Puño rojo ó de los Boxeadores) es un cierto Yu-Shen que la constituyó durante la guerra chino-japonesa con el sólo objeto de arrojar del Chantung á los japoneses que habían ya ocupado Wei-hai-Wei y se disponían á apoderarse de Wei-Hien. Yu-Shen era entonces prefecto del Chantung meridional y su obra tenía un carácter puramente patriótico.

Terminada la guerra, la secta de los boxers se dedicó á defender á las poblaciones pacíficas contra las cuadrillas de bandidos que habían hecho del distrito de Tsu-tichu-fu, en el Chantung, su guarida y su refugio.

Pero además proponíase la secta otro fin, destronar la dinastía mandchúa, reemplazándola por una dinastía china. Más tarde asesinó á dos misionero alemanes, Niess y Henle, lo que motivó como represalias en noviembre de 1897 la ocupación de Kiao-tcheu por los alemanes.

Aquella ocupación indignó á los chinos, quienes durante algunos meses vacilaron entre la cólera y el espanto, sin atreverse á tomar ninguna resolución. Por otra parte, desde Pekín envióse una orden para que se evitara todo rozamiento desagradable con los extranjeros. Pero al cabo de seis ó siete meses, los miembros de la secta de los boxers, vueltos en sí de su estupor, se propusieron no sólo alejar á los extranjeros del Chantung, sino que también expulsarlos de todo el imperio: entonces, es decir, en marzo ó abril de 1899, fué nombrado gobernador del Chantung el amigo íntimo de la emperatriz, Yu-Shen, el fundador de la secta.

Este nombramiento galvanizó á todos los funcionarios chinos, y á consecuencia del mismo cambió de la noche á la mañana la actitud de éstos respecto de los extranjeros. Apenas nombrado, Yu-Shen resucitó la antigua milicia civil ó guardia nacional, que desde hacía siglos sólo existía de nombre, siendo enviados á todas las aldeas varios sargentos para







El globo dirigible del conde Fernando Zeppelin en diferentes posiciones navegando por los aires (de fotografía)

instruir á los indígenas en el servicio militar. El primer objeto del gobernador era excitar al pueblo, sublevar á las masas y arrojar á todos los extranjeros del Chantung; pero su segunda intención era servirse de sus sectarios para perseguir á los cristianos chinos, á quienes trataba de traidores á la patria. Mas habiéndose negado los boxers del Chantung á maltratar á sus compatriotas, Yu-Shen hizo un llamamiento á sus adeptos de las otras provincias.

Entonces era cuando aquel hombre nefasto hubiera debido ser arrojado de su puesto bajo la presión de las potencias europeas; pero nada se hizo contra él, y esta négligencia ha resultado muy cara. La secta del Cuchillo ó de los boxers desde enero á junio de 1899 destruyó todos los edificios de las misiones, fuera de los sitios en donde el emperador había ordenado erigir capillas expiatorias. La rebelión, nacida en el Sur, se extendió por todo el Norte de la provincia, en donde se cometieron aún mayores atrocidades. Hasta aquel momento no intervinieron los embajadores, los cuales, especialmente M. Pichón, exigieron la destitución del gobernador Yu-Shen, quien efectivamente fué llamado á Pekín. Mas como la represión de los disturbios no fué bastante enérgica, el movimiento se extendió por las provincias vecinas y acabó por hacerse general.

Los boxers no se reclutan todos entre el populacho, como se cree en Europa, sino que forman parte de la secta muchos elevados funcionarios, literatos y gente rica; por esto el levantamiento, favorecido por la emperatriz, ha alcanzado proporciones tan considerables.

***

EL ACEITE DE TRIGO

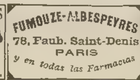
El aceite de trigo apareció hace ya algunos años, pero su uso era reducido y su producción limitada; en lo sucesivo habrá de contarse, según parece, con este nuevo producto como sucedáneo de los aceites comunes industriales y hasta de los comestibles. El *Manufacturer*, de Filadelfia, publica las siguientes líneas acerca de los usos futuros del aceite de trigo en los Estados Unidos.

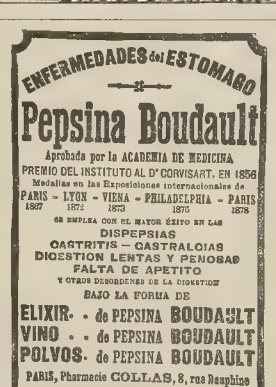
El aceite de trigo puede reemplazar al aceite de algodón como sucedáneo del aceite de oliva. Ese aceite es un subproducto del trigo; cada grano de trigo lleva un pequeño lunar amarillo que las gentes del oficio designan con el nombre de germen, el cual debe ser extraído antes del embarque del trigo, pues de lo contrario se enranciaría el cargamento. La degerminación es el procedimiento empleado para arrancar este germen, y de esta operación resulta la producción de esta substancia oleaginosa. Hasta ahora sólo se empleaba el aceite de trigo en reemplazo del de lino para la preparación de la pintura y como lubrificante; pues para la alimentación no servía por su sabor desagradable.

Pero ahora se anuncia que se ha encontrado en los Estados Unidos un procedimiento para clarificarlo y hacerlo soportable al paladar y al olfato sin diminución de materia y rebajando su coste á 50 céntimos el galón. Los molinos americanos producen actualmente 5.000.000 de galones al año, y eso que sólo han elaborado el procedente del trigo destinado á la exportación.

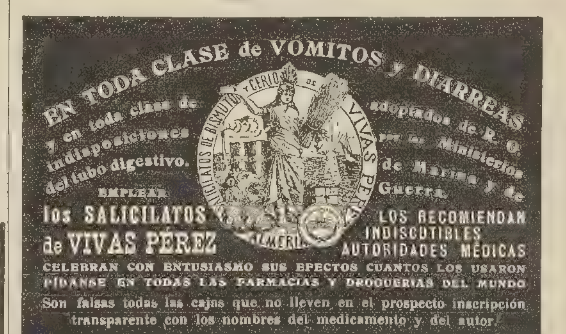
Algunos químicos que han verificado algunos experimentos con este producto pretenden que el aceite de trigo es más digestivo que los aceites hoy empleados en la cocina; pero lo más probable es que sólo servirá para falsificar el de oliva.













PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



ESTADOS UNIDOS. – La ciudad de Galveston (Estado de Texas) recientemente destruída por un ciclón

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 8 de octubre de 1900 — Núm. 980

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN BARTOLOMÉ cuadro de José de Ribera, el «Españoleto»

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo y último de la interesantísima novela de Lesage GIL BLAS DE SANTILLANA, magníficamente ilustrada por Mauricio Leloir, y cuyo primer tomo fué acogido tan favorablemente, así por el público como por la prensa.

Comprendiendo la impaciencia de nuestros suscriptores, hubiéramos querido repartir primero la novela de costumbres neronianas *Quo vadis?*, del insigne escritor polaco Enrique Sienkiewicz, que ha sido traducida ya á todos los idiomas; pero el deseo de que nuestra edición, que aspiramos á que sea la más conforme al original de las publicadas en España, vaya también ilustrada con las hermosas láminas que para la misma está dibujando el notable artista C. Minardi, nos obliga á demorar su reparto, que, sin embargo, prometemos activar todo lo que nos sea posible, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que esta edición se publicará *sin supresiones ni alteraciones* que la desfiguren del texto original.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Secciones coloniales. – Madagascar. – Colonias del Oeste africano. – Argelia y Túnez. – La rival de Pompeya. – El fundador de Timgat. – Plano en relieve. – Recuerdos é impresiones. – Evocación del pasado.

Francia parece haber tenido grande interés en consagrar ante el universo reunido en la Exposición la constitución definitiva de su imperio colonial. Nada más lógico que haberlo instalado, por consiguiente, en sitio de preferencia, como para una gran manifestación en pro de la expansión francesa.

Pero como en las esferas del poder hay muchos enemigos de toda expansión colonial, y algunos de esos enemigos ejercían dominadora influencia en las cosas de la Exposición, aunque se convino en dar un puesto de honor á las secciones coloniales, se acordó, á vuelta de ridículas tergiversaciones, que ocuparían un reducido espacio en el Trocadero.

Semejante prueba de antipatía no desalentó, sin embargo, á los que habían aceptado la misión de organizar una digna representación del imperio colonial francés. M. Charles Roux, delegado general del ministerio del ramo, supo vencer, con el valioso concurso de los comisarios de cada colonia, las dificultades más espinosas y burlar las malevolencias más ocultas. Uno y otros pueden estar satisfechos de su obra: la exposición colonial es un éxito.

Pero vamos por partes, empezando por la sección de Madagascar, que ocupa un gran pabellón cilíndrico, situado en el centro de la plaza del Trocadero y unido á este palacio por medio de una plataforma.

En la planta baja hay un bosque virgen en miniatura, que da la ilusión completa de una vista forestal de los trópicos; y para que esta ilusión sea más completa, el bosque en miniatura está habitado por serpientes, pájaros y monos. El resto del pabellón contiene una exposición completa en materia de botánica, zoología, mineralogía y etnografía, que ofrece ancho campo á la observación y al estudio.

Completa la parte botánica una serie de jardincitos con plantas artificiales, como cafetos, cacaos, bejucos de caucho y de vainilla, que no es posible presentar aquí al natural, y dan al público exacta idea de esas plantas tropicales.

En torno del pabellón, y en cabañas copiadas fielmente de los tipos de habitación más comunes en Madagascar, viven familias enteras, procedentes de distintas comarcas de la isla y entregadas á sus habituales ocupaciones. Estos indígenas hacen cuerda, tejen lienzos, fabrican cacharros, confeccionan objetos de mimbre ó manipulan el oro en sus diferentes fases.

Esta población en miniatura está dotada de un pequeño puerto, en torno del cual vagan algunos animales domésticos, como el cebú, que prestan grandes servicios en Madagascar.

En un invernáculo se conservan numerosas plantas tropicales, llamando particularmente la atención los tipos de orquídeas que abundan en los bosques de la región central de la isla.

Se sube por dos rampas al primer piso, donde se encuentra, en primer término, un plano en relieve de la colonia, cuyas comunicaciones con la vieja Europa y el litoral del Océano índico se indican en una serie de cartas colgadas de la pared.

Ocupa el centro un panorama en que se reproducen los episodios más notables de la conquista de Madagascar, y en torno del panorama se halla una colección completa del equipo, mobiliario y utensilios coloniales.

Cada una de las colonias francesas del Oeste africano ha hecho separadamente su instalación, exceptuando el Senegal y el Sudán, que se hallan en un mismo edificio. Entre estas instalaciones, la más pintoresca es sin duda alguna la del Dahomey, con sus construcciones de estilo africano puro, sus colecciones variadas, instructivas y amenas, con su pequeño lago, en medio del cual se alza una cabaña verdaderamente lacustre y en cuyo cristal se reflejan algunas piraguas de afilados extremos. Numerosos indígenas habitan esta sección, acentuando su color local.

El pabellón de la Guinea francesa es copia exacta de una gran choza de jefe del Futa-Djalon, y está llena de colecciones curiosas y sugestivas.

El del Senegal-Sudán tiene un aspecto imponente, de carácter muy acentuado, conforme al estilo particular de las mezquitas situadas en las márgenes del Níger. El interior se compone de una vasta sala, adornada con frescos que representan pintorescos sitios y llena de objetos que dan exacta idea de la producción y de la vida del país.

Es digno de ser señalado el pequeño pabellón de la Compañía francesa del Africa occidental, cuyas instalaciones obedecen á un espíritu práctico de comercio.

La Costa de Marfil y el Congo tienen instalaciones demasiado modestas para su importancia. Las colonias francesas de la Martinica, Guadalupe, Tahití, la India y la Guayana están bien representadas en los jardines del Trocadero. La instalación de la Nueva Caledonia se reduce á una modesta cabaña que representa un pobre papel en medio de tan hermoso conjunto. No se nos alcanza la razón de haber tratado así una colonia que de algún tiempo á esta parte viene tomando considerable desarrollo.

Las posesiones francesas del Norte del Africa se hallan representadas en dos grandes pabellones muy bien situados. El de Argelia es una construcción árabe que parece una mezquita. Revestida de blanco, brilla al sol con reflejos deslumbradores, y profusamente iluminada, de noche, produce un efecto mágico.

El pabellón tunecino forma un pequeño barrio árabe, parecido á los de Sousa y de Sfax. Las ventanas de las casas están provistas de rejas; de esas rejas á través de las cuales se divisa la sombra misteriosa de la mujer cuyo rostro cubre impenetrable velo. Atraviesa este barrio un empinado callejón, lleno de bazares, donde una multitud de comerciantes obsequiosos ofrecen, como en Túnez mismo, mil baratijas á los transeuntes.

En la sección argelina llama particularmente la atención un plano de relieve muy curioso. Es el de una ciudad resucitada, tan fiel en sus edificios y más importante que Pompeya: la antigua Thamugadi, hoy Timgad.

No tuvo el novelesco fin de la linda ciudad de recreo impregnada de arte griego, que sucumbió al pie del Vesubio en una noche de indecible angustia. Desapareció bruscamente, pero en virtud de sus destinos históricos, como todas las ciudades orgullosas con que cubrieron el suelo africano los conquistadores procedentes de Roma.

En el año 100, bajo el reinado de Trajano, el legado protector Lucio Munpacio Galo echó los cimientos de Timgad. Su historia fué la de la Numidia, en las épocas imperial, vándala y bizantina. Centro de cultura y de colonización, plantel de ciudadanos dispuestos á asegurar la recluta de la tercera legión, instalada en Lambesa, es presa de los árabes devastadores. Los moros la incendian en el siglo XVI. Un siglo después, los terremotos completan casi la obra de los vándalos, alejando á los hombres que la habitan. Quedan restos arquitectónicos, sobre los cuales la arena, ese polvo que amontona el siroco, es para Timgad lo que fué para Pompeya la lava del Vesubio.

Pasan los años. Llega el olvido. El historiador sólo dice que allí hubo una gran ciudad, elegante y próspera, hasta el día en que otros legionarios – hijos extraviados de la Babel de todas las desesperaciones y de todos los arrepentimientos – desentrañan de la tierra grandes vestigios en testimonio de su pasado.

Veinte años hace que merced á una modesta ayuda pecuniaria del Estado francés y á la mano de obra no muy costosa de la legión extranjera, algunos sabios y artistas tenaces descubren cada día, más que fragmentos, edificios enteros, circos, arcos triunfales, teatros, baños termales, calles y plazas. Y todo esto en una superficie de sesenta hectáreas.

El plano en relieve de la resucitada ciudad tiene el defecto de no dar la impresión de la vetustez. Sin embargo, se le observa con interés extraordinario. La vía central empieza al Sur con un arco triunfal de Trajano, que no ha encontrado puesto en el plano mismo, pero que se expone en una sala adyacente. En dicha vía se halla el Foro, que contiene la Basílica civil, las tiendas, la Curia, la Tribuna, el templo de la Victoria, las estatuas erigidas en honor de los grandes personajes, y hasta las cloacas, que son verdaderos monumentos. Junto á la plaza pública, el teatro, con las primeras gradas descubiertas, las Termas, el colosal templo de Júpiter Capitolino, el mercado y sus anejos. Varias casas particulares nos inician en la intimidad de la vida romana, y diferentes basílicas cristianas se hallan distribuídas por los barrios y aun por los alrededores de la ciudad.

El arco de Trajano no deja lugar á duda alguna acerca de su construcción, gracias á una inscripción célebre que dice:

«El emperador César Nerva Trajano, Augusto el Germánico, hijo del divino Nerva, soberano pontífice, investido por cuarta vez de la autoridad tribunicia, tres veces cónsul, padre de la patria, fundó la colonia Marciana, Trajana de Thamugadi, por medio de la III.ª legión, siendo legado imperial Augusto, Lucio Munacio Galo.»

Este es el monumento que data de la fundación de la ciudad.

Las primeras excavaciones metódicas fueron practicadas por M. Duthait á fines de 1880, y la ciudad no tardó en aparecer. Actualmente, esos delicados trabajos están confiados á M. Albert Balla, arquitecto jefe de los monumentos de Argelia.

El teatro de Thamugadi podía contener ocho mil espectadores.

Las Termas, engrandecidas bajo el reinado de Séptimo Severo, han conservado sus mosaicos y una estatua de la diosa Higia. Es el monumento antiguo más vasto de su especie y el mejor conservado de cuantos se conocen. El Capitolio apareció en toda su riqueza. El mercado surgió con los detalles más pintorescos. El Foro presenta sus tiendas de dos fachadas, que permitían servir á los clientes por la calle del Teatro y por la parte del mismo Foro.

Estas tiendas están al Sur. Al Oeste se hallan las cárceles, compuestas de tres salas, y cerca de allí la Casa Consistorial, donde deliberaban los decuriones. En el fondo de la sala, dos pedestales sostienen una inscripción dedicada á Trajano y otra á la Concordia. En la misma sala se encontraron álbums que contienen ochenta nombres de magistrados. Se conservan en el Louvre.

Se ve después la tribuna desde la cual los oradores arengaban al pueblo. De aquellos discursos, ni la memoria queda. El tiempo, con profunda ironía, al conservar intacta esta tribuna, nada ha querido guardar de la vana elocuencia que excitaba á las muchedumbres.

Terminaremos esta reseña mencionando el pabellón del Ministerio de las Colonias, que viene á ser la síntesis de la Exposición colonial.

Ésta, no sólo es pintoresca y animada, sino que también instructiva en grado sumo y esencialmente práctica.

Hay una parte del público á quien divierten mucho las zambras, los bailes y los tipos exóticos, y que juzga los países coloniales por los amuletos y zarandajas de los indígenas. Pero lo que convenía, sobre todo, era mostrar, lo mismo á las masas indiferentes que al público estudioso, lo que las colonias producen y lo que el comercio de la metrópoli puede venderles con más probabilidades de utilidad.

No vamos á Ultramar para ver bailar negros y reir nos de sus supersticiones.

Al plantar su bandera en lejanas tierras, la Francia tuvo á la vez una grande aspiración y una grande esperanza.

Creo que después de visitar la Exposición colonial francesa del Trocadero, el público se lleva el convencimiento de que esa ambición era legítima, de que esa esperanza no era vana, y de que la Francia, al crear su imperio colonial, se aseguró en el mundo una nueva vida, una nueva fuerza y una nueva grandeza.

JUAN B. ENSEÑAT

LAS FUENTES DE VERSAILLES

Uno de los mayores atractivos que á cuantos visitan la actual Exposición de París ofrecen los alrededores de aquella capital, son los jardines de Versailles, adonde acuden por millares los extranjeros, sobre todo los domingos, día en que corren las fuentes de aquella regia residencia, que constituyen un espectáculo tan bello como grandioso, y que, aparte de esto, tienen en su mayoría verdadero interés artístico.

Por ambos conceptos estimamos por consiguiente oportuno reproducir hoy en estas páginas las principales de aquellas fuentes y decir algo acerca de las mismas y del lugar en que se levantan.

El castillo y parque de Versailles tuvieron su origen en un señorío situado en la aldea de este nombre que adquirió Marcial de Lomenia, secretario de Carlos X. En 1627, Luis XIII hizo construir cerca del pueblo un pequeño castillo compuesto de cuatro pabellones, adquiriendo el señorío en 1632. En 1661, Luis XIV se estableció en San Germán y comenzó á realizar en Versailles las construcciones y mejoras que continuó durante más de veinte años, llevado del propósito de hacer de aquel castillo su residencia habitual é influído también por la circunstancia de ser Versailles el teatro de sus célebres amoríos con la señorita de La Valliere. Los trabajos, comenzados bajo la dirección de Leveau, confiáronse en 1670 á Hardouin-Mansard, Lenotre dibujó el parque y se construyó la máquina de Marly para conducir las aguas del Sena. Para comprender la importancia de todas las obras que en el palacio y en los jardines se llevaron á cabo, bastará decir que su coste fué de más de mil millones de libras. Desde 1672, el rey pasó en Versailles la mayor parte del año, y desde 1682 fué residencia habitual de la corte. Con Luis XV terminan los verdaderos fastos de Versailles, en donde se desarrollaron algunos de los sucesos revolucionarios que pusieron fin al reinado y á la vida de Luis XVI. Durante la Revolución el castillo estuvo á punto de ser vendido; Napoleón lo descuidó y los Borbones se limitaron á cuidar de su conservación y construir el pabellón del Sur. Luis Felipe le devolvió su esplendor creando el museo que tantas preciosidades artísticas encierra, habiendo gastado en los trabajos de restauración más de veintitrés millones de francos. Durante la guerra franco-prusiana ocupó aquel palacio el cuartel general del rey de Prusia, que fué proclamado en él emperador en 18 de enero de 1871. Después residió allí el gobierno francés y allí funcionó el Parlamento, hasta que en 1879 las Cámaras se trasladaron definitivamente á París.



Versailles. – Fuente de Apolo

El palacio de Versailles ofrece una fachada principal de 415 metros, debiendo citarse entre lo más notable que contiene los patios Real, de Mármol y de la Capilla, la gran galería, una de las más hermosas de Europa, de 74 metros de largo, 15 de alto y cinco de ancho, las habitaciones regias y la sala de la ópera.

Las fuentes de los jardines de Versailles han tenido desde antiguo gran celebridad, y las dificultades con que los ingenieros tropezaron en la cuestión de abastecer de aguas corrientes una localidad que carecía de ellas por completo, acrecentaron el interés que las fuentes mismas inspiraban. A esta parte de su grandioso plan sobre Versailles se consagró Luis XIV en persona, y cuando debía recibir á los soberanos extranjeros y príncipes, el rey no se olvidaba de comprender en el programa de las fiestas una ceremoniosa visita á las fuentes.





Versailles. – Fuente de los Muñecos



Versailles. – Fuente de los Muñecos

De toda aquella gran serie de obras hidráulicas, á las que van asociados los nombres de Colbert, el arquitecto en jefe, y de Francine, el ingeniero, solamente queda hoy día una porción intacta, como muchos de los surtidores y la canalización, que es aún la primitiva. Además, durante estos últimos años, muchos de aquéllos, que parecían destruídos para siempre, han sido objeto de excelentes reparaciones; y hoy día las fuentes deleitan á las multitudes exactamente lo



VERSALLES. - LA FUENTE DE SATURNO

mismo que deleitaban y admiraban á los vasallos de Su Majestad hace más de dos siglos; pero el visitante inteligente fija sobre todo su atención en la obra de los maestros escultores que adornaron esas famosas reliquias de arte.

Entre el ejército de estatuas, concebidas todas en el pomposo estilo del *gran siglo*, se nota que las construídas con plomo tienen, sin excepción casi, más vida y movimiento que las de mármol, hechas por los mismos artistas. No se debe suponer que las obras de Versailles fueron ejecutadas todas y erigidas en el mismo período; es evidente, por el contrario, que la obra fué de larga duración, produciéndose piedra por piedra y estatua por estatua, para colocarlas después en el lugar señalado con la debida regularidad. Desde el día en que el joven rey restableció por primera vez el pabellón de caza de su predecesor Luis XIII y hubo terminado las maravillosas fuentes, sus arquitectos, Le Vau y Mansart trabajaron continuamente uno después de otro. Tres veces se revisó el proyecto de *conjunto* del castillo y de sus terrenos antes de que tomara al fin la forma en que le vemos hoy día; y Le Nôtre, el arquitecto de los jardines, demostró tanto ingenio y energía como sus cofrades. Cuando se lee en Dangeau que el rey fué á inspeccionar tal ó cual fuente y quedó «completamente satisfecho de ella,» se puede estar seguro de que mandaría demolerla muy pronto para substituirla con otra más artística. Así es que muchas de las cosas conocidas de nosotros por los grabados de la época han desaparecido del todo, siendo de lamentar en algunos casos su pérdida.



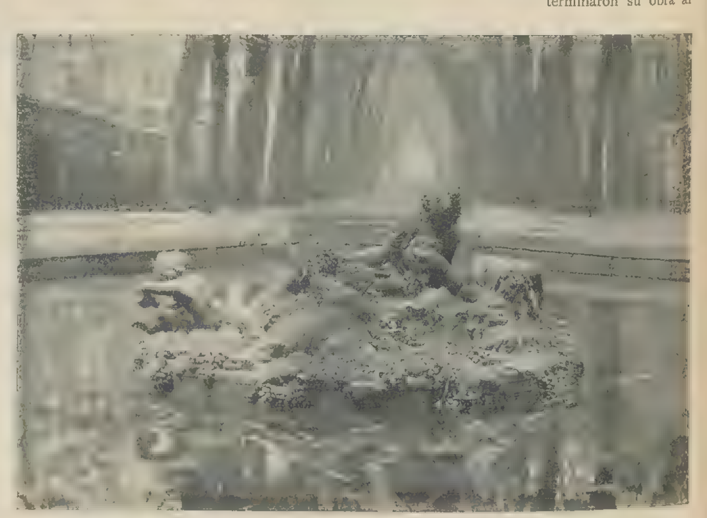
VERSAILLES. - FUENTE DE LA TERRAZA DE LATONA

Las más antiguas fuentes fueron construídas junto al castillo mismo; se adornaron en 1666, y se les dieron los nombres de *El Amor* y *La Sirena;* pero algunos cambios en la disposición de los jardines fueron causa de que poco después se trasladaran á otra parte. Una obra de mayor importancia - *La fuente del Dragón* - fué destruída en el reinado de Luis XV. En el centro había un dragón de cuya boca salía una corriente de agua de unos 28 metros de altura, y alrededor del monstruo se veían cuatro delfines nadando; mientras sentados en cisnes, varios Cupidos disparaban sus flechas contra el dragón. Los hermanos Marsy fueron los que modelaron este grupo, que con superfluo celo se reconstituyó unos diez años después. La obra producida por los admirables escultores modernos á quienes se confió este encargo no se podía igualar con el estilo decorativo de Versailles; y el nuevo surtidor del *Dragón* nos ofrece una prueba notable de la imposibilidad de reconstituir satisfactoriamente una obra de arte desaparecida. Esperemos que la afición á tales experiencias habrá pasado, y que para lo futuro nos contentaremos con la respetuosa conservación de las obras maestras que ha perdonado el tiempo.

Otras dos grandes fuentes decorativas se mandaron construir al mismo tiempo que la del *Dragón*, y se colocaron en el centro de los jardines, en el eje del punto de vista desde el castillo al gran canal, que á la vez se estaba abriendo. Estas obras ornamentales debían señalar las dos extremidades de la Avenida Real, y aún se pueden ver: la una se llama *Latona* y la otra *Apolo*. Esta última, con su magnífico grupo de plomo - irreverentemente conocido hoy bajo el nombre de *Carro encenagado*, - se halla lo mismo que estaba antes. En un principio se llamó *Fuente de los Cisnes*, por haberse puesto en ella muchas de estas aves, compradas por Colbert y recibidas de Dinamarca. En 1663, según nos dice la señorita Scudery, «había una infinidad de diminutos chorros de agua que, combinados, formaban una corriente de extraordinaria altura y volumen.» Poco después se encargó el grupo decorativo á un escultor romano establecido en Francia, un tal J. B. Tubi, que luego fué uno de los más notables adornistas de Versailles. El 5 de febrero de 1669 recibió la primera paga «por la fuente decorativa que representaba el sol saliente,» y el año después completó el dios, el carro y los caballos, que fueron transportados por cincuenta *descargadores de piedra al puerto de París*, desde la capital á Sevres por agua, y después en vagones á Versailles. Al poco tiempo se agregaron las ruedas y los tritones, y el artista recibió en totalidad 15.000 libras por su obra colosal.

La ornamentación de la fuente de Apolo fué como la de las demás de la época, y se hizo con lo que por conveniencia se llamó plomo, pero que en realidad era un material particular, llamado simplemente metal en los documentos contemporáneos, y que consistía en una mezcla de plomo y estaño. En las antiguas descripciones se habla con frecuencia de «bronce dorado,» pero esto era tan sólo una *manera de hablar*. Las estatuas estaban revestidas con frecuencia de una capa de pintura bronceada; las figuras de Tubi se pintaron de este modo después de su erección, y ya no se necesitó el dorado.

La ornamentación de la *fuente de Latona*, según vemos hoy, pertenece, sin la menor duda, al período de Luis XIV. Los hermanos Marsy recibieron su encargo simultáneamente con el de Tubi para el *Apolo*, y los escultores rivales terminaron su obra al



VERSAILLES. - LA FUENTE DE BACO



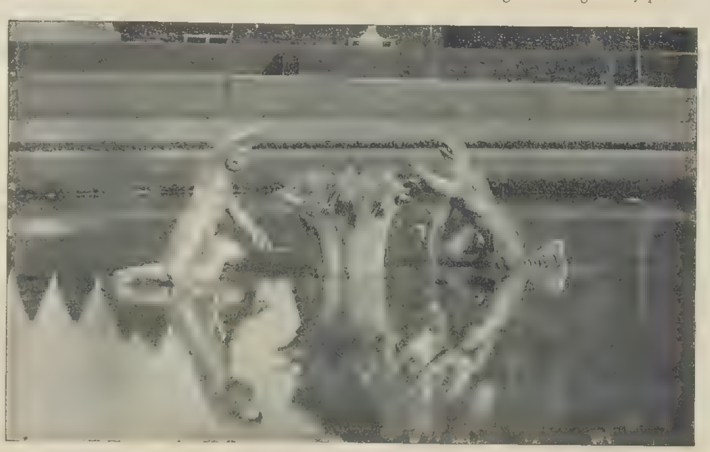
VERSAILLES. – LA FUENTE DE FLORA

mismo tiempo. En el transcurso de sus amistosas relaciones con los artistas del día, La Fontaine vió el modelo de Marsy en su taller y le describió en unos versos exagerados.

Cuando en 24 de diciembre de 1670 los Marsys recibieron sus honorarios completos de 5.000 libras, la fuente adornada con sus estatuas estaba exactamente como se la representa en los antiguos grabados. El grupo de *Latona* se halla situado en una roca, pero se eleva ligeramente sobre el nivel del pilón y está circuído de cañas. En estos últimos años se ha hecho una tentativa para reproducir por medio del *oro industrial* el antiguo efecto obtenido primitivamente por la simple pintura.

La *Avenida del Agua* fué un decorado de nueva especie, debido á la imaginación de Claudio Perrault, el doctor arquitecto, hermano del autor de los *Cuentos fantásticos de las mujeres famosas*. Los grupos se colocaron en posición en la primavera de 1670, y muy pronto se adornaron las dos grandes fuentes. La *Avenida* se flanqueó de pinos y de un centenar de tiestos de cobre que contenían abetos. Los grupos de niños colocados de dos en dos de tal manera que no fuesen monótonos á la vista exigían muchos bosquejos preliminares, y entre los papeles de los grandes artistas se encuentran numerosas «ideas» que tratan el asunto de diversos modos. El rey eligió el dibujo que más felizmente indicaba la soltura de las formas juveniles y la gracia de sus diversas actitudes. Los grupos se repartieron entre Le Gras, Lerambert y Le Hongre; confiándose á este último y á Benito Massou los frutos y las flores. Todo cuanto nos queda de ese decorado es la serie de siete láminas de la *Avenida del Agua*, grabadas por Le Pautre en 1672 de orden del rey.

Las deliciosas obras en que se ostentan las gracias de la niñez con tanta viveza, tienen una curiosa y complicada historia. En primer lugar, su número aumentó pronto cuando se reformaron las grandes arboledas laterales y se comunicó á la *Avenida del Agua* una forma semicircular. Le Gros, Massou y Mazeline fueron llamados á fin de que dieran modelos para las dos nuevas series de cuatro grupos. Los primeros pagos á los escultores por esta obra se efectuaron en mayo de 1678. Todos los grupos de la parte baja de la *Avenida* parecen ser inferiores á las más antiguas figuras; pero lo que las cuentas revelan claramente es que ni en la primera ni en la segunda serie son las obras originales. Éstas se hicieron en metal – amalgama de plomo y estaño – y se pintaban de vez en cuando, como ya hemos visto, de modo que figurasen el bronce dorado: los plintos y los pilones eran del mismo material, pintados de color de bronce. Hasta un periodo más moderno, cuando se introdujo este metal verdadero en Versailles en los famosos modelados del *Parterre* de Agua, los documentos no contienen nada que excite nuestra curiosidad. Pero esos moldes é impresiones en cera de la *Avenida del Dragón* y de la *Avenida del Agua*, que se hicieron en 1684 por los escultores-fundidores Varin y Langlois, y esos modelos de grupos de niños reformados por Melo, el escultor, con arcilla y cera para la *Avenida de la Pirámide*, fueron preparados para hacer un molde de las antiguas figuras de plomo, que evidentemente se debían reemplazar. Esto se indica además, según creo, por las sumas pagadas de vez en cuando á Varin, Meunier y Lanolois á cuenta de los grupos de niños que vaciaron en bronce para la *Avenida de las Cascadas*.



VERSAILLES. – FUENTE DE LA TERRAZA DE LATONA

En el otoño de 1688 encontramos los antiguos grupos á lo largo de la *Avenida*, reemplazados por reproducciones en bronce; mientras que los pilones de metal se habían substituído por otros de mármol, cambiándose los plintos de igual modo. El mármol empleado era de esa fina variedad roja del Languedoc que tanto agradaba á Luis XIV, y ya no hubo necesidad de flores y frutos, porque la belleza del material bastó para las veintidós últimas fuentes.

Los trabajos de 1688 se modelaron sobre los de 1668 y 1678, notándose en cada década una transformación sucesiva de la deliciosa *Avenida del Agua*. No se podría encontrar prueba más evidente de la continuidad de los trabajos encargados por el rey para el adorno de su dominio. Debe notarse además, en justificación del buen gusto del siglo XVII, que á excepción de los niños colocados en las esfinges de Lambert, que se doraron en 1670 y se volvieron á dejar como estaban en 1685, no se aplicó ya el dorado á ninguno de los finos bronces existentes ahora en Versailles. Esto se hizo solamente con el plomo, único material que lo requería, y no se hizo ya tentativa alguna para comunicar una falsa apariencia al bronce, el más noble de los metales.

Los grandes *fragmentos* colocados cerca de los grupos de Le Gras, Le Hongre y Lerambert se confiaron á un artista más consumado aún – y tal vez el más notable de los escultores de Versailles – Francisco Girardon. Se tardó mucho tiempo en erigir la *Pirámide*, á causa de la multiplici



VERSALLES. – FUENTE DE LATONA

dad de sus adornos, y Girardon trabajaba aún en ella en 1672. El gran bajo relieve de la *Fuente de las Ninfas,* algunas veces llamado *El baño de Diana,* se terminó en 1670. Carlos Perrault atribuye el dibujo á su hermano. M. Girardon, observa, agregó nuevas bellezas á las que ya contenía el proyecto. Ese bajo relieve es tal vez el mejor que se ha producido hasta aquí, y una de las más nobles obras que pueden verse en los jardines. Dicho bajo relieve y los otros detalles del pilón se doraron completamente; y en cuanto á la pirámide que coronó el conjunto, se nota una mezcla de efectos en que el dorado se limita á las figuras, mientras que los adornos son de bronce. El pintor dorador Bailly recibió en 1671 mil cuatrocientas libras «por cuenta del dorado y bronceado que se aplicó á la *Fuente de la Pirámide.*» No siempre es fácil penetrar el significado exacto de notas como esta; pero son interesantes para la historia de los jardines y de su decorado.



VERSAILLES. – LA FUENTE DE CERES

Elogios merece seguramente Le Brun como inventor del asunto general de la *Fuente de la Pirámide;* pero debe añadirse que Girardon interpretó las ideas del pintor con la mayor fidelidad. Su obra, recientemente restaurada, conserva su lugar sobre la *Avenida del Agua,* con sus cuatro pilones sobrepuestos, el más alto de los cuales se apoya en cuatro cangrejos, mientras el segundo está sostenido por otros tantos delfines, el tercero por cuatro tritones y el cuarto por tritones también, pero más grandes, que parecen estar nadando en el gran lago que forma la fuente.

En las partes inferiores de los jardines se erigieron las *Cuatro Estaciones.* Durante el 1672 se presentaron los dibujos, y Colbert distribuyó la obra entre los cuatro principales escultores de aquella época. Tubi se encargó de la Primavera (Flora); Regnaudin, del Verano (Ceres); G. Marsy, del Otoño (Baco); y Girardon, del Invierno (Saturno). En torno de las principales figuras se pusieron grupos de niños y otros accesorios en forma de guirnaldas de flores que debían desaparecer pronto.

Hoy día quedan tan sólo dos de esos grupos, que á pesar de su reparación moderna son aún encantadores. *Saturno* y *Baco* se conservan intactos, y confío en que seguirán así; el tiempo los ha revestido de una delicada capa en la cual se distinguen señales del dorado de otros días. Están en una parte remota del parque; y allí, lejos de la multitud, se ve con frecuencia á sus admiradores contemplando las figuras con el mayor respeto. Su buena calidad es evidente, y no necesitan ningún realce de la fugitiva animación de las aguas.

PEDRO DE NOLHAC.



VERSAILLES. – FUENTE DE LA PIRÁMIDE

POLÍTICA Y CORTESÍA

(CUENTO)

Pues, señor..., aunque, en algunas ocasiones, ocurre que expresen lo mismo las palabras *política* y *cortesía,* acontece con más frecuencia que los mencionados vocablos represente ideas distintas y aun incompatibles.

Dígalo, si no, lo sucedido á los famosos *Savijú* y *Juvisá,* ambos políticos entusiastas, aunque de opiniones diametralmente opuestas, y que probaron muchos sinsabores por ser demasiado corteses.

Si bien obedeciendo casi instintivamente á la antigua costumbre de adjetivar – costumbre adquirida en larga práctica del periodismo al uso – he calificado de *famosos* á Savijú y á Juvisá, de quienes es posible, y aun muy probable, y... hasta seguro que el lector no tenga noticia alguna, no me parece ocioso advertir que la fama de esos dos personajes no rebasó nunca los límites del término municipal de... X; un pueblo de escaso vecindario y de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, aunque lo callo porque así conviene á los interesados. Había entonces en el pueblo á que aludo (y creo que los habrá todavía) dos partidos políticos que turnaban pacíficamente en la posesión del poder; poder que era allí la alcaldía, acompañada, como es natural, por los demás cargos del cabildo. Savijú era liberal; Juvisá, reaccionario. Cuando en Madrid triunfaban los demócratas, el pueblo desposeía de la vara á Juvisá para dársela á Savijú; cuando gobernaban en Madrid los conservadores, se le quitaba la presidencia del concejo á éste para dársela al otro; de suerte que los buenos y honradísimos vecinos de... X (digo yo que serían honradísimos y muy buenos, porque en conciencia sólo puedo responder de que eran muy brutos), de Savijú y de Juvisá no salían.

Que estos dos caciques, llamémoslos así, se odiaban á muerte, huelga decirlo, y que en los períodos de sus respectivos mandos se hacían uno á otro todo el daño posible y viceversa, lo comprenden cuantos saben lo que es la política en las poblaciones chicas; infección de que no pueden formar ni la idea más remota los que viven en la corte; ni casi casi los que residen habitualmente en capitales de provincias de alguna importancia.

En odio á Juvisá, Savijú extremaba su liberalismo, que en la práctica se reducía á mortificar, por todos los medios posibles, á su adversario. Este, á su vez, cuando tenía la sartén por el mango, pensaba solamente en causar molestias y perjudicar en los intereses á Savijú y á todos los pícaros *negros* y *flamasones* que como Savijú pensaban.

Y esto parecía perfectamente justo y muy natural á los vecinos de X, hombres en cuyas menguadas molleras no cabía más elevado concepto de la política, y que por eso mismo alardeaban, en cuanto á los asuntos políticos se refería, de la más feroz intransigencia.

Precisamente la susodicha intransigencia fué origen de murmuraciones que principiaron en el pueblo pocos días después de haber hecho su viaje á la capital de la provincia, llamados por el gobernador para asuntos electorales, los caciques de X.

Con el viaje de éstos coincidió el de un su convecino, al cual nadie había llamado, pero que *pasó* á la ciudad, según él dijo, para *negocios propios;* si bien no faltó quien afirmase que el tal, muy amigo de oler donde guisaban y perteneciente al linaje de los que, como dice el vulgo, por meterse en todo se meten hasta en los charcos, se trasladó á la capital con el solo propósito de averiguar, para referirlo y comentarlo después en la tertulia del casino (?), lo que Juvisá y Savijú habían tratado con la autoridad superior de la provincia.

Nada averiguó de esto, dicho sea en honra de la discreción de los caciques rivales; pero sorprendió, en cambio, un secreto, cuya revelación produjo explosiones de ira entre las *masas* intransigentes de X. – El vecino curioso contó á sus contertulios, poseído de santa indignación, que Savijú – ¡crimen horrendo é imperdonable! – se quitaba el sombrero al pasar por delante de las iglesias; acto punible de hipocresía que no realizaba nunca en el pueblo, donde se las echaba siempre de librepensador y de ateo y de iconoclasta, de enemigo declarado, en fin, del clero y del culto; de todos los cultos y de todos los cleros.

«Ese hombre, gritaba el acusador (que, entre paréntesis, pretendía reemplazar al acusado en la jefatura de los demócratas de X); ese hombre, repito, es un hipócrita, un clerical disfrazado; aquí, para embaucarnos, practica el odio al cura, y allí, en la ciudad, halaga al jesuitismo quitándose el sombrero al

pasar por delante de las iglesias; y hasta es muy capaz de oir misa todos los domingos y fiestas de guardar, aunque esto no he podido saberlo con certeza; pues como comprenderéis, yo, republicano de corazón, liberal de veras y demócrata hasta el redaño, no podía penetrar en la iglesia para nada, ni aun para desenmascarar á ese farsante, que en su pueblo tiene una cara y en la ciudad otra completamente distinta.»

Lo que del cacique liberal contaba su convecino y émulo, cundió de boca en boca y llegó á crear contra el *leader* de los republicanos de la localidad corrientes de opinión que lo desconcertaron al regreso.

Y algo muy parecido se originó contra el otro cacique reaccionario, al cual una beata que gozaba de gran prestigio entre las comadres de la aldea, acusaba, á fe de católica-apostólica-romana á macha martillo, de haber saludado muy afectuosamente y con gran rendimiento al anticristo, al condenado, al herejote de Savijú, con quien ningún fiel cristiano cambiaba en el pueblo su saludo.

La calumnia, ese *venticello* cuyos estragos describe cantando el *Don Basilio* de Rosini, se abrió camino pronto.

No habían transcurrido muchos meses después de aquel viaje á la capital, cuando sobreexcitados, en el ardor de la polémica, los rencores de unos y de otros, los caciques de X seguían siendo caciques, ¿cómo no?, pero habían cambiado de *cacicatos*.

El antes liberal dirigió á los reaccionarios, y el antes reaccionario se había puesto al frente de los liberales. Y el pueblo X, por supuesto, continuaba sin salir del despotismo, no muy ilustrado, de Juvisá y de Savijú, que seguían *alternando* en la agradable y provechosa tarea de ser los amos del cotarro.

Lo mejor del caso, si puede haber en casos tales algo mejor, fué que las murmuraciones y los chismes de vecindad que habían dado por resultado aquel trueque, no tenían más fundamento que un *quid pro quo* de esos que sirven de fundamento y base á casi todos los juguetillos cómicos tan abundantes en nuestro floreciente teatro chico.

Savijú y Juvisá, enemigos irreconciliables en su pueblo, continuaron siéndolo en la ciudad; ni en X se saludaban, ni en la capital se hablaron una vez sola.

Pero el uno y el otro eran cortos de vista y ambos también extraordinariamente finos y atentos.

Ocurrió cierto día que pasando Savijú por delante de una iglesia de la ciudad, se descubrió respetuosamente, según antigua y jamás olvidada costumbre de devotos. En aquel momento acertó á pasar por allí mismo Juvisá; éste no conoció á su adversario, mejor dicho, á su enemigo: vió solamente que un caballero se descubría al pasar, y creyendo que aquel caballero lo saludaba, correspondió cortésmente al saludo quitándose á su vez el sombrero.

Por la acera de enfrente pasaron en aquel momento el murmurador y la beata. Ésta no vió, ó no quiso ver, que Juvisá rendía homenaje al templo y sólo vió que saludaba al hereje; el murmurador no pensó en que Savijú podría saludar á un amigo, y solamente levantó acta de que se descubría ante el templo; lo cual, para un intransigente como él, era imperdonable.

Y véase cómo liberales y reaccionarios del pueblo cambiaron de jefes, aunque no de situación ni de enfermedad, porque los caciques proclamados quisieron cumplir los que estimaban deberes de cortesía.

De donde se deduce que la política y la cortesía están en pugna muchas veces.

Quod erat demonstrandum, como decían los geómetras cuando se explicaba en latín la Geometría.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CUENTOS PROVINCIANOS

EL PRIMER CASO DE OFICIO

I

Lo arregló todo en un periquete. El baúl, la maleta, un cajón de libros, las sombrereras y el *plaid,* quedaron en el cuarto de la fonda, y Pepito Alvarez, hecho todo un señor juez de instrucción, salió á dar una vuelta, á hacer tiempo, hasta la salida del expreso de Andalucía.

Viaje redondo: llegar de Granada, estar cuatro días en Madrid, gastar una bicoca y llevarse la credencial de juez para uno de los mejores pueblos de Sevilla. «¡Qué poquitos podrán decir lo que yo!,» iba pensando el flamante juez, calle de Alcalá abajo, en dirección á Recoletos.

De pronto, ¡pataplún!.., Arturo González, el inseparable compañero de las Escuelas Pías, el hermano de *ella*...

– Pero, hombre, ¿tú en Madrid?

– Pues y tú... Digo. ¡Cuánto me alegro!



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de J. Brull

– ¡Qué cusualidad! Encontrarnos así, de buenas á primeras...

Entraron en un café. Tenían que decirse muchas cosas, *la mar* de cosas; pero ya sentados, algo les pasaría cuando no hablaron ni una palabra en un buen rato. Todo era mirarse y remirarse y dale y torna; pero hablar, ni á tiros.

Al fin el juez dijo:

– Empieza tú.

Y el otro, tras suspirar hondamente, largamente, como quien se dispone á quitarse un gran peso de encima, comenzó el relato de su odisea en Madrid.

Había venido solo, dejando á su única hermana con unos tíos, que la recogieron más por provecho que por caridad. Los primeros días madrileños fueron apretados, durillos; el pobre luchaba como un titán, sin otras miras que arrancar á la hermana de las garras de los parientes. ¡Pero sí, sí! Valiente caso hace Madrid de los luchadores. Meses y meses pasó entre ayunos y pobreterías, hasta que quiso Dios depararle un destinillo. Trabajando como un negro, subió, subió. Iba á llegar el respiro deseado; y cuando estaba echando cuentas galanas sobre el porvenir, le anuncian de allá la más negra: su pobre hermana se había vuelto loca.

Al oir esto, el juez dió una brusca sacudida.

– ¿Ella? ¿Ella loca?, gritó con toda su alma.

– Sí. Tú también la querías. Casi tanto como yo. Quizás...

– Más que tú, más que nadie. Bien lo sabe Dios.

Callaron. Arturo miraba al juez con cariño, como se mira á quien comparte el dolor con uno. Vió como al recuerdo de su infeliz hermana, aquel hombre se había puesto mortal, blanco como el papel; le notó en los ojos el brillo de las lágrimas, y entre suspiros, como si estuviera rezando, le oyó decir:

– ¡Mi última esperanza! Ya ni eso...

II

Habían sido novios dos años. Pero ella, aun siendo bonísima, que era una santa, no le quería con pasión, no se entusiasmaba por él; era el amor suyo reglamentado, derecho, sencillote, sin grandes sufrimientos, sin alegrías de fuera de quicio. En cambio él tomó la cosa tan á pechos, que si sus padres no le envían á estudiar, la entrega, se muere.

Así las cosas, al volver Pepito de sus estudios se halló chasqueado; los González se habían ido á otra parte con la música y no se supo pelo ni hueso de ellos.

Él tanteó por aquí y por allá, hizo muchas cábalas, escribió las cartas por docenas, pero no sacó nada en limpio.

Se desesperó. Y entre matarse ó hacer unas oposiciones de las que meten ruido, se decidió por esto; estudió si había qué, sacó uno de los primeros números, y á los dos años vino á Madrid por su credencial de juez de entrada.

Pero ni entonces, ni ahora, ni nunca, dejó de pensar en ella; tenía el amor metido hasta los tuétanos, y la esperanza tan firme, que creía á puño cerrado en encontrarla, infundirle un amor desatentado y frenético, casarse con ella, ser los dos muy felices... Como en los cuentos de Perrault.

Y ahora le daban el notición aquel.

¡Ella, loca! ¡Pero Dios mío de mi alma!..

Preguntó muchas cosas, habló por los codos, amenazó á lo temporal y á lo eterno, se puso hecho una furia.

Arturo se apresuró á decir que no estaba loca para encerrarla ni mucho menos; pero que era una pena muy grande, muy grande.

Le daba por temporadas; muchas veces se pasaba los meses enteros como los demás que no están locos; viviendo en la huerta de su tío, frente á la estación, haciendo sus faenas en la casa; en fin, que no se le notaba ni la menor señal.

Y á lo mejor, sin saber por qué – ni los médicos más afamados lo averiguaron nunca, – á lo mejor le empezaba una risita, una risita... Y luego se ponía á gritar: «¡Canalla! ¿Por qué la has matado, siendo su padre? ¡Hija de mi vida!..» Y se tiraba al suelo, dándose cabezadas contra las losas hasta que le entraba la convulsión.

Y añadía Arturo sollozando:

– Ya ves... ¡Hablar de *su hija* la infeliz! Y es soltera y es una santa... Ya ves cómo tendrá el juicio cuando le da *eso*...

– *Eso*..., repitió el juez moviendo la cabeza de arriba abajo.

III

Aunque el expreso pasa por Villarrubia ya bien entrada la noche, en la estación había mucha gente esperando al juez nuevo. El alcalde, el juez minicipal, el registrador, varios ricachones con juicios pendientes y muchos de los señoritos desocupados del Casino.

Además, con el achaque de dar un paseo, algunas niñas casaderas habían acudido, y paseaban por el andén cuchicheando y haciendo conjeturas acerca del juez que iba á llegar y de quien se sabía por anticipado que era soltero.

«¿Será moreno, será rubio, tendrá barba, no la tendrá, será un orgulloso, será muy llano?» ¡Qué sé yo las cosas que se les ocurrían á las muchachas!

Luego, entre la gente de la estación, había cierto ir y venir desacostumbrado. Las mujeres del jefe, del telegrafista, de los mozos, entraban y salían; unas con faldadas de jazmines y de dompedros; otras con vasos de refresco de almendra, y todas enlutadas y cariacontecidas, como si estuvieran de velorio.

A la guardesa se le había muerto la chiquilla aquella misma tarde, y los preparativos y el trajín eran por eso.

Había que acudir á la pobre mujer y consolarla; que no se dijera que por ser una pobretona no le tenían caridad.

En esto, ¡piiií, piiíl, el expreso, que llegaba como una exhalación. Se agruparon todos, bajó el juez nuevo y comenzaron las presentaciones y los saludos.

Ya había partido el tren y la gente disponíase á montar en los coches con dirección al pueblo, cuando á lo lejos oyéronse gritos de socorro. Todos volvieron la cara y vieron venir á un hombre con una linterna en la mano, que corría á todo correr vía adelante.

Era el guardaagujas. Llegó con cara de muerto, pajizo, sudando y con un temblor que se le notaba á la legua.

Contó como Dios le dió á entender lo ocurrido.

Los de la huerta de enfrente habían ido á ayudar á su mujer en la mortaja de la chiquilla, y ya anochecido se fueron, quedando en volver en cuanto cenaran. Una señorita los estaba esperando del lado



UN PATIO DE VENECIA, cuadro de A. Salinas



HILANDERAS DE STRALSUND, cuadro de Juan Bartels

allá y habló con ellos y se fueron. Él no volvió á acordarse, pues harto tenía sobre sí con la muerte de su hija. Pero sintió que llegaba el expreso, sacó la ban dereta y vió que de la huerta salía la señorita con un velón y un manojo de flores.

Le hizo señal; pero ella, como si no, siguió andando hasta ponerse en la vía. Luego dió unos gritos horribles: «¡Canalla! ¿Por qué la has matado, siendo su padre? Mírala... Muerta... La voy á enterrar...»

Y se le echó encima el tren.

Cuando acudió estaba hecha cisco.

Y lo estaba. Vía adelante caminaron todos, el juez á la cabeza, alumbrados por el farolillo del guarda. Tendida entre los rieles, el vestido hecho jirones, el velón á un lado, las flores manchadas de sangre y con mechones de pelo aplastados... El cuerpo estaba, ¿pero y la cabeza?

Fueron de aquí para allá busca que te busca, en medio de aquel silencio de panteón, sin que ninguno hablara, sin que entre la obscuridad de la noche se viera más que aquella lucecilla temblorosa y fúnebre que daba la linterna del guardaagujas.

– Aquí, dijo uno.

Llegaron. Entre unos pedazos de carbón vieron la cabeza hermosísima de una mujer, cortada á cercén casi, sin más que algunos ligamentos cervicales que chorreaban sangre roja.

Tenía los ojos en blanco, la boca abierta y asomando unos dientes blancos y chiquitines, cerrados por la convulsión.

Todos dijeron:

– ¡La loca! ¡La loca!

Todos menos el juez que, inclinándose, cogió aquella cabeza hermosísima y dió á correr vía adelante, desapareciendo en las sombras de la noche...

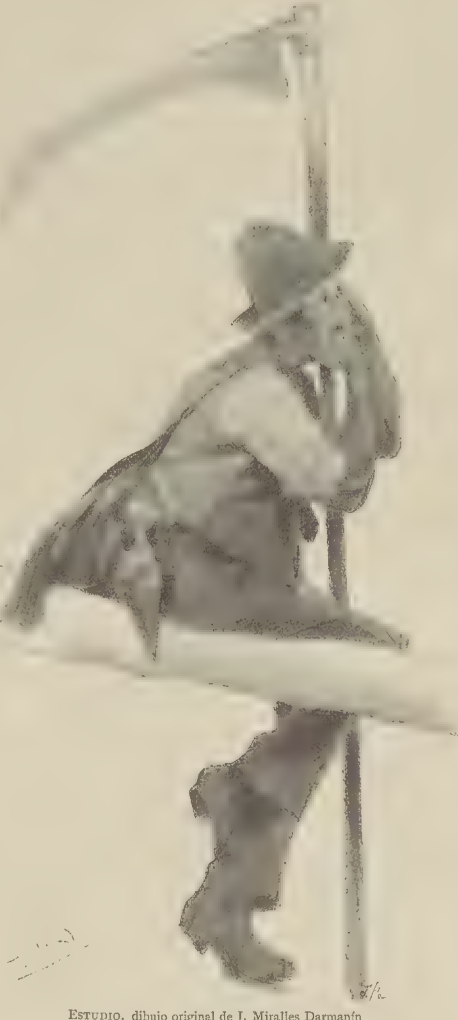
Cristóbal de Castro.

NUESTROS GRABADOS

Estudio, dibujo original de J. Miralles Darmanín. – No es Miralles Darmanín un artista novel, puesto que hace ya algunos años que logró singularizarse, conquistando merecido renombre. Establecido en la vecina nación, adonde le condujo el deseo de estudiar los cánones modernos, no tardo en dar muestras de su indiscutible valía, obteniendo señalados triunfos. Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar sus conocimientos en las reproducciones de algunas de sus obras. De ahí que hoy nos limitemos á llamar su atención respecto del notable estudio que reproducimos en esta página, digno del buen nombre del distinguido artista valenciano.

San Bartolomé, cuadro de José Ribera, el «Españoleto.» – Ribera se cuenta entre los más célebres maestros de la pintura española y figura merecidamente como el primer pintor naturalista de la que se llamó escuela de Nápoles, en donde hizo sus principales estudios y en donde falleció en 1656. Su género de pintura predilecto fué la reproducción de los grandes efectos dramáticos y de los horribles estragos del tiempo y del dolor físico. Admirador entusiasta de las obras de Caravaggio y prendado de los efectos de su claroscuro, no tardó en olvidar lo que aprendiera estudiando á Rafael, á los Carraccis y á Correggio, para consagrarse en cuerpo y alma á seguir las huellas de aquél, consiguiendo al fin sobrepujar á su maestro. Mas aunque se ejercitó con preferencia en los asuntos terribles, demostrando una asombrosa habilidad para acentuar todos los pormenores que acusan la decrepitud y el sufrimiento, también supo á veces mostrarse poético y apacible, como lo demuestran sus lienzos sobre temas mitológicos y bíblicos, en los cuales derramó tesoros de gracia y gentileza, y algunas de sus *Concepciones*, especialmente la que pintó para la iglesia de los Agustinos de Salamanca por encargo de su protector el conde de Monterrey, que son de una belleza incomparable. Sus cuadros ocupan sitio de honor en los principales museos del mundo, y el San Bartolomé que reproducimos y que se conserva en el del Prado de Madrid, es una de sus obras maestras.

Cabeza de estudio, cuadro de J. Brull. – Esta obra es una nueva prueba del talento y de las aptitudes artísticas del notable pintor catalán que tantas veces hemos encomiado en las columnas de este periódico. En medio de lo abocetado del busto de la linda niña, flota en la pintura un ambiente tal de verdad y de expresión, que el que la contempla ve surgir y destacarse las líneas y los contornos, cual si el artista las hubiese trazado con prolija minuciosidad. Brull pertenece á la escuela impresionista; traslada al lienzo lo que ve y lo que siente tal como lo siente y lo ve, sin preocuparse del efecto que pueda producir; y el efecto, como sucede cuando el autor es sincero y maneja hábilmente los recursos técnicos, se produce por sí solo, comunicándose al espectador la impresión que el autor ha recibido y haciéndole experimentar la misma emoción que el artista experimentó. Brull es joven y entusiasta por el arte, sabe buscar acertadamente los asuntos en que ha de inspirarse y maneja el pincel y el color con gran perfección; no es, pues, aventurado pronosticarle un hermoso porvenir en la carrera que tan brillantemente comenzó y que con tanto éxito cultiva.



Estudio, dibujo original de J. Miralles Darmanín

Un patio de Venecia, cuadro de A. Salinas. – Los viajeros que visitan alguna ciudad, fíjanse por regla general únicamente en sus monumentos, paseos, plazas, jardines, teatros, en una palabra, en las exterioridades de la misma, y no se preocupan de conocer su vida íntima, las costumbres de la población, las bellezas que no aparecen á primera vista, lo que constituye su parte interna. No así los artistas; éstos, sin despreciar, ni mucho menos, lo que á la generalidad de los mortales cautiva, ahondan en la existencia de las poblaciones, procuran encontrar lo que la mirada del simple curioso no descubre, y empapándose en el modo de ser de las gentes que estudia, ejecuta su obra artística con los elementos que su talento de observación y asimilación aportó á su espíritu, dando preferencia á lo menos conocido; y si alguna vez utiliza lo que á los ojos de todos se ostenta, es sólo haciéndolo servir de fondo ó marco de su composición. Ejemplo de ello es el bellísimo cuadro de Salinas: muchos son los que conocen Venecia, los que han recorrido sus típicos canales y lagunas, visitado sus hermosos palacios y admirado sus templos y museos; pero pocos los que han penetrado, por decirlo así, en el alma de aquella ciudad, escudriñando sus interesantes rincones y observando las escenas y los tipos que caracterizan el modo de ser de un pueblo. El celebrado pintor español, en cambio, ha prescindido de lo que constituye la Venecia por fuera para presentarnos uno de esos rincones y una de esas escenas de la Venecia por dentro, y componer uno de esos lienzos que cautivan tanto por el interés que, en medio de su sencillez tiene el asunto, cuanto por la belleza de los elementos de que ha echado mano para darle forma.

Hilanderas de Stralsund, cuadro de Juan Bartels. – En el número 977 de La Ilustración Artística publicamos varios cuadros y dibujos de este notable pintor alemán y un juicio acerca del artista y de sus principales obras. No hemos, pues, de repetir hoy lo que hace tan poco tiempo dijimos, y nos limitamos, por consiguiente, á llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas del lienzo *Hilanderas de Stralsund;* lienzo admirablemente compuesto y ejecutado, lleno de luz, de aire y de perspectiva, y cuyas figuras, trazadas con un vigor y una sobriedad magistrales, viven y alientan hasta el punto de producirnos la ilusión de que sus pies se agitan dando vueltas al torno y sus manos se mueven retorciendo el hilo. Otro de los efectos más hermosos de este cuadro es, sin duda alguna, el de ese rayo de sol que se refleja en el suelo al través de los cristales de la amplia ventana. Todo, en una palabra, revela en esta pintura el talento de un verdadero maestro y demuestra la justicia de la celebridad de que su autor goza en su patria y fuera de ella.

La fuente de Cupido, cuadro de Harold Speed. – El distinguido pintor inglés Harold Speed ha tenido una idea tan feliz como original al desarrollar un asunto mitológico en el fondo bajo una forma eminentemente moderna. Ese conjunto de muchachas de nuestros días que acuden á beber en la fuente de Cupido, de esa divinidad de las antiguas mitologías á la que en todos tiempos se ha rendido culto, es de un efecto encantador. Y si del conjunto pasamos á los detalles, no encontraremos uno solo que no merezca alabanza: las figuras están muy bien trazadas, su agrupación revela habilidad suma, y en todas ellas, así en las actitudes como en las expresiones, campea la mayor naturalidad. La parte decorativa contribuye no poco á la grata impresión que produce el cuadro que nos ocupa.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Madrid.* – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Cómico *La celosa*, zarzuela en un acto de los Sres. Casero y Larrubiera con música del maestro Brull. Han inaugurado sus temporadas de invierno los teatros de la Comedia y de Parish: en el primero actúa una excelente compañía, de la que forman parte Rosario Pino y Matilde Rodríguez y los señores García Ortega, Rubio, Vallés y Mendiguchía; en el segundo funciona una notable compañía de zarzuela, dirigida por el barítono Sr. Soler y que cuenta entre otros con los aplaudidos artistas Srtas. Gurina y Gorgé, y los Sres. Casañas, Figuerola y Gamero.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Trunfos bastos*, pieza en un acto de J. Marxuach, y *Sol matinal*, comedia en un acto de Luis Millá; en el teatro Granvía *La noche de la tempestad*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Jiménez; y en el Eldorado *El gatito negro*, de López Silva y Fernández Shaw, música del maestro Chapí. En Novedades se anuncian para últimos de este mes y principios de noviembre cuatro únicas representaciones de la eminente actriz italiana Leonor Duse.

Necrología. – Han fallecido:

Adolfo Berwin, director de la Real Biblioteca Musical de Santa Cecilia de Roma, á quien se deben las importantes reformas introducidas en la biblioteca de la Academia de Música.

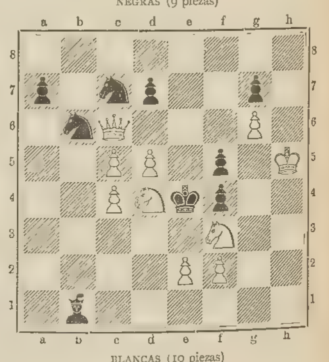
Teodoro Friedl, celebrado escultor austriaco que se distinguió especialmente en el género decorativo.

Sir Guillermo Stokes, uno de los más ilustres cirujanos ingleses, presidente desde 1881 del Real Colegio de Irlanda y presidente de honor que fué de muchos congresos internacionales de Medicina.

AJEDREZ

Problema número 211, por M. Ehrenstein

negras (9 piezas)



blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 210, por C. Calapso

Blancas.	Negras.
1. D e 1 e 3	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	



Dadme una prueba, repito; una prueba material, una prueba palpable de mi error

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

Entonces brilló una lágrima en los ojos de Jorge y se dibujó en sus labios una melancólica sonrisa.

Carmen se había arrojado á los pies de su hermano murmurando:

–¡Piedad!..

–¡Piedad!.. ¿Para quién, hermana mía?, dijo él levantándola del suelo y estrechándola entre sus brazos. ¡Sí!.. Piedad..., perdón... para la culpable, para la desdichada á quien queréis salvar por medio de una sublime mentira.

–¿Una mentira?.., interrumpieron á un tiempo Roberto y Carmen.

–¡Piedad para ella!.. Pero ¿puedo abrirle mi corazón que ha destrozado? ¿Puedo compadecerla yo que, por su culpa, estoy condenado á una vida atroz de dolores y lágrimas?..

–¡Es inocente!.. ¿Oyes, Jorge? ¡Es inocente!..

–¡Inocente! ¡Oh, no insistáis! ¡Esa mujer es culpable! Mi madre y yo la juzgamos y condenamos. El crimen es innegable.

–Pero cuando te lo decimos, cuando te lo juramos..

–¿Imagináis que no he comprendido la grandeza de vuestro sacrificio, la sublime delicadeza de vuestra abnegación?

–¡Jorge!..

–Viéndome tan abatido y desesperado, habéis querido devolverme la paz y el reposo perdidos, aun á costa de vuestro honor. Por desgracia, vuestro heroísmo es inútil. Los hechos os desmienten.

–Te engañas, Jorge, como te engañaste antes.

–¿Dónde está la prueba de mi error?

–Te lo juro por mi honor de militar.

–Semejante juramento, en tales circunstancias, no es un perjurio, amigo mío. Mentir para salvar á un hermano que ves morir de pena, es obra piadosa. Porque, de veras, yo muero por no poder perdonar ni olvidar.

–¡Por la memoria de nuestra madre!

–¡Basta, Carmen! ¡Acusarte á ti, mujer santa y pura..., acusarte de hipócrita, de falsa y de adúltera, por defender á una desdichada y devolver la dicha á tu hermano... ¡Oh, comprendo, adivino tu sacrificio..., pero... no os creo!

–Sin embargo...

–Dadme una prueba, repito; una prueba material, una prueba palpable de mi error.

–¡Sí!, tal vez, dijo Carmen angustiosa.

–¿Cuál?

–Esa carta de que hablabas esta mañana..., esa carta sin firma que le arrancaste y que te lo reveló todo... ¿La tienes?

–No, hace tiempo que la quemé, á fin de destruir todo vestigio de aquel pasado odioso.

–¡Quemada!

–Sí..., pero ¿y las otras, las que, según me habéis dicho, tenía Elena que ir á buscar, y que no parecieron?.. ¿Dónde están?

–Se perdieron... Una desgracia...

–¡Una desgracia!, repitió Jorge sacudiendo dolorosamente la cabeza. ¿Veis como no acertáis á dar siquiera verosimilitud á vuestra fábula? A pesar de vuestros esfuerzos, á pesar de vuestra abnegación, no me convenceréis. No por eso os quiero menos, pero no os creo.

Y como ambos esposos permaneciesen mudos ante aquella obstinación cruel, Jorge continuó con una exaltación sombría:

–¡Por favor, no volváis á hablarme nunca de ella! No existe para mí. Desde aquel día fatal, todo el mundo la cree muerta. Que todos la olviden, excepto yo, que soy bastante débil para llorarla, para amarla, y que quizá seré bastante vil para otorgarle mi perdón.

–¡No es perdón, sino justicia lo que pido para ella!, exclamó Carmen.

–¡La justicia se hizo!

Jorge se había echado en un diván, ocultando entre los almohadones su rostro inundado de lágrimas y haciendo seña con la mano para que le dejasen solo.

Roberto y Carmen salieron, cambiando silenciosamente una mirada de desesperación, de remordimientos y de vergüenza.

Después de esta escena, ninguno de los tres hizo alusión á la profunda herida de que sufrían sus corazones.

Como un fúnebre velo entristecía el castillo, y los días transcurrían en el lúgubre silencio de las mansiones en que ha sobrevenido alguna terrible desgracia.

El otoño era borrascoso aquel año en las costas de la Bretaña.

Jorge era el único que salía, arrostrando el mal tiempo.

Andaba todo el día errante por la orilla del mar, hasta que la noche le obligaba á volverse al castillo, acosado por horribles pensamientos, que las palabras de sus hermanos habían despertado en su mente.

Mientras tanto, Carmen y Roberto vivían silenciosos y abismados en la desolación de sus remordimientos.

Temían que Jorge se volviese loco ó se suicidase.

Esta idea les tenía sobresaltados.

Se estremecían al pensar que, á causa de ellos, existía una inocente sublime, desesperada, maldita, dudando con razón de la justicia de Dios.

Y que había en el mundo una criatura privada de los cariños maternales, sin padre, sin apoyo, fatalmente destinada á la desgracia, al vicio, tal vez al crimen, por causa de ellos.

Las pruebas de consideración y de respeto que recibían de las gentes, les llenaban de confusión y de vergüenza.

Aquel respeto era usurpado.

Aquella consideración la debían á las lágrimas de una mártir y á la perdición de un niño.

Ellos eran los adúlteros, ellos eran los culpables, ellos eran los que merecían ser expulsados.

¡Cuánto no hubieran dado por recuperar las perdidas cartas de Carmen!

Preciso era empezar desde luego á practicar diligencias á fin de descubrir su paradero, si era posible.

Una vez probada la inocencia de Elena por medio de aquellas cartas, sabrían encontrar á la pobre mártir y á su hijo.

Por conseguirlo estaba Roberto dispuesto á sacrificar su posición, su porvenir, su fortuna y hasta su vida, si era necesario.

Carmen no podía ya vivir pensando en la espantosa desgracia que había causado.

A toda costa quería repararla.

Resolvieron regresar en seguida á París, é hicieron sus preparativos de viaje.

En vísperas de salir de Penhoet, Robertó notó, entre el fárrago de su correspondencia, un sobre su-

cio en que sus señas estaban escritas por una mano poco acostumbrada, sin duda, á los usos de la buena sociedad.

Esta carta había ido desde luego á su domicilio de París. El portero la había hecho seguir para Penhoet.

D'Alboize rompió el sobre con cierta repulsión, pero apenas hubo empezado á leer su contenido, cuando dió un grito y con mano temblorosa tendió el papel á Carmen.

– ¡Lee!

Aquella carta, de una ortografía extraña, venía á decir lo siguiente:

«Mi coronel: Tengo en mi poder una cartera que contiene cartas de amor firmadas por una tal Carmen.

»Supongo que preferiría usted que estas cartas fuesen á parar á manos de usted, más bien que á las de su señora esposa, tanto más cuanto que en ellas se habla varias veces de un niño llamado Marcelino.

»Estoy seguro de que se impondría usted un pequeño sacrificio á fin de recuperarlas. Una vez que hayamos convenido en la cantidad, estoy dispuesto á restituirlas.

»Si el negocio le conviene, constitúyase usted de mañana en ocho días, es decir, el sábado, bajo el viaducto de Auteuil, á las dos de la tarde.

»Hablaremos.

»Cuento con su lealtad, esperando que no hará intervenir en este asunto á la policía, que anda ahora muy ocupada en otras cosas.

»Acepte usted, mi coronel, el testimonio de mi consideración más distinguida. – *Un soldado de la* PATRIA OPRIMIDA.»

– Dios se compadece de nosotros, exclamó Carmen. Convenceremos á Jorge. Partamos en seguida. Por fin vamos á tener derecho á ser felices.

VIII

MALA SUERTE

Muy mala era la que tenían por el momento *Caracol,* Ceferina y el interesante Panuflo.

Precisamente cuando la esperanza volvía á sonreirles, gracias á la tentativa de *chantage* que iban á operar con Roberto d'Alboize, una nueva desgracia venía á desbaratar sus proyectos.

Uno de aquellos días habían encontrado muerto á Troppmann, el viejo caballo, el antiguo compañero de sus largas peregrinaciones.

La miseria de los últimos meses había concluído por matarlo.

Aquella muerte fué desde luego acogida por un concierto de imprecaciones y blasfemias. Después siguieron los lamentos en torno del cadáver.

Panuflo trató de consolar á sus socios, demostrándoles que el caballo iba á serles inútil, puesto que con lo que iban ellos á cobrar del militar, no tendrían necesidad de continuar rodando por toda Francia sin salir de la miseria.

– La verdad es que ya estoy harta de este movimiento continuo, dijo Ceferina. Podríamos establecernos en París y emprender un pequeño comercio á domicilio.

– Tienes razón, contestó su esposo.

Y Panuflo añadió:

– ¡Pero en seguida! Así podremos esperar con más tranquilidad el resultado del negocio pendiente con el Sr. d'Alboize.

– Para esto necesitaríamos el consentimiento del notario de ese ladrón de Claudinet, objetó *Caracol.*

– La muerte del caballo nos proporciona una excelente ocasión de conseguirlo. ¿Vamos á verle?

– ¿Y el coche?

– Tengo comprador, dijo Ceferina. Una cartomántica de Grenelle me ha hecho proposiciones.

– Necesitaríamos una habitación.

– Con un día tenemos bastante para todo eso. Ceferina irá á ver á su cliente; tú, *Caracol,* te entenderás con el notario, y yo buscaré habitación.

– ¿Y los niños?

– Llévate á Claudinet... Conviene que el notario te vea con él. Yo pasearé á Fanfán.

Dicho y hecho.

El notario accedió á los deseos de *Caracol.*

Exigió solamente que la mitad del producto de la venta le fuese entregada, para colocarla á nombre de Claudinet.

– Casi no vale la pena, insistió el bandido designando al pobre tísico; somos sus herederos, y ya no puede vivir mucho.

Ceferina consiguió también su objeto.

El coche tenía que pagarse al contado, dentro de veinticuatro horas, en casa del notario.

La sonámbula lo vendía barato; pero ¿qué importaba si pronto iban á ser ricos, merced al dinero que seguramente les entregaría d'Alboize?

Panuflo había encontrado una habitación que les convenía por todos conceptos, situada en el barrio de la Glaciere, barrio inmundo, generalmente habitado por traperos y comerciantes en toda clase de baratijas, residuos y trastos viejos.

La casucha destinada á la sociedad *Caracol* y compañía ocupaba el extremo más desierto del barrio. Se componía de planta baja y desván.

Cuando fueron á visitarla los tres, *Caracol* explicó á Ceferina sus ventajas:

– En primer lugar, no hay porteros ni más inquilinos que nosotros. Como los aristócratas, tenemos una casa para nosotros solos..., ¡un hotel!.. Cuando hayamos cobrado el dinero de d'Alboize, podremos dedicarnos á la compra y venta de objetos robados. Para salvar las apariencias, seguiré afilando cuchillos, pero sobre todo, explorando el terreno para golpes seguros, con la condición de que sean otros los que corran los riesgos y nosotros los que no entremos más que en las ganancias. Nada de pérdidas. Para ello, no podíamos encontrar una casa mejor que ésta. Arreglando hábilmente un barrote de la reja, podemos entrar y salir por la ventana que da al campo, sin que nadie se entere de nuestras idas y venidas. Si hemos de recibir la visita secreta de un compañero, por la ventana puede entrar, sin necesidad de pasar por la calle. Y si acaso la policía quiere ver lo que pasa en nuestro hotel, mientras se abre la puerta á los sabuesos, huyen por la ventana los que no quieren hacerles los honores de la casa. El campo inmediato es bastante vasto para que por él no puedan sorprendernos.

– Y además, añadió Panuflo riendo siniestramente, si uno tiene alguna discusión, no hay peligro de que se oiga nada desde fuera... Y el Bievre es un río bastante discreto para guardar en su fondo un cadáver, sin revelar quién le ha confiado el depósito.

La casa fué alquilada inmediatamente.

No había más que un portero para todo el callejón sin salida, á cuyo extremo se encontraba la singular vivienda.

Dicho portero se cuidaba de los alquileres, que se pagaban adelantados.

Caracol pagó el suyo en el acto, merced al producto de la venta del coche.

La familia acordó instalarse al día siguiente en su nuevo domicilio.

Aquella noche, los tres socios se retiraron algo tarde, después de celebrar con sendos tragos de diferentes bebidas, en las tabernas que encontraron al paso, la suerte que otra vez parecía sonreirles.

Sin embargo, desde el alba, empezó Ceferina á hacer los preparativos de la mudanza, con ayuda de los chicos.

Panuflo había ido en busca de un carretón de mano, donde la sonámbula cargaba todo lo que debía llevarse.

– Panuflo y yo no te serviríamos más que de estorbo. Nos vamos á dar una vuelta mientras tú haces los preparativos de marcha... Tu cartomántica va á venir, y la instalarás.

– No olvidéis que es hoy la cita con el militar.

– Pierde cuidado.

Aquí no os necesito... Podéis ir directamente á la nueva casa... después del negocio.

Viendo que los dos hombres se alejaban, Ceferina llamó á su marido para preguntarle:

– ¿No llevas las cartas?

– ¿Me tomas por tonto?

– ¿Pues?

– Están seguras en la maleta. ¿Quién nos asegura que ese d'Alboize va de buena fe y no nos prepara una celada? Me echarían el guante, cogiéndome la cartera. Y ¿qué diríamos entonces?

– Eso sería una canallada, pero tienes razón.

– Así paro el golpe. Veo á mi hombre y hablamos. Si acepta, hago ademán de sacar un paquete del bolsillo para entregárselo. Si tiene gente emboscada, escogerán ese momento para echárseme encima. Pero se verán burlados. Tú y Panuflo guardáis la correspondencia. Como no saben dónde vivimos, no hay reconocimientos que temer. Quedamos dueños de la situación... Si, por el contrario, mi hombre va de buena fe, le digo: «Caballero, no llevo encima lo que le prometí, pero venga usted conmigo y se lo entregaré.» Nos metemos en un coche, le conduzco á cierta distancia de nuestra casa, voy por los papeles, me paga y negocio concluído.

– ¡Bien pensado!, exclamó Ceferina.

Y Panuflo añadió:

– ¡Yo no lo hubiera combinado mejor!

Los dos bandidos esperaron la hora de la cita almorzando y jugando luego al tute una infinidad de copas.

– Con los capotes que te doy, decía Panuflo á su camarada, tendrás abrigo para el invierno próximo.

Caracol, malhumorado por la pérdida, levantóse, diciendo:

– Es hora de marchar.

– Vamos.

Pagaron el gasto y se dirigieron hacia el viaducto de Auteuil.

Un hombre esperaba allí, dando paseos por debajo del puente.

– ¡Es él!, exclamó Panuflo. ¡Puntual como buen militar! ¡Ojo!..

Caracol se acercó al hombre, dirigiendo á derecha é izquierda miradas escudriñadoras.

Panuflo se quedó al acecho á cierta distancia.

El sitio, aunque poco concurrido, no era absolutamente desierto.

Sin embargo, nadie circulaba por debajo del último arco, el más próximo al Sena, donde d'Alboize iba y venía febrilmente, con indecible ansiedad.

– Usted dispense, caballero, dijo *Caracol* acercándose á él con un profundo saludo. ¿Espera usted á alguien?

– En efecto, contestó el oficial, mirando atentamente á su interlocutor. ¿Es usted el que me ha escrito?

Después de otra mirada á los contornos y manteniéndose á respetuosa distancia de Roberto, *Caracol* contestó con una obsequiosa sonrisa:

– He tenido este honor, mi coronel.

– ¿Dice usted que tiene en su poder una cartera llena de cartas?

– Sí, mi coronel; treinta y siete cartas con la firma de Carmen.

– ¿Está usted dispuesto á devolvérmelas?

– Con mucho gusto, mi coronel. Mediante un precio razonable, se entiende.

– ¿Cuánto quiere usted?

– A otro le pediría mil francos por carta; pero como es usted militar y yo soy amigo del ejército le haré á usted una rebaja. Me dará treinta mil por todo.

– ¡Treinta mil francos!

– En números redondos. No puedo rebajar más sin perder, añadió imperturbablemente el bandido.

– No discuto. Aquí está en billetes de banco la cantidad que usted pide; déme esas cartas.

Esto diciendo, Roberto sacaba del bolsillo un fajo de billetes de banco, unidos de diez en diez por medio de alfileres.

Era el momento decisivo.

Caracol echó una rápida mirada en torno suyo.

Vió á Panuflo que no señalaba nada de particular en las inmediaciones.

Sacó de un bolsillo interior del gabán una cartera grasienta, y de ella un paquete cuidadosamente envuelto y atado.

Con mucha pausa se lo entregó á d'Alboize, que lo cogió y se dispuso á abrirlo.

– No hay polizontes por medio, pensó el bandido; el dinero apronto... Es hombre de buena fe.

Detuvo á d'Alboize que se disponía á abrir el paquete.

– No se moleste, mi coronel... Ahí no hay más que periódicos viejos... Las cartas se las voy á entregar ahora que veo que obra usted con lealtad. ¿Qué quiere usted?.. Se dan tantos petardos en el comercio, que uno no tiene más remedio que tomar sus precauciones.

Cínicamente manifestó á Roberto la astucia desplegada para obtener el dinero sin peligro de caer en un lazo.

El corazón de Roberto saltó de indignación y de vergüenza ante la desconfianza insultante de aquel bandido.

Estuvo á punto de castigar al miserable.

Pero se contuvo, pensando en Carmen y en Jorge, cuya felicidad estaba en manos de aquel hombre.

– Mi coronel, si me hace usted el honor de venir conmigo, antes de una hora habremos terminado el negocio.

– Adelante, contestó Roberto, devorando el ultraje que estaba obligado á soportar.

Anduvieron á pie hasta Passy.

Para mayor precaución, *Caracol* iba delante, y Panuflo seguía á unos cien metros de distancia detrás del oficial.

En Passy encontraron un coche de plaza.

– ¿Me permitirá usted que tome asiento en el interior con usted, mi coronel, y que mi camarada vaya en el pescante, al lado del cochero?

D'Alboize tuvo que aceptar aquella nueva humillación.

– ¡Calle de la Glaciere, esquina al *boulevard*... y ligero!.., gritó *Caracol* al auriga. La propina será buena.

Tres cuartos de hora después habían llegado.

– Mi coronel, dijo *Caracol* saltando del coche, como no puedo recibirle en mi casa – porque es de-

masiado humilde, – ruego á usted se sirva esperarme en el coche mismo cinco minutos. Vivo á dos pasos de aquí. Voy por la cartera y recuperará usted en el acto sus treinta y siete cartas.


La casucha destinada á la sociedad *Caracol* y Compañía ocupaba el extremo más desierto del barrio

– Aquí le espero.

Caracol y Panuflo corrieron á su nuevo domicilio.

El mobiliario se componía de poca cosa.

Todo había cabido en un carretón de mano.

La instalación estaba hecha.

Ceferina preparaba la comida inaugural.

– ¿Ya está?.., preguntó á sus socios, al verles entrar.

– Ya está, contestó *Caracol*. ¿Y la maleta?

– Ahí; la he puesto de mesita de noche, ínterin compramos más muebles.

– Está cerrada. ¿Y la llave?

– ¿La llave? No sé. Tú debes tenerla.

– No hagamos esperar al coronel, dijo Panuflo. Fuerza la cerradura. Toma mi navaja.

Sin contestar, *Caracol* levantó la tapa, metió la mano en la maleta y revolvió los múltiples objetos que contenía.

Lanzó una exclamación de asombro.

– ¡Trae luz!

Ceferina obedeció, mientras su marido sacaba uno por uno los objetos contenidos en la maleta.

Desde el rincón en que se habían acurrucado, Fanfán y Claudinet observaban con terror cada uno de aquellos movimientos.

Quedaba descubierto su robo.

¿Qué iba á pasar?

Hubo algunos minutos de espantoso silencio.

– ¡Qué! ¿No la encuentras?, exclamó Panuflo con un acento de ansiedad que contrastaba con su tono habitual.

– ¡Me la han robado!, murmuró *Caracol* con voz sorda.

– ¡No es posible!

– Sí, sí; me la han robado. Pero ¿quién?, ¿quién puede ser?..

Echó al aire todo lo que halló al alcance de su mano, dando gritos de rabia, profiriendo amenazas de venganza terribles.

– Camarada, interrumpió Panuflo, ¡fuera comedias! Yo no me mamo el dedo... Convinimos en partir.

– ¡Tú has sido, canalla, ladrón, asesino!.. ¡tú has sido el que me la ha robado para obrar por tu cuenta!.. ¡Pero no te hará provecho, porque voy á sacarte las tripas!

Panuflo trató de protestar.

– ¿Cómo puedes creer?..

No pudo decir más.

Caracol, furioso, ciego de cólera, se le echó encima, y ambos rodaron por el suelo en una de esas luchas brutales en que la fiera reaparecía en todo su horror.

Mordíanse con rabia, desgarrábanse las carnes con las uñas, se estrangulaban mutuamente con sus manos crispadas, profiriendo injurias y amenazas terribles.

Fanfán y Claudinet, mudos de espanto, se habían ocultado detrás de la cama.

De pronto, Ceferina se arrojó entre ambos combatientes y quiso separarlos.

Y lo consiguió en un momento en que la sofocación les impedía seguir luchando.

– ¿Estás loco, *Caracol*?.. ¿Cómo quieres que Panuflo?..

– ¡Robada!.., rugía el bandido, sin oir siquiera á su mujer.

– ¿Qué interés había de tener?

– Entonces has sido tú... ¡Sí, tú has sido! ¡Para huir con él!..

– ¡Yo!

– Ó los muchachos... ¡Sí, ellos han sido! ¿Dónde están? ¡Ellos son!..

Habiéndoles visto detrás de la cama, se disponía á precipitarse sobre ellos, cuando se interpuso Isidoro:

– No quiero que toques á los niños. La cólera te ciega. Te figurabas tener esas cartas en la maleta y


Caracol, furioso, ciego de cólera, se le echó encima

no están. Es que las metiste en otra parte y no te acuerdas. Ya parecerán.

– No, no las saqué de ahí. Es que me las han robado. ¡Robado! ¡Robado!..

Durante horas, *Caracol* repitió lo mismo, acusando sucesivamente á Ceferina, á Panuflo y á los niños.

Con ayuda de Panuflo, practicó infinidad de veces una minuciosa pesquisa.

Mientras tanto, Fanfán estaba lívido.

– ¡Hemos perdido nuestra fortuna!.., gritaba *Caracol*. ¡Ese d'Alboize estaba tan dispuesto!.. ¡Iba á entregar el dinero! ¡Treinta mil francos!

El bandido era acometido de nuevos accesos de rabia, y las acusaciones, las injurias y las amenazas se repetían á cada rato.

Fanfán y Claudinet habían logrado escabullirse y se habían refugiado en el cuartito que les estaba destinado.

Temblando de miedo, se acostaron sin haber comido, ocultando la cabeza bajo su miserable manta.

Llegaban hasta ellos las voces de los tres miserables.

– Vamos, cállate de una vez, dijo de pronto Ceferina, que había reflexionado un instante. Será una desgracia que hayas perdido esas cartas. Pero si se nos ha malogrado este negocio, no todo se ha perdido. Se me ha ocurrido á mí otro que vale más que el tuyo.

IX

SOBRE LA PISTA

A pesar de la estrecha vigilancia de que era objeto, es probable que Fanfán hubiera podido escapar á sus verdugos si hubiese querido.

Pero la enfermedad de Claudinet, en el último grado de tisis, presentaba un carácter tan doloroso, que el muchacho no había querido abandonar á su compañero, á quien tanto amaba.

Sin embargo, se le desgarraba el corazón al pensar en la señora de Penhoet, en la dulce existencia, llena de preciosas enseñanzas, de consuelos y de ilusiones que llevó á su lado.

A menudo, ansioso de apartar de su vista la atroz realidad, se abismaba en sus recuerdos y añoranzas

Ni siquiera había escrito á su bienhechora.

Al principio, contaba escapar pronto y volver á Moiselles. Más tarde, no se atrevió á escribirle.

Le daba vergüenza tener que confesar las mentiras que le había contado, decir quién era, declarar que daba el título de padres á la horrible pareja.

¡Llamar madre á Ceferina! ¡Madre!..

Evocada por esta palabra, aparecía en su trastornado espíritu la sombra de una tierna y bella señora que le sonreía, y sentía en su rostro besos y caricias y unos brazos que le estrechaban con amorosa dulzura.

(Continuará)

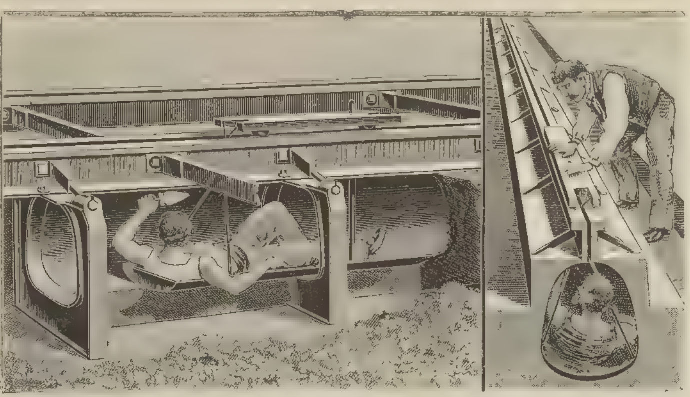
EL TROLLEY SUBTERRÁNEO

DE LA COMPAÑÍA THOMSON-HOUSTON

Parece plenamente demostrado en la actualidad que la tracción eléctrica por trolley es la que se impone. Este sistema es el que reina en la mayoría de las grandes ciudades, pero confesemos que tiene mucho de antiestético.

El alambre conductor de la corriente está suspendido sobre la vía sostenido las más de las veces á derecha é izquierda por sólidos cables fijos en las casas, todo lo cual nada tiene de elegante, pues corta la perspectiva y afea el aspecto de las calles y de los monumentos. Pero esta no es una razón para privarnos de las comodidades de la tracción eléctrica, ya que para obviar aquellos inconvenientes y no perder las ventajas de estas comodidades basta con que se obligue á las empresas á instalar los trolleys subterráneos.

La compañía Thomson-Houston, concesionaria de una parte de las líneas de tranvías de París, ha aceptado esta condición, pues en la capital de Francia no se han autorizado hasta el presente los trolleys aéreos, y ajustándose á ella ha inaugurado hace poco una sección importante entre la plaza de Pereire y la estación de Montparnasse. En realidad, esta sección que pone en comunicación uno de los barrios más importantes de París con la Exposición Universal, se compone de dos ramales de línea; el primero pertenece á la que va desde la puerta de Asnieres á la Escuela Militar, y el segundo á la que se extiende desde la Estrella á la estación de Montparnasse. Como se ve, en una parte del recorrido, entre la Estrella y la Escuela Militar, habrá dos líneas que, dentro de poco, se completarán con otra que irá desde la estación de Montparnasse á la Bastilla. El servicio de los bulevares comprenderá, pues, en total 12 kilómetros y 80 vagones. La fábrica que proporciona la corriente está situada en Grenelle y contiene cinco dínamos de 300 kilovatios cada una en corriente continua á 500 voltios. El alambre conductor está colocado á lo largo de la vía en una canalera practicada debajo de uno de los rieles, que es doble, á fin de dejar pasar la barrita fijada en un costado del coche que sostiene el trolley. La construcción de esa canalera es interesante; está formada ésta por un armazón de hierro situado de metro en metro en la zanja y los anillos de hierro que la componen presentan una sección elíptica, cuyo eje mayor, colocado en el sentido de la altura, es de 45 centímetros y el menor de 35. En la parte superior, destinada á recibir el doble riel, hay un espacio vacío por donde pasará el trolley. Cuando se ha colocado en la zanja un cierto número de anillos, se cubren éstos interiormente con planchas de palastro que las cierra por completo y se echa betún por fuera para reunir todos los anillos y llenar la zanja. De este modo se obtiene una canalera continua muy sólida, que forma, por decirlo así, una sola pieza con uno de los rieles de la vía. A distancia de 4'20 metros entre dos anillos se ha dejado un registro por el cual puede pasar un muchacho, el cual penetra allí primero cuando el betún se ha solidificado á fin de desmontar los armazones de palastro y hacer los ajustes necesarios. Mas como la sección es muy estrecha, pues no tiene, según antes hemos dicho, más que 45 × 35 centímetros, le sería casi imposible al operario moverse dentro de la misma; así es que para facilitar su trabajo se ha empleado un medio muy sencillo: se ha introducido, ante todo, en el interior una plancha de hierro sostenida en sus cuatro ángulos por cuerdas que se juntan en un pequeño carretón de dos ruedas colocadas una delante de otra sobre el doble riel; el muchacho se tiende en esta plancha y los obreros colocados en la parte de afuera lo conducen á los distintos puntos en donde ha de trabajar.



Construcción del trolley subterráneo de los tranvías Thomson-Houston

Cuando la canalera está completamente terminada, se fijan los vasos aislados delante de cada registro y se hace pasar por éste el alambre conductor que luego es fijado en aquéllos. Los registros están cerrados por una plancha metálica desmontable de manera que puedan ser siempre utilizados, y la canalera se comunica á cada 100 ó 150 metros, según los casos, con las alcantarillas para asegurar la salida de las aguas de lluvia y de las inmundicias que, pasando por la ranura del doble riel, se acumulan en ella.

De este modo también se conseguiría evitar no pocos accidentes que con demasiada frecuencia acontecen con el actual sistema de los cables aéreos, lo cual no dejaría de ser muy interesante.

Este sistema de construcción permitirá conciliar la estética de las grandes ciudades con el trolley de los tranvías eléctricos. – G. M.

Aparato Desgrez y Balthazard. – Vista interior: caja distributriz; motor eléctrico, ventilador, depósito de agua. Vista en conjunto: individuo vestido con el escafandro y el aparato regenerador del aire viciado

REGENERACIÓN DEL AIRE VICIADO

El año pasado los Sres. Desgrez y Balthazard llamaron la atención sobre una substancia química empleada en tintorería que tenía la propiedad de descomponerse al contacto del agua y en frío, formando oxígeno y sosa. Esta substancia es el bióxido de sodio. En el laboratorio del profesor Bouchard, de la facultad de Medicina de París, consiguieron hacer vivir en un vaso cerrado á varios animales durante muchas horas, regenerando por medio del óxido de sodio el aire agotado, demostrando de este modo que en un medio cerrado herméticamente el bióxido de sodio proyectado en pequeña cantidad en el agua desprende oxígeno en cantidad suficiente para la respiración, mientras la sosa formada simultáneamente fija el ácido carbónico del aire espirado. Al mismo tiempo verifícase por oxidación la destrucción de las toxinas contenidas en el gas que sale de los pulmones.

Este sistema de regeneración del aire era evidentemente aplicable al hombre que respira en un espacio cerrado, habiendo conseguido los Sres. Desgrez y Balthazard construir un aparato práctico que permitirá en lo sucesivo vivir en un ambiente irrespirable, lo mismo entre gases mefíticos que en el agua. Sabido es que este problema estaba desde hace mucho tiempo resuelto: los buzos se introducen en el agua; un saco de aire colocado en la espalda con tubos delgados que van á parar junto á las vías respiratorias permite penetrar en un pozo que desprenda ácido carbónico ó en espacios invadidos por el humo. Pero en todos los sistemas conocidos, cuando se quiere permanecer una hora por lo menos en una atmósfera viciada hácese necesario emplear una bomba y enviar al aparato aire comprimido para renovar la provisión indispensable para la vida. En el dispositivo de los Sres. Desgrez y Balthazard, el aparato se basta á sí mismo, pues sin ningún instrumento auxiliar fabrica aire nuevo á medida que se necesita.

El nuevo aparato se compone de tres partes distintas, aunque realmente sólo forman una: una caja prismática de acero, destinada á contener el bióxido de sodio y á distribuirlo según se necesite. Para ello está dividida en compartimientos por diez tablillas horizontales sobrepuestas, cada una de las cuales lleva una provisión de bióxido; un aparato de relojería imprime sucesivamente y en intervalos iguales á cada una de las tablillas un movimiento de báscula, por virtud del cual la carga cae en una segunda caja cúbica, también de acero, que contiene agua y que está colocada debajo de la caja precedente. Finalmente un pequeño ventilador movido por un motor eléctrico que funciona con acumuladores, provoca una circulación continua del aire viciado y del aire regenerado en el aparato y en el espacio cerrado en donde permanece el sujeto. El aire, que se encuentra ligeramente calentado por su misma regeneración, se ve obligado á pasar, cuando sale del medio de reacción, por un refrigerador que lo vuelve á su temperatura inicial. Las piezas de que acabamos de hablar están agrupadas y encerradas en una caja de aluminio de forma circular herméticamente cerrada.

El sujeto se aísla en la parte superior de su cuerpo poniéndose un escafandro hermético con el aparato de regeneración. El aire penetra sin cesar al alcance de las vías respiratorias.

El sistema en su conjunto pesa sólo 12 kilogramos y el volumen de aire que circula no excede de cinco litros, los cuales son renovados constantemente durante una hora al menos con 200 gramos de bióxido. Aumentando la dosis, se podría naturalmente vivir durante dos, tres horas, etc.

Costando, como cuesta el bióxido actualmente, cuatro francos el kilogramo, el gasto apenas es de 80 céntimos por hora.

Este nuevo aparato realiza, al parecer, un progreso y será utilizado ventajosamente dondequiera que el hombre se vea obligado á penetrar en una atmósfera irrespirable.

Enrique de Parville.

LA EXPEDICIÓN POLAR

DEL DUQUE DE LOS ABRUZZOS

Después de mucho tiempo de no haberse recibido noticias suyas y de haber circulado acerca de su expedición alarmantes rumores, ha llegado felizmente á Europa, á bordo del *Stella Polare*, el duque de los Abruzzos.

La expedición del hijo del que fué rey de España con el nombre de Amadeo I, ha batido el *record*, como se dice en lenguaje de deporte, que hasta ahora correspondía á la de Nansen, el cual llegó á hasta los 86° 14' de latitud, al paso que el capitán Cagni, segundo de la expedición del duque de los Abruzzos, alcanzó la de 86° 33'.

Nansen había llegado á 226 millas (418 kilómetros) del polo; Cagni ha llegado á 207 (383 kilómetros.)

El 12 de junio de 1899 el *Stella Polare* salió de Cristanía dirigiéndose á Arkangel, en donde embarcó provisiones y un centenar de perros, y desde allí hizo rumbo al cabo de Flora y luego más al Norte, á las islas del príncipe Rodolfo, en donde le detuvieron los hielos. En seguida se tomaron las disposiciones necesarias para la invernada, comenzando entonces la verdadera exploración.

El día 8 de septiembre ocurrió un accidente que por poco acaba con la expedición: el banco de hielo, hasta entonces inmóvil, experimentó una de esas terribles convulsiones que en términos tan conmovedores ha descrito Nansen; el buque, asaltado por los hielos, crujía, acabando por tumbarse; una vía de agua penetró en las máquinas y fué preciso proceder á toda prisa al salvamento de las provisiones, y mientras una parte de la tripulación se ocupaba en transportar á tierra los víveres y los equipajes, otros trataron de salvar el buque, habiendo al fin conseguido encallarlo, si bien no podía servir ya de alojamiento por estar medio lleno de agua, por lo cual los expedicionarios hubieron de instalarse en tierra.

El invierno fué rigurosísimo, descendiendo el termómetro á 47° bajo cero. Para distraerse durante el período de obscuridad, los exploradores cazaban osos, se dedicaban á la lectura ó emprendían excursiones á las tierras vecinas. Durante una de estas excursiones, al duque de los Abruzzos, sorprendido por una tormenta de nieve, se le helaron dos dedos, que hubieron de serle amputados á fin de evitar el desarrollo de la gangrena. El 11 de marzo de este año emprendieron la marcha al polo: la caravana se componía de trece hombres y varios trineos, tirado cada uno por ocho perros. Habíase convencido que á medida que avanzaran, se irían retirando por secciones algunos hombres, gracias á lo cual la cabeza de la columna, destinada á llegar lo más lejos posible, podría disponer de mayor cantidad de víveres.

Después de dos días de marcha, retiróse una primera sección; diez días después se retiró otra, de la cual no se ha encontrado la menor huella: perdidos en medio de una tormenta, los desgraciados que la componían no acertaron con el camino y uno tras otro cayeron sin duda helados en el gran desierto blanco. Diez días después retrocedió la tercera sección, dejando al capitán Cagni con tres hombres proseguir su ruta hacia el Norte. El duque de los Abruzzos hubo de volverse atrás á causa de la congelación de la mano.

Según el relato del capitán Cagni, la marcha por el banco de hielo no ofrecía grandes dificultades, hasta que llegados á los 86° 33' los exploradores hubieron de detenerse porque estaban rendidos y los víveres comenzaban á escasearles. La retirada fué terrible, y los exploradores, para no morirse de hambre hubieron de alimentarse exclusivamente con la carne de sus perros. El día 23 de junio la pequeña caravana se reunió con el grueso de la expedición, después de un viaje de tres meses y medio por una de las más espantosas soledades de la tierra. De los cien perros que se habían llevado, sólo seis sobrevivieron.

El capitán Cagni no encontró en su ruta tierra alguna, confirmando así la manifestación de Nansen; tampoco encontró en parte alguna la menor huella del paso de Andrée.

Después que hubo regresado la expedición polar, la tripulación se dedicó á reparar las averías del buque y á sacarlo de entre los hielos que lo aprisionaban. El 16 de agosto, el *Stella Polare* estaba á flote, y el día 5 de septiembre último, el duque de los Abruzzos, después de haber corrido los mayores peligros, llegaba á Noruega.

La ovación que su patria le ha tributado al recibirlo ha sido tan grande como merecida; el joven príncipe puede estar orgulloso de su arriesgada empresa, que ha añadido una página gloriosa á la historia de las exploraciones árticas. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

BANCOS DE EMISIÓN, por *Ramón E. Sanfelices.* – Imposible nos es, dada la índole de esta sección, dar idea siquiera aproximada de lo que es este importante libro, y ante esta imposibilidad nos limitaremos á decir que su autor, el notable economista chileno Sr. Sanfelices, estudia en él cuantos problemas se relacionan con las circulaciones monetaria y fiduciaria, fijándose especialmente en la situación de Chile, y avalorando sus observaciones con multitud de datos estadísticos. Al final se inserta una recopilación de las leyes y disposiciones administrativas sobre Bancos de emisión y descuento publicadas en Chile, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España, Bélgica, Suiza, Portugal, Estados Unidos de Norte América, Méjico, Nicaragua, Ecuador, Perú, Brasil, República Argentina, Estados Unidos de Venezuela, Uruguay, Guatemala y Rusia. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile en la Imprenta Nacional.

OBRAS ESCOGIDAS de *Madame Swetchine.* – Este libro, que forma parte de la «Colección de Autores católicos,» con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Juan Gili, contiene las principales obras de la célebre escritora rusa que floreció á principios de este siglo, entre las cuales citaremos el *Tratado de la Vejez*, de una originalidad absoluta y de un lirismo divinamente poético en la mayoría de sus párrafos; *Flores de nieve*, llena de ingenio y observación; *Del consejo y del precepto*, profundamente mística; el *Tratado de la Resignación*, el *Tratado de la Verdad* y la *Piedad del Cristianismo*, trabajos sólidamente filosóficos y religiosos. El censor eclesiástico, al emitir su parecer sobre este libro, dice lo siguiente, que es el mejor elogio de la obra: «Hija benemérita de la Iglesia Católica podemos llamar á la ilustre autora de este libro por el acendrado catolicismo que reina en todos sus capítulos y por el fervor comunicativo con que están escritas todas sus páginas. Pensadora de buena ley, comunica al lector, en forma agradable, propia suya, genial, la convicción, que por la fuerza del raciocinio adquirió, de las verdades de la religión católica.»

EL FUEGO. EL INOCENTE. LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS, por *Gabriel d'Anunzio.* – El ilustre escritor italiano d'Anunzio es sobrado conocido en el mundo de las letras para que lo presentemos á nuestros lectores, y sus obras han adquirido sobrada popularidad apenas salidas de su pluma para que hayamos de elogiarlas. De aquí que basta el anuncio de la publicación de sus libros para que éstos se vendan por millares y para que los editores extranjeros se apresuren á dar á la estampa ediciones en sus respectivos idiomas. El editor barcelonés Sr. Maucci ha puesto á la venta una edición en castellano de las novelas *El fuego* (dos tomos), *El inocente* y *Las vírgenes de las Rocas* (un tomo cada una), esmeradamente traducidas por D. Tomás Orts Ramos la primera y la última y por D. Augusto Riera la segunda.



LA FUENTE DE CUPIDO, cuadro de Harold Speed



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX ← Barcelona 15 de octubre de 1900 → Núm. 981



MEDITACIÓN, dibujo original de Ramón Alsina y Amils

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto de la serie de 1900, que es el segundo y último de la interesantísima novela de Lesage Gil Blas de Santillana, magníficamente ilustrada por Mauricio Leloir.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al leer la lista de las supersticiones, los anales de lo que llaman el *fetichismo* en Cornouailles y en Bretaña, parecíame estar viendo mi tierra gallega, con sus típicas costumbres y su género de devoción y sus fiestas y romerías. ¿A qué se deberá esta semejanza de dos pueblos tan distantes y enclavados en tan diversa nacionalidad? Quizás á que, originariamente, son uno solo. Los celtas gálicos de Bretaña quedáronse allí, los de Galicia descendieron, buscando el extremo límite de Europa, el cabo *Finisterre,* donde terminaba el mundo conocido. Y por eso, con la tenacidad propia de una raza que ni cambia ni olvida, los bretones practican y siguen las mismas supersticiones que los gallegos.

Esos santos extraños y casi desconocidos que inventan los bretones por detrás del Santoral, para sus devociones particulares libres, los invoca también el gallego; no son los mismos, pero son otros, igualmente obscuros, á quienes encarga la protección de su hacienda ó de su salud. Ahí está el humilde San Amar de Oira, «hecho de palo;» ahí San Mamed, de quien no saben nada sino que le hacen una gran fiesta porque sí; ahí Santa Minia de Briones, que sospecho que no debe de encontrarse en el martirologio; ahí ese San Pedro nuevo, de una parroquia cercana á Betanzos, á quien se han obstinado en tributar culto, á pesar de las reiteradas advertencias del reverendo arzobispo de Santiago, que les ordena esperar á que la iglesia reconozca los merecimientos y la santidad de ese varón y le ponga en los altares. Y mientras los santos declarados tales caen en el olvido, San Pedro, el de Betanzos, canonizado por sufragio popular, ve reunirse treinta mil devotos al pie de la iglesia, en la parroquia donde nació; la concurrencia más formidable que se puede juntar ante un santuario, en una aldea de Galicia.

¿Cómo queréis que un pueblo infantil no pague tributo á la superstición? Es la esencia misma de su ser íntimo. No le pidamos el racional obsequio de la fe; de la fe alta y limpia, que mira al cielo. Su efusión religiosa ha de estar condicionada por la pobreza de su espíritu. Dios mira sin duda con indulgencia esa pueril devoción. Y en hombres que todavía no se han desprendido de la naturaleza primitiva, excusa y perdona el fetichismo del árbol, de la fuente, de la piedra movediza, del dolmen en que sacrificaron sus antepasados.

La única manera de desterrar las supersticiosas prácticas sería la instrucción. Con lo cual queda dicho que en España tienen asegurada larga vida. No llevamos trazas, no, de regenerarnos por el lado de la escuela y de la cátedra. Tan penosa convicción ha inspirado estos días los discursos de los profesores que han abierto las Universidades españolas. Ninguno se forja ilusiones: todos sienten á su alrededor el vacío.

La desconfianza y el recelo, el pesimismo profundo que de nosotros se ha apoderado; esta especie de desgana intelectual que se presenta aquí como el más peligroso de los fenómenos, en el orden moral, porque supone la relajación completa de la fibra, tienen síntomas tan expresivos como el deseo de suprimir Universidades, de acortar hasta la mísera ración de ciencia que se reparte á los españoles oficialmente. El tedio de la Universidad, el tedio del ejército, el tedio de la marina, el tedio de la política, formas similares del marasmo que se ha apoderado de nosotros y que nos conduce hasta las lindes del ansia suicida, vaga, pero honda. España no sólo merece, sino que anhela morir para acabar de una vez.

Y dice un profesor eminente, que estudia el caso: «¡Para lo que hacen las Universidades! ¿Qué es una Universidad española? O mejor, ¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obra de empeño verdaderamente científico y social ve el *vulgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es una *oficina,* un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores, ¡canónigos del siglo! Cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del conjunto de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal á la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal supremo de justicia.»

No suelo ser aficionada á largas citas, pero la anterior contiene un retrato tan de mano maestra, que no he podido menos de trasladarlo. Eso, es en efecto, la Universidad, y eso he comprendido que era desde mis quince años, que ya están lejos, sin que á pesar del tiempo transcurrido pudiese observar tendencias hacia la vitalidad, hacia la organización eficaz y fecunda. Al contrario: en otras épocas bien puede asegurarse que escaseaba menos que ahora la juventud entusiasta de algo, llena de algún ideal. Desde el período romántico hasta el que yo alcancé, esa juventud había ido decayendo, pero conservaba aún cierto fuego sagrado, cierto rescoldo de generosas aspiraciones. Hoy la juventud escolar es de corcho. Sólo piensa en divertirse... á su modo, vacío y frío también, y en obtener vacaciones para verse libre hasta de las dos ó tres horas de remar en la galera universitaria. Los grandes movimientos que llevan á nuestro siglo, ya expirante, hacia luminoso fin, envuelto en apoteosis de gloria, sólo obtienen, de nuestra triste juventud, la indiferencia que ignora ó la *claque* que caricaturiza. En dos ocasiones solemnes pude convencerme del estado de alma de esa juventud, fruto de las Universidades españolas: la última y la más dolorosa fué la del entierro de Emilio Castelar, cuyo féretro debieran haber seguido, ya que no entusiasmados y vibrantes como los escolares rusos portadores del de Dostoyeuski, al menos respetuosos y graves. – ¡Al cabo, tratábase de un muerto! – Una de las más bellas energías juveniles es, creedlo, la veneración á los ilustres. ¡Ay de la juventud que no siente ese misterioso respeto, esa emoción que dignifica, esa devoción activa y fuerte, necesaria para los individuos y robustecedora del principio de nacionalidad! Otra fibra relajada, otra virtud que se ha ido de nosotros. Y adviértase que según decrece el culto de los héroes y de los grandes hombres en España, el nivel desciende, la talla se reduce y la generación nueva se compondrá de pares... iguales entre sí como los soldaditos de plomo.

Mas cuando el profesor citado antes nos pregunta si otros organismos pueden citarse como modelo al lado de la Universidad, me apresuro á decir que ninguno. Si cuantas veces hemos censurado á determinadas clases nos respondiesen con este argumento, nos taparían la boca. El mal es general y los generales tan malos como los profesores, viene á decir el Sr. Posada, en el trabajo que estas reflexiones me sugiere. Mil veces verdad. La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar á algunos, bien; á muchos, pase todavía; á un pueblo entero..., tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.

Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla, es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase á sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ya casi ser perfecto. El autodidacto es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho. Se hace su mundo aparte, como Robinsón. Quizás España se salvaría poblándose de Robinsones, que cada cual por su lado y á su manera se trazasen la vida. Barriendo la anticuada decoración de la España de estos últimos treinta años, los Robinsones que deseo la salpicarían de islas, creando en ellas juveniles sociedades – algo fresco y vivo. – ¿Donde está el Robinsón?

Leo en un diario que Ramón Cajal vá á montar en el Instituto de Alfonso XIII un departamento para el tratamiento de la rabia. Paréceme bien, pero creo que todavía no es segura la eficacia del método nuevo, derivado de los experimentos de Pasteur. He oído á facultativos dignos de respeto emitir dudas acerca de ese particular; no parece enteramente seguro que la inoculación del suero antirrábico preserve de la hidrofobia ó la cure; muchos prefieren atenerse al clásico cauterio. Siempre es bueno, de todos modos, que se trabaje en ese sentido y que se trate de estar á la misma altura que otras naciones donde los laboratorios de vacuna contra las infecciones van obteniendo resultados aún no muy conocidos, pero sorprendentes. La rabia resiste al tratamiento. Se ha conseguido más contra el veneno de las serpientes, contra la peste bubónica y contra el tifus. Y quién sabe lo que se podrá todavía lograr prosiguiendo en tales estudios. A veces yendo en determinada dirección se avanza en otra, en la que menos se sospecha-ba. Ya es verosímil que el hombre llegue á desterrar y á dominar contagios de los muy horrendos. Europa, que se libró del hambre, se librará de la peste. ¿Cuando le toca la vez á la guerra? No hay que desconfiar: estamos en camino.

Una huelga de actualidad es la de estereros y alfombristas. Por este tiempo, todo el mundo, en Madrid, piensa en cubrir con géneros que abriguen los pies los desnudos baldosines del pavimento. Si supiesen qué malsanas son las alfombras, acaso no se diesen tanta prisa. Los gérmenes sépticos se abrigan y calientan en el para ellos alto y denso bosque de la lana de las alfombras, ó en los valles hondos de las esteras. La salubridad requeriría que sólo se usase el piso de madera, y se suprimiesen los desagradables, glaciales, sucios y pesados baldosines. La gente y los edificios vivirían más y mejor.

Los estereros y alfombristas alegan que les hacen trabajar *veinte* horas diarias. Si es cierto, razón les sobra para declararse en huelga y hasta buscar otro oficio. ¡Veinte horas! Habrá exageración. ¿Cuándo comen y duermen esos obreros? ¿De qué modo distribuyen el día?

Una de las cosas desagradables del oficio de alfombrista debe de ser el temor y disgusto con que se les recibe en los hogares, aun después de haber reclamado sus servicios. Vienen siempre á molestar, á revolverlo todo, á poner la casa patas arriba, á estropear muebles, á obligar á los servidores á labor extraordinaria. Todo lo que ocurre de malo en la quincena, se achaca á los estereros. El amo se pasea con aire aburrido, esperando que se vayan los invasores, ó coge el sombrero y se larga de mal humor, abandonando el campo al enemigo. Las señoras se desconsuelan: no se puede hacer nada en día de estero. ¡Ni aun vivir! El comedor es un Sahara polvoriento; la sala, una prendería. Y esto recae sobre los obreros, á quienes se les da la propina de mala gana. Es un oficio ingrato.

¿Cuándo se realizan los anuncios de reforma en el servicio de ferrocarriles, los bienes que esperamos del joven ministro Sr. Gasset?

¿Cuándo tendrán los coches de primera timbres de alarma?

¿Cuándo se arregla y limpia y desinfecta el material, cuya suciedad (en los primeros) subleva el estómago?

¿Cuándo se pone coto á la facultad que parecen tener las empresas de retrasar á su gusto las horas de llegada y salida?

¿Cuándo..., etc., etc.?, porque los etcéteras serían innumerables, y yo he tocado varias veces este punto sin obtener fruto alguno de mis incesantes clamores.

Lo del retraso iba ya picando en historia; y tanto picaba en historia, que dió lugar á motines. En la estación de San Sebastián se alborotaron los viajeros. Retrasos con motivo ó siquiera con pretexto, acostumbrados estamos á perdonarlos; pero ahora ya ni ese trabajo se toman las compañías; se retrasan porque les da la gana, y cambian los itinerarios á su gusto. El español, paciente y resignado, y hasta bromista, y con tiempo sobrante, se conforma. Más pronto que en galera ya se llega, y ¡las galeras las tenemos tan cerca aún! De modo que... calma y buen tiempo, y vengan retrasos, que eso es peccata minuta. Júzguese de las proporciones que el retraso habrá adquirido, para ocasionar un motín de pacíficos viajeros.

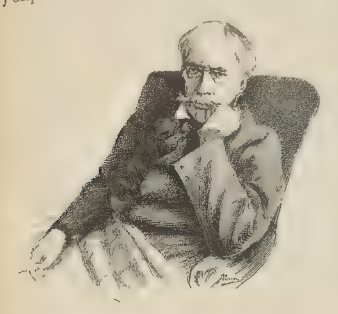
¿Y por qué no se cobran multas? ¿Por qué esas empresas, que tienen una legislación penal propia y severísima contra el viajero, están exentas de responsabilidades cuando faltan á su deber?

Por qué, por qué, por qué, por qué me retiré... No hay vicio más funesto y tonto que este de indagar los porqués de las cosas. ¡Curiosidad sacrílega! No rasguemos el velo del santuario. Por algo será, pero nosotros no debemos inquirirlo. Sería destruir la poesía y el misterio en que se envuelven los viajes por tierra española.

Emilia Pardo Bazán.

ALFREDO STEVENS

Este célebre pintor, que brilló especialmente durante el segundo Imperio, nació en Bruselas en 1828, y después de algunos estudios preparatorios en Bél-



El célebre pintor Alfredo Stevens

gica, en el taller de Navez, fué á París á trabajar bajo la dirección de Camilo Roqueplan. Allí recibió la verdadera iniciación profesional necesaria para el desarrollo de sus aptitudes naturales; allí debía conquistar con la maestría la consagración de la fama y realizar su brillante carrera. De suerte que si Bélgica se envanece con razón contándolo en el número de sus hijos, Francia, su patria adoptiva, tiene también derecho de considerar como suyo al artista con el cual le unen los lazos más estrechos y que por su larga permanencia en París ha llegado á ser un verdadero parisiense en toda la extensión de la palabra.



La taza de te, cuadro de A. Stevens, perteneciente á la colección Warocque, de Bruselas

Alfredo Stevens ha sido un maestro obrero; su paleta es de una riqueza de tonos que rivaliza con la de los más grandes pintores; sus personajes, sus accesorios, sus mismas fruslerías, están sólidamente establecidos, construídos tal como deben estar, puestos en buena luz y tratados hasta en sus menores detalles con una seriedad y un cuidado que recuerdan á los más indiscutibles antecesores de la pintura holandesa ó flamenca.

Y sin embargo, nadie mejor que Stevens pudo dedicarse á una producción elegante, pero fácil y un tanto descuidada, por cuanto sus obras eran de antemano reputadas como maestras por la sociedad más elegante, más fina y más encantadora de toda Europa, por las más encopetadas damas de la corte de Napoleón III. Una firme voluntad preservó á Stevens de caer en ese escollo; y en medio de todas las embriagueces del éxito, continuó desconfiando de sí mismo y siguió siendo el servidor del ideal que se había propuesto.

No hay quizás uno, entre todos los cuadros de Stevens, en que no se vea esa virtuosidad: los fondos de los lienzos están preparados con experta mano; son luminosos y sólidos, y armonizándose con las figuras principales ó secundarias, las envuelven y avaloran.

Los tonos que en sus mejores composiciones se admiran bastarían por sí solos para demostrar que ha sido un espíritu creador, porque aquellos matices y aquellos colores no salen tales como son de los tubos, sino que han debido ser descubiertos, inventados por el que los emplea. Y no solamente ha sido Stevens inventor como colorista buscando tonos nuevos ó nuevas relaciones entre los tonos, sino que además ha visto con visión enteramente personal la suavidad y nitidez de una mesa ó de un bufete que se destacan sobre un tapiz, de un chal que cae sobre unos hombros desnudos, de una falda que hace juego con un cuerpo obscuro ó claro. ¡Qué variedad comunican también á sus cuadros, ora la luz directa, ora la iluminación á contraluz ó la penumbra de una claridad indecisa! Todas estas observaciones demuestran que Stevens ha sido un visionario con sensibilidad visual distinta de la de sus predecesores.

Ha tenido como nadie la mirada de pintor: su emoción delante de los rostros, de las telas y de los objetos familiares es una emoción pictórica; siente la naturaleza de una manera distinta que los demás, y en su espíritu todo se resuelve en matices, tonos y colores.

Ha sido un flamenco y un parisiense á la vez; un hombre de rostro encendido, elevada estatura, vigoroso y dotado de gran bondad. Dícese que en su juventud le gustaron los barrios populares, las disputas y la alegría ruidosa; más adelante, fué asiduo concurrente á la terraza de Tortoni, compañero de Aureliano Scholl y de Arsenio Houssaye. Como sucede con todos los gigantes, agradábanle lo bonito y lo delicado. Es un alma sencilla nunca turbada por un exceso de análisis ó de reflexión; ama el trabajo por el trabajo mismo, por la satisfacción que produce; componía sin fatiga sus retratos y sus paisajes y se esforzaba por una aplicación constante y por una técnica lentamente mejorada en desenvolver todas sus cualidades. Su obra es la prueba más elocuente de su salud moral.

Cuando de Bruselas fué á París, era demasiado joven para conocer su vocación, y no se descubrió á sí mismo hasta después de muchos tanteos y vacilaciones. Insensiblemente le sedujo la parisiense, conquistándole y amoldándole, si no á su imagen, por lo menos á su gusto.

Stevens ha sido y será siempre el pintor de la mujer del segundo Imperio, habiendo trazado de aquella criatura efímera imágenes muy variadas, presentándola unas veces en el esplendor de su vestido de baile, otras en la sencillez de su traje de calle ó en la intimidad de su traje de casa. Gracias á los pinceles de Stevens, la gran dama de hace cuarenta años reina todavía sobre sus admiradores, y por la magia del recuerdo, por la dulzura melancólica del pasado, todavía nos interesan aquellas modas envejecidas, aquellas ropas hoy ajadas, aquellas faldas llenas de volantes y aquellos sombreros atados con grandes cintas.

No busquemos, sin embargo, en las pinturas de Stevens la intensidad de expresión en el dolor ni en la alegría; aquellas figuras no significan ni una gran pena ni una exuberancia comunicativa; se funden en el cuadro, precisan el asunto y contribuyen á la belleza del conjunto, pero no revelan un poeta ni un pensador. Alfredo Stevens es, ante todo, un pintor; entiende que su arte no ha de rivalizar con los psicólogos ni con los confesores de almas femeninas, coloca su modelo en buena luz y lo pinta tal como lo ve. Su concepción del arte no tiene nada de común con los Rosetti, Holbein ó Leonardo, cada una de cuyas fisonomías implica un pensamiento largamente meditado, sino que se acerca á la de los maestros flamencos, habiendo sido justamente comparado con Terburg y Van der Meer.

Stevens ha expresado sobre todo del eterno femenino lo que Taine denominaba el lindo animalito. Está tan lejos del refinado sensualismo de un poeta como Cátulo Mendes, como del vigor feroz y sombrío de Feliciano Rops: lo que éste había visto en la parisiense era la mujer perdida dominadora del mundo; todo el vicio, toda la lujuria que pueden reflejarse en el rostro humano, Rops lo había puesto en sus aguas fuertes. Stevens, por el contrario, nos pinta la historieta, la anécdota amorosa, el placer rápido y la tristeza pronto disipada. ¡Cuántas esquelas galantes circulan, se borran y reaparecen en las pinturas de Stevens! En todas ellas no hay una sombra de perversidad. No se diga, pues, que Stevens nos ha dado un estudio completo de la parisiense, ya que no ha expresado su imperio carnal, ni su poder fascinador, ni su apasionada ternura, ni su neurosis, ni su vicio;



Interior de taller, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Bruselas

no nos la ha presentado en su hermosa desnudez de enamorada, ni en su gracia felina de astuta combatiente. En sus obras la expresión de los sentimientos cede al traje y al cuadro, mas no por esto puede ser comparado, dentro del arte pictórico, con el novelista Octavio Feuillet, porque su visión, aun siendo poco penetrante, fué directa, al paso que Feuillet vió toda la sociedad al través de un velo que le ocultaba enteramente toda la realidad.

Dotado de excepcionales aptitudes que se manifiestan en su vasta y hermosa obra, hubiera podido, si hubiese querido, añadir á todas estas aptitudes la emoción y la fuerza de expresión en la fisonomía, porque en los ojos de la parisiense hay el infinito, como en el horizonte, y puede encontrarse el ritmo del mar en el paso femenino. Con una aldeana encorvada sobre la tierra ó con unos cuantos árboles al bor-



Después del baile, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Amberes



Últimos días de viudez, cuadro de A. Stevens, perteneciente á la colección Warocque, de Bruselas

de de un río supieron producir la sensación de lo infinito Millet y Corot, y Antonello da Messina, en el retrato del *Condottiero* que se conserva en el Louvre, ha caracterizado toda una época de energía brutal y de violencias.

Lo que en parte explica esa poca intensidad en la expresión de los sentimientos es tal vez la preocupación de Stevens de no reproducir con su pincel más que lo que ha visto con sus ojos: realista desde su origen, dedicóse á las verdades externas más que á las realidades de la vida intelectual. En sus primeros cuadros obsérvase una sensibilidad moral rudimentaria; pero esas obras casi negras y sin el menor asomo de elegancia tienen para nosotros el interés



La viuda y sus hijos, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Bruselas

de permitirnos descubrir el punto de partida del que después fué el mágico colorista de *Una taza de te*.

En estos últimos años Stevens ha realizado una nueva evolución: le ha sucedido lo que á las personas de edad avanzada, que no ven menos bien, pero que ven más grandes las cosas. Como si su retina se hubiera dilatado, la visión es más amplia y menos precisa; el dibujo va siendo poco á poco menos minucioso, y en los últimos retratos del maestro, si bien se admiran la gracia y la elegancia, por encima de ellas hay una especie de modernismo del que sale perjudicado lo acabado de la factura. Algunas marinas, sin embargo, y algunos estudios de paisajes meridionales son dignos de su gloria.

Hace poco organizóse en París una exposición de las obras de Stevens que se celebró en la Escuela de Bellas Artes: la impresión que producía una visita á la misma componíase de muy diversos elementos. En los cuadros sombríos de su primera manera presentíase ya el gusto de la pintura acabada; así, por ejemplo, en *Mendicidad* se ve un aparador de joyería cuyos objetos están perfectamente ejecutados, y lo mismo sucede con el capacho de la pobre y los lápices, cuadernos y papeles que lleva en la mano. Desde aquel momento, un crítico perspicaz habría podido adivinar la preponderancia que en el arte de Stevens adquiriría aquella preocupación del detalle minucioso.

Delante de la colección de retratos de mujer que Stevens pintó en la madurez de su edad y de su talento, el placer de los ojos era completo: ante tal virtuosidad, tanta conciencia y tal estilo de ejecución, el espectador se recogía y admiraba, pero no podía menos de reconocer á la larga que si fué encantador y brillante, también fué Stevens algo superficial.

Cuando frecuentaba la terraza de Tortoni, gustábale concretar en pocas palabras para sus amigos y camaradas sus opiniones sobre la pintura, y en el libro *Frases de un pintor* se encuentran la mayoría de estos aforismos. Algunos son un tanto pueriles y habían sido enunciados antes, como por ejemplo: «La magnitud de una obra no se mide por sus dimensiones,» ó «Un cuadro, como una mujer bonita, necesita arreglarse;» pero al lado de estos pensamientos hay otros que nos descubren mejor la personalidad de Stevens, como por ejemplo: «La poesía en arte, sólo existe en el límite de la realización.»

En arte, como en literatura, ha habido una escuela romántica: Stevens, al principio de su carrera, pareció afiliado á ella cuando el romanticismo ya había pasado; sus asuntos se inspiraban en un sentimentalismo melodramático y traducía en alegorías fáciles verdaderos lugares comunes filosóficos. Cierto que á este género aportaba innegables cualidades de composición, de dibujo y de color; pero la crítica, sin dejar de alabar aquella virtuosidad, lamentó que se aplicara á la reproducción de fórmulas anticuadas. La crítica, que pretende sobre todo emitir juicios, presta también algunas veces servicios reales y positivos. Quizás aquella censura contribuyó á la emancipación del artista y á su orientación hacia el camino que definitivamente había de seguir; de todos modos, lo cierto es que antes de cumplir los treinta años emprendió resueltamente aquel nuevo rumbo, en el cual había de realizar tan rápidos progresos.

Como sus grandes precursores, los maestros flamencos, fué un productor infatigable, pintando sin esfuerzo, por un impulso natural desarrollado por la aplicación. Entre los setecientos ú ochocientos lienzos que dispersó por el mundo, ¡cuántas obras de primer orden podrían citarse!

Su arte, aun dentro del concepto de lo bonito, se mantiene vigoroso y sano. Y como cada época tiene su manera de amar y todo gran pintor encierra necesariamente dentro de sí una parte de verdad general y definitiva, quizás en su obra ha fijado Stevens la sensibilidad particular de las damas del segundo Imperio.

En la actualidad Alfredo Stevens, colmado de recompensas oficiales y comendador de la Legión de Honor, cuenta setenta y tres años y se encuentra vencido por la edad, ó mejor, por un cruel accidente. La fortuna inconstante, después de haberle sonreído, no le ha dejado en recuerdo de sus antiguos favores más que el privilegio halagüeño, pero platónico, de ver bautizada con su nombre una calle de París abierta en los terrenos en donde poseyó en otro tiempo un hotel rodeado de jardines que eran el encanto y la envidia de todo el mundo.

Sus amigos, deseosos de aliviar su triste suerte, sustrayéndole á penosas preocupaciones y reconfortándole con los rayos reavivados de su propia gloria, resolvieron hace poco celebrar su jubileo artístico, y á este efecto organizaron la exposición á que antes nos hemos referido y á la que prestaron su valioso concurso infinidad de museos y particulares enviando á ella los lienzos del celebrado pintor que unos y otros conservan como preciadas joyas.

Hablando de aquella exposición, decía un notable crítico francés: «Los que la visiten se sentirán subyugados por páginas exquisitas trazadas por mano maestra y vibrantes por la cálida armonía de los tonos, y podrán estudiar con interés curiosos documentos que contribuyen á la reconstitución de una época. Algunos, sin duda, aventurarán una ligera sonrisa delante de aquellos modernismos de otros tiempos, de aquellas elegancias caducas. Tal es, en efecto, el destino faltal del modernismo (y cada época tiene el suyo), ser objeto de menosprecio á los ojos de las generaciones demasiado próximas á la plenitud de su florescencia. Pero en arte, semejante juicio subordinado á las caprichosas evoluciones de la moda en el traje, en los adornos y en las costumbres, carece de toda autoridad; si alguna tuviese, ¡cuántos antiguos maestros hoy universalmente admirados resultarían condenados por ella! Sólo una posteridad más lejana, y por ende más imparcial, es la única competente para dictar un fallo equitativo: á esa posteridad tocará señalar el rango que merezca ocupar la obra de Stevens.»

Otro crítico, analizando uno de los aspectos de la obra de este artista, ha escrito lo siguiente, á propósito de dicha exposición: «Los cuadros de Stevens serán un documento para la historia del traje. ¡Cuán



El Amor y el Himeneo, cuadro de A. Stevens, que se conserva en las Casas Consistoriales de Bruselas

bello nos parece ese amplio vestido amarillo que admiramos en el famoso lienzo *Después del baile!* El pintor ha sabido fijar los reflejos de la temblorosa seda y ahuecar la falda, inmensa y ligera como un velo de gasa hinchado por un soplo de aire. El rostro y los cabellos se atenúan en la penumbra; la pantalla rosa de la lámpara ilumina discretamente la estancia. Aquella figura es realmente la reina del baile de regreso en su hogar... ¿Y no son también detalles de la historia del traje aquel vestido de crinolina, de un color azul gris á lo Stevens, como aquel sombrero, que se reflejan en la esfera de metal puesta en el centro de un jardín, y aquella falda blanca y negra con volantes de la mujer que se calienta las puntas de los pies, mientras una pantalla encarnada, bordada en oro, preserva el resto de su cuerpo de aquel fuego demasiado vivo?

«A todos los retratos expuestos puede aplicarse esta observación general. Nadie ha sido tan entusiasta como Stevens de la belleza un tanto amanerada de las cintas y de las fruslerías. Este artista nos restituye la imagen, ya anticuada, de las modas de otro tiempo, y nos obliga á reconocer que todas las modas femeninas son bonitas cuando las llevan lindas mujeres. Aquellas faldas huecas y aquellos miriñaques contribuían á la belleza de las elegantes de entonces, y aquella época del segundo Imperio recobra, gracias á exposiciones como esta, su verdadera fisonomía.

»Fué aquella una época deliciosa en la que dominaron todos los defectos bellos: el gusto por el lujo, la prodigalidad, la necesidad de aventuras, el amor á la gloria y el deseo de gustar.

»En la vida de aquellas damas hubo sin duda historias dolorosas ó trágicas; pero Stevens no ha querido expresar, al ponerlas en sus lienzos, más que el placer de vivir.»

En suma, aquella exposición ha consagrado una gloria legítima. Alfredo Stevens deja obras que desafiarán al tiempo, y si algunos críticos le han dirigido alguna pequeña censura, débese esto á que su talento impone por necesidad una comparación con los pintores de genio, y de esta comparación, como de todas, han de resultar censuras y alabanzas. – R.



VENTAS Y VENTORRILLOS. – Un ventorrillo en los alrededores de Sevilla, dibujo de S. Azpiazu

VENTAS Y VENTORRILLOS

En aquellos no lejanos días en que los españoles que se veían obligados á hacer un viaje á la corte, después de ponerse bien con Dios, de hacer testamento y dejar arreglados todos sus asuntos, se empaquetaban en la galera acelerada, y custodiados por varias parejas de escopeteros, luego de santiguarse devotamente, emprendían la marcha por caminos y carreteras á los cuales no había tocado la mano del hombre desde que los romanos las construyeron; en aquellos tiempos, repito, en que se tardaban de ocho á diez días por la cuenta más corta en ir desde Cádiz á Madrid, bien hiciesen el viaje en algún carromato ó sobre los lomos de un mulo, hacíase forzoso que en los puntos de descanso ó en los destinados al cambio de caballerías hubiese albergue donde dar posada á los arrieros y viajantes, y donde contasen éstos siquiera con algún lecho, que aun cuando fuese tan *apocado* y fementido como el de Don Quijote, permitiese á los asendereados cuerpos tomar la posición horizontal, de que se veían privados cuando iban de marcha.

Nuestros novelistas del siglo de oro, que á la fuerza se vieron condenados á rodar por ventas y ventorrillos y que tuvieron ocasión de tratar y conocer de cerca á los más famosos venteros, nos han transmitido copias fidelísimas de los cuadros que vieron al vivo representados en aquellas destartaladas y ruines hospederías, en las cuales no era cosa rara que el fatigado caminante que llegaba á sus puertas, muerto de hambre, oyese de la boca del huésped un tristísimo *lasciate ogni speranza* de encontrar refacción conveniente para el restablecimiento de sus fuerzas.

Pero no son estos los ventorrillos y ventas de que me propongo tratar ligeramente: fuera en mí presunción incalificable, después de lo mucho bueno que acerca de ellos dijeron los antiguos, ocuparme en describirlos, por lo cual me limitaré á hablar de los que he conocido, antes de que los ferrocarriles cruzasen nuestras campiñas, escalasen las más abruptas sierras y flanqueasen las laderas de nuestros valles. La facilidad de las comunicaciones ha concluído con aquellos hospedajes, muchos de los cuales aún subsisten en ruinas, sirviendo de albergue por las noches á las cabras y á los cerdos. Así permanecerán hasta que en plazo no lejano se conviertan en montón informe de escombros, y totalmente desaparezcan de este suelo, del mismo modo que se han perdido otras muchas características costumbres de las cuales sólo queda la memoria. Entonces las nuevas generaciones pasarán velocísimas, é impulsadas tal vez por la electricidad, por delante de las miserables ruinas, sin sospechar siquiera que ellas fueron teatro de sucesos trágicos, de sangrientas luchas, de alegres reuniones y de dramáticas aventuras, en las cuales ora intervenía el amor, ora las juveniles alegrías, ora, por último, el sórdido interés, las luchas de las pasiones, buenas ó malas, de las que fué siempre juguete la pobre humanidad.

Del excesivo concurso de personas de todas clases, edades y sexos en las ventas y ventorrillos, tenían que producirse escenas interesantísimas; y arrieros y soldados, y mayorales y caleseros, eclesiásticos y rufianes, mozas del partido y respetables damas, y pilluelos y miqueletes que en ellos se albergaban, formarían á no dudarlo un animadísimo conjunto, muy interesante para los artistas, pero seguramente muy molesto para los caminantes y viajeros que por fuerza tenían que acomodarse en aquellos asquerosos y hediondos cuartos y camaranchones, ó pasar la noche al raso, cuando la venta hallábase atestada de huéspedes.

Fueron en este siglo las ventas y ventorrillos á modo de cuartel general, de centro de operaciones, de los famosos bandidos que entonces infestaban las más ricas comarcas de la península. De acuerdo los capitanes de forajidos con los venteros, sabían de antemano y perfectamente los caminos por donde habían de pasar los viajeros de calidad ó los miqueletes que escoltaban los carros de caudales de la Real Hacienda; y así, apostados convenientemente en los sitios más estratégicos, caía la banda de ladrones súbitamente sobre la escolta, y desbaratándola con mayor ó menor lucha, apoderábase de los tesoros públicos ó de los intereses particulares. Y esto tenía que ocurrir diariamente, pues por fuerza las gentes veíanse obligadas á trasladarse de un punto á otro con el alma en un hilo, por el temor de caer en manos de los Siete Niños de Ecija, de José María, del Pájaro Verde, de Diego Corrientes y del famoso fraile Gama, cuyas crueldades corrían parejas con su osadía, entrándose con sus gentes en los lugares poblados y pernoctando en las ventas, para en ellas *planear,* de acuerdo con el ventero, la manera más eficaz y segura de dar un golpe de mano.

Eran también las ventas albergue de los más audaces contrabandistas. En sus pajares y sótanos se ocultaban los géneros, conducidos á lomo por ágiles caballos, y en ellas distribuíanse las sumas defraudadas á la Hacienda, en las barbas mismas de los mozos del resguardo. Natural era que la gente desalmada encontrase apoyo en los venteros, porque éstos generalmente habían comenzado su vida en aquel peligroso ejercicio, y porque si no les hubiesen prestado su decidida protección, bien pronto los habrían quitado de en medio. Una vez obligados á ser cómplices y encubridores, tenían mal de su grado que seguir siéndolo, valiéndose de todas las astucias posibles para despistar á las justicias, y empleando toda la sagacidad de los más redomados pícaros para pasar por hombres honrados, siendo criminales de cuerpo entero.

Al cambiar radicalmente nuestras costumbres, desaparecieron las ventas y ventorrillos de antaño, y sólo restan con dicho nombre en las poblaciones andaluzas unas tabernas ó *colmados* en los cuales se *corren las juergas* más monumentales por la gente alegre y por los señoritos de rumbo, pues en ellas se consumen los mejores vinos de Jérez y de Sanlúcar, los mejores mariscos y pescados, y los más suculentos guisos de menudo ó de apetitosos caracoles, que con su salsa picante se llevan tras de sí los gargueros mas resistentes.

Estas ventas, en las cuales no se da hospedaje, como en las antiguas, hállanse situadas en el campo é inmediatas á las ciudades; y por lo que á Sevilla respecta, no es posible hablar de ellas tin mencionar dos que han alcanzado notoria celebridad dentro y fuera del reino. ¿Quién no ha oído hablar de las ventas de *los Gatos* y de *la de Eritaña?* La primera, inmortalizada por Bécquer, permanece en pie, si bien ya muy variado su aspecto, en el camino que conduce al cementerio, *por donde siempre vuelven menos de los que van.* En aquel pintoresco paraje, entre las arboledas de las huertas de la Macarena, resalta la casita blanca como el armiño, delante de cuya puerta y bajo rústico emparrado se ven las mesillas de pino con sus taburetes anchos y robustos que esperan á los alegres *mamanilleros,* los cuales desde por la tarde acuden, cual devotos peregrinos, á refrescar las fauces y entonar los estómagos con sendos tragos del dorado líquido, servido en relucientes bateas de blanca hojalata ó de metal amarillo, más brillante que el oro.

Las parejas amorosas, que van ó vuelven de paseo, hacen estación en los ventorrillos, y no faltan damas y galanes al uso que por la noche, muy recatadamente, escogen estos apartados sitios como punto de cita, ocultándose de las miradas indiscretas entre las sombras de las espesas arboledas que rodean la casa.

Pero si queremos ver las ventas y ventorrillos de la Macarena rebosando alegría, henchidos de gente moza que retozona y alegre ocupa su portal, patio, habitaciones y hasta la azotea, iremos entonces cualquier domingo de los del mes de noviembre... El mes dedicado á la memoria de los muertos es el que escogen los vivos para divertirse, en el que tienen lugar las mayores fiestas, las *juergas* más estrepitosas. Por delante de los ventorrillos y de sus bulliciosos corros pasa incesante muchedumbre de gentes de todas clases y edades que van al campo santo; unas, las más, por curiosidad; otras, las menos, para visitar las tumbas de sus personas queridas, y así se da frecuentemente el caso de que mientras una alegre muchacha *se baila,* taconeando sobre una mesa, entre el rasguear de la guitarra, con su acompañamiento de palmas y de castañuelas, encuéntranse sus ojos con los de una enlutada madre que conduce pobre corona de flores para depositarla en la tumba de su hijo...

En cuanto á la *venta de Eritaña,* famosa por más de un concepto, no es ciertamente el sucio y abandonado ventorro de hace treinta años. Su caserío limpísimo hállase rodeado de hermosos y bien dis-

puestos jardines plantados de naranjos y de rosales, que forman el fondo de las casitas rústicas, de los cenadores y quioscos, entre los cuales resaltan los que figuran la *Torre del Oro* y el *Puente de Triana,* con sus muros tapizados por las enredaderas y los jazmines.

No hay forastero, de los que vienen en primavera, á quien no se le dé á conocer este sitio sin rival; y de muchos sé que aprendieron tan bien el camino de la venta, que más frecuentaron aquí sus visitas que á la catedral, al Alcázar ó á nuestros históricos monumentos; pues no sólo deléitase el espíritu, sino que los ojos se recrean contemplando los animadísimos grupos diseminados por los jardines, en una de esas noches espléndidas en las cuales la luna ilumina los rostros de las mujeres de aterciopelada tez y de brillantes ojos negros, que envueltas airosamente en sus pañolones de seda de Manila, bailan vertiginosamente, retorciendo sus caderas, elevando sus brazos y sonriendo provocativamente en medio de los atronadores ¡ole!, ¡ole! que arrancan de la entusiasmada concurrencia.

Las plumas del *Solitario* ó de *Fígaro,* del duque de Rivas ó de Gustavo Bécquer podrían trasladar al papel las impresiones que despiertan en la mente cuadros tan encantadores como son los que se ofrecen á nuestra vista en la famosa venta. Por mi parte tengo que contentarme con lo dicho, en la imposibilidad de que pluma tan desmañada como la mía pueda acometer la obra de describir una fiesta *por todo lo alto* en ese poético y delicioso rinconcito sevillano que se llama la *Venta de Eritaña.*

J. Gestoso y Pérez.

AMOR

Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata.

Bécquer

Cuando en la taberna de *Paixarell,* donde á la vuelta del trabajo se reunían los mozos del pueblo para tomar unas rondas, le dieron la noticia á *Nelo,* se quedó anonadado. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo, imponerse á la materia con voluntad de gigante para que no se le cayera de la mano el vaso lleno del *resoli* de la muerte.

Un amigo fué el encargado de hacer pública la noticia. Llegó á la taberna, ansioso, anhelante, y al divisar á *Nelo* comenzó con un insidioso «*¿Chè, no saps?*.., para luego, minuciosamente, dar muestras de la bondad de sus informes.

Pues sí, se casaba *Roseta.* Aquella misma tarde había quedado concertada la boda.

El novio, el *fill de la Rocha,* no era, en un principio, muy de su agrado; pero ya esos ascos desaparecieron con sanos y prudentes consejos. Los de sus tíos sobre todo.

Con *Nelo* no se había de casar. Era una locura que no merecía ni el trabajo de pensarse. No era mal muchacho, trabajador, honradote, formal, parecía estar enamorado de la chica; pero con estas cosas no se come. Y *Roseta,* y sobre todo los *Canonches,* sus tíos, necesitaban algo más que comer.

Los *Canonches* habían sido los primeros de la huerta, su alquería una de las mejores fincas de la *contorná,* y el *estudi,* amueblado como las casas *dels siñors* en Valencia, era la envidia de todos los vecinos y el sueño dorado de los novios que pensaban en hacer su nido.

Cuando llegaban las celebradas ferias de julio en la capital y con ellas las corridas de toros de *San Jaume,* los *Canonches* eran indispensables en la contrabarrera del hermoso circo, llevando en la faja, que sujetaba la blanquísima camisa y el *chopetí* de terciopelo con botones de plata, el bolsillo de pasadores bien repleto de relucientes monedas, para convidar á sus amigos y conocidos, pasando de mano en mano la bota, hinchada por el vino duro y un poco áspero de la huerta.

Aquellos tiempos habían pasado para no volver.

El *Canonche* mayor, el padre de *Roseta,* quiso meterse en política; necesitaba también dar este nuevo empleo á su actividad, y en poco tiempo fué el cacique de todo el partido judicial; pero vinieron unas elecciones, el *Canonche* tenía su candidato, y hubo que luchar á la desesperada para conseguirle algunos votos enfrente del candidato ministerial, á favor del cual echaron en el gobierno civil todos los del censo.

Aquella derrota fué la muerte del *Canonche.*

Una noche, en la taberna de *Paixarell,* discutiendo si la conducta de un tertulio, muñidor del gobierno en las elecciones, había sido una *porcá,* se liaron de palabras y hubo bofetadas y algunas sillas fueron por el aire.



Ventas y ventorrillos. - Camino del ventorrillo, dibujo de S. Azpiazu

La cosa quedó así, por de pronto; pero al disolverse la reunión y al poco tiempo de salir de la taberna, el agente electoral fué muerto de un tiro al atravesar la acequia.

La justicia puso mano en el asunto; prendieron al *Canonche* y se llenaron muchos folios para averiguar si había sido el autor de la muerte del agente. No se puso nada en claro; pero golillas y leguleyos clavaron las aceradas uñas en el saneado capital de los *Canonches,* y cuando después de dos años salió el mayor á la calle, apenas si podía llamarse dueño de la alquería, hipotecada, y de un pedazo de huerta no más grande que un pañuelo.

Los disgustos, los desengaños, el dolor ocasionado por la pérdida de la influencia y del poder, aceleraron la muerte del padre de *Roseta.* En los *Canonches* aquella pérdida dejó un sedimento amargo, una comezón de rehabilitarse que había que satisfacer. No eran ellos hombres que abandonaran un camino emprendido, ni que cedieran ante el obstáculo. Era preciso dorar los cuarteles del noble escudo de los *Canonches,* y preciso á toda costa.

Roseta, casada con el hijo de la *Rocha,* podía ser una solución, y á ella se acogieron los dos *Canonches* supervivientes, acariciándola desde que brotara en la mente del más pequeño de los hermanos, enamorado de las soluciones diplomáticas.

Todo esto lo sabía *Nelo,* lo sabía toda la huerta, y era un motivo más para que diera como auténticos aquellos informes que *Sento, el del racó,* traía.

Se ahogaba. Se echó fuera de la taberna, tambaleándose, con los ojos espantados, con las manos caídas, con la boca abierta, buscando aire que hinchara su pecho, aliviándole de aquella inmensa pesadumbre.

Era noche cerrada.

Por la carretera polvorienta, alumbrada por la claridad melancólica de las estrellas, volvían los animales de labor, arrastrando el arado que levantaba nubes de polvo y rasgaba con nervioso chirriar el firme del camino.

Algún carro de pesadas ruedas, crujiendo las apretadas galgas, se balanceaba al tardo paso de la reata, iluminada por los mortecinos fulgores del farolillo colgado del toldo.

Sobre los sacos de trigo, los pellejos de aceite ó las cubas de mosto dormía el carretero, de bruces, con la cabeza entre los brazos y las piernas colganderas, oscilantes á compás del vehículo.

Por los lados del camino, en hilera, como hormigas en busca del otero, venían las mozas de la huerta ocupadas durante el día en las fábricas de la capital. Colgada del brazo izquierdo la cestilla de las provisiones, marcando el derecho, extendido, el compás del paso menudito y airoso, iban pasando las muchachas, que al cruzarse con *Nelo* le saludaban con un afectuoso *¡Bona nit!*

Nelo no contestaba.

Seguía por la carretera adelante, dando vueltas en su cabeza al pensamiento agitado, embravecido, como un Océano en tormenta.

Toda su vida de trabajo, de privaciones, de lucha, la veía pasar ahora detallándose en todos los instantes. Fué su norte aquella mujer, que conoció de niño y amó de hombre con fanatismo salvaje. Por ella le fué siempre grata la empresa del vivir, entregándose á la tierra en sacrificio callado y constante, siempre dispuesto y animoso.

¡Qué cambio!

Recordaba las noches pasadas junto á la barraca de los *Canonches,* apoyado en los travesaños de madera de la ventana de *Roseta,* ara donde Amor recibía ferviente y ardoroso culto.

Para aquella divinidad, tirana del mundo, era aquel escenario adecuado; y mientras la Naturaleza, callada, dormía en aquel rincón de la huerta, se hacían juramentos, aún no dichos cuando ya renovados, y se tomaba á las estrellas, á las plantas, á las flores, al mundo todo, por testigos de que sólo podría existir la felicidad fundiéndose en una aquellas dos almas, encarnadas en dos cuerpos distintos por un alarde del Poder Omnipotente.

Nelo se paraba de cuando en cuando, y por delante de sus ojos veía pasar todas las escenas de aquel gran cuadro de su desventura.

Creía estar soñando y se restregaba los ojos violentamente para desechar la pesadilla. Reemprendía el camino é iba analizando, una por una, todas las escenas de sus amores con *Roseta,* desde que niños comenzaron á buscarse con fraternal afecto, hasta que se comprendieron y amaron, jurándose ser el uno del otro.

Los *Canonches* siempre se opusieron á aquellos amores; pero era una oposición benévola, con temporales concesiones, que, de cuando en cuando, hacían desaparecer los cálculos para lo futuro del *Canonche* diplomático. En los últimos tiempos arreció la oposición, desde que éste vió en el matrimonio de su sobrina con el hijo de la *Rocha* una solución satisfactoria para sus ambiciones y proyectos. Y entonces hubo que aminorar las entrevistas y suprimir los tiernos coloquios en la ventana; pero fué aquello acicate á la pasión de la muchacha, y á escondidas, aderezados con la salsa de lo prohibido, obtuvo *Nelo* nuevos juramentos y promesas.

El golpe era así más rudo.

No hacía muchas horas que había oído de labios de *Roseta* nuevas seguridades de su amor, cuando la noticia de la taberna poníala de manifiesto como perjura.

No podía ser. Todavía dudaba.

Y tambaleándose, como un ebrio, siguió adelante, con los ojos, de mirar estúpido, fijos en el polvo blanquecino de la carretera.

* * *

En toda la huerta era aquel el tema de las conversaciones; la boda de *Roseta* con el hijo de la *Rocha.* Iba á ser sonada.

Los *Canonches* habían apurado todos los recursos de su imaginación, no pobre, y de su bolsa, más que escuálida, para que su sobrina fuera al matrimonio como correspondía al brillo de la ilustre casa.

La *Rocha* no quiso ser menos. Si los *Canonches* representaban los viejos pergaminos, su hijo era el presente bien pertrechado de sonantes monedas, que eclipsaban pasadas grandezas.

Toda la huerta había sido invitada á la fiesta nupcial. Una boda con órgano y con sermón, según los conspicuos bien enterados decían la noche antes en casa de *Paixarell,* donde se prolongó la tertulia más de lo ordinario, animadas las lenguas por tema de conversación tan sabroso y por algunos vasos de extraordinario debidos á la longanimidad del novio.

Para *Nelo* fué aquella una noche terrible. Noche de insomnio en la que pasaron por delante de sus ojos, abrasándoselos, las remembranzas de la dicha perdida. Como las misteriosas palabras del festín babilónico, se le aparecieron con trazos de fuego escenas de amor en las que un odiado rival le había usurpado el puesto. El dúo amoroso se desarrollaba ante los ojos de *Nelo* con la fuerza y el relieve de la

vida; las miradas dulces, las palabras de miel, las actitudes apasionadas de *Roseta* y el rival afortunado eran una burla, un desafío, una injuria que abrasaba el rostro de *Nelo,* que llevaba toda la sangre á su cerebro enloquecido, mientras le paralizaba la acción, encadenándolo al lecho, por el dolor, por el desprecio, por el odio.

Sujetándose la cabeza con las manos, á medio vestir, dando trancadas por la barraca obscura, perseguido por la visión de fuego, abrió la puerta y salió al campo.

La noche era hermosísima. Una noche del agosto valenciano, plácida, luminosa, perfumada por los naranjos en flor y los jazmines trepadores y oreada por las brisas marinas que, antes de llegar á la ciudad dormida, cantaban por entre las moreras y cañaverales. Y la luna, en todo su esplendor, obscureciendo los millares de estrellas, que parpadeaban como diamantes en la inmensa bóveda azulada, alumbraba á trechos la tierra, formando afiligranados encajes y caprichosos arabescos al filtrarse por entre el ramaje de los árboles y las cañas de los emparrados. El fresco de la noche reanimó á *Nelo*. Bebiendo con ansia las ráfagas del amanecer, señalado en el cielo por una franja lechosa que surgía del Oriente, fueron desvaneciéndose los fantasmas de la tremenda vigilia, y tras la lucha terrible venció el hombre. La razón fría, la dignidad del varón fuerte, hablaban para decirle que su camino estaba trazado.

Y escupiendo, con un mohín de desprecio, todas aquellas amarguras, con la hoz y la manta, como armas de combate, se lanzó al camino, al trabajo, como luchador seguro de sí mismo y de su fuerza.

* * *

Al llegar *Nelo* á la plaza del pueblo era de día. Estaban abiertas las puertas de la iglesia, y muchas mujeres llegaban presurosas para no perder detalle del acontecimiento, que iba á ser durante muchos años el de la huerta.

El mozo se detuvo en el centro de la plaza. Titubeó un momento, y luego, resueltamente, esquivando las miradas de las mujeres allí apostadas, entró en el templo. Lo envolvía dulce penumbra, en muchos sitios casi la obscuridad, y *Nelo,* oculto tras los pilares de una capilla, vió el altar de la Virgen resplandeciente de luces, de flores, de blancos paños y caladas blondas, en que manos femeninas habían hecho obras primorosas de plancha y de rizado.

Ante el altar, cubierto con adamascada colgadura, estaban alineados los almohadones para los novios y las sillas para padrinos y testigos. Era una boda de rumbo y no faltaba un detalle. Los *Canonches* sabían, cuando llegaba la ocasión, hacer las cosas. De una ojeada vió *Nelo* todo aquello; algo le subió á la garganta que le ahogaba, y á ella se llevó las manos.

El silencio solemne del templo se interrumpió de pronto. Un grupo de gente avanzaba por la nave adelante, llenando el espacio de mil confusos rumores, palabras ahogadas, arrastrar de pies sobre el pavimento, sordos cuchicheos, risas contenidas á duras penas por la seriedad del lugar y de la escena en desarrollo.

Acomodáronse los que llegaban en los sitios que tenían señalados, y ante el altar se hincaron los novios.

Destacábase la figura de *Roseta* como la estatua de la Insensibilidad. Su rostro de tez nacarina, sin matices, su frente ovalada, sus ojos negros, rasgados, quietos, como mirando hacia dentro, protegidos por la sombra misteriosa de las cejas de arco correctísimo y las largas pestañas, tenían como marco el peinado de cocas con horquillas doradas y la mantilla de toalla, que medio ocultando las *poleas* de perlas de las orejas, caía sobre el busto opulento, cubierto por el jubón de negra seda.

Sonaba el órgano, dando al aire con sus notas pardas y desgarradas, lo mejor y lo más alegre del repertorio del *Chodiot,* el maestro de escuela y organista, todo en una pieza, cuando el cura, con los ornamentos de las grandes solemnidades, subía las gradas del altar, dispuesto á impetrar de lo alto todas las gracias imaginables para aquellos á quienes, aquí bajo, iba á unir con las bendiciones de sus manos ungidas, aunque pecadoras.

Después, sobre los hombros del hijo de la *Rocha* y la gentil cabeza de *Roseta* echó el yugo de rameado brocatel con galoneaduras de oro; signo de respeto, de sumisión, de acatamiento de la esposa para el esposo.

Nelo, agarrado á la columna de la capilla, jadeante, contemplaba todo aquello sin darse cuenta exacta de lo que veía. El nudo de la garganta trocóse en círculo de hierro que le atenazaba el cráneo, calenturiento, próximo á estallar. Cuando sobre la frente de *Roseta* cayó el yugo tornasolado, á modo de estigma infamante, todo lo vió rojo; una llamarada inmensa que cubría personas y cosas haciéndolas bailotear con furia infernal.

Como loco lanzóse entonces sobre el grupo que al pie del presbiterio había, y de un salto llegó junto á *Roseta,* y de un zarpazo arrancó el yugo que la cubría, levantando después la mano, armada de la hoz, para segar de un solo golpe, sin piedad...

Y cuando los ojos negros, rasgados, como mirándose en el alma, volvieron sobre el mísero, inquiriendo la razón de todo aquello, la hoz escapósele de la mano, y cayendo de rodillas, sólo tuvo fuerzas para estallar en un sollozo:

– ¡No puedo, Señor, no puedo!

EMILIO DUGI



CONFLICTO CHINO. – TROPAS REGULARES CHINAS EN SUNG-KIANG, dibujo de H. C. Seppings

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. – A pesar del tiempo transcurrido desde que los aliados entraron en Pekín, poco han adelantado las negociaciones para llegar á una solución definitiva que sirva de remedio á los males pasados y de garantía para evitarlos en lo porvenir. Las comunicaciones diplomáticas se suceden unas á otras, y hasta ahora no se ha podido dar con una proposición que satisfaga á todos. ¡Son tantos y tan contrapuestos los intereses de las partes que intervienen en el conflicto chino! Comenzó Alemania con una nota en la que se exigía que el gobierno chino entregase los culpables de los sangrientos sucesos allí ocurridos á las potencias aliadas para que éstas les impusieran por sí mismas el condigno castigo; pero esta nota no logró prosperar, pues si todos los gobiernos interesados aceptaron la idea del castigo, consideraron al mismo tiempo innecesaria la humillación que se imponía al vencido obligándole á entregar, á dejar juzgar y á hacer castigar á sus súbditos por gentes extranjeras. Después de varios tanteos, parece ser que el ministro



EL PESCADOR DE CARNADA, dibujo de F. Fernández de la Mota



PARTIDA EMPEÑADA, cuadro de Román Ribera



Aldeano vasco, cuadro de Stanhope Forbes

de Negocios Extranjeros de Francia M. Delcassé ha encontrado la fórmula que podrá servir de punto de partida para llegar á la paz: la proposición por él sometida á la aprobación de las demás potencias contiene como puntos principales los siguientes: castigo de los principales culpables, pago de indemnizaciones por los daños sufridos, declaración de libres de todos los puertos que Europa designe, desartillado de los fuertes de Takú y ocupación militar por los europeos de dos ó tres puntos entre Tien-Tsin y Pekín, creación de una guardia permanente en la capital china para seguridad de los representantes extranjeros y adopción de las reformas político-administrativas que puedan considerarse como garantía suficiente para el porvenir.

Por lo que toca á la actitud del gobierno chino, es muy difícil sacar algo en claro de la multitud de noticias contradictorias que acerca de la misma se reciben: unas nos dicen que está dispuesto á combatir á los boxers, á quienes persiguen las tropas regulares; otras afirman que nada de esto es cierto y que, por el contrario, los generales fraternizan con ellos y que gozan de gran predicamento en la corte los mandarines que los favorecen; ya se dice que los contingentes regulares atacan á las fuerzas de los aliados; ya se da como cierto que los culpables del movimiento antiextranjero han sido severamente castigados. Y en un telegrama últimamente recibido se asegura que la emperatriz se encuentra gravemente enferma en Taiyuenfan, que el emperador ejercía la libre dirección de los asuntos del Estado y que han sido decapitados Yingnien, Chaafuchiad y Kangyi, condenados á prisión perpetua el príncipe Chuang, el duque de Tsailan y el príncipe Yin y desterrado á la frontera de Siberia el príncipe Tuan.

De ser ciertos estos castigos, se habría dado un paso en el camino del arreglo decisivo; pero aparte de que la noticia bien puede ser falsa, queda otra duda por resolver. ¿Serán realmente los príncipes, duques y demás personajes que se citan los que han sido castigados por el gobierno chino? Porque lo gracioso del caso es que uno de los mayores recelos de las potencias es que pueda haber, cuando llegue el momento de hacer efectivas las responsabilidades, una substitución de personas, muy difícil, si no imposible de evitar, tratándose de individuos de aquella raza. Por esto el emperador de Alemania pedía en su nota que los que se dieran como culpables fuesen identificados por los representantes diplomáticos acreditados en Pekín. Tendría gracia que después de tantas negociaciones y de todas esas decapitaciones, destierros, etc. resultase que los supuestos príncipes son infelices esclavos sacrificados á las justas exigencias de los aliados, y que los chinos dieran á éstos gato por liebre, como vulgarmente se dice. Todo puede esperarse de un pueblo para quien la mentira parece ser una virtud y para quien todos los recursos son lícitos, si con ellos logra el fin que se propone. A bien que esto sucede también con otros pueblos que ahora pretenden dar lecciones de puritanismo á los hijos del Celeste Imperio.

Aldeano vasco, cuadro de Stanhope Forbes. — Muchas veces hemos dicho que la naturaleza es la mejor fuente adonde pueden acudir los artistas en busca de inspiración: los espectáculos que ofrece, eternamente varios en medio de su aparente uniformidad, encierran todos ellos incomparables bellezas que si en el ánimo del profano producen sólo una impresión fugaz, penetran hondamente en el alma de artistas y poetas, despertando en ellos sensaciones duraderas que les permiten dar forma acabada á lo que por un instante vieron sus ojos. El paisaje con sus múltiples accidentes y su riqueza de matices, el cielo con sus notas de color variadas, los aldeanos con sus trajes típicos y sus costumbres pintorescas, proporcionan inagotables temas para obras que, realizadas por mano experta, no sólo han de halagar los sentidos, sino que además han de producir una emoción estética que otros asuntos grandiosos y complicados raras veces logran despertar. El famoso pintor inglés Stanhope Forbes, miembro de la Real Academia de Londres, nos demuestra con su *Aldeano vasco* que sabe sentir como pocos los encantos de la naturaleza y que con los más sencillos medios puede conseguirse un efecto excelente, si aquellos medios son utilizados por un artista de la talla del autor del cuadro que nos ocupa.

La parisiense, cuadro de Carlos Vázquez. — Varias son las obras que de este distinguido compatriota hemos publicado en La Ilustración Artística, y al hacer la descripción de las mismas hemos elogiado como se merecen las notables aptitudes artísticas que en ellas se admiran. No repetiremos, pues, lo que otras veces hemos dicho, y únicamente haremos notar, comparando el cuadro que hoy reproducimos con los anteriores del mismo autor, el talento con que éste cultiva los más diversos géneros y la habilidad con que traslada al lienzo los tipos, los lugares y las escenas más diferentes.



La parisiense, cuadro de C. Vázquez

Meditación, dibujo original de Ramón Alsina y Amils. — Más artista que pintor, hállanse armonizadas en Ramón Alsina las aspiraciones de quien como él siente el arte, con los ideales que alimenta el poeta, porque en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivínase siempre el esfuerzo de su soñadora fantasía. Poetiza el arte, y de ahí que en todos sus cuadros, especialmente en los paisajes, se lea una sentida estrofa. Inspírase en los geniales contrastes y bellezas que la naturaleza ofrece, copiándola en sus encontrados aspectos. Busca en ella el manantial de su inspiración, presentándola de manera que en sus combinaciones de luz, celajes y vegetación admíranse bellezas y revélanse las cualidades características del pintor. La hermosa figura que reproducimos en estas páginas atestigua cuanto apuntamos.

El pescador de carnada, dibujo de F. Fernández de la Mota. — El distinguido dibujante Fernández de la Mota es un excelente observador del natural, como varias veces han tenido ocasión de apreciar nuestros lectores. En todas sus obras, la verdad prevalece y la impresión de la realidad se impone, y esta cualidad, ya de por sí tan digna de alabanza, hállase avalorada siempre por una ejecución cuidada, sin pecar de minuciosa, que demuestra al par que su conciencia artística su conocimiento de todos los recursos técnicos. *El pescador de carnada* es un estudio hecho durante la estancia del artista en Cádiz, y en él se ven patentizadas las condiciones que dejamos indicadas: hay en el dibujo luz y ambiente, la perspectiva está bien estudiada, la figura que en él se destaca resulta perfectamente entendida y el conjunto de la composición es de un hermoso efecto, al que contribuye la perfecta disposición de los detalles que forman el fondo del dibujo.

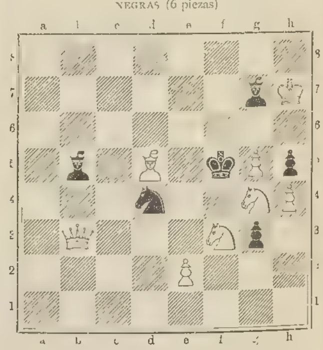
Partida empeñada, cuadro de Román Ribera. — La circunstancia de habernos cabido la suerte de reproducir en esta Revista las principales obras que ha producido este distinguido pintor, nos obliga hoy á referirnos á cuanto hemos dicho respecto del artista y de todas y cada una de sus producciones. La que hoy copiamos, que forma parte de una notable colección de esta ciudad, pertenece á uno de los géneros en que más notoriedad ha alcanzado Román Ribera, que en esta clase de obras recuerda las de Van Ostade y Terburg, mostrándose, como en todas, seguro en el trazo y hábil colorista.

Otoño, dibujo original de José Masriera. — Es José Masriera uno de nuestros más notables paisajistas, tan galano en representar la naturaleza como lo es su hermano Francisco en reproducir la forma plástica. Observador profundo, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha puesto en juego estas cualidades en beneficio del arte á cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. La corrección, la exactitud y la belleza son las notas características de sus paisajes. A sus recomendables cualidades debe la merecida consideración de que goza, y á su proverbial galantería debemos, á nuestra vez, la ocasión de dar á conocer á nuestros lectores el interesante estudio que con el título *Otoño* reproducimos en la última página.

AJEDREZ

Problema número 212, por J. Dobrusky

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 211, por M. Ehrenstein

Blancas.	Negras.
1. Dc6–a8	1. Cc7 toma D
2. Cd4–b5	2. Cualquiera.
3. C mate.	

VARIANTES

1..... Cb6 toma D ; 2. Cd4–b3, etc.
1..... Cb6 toma Pc4; 2. Cd4–b5 etc.
1..... Cb6 toma Pd5; 2. Cd4–b5 ó b3, etc.
1..... Cb6 – c8 ; 2. Cd4–b5 ó b3, etc.
1..... Ab1–d3 ú otra; 2. Da8–f8, etc.



Tengo un amiguito que piensa como usted y me da algún remedio y me cuida.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Durante horas enteras se dejaba mecer por aquellos ensueños, y volvía á la realidad lo más tarde posible, deslumbrado aún por los resplandores que habían bañado su alma.

También con frecuencia evocaba en sus ensueños el afecto más viril de un padre.

Si todo su ser se sublevaba secretamente al verse obligado á confesar que Ceferina era su madre, sentía una especie de cólera indignada al reconocer que *Caracol* era su padre.

Sin embargo, no podía ser padre un hombre que aconseja á su hijo que robe, que le educa en el vicio, que le desmoraliza y le mata el alma pura de niño.

Un sudor frío de pronto inundaba su frente.

Recordaba la noche terrible de Moisdon... y oía el grito atroz del hombre asesinado.

¿Y *Caracol* le hubiese llevado allí... siendo su padre?

Un padre debería ser para el hijo un símbolo de honor, un continuo ejemplo, un guía severo y firme en la senda del bien; un sublime consejero, un ser respetado, cada una de cuyas palabras de reproche es una especie de castigo supremo, y cada palabra de elogio una recompensa.

¡*Caracol* su padre!

El niño lloraba mucho al reflexionar de este modo.

Sufría cruelmente.

Y sin embargo, le parecía sentir una vaga certeza de próximo consuelo.

Como si hubiese adivinado que alguien se desvivía por devolverle el bien perdido.

Mientras tanto, Jorge continuaba sus investigaciones con decidido empeño.

Desde su vuelta de Penhoet, había reanudado sus lamentables peregrinaciones á través de las últimas capas sociales de París.

Una mañana encontróse en una de las calles más excéntricas de Vaugirard con un niño de unos doce años, que tiraba penosamente de un carretón de mano cargado de muebles y ropas.

El niño, haraposo, demacrado, no podía con la carga y resbalaba á cada instante, á causa de lo grasiento del piso; sudaba á mares y respiraba jadeante, sofocado por el esfuerzo.

Apoderóse de Jorge una compasión inmensa.

– Este niño tendrá unos trece años, pensó; á poca diferencia la edad que hoy tendría Fanfán.

De pronto, el niño fué acometido de un violento acceso de tos y se apoyó en la pared para no caerse.

La tos se terminó por un vómito de sangre.

– ¡Esta criatura está mala!, exclamó Jorge apresurándose á sostener al niño en sus brazos.

– No es nada, caballero..., mi resfriado..., se acabó..., muchas gracias... ¿Me haría usted el favor de decirme cuál es la calle de Alesia?

– ¿Vas á la calle de Alesia?

– No, señor, pero debo tomarla para llegar al punto donde voy.

– ¿Vas lejos?

No sé, detrás del hospicio de Santa Ana, según me han dicho.

– ¿De dónde vienes?

– Del viaducto de Auteuil.

– ¿Quién te manda de tan lejos con semejante carga?

– Mis tíos. Nos mudamos hoy, y es preciso que cada uno haga de su parte lo que pueda.

¿Por qué no han alquilado un hombre para transportar todo esto?

– Puede que no tuvieran dinero bastante.

Un nuevo acceso de tos le impidió continuar.

Vaciló de nuevo, próximo á caerse.

– ¡Esto es horrible!, exclamó Jorge indignado.

Vuelto en sí, el niño dijo:

– Generalmente, no me obligan á hacer cosas tan pesadas.

¿Tienes madre?

– No, señor; soy huérfano. Me crié con mis tíos.

– ¿Por qué no te han hecho cuidar en el hospital, estando tan enfermo?

– Me llevaron. Pero me despidieron al cabo de algún tiempo, porque los médicos no sabían ya qué darme. Mis tíos dicen que mi enfermedad es incurable y que es inútil gastar dinero en medicinas.

- Entonces nada hacen por ti...

– ¡Oh! Tengo un amiguito que piensa como usted, y me da algún remedio y me cuida.

– ¿Un amiguito?

– Un primo. Nos conocemos desde muy chiquitines y nos queremos mucho. Pretende que puedo curarme y me compra píldoras y aceite de hígado de bacalao con el dinero que puede ahorrar.

El niño, á quien el hablar fatigaba mucho, se detuvo un instante.

Y añadió luego, con una dolorosa sonrisa, en tanto que brillaba en su rostro un cándido entusiasmo y un afecto fraternal:

– La verdad es que no creo mucho en lo que me dice. Me parece que los médicos no se equivocan y que me voy á morir pronto. Pero como él llora cuando se lo digo..., finjo que le creo y tomo todas las medicinas que me da..., porque no hay droga que yo no tomase por evitar un disgusto á Fanfán.

– ¡Fanfán!..

– Sí, así se llama mi amiguito.

– ¡Se llama Fanfán!, repitió Jorge con voz vibrante de emoción.

– Sí, señor... Nunca le he dado otro nombre.

– ¿Y su apellido?

– No sé. No le conozco apellido alguno. Yo me llamo Claudinet; mi tío *Caracol* y mi tía Ceferina son sus padres..., al menos así les llama él.

Jorge vaciló como bajo un golpe mortal.

¡*Caracol!..*

No era la primera vez que oía aquel apodo.

¡*Caracol!..*

Esta palabra resonaba en su cerebro.

¿No era el nombre dado por el siniestro bandido á quien entregó el niño espúreo en la trágica noche del Parque de los Príncipes?

¡Sí, ahora lo recordaba bien!

Y tuvo como un desvanecimiento de alegría loca y al propio tiempo un estremecimiento de terror.

Dominóle una embriaguez de dicha pensando que al fin iba á encontrar al niño perdido.

Un espantoso temor de engañarse por la centésima vez asaltó á su calenturienta imaginación.

«¡Y aunque sea él, pensaba acosado por un amargo pensamiento; aunque sea el niño arrojado por mí..., no es mi hijo!»

Ya no se trataba más que de un deber que cumplir.

Reparar, si era necesario, una exageración posible en el castigo impuesto.

No se atrevía á confesarse á sí mismo que también se trataba de acallar un remordimiento.

– Muchacho, dijo á Claudinet, tus tíos se han figurado sin duda que no era tan larga la distancia que habías de recorrer. Voy á alquilar un hombre para que conduzca el carro. Nosotros iremos tranquilamente juntos. Te acompañaré hasta tu casa, á fin de excusar tu tardanza y explicar mi intervención.

Claudinet vaciló; temía aceptar la oferta; pero sintiendo agotadas sus fuerzas antes de haber llegado á mitad del camino, no se atrevió á decir que no á tan halagadora proposición.

Jorge se lo llevó á un restaurant y le hizo comer, mientras que un mozo de cordel iba á esperarles con el carro detrás del hospicio de Santa Ana.

– ¡Ay, caballero!, decía el niño á Jorge en el restaurant, ¡si viera usted qué simpático es Fanfán! Al contemplarle, muchas veces he pensado que pertenece á otra clase que nosotros.

– ¿No es hijo de tus tíos?

– Es verdad. Sin embargo, si usted le tratase, comprendería que hay una gran diferencia entre él y nosotros. Tiene ideas y expresiones que me admiran, que me consuelan y que nunca se me hubieran ocurrido á mí.

Excitado por la comida, Claudinet charlaba con inusitado abandono.

– Tal vez diga un grave desatino, pero no me cabe en el magín que Fanfán sea hijo de mi tío *Caracol*.

– Entonces, ¿qué crees?

– No sé, pero se me figura recordar que hubo un tiempo en que no había más niño que yo en el coche.

– ¿En qué coche?

– ¡Ah! Usted no sabe. Mi tía Ceferina es sonámbula extralúcida. Teníamos un coche que hemos vendido. Por esto nos mudamos hoy.

«*¡Caracol!*.. ¡Un coche de sonámbula!..,» pensaba Jorge.

Sí, sí; era la profesión que el hombre había indicado.

– Cuanto más lo pienso, más lo voy recordando, continuó Claudinet. Con seguridad, yo no tenía antes á mi primo. Una mañana, llegó de pronto...

– ¿Una mañana?

– Mi tío nos dijo que lo traía de casa de la nodriza.

Jorge sintió la necesidad de explicaciones más precisas.

Todos aquellos informes que le daba Claudinet le afirmaban en la idea de que se encontraba sobre la verdadera pista.

– Voy á hablar con tus tíos en vuestra nueva casa.

– ¿Quiere usted hablarles de Fanfán?

– Sí.

– ¿Le parece que no me equivoqué? ¿Sabe usted algo de él, de sus padres?

– Quizá.

– ¡Cuánto me alegro! Siendo así, venga usted conmigo. Sin duda me pegarán por haber contado su historia; pero no me importa.

Jorge y Claudinet fueron á encontrar al mozo de cordel, que les esperaba con el carro detrás del hospicio de Santa Ana.

Jorge le pagó y le despidió.

Claudinet volvió á tirar del carrito, empeñado en que había de ser él quien llegase con la carga á su destino.

– Anda, pues, le dijo su nuevo amigo en vista de su insistencia. Yo te seguiré.

El niño, teniendo presentes las instrucciones recibidas, dió la vuelta al hospicio, tomó la calle de la Santé, encontró el callejón sin salida y se metió en él.

Ceferina le esperaba en el dintel de la puerta.

– ¡Anda! Creí que no llegabas nunca. ¿Cómo has tardado tanto?

El niño iba á contestar.

La arpía le interrumpió:

– ¡Holgazán! ¡Anda! Ayúdame á descargar todo esto. Es preciso que cuando llegue tu tío lo encuentre todo arreglado.

Kerlor se había detenido al mismo tiempo que Claudinet.

Ceferina reparó en él y se quedó mirándolo.

Jorge experimentaba en su presencia una profunda repugnancia.

Venciola, sin embargo, y se acercó á la mujer resueltamente.

– Señora, necesito hablar con usted un momento. ¿Quiere usted concederme cinco minutos?

Su voz breve, su acento severo y su rostro grave impresionaron fuertemente á Ceferina.

Figuróse que era un agente de policía y empezó á temblar.

Jorge esperaba su contestación, mirándola de un modo que parecía querer penetrar hasta lo más profundo de su ser.

«No hay medio de resistir á ese quídam,» pensaba ella, después de habérsele ocurrido un instante la idea de defenderse.

Hizo, á modo de sonrisa, una abominable mueca, y contestó:

– Estoy á la disposición del señor agente... Mi marido no está ahora en casa. Pero no importa, estoy dispuesta á contestar. Cuando una no tiene nada de qué avergonzarse, no teme que la pregunten. El señor agente puede entrar.

Jorge no creyó prudente disipar el error de la mujer.

Parecióle que, tomándole por un polizonte, Ceferina empezaría por hacerle revelaciones sinceras, en todo aquello que puede ser comprobado por la policía.

Entró en la casucha, y sin querer sentarse dijo bruscamente:

– Vive con ustedes un niño llamado Fanfán.

– Sí, señor..., balbuceó ella.

– ¿Cómo es que ese niño se encuentra en poder de ustedes?

Ceferina, azorada, miró á Jorge sin contestar.

Reflexionaba, hasta el punto que podía hacerlo su cerebro de bestia.

¡Claro estaba que podía decir que Fanfán era su hijo!

En apoyo de su aserto tenía la famosa partida de bautismo fabricada en Moisdon por *Caracol*.

Pero aquel documento, como á menudo lo había dicho el bandido, no servía más que para enseñar á los gendarmes que piden los papeles á las familias ambulantes.

El caso presente era muy distinto.

Tratábase de un agente de policía que se presentaba á pedir informes de Fanfán, y sin más objeto que éste, en un domicilio alquilado el día antes.

La cosa era grave..., ¡muy grave!

¡Ah! ¿Por qué no estaba allí *Caracol* para responder?

Ella no tenía el pesquis de su marido.

Pero mintiendo arriesgaba demasiado y se decidió á confesar la verdad..., ó una aproximación de la verdad.

Jorge repitió secamente la pregunta.

– Verá usted, contestó la sonámbula. Hace ocho ó nueve años..., no recuerdo bien la fecha..., recogimos á este niño, que su familia había abandonado.

– ¿Dónde?, preguntó Jorge comprimiendo los latidos de su corazón.

– ¿Dónde?.. Deje usted que recuerde. Pues en...

– ¿No fué en Bolonia?

– Lo sabe todo, pensó Ceferina. He hecho bien en no mentirle.

Y añadió en voz alta, de la manera más insinuante que pudo:

– Tal vez sí..., efectivamente..., es posible que fuese en Bolonia..., pero no me atrevería á afirmarlo. De todas maneras, crea usted que no somos culpables de nada. La justicia no tiene que pedirnos cuenta de nada por ese lado.

A Jorge le temblaba todo el cuerpo.

¡Iba á encontrarse al fin en presencia del niño tanto tiempo buscado!

Continuó con fingida indiferencia:

– Tranquilícese usted, señora. No pretendo causarles á ustedes ningún disgusto en lo tocante á ese muchacho. Trátase de una familia rica que me ha encargado que le busque un huérfano, sin duda para adoptarlo. He sabido, por casualidad, la historia del que vive con ustedes, y á esto he venido.

– Sí, señor, lo comprendo.

– ¿Puedo ver á ese niño?

– No está aquí ahora.

– ¿Dónde está?

– Con su padre..., con mi marido...

– ¿Estarán ustedes dispuestos á desprenderse de él?

– Le queremos mucho, caballero. Pero mi marido le contestará á usted.

– Se les pagaría á ustedes una indemnización razonable.

– ¡Desde luego!.. Pero yo no soy más que una pobre mujer. No puedo resolver nada. Será preciso que se entiendan con mi esposo.

– ¿Estará aquí esta noche?

– No creo... Ha ido... al campo... Es afilador. Como aquí el trabajo escasea, no tiene más remedio que recorrer los alrededores. Si pudiese usted volver mañana por la noche, yo habré tenido tiempo de hablar con él y le esperará.

Jorge comprendió que era inútil insistir.

– Mañana, á las ocho, estaré aquí, dijo retirándose.

Claudinet no se había dejado ver durante la conversación.

¡Si sospechasen que había introducido un polizonte en la casa, buena paliza le iban á dar!

Jorge se alejó del miserable tugurio, metióse en el primer coche de alquiler que encontró al paso, y fuése meditando acerca del acontecimiento que iba á cambiar su vida.

En vez de volverse á su casa, se hizo conducir á su círculo, donde comió.

Trató después de jugar á fin de calmar su impaciencia; pero no pudiendo fijarse en el juego, tiró pronto la baraja.

Salió y anduvo errante por calles y bulevares.

Sin haberse dado cuenta, encontróse á la puerta de su hotel.

Acostóse y procuró dormir.

No acudió el sueño, pero le acosó una especie de pesadilla, en que le parecía oir la voz de un niño que le maldecía, y la de una madre que, entre sollozos, murmuraba su nombre y el de Fanfán.

Al despuntar el día, estaba ya vestido y dispuesto á salir.

Abrió la puertecita particular de sus habitaciones y se encontró en la calle desierta.

La casualidad encaminó sus pasos hacia el bosque de Bolonia.

¿La casualidad?

Atravesó el bosque y encontróse en la avenida del Parque de los Príncipes, delante de su antigua casa.

Una tablilla indicaba que estaba para alquilar.

La portera era la encargada de dar informes.

Jorge se dirigió á ella.

La buena mujer, ocupada en cuidar á un niño de teta y confiada en el aire distinguido de Kerlor, le entregó las llaves de la casa, rogándole que le dispensase si no le acompañaba á verla.

Entonces parecióle á Jorge que la pesadilla de horas antes continuaba.

Entró en el cuarto donde ocurrió, ocho años atrás, la terrible escena.

Subió al aposento en que dormía Fanfán, cuando fué á arrancarlo de su lecho.

En una palabra, volvió á pasar las horas terribles de aquella espantosa noche.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, absorto en la evocación del pasado?

No se dió cuenta de ello.

Sin fuerzas, aterrado, perseguido por fantasmas, huyó de pronto, gritando:

– ¡Perdón! ¡Perdón!..

Después de dos horas de una marcha desordenada, sus ojos tropezaron con un reloj.

Eran las cuatro de la tarde.

No había comido nada desde el día anterior.

Entró en un restaurant y se hizo servir de almorzar.

Luego regresó á su casa.

Tomó un talonario de cheques y se lo metió en el bolsillo interior de su americana. Reflexionó un momento; cogió un revólver, se aseguró de que estaban cargados los seis tiros, y se lo metió en el bolsillo también.

Salió, tomó un coche de plaza y se hizo conducir al bulevar de la Glaciere, esquina á la calle de la Santé.

La sociedad *Caracol* y compañía le esperaba con impaciencia.

Ceferina había explicado minuciosamente á sus dos compañeros su entrevista con el supuesto agente de policía.

Del retrato que de él hizo la mujer, *Caracol* dedujo que el pretendido agente era el conde de Kerlor.

– ¡El padre de Fanfán!.. ¡Qué ganga!.., exclamó Panuflo.

– ¡Cállate, hombre!, le dijo *Caracol*. No hay necesidad de gritar tanto.

La prudencia del afilador estaba más justificada de lo que él creía.

Detrás de la puerta, temerosos de pagar con la vida el robo de la cartera, los dos niños escuchaban, procurando no perder una palabra de lo que se decía.

A medida que había aumentado la rabia de los bandidos, más había comprendido Fanfán la importancia de aquellas cartas, y más se había afirmado en la idea de que era preciso comunicárselas á la señora de Penhoet.

Después se las restituiría á *Caracol*, si era de ley.

Mientras Ceferina contaba á sus dos compañeros la extraña visita del desconocido, Claudinet refirió á Fanfán todo lo que le había pasado con aquel señor.

Al llegar á su entrevista con Ceferina, preguntóle Fanfán:

– ¿Y de qué hablaron?

– No pude oirlo, porque me había quedado fuera descargando el carro. Pero mi tía le hablaba con mucha mansedumbre... y sólo oí que él le dijo al marcharse: «Aquí estaré mañana á las ocho.»

– ¿Estás seguro de haber oído eso?

– Segurísimo. Como lo estoy de que mi tía habla ahora de lo mismo con mi tío y con Panuflo.

Ceferina hablaba tan bajo, que los niños no alcanzaban á oirla.

Pero veían la escena por el ojo de la llave, y adivinaban su conversación.

– ¡Un hombre..., rico sin duda... y generoso... y bueno..., aquí... mañana por la noche!.., dijo Fanfán.

Y le acudían pensamientos terroríficos.

Miró de nuevo por la cerradura y aumentaron sus horribles sospechas ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Panuflo se reía, haciendo ademán de agarrar á un hombre por el cuello y darle una puñalada.

Ceferina abría los ojos, llena de admiración, y *Caracol* sonreía con indulgencia á las palabras y gestos de Panuflo.

Entonces se levantaron los tres.

Fanfán y Claudinet corrieron á arrebujarse en su camastro.

Pero en vano trató Fanfán de dormir.

Quedóse meditando acerca de los acontecimientos del día.

Por fin, después de haber tomado la resolución de salvar á aquel caballero que tanto se interesaba por él, en el caso de que los bandidos quisiesen asesinarle, acabó por dormirse.

El día siguiente no vió nada que pudiese confirmar sus sospechas.

La familia pasó el tiempo en acabar de instalarse.

Mas, por la tarde, notó que Ceferina preparaba ropa blanca para los hombres y les disponía trajes que no acostumbraban llevar.

Luego, sorprendió á Paulino afilando su navaja en la muela.

No pudo contener un grito.

– ¿Qué te pasa? Aprende, muchacho, á cuidar de las armas. No hay, para un hombre, mejor amigo que un mondadientes como éste.

Fanfán se alejó muy pálido.

Sus sospechas se convertían en seguridades.

Pero también se afirmaba su resolución de impedir el asesinato que indudablemente meditaban los tres socios.

Al anochecer, Ceferina dijo á los niños:

– ¡Ea, muchachos!, esta noche nos vamos los tres de parranda.

– ¿Dónde quiere usted que vayamos?, preguntó Fanfán.

– Si te lo preguntan, di que no lo sabes.

– Sé amable con los chicos, Ceferina, le dijo *Caracol*. Vuestra madre ha prometido presentaros á la señora que nos compró el coche. Para que no os canséis, os llevará en el tren de circunvalación hasta el Point-du-Jour. ¡Curiosos! ¿Estáis satisfechos?

– La noche se nos viene encima, observó Panuflo; lárguense ustedes.

Fanfán lo comprendió todo.

Se les alejaba para que no estorbasen á los asesinos, para que no presenciasen el atentado, por temor de que sus gritos vendiesen á los miserables, ó á fin de que nadie pudiese invocar su testimonio en caso de sorpresa.

El muchacho tuvo bastante fuerza de voluntad para callarse.

Echó á andar con Ceferina y Claudinet.

Pero en vano trató de hablar con su amiguito.

La sonámbula había bebido más que de costumbre, sin duda á fin de no pensar en el drama que iba á desarrollarse en su casa, y se encontraba en el período locuaz de su borrachera.

Daba una mano á cada niño y les hacía confidencias desordenadas sobre la necesidad en que se había visto de vender el coche.

Llegaron á la estación, situada al extremo de la calle de la Glaciere.

«¡Con tal de que yo no vuelva demasiado tarde!,» pensaba Fanfán.

Ceferina tomó los billetes en el momento en que el tren llegaba á la estación.

Precipitóse arrastrando á los niños.

Tenían delante una portezuela abierta.

Claudinet no comprendió la seña de Fanfán, que trató de detenerlo tirándole de la blusa.

Subió al coche antes que su tía

Fanfán se bajó como para recoger su billete caído al suelo.

Ceferina, que se instalaba pesadamente en su asiento, no había tenido tiempo de notar la desaparición del muchacho.

Fanfán entró rápidamente en la estación como si se le hubiese escapado el tren, y, á todo correr se volvió al tugurio donde se figuraba que ya estaban preparando el crimen.

Llegó jadeante.

Aplicó el oído á la puerta y no oyó nada.

Entonces escaló la pared que separaba el callejón del campo.

A través de la ventana enrejada, vió á Panuflo, que parecía esperar, solo, de codos sobre la mesa.

El niño se agachó al pie de la ventana.

Desde allí lo veía todo sin peligro de que le vieran á él.

Sabía que, en caso de necesidad, podía entrar en la casa por aquella ventana, uno de cuyos barrotes era postizo.

Allí esperó...

Y durante aquel rato de espera, su pensamiento se elevó, como una plegaria, hacia la buena señora de Moisselles y hacia aquellos seres desconocidos y amados con quienes soñaba tan á menudo.

Sintióse el corazón lleno de valor.

De pronto oyó que llamaban á la puerta de la casa.

El hombre que esperaban había llegado.

X

EL LAZO

Conforme se había concertado entre los miserables, Panuflo se encontraba solo en la sala principal, cuando Jorge de Kerlor llamó á la puerta de la casa. *Caracol* estaba oculto en la pieza inmediata, dispuesto á todo, para que el hombre que acababa de entrar no saliese sin haber dejado el dinero que tanto anhelaban.

Panuflo cogió la luz y fué á abrir.

Estaba tranquilo y guasón como siempre.

Introdujo al recién llegado y atrancó otra vez la puerta, diciendo:

– El barrio no es muy seguro, y debo confesar que tenemos nuestro poquito de miedo. Por esto tomamos nuestras precauciones.

En vista de aquella «precaución,» Jorge palideció un poco; pero, muy dueño de sí mismo, parecía no temer nada.

Sin embargo, al entrar, tuvo un vago presentimiento del peligro que corría.

Llevóse la mano al bolsillo para cerciorarse una vez más de que tenía el revólver á su alcance.

Pero aquella impresión fué pasajera.

No hizo caso del aspecto siniestro de aquella casa, débilmente alumbrada por el tembloroso brillo de una vela de sebo, cuya larga mecha limpiaba Panuflo de vez en cuando diestramente con los dedos.

– Señor conde, tenga la bondad de tomar asiento.

Jorge sentóse en la silla de paja que su interlocutor le presentó en actitud teatral.

– ¿Puedo saber, ahora, á qué debemos el honor de su visita, señor conde?

– Una familia distinguida desea adoptar á un huérfano sin recursos y sin amparo...

– Nada más fácil, señor conde. En el hospicio de la calle Denfert-Rochereau encontrará de todos colores y estaturas.

– Ya sé, contestó Jorge, algo desconcertado por aquella observación; pero hay ciertas razones particulares...

– No se las pregunto, señor conde. Pero si esas razones son secretas, pueden cambiar un poco las condiciones del negocio. Por ejemplo, si usted viviese en Bolonia... ó en el Parque de los Príncipes.

– ¡Bolonia! ¡El Parque de los Príncipes!

– Es una suposición. Digo Bolonia, porque ayer, hablando con la señora de la casa, citó usted precisamente á Bolonia.

En vano trató Jorge de interrumpir á su cínico interlocutor.

– Supongamos, continuó éste, que, por razones que no me importan, tiene usted un día necesidad de desprenderse de un niño. Esto se ve todos los días. Se lo entrega usted á un hombre cuyo talento le inspira confianza, por haberle visto manos á la obra, y le dice: «¡Toma, edúcalo á tu manera, á semejanza tuya; haz de él un ladrón, y hasta un asesino, si puedes!»

– ¡Un ladrón!, murmuró Jorge, poniéndose lívido.

– No son más que suposiciones, señor conde. Más tarde, llegan los remordimientos y, con ellos, el deseo de recoger al niño... En este caso, claro está que uno se halla dispuesto á hacer sacrificios mayores para acallar su conciencia. ¿No es verdad, señor conde?

Era inútil disimular.

Jorge comprendió que le habían reconocido.

– ¿Cuánto pedís por devolverme á ese niño?, dijo Kerlor sin contestar directamente á su interlocutor.

– Una futesa, dado el interés que usted tiene en ello... Cien mil francos.

– ¡Cien mil francos!

– Sí, señor. Y le advierto á usted que aquí tenemos precio fijo, como en los bazares.

– ¡Semejante cantidad! ¡Qué locura!

– ¿Regatea usted, señor conde?

Ante las locas pretensiones y la insolencia de Panuflo. Jorge sintió germinar la cólera en su cerebro.

Levantóse y dijo:

– ¡Basta! Recuperaré al niño de otra manera.

– ¿De qué manera?, y usted dispense la curiosidad.

– Acudiré simplemente á la policía.

– ¡Ya pareció el coco! Pero, señor conde, usted olvida que ese niño que reclama nos pertenece legítimamente. Mire usted su partida de bautismo.

– ¡Es falsa!

– Pruébelo usted.

– Lo confesaré todo al tribunal. Le diré que en un momento de extravío, entregué mi hijo á un hombre que venía á mi casa á robar.

– ¿Y cómo probará usted que el niño que entregó entonces es el mismo que hoy reclama?

– Diré que ese hombre era el asesino de la costa de Brest... Y nadie dudará de mi palabra, que mi pasado abona. Mi honradez es probada, mientras que yo me encargo de encontrar en la existencia de ustedes algo que pueda desmentir sus pretensiones.

– ¡Ah, canalla! Nos insultas... ¿Pero no ves que estás aquí en nuestro poder? Lo que llevas encima, en dinero y alhajas, vale seguramente la pena de destriparte. Te advierto que no saldrás de aquí.

Jorge había cogido su revólver y retrocedido un paso, dispuesto á defenderse, cuando de pronto abrióse la puerta del cuarto inmediato y entró *Caracol* precipitadamente en la sala.

– ¡Fuera escándalo!.., exclamó. Vamos á explicarnos tranquilamente. ¿Cuánto ofrece el señor conde por la restitución inmediata del niño?

– ¡Veinte mil francos!.., contestó Jorge, revólver en mano.

– ¡Veinte mil francos!, interrumpió Panuflo soltando una carcajada de desprecio.

– ¡Cállate!, le dijo *Caracol*.

Y preguntó al conde:

Desde allí lo veía todo sin peligro de que le vieran á el

– ¿Veinte mil francos al contado?

– Al contado.

– ¿En metálico?

– En un cheque, que puede usted ir á cobrar mañana mismo en casa de mi banquero.

– ¡Venga! Acepto.

– ¿Que aceptas esa miseria?, exclamó Panuflo.

– Métete en tus cosas y déjame arreglar mis asuntos.

Panuflo iba á seguir protestando; pero le pareció que su cómplice le guiñaba el ojo, y se calló.

Kerlor tranquilizóse algo, suponiendo que *Caracol*, más inteligente que el otro bandido, prefería un arreglo á correr el peligro y consecuencias de un atentado.

Caracol presentó al conde pluma y tintero para que redactara el cheque.

Jorge extendió uno y se lo entregó á *Caracol*.

– Con este billete ¿nos entregarán en seguida el dinero?

– Inmediatamente. El cheque es á la vista contra el Crédit Foncier, donde tengo valores de importancia. No hay más que presentarse en la caja, y le entregarán al momento los veinte mil francos á cambio de este papel.

– ¿Sin explicaciones?

– Sin explicaciones.

– ¡Ah!, añadió *Caracol* leyendo el billete. ¿Es usted el conde de Kerlor, Jorge de Kerlor? Ignoraba cómo se llamaba usted, y me alegro de saberlo. Pero vamos á cuentas. Estos veinte mil francos son por la restitución del niño, ¿verdad?

– Sí.

– Entonces falta un pequeño suplemento.

– ¿Qué quiere usted decir?

– ¿Y los gastos de manutención del niño durante ocho años?

Jorge comprendió que el miserable quería sacarle unos cuantos miles de francos más.

Desde luego pensó negárselos, pero estaba tan impaciente por acabar con aquellos bandidos y por sacar al niño de sus garras, que no tuvo el valor de protestar.

– ¿A cuánto calcula usted que ascienden esos gastos de manutención?

– No soy muy ambicioso, señor conde; me contentaré con ochenta mil francos.

– ¡Ochenta mil!

– Que, unidos á los veinte mil del cheque que acaba usted de firmar, hacen los cien mil de que hablaba mi compañero.

Panuflo, adivinando que se acercaba el momento decisivo, se dispuso á arrojarse sobre el conde de Kerlor.

(Continuará)

ISLAS MARIANAS. – ISLA DE GUAM

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS RODRÍGUEZ

(Prohibida su reproducción)

La isla de Guam, la primera que nos arrebataron los norteamericanos, es la mayor y más meridional del archipiélago de las que fueron Marianas españolas. Mide unos 33 kilómetros de Norte á Sur y siete ú ocho de anchura, pudiendo estimarse su superficie en unos 260 kilómetros cuadrados, y está formada por dos penínsulas que se unen en una especie de garganta, en la que se halla situada la capital ó principal poblado, denominado ciudad de San Ignacio de Agaña ó simplemente Agaña.

Todas las costas de Guam están generalmente rodeadas de rompientes madrepóricas que forman barreras de punta á punta, apareciendo la playa bordeada de canales que permiten la navegación con canoas ú otras pequeñas embarcaciones. El número de puertos, ensenadas y atracaderos que ofrece esta isla es extraordinario, siendo el principal de ellos el inmenso puerto de San Luis de Apra, situado en la costa occidental de la isla, en donde pueden fondear los más grandes buques.

Observamos en su territorio dos caracteres esencialmente distintos: la mitad Norte, que es una meseta casi horizontal á 80 metros sobre el nivel del mar, aparece poblada de bosques; al paso que la parte Sur es árida y pobre de arbolado y en muchos puntos está desprovista de toda vegetación.

Los indígenas que habitan en el campo viven en su mayoría en casas de tabla cubiertas con hojas de coco. Su ocupación general es la agricultura, cultivando todos ellos sus campos, de los cuales obtienen su ordinario alimento, que consiste en tortas de maíz, en raíces alimenticias y en la rima, con el auxiliar del coco, del que extraen una leche con la cual sazonan los manjares.

Consumen mucha carne de vaca, puerco, gallinas y venado; pero esto principalmente en sus fiestas, que son casi continuas, con multiplicadas libaciones de aguardiente: éste lo destilan de la savia del coco, la cual beben también fermentada, siendo excesivamente general y abundante el uso de estas bebidas y de las demás espirituosas que allí se importan.

No son aquellos indígenas exclusivamente agrícolas, sino que en su mayoría se dedican á la pesca y á los trabajos del mar, siendo muy diestros en el manejo de embarcaciones y habiendo muchos que han navegado en los balleneros que antes frecuentaban aquellos puertos, debido á lo cual un gran número de ellos entienden el inglés, así como todos el castellano, además de su propio idioma, que tiene algo de malayo, pero que difiere bastante de los de Filipinas.

Agaña, la capital de Guam, cuya población es de unos 6.000 habitantes, tiene alguna semejanza con los pueblos antiguos de Castilla la Vieja. Sus casas son muy bajas, con pequeños balcones de salientes con balaustres y antepechos de madera; las de tabla alternan con los edificios de mampostería con tejados ordinarios, pero la mayoría son de materiales ligeros, es decir, con tabiques de cañizo y techos de palma de coco.

Los edificios más notables de Agaña son: la que fué Casa Gobierno mientras dominaron allí los españoles; el Colegio de San Juan de Letrán, que los norteamericanos, al apoderarse de la isla, convirtieron en cuartel, y el antiguo cuartel de la milicia, constituída por chamorros que siguen prestando servicio.

La población está contigua á un monte bastante elevado y de pendiente muy inclinada, cubierto de vegetación; dos de sus principales calles son anchas y presentan buen aspecto; pero las transversales son estrechas, cortas é irregulares. Así en los solares de las casas como en las fachadas de éstas se observa una gran limpieza.

Las autoridades norteamericanas arrojaron de Agaña á los frailes, dejando sólo un clérigo indígena que habla el inglés y simpatiza con los yanquis, á quienes adula para sostenerse en la localidad como párroco.

La iglesia de Agaña nada tiene digno de especial mención.

Los norteamericanos han puesto en aquella capital una guarnición compuesta de 150 soldados, de los cuales unos prestan servicios militares y otros son destinados como braceros á varias obras públicas. Los mestizos chamorros que abundan en la isla son los únicos que aceptan de buen grado la soberanía de los Estados Unidos.

A la mitad del camino entre Agaña y Punta Piti, uno de los desembarcaderos de la isla, se encuentra el hospital de lazarinos, edificio de madera con techo de hojas de coco que se halla en el más lamentable estado, situado en el sitio denominado Asa, en donde existen unas cincuenta y tantas casitas chamorras. En todo el trayecto entre Punta Piti y Agaña se ven diversas agrupaciones de casitas construídas con materiales ligeros, llamadas *barrios*, aunque están muy diseminadas y distantes de la capital.

Las interesantes fotografías que en esta página publicamos son debidas á nuestro inteligente cuanto celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, y forman parte de la notable serie de trabajos fotográficos por él realizados durante la excursión que verificó á bordo del *Uranus* y de la que tantas veces hemos hablado en La Ilustración Artística. – A.



Islas Marianas. – Isla de Guam. – Hospital de lazarinos situado en el camino de Punta Piti á Agaña



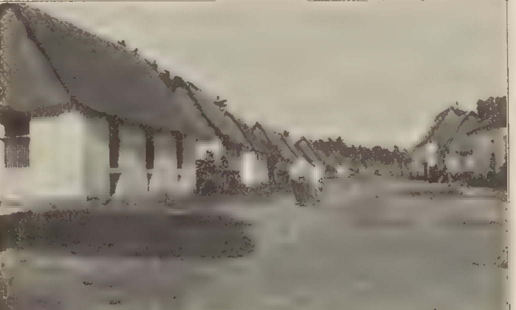
Islas Marianas. – Isla de Guam. – Vista parcial de la calle real de Agaña



Islas Marianas. – Isla de Guam. – Una calle del pueblo de Agaña



Islas Marianas. – Isla de Guam. – Agaña. Colegio de Letrán y fachada principal del cuartel de milicias indígenas



Islas Marianas. – Isla de Guam. – Una de las principales calles del pueblo de Agaña Casas de chamorros

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL REGIONALISMO, por *Juan Mañé y Flaquer.* – La índole del asunto y el nombre del autor son las mejores recomendaciones de este libro, cuya tercera edición acaba de publicarse. La cuestión del regionalismo, que desde hace muchos años se discute, especialmente en Cataluña, ha adquirido en estos últimos tiempos excepcional importancia, y bien puede asegurarse que constituye un problema cuya solución ha de influir necesariamente en el porvenir de nuestra patria. De aquí el interés de actualidad de la obra que nos ocupa; pues, aun siendo una recopilación de artículos publicados en el *Diario de Barcelona* en 1886 y 1887, las doctrinas en ella expuestas son perfectamente aplicables al modo como hoy está planteado el problema; es más, su oportunidad es al presente tal vez mayor que entonces, por cuanto dado el apasionamiento con que por muchos se trata el asunto, necesariamente ha de ejercer saludable influjo en la opinión pública un trabajo desapasionado, imparcial, fruto del estudio, de la experiencia y de la meditación de quien, como el Sr. Mañé y Flaquer, es una autoridad unánimemente reconocida y respetada, que á sus excepcionales dotes de periodista y pensador une un culto á los más nobles ideales que nada amortigua y una consecuencia en la defensa de los mismos que por nada se tuerce. *El Regionalismo* ha sido impreso en la Imprenta Barcelona.

CUENTOS, por *Francisco de A. Soler.* – Contiene este tomo, primero de la «Biblioteca Nueva» que ha empezado á publicarse en Barcelona, diez cuentos del conocido escritor Sr. Soler, interesantes y bien escritos. Pertenecen á distintos géneros, predominando en unos el elemento dramático, en otros la observación psicológica y en alguno la fantasía. Véndese el libro á cincuenta céntimos.

***

CARTILLA MODERNA, por *B. Rodríguez Serra.* – Notable y sencillo es este nuevo método de lectura que merece ser recomendado á los maestros y padres de familia, pues de una manera gradual y lógica enseña á leer á los niños en menos tiempo que las cartillas ordinarias. Editada en Madrid por su autor, véndese á cinco céntimos.

***

LAS ENFERMEDADES DE LOS HUESOS Y LOS RAYOS ROENTGEN, por *José García Córdova.* – El distinguido médico valenciano Sr. García Córdova hace en este folleto un estudio acabado de estas enfermedades y de los rayos X, demostrando, no sólo teóricamente, sino además con ejemplos prácticos, la posibilidad de curar aquéllas por la aplicación de éstos, sin necesidad de cruentas operaciones. Ilustran el texto doce fotograbados.

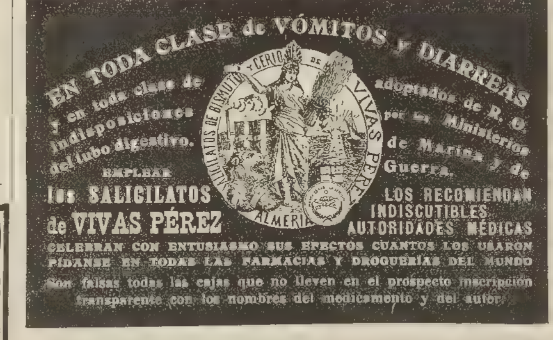
PRECEPTOS HIGIÉNICOS SOBRE EL EMBARAZO, EL PARTO Y EL PUERPERIO, por *F. Vidal Solares.* – Con decir que esta es la séptima edición de esta obra, queda demostrada la importancia de la misma y el éxito que ha tenido desde que apareció la primera. La competencia del reputado médico barcelonés Sr. Vidal Solares y el interés de las materias que el libro contiene justifican el favor que el público le ha otorgado. Y como algo dijimos acerca de él al publicarse las ediciones anteriores, omitimos ahora toda nueva consideración. Se vende á seis pesetas.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La opinión postal y telegráfica, revista científica, literaria y de noticias que se publica tres veces al mes en Barcelona; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Avant sempre – Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Orense*; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina de literatura y arte; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *El Heraldo*, diario político de Cochabamba (Bolivía).









Otoño, dibujo original de José Masriera

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX ← Barcelona 22 de octubre de 1900 → Núm. 982



COQUETERÍA, cuadro de Francisco de Lenbach

ADVERTENCIA

Con el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de la serie de 1900, que es el segundo y último de la interesantísima novela de Lesage GIL BLAS DE SANTILLANA, magníficamente ilustrada por Mauricio Leloir.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

LA CALLE DE PARÍS

¡Pobre calle! ¡Con qué ilusión la abrieron, en los bellos días de la última primavera, los que la destinaban á ser lo más curioso y lucrativo de la Exposición! ¡Con qué desencanto van á cerrarla en breve los que por ella han sufrido sinsabores y quebrantos! Había de ser segura senda de fortuna para los empresarios de sus diminutos coliseos, y habrá sido para su inmensa mayoría una verdadera calle de amargura.

Su historia es lamentable como un canto elegiaco. La algarabía que histriones y músicos meten en los vestíbulos, ha resonado en el vacío de las salas como en el hueco de una tumba. Poco á poco fué perdiendo su carácter artístico, y en las postrimerías sólo algunos de sus espectáculos han podido escapar al decaimiento y á la ruina.

La calle de París podría cambiar su nombre por el de la más ruin de las aldeas.

Desde que los empresarios, amenazados de quiebra, vieron desatendidas sus instancias para que la administración les eximiese de ciertas obligaciones, la mayor parte de los establecimientos de la calle de París adquirieron el aspecto de barracones de feria. Aquí, atletas en traje de punto color de rosa, provocando á los aficionados al pugilato. Allí, pulchinelas y arlequines invitando al público á entrar á ver maravillas. Mujeres á medio vestir, expuestas como cebo al público por las empresas á la puerta de los espectáculos. Murgas estrepitosas, que desgarran el oído. Discursos laudatorios de las funciones, que son monumentos de charlatanismo. Acá, un café concierto que ostenta en su cartel, como estrella del arte, el nombre de Pepita, del Alcázar... (¿de qué alcázar será?), y el nombre de Alfredo, cómico universal. Acullá, una celebridad de las ferias suburbanas presenta una colección de animales amaestrados.

Se concluyeron las *parades* literarias, en que lindas *clownesas* y *oficiales* de Academia derrochaban gracia é ingenio ensalzando el espectáculo del interior.

Al principio de la Exposición, la calle de París tuvo sus horas de éxito. Durante la primavera, la moda quiso que la gente de buen tono se reuniese por la noche, de diez á doce, en este pintoresco rincón de la Gran Feria. Las sillas públicas se tomaban por asalto, como las mesas exteriores de los cafés. Los que permanecían sentados se entretenían en ver pasar á los que iban calle arriba y calle abajo revistando á los otros. Aquí se daban cita amigos, parejas de ambos sexos y familias enteras. Formábanse tertulias al aire libre. Aristocráticas damas rivalizaban con las *cocottes* de alto copete en exhibición de elegancias y coqueteos, en medio de una corte de adoradores. Formábanse compactos grupos delante de los teatritos. Era de buen tono detenerse á reir las chuscadas de aquellos *clowns*, que eran verdaderos actores; de aquellas *arlequinas*, que habían salido con algún primer premio del Conservatorio, y de aquellos charlatanes, que eran célebres poetas de Montmartre.

¡Ay, hermosas y alegres veladas primaverales de la calle de París, brillasteis como un meteoro y desaparecisteis para siempre!

A pesar de aquella animación, corrían ya entonces vientos de ruina para los espectáculos de la famosa calle. El público acudía en masa á escuchar á los histriones de lance que derrochaban elocuencia en los vestíbulos, pero eran contados los curiosos que se decidían á pasar á la taquilla; y en tanto que el exterior presentaba un cuadro lleno de vida, el espectáculo se desarrollaba fríamente en el interior ante la sala vacía.

La calle de París ha muerto de ese *snobismo* que mató al pintoresco y atrevido arte parisiense de Montmartre.

La falta inicial fué cometida por los organizadores de estos espectáculos. Creyeron, como otros muchos, que durante la Exposición caería una lluvia de oro sobre París, y en esto la Exposición no ha sido ninguna Dánae. La mayor parte de ellos edificaron elegantes teatritos, adornados con gusto, y sus programas no carecían de interés. Mas para esas representaciones de media hora escasa, se pusieron precios más caros que los de la Comedia Francesa y de la Opera. Por dos francos, apenas tenía uno derecho á permanecer de pie en un rincón de la sala.

Fijar tan elevados precios equivalía á eliminar la masa de público que puede gastar poco, pero que sostiene á las empresas teatrales de todo el mundo ocupando las galerías y localidades baratas.

Era un grave error suponer que los forasteros que viniesen á visitar la Exposición estarían dispuestos á tirar el dinero por la ventana. La inmensa mayoría de los visitantes venían con un presupuesto limitado; y como el capítulo de imprevistos suele resultar deficiente, se veían en la necesidad de suprimir gastos superfluos, para evitar todo déficit, que de viaje y en el extranjero asusta mucho más que en casa propia.

Los sueños de oro de los empresarios se han disipado en medio de sinsabores y ruinas.

El público de la Exposición se ha contentado con los espectáculos gratuitos. Los visitantes van con frecuencia en familia, en grupos, y en cada grupo y familia suele haber un *pagano* obligado, que no siempre está dispuesto á gastarse el dinero para que los demás se diviertan. Y allí estaban las iluminaciones, las cascadas luminosas, las músicas, los cortejos y sobre todo las *paradas* exteriores de los teatritos de la calle de París, para pasar la velada sin abrir el bolsillo.

Y en las taquillas no se recaudaba un céntimo.

¡Pobres saltimbanquis! Nada más triste que su charla llena de promesas de regocijo:

– Vayan ustedes á ver el templo de la risa. Entren ustedes y sabrán lo que es divertirse... El que quiera ver cosa buena, que venga aquí.

Pero ¡ay!, los pocos que entraban asistían al triste espectáculo de histriones que en vano se empeñan en hacer reir á un público que bosteza.

Y aquí tienen ustedes explicados los motivos por qué se han arruinado la mayor parte de las empresas de la calle de París.

Hoy sólo conservan el favor del público el *Grand Guignol*, el *Palacio de la Danza* y *La Roulotte*.

El *Gran Guignol* de la Exposición, hijo del de Montmartre, es realmente digno de ese favor popular y del gran premio que el Jurado le ha concedido.

Su director, Mr. Magnier, tuvo gran acierto en la formación de su compañía y del programa de su espectáculo. Entre los artistas han figurado las señoritas Barbieri, Moreau, Faury, Derlange y Fontaine, y los Sres. Bour, Flowey, Hamelin y Schultz. El repertorio se ha compuesto principalmente del *Beau Leandre*, de Teodoro de Banville; el *Petit Champ*, de Jorge Docquois; la *Marchande de Pommes*, de Hugo Delorme; los *Troquemos*, de Juan Robiquet; *V'la la fête*, revista de Juan Battaille; *Arrêtons-nous ici*, revista de actualidad de Docquois y Magnier.

Varios cancioneros de Montmartre han dado á conocer su repertorio en los intermedios.

Esto y el famoso *American Biograph*, con proyecciones especiales preparadas para la Exposición, el *Gabinete Fantástico* del profesor Dickson y el salón del *Teatrófono*, han sido atractivos suficientes para que el público favoreciese al Grand Guignol.

El Palacio de la Danza sigue mereciendo el aplauso del todo París artístico y mundano, que, con lo más selecto de los forasteros, llena dos ó tres veces por noche tan hermoso coliseo.

En este género de espectáculos es difícil hallar nada más interesante y encantador. La sala, dispuesta por el estilo del teatro de Bayreuth, no tiene localidad alguna desde la cual no se vea perfectamente el escenario.

Los bailes que en él se representan son en extremo interesantes. En ellos se reconstituye la historia de la danza en todas las épocas y en todos los países, desde las danzas religiosas y guerreras de la antigüedad, hasta la ultramoderna danza luminosa de la Loie Fuller, pasando por el Ping-Von chino, las bayaderas de Sivah, la danza egipcia de la Abeja, la danza de Isis, la Pírrica, la Bacanal romana, las danzas de la Edad Media, como la de los machetes y la de los juglares, el pasapié de Enrique III, el minueto, la gavota, la contradanza de Vestris, la gigue inglesa y el vals alemán; las danzas nacionales de las viejas provincias francesas, los bailes más típicos de España, Rusia é Italia; el desquiciado cancán y el vals *renversé*, que es la última palabra, es decir, la última contorsión de la danza modernísima.

Mas no se crea que este espectáculo se compone de una monótona y pesada serie de cuadros. Las diversas variedades de la coreografía se hallan representadas en escenas armoniosamente combinadas, y á las cuales varias celebridades europeas del arte prestan el concurso de su talento.

La *Roulotte*, después de haber pasado por vicisitudes lastimosas, ha tenido el acierto de reunir una notable compañía de artistas líricas y coreográficas, que, alternando con varias curiosidades de primer orden, atraen tarde y noche numeroso público.

Hay en la calle de París otros establecimientos que no han prosperado, pero que eran dignos de mejor fortuna.

El *Manoir á l' envers*, ese castillo gótico invertido, con el tejado hacia abajo y los cimientos hacia arriba, con sus combinaciones interiores de espejos, merced á las cuales se nos figura andar por el techo y tener el pavimento encima de la cabeza, produce una impresión extraña, que parecía haber de excitar algo más la curiosidad de la gente.

A uno y otro lado de la grande escalera que conduce á las estufas de la Villa de París, se abren los dos pórticos monumentales del Aquarium, obra de ciencia y obra de arte, donde multitud de peces se agitan en escenarios submarinos de una verdad absoluta. En esta obra han colaborado durante tres años un dibujante y un arquitecto, los Sres. Albert y Guillaume, que han sabido reunir preciosos elementos de estudio para los hombres de ciencia, y han logrado interesar al público con impresiones nuevas.

Renunciamos á describir el seno oceánico que este Aquarium ofrece. El autor de los *Trabajadores del mar*, el propio Víctor Hugo, se declaraba incapaz de describirle.

La *Maison du Rire* es un teatro organizado por la Dirección de la revista *Le Rire*, en que se oyen canciones y se ven sombras chinescas y títeres. Entre varias obras nuevas se ha vuelto á representar *La Epoya*, esa obra maestra de sombras chinescas de Caran d' Ache, que tan ruidoso éxito tuvo hace algunos años en el Chat Noir.

En una «Sala de Exposiciones» se han reunido las obras más originales de caricaturistas franceses y extranjeros.

El Fono-Cinema-Teatro ofrece un espectáculo en que se recrean el oído y la vista.

En un elegante edificio, exacta reproducción del Salón Fresco de María Antonieta en Trianón, vemos desfilar á Sarah Bernhardt en el papel de *Hamleto*; á Coquelín el mayor en las *Preciosas ridículas* y en *Cyrano de Bergerac*; á Víctor Maurel en *Falstoff* y en el *Don Juan*; á la célebre bailarina española Rosita Mauri en la *Korrigane*; á la Zambelli en el *Cid* y en *Sylvia*; á las graciosas hermanas Mante en las *Danzas antiguas*, á Cleo de Merode y á otras celebridades del teatro y del café-concierto.

El público sale de este espectáculo con una delicada sensación artística.

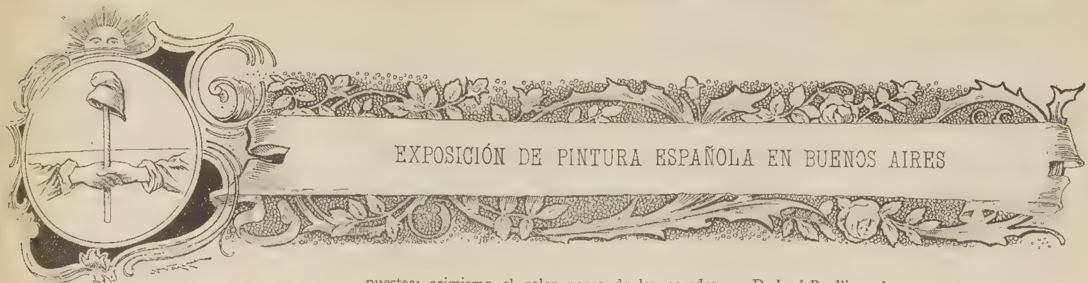
Y sale además con la consoladora idea de que no se perderán para siempre el gesto y la voz de los artistas contemporáneos cuando abandonen la escena; y de que si nuestras generaciones no conocen, por ejemplo, á Talma y á Rachel más que por lo que de ellos han oído referir, las generaciones futuras podrán admirar las cualidades de los grandes artistas de hoy, merced á esta hábil combinación del fonógrafo y del cinematógrafo.

Al lado de estos teatros, que han podido resistir las adversidades de la mala suerte, ¡cuántos otros han sucumbido en medio de la indiferencia del público! Su ruina es la de ese Montmartre bullanguero y enervante, que durante un par de lustros consiguió imponernos sus grandes hombres y sus mujerzuelas. Los parisienses les guardaban ciertas contemplaciones en gracia á glorias pasadas; pero llegaron los forasteros y en pocos meses han liquidado la situación.

Cancioneros, poetas, pontífices de la risa, charlatanes, titiriteros, toda esa caterva de *artistas* de la Sacra Colina ha caído en el descrédito más lamentable.

Pero sin que ello haya afectado en nada á la Exposición. La ruina de unos cuantos teatrillos de la calle de París no puede recaer sobre tan incomparable colección de maravillas.

JUAN B. ENSEÑAT.



REPÚBLICA ARGENTINA.–BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

Que Buenos Aires dista mucho de ser un mercado de primer orden para el arte en general, es indiscutible; y así lo hemos hecho constar al ocuparnos de las geniales exposiciones organizadas por nuestro compatriota D. José Artal; pero que la República Argentina, año tras año, ensancha su círculo de acción en la vida artística, lo prueban los éxitos crecientes de las mencionadas exposiciones, más la particular del eminente marinista D. Eliseo Meifrén, y la de que me voy á ocupar organizada por los Sres. D. Mariano Ortega Morejón, cónsul que fué en la Plata, vinculado á principales familias del país, y D. Manuel Villegas Brieva, antiguo profesor de la Escuela Superior de Pintura de Madrid.

Si no fueran suficiente prueba los éxitos anotados del arte moderno español, lo sería la pléyade de pintores y escultores criollos, algunos notables y de firmas ya bien apreciadas, que viven y desarrollan sus aptitudes haciéndose mercado conjuntamente con los muchos extranjeros que avisados del despertar artístico han sentado sus reales en la populosa capital alcanzando honra y provecho. Ejemplo: Meifrén, Tasso y tantos otros.

Añadiremos además que entre los artistas argentinos hay algunos bien conocidos en París y Roma, donde han ido á perfeccionar sus estudios y que la afición ha cundido entre el bello sexo, resultando ya algunas artistas bastante celebradas por sus notables trabajos de pintura y escultura.

Con lo dicho se comprende fácilmente que la última exposición de pintura ha obtenido éxito completo. Conocido el gusto exquisito del Sr. Ortega Morejón y el indiscutible valer artístico del Sr. Villegas Brieva, acompañados de D. Carlos Franquelo, secretario general que fué del Círculo de Bellas Artes de Madrid, actual residente en la Atenas del Plata, y el desinteresado y afectuoso concurso del infatigable propagandista D. José Artal, queda hecha del todo la apología de la exposición á que nos referimos. Verdad es que tales factores concurrentes poco podrían si lo presentado al público argentino no fuera seleccionado y bien escogido. Basta dar una ojeada por el catálogo, para ver que de las *ciento diez* obras expuestas, la gran mayoría pertenecen á las primeras firmas españolas, aunque modernas, bien conocidas y apreciadas en el mundo artístico. Además los organizadores han tenido la buena idea de colocar los cuadros á la altura de la cabeza del espectador, por lo que pueden estudiarse en sus menores detalles, é imitar la luz velada diurna por medio de la electricidad, que cae sobre las obras suave y perfectamente entonada, realzando la belleza del conjunto, el lujo de los divanes y la profusión de plantas que adornan el grandioso local de la calle Florida, 325, escogido con gran acierto.

El cuadro de mayor tamaño que sirve de *clou* á la exposición es de Garnelo: *Lourdes.* Tiene instalación aparte y dispuesta de tal modo, que resulta semipanorámica. La distancia, la luz del espectador y la que cae sobre la tela están admirablemente bien dispuestas; asimismo el color negro de las paredes. Nada distrae la imaginación y todo está perfectamente combinado para producir sugestiva impresión al visitante. Y ésta es completa. No hay duda que es tela de complicadísimo trabajo, de mucho detalle; pero desde el punto de vista artístico, su mérito es para algunos discutible. El paisaje es de realidad sorprendente. Tiene detalles de mano maestra; figuras admirables por su exacta posición, la tonalidad de colores y expresión fervorosa en las que hay vida real; pero en otras se observan algunos defectos. A pesar de todo, el cuadro del Sr. Garnelo ha sido admirado por lo más notable de la buena sociedad porteña, y seguramente se quedará en la República si el autor ó sus poseedores no piden excesiva cantidad por él; pues al escribir estos renglones había interesadas una sociedad católica de Buenos Aires y una familia muy copetuda de Córdoba, seguramente para ser donado á capilla ó iglesia de una ú otra ciudad.


BUENOS AIRES.–EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA.–Florista sevillana, cuadro de Villegas

Del mismo Sr. Garnelo es otra tela, de tamaño pequeño, titulada *Duelo interrumpido,* que artísticamente nos gusta más.

Del director del Museo Nacional de Madrid don Luis Alvarez es un hermoso lienzo, *Galanteos;* lleno de luz, de poesía y amoroso ambiente, y así en conjunto como en detalle se ve la buena factura del celebrado autor de *Visita de pésame.* Las dos figuras del tiempo del Directorio están magistralmente trazadas.

D. José Benlliure tiene una tela representando un balcón del Corso de Roma durante el Carnaval, cuyo conjunto es agradable y movido. El celebrado escultor D. Mariano tiene expuestas dos acuarelas.

A muy poco andar nos encontramos con la regular, casi pequeña tabla del pintor sevillano D. Gonzalo Bilbao *Mar de Levante,* que le valió medalla de oro en la Exposición de Madrid del año pasado. Justo nos ha parecido el premio por la verdad y exactitud que en todo el cuadrito campea. Tiene detalles maravillosos. Todo el primero y segundo término son de una fidelidad extrema. Lo afirmamos, no como aficionados, sino como marinos.

Del malogrado reusense Mariano Fortuny sólo hay dos primeras pruebas de grabados al agua fuerte y un retrato del autor, hecho á pluma.

Gitanos en feria es un cuadrito que lleva la factura especial de Baldomero Galofre, que le hace tan estimado, distinguiéndose sus escenas andaluzas por el sello y sabor local que sabe imprimirles.

De costumbres andaluzas es también el sugestivo cuadro de García Ramos bautizado con el título de *Pelando la pava,* muy recomendable por cierto por el colorido y corrección del dibujo.

Jiménez Aranda tiene cuatro dibujos y dos cuadritos. Pero lo que sobresale es el lienzo *Poesía satírica,* ya muy conocido y celebrado como se merece.

Paisaje lleno de luz y ambiente es la tela *De caza,* debido al privilegiado pincel de Moreno Carbonero.

El cuadro titulado *Isabel la Católica orando por el éxito de la empresa de Colón,* del pintor valenciano Muñoz Degrain, si no fuera por el temor de que nos tachasen de exagerados, diríamos que es el mejor de la exposición. Su mérito es superior bajo todos conceptos. Arrobada se queda el alma contemplando aquel conjunto de verdad, de belleza, de exactitud en el colorido, de dibujo, de realidad en las figuras y en el místico ambiente de que todo el cuadro está impregnado. Y lo que decimos de Degrain tendríamos que repetirlo, casi concepto por concepto, del gran maestro aragonés D. Francisco Pradilla por su espléndido cuadro *Un rapto en el siglo* XVI, escena que se desarrolla en la poética Venecia. Las dos acuarelas del propio autor, *Sibila* y *Lector,* son superiores.

De José Villegas sobresale entre varios cuadritos muy buenos el de la *Florista sevillana,* encantadora, atrayente, digna de estar en galería de gran Museo y en sitio de honor.

El joven leridano D. Manuel Villegas Brieva, de quien nos ocupábamos al principio de esta desmadejada crónica, tiene expuestos siete cuadros, todos ellos muy recomendables. Sobresale, á nuestro entender, el que lleva por título *Recuerdos.* Impresiona profundamente la figura de la monja ensimismada en sus pensamientos, sentada en el rústico banco en un rincón del solitario jardín, teniendo al lado las flores recién cortadas, seguramente para ser ofrecidas á la Virgen. El asunto es simpático, está bien sentido y el ambiente apropiadísimo.

Dos paisajes de Italia y cinco marinas tiene don Angel Andrade; todos cuadritos pequeños, pero muy agradables á la vista y de efectos de luz y transparencia en las aguas bien entendidos.

De D. Felipe Barrantes es una tablita titulada *Angelus,* muy sentida y bien entonada; y de García Rodríguez dos bonitos paisajes á orillas del Guadal-

quivir. Muy dignos de mención son también los dos cuadros de Alcázar. Así *Vendimia* como *Recogiendo manzanas* son preciosos.

Quedan, pues, descritas á vuela pluma las principales impresiones recogidas en nuestras visitas á tan ameno cuanto superior certamen. Con hondo pesar dejamos sin mencionar muchos otros cuadros, llenos de bellezas y buenas condiciones artísticas; pero las dimensiones del presente artículo no nos permiten ser más minuciosos. Al principio ya hemos hecho constar que cuanto figuraba en esta exposición era como seleccionado por tribunal competentísimo. Y así debe haber sido, cuando al lado de los autores mencionados figuran nombres tan apreciados como Tapiró, Arroyo Fernández, Villodas, Vallés, Urgell, Tusquets, Tordesillas, Serra, Santamaría, Sánchez Solá, Sala, Sainz, Rosales, Ribera, Pinedo, Peralta, Mas y Fontdevila, Hernández, Garrido, Gallegos, Cañaveral, Arpa, Amorós, Alperiz y algunos más que sin duda escapan á la memoria y á nuestros apuntes.

Suponemos que el éxito de la venta habrá sido algo más que bueno, por cuanto al escribir estas impresiones (primera quincena de la apertura), había ya buen número de cuadros con la palabra *vendido* y el nombre del nuevo propietario. La lista de precios era razonable, según decían los interesados, sin ser menores de los generales dominantes en los mercados de Europa, y quizás á esto se deberá que el éxito final sea completo.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires. – Julio, 1900.



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA.
Cabeza de estudio para el cuadro *El testamento de Isabel la Católica*, de Eduardo Rosales

JUGO DE PEDRISCOS

Algún cosquilloso remordimiento le hurgaba en lo más hondo del pecho al hacer detenido examen de su ciencia.

Así fué que cuando se vió nombrado médico de Pedriscos de Arriba, extendió su credencial sobre la mesa y se puso á contemplarla como se contempla el negro agujero de un pozo insondable.

¿Se echaría de cabeza en aquella sima? ¿Renunciaría por escrúpulos de monja al pedazo de pan que se le colaba por las puertas? ¡Y que no venía á punto y en buena hora el tal mendruguillo!

Gracias á la casualidad que le deparó un tío segundo ó tercero, que en esto no se hallan conformes las crónicas, pudo con mil trabajos seguir una carrera á cuyo término columbrara la esperanza de tirar de la vida; y viéndose solo en el mundo, sin otro arrimo que su propio esfuerzo ni más fortuna que el tiempo por delante, aprovechó el ofrecimiento de aquel pariente suyo, el cual no comprendía que ningún hombre de bien pudiese emplear su ingenio en cosa mejor que en la cura del cuerpo ajeno, y cayó del lado de la Medicina del mismo modo que hubiese caído del lado de la Iglesia, si al buen tío le llega á dar por la cura de almas.



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – El Carnaval de Roma, cuadro de José Benlliure

Era aquella famosa época de la revolución septembrina, en que se aflojaron los rigores de la enseñanza universitaria por tan holgada manera, que á cuantos ciudadanos les vino en gana se concedió licencia oficial para ejercer varias de las profesiones que el Estado ampara, entre ellas la que permite mandar al hoyo á la humanidad doliente sin tropiezo en el Código ni protesta de nadie. Y como la cuota mensual del inopinado protector, largo en exigir y corto en dar, llegase cada vez más mermada, forzó Juan Varea la máquina con algunas recomendaciones que supliesen su inopia científica, y se encontró todo un Licenciado en Medicina y Cirugía hecho y derecho.

También lo de médico de partido en Pedriscos de Arriba debióse á la diligencia de aquel pariente, que con este nombramiento ponía fin á sus regateados favores y á Juanito en potencia propincua de conquistar honra y dinero.

– Conozco al dedillo los puntos que calzas en el sagrado oficio á que vas á dedicarte, decía á Juan su tío en el momento de entregarle la credencial. Sé, prosiguió, que todo tu saber no pende de ningún clavo timonel, sino de menudos alfileres; también me consta que más que la noble Medicina te tira el afán insano de hacer versos, y hasta me han informado de que te burlas de Dios y de sus santos como un vulgarote materialista. Por lo que hace á lo primero, confío en que la práctica, reveladora de verdades, te enseñará lo que en San Carlos no tuviste tiempo de aprender á macha martillo. En cuanto á lo segundo, con que mires á los que en esta tierra se dedican al cultivo de la fantasía y veas cómo les luce el pelo, te curarás del feo vicio de la literatura; y tocante á lo último, espero que la reflexión y los años te harán apearte de tu burro. Vas á un pueblo de gente sencilla y humilde que, como pongas en servirla algún cuidado, te llevará en andas y en volandas. Sé cauto y previsor. No vayas en la libertad que te tomes más allá del permiso que te concedan. Habla poco, receta menos, y sobre todo, no hagas chacota y befa de las cosas divinas, porque entonces, además de irte al infierno vestido y calzado cuando Dios sea servido de disponer de ti, podrías ganarte la gran paliza que te administrarían de seguro los predisqueños. No fío mucho en tu gratitud á mis beneficios y sé que al fin tendré que aplicarte aquello de «¡Ay, abuelo! Sembrasteis alazor y naciónos anapelo.» Pero he cumplido con mi conciencia y... punto. Con lo dicho y con anunciarte que desde ahora se acabó mi longanimidad, doy fin á este sermón.

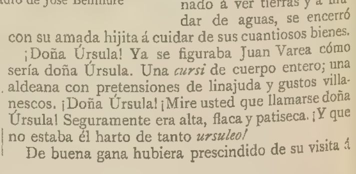
El cual decidió á Juan Varea á tomar el portante y meterse en el pueblo, muy dispuesto á reñir descomunal batalla con todo género de enfermedades por engarabitadas que fuesen, desde el más sencillo catarro hasta esos recónditos males que llegan con aire bonachón para que no se les ataje el paso y luego hacen más destrozos que un toro jarameño.

Previo anuncio para que le tuvieran alojamiento prevenido y después de diez y seis horas de ferrocarril, cuatro de tartana y dos de mulo calmoso, dió Juan con sus huesos en Pedriscos de Arriba una mañanita del mes de enero.

Para fortuna suya y gozo de los ciudadanos pedrisqueños, si allí lo de la regalada vida era como pedir peras al olmo, en cambio las enfermedades apenas asomaban las narices en Pedriscos huían de él á toda prisa y cual si el diablo se las llevase, bien por obra de un ventorrón que siempre soplaba á dos carrillos, bien porque hasta los males piden asiento cómodo y holgado albergue donde posarse, cosas que no se encontraban en el pueblo aunque por Dios y por todos los santos se pidiesen.

La tarea, pues, no era difícil y había que tomarla con resignación. Se trataba de pasar allí unos cuantos años, que en los comienzos del vivir apenas se notan. Los aprovecharía para ingurgitarse en la mollera el contenido de los librotes que en Madrid ni siquiera hojeó; y cuando estuviese bastante saturado de ciencia, una cátedra en cualquier Universidad ó un puesto en el Cuerpo de Médicos de Baños le sacarían de Pedriscos de Arriba, porque lo que es quedarse allí *per sæcula sæculorum* entre aquellos cafres, ¡eso sí que no!

¡Y cuidado que eran brutos y cerriles! Desde el alcalde hasta el fiel de fechos, todos echaban bellotas á poco que se les zarandease. Faltábale conocer á doña Úrsula, la mayorazga más rica del pueblo y sus contornos, la dueña de la sola casa con apariencias de morada habitable que existía en Pedriscos, la señora cuyas excelentes prendas de piedad y desinterés elevaban á las nubes los pedrisqueños, una viuda joven aún, que después de haber andado medio mundo en pos de su marido, que en paz descanse, muy aficionado á ver tierras y á mudar de aguas, se encerró con su amada hijita á cuidar de sus cuantiosos bienes.



¡Doña Úrsula! Ya se figuraba Juan Varea cómo sería doña Úrsula. Una *cursi* de cuerpo entero; una aldeana con pretensiones de linajuda y gustos villanescos. ¡Doña Úrsula! ¡Mire usted que llamarse doña Úrsula! Seguramente era alta, flaca y patiseca. ¡Y que no estaba él harto de tanto *ursuleo!*

De buena gana hubiera prescindido de su visita á

la viuda; pero como al fin y al cabo ésta representaba el elemento social más importante de Pedriscos, y su prevención fundábase tan sólo en creer lo contrario de lo que creían aquellos gaznápiros, además de que su conveniencia le empujaba á ponerse en contacto con la mayorazga, á los pocos días de hallarse en el ejercicio de sus funciones se presentó Juan en casa de doña Ursula, ante la cual lamentó, por supuesto para su sayo bastante mal traído, no haberse echado encima la ropita de cristianar, porque la viuda era uno de esos ejemplares que Dios crea de higos á brevas y envía acá abajo para regodeo del espíritu.

De perlas parecióle doña Ursula, quien á su vez se prendó del médico cuando lo trató con intimidad, pues aparte de que Juan Varea poseía cualidades físicas muy aceptables, por lo que reza á labia y gancho para hacerse querer de las mujeres, bien hubiera podido graduarse de doctor *nemine discrepante*. Y ¡claro está!, en gran predicamento con la viuda, á partir una almendra con el alcalde que ejercía el cacicato á las órdenes de aquélla, y ambos dedicados á cantar alabanzas del médico madrileño á campana herida, fuese rezumando su fama por el pueblo, y ya no hubo cosa grande ni pequeña en la cual no metiera el cuezo el sobrino de su tío.

¿Que si sucedió lo que era natural que sucediese? ¡Quién lo duda! Ella y él, él y ella, primero con tímidas insinuaciones y más tarde con dulces confidencias, dieron en el *quid* de su desasosiego y se explicaron cómo los vaivenes de sus tiernas almas no eran cien leguas denunciaban su profundidad, muy merecido tenía el respeto de sus conterráneos, no que el de los habitantes de Pedriscos de Arriba.

Los castos amores de la viuda y el médico, que iban derechos camino del matrimonio, tuvieron, no obstante, un ligero tropiezo en el pertinaz descreimiento del segundo, que poniendo en olvido los sanos consejos del tío providente y cuando fué tomando confianza con la dama, permitióse varias cuchufletas á costa del santo patrón de Pedriscos, de quien ésta era devotísima; tremendo desacato que motivó



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – Poesía satírica, cuadro de Jiménez Aranda

temperancia volteriana, y al fin cantó la palinodia, pues hubiera sido insigne locura dejar que se le escapase aquella encantadora mujer.

Con votos de amén y mucho de *ya no lo haré más* firmáronse las paces, y para que ello tuviese mayor solemnidad, llevó doña Ursula á Juan Varea á un cuartito inmediato á su alcoba convertido en reducido oratorio, y ante un hermoso Cristo de talla le obligó á que prestase juramento de no reincidir en las pasadas blasfemias.

Y ahora á pensar en la boda, que indefectiblemente habría de realizarse de allí á cuatro meses. El acto solemne en Pedriscos y al momento á Madrid, á instalarse en la casa de la calle del Arenal propiedad de doña Ursula. Si apretaba el calor, á Suiza, que es sitio fresco, siempre llevando consigo á su hija del alma, eso sí, á aquella preciosa Tulita, porque dejarla entregada á manos mercenarias mientras ellos paseaban su luna de miel, jamás. Tiempo sobraba, cuando Tulita fuese grande, para ponerla en un colegio. ¿Verdad que no le molestaba la niña? ¿Verdad que ya la quería?

¡Claro que iba tomando cariño á la pequeña, vivo retrato de Ursula! ¿Acaso era él de estuco? Además, el que quiere á la col quiere á las hojitas de su alrededor, y adorando como él adoraba á la madre, ¿no había de mirarse en la chicuela, que era una perita en dulce?

Puntualizados los plazos y arregladas las fechas, frotóse las manos de gusto Juan Varea; y después de esta conversación, de la cual salió más blando y papandujo que unas gachas, retiróse á su domicilio y



BUENOS AIRES – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – Pelando la pava, cuadro de J. García Ramos



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – Galantes, cuadro de Luis Alvarez

sino jugarretas del amor, que se pinta solo para esta clase de chascos.

En doña Ursula prendió con fuerza nunca vista, que la llevó á hacer de Juan Varea personaje ideal á quien todos debían acatamiento, pues un hombre tan superior que en las cosas científicas causaba admiración con aquellos enrevesados términos que á una escena místico-erótica, durante la cual, entre lágrimas y suspiros, conminó la viuda á Juan Varea á que optase por su amor inmenso con más la firme creencia en cuanto ordena y manda la Iglesia Católica, ó por la inmediata y total ruptura de sus relaciones amorosas. Mordióse el médico la lengua, prometióse un par de cachetes que había ganado su intemperancia

se metió en la cama á saborear con el pensamiento aquellas delicias que le abrían los rosados dedos de la viuda; y cuando ya se estaba perdiendo en los abismos del sueño, al dar la confusa idea las buenas noches al cerebro, dos furiosos aldabonazos le despertaron. A los pocos minutos un repiqueteo en la puerta de su cuarto le hizo incorporarse.

—¡Señorito!

—¿Qué sucede?

—Avisan de casa de doña Ursula que Tulita está muy mala y dicen que vaya usted á escape.

La pobre niña se moría; se moría á chorros. Ya llevaba cerca de una semana quejándose de dolores en la garganta; pero el médico de Pedriscos, á quien más preocupaban los ojos charlatanes de la madre que los lamentos de la hija, apenas dió importancia á las quejas de Tulita. ¿Que no podía tragar bien? ¡Bah! ¡Nada entre dos platos! Unas gárgaras de agua y vinagre, y pare usted de contar.

Aquella noche, así que se hubo marchado Juan Varea, el mal tomó aterradoras proporciones y á las dos de la madrugada Tulita se asfixiaba.

—¡Mi hija se muere y usted me la va á salvar! ¡Bendito sea Dios y su santa madre que le han traído á este pueblo!

Con semejante exclamación recibió doña Ursula al médico de Pedriscos, á quien se le vino el mundo abajo en cuanto vió á la enferma.

¡Valiente montaña se le caía á cuestas. ¡Aquello era un caso de difteria, espeluznante y aterrador, sin compostura posible. ¿Y qué hacer? ¿Por dónde tirar? Si en sus manos se ahogaba la chiquilla, ¡adiós crédito y adiós boda! Y en cuanto á salvarla...

La verdad es que la pobre niña daba pena. Con su cabecita de rubios bucles hundida en las almohadas; los expresivos ojos muy abiertos, como pidiendo á su madre y á Juan Varea aire para sus pulmones; entreabierta la boca, en cuyo fondo veíanse las traidoras membranas cual si fuesen cordeles que se anudaban poco á poco, la infortunada Tulita íbase por momentos.

—Dígame usted la verdad, exclamó doña Ursula con angustiado acento y en voz baja. ¿Es difteria lo que tiene?

—Sí, repuso medio atontado Juan Varea.

—¿Se morirá?

—Lucharemos para evitarlo, pero el ataque es gravísimo, dijo el médico preparando el terreno.

—¡Hija de mis entrañas!, sollozó la infeliz madre.

—¡Calma, Ursula, calma!, interrumpió Juan. Aún vive y ¡quién sabe!..

—Yo he oído decir que la traqueotomía ha salvado en muchas ocasiones á los atacados de difteria. Haga usted la prueba en último extremo. Opérela usted al instante, si juzga que no hay otro remedio. ¡Todo para que viva!, suspiró casi de rodillas doña Ursula.

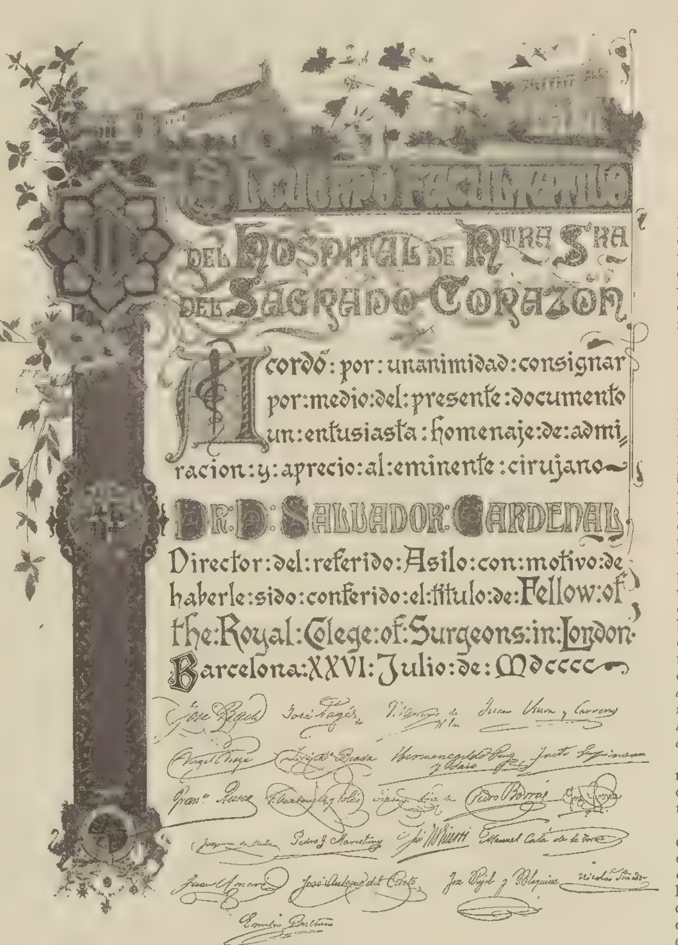
¡La traqueotomía! ¡Diablo de idea! Si hubiera sido reventar un grano ó sacar una espina, ¡vaya por la operación quirúrgica! Pero la traqueotomía, que jamás vió practicar y sólo conocía por lo que de ella le hablaron en cátedra, ¡sí, ya escampa! Antes perdería su brazo derecho que poner su profano bisturí en la garganta de aquel ángel... ¿Para que en vez de pinchar en el punto debido le cortara alguna arteria importante! ¡Qué horror!

Urgía, sin embargo, adoptar un plan, más para que doña Ursula le viese á brazo partido con el mal que para atajarle, pues en su ánimo estaba que todo sería en vano, como la Providencia no obrase una maravilla. Y pensando en la forma de salir del atolladero lo mejor posible, ocurriósele una endiablada idea que, al menos, alejaba la necesidad de manejar las herramientas de su oficio, á que tenía un miedo cerval.

—Oiga usted, Ursula, dijo á la viuda sacándola del cuarto de la niña y tomando un aire misterioso. No quiero ocultarle que preveo un funesto desenlace... Podemos intentar la operación, aunque no respondo del éxito... Si usted se empeña, ahora mismo voy por los instrumentos. Es cuestión de cinco minutos. Ni esa ni ninguna se me resiste. ¡La he practicado tantas veces! Pero si Tulita ha de salvarse, sólo puede ser aplicándole un remedio inventado por mí, una panacea que *cuando se propina á tiempo* (y recalcó estas palabras) su acción terapéutica es eficacísima. ¿Que por qué no se lo he dicho antes? Pues por la razón sencilla de que mi medicina no se halla en ninguna farmacopea ni la conoce nadie más que yo: es un compuesto de jugos de hierbas extrañas y de bases minerales cuya virtud estupenda he comprobado después de largas experiencias, y que únicamente administro, entiéndalo usted bien, Ursula, cuando el enfermo ó su familia tienen en mí una fe ciega...

—Yo la tengo en usted, Juan de mi alma. Haga usted lo que pueda y Dios hará lo que quiera, interrumpió la viuda.

Salió entonces el médico á escape sin saber dónde acabaría aquel embuste, llegó á su casa, tomó de sobre la mesa dos botes que contenían agua clara, volvió en cuatro brincos, y al reunirse de nuevo con doña Ursula le suplicó que le permitiera encerrarse en el oratorio, pues le hacía falta silencioso retiro para preparar en él la mezcla de aquellas portentosas tisanas, sin que bicho viviente le distrajera, porque en el cuanto de la mixtura hallábase el tanto de su virtud.


del Hospital de Ntra Sra del Sagrado Corazón

Acordó: por: unanimidad: consignar: por: medio: del: presente: documento: un: entusiasta: homenaje: de: admiración: y: aprecio: al: eminente: cirujano: Dr. D. Salvador Cardenal Director: del: referido: Asilo: con: motivo: de: haberle: sido: conferido: el: título: de: Fellow: of: the: Royal: Colege: of: Surgeons: in: London: Barcelona: XXVI: Julio: de: MDCCCC

Pergamino ofrecido por el cuerpo facultativo del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Barcelona á su Director D. Salvador Cardenal, con motivo de haberle sido conferido el título de miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres, caligrafiado por D. Francisco Flos.

Y una vez solo en la capillita, puso los tarretes encima del altar, hincóse de rodillas en frente del Cristo, y con el pensamiento más que con la palabra dijo así:

—¡Cristo mío! Soy un pecador impenitente, un farsante de la peor especie, un pillo sin ley ni Dios y no merezco que me atiendas. He negado tu supremo poder y me he reído de tu divinidad; pero hoy hago ante Ti acto de contrición y Te ofrezco mi total enmienda si me sacas de este berenjenal y vuelves la salud á esa pobre criatura.

Después de esta breve súplica masculló unos cuantos padrenuestros, vertió en un frasco lo que encerraban los dos tarretes, fuese al lado de la niña, y con la persuasión de que era portador de la divina gracia, con la seriedad del que tiene en su poder la vida de sus semejantes, roció con unas cuantas gotas las rugosas fauces de Tulita.

. . . .

La fama del médico de Pedriscos de Arriba creció como la espuma. El pueblo en masa le llevó en triunfo hasta la posada, no bien se hubo enterado de la cura maravillosa. Al momento se organizó un comité para recaudar fondos con que levantarle en la plaza de la Constitución (que ya no se llamaría tal, sino plaza de D. Juan Varea) una estatua que le representase precisamente con un frasco en la mano derecha y en actitud de mostrarlo á la muchedumbre, y en el salón de sesiones del ayuntamiento se puso una lápida con las siguientes frases: *«Al célebre bienhechor de la humanidad D. Juan Varea y Martínez, Pedriscos de Arriba agradecido.»*

Que la boda se verificó mucho antes de lo convenido, no hay para qué contarlo.

Casáronse Ursula y Juan en el pueblo y fueron á la corte, donde hoy viven anchamente con las rentas de la mayorazga y dos millones de reales que Varea ha ganado vendiendo ese asombroso específico que todos conocemos, á fuerza de verse su nombre en esquinas y periódicos, y que se llama *Jugo de Pedriscos*.

¡Lástima grande que el descubrimiento del suero antidiftérico haya desbancado al portentoso jugo!

Pero con cien mil duros y la viuda, ¿quién le tose á Juan Varea?

E. Gutiérrez-Gamero.

D. SALVADOR CARDENAL

El día 26 de julio último, el Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra celebró el centenario de su fundación con un solemnísimo acto, en el que, congregados los ilustres individuos de aquel centro científico, se confirió la investidura de miembro honorario á varias personalidades eminentes en la política y especialmente en la Medicina y en la Cirugía de todos los países.

Entre los honrados con tal distinción figuran los nombres de los que van á la vanguardia de la ciencia médico-quirúrgica, y á los que van unidos la mayor parte de los descubrimientos modernos y especialmente la técnica de casi todos los nuevos procedimientos operatorios. He aquí el nombre de algunos de los nuevos miembros honorarios del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra: Albert, de Viena; Bassini, de Padua; Beunet, de Dublín; Berg, de Stokolmo; Bergman, de Berlín; Halted, de Baltimore; Kocher

de Berna; König, de Berlín; Kuster, de Marburg; Lannelonge, de París; Ollier, de Lyón; Pachantine, de San Petersburgo; Rubio, de Madrid, y Cardenal, de Barcelona.

La distinción otorgada á nuestros compatriotas los doctores Rubio y Cardenal ha ensanchado algo nuestro espíritu y nos ha llenado de satisfacción, tanto más justificada por cuanto después de nuestros recientes desastres y del atraso en que desgraciadamente nos hallamos respecto de las demás naciones, á la verdad nos sentíamos humillados ante su poder científico.

Afortunadamente, y ello nos fortalece, vemos que la poderosa Inglaterra, al designar á los hombres más ilustres en la ciencia de curar de Europa y América, no ha olvidado á los médicos eminentes de España; y sin duda ha estado justa en la elección al nombrar al venerable fundador del Instituto operatorio de Madrid y al actual director del Hospital del Sagrado Corazón de Barcelona; los dos eminentísimos cirujanos.

El cuerpo facultativo de este Hospital, con motivo de tal nombramiento, ha querido dar una prueba á su digno director doctor Cardenal de la estima en que le tiene y del respeto y consideración que le profesa, haciéndolo constar así en un elegante y artístico pergamino caligrafiado por don Francisco Flos, quien ha dado una prueba más de su habilidad y buen gusto.

Tiene 58×47 centímetros y es polícromo; en su parte alta se ven fielmente reproducidas las fachadas del Hospital del Sagrado Corazón y de la casa de curación quirúrgica del doctor Cardenal, y bordeada por un elegante friso, se lee en magníficos caracteres góticos una expresiva dedicatoria felicitándole por la alta y merecida distinción de que ha sido objeto por el Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra, al pie de la cual se continúan las firmas de los que constituyen el cuerpo facultativo de dicho Hospital.



D. Salvador Cardenal, eminente cirujano, Director del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazon de Barcelona, nombrado recientemente miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres (de fotografía)

Una y otra distinción las tiene bien ganadas el doctor Cardenal; sus méritos científicos son valiosos. Él fué quien inició en nuestra región los adelantos de la nueva Cirugía, contribuyendo asimismo á difundir con sus obras en toda España la técnica moderna; pudiéndose asegurar que no existe médico que de otras provincias haya venido á Barcelona, que no haya querido conocer y ver operar al doctor Cardenal, atraído por la justa fama de que goza.

Con la ayuda de su poderoso talento y de su laboriosidad infatigable y adquiriendo los conocimientos quirúrgicos modernos en sus fuentes, ya que en sus varias excursiones científicas ha podido apreciar de *visu* á las eminencias quirúrgicas de Europa, se ha colocado á la cabeza de los cirujanos españoles, reconociéndole habilidad suma, incomparable destreza y rara serenidad.

Además del gran número de operaciones que lleva practicadas – pasan de 4.000, – más que por el número tienen importancia por la calidad de las mismas, contándose entre ellas más de 500 laparatomías por tumores y otras enfermedades del aparato genital, del estómago, intestinos, hígado, bazo, y en fin, enriqueciendo su largo catálogo operatorio con la difícil cirugía craneana y raquídea, que le ha proporcionado también éxitos brillantes. Otra rama ha cultivado con verdadera brillantez, cual es la cirugía operatoria de los huesos y de las articulaciones, que es en donde descuella á la vez el arte de su ciencia y la habilidad del director.

Pero no es solamente en la clínica donde Cardenal manifiesta sus dotes quirúrgicas; lo atestiguan igualmente las obras que ha dado á la estampa, mereciendo algunas de ellas meritísimas recompensas de doctas Academias y agotándose las ediciones de otras. He aquí algunas de las principales:

De la anestesia, de los anestésicos y en particular de la cloroformización. Memoria. – *De la anestesia local: un descubrimiento del doctor Letamendi: experimentos.* – *Un pas vers la solution du problème de l' anasthesie local. Memoire adressé au quatrième Congres international de Medecine tenu à Brucelles.* – *De la osteotomía uniforme.* 1877. – *De la osteomielitis en sus relaciones con la piohemia y la septicemia.* 1877. – *De los accidentes producidos por el virus cadavérico: estudio teórico-práctico.* 1877. – *De la triquinosis y de la triquina.* 1879. – *Guía práctica para la cura de las heridas y aplicaciones del método antiséptico en Cirugía.* 1880. – *El lupus, el epitelioma y el cáncer ulcerado. estudio histológico y clínico.* Medalla de oro de la Real Academia de Madrid. 1881. – *Progresos de la Cirugía en el presente siglo.* – *Manual práctico de Cirugía antiseptical* (con un volumen de técnica bacteriológica), dos ediciones: la última, publicada en 1895, consta de 1.012 páginas. – *Contribución al estudio experimental de los efectos de los modernos proyectiles de guerra y su tratamiento:* con láminas. 1895. Publicada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. – En preparación: *Contribución al estudio de la Cirugía del estómago.*

Este es el cirujano; el hombre merece capítulo aparte.

Su figura nada vulgar, á través de la que ya se adivina una personalidad propia y de raras cualidades, hermana perfectamente con su caballerosidad y con una llaneza de carácter que encanta. Esta cualidad que tanto le avalora para cuantos le conocen y le tratan íntimamente, tal vez le perjudica en la realidad de la vida social, casi siempre ligera y frívola, y es que no transige con ciertos convencionalismos, á los que está tan apegada la sociedad actual.

Enemigo por sistema de exhibiciones que resultan ser muchas veces inoportunas, vive para su familia y para la ciencia, que cultiva con verdadero cariño, poseyendo una cultura poco común, que gusta de aumentar, pero no de exhibir.

Joven todavía, y con vigor intelectual y físico, la ciencia y la patria esperan de él más todavía; y al coincidir su investidura de miembro honorario del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra con sus bodas de plata científicas, ya que acaban de cumplir 25 años que recibió el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, nosotros, al felicitarle por sus triunfos científicos, le deseamos que en bien de la cirugía española pueda celebrar las bodas de oro de su carrera, como no ha mucho las celebraba su venerable compañero el doctor Rubio, de Madrid, á quien enviamos también desde estas columnas el testimonio de nuestro respeto y admiración. – X.



ELLA

(POEMA EN PROSA)

Fernando estaba loco; por lo menos así lo aseguraba todo el mundo, y *vox populi, vox Dei.*

Su locura no era una locura furiosa; era una locura rara; se aproximaba más á la monomanía que á la demencia; pero sea como fuere, el caso es que Fernando se moría, se moría rápidamente sin dolencia alguna y en edad temprana, cuando los desengaños no habían tenido tiempo de agostar sus ilusiones; cuando la juventud apenas si había borrado de sus ojos la candidez de la infancia.

Fernando era uno de esos seres especiales que parecen nacidos para correr siempre detrás de la dicha sin conseguir alcanzarla nunca.

Era romántico sin llegar á cursi ni á llorón. De niño se pasaba las horas en el jardín de su casa, con los ojos fijos en el cielo cuajado de estrellas ó en la obscura masa de los árboles, llenos de susurros y pitorreos. Su imaginación creaba seres raros y tenía ensueños sin nombre y alucinaciones inexplicables. De joven no se supo lo que era; pues apenas despuntó en él la juventud, despuntó también aquella monomanía, aquella locura.

¿En qué consistía la enfermedad de Fernando? ¿Qué era lo que quitaba brillo á su mirada y color á sus mejillas? ¿Qué oculta pena pintaba en su rostro el hastío, la angustia, la desesperación y hasta la desgana de hablar y de reir?

Como esos seres que cruzan la vida sin rozar sus miserias con sus alas de soñadores, y se pasan los años buscando en la maraña de sus pasiones y de sus luchas cosas que nunca encuentran, Fernando, sublime sonámbulo de sublime sueño, buscaba una mujer, una mujer, sí; tipo ideal de toda su vida, amor de sus amores. encarnación viviente de todos sus sueños; la buscaba con loco afán, con firme tenacidad, la buscaba constantemente, pero no la encontraba.



Lavanderas, cuadro de Joaquín Agrassot (Salon Parés)



La mejor cuna, cuadro de Joaquín Sorolla



Espigadoras, cuadro de Juan Francisco Millet



Un bautizo, cuadro de Antonio de Ferrer

¿Quién era ella? *Ella* era *ella;* he aquí todas las explicaciones que acertaba á dar Fernando. La presentía, y cuando iba á definirla se evaporaba; se evaporaba como leve nubecilla de humo, y si su recuerdo quedaba en el alma, su figura desaparecía de la mente.

Ella no tenía nombre ni apenas forma, y sin embargo, ¡cosa rara!, era el prototipo de la hermosura, de esa hermosura que parece un destello de Dios por lo que á Dios se aproxima; de esa hermosura que es como las flores, que admiran por su delicadeza y atraen por su perfume; ella, en fin, no tenía parecido con nadie: *ella*, era *ella*.

¿Habéis visto alguna vez esos lagos de aguas azules, profundas, dormidas, que parecen encerrar en sus mansas ondas todos los misterios de las más fantásticas leyendas y todas las sublimidades de los más puros amores? Pues azules como esos lagos eran las pupilas de aquella mujer, azules como cachitos de cielo, con un brillo que aturdía y una extraña dulzura que volvía loco.

¿Habéis soñado alguna vez en vuestros delirios de artistas una de esas hermosuras delicadas, tenues, que al tratar de fijarlas se evaporan como vedijas de humo? Pues hermosa, con esa hermosura ideal, era aquella mujer, aquella mujer que parecía la ilusión de un poeta ó el sublime engendro de un Dios.

Fernando, impulsado por su locura, buscó por todas partes á aquella mujer: á veces creía encontrarla; hacíase presentar á alguna muchacha que se parecía vagamente á su ensueño, que se parecía á él como se parece la realidad á la esperanza, el hombre á Dios. Apenas la conocía, apenas hablaba con ella, el hastío se apoderaba de él, el ídolo caía roto, maltrecho, sin brillo, sin encanto; no, no era aquello lo que él buscaba; no era aquello lo que él había soñado despierto en las noches en que el insomnio nos enrojece los párpados, y el alma, perdida toda pena, se entrega como una loquilla á todas las ilusiones, á todos los idealismos. Aquellas mujeres eran elegantes, bonitas, pero ni entendían á Fernando ni Fernando las comprendía á ellas. Sus amores eran amores vulgares, corrientes, y nada decían á aquella alma, ansiosa de amor tan raro que apenas si acertaba á definirlo, que apenas si podía hacer otra cosa que sentirlo profundamente.

Fernando se separó del trato de las mujeres que recordándole la imagen presentida, tanto se alejaban de ella sin embargo. Iba siempre solo, triste, ensimismado; todas se burlaban de él y él de ninguna hacía caso. Su monomanía degeneró en locura, pero en locura dulce, apacible; tenía más de las vaguedades del niño que de las exaltaciones del demente. Constantemente iba glosando allá en el interior de su alma un idilio inacabable: un idilio sin celos ni desconfianzas, sin contrariedades ni dolor.

¿Creéis que no hablaba con ella? Los que no conocéis ni comprendéis más que este pobre lenguaje humano, tosco, burdo, que apenas si acierta á expresar pálidamente las ideas que bullen en la mente ó los sentimientos que aletean en el alma, encontraréis extraño que Fernando pudiera hablar con aquella encarnación de sus sueños, con aquella imagen que á veces tenía todos los atractivos de las hermosuras de carne y hueso, y á veces todas las vaguedades de los más puros idealismos.

Fernando se moría poco á poco; su alma se derretía en impotentes deseos y en inexplicables ilusiones, y su existencia se acababa sin enfermedad aparente, sin sufrimientos, sin esos espasmos nerviosos de la agonía, sin esa titánica lucha que la vida sostiene con la muerte; se acababa con dulzura, como una lámpara que no tiene aceite, como un árbol que no tiene savia.

Fernando agonizaba sin advertir que la muerte rondaba junto á él; ni un grito, ni un gemido, nada que indicase sufrimiento, ni siquiera esa lágrima que al aparecer trémula en los párpados de los moribundos, viene á revelar el más supremo de los dolores. De repente, su rostro pareció transfigurarse, y volviéndose hacia los que le rodeaban, murmuró con acento que tenía inflexiones de infinita dulzura y dejos de ultratumba:

-¡Es ella, allí está, es ella!

Y expiró, mientras sus amigos, al cerrarle los ojos, decían á modo de fúnebre oración: «¡Loco hasta el fin!»

¡Quién sabe! Tal vez allí donde no llega el murmullo de la vida; allí donde el espíritu, libre de las ataduras de la carne, olvidado de las luchas que nos envilecen y sujetan, vaga en esplendorosa luz; allí donde la muerte no puede reinar, haya encontrado la mujer de sus sueños, la imagen que había buscado por el mundo, y que el mundo, que no puede conceder tales cosas, le había negado siempre inexorable y duro.

JOSÉ TORAL.



BUENOS AIRES. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. - Mar de Levante, cuadro de Gonzalo Bilbao

NUESTROS GRABADOS

Coquetería, cuadro de Francisco de Lenbach. - No sin razón es reputado Lenbach como uno de los mejores pintores alemanes y quizás uno de los primeros entre los retratistas. Sus obras se distinguen por el vigor del modelado, por la corrección del dibujo, por la armonía de las entonaciones y sobre todo por la vida que en ellas alienta. Si su celebridad no estuviera ya sólidamente cimentada, bastarían á crearle una envidiable nombradía cuadros como el que hoy reproducimos y que es la demostración más elocuente de que Lenbach posee en alto grado las cualidades enumeradas.

Lavanderas, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés). - No con la frecuencia que desearíamos, hemos copiado en esta Revista varias composiciones del distinguido pintor valenciano Joaquín Agrassot, y con tal motivo hemos tributado al maestro los elogios á que tiene derecho por su reconocido mérito y laboriosidad. El cuadro á que hoy nos referimos ha de estimarse como otra bellísima página de la interesante serie de composiciones que ha producido destinadas á perpetuar artísticamente cuanto puede recordar y significar el modo de ser, los tipos y costumbres del pueblo valenciano. Así pues, hemos de limitarnos á tributar un aplauso al maestro y una nueva muestra de consideración al amigo.

La mejor cuna, cuadro de Joaquín Sorolla. - Sobradamente conocido es el nombre del ilustre pintor valenciano para que necesitemos encomiar sus creaciones, aparte de que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado multitud de éstas que han permitido á nuestros lectores apreciar en todo lo que vale el talento del justamente afamado artista. Además, en el número 966 de esta revista se insertó un interesante estudio del reputado crítico matritense que escribe bajo el seudónimo de *León Roch*, en el cual se retrata la personalidad artística de Sorolla y se juzgan cual se merecen sus excepcionales aptitudes; á él, pues, nos referimos, ya que nada podríamos decir por nuestra cuenta que más de relieve pusiera estas aptitudes y aquella personalidad: unas y otra aparecen nuevamente confirmadas en *La mejor cuna* que en el presente número reproducimos.

Las espigadoras, cuadro de Juan Francisco Millet. - El autor de este cuadro figura hoy entre los maestros franceses indiscutibles. Si en vida no fué apreciado su talento como debía serlo, después de su muerte operóse una reacción en su favor, y sus cuadros, que él vendió en unos centenares de francos, llegaron á adquirirse después en cientos de miles, pagándose por algunos de ellos cantidades poco menos que fabulosas. Millet fué un verdadero poeta; sintió como pocos habían sentido antes la poesía de los campos y como ninguno de sus predecesores la trasladó al lienzo con una sinceridad y sobriedad maravillosas, prescindiendo de todo aditamento que pudiera desfigurarla y produciendo la más intensa emoción estética con los medios más sencillos. Contémplense todas sus obras, y en todas ellas se verá que el artista fía el efecto únicamente al asunto en sí, al sentimiento que él supo descubrir en los diversos espectáculos de la naturaleza y que tan magistralmente supo reproducir en sus cuadros.

Un bautizo, cuadro de Antonio de Ferrer. - Una nueva producción del laborioso maestro Sr. Ferrer damos á conocer á nuestros lectores. Al igual de las que hemos podido reproducir en otras páginas, hállase inspirada en cuadros de costumbres de nuestro país correspondientes á los comienzos de la presente centuria. Salvo la indumentaria de las figuras que constituyen la composición, pocas variantes ofrecería al observador la misma escena desarrollada en un villorio de la alta montaña. De ahí el doble interés del lienzo, que como todos los del Sr. Ferrer se recomiendan por el estudio que revelan y el buen deseo en que se inspiran.

Mujeres salando sardinas en el puerto de Gijón, dibujo de E. Jimeno Regnier. -- No es el Sr. Jimeno Regnier un artista novel. Su nombre hace algunos años que es ventajosamente conocido y lleva consigo al concepto de la laboriosidad y de su entusiasmo por el arte. Conocidos son sus recomendables estudios de los más celebrados pintores españoles, y en las varias obras publicadas por la casa editorial de esta Revista figuran reproducciones de copias muy notables de las obras más capitales de los grandes maestros de nuestra patria. Entregado, por completo, al estudio del arte, distínguense los cuadros y dibujos de nuestro amigo por su sinceridad y por el empeño que revelan de interpretar el natural. En este caso hállase el apunte ó estudio que figura en la última página.

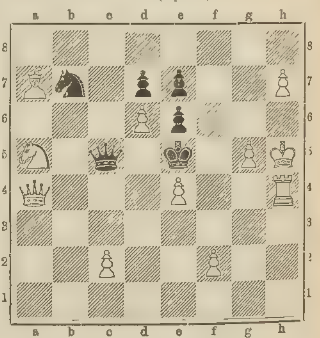
Teatros. - *Madrid.* - Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Con arma blanca*, comedia en un acto del Sr. Guerra y Motta; en la Zarzuela *El guitarro*, zarzuela en un acto, letra de D. Frutos Fernández de la Puente, música del maestro Pérez Soriano; y en Eslava *El tesoro del estómago*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Abati y Mario, música de Valverde (hijo). En el teatro de la Princesa ha comenzado la temporada de invierno la compañía que dirige D. Ceferino Palencia y en la que figura María Alvarez Tubau: *La princesa de Bagdad*, arreglo de una obra de Dumas con que inauguró sus tareas, tuvo escaso éxito.

Barcelona. - Se han estrenado con aplauso: en Romea *Ahont menos se pensa*, *Sol matinal* y *La pomera dels noys*, comedias en un acto de D. Ramón Román, D. Luis Millá y D. Manuel Rocamora respectivamente, y *Carme*, drama en tres actos de D. Jaime Capdevila; y en la Granvía *La balada de la luz*, zarzuela melodramática de D. Eugenio Sellés, con preciosa música del maestro Vives, y *El escalo*, zarzuela en un acto de los Sres. Arniches y Lucio, con música también del maestro Vives. El estreno en Novedades de la ópera de este maestro *Euda d'Uriach*, escrita sobre el libreto de Angel Guimerá, traducido al italiano por A. Bignotti, ha sido un verdadero acontecimiento artístico que ha proporcionado una continuada ovación al eminente compositor catalán. En el teatro Principal han dado dos notabilísimos conciertos el afamado violoncelista Pablo Casals y el pianista alemán Harold Bauer, que ha demostrado ser un artista de primera fuerza: uno y otro fueron entusiastamente aplaudidos en cada una de las piezas de los escogidos programas que solos y juntos ejecutaron.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 213, POR O. NEMO

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 212, POR J. DOBRUSKY

Blancas.	Negras
1. Cf3-e5	1. C toma D
2. Ce5-g6	2. Cualquiera.
3. C, A ó P mate.	

VARIANTES

1 .... Ab5-e2:; 2. Cg4-e3 jaque, etc.
1..... Ag7-e5:; 2. Cg4-h6 jaque, etc.
1 . h5-g4:, 2. e2-e4 jaque, etc.
1.. .. Rf5-f4 , 2. Db3-e3 jaque, etc.
1 .... Ab5-d3 , 2. Db3-d3: jaque, etc.
1 . . Cd4-e2:, 2. Db3-f3 jaque, etc.
1 .... Otra jug.ª , 2. e2-e4 jaque, etc.



Sí, van á asesinar á ese señor que tienen agarrotado

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(CONTINUACIÓN)

– Le conviene á usted aceptar, señor conde, continuó *Caracol;* de lo contrario, seré yo quien substituirá al Sr. de Kerlor para el cobro de esta cantidad en el Credit Foncier. Yo imito que es un portento todos los caracteres de letra. Usted tiene fondos considerables en esa sociedad de crédito. Si quiere firmar usted mismo el segundo cheque de ochenta mil, estamos á sus órdenes. Pero usted permanecerá aquí hasta que yo vuelva mañana del Banco. Después se marchará usted con el chico... Si usted se niega á firmar, aquí le guardamos, vivo ó muerto, y cobramos lo mismo.

– ¡Miserables!

Jorge no tuvo tiempo de acabar ni de servirse de su revólver.

Panuflo había echado la luz por tierra de un manotazo, y se precipitó con tal violencia sobre Kerlor, que éste, sorprendido, vaciló.

El arma cayó al suelo.

Pero Jorge era vigoroso y ágil y se defendió con brío.

Temiendo una puñalada, cogió al bandido por los brazos, á fin de paralizar sus movimientos, y entablóse entre ambos una tremenda lucha.

Rodaron al suelo, sofocados, rugientes.

Jorge agarró á Panuflo por la garganta con sus dedos de acero; pero éste, medio estrangulado, tuvo la fuerza de sacar del cinto su navaja y asestó á su adversario una puñalada que le atravesó la ropa, haciéndole un rasguño en el costado izquierdo.

– ¡Asesino!, gritó Jorge.

– ¡Grita cuanto quieras!, dijo *Caracol,* que en la obscuridad no podía tomar parte en la lucha. Nadie puede oirte. Sin embargo, es preciso acabar cuanto antes de una vez.

– Se me ha caído la navaja, le dijo Panuflo. Cógela y dale á éste en la espalda. Yo estoy debajo, ¡y me estrangula!..

Jorge luchaba desesperadamente.

– No la encuentro, murmuró *Caracol.*

– Aquí..., ¡pronto! ¡Me ahogo! Estrangúlale entonces, mientras yo le tengo sujeto.

Caracol se arrojó sobre el grupo, que apenas distinguía.

De pronto detúvose.

Se oían golpes redoblados á la puerta.

– ¡La policía!, exclamó temblando de terror.

– ¡La policía!, repitió Panuflo.

Los golpes arreciaban.

Al mismo tiempo se oían gritos confusos, pero muy perceptibles.

– ¡Miserables!.., gritó Jorge, vais á pagar vuestro crimen.

– Eso es lo que falta ver.

Kerlor, distraído por los golpes y gritos de fuera, había descuidado un segundo á su presa.

Panuflo había aprovechado aquel instante para levantarse.

Caracol había encendido un fósforo.

A su pálido resplandor, Panuflo, calculando su embestida, se arrojó sobre el conde, dándole una tremenda topetada en el pecho.

Jorge perdió la respiración y cayó sin sentido.

Caracol, que había encendido la luz, gritaba á los de fuera:

– ¡Estoy acostado! ¿Quién va?

Nadie contestó, pero redoblaron los golpes.

– ¡Mi navaja!, rugió Panuflo con ademán de asestar una puñalada á Jorge.

– ¿Estás loco?, interrumpió *Caracol.* ¿Un asesinato en el momento que llega la policía? Maniátalo con esta cuerda (y le entregaba la que había servido para la mudanza). Luego te diré lo que hay que hacer.

Asomándose por el corredor gritó:

– ¡Allá voy!.. Dejen ustedes que me ponga los pantalones!

Volvió al lado de Panuflo, en cuyos ojos brillaba toda su instintiva ferocidad.

Caracol le calmó con una frase:

– Le matarás luego. Por ahora, lo que importa es sacarle los cuartos. ¿Le has maniatado?

Panuflo había agarrotado el cuerpo de Jorge con habilidad y rapidez.

– ¡Ya está!

– Ahora, carga con él. Voy á recibir á los que llaman. Les entretendré lo bastante para que tengas tiempo de alejarte con tu fardo. Ya sabes cómo se quita el barrote de la reja. Saca al hombre por la ventana. El río está á dos pasos... ¿Me has comprendido?

– Perfectamente.

– ¡Pues al avío!

Caracol se fué á abrir la puerta, mientras Panuflo se llevaba á Jorge, que seguía desmayado.

– ¿Quién va?

– ¡Abra pronto!, dijo la voz de fuera. ¡Soy yo!

– ¿Quién eres tú?

– ¡Yo! ¡Abra usted!

Al mismo tiempo dieron un golpe á la puerta con una piedra.

A pesar de la energía del llamamiento, *Caracol* abrió la puerta con precaución.

Fanfán se precipitó por la abertura.

– ¡Mil rayos! ¿Eres tú? ¿Solo?

El niño ya no le oía.

Había empujado á *Caracol* y se encontraba ya en el cuarto.

Panuflo había reconocido la voz del muchacho y comprendido que su intervención no era peligrosa.

En vez de huir con el cuerpo de Kerlor, esperó.

– ¿Adónde vas tan aprisa?, dijo á Fanfán.

Caracol, que había entrado detrás del niño, siguió preguntándole:

– ¿Quieres decir por qué llamabas de ese modo á la puerta? ¿De dónde vienes? ¿Cómo es que no estás con Ceferina y Claudinet?

A pesar de sus pocos años, Fanfán era ya todo un hombre, merced á sus sufrimientos.

Tuvo el valor de abstenerse de decir que había visto por la ventana todo lo ocurrido en el interior y que se propuso impedir el asesinato próximo á cometerse.

Al ver al hombre atado, al ver brillar sus ojos en la obscuridad, comprendió que no se había consumado el crimen y respiró.

Recobrada la serenidad, contestó á *Caracol:*

– En el momento en que mamá Ceferina y Claudinet subían al tren, caí del estribo, perdiendo el billete. Mientras buscaba el billete partió el tren y me quedé en tierra. Los empleados de la estación me echaron fuera. Entonces eché yo á correr para acá. Pero al meterme en el callejón, me dió tal miedo, que me apresuré á llamar á la puerta con todas mis fuerzas.

– Entonces, observó Panuflo, no hay nada de policía y podemos continuar nuestra faena.

Caracol designó á Fanfán con inquietud.

– No nos estorba, añadió el bandido, al contrario. Buena ocasión para que se estrene... y va á estrenarse. Será cómplice, de todas maneras. Como se trata de él, si el señor conde se decide se le entrega en el acto la prenda. Puede que la presencia del muchacho le estimule á concluir el negocio.

Fanfán miró á Panuflo con asombrados ojos.

– Sí, muchacho; ese caballero ha venido por ti. Se ofrece á cuidar de tu existencia y de abrirte un porvenir. Pero como tus papás te quieren mucho, sólo

se desprenderán de su hijito con su cuenta y razón... ¡y el señor vacila!

Fanfán se había puesto muy pálido, pero se sentía lleno de valor, dispuesto á todo.

Preparábase un crimen y querían que él lo presenciase.

Se quedaría, sí, pero para impedirlo.

Jorge le miraba fijamente.

El niño volvióse hacia él, y Kerlor pudo leer en su mirada franca la protección que le ofrecía.

– ¡Vamos, señor conde!, siguió diciendo Panuflo. No tenga usted tanto apego al dinero. ¿Qué son para usted cien mil francos? ¿No contesta usted? Entonces vamos á apelar á otros medios más eficaces.

Pronunció estas palabras con tal expresión de ferocidad, que el conde, que había cerrado los ojos, volvió á abrirlos, y *Caracol* se estremeció ligeramente.

– Siéntate, *Caracol,* y tú también, Fanfán. Vais á ver con qué arte pongo término al asunto. La idea de firmar algunos cheques con el nombre del señor conde no es mala, pero tiene un inconveniente, y es que, á pesar de la habilidad de *Caracol* en falsificar firmas, un detalle insignificante puede hacer descubrir su falsedad. ¡Esos ladrones de banqueros son tan desconfiados! Por consiguiente, vale más que el conde mismo firme los cheques.

– ¡Jamás!, contestó Jorge.

– Entonces apelaremos al sistema de torturas que me enseñó un negro con quien me escapé de Cayena. Empezaremos por cortarte una oreja... Si aún te obstinas en no firmar, te cortamos la otra... Luego la nariz, y así sucesivamente hasta que te rindas. Si cedes, cobramos tus cheques, te entregamos el muchacho y negocio concluído.

Jorge no contestó, pero sintió un estremecimiento glacial.

Miró á Fanfán, que permanecía inmóvil é impasible en apariencia.

El niño estaba resuelto á salvar á Kerlor á toda costa.

Miró á Jorge, y en aquel cambio de miradas entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, aunque el uno negase y el otro ignorase los lazos que les unían, hubo como la conclusión de un pacto secreto, indisoluble, de afecto y abnegación.

Caracol y Panuflo, preocupados por el crimen, no hacían ya caso del niño taciturno.

– Si el señor conde quiere reflexionar á solas acerca de nuestras proposiciones, le llevaremos á un cuarto aparte.

En seguida los dos bandidos cogieron á Jorge y lo transportaron al cuarto de los niños, dejando la puerta entreabierta.

Allí le ataron á un madero.

– Desde aquí, siguió diciendo Panuflo, el señor conde verá nuestros pequeños preparativos. Le servirán de distracción.

Caracol quitó al conde tódos los objetos que tenían algún valor, incluso el revólver.

Panuflo acompañaba el despojo con cínicas chuscadas.

Jorge permanecía inmóvil y mudo.

Después de su operación, los bandidos se volvieron á la sala y se sentaron á la mesa, sobre la cual pusieron su botín.

El orgullo de Kerlor le sostenía en su resolución de no despegar los labios.

Parecióle que la rabia le trastornaba la razón.

Por primera vez en la vida tuvo miedo. Miedo de la muerte innoble que le esperaba.

En una visión febril, acudió á su mente el vivo recuerdo de la noche en que se vengó, entregando la inocente criatura dormida al hombre horrible que huyó en las tinieblas.

¿Le castigaba ahora Dios, por haberse hecho justicia por sí mismo?

El castigo era cruel.

Estuvo á punto de rendirse y pedir clemencia á sus verdugos.

Pero preferirían, seguramente, saquearle y matarle luego á fin de que su crimen quedase oculto.

Era preferible morir con dignidad á morir degradado por una cobarde sumisión á aquellos entes infames.

Pero ¿y el niño?

¿Dejarían de matarle?

¿No harían desaparecer á aquel testigo de su asesinato?

¿Le obligarían quizá, como cómplice, á seguirles para siempre en aquella espantosa senda del crimen, á la cual le había arrojado él mismo?

¡No! ¡Imposible! Trataría de salvarle dando los cien mil francos.

Hasta prometería la impunidad á aquellos criminales con tal de salvar al niño.

En el momento en que iba á hablar, reparó en Fanfán que le miraba, acurrucado en un rincón del cuarto.

En aquel momento entraron Ceferina y Claudinet.

– ¡Aquí está la señora!, exclamó Panuflo.

Y viendo que iba á hablar:

– ¡Chitón! Luego hablaremos. Por de pronto vaya usted á traer con qué cenar opíparamente, con variedad de vinos y licores. Tenemos trabajo para toda la noche. ¡Ah! Traiga usted también una baraja para pasar el rato...

Ceferina obedeció sin proferir una palabra.

Caracol le había señalado con el dedo al prisionero, imponiéndole silencio con una seña.

Volvió Ceferina con las vituallas, que puso sobre la mesa.

– ¡Muchachos!, exclamó *Caracol.* ¡A dormir! Panuflo os presta su cama por esta noche.

Antes de salir del cuarto, Fanfán volvió á dirigir una mirada de inteligencia á Kerlor, y éste sintió que el valor renacía en su pecho.

Transcurrieron para él algunas horas interminables y atroces.

Los bandidos, desde la mesa, no le perdían de vista.

Parecían tranquilos, seguros de su hazaña, y hablaban de su víctima, jugando á los naipes, combinando en alta voz su plan y conviniendo en la parte que cada cual había de tomar en el crimen.

Su plan consistía en practicar en el conde horribles mutilaciones, hasta obligarle á firmar los cheques; vestirse de personas decentes con el dinero que ya le habían quitado y presentarse al cobro de los cien mil francos; repartírselos entre *Caracol* y Panuflo, y luego devolver á Kerlor la libertad y el niño, exigiendo antes al conde la promesa de no denunciarles ni perseguirles.

Caracol, que había podido hacerse cargo del carácter del conde, tenía la seguridad más completa de que éste cumpliría su palabra.

Los dos socios jugaban y bebían, aunque teniendo cuidado de no dejarse vencer por la borrachera.

Ceferina acabó por rendirse al cansancio, al sueño y á la bebida, y quedóse dormida sobre la mesa.

Caracol le mandó que se fuera á acostar.

La sonámbula entró en el cuarto de Panuflo y vió á los dos niños que fingían dormir en la cama de éste.

– ¡Duermen!, dijo á los hombres cerrando la puerta.

– Pues acuéstate y déjanos tranquilos, le mandó *Caracol.*

Y éste y Panuflo siguieron jugando.

XI

PADRE É HIJO

Apenas hubieron entrado los niños en el cuarto de Panuflo, Fanfán echóse en brazos de Claudinet y sollozó durante largo rato sin poder hablar.

Claudinet no comprendió la súbita congoja de su amigo.

Sin embargo, echóse á llorar también, murmurando frases de consuelo entrecortadas.

– ¡Vamos, Fanfán, no llores! ¿Qué tienes? ¿Por qué te afliges?

– ¡El crimen!

– ¿Qué crimen?

– El que preparan.

– ¿Preparan un crimen?

– Sí; van á asesinar á ese señor que tienen agarrotado.

– ¡Le van á asesinar!

La voz del pobre tísico se ahogó en un acceso de tos.

– ¡No tosas! Creen que dormimos. Si toses, verán que estamos despiertos y que sospechamos algo.

Momento de silencio.

– Yo lo impediré..., añadió Fanfán.

– ¿Qué vas á impedir?

– Quieren que ese señor les entregue una cantidad muy crecida, y para conseguirlo, se proponen someterlo á los suplicios más horribles. Y es probable que, aunque les dé ese dinero, le asesinen para que no los denuncie.

– ¿Crees tú que son capaces de asesinarle?

– ¿No te he contado muchas veces lo que pasó con el hombre de Moisdon?

– Pues ¿qué hacemos?

– Vamos á salvar á ese señor.

– ¿De qué manera?

– No sé..., pero le salvaré.

Otro momento de silencio.

– ¿Las ventanas de este cuarto dan al patio de la casa inmediata?

– Sí, contestó Claudinet; y la casa está habitada por traperos que trabajan de noche. A estas horas, aún no se han retirado.

– ¿Y la puerta de la calle?

– Se abre y se cierra apretando un botón. No hay porteros; pero en los bajos vive un almacenista de huesos.

– Voy á salir por aquí.

– ¿Y yo?

– También. En la reja hay un barrote postizo.

Entonces fué cuando Ceferina entró á ver si dormían.

Ambos se acurrucaron debajo de la manta.

Apenas se hubo retirado la sonámbula, los dos niños se levantaron.

Fanfán cogió una navaja de una especie de panoplia que allí tenía Panuflo, y se la metió en la faltriquera.

Claudinet se puso en acecho cerca de la puerta.

Fanfán abrió la ventana con precauciones inauditas.

Subiéronse al pretil y trataron de pasar por entre los barrotes de la reja.

Fanfán pasó.

No habían hecho el menor ruido, pero el sudor corría por su frente.

De pronto, la mano de Claudinet se crispó en la de su amigo que le ayudaba en sus esfuerzos.

Un largo y cruel silbido escapóse del pecho del muchacho.

Le amenazaba un nuevo acceso de tos.

Agarróse á la reja, y echando la cabeza hacia atrás retuvo la crisis con un prodigioso esfuerzo.

Pero la tos iba á estallar.

Con la mano, hizo seña á Fanfán de que se alejase y él bajó de la ventana al cuarto.

– No puedo seguirte... Estoy enfermo y no puedo correr. Vete, yo me quedo.

Fanfán insistió.

– ¡No!, replicó el enfermito; te serviría de estorbo. Es mejor que yo me quede.

Fanfán le tenía cogido de las manos.

– Ya que piensas poder salvar á ese señor, dijo Claudinet, no te detengas. Si os escapáis, acuérdate de mí; y si puedes, ven á buscarme cualquier día.

Claudinet cerró la ventana con precaución y se acostó de nuevo.

El patio en que se encontraba Fanfán era muy pequeño.

Abrió fácilmente la puerta de la calle.

Escaló el muro que separaba el callejón del campo raso, al cual daba la ventana del cuarto en que estaba encerrado Kerlor.

En aquella ventana, Fanfán vió el reflejo de la luz que alumbraba á los dos bandidos en la sala y que se colaba por la puerta entreabierta del cuartito en que estaba atado Jorge.

No había novedad.

Los bandidos seguían jugando, sin duda, sin haber notado la huída del chico.

Fanfán recordó haber visto una escalera de mano al pie de un árbol, allí cerca.

Fué en busca de ella.

La encontró, en efecto, y haciendo un esfuerzo desesperado, la transportó al pie de la ventana.

Quitóse los zapatos y subió por la escalera.

Al llegar al último escalón, encontróse á la altura de la ventana.

No estaba cerrada.

Fanfán sabía que faltaba el cerrojo.

Empujó lentamente la madera.

En la penumbra, divisó á Kerlor tendido en el suelo.

Creyóle muerto, y se estremeció.

Pero la ligera corriente de aire que penetró por la ventana entreabierta dió en el rostro del conde, que volvió la cabeza.

Fanfán vió entonces sus ojos que se fijaron en él.

Comprendió que el prisionero se daba cuenta de la situación y que no haría ningún movimiento imprudente.

Jorge esperó á sangre fría.

Todas sus facultades se habían concentrado en un solo pensamiento: el de huir con su salvador.

Ya no podía separar la idea de su salvación de la de salvar al mismo tiempo al niño.

Fanfán se deslizó por la estrecha abertura, con una navaja entre los dientes, sin hacer más ruido del que hacia allá, en América, una serpiente deslizándose por entre la hierba.

Kerlor experimentaba una singular mezcla de alegría y de orgullo á la idea de deber su salvación á aquella débil criatura.

Los bandidos seguían jugando.

Fanfán se acercó al conde y cortó sus ligaduras, conteniendo la respiración.

Jorge, sin perder de vista á *Caracol* y Panuflo, extendió el brazo.

Un dolor agudo atravesó todo su cuerpo.

La sangre volvía á circular.

Dominó su sufrimiento é hizo seña á Fanfán de que huyese por donde había entrado.

No había que discutir ni vacilar un momento.

Fanfán pasó de nuevo por entre la reja.

Jorge se arrastró hasta el pie de la ventana, sin hacer el menor ruido y sin apartar la vista de sus enemigos.

Levantóse, alcanzó la ventana y se coló por donde había pasado Fanfán.

Su mano tocó la escalera.

Se deslizó hasta llegar al suelo.

El niño le esperaba, apoyado en la pared.

– Huyamos á escape, dijo Jorge cogiendo á Fanfán de la mano.

Éste no contestaba.

La mano estaba inerte y fría.

Quebrantado por tantas emociones, el niño se había desmayado.

Jorge no pudo reprimir un grito.

Inmediatamente oyóse en el interior de la casa ruido de pasos, seguido de exclamaciones de furor y blasfemias.

El conde comprendió lo que pasaba.

Su huída acababa de ser descubierta.

Pero ¿qué importaba?

Veíase libre y había recobrado toda su sangre fría y todo su valor.

Cogió al niño en brazos y echó á correr por el campo que se le abría delante.

En seguida oyó detrás de él los gritos de los bandidos, que saltaban por la ventana.

– ¡Allí le veo!, exclamó Panuflo. ¡Aprisa, *Caracol!*

Y empezó una persecución desenfrenada.

Kerlor comprendió que, no llevando armas, la única salvación estaba en la huída.

Y corría á través de las hortalizas con su preciosa carga.

Sus perseguidores iban ganando terreno.

– ¡Tírale!, gritó *Caracol.* ¿Llevas el revólver?

– Lo dejé arriba. Y tampoco llevo mi navaja.

– ¡Son nuestros!, exclamó al poco rato Panuflo.

Jorge había llegado al extremo del campo.

Cerrábalo por aquel lado un seto de espinas.

Kerlor dió un salto prodigioso, sin soltar á Fanfán, y encontróse en el bulevar de la Glaciere.

Lo atravesó corriendo.

Suponía que sus perseguidores habían sido detenidos por el obstáculo.

Pero en seguida volvió á oir sus pasos tras de sí. *Caracol* conocía en el seto un agujero, por donde condujo á Panuflo.

Jorge se metió entonces por el laberinto de calles desiertas que rodean á la cárcel de la Santé.

En la esquina del bulevar de Port-Royal, cerca del hospicio de Lourcine, vió una reja de hierro entreabierta.

Más tarde supo que conducía á los anejos del cuartel de Lourcine.

Sin detenerse á pensar por qué casualidad se hallaba abierta, metióse por la calle que corría entre dos altos muros y á cuya entrada se hallaba aquella reja.

Jorge volvió á entornarla sin hacer ruido.

Y se agachó en la obscuridad detrás de una de las pilastras.

Dos minutos después, los bandidos pasaron por delante de la reja como una exhalación.

Jorge temblaba de miedo por primera vez en su vida.

Estrechaba contra su pecho al niño, cuyo corazón sentía latir.

Hubiera podido pedir socorro.

Aun en la soledad de aquellos barrios extraviados, no hubiese faltado quien fuera á defenderle.

¿Pero y si no acudiese nadie?

Los miserables notaron pronto que habían perdido la pista.

Pasaban de un lado á otro por el bulevar.

Desde su escondrijo, el conde oía sus exclamaciones desesperadas.

Una vez rozaron la reja y se detuvieron á pocos pasos de allí.

Sus blasfemias y amenazas llegaban muy distintamente á oídos de Jorge.

Al fin todo quedó en silencio.

Al cabo de media hora de espera, Kerlor se aventuró á salir.

Entreabrió la reja y asomó la cabeza.

El bulevar estaba desierto.

En el horizonte apuntaban los primeros albores del día.

Pasó un coche.

Kerlor lo detuvo y se metió en él con Fanfán, á quien reanimaba el frío de la mañana.

Llegó al hotel y entró sin que nadie se enterase.

Momentos después, Fanfán descansaba en la cama de Jorge, sumido en el sueño pesado que suele seguir á los grandes excesos de fatiga.

En la aristocrática morada reinaba un profundo silencio.

A la cabecera del niño dormido velaba Kerlor.

Contemplaba á Fanfán y meditaba, silencioso y pálido.

– ¿Era posible que aquella criatura fuese el hijo del amante, de aquel desconocido que había labrado su desdicha?

Aquel niño era la prueba viva del crimen, el obstáculo invencible opuesto á toda negación.

La carta sorprendida decía: «¡Nuestro hijo!»

Aquélla no existía ya, pero sus caracteres permanecían grabados en la memoria de Jorge.

Éste sentía su corazón desgarrado por atroces sufrimientos.

Aquel niño ¿no impedía el perdón de la misma manera que había impedido el olvido?

Sin embargo, Kerlor permanecía silencioso é inmóvil por no turbar el reposo de aquella criatura.

De vez en cuando se acercaba de puntillas á contemplarlo, escuchando su respiración.

Su dulce rostro recordaba las facciones de Elena.

Y de aquel ser dormido se exhalaba tal perfume de inocencia, de candor y de pureza, que Jorge, penetrado de aquellos efluvios, se sentía sin fuerzas para creer en el mal, dudando á pesar suyo de la posibilidad de los crímenes y de las traiciones.

Entonces se esforzaba en pensar en aquella evidencia que se imaginaba poseer.

Pero ¿y si se hubiese equivocado?

Cayó de rodillas, con la frente apoyada en la cama de Fanfán.

Pero en una de las alternativas de su convicción, levantóse y huyó al extremo opuesto de la estancia.

Trató de reflexionar fríamente sobre lo que debía hacer.

Fanfán le había salvado la vida.

No le abandonaría jamás.

Le consideraría como un huérfano abandonado.

Le daría instrucción, pero no en el colegio, en su propia casa, á fin de tomar parte en su educación.

Se sentía en el deber de contribuir personalmente á la obra de reparación que emprendía.

Había además un sentimiento de que no se daba cuenta, pero que le impulsaba irresistiblemente á unir su vida á la de aquel niño.

Entonces resolvió llevárselo al castillo de Penhoet, en cuya soledad podría estudiar mejor su carácter y familiarizarse insensiblemente con él, granjearse su afecto y darle un poco del suyo.

Entonces volvió á su imaginación la imagen de la madre.

Y volvió á contemplar durante largo rato al niño dormido.

El salir de París era además una medida prudente, por cuanto los bandidos, enterados de quién era Jorge y conocedores de la negra historia de la entrega del niño á un ladrón, podían acarrearle graves disgustos.

Una nueva lucha con ellos podía ocasionar la intervención de la justicia, y aunque triunfase su causa ante la ley, no dejaría de resentirse su reputación.

Aquella misma mañana habló á Carmen de la presencia en su cuarto de un niño recogido por él.

Habló de ello en los términos vagos de un bienhechor que desea guardar el secreto de sus buenas acciones.

Tratábase de un huérfano encontrado por casualidad y por quien se había interesado desde el primer instante.

Roberto y Carmen le felicitaron por haber encontrado aquella caritativa distracción, que indudablemente había de hacerle olvidar sus penas, y le aconsejaron que perseverase en su buena obra.

Pusieron á su disposición el castillo de Penhoet.

Carmen se cuidó, aquel mismo día, del equipo del niño.

Jorge no reparó en la profunda pesadumbre que embargaba á sus hermanos.

La decepción sufrida con el paquete de cartas que pensaban recuperar, representaba para ellos la imposibilidad de presentar á Jorge la prueba material é irrecusable de la inocencia de Elena, único medio de curar la mortal herida que el infeliz llevaba abierta en el corazón.

Sin embargo, no habían perdido las esperanzas de recobrar aquella prueba.

Por la noche, Kerlor partió con el niño, á quien Roberto y Carmen apenas habían tenido tiempo de ver.

XII

CONFIDENCIAS

Kerlor y Fanfán se hallaban instalados en el castillo de Penhoet.

Fiel á sus propósitos, Jorge ponía todos sus cuidados en cultivar aquella joven inteligencia, dispuesta á desarrollarse fructuosamente bajo el menor esfuerzo.

Sorprendióle encontrar el terreno tan bien preparado.

El niño hacía en todo rapidísimos progresos.

Alternaban con el estudio de las materias que suele ser objeto de la primera enseñanza varias clases de *sport*, para el cual también tenía Fanfán singulares aptitudes.

Éste se aplicaba con tal vehemencia al estudio, que Jorge necesitaba moderar su ardor.

Maestro y discípulo parecían no existir más que el uno para el otro.

A excepción del cura de la aldea, que daba lecciones de latín y de música al niño, Jorge y Fanfán vivían en la soledad más absoluta.

Sin embargo, existía entre ambos un muro de bronce que les separaba moralmente, un obstáculo



Fanfán se deslizó por la estrecha abertura con una navaja en los dientes

insuperable que se oponía á que sus corazones se fundiesen, por decirlo así, en uno solo.

Jorge seguía siendo para el muchacho el bienhechor desconocido que, por capricho ó por gratitud ó por cualquier otra causa secreta, se mostraba generoso con un huérfano necesitado.

Fanfán se sentía tan inferior á su protector y maestro, que no se atrevía á ofrecerle más sentimientos que el de una profunda y respetuosa gratitud, una abnegación humilde y sin límites.

Por esto Kerlor no miraba nunca al niño, sin que en su fisonomía triste y severa se dibujase una dolorosa melancolía.

Nunca le besaba.

Fanfán guardaba en lo profundo de su alma todas las ilusiones que forjaba su imaginación infantil, todas las confidencias que hubiera querido hacer á su bienhechor.

Jorge no quiso que el muchacho continuase llevando el nombre de Fanfán.

Este nombre evocaba en él recuerdos demasiado crueles.

Fanfán era el bebé cuya frente había cubierto de besos y sobre cuya cabeza había cimentado tantas ilusiones y esperanzas.

Éste no era más que un extraño, un bastardo.

Sin embargo, le daba el dulce nombre de «amigo.»

Parecía natural que, á su llegada al castillo de Penhoet, Fanfán recordase el dibujo que, en Moisselles, le enseñó la «buena señora» la noche del incendio.

Nada de esto sucedió.

Con los cambios sufridos por la finca á capricho de los inquilinos, habían desaparecido todas las trazas que hubiesen podido precisar las vagas reminiscencias del niño. Sin embargo, había sentido un escrúpulo más grave.

(Continuará)

ISLAS MARIANAS. - ISLA DE GUAM

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS RODRÍGUEZ

En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos datos relativos á la isla de Guam que servían de explicación á las fotografías del Sr. Arias, que entonces reprodujimos y que presentaban los principales sitios del pueblo de Agaña, capital de dicha isla.

Completando lo que entonces expusimos, diremos algo del clima y producciones de la mencionada isla que forma parte del grupo de las Marianas.

La humedad constante de aquella atmósfera hace que las lluvias sean allí primaverales todo el año, sin que falten en ninguna estación y sin que en ninguna se hagan constantes y penosas. Estas lluvias rara vez impiden el trabajo por día entero y refrescan continuamente la atmósfera, manteniendo una vegetación no interrumpida que á la par que proporciona los medios de subsistencia, embellece la tierra.

Produce la isla de Guam maderas para construcciones urbanas y aun navales, muchos árboles frutales, entre ellos principalmente los cocoteros y los árboles del pan ó rimas; se dan allí el café, el cacao, el palo de tinte y el algodonero, y se hacen siembras de caña de azúcar, arroz y maíz, que constituye el pan ordinario de los naturales, quienes lo siembran todo el año. Está el campo lleno de raíces alimenticias, entre ellas el arrurut y la tapioca, y con poquísimo trabajo obtiene allí el hombre lo necesario para su sustento.

En cuanto á la fauna, abundan allí los toros y las vacas, que se emplean en todos los usos, montándolos y cargándolos á lomo lo mismo que unciéndolos á pequeños carros de dos ruedas. También se utiliza este ganado para la alimentación. Hay igualmente búfalos, carabaos, algunas cabras, muchos puercos que se crían muy fácilmente, y en los bosques se encuentra bastante venado. Tienen aquellos indígenas perros y gatos y algunos caballos y yeguas, aunque en muy corto número, porque no queriendo cuidar de ellos, los suelen tener abandonados ó atados, con lo cual su número disminuye y degenera su calidad. No hay animales venenosos ni casi reptiles y en aquellos mares se obtiene abundante pesca, habiendo épocas del año en que acuden á la costa en cantidades extraordinarias determinadas especies: una de éstas es un pequeño pescado, menor que los boquerones, denominado *mañaja*, que forma capas de dos y tres metros de espesor, cubriendo kilómetros superficiales de mar, metiéndose en los canales dentro de las rompientes y á veces con tal abundancia que acude la población en masa y lo coge lo mismo que si fuesen granos de un montón de trigo hasta llenar cuantas vasijas tienen disponibles para salarlos ó curarlos de otro modo para la conservación. La otra especie es como caballas ó sardinas grandes, que entran del mismo modo en puertos y ensenadas y de la que se recogen toneladas. Los chamorros pescan en la playa conchas y cangrejos que á la luna llena acuden á la orilla del mar desde lugares húmedos interiores, llenando un hombre un costal de ellos en el tiempo que emplea en recogerlos del suelo uno á uno.

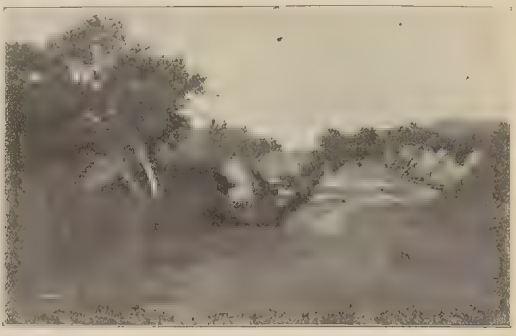
Los actuales habitantes de la isla de Guam, uno de los cuales se ve en uno de los grabados, son descendientes de chamorros, primitivos habitantes de las Marianas, y de tagalos de Filipinas. Su color es claro, sus ojos más pequeños, su boca más grande, sus pómulos más salientes que los de los demás polinesios. Son más robustos que los filipinos y es muy común entre los hombres tener barba y también vello en los brazos y en las piernas. Su régimen alimenticio es en gran parte vegetal: al arroz, á las frutas y al árbol del pan, antiguos elementos de su alimentación, se agregan ahora el maíz y también pescados, almejas, tortugas, etc. y la carne de vaca introducida por los españoles.

El traje de los chamorros es de los más sencillos y consiste de ordinario en un cinturón hecho de fibras de ciertas plantas; los hombres llevan los cabellos cortos y las mujeres largos, ostentando en sus peinados calabazas y hojas de pandano entrelazadas.

Los grabados que en esta página publicamos reproducen el poblado de Umata, sitio en extremo pintoresco que cuenta con un caserío de materiales ligeros enteramente oculto por la vegetación y junto al cual corre el riachuelo Salupa. - A.



ISLAS MARIANAS. - ISLA DE GUAM. - Río de Umata



ISLAS MARIANAS. - ISLA DE GUAM. - El poblado de Umata



ISLAS MARIANAS. - ISLA DE GUAM. - Una calle de Umata. Tipo de *chamorro* natural de Marianas

LOS ANIMALES QUE LLORAN

Si la risa es propia del hombre, no sucede lo mismo con el llanto, manifestación emotiva que se encuentra en diversos animales.

Entre los animales que más fácilmente lloran conviene citar, ante todo, á los rumiantes, en los cuales esta facilidad de derramar lágrimas se explica por la presencia de un aparato suplementario llamado *lagrimero* y constituído por una pequeña fosa suborbitaria.

Todos los cazadores saben que el ciervo acorralado llora á moco tendido.

Lo mismo hace el corzo: Lamartine ha prestado más atención á sus lágrimas que á las de la pobre Graziella, y hablando de uno por él herido, escribía: «Con la cabeza recostada sobre la hierba fijaba en mí sus ojos anegados en lágrimas. Jamás olvidaré aquella mirada á la que el asombro, el dolor, la muerte inesperada parecían dar profundidades humanas de sentimiento, tan inteligibles como palabras.»

Asegúrase que también llora el oso cuando ve llegada su última hora.

La jirafa no es menos sensible, lo cual no es extraño tratándose de un animal tan manso, y mira con los ojos llenos de lágrimas al cazador que la ha herido.

Si ha de darse crédito á lo que refiere Gordon Cunning, el alce obra de igual modo. En efecto, véase lo que dice de un animal de éstos al que perseguía y al que al cabo de algún tiempo pudo dar alcance. «De su boca brotaban olas de espuma, un sudor abundante comunicaba á su piel gris ordinariamente lisa un tinte azulado ceniciento. De sus grandes ojos negros saltaban las lágrimas y era evidente que el alce comprendía que su muerte era inminente.»

Los perros lloran con mucha facilidad; si, por ejemplo, se va su amo dejándolos atados, ladran con lágrimas en los ojos y voz lastimera.

Lo propio ocurre con ciertos monos: el *Cebus Azaræ* llora cuando se le contraría ó se le asusta, y los ojos del *Callithrix sciureus* se llenan instantáneamente de lágrimas cuando el miedo se apodera del animal. – (Humboldt.)

Los mamíferos acuáticos también lloran; así, por ejemplo, todos los autores convienen en que los delfines en el momento de su muerte lanzan profundos suspiros y derraman abundantes lágrimas. Asimismo se ha visto llorar á una foca hembra porque un marinero la atormentaba. Geoffroy Saint Hilaire y F. Cuvier aseguran que, al decir de los malayos, cuando se coge un dugongo joven se tiene la seguridad de coger á la madre; los pequeñuelos lanzan entonces un grito agudo y derraman lágrimas que se recogen cuidadosamente y se conservan como filtro propio para hacer duradero el afecto de aquellas personas á quienes se ama.

En cuanto á los elefantes, abundan los testimonios que prueban la facilidad con que lloran. Sparrman asegura que derrama lágrimas cuando se siente herido ó ve que no puede escapar. E. Tennent, hablando de elefantes prisioneros, asegura que «algunos permanecían inmóviles, tendidos en el suelo, sin manifestar su sufrimiento más que por las lágrimas que llenaban sus ojos y brotaban de ellos continuamente.»

Tales son los principales animales en quienes se observa el llanto, siendo seguro que su número resultará mucho mayor cuando se quiera estudiar el fenómeno en otras especies. A los que quieran dedicarse á este trabajo les aconsejaré que noten con cuidado las circunstancias en que el llanto se haya producido. Por los ejemplos citados puede verse que las lágrimas tienen casi la misma significación emocional en los animales que en los hombres; pero para tener la certeza de ello, es preciso que los ejemplos se multipliquen mucho.

ENRIQUE COUPIN.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Notas alegres, por *Luis Taboada*. — Anunciar un nuevo libro de Taboada es anunciar un éxito seguro, pues el nombre del festivo escritor constituye un gran atractivo para el público, que no se cansa de celebrar la gracia de sus artículos. Una colección de treinta de éstos forman el tomo que nos ocupa y que es el 74.º de la «Colección Diamante» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López. Véndese á dos reales.

Memoria explicativa del proyecto de unificación de Barcelona con las poblaciones de su llano y reforma general del plano de la ciudad, por *Ricardo Alsina*. - En esta memoria expone su autor un proyecto verdaderamente grandioso para hacer de Barcelona una ciudad de unos setenta kilómetros cuadrados. Las líneas generales de este proyecto son: una línea de circunvalación que cierra todo el llano de Barcelona, la Gran vía del Besós al Llobregat, tres grandes vías transversales, la construcción de varios edificios públicos y parques, el engrandecimiento del puerto y la división de la ciudad en veinte distritos. Acompañan á la Memoria dos planos.



Mujeres salando sardinas en el puerto de Gijón, dibujo de E. Jimeno Regnier

La criminología de Garofalo y la pena de muerte, por *Luis J. Varela Orbegoso*. – Sobre este tema ha desarrollado en la Universidad de Lima el Sr. Varela su tesis para optar al grado de bachiller en la Facultad de Jurisprudencia. En este trabajo ha demostrado su autor el estudio que ha hecho del ilustre criminalista italiano, algunas de cuyas doctrinas, especialmente las relativas á la pena de muerte, combate. El folleto ha sido impreso en la Librería Escolar é Imprenta de Moreno, de Lima.

Los de Peralta, por *Enrique Martínez Sobral*. – El distinguido escritor guatemalteco Sr. Martínez Sobral ha comenzado á publicar una serie de novelas que titula «Páginas de la vida:» la primera de éstas es *Los de Peralta*, que entra de lleno en el género de la novela moderna, pues sin perjuicio del interés del asunto y de la naturalidad con que se desarrolla, más que á la acción misma atiende el autor al estudio de los caracteres, que están perfectamente observados y sostenidos, y al proceso psicológico que en cada personaje se realiza. Aparte de estas bellezas de fondo, la novela está escrita en estilo elegante y en lenguaje lleno de vida y de calor; la expresión, animada y vibrante, armoniza perfectamente con la pasión que en casi todas las páginas del libro palpita. La obra ha sido editada en Guatemala por los Sres. Siguete y C.ª

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 29 de octubre de 1900 — Núm. 983

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA EMINENTE ACTRIZ ITALIANA LEONOR DUSE,

que actualmente se encuentra en Barcelona para dar una serie de representaciones en el teatro de Novedades (de fotografía)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN CRIMEN

Se ha cometido estos días en mi pueblo natal, la Coruña, un crimen que es, en su género, una obra maestra. Si mis lectores viven en provincia, habrán notado lo difícil que es ejecutar el menor movimiento, realizar el acto más insignificante y de menor trascendencia, sin que dos docenas de ojos lo sorprendan y otras dos docenas de lenguas lo comenten, interpreten y desmenucen. Pues bien: sin que ojos ni oídos pudiesen rastrearlo, en calle céntrica, fueron asesinadas dos personas; y desde hace ocho ó diez días, el juez se vuelve loco para encontrar sobre quien recaigan, con apariencias de fundamento, las sospechas de haber sido autor ó cómplice en este, por ahora, misterioso doble crimen.

* * *

No se cuentan las víctimas en el número de aquellas que viven aisladas y apartadas de todo trato, siendo difícil conocer sus costumbres y saber quien las visita. Los asesinados, marido y mujer, eran dueños de una tienda á la cual concurría numeroso público. A espaldas de la ley, esta tienda era figón: se servían en ella comidas y cenas á deshora. Pasaban por gente honrada y buena, y la mujer hasta gozaba de cierta popularidad; hacía limosnas, fiaba, era generosa, tenía un corazón de oro, de oro blando. Considerando, á la luz que arroja este crimen (los crímenes son gran base de estudio social), la composición de ciertas capas de nuestro pueblo, que no son todavía clase media, pero que tendrían en su mano poder serlo, á nada que se ilustrasen, y comparándolas á las capas afines de otros países más adelantados, vemos de relieve la inferioridad ingénita nuestra: la falta radical, absoluta, de nociones de cultura y de instrucción. Malo es que se cometan crímenes; pero por fin el crimen es caso anormal, que se denuncia á sí mismo por el escándalo ó la indignación que produce, mientras esa sucia y mansa gangrena de la incultura profunda, admitida como un hecho contra el cual no se reacciona, nos corroe á diario y á todo momento.

Cuando se cometió el famoso crimen de la calle de Fuencarral, recuerdo que me horripilaron, más que los indicios de matricidio y los detalles cruentos y feroces, las en apariencia sencillas y vulgares y *taboadescas* revelaciones del modo de vivir y del *entourage* de una señora que poseía cuatro ó cinco ó seis mil duros de renta. Nos hacen reir ciertos episodios referidos, con el chiste y naturalidad que le distinguen, por Luis Taboada; y no comprendemos lo trágico del fondo de esas descripciones y pinturas, copiadas (todos convienen en ello) de la vida real. A mí, después de haber reído, me queda un fondo de tristeza, pensando precisamente que esa empequeñecida y semibestial existencia es la de la masa, la del conjunto anónimo, al cabo y al fin ¡creador de los destinos nacionales!

* * *

La pareja asesinada, á fuerza de vender, fiar, prestar y trabajar, había reunido un bonito peculio. Poseía pagarés á su favor por sumas bastante fuertes, y en diversos escondrijos de la tienda se han encontrado crecidas cantidades, aparte de lo que hayan podido llevarse los asesinos, si algo se llevaron, que no se sabe todavía. La voz general supone á los esposos una fortunita redonda de más de veinte mil duros; lo suficiente para gozar de una tranquila vejez.

Pero los dos infelices eran incapaces de aspirar á ella, por falta de conocimiento, por carencia, no ya de altos ideales, pero ni del más humilde ideal de un bienestar que no les importaba, cuya necesidad no sentían. No se puede decir que fuesen avaros, puesto que, á su manera, trataban de hacer algún bien; y sin embargo, murieron de la muerte violenta destinada á los avaros, porque su incultura no les permitió comprender el peligro de esos escondrijos de dinero á domicilio, que exaltan la imaginación de los malhechores y les hacen fantasear tesoros. Quizás les infundía terror el Banco, y eran de los muchos que suponen vagamente que el dinero, confiado á los establecimientos de crédito, se evapora. No se puede decir que no fuesen trabajadores ni económicos – dos grandes virtudes sociales, sin duda, – pero lo eran de un modo animal, sin finalidad, sin discernimiento. El francés trabaja y ahorra, y es indecible lo que representan de voluntariosa constancia esas economías de tenderitos, sirvientes, porteros, labradores, lo que allí llaman *la media de lana de Jacques Bonhomme*. Pero á medida que Jacques Bonhomme va hinchando su media, se afina su instinto, se despierta su inteligencia y se desarrollan sus facultades en beneficio de la cultura general. Limpian y frotan, leen y discurren; viven, en suma, con alguna espiritualidad; sueñan una casita de campo para los últimos días, sueño entre poético y prosaico, en que hay rosales y coliflores..., sueño, en substancia, poco distinto del sueño aristocrático de los grandes señores y los monarcas que buscan libertad y soledad en románticos castillos y palacios rodeados de lagos y selvas. Y así, de esa muchedumbre ahorrona y consagrada á incesante labor, va formándose una nación, no sólo rica, sino ilustrada y venturosa.

* * *

Porque, en efecto, si el trabajar y el ahorrar no tuviesen otro objeto del que tenían en los esposos asesinados de la Coruña, habría que preferir la mendicidad arrogante de los españoles del siglo XVII, que al cabo era estética. Vegetaban los cónyuges envueltos en una suciedad repulsiva, entre mugre y harapos, en una atmósfera mefítica, sin aire, sin luz, sin agua – las virtudes teologales de la civilización. – Su ignorancia (origen de su modo de vivir) era tal, que para llevar la contabilidad de ventas, préstamos y deudas, la mujer (más inteligente y activa que el marido, como suele observarse en las parejas donde falta completamente la instrucción), garrapateaba en un libro ciertas rayas y círculos, á manera de signos cabalísticos, que le servían de memorándum. No advirtiendo la necesidad de respirar ni de hacer ejercicio, y por supuesto, no sospechando siquiera la de ver algo distinto de las paredes de su casa, esta mujer no había puesto el pie fuera de ella ni los domingos desde hacía más de treinta años. No sabía cómo es un ferrocarril, ni la forma de la locomotora. El benéfico asueto, el día de recreo que con tal avidez se toman las clases laboriosas; la pueril, pero útil y sana curiosidad, madre del conocimiento, eran letra muerta para la tendera de la Coruña. He ahí por qué aseguro que el trabajo y el ahorro, en estas condiciones, no me son simpáticos. Más me gusta un *lazzarone*, tendido en un muelle inundado de sol, ante un mar azul, desnudo, comiéndose una raja de *cocomero*.

* * *

He dicho que el crimen era en su género obra maestra, y lo repito, aunque creo que en otro país, con otra policía, con vigilancia, no habían de conseguir sus autores la impunidad, que llevan trazas de lograr aquí. Habitaban las víctimas un bajo, en calle céntrica y frecuentada, y su vivienda constaba de dos partes, alcoba y tienda, y una cocina, separadas por la escalera que conduce á los otros pisos. La tienda era de esas enciclopédicas, principalmente de comestibles, pero donde también se encuentran fósforos, libretas, lápices, artículos varios que no son del ramo de ultramarinos. Sus ribetes tenía de taberna y de casa de comidas, pero no oficialmente. En la cocina-trastienda, de muy asqueroso aspecto, se detenían á veces los parroquianos, despachando una cazuela de guisado y apurando un jarro de vino. Al sonar la hora reglamentaria, cerrábase la puerta; los clientes salían cuando les parecía, terminada la refacción. Así pudieron, ayudados de las víctimas, entrar y quedarse dentro los asesinos la noche *de autos*.

Pidieron de cenar, y la tendera, solícita, complaciente, preparó el guisado; los huesos del codillo de cerdo que lo componían, se encontraron bajo la mesa. A la luz de un candil y de un quinqué de petróleo, los futuros criminales, sentados, entretenían la espera remojando el gaznate. Por fin les sirvieron la cena, y la despacharon con excelente apetito. Como se hacía tarde, la mujer envió á su marido, viejo y catarroso, á la cama, y se quedó atendiendo á los parroquianos. Aunque vieja también, era fuerte, incansable. El marido, acostumbrado á estos episodios de última hora, se durmió tranquilamente. Cerrada la puerta, acabada la cena, alta la noche, en silencio el barrio, estaba preparado el escenario del crimen. Concertáronse los asesinos con una seña decisiva, y aprovechando un momento en que la tendera, de espaldas, fregaba la loza, se arrojaron sobre ella: uno le tapó la boca, otro le pasó al cuello un cordel, y con auxilio de una trébede, que hizo oficio de torniquete, le dieron garrote rápidamente, limpiamente, sin que pudiese exhalar un grito, ni siquiera patalear, meter bulla, despertar á su marido, que roncaba el primer sueño.

En él le sorprendieron, con una puñalada tan atroz y certera, que le partió el pulmón, del cual salían por la herida pedazos. Como la muerte, en esas heridas, no es instantánea, le apretaron la nuez hasta asfixiarle. Tampoco pudo exhalar un ay. Después, no se sabe qué hicieron. ¿Registraron despacio la casa, y se llevaron importantes sumas? Las que dejaron, ¿las dejaron por astucia, por disimulo, ó sencillamente por no encontrarlas, en la precipitación de un registro en que las manos tiemblan y el miedo agiganta los rumores de fuera ó los que vienen de los pisos altos? ¿Se creyeron sorprendidos y optaron por huir, con las manos ensangrentadas y vacías? Aquí empiezan las hipótesis, las conjeturas, las opiniones, y por ahora, ninguna hay que explique satisfactoriamente lo ocurrido.

* * *

El crimen debió de cometerse de doce y media á una y media. A las once y media hubo quien vió gente, dos hombres, sentados en la trastienda, ante una mesa, en actitud de cenar. A las dos, el sereno, observando que estaba abierta la puerta, la empujó, sorprendido, penetró en la tienda llamando, y encontró parte del cuadro del crimen, el viejo apuñalado en su cama, y más adelante la mujer, ahorcada al pie del fregadero.

Los cuerpos conservaban calor. Son, pues, exactas y precisas las horas, y acaso no habían traspuesto los asesinos la esquina de la callejuela inmediata, cuando el crimen se descubría.

Y sin embargo, nada concreto, nada positivo se ha logrado averiguar. Hay pistas, hay presos; pero no es fácil, por los datos hasta hoy obtenidos, decir de cierto que tiene la justicia en su poder al culpable. Tinieblas entre las cuales asoma á veces una ráfaga de claridad, velada por sombras y dudas. No se ha encontrado un arma, ni una prenda de ropa, ni ningún objeto de esos que suele olvidar el criminal y que le delatan. No hay una prueba contra nadie. No se puede afirmar que el delincuente sea el que está en la cárcel, y á quien el instinto popular acusa. Y desde luego, si es él, ¿dónde anda su cómplice ó cómplices? ¿Intervino, en efecto, una mujer en la terrible escena? Otros tantos enigmas. Este crimen, cometido en un pueblo de provincia, no tiene eco; pero es de los más obscuros y misteriosos que he visto.

* * *

Y el preso por sospechas de que sea uno de los autores, es un sujeto, en opinión general, de pésimos antecedentes, de la peor fama; uno de esos hombres á quienes nadie ve con gusto en su casa, ni siquiera en la vecindad; en pleito antiguo ya con la justicia, y señalado con el dedo por sospechoso y equívoco. ¿Y cuál es, me preguntaréis, la profesión que el tal individuo ejerce? ¿Cuál el oficio que la sociedad le confía? ¡Ah, queréis saberlo! Pues el preso en la cárcel de la Coruña, porque desde el primer momento recayeron en él las sospechas de la policía y de la multitud; el que yo me guardaré de afirmar que sea el asesino y ladrón, pero está conceptuado capaz de serlo..., es, oídlo bien, *un maestro de escuela*.

* * *

¿No os decía que estos crímenes se prestan á estudios sociales? Y adviértase que, por respetos á la vida privada de familias humildes, pero á quienes no debo tratar con menos consideración que si fuesen ricas y poderosas, no hablo de otras llagas, no entro en otros análisis, no saco consecuencias de otros hechos y situaciones que con motivo de este proceso se han patentizado, descubriendo la extensión de nuestros males nacionales... Pero os aseguro que, así como se ve el mundo de los infusorios en una gota de agua, en este crimen se ven estados colectivos que dan lugar á meditaciones muy serias.

Emilia Pardo Bazán.



EDUARDO L. DE ROMAÑA

D. Eduardo L. de Romaña, el actual presidente de la República del Perú, nació el 19 de marzo de 1847 en la ciudad de Arequipa. Pertenece á una de las familias más ilustres, respetables y de fortuna de aquel país.

Hizo sus primeros estudios en el seminario de dicha ciudad, y después se dirigió á Inglaterra y fué alumno distinguido y muchas veces premiado del colegio de Stonyhurst. De éste pasó al Colegio real de Londres, y siguió con notable aprovechamiento la carrera de ingeniero.

En 1868 entró á practicar con el hábil ingeniero Mr. Lee Smith y lo acompañó tres años. Solicitado por una de las dependencias del ministerio de la India, prestó marcadísimos servicios en obras de alta importancia, entre ellas la dirección del puente que se construyó en Silvertoun para ser colocado sobre el río Ravec.

Sus triunfos en esas obras le proporcionaron el honor de ser recibido socio de número del Instituto de Ingenieros civiles de Londres en 1872, siendo ascendido después á la categoría de miembro asociado del mismo Instituto.

Al poco tiempo marchó al Brasil, contratado por un poderoso sindicato, en compañía de treinta y dos ingenieros, para emprender la importante y muy difícil obra de unir por un ferrocarril los dos puntos navegables del río Madeira; y fué uno de los pocos que salvó de la fuerte mortalidad que entre los directores y trabajadores de esa obra hicieran el pésimo clima y las privaciones de toda suerte.

Viajó luego por las capitales europeas, recogiendo los últimos adelantos de las ciencias.

Cuando en 1874 regresó á su país natal, se entregó por entero y con la mayor abnegación á realizar el adelanto material, moral é intelectual de Arequipa, dando sus servicios profesionales gratuitamente á las obras que el municipio emprendía. Así tuvo parte en el establecimiento del alumbrado por gas, en la construcción del puente Grau, en la conducción del agua potable de Yumira (obra que le ha proporcionado muchos aplausos y que ha enaltecido su competencia á los ojos de los entendidos), en la instalación del alumbrado eléctrico y en todo lo que ha importado utilidad general. En estas tareas economizó gruesas sumas á la municipalidad, procurando los presupuestos menos costosos y de mejor resultado.

Elegido director de la Beneficencia pública, sirvió siete años el cargo, dejando reorganizada la institución sobre bases sólidas, aumentadas las rentas, sistematizada la contabilidad y grabado su nombre para siempre en el recuerdo de los infelices habitantes de las casas de misericordia.

Ha impulsado la instrucción por todos los medios de que le ha sido posible disponer, y muy principalmente fomentando el Colegio gratuito de San Vicente de Paúl, y ha cooperado al enaltecimiento de las bellas artes, dirigiendo muchos años y sosteniendo con su dinero el progresista «Centro Artístico.»

***

Después de la revolución nacional de 1894, tuvo que abandonar su apartamiento absoluto de la política, tradicional en su familia, y consintió en su elección de diputado y de senador sucesivamente.

En el Congreso fué un verdadero modelo de patriotismo puro y de laboriosidad. Sus dictámenes y su voz eran seguidos por todos los que deseaban marchar por el buen camino.

Creado por la ley el ministerio de Fomento, fué llamado á su desempeño por el jefe del Estado, y dió en él pruebas relevantes de su tacto administrativo, y dejó instituciones de importancia muy trascendental cuando una crisis le obligó á abandonar la cartera.

D. Eduardo L. de Romaña, Presidente de la República del Perú

Tal fué en seguida la fama que conquistó su nombre, que el 31 de diciembre de 1898 dos grandes partidos políticos, el demócrata y el civil, lo presentaron como candidato á la presidencia de la República. Los pueblos todos, borrando sus divisiones de partido, lo aclamaron también; y en las elecciones de mayo de 1899 dieron voto directo por él más de sesenta mil ciudadanos, esto es, todos los inscritos en los registros, con excepción de algunos, muy pocos, abstencionistas por sistema.

***

El secreto de su inmensa popularidad ha estado en su renombre como ciudadano patriota y honorable y en la esperanza de que sabría introducir hondas reformas en la administración pública, matando las corruptelas y los abusos; esperanza que infundieron sus discursos elocuentes durante la tarea electoral, verdaderos programas de buen gobierno que llenaron la República toda de gran admiración.

El Congreso colocó en su pecho la insignia del poder el 8 de septiembre de 1899, y desde entonces gobierna con mil dificultades nacidas de la política ambiciosa. Pero los pueblos están de su lado y las tentativas revolucionarias fracasan, los malévolos elementos de otra suerte sucumben y continúa su misión salvadora, con la fe y la constancia patrióticas que levantan su espíritu.

El Sr. de Romaña es, pues, una distinguida personalidad por su talento notable, por su vasta ilustración, por la severidad de sus costumbres, por su carácter probado, por la finura y delicadeza de sus modales, por su trato ameno y por las demás cualidades que lo adornan. Como hombre de ciencia lo respetan sus comprofesionales peruanos y extranjeros: como literato y filólogo, todo lo que sale de su chispeante pluma es sabroso y profundo; y si como ciudadano supo hacerse amar generalmente é inspiró inmensas esperanzas á su país, como mandatario las está realizando al elaborar, día por día, la prosperidad y la ventura del Perú. – X.

LEONOR DUSE

Al escribir el nombre de la Duse se escribe la mejor alabanza de la eminente artista, pues cuantos lo leen sin necesidad de encomio alguno, saben que se trata de la más genial de las actrices contemporáneas.

Alguien ha querido compararla con otras estrellas del arte escénico; pero si siempre las comparaciones son odiosas, tratándose de la Duse son además imposibles, porque no hay términos hábiles para establecerlas. El arte de la Duse es exclusivamente suyo; ni ella ha tratado nunca de imitar á nadie, ni ninguna otra actriz de las que hoy en día más brillan podrá jamás igualarla en su manera especial, personalísima, de sentir y de expresar sus sentimientos.

No interpreta los personajes, sino que los hace, los vive, y no sólo se identifica en absoluto con el pensamiento que guió al autor al crearlos, sino que le completa y avalora con los ricos matices de su exquisita sensibilidad.

Cuando está en escena, el artificio teatral desaparece y la ilusión de la realidad se impone; la corriente que entre ella y el espectador se establece no se interrumpe ni un momento, y los que la ven triste se entristecen, los que la ven llorar lloran, los que la ven airada revolverse contra el hombre que la engaña arden en indignación, y del mismo modo que en ella no se extinguen estos sentimientos y estas sensaciones al acabar la obra, sino que perduran hasta producirle á veces intensas crisis nerviosas, así también la impresión causada en el espectador no se borra al salir del teatro, sino que queda tan hondamente grabada en su alma, que por tiempo que transcurra, el simple recuerdo de lo que sintió viendo á la Duse, hará revivir en él aquella emoción intensísima.

Y para lograr esto jamás acude la Duse á los grandes efectos; sus recursos, en medio de su infinita variedad, asombran por lo sencillos; todo el secreto de sus triunfos está en la naturalidad: su dicción nunca es altisonante, sus ademanes nunca son descompuestos; habla y se mueve en las tablas como se mueven y hablan en la vida real las almas escogidas, y en las inflexiones de su voz, en la expresión de sus ojos incomparables, en sus gestos, en sus actitudes, nada se encontrará que de la verdad se aparte.

La Duse ha triunfado en todas las escenas y ante todos los públicos; los principales teatros del mundo se disputan el honor de albergarla, y la crítica la ha proclamado indiscutible, incluyéndola en el número de los grandes genios del arte escénico.

Actualmente se encuentra en nuestra ciudad, que guarda de ella indeleble recuerdo, y en donde ha de dar una serie de representaciones que los aficionados esperan con tanto regocijo como impaciencia.

La Ilustración Artística, al saludar efusivamente á la artista sin par, se asocia á las ovaciones que el público de Barcelona ha de tributarle. – S.



Chiscó tres ó cuatro veces, prendió la yesca, encendió con ella el cigarro y se puso á fumarle

EL RIO VIEJO

– Una de las cosas que más me gustaban en Villanoble la primera vez que éste me llevó con él á pasar allí una temporada, decía la otra noche en un corro de amigos Mariano Vélez, era una hermosa alameda que se extendía al Sudeste de la población, desde la calzada hasta la iglesia.

La oía llamar «el río viejo,» y no dejaba de extrañarme el nombre, porque, á la verdad, no tenía aquello trazas de haber sido río; pero cuando se me ocurría preguntar la razón de aquel nombre, no tenía á quién, y cuando tenía á quien preguntar, no me acordaba.

Una mañana que estaba éste entretenido (*éste* era yo) con unos pobres labradores que consultaban sobre una partición de bienes dificultosa, le dejé hablando con ellos del quinto y de la carta dotal y de los gananciales; salí de casa solo, atravesé la plaza, cogí luego una calleja que iba hacia el campo, y pasando la presa del *Tollo* por una pontiga de tablones, me encontré en la alameda susodicha.

Pasaba entonces la vecería de las ovejas, y al ver que éstas se retrababan paciendo con codicia entre los árboles, donde había una hierbecilla muy verde, me dirigí hacia donde se había parado haciendo media el pastor, que era un viejín apergaminado y alegrete, vestido de sayal, con unos zahones rojos de pellejo de cabra por delante y unas angorras en las piernas y un zurrón á la espalda de lo mismo.

– Buenos días, le dije tratando de entrar en conversación con él.

– Santos y buenos, me contestó afablemente, aunque sin suspender su tarea.

Luego le dije sacando la petaca:

– ¿Fuma usted, buen amigo?

– Ji, ji, ji... Así me llaman, sí, señor, así me llaman..., me contestó riéndose.

Después supe que le llamaban de mote *Don Digo*, y como estaba un poco sordo, había entendido que yo le llamaba por el mote, chocándole que hubiera llegado tan pronto á mi noticia; mas en aquel momento lo que me figuré fué que no me había entendido, y le repetí un poco más alto:

– Digo que si fuma...

– ¡Ah!.. No suelo fumar, me contestó, porque la soldada es corta y no da para sostener el vicio; pero gustar, bien me gusta.

– Tome usted, le dije dándole un cigarrillo.

– Muchas gracias, señor; Dios se lo pague.

Y añadió poniéndose el cigarro tras de una oreja:

– Éste le fumaré luego sosegadamente en el sestil...

– No, hombre, fúmele usted ahora: para el sestil yo le daré á usted otro, le dije alargándole los tres ó cuatro que me quedaban.

– Muchas gracias, volvió á decir el pastor con risueño semblante.

Y dejando de hacer media, sacó de un bolso del chaleco una veta de yesca, una piedra de lumbres y una navaja muy acostumbrada á hacer de eslabón según lo gastada que estaba por la cota, chiscó tres ó cuatro veces, prendió la yesca, encendió con ella el cigarro y se puso á fumarle.

– Diga usted, le pregunté entonces, seguro ya de su benevolencia, ¿por qué llaman á esta alameda el río viejo?.. ¿No la llaman así?..

– Sí, señor, así se llama, porque antes era río.

– Muy antes sería..., para haber cambiado tanto...

– Ya no fué ayer, es verdad; pero no crea usted tampoco que hace ya siglos, pues por aquí anda todavía quien lo vió por sus ojos.

– ¡Ah!.. ¿Usted conoció esto siendo río?

– Sí, señor, sí... Yo era todavía un rapaz, pero me acuerdo perfectamente de ver correr por aquí el río grande, que ahora va por el lado de allá de ese soto. Por aquí por donde estamos venía la fuerza del agua. Y ya ve usted, como estaban las casas tan cerca, en cuanto crecía algo y saltaba esa miaja de cervigal que se conoce ahí, ya había que andar á milagros... ¿Ve usted esa casa donde están esas señoras al balcón?.. Pues ahí vivía un abogado, y debajo de la mesa del despacho, que estaba en el piso bajo, cogieron una vez una trucha de dos libras y otras tres ó cuatro más pequeñas... Conque figúrese usted cómo andaría la cosa...

– No andaría muy buena.

– Pues para evitar aquellos sustos pensaron los vecinos que lo mejor era hacer una barbacana de piedra de sillería desde aquel cotorrico de por cima de la iglesia, toda la orilla abajo hasta el caedizo del puente; y como era obra de mucho coste y la villa no podía hacerla por su cuenta, determinaron acudir al rey para que la mandara hacer á costa del tesoro. Se le echó el memorial bien razonado, le informó favorablemente el Consejo Real, vino un señor facultativo á formar el plano de la obra, todo en muy poco tiempo, porque aquí siempre hemos tenido buenas aldabas... Ya ve usted que esos tres puentes de piedra tan hermosos, uno en el río grande y dos en ese otro riachuelo de Valmanzano, y esa calzada tan larga, y esa iglesia tan alta, no se han hecho así como quiera... Y cuando ya no faltaba más que el decreto real mandando hacer la obra y venían noticias de que iba á salir de un día á otro, en esto de si sale hoy, si sale mañana... Verá usted.

– Vamos á ver, ¿qué sucedió?

– Pues había aquí un señor que llamaban D. Cenón..., yo no sé de qué, porque el apellido era muy revesado y no le recuerdo, el cual D. Cenón había venido nombrado administrador del Real Alfolí de la sal, y no le dejaba la justicia avecindarse aquí porque no era noble... Porque esta villa tenía un privilegio concedido por una reina que creo que la llamaban la Católica, en virtud del cual ningún forastero podía ser vecino en su concejo sin ser noble y probarlo... Y así es que aquí no había más que nobles; y mientras en otros concejos tenían unos vasos de plata por donde bebían los nobles en los convites públicos, y otros de cuero por donde bebían los plebeyos, que por eso se llamaban también «los de la cuerna prieta,» este concejo no tenía más que vasos de plata, porque los otros no eran necesarios... Y como le digo, siendo condición para residir aquí la nobleza, los que venían de administradores del Alfolí, cuando eran nobles tenían que hacer las probanzas antes de tomar posesión de su cargo, y cuando no lo eran tenían que renunciar al empleo y marcharse con las orejas gachas. Pero aquel don Cenón era muy testarudo y puso pleito á la villa por la vecindad, y como ya entonces nos habían llevado el rey á Francia y empezaban á introducirse las malas ideas, ganó el pleito injustamen-



Se acercaron á ver, y era D. Cenón que estaba allí ahogado

te y se salió con la suya de ser vecino. Pero no se le olvidaba el feo que le habían dado antes; y por estorbar que se efectuara la defensa y aseguramiento de la villa, pues decía que estaba deseando que la llevara el río...

– Tan malas intenciones tenía, ¿eh?

– Sí, señor, las tenía endemoniadas, y era muy vengativo... Y con eso, fué y escribió allá á Madrid á un pariente que decían que estaba no sé si de apagaluces ó algo así en el palacio real y era el que le había sacado el empleo, y aquél se empeñó con un amigo suyo que era algo más persona, y éste con otro, y el otro con otro, hasta que llegaron á uno que estaba ya muy bien arriba..., y tuvo ocasión de esconder el expediente... Y nada, que no parecía por ninguna parte. Cuando vino la noticia de que el expediente se había perdido, figúrese usted cómo se quedaría la gente... Fué un desconsuelo. El alcalde juntó los vecinos en concejo y les dijo:

– Todo nuestro gozo metido en un pozo. Avisan de Madrid que el expediente de la barbacana no se encuentra por ninguna oficina... Conque á ver que les parece á ustedes que se haga en este caso.

– No habrá más remedio que volver á empezar, dijeron algunos, y hacer otro expediente nuevo.

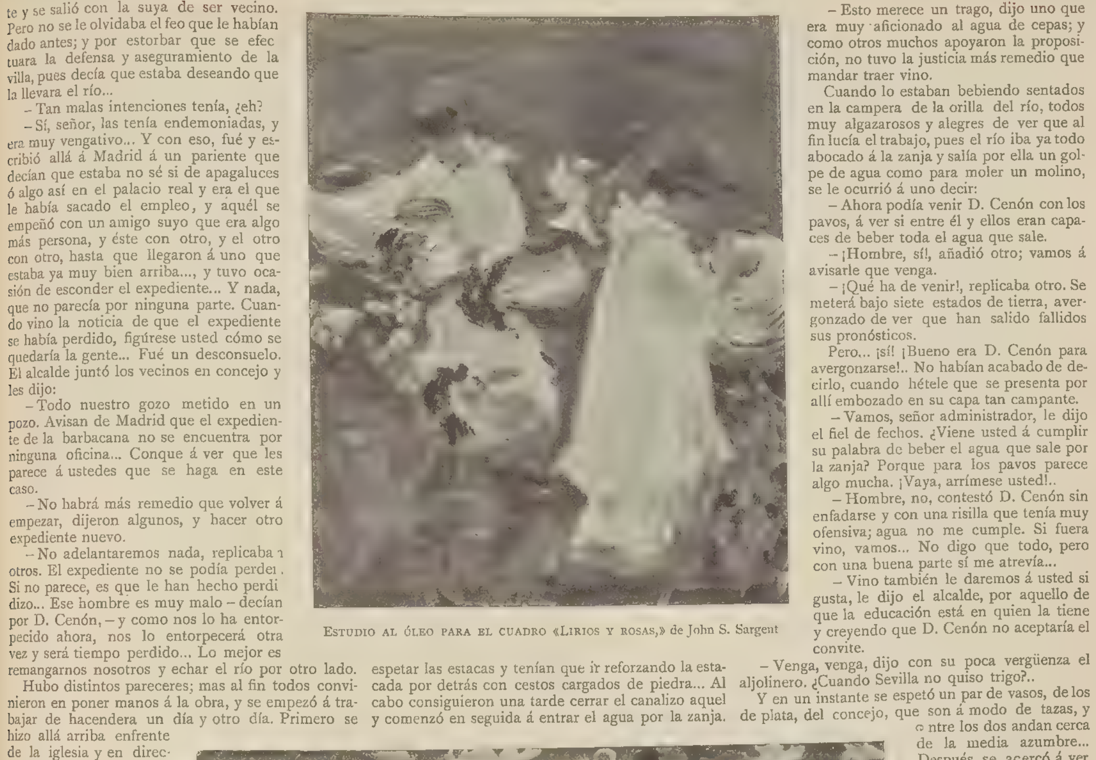
– No adelantaremos nada, replicaban otros. El expediente no se podía perder. Si no parece, es que le han hecho perdidizo... Ese hombre es muy malo – decían por D. Cenón, – y como nos lo ha entorpecido ahora, nos lo entorpecerá otra vez y será tiempo perdido... Lo mejor es remangarnos nosotros y echar el río por otro lado.

Hubo distintos pareceres; mas al fin todos convinieron en poner manos á la obra, y se empezó á trabajar de hacendera un día y otro día. Primero se hizo allá arriba enfrente de la iglesia y en dirección hacia el otro lado una zanja muy honda... Estrechica, eso sí, porque decían: ensanchar, ya la ensanchará el agua: la cuestión es que el río meta el hocico, que después él se abrirá paso... Por cierto que al tercero ó cuarto día de hacendera, cuando estaban los vecinos más afanosos haciendo la zanja, se presentó por allí D. Cenón, diciendo con aquella voz aguardentosa que tenía, porque se la habían echado á perder las borracheras:

– ¡Así, así! A trabajar aprisa; que toda el agua que salga por ahí la han de beber los mis pavos... Y lo que ellos dejen, su amo...

– Allá lo veremos, le dijo el alcalde, sin que nadie le contestara más, y prosiguieron la obra.

Después que acabaron la zanja se pusieron á hacer una estacada cortando el río, no de frente, sino ahilándole desde muy arriba en derechura á la zanja, y empezaron por las dos orillas. Ponían dos filas de estacas, entretejían éstas con ramascos ó escobas, y el hueco de entre las dos filas, que era como de una vara de ancho, le llenaban de piedras. Al principio trabajaban sin dificultad; pero cuando por ambos lados llegaban ya cerca del medio del río y no quedaba más que un canalizo donde el agua llevaba mucha fuerza y lo barría todo, apenas podían espetar las estacas y tenían que ir reforzando la estacada por detrás con cestos cargados de piedra... Al cabo consiguieron una tarde cerrar el canalizo aquel y comenzó en seguida á entrar el agua por la zanja.


Estudio al óleo para el cuadro «Lirios y rosas,» de John S. Sargent


Lirios y rosas, cuadro de John S. Sargent

– Esto merece un trago, dijo uno que era muy aficionado al agua de cepas; y como otros muchos apoyaron la proposición, no tuvo la justicia más remedio que mandar traer vino.

Cuando lo estaban bebiendo sentados en la campera de la orilla del río, todos muy algazarosos y alegres de ver que al fin lucía el trabajo, pues el río iba ya todo abocado á la zanja y salía por ella un golpe de agua como para moler un molino, se le ocurrió á uno decir:

– Ahora podía venir D. Cenón con los pavos, á ver si entre él y ellos eran capaces de beber toda el agua que sale.

– ¡Hombre, sí!, añadió otro; vamos á avisarle que venga.

– ¡Qué ha de venir!, replicaba otro. Se meterá bajo siete estados de tierra, avergonzado de ver que han salido fallidos sus pronósticos.

Pero... ¡sí! ¡Bueno era D. Cenón para avergonzarse!.. No habían acabado de decirlo, cuando hétele que se presenta por allí embozado en su capa tan campante.

– Vamos, señor administrador, le dijo el fiel de fechos. ¿Viene usted á cumplir su palabra de beber el agua que sale por la zanja? Porque para los pavos parece algo mucha. ¡Vaya, arrímese usted!..

– Hombre, no, contestó D. Cenón sin enfadarse y con una risilla que tenía muy ofensiva; agua no me cumple. Si fuera vino, vamos... No digo que todo, pero con una buena parte sí me atrevía...

– Vino también le daremos á usted si gusta, le dijo el alcalde, por aquello de que la educación está en quien la tiene y creyendo que D. Cenón no aceptaría el convite.

– Venga, venga, dijo con su poca vergüenza el aljolinero. ¿Cuando Sevilla no quiso trigo?..

Y en un instante se espetó un par de vasos, de los de plata, del concejo, que son á modo de tazas, y entre los dos andan cerca de la media azumbre... Después se acercó á ver la obra y se fué andando por encima de la estacada hasta el medio del río, donde se paró mirando el gran remanso de agua que se había hecho.

Y entonces en un corrillo de mozos..., porque la gente joven siempre suele ser más avanzada de ideas, hubo alguno que dijo:

– Lo mejor era ir ahora uno, y al pasar por junto á él, disimuladamente darle un empujón que cayera en el río de cabeza, que así, embozado como está, no salía, y ya no hacía más daño.

– Sí, era lo mejor, sí, contestaban los otros.

– Eso no, muchachos, les dijo el tío Juan del Campo, que estaba cerca de ellos y les había oído. Eso no se dice ni en broma. Que le mate Dios que puede... Aborreciblemente se porta, es verdad, pero eso no nos autoriza á nosotros para hacer una barbaridad. Él dará cuenta á Dios de sus actos, como la tenemos que dar todos.

Estaba anocheciendo y comenzó á llover, lo cual entristeció algo á la gente, porque decían que si crecía mucho el río aquella noche estando la estacada reciente y sin enarenar, arrancaría con ella y... trabajo perdido.

– Es posible, dijo uno de los ancianos; pero ¡qué le hemos de hacer! San Antonio la guarde.

A otro día por la mañana los primeros que fueron á ver cómo estaba la obra se encontraron con que el río había crecido, pero no había llevado la estacada, sino que había ensanchado la zanja y todo iba ya por el otro lado. Sobre la estacada y como hacia la mitad se veía un bulto negro... Se acercaron á ver, y era D. Cenón, que estaba allí ahogado, sin tener metida en el agua más que la cabeza.

– ¿Se había echado él á ahogar por despecho?, le dije.

– ¡Ca! No, señor; no estaba tan aborrecido de la vida.

– ¿Pues á qué había ido allí?

– Por lo que se pudo comprender, había ido en la obscuridad de la noche con el mal fin de abrir un poco de brecha allí en medio de la estacada para que el agua comenzara á entrar por ella é hiciera lo demás, es decir, lo llevara todo... Porque efectivamente se conocía que había ya quitado muchas piedras y abierto un poco de quebrada por donde empezaba á salir el agua, y hubiera salido mucho más á no haber quedado él allí de tapadera.

– ¿Y cómo se había ahogado sin caer del todo en el río?

– El cirujano que le hizo la anatomía declaró que no había sido ahogado, sino de un ataque cerebral, y lo explicaba diciendo que por agacharse mucho para quitar las piedras, le había dado el ataque. Pero ¡cuántas veces nos agachamos los demás y no nos pasa eso!.. Para mí fué que le mató Dios en castigo de su maldad y para no dejarle acabar su mala obra. Allí las pagó todas juntas...

Y como las ovejas, andariegas de suyo, se salían ya de entre los árboles y emprendían la cañada hacia el monte, el pastor se despidió de mí cortésmente y se marchó tras del ganado haciendo media.

Antonio de Valbuena.

CUENTO DE ÁNIMAS

EL ABAD DE CASTELMOURO

De aquella magnífica abadía de Castelmouro, famosa un tiempo por el poderío de sus abades, la sabiduría de sus religiosos, los privilegios de su señorío y las maravillas arquitectónicas de su templo, quedaba en pie poco más que un montón de ruinas, profanadas casi de continuo por la barbarie de los hombres y la furia de los elementos.

Con la gloria de ayer parecía querer emular el vilipendio del presente. Dudábase por tanto, á la vista de tan lastimosos vestigios, qué pudo ser mayor en el poder que simbolizaban, si su exaltación ó su abatimiento.

Entre lo poco que quedaba en pie merecía citarse la torre, que descollaba sobre todos los puntos del horizonte, recortando en el cielo el perfil guerrero de sus almenas, y la iglesia que, no obstante haber quedado reducida á una sola nave, mostraba en la gallardía de sus columnas y en lo atrevido de las bóvedas perennes resplandores del arte.

Y aún quedaba algo más de la histórica abadía de Castelmouro: quedaba el padre Gerardo, último representante del celebérrimo abadiato y heredero directo de aquellos varones, tan insignes en ciencia como en santidad, que habían regentado desde los tiempos de la Reconquista los intereses y los dominios vinculados, á través de los tiempos, por la generosidad de reyes, príncipes y señores, en la dignidad abacial recibida por aquel ejemplarísimo siervo de Dios.

Invasiones extranjeras, guerras civiles, alteraciones revolucionarias, todo lo resistió el padre Gerardo en su abadía desmantelada... También sobre las rocas combatidas por el huracán consigue á veces arraigar y vivir una flor... En las ruinas de Castelmouro la flor que resistió las tempestades sociales de medio siglo era aquel anciano sacerdote de cabellera blanca que el viajero solía encontrar rezando el rosario en el pórtico de la abadía.

Sin rentas el convento, mal dotada la iglesia, vivía el padre Gerardo en la estrechez de una pobreza penitente; pero estaba él más orgulloso de su báculo que un rey de su cetro y paseaba por aquellas ruinas su pobre sotana con la majestad de una púrpura.

***

Sonriente y bondadoso con quien llegaba á verle á sus soledades, débil y encorvado por los años, dulce la mirada, sereno el rostro – con esa hermosa serenidad que da la resignación ante el infortunio, – nadie podía sospechar á primera vista en el señor abad un carácter enérgico, un alma firme, un corazón resuelto... Eso fué, sin embargo, el digno sacerdote.

No hubo despojo al que no se opusiese, ni atropello contra el que no protestase.

El año 8 fuerzas de la división de Ney saquearon la abadía, arrebatándola su ya muy mermado tesoro artístico. El padre Gerardo salió al pórtico para hacer valer su dignidad ante los invasores. Atropellado por éstos y viendo profanado el templo, lanzó sobre la soldadesca los anatemas de la iglesia en la forma terrible de la excomunión á matacandelas.

Hizo más el heroico sacerdote: puso en armas todo el concejo y en el vado del río Mouro infligió rudo escarmiento á los saqueadores de la abadía.

Después tuvo que luchar contra las codicias de una administración revolucionaria, que bajo pretexto de desescombrar la abadía tomó de allí material abundante para todo linaje de obras. No era raro ver completando el pretil de algún puente una losa sepulcral de los enterramientos abadiales y sosteniendo el parral de algunas huertas del contorno las columnas en que descansara antaño la primorosa arquería gótica de los claustros conventuales.

Pedazos del alma parecían arrancarle al padre Gerardo cada vez que se le arrebataba alguna de estas reliquias, y pedía por única merced al Señor que le llamara á su seno antes de que se consumara la ruina total de aquella mansión venerada.

Hubiera querido el virtuoso abad que una noche eterna cubriese con su manto los bellísimos restos arquitectónicos que quedaban en pie, para que todo el mundo ignorase su existencia y no se vieran profanados por la impiedad y la ignorancia.

Cuando en primavera retoñaban con pujanza fastuosa las hiedras, los helechos, las ortigas y las zarzas que poblaban los ámbitos de aquellas ruinas, era de ver la alegría del señor abad contemplando el valladar impenetrable formado por aquella vegetación bravía en torno de la desmoronada fábrica. Entonces se consideraba más seguro, y apoyado en su báculo recorría el recinto soñando con el glorioso pasado de la abadía y llorando su presente ruina.

– Pero, señor, ¿á qué se acongoja?, le decía Juanín, su leal servidor, mezcla de fámulo y de acólito, que le acompañaba en aquellas soledades y cuidaba del anciano con devoción filial.

El abad no contestaba y seguía su muda melancolía á través de las ruinas.

***

Era costumbre inveterada en el padre Gerardo bajar la noche de difuntos al panteón de los abades, situado en la cripta de la abadía, y rezar allí por el alma de sus antecesores.

Mientras Juanín hacía doblar las campanas en lo alto de la torre, permanecía el abad en oración. Pasado algún tiempo iba á buscarle á la cripta, le acompañaba á su celda y le ayudaba á acostarse.

Para Juanín era muy poco halagüeña la perspectiva de aquella fúnebre velada, pues era supersticioso como buen campesino, y á pie juntillas creía cuantas leyendas de aparecidos y de fantasmas corrían de boca en boca por toda la comarca.

– A mí, señor abad, solía decir, no me da miedo un lobo hambriento, pero tengo mucho respeto á las ánimas, y eso de andarlas llamando por la noche con oraciones y campanadas, paréceme, señor, expuesto á sustos y hechicerías.

– Déjate de cuentos, Juanín; que el que reza, con Dios está y nada tiene que temer.

– Créame, señor, que vuesa merced mismo no está para esos rezos de noche en el osario de los abades...

En esto decía verdad el mozo, porque el padre Gerardo, con sus achaques y los años, estaba consumido y trémulo, como si el espíritu que le sostenía pugnase por desprenderse de aquella naturaleza desfallecida.

– Pues debiera avergonzarte, dijo el abad, que mi vejez tenga más ánimos que tu mocedad.

– Fuera yo un santo, como lo es su merced, y no temería á las almas en pena.

– Pecador soy y he de necesitar, como todos, los sufragios de las almas devotas. Ten listas para esta noche las lamparillas del panteón y déjate de almas en pena.

– Y dígame, señor, ¿es cierto cuanto dicen en el pueblo que ocurre en la noche de ánimas?

– ¿Y qué dicen, Juanín?

– Cuentan, señor, y no acaban. Dicen que á la media noche aquiétase la corriente del río, que las campanas tocan solas, que los altares se iluminan de repente, que se oye por todas partes espantoso crujir de huesos, que unas lucecitas azules corren sobre las aguas, que del pinar de la Cumbreira salen unos fantasmas blancos que dan llorando la vuelta al valle... En fin, señor, tantas cosas me han dicho, que no me conozco, y desde que cayó el sol veo en todas partes trasgos y al cerrar la iglesia me ha parecido dos ó tres veces oir pasos detrás de mí.

– ¡Fantasías de la gente, Juanín; ríete de eso! ¿Cuándo viste tú algo parecido?

– ¡No lo permita Dios, padre mío! Todo eso ocurre á la media noche, y á esas horas jamás he cogido yo relente en noche de ánimas. ¡Por la Santísima Virgen le pido que no prolongue hoy mucho sus rezos!

– Los muertos no hacen daño, dijo sentenciosamente el padre Gerardo.

***

Apoyado en su fiel acólito bajaba poco después el abad á la cripta donde reposaban los restos mortales de sus antecesores. Aquel recinto, colocado en el corazón del templo, se había librado de toda profanación. La puertecilla de hierro que lo protegía sólo se franqueaba de año en año para dar paso al último representante de aquella espiritual dinastía de ilustres religiosos. En aquel silencio de muerte, entre aquellas estatuas que durante tantos años le miraban con ojos benignos, encontraba el abad el placer de una compañía grata; la compañía de los suyos, de los que fueron, y su espíritu parecía comunicarse con el de ellos, elevándose al cielo con nostalgias de eterno reposo.

Entretanto Juanín en la torre tocaba las campanas estremeciéndose de frío y muchas veces de susto.

Era entrada la noche; todos los campanarios del valle doblaban á muerto. Un viento huracanado precipitaba en carrera fantástica las nubes y arrancaba gemidos de las arboledas. La luna brillaba á intervalos, y sus rayos fugitivos servían para hacer más medrosas las tinieblas que flotaban sobre la campiña.

Juanín cerraba los ojos, y cuando llegaba á él la voz de la campana más próxima, tocaba la de la abadía, que á su vez era contestada más lejos.

De pronto se le figuró al campanero que un profundo silencio reinaba en el valle, que las campanas enmudecían, que era más apagado el murmullo del río, que el viento mismo dejaba de gemir entre los árboles.

Abrió los ojos y jamás mortal vió espectáculo más maravilloso. Por un rompimiento de las nubes bajaba flotando hacia la tierra, envuelto en resplandores sobrenaturales, larga procesión de fantasmas encapuchados... Unos ángeles parecían guiar á la misteriosa comitiva, encaminándola á la abadía.

Juanín vió desaparecer el cortejo como si se lo tragara la tierra, y surgir de nuevo llevando en el centro, ¡oh asombro del aterrado campanero!, al mismo padre Gerardo, encorvado sobre su báculo; al señor abad, que le miraba con expresión de bienaventuranza y tendía hacia él la mano en ademán de bendición y de despedida...

Juanín bajó despavorido á la cripta, y allí, de rodillas, en actitud de orar y apoyado en uno de los sepulcros, encontró muerto al Padre Gerardo. Dios había oído las súplicas del abad y llamádole á su reino...

***

– Señora, ¿sabe lo que pasa?, decía al día siguiente del suceso una comadre de Castelmouro á su vecina.

– Diga, señora.

– ¡Que ha muerto el padre Gerardo!

– ¿Y de qué?

– De viejo. ¡Pobrecito señor, le llegó su hora!

– Pues debe estar en el cielo.

– ¡Y tanto que está, como que le vió entrar Juanín!

– ¿Qué?

– Que Juanín dice que estando en la torre, vió anoche subir al cielo al señor abad, rodeado de ángeles y echando bendiciones.

– ¿Y está bueno Juanín?

– ¡Qué ha de estar, señora! Como quería tanto al señor abad, su muerte le ha dejado como embrujado y dice unas cosas que nadie comprende.

– Así parece: yo no dudo que el padre Gerardo esté en el cielo, porque era un santo; pero que lo haya visto entrar Juanín... ¡Vamos! Crea usted que Dios no hace milagros así para que los vea sólo un campanero...

– Tiene usted razón..., pero ¡se ven unas cosas tan raras la noche de ánimas!..

Prudencio Rovira.

EL BASTONERO

(LOS RECUERDOS DE UN CURIAL)

Nadie se explicó de qué manera podía haber sido aquello; y sin embargo, ello fué que había sucedido y que Pablo, aquel hombre incapaz de propasarse en lo más mínimo con nadie, que no tenía otro vicio que el de fumar un poco y que pasaba como un modelo de honradez y formalidad entre vecinos y conocidos, había sido preso, nada menos que por haber herido gravemente al hijo de un conocido banquero en uno de los bailes del teatro de la Zarzuela.

¿Qué había pasado para que Pablo hubiese cometido tamaño desafuero? Muy grandes tenían que haber sido los motivos, y deseoso de conocerlos me encaminé á la cárcel, donde pude verle, gracias á mi amistad con el director del establecimiento y á tratarse además, como aquél me dijo, de un delito «simple.»

Lo que Pablo me refirió es poco más ó menos lo que sigue.

Huérfano desde muy niño, era aún muy joven cuando tuvo necesidad de ganarse su sustento, y trabajando en un taller de cerrajero llegó desde aprendiz á ser uno de los oficiales más aprovechados y mejor retribuídos. Ganando para él más de lo que gastaba, permitíase el lujo de vivir en una regular casa de huéspedes y comer fuera de ella, en un fondique inmediato al taller, y aún ahorraba algunas pesetillas que iban á aumentar su cartilla de la Caja de Ahorros.

Pero esta vida tranquila y hasta cierto punto monótona de Pablo tenía que interrumpirse, y así fué en efecto, porque el laborioso jornalero conoció un día á una muchacha, y sin reparar en los antecedentes de aquélla, ni en su vida, ofrecióla un corazón sano, una vivienda honrada y el matrimonio, en fin, para más adelante.

Rosalía aceptó, y allá en un rinconcito del Madrid viejo instalaron los novios su mansión: una especie de nido, sin lujos, sin grandes mobiliarios, pero muy blanco y muy limpio, con sus sillitas de anea muy nuevas, sus cuadritos de santos recién barnizados, su reloj de pesas y su mesa-camilla.

Ella y él se querían, ó por lo menos así lo hubiera pensado cualquiera. El matrimonio, que pronto había de serlo, hacía una vida dichosa y feliz. Los domingos Pablo llevaba á merendar á las afueras á la joven, algunas noches la llevaba al café y alguna que



LA ASUNCIÓN, grupo en bronce dorado destinado a la catedral de Antequera (Méjico), obra de Julio Tadolini

otra vez al teatro, lo cual quiere decir que la cartilla de los ahorros no aumentaba y que más bien tendía á disminuir.

Así ocurrió efectivamente cuando ya comenzó Pablo á hacer los preparativos de boda y á comprar ropa y algunos muebles. Pero *ella* se lo merecía todo, y Pablo, cada vez más ciego, no observó que Rosalía no le amaba y que sólo aguardaba una ocasión para desligarse de él.

Llegó aquélla, y una tarde, cuando Pablo volvió todo negro y tiznado del taller á su casita blanca, se encontró el nido vacío: Rosalía habíase marchado llevándose algunas alhajillas y sus ropas, las que Pablo le había comprado.

Pablo esperó; todavía pensaba en su credulidad que aquella mujer que él había pretendido redimir volvería; pero transcurrió el tiempo y no volvió á saber de ella, y lo que es peor, ni del nuevo ser que ya palpitaba en las entrañas de Rosalía.

El obrero, herido en el alma, en un corazón que sólo á aquella mujer había entregado, cayó enfermo; pero una vez repuesto volvió á su trabajo con más ahinco que nunca y se buscó algunas otras ocupaciones, no sólo para reconstituir sus ahorros, sino para distraerse.

Por eso había sido acomodador, cobrador de una sociedad, y por último *bastonero* en los bailes de la Zarzuela.

Celebrábase el de un martes de Carnaval. El bullicio y la alegría eran en el salón indescriptibles y los bastoneros encargados de guardar el orden veíanse muy apurados para lograrlo. Cruzaban el espacio las serpentinas, cubríase la alfombra de espesa capa de papel picado, sonaba entre carcajadas el descorchar de las botellas y el romperse de copas, y subía al techo, como densa niebla, un vaho caliente que olía á vino y á perfumes, á carne y á esencias.

Pablo, en el centro del salón, permanecía al parecer ajeno á cuanto le rodeaba, y sólo cuando la orquesta dejaba oir alguna nota estridente y desafinada parecía volver en sí.

De pronto una máscara, una mujer que á pesar de ir del brazo de un hombre se tambaleaba beoda, se acercó al bastonero y riendo escandalosamente le dijo:

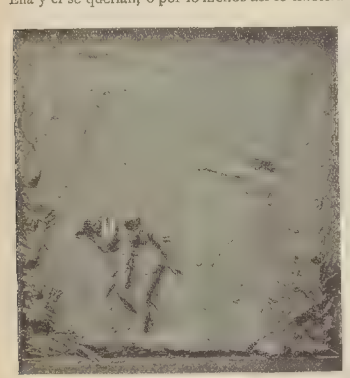
– Adiós, Pablito..., ¿y Rosalía?..

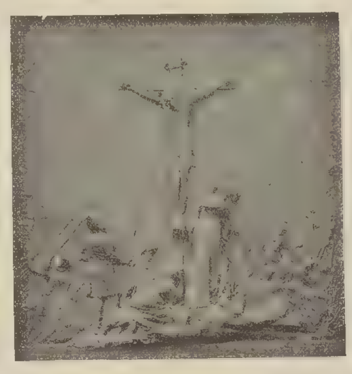
– ¡Ah! Eres tú..., murmuró Pablo.

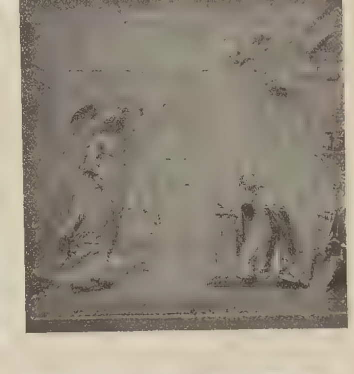
Y acercando su cara pálida al antifaz de la enmascarada le preguntó muy quedo:

– ¿Y nuestro hijo?

La bella entonces, sin dejar de reir, apoyóse más













BAJOS RELIEVES EN BRONCE DORADO que decoran un altar de la catedral de Antequera (Méjico), obra de Julio Tadolini



REGRESO DEL TRABAJO, cuadro de Roberto Sterl [illegible]



VENDIMIADORA, dibujo de N. Méndez Bringa

fuertemente en el brazo de su acompañante y dijo al mismo tiempo que éste asentía con la cabeza:

– Si era nuestro.

Pablo enarboló el pesado bastón y un hombre cayó al suelo sin sentido, mientras Rosalía se perdió entre la multitud.

Tal es la historia á la que Pablo puso este único comentario:

– Hay mujeres así; no será ese el último hombre á quien hieran por su culpa: menos mal que le he herido yo en la cabeza; ella le hubiera herido en el corazón...

P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

Harold Bauer. – En unión de nuestro compatriota el eminente violoncelista Pablo Casals, ha dado recientemente dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad el notabilísimo pianista Harold Bauer, joven de 28 años que con razón ha producido verdadero entusiasmo en los muchos aficionados al piano que en Barcelona se cuentan. Es hijo de padre alemán y de madre inglesa, y nació en Londres en 1872; dedicóse desde muy niño al estudio del violín y llegó á ser un hábil concertista, hasta que habiendo un día acompañado á Paderewski en una pieza á cuatro manos, el gran pianista le aconsejó que dejase el violín y se dedicase al piano. Así lo hizo Bauer, y por sí solo, sin necesidad de concurrir á conservatorios y sin más guía en sus estudios que sus propias aspiraciones, llegó de tal manera á dominar aquel instrumento, que hoy, á pesar de ser muy joven, figura entre los primeros pianistas de Europa. En él se juntan todas las cualidades de ejecución que pueden desear los más exigentes y que le permiten vencer las mayores dificultades; pero lo que más en él se admira es la maestría con que interpreta las obras de los grandes genios musicales.

El notable pianista alemán HAROLD BAUER (de fotografía)

Barcelona le ha acogido con entusiastas aplausos, reconociendo en él á una verdadera notabilidad en el arte á que se ha dedicado.

Lirios y rosas, cuadro de John S. Sargent. – El autor de este cuadro es reputado justamente como uno de los más ilustres pintores ingleses contemporáneos. Su especialidad son los retratos, pudiendo afirmarse que su pincel ha reproducido las personalidades más notables de la sociedad londinense; pero aparte de este género ha cultivado otros en los cuales ha conseguido no menores triunfos que como retratista. *Lirios y rosas* es buena prueba de la variedad de sus aptitudes pictóricas, y como dibujante goza de igual fama que como pintor, habiendo producido, entre otras obras, unas preciosas ilustraciones sobre asuntos bíblicos.

La Asunción. Bajos relieves destinados á un altar de la catedral de Antequera (Méjico), obras de Julio Tadolini. – A la galantería del distinguido escultor italiano Julio Tadolini debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores algunos elementos esencialísimos del magnífico altar mausoleo que acaba de ejecutar para la catedral de Antequera en Méjico. El hermoso grupo representando la Asunción de la Virgen, que corona el monumento, ejecutado en bronce dorado, al igual que los relieves, inteligentemente combinados con la totalidad de la obra, construída en alabastro y mármoles de varios colores, atestiguan la valía y alientos del escultor, que ajustándose á los límites impuestos por el carácter religioso de la obra, ha logrado imprimir al conjunto el concepto artístico que le anima, inspirándose sin duda en las creaciones ejemplares de Bunini, cuyo aspecto monumental tiene la nueva obra de Tadolini, ya que alcanza seis metros de altura. No es nuestro amigo un artista novel. El monumento dedicado á Vallolini y otras producciones no menos notables atestiguan sus merecimientos. De ahí que no titubeemos en aplaudir al artista y felicitar á la ciudad de Antequera, puesto que podrá atesorar una producción digna de encomio.

Corona que la colonia italiana de Barcelona dedica al difunto rey de Italia Humberto I. – Queriendo rendir un tributo á la memoria del que fué rey de Italia Humberto I, los individuos que componen la numerosa colonia italiana de Barcelona le han dedicado la artística corona que adjunta reproducimos y en la cual están hábilmente combinadas las figuras con las hojas, formando un bellísimo conjunto artístico.

Regreso del trabajo, cuadro de Roberto Sterl. – Hubo un tiempo en el desenvolvimiento del arte moderno en que fué una especie de moda tomar los asuntos para cuadros en las clases más bajas de la sociedad. Esta moda ha pasado; pero los artistas que cultivaban este género, no por lo que de moda tuviera, sino porque realmente lo sentían, han seguido dedicándose á él y han producido dentro del mismo obras de mérito imperecedero. Uno de estos artistas es el alemán Roberto Sterl, autor del lienzo que reproducimos, y que aparece en él como verdadero pintor de los llamados modernistas. La impresión pintoresca del grupo de trabajadores, el tono total de la escena iluminada por los últimos resplandores del crepúsculo, están admirablemente reproducidos; pero hay en la obra algo más que un efecto pintoresco, hay un fragmento de la vida real: los obreros que de una manera tan magistral ha pintado Sterl tienen todo el vigor, toda la expresión que sólo alcanza á imprimir en las figuras el que del natural las ha tomado.

Vendimiadora, por N. Méndez Bringa.—Si los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no hubieran tenido tantas ocasiones de admirar en Méndez Bringa al artista elegante por excelencia, el dibujo que hoy publicamos bastaría para que como tal le consideraran. A pesar de tratarse de un asunto que se presta á pocas delicadezas, el artista ha sabido, sin apartarse de la verdad, imprimir en la figura de la *Vendimiadora* ese sello de distinción que es la característica de todas sus obras y que hace que todas ellas produzcan una impresión altamente simpática, á la que contribuye no poco la corrección con que aparecen ejecutadas y la habilidad con que dispone y combina los elementos accesorios, entre los cuales debe destacarse la nota principal de la composición.

San Mungo, grupo escultórico de Jorge Frampton.— San Mungo, denominado también Kentigern, vivió en Inglaterra en el siglo VI, era descendiente, según se cree, de familia de reyes, fué obispo de Glascow y fundó el convento de San Asaph y la escuela de Oxford. El monumento que reproducimos, y que es obra del notable escultor inglés Jorge Frampton, tiene un carácter sobrio y severo que armoniza perfectamente con la índole del asunto. Cada una de las tres estatuas que lo componen presenta una pureza de líneas perfecta y el conjunto ofrece un aspecto clásico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. - Próximamente se inaugurará en París un monumento dedicado al arquitecto del teatro de la Opera Carlos Garnier, en el que figurará el busto de éste, modelado por Carpeaux.

ATENAS. – La Sociedad Arqueológica Griega proyecta la reconstrucción del Erecteion de Atenas en su forma primitiva, como hizo hace algún tiempo con el de la *Nike aptera*, de la propia ciudad. Como casi todo el antiguo material del mismo se encuentra diseminado en la Acrópolis, es de esperar que tan laudatoria empresa podrá llevarse á feliz cima.

Teatros. – *Madrid.* – En el teatro de la Comedia se ha estrenado con gran éxito una comedia en cuatro actos de los hermanos Alvarez Quintero, titulada *Los Galeotes*.

Barcelona. – Se ha estrenado con aplauso en el teatro del Eldorado *El barquillero*, zarzuela en un acto de los Sres. López Silva y Jackson Veyán, música del maestro Chapí. En el teatro Principal ha dado la Sociedad Filarmónica un concierto tan notable por lo selecto del programa como por la primorosa ejecución que le cupo: figuraban en aquél *L' Arlesienne*, de Bizet; la sinfonía de *Egmont*, de Beethoven; *Los murmullos de la selva*, de la ópera *Siegfried*, y la sinfonía de *Tanhauser*, de Wagner, piezas todas que fueron admirablemente interpretadas por la excelente orquesta dirigida por el maestro Crickboom.

Necrología. – Han fallecido:

Dr. Gustavo Meyer, sabio filólogo alemán.

Carlos Rohl Smitz, notable escultor dinamarqués, residente desde 1886 en los Estados Unidos, en donde ejecutó varios monumentos que le han conquistado gran fama.

Pawel Wassiljewitch Schein, ilustre folklorista ruso, profesor del Gimnasio de Riga.

Guillermo Corden, notable pintor inglés, el artista predilecto de la reina Victoria, para cuyo castillo de Windsor pintó más de cuatrocientos cuadros.

Gustavo Majer, paisajista y pintor de género alemán.

Julio Guillermo Plank, eminente jurisconsulto alemán.

Guillermo Hoecker, pintor escenógrafo alemán.

Enrique Alberto Jahn, eminente filólogo suizo, catedrático desde hacía 60 años de Filología clásica de la Universidad de Berna, profesor honorario de la facultad de Filosofía de la misma y autor de muchas y muy importantes obras filológicas.

Luis Ratisbonne, poeta, escritor y crítico francés, traductor de Dante y autor de multitud de trabajos literarios.

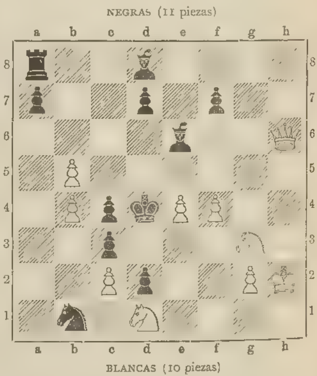


Corona que la colonia italiana de Barcelona dedica al difunto rey de Italia Humberto I

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 214, POR M. EHRENSTEIN

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 213, POR O. NEMO

Blancas.	Negras.
1. D a 4 – a 3	1. Cualquiera.
2. C, D, A ó P mate.	



No me riña usted..., es la última...

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

La «buena señora» se llamaba Elena de Penhoet.

¡De Penhoet! Como el castillo en que él se encontraba, como la aldea vecina.

Indudablemente era una coincidencia fortuita.

Muchas personas llevan el nombre de tal ó cual población.

Su diccionario le indicaba varios lugares llamados Penhoet.

¿Qué relación podía haber entre la dama de Moisselles y este castillo situado en un rincón de la Bretaña?

¿Tenía derecho á decir al Sr. de Kerlor que conocía una señora que llevaba el mismo nombre del castillo?

Además, esto no era posible sin explicar las circunstancias en que la había conocido, su permanencia en la colonia penitenciaria y otras cosas que le llenaban de confusión y de vergüenza.

Por esta razón dejaba siempre para otro día el hablar de ello con su bienhechor.

Porque estaba resuelto á decírselo todo.

Tenía que hablarle también de Claudinet, por quien experimentaba una profunda inquietud.

El pobre enfermito había sido cómplice de su huída y de la evasión del conde.

¡Sabe Dios cómo habían castigado los miserables la intervención del niño!

Además, el bienestar y el lujo en que vivía le hacían deplorar á Fanfán la espantosa miseria en que se consumía su amiguito.

Durante uno de sus ejercicios de lectura, la casualidad quiso que Fanfán leyese un pasaje de una tragedia en que se trataba de los sufrimientos de un pobre huérfano abandonado por sus padres.

Kerlor, vivamente impresionado, prorrumpió en sollozos.

– Parece que esta lectura le hace á usted daño, dijo Fanfán. Si usted quiere, la suspenderemos.

– Sí; cierra el libro y hablemos.

– Estoy á sus órdenes.

– Háblame de tu infancia... ¿Has sufrido mucho, verdad?

– ¡Mucho, sí, señor!

– ¡Pobre muchacho!

– Dios había unido mi suerte á la de mis padres...

– ¡Tus padres! ¡Aquellos miserables que te atormentaban y querían hacer de ti un bandido!..

– Tuve, en medio de todo, mis consuelos..., una dicha que me ayudó á soportar mis penas.

– ¿Una dicha?

– Tenía un amiguito muy bueno... Claudinet.

– ¡Claudinet! Es verdad... Me acuerdo de él. Tu amiguito fué el primero que me habló de ti, inspirándome el deseo de conocerte. Quiero arrancarle á su vida miserable y hacerle venir á tu lado. Pero por ahora no puede ser. Para conservarte sano y salvo en mi compañía, es preciso que tus padres pierdan nuestras huellas... Tendrían derecho á reclamarte.

Fanfán palideció.

Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo.

– Cuando haya transcurrido algún tiempo y volvamos á París, haré intervenir á un médico que, en nombre de la ley, arrancará al enfermito de sus garras y le hará cuidar en una casa de beneficencia donde podrás ir á verle.

– ¿Un hospital como aquel en que ya estuvo? ¡Cuánto me alegraré! ¡Hágalo usted, señor!

– Te lo prometo.

– Un día, un médico le envió al hospital..., donde cuidan á los niños enfermos. Fuí á verle y me contó muchas cosas buenas que le habían enseñado. Por primera vez supimos lo que era probidad, honor, trabajo, la esperanza en Dios y la felicidad de una vida honrada. Desde entonces, juramos no obrar nunca mal y aprender un oficio, abandonando la horrible profesión de nuestros padres.

– ¿De qué manera?

– Habíamos resuelto escaparnos tan pronto como Claudinet saliese del hospital.

– Pero no lo hicisteis.

– No pude esperar que saliese. Me escapé solo por no tomar parte en un crimen del cual querían hacerme cómplice. Entonces intenté hacer lo que nos habíamos propuesto. Y Dios, para ayudarme, hizo que me encontrase en mi camino con la buena señora.

– ¿La buena señora?

Fanfán vaciló, bajando la cabeza avergonzado; pero revistióse de valor y continuó:

– Es toda una historia, y después que se la haya contado, quizá no se muestre usted tan bondadoso conmigo.

– Explícate.

– Yo he sufrido una condena.

– ¿Una condena?

– Sí, señor.

Fanfán refirió todas las circunstancias que le habían conducido ante el tribunal que le condenó á reclusión hasta la edad de veintiún años.

– ¡Pobre muchacho!, exclamó Kerlor. ¿Y quién es esa buena señora de que has hablado? Cuéntamelo todo, amigo mío, sin omitir nada, sin ocultarme la menor cosa.

Jorge había sentado al niño en sus rodillas y le alentaba con una sonrisa llena de ternura.

Fanfán completó entonces su relato con la intervención de la buena señora que le había recogido en su casa con tan maternal solicitud.

– ¡Oh, cuán feliz fuí entonces! Exceptuando á Claudinet, llegué á olvidar toda mi vida pasada..., todas mis penas. Aquellas palabras tan buenas, que mi amiguito me había dicho en el hospital y que yo no comprendía del todo, la buena señora me las explicaba, enseñándome lo que es preciso hacer para ser hombre honrado. Ella fué la que me enseñó también á leer y á escribir, á trabajar y á amar el trabajo.

– Y ella, ¿qué hacía?

– ¡Ella!..

Los ojos del niño se arrasaron de lágrimas y la emoción hizo temblar su voz.

– ¡Ella! Era muy desgraciada... Lloraba siempre... Rogaba á Dios por personas ausentes que le habían hecho mucho mal y á las cuales, sin embargo, amaba con todo su corazón.

A medida que el niño hablaba, apareció en la mente de Jorge la imagen de Elena.

Invadióle un trastorno extraño.

– ¿Y por qué abandonaste á aquella señora? ¿Cómo es que volviste al lado de tus... padres?

El niño tuvo de pronto un sollozo por toda respuesta.

Por último pudo reanudar su relato, y con frases entrecortadas refirió los diversos incidentes de la noche del incendio.

Jorge estaba muy pálido.

– ¿Y cómo se llama el pueblo aquel?

– Moisselles.

– ¡Moisselles!..

– Sí, señor. No he dicho una palabra que no sea verdad. Puede usted preguntar. Todo el mundo conoce allí á la buena señora. Se llama – coincidencia singular de que estuve á punto muchas veces de hablar á usted, – se llama lo mismo que esta aldea y que este castillo; se llama Elena de Penhoet.

– ¡Elena de Penhoet!, exclamó Jorge de una manera tan dolorosa que Fanfán retrocedió espantado. ¡Elena! ¡Ella! ¡Era ella!.. La que salvé de la muerte sin saberlo, sin reconocerla! ¡Ella!

Presa de una terrible agitación, Jorge se había levantado de su asiento y se paseaba á grandes pasos por la estancia.

La increíble é inconsciente revelación del niño le tenía abrumado.

¡Elena tan cerca de él!

¡Elena procurando sin duda rescatar su falta con una vida de abnegación y de buenas obras!

¿Qué hacer?

¿Ir á buscarla y llevarle su perdón?

¿Podría seguir inflexible como hasta ahora?

Tenía á su lado al niño, al que empezaba á querer como si fuera su propio hijo.

Pero ¿cómo presentarse á Elena?

¿Qué pensamientos habían atravesado el corazón de la culpable desde que no la veía?

¡Si en vez del arrepentimiento y el amor renaciente encontrase el olvido y el odio..., el odio instintivo del condenado para con el juez!

Volvióse á sentar, y cogiendo otra vez al niño sobre sus rodillas, le sometió á una porción de preguntas relativas á Elena.

Fanfán le explicó sus vagos recuerdos.

Pero su contestación más precisa fué esta:

– Llora, hace oración y muchas obras buenas.

Jorge prorrumpió en sollozos y abrazó estrechamente al muchacho.

Permanecieron largo tiempo abrazados, confundiéndose sus lágrimas.

Jorge se desprendió al fin de Fanfán y pareció tomar una súbita resolución.

– Hijo mío, voy á ausentarme por unos días.

– ¿Va usted á partir?

– Mañana por la mañana..., antes de que estés despierto. Y quizás, á mi vuelta, te procuraré alguna alegría.

– ¿Me traerá usted noticias de la señora de Moisselles?

– Sí, de la buena señora.

– ¡Dios le oiga!

– Y quizá también de tu amigo.

– ¡De Claudinet!

Fanfán no pudo articular otra palabra. Su corazón estalló nuevamente en sollozos, besando la mano á Jorge.

– Durante mi ausencia, dijo éste, trabaja y ruega á Dios por mí.

Esto dicho, salió precipitadamente del cuarto.

Fanfán se quedó meditando, sin encontrar la explicación del cambio operado en Kerlor.

Acostóse á la hora de costumbre, soñó con la buena señora de Penhoet y despertó al amanecer.

Jorge había tomado en Brest el expreso de la mañana que llega á París por la noche.

De París se trasladó á Moisselles.

En el mismo compartimiento del tren iban el alguacil Billard y su mujer, vecinos de Moisselles, que habían pasado la noche en París por habérseles escapado el último tren á la salida de la Opera.

La señora *alguacila*, por cuestiones de celos y envidias, sentía por Elena un odio mortal, de que había hecho participar á su marido.

Enterado de que sus compañeros de viaje vivían en Moisselles, Jorge trabó conversación con ellos á fin de averiguar algo relativo á su esposa.

Llevó la conversación al terreno que deseaba, hablando de la colonia penitenciaria.

– Oí decir, insinuó Jorge, que uno de los presos pegó fuego á una casa por resentimientos de la dueña que le había acogido.

– El caso á que usted se refiere es un abuso que no volverá á repetirse. Los habitantes de Moisselles somos demasiado inteligentes para meternos á redentores de esos pilletes condenados por los tribunales. Pero había en Moisselles una persona que se hacía llamar madama de Penhoet y que, á fuerza de intrigas, se había entrometido en nuestra sociedad.

Jorge frunció el entrecejo.

– Dicha señora, continuó el alguacil, se las echaba de virtuosa. En su casa fué donde se declaró el incendio. El joven preso que ella había acogido aprovechó la ocasión para robar lo que pudo y huir de la casa. Ella no dió parte; pero se formó sumaria y tuvo que declarar quién era ante la justicia.

– ¿Y quién era?

– Pues simplemente una mujer que había huído del domicilio conyugal. No separada ni divorciada, sino expulsada seguramente por su marido después de algún grave delito.

La *alguacila* no había aún despegado los labios, contentándose con aprobar por medio de movimientos de cabeza las palabras de su digno esposo.

Coqueta incorregible y enamorada sempiterna, pensaba en los medios de conquistar á Jorge.

¡Cómo le honraría la conquista de aquel hombre elegante que quizá iba á fijar su residencia en Moisselles!

Con la astucia propia de su sexo, comprendió que todo el mal que el imbécil de su marido dijera de la desconocida, había de despertar en el forastero deseos de conocerla.

Entonces intervino en la conversación.

– Mi marido es un modelo de virtud y no puede comprender las debilidades que hacen que una mujer sucumba con la mayor facilidad. Esa señora de que le habla á usted es verdaderamente muy simpática. No podemos alternar con ella porque su falta es públicamente conocida. Y nada más. De su vida pasada poco sabemos; pero no parece estar muy arrepentida; al contrario, el hecho de haber tomado un amante, prueba que estaría dispuesta á hacer lo que hizo.

Jorge se estremeció.

– ¡Ah! Esa... señora tiene un amante...

– ¡Oh! Si lo digo, es porque ella no se recata.

– Y él..., ¿es del país?

– No. Hace algunos años que vive en el pueblo. Es administrador de correos... Un buen mozo para las aficionadas á los rubios sosos. Sirvió en el ejército y perdió un brazo en la guerra..., casi como el ratón de La Fontaine.

La Billard acompañó estas últimas palabras de una sonrisa maliciosa; pero viendo que Jorge no respondía, añadió para sus adentros:

– Es un hermoso taciturno á quien no gustan las libertades de lenguaje.

Y el alguacil, que no quiso pasar por menos enterado que su mujer, continuó:

– Sí, señor. Hace siete ú ocho años, esa señora compró una casa de campo en Moisselles. Y el administrador de correos se enamoró de ella desde el primer día.

– ¿Le conocería de antes?

– ¡Oh, no, señor!, exclamó la *alguacila*. Al principio, ella no se trataba casi con nadie. Era muy beata y se ocupaba en obras de caridad, principalmente en favor de los muchachos de la colonia penitenciaria. El administrador de correos tuvo una paciencia de ángel ó una habilidad diabólica. Esperó, supo hacerse simpático, desde luego como amigo, después como confidente, y hoy...

– ¿Y hoy?

– A los ojos de todo el mundo es... lo que he dicho.

– ¿Se tienen pruebas?

– ¡Que si se tienen pruebas! Sin ir más lejos, yo misma les sorprendí no ha muchos días en el bosque de Domont que se besuqueaban.

– ¿Usted los vió?

– Como le estoy viendo á usted. No se sabe cuál de los dos está más enamorado. ¡Romeo el manco y Julieta la beata!

Con el solo objeto de darse importancia á los ojos de Jorge, se atribuía, corregido y aumentado, el encuentro que le refirió la señora del notario.

La chismosa pareja fué enterando á Jorge de la vida social de Moisselles, á capricho de su fantasía y de su maledicencia.

Al llegar á la estación del pueblo, Billard ofreció sus servicios á Jorge para el caso de que éste quisiera fincarse allí, y se separaron.

El matrimonio se fué en un desvencijado tílburi que le esperaba en la estación, y Jorge resolvió recorrer á pie los dos ó tres kilómetros que le separaban del pueblo.

La campiña parecióle tan triste como su alma.

Iba pensando que no era ya posible reconstituir el hogar destruído.

Sobre las ruinas de su amor, Elena había edificado una nueva felicidad, mientras que él se hallaba sumido en un duelo eterno.

¡Todo había concluído!

Entonces se le sublevó el corazón.

No podía consentir que su mujer cometiese un segundo adulterio.

Iba á sorprender á los amantes para matarlos.

Y suicidarse después.

Así lograría el reposo definitivo.

Llegó á las primeras casas de Moisselles.

En una de las esquinas de la plaza de la iglesia detúvose súbitamente, pálido, vacilante, con la mirada extraviada..., como loco.

Elena andaba delante de él, acompañada de un hombre joven.

La reconoció en seguida, á pesar de las canas que salpicaban su rubia cabellera y á pesar de las huellas que los sufrimientos habían dejado en su rostro.

Iba de luto riguroso.

Distribuyó limosnas á varios pilletes y mendigos que pululaban por la plaza.

El joven que la acompañaba parecía compartir con ella el placer que le causaban sus actos de caridad.

Sin embargo, hubo un momento en que pareció reprocharle amistosamente su prodigalidad, y casi familiarmente puso la mano en el brazo de Elena, como para impedir que abriese otra vez su bolsillo.

Jorge, metiéndose por detrás de un carruaje de bohemios, sin ser visto, encontróse tan cerca, que pudo oir las palabras que mediaron entre Elena y su compañero:

– No me riña usted..., es la última. No me queda ya nada para hoy. Además, gracias á usted, amigo mío, estoy tan contenta, que es preciso que haga partícipes de mi alegría á los demás.

Y tendióle una mano que el joven besó con efusión.

Jorge no pudo escuchar ni oir más.

Huyó corriendo.

Y encontrándose solo en el compartimiento del tren en que regresaba á París, sollozó largo rato, murmurando entre dos accesos de dolor:

– ¡Todo se acabó!.. ¡Todo!.. ¡Quiero morir!

XIII

LAS DOS HERMANAS

Roberto d'Alboize había estado esperando durante tres horas á los miserables que habían de devolverle las cartas de Carmen, en la esquina del bulevar de la Glaciere y la calle de la Santé.

Mientras, se desarrollaban en casa de los bandidos las escenas á que asistimos cuando echaron de ver la desaparición de la cartera, Roberto se paseaba nervioso por el bulevar.

Pensando en la inquietud en que estaría Carmen, y persuadido de que era inútil esperar más tiempo, marchóse al fin, sin explicarse la conducta de los bandidos.

La suposición que más verosímil le pareció fué la de que habían caído de pronto en poder de la justicia, perseguidos por algún crimen.

Perdiéndose en conjeturas, volvió á su hotel.

Carmen le esperaba con indecible ansiedad, llorando ante una fotografía de Elena.

Roberto le contó el fracaso de sus diligencias, y ambos esposos se pasaron la noche sollozando.

No era posible seguir viviendo de aquel modo.

El remordimiento por su falta, tan fecunda en trágicas consecuencias, les atormentaba de continuo.

A toda costa era preciso buscar á Elena y á su hijo.

Pero, ante todo, era necesario recuperar aquellas cartas que probaban de una manera irrefutable la inocencia de la condenada.

Convencido Jorge, serían tres los que podrían dedicarse á buscar á las dos víctimas.

Cuando Kerlor se hubo marchado á Penhoet con el huérfano que había recogido, Roberto y Carmen se dedicaron en cuerpo y alma á la busca del niño perdido.

Al coronel d'Alboize le fué fácil obtener que la Prefectura de Policía pusiese á su disposición algunos de sus agentes más listos.

Éstos ejecutaron algunas *redadas* de malhechores en el barrio de la Glaciere; en ninguna de ellas se cogió á los que Roberto buscaba.

Caracol, Panuflo y Ceferina, que tenían domicilio y pagaban su alquiler, vivían relativamente como burgueses entre la escoria de aquel barrio, sin que nadie les molestase.

Agotados los medios oficiales, Roberto emprendió personalmente una campaña, disfrazado de obrero; y no hubo baile, taberna ni punto de reunión de vagos donde no se metiera.

Enredóse con mujeres al corriente de la vida y milagros de la gente del bronce, á ver si por ellas averiguaba algo.

Mientras tanto, Carmen se consagraba á la busca del niño y de Elena, procurando seguir las trazas de su cuñada desde su salida del hotelito del Parque de los Príncipes.

Todo en vano.

Cada noche, Roberto y Carmen volvían á su cas...

desesperanzados, abatidos y atormentados por los remordimientos de su conciencia.

Un día, en el momento en que el joven matrimonio se levantaba de la mesa, después de almorzar, anunciaron una visita.

Roberto leyó la tarjeta que le presentaba un criado.

– ¿Paul Vernier? No le conozco.

El criado dijo:

– Ese caballero que pregunta por el señor coronel, parece que es antiguo militar... Tiene un brazo cortado y lleva insignias de la Legión de Honor en el ojal.

– Que pase á mi despacho.

Dos minutos después, Roberto d'Alboize recibía á Paul Vernier.

– Caballero, dijo éste, dispense usted mi visita, por indiscreta que le parezca. Vengo á pedir á usted algunos informes en nombre de una persona que conoció usted hace tiempo y que quizá no ha olvidado: la señora Elena de Kerlor.

– ¡Elena de Kerlor!..

El coronel había dado este grito de tal modo y su rostro se había demudado tanto, que Vernier se equivocó acerca de la causa de su emoción.

Roberto trató de levantarse y no pudo.

Se ahogaba.

– Esa señora, continuó Vernier, ha sido agobiada por el infortunio, y tal vez usted pueda hacer cambiar su suerte

– ¡Elena!.., interrumpió Roberto, ya algo más dueño de sí mismo. ¡Elena! ¡Luego vive! Dígame usted...

– Sí, señor, vive.

– ¡Ah! ¡Nos devuelve usted la dicha, caballero!

Y á despecho de las conveniencias, salió en busca de su mujer, corriendo y gritando:

– ¡Carmen! ¡Carmen!..

Carmen, sorprendida, acudió con presteza.

Roberto la abrazó, diciéndole con voz ahogada por el llanto.

– ¡Elena!.. ¡Elena!... ¡Vive! ¡Vive!..

Paul Vernier comprendió que el éxito coronaba la misión que le había sido confiada.

– ¡Elena!, añadió Carmen. Caballero, ¿dónde está Elena?

– En un pueblo, no lejos de París.

– ¡Vamos allá!.. ¡Pronto!.. ¡Pobre mártir! No perdamos un segundo. ¡Qué prisa tengo de arrojarme á sus plantas y pedirle perdón por todo el mal que le hemos causado!

Momentos después, Paul Vernier, Roberto y Carmen, en un coche tirado por dos briosos caballos, corrían hacia Moisselles.

En el camino, Vernier les enteró de los acontecimientos, dolores y miserias pasadas.

Mientras tanto, Elena, que ignoraba el último paso dado por su amigo, esperaba tristemente su regreso, encerrada en su salón.

De pronto, oyó pasos precipitados en la antesala.

Levantóse el portier.

Se oyeron dos gritos de dolor y alegría locos.

Y un inmenso sollozo que se perdió en una carcajada delirante...

Elena estaba en los brazos de Carmen.

Roberto, de pie, dejaba rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

Paul Vernier se había retirado discretamente.

– ¡Tú!, ¡tú!, repetía Carmen.

– ¡Mi querida hermana!.., decía Roberto. ¡Inocente mártir!..

Elena, tan fuerte contra el dolor, no pudo resistir la terrible emoción que invadía todo su ser.

Cerró los ojos y se desmayó.

Al volver en sí, su vista se encontró con Carmen y Roberto que le prodigaban sus cuidados.

Tuvo para ellos un gesto de gratitud, pero sus primeras palabras fueron éstas:

– ¡Jorge!.. ¡Fanfán!..

– Jorge vive con nosotros.

– Entonces estoy salvada... porque sabrá mi inocencia. ¡Que venga!.. ¡Le perdono!.. ¿Me ama todavía?.. ¡Ah! ¡Yo le quiero tanto, á pesar de todo el mal que me ha hecho!

– Sí, te ama... como antes..., pero...

– ¿Qué vas á decirme?

– Pero no quiere convencerse de tu inocencia.

– ¿No le habéis dicho la verdad?

– Todo se lo confesamos, hermana mía.

Entonces, con interrupciones de una y otra parte, según que el relato afectaba más personalmente al uno que á la otra, Roberto y Carmen refirieron á la pobre mujer todos los detalles de la horrible fatalidad de que había sido víctima.

Elena, abrumada por aquella atroz persecución del destino, desmayóse otra vez.

Carmen y Roberto, arrodillados á sus pies, le prodigaban los más solícitos cuidados, prometiendo devolverle la felicidad.

Elena se repuso poco á poco, bajo las lágrimas y besos de su hermana.

– Llegaremos á arrancar del espíritu de Jorge, decía Roberto, ese error fatal en que se obstina. Sigue amándola á usted. Consagraremos nuestra vida entera á consolar á usted de los dolores que le causó nuestra imprudencia.

Las palabras de Roberto le devolvieron un poco de valor y de esperanza.

– ¿Y Fanfán, no está con su padre?

– No.

– Yo le tuve en mis brazos y le dejé escapar.

– ¿A Fanfán?

A su vez, Elena les contó los crueles acontecimientos de su vida.

– ¡Oh, perdónanos!, exclamó Carmen, después de haber oído aquella larga historia de sufrimientos y desdichas. ¡Perdónanos, mi querida hermana!

– No tengo nada que perdonaros. De lo sucedido, no tenéis la culpa. Los designios de Dios son impenetrables. No os tengo rencor ni resentimiento alguno. Estáis viendo que os quiero á todos como antes.

Permanecieron abrazadas durante un rato, sin poder pronunciar una palabra.

Tranquilizáronse, sin embargo, poco á poco, lo bastante para acordar la conducta que iban á seguir.

Carmen y Elena seguirían buscando al niño.

Roberto practicaría nuevas gestiones á fin de descubrir el paradero de los bandidos y recuperar las cartas de Carmen

En cuanto á Jorge, convenía, por el momento, dejarle en Penhoet, abandonado á su dolor.

Carmen le escribiría que volviese á París lo más pronto posible.

Y le pondría en presencia de su mujer, cuando hubiesen parecido las cartas que habían de probarle la inocencia de Elena.

XIV

ENTRE SOCIOS

Ni Roberto d'Alboize ni los polizontes puestos á su servicio podían encontrar á los miserables que buscaban, por la sencilla razón de que *Caracol* y Panuflo habían salido de París.

No es que temieran al coronel, sino las consecuencias de la tentativa de asesinato en la persona de Kerlor.

Con parte del dinero robado á éste, se fueron á dar una vuelta por provincias.

Ceferina quedóse en París con Claudinet, encargada de comunicarles las novedades que pudiesen ocurrir.

El viaje les fué poco provechoso. No encontraron ocasión de dar ningún golpe bueno.

Caracol, cansado de su vida errante, anhelaba retirarse á vivir tranquilamente en cualquier casita de campo.

¿Qué le hacía falta para realizar aquel sueño dorado?

Encontrar las famosas cartas y restituirlas.

Valían treinta mil francos á toca teja. Y allí estaba el comprador, dispuesto á dar por ellas dicha cantidad.

Pero ¿dónde estaban las cartas?

¿Extraviadas? ¿Perdidas?

Imposible.

Un fajo de papeles no se pierde al cabo de diez años, sobre todo cuando va encerrado en una maleta.

Era evidente que se las habían robado.

¿Pero quién?

No podía ser más que Panuflo, el miserable, el ingrato Panuflo, que sin duda esperaba sacar partido de ellas para él solo.

¿Dónde había podido ocultarlas?

Solo él podía decirlo.

A *Caracol* se le ocurrió una idea.

Pero era tan ruin, que no se atrevía á ponerla en práctica.

A fuerza de familiarizarse con ella, acabó por encontrarla menos repugnante.

La idea consistía en hacer prender á Panuflo, denunciándole como escapado de presidio.

Éste no sospecharía jamás de *Caracol.*

Y quién sabe si, una vez preso y en la imposibilidad de operar por sí mismo, revelaría á su viejo camarada el sitio en que tenía escondida la colección de cartas, para que las vendiese en provecho de los dos.

Caracol pensaba utilizar el producto de la operación en provecho propio, con la esperanza de que se vería desembarazado para siempre de Panuflo; pues si un hombre escapa de presidio una vez, es raro que vuelva á escaparse.

Y si al negocio d'Alboize podía unir el de Kerlor, *Caracol* se aseguraba una vejez tranquila.

Por su parte, Panuflo concebía, en perjuicio de *Caracol,* proyectos no menos traidores que los de éste.

Panuflo aspiraba también á una vida sosegada y regalona.

Pensando en la súbita desaparición de aquellas cartas que iban á hacer aflojar la mosca á d'Alboize, el miserable llegó exactamente á las mismas deducciones que su cómplice.

Él también estaba persuadido de que *Caracol* había ocultado las cartas, á fin de cobrar íntegramente el producto de su venta.



¿Y cómo se llama el pueblo aquel?

Y estaba resuelto á impedirlo.

Pero mientras que *Caracol,* siempre enemigo de la violencia, imaginaba desembarazarse de su compinche enviándole simplemente á presidio, Panuflo, de instintos más sanguinarios, no retrocedía ante la idea de un homicidio, si era necesario.

Además, no le disgustaba Ceferina, y sabía que él no le era indiferente á la sonámbula.

La idea de pasar tranquilamente la vejez con la viuda de *Caracol,* de vez en cuando le asaltaba el espíritu.

Pensaba que Ceferina no podía tardar en recoger la herencia de Claudinet.

Esto solo representaba el pan de cada día asegurado.

Además, era probable que, una vez suprimido *Caracol,* encontrasen las cartas que éste había escondido seguramente en alguna parte.

Y el beneficio de su venta aumentaría la fortuna *matrimonial.*

Sin contar con que Ceferina podía continuar buenamente su industria, ejerciendo de sonámbula.

Los dos bandidos regresaron á París, y su cómplice les puso al corriente de la situación, explicándoles las visitas domiciliarias de la policía y las numerosas prisiones verificadas en el barrio.

Pero todo volvía á estar tranquilo.

– ¿Y Claudinet?, insinuó Panuflo, preocupado por sus planes para el porvenir.

– Estará echando por ahí los pulmones. No se le puede tener en casa.

– ¡Pobre chico! Más le valdría estirar la pata de una vez, así acabaría de sufrir, dijo *Caracol,* á quien perseguían también sus ideas de vida sedentaria.

Al día siguiente, *Caracol* cargó con la muela y se fué en busca de trabajo, acompañado de Panuflo.

Ambos disimulaban sus pensamientos.

El afilador sospechó que su camarada tramaba algo contra él.

Su amistad por Panuflo no tardó en convertirse en odio.

Caracol se decidía insensiblemente á ejecutar su plan de denuncia.

Por un impulso secreto, se encaminaron un día hacia el barrio Monceau, y se encontraron enfrente del hotel d'Alboize.

(Continuará)

ISLAS MARIANAS. – ISLA DE GUAM

fotografías de M. Arias Rodríguez
(Prohibida su reproducción)

De los grabados que publicamos en esta página, el primero reproduce una garita de piedra levantada en un ángulo del pequeño fuerte denominado «La soledad» que es el más elevado de los tres, ya ruinosos, que se encuentran en Umata. Estas obras de defensa, notables en la época de su construcción, datan de últimos del siglo XVIII y principios del XIX.

La garita se construyó en 1810, según indica la descripción muy borrosa que aún puede verse en la parte derecha de la entrada. El escudo está formado con cal de madrépora, siendo realmente extraño que hallándose á la intemperie no haya desaparecido después de tantísimos años.

El segundo grabado representa el castillejo más pequeño y menos elevado de los tres que antes citamos.

El grabado de la página siguiente da una idea completa de lo que son las casas habitadas por los indígenas chamorros, viviendas construídas con materiales ligeros, según hemos visto en la descripción publicada en uno de los números anteriores.

Con estos grabados termina la reproducción de la serie de fotografías que nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez nos ha ido remitiendo como resultado de la expedición que verificó á bordo del *Uranus,* acompañando á la comisión oficial encargada de la entrega, en nombre del gobierno español, de nuestras posesiones en el Pacífico á los representantes de los Estados Unidos y de Alemania.

Al poner término á esta publicación, no creemos necesario encarecer la importancia y el interés de las bellísimas fotografías del Sr. Arias, pues demasiado habrán podido apreciar nuestros lectores, de una parte el acertadísimo criterio que en la elección de asuntos ha presidido, y de otra la habilidad, el arte y la pulcritud con que aquéllas han sido confeccionadas.

Además, el Sr. Arias ha demostrado en el relato de su viaje, que nos ha servido para hacer las correspondientes descripciones, un excelente espíritu de observación que le ha permitido sintetizar en breves consideraciones lo más notable que en lugares, tipos y costumbres ofrecen al viajero aquellos curiosos y poco conocidos territorios, lo que caracteriza á aquellas regiones y á aquellas razas, lo que constituye el verdadero modo de ser de aquellos pueblos.

La Ilustración Artística cumple, pues, un deber gratísimo dando las más expresivas gracias al querido amigo y celoso corresponsal cuya valiosa cooperación le ha permitido publicar en sus páginas una información tan completa como interesante de los trascendentales sucesos que en estos últimos años han ocurrido en aquellas que hasta hace poco fueron colonias españolas. – A.



Islas Marianas. – Isla de Guam. – Garita de piedra del fuerte «La soledad» de Umata

LAS ARAÑAS-LOBOS

Las licosas ó arañas-lobos se llaman así porque persiguen á su presa y la obligan á correr, como hace el sanguinario carnívoro con el cual, por otra parte, no tienen más semejanza que una igual ferocidad.

A estos insectos se les encuentra en todas partes durante el verano, á lo largo de los caminos, en los taludes cubiertos de hierba que limitan las zanjas, en los sitios pantanosos, pululando especialmente en aquellos lugares más favorecidos por los ardientes rayos del sol, predilección que se explica tal vez por la circunstancia de ser estos lugares los puntos frecuentados por los insectos de que les gusta alimentarse.

A principios del verano, el paseante que se dirige por los umbrosos senderos en donde el invierno ha acumulado las hojas muertas, pone en fuga á innumerables grupos de licosas que apresuradamente y á saltitos se dirigen hacia alguna guarida. Estas arañas se reconocen fácilmente á primera vista por su paso irregular, por sus movimientos bruscos y tan precipitados á veces que producen el efecto de que el animal se mueve por una serie de volteretas; son de tamaño mediano y de un color sombrío sobre el cual se destacan á menudo unos anillos claros en las patas.

Esencialmente vagabundas, las licosas no saben, como sus congéneres, tejer amplias hamacas sedosas ó geométricas redes, lazos tendidos á las moscas imprudentes; son nómadas sin casa ni hogar, que carecen del instinto de la vivienda, que se refugian cada noche en un albergue distinto, el que al azar encuentran en sus peregrinaciones. No poseen otra cosa que un sólido par de garras y unas patas muy ágiles; son los proletarios de la tribu de los octípodos, en la que muy pobre ha de ser el que no tenga un techo bajo que cobijarse.

No preparan emboscadas ni pueden esperar la ganga de una presa que por su propia imprudencia caiga entre sus garras. Cuando se deja sentir en ellas el apetito aguijoneado por sus correrías, necesitan echarse á la caza, recurriendo más á la fuerza que á la astucia para procurarse viva la presa que codician. Su táctica se reduce á algunos principios elementales derivados únicamente de la más sencilla prudencia. Como el gato, saben distraer la vigilancia de su víctima con la lentitud calculada de sus movimientos y no lanzarse sobre su víctima sino con pleno conocimiento, salvando en tres saltos rápidos la última etapa del camino después de haber hipócritamente contemporizado.

Muy valientes en sus ataques, miden sin vacilar sus fuerzas con insectos más grandes que ellas. Cierto que están bien armadas para salir vencedoras de la lucha y que pueden contar con sus venenosas pinzas como recurso infalible; mas no por esto hay que negarles alguna energía al ver cómo se lanzan contra grandes moscas que, á la primera embestida, se echan á volar impetuosamente sin que la licosa las suelte.

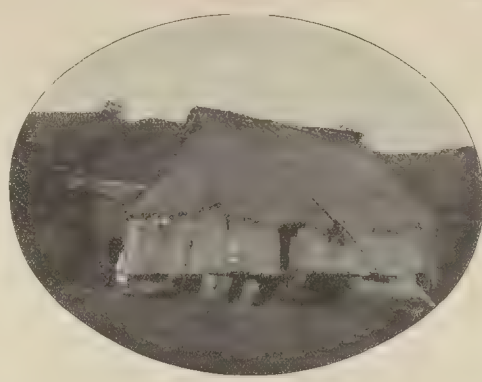


ISLAS MARIANAS. – Isla de Guam. – El castillejo más pequeño y menos elevado que se encuentra en la jurisdicción del poblado de Umata

Aunque no saben fabricar telas ni lazos, las licosas pueden, sin embargo, segregar seda por sus poros; ellas son las que durante el otoño tienden sobre los desnudos campos las vastas redes de esos filamentos que el lenguaje popular designa con el nombre de hilos de la Virgen. Estos plateados hilos elévanse suavemente en esos hermosos días en que la atmósfera se agita á impulsos de una ligera brisa.

Generalmente las arañas encierran sus huevos dentro de un capullo que vigilan y protegen hasta el momento en que los pequeñuelos han salido de ellos y pueden bastarse á sí mismos. Este trabajo empero no conviene ni mucho menos á las licosas sin cesar errantes; así es que ha salvado esta dificultad colocando los huevos en un saco redondo, globuloso, que lleva siempre consigo en sus correrías y en sus cazas. Y cuando los pequeñuelos salen del huevo los recibe en su abdomen, en donde aquella multitud bullidora hace al lado de su excelente madre el aprendizaje de la vida.

A. ACLOQUE.



ISLAS MARIANAS. – ISLA DE GUAM. – Casa de una familia de chamorros en Umata

LA INDUSTRIA DE LOS RELOJES EN SUIZA

El *Handel's Museum* publica algunas cifras relativas á la producción de relojes suizos que confirman la importancia de esta industria.

El total de las exportaciones de relojes en 1899 ha sido de 111 millones y medio de francos, cifra no alcanzada hasta entonces.

Se han exportado 800.258 relojes de oro, de un valor medio de 50'70 francos; más de tres millones de relojes de plata, de un precio medio de 12'25 francos, y 2.366.426 relojes de metales no preciosos, vendidos por término medio á 8'50 francos.

El mercado más importante para esta industria es Alemania, que ha importado por 22 millones de francos; siguen luego Inglaterra (16 millones), Austria (8 millones), Rusia (más de seis millones), España (3 millones) y Francia (2'5 millones).

Los relojes de oro proceden principalmente de Chaux-de-Fonds; los de precisión, de Ginebra; y los de plata, del Jura bernés.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El cultivo del cabello y de la belleza, por *Pedro Jiménez y Torrente*. – Esta obra, que es un manual práctico para la conservación del cabello y del cutis, contiene varios atinados consejos higiénicos y multitud de fórmulas para fabricar las mejores lociones, pomadas y demás preparados de tocador y los más delicados perfumes. Las recetas publicadas por el Sr. Jiménez y Torrente tienen la ventaja de que en su composición no entran sales metálicas ni materias corrosivas. Impreso en Madrid en la tipografía de Alfredo Alonso, se vende á 75 céntimos.

Discursos, por *Rafael Calzada*. – El mejor elogio que podemos hacer de esta obra es copiar algo de lo que en el hermoso prólogo del libro escribe el inspirado poeta argentino Calixto Oyuela. Hablando de estos discursos, dice que «reflejan gallardamente la vida en los últimos veinte años de la colonia española en nuestra república en lo que ha tenido de más trascendental y elevado. Con fe de apóstol, con constancia verdaderamente asturiana, superiores á toda fatiga, á todo desengaño, Calzada ha caldeado é impulsado esa vida en sus más variadas manifestaciones, aspirando siempre á encaminarla por los más firmes y luminosos senderos.» «Muy diversos son los temas tratados por Calzada en sus discursos, y en todos ellos pone, al desenvolverlos, gran sinceridad, calor de alma y fuerza de convicción; pero en ninguno se lanza tan íntegramente su espíritu, en ninguno palpita tanto amor y entusiasmo como en el relativo á la unión y confraternidad hispano-argentina. Ese fué desde el primer día de su vida entre nosotros el objeto capital de su propaganda, el blanco de sus más generosos esfuerzos, la bien templada cuerda de donde arranca la nota más sonora de su oratoria.» «El giro oratorio es en él como instintivo y no necesita buscarlo; su expresión brillante, calurosa y galana parece traducir en su movimiento la caballerosidad y gentileza de su espíritu.» El libro ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta de «El Correo Español.»



San Mungo, grupo escultórico de Jorge Frampton

Elaboración de vinos naturales y artificiales sin el empleo de substancias nocivas á la salud, por *Federico P. Alberti*. – Para dar una idea de la importancia de este libro bastará que indiquemos en extracto las materias de que trata: al ocuparse de los vinos naturales, estudia la fabricación del vino, sus enfermedades, la elaboración de los vinos blancos, dulces, espumosos, tintos de Medoc, de la sidra, perada y del kafir; para la confección de vinos medicinales da más de cien fórmulas, entre las cuales figuran las de los más renombrados productos extranjeros; y en el capítulo de vinos artificiales expone multitud de recetas tan sencillas como prácticas para obtener desde el vino de pasas á los más selectos de Burdeos, Champagne, del Rhin, de Oporto, etc. Trata además de la fabricación de vinagres de vinos, frutas y legumbres, así como de los vinagres compuestos, y termina la obra con un estudio sobre las condiciones que deben reunir las bodegas, sobre el aceite de pepitas de uvas, las prensas continuas y el taponaje. El libro, que forma un tomo de 372 páginas, ha sido editado en Barcelona por D. Francisco Puig y se vende á seis pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario madrileño ilustrado; *Idearium*, revista general granadina de literatura y arte; *Lima Ilustrado*, semanario que se publica en la capital del Perú; *El Heraldo*, diario político de Cochabamba (Bolivia).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — [illegible] de 1900 — Núm. [illegible]



LEONOR DUSE Y LA HIJA DEL PINTOR LENBACH, MARIÓN, pastel de Francisco de Lenbach

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

SECCIONES ESPAÑOLAS

En el primer palacio de la Explanada de los Inválidos y relegada á una de las galerías altas de la parte central, se encuentra una de las secciones españolas más interesantes.

A espaldas de la última instalación de Noruega, la Fundición Artística de Masriera y Campins, de Barcelona, expone valiosas muestras de sus bronces y hierros de arte, presentadas con buen gusto y esplendidez.

Hay allí reproducciones de obras de escultura fundidas en bronce por el procedimiento llamado «á cera perdida;» reproducciones de estatuas y medallas antiguas; reproducciones en bronce de animales, vaciados directamente del natural; admirables trabajos de construcción en hierro forjado, bronce, plata y oro; muebles dorados con aplicaciones de metal y varios proyectos de decoración que pueden competir con lo más notable que en el género han presentado las demás naciones.

Diremos de paso que en el gran palacio de Bellas Artes y en los pabellones de España y Méjico figuran grandes estatuas y otros objetos de carácter monumental, fundidos también en bronce á cera perdida por los Sres. Masriera y Campins.

Entre las esculturas fundidas en bronce recordamos obras de los renombrados escultores españoles Benlliure, Blay, Llimona, Reynés, A. Vallmitjana, Vallmitjana Abarca, Monserrat, Arnau, Atché, Tasso, Alcoverro, Pagés, Campeny, Martí, Oms, Yerro y Ortiz.

En la sección de reproducciones de obras antiguas descuella en primer término el gran busto del emperador Carlos V, cuyo original, modelado por el célebre Pompeyo Leoni, existe en el Museo del Prado de Madrid.

Se exhiben además varias medallas, reproducción directa de ejemplares auténticos de la colección que D. Pablo Bosch y Barrau posee en Madrid, y un aldabón existente en la catedral de Córdoba.

Como trabajos de construcción con dibujos de la casa y ejecutados por los distintos procedimientos de fundición, forja, cincelado y demás, se presentan magníficos ejemplares.

Señalaremos en primer lugar una elegantísima puerta vidriera formada de dos hojas con verjitas de hierro forjado y bronce fundido de diferentes tonos, destacándose sobre un fondo de cristales de color. Representan *La aurora* y *El ocaso* por medio de plantas, flores y cabecitas infantiles, siguiendo las modernas tendencias del arte decorativo.

Citaremos también un artístico jarrón de bronce con pie de hierro forjado, una vitrina de bronce pulido y un perchero muy original de hierro y bronce.

Todas estas obras han sido proyectadas por el joven D. Víctor Masriera (hijo), á quien el Jurado ha recompensado muy justamente con una medalla de oro de colaboración.

En la expresada vitrina está expuesta la espada de honor, de plata y oro, ofrecida por Cataluña al general Polavieja, modelada por Mariano Benlliure y fundida á cera perdida y montada por la casa expositora.

En la sección de reproducciones de animales se exponen langostas de mar, cangrejos, lagartos y saltamontes.

En mobiliario merecen citarse un mueblecito y dos sillas de madera para señora, con decoración pirograbada y bronces dorados.

Entre los proyectos de decoración figura una serie de cinco cuadros, que su autor, el expresado don Víctor Masriera, titula «Estudios de decoración para una salita.»

Las obras expuestas por sus autores en el palacio de Bellas Artes y fundidas en bronce por esta casa son: *Estatua de Trueba, Chimenea (Infierno del Dante), Busto de Delacaze* y *Primer tumbo*, de Benlliure; *Después de la misa*, de Fuxá, y *En la pelea*, de Alcoverro.

En el pabellón oficial de España se encuentra la estatua monumental de Velázquez, por Benlliure, otros bronces pequeños del mismo autor y un grupito de A. Yerro, titulado *Primera lección*.

De la misma fundición procede la estatua de Antuñano, expuesta por su autor Sr. Contreras en el pabellón de Méjico.

El principal mérito de la casa Masriera y Campins consiste en haber introducido en España la fundición artística á cera perdida, fundando una casa especial para la escultura y unos talleres con base y elementos esencialmente artísticos, donde se crea y se ejecuta.

Dirige en persona los talleres y muy especialmente las grandes fundiciones á la cera perdida don Antonio Campins, quien fué realmente el introductor en España de tal procedimiento aplicado á las grandes estatuas monumentales.

D. Víctor Masriera, hijo del gerente fundador don Federico, es el dibujante y proyectista, bajo cuya inspección artística se ejecutan los trabajos.

A pesar de que España ha carecido de representación en el Jurado de la clase 97, éste ha concedido á la casa Masriera y Campins un gran premio de honor y dos medallas de oro á los colaboradores don Víctor Masriera y D. José Monserrat, escultor de la casa.

Delante de la mencionada instalación se encuentra una gran vitrina rectangular en que D. Manuel Beristain y Bengoechea, de Barcelona, expone preciosos objetos artísticos de acero, repujados, incrustados y damasquinados de oro y plata.

Esta casa, que no emplea menos de 30 artífices, es también una de las que honran á España y de las pocas que han contribuído á que este ramo de la industria artística nacional se halle dignamente representada en esta Exposición, donde tan pobre papel representa nuestro país en más de un ramo de la producción industrial.

El mérito y valor de las arquillas, jarritos, bandejas y otros objetos que en gran número ha expuesto el Sr. Beristain, son en cierto modo aminorados por una arquilla de grandes dimensiones que ocupa el centro de la vitrina.

Esta obra admirable, que ha merecido los plácemes de muchos artistas y de los mismos colegas del expositor, es de hierro repujado y damasquinado de oro, estilo Renacimiento puro. En ella han invertido cerca de dos años once de los mejores operarios que tiene el Sr. Beristain en sus talleres de Barcelona.

El proyecto y la dirección de dicha arquilla, así como de todas las demás piezas que presenta, son exclusivamente del Sr. Beristain, quien ha obtenido medalla de oro y dos medallas de plata para sus principales colaboradores D. Estanislao Artamendi y D. Francisco Goñi.

D. Plácido Zuloaga, de Eibar, tiene en esta sección dos vitrinas. En una exhibe diversos objetos de hierro damasquinados, incrustados, repujados, esmaltados y cincelados en oro, plata y otros metales. En la otra vitrina presenta un notable reloj que ha figurado ya en varias exposiciones y por el cual ha obtenido un gran premio.

En la vitrina de Eguiazu y Loyola, de San Sebastián, hallamos bonitos objetos artísticos de acero con incrustaciones de oro fino.

Las incrustaciones están hechas á golpe de martillo, sin empleo del fuego hasta después de terminadas. Aplicado el fuego después, adquieren los objetos el pavonado negro que hace resaltar más la incrustación.

A pesar de haber obtenido diplomas de honor y medallas de oro en Exposiciones anteriores, el Jurado no ha concedido más que medallas de plata al Sr. Eguiazu, con injusticia manifiesta.

Lo mismo puede decirse respecto á D. Federico López y Fernández, de Eibar, fundador de la célebre Casa Felipa, de Madrid, que ha presentado, entre una multitud de preciosos objetos artísticos de acero con incrustaciones de oro, un jarro monumental con bajos relieves que es una maravilla.

Ninguna otra nación ha presentado, en este género, trabajos que superen á los que venimos señalando; y á nuestro juicio, al otorgarles por toda recompensa medalla de plata, el Jurado no premió bastante su mérito.

Alejo Sánchez, de Madrid, expone en dos vitrinas artículos de bisutería y joyería, y damasquinados sobre acero, que en nada desmerecen al lado de sus congéneres de esta interesante sección.

También hay que reconocer el mérito de las incrustaciones artísticas de oro sobre acero y repujados de plata, expuestos por Yriondo y Guisasola, de Eibar, como asimismo las incrustaciones de oro y plata sobre acero, joyas y armas que exhibe Vilaplana y Jordá, de Madrid, en dos vitrinas, una de las cuales tiene la forma de un templete de estilo árabe, ricamente adornado.

En la misma galería, D. Ramón Martín Díaz expone un ingenioso reloj contador kilométrico aplicable á todos los ferrocarriles. Marca la velocidad en pendientes, la salida de cada estación, la llegada, la parada y la hora meridiana.

Desdrás de las vitrinas que contienen los objetos correspondientes á las clases 94 á 97, se encuentran, adosadas á la pared varias instalaciones de muebles muy notables, expuestos por D. Joaquín Lleó, de Valencia; D. Antonio Ruiz, de Barcelona; D. Tomás Echave, de Bilbao, y D. Juan Manuel Lissarraga, de Madrid. D. Juan Riera, de Barcelona, ha expuesto un bello oratorio gótico tallado en nogal con la imagen de San Francisco de Asís. D. Víctor Brosa, de la misma ciudad, presenta notables objetos artístico industriales, imitación de metales, esmaltes y otras materias, en yeso sobre madera. Y D. Antonio Oliva, de Barcelona también, tiene una magnífica instalación de objetos artísticos de todas clases en cartón piedra para decoración. Sus imitaciones de todas las materias imaginables por medio del cartón piedra, son verdaderamente asombrosas.

Estos dos últimos expositores han sido premiados con medalla de oro, y casi todos los demás de esta sección española con medalla de plata.

En la galería exterior de la fachada principal y en el tramo correspondiente á la misma sección figuran los papeles de fumar y de otras clases presentados por Jenaro Marín, de Barcelona, y por José Laporta, de Alcoy; la cacharrería de los Hijos de P. Ramos, de Málaga; los juguetes metálicos de E. Roca Farriols, y los grabados de J. Tersol, de Barcelona; varios muebles curvados de Joaquín Lleó, de Valencia; las pinturas sobre metales y cristal de Antonio Aymat, de Barcelona, y los notables mosaicos venecianos, piedra aglutinada, objetos incrustados con mármol y maqueado de nácar, expuestos por don Venancio Valderrama y Mena, dueño de la importantísima fábrica «La Industrial,» de Santander.

Esta fábrica de mosaicos, aglomerados y piedra artificial fué la primera que se estableció en el Norte de España, y sin duda la que más exporta al extranjero, donde es ventajosamente conocida.

Sus principales productos en mosaicos son de aplicación constante y de utilidad práctica, prestándose, con sus combinaciones, á hermosos cuadros, dibujos centrales y cenefas.

Además de los preciosos azulejos destinados á zócalos, tarimas y demás revestimientos murales, «La Industrial» presenta bellísimos mosaicos para pavimentos, siendo notables las imitaciones de suelos de madera.

En aglomerados y piedra artificial, á juzgar por las muestras y por el álbum expuestos, la fábrica del Sr. Valderrama produce de un modo acabado y perfecto todo cuanto puede pedirse hoy día á este ramo de la industria.

El Jurado no se ha excedido ciertamente al premiarla con medalla de oro.

Y puesto que de instalaciones españolas me ocupo, no terminaré esta crónica sin decir algo de la que en el palacio de *Genie civil* tiene la casa Montaner y Simón, editora de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Y lo haré aun á riesgo de ofender la modestia de estos señores, porque entiendo que mi condición de colaborador en esa revista y la circunstancia de tener que publicarse en la misma el presente trabajo no han de ser óbice para que señale un hecho que ha sido reconocido por cuantas personas han visitado la actual Exposición en busca de algo más que de recreo para los sentidos. Y el hecho es que la instalación á que me refiero y que contiene obras tan importantes y tan lujosamente editadas como el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, la *Historia de España* de Lafuente, el *Quijote*, ilustrado por Balaca y Pellicer, la *Historia del Arte* y otras muchas, demuestra el grado de adelanto á que ha llegado en España la industria editorial y demuestra además que hay en nuestra patria algo más que esa plaga de flamenquismo que, no contenta con invadirlo ahí todo, ha querido ostentar aquí algo como la representación española, gracias, en parte, á complacencias de quienes mayor empeño debieran haber puesto en impedirlo. La medalla de oro que á los Sres. Montaner y Simón ha concedido el Jurado, es sin disputa una de las más justas recompensas otorgadas á los expositores españoles.

JUAN B. ENSEÑAT.



MARÍA LUISA DE LA RIVA

Esta notable pintora, que acaba de obtener honrosa recompensa en la Exposición Universal de París, nació en Zaragoza y desde muy joven dedicóse al estudio de la pintura bajo la dirección de D. Mariano Bellver y de D. Antonio Pérez Rubio. Consagrada con entusiasmo al cultivo del arte, en la soledad de su taller pasó los mejores días de su juventud, teniendo por amiga y consejera á su cariñosa madre, quien con una inteligencia superior fué la primera en alentar á su hija, participando de sus esperanzas y de sus triunfos.

Comenzaron éstos muy en breve para la joven artista: en efecto, en 1885 expuso en el Salón de París una obra á la cual tributó tantos elogios la prensa francesa, que cuando al año siguiente el gobierno alemán invitó al de España para que concurriera con veinticuatro cuadros de artistas españoles á la exposición de Berlín, fué elegida una de las obras de la Srita. la Riva. Y no pararon aquí las distinciones que nuestro gobierno le dispensó, sino que poco después enviaba á Viena y á Munich dos lienzos suyos, que luego fueron adquiridos por el Estado y que figuran en el Museo de Madrid.

Entre los muchos premios que en su carrera artística ha conseguido, citaremos los siguientes: medallas de primera y tercera clase en la Exposición Aragonesa de 1885; diploma de mérito en la Exposición Literario-Artística celebrada en Madrid en 1885; mención de honor especial en la Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1887; tercera medalla en la Exposición Universal de París de 1889; tercera medalla en la Exposición Nacional de Madrid de 1897; segunda medalla en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898; y segunda medalla en la actual Exposición Universal de París. Ha obtenido además otras primeras, segundas y terceras medallas, menciones honoríficas y diplomas de honor en otros certámenes artísticos nacionales y extranjeros.



María Luisa de la Riva Muñoz, notable pintora española

Es socia de honor y mérito de la Sociedad de Amigos del País de Santiago; jurado nato de la Sociedad de Pintoras de Francia; miembro de la Sociedad de Pintoras de Berlín; socia de honor de la Sociedad de Pintoras de Viena, y miembro de la Asociación de Pintores, Escultores y Dibujantes franceses.

Ha sido además condecorada con las palmas de la Academia francesa, que le fueron entregadas personalmente por el presidente de la República M. Félix Faure, al inaugurarse la Exposición de Pintoras celebrada en París en 1898.

En María Luisa de la Riva se aunan de una manera en extremo armónica las tiernas delicadezas de la mujer y las nobles y elevadas aspiraciones de la artista. Su temperamento extraordinariamente poético la impulsó desde luego á estudiar con decidido entusiasmo los más peregrinos productos de la naturaleza, que reproduce en sus cuadros, más bellos, si cabe, que los que le sirven de modelo. La frescura y la entonación de las frutas y de las flores que pinta, el modo artístico de agruparlas, la manera especial de sentirlas, tienen tanta espontaneidad, tanta delicadeza, que sin esfuerzo se comprende cómo han debido aunarse el talento de la artista y el sentimien-



Uvas de España, cuadro de María Luisa de la Riva Muñoz, premiado con segunda medalla en la Exposición Universal de París de 1900

to del poeta para conseguir un conjunto tan admirable y perfecto.

María Luisa de la Riva es esencialmente realista; pero su realismo no es el realismo crudo que acepta como buena la verdad, aunque sea repugnante ó aunque esté desprovista de todo interés, sino el que exige como condición primordial que el objeto ó el espectáculo que ha de reproducir sea bello, capaz de producir la emoción estética. Y en los cuadros de la inspirada artista esta emoción se avalora con la delicadeza é impresión de tonos que sabe combinar en su paleta, y que al par que causan admiración desde el punto de vista técnico, deleitan por el sentimiento que imprimen en la obra.

Aunque su especialidad son las flores y las frutas, con igual éxito cultiva la figura, según puede verse entre los cuadros suyos que reproducimos, y sobre todo el retrato: en este último género ha pintado, aparte de otros muchos, los de la princesa Radziwill y de la célebre cantante Maritza d'Hellssonn, ejecutados ambos al pastel, que han sido objeto de los más grandes elogios por parte de la crítica parisiense.

Actualmente la señora de la Riva reside en París, adonde fué á establecerse poco después de su matrimonio con D. Domingo Muñoz y en donde comparte el tiempo entre el cuidado de su familia y el cultivo del arte.

Para terminar diremos que sus obras figuran en los museos de Madrid, Barcelona y Santiago, y en las importantes galerías de S. M. la reina regente de España, de S. M. la reina doña Isabel II, de S. A. la infanta doña Isabel, de la princesa Dominique de Radziwill, de la baronesa Adolfo Rothschild, del marqués de Casa Riera, de la duquesa de Nájera, de M. de Siemens, de Berlín, y de otros muchos coleccionistas y aficionados.

La Ilustración Artística, al honrarse hoy publicando algunas de sus más notables obras, envía su felicitación más entusiasta y más sincera á la ilustre compatriota que tan brillantemente representa al arte español en el extranjero y tan grandes y merecidos triunfos ha obtenido en la capital de Francia, centro artístico en donde el verdadero mérito se aquilata. – A.

FRASQUITO BÁRBOLES

(cuento taurino)

I

Era Frasquito Bárboles un mozo gallardo como un pino, más formal que prior de cartujos y con un corazón tan bien puesto, que lo mismo se le quedaba achicado y reducido al tamaño de una avellana ante una lástima, que se hacía grande hasta no caberle en el pecho cuando se trataba de entendérselas con un guapo en una taberna ó con un toro de Zapata ó el Bárbero en el medio de una plaza.

Para esto último sobre todo se daba tan buena maña, que bien se le conocía que no en vano había nacido en aquella verdadera cuna del toreo que llaman Ronda, y hasta que tenía su poco de parentesco con el gran Pedro Romero, el diestro sin igual y sin ejemplo, á quien no por estar cargado de años – ochenta tenía ya muy corridos – y retirado de su profesión, dejaban de admirar tanto los buenos aficionados, que sólo les faltaba ponerle en un altar.

Eso sí, como en aquella época – porque esto pasaba allá por el año treinta y tantos – las cosas no iban tan de prisa como ahora, Frasquito, agasajado y todo como se veía por las multitudes, no había soñado en meterse en altanerías, y de banderillero, y de aquellos cuyo nombre no figuraba entonces para nada en los carteles, no había pasado, ni pensaba en salir para «media espada» hasta que su maestro le dijera que airosamente podía cumplir tal cometido.

Lo cual no quitaba para que el jefe de la cuadrilla, que era aquel afamado D. Rafael Pérez de Guzmán, único diestro á quien por tener sangre azul, y muy azul, en las venas, se le concedía el raro privilegio de que antepusiera á su nombre el don que no había perdido ni por dejar su grado de oficial en el escuadrón de caballería del Príncipe, ni por haber cedido su título de marqués de Villamanrique á un hermano menor que él, le mirara como su ojito derecho y quizá pensara en sacar de él el discípulo heredero de sus glorias.



Vendedora de flores, cuadro de María Luisa de la Riva Muñoz

Y á aquel cariño y protección correspondía el banderillero con tal suma de agradecimiento, que pedazos no mayores que el blanco de la uña se hubiera dejado hacer antes de consentir que de él se dijera ni malos ojos tienes.

Con esto, que no había dejado de traer á Frasquito algunos bienes, también le había acarreado algunas contrariedades; que el medro de cualquiera, por menguado que éste sea, excita las envidias, y los envidiosos por desdicha no son escasos en el mundo.

II

De los más caracterizados entre ellos era otro mozo, rondeño también y de la misma edad del banderillero, y á quien sin embargo naturaleza parecía haberse complacido en dotar de tan diversas tendencias y sentimientos de los de Frasquito, que reverso de la medalla habían acabado por ser el uno del otro.

Joselillo Barragán, que así se llamaba el mancebo, heredó de su padre una más que mediana fortuna; pero como al legársela le recordara aquello de que es alquimia bien probada tener renta y no gastar nada, tan al pie de la letra tomó el heredero el refrán, que para hacerle sacar del fondo del cofre una de las peluconas que constituían su gato, habría que haberle dado en el codo hasta hacerle dos el hueso.

Cosa que no era un obstáculo para que Joselillo se desesperara y pusiera pálido de envidia cada vez que veía que los desprendimientos y rumbosidades de Frasquito le hacían el amo de la baila, donde había que tirar unos pesos duros, ó hasta, si á mano venía, el par de ochentines que, con asombro de todos, le daba D. Rafael por corrida.

Y no era esto solo lo que acabó por dividir á los dos mozos. Si reconcomios había producido en José el ver que Frasquito, lanzado por los derroteros de una profesión para la que á él le faltaban arrestos, había cobrado fama y nombradía, más le sacaba de quicio y le encendía el coraje el ver que á él, el favorecido por la fortuna en punto á riquezas, no había moza que le mirara con buenos ojos, mientras que en los caireles del traje de plaza de aquel pelagatos que si un día le dejaba inútil un toro no tendría donde caerse muerto, se enredaban los corazones de todas las muchachas casaderas y hasta el de algunas que ya no estaban en estado de merecer.

Para concluir con aquella rivalidad no había bastado que el torero hubiera hecho su elección del modo que parecía menos á propósito para excitar los celos de su antagonista.

Porque si es verdad que Mariquilla *la Remendá*, la mozuela de que Frasquito Bárboles había jurado hacer su mujer en cuanto sus adelantos se lo permitieran, era una onza de oro por lo bonito de su cara y una imagen por el ángel que de toda su persona se desprendía, como sabía que era más pobre que las ratas y más desvalida que los perros vagabundos, Joselito, atento á lo de que alhaja que tiene boca nadie la toca, antes que en ella hubiera pensado en poner los ojos en cualquier vestiglo que no le pidiera los regalos que seguramente habría de pedirle aquella boquita de rosa y aquel talle de alfeñique.

Pero ¡lo que son las cosas, y sobre todo lo que es el alma de los envidiosos! Bastó que viera á la *Remendá* agasajada y requerida por el banderillero, para que se le antojara creer que toda la vida había estado prendado de ella, y para suponer que la correspondencia de la doncella á Frasquito, era afrenta que se le hacía y de la cual estaba obligado á tomar sangrienta venganza.

III

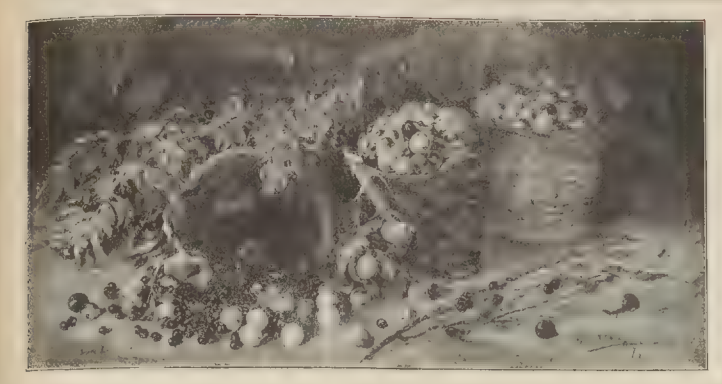
Meses hacía que en Ronda no se tenía otra noticia de Frasquito Bárboles que la de los triunfos que conquistaba en las plazas de Andalucía, cuando en mal hora para su rival ocurrió á los señores de la Real Maestranza organizar una media corrida de toros, para la que contrató como espada, para alternar con Juan Pastor, al entonces celebradísimo D. Rafael Pérez de Guzmán.

Con la cuadrilla de éste, claro está que el primero que entró en su pueblo natal, radiante de dicha y lleno el pecho de esperanzas, fué su discípulo predilecto Frasquito, al que no hubo agasajo que no se le hiciera, ni mano que no se apresurara á estrechar la suya.

Hasta Joselillo, como si el tiempo hubiera borrado antiguos resentimientos y hecho olvidar pasadas asperezas, se apresuró á mostrar su afecto á su paisano, no siendo tal cosa de las que menos regocijaron el alma de éste, que de nada se veía tan sediento como del cariño de los demás, ya que tan seguro estaba del de la *Remendá*.

Que le vieran torear, y torear en corrida formal, los que desconocido y sin renombre le vieron; que admiraran las proezas de su maestro, de que se enorgullecía más que de las suyas propias, los que sólo de nombre conocían á aquel á quien él lo debía todo, de tan legítima satisfacción le llenaba, que los tres días que pasó en Ronda con motivo de la media corrida organizada por dichos señores, fueron el anticipo de la gloria y remedio de la bienaventuranza.

Para colmo de dichas, hasta su alcurniado matador, cuando se permitió presentarle su prometida, encontró á la muchacha tan de perlas, que después de deshacerse en galanterías y de colmarla de obsequios, ofreció á su banderillero que él sería el padrino de la boda cuando el caso llegara.



Frutas del tiempo, cuadro de María Luisa de la Riva Muñoz, premiado con segunda medalla en la Exposición Universal de París de 1900

IV

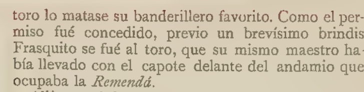
Con todo aquel cúmulo de venturas, más alegre que unas pascuas, estaba una hora antes de la corrida engalanando su airosa persona con un rico traje color de caña con golpes y guarniciones de plata, cuando precisamente en el momento en que se apretaba el ceñidor, que, como la pañoleta, era de color de fuego, entró en el cuarto Joselito.

– Tengo que hablarte, dijo en tono sombrío.

– Habla, niño, contestó Frasquito sin percatarse de lo fúnebre del semblante del que llegaba.

– Lo que tengo que decirte es tan grave, que me lo callaría si no me importara mucho que un amigo, un hermano como lo eres tú para mí, no haga nunca el hazmerreir de todos.

Estas últimas palabras las dijo José en tono tan bajo, que ninguna de las personas que había en la habitación pudo oirlas.



Cabeza de estudio, cuadro de María Luisa de la Riva Muñoz

Frasquito, por toda respuesta, le empujó á otra pieza contigua, de la que su interlocutor se cuidaba de cerrar la puerta.

Cuando salían algunos minutos después, el banderillero estaba pálido como un difunto.

Antes de llegar al grupo de amigos dijo á Joselito:

– Si es verdad lo que me has dicho, á él no le tocaré el pelo de la ropa. Es mi padre, más que mi padre... Pero haré lo que debo hacer. Si has mentido, esta noche te mato como á un perro.

V

La corrida estaba produciendo un verdadero delirio entre los aficionados.

Los toros de la afamada vacada de Cabrera, bravos y duros con los caballos, habían sido lidiados de una manera tan brillante como concienzuda.

El matador desconocido en Ronda, llevaba muertos ya dos toros de dos magníficas estocadas recibiendo, y no ocultaba la satisfacción que en su amor propio producían los vítores y aclamaciones que premiaban su sereno valor y su gallarda gentileza.

Todos parecían participar del júbilo que embargaba á D. Rafael Pérez de Guzmán, y sin embargo en su cuadrilla había uno á quien nada sacaba de una sombría tristeza, que le hacía parecer dotado de una dejadez y una apatía que no eran por cierto sus cualidades salientes.

Frasquito Bárboles, á pesar de estar viendo que la *Remendá,* á quien su maestro había enviado por la mañana un papelito de delantera de andamio, no apartaba los ojos de él, tan poco había hecho, que hasta las contadas veces que desplegó el capote fué porque sus compañeros le recordaron su deber.

Cuando salió el toro cuarto, que también debía estoquear D. Rafael por haber sufrido en el segundo una luxación en un pie Juan Pastor, el espada, dispuesto á parar los pies al bien armado y bravo animal, le dió cuatro lances de capa, al quite arrolló con gallardía el capote al brazo izquierdo, y con la mano derecha, que llevó airosamente al morrillo, arrancó la divisa que con galante majeza arrojó sobre la falda de la prometida de su banderillero.

Este miró á la *Remendá,* que se había puesto roja como unas granas, y dirigiéndose al jefe de la cuadrilla le dijo:

– Maestro, hágame una merced, la última que le pediré en mi vida. Cédame usted ese toro.

D. Rafael sonrió bondadosamente y le preguntó:

– ¿Te atreves con él?

– Con una sola cosa no me atrevo, contestó el mozo con aplomo.

Pero no pudo seguir. En aquel momento el clarín acababa de anunciar el cambio de suerte, y como á Frasquito le tocaba banderillear, se fué á tomar los palos.

Cuando hubo puesto el último par, su matador, D. Rafael Pérez de Guzmán, que ya había tomado la espada y la muleta, se adelantó montera en mano á la presidencia pidiendo autorización para que aquel toro lo matase su banderillero favorito. Como el permiso fué concedido, previo un brevísimo brindis Frasquito se fué al toro, que su mismo maestro había llevado con el capote delante del andamio que ocupaba la *Remendá.*

Allí trasteó de muleta con tan temeraria valentía, con tal verdadero desprecio de la vida, que el público en masa no pudo festejar aquel arrojo sino con bravos y vítores comprimidos por la emoción.

Cuando la res estuvo igualada, el novel matador volvió la cabeza, paseó la mirada desde el rostro de su prometida al de su maestro, y á poco más de una vara de los cuernos adelantó el pie y el pico de la muleta, disponiéndose para la difícil y arriesgada suerte de recibir.

Enterarse el toro del cite y partir ligero como una flecha hacia el engaño fué tan uno, que su ímpetu mismo bastaba para que la espada hubiera entrado hasta los gavilanes en la cerviz. Sin embargo, Frasquito, sin mover un punto la planta, en vez de rematar el pase de pecho que tenía engendrado y de conservar la rectitud del brazo derecho, se echó ambos á la espalda, dejando que el toro cebara su indomable saña en su indefenso cuerpo.

El «¿qué haces?» de su maestro fué ahogado por el grito de espanto de la multitud. Varios capotes habían acudido con pasmosa celeridad, impidiendo que el toro recogiera su presa.

Pero ya era tarde. Cuando sus amigos ayudaban á los mozos de plaza á recoger al infeliz banderillero, el charco de sangre que quedaba en la arena indicaba la gravedad de la herida.

Sin embargo, cuando su maestro, después de matar con precipitación asombrosa al toro, entró desolado en la enfermería á enterarse del estado de Frasquito, éste no había perdido el conocimiento.

– ¿Qué es lo que has hecho?, le preguntó D. Rafael con dolorosa curiosidad.

– Los dos no cabíamos en el mundo, contestó el banderillero con voz apenas perceptible, y usted, sea lo que sea, es para mí cosa sagrada.

No pudo seguir. Un sopor que si no era la muerte se le parecía mucho, hizo acudir á los médicos en su auxilio.

El maestro se limitó á murmurar con rudeza:

– Todos son lo mismo. Su reconocimiento es el amor del asno, coz y bocado.

Y sin curarse de ocultar los dos lagrimones que iban á perderse en sus patillas castañas, volvió á la plaza, adonde el rudo deber le llamaba.

VI

Al día siguiente los diestros, que debían torear aquella semana en Madrid, salían de Ronda.

Solamente quedaba allí Frasquito Bárboles; pero no sólo con vida, sino con esperanzas de salvar la piel y hasta de tener por padrino en su boda con la *Remendá* á su maestro, á quien llorando como un niño había pedido perdón por haber dudado siquiera de su nunca desmentida y heredada hidalguía.

El que había aparecido muerto en las inmediaciones del pueblo era Joselito Barragán.



María Luisa de la Riva Muñoz en su taller de París

La herida que tenía en mitad del pecho y el *hierro* que había quedado apretado en sus crispados dedos, decían bien claro que peleando en buena lid había sucumbido; pero jamás se supo quién fuera su adversario.

D. Rafael Pérez de Guzmán tuvo siempre fama, que justificó en la tragedia de su muerte, de ser tan valiente con los hombres como con los toros.

ANGEL R. CHAVES.

LA CAMISA

DE UN HOMBRE FELIZ

Un sol de fuego caldeó durante aquel día de agosto el pueblo de San Juan de Aznalfarache. El ambiente era denso, caliginoso; flotaban en la atmósfera nubes de polvo y grandes masas de vapor de agua desprendidas del Guadalquivir por efecto del calor; bandadas de pájaros con el pico abierto, angustiados como si les faltase aire que respirar, se refugiaban en los árboles; las plantas estaban tendidas en la tierra, sedientas, abrasadas; la brisa que soplaba de Sevilla parecía que acababa de cruzar una inmensa hoguera, y nada turbaba el silencio de los campos solitarios.

Los habitantes del pueblo que habían sufrido en sus casas los rigores de aquella siesta terrible, cerca del anochecer cuando el sol se ocultó tras una nube que adquirió tintes rojizos y el viento sopló del lado del mar, salieron al campo para respirar á sus anchas, fuera de los edificios, que se hallaban convertidos en un horno.

Currito, «un mozo crúo por quien las jembras perdían la chaveta,» según expresión del tío Perico el barquero, se fué á la orilla del Guadalquivir para tomar el fresco.

Cuando llegó á la vivienda del tío Perico, que era una choza á cincuenta pasos del río, el barquero, sentado en el suelo y armado de una navaja que mediría poco más de dos cuartas, se preparaba para clavarla en una hermosa sandía.

– ¡Hola, tío Perico!, dijo Currito.

– Güenas tardes..., es decir, güenas pa el que sarga del infierno.

– ¡Vaya una pieza!, exclamó Currito señalando á la sandía. ¡Esa es más grande que la cabeza del tío Nastasio!.. ¡Pero con la caló que ha hecho estará cocíita!

– Más fría que un terroncito é nieve. Por la mañana la metí en una espuerta, le até una guita y la zambullí en el agua del río, de donde sale ahora mesmo.

– ¿Y se pué comé?

– Ezo no ze pregunta.

– Pues arréglame unos pescaítos, que de seguro los tendrás buenos; toma esta botella de Manzanilla, dale un baño pa que se refresque y no rajes la sandía hasta que llegue el momento de comerla.

– Va osté á cená mejó que er sultán de los moros.

Y el tío Perico llamó á un chicuelo de catorce años, que estaba limpiando la barca, y en menos de una hora encendieron una hoguera, frieron unos pescados, pusieron una mesa pequeña y desvencijada debajo de un árbol, la cubrieron con un paño blanco lleno de agujeros, que en sus buenos tiempos debió ser una servilleta, destaparon la botella de Manzanilla y el barquero gritó á Currito:

– ¡Cuando ar zeñó ze le antoje!

Mientras el joven comía el pescado con verdadero deleite y el chico le servía á la mesa, el tío Perico, sentado al pie de un árbol, se entretenía en raspar con la navaja uno de los toles de la barca.

– Está usté fuerte y bueno.

– No vamos mal.

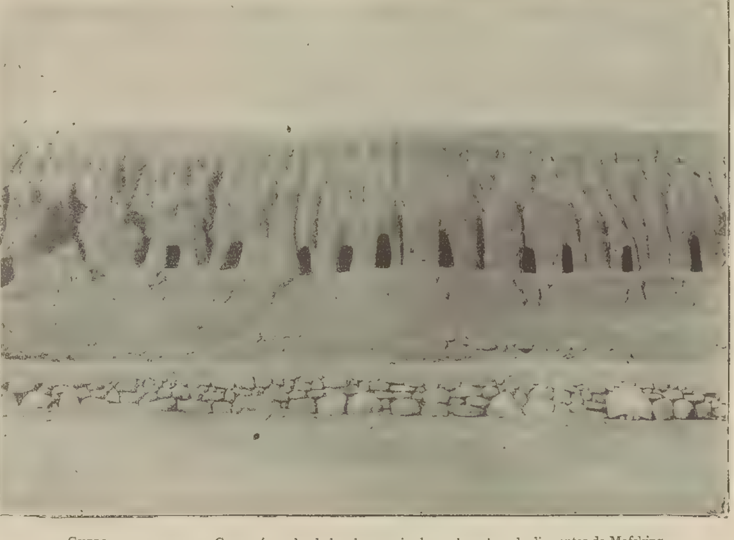
– ¿Cuantos años tiene usté, tío Perico?

– Dos duros y dos rïales, respondió el interpelado.

– Cincuenta y dos.

– Eso mesmo, pero á mí no se me orvía de esa manera.

El tío Perico era un buen tipo de marinero andaluz. De mediana estatura, enjuto de carnes, nervioso, muy moreno, patillas canosas, con la gorra echada sobre la oreja izquierda, la pipa entre los dientes y no llevando más ropa que un pantalón azul claro y una blusa del mismo color, tenía el aspecto burlón y la apostura flamenca de la gente de mar de las costas gaditanas y malagueñas.



GUERRA ANGLO-BOER. – Cuevas á prueba de bomba practicadas en las minas de diamantes de Mafeking durante el sitio de esa plaza (de fotografía)

– ¿Vive usté aquí bien?, continuó Currito, que por no aburrirse quería que el tío Perico le diera conversación.

– Mejó que er rey, contestó el barquero riéndose. Tengo esa choza que en el invierno me tapa de la lluvia y en el verano del sol, los días que pica como hoy; una barca y redes pa pescar; leña pa calentarme cuando jace frío y pa freir cuarsiquier cosa; con lo que trabajo gano pa ir viviendo, y si vienen algunos señores á comerse una sandía y me dan una peseta, ya tengo pa vicios. De joven he vivío en er mar; ya me pesan los años, y he buscao este palasio donde pienso morirme.

– ¿No se ha casado usté?

– Cuando tenía veinticinco años bebí los vientos por una condená que me hizo rabiar mucho. Después no he querío á naide y no tengo ley sino á ese niño.

– ¿A su sobrino?

– El dice que soy su tío, y como er probe es güeno y yo soy tío de too er mundo, no pienso dejarle por embustero.

– En el pueblo se dice que sus parientes tienen dinero, y que si usté quisiera podía dejar esta vida aperreada y llena de peligros y vivir con ciertas comodidades.

El tío Perico se sonrió, dió una fuerte chupada en la pipa, apoyó en el suelo la punta de la navaja y dijo á Currito:

– ¿Adónde viviría mejó? Yo soy un hombre dichoso porque tengo la camisa de un hombre feliz.

– ¿La camisa..?

– Ese es un cuento oriental que oí una noche ar patrón de la *Garbosa*, una barca de pesca de la matrícula de Cádiz. No se ma orvidao nunca; y á osté que pué pasarlo mu tranquilamente y que anda como si le hubiera picao la tarántula, metío en un mardito pleito con D. Nastasio pa quitarle los naranjales y er cortijo de la Palmera, le viene que ni de perilla.

– Si es tan interesante, cuéntelo usté, tío Perico.

– Allá va. Erase un rey, que tenía too lo que le daba la gana; como que era rey: palacios, mujeres de chipén, vestíos lujosos, una mesa ¡hasta allí!, vinos de lo mejó, y en fin, pa no cansar, que en cuanto pedía una cosa, era servío por difícil que fuera conseguirla.

A pesar de esto, le consumía la pena: el hombre se moría por minutos y los meicos no le encontraban ninguna enfermedad.

Después de verle los más sabios del reino, llamaron á un brujo que según decían curaba á toos los que los meicos dejaban por incurables, y cuando vió al rey dijo:

– Solamente hay una cosa pa poder curarlo. Tiene que ponerse la camisa de un hombre feliz.

Toa la gente principal se dedicó á buscar la medecina; y aunque costó mucho trabajo y en Palacio se iban perdiendo las esperanzas de hallar el remedio, se encontró un hombre feliz, el único quizá que había en aquella tierra.

Era un pobre pescador que vivía en una casucha cerca del mar, sin familia y sin preocupaciones.

Le preguntaron que si era dichoso y contestó:

– Sí.

– ¿Completamente dichoso?

– Completamente.

Se lanzaron sobre él, le desnuaron y... ¡el hombre feliz no tenía camisa!

Yo soy como aquel pescador. Mi camisa es igual que la del hombre feliz. No me voy con mis parientes porque pueo tomar malas costumbres; y si me entra la pena como al rey de marras, después de haberme puesto otras camisas es posible que no me conformara con la que hoy llevo y tuviera que hacer con alguien lo que con esta sandía.

Y hundió la hoja de la navaja en la hermosa fruta, que crujió quedando partida en dos pedazos.

Currito concluyó de cenar después de las diez de la noche. El cuento del tío Perico le había puesto muy mustio; y mientras el barquero y el chico se atracaban de sandía, el joven veía avanzar por las aguas del Guadalquivir, que plateaban los rayos de la luna, un vapor arrojando por la chimenea grandes espirales de humo que se deshacían lentamente al soplo de una brisa suave y sonando la sirena cuyo eco estridente repercutía en las soledades de los campos.

Cuando Currito se despidió del barquero, éste le dijo:

– Si hay quien le mire á osté de reojo, yo y mi compañera (señalando á la navaja cuya brillante hoja relucía junto á los restos de la cena) estamos pa servirle; pero si se trata de armar camorra por los ochavos, no cuente con nosotros.

– Se agradece todo, tío Perico.

– Y más que na er cuentecito. ¡Ya sabe de qué tela es la camisa de un hombre feliz!

Años después, el protector del tío Perico y varios amigos fueron de merienda á la orilla del Guadalquivir. Ya no le llamaban Currito, sino D. Paco: había ganado el pleito con D. Anastasio y era muy rico y el hombre más influyente del pueblo.

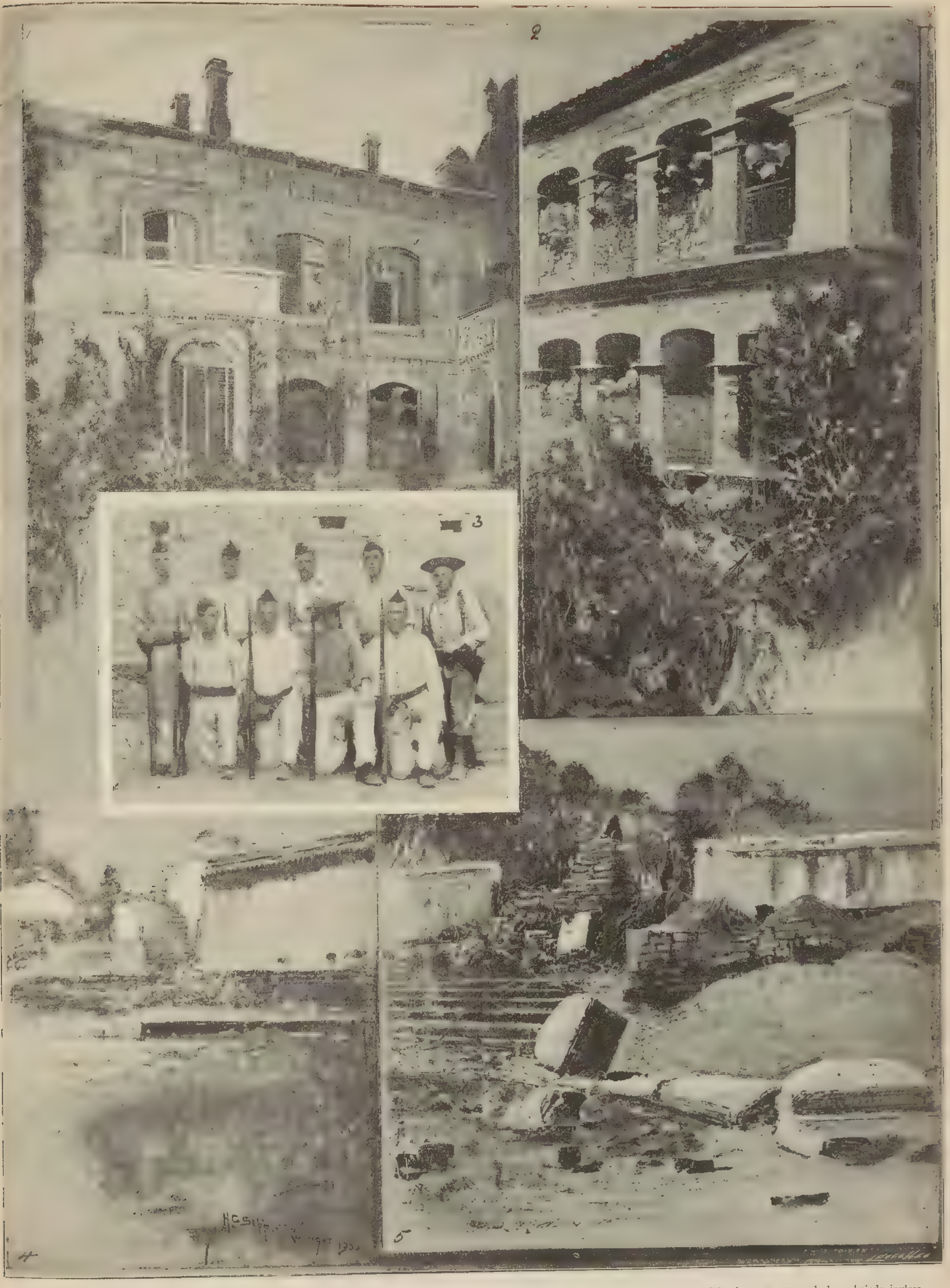
Casi todo el año lo pasaba en Sevilla y hacía pocas visitas á San Juan de Aznalfarache, donde tenía partidarios decididos y enemigos muy resueltos. Desde que le pusieron en posesión de los bienes que le disputó á D. Anastasio, le perseguían con verdadera saña.

Le robaban los frutos y el ganado y le incendiaban los campos. En dos años D. Paco no había visto al tío Perico. Buscó la choza del barquero y no pudo encontrarla: preguntó por él y le dijeron que una mañana salió en su barca acompañado del chico, y no se le había vuelto á ver por el pueblo ni se tenían noticias suyas.

¡Se marcharían para cambiar de aires á establecerse en un punto más cercano al mar, ó la barquilla se hundió en el Guadalquivir y perecerían ahogados los dos tripulantes!

– ¡Pobre tío Perico!, exclamó D. Paco.

Y se sentó al pie de un árbol, en el mismo sitio donde en tiempos más dichosos para él le contó el barquero el cuento de la camisa de un hombre feliz.



CONFLICTO CHINO. – LA DEFENSA DE LAS LEGACIONES DE PEKÍN. – 1. Casa del primer secretario de la embajada alemana. – 2. Casa del primer secretario de la embajada inglesa, [illegible] estado de la casa para resistir el fuego de los chinos. – 3. Marineros del buque de guerra inglés *Orlando* que defendieron las barricadas del colegio Han Lin. – 4. Línea de defensa de los japoneses, defendida por los ingleses y destruída por los proyectiles chinos. – 5. Obra de defensa de los japoneses, en parte destruída por los proyectiles chinos. (Dibujos de H. Seppings Wright, sobre fotografías de L. Gilles y L. R. Barr.)



LA PRIMAVE

COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE



Á DEL AMOR,

ANCISCO VINEA, GRABADO POR BONG

En el tiempo transcurrido se había hecho dueño de hermosas fincas; tenía palacios, carruajes, barcos, cuanto fué objeto de su ambición. Y sin embargo, como al rey del cuento, le ahogaba la pena. La mujer por quien suspiraba le hizo traición con el que creía su mejor amigo, su hijo había muerto, su fortuna despertó odios tan fieros que no podía aventurarse por las calles del pueblo porque varias veces intentaron asesinarle; estaba desterrado de aquellos lugares que evocaban en su alma los alegres recuerdos de la juventud, y las rivalidades políticas le producían constantes disgustos. Recordó que cuando era pobre le querían sus paisanos, y rico le odiaban aun los que le adulaban para hacerse acreedores á sus mercedes; y cortando una rosa silvestre que se mecía al soplo de la brisa, la arrojó á las aguas del río murmurando:

– ¡Pobre hombre! ¡Tenía razón! ¡Pero los que hemos usado camisas de hilo no podemos ser felices con la que llevaba el tío Perico!

Gabriel Briones.

NUESTROS GRABADOS

Leonor Duse y la hija del pintor Lenbach, Marión, pastel de Francisco de Lenbach. – Trasladar al lienzo los sensitivos encantos de la Duse era obra muy á propósito para Lenbach, á quien con razón denominan sus paisanos pintor de almas. Únicamente un psicólogo como él, que en sus retratos sabe encerrar el espíritu de la época, podía reproducir la imagen de la celebrada artista, de esa personalidad delicada, nerviosa, en cuyo rostro se reflejan con maravilloso brillo todos los matices del sentimiento. Su retrato de la Duse con sus ojos medio velados, su rostro encuadrado por el undoso y negro cabello descuidadamente recogido y esa leve sonrisa que asoma por entre los labios encogidos apasionadamente, permite adivinar el temperamento de esa mujer que como ninguna otra sabe conmover y entusiasmar. La obra de Lenbach da mejor que cualquier biografía la clave del temperamento de la Duse, y en ella alienta el alma ardiente de la artista por cuyas venas circula sangre volcánica. Contribuye á aumentar el efecto del cuadro el contraste de aquella cara toda pasión con la expresión angelical de la hija de Lenbach, preciosa niña de rubia cabellera, sonrosadas mejillas y ojos grandes y azules, por la cual siente Leonor Duse un cariño entrañable.

Gitana cautiva, cuadro de E. Wauters. – Esta figura es un verdadero modelo de expresión: hay en el rostro y sobre todo en los ojos de la gitana toda la fiereza indómita de la raza á que pertenece, fiereza aumentada en esa muchacha por el convencimiento de la impotencia á que la condenan el calabozo en que está sepultada y las cadenas que la sujetan. En la ejecución de toda la figura, así de las carnes como de las ropas,



Gitana cautiva, cuadro de E. Wauters
(Exposición internacional de los secesionistas de Munich)

y de los pocos accesorios que hay en el cuadro, admíranse un dibujo firme y una pincelada vigorosa que revelan la mano de un hábil artista.

El conde Bernardo de Bülow, nuevo canciller del Imperio alemán.—El día 17 de octubre último el emperador de Alemania aceptó la dimisión que de su cargo de canciller del imperio le presentó el príncipe de Hohenlohe, á quien agració con las insignias del Aguila Negra con brillantes, y nombró en su lugar, para el desempeño de aquel alto cargo, al conde Bernardo de Bülow, que era ministro de Estado y secretario de Estado en el departamento de Negocios Extranjeros. El nuevo canciller nació en 3 de mayo de 1849 en Klein-Flottbeck (Holstein), estudió desde 1867 á 1870 en las universidades de Lausanne, Leipzig y Berlín, cursando las carreras de Derecho y Ciencias Políticas, y al estallar en 1870 la guerra franco-prusiana, entró en el regimiento de húsares del Rhin de



El conde Bernardo de Bülow,
nuevo canciller del Imperio alemán

Guillermo I n.º 1, en el que ascendió á oficial á principios de 1871. A los pocos meses de firmada la paz, pidió el pase á la reserva para poder terminar sus estudios, y concluídos éstos ejerció por algún tiempo su profesión en el tribunal presidial de Metz, hasta que en 1874 decidió entrar en la carrera diplomática, trabajando durante dos años en las secciones político-mercantil y política del ministerio de Negocios Extranjeros. Después de unos brillantes exámenes fué nombrado secretario de legación en las embajadas de Roma, San Petersburgo y Viena y encargado de Negocios en Atenas durante la guerra turco-rusa. Desde 1879 á 1884 fué secretario segundo y primero de la embajada alemana en París, pasando luego como consejero á la de San Petersburgo, en donde estuvo hasta 1888. Posteriormente fué embajador en Bucarest y en 1897 encargóse de la secretaría de Estado en el ministerio de Negocios Extranjeros, debiéndose á su gestión la adquisición por parte de Alemania del puerto chino de Kian-Tchu, de las islas Palaos, Carolinas y Marianas, del islote de Samoa, de Sawaii y de Upolu, y habiendo contribuído no poco al aumento de la marina de guerra alemana. Por sus importantes servicios le fué otorgado en 23 de junio de 1899 el título de conde.

Guerra anglo-boer.—Como curiosidad interesante publicamos el grabado de la página 718, que reproduce las cuevas que los sitiados de Mafeking abrieron en las minas de diamantes para ponerse á cubierto de los proyectiles de los sitiadores. Mucho tiempo ha transcurrido desde aquellos días en que los boers tenían puesto sitio á aquella plaza y en que una serie de continuadas victorias coronaba los esfuerzos de aquel heroico pueblo. La situación ha variado por completo desde entonces; los ingleses ocupan la mayor parte de las que fueron repúblicas de Orange y del Transvaal, y sin embargo la guerra continúa y no lleva trazas de acabar por ahora. La lucha de guerrillas que los boers han emprendido ha de causar todavía grandes daños á Inglaterra, obligándola, cuando menos, á sostener en aquellos territorios un numeroso ejército de ocupación. De todos modos, si el pueblo boer sale definitivamente vencido, habrá demostrado una virilidad, una abnegación y un patriotismo que le merecerán el respeto y la admiración de todo el mundo.

Conflicto chino. — La defensa de las legaciones en Pekín. – Apenas iniciados en el Celeste Imperio los disturbios que tanto han dado y todavía dan que hacer á las potencias, viéronse atacadas y sitiadas las legaciones extranjeras en Pekín por fuerzas numerosas, que aunque oficialmente calificaba de rebeldes el gobierno chino, en realidad obedecían á las órdenes de éste. Aquella agresión, que constituía la mayor injuria del derecho de gentes, pudo ser rechazada por los escasos contingentes europeos que al servicio de las legaciones se encontraban, y la columna de tropas internacionales que desde luego organizaron las potencias pudo llegar á tiempo de salvar á sus representantes, cuya situación comenzaba ya á ser desesperada, porque iban agotándose los recursos con que hacer frente al enemigo, cada día más fuerte y más envalentonado. El sitio de las legaciones fué largo y las pérdidas de los sitiados fueron numerosas; en cuanto á los edificios, fueron de gran consideración los daños que sufrieron. La lámina que publicamos en la página 719 contiene algunos datos gráficos interesantes acerca de este episodio del conflicto chino, que constituirá una de las mayores verguenzas de la historia del Imperio del Centro.

La primavera del amor, cuadro de Francisco Vinea.—Ante cuadros como este desaparecen todos los prejuicios de escuela, y aun los más ardientes adversarios del género imaginativo han de confesar que, en gracia á las innumerables bellezas que contiene, bien puede perdonarse el, para ellos, defecto de apartarse la pintura de toda realidad y de haberse dejado llevar el autor en alas de la fantasía. Vinea en esta obra se nos muestra inspirado poeta; su cuadro encierra todo un poema de amor, para expresar el cual ha encontrado el pintor las formas más encantadoras y los tonos más delicados. Aquella gentil pareja que se une en amoroso abrazo; aquellos alegres amorcillos que tejen guirnaldas en torno de los amantes ó se disponen á lanzarles sus diminutos dardos; aquel campo esmaltado de flores y limitado al fondo por frondosos árboles; aquel cielo purísimo en que parece reflejarse toda la alegría de aquel pedazo de tierra, todo respira poesía, todo contribuye al maravilloso efecto del conjunto, todo responde por modo admirable al pensamiento del artista y justifica el título que lleva el lienzo: *La primavera del amor*.

Capilla de la Virgen de la Guía, en Olot. — Caridad, cuadros de Antonio de Ferrer. – Con motivo de haber reproducido en las páginas de esta Revista algunas obras del discreto y laborioso pintor Antonio de Ferrer, hemos consignado juicios y consideraciones acerca de sus recomendables aptitudes y reconocidos merecimientos. De ahí que al publicar hoy copias de dos de sus últimas producciones, nos consideramos obligados á llamar respecto de ellas la atención de nuestros lectores, ya que las estimamos dignas de aplauso, por la forma galana en que reproducen los cuadros de costumbres de nuestra región, que el artista ha logrado avalorar con la nota de un sentimiento delicado. El cuadro titulado *Capilla de la Virgen de la Guía, en Olot*, ha sido adquirido por un inteligente aficionado de Dusseldorf.

Teatros. – En el teatro de la ciudad de Nuremberg se ha estrenado con gran aplauso una traducción alemana del drama de D. José de Echegaray titulado *El estigma.*

– En el teatro Drury-Lane de Londres se ha estrenado un drama de Cecil Raleigh, titulado *The Price of Peace* (El precio de la paz), que ha tenido un éxito grandioso, no tanto por su valor literario cuanto por su magnífica *mise en scene.*

– *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La guerre en dentelles*, bellísimo drama en cinco actos y siete cuadros de Jorge de Esparbés; en el Gymnase *Una idée de mari*, comedia en tres actos de Fabrice Carré; y en Cluny *Les quatre coins de París*, vaudeville en tres actos y seis cuadros de Alberto Barré y Armando Numés.

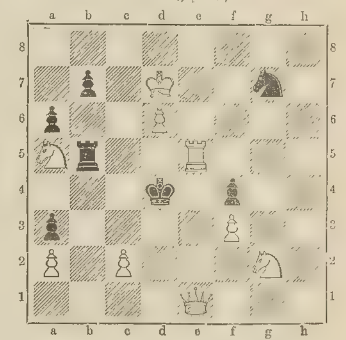
Madrid. – Ha inaugurado sus tareas en el Español la compañía que dirigen doña María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza, á quienes el público ha dispensado un entusiasta recibimiento al presentarse en escena después de una larga ausencia, durante la cual han paseado triunfante el arte dramático español por las principales ciudades de América y en la capital de Francia. Para la función inaugural púsose en escena en el clásico coliseo la hermosa tragedia de Tamayo y Baus *Virginia*, no representada desde hace mucho tiempo y que se presentó con lujo y propiedad extraordinarios, habiendo obtenido en su desempeño grandes ovaciones la actriz y el actor citados y muchos aplausos los que les secundaron en la interpretación de la referida obra. En el teatro de la Comedia han dado un concierto los eminentes concertistas Casals y Bauer, á quienes el público tributó una ovación tan grande como merecida. En Lara se ha estrenado *Dulces memorias*, preciosa comedia en un acto de Eusebio Blasco; y en Eslava *Lucha de clases*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado y Abati.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito en la Granvía *El guitarrico*, zarzuela en un acto de los Sres. Frutos y Lapuente, música del maestro Pérez Soriano, y en el Principal *Societat familiar ó Tenorios y castanyas*, zarzuela en un acto, letra de Juan M. Casademunt y música del maestro Bizcarri. En Novedades ha comenzado á funcionar una excelente compañía de declamación catalana, á cuyo frente figuran los notables artistas Sra. Mena y Sr. Borrás.

AJEDREZ

Problema número 215, por J. Mieses

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 214, por M. Ehrenstein

Blancas.	Negras.
1. Rh2–g1	1. Ta8–b8
2. Dh6–h1	2. Ae6–g4 ó h3
3. Rg1–h2	3. Cualquiera.
4. Dh1–g1 mate.	

VARIANTES

2..... Ad8–b6; 3. Rg1–f1, etc.
2..... Otra jug.ª; 3. Cg3–e2jaq., etc.
1.... d7–d5; 2. Cg3–f5jaq., R toma P; 3. Ce1–f2jaq., etc.
A toma C; 3. Dh6–d6, etc.
1... Ad8–e7; 2. Dh6–g7 jaq., f7–f6; 3. Dg7–e7:, etc.
1... Cb1–a3; 2. Dh6–h5, Ad8–g5; 3. Dh5–f3. etc.



Levántate, dijo Fanfán á su amiguito, sin dejar de apuntar á la fiera

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

–¡Ahí vive!, dijo *Caracol.*

Panuflo, sin necesidad de que el otro citase nombre alguno, comprendió á quién se refería y contestó:

– El de las cartas.

Breve pausa.

– Vive con lujo.

Otra pausa más larga que la primera.

– Uno que no tuviera miedo, dijo en voz baja *Caracol* como hablando para sí, podría dar ahí un gran golpe.

– ¿Ahí?

– Y un golpe fácil.

– ¿Y para entrar? Por la escalera principal no es posible subir.

– Nos detendrían al paso, en efecto; pero ¿no ves que todas las ventanas del piso bajo están cerradas?

– Sí.

– ¿Y llenas de polvo?

– Efectivamente.

– ¿Y no ves en la segunda ventana una matita de hierba que ha nacido en el polvo?

– La veo.

– Esto prueba que hace tiempo que esta parte del edificio está deshabitada.

– Efectivamente.

– Estando deshabitada, se puede entrar sin temor de ser visto ni oído, puesto que las habitaciones de la servidumbre se encuentran al otro lado del hotel. Nada más fácil que abrir la persiana y colarse dentro.

– Bien, ¿y después?

– No es posible que desde la planta baja del hotel no haya una escalera interior que conduzca al piso principal.

– ¿Y una vez arriba? Tropieza uno con el coronel, revólver en mano.

– ¡Tonto! No se trata de dar el golpe á tontas y á locas. Se elige una noche en que haya salido. Demasiado se vería si iba al teatro ó alguna reunión. Durante su ausencia se podría trabajar tranquilamente.

– ¿Y para penetrar en el hotel?

– No hay más que saltar la tapia del jardín.

– Es muy alta.

– Hay un farol que puede facilitar el escalo..., y siendo nosotros dos...

Siguieron hablando del asunto sin alejarse del hotel.

Instalaron la muela á la puerta de una taberna y esperaron trabajo.

Éste abundó.

De vez en cuando Panuflo substituía á *Caracol,* mientras éste iba de casa en casa en busca de cuchillos que afilar, inspeccionándolo todo al paso.

Volvía una vez cargado de chismes, cuando dió un grito de sorpresa.

Acababa de ver pasar á Kerlor y Fanfán en un coche cargado de maletas.

Los viajeros no habían visto al bandido.

Caracol iba á colgarse detrás del coche para averiguar adónde iba, cuando el cochero detuvo al caballo.

El afilador se escondió detrás de una reja próxima, y vió entrar á Kerlor y á Fanfán en el hotel d'Alboize.

Su estupefacción fué grande.

Al mismo tiempo abrióse un balcón, y el coronel se asomó para saludar amistosamente al conde, en tanto que una señora joven salía al encuentro de éste para abrazarlo y saludar luego con una sonrisa y una caricia al niño que le acompañaba.

«¿Qué significa?, pensó *Caracol.* ¡D'Alboize, Kerlor, Fanfán, juntos!.. Entonces nada se ha perdido. Pero esta vez haré yo solo el negocio.»

Los criados descargaron las maletas, la reja volvió á cerrarse y el coche desapareció.

No había más que ver por el momento.

Caracol fué á reunirse con Panuflo, guardándose bien de comunicarle su descubrimiento.

Pero su amigo le vió tan trastornado, que no pudo menos de preguntarle:

– ¿Qué te pasa?

– Nada. ¿Quieres que afile un poco?

Y ocupó el puesto que le cedió Panuflo, dirigiéndole una mirada de desconfianza.

«Decididamente, pensó el ex presidiario, algo medita contra mí el compadre. Pero aún ha de nacer el que á mí me la pegue. Antes de que ponga en ejecución lo que trama, yo le ajustaré la cuenta.»

XV

MAMÁ CEFERINA

Pocos días después de su viaje á Moiselles, Kerlor dijo á Fanfán:

– Amigo mío, mañana nos volveremos á París. Prepárate para el viaje.

El niño contestó con una mirada de gratitud.

En una de sus primeras conversaciones íntimas, su bienhechor le había permitido que le hablase de la buena señora y de Claudinet, prometiéndole darle pronto buenas noticias de ellos.

Aquella repentina marcha á París debía ser el cumplimiento de la promesa hecha.

Sin embargo, durante el viaje el conde no hizo la menor alusión á las personas en que Fanfán iba pensando.

Apenas instalados en París, llegó la hora de comer.

Fanfán había sido presentado realmente á Carmen y á Roberto, que no le habían visto sino de paso para Penhoet.

El niño ignoraba todavía el nombre de aquella señora y de aquel bizarro militar, que tanto parecía interesarse por él.

En presencia de los criados no se habló más que de asuntos relativos á la finca de Penhoet y de cosas insignificantes.

Después de la comida pasaron al salón, y allí hablaron de cosas más íntimas.

Jorge pareció animado de una agitación ficticia. Hablaba más que de costumbre y sus ojos brillaban con un brillo tan febril, que no tardó en inquietar á Carmen.

La velada pasó pronto.

A una pregunta de Roberto, relativa á los planes de Jorge sobre la educación de Fanfán, contestó el conde:

– Pienso meterlo en el colegio con vuestro Marcelino. Celebraría que los dos niños se amasen. Además, el porvenir de este pobre huérfano será objeto de una conferencia que deseo tener contigo, mi querido Roberto.

Fanfán experimentó una viva emoción.

Iban á darle otro amigo..., otro niño á quien amar.

Y la imagen de Claudinet se le apareció lastimera, como si le reprochase el olvido.

Fatigado del viaje, se rendía al sueño.

– Amiguito, le dijo Carmen, creo que es hora de que te acuestes.

– Como usted quiera.

– La camarera va á acompañarte á tu cuarto; pero antes de meterte en cama es preciso que reces tus oraciones.

– Todas las noches las rezo. Es una costumbre que me enseñó la buena señora y á la cual no falto nunca.

– ¿La buena señora?.. ¿A quién llamas la buena señora?

– Una persona, interrumpió Jorge, á quien este niño conoció vagamente tiempo atrás.

Aunque todas las fibras de su corazón se estremecieron al oir la manera desdeñosa con que Kerlor hablaba de la que él adoraba tanto, Fanfán bajó la cabeza sin contestar y contuvo las lágrimas próximas á brotar de sus ojos.

Había visto en el rostro del conde tal expresión de dolor, que comprendió la necesidad del silencio.

– Pues bien, hijo mío, puesto que tienes la costumbre de orar..., añade en la oración de esta noche nuestros nombres á los de las personas por las cuales imploras la misericordia de Dios, añadió Carmen sin notar lo cruel de la interrupción de su hermano.

– Sí, señora, con mucho gusto... Dígame usted solamente por quien debo rogar.

– Por el señor y la señora d'Alboize. ¡Ea, buenas noches! ¡A dormir!

El niño, al oir el nombre que Carmen acababa de pronunciar, levantó bruscamente la cabeza.

¿Qué tienes?, le preguntó la señora.

– ¡Yo! Nada..., nada...

Y el niño siguió á la camarera, que le condujo al cuarto que le habían destinado en la planta baja del hotel, debajo del de Jorge, con el cual se comunicaba por una escalera interior.

Fanfán se acostó, pero tardó mucho en dormirse.

El nombre de Roberto d'Alboize le hizo pensar mucho.

No era la primera vez que sonaba á su oído, como el de Carmen, que Jorge daba á su hermana.

Al principio no se había fijado en esta última particularidad.

Pero ahora iba recordando.

¡Carmen! ¡D'Alboize! ¡Roberto!

El muchacho repetía maquinalmente estos nombres.

Entonces recordó todos los incidentes de la cartera en que *Caracol* guardaba la colección de cartas en las que el nombre de Elena, el de su bienhechora y el de Roberto se repetían con frecuencia, y al pie de las cuales aparecía el de Carmen.

De complicidad con Claudinet, él había robado aquellas cartas, cuya desaparición había determinado entre los bandidos una escena que no podía recordar sin estremecerse.

Entonces, aquel lazo que existía entre la señora Elena y los Sres. d'Alboize existía también entre ellos y Jorge de Kerlor, entre su protectora de ayer y su protector de ahora.

Luego aquellas cartas interesaban también á éste.

Fanfán recordó entonces la emoción que el conde experimentó en Penhoet al oir el nombre de Elena, y las preguntas que acerca de la buena señora le hizo.

Durante aquella conversación, Jorge había llorado, besándole por primera vez.

¿Estaba el niño ahora á punto de descubrir la clave de todo aquel misterio que no había podido explicarse?

Sí. La clave estaba seguramente en las cartas que había robado á *Caracol*.

Por tanto, era preciso recuperar aquella correspondencia.

En la precipitación con que huyó del tugurio de la calle de la Santé, no se acordó de cogerla.

El fajo debía estar intacto en el colchón de Claudinet.

Allí había que ir á buscarlo sin pérdida de tiempo.

Cualquier incidente imprevisto podía hacer que los miserables descubriesen la cartera.

Claudinet estaba tan enfermo...

¡Y si hubiese muerto!

¡Pobre amiguito!

Le había prometido ir por él lo más pronto posible.

¡Cuánto tiempo transcurrido desde aquella promesa!

La conciencia le acusaba de no haberla cumplido.

Resolvió ir al día siguiente, sin enterar á nadie, en busca de las cartas y de Claudinet.

Después de jurárselo á sí mismo, durmióse.

Mientras tanto, Carmen y Roberto habían sentido renovarse los temores que les inspiraba el estado de Jorge, que no mejoraba.

Adivinaban los siniestros pensamientos que germinaban en su mente. Preveían la locura y el suicidio inminente.

Carmen recordó que su madre le había arrancado el revólver de la mano en el momento en que iba á darse la muerte porque no le permitían casarse con Elena.

¡Qué de cambios desde entonces en la vida de todos!

Era preciso que aquella situación terminara .., provocar una explicación suprema..., llegar á una entrevista entre Elena y Jorge.

Acordaron escribir el día siguiente á Elena, anunciándole el regreso de su marido, á fin de tomar con ella una resolución definitiva.

Durante el almuerzo, Kerlor manifestó que ciertas diligencias le obligarían á pasar la mayor parte del día fuera de casa.

Y salió sin hablar á Fanfán de Claudinet ni de la buena señora.

Momentos después salieron en coche Roberto y Carmen.

Una vez solo, el niño colocó sus libros en una elegante estantería y puso en orden sus cuadernos de estudio.

Echóse luego en un sillón y meditó largo rato.

De pronto se levantó.

En sus ojos brillaban el valor y la energía.

Su resolución estaba tomada.

Cogió el sombrero y salió del cuarto.

Pero en vez de alejarse entró en el de Jorge.

No había nadie.

En una panoplia brillaban armas de toda especie.

Entre ellas, Fanfán cogió un pequeño revólver que estaba cargado y se lo metió en el bolsillo.

Cerró la puerta y bajó.

En el vestíbulo tropezó con un criado que le miró con sorpresa, pero sin atreverse á hacerle la menor observación.

Tampoco se atrevió el portero.

Nadie había recibido órdenes acerca del muchacho, cuya situación exacta ignoraba todo el mundo.

Salió á la calle.

Pero casi inmediatamente palideció y estuvo á punto de retroceder.

Acababa de ver á *Caracol* afilando un cuchillo en su muela á pocos pasos de allí.

Afortunadamente, el bandido, en aquel instante, estaba vuelto hacia la taberna hablando con el tabernero.

Fanfán aprovechó aquel minuto de distracción y atravesó rápidamente la calle sin ser visto.

Caracol seguía observando el hotel d'Alboize y forjando un plan que aún no podía definir.

Pero venía ahora sin su cómplice.

En su casa volvía á reinar la escasez.

Aquella mañana los tres socios habían querido ahogar sus penas en aguardiente.

Y habían vaciado una porción de copas.

Panuflo había obligado á Claudinet á beber un trago, permitiéndose bromas espantosas acerca de la muerte que acechaba al pobre tísico.

Luego le habían enviado á pordiosear, como todos los días, desde que los bandidos no podían tolerar sus accesos de tos.

El pobrecito iba errante por las calles, tendiendo la mano á los transeuntes, refugiándose en los portales contra las inclemencias del tiempo, pensando en su amigo Fanfán.

No volvía á su horrible domicilio hasta que el frío ó el hambre le obligaban.

Aquella mañana, después que *Caracol* hubo partido con su muela á cuestas, Panuflo, aprovechando la ocasión en que se encontraba solo con Ceferina, hizo creer á ésta que *Caracol* les engañaba á los dos; que había escondido las cartas del coronel, fingiendo que se las habían robado, para cobrar el importe de la venta y escaparse con una mujer joven y bonita con la cual tenía relaciones secretas.

Ceferina no quiso creerlo al principio.

Pero Panuflo se dió tal maña en convencerla, que la sonámbula decidió vengarse de su infame marido dándole la muerte.

Al juramento de la mujer siguió una apasionada declaración de Panuflo, que nunca había conseguido de Ceferina más que algunos abrazos sin consecuencias.

Por último, entre el despecho de los celos y la admiración que le inspiraba Isidoro, la rolliza jamona juró que, después de haberse vengado de *Caracol*, se casaría con Panuflo.

Después de lo cual pidióle más aguardiente y acabó de emborracharse, hasta caer como muerta al pie de la cama.

Panuflo le quitó el poco dinero que le quedaba, y se fué

Al volver la esquina del callejón encontró á Claudinet, que tiritaba de frío bajo un alero.

– ¿Qué haces ahí?, le dijo. ¿Esperas que pase el ómnibus del cementerio? Anda á calentarte un poco á casa. Tu tía duerme la mona.

Y se alejó, haciendo sonar en el bolsillo el dinero de Ceferina.

Como todos los tísicos, Claudinet forjaba bellos proyectos para el porvenir.

– Volverá Fanfán y me llevará á casa de la buena señora, donde, á fuerza de cuidados, recobraré enteramente la salud. La primavera habrá vuelto y yo veré otra vez los árboles cubiertos de verdura y oiré el gorjeo de los pájaros...

El infeliz no sentía la lluvia que le calaba sus harapos.

No pensaba más que en la felicidad evocada y compartida con su compañero de pasados infortunios.

De pronto..., ¡oh sorpresa inaudita!.

Paró un coche en la esquina del bulevar de la Glaciere.

Y de aquel coche saltó Fanfán.

¡Era Fanfán!.. ¡Sí!.. Estaba dando instrucciones al cochero.

Luego se metió por la calle de la Santé, tapándose algo la cara con el pañuelo, á fin de no ser reconocido.

Pero ya le había reconocido Claudinet.

Fanfán vió de pronto á su amiguito y le recibió en sus brazos, medio desmayado.

Escena de ternura indescriptible.

– Vengo á buscarte, le dijo Fanfán cuando las lágrimas le permitieron hablar.

– ¿No has podido venir antes, verdad? Ya lo suponía.

– No estábamos en París. Hasta ayer no llegamos de la Bretaña. No podía escribirte, porque *Caracol* se hubiera enterado del sitio en que nos encontrábamos. Y como es mi padre, me hubiera podido reclamar.

– ¿Y qué tal el caballero á quien salvaste y que te llevó con él? ¿Es bueno contigo?..

– Como no puedes figurarte.

– ¿Por qué no te acompañó hoy?

– No sabe que yo esté aquí.

– Entonces, ¿cómo vas á poderme llevar á su casa?

– Estoy seguro de que se alegrará. Se interesa mucho por ti. ¡Es tan bueno!

– Hiciste mal en no decirle que venías á buscarme.

– No... Escucha... A mi bienhechor le atormenta alguna pena muy grande que yo no he podido descubrir. Siempre está muy triste y á menudo los ojos se le llenan de lágrimas.

– ¡Pobre señor!

– Entonces se me ha ocurrido una cosa.

– ¿Cuál?

– Creo que las cartas que le quitamos á *Caracol* harían un gran bien á mi protector.

– ¿Por qué?

– Te lo contaré todo.

Y efectivamente, Fanfán refirió á Claudinet todo lo que había averiguado acerca de Kerlor, Roberto y Carmen y cuanto le había ocurrido desde su huída con el conde.

Enterado de que las cartas podían devolver la dicha á las personas que rodeaban á su amigo, Claudinet le dijo:

– ¡Vamos pronto por ellas!

– ¿El fajo sigue en tu colchón?

– Sí.

– ¿Tienes una navaja para descoserlo?

– Sí. Mi tío se fué con la muela, Panuflo acaba de salir y me ha dicho que mi tía estaba durmiendo.

– ¡Vamos!

– No; mejor será que me esperes. Yo iré por las cartas...

– Quiero acompañarte. Temo que te ocurra algo.

– ¿Qué quieres que me ocurra? Ellos no están y mi tía duerme.

– Puede despertar, sorprenderte, ver en tus manos las cartas que tanto han buscado... Tiene más fuerza que tú y te las quitaría.

Tienes razón. Vamos juntos. Pero si nos sorprenden, no te cuides de mí. Coge las cartas y huye. Yo distraeré la atención de mi tía.

– ¿Y si te pega?

– No importa. Ahora que sé dónde vives, iría á buscarte luego. Vamos pronto.

Cogió de la mano á su amigo, y ambos se metieron corriendo por el siniestro callejón.

Claudinet, después de abrir sin hacer ruido, penetró el primero hasta el cuarto del fondo.

A una señal tranquilizadora, Fanfán le siguió, después de haber vuelto á cerrar la puerta.

Ceferina, tendida boca arriba y con los brazos en cruz, en medio del cuarto, roncaba con estrépito.

Aquel espectáculo no era nuevo para los niños.

Sin embargo, Fanfán, que había salido de aquel ambiente nauseabundo, experimentó un vivo sentimiento de repulsión y de asco.

Bajó la cabeza, y al levantarla, sus ojos estaban inundados de lágrimas.

– ¿Qué tienes?, le preguntó Claudinet inquieto.

– ¡Pienso que esta mujer es mi madre!

– ¿No te digo yo que eso no es posible?

– ¡Ay, mi pobre amigo, ahí están las pruebas!.. Pero vamos á nuestro objeto...

– No hagas ruido..., que si despierta...

Pasaron por encima del cuerpo de la borracha y subieron los pocos escalones que conducían al cuarto de Claudinet.

– ¡Dame tu navaja!, dijo Fanfán.

– Toma... ¡Date prisa!.. ¿Encuentras la costura que hicimos?

– Sí; el hilo es más delgado. ¡Ya está!

Fanfán metió la mano en la abertura, buscando entre la lana polvorienta y los trapos de que estaba hecho el colchón.

– ¿Tocas algo?

– Sí... La cartera... Ya la tengo.

Sacóla Fanfán, y ambos examinaron si se hallaba intacta.

– Esto es... Huyamos...

Levantaron la cabeza y dieron un grito.

Tenían delante á Ceferina que les observaba desde la puerta, apoyándose en el marco de la misma.

– ¿Qué es esto?, dijo con torpe lengua, bajo la acción de la embriaguez. ¿Ese viene ahora á robarnos?.. ¿Qué has cogido ahí, muñeco?.. ¡Ah! ¡Ya!.. ¡La cartera!.. ¡Treinta mil francos! ¡Conque eras tú el ladrón!..

– No fué Fanfán quien cogió la cartera, dijo Claudinet, estrechándola en su mano descarnada y temblorosa. Fuí yo, y no se la devolveré.

– Uno ú otro, lo mismo da... Por de pronto, no saldréis de aquí. Cuando vuelvan los hombres, nos explicaremos... Y no contéis escaparos por la ventana, porque el barrote de la reja vuelve á estar clavado. Esta vez el pájaro no se escapará de la jaula.

La beoda retrocedió un paso en actitud de cerrar la puerta bajo llave.

La situación era terrible.

Fanfán se sintió perdido.

– ¡Piedad, tía Ceferina!.., exclamó Claudinet. ¡Escucha!.

La sonámbula tiraba ya de la puerta.

– ¡Pues bien!.., dijo entonces el pobre tísico. ¡Fanfán, pasa por encima de mi cuerpo y acuérdate de las personas que amas!

Agachóse al mismo tiempo que así hablaba, y quedó cogido entre la puerta y el marco, pero impidiendo que aquélla se cerrara del todo.

Fanfán se precipitó para impedir que la borracha aplastase á Claudinet con la puerta.

Éste le gritaba, sin resuello:

– ¡Anda! ¡Huye!

Esta escena tremenda no duró más que un instante.

Claudinet iba á morir aplastado bajo el bestial esfuerzo de la mujer.

De pronto, Fanfán, haciendo un desesperado esfuerzo por salvar al pobre tísico, sintió en su bolsillo algo duro que le lastimaba.

– ¡El revólver!, pensó. ¡El revólver del conde!

Y sin reflexión, maquinalmente, metió la mano en el bolsillo y sacó el arma.

Bruscamente apoyó el cañón en la sien de Ceferina, gritándole alocado:

– ¡Suéltalo! ¡Suéltalo, ó te mato!..

– ¡A mí!.., rugió Ceferina. ¿Serías capaz de matarme á mí?

– ¡Sí! ¡Sí, si no sueltas inmediatamente á Claudinet!, repitió Fanfán con terrible acento. ¡Te mataré como á una fiera!..

Y como la fiera mantenía su instinto de conservación, al ver la mirada terrible de Fanfán dispuesto á todo, retrocedió espantada, afortunadamente para Claudinet, que iba á sucumbir.

– Levántate, dijo Fanfán á su amiguito, sin dejar de apuntar á la fiera. Sabes dónde me espera el coche. Ve delante, corre.

El pobrecito le obedeció, titubeando.

Sin perder de vista á su enemiga, Fanfán anduvo hacia atrás hasta la puerta.

Los muchachos salieron.

Estaban ya á mitad del callejón, casi en seguridad, cuando la miserable salió de su casa gritando:

– ¡Ladrones!.. ¡La..!

Pero no pudo terminar el segundo grito.

Á la brusca impresión del aire frío de la calle, la horrible mujer cayó al suelo, bajo la acción de su borrachera.

Y quedóse gruñendo, medio dormida:

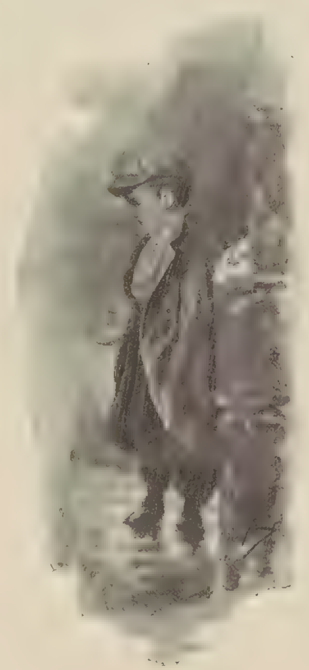
– ¡Ese canalla de Fanfán!.. ¡Ese canalla de Eusebio!.. ¡Isidoro, soy tuya, toda tuya, para ti solo!

Mientras tanto, los niños se metieron en el coche, que los condujo al hotel d'Alboize.

En el camino, Fanfán, aterrado, dejó caer á sus pies el revólver con que acababa de amenazar de muerte á Ceferina, y se abrazó á Claudinet, sollozando.

Éste le dijo con acento de profunda convicción:

– ¿No te lo decía yo, Fanfán?.. ¡No es posible que sea tu madre!



El infeliz no sentía la lluvia que le calaba sus harapos

XVI

LOS CELOS DE UNA SONÁMBULA

Caracol tenía fama, entre los bandidos de su calaña, de ser maestro en la preparación del terreno para robos de toda especie.

Nadie como él para levantar el plano de una vivienda, hacerse cargo, al primer golpe de vista, de las facilidades ó dificultades de un *negocio;* prever las interrupciones posibles, asegurar la retirada y conocer el momento crítico en que tal ó cual operación podía verificarse con menor riesgo.

El escalo del hotel d'Alboize le parecía cosa fácil.

En esto estaba él pensando á la puerta de la taberna en que le vió Fanfán.

– Si el conde me sorprendiera, no se atrevería á armar escándalo, por temor de que yo revelase la entrega del niño. Del coronel tampoco hay mucho que temer. Cuando tan caras pagaba sus cartas, es que pueden comprometerle, y estando en la creencia de que obran en nuestro poder, tampoco querrá privarse del medio de recuperarlas. De modo que, aunque me cojan in fraganti, si escapo al tiro de revólver del primer momento, las consecuencias no pueden ser muy graves... Y á estas horas conozco tan bien la casa, que no me dejaría sorprender fácilmente. Para nada necesito al traidor de Panuflo. No se trata de asesinar á nadie, sino de *arramblar* con lo que se pueda y tenga algún valor. Panuflo, que indudablemente tiene las cartas, intenta, con seguridad, dar el golpe, solo, por su cuenta. De quien debo preservarme sobre todo es de él. ¡Vamos! ¡Está visto que no tengo más remedio que mandarlo á Cayena!

Entró en la taberna, pidió una botella de vino y recado de escribir, bebió un par de tragos para cobrar ánimo, y poniendo á contribución los estudios de caligrafía hechos en el presidio de Clairvaux, redactó, con redondilla admirable, una denuncia en regla, firmando: *Un amigo de la Justicia.*

Indicaba al Sr. Procurador de la República la casa en que se ocultaba Isidoro, escapado de Cayena.

Puso en el sobre la indicación de «urgente», y fué en persona á echar el pliego en el buzón del Palacio de Justicia.

– ¡Ya no hay remedio!, exclamó el bandido. Ahora, ¡á casa!

Al entrar en su tugurio, comprendió en seguida que ocurría algo grave.

Ceferina, apenas vuelta de su borrachera, con el traje en desorden, le miraba con espantados ojos.

Un relámpago de odio brilló un momento en ellos.

Caracol no hizo caso.

Panuflo, de codos en la mesa, delante de un vaso de ajenjo, permanecía mudo.

En su rostro se dibujaba toda la bestialidad de su carácter feroz.

Caracol no pudo reprimir un ligero estremecimiento al verse en presencia del que acababa de denunciar, y que no vacilaría, si lo supiese, en hacerle pagar cara su traición.

– ¿Qué pasa?, preguntó.

– ¡Ha estado aquí Fanfán!, contestó Panuflo.

– ¿Fanfán?

– ¿Y sabes á qué vino?

– ¿A ver á Claudinet?

– Claudinet ha huído con él.

– No importa. Sé dónde cogerlos.

– No es eso todo.

– ¿Pues?

– Fanfán vino á robar las cartas del coronel.

– ¡Las cartas de..!

La noticia asombró tanto á *Caracol,* que éste se quedó con la boca abierta.

Después continuó:

– Luego sabía dónde estaban.

– El pillete las había escondido en el colchón de Claudinet.

– Nunca se te ocurrió mirar.

– Ni á ti tampoco.

– Es verdad... Pero ¿cómo habéis consentido?.

– Yo no estaba aquí. De lo contrario...

Un gesto enérgico acentuó la frase.

– ¿Y Ceferina?

– Estaba borracha.

– ¡Borracha!

– Quiso detener á los tunantes... Pero Fanfán la tuvo á raya revólver en mano. ¡Robo á mano armada!

– ¡Lástima que ese muchacho no quisiese aprovecharse de mis lecciones!

– Yo siempre dije que era una alhaja.

– Entonces, las cartas con que contábamos..

– ¡Eclipsadas!

El golpe era terrible para *Caracol.* Otra vez se le escapaba la fortuna de las manos.

Y el que le arruinaba era Fanfán, de acuerdo sin duda con Kerlor y d'Alboize.

¡Y acababa de delatar á su amigo, por vengarse de una traición que no había cometido!

Arrancóse la corbata y se desgarró el cuello de la camisa, como para dejar circular libremente la sangre que le ahogaba.

Luego descargó su rabia en Ceferina, acusándola de todo, por borracha.

Y empezó una escena espantosa.

Una lucha de fieras.

El combate no cesó hasta el agotamiento de fuerzas de los combatientes.

Para operar la reconciliación, Panuflo hizo que Ceferina fuese á comprar una botella de vino, acompañándola hasta la puerta.

Y aprovechó la ocasión para decirle:

– Disimula, mujer. No demuestres tenerle rencor. Esta noche misma haré que le veas en compañía de la mujer con quien te engaña... y de un solo golpe te vengarás de todo.

– ¡Sí, sí! ¡Quiero vengarme!

– ¡Anda! Tráete el vino... y muéstrate amable. ¡Ya verás cómo yo te querré!

El monstruo se alejó.

Panuflo volvió á la sala.

Caracol no se había movido.

– ¿Qué dices tú á todo eso?, le preguntó Isidoro, sentándose á su lado.

Caracol levantó la cabeza.

Ambos se miraron de hito en hito durante un par de segundos.

Pero en seguida, como cediendo á una fuerza irresistible, desviaron simultáneamente la mirada.

No se atrevían á mirarse de frente.

Caracol se acordó de su denuncia, pero ya no había remedio.

(Continuará)

NUEVO APARATO

PARA DEMOSTRAR LA ROTACIÓN DE LA TIERRA

Todo el mundo ha oído hablar del célebre experimento que Leon Foucault realizó en el Panteón en 1851 y por medio del cual se obtuvo por vez primera una demostración experimental directa de la rotación de la tierra.

Foucault partía del principio de que cuando un péndulo oscila y está libremente suspendido alrededor de un punto, el plano en que oscila es invariable; si se hace dar vueltas al sustentáculo que lo sostiene, el plano de oscilación permanece fijo en el espacio.

Ahora bien: todo péndulo fijado en un sustentáculo estable que descansa sobre el suelo tiene, por esto mismo, un sustentáculo que participa del movimiento de rotación de la tierra. Por consiguiente, si la tierra da vueltas, como el plano en el cual oscila el péndulo es invariable, se moverá con relación á la tierra y parecerá que es él el que gira en sentido inverso al movimiento rotatorio del planeta, por efecto de la ilusión óptica que se observa viajando en ferrocarril cada vez que el tren en que uno va permanece inmóvil al lado de otro que está en movimiento.

Foucault realizó su experimento con ayuda de un péndulo formado por un hilo de metal de 65 metros de largo, suspendido á la cúpula del Panteón, que llevaba en su extremo inferior una bola de plomo muy pesada. A cada oscilación, un cuchillo fijado debajo de esta pesada esfera rozaba dos montoncitos de arena, y veíanse cambiar de sitio las brechas periódicamente practicadas en estos montones, en dirección de Este á Oste y con una velocidad constante tal, que de ella se deducía una vuelta entera en 36 horas.

El experimento de Foucault, tan sencillo en apariencia, es de realización difícil si no imposible cuando no se dispone de un local que tenga por lo menos 10 ó 12 metros de altura; así es que hasta estos últimos tiempos este experimento era uno de esos experimentos célebres de los que todo el mundo habla y nadie ha visto.

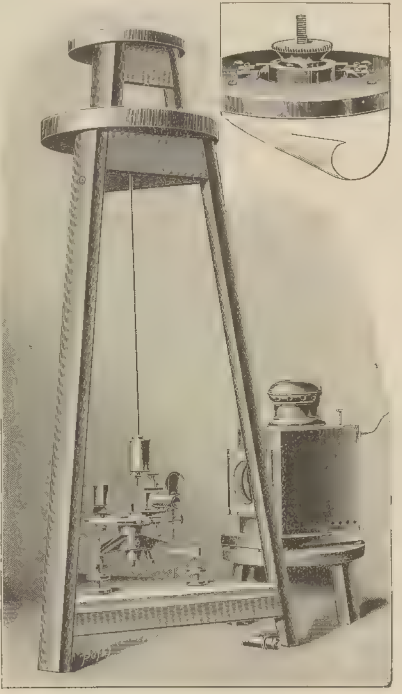
M. Alfonso Berget, doctor en Ciencias, ha conseguido repetir de una manera sencilla y segura este experimento fundamental, y no recurriendo al Panteón como sustentáculo, sino con un simple péndulo de un metro de largo. Para ello se ha servido, no de un péndulo de hilo, sino de uno formado por una barrita rígida de bronce que contiene un cilindro de latón de dos kilogramos de peso.

El aparato está sostenido por una suspensión de Cardan formada por dos cuchillos de acero puestos en dos anillos y colocados en ángulo recto: en estas condiciones, si las aristas de los dos cuchillos tienen sus prolongaciones que se encuentran sobre el eje de la barrita de bronce, el péndulo oscila realmente alrededor de un punto geométrico y se presta á la realización precisa del experimento de Foucault.

Cuando está inmóvil la barrita vertical se proyecta en el centro de un círculo dividido provisto de una alidada, sobre la cual hay un microscopio, cuyo eje óptico es un radio del círculo: esta alidada lleva un vernier de tornillo que permite medir con precisión pequeños ángulos.

Se aparta el péndulo de su posición de equilibrio por medio de un hilo que lo une á una barrita fijada en el eje del microscopio, luego se apunta un estilo muy fino con que termina la barrita de bronce y se quema el hilo. Entonces el péndulo oscila, y á cada posición extrema de su oscilación su imagen está á punto en el campo del microscopio.

Este campo está atravesado por un retículo; y si al empezar el experimento se ha puesto la imagen del estilo oscilante de modo que coincida con el hilo vertical, á la segunda oscilación se ve que la coincidencia cesa en el sentido indicado por la teoría. Si al cabo de seis minutos se procede á restablecer la coincidencia, se ve que ha sido preciso mover un grado el microscopio sobre el círculo, que es exactamente el ángulo que señala la astronomía. El experimento, presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París por M. Lippmann, ha sido repetido con gran éxito por M. Berget en el



Péndulo de A. Berget para demostrar la rotación de la Tierra. En la parte superior está dibujada la suspensión á la Cardan

Observatorio de la misma capital delante de los miembros del Congreso del Mapa del Cielo. Pocos días después se reprodujo en el gran anfiteatro de Física de la Sorbona delante de los miembros del Congreso de Física, que acogieron con aplausos unánimes y entusiastas esta notable demostración que desde ahora será un experimento corriente. El grabado que publicamos representa el aparato tal como estaba dispuesto en el Observatorio, en donde el experimento se realizó con luz eléctrica.

La construcción de este aparato, de una delicadeza extraordinaria, honra á los constructores franceses los Sres. Chateau, que han hecho la parte mecánica, y el Sr. Pellin, de cuyos talleres ha salido la parte óptica.

M. Otto.

***

EL ACUARIO DE AGUA DE MAR

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

El acuario de agua dulce que se construyó en 1878 al mismo tiempo que los jardines del Trocadero, se ha convertido desde 1884 en un establecimiento de piscicultura en donde se crían diversos salmónidos destinados á repoblar la cuenca del Sena. En la actualidad constituye todavía un encantador punto de paseo, en donde durante los grandes calores se goza de una frescura deliciosa al par que se contempla el desarrollo del salmón de California y de la trucha de arco iris, desde la morralla casi microscópica hasta los peces adultos de gran corpulencia.

También se ven allí algunas carpas muy ancianas, á juzgar por su corpulencia y por el aspecto gastado de sus escamas. En uno de los depósitos hay un siluro que se encontró en un estanque de Versailles, en donde hace cincuenta años fueron arrojados algunos de sus congéneres: es un pez muy voraz, con una cabeza tan grande como la de un niño y una boca enorme. El ejemplar á que nos referimos mide 1'35 metros de longitud y pesa 55 kilogramos: aunque muchos visitantes lo toman por un pez de mar, es un habitante de los lagos de Suiza.

En el Trocadero no hay agua de mar, y el nuevo acuario, completamente alimentado con ésta, ha sido construído por los Sres. A. y H. Guillaume en los muelles del Sena, á lo largo del Cours la Reine. La dirección técnica del mismo ha sido confiada á M. Bouchereaux, que conoce á fondo todas las cuestiones de piscicultura y de ictiología. Muchos se preguntan cómo es posible renovar esa agua con bastante frecuencia para que pueda vivir en buena salud la numerosa población marina que en el acuario habita, y causará de momento no poca sorpresa el saber que dicha agua no se renueva nunca. Se llevaron en barcos 500 metros cúbicos de agua de mar necesarios para llenar los depósitos, y siempre es la misma la que hay en ellos; según parece, cuanto más vieja es el agua más á gusto se encuentan los peces en ella; como el vino, el agua de mar mejora envejeciendo, pero no se puede dejarla inmóvil, sino que es preciso trabajarla continuamente.

En efecto, se comprende que es necesario alimentar á los habitantes, que éstos digieren y que por lo tanto hay inmundicias permanentes; también es preciso que el oxígeno disuelto esté en cantidad suficiente para permitir respirar á los peces.

La provisión de agua llena todas las condiciones necesarias para hacerla constantemente habitable, gracias al mecanismo que la hace circular en los depósitos pasando por el filtrado y la aeración. Un sistema de sifones de barro permite sacar el agua del fondo de los depósitos y llevarla por un conducto general á un depósito grande con capas de arena y guijarros alternadas, que constituye el filtro. Desde allí pasa el agua á una cisterna, desde la cual llega á los aparatos de aeración, que consisten en unas campanas en donde el aire está comprimido á cinco atmósferas por medio de bombas movidas por un motor eléctrico.

Esta presión es necesaria para asegurar la disolución de una cantidad suficiente de oxígeno. El agua, regenerada de este modo, sube á una canalización por la cual va á parar de nuevo á los depósitos, y las numerosas burbujas que en ella se ven atestiguan su riqueza en oxígeno.

La sala en donde se encuentra el público representa un fondo submarino, sobre el que descansa un buque naufragado, reconstitución auténtica, cuyo

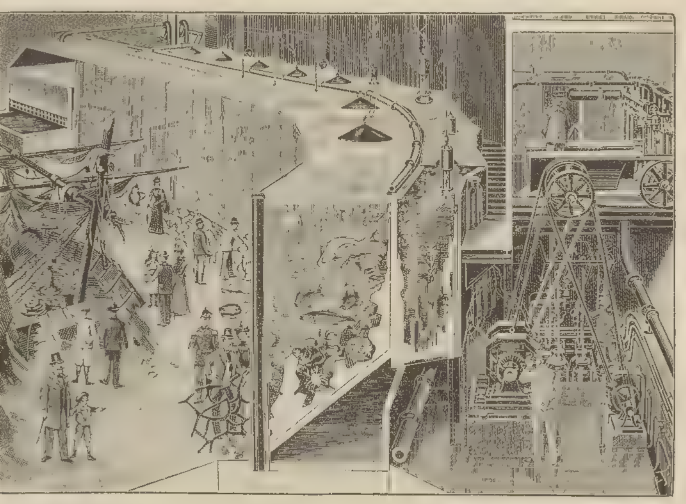


Fig. 1. – Vista interior del acuario y del mecanismo

resto se continúa en el agua de los grandes depósitos situados en el extremo, en los cuales se ve en ciertas ocasiones trabajar á algunos buzos. En el otro extremo de la sala, en un segundo gran depósito se ven graciosas sirenas que en realidad no están dentro del agua y que ejecutan sus evoluciones sobre una alfombra vivamente iluminada y colocada debajo y detrás del depósito. El espectador ve la imagen de las mismas levantada en un cristal inclinado de 45°, lo que le produce la ilusión de un cuerpo flotante en el agua; la disposición es la misma que ofrecen ciertos espectáculos de feria; pero en el caso que nos ocupa se le ha añadido un perfeccionamiento, que consiste en imprimir á la alfombra un movimiento de traslación, para lo cual está montada como una correa sin fin y es arrastrada constantemente por un motor eléctrico, de suerte que las sirenas no tienen más que colocarse encima para atravesar el acuario en toda su longitud. La segunda alfombra colocada al lado de la primera, que se mueve en sentido inverso, vuelve á conducir á las sirenas al punto de partida.

Todos los depósitos están llenos de peces, plantas, crustáceos y zoófitos de las más diversas especies: lenguados, platijas, lijas, caballas, corales, langostas y hasta pequeños tiburones; en una palabra, allí están representadas toda la fauna y toda la flora marinas.

A fin de dar mayor profundidad, ó mejor dicho, más perspectiva á los depósitos sin emplear una cantidad excesiva de agua, se les ha dividido en dos partes por medio de un cristal transparente paralelo al que está de cara al público: el primer compartimiento está lleno; el segundo, vacío y contiene una decoración de rocas, moluscos, etc. Además, siempre de cara al público, la pared del fondo va provista de un espejo y en los lados hay también otros espejos que producen la ilusión óptica de que el acuario se compone de un solo depósito, cuando en realidad hay doce.

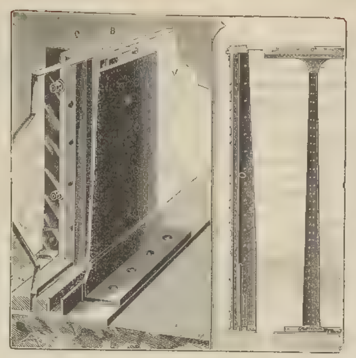


Fig. 2. – Detalles de la montura de los cristales del acuario

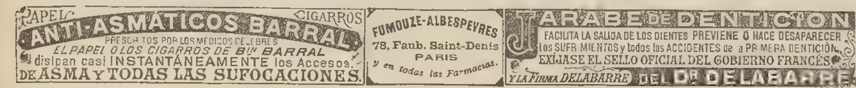
La iluminación se obtiene por arriba por medio de lámparas eléctricas de un bellísimo efecto, pareciendo los depósitos mucho más grandes y más poblados de lo que son en realidad.

Constituía una gran dificultad el hacer completamente estancas las junturas de los cristales, que únicamente se apoyan por sus bordes en los hierros en T que forman el marco de los depósitos; después de haber ensayado diferentes almácigas, se ha conseguido el objeto que se deseaba colocando simplemente entre el cristal y el hierro una plancha de madera de *pinus rigida*, con lo cual se logra una juntura muy estanca y al mismo tiempo suficientemente elástica para permitir la dilatación.

Casi todos los cristales tienen una altura de 5'60 metros y resisten una presión de 3.600 kilogramos por metro cuadrado. Si alguno de ellos se rompe, no se vacia más que un depósito, porque todos son independientes.

Sería de desear que después de la Exposición no desapareciera esta instalación interesante, sino que pasara á depender de alguno de los establecimientos de piscicultura marina como el que dirige M. E. Perier en la isla de Tatihou, cerca de Saint-Vaast-la-Hougue; de este modo se pondría en el centro de París á la disposición de los sabios y de los trabajadores un laboratorio que les permitiría continuar los estudios que hoy sólo pueden hacer permaneciendo en comarcas en donde les faltan los principales recursos que forman el complemento indispensable de las investigaciones científicas.

G. MARESCHAL.









LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Poesías, por *Samuel A. Lillo.* – El distinguido poeta chileno Sr. Lillo ha reunido en este libro algunas inspiradas composiciones, escritas sobre diversos asuntos y en variados metros, en las cuales predomina la nota del sentimiento y abundan las imágenes brillantes. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile, en la Imprenta Moderna.

* * *

Química Orgánica, por *R. Carracido.* – La guerra moderna, por *Rubió y Bellvé.* – Formando parte de la notable biblioteca «Manuales Soler» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Manuel Soler, se han publicado estos dos libros, debidos el primero al sabio profesor de la Universidad Central Sr. Carracido, y el segundo al conocido y reputado publicista militar el comandante de Ingenieros Sr. Rubió y Bellvé. Ambos tomos, escritos por dos verdaderas autoridades en las respectivas materias de que se ocupan, están admirablemente pensados y responden perfectamente á la levantada idea que ha movido al Sr. Soler á publicar sus *Manuales*, cual es la de poner al alcance de los más profanos los principios de las ciencias y las manifestaciones del arte, y ofrecer á los hombres de mayor elevación intelectual una fórmula sencilla que pueda servirles de recuerdo en cada materia científica. Véndense encuadernados á 1'50 pesetas uno

* * *

Quintín Trastienda, por *Sebastián Gomila.* – Como en todas las que salen de la pluma del Sr. Gomila, es en esta novela el rasgo saliente un gran espíritu de observación: los tipos están tomados del natural; los caracteres están bien estudiados y sostenidos, y en el desenvolvimiento de la acción preside la mayor verdad. Además el fondo de la obra encierra un buen pensamiento y el estilo es castizo y llano, en armonía con la índole del asunto y con el carácter de la novela, que es la primera de una serie que con el título de «Novelitas vulgares» está preparando su autor. Editada en Madrid por D. Fernando Fe, véndese á 60 céntimos el ejemplar.



Capilla de la Virgen de la Guía, en Olot, cuadro de Antonio de Ferrer



Caridad, cuadro de Antonio de Ferrer



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX ⟵ Barcelona 12 de noviembre de 1900 ⟶ Núm. 985

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PLÁCIDO SUEÑO, cuadro de Antonia de Bañuelos, y retrato de la autora

SUMARIO

Texto. – *Crónicas de la Exposición de París. Secciones españolas*, por Juan B. Enseñat. – *Historia madrileña. La generala viuda*, por Kasabal. *La novela de un autor*, por José Juan Cadenas. – *Huesos removidos*, por José María Sbarbi. – *En la calle*, por José Rodao. – *Nuestros grabados.* – *Noticias necrológicas.* – *Problema de ajedrez.* – *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). – *Los títeres en la Exposición de París. «Bonshommes Guillaume»*, por G. Mareschal. – *Los números preferidos por los diversos pueblos*, por Delauney.

Grabados. – *Plácido sueño*, cuadro de Antonia de Bañuelos, y *retrato de la autora.* – *Exposición Universal de París. Instalación de la casa Pons y Bonet, de Palma de Mallorca.* – *Instalación de las fábricas de tabacos Henry Clay y Bock y C.ª, de la Habana*, dibujos de Junyent. – Dibujo de Huertas que ilustra el artículo titulado *Historia madrileña.* – *Santa Isabel, reina de Hungría*, grupo escultórico de Torcuato Tasso. – *Conflicto chino La defensa de las legaciones en Pekín*, dos dibujos. – El tenor catalán *D. José Palet.* – *Regreso á la granja*, cuadro de A. Maure. – *Retrato de un marino*, pintado por Franz Hals. – *La Ilusión vencida por la Experiencia*, cuadro de Botticelli. – El ilustre filólogo *Max Muller.* – Figs. 1, 2 y 3. – *Los títeres en la Exposición de París.* – *El intruso*, cuadro de Walter Hannemann.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

SECCIONES ESPAÑOLAS

La Exposición toca á su fin y con ella habrán de terminar estas crónicas.

Mas no quisiéramos llegar al término de nuestra tarea sin completar la lista, en anteriores crónicas continuada, de los expositores españoles que han representado dignamente el país en este gran Concurso. El número de ellos es escasísimo con relación al contingente de las demás naciones; pero esta es una razón de más para que figuren en nuestra reseña.

Afortunadamente, los pocos españoles que «han querido quedar bien» han probado una vez más, á la faz del mundo, que en ciertas industrias puede España competir con los países más adelantados, y que muchos productos de nuestro suelo no tienen rival.

En la sección de vinos y licores han obtenido gran premio: la Compañía Vinícola del Norte de España, domiciliada en Bilbao; la casa Sandemán, Buck y Compañía, de Jerez; D. J. M. Rivero, de Jerez, y el Anís del Mono.

Por razones diversas han presentado fuera de concurso sus vinos de Jerez los marqueses de Misa y de Segovia y el Sr. García del Salto.



Exposición Universal de París. – Instalación de la casa Pons y Bonet, de Palma de Mallorca

Los marqueses del Mérito y de Bertemati y los Sres. Díez Hermanos han visto premiados con medalla de oro sus vinos de Jerez, é igual recompensa han obtenido los vinos tintos y blancos de D. Luis Quer y de la Sra. Viuda de Tomás Abelló, de Reus; los vinos de Málaga de Ricardo Eller, y los vinos de mesa, tintos y blancos, de los Sres. Sainz Romillo, de Madrid.

¡Lástima que la mayor parte de estas notables instalaciones hayan estado al cuidado de representantes que no han podido dar al comercio ni á la prensa ni al público los datos que se adquirían fácilmente en las instalaciones similares de las demás naciones!

Donde se han facilitado conocimientos útiles, no hemos dejado de apuntarlos, con el propósito de reproducirlos aquí, en bien de nuestro país y en provecho de los expositores, cuya inteligente previsión merece de nuestra parte esta pequeña recompensa.

Así es que, por ejemplo, del marqués de Segovia, antes citado, podemos añadir que surte de vinos de Jerez á la celebérrima casa Félix Potin, de París, que tiene un sinnúmero de colmados grandiosos en la capital y sucursales en provincias.

Los vinos de Castilla, presentados por los señores Sainz Romillo, de Madrid, han tenido gran éxito entre la gente conocedora. Esta casa, fundada en 1845, tiene establecidas sus bodegas en Velilla de Don Antonio desde 1870 y coloca la mayor parte de sus productos en la capital de España, aunque también se dedica á la exportación, principalmente á América. Ya obtuvo alta recompensa en la Exposición de París de 1889, no sólo por sus vinos, sino que también por sus anisados y vinagres, que proceden exclusivamente de vino, sin que se emplee otra clase de materias en su elaboración.

El marqués de Cabra ha obtenido Grandes Premios por su aceite de oliva y por su filtro neumático para aceites, que reune ventajas que no presenta ningún otro procedimiento.

Han merecido también Grandes Premios los aceites refinados de oliva enviados de Martos por el marqués de Acapulco; los aceites y aceitunas de los señores Lacave y Compañía, de Sevilla, y las muestras de judías, garbanzos y piñón presentadas por D. Manuel de Vega Cid, de Villanueva de Gómez.

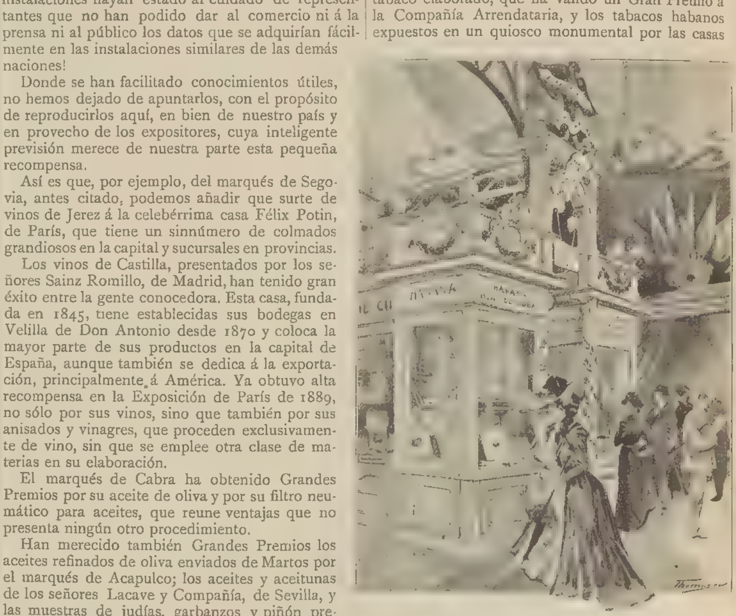
Con medalla de oro resultan premiados los aceites de oliva expuestos por Jesús del Prado y Compañía; las sardinas en aceite de Juan Goday, de Rianjo, y los productos de las Salinas de la Trinidad, de San Carlos de la Rápita.

En el primer palacio del Campo de Marte han figurado los productos de las industrias textiles, encajes, bordados, pasamanería, vestidos y demás prendas de uso, que han valido altas recompensas á varios expositores españoles. Los Sobrinos de Juan Batlló y el Instituto Industrial de Tarrasa ostentan Grandes Premios, aquéllos por sus géneros de punto, hilados y tejidos de algodón blancos, teñidos y estampados, y éste por sus tejidos de lana de diferentes clases y por sus géneros de punto.

El Colegio del Arte Mayor de la Seda, de Barcelona, el Gremio de Fabricantes de Sabadell y los señores Mañé y Ordeig, Bertrand é Hijo y Compañía, Salvador Buades, Sobrinos de Martí y Compañía, Jerónimo Rodríguez, A. Dasca Boada y Luis Pérez del Molino han visto sus diversos productos premiados con medalla de oro.

Una de las instalaciones que más han llamado la atención ha sido la de ropa blanca y bordados procedentes de la casa Pons y Bonet, de Palma de Mallorca. La vitrina es una imitación de la Lonja de la capital balear, y su contenido es indudablemente lo más notable que en su género se ha presentado en la Exposición. De una simple labor femenina, los señores Pons y Bonet han sabido hacer una industria importante, que no vacilamos en colocar entre las artísticas. Lo económico de la vida en Mallorca permite á las quinientas obreras de dicha casa hacer trabajos perfectos á precios muy económicos. El Jurado, como no podía menos de suceder, ha premiado esas artísticas, admirables labores con la más alta de las recompensas.

En el segundo palacio del Campo de Marte han figurado dignamente las instalaciones españolas de obras y objetos relativos á educación y enseñanza, de que dimos cuenta en una de nuestras crónicas anteriores, y las comprendidas en el grupo de industrias químicas, entre las cuales merecen citarse los aceites minerales y vegetales de Deutsch y Compañía, de Madrid, fuera de concurso por ser miembro del Jurado el expositor; el papel de los Sucesores de Torras Hermanos, premiado con medalla de oro; el tabaco elaborado, que ha valido un Gran Premio á la Compañía Arrendataria, y los tabacos habanos expuestos en un quiosco monumental por las casas



Exposición Universal de París. – Instalación de las fábricas de tabacos Henry Clay y Bock y C.ª, de la Habana

Henry Clay y Bock y Compañía, que asociadas sobre la sólida base de un capital de 7 millones de duros, poseen las fábricas de tabacos, cigarrillos y picadura más acreditadas del mundo. En esta magnífica instalación han figurado productos de las fábricas de tabacos Henry Clay, Aguila de Oro, Bock y Compañía, La Intimidad Española, Corona, Rosa de Santiago, Flor de Nares, Don Quijote y Estella, y productos de las fábricas de cigarrillos y picadura Henry Clay, Aguila de Oro, Legitimidad, Honradez, Hidalguía, Susini, Corona, El Comercio, Española y Fin de siglo.

La producción anual de estas fábricas se estima en más de 85 millones de tabacos y más de 1.160 millones de cigarrillos. Su venta equivale al 40 por 100 de la exportación de Cuba.

Estas marcas han sido puestas fuera de concurso en la Exposición por haber sido nombrado D. Francisco de P. Alvarez, que es el vicepresidente de estas dos compañías, individuo del Jurado Internacional y secretario del Jurado de la clase 91, constituído por los dos administradores de las Manufacturas del Estado francés, como presidente y ponente, un representante de cada una de las administraciones de rentas estancadas de Europa y un delegado de cada uno de los principales países productores de tabacos.

No pudiendo estas marcas optar á premio, por hallarse fuera de concurso, el Jurado de clase creyó justo y propuso por unanimidad recompensar con un Gran Premio á D. Gustavo Bock, como director general y gerente de estas dos compañías, que de tan brillante modo han honrado á la Exposición; recompensa unánimemente ratificada por el Jurado de grupo y por el Jurado superior.

Finalmente, en el Anejo Español del Campo de Marte hemos visto premiados con medalla de oro los curtidos de Miguel Fargas, de Barcelona; el aceite y sulfuro de carbono de La Utrerana; las bujías, glicerinas, jabones y aceites de Lizariturry, de San Sebastián, y los azulejos, piezas repujadas, platos y artesonados decorativos en cartón piedra de Hermenegildo Miralles, de Barcelona.

Es posible que en nuestra sucinta reseña hayamos cometido involuntariamente alguna sensible é injusta omisión; pero sin gran temor de equivocarnos, podemos afirmar que á lo enumerado se reduce todo lo notable que España ha presentado en este Concurso del progreso universal.

Juan B. Enseñat.

Dibujos de Junyent.



... arrebujada en un mantón de lana y sentada en la banqueta de un café cantante

HISTORIA MADRILEÑA

LA GENERALA VIUDA

En la época en que la generala viuda de Elgueta formaba parte integrante del Madrid aristocrático, había pasado ya de la primera juventud y gozaba de las madureces encantadoras del otoño, sin proclamar abiertamente los cuarenta años que acusaba su fe de bautismo.

Era una mujer verdaderamente seductora: ni alta ni baja, metidita en carnes, de cutis fresco, sin revelar el auxilio de afeites, de ojos expresivos y un conjunto que realzaba más la gracia que la belleza, pero en el que dominaban siempre los atractivos que nacían de su carácter bondadoso y de su nativa y nunca desmentida amabilidad.

No había mujer más dispuesta que ella á hacer favores: acompañaba al teatro á las niñas de sus amigas cuando la mamá estaba indispuesta; se quedaba en un baile hasta la última figura de un cotillón para recoger á las que la severidad ó pereza maternal no querían permitir aquellas expansiones; la convidaban donde no querían que fuesen trece los que se debían sentar en torno de una mesa, y la desconvidaban, sin que ella se enfadase, para que no completase el número fatal.

Para ir á compras, para paseo, para visitas enojosas, para comisiones delicadas, sabían todas sus amigas que podían contar con Micaelita, que este era el nombre de pila de la famosa generala Elgueta.

Al general difunto muy pocos le habían conocido, y sólo algunos señores mayores recordaban algo de él. Parecía que aquel señor no había tenido más misión en el mundo que la de casarse y morirse para dejar una viuda tan encantadora como la regocijada Micaelita, punto obligado en todos los bailes aristocráticos, en todas las reuniones íntimas y en las bodas lo mismo que en los entierros.

Parecía que el día tenía más de veinticuatro horas para aquella señora, que encontraba medio de hacer tantas cosas sin estar nunca ocupada.

Sus rentas no debían ser muchas, pero vivía con cierto decoro, sin pedir nada á nadie y presentándose siempre correctamente. Sus dos vestidos, el de terciopelo negro y el de raso blanco, que sólo salían en las grandes solemnidades, estaban más traídos y llevados que trajes de actriz ó de diplomática; pero ella sabía disponerlos con tal arte, refrescarlos con tantos recursos, que auxiliados unas veces por los encajes, otras por los marabús ó los lazos, según las corrientes de la moda, estaban siempre presentables

Sus joyas se contaban pronto, pues aparte de la miniatura con cerco de brillantes en torno de la imagen del general difunto, de un collar de perlas mezcladas con no poco aljófar y de aquellos medios aderezos en que sobre una amatista se destacaban la corona real y la I en piedras preciosas, que solía regalar con tanta prodigalidad la reina Isabel á los que frecuentaban el palacio cuando ella ocupaba el trono, todo lo que la generala Elgueta guardaba en preseas era más falso que Judas, si bien ella tenía el buen gusto de adornarse muy poco con aquellos productos de una industria muy floreciente en las tiendas del Palais Royal de París.

La generala viuda de Elgueta era la crónica viva de la sociedad de Madrid y lo mismo que la genealogía de las familias principales, pues era versadísima en heráldica, conocía los secretos más íntimos, distinguiéndose por su discreción.

Tenía en este punto una moral especial. «Lo que me cuentan – decía – lo guardo como si fuera una tumba; ahora, de lo que yo averiguo, puedo hacer lo que mejor me parezca.»

Pero es preciso confesar que nunca hacía mal uso, y que en asuntos de importancia podía más alabársela por callada que censurarla por habladora.

Hacía gala de observar estrictamente las prácticas religiosas. Las muchas visitas que hacía diariamente comenzaban por la de la corte de María y por la estación de las *cuarenta horas*. No se la vería tomar te después de las doce de la noche en tiempo de cuaresma, ni tomar el plato de pescado cuando le servían en la comida de alguna embajada no católica en día de precepto.

Con estas condiciones, Micaelita, como la llamaban sus íntimos, la generala, como se la decía comúnmente, era muy apreciada y no le faltaban nunca las invitaciones ni los obsequios.

Pero cometió una falta gravísima, que fué la de no saber retirarse á tiempo de la sociedad, y esta fué la causa de los males que amargaron la vejez de la que había sido tan dichosa hasta cumplir los cincuenta años.

Se dice de la política que no tiene entrañas, y la que no las tiene verdaderamente es la sociedad, que no perdona á los que quieren permanecer en su seno cuando ya ha sonado para ellos la hora de la retirada. La generala Elgueta no quiso oir el toque de retreta entonado por los años, no reparó en que sus trajes se hacían viejos, en que sus encantos se habían marchitado, en que los afeites con que intentó retenerlos le daban el aspecto de vieja retocada que tanto predispone al ridículo, y se obstinó en seguir frecuentando los círculos aristocráticos cuando ya habían desaparecido de ellos, arrebatados por la muerte ó desterrados al hogar por desgracias ó enfermedades, los que habían sido sus contemporáneos.

Estas obstinaciones se pagan siempre caras; la sociedad tolera á las señoras mayores cuando van á ella rodeadas de sus hijas ó de sus nietas, ó cuando tienen un gran nombre que ostentar ó pingües riquezas que lucir; pero es implacable con las que no están amparadas por estos poderosos escudos.

Las esposas de los hombres públicos que hicieron un gran papel cuando éstos eran ministros, embajadores, altos personajes que disponían de una gran

influencia, se exponen á muchos desengaños si después de la muerte de los respetables varones que les dieron su nombre quieren permanecer ocupando la categoría que tenían.

No hace mucho que murió la viuda de un ministro, que había sido una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Acompañando á su marido, que ejerció importantísima misión en el extranjero, vió en torno suyo formándole brillante corte á príncipes y personajes y reinó como soberana en uno de los salones más notables de Europa.

En su país, y mientras vivió su esposo, continuó ocupando altas posiciones y no le faltaron los halagos de la adulación ni el incienso de rendidos cortesanos. Pero cuando murió aquél, no dejándola más capital que la pensión que le concedía el Estado, se fué haciendo en torno de ella el vacío y murió más abrumada por el peso de crueles decepciones que por el de los años.

Y la muerte fué para ella un gran consuelo, porque la libró del calvario que sufrió la pobre generala Elgueta, que fué bajando poco á poco los escalones de la posición social.

Desatendida en los salones aristocráticos, se refugió en otros de medio pelo, y la que en los tiempos de su juventud acompañó á las señoritas más linajudas que la llamaban su amiga, se presentó de anciana en los teatros, siendo la acompañante de alguna beldad de moda, á la que servía de pantalla para sus galanteos.

¡Pobre señora! Llegó á pasar los meses de invierno arrebujada en un mantón de lana y sentada en la banqueta de un café cantante ó en el diván desvencijado de un salón de baile público.

Al salir de uno de ellos tuvo compasión una pulmonía, que la arrebató la vida y la condujo á la humilde fosa de un cementerio general, sin más acompañamiento que el de los enterradores, que de mal talante cargaron con un ataúd que sabían que no había de proporcionarles ninguna propina.

No se puede faltar impunemente á lo que Dios y las leyes tienen establecido, y los días de la juventud hay que aprovecharlos para formarse la familia que ha de servir de compañía y de apoyo cuando llegan las tristezas y las enfermedades de la vejez.

Cuando no se ha podido hacer esto, hay que buscar un retiro decoroso, un cuartel de invierno que proporcione la tranquilidad y el reposo, que son los únicos encantos que puede tener la vida para los viejos.

Kasabal.

Dibujo de Huertas.

LA NOVELA DE UN AUTOR

I

Allá, en las melancólicas umbrías de la aldea, el pobre muchacho se ahogaba, le faltaban espacio y ambiente donde respirar. Aquellos dilatados horizontes que su vista apenas abarcaba, parecíanle estrechas cárceles donde su cerebro sufría todos los martirios, todas las torturas.

¡Qué horrible vida! Tener pensamientos de gloria, ideas grandes, atrevidas; concebir halagadoras esperanzas, y hallar después el triste despertar, la monótona existencia de todos los días, y *siempre igual...*

Aquello no podía ser eterno... y no lo fué. Pedro, decidido por fin á buscar escenario más grande que el de su aldea donde poder demostrar lo que valía, comenzó á preparar en silencio su viaje á la metrópoli. Allí, con su talento, con sus grandiosas iniciativas, conseguiría al cabo abrirse camino y alcanzar un puesto que al propio tiempo que los laureles imperecederos de la gloria le proporcionara cómodo bienestar y provechos positivos.

Pedro meditaba gravemente durante largas horas aquella resolución. Su historia tenía muchos puntos de contacto con la naciente historia de innumerables grandes hombres... ¿Cómo se atrevieron á lanzarse en la vertiginosa vida de la corte aquellos pobres diablos, que á fuerza de luchas y trabajos escalaron los primeros puestos de la nación? A buen seguro que si no hubieran tenido alientos para desechar las preocupaciones naturales, y optando por lo más cómodo no se hubiesen arriesgado á correr toda suerte de aventuras, aquellos genios permanecerían obscuros y desconocidos.

Decididamente no había que sentir vacilaciones... Las armas que el talento tiene para lanzarse á la pelea son siempre iguales... Es la única lucha en la vida donde el contrario no tiene ventajas; las ventajas todas están después del lado del que vence.



Santa Isabel, reina de Hungría, grupo escultórico de Torcuato Tasso

Y Pedro se decidió por fin. Una noche, mientras sus parientes descansaban de las rudas faenas del día, hizo su equipaje, que encerró cómodamente entre las cuatro puntas de un pañuelo, y después de escribir á su familia una carta lacónica dando á conocer su resolución, salió carretera adelante dirigiéndose á la corte, como una mariposa que atraída por la luz volara con ansia hacia el foco, sin presumir que allí puede morir abrasada...

¿Recursos? ¡Bah! El pobre muchacho no contaba con más recursos que los que su ingenio pudiera proporcionarle.

Con la mente llena de halagadoras esperanzas y los labios cuajados de estrofas en flor, Pedro entró en Madrid, respirando ansioso la viciada atmósfera de la corte.

En un principio sintió desfallecimientos, desmayos, cobardía; pero esto duró poco... Su voluntad logró sobreponerse á todo, y medio atontado por el continuo ir y venir de las gentes, asustado y creyendo que los tranvías y carruajes le perseguían á él únicamente, pues á todas horas tenía que huir de ellos para que no le atropellaran, Pedro procuró por cuantos medios estaban á su alcance orientarse en aquel mar proceloso donde creía encontrar el ancho escenario que sus ideas necesitaban...

Pero antes de concluir su plan de orientación en la corte, Pedro vió con honda y silenciosa pena que sus escasísimos recursos habían desaparecido, y se encontró una noche echado del tugurio donde se albergaba y sin tener lecho ni hogar. ¡A los veinte años tenía que pasarse las noches en pleno arroyo estudiando astronomía ó contemplando las estrellas, que viene á ser lo mismo!

Y en esto fué en lo primero que se orientó. Fué á parar al *gran hotel* donde todos los desgraciados, desheredados de la suerte y la fortuna, suelen darse cita. Pedro escogió su habitación...

Se albergaba en Recoletos, á la izquierda, tercer árbol, quinta rama.

II

¡Oh! ¡Qué horrible calvario el del autor novel! Todos los caminos están obstruídos, todas las puertas permanecen cerradas; inútilmente se busca protección, pues aunque alguien la brinde, ninguno la practica... El autor principiante recorre todos los días, todas las noches, las tertulias de literatos, los saloncillos donde los autores se reunen, las contadurías donde los empresarios dicen que esperan obras, y en vano una vez, y otra, y ciento, y mil, el autor pide audiencia para leer el manuscrito, compañero fiel del que jamás se separa y en el que tiene colocadas sus más risueñas esperanzas, sus más floridas ilusiones... Nadie le hace caso; se ríen, se burlan, se mofan de él; le dan cincuenta citas á las que jamás acuden; le ofrecen palabra de honor de estrenarle su obra en aquella temporada, y pasan temporadas y la obra no se estrena; y el principiante llora lágrimas de sangre, de amarga y sombría desesperación, y tiene que devorar sus lágrimas en silencio, y aceptar las humillaciones que se le imponen, y saludar al día siguiente con fina y suplicante sonrisa á los mismos que la víspera se burlaron de él... No puede rebelarse, no puede protestar... ¡Oh! ¡Qué penoso calvario el del autor novel!

¿Y veis estos horribles sufrimientos, estas espantosas agonías? Pues llega el éxito, se gusta el placer que proporcionan los aplausos primeros, y ante la nueva ola de felicidad que cubre al autor elegido por la fortuna, se olvidan aquellos padecimientos, aquellas tristezas de los primeros años de la lucha, y al volver la vista atrás no parece que tales desventuras hayan sido otra cosa que un sueño, una terrible pesadilla.

Esto fué lo que sucedió á Pedro. De repente, sin que casi supiera explicarse cómo su suerte varió tan pronto, cuando creía que le tomaban en broma, que se burlaban de él – tan acostumbrado estaba ya á sufrir humillaciones y desprecios, – un día tropezó con un empresario que en vísperas de arruinarse y no encontrando autores que quisieran arriesgarse á comprometer el éxito de una obra, acogió el drama de Pedro y en cuatro días lo hizo ensayar y anunció su estreno.

El novel autor apenas daba crédito á lo que le sucedía. Tan asombrado estaba que ni siquiera tuvo tiempo de pensar en si gustaría ó no su obra. No podía creer que fuera cierto aquello. ¡Imposible! Seguramente era una broma, una pesada broma que pensaban jugarle los que á costa de sus sufrimientos venían divirtiéndose con él tanto tiempo... ¡La obra indudablemente no se estrenaría!

Y estas ideas atormentaban su espíritu y tan tenazmente le perseguían, que á duras penas lograba desecharlas, procurando convencerse por la lógica de los hechos de que efectivamente su suerte había cambiado.

Así era en efecto. La obra fué puesta en escena y el estreno fué una continuada ovación. Si dura un cuarto de hora más aquel tremendo chaparrón de abrazos y enhorabuenas con que obsequiaron á Pedro sus nuevos amigos, «los amigos del éxito,» aquellos que algunos días antes mortificábanle con sus chistes y bromas pesadas, el pobre autor no hubiera podido resistir la pesada carga que la gloria echaba sobre sus hombros.

¡Nombre, popularidad, fortuna! Todo lo había conseguido, pero de repente, de un golpe. Por uno de esos misterios inexplicables, el teatro donde la obra de Pedro fué estrenada comenzó á verse favorecido por el público, las entradas se contaban por llenos, y el empresario que de la ruina había pasado casi á la opulencia halagaba y festejaba al novel autor, pensando que aquel joven daría obras de mayor empuje aún que la puesta en escena por él.

Las empresas de los demás teatros solicitaron de Pedro el honor de ser favorecidas por él con alguna de sus producciones; los periódicos de más importancia publicaban su retrato y pedían con insistencia su colaboración pagándole fabulosamente los trabajos que enviaba; todo, en fin, halagaba la vanidad de aquel preferido por la suerte, que olvidando las



CONFLICTO CHINO. – La defensa de las legaciones de Pekín. – Marineros rusos rechazando un ataque de los boxers, dibujo de S. Begg sobre una fotografía de L. Giles.
La barricada que defienden estos marinos fué l vantada por los rusos y más tarde substituída por una pared de ladrillos. Mandaba el destacamento el barón de Rahden.
(Reproducción autorizada por *The Illustrated London N*



CONFLICTO CHINO. – La defensa de las legaciones de Pekín, dibujo de R. Catón Woodwille sobre una fotografía.
Interior de la legación inglesa durante la defensa, en la cual tomaron parte el destacamento inglés, los funcionarios de las embajadas y hasta las mujeres llevando municiones a los combatientes y prestándoles los necesarios auxilios. (Reproducción autorizada de *The Illustrated London News.)*

pasadas fatigas y los sinsabores sufridos, contentábase con disfrutar aquella dicha que tenía bien ganada y aquel bienestar al que siempre creyó tener derecho, pero mucho más después de haberlos conquistado á fuerza de sufrimientos, de trabajos y de humillaciones.

III

Durante algunos años la buena estrella de Pedro no se eclipsó. Sus obras eran solicitadas con insistencia y el público las recibía siempre con aplauso. El gran autor - porque ya lo era - cobraba pingües trimestres y gozaba contento de su popularidad.

Pero vino, al fin, el agotamiento... Los primeros fracasos hicieron disminuir considerablemente los trimestres, y como el gran autor habíase acostumbrado ya á vivir sobre un pie de lujo, comodidades y ostentación que le era necesario, no tuvo más remedio que acudir á los editores, primero en solicitud de adelantos, después en demanda de préstamos, y por último, cuando los intereses amenazaban comérsele todo lo que sus obras producían, se encontró en el caso de todos: veíase precisado á vender sus obras, aquellas que más rendimientos producían á su propietario y autor.

Tras de los primeros fracasos vinieron los desvíos de las empresas; la indiferencia del público y las burlas de los compañeros envidiosos de sus primeros éxitos, y llegó el fatal momento: aquel en que el pedestal se desmorona y el ídolo cae por tierra: Pedro, el autor mimado, el favorecido por la suerte durante largos años, no encontraba teatro donde poder estrenar sus producciones... ¡Pobres producciones, hijas de un cerebro cansado, sin frescura, sin originalidad, sin gracia, en fin!

Aturdido por tantos y tan repetidos golpes, el pobre autor volvió los ojos al pasado, y un día, un triste día de invierno, frío y cruel, encontróse lo mismo que el día en que, por vez primera, en Madrid, solo y abandonado, vióse arrojado del miserable tugurio que le albergaba... ¡A los cincuenta años, con toda su experiencia, con todo su conocimiento de la vida, nuevamente estaba en pleno arroyo, obligado á estudiar astronomía ó á contemplar las estrellas, que viene á ser lo mismo!

Y el gran autor, el mimado por públicos y empresas, aquel que había ganado y derrochado una fortuna con las obras que escribiera, tuvo que volver en busca de su antiguo hospedaje en aquel *gran hotel* donde encuentran albergue todos los desheredados de la suerte...

Hoy, si queréis ver á Pedro, id á Recoletos... Allí *se recoge* por las noches... Entrando, á mano izquierda, tercer árbol..., quinta rama...

José Juan Cadenas.

HUESOS REMOVIDOS

El papel, que se rompa él, dice un antiguo refrán; y dice bien, porque en más de cuatro ocasiones, y aun de ocho, ocurre el haber necesidad de atestiguar tal ó cual suceso con un escrito irrecusable, y por haberlo hecho pedazos y tirado á la basura, *nos hemos quedado con un palmo de narices.* Algo parecido á eso es cabalmente lo que estoy deplorando en estos momentos, con motivo de haber inutilizado unos cuantos apuntes biográficos que años ha tenía recogidos, los cuales me *venían* ahora *como anillo al dedo* para poder poner en toda su luz la personalidad de mi biografiado, el *Excelentísimo Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro,* hombre raro y de los que hoy no se usan, y perpetuo defensor del empleo de los *refranes* en todos sus argumentos y proposiciones, fundado en que siendo ellos por su naturaleza unos verdaderos evangelios, la quinta esencia del saber del pueblo y el texto de la filosofía vulgar, quien no los adoptara por regla, norma y plan de conducta en todos los trances de la vida doméstica y código resolutorio de los actos más intrincados de la vida social, tenía que pertenecer forzosamente al rebaño de aquellos animalitos estúpidos de los cuales se dice: *Ovejas bobas, por do va una van todas.* En la imposibilidad, repito, de poner aquí en toda su luz la personalidad de mi biografiado, recurriré á la ayuda de mi no del todo desgraciada memoria; y si bien á este propósito no se puede decir que *el que no tiene memoria, que tenga pies,* procuraré tener pluma, á fin de que no se me moteje en esta ocasión de que *traigo los papeles mojados,* con tanto más motivo que, participando yo de las mismas ideas, acerca de este particular, que el D. Juan de mi relato, si alguien me viniera *dando matraca* por lo mucho que en mis escritos resalta el poner de relieve el uso de los *refranes,* se expondría á que le dijera sin rebozo alguno: *¿Hablaba usted de mi pleito? Pues debajo del brazo traigo los papeles.* En conclusión: estirado el lienzo, preparada la paleta y escogidos los pinceles, comencemos á emborronar, que *principio quieren las cosas,* para lo cual empezaremos por delinear las cualidades físicas del individuo, porque ésas las tengo tan presentes, que no se me han despintado, pareciéndome que lo estoy viendo.

De ellas se podría decir, poco más ó menos, lo mismo que decía él de todo cuanto, apartándose de los extremos ó no incurriendo en exageración, ocupa un término medio, á saber: *No digamos que digamos, pero tampoco digamos que digamos.* Pues bien: no era muy alto, ni muy bajo; ni feo, ni bonito; ni grueso, ni delgado; ni pesado, ni ligero; ni pulcro, ni abandonado en el esmero ó atavío de su persona; en una palabra: todo él era una nueva prueba de que *todo extremo es vicioso,* y que *en un buen medio estriba la virtud,* ó lo diré en latín para que mejor se me entienda: *In medio consistit virtus,* y *Ne quid nimis.* No faltaron personas, sin embargo, que reputando su estatura algo excesiva y calificándolo de un si es no es flojo y perezoso, no se recataban de aplicarle aquello de *largo, largo, maldito lo que valgo:* consecuencia, en mi concepto, de la pícara *envidia,* de la cual se suele decir, con notable propiedad y en gráfica expresión, que *si fuera tiña, ¡cuántos tiñosos no habría!* La verdad es que, como *en este mundo no tenemos más que lo que nos quieren dar,* se necesita no olvidar el adagio que nos exhorta á *hacer orejas* (ú *oídos,* si lo de *orejas* pareciera algo asinino) *de mercader,* porque en muchas ocasiones es remedio probado contra los ataques biliosos, con no poco provecho del hígado y los riñones. Conservo en borrador, y no es chica suerte para dilatar el bazo de las personas apocadas, la receta que practicaba diariamente y en toda ocasión, y que, por su importancia y excelentes resultados prácticos, no puedo menos de copiar á renglón seguido. Es de este tenor, literalmente trasladado de su original:

RECETA

PARA CURAR CON FACILIDAD CUALQUIER FRIOLERA, POR GRANDE QUE SEA

Se tomará libra y media de *sufrimiento,* cuatro onzas de *conformidad,* y una de *discurso.* Colocado todo en un puchero nuevo con cuatro cuartillos de *resignación,* se pondrá en el fuego lento de la *paciencia,* hasta que se reduzca á la mitad, ó algo menos; después se pasará por el cedazo de la *templanza,* y aumentando cinco gotas de *qué se me da á mí,* se moverá con la cuchara de la *cachaza,* hasta que se quede en un electuario de *madura reflexión,* el que se tomará en la forma siguiente:

Luego que cualquier persona de uno ú otro sexo se halle acometida de algún achaque, tomará una cucharada de dicho electuario ó jarabe, desleída en medio cuartillo de *desahogo,* y poniéndose el manteo á la capa, y si es mujer, la mantilla, tomará los *polvos de la calle* é irá diciendo con bastante devoción la oración siguiente:

¡Canario! Primero soy yo que nada; pesadumbres no pagan trampas; lo cierto es que, al que se muere, lo entierran; lo mejor es tomar el tiempo como viniere; no hay cosa más socorrida que un día tras otro, porque, lo que no se hace hoy, ni mañana tampoco; y lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor.

Después se escupe largo y fuerte, sale todo el mal humor, y de consiguiente, queda el enfermo bueno, libre y sano.

Está experimentado.

Un amigo de la humanidad doliente.

Personas que lo conocieron y trataron de cerca aseguran que era primo hermano de aquella individua de quien se cuenta que, habiendo ido á confesarse, le dijo al ministro del Señor: «Acúsome, padre, que soy súpita y sanguina.» «¿Y qué entiendes tú por eso?» (le preguntó el confesor); á lo que le contestó ella con la mayor frescura del mundo: «Que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene.»

Nombrado alcalde de su pueblo, dió pruebas, eso sí, de no dejarse comprar por nadie ni por nada, á diferencia de tantos otros que fácilmente son sobornados por cualquiera persona ó cosa, esto es, por alguien ó por algo. Así no se extrañará que, como jugaba limpio y desempeñaba su cargo con desvelo y desinterés, jamás se le cayera de la boca esta sentencia: *Alguacil descuidado, ladrones cada mercado.*

Algo aficionado á *empinar el codo,* pero sin exceso vituperable, cuando una vez se atrevió á enumerarle cierta persona constituída en autoridad las ventajas que tiene el abstemio sobre el vinoso, trayendo á colación el refrán que dice que *agua no enferma, ni embeoda ni adeuda,* no tardó en replicarle: «Sí, señor, es muy cierto; pero no lo es menos que *el agua cría gusarapos;* y que si bien dicta la prudencia, la salud y el bien parecer, que se beba *el vino como rey, y el agua como buey,* fuerza es no echar tampoco en olvido que, como dijo David al contemplar las miserias y tristezas inherentes á la condición humana, *el vino alegra el corazón del hombre.*»

Otra razón alegaba á su favor, y en ello no iba muy descaminado. «Ved - exclamaba - á Fulano, á Mengano y á Zutano: aficionados en demasía, lo que no soy yo, al zumo de la vid, desempeñan, y si no desempeñan, poseen, elevados puestos, y todo el mundo les quita el sombrero, y los aplaude, y los inciensa, y los trae en palmas, y hasta los llama *graciosos.* Qué, ¿os reís de lo que acabo de decir?.. Pues sabed, necios, que

Cuando se emborracha un pobre,
le llaman el borrachón;
cuando se emborracha un rico:
¡Qué *gracioso* va el señor!»

Comunicativo de suyo, especialmente cuando más joven, jamás quiso entregarse á distracción alguna sin que tomaran parte más ó menos activa en ella sus amigos de confianza, diciendo que *alegría secreta, candela muerta.* Bien es verdad que, como *no es todo oro lo que reluce,* algo de interés entraba en semejante conducta, pues si él no lo decía (que no recuerdo), lo diré yo ahora para fundamentar mi supuesto: *Quien solo come su gallo, solo ensilla su caballo;* con lo cual, previendo el porvenir, es harto probable que, dado su carácter y conocidas sus marrullerías, dijera para su capote: *Hoy por ti, y mañana por mí.* Y la verdad es que si así pensaba, no iba fuera de camino, porque tratándose, no de los *hechos,* sino de los *por hacer,* ¿quién es el sabio que pueda asegurar lo que le espera, y el guapo que ose decir: *De este agua no beberé?..* Pues algo de esto le pasó en los últimos años de su vida, según cuentan las crónicas. Si bien algunos de los que durante su prosperidad le hacían la corte volviéronle ahora las espaldas, en cambio otros, personas dignas y consecuentes, le atendieron en esta época de decadencia para sus intereses materiales y su salud: no en vano se dice que *Dios que da la llaga, da la medicina,* y que *Dios aprieta, pero no ahoga,* lo cual no empece para que se lastime el corazón del débil mortal al contemplar los olvidos y desvíos que engendra la fiera pésima de la ingratitud, y al ver que *con los años vienen los desengaños.* Así es que, en los últimos de su vida, se volvió completamente egoísta, y hasta casi insensible, al contemplar la indiferencia con que la generalidad de sus conterráneos tomaban los asuntos del pro comunal, con sorpresa tanto mayor por su parte, cuanto que esa indiferencia iba en contra de los mismos que la ejercitaban, pues no comprendía el pueblo, en su cortedad de vista, que al gritar «*¡Alegrías, albarderos, que se quema el bálagol,*» le sucedía lo propio que á *quien al cielo escupe, que en la cara le cae.*

Asimismo, de expansivo y confiado que era, como hemos visto, tornóse retraído y suspicaz, lamentándose, en vista de tantos desengaños y decepciones tantas como le aquejaban, de haber pasado la mayor parte de su existencia *sustentándose del aire,* como él decía, por haber colocado sus esperanzas en delirios, fantasmas é imágenes quiméricas y vaporosas. Entonces decidió acogerse á mejor vida, para llorar sus culpas pasadas; y dejando á cuenta de los que sólo se gozan en la materia el practicar la teoría de los desalmados que cantan en medio de su loco frenesí aquello de «*Comamos y bebamos, que mañana hemos de morir,*» él, con mejor y más sano acuerdo, no cesaba de exclamar:

La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
porque, al fin de la jornada,
aquel que se salva, sabe,
que el otro no sabe nada.

De este modo terminó sus días, muriendo en el ósculo del Señor; no así su doctrina, que vivirá mientras dure el mundo, como de ello se convencerá el menos lince cuando llegue á conocer en toda su latitud y con sus mínimas circunstancias quién es el *Excmo. Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro,* protagonista de este borrón, y sujeto que merecía haber sido retratado por mano más hábil que la mía, no sólo con el fin de que hubiera resultado de cuerpo entero figura tan gallarda, sino con el de poner en evidencia tantas y tantas falsedades como á cuenta suya corren por esos mundos de Dios. Una de ellas, y no de las menores, es la que se relaciona con su cuna, origen, ascendencia, prosapia, alcurnia, abolengo, linaje, estirpe, genealogía, generación, progenie, etc. (que de todos esos modos se puede decir), en cual terreno *se han despachado* los señores heraldos ó reyes de armas como acostumbran hacerlo, esto es, *como en país conquistado,* ó á la usanza de aquel que dice: *Aquí que no peco.*

José María Sbarbi.

EN LA CALLE

Había pasado la noche acurrucado en el umbral de la puerta de una iglesia, azotándole continuamente la ventisca el rostro, mal cubierto con una manta agujereada.

La noche había sido larga, interminable, y más de cuatro veces, tarareando una copla popular, tuvo que levantarse á pasear por la acera, pisando fuerte, para desentumecer sus pies, insensibles por el frío. Después volvía á aquel hospitalario rincón y se quedaba dormido, con ese sueño que no repara las fuerzas y que más semeja el sueño del cataléptico; una especie de mareo, producido por la falta de calor en la sangre.

Cuando junto á él pasaba el sereno, gruñía alguna palabra de desprecio, y hubiera arrojado de aquel sitio al pobre muchacho, sin compadecerse de él, de no abrigar el temor de que la resistencia del desamparado *golfo* le hiciera perder algún tiempo que necesitaba para dar algunas cabezadas en uno de los más confortables portales del distrito.

Amanecía, con ese amanecer perezoso y horriblemente frío del invierno; levantóse el chicuelo dirigiendo al cielo una mirada suplicante, esperando el sol que no llegaba para templar su enervado organismo, y marchóse á la plazuela inmediata, atraído por el rumor de la ciudad que se desperezaba y comenzaba á recobrar la animación y vida ordinarias.

Como si el frío de la noche hubiera congelado el corazón de las gentes, nadie reparaba en el aterido chicuelo; nadie le tendía una mano cariñosa y compasiva, calmando el desfallecimiento de su estómago...

Los horteras que abrían las puertas de sus comercios, los vendedores ambulantes, los agentes de orden público, todos los que por necesidad madrugan, parecíanle al muchacho seres de cartón piedra, sin alma, que se movían por un resorte, sin tener dentro sentimientos nobles y generosos.

El sol, más compasivo, abriéndose camino por entre las densas nubes que cubrían el cielo, envió á la tierra un rayo de oro que envolvió al muchacho, á tiempo que en uno de los balcones de la plazuela aparecía una lindísima joven que sacaba á tomar el sol á un canario, encerrado en dorada jaula, entre cuyos alambres habían puesto aquellas manos primorosas terroncitos de azúcar y bizcochos para el pajarillo.

Colocóse el *golfo* bajo el balcón, recibiendo las caricias del astro del día, y el canario, jugueteando con el pico, echó al suelo los bizcochos con que le obsequiaba su hermosa dueña.

Cogiólos el desarrapado muchacho como codiciado manjar que le llovía del cielo, y desentumecidos sus músculos por las caricias del sol, echó á correr más alegre que unas castañuelas y casi satisfecho de la vida, sin maldecir á una sociedad que niega el pan y el abrigo á los hombres y concede golosinas á los canarios...

JOSÉ RODAO.



El tenor catalán D. JOSÉ PALET, que en breve debutará en el teatro del Liceo de Barcelona (de fotografía de Napoleón)

NUESTROS GRABADOS

El tenor D. José Palet. — En nuestro gran teatro del Liceo debutará en los primeros días de la temporada próxima á inaugurarse el joven tenor catalán Sr. Palet, cuyo retrato adjunto publicamos. Deseosos de dar á conocer á nuestros lectores algunos datos biográficos acerca del novel artista, hemos acudido al que ha sido y es aún su profesor, el eminente maestro D. Juan Goula, el cual nos ha honrado con la siguiente carta que reproducimos, porque en en ella se sintetiza todo lo que hoy por hoy puede decirse del futuro debutante:

«Queridísimo amigo: Me pide usted datos biográficos del joven José Palet y me pone usted en grandísimo embarazo. ¿Interesará al público saber que Palet ha sido un modesto obrero? ¿Que ha sufrido á los veintitrés años apenas cumplidos el calvario de la vida? ¿Que es de modesta familia y que nació en Martorell? Todo esto es demasiado poco interesante para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

»Del futuro artista, ¿podemos decir algo? Creo que no.

»Conténtese usted, pues, con abrir la primera página de su historia artística, página que necesariamente debe hoy quedar en blanco, so pena de charlatanismo, pero que no dudo que el buen deseo de Palet y la benevolencia de los públicos llenarán rápidamente.

»Siento no poder añadir más y espero en que el porvenir será mejor biógrafo que yo.

»Siempre agradecido á la iniciativa que se ha dignado tomar en favor de Palet, se repite su buen amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. GOULA.

Hoy, 8 noviembre 1900.»



Regreso á la granja, cuadro de A. Maure



RETRATO DE UN MARINO, pintado por Franz Hals, que se conserva en la galería del Ermitage de San Petersburgo



LA ILUSION VENCIDA POR LA EXPERIENCIA (cuadro de Guillermo [illegible])

Al dar las gracias al Sr. Goula por la bondadosa atención que nos ha dispensado, no podemos menos de expresar nuestros deseos, nuestra seguridad podemos decir por lo que de Palet sabemos, de que su nuevo discípulo será una de las estrellas de primera magnitud del arte lírico contemporáneo y constituirá un nuevo timbre de gloria para el insigne maestro.

La Virgen de las espigas, cuadro de Botticelli. En estos días el mundo artístico tiene puesta su atención en el proceso que se ha visto ante los tribunales de Roma á propósito de la venta de este cuadro, realizada el año último por el príncipe Chigi por el precio de 330.000 liras. La historia de este asunto es la siguiente.

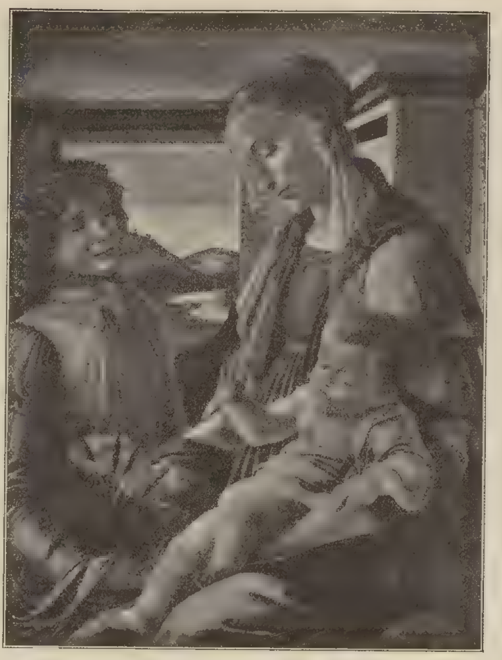
Existe en Italia una ley llamada el Edicto Pacca, que data del gobierno pontificio y que fué dictada con objeto de impedir en lo posible la exportación de las riquezas artísticas y arqueológicas que aquel país atesora. Cuando el príncipe Chigi quiso vender su cuadro, puso su propósito en conocimiento del gobierno italiano, conforme aquel edicto dispone, por si quería adquirirlo. El gobierno dió una respuesta negativa y autorizó la venta con tal de que el cuadro no saliera de Roma.

Poco tiempo después el príncipe dió cuenta al ministerio de la venta realizada, notificándole el nombre y las señas del adquirente, domiciliado en aquella capital, el cual declaraba, á su vez, siguiendo las prescripciones del edicto, que en realidad lo había comprado. El ministerio tomó acta de ello; pero cuando, al cabo de un mes, hizo practicar la visita domiciliaria correspondiente para reconocer el cuadro, ni éste ni el comprador fueron hallados en el indicado domicilio; el lienzo de Botticelli había sido llevado al extranjero. Entonces comenzó el proceso, cuya instrucción ha durado muchos meses.

Ignórase á punto fijo dónde se encuentra el cuadro; algunos afirman que está en poder de un rico coleccionista ruso muy conocido en Roma, otros dicen que ha sido comprado por cuenta de una compañía inglesa.

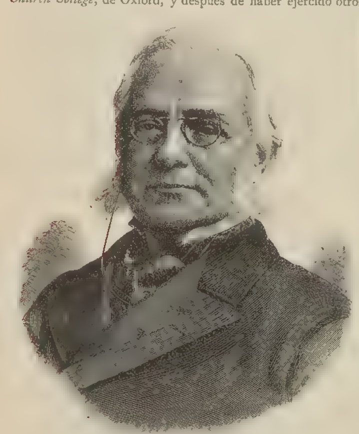
Aunque según los peritos el cuadro no vale lo que por él se ha pagado, pues sólo lo estiman en 50.000 liras, la obra de Botticelli no por esto deja de ser notabilísima: la composición es hermosa, la ejecución cuidada, y el pensamiento en que se inspira y que comunica á las figuras una expresión maravillosa, le da un valor que los peritos tal vez no han apreciado bastante.

El tribunal de Roma ha condenado al príncipe Chigi al pago de una multa igual al precio del cuadro. El príncipe ha apelado de la sentencia.



LA VIRGEN DE LAS ESPIGAS, cuadro de Botticelli que su propietario, el príncipe italiano Chigi, vendió recientemente en 330.000 liras y cuya venta ha dado motivo á un ruidoso proceso en Italia.

Max Müller.—Ha fallecido recientemente en Oxford este eminente sanscritista, uno de los más grandes conocedores del antiguo mundo intelectual indio, el ilustre investigador de la filología y de la religión comparadas. Nació en Dessau en 6 de diciembre de 1823, hizo su preparación científica en la Escuela Superior de Leipzig, y en 1841 dedicóse al estudio del sánscrito y de la filología clásica y comparada. Cursó luego en Berlín y en París, y en 1846 la Compañía inglesa de las Indias Orientales le confió la edición crítica del Rig-Veda. En 1851 fué nombrado miembro honorario de la Universidad y del *Christ Church College*, de Oxford, y después de haber ejercido otros



El ilustre filólogo MAX MÜLLER, fallecido en Oxford en 28 de octubre último

importantes cargos en la enseñanza, fué designado en 1868 para desempeñar la cátedra de filología comparada, de nueva creación, que abandonó en 1875 para poder consagrarse por entero á sus investigaciones científicas. Hace cuatro años obtuvo el nombramiento de Consejero secreto de la Corona de Inglaterra. Entre sus principales obras citaremos: *Los libros sagrados de Oriente, Gramática sánscrita, Anécdota Oxoniensia, Ensayo sobre mitología comparada, Los seis sistemas de la filosofía india, Lecciones de ciencia filológica* y otras muchas no menos importantes.

Plácido sueño, cuadro de Antonia de Bañuelos.—Hija de una familia de la antigua aristocracia española, la señorita D.ª Antonia de Bañuelos, hoy marquesa de Alcedo por su enlace con el poseedor de este título, estudió el arte pictórico en París bajo la dirección de Chaplin, habiendo conseguido muy pronto ocupar un puesto distinguido en el mundo artístico femenino. Su especialidad es la pintura de niños, cuyos encantos reproduce con una verdad, una expresión y una delicadeza de matices dignas de las mayores alabanzas. Sus composiciones están admirablemente dispuestas, su dibujo es correctísimo y en su colorido presiden una armonía de tonos tan simpática y una combinación tan acertada del claroscuro, que sus cuadros producen impresión gratísima. *Plácido sueño* es buena prueba de lo que decimos, y nadie dudará, al contemplarlo, que es obra de quien siente el arte y domina la técnica, de un buen artista en toda la extensión de la palabra.

Santa Isabel, reina de Hungría, grupo escultórico de Torcuato Tasso.—El grupo que reproducimos figuró en la Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1896. Entonces y con motivo del concurso emitimos el juicio que nos merecía la escultórica representación de la santa reina de Hungría, modelada con simplicidad y acierto por nuestro paisano el discreto escultor Torcuato Tasso. De ahí que hoy nos limitemos á dedicar un cariñoso recuerdo al amigo y un aplauso al artista, que en las riberas del Plata, en esa América española tan generosa y hospitalaria, tan galanas muestras da de su ingenio y laboriosidad, conquistando honra y provecho.

Regreso á la granja, cuadro de A. Maure.—Todo en este lienzo respira poesía, esa poesía melancólica que reina en la campiña cuando el crepúsculo vespertino indica á la naturaleza que se acerca el momento de entregarse al reposo. El cielo donde fulguran los últimos resplandores rojizos del sol que se pone, los árboles cuyas obscuras siluetas se destacan sobre el claro horizonte, el rebaño que conducido por los dos pastores regresa á la granja, las plantas que á ambos lados del camino cubren los campos, el ambiente en que el paisaje está envuelto, son otros tantos elementos que concurren en la bellísima obra de Maure para producir una intensa impresión poética, una de esas emociones que conmueven dulcemente el alma y cuyo recuerdo vive siempre en el corazón de los que una vez las han sentido.

Retrato de un marino, cuadro de Franz Hals.—Franz Hals, que nació en Amberes en 1584 y murió en Haarlem en 1666, fué el primero de los grandes maestros flamencos y ejerció gran influencia en el proceso evolutivo de la pintura holandesa por el número y la valía de los discípulos que bajo su dirección estudiaron y que luego fueron artistas célebres. Sus obras son hoy estimadísimas y se pagan á los más altos precios, figurando las principales en los mejores museos de Europa. Su laboriosidad corrió parejas con su talento, pues aparte de los muchos que sin duda permanecen ignorados, conócense de él unos 160 cuadros, algunos de ellos de grandes dimensiones y de complicada composición. A pesar de lo mucho que pintó y de los precios á que le fueron pagados sus lienzos, en los últimos años de su vida hubo de pasar por grandes privaciones, reducido á una pequeña pensión que le pasara el municipio de Haarlem. Cultivó el retrato, el cuadro de género y el género humorístico, demostrando en todos ellos igual maestría. El *Retrato de un marino* que reproducimos se conserva en el famoso museo del Ermitage, de San Petersburgo, en donde figuran varios otros cuadros del insigne artista.

La Ilusión vencida por la Experiencia, cuadro de Guillermo Schade.—Hay en este cuadro una mezcla admirable del más puro idealismo con el realismo más sano: el pensamiento en que se inspira entra de lleno en el género simbólico; pero en la forma bajo la cual el pintor lo presenta, manifiéstase en toda su fuerza la verdad real. La doncella que oculto el rostro entre las manos y arrodillada á los pies del ermitaño llora la pérdida de algo que constituía el encanto de su existencia, y el anacoreta de luenga y blanca barba y severo aspecto que implacable corta las alas de la que ha acudido á él como supremo refugio, son dos símbolos, la Ilusión y la Experiencia, que juntas expresan una de las más grandes verdades que presiden la vida humana; pero son también dos personajes que viven y sienten como todos los mortales, dos figuras perfectamente humanas. Y esta conjunción armónica de dos términos al parecer tan opuestos, es positivamente uno de los factores que más contribuyen al hermoso efecto de esta obra del celebrado artista alemán.

El intruso cuadro de Walter Hannemann.—En los cafés y establecimientos públicos de los pueblos y hasta de las grandes ciudades hay ciertas mesas que los parroquianos que diariamente á ellas se sientan consideran como propiedad suya indiscutible; la posesión continuada ha creado para ellos, y por virtud de la prescripción, un derecho que estiman poco menos que sagrado y que están dispuestos á defender á todo trance. ¡Ay del que desconociendo aquel derecho se atreva á ocupar un puesto en cualquiera de aquellas mesas! Si es persona pacífica, no tardará en hacerse cargo de la situación y en abandonar el sitio ante las significativas miradas y las medias palabras de los que no pueden consentir tamaño despojo; si es hombre tozudo y además pendenciero, es fácil que la cosa acabe mal y que encuentre un disgusto allí donde pensaba hallar un rato de distracción ó una manera agradable de matar el tiempo. El reputado pintor alemán Hannemann ha tomado una de estas situaciones como asunto del cuadro que reproducimos, y que es una nota en la cual el espíritu de observación, la asimilación, por decirlo así, de la realidad, hállase avalorada por una ejecución sobria que ha encontrado para cada personaje la expresión adecuada.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Eduardo Albert, eminente cirujano bohemio, profesor de la Universidad de Viena, autor de varias é importantes obras científicas.

Gabriel Vicaire, uno de los más inspirados poetas de la escuela sentimental y psicológica francesa.

Hugo Rheinhold, notable escultor alemán, miembro del comité supremo de la «Sociedad para la Cultura ética,» de Berlín.

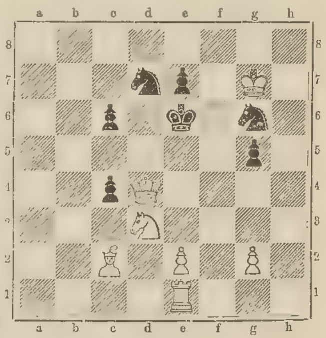
Dr. Rodolfo Sowa, eminente filólogo austriaco, célebre por sus estudios sobre las lenguas semita, turánica y copta y sobre los idiomas de los negros de África y de las tribus indias de la América del Norte.

Nicolás Kollo, notable escultor húngaro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 216, POR F. HOFMANN

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 215, POR J. MIESES

Blancas.	Negras.
1. Cg2-e3	1. Cualquiera.
2. P, D, C ó T mate.	



Allí están los dos. El se acerca á ella... ¿Les ves?

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(continuación)

Avisar á Panuflo era exponerse á morir en sus manos.

Acordóse también de su proyectado robo en el hotel d'Alboize, y se le ocurrió que podía servirse de Isidoro sin necesidad de partir el botín con él.

Para esto no tenía más que aplazar el reparto para la noche.

Mientras tanto, vendría la justicia á prender al presidiario, y *Caracol* se quedaría con todo el producto del robo.

Era el mejor plan.

Por su parte, Panuflo se entregaba á reflexiones que tenían cierta analogía con las de su socio.

Él también había combinado un plan para vengar en *Caracol* una traición que éste no había cometido.

Todo estaba preparado.

Quedaba tendida la red en cuyas mallas había de enredarse su colega.

Pero Panuflo hubiera podido suspender la marcha de los acontecimientos.

No lo hizo porque pesó más que toda otra consideración el deseo de la vida sedentaria que iba á poder llevar para siempre en compañía de Ceferina.

Fanfán aún tenía quizá en su poder las cartas robadas.

En tal caso, lo mejor era tratar de recuperarlas antes de que tuviese tiempo de servirse de ellas.

Pero ante todo era preciso saber dónde se habían refugiado los muchachos.

Por supuesto que el propósito de Fanfán será restituir ó vender las cartas á d'Alboize. La correspondencia se halla en manos de uno de los dos.

Ejecutando en el hotel d'Alboize el robo proyectado por *Caracol*, quizá se mataban dos pájaros de una pedrada.

Mas para ello Panuflo no necesitaba al afilador.

Era preciso tener una audacia y una energía de que éste se hallaba falto.

Lo que sí le convenía era sacar de *Caracol* el único partido posible en tales circunstancias, haciéndole desembuchar todos los informes que hubiese recogido acerca del hotel.

Panuflo no operaría hasta el día siguiente.

Y operaría por su propia cuenta.

Esto, unido á la herencia de Claudinet, pues contaba con la palabra de Ceferina, le aseguraba la existencia soñada.

Mas para el buen resultado de ambas combinaciones, era necesario suprimir á *Caracol*.

Era, pues, preciso dejar que las cosas siguiesen su curso.

Tal era la situación de ánimo de uno y otro cómplice cuando Isidoro rompió el silencio.

– ¿Qué hacemos?

– No sé.

– No disimules. En tus ojos leo que proyectas algo.

– Algo se me había ocurrido, pero es muy peligroso.

– ¿Qué importa?

– Fanfán nos cogió las cartas. Sería preciso quitárselas á él.

Panuflo frunció el entrecejo.

¿Acaso *Caracol* había adivinado sus proyectos?

- Para eso hace falta saber dónde está Fanfán.

– Yo lo sé.

– ¡Ah!

– Vive en el hotel d'Alboize.

– ¿Cómo?

– Con Kerlor.

– ¿Es posible?

– Lo que oyes. D'Alboize y Kerlor son cuñados. Fanfán y su padre regresaron ayer de viaje. El chico duerme en la planta baja, donde yo te enseñé las persianas cerradas.

– ¿Entonces les tenemos todos á la mano?

– Justamente. No hay más que ir esta noche á reclamarle la cartera que nos ha robado.

– ¿Esta noche?

– Claro está. Y gracias si llegamos á tiempo; porque si el chico ha entregado las cartas al coronel, negocio perdido.

– Es verdad.

– Sin contar con que al pillete se le puede ocurrir contar algo relativo á nuestra vida y milagros.

– ¡Hay que evitarlo á toda costa!

– Una vez en la vida estoy de acuerdo contigo. Los únicos que no hablan son los muertos.

Después de esta declaración terrible, reinó en aquel siniestro tugurio un largo silencio, lleno de misteriosos espantos.

– ¿Has estudiado bien el terreno?, preguntó de pronto Panuflo con el acento breve y duro de una resolución enérgica y resueltamente tomada.

– A fondo.

– ¿Y los criados?

– Ya te lo dije. Duermen en los pabellones de entrada, al lado opuesto de la casa. Hay al lado otra casa en construcción, absolutamente desierta. Allí hay escaleras de albañil, á propósito para subir y bajar la tapia del jardín del hotel.

– Pues es preciso dar el golpe esta noche.

– ¿Iremos después de comer?

– Irás tú solo, dijo tranquilamente Panuflo.

- ¡Cómo!

– Hablé por hablar..., por ver cómo te explicabas. Pero yo no voy.

– ¿Por qué?

– Arriesgo demasiado.

– ¿Tienes miedo?

– No digas necedades. Ya sabes que no retrocedo jamás en presencia de un trabajo posible. Pero vamos á cuentas. Para otro cualquiera, si le echan el guante, se trata de una simple tentativa de robo con escalo... El tribunal no deja de admitir las circunstancias atenuantes..., y es posible que no le envíen á la sombra más que para un semestre. Pero si me pescan á mí, fugado de presidio, no me escapo de cadena perpetua.

– No decías lo mismo en Moisdon.

– Una cosa es la provincia y otra cosa es París, amigo mío.

– Entonces no te atreves.

– Con harto sentimiento lo digo.

Volvió á reinar un largo silencio entre los dos miserables.

– Escucha, continuó Panuflo. Tal vez haya un medio de dar el golpe. Conozco en el barrio una muchacha cuyo hermano no desea más que encontrar una buena ocasión de ganar algunos cuartos. Le conozco íntimamente y te respondo de él. Proponle el negocio... No nos costará gran cosa.

Caracol reflexionó un instante.

Panuflo le miraba con indiferencia aparente, pero en realidad muy inquieto.

La proposición que acababa de hacer á su socio era el anzuelo con que esperaba cogerle.

La muchacha en cuestión era el cebo.

Si *Caracol* vacilaba, era por prudencia.

No le agradaba mucho mezclar á un extraño, y sobre todo á una mujer, en sus combinaciones. ¡Las mujeres son tan habladoras!..

Por otra parte, comprendió la dificultad de llevar á cabo él solo la empresa.

Y había que dar el golpe aquella misma noche, ó renunciar á él.

Furioso de ver que Panuflo le abandonaba, experimentó menos repugnancia al pensar en su denuncia.

– ¿Respondes del tipo?

– Es de toda confianza.

– Pues ponme en relación con la chica.

– Es más prudente que vayas solo. Sube por la calle de la Glaciere hasta la estación de Cintura-Gentilly. Encontrarás á la muchacha en la acera de la izquierda. Es una rubia, baja y regordeta. Pasas por su lado y le dices mi nombre: ¡Isidoro! Es la consigna... Te sigue... Habláis y te dice dónde está su hermano. Lo ves y os ponéis de acuerdo.

– ¡Ea! Pues iré.

Un relámpago de alegría pasó por el rostro de Panuflo.

El pez se tragaba el anzuelo.

– Tengo una recomendación que hacerte á propósito de Paulina.

– ¿Quién es Paulina?

– La hermana del joven en cuestión.

– ¿Y qué tienes que recomendarme?

– Que estés amable con ella. Le gustan los hombres finos.

– Pierde cuidado... Pero no digas tú nada á Ceferina, no vayas á hacer otra barbaridad como la de esta tarde. Yo no la enteraré de nada hasta después que esté hecho.

– Como quieras... ¡Oye! Cuidado cuando hables con Paulina. El barrio está lleno de agentes de la secreta..., principalmente en los cafetines. Lo mejor será que habléis tranquilamente en casa de la muchacha, que vive allí mismo, en un entresuelo.

– Tienes razón. Es más seguro.

Una imperceptible sonrisa se dibujó en los labios de Panuflo.

– Antes de partir quisiera comer algo.

– No son más que las siete. Espera á Ceferina. No puede tardar en volver.

Efectivamente, la sonámbula entró en seguida con algunas provisiones de boca.

Los tres se sentaron á la mesa.

Todos comían en silencio, cada cual preocupado á su manera.

Sin embargo, Panuflo atizaba de vez en cuando el fuego de los celos en Ceferina, con bastante habilidad para que *Caracol* creyese que sus bromas tenían por objeto el evitar toda palabra referente á los proyectos nocturnos del marido delante de la mujer.

– ¿Sales esta noche, Eusebio?, preguntó Panuflo.

– Sí.

¿Volverás tarde?

– Probablemente.

– ¿Se puede saber adónde vas?, interrumpió Ceferina.

– ¡No! Tengo que hacer.

Los tres se levantaron de la mesa y bebieron de pie el último vaso de vino.

– ¡Las ocho menos cuarto!, exclamó *Caracol* escuchando las campanadas de un reloj vecino. ¡Ea! ¡Buenas noches!

Y se fué.

Hubo un rato de silencio entre Panuflo y Ceferina.

– ¿Qué te parece?, le dijo él tocándola con el dedo en el brazo para sacarla de sus reflexiones.

– ¿Qué me ha de parecer?

– Se va.

– ¿Adónde?

– ¡Vaya una pregunta! A casa de ella, como todos los días. Pero esta noche te avisó... No volverá hasta muy tarde. La bella Paulina querrá tenerle mucho tiempo. Quizá está celosa de ti.

Un rayo de furor brilló en los ojos de la bestial mujer.

– ¡Vamos!, exclamó con voz sorda.

– Tenemos que andar aprisa, si queremos alcanzarle. Afortunadamente, el sitio es despejado y se ve de lejos.

Antes de salir, Panuflo volvió á llenar su vaso y el de Ceferina.

Bebieron mutuamente á su salud.

Una vez en la calle, Isidoro buscó con la vista á *Caracol*.

– ¡Allí va!, dijo señalándoselo á Ceferina.

Caracol les llevaba unos doscientos metros de delantera.

Al pasar por delante de las tabernas vivamente alumbradas, su silueta aparecía de pronto á Ceferina y Panuflo, para perderse de nuevo en la obscuridad.

En las proximidades de la estación no había más luz que la de los faroles, no muy abundantes.

– ¡Qué aprisa anda!, decía Panuflo á Ceferina, que iba apoyada en su brazo. No parece sino que el amor pone alas á sus pies... La verdad..., siento traicionar por ti á un viejo camarada..., pero te quiero demasiado y el amor todo lo excusa. Además, te juro que me indigna ver que ese tío engaña vilmente á una mujer como tú.

¡Yo te juro que no volverá á engañarme!

– ¡Qué felices podríamos ser nosotros dos si no nos sirviera él de estorbo! ¿No lo crees?

– Sí.., murmuró ella maquinalmente, puesta toda su atención en *Caracol*.

– ¡Alto!, dijo bruscamente Panuflo.

– ¿Por qué?

– Mira... allí..., á la izquierda.

– ¿Qué hay?

– Allí están los dos. Él se acerca á ella... ¿Les ves?

– ¡Sí! ¡Déjame, déjame! ¡Quiero matarles!

– ¡No, no! Aquí no. Aguarda. Pasa gente... Obsérvales, nada más.

Caracol había seguido las instrucciones de Panuflo, cuyo programa iba realizándose punto por punto.

El amolador estuvo amable con la moza, que le invitó, muy complaciente, á subir á su cuarto.

Ambos desaparecieron por una calle desierta y obscura.

– ¿Les has visto?, preguntó Isidoro á Ceferina.

– ¡Quiero matarles!

– ¡Aquí no, tonta! Ven... Te enseñaré un sitio bueno, por donde van á pasar luego los dos. ¡Allí nos explicaremos!

Y arrastró á su compañera hacia la puerta de Gentilly.

Pasaron las fortificaciones.

A poca distancia brillaba débilmente una luz en la obscuridad.

– Mira, Ceferina, ahí, á la derecha, hay un tabernucho donde van á beber. Conozco sus costumbres. No hay más que esperarles aquí.

Se agacharon detrás de una pared medio derribada.

Ceferina guardaba silencio, pero su respiración indicaba el grado de furor á que había llegado.

– ¡Cómo tarda!, dijo Panuflo para excitar aún más sus celos. Le tendría muchas cosas que contar á su amante.

– ¡Es la última vez que se las cuenta!

– ¡Ay, Ceferina!, ¿me querrás como le quisiste á él?

– Sí, Isidoro... Te querré, aunque mi amor por ti deba conducirme al patíbulo Pero después que haya muerto á mis manos.

Panuflo nada contestó.

De pronto se oyeron pasos.

Ceferina y Panuflo se levantaron.

Vieron á un hombre que se dirigía hacia ellos.

– ¡Es él!, dijo Panuflo. ¡Aquí le tienes!

– ¡Viene solo!

– Ella no habrá querido salir. Va al tabernucho.

– ¡Tu navaja!

– Deja que pase... ¡Y chitón!

Paulina había desempeñado bien su papel, ignorando totalmente la parte que tomaba en la siniestra tragedia imaginada por Panuflo.

Caracol iba en busca del hermano.

El tiempo apremiaba y el bandido andaba aprisa.

Iba á pasar por el lado de los dos que le acechaban.

¡Tu navaja!, repitió Ceferina á Panuflo.

– ¡Toma!.. ¡En medio de la espalda..., no muy alto..., una puñalada seca!

Ceferina cogió la navaja y desapareció en la obscuridad.

Tres minutos después volvía la sonámbula, corriendo como una loca, con la navaja en la mano, llena de sangre.

Panuflo le salió al encuentro.

– ¡Allí está!, dijo ella temblando. Contra el talud. ¡No ha dado ni un grito!

– ¿Muerto?

– ¡Sí!

– No es posible dejarlo ahí.

Ambos se acercaron al bulto negro señalado por Ceferina.

Caracol estaba tendido boca abajo.

– No seas niña. Basta de temblores. Vigila y yo haré lo demás.

Desde luego aseguróse de que el cuerpo que tenía delante era un cadáver... Luego, á la rápida luz de un fósforo, examinó la herida.

Un hilito de sangre manchaba apenas la blusa.

– La sangría va por dentro. Nada hay pisoteado en torno del cadáver. No hay traza alguna. ¡Buena faena!

Sin embargo, con la precaución de un cirujano, cerró la herida con un pañuelo que sujetó con el cinturón del difunto.

– Con esto bastará para el viaje... A ver..., no olvidemos nada... Si dan contigo, *Caracol* de mi alma, es preciso que no puedan identificar tu persona.

Registró cuidadosamente los bolsillos del cadáver y se quedó con todo lo que contenían.

Dirigió luego un vistazo por los alrededores.

No se veía á nadie que pudiese estorbarle para lo que le faltaba hacer.

Cargó con el difunto, se lo llevó, á campo traviesa, á una cantera abandonada que él conocía, y lo echó en un hoyo profundo en que había gran cantidad de agua, no sin haberle llenado los bolsillos de piedras.

– ¡Hasta la vista, camarada!

Volvió la cabeza y vió á Ceferina que le había seguido.

Se hallaba de pie, inmóvil, rígida como una cataléptica.

– ¡Ya eres viuda!, le dijo abrazándola.

Sacó un reloj de aluminio, regalo de una amiga, y exclamó:

– ¡Las once! Me queda el tiempo justo para ir en busca del hermano de Paulina, que me espera, é ir luego los tres al hotel d'Alboize.

– ¿Al hotel d'Alboize?, preguntó Ceferina con sorpresa.

– ¿Qué quieres? Como ya no hay que contar con ese holgazán de *Caracol*, preciso es que nos encarguemos de su trabajo.

XVI

NOCHE DE LÁGRIMAS

Dejamos á Fanfán y Claudinet abrazados y sollozando en el coche que los conducía al hotel d'Alboize.

El pobre tísico tuvo en el coche una terrible crisis.

Fanfán trató de animarlo.

Sin poder hablar, Claudinet le dió las gracias con una triste sonrisa, llena de indecible afecto y de tierna gratitud.

Después de un rato de silencio, Claudinet preguntó á su amigo:

– ¿En qué piensas?

– Pienso en lo que me decías, que no es posible que Ceferina sea mi madre.

– Créeme, no es posible.

– Un hijo no amenaza á su madre. Antes morir que levantarle la mano.

– Y tú la amenazaste con el revólver. ¿La hubieras matado?..

– Sí. Un segundo más, y hubiera apretado el gatillo.

– ¡Pues entonces! ¿Acaso puede un hijo tener la tentación de matar á su madre?

– ¡No, no! ¡Imposible!

– ¡Una madre debe ser tan dulce y tan tierna! ¡Conocí tan poco á la mía, que es como si nunca la hubiese tenido!..

– Y yo tampoco, si no soy hijo de Ceferina. Pero la buena señora de Moisselles me explicó lo que era una madre.

– ¿Y qué decía que era?

– Una especie de ángel de la guarda que Dios da á los niños para que les amen y les protejan.

El silencio volvió á reinar entre los dos.

El coche llegó al bulevar Malesherbes.

La elegancia del barrio asombraba á Claudinet.

Comparó su haraposo vestido con el traje correcto de Fanfán.

– ¿Qué va á decir ese caballero cuando me vea tan pingoso?

– Ya te conoce, y me dijo que su intención era arrancarte de manos de *Caracol* y Ceferina.

Claudinet aceptó ingenuamente aquella explicación, y bajó del coche que acababa de detenerse á la puerta del hotel d'Alboize.

El conserje miró con asombrados ojos al singular compañero del protegido del señor conde; pero, á fuer de buen servidor, no dijo una palabra.

Lo mismo pasó con los demás criados de la casa.

– ¿Está el Sr. de Kerlor?, preguntó Fanfán al ayuda de cámara especialmente destinado á su servicio.

– Aún no ha vuelto. El señor coronel y la señora han comido solos, pensando que el señorito había salido con el señor conde. En este momento se hallan en el salón de confianza del primer piso. Han

dicho que no reciben á nadie; pero indudablemente la consigna no reza con el señorito.

– Está bien. Gracias.

Fanfán hizo andar á Claudinet, que estaba alelado, dudando de la realidad.

Aquel ayuda de cámara, de librea galoneada, alto y tieso, causó en él tal impresión, que le tomó por el coronel.

Una vez en sus dominios, que se componían de dos cuartos, Fanfán encendió las velas, y el pobre tísico paseó la mirada absorta en torno suyo, como si, en un sueño fantástico, vagase por un palacio encantado.

– ¡Qué bonito!, exclamó simplemente.

– ¿Verdad? La primera vez que vi todo esto, me produjo el mismo efecto que á tí. Pero poco á poco me fuí acostumbrando, y ya se me figura que nunca he visto otra cosa.

– ¿Aquí es donde estudias?

– Sí. Esta es mi mesa de trabajo. Aquí tienes todos los libros que mi protector me ha prestado para que me instruya. Se sienta á mi lado y me hace preguntas sobre las lecciones que me da. Todo cuanto sé me lo ha enseñado él.

– ¿Entonces, sabe mucho?

– ¡Oh, sí! ¡Y si vieras con qué paciencia me explica lo que yo no podría aprender solo! Pero yo te juro que hago todo lo posible por tenerle contento.

– ¿Y esa otra habitación?

– Mi cuarto dormitorio. Ven y verás qué bien estoy..., qué bien estaremos..., porque de hoy más vamos á vivir juntos.

Fanfán había cogido un candelabro para enseñar á su amiguito la estancia inmediata.

Pero Claudinet, que se había desplomado en una butaca, no pudo levantarse al primer esfuerzo.

El infeliz no había probado bocado en todo el día.

Haciendo otro esfuerzo supremo, consiguió levantarse.

Pero le dió un temblor en todo el cuerpo y se sintió desfallecer.

Tuvo que apoyarse en un mueble para no caerse.

Fanfán notó la alteración de sus facciones.

– ¿Qué tienes, Claudinet?

– ¡Nada! Una congoja... ¡Ya pasó!

– ¡Dios mío! ¿Tienes frío, verdad? ¿Y hambre? Siéntate aquí. Voy á encender la chimenea..., y luego comeremos.

Instaló á Claudinet en un canapé, al lado de la chimenea.

Los morillos estaban cargados de leña.

Fanfán no tuvo más que arrimar un fósforo, y el fuego ardió.

– ¡Qué bonita es una llama clara y juguetona!

– Ahora, ¡á comer!

Su primera intención fué llamar al ayuda de cámara, pero desistió ante el temor de haber de dar ciertas explicaciones que únicamente debía al señor conde.

Cogió una vela y se fué al comedor.

Todo estaba tranquilo en el hotel.

Oíase vagamente la conversación de la servidumbre en las cocinas del sótano.

Uno de los relojes de la casa dió las diez.

Fanfán abrió el aparador en que los criados metían ciertas vituallas que retiraban de la mesa.

Lo primero que vió fue un pastel de carne, queso y una torta apenas decentada.

Fanfán colocólo todo en una bandeja, con dos copas, dos cubiertos, una botella de vino y un jarro de agua, y se volvió al saloncito donde había dejado á Claudinet.

– ¡Mira, mira!

– ¡Qué buenas cosas!

– Vamos á tener una magnífica cena.

Arrimaron un velador á la chimenea, pusieron sobre el velador las provisiones de boca y empezaron á cenar alegremente, con un apetito muy natural á su edad y después de las fatigas de toda clase que acababan de pasar.

Durante algún tiempo no se oyó más que el ruido de platos y tenedores.

Luego, tomó la palabra Claudinet:

– Me estaba acordando de otra comilona que hicimos juntos, no sé dónde, durante una de nuestras eternas peregrinaciones. No habíamos querido comer de una gallina robada por Panuflo. Pero como teníamos hambre, me llevaste á un seto donde cogimos muchas moras... y nos las comimos muy alegres. Sin embargo, no estábamos tan contentos como hoy, ni puede compararse aquella merienda con esta cena.

– Me acuerdo.

– Parece mentira que nos veamos en salvo y unidos para siempre. Porque el Sr. de Kerlor no te negará nada cuando sepa que has arriesgado hasta la vida por recuperar esas cartas que pueden hacer felices á las personas que más quiere.

– Es verdad que, en manos de *Caracol,* no podían servir más que para algo malo. Estoy seguro de que mi protector se alegrará mucho de recobrarlas.

– ¿Dónde las tienes?

– Aquí están.

Sacando el paquete del bolsillo, Fanfán lo colocó encima del velador en que acababan de comer.

– ¿A ver? ¿Qué tendrán esas cartas de extraordinario, para que *Caracol* dijese que en ellas estaba su fortuna y para que tanto se enfureciese al notar que habían desaparecido? ¿Vamos á leerlas?



Bebieron mutuamente á su salud

– ¡No! No nos pertenecen y no tenemos derecho á enterarnos de su contenido. Sería cometer una mala acción.

– ¡Es verdad! Siempre tienes razón, Fanfán. Tú has sido el que me has enseñado el camino recto, es decir, el camino del bien. Tú fuiste el primero que me hizo comprender la virtud, la honradez, la diferencia entre el bien y el mal... ¡No sabes lo mucho que te quiero!

– No fuí yo quien te enseñó esas cosas, mi pobre Claudinet; fué tu corazón.

– ¡Ay! Si pudiese vivir, ¡cuán dichoso sería á tu lado! Pero ya sabes lo que dijo aquel célebre médico del hospital, que me moriría antes de un año...

– ¡Calla, tonto!, interrumpió Fanfán llorando. Aquí vamos á curarte.

– ¡Ca! Me queda ya muy poco tiempo de vida. Me cuesta trabajo creerlo, pero siento que la muerte se acerca. Sin embargo, nunca como ahora hubiera deseado vivir, vivir á tu lado, ¡ahora que hubiésemos podido ser tan felices! Pero me voy á morir.

– No pienses en esas cosas.

– Pero antes quisiera poder hacer algo por tu dicha...

– Te digo que van á hacerte cuidar por grandes médicos, que te curarán. El Sr. de Kerlor me lo prometió. ¡Anda, caliéntate!, añadió atizando el fuego de la chimenea. ¿Te sientes mejor?

– Sí, sí.

Y con la volubilidad propia de sus años, empezaron á charlar de mil cosas, principalmente de los episodios más conmovedores de sus miserias pasadas.

Claudinet se había arrellanado en una butaca, y Fanfán estaba sentado en un taburete.

Su conversación duró mucho tiempo.

Poco á poco les fueron venciendo el sueño y la fatiga y se cerraban sus párpados.

– ¡Las doce ya!, exclamó Fanfán, mirando la hora en su reloj. Escucha, Claudinet: si el Sr. de Kerlor ha vuelto, lo que me extrañaría cuando no ha venido á verme, es demasiado tarde para hablarle esta noche. Vamos á dormir, si te parece, y ya le veremos mañana.

– Lo que tú quieras. La verdad es que me estoy cayendo de sueño.

– Entonces, te acuestas en mi cama, en el cuarto del lado, y yo dormiré en este canapé.

– ¡No! Preferiría quedarme aquí, junto al fuego. Sabes que siempre tengo frío. Con una manta, estaré aquí muy bien.

Aunque insinuó Fanfán en que fuese en su cama, Claudinet se acostó en el canapé, cerca de la chimenea, apoyada la cabeza en dos almohadas y cubierto el cuerpo con una manta que le buscó su amigo.

Ambos se dieron las buenas noches.

– Apaga las velas, Fanfán, antes de acostarte; quiero soñar á obscuras en nuestra felicidad.

Fanfán hizo lo que deseaba el tísico y se retiró á su cuarto, donde no ardía más que una lamparilla.

Claudinet, por el intersticio del portier que separaba las dos habitaciones, veía la pálida luz de la lamparilla.

Pensando en todos los acontecimientos que le preocupaban, vino á acordarse de las cartas que Fanfán había dejado sobre el velador.

Tendió la mano, encontró el manojo de papeles y lo escondió debajo de la almohada.

– ¡Buenas noches, Fanfán!, murmuró.

– ¡Buenas noches!, contestó la dulce voz de su amigo, que empezaba á desnudarse.

Claudinet se durmió.

Todo el hotel d'Alboize parecía descansar á aquellas horas.

Los criados se habían retirado hacía tiempo á sus habitaciones, después de haber cerrado todas las puertas y persianas.

Jorge hacía una hora escasa que se había recogido, sin haber encontrado á su paso criado alguno que pudiese enterarle de la vuelta de Fanfán con su amiguito.

Su cuarto estaba situado sobre el del muchacho.

Ambas habitaciones se comunicaban por una escalera interior.

Quiso ir á besar á su protegido, pero le detuvo el temor de despertarle.

Jorge parecía agobiado de tristeza.

Echóse en una butaca y permaneció largo tiempo abismado en una dolorosa inmobilidad.

Al levantar la cabeza, sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

Entreabrió la cortina de su ventana y echó un vistazo al exterior.

Todo estaba obscuro.

– ¡Sin embargo, es preciso que yo hable hoy con Carmen!, murmuró Kerlor con profundo acento febril.

Y se fué muy quedo á la habitación de ésta, que se encontraba á pocos pasos de la suya.

En el despacho de Roberto no había luz.

– Están acostados, pensó Jorge.

Sin embargo, las puertas de los cuartos de sus hermanos estaban abiertas.

Tampoco había luz en ellos.

Kerlor cruzó por ambos.

– ¡Nadie! ¿Será que no han vuelto?

Acercóse al saloncito particular de Carmen.

La puerta estaba cerrada. Pero se oía conversación dentro.

Llamó con suavidad.

– ¡Adelante!, le contestó la voz de su hermana.

Y entró.

Al mismo tiempo Carmen y Roberto hicieron un gesto de espanto, ante el demudado rostro de Jorge.

– ¡Dios mío! ¿Qué pasa?, exclamó Carmen.

– Dispensadme, contestó Kerlor, esforzándose en sostener una sonrisa que desmentía la crispación de sus labios. Vengo á anunciaros otro capricho de mi espíritu vagabundo. Me voy á marchar otra vez. Me vuelvo á América... y parto al amanecer, á fin de tomar el expreso de Saint-Nazaire.

– ¡Partir!...

– ¡Partir!, repitió Roberto. Imposible, amigo mío.

– Dispensadme. Partiré al amanecer, conforme he resuelto. A pesar del encanto que debiera tener á vuestro lado, la vida de Europa se me ha hecho insoportable.

– Sin embargo...

– He meditado mucho mi resolución y es absolutamente irrevocable.

– Nada dijiste á tu regreso de Penhoet.

—Sin embargo, regresé á París con la intención firme de emprender este viaje. ¡Mi resolución de partir mañana es irrevocable!

Roberto y Carmen cambiaron una mirada y se estremecieron.

Lo que Jorge meditaba no era un viaje, era un suicidio.

Lo que ellos temían hacía ya tanto tiempo.

Y esto en el momento en que había reaparecido Elena; cuando el error terrible que había quebrantado su vida iba á disiparse sin duda.

(Continuará)

LOS TÍTERES EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

«BONSHOMMES GUILLAUME»

Entre los atractivos reunidos en esa *Calle de París* que bastaría por sí sola para justificar el nombre de «gran feria» que se ha dado á la Exposición Universal, hay pocos que merezcan llamar tanto la atención como el teatrito en donde los Sres. Guillaume presentan sus títeres y en el cual los recursos mecánicos, unidos al arte del decorador, han permitido componer un espectáculo interesante dentro de un género que parecía algo abandonado y sin otra representación que los pulchinelas, alegría de los niños. Ya en la antigüedad había teatros de títeres para las personas mayores y en la Edad media se empleaban para los misterios de la Pasión unos muñecos con cabeza y ojos movibles. En tiempo de Luis XIV fué empresario de títeres Brioché, el cual percibía 1365 libras por tres meses de representación en San Germán en presencia del delfín. A mediados del siglo pasado hicieron furor, siendo de buen tono tenerlos en casa; los mejores artistas no se desdeñaban de interesarse en ese espectáculo; el mismo Boucher pintó varias figuras, y algunas piezas fueron compuestas expresamente por Malezieux, de la Academia. Posteriormente, hace treinta años, Jorge Sand se ocupaba de ellos con interés y daba en su propiedad de Nohant algunas representaciones que deleitaban á sus invitados. Los Sres. A. y H. Guillaume, dos artistas bien conocidos, no han hecho, pues, más que reanudar una tradición perfeccionando el género. Sus *Bonshommes* no solamente están esculpidos, pintados y vestidos por verdaderos artistas, sino además dispuestos de modo que por la naturalidad de sus movimientos producen la ilusión de pequeños personajes vivos.

La barrita A que los sostiene (fig. 3) está montada á la cardán sobre un trípode E y sostenida en posición vertical por un contrapeso colocado en su extremo inferior: se les coloca en el escenario y pueden quedar abandonados á sí mismos sin perder su flexibilidad y conservando una movilidad en todos sentidos que no tienen los títeres suspendidos por hilos. La barrita es hueca y por su interior pasan las palancas F que hacen maniobrar los miembros, los ojos, la boca, etc., y en la parte inferior, cerca del contrapeso, unas manecillas N permiten hacer funcionar estas palancas con los dedos casi del mismo modo que se mueven las llaves de un clarinete.

Las piezas representadas son principalmente satíricas ó humorísticas, pero en ellas figuran también grandes desfiles militares ó mágicos: en algunas escenas, tales como «el paso de un regimiento» ó «el cortejo des quat-z-arts», intervienen por lo menos 200 figuras articuladas y otros tantos comparsas. El material comprende un total de más de 4.000 títeres, 60 de los cuales, enteramente articulados, se reservan para las piezas dialogadas: en este caso, cada uno de ellos está movido por un actor oculto tras el resalto del escenario, que con los dedos puestos en las llaves de la figura acompaña su relación. Para dominar esta digitación se necesita cierto aprendizaje, pudiendo decirse que se toca el títere como se toca un instrumento de música. Como las figurillas están montadas sobre un trípode, un mismo actor puede encargarse del manejo de varias de ellas y pasar muy fácilmente de una á otra. Algunos títeres de estos son verdaderas maravillas de mecánica, llegando á imprimirles movimientos de una naturalidad encantadora; hasta las que sólo sirven como figurantes han sido estudiadas con el mayor cuidado, mereciendo especial mención los jinetes, en los cuales los movimientos del hombre y del caballo son de una verdad sorprendente.

El escenario tiene la misma maquinaria que el de un teatro grande, pero no del mismo género, pues se ha querido ahorrar el tiempo que se pierde cambiando las decoraciones, para lo cual se ha procurado que éstas estén siempre en su sitio. Hay cuatro que están instaladas permanentemente en un gran tambor (fig. 1) que puede girar alrededor de su eje, y por consiguiente basta hacerle girar para disponer el decorado que se necesita. Alrededor están colocados en estantes los títeres aislados ó montados por grupos para los desfiles, las apoteosis, etc. Algunas de estas piezas son muy pesadas y se correría el peligro de estropearlas llevándolas á la mano; de aquí que se haya dispuesto para las que están en la parte inferior un aparato que las conduce rápidamente al tablado circular puesto al nivel del escenario, y en cuanto han desfilado por delante del público otro aparato igual las baja por el otro lado por el mismo procedimiento, gracias á lo cual el escenario está siempre desembarazado. Para el desfile de un regimiento, la escena representa una aldea con un fuerte á lo lejos; en el primer término (fig. 2) se ha dispuesto una especie de camino movible formado por dos cadenas sin fin paralelas C, que tienen de trecho en trecho unos ganchos N; cada fila de soldados está montada sobre una planchita con anillos que se fijan en los ganchos, y de esta manera todas las filas son arrastradas con la misma velocidad y conservando la debida distancia. Los oficiales á caballo están colocados del mismo modo, y por medio de un sencillo mecanismo tienen un movimiento de balanceo de una gran naturalidad. La cola del regimiento que desciende del fuerte mientras la cabeza atraviesa la escena está formada por siluetas montadas sobre una cadena sin fin dispuesta verticalmente á lo largo del marco que forma la decoración, resultando un conjunto muy completo y muy animado. Una de las decoraciones tiene dos mutaciones á la vista del espectador, completadas por una instalación eléctrica que permite obtener efectos de iluminación.

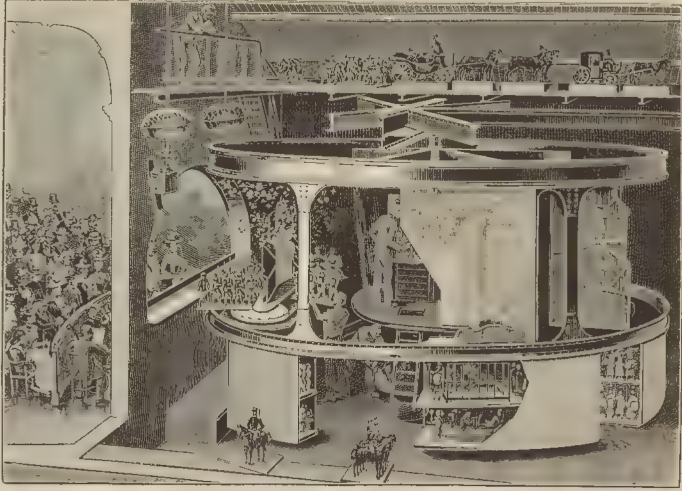


Fig. 1. – El escenario giratorio de los «Bonshommes Guillaume»

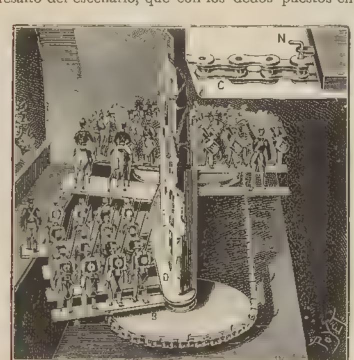


Fig. 2. – Desfile automático. Detalle del mecanismo



Fig. 3. – Modo de suspensión y llaves de maniobra de un títere

Esta es la primera vez que se ve un teatro de títeres tan completo y tan artístico, y justo es decir que merece aplauso la resurrección de un género que parecía muerto y que es un complemento no despreciable del arte teatral, porque á los títeres se les toleran libertades que no se consentirían en actores de carne y hueso.

Por esto creemos que aun después de la Exposición los *Bonshommes Guillaume* seguirán viviendo largo tiempo. – G. Mareschal.



LOS NÚMEROS PREFERIDOS POR LOS DIVERSOS PUEBLOS

Tomando en consideración el valor de las monedas, el de los sellos y el de las medidas, es fácil deducir de ellos ciertas conclusiones que permiten determinar cuáles son los números preferidos por los distintos países. Tal es el trabajo que hemos intentado; y aunque nuestra labor presenta algunas lagunas, nos parece interesante dar á conocer los resultados generales de la misma.

Todos los pueblos manifiestan preferencia marcada por los números 2, 3 y 5 y por los múltiplos de éstos. Hay que hacer, sin embargo, una excepción para los países mahometanos, que no usan el número 3. Ni en Turquía ni en Persia encontramos huella de este número y apenas si lo vemos empleado en Egipto.

Los gustos de los diferentes pueblos no se reparten por igual entre los números 2, 3 y 5 y sus derivados; así, para los franceses y los demás pueblos latinos son objeto de preferencia los números 2 y 5, al paso que lo es menos el 3. Los ingleses prefieren los 2 y 3 y los alemanes el 3 y el 5.

Por lo que se refiere á las razas asiáticas, vemos que los indios son muy aficionados al 2 y á sus diversas potencias, mientras que los chinos, parecidos en esto á los latinos, son partidarios del 2 y del 5.

El número 7 se encuentra en todas partes, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en Suiza y Noruega, en las Indias y en la América del Sur; pero donde más se usa, al parecer, es en Rusia y en los otros países eslavos. Así como la característica de los turcos es el horror al 3, la de los eslavos es la afición al 7.

En cuanto á los números más elevados, raras veces se emplean, y apenas los encontramos usados en España y en algunos países de origen español, por ejemplo: el 11 en el Salvador, el 17 en Méjico, el 19 en España y el 31 en las islas Filipinas.

Con gran sorpresa nuestra hemos observado que los habitantes de Hawai son bastante aficionados al número 13, lo cual parece demostrar que los naturales de aquellas islas no tienen la preocupación que reina en la generalidad de los pueblos respecto de este número considerado como nefasto. – Delauney.

(De *La Nature.*)

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DES JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARCIAS Y DROGRIAS

PAPEL Ó CIGARROS ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bon BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLA DIPLOMA
HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

PANCREATINA DEFRESNE
POLVO — PILDORAS
Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO { el más poderoso y el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 – LYON 1872 – VIENA 1873 – PHILADELPHIA 1876 – PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
Y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas**, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***, **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El intruso, cuadro de Walter Hannemann

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 19 de noviembre de 1900 — Núm. 986

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA SIERRA, dibujo de Enrique Estevan

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una interesante novela del conocido escritor D. Florencio Moreno Godino, titulada EL ÚLTIMO CABALLERO, con ilustraciones de Cutanda.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EXCURSIÓN RETROSPECTIVA

Aunque yo no he hablado aquí de nada que con la Exposición se relacione, como una página suelta y aparte, con aspecto puramente histórico, he inscrito en mi cartera algunas apuntaciones referentes á la historia de mi sexo, narrada en páginas de bulto en el palacio llamado del Traje.

Puedo decir de estos apuntes lo que Espronceda del *Canto á Teresa:* son un desahogo de mi imaginación: sáltelos el que así lo desee.

* * *

Para construir este palacio, cuya idea inició el modisto Félix, se formó una sociedad por acciones con capital de dos millones de francos. No sé si habrá cubierto gastos esta suma; y de hecho, los fragmentos de telas antiguas, expuestos en el palacio y encerrados en veinticinco vitrinas, valen harto más; pero pertenecen á un aficionado que los facilita á la Sociedad. Un retal de tela antigua, auténtica y única, no tiene precio. Las telas antiguas del Palacio del Traje es lo que menos mira el público, y lo que más debe admirar el inteligente.

Sorprenden los conocimientos que supone una reconstrucción así. Los peluqueros, bordadores, pasamaneros, encajeros, adornistas, plumistas, sastres, mueblistas, tapiceros, sombrereros, tejedores, joyeros, cuya labor reunida constituye la exposición del traje, tienen que atesorar noticias en ramos muy importantes para no cometer anacronismos y poder resucitar con viveza y verosimilitud los tiempos pasados. Respecto á los que modelaron las figuras de cera, no sería justo regatearles el dictado de artistas.

* * *

Ya he dicho que, al lado del cuadro plástico completo que representa un momento de la historia de la indumentaria, encontramos los tejidos y objetos correspondientes. Son telas extrañas de lino, lana, seda y brocado. Son camisas, zapatos, gorras, cinturones, broches, extraídos de los sepulcros, en necrópolis registradas ahora por primera vez, y *documentan* el cuadro, atestiguando la fidelidad escrupulosa de la reconstitución.

Nada de telones ni de dioramas: todo de realce y bulto, aspirando á producir ilusión perfecta. No falta más que la vida.

Son los cuadros representación de una costumbre, ceremonia ó hecho histórico que puede dar idea del espíritu dominante en una edad. El primer cuadro nos muestra los patricios romanos en la colonia de Arsinoe, en Egipto, viendo cómo un *psilo* ó encantador de serpientes hace bailar á una culebra. Los trajes, latinos, pero con ribetes asiáticos. En el segundo aparece un atrio de Roma, en la época de Trajano, y ropa y arquitectura son del más puro clasicismo. El magnífico *atrio* es el patio que aún hoy se conserva en ciertas comarcas españolas: tiene su fuente y su piscina, y la escena representa el momento en que los histriones, llamados para entretener una tarde de ocio, declaman ante tres elegantes patricias algún fragmento de tragedia, con acompañamiento de flauta doble. Las damas del atrio son ya *mujeres,* en el sentido de que conocen y practican los refinamientos del tocador, del baño, del traje: nadie ignora cómo se lavaban, perfumaban, rizaban, teñían, pintaban, adornaban y engalanaban las contemporáneas de Augusto. Contraste: el cuadro tercero muestra á las mujeres galas en la época de la invasión romana. Las antepasadas de la parisiense están medio desnudas, desgreñadas, descalzas de pie y pierna, hechas una lástima; refugiadas en grosero barracón que más parece cueva, prestan oído, con terror, á los ruidos que revelan la aproximación de los soldados de César y que las anuncian el cautiverio ó la muerte. Considero un rasgo de coquetería francesa el cuadro de esta barraca. Parece que dice: «¡Cuánto va de ayer á hoy! Mirad los orígenes de esta Francia actual, flor de refinamiento en las artes de la mujer.»

* * *

El más lujoso de los cuadros plásticos es el cuarto, titulado *Homenaje á la emperatriz Teodora.* La cámara del trono, la figura de la Augusta, las vestiduras de los magnates y prelados que suben la escalinata de rodillas para prosternarse y besar los imperiales pies, son ascuas de oro y ríos de pedrerías, y cataratas de esmalte, filigranas y gemas. El quinto reconstruye las *Termas de Juliano,* cuyas ruinas se conservan en París. En el siguiente alborea la Edad Media; corre el siglo VII; quedan atrás Roma y Bizancio, y los bárbaros galos empiezan á tomarse el desquite, por más que todavía, en el ropaje de Santa Clotilde, personaje principal de la escena, se adviertan reminiscencias romanas. La santa, con túnica bordada, manto de cenefa y monjil, bajo un pórtico románico parecido á muchos que aún se ven en iglesias españolas, distribuye limosna á los mendigos. De esta edificante escena saltamos al siglo XII, en pleno período feudal, asistiendo á una velada en un castillo; vemos al castellano calentarse á la llama del mediano monte de leña que arde en la vasta chimenea; á la castellana, con su corona de baronía y su amplio manto, agasajando á su niño, y semejante á las efigies románicas de Nuestra Señora, que acaso no eran sino copias de la realidad. Las sirvientes preparan la mesa; los mesnaderos guardan la entrada, lanza en puño; bárbaras pinturas decoran las paredes. Pasamos al siglo XIII, y sorprende lo que en cien años, con las Cruzadas, la poesía de los trovadores, el movimiento franciscano, los viajes á Oriente, la teología y la escolástica, la nueva arquitectura, ha cambiado y se ha afinado el aspecto de la vida y el traje como signo. De la ruda vivienda feudal del siglo XII á ese primoroso relicario flordelisado y calado, de elegancia suprema, en que se agrupan Blanca de Castilla, San Luis y Margarita de Provenza, hay un mundo: hay todo un florecimiento artístico, intelectual y político, la plenitud y la expansión de una civilización completa en su género.

* * *

Al llegar al siglo XV, un curioso cuadro, *Les Hennins,* nos enseña cómo nació el sombrero. Esos cucuruchos y esos cuernos de terciopelo, raso, brocado de oro y perlas, que sujetan un ligero velillo flotante, son los padres del tocado femenino actual, uno de los triunfos de Francia. La expresión misteriosa de candor y austeridad de las figuras de mujer en las tablas y tapices del siglo XV, proviene de la moda del *hennin,* que, obligando á rasurar ó epilar la frente y las sienes, prolongaba la parte superior de la fisonomía, y comunicaba al rostro un misticismo semejante al que da la tonsura monástica. Esas frentes inmensas y puras de los cuadros y tallas del siglo XV son artificiales. ¡Qué desencanto!

* * *

Desde los *hennins,* la corona heráldica, colocada sobre el pelo resguardado por la redecilla de perlas, desaparece, y el sombrero se anuncia, haciendo su aparición primera en el siglo XVI. La transformación del *hennin* en sombrero se ve en el cuadro que representa á dos patricias venecianas que, magníficamente ataviadas, dignas del pincel de Veroneso, salen de su palacio y se disponen á saltar en la góndola, y en el siguiente, *Entrevista del campamento del Brocado de oro,* donde las damas que engalanadas con espléndidos atavíos se asoman á la ventana de la tienda real, ostentan ya sombreros de plumas que, sin variación alguna, servirían á una gomosa de hoy.

Deteniéndose en este siglo tan pintoresco y suntuoso, los cuadros nos hacen ver á Catalina de Médicis en el laboratorio de Rugiero; asistimos á una procesión bajo Enrique III, y vemos á Enrique IV recibiendo con transporte una flor que desde su balcón le arroja Gabriela de Estrees, vestida como un retrato de Moro. El recuerdo de Rubens y el siglo XVII lo evoca la imponente figura de María de Médicis, toda de terciopelo flordelisado de oro, guarnecidos y forrados de armiño la falda y el manto, con el inmenso cuello alto á que ha dado nombre, y esas enormes perlas cuyo reflejo nacarado se comunica á la tez. A mediados del XVII, el traje de la mujer, y también el del hombre, tiene un momento encantador que debiera eternizarse; un momento estético, acaso nunca igualado: el estilo Luis XIII. Y digo Luis XIII, porque en España, por ejemplo, el traje á mediados de ese siglo es lúgubre ó enfático; la melancolía y la falsa hinchazón de nuestra decadencia se reflejan en él. La Francia, al contrario: ¡qué sencillez tan ideal y qué distinción tan aristocrática en la moda masculina y femenina de ese cuadro, *Marion Delorme en* 1640! El cabello airosamente dispuesto encuadrando la cara, el ancho cuello de encaje, la artística manga, la faldamenta ni hueca ni angosta, en la mujer, hacían un conjunto señoril, decoroso, gracioso, y acaso por el traje Marion Delorme no parezca la hétera que fué, sino la más cumplida dama.

* * *

Pronto se echa á perder la moda: se infla el ropaje, se yergue como almenado torreón el tocado y se desvanecen los contornos entre caudalosos pliegues de tela. Esta evolución fatal nos la presenta el cuadro de *Las hijas de Luis XIV sorprendidas por el Gran Delfín fumando en pipa,* y el retrato plástico de María Leckzinska, en traje de corte. De tan funesta dirección salieron las enormes pelucas, las faldas de tontillo y las caderas de mimbre y alambres llamadas *paniers.*

Al llegar al estilo Luis XV no se debe describir: todo el mundo se lo sabe de memoria. Es una época revivida y más conocida hoy que, por ejemplo, la de 1840. Así es que no se le ha consagrado en el Palacio del Traje sino un cuadro, *Las visitas.* Dos recuerdan la época de María Antonieta: un paseo en bote por el lago de Trianón, escena mágica de tapiz de Goya, y un palco de la Opera. El titulado *Los dos besos* pertenece ya á la Revolución, y es imposible idear nada más lindo que la figura de mujer en ese cuadro. Después, el taller de modista de sombreros bajo el Directorio; la prueba del manto nupcial á Josefina, á la cual asiste preocupado y grave el vencedor de Europa; la divertida escenita del *Novio,* en 1820, y el bautizo en la época romántica: otros tantos primores

* * *

Las modas del segundo Imperio, últimas históricas, son incoherentes y desairadas, sin modestia.

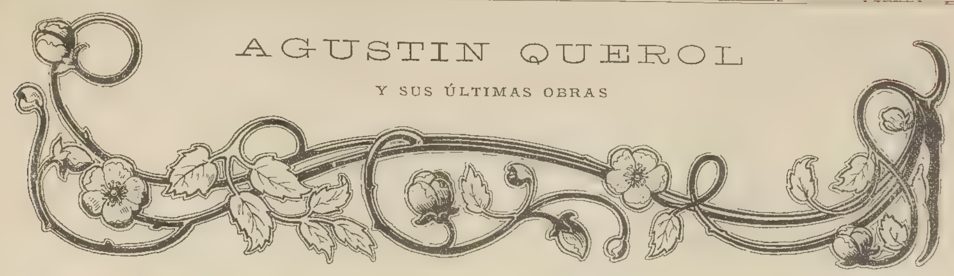
Sólo me gusta el peinado, largo y deshecho en abundantes rizos ó prolongado en zorongo. Pero los volantes en pabellón y escalera, el miriñaque, el polisón, las bertas, las sosas mangas, incómodas y fuera de su sitio, las colas infinitas, no tienen pizca de garbo. Faltaba á este segundo Imperio un ideal, siquiera fuese el secatón ideal greco-romano del primero; faltábale un estilo: nuestra compatriota Eugenia de Guzmán no supo imprimírselo, á pesar de la natural distinción de su figura de cisne.

* * *

Enumerando rápidamente los cuadros, no me queda tiempo para decir nada de los peinados de las sesenta muñecas de peluquero que empiezan en Enrique II y acaban en 1900, y están lo que se dice bordadas en pelo, una serie de maravillas del arte capilar... Ni de los accesorios, abanicos, pieles, ramilletes, pomos de esencia, cuya historia puede estudiarse en las galerías y tiendecillas de los rincones del palacio. Mi pensamiento está fijo en aquellas hembras galas trémulas y haraposas, y al ver los trajes de actualidad, los abrigos regios, los *deshabillés* incitadores, las bordadas y vaporosas túnicas de baile, me dije á mí misma:

– En estos diecinueve siglos ha sido creada la mujer.

Emilia Pardo Bazán.



El monumento á Moyano, recientemente inaugurado en Madrid, y el grupo de las Leyes, que ha de ir sobre el frontispicio del Palacio de Justicia de Barcelona, son las últimas obras ejecutadas por el insigne escultor D. Agustín Querol, ambas de extremada belleza y cuyo mérito indiscutible acrecentará de seguro la justa fama del artista. Son modelo de sobriedad en el dibujo y factura;



EL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL EN SU ESTUDIO

de línea esbelta y justo modelado, recuerdan la buena época de la escultura florentina.

La primera de estas obras, que el magisterio español dedica al meritísimo autor de la Ley de Instrucción pública, es por demás sencilla, pues sujeta á los modestísimos resultados de una suscripción entre *maestros de escuela*, sólo en ella pueden alabarse las facultades de un artista de gran talento que lucha con la pobreza de los medios materiales para realizar una obra profundamente sentida. Así pues, tenemos entendido que Querol ha desempeñado en ella el papel del Sastre del Campillo.

Por eso hay que agradecer doblemente su esfuerzo y su amor al arte por el arte.

Se compone de elegante pedestal de ornamentación plateresca ó de *renacimiento moderno*, cuadrado y elegante, rematando en una especie de capitel del mejor gusto, é irguiéndose sobre una basa hermosa que descansa sobre plinto escalonado. En los cuatro lados de aquélla van adosados otros tantos relieves en bronce, representando el del frente un tarjetón artístico sostenido por la figura de la Fama y en el que se lee la dedicatoria; en el de atrás se ve á Moyano en la tribuna del Congreso leyendo ante la cámara los proyectos que tanto nombre le dieron, y á los otros dos lados alegorías del genio de la Enseñanza bajando al recinto de las escuelas, y la del acto de firmar la reina Doña Isabel II aquellas leyes que tanto beneficio llevaron á la España intelectual.

Sobre este pedestal se levanta majestuosamente la gallarda figura del *último moderado*, en actitud de leer al pueblo sus leyes protectoras; y cierra el monumento una elegante verja primorosamente dibujada. Todo ello es obra de Querol, arquitectura, dibujo y modelado, y así resulta un conjunto armónico y grandioso, dentro de su forzada sencillez.

Cuanto al grupo de las Leyes, hay que advertir que siendo como es una obra decorativa, pues es de colosal proporción y ha de formar parte de un conjunto completamente heterogéneo, la línea es soberana, y á este objeto principal van sujetas las demás condiciones, siempre excelentes y superiores, de la obra.

Moisés elevando al cielo su divina diestra y sosteniendo con su otra mano la ley fundamental abierta sobre su pecho, parece inspirar la ley regional ó fueros de Cataluña, y la ley unitaria del Estado español, ambas personificadas en dos matronas sedentes que á sus pies ofrecen la más gallarda composición artística. Aquélla lleva como símbolo el yugo ornado de guirnaldas de flores, y ésta los atributos de Astrea. El conjunto de estas tres figuras, á pesar del obligado convencionalismo de toda obra simbólica, es admirable, atrevidamente justo de línea. Cuanto al modelado, basta decir que es una obra de Querol, de cuyas manos parecen salir con vida real y perdurable los personajes más abstractos, pues en su escultura todo palpita y todo se engrandece.

Actualmente está trabajando Querol en el monumento que ha de erigirse en Barcelona á la memoria del ilustre dramaturgo catalán don Federico Soler, más conocido por el seudónimo de *Serafí Pitarra*. El monumento, como puede verse por el boceto que reproducimos, presenta un conjunto tan sencillo como elegante, sobresaliendo en él la estatua sedente del fecundo é inspirado poeta que corona un esbelto pedestal de forma circular, en el que entre figuras alegóricas se destaca el escudo de la capital catalana, sobre el cual se lee el nombre de Federico Soler.

Querol, como jurado de Escultura en la actual Exposición de París, ha dado gallarda prueba de su alteza de miras y elevación de pensamiento. Haciendo caso omiso de su mérito personal, realizó una labor grandiosa, merced á la cual, España, á pesar de sus épicas desventuras, se ha hecho sentir más allá de sus fronteras.

La escultura española ha triunfado en el gran concurso del siglo, contribuyendo á la eterna verdad de que las entidades sociales y políticas desaparecen con frecuencia, sin que haya fuerza que pueda conservar ni siquiera su fisonomía, al par que las artísticas no desaparecen jamás; han vivido y vivirán siempre á través de los siglos y son las que en la confusión de los tiempos señalan el camino recorrido por la Historia.

LUIS PARDO.



MONUMENTO Á FEDERICO SOLER (PITARRA)
que se ha de erigir en Barcelona, obra de Agustín Querol

LA PROMESA

I

Reinaba en el muelle extraordinaria animación. Por la escalerilla del antepuerto bajaban y subían los pescadores haciendo los últimos preparativos para emprender la marcha. Las mujeres, desde arriba, con el vistoso pañolillo de algodón cruzado sobre el pecho y el chillón refajo de bayeta roja ó amarilla cubriendo las amplias caderas, iban entregando á sus hombres los objetos necesarios para la faena del día, sin olvidar la calabaza con el agrillo chacolí ó el áspero aguardiente, que aquéllos á su vez colocaban en el fondo de la barca, donde ya estaban amontonadas las redes.

Agitábase incesante la abigarrada multitud á la turbia luz de los farolillos que llevaban á mano ó colgados á bordo en el cruce de las vergas, y cuyo oscilante reflejo proyectaba en el muelle las fantásticas sombras de aquellos animosos trabajadores.

Poco á poco se iba despejando el puerto. Después de encajar los toletes en la regala de las embarcaciones, de trabar los estrovos ó de atornillar las chumaceras, los pescadores se santiguaban devotamente, empuñaban el remo y batían con golpe acompasado la tranquila superficie del agua, saliendo gallardamente la escuadrilla al ancho mar como una bandada de gaviotas que se abate alegre sobre la espuma.

Principiaba á clarear el día, ciñendo con purpúrea franja la indecisa línea del horizonte. Brillaban aún en el cenit algunas estrellas que poco á poco iban apagando su luz á medida que la claridad invadía los extensos campos del cielo. Esfumábanse á lo lejos, como sorbidas por el mar, las miserables casuchas de la aldea, y las barcas, abriendo á su paso un surco de luz, separábanse unas de otras y se perdían en el infinito desierto de las aguas.

II

Bogaba valerosamente la *Virgen del mar*, empujada por el colosal impulso de sus doce remos.

Su finísima quilla cortaba las aguas como una hoja de acero, dejando á popa un hervidero de espuma que se extendía largo espacio en brilladora estela.

Remaban los muchachos silenciosos, acompañando el uniforme balanceo de su fornido busto con el ritmo de su respiración.

Sentado en la popa, fumaba impasible el tío Juan su eterna pipa, arrancándola bocanadas de azulado humo, mientras dirigía la barca apoyando la nervuda mano en la caña del timón.

Era el patrón un hombre de escasa estatura, pero recio y musculoso como un Hércules. La grasienta boina caía sobre dos cejas grises, espesas y enmarañadas como dos matorrales que servían de cubierta á unos ojillos vivos y chispeantes, que sin duda á fuerza de mirar al mar habían tomado su azulada transparencia.

Iba el tío Juan completamente afeitado, dejando así al descubierto la espesa red de profundas arrugas que surcaban su rostro, dándole una apariencia de senectud que contrastaba de un modo extraño con la robustez y agilidad de sus miembros y la ardiente vivacidad de su mirada.

Profesaban los pescadores al patrón cariñoso respeto, pues debajo de su ruda corteza adivinaban un hombre infinitamente superior á ellos en experiencia y en saber.

Había viajado mucho y visto y aprendido muchas cosas, y sobre todo había sufrido mucho durante los años empleados en su aventurera peregrinación por el mundo, y sabido es que el sufrimiento, si depura el corazón y templa el alma, también aguza los sentidos y hace más perspicaz el entendimiento.

El tío Juan, después de probar fortuna, aunque inútilmente, en todos los países y en todos los mares, había vuelto á la costa en que naciera para terminar sus días en aquella barca, que era su hogar, entre aquellos pescadores que constituían toda su familia y en aquel mar que encerraba el universo entero para él.



LAS LEYES, grupo colosal que ha de coronar el frontispicio del Palacio de Justicia de Barcelona, obra de Agustín Querol

En sus largos años de ausencia, el tío Juan había perdido el acento y los modismos de su tierra. Leía y escribía de corrido, cosa extraña entre la gente de mar, que desde bien temprano empuña el remo, abandonando la escuela... Sabía de cuentas y de otras muchas cosas; tantas, que era el consejero, abogado consultor y secretario de toda la gente de la aldea, que decía de él, asombrada, en su pintoresco lenguaje vasco-castellanizado:

– El tío Juan sabe tanto como el rector y más que el escribano, que es un *choriburu*.

III

Sopló sobre la embarcación una ráfaga: el fresco hálito de la mañana impregnado de los aromas que desprendían los vecinos montes asomados á la costa.

El tío Juan levantó en alto su manaza para averiguar la dirección del viento, y dijo levantándose y dejando al medio la caña del timón:

– ¡Ea, muchachos, á descansar! Ya está aquí el Nordeste, y esta buena moza va á volar como una golondrina.

Pasó el tío Juan á proa; cazó la vela, envergándola en la entena por los graniles y halando las escotas, y la *Virgen del mar*, arrastrada por aquel trozo de lienzo, que el Nordeste soplando en popa cerrada orientaba, voló, como había dicho el patrón, como una golondrina que mojara sus alas en el mar.

Los muchachos dejaron los remos apoyados por la caña en la borda de la embarcación y se dispusieron á celebrar el sobrio festín de los pescadores; un trozo de rubia borona y un buen trago de chacolí ó de aguardiente..., si lo había.

El tío Juan, de pie en la proa, recibiendo los aletazos de la vela que crujía azotada por el viento, había formado con sus manos una especie de pantalla sobre los ojos y miraba atentamente las extensas manchas lechosas, purpúreas ó irisadas con que la naciente luz del día iba dividiendo en zonas la ancha superficie del mar hasta las lejanías del horizonte.

De pronto oyó que lo llamaban, y volviendo la cabeza vió asomar por la relinga de la vela una mano alargándole un frasco de aguardiente.

Al mismo tiempo una voz dijo á su espalda:

– Beber no hará, Ramonchu. ¿No lo sabes ó qué?

– Aguardiente bueno que te es, pues. Tomar ya puedes, replicó Ramonchu insistiendo.

– Patrón agua beber hase. Aguardiente no le darás ni chacolí tamién.

– El agua, Manu, dijo el tío Juan dirigiéndose al que acababa de hablar y cruzando la barca para ponerse otra vez al timón, no enferma, ni embeoda, ni adeuda.

– Verdad hablaste, replicó Manu; pero tú, mozo estabas y como beber, ya te bebías, pues, que dice el retor.

– Cierto es, dijo con acento triste el tío Juan y como si hablara más para sí que para los demás. Bebía y ojalá no lo hubiera probado, que esa fué mi desgracia.

– ¿Moscorra cogiste ó qué?.., preguntó Ramonchu.

– Moscorra, no; locura, delirio que me condujo al crimen más abominable que puede cometer el hombre... ¡Puse la mano en mi madre! Mira esta mano y escrito en ella lo que hizo, para que no se borre de la memoria.

Y enseñaba su mano disforme y encallecida, desfigurada por extensa cicatriz que blanqueaba el dorso y la palma, haciendo resaltar los duros tonos del resto de la morena y velluda piel.

– Veinte años tenía yo y más de treinta han transcurrido, siguió diciendo el patrón abstraído y con la mirada fija en el espacio, cuando por primera vez subí descalzo la cuesta de Mamariga (1) y entré en la Virgen del Puerto y prometí á la Madre de Dios, arrodillado ante su altar, no volver á probar la bebida... Y bien sabe la Virgen que hasta ahora he cumplido mi promesa.

Escuchaban atentos los pescadores, como si para ellos fuese nueva aquella historia, que se sabían de corrido; pero más atento que todos oíala Ramonchu, que recién llegado del servicio de la armada, aún no había tenido ocasión de escuchar el relato del tío Juan.

– Vosotros no sabéis, muchachos, decía el patrón mientras el viento hinchaba la vela y la trainera volaba, hasta qué punto la bebida embrutece al hombre, convirtiéndolo en bestia. En eso me convertí yo, en una bestia feroz. Era domingo, y los amigos merendamos en un chacolí del que salimos dándonos morradas contra las tapias. Luego, de taberna en taberna, acabamos de lastrar la cala... Bebimos sidra, vino, ginebra, caña... ¡Aguarrás creo que bebimos! Cuando llegamos á la cancha, yo iba de bolina y no podía fachear. Los amigos me desafiaron á un partido, pero yo no tenía dinero y fuí á buscarlo..., á que me lo diera la pobre vieja... ¡Qué había de darme, si hacía una semana que un galernazo tenía parada la pesca y las traiñas se pudrían en el muelle!

La vieja no hacía más que llorar; yo insistí, yo amenazaba, injuriaba, hasta que loco, desesperado, alcé el puño, oí un grito, después un golpe, vi sangre... Como un viento que salta y barre la cerrazón, así se barrió aquella nube negra que el vino y la caña habían puesto encima de mis ojos...

Contemplé mi crimen, horrorizado de mí mismo; que el hueso y la carne duélense de su sangre... Me odié, me maldije, llamando á gritos á la pobre vieja, sin sentido, y en el delirio de mi rabia y de mi impotencia para deshacer aquel daño, castigué esta mano maldita con la misma faca que llevaba en la cintura y que quise hincarme en el corazón, cuando me sujetaron... No sé qué fué de mí en muchos días; pero sí recuerdo que cuando desperté de aquel sueño profundo vi á mi madre con la cabeza llena de trapos, cerca de la cama, cuidándome y ayudando al físico á curar mi brazo, que por poco me cortan... Mi

(1) Barrio de Santurce donde se eleva una ermita dedicada á la Virgen del Puerto.



MONUMENTO ERIGIDO EN MADRID Á D. CLAUDIO MOYANO.—Relieves del pedestal de la estatua, obras de Agustín Querol

primera salida la hice descalzo, sobre los pedruscos de Mamariga, á la Virgen del Puerto...

A poco murió mi madre, y yo me fuí á correr la mar, á buscar fortuna... Estuve en Filipinas, en la Habana, en Fernando Poo... Luego en un barco inglés que naufragó en el Cabo de Hornos... Después en la guerra carlista, á bordo del *Colón*, y enfrente de Motrico vi caer á mi lado á Barcaiztegui, que era un valiente...

En fin, estuve en todas partes, y ahora aquí, hasta que me vaya á pique. ¡Ea! Ya sabéis mi historia y por qué no bebo nada más que agua aunque me aspen.


La Coruña. – Cuartel de Alfonso XII (de fotografía de M. Teijeiro)

IV

– Arria la vela y avante vosotros, dijo el tío Juan poniendo la caña del timón á sotavento para orzar. Luego añadió:

– El chardango á babor y la traiña al agua, que la manyuga no debe estar lejos, porque las tollinas nos van dando convoy.

Y efectivamente, á los pocos momentos el patrón señaló á unas veinte brazas delante de la proa una extensísima mancha negra, de la que se escapaban metálicos reflejos, que bullía y se agitaba en el mar y sobre la cual revoloteaba lanzando chillidos una nube de gaviotas.

Era la manyuga, un banco de sardinas, que acosadas por las toninas ó tollinas, como decía el tío Juan, se apretaban en confuso tropel tan á flor de agua, que el sol, elevado ya sobre el horizonte, arrancaba vivos destellos de sus lomos argentinos.

– Un Padre nuestro y un Avemaría á la Madre de Dios de Begoña para la buena suerte, dijo el tío Juan quitándose la boina.

Y la ferviente oración de aquellas gentes sencillas subió al cielo en la augusta soledad del Océano.

A. Sánchez Ramón.

LA CORUÑA

LA TORRE DE HÉRCULES. – INSTITUTO DA GUARDA CUARTEL DE ALFONSO XII

La antigua *Brigantia* de los celtas, la moderna Coruña, rodeada de fértil campiña, mar extenso y con mezcla de los sombríos celajes del Norte con las brillantes claridades del Mediodía, conserva los rasgos característicos de su origen y guarda restos y monumentos que recuerdan á sus primitivos pobladores y á las diversas razas que en ella intentaron asentar su planta.

Situada á orillas de los más tranquilos golfos de los mares gallegos, puede afirmarse que todos los pueblos, siquier momentáneamente, penetraron en el suelo sagrado de la que es hoy capital por el derecho que le asignan su antigüedad, su gloriosa historia y su belleza.

Con absoluta seguridad puede decirse que la actual ciudad ocupa el mismo lugar que la antigua de los celtas, unida todavía cual antes lo estuvieron sus destinos á la famosa *Torre de Hércules*, que á modo de símbolo indica los destinos militares y comerciales de la Coruña y une el recuerdo de los mitos y tradiciones que con ella se relacionan.

Faro altísimo llamaba Orosio á la Torre, que asentada en el extremo del istmo, teniendo por base las rocas que baten las olas, no responde hoy ciertamente por su aspecto á lo que fué tan glorioso y celebrado monumento. Según opinión de algunos distinguidos arqueólogos, no afectó en su origen la forma cuadrada que hoy la distingue; antes al contrario, puesto que por la disposición, aunque no por su tamaño, debió parecerse á la famosa de Belus. Semejóse á una pirámide, y careciendo de escalera interior se subía á la cima por la rampa en espiral que la rodeaba, bastante ancha para que pudiese ascender por ella un carro arrastrado por una yunta. Hoy sólo quedan de la primitiva los elogios que le tributaron y el concepto que entraña como testimonio del poder expansivo de un gran pueblo que desde el punto avanzado donde se levantaba el faro brigantino miraba á la legendaria Erin, con la que tantas analogías guarda el suelo galaico.


La Coruña. – Torre de Hércules (de fotografía de M. Teijeiro)

En su estado actual tiene la torre treinta y seis pies de lado y seis de grueso: los muros se componen de sillería en los ángulos, vanos y cornisas; de sillarejos en los paramentos, y de hormigón ó argamasa de menudas piedras en los relieves ó interiores. La base de la torre es cuadrangular, tiene ocho ventanas en cada frente y algunas en el cuerpo superior. Su altura total sobre la base es de 49 metros.

De la rampa exterior, que llegaba hasta la cúpula, consérvanse todavía en el forro de dos pies y medio de que fué revestida las señales de las espiras ó vueltas.

Hoy la Torre de Hércules sirve de faro, habiéndose empezado á encender los faroles en noviembre de 1684. Desde 1788 á 1790 fué objeto de una restauración, quedando desde entonces revestida exteriormente de piedra sillar y añadiéndosele un cuerpo octágono para sostener un aparato de luz mejor que los dos faroles ordinarios que antes se encendían. En 1847 se substituyó aquel aparato con otro catadióptrico.

Difícil sería, en tan breve espacio, narrar los hechos más culminantes de la historia de la Coruña, puesto que si en la edad antigua ofrece acontecimientos dignos de estudiar, en los tiempos modernos ocurrieron también hechos íntimamente ligados con las luchas que nuestra nación hubo de sostener, tan gloriosos como el que ha inmortalizado el nombre de la famosa heroína María Fernández de la Cámara y Pita.

Larga lista podría formarse de los hijos ilustres de la Coruña, entre los que figuran nuestra distinguida colaboradora doña Emilia Pardo Bazán, de tan singular ingenio como merecida fama.

A la galantería de nuestro buen amigo D. M. Teijeiro debemos la ocasión de dar á conocer á nuestros lectores la Torre de Hércules, ya descrita; el Instituto fundado por el generoso y benemérito coruñés don Eusebio Da Guarda, suntuoso edificio legado á la ciudad, cuyo coste ascendió á la suma de ocho millones de reales y en que se hallan instalados el Instituto de segunda enseñanza y la Escuela de Bellas Artes, y el nuevo cuartel ó cuarteles de Alfonso XII, en donde tienen cómodo y apropiado alojamiento dos batallones de infantería y una batería de artillería, pudiendo albergar hasta tres mil hombres, dotado con todas las dependencias necesarias y con un vasto campo de instrucción.

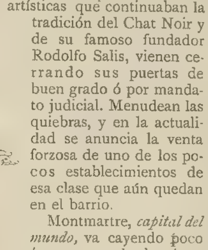
Réstanos agregar que todos los edificios que mencionamos fueron visitados por la familia real en su reciente viaje á la costa cantábrica, y que los grabados que publicamos son acabada reproducción de las fotografías obtenidas por el citado Sr. Teijeiro. – G.


La Coruña. – Instituto Da Guarda (de fotografía de M. Teijeiro)

CRÓNICA PARISIENSE

DECADENCIA DE MONTMARTRE

Corren malos vientos para la sacra colina. Una tras otra, las tabernas artísticas que continuaban la tradición del Chat Noir y de su famoso fundador Rodolfo Salis, vienen cerrando sus puertas de buen grado ó por mandato judicial. Menudean las quiebras, y en la actualidad se anuncia la venta forzosa de uno de los pocos establecimientos de esa clase que aún quedan en el barrio.



Un poeta de Montmartre

Montmartre, *capital del mundo,* va cayendo poco á poco en el abandono universal.

Hace un par de años, los ociosos que después de haber comido bien querían divertirse un rato, aún solían decir:

–¡Vamos á Montmartre!

Y á Montmartre se iban con optimista confianza.

Los iniciados en las veladas poéticas y musicales de la colina, decían á los profanos:

–¡Ya verán ustedes qué cosa más original y divertida! Nos reiremos en grande.

Y la verdad es que aún se podía pasar un rato divertido en aquellos teatritos y conciertos minúsculos.

Ya no era la franca diversión de los buenos tiempos del amigo Salis. El ingenio no brotaba ya á borbotones de labios del anfitrión y sus poetas. La sátira no era ya tan fina como mordaz. Las canciones carecían de originalidad y de agudeza. Pero como aún no eran muy numerosas las tabernas artísticas, los espectadores se contentaban con lo poco que se les servía, perdonando la mediocridad en gracia á la escasez. Por otra parte, la moda, esa tirana omnipotente, exigía que la gente que se precia de buen tono fuese á pasar cada ocho días una velada en cualquiera de esas tabernas de Montmartre.

De entonces acá, una plaga de industriales, plagiarios de Salis, establecieron en la vertiente de la colina innumerables tabernas que no tenían de artístico más que el nombre.

Fué una invasión descomunal.

Legiones de cancioneros de pacotilla se lanzaron á imitar á los poetas de agudo ingenio que dieron fama al Chat Noir y á sus congéneres.

Pero los falsos Mac-Nab, los Jouy de dublé y los simili-Ferny enseñaron pronto la hilaza; el público empezó á llamarse á engaño; y los taberneros que osaron imitar á Salis resultaron tan grotescos, que el espectáculo acabó por ahuyentar á los clientes.

Desde el principio de esa decadencia, los aficionados empezaron á decirse al oído:

–Esto no vale lo que el Chat Noir.

–Estas parodias de Bruant son verdaderas necedades.

–Esto resulta muy aburrido.

Y convencido de que allí no se divertía, el público dejó de ir.

Y los empresarios, en vez de buscar el éxito en la modificación del espectáculo, en la substitución de aquellas estulticias por un poco de arte, lo buscaron en el reclamo á son de bombo y platillos.

Pero el desencanto era irremediable. El público desertó de la colina, y á la decadencia siguió la bancarrota.

París asiste indiferente y aun tal vez con secreta satisfacción á esa ruina, porque en la época de su apogeo Montmartre humilló con soberano desdén el corazón de la gran ciudad. Hoy la colina sufre la ley común de todos los que se encumbran con excesiva rapidez, sin una base sólida que sostenga su fama tan fácilmente adquirida.

Sin embargo, no habrá sido inútil la colina de los Donnay, Haraucourt, Caran d'Ache y tantos otros escritores y artistas que han adquirido después gran celebridad. Dió el impulso necesario á un arte que languidecía. La historia literaria dirá cuál fué la influencia de Montmartre en las artes y letras de este fin de siglo.

El propio Salis no se imaginaba esa fecunda influencia al crear su originalísima taberna artística. En esta misma ILUSTRACIÓN hemos contado los orígenes del Chat Noir, las íntimas reuniones celebradas por Bollinat, Villette, Jules Jouy y demás camaradas de Salis, en el cafetín establecido por éste al lado del Elíseo Montmartre. Salis era, para quien no le conocía á fondo, una especie de negrero, que trataba á la baqueta á sus cancioneros y á sus músicos, á pesar de que les pagaba con bonos de *bocks* y de *choucroute*.

No obstante, muchos de los que han hecho fortuna debieron á Salis el haber atravesado rápidamente lo que Flaubert llamaba «el pantano de los comienzos.» Nada vale tanto, para un escritor ó un artista, como el empuje de un empresario que le da á conocer. Salis convirtió su taberna en una especie de antesala del teatro y del periódico, donde acudía París á saborear las primicias de ingenios desconocidos, antes de que la fama pregonase su talento.



Una taberna de Montmartre

¿Saben ustedes cómo debutó, por ejemplo, Mauricio Donnay?

Un día, Alfonso Allais, que era entonces secretario de la redacción del *Chat-Noir,* periodiquito ilustrado que dirigía Salis, recibió unos versos de Mauricio Donnay. La composición era ligera, delicada y graciosa. Allais enseñó los versos á Salis, cuya perspicacia adivinó que su autor era chico de valía. Infórmose y supo que el poeta estaba empleado en una casa de comercio. De buenas á primeras le propuso estrenarse en el Chat-Noir, no en el periódico, sino en la taberna.



Un artista de Montmartre

Los antiguos parroquianos del famoso establecimiento recuerdan sin duda á un joven elegante y algo tímido que recitaba versos deliciosos. Era Mauricio Donnay, cuyo talento había de brillar ante otras candilejas que las del Chat Noir.

La canción ocupa un puesto importante en la vida francesa. Desde el himno patriótico hasta la romanza sentimental; desde la canción satírica hasta la ronda pueril, ¡qué de grandes y pequeñas obras exquisitas que expresan todas las emociones humanas!

En Francia, todo empieza y todo acaba en canciones: revoluciones y triunfos, epopeyas y amores... El cancionero francés se confunde con la historia de Francia.

Los sencillos cantares que entretenían y consolaban á los siervos de la Edad Media; los cantos de gesta que entusiasmaban á los guerreros; las rudas estrofas de la Revolución; las canciones báquicas de Beranger, son verdaderos «estados de alma» nacionales.

La canción contemporánea está en plena decadencia, como lo está la colina de Montmartre en que trataron de regenerarla los poetas del Chat-Noir.

Y la principal causa de esa decadencia consiste en haber substituído la copla satírica, ingeniosamente aguda, y la romanza sentimental, con la canción canallesca, conocida en el *argot* parisiense con el calificativo de *rosse*.

El género floreció durante un lustro, merced á uno de tantos caprichos de la moda. Por fin triunfó el buen sentido, y la canción *rosse* cayó en el descrédito más absoluto.

Daba grima ver á esos copleros, que con afectada frialdad, con acento monótono, en actitud perezosa, recitaban junto al piano ó acompañándose en él des vergüenzas ó estupideces rimadas, que unos cuantos necios aplaudían.

Ellos han sido la causa de la ruina de Montmartre, que tan caro paga el efímero triunfo que en sus tabernas artísticas proporcionó á la imbecilidad humana.



JUAN B. ENSEÑAT.

Ilustraciones de Gosé.

DESCUBRIMIENTO

DE UNA BIBLIOTECA BABILÓNICA

Los notables descubrimientos realizados en el sitio que ocupó la antigua Babilonia por la delegación de sabios enviada por la Universidad de Pensylvania á Nippur, han dado la solución de una multitud de problemas que hasta ahora no habían podido resolver los historiadores de la Caldea.

El profesor Hilprecht, jefe de aquella expedición, ha regresado hace poco á Constantinopla, en donde ha dado á conocer algunos de los descubrimientos más importantes que hizo el año pasado en las ruinas de la antigua ciudad: el principal de ellos es el de una biblioteca encerrada en un gran templo. Hace once años que el eminente profesor había adivinado que en aquel mismo lugar precisamente realizaría un descubrimiento de primer orden; y en efecto, en el espacio de tres meses ha encontrado 17.200 tablitas con inscripciones en caracteres cuneiformes. Las primeras que se en-



SANTA CECILIA, cuadro de F. Keller



UN BAILE AL AIRE LIBRE EN UNA ALDEA DE LOS PIRINEOS ESPAÑOLES, cuadro de P. Ribera

contraron eran contratos de negocios, convenios, cartas, etc.; las últimamente descubiertas tienen mucha mayor importancia, puesto que son obras de filología, literatura, mitología, gramática, ciencias, matemáticas é históricas, etc. Cuando los sabios las habrán descifrado por completo, podremos formarnos, sin duda alguna, una idea exacta de la vida pública y privada de los babilonios. Ninguno de esos documentos lleva fecha posterior al año 2.280 antes de Jesucristo y los más antiguos se remontan á 7.000 años antes de la era cristiana. Es probable que la biblioteca quedara sepultada entre los escombros del templo cuando la invasión de los elomitas, que ocurrió precisamente allá por el citado año 2.280.

El profesor Hilprecht cree que se necesitarán aún cinco años para exhumar y examinar enteramente esta biblioteca, y calcula que la parte de la misma no descubierta todavía debe de contener 150.000 tablitas.

Sabido es que esta biblioteca desempeñó gran papel en la vida intelectual de los babilonios, en todas sus ramas, así en las científicas como en las religiosas y literarias.

Es muy probable que ningún sabio haya sido ni sea en lo sucesivo tan afortunado como el profesor Hilprecht para descubrir de una vez un número tan enorme de documentos de primer orden relativos á las civilizaciones prehistóricas.

Las excavaciones para poner al descubierto el templo han retardado la exhumación de la biblioteca. La multitud de armas que se han encontrado en las capas inferiores de las ruinas dan una idea de cómo se ponía sitio á las ciudades en aquella sangrienta época de la historia caldea. El profesor Hilprecht opina que el templo formaba parte de un palacio cuya fachada tenía una longitud de 600 pies y que pertenecía probablemente á los sacerdotes reyes de Nippur. Las pocas salas que se han explorado han dado lugar á interesantes descubrimientos de tablitas, cilindros, figurillas, etcétera, y se espera que se han de encontrar también estatuas. – X.

NUESTROS GRABADOS

De mi tierra, cuadro de Luis Beut.—Si Luis Beut no fuese ya ventajosamente conocido, el bonito cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como discreto artista, tales son las cualidades que se observan en la obra á que nos referimos Artista de corazón y amante de su país, dedica, al igual que su maestro Agrasot, al arte y á la tierra en que nació las galas de su ingenio y el resultado de su habilidad. Con uno y otra logra dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos admirables que revelan entre la delicadeza de su espíritu la arrogancia de los moriscos, y esa espléndida vegetación que convierte en continuado jardín la tierra valenciana, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

En la sierra, dibujo original de Enrique Estevan.—Acreditada tiene su competencia el discreto artista Enrique Estevan en la producción de cuadros y dibujos representando asuntos y tipos militares, género en el cual ha logrado singularizarse de tal suerte que se le considera comprendido en el grupo de pintores españoles representantes de tan especialísima rama del arte. A esta clase de producciones corresponde el bonito dibujo que reproducimos, trasunto de una escena desarrollada en la sierra durante la cruda estación invernal, cuyos rigores desafían, en cumplimiento de ineludibles deberes, tres guardias civiles, representados en el momento de prestar uno de los importantes servicios encomendados á su benemérito instituto.

Santa Cecilia, cuadro de Fernando Keller.—La figura de Santa Cecilia, la mártir cristiana que los músicos han escogido como patrona, ha inspirado á los pintores de todas las épocas, que han representado en célebres lienzos á la santa cantando las alabanzas del Señor acompañándose con el arpa, el órgano ú otros instrumentos. Para no citar más que algunas de estas obras, las más importantes, mencionaremos los bellísimos cuadros de Rafael, de Domenichino y de Carlos Dolci, que se conservan respectivamente en la Pinacotea de Bolonia, en el Museo del Louvre y en la Galería de Dresde. También los modernos han rendido tributo á esta santa, y uno de ellos, Fernando Keller, ha logrado trazar una hermosa página artística al pintar el cuadro que reproducimos. La *Santa Cecilia* del notable pintor alemán se ajusta á los cánones de la buena pintura religiosa por la unción que respira y por la sobriedad con que está ejecutada: el rostro, de delicadas y correctas líneas, tiene una expresión mística encantadora, á la que contribuye principalmente la dulzura de la mirada; la actitud tranquila se armoniza con los sentimientos divinos que llenan el corazón de la virgen, y el ropaje está tratado con esa amplitud que sin distraer la atención de la idea principal coadyuva al buen efecto de la pintura.

Un baile al aire libre en una aldea de los Pirineos españoles, cuadro de Pedro Ribera.—



DE MI TIERRA, cuadro de Luis Beut

En las aldeas montañesas, donde las distracciones escasean, el baile constituye casi la única diversión de la gente joven; pero no es aquel el baile que en los grandes centros impera entre las clases populares; no es ese espectáculo tan malsano como poco moralizador que se verifica en locales de atmósfera irrespirable, en los cuales el cuerpo siempre enferma y no pocas veces enferma también el alma; no, el baile se celebra allí al aire libre, en la plaza pública ó en un prado inmediato al pueblo Allí se reunen en las tardes de los días de fiesta mozos y mozas y se entregan á esas danzas de pausados ritmos que la tradición ha conservado desde la remota antigüedad, y que aún recuerdan algo del arte pagano á que deben su origen y en el cual rendíase culto á la belleza y á la higiene Esos bailes montañeses son en extremo pintorescos y tienen el escenario más hermoso que para esta clase de fiestas pueda imaginarse; la naturaleza, con su cielo inmenso, sus verdes campos, sus árboles frondosos, su aire puro y embalsamado por las olorosas plantas silvestres y sus montañas, cuya obscura silueta se recorta sobre el fondo claro del firmamento. Se comprende, pues, que los artistas encuentren en ellos asuntos para sus cuadros y se enamoren de aquellas notas de luz y de color que tanto se prestan para una obra artística: el autor del lienzo que reproducimos ha sabido sorprender estos efectos y presentarlos en una forma tan simpática al corazón como agradable á los ojos.

Astucia y fuerza, escultura de A. Alsina.—Conocida es la narración bíblica de Sansón y Dalila que sirve de asunto á esta escultura, en la cual el artista nos presenta á los dos personajes en el momento en que la astuta filistea corta al juez de Israel la cabellera, origen de su fuerza hercúlea. El Sr. Alsina ha interpretado bien la situación y el carácter de los dos personajes, presentando en bellísimo contraste las delicadas formas de Dalila y la gigantesca musculatura del dormido amante, é imprimiendo en el grupo escultórico un sello clásico que sienta admirablemente en todas las obras del género de la suya. El modelado corresponde al modo de ser de cada figura: fino, lleno de suaves morbideces, en Dalila; vigoroso, casi duro, en Sansón. Completa la hermosa impresión de la escultura la belleza del contorno total, en el que se combinan con gran acierto y sin la menor confusión los contornos parciales de cada una de las dos estatuas. La obra del Sr. Alsina ha sido premiada en la Exposición Universal de París.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – La corona que la colonia italiana de Barcelona ha dedicado á la memoria del rey Humberto I, y que reprodujimos en el número 983 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha sido fabricada en los talleres de objetos de arte que tiene establecidos en esta ciudad el reputado artífice Cav. Luis Razzanti, premiado en varias exposiciones con medallas de oro y plata. El comité de la referida colonia ha dedicado á dicho señor una fotografía de la corona con un autógrafo en extremo laudatorio.

Teatros.—*Madrid* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Princesa *La reina y la comedianta*, comedia en tres actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany; en Lara *El guante blanco*, pieza en un acto de los Sres. Perrín y Palacios; en el teatro Cómico *Las violetas*, arreglo en un acto de una comedia italiana, muy bien hecho por los Sres. Cadenas y Varela, y *Gimnasio modelo*, zarzuela en un acto del Sr. Larra (hijo), con música del maestro Cereceda; en Eslava *Mangas verdes*, zarzuela en un acto de D. Sinesio Delgado con música de Torregrosa; y en Martín *Los maletas*, zarzuela en un acto del Sr. Torres con música del maestro Muñoz. En el teatro Español se ha estrenado con éxito extraordinario el drama de D. José de Echegaray *El loco Dios*. Las representaciones de la Duse en el teatro de Apolo proporcionan á la eminente actriz italiana otras tantas ovaciones. Se ha inaugurado la temporada del teatro Real, habiéndose cantado en la noche de la inauguración la bellísima ópera de Puccini *La Boheme*.

Barcelona. – Las cuatro representaciones de la Duse en el teatro de Novedades han sido otros tantos triunfos para la incomparable artista, que ha interpretado maravillosamente *La dama de las camelias* y *La mujer de Claudio*. de Dumas, hijo; *Hedda Gabler*, de Ibsen, y *La Gioconda*, de d'Anunzio. En el propio teatro se han dado dos interesantes conciertos: en el primero, organizado por el director de la Sociedad de Conciertos Clásicos el notable compositor y pianista D. Enrique Granados, ejecutáronse primorosamente la cuarta sinfonía de Beethoven, dos danzas de Grieg y el poema sinfónico del maestro francés León Moreau *Sur la mer lointaine*, que fué dirigido por el autor, habiendo merecido todas estas piezas entusiastas aplausos. También fué muy aplaudida la «Capella Catalana,» que bajo la dirección del maestro D. Joaquín Cassadó cantó con gran ajuste varias piezas de música religiosa clásica y otras originales de los señores Cassadó y Guanyabens. El segundo concierto corrió á cargo de los eminentes pianistas Sres. Vidiella, Granados y Malats, que tocaron con sin igual maestría solos y juntos hermosas composiciones de Chopin, César Frank, Paderewski, Fischov y Bach, habiendo sido todos y cada uno de ellos objeto de ovaciones tan grandes como merecidas.

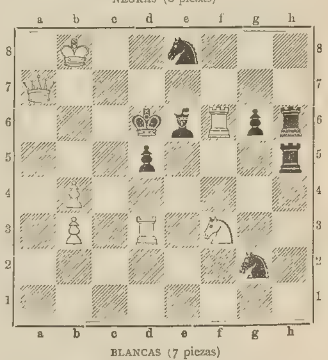
Se ha inaugurado la temporada del Liceo con el estreno en España de la ópera de Wagner *Sigfrido*, que ha tenido un éxito brillantísimo, habiendo sido muy aplaudidos cuantos artistas tomaron parte en la ejecución, especialmente el tenor Sr. Grani y la tiple señora Ehrenstein y el maestro Sr. Mertens.

En Romea se ha estrenado con buen éxito *Los dos cunills*, graciosa comedia en tres actos de D. F. Fuentes (hijo).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 217, POR J. SALMINGER

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 216, POR F. HOFMANN

Blancas.	Negras.
1. Te1–d1	1. g5–g4
2. Dd4–e5 jaque	2. C toma D.
3. C mate.	

VARIANTES

1..... Cg6 juega; 2. Dd4–e5 jaque, etc.
1..... c6–c5; 2. Cd3–c5: jaque, etc.
1..... c4–d3:; 2. Ac2–b3 jaque, etc.
1..... R ó Cd7 juega; 2. Cd3–c5 mate

LOS DOS PILLETES

Novela por Pierre Decourcelle. – Ilustraciones de J. Cabrinety

(CONCLUSIÓN)

¡No, no! Imposible.

Después de un breve silencio, Carmen dijo:

– Y ese niño por quien te interesas tanto, ¿no es un calmante para tus penas?

– A propósito de ese niño, he querido hablaros esta misma noche. Sabiendo que no os faltarían argumentos para detenerme, quería anunciaros mi viaje cuando ya me hubiese puesto en camino; pero quise insistir personalmente con vosotros en favor de ese niño.

– Basta que tú le quieras, para que también le queramos nosotros.

– Me inspira, en efecto, el mayor interés. Expuso su vida por salvarme. Aunque no me impulsase la... extraordinaria simpatía que por él siento, el deber me obligaría á asegurar su porvenir. Y cuento con vuestra fraternal amistad para substituirme á su lado y continuar la obra empezada por mí.

– ¿Qué quieres decir?

– Le pondréis en el colegio, al lado de vuestro Marcelino, ¿verdad? Mi sobrino le ayudará y protegerá. Cuidaréis de hacer de él un hombre honrado... Y si yo muero..., espero que querréis mucho al pobrecito huérfano, en memoria de vuestro infeliz hermano.

– ¡Jorge!, exclamó Carmen con desesperación.

– Hay que preverlo todo, hermana mía. Esta tarde estuve en casa de tu notario, Roberto, y tomé todas las disposiciones materiales para que este arreglo sea posible.

Roberto d'Alboize no había interrumpido una sola vez á su cuñado.

Se levantó, y después de haber cambiado otra mirada con su esposa, adelantóse, algo pálido, como si fuese á dar cumplimiento á una decisión grave, súbitamente tomada.

– Mi querido Jorge, obedeceríamos escrupulosamente á tus deseos si hubiese lugar; pero desde que hablamos contigo del asunto que sabes, ha sobrevenido un grave acontecimiento que ignoras y que, seguramente, te impedirá partir.

– Roberto, mi partida es irrevocable.

– No, amigo mío. No puede serlo. Mírame bien frente á frente, Jorge. ¡Estás desesperado porque ardes en amor por Elena, porque la crees perdida, muerta quizá! Pues bien: ¡Elena vive! ¿Oyes? ¡Elena vive! Estamos seguros de ello, puesto que la hemos visto.

Roberto esperaba una exclamación, un grito de asombro, en que hubiese vibrado, á pesar de todo, una nota de esperanza.

El rostro de Jorge permaneció impasible en su fría dureza y su espantosa desolación.

– ¡Yo también la he visto!, dijo fríamente.

Los que dieron un grito fueron Roberto y Carmen.

– ¿Has visto á tu mujer?, añadió ésta.

– ¡No conozco ya á esa persona!

Y exaltándose poco á poco, á medida que hablaba, llegó al paroxismo del dolor y de la cólera, revelando á sus hermanos la terrible lucha que había sostenido durante años con los sentimientos que iban germinando en su alma al recuerdo de Elena.

Roberto y Carmen le contemplaban dolorosamente, sin atreverse á hacerle cesar.

– ¡Sí!, iba diciendo Jorge; para vivir, me agarraba á la ilusión insensata de olvidar el pasado y perdonar. Aún hubiera hecho más. Hubiera llegado á no recordar jamás su falta, á ahogarlo todo en una resurrección de ternura, en un inmenso retorno de amor.

– ¿Y bien?

– Esta ilusión sublime, que mi pasión por esa mujer me había hecho suponer realizable, se desvaneció ante la conducta escandalosa de la miserable.

– No puedo dejarte continuar así, dijo Roberto en tono grave. ¡Tu error es criminal! ¡Elena fué condenada injustamente! ¡Elena es un ángel de virtud!



Me llevaste á un seto donde cogimos muchas moras (pág. 741)

– ¡Ah!, sollozó Carmen cayendo de rodillas á sus plantas; escúchanos, Jorge. ¡Escucha á tu hermana!

– ¡Piadosa mentira! ¡Ya os he dicho que no os creo!.. ¡No puedo creeros! Las pruebas os desmienten. ¡Levántate, hermana mía! Vuestra insistencia es inútil.

– ¡Ah, si hubieses visto á Elena como nosotros la hemos visto hoy! Ante su frente pura y sus ojos, que sólo han empañado las lágrimas de la desesperación, no vacilarías...

– Y las únicas palabras que se escapaban de sus labios eran de consuelo para nosotros, un grito de amor por ti, un grito á cuyo acento no te hubieras engañado...

– ¡Elena mentía otra vez, como supo mentir junto al lecho mortuorio de nuestra madre, para arrancarle su bendición por medio de una sacrílega comedia!

– ¡No, Jorge, Elena no ha mentido jamás! En el instante supremo, iluminada por la luz divina, nuestra madre reconoció la inocencia de Elena y la bendijo. Elena te ama, á pesar de los terribles tormentos que le has causado, y su amor es lo único que le ha dado fuerzas para vivir hasta el día, que ha llegado al fin, de su rehabilitación.

– ¡Elena!.., interrumpió Jorge con una carcajada estridente. ¡Vuestra Elena, la de la frente tan pura, la de los ojos tan cándidos, tiene un amante!

– ¡Elena! ¡Un amante!, exclamó Roberto espantado.

– ¡Hermano mío! ¡Estás blasfemando!

– ¡Yo la he visto..., yo mismo, risueña, del brazo de ese hombre! ¡Viven juntos..., públicamente..., en Moisselles!

– ¡En Moiselles! ¿Has ido á Moisselles?, exclamó Carmen. ¿Cuándo?

– Hace cuatro días, desde Penhoet, impulsado por un indicio casual. Entonces les vi á los dos. ¡Y si no les maté, es que la amo todavía, es que la amo á pesar de todo! ¡Y se la dejo á su amante..., mientras que yo voy á morir!

– ¡Morir!

– A ese hombre de que hablas, añadió Carmen con toda la energía que le comunicaban su amor de hermana y su desesperación; á ese hombre le conocemos. Él fué quien nos buscó hasta averiguar dónde vivíamos, y nos llevó al lado de ella. Es un hombre de corazón que se apiadó profundamente de la infortunada, cuyo amor por ti y cuya existencia atroz conoce...

– ¡Mentira todo! ¡Esa mujer ha querido engañaros!

Y les refirió al detalle su viaje á Moisselles, su encuentro en el tren con el venenoso alguacil y su digna consorte, y la escena sorprendida por él entre Elena y Vernier.

Aterrados por aquella espantosa calumnia, abrumados por el acento de convicción profunda é invencible con que Jorge hablaba, Roberto y Carmen le miraban como se mira á un loco en sus arrebatos, esperando un momento de calma en que poderle hacer entrar en razón.

– ¡Hermano mío!, dijo al fin Roberto con varonil y sombrío vigor; otra vez te dejas ofuscar por las apariencias que tus terribles y locos celos te hacen admitir como realidades. Estás alocado al extremo de querer matarte. Quizá lo impidamos hoy; quizá también mañana... ¿Y después? ¡Vas á morir! Pero, tenlo entendido, querido Jorge, consideraremos tu muerte como el justo castigo de un Dios vengador de la inocencia.

Herido por esta violenta y calurosa protesta, Jorge permaneció un instante sin contestar.

Reflexionaba.

– ¿Pero no comprendes qué horrible cosa sería que yo me hubiese engañado? ¡Carmen sería una infame! ¡Y tú su cómplice! ¡Y el baldón no dejaría de haber deshonrado la casa de Kerlor!

– ¡Por mucho que debas despreciarnos, y cualquiera que sea el castigo que, como jefe de la familia, nos impongas, lo hemos merecido nosotros y no Elena!

– ¡Tuve en mis manos la prueba de su crimen..., del mismo modo que ayer la vi con su amante!

– La encontraste con ese caballero... y te rebajas te á creer en las calumnias abyectas de viles y miserables envidiosos. Si vieses la mirada franca y la noble fisonomía de ese hombre, que no ha cometido más falta que la de sentir por Elena una profunda admiración y una abnegación sin límites, te convencerías. En cuanto á aquella carta fatal que sorprendiste y que contenía lo que llamas la falta de Elena, repito que era mía, y que yo la había escrito á Carmen, aunque con las señas de la señora de Kerlor, según acostumbraba hacerlo, á fin de evitar una sorpresa.

– ¡Probádmelo!

– La carta en cuestión era de mi puño y letra. Hoy que conoces mi letra, puedes comparar.

– Sabes muy bien que eché aquella carta al fuego.

– Recordarás el carácter.

Jorge pareció vacilar un momento.

De pronto iluminaba su espíritu un rayo de luz.

Al recibir la primera carta de su cuñado, anunciándole su regreso á Francia, parecióle que había visto aquel carácter de letra otra vez.

Entonces no hizo caso del incidente.

Pero ahora, ante la insistencia de Roberto, no podía menos de recordarlo.

Palideció.

Roberto era hombre de noble corazón y de ánimo valeroso.

No vaciló.

– Te repito que Carmen y yo nos amábamos y que nos escribíamos con las señas de tu esposa. Aquellas cartas, toda la correspondencia de Carmen, me fueron robadas en Tours, donde Elena había ido á reclamármelas. ¿Adónde fueron á parar? Lo ignoro.

Pero hace poco recibí un anónimo proponiéndome el rescate de la cartera que las contenía. Ví á los miserables poseedores de aquella correspondencia, y consentí en pagarles la cantidad que me pedían por ella.

– Entonces, ¿las tienes?

– ¡No! Aquellos bandidos me dijeron que las tenían en su casa. Me condujeron cerca de donde vivían, en un barrio extraviado de la Glaciere.

– ¿En la Glaciere?, repitió Jorge, asombrado de aquella coincidencia.

– ¿Cómo?

– Nada... Continúa

– Me llevaron al bulevar de la Glaciere, esquina á la calle de la Santé. Allí me dejaron, diciendo que iban á volver dentro de pocos minutos...

– ¿Y?..

– Les estuve esperando en vano. No volvieron á parecer. Ignoro la causa que les impediría cumplir un trato tan ventajoso. Pero esas cartas existen. Sólo por ellas pudieron aquellos hombres enterarse de mi nombre y del interés que yo tenía en recuperarlas. He hecho todo lo posible por adquirir esa prueba de tu error, de la inocencia de Elena y de nuestra falta, ya que mi palabra y mi confesión no te bastan.

Jorge experimentaba una singular emoción.

– Uno de los hombres que te propusieron la venta de las cartas, ¿no se llamaba *Caracol?*, ¿y el otro Panuflo?

– No les pregunté su nombre... Pero, en efecto, me parece recordar..., sí, recuerdo que uno de aquellos bandidos llamó á su compañero con el apodo de *Caracol.*

– ¡Ah, si fuese cierto!, exclamó Jorge con el corazón vibrante de esperanza. Pero vamos á saberlo en seguida... ¡Fanfán les conoce!

– ¡Fanfán! ¿A quién llamas Fanfán?

– Al niño que recogí.

– ¡Fanfán!, exclamó Carmen: así se llama...

– ¡Mi hijo! Voy al fin á poderle dar este título. ¡Él es, en efecto!

– ¡El hijo de Elena!

– ¿Le encontraste?

– De él os hablaba hace un momento.

– ¡De él!

– Estaba en manos de esos bandidos... Y si esos miserables tienen las cartas de que habláis, quizá él lo sepa.

– ¡Oh, vamos pronto!, exclamó Carmen.

Y sin oir nada más, olvidándolo todo, la joven corrió hacia la habitación donde debía descansar el muchacho.

Precipitóse en el cuarto de éste.

Fanfán empezaba apenas á desnudarse para meterse en cama.

Su sorpresa fué grande al verse cubierto de besos por Carmen, que mezclaba sus caricias con exclamaciones en que alternaban los dulces nombres de padre y madre.

– ¡Fanfán! ¡Mi Fanfán!.. ¡Conque eres tú! ¡Ven, ven en seguida!

¡Fanfán! ¡La señora d'Alboize le daba aquel nombre que no había querido darle el conde!

Carmen se lo llevó al salón, donde Jorge y Roberto esperaban silenciosos.

Al verla entrar con el niño, ninguno de los dos se atrevió á dar un paso á su encuentro.

No podían dominar su terrible emoción.

Era la verdad resplandeciente, irrefutable, pronta á condenarles ó á absolverles, que surgía en su presencia.

Pero el corazón de Carmen les daba ya aquella prueba palpable.

La señora d'Alboize sentó al niño en su falda y éste le rodeó el cuello con sus brazos.

– ¡Fanfán! ¡Por fin vas á abrazar a tu madre! ¡Cómo se le parece! ¡Sus mismos ojos, su sonrisa, su frente tan pura! Mira, Jorge...

Ante aquella explosión de ternura de su hermana, Jorge sintió ablandarse su corazón.

Gruesas lágrimas acudieron á sus ojos, y en vano su orgullo trataba de contenerlas.

Sentía que el afecto por aquella criatura rebosaba en su alma.

Recordó los abrazos del niño, que el respeto impedía que fuesen más ardientes, y los latidos de su tierno corazón cuando le besaba.

¿Era verdaderamente su hijo?

Entonces tuvo la visión aterradora de los crímenes espantosos que había cometido, si la doble y terrible sentencia por él pronunciada tiempo atrás era realmente inmerecida.

Aquellas cartas..., que probarían su iniquidad... y disiparían sus dudas..., ¿existían?

Un temor invencible paralizaba su voluntad.

No podía dominar el espanto que le causaba la proximidad de la certeza suprema, tan deseada sin embargo.

Hizo acopio de todo su valor, pero temblaba todavía al acercarse á Fanfán.

Éste le miraba, lleno de respetuoso y profundo afecto, próximo á prorrumpir en una espontánea manifestación de amor.

– Hijo mío..., empezó Jorge.

Pero un grito desgarrador le interrumpió.

Aquel grito venía del piso bajo.

– ¿Qué es eso?, dijo Roberto escuchando.

Una súbita palidez se dibujó en el rostro de Fanfán, mientras que un temblor le corría por todo el cuerpo.

– ¡Dios mío! Si fuese...

– ¿Quién?

– ¡Claudinet!

– ¿Claudinet?, repitió Jorge sin comprender.

– Sí, mi amiguito, á quien usted conoce y á quien prometió usted salvar conmigo. Le veía á usted tan triste, que no me atrevía á recordárselo. Pero fuí á buscarle hoy á la calle de la Santé, y pensando que usted no lo tomaría á mal, le hice venir.

– Has hecho bien, añadió Jorge. Pero ¿qué le ha pasado?

– ¡No se oye nada!, dijo d'Alboize que seguía escuchando.

– ¡Vamos en seguida!, exclamó Kerlor.

Y seguido de Roberto y de Carmen, precipitóse fuera de la estancia con Fanfán.

XVIII

EL SACRIFICIO DE CLAUDINET

Dejamos á Ceferina y Panuflo alejándose apresuradamente del sitio en que descansaba el cadáver de su antiguo cómplice.

La mujer andaba con dificultad, aterrorizada por la visión de su marido.

Parecíale que su sombra la perseguía.

Hasta llegó á comunicar su terror á Panuflo, á quien también le pareció que les seguía un fantasma.

Pero éste, menos supersticioso, se imaginó que era alguien que les espiaba de lejos, y se esforzó en reanimar á la sonámbula, haciendo que apretase el paso lo humanamente posible.

Pasada la puerta de Gentilly, iban á meterse por uno de los callejones desiertos y obscuros que desembocan en la plaza de Italia.

– ¡Nos persigue!, volvió á decir Ceferina. ¡Le oigo!.. ¡Le veo!

Panuflo dirigió un vistazo hacia la larga carretera que dejaban detrás y que se perdía en la llanura.

– ¡No, no hay nada! Vamos á beber un trago por el reposo del alma de nuestro difunto. Esto te repondrá.

– Sí, no es mala idea. Aguardiente. ¡Mucho aguardiente! ¡Así no pensaré en él, ni veré su fantasma!

– Tomaremos el tranvía en la plaza de Italia. Con la correspondencia llegaremos al parque Monceau antes de la media noche.

– ¿Al parque Monceau?

– Allí es donde vamos. En el camino te explicaré el golpe. Tú no tendrás más que estar de acecho... ¡Alto! Aquí vamos á beber. Hay alguien que me espera. Este es mi café. ¡Cuidado con hablar demasiado!

Entraron en un cafetín inmundo, lleno de humo de tabaco, pero tan espeso, que apenas se veía la gente.

Apestaba á tabaco, alcohol y petróleo.

Panuflo y Ceferina brindaron y bebieron aguardiente.

Al poco rato se presentó á Panuflo el hermano de Paulina, con quien estaba citado.

Hipólito, que así se llamaba, no se atrevía á hablar delante de Ceferina.

– Es mi mujer, le dijo Isidoro.

– ¡Casado! ¿Qué va á decir mi hermana?

Saludó cortésmente á la jamona, que no le contestó.

– Esta noche no está de gaita. Se le ha muerto un pariente.

– Recibí tu carta en que me citabas aquí. ¿Se trata de dar algún golpe bueno?

– Sí.

– ¿Hay que ir armado?

– Es indispensable.

– ¡Qué ganga! ¡Con la fama que tengo de ratero, aún no he debutado como asesino!

Entonces Panuflo le explicó el caso: un robo con escalo, con el principal objeto de apoderarse de un paquete de cartas.

– Entonces, ¿para qué es el arma?

– Hay que suprimir á un muchacho, el que tiene las cartas, para impedir que nos delate.

– ¿Sabe tu vida y milagros?

– Justamente. Voy delante con mi matrona; síguenos luego. Te esperamos en la estación de ómnibus de la plaza de Italia.

El ómnibus de Ivry-les-Halles iba á partir. Ceferina subió al interior, donde no tardó en dormir la mona, y los dos compañeros tomaron asiento en la imperial.

En el Chatelet tomaron la correspondencia para la plaza Wagram.

Y los tres bajaron en las inmediaciones del parque Monceau.

Panuflo examinó, en torno del hotel d'Alboize, los detalles que le había dado *Caracol.*

– Esta es la casa en construcción. Ceferina, á distraer al vigilante.

So pretexto de calentarse, la sonámbula se acercó al vigilante, que fumaba junto á una pequeña fogata.

– ¿No tiene usted domicilio?, le contestó éste.

– Soy criada, y esta noche me han despedido de la casa en que servía.

– ¿Por qué no se va á la fonda?

– No es que me falte dinero, sino que voy á tomar el tren á las cinco de la madrugada, en la estación del Oeste. No valía la pena de acostarme. Prefiero beber un trago ínterin llega la hora del tren.

– Todo va en gustos.

– La taberna del lado aún está abierta. Acepte usted un trago, en cambio de dejarme pasar aquí un par de horas.

– ¿Por qué no? Con el frío que hace, no vendrá mal.

– Vamos, pues.

Momentos después, Ceferina y el vigilante brindaban en la taberna.

– El caso es que ya no le oigo ni le veo, dijo Ceferina con cierto desvarío.

– ¿A quién?, le preguntó el vigilante.

Esta pregunta la llamó á la realidad.

– A mi amo, que me ha despedido. A fin de olvidarle del todo, voy á comprar medio litro de aguardiente, que nos echaremos al coleto junto al fuego.

– No es mala idea.

Mientras tanto, Panuflo é Hipólito escalaban el hotel, valiéndose de una escalera de los albañiles.

Llegaron á la ventana de la habitación en que dormía Claudinet.

Panuflo abrió la ventana sin hacer el menor ruido.

Iba á cortar un cristal, cuando observó que los maderos de la ventana no estaban más que entornados.

Impaciente, Hipólito empujó una de las hojas, que se abrió haciendo un prolongado chirrido.

– ¡Torpe!, exclamó Panuflo.

Detuviéronse un instante, sin atreverse á respirar y escuchando á ver si el ruido había despertado á alguien.

No oyendo nada, se tranquilizaron.

El ruido, sin embargo, despertó á Claudinet.

Éste, de pronto, no se dió cuenta de lo que le pasaba.

Entonces vió entreabrirse las cortinas de la ventana y dos sombras que penetraban en el cuarto.

Apoderóse de él un espantoso terror.

Inmóvil, con la boca y los ojos muy abiertos, petrificado, comprendió que aquellos hombres venían á robar, á cometer un asesinato tal vez.

Y Fanfán dormía en la habitación inmediata.

Así lo creía el pobre muchacho.

Era preciso gritar, pedir socorro.

Pero no pudo articular una palabra.

El terror paralizaba su lengua.

De pronto, uno de los fantasmas habló bajísimo:

– Esto es un salón... Lo registraremos luego. Vamos á lo que más urge. En ese cuarto donde hay luz debe dormir Fanfán.

¡Fanfán!

¡Habían nombrado á Fanfán!

¿Qué le querían, á tales horas, aquellos hombres?

Uno de los bandidos apartó la cortina que separaba las dos habitaciones, y la luz le dió en el rostro.

«¡Panuflo!,» exclamó para sí Claudinet, reconociendo al ex presidiario, navaja en mano.

¿Quién era el otro?

¿*Caracol?*

No. Éste parecía más bajo.

Claudinet comprendió el proyecto de los miserables.

– ¡Ven!, dijo Panuflo á su cómplice. La cama está en el fondo. No se oye nada. El niño duerme.

– Entonces, las cartas desde luego...

– Y dejar seco al niño después.

Claudinet se estremeció.

Tenía las cartas escondidas debajo de la almohada.

Pero iban á matar á Fanfán.

Se le ocurrió tocar un timbre, pero no sabía dónde estaban los llamadores.

Y todo el mundo dormía.

Aunque los gritos despertasen á alguien, llegarían demasiado tarde para socorrerlos.

No había lucha posible.

De pronto, el convencimiento de su propia debilidad le inspiró una idea.

Había que impedir que los bandidos se acercasen más á su víctima.

Para esto, no había más que un medio.

Hacerles creer que Claudinet era Fanfán y que estaba allí, en el canapé.

La obscuridad favorecía su plan.

¡Era la muerte segura para él!

¡Muerte inevitable!

¿Pero no estaba condenado por los médicos?

Un par de semanas más ó menos de vida, ¿qué importaban?

Abreviando el plazo fatal, salvaba á su amigo de muerte segura.

No vaciló.

En el momento en que los dos bandidos iban á acercarse á la cama de Fanfán, Claudinet se revolvió en el canapé, gimiendo como en ensueños.

Los hombres se detuvieron.

Cayó la cortina.

La obscuridad volvió á ser profunda.

–¿Eres tú, Fanfán?.., preguntó Hipólito en voz muy baja.

El niño no tuvo fuerzas para contestar.

Un nuevo pensamiento acababa de cruzar por su mente.

Era preciso morir sin pronunciar un grito ni un gemido, á fin de evitar que Fanfán despertase y viniese á caer en manos de los asesinos.

–¿Eres tú, Fanfán?, repitió muy quedo la voz del bandido.

–¡Sí!, pudo articular débilmente el infeliz.

–¡Panuflo! ¡El niño está aquí!

–¿Eres tú, Fanfán?, repitió Isidoro.

–¡Sí!

–¿Dónde tienes las cartas que nos quitaste? Devuélvelas á buenas y no te haré daño alguno.

–¡No!

–¡Cuidado con tu pellejo! ¿Las llevas encima?

–¡No!

–Allá veremos, dijo levantando el brazo armado.

El niño se irguió en la obscuridad, con un supremo esfuerzo, concentrando todo su pensamiento en un apasionado adiós dirigido á su amiguito, por quien moría.

–¡Despacha!, exclamó Hipólito.

Y Panuflo hundió la navaja en las débiles carnes del pobre mártir, entre los hombros.

El mismo golpe que, hacía tres horas, había indicado á Ceferina.

A pesar de su firme resolución de no proferir una queja, Claudinet lanzó un gemido y cayó desplomado en el canapé.

–¡Demonio! Habrán oído el grito y van á cogernos en la ratonera.

–¡Huyamos!, exclamó Panuflo. Erramos el golpe.

Y, efectivamente, huyeron por donde habían venido.

En el solar inmediato ardía el mismo fuego.

–No veo al vigilante, dijo Isidoro; Ceferina continuará distrayéndole.

–Me parece que allí le veo envuelto en su capote y tendido cerca del fuego.

–Entonces es que le ha emborrachado. Mejor.

–¿Y ella?

–Nos estará esperando por ahí cerca.

Hipólito, que acababa de hacer un cigarrillo, se acercó á la fogata para encenderlo, en tanto que Panuflo buscaba con la vista á Ceferina.

–¿Mecha? ¿Queréis mecha?, dijo una voz bronca que salía de debajo del capote del vigilante. ¡Serás servido, Sr. Hipólito, y tú también, Sr. Panuflo!

Al mismo tiempo, el borracho se puso de pie, tocó un pito, al que acudieron cinco ó seis guardias de orden público, y cogiendo á Isidoro por el pescuezo, le gritó:

–¡En nombre de la ley, date preso!

En un santiamén, los dos bandidos fueron maniatados y registrados.

–¡Vaya usted por dos coches!, ordenó el supuesto vigilante á uno de los guardias.

Y en tanto que los coches llegaban, dijo á Panuflo que forcejeaba:

–Si no te estás quieto, Panuflo, emplearé medios que te harán poca gracia.

–No me llamo Panuflo: soy Jonathán Blascow, ciudadano americano; tengo mis papeles en regla, y no está usted en el derecho de detenerme... No he cometido delito ninguno. Reclamaré por conducto de mi embajador.

–Para tonterías, basta ya con las que has hecho esta noche. Has sido denunciado á la justicia esta tarde, á las cuatro.

–¿Denunciado? ¿Por quién?



¿Eres tú, Fanfán?, repitió Isidoro

–Por un anónimo, preguntando á esos señores del Tribunal si sabían que te habías escapado de Cayena y que vivías cerca del bulevar de la Glaciere, en el callejón de la Santé.

«El único que sabía todo eso era *Caracol*,» pensó Panuflo.

–Teníamos que echarte el guante mañana en tu casa; pero te vi salir esta noche del café con Hipólito, á quien sigo la pista hace dos días, por un atraco cometido la semana pasada en Saint-Mandé; os seguí, y como os cojo en flagrante delito de robo con fractura y escalo, mato dos pájaros de una pedrada.

Un sudor frío corrió por la espalda del miserable.

El agente ignoraba todavía el asesinato. Pero no tardaría en saberlo.

–¡Nada he robado!, murmuró.

–Esa es incumbencia del juez de instrucción: Él averiguará lo que has venido á hacer esta noche al hotel d'Alboize. De todas maneras, basta con lo que nos ha contado Ceferina.

–¡Ceferina! ¿La han detenido?

–Ella misma se ha entregado. Al vernos llegar junto al fuego en que estaba emborrachando á ese pobre vigilante, á fin de dejaros el paso libre, nos creyó al corriente de todo, se echó á nuestros pies pidiendo perdón, y nos contó una porción de cosas sumamente interesantes.

Panuflo palideció.

–Te quejas de tu compañero *Caracol*. ¿Qué diría de ti, si pudiese hablar? Mañana se reconocerá la cantera en que arrojaste su cadáver.

–¡Ah, canalla! Pero usted sabe que fué ella la que...

–La que dió el golpe. Perfectamente. Y como la pobre mujer no estaba acostumbrada á operar ella misma, el asesinato de su propio esposo le tiene trastornada la cabeza.

–¿Se ha vuelto loca?

–Poco le falta. Sin embargo, cuenta historias curiosísimas. Por ejemplo, cierto asesinato en la persona del ex alcalde de Moisdon.

Panuflo estaba lívido.

El asesinato de Moisdon, el de *Caracol*, el de Fanfán...

No había medio de salvarse.

–¡Estoy perdido!, murmuró bajando la cabeza.

Llegaron los coches, y los dos bandidos fueron conducidos en ellos á la cárcel.

XIX

PRUEBAS IRRECUSABLES

Cuando Jorge y Fanfán llegaron á la habitación en que éste había dejado á Claudinet, el cuerpo del niño yacía ensangrentado en el suelo, al pie del sofá que le sirvió de cama.

Fanfán se precipitó sobre él, sollozando y dando gemidos desesperados.

Jorge se arrodilló junto á Claudinet, poniéndole la mano sobre el corazón, para ver si aún latía.

El herido movió ligeramente la cabeza.

–¿Eres tú, mi Fanfán? Temí morirme sin verte.

–¡Morir!, gimió éste sollozando.

–No llores, añadió el pobre mártir. No sufro. Tengo un poco de frío y nada más. No me hizo daño. Me dió su famosa puñalada..., ¿sabes?, aquella de que hablaba siempre.

A Fanfán se le erizaron los cabellos.

–Entonces, ¿tu asesino es?..

–¡Panuflo!

–¡Panuflo!

–Él es quien me ha matado.

–No te ha matado. Vendrá el médico y te curará.

–No, voy á morir. Lo hice adrede... para que creyese que te mataba á ti.

–¿A mí?

–Sí. Era á ti á quien buscaba. Un paso más y morías... Entonces hice ruido. Preguntóme si era Fanfán, y contesté que sí. Me hizo agachar la cabeza y sentí su navaja que me entraba por la espalda.

–¡Ah, por mí! ¡Qué horror! ¡Te has sacrificado por mí!.. ¡Yo tengo la culpa de que vas á morir!

–¿Ves cómo me muero? Pero ¿qué importa? Los médicos aseguraban que mis días eran contados... Así, al menos, mi muerte habrá servido para algo. Y me alegro de que sirva para salvarte á ti.

Fanfán no pudo contestar.

Se ahogaba.

Kerlor lloraba á su lado.

Levantóse la cortina y aparecieron Carmen y Roberto.

En el primer instante, miraron á aquel desconocido cubierto de harapos y de sangre, sin comprender nada.

–Esta es la buena señora de Moisselles, ¿verdad?, dijo Claudinet al ver entrar á Carmen. ¡Qué hermosa! ¡Feliz tú, que puedes amarla toda la vida!..

Y añadió, dirigiéndose á Jorge:

Usted dispense que viniera sin su permiso. No riña á Fanfán por eso... Pensó hacer bien... porque es usted muy bueno y me hubiera salvado de la deshonra.. Esta tarde, con el objeto de tranquilizar á usted, vino á casa... donde usted sabe, á buscar unas cartas..., y después de haberlas cogido, tuvimos que escaparnos...

–¡Las cartas! ¿De qué cartas hablas, muchacho? interrumpió con ansiedad Roberto, que había salido un instante para enviar á toda prisa en busca de un médico, mientras Carmen desnudaba al enfermo, más pálida que él.

–No sé... Fanfán... adivinó...

Las fuerzas faltaron al niño, que cerró los ojos.

Puesta á descubierto la herida, se estremecieron de horror los circunstantes.

No había esperanza. La herida era mortal.

Carmen vertió una gota de cordial en los labios del niño.

Volvió á abrir los ojos y tuvo para Fanfán una dulce y triste sonrisa.

–Panuflo vino con el objeto de recuperar estas cartas, dijo el herido con voz muy débil.

–¿Y se las llevó?

–No, aquí las tengo.

Y metiendo la mano debajo de la almohada, las cogió, dándoselas á Fanfán.

Éste tomólas de manos de Claudinet, y dijo entre sollozos:

–En estas cartas se trata del Sr. d'Alboize y de la Sra. Carmen. Supongo que tendrán para ustedes mucho valor, por cuanto aquellos bandidos decían que podían venderlas muy caras.

Roberto, que había cogido á su vez las cartas, se las entregó á Jorge.

Éste se había puesto lívido.

Claudinet agonizaba.

–No me dejes, Fanfán... Aquí, á mi lado, muy cerca... ¡Me queda tan poco tiempo de verte!

–¡No digas eso, Claudinet!

–Voy á ver á mi madre... allá arriba... Voy donde los niños son felices... Nos separamos otra vez, Fanfán.., pero para siempre.

–¡Claudinet!

–Hubiera querido vivir un poco á tu lado... en la honradez.., pero Dios no lo ha querido... Dame... la mano..., quiero sentirla... ¡Adiós!..

Tuvo una convulsión y su cabeza se inclinó sobre la almohada.

El médico, que entraba con el comisario de policía, se encontró ya con un cadáver.

Fanfán, loco de pena, se arrojó sobre el inanimado cuerpo de su amiguito con desgarradores sollozos.

En vano Carmen procuraba calmarle con caricias y dulces palabras.

Jorge y Roberto tuvieron que unir sus esfuerzos al de la joven para arrancar el niño al abrazo estrechísimo que daba al cadáver.

El cansancio físico fué lo único que pudo interrumpir la expresión de su desesperada angustia.

Cayó en un sueño profundo, y le transportaron, sin que despertase, á un cuarto inmediato al de Carmen.



En estas cartas se trata del Sr. d'Alboize y de la Sra. Carmen

Durmió hasta muy entrado el día.

Al despertar, el sol daba alegremente en los cristales de su ventana.

Miró en torno suyo, jovialmente impresionado por aquel tiempo hermoso.

De pronto recordó todo lo de la víspera y sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, mientras que un atroz remordimiento le oprimía el corazón.

Claudinet había muerto dando la vida por él.

Fanfán se vistió á toda prisa y corrió otra vez al lado del cuerpo inanimado de su amigo, reprochándose como un crimen las horas que el sueño le había abatido.

Al entrar en el cuarto mortuorio, vió sentado junto al cadáver y con la frente apoyada en las palmas de las manos al conde de Kerlor, que lo había velado toda la noche.

A su lado, sobre una mesa, se hallaban dispersas las cartas que Claudinet había entregado antes de morir.

Jorge levantó la cabeza, atrajo á Fanfán hacia sí y le estrechó en sus brazos con una especie de furor salvaje:

–¡Hijo mío! ¡Eres mi hijo!..

–¡Padre!, murmuró Fanfán, cubriéndole de besos. ¡Ah! ¡Mi pobre Claudinet tenía razón!

Jorge le indicó el cadáver tendido en una camita blanca, cubierta de flores:

–¡Ora por él, ora por nosotros, hijo mío!

Al pie y á la cabecera de la cama ardían cuatro cirios en grandes candelabros de plata.

Sobre el pecho del niño y entre sus manos juntas habían colocado un crucifijo de marfil.

Fanfán depositó un tierno beso en la helada frente de su amigo.

Se arrodilló sollozando y murmuró una plegaria, la única que sabía, la que le hacía repetir todas las noches en Moisselles la «buena señora.»

Jorge volvió á caer en su profunda meditación ante la colección de cartas.

Gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

Pensaba que era Fanfán el que había recuperado aquellas pruebas de la inocencia de su madre y de lo injusto de su bárbaro castigo.

Pero al mismo tiempo que pensaba en los inocentes, en los mártires, Jorge pensaba también en los culpables, en aquellos á quienes debía el eterno remordimiento de su ciega venganza.

Su orgulloso é implacable carácter le gritaba que aquel crimen, de tan terribles consecuencias, había de ser castigado.

Había leído una por una todas aquellas cartas.

Cada línea proclamaba el adulterio de su hermana y la mancilla de una Kerlor.

Pero la desgracia modifica al hombre, porque, á pesar de aquellos crímenes, que en otra época hubiesen enrojecido su frente y despertado la rabia en su corazón, invadió poco á poco el alma de Jorge un sentimiento extraño y desconocido.

A medida que leyó aquellas páginas, que expresaban en términos ardientes el santo afecto de Carmen por el oficial, la sinceridad y la violencia de su amor materno cuando hablaba de su Marcelino; á medida que pensaba en las luchas cuyas dolorosas peripecias refería, entre un deber abrumador para con un marido odiado y su invencible ternura por el esposo de su corazón; cuando pensaba en aquel naufragio, cuyas angustias le recordaba ella, y en el que parecía que el mismo Dios la había destinado á su salvador, apoderábase de Jorge una duda.



Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros...

Si había alguien á quien acusar y maldecir, ¿no era al destino?

¡Pobre hermana!

En aquel momento abrióse la puerta del cuarto, sin que el ruido distrajese á Fanfán de su oración.

Kerlor levantó la cabeza.

Tenía delante á Carmen y á Roberto.

Encendidos los ojos y pálido el rostro, iban en traje de viaje.

Acercáronse á su hermano.

–¡Jorge!, dijo Carmen con voz quebrantada por la emoción. Partimos. Nos vamos de Francia. No te impondremos nuestra vergonzosa presencia. ¡Adiós!.. Telegrafiamos á Elena, que volará á tu lado. Dile que procuraremos expiar, con la pena que nos causa separarnos de vosotros, todo el mal que os hemos hecho.

Y arrodillándose ante Kerlor, con la mano en la de su marido, que hincaba también la rodilla, ambos murmuraron:

–¡Perdón!..

Hubo un corto silencio.

En aquel instante la voz de Fanfán, que seguía orando, resonó en la cámara mortuoria:

«... Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...»

Y la voz de aquel niño que, siendo inocente, había sufrido tanto y aún parecía implorar el perdón, penetró en el alma de Jorge como un rayo de luz celestial.

Su corazón estalló en un inmenso sollozo.

Tendiendo ambas manos á Roberto y á Carmen, les levantó con violencia para recibirlos amorosamente en sus brazos.

–¡Quedaos! ¡Veis ya que uno de los dos mártires perdona!

–¡Y la otra también!, exclamó detrás de ellos una voz ahogada por la emoción.

Era Elena que, puesta al corriente de todo por un extenso telegrama de Roberto, había acudido precipitadamente, loca de alegría.

Pasando por encima de todas las conveniencias usuales, no dió á los criados del hotel el tiempo de anunciarla.

Al llegar á la puerta de la estancia en que estaban reunidos los suyos, la emoción paralizó sus fuerzas. Agarróse á la cortina para no caerse... y le bastó un segundo para hacerse cargo de lo que pasaba.

Los circunstantes dieron un grito de sorpresa.

Jorge corrió hacia su esposa y la recibió en sus brazos, al mismo tiempo que Fanfán se precipitaba sobre el pecho de su madre.

Traducción de Juan B. Enseñat.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

QUE SE EXTRAEN DE LA MADERA

Obtiénense actualmente de las diversas esencias de madera, productos análogos á los que se obtienen por la destilación de la hulla. Cuando se destila madera, se desprende primeramente el vapor de agua procedente de la humedad de la materia; después sale al principio un producto pardo, el alquitrán de madera, que se va aclarando á medida que la operación toca á su fin, constituyendo entonces lo que se llama ácido pirolignoso. Esta última substancia, recogida aparte y tratada por la cal destilada y rectificada, produce el alcohol de madera ó metílico, que se emplea mucho en la industria de las materias colorantes. El residuo de la operación es un acetato que se convierte en acetona y que sirve para la fabricación del cloroformo y del yodoformo.

Simultáneamente con estas operaciones se puede obtener el ácido acético tratando por los ácidos el pirolignito de cal: este producto se obtiene también directamente por medio de la fermentación y aun mejor de la destilación. Los usos del ácido acético en la industria y en las artes han llegado hoy en día á ser tan importantes, que se recurre para su fabricación á los pirolignitos de cal brutos que en grandes cantidades se importan de la América del Norte y de Rusia.

El tratamiento del alquitrán de madera por el sistema de destilación fraccionada permite separarlo en una porción de productos, tales como el ácido pirolignoso, el alcohol de madera y la creosota. Sabido es que esta última se utiliza mucho en la industria, sirviendo principalmente para inyectar los postes telegráficos y las traviesas de ferrocarril á fin de asegurar la conservación de los mismos.

Finalmente, aparte de estos productos, resultantes todos de la destilación, merece mención especial el empleo de la madera para la fabricación del papel. La pasta de madera, de la que tanto uso se hace actualmente, se fabricaba antes mecánicamente; en la actualidad, el procedimiento mecánico va siendo reemplazado por el procedimiento químico, que ha tomado gran vuelo especialmente en América y en Suecia. Los agentes químicos más generalmente usados son la sosa y el bisulfato de magnesia, que permiten obtener económicamente una celulosa de notable pureza. Las esencias que mejor se prestan á la fabricación de la pasta química son el pobo y el pino.

La industria de la pasta de madera cuenta actualmente en Suecia con 124 fábricas que dan ocupación á más de 6.000 obreros y que producen 336 millones de kilogramos de pasta. En esta enorme cifra la pasta química representaba en 1898 el 70 por 100 de la producción total. – S.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DIAGNÓSTICO DE LOS CÁLCULOS RENALES POR LOS RAYOS ROENTGEN, por *César Comas y Llaberia y Agustín Prió y Llaberia.* – En el número 968 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dedicamos un artículo á los excelentes trabajos radiográficos de los Sres. Comas y Prió, distinguidos médicos de esta ciudad y correspondientes de la Real Academia de Medicina y Cirugía. Dichos señores han publicado recientemente el folleto que nos ocupa y que es un notabilísimo trabajo médico, en el cual demuestran su competencia en la materia y las inmensas ventajas que la aplicación de los rayos Roentgen presenta para el diagnóstico de los cálculos renales. El folleto ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y compañía en comandita.

***

LA CENCERRADA, por *V. Blasco Ibáñez.* – El envidiable puesto que en el mundo literario se ha conquistado el escritor valenciano Sr. Blasco Ibáñez es la mejor recomendación de sus obras, que se distinguen por el vigor de su acción dramática, por el realismo de buena ley que en ellas impera y por el lenguaje pintoresco que las avalora. Inspirados casi todos ellos en asuntos de la región en que el autor ha nacido y vivido, sus cuentos y sus novelas son reflejo fiel de lo que sus ojos han visto y de los sentimientos que en sus conterráneos tan perfectamente ha sabido observar: sus personajes viven vida real y sus descripciones hacen surgir á los ojos del lector con todo el relieve de la verdad la escena por el novelista descrita. Estas cualidades se admiran una vez más en *La cencerrada*, que junto con una bonita narración, *La apuesta del Esparrelló*, forman el tomo XIII de la «Biblioteca Mignon» que publica con tanto éxito en Madrid el Sr. Rodríguez Serra. El elegante volumen, que lleva bonitas ilustraciones de Francisco de Cidón, se vende á 75 céntimos.



ASTUCIA Y FUERZA, escultura de A. Alsina, premiada en la Exposición de París

LA LUZ, EL SONIDO Y LA MÚSICA, por *Enrique Sánchez Torres (Antonio).* – Sobre estos tres temas tan interesantes ha escrito una serie de consideraciones, muy dignas de ser leídas y meditadas, el conocido publicista Sr. Sánchez Torres, que firma con el seudónimo de *Antonio.* Las teorías en el libro sustentadas se ajustan por completo á los principios que la Iglesia proclama, armonizados con los de la ciencia, resultando de ello una obra interesante. El libro ha sido impreso en Barcelona en la tipografía «La Económica.»

***

LITERATURA ARGENTINA, por *Juan M. Contreras.* – El catedrático de la asignatura Literatura Argentina en el Colegio Nacional de San Juan (República Argentina) ha ajustado esta obra al programa que para aquélla rige en los colegios nacionales de aquel país. El libro responde perfectamente á su carácter didáctico y es una verdadera historia de la literatura argentina; abunda en ejemplos tomados de los mejores autores y en observaciones críticas en extremo oportunas; al final del mismo se inserta un interesantísimo bosquejo del movimiento literario en los pueblos americanos del habla castellana. La obra ha sido impresa en San Juan, en la tipografía La Patria.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telegráfica, revista barcelonesa que se publica tres veces al mes; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *La Práctica de Farmacia*, revista quincenal barcelonesa; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual que se publica en Villanueva y Geltrú; *Idearium*, revista quincenal granadina de Literatura y Arte; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en Lima; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIX — Barcelona 26 de noviembre de 1900 — Núm. 987

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESPERANDO LAS BARCAS, dibujo original de Manuel Domínguez

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que estamos encuadernando la interesante y famosa novela de Enrique Sienkiewicz QUO VADIS? que repartiremos como quinto y último tomo de la serie de 1900. La edición que publicamos, cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original, irá ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardii.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

RESUMEN

Ese emporio del arte, de la ciencia y de la industria universales acabó de existir; la maravillosa ciudad improvisada á orillas del Sena, ha sido entregada á la piqueta demoledora de los albañiles. Y causa profunda melancolía el pensar que esos palacios, esos pabellones, esos múltiples edificios, obras maestras de ingeniosidad y de arte, no serán en breve más que montones de escombros.

Los innumerables productos del trabajo humano, reunido, no sin grandes dificultades, en las galerías de esos edificios, serán dispersados por todos los ámbitos de la tierra.

De esa obra grandiosa que ha constituído la Exposición, quedarán sin duda preciosos recuerdos, tales como los palacios de los Campos Elíseos y el puente de Alejandro III; pero del brillo deslumbrador de esa «feria del mundo,» no quedará un destello siquiera.

Se acabó.

* * *

Y cabe preguntar si realmente hay compensación entre el esfuerzo enorme que representa una Exposición como la que acaba y el resultado obtenido de ella.

Durante cinco ó seis años, una falange de artistas y hombres de ciencia han consagrado sus aptitudes y sus esfuerzos á un cúmulo de estudios, trabajos y luchas para vencer dificultades, allanar obstáculos y realizar proyectos; arquitectos, albañiles, pintores y escultores han rivalizado en inventiva y actividad para crear un admirable conjunto de bellos edificios, y esa ciudad mágica, que resume todos los esplendores de las grandes capitales de ambos hemisferios, que condensa todas las civilizaciones de la tierra, es entregada seis meses después de su terminación al vandalismo de los demoledores.

Hay en eso algo que nos parece monstruoso.

Sin embargo, es preciso que nos resignemos. La Exposición estaba condenada á desaparecer, y desaparece en el apogeo de su magnificencia y de su esplendor, ante los pueblos deslumbrados y tristes; y con ella sucumbe nuestro siglo, siglo de sangre y de oro, pero también siglo de inmensa labor, que será más glorioso en la historia por sus obreros mecánicos que por sus guerreros.

* * *

La Exposición tropezó al principio con grandes dificultades. Muy retrasada en la fecha de su inauguración, fué tratada con rigor injusto, con cierto menosprecio y hasta con mofa por el mismo París, á quien iba á proporcionar, sin embargo, un nuevo elemento de esplendor y de riqueza.

Los parisienses, cansados de dos años de discordias, aspiraban á la tranquilidad. La perspectiva de seis meses de nuevos tumultos, aunque éstos tuviesen que ser alegres, les seducía muy poco. Pensaban en la próxima invasión de forasteros, que iba á causarles toda clase de molestias; temían el aumento de precio de todos los artículos de primera necesidad; presumían la trepidación enervante de un exceso de vida cosmopolita y jovial. Mas pronto olvidaron su misantropía y fueron conquistados por la Exposición. Les pareció hermosa y no tardaron en sentirse orgullosos de su éxito. Fueron á visitar los palacios de granito y de mármol de los Campos Elíseos; admiraron la curva osada y graciosa del puente de Alejandro, y esa mágica transformación de las márgenes del Sena, cuyas aguas reflejaban el más gracioso conjunto de pabellones, terrazas y palacios, y el Campo de Marte con sus maravillas artísticas é industriales, y el Trocadero con su exotismo pintoresco y variado hasta el infinito.

La Exposición triunfaba.

Y los parisienses, puestos de buen humor, se dispusieron á hacer graciosamente los honores de las dos ciudades.

Y los visitantes, procedentes de las cuatro partes del mundo, afluyeron á París. La gran capital viose convertida en otra Torre de Babel. La mayor parte de los convidados acudieron. Los desdeñosos han sido escasos. Y aun éstos han tenido sus motivos para abstenerse. Unos han estado ocupados en el Sur de Africa, á tres mil millas de la torre Eiffel, en una «operación de policía» que tomaba mal sesgo; otros, monarcas con cuya visita contaban los franceses, han tenido que sacrificarse en aras de la diplomacia, y han permanecido en el Oriente de Europa, con los ojos puestos en el Oriente del Asia.

Pero, en cambio, han venido muchísimos americanos del Norte y del Sur; muchos belgas, italianos, españoles y rusos, y un número inusitado de alemanes. La leyenda pretende que el mismo kaïser ha venido de incógnito. Verdadera ó falsa, esa imperial curiosidad ha satisfecho el amor propio de los parisienses.

París acabó por entregarse á la alegría. Soberbias fiestas han reunido en el Elíseo, en la presidencia de la Cámara, en los ministerios, la flor y nata de la sociedad parisiense, de la colonia extranjera y de los huéspedes accidentales de la gran ciudad. Las tradiciones de la vieja Francia, generosa y cortés, se veían continuadas por la joven República. Ésta se ha portado como una gran señora, á pesar de su gorro frigio.

* * *

El tiempo, excepcionalmente hermoso, ha favorecido la Exposición desde el principio hasta el fin. Dado el impulso, difundida la plausible nueva, propagado el ejemplo, los visitantes han ido progresivamente en aumento, hasta invadirlo y llenarlo todo. Y no todos los monarcas han tenido razones de Estado para abstenerse de venir ó para venir de incógnito.

Hemos recibido la visita de Oscar II, que siendo rey de Suecia, parece aún tan francés como su abuelo Bernadote. Hemos tenido de huésped al shah de Persia, monarca de magia, con sus diamantes, sus caprichos y su fatalismo oriental. El rey de Grecia ha pasado aquí una larga temporada, y el buen Leopoldo de Bélgica parecía haber fijado definitivamente su residencia en París. Y para que la nota cómica siguiese á la dramática, después del atentado contra Mozaffer-ed-Dine, hemos tenido la huída del príncipe Inkanthor.

Los últimos días de la Exposición han sido triunfales.

* * *

En ese brillante cuadro ha habido una mancha negra. El público parecía haberse confabulado para negar su concurso á una infinidad de empresas creadas á las sombra de la Exposición. Los espectáculos de la calle de París y del Trocadero, los restaurants del Campo de Marte y de las orillas del río, todas las especulaciones basadas en una concurrencia que había de ser enorme para que cubriese los gastos, han sido más ó menos ruinosas.

Ello no podía ser menos. Los empresarios contaban con la candidez del público, y éste se ha contentado con presenciar el charlatanismo exterior de los teatros, sin querer dejar en la taquilla los francos que costaba ver las *maravillas* del interior.

Pero el fiasco de esas empresas corrobora el éxito de la verdadera Exposición, de esa en que los histriones de Montmartre no agitaban sus cascabeles.

Ya todo se acabó.

El día 12 del mes actual, el cañón de la torre Eiffel anunció la última iluminación de la Gran Kermese, y la retreta sonó por última vez desde la cascada luminosa hasta el Trocadero y desde la sección colonial hasta los Inválidos.

Hoy llueven martillazos de embalaje sobre todas las maravillas expuestas; hoy llueven también golpes de piqueta sobre todos los palacios que durante seis meses han servido de albergue á la feria universal.

Pero el recuerdo de la Exposición no se borrará jamás en la memoria de los que han tenido ocasión de visitarla. Y recordando, ya libres de su influencia sugestiva, lo bueno y lo malo, lo superior y lo deficiente que hayan visto en el universal concurso, pensarán sin duda:

Ciertamente se hacen hoy cañones de más potencia que hace dos siglos; pero no se construyen tan hermosos edificios, á menos de copiarlos sobre las ruinas del pasado.

La química ha perfeccionado sus análisis y sus sistemas; pero la arquitectura parece haber olvidado su dibujo.

Había, en esos palacios, admirables telas... sumamente baratas; pero han sido calcadas sobre modelos antiguos, tan caros que sólo á las reinas les era dado adornarse con ellos, pero que sobrevivían á la moda efímera de una estación, mientras que las producciones del día duran menos que las estaciones.

Había porcelanas de Sevres y de Copenhague, tan finas como las antiguas de Sajonia; tapices imitados de los viejos Gobelinos y que el arte de los modernos operarios hace *envejecer* casi instantáneamente en el telar; cuadros que quieren parecer pintados por artistas primitivos; palacios que habían tomado sus columnas de la Grecia, sus frisos de mosaico al arte bizantino y sus puertas al Renacimiento; muestras de fachadas alemanas, belgas, españolas, italianas, inglesas, vienesas, holandesas, monegascas, moscovitas y suecas, copiadas de antiguos edificios que la vida contemporánea ha dejado intactos; una Suiza cuyas montañas y *chalets* habían venido en tren de recreo, tomando billete de ida y vuelta valedero por seis meses; una reducción de Birmania, de Cambodge y de Ceylán; Madagascar, la Andalucía, la Provenza y el Poitou en miniatura: el Egipto en un palacio, la Argelia en un pabellón, la China en un quiosco, Túnez en una vitrina y el mundo entero, en fin, al pie de la torre Eiffel, sin contar la luna puesta al alcance de la mano.

Para compensarnos del espantoso desorden de la clasificación, hemos tenido exquisitas exposiciones centenales, que nos han enseñado las obras de nuestros padres al lado de las imitaciones ó de las parodias de sus hijos.

Hemos visto automóviles y palanquines, teléfonos y candiles, cañones Maxim y armaduras, buques acorazados y carabelas, máquinas gigantescas y útiles ingeniosos, armas y flores, inventos y anticuallas.

La cascada luminosa era horrible; pero no tenía la culpa la luz eléctrica, sino los encargados de convertirla en juegos de colores.

Las fiestas nada han tenido de sorprendentes; pero el público se ha divertido en ellas, porque llevaba la alegría en el alma.

* * *

Mientras tanto, los ingleses han continuado sus etapas en la fría y pausada conquista de nuevos territorios; Alemania ha encontrado el medio de venir á establecer, en el mismo París, un mercado industrial y comercial que sus enormes progresos harán sin duda fecundo en resultados favorables, á costa de la industria y del comercio francés, que en ciertos ramos de la producción permanecen estacionarios; España ha presentado más muestras de su perdida grandeza que de sus actuales elementos de vida; Austria é Italia se han presentado á concurso como naciones industriales de primer orden; Rusia ha hecho ostentación de su poderío; la mayor parte de las naciones europeas se han mostrado deseosas de no quedarse rezagadas en la marcha del progreso, y la joven América ha dado patentes pruebas de haber entrado de lleno en el movimiento de la civilización actual.

Y en cuanto á Francia, si bien la hemos visto algo deficiente en algunos ramos de la industria, ha demostrado que, á través de sus reveses nacionales y de sus vicisitudes políticas, no ha perdido nada de su antiguo esplendor, y que el nivel moral de la masa del país se ha elevado de un modo considerable desde la última Exposición Universal.

Juan B. Enseñat.



LA SONRISA DE IVONNE

Felipe Delval, al recibo de una esquela de su tía, había ido á visitar á la buena señora.

– ¡Ah! ¡Por fin te veo, tunante, olvidadizo!, exclamó la anciana haciendo sentar á su sobrino delante de ella en el salón. ¡Conque es preciso mandarte á buscar para verte!

El joven, como de costumbre, comenzó por excusarse.

– ¡Vamos, tía! Veo que me guarda usted rencor y va á ser preciso que para defenderme apele á todos los testimonios...

– ¿Defenderte?.. ¿Y qué defensa cabe de tu conducta, mal sobrino?.. ¡Qué! No tienes más que una tía y permaneces semanas enteras sin venir á verla... ¡Y si me hubiese muerto desde tu última visita!.. ¡Vaya unos remordimientos que tendrías!

– ¡Oh, tía! La salud de usted, gracias á Dios...

– ¿Mi salud? Desgraciadamente va de mal en peor, y á los setenta años bien cumplidos... Y si á lo menos te excusara la ausencia; pero viviendo, como vives, en París, casi al lado de mi casa, ¡es poco caritativo tu proceder!

Y viendo que Felipe hacía un gesto como de protesta, añadió:

– ¡Vamos, confiésalo sin reparo!.. Esa horrible vida de soltero no te deja un momento libre. ¡Está uno tan ocupado cuando no tiene nada que hacer!

Y antes de que su sobrino pudiera contestarle, siguió diciendo:

– ¡Sí, ya sé lo que me espera! Dejar este mundo sin haber tenido el gusto de verte casado con aquella que yo te destinaba.

Felipe se sonrió con expresión de triunfo; acababa de encontrar el argumento decisivo que había de poner término á los reproches de su tía.

– ¡Vamos, ya lo esperaba!... Ya tenemos la alusión al matrimonio.

– ¿Y qué? ¿Hay en ello algún mal?

– ¿Que si hay algún mal? ¿Y me lo pregunta?

– ¡Pues no he de preguntártelo!

– ¿Que si hay en ello algún mal? ¡Vaya si lo hay!.. Cada vez que vengo á ver á usted por el solo placer de verla, sin ninguna segunda intención, desde nuestras primeras frases me lanza usted la invitación al matrimonio... Sí, tía; esto es ya una costumbre en usted; y como ya le he dicho mil veces que no quiero casarme con su protegida, paréceme ocioso entablar una discusión que no tiene objeto alguno.

– ¿Y pasas por delante de mi casa sin subir?

– ¡Qué quiere usted, si estas discusiones acaban siempre por disgustarnos!

– ¿Es verdad lo que dices? ¿Es esta la única causa de que tus visitas sean tan escasas?

– La única.

La señora Bajourel no pudo contener, á su vez, una sonrisa.

– ¡Vamos, no está mal forjada la excusa! Veo con satisfacción que harás carrera en la diplomacia.

Y añadió al cabo de un momento.

– ¡Ea!, te lo juro; no volveré á hablarte nunca más de Ivonne.

– ¡Ah, cuánto se lo agradeceré á usted!

– Y en lo sucesivo podrás hacer lo que se te antoje, vivir como solterón egoísta, prepararte una vejez espantosa, pasar junto á la dicha sin aprovecharla y casarte mañana ó dentro de diez años con tu ama de llaves. Perfectamente, todo lo apruebo de antemano y cierro la boca.

– ¡Bravo!

– Pero, dando y tomando, lo cual quiere decir que vendrás á verme todas las semanas, ¿te conformas?

– Lo prometo.

El sobrino y la tía cambiaron un afectuoso apretón de manos, como si con él quisieran sellar el pacto que acababan de hacer, y después de unos segundos de silencio, la señora Bajourel añadió:

– Pero la visita de hoy no entra en el convenio.

– ¡Bueno!

– Y sólo á partir de la próxima comenzaré á cumplir las condiciones del contrato; así es que por hoy es preciso que me escuches, quieras que no.

– ¡Pero tía!

– No hay tía que valga... Es necesario que te diga por última vez lo que tengo sobre mi alma.

– En fin, si ha de ser la última de las últimas veces...

Y adoptando un aire de resignación, Felipe se arrellanó en el sofá, dejó escapar ese leve suspiro que lanza un espectador á quien se obliga á ver una comedia archiconocida, y esperó.

– Ante todo, dijo la señora Bajourel, siendo como eres un hombre de clara inteligencia, has de convenir conmigo en que un joven que pasa de los treinta no puede prolongar por mucho tiempo la vida que tú llevas.

– ¡Tía, por Dios!

– Aunque, según me has dicho, no tienes por ahora ningunas ganas de casarte, supongo que no rechazarías un gran partido en el caso de que se presentara.

– Evidentemente.

– Bueno; ya tenemos planteada la cuestión en su punto de vista general. Vamos ahora á los detalles... ¿Negarás que mi sobrina Ivonne es muy bonita?

– No lo niego.

– ¿Que además de ser muy bonita es bastante rica?

– Admitido.

– ¿Que es de buena familia?

– Conforme.

– ¿Pues entonces?

– ¡Entonces..., entonces!

Felipe no sabía qué contestar; sin embargo, después de algunos instantes de reflexión replicó:

– No juraré que algún día no me case con una joven menos bonita, menos rica que Ivonne y de familia no tan buena como la suya; pero ¡qué le hemos de hacer! Ivonne, á pesar de todas sus buenas cualidades, me... ¡cómo lo diré!.. Sí, esto es... me asusta positivamente.

– No te entiendo.

– Es una muchacha.. una pariente... á quien habré encontrado tal vez veinticinco veces en esta casa... y jamás la he visto sonreirse.

– ¡Comprendido!. ¿Conque tú necesitas chicas alegres, no es verdad?

– Si no alegres, á lo menos no las quiero tristes, y mi deseo es que mi mujer no se pasee por mi casa con aire de entierro.

– En fin, habla. ¿Qué es lo que exiges para casarte con Ivonne?

– En primer lugar, no se trata todavía de casarme con ella; se trata sencillamente de examinar si no me niego por de pronto rotundamente á tomarla por esposa... Pues bien: para hacer esta concesión pido..., no dirá usted que sea exigente, pido verla sonreirse.

Y el ladino muchacho murmuró para sus adentros: «De este modo estoy tranquilo, y mi bondadosa tía me dejará en paz, porque el rostro de Ivonne no se alegraría ni siquiera viendo representar á la vez las más graciosas comedias.»

– ¿La sonrisa de Ivonne?, dijo la señora Bajourel. La verdad es que hace mucho tiempo que tampoco yo la he visto sonreirse..., casi desde que ella era una niña... Pero, en fin, intentaré hacerte ver esta sonrisa, si no necesitas más que esto para ser feliz.

– Corriente; pruebe usted, tía, pruebe usted .., y el día en que crea que ha llegado el momento, avíseme.

Y añadió con acento zumbón:

– Aseguro á usted que daría cualquier cosa por verlo.

– ¡Pobre muchacha!

– No es culpa mía... De fijo que Ivonne vino al mundo el día de Difuntos... Y como yo nací en martes de Carnaval, no es posible que congeniemos.



Y adoptando un aire de resignación, Felipe se arrellanó en el sofá

Y en realidad Ivonne, que se acercaba á los veintidós años, hacía muchos que no se había sonreído: allí donde sus amigas se divertían, ella parecía indiferente, y tal espectáculo, que agradaba á los demás, resultaba, al parecer, aburrido para ella.

– ¿Qué le pasará?, se preguntaron al principio sus padres.

Y habían querido encontrar en la salud de su hija la causa de una disposición de ánimo tan excepcional en una joven de su edad; pero Ivonne comía bien; su tez seguía ofreciendo un color sonrosado, y lejos de quejarse, decía á cuantos querían oirla que se encontraba perfectamente. ¿Qué tenía, pues? Habíanse celebrado varios consejos de familia en los cuales, por supuesto, había tomado parte la señora Bajourel en su cualidad de tía decana; pero aquellos conciliábulos no habían dado el menor rayo de luz.

Sus padres habían intentado todos los recursos: bailes, teatros, viajes; pero todas estas probaturas no dieron resultado alguno. Spleen, neurastenia, hipocondría, cada uno de sus parientes daba un nombre especial á la enfermedad de Ivonne; pero en lo tocante al remedio, nadie había encontrado aún el medio de descubrirlo.

Así es que todos acabaron por renunciar á una esperanza de mejoría en el estado de la pobre muchacha, y hasta sus mismos padres se conformaron con aquella tristeza incomprensible.

La única que no desesperaba era la tía Bajourel.

– Dejadme por un mes á Ivonne, dijo; la llevaré á Suiza y esto la distraerá.

– Como usted quiera, tía.

Y la anciana y la joven, partieron para Vevey.

¿Qué sucedió durante aquel viaje? ¿Hubo confidencia, confesión, adivinación ó sorpresa?

Nadie lo supo; pero cuando regresaron de aquel viaje, si la joven parecía tan triste como antes, la tía en cambio mostrábase mucho más confiada.

– ¿Qué tal?, le preguntaron los padres apenas llegaron las viajeras, á quienes habían ido á esperar á la estación.

– ¡La cosa va bien!, había contestado en voz baja la señora Bajourel. Creo que la curaremos.

– ¿Ha descubierto usted su enfermedad?

– Tal vez sí.

– ¿Es de la cabeza, es del cerebro?

– No, no, está más abajo, en la región del corazón... Dejadme hacer... Respondo de todo.

– ¿Y será muy larga la cura?

– ¡Caramba, puede que sí!

Felipe llegó á casa de la señora Bajourel.

– Acabo de recibir su carta y he venido en seguida. ¿Qué ocurre?.. Por un momento he temido que estuviese usted enferma. Esta cita á las tres y media en punto...

– En efecto, amigo mío, tengo que hablarte...

– Supongo que no será de nada fastidioso.

– Nada de esto... Se trata..., ya sabes, nuestra conversación de la semana pasada.

– ¡Ah, sí, de Ivonne! Y bien, ¿se ha sonreído?

– Si te dijese que no, serías demasiado feliz; si te dijese que sí, no me creerías. Lo mejor es que tú mismo seas testigo de lo que va á pasar.

– No la comprendo á usted.

– Ya me entenderás... Me prometiste hace algunos días examinar la posibilidad de tu matrimonio con Ivonne en el caso de que ésta se sonriera, ¿no es cierto?

– Sí...

Y Felipe se dijo á sí mismo: «Lo cual no me comprometía á nada.»

– Pues bien: te cojo por la palabra.. Vas á entrar en esta habitación de al lado, te ocultarás detrás de ese cortinaje... Nada más fácil que dejar una pequeña abertura entre las dos cortinas y mirar desde ahí lo que suceda.

– ¡Me asusta usted!

– Y sin embargo, no hay motivo para tanto.

– En fin, haré lo que usted me ordena.

– Ivonne, á quien he mandado llamar, vendrá también. Las dos hablaremos como solemos hacerlo cada vez que viene, y tú no tendrás que hacer más que escuchar... Si antes de despedirse de mí conserva, mientras dure su visita, su semblante triste, no habrá pasado nada; tú te irás también, y esta vez completamente libre para siempre de mis obsesiones matrimoniales... Si, por el contrario, se sonríe, habrás perdido el pleito.

– Corriente.

– Han llamado... Es ella... Corriendo, á tu puesto.

– Pero, tía, toda esa comedia...

– ¡Anda, anda, corriendo!

Y la señora Bajourel empujó á su sobrino á la habitación inmediata y se dirigió á la puerta para salir al encuentro de Ivonne, murmurando:

– ¡Comedia, comedia!.. ¡Y qué otra cosa ha de ser!.. Y como toda buena comedia, ha de terminar en boda.

Ivonne entró en la sala.

– Buenos días, querida sobrina; has sido muy amable en venir á ver á tu anciana tía que se aburre en su soledad.

– ¡Oh, querida tía! Ya sabe usted que nunca estoy tan contenta como cuando...

Y la joven, quitándose el sombrero, fué á sentarse al lado de la señora Bajourel.

– ¿Y qué hay de nuevo?, preguntó la anciana.

– Pues nada, tía.

– ¿Y sigues tan triste y malhumorada?

– Ni más alegre ni más triste que de costumbre. Cada cual tiene su carácter, ¿no es verdad? El mío no me inclina á la alegría ruidosa. Y como, por otra parte, no entiendo que la risa haga la felicidad...

La señora Bajourel, que mientras hablaba trabajaba en una labor de guipure, quedóse por un momento absorta en un cálculo de puntos; después siguió la conversación preguntando con aire indiferente:

– De modo... que eres feliz.

– Sí que lo soy. ¿Por qué quiere que?..

– Es que me había parecido, cuando el viaje que juntas hicimos á Vevey... Había creído adivinar, por la casualidad de una conversación...

– ¿Adivinar qué?, preguntó la joven ruborizándose.

– ¡Oh, nada!.. Sin duda me equivoco.

Y mirando fijamente á Ivonne, añadió:

– ¿Habrá por ventura una especie de pesar en el fondo de ese corazoncito?

– ¡Oh, tía! ¡Cómo puede usted suponer!..

– No supongo nada... Pero me había parecido comprender... Un joven que quizás te hiciera en otro tiempo sentir algo...

– ¡Oh, tía, tía!.. Aseguro á usted..., yo... ¡jamás!

Pero la mirada desconsoladora de la pobre niña desmentía su afirmación, y un instante después sus ojos se llenaron de lágrimas.

Felipe, que observaba desde su escondite aquella escena, no pudo menos de pensar: «¡Hola! Ahora llora, y por consiguiente estamos muy lejos de la esperada sonrisa. ¡Paréceme que mi tía no podrá estar muy satisfecha de la prueba!»

Pero la señora Bajourel, sin hacer caso del llanto



Felipe fué á arrojarse á los pies de su prima

de su sobrina, iba de un lado á otro de la habitación como si quisiera atraer á la muchacha á otro sitio. De pronto exclamó:

– Estamos mal aquí.

Y transportando su labor al otro extremo del salón, dijo dirigiéndose á Ivonne:

– Ven á sentarte aquí, hija mía.

La joven obedeció y se encontró sentada enfrente del cortinaje detrás del cual estaba Felipe.

– A propósito, dijo la señora Bajourel con acento placentero, ¿hace mucho que no has visto á tu primo?

– Sí, tía, hace mucho tiempo. ¿Por qué me lo pregunta usted?

– Ha venido esta mañana.

– ¡Ah!

Ivonne quiso pronunciar este «¡ah!» con indiferencia, pero su voz temblaba.

La señora Bajourel lo notó, y al cabo de un rato dijo, como si la cosa no tuviera importancia:

– ¿Sabes á qué ha venido?

– ¿Cómo quiere usted que lo adivine?

– Pues ha venido á decirme que te ama y que va á pedir tu mano.

– ¡Ah!

Entonces sí que brotó de los labios de Ivonne una sonrisa, ¡y qué sonrisa!

Felipe, que como hemos dicho estaba escondido precisamente delante de la joven, debió comprender todo lo que aquella sonrisa significaba, porque saliendo desatinado de su escondite, fué á arrojarse á los pies de su prima exclamando:

– ¿De modo que me amaba?

– ¡Pues claro está, bergante!, contestó la anciana.

Y luego añadió entre risueña y seria:

– ¡Cuidadito, eh! Ahora la has hecho sonreirse. ¡Ay de ti si algún día la haces llorar!

JULIÁN BERR DE TURIQUE.

LA ESTATUA

Era Ledia una de esas mujeres tentadoras y sugestivas á quienes es imposible ver sin sentir el deseo de amarlas; y sin embargo, ella, más indiferente que coqueta, jamás había pensado en el amor.

Muy niña aún, quedó huérfana; y confiada su educación á personas extrañas, apenas si sus más fuertes afectos pasaron del respeto y la simpatía.

A los veintiún años encontróse sola y en posesión de una cuantiosa fortuna, y poco después instalábase en un *chalet* encantador, que en otros tiempos había pertenecido á sus padres, y en el que recibía numerosas visitas, se jugaba al tresillo y se bailaba alguna que otra vez.

Ledia con sus amigas, su ama de gobierno, soltefona recalcitrante, y sus criadas, vivía feliz cobrando sus rentas y frecuentando reuniones, paseos y teatros, acompañada siempre de aquella señora con aspecto de institutriz, sin que jamás hubiera pasado por la mente de la joven la idea de amar ni ser amada.

Sin embargo, un día en que Ledia se encontraba sola, Arturo, el hijo del general que durante tantos años había sido el amigo íntimo del padre de la joven, se atrevió á declararle su pasión.

Ella le oyó en silencio: aquel discurso, entrecortado á veces por suspiros y exclamaciones, lo había ella leído en alguna parte, en cualquier novela de las que á hurtadillas leyó en el colegio, y no le interesaron, ni poco ni mucho, la fogosidad del enamorado, ni la sinceridad de sus palabras.

Arturo abandonó la casa, seguro de no hallar esperanza á sus anhelos: aquella mujer bellísima era una hermosa estatua.

Transcurrieron varios meses sin que Arturo volviera á visitar á Ledia; pero una tarde presentóse en el *chalet* para despedirse de su dueña: dos días después pensaba comenzar un viaje por Europa para estudiar varios adelantos de su carrera de ingeniero. Al despedirle la joven, estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

– Aunque suspenda por media hora sus preparativos de viaje, espero á usted mañana á las cinco.

Pero Arturo partió para Bruselas sin atender á aquella indicación, y Ledia en un principio airada, concluyó por volver á su indiferencia al ver que había transcurrido más de un año sin tener noticias de Arturo.

Una mañana Ledia recibió una carta de Arturo, fechada en Amsterdam, en la que pudo leer, entre otras, la siguiente lacónica frase:

«Me he casado con una encantadora holandesa que me ha llevado una dote regular.»

Los ojos de la joven, aquellas inmensas pupilas á las que nunca pudo mirar frente á frente ningún hombre, porque deslumbraban como el sol; aquellos ojos negros cuyas insistentes miradas nadie pudo resistir sin bajar la vista, se nublaron; una lágrima, la primera que Ledia vertía, rodó por sus mejillas, y la carta se le escapó de la mano. Al fin amaba; pero amaba á Arturo, y ya era tarde.

Hoy Ledia desconfía del amor verdadero, y cree firmemente que en él entran por mucho en extraño consorcio el cálculo y el capricho, y que sólo se ama una vez. Por eso, fría, impasible, esfinge admirable, estatua viviente, permanece ajena á las pretensiones de los mil enamorados que la asedian.

Pero cuando alguno de éstos la reprocha diciéndole: «No tiene usted corazón,» si se fijara en el fondo de aquellos grandes ojos, indiferentes y serenos, antes brillantes y hoy apagados, leería una respuesta:

– ¡Mi corazón lo tiene Arturo!

P. GÓMEZ CANDELA.

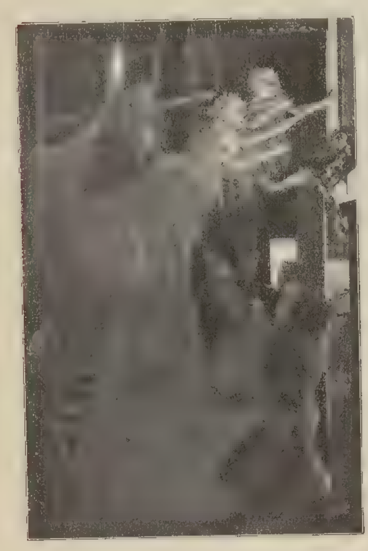


LAS CIGARRAS, cuadro de Luis Alleaume

LA ESCENOGRAFÍA

Y LAS OBRAS DE WAGNER

El estreno de *Sigfrido* representa para nuestro teatro del Liceo un paso más en el camino de la escenografía moderna, de ese arte que, dentro del convencionalismo teatral, tiende no sólo á producir la



Las hijas del Rhin en la ópera «El oro del Rhin»

ilusión de la realidad, sino que también á dar forma verosímil á las más extrañas ó fantásticas creaciones del poeta dramático. Al hacer esta afirmación, no nos referimos al decorado con que la ópera ha sido puesta en escena, pues en este punto hemos visto en el propio Liceo y en otros teatros de esta capital cosas infinitamente mejores que las decoraciones que procedentes de Italia se han estrenado para el *Sigfrido:* el solo nombre de Soler y Rovirosa, del gran maestro, evoca el recuerdo de verdaderas maravillas escenográficas, y de haber sido él, como lo habría sido indudablemente á no habérselo impedido una grave y larga dolencia, el encargado de la *mise en scene,* de fijo que la obra wagneriana habría aparecido á los ojos del público revestida de las galas más esplendentes que para su creación pudiera haber deseado el inmortal músico de Beyreuth.

De todos modos, como antes decimos, la representación de *Sigfrido* en el Liceo significa un progreso, pues en ella se han visto atendidos una porción de detalles de los que no hace aún mucho tiempo se prescindía en absoluto, y empleados recursos escénicos que antes se menospreciaban ó poco menos, y que, sin embargo, si tienen interés siempre, adquieren capital importancia cuando de las óperas de Wagner se trata. Ante todo, debemos felicitar á la dirección escénica por el buen acuerdo de dejar casi á obscuras la sala durante la representación, conforme se hace en los principales teatros de Europa: medida es esta que han de aplaudir cuantos van al teatro para algo más que para hacer ostentación de joyas y trajes; porque, dando mayor relieve á la acción que en el escenario se desarrolla, hace, al mismo tiempo, que la atención se concentre exclusivamente en ella, que el oído aprecie mejor la labor musical y que el espíritu se identifique por entero con la obra que se representa.

En punto á detalles y recursos escénicos, Wagner hizo una revolución casi tan grande como la que realizó musicalmente. Su teoría se sintetiza en el siguiente principio: únicamente por la cooperación de la poesía y las demás artes íntimamente unidas puede alcanzar el drama musical su virtualidad completa é inmediata, y para ello es preciso que cada una de esas artes sacrifique una parte de la independencia que en el transcurso de los años ha conseguido. De aquí que para él nada haya insignificante, pues las cosas al parecer más nimias tienen su valor propio, su puesto señalado dentro del conjunto armónico de su obra. De aquí también que, buscando valiosos auxiliares, inventara multitud de procedimientos que poderosamente contribuyen á completar la ilusión escénica de sus óperas.

Según el ilustre maestro, todo cuanto hay en el escenario debe tender á expresar la idea del poeta, y por esta razón las descripciones explicativas de lo que la escena representa y las acotaciones son en los libretos de Wagner mas detallados que en los de ningún otro autor.

En donde mejor se aprecia el valor de la teoría de Wagner y en donde más ancho campo tiene la imaginación, es en la famosa tetralogía *El anillo de los Niebelungos,* de la que *Sigfrido* forma parte, y acerca de cuya *mise en scene* ha publicado recientemente Gustavo Kobbe, en una revista inglesa, un curioso estudio del cual tomamos algunos datos que creemos interesarán á nuestros lectores, siquiera como nota de actualidad por lo que á *Sigfrido* se refiere, y que servirán de explicación á los grabados que en esta página y en la siguiente reproducimos.

En la primera representación de esta obra en Beyreuth, los efectos escénicos distaron mucho de satisfacer los deseos de Wagner y desagradaron á los más entusiastas admiradores del maestro: el dragón del *Sigfrido* fué el mayor fracaso, y lo que debía ser una escena de interés palpitante, se convirtió en un episodio algo ridículo. En cambio, cuando se estrenó la obra en los Estados Unidos, la escenografía fué admirablemente dirigida y todo el mundo convino en que representaba un gran triunfo del ingenio. Posteriormente, en el mismo Beyreuth, en los principales teatros de Alemania, en la Opera de París y en otros importantes coliseos de Europa se han realizado en este punto verdaderas maravillas.

Es realmente interesante ver representadas las obras de Wagner, sobre todo la tetralogía, desde dentro del escenario, porque de este modo se forma uno idea de la infinidad de preparativos que para representarlas se requieren y de los artificios y combinaciones mecánicas que se emplean para producir los efectos deseados. Sin hablar de todos ellos, porque habríamos de extendernos demasiado, citaremos como ejemplos algunos de los más notables. Cuando en el *Oro del Rhin* el Niebelungo Alberico se transforma en serpiente para probar á Wotán y á Loge que le es dado tomar cualquier forma, ocúltase detrás de una roca é inmediatamente se ve salir una serpiente enorme que cruza la escena haciendo los movimientos ondulantes propios de ese reptil. Para conseguir este efecto, la figura del animal está montada sobre ruedecitas, ocultas por completo á la vista del público; una sección del cuerpo, que se abre y se cierra, permite que en él se introduzca un hombre que, puesto boca abajo y ayudado por dos bastoncitos, pone en movimiento al monstruo, mientras con una cuerda, sujeta entre los dientes, mueve la mandíbula inferior para dejar ver sus terribles colmillos. La cola se compone de varias piezas unidas por alambres y en ella hay dispuestos una especie de estribos que se ajustan á los pies del hombre que va dentro y que, moviendo las piernas como si nadase, hace que aquélla se enrosque y se enderece sucesivamente. El mecanismo resulta sencillo y la ilusión de ver moverse con tanta ligereza un animal tan grande es completa.

Mucho más complicada resulta la escena en que figuran las hijas del Rhin. Al levantarse el telón, dos de ellas aparecen á cierta altura, elevadas por medio de plataformas, y otra está junto á la cima de la gran roca que ocupa el centro del escenario; aquellas ninfas nadan ejecutando los más graciosos movimientos, ora elevándose hasta la superficie del agua, ora descendiendo hasta el fondo del río y produciendo una ilusión completa, que aumenta cuando al acercarse Alberico se alejan de él rápidamente en elegantes evoluciones. Poco después Alberico trepa á la cima de la roca, que está formada por dos lienzos entre los cuales hay una escalera por la que aquél asciende, y se apodera del oro del Rhin: éste consiste en una caja de lienzo con una de sus caras, la que mira al público, de gasa, y en el interior de la misma hay una lámpara eléctrica que, al encenderse en el momento oportuno, proyecta un reflejo dorado y produce el efecto de un pedazo de oro brillante.



La serpiente de la ópera «El oro del Rhin»

En *Sigfrido,* una de las combinaciones mecánicas más notables y complicadas es la de la escena en que el héroe forja la espada «Nothung:» las llamas que despide el fuego y el humo que de la fragua se escapa están en perfecta relación con la música. En la fragua hay dos compartimientos con lámparas eléctricas rojas, y mientras Sigfrido mueve los fuelles, un electricista hace girar dichas lámparas de un lado á otro de modo que aumente el resplandor cada vez que se supone que penetra el aire en el hornillo.

Sigfrido no forja más que una espada, y sin embargo para esta operación emplea cinco hojas distintas. Después de echar el material derretido en el molde



Alberico apoderándose del oro en la ópera «El oro del Rhin»

y de introducir éste en la artesa llena de agua para que se enfríe, lo abre y saca de él una hoja de color obscuro; cuando coloca esta hoja nuevamente en el fuego, tiene en la mano otra pintada de rojo para figurar hierro candente, y cuando introduce por segunda vez el molde en la artesa, toma otra negra, que después de pulimentada y trabajada con el martillo, es substituída por una cuarta hoja brillante, la cual, finalmente, se reemplaza con una espada completamente concluída. Estas operaciones se han de hacer con mucha habilidad y ligereza para que el público crea que Sigfrido ha trabajado en la misma hoja desde el principio hasta el fin de la escena.

El dragón Fafner que sale en el segundo acto de *Sigfrido* consiste en un ligero bastidor cubierto de tela pintada de verde, y á fin de economizar espacio y facilitar su transporte se divide en dos mitades, quedando separada del cuerpo la enorme cabeza. Dentro de esta última hay una larga varilla de hierro y unas cuerdas, por medio de las cuales un hombre que está metido dentro del cuerpo la hace moverse de un lado á otro y abre y cierra las fauces del monstruo. El mismo hombre hace girar las luces eléctricas que iluminan los ojos del dragón.

Se ha de tener en cuenta, sin embargo, que el efecto admirable producido por los artificios escénicos que hemos descrito es debido, no tanto á las combinaciones mecánicas de los mismos, ya que bajo este concepto hemos visto cosas indudablemente más portentosas en comedias de magia y en obras de gran espectáculo, como á la conexión íntima que entre ellos y el drama musical existe. Las escenas en que dichos artificios figuran impresionan, no sólo porque en ellas aparezcan nadando las hijas

del Rhin, ni porque las Walkyrias cabalguen entre nubes, ó las llamas envuelvan la roca en que queda aletargada Brunhilda; impresionan sobre todo porque son detalles que dan mayor vida al pensamiento del músico-poeta, haciendo que el escenario aparezca identificado con la creación de Wagner y complete la ilusión que con la conjunción armónica de todos los elementos artísticos se propuso producir en el público aquel genio de la música, cuyo nombre llenará una de las páginas más gloriosas en los anales del presente siglo. – R.


Sigfrido partiendo el yunque con la espada *Nothung* en la ópera *Sigfrido*

EL CONGRESO IBERO-AMERICANO

El Congreso que recientemente se ha celebrado en Madrid puede ser un acontecimiento de gran trascendencia para el porvenir de los pueblos ibero-americanos.

Respondiendo al llamamiento que el gobierno español les hizo, las repúblicas de la América latina se apresuraron á delegar su representación en las personalidades más ilustres en todos los ramos del saber humano. Los gobiernos, las corporaciones, la prensa, todos se asociaron desde luego con entusiasmo al pensamiento, y lo propio sucedió en España, donde las principales colectividades, así oficiales como particulares, han hecho cuanto ha estado de su parte para el éxito más brillante del Congreso.

La sesión inaugural, que se celebró en el palacio de Museos y Bibliotecas en la tarde del día 10 de este mes, fué verdaderamente solemne, y en los discursos que en ella se pronunciaron se sintetizan las ideas y las aspiraciones que á todos los congresistas animaban. El ministro de Estado al decir que la razón de ser del Congreso no es otra que el deseo de estrechar los vínculos que unen á los que hablan el mismo lenguaje, pertenecen á la misma raza y tienen las mismas costumbres; el Sr. Silvela al afirmar que la obra del Congreso ha de ser el fomento de las relaciones jurídicas y comerciales entre pueblos hermanos, es decir, obra de civilización y de progreso, y el Sr. Sagasta al manifestar su esperanza de que llegue un tiempo en que todas y cada una de las naciones hispano-americanas estimen su prosperidad como la de las demás, se hicieron eco del espíritu que en España prevalece en el importantísimo problema de las relaciones entre nuestra patria y las hijas emancipadas. El Sr. Sierra, representante de Méjico, al hablar en nombre de todos los delegados americanos y sentar la afirmación de que están perdidos los hispano americanos si no saben conservar los caracteres distintivos de su personalidad, indicó el único camino que pueden seguir los estados de América si no quieren, en un plazo más ó menos largo, ser absorbidos por la voracidad de los anglosajones. Y por último, el Sr. Rodríguez Sampedro, presidente de la comisión organizadora, señaló la verdadera finalidad del Congreso cuando dijo que la unión que se desea entre España y América no significa la iniciación de una era de aventuras, sino que tiene por principal carácter representar una obra de armonía y de paz, sentando las bases sobre las cuales se ha de desenvolver en lo sucesivo la vida política, jurídica, comercial y artística de España y de todos los estados ibero-americanos.

A estas ideas de unión y fraternidad han respondido, así la designación de los presidentes honorarios, como los trabajos parciales de las distintas secciones en que se dividió el Congreso. Para las presidencias honorarias fueron nombrados los Sres. Silvela, como firmante del decreto de convocatoria; Sagasta; Sierra, representante de Méjico; López Domínguez; Zaldívar, ex presidente de la República del Salvador; marqués de la Vega de Armijo; Medina, representante de Nicaragua; Moret; Breck, representante de Chile; duque de Tetuán; Lembecke, marqués de Comillas; Machain, representante del Paraguay; Jiménez Gil; Carrera, representante de Guatemala; Balaguer, Calzado, Núñez de Arce, Pi y Margall, Echegaray, Alonso Criado y Menéndez Pelayo. La presidencia efectiva correspondió á nuestro ministro de Estado señor marqués de Aguilar de Campoó y las vicepresidencias y secretarías fueron distribuídas entre españoles y americanos.

En cuanto á los trabajos de las secciones, todos han tendido á estrechar más y más los lazos de unión entre España y las naciones de la América latina, así los que responden á intereses puramente materiales, como los que afectan al orden moral é intelectual. Las conclusiones que se han adoptado tienen un carácter eminentemente práctico, y aun cuando por la índole del Congreso no revisten fuerza obligatoria, entrañan importancia y trascendencia grandes, de una parte porque son reflejo fiel de los pensamientos y aspiraciones de toda la raza ibero-


CONGRESO IBERO-AMERICANO. – GRUPO DE CONGRESISTAS (de fotografía de Cifuentes)



SEVILLA.—EL AGUADOR, dibujo original de Ricardo Brugada



UN RINCÓN DE GRANADA, dibujo original de Isidoro Marín

americana, clara y terminantemente expresados por los que constituyen la genuina representación de todos los pueblos y elementos que la componen, y de otra, porque las personalidades que en su redacción y aprobación han contribuído gozan en sus patrias respectivas de tan grande como merecida respetabilidad y se hallan en condiciones, no sólo de influir poderosamente en la opinión de sus compatriotas, sino que también de hacer, en plazo más ó menos corto, traducir en leyes los que ahora se han manifestado como deseos vehementes y unánimes.

En esto estriba indudablemente la trascendencia del Congreso: en la expresión de una aspiración noble y levantada y en la posibilidad de que esta aspiración se convierta en realidad. El Congreso ha arrojado la semilla; el terreno está abonado para que prospere; ahora sólo falta que quienes pueden y deben la cultiven para que algún día dé los apetecidos frutos.

Varios han sido los festejos que en honor de los congresistas se han organizado. El te en la presidencia del Consejo de Ministros estuvo concurridísimo; la recepción en palacio fué magnífica, como todas las fiestas que en el real alcázar se celebran; las funciones de gala en el Real y en el Español resultaron espléndidas, y en la velada en la Asociación de la Prensa leyeron inspiradas composiciones nuestros poetas más celebrados. Aparte de estos obsequios de carácter general, ha habido otros de carácter más íntimo, como el banquete que la prensa madrileña dió en honor de los periodistas americanos, banquete en el cual los representantes de los principales periódicos de España y de América se ofrecieron á contribuir con los poderosos medios de que la prensa dispone á la realización de la obra que tan beneficiosa puede ser para todos los pueblos que hablan el idioma castellano.

La Ilustración Artística, que ha tenido siempre un especial afecto para nuestros hermanos de América y en cuyas columnas se ha consagrado la debida atención á los sucesos que allí se desarrollan, se asocia con entusiasmo á la obra del Congreso ibero americano y envía su más entusiasta felicitación á sus organizadores y su saludo más cariñoso á los que desde el nuevo mundo han venido á rendir este tributo de consideración á la antigua madre patria. – X.



Congreso ibero-americano. – Te en la presidencia del Consejo de Ministros (de fotografía de Cifuentes)

NUESTROS GRABADOS

Esperando las barcas dibujo original de Manuel Domínguez.—«Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color, y una vez puesto delante del lienzo, no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final.» En estos términos retrata al maestro nuestro distinguido amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega, y justo es consignar que tal juicio se recomienda por su veracidad y exactitud. Aquellos de nuestros lectores que hayan tenido ocasión de examinar algunas de las obras de Domínguez habrán podido apreciar cualidades de tal monta, bellezas de línea y de color, dominio, seguridad y firmeza que sólo logra poseerlos el que llega á formar parte de los elegidos, debiendo el concepto de maestría que va unido á su nombre, única y exclusivamente á sus indiscutibles merecimientos. Prenda de amistad, testimonio de consideración y afecto es el notable dibujo que figura en la primera página de este número, representando á una pescadora gallega, garrida y hermosa, recuerdo de una excursión artística á las costas del Norte de la península. Sean estas líneas manifestación de justa correspondencia.

Las cigarras, cuadro de A. Alleaume.—La obra de Alleaume que reproducimos y que fué sumamente elogiada cuando se expuso en el Salón de París del presente año, es una página artística impregnada de poesía. Mirándola se siente uno penetrado de esa sensación apacible que experimentamos cuando en las tardes estivales nos refugiamos en frondosa alameda y recreamos nuestros sentidos con el airecillo que por entre las copas de los árboles murmura, con el arrullo del arroyuelo que á nuestro lado corre, con la fragancia de las flores silvestres que á nuestro alrededor se ostentan y con la contemplación del hermoso espectáculo que la naturaleza nos ofrece. El estado de ánimo que todas estas sensaciones produce hállase admirablemente reflejado en las dos figuras del cuadro, y especialmente en la que tendida sobre la verde hierba parece sumida en delicioso ensueño, mientras su compañera arranca de la guitarra suaves acordes que se funden en los murmullos del bosque para formar con ellos dulcísima armonía.

Sevilla. – El aguador, dibujo original de Ricardo Brugada.—Dispuesto Ricardo Brugada á abandonar Barcelona para invernar en Sevilla, en donde debe terminar una obra de importancia, ofreciónos galantemente y á modo de afectuoso recuerdo el bonito dibujo que figura en estas páginas, trasunto de un cuadro de costumbres sevillanas, que se recomienda por el carácter de localidad y por el buen gusto é inteligencia que revela en su autor, quien ha logrado asimilarse cuanto constituye y representa el modo de ser de la ciudad andaluza. Réstanos hacer constar una vez más el aplauso que dedicamos al artista y el deseo de que el cuadro objeto de sus afanes responda á sus nobles y laudables aspiraciones.

Un rincón de Granada, dibujo original de Isidoro Marín.—Varios son los géneros que ha cultivado Isidoro Marín, pero en todas sus producciones domina el sello meridional, la jugosa y espléndida vegetación, la viveza de luz, la diafanidad de nuestro purísimo cielo, los contrastes de coloración que ofrecen los tipos y trajes y la naturaleza siempre sonriente, próvida y halagadora, como lo es la de Andalucía, aquel rincón privilegiado de la tierra española, en donde la providencia reunió todas las armonías y todos los encantos, en donde se realizaron los más grandes y más interesantes hechos de nuestra historia. El hermoso dibujo que reproducimos es una de tantas producciones que á modo de recuerdo de Granada, la legendaria ciudad morisca, ha ejecutado el discreto pintor, quien dedica al pueblo en que nació el resultado de su habilidad y de sus artísticas aptitudes.

En el mar, dibujo original de Antonio Fuster. – Nota agradabilísima y simpática resulta el apunte del laborioso artista palmesano Antonio Fuster, quien sin violencias ni rebuscamientos é inspirándose en el plausible propósito de obtener efectos con escasos recursos, ejecuta y produce recomendables composiciones, que, cual la á que nos referimos, se distinguen por su discreta simplicidad. Dos barcas de pesca, inmóviles en un mar terso y tranquilo, hanle servido para producir, repetimos, una nota llena de encantos que seduce y cautiva por su realidad no exenta de poesía.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Venecia. – La Galería de la Academia de Venecia ha adquirido una obra maestra de Palma Vecchio que se hallaba en poder de un particular en lamentable estado de abandono y que ha sido perfectamente restaurada. Representa una *Santa Conversazione* con las figuras de la Virgen, de San José, de Santa Catalina y de San Juan Bautista y es un portento de composición y de colorido.

Berlín. – En el Salón Schulte de la capital de Prusia se han expuesto siete cuadros del pintor español Ignacio Zuloaga que han sido la admiración del público berlinés, para quien hasta ahora era desconocido ese artista. He aquí lo que acerca de esta exposición dice en uno de los principales periódicos ilustrados alemanes un notable crítico de aquella ciudad: «En esos cuadros que contienen figuras casi de tamaño natural, de nuestros días y colocadas sin afectación alguna, impónese el artista por su seriedad, por una grandiosidad espontánea de la composición, que apenas se encuentra entre los actuales pintores españoles. Su contemplación trae á la mente el recuerdo de Velázquez y Ribera y el de los alemanes Leibl y Trübner, únicos maestros modernos que pueden ser comparados con Zuloaga y con la grandeza de sus tonos obscuros y con la simplicidad de su exposición.» La notable revista *Die Kunst für Alle* (El Arte para todos) dedica un artículo á Zuloaga, de quien dice que es un descendiente de Velázquez y de Goya, y que en sus cuadros aparece por vez primera después de mucho tiempo la España real y verdadera. Al consignar este triunfo de nuestro compatriota, La Ilustración Artística se complace en unir sus felicitaciones á las alabanzas que público tan inteligente como el berlinés le ha dedicado.

Teatros. – En Berlín ha sido aplaudida con entusiasmo la notable tiple española Srita. Barrientos: los principales críticos de aquella capital emiten los más encomiásticos juicios respecto de nuestra joven y célebre compatriota.

– La nueva ópera de Leoncavallo *Zazá*, recientemente estrenada en el teatro Lírico de Milán, ha tenido un gran éxito, reputándola la crítica como la mejor obra del celebrado compositor

París. – Se ha estrenado con buen éxito en los Bouffes Parisiens *La Czarda*, vaudeville-opereta en cuatro actos de Alfredo Delila con música de G. Fragerolles; y en el Gymnase *La poigne*, interesante drama en cuatro actos de Juan Julien.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *En Pau de la Gralla ó la festa major de la vila*, gracioso sainete en un acto de Ramón Vidales, y en el Eldorado *El estreno*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los hermanos Sres. Alvarez Quintero con música del maestro Chapí. En el Liceo han debutado con *Aída* las Sras. de Lerma y Parsi-Petinella y los señores Duc y Moro, habiendo sido todos muy aplaudidos, lo mismo que el maestro Goula, que dirigió la obra con su acostumbrada maestría. La Sociedad Filarmónica que con tanto acierto ha organizado y dirige el maestro Crickboom ha dado un concierto en el teatro de Novedades, habiéndose ejecutado un concierto de Bach, que tocó en el violín admirablemente el citado profesor con acompañamiento de orquesta, y varias piezas de conjunto de Greef, Mendelssohn, Bach y Grieg, que fueron sumamente aplaudidas.

Necrología. – Han fallecido:

Pedro Augusto Pichon, notable retratista y pintor de historia francés, el último sobreviviente de los discípulos de Ingres.

Gustavo Ranzoni, pintor de animales y paisajista austriaco.

Miguel Nicolaiewitch Wassiljew, pintor de historia ruso.

Alberto de Vriendt, célebre pintor de historia belga, director de la Real Academia de Bellas Artes de Amberes.

Pedro Veron, notable literato y periodista francés.

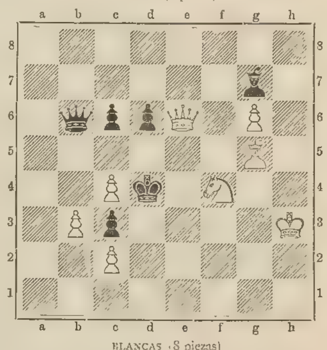
Carlos Monginot, celebrado pintor francés.

Carlos Schenkl, uno de los más ilustres filólogos austriacos.

AJEDREZ

Problema número 218, por Dr. S. Gold

negras (6 piezas)



blancas (8 piezas)

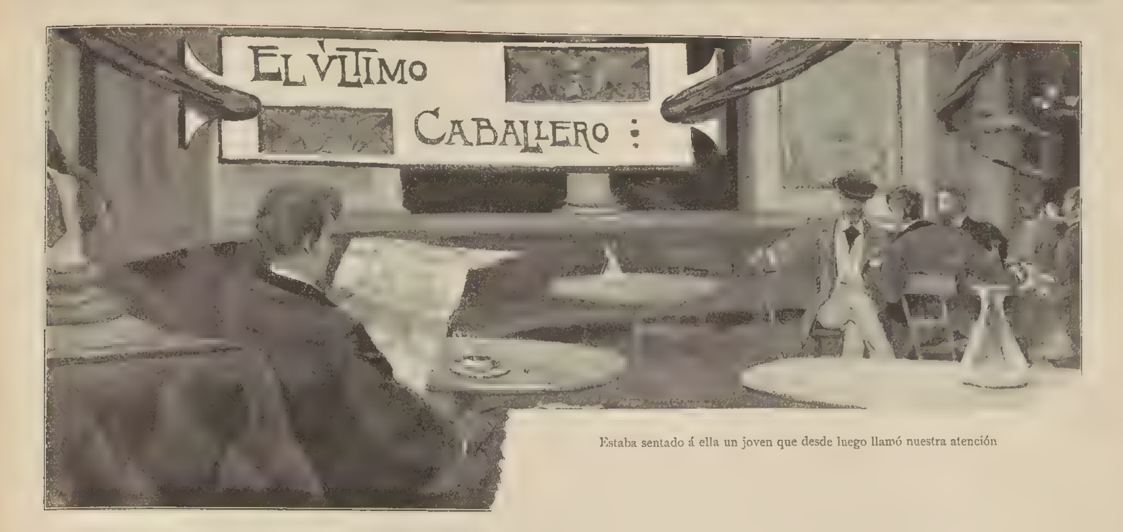
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 217, por J. Salminger

Blancas.	Negras.
1. Cf3–d2	1. Rd6–e5
2. Td3–d5: jaque	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1..... Th5–h4; 2. Td3–d5: jaque, etc.
1..... d5–d4; 2. Cd2–c4 jaque, etc.
1..... Rd6 c6; 2. Da7–b7 jaque, etc.
1..... Cg2–e3; 2. Cd2–e4 jaque, etc.
1 .... Otra jug : 2. Cd2–c4 ó e4 jaq., etc.



Estaba sentado á ella un joven que desde luego llamó nuestra atención

EL ÚLTIMO CABALLERO

Novela original de D. Florencio Moreno Godino. – Ilustraciones de Cutanda

PARTE PRIMERA

I

En el año de 1872, época á que voy á referirme, había en la café de Madrid, de la villa y corte de *Idem*, á la izquierda de la puerta de entrada que da á la Carrera de San Jerónimo, un gabinete que mereció ser clasificado por Gustavo Adolfo Bécquer con el nombre de *Gabinete Pompeyano*. Es lástima que en las varias reformas hechas en el café haya desaparecido aquel recinto, tan lleno para mí de recuerdos. El gabinete era no muy amplio, de forma circular, de estilo greco-romano, dominando el segundo, y en éste el color azul. Como presentaba la particularidad de estar alumbrado, además de tener otras lámparas, por una central de alabastro en forma de media luna que pendía del techo, aquella linda pieza se asemejaba á los pequeños templos de la antigüedad que en los centros de los bosques los mesenios consagraban á Lucina. Estaba algo distante de la sala grande del café, separado de ella por un cierre de cristales, que reflejando todas las luces de la localidad, producían vistosos efectos de luz.

El gabinete Pompeyano, le llamaré así por deferencia al poeta de las golondrinas, estaba poco concurrido; pues los parroquianos de aquel entonces bullanguero café preferían la animación de la gran pieza central.

Aquella época era también bulliciosa. Había terminado la primera etapa de la Revolución de Septiembre, reinaba en España D. Amadeo de Saboya y era presidente del Consejo de ministros D. Manuel Ruiz Zorrilla. Había carlistas en armas, milicianos nacionales en todas partes: unos realistas del rey, otros partidarios de la República, cuyo infalible advenimiento esperaban.

Aunque ya comenzaba la estación del veraneo, pocos se atrevían á salir de Madrid, que era donde relativamente había más tranquilidad, por más que alguna vez la turbasen agresiones más ó menos auténticas contra el jefe del gobierno ó conatos de alzamiento federal.

Al río revuelto de la revolución habían acudido á la corte muchos pejes de provincia; así era que con no salir unos y venir otros, Madrid hervía en animación. Como sucede siempre en esta bendita capital, todo el mundo pensaba en divertirse; dándosele una higa de la guerra civil, ni de los manejos de los enemigos de la nueva dinastía, ni del gobierno.

Aunque todo estaba desquiciado, todo parecía estar en caja. Se vivía al día, como siempre sucede en España.

Sin embargo, en aquella aparente tranquilidad había zozobra. Soplaba viento de inquietud, á través del cual se traslucía la siguiente interrogación, suspendida como una amenaza:

«¿En qué parará esto?»

Nosotros nos reuníamos en el gabinete Pompeyano. *Nosotros* éramos cinco ó seis buenos y bien avenidos; puesto que prescindiendo de mí, no me parece exceso calificar de buenos á Miguel de los Santos Alvarez, Gustavo Adolfo Bécquer, Ramón Rodríguez Correa; aunque también formaban parte del núcleo del gabinete Pompeyano un caballero andaluz llamado D. Pedro Agüera y el que estas líneas escribe.

En aquella época D. Pedro Agüera era tan conocido, como lo son ahora en la posteridad los primeramente mencionados. Era conocido y merecía serlo. Casi rico, casi buen mozo, casi artista, y listo, generoso y valiente sin casi, tomó una parte activa en la Revolución de Septiembre, y se distinguía de nosotros por sus ideas revolucionarias. Pero esto no obstaba para que fuese acogido con fruición en nuestro corro; pues como inteligente y bien educado que era, sabía *alternar*.

El cenáculo Pompeyano (donde nadie cenaba) comenzaba bien entrada la noche. El primero que llegaba era Bécquer, y los demás conforme íbamos dejando teatros y devaneos. Todos éramos asiduos, menos Miguel de los Santos Alvarez, que á veces faltaba dos ó tres noches.

¿Cómo olvidar aquel corro del que yo únicamente sobrevivo? Aquel corro era una recopilación de noticias, un periódico hablado, un tizón y crisol de literatos y artistas. Miguel de los Santos Alvarez nos traía notas de la alta sociedad; Bécquer era el alambique crítico de la balumba literaria; Ramón Correa, que bajo su apariencia frívola todo lo descubría, como descubrió al autor de las *Cartas trascendentales*, y que bullía en las esferas políticas, nos enteraba de las causas de evoluciones y desplantes, y don Pedro Agüera, aficionado á *música* y *teatros*, nos entretenía con interesantes aventuras y chismes de bastidores. Allí se hablaba mucho de todo y poco de política, porque como no coincidíamos todos en ideas y todos nos apreciábamos, no queríamos molestarnos recíprocamente. ¡Qué tiempo aquel en que todos éramos jóvenes! ¡Qué corro tan atractivo! Y pensar que yo...

Pero al lector no le importa lo que yo pienso y recuerdo, y seguramente le pareceré pesado en entrar en materia.

II

Una noche, Bécquer y los que fuimos llegando después vimos que estaba ocupada una mesa del gabinete Pompeyano, algo distante de la nuestra. Estaba sentado á ella un joven que desde luego llamó nuestra atención. Representaba unos veintisiete años de edad. Guapo, demasiado guapo, puesto que su tez era de una finura femenina, ofrecía la particularidad de tener el pelo negro y bigote rubio, y en su fisonomía resaltaba esa atracción simpática que no puede definirse. Vestía con elegancia y sencillez. Tenía sobre la mesa una taza de café vacía, un vaso de agua con coñac, dos ó tres periódicos, y estaba leyendo uno. Fumaba un cigarro que trascendía á habano, y á veces suspendía la lectura, quizá para oirnos, pero sin mirarnos.

Ninguno le conocíamos.

Próximamente á la una, aquel joven sacó del bolsillo un reloj que llevaba sin cadena, se levantó sin llamar al camarero ni recoger los periódicos, y se fué, saludándonos al salir. Ya de pie notamos las elegantes proporciones de su cuerpo y detalles de traje y calzado, indicios de distinción. Desde aquella noche le vimos dos ó tres seguidas en el gabinete Pompeyano, y se repitió idéntica escena. Una noche, después de irse él, nos dijo Ramón Correa:

– He notado una cosa.

– ¿Qué?

– Que ese simpático incógnito lleva una corona heráldica sobre la cifra de su petaca.

– No tiene nada de particular, observó D. Pedro Agüera; ese *barbián* (palabra que usaba mucho) por su aspecto puede ser cualquiera cosa.

El joven siguió yendo al café y nosotros en la ignorancia de quién era. Pero una noche, después de una ausencia de cuatro ó cinco, se presentó Miguel de los Santos Alvarez. Venía á nuestra mesa; mas reparando en el incógnito, se aproximó á la que éste ocupaba y habló con él breve rato.

– ¡Gracias á Dios, exclamó Correa, va á aclararse la esfinge!

Miguel, después de dar la mano al joven desconocido, se sentó á nuestra mesa.

– ¿Quién es ese?, le preguntó Correa en voz baja.

– El vizconde de Fenestrela, socio del casino.

Nos engolfamos en conversación. Miguel notó que el vizconde había cesado de leer y le dijo de mesa á mesa:

– Vizconde, haga usted corro con nosotros, si sus pensamientos se lo permiten; estos señores desean conocer á usted.

El joven, no ya incógnito, se levantó de la mesa que ocupaba y se sentó á la nuestra. Miguel hizo la competente presentación.

– Conozco de fama á estos señores por haber leído cosas suyas, y ahora tengo suma satisfacción en conocerlos personalmente, dijo el vizconde saludándonos á todos.

Tenía una voz muy agradable, con ligero acento andaluz.

Desde aquella noche, cuando acababa de leer sus periódicos, el vizconde formaba parte de nuestra reunión. Era muy instruído, conocía al dedillo la literatura española y la francesa, y según D. Pedro Agüera, era una notabilidad como crítico musical y taurino. Hablaba de todo con calor y espontaneidad;

sólo se mostraba reservado las pocas veces que se trataba de política. Entonces callaba, pero nos oía con interés discutir; lo cual motivó el que D. Pedro Agüera me dijese una noche, estando solos:

– El vizconde de Fenestrela debe ser de la *cáscara amarga*.

Según D. Pedro, eran de la cáscara amarga todos los realistas y reaccionarios.

El vizconde se mostraba también reservado en lo referente á su personalidad.

Correa, que era el más curioso y preguntón, le dijo una noche:

– ¿Ha publicado usted algo?

– No, señor; ¿por qué me lo pregunta usted?

– Porque tiene usted muy buen gusto y mucha lectura.

– Esto último sí; paso casi todo mi tiempo leyendo.

III

Sin embargo, en dos ocasiones el vizconde medio se espontaneó.

Hablábamos por incidencia de política, y Bécquer le preguntó de improviso:

– ¿Cree usted que se consolidará D. Amadeo de Saboya?

El vizconde contestó haciendo un mohín indefinible:

– Me parece que no. Las monarquías necesitan apoyarse ó en la aristocracia ó en el pueblo, ó mejor dicho, en ambas clases á la vez; aquélla, con contadas excepciones, se aleja de la nueva dinastía, y el cuerpo colegiado de la nobleza se ha disuelto. En cuanto al pueblo, ya ve usted que inventa coplas no decentes á costa del rey. Este buen señor debe aburrirse soberanamente en Madrid.

En otra ocasión, llegó D. Pedro Agüera cuando estábamos todos reunidos y el vizconde en nuestra mesa, y exclamó con su andaluza impetuosidad:

– ¡Acabo de hacer una tontería!

– Alguna vez había de ser, dijo Bécquer.

– ¿Qué has hecho?, preguntó Correa.

– Una aleluya de la *vida del hombre malo*, la de *juega y pierde*. He jugado y he perdido cuarenta duros en casa de Silverio.

– Sólo le falta á usted eso para ser irresistible á las mujeres, observó Miguel de los Santos Alvarez.

Con este motivo se habló de juego.

Bécquer le detestaba; Correa le defendía, como que sacrificaba en su altar. Ellos dos casi exclusivamente sostuvieron la polémica.

– El juego, decía Bécquer, como vicio es pueril y bajo, pues se basa en curiosidad malsana y en deseo de lucro. Como pasión es la más odiosa y egoísta.

– ¡Pero si juegan hasta los millonarios!

– Pues eso es más pueril y más incomprensible todavía. Los jugadores se asemejan á mujeres haciéndose echar las cartas ó á niños jugando á la gallina ciega. En el juego no hay ni el goce material que en los demás vicios.

– Todos; ¿qué mayor goce que ganar una puesta?

– El jugador se declara impotente y pide al azar lo que no puede adquirir por sí propio...

– Eso constituye la grandeza del juego, despreciar los medios materiales, interrogar á la providencia y desafiarla, resumir en una todas las pasiones. ¿Crees, querido Bécquer, que el jugador no goza con la expectación de ver venir la sota ó el caballo y el negro ó el encarnado? No se satisface por la avaricia de aumentar dinero, sino porque en cada puesta que recoge, ve una aspiración satisfecha, una pasión colmada: el viaje que se proyecta, el caballo que se desea, el aderezo que ofrecer á la mujer amada, la...

– ¡Música! Eso es poetizar el juego. Para el jugador neto no hay más aspiración que jugar: no tiene entrañas, ni afecciones. Yo he conocido alguno que jugaba días enteros teniendo á sus hijos sin comer, ó á tiempo que hacían á su mujer la operación cesárea.

– ¡Qué bárbaro!

– No, ¡qué jugador! El vicio del juego que asciende á pasión es la más terrible de todas por su solución de continuidad. Como no produce pérdidas materiales, no labran en ella ni el cansancio ni el hastío.

– ¡Claro! ¿Quién se cansa de perseguir *la quimera*,

Tras de que va la humanidad entera,

ó sea la felicidad? ¿Usted juega, vizconde?

Hizo éste una mueca indefinible y contestó:

– Juego alguna vez. He sido el jugador á que alude Correa, que busca un puente de plata para pasar al país del placer. Pero temiendo llegar á ser el jugador justamente anatematizado por Bécquer, me limito á la categoría de vicioso vulgar que sólo juega lo que le sobra. Y siento que hayan ustedes suscitado esta cuestión, porque *en casa del ahorcado no hay que mentar la soga*.

IV

El vizconde de Fenestrela simpatizó especialmente con Bécquer, pero ni con éste fué expansivo. Nosotros presentíamos en aquel joven metódico y retraído, *que se pasaba leyendo la mayor parte de su tiempo*, desplazamiento moral, tristeza velada en indiferencia: algo raro, en fin, de que no podíamos darnos cuenta.

Llegó el mes de junio y el vizconde faltó los tres primeros días al café.

La tercera noche, Bécquer y yo, que ya estábamos en el gabinete Pompeyano, se lo hicimos notar á Correa, que acababa de llegar.

– ¡Buena señal!, exclamó éste.

En aquel momento se presentaron Miguel de los Santos Alvarez y D. Pedro Agüera, el cual dijo:

– Esta tarde he visto en los toros al vizconde de Fenestrela.

– ¡Buena señal!, repitió Correa.

– El vizconde entraba en el casino ahora cuando yo salía, dijo Miguel.

– ¡Buena señal!, volvió á repetir Correa.

– ¿Qué significan esas señales?, pregunté yo á Correa.

– Pues nada, contestó éste, que hoy traigo algo que decir á ustedes respecto al vizconde. He penetrado en su interior, por casualidad he averiguado algo de su vida y milagros.

– ¿Pues cómo?, dijo D. Pedro Agüera.

– Oiganme ustedes y dejen las interrupciones para el Congreso de diputados, repuso Correa. Las interrupciones me cortarían el hilo de la narración, que me parece que va á ser bastante interesante; porque el tal vizconde resulta un... un excéntrico en los tiempos que corren.

– ¡Vaya!, interrumpió D. Pedro Agüera.

Le impusimos silencio y nos agrupamos más en torno de Correa: esperábamos mucho de su iniciativa investigadora.

Satisfecho del interés con que nos disponíamos á escucharle, Correa prosiguió diciendo:

– Sabrán ustedes que dejo mi perennal casa de huéspedes... No se disgusten por esta digresión, que es precisa. Sí, dejo mi tradicional hospedaje de la calle de la Montera, porque la patrona, nueva Locusta, nos va envenenando lentamente con sus gazofias.

– ¡Al grano!, exclamó Bécquer.

– He determinado poner casa...

– ¡Buena señal!, interrumpí yo imitando á Correa.

– Ando acechando un cuarto bueno, bonito y barato en el barrio de Salamanca, que es el de mi predilección, é interinamente me hospedo en el Hotel de Oriente.

– ¿Dónde vive el vizconde?, dijo Bécquer.

– Precisamente, y por esta circunstancia y por la de estar *ma chambre* no muy distante de la suya, tengo la satisfacción de que ahora me oigan ustedes con interés...

– Es usted un barbián algo difuso, observó don Pedro Agüera.

– ¡Paciencia, amigo D. Pedro! Estoy ensayándome en la novela. En efecto, el vizconde de Fenestrela habita, ó mejor dicho, según locución suya, *vegeta* en el hotel de Oriente con un ayuda de cámara, y resulta, por los informes del dueño del hotel, el huésped más *inofensivo*. Ya saben ustedes que yo me pinto solo para buscar lenguas, y he hecho hablar al ayuda de cámara del vizconde, que es un viejecito muy limpio y muy amable, que llora de emoción cuando habla de su amo, que para él es un prodigio de virtud y de honradez. Sería interminable este relato si le refiriese tal como me le contó el fiel criado. Voy á sintetizar en estilo novelesco, y así me dirán ustedes con franqueza si sirvo para este género de literatura.

Correa tomó un sorbo de agua, guiñó los ojillos, según tenía por costumbre cuando narraba, y prosiguió diciendo en tono enfático:

«A la muerte de su padre, el vizconde de Fenestrela heredó una masa de bienes, consistentes en casas en Sevilla y Jérez y predios rústicos en Cantillana y Santiponce, en donde, según parece, está el panteón de su familia, que representaba una renta de más de cuarenta mil duros; y como hubiéramos hecho cualquiera de nosotros, fué á gastársela á París. Las excursiones, las mujeres, los caballos, según parece también las obras de caridad, y más que todo el juego, del que el vizconde está muy picado, consumieron en corto espacio de tiempo aquella considerable fortuna; lo cual prueba, como dice Eugenio Sué, que los verdaderamente caballeros debían encontrar la piedra filosofal. El vizconde se arruinó noblemente, y por lo que me resta que decir comprenderán ustedes la altiva rectitud de su carácter. El respeto al nombre de su familia, que pertenece á la más encopetada aristocracia andaluza, impidió que consumase su total ruina; pues jamás quiso vender ni gravar con hipoteca las propiedades que poseía en Santiponce, procedentes de la herencia de su madre.

»En las postrimerías de su fortuna, resistió á todas las tentaciones, inclusa la del juego, y se reservó quince mil pesetas de renta anual.

– «¿Comprende usted esto?, me dijo el ayuda de cámara al referírmelo: arruinarse lo hacen muchos, pero detenerse en el camino de la perdición, siendo tan manirroto, tan voluntarioso como lo es mi amo, sólo lo hace él.»

»El vizconde tiene un hermano mayor que lleva el título patronímico de su casa. Es marqués de Gualindo y grande de España. Está entroncado con la familia napolitana de los duques de B... y de ésta procede el título de vizconde de Fenestrela, reconocido y sancionado por la corona de Castilla. El marqués de Gualindo es un caballero chapado á la antigua, que ha conservado su gran fortuna, y que tiene una buena casa palacio en Jerez y una magnífica posesión junto á Coria del Río, en donde vive... retraído por la Revolución de Septiembre...»

– Tengo informes referentes á ese tal marqués, interrumpió Agüera. No está mal peje. Su retraimiento no le impide conspirar en favor del niño.

El niño era el que fué después Alfonso XII.

Impusimos silencio á D. Pedro, y Correa siguió diciendo:

«Segun parece, el marqués de Gualindo quiere mucho á su hermano, y no sin gran dificultad en demostrarle que un caballero no se denigra por recibir dádivas del jefe de su familia, ha conseguido que éste acepte cinco mil pesetas anuales, que unidas á las quince mil que le quedan, constituyen una renta de veinte mil. Pero el vizconde se considera pobre con esta renta, y como nunca ha querido contraer deudas, resolvió metodizar su vida y reducirse á los límites de su *pobreza*. «Viviré bien los pocos días que pueda – se dijo; – lo restante del tiempo vegetaré.»

»Trazóse un plan, hízose cobrar su renta por mensualidades, y ahora voy á explicar cómo vive y cómo *vegeta* el vizconde de Fenestrela.

»¡Ah! Se me olvidaba un detalle. Pedro, que así se llama su ayuda de cámara, está rico; la esplendidez de su amo durante muchos años de servicios, le ha permitido reunir considerables ahorros. En una ocasión se atrevió á decir: «Cuando el señor vizconde necesite dinero, yo tengo, y mucho, á su disposición.»

»Su amo le contestó entre cariñoso y severo:

– »¡Gracias, Pedro!; pero te prohibo que vuelvas á hacerme semejante oferta.

»¡Tal amo, tal criado!»

V

«Lo primero que hizo el vizconde para metodizar su vida, fué alejarse de París. «Pedro – dijo al ayuda de cámara, – esta ciudad es una perdición. Vámonos á Madrid, donde no hay tantas tentaciones. Además allí tenemos que trabajar por el rey.

»Ahora – siguió diciendo Correa, – como documento interesante que simplificará este relato, probando mi veracidad, voy á leer á ustedes la siguiente cuenta, copiada del libro de asientos del ayuda de cámara. Dice así:

Cuenta del mes de.....

	Pesetas
Hospedaje del señor vizconde.	360
Toilette y baño á domicilio.	150
Cuota del *Veloz* y casino y parte de abono en el Real.	53
Pensión á la nodriza que fué del señor vizconde.	90
Mensualidad entregada al señor cura de San Ginés para socorro de los pobres de la parroquia.	50
Comité Alfonsino.	40
Caja de cigarros habanos para consumo del señor vizconde.	150
Gastos de café del señor vizconde. . . .	60
Abono á la lectura de libros.	3
Periódicos para el señor vizconde. . . .	8
Hospedaje y salarios míos.	170
Pupilaje del caballo del señor vizconde. .	20
Gastos extraordinarios.	40
Suma.	1194

Concluyó de leer Correa, y D. Pedro Agüera exclamó dándole un golpecito en la nuca:

– ¡Es usted el barbián de la investigación!

Correa hizo un gesto de satisfacción por el interés con que le oíamos, y siguió diciendo:

«¡Atención! Ahora llega lo gordo. Arruinarse, no es raro: detenerse en el camino de la ruina, lo han

hecho algunos pocos; pero ascender á la categoría de tipo por los procedimientos del vizconde... En fin, no quiero ser difuso. ¡Atención!

»El día 1.º de cada mes, el ayuda de cámara cobra la renta del vizconde en casa de un banquero, se reserva lo necesario para el gasto mensual y entrega á su amo lo restante. Éste se levanta relativamente temprano, se viste con esmero, almuerza en uno de los mejores *restaurants*, monta á caballo, por poco que el tiempo lo permita, y pasea por el Retiro y Recoletos. Terminado el paseo, juega en el casino, aunque es también socio del *Veloz*, porque en aquél se atraviesa más dinero. Si gana, come en el establecimiento más en boga, vuelve á su casa á vestirse, va al teatro Real ó al Español y visita los palcos más *notables*. Después del teatro, vuelve al casino á jugar. Si sigue ganando, hace la misma vida al día siguiente.

»A esto llama el vizconde *vivir bien*.

»Pero lo regular es perder, y entonces no vive; según él, *vegeta*.

»He aquí cómo:

»Se levanta á las seis de la tarde, se baña, come en su cuarto, servido por su ayuda de cámara. A las nueve, próximamente, sale del hotel de Oriente, sigue la acera izquierda de la Puerta del Sol, atraviesa la embocadura de la calle de Alcalá y por la Carrera de San Jerónimo se viene aquí, donde nosotros tenemos el gusto de verle. El camarero, que recibe dos pesetas diarias por un consumo de ochenta ó noventa céntimos, le sirve el café, la papelera, anticipadamente pagada, le trae los periódicos, y el vizconde, encendiendo uno de los seis cigarros que se permite fumar diariamente, lee hasta que hace corro con nosotros. A última hora suele tomar un vaso de cerveza, y como ustedes han visto, á la una vuelve al hotel por el mismo camino. Se acuesta, lee en la cama obras de imaginación, pero trascendentales, hasta que después de bien entrado el día procura dormir. Almuerza en la cama, y sigue acostado hasta por la noche.»

–¿Pero es verdad lo que nos cuenta usted?, exclamó D Pedro Agüera, que desde las diez de la mañana andaba por Madrid persiguiendo mujeres y noticias políticas.

–Tan cierto como el que mañana amaneceré sin un céntimo, si Dios no lo remedia, contestó Correa. Y déjenme ustedes concluir.

«El vizconde no varía ni en un ápice el género de vida que he descrito. No debe nada á nadie, ¡dichoso él! No hace ni recibe visitas, no acepta ningún convite de sus amigos y parientes del *Veloz*, si no está seguro de devolverle.

»Es un filósofo.

»Su hermano el marqués desea que viva en su compañía; pero al vizconde sólo le gusta el campo y la provincia á cortas temporadas. Sin embargo, pasa el verano en casa de aquél, en Jerez ó en Coria del Río, lo cual le permite hacer economías para atender á la renovación de sus trajes y ropa blanca. Ha podido casarse en Andalucía con muchachas guapas y ricas, y en París con alguna de esas aventureras opulentas que compran títulos y blasones; pero al vizconde no le gusta ser *pescador de dotes* ó de fortunas, entre otros motivos por temor de jugárselos. Porque como él ya ha dejado traslucir, aún no está curado de la pasión del juego. Otro detalle: por indicación del duque de B..., tío del vizconde, que reside en Nápoles y está muy metido con la familia real italiana, el rey D. Amadeo llamó á Fenestrela para ofrecerle un puesto en palacio y pedirle que le ayudara á captarse las simpatías de los españoles; mas parece ser que el vizconde dijo al rey, poco más ó menos, lo que Cánovas del Castillo: «Señor, tengo compromisos anteriores.»

–Sí, es de la cáscara amarga, murmuró D. Pedro Agüera.

–Puesto que el vizconde no viene al café, es señal de que gana y aún no se ha metido en su concha, repuso Correa. Y ahora ustedes dirán si he estado pesado, y qué opinan de mi compañero de pupilaje del hotel de Oriente.

–Que es un excéntrico mayúsculo.

–Un *rara avis*.

–Un *chiflado*.

–Un caballero, resumió Miguel de los Santos Alvarez.

Dos días después del relato de Correa, los que fuimos llegando al gabinete Pompeyano vimos al vizconde leyendo sus periódicos.

¡Mala señal!

Con motivo de lo que sabíamos de él, se nos hizo aún más simpático. Era un carácter. No podíamos comprender sin dificultad que aquel joven guapo, ilustre y relativamente rico, se resignara por honradez á hacer su vida filosófica.

A mediados de julio, el vizconde se despidió de nosotros. Iba, según costumbre, á pasar el estío con su hermano.

Bécquer también se fué á Andalucía á veranear á casa de un primo hermano que tenía en Jerez; don Pedro Agüera marchó á Sanlúcar, de donde era natural, y Ramón Correa hizo un viaje á París acompañando á D. José Salamanca.

Sólo quedamos en Madrid Miguel de los Santos Alvarez y yo; de suerte que nuestra reunión nocturna se deshizo.

Pasó el verano. A principios de noviembre Miguel y yo recibimos una carta de Bécquer en la que decía: «He vuelto; estoy, como siempre, en mi apostadero del gabinete Pompeyano, y espero á ustedes con ansia.»

A fines de octubre llegó á Madrid D. Pedro Agüera, y Correa algunos días después.

Se reconstituyó el cenáculo; pero ninguno volvimos á ver al vizconde de Fenestrela. Bécquer le había visto en Andalucía, y nos contó la historia que yo voy á contar al lector, por típica, si no por interesante.

PARTE SEGUNDA

I

El vizconde pasó el mes de julio en Coria del Río, en la quinta de su hermano, haciendo algunas excursiones á Jerez.

Se dedicaba, como siempre, á leer y cazar. Provisto de una escopeta, llevando algún libro en el morral de caza y acompañado por un perro de su hermano, se pasaba en el campo la mayor parte del día.

Porque la vida doméstica del marqués de Gualindo, viudo y sin familia, ofrecía pocos atractivos.

El vizconde cazaba, y cuando se cansaba de este ejercicio, buscaba una umbría, de las pocas que hay en el término de Coria, y leía libros y periódicos. Bien caída la tarde volvía á la quinta; comía con su hermano, si éste no se hallaba en Jerez, como frecuentemente sucedía; jugaba al ajedrez con un médico del pueblo que les hacía la tertulia, ó al tresillo si el marqués estaba en la quinta, y se acostaba temprano, para el día siguiente hacer poco más ó menos la misma vida.

La verdad era que el vizconde se aburría. Los que están acostumbrados al tráfago de las grandes poblaciones se aclimatan con dificultad en el campo. En una ocasión me dijo Bécquer en el *Monasterio de Piedra*: «Me parece que me han transportado á otro planeta.» Quizá el vizconde echaba de menos su cuarto del hotel de Oriente, sus travesías por la Puerta del Sol, sus efímeras *metidas* de principios de mes en el casino de Madrid y nuestras pláticas del gabinete Pompeyano.

El campo aumenta la contrariedad del que no vive satisfecho.

A fines de julio el marqués de Gualindo recibió una carta de Nápoles. El notario del duque de B... le informaba de que éste había muerto de apoplejía fulminante, legando su fortuna por partes iguales á sus sobrinos el marqués de Gualindo y el vizconde de Fenestrela. El notario especificaba esta fortuna, consistente en un palacio en Nápoles y fincas de alquiler. Otro palacio en Roma, una pesquería en la Margelina y acciones en los Bancos de Roma y Milán, que en conjunto producían una renta de cien mil liras, poco más ó menos, y como posdata añadía el siguiente párrafo: «La herencia no ofrece complicaciones; sin embargo, y esto lo sé extraoficialmente, es posible que surja alguna reclamación por parte de una parienta del duque. Convendría que alguno de ustedes viniera á Nápoles ó que mandasen persona autorizada.»

Dos días después el marqués recibió otra carta, fechada en Torre-Anunziata, que decía:

«Escribo á usted con motivo del fallecimiento del duque de B... Tengo el honor de pertenecer á su familia. Ruego á usted que si viene á Nápoles para hacerse cargo de la herencia ó manda alguna persona, se vea antes conmigo para cumplir un deber de justicia. – *Sabina Vintimiglia.*»

Y daba las señas de su domicilio.

–¿Vintimiglia era el segundo apellido del duque?, dijo el vizconde á quien su hermano leyó esta carta.

–Sí, contestó el marqués, y esta debe ser la parienta á que alude el notario.

Hablaron de la herencia. El marqués estaba pensativo y dijo:

–Bien sabe Dios que hubiera deseado que nuestro tío viviese muchos más años y que no contaba con semejante herencia, que me satisface más por ti que por mí, pues te pondrá algo á flote. Convendría que uno de los dos fuésemos á Nápoles, porque veinte mil duros de renta no son de despreciar... Pero á mí me pesan ya mis cuarenta y cinco años. Además, tengo que hacer aquí: la restauración *está al caer*. Quisiera que fueras tú, si no tienes inconveniente.

–Sólo el de separarme de ti; lo mismo me da estar aquí que en cualquiera parte.

Quedaron convenidos en que á principios de agosto el vizconde partiría para Italia.

Trasladáronse á Jerez para arreglar asuntos y detalles de viaje, y como Bécquer hallábase en Jerez, según sabemos, el vizconde le presentó á su hermano, y á los pocos días volvió solo á Coria, y volvió á entregarse á sus cacerías y lecturas.

La verdad es que al vizconde no le desagradaba su viaje á Italia, pensador é inteligente como era. Le esperaba una ciudad populosa, y se dedicó con más calor á sus ejercicios habituales, como si quisiera llevarse recuerdos de la vida campestre.

II

Una mañana, dos días antes de su viaje, salió el vizconde al campo muy temprano, provisto de escopeta, morral y en éste un libro y periódicos, y su perro.

El cielo estaba ligeramente nublado y el tiempo relativamente fresco, porque soplaba brisa del Guadalquivir. Mas no bien tomó fuerza el sol, disipáronse las nubecillas y cesó el aire del río.

Los grillos y las cigarras cantaban estrepitosamente; las golondrinas rozaban la tierra; agrietábanse las hojas de las pitas de los vallados, y las cigueñas, que vuelan reposadamente, batían las alas como abanicándose con ellas: señales todas infalibles de calor.

Se preparaba uno de esos terribles días de Andalucía, en los que parece que ascuas invisibles caldean la atmósfera.

El vizconde comprendió que no podía permanecer en la solana del campo de Coria, y buscó su habitual refugio, que era un bosque perteneciente á su hermano, situado al otro lado del Guadalquivir.

Allí había sombra, agua y caza.

Hizo, pues, que uno de los barqueros que atracan frente al pueblo le llevara á la orilla opuesta, encargándole que volviera á buscarle á la caída de la tarde.

Al vizconde no le preocupaba el almuerzo, porque era parroquiano de un ventorrillo cercano al bosque, establecido junto á una senda que conduce á la estación de *Dos Hermanas*. Allí había huevos de todas clases, suculentos chorizos cocidos, sabrosos gazpachos y ensaladas, vino blanco de la tierra y hasta tinto de Valdepeñas, todo aliñado con el condimento mejor, cual es el aire del campo.

Entróse en el bosque, que se asemejaba á un oasis de frescura. Cazó primero y leyó después. Aquel día, quizá pensando en su próximo viaje, llevaba un libro italiano, *I promessi sposi*, de Manzoni.

Este precioso idilio le causó mucha impresión; suscitó en él ideas que algunas veces le asaltaban. Aun los célibes más contumaces piensan en ocasiones en el regazo

De la feliz enamorada esposa,

en el bullicio y charla de los niños que alegran la casa y en los detalles de la vida de familia. El vizconde no había querido casarse por razones que ya conocemos, mas no porque fuese refractario al matrimonio.

No quiso casarse porque nunca se había enamorado.

Leyó, volvió á cazar, almorzó en el ventorrillo, se alargó hasta la estación del ferrocarril para ver á los viajeros, jugó con su perro, y en estas distracciones pasó el día pensando alguna vez en la felicidad de *I promessi sposi*, y por ende en Italia.

Caía la tarde con esa rapidez andaluza en que parece que los crepúsculos se atropellan. El vizconde fué á la orilla del río, en donde ya debía esperarle el barquero, para trasladarle á la opuesta.

Pero el barquero no estaba, ni se veía ninguna otra barca en el Guadalquivir.

Esperó, empezando á impacientarse; porque el marqués de Gualindo comía siempre á las siete y media, y ya se aproximaba esta hora.

El vizconde estaba inquieto de impaciencia y además sofocado. Como sucede en los crepúsculos vespertinos de verano, el calor arreciaba.

Súbito, vió moverse dos objetos en la superficie casi inmóvil del río; avanzaban agua arriba. El perro del vizconde se puso á ladrar. Cuando los dos objetos se aproximaron más al sitio en que estaba éste, distinguiólos claramente.

(Continuará)



La sucursal de la casa SINGER en Barcelona

Con la instalación de la «Exposición Fabril y Artística» en la calle de Fernando VII, núm. 36, la poderosa casa Singer ha señalado la grandiosa perfección alcanzada por las máquinas de coser de su famosa marca; ha dado elocuente testimonio del portentoso desarrollo de las que siendo en un principio exclusivo patrimonio de la familia y sólo aplicables á la labor de coser, gracias



Barcelona. – Vista de la «Exposición fabril y artística Singer» (Fernando VII, 36) inaugurada con brillante éxito el 20 de octubre último

á la iniciativa, constancia y talento industrial de un hombre emprendedor, han invadido hoy infinidad de industrias y pueden adaptarse á inmensa variedad de labores.

En efecto, en el grabado que representa la vista de la Exposición pueden apreciar nuestros lectores más de 150 modelos de máquinas, colocados por secciones sobre bancos movidos por fuerza motriz ó bien aislados y movidos á pie, de diferentes formas y dimensiones, propios para toda clase de material que deba coserse – desde la fina batista á las lonas, cartones y cueros más resistentes y gruesos – y susceptibles de ser adaptados á las exigencias y conveniencia práctica de infinidad de industrias.

Cada máquina contiene una muestra de la labor que ejecuta, y en lujosos plafones, vitrinas y caballetes se exhibe una rica y variada colección de labores que causan la admiración del público, pues son verdaderas obras de arte algunas de ellas, ejecutadas todas con máquinas «Singer» por señoritas de la casa.

La falta de espacio nos priva de ocuparnos con la extensión que desearíamos de un hecho tan importante; aunque por otra parte, habiéndolo verificado toda la prensa local y especialmente en atinados artículos el *Diario del Comercio*, *El Noticiero Universal* y el *Correo Catalán*, á las columnas de estos apreciables colegas remitimos á nuestros lectores que deseen estudiar minuciosamente tan útil concurso; pero al terminar estas líneas felicitando á los concesionarios de la casa «Singer» en España, Italia y Portugal, Sres. Adcock y Compañía, á su representante Sr. Velasco Rojo y al digno gerente de esta sucursal D. Tomás Llunas Cabrelles, por el éxito obtenido con la Exposición inaugurada, copiare-



Barcelona. – Vista del antiguo despacho y oficinas de la antigua sucursal de la casa «Singer» (Fernando VII, 36) y grupo de los principales empleados

mos, por considerarlo autorizada síntesis del objeto de ella, uno de los párrafos del *Diario del Comercio*.

«Ante la grandiosidad de la «Exposición Fabril y Artística Singer» y al recordar que las máquinas de coser de esta famosa marca fueron las primeras que visitaron el hogar doméstico, resolviendo en algunas familias el vital problema de la subsistencia, no es aventurado vaticinar que en los actuales momentos puede ser esta variedad de máquinas la solución del problema vital de la gran familia de la industria catalana; puede influir poderosamente en modificar la profunda crisis fabril que atraviesa esta región.»

PROYECTO DE EDIFICIO PARA EL «CÍRCULO MALLORQUÍN» DE PALMA DE MALLORCA

Hace algún tiempo la antigua y distinguida sociedad «Círculo Mallorquín,» establecida en Palma de Mallorca, resolvió reformar su local social; y á fin de adoptar el mejor proyecto, convocó un concurso público, al que se presentaron nueve trabajos, algunos de ellos verdaderamente notables.

El primer premio ha sido concedido al proyecto que llevaba por lema «Almudayna,» cuya fachada reproducimos y que ha resultado ser original de los arquitectos barceloneses D. Luis Callén y D. Miguel Madorell. Este proyecto se impuso desde el primer momento por la sencillez y acierto con que están resueltas las plantas, á pesar de las dificultades que esto ofrecía, pues aparte de que el casino tiene fachadas á dos calles muy desniveladas, era preciso respetar la forma y la disposición de los pórticos de la calle de Palacio y del salón de fiestas, tal como hoy se encuentra, pues ambas condiciones eran impuestas al programa y constituían dos pies forzados para el proyecto.

Las fachadas del proyecto que nos ocupa son de estilo moderno con algún sabor gótico: la principal, ó sea la de la calle del Conquistador, que es la que reproducimos, es monumental y severa de líneas; en ella predomina el macizo sobre el hueco y está dibujada exclusivamente con las masas. La de la calle de Palacio es muy ligera; y aun cuando en ella domina también el macizo sobre los vanos, se ha disimulado esto con la colocación de tres grandes cuadros esgrafiados que representan tres hechos importantes de la historia de Mallorca.



Proyecto de edificio para el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, original de los arquitectos barceloneses D. Luis Callén y D. Miguel Madorell y premiado en el concurso celebrado en aquella capital

El sistema de construcción que en este edificio se sigue es el generalmente empleado en la isla; sin embargo se introduce algún elemento nuevo en aquella localidad, como por ejemplo las soleras de rasilla para los tejados, la decoración por esgrafiados, la aplicación del fayence como adorno de las fachadas, etc.

El presupuesto para la obra es de 210000 pesetas.

El segundo premio del concurso fué otorgado al arquitecto barcelonés don Pascual Sanz.

Puede, pues, el «Círculo Mallorquín» estar satisfecho del resultado del concurso: desde estas columnas le enviamos nuestra enhorabuena por sus iniciativas, y se la enviamos también á los Sres. Callén y Madorell por el éxito que han alcanzado con sus trabajos. – L.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona



En el mar, dibujo original de Antonio Fuster

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 3 de diciembre de 1900 — Núm. 988

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á los señores suscriptores á la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** que con uno de los próximos números de la La Ilustración Artística les repartiremos la interesante y famosa obra de Enrique Sienkiewicz **Quo vadis?**, que será el quinto y último tomo de la serie de 1900. La edición que publicamos, cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original, va ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardu.



Pedía el coche y se lanzaba á la serie interminable de sus visitas dibujo de Huertas

(Véase el artículo de Kasabal, *Las cosas de la condesa*)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No puedo hablar del Congreso ibero-americano. He llegado á Madrid cuando estaba ya á mitad de su curso. No se me ocurrió tomar parte en sus deliberaciones. Ciertamente su objeto y fin no podían serme más simpáticos, más gratos, más íntimos con la intimidad del pensamiento y del esfuerzo constante. Han solido tacharme de inmodestia muchos que si estuviesen en mi pellejo no cabrían en él; pero aunque huyo de envanecerme, no soy tan modesta que crea que mi labor literaria, cruzando el Atlántico, no ha sido un hilo más en la dulce red que el arte tiende para enlazar y unir á la raza española, y estos hilos son, á mi ver, más fuertes que la trama de las ceremonias oficiales. El escritor, el artista, integra siempre; las ceremonias oficiales muchas veces desintegran, separan lo que aspira á unirse.

* * *

Se resintió el Congreso de lo que suele resentirse casi todo: de insuficiente preparación, de falta de ensayos, como si dijésemos. El tiempo vino corto, y por eso el contingente de América – entendiéndose por contingente de América los americanos venidos expresamente de allá – fué casi nulo. Organizóse el Congreso en su parte americana con personalidades de diplomáticos acreditados en las diferentes naciones europeas, y residentes en ellas desde hace años, que no necesitaron pasar el Océano para acudir á Madrid, ni apreciaron, por consiguiente, las diferencias, los contrastes, las similitudes, los parentescos, con aquella viveza de ilusión que podrían apreciarlos quienes viniesen directamente de Méjico ó de Montevideo. Aun entre los diplomáticos americanos residentes en Europa he notado abstenciones tan importantes como, verbigracia, la del entendidísimo é ilustre representante de Costa Rica D. Manuel María de Peralta.

Es Peralta, no sólo el diplomático correctísimo, sino el sabio de gabinete, el estudioso incansable, el escritor que ha acertado á poner en claro las cuestiones más importantes para su país. El conocimiento exacto que tiene de las cuestiones americanas le señalaba en el Congreso un puesto, no ya de honor, sino de utilidad y necesidad. ¿Por qué no vino en esta ocasión á Madrid el que dejó aquí gratos recuerdos de afecto, amistad y cortesía?

* * *

Dicen los que siguieron atentamente las deliberaciones del Congreso, que en él se rindió mayor culto á la efusión, á los vagos y vastos proyectos ambiciosos para lo porvenir, á lo que llamaríamos lirismo, que á los acuerdos de positiva utilidad. Añaden que en esto nos mostramos más jóvenes los españoles, que las jóvenes naciones á quienes abríamos los brazos. Y se ha observado un fenómeno todavía más digno de estudio: que todo cuanto proponíamos los españoles creyendo apuntar una gran novedad, lo tenían ya realizado los americanos, desde hacía tiempo, en sus respectivas patrias. Es decir, que habían madrugado, mientras nosotros dormíamos nuestra siesta, nuestra canóniga perezosa, con orquesta de ronquidos. Se hablaba, pongo por caso, de fundar escuelas, y Montevideo respondía que las tiene tan vastas como nuestro Palacio Real, dejándonos con la boca abierta y el espíritu pasmado. Del Congreso de los americanos de origen ibérico (creo que es inexacto decir *latino)*, hay que sacar en consecuencia que la raza no es inferior ni refractaria á los adelantos *per se*, sino *per accidens*, cuando la rodean circunstancias como las que España sufre. Si la raza no es inferior, hay esperanzas, dado que las circunstancias se modifiquen. ¡Pero cuánto tenían que modificarse! ¡Qué cambios, qué evolución tan profunda y, debemos confesarlo, tan inesperada sería esa!

* * *

Otra observación interesante: el Congreso, según se murmura, no ha disfrutado de aquella libertad de acción que sería de desear, cohibido y moralmente amordazado por la vigilancia celosa de la nación que aspira al Imperio de todo el nuevo continente. La suspicacia, la zarpa dura de los Estados Unidos paralizaban, allá en el fondo, ciertos entusiasmos y ciertos deseos bonísimos, generosos, tan naturales como el cariño que se profesa á la familia propia. Al través de las deliberaciones de este Congreso, se transparentaban ya las del *otro*, del que convocan los yanquis para fecha próxima. Se respiraba, sin querer, aires del Norte.

Es curioso que las verdades históricas más grandes y patentes no lleguen á obtener prestigio hasta después de reiterados escarmientos. La división, entre los hijos de la raza ibera, ha sido fenómeno constante en nuestra historia, y por él se han explicado muchas adversidades y muchos desencantos. La solidaridad, esa gran virtud que estrecha los vínculos de las naciones, nos ha faltado, y por eso hemos visto reducida á polvo y á atomísticos fragmentos la labor de nuestras indomables energías de antaño. Hoy queremos, ante la desgracia y en un día, aprender la cohesión. Y no es fácil. La cohesión es voluntad, la voluntad es la musculatura del alma. Sin ejercicio no se robustece. Un acto de voluntad, un desarrollo de voluntad, pueden salvar á un pueblo, como salvó á D. Juan Tenorio un punto de contrición. Pero no es tan fácil como parece ese movimiento interior, esa descarga eléctrica. El fluido tiene que encontrarse en reserva, acumulado.

* * *

La calle de Alcalá acaba de presenciar un suceso sangriento, no sólo sangriento por fuera; algo que hace sangre en el espíritu. Dos sacerdotes del Crucificado, dos ministros de una religión de amor y paz, han caído heridos por la bala de un revólver. El uno asesinó al otro, y se suicidó después. En el sitio más público de la corte, ante una multitud espantada, ocurrió este drama horrible. Sería preciso comentarlo con tino exquisito, para huir igualmente de las apasionadas diatribas contra el estado de ciertas clases, que son el tuétano de la vida moral de una raza, y de la indulgencia bonachona, ó más bien indiferente, que no atribuye trascendencia á cosa alguna, y ve en todo el caso aislado, prescindiendo del nexo, de la relación inevitable de los sucesos particulares con la vida colectiva. Por el tremendo hecho de la calle de Alcalá no hemos de deducir que todo el clero se halla corrompido y entregado al desenfreno, ni que le falta hasta la fe que prohibe la desesperación suicida; pero tampoco hemos de desconocer que necesitados de altos ejemplos en todas las esferas, estos incidentes trágicos y brutales, tan públicos además, vienen á echar leña al fuego que nos consume.

* * *

No hace mucho referían los diarios la epopeya de un cura párroco, en cuya parroquia hacía estragos la viruela. Una pobre mujer, una feligresa, había sucumbido al repugnante mal. Su familia, en fuga. En fuga todos los vecinos. En huelga el sepulturero. El cuerpo, descomponiéndose, insepulto. Y entonces el cura recordó que enterrar á los muertos es obra de misericordia; que esta fué acaso la primera ejercitada por los cristianos en sus tiempos de angélico fervor; que donde todos pueden olvidar el deber, el sacerdote está obligado á recordarlo y cumplirlo..., y corriendo á la casa mortuoria, amortajó con sus manos el hediondo cadáver, doblemente desfigurado y espantoso; lo cargó á hombros, porque nadie le quería ayudar, y empuñando la azada, abrió la fosa en el cementerio, y dió tierra bendita á aquel despojo en que había latido la humana conciencia... Obscuro acto realizado en una aldehuela, nadie quizás lo recuerde; pero yo me complazco en saludar al cura del villorrio, que rescata los pecados de sus congéneres, los capellanes castrenses de la calle de Alcalá.

* * *

Conociendo la índole y naturaleza del pueblo español, me apresuro á declarar que no le asusta tanto como puede creerse el hecho de que un sacerdote santigüe á tiros á otro, ó al mismísimo prelado. El crimen del cura Galeote no causó gran emoción en este país, habituado á las fazañas de los guerrilleros de sotana y trabuco. Yo misma, en momentos dados, conozco que el hábito de ver guerrear á los ordenados *in sacris* me quita algo de extrañeza cuando en la paz revelan disposiciones belicosas. Me pone también en confusión el distinto criterio con que juzgo acciones que á primera vista se asemejan. Para mí, el cura Merino, echando la llave á su iglesia, terciándose el manteo y saliendo «á matar franceses,» es en extremo simpático. En él no echo de menos ninguna virtud cristiana ni sacerdotal. A su manera, me gusta tanto como el enterrador voluntario de que antes hablé. Y si me gusta el cura Merino, ¿por qué detesto á los trabucaires?, ¿por qué me causan escalofríos los del revólver en plena calle de Alcalá?

¿Soy un español más, igual á la masa que gusta, por encima de todo, de las bizarrías y guapezas, de la afirmación individualista?

¿O es que el cura Merino, cuando salió á correr aventuras, era la *Patria*, y la *Patria* todo lo justifica, todo lo engrandece, todo lo ilumina con su luz sideral, resplandor de una gloria que jamás debemos consentir ver eclipsada?

Emilia Pardo Bazán.

PRIMERA LLEGADA A CHINA

(recuerdos de viaje)

Asoman en el cielo las primeras claridades indecisas de un día de invierno; delante de nosotros, en la línea del horizonte, surgen unos puntitos negros que luego se convierten en masas, que insensiblemente suben, suben, á medida que á ellas nos acercamos, elevándose por último rápidamente por encima de la superficie lisa y reluciente del helado golfo. Una línea pardusca reune luego todos esos pequeños islotes diseminados que toman á nuestros ojos aspectos formidablemente guerreros: es la costa del Petchili; es la entrada del Pe-ho, ó río del Norte; son los fuertes de Takú, ¡es la China!

Nos internamos al través de varias obras de tierra y descubrimos la embocadura estrecha y tortuosa del río; allí el hielo es opaco, de un color amarillo terroso: es limo helado.

La luz del día aumenta lentamente.

Sobre cada ribazo álzase una ciudadela formidable, rodeada de enormes baluartes á la europea con troneras por las cuales asoman los cañones Armstrong.

Sobre cada una de estas ciudadelas flota un largo estandarte amarillo, especie de banderola dentellada, en la que se ve un dragón verde que trata de coger con los dientes una gran bola blanca que representa la luna: es el estandarte del *Tien-tze*, ó Hijo del Cielo, soberano de ese *Tchung-Kue* ó imperio del Centro, en cuyo seno penetramos.

En las murallas se ven algunos hombres, vestidos con anchas casacas negras, bordadas con galones encarnados; sobre el vientre ostentan un círculo rojo y en la espalda llevan escritos los caracteres *Tang-ping*, que significa soldado; cubren sus cabezas pequeños turbantes, en torno de los cuales enróllase su negra cabellera, trenzada en forma de coleta.

Examinando aquellos rostros patibularios de bandidos, observamos que todos tienen una expresión cruel é imbécil, feroz y risueña; nariz corta, aplastada y arqueada, ojos pequeños oblicuos, bocas muy anchas y barbas hundidas.

Todos gesticulan, se mueven y gritan á la vista de dos viajeros extranjeros. ¡Y si pudieran ver los pensamientos que por la mente de esos extranjeros pasan! ¡Sus cerebros chinos estallarían en mil pedazos!

Una llanura pantanosa interminable, aquí y allí manchada por extensiones relucientes que son pequeños charcos de agua helada; una gran aldea, conjunto de pequeñas chozas de tierra cuyo color se confunde con el del suelo; después otra aldea del mismo color terroso, luego otra y otra todavía; y por todas partes gentes cubiertas de pieles como esquimales, todas con sus trenzas y sus ojos oblicuos, que se mueven, van y vienen como hormigas, se detienen en los ribazos, se agrupan, abren desmesuradamente sus socarrones ojos, y al vernos gritan á voz en cuello: *¡Kué-tse! ¡Kué-tse!* (hijos de diablos).

En la plaza, gran movimiento de carretas, de trineos, de hombres montados en borricos, redondos como pelotas bajo sus montones de pieles.

En el flanco de la extensa muralla gris, ábrese un agujero negro, ancho, en forma de arcada, en donde terminan las sinuosidades de dos rodadas paralelas que marcan el camino.

Y entramos en aquel agujero, especie de largo túnel de aspecto siniestro, de donde parece que no ha de salir el que por él penetre.

Exhalaciones fétidas hieren nuestro olfato; nos movemos pesadamente, traqueteados sobre enormes losas desniveladas y rotas, en medio de un confuso bullebulle. Aquella gente, aquella multitud que nos rodea está compuesta de inmundos andrajosos, casi desnudos; hombres desgreñados; mujeres de diminutos pies envueltas en sórdidos harapos, de tez lívida y con niños de pecho medio muertos; seres que tiritan y castañetean los dientes agazapados contra los guardacantones para tener menos frío; epidermis amarillas poco menos que agujereadas por los huesos; osamentas humanas cubiertas de miseria; unos, lisiados que se arrastran sobre manos en forma de pies; otros, ciegos; otros, patizambos, leprosos, idiotas, epilépticos, llenos de pústulas, de herpes, de úlceras, sin aspecto humano. Algunos salmodian lamentaciones y rodean nuestra carreta para implorar nuestra caridad, llamándonos Si-talao-yeh (grandes señores de Occidente); otros se sonríen lúgubremente é intentan detener nuestas mulas; otros, en fin, permanecen inmóviles sumidos en sombría postración muy vecina de la muerte... Nuestro muletero, práctico en estos lugares, dispersa aquel «Egipto chino» cruzando con vigorosos latigazos las caras de los más atrevidos, y penetramos en la ciudad de la *Pureza celeste* perseguidos por rabiosas maldiciones.

Pierre Loti.



JUAN SEGANTINI Y SUS OBRAS

Desde que murió, no hace mucho tiempo, Juan Segantini, sus compatriotas le han proclamado gran genio; y aun cuando en esta calificación entre quizás por algo el sentimiento de patriotismo, justo es confesar que aquel artista figuró en el número de aquellas naturalezas escogidas, vigorosas, sanas y verdaderamente geniales que saben sustraerse á las efímeras corrientes de la moda, que no pintan las impresiones de un día para producir efecto en un corto lapso de tiempo, que no trasladan al lienzo el resultado de una observación superficial, sino que pintan impulsados por un ansia ardiente de exteriorizar una sensación ó un sentimiento más duraderos que la vida individual.

Estas sensaciones y estos sentimientos los experimentó Segantini en presencia de la grandiosa naturaleza; el paisaje fué el campo propio de su inspiración artística, y las mismas figuras que pintara se explican en su mayor parte por este sentimiento del paisaje que guiaba su pincel. Su arte recuerda el arte del Norte; hay en él algo germano, y en cambio no se descubre en sus obras la menor influencia de sus antecesores, los grandes maestros italianos. No fué Segantini realista; y á pesar de esto, ó precisamente identificación con los artistas septentrionales: no fué el glorificador del colorido brillante y de la pureza de líneas del paisaje italiano, sino que prefirió aquellas comarcas del Norte en donde la naturaleza se manifiesta en toda su grandiosidad y en su silencio solemne. La región montañosa de los Alpes suizos, en cuyas inmediaciones nació Segantini, fué el tema principal de su pintura; el pintor era una de aquellas almas fuertes perfectamente dispuestas para ser iniciadas en los secretos de la madre tierra, y esta disposición le llevó á las grandes alturas y en ellas vivió y trabajó en los últimos años de su vida como un anacoreta, y allí murió, y allí, bajo la nieve, está enterrado en solitario cementerio. Nada fué á turbar su soledad, aquella soledad de la naturaleza que tan to decía á su corazón y á su mente, y así pudo recogerse en sí mismo, contemplar las infinitas maravillas que á sus ojos y á su alma se ofrecían y trasladarlas al lienzo.

Hay en el modo de ser y en la obra de este maestro algo muy vigoroso, muy sobrio, rudo, si se quiere: tanto, que en estos rasgos característicos está el fundamento de cierto exclusivismo, de ciertas restricciones de su personalidad artística. Así, cuando pintaba otros paisajes ó elegía otros asuntos y hasta en sus retratos, en todo imprimía algo del estilo severo que aprendió en las montañas. Y en muchas de estas obras que se apartan de su especialidad, mezcla algo de melancolía: cuando el solitario de las altas cumbres desciende á la tierra baja, no encontrando en ella la grandiosidad que en aquéllas le deleitaba, busca satisfacer sus anhelos reproduciendo lo trágico de la vida humana.

Y el que no vea todo esto que decimos en las obras del artista, podrá leerlo, escrito por él mismo, en el prólogo del catálogo de la exposición de sus obras que se celebró hace algunos años en Milán: «He vivido largo tiempo con los animales para comprender sus sentimientos, sus penas y sus alegrías; he observado al hombre y al humano espíritu; he contemplado las peñas, las llanuras cubiertas de nieve, los ventisqueros, las inmensas cordilleras, los prados, las corrientes de agua, y luego he encontrado en mi alma la significación de todas estas cosas. Después he preguntado á una flor en qué consistía toda esta belleza infinita, y la flor con su perfume me ha contestado: en el amor que alienta en tu alma.»

Segantini, al revés de tantos otros modernistas, se mantuvo apartado de toda tendencia, sobre todo de las tendencias socialistas; circunstancia tanto más meritoria en él, cuanto que hubo de pasar durante su vida por grandes amarguras. Hijo de familia humildísima, conoció en su infancia y en su primera juventud los horrores de la miseria; tal vez esto influyó algo en la dureza y gravedad de su naturaleza artística; pero no le llevó á hacer de su arte arma de combate contra la sociedad que tanto le había hecho sufrir. Cierto que le gustó pintar escenas de la existencia de pobres trabajadores, especialmente de gente del campo; pero lo hizo sin prejuicio alguno, enlazándola íntimamente con sus concepciones de la naturaleza.



BUSTO DE JUAN SEGANTINI, modelado por P. Trubetzkoy



LA PASTORCITA, cuadro de Juan Segantini (1887)

por esto, sus cuadros respiran el sentimiento de la naturaleza; tampoco fué simbolista, y sin embargo muchos de sus lienzos encierran un símbolo.

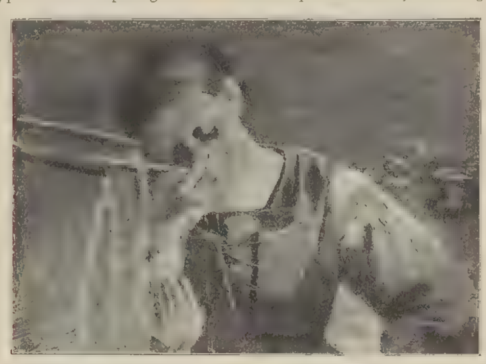
Y en su modo de hacer se observa esta misma

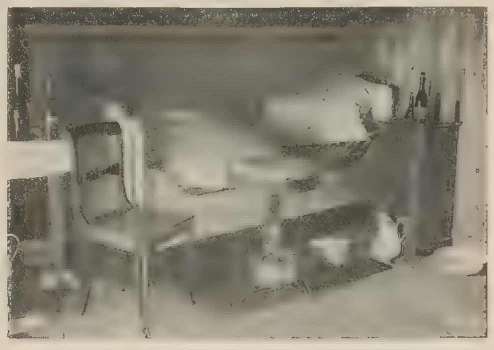
Este amor á la naturaleza y á la soledad lo manifestó ya desde muy niño, escapándose un día de su casa y de la gran ciudad de Milán, en donde tanto había sufrido y seguía sufriendo, y vagando al azar por los montes hasta encontrar un hato de pastores, en compañía de los cuales vivió una temporada.

Cuando le sorprendió la muerte estaba terminando algunos lienzos que juntos habían de formar un tríptico de grandes dimensiones: el del centro representa un extenso prado rodeado de montañas, por el cual caminan dos grupos de bueyes guiados por un labrador y una labradora, ambos jóvenes, de aspecto sano y vigoroso, respirando á plenos pulmones el aire puro del campo y como sobrecogidos ante el majestuoso silencio de aquellas soledades y ante el espectáculo de la salida del sol, cuyos resplandores asoman por detrás de los montes que constituyen el fondo del paisaje. Este cuadro lo titula el maestro *Natura*.

A la derecha de esta composición, otra que se titula *La Vida*, representa un paisaje alpino iluminado por los ardientes rayos del sol del mediodía que arrancan brillantes reflejos de la nieve; una mujer sentada al pie de un pino oprime cariñosamente se

bre su pecho á su hijo; un rebaño se acerca á ella, seguido de algunos pastores que acosan á los rezagados; por un camino pedregoso avanzan dos campesinas llevando sobre sus inclinadas espaldas pesadas cargas.


La mejor bebida, cuadro de Juan Segantini (1887)


Habitación en donde murió Juan Segantini

El lienzo de la izquierda se titula *La Muerte:* en una llanura cubierta de nieve álzase una miserable cabaña; delante de ésta hay un trineo; la puerta de la choza está abierta, y en su umbral tres mujeres y un niño permanecen en actitud de recogimiento; dos hombres salen llevando un ataúd, expresión del silencio eterno que el cuadro simboliza. Esta composición, lo mismo que las otras dos que con ella forman el tríptico, impresiona hondamente por la intensidad del sentimiento que en ella puso el artista.

Ya hemos dicho cómo Segantini sentía la naturaleza, y hemos copiado algunos conceptos suyos que expresan su manera de comprender el arte. Séanos permitido, para completar este concepto, reproducir algunos párrafos de una carta en que daba algunos detalles sobre su grandioso proyecto de pintar un panorama de los Alpes:

«Tiempo hace que vengo pensando en una fusión íntima de sonidos y colores en el arte alpino; en una obra grande y completa que pueda reproducir toda la armonía que encierran las altas montañas para aquellos que saben verlas y estudiarlas con amor y sentimiento artístico. En la naturaleza alpina he estudiado los sonidos, los colores, las formas y las líneas, y he comprendido que el alma que los preside y la del que los oye y los contempla son una misma. Sólo quien, como yo, ha vivido durante meses enteros, en los risueños días primaverales, en aquellos elevados verdes prados alpinos, puede comprender la inmensa importancia artística de esta armonía. Las voces que de los valles suben, los vagos y apagados murmullos que nos trae el viento, forman en torno nuestro un silencio armónico que sube por los espacios infinitos del firmamento azul, cuya bóveda se extiende sobre las montañas cubiertas de nieve. El susurro de los arroyos y el rumor de los torrentes se funden y completan con las líneas, los colores y la luz de los montes, constituyendo juntos un solo acorde de una grandiosidad imponderable. Esta sensación es la que he querido expresar siempre en mis cuadros. El arte reproduce únicamente algunos rasgos de la belleza, no toda la belleza armónica. La obra artística, cuanto más contiene dentro de un solo espíritu la suma de todas las impresiones, cuanto más reproduce las ocultas conexiones que se funden unas en otras, para crear con nosotros y con nuestra alma el alma de la naturaleza, tanto más completa es y con tanta mayor verdad refleja la vida de las cosas, que es la fuente de toda belleza y de toda armonía.»

Estas líneas revelan al gran artista mejor que pudiera hacerlo un estudio crítico.

En su ansia de dar forma á estas imágenes que entreveía más con los ojos del alma que con los del cuerpo, quiso, como todas las grandes personalidades artísticas, tener lenguaje y técnica propios, á fin de poder expresar lo que tan profundamente sentía.

Mucho se ha escrito sobre la *manera,* sobre la técnica de Segantini, y no pocos han sido los artistas que le han censurado porque no pintaba como los demás, porque sus obras indican al parecer una ejecución trabajosa; y sin embargo, su manera y su técnica, para algunos incomprensibles, resultan sencillas cuando se observan atentamente y cuando se sabe lo que el artista se proponía conseguir. La fuerza de luz que en sus cuadros se admira no la obtenía con la combinación de colores en la paleta, sino por la yuxtaposición de tonalidades tal como aparece en la naturaleza, en los momentos en que se presenta á nuestros ojos envuelta en el aire más puro y bañada por los más ardientes rayos del sol.


Recolección de patatas, cuadro de Juan Segantini (1887)

El gran deseo de Segantini era pintar un panorama de los Alpes, para reproducir en una sola composición todas las bellezas de aquella región llena de poéticos encantos, y acerca de este grandioso proyecto decía: «Sobre la puerta de entrada, un cuadro de 20 metros de ancho por siete de alto representará simbólicamente el bosquejo sintético de mi obra y será como la encarnación de su alma; de manera que todo se compenetre, correspondiendo á una sola idea y formando un acorde, una armonía, que exprese de un modo completo mi pensamiento y mi propósito.»


Segantini en su lecho de muerte, boceto de Juan Giacometti

Tan enamorado estaba de aquella región de los Alpes que se conoce con el nombre de Engadina, que en sus conversaciones, en sus cartas, en sus escritos, encuéntranse siempre expresados en poéticas formas los sentimientos que la contemplación de aquella naturaleza despertara en su corazón. «Por todas partes – escribía en cierta ocasión refiriéndose á sus queridas montañas – brotan límpidos manantiales que cruzan por los verdes prados y se precipitan por entre las quiebras de las rocas. Por todas partes florecen las encarnadas rosas de los Alpes; el firmamento extiéndese en amplia y luminosa bóveda, y su azulada superficie se refleja en los lagos y baña los ventisqueros en una luz azul suavísima. Todo está impregnado de la más encantadora armonía, desde el canto de los pájaros, el alegre gorjeo de la alondra y el murmullo del arroyo, hasta el zumbido de las abejas, el son de las esquilas y los balidos de las ovejas.»

Juan Segantini nació en 1858 en Arco (Tirol), en donde pasó los primeros años de su infancia y recibió las primeras impresiones que más adelante habían de ser decisivas en su existencia. Muerta su madre, cuando él sólo contaba cinco años, trasladóse su padre á Milán, en donde vivía una hija suya habida en su primer matrimonio; pero no pudiendo encontrar allí medios de subsistencia, abandonó aquella capital, dejando al niño al cuidado de su hermanastra. Un día, viendo trabajar á un pintor de brocha gorda, despertóse en Segantini un sentimiento nuevo; aquel arte rudimentario hizo brotar en su mente todo un mundo de sueños, entre los cuales se destacaban siempre los prados y los jardines de Arco, donde transcurriera su niñez: la primera noción artística del niño iba íntimamente enlazada con el recuerdo de la naturaleza. Movido por irresistible impulso, huyó de su casa, como hemos dicho anteriormente, y se marchó al campo, en donde fué recogido por unos bondadosos campesinos. Allí se manifestó por vez primera su disposición artística: un día, al regresar del campo sus protectores, quedáronse asombrados al ver que Segantini había reproducido al carbón en una roca uno de los cerdos que apacentaba.

Poco después, alentado por aquella buena gente, regresó á Milán para dedicarse al estudio, y al cabo de algún tiempo entró en la Academia de aquella capital. A los veintiocho años ganó una medalla de oro en la Exposición Internacional de Amsterdam, y desde entonces hasta su muerte su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos. – S.



ILUSIÓN PERDIDA, cuadro de Guillermo Schade

HISTORIAS MADRILEÑAS

LAS COSAS DE LA CONDESA

Fué una mujer notabilísima aquella inolvidable condesa de X, que ha dejado imperecedera memoria en la sociedad madrileña. La conocimos cuando ya habían pasado para ella los días de la juventud, conservando rasgos que confirmaban el juicio de los de su tiempo, que decían que había sido más agradable que hermosa, pero conservando siempre un gran aire y siendo de una refinada elegancia.

No creo que haya habido en España dama que más se haya acercado al tipo de las grandes señoras francesas del siglo XVIII. Instruída, amena en la conversación, epigramática en la frase, terrible cuando declaraba á alguna persona la guerra, impagable para amiga, poderosa como protectora, amiga de la sociedad hasta el punto de no poder estar nunca sola; ecléctica en amor, escéptica en religión, aunque por cuestión de buen tono hacía alarde de gran severidad en la práctica y de una indomable intransigencia; tolerante con las faltas de los de arriba é implacable con las de los de abajo, porque para ella casi existía la ley de castas, era un conjunto de diversas cualidades que la distinguían de la vulgaridad.

Se levantaba tarde, porque era trasnochadora, y dedicaba mucho tiempo al cuidado de su persona; pero enterándose, mientras una vieja doncella le preparaba mejunjes y añadidos, de cuanto pasaba por la coronada villa, substituyendo con los periódicos que se hacía leer por su capellán la conversación con los abates que, lamentándolo ella mucho, habían desaparecido entre los trastos viejos arrinconados por las costumbres nuevas.

Cuando después de un almuerzo algo sobrio estaba compuesta y emperejilada, pedía el coche y se lanzaba á la serie interminable de sus visitas.

– La primera para Dios, decía compungidamente.

Y se iba á la iglesia donde estaban las *cuarenta horas*, y allí, situada cerca de la puerta, veía quién entraba y salía, cambiaba palabras con las beatas que no podía ver en otra parte y se enteraba de los sucesos de sacristía.

Luego iba á casa de alguna de sus contemporáneas, que más abatida por los años y por los achaques que ella, ó más afligida por los desengaños, se había retirado del mundo, y allí resucitaba la crónica del tiempo viejo, sin descuidar la del nuevo.

No hay mejores sitios para saber noticias de sociedad que las casas de las viejas ó los locutorios de los conventos. En ambas partes se lleva la alta y baja de quién nace y de quién muere, de quién se casa ó de quién se separa, de los que están malos y de los que están buenos.

La condesa era muy amiga de enterarse de historias, de estar al corriente de cuanto pasaba; pero tenía una buena cualidad: sabía guardar un secreto cuando á ella se le confiaba, siendo respecto á esto su máxima la siguiente:

«De lo que yo averiguo por mi cuenta, puedo hacer el uso que mejor me parezca; pero de lo que me cuentan en confianza, de eso tengo el deber, á que nunca falto, de guardar el secreto.»

– Aunque hay secretos, añadía, como el de Fulana – y citaba con gran irreverencia el nombre de la que fué una de las principales señoras de la corte, – que se casó en secreto y salía embarazada en público.

Terminaba sus visitas de por la tarde en el salón más de moda, allí donde se recibía más en grande y donde podía hablar con más gente, y cuando regresaba á su casa para vestirse para por la noche, podía decir que así como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, no ocurría en todo el ámbito de la villa del oso y del madroño, como dicen los novelistas, nada que ella no supiese.

Cuando no tenía convidados á su mesa, salía ella á comer fuera, y sus *toillettes* de noche eran muy complicadas. No renunció nunca á los colores claros; usaba muy buenos encajes, se prendía unas ricas joyas antiguas y llevaba siempre las manos ocupadas por una porción de cachivaches. El pañuelo, la caja de rapé, que era siempre una maravilla artística, porque hacía colección; el abanico, antiguo y riquísimo, porque también hacía de ellos colección, y los lentes ó impertinentes de oro y pedrería, de los que hacía frecuente uso.

Todo esto lo llevaba sobre la falda, ó lo dejaba en una mesa, junto á la cual se ponía siempre. Tomaba rapé y no jugaba nada más que al *dominó*, y eso cuando no tenía quien la formase corro.

Muchas de sus frases han quedado. Decía que la desvinculación había sido una barbaridad, porque el primer hijo es siempre del marido, no pudiendo asegurarse lo mismo de los otros.

Profesó un odio implacable á Mendizábal; y cuando el célebre ministro murió poco menos que en la miseria, exclamó sin tener compasión ni hacerle justicia:

– ¡Mire usted al Sr. D. Juan Manuel! ¡No sabía yo que también había sido pródigo!

Llegó á Madrid una famosa señora extranjera, de la que se declaró desde el primer momento enemiga, y decía que sólo podían visitarla los senadores y diputados.

– ¿Por qué?, le preguntaban.

– Porque son inviolables, contestaba como si no hubiese dicho nada.

Una de sus amigas, que no andaba muy sobrada de recursos, tenía para su carruaje un tronco de yeguas viejas que se arrodillaban con frecuencia cuando tiraban del coche, y las puso las *beatas*.

Cuando murió otra de sus amigas, que no se había distinguido por su limpieza, le hizo la siguiente oración fúnebre:

– No despedirá peor olor después de muerta que el que despedía en vida.

Decía de los prados que turban la soledad y no hacen compañía.

Cuando le contaban una gran mentira, se solía dar bofetaditas en la cara.

– ¿Por qué hace usted eso?, le preguntaban.

– Para castigarme la cara que debo tener de boba.

Era muy aficionada al trato de los hombres políticos y tenía amistad íntima con los más eminentes, no dejando de sacar provecho de estas relaciones, porque era muy aficionada á los pleitos, y sostuvo bastantes de importancia hasta con las personas más allegadas de su familia.

Su salón era de lo más heterogéneo que había en Madrid, teniendo la manga ancha para recibir gente en las reuniones grandes; pero no por esto se intimaba fácilmente con ella, siendo muy reducido el círculo de sus preferidos.

Gozaba de una buena fortuna que administraba muy discretamente, y en los tiempos de la Revolución de Septiembre fué la única señora de la aristocracia antigua que acudía á los salones oficiales, aunque entonces hacía alarde de ideas legitimistas.

Para demostrar que rendía culto ferviente al pasado, tenía en el patio de su casa un sereno que cantaba en voz alta el *Avemaría* cuando el reloj daba la hora.

Al salir de una fiesta en traje de baile, cogió una enfermedad que en pocas horas le causó la muerte, pudiendo decirse que sólo un par de días antes de morir alteró sus costumbres, y tan tenaz fué, que no quiso ni aun en sus últimos momentos reconciliarse con aquellos con los que sostenía pleitos.

Muchas más cosas había notables en ella; pero no todas pueden contarse, y la mayor parte de sus frases célebres son más para decirse al oído que para escritas.

Era un tipo de la sociedad francesa de últimos del siglo pasado, olvidado en medio de la sociedad de estos tiempos hasta que Dios dispuso de ella.

Dios la haya perdonado.

Kasabal.

RECUERDOS DE VIAJE

LOS ENEMIGOS MÁS TEMIBLES EN EL ÁFRICA DEL SUR

No son únicamente los boers los enemigos que los ingleses tienen que combatir en su campaña del Africa del Sur. Hay otras legiones temibles, con las que seguramente no se ha contado en Europa y entre las que no valen anexiones ni ficciones diplomáticas de ninguna clase.

Están tales legiones formadas de gente menuda y despreciable, si desde lejos se la considera, pero que llega á ser el terror constante del que está expuesto á sus ataques.

Hormigas blancas y negras, moscas y mosquitos, langostas, ofidios, ratas, murciélagos tremendos y otra porción de bichos y alimañas hacen casi imposible la vida en los campos del Africa, pues entre tales enemigos apenas hay defensa.

Podrán reirse de esto los europeos, bien hallados en sus cómodas y deliciosas zonas medias, cuna de la población humana, centro y foco de la civilización. Para el habitante blanco de las regiones africanas es continua pesadilla y tormento perpetuo.

La plaga de las moscas es terrible. Aparte de ser, con los mosquitos, uno de los principales agentes de propagación de la malaria y otras infecciones, al invadir, como suelen, las localidades habitadas por el hombre, burgos ó campamentos, no hay forma de vivir. Los caballos y bueyes se impacientan y espantan. El hombre se fatiga de luchar entre la acometividad de estos pertinaces invasores, y furioso, loco, no piensa más que en escapar fuera de su acción.

Una de estas moscas, el *tsetsé*, ha dificultado más la ocupación y colonización del Africa que todos los salvajes, fiebres, bestias feroces y demás peligros del continente negro, todos juntos.

Hombres, caballos, bueyes, ovejas, perros, todos caen bajo el ataque de esta mosca, más pequeña aún que la común, y ante sus mortíferas picaduras no hay más alternativa que escapar ó sucumbir. Los asnos y las cabras son los únicos animales domésticos que pueden resistir el veneno del *tsetsé*.

La construcción del ferrocarril de Delagoa Bay á Pretoria se ha retardado y dificultado mucho por tener que atravesar la zona habitada por la terrible mosca, y la emigración de la población blanca hacia el Noroeste del Transvaal está también contenida por este formidable enemigo.

La presencia de los mosquitos es también intolerable, especialmente en las tierras bajas y en las proximidades de la costa y de los ríos y lagunas.

Son tantos y sus picaduras son tan brutales, que por lo que á mí me toca puedo decir que durante los primeros días de mi llegada á Africa tuve la cara y el dorso en ambas manos cubiertos de postillas como si hubiera padecido un ataque de viruela. Imposible el dormir con tan molestos huéspedes. Su zumbido pone nervioso, sus picaduras frenético. Es inútil la lucha ni el tratar de exterminarlos, pues sobre que la mayor parte de las veces ocurre *por dar en el asno dar en la albarda*, cuando por acaso se consigue aplastar uno, acuden más de ciento á su funeral, como me hacía notar un habitante del país ya resignado á este suplicio.

¡Y si fueran sólo los mosquitos! ¡Cuántas veces he tenido que interrumpir mi descanso para emprender á palos con las ratas que me roían el equipaje! ¡Cuántas veces he despertado al aleteo de los murciélagos, rozándome la cara! En una ocasión me encontré una pareja de estos quirópteros, de gran tamaño y repulsivo aspecto, que había hecho cubil de mi cama, precisamente junto á la almohada, y me vi negro para desembarazarme de ellos.

Las hormigas merecen capítulo aparte. Las hay negras y blancas, y unas y otras comprenden numerosas tribus, todas las cuales practican el axioma que campea como mote en el escudo del Transvaal: *Eendraght maakt magt* (La unión hace la fuerza).

Imposible parece, al considerar uno de estos individuos aisladamente, lo que pueden hacer cuando se juntan por millones. El cazador que está á la espera y se ve invadido por una turba de hormigas negras, ya puede renunciar á la caza, escapar del puesto y limpiarse como pueda de los invasores. Desgraciado del que duerma al alcance de uno de estos ejércitos formidables. Le despertará en seguida el dolor insoportable de centenares de poderosas mandíbulas clavadas simultáneamente por todo su cuerpo, pero principalmente alrededor de los ojos; y primero que se vea después libre de la plaga, bien puede decir que ha sufrido los tormentos del infierno. Estas hormigas son tan tenaces, que antes de soltar su presa, cuando se pretende arrancarlas, dejan las mandíbulas clavadas en la carne de la víctima y ésta se encuentra con el abdomen del insecto entre los dedos, mientras que el aparato masticador, con la cabeza y el tórax, quedan adheridos en el sitio de la mordedura.

Cuentan que uno de los suplicios, entre los cafres, en los tiempos pasados, era sujetar al condenado, con cuatro estacas clavadas en el suelo, cerca de los hormigueros. El infeliz perecía entre las más atroces torturas, y no se pasaba mucho tiempo sin quedar tan sólo los huesos pelados.

Las llamadas hormigas blancas son todavía más voraces. Devóranlo todo, menos los metales y las piedras. Minan á veces los cimientos de las casas, penetran generalmente de noche, en numerosísimos enjambres, y esteras, muebles, vestidos, todo desaparece. Un baúl de cuero, una maleta, un par de botas, son para ellas gran regalo y desaparecen como por encanto. Al amanecer, terminada su obra destructora, emprenden estos ejércitos su retirada, no dejando tras de sí ni aun residuos ó despojos.

Los hormigueros no son, como en Europa, pequeños agujeros dando acceso á las galerías subterráneas donde estos insectos se albergan. Son verdaderos edificios de tierra endurecida, de forma cónica, que llegan á medir sus treinta pies de altura por ciento de circunferencia en la base. A veces aprisionan entre sus muros los troncos de los árboles, que levantan sus copas sobre el hormiguero, y cuando desde lejos se distinguen varios de éstos, vecinos unos á otros, más parecen aldea de cafres que habitación de insectos diminutos.

No es posible imaginar el número de éstos que

tendrán que ponerse al trabajo para levantar construcciones semejantes, y es este uno de los ejemplos más patentes de lo que pueden la unión y la perseverancia.

El hombre, con todos sus poderosos medios de destrucción, no es para las hormigas africanas el enemigo más temible.

El *aardwaark*, que dicen los boers, ú oso hormiguero, es al que temen y el que causa entre ellas más estragos. Ataca este animal los hormigueros abriendo desde lejos galerías subterráneas, para presentarse de repente en el interior del albergue de la tribu y sembrar en ella la desolación y el espanto. Porque el oso hormiguero no teme sus picaduras y las devora á millones, que son su manjar por excelencia.

A veces, en la soledad de los campos y en medio del silencio de la noche, siente el viajero retemblar la tierra y trepidaciones subterráneas que infunden pavor al más sereno, si no tiene idea de la causa. Es el oso hormiguero en sus trabajos de zapa. No es raro tampoco que el animal aparezca de repente á flor de tierra por la entrada de la galería que practica, ya por huir de algún peligro, ya porque el instinto le dice que su trabajo en tal ocasión es inútil.

Cuentan que estando un centinela inglés, en las avanzadas de un campamento, de escucha nocturno, vió de repente aparecer á su espalda uno de estos animales, espantable en su aspecto, con su melena parda y sus ojos relucientes, mirándole de hito en hito. Lleno de terror el soldado echó á correr y refugióse en el campo, diciendo que un boer enlutado ó el espectro de un boer había atravesado las líneas sin dar el santo y seña.

VICENTE VERA.



LA SEÑORA DE ELOFF Y LA SEÑORITA GUTTMANN, NIETAS DE KRUGER, Y LOS BISNIETOS DE ÉSTE

LA LLEGADA

DE KRUGER Á EUROPA

Desde que se anunció el viaje del presidente del Transvaal á Europa, nadie dudó de que sería recibido con las más elocuentes muestras de cariño y simpatía; pero la realidad ha superado á las esperanzas de los más optimistas, y cuantos han presenciado la llegada de Kruger á Marsella primero y después á París, convienen en que ninguna de las manifestaciones populares de nuestros tiempos ha revestido las proporciones grandiosas ni ha despertado el entusiasmo que la recepción del jefe de la república transvaalense. En ambas capitales, el pueblo en masa ha saludado con delirantes aclamaciones al anciano boer; en todas partes las autoridades, corporaciones y particulares le han ofrecido sus respetos y le han manifestado su admiración hacia el he-



CONFLICTO CHINO. [illegible] PEKÍN, [illegible]





EL OBISPO AMBROSIO NEGANDO AL EMPERADOR TEODOSIO LA ENTRADA EN LA IGLESIA DE SAN AMBROSIO DE MILAN.

CUADRO DE GELHARD FUGEL

roico pueblo que sostiene una lucha verdaderamente épica por su independencia; por dondequiera que ha ido ha encontrado un sentimiento unánime de afecto.

No hemos de detallar el viaje de Kruger, que bien podemos calificar de triunfal; basta decir que Francia no ha tributado á ningún soberano, ni á los más poderosos, una manifestación tan soberbia y espontánea como la de que ha hecho objeto á ese jefe de un Estado pequeño y acosado por la desgracia.

Tampoco hemos de relatar los diferentes episodios de su viaje; pero sí diremos algo, por el especial interés que reviste, de su visita al pabellón del Transvaal que figuró en la Exposición.

Cuando por la mañana, M. Pierson, comisario de la República Sudafricana, anunció que Kruger visitaría la sección boer, no había obrero alguno en aquella parte del Trocadero y el pabellón estaba lleno de cajas de embalaje: pero en seguida acudió una sección de agentes que en un instante desembarazaron aquel recinto, cubrieron con arena los charcos formados por las últimas lluvias y adornaron con flores el camino por donde debía pasar el presidente. La llegada de éste fué en extremo conmovedora; el pobre anciano, al contemplar su busto gigantesco rodeado de flores y de inscripciones, apenas pudo contener su emoción y permaneció largo rato pensativo. En la granja boer, sus ojos se fijaron en una antigua Biblia holandesa abierta sobre un mueble: M. Pierson le señaló con el dedo los versículos 29 y 30 del Deuteronomio y se puso á leerlos con voz solemne; el presidente, con la cabeza descubierta, escuchó con fervor la lectura de aquellas palabras: «Entonces os dije: No temáis ni abriguéis ningún temor por ellos. El Señor, vuestro Dios, va delante de vosotros y combatirá por ellos.» Kruger estrechó conmovido la mano de M. Pierson que lo condujo ante un retrato de Villebois-Mareuil. Al verlo, el anciano se descubrió diciendo: «¡un francés, pero un compatriota!» Y con estas palabras pareció evocar toda la historia de su pueblo, las batallas infructuosas, los valientes que han muerto en defensa de su patria.

Después, retiróse emocionadísimo mientras una inmensa muchedumbre prorrumpía en gritos de ¡Viva Kruger! ¡Vivan los boers!

El presidente Kruger se ha reunido en Francia con algunos individuos de su familia, entre los cuales se cuentan sus nietas, la señora de Eloff y la señorita Gutmann, y sus bisnietos, hijos de la primera, cuyos retratos, formando encantador grupo, publicamos en la página 783.

Según parece, el viaje del presidente del Transvaal á Europa tiene por objeto interesar á las potencias para que interpongan su mediación y hagan cesar la guerra por medio de un arbitraje. Difícil es que tal objeto se logre, pues las razones de Estado que invocarán de seguro los gobiernos no les permitirán proponer una intervención que tantas veces Inglaterra ha rechazado. Otra cosa sería si en vez de las razones de Estado hubiesen de atender los gobiernos á los sentimientos de las naciones: entonces sí que Europa en masa, el mundo entero se alzaría en defensa de los fueros y de la justicia y reintegraría en sus derechos al pueblo boer, cuyo único delito consiste en haber despertado la codicia británica con las riquezas que su suelo atesora. – C.

NUESTROS GRABADOS

Caballos en el baño, cuadro de Luisa Kemp-Welsh.—La autora de este cuadro, cuyo retrato adjunto publicamos, es la discípula predilecta del eminente profesor inglés Herkomer, y es considerada como una estrella de la Academia Bushey. En los círculos de la alta sociedad londinense se siguen con gran atención sus progresos, á pesar de que tan notable artista permanece alejada de la existencia ruidosa del gran mundo y vive consagrada exclusivamente á su arte. Gústale observar los animales en libertad, sobre todo el caballo, y su campo de estudio es la selva que se extiende junto á Bushey, porque allí abundan los caballos libres de freno; contempla los paisajes, y antes de trasladarlos al lienzo se penetra de ellos tan por completo, que acaba por hacer de la naturaleza una parte esencial de su propio ser. Es realista, pero realista de buena ley, pues busca el efecto en la reproducción exacta de las bellezas naturales hondamente sentidas, sin extravagancias que las desfiguren ni vaguedades que hagan de sus concepciones indescifrables enigmas. Era apenas conocida en el mundo del arte, cuando adquirió de repente gran fama con su cuadro *La caza del potro*, que fué adquirido por el Estado y hoy figura en la Galería Nacional Británica. Luisa Kemp-Welsh nació en Bournemouth, quedando huérfana á los pocos años: cuanto es y cuanto vale se lo debe á sí misma, y esto constituye otro timbre de gloria para la notable artista.



LUISA KEMP-WELSH

El Sr. D. Carlos A. Palacios, presidente de la Cámara de Diputados de Chile.—Uno de los más jóvenes políticos chilenos, y sin disputa el que lleva más brillante carrera, es el actual presidente de la Cámara de Diputados D. Carlos A. Palacios.



D. CARLOS A. PALACIOS, Presidente de la Cámara de Diputados de Chile (de fotografía remitida por D. Fidel Pinochet Le-Brun, de Talca, Chile).

Nacido en Bulnes (provincia de Chillán) el 20 de octubre de 1868, cuenta apenas treinta y dos años. Después de haber terminado con brillo los estudios de Humanidades en el Liceo de Chillán, se trasladó á Santiago á cursar Leyes en la Universidad Nacional. Acaso no habría exageración si asegurásemos que no ha habido en los cursos de Leyes un alumno más aprovechado y que mayores distinciones haya merecido. Como en sus estudios de Humanidades, obtuvo en la Universidad el premio en todos los ramos que cursó.

En 1890, cuando sólo contaba veintidós años de edad, obtuvo el título de abogado, y continuó dedicando su tiempo á estudios jurídicos y á hacer interesantes publicaciones sobre reformas en la Constitución Política y en la legislación de su patria, publicaciones que vieron la luz en la *Revista Forense Chilena*.

En las elecciones generales de 1894 fué elegido diputado por la agrupación de Bulnes y Yungay. A esa misma distinción se ha hecho acreedor en las elecciones sucesivas de 1897 y de 1900, con lo cual los departamentos que lo han elegido su representante no han hecho sino corresponder á la noble actitud, al honrado patriotismo y á la enorme labor intelectual, social y política de Palacios.

Sería larga tarea la de enumerar todos los importantes proyectos de ley que ha presentado al Congreso Nacional. Mencionaremos sólo el relativo á las casas de préstamos, hoy ley de la República, y con el cual ha prestado grandes servicios á la clase menesterosa y á los obreros chilenos, librándolos en gran parte de la usura de los prestamistas.

En agosto de 1897 fué llamado á desempeñar el Ministerio de Guerra y Marina, cuando aún no cumplía veintinueve años; y fué tal la actividad que desplegó en el desempeño de su elevado cargo, que es cosa reconocida por todos que, en una época en que se vislumbraban las amenazas de un conflicto con la Argentina, él fué el primer ministro de Guerra previsor que, en los cuatro meses que desempeñó el ministerio, colocó las fuerzas militares del país en condiciones de defender con honra la bandera nacional.

Desde junio de 1898 hasta el mismo mes del año siguiente desempeñó el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública. En todos los servicios del ramo dejó sentir la influencia de su talento, de sus conocimientos administrativos y de su actividad para el trabajo; y la Memoria que presentó al Congreso Nacional es la más luminosa de cuantas han presentado hasta hoy los ministros chilenos.

Al principiar las sesiones ordinarias del presente año, la Cámara de Diputados lo eligió por una gran mayoría para que desempeñara el honroso cargo de presidente, en el cual Palacios ha conquistado nuevos laureles; y en el mes de octubre último, al abrirse las sesiones extraordinarias, ha vuelto á ser elegido para el mismo puesto.

Mucho puede esperarse todavía de un político tan joven y que figura ya entre los más aventajados estadistas de su patria. – F. P.

Ilusión perdida, cuadro de Guillermo Schade. – En el número 985 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos otro lienzo de este famoso pintor alemán y expusimos el concepto que nos merecía la composición, así por su carácter como por su técnica. Como *Ilusión perdida* pertenece al mismo género que *La Ilusión vencida por la Experiencia*, nada hemos de decir acerca de las bellezas de fondo y de forma que en él se observan, porque habríamos de repetir lo que al ocuparnos del otro dijimos.

Conflicto chino. Uno de los patios del palacio imperial de Pekín, dibujo de Holland Tringham. – La entrada de las tropas aliadas en la capital del Celeste Imperio ha debido producir en los chinos gran estupor, no tanto por lo que significa la ocupación de aquella ciudad, como por haber los *perros* europeos profanado con su planta el palacio de los emperadores, recinto cerrado á todo extranjero y considerado como lugar sagrado é inviolable. Los soldados de las potencias no respetaron este carácter, y formados por columnas y por nacionalidades recorrieron los inmensos edificios de aquella mansión imperial hasta entonces no vistos más que por los familiares del soberano, y pudieron contemplar las maravillosas riquezas, los extraños adornos, los valiosos tesoros acumulados en aquellos palacios por tantas generaciones. El dibujo que en la página 783 reproducimos, y que representa uno de los patios de la imperial residencia, da perfecta idea de la grandiosidad de la misma y constituye un interesante detalle de actualidad al propio tiempo que una curiosa nota artística.

El obispo Ambrosio negando al emperador Teodosio la entrada en la iglesia de San Ambrosio de Milán, cuadro de Gebhard Fugel.—En el año 389 de nuestra era fueron asesinados en la ciudad griega de Tesalónica algunos funcionarios imperiales, cuyos cadáveres se arrastraron por las calles: el emperador Teodosio impuso á aquella población terrible castigo, haciendo asesinar por sus soldados á siete mil de sus habitantes. El obispo de Milán, Ambrosio, uno de los más sabios y famosos príncipes de la Iglesia de aquella época, en vista de aquella crueldad y á pesar de los servicios prestados por el emperador para la propagación del cristianismo, nególe la entrada en la iglesia de San Ambrosio y el uso de los sacramentos hasta que Teodosio arrepentido pidió entre lágrimas y sollozos el perdón de su crimen. El momento en que el obispo niega al soberano la entrada en el templo constituye el asunto del hermoso cuadro de Fugel que reproducimos: el emperador, aterrado, se inclina ante el prelado, que aparece revestido de todos sus ornamentos; la cólera y la emoción se pintan en los semblantes de los que á Teodosio acompañan, al paso que en los rostros de los sacerdotes que detrás del obispo se agrupan revélase el conocimiento de la importancia del acto que ante ellos se realiza. La composición resulta grandiosa y solemne, las figuras están admirablemente dispuestas y en los detalles arquitectónicos y de indumentaria se ve al artista concienzudo que no sacrifica la verdad histórica á los efectismos convencionales. Gebhard Fugel nació en 1863 en una aldea de la alta Suabia, entró en 1879 en la escuela de Bellas Artes de Stuttgart, en 1888 hizo un viaje por Italia y en 1890 estableció su residencia en Munich. Se ha dedicado especialmente á los asuntos religiosos, procurando dar forma moderna y original á los asuntos bíblicos, reputándosele hoy como uno de los más notables pintores de este género. Entre sus cuadros más importantes merecen citarse: *Jesús curando á un enfermo, La crucifixión de Cristo. La descensión de la cruz, El sepelio de Jesús, Jesús bendiciendo á los niños, La última cena* y otros, algunos de los cuales hemos reproducido.

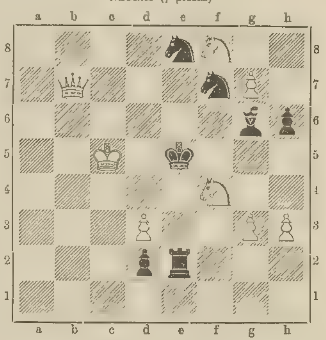
Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La mare eterna*, drama en tres actos de Ignacio Iglesias, que encierra un pensamiento profundo y está muy bien escrito; y en Romea *El sí de las noyas*, refundición admirablemente hecha por D. Alberto Llanas de la preciosa comedia de Moratín *El sí de las niñas*. En el Liceo ha debutado con la ópera *La Favorita* el tenor catalán D. José Palet, que ha sido extraordinariamente aplaudido y de quien es de esperar que antes de poco será una estrella de primera magnitud en el mundo del arte lírico-dramático, pues le sobran facultades para ello y no le falta voluntad para cultivarlas, perfeccionándolas con ulteriores estudios.

Necrología. – Ha fallecido D. Francisco Soler y Rovirosa, eminente pintor escenógrafo catalán, cuyos retrato y biografía publicaremos en el número próximo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 219, POR G. CHOCHOLOUS

NEGRAS (7 piezas)

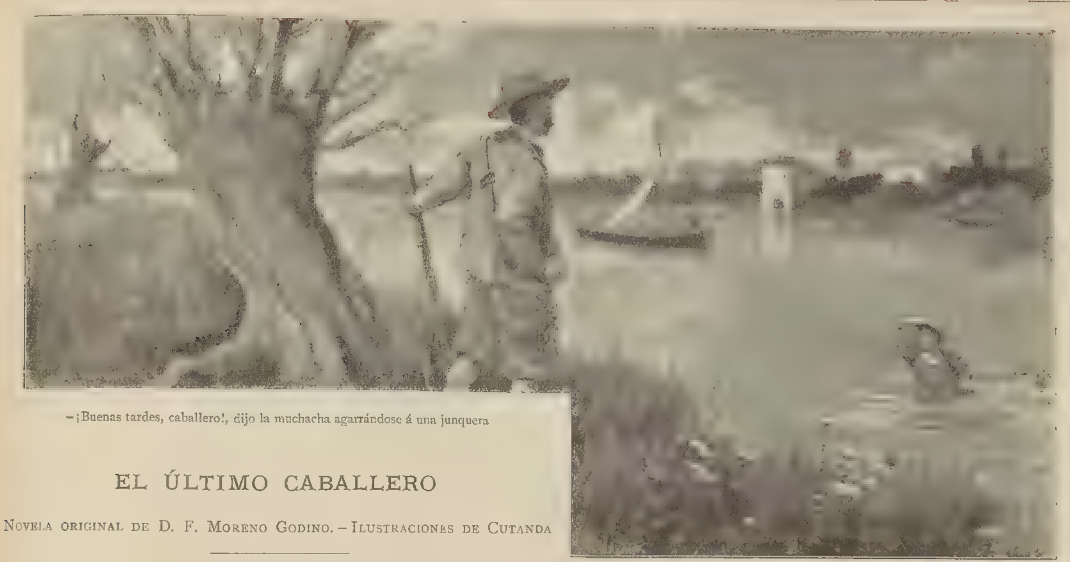


BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 218, POR DR. S. GOLD

Blancas.	Negras.
1. De6–g4	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



—¡Buenas tardes, caballero!, dijo la muchacha agarrándose á una junquera

EL ÚLTIMO CABALLERO

NOVELA ORIGINAL DE D. F. MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONCLUSIÓN)

Eran una mujer y un perro que nadaban con mucho braceo, dando risotadas y ladridos, que se perseguían mutuamente, se juntaban, y á veces la mujer, completamente tapada con un traje obscuro de baño, intentaba montarse en el perro, sacando del agua un piececito muy blanco. Lo que más admiró el vizconde en aquélla fué su destreza en la natación; hacía creer en la metempsicosis; antes que mujer habría sido ondina ó nereida.

Otra sorpresa: á alguna distancia de los nadadores bogaba una barcaza, aparejada en balandra, y en ella remaban otra mujer y un chicuelo, porque como no había aire la vela no servía para nada. Los nadadores venían casi por el comedio del río; pero oyendo los ladridos del perro del vizconde y viendo á éste, fueron aproximándose á la orilla. La mujer, á más de joven, era muy agraciada, y el perro un magnífico Terranova.

—¡Buenas tardes, caballero!, dijo la muchacha agarrándose á una junquera para detenerse y soltando una carcajada.

—¡Caramba!, exclamó el vizconde, me vienen ustedes como de perlas; ¿podrían llevarme á la otra orilla en esa barca?

—Sí.

—Tenía citado aquí á un barquero y no parece.

—Cuestión de vino; á estos del río les gusta mucho por lo mismo que siempre están sobre el agua. Aguarde usted y será servido.

Y diciendo esto, la muchacha soltó la junquera, retrocedió nadando hacia la barca y saltó á ella, seguida de su perro.

A los pocos minutos, la embarcación se detuvo junto adonde estaba el vizconde, y algo después éste vió salir á la joven nadadora de una especie de camarote que había á popa, vestida con un sencillo traje de cretona que no carecía de elegancia.

—Salte usted á la barca y le pasaremos, dijo la muchacha.

Y cuando el vizconde y su perro estuvieron ya á *bordo,* repuso:

—Tiene usted buena sombra: se levanta brisa.

Y luego, dirigiéndose á un chicuelo de once ó doce años que estaba en la barca, añadió:

—Tomás, enfacha la vela, que algo nos ayudará.

Todo esto dicho en voz muy agradable y muy resuelta.

Ya en la barca, el vizconde pudo *analizar la tripulación,* compuesta de tres personas. La ex ondina era una joven que tendría á lo sumo diez y siete ó diez y ocho años, bella y rebosando gracia en su semblante. Poseía tres atractivos soberbios: un magnífico pelo castaño que se escapaba al peine y las horquillas, ojos con mucho negro y mucha luz, y unos brazos esculturales que asomaban por entre las *mangas perdidas.* En la popa de la barcaza estaba sentada una mujer, ya de alguna edad, de fisonomía alegre y maliciosa, que remaba con mucha soltura, mientras el muchacho orientaba la vela.

Los tres estaban bien trajeados y limpios.

—¿Son ustedes barqueros?, preguntó el vizconde.

—Sí, señor, contestó la joven riendo, quizá para enseñar su blanquísima dentadura.

—Y además pescamos: ya ve usted la red, dijo la mujer de edad haciendo un mohín.

—Pero *barqueamos* y pescamos á ratos perdidos, observó la muchacha. Porque mi padre está empleado en la estación de *Dos Hermanas* y yo tengo que ayudarle. Esta señora es el ama de llaves y cocinera de la estación y este *pillín* el correvedile de todo el mundo.

Dicho esto, soltó una carcajada, coreada por los otros *tripulantes,* y añadió:

—Hoy no teníamos ya qué hacer, porque ha pasado el tren para Cádiz, y nos hemos dicho: ¡al agua patos!, quiero decir que nos hemos venido al río á refrescarnos, que buena falta hace.

Nuevas risotadas. Al vizconde le sorprendía algún tanto aquel exceso de hilaridad.

La joven se puso á remar; el chico, enfachada la vela, que en efecto *ayudaba* algo, remó también; los tres eran diestros en este ejercicio; de suerte que la barca tardó poco en atravesar el río.

—Si va usted á Coria, ya hemos llegado, dijo la muchacha.

Y tomando un duro que el vizconde le ofrecía añadió:

—¡Viva usted mil años!

Saltó éste á la orilla, seguido de su perro, y fué despedido con una carcajada general. Aquellas eran demasiadas risas; el vizconde no podía suponer que le encontrasen ridículo; pues de seguro no lo estaba con su airoso traje de caza, mitad andaluz y mitad señoril.

Ya en la ribera, y cuando la barca se alejaba, se le ocurrió una idea.

—¡Eh, niña!, gritó. ¿Cómo te llamas?

—Mariana, contestó la joven, también gritando. Para servir á Dios y á usted.

Mientras comía con su hermano, y luego, cuando jugaba al tresillo con éste y con el médico de Coria, el vizconde pensó algunas veces en la linda barquera del Guadalquivir.

III

El vizconde llegó á Nápoles en los primeros días de agosto. Acostumbrado á Andalucía, no le causó gran impresión la alta temperatura de la bella Parténope. Vió al notario del difunto duque de B..., que ratificó y amplió lo expresado en su carta.

—¿Y esa parienta del duque?, preguntó el vizconde.

—No me he ocupado de ella. Se presentó aquí enlutada, pero no formuló ninguna demanda.

El notario después advirtió al vizconde que tenía comprador razonable para el palacio que el duque había dejado en Roma, en el caso de que los herederos quisieran venderle.

Dado este primer paso, y según lo convenido con su hermano, determinó ver á aquella parienta desconocida. Tenía sus señas: *Torre Anunziata, strada Aversa,* 23.

Una mañana se trasladó á esta población, pensando en cuál sería el *deber de justicia* á que Sabina Vintimiglia aludía en su carta.

Buscó la casa y número indicados. La casa era algo vieja, y no muy corta la escalera que tuvo que subir el vizconde.

Llamó en el cuarto piso, y abrióle una mozuela de trece á catorce años, al parecer criada.

—¿La *signora* Sabina Vintimiglia?

—Está en cama, algo enferma.

—Pásela usted recado, si puede ser, que desea verla el vizconde de Fenestrela.

Entróse la criada dejando abierta la puerta de la escalera, volvió á salir é introdujo al vizconde en una pieza, pidiéndole muy melosamente que tuviera la bondad de esperar un momento. Mientras esperaba examinó la habitación, que no tenía nada de particular. Muebles antiguos, pero limpios. Además de la de entrada, una puerta de madera, entornada. Estampas vulgares en las paredes; pero entre éstas llamó la atención del vizconde un cuadro al óleo, que debía ser un retrato. Representaba la cabeza y busto de un joven con blusa. La cabeza era vigorosa y las facciones correctas y enérgicas. El cuadro no estaba mal pintado.

Aquella cabeza se asemejaba á la del difunto duque de B..., tal como el vizconde le había conocido en París, ocho ó diez años antes, si bien representando menos edad.

«Será el retrato del duque,» pensó el vizconde.

En esto se abrió la puerta de madera, y salió la criadita diciendo:

—Puede pasar el señor.

La pieza tenía una ventana de sotabanco, por donde penetraba el sol.

El vizconde entró en una alcoba, en la que había una cama pobre, pero limpia. En una de las paredes veíase una puerta de cristales que estaba entornada. Sobre la cabecera de la cama destacábase un cuadro, también al óleo, que representaba la imagen de la *Madona* de la Concepción. Una mujer que podría tener cuarenta años próximamente estaba incorporada en la cama, apoyándose en almohadas. Era rubia y conservaba restos de marchita belleza.

Al lado de la cama había un sillón, donde, á una indicación, sentóse el vizconde.

—¿Está usted enferma?, preguntó éste.

—Sí, señor, de digustos y de reuma articular.

—Mi hermano el marqués de Gualindo ha recibido una carta de usted.

—Sí, señor.

Hubo una pausa; después dijo la enferma:

—¡Es tan extraña, tan triste la causa que me ha obligado á molestar á usted!..

Enmudeció como pareciendo reflexionar. Luego,

sacando una mano de entre las sábanas de la cama, tomó del cajón de una mesa de noche un paquete de cartas atadas con una cinta azul y se le presentó al vizconde, añadiendo:

– Tenga usted la bondad de leer estas cartas; son pocas y cortas, las he escogido entre otras muchas que tengo. Esto simplificará mi relato y me evitará mucha vergüenza.

El vizconde leyó las cartas, que eran seis; comprendió por ellas el doloroso motivo de haber sido llamado á aquella casa, y dejándolas sobre la mesa de noche, dijo:

– ¿Era usted hija de un primo segundo del duque de B..?

Sí, señor. Mi padre tenía casa de banca en Roma y prestó al duque grandes servicios. Murió arruinado, y yo quedé huérfana de padre y madre, á los trece años de edad...

Y entonces, repuso el vizconde comprendiendo el doloroso esfuerzo que á aquella pobre mujer la costaba explicarse, ¿el duque de B... se encargó de la educación de usted?

– Sí, señor; me colocó como interna en un colegio de esta misma población... Venía á verme de tarde en tarde, después sus visitas fueron más frecuentes y me llevaba á Nápoles en tiempo de vacaciones. Era muy bueno y cariñoso; yo le quería entrañablemente. Cuando cumplí diez y seis años me indicó que iba á sacarme del colegio. Vino aquí y permaneció algunos días pensando sin duda en dónde había de instalarme. Yo permanecí en la pensión, pero el duque y yo paseábamos todos los días por los alrededores de este pueblo, que son muy pintorescos... Una tarde... La enferma calló y un sollozo se escapó de su pecho.

– Basta señora, dijo el vizconde. En una de las cartas que he leído se alude á esa tarde; lo comprendo todo.

– Pues bien, caballero; también comprenderá usted las consecuencias, sollozó la enferma, enjugándose las lágrimas que asomaban á sus ojos: el duque me sacó de la pensión y me instaló en una buena casa de la strada de Torre del Greco, de esta población. Me proporcionó una existencia holgada y venía á verme con frecuencia, pero no volvió á llevarme á Nápoles.

Cuando con la edad fué aclarándose mi inteligencia, le pedí la reparación debida; pero él la aplazó con razones que después comprendí que eran pretextos... Tuve un hijo...

– ¡Un hijo!, interrumpió el vizconde.

– Sí, un hijo, que es ya un gallardo mozo; quizá haya usted reparado en su retrato, pintado por él mismo, que está en esa pieza inmediata.

– ¡Ah! ¿Ese es el retrato de su hijo de usted?, dijo el vizconde, pensando en el parecido que tenía con el difunto duque de B...

– Sí, señor. Su nacimiento, además de la inmensa alegría de la maternidad, reanimó la esperanza de que el duque accediese por fin á mis súplicas, dando un nombre á su hijo, puesto que no tenía más... Pero... ¡ah, caballero!, el duque era un carácter excepcional.

«Ya lo voy comprendiendo,» pensó el vizconde.

– Me dijo que aquellos momentos eran de crisis suprema para él, que tenía que sostener una reputación inmaculada y muchos enemigos; y por lo tanto, ni aun podía reconocer á su hijo; pero me lo prometió todo para más adelante. Me encargó y suplicó la mayor reserva, así como también á los dos criados que me servían. Lamentó su imprevisión y trató de remediarla. ¿Sabe usted cuál fué el remedio? Consistió en que estando yo apenas convaleciente y mi hijo sin bautizar, nos llevó á Génova; indudablemente temía nuestra proximidad á Nápoles. Yo entonces, en mi inexperiencia, no comprendí los móviles de tan extraño proceder; después he tratado de explicármelos. ¡Quién sabe los compromisos que el duque tendría en Nápoles! Lo cierto es que mi hijo fué bautizado en Génova con el estigma de *de padre desconocido...*

La enferma prorrumpió en sollozos. El vizconde, tan honrado, tan caballero, estaba asombrado de aquel extraño relato. La desolada madre, algo más tranquila, prosiguió diciendo:

– Permanecí con mi hijo en Génova. El duque, jurándome que era para él cuestión de vida ó muerte, me suplicó que á nadie revelara las relaciones que nos unían. Se volvió á Nápoles, pero venía á verme una ó dos veces al mes. Mi hijo crecía y se desarrollaba: cuando empezó á tener discernimiento, el duque me mandó terminantemente que nunca le revelara el nombre de su padre, bajo pena de abandonarme. Eduqué á mi hijo como pude, y cuando cumplió los siete años de edad le hice asistir á una escuela municipal y aprender dibujo en la Academia pública; pues el duque siempre eludió el que ingresara en un colegio... Ahora llega lo más incomprensible. El duque dejó de venir á Génova, y redujo á 150 la pensión mensual de 400 liras que yo cobraba en casa de un banquero, diciéndome en una carta que había experimentado grandes reveses de fortuna.

– ¡Ah, señora!, exclamó el vizconde sin poder contenerse. Me parece que ha sido usted demasiado débil.

– ¿Y qué había de hacer? ¿En quién apoyarme? ¿Cómo atender á las necesidades de mi hijo, que iban en aumento? Además, mientras vivió, nunca perdí la esperanza de que el duque cumpliera sus deberes. La noticia de su muerte fué el golpe de gracia para mí. Me quedé sin recursos. Esperé algo de la testamentaría: no podía concebir un total abandono. Aproveché los restos de mi relativo bienestar para trasladarme aquí y estar más cerca de Nápoles; me enteré del testamento del duque, y ahora apelo, no por mí, por mi hijo, no á mis derechos legales, pues no tengo ninguno, sino á la rectitud de ustedes...

El vizconde, admirado y condolido, preguntó á la enferma:

– ¿De modo que su hijo de usted ignora quién fué su padre?

– ¡Lo ignoraba, pero ya lo sé!, exclamó una voz.

Y al mismo tiempo, abriendo con ímpetu la puerta de cristales, se presentó un gallardo joven de enérgica fisonomía.

La enferma dió un grito dejándose caer sobre las almohadas.

El vizconde hizo un movimiento de sorpresa.

El joven adelantóse diciendo:

– Lo he oído todo, menos de lo que necesito para pedir cuentas luego.

Y aproximándose á la cama y dirigiéndose á la enferma, prosiguió diciendo:

– ¿Conque mi padre no ha muerto hace muchos años? ¿Conque yo he tenido hasta hace poco un padre ilustre y poderoso, y tú me lo ocultabas, truncando tu porvenir y el mío? ¿Conque mi padre ha sido tan desnaturalizado, que ha permitido que tú vivas en la miseria, y yo trabaje diez horas diarias para ganar dos miserables liras, en un oficio de dudoso porvenir?

– ¡Jenaro!, murmuró la enferma.

– ¡Era hijo del duque de B... y llevo esta blusa indecente y tengo las manos manchadas con la suciedad del taller!..

– ¡Por Dios, Jenaro!, dijo la enferma pugnando por incorporarse.

– Pero mi padre, ¿era un hombre ó un monstruo? ¿Es que los grandes señores son así? Ni en la hora de la muerte se ha acordado de que dejaba una mujer perdida por él y abandonada, y un hijo condenado al trabajo, á la miseria, al crimen tal vez...

– ¡Hijo mío!, exclamó la enferma cruzando sus descarnadas manos, ¡no agraves mis padecimientos, harto he sufrido por ti!

Entonces el joven miró por primera vez al vizconde, que oyendo la justa querella de aquel hijo rechazado, no sabía qué decir, y le preguntó:

– ¿Es usted heredero de ese gran señor sin entrañas?

El vizconde era altivo y tenía la sangre viva, y molestado, menos por la pregunta que por el tono ofensivo en que fué hecha, contestó:

– Yo soy quien soy. Ese gran señor á quien usted se refiere, podrá haber cometido faltas...

– ¡Crímenes!, interrumpió Jenaro.

– Pero usted es el menos autorizado para reprochárselos...

– ¿Cómo que no, cuando era su hijo?

– Pues por eso, y porque está delante de su infeliz madre, sin respetar el estado en que se halla.

– Es que yo...

– ¡Basta!, interrumpió el vizconde poniéndose en pie. Los herederos del duque de B... son muy honrados y muy caballeros, y cumplen siempre con su deber.

Jenaro hizo un violento movimiento de cólera.

– ¡Jenaro, Jenaro, me estás matando!, exclamó la enferma.

Entretanto, el vizconde había sacado de una cartera tres billetes, púsoles sobre la mesa de noche y dijo á aquélla:

– Ahí dejo á usted, señora, sesenta liras para que pueda esperar á la decisión que acordemos mi hermano el marqués de Gualindo y yo...

– ¡Oh, caballero!

– No en vano ha apelado á nosotros; desde ahora estará usted al abrigo de las necesidades de la vida.

Dicho esto, saludando con un ligero movimiento de cabeza, salió á la pieza inmediata, y después de la habitación, precedido de la criadita.

Cuando bajaba la escalera se dijo para sí:

– Tenía razón esa pobre mujer: es un deber de justicia que cumplir.

PARTE TERCERA

I

El vizconde escribió á su hermano enterándole del estado de la testamentaría del duque de B..., refiriéndole detalladamente la visita que había hecho á la *signora* Sabina Vintimiglia y concluyendo con el siguiente párrafo: «Ignoro, como es natural, tu decisión, pero la presiento. Yo por mi parte estoy resuelto á reparar la falta de... sentido moral de nuestro difunto tío, cediendo mi parte de herencia en favor de esa desgraciada.»

El marqués le contestó diciendo:

«Haz lo que quieras: todo lo daré por bien hecho. Si te parece, cederemos á la Vintimiglia la mitad de la herencia y nos partiremos la otra mitad. Pero ten cuidado de cedérsela á ella sola; pues por lo que me has referido, ese hijo debe ser algo *lipendi.*»

El marqués había estado en Cuba y solía usar esta palabra originaria de aquel país. Ambos hermanos quedaron convenidos en todo lo tocante á la herencia, y el vizconde se puso de acuerdo con el notario del duque. Ya se ha dicho que éste había dejado un palacio en Roma, para el que había comprador, y con este motivo, el vizconde fué á la ciudad pontificia, que aún no era capital de Italia.

Roma le impresionó hondamente. Inteligente y soñador como era, experimentó la obsesión de las grandezas y de los recuerdos. *La ciudad de las ciudades* llena el pensamiento, haciéndole oscilar de una en otra fascinación. En Roma se reconstruye la historia, como que es el escenario inmenso del drama de los siglos, que ha servido de prólogo al de la humanidad civilizada. En la actualidad, desde que es capital de un gran Estado, Roma va perdiendo su color. Se viste á la moderna, y como aún conserva el sello antiguo, de resultas de esta promiscuidad ofrece un conjunto antiestético. Pero cuando la visitó el vizconde de Fenestrela, Roma era todavía la ciudad del silencio y *de las tristezas eternas,* como dijo Castelar. Entonces el bullicio moderno no ahuyentaba las antiguas memorias; era bien así como un templo en penumbra que convida á la meditación.

Por esto, en aquella soledad relativa, vagando por calles en que crecía la hierba ó por la campiña no poblada como ahora de fábricas y construcciones de todos los estilos, pasando al lado de estatuas clásicas, sin tropezar con las de Garibaldi ó Giordano Bruno, el vizconde aspiraba la antigüedad á plenos pulmones. Cada sitio le suscitaba un recuerdo. «Aquí – pensaba – se abrió la sima adonde se arrojó Quinto Curcio; allí, Mucio Scévola expuso su brazo al tormento del fuego; junto á aquella colina, Breno pesó en un platillo los destinos romanos. Esas son las ruinas en donde se refugió Nerón huyendo de sus perseguidores y en donde murió exclamando: *Qualis artifex pereet!* En aquella llanura maniobraban las legiones de Escipión el numantino y el africano. Frente á este trozo de muralla cayó muerto de un arcabuzazo el condestable de Borbón cuando *fué sobre Roma por Carlos V.*»

Lutecia y Londino, esto es, París y Londres, hoy ciudades-estrellas, eran poblaciones obscuras, residencia de procónsules romanos, y ya Roma estaba saturada de grandeza. Porque parece que la mano de la Historia sostiene sus prestigios. Desaparecieron los dioses, los emperadores, los héroes, los tribunos y las sibilas, y surgió en ella la pléyade gloriosa de los santos, pontífices, mártires y artistas. Junto á esa misma *Fuente Bovina* donde Tíbulo escribía sus versos, Cicerón meditaba sus oraciones y la sibila de Cumas recibía la inspiración de sus oráculos, Miguel Angel trazó los planos del Vaticano y Bramante la atrevida curvatura de sus arcos. Sólo para el fervoroso cristiano hay una ciudad superior á Roma: Jerusalén, y es que en Roma todo podrá ser perecedero, y en Jerusalén asienta la base de la escala de Jacob que conduce al cielo.

Al vizconde gustábale vagar por Roma á altas horas de la noche. Pasaba frente al Vaticano y creía ver el espíritu de Dios encarnado en la tierra; se aproximaba al Anfiteatro y parecíale sentir el olor de la carnaza del *Spoliarium* y los rugidos de los leones enjaulados.

Junto al Anfiteatro esperaba la aparición del espectro de Spartaco, y frente al palacio pontificio la de la sombra de Giordano Bruno; enlazando así la antigua y la nueva protesta. Y... ¡misterio psicológico!, en medio de estos espejismos, asaltábale también el recuerdo de la linda nereida del Guadalquivir en cuya barca atravesó el río. Y es que la mente y el corazón del hombre son así; aun cuando pretenden elevarse, sienten siempre la atracción de la tierra.

Hacía tiempo que había terminado su negocio de



– ¿Es usted heredero de ese gran señor sin entrañas?

la venta del palacio del duque de B..., y el vizconde continuaba en Roma, no obstante la *malaria* que se sentía incesantemente; pero una carta de su hermano le despertó de sus arcaísticos ensueños.

II

El marqués decía en ella:

«Queridísimo hermano Luis: A seguir las cosas como están, en un porvenir más ó menos remoto, tú hubieras sido marqués de Gualindo, conde de Egea, dos veces grande de España y poseedor de una renta que no es de las más flojas; todo esto sin contar con el flamante ducado de B... Pero es posible que no se realice ese porvenir. A otro que á ti vacilaría en decírselo; mas como te conozco, te lo digo sin temor de apesadumbrarte.

»Hermano mío, estoy cansado de vivir solitario como un buho (en parte por culpa tuya, y de la Restuaración, que se retrasa) y me caso. Me caso con una hija del conde de Moresquil, tan joven que yo pudiera ser su padre; tan buena, hermosa, alegre y lista, que es un encanto; si bien tiene los defectillos de ser algo excéntrica y caprichosa, de los que espero que la corregirá el matrimonio.

La conocí por casualidad y me enamoré de repente, como en las novelas. Como sabes que soy ejecutivo, le hice la corte una semana, me declaré y fuí aceptado, se la pedí á su padre y me la concedió, y ya en marcha el tren expreso, en los primeros días del mes próximo llegaremos, si Dios quiere, á la *estación de la boda*. Pero si no te viese en ella, faltaría mucho á mi satisfacción.

»Ven, querido Luis; atropella si es necesario los asuntos de esa pesada herencia; te aguarda una casa más alegre que la que dejaste, y el corazón y los brazos de quien tanto te quiere...»

Con efecto, la noticia de la boda de su hermano, no sólo no apesadumbró al vizconde, sino que en cierto modo le satisfizo. La decisión del marqués era lógica y natural; viudo y sin familia hacía muchos años, y aún en buena edad, sentía la necesidad de *la dilatación de sí propio*, frase con que Standal define el matrimonio.

El vizconde, sobreponiéndose á la fascinación de Roma, partió para Nápoles. Dos días después llegó á esta ciudad el rey Víctor Manuel, que recorría algunas provincias, y sabiendo que se hallaba en ella un sobrino y heredero del duque de B..., que había sido muy adicto á su persona, quiso verle para que le informase de la situación de España. Es de suponer que el vizconde le informaría con toda lealtad, y tal vez esta entrevista fué una de las causas predisponentes de la abdicación de D. Amadeo de Saboya.

Por más que aquél quiso *atropellar* los trámites de la testamentaría para llegar á tiempo á la boda de su hermano, no pudo conseguirlo. La nueva subdivisión de bienes en favor de la *signora* Sabina Vintimiglia dió margen á tasaciones y nuevas adjudicaciones. Además, la intransigencia del hijo de aquélla, que no se resignaba á su exclusión de la herencia, fué causa de nuevos retardos; pues no hubo medio de hacerle comprender que ni él ni su madre tenían derecho á nada, y que lo que obtuviesen se lo deberían exclusivamente á la generosidad de los legítimos herederos del duque de B...

Como el marqués de Gualindo indicaba á su hermano, aquel joven debía ser algo *lipendi*.

Resultado: el vizconde recibió una extensa noticia de la boda de su hermano, que había tenido mucha resonancia en ese hermoso pedazo de Andalucía comprendido entre Sevilla y Cádiz.

Terminó el arreglo de la herencia, como por fin todo termina en el mundo, y el vizconde pudo arrancar de Nápoles.

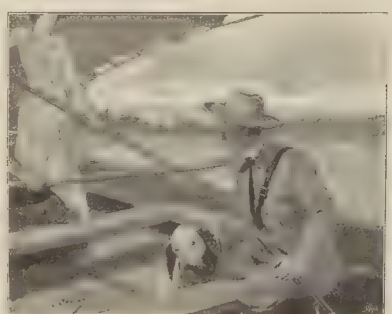
Había recibido varias cartas del marqués expresándole el sentimiento de que no hubiese estado en su enlace y dándole detalles de su feliz luna de miel.

Volvió á España por la vía de Francia para adquirir en París un regalo de gusto que ofrecer á su cuñada. Durante las pesadas horas del viaje, se des hilvanaban sus ideas en monólogos mentales. «Al fin y al cabo – pensaba, – todo el mundo se casa. ¿Será el matrimonio de mi hermano una advertencia providencial?.. También yo podría casarme. Ya tengo cinco mil duros más de renta para atender á mis obligaciones de familia, no siendo muy faustuosas... Según parece, mi hermano es muy feliz... No cabe duda de que los niños son una bendición de Dios... ¡Es tan aburrido vivir solo!»

Y recordaba unos versos de Narciso Serra que dicen:

En el mar de la vida,
náufrago el hombre,
es la mujer la barca
en que se acoge.

«Sí, ¿pero dónde está para mí esa barca,» seguía pensando, y al hacerse esta interrogación asaltábale un recuerdo que le había seguido á todas partes... «¡Es preciosa aquella muchacha! – se decía. – ¡Qué mata de pelo, qué ojos, qué piececito tan mono!..



La joven se puso á remar

Mi hermano dice que se enamoró de repente. ¡Caramba! ¿Me habrá sucedido lo mismo?.. Lo cierto es que no me explico por qué ni para qué me acuerdo tanto de aquella chicuela. ¡Toma..., para lo que se acuerdan los hombres de las mujeres!.. Pero si no sé quién es, ni siquiera si es casada ó soltera... Si es soltera tendrá novio; es imposible que no le tenga siendo tan linda... Pero ¿á qué pienso estas tonterías? Con mujeres honradas no concibo más que relaciones lícitas, y aun cuando yo quisiera... ¡La hija de un dependiente de estación!.. ¡Qué se diría!..»

Preocupado con estos pensamientos, llegó el vizconde de Fenestrela á Madrid.

III

Conservaba siempre su cuarto del hotel de Oriente, en donde tenía libros, papeles y ropa. En el hotel supo una noticia que le apesadumbró; la que fué su nodriza, á la que él pasaba una pensión, como ya sabemos, había muerto en el vecino pueblo de Villarde.

Teniendo que pasar la noche en Madrid, el vizconde trató de hacerlo del mejor modo posible. El termómetro subía; el verano en sus postrimerías se despedía calurosamente, y por esta razón determinó aquél comer al fresco en el *restaurant* del Jardín del Retiro, núcleo entonces del Madrid elegante. El jardín, siempre lleno, pues como ya se ha dicho, pocos se atrevieron á veranear á consecuencia de la guerra y de la situación política, aquella noche rebosaba en gente. Había un motivo; desde dos ó tres días antes la prensa periódica se hacía eco de trabajos revolucionarios y de complots contra la vida del rey; y como éste asistía todas las noches al Jardín, se explicaba fácilmente aquel *entradón*. Con efecto, llegó el rey con el aditamento de ir acompañado de su esposa, ¡alta novedad!, puesto que la reina Victoria nunca salía de noche de palacio. Comió el vizconde, enteróse de los rumores que corrían, dió unas cuantas vueltas, vió de lejos á los reyes, y cansado de sufrir apretones y de aspirar el polvo que levantaban las colas de las señoras de aquella época, salió del Jardín y se fué al casino.

Estaba éste casi desierto; sólo en el salón de juego unos cuantos *amateurs* trataban de desplumarse mutuamente en una partida floja.

El vizconde hojeó dos ó tres periódicos para enterarse más detalladamente de las noticias sensacionales de aquellos días; habló en un corro que tomaba el fresco al balcón, y no sabiendo qué hacer, entróse en la sala de juego. Llevaba la cartera llena de billetes de Banco, y sintió comezón de jugar. Parecía que el demonio invisible, que se cierne sobre todo tapete verde, le murmuraba al oído: «¿Por qué no juegas? Aun en el caso de mala suerte, ¿qué te importa perder algunos cientos de pesetas?» El vizconde resistió á la tentación; mas tal vez hubiese sucumbido á ella á no sobrevenir un suceso que absorbió la atención de todos. Los que estaban al balcón notaron movimiento de gente en la Carrera de San Jerónimo, sitio en donde estaba entonces el casino de Madrid, y poco después llegó á este círculo la noticia de que un grupo de hombres armados habían disparado algunos tiros al coche del rey D. Amadeo cuando éste regresaba á palacio, en la calle del Arenal, al desembocar en la plaza de Isabel II. Afortunadamente no había habido más víctima que una de las yeguas que arrastraban el carruaje.

Este acontecimiento se prestaba á comentarios, no por el hecho en sí, que no era nuevo, sino por detalles incomprensibles. El gobernador de Madrid, que lo era entonces el doctor D. Pedro Mata, había pasado por el sitio de la agresión momentos antes que el rey, vió los grupos sospechosos casi mezclados

con los agentes de policía, y no hizo nada para impedir el atentado, prefiriendo *castigar* á *prevenir*, según las ideas de aquel bendito tiempo. Esto se explica en cierto modo; mas no el que estando advertida la familia real, la reina Victoria acompañase aquella *única* noche á su esposo al Jardín del Retiro.

Puntos obscuros de aquel efímero reinado.

Al día siguiente, después de telegrafiar á su hermano, que se hallaba en Jerez, partió para Andalucía el vizconde de Fenestrela. Conforme avanzaba hacia el hogar de su hermano, alumbrado á la sazón por la luna de miel, asaltábanle con más frecuencia sus vagas aspiraciones á crearse una familia. A medida que se aproximaba al «rey de los otros ríos caudaloso,» recordaba con más intensidad á la nereida que había visto nadar en sus aguas.

Llegó á Jerez; el marqués le esperaba en la estación, y ambos se dirigieron á la casa palacio de éste. Era un edificio antiguo y extenso, y como muchas casas de Andalucía solariegas, tenía un gran patio rodeado de una galería, sobre la cual destacábase otra en el piso principal. Los criados descargaron en el patio el equipaje del vizconde, y cuando éste y su hermano daban órdenes para su traslación, oyóse en la galería superior una voz fresca y argentina que cantaba. Entonces el marqués, mirando á lo alto, gritó:

– ¡Ana-María!

– ¿Qué quieres?, contestó la voz.

– ¡Baja en cuanto puedas: está aquí mi hermano!

Pocos momentos después, sintióse el ruido del roce de una falda, y se presentó en el patio una encantadora joven que se aproximó al vizconde tendiéndole una mano. Él apenas acertó á estrecharla, porque, trémulo de emoción, tuvo que apoyarse en un pilar de la galería.

Ana-María, la marquesa de Gualindo, y Mariana, la gentil y risueña barquera del Guadalquivir, eran una misma persona.

IV

Ahora dejo hablar á Gustavo Bécquer, que nos contaba esta historia en el gabinete Pompeyano.

– Señores, nos dijo, ruego á ustedes que repriman su justa curiosidad hasta mañana, porque tengo una cita, y me marcho. Mañana referiré á ustedes el... *ocaso* del vizconde de Fenestrela, más rápido, más interesante y pasional que el de los *dioses del Niebelungo*. ¡Que nadie falte! Traeré documentos justificativos.



Y se presentó en el patio una encantadora joven

Al día siguiente nadie faltó; todo cuanto se refería á aquel joven tan amable y tan caballero nos interesaba; así fué que cuando estuvimos reunidos, nos agrupamos en torno de Bécquer, que se expresó en estos términos:

«Como he pasado el verano en Jerez, he tenido el gusto de ver con frecuencia al vizconde y á su hermano, que es bellísima persona; pues, ó bien juntos, ó cada uno de por sí, venían de vez en cuando al *Emporio de los vinos*. Fuése aquél á Italia, con motivo de la herencia del duque de B..., y no volví á verle hasta fin de agosto. Pasó en Jerez algunos días. Venía dorado por el sol de Italia y de buen aspecto. Sin embargo, yo notaba en él algo de particular; estaba triste y distraído, y no jugaba, y eso que en el casino había una partida que encendía lumbre.

»Después de una corta ausencia volvió á Jerez, y yo quedéme admirado de lo mucho que había cambiado en tan corto espacio de tiempo. Estaba flaco y muy pálido, y á su anterior distracción habían sucedido una especie de inquietud é irritabilidad nerviosas. Cuando yo le hablaba de su familia procuraba eludir la conversación. Se ausentó y regresó á Jerez á los ocho ó diez días en un aspecto lamentable; sus ojos estaban rodeados de un círculo cárdeno, sus orejas se transparentaban como las de los tísicos y había desaparecido la pulcra elegancia de su traje.

»Una tarde que paseábamos por las afueras de la ciudad, no pude contenerme y le pregunté:

– »¿Qué tiene usted, vizconde? A usted le pasa algo gordo.

– »¿Lo sé yo acaso?, me contestó moviendo convulsivamente los brazos.

»Le insté á que me confiase su pena; me la dijo; ustedes la habrán adivinado. Aquel pobre joven, predestinado á luchar con sus pasiones, estaba ciega y *perdidamente* enamorado de la esposa de su hermano. En los días siguientes se desbordó su corazón; hablaba á intervalos conmigo y á veces abstraído en monólogos: era un delirio. «¡Esa mujer – decía – absorbe mi pensamiento y abrasa mi carne con sus caricias de hermana!»

»Volvió á ausentarse de Jerez, y á los pocos días leí en un periódico de la localidad lo que van ustedes á oir: traigo documentos justificativos.»

Y Bécquer, sacando un periódico del bolsillo, leyó lo siguiente:

«Tenemos que comunicar á nuestros lectores una triste noticia; el vizconde de Fenestrela, hermano del marqués de Gualindo, bañándose en el Guadalquivir, como solía hacerlo en estos días de calor, ha muerto ahogado; ¡cosa rara!, porque el vizconde era un gran nadador. Pero ¿quién está libre de un vahido ó de un calambre? Ayer tarde, después de pasear en compañía de su hermano, se metió en el río, y hoy al amanecer ha sido encontrado su cadáver en aguas de Villaverde. Ocioso es encarecer lo sensible de esta desgracia, supuesto que el vizconde era tan conocido y apreciado; ha muerto en la fuerza de la juventud y dotado de todos los prestigios de la naturaleza y de la fortuna. Esperábale un gran porvenir si se realiza el fausto suceso que todos esperamos. ¡Misteriosos tejidos de la suerte!

»Daremos más pormenores. Entretanto enviamos nuestro sentido pésame á la familia de Gualindo.»

Bécquer acabó de leer. Todos quedamos silenciosos y pensativos, hasta que Ramón Correa, con su habitual locuacidad, exclamó:

– ¡Oh, agua, agua, pérfida como la mujer!, según dijo el poeta.

– No, replicó Bécquer; el agua fué inocente de la catástrofe, como lo prueba esta carta que confío á la discreción de ustedes.

Y nos leyó la siguiente que, aunque breve, es un poema:

«Amigo Bécquer, ni por *ella* faltaré al honor: voy á ahogarme en el Guadalquivir.»

Calló Bécquer y volvimos á enmudecer todos: nuestro silencio de conmoción fué el más elocuente homenaje fúnebre al vizconde de Fenestrela.

F. MORENO GODINO.

EL CULTIVO DE LOS CRISANTEMOS Á LA JAPONESA

Los japoneses, que durante mucho tiempo se han mostrado apasionados por el cultivo que empequeñece los grandes vegetales, han presentado este año, con motivo de la Exposición de París, una novedad de un género muy distinto con los crisantemos de gran desarrollo. Todos los aficionados á estas flores saben que hay el cultivo á la francesa, el más natural de todos, por el cual se obtiene de la planta tan de moda desde hace algunos años una producción abundante de flores de tamaño ordinario, y el cultivo á la inglesa, que sólo deja á cada planta tres ó cuatro tallos completamente desprovistos de falsos botones, cuidándola luego en estufa con abonos químicos y riegos especiales para que produzca, sobre todo teniendo en cuenta los concursos de horticultura, flores de un tamaño exagerado, hasta de 20 y más centímetros de diámetro. Por el procedimiento inglés se logran pocas flores, pero de dimensiones fenomenales; por el francés, muchas flores que bien cultivadas son de tamaño bastante grande.

Los japoneses han inventado un tercer cultivo del crisantemo. Desde 1893 el jardinero jefe de los jardines imperiales de Tokío ha encontrado la manera de procurar al crisantemo, sin distinción de variedades, una abundancia prodigiosa de flores de tamaño tan grande, por lo menos, como las que se logran con un buen cultivo á la francesa. Y como esta abundancia se traduce en cifras de 200, 300, 500 flores (en 1897 una planta produjo 960), este solo dato basta para comprender que se trata de un trabajo sumamente especial cuyo estudio ofrece cierto interés. Este trabajo se divide en dos fases; el cultivo en la tierra y el envase, de las cuales á los aficionados sólo puede interesar la primera, por ser la segunda demasiado meticulosa.

El crisantemista japonés opera, según hemos dicho, con todas las variedades que produzcan muchas flores. Siendo la planta anual, puesto que si bien se perpetúa por renuevos muere después de haber dado sus flores, el jardinero se procura lo más pronto posible, en noviembre, por ejemplo, un buen vástago que cuida bajo vidriera, procurando darle la mayor fuerza. Un primer desmoche le da tres ó cuatro tallos; otros desmoches sucesivos harán nacer otros; al jardinero corresponde saber distinguir entre los renuevos de buen medro y los que prosperarán poco. Al llegar la primavera, la planta se coloca en la tierra. Una de las dificultades de este cultivo es que teniendo la planta tantos tallos, no hay que pensar en trasplantarla á menudo, y como el crisantemo consume mucho, es preciso alimentarlo artificialmente con abonos químicos, procurando que la tierra no se endurezca.

Cuando está plantado en tierra, es preciso colocar estacas en cada uno de sus fuertes tallos, y á medida que salen los falsos botones se les hace saltar con la uña, á fin de conservar solamente el botón terminal. En el Japón se han obtenido plantas de 2'75 metros de altura; pero aun suponiendo que sólo se llegue á 1'75 metros, como en los que se cultivaron en el jardín de la Villa de París de la citada exposición, el resultado es ya notable. La planta con su rodrigón puede tener un metro de diámetro, de modo que sólo puede cultivarse en jardines de cierta importancia.

Es curioso el procedimiento que siguen los japoneses cuando para adornar algún salón quieren arrancar una copa tan enorme y llevársela. Para ello colocan una especie de enrejado horizontal hecho con listones de madera y apoyado en la cuba, y cogiendo cada tallo le hacen recorrer el listón en toda su longitud para luego levantarlo por medio de un bambú hendido, fijado al listón y mantenido en posición vertical por medio de hilos invisibles que unen entre sí los rodrigones. El jardinero coge pacientemente tallo por tallo y con infinitas precauciones, pues el crisantemo se quiebra como el cristal, lo dirige, lo ata y lo levanta á la altura que quiere sin que una flor salga más que otra, y acaba por hacer con una sola planta una cesta de dos ó tres metros de diámetro.

El resultado es sorprendente y el golpe de vista que presenta la planta es realmente magnífico.

Como último detalle diremos que los ejemplares expuestos en el Trocadero por los jardineros del emperador del Japón eran de procedencia francesa, pues las variedades indígenas en estado de renuevo habían sufrido mucho y las semillas no proporcionaron á tiempo los ejemplares necesarios. – X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA PARA 1901. – Es tan conocido el popular periódico que publica en Barcelona D. Antonio López y tan grande el éxito que cada año obtiene el Almanaque del mismo título, que basta anunciar que el libro ha aparecido para que el público agote en poco tiempo la edición. Como los anteriores, el almanaque de este año contiene multitud de trabajos literarios y artísticos de todos géneros, firmados por los primeros literatos catalanes y por los mas notables artistas, no sólo de Cataluña, sino del resto de España, y lleva una preciosa portada del célebre Mucha. Véndese á una peseta.

MATERIAL Y DOCUMENTOS DE ARTE ESPAÑOL. – La casa editorial barcelonesa de A. Parera ha comenzado la publicación de esta obra que, como su título indica, tiene excepcional importancia, puesto que será una recopilación cronológica de detalles artísticos de escultura, arquitectura, grabados, vidrios, cerámica, ebanistería, cerrajería. bordados, miniaturas y cuanto se relaciona con las industrias decorativas y las Bellas Artes en España, clasificados por orden alfabético. Se publicará un número cada mes con ocho láminas en fototipia, autotipia, zincografía, litografía y fotolitografía, y el precio de suscripción al año es de 18 pesetas. La obra se publica bajo la dirección de Mira Leroy, y los tres primeros cuadernos hasta ahora publicados bien pueden calificarse de notabilísimos, así por lo escogido de los detalles artísticos como por la perfección con que están reproducidos.

BATURRADAS, por *Alberto Casañal Shakery*. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este popular escritor aragonés, dedicándoles elogios que se merecen: Casañal ha sabido crear un género, hacerse en literatura una personalidad propia y ha conseguido con ello conquistarse un público que, amante del chiste culto é ingenioso, se regocija con la lectura de sus libros. En *Baturradas* se admiran una vez más el gracejo, la espontaneidad, el espíritu de fina observación con que el autor retrata con unos cuantos rasgos un tipo y describe sin exageración, sin toques fuertes una escena: leyéndolas se pasa un rato delicioso, y esta es la mejor alabanza que puede hacerse de la última obra de Casañal. El libro, que forma un tomo de 158 páginas con bonitas ilustraciones de Ibáñez, ha sido editado en Zaragoza por Agustín Allué y se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Mundo Latino, periódico quincenal barcelonés; *La Opinión postal y telegráfica*, revista científica, literaria y de noticias barcelonesas; *La Medicina Científica en España*, revista mensual de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica en Barcelona; *La práctica de farmacia*, periódico quincenal barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *La Aurora*, periódico semanal de Puerto de Cabras (Canarias); *Avant sempre-Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *El Mensajero*, revista dominicana; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de San Salvador.



Caballos en el baño, cuadro de Luisa Kemp-Welsh

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 10 de diciembre de 1900 — Núm. 989

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PREPARANDO LA CENA, cuadro de Pablo Pascal,

SUMARIO

CRÓNICAS UNIVERSALES

POLONIA Y SU LITERATURA

En este momento, los intelectuales de la vieja Europa comulgan con las obras de Sienkiewicz, como comulgaban hace dos lustros con las novelas de Tolstoi, y como han comulgado últimamente con las de d'Annunzio.

Nuestras generaciones, ávidas siempre de novedad, olvidan pronto los ídolos de ayer para rendir culto á los de hoy, que á su vez serán relegados al olvido para la glorificación de los de mañana.

Aprovechemos el momento en que Sienkiewicz es el ídolo universal, para exponer aquí algunas de las reflexiones que nos ha sugerido la lectura de *Quo vadis?* y *Sin dogma:* únicas obras que conocemos del célebre autor polonés, pues no contamos *La familia Polianiecki*, que el *Temps* publica en su folletín.

Quo vadis? fué una deslumbradora revelación. Esta novela de los tiempos neronianos, maravilloso fresco histórico, puso en plena gloria, con la aureola del genio, la literatura polonesa.

Y Sienkiewicz, considerado como la personificación más genuina de esa literatura, ofreció á nuestro gusto estragado una nueva y rara sensación de arte.

Desde Jorge Sand y Gustavo Flaubert, desde Ernesto Renán y Alejandro Dumas hijo, la Europa intelectual no había experimentado en grado tan superlativo la dulce y fuerte conmoción de los goces estéticos.

De entre las brumas del pueblo eslavo surgía un ideal que iba dominando el hastío latino y la rudeza germánica.

Por cima del procedimiento fotográfico de Turguenef, del realismo de Dostyievski y del misticismo simbólico de Tolstoi sobresale la impresionable figura, verdaderamente humana, de ese escritor lleno de sinceridad, que refleja el alma de todo un pueblo.

Sienkiewicz, que había atestiguado la fuerza de su genio en *Quo vadis?*, ha revelado con el *Sin dogma* su delicadeza y su penetración sentimental.

¡Cómo deja atrás á las mujerzuelas neuróticas y á los monigotes de frac y corbata blanca de Bourget, lo mismo que á las creaciones amables y ficticias en que se complace el dandinismo del Sr. d'Annunzio, fabricante de alegorías vestidas á la última moda!

Los personajes de Sienkiewicz son de carne y hueso, y diríase que circula sangre nuestra por sus venas. Detrás de la fisonomía polonesa de ese León Ploszowski, que nos transmite la narración autobiográfica de *Sin dogma,* no es difícil reconocer un tipo universalmente humano.

¡Con qué claravidencia intuitiva se analiza y se conoce á sí mismo cuando acusa á la *improductividad* eslava!

Y es la confesión de toda una época y de todo un pueblo lo que murmura á nuestro oído, en esa novela que parece una historia del alma referida en el tribunal de la penitencia.

«Sí – dice; – hay en nosotros algo de estéril, cierta ineptitud congénita para producir todo aquello de que nos sentimos capaces. Dios nos ha provisto de arcos y de flechas, pero nos ha negado los medios de tender la cuerda y lanzar los dardos.»

NERÓN SE PREPARABA Á ENTONAR UN CANTO

Muestra de los grabados de nuestra edición de *Quo vadis?* que próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la «Biblioteca Universal.»

De ahí esas veleidades que degeneran en enervamiento y en impotencia. De ahí esa exaltación romántica, cuyos ardores no pasan de ser filosóficamente especulativos.

Así como á las estepas de esa región, de fugaz horizonte, se las ha definido diciendo que son «diez leguas de nada», así puede decirse del alma polonesa, que no tiene deslindes precisos y determinados, condenada como está al emblemático reparto que realizan los rusos, los prusianos y los austriacos.

Sin dogma, detrás de la aventura amorosa y la miseria sentimental de León Ploszowski, «genio sin cartera,» evoca el pasado y anuncia el destino de ese pueblo caballeresco, conducido orgullosa y ciegamente á la ruina por una aristocracia presuntuosa.

A costa de todo eso, el protagonista del libro, en medio de sus embriagueces de ternura, representa á la masa de sus compatriotas.

Éstos se entregaron á la política, como aquél se hizo esclavo de la pasión, bajo una forma igualmente metafísica y nebulosa.

De modo que no es solamente el hijo voluptuoso del siglo eslavo, sino que es también su hermano intelectual, el propio Sienkiewicz, quien nos hace esta profesión de fe, radical é irreductible:

«El amor platónico es un contrasentido. Equivale á buscar una luz que no alumbra.»

Toda la novela gira á tientas en torno de esa tentativa. León Ploszowski ha amado. Su prima Angela se negó á casarse con él siendo soltera, y León trata de conquistarla después de casada.

Sin dogma, diario de una conciencia desesperada y sin brújula, resume los anales melancólicos de esa tenaz persecución.

Cada vez que el protagonista se halla á punto de lograr su objeto y alcanzar la dicha, el fantasma se le escapa de los brazos, como en los infiernos virgilianos la sombra de Dido esquiva las súplicas de Eneas.

Esa conmovedora narración psicológica es un tenaz apetito que no llega nunca á verse satisfecho por la posesión del objeto deseado.

El pobre León se verá reducido á sacrificar eternamente su amor por amor mismo. Cada uno de sus actos implicará el holocausto de un deseo. En vano se entregará á la ritual observancia de un éxtasis continuo, y lanzará suspiros que serán plegarias, llamando á Angela «su pequeño dogma de largas pestañas.» Ella ama y se negará á confesarlo, privándose de la felicidad. Como Galatea, se refugiará bajo los sauces, no para dejarse coger, sino para evadirse con presteza.

«Las polonesas – ha dicho Sienkiewicz – son las mujeres más exigentes y fatigosas de la tierra.» León Ploszowski habrá agotado sus fuerzas esperándolo todo sin conseguir nada. El suplicio de Tántalo se habrá renovado para él.

Ese enamorado, que nunca ve satisfecho su deseo, parece un «Anacreonte polonés» consagrando su vida á forjarse ilusiones, á escribir y á contarnos voluptuosas fantasías, sin que éstas pasen nunca de su imaginación á la realidad.

«Pertenezco – dice – á esa clase de seres llamados solitarios. A esto se añadían en mí una timidez y una impresionabilidad inauditas. Mi corazón tenía la sensibilidad de la mimosa, cuyos pétalos se contraen al más ligero contacto.»

Y asistimos á los movimientos, sucesivamente expansivos y contractivos de esa sensitiva.

Sienkiewicz, y en eso su idealismo se aproxima, dominándolo, al sensualismo pagano de d'Annunzio, ha elevado en *Sin dogma* un monumento piadoso en honor de la Belleza.

«Concibo – nos dice – que la Belleza, tomada en su acepción general, pueda en rigor servirnos de religión.»

Pero el devoto llega en breve á dudar de las ceremonias, de los milagros y de las indulgencias de la fe que practica.

En un movimiento de impiedad transitoria exclama: «¡Bonita religión, á fe, la que una pulmonía hace vacilar y un grano en la nariz puede destruir!»

El día en que profiere esta blasfemia, el postulante ha debido solicitar en vano los favores de la santa de su devoción.

El doloroso encanto que se desprende de esa obra voluptuosa en su castidad, es que el amor circula en ella como la sangre en el organismo. Es el soplo que anima á la materia. Tiene el don admirable de comunicar la vida y aun de ser la vida misma, como también el de engendrar la muerte, alternativamente adorado y aborrecido.

Pocas páginas de prosa hemos visto sometidas á la traducción que hayan conservado ese poético atractivo. Pocos autores, en las literaturas clásicas, han lanzado al cielo el himno amoroso con una mezcla tan febril de alegría y desesperación.

La pasión es celebrada con ese fervor casi furioso que la Polonia ha desplegado en todas las manifestaciones de su genio nacional y de su imprevisión hereditaria, en las querellas de su política y el enervamiento de sus amores, como en la embriaguez de sus danzas.

A través de las páginas de *Sin dogma,* nos sentimos arrastrados por un torbellino, en un vértigo de sentimentalismo loco.

Es una apoteosis de la mujer, idolatrada hasta en los tormentos que ocasiona; es un canto extático, bajo efluvios de amor. Y sin el amor, «la vida nada vale» para el alma tierna de la Polonia.

JUAN B. ENSEÑAT.



Nueve años han transcurrido desde que M. Ralph Peacock hizo su primera aparición ante los tribunales de la crítica, públicos y privados, reconocidos ó anónimos, y nunca ha dejado de obtener de ellos, de año en año, un justo y sincero estímulo.

Pocos son los que tienen la suerte de alcanzar así de una vez merecido éxito sin el menor auxilio de nadie; y es interesante notar que Mr. Peacock debe mucha de su buena fortuna á su temperamento, que difiere considerablemente del de la mayoría de los artistas. Es á la vez plácido é impetuoso; tiene paciencia á la par que ambición; comprende cuándo debe detenerse, y se contenta con adelantar poco á poco. No es su costumbre perder el tiempo esforzándose para apresurar una obra más de lo que razonablemente puede esperarse; he aquí por qué sus lienzos tienen siempre el encanto de la frescura, son espontáneos y no revelan jamás la fatiga ni la precipitación que acusan los trabajos de los artistas jóvenes. Apresurarse demasiado es el más seguro medio para no alcanzar el éxito.

Y hay en esto algo más de lo que está visible en la superficie. Por regla general, el temperamento estético es tan inquieto y tan crítico de sí propio, que aquellos que están dotados de él, rara vez tienen paciencia suficiente, cuando son jóvenes, para vivir solos. Casi siempre olvidan que las faltas que se deben á la inexperiencia son inevitables, y que un talento genuino para el arte prospera más si se le permite desarrollar sus fuerzas espontáneas libremente, sin la menor perturbación. El que se olvida de esto, adolece de lentitud y pesadez y pierde un tiempo precioso en una obra de poca importancia que carece de su primera frescura, de sentimiento y de entusiasmo.

¿Por qué olvidan algunos que siempre será mucho más fácil educar la facultad del crítico que ser hábil en el manejo del pincel, puesto que los ojos y el cerebro trabajarán siempre más que la mano? Si se tuviera constantemente en cuenta esta consideración, como debería hacerse, los artistas jóvenes de talento, aunque no satisfechos de sus producciones, al fin harían un esfuerzo determinado para no esclavizarse al enojoso deseo de repintar lo que les desagrada después del sueño de cada noche, lo cual llega á ser una mala costumbre del pensamiento, debilitante y morbosa.

Largo tiempo hace, en los buenos períodos del arte flamenco é italiano, se evitaba en lo posible el peligro que ocasionaba el temperamento estético, gracias á la severidad que se observaba en el curso práctico con los que estudiaban las bellas artes, bien fuesen alumnos en las escuelas ó aprendices de famosos maestros. Bajo una enseñanza continua, á manera de obreros, y sometidos á una disciplina que enseñaba á tener paciencia y á ser obedientes, adquirieron maestría en el manejo de sus pinceles. Sus manos estaban amaestradas ya cuando llegaron á penetrar seriamente en los problemas intelectuales del arte, y así tuvieron la fortuna de llegar á ser hábiles antes de aspirar á la independencia como artistas creadores.

Algunos creen que este sistema de enseñanza se podría reavivar con buen éxito; y no ven que está completamente en oposición con el carácter de nuestro tipo democrático de la sociedad.

Para bien ó para mal, el espíritu de la edad es un estímulo tan poderoso para los que desean la libertad del pensamiento y la independencia de acción, que siempre tiende á que tengamos presente el derecho que nos asiste para emplear nuestra inteligencia y talento sin temor á ninguna autoridad. En el mundo del arte, esta consciencia propia se expresa de diversas maneras desgraciadas: así, por ejemplo, es creencia, demasiado común entre los estudiantes, que un profundo conocimiento de los antiguos estilos dificulta el desarrollo de nuevas formas, y esto sería como pensar que la lectura de Shakespeare y de Milton perjudicaría á la originalidad de un Kipling ó un Meredith.



DOS HERMANAS, cuadro de Ralph Peacock

***

Esta falsa noción en cuanto á la influencia del conocimiento en la formación de diferentes estilos nos lleva otra vez al punto de partida, porque á la verdad estimula esa impaciencia que induce á los jóvenes artistas á intentar mucho más de lo que sus alcances les permiten ejecutar.

Afortunadamente Mr. Peacock ha sido siempre una excepción de esta regla; su sabia moderación no le ha costado sin duda ningún esfuerzo á causa de su temperamento; pero aun así, tal moderación es digna de notarse como ejemplo de que la mayoría de los pintores jóvenes podrían imitarle si se acostumbraran á dominarse.

Mr. Peacock nació en Wood Green, Londres, en 1868; por parte de su padre es de origen inglés, pero su madre era escocesa; del carácter materno no ha conservado más que la fría calma que le permite vencer donde tantos han fracasado.

En 1882, á la edad de catorce años, asistió á la Escuela de Bellas Artes de Lambeth, y durante largo tiempo trabajó allí dos veces á la semana por la noche, estimulado por su padre, que trabajaba en la misma clase. Entretanto, se preparaba durante el día para dedicarse á la carrera administrativa, y no tuvo la menor idea de ejercer el arte como profesión hasta que alcanzó la edad de dieciocho años. Entonces fué cuando el difunto John Petie, el conocido pintor escocés, después de haber visto un retrato de estudio, no solamente le aconsejó que perseverara en sus estudios artísticos, sino que habló al padre, infundiéndole tantas esperanzas de que la carrera de su hijo en el arte le sería más ventajosa que ninguna otra, que al fin se resolvió dedicar á su hijo seriamente á la pintura.

Con este objeto le envió primeramente á la Escuela de Arte de St. John's Wood, donde trabajó activamente durante un año; y después, en 1887, pasó á ser alumno en las Escuelas de la Real Academia. Ha sido durante mucho tiempo costumbre hablar desdeñosamente de estas escuelas, y por lo tanto es digno de notarse que Mr. Peacock no es uno de sus

críticos adversarios. Piensa de ellas siempre por el estilo de la mayoría de los estudiantes de la Universidad cuando se acuerdan de sus antiguos colegios; conserva agradables memorias de su *alma mater;* y dígase lo que se quiera sobre así como de dibujo anatómico y composición de pintura. El lienzo que pintó ha sido descrito como una obra de escuela, como una pintura de concurso, y considerada como tal nada deja que desear. Sin duda que la historia represen-



Retrato de niña, por Ralph Peacock



Retrato de niña, por Ralph Peacock

el sistema de enseñanza, es lo cierto que él tuvo en las escuelas numerosas oportunidades de trabajar entre estudiantes cuyos métodos no se parecían al suyo propio y cuyas aspiraciones á la competencia convertían en juego sus pinturas.

Prescindiendo de esto, los notables progresos de Mr. Peacock y de varios de sus compañeros, como por ejemplo Mr. Gerald Moira, probaron ciertamente que la Academia era muy favorable como institución escolástica.

En 1890 Mr. Peacock dejó de asistir de día á la clase, y en parte ilustrando libros y dando lecciones tres días á la semana en una escuela, se arregló para ir viviendo, mientras que tomaba parte en la competencia bienal para la bolsa de viaje y la medalla de oro en el concurso de pintura de historia. El asunto elegido fué «Victoria,» y á cada competidor se le dejó en libertad de tratarle como quisiera desde el punto de vista histórico ó imaginativo, esperando así una lucha muy empeñada. Importa notar que Mr. Peacock vaciló algún tiempo sobre la elección del tema. Primeramente pensó poner en el lienzo una radiante figura de la Verdad, rodeada de cierto número de formas humanas que representasen las ilusiones del hombre y sus más mezquinas pasiones; pero muy pronto se convenció de que éste no era un buen asunto, y en su consecuencia le desechó para escoger otro mejor, en el que pudiera demostrar en toda su extensión el conocimiento que había adquirido en las escuelas: el estudio de perspectiva y de arqueología,



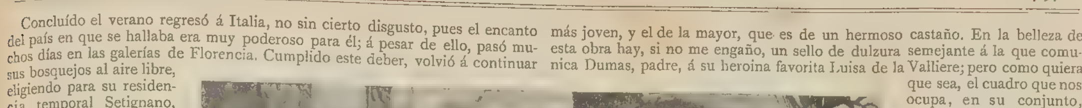
Don Quijote y Sancho Panza, cuadro de Ralph Peacock

tada tiene carácter dramático, pero de una manera fría que adolece del defecto de ser demasiado académica; sin embargo, la entonación es vigorosa, el color muy bueno, y el asunto, lleno de vida, revela mucha imaginación. El jurado de académicos declaró, ciertamente con justicia, que Mr. Peacock había vencido las mayores y más numerosas dificultades, y por esta razón se le otorgó la medalla de oro y la bolsa de viaje.

***

Durante su ausencia de Inglaterra, que duró cerca de un año, Mr. Peacock vió muchas ciudades históricas é hizo numerosos bosquejos del natural, todos notables por sus toques artísticos y la feliz elección de los asuntos. Después marchó á Gibraltar, trabajó en Tánger, y durante seis semanas permaneció en Granada, que se había propuesto visitar, y pintó las ruinas de los monumentos árabes.

Hacia mediados de mayo de 1892, Mr. Peacock salió de España embarcándose para Génova; viajó por Florencia y Venecia; vió que el tiempo era frío en las montañas de Suiza y establecióse en el pueblo de Wasen, situado junto á la falda de una colina en el valle de San Gotardo, á medio camino entre la refrescante fertilidad de las tierras bajas y la aridez de las alturas. En Wasen, durante el verano, Mr. Peacock estudió los maravillosos efectos de luz y sombra observados en las montañas, y también completó, para enviarlo al Instituto de Pintores al Oleo, un magnífico paisaje muy característico de los alrededores del pueblo en que habitaba.



Concluído el verano regresó á Italia, no sin cierto disgusto, pues el encanto del país en que se hallaba era muy poderoso para él; á pesar de ello, pasó muchos días en las galerías de Florencia. Cumplido este deber, volvió á continuar sus bosquejos al aire libre, eligiendo para su residencia temporal Setignano, pueblo inmediato á Florencia. Allí fué donde pintó su cuadro titulado *Vacas escarbando la tierra*, que llamó la atención de la Academia en 1893.

Después, Mr. Peacock visitó Perusa, Siena, Roma, Nápoles y otras varias ciudades, permaneciendo en Italia unos cinco meses.

Los felices resultados de su actividad se hicieron pronto evidentes cuando volvió á Inglaterra y estableció su taller en Londres.



EN BUSCA DE HOGAR, cuadro de Ralph Peacock

En 1893 expuso en la Real Academia, además del cuadro antes citado, un trabajo humorístico que representaba un árabe disputando acaloradamente con un negro, que con cómica seriedad pronuncia estas palabras del Korán: «A la verdad que el hombre ha sido creado muy impaciente; cuando la cólera le impulsa, todo en él son quejas.» Esta escena es de un efecto realmente cómico, y la ejecución tiene algo de la vigorosa frescura de un bosquejo hecho al aire libre.

Al año siguiente, en 1894, la principal pintura que presentó á la Academia fué *Don Quijote y Sancho Panza*, que reproducimos. El caballero y su escudero acaban de salir de un sombrío pinar; es de noche, y á lo lejos á la izquierda se ven más allá del bosque varias colinas, en las cuales se reflejan los últimos amarillentos fulgores del crepúsculo. Sancho está rendido de cansancio por las aventuras de aquel día y Don Quijote declama con una especie de entusiasmo heroico.

Se notará que esta concepción del *Don Quijote* es muy elevada; no hay nada ridículo en ella, y no se podría decir esto sino de pocas pinturas de «la estrella errante de la caballería.» Carlos Lamb ha criticado mucho las figuras de varios artistas que representaban á Don Quijote; pero el trabajo de Mr. Peacock no ha merecido la menor censura. Cierto que por varios conceptos su pintura se puede criticar, pero los pequeños defectos que contiene son eclipsados por las numerosas bellezas de esta composición.

De los tres últimos cuadros de carácter subjetivo pintados por Mr. Peacock, *En el bosque, Dos hermanas* y el caprichoso lienzo titulado *La falsa*, los dos primeros pueden verse reproducidos en las páginas 795 y 797. El estilo en cada uno de ellos ha ido madurándose, llegando á ser realmente el de un verdadero pintor y no el de un joven artista recién salido de las escuelas. *En el bosque*, cuadro que se expuso el año último en la Academia, representa á una joven campesina sentada debajo de un árbol del bosque; su vestido es de color de púrpura, el mismo de las flores que adornan sus cabellos; en el fondo hay verde musgo, cuyos tonos recuerdan la primavera, y el conjunto es muy armónico. Este cuadro, de grandes atractivos, es de hermoso colorido, tierno y sentido hondamente, y está muy bien pintado. Ahora pertenece á la Galería de Perth, en la Australia Occidental.

EN EL BOSQUE, cuadro de Ralph Peacock

En cuanto á *Dos hermanas*, el efecto general de su colorido es indescriptible: los vestidos están sombreados de gris y el fondo tiene un tinte de caoba, color que contrasta admirablemente con la delicadeza de los tonos de las carnes, y también con los dorados cabellos de la hermana más joven, y el de la mayor, que es de un hermoso castaño. En la belleza de esta obra hay, si no me engaño, un sello de dulzura semejante á la que comunica Dumas, padre, á su heroina favorita Luisa de la Valliere; pero como quiera que sea, el cuadro que nos ocupa, en su conjunto, constituye uno de los mejores y más bellos que Mr. Peacock ha pintado. Dentro de poco figurará este cuadro en la Colección Tate, pues el artista acaba de presentarle á nuestra Galería Nacional del Arte Británico.

Otra de sus pinturas y una de las que más ha llamado la atención es la titulada *La falsa:* lleva el siguiente epígrafe: «Una rosa, una paloma, una serpiente, un poco de miel y un puñado de arcilla,» que está tomado de una monografía de Mr. William Smart acerca de las «Mujeres hermosas en Pintura y Poesía,» fechada en el año 1894, en la cual se lee lo siguiente:

«En un principio, dijo un poeta persa, Alá cogió una rosa, una lila, una paloma, una serpiente, un poco de miel, una manzana del Mar Muerto y un puñado de arcilla. Cuando contempló aquella amalgama vió que era una mujer, y entonces quiso analizar estos constituyentes, mas ya era demasiado tarde. Adán la había tomado por esposa, y la humanidad había comenzado á existir. Al cabo de algún tiempo hubo muchas discusiones entre las hijas de Eva y los hijos de Adán; y entonces Satanás llamó aparte al hombre y explicóle que la mujer había obrado sin razón y precipitadamente; que le había tentado antes de que la manzana estuviese madura, y que era un inocente digno de compasión. Además añadió que si ella hubiese esperado un poco todo habría ido bien; pero tal como era, la rosa tenía una espina, la lila una tendencia á ser frágil, la paloma no había perdido su timidez, la serpiente había conservado sus colmillos y su veneno, la miel podía perjudicar, la manzana del Mar Muerto estaba casi llena de polvo, y la arcilla era correosa, difícil de manipular é inútil para todo.»

Llamándole la atención este pasaje (podemos suponer que Mr. Smart es el mismo poeta persa), Mr. Peacock trató de pintar ese tipo de mujer joven que correspondiera al espíritu de su significado; pero la elección del título es realmente asunto de poca importancia; la pintura misma es admirable cuando se considera como obra de arte, y por lo tanto el nombre es lo de menos. En 1898 esta pintura fué premiada con medalla de oro en la exposición internacional de Viena.

Como retratista, vemos en Ralph Peacock al verdadero maestro en este arte que tantas dificultades entraña, según podrán apreciar nuestros lectores en las dos muestras que con el presente artículo se reproducen. En todos los retratos que de su pincel salen se admira un sello de distinción, de gracia, de elegancia, y el que, no contento con la impresión de momento que su contemplación produce, quiera ahondar en el estudio crítico de los mismos, observará que el artista no se satisface con reproducir los caracteres físicos de la persona retratada, sino que logra además expresar el carácter, el modo de ser moral de cada individuo. Los dos encantadores retratos de niñas que publicamos son la mejor prueba de lo que decimos.

Mr. Peacock, en suma, figura hoy con justicia entre los mejores pintores ingleses y sus obras son la admiración de cuantos las conocen. — WALTER SHAW SPARROW.



Miró á Daniel, que aún saludaba al pañolito blanco

JOSELETE EXPÓSITO

(CUENTO)

Amanecía. En la estación desierta, de tierra ennegrecida por largos regueros de carbón, reinaba el silencio profundo y triste de un gran taller abandonado.

Daniel Ferreti, con la gorra de seda negra sobre los ojos adormilados, entró en la factoría; allí estaban ya los mozos de servicio, con las caras abotargadas de sueño, tendidos aquí y allá como fardos sobre el duro mostrador de los equipajes; la luz del alba llegaba hasta allí lenta y suave como una caricia, amortiguada por los cristales turbios.

Daniel miró á un lado y otro penosamente; ¡pobres muchachos, qué horrible tarea! A sus pies, tendido en el suelo asfaltado y polvoriento de la sala, roncaba con furia un muchachote robusto y fuerte, apoyando su cabezota sobre el platillo herrumbroso de la báscula. El maquinista le contempló con una mirada de simpatía; aquel mozallón era Joselete Expósito, su fogonero, su protegido; él influyó para que le dieran un puesto en la Compañía, y aquel pobre muchacho, aquel desventurado hijuelo de la corriente, había sentido por *su* maquinista un cariño leal de perro agradecido; una sumisión incondicional y absoluta, una admiración sin límites.

Mil veces, á través de sus viajes largos y peligrosos, al pasar el tren sobre los altos despeñaderos de rocas, sobre las vías socavadas por temporales recientes, había visto Daniel al bueno de Joselete Expósito tirar la negra pala sobre la vagoneta del carbón y recorrer la plataforma de acero, aterrado, inquieto, escrutando la sombra de la noche con sus ojos tenaces, inclinando todo el cuerpo sobre los derrumbamientos peligrosos, colgándose de los topes delanteros, con el afán instintivo de oponer su cuerpo á la catástrofe posible...

Y Daniel se lo había reñido muchas veces.

– Pero ¿qué haces, animalote?, ¿ó es que te figuras que si reventáramos de pronto en uno de los pasos me iba yo á salvar porque tú te pusieras delante?..

En tanto que el tren, cauteloso y torvo, se deslizaba sobre los terraplenes de peligro, Joselete no contestaba nunca y seguía con los ojazos muy abiertos escrutando la vía, sobre la cual arrojaba un disco sangriento el rojo farol de cabecera; pero muy luego, cuando la negra locomotora se lanzaba resonante y soberbia sobre las planicies descubiertas y sin peligro, Joselete, el perro leal del maquinista, volvía á su obligación, á su pala de hierro; y entre robustas paletadas de carbón, arrojadas gozosamente sobre la roja fogata del hogar, refraneaba, sonriendo, con los gruesos labios ennegrecidos por la carboncilla:

– Mire usted, padrino, más vale un por si acaso...

Y la pala negra rechinaba alegremente sobre el acero estriado de la vagoneta.

- Digo que más vale un por si acaso, padrino; y más ven cuatro ojos que dos, y no es que yo me precie ni me venda, pero no se me cuece el pan cuando veo *de* venir lo negro, y jure usted que más vale un amigo que pariente ni primo, y quíteme Dios de en medio si algún día no le sirve á usted de algo Joselete... ¡Recontra!

***

Y aún le miraba Daniel con profunda simpatía, así, roncando sanamente, apoyando la ruda cabezota sobre el platillo herrumbroso de la báscula, cuando oyó en el andén la voz irritada del jefe; en seguida despertó á su fogonero, murmurándole al oído:

– ¡Arriba, barbarote, que te van á baldar de una multa!

El jefe entró con una lista en sus manos blancas, exangües, con palidez de cera.

– A ver, de servicio, de máquina; Daniel Ferreti, José Expósito... ¡Al 120!

Los dos hombres salieron, mientras que adentro, en la factoría, resonaban aún los gritos del jefe.

Les esperaba un tren muy largo, por cuyas ventanillas se asomaban rostros pálidos y soñolientos. Faltaban diez minutos, y Daniel detuvo á Joselete, que había empuñado ya el obscuro mango de la pala.

– Oye, Joselete; este es el último viaje que hacemos...

– ¡Rediez, padrino!

– Me caso la semana que viene y la Compañía me da un mes de licencia...

– ¡Recontra! ¿Se casa usted, padrino? ¿Y con quién?

Había enterrado la pala en el carbón, apoyaba sobre el mango sus dos manazas negras y en su rostro carnoso y fuerte rebosaba una expresión de júbilo.

– ¿Con quién, recontra?

Ferreti se quitó la gorrilla de seda, saludando á un pañolito blanco que se agitaba en la puerta de la factoría...

Una palidez sombría y trágica cubrió el rostro del fogonero; sus ojos desencajados habían visto á Carmen, la adorable hija del jefe, de pie sobre los andenes, llenando aquello con el fresco perfume de su juventud, de sus jazmines, de las flores nuevas y rociadas que llevaba en el pecho... La había visto el fogonero saludando al maquinista con su pañolito blanco, con su sonrisa luminosa... La había visto el pobre Joselete, y su rostro, ennegrecido por el resuello de las máquinas, había adquirido de pronto el sombrío color de un busto de bronce...

¡Carmen! ¿Era posible? Aquella sonrisa de primavera que surcó el andén le había atravesado el corazón como un navajazo... El era el fogonero, el expósito..., ¡ya se ve!, ¿para quién había de ser aquella niña, blanca como un lirio, con cuyo amor había él soñado desesperadamente en sus largas noches de soledad y de abandono? ¡Para Daniel, para el padrino..., era justo! ¡Ay, su cara negra; su corazón, negro ya como su cara, envuelto en los harapos de una blusa que había manchado el hollín de las máquinas! ¿De qué servía esto? ¿Qué esperaba ya?..

Miró á Daniel, que aún saludaba al pañolito blanco, con la diestra en el férreo mango de la palanca, y una ola de amargura inmensa le inundó los ojos...

– Nos vamos, Joselete, dijo Daniel volviendo la cara gozosa. ¿La has visto?

Y el perro leal, con la voz enronquecida, murmuró:

– ¡Sí..., padrino!..

Y la pala negra se hundió en el promontorio de carbón con furia..., como un puñal que se hubiera hundido en un pecho...

Torció Daniel la palanca de acero, vibró estremecido el hierro de la máquina, y con supremo esfuerzo arrancó lentamente, rápidamente luego, lanzando á compás creciente su fuerte resoplido de fiera.

En el ténder dos lágrimas surcaban el rostro ennegrecido de Joselete; á lo lejos, en el andén, como una mariposa bañada por el sol y loca de alegría, se agitaba el pañolito blanco, que daba un adiós risueño al maquinista Daniel.

***

Daniel Ferreti, desde la iglesia condujo á su esposa al tren 120. La acomodó en un vagón de primera y corrió al lado de la máquina. Sobre el ténder se erguía imponente y negra la figura de Joselete.

– No he querido que me lleve nadie más que tú, Joselete; pero ve lo que haces; ¡voy con ella! Cuídame el cruce de las Rozas...

Y la voz aquella, enronquecida, triste, con tristeza resignada, contestó:

– ¡Lo cuidaré, padrino!

Y el tren arrancó; la mirada torva del nuevo maquinista escrutó el andén; ¡ay, qué vacío ahora; ya no aleteaba el pañolito blanco, y para él, para el expósito, ya no saludaría nunca! ¡Recontra, pero si la llevaba en su tren, si iba á su espalda la dulce niña, con su rostro de nardo fresco, con su débil sonrisa de desposada!.. ¡Y al lado de un hombre!.. ¡Daniel..., el padrino!..

Sintió de pronto como un vértigo de barbarie; toda la amargura de su corazón opreso le subió á los ojos y le cegó... Él lo conocía todo, los pasos difíciles, los derrumbamientos peligrosos... ¡Ay, recontra..., estrellarse juntos, morir de una vez, en grande, lanzando el hierro de la máquina en un despeñadero!.. ¡Morir con ella!..

Y el tren, violento y salvaje, galopaba, galopaba con una carrera loca y terrible, como si le impulsara el alma trágica y doliente de su maquinista...

De pronto surcó una arruga, un ceño feroz, la frente ennegrecida de Joselete.

«¡El cruce de las Rozas! ¿Para qué ellos? ¡El solo debía desaparecer!»

Paró en seco; desenganchó cadenas y topes y esperó.

El tren de mercancías, un tren pesado y enorme, bajaba violentamente de la cuesta.

Joselete saltó al ténder, y sin palabras, sin despedidas, lanzó su máquina suelta con furioso galope sobre aquella balumba de hierro...

Los dos monstruos estallaron con furia, con inmenso fragor de cataclismo.

Los viajeros, aterrados, rodeaban el cuerpo agonizante de Joselete Expósito. Daniel, pálido como un cadáver, llegó al lado suyo...

– ¡Joselete, chiquillo!..

Y la voz estertorosa, resignada aún, murmuró esto:

– ¡Ahora es tuya!.. ¡Así está bien!.. ¡Yo no podía matarte, padrino!..

ADOLFO LUNA.

D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA

Víctima de larga y cruel dolencia, falleció en esta ciudad el día 27 de noviembre último el eminente pintor escenógrafo D. Francisco Soler y Rovirosa, una de nuestras más grandes y más legítimas glorias artísticas y uno de los hombres que mayores simpatías supieron despertar en cuantos le conocieron y que mayor cariño se conquistó en todos los que íntimamente le trataron; porque en él se juntaban como en pocos los méritos sobresalientes del artista con las

cualidades más hermosas que pueden adornar al hombre. Dotado de una ilustración sólida y vasta, jamás actuaba de dómine pedante y sabía hacer gala de sus múltiples conocimientos, presentándolos siempre con una modestia y una sencillez encantadoras. Los éxitos inmensos que en su larga carrera obtuvo nunca le envanecieron; el incienso de las alabanzas, aun siendo éstas tan merecidas, no pudo nunca hacer mella en aquel corazón de oro y en aquella inteligencia privilegiada. Soler no dejó ni por un momento de ser el hombre de carácter franco, noble, cariñoso, que con más afecto, si cabe, estrechaba la mano del amigo humilde ó del pobre obrero, que la del personaje famoso ó del potentado. Un solo rasgo pinta su modestia: nunca quiso salir á la escena á recibir los delirantes aplausos con que el público acogía cada una de sus nuevas creaciones.

Uno de sus biógrafos ha escrito acerca de Soler el siguiente párrafo que no podemos menos de reproducir, porque es indudablemente el mejor retrato moral que de Soler y Rovirosa puede hacerse: «¡Qué hermoso conjunto de cualidades las de Soler! Talento, perspicacia, finura de observación, una ilustración vastísima y el don de una conversación amena, chispeante, atractiva, seductora: la formalidad y el método como norma de todos sus actos; un amor sin límites á la cultura de su querida Barcelona, cuyos recuerdos del presente siglo conservaba cariñoso en su feliz memoria y atesoraba en sus repletas carteras; un espíritu sereno y abierto á todas las innovaciones, y lo que valía más, un corazón de niño que nunca envejecía.»

Soler y Rovirosa nació en Barcelona el 24 de junio de 1836, y se educó en el Colegio de Carreras y en la Academia de Dibujo de don Lorenzo Ferris primero y en la de Bellas Artes después. Desde muy joven sintió irresistible vocación por el arte escenográfico, hasta el punto de que estando de dependiente en casa de su padre, acaudalado naviero, aprovechaba las comisiones que éste le encargaba fuera del escritorio para, una vez desempeñadas éstas con mayor actividad de la que cualquier otro hubiera puesto en ello, dedicar los pocos minutos que con su premura ganara á pintar en los



El eminente pintor escenógrafo barcelonés D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA, fallecido en Barcelona en 27 de noviembre último (de fotografía de Audouard).

talleres del teatro Principal. Y tal fué su afición y tales sus adelantos, que á los dieciocho años, en unión de su inseparable amigo Ballester, pintó las decoraciones del teatro Principal de Gracia y restauró las del teatro de Mataró.

Con el propio Ballester hizo un viaje por el extranjero, visitando á Francia, á Bélgica y á Inglaterra, y á su regreso pintó con él varias decoraciones para el Principal y Circo Barcelonés y para el teatro de Gracia. En 1862, deseoso de emprender seriamente los estudios para su especialidad artística, marchó á París, en donde permaneció siete años en el taller de los célebres escenógrafos Cambón y Thierry, quienes le pusieron al frente de la sección de traza y perspectiva; y á su regreso en 1869 pintó para el Liceo los hermosísimos decorados de la *Pasión* y de la ópera de Verdi *Don Carlos*. En colaboración con Pla ejecutó luego las decoraciones de *El tulipán de los mares*, *Robinsón Petit* y *Lo somni daurat*, y en 1873 montó un taller por su propia cuenta, pudiendo decirse que desde aquella fecha su nombre va unido á los más grandes éxitos teatrales de nuestra capital, hasta el punto de que algunas obras no fracasaron gracias á la magnificencia con que supo exornarlas Soler y Rovirosa.

Citar el título de las comedias, zarzuelas, óperas y bailes para los cuales pintó las decoraciones el eminente artista sería tarea más que difícil; por esto, sólo mencionaremos los de sus principales producciones: *Las cent donzellas*, *Lo rellotje del Monseny*, *De la terra al sol*, *Lo pont del diable* (zarzuelas catalanas); *Lo monjo negre*, *Judas de Kheriot*, *Jesús de Nazareth*, *Lo compte Arnau* (dramas catalanes); *La Virgen del Pilar*, *Miss Hellyett*, *Miss Robinsón*, *La Virgen del mar* (zarzuelas castellanas); *Don Juan Tenorio*, *El mágico prodigioso* (dramas castellanos); *La almoneda del diablo*, *La pata de cabra*, *La redoma encantada*, *La magia nueva* (comedias de magia); *Don Giovanni*, *Macbeth*, *Romeo e Giulietta*, *Aida*, *Nerón*, *Sansone e Dalila*, *Tristán e Isolda* (óperas); *Clymenea*, *Clorinda*, *Lohokely*, *Parténope*, *Excelsior* (bailes de espectáculo.

Cada una de estas obras fué para Soler un triunfo brillante, una serie de entusiastas ovaciones, porque en sus producciones se veía, no sólo al técnico como nadie conocedor de los grandes efectos escénicos, sino que también al hombre ilustrado, al sabio, al erudito que antes de coger la brocha hacía un estu-



REGOCIJO DE LOS JAPONESES AL DESPEDIR Á LAS TROPAS QUE MARCHAN Á CHINA, copia de un dibujo de un artista japonés



JOVEN MORA, cuadro de Mme. Lucas Robiquet



EN LAS MÁRGENES DE LOS RÍOS D... PAÍS DE BABILONIA. Salmo CXXXV.

dio profundo del asunto cuyo desarrollo se le encomendaba, para empaparse en el sabor de la época y no olvidar el menor detalle que pudiera contribuir á la propiedad de la *mise en scene.*

Aparte de los trabajos de arte escenográfico, deja Soler otros muchos en edificios públicos y casas particulares cuyo decorado se hizo bajo su dirección; y si pudiera formarse una cuenta de todo cuanto hizo el inolvidable artista, asombrarían el estudio, la actividad y la laboriosidad que su obra representa.

Soler y Rovirosa fué además un notable literato, no sólo en el terreno especulativo por sus vastos conocimientos, sino en la práctica, con la pluma en la mano ó como conferenciante en la cátedra. ¿Quién no recuerda sus admirables *causeries,* mejor que conferencias, sobre escenografía en el Ateneo Barcelonés?

Bajo todos conceptos ha sido, por consiguiente, Soler y Rovirosa una de las personalidades más salientes de Barcelona y uno de los artistas de mayor y más justa reputación en España y en el extranjero: su muerte es una gran pérdida para el arte; su nombre pasará á la posteridad como el de uno de los más ilustres hijos de Cataluña, y su recuerdo perdurará en el corazón de cuantos se honraron con su amistad y pudieron apreciar los tesoros de bondad y de cariño que encerraba su alma.

La Ilustración Artística, al publicar su retrato, rinde un modesto, pero sentido tributo á la inolvidable memoria del amigo y del artista. – A.

NUESTROS GRABADOS

El presidente Kruger saludando á la multitud desde el balcón del hotel Scribe, en París.—En el número último nos ocupamos de la llegada á Europa del presidente de la República Sudafricana y dimos cuenta de las entusiastas ovaciones de que en todas partes ha sido objeto. Nada, pues, hemos de añadir como explicación del grabado que en esta página publicamos, y únicamente haremos observar á nuestros lectores la diferencia que se nota entre este retrato de Kruger y los que en otras ocasiones hemos reproducido: el venerable anciano lleva ahora escritos en su rostro el dolor inmenso que en su alma noble y bondadosa ha producido la inicua guerra de que es víctima la nación transvaalense y la honda amargura que en su corazón causan los sacrificios que los boers voluntariamente se han impuesto para defender la independencia de su patria, y quién sabe si también el abandono en que las naciones que de civilizadas y cristianas se precian han dejado á su pueblo, consintiendo que comience el siglo XX con la consumación de una de las más grandes iniquidades que registra la historia.

Kruger saludando á la multitud desde el balcón del hotel Scribe, en París

Preparando la cena, cuadro de Pablo Pascal. – El arte tiene el privilegio de poetizar los asuntos al parecer más prosaicos, cuando el pintor no los observa solamente bajo su aspecto puramente físico. Sin salirse de la verdad, sin incurrir en exageraciones idealistas, puede ver el artista con los ojos del alma algo más que el hecho material en sí, pues ora se trate de un espectáculo de la naturaleza, ora de una escena de la vida humana, cabe, además de la exteriorización de la impresión objetiva, imprimir en el lienzo cierto carácter subjetivo que reproduzca los sentimientos íntimos del autor. Sugiérenos estas reflexiones el bonito cuadro del celebrado pintor francés Pablo Pascal: el asunto no puede ser más sencillo, unos pobres pescadores preparando la cena en la misma lancha con que se lanzan al mar en busca del cotidiano sustento; y sin embargo, el artista ha sabido darle un tinte poético mediante la entonación general que tan hábilmente ha logrado disponer y que por modo tan admirable armoniza los suaves tonos del cielo bañado en la luz crepuscular, con los pálidos reflejos que del mar arranca el sol poniente, los tonos obscuros en que las figuras están en parte envueltas, con los brillantes resplandores del fuego en que se cuece la modesta cena.

Regocijo de los japoneses al despedir á las tropas que marchan á China, copia de un dibujo de un artista japonés.—Si la razón de Estado ha movido á las potencias europeas á intervenir en China en pro de sus respectivos intereses, el Japón, además de este motivo común á las demás naciones, se ha dejado llevar en el actual conflicto por el odio especial que hacia el pueblo chino siente y que no hace muchos años púsose de manifiesto cuando estalló la guerra entre los dos imperios asiáticos. Con la victoria que en aquella ocasión obtuvieron los japoneses, estos sentimientos, lejos de apaciguarse, se avivaron por el convencimiento que les dió de su inmensa superioridad sobre los hijos del Imperio del Centro. Así es que la contienda actual fué acogida en aquel país con verdadero regocijo, y la despedida que se hizo á las tropas expedicionarias fué una expresión de entusiasmo. El grabado que reproducimos, no como obra artística, sino como nota curiosa de actualidad, es una muestra de ese arte espontáneo con que todos los pueblos exteriorizan sus grandes sentimientos y una demostración de lo que dejamos dicho.

Joven mora, cuadro de Mme. Lucas Robiquet. – Los países orientales ejercen gran atracción sobre los que cultivan el arte, y la verdad es que pocos sitios ofrecen al artista tantos encantos y ocasiones tan excelentes para dejar volar á la imaginación sin apartarse de la verdad y del realismo. Con solo retratar los tipos de sus habitantes, copiar sus trajes y reproducir sus costumbres, tiene el pintor ancho campo para obtener esas notas exóticas y de brillantes colores, que más que de la observación podrían parecer hijas de la fantasía de un poeta, si no supiéramos que aquellos tipos, aquellos trajes y aquellas costumbres en realidad existen. La notable pintora francesa Mme. Lucas Robiquet ha dado pruebas de su buen gusto escogiendo para modelo del cuadro suyo que publicamos á esa joven mora de características facciones, vestida de ricas telas y adornada con preciosas joyas que, apartando el velo que oculta ante las gentes su semblante, contémplase en un pequeño espejo y parece expresar con la tristeza de su mirada una queja amarga contra la ley rigurosa que le prohibe mostrar en público aquellos encantos reservados al que algún día sea su esposo y la sepulte en vida en el misterioso harén, no como amante compañera, sino como simple objeto de placer y de lujo.

En las márgenes de los ríos del país de Babilonia, grupo escultórico de Gustavo Eberlein. – Pertenece esta obra á uno de los más notables y laboriosos escultores berlineses, adepto ferviente de la escuela del famoso artista Reinhold Begas, cuyo estilo ha sabido asimilarse; es decorativa y pintoresca y tiene carácter monumental. Estas cualidades se observan no sólo en la admirable agrupación de las figuras, sino que también en la expresión de cada una de éstas, en el ambiente dramático en que está envuelto el conjunto. Lo mismo el anciano, que la mujer, que el niño revelan en sus rostros y en sus actitudes el dolor intenso que tortura sus almas; y en medio del realismo que en la escultura se advierte, hay algo que de lo material se sale, un soplo de vida que sólo los grandes artistas saben infundir en sus creaciones.

En el coro, cuadro de Mariano Oliver Aznar. – No hemos de esforzarnos en poner de relieve los méritos del distinguido pintor zaragozano Sr. Oliver, puesto que aquellos de nuestros lectores que conozcan sus obras habrán apreciado sus cualidades, y los que no se hallen en este caso comprenderán la valía del artista al examinar el primoroso lienzo que reproducimos, representando las oposiciones de un sochantre en el suntuoso coro de la iglesia del Pilar de la capital aragonesa. La disposición de las figuras, la entonación y la hermosa sillería del coro atestiguan el acabado estudio que ha realizado nuestro amigo y las aptitudes que atesora para la ejecución de cuadros de un género que, cual el á que nos referimos, exigen circunstancias especialísimas por las dificultades y escollos que es necesario salvar. Reciba el Sr. Oliver nuestros plácemes y la manifestación del deseo de que produzca nuevas obras de este género, en la seguridad de que alcanzará honra y provecho.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Buenos Aires. – En la capital de la República Argentina se ha inaugurado un monumento dedicado al Dr. H. Burmeister, fundador del Museo de Historia Natural de aquella ciudad. El monumento es obra del notable escultor muniquense Ricardo Aigner.

Lyón. – Se ha inaugurado el monumento á Carnot, obra del escultor Gauquier y del arquitecto Nodin: compónese de un obelisco que se alza sobre un basamento circular cuyas gradas inferiores forman, en la cara principal y encima de un estanque, las tazas escalonadas de una fuente. La estatua del infortunado presidente está colocada en la base del obelisco y rodeada de atributos simbólicos y de figuras alegóricas.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Alkestis,* drama en cinco actos y en verso de Jorge Rivollet, inspirado en el *Alceste* de Eurípides; y en el teatro Antoine *Sur la foi des etoiles,* drama en tres actos de Gabriel Trarieux, y *Main gauche,* comedia en tres actos de Pedro Veber.

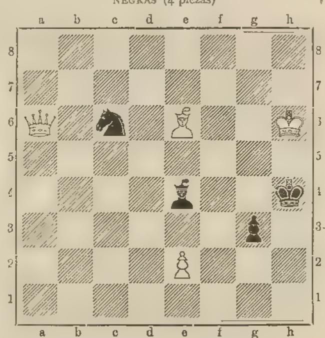
Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *La mallorquina,* zarzuela en un acto de Pérez Zúñiga con música del maestro Jiménez, y en la Princesa *La guelta é Quirico,* pieza en un acto de D. Pablo Parellada. En el Real ha debutado con la ópera *Lohengrin* el tenor Sr. Palet, que ha sido muy aplaudido y en quien la crítica ha reconocido un artista de gran porvenir.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Un eclipse de lluna,* pieza en un acto de Federico Fuentes (hijo), y en el Eldorado *El fondo del baúl,* revista en un acto y cinco cuadros de Jackson Veyán, con música de Valverde (hijo) y Barrera.

AJEDREZ

Problema número 220, por Ph. Kleti

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 219, por G. Chocholous

Blancas.	Negras.
1. Cf4–e6	1. Re5–f6
2. Db7–e7 jaque	2. R toma D ú otra.
3. g7–g8 (C) ó Ce6–d4 mate.	

VARIANTES

1.... Ag6–h7 ó e4;	2. Db7–b2 jaque, etc.
1.... Re5–f5;	2. Db7–f3 jaque, etc.
1.... Ce8–f6;	2. d3–d4 jaque, etc.
1.... Ag6–d3;	2. Db7–d5 jaque, etc.
1.... Otra jug.*,	2. Db7–d5 ó b2 jaque, etc.



Notó pronto Inés en las caras de Eleuterio y Cosme que algo grave pasaba

LA VENGANZA DE INÉS

NOVELA ORIGINAL DE F. PI Y ARSUAGA. – ILUSTRACIONES DE GASCÓN DE GOTOR

Cuando Inés salió aquel día de la fábrica de cigarros, halló á la puerta á su primo Eleuterio y al zapatero Cosme, viejo vecino del entresuelo de la misma casa en que la alegre cigarrera vivía con su Juan.

Notó pronto Inés en las caras de Eleuterio y Cosme que algo grave pasaba. Aquel encuentro no podía ya menos por sí solo de extrañarle. Eleuterio iba algunos días con Juan á esperarla; pero el remendón no dejaba jamás su taburete. Su presencia en el portalón de la fábrica á tales horas era significativa.

Buscó en seguida Inés entre ellos á Juan, y al no verlo preguntó por él. Los dos pareció que querían contestar á un tiempo; pero los dos callaron como si las palabras hallasen algún estorbo que las impidiese salir. Revelaba el aspecto de aquellos hombres rara agitación. Se veía claro que no acertaban á disimular una emoción profunda.

Inés volvió á preguntar, alarmada por aquel silencio:

– ¿Y Juan? ¿Y Juan?

Un numeroso grupo, una verdadera avalancha de cigarreras que salía en aquel momento de los talleres, empujó hasta la calle á Inés y á los dos hombres, y se detuvo luego atraída por las voces de aquella pobre compañera que seguía preguntando ansiosa por su marido.

El zapatero rectificó la colocación de sus anteojos, como si con esta operación pretendiese darse tiempo en que recobrar la serenidad perdida, miró á Inés un instante y dijo:

– No te apures, Inesilla. Juan...

El pobre Cosme no pudo continuar.

Eleuterio entonces acudió en su ayuda.

– Sí, Juan..., exclamó con embarazo.

Y después de detenerse también durante algunos segundos, en que la ansiedad abría á Inés desmesuradamente los negros ojos, continuó Eleuterio:

– Juan ha sufrido un golpe. No te asustes. Vamos á casa, vamos á casa.

E intentó arrastrar á Inés fuera del grupo que los rodeaba, cada vez más engrosado por los transeuntes que se iban deteniendo á curiosear lo que ocurría.

– ¡Jesús! ¡Jesús!, gritó Inés aturdida, llevándose ambas manos á la cabeza.

Luego, como presintiendo toda la extensión de su desgracia, quiso en un arranque de desesperación romper violentamente la espesa muralla de carne que le privaba el paso; pero se detuvo pronto de nuevo para gritar:

– No me engañéis. ¿Dónde está Juan?

– Está, contestó Eleuterio que se había recobrado un tanto, en la casa de socorro; pero no te apures. Luego iremos. Allí le acompañan Tomasa y Lorenza y Pascual...

– ¡Hombre de Dios!, interrumpió Inés fuera de sí. ¿Que no me apure, que no me apure? ¿Dónde está Juan? ¿Dónde está esa casa de socorro? ¡Pronto! ¡Pronto!

Y entregándose á un arranque de ternura:

– ¡Juan! ¡Juan de mi vida!, comenzó á decir. Si ya lo sabía yo. ¡Malditos andamios! ¡Juan! ¡Juan!

E Inés pateaba el suelo, y desgreñada y enloquecida, avanzaba dos pasos y los desandaba después, y codeaba á los curiosos buscando la salida, y tornaba á pararse mesándose los cabellos.

La gente, cediendo en sus movimientos á estas desesperadas indecisiones de Inés, ya se apartaba para dejar el paso libre, ya se apiñaba de nuevo para no perder un detalle de aquella escena conmovedora.

– ¡Pobre Inés!, murmuraban algunas cigarreras, tratando en vano de consolarla.

– Ten calma, le gritaban otras.

– No habrá sido cosa mayor, decía una.

– No merecen los hombres, gritaba una vieja, lo que nos hacen llorar. ¡Qué no cargara el demonio con todos ellos!

– ¿Otro albañil que ha caído de un andamio?, preguntaba un transeunte de cara *feroche*. ¡Malditos gobiernos!

– Vamos, vamos andando, repetía el zapatero entre miedoso y confuso.

Hubo un momento de indescriptible confusión. Inés insistió entre gritos que parecían rugidos en que se le dijese la casa de socorro en que estaba su marido, su Juan, y logró al fin saber que en la de la calle de Jacometrezo.

– ¡Un coche! ¡Un coche!, gritó Inés.

El compacto grupo de curiosos se disolvió cuando Inés y sus acompañantes hubieron subido á un modesto carruaje de alquiler que á todo escape partió por la calle de Embajadores arriba.

Algunas cigarreras, amigas de Inés, se encaminaron en la misma dirección que el coche. Querían saber el final.

En la casa de socorro la escena fué desgarradora.

Juan había caído de lo alto de los andamios colocados en una casa de la plaza de Santo Domingo, casa en cuyo revoco trabajaba. La caída había sido horrible. Juan tenía los dos brazos rotos, el cráneo partido. Respiraba apenas cuando Inés entró, sin que nadie pudiera detenerla, en la sala en que el cuerpo del desgraciado albañil descansaba tendido sobre el colchón recubierto de hule que cubría una cama de operaciones.

Juan agonizaba. Inés no había llorado todavía. Allí, sobre el cuerpo inanimado del pobre Juan, se desbordó el raudal de su llanto, como si el corazón se le hubiese abierto y en vez de sangre saliesen de él lágrimas y más lágrimas. Era aquel llanto violento y ruidoso, y á él se mezclaban ayes no concluídos, maldiciones extrañas, gritos salvajes de traducción imposible.

Juan no pudo apreciar los besos ni las caricias de aquella pobre mujer, trastornada por su inesperada desventura.

Los pocos espectadores de la triste escena parecían haberse puesto de acuerdo para no turbar las ruidosas manifestaciones de tan supremo dolor. Los más contenían con dificultad las lágrimas que les querían saltar de los ojos.

El médico hablaba por el teléfono de la habitación contigua. Daba aviso al Juzgado de guardia. Un escribiente garrapateaba las primeras líneas de una certificación.

A la cabecera del moribundo, un practicante con los brazos cruzados esperaba impasible que la muerte acabase su obra.

Entretanto los curiosos, abundantes siempre, se aglomeraban á la puerta de la siniestra casa, y el encarnado farol de la entrada alumbraba con sus resplandores rojos la masa negruzca que á despecho de las intimaciones de los municipales para que se disolviera, se empujaba, se codeaba, se estrujaba; todos pretendían alcanzar un primer puesto, todos querían recoger algún grito, ver, si era posible, algún retazo del cuadro desconsolador que se estaba desarrollando.

Las multitudes son siempre así. Gustan más de los dramas de la calle que de los del teatro.

***

Venciendo todas las dificultades burocráticas, Inés consiguió que el cadáver de Juan fuese trasladado á su casa, al cuarto más que modesto de la calle del Avemaría. Desaparecieron de la reducida sala el viejo brasero de copa, las sillas de paja y la frágil mesa redonda con su tapete hecho de pedacitos de tela de todos los colores, y en substitución de estos muebles fué colocada allí, alumbrada por amarillos cirios, la fúnebre caja en que se depositaron los restos del albañil sin ventura. Inés misma lo amortajó con el traje de los días de fiesta.

La alargada sombra de los redondos cirios vino así á compartir durante algunas horas con cuatro estampas de la vida del caballero Bayardo la tarea de alterar la monotonía de aquellas paredes blancas.

Porque Inés tenía buenas manos para el trabajo, y había reunido en un rincón de la cómoda algunos ahorros que no le importaba dedicar á su Juan como última prueba del respeto y el amor que le merecía su memoria.

Juan no había sido nunca económico, y de su jornal no se pudo jamás contar sino con una parte, y eso que Inés le proveyó siempre de buen tabaco, gracias á los hurtillos en su obsequio hechos, á pesar de todos los vigilantes de la fábrica. Ya no tendría que pasar más apuros por su Juan. ¡Pobre Inés!

Velaron el cadáver con ella la Tomasa y su marido Eleuterio, el zapatero Cosme y algunas compañeras de rancho.

Fué el entierro un acontecimiento en la calle. Llevó el pobre Juan su coche de dos caballos y su caja de tablas forrada de merino negro con galones dorados.

El dolor de la viuda era sincero, y en vano pasaron meses y meses sobre su desgracia.

La salita en que estuvo el cadáver no recuperó en mucho tiempo su aspecto ordinario.

Inés guardaba como preciosa reliquia las ropas con que Juan murió. Estaban envueltas en una sábana y eran las ropas de trabajo; unos calzoncillos, una camisa, una almilla de abrigo, un pantalón de pana, otro de percal blanco, un chaleco y una blusa, todo manchado de sangre. ¡Cuántas veces miró Inés aquel siniestro envoltorio sin atreverse á tocarlo!

Un día llegó, empero, en que hubo de decidirse á recorrer con la mirada aquellas prendas, símbolo de su pasada ventura y su desdicha presente.

En el bolsillo del pantalón estaba aún el pañuelo azul, en los del chaleco el reloj de metal con su gruesa cadena y algunas monedas de plata menuda y de cobre. Todo lo iba Inés colocando en uno de los cajones de la cómoda. En el bolsillo de la blusa encontró la petaca. Tenía algunos cigarros de aquellos que hacía ella misma y tanto envidiaban á Juan los demás trabajadores. En la petaca había algo más, había un papel que Inés desdobló. El papel estaba escrito; pero Inés no sabía leer. ¿Sería el papel alguna nota de Juan? ¿Acaso algún apunte de su trabajo? ¿Quizá de alguna deuda? Inés quiso enterarse y bajó al entresuelo.

– Léame usted eso, dijo á Cosme.

El pobre zapatero se afirmó los anteojos, movimiento muy peculiar en él cuando variaba de ocupación ó quería dar solemnidad á sus actos, y leyó:

«Hay peligro, pueden vernos; pero haré como siempre lo que tú quieras. El miércoles, de dos á tres, en la pradera del Canal. Es tuya T.»

Inés se hizo repetir la lectura. Después dió las gracias á Cosme y subió á su cuarto, repitiéndose maquinalmente el extraño contenido del papel: «...haré como siempre lo que tú quieras... El miércoles...» Era una cita, y una cita de mujer.

Lo veía y no lo creía. ¿Era posible que su Juan la faltara? Ella que se lo toleraba todo, las borracheras de algunos sábados, los paros demasiado seguidos, el tute de larga duración de la taberna, todo, todo sólo porque su Juan, eso sí, para ella tenía siempre palabras dulces, con ella era siempre enamorado; de todo podía acusarle menos de perjuro.

Aquel papel era, sin embargo, una revelación. Juan la había engañado. Tal descubrimiento aplanó del todo por de pronto el espíritu de Inés. Ideas contradictorias se disputaron su cerebro, sentimientos distintos conturbaron á un tiempo su corazón. Toda su ternura hacia la memoria de Juan, todo su amor de toda la vida sufrió algo así como una suspensión repentina, algo así como si un dedo invisible hubiera en la máquina de su vida parado de un golpe todo impulso afectuoso.

Juan la engañaba; pero ¿cómo y con quién?

«... Haré como siempre..., como siempre, repetía Inés, como siempre lo que tú quieras.»

Inés combinó circunstancias, reparó coincidencias, recordó fechas. Juan había muerto el sábado anterior á la semana de Carnaval. La cita era, pues, para el Miércoles de Ceniza y en el Canal, sitio poco á propósito para aventuras amorosas, pero á un tiempo lugar de fiesta en que la misma aglomeración de gente podía favorecer la impunidad. Aquello había sido sin duda algún capricho de Juan, que no siempre discurría sereno; significaba quizá la prueba de abnegación exigida á la mujer para que demostrase estar dispuesta á sacrificárselo todo.

El descubrimiento del terrible secreto acabó por despertar en Inés fierezas dormidas.

Había pasado casi un año desde la muerte de Juan. ¡Qué sentimiento tan distinto al que le había embargado entonces el que le embargaba ahora! Sentía hoy un dolor íntimo, intenso, pero un dolor menos franco que el dolor aquel. Aquel dolor enervaba, desfallecía, mataba; éste vigorizaba, encolerizaba, embravecía.

¿Quién era ella? Había que averiguarlo.

Inés pasó mucho rato contemplando las letras escritas en aquel papel. No las entendía, no podía descifrarlas; pero las interrogaba, seguía sus rasgos y recordaba lo que decían como si realmente lo leyera. «Pueden vernos..., pero haré como siempre...»

Este «como siempre» era un puñal que tenía clavado en el corazón.

Porque, lo que ella pensaba: luego los amores no eran de un día, eran *de siempre*. Y estaba bien dicho todo aquello. No era el lenguaje de una pobre cigarrera. Sabía algo más la que había escrito el papel.

Recorrió Inés mentalmente la lista de sus conocidas, buscando entre ellas una que le pareciese más ilustrada, más *leída* y *escribida* que las demás. Nada descubría. ¡Bah, sería la incógnita alguna extraña!

A fuerza de cavilar llegó Inés á fijar su atención hasta en Tomasa, la mujer de su primo Eleuterio. Pero ¡ca!, no podía ser.

Había visto el misterioso «tuya T» desde el primer instante; pero no había podido ocurrírsele que aquella T significase Tomasa.

Gozaba Tomasa fama de bien educada. Había ido al colegio mucho tiempo. Hablaba de todo y hacía gala de saberlo todo; era una medio señorita, hija de un guarnicionero de la calle del Amparo que había muerto pocos años antes.

Pero si el estilo y la T de la firma daban consistencia á la sospecha, ¿cómo era posible que la amiga, que la parienta, que la esposa de su primo Eleuterio, que era el mejor de los hombres, faltase tan descaradamente á sus deberes? Eleuterio no era hombre para dejarse engañar, porque á honrado no le ganaba nadie; pero á genio tampoco. Además, ¿era posible que se expusiese Tomasa nada menos que á ir con un hombre al Canal como cualquier pelandrusca?

No; pero... «Hay peligro, pueden vernos...»

Se trataba de una mujer que corría peligro, que temblaba que la vieran.

Cabía en lo verosímil que fuese Tomasa. No, no, no, no era Tomasa.

Entregóse Inés largo rato á la más profunda de las meditaciones.

Luego fué como todos los días á la fábrica; pero salió de ella más temprano que nunca, y acompañada por la *señá* Polonia, maestra antigua, persona de experiencia y administradora de un caballero rico que prestaba por su conducto á las obreras á razón de una peseta por cada cinco á la semana.

Recorrieron las dos varias calles de Madrid. Inés se quedaba de cuando en cuando en una esquina y la *señá* Polonia se adelantaba para entrar en algún portal y hablar con la portera ó con el chiquillo en sus ausencias encargado de cuidar la entrada. Después salía Polonia y volvían las dos á emprender su camino.

Inés quedó satisfecha de sus pesquisas. La *señá* Polonia lo averiguó todo. La niña de la portería de más abajo de la casa en que vivía Eleuterio era la encargada de dar los recados. El Sr. Juan, como ella decía, era muy rumboso, y le solía dar caramelos, almendras y á veces diez céntimos, y hasta un día de la Cruz de Mayo le dió un real.

Atando un cabo de aquí con otro de allá, se vino á esclarecer que Tomasa y Juan se entendían; que Tomasa y Juan se amaban hacía mucho tiempo; que Tomasa y Juan, en fin, frecuentaban cierta casa de la calle del Olivar que tenía en la ventana un farol como los que hay en las peluquerías, pero en el que no decía nada, sin duda para dejar á los transeuntes en libertad de hacer toda clase de conjeturas.

¡Qué desesperación la de Inés! ¡Qué dolor el suyo! ¡Qué maldiciones las que salieron de su boca! ¡Qué de palabrotas vomitaba!

¿Es decir, que se habían estado riendo de ella? ¿Es decir, que sus lágrimas tan abundantes y tan sinceramente vertidas habían servido de chacota y de burla? ¿Es decir, que había llorado sobre un cadáver que no la pertenecía? ¿Es decir, que sus caricias si hubieran podido ser sentidas por Juan no habrían sido apreciadas? ¡Ah! Antes de llegar ella á la casa de socorro había él recibido ya las más dulces para su corazón, las de Tomasa.

Y á todo esto, sin poder ya deshacer lo hecho, sin que le quedara siquiera el placer de la venganza. Porque si en vida de Juan hubiese descubierto el engaño, ella era muy mujer para haber ahogado su cariño, y para haberse arrancado el corazón, y para haber plantado inmediatamente en la calle á Juan ó haber hecho que entre él y la Tomasa estallase la de Dios es Cristo.

Ya nada era posible. El muerto estaba en el campo santo, y ¡qué le importarían sus maldiciones!

Inés llevó en su furor el pensamiento hasta el sacrilegio mismo. En el primer instante hubiera pateado aquella tumba tantas veces regada por sus lágrimas, hubiera removido aquella tierra acariciada tantas veces por sus manos, escudriñada tantas veces por las miradas de sus ojos que hubieran querido filtrarse por entre los granos de arcilla para llegar hasta el cadáver bendito.

La *seña* Polonia trató en vano de calmarla.

Inés quería vengarse y la *señá* Polonia no tuvo más remedio que pensar en la venganza. Según ella, lo mejor era hacer escribir un anónimo y dirigirlo á Eleuterio, revelándole en él con pelos y señales la traición de Tomasa. Eleuterio la arrastraría por los pelos, Eleuterio e sacaría los ojos. ¡Bonito genio tenía para estas cosas Eleuterio!

Al separarse Inés de la *señá* Polonia, parecía conforme con su proposición. Cuando estuvo sola cambió sin embargo de idea. ¿Qué significaba eso de un anónimo? ¿No le sobraba la razón? ¿No era Tomasa una grandísima perdida? ¿Por qué no había de vengarse de ella cara á cara?

No; á ella, mujer decente; á ella, esposa pura, no podían asustarle los peligros, á ella no podía importarle que la vieran.

Tomó, en fin, una resolución. Faltaban unos cinco ó seis días para el Miércoles de Ceniza. Inés decidió esperar á que llegase, y cuando ese día amaneció se puso su mantón de rayas, se ató á la cabeza su pañolón de seda y fué al encuentro de su rival.

Llegó á la casa de Eleuterio; y apenas cambió con Tomasa los ordinarios saludos, dijo á ésta:

– Vengo para que vayamos á enterrar la sardina.

– ¿Cómo de tan buen humor?, preguntó sonriendo Tomasa.

– Ya ha pasado un año. ¿Y no te acuerdas, añadió luego Inés con intención, que hoy es Miércoles de Ceniza y es día de ir á la pradera?

Esta pregunta intencionada, insidiosa, heló la sonrisa en los labios y la sangre en el corazón de Tomasa. Se esforzó por reponerse y no lo consiguió sin gran trabajo.

Inés no perdió ni un movimiento, ni un gesto de Tomasa.

– Hemos de ir, añadió con resolución que tenía mucho de provocativa.

Tomasa comenzó entonces á buscar disculpas. Había poco tiempo para hacer la merienda; Eleuterio no estaba en casa, y no sabía si vendría pronto; ella no se encontraba bien.

Inés no aceptó ninguna de estas razones. La merienda se improvisaría en un momento ó se compraría en la misma pradera; Eleuterio no podría menos de venir á la hora de la comida; el malestar de Tomasa se pasaría con el aire del campo y con la distracción.

Tomasa no sabía qué pensar. Temía pecar de demasiado recelosa. ¿Sería todo aquello una simple coincidencia? Aunque no lo fuera, ¿qué propósitos podía tener Inés? ¿Acaso hacerla saber solamente que estaba enterada de sus amores? ¿Acaso sondear, sólo sondear en busca de la confirmación de alguna simple sospecha? ¡Ah! No le faltaría serenidad para defenderse. Era necesario no precipitarse; pero sí prevenirse.

Tomasa mostraba su conformidad con el proyecto de Inés y se disponía á preparar la merienda cuando entró Eleuterio. Enteróle Inés con alegría desusada de su deseo, mostró muy apagados sus dolores de viuda, proclamó extinguidos sus lutos por el transcurso de un año, y Eleuterio, que era en efecto hombre bonachón, animó á Tomasa, mandó un recado á Cosme, el zapatero, para que los acompañase; y cuando todo estuvo arreglado, salió mi gente á la calle, montó en una jardinera de alquiler, y ahí va la carabana, alegre en apariencia, como otras muchas, levantando el polvo de la carretera camino del Canal.

– ¿Falta aún mucho?, preguntó una vez Inés.

– No, dijo Eleuterio, estamos cerca.

– Quiero llegar antes de las dos.

– ¿Tienes apetito?, se atrevió á preguntar Tomasa, como tratando de desviar el giro de la conversación, quizá de conocer más á fondo el alcance de las palabras de Inés.

– Es que tengo cita, replicó Inés con retintín, y añadió: Quiero ser puntual.

Tomasa palideció. Indudablemente Inés lo sabía todo. ¿Qué se proponía?

Eleuterio se echó á reir. Cosme sonrió también con esa risita falsa tan corriente en los viejos. La respuesta de Inés les había parecido graciosa.

Llegaron nuestros héroes á la pradera del Canal.

Es la fiesta del entierro de la sardina en Madrid una fiesta popular, pero quizá la menos característica de todas. Es de un sabor menos agradable que las demás de su género. Únense en ella el Carnaval y la falta de educación; y si el uno y la otra son, separados, peligrosos, ¡calcúlese lo que serán juntos!

Tiene de vistosa la concurrencia de muchas comparsas y de buen número de máscaras de gusto muy dudoso. Ofrece así un todo abigarrado, en que el color abunda, aunque deslucido de ordinario por la falta de luz, pues el sol todavía en febrero suele aparecer en Madrid las más de las veces velado por negruzcas nubes. Falto de luz el cielo y de ropaje los árboles, no pueden por sí los disfraces de múltiples colores que la violencia combina ofrecer el conjunto agradable de la fiesta de San Isidro, en que, bajo un sol espléndido y en medio de una naturaleza más rica, lucen los trajes populares sus variados matices.

Aquí un Pierrot con su holgada blusa, ennegrecida por el uso de tres días de baile y de desorden, merienda entre un corro de diablos improvisados con colchas de la cama y cuando más con atavíos de encarnada y verde percalina. Allá un hombre ves-



El pobre zapatero se afirmó los anteojos y leyó: «Hay peligro, pueden vernos...»

tido con números de periódicos mal cosidos á su ropa ordinaria, empina la bota que le ofrece una mujerzuela disfrazada de Locura, con gorro de cascabeles y falda de picos con igual aditamento. Payasos, estudiantes de manteo con su cuchara, hombres groseramente vestidos de mujer, mujeres torpemente vestidas de hombre, todo eso mezclado entre comparsas y curiosos, vendedores ambulantes y puestos de comestibles, se encuentra el Miércoles de Ceniza en la pradera del Canal.

La fiesta de San Isidro no se ve más que en Madrid. La del Miércoles de Ceniza puede verse en cualquier parte.

San Isidro es la fiesta del pueblo. El Miércoles de Ceniza es la orgía de una parte de él. En la mayor parte de los semblantes se ve pintada la fatiga y el insomnio. San Isidro es el saludo del pueblo á la primavera. El Miércoles de Ceniza es el saludo forzado á la cuaresma triste.

Eleuterio y Cosme con las dos mujeres se sentaron en el suelo cerca de un árbol y comenzó la merienda. Dió el remendón durante ella prolongados saludos a la bota del tinto. El pobre viejo disfrutaba aquel día como pocos. Una bien regada merienda había sido para él siempre plato de gusto.

Inés preguntó varias veces la hora.

Cuando Eleuterio le anunció que eran las dos, Inés se dirigió á Tomasa diciendo secamente:

– Tomasa, las dos.

Tomasa se estremeció; pero aparentando una tranquilidad que no sentía, repuso:

– ¿Y qué?

Inés siguió:

– Que es la hora de la cita.

Y luego con mucha calma y un poco de chunga, añadió mirando fijamente á Tomasa:

– «Hay peligro; pueden vernos; pero haré como siempre, como siempre, lo que quieras. El miércoles...»

Tomasa no la dejó seguir, y más que dijo, rugió llena de terror:

– ¡Calla! ¡Calla!

Eleuterio miró asombrado á las dos mujeres. El remendón sonrió estúpidamente, sin saber lo que hacía. El vino se le había subido á la cabeza.

– «El miércoles, continuó Inés, en la pradera del Canal. Es tuya T.» Es miércoles, agregó después levantando mucho la voz. Es miércoles, Tomasa. ¡Miércoles por miércoles!

Tomasa comprendió que nada podría detener á Inés. Sintió que el recuerdo se le desplomaba encima.

– ¡Mientes! ¡Mientes!, gritó desesperada.

Y levantándose furiosa, se arrojó sobre Inés; pero este movimiento, que nadie pudo impedir, favorecido además por la gritería y la confusión propias del sitio en que se hallaban, no estorbó los propósitos de Inés, que apoderándose rápidamente de la navaja que Eleuterio había sacado para partir el pan y sin necesidad de recurrir á la que á prevención llevaba en el bolsillo, hundió toda la hoja en el cuello de Tomasa. Las dos rodaron sobre los restos de la merienda. Tomasa arrojando abundante sangre, Inés abrazada á ella y sin soltar el arma vengadora.

Aglomeróse como es de suponer la gente. Diablos y payasos, arlequines y estudiantes acudieron en montón al lugar de la escena.

El zapatero quiso levantarse y cayó sobre las combatientes. Eleuterio, anonadado, no acertaba á comprender lo que ocurría.

Cuando Inés se pudo poner en pie, ya estaba allí la pareja de la guardia civil; y mientras Tomasa se revolcaba en su propia sangre, que brillaba al deslizarse sobre las servilletas blancas, y empapaba los trozos de pan que en ellas había, y corría á mezclarse con el barro del camino, la vengativa mujer, sacando del pecho el papel hallado en las ropas del difunto, lo alargó al estupefacto Eleuterio, que trataba de socorrer á la víctima; y entregándose á los guardias, gritó:

– ¡No te apures, hombre! ¿No ves que estaba citada aquí con mi Juan desde el año *pasao*? Tenía que cumplir su palabra. Tenía que juntarse con él.

F. Pi y Arsuaga.

KWAKKIYO, cuento japonés

Vivía en otro tiempo en una comarca apartada y montañosa una familia pobrísima, compuesta de un viejo matrimonio y un hijo; duro era el trabajo que por ganarse el sustento sobre ellos pesaba, mas aquellas gentes estaban contentas con su suerte y nunca les abandonaba el buen humor. Cuando el hijo fué ya un hombre y un trabajador excelente, casóse con una buena y laboriosa muchacha de la vecindad, que no tardó en hacerle padre de una linda niña, fausto suceso que no menos que á los padres llenó de júbilo á los ancianos abuelos

Todo iba bien, hasta que un día el abuelo enfermó, y murió á pesar de los cariñosos cuidados que su mujer y su hijo le prodigaron.

A partir de aquel momento, todo el peso de la casa recayó sobre el hijo; pero éste, cuyo nombre era Kwakkiyo, no se apuró y, antes al contrario, redobló sus esfuerzos para atender á las necesidades de los suyos y procuró que su madre no pudiese ni por un momento pensar que era para él una carga. Así, la rodeaba de atenciones y satisfacía sus menores deseos, sobre todo cuando la pobre vieja empezó á padecer los achaques propios de su edad.

De pronto, con gran desconsuelo de Kwakkiyo, sobrevino una gran calamidad, las cosechas se perdieron, y sólo unos pocos pudieron recoger lo necesario para no morirse de hambre. Esta y la peste causaron numerosas víctimas. Kwakyiyo se vió libre de la enfermedad, y así pudieron ir tirando él y los suyos, no sin penas y trabajos. Pero al fin le faltaron las fuerzas. ¿Qué hacer en tan apurado trance? Mantenerse á sí mismo, á su madre, á su mujer y á su hijo era imposible, y puesto en el caso de ofrecer una víctima á los dioses, ¿quién había de ser sacrificado? De buena gana habríase ofrecido él en sacrificio; pero entonces todos los suyos habrían también perecido de hambre. Su mujer, bien lo sabía él, se habría también prestado gustosa á dar su vida por los demás; pero su ayuda era indispensable, pues era la que llevaba la casa y ejecutaba todas las faenas domésticas mientras Kwakkiyo estaba en el trabajo. No quedaban, pues, más que dos seres desvalidos, la anciana y la niña, una de las cuales era preciso sacrificar si no querían perecer todos. En vano imploró Kwakkiyo de los dioses que le evitaran el dolor de tener que escoger entre una y otra; la miseria era más grande de cada día. Entonces decidió consultar el asunto con su mujer; con lágrimas en los ojos le expuso la triste situación en que se encontraba y le dijo que no podía aplazar por más tiempo la resolución desesperada, pues sus fuerzas amenazaban abandonarle, añadiendo que aun cuando adoraba á su hijita, prefería el sacrificio de ésta al de su madre, con la cual le unían los sagrados lazos del amor y de la gratitud filiales.

De igual parecer fué su esposa, y aunque la idea de la muerte de la inocente niña le arrancó amargo llanto, sobrepúsose á su dolor y afirmó á Kwakkiyo en su resolución. Llenos de indescriptible desconsuelo salieron al campo aquellos padres, llevando consigo á la niña, ajena al tormento que le esperaba. Su propósito era cavar una profunda fosa, echar en ella á su hija y cubrirla en seguida de tierra á fin de que fueran menores los sufrimientos de la infeliz criatura.

Kwakkiyo comenzó su triste faena al pie de un corpulento pino; su mujer, con la niña en la espalda, estaba junto á él llorando silenciosamente. Mas apenas había ahondado un poco en la tierra, hirió sus ojos el brillo de un objeto que su azada había puesto al descubierto. Sorprendido ante aquello, siguió cavando, y vió con gran asombro que aquel objeto era una jarra llena de oro.

Entonces comprendió que se había acabado la miseria, y lleno de emoción dió gracias á los dioses porque le habían recompensado á él y á su bondadosa mujer, enviándole tan oportuno socorro y haciendo de él un hombre rico en premio de su amor á su madre, por la cual no habían vacilado en sacrificar aquello que estimaban más que su propia vida.

Y aquellos padres que tan desconsolados salieran de su casa un rato antes, regresaron á ella llenos de júbilo, y todos los vecinos, sabedores de tan fausta nueva, apresuráronse á visitarles, alabando la piedad filial de Kwakkiyo y la bondad de los dioses que tan oportunamente le habían sacado de su espantosa miseria.

LA ARAÑA SERICÍGENA DE MADAGASCAR

En la escuela profesional de Tananarive se han hecho recientemente curiosos experimentos para hacer práctica hasta cierto punto la utilización del hilo de las arañas sericígenas, originarias de aquella isla, y en la última Exposición universal de París pudieron verse muestras de la hermosa tela con los referidos hilos fabricada. En la prensa parisiense se han publicado artículos ditirámbicos para anunciar al gran público una nueva industria, ó la araneicultura, llamada á ocupar un lugar al lado de la sericicultura.



Fig. 1. – Las arañas en las guillotinas de la devanadura

Pero es necesario reducir las cosas á más modestas proporciones y presentarlas tales como en realidad son.

La *halabé*, que así denominan los malgaches á la araña sericígena, es de reproducción bastante difícil, pues la hembra, única que produce el hilo, es tan feroz y voraz, que el macho no puede acercarse á ella sin tomar grandes precauciones y sin haberse antes asegurado de sus sentimientos, porque muchas veces lo mata y lo devora. Así es que estas arañas únicamente pululan en determinados sitios favorecidos, en donde no se devoran entre sí porque encuentran en ellos alimento seguro y abundante, como por ejemplo en los grandes bosques de mangos de los jardines de los alrededores de Tananarive.



Fig. 2. – Jóvenes malgaches devanando la seda de las arañas

En estas disposiciones desfavorables es casi imposible esperar una cría artificial ilimitada, como la de los gusanos de seda, y no queda, al parecer, más recurso que limitarse á la explotación ó devanadura de las arañas que habitan en esos lugares privilegiados, evitando todo lo posible el diezmarlas ó destruirlas. Estas consideraciones bastan á demostrar que es imposible estimar la utilización de esos animalitos como una verdadera industria. Sin embargo, en pequeña escala y sin otro objetivo que la confección de telas excesivamente raras y preciosas de un coste elevadísimo, puede sacarse cierto partido de los experimentos hasta ahora realizados.

Al principio del pasado invierno visité las escuelas profesionales de Tananarive, establecidas por el general Gallieni en el antiguo palacio de la reina y en sus dependencias: esta institución será una de las obras más fecundas de aquel general en Madagascar, si sus directores saben mantenerla en la vía eminentemente práctica que les ha sido trazada. Los jovenes alumnos malgaches siguen en ella los cursos con la mayor asiduidad, y los profesores, los ayos y los alumnos rivalizan en celo.

Durante mi visita, tuve ocasión de ver devanar la seda de araña y de sacar fotografías de las varias fases de esta curiosa operación. En primer lugar, el día mismo en que la devanadura debe efectuarse las mujeres del campo llevan allí las arañas en ligeros cestos: es muy conveniente, en efecto, no dejarlas ni un corto tiempo juntas, pues teniendo la costumbre de devorarse unas á otras, se correría el riesgo de no encontrar más que á la última sobreviviente. Luego se procede del mismo modo que para la devanadura de la seda; es decir, se reunen varios hilos y se retuercen al mismo tiempo que se les devana para obtener un hilo del grueso que se desea.

Las arañas se agrupan en número de doce ó veinticuatro y conviene no herirlas ni mutilarlas durante la operación, porque en un mes pueden soportar antes de morir cuatro ó cinco devanaduras que representan unos 4.000 metros de hilo. En la escuela profesional de Tananarive se ha adoptado el sistema de colocarlas en verdaderas guillotinas pequeñas, cuyas dos mitades las sujetan entre el abdomen y el coselete; sus patas se encogen sobre el coselete y su abdomen sale por el lado por donde se verifican la devanadura y la torsión del hilo. Las jóvenes malgaches tienen gran ligereza de manos para proceder á esta delicada operación: con la punta del dedo tocan los abdómenes de las prisioneras, y apartándolo luego suavemente arrastran en un solo haz los doce ó veinticuatro hilos hasta un gancho que los reune en uno solo y desde el cual van á parar al carrete en donde se enrollan.

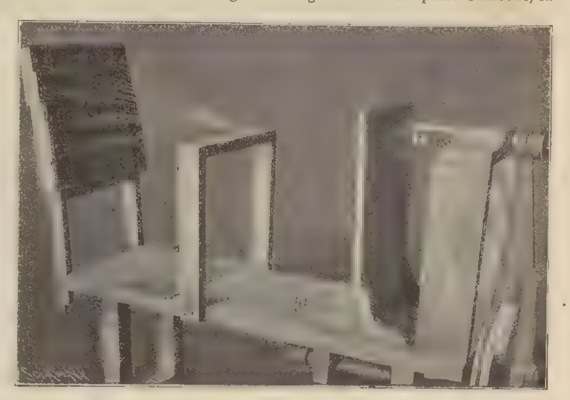


Fig. 3. – Aparato para devanar la seda de las arañas

Para producir de una sola vez el enrollamiento del hilo y su torsión se ha imaginado un sistema ingenioso que da excelentes resultados.

De este modo las arañas sufren sin resistencia una devanadura completa, y cuando han sido «vaciadas» se las reemplaza por otras.

A las «operadas» se las pone, para que convalezcan, en el «parque» organizado á este efecto con bambúes plantados en tierra y reunidos por medio de cordeles que forman enrejados; después de algunos días de reposo, las arañas que no han sido devoradas vuelven á ser utilizadas para la misma operación.

La seda de las halabés es de un color precioso; un hilo de oro no es más brillante ni de un amarillo más puro; pero no se ha ensayado todavía un lavado de esos hilos antes de tejerlos, como se hace con la seda, y tal vez con este lavado aquel color brillante natural desaparecería, si bien persistirían la tenuidad, la elasticidad y la tenacidad, muy superiores, según se afirma, á las de la seda ordinaria, lo cual permitiría confeccionar telas de maravillosa finura, de una suavidad exquisita y de una solidez llamada á desafiar, á lo que parece, la acción de los siglos.

El mérito de ese original descubrimiento corresponde al padre Camboué, misionero católico de Madagascar, que fué el primero que trató de sacar partido de los hilos de las arañas sericígenas *(Nephila Madagascarensis)*: como los malgaches, contentóse en un principio con recoger las innumerables telarañas que pululaban en los jardines de la misión, cardándolas é hilándolas. Con los hilos resultantes tejió telas de imposible uso y de grosero aspecto por la irregularidad de aquéllos, y entonces procuró mejorar el hilo devanándolo directamente del abdomen de las arañas, á las cuales encerraba en cajas de cerillas. De este modo fué el primer inventor del procedimiento en la actualidad empleado en la escuela profesional de Tananarive. Parece, sin embargo, que ya en 1710 Reaumur ensayó la devanadura de la araña viva, valiéndose para ello de las epeiras de Francia, animalitos de pequeño tamaño de los que se necesitaban, según sus cálculos, 700.000 para producir una libra de seda.

No creo, sin embargo, que el eco de aquellas investigaciones llegara á oídos del padre Camboué, en Madagascar, como tampoco los ensayos de Raimundo María Tremayor, en España, ni los de Alcides de Orbigny en América, pudiendo por consiguiente, sin incurrir en ninguna injusticia, dejar al buen padre el mérito de su iniciativa. – G. C.

VENTRILOQUÍA

La ilusión vocal tan conocida con el nombre de ventriloquía no es solamente explotada en los teatros y circos por artistas que añaden á ella su talento mímico. En efecto, en el Instituto psico-fisiológico de París ha dado recientemente una conferencia sobre este punto M. Pablo Garnault, el cual ha afirmado que la ventriloquía ha sido practicada con rara perfección y en gran escala por los pueblos de la antigüedad: en todos ellos, lo mismo en los conservadores, como por ejemplo los chinos, que en los salvajes, en todas las religiones primitivas que han persistido hasta nuestros días, ha desempeñado un papel importante como generadora de la inspiración y de la adivinación.

Entre los zulús, los maoríes y los tuganes, la ventriloquía está muy extendida y va siempre asociada á la evocación de los espíritus, sobre todo á la de los espíritus de los muertos: observadores dignos de crédito han podido oir la voz de estos espíritus debajo de tierra, en los techos de las chozas y á lo lejos, y mientras la voz se oía los sacerdotes y los hechiceros permanecían absolutamente inmóviles, como los ventrílocuos de profesión.

Entre los chinos, esta ilusión sirve para hacer hablar á los muertos, siendo las viudas las que constituyen la clientela habitual de los nigromantes. Según M. Garnault, se emplea para la consulta una pequeña estatua de madera de haya que ha estado cuarenta y nueve días expuesta al rocío y que durante este tiempo se ha impregnado del espíritu del difunto. El médico aplica sobre su estómago dicha estatua, é inmediatamente se oyen salir de su boca palabras pronunciadas con esa voz cavernosa, sibilante y apagada que constituye al mismo tiempo la voz de los

ventrílocuos y la de los muertos, entablándose una conversación entre el espíritu y la persona que consulta.

Otras veces el nigromante coge la estatua, la coloca junto á la oreja del consultante, y el diálogo se entabla del mismo modo y en el mismo tono.

En ambos casos la voz empleada es la voz del ventrílocuo, punto sobre el cual no dejan ninguna duda las descripciones de los autores.

La ilusión de los fieles es tan completa como la que experimentamos nosotros en presencia de una escena de ventriloquía artística moderna, pero se produce por medios enteramente distintos: entre nosotros descansa en una falsa interpretación del testimonio de nuestros sentidos; entre los chinos, en la creencia religiosa de que los espíritus de los muertos pueden ser evocados.

Es indudable que también por medio de la ventriloquía hacían los antiguos hablar á las estatuas: los egipcios usaban algunas de éstas con la cabeza y los brazos movibles, pudiendo verse en el museo del Louvre un busto de Anubis, el dios con cabeza de chacal, que parece haber sido confeccionada y decorada en los tiempos de la vigésima dinastía, que tiene la mandíbula articulada por el mismo procedimiento que, no hace aún muchos años, empleaban nuestros ventrílocuos.

M. Garnault cree, sin embargo, de acuerdo con M. Maspero, que los mismos sacerdotes, al cometer estos piadosos fraudes, creían sólo expresar de una manera más sensible y más edificante los sentimientos de la divinidad, de los cuales aparecían como fieles intérpretes. – H. C.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Bosquejos, por *José de Elola*. – Con este título ha publicado el conocido escritor Sr. Elola una colección de quince narraciones, novelas cortas, cuentos, leyendas é impresiones que si interesan por sus asuntos, tratados con gran vigor dramático la mayoría de ellos, cautivan también por la galanura de la forma de que se hallan revestidos. El autor de estas composiciones tiene una reputación legítimamente ganada en el mundo de las letras, para que necesitemos prodigar mayores elogios á su libro que, editado en Madrid, se vende á tres pesetas.

Versos íntimos, por *José Santaló*. – Cuádrales perfectamente el calificativo de íntimas á las composiciones que constituyen este libro, porque en ellas se transparenta el alma del autor, alma que siente profundamente los grandes ideales y que sabe dar á sus sentimientos una forma esencialmente poética. La religión, la naturaleza, el arte hallan en el Sr. Santaló un cantor inspirado que en armoniosos versos y con bellísimos pensamientos exterioriza sus impresiones. El tomo, que forma parte de la «Biblioteca de autores gallegos» que edita en Santiago D. José Galí, se vende á cincuenta céntimos.



En el coro, cuadro de Mariano Oliver Aznar

Laodicea, por *Publio Hurtado*. – En el certamen científico-literario celebrado por la Sociedad de Amigos del País en Badajoz, en junio último, concedióse un premio al mejor cuento en prosa, el cual fué otorgado al que con el título de *Laodicea* presentó el conocido escritor D. Publio Hurtado, correspondiente de las Reales Academias de Historia y de Bellas Artes de San Fernando. Como esta distinción es por sí sola la mejor alabanza que de este trabajo puede hacerse, únicamente diremos que la lectura del referido cuento heleno, tan interesante por su argumento como bellísimo por su estilo, demuestra la justicia con que el jurado procedió en el referido certamen. *Laodicea* ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Hernando.

Las violetas, boceto de comedia, por *José J. Cadenas* y *Aurelio Varela*. – Esta obra en un acto, inspirada en otra italiana, tiene un argumento tan sencillo como interesante y está escrita en fáciles versos; es una comedia culta que ha sido estrenada recientemente con gran éxito en el teatro Cómico de Madrid y que ha editado el escritor madrileño D. Florencio Fiscowich.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 17 de diciembre de 1900 — Núm. 990

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Muerte de Federico el Grande en brazos de su ministro el conde Hertzber, grupo escultórico de Gustavo Eberlein

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín, 1900)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN EL CONGRESO

Estos días mi *vida contemporánea* se encierra en las Cortes. Unas cuantas aficionadas á la oratoria y á las filigranas del debate vivimos en la tribuna. Allí nos pasamos seis horas. Leemos, para entretener la espera, mientras no se llega á la orden del día, periódicos y hasta libros; comemos dulces, charlamos, y poco á poco nos familiarizamos con los misterios de la política parlamentaria. No teman mis lectores que les comunique esta ciencia arcana, y en opinión de muchos, funesta. Ya sé que ahora no se puede hablar de política. Con el rey y la Inquisición..., chitón. Estamos en tiempo de suspensión de garantías. Ya nos hemos habituado á esta situación. El día en que podamos escribir cuanto se nos pase por el magín, no se nos pasará cosa alguna, y nos encontraremos como en la gloria.

Pero dejando á un lado la política, hay en las Cortes infinidad de aspectos que no carecen de interés. Desde luego, el estudio comparativo de la oratoria; la observación de los infinitos detalles por los cuales puede un orador cubrirse de gloria ó ponerse en berlina. Este último caso no es frecuente; en cambio es frecuentísimo el de no ser atendido. Las tres cuartas partes de los oradores hablan para las banquetas y entre la absoluta indiferencia y distracción de las tribunas. He notado que esto ocurre cuando los oradores adoptan un tono uniforme y mesurado, ó cuando tratan de asuntos de interés local y restringido, á los cuales no aciertan á comunicar ese calor que los hace importantes, aunque sea momentáneamente, para el auditorio.

* * *

Hay, además de lo que se dice, el gesto, el modo de decirlo; y esto influye mucho, y debiera ser objeto de un estudio detenido y concienzudo. La oratoria es arte, y por consiguiente tiene sus recursos artísticos y sus calculados efectos. Hay orador que dice cosas bastante aceptables, y se pierde por la acción torpe, difícil ó inadecuada al fin. Muchos gesticulan de una manera mecánica, que no es sino el desahogo de la nerviosidad, el inconsciente traqueteo de la alimaña inquieta. Los más barren sin cesar, con las palmas de las manos, la cima del escaño que tienen delante, ó la meseta del banco azul; y á fe que poco necesitarán limpiarlas los encargados de esta labor; bastan los diputados ó los ministros para dejar esas superficies como patenas. Otros cazan moscas al vuelo, abriendo y cerrando la diestra sin saberse por qué. Otros giran los brazos como aspas de molino. Muchos pegan palmadas y recios puñetazos á la mártir madera que tienen delante. Alguno adopta, por parecer fino, una gesticulación adamada y repulgada. Tal hay que no se atreve á descoser los codos del cuerpo y habla amarrado, á guisa de momia egipcia.

Todo esto podría constituir una oratoria defectuosa, y sin embargo es preferible cualquier defecto al vicio de la monotonía y languidez y á la desgracia de hablar bajito, para el cuello de la camisa. El orador más desmandado, más turbulento, más ilógico, gustará si posee la cualidad irreemplazable: la vida, la animación, el calor de la frase y del sentir. Ayer pude comprobar esta verdad. Un joven orador carlista consumió un turno. Supongo que en toda la Cámara no había otro carlista más que él, y que en las tribunas sus correligionarios tampoco abundaban. Sin embargo, desde las primeras palabras, dichas con brío, con acometividad, en voz alta, clara y resonante, la Cámara estaba inclinada á su favor. No les importaba lo que dijese, ni sus opiniones; era la vivacidad, era el sentimiento lo que les atraía. Los periódicos se quejan de que se haya *jaleado* ese discurso y lo achacan á mala voluntad contra el gobierno. Yo no lo entiendo así. Es que la gente, por instinto, se prenda de lo que vive.

Ya conozco que es difícil, al hablar de carreteras ó del artículo H de la ley X, ó de la industria corchotaponera y perjuicios que se le irrogan con la disposición A ó B, desplegar sensibilidad y vehemencia. Para esto quizá se necesite conservar ese entusiasmo por los principios que va desapareciendo. Y para agradar hablando en tono mesurado, que es como la media voz de los tenores, es preciso haber llegado á la altura de los grandes atletas y maestros de la palabra.

¿Y por qué ha de ser orador cada hijo de vecino, vamos á ver? Esa gracia y excelencia es como las demás: no á todos concedida. Ni aun el habla la poseen cuantos seres humanos andan por ahí. Bastantes son mudos. ¡No pocos valdría más que lo fuesen! Y esta es la conclusión que se deduce de la asistencia al Parlamento.

* * *

Las tribunas del Congreso tienen su psicología. El público en ellas es muy variado; el de cada tribuna posee su fisonomía especial. La diplomática suele estar vacía, ó la ocupan dos ó tres damas, muy envaradas, que no entienden jota, porque suelen ser extranjeras. La del presidente es el punto de cita de las señoras de la buena sociedad que tienen aficiones ó conexiones políticas. El personal de esta tribuna generalmente simpatiza con el gobierno, y echa á buena parte las habilidades ministeriales. La oposición empieza en la tribuna de ex diputados, donde son bien acogidos los discursos de los *leaders* de minoría y aprobados con entusiasmo los ataques al gabinete. Es indudable que el núcleo de ex diputados está como las almas que, saliendo de la isla de la bienaventuranza, ven en ella, rodeados de esplendores y goces, á otros seres más felices. Al lado de los ex diputados, una tribuna levantisca y temible, la de la prensa. En ésta se han producido conflictos, despejos por celadores, retiradas entre protestas y murmullos de indignación, grescas de las cuales se habla mucho durante veinticuatro horas, y después se olvidan rápidamente, previas las indispensables satisfacciones y desagravios. Más allá, la tribuna pública, donde se podría creer que late el corazón popular y alienta la opinión callejera, si no se supiese que hay quien ejerce la modesta industria de vender el puesto, ocupado á veces desde las ocho de la mañana en la cola y en los asientos, al burgués ó al provinciano curioso que no tiene ganas de perder el tiempo y de esperar en un pie como las cigüeñas, y paga su sitio allí cual pagaría á un revendedor una buena butaca de quinta fila en Apolo ó la Comedia.

En las demás tribunas el público es mixto. Señoras, militares, sacerdotes, gente de procedencias diversas y que oye con formalidad, sin permitirse rumores de aprobación ni de censura. El comentario, en voz baja y en tono discreto; las apreciaciones, mitigadas por un respeto involuntario «á lo que se hace allí.»

Yo, que no he creído nunca que el respeto sin base racional sea una virtud, no puedo menos de extrañar algunas costumbres que veo arraigadas en el Congreso español. Por ejemplo: tengo en concepto de costumbre nada recomendable el que entren con bastón los representantes del país en el salón de sesiones. ¿Para qué demontres se necesita el bastón donde no hay que andar? Ocurre la idea de que el bastón únicamente puede emplearse si se arma allí una zapatiesta y haya que romperlo en costillas, y cada vez parece menos admisible. Como los bastones suelen ser unos objetos muy feos, de forma grotesca, rematados en cabezas de papagayos, dogos ó cosa por el estilo, se prestan á mil pullas y comprometen á sus poseedores. ¿No fuera mejor dejarlos en el guardarropa?

* * *

Y estoy á mal, á cien bombas, con el abuso del cigarro en el Congreso. Los que asomándose vergonzantes por detrás de los biombos, á la entrada del salón, se delatan por la columna de humo, pertenecen sin duda á aquella especie de hombres esclavos de un hábito, que enfermarían si en dos horas no pudiesen ahumar. Mucho se ha escrito en pro y en contra del cigarro, y no me cuento en el número de sus detractores; sin exageración ni manía, el tabaco no será tan perjudicial como dicen, cuando vemos fumadores que llegan á viejos, gordos, buenos y sanos. El cigarro debe de ser, como otras mil cosas, excelente, usado con moderación; el caso es no convertirlo en indispensable, en una necesidad que lleva á prescindir de la cortesía y de las conveniencias. Bien mirado, no existe en el mundo nada á que deba habituarse el sabio. La sabiduría rompe las cadenas de la fatalidad y nos deja libres de esas tiránicas atadurillas liliputienses de la costumbre.

Tampoco debe omitirse que las tribunas del Congreso son el prototipo de las molestias y de la incomodidad. Sólo se oye y se ve en primera fila; y eso, relativamente. Las tribunas de la izquierda no oyen ni ven bien más que á los oradores de la derecha, y viceversa. Además, la disposición de las gradas es tal, que todos los días se cae alguien y está á pique de romperse un tobillo. La altura y la distancia parecen calculadas para aislar á los oradores de los espectadores. La voz se pierde. A poco que se llenen las tribunas, ó que adelante la estación, el calor se hace asfixiador, insufrible. Es cierto que existen ventiladores de rotación; pero están en el techo; proyectan el aire fresco hacia afuera, á lo alto, y como dice una espectadora ingeniosísima, así que empiezan á funcionar, San Pedro se pone el abrigo y los de la tribuna continúan ahogándose.

Y siendo así, me preguntarán: ¿por qué concurrir á ese espectáculo incómodo? ¡Ah! Porque ese espectáculo, al fin, tiene algo de lucha, y por consecuencia emociones y encantos peculiares, lo que la batalla lleva consigo de acre y punzante atracción. No es lo mismo leer el relato de una batalla que presenciarla. Por eso, aunque el asiento sea detestable, el calor fuerte, la espera desesperadora, en estas largas tardes de invierno, de humedad y neblina, el Congreso tiene sus fieles partidarios.

EMILIA PARDO BAZÁN.



A la puesta del sol atravesábamos á caballo el sombrío pinar de Santa Lucía, un espeso bosque de obscuras copas, de apretados troncos, que se deslizan cuesta abajo del repecho y tienden sobre el inmenso valle un soberbio palio de perenne verdura.

En una revuelta del escabroso caminillo que íbamos siguiendo, mi amigo hizo parar su cabalgadura, se quitó el sombrero y extendiendo la mano derecha me indicó con el cuento de la fusta una humilde cruz de pino, tosca, inclinada hacia la tierra y abriendo sus brazos bajo un matorral de zarzamoras.

El crepúsculo, cerniendo su luz melancólica por entre las ramas del bosque, daba al solitario lugar una intensa poesía, trágica y triste; la tosca cruz, indicadora de que allí se había cometido un crimen, completaba la emoción del cuadro; algún mirlo cerrero entonaba desde la lejana copa de un árbol el himno doliente y aflautado de la tarde; apenas si el viento movía las hojillas largas y agudas, produciendo un leve rumor solemne y misterioso; del fondo del bosque empezaba á elevarse lentamente, al par que la niebla nocturna, un agreste aroma de resina húmeda. La naturaleza entera parecía recogerse allí en muda meditación religiosa.

Mi amigo, una vez que rezó ante la cruz la oración del transeunte – patriarcal costumbre del campo andaluz, – cubrió su cabeza, espoleó al caballo y seguido por mí reanudamos la marcha.

Pronto, un ensanchamiento de la vereda nos permitió caminar juntos. Entonces, adivinando mi curiosidad, volvióse á mí diciéndome:

– Comprendo que quieres saber por qué está ahí esa cruz; la historia es larga; pero el cortijo adonde vamos dista aún dos leguas de este sitio y tenemos tiempo de sobra para que te enteres de un caso pasional muy propio de estos campos de Andalucía, en los cuales lo que empieza por ser un idilio acaba muchas veces en terrible drama.

En ese sitio se mató un muchacho fuerte, audaz y bravío, guarda de estos pinares por aquel entonces; se llamaba Antón Hernández el *Lobato*. Ya tendrás tiempo de enterarte al pormenor de su carácter raro y singular como pocos.

Antes quiero hacerte notar ó recordarte un detalle en el cual es posible que no te hayas fijado; y es que la cruz que hemos visto ostenta, envolviendo sus brazos, una corona de rosas silvestres.

Siempre que pases por el mismo sitio verás sobre la cruz una corona de esas flores de tan vivo color, que parecen notas de sangre. Cuando una corona se marchita una mano piadosa la substituye.

Y ahora escucha la historia de *Lobato* el guarda, porque historia es y verídica la que voy á contarte.

«Heredó el ilustre marqués de Miralmar, á la muerte de su padre, cuantiosa hacienda, valiosos cortijos, dehesas riquísimas, y entre otras posesiones, este pinar que estamos ahora atravesando.

»Casó el marqués en Madrid, murió pronto su esposa y no quedó al aristócrata de su matrimonio más que una hija, María, que le acompañó y consoló en su pena.

»Tuvo la niña, en edad muy temprana, una grave dolencia en el pecho, de la que los médicos auguraron mal. Los cuidados y desvelos del padre resultaban estériles para salvarla, y ya se temía un funesto desenlace, cuando á uno de los doctores se le ocurrió, como desesperado remedio, que la niña fuera á vivir al campo, mejor que á parte alguna á estos pinares, donde se la debía tener un año entero, procurando que su vida fuera lo más agreste, campesina y libre que posible fuera.

»Hízose así; reparóse cuidadosamente el blanco caserío de la hondonada; púsose al cuidado de la enfermita á una buena mujer, que fué su nodriza y que la amaba en extremo, y se esperó ansiosamente el resultado.

»Este no se hizo esperar. Desde los primeros meses notóse una milagrosa mejoría; la infantil y adorable marquesita recorría todo su bosque, espantando pájaros, llenándose la falda y el sombrero de amapolas y de violetas, alegrando esta soledad con sus argentinas carcajadas.

»Había casi al término del bosque una cabaña de carboneros, donde vivía el matrimonio *Lobato*, dos labriegos del marqués que tenían un hijo, Antón, de pocos años entonces; pero el chico, habituado á las rudas faenas del campo desde edad muy tierna, estaba ya al cuidado de las cabras que pastaban en aquel verde cerro que allá lejos se levanta, y él era el encargado, antes de apuntar la aurora, de llevar al caserío una cántara de leche para la marquesita.

»De este modo se conocieron; niños aún, aunque ya columbraban la diferencia de sus respectivos destinos en el mundo, sintiéronse atraídos por el encanto de esa edad hermosa en que la vida es juego, la voz cantares, el llanto breve, y la sonrisa, jugueteando en los labios como una mariposa sobre el encendido talle de una clavellina, inextinguible y constante.

»La niña, ó más traviesa ó más dichosa que el muchacho, fué la primera en proponer correrías y aventuras á través del bosque.

»El zagalillo, un tanto meditabundo y serio, quizá por la rudeza de su vida, sin negarse á estos propósitos, que le parecían sagrados por venir de *su ama*, se constituyó en guía, guardián y perro fiel de la niña.

»Juntos subieron muchas veces al cerro de las cabras, cuyo poderoso encanto era irresistible para la nena.

»Desde aquella altura se desplomaba mugiendo un torrente espumoso, que luego se tendía mansamente sobre el dilatado valle en suaves ondulaciones, brillando al sol como una cinta de azogue.

»El paisaje que se divisaba desde allí era soberbio; sobre la inmensa vega brillaban los blancos caseríos que, empequeñecidos por la distancia, le parecían á la niña lindas y diminutas casitas de juguete; con el alba, que allá arriba alboreaba más pronto, de aquellas chimeneas chiquitinas salían blancas nubecillas de humo; los pastores sacaban el ganado á la vega, que en seguida se llenaba con un dulce y armonioso tintineo de cencerras.

»Sobre los picos de los lejanos montes, nubes sonrosadas y puras se extendían en arco como palmas de triunfo que saludaran al sol naciente; en el sombrío castañar de la hondonada arrullábanse las tórtolas y las silvestres palomas torcaces.

»Un intenso aroma de flores frescas, de cantueso y de jara, llegaba con el aire.

»¡Ah! Me consta que la marquesita no ha olvidado aún aquellas mañanas de dulce placidez poética, tal vez las más alegres y risueñas de su vida.

»En estas excursiones acosaba á preguntas al obediente zagalillo, que siempre serio, leal y cuidadoso, iba enseñando á la niña, señalando con su cayado de pastor los valles, las arboledas, los caseríos, las fuentes.

»En estas incursiones al cerro había un atractivo irresistible para la infantil heredera; el atractivo era *Romín*, un chivito blanco, recién nacido cuando ella llegó al pinar. El chivito, que balaba dulcemente, era el mimado de la niña y también de pastor, sólo por serle á ella preferido.

»Aconteció una mañana que brincando el travieso *Romín*, correteando alegremente delante de la niña, cayó despeñado por el derrumbamiento del torrente

»El duelo de su ama no tuvo límites; lloró, llamándole, juntando las manitas.

»Antón, siempre serio, siempre leal, no esperó una orden; se ajustó la cintura con la honda, se despojó de los pesados zapatones, y sin vacilación, sin dudar un instante, se precipitó cerro abajo, por aquel vio lentísimo desmonte casi cortado á pico; no se sabe nunca cómo se pudo salvar de aquel primer trance; su agilidad extraordinaria le ayudó; de rama en rama, descolgándose por las agudas piedras, algunas de las cuales rodaban al abismo bajo sus pies, llegó hasta el remanso donde se había detenido *Romín*, lo cogió en brazos y emprendió la ascensión peligrosísima.

»Aún tuvo tiempo y valentía para detenerse en un ribazo vertiginoso; cortó un manojillo de rosas silvestres, las flores predilectas de la niña, se lo puso entre los dientes, y con su carga trepó hasta la cumbre, jadeante, heridas manos y rodillas, pero contento, feliz, como un general que hubiera ganado una batalla.

»Terminó aquel año y el señor marqués se llevó á su hija, sana, robusta, con hermosos colores, pero tan campesina al fin, que fué precisa la ciencia de un profesorado escogido para quitarle sus hábitos de rusticidad. Para Antón fué aquella ausencia un golpe terrible; hasta entonces no se había dado cuenta de la profunda afición que había cobrado á su ama. Sintió la inmensa melancolía de un perro leal que encuentra vacío el hogar de su amo; el cerro, el paisaje, las flores, todo estaba para él impregnado de aquella imagen blanca y rubia, que ahora, con la ausencia, se agigantaba en el corazón y se lo llenaba.

»Así creció, hosco, huraño, pensativo siempre. A la muerte de sus padres, el marqués le nombró guarda del pinar. Si le hubieran arrojado de allí, de aquellos lugares que recorrió *con ella*, de aquellas senditas por donde la acompañó, cogiéndole amapolas, cortando con su navaja tallos espinosos de zarza para abrirle paso... ¡Ah, hubiera vuelto de rodillas á respirar el mismo ambiente de recuerdos y añoranzas!

»¿Cómo fué aquello? Lentamente la afición de niño se había trocado en vigorosa pasión de hombre. Este hecho no es raro en este pueblo apasionado, exaltado, con fantasía y sangre moruna.

»Él sabía lo imposible *de aquello*. ¿Y qué? ¡No podía remediarlo, su murria era más que su razón, más poderosa que su voluntad!

»Hecha ya una señorita, deslumbrante de belleza y de gracia, volvió una vez María por allí. Ya no conoció á *Lobato* así de pronto; él sí; él la conoció, la adivinó como deben adivinarse las apariciones celestes. Se fué y no volvió más por allí; pero es fama que le pasó inadvertida la pasión del muchacho.

»Pasó algún tiempo y llegó á la cortijada la noticia de que María iba á casarse; y aun llegó otra noticia más cruel: se dijo que, ya casada, al llegar el verano, haría una excursión por sus haciendas.

»En el espíritu sombrío de *Lobato* debieron fraguarse, en noches de fiebre, todas las formas del crimen.

»Al fin, se decidió: ¡no; ellos son felices!

»Y el mismo día en que llegaba la señora marquesa, el hosco guarda cargó de balas hasta la boca el retaco, se lo apoyó en el pecho y cayó ahí, acribillado y roto el corazón amante.»

Término. El marquesito consorte resultó un derrochador terrible; en pocos años vendió y jugó casi toda la hacienda de María.

Sólo este pinar no ha consentido ella nunca que se venda. «Aquí – dice – está mi niñez, lo más dulce de mi vida; ¡y aquí está la tumba de aquel pobre muchacho, tan grande de alma!»

Ahora te explicarás por qué hay en la cruz una corona de rosas silvestres, siempre frescas, repuestas siempre por una mano agradecida.

Adolfo Luna.

LA EXPOSICIÓN CENTENAL DEL ARTE FRANCÉS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

Entre las varias exposiciones centenales que con motivo de la última Exposición universal se han celebrado en París, la más importante ha sido indudablemente la del arte francés, que ocupaba treinta salas del Gran Palacio, materialmente llenas de cuadros, esculturas, dibujos, reproducciones, proyectos arquitectónicos, desde últimos del pasado siglo hasta fines de 1880, que se completaban con las obras que figuraban en la Exposición decenal.

Comprendía el catálogo de la exposición de que nos ocupamos 3.066 números, de ellos 672 cuadros, 686 dibujos y 419 obras plásticas; y si bien faltaban allí una porción de obras importantísimas para la historia de las bellas artes en Francia, por no haberlas querido ceder los museos del Louvre y del Luxemburgo, lo que había bastaba para dar una idea de lo que ha sido el arte en la nación vecina durante el presente siglo.

EXPOSICIÓN CENTENAL DEL ARTE FRANCÉS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900
LAVANDERAS, dibujo de Juan Francisco Millet

Una rápida ojeada sobre los pintores que en aquella exposición estaban representados, creemos que ha de tener interés para nuestros lectores y se ajusta perfectamente á la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Jacobo Luis David, que con sus veleidades inspiradas en el arte antiguo rompió las tradiciones del siglo XVIII, se nos presenta como el primer pintor francés verdaderamente moderno, el que abordó resueltamente los problemas que habían de preocupar en lo porvenir. Su talento se manifestó especialmente en el cuadro de historia y en el retrato, en el que demostró cierto naturalismo sano, unido á una gran maestría técnica: sus retratos de Marat, de Mme. Morel y de Mme. Vigée-Lebrun pueden citarse entre muchos otros como prueba de lo que decimos.

Entre los artistas en quienes influyó la manera de David encontramos á Gros, autor de un hermoso retrato de Bonaparte después de la batalla de Marengo; Boissard, que en su *Episodio de la retirada de Moscou* supo sintetizar la impresión que las campañas napoleónicas produjeran todavía en la generación siguiente; los retratistas Girodet, Gerard y Prud'hon; el correcto Gericault; Court, que trató los asuntos de la mitología y de la historia antigua con cierto efectismo decorativo, y el malogrado Lariviere que, al morir á los veintitrés años de edad, dejaba algunos retratos que son valiosas joyas en su género.



EXPOSICIÓN CENTENAL DEL ARTE FRANCÉS.
JUANA DE ARCO, dibujo de Pablo Dubois

En aquel período, en el cual la pintura fué principalmente pintoresca, brilló Ingres, el pintor sobrio, casi seco, pero de una sobriedad puramente aparente, de una sequedad en la forma, no en la sensación artística, pues el modo como sentía la naturaleza y la vida se salía de todas las fórmulas académicas. Cultivó la pintura de historia, el género romántico y el retrato, sobre todo este último, en el que se admiran la claridad con que descubría la riqueza de formas individuales y la seguridad con que las trasladaba al lienzo.

Discípulos de Ingres y continuadores de su escuela fueron el retratista Juan Pedro Granger, algunas de cuyas obras recuerdan los retratos rafaelescos del maestro; Víctor Mottez, el autor de magníficos frescos que habiendo podido tener personalidad propia, empeñóse en buscar su inspiración entre los antiguos; y el más notable de todos ellos, Teodoro Chasserian, el artista de talento inquieto, de laboriosidad extraordinaria, que en medio de la severidad de formas aprendida de Ingres, presenta un temperamento más ardiente y un sentimiento más intenso del colorido.

En la exposición podían admirarse cuatro cuadros y un dibujo de un pintor poco menos que desconocido, pues ningún libro de historia del arte habla de él; llamábase Félix Trutat, y lo único que de él se sabe es que nació en Dijón en 27 de enero de 1824 y murió en la misma ciudad en 8 de noviembre de 1848. Aquellas obras suyas, especialmente su retrato y el de su madre, demuestran que la muerte del malogrado artista segó en flor un talento de primer orden.

Los diez y seis cuadros con que estaba representado Delacroix no son indudablemente de los mejores salidos del pincel del gran maestro; y sin embargo, bastan para patentizar la firmeza del dibujo y el dominio del color que caracteriza á tan gran artista; sus dibujos y acuarelas, entre los cuales sobresalen sus estudios de animales, son modelos en su género, en el que son también dignos de notarse los trabajos de Barye y Marcel-Cabin.

Daumier, tan conocido como excelente caricaturista, merece también ser incluído como pintor entre los mejores artistas franceses: sus cuadros al óleo tienen algo de las pinturas de Miguel Angel y de Goya; es á la vez monumental y diabólico; á una extraordinaria sencillez de formas une el juego fantástico de la luz y un refinamiento colorístico, y la movilidad de su espíritu le permitía acometer los más diversos asuntos.

Tassaert, en quien revive la tradición del siglo XVIII, y Granet, cuyas acuarelas causan una impresión vigorosamente pictórica, merecen ser mencionados como los últimos representantes, en el orden cronológico, del arte que precedió á la escuela de Barbizón.

Esta escuela, que constituye uno de los capítulos más trascendentales de la historia evolutiva de la pintura moderna, apenas estaba representada en la exposición centenal, porque en ésta no podían figurar las obras que hubiesen sido ya expuestas en el certamen universal de 1889, y precisamente en aquel entonces se expusieron las principales pinturas de los maestros de Barbizón. Pero lo poco que de ella había era suficiente para demostrar la influencia que sobre la misma ejercieron los Bonington y Constable, haciendo sentir á los jóvenes artistas parisienses los encantos íntimos de la naturaleza de su país. Corot, Dupré, Rousseau y Troyon, los pontífices máximos, por decirlo así, de aquella escuela; Díaz, Monticelli, Fleers, Cabat, Hervier, Barbot, Le Roux y Conture, impulsados por los maestros ingleses, dieron el primer paso importante para la creación del paisaje moderno, realizando una revolución artística cuya trascendencia sólo ha sido superada por la que en nuestros días han llevado á cabo el impresionismo y el *plein air*.

A esta escuela perteneció también Daubigny, el más pintoresco, el más verista, el más objetivo de toda aquella pléyade de paisajistas: tal vez su personalidad no es tan saliente como la de sus compañeros, pero á todos supera por la variedad de asuntos, por su finura de observación y por el buen gusto que preside en sus obras.



EXPOSICIÓN CENTENAL DEL ARTE FRANCÉS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900.
ARGENTEUIL, cuadro de Eduardo Manet

Con Daubigny tiene algunos puntos de contacto Courbet, si bien éste es más vigoroso que aquél. Las principales obras de Courbet no figuraban en la exposición; sin embargo, sus cuadros *Bonjour Monsieur Courbet* y *Ahechadoras de trigo* son notas de luz y de color características, por las cuales puede formarse idea de lo que fué aquel genio de la pintura moderna.

A mediados del siglo, el célebre Millet sentó sus reales en el bosque de Fontainebleau, en donde había de pintar aquellos cuadros que le han valido fama universal. Este pintor tenía en la exposición centenal una representación brillante: su *Aldeana*



PESCADORA DE LAS COSTAS DE INGLATERRA estudio al óleo de Juan [illegible]

dando de comer á su hijo, aparte del mérito de las dos figuras, que cautivan por su naturalidad, es una maravilla de colorido; en el *Regreso del campo* y en *El hombre de la chaqueta,* aparece con relieve extraordinario la intensidad de sentimiento de la naturaleza, y su dibujo al carbón *Lavanderas,* que reproducimos en la página 812, revela vigor y seguridad admirables.

Alfonso Legros, que hace cuarenta años vive en Londres, en donde se ha conquistado un nombre célebre como profesor, descubre, así en sus cuadros como en sus dibujos, la influencia de Courbet, á la que no pudo sustraerse casi ninguno de los pintores que comenzaron á brillar en París allá por el año 1860.

Mucho más original que Legros se presenta Regamey, injustamente olvidado en estos últimos tiempos: sus cuadros militares son algo más que pintorescos, pues en ellos el efecto no se produce por la simple agrupación de figuras vestidas con vistosos trajes, sino por la energía de sentimiento y la amplitud de ejecución, que constituyeron las principales cualidades de aquel artista.

Fantin-Latour pertenece también al número de los que siguieron la senda trazada por Courbet: en sus lienzos sorprende la delicadeza con que están armonizados los tonos más suaves, y sus retratos son un modelo de clarobscuro.

La necesidad de no dar á este artículo demasiada extensión nos obliga á prescindir de ciertos nombres que no han influído gran cosa en el arte francés, y á fijarnos exclusivamente en aquellas personalidades que más han sobresalido.

Entre éstas puede incluirse á Eduardo Manet: doce cuadros suyos podían verse en el certamen centenal, mereciendo ser citados especialmente su *Almuerzo sobre la hierba;* su retrato del grabador Desboutin, ejecutado con magistral amplitud y lleno de vida; su *Almuerzo en el taller;* su *Bar en Folies Bergeres,* uno y otro de colorido admirable; su *Familia de Monet,* pintura bañada en aire y en luz, y su delicioso paisaje *Argenteuil,* que reproducimos en la página 812.

Asimismo reproducimos un busto de *Juana de Arco* del célebre escultor y pintor Pablo Dubois, que, después de conquistarse uno de los primeros puestos entre los estatuarios franceses, ha sabido también hacerse pintor famoso, sobre todo como retratista.

Los cuadros de los impresionistas ocupaban una gran sala que constituía indudablemente uno de los puntos más brillantes de la exposición por la frescura, la vida y el espíritu de observación que en las obras allí expuestas se admiraban. El impresionismo y el *plein aire* representan la evolución más grande que en el arte pictórico se ha realizado.

Entre los primeros adeptos á esta escuela debemos citar á Cezanne, uno de los que más han influído en la actual generación; Renoir, que ha sabido como ningún otro reproducir la gracia, la elegancia y el espíritu de la mujer francesa; Lebourg, Guillaumin y Eva González, cuyos paisajes recuerdan los de Monet; Vignon, el pintor de la naturaleza muerta; Berta Morizot, la pintora de las damas elegantes; Razille, y Degas, el artista nervioso, enérgico.

Después de este grupo venía el de los que podemos denominar pintores actuales, acerca del cual no creemos necesario decir nada, porque los que en él figuraban son sobradamente conocidos y porque el recuerdo de sus principales obras, por ser éstas recientes y por haber sido reproducidas en multitud de publicaciones y muchas de ellas en esta misma ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, está vivo en la memoria de cuantos con algún interés siguen los progresos del arte contemporáneo. – R.

RECUERDOS DE VIAJE

ESPEJISMO ACÚSTICO

Estaba amaneciendo. Una reducida caravana (tres jinetes árabes y dos europeos), procedente de Ismalia, marchaba á través de los arenales de la costa arábiga del mar Rojo, metiéndose tierra adentro en dirección al Sudeste.

Llanuras desoladas y desiertas se extendían por todas partes á la vista de los pasajeros. El viento de Africa levantaba de cuando en cuando y aquí y allá nubes de arena, variando á cada momento el relieve del suelo, pero sin cambiar su aspecto, ni más ni menos que el oleaje del mar no altera las apariencias de su superficie.

Arriba el cielo, sin una sola nube, iba tomando uniforme color azul intenso á medida que el crepúsculo matutino avanzaba.

Triste y monótono es el caminar por los desiertos arenales de la Arabia Pétrea, donde sólo el beduíno, poblador errante de estas llanuras, puede orientarse y seguir sin vacilar el rumbo que desea.

La caravana continuaba su marcha, y una banda roja como el resplandor de un incendio inmenso iluminó el cielo al ras del horizonte hacia Levante, marcando la llegada de la aurora.

– Alá nos protege, dijo el árabe guía enderezándose en su caballo y lanzando una mirada en torno suyo. Tendremos una mañana tranquila, con viento ligero de Lybia y el Gebel-Nagus resonará como nunca. Al trote largo ahora, que tiempo tendremos de descansar más tarde.

La banda purpúrea del cielo iba extendiéndose, creciendo en brillantez; y pronto los viajeros pudieron distinguir, destacándose sobre ella, la silueta de una cadena de colinas, formadas por un armazón de rocas, por el contraste negras, y que asomaban sus crestas y salientes por entre los lechos de arena depositada por el viento en todos los repliegues y oquedades.

Era el Gebel-Nagus.

Torció entonces la caravana su rumbo ligeramente hacia la izquierda, galopando como para rebasar aquella sierra baja, en tanto que los primeros rayos del sol naciente pasaban rozando las crestas de las cumbres, é iluminando por difracción los bordes de las rocas en las cúspides, hacíales desprender vívidos destellos como de la más refulgente pedrería.

– Pie á tierra y avanzar despacio, gritó el guía; silencio y oído al viento.

Todos obedecieron. El aire del desierto, no caldeado aún por los rayos del sol, venía ligero y tibio del lado del mar Rojo; una calma completa y un silencio solemne reinaban en aquellas inmensas soledades.

De pronto empieza á percibirse un rumor extraño, vago é indeciso. Viene de allá, de las colinas arenosas del Gebel-Nagus. Asemeja primero el eco confuso de lejana tormenta; acentúase su intensidad después y parece como si tras las alturas, que el sol ilumina en su orto, desfilasen en carrera vertiginosa millares de jinetes, sintiéndose el retemblar de las tierras y todo el fragor del galope de la caballería.

Los viajeros se detienen y escuchan. El rumor no cesa, pero su apariencia cambia. Los ruidos se suceden con más rapidez, se suman y conciertan, y el oído percibe una serie de sonidos graves primero, más agudos después, siempre dulces y melancólicos y pasando por gradaciones y tonalidades infinitas. Y cuando un haz de estos sonidos iba afinándose y desvaneciendo en nota aguda y finísima, brotaban simultáneos otros torrentes de armonía más ó menos graves que, concertándose entre sí y con los agudos ya expirantes, producían maravilloso y mágico concierto.

Parecía que el desierto antes desolado y muerto se animaba y que espíritus mil, pobladores de aquellas llanuras solitarias, saludaban con imponente y misteriosa armonía la salida del astro rey por el Oriente.

Los árabes de la comitiva, prosternados y con la faz entre la arena, tributaban religioso homenaje al dios de los desiertos que así hablaba; y los dos europeos, extáticos ante la majestuosidad de aquel fenómeno, permanecieron silenciosos escuchando los últimos y dulcísimos sones del insólito concierto que iba debilitándose y perdiéndose á medida que el disco solar aparecía, con todo su esplendor, tras las alturas que limitaban el horizonte hacia el Sudeste.

– Es el Gebel-Nagus el que ha hablado, exclamó el guía árabe cuando todo hubo concluído. No todas las mañanas suena, ni siempre en la misma disposición y forma, que según el calor y la humedad del aire y la fuerza y dirección del viento así los sonidos son distintos. De este modo el Gebel-Nagus, con su diferente sonar, al rayar la aurora y aun más dulce y melancólico al caer de la tarde, nos anuncia la próxima lluvia ó la persistente sequía y otra porción de circunstancias siempre preciosas para nosotros, los hijos del desierto.

En las colinas arenosas del Gebel-Nagus se produce, pues, un fenómeno de espejismo acústico, por una razón semejante al espejismo óptico, ya muchas veces observado y descrito, de los arenales de las regiones tropicales.

Se ha observado que cuando se hace llegar un rayo de luz, en intermitencias rapidísimas, á un globo de cristal de paredes delgadas y que contenga vapor de agua, ó de alcohol ó de éter, se originan



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Viaje del Presidente de los EE. UU. del Brasil. – Último retrato de los presidentes Dr. D. Manuel Ferraz de Campos Salles, presidente del Brasil, y del teniente general D. Julio A. Roca, presidente de la República Argentina (de fotografía de A. S. Witcomb, remitida por D. Justo Solsona).

sonidos cuya intensidad y altura varían con la intensidad é intermitencia del rayo luminoso, con la magnitud del globo de cristal y grosor de sus paredes y



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Viaje del Presidente del Brasil. – Aspecto de los muelles en el momento de atracar el acorazado *Riachuelo* que conducía al Dr. Campos Salles (de fotografía de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona).



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Viaje del Presidente del Brasil. – Fiesta á bordo del *Riachuelo*. Llegada de los presidentes Dr. Campos Salles y teniente general Roca (de fotografía de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona).

con la naturaleza y tensión de los vapores que en el dicho globo se encierren. De aquí que cambiando las referidas condiciones se pueda obtener una riquísima variedad de sonidos.

Ahora bien: en los ortos y ocasos del sol los rayos de este astro pasan rozando la superficie de la tierra y atravesando las diferentes capas de la atmósfera que sobre los distintos puntos del suelo descansan. Estos diferentes puntos del suelo se calientan de distinto modo al salir el sol y se enfrían con rapidez diversa cuando se pone, según sean llanuras arenosas ó montañas de rocas, campos poblados de vegetación, lagos ó mares.

En el caso del Gebel-Nagus la diferencia es grande entre los llanos cubiertos de arena del desierto y las rocas peladas que asoman sus crestas por las cumbres. Las capas de aire que sobre estas distintas porciones del suelo reposan, se calentarán y enfriarán, pues, de un modo diferente á la mañana y á la tarde, presentando divergencias notables en su densidad y provocando en ellas rápidos movimientos de ascenso y de descenso para buscar el equilibrio impuesto por las leyes de gravedad. Estos cambios son muy rápidos y equivalen á variaciones también rapidísimas en la densidad y diafanidad del medio atmosférico que los rayos del sol atraviesan, y provocan, por lo tanto, la intermitencia en la intensidad de dichos rayos. Si éstos, en tales circunstancias, alcanzan las oquedades de las rocas y las cuencas de las montañas, cavidades en donde el aire, con más ó menos vapor de agua, está contenido, se podrá producir el mismo fenómeno sonoro que al llegar el rayo de luz intermitente al globo de cristal que contenga un vapor cualquiera y se originará la maravillosa armonía que el beduíno, en el caso de Gebel-Nagus, cree producida por los genios del desierto.

VICENTE VERA.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Viaje del Presidente del Brasil. – El acorazado *Riachuelo* pasando la esclusa para dirigirse á la dársena Norte y al canal exterior el día de la partida (de fotografía de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona).

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

Viaje del presidente de la República del Brasil
Dr. D. Manuel Ferraz de Campos Salles

Ocho días completos la ciudad de Buenos Aires ha permanecido engalanada como de excepcional fiesta; ocho días de animación nunca vista en honor del primer mandatario de la República vecina; y ocho días de continuados banquetes, bailes, excursiones, paseos, recepciones, que maravilla haya cuerpo humano que pueda resistir, aunque esté investido con el alto cargo de presidente de república, y brasileño por añadidura. Seguramente la satisfacción y contento y la resolución de problemas político-internacionales hacen milagros; si no, no se explicaría la resistencia á tanto correr, á continuo trasnochar, á múltiples abrazos, á constantes apretones de manos y sobre todo á tanto discurso.

El Dr. Campo Salles ha dado pruebas de ser un héroe por su firmeza y valentía, y si sano y alegre llegó á orillas del turbio Plata, feliz y contento y un tanto emocionado las dejó, recordando y viendo las muestras de aprecio y entusiasmo que ha despertado con su presencia.

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Viaje del Presidente del Brasil. – La tribuna del Jockey Club ocupada por los presidentes el día en que se corrió el gran premio internacional (de fotografía de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona).

En la dirección de los festejos y cuanto pudiera ser agradable al ilustre huésped y comitiva oficial que le acompañaba, el mismo señor intendente ó alcalde mayor D. Adolfo Bullrich ha quedado sorprendido por el resultado obtenido, habiendo hecho el milagro su secretario D. Jorge N. Williams.

La llegada de la escuadra brasileña, compuesta del acorazado *Riachuelo*, buque almirante, crucero *Almirante Barroso*, y crucero torpedero *Tamoyo*, estaba anunciada para el 24 de octubre, pero no se efectuó hasta el día siguiente por causa del temporal reinante.

Los cruceros argentinos *Buenos Aires*, *Nueve de Julio*, *Veinticinco de Mayo* y *Patria* salieron á la rada exterior á recibir á la escuadra brasileña y una numerosa escuadrilla de vapores particulares, de diferentes tonelajes, yates de recreo y de regatas, todos empavesados y repletos de familias distinguidas, que dieron escolta de honor hasta la dársena Norte; sobresaliendo la numerosa flota del rico armador D. Nicolás Mihanovich, por el número de vapores ricamente decorados y cubiertos de banderas y por las personas de alta significación social que iban á su bordo.

Fué un momento grandioso cuando el *Riachuelo* llegó junto á la esclusa que da acceso al dique número 4, abriéndose el gran arco monumental, de cuyo seno escaparon centenares de palomas blancas con cintas de colores brasileño-argentinos, emprendiendo el vuelo en caprichosos giros, mientras estallaba una tempestad de vivas y aplausos de la compacta muchedumbre que agitaba millares de pañuelos, y las bandas militares ejecutaban los himnos de ambas naciones, los cañones tronaban en salva interminable, los marineros daban sus reglamentarios *hurras*, los silbatos de la infinidad de vapores rasgaban el aire y las campanas de todas las iglesias eran echadas á vuelo. Y en medio de esa algarabía emocionante desembarcó, junto al palco de honor, el Dr. D. Manuel Ferraz de Campos Salles, presidente de la República Brasileña, siendo recibido con un fuerte abrazo por el primer mandatario de la República Argentina teniente general D. Julio A. Roca.

Desembarcó la comitiva oficial, y después de las correspondientes presentaciones partió en elegantes coches á la *Dumont*.

El trayecto hasta el palacio Devoto fué un verdadero paseo triunfal.

Días antes, en el vapor *Thames*, habían llegado los representantes de la prensa fluminense y comisión de estudiantes de aquella Universidad; y las fiestas á ellos dedicadas fueron como el preludio de las que habían de celebrarse á la llegada de la comitiva presi





EL RAPTOR DE LOS AIRES, CUADRO DE MATÍAS SCHMID (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín de 1900)



REPUBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Viaje del Presidente del Brasil. – Banquete del comercio bonaerense, celebrado en el gran teatro de la Opera, en honor del Dr. Campos Salles (de fotografía de S. Rimathe, remitida por D. Justo Solsona)

dencial. Haremos, pues, reseña á estilo de programa.

En la noche del mismo día de la llegada de Campos Salles, gran banquete oficial en la casa Rosada ó de Gobierno. Discurso del presidente argentino dando la bienvenida al brasileño, y contestación de éste en los más altos conceptos de confraternidad. Paseo de las antorchas, bandas musicales, fuegos de artificio y un gentío enorme por calles, avenidas y plazas, admirando la espléndida iluminación. A media noche, gran baile de gala en los lujosos salones del «Jockey Club,» al que asistió todo lo más granado de la sociedad porteña. Los dos presidentes y sus ministros de Relaciones Exteriores formaron cuadro y bailaron unos lanceros, que podríamos llamar político-internacionales.

El siguiente día, viernes, paseo de ambos presidentes, solos, sin aparato y casi de incógnito á los barrios del Sur; reparto de premios de la Exposición Rural, y función de gala en el gran teatro de la Opera, transformado en algo parecido á los cuentos de las Mil y una noches, no sé si por la hermosura de los adornos ó de las mujeres. Creo sería lo segundo.

En la mañana del sábado, segundo paseo de los dos presidentes en una forma parecida á la del día anterior. Luego se celebró en el palacio Devoto suntuosa recepción de autoridades, elemento oficial, comisiones, etc., etc., y por la noche, después del desfile ciclista, espléndida *soirée* en el propio palacio.

El domingo los presidentes y comitiva oficial asistieron al concurso del Tiro Federal; al Hipódromo, donde se corría el gran premio internacional, y al banquete monstruo dado por el comercio bonaerense al presidente brasileño.

El lunes dedicólo el Dr. Campos Salles á recibir visitas y á oir discursos, ínterin se reponía de su indisposición pasajera el general Roca.

En la tarde de ese día hubo la recepción magna en el Congreso y Senado de los diputados y senadores brasileños, en cuyo recinto pronunciáronse discursos de corte clásico y en donde se hicieron declaraciones de suma importancia.

Por la noche, en la lujosa mansión de D. Vicente L. Casares, espléndido baile y cena, y al siguiente día excursión á Cañuelas á la estancia del mismo Sr. Casares, distante unos 80 kilómetros de la capital.



República Argentina. – Buenos Aires. – Viaje del Presidente del Brasil. – Despedida del Dr. Campos Salles. El acorazado *Riachuelo* en el momento de desatracar para ser remolcado fuera del dique núm. 4 (de fotografía de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona).

El Dr. Campos Salles dedicó la mañana del miércoles á las visitas de despedida, y por la tarde hubo magnífica fiesta á bordo del *Riachuelo*, en la que tuvo lugar la ceremonia de la entrega á dicho acorazado de una hermosa bandera, regalo del Asilo Naval.

Durante el transcurso de los días referidos hubo banquetes que los ministros de Relaciones Exteriores, de Guerra y de Marina argentinos dedicaron á sus colegas brasileños, el del Club militar á los militares y el Naval á los marinos, misas por las víctimas de la guerra del Paraguay, bailes en diferentes sociedades y brillantes funciones de gala en varios teatros, amén del gentío y aclamaciones por doquier y á todas horas.

Llegó el día de la partida y se repitió idéntico espectáculo que el de la llegada.

Los buques de guerra argentinos y particulares dieron escolta de honor á la escuadra hasta más allá de las valizas exteriores.

Tales han sido los festejos con que la República Argentina ha recibido al Dr. Campos Salles, y el entusiasmo con que á ellos se han asociado todas las clases sociales argentinas demuestra los sentimientos de confraternidad argentino-brasileña y el deseo de que ésta se afirme cada vez más y pueda servir de base á una alianza de todas las repúblicas latino-americanas para contrarrestar las concupiscencias y el afán de absorción de la raza anglo-yanqui.

Es de esperar que tal deseo se realice, y á ello debemos consagrar todas nuestras energías.

Justo Solsona.



Matías se detuvo ante una piedra, exclamando: «¡Aquí está!»

LA FUGITIVA

(CUENTO)

El joven príncipe Esteban fué enviado por su padre, rey de un país grande y poderoso, á una de las más retiradas propiedades de la corona que en el reino había, muy lejos de la corte y casi aislada del resto de la nación.

Era la primera vez que el intendente Matías había visto llegar á aquella posesión medio olvidada del real patrimonio á un miembro de la familia reinante.

¿A qué iba allí el príncipe Esteban? Su llegada imprevista, la tristeza que el joven revelaba en su semblante y hasta la elección de aquel sitio para que residiera en él por tiempo indeterminado hacían sospechar que iba á cumplir un destierro.

¿Qué había hecho para merecer tales rigores? ¿Era simplemente víctima de alguna intriga cortesana?..

Matías, queriendo sacarlo de sus sombríos pensamientos, se aplicó á procurarle distracciones para hacer gratas sus horas en aquel apartado rincón del mundo.

***

El sitio era en extremo agreste, pero hermoso y pintoresco. Desde el *chalet* habitado por el joven veíase distante el mar, que al retirarse descubría una playa de finísima arena. Por otro lado elevábase una gran montaña, tan alta que algunas mañanas aparecía cubierta de nieve. Y junto al *chalet* comenzaba un inmenso bosque, que se extendía por el llano hasta perderse de vista.

Las partidas de caza, los largos paseos y la variada relación de portentosas leyendas en que abunda la comarca no bastaban á ocupar el tiempo y la imaginación del príncipe, que se quedaba con frecuencia ensimismado y reflexivo, mirando el mar, la montaña, el bosque ó el cielo.

Esforzándose por disipar su melancolía, el buen intendente llevábalo á las fiestas de las aldeas inmediatas, donde las muchachas y los muchachos cantaban las más bellas canciones y bailaban los más graciosos bailes.

Pero al joven no le divertían gran cosa aquellas fiestas, ni le inspiraba el menor interés ninguna de aquellas frescas y alegres muchachas, entre las cuales las había gallardas y hermosas, con esa natural belleza que tanto cautiva, saturada de aire puro de los campos.

Y al volver con él Matías hasta la puerta del *chalet*, observando su impenetrable silencio y la constante vaguedad de su mirada, decíase sin la más ligera duda, creyendo sorprender el secreto de aquella tristeza:

–¡La nostalgia lo devora! ¡Está enfermo de nostalgia!

Una vez Matías lo vió animarse un poco. Cuando el sol caía, dejando en la sombra el bosque y bañando el horizonte lejano en vivas llamaradas, el príncipe detuvo en su camino á una adivinadora que por el país andaba errante, á quien solían encontrar al acercarse la hora vespertina.

–¡Oye!, le dijo Esteban. Tú que descifras los misterios, según aseguran las gentes, ¡á ver si adivinas el secreto que yo llevo en mi alma!

La adivinadora examinó atentamente la mano del príncipe, luego miró su rostro con gran fijeza y por fin exclamó:

–Sufres un destierro injusto... Pero no es eso lo que te apena. Lo que te entristece no es la nostalgia del país que has dejado, sino algo que no te explicas tú mismo; es el recuerdo de una suprema dicha que soñaste y que se desvaneció después de embriagar deliciosamente tu alma. Esa dicha que has entrevisto en sueños no la podrás realizar sino en el amor de una mujer. Es por el amor de una mujer por lo que, sin comprenderlo, te afanas. No sabes quién es... No la conoces... Acaso, por grande que sea tu deseo de dar con ella, lo tiene ella mayor de ser hallada... Y sin embargo, acaso cuanto más la busques, más huya de ti... ¿Dónde está? ¿Cuál es su nombre?.. ¡Yo te prometo que lo has de saber! Me llaman Sibila porque para mí no hay misterios... ¡Confía en mí! ¡Sibila te ayudará!

Y el príncipe, en cuya fisonomía se revelaba una emoción intensa, vió alejarse á la adivinadora, que no tardó en desaparecer entre la penumbra del crepúsculo.

***

Sibila, aunque no era ya una muchacha, era todavía una mujer joven; muy delgada, muy pálida, de despejada frente, con las mejillas hundidas y los ojos saltones; diríase que sus ojos se le iban á escapar de las órbitas.

Se la veía andar agitada por playas, montes y valles. No parecía haber sido nunca hermosa. Los aldeanos y las aldeanas que la encontraban al paso parábanla para que les adivinase el porvenir. Tenía fama de acertar siempre, ó casi siempre, en sus augurios, y si nada le daban por ellos, la adivinadora nada pedía y continuaba su camino. Más de una vez se la recogió del suelo desfallecida por falta de alimento, y costó trabajo reanimarla.

Oyó el príncipe un día que llamaban á los cristales del *chalet*, y viendo á Sibila preguntó ansioso:

–Qué, ¿me traes el nombre de esa mujer que aún no conozco, en la cual estoy ya pensando á todas horas?

–¡Corre á la playa, contestó Sibila, y lo verás escrito sobre la arena!

El príncipe corrió á la playa, lleno de inquieto afán, impaciente y presuroso. La playa estaba lejos, y subía la marea... Cuando llegó, el nombre había desaparecido... Todo el arenal se hallaba ya cubierto por las olas.

Cierta mañana Sibila volvió á llamar al *chalet*, y al ver á Esteban le dijo:

–¡Otra vez ha escrito su nombre la mujer que te ama en secreto! Pero hoy no lo ha escrito en la arena, sino en la nieve que cubre la cima de la montaña. ¡Si quieres leerlo date prisa á subir, que ya van calentando los rayos del sol!

Como la montaña era muy alta, el príncipe tardó mucho en llegar á la cumbre, y la nieve se había derretido. Ni la más ligera huella del nombre quedaba.

Una tarde, ya casi en el comienzo de la primavera, tornó Sibila al *chalet*.

–¿Quién es esa mujer? ¿Sabré, por fin, su nombre?, preguntó el príncipe á la adivinadora.

–¡Sí! En un árbol del bosque lo ha escrito. ¡Corre al bosque en seguida, y lo verás grabado en la corteza del árbol más corpulento!

Aún no había acabado Sibila de hablar, cuando Esteban tomó el camino del bosque.

Empezó á mirar, uno por uno, los troncos de los más corpulentos árboles.

Pero como el bosque era inmenso, el príncipe estuvo inútilmente buscando el nombre un día y otro día.

Pasaron semanas... Llegaba la primavera á la plenitud de su vigor, y Esteban continuaba en su tenaz empeño de hallar aquel nombre misterioso.

Al cabo, rendido por la fatiga, se decidió á preguntar á uno que pasaba y que tenía trazas de conocer bien el bosque.

–¿Cuál es el árbol más corpulento?, interrogó el príncipe al transeunte.

El hombre, después de guiarlo hasta lo más intrincado de la espesura, se lo enseñó. El príncipe miró el tronco por todas partes, y de pronto vió la huella del nombre que buscaba... Pero, como en la balada de Loreley, era ya imposible leerlo... ¡La corteza había retoñado!

–¿Por qué se esconde? ¿Por qué huye de mí?, exclamó en su desesperación Esteban.

Al volver al *chalet* recibió orden el príncipe de regresar á la corte. Su destierro había concluído.

En el momento de partir vió en el camino á Sibila, y dirigiéndose á ella le preguntó:

–Qué, ¿todavía no sabes quién es esa mujer?

–Príncipe, espero que no he de tardar mucho en decirte su nombre. Yo te prometo, yo te juro que

en cuanto pueda dártelo á conocer lo sabrás. ¡Confía en mí! ¡Confía en Sibila!

* * *

La vuelta del príncipe á la corte fué celebrada con grandes fiestas, donde se disputaban su amor princesas hermosísimas.

Al poco tiempo recibió Esteban la noticia de que ya se sabía el nombre de la mujer á quien buscaba en su destierro.

El nombre estaba ya escrito, no en arena, ni en nieve, ni en la corteza de un árbol, sino donde no se podría borrar por mucho que subiese la marea, por mucho que calentaran los rayos del sol y por muchas primaveras que pasasen...

* * *

El príncipe, á quien no parecían distraer las grandes fiestas de la corte, ni las sonrisas de las más seductoras princesas, tomó, sin vacilar un instante y sin perder una hora, el camino de aquella apartada posesión donde había vivido solitario.

Esperábalo Matías, y éste al recibir al príncipe le dijo:

– ¡Por fin vais á leer el nombre que buscabais con tanto afán! La adivinadora no os puede acompañar á enseñároslo ella misma, pero me ha rogado que os lo enseñe yo.

Echaron á andar, y á la media hora de marcha escasamente, Matías se detuvo ante una piedra, exclamando:

– ¡Aquí está!

Era la losa de una tumba...

Y leíase en ella este nombre: *Sibila.*

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

CRÓNICAS UNIVERSALES

LA MUJER MODERNA

El Senado francés, que suele ser poco revolucionario, acaba de votar, no obstante, una proposición de ley que permite el ejercicio de la abogacía á las mujeres. Con tal motivo, en este momento se habla mucho de la situación que ocupa, de la instrucción que recibe, del papel que al presente desempeña y sobre todo de la misión que la mujer debiera llenar en la sociedad moderna.

Esta cuestión de grande actualidad sirve de tema para muchas crónicas y es materia de animada conversación en los círculos parisienses donde la mujer lleva la voz cantante.

Hace ya muchos años que este asunto viene debatiéndose en la prensa; y los feministas han reivindicado con tal empeño y constancia para la mujer el derecho de vestir la toga, que la Alta Cámara se ha dejado convencer de que debía autorizarla á defender al prójimo, como abogada, ante los tribunales.

Muchos escritores que admiten ese derecho en principio, dudan de su utilidad práctica, y más de un legislador lo ha combatido diciendo que si bien el bello sexo vale tanto como el sexo fuerte, no debe el uno substituir al otro, sino que debe señalarse á cada cual su misión y su deber.

Los que quieren convertir á las mujeres en hombres, confunden la igualdad con la identidad; y los que abren á la mujer ciertas carreras, la exponen ciertamente á más daño que provecho. La de abogado es una de las más expuestas á luchas y decepciones. ¿Cómo, pues, han de vencer las débiles mujeres allí donde tantos hombres enérgicos y perseverantes sucumben miserablemente?

El *Journal officiel* de la República francesa promulga hoy mismo la ley votada por el Senado y que permite á las mujeres provistas de la licenciatura en Derecho el prestar juramento de abogado y ejercer esta profesión.

Es un triunfo para el feminismo; y no dudamos que se acerca el día en que éste obtendrá todos esos derechos por los cuales batalla con tanto ardor.

Pero después que haya logrado asimilar su vida á la del hombre, la mujer no tardará en darse cuenta de que semejante conquista es ilusoria. Aspira ardientemente á votar en los comicios, á pleitear ante los tribunales de Justicia, á escribir y despachar recetas. Su aspiración es legítima y respetable; pero se nos figura que las doctoras en Medicina ó en Derecho sentirán pronto el desencanto y el hastío que sin duda les reserva el ejercicio de tales profesiones, que no siempre da para vivir.

En América, donde las licenciadas en Derecho hace tiempo que pueden ejercer la abogacía, las abogadas no tienen trabajo. Los inocentes no se fían de la elocuencia femenina para hacer valer su inocencia; y los culpables fían su defensa á abogados astutos, experimentados y hábiles.

Si se trata de pleitos, los litigantes estiman, con razón ó sin ella, que las mujeres carecen de espíritu



– Qué, ¿todavía no sabes quién es esa muje?

práctico necesario para ganarse la voluntad y el voto de los jueces.

En Suiza y en Bélgica, hay también varias mujeres que han logrado obtener la licenciatura en Derecho.

En la patria de Guillermo Tell, las abogadas pueden ejercer libremente su profesión; pero les pasa lo mismo que á sus colegas de América: tampoco tienen pleitos.

En Bélgica batallan, como han batallado en Francia, por el derecho de ejercer la abogacía. Y el gobierno belga se muestra más rehacio que el gobierno francés.

La mujer moderna quiere mezclarse en todas las luchas de la vida masculina. Que haga la experiencia y verá las miserias que esta vida oculta bajo el oropel de las profesiones liberales.

¿Por qué no se contenta con ser reina de los salones y ángel del hogar? ¿Por qué, en vez del doctorado en Medicina ó en Derecho, no reclama la educación y la instrucción necesarias para poder ser una excelente madre de familia?

Porque la educación de la mujer, tan necesitada hoy de estímulos y reformas, sería menester que mejorase mucho para que esa hermosa mitad del género humano pudiese ejercer con verdadera autoridad una influencia positiva en la familia moderna.

Por falta de conocimientos especiales, la mujer, por regla general, no puede intervenir en muchos casos de trascendencia donde su tacto exquisito y sus delicados sentimientos la convertirían comúnmente en útil consejera. Su naturaleza le hace amar por instinto todo lo grande y generoso; pero es necesario evitar que sus bellas facultades se extravíen en la vaguedad ó el error.

Fenelón dijo hace más de un siglo:

«Las mujeres no deben gobernar el Estado, ni hacer las guerras; pero los hombres que asumen la pública autoridad no pueden establecer ningún bien efectivo, si ellas no les ayudan á ejecutarlo.»

Pero ¡ay!, las más instruídas, salvo honrosas excepciones, saben muy poco de lo que necesitarían saber para convertirse en útiles compañeras del hombre, en buenas madres de familia y aun en mujeres de sociedad.

Y sin embargo, ellas son las que dirigen las costumbres, y los pueblos se forman más por la influencia de las costumbres que por la fuerza de las leyes.

Por esto, mientras la educación de la mujer no corra parejas con una razonable instrucción, será poco menos que imposible el perfeccionamiento de las sociedades y de los pueblos.

En muchas naciones europeas se han dictado leyes y creado instituciones para elevar el nivel moral al mismo tiempo que el nivel intelectual de la mujer.

No ha mucho visité en Ginebra un colegio de señoritas, que da exacta idea de los progresos realizados en ese terreno. Las muchachas que salen de aquel establecimiento, no sólo poseen, en general, una noción clara de todas las materias que comprende la segunda enseñanza, sino que se hallan en condiciones de poder regentar una casa, dirigir la educación de una familia, dar un buen consejo, prestar valioso concurso en la explotación de un comercio ó de una industria.

En Madrid, en Barcelona y en Valencia existen centros para la instrucción de la mujer en los cuales se dan enseñanzas superiores á las que suelen suministrarse en la generalidad de los colegios.

Justo es hacer especial mención del que se fundó hace siete ú ocho años en Barcelona por iniciativa de D. Juan Bautista Orriols, presidente que era entonces de la Sociedad Económica de Amigos del País en la ciudad condal.

* * *

Hace falta que las muchachas se eduquen para sus naturales deberes, según la misión que están llamadas á realizar en la sociedad y en la familia, y no en perspectiva de situaciones excepcionales ó de existencias ilusorias.

Que no se desvíe á la mujer de su verdadera vocación, que es la familia; de su misión principal, que consiste en educar á los hijos y gobernar la casa. Su instrucción debe tener por norma el fomento de las preciosas dotes que le ha prodigado la naturaleza, para que pueda llenar fácilmente esa misma misión que Dios le ha confiado en el seno de la familia y en la vida social.

Es absurdo y hasta atentatorio á las leyes naturales educar á la mujer para los destinos del hombre. Uno y otra deben ser puestos en condiciones de poder completarse mutuamente y realizar en común, dentro de unos mismos principios morales, pero con sus diversos medios y aptitudes, la educación de los hijos, que es como decidir de la suerte de las generaciones futuras.

La mujer que sea sucesivamente doncella honesta, esposa amante y madre solícita; la que sea triple encarnación del amor, de la abnegación y del martirio; la que sepa ser alma del hombre, formándolo, desde niño, á semejanza suya, para identificarse después con sus sentimientos y con sus ideas y avasallarlo con el irresistible encanto de la gracia unida á una exquisita cultura de espíritu, ejercerá el máximum de bienhechora influencia en los destinos de la sociedad humana.

* * *

No todas pueden aspirar á ejercer en su patria una influencia parecida á la que ejerció, por ejemplo, en Grecia aquella mujer extraordinaria, genio del gran Pericles, á cuya casa acudían los hombres más eminentes á iniciarse en la más profunda filosofía, en los arcanos de la ciencia y en los secretos del arte. No hay más que una Aspasia en la historia.

Pero cada mujer, convenientemente educada en previsión de su misión social, puede realizarla sin grandes esfuerzos en su correspondiente esfera, para su dicha propia y el bien común.

Cuando el esposo halle al lado de la compañera de su vida, no sólo el atractivo de la belleza, sino que también el encanto del amor y la virtud; cuando la esposa sepa dar á los cuadros de la vida doméstica todo el ambiente que pueda apetecer el artista de más ideales aspiraciones; cuando la madre, puesta en condiciones de poder dar una excelente educación moral á sus hijos, prefiera estos nobles deberes á los frívolos pasatiempos de la vida mundana, que por regla general hacen á la mujer moderna indigna del título más sublime con que puede engalanarse, entonces la más hermosa mitad del género humano cumplirá la misión que le está confiada en el mundo.

JUAN B. ENSEÑAT.

FERROCARRIL AÉREO DE BARMEN Á ELBERFELD-VOHWINKEL

Hace poco más de tres años comenzaron las obras del ferrocarril aéreo que había de unir las ciudades de Barmen y Elberfeld (Alemania) y llegar hasta la municipalidad vecina de Vohwinkel. La construcción de esta línea férrea fué encomendada á la *Continentale Geselschaft für elektrische Unternehmungen*, de Nuremberg, que terminó hace poco sus trabajos, y recientemente el emperador ha podido inaugurar esta obra importante que se halla ya en explotación.

Fig. 1. - Vista interior de la estación del ferrocarril aéreo cerca de la de Doppersberg en la línea de Barmen-Elberfeld-Vohwinkel

El sistema adoptado para este ferrocarril es el de suspensión de M. Eugenio Langen, de un solo riel, del que había un trozo como modelo en el anejo de Vincennes de la última Exposición Universal de París.

En este sistema, la vía férrea está sostenida en sus costados por sustentáculos de hierro de construcción sólida y robusta que afectan todas las formas, pues son inclinados cuando la vía está suspendida, como luego veremos, sobre un río, ú horizontales, en mayor ó menor extensión, cuando se trata de establecer las vías en el interior de las poblaciones. Los rieles van colocados en sentido longitudinal, uno para cada vía, y los vehículos van suspendidos á unos bastidores que giran de tal manera que el vagón puede oscilar libremente, pues los bordes de las ruedas encajan en el riel en su parte superior.

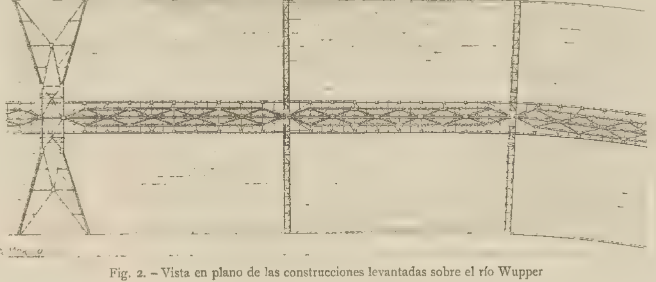
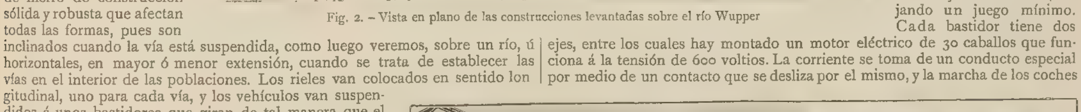


Fig. 2. - Vista en plano de las construcciones levantadas sobre el río Wupper



Esta disposición general nos permite apreciar desde luego varias de las ventajas de este nuevo sistema de locomoción, que deja libre la superficie del suelo, ya bastante obstruída en las ciudades por las líneas de tranvías, coches, etc., y puede recorrer con velocidad relativamente grande todas las sinuosidades de una vía á veces larga, desde el momento en que los vagones se mantienen siempre en equilibrio por su propio peso. Esta propiedad es importante, sobre todo para el paso de las curvas, á menudo de escaso radio. En todos estos pasos, aun á la velocidad máxima y sin moderar la marcha, los coches se mueven con la mayor seguridad. Ya hemos dicho que éstos están suspendidos y que su propio peso los mantiene en equilibrio; por otra parte, van fijos á los rieles por las ruedas motrices en la parte superior y por contrarruedas dispuestas en la parte inferior para impedir que aquéllas se salgan de los rieles. Estas disposiciones permiten precisamente obtener velocidades muy grandes sin temor de ningún accidente.

Los vagones, en los pasos de las curvas, toman automáticamente su posición de equilibrio por virtud de su peso y del efecto de la fuerza centrífuga, y pueden correr á una velocidad de 50, 100 y 150 kilómetros por hora en curvas de 40, 160 y 360 metros de diámetro respectivamente, cuando en los ferrocarriles ordinarios de dos rieles se necesitarían para ello curvas de 250, 1.000 y 2.250 metros de diámetro.

El objeto del ferrocarril aéreo de M. E. Langen podemos resumirlo en pocas palabras citando el texto de la patente alemana, que da á conocer el punto importante y capital del sistema: «El ferrocarril aéreo, con vagones en suspensión libre para viajeros, tiene por objeto, mediante una disposición conveniente de sustentáculos y vehículos, hacer que los coches largos para viajeros suspendidos á sustentáculos de construcción ligera puedan atravesar fácil, segura y tranquilamente las más pequeñas curvas de la vía, sin que se vea en ello una tendencia aparente á falsear los sustentáculos en el servicio ordinario.»

No insistiremos en los ensayos que se han efectuado ya de este sistema de ferrocarril aéreo con un solo riel; mencionaremos, sin embargo, las construcciones ya hechas: vía ligera de campaña y de montaña; línea de ferrocarriles en suspensión de grandes pendientes; ferrocarriles en suspensión con cremallera; ferrocarriles funiculares, ferrocarriles en suspensión para regiones tropicales, etc. Y nos fijaremos principalmente en el ferrocarril aéreo de Barmen-Elberfeld-Vohwinkel.

Este ferrocarril aéreo de un solo riel y dos vías es el primero construído para el servicio de viajeros. La construcción de la vía empezó en 1897 y la longitud total de la misma es de 13'3 kilómetros, de los cuales 10 se encuentran sobre el río Wupper y 3'3 sobre las calles de aquellas poblaciones.

El punto de partida es la estación de Barmen; la vía sigue la corriente del Wupper, llega á Elberfeld y de allí va hasta Vohwinkel. Las curvas de paso tienen en general un radio de 90 metros; pero en Vohwinkel, delante de la estación, hay una de 30 metros de radio, y en las vías de maniobras el radio de las curvas es de ocho metros. La sección máxima es de 4'5 por 100 y la velocidad media adoptada de unos 40 kilómetros por hora.

El viaducto metálico que sostiene las vías es de construcción ligera; según puede verse en la figura 4, está formado por vigas de enrejado combinadas según ciertas formas elementales para resistir las presiones y oponerse á los esfuerzos de torsión: vemos en 1 la vista de lado y la sección transversal de la construcción adoptada para las calles, y en 2 los detalles de la construcción en la parte que va sobre el río. Los pilares distan entre sí 30 metros, según el terreno.

La figura 3 representa una vista en conjunto de una parte de la línea establecida en Elberfeld encima del río, y en ella se distinguen la vía, los sustentáculos y los vagones, cada uno de los cuales puede contener 50 viajeros, 30 de ellos sentados. El vehículo va sostenido por medio de dos bastidores giratorios separados uno de otro por una distancia de ocho metros: en la parte superior de la citada figura puede verse la disposición de los bastidores y el sistema de suspensión. El marco del bastidor giratorio abraza el sostén del riel y el riel mismo, dejando un juego mínimo. Cada bastidor tiene dos ejes, entre los cuales hay montado un motor eléctrico de 30 caballos que funciona á la tensión de 600 voltios. La corriente se toma de un conducto especial por medio de un contacto que se desliza por el mismo, y la marcha de los coches

Fig. 3. - Vista en conjunto de una parte de la vía construída cerca de Elberfeld sobre el río Wupper. En el cartucho, sistema de suspensión y disposición de los bastidores

puede ser refrenada á voluntad, bien con un freno de aire comprimido de sistema Westinghouse que obra sobre la parte superior de las ruedas, bien con un freno que obra sobre las barras del de aire comprimido. Hay además dos frenos eléctricos que permiten el uno poner los motores fuera de circuito y hacerlos obrar, en virtud de la velocidad adquirida como dinamos sobre resistencias, y otro que se hace funcionar para cambiar el sentido de rotación de los motores invirtiendo la corriente. Entre las dos vías y entre los dos rieles hay un espacio cubierto de planchas que permite la inspección de las vías y facilita su conservación. Las estaciones son veinte, inclusas las de término, y la distancia que separa una de otra es de 700 metros aproximadamente. Los andenes son exteriores á las vías, y las plataformas de las estaciones están situadas á una altura media de 4'5 metros sobre el nivel de la calle: la parte inferior del vagón en las estaciones llega exactamente á esta altura.

La figura 1 representa la vista interior de la estación situada cerca de la de Doppesberg en la línea de Barmen á Elberfeld: en ella se ven un vagón parado y otro que se pone en marcha y se pueden observar la disposición de los andenes y las medidas adoptadas para que los vehículos coincidan con el pico de éstos, permitiendo fácilmente la subida y el descenso de los viajeros por los lados. – J. L.

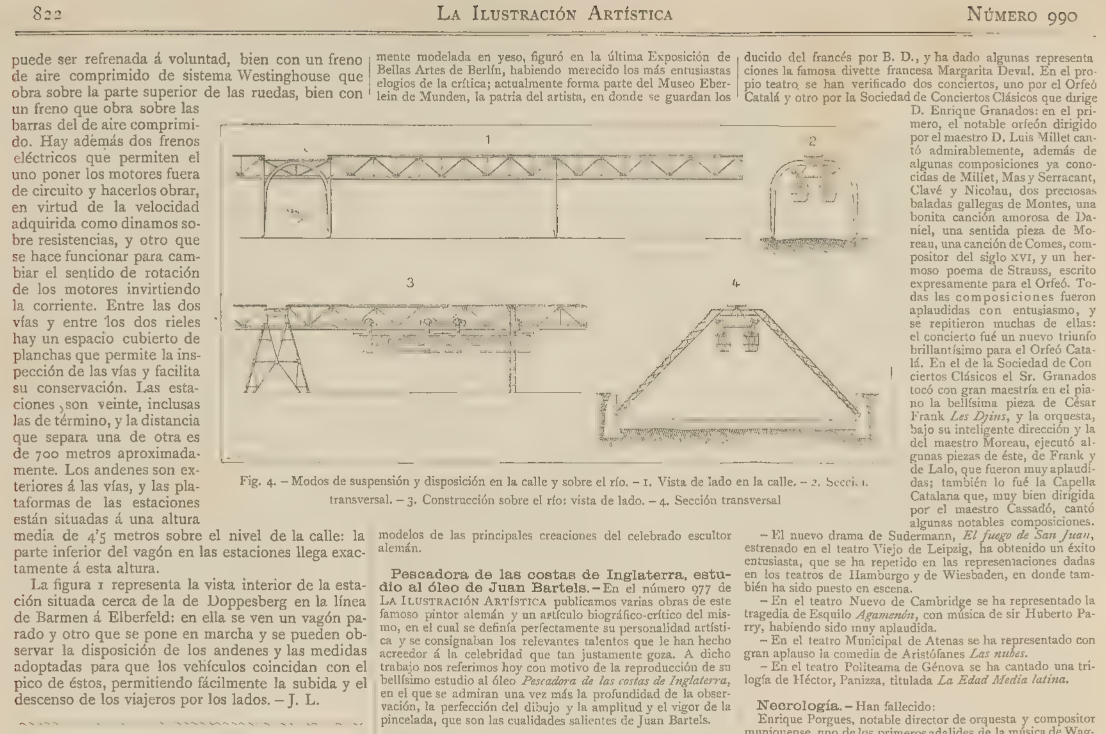


Fig. 4. – Modos de suspensión y disposición en la calle y sobre el río. – 1. Vista de lado en la calle. – 2. Sección transversal. – 3. Construcción sobre el río: vista de lado. – 4. Sección transversal

NUESTROS GRABADOS

Muerte de Federico el Grande en brazos de su primer ministro el conde Hertzberg, grupo escultórico de Gustavo Eberlein. – Con la ejecución de esta obra, ha restablecido Gustavo Eberlein la verdad histórica respecto de la muerte de Federico el Grande de Prusia: en efecto, hasta ahora habíase creído que este rey murió en brazos de un criado, y así representó la escena de su fallecimiento el mismo ilustre Adolfo Ménzel; pero algunos documentos recientemente descubiertos han demostrado que quien recogió el último aliento del gran monarca fué su fiel ministro el conde Hertzberg, de quien es descendiente la señora de Eberlein. Esta circunstancia hizo que el famoso escultor quisiera perpetuar un acontecimiento que tanta importancia tiene en la historia de la familia de su esposa, habiendo modelado á este efecto el famoso grupo que en la primera página de este número reproducimos. En él se ve al rey agonizante sentado en una butaca y apoyada la cabeza sobre almohadas; la muerte ha marcado el límite de la existencia de aquel soberano, una de las mayores glorias alemanas, y ha tocado con su mano descarnada la envoltura material de donde se escapa el alma que no muere; los ojos de Federico se cierran, el brazo pende inerte y la cabeza se inclina «suavemente sobre el pecho de Hertzberg,» como consigna en una poesía descubierta hace poco el poeta Cristián Schubart, contemporáneo de aquel celebérrimo monarca. El cuerpo, libre de vestiduras que lo aprieten, está envuelto desde la cintura en una manta y sus pies se apoyan también en una almohada. Su primer ministro Hertzberg, en actitud grave, rodea con sus brazos al moribundo, y su vigorosa figura forma marcado contraste con la demacrada faz y el decaimiento del anciano, constituyendo en conjunto un grupo admirablemente majestuoso, en el que la severidad de la ejecución armoniza con la seriedad del asunto. Esta obra, bajo todos conceptos interesante y provisionalmente modelada en yeso, figuró en la última Exposición de Bellas Artes de Berlín, habiendo merecido los más entusiastas elogios de la crítica; actualmente forma parte del Museo Eberlein de Munden, la patria del artista, en donde se guardan los modelos de las principales creaciones del celebrado escultor alemán.


Estudio al lápiz, de M. Schmid

Pescadora de las costas de Inglaterra, estudio al óleo de Juan Bartels. – En el número 977 de La Ilustración Artística publicamos varias obras de este famoso pintor alemán y un artículo biográfico-crítico del mismo, en el cual se definía perfectamente su personalidad artística y se consignaban los relevantes talentos que le han hecho acreedor á la celebridad que tan justamente goza. A dicho trabajo nos referimos hoy con motivo de la reproducción de su bellísimo estudio al óleo *Pescadora de las costas de Inglaterra*, en el que se admiran una vez más la profundidad de la observación, la perfección del dibujo y la amplitud y el vigor de la pincelada, que son las cualidades salientes de Juan Bartels.

El raptor de los aires, cuadro de Matías Schmid. – Los viajeros que durante el verano recorren la región de los Alpes contemplan extasiados las maravillosas bellezas de aquellas montañas, los vastos campos de nieve, las cascadas ruidosas, los poéticos valles, los sombríos bosques, los grandiosos ventisqueros, los dilatados panoramas, los pintorescos pueblos; pero no pueden presenciar los terribles espectáculos que allí la naturaleza ofrece cuando la tempestad se desata en aquellas alturas desgajando árboles seculares, arrancando moles de roca que parecían inconmovibles, derribando chozas y asolando pueblos enteros. Y no son estas las únicas calamidades que sobre tales comarcas pesan; las aves rapaces causan también en ellas grandes estragos diezmando los rebaños y haciendo á veces presa en infelices niños que sirven de pasto á sus crías: la escena que reproduce el cuadro de Matías Schmid no es, pues, una ficción, sino que constituye una horrible realidad que el pintor ha sabido trasladar al lienzo, imprimiendo en la actitud y en la expresión de la infortunada madre todo el sentimiento de terror que la situación requiere y presentándonos el paisaje en toda su agreste grandiosidad. El autor de esta obra, verdaderamente emocionante y ejecutada con admirable dominio de la técnica artística, es uno de los primeros pintores tiroleses de la actualidad y goza en el mundo del arte de mucha y muy merecida fama. Para sus pinturas busca siempre asuntos de la vida popular del Tirol, no tanto de los que se desarrollan en la intimidad del hogar ó en las tranquilas aldeas, cuanto los que tienen por escenario las abruptas montañas y permiten formarse idea de las rudas luchas que han de sostener aquellos montañeses. En sus cuadros predomina el carácter casi salvaje de aquellas regiones que como pocos ha estudiado y ha llegado á conocer porque uno de aquellos apartados valles es su patria y entre aquellas rocas y aquellas selvas, junto á los pastores que en ellas habitan y bajo aquel cielo que los cubre pasó su infancia y transcurrieron los mejores años de su existencia empapándose en aquel ambiente, observando aquellas costumbres y extasiándose en la contemplación de aquella imponente naturaleza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – París. – En el Museo del Louvre se han dispuesto cinco salones del primer piso, que hasta ahora habían contenido dibujos, para la instalación de la colección del Guardamueble. Con ello se logrará que sean más conocidos los objetos bajo todos conceptos preciosos que el Guardamueble contiene y que hasta el presente apenas podían ser apreciados, y se evitará, desde el momento en que pasan á formar parte del museo, que se utilicen para decorar edificios públicos, como se ha venido haciendo en distintas ocasiones.

Berlín. – La gran exposición internacional de Bellas Artes correspondiente al año 1901 se inaugurará el día 4 de mayo y se cerrará en 29 de septiembre.

Viena. – A mediados de enero próximo se celebrará en el Museo Austriaco de Artes é Industrias una exposición de las obras del famoso escultor japonés Kokusai.

Teatros. – *Madrid.* – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Parish *El ciudadano Simón*, zarzuela en tres actos de los Sres. Lustonó y Palomero con bellísima música del Sr. Manrique de Lara.

Barcelona. – En el teatro de Novedades se ha estrenado con aplauso el drama en un prólogo y cuatro actos *Beaujolais*, traducido del francés por B. D., y ha dado algunas representaciones la famosa divette francesa Margarita Deval. En el propio teatro se han verificado dos conciertos, uno por el Orfeó Catalá y otro por la Sociedad de Conciertos Clásicos que dirige D. Enrique Granados: en el primero, el notable orfeón dirigido por el maestro D. Luis Millet cantó admirablemente, además de algunas composiciones ya conocidas de Millet, Mas y Serracant, Clavé y Nicolau, dos preciosas baladas gallegas de Montes, una bonita canción amorosa de Daniel, una sentida pieza de Moreau, una canción de Comes, compositor del siglo XVI, y un hermoso poema de Strauss, escrito expresamente para el Orfeó. Todas las composiciones fueron aplaudidas con entusiasmo, y se repitieron muchas de ellas: el concierto fué un nuevo triunfo brillantísimo para el Orfeó Catalá. En el de la Sociedad de Conciertos Clásicos el Sr. Granados tocó con gran maestría en el piano la bellísima pieza de César Frank *Les Djins*, y la orquesta, bajo su inteligente dirección y la del maestro Moreau, ejecutó algunas piezas de éste, de Frank y de Lalo, que fueron muy aplaudidas; también lo fué la Capella Catalana que, muy bien dirigida por el maestro Cassadó, cantó algunas notables composiciones.

– El nuevo drama de Sudermann, *El fuego de San Juan*, estrenado en el teatro Viejo de Leipzig, ha obtenido un éxito entusiasta, que se ha repetido en las representaciones dadas en los teatros de Hamburgo y de Wiesbaden, en donde también ha sido puesto en escena.

– En el teatro Nuevo de Cambridge se ha representado la tragedia de Esquilo *Agamenón*, con música de sir Huberto Parry, habiendo sido muy aplaudida.

– En el teatro Municipal de Atenas se ha representado con gran aplauso la comedia de Aristófanes *Las nubes*.

– En el teatro Politeama de Génova se ha cantado una trilogía de Héctor, Panizza, titulada *La Edad Media latina*.

Necrología. – Han fallecido:

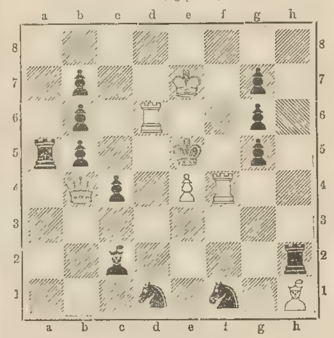
Enrique Porgues, notable director de orquesta y compositor muniquense, uno de los primeros adalides de la música de Wagner y de los más entusiastas defensores del maestro francés Héctor Berlioz.

Sir Arturo Sullivan, notable compositor inglés, director de la Escuela Nacional de Música de Londres, presidente del Real Colegio de Música y creador de la opereta en Inglaterra, una de cuyas obras, *El Mikado*, se ha representado en todo el mundo.

AJEDREZ

Problema número 221, por L. Noack

Negras (13 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 220, por Ph. Klett

Blancas.	Negras.
1. Da6–a3	1. Ae4–d5
2. Da3 5	2. Cualquiera.
3. D mate.	

Variantes

1..... Ae4–d3 ó f3; 2. D toma A, etc.
1..... Cc6–b4 ; 2. D toma C, etc.
1..... Ae4–f5 ; 2. A toma A, etc.
1..... Ae4–g6, h7; 2. Da3–f3, etc.
1..... Ae4–h1, g2 2. Da3–c3, etc.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DISCURSO LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO POR EL EXCMO. SR. D. MANUEL DOMÍNGUEZ. – Justa y merecida recompensa á sus merecimientos ha sido el ingreso en la docta corporacion del eximio pintor español Sr. Dominguez, quien en el discurso leído en el solemne acto de la recepción, ha demostrado igual maestría en expresar sus ideas y conceptos artísticos con auxilio de la pluma que en manifestarlos por medio del pincel. En una y otra forma ha logrado singularizarse, y aunque tardía su exposición literaria, pues ha precisado la solemnidad á que nos referimos, preciso es consignar que el tema de su discurso, «La pintura impresionista,» es digno de ser conocido por su originalidad y por contener un caudal de sana doctrina, propia de quien ha logrado conquistar tan merecido renombre.

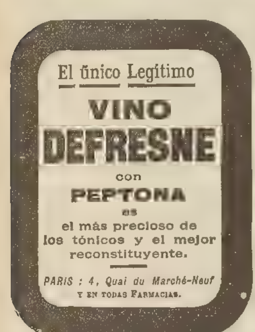
ANALES DE LOS SEGUNDOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA. – Complemento de la interesante y legendaria fiesta, instituída en la bella ciudad de Colonia, gracias á los laudables esfuerzos é iniciativa del ilustre escritor hispano-alemán, distinguido coloborador de esta Revista, Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath, es el volumen recientemente publicado, que constituye un recuerdo agradabilísimo de los segundos Juegos Florales celebrados en aquella caballeresca ciudad, puesto que además de contener las composiciones premiadas, los retratos de S. A. la princesa Victoria de Prusia, de los poetas premiados, de las bellas jóvenes que formaron parte de la corte de la Reina de la Fiesta y de una vista interior del suntuoso salón del histórico palacio de Gürzenich, en donde tuvo lugar tan solemne acto, figuran á modo de escogida antología composiciones de literatos ilustres escritas en varios idiomas, las salutaciones que de todos los países se dirigieron al Consistorio, y los artículos y sueltos publicados por la prensa periódica, finalizando con una extensa reseña de los Juegos Florales recientemente celebrados en Zaragoza, que fueron presididos, como Reina de la Fiesta, por la bella é ilustrada esposa del Sr. Fastenrath.

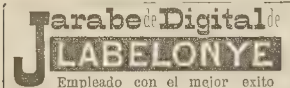
Consta el volumen de 256 páginas en 4.°, esmeradamente impreso en Colonia.

EL CURA DE ALDEA, por *Honorato de Balzac*. – Tratándose de una de las obras más notables del gran novelista clásico francés, no es necesario hacer de ella elogio alguno, pues así el nombre de Balzac como la novela que nos ocupa están fuera de toda discusión, y la crítica ha pronunciado hace tiempo su fallo sobre uno y otra. Unicamente nos ocuparemos de la edición que del libro ha publicado el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso para consignar que la traducción de *El cura de aldea* está correctamente hecha por D. Joaquín García Bravo, y que el [illegible] Obras completas de Balzac, de que forma parte, se vende á una peseta en rústica y una peseta cincuenta céntimos encuadernado.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Mundo Latino, quincenario barcelonés; *La Medicina Científica*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *La Opinión postal y telegráfica*, revista científica, literaria y de información que se publica cuatro veces al mes en Barcelona; *La Práctica de Farmacia*, periódico quincenal barcelonés; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña: *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado que se publica en Madrid; *El Seguro*, periódico madrileño; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Idearium*, revista quincenal de literatura y arte granadina; *La Aurora*, semanario de Puerto de Cabras (Canarias); *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *Boletín Bibliográfico*, de Lima; *El Pensamiento latino*, revista internacional latino-americana-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *Caras y Caretas*, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades, de Buenos Aires; *El Heraldo*, diario político de Cochabamba (Bolivia); *Por la mujer*, revista literaria y de modas que se publica en la Habana.









REPUBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Viaje del Presidente de la República del Brasil. – Plaza de Mayo y Avenida adornada para la recepción del presidente brasileño Dr. Campos Salles (de fotografía de la «Sociedad fotográfica argentina de Aficionados» de Buenos Aires, remitida por D. Justo Solsona)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIX — Barcelona 24 de diciembre de 1900 — Núm. 991

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARÍA, cuadro de Clara Walther

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** la interesante y famosa obra de Enrique Sienkiewicz

QUO VADIS?

que es el quinto y último tomo correspondiente á la serie de 1900. La edición que publicamos, *cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original*, va ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardi.

Nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores sobre las obras que en el prospecto repartido con el número anterior anunciamos para la serie de la **Biblioteca Universal** correspondiente al año 1901. Dichas obras son:

LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

obra escrita en francés por GUSTAVO LE BON

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN
REFUNDIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

Magníficas ilustraciones de monumentos, tipos, costumbres, etc.

Esta obra, tan amena como interesante, es el resultado de un largo viaje de exploración y de estudio que, expresamente comisionado por el gobierno francés, ha realizado recientemente su autor el eminente orientalista é historiógrafo Gustavo Le Bon, y es al propio tiempo la obra de un literato que sabe presentar las materias más importantes bajo una forma brillante y atractiva.

ASTRONOMÍA POPULAR

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO

Nueva edición refundida de la obra publicada con el título EL TELESCOPIO MODERNO, y con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha, por

D. AUGUSTO T. ARCIMIS

DE LA REAL SOCIEDAD ASTRONÓMICA DE LONDRES

El simple título de esta obra y el nombre de su autor constituyen el mejor elogio de este libro, en el cual se tratan todas las cuestiones con la astronomía relacionadas, en forma científica, pero al alcance de los más profanos en materias astronómicas.

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARÁCTER

obra escrita en inglés por ARTURO PATERSON

Un tomo profusamente ilustrado con reproducciones de curiosos dibujos, esculturas y cuadros existentes en museos, bibliotecas y colecciones particulares de Inglaterra.

El período que este libro comprende es uno de los más interesantes de la historia de Inglaterra, y aunque se ha escrito mucho sobre él, la obra de Paterson lo presenta bajo un aspecto completamente nuevo, fijándose principalmente en la personalidad de Cromwell, estudiando en documentos la vida pública y privada de éste y enlazándola con los acontecimientos históricos.

CONDICIONES PARA EL REPARTO

DE ESTAS PUBLICACIONES

Todas las semanas recibirán los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** un número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que constará por lo menos de 16 páginas, al que se acompañará cada quince días EL SALÓN DE LA MODA, periódico ilustrado con profusión de grabados intercalados en el texto y una lámina de figurines iluminados impresa en papel superior. Al recibir este reparto semanal abonará el suscriptor *cuatro reales* y después le serán entregados durante el año periódicamente, sin pago ninguno, los cinco tomos de la **Biblioteca Universal** anteriormente referidos, lujosa y sólidamente encuadernados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NAVIDADES

Ahí está la Nochebuena, con sus panderetas y rabeles, sus chicharras y sus tambores, sus pueriles regocijos y sus satisfacciones íntimas, de hogar... No hay fiesta más igual á sí misma, y sin embargo, su monotonía es como la del pan blanco y el sano puchero: no cansa, no engendra tedio nunca. Todos los años trae idénticas impresiones, la poesía de una incomparable dulzura religiosa y doméstica, el culto de la niñez y la maternidad y el de los dioses Lares – que desde los tiempos primitivos profesa el hombre, simbolizándolo en el fuego. – Remontaos todo lo que podáis á las fuentes, á los orígenes de las creencias; subid á la India, llegad á las mesetas del Himalaya, donde descendieron en compactas emigraciones las razas superiores, las que habían de dominar el Universo, y encontraréis este culto, en una ó en otra forma; casi siempre personificada la divinidad en la dulce llama que una mano piadosa sostiene, y á la cual se calientan juntos los padres y los hijos.

* * *

Claro es que el advenimiento de Jesucristo y la historia de su vida prestaron distinta significación á la fiesta de la familia y del hogar; pero en su esencia no la modificaron: pruébanlo las reminiscencias paganas y ancestrales, de alta antigüedad, que se notan en ella, en ciertos países de Europa, y especialmente en las comarcas que pobló la raza céltica. Son cosas que van mucho más allá de la era cristiana, no cabe duda; y aun sin salir de la misma era, la fiesta de Navidad se cuenta entre las más antiguas, de primitiva tradición. Ya en el segundo siglo de la Iglesia, y antes de que mediase, se solemnizaba la Navidad. Lo curioso es que, en aquellas remotas edades, la Navidad era movible: se celebraba cuando en mayo ó cuando en enero. Fué preciso, en el siglo cuarto, abrir una indagatoria respecto á la verdadera fecha del nacimiento del Señor, y resolver, por común acuerdo entre doctores, que era la del 25 de diciembre esta fecha bendita.

* * *

¡La Navidad celebrada en mayo! ¿No es verdad que desconcierta y cambia todas las ideas que asociamos á esa noche memorable entre las noches? Las sensaciones del frío, la lluvia, la nieve, el hielo, las unimos, involuntariamente, á los episodios del nacimiento del humilde Redentor. Cuando la savia rompe en brotes y en florescencias embalsamadas; cuando la atmósfera se entibia con los soplos precursores del verano; cuando las estrellas dulcemente titilan en un cielo de velludo azul, no nos representamos al Niño desnudo, amoratado, trémulo, necesitando, para desentumecerse, el aliento de la mula y del buey... La costumbre es una segunda naturaleza; y aun cuando no sepamos por qué se ha fijado para el natalicio de Jesús la noche del 24 del mes riguroso, no podemos habituarnos ya á celebrarlo en otro mes cualquiera del año; á no identificarla con la fiesta del fuego familiar, y con el sueño de la naturaleza, que reposa..

* * *

El carácter infantil y gozoso de esta fiesta se debe á la Edad Media, al candor de la *obscuridad gótica*, que predisponía al miedo, pero también á la risa. Si los profanos aprovechaban los días de Carnaval para hacer locuras, los creyentes las hacían en Navidad, y dentro de las iglesias y catedrales. Todavía hoy quedan rastros, indicios de estas sagradas niñerías. La misa del Gallo, en ciertas capitales de provincia, es una explosión de risa y de buen humor, y no hace cuatro lustros que, en la catedral de Santiago, se veían y se deseaban para sostener, durante esa misa, á media noche, el orden y la compostura. No era sino júbilo, pero júbilo bullicioso, estudiantil, semejante al que despiertan las voces del órgano en sus registros más frescos y campestres, al acompañar los villancicos el concierto de pájaros que trina y gorjea como celebrando el fausto Nacimiento, al despertarles las luces de la estrella que guía á los reyes y á los pastores.

* * *

En la Edad Media, como el templo era el centro de la vida y substituía á las ágoras y á las basílicas civiles de Grecia y Roma, en ella nacía y se repercutía toda manifestación del sentimiento popular, y no deben considerarse irreverentes, aunque á nuestra corrección moderna lo parezca, las diversiones y los ritos bufonescos de la Navidad, análogos á la célebre *Fiesta del asno*. Los misterios de Nochebuena, representados en las catedrales, entretenían y solazaban á los villanos, cual entretiene ahora el café ó el teatrillo. En aquellas grotescas farsas, en que desempeñaban papel la mula y el jumento, y las rusticidades y simplezas de los zagales y zagalas, de los Brases y Mengas, arrancaban carcajadas continuas, nacía el teatro, germinaba toda una rama, y lozanísima, de la literatura nacional. Entre misterio y misterio, villancico y villancico, se cenaba, dentro de la misma iglesia, sin pensar que fuese profanación. La colación que hoy cada cual se prepara en su casa, y según sus medios, cerrando la puerta para que no se cuele el vecino y el pobre, se realizaba entonces, quizás con mayor espíritu evangélico, en común, sin ocultarse.

¿Quién sabe si, bien mirado, aquella gente sencilla no rendía más verdadero homenaje al nacimiento del Redentor, que los hoy congregados á oir la misa en suntuoso oratorio, para saborear después la exquisita cena?

* * *

La devoción varía según las épocas. La misa del Gallo, aunque siempre concurrida, se ha vuelto seria y formal. Sólo en algunos rincones de provincia, ó dentro de los conventos de monjas, conserva su sello de expansión infantil. En las casas «bien» (perdónese el atroz galicismo) se oye la misa del Gallo con tanta formalidad como indiferencia interna. Y es que esa fiesta, popular, *social* en el sentido hondo de la palabra, no compagina bien con la separación por castas de los elementos sociales. Así es que en Francia, los poderosos se acuerdan ese día de los menesterosos, y de mil maneras, ingeniosamente, fraternizan con ellos. Uno de los modos de fraternizar es el *Arbol.*

* * *

Sueño de los niños pobres, entretenimiento y alarde generoso de los niños ricos, el *Arbol,* el inmenso pino cubierto de candelillas, salpicado de flecos de oro, cuajado de juguetes y golosinas, reune en la sala de honor del castillo á los aldeanos, identificándoles, toda una noche, con el señor territorial. Las miradas de las criaturas devoran anticipadamente los cucuruchos de dulces, las muñecas, los polichinelas vestidos de raso, los conejitos mecánicos que tocan el tambor, los ferrocarriles, los barcos, las maravillas de la juguetería francesa y alemana, tan barata y tan graciosa; pero en los *Arboles* hay á veces cosas más substanciales, abrigos, trajes, alimentos, libros de enseñanza, bolsitas con dinero; y las madres, previsoras, ansían que les toque el buen lote, el que remedia la necesidad y resuelve problemas prácticos, siempre planteados en las casas de los humildes...

* * *

El *Arbol,* de todas suertes, no es lo castizo, lo nacional. Lo español es el *belén*. La costumbre de hacer *Nacimientos* acaso procede del siglo XVI, época en la cual, según los entendidos, se comenzó á modelar figuritas de barro y de cera representando los principales personajes de tan tierno episodio. En el siglo XVII, los mejores escultores y tallistas no se desdeñaron de hacer portalitos, reyes magos, pastores, camellos, mulas y bueyes. En el XVIII, en palacio se encargaban los Nacimientos, con figuras de gran tamaño, á artistas de renombre. Algunos se conservan todavía, y son muy hermosos, dignos de figurar en Museos.

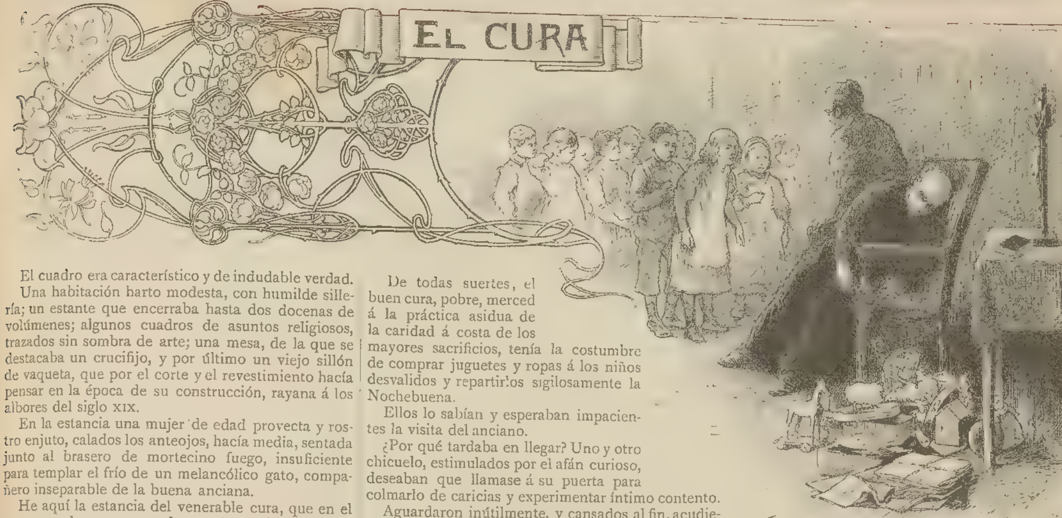
De esas creaciones de los maestros de la escultura genuinamente española, descienden, no en línea recta, sino con mancha de bastardía, los feos y ordinarios monigotes que se venden en la plazuela de Santa Cruz, en las tiendas y barracas, desde dos semanas antes de Nochebuena. Toscos cual son, los monigotes alegran el alma de los chiquillos; son su predilecto juguete en estos días.

No puede negársele cierta fisonomía pintoresca, en sus charros colorines y sus actitudes forzadas, donde se adivina la huella de algo que fué arte, y que ha ido desfigurándose, en reproducciones sucesivas.

Yo miro con simpatía á las figurillas de barro del *belén*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL CURA



El cuadro era característico y de indudable verdad.

Una habitación harto modesta, con humilde sillería; un estante que encerraba hasta dos docenas de volúmenes; algunos cuadros de asuntos religiosos, trazados sin sombra de arte; una mesa, de la que se destacaba un crucifijo, y por último un viejo sillón de vaqueta, que por el corte y el revestimiento hacía pensar en la época de su construcción, rayana á los albores del siglo XIX.

En la estancia una mujer de edad provecta y rostro enjuto, calados los anteojos, hacía media, sentada junto al brasero de mortecino fuego, insuficiente para templar el frío de un melancólico gato, compañero inseparable de la buena anciana.

He aquí la estancia del venerable cura, que en el momento de ser presentado ante la consideración del público aparecía sumido en profundas meditaciones.

Verdad es que aquel sacerdote, modelo de virtudes, desprovisto de las ambiciones terrenas, pasaba su vida en esa labor inapreciable de la reflexión aplicada al bien.

El cura era pobre, y había consagrado á su ministerio santo sus facultades, que tenían en primer término manifestación cumplida en la práctica de las sublimes palabras de Jesús:

«*Sinite parvulos ad me venire.* (Dejad que los niños se acerquen á mí).»

***

—Señor, dijo la mujer quebrantando el silencio, me parece una locura salir con este día.

—¿Qué?, respondió el cura como si despertase de un letargo.

—Pues eso. Vea de qué modo cae la nieve. Usted está delicado y...

—No importa. ¿Escuchas?

—Cierto; las campanas anuncian la Nochebuena.

—¡Qué hermosos ecos! Parece que llevan al cielo las bendiciones de los hombres al Niño Dios.

—No lo dudo, señor; pero tiene usted fiebre; apenas puede tenerse en pie; se presenta una noche horrible.

—¡Bah! Para las conciencias honradas hay contento íntimo en todos los instantes de la vida.

—Sin embargo. .

—¡Calla!, exclamó el sacerdote levantándose de repente, no obstante su debilidad.

Y en aquel momento sus ojos dulces irradiaron vivísima luz y hubiérase creído que una aureola divina circundaba su venerable cabeza.

Era el genio hermoso del Cristianismo; agitábanse sus manos, apoyadas sobre la mesa; percibíanse bajo la raída sotana los latidos del corazón, y á la palidez enfermiza del semblante había reemplazado un tinte carmíneo, que denunciaba la circulación de la sangre.

Los copos de nieve golpeaban contra los cristales del balcón, y por contraste á la tristeza del día glacial, llegaban al estrecho recinto cánticos regocijados, unidos á los ásperos sones de las zambombas, y las turbas de gente moza repetían las tradicionales coplas de Navidad.

Las campanas de las iglesias proseguían su concierto.

El cura no pudo resistir, y en un arranque de energía exclamó:

—¡Me llaman! ¡Me llaman! ¡Hijos míos!

—Señor, atrevióse á observar la paciente ama. ¿Qué haremos esta noche? No hay recursos, porque...

—Es inútil que lo repitas. Cumplo con un deber.

Calló ella, y el venerable sacerdote abandonó la estancia, vacía de elementos para celebrar la cena de Navidad.

¿Era un santo aquel hombre ó un monomaníaco?

La respuesta no puede concretarse en términos convincentes y rotundos, porque depende del individual criterio.

La fe le hubiera asignado el primer concepto, y el descreimiento el segundo.

De todas suertes, el buen cura, pobre, merced á la práctica asidua de la caridad á costa de los mayores sacrificios, tenía la costumbre de comprar juguetes y ropas á los niños desvalidos y repartirlos sigilosamente la Nochebuena.

Ellos lo sabían y esperaban impacientes la visita del anciano.

¿Por qué tardaba en llegar? Uno y otro chicuelo, estimulados por el afán curioso, deseaban que llamase á su puerta para colmarlo de caricias y experimentar íntimo contento.

Aguardaron inútilmente, y cansados al fin, acudieron á la casa de su bienhechor.

***

La fiebre implacable, aumentada por el frío de la noche, ejerció desastroso influjo en el cura.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para comprar golosinas, vestidos y juguetes; invirtió la suma exigua con que contaba, y presa de horrible angustia, sin poder cumplir su obra en la forma habitual, tornó á su casa.

Entró jadeante, lívido, tembloroso; dejó en el suelo el tesoro destinado á la tropa infantil, y sentóse exánime en el sillón vetusto.

—Señor, gritó llorosa la mujer que lo asistía, ¿qué sucede?

—Nada, nada, respondió el sacerdote. Una ligera calentura; cansancio... Esto pasará.

Y cerró los ojos.

Volvieron á repicar las campanas; continuaron los cánticos alegres en honra del Niño Dios; y el cura, imponiéndose á la debilidad, tomó la *Biblia* y con voz entrecortada leyó en uno de los *Evangelios* el pasaje sublime en que Jesús hizo la apología de los niños.

Al mismo tiempo, varios de éstos, que se habían congregado, inquietos por la ausencia del cura y del *aguinaldo*, llamaron tumultuosamente á su puerta.

Abrió la mujer y súbito invadieron alborozados la morada, riendo y exclamando:

—¡Los juguetes! ¡Las ropas!

Irguióse el cura en el sillón; una sonrisa purísima y un destello de sus ojos, poco antes apagados, dieron vida á su rostro beatífico, y respondió á la turba que lo contemplaba con respeto:

—Ahí los tenéis, hijos míos. Es la última ofrenda de mi alma. Aceptadla y recibid mi bendición.

«*Gloria á Dios en la altura y...*»

No pudo terminar. Cayó muerto sobre el sillón.

Permanecieron silenciosos los niños, y luego cada cual, á su manera, oró ante el cadáver del hombre justo que había sacrificado su existencia en la práctica de la caridad.

La mujer se sobrepuso á la situación, de horrible realismo, repitiendo las frases del sacerdote:

«... *Y paz al hombre en la tierra.*»

Luego, tomó en sus temblorosas manos las ropas y los juguetes; los distribuyó entre los muchachos confundidos; y cuando éstos abandonaron la casa, arrodillóse junto al cadáver y dijo:

—Tenía razón el sacerdote: «*Gloria á Dios en la altura y paz al hombre en la tierra.*»

¡Benditas sean las palabras que difunden el consuelo y la fe!

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

(Dibujo de N. Vázquez.)

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

En una gran ciudad, durante la Nochebuena y con un frío intenso, veo á un niño de seis años, quizás menos, demasiado pequeño para que le hagan mendigar, pero no tanto que dentro de uno ó dos años no lo destinen seguramente al oficio de mendigo. Este niño se despierta una mañana en un tabuco húmedo y frío; está envuelto en una mala blusa y tiembla; su respiración sale en forma de vapor blanco; está sentado en un rincón sobre un cofre, y para huir del aburrimiento respira activamente y mira cómo el aliento se escapa de su boca. Pero tiene hambre. Desde por la mañana se ha acercado varias veces al lecho de tablas cubierto de un jergón, delgado como una gasa, en donde está echada su madre enferma, con la cabeza sobre un lío de ropa, á guisa de almohada.

¿Por qué está allí? Probablemente habrá llegado con su hijo de una ciudad extranjera y se habrá puesto mala. El propietario del zaquizamí ha sido preso hace dos días. El día aquel es día de fiesta y los demás inquilinos han salido; uno de ellos, sin embargo, se ha quedado en la cama, borracho perdido, veinticuatro horas antes de que la fiesta llegara. De otro rincón surgen los lamentos de una vieja de ochenta años baldada por el reuma: en otro tiempo ha sido una buena niñera y ahora se muere sola, gimiendo y regañando, junto al niño que empieza á sentir miedo de acercarse á ella. El pobre niño ha encontrado en el corredor agua con que apagar su sed; pero no ha podido dar con un miserable mendrugo de pan y por décima vez va á despertar á su madre. La obscuridad le infunde terror; la tarde está muy avanzada y no encienden fuego. A tientas encuentra el rostro de su madre, y se extraña de que ésta no se mueva y de que esté tan fría como la pared. «¡Qué, tanto frío hace!,» piensa, y permanece un rato sin moverse con la mano sobre la espalda de la muerta; luego se sopla los dedos para calentárselos, y encontrando su gorra sobre la cama, busca la puerta y sale del chiribitil. Antes habría salido ya si no fuera por el miedo que le inspira el perrazo de un vecino, que se pasa el día ladrando en el descanso de la escalera. Pero el perro no está y el chiquillo sale á la calle. «¡Dios mío, qué ciudad! Nunca he visto cosa semejante. Allí lejos, en el país de donde vengo, la obscuridad es mucho mayor y no hay sino un farol en toda la calle; ésta se compone de casitas bajas de madera con las ventanas cerradas, y en cuanto anochece no transita nadie por ella; todo el mundo está metido en su casa, y no se oye más ruido que los ladridos de centenares de perros que no cesan de ladrar y de gruñir durante toda la noche. Pero en cambio, ¡se estaba allí tan caliente!, ¡y daban de comer! ¡Qué gusto daría comer algo! ¡Qué ruido, qué estrépito!, ¡cuánta luz y cuánta gente!, ¡cuántos caballos y cuánto coche! ¡Y el frío, el frío! El cuerpo de los caballos fatigados despide humo y de sus narices sale un vaho blanco; sus cascos suenan sobre el empedrado al través de la blanda nieve. ¡Y cómo se empuja aquella gente! ¡Dios mío, cómo quisiera comer algo, un pedacito de cualquier cosa!.. ¡Y los dedos ahora me duelen!»

Acaba de pasar un municipal que vuelve la cabeza para no ver al niño.

«¡Otra calle!.. ¡Oh, qué ancha es! ¡Aquí van á aplastarme, de fijo! ¡Cómo gritan todos, cómo corren, có-

mo se estrujan! ¡Y por todas partes luz, siempre luz! Y esto, ¿qué es? ¡Oh, qué cristal tan grande! ¡Y detrás del cristal una sala y en la sala un árbol que llega hasta el techo! ¡Es el árbol de Navidad!.. ¡Y cuántas luces en el árbol, y cuántos papeles dorados y cuántas manzanas! Y colgando de las ramas, muñecas y caballitos. La sala está llena de niños bien vestidos y muy limpios; todos ríen, todos juegan, comen y beben. ¡Y aquella niña que sale á bailar con el muchachito!.. ¡Qué bonita es! ¡Y ahora se oye una música al través del cristal!..

El niño contempla admirado y se ríe. Ya no le duelen las manos ni los pies; pero los dedos se han puesto encarnados, no puede doblarlos y el moverlos le hace daño... De pronto vuelven á dolerle, y el niño se echa á llorar y se aleja. Al través de otro cristal distingue otra sala y otros árboles y golosinas de todas clases sobre la mesa, almendras encarnadas y amarillas. Junto á la mesa están sentadas cuatro hermosas damas, y cuando llega alguien le dan un pedazo de torta; y la puerta se abre á cada instante y entran muchos señores. El niño se ha deslizado también y abriendo la puerta ha entrado en la sala. ¡Qué gritos, qué agitación al verle! Una de las damas se ha levantado, y poniéndole una moneda en la mano le ha abierto ella misma la puerta. ¡Qué miedo ha tenido el niño!

La moneda se le ha caído de las manos y ha resonado por la escalera: el chiquillo no podía apretar sus dedos encarnados para sujetarla. El infeliz echó á correr de prisa, muy de prisa. ¿Adónde iba? Lo ignoraba. Quisiera llorar, pero el miedo no le deja. Y corre, y corre soplándose las manos, y se entristece al verse tan solo. De pronto.. ¡Dios mío!, ¿qué es aquello? Una muchedumbre parada y dando muestras de gran admiración. «En una ventana, detrás del cristal, tres muñecos lindísimos, vestidos con ricos trajecitos encarnados y amarillos y lo mismo que si estuvieran vivos. ¡Y aquel viejecito sentado que parece tocar el violín! Y hay otros dos que tocan pequeños violines y mueven la cabeza llevando el compás: se miran uno á otro, sus labios se mueven; sin duda hablan, pero al través del cristal no se les oye.» Y el niño, al principio, piensa si tendrán vida, y cuando comprende que son muñecos se echa á reir. Jamás ha visto muñecos como aquellos, ni sospechaba siquiera que pudiese haberlos. Quisiera llorar, ¡pero aquellos muñecos son tan graciosos! De repente siente que le cogen por la blusa; á su lado está un muchachote que le da un puñetazo en la cabeza, le quita la gorra y le echa la zancadilla.

El niño se cae y al mismo tiempo oye unos gritos; permanece un momento inmóvil, paralizado por el terror, pero luego se levanta de un salto y echa á correr hasta que ve una puerta cochera abierta, y penetrando en un patio se oculta detrás de un montón de leña: «Aquí no me encontrarán, está muy obscuro.»

Diciéndose esto, se agacha y se encoge y en su terror apenas puede respirar.

De pronto siente un gran bienestar; ya no le duelen las manecitas y los piececitos; está caliente, muy caliente, como si estuviera junto á una chimenea, y su cuerpo se estremece. Se va á dormir ¡Qué bien se duerme aquí! «Me quedaré aquí un ratito y luego iré á ver otra vez los muñecos - piensa el niño y se sonríe recordando aquellos juguetes. - ¡Lo mismo que si estuvieran vivos!»

Después escucha la canción de su madre «Mamá... duerme. ¡Y qué bien se está aquí para dormir!»

- Ven conmigo á ver el árbol de Navidad, murmuró una voz dulcísima.

El niño, al pronto, pensó que era su madre; pero no era ella.

¿Quién le llama, pues? No ve á nadie; pero alguien se inclina sobre él y lo envuelve en la obscuridad. Él le tiende la mano, y de repente... ¡Oh! ¡Cuánta luz! ¡Qué árbol de Navidad! Pero no, no es un árbol de Navidad; jamás ha visto cosa parecida.

¿Dónde está ahora? Todo reluce, todo brilla y en todas partes se ven muñecas. Mas no, no son muñecas, sino niños y niñas que parecen despedir vivísima luz; todos dan vuelta en torno suyo, vuelan, lo besan, lo cogen, se lo llevan y también él vuela. Y ve á su madre que le sonríe alegremente.

- ¡Mamá, mamá! ¡Ah, qué bien se está aquí!

Y de nuevo besa á los niños, á quienes de buena gana contaría la historia de los muñecos que vió al través del cristal.

- ¿Quiénes sois?, pregunta á aquellas niñas sonriendo y sintiendo que las quiere.

Es el árbol de Navidad de Jesús.

Todos los años Jesús tiene en tal día un árbol de Navidad para los niños que carecen de él...

Y supo que todos aquellos niños y niñas eran niños como él, muertos los unos de frío en las cestas en que han sido abandonados á la puerta de las casas de los funcionarios de San Petersburgo; otros muertos en casa de sus nodrizas en las islas sin aire de las Tchauknas; algunos muertos de hambre junto



Espada de honor que regalan á Cronje los «Republicanos patriotas franceses,» modelada por Pallez

Mr. Kiezer (Secretario de Cronje) — El general Cronje — La esposa de Cronje — Mr. Laberschue, ayudante de Cronje



P. Cronje (nieto del general)

GUERRA ANGLO-BOER. - EL GENERAL CRONJE Y SU FAMILIA, PRISIONEROS DE GUERRA EN SANTA ELENA



EN BUSCA DE REPOSO, cuadro de Oton Goldmann

al pecho secado de su madre durante el hambre; otros envenenados por la infección de los vagones de tercera clase. Todos aquellos ángeles están ahora allí con Jesús, y Él también está con ellos, con las manos sobre ellos extendidas y bendiciéndoles á ellos y á sus madres pecadoras.

Y todas las madres de aquellos niños están también allí, apartadas á un lado y llorando; cada una reconoce á su hijo ó á su hija, y los niños vuelan hacia ellas, las besan, enjugan sus lágrimas con sus manecitas y les ruegan que no lloren, porque ¡se encuentran tan á gusto allí!..

Y en la ciudad, por la mañana, el portero encontró el cadáver del niño que se había refugiado en el patio, muerto de frío detrás del montón de leña. También encontraron el de su madre... Había muerto antes que él. Ambos se habían vuelto á ver en los cielos, en la casa del Señor...

T. DOSTOIEVSKI.

REFORMADORES CHINOS

Aun en las naciones más petrificadas, aun en los pueblos más aferrados á sus tradiciones, ábrense poco á poco paso las ideas de la civilización y del progreso. Buen ejemplo de ello es la China, ese inmenso imperio hasta hace poco cerrado á piedra y lodo á toda influencia europea, y que ahora, gracias á los trabajos de la diplomacia, convenientemente ayudada por la fuerza de las armas, empieza á gozar de los beneficios de nuestro comercio y de nuestra cultura.

Y esas ideas de progreso y de civilización que allí han llevado los extranjeros han encontrado eco entre los mismos naturales del país, habiéndose formado un partido reformista, del que vamos á decir algo en el presente artículo y al frente del cual figura Kang Yun Wei, oriundo de Cantón, que después de haber cursado en el Colegio de Hamlín y estudiado una edición revisada de los clásicos chinos, entró á formar parte de una sociedad política, compuesta de 300.000 individuos, llegando á ser, por sus especiales méritos, el jefe reconocido del partido joven chino. Llamado á Pekín por haber sido nombrado consejero del emperador Kwang Su, tuvo en 1898 noticia del golpe de Estado que en la corte se preparaba contra los reformadores, y logró ponerse en salvo embarcándose en un vapor inglés. En Tientsín el buque fué registrado por las autoridades, que no supieron dar con Kang Yun Wei.

El gobierno chino había telegrafiado al gobernador de Chefoo que prendiera al fugitivo, lo juzgara sumariamente y lo decapitase; pero cuando llegó el telegrama el gobernador estaba ausente y á su regreso ya el barco se había hecho de nuevo á la mar. Seguramente habría sido cogido en Shanghai, para lo cual las autoridades chinas solicitaron el auxilio de los ingleses suponiendo que se trataba de un criminal que había de llegar allí de un momento á otro en uno de los vapores procedentes del Norte; los ingleses, sin embargo, convencidos de que no se trataba de un delincuente vulgar, sino de un hombre político, enviaron á la desembocadura del río á un corresponsal del *Times*, provisto del mismo retrato que el gobierno chino había enviado para identificar al hombre cuya captura se interesaba. Aquel corresponsal visitó el vapor, y habiendo reconocido á Kang Yun Wei, hízole trasbordar á otro buque que salía para Hong-Kong, y de este modo, escoltado sucesivamente por varios buques de guerra ingleses, pudo desembarcar sano y salvo en aquella colonia. No hay que decir que la cabeza del reformador ha alcanzado desde entonces un precio más elevado; pero no es probable que ni á buen precio puedan hacerse con ella los enemigos de todo progreso en China, los cuales se han vengado de él profanando las tumbas de sus antepasados.



KANG YUN WEI, el reformador chino



La hija de KANG YUN WEI

La hija de Kang Yun Wei, cuyo retrato publicamos en esta página al lado del de su padre, está educada en las ideas de éste; no se ha deformado los pies, cosa inusitada tratándose de una china de buena familia, y viste según la moda mandchú; es una joven instruidísima que escribe artículos para periódicos y pinta.

Hong Kwang Yan y Tan Tze Tung, hijo del gobernador de Hupeh, junto con otros cuatro reformistas, fueron ejecutados por orden de la emperatriz usurpadora después del golpe de Estado de 1898. Tan Tze Tung, al ser conducido al suplicio, pronunció las siguientes palabras: «Por cada hombre que ahora muera, ¿cuántos no surgirán para consagrarse al bienestar de la China?»

El padre de Tan Tze Tung cayó inmediatamente en desgracia, no tardando en circular el rumor de que había muerto de pesar: esta noticia, sin embargo, no fué cierta; pero gracias á ella el antiguo gobernador de Hupeh ha podido vivir tranquilo en su retiro. Su madre es cristiana y se asegura que está dotada de los mejores sentimientos. Al verdugo que ejecutó á Tan Tze Tung se le dió, según parece, una considerable suma para que le cortara la cabeza de un solo tajo, á fin de evitar á la víctima un horrible sufrimiento.

En la actualidad, la madre de Kang Yun Wei, anciana de agradable trato, ignora todavía la muerte de su hijo Hong Kwan Yan, pues á todos los que la visitan se les advierte que se abstengan de hablar de ello, y como, por otra parte, no sabe leer, sera muy fácil que la buena señora no llegue nunca á conocer el secreto que se le oculta: Kan Yun Wei asegura que el conocimiento de tal noticia sería causa de su muerte.

Toda la familia del reformador hubo de huir cierta noche del pueblo que habitaba en las inmediaciones de Cantón, encontrando seguro refugio en Hong Kong, en donde le dió hospitalidad en su propia casa Ho Tung, uno de los hombres más ricos de aquella ciudad. Entonces la ira y el odio de la emperatriz llegaron á tal extremo, que dió orden de que fueran arrasados los sepulcros de aquella familia.

HONG KWANG YAN, hermano de Kang Yun Wei, ejecutado en 1898



LIANG CHI CHU, *leader* del partido reformista, propietario del periódico «Chinese Progress»



TAN TZE TUNG, hijo del último gobernador de Hupeh, ejecutado en 1898

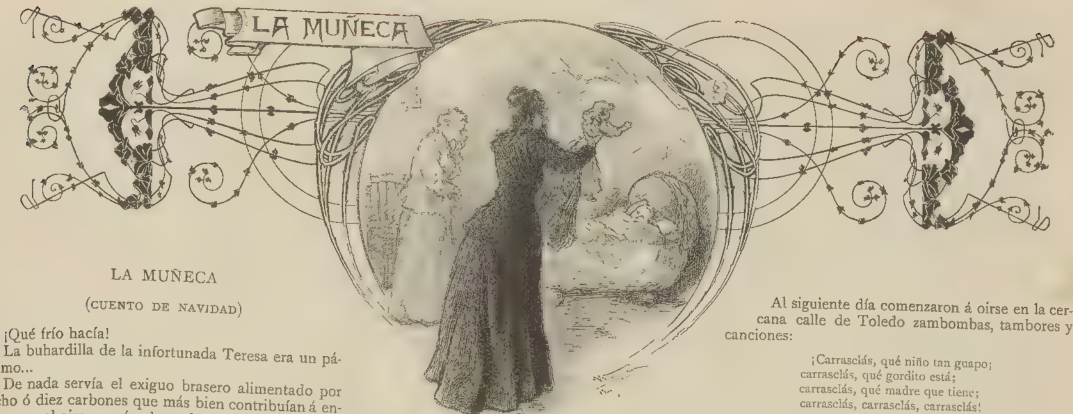
Liang Chi Chu, cuyo retrato también publicamos, es otro de los jefes del partido reformista: era director del *Chinese Progress* (El Progreso chino), y habiendo sido desterrado, estableció en el Japón una escuela para los chinos. Muchos de éstos, así como numerosos extranjeros, le dispensan las mayores consideraciones, y es tan buen literato, que los chinos amantes de la literatura se conmueven y llegan á llorar escuchando la lectura de sus composiciones.

Ausente Kang Yun Wei, el jefe del partido reformista en China parece ser Wen Ting Shih, pero últimamente éste trabajaba muy poco.

El partido de la reforma cuenta con grandes fuerzas en Loochow, llamada por algunos el París chino, y también, según se asegura, en Szechuan, que es la provincia más occidental del Imperio; pero en donde más se agitan los reformistas es en Hunán, que es precisamente la capital de la región más antiextranjera de China: en aquella capital las calles están iluminadas por la electricidad, y el actual gobernador de la misma ha prohibido la bárbara costumbre de deformar los pies á las niñas. También se fundó en ella un colegio superior en donde se daba enseñanza según los métodos extranjeros; pero desgraciadamente para todos hace bastante tiempo que hubo de cerrarse aquel notable establecimiento.

Las esperanzas de la joven China se cifran en el partido reformista; pero es dudoso que haya en éste por ahora un número de hombres bastante capaces y sabios para dirigir los asuntos del país.

ARCHIBALDO LITTLE.



LA MUÑECA

(CUENTO DE NAVIDAD)

¡Qué frío hacía!

La buhardilla de la infortunada Teresa era un páramo...

De nada servía el exiguo brasero alimentado por ocho ó diez carbones que más bien contribuían á envenenar el aire que á calentarlo.

Una mesa, tres sillas, una cama, una cuna. He aquí todo el mobiliario del habitáculo. En las paredes unas estampas de santos y un almanaque cuya hoja marcaba el día *22 de diciembre*. Allá abajo en la calle un hombre gritaba: «¡El 3.094! ¡Quién quiere los cinco millones!»

Y la niña enferma repetía siempre las mismas palabras:

– ¡Mamá!

– ¡Hija mía! ¿Qué quieres?

– ¡La muñeca, la grande! ¡La que habla!

* * *

Era el tema del delirio infantil en la calentura que la devoraba.

Una muñeca grande, una de esas que parecen señoritas, con los ojos muy hermosos y muy brillantes, con los cabellos rubios, que les caen en rizos sobre los hombros...

Sueño irrealizable, deseo que no era posible poner en práctica, porque la infeliz Teresa no ganaba más que tres pesetas cosiendo y bordando. La enfermedad de la chiquitina la había dejado por puertas, médico y botica se habían llevado casi todo lo que produjo el trabajo del mes, y la niña no se contentaba con una muñeca chiquita, que podría costar dos reales...

No; la niña, cuando estaba buena, había entrado con su madre á dar una vuelta en uno de esos grandes bazares llenos de todo género de cosas, y en uno de ellos había visto la gran muñeca..., y la madre para engañarla le dijo:

– Ahora no puedo..., pero el día de Nochebuena te la compraré.

– ¿Me lo prometes?

– Te lo prometo.

Esto era en noviembre, y la niña cayó en cama el día 15 de dicho mes.

¡Qué mes!

El médico comenzó por decir que *aquello no era nada*. Dos ó tres días después vió que *había complicaciones*. A la semana siguiente declaró que *podría sobrevenir la tifoidea;* por último averiguó que la niña tenía sin ningún género de duda el tifus, y que sería milagro que lo resistiera.

La pobre Teresa, viuda á los treinta años, esclava de su trabajo, adorando en aquella hija que era para ella todo, familia, bienestar, sostén de las luchas de la vida, se sintió morir al oir la amenaza de muerte lanzada brutalmente por el doctor en la soledad de la buhardilla.

Vendió sus vestidos, empeñó sus colchones, pasó cuarenta días trabajando á la luz moribunda de su lámpara de petróleo y velando á la enfermita. Y ésta, así que comenzó á darse cuenta de lo que en torno suyo pasaba, vió el almanaque clavado en la pared en frente de su cuna de hierro y leyó la fecha: *22 de diciembre*.

– ¡Mamá!, balbuceó con débil acento.

La madre suspendió la costura para contestarle.

– ¿Qué quieres, Anita?

– Mamá, tú me has prometido una cosa.

– ¿Qué cosa?

– La muñeca. Mañana es Nochebuena, mira el calendario.

– ¡Es verdad!, exclamó Teresa dejando caer el pedazo de tela que tenía entre las manos.

La fecha la aterró. Mientras la niña, en su delirio, pedía el regalo ofrecido, creyó que aquello no era más que el recuerdo, la imagen que queda grabada en el cerebro y archivada en él hasta que en un momento de fiebre surge de nuevo.

Nos acordamos entonces de nuestros juegos de la infancia, de tal amigo que hace cuarenta años no vemos, de un fragmento musical no oído desde que íbamos á la escuela...

Anita había reclamado una cosa prometida por su madre, el nombre de un juguete, retenido en una célula misteriosa del cerebro...

Pero ahora, ahora, la reclamación estaba hecha en toda forma. El almanaque marcaba la fecha fatal, ineludible. Y la niña empezaba á mejorar, y ya más dueña de sí misma repetía:

– Mañana es Nochebuena, yo quiero que la muñeca rubia, aquella *que habla*, venga á darme la Nochebuena, ¿lo oyes, mamá? El año pasado vinieron unos pastores y unos Reyes Magos..., este año vendrá la muñeca, ¿verdad que vendrá? Tú me lo has prometido, y tú no mientes ni engañas á la niña.

– ¡No hables tanto, que te excitas y te va á doler la cabeza, por Dios!

– ¿Vendrá la muñeca?

– ¡No sé, hija mía!

– ¡Yo quiero!

– ¡No llores!

– ¡Ha de venir mañana, tiene que venir mañana por la noche!

En este momento entró el médico.

Pulsó á la niña, le tocó la frente, la examinó con atención y dijo:

– Tiene más fiebre que esta mañana.

– ¡Ay, señor, por caridad, no me aflija usted!..

– Tiene más fiebre..., está muy nerviosa... ¿Se ha disgustado? ¿La ha regañado usted?

– ¡Regañarla yo! ¡Bendito sea Dios, y qué cosas se le ocurren á usted!.. Lo que tiene es que...

– ¡Yo quiero que venga la muñeca!, gritó Anita pateando en la cama y echando las manecitas por fuera de las sábanas.

– ¡Eso, eso es lo que tiene, gritó Teresa, eso! Que le he prometido el regalo de Navidad, y con esta idea fija ha pasado los cuarenta días del tifus y...

– Pues es indudable, dijo el doctor, que la idea persistente excita el cerebro, y que después del mal que hemos vencido puede venir otro peor...

– ¡Peor!

– El ataque á la cabeza, la meningitis, ¡quién sabe! Usted no puede comprarle...

– ¡Ay, no, señor! Esas figuras de cartón cuestan mucho dinero...

– ¿No puede usted pedir una prestada?

– ¿Y á quién, Dios de mi vida, á quién?

– No sé; pero si esta obsesión le dura mucho, dudo por lo débil que está..., no respondo de nada.

Y con su sequedad habitual, se despidió y se fué.

* * *

La noche fué terrible.

La niña volvió á delirar. Pedía su muñeca grande á cada momento. La madre no durmió ni media hora.

Al siguiente día comenzaron á oirse en la cercana calle de Toledo zambombas, tambores y canciones:

¡Carrasclás, qué niño tan guapo;
carrasclás, qué gordito está;
carrasclás, qué madre que tiene;
carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Dieron las cinco de la tarde, comenzó á nevar; Teresa tenía que entregar su trabajo y cobrar el jornal de la semana. Suplicó á una vecina que cuidase de Anita y le dijo á ésta que en seguida volvía.

– ¡Pero no vuelvas sin la muñeca grande! ¡Si no, no te quiero!

¡Oh, qué triste salió la infeliz madre de su casa!

Llegó al almacén yerta, llorosa, le pagaron su trabajo, recibió veintiuna pesetas y se dirigió corriendo al Gran Bazar, que estaba hecho un ascua de oro, alumbrado por cientos de luces y lleno de gente. Señoras y niñas constituían la mayoría de la multitud elegante que estaba allí comprando cosas.

Había muñecas de todos los tamaños; las chiquitas estaban en escaparates, las grandes colocadas de pie al alcance de las caricias de las niñas ricas. Teresa, febril, contando con sus veintiuna pesetas, preguntaba tocando los rubios cabellos de la más alta de aquellas encantadoras figuras:

– ¿Cuánto, ésta?

– Doce duros.

– ¿Y ésta?

– Diez.

¿Y ésta?

– Ocho.

Y á medida que disminuía el precio, la talla era más corta...

Y Teresa estaba oyendo la voz de la niña, y contaba los minutos, y sudaba frío.

De pronto, hizo su resolución.

– Déme usted una de aquellas de á peseta que tiene usted allá arriba.

El dependiente le volvió la espalda y de un salto se puso de pie sobre el mostrador para alcanzar la muñeca chica; y entonces Teresa agarró con ambas manos la más grande de las que tenía delante, echó á correr como una loca, se vió en la calle, corrió todavía más y oyó detrás de ella voces que gritaban:

– ¡A esa! ¡A esa!

Comprendió la torpeza de su robo, que la seguían; se perdió entre unos coches y un corro de gente del pueblo; llegó á su casa, subió de un tirón y de dos en dos los setenta escalones y gritó:

– ¡Toma, toma, aquí está, tómala!

La vecina lloraba..., la niña tenía los ojos en blanco, y murmuraba á media voz:

– ¡La muñeca... grande! Mamá... ¡Nochebuena!

Arriba y al lado y abajo, en todos los pisos de la casa de vecindad, resonaban los panderos, las zambombas, los cantos de la noche... Nacía Dios, moría un ángel..., y Teresa y su compasiva amiga vieron en torno del lecho, entre resplandores de divina luz, un coro de figuras rubias cantando el salmo anunciador del Salvador del mundo. Y la niña volaba á mundos mejores, abrazada al ángel de cartón robado para ella...

EUSEBIO BLASCO.

(Dibujo de N. Vázquez.)





NOCHE

CUADRO DE CARLOS MARR (REPRODUCCIÓN



...UENA,

...RIZADA POR F. HANFSTAENGL, DE MUNICH

NUESTROS GRABADOS

Barcelona. — La feria de Santa Lucía, dibujo de Arcadio Casanovas. – Entre las pocas costumbres típicas de nuestra ciudad que han resistido la acción demoledora del tiempo, cuéntase la feria de juguetes y de figuras y objetos para belenes que empieza el día de Santa Lucía en los alrededores de la Catedral y con algunas intermitencias y cambios de sitio se prolonga hasta la Nochebuena. El espectáculo que ofrecen los lugares en donde tal feria se celebra es en extremo pintoresco; en los puestos de venta se ven los más variados productos de una escultura y arquitectura rudimentarias, ejemplares de una fauna y de una flora un tanto caprichosas, y figuritas de barro y edificios de corcho ó de cartón tan sobrados de buenas intenciones como de anacronismos; delante de aquellos puestos, una multitud de niños extasiados ante tantas *maravillas* y pidiendo más cosas cuantas más les compran sus madres que los acompañan; y por la calle una muchedumbre compacta que se empuja y apenas se mueve, y entre la cual los vendedores ambulantes pregonan á grito pelado sus mercancías. El distinguido dibujante Sr. Casanovas, inspirándose en este asunto, ha ejecutado el dibujo que reproducimos, que da perfecta idea de lo que dejamos descrito, por ser un apunte hecho bajo la impresión del natural.

En busca de reposo, cuadro de Otón Goldmann. – La caridad cristiana que ampara al niño abandonado al nacer, que conforta con sus socorros y sus consuelos al hombre desvalido y al enfermo, acoge también en su seno al anciano que tras una vida de sufrimiento y de trabajo y sin fuerzas ya para ganarse el miserable sustento, ni siquiera para implorar una pobre limosna, halla en los asilos benéficos el reposo y el bienestar para el resto de su existencia. A la puerta de uno de estos asilos ha llegado la pobre vieja del cuadro de Goldmann; una joven religiosa la recibe y tira de la campanilla para que la hermana portera se haga cargo del nuevo huésped de la santa casa: no tardará ésta en abrirse á la infeliz anciana, que pasará allí tranquila los últimos días de su vejez, apartada del mundo, que fué para ella sólo valle de lágrimas. El pintor alemán ha tratado este hermoso asunto con una fuerza de sentimiento admirable; las dos figuras están trazadas con verdadera maestría y expresión encantadora; la pobre estancia en que la escena se desarrolla presenta notas de luz perfectamente entendidas, y del cuadro todo se exhala una dulzura apacible que refleja de una manera justa el carácter del tema en que el artista se ha inspirado.

María, cuadro de Clara Walther. Los cuadros de esta distinguida pintora muniquense, perfectamente pintados é inspirados por lo general en escenas de la vida íntima, respiran ese delicado perfume que se desprende del alma de la mujer de corazón y de talento. Los personajes que con preferencia trata son los niños, que sabe presentar con todos los encantos de la inocencia; pero también ha cultivado con gran éxito el retrato, el paisaje y el género religioso, produciendo en éste, entre otros, la bellísima obra que reproducimos y en la cual aparece expresado por modo ternísimo el santo amor de la Virgen á su divino Hijo. Clara Walther hizo sus primeros estudios artísticos en Dresde, y después de una corta permanencia en Weimar los continuó en Munich bajo la dirección del



CLARA WALTHER

profesor Loefftz y los amplió en sus viajes por Francia é Italia. Hoy en día esta artista es una de las que gozan de mayor favor entre el público, que aplaude en ella el sentimiento y el dominio de la técnica que la caracterizan.

Guerra anglo-boer. Espada de honor regalada al general Conje.—El general Cronje y su familia en Santa Elena. – Durante la estancia del presidente Kruger en París le fué entregada, para que á su vez la hiciera llegar á manos del interesado, la espada de honor que los republicanos patriotas franceses regalan al general boer Cronje, como producto de una suscripción abierta por el diario parisiense *L' Intransigeant*. El puño, modelado por el escultor Fallez y labrado en la célebre casa Froment-Meurice, es de oro esmaltado, y el grupo que lo compone simboliza enérgicamente, por medio de un soldado boer luchando á brazo partido con el leopardo inglés, el heroísmo de aquel pueblo que hace más de un año combate contra la poderosa Inglaterra, defendiendo la independencia de su patria.

En la misma página en que reproducimos esta obra de arte, publicamos un grupo del general Cronje rodeado de su esposa, de su nieto, de su ayudante y de su secretario, que con él comparten las tristezas de la prisión en Santa Elena. ¡Cuánto debe sufrir aquel noble anciano viéndose reducido á la impotencia mientras sus hermanos siguen batiéndose en el Africa del Sur! Pero también ¡qué consuelo ha de experimentar el gran patriota si sabe que á pesar de los rudos golpes sufridos, el ánimo de los transvaalenses, lejos de decaer, aumenta de día en día, manteniendo en continua zozobra al enemigo, no dejándole disfrutar en paz del fruto de su rapacidad, derrotando vergonzosamente con un puñado de hombres á los formidables ejércitos ingleses y obligando al odiado invasor á hacer inmensos sacrificios para proseguir la contienda inicua en que ya tan empeñado como el interés tiene el honor nacional! La guerra boer es una lucha verdaderamente épica, y sea cual fuere la suerte de aquel pueblo, la historia le consagrará una de sus más gloriosas páginas.



BARCELONA. – LA FERIA DE SANTA LUCÍA, dibujo de Arcadio Casanovas

Nochebuena, cuadro de Carlos Marr. – El nacimiento del Niño Dios, que marca el acontecimiento más grande y más trascendental de la historia, es al mismo tiempo uno de los que mejor se prestan á ser cantados por los poetas y reproducidos en el lienzo por los artistas. Se comprende, pues, que pintores de todas épocas y de las más opuestas escuelas hayan tratado este asunto, y se comprende además que por mucho que de él se haya abusado, el artista dotado de corazón y de talento sabrá siempre encontrar modo de presentarlo, si no bajo un aspecto nuevo, por lo menos con el sello de su personal originalidad. De ello tenemos una prueba manifiesta en el cuadro del reputado pintor alemán Carlos Marr, en el que se admira de una parte el sentimiento poético del creyente, que imprime en cada uno de los personajes la expresión que le corresponde, y de otra la maestría del técnico, que ha sabido trazar con una corrección exquisita cada una de las figuras, agrupadas con habilidad suma, y encontrar efectos de luz y de color que dan gran realce á la composición.

La Virgen velando el sueño del Niño Jesús, cuadro de Francisco Margotti. – Altamente poética é impregnada de sentimiento religioso es esta composición del celebrado pintor italiano: la bellísima figura de la Virgen arrodillada junto á la cuna de su Hijo, está iluminada por los resplandores que del divino Jesús emanan y que contrastan con los tonos obscuros del resto del cuadro, y su actitud y la expresión de su rostro revelan el arrobamiento de que se siente poseída al contemplar al Niño Dios. Los árboles del fondo, al través de cuyo espeso follaje se filtra una luz suavísima, hacen destacar admirablemente el grupo y contribuyen no poco al excelente efecto del lienzo.

La familia de Ribaucourt, cuadro de Van Dyck.—Nos hemos ocupado tantas veces del ilustre Van Dyck, que estimamos ocioso formular acerca de él y de sus obras conceptos que habrían de resultar forzosamente repetición de lo que en otras ocasiones hemos expuesto. Diremos únicamente que el cuadro *La familia de Ribaucourt* es considerado como uno de los mejores que su pincel produjo, y que en los cinco retratos que en él aparecen se admira una vez más la singular maestría con que trató este género el gran maestro flamenco del siglo XVII.

D. Vicente Blasco Ibáñez, cuadro de Antonio Fillol. – A la galantería de nuestro buen amigo el distinguido pintor valenciano Antonio Fillol, debemos la ocasión de publicar el retrato del Sr. Blasco Ibáñez, inspirado autor de la preciosa novela titulada *Entre naranjos*, que tanto éxito ha alcanzado y tantos aplausos ha merecido. La obra á que nos referimos ofrece el doble mérito de serlo de un laureado artista de grandes alientos é indiscutibles méritos y el de representar al hombre público y celebrado escritor precisamente en el período en que retirado, durante la última estación veraniega, en *Malvarrosa*, bajo la sombra de los naranjos y teniendo ante su mirada la playa y el mar, producía la más bella y espléndida de sus creaciones.

Teatros. – *París.* – Se ha estrenado con buen éxito en el Gymnase *La bourse ou la vie*, bonita comedia en cuatro actos y cinco cuadros de Alfedro Capus.

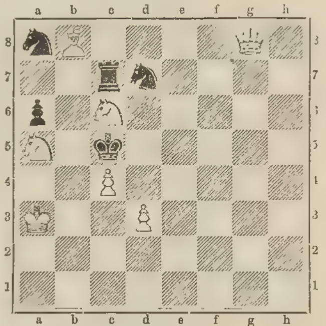
Madrid. – Se han estrenado con gran éxito: en el Español *Nerón*, tragedia en cinco actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany, en cuyo desempeño han rayado á gran altura la Sra. Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza; y en el Real *Tosca*, ópera en tres actos del maestro Puccini, que han cantado admirablemente la Sra. Tettrazzini y los Sres. Garbín y Blanchart y que ha sido muy bien dirigida por el maestro Campanini.

Barcelona. – En el teatro Principal ha dado un concierto el Orfeó Catalá, habiéndose repetido en él algunas de las composiciones que se ejecutaron en el del teatro de Novedades, de que nos ocupamos en el número anterior, y cantado algunas nuevas de Vitoria y Palestrina: el maestro Millet y sus orfeonistas obtuvieron, como de costumbre, un triunfo tan brillante como merecido. En el Liceo se ha cantado la ópera de Thomas *Hámlet*, en la que debutó el barítono Sanmarco, que fué objeto de una ovación entusiasta por la maestría con que cantó y representó el papel de protagonista; también fueron muy aplaudidas las Sras. Pacini y Parsi-Petinella y el Sr. Goula (hijo), que dirigió con gran acierto la orquesta.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 222, POR K. ERLIN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

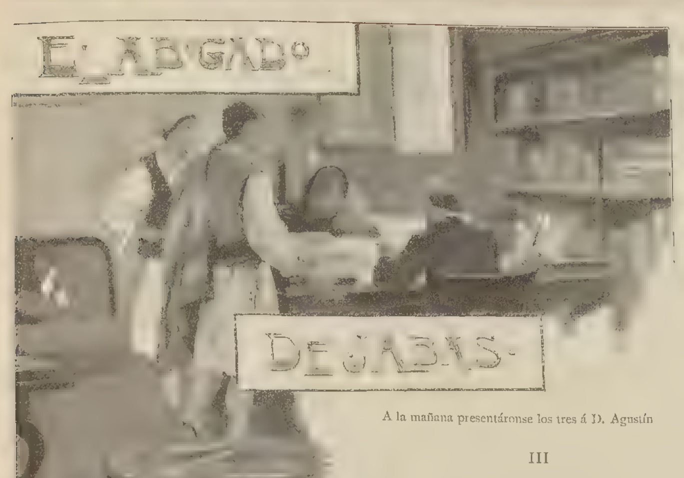
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 221, POR L. NOACK

Blancas.	Negras.
1. T f 4 – f 8	1. T toma A
2. T d 6 d 8	2. R toma P
3. R e 7 – e 8	3. Cualquiera.
4. D b 4 – e 7 ó e 1 mate.	

VARIANTES

1. C d 1 ó f 1 – e 3; 2. T d 6 – d 3, C e 3 – f 5 jaq.; 3. T toma C jaq., etc.
T toma A; 3. D b 4 – d 6 jaq., etc.
C e 3 – g 2; 3. D b 4 – d 6 jaq., etc.
1... T h 2 – g 2; 2. T d 6 – d 5 jaq., R toma P; 3. A toma T jaq., etc.
1... A toma P; 2. T d 6 – d 3, etc.
1... Otra jug.ª; 2. T d 6 – d 5 mate.



A la mañana presentáronse los tres á D. Agustín

I

Se murió el tío Pedro, rico labrador de la Pobleta, señor y dueño del famoso «Mas de Mosén Aguiló,» y su muerte – muy sentida por cierto, que era hombre bueno y rumboso el tío Pedro – dió lugar á grandes comentarios en la Pobleta como también en sus alrededores.

No se comentaba el fallecimiento natural y bien definido.

Una pulmonía certera había trasladado rápidamente al propietario de «Mosén Aguiló» desde su hermosa finca á... no se sabe dónde; pero el tío Pedro tenía tres hijos, y al abrirse el testamento, transcurrido el novenario, vióse que decía, sencilla y lacónicamente:

«Dejo todos mis bienes á mi hijo.»

Y esto era lo que comentaban y discutían acaloradamente todos los vecinos de la Pobleta y sus alrededores.

¿Cómo decía el tío Pedro que dejaba su fortuna á *su hijo*, si tenía tres, que eran: Luis, Joaquín y Vicente?

¿Estaba hecho el documento «con las de Caín,» como suele decirse, ó padecía algún error de redacción?

Aquel *mi hijo*, ¿no debería leerse *mis hijos*?

¿Podía suponerse que desheredaba á dos de ellos en beneficio del otro, cuando á ese otro no se le nombraba?

¿Cuál de los hijos del tío Pedro era el llamado á heredarle?

Fuera parte de esto, ¿cómo un hombre tan recto desposeía á Luis y Joaquín, ó á Joaquín y Vicente, ó á Vicente y Luis, si los tres eran intachables, excelentes hijos?

¡Mil rayos! ¿Quién heredaba allí? ¿Luis? ¿Joaquín? ¿Vicente?

Los vecinos de la Pobleta y sus alrededores volvíanse locos.

¡Sus comentarios no tenían fin!

II

Al conocer la última voluntad de su padre, los hijos del tío Pedro quedáronse contrariados y confundidos, acordando ejecutarlo fielmente.

No era llano el problema, y convencidos al fin de que con su solo esfuerzo no alcanzarían la verdadera solución, salieron del «Mas de Mosén Aguiló» dispuestos á someter, en Valencia, el intrincado asunto á la flor y nata del foro valenciano.

¡Viaje inútil!

Aquellos notables jurisconsultos leyeron y releyeron el papel, lo miraron al trasluz, pusiéronlo de canto, enfrascáronse en laberínticas disquisiciones, plantearon sutilísimas hipótesis y acabaron... por declararse vencidos.

Uno de ellos, más franco ó más modesto que los otros, terminó la consulta diciendo á los hijos del tío Pedro:

– Si alguien puede dar la clave de este testamento, formulado en guisa de charada, es el abogado de Jabás.

III

¡El abogado de Jabás!

¿Quién era el abogado de Jabás?

Llamábase D. Agustín de Pertús y residía en aquel lugarejo de la provincia de Valencia.

Propietario acomodado, abogaba por entretenimiento, y algunos pleitos ruidosos que ganó diéronle renombre extraordinario.

Tenía un carácter raro, retraído y como tocado de singular misantropía, lo que unido á su clarísimo talento y á la circunstancia de vivir en un pueblecillo pudiendo brillar en la capital, habíale formado una personalidad interesante y bizarra.

Decían sus compañeros de colegio que de muchacho no fué insociable y huraño, sino alegre y expansivo, y explicaban aquel cambio merced á una tremenda é inesperada revelación.

Riñendo un día Pertús con un condiscípulo, revolvióse éste con furia y le increpó repetidas veces llamándole «francés» y sosteniendo que sabía de cierto que lo era.

El futuro abogado de Jabás castigó valientemente el intolerable insulto, pero entró en su casa con el alma envenenada.

– ¿Conque soy hijo de francés?, exclamó abrazándose á su madre y llorando amargamente.

Sobrecogida la buena señora con tan inesperada pregunta, replicó sollozando:

– ¡Es verdad, hijo de mi alma! A pesar de ello, tu madre es honrada y digna. Cuando entraron los franceses en este pueblo, asesinaron á mi marido y uno de ellos me atropelló cobardemente.

Agustín de Pertús padeció una terrible enfermedad, y milagrosamente salvó la vida.

¡Vida que fué sombría y triste!

IV

Allá se fueron, á Jabás, siguiendo su peregrinación en busca de un abogado que descifrase el misterioso testamento, los hijos del tío Pedro.

Allá se fueron desesperanzados y mustios, temiendo que por muy lince que fuera el de Jabás y muchas sus luces y sabiduría, había de estrellarse en aquel complicado negocio.

A la mañana presentáronse á D. Agustín, el cual, enterado del caso, examinó atentamente el documento, quedóse pensativo un largo rato y les dijo:

– Esto merece estudiarse detenidamente; vuelvan ustedes mañana y acaso les dé resuelto el problema.

V

Mala noche pasaron los presuntos herederos del tío Pedro, en inquieto duerme-vela, pensando unas veces que el abogado de Jabás pondría en claro la enrevesada cuestión, y creyendo otras que les dejaría tan á obscuras como antes.

¿Qué hacer entonces?

Terminó aquella larguísima noche y amaneció el día.

Luis, Joaquín y Vicente se encaminaron á casa del singular jurisconsulto.

VI

Los recibió el abogado de Jabás en un espacioso despacho, atestado de libros, y sin más preámbulo les preguntó:

– ¿Recuerdan ustedes bien á su padre?

Contestaron los tres afirmativamente, y D. Agustín, entregándoles una colección de grabados representando sendos personajes, añadió:

– Pues díganme ustedes á quién de estos señores se parecía, aunque levemente.

Miráronse asombrados los hermanos, contemplaron las estampas, y los tres á un tiempo separaron una de ellas diciendo:

– A éste.

– Pues, amigos, repuso el abogado, he estudiado el testamento durante toda la noche, y después de concluir que en derecho no hay nadie en el mundo que lo explique, aclare y solucione rectamente, he decidido proponerles la siguiente transacción: vamos á utilizar este grabado como blanco, y ustedes van á dispararle un tiro, sucesivamente y á la misma distancia; el que dé en la frente á la figura, suya es la herencia. ¿Les conviene? Es una transacción como otra cualquiera.

Protestaron los tres muchachos, diciendo que transacción por transacción tanto valía, si no era mejor, el proceder á un simple sorteo.

El original letrado replicóles sonriendo enigmáticamente:

– Crean ustedes que no es igual, y si rechazan mi proposición me desentiendo del asunto.

No sin grandes vacilaciones, prestaron los tres su aceptación.

Bajaron al jardín.

D. Agustín de Pertús fijó el grabado sobre una tapia que cerraba el paso á un recto y anchuroso andén, midió el terreno y entregando á Luis una pistola le dijo:

– Puede usted hacer fuego.



Cogió Vicente la pistola, apuntó, y... arrojando el arma, exclamó...

Apuntó Luis, salió el tiro, y la bala dió fuera del grabado.

Joaquín, que le siguió, no tuvo más fortuna.

Cogió Vicente la pistola, apuntó, y... arrojando el arma – que fué á caer en un cuadro de amarillas siempre vivas bordeado de rojas adelfas – exclamó:

– Renuncio á la herencia antes que disparar contra alguien que se parezca á mi padre!

– Pues tuya es, dijo fríamente el abogado de Jabás, que éstos son hijos de franceses..., ¡como yo!

ANDRÉS MIRALLES.

Il[illegible] ([illegible])

RECUERDOS DE VIAJE

JOHANNESBURGO EN SUS PRIMEROS TIEMPOS

Una tarde del pasado mes de mayo nos hallábamos sentados cuatro ó cinco amigos á la baranda del *North-Western Hotel* de Johannesburgo, fumando sosegadamente nuestro *magaliesberg* (tabaco del Transvaal) y reposando después de una expedición larga y entretenida por los campos del oro.

A lo largo de *Pridchert Street* no se veía un alma; la ciudad parecía desierta; las puertas de todas las casas y tiendas, cerradas; los vidrios de escaparates, balcones y ventanas, hechos mil pedazos; señales de desolación por todas partes. De vez en cuando se veían cruzar silenciosos algunos boers sueltos ó en reducidos pelotones en dirección del *Town-Hall*, ó hacia el fuerte que, al Sudoeste de la ciudad, domina gran parte del *Vitwatersrand*. Se sabía que los ingleses habían cruzado ya el río Vaal por dos ó tres puntos, dirigiéndose sobre Johannesburgo, y Luis Botha concentraba sus fuerzas al Sur de la población para cerrarles el paso.

Todos nuestros comentarios se referían naturalmente á la situación; únicamente mi amigo Mr. Ficher (uno de los primeros pobladores de Johannesburgo) permanecía callado y muy entretenido en contemplar las espirales de humo que se desprendían de su pipa.



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Rubens

—¿En qué piensa usted, amigo Mr. Ficher?, le pregunté viéndole tan meditabundo.

—Pienso, contestó, en la diferencia entre el Johannesburgo actual y el de hace doce ó catorce años. Ahora una ciudad llena de edificios monumentales, con todos los refinamientos de las grandes poblaciones europeas ó americanas, pero abandonada y muerta; entonces, acumulación de tugurios, de barracas, de viviendas improvisadas, pero llena de animación, de movimiento y vida. ¡Qué tiempos aquellos!

—Usted que lo ha presenciado todo nos podrá referir mil cosas curiosas de aquellos días.

—Seguramente, y no concluiría nunca. Aquí se reunieron en poco tiempo los tipos más extraños de todos los países del mundo y se presenciaban los rasgos más extraordinarios de ingenio, de audacia, de feliz iniciativa.

—Cuente usted, cuente usted algo, dijimos todos agrupándonos alrededor de nuestro amigo.

—Por lo pronto, dijo Mr. Ficher como hablando consigo mismo y animándose con los recuerdos, había que ver la abigarrada población que aquí se había reunido en 1887. Esto era un campamento con representantes de todas las naciones de la tierra. Ingleses, franceses, alemanes y americanos que venían á la busca del oro y que sólo de ello se ocupaban; polacos que eran principalmente taberneros; italianos dedicados á establecer cocinas ambulantes y los rudimentos de los primeros hoteles; malayos que eran excelentes cocheros y sus mujeres muy buenas lavanderas. Centenares de chinos, vestidos á la europea y con la coleta cortada, eran los que tenían las tiendas de comestibles y de todos los artículos menudos. Eran también los empresarios de numerosas casas de juego, donde se jugaba el *Fan-Tan*, y que sorprendidas y cerradas por la policía un día, se abrían al siguiente en otra barraca. Recuerdo también de tres ó cuatro españoles, valencianos según creo, dedicados al cultivo de huerta y plantas de jardín. Eran los que nos suministraban las flores para los grandes días.

Entre toda esta gente había individuos famosísimos, unos por sus arranques, otros por los medios raros á que acudían para ganarse la vida, y todos derrochando alegría y buen humor.

Fué muy conocido en aquellos días (y va de ejemplo) un tal Selborne, que se dedicaba á descubrir y fijar la posición de yacimientos de oro. Tenía para ello un aparato de su invención, compuesto de dos horquillas gemelas, suspendidas á modo de fiel de balanza, y que con sus oscilaciones y movimientos le indicaban, decía, la existencia del oro allí donde estuviera.

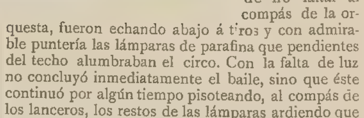
Fuera casualidad y buena fortuna, fuera que realmente poseyese algunos conocimientos sobre el particular, ello es que había tenido algunos éxitos que le dieron gran crédito en el Rand.

Pero un día ocurrió un caso muy célebre. Llamáronle para que reconociera un campo, para él completamente desconocido, donde se sospechaba la existencia de oro, y pidiéronle que con sus medios de investigación resolviese en definitiva la cuestión y fijase la posición del yacimiento aurífero, si lo había. Acudió muy resuelto Selborne con su aparato y colocó éste en disposición de funcionar. Inmediatamente las horquillas mostraron grandes conmociones y Selborne aseguró la existencia del oro. Prosiguió en sus trabajos y fijó la posición del yacimiento entre unas rocas formidables. Acúdese en seguida con picos, cuñas y toda clase de herramientas apropiadas, y al poco tiempo de remover las rocas se encuentra entre unas grietas de las mismas un billete del Banco de Inglaterra por valor de cinco libras esterlinas.

Desde entonces ya nadie dudó de la extrema sensibilidad del aparato de Selborne.

Otro caso notable. En la aldea de Elsburg, al Este del Rand, se presentaron algunos casos de viruela. La alarma cundió por todo el distrito. Inmediatamente un doctor llegado á Johannesburgo anuncióse dispuesto á vacunar á todo el mundo á razón de una libra esterlina por cabeza. Recorrió todo el Rand con sus lancetas y sus tubos é hizo una buena colecta. La viruela no se extendió y la población se quedó tan satisfecha. Después se supo que el doctor, no teniendo la linfa apropiada del *cow-pox*, había empleado para sus vacunaciones leche condensada.

De cómo las gastaba entonces para divertirse la gente del Rand, les citaré á ustedes un buen ejemplo. Un individo, muy conocido como organizador de funciones de beneficio, arregló no sé con qué motivo (que él siempre los encontraba apropiados) un baile público que se celebró, y con gran concurrencia, en el circo de que estábamos provistos. Claro es que las gentes no fueron en traje de etiqueta. Los buenos mozos de Johannesburgo acudieron con sus chaquetas de franela, sus pantalones de ante y sus botas altas hasta la rodilla; las damas con sus mejores percales. A hora avanzada de la noche, cuando la alegría y el bullicio estaban en su apogeo, se anunciaron unos lanceros como pieza final del baile. Los buenos johannesburgueses, obedientes al programa y conformes en que aquella pieza fuera la última, discurrieron el poner buen remate á la danza, y sacando sus revolvers y cuidando de no faltar al compás de la orquesta, fueron echando abajo á tiros y con admirable puntería las lámparas de parafina que pendientes del techo alumbraban el circo. Con la falta de luz no concluyó inmediatamente el baile, sino que éste continuó por algún tiempo pisoteando, al compás de los lanceros, los restos de las lámparas ardiendo que cubrían por todas partes el suelo.



No andábamos muy bien de ropa la mayor parte de los ciudadanos de Johannesburgo por aquellos tiempos. Recuerdo que cuando ya la colonia inglesa empezó á ser bastante numerosa, acudió á establecerse aquí con su mujer un pastor protestante, no sé si anglicano, presbiteriano ó metodista.

La esposa del pastor tenía sus días de recepción, y en ellos acudían á saludarla, á la usanza de Londres, los jóvenes ingleses aquí avecindados. Muchos de estos jóvenes vivían en *repúblicas*, es decir, en comunidades de ocho ó diez, en una misma barraca, distribuyéndose entre ellos los quehaceres de la vida doméstica.

Pues sucedió que la mujer del ministro protestante notó que los miembros de una de estas repúblicas, precisamente jóvenes de los que tenía en más estimación, no acudían jamás juntos á sus recepciones, sino siempre uno á uno.

No tardó en saberse el motivo. Entre los ocho individuos que componían la república en cuestión no poseían más que un solo cuello de camisa, de esos de pasta celuloide, y cada uno de ellos tenía que esperar la vuelta del que por turno lo llevaba puesto para ataviarse y salir á su vez.

Pero á pesar de las privaciones y fatigas, la mayor alegría reinaba siempre en el campo. Alguna que

otra vez echábamos de menos los refinamientos de la civilización; pero la libertad, la igualdad y la fraternidad que disfrutábamos nos hacía olvidar bien pronto cualquier pesadumbre pasajera.

A todo esto empezáronse á oir lejanos disparos de cañón; patrullas de boers á caballo empezaron á cruzar por todas partes; la poca gente que aún quedaba en Johannesburgo se echó á la calle en averiguación de qué ocurría.

– Los ingleses avanzan sobre el Rand, nos dijeron. Algunos comandos boers bajo el mando de Lenmer les disputan el paso, y Botha organiza el grueso de sus fuerzas para resistir en las líneas de Klip River.

– Menester es terminar aquí mi relación, señores, dijo Mr. Ficher. Otro día, si hay lugar y humor, proseguiremos. ¡Qué diferencia, señor, qué diferencia de tiempos!

VICENTE VERA.



LA VIRGEN VELANDO EL SUEÑO DE JESÚS, cuadro de Francisco Margotti (publicado con autorización del Cav. Victorio Alinari)

LA SAGRADA FAMILIA, CUADRO DE RUBENS

(Véase el grabado de la página 836)

El gran pintor flamenco autor de este cuadro trató con igual maestría todos los géneros, asuntos religiosos, escenas campestres, paisajes, cuadros de historia, retratos, etc., y en todos ellos demostró la fecundidad de su imaginación, la energía de su dibujo, el atrevimiento de su pincelada, la potencia y el brillo de su colorido. Rubens fué el jefe de una revolución en el arte, pues si bien estudió con gran cuidado las escuelas italianas, no fué imitador de ninguna de ellas, sino que se distinguió siempre por su gran originalidad. Pintar la naturaleza con toda su savia, su variedad, su energía, su exuberancia; someter la forma al color sin apartarse, sin embargo, de las reglas eternas de la armonía; buscar el movimiento y la vida, así como la escuela romana había buscado la pureza de los contornos y de las líneas, he aquí lo que constituye la personalidad de Rubens.

Este amor á la verdad, esta aversión á los convencionalismos, han sido causa de que algunos le censuraran; pero estas censuras que en otro tiempo pudieron ser justificadas, ya no tienen razón de ser desde el momento en que el realismo ha acabado por imponerse en el arte.

En *La Sagrada Familia* que en la página anterior reproducimos se admiran todas las cualidades excepcionales que dejamos citadas como características del artista eminentísimo; y si algunos tal vez encuentran en el cuadro sobra de realidad y falta de poesía, nadie podrá negar las bellezas de la composición, que considerada desde el punto de vista técnico, merece el calificativo de magistral.

LA FAMILIA DE RIBAUCOURT, cuadro de Van Dyck



LOS EXPLORADORES CARMELO DE URIARTE Y ENRIQUE DE IBARRETA

A TRAVÉS DEL CHACO

IBARRETA Y URIARTE

Pronto llegará á España, procedente de Buenos Aires, el explorador D. Carmelo de Uriarte, quien acaba de realizar una empresa tan temeraria como noble, recorriendo las inexploradas comarcas del Chaco argentino y paraguayo, sin otra mira ni otro interés que prestar auxilio al ingeniero D. Enrique de Ibarreta, abandonado en aquellas inmensas soledades, ó recoger sus restos en el caso desgraciado de que hubiera perecido.

D. Enrique de Ibarreta estaba dotado de una inteligencia clarísima, de muy sólida y vasta instrucción, fuerza física extraordinaria y un valor personal que muchas veces pasaba los límites de la temeridad; sentía la atracción de las grandes empresas, de las aventuras peligrosas y no concebía la vida sin la lucha.

Dueño de regular fortuna, cuando estalló la insurrección de Cuba se alistó como voluntario, y en la manigua realizó verdaderas hazañas que le valieron los más entusiastas elogios de los generales Lachambre, Jiménez Castellanos y Martínez Campos, á cuyas órdenes sirvió.

Propuesto por su arrojo para distintas recompensas, no aceptó ninguna, como tampoco las pagas que le correspondían.

Antes de marchar á Cuba, viviendo en la República Argentina, concibió el pensamiento de recorrer en todo su curso el río Pilcomayo. Este río, que nace en Bolivia y va á desembocar en el río Paraguay, junto á la ciudad de la Asunción, está reconocido solamente en su nacimiento y en su desembocadura: su curso es aproximadamente de unos mil kilómetros.

La exploración de este río, intentada muchas veces desde principios del siglo XVIII, ha causado ya numerosas víctimas. Ibarreta conocía perfectamente la lúgubre historia del Pilcomayo, y precisamente porque la conocía le enamoró la empresa.

Costeando de su peculio todos los gastos que requería la exploración, construyó dos chalanas, embarcaciones chatas, de forma rectangular, y el día 5 de junio de 1898 se embarcó en la reducción de San Antonio (Bolivia), acompañado por ocho hombres que contrató al efecto. Ocho días después llegó á Fortín Crevaux, último punto explorado de la parte alta del Pilcomayo, y allí recogió á un muchacho que se hallaba abandonado y se llamaba Manuel Díaz.

Pasaron seis meses sin que se tuviera la menor noticia de la expedición, hasta que á primeros de diciembre aparecieron en Villa Concepción (Paraguay) dos de los peones contratados por Ibarreta, que eran portadores de una carta de éste, dirigida al gobernador del territorio de Fornosa. En ella decía que había llegado hasta los esteros del Padre Patiño, que se hallaba detenido por las plantas acuáticas y que carecía de víveres y de las herramientas necesarias para abrirse camino, por lo que se veía en la necesidad de pedir auxilio á las autoridades.

La carta estaba fechada el 12 de septiembre, y para llevarla había despachado á sus ocho peones, quedándose solo con el muchacho, acampado en los esteros.

De los ocho peones seis habían sucumbido en el camino á la sed, al cansancio y á los sufrimientos: los otros dos debieron su salvación á unos indios mansos de la tribu de los «Lenguas,» que les recogieron cuando estaban á punto de perecer.

El gobierno argentino envió inmediatamente dos expediciones para socorrer al explorador, una por el río, al mando del capitán de fragata D. José Montero, y otra por tierra, mandada por el teniente coronel D. Daniel Bouchard; pero ambas fracasaron, no obstante los heroicos esfuerzos de jefes y soldados. Al regresar la expedición de Bouchard, este jefe trajo la noticia, que circulaba por las tribus del interior del Chaco, de que Ibarreta había sido asesinado por los indios que habitaban los alrededores de los esteros. Traía también algunas prendas de ropa que habían pertenecido á los expedicionarios.

Vista la imposibilidad de llegar al fatal estero y aceptada la noticia del asesinato, el gobierno abandonó la empresa.

Entonces D. Carmelo de Uriarte, antiguo amigo y compañero de Ibarreta en anteriores viajes por el Chaco Austral, resolvió ir por sí mismo á auxiliar á su amigo. Al organizarse las expediciones enviadas por el gobierno, había solicitado ser incorporado á ellas, sin conseguirlo, por lo cual se había dirigido al gobierno de Bolivia pidiéndole que le facilitase los elementos necesarios para organizar otra nueva. La revolución que estalló en esa república fué causa de que tampoco pudiera realizar su propósito.

Mas no por eso se declaró vencido ni renunció á llevar á cabo su noble propósito: una vez resuelto á no dejar abandonado á Ibarreta, en último término habría marchado solo y sin elementos.

Pero no fué necesario llegar á este extremo: un caballero argentino, D. Juan Canter, dueño de la manufactura de tabacos «La Sin Bombo,» de Buenos Aires, enterado por un amigo suyo de la resolución de Uriarte, aunque no conocía á éste ni había tenido la menor relación con Ibarreta, se ofreció espontáneamente á costear una expedición ó cuantas fueran necesarias hasta encontrar á Ibarreta vivo ó muerto.

Este ofrecimiento importaba la inversión de una fortuna en una obra buena, pero improductiva. Don Juan Canter no titubeó un instante, y cuando supo el crecidísimo coste de la empresa se limitó á contestar: «No hay dinero que pueda valer la vida de un hombre, sobre todo de un hombre como Ibarreta. Más, mucho más, pone Uriarte, que se juega la vida en la empresa.»

Con tan valioso apoyo, Uriarte partió de Buenos Aires el 25 de junio de 1899, dirigiéndose á la Asunción, capital del Paraguay. Aconsejado allí por personas respetables, pasó á Villa Concepción para exponer su proyecto á unos misioneros ingleses que tenían establecidas sus misiones en el Chaco Boreal y ejercían absoluta autoridad sobre la tribu de los indios «Lenguas,» que ocupa una extensa región al Norte del Pilcomayo.

Hicieron los ingleses la mejor acogida á Uriarte y se ofrecieron á acompañarle en su empresa, trazando ellos mismos el itinerario que debía seguirse.

Los misioneros condujéronle hasta un punto llamado por los indios «Toldo Guazú» (misión principal), situado en el centro del territorio de los «Lenguas,» en el Chaco Boreal, después de llevarle de toldería en toldería durante un mes.

Ya en ese punto y después de muchas esperas y vacilaciones, dijéronle que solamente podían continuar el viaje dos misioneros; y en efecto, con dos y un peón que él había contratado en Buenos Aires, prosiguió Uriarte su marcha á través del Chaco.

Mas apenas salieron del territorio de los «Lenguas,» los dos misioneros se negaron á seguir adelante. Primero con súplicas y al fin con amenazas é imponiéndose por la fuerza, hizo Uriarte que los ingleses siguieran adelante, teniendo que llevar también al peón como á remolque, porque los misioneros habían conseguido atemorizarle.

Así, teniendo que sostener una lucha continua con sus compañeros, sin poder dormir siquiera un momento por temor de que se volvieran atrás al menor descuido suyo y enfermo de fiebres perniciosas, alcanzó Uriarte la margen del Pilcomayo.

Pero allí le esperaba una nueva decepción. Los planos que llevaba, que eran los más perfectos que existen de esas regiones, tenían un error de más de un grado, por lo cual vino á salir más de veinte leguas más arriba del punto en que se encuentran los esteros de Patiño.

Y en tanto, los caballos y mulas que llevaba se habían muerto, los víveres se habían consumido y la fiebre seguía en aumento. Halló una tribu de indios «Aix» y pidió á su cacique le sirviese de guía para cruzar el Pilcomayo y llegar á los esteros, ofreciendo recompensarle con largueza; pero ningún indio quiso acompañarle, porque el viaje era peligrosísimo.

Tuvo que resignarse y retroceder.

De regreso en la Asunción, después de una marcha penosísima, organizó inmediatamente una nueva expedición que resolvió llevar esta vez por el Sur. Era ya el mes de noviembre, en el que comienzan las grandes lluvias y los fuertes calores en esa latitud; pero á toda costa quería ganar el tiempo perdido. Contrató diez peones blancos y cuatro indios, compró nuevos caballos y mulas, y llevando abundantes víveres, se puso en marcha.

Si el primer viaje fué penosísimo, este, desde sus comienzos, lo fué mucho más. A los pocos días de marcha cayeron fuertes aguaceros que convirtieron el Chaco en un mar; entre las caballerías se desarrolló el *mal de cadera*, que las mató todas en menos de una semana; los peones, atacados por las fiebres, se negaron á seguir adelante, y llegó un momento en que se quedó solo con uno y sin poder moverse de una especie de isleta, completamente rodeada por las aguas de la inundación.

Pasaron así algunos días. A las lluvias torrenciales sucedió un sol abrasador que en un instante secó las aguas y quemó las plantas. Los víveres se habían corrompido, y en ocasiones fué necesario alimentarse con los peces podridos que quedaban entre el fango de las que unas semanas antes habían sido lagunas.

Así llegó Uriarte á una toldería de indios «Tobas,» en la que consiguió que dos caciques se prestasen á servirle de guías hasta los esteros mediante una crecida recompensa.

En esta segunda etapa de su segundo viaje, Uriarte quedó completamente solo entre los indios, y así para que no tuvieran el menor recelo, como para quitar toda ocasión á que la codicia les impulsara á asesinarle, marchó con ellos sin armas, á pie y casi desnudo.

El calor seguía en aumento y la sed llegó á hacerse insufrible: cuando se hallaba un poco de fango que chupar para refrescarse las abrasadas fauces, dábanse por hombres felices.

Llevaban ya dos días sin probar una gota de agua cuando hallaron un cadáver del que sólo quedaba el esqueleto y unos pingajos que en algún tiempo fueron tela. Debajo de él halló Uriarte una moneda argentina de dos centavos. Los indios habían ya visto muchas veces aquel muerto, y dijeron á Uriarte que en un principio tenía á su lado un fusil y un frasco que contenía un remedio. Por los datos que agregaron sobre su traje y sus señas y por el lugar en que se hallaba, pudo comprobar Uriarte que aquellos restos eran los de Martín Beltrán, criado de Ibarreta, aragonés, que fué el primero que sucumbió de los peones que habían salido de los esteros para llevar la carta al gobernador de Fornosa.

Uriarte cavó una fosa en la que enterró los restos de Martín y colocó sobre ella una cruz.

Antes de dar sepultura á aquellos restos, uno de los caciques dijo á Uriarte:

– Ese que ves ahí ha muerto de sed y de cansancio. Para llegar donde está tu amigo aún necesitamos andar diez soles. No tenemos agua ni la encontraremos hasta llegar al Pilcomayo. Vuelve atrás, espera que acabe la seca y nosotros mismos te acompañaremos hasta encontrar á tu amigo. Si te empeñas en seguir, tus huesos blanquearán al sol como esos que tienes delante de tus ojos, porque antes de dos soles la sed y el cansancio te harán caer para no levantarte más.

Comprendió Uriarte la verdad que encerraban aquellas palabras; pero aún quiso intentar un último esfuerzo y caminó un día más, durante el cual no halló una gota de agua. Entonces, casi exánime y con intermitencias de fiebre y de delirio, emprendió la retirada, más bien arrastrándose que andando.

De regreso en la Asunción tuvo que guardar cama cerca de tres meses, y apenas convaleciente, organizó una nueva expedición, y el 1.º de mayo se internó por tercera vez en el Chaco, acompañado por diez peones y un cacique indio de la tribu de los «Tobas.»

Después de mil contratiempos y dificultades, consiguió llegar al territorio de los temidos «Pilagás,» quienes por medio de un mensajero que le enviaron á la última toldería toba, le manifestaron su resolución de no permitirle pasar adelante.

En los comienzos de este tercer viaje Uriarte supo que Ibarreta, como aseguró el teniente coronel Bouchard, había sido asesinado á fines de 1898. Pero aun convencido de la verdad de tan fatal noticia, no quiso retroceder, antes bien resolvió llegar hasta el campamento del que fué su amigo, dejar allí un recuerdo á su memoria y recoger sus restos para darles sepultura en Buenos Aires.

A fuerza de regalos, de súplicas y amenazas, consiguió poco á poco irse internando en territorio pilagá y por fin recoger los restos del que fué su amigo y los del muchacho Manuel Díaz, asesinado junto á él.

El campamento de Ibarreta constaba de un entarimado hecho con troncos de palmera y rodeado por un cerco de ramaje con una puerta formada por dos palmeras. A un lado había un pozo abierto y en una rama una cuerda de la que colgaba un mosquitero. Entre las malezas halló un cuaderno en el que Ibarreta había escrito el diario de su viaje por Bolivia y varios papeles con cálculos astronómicos. También halló algunas hojas de unas tablas de logaritmos, clisés fotográficos y trozos de las chalanas, destrozadas por los indios para extraer los clavos, con más otros objetos de menor importancia, todos los cuales guardó cuidadosamente.

Allí colocó varias cruces, en las que grabó el nombre de Ibarreta, el del generoso costeador de la expedición D. Juan Canter y el suyo, y regresó después de explorar minuciosamente todo el estero, por el que anduvo quince días con el agua hasta el pecho.

Al regresar desenterró los restos de Martín el aragonés para llevarlos á Buenos Aires juntos con los de Ibarreta y el muchacho.

En la Asunción hizo que una comisión de médicos examinase los restos que traía y dió una conferencia ante el presidente de la República.

Ultimamente en Buenos Aires ha hecho entrega de todo al Instituto Geográfico Argentino.

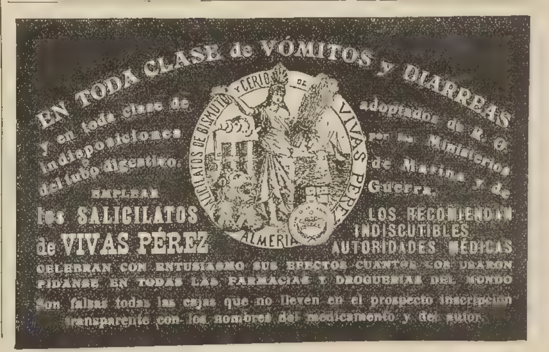
Buenos Aires, 1900. EMILIO VERA Y GONZÁLEZ.





PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Botones de fuego, por *Cándido Ruiz Martínez*. – Contiene este libro treinta sonetos inspirados en la guerra hispano-americana, y en ellos, aparte de sus notables cualidades poéticas, alienta el alma del patriota que exhala sus quejas y formula las más amargas censuras contra todo cuanto ha contribuído á la última catástrofe de España. Son, como dice el autor, composiciones escritas bajo la impresión del momento, y tienen, por ende, toda la espontaneidad y revelan toda la indignación del que ve destrozado aquello que más ama, no tanto por culpa de las circunstancias como por la de los hombres. *Botones de fuego* ha sido impreso en Madrid por D. Ricardo Fe.

Fray Narciso, poema por *C. Camps y Armet*. – Este poema está inspirado en un episodio de la vida de un religioso muerto hace algunos años, que tomó parte en la guerra de la Independencia. Escrito en fáciles versos, abunda en descripciones altamente poéticas y en bellos pensamientos. Nada más diremos por nuestra cuenta, prefiriendo copiar algunos párrafos del prólogo que el ilustre vate D. Víctor Balaguer ha escrito para la composición del Sr. Camps: «Supo dar forma verdadera, interés, sentimiento y exterioridad atrayente y simpática al hecho sencillo de una de tantas vidas monásticas como pasan latentes por el mundo y como cumplen su misión inalardeada. Este es el gran secreto del arte. Y esto lo encontró el Sr. Camps y Armet, y por haberlo encontrado merece loores que le consagro y le rindo.» *Fray Narciso* ha sido impreso en la tipografía de Oliva, de Villanueva y Geltrú.

Impresiones y juicios, por *Mariano Aramburo y Machado*. – El autor de este libro es considerado justamente como uno de los pensadores y publicistas cubanos más distinguidos: sus trabajos jurídicos y literarios diéronle á conocer ventajosamente desde muy joven, y alguna de sus obras de Derecho mereció los más honrosos informes del Instituto de Francia y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid y los más entusiastas plácemes de ilustres jurisconsultos. Su estudio sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda le ganó indiscutible reputación de literato y de crítico. En el libro que nos ocupa ha coleccionado varios de sus notables artículos periodísticos, junto con algunos inéditos sobre diversos asuntos. El libro, que lleva un prólogo de D. Rafael Montoro, ha sido impreso en «La Propaganda Literaria» de la Habana.



D. Vicente Blasco Ibáñez escribiendo su última obra titulada «Entre naranjos,» cuadro de Antonio Fillol

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XIX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

—

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRADADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

